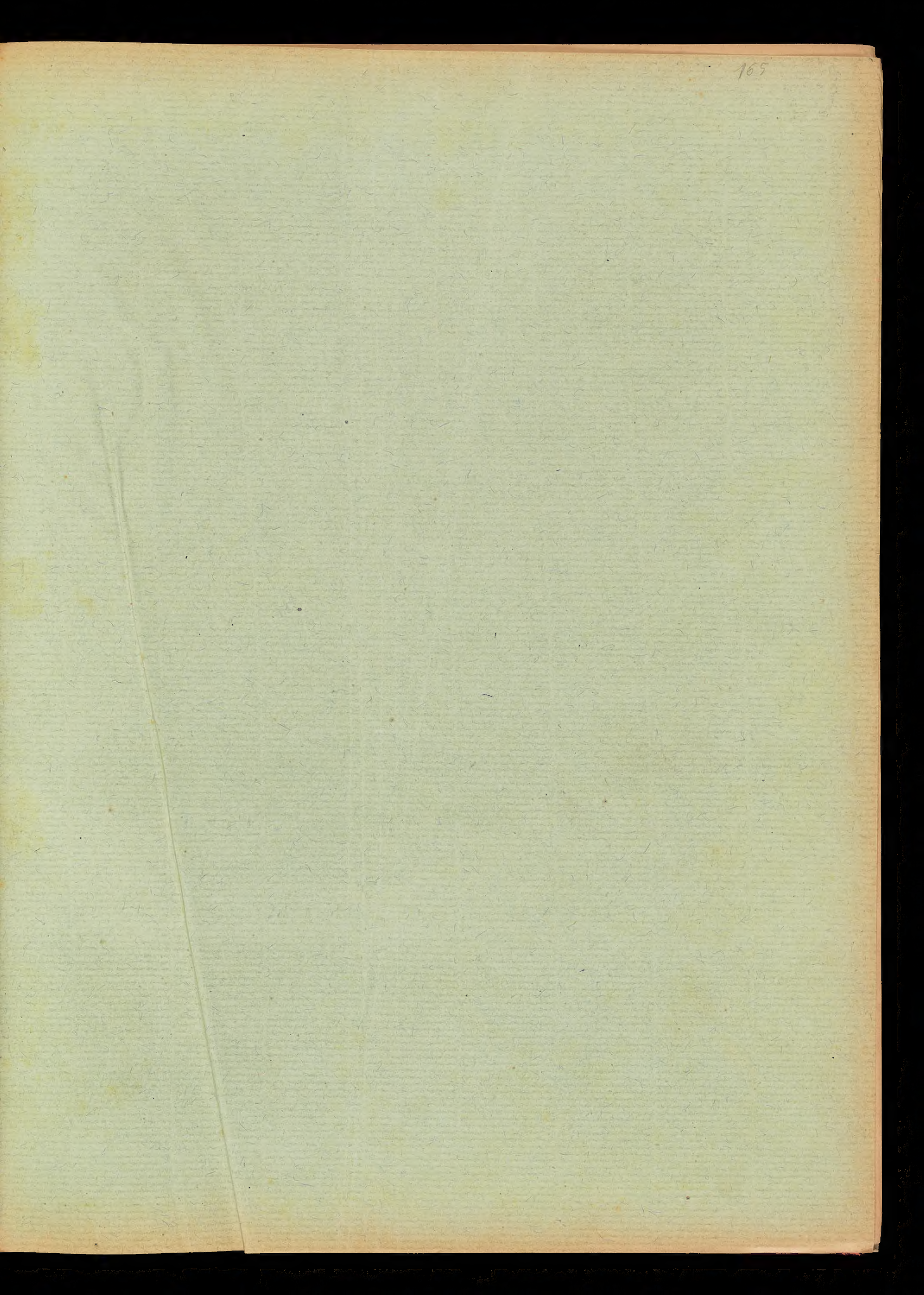
EL MUNDO.
Semanario ilustrado

MEXICO

Ex Libris. J. Baranda Mac Gregor.
Perfer. et. obdura.



EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 5 DE JULIO DE 1896. — NUMERO 1.

EN JULIO.

"La tempestad se aproxima."

[Dibujo de Carlos Alcalde.]

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

TELÉFONO 434. —2ª de las Damas núm. 4.—APARTADO 87 B. MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá. The Spanis American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas Editoriales.

Un Congreso Americano en México.

El Sr. Luis Felipe Carbó, nuevo Ministro en nuestra República, acaba de dar á conocer el objeto de su misión diplomática, en el discurso de recepción que pronunció días pasados, al ser oficialmente recibido por el General Díaz: el Gobierno Ecuatoriano propone la convocación de un Congreso Americano, que deberá celebrar sus sesiones en la ciudad de México.—Y bien! El Mundo ha tenido el honor de lanzar esta idea á los cuatro vientos de la publicidad, á raíz de las declaraciones contenidas en el último Mensaje del Sr. Presidente de la República, como interpretación de la doctrina Monroe, sin que en esta ocasión, como en otras tantas, nuestros colegas, ocupados en el bizantinismo de la política diaria, hayan recogido el pensamiento, que, en forma más positiva, acaba de iniciar el representante de uno de los Estados de la América Latina.

En el actual momento histórico agítanse en los nervios del continente cuestiones comunes, problemas generales; debátense hechos que á todos los pueblos de este lado de acá del Atlántico interesa resolver: allá, en el viejo mundo, en donde la lucha es cada día más ruda y la competencia más sostenida, la atención se halla fija en estos nuevos mercados que al influjo de la civilización van ensanchando día á día sus necesidades.—Para México, la piedra angular de este Congreso, el tema esencial de esta agrupación de energías, está en la conservación de un principio expuesto con notable claridad en el discurso del General Díaz, al que acabamos de aludir: *«la reprobación de toda tentativa de usurpación europea y de toda tendencia monárquica de cambiar las instituciones republicanas del Nuevo Mundo.*—En cuanto á los demás *números* que, imaginariamente, deben llenar el programa de esta Asamblea, merecen especial examen.

Cuando en 1890 el Gobierno de los Estados Unidos convocó á un Congreso Pan-Americano á los diversos Estados del continente, se vislumbraron las tendencias que animaban á esta República. Los Estados Unidos á la sombra de un interés colectivo para toda la América, proponían una suerte de convención internacional, basada en la conveniencia de los grandes intereses americanos.... del Norte. Por aquella época gobernaba el partido republicano, y el proteccionismo de nuestros vecinos en pugna con los productores europeos, buscaba amplia salida en los flamantes centros de consumo de los países latino-americanos. El fracaso de la Asamblea de Washington demostró que las demás naciones del continente no se habían dejado engañar acerca de las intenciones que animaran entonces al gobierno americano—¿Han cambiado de 1890 á la fecha las circuntancias que determinaron esta primera reunión? Si en el mundo de la política sí, en la esfera de los intereses,—en los momentos en que el partido republicano parece pronto á adueñarse del poder —la situación continúa siendo la misma.

Nosotros repetimos lo que, con motivo de la primera etapa de la peregrinación del Sr. Ministro del Ecuador, escribíamos en estas columnas: «¡Ah! si el Congreso proyectado fuera esencialmente latino, libre de poderosas y extrañas influencias, y expresión sincera de nuestra raza, enseñada por dolorosa experiencia! ojalá que hubiera brotado la iniciativa del Presidente Alfaro, que busca prestigio y nombradía, y no en la Casa Blanca, hoy ansiosa de aventuras y anhelante de influencias en todas las tierras que alumbra el sol. Pero ya que habremos de ver que el proyecto fracasa por falta de valimiento y energía en su iniciador, ó patrocinado franca y abiertamente por el gobierno de Washington, se le aparta de su objeto primitivo y se le pone enteramente á devoción y servicio de los intereses norte-americanos.»

Y esta tutoría, este pleito homenage rendido á la República del Norte, es la que nos conviene á toda costa atajar.

Para nosotros, la posición que actualmente poseemos es sumamente ventajosa; sin odios ni rencores hacia ninguna nación del mundo civilizado, hemos entrado, en estos últimos veinte años, en relaciones de amistad y cortesía con Estados de esta y de aquella parte del globo; una unificación de intereses con la Unión Americana, nos haría perder el excelente terreno que poseemos. En los mercados de Europa se ha abierto paso el crédito de México; á ellos acudimos en busca de mercancías para nuestra existencia de hombres civilizados; nuestros productos acuden allí y son cada día más solicitados. Una inteligencia comercial con los Estados Unidos, complicaría notablemente las relaciones de negocios entre Europa y la América latina. ¿Y qué ventajas obtendríamos en cambio? ¿Las que nos ofrece el senador Mc Kinley con sus altas tarifas aduanales?

En el deseo de crearse industrias nuevas, una buena parte de los países latino americanos han adoptado como bandera el sistema protector, y sabido es que una unión aduanera, un *zollweering*, sólo es posible entre pueblos que practican la libertad comercial.—Si México puede enviar productos manufacturados á otros países de la América latina, que lo haga, sin convenio de ninguna especie, sin unión de ninguna especie; si necesitamos importar efectos americanos, que ellos vengan á nuestros mercado, pero que vengan libremente, sometidos á la piedra de toque de la competencia y no en virtud de la política emanada de las decisiones de un congreso y en la que siempre nos tocará la peor parte.

El Congreso Americano como lo ha propuesto El Mundo, bajo los auspicios del General Díaz, lo entendemos únicamente en el sentido de que las declaraciones del General Díaz lo hacen aceptable y beneficioso. De otro modo, lo creemos más nocivo que útil para la prosperidad y el progreso nacionales.

El aniversario de una República.

El 4 de Julio de 1776 es una fecha memorable en la historia de las democracias modernas. La impresión que los austeros hijos de la nueva nacionalidad produjeron en el pueblo francés, ya próximo á poner fin al viejo régimen, sirvió, acaso, como dice un maestro, para precipitar los acontecimientos.

Después, todas las naciones del continente americano se han inspirado en estas dos páginas de la historia contemporánea: la Revolución Francesa y la Independencia Americana. Ellas han sido la materia prima que ha servido á estos pueblos para elaborar sus incipientes democracias.

Hoy, la República del Norte, se nos muestra pletórica de riqueza material, fuerte y robusta. Raspando un poco su brillante barniz, se descubren manchas que opacan su radiosa blancura: la igualdad social no existe, una formidable plutocracia se sobrepone á los intereses generales, el proteccionismo amenaza herir sangrientamente á los grupos consumidores......... He aquí el *pasivo* de este balance de ciento veinte años.

En el *activo* es necesario aglomerar esa formidable suma de riqueza pública, la conciencia clara de deberes y derechos, la solidaridad de los asociados......... El saldo es juzgado de diversa suerte, según el punto de vista que se adopte para examinar esta cuenta corriente abierta por la crítica á la Democracia.

De todos modos, el aniversario de la declaración de la Independencia Americana, debe ser jubilosamente saludado por las Repúblicas del continente, de las que ha sido el vocinglero heraldo.

Mucho tenemos que aprender todavía de la nación del Norte; mucho tambien necesitamos rechazar de nuestros gigantescos vecinos.

He aquí, en breves líneas, lo que nos sugiere la conmemoración de este inolvidable día.

Política general.

RESUMEN.—La guerra de Cuba y la política americana.—Seguridades de hoy, temores de mañana.—Republicanos y demócratas.—St. Louis y Chicago á favor de los insurrectos.—¿Habrá conflicto?

Si, hace poco más de dos meses cuando fué apresada en las aguas jurisdiccionales de Cuba la goleta americana «Competitor,» recogida parte del cargamento de guerra que conducía, juzgados sumariamente en consejo de guerra y sentenciados á muerte los hombres que llevaba á bordo, hubiéramos hecho mención de este episodio, y echado á volar nuestras consideraciones sobre un incidente que tan de relieve pondría las difíciles relaciones que con motivo de la insurrección reinan entre los gabinetes de Washington y de Madrid; si, á raíz de ese acontecimiento que tanto polvo levantó en la tribuna y la prensa norteamericanas, hubiéramos lanzado las sombrías predicciones que la situación inspiraba, ¡cuán maltrechas habrían salido nuestras fatídicas profecías, y como los acontecimientos se habrían encargado de desmentirnos y contradecir las impresiones primeras del momento!

No sólo en las columnas de los periódicos yankees, adictos abiertamente á la causa de los rebeldes, no sólo en los *clubs* y *meetings*, que á la contínua se organizan en la vecina república para trabajar abierta ó embozadamente en pro de la independencia de Cuba, se habló del incidente, y se discutió con osadía el derecho que las autoridades españolas de la colonia pudieran tener para aprehender y juzgar según las leyes de la guerra á los extranjeros que de modo manifiesto llegaban al teatro de la insurrección á favorecer con las armas en la mano la causa de los trastornadores de la paz pública.

En el seno mismo del parlamento americano se lanzaron esas especies, se acusó al presidente Cleveland por su condescendencia con los que se llamaban enemigos de la libertad americana, se le conminó para que de modo violento y usando de las fuerzas de tierra y mar de los Estados Unidos, exigiera la inmediata libertad de los prisioneros de la «Competitor,» de ciudadanía americana más ó menos dudosa, y ya era de temerse, que de un momento á otro, algún osado senador, ó algún diputado de pocas pulgas, pidiera en plena sesión se declarara la guerra á España, porque había usado del legítimo é inalienable derecho de propia defensa, al capturar en aguas territoriales de Cuba, un buque filibustero, salido de puertos americanos.

Mas pronto la tormenta quedó conjurada, merced á la prudencia y cautela del gobierno de la Casa Blanca, que no se dejó llevar de las declamaciones de los *jingoístas* patrioteros, y á la sagaz tranquilidad con que el gabinete de Madrid vió el asunto, mandando suspender á su debido tiempo la ejecución de los condenados á muerte, ordenando se repusiera el procedimiento, y discutiendo con diplomática flema los alegados derechos que creen tener los ciudadanos americanos, á ser juzgados por las leyes comunes de España y sus dominios, aunque sean sorprendidos en flagrante delito de violar las leyes de la guerra de un territorio declarado en estado de sitio, y sujeto por ende á las autoridades militares solamente.

Todo volvió á su estado primitivo en las relaciones hispano-americanas, y hoy apenas si hay alguien que recuerda los pobres prisioneros que en el Castillo del Morro de la Habana, lamentan en silencio su poca fortuna al emprender caballerescas aventuras en cercado ajeno, donde el fruto de la soñada independencia está resguardado por naves ligeras y certeros Maüssers.

Más si la cordialidad y buena fe del Presidente Cleveland en sus relaciones con España no han podido romperse, ni por las declamaciones populares, ni por las violentas explosiones parlamentarias del Congreso que si no han terminado en votos de censura, han acabado en manifestaciones de abierta simpatía por los que reclaman su libertad é independencia al fulgor fatídico del incendio y al estampido horrísono de la dinamita; si hasta hoy ninguno de los dos gobiernos se han dejado dominar por la pública opinión, incauta y arrebatada en ambos países, y poco inclinada á la prudente calma, sinó hambrienta y anhelosa de medidas, violentas; si hasta el momento presente, hay harmonía entre los gabinetes español y americano, la convención nacional republicana de St. Louis Missouri y su programa agresivo, en lo que se refiere á relaciones extranjeras, hacen temer por esas buenas relaciones en no remoto porvenir.

Si los partidos militantes que se disputan á porfía el poder en la Unión Americana que reñirán batalla campal en las próximas elecciones de Noviembre, difieren hondamente en la gestión financiera y están separados por un abismo en la cuestión monetaria, se separan poco en lo que se refiere á política extranjera y demócratas, republicanos y populistas, todos están de acuerdo en sus simpatías hacia los rebeldes cubanos, y hacen lo posible por rodearse de aura popular y atraerse el mayor número de adeptos predicando los derechos de beligerancia á los insurrectos y aun la intervención armada, ya con el fútil pretexto de protejer los intereses americanos, no bien asegurados por las tropas españolas, ó con el más ruidoso y llamativo de pelear por la libertad de todo un continente.

La convención de St. Louis lo ha declarado así en su programa político, presentando al candidato de su devoción, William Mc Kinley; y como es de esperarse que en parecidos términos se exprese el partido democrático, que próximamente celebrará su convención nacional en la populosa Chicago, cualquiera teme, y con razón, que el gobierno que en la Casa Blanca se inaugure en la próxima primavera, sea demócrata ó republicano, sea el ultra-proteccionista Mc Kinley ó el libre cambista Teller, ó cualquiera otro, tendrá que seguir las resoluciones tomadas en el areópago tremendo que lo llevará al poder.

Con razón los luchadores de la manigua no cesan un punto en su tarea de ruina y destrucción; quieren prolongar por un año más la lucha sin cuartel, para dar motivo y ocasión á la intervención extranjera que puede darles la adorada patria y la soñada libertad.

Con razón España, detenida un punto en sus operaciones de pacificar la revuelta Antilla por las inclemencias del clima, se prepara á nuevos sacrificios y á continuar su obra de titanes en el próximo otoño. Con sobrado fundamento, se nota constante actividad en sus arsenales y maestranzas: quiere terminar á la brevedad posible su tarea, y se prepara á rechazar agena intervención, en el desgraciado evento de que Estados Unidos quisiera obligarla á manumitir á sus insurrectos vasallos.

¡Ah si fuera tiempo de proponer y aceptar la autonomía! ¡Ah si el patriotismo español cejara un punto y concediera la libertad posible á los cubanos! Ah si los cubanos sólo pidieran la compatible libertad con su estado social! Cuántas lágrimas ahorradas! cuántas miserias economizadas!

X. X. X.

2 de Julio de 1896.

Interesante publicación musical.

En breve principiará á publicarse en esta capital un interesante periódico musical, editado y dirigido por el conocido profesor *D. Antonio Cuyás*. Sabemos que sus condiciones de suscrición serán excepcionalmente favorables para el público.

Deseamos mucho medro al colega.

Nuestro concurso fotográfico.

Muy en breve anunciamos á nuestros lectores cuándo se inaugura la exposición que tenemos proyectada con motivo de este concurso.

NUESTRAS REFORMAS.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre las reformas que anunciamos en nuestro número anterior y que empezamos á realizar en éste. Creemos que les complacerá, así la perfección relativa de los grabados que ilustran el nuevo pliego, como la amenidad de la novela que iniciamos. Tales reformas no hay que olvidarlo, son el principio de una serie de notables mejoras que El Mundo se propone realizar en breve plazo, corrrespondiendo así al favor siempre creciente que el público mexicano le otorga.

NUESTROS GRABADOS

EN JULIO.

"La tempestad se aproxima."

(*Composición y dibujo de Carlos Alcalde.*)

Es sugestivo el grupo que ha trasladado al papel el pincel de Alcalde. Julio arremolina en el espacio sus nubes espesas; la tempestad se acerca, y la feliz pareja, sin más medio de transporte que el humilde jumento, abrígase bajo un paragüas, como Pablo y Virginia se abrigarían con un quitasol.

La verdad es que las recias gotas que empieza á llover la nube tempestuosa, les contrarían poco. Se quieren bien y van muy cerca uno del otro. Acaso, acaso, en su interior, aplaudirán la lentitud del jumentillo que apenas puede con su doble carga......

Celosa....

La tremenda y avasalladora pasión de los celos, ha dado asunto para un cuadro más, en el que la única figura principal, muestra notable expresión y actitud.

Estamos en plena estación veraniega, y una linda muchacha, con su familia y su prometido, diríjese á una estación balnearia, donde los idilios, iniciados en la ciudad, entre el perpetuo bullicio mundanal, prosiguen, más bellos aún, ante la móvil inmensidad del oceano.

Mas una tarde, la joven, acompañada de su perro fiel y de sus pensamientos, va en pos de un sitio agreste en busca de perspectivas encantadoras y llega al borde de un cantil enorme. Allá abajo extiéndese la playa dorada, pulida por la lengua suave y acariciadora de las olas. De pronto, empequeñecida por la distancia, ve á una pareja; clávase en ella su mirada curiosa y advierte que el galán es su prometido. Entonces, lenta, muy lentamente avanza su cabeza para no perder un detalle. Detiene al perro que podía delatarla, y espera, sintiendo el aguijón espantoso de los celos, que termine aquella escena, de amor acaso, que tiene por solos testigos, el mar, los cantiles......... y el corazón turbulento de una doncella enamorada!

"Después del baño" y la "Fruta del cercado ajeno."

(*Dibujos de Leandro Izaguirre y de Martínez Carrión.*)

He ahí dos escenas bien diversas, pero ambas de genuina actualidad si vale la frase. El estío trae á la mente la obsesión de las aguas cristalinas y murmurantes; más hay no obstante quien se prive voluntariamente todo el estío, del baño, y no deje en cambio, por ninguna de estas nueve cosas, pasar desapercibidos el día de San Juan y el de San Pedro y San Pablo; el primero, en conmemoración del bautismo de Cristo, el segundo por una costumbre como tantas otras.

Tales días, el primero sobre todo, puéblanse las albercas de bañistas, y cuando el remojo ha concluido, viene el apetitoso almuerzo al aire libre, el almuerzo netamente nacional.

***

El estío, es también entre nosotros, la estación de las frutas. Los árboles de las huertas cuájanse de sazonadadas y jugosas peras, de aureas naranjas, de aguanosos melocotones, de olorosos mangos, y el rapaz, que es como el pájaro, acecha con golosa avidez esos tesoros, oculto por las cercas de espinos y en tanto que el guardián de la fruta dormita, ágil como una ardilla salva la cerca y encarámase al árbol de que pende el fruto codiciado. Más por su mala ventura sus compañeros parlotean como gorriones, despiértase el guardián y surge el conflicto, provocado siempre por el eterno pecado: el amor á *la fruta del cercado ageno.*

ESPECTACULOS.

Maggi estuvo en México el miércoles último, regresando en la tarde á Puebla. El mismo día en la noche, terminó en la ciudad de los Angeles la temporada teatral y el viernes último, Maggi y sus artistas salieron para Oaxaca.

Hay esperanzas de que vengan de nuevo á México.

***

Ricardo Bell, el inolvidable Ricardo Bell, que ha hecho reir á dos generaciones de niños mexicanos, estuvo muy enfermo en León; tanto que se temió por su vida. Por fortuna, merced á los hábiles cuidados de la ciencia, se halla restablecido y á la fecha debe haberse incorporado ya á la Compañía de los hermanos Orrin que actúa en Zacatecas.

***

Se encuentra en esta Capital el Sr. D. Francisco Peyres, hermano político de Ricardo Bell y representante de una Compañía de zarzuela que viene en camino para esta Capital, procedente de las Américas del Sur donde ha sido muy alabada.

Esa Compañía trabajará en el teatro-circo de Villamil, pues son empresarios de ella los Sres. Orrin.

***

Durante la corta temporada que la Compañía Dramática que dirige el Sr. Roncoroni estuvo en el Teatro Nacional, este señor quedó á deber á los hermanos Arcaraz como $2,000 por arrendamiento del teatro, luces y demás gastos de papeleta.

Por tal deuda se instauró un juicio en uno de los Juzgados de lo Civil, el que el sábado hizo notificar al señor Roncoroni que quedaba arraigado y que no podía efectuar el viaje al interior de la República que tenía proyectado.

El patrono de la parte actora es el Sr. Lic. Castillo Velasco.

***

Muy adelantados están los trabajos del nuevo Frontón que está construyéndose en la Avenida de Bucareli.

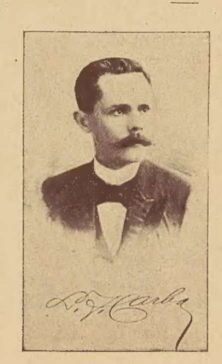
La actividad que en esa construcción se despliega, va á ser doblada dentro de pocos días.

Los propósitos de la Sociedad que construye el Frontón, son que el primer espectáculo se verifique el primer domingo del próximo mes de Agosto.

"La Ilustración Española y Americana" y el "Mundo."

La Ilustración Española, refiriéndose en su último número al banquete ofrecido en Abril al Sr. Presidente de la República por los capitalistas de México, banquete del cual publica una fotografía, se sirve hablar de nuestro semanario en términos laudatorios que por venir de un periódico de reputación casi universal, como el expresado, nos estimulan y alientan poderosamente, obligando en gran manera nuestra gratitud.

PERSONAL.



Según dijimos, últimamente llegó á esta capital el Sr. D. Luis Felipe Carbó, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Ecuador, y fué recibido por el Sr. Presidente de la República.

La misión del Sr. Carbó en México, está enlazada con la iniciativa de un Congreso Americano, formado por delegados de todo el Continente, la primera reunión del cuál, deberá efectuarse en esta capital. Tal iniciativa, se debe al distinguido ecuatoriano Eloy Alfaro, Presidente del Ecuador.

El Sr. Carbó y el Sr. Presidente de la República, cambiaron el día de la recepción oficial, frases de cordialidad y cariño, expresando su deseo de fortificar los lazos que unen al Ecuador y á la República Mexicana.

El Sr. Doctor Luis E. Ruiz, ha sido nombrado director general de Instrucción primaria.

NOTAS DE LA SEMANA

Se ha negado á los Sres. G. y O. Branniff y Compañía, el permiso que solicitaban para ensayar en las calles de la ciudad, el sistema de tranvías por medio de aire comprimido; ofreciendo el Ayuntamiento que si el ensayo se hace fuera de la ciudad, nombrará un ingeniero que estudie el sistema y dictamine acerca de la posibilidad de establecerlos en el centro de la ciudad.

D. G. Gautier, de París, ha pedido se le envié una convocatoria del alumbrado, para hacer proposiciones de contrata.

Varios vecinos de Tacubaya van á solicitar del Ministro de Gobernación que se digne disponer sea enviada á aquella población una bomba para incendios con su respectiva dotación.

El lunes, en celebración del Patrono de la próspera colonia de San Pedro de los Pinos, hubo una lucida fiesta.

A las 9 se efectuó en la pequeña capilla colonial una misa solemne á la cual asistieron los principales vecinos.

Desde las 11 se efectuaron en la Alameda de los Pinos, juegos acrobáticos, carreras á pie y en sacos con diversos premios, y en la tarde, á las 3, en la misma Alameda, un baile campestre.

En la noche hubo serenata y fuegos artificiales.

En los alrededores de la Alameda se improvisó una verdadera kermesse, á la cual concurrieron familias de Tacubaya, de Mixcoac y de esta Capital.

El domingo anterior, con motivo de ser el 20 aniversario de la Dedicación de la Parrroquia de Tacubaya al Sagrado Corazón de Jesús, se efectuó en aquel templo una solemne función; en la cual ofició de Pontifical el Arzobispo de Tarso y Visitador Apostólico Monseñor Averardi.

El Arzobispo de Oaxaca, Monseñor Gillow, oyó misa y comulgó antes de la función. Esta dió principio a las nueve y media, viéndose el templo excesivamente concurrido por lo más granado de la ciudad de los Mártires y principales familias de esta Capital.

Por haberse pedido amparo, se suspendió el jurado del Lic. Salazar y Murphy, acusado según se sabe de cuantiosa estafa.

Ahora sí es un hecho que próximamente pasará á poder de la Compañía americana, el manejo de los Ferrocarriles del Distrito. Esto será tan pronto como la aquella Compañía haga el último abono de la cantidad que se convino pagaría al contado, y esto será el día 6 del actual.

El Sr. Ministro Limantour devió salir el lunes último de esta capital, para viajar por algunas ciudades de la República; pero habiéndose exacerbado la enfermedad que viene padeciendo, suspendió tal viaje, trasfiriéndolo para ayer sabado, dado que sus males le permitiesen salir ese día.

El martes salió para Oaxaca el Sr. Lic. D. Rosendo Pineda.

El Sr. Pineda va como abogado del Diputado Don Eduardo Dublán á quien acompaña con objeto de arreglar un negocio particular.

Por acuerdo del señor Presidente de la República, seguirá funcionando en los ocho primeros días de este mes la oficina de liquidación de la Deuda Pública.

El señor Teniente Coronel D. Teodoro Altamirano, ha publicado en un periódico de la Capital una iniciativa, proponiendo se cree una medalla para los que concurrieron á las batallas de la Carbonera y al sitio y toma de la plaza de Oaxaca el 28 de Octubre de 1866.

Se cree que dentro de dos años estarán concluidas las obras emprendidas para la construcción del hospital generl.

Actualmente se está levantando un pabellón, el cual servirá como modelo para la construcción de otros veintitres.

Se expedirá una convocatoria, para buscar las mejores condiciones repecto á la construcción de dichos pabellones y se harán uno ó varios contratos, con quienes ofrezcan condiciones aceptables respecto de precio, plazo, etc.

Como se trasladarán al hospital general los de San Andrés, Morelos y Maternidad, los edificios en que aquellos se hallan serán enagenados.

Se habla de que el Hospital de San Andrés está ya vendido en $400,000 y el de Morelos en $300,00. Respecto al de Maternidad no se sabe aún el precio en que será vendido.

La obra costará poco más ó menos $1.000,000 y se cree como ya dijimos que se terminará en el plazo de dos años.

Damos, por el interés que tiene para las familias de los tripulantes del «Zaragoza,» el itinerario que seguirá este buque y la dirección que pueden usar:

Desde 25 de Junio á 26 de Octubre (vía San Francisco California) á Manila. Lista de Correo.

Desde 27 de Octubre á 12 de Noviembre (vía San Francisco California) á Singapoore. Post. Office.

Desde 13 de Noviembre á 12 de Diciembre (vía New York y Liverpool) á Colombo (Ceylan). Post. Office.

Desde 13 de Diciembre á 20 de Enero de 1897 (vía New York y Liverpool) á Port Said. Post Office.

Desde 21 de Enero á 14 de Febrero (vía New York y Liverpool) á Port Said. Post. Office.

Desde 15 de Febrero á 24 del mismo (vía New York y Liverpool) á Malta. Post. Office.

Desde 25 de Febrero á 24 de Marzo [vía New York y Liverpool] á Cádiz. Lista de Correos.

Desde 25 de Marzo á 15 de Mayo (vía Veracruz) á Habana. Lista de Correos.

La Srita. Alicia Cuenca, que desde niña había abandonado esta tierra en compañía de su madre, la inspirada poetisa Laura M. viuda de Cuenca, es en la actualidad profesora recibida en la Universidad de San Francico California.

Con tal motivo han sido muchas las felicitaciones que recibió por sus brillantes exámenes y el título alcanzado.

Felicitamos de todo corazón á nuestra colaboradora la inspirada Laura.

Desde el 1º de Julio, y en virtud del decreto de 17 de Junio, se reorganizó el personal de la Secretaría de Guerra, dándole nueva forma.

El lunes salió de esta ciudad por el tren del ferrocarril de Veracruz, un grupo de jugadores de Cricket.

Fué á Pachuca con el objeto de tomar parte en el *Match* que se celebró ese mismo día en aquella ciudad, entre ellos y varios miembros de la Colonia Inglesa, que los invitaron con ese objeto.

Terminado el partido, fueron obsequiados con un banquete.

Celebróse últimamente el matrimonio de la bella señorita Carolina Subikurski con el Sr. Licenciado Fernando M. Velásquez.

Se descubrió en el Monte de Piedad que hace muchos años un antiguo empleado venía robando á la casa, por medio del siguiente ingenioso procedimiento:

Como las bodegas se encontraban á su disposición, sacaba los objetos al patio y llamaba al valuador para que fijase la suma que se podía facilitar, es decir, empeñaba lo que ya estaba empeñado.

De este modo nunca se le dificultaban las operaciones. Era un filón interminable. Se le presentaba un inconveniente: el refrendo; pero el empleado, tenía fondos suficientes.

La cuestión se reducía á que no salieran á la venta los muebles empeñados dos ó tres veces, para que no se descubriese el fraude, que hubiera permanecido ignorado aún si no fuera por una casualidad.

Lo robado asciende á algunos miles de pesos.

La Junta Patriótica Española celebró una asamblea en el Casino de la Colonia Española, el día 29 de Junio á las 6 de la tarde, para votarse la subscrición por diez años para el aumento de la Marina Española y dar cuenta de lo bien que ha sido recibida la idea en la América Latina.

LA GUERRA EN EL SIGLO XX.
Aereo-naves combatiendo en defensa de una ciudad moderna.

Encuéntrase en esta capital el señor Obispo Montes de Oca.

Una compañía formada de accionistas mexicanos y americanos ha obtenido concesión para construir una línea férrea de la ciudad de Chihuahua á Batopilas.

La nueva Dirección General de Instrucción Pública, ha quedado organizada con el siguiente personal:
Director general, el Sr. Dr. Don Luis E. Ruiz.
Secretario, el Sr. Profesor D. Manuel Cervantes Imaz.
Oficial 1º, Profesor D. José Miguel Rodriguez y Cos.
Oficial 2º, Profesor D. Andrés Oscoy.
Oficial 3º, Profesor D. Eliseo J. Granja.
Delegado en la Ensenada de Todos Santos [Baja California,] Profesor D. Jesus Sigler.
Delegado en la Paz, [Baja California,] Profesor D. José Cardoso y Prieto.

Muy solemnes y concurridas estuvieron las fiestas de la seda en Irapuato.
Los premiados por sus trabajos de sericicultura fueron los siguientes:
1er. Premio, «Ministerio de Fomento,» consistente en un diploma hecho á la acuarela, firmado por el Sr. Gral. Diaz, y cien pesos en efectivo, familia de D. Atenogenes Cosío.
1er. Premio, de 50 pesos, Sra. Josefa Boullosa.
2º Premio de 40 pesos, Srita. María Romero.
3er. Premio de 30 pesos, Srita. Maria Arroyo.
4º Premio, de 20 pesos, Sr. Salvador Hernandez.
5º Premio, de 10 pesos, Sr. Rosalío Castro, y premios de 5 pesos, las personas siguientes:
Manuel Vargas, Refugio Rodriguez, Josefa Delgado, Vicenta García, Domingo R. y Ramirez, Anastasia López, Francisca Aguirre, Sebastiana Albarrán, Colín Weeb, Doctor Agustín Ferrer, Manuel Alcántara, Sabina Martinez, Petra de la Paz, María Ramirez, Lic. Ignacio Arroyo, Pedro Ramirez, Ramona Laguna, Soledad Murillo, Natividad Rangel, Jacoba Juárez y Srita. Solache.

Se rumora que la viuda é hijos del Sr. Bean, muerto últimamente en Tacubaya por un vagón del Ferrocarril del Valle, demandará á la Empresa actual de los Ferrocarriles del Distrito, por la cantidad de $60,000 que exige, como indemnización de tan irreparable pérdida.

Celebróse ya la primera Junta Preparatoria para el Concilio provincial mexicano, que debe abrir sus sesiones el día 23 del próximo Agosto, conforme á la convocatoria hecha por el Ilmo. Sr. Arzobispo de México.
Las Juntas Preparatorias para dicho Concilio, se celebrarán indistintamente en el salón de actos del Seminario Conciliar, ó en la Sala Capitular de la Iglesia Catedral.

El martes por la tarde se reunieron en las oficinas de la Secretaría de Fomento, el Sr. Ministro del ramo, el Sr. Gobernador del Distrito y los Sres. Hegewisch y Uhink, con objeto de tratar de la próxima Exposición de la Sociedad de Concursos de Coyoacán, que debe verificarse en el mes actual en el lugar citado.
La Exposición próxima será de frutas.

«AEREO-NAVES» EN OBSERVACIÓN.

PARIS.

Vistas electro-fotográficas de todo lo bello, maravilloso, é interesante de esta famosa metrópoli.

LA GUERRA EN EL SIGLO XX.

Como nota amena y divertida, publicamos dos grabados fantásticos que sugieren lo que será la guerra en la 20ª centuria, ya próxima, si Dios no lo remedia.
Uno de esos grabados representa varias *aéreo-naves*, acorazadas, combatiendo en el espacio en defensa de una ciudad moderna; la otra, la «proa» de una *aéreo-nave*, francesa, surcando el espacio. A lo lejos, navegan otras con gran velocidad.
Acaso habrá algún lector maligno que se sonría con incredulidad al ver tales grabados, y nosotros le acompañaremos, en su sonrisa, aun que echándole en cara su falta de fé en los miríficos descubrimientos que nos aguardan.
En efecto, dado el alcance actual del arte de la guerra, ya nada puede asombrarnos. La dirección de los areóstatos está casi resuelta, y una vez que esos vehículos ligeros como el viento entren en nuestras costumbres, la guerra tomará un aspecto inesperado: será aérea. Tendremos areóstatos acorazados, con su respectiva dotación de cañones formidables, sus motores incontrarrestables, sus aguerridos tripulantes, y ¡ay! entonces del que caiga en la pelea...... porque caerá de muy alto......
Lo que ayer era un sueño, es hoy una esperanza, y mañana, acaso, una realidad......... Entonces, los hombres, como los astros, podrán navegar
Por el piélago inmenso del vacío.......
ó del aire, lo cual es diferente; pero en fin, algo es algo.
Más basta de fantasías.
La sátira es fina y divertida y juzgamos que agradará á nuestros lectores. Quien dude, espere la vigésima centuria, que poco ha de vivir quien no la vea!

4 DE JULIO DE 1776.

120º ANIVERSARIO
DE LA DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA NORTE AMERICANA.

El 4 de Julio de 1776, fué aprobada por el congreso americano reunido en Filadelfia la solemne *Declaración* de la Independencia Norte Americana, signada por los representantes de las voluntades del Pueblo, y esta fecha gloriosa la conmemora con grande pompa la poderosa nación vecina, organizando así mismo los ciudadanos que de ella se hallan ausentes, regocijadas fiestas en los paises donde se han radicado.

Creemos de oportunidad, con tal motivo, consagrar algunas páginas al notable aniversario, reproduciendo el texto de la mencionada *Declaración*, que es sin duda uno de los más notables documentos históricos de la edad moderna, y publicando algunos grabados de oportunidad, tales como los retratos de todos los presidentes de los Estados Unidos, la Casa Blanca y el Capitolio de Washington.

La declaración de la Independencia fué redactada principalmente por Jefferson, y dice así:

«Cuando en el curso de los acontecimientos humanos necesita un pueblo desatar los lazos políticos que le han unido á otro, y tomar entre las naciones de la tierra plaza aparte é igual, á lo que le dan derecho las leyes naturales y las del Dios de la naturaleza, el respeto á la opinión de la humanidad le obliga á declarar las causas que le deciden á la separación. Juzgamos evidentes por sí mismas estas verdades: todos los hombres han nacido iguales; están dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables; entre estos derechos se cuentan la vida, la libertad y el procurar la dicha. Se han establecido gobiernos entre los hombres para garantizar estos derechos, y el poder del gobierno emana del consentimiento de los gobernados. Siempre que una forma de gobierno llega á ser destructora de este fin, el pueblo tiene el derecho de cambiarla ó abolirla y de establecer un nuevo gobierno, basándole en los principios y organizándole en la forma que juzgue más adecuada para darle seguridad y bienestar. La prudencia enseña, á la verdad, que no conviene cambiar por causas pequeñas y pasajeras los gobiernos establecidos de larga fecha, y la experiencia de todos los tiempos muestra, en efecto, que los hombres se hallan dispuestos á tolerar los males soportables mejor que á hacerse justicia á sí mismos aboliendo las formas á que están acostumbrados.

Pero cuando una larga serie de abusos y usurpaciones, que tienden invariablemente al mismo fin, marca el propósito de someterlos al despotismo absoluto, tienen el derecho, tienen el deber de rechazar tal gobierno, y de proveer, con nuevas salvaguardias, á su seguridad futura. Tal ha sido la paciencia de estas colonias, y tal es hoy la necesidad que les fuerza á cambiar sus antiguos sistemas de gobierno. La historia del rey actual de la Gran Bretaña es la historia de una serie de injusticias y usurpaciones repetidas, que tenían por fin directo el establecimiento de una tiranía absoluta en estos Estados. Para probarlo, sometemos los hechos al mundo imparcial.» Sigue después una larga exposición de los abusos de la metrópoli y los sufrimientos de las colonias, y termina con estas palabras: «Han permanecido también sordos (habla de los ingleses) á la voz de la razón y la consanguinidad. Debemos, por tanto, ceder á la necesidad que impone nuestra separación, y mirarles, con el resto de la humanidad, como enemigos en la guerra y amigos en la paz. En consecuencia, nosotros, los representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en Congreso general tomando por testigo de la rectitud de nuestras intenciones al Juez Supremo del Universo, publicamos y declaramos solemnemente, en nombre y por la autoridad del buen pueblo de estas Colonias, que las Colonias unidas son y tienen el derecho de ser Estados libres é independientes; que están desligados de toda obediencia á la corona de la Gran Bretaña; que todo lazo político entre ellos y el Estado de la Gran Bretaña está y debe estar completamente desatado; que, como los Estados libres é independientes, tienen plena autoridad para hacer la guerra, concluir la paz, contraer alianzas, reglamentar el comercio y realizar todos los demás actos ó cosas que los Estados independientes tienen derecho á ejecutar; y poseídos de firme confianza en la protección de la divina Providencia, comprometemos mutuamente para el sostenimiento de esta *declaración* nuestras vidas, nuestras fortunas, y nuestro bien sagrado: el honor.»

Los Jefes del Poder Ejecutivo, á partir del reconocimiento por Inglaterra, de la autonomía americana, han sido los siguientes, cuyos retratos hallarán nuestros lectores, con su número de orden, en otro lugar:

1º Jorge Washington, * en Bridge, Virginia, el 22 de Febrero 1732. † el 14 de Diciembre de 1799, dejando un nombre glorioso.

2º Juan Adams, * en Braintrie (Massachusetts) el 19 de Octubre de 1735. † en Quincey el 4 de Julio de 1826.

3º Tomás Jefferson, * en Shadwell (Virginia) el 2 de Abril de 1743. † el 4 de Julio de 1826.

4º Jacobo Madison, * el 16 de Marzo de 1751, cerca de Port Royal (Virginia). † el 28 de Junio de 1836.

5º Jacobo Monroe, * en el condado de West-Moreland (Virginia) el 2 de Abril de 1750. † el 4 de Julio de 1831.

6º Juan Quincy Adams, * en Massachusetts el 17 de Junio de 1767. † el 17 de Febrero 1848.

7º Andrés Jackson, * en la Carolina del Norte el 15 de Marzo de 1767. † en 1862.

8º Martín Van Bivien, * en Kinderhoo el 5 de Diciembre de 1782. † en 1862.

9º Guillermo Enrique Harrison, * en el Estado de Virginia el 9 de Febrero de 1775. † el 4 de Abril de 1841.

10º Juan Tyler, * en Charles City (Virginia) el 29 de Marzo 1790. † el 18 de Enero de 1863.

11º Jacobo Polk, * el 2 de Noviembre de 1795 en el Condado de Meklemburgo. † en 1849.

12º Zacarías Taylor, * el 24 de Septiembre de 1784 en el Condado de Orange (Virginia). † el 9 de Julio de 1850.

13º Millard Fillmore, * el 7 de Enero de 1800, en Summer Hill. † en 1874.

14º Franklin Pierce, * en Hilleborough (New Hampshire) el 23 de Noviembre de 1804. † el 8 de Octubre de 1869

15º Jacobo Buchanan, * en Pensylvania el 23 de Abril de 1791. † en 1868.

16º Abraham Lincoln, * el 12 de Febrero de 1809, en el Condado de Harding. Fué asesinado el 14 de Abril de 1865.

17º Andrés Johnson, * en Raleigh (Carolina del Norte) el 29 de Diciembre de 1808. † el 31 de Julio de 1875.

18º Ulises Grant, * en Galena (Ohio) el 27 de Abril de 1822. † el 22 de Julio de 1885.

19º Rutherford Hayes, * en Delaware | el 4 de Octubre de 1822.

20º Jacobo Abraham Garfield, * en Noviembre de 1834, en Orange (Ohio). Fué asesinado el 2 de Julio de 1881.

21º Chester Arthur, * en Albania el 5 de Octubre de 1831.

22º Grover Cleveland (reelecto en el período de 1892 1896) * en Nueva Jersey en 1837.

23º Benjamín Harrison, * en Indiana en 1835.

***

El capitolio de Washington, que sirve de ilustración á estas notas, es, y con justicia, motivo de orgullo para el pueblo americano, pues pocos gobiernos tienen un edificio semejante. Su extensión inmensa, las hermosas avenidas que lo circundan, sus elegantes y ricas salas, su airosísimo domo que tiene nada menos que 300 pies de altura, coronado por la estatua de la Libertad, los espléndidos parques que aumentan la belleza de su perspectiva, hacen de esa colosal construcción, digno objeto de la admiración de los viajeros.

Está colocado el Capitolio en una eminencia, á la cual dan acceso grandes puertas de hierro, y una vez que se han franqueado, deleítase la mirada en los jardines, las fuentes, las terrazas, dominándose además desde ahí la hermosa ciudad de Washington. En parte visible del Capitolio, levántase la colosal estatua del libertador, en cuyo pedestal se leen las siguientes bien conocidas palabras: *First in war, first in peace, and first in the heart of his country men.*—«El primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en los corazones de sus conciudadanos.»

La piedra angular de la parte central de este majestuoso edificio, fué colocada por Washington en 1792.

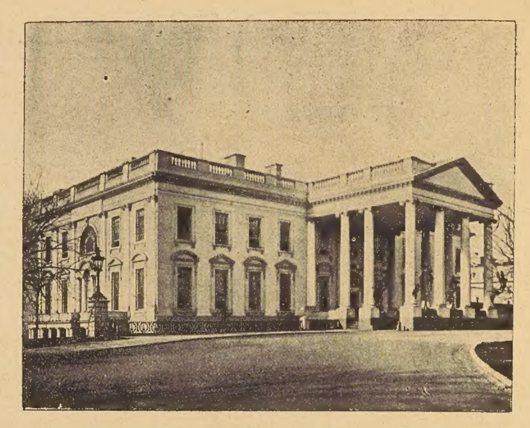
La Casa Blanca, universalmente llamada así, aun cuando su verdadero nombre es *the Executive Mansion*, por estar pintada de blanco, es la residencia de los presidentes de los Estados Unidos.

El primero que la ocupó fué el presidente Adams en 1800. Los terrenos que la rodean, comprenden unos setenta y cinco acres de terreno, estando destinados veinte acres á los jardines privados del Presidente.

El principal departamento de la Casa Blanca, es el «East Room,» riquísimo salón espléndidamente decorado, de 80 piés de longitud y 40 de anchura. La historia de la

Presidentes de los Estados Unidos.

EL CAPITOLIO DE WASHINGTON.



LA CASA BLANCA.

Casa Blanca es la historia de los Estados Unidos, puesto que en ella han residido, desde que empezó el siglo, los jefes de la Nación, y ningún americano la ve sin emoción respetuosa.

William Mc. Kinley.

Con el presente número publicamos el retrato del célebre proteccionista americano, William Mc. Kinley, candidato del partido republicano, para la Presidencia de los Estados Unidos en el próximo período constitucional, proclamado en medio de frenéticos aplausos por la Convención Nacional, reunida el 16 de Junio en la ciudad de St. Louis.

El Mayor Mc. Kinley, actual Gobernador del Estado de Ohio, al aceptar su candidatura, como lo acaba de manifestar á los delegados de la Convención que fueron á ofrecérsela á su residencia particular de Cantón; se hace el corifeo del partido, el porta-estandarte de sus devotos y partidarios, y se declara firme defensor del programa republicano; aprobado entre las protestas estériles de los partidarios de la libre acuñación de la plata y las explosiones regocijadas de los defensores del monometalismo oro.

Altas tarifas á las importaciones extranjeras que pueden competir con la industria americana; manto amplísimo que proteja y ampare le producción nacional, aunque el consumidor sea quien pague las diferencias; política extranjera enérgica, simpatías por insurrectos cubanos, y como corolario refuerzo y extensión de la marina de guerra; he ahí los puntos principales de ese programa, esa es la tarea de caudillo republicano, caso de que le sean favorables los comicios de Noviembre, y de que los demócratas, partidarios de la plata, los populistas y los republicanos disidentes no den al traste en las elecciones próximas con la popularidad creciente del *leader* levantado sobre el pavés, como el ídolo del día en las filas republicanas.

La catástrofe de Khodynsky.

Damos á nuestros lectores dos ilustraciones más, relativas á la espantosa catástrofe de Moscow, que nos parecen de oportunidad aún.

El campo de Khodynsky, pudo compararse sin duda el día del desastre, originado según hemos dicho por un movimiento de la multitud y una desigualdad del terreno, á un sangriento campo de batalla después de una tremenda lucha. Por donde quiera se advertía un amontonamiento de cadáveres ensangrentados que mostraban en su rostro las contracciones de su espantosa agonía.

La multitud rodeaba á los muertos, silenciosa, estupefacta, aterrada...... con ese estoicismo ruso, que no es por cierto la indiferencia.

¡Oh, que espantoso fué aquel espectáculo y cómo sobrevivirá en la memoria de los que lo presenciaron!

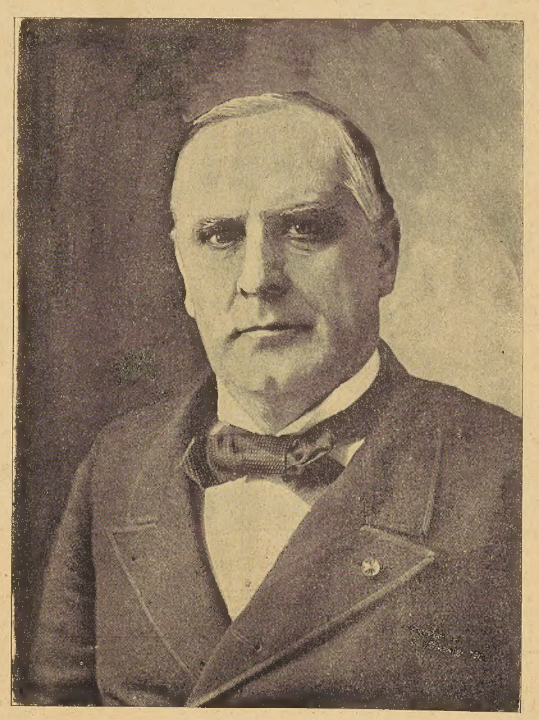
La vía férrea de Jungfrau.

El Jungfrau es uno de los montes, ó mejor dicho, grupo de montañas más pintorescas de Suiza, forma una de las lomas de los Alpes Berneses, que separa los cantones de Valais y de Berna. Tiene 13,671 pies de elevación, según unos, y conforme á la opinión de otros, 13,718; y deriva su nombre «Virgen,» ya del manto de pura nieve que cubre su cresta, ó del hecho de habérsele creído inaccesible hasta el siglo presente. Sin embargo, los hermanos Meyer, de Aarau, pretenden haberle subido. En 1828, algunos campesinos de Grindelwald llegaron al más alto pico, y tambien Agassiz. Forbes y otros, en 1841. El pico más elevado termina en una aguda punta, cuya cima sólo tiene dos pies de ancho.

Los adjuntos grabados indican la vía férrea, cuya construcción acaba de conceder el gobierno, después de un largo debate. Tendrá más de ocho millas y se levantará hasta una altura de 6,980 pies. Partiendo de Scheidogg, atravesará el interior de las montañas de Eiger, Mönch y Jungfrau, en cuya cima saldrá por medio del conducto de 216 pies de alto, que atravesará el cono central del Jungfrau.

Exceptuando la estación de partida, todas las demás, que son seis, se hallarán perforadas en la roca. Las estaciones tendrán todo el lujo posible, comedores y dormitorios pequeños, como los que tienen los vapores de las líneas americanas que van á Europa.

El conducto que lleva hasta la cima del Jungfrau, consiste en un enorme tubo adaptado al hueco vertical que se abrirá en la roca. Dentro de ese tubo de hierro, el ascensor sube y baja, actuado por un dinamo, que á su vez recibe su fuerza de un motor hidráulico que utiliza las aguas del lago Luchinen del Lauterbrunnen. Dentro del tubo hay una escalera espiral, por donde podrán subir las personas que no quieran tomar el ascensor.



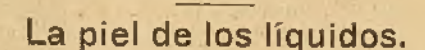
Hon. William Mc. Kinley, de Ohio.
Candidato del Partido Republicano para la Presidencia de los Estados Unidos.

El Veldómetro.

Este nombre extraño está formado de una raíz inglesa, *to melt*, fundir, y de otra griega, *metron*, medida, y se aplica á un aparato cuyo destino está explicado por su nombre. El veldómetro presentado á la Sociedad de Física de Londres, por el Profesor Ramsay y el señor Eumerfapoulus, tiene por objeto determinar rápida y precisamente los puntos de fusión de las materias que se liquidan á una temperatura elevada.

El Dr. Joly, de Dublín, es el inventor del aparato, que se compone esencialmente de una lámina de platino, calentada por el paso de una corriente eléctrica.

Las substancias que han de ser objeto del estudio, se colocan en pequeños fragmentos sobre la lámina de platino, y su temperatura de fusión se deduce de la dilatación de la lámina, en el momento en que se produce el cambio de estado, bajo la acción de una corriente de creciente intensidad. La graduación del aparato se ha establecido con ayuda de cuerpos, cuya temperatura de fusión es conocida. Los señores Ramsay y Eumerfapoulus, han practicado una serie de medidas sobre el punto de fusión de las sales de sodio, de litio, de estroncio, de bario, de calcio y de plomo; pero los resultados obtenidos no concuerdan con los hallados anteriormente por otros experimentadores y por medio de otros procedimientos, sin que haya sido posible explicar las diferencias observadas. La gran ventaja del veldómetro, estriba en la facilidad que ofrece de obtener determinaciones con muestras muy pequeñas y muy puras, por consiguiente. En cambio, no se presta á determinar los puntos de fusión de los cuerpos que experimentan una modificación química cuando se les calienta al aire libre.



La piel de los líquidos.

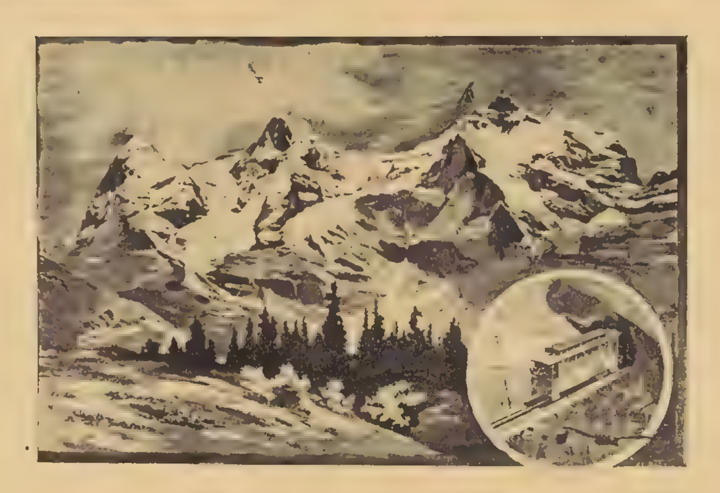
Las lágrimas son esféricas, según el profesor inglés Douglas, porque tienen piel. En efecto, los líquidos, y principalmente el agua, tienen la superficie cubierta por una piel finísima y muy elástica. Al zabullirnos en un baño rompemos un piel de inmensa extensión; pero como somos tan fuertes y tan pesados con relación á ella no lo notamos. Hay, sin embargo, millares de pequeños insectos acuáticos, entre ellos los tan conocidos *zapateros*, que se pasean, corren y saltan por la piel de agua, sin romperla, y que para zabullirse, tienen que buscar alguna rotura de aquella inmensa piel, alguna caída de agua ó algún sitio por donde salga del agua una planta cuyo tallo pueden seguir para el descenso.

LOS CAZA-TORPEDEROS.

En Inglaterra están dotando á la escuadra con un gran número de caza-torpederos para oponer os á las masas de torpederos que tienen las marinas rivales, y principalmente las francesas.

En los últimos días del pasado mes, han hecho pruebas de velocidad los caza-torpederos Ranger y Desperate: el primero construído por los Sres. Hawthorne Leslie y Compañía, anduvo el promedio 27·17 millas con 4,035 caballos de fuerza y 13 kilógramos de presión en las calderas. El segundo alcanzó la velocidad de 31 millas con 15 toneladas á bordo, y 30 millas y media en completa carga, con un trabajo 5,700 caballos en el primer caso y algunos más en el segundo. Como notable en estas pruebas se señala, y lo es, que los émbolos trabajaron á la velocidad de 6·20 metros por segundo sin inconveniente aparente.

Y decimos que sin inconveniente aparente, porque en los mismos días que tuvieron lugar las pruebas citadas, también las hicieron los caza-torpederos Surley y Havock, que aceptados por el Gobierno inglés después de brillantes pruebas en las que anduvieron más de 27 millas constantes, hubieron de ser objeto al poco tiempo de importantes reparaciones hechas en el arsenal de Portsmouth. Esos barcos que en sus pruebas de recibo alcanzaron la excepcional velocidad de 27 millas y desarrollaron 4,000 caballos, después de reparados no han pasado de 23 3 millas y fuerza de 3,281 caballos para el Surley y 2,225 el Havock. Dícese que ambos barcos harán nuevas pruebas después de algunas más reparaciones en las máquinas; pero malo es que se hayan perdido esas 4.7 millas, porque...... esas no volverán. Lo mismo que les sucede á los ingleses con sus Surley, Havok y otros, ha pasado á España con varios torpederos y hasta con el único caza-torpederos que tiene, y es de temer que no haya escarmentado, como lo es también que digamos que los japoneses le tomen la delantera en fuerzas navales.



LA VIA FERREA DEL JUNGFRAU.

LA LINEA DE PUNTOS INDICA LA DIRECCION DE LA VIA FERREA.

LA CATASTROFE DE KODYNSKY.

RECONOCIMIENTO DE CADÁVERES.

LA VIA FERREA DEL JUNGFRAU.

Uno de los coches entrando en un túnel de la vía. A un costado de esta hay una vereda para la gente de á pie. En la parte superior del grabado hay una estación que da frente hacia uno de los ventisqueros.

Vista de la vía férrea cerca de la cima del Jungfrau, en que se indica la vereda para los caminantes.

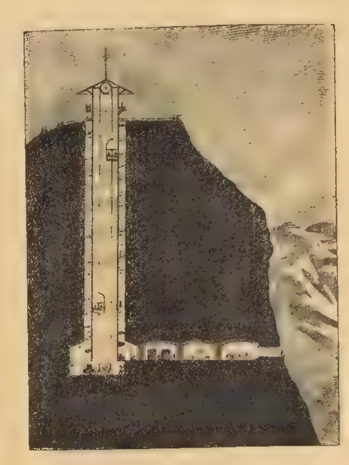
Esos buenos orientales, que en su país construyen actualmente varios buques de verdadera importancia y tienen contratados fuera dos buques de 12,000 toneladas, botaron el día 31 del mes pasado el acorazado Fují de ese desplazamiento, y superior en cerca de 3,000 toneladas al Pelayo.

El Fují tiene 1.4 metros de eslora, 22.26 de manga y 13.42 de puntal, y con el calado de ocho metros desplaza 12,450 toneladas. Las máquinas son dos, de 14,000 caballos de fuerza colectiva, con tiro moderadamente forzado. Las calderas son 10, de cuatro hornos cada una, repartidas en cuatro compartimientos estancos. La cantidad de carbón que puede el buque llevar en su calado normal, es de 700 toneladas; pero tiene carboneras para 1,200 toneladas, sirviendo el carbón para establecer una zona protectora de tres metros de ancho en una buena longitud del buque. El Fují está blindado en su flotación con una faja de planchas de acero *harveyizadas* de 45 centímetros de grueso y 2.40 metros de ancho en una longitud de 69 metros. Por encima de este blindaje principal, se extiende otro para la protección de la batería, que tiene 2.15 de ancho y 10 centímetros de grueso. Además, trasversalmente en los extremos de la zona acorazada, se han establecido unos travesees blindados de 15 centímetros, que se extienden hasta la cubierta alta y evitan las enfiladas.

El armamento del Fují se compone de cuatro cañones de 49 toneladas en dos barbetas blindadas y 10 piezas de 15 centímetros, distribuidas seis en la cubierta alta y cuatro en la principal. Las de la cubierta alta tienen gruesos manteletes de acero, y las de la principal van dentro de casamatas blindadas con planchas de 15 centímetros de acero níquel, como lo es todo el blindaje secundario. Tiene también tan poderoso buque, buen número de cañones de tiro rápido, revólveres y ametralladoras, y además, cinco tubos lanza-torpedos de 45 centímetros de diámetro. El buque está dotado con dos palos de acero tubulares, provistos de cofas armadas con cañones de tiro rápido y pescantes para izar los botes, que son en número de 15.

LA PINTURA MUSICAL.

Con la vibraciones producidas por la voz pueden tratarse dibujos preciosos, que reciben el nombre de *pintura musical*, que se obtienen valiéndose del instrumento llamado *eidófono*. Este aparato compónese de un receptor en forma de copa, cuya boca tapa, á modo de tamboril moruno, una membrana elástica perfectamente estirada por igual; un tubo comunica diagonalmente con el tallo hueco del receptor, y en la boca de este tubo, colocada más alta que en la membrana elástica, se canta la nota que ha de producir los dibujos.



LA VIA FÉRREA DEL JUNGFRAU.

El grabado indica el término de la vía férrea con su adjunto restaurante. Los pasajeros que no quieran tomar el ascensor, podrán subir por la vía circular que circunda el interior del cono.

Corte del ascensor en el interior del cono de Jungfrau.

Sobre las membranas se pone un poco de arena muy fina, ó de polvos de licopodio ó de alguna substancia semilíquida, y á las vibraciones producidas por la voz en aquel diafragma, estas substancias saltan, se separan, vuelven á juntarse y forman dibujos y figuras de perfecta simetría, y de las cuales no pueden formarse concepto exacto sino viéndolas.

LA CATÁSTROFE DE KODYNSKY.

Conducción de heridos al hospital de los obreros.

Celosa......--Cuadro de A. Weisz.

[Grabado en los talleres de «EL MUNDO.»]

La Leyenda del Mistral. (*)

HACE de esto mucho tiempo; no se cuantas veces cien años. Juan Pascual de la heredad de los Lodoños, estaba enamorado de Blanca Morelo, de la heredad de los Olivos.

La heredad de los Olivos estaba situada sobre la colina que separa el caserío de B y desciende hasta el mar.

Era una linda posesión, sonriente y bien cultivada.

El tío Morelo, hijo de un miserable leñador del Esterel, había encontrado ahí, quitando algunos troncos, una tierra tan rica, que dejó el hacha por la azada y aquello se convirtió en menos de tres años en una de las más bellas campiñas de la costa.

Era viejo, estaba ya cascado y no trabajaba más que por entretenimiento. Pero sus tres mozos de labor le reemplazaban medianamente bajo el ojo vigilante de la tía Morelo que trabajaba dos veces más que un hombre, como todas las mujeres del Mediodía.

Blanca, por su parte, ocupábase de los quehaceres de la casa y del huerto, un hermoso huerto lleno de árboles frutales, donde la niña trabajaba muy á su gusto y donde Juan, de la heredad de los Lodoños, la había besado por primera vez, por encima de las rosas de la cerca.

Se decía Juan el de los Lodoños como se decía Blanca la de los Olivos. Los Lodoños estaban lejos de ahí, en el valle de los laureles-rosas. Juan vió por primera vez á Blanca sobre uno de los manzanos de su jardín, un día que se metió por el bosque cazando becacines.—Viéndola fresca y gentil, quedóse con la boca abierta.

Ella por su parte le miraba sin disgusto, porque era un guapo mozo.—Después de un momento de silencio: «Buenos días, señorita, dijo: cazaba en vuestras tierras; he andado mucho al rayo del sol y no me vendría mal un vaso de agua!»

Fuese ella á la fuente que estaba próxima y le trajo agua fresca en una copa de madera. El bebió y le volvió la copa; pero como ella avanzase la mano, asióla él y atrayendo á la niña hacia la cerca de flores, le dijo con emoción: «Yo andaba cazando pájaros y he encontrado el más lindo de la comarca! Si no me equivoco, vos debéis ser Blanca la de los Olivos.—Sí, yo soy!—Pues sois más blanca que la flor de vuestros manzanos!»

Tenía la voz muy dulce...... Blanca no sintió que la atraía poco á poco hacia él y no se dió cuenta de nada, hasta que recibió un beso.

Yo soy Juan el de los Lodoños, exclamó él y huyó.

Ella le miró alejarse y cuando hubo desaparecido, repitió como un eco: «Juan el de los Lodoños.........

***

Al volver á la heredad, Juan dijo á su padre:

—Padre, yo quiero casarme y he encontrado la mujer que necesito: es Blanca de los Olivos, la hija del tío Morelo. El viejo tiene dinero, la madre trabaja firme, sus tierras son ricas y Blanca es la perla de San Rafael.

—Yo no digo nada, respondió el tío Pascual; pero Morelo es un viejo loco que fué á encaramarse allá arriba, sobre la colina, expuesta á todos los vientos y que trabaja menos para él que para el Mistral!

No devora acaso el Mistral la mitad de las cosechas? Fuerza es creer que para convertirse en labrador de simple leñador que era, ha hecho un pacto con el viejo bandido que de dos cosechas, toma una!

—Lo que le queda, replicó Juan, basta todavía para vivir!

Sí, pero si á Mistral se le ocurre un día de estos devorarle dos años de una vez, son gentes arruinadas.

Padre mío, yo os suplico que me dejéis casarme con Blanca! No seré feliz sino con ella!

—Pues bien, cásate, Pascual, consiento en ello! Mañana iré á ver á Morelo y á pedirle á su hija! pero con la condición de que no os caséis sino dentro de tres años! Y es preciso que durante esos tres años, Mistral respete sus cosechas; si devora una sola antes de este plazo, retiro mi consentimiento.

Cuando el tío Pascual hablaba todo el mundo debía inclinarse. Juan lo sabía y no tuvo más remedio que aceptar sus condiciones. El viejo era el primer labrador del país y no había en la comarca un padre que no se sintiese feliz de dar su hija al joven.

Así es que el tío Morelo se quedó encantado cuando Pascual aventuró las primeras palabras; pero cuando se llegó á la terrible condición, se rascó la cabeza, murmurando para sí:

«He aquí un matrimonio difícil.» Sin embargo, Juan era un partido tan bueno que Morelo aceptó, fiándose á la suerte y los dos jóvenes fueron en adelante vistos como desposados.

Ese año, la cosecha de los Morelo fué soberbia. Cuantas veces Juan tembló de miedo! Al menor soplo de Mistral, corría á ver si había derribado las espigas, si los olivos barrían los suelos, si la vid se había tostado. Pero Mistral acariciaba todo sin dañarlo y el granero de los Morelo se llenaba de buen grano y la cueva de buen aceite y de excelente vino.

Los jovencitos alentaban hermosas esperanzas. Se adoraban.........

Juan no frecuentaba ya el baile y pasaba en casa de Morelo las veladas del invierno.

Volvió la primavera, después el estío. Mistral amenazó con hacer de las suyas; pero aparte de algunos daños ligeros, la cosecha fué apreciable.

Con el corazón lleno de angustia vieron nacer los enamorados la tercer primavera. Los árboles estaban llenos de flores. Las espigas crecían que era un contento; la vid tenía tantos racimos como hojas; jamás el dulce mes de Mayo había hecho tantas promesas.

Al ver redondearse los frutos, formarse las aceitunas, crecer la cosecha futura, Juan se tranquilizaba poco á poco, pero Blanca se entristecía cada día más.

—Te aseguro, suspiraba, que no cosecharemos todo eso!

Juan intentaba volverle el valor, pero la inquietud le invadía y ya no cambiaron un beso que no fuese mojado por una lágrima.

Sin embargo el cielo estaba tan puro que hacia mediados de Mayo empezaron las quejas.

—Va á faltarnos agua, decía Juan.

—No la pidas, respondía Blanca; ¿que importa un poco de sequía? La cosecha será menos buena, pero bastará! Si lloviese en esta época, sería una lluvia tempestuosa......... y después de las tempestades es cuando Mistral es temible!

Blanca tenía sobrada razón.

Una noche, la atmósfera se cargó de vapores. Relampagueó toda la noche; al amanecer, cayó la lluvia, ligera al principio, después más fuerte; una lluvia abundante, penetrante; durante ocho días lloró el cielo sobre la tierra. Era entonces una maravilla el explendor de la campiña.

—Qué abundancia, decía Juan.

—Si Mistral no se enfadase!...... respondía supersticiosamente la novia.

Pero al atardecer del octavo día, el cielo se despejó repentinamente hacia el ocaso, dejando ehorrear los fuegos del sol que se hundía lentamente detrás de la Peña obscura. Después, el cielo se empurpuró y el golfo, apacible aún, tomó el aspecto de un lago de sangre.

—Somos perdidos exclamó Blanca.

Una hora después, Mistral, desencadenado, derribaba, rompía, quemaba todo en la heredad de los Morelo.

Juan, loco de desesperación, corría por todas partes gritando: «Detente, Mistral, detente! Piedad para dos enamorados que morirán si tu los separas!

Levantaba las manos como si así pudiese contener al viento; enderezaba las espigas caídas como si así esperase salvarlas!...... Mistral continuaba su obra, sordo a aquellas lamentaciones. Cuando el sol reapareció, el estrago era completo.

El tío Pascual, implacable, fué á ver por sus propios ojos el desastre. Juan le suplicó. Blanca se arrodilló ante él; los viejos Morelo lloraron. Pero nada se obtuvo: no había cosecha, pues no había matrimonio!

—Y si se os diera la seguridad de que Mistral no volverá más? exclamó de pronto la tía Morelo.

—La seguridad? qué seguridad!

—Una promesa firmada por él.

—Por Mistral?

—Sí, por Mistral y autorizada por el obispo de F......

—Si me traes eso, tía Morelo, doy en seguida mi consentimiento.

Y se alejó sonriendo con incredulidad.

Descendió la noche sobre la tierra. Juan dirigiose con Blanca á la heredad de los Olivos. I an cogidos de la mano y lloraban. Los viejos entraron después. En aquel momento, uno de sus mozos fué á anunciar que tres embarcaciones habían perecido en los arrecifes de la isla de Oro, en la punta de Aramonte.

—Infamias de Mistral! exclamó la tía Morelo, sí, yo quiero ir á buscarlo para decirle su precio!

Morelo balanceaba la cabeza, Blanca seguía llorando, pero Juan miraba á la vieja; él también tenía fe: los amantes creen como las madres!

—¿Y qué piensas decirle á ese bandido si das con su guarida?

—Le diré que si continúa destruyendo nuestras cosechas, ya nadie volverá á creer en el buen Dios, y que entonces el buen Dios podría vengarse en él, de la incredulidad de los hombres!

—Tenéis razón, tía Morelo! exclamó Juan; pero yo iré más de prisa que vos; vos no tenéis mis piernas de veinte años...... ni mi amor...... El premio de la empresa es para mí; yo debo, pues, intentar la aventura! Adiós mi Blanca adorada!......voy á buscar á Mistral.

Dióle la niña un último beso que centuplicó sus fuerzas, y desapareció en medio de la noche.

—Yendo siempre contra su soplo, pensaba él, estoy seguro de encontrarle.

Marchó, pues, contra el viento, y bien pronto estuvo en Trejus. Aquí es donde vive acaso, se dijo; pero un viejo á quien interrogó, le respondió: «No, anda más lejos; yo creo que vive en Puget.»

En Puget no encontró alma viviente; todo el mundo estaba dormido; pero buscando aquí y ahí, pasó de la población y encontró de nuevo el soplo de Mistral, barrien-

(*) Viento noroeste que reina en el Mediterraneo.

do el llano. «Viene de más lejos, se dijo; entonces vamos á Peña-obscura.»

En Peña-obscura, Juan notó que Mistral venía de Muy, y continuó marchando á lo largo de las riberas del río. Al aproximarse á la ciudad, vió que la ribera formaba un brusco recodo y que descendía á un valle profundo, entre dos líneas de montañas. «Con seguridad, exclamó, ese es el antro de Mistral!» Y apretó el paso y penetró en el valle.

Mistral no residía ahí. Sin embargo, todo estaba fresco y tranquilo; las praderas húmedas, los extensos juncales inmóviles, las aguas tranquilas, en el seno de las cuales parecían dormir vapores flotantes, testificaban que el bandido no tenía ahí sus escondites.

A la claridad de una luna descolorida, Juan distinguió una forma vaga que se mantenía acurrucada en el rincón más sombrío del valle, en un recodo de la ribera en que las aguas, detenidas por un ángulo demasiado violento, mostraban sobre su superficie de estaño, hierbas podridas, bestias muertas, detritus de todas especies, todas las inmundicias que el río pudo recibir en su curso, se amontonaban en este paraje. Desprendíase de él un olor pútrido, que el ser misterioso parecía respirar con delicia. Juan se aproximó y preguntó: «¿No es este el antro del Mistral?» La mujer se levantó: estaba vestida de un luengo velo verdoso, húmedo y viscoso, semejante al musgo de los pantanos. Sus manos, sus pies, su rostro, eran azules; sus labios eran violeta, sus ojos blancos y tiernos. Juan tuvo un extremecimiento. «Mistral» dijo la extraña criatura, no vive en la Crau! Es mi más cruel enemigo, y si estoy aquí, buen mozo, es para cuidarme de sus ultrajes. Yo me hallaba en los estanques de V...... cerca de la embocadura del río; él quiso sorprenderme y arrojarme con su soplo al mar; pero yo me agarré de las hierbas, y de junco en junco llegué hasta aquí, donde puedo burlar sus furores. Y tú, chiquillo, de donde vienes?»

—De San Rafael.

—Ah! ya sé...... yo estuve ahí!...... pero hace de eso muchos meses! ¿Hay todavía gentes guapas en San Rafael?

—Es claro.

—Oh! yo las amo! ¿Y muchachas lindas?

—Las más lindas de Provenza!

—Oh! yo las amo! ¿Tienes alguna hermana?

—Sí, y es muy hermosa.

—Iré á verla! ¿Tienes novia?

—Sí, la más linda de la comarca.

—Yo iré á estrecharla entre mis brazos!

—¿Vos?

Juan tuvo un nuevo extremecimiento.

—Sí! yo! iré á abrazarla, así como á todos los hermosos niños á quienes la noche sorprende jugando......Yo amo á todos esos dulces querubines! Las madres me conocen!......... Abrázame buen mozo!

Juan retrocedió con horror.

—Cuando menos dame la mano.

Y se la asió rápidamente, sin que él tuviera tiempo de retirarla. Pero no se sentía oprimido; sus dedos se hundían en una carne floja, que lo penetraba de un frío húmedo.

Huyó espantado.

Cuando salió del valle, Mistral, surgiendo repentinamente, por poco lo derriba; pero con gran asombro suyo, fué casi feliz al encontrarle y, respirando á todo pulmón el viento que había maldecido, sintió desvanecerse sus disgustos y su terror. La imagen de su bien amada, llorando, tomó de nuevo posesión de su pensamiento y borró la imagen de la mujer azul. Entonces, no pensando más que en su felicidad perdida, comenzó á acusar de nuevo á Mistral.

Pasó del Muy y fué á los Arcos y de los Arcos á Vidauban y de Vidauban á Luc. Cuán lejos estaba de la Crau! Pasó por otras poblaciones; en Carnoules, al volver la faz, vió el sol que se levantaba por encima del Estérel, allá, lejos, cerca de San Rafael. Y pensó: «Por ahí debe salir, porque ahí se halla todo mi sol.»

Y redobló su energía, para que el astro de oro no le abandonase en su camino.

Y no se detuvo. Anduvo tres noches y tres días. Y cuando su paso se debilitaba, procuraba sostenerlo con el ritmo violento de un canto de ira.

«Aunque vengas del cielo, de la tierra ó de la onda,
Es veloz tu carrera oh! maligno Mistral!.........
Tú difundes espanto en el mundo.
Tú soplas el mal.
Mistral furioso, temible Mistral!»

***

La noche del tercer día, á la incierta luz del crepúsculo, marchaba errante perdido en la Crau. Pero guiándose siemre por el soplo del Mistral, seguía, con la fe en el corazón.

Repentinamente vió á sus pies un abismo de bordes movedizos. Arenas y piedras daban vueltas en rápido torbellino, formando un prodigioso embudo, de donde surgía el viento con un ruido formidable.

—Aquí es! exclamó Juan, y quiso descender al abismo. Pero el viento lo sacudió, arrojándolo á veinte toesas de aquel sitio. Se levantó adolorido, y aproximándose al torbellino, llamó: ¡Mistral! ¡Mistral!

Mistral dejó de soplar. Y Juan se apresuró á bajar; pero pensando que quizás no volvería á ver la luz, contempló por última vez las estrellas, y volviendo sus ojos hacia el Este, vió, allá lejos, muy lejos, en el disco de la luna en las orillas del horizonte, un extraño fantasma que se deslizaba hacia San Rafael. Un extremecimiento recorrió todo su cuerpo, al reconocer á la mujer azul.

Pero sus miradas no tuvieron tiempo de seguirla en el espacio. El suelo se hundía bajo sus plantas, y se sintió precipitado en las entrañas de la tierra.

Cuando llegó al final de su caída, se levantó precipitadamente y miró el sitio á que la suerte lo había arrojado.

Por encima de su cabeza se redondeaba una bóveda colosal, tan alta, que el monte Vinagre hubiera podido bailar dentro de ella la farandola con el Bálsamo Santo y la roca Peña-obscura. Su forma, sobre todo, lo maravilló, y después de un largo examen comprendió que se encontraba sencillamente en el fondo de una odre inmensa. Las paredes eran de un azul de cielo, y por todo ornato no tenían sino una enorme cantidad de odrecillas, no mayores que catedrales, de color de viento, es decir, burbujas de azur. Una de estas burbujas aparentó fundirse y apareció un anciano:

—Yo soy Mistral. ¿Qué me quieres?

Viéndole tan venerable, Juan de los Lodoños cayó de rodillas y dijo con tono de súplica: «Vengo á rogarte, Mistral, que no arrases el campo de la que amo. Al venir te he maldecido; pero tu rostro es tan noble, tan franco, tan lleno de bondad, que te pido que me disculpes.

La madre de mi prometida me había dicho que te amenazara con la maldición de Dios; pero ya veo que no eres su enemigo y que únicamente por medio de las súplicas es como puedo obtener tu gracia. ¡No destruyas nuestras cosechas! No soples sobre nuestras tierras!......¡Yo te lo ruego, buen Mistral, no pases por San Rafael!

—Pobre niño, respondió Mistral, ¿sabes lo que me pides? ¿Qué sería sin mí la Provincia? ¿Olvidas que los calores de vuestros estíos caen sobre vuestros pantanos? ¿A quién has encontrado en las orillas del Argens? ¿A una mujer azul?......... Era la Peste......... En otros tiempos, cuando los viejos montes de los Moros estaban unidos al Esterel, la Peste reinaba en vuestras riberas; pero el buen San Sebastián que protege á San Rafael, vino á suplicarme que la arrojase. Entonces, vaciando todos mis odres, en un esfuerzo colosal, arrebaté con un sólo impulso tres montañas é hice el túnel de Peña-obscura que me permite pasar ahora. Y desde entonces, merced á mí, desconocéis la peste. Cada vez que tiene la audacia de presentarse, á la luz de la luna, la arrastro dentro del mar......... Y si soplo, desde hace cinco días, es que la he visto aparecer sobre las vacas muertas, en el Argens. ¿Me detengo hablándote?......... Pues ella se aprovecha de mi descuido, pobre niño. Está ya en la cabecera de la cama de tu hermana: Mañana estará en la de tu prometida.

—Ah! sopla! sopla! buen Mistral! prorrumpió Juan enloquecido; ¡sopla todo lo que quieras y perdona mi audacia!

—Yo te perdono, niño, porque me has sabido hablar. Tu súplica ha ido derecha hasta mi corazón, y quiero hacer algo por ti. ¡En vano luchará la Peste! Se salvará tu hermana; tu prometida no será atacada por ella. Regresa á San Rafael, y si en el camino admiras una flor ó una fruta, grítamelo muy alto para que yo pueda oírlo. Y ahora, déjame. Ya hace mucho tiempo que otros me reclaman.

Juan quiso darle las gracias, pero se sintió llevado por una ráfaga tan poderosa, que antes de tener tiempo de reponerse, se encontraba fuera de la Crau, en los campos floridos. Con gran asombro vió que era completamente de día; pero como tenía prisa de verse al lado de los suyos, se puso en camino sin tratar de profundizar el misterio.

No andaba ya, volaba! Mistral, por generosidad daba á sus piernas velocidad capaz de encelar á los pájaros.

Y cantaba alegremente:

«Aunque vueles al cielo, á la tierra ó á la onda,
Es tu soplo muy bueno, ¡Oh divino Mistral,
Pues arrojas la peste del mundo
Y nos libras á todos del mal!
Mistral amigo, amigo Mistral.»

Y en su creciente entusiasmo lanzaba exclamaciones al ver todo lo hermoso que había en los campos. En Aubagne, fueron los olivos los que le arrancaron este

grito. «Qué hermosos olivos! cuán precoces!»...... y como repitiese: «¡Qué bellos olivos, qué bellos olivos!......» creyó oír al viento, que decía:

—Sí, chiquillo, ya oigo, ya oigo!

En la Ciotat gritó: ¡Oh, qué hermosos trigos! En Ollioules: ¡Oh, qué hermosas viñas! En la Garde: ¡Qué hermosos manzanos! En la Farlede: ¡Qué hermosos almendros! En Cuers, en Carnoules, en los Arcos, en Peña-obscura, en Trejas: ¡Qué hermosos duraznos! qué bellas avenas! qué bellas moras! qué bellas rosas!...... Y cada vez murmuraba Mistral en sus oídos: Ya oigo, ya oigo!

El sol no se había puesto todavía, cuando, por un milagro en el que no se detuvo á pensar, tanta prisa tenía de dar y recibir noticias, se encontraba en los Lodoños.

—¡Tu hermana está muy mala! le dijo su padre.

—Debe estar mejor que anoche.

—Es cierto, repuso el anciano, pero se encuentra todavía muy debil.

—Es preciso tiempo para reponerse, cuando se ha sido tocado por la peste.

—¿La peste?...... Ya me lo había figurado, al verla ponerse toda azul...... ¡Ah pobre criatura!

No tengas cuidado. He visto á Mistral y me ha prometido que la salvaría.

—¿Mistral?...... Sí, cuando comenzó á soplar, la pequeña ha mejorado inmediatamente!...... Ah! si la salva de la peste, que sople todo lo que quiera!

—Entonces ¿me podré casar con Blanca?

—Si mañana, al salir el sol, tu hermana se encuentra completamente bien, iremos á los Olivos.

***

La joven enferma fué, quien, cantando alegremente, anunció el amanecer. No le quedaba huella de su horroroso mal.

El tío Pascual dijo á su hijo:

«Ven pronto á casa de los Morelo!» Y andando andando, murmuraba:

«Es una desgracia que ese viejo haya escogido una tierra expuesta á todas las violencias del viento!

Cual no sería su asombro al llegar, viendo, al Oeste de las tierras Morelo, una alta colina de arena que se habia amontonado ahí por la noche y que protegía los Olivos! Su admiración se redobló cuando, entrando en la heredad, la vió más rica que ninguna de las del país!...... todo era frutos y flores.

Y Juan no se engañó. Reconoció todo lo que habia admirado al paso. Ahí estaban los olivos de Aubagne, los trigos de Ciotat, los racimos de uvas de Olidules, las manzanas de la Garde, los duraznos, las avenas, los albérchigos, las moreras de Curse, de Cárnoules, de los Arcos, de la Peña-obscura, de Frejus...... Ahí estaban las flores de toda la Provenza!

Y corriendo con gritos de alegría en aquel jardín maravilloso, Blanca le pareció más bella que nunca. Se hubiera dicho que era el hada de las rosas.

Juan la apretó entre sus brazos y le dijo:

A Mistral es á quien debemos nuestra dicha! El recogió todas esas riquezas y te las trajo sobre sus alas! Dale las gracias, mi bien amada!

Pero una brisa rezagada que llegaba dulcemente de la Crau, les suspiró al oído: «No; es á San Sebastián á quien hay que darle las gracias; porque si á Mistral debéis vuestra alegría de ahora, el pueblo de San Rafael debe al buen San Sebastián tener á Mistral!»

Entonces los dos enamorados cortaron las más hermosas flores del jardín, y fueron á cubrir de ellas el altar de San Sebastián. Y lloraron, vertiendo calientes lágrimas, y en un transporte de su ternura, se besaron en la capilla.

Y he aquí por qué, durante muy largo tiempo, antes de que la gente fuese incrédula, los novios iban juntos á esa capilla: Porque esa capilla había guardado el eco del beso de Juan de los Lodoños y de Blanca de los Olivos.

Y ahora, todavía, después de la puesta del sol, cuando Mistral sopla dulcemente (yo que os hablo lo he oído, porque era el tiempo en que yo amaba......... y sólo los enamorados lo entienden.........) si se sienta uno en las ruinas y le presta atento oído, se encanta al oír de pronto un ruido suave y ligero, como un vuelo de mariposas.........

Y es un ruido de besos.

P. Barbier.

ESO ......¡NO!

Que ya no me querrás...... Estaba escrito!
Si me tuviste amor, que no lo creo,
Debió en tu pecho fenecer, marchito
Por el ardiente fuego del deseo.

¿Que yo te quiero aún?...... Torpe mentira;
No concibo virtud y vicio unidos,
Y la virtud en la pasión, espira
Con el inmenso ardor de los sentidos.

¿Que soy culpable?...... Lo seré si quieres...
Si condenas el fuego porque enciende
El debil combustible á que lo adhieres,
Tan inflamable en sí, que sólo prende:

Si culpas al oleaje que se agita
Y eres el huracan que lo levanta,
Si viendo que hacia tí se precipita
Te llegas á su encuentro y no te espanta!

¿Que yo te debo amar?...... Absurdo anhelo.
No debe amar al viento que la azota
El ave que á la altura tiende el vuelo
Y combatida, en el abismo flota......

No debe amar el rayo detenido
Al hierro que altanero se le impone......
No debe amar el astro obscurecido
Al grueso nubarrón que se interpone.

¿Que un día te amaré?...... Vana esperanza!
¿Se puede amar la endurecida llaga,
Cuando el cauterio á deshacerla alcanza?
¿El incendio voraz cuando se apaga?

¿La triste obscuridad que se disipa?
¿La negra tempestad que se conjura?
¿El alma puede amar, que se emancipa,
Al barro material de su clausura?

¿Que no te olvidaré? ...... ¡no! no se olvida
El mal que se recibe en torpe engaño:
Podré curar la envenenada herida;
Pero no olvidaré quien me hizo daño.

Luis E. Nervo.

Julio de 1896.

A UNA AZUCENA.

Flor sencilla y pudorosa, flor de cáliz de alabastro
Que en los rizos de mi novia fulguraste como un astro,
Me seduces porque tiene tu corola inmaculada
Las enfermas palideces de la frente de mi amada.

En el perfume que emerge de tu corola de armiño,
Simbolizan los amantes la ternura y el cariño,
Y en la pálida blancura de tus pétalos sedeños,
Ven sutiles radiaciones de esperanzas y de ensueños.

Flor de níveas limpideces, blanca flor de mis amores,
Eres tú la inmaculada princesita de mis flores,
La que encierra entre los tintes de sus nítidas alburas
Castidades enfermizas de invioladas hermosuras.

Sobre el marmol palpitante de su frente pudorosa
Te prendió mi tierna amada con su mano cariñosa,
Alumbrándote en la mística penumbra de sus rizos
Con la luz de sus miradas y el fulgor de sus hechizos.

Flor sencilla y pudorosa, flor de cáliz de alabastro
Que en los rizos de mi novia fulguraste como un astro,
Me seduces porque tiene tu corola inmaculada
Las enfermas palideces de la frente de mi amada.

Julio de 1896. Benito Fentanes.

Damas distinguidas de la República.

Srita. Luz Ballina.
[de Toluca.]

HOJA DE ALBUM.

En el Album de la la Srita. Luz Ballina.

El verso es una flor...... ¡Ay! yo quisiera
Un madrigal que en el ambiente puro
Sus aromados pétalos tendiera,
Y ebrio de orgullo al fin desfalleciera
Preso en la red de tu cabello obscuro.

La estrofa es una estrella...... Yo he querido
Una dulce canción que, como un astro,
Con su fulgor de oro encandecido
Viniera, desde el cielo obscurecido,
A iluminar tu frente de alabastro.

Pero tú, primavera, luz y esencia,
Todo lo tienes ya...... tienes la aurora
Iluminando apenas tu existencia,
La infinita bondad en tu conciencia,
La poesía en tu alma soñadora.

Todo lo tienes ya...... Pálida rosa
Es tu semblante; los claveles rojos
Se entreabren en tus labios, y, gozosa,
La ilusión,—esa errante mariposa,—
Va á quemarse en el fuego de tus ojos.

Al mirarte, palpitan los ensueños,
El sol de los amores se levanta,
Y ante horizontes claros y risueños
Entre la bruma de oro de los sueños
El ave azul de la ventura canta.

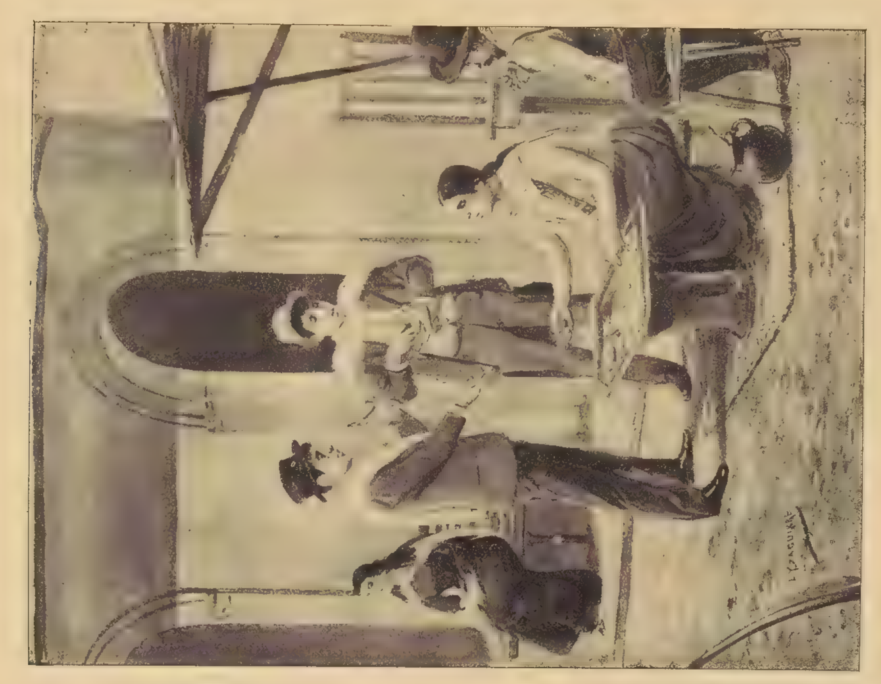
Eres bella y feliz...... La lengua humana
A cantar tu hermosura se rehusa.
Para tí el esplendor de la mañana,
El hossana triunfal, ¡oh soberana!
¡Oh, victoriosa reina, oh joven musa!

Junio de 1896. Francisco M. de Olaguíbel.

ASONANCIAS.

En las noches de largos ensueños,
En las noches de fiebres intensas,
Cuando llega el insomnio y revuelve,
Con la mano, mis locas ideas;
Cuando salen, vestidos de nuevo
Los recuerdos antiguos y llegan
A tocar al dintel de mi alma
Que, riendo, les abre las puertas;
Cuando vuelven las horas de luto;
Y arropadas en clámides negras,
En tropeles confusos y enormes
Por las calles desiertas pasean;
Cuando todo en la sombra dormita,
Y la lluvia nocturna golpea
De mi cuarto el balcón, aparece
Mi esperanza, con cara de enferma,
Mi esperanza imposible, la loca
Que padece la extraña demencia
De querer reanimar lo que ha muerto,
¡De querer reanimarte, mi reina!
Porque quiere infundir á tu imágen
El calor de tu aliento, y por verla
Palpitar á su lado, se arroja
En los brazos de extrañas quimeras.
Yo sé bien que tu imagen sagrada,
En las noches de fiebres intensas,
Como tú, en otro tiempo lo hacías,
Con sus brazos, mi cuello rodea.
Y me canta las frases que he oido
Tantas veces en noches como esas,
En que salen las horas nocturnas
Arropadas en clámides negras.
Sí, mi virgen, yo se que me asistes
En mi atroz decaimiento y que llegas
A dejar en mi frente ardorosa
El calor de tus besos de muerta;
Yo te siento reír á mi lado,
Y la sangre retoza en mis venas,
Mientras arde en mi copa de ajenjo
El fulgor de tus ojos de reina.
¡Oh, bien mío! Las sombras piadosas
Han reunido tus formas dispersas,
En tus ojos se ven las miradas
Como luz de lejanas estrellas;
¡Oh, mi virgen! la muerte me quiere
Y te quiere también: ¡Es tan buena
Que permite que vuelvas ahora
A reír á mi lado, mi reina!
Ya no tardes, te espero con ansia;
Con tus brazos mi cuello rodea
Y desgrana en mi frente ardorosa
El florón de tus besos de reina.
Ya no tardes ¡te espero hace tanto!
¡Son tan negras mis horas de espera!
¡Son tan largas las noches que llevo
Arrullando tu imágen, sin verla!
¡Ven! Acércate pronto; descansa
A mi lado, muy cerca, muy cerca,
¡Que tus manos, temblando en las mias
Me acaricien aún...... ¡Llega, llega!
Tú, no llegues, ahora; no llegues
¡Sus contornos, por Dios, no disuelvas!
¡Deja arder en mi copa de ajenjo
El fulgor de sus ojos de reina!

Julio de 1896. Antenor Lescano.



Después del baño.
DIBUJO DE LEANDRO IZAGUIRRE.

La fruta del cercado ajeno.
DIBUJO DE J. MARTINEZ CARRION.

EN LA IGLESIA.

Con seguridad mis lectores van á aplicarme en esta vez el dicho vulgar de que: «*en todo es toy, menos en misa,*» según lo que les voy á contar; á lo que, confesando mi pecado, me acuso de haber perdido algunas misas por estar en ellas sólo de cuerpo presente, y tener mi imaginación en continua batalla con las innumerables inconsecuencias que cometen la mayor parte de los fieles que asisten á las ceremonias religiosas, y muy especialmente á misa.

Vaya!...... qué quieren ustedes...... no lo puedo soportar;llámenme intolerante si quieren, ó lo que gusten; pero en cuanto veo alguna *vieja* mística, no verdaderamente devota, entendámonos; sino de esas que hacen visititas dentro de la iglesia, de aquí para allí, que entran y salen, que cuchichean; que le hablan al sacristán, que encienden y apagan velas, etc.; y que están como yo cuando las estoy mirando, en todo, menos en lo que debiera; me distraigo tanto que olvido la devoción y hasta lo que iba á pedirle á Dios, y por más que me santiguo y me hago cruces de agua bendita, no se me quita de enfrente el demonio, que en tales casos es la vieja que con sus impertinencias me tiene abstraida la atención.

Digo la *vieja*, porque son las mujeres, aunque no precisamente viejas, las que más *fandangos* tienen en la iglesia.

Es día de fiesta: el templo está completamente lleno de gente, porque han dado la última llamada á misa, y Doña Coleta que comenzó á alistarse desde antes de la primera, llega echando el alma por la boca, llevando consigo un cargamento de libros y cuadernillos. Pero...... por dónde entrar?...... Pts!...... eso es *torta dada* para las señoras: con permiso, dicen, cuando ya le han dado á uno un empellón haciéndose caber *afortiori*, cayendo uno de narices sobre el individuo que le antecede, y aquel sobre el otro como los soldaditos de baraja. Y esto es brincar gente, ó mejor dicho pisar: aquí le ponen el pié encima á una persona, acá le remuelen un tobillo á otra perdiendo el equilibrio y le arañan por añadidura la cabeza para sostenerse; más allá pisan á un niño que chilla como un desesperado, á lo que la madre de la criatura les corresponde con un retorcido pellizco en un pantorrilla; y así, haciendo el rey del aire, llegan por fin hasta cerca del presbiterio donde creen que están ya muy bien, y aunque sea en un decímetro cuadrado, se dejan caer más anchas que una verdolaga en huerto de indio.

Así llega Doña Coleta.

—Ay, señora, que no mira! Parece burro!.........

—Pues hágase para allá tantito, mujer; para qué quiere tanto campo!

—¿Qué no vé cómo estoy de apretada?.........

—En el nombre del Padre y del Hijo........ Hágase para allá......... y del Espíritu Santo!

—No más á eso vienen á la iglesia!.........

Doña Coleta no se dió por entendida de los piropos de la oprimida. Pone su tercio de novenas sobre la falda de otra vecina, y se cala sus anteojos estrellados de un vidrio y con una so a patilla, fungiendo como tal en el lado contrario una cinta mugrienta. Coje su libro de hojas sucias y amarillentas y se pone á rezar, dizque en voz baja; pero yo aseguro que con su rezo, acompañado de sus correspondientes visages y pucheros, quita la atención á cuantos la rodean.

Ya para el lavatorio, la mujer oprimida por Doña Coleta no sabe si está en misa ó en su lecho; pero esta que lo advierte y que siente el cuerpo de la vecina pesar sobre el suyo, se retira violentamente para que caiga la otra al faltarle el punto de apoyo.

La dormilona le echa una terrible mirada, haciéndole una mueca; pero no pasan dos minutos cuando ya está otra vez en brazos de Morfeo, dando cabezadas á diestra y siniestra.

Coletita espía el momento oportuno, y con mucho disimulo se quita un alfiler y lo hace sentir en la posadera de la mujer, que dá un salto, abriendo los ojos; pero antes de que tenga tiempo de hablar, *nuestra vieja* le reconviene con *todo el derecho* de......... su osadía.

***

—Conchita, te levantas temprano porque mañana es día de misa, hija. Ya encargué á la criada que nos hable para la misa de seis.

—Ay, Dios! mamá; la misa de seis es muy temprano; quién se ha de levantar á esa hora? Además, que van puros rancheros, y sólo de su pestilencia á guaraches no puede uno oír la misa. No ve usted que á la de once es á la que va la aristocracia?

—Ah!...... eso es lo que tú quieres, no? Ir á la misa de once para ponerte dos mil perifollos, y ver allí á Juanito, á Luisillo...... á las amiguitas......

—No, mamá, no es por eso; sino que.........

—Pues nos iremos á la de siete.

Sea por Dios!

A la media para las siete comenzaron los trabajos de la pobre criada para despertar á Conchita; y dejaron la misa, y llamaron la de ocho, y no fué posible que *la niña* abandonara el lecho.

Con *la fresca* de las nueve y media fué saliendo de su recámara con la *furia* como un volcán en erupción, y con los ojos *pitañosos*, como le dice su mamá.

—Conchita, son las nueve y media y no te has arreglado: ya mero llaman la misa.

—Mamá, falta más de una hora!......

—Pues anda, niña, alístate, porque eres *muy pachorruda*; ya te conozco.

Y no carecía de razón la mamá de Conchita.

—Niña, ya es la segunda llamada de misa de once!

—Ya voy, mamá!

—Te has hecho esos chinos más de diez veces, y ya te acabas el polvo.

—Válgame Dios, mamá!...... ya voy!

La mamá lleva ya cinco minutos en el zaguán esperando á Conchita, hasta que al fin llega ésta cargando con el banquillo de moda, por el que ocupan doble lugar, y cuando piensa que ya van á salir, vuelve á entrar la señorita, diciendo:—Ah! espéreme usted tantito, mamá, que voy *por acá*......

Por fin se van, y á las dos cuadras van ya escoltadas por el pretendiente de Conchita acompañado de sus secuaces.

Llegan á la iglesia y como están en la última llamada hay gran tumulto. La gente de afuera arremete sobre la multitud de adentro, y hay gritos, apretones y caidas, y aquello parece un pronunciamiento.

La mamá de Conchita está mohina por que la han metido como malacate, es decir, dando vueltas.

La niña está con *un ojo al gato y otro al garabato;* vé su libro sin darse cuenta de lo que lee, porque entre ella y Juanito, que se luce en cometer irreverencias, se ha establecido un tiroteo de miradas que parece fuego graneado. A ambos podría preguntárseles después de qué color era la casulla.

Dime, lector, si no ha de distraerse uno con todas esas cosas. ¿Podrás oir misa con un muchacho que chilla y se retuerce en brazos de la madre, porque esta se empeña en que la criatura ha de estar con devoción? Que al fin la suelta, y gateando el *angelito*, se viene sobre tí para *hacer solitos* agarrado de tu pantalón?...... Viendo á un ranchero que con sus manos enguantadas de......... algo que no es seda, cabritilla ni gamuza, sumerge una en el agua bendita, dejándola con ojos de grasa, se echa un asperjes en la cara, se hace una cruz en el pecho, otra en la nuca y otra en el estómago?.........

***

—Ay, ay, ay! mamá!.........—grita un muchacho que está en maitines, y á quien un acólito ha tomado como base al pasar con el cirial.

—¿Qué tienes, niño?

—Me pisó un maitín!...... me pisó un maitin!

Pedro Amézquita.

Julio de 1896.

MIGAJAS.

Te quiero, y es mi amor tan verdadero,
que aun no sé si te quiero ó no te quiero.

Se casará mañana, y es sabido,
que á su reputación poniendo el sello,
habla de su adorado prometido......
como se suele hablar de todo aquello
que nos es demasiado conocido.

Al baile va Librada entusiasmada.
¡Dios permita que salga bien librada!

Audaz, provocativa, hablando á voces,
exclamaba Isabel:—No me conoces. –
Y era cierto, en la noche de aquel día
ni á sí misma Isabel se conocía.

***

Aunque es la infiel más pecadora que Eva,
no se preocupa de ello;
pues cree que ha de ir al cielo porque lleva
la Virgen del Pilar colgada al cuello.

***

Las almas muy sinceras,
confundiendo mentiras y verdades
después que hacen de sueños realidades,
elevan realidades á quimeras.

***

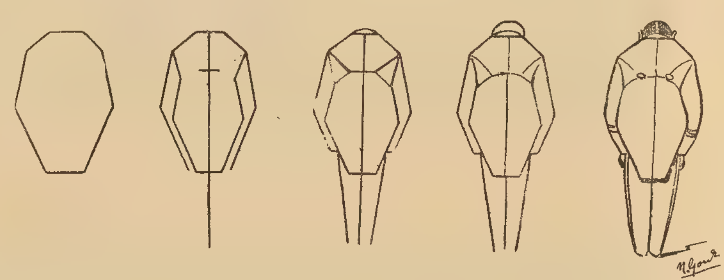
Ayer le enajenabas con tu acento;
pero hoy ya le constipas con tu aliento.

***

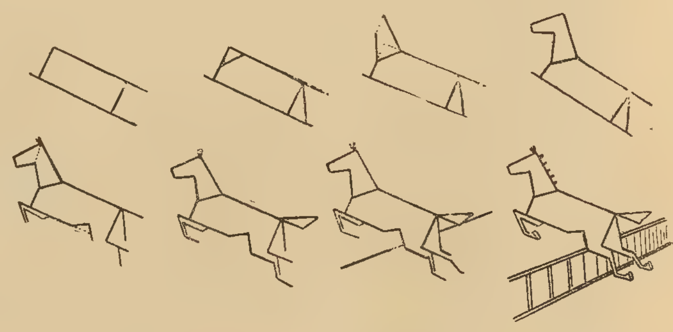
La gloria vale poco ante la historia,
pero ¿vale algo más lo que no es gloria?

Campoamor.

EL DIBUJO AL ALCANCE DE TODOS.



LACAYO SALUDANDO.

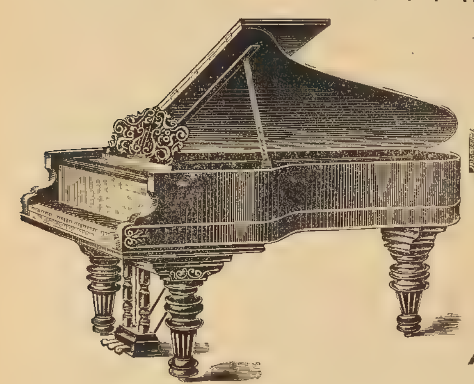


CABALLO SALTANDO.

COCHINO BEBIENDO.

A WAGNER Y LEVIEN.

GRAN FABRICA DE PIANOS.



Puebla,

México,

Guadalajara.

The EVERETT PIANO.

Con pedal de Combinacioes imitando

Arpa, Mandolina, Zitara Autoharpa, etc., etc.

Agente de los celebres

ORGANOS DE LA CARPENTER COMP.

cuyos precios varian entre $100—$150—$200 etc., etc.

Pianos "Steinway"

de la *mejor fábrica del Mundo* establecida en *New York.*

Unica casa en la República que da plena garantía por la buena construcción de los instrumentos que vende.

Precios sin competencia.

LA DIABETES.

La curación radical de esta terrible enfermedad se obtiene tomando el remedio vegetal llamado

XICOTL,

cuya medicina se recomienda por si sola por los innumerables casos desesperados ya curados. Está examinada por el Consejo Superior de Salubridad Pueden pedirse los certificados para cerciorarse de su eficacia.

No ha fallado en ningún caso. Precio de un paquete que dura 8 días $6.00. Propietario J. Brun.

Depósitos principales: Droguería de Plateros núm. 9 y Droguería de José Uihlein Sucs. Coliseo Nnevo número 3.—MEXICO.

Desafío fin de siglo.

Pectoral de Cereza
del Dr. AYER

NO TIENE IGUAL

Para la curación rápida de

Resfriados,
Toses, Gripe,

—Y—

Mal de Garganta.

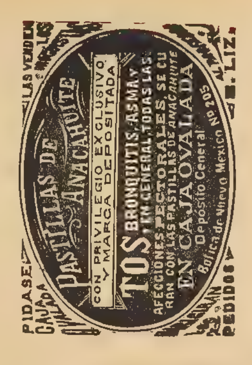
Alivia la tos más aflictiva, palia la inflamación de la membrana, desprende la flema y produce un sueño reparador. Para la cura del Garrotillo, Tos Ferina, y todas las afecciones pulmonales á que son tan propensos los jóvenes, no hay otro remedio más eficaz que

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

PRIMER PREMIO EN LAS Exposiciones Universales de Barcelona y Chicago.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

☞ Póngase en guardia contra imitaciones baratas. El nombre de —"Ayer's Cherry Pectoral"—figura en la envoltura, y está vaciado en el cristal de cada frasco.



VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr. FRANCK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs *En todas las Farmacias.*

Dr. Máximo Silva — 3a Calle del Ciprés núm. 3. Consultas diarias DE 2 A 6 P.M.

Enfermos del Estómago

Es conveniente convencerse de que el DIGESTIVO MOJARRIETA es lo único positivo, lo único que cura radicalmente las enfermedades del Aparato Digestivo, y exigir grabado sobre cada Oblea, el nombre DIGESTIVO MOJARRIETA.

Dispepsia, Gastralgía y Enteritis crónicas

con sus síntomas: Agrios después de las comidas ó Acidos del estómago, Sed excesiva, Hinchazón ó Peso en el Vientre por poco que se coma, Digestiones lentas ó incompletas que producen Repugnancia, Mareos. Dolores de Vientre, Vómitos biliosos y Diarreas crónicas.

Son enfermedades que según enseñan millares de personas bien conocidas y respetables, á quienes se vió sufrir durante *muchos años* y además reconocen eminencias médicas de varias naciones, sólo se curan *completa y radicalmente* con el

Digestivo Mojarrieta.

En todas las Droguerías de México.

ASMA y CATARRO (Cajita 2 fr.) **CIGARRILLOS** ó el Polvo **ESPIC**

J. ESPIC, 20, rue Saint-Lazare, PARIS, Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS.

ES EL REMEDIO Más seguro PARA TODA CLASE

de heridas, tumores, llagas, úlceras, golpes, uñeros, picaduras de animales ponzoñosos, erisipela, hemorroides, quemaduras, etc., etc.

Está recomendado desde hace más de 35 años por los médicos más eminentes

Siete Diplomas y Medallas de Oro.

SE GARANTIZA TODA CURACION

Está de venta en todas las Droguerías y Boticas de la República Mexicana

DEPOSITO GENERAL:

México. — 1a CALLE DEL FACTOR NUM. 6. — México.

¡¡¡Cuidado con las imitaciones!!!

Aceite maravilloso
—DE JOSE GRISI.—

Cura radicalmente el reumatismo en todas sus formas, las neuralgías, la ciática y toda clase de dolores.

Sus efectos son siempre rápidos y seguros.

Está de venta en las Droguerías y Boticas acreditadas.

DEPOSITO:

Mexico, 1a del Factor número 6.

Este periódico está impreso con las tintas finas de la Casa LORILLEUX y COMP. *París.*—Unicos Agentes en la Rèpública:—LEWIS Y BLOCK, MÉXICO.

FAMOSAS ESTUFAS PARA COCINAR MAJESTIC
Complete.

Estas estufas se combinan con tinacos de presión para agua caliente, la que se consigue al cocinar y sin aumento de gasto de combustible, sirviendo para el uso de baños, etc.

Precios desde **$35.00** para arriba, incluyendo chimenea, instalación y enseñanza de las criadas en su uso práctico.

T. S. GORE. 1a Calle de S. Francisco núm. 12. Frente á la Plazuela de Guardiola

Gran Depósito de Bicicletas **CLEVELAND.** Refrigeradores, tinas, aguamaniles, comunes, etc. Surtido de útiles para cocina. Accesorios de Bicicletas.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 12 DE JULIO DE 1896 — NUMERO 2

Paseo por el Bosque.

(Dibujo de Leandro Izaguirre,)

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

TELÉFONO 434. —2ª de las Damas núm. 4.—APARTADO 87 B. MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.
REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá. The Spanis American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas Editoriales.

A propósito de elecciones.

Política positiva.

No hace muchos días un diario de esta ciudad se entregaba con deleitosa fruición á una estadística electoral, tratando de demostrar que la suma de las firmas contenidas en un documento apoyando la candidatura del General Díaz, en comparación con el total de los habitantes de la República, equivale á una gota de rocío diluida en una barrica de agua; y ante el resultado de la falsa relación encontrada entre estos dos términos, batía las palmas, altamente satisfecho de su feliz descubrimiento.

Necesario es destruir este pequeño juego de ingenio exhibido al público con la aparatosa pompa de un inflexible hecho anti-democrático: el sufragio universal, en la extensión en que lo supone este diario, no existe en ninguna parte del mundo! El buen colega imagina que cuando de sufragio se trata, interviene todo el pueblo, y todo el pueblo...... es mucha gente, demasiada gente!

En materia de sufragio, el pueblo, el *gran mudo*, como le llama Emilio Zola en su reciente «*Roma*.» no ha llegado á ese milagro de actividad política con que sueña el excelente diario á que nos venimos refiriendo.—Precisamente, un publicista francés acaba de dar á conocer algunos curiosos detalles acerca del movimiento electoral en Francia; después de un siglo de escarceos democráticos, la proporción de ciudadanos que ejercitan sus derechos electorales solo se eleva á una quinta parte de la población total; únicamente se reclutan veinte votos sobre un grupo de 100 habitantes!

El sufragio universal se encuentra todavía en la infancia en Europa; allí, en donde la cuantía de intereses en lucha y la apreciación de estos intereses, es superior á los de las nuevas nacionalidades de instituciones republicanas.—La extensión de la voluntad popular, es un problema que se discute actualmente, y de los estudios que se han hecho surge esta verdad indiscutible: el sufragio universal no es la suma de las voluntades individuales.

Ni podría serlo: lo que ocurre en Francia sucede también en todos los demás países que se apoyan en la soberanía del pueblo. Repúblicas como las imagina el diario á que aludimos, no han existido, no existen, no existirán en lugar alguno del planeta. Hay, sí, grupos directores, clases que toman la iniciativa, porciones populares que toman parte en la cosa pública, y esos grupos, esas clases, esas porciones son las que estampan sus firmas en un documento las que amparan candidaturas, mientras el *gran mudo* permanece en su actitud hierática é indiferente.

La *gota de rocío* que se disuelve en una barrica de agua, es una gota de anilina dando color á un gran volumen de agua clara.

Un primer ensayo de policía preventiva.

Próximas á terminarse las obras de la Penitenciaría, hemos leído un informe que el Sr. Lic. Miguel S. Macedo acaba de dirigir á la Secretaría de Gobernación, relativo á las reformas que es necesario introducir en el Código Penal, para adaptarlo al sistema penitenciario.

No somos de los más entusiastas admiradores de las Penitenciarías, cuyos efectos de supuesta regeneración han podido ser rectificados en la práctica; pero creemos que cualquier régimen de reclusión es preferible á nuestra cárcel de Belén, que tiene en su contra el hecho de no seguir ningún sistema.

A reserva de referirnos con mayor amplitud á las reformas propuestas, cuando sean elevadas á la categoría de ley, vamos á referirnos á un punto importante que anotamos en el trabajo del Sr. Macedo: la vigilancia, real y positiva, de los reos que hayan obtenido su libertad preparatoria.

Como se ve, lo que el informante propone es la creación de una policía preventiva, encargada, no ya de perseguir á los delincuentes, sino de anticiparse y precaver la comisión de los delitos.—En Francia y otros países, la vigilancia que la autoridad ejerce sobre los delincuentes, después de haber éstos extinguido su condena, es muy activa, pudiendo seguirse paso á paso la vida del reo, cuando las puertas de la carcel le han sido libremente franqueadas.

Ahora bien, para que el sistema de policía preventiva que propone el Sr. Macedo cumpla en realidad el objeto á que está destinado, se necesita disponer de un personal inteligente y activo, y esto no se logrará si no es dotando al agente con un sueldo que dé derecho para exigir de él un trabajo competente. El trabajo humano, como cualquiera otra *mercancía*, está sujeto á la ley del *valor*, y cuando el salario que se paga á un hombre es inferior á la función que de él se reclama, *la calidad del producto* se ha de demeritar necesariamente. A esta circunstancia se debe que el servicio de la gendarmería sea deficiente.

Así, el sistema que propone el Sr. Macedo, daría ó no provechosos resultados á la sociedad, según llenase las condiciones económicas que lo hacen recomendable. De esta condición depende el buen éxito de la policía preventiva y la seguridad y garantías sociales.

Escándalos sociales.

Se ha producido, en esta última semana, uno de esos escándalos que revelan el humor agresivo, resueltamente antisocial, de un grupo de nuestras clases superiores: insultos, golpes, pistolas que relucen, disparos, heridas...... toda la *mise en scène* que nos caracteriza.

En México una minoría pacífica es la única que vive tranquilamente, sin agredir á nadie, ni estar dispuesta á emprender singular batalla á cada vuelta de una esquina. Cierto es que si los esforzados caballeros que andan á caza de pendencias prosiguen sus hazañas, la gente sensata corre el riesgo de encontrarse á merced de los hombres, *demasiado hombres*, dispuestos á sostener á cada momento heroicas aventuras.

En el caso presente, el escándalo tuvo por teatro una casa *non sancta*, lugares en los que debe ejercerse una vigilancia más activa, haciendo responsables á las dueñas de todas las culpas que el esclarecimiento de los hechos arroje sobre de ellas. Y decimos esto, porque generalmente la tolerancia que éstas manifiestan, la amplia libertad para abrir las puertas á todos los individuos, en cualquier estado en que se encuentren, es un admirable preparativo para escenas como la que la prensa diaria ha descrito en estos días con todos sus detalles.

En estos locales el consumo de los licores se hace en grande escala; las mismas dueñas de las casas están interesadas en que se determinen escándalos, seguidos de fuertes destrozos, toda vez que el menor objeto estropeado se hace pagar allí al doble. En una palabra, hay un positivo interés en que semejantes hechos se realicen, porque ellos son una utilidad más que agregar á los beneficios del establecimiento.

Si en la historia de la anterior semana una persona de buena voluntad se hubiese arrojado á detener los impulsos de la disputa, cortándola en sus preliminares; si antes de llegar á las manos, se hubiera separado á los dos contendientes, no se tendría que lamentar la muerte de una persona, agena completamente á la polémica. No se hizo así, porque jamás en esas casas sale una voz de alarma, una demanda de auxilio á la autoridad; porque conviene que esas escenas queden ahogadas en el antro, para hacerlas pagar á una tarifa exhorbitante.

Se necesita desplegar una mayor energía contra las turbulencias ocurridas en esos lugares, tener la mano severa y, sobre todo, mostrarse inflexible con esa especie de insultadores gratuitos que, al amparo de unas cuantas copas—¡bella disculpa por cierto!—se complacen en provocar á las gentes. Hoy fué en una mancebía, ayer en un café, mañana tal vez en un teatro, más tarde en la vía pública, por capricho, por humorada, por exhibirse ante la admiración popular, como personas de brío y resolución.

Política general.

RESUMEN.—Notas breves.—Una declaración del Emperador Guillermo y un libro de Charles Dilke.—Antinomias de las potencias.—Proclama de un presidente revolucionario.—¿Qué dicen los soñadores?

Si apartamos la vista de la populosa ciudad de Chicago donde en estos momentos se libra la gran batalla que ha de decidir de la futura gestión financiera en la gran República del Norte; si nos desatendemos de los grandes intereses políticos y mercantiles que allí se juegan, y que afectan no sólo al pueblo americano directamente comprometido en la cuestión electoral, sino al mundo entero del comercio y de la banca, pendiente de la solución que puede darse por el partido democrático á la debatida cuestión de la plata, apenas hay en los acontecimientos diarios del mundo político, que dan la nota dominante á nuestras crónicas, asunto bastante á entretener la atención de nuestros lectores.

***

El reciente lanzamiento al agua del nuevo acorazado alemán «Federico III,» el más formidable de los nuevos buques de las imperiales escuadras, dió ocasión al emperador Guillermo para declarar ante el mundo, en el imprescindible discurso que pronunció en la ceremonia, que está resuelto á engrandecer su marina de guerra, y excitando el patriotismo del pueblo que gobierna, dijo que esperaba lo ayudarían todas las clases sociales á colocarla á la altura del ejército de tierra, tan temido y respetado por su actual organización.

Entre tanto, un estadista inglés de gran significación política, un pensador que ni se alucina con halagadores espejismos, ni se acobarda ante realidades desconsoladoras, Sir Charles Dilke, acaba de publicar un libro en que á vuelta de serias consideraciones sobre el estado de aislamiento en que ha querido colocarse la Gran Bretaña, y por virtud de sus tendencias y de su tradicional política de colonización en toda la redondez de la tierra, llegará á colocarse en plazo no remoto, frente á frente de Rusia, Francia y Alemania, unidas en formidable alianza, que á pretexto de la cuestión egipcia declararán la guerra á la primera potencia marítima del mundo. Para rendir á tan desgraciado evento, urge Mr. Dilke al gobierno inglés para que, conservando la nación el rango que le corresponde en el imperio de los mares, se mejore y organice el ejército de tierra, para ponerlo á la altura de las necesidades en la terrible competencia que le espera.

Raras é inexplicables contradicciones las que ocurren á las grandes potencias en estos tiempos de competencias inauditas y emulaciones gigantescas.

Inglaterra que sostiene la marina más poderosa que se baña en aguas sublunares, aspira á tener un ejército incompatible con su modo de ser social. No comprende ú olvida el estadista inglés que tales cosas pretende que los grandes ejércitos europeos que abruman con su peso los presupuestos de las potencias continentales se forman á favor del servicio obligatorio, y con mengua del taller y de la alquería que pierden en ese contingente que se les exige sus fuerzas productoras más lozanas.

Y el monarca teutón deslumbrado por el brillo esplendoroso de sus ejércitos de tierra, pretende echar sobre los ya fatigados hombros de sus pueblos el peso de una marina poderosa, capaz de competir por sí sola con la de Francia, su odiada rival.

Si los partidos que dirigen alternativamente la política, británica hacen caso de las predicciones más ó menos fundada de Sir Charles Dilke y se preocupan de sus temores, si el Reischtag alemán á quien en breve se dirigirá el Emperador para solicitar los créditos necesarios á sus proyectos de grandeza, secunda las miras del joven Hohenzolern, ya tienen dos grandes pueblos motivos para gemir bajo las nuevas cargas que se les imponen.

Y con estos factores que caen directamente sobre el miserable y el desvalido ¿quien ha de extrañar que la ignorancia oprimida y el proletariado sin amparo rujan á las veces en sordas manifestaciones? ¿á quién extrañarán, repetimos, las soñadas utopías del socialismo y los salvajes ahullidos del anarquismo desatentado?.........

***

No con sorpresa, con verdadero asombro vimos ha poco un mensaje comunicado por la Compañía Cablegráfica Mexicana á la prensa diaria, en que se asentaba que el señor Cisneros Betancourt, titulado presidente de la República Cubana[?] había expedido una proclama en favor de un protectorado de los Estados Unidos y aun de anexion á la gran República, cuando estuviera terminada la independencia de la revuelta Antilla.

Si hemos de dar fe á la estupenda noticia—y hay que creer lo que dice una agencia que á diario nos comunica nuevas favorables á la causa de los insurrectos—podemos decir que esta vez se presenta la causa de los rebeldes desnuda de pompas artificiosas y en su espantosa desnudez nos muestra las secretas tendencias de los jefes insurrectos.

¿Qué dirán á esto los que sueñan y acarician los hermosos ideales republicanos para seres incapaces de comprenderlos?

¿Qué contestarán los que se creen ofendidos cuando decimos que en aquel terreno sólo pueden fomentar los gérmenes morbosos de las *cafrerías democráticas*, y la levadura de la pandilla y el caudillaje?

Hay que desengañarse: hoy por hoy, lo que conviene á la infeliz Cuba, es aceptar la autonomía que está para ofrecer España, cuando haga suficiente ostentación de sus derechos de soberanía.

X. X. X.

9 de Julio de 1896.

Nuestros grabados.

PASEO POR EL BOSQUE.

México tiene tres cosas muy bellas: su cielo, sus volcanes y su bosque. El primero extiende sobre el Valle, como un palio real, su inmenso y purísimo azul. Los segundos, yerguen sus moles blancas, perennemente blancas, ante ese azul diáfano, embelesando la mirada; tiñense de púrpura en los ocasos y de oro en las auroras, y cuando la luna surge amarillenta del Ixtlachihuatl, hácelo semejarse, según la galana expresion de Justo Sierra, á un gigantesco mausoleo de mármol, alumbrado por inmensa antorcha sepulcral. En cuanto al Bosque, es el nido de todas las frescuras y de todos los misterios; experiméntase singular alivio al dejar la atmósfera miasmática de la ciudad, é internarse por las ámplias calles, sombreadas por los ahuehuetes, por los eucaliptos y por los fresnos, entre los cuales parlotean descuidados los pájaros; y es bello hablar en ese retiro de cosas tiernas, de amores idos, de esperanzas castas. De algo semejante hablarán sin duda esas parejas que recorren lentamente la calzada umbrática, y que el pincel de Izaguirre trasladó al cartón.

Haciendo labor......

Las mujeres pueden trabajar en tanto que el pensamiento, como paloma viajera, emigra. No así el hombre, obligado á consagrar todas sus energías á la tarea diaria.

He ahí una joven que trabaja y piensa. La sombra de una sonrisa vaga por esa faz dibujada por pincel maestro. Piensa sí y en cosas muy bellas: en el idilio misterioso que, bajo el hogar inaugurará la noche; en las sonrisas argentinas del querubin que se dormirá en sus brazos, en todo eso que se llama dicha, ternura y amor, y la labor avanza maquinalmente. No resultará acaso maestra, pero el ensueño no será por eso menos hermoso.

Una publicación Musical.

Muy pronto se repartirán los prospectos de la que va á editar en esta capital el conocido profesor D. Antonio Cuyás. Sabemos que, ameno y variado el nuevo periodico musical, llenará el vacio que se nota en nuestra prensa técnica, y por tanto nos atrevemos á augurar un buen éxito al futuro colega.

Nuestros Concursos de Zarzuelas.

El día 30 del mes próximo pasado terminó el segundo plazo concedido á los profesores que aspiraron al premio que ofrecimos para el autor de la mejor música adaptable al libreto de la zarzuela «Sobre el Océano.»

Hoy tenemos el gusto de anunciar á nuestros lectores en general y muy particularmente á las personas interesadas en el concurso, que respondiendo con creces á lo que esperábamos de nuestra convocatoria, se han presentado cuatro partituras de otros tantos autores, ocultos bajo las siguientes contraseñas: A. B. C., A. B. G., Aroldo, y *****F.

Damos las gracias á los que nuevamente nos han favorecido con su confianza, y les advertimos que en breve publicaremos la decisión del Jurado Calificador.

ESPECTACULOS.

La sola nota simpática de la semana ha sido la presentación en el Arbeu de una nueva Compañía infantil dirigida por el maestro Austri. El domingo, el miércoles y el jueves, puso en escena la pequeña *troupe*, *Marina*, *Chateau Margaux* y la *Verbena*, sobresaliendo en estas piezas, en la segunda sobre todo, Delfina Arce, una tiple menuda de lo mejor que se ha visto por acá. El tenorcito, Luis Avila, se hizo aplaudir mucho.

Los niños trabajan con discreción y gracia, la Compañía está bien organizada y es de creerse que atraerá nuestro público.

PERSONAL.

Sr. Don José Ortiz Monasterio.

Acaba de morir en esta capital el Sr. Coronel D. José Ortiz Monasterio, cuyo retrato ilustra estas líneas.

Era el Sr. Monasterio hermano del actual distinguido Comandante de la Corberta *Zaragoza;* educóse como él en España y prestó útiles servicios á la marina mexicana y á la Instrucción Pública en el acreditado Instituto «Monasterio» que dirijía.

Lamentamos sinceramente su muerte, y enviamos por ella la expresión de nuestra condolencia al Sr. Brigadier de Marina, Don Angel Ortíz Monasterio.

El Sr. Dr. D. Gregorio Mendizábal, ha sido nombrado Director del Hospital Juárez.

El Sr. Dr. D. Alberto López Hermosa, ha sido nombrado para cubrir la vacante que dejó el Sr. Dr. Vado en el Hospital de Mujeres Dementes.

Diversas personas que acaban de llegar de las ciudades fronterizas y que tuvieron oportunidad de hablar con la célebre Teresita Urrea, la Santa de Cabora, dicen que ésta se ha resuelto por fin venir á México con los miembros de su familia.

GRAL. D. JOSE M. DE LA VEGA.

El martes por la tarde, el Sr. Presidente de la República firmó en Chapultepec el nombramiento de Brigadier de la Armada Mexicana á favor del Sr. D. José M. de la Vega, general graduado y capitán de navío.

El señor de la Vega ingresó al Colegio Militar en 1869, ha hecho por rigurosa escala su carrera y ha prestado numerosos servicios á la Marina Nacional.

—El Sr. Ministro Limantour se encontraba el jueves en Nueva York.

En Nuevo Laredo y Laredo Texas fué obsequiado con banquetes.

El Sr. D. Santiago Méndez, Oficial Mayor del Ministerio de Comunicaciones y Obras Públicas, acompañado de su familia, salió en la noche del último sabado, de esta ciudad para Paso del Norte.

El Sr. D. Matías Romero estuvo últimamente en Oaxaca y regresó ya esta capital.

El Sr. Porfirio Díaz (hijo).

Damos el retrato del joven hijo del primer Magistrado de la Nación, que después de concienzudo examen acaba de obtener su despacho de ingeniero militar, y le enviamos nuestra felicitación porque ha visto premiada su constancia en el estudio, deseándole una brillante carrera.

NOTAS DE LA SEMANA

Están haciéndose muy frecuentes ensayos de alumbrado con luz eléctrica en las oficinas de las adminitraciones general y local de correos, y es casi seguro que proximamente quedará instalada la iluminación con dicha luz en esas oficinas.

Ha quedado abierta al servicio público la extensa y amplia calzada que une la sexta glorieta del Paseo de la Reforma con la ciudad de Tacubaya, y se está trabajando con mucha actividad en la que deberá unir la calzada de la Verónica y la Reforma.

El sabado 4 del corriente, el Lic. D. Alvaro Yarza, en representación de los herederos del Sr. D. Amadeo Boun, presentó al Juzgado 1º de Distrito, demanda en forma contra la Empresa de Ferrocarriles del Distrito, por los daños y perjuicios acasionados á la familia del citado señor, muerto por un coche del Ferrocarril del Valle.

Está casi concluido, y muy pronto quedará al servicio público el nuevo faro de Salina Cruz, situado en la punta Noroeste de ese puerto. Ha llegado todo el material y se terminó de instalar ya el alojamiento del vigía y la torre de fierro que deberá sostener el faro.

El lunes á altas horas de la noche riñeron en una casa de asignación de Santa Isabel, el Coronel Fernando Poucel y el Lic. Ernesto Enriquez, debido á algunas provocaciones del primero. Poucel y Enriquez dispaáronse á lo que se dice sus revólvers y resultaron heridos el Coronel Poucel y Ruperto Ortiz, testigo del lance, que intentó intervenir. Este último de gravedad. Enriquez huyó, pero se decía que sería presentado á la autoridad por su defensor. Este ha sido el asunto de la semana.

Efectuose el jurado de Luis Basurto, defraudador del Banco Hipotecario, y fué condenado á tres años de prisión y mil pesos de multa.

El buque-escuela «Zaragoza,» que hace algunas semanas salió de San Francisco California al mando del Gral. D. Angel Ortiz Monasterio, se encuentra en la actualidad en Alta Mar, rumbo á Manila, capital de Filipinas. Muy pronto tocará esas islas, para seguir después su viaje de circunavegación.

El martes se sintió en esta capital, á las 10 y minutos de la noche, un ligero temblor oscilatorio.

En Septiembre próximo empezará la construcción del ferrocarril de Jimenez al Parral, Chihuahua.

En la primera de esas poblaciones hay ya una gran cantidad de rieles para empezar la obra.

La Compañía del Ferrocarril de Michoacán y el Pacífico, que tenía tendida su línea hasta el pueblo de Ocampo, en el Distrito de Zitácuaro, ha avanzado sus trabajos hasta el rancho de Jacuarillo, entre el camino que conduce de Túxpam á Zitácuaro.

Uno de los fuertes nortes que han soplado en estos últimos días en Veracruz, arrastró hasta tocar con un arrecife la draga que estaba funcionando en las obras que se están haciendo en el puerto.

La draga, en el percance, sufrió desperfectos de importancia y tal vez haya necesidad de llevarla á Nueva Orleans para que sea repuesta. Otra draga funcionará entretanto, y de esta segunda se dice que es fabulosa la cantidad de arena que saca del seno de las aguas.

Muy válido circula el rumor en los círculos militares, de que para fines del mes en curso, vendrá á la Metrópoli el Sr. General D. Ignacio Escudero, ex-Oficial Mayor del Ministerio de la Guerra.

He aquí el programa con arreglo al cual se efectuará en esta capital la celebración del 14 de Julio:

A las 8 a. m. reunión de todos los miembros de la sociedad francesa, organizadora de las carreras «Velo-Club-Touriste,» en el Círculo Francés, y partida para el Velódromo.

Las bicicletas estarán adornadas con una cinta tricolor.

A las 8 y media llegada al Velódromo.

Carreras.

Distribución de premios.

En la tarde Kermes en el Eliseo.

Se instalarán en el jardín varias ruedas de la Fortuna y se reservan varias sorpresas á los concurrentes.

La sociedad coral «Lyre Gauloise» ejecutará cantos patrióticos, así como los himnos nacionales mexicano y francés.

A las tres y media p. m., distribución de banderas á los niños, quienes se formarán en seguida en columna por parejas de niño y niña y se dirigirán con una música al salón destinado al baile.

A las 5 se elevarán 6 grandes globos, dos con los colores franceses y mexicanos y cuatro representando un león, un reloj, un perico y un payaso.

A las 6 y media fuegos artificiales compuestos de 4 piezas principales y un soberbio bouquet. Una de las piezas representará la fachada de la batalla y se simulará el fuego de los asaltantes.

La serie terminará con la iluminación general del Parque.

Por la noche, á las nueve, gran baile en el Circulo Francés.

Benigna de la Parra fué puesta en libertad.

El capitán Rogers, de Texas, aprehendió últimamente en la estación de Benavides á un hombre llamado Inés Ruiz, que fué compañero de Catarino Garza. Este hombre probablemente será traído á México, para ser juzgado, pues se va á pedir su extradición.

El miercoles fué suscrito cuatro veces el depósito de $ 5.000,000 que se exigía para la formación de un nuevo Banco, que lleva el nombre de «Banco de Londres y México.»

Está habiendo conferencias en la Secretaría de Gobernación, entre los miembros del Ayuntamiento á quienes toca el asunto y el señor Ministro, sobre el urgente é importante asunto del abastecimiento de agua de la Capital.

El miercoles, por la línea del Ferrocarril Mexicano, llegó á esta ciudad una Comisión de comerciantes veracruzanos, compuesta de los Sres. D. José O. Aragón, D. Juan Benito, D. Alfredo Sierra, D. Ruperto Vera, D. M. Pardo, D. B. Valdéz, D. José Ituarte, D. Juan Gómez y Orejón, D. Adolfo Espinosa, D. Adrián Carranza, D. Laureano Alvarez, D. Leopoldo Galezuela, D. S. Serralta, D. Diego Santa Cruz, D. C. Cos y los Sres. Mirón y Mosquera, alojándose todos en el Hotel de San Carlos.

Dicha Comisión viene á hablar con el señor Presidente de la República, acerca de las dificultades que se han presentado en el puerto al ponerse en práctica las nuevas leyes hacendarias sobre la importación de efectos extranjeros, y que han originado diferencias entre el gobierno de Veracruz y el Administrador de la Aduana Marítima.

Los señores Ingenieros militares, Coronel D. Adolfo Obregón y D. Rafael Pacheco, levantarán sobre el baluarte izquierdo del Palacio Nacional, una torre, compuesta de un hermoso pedestal y dos cuerpos, destinado el primero al reloj público y el segundo á la Campana de la Independencia.

Dícese que esta torrecilla, que será del estilo Renacimiento, fabricada con chiluca y hierro, se inaugurará el 15 del próximo Septiembre.

Se asegura que se trata de adquirir la manzana en que está el faro de luz eléctrica en el Paseo de la Reforma, ó sea la de la antigua Penitenciaría, para construir allí el Palacio en proyecto destinado al Congreso.

El señor Presbítero Don Agustín Hunt y Cortés ha abierto un orfanatorio en la calle del Montepío Viejo número 14. El nuevo establecimiento se llama «El Hogar de los niños pobres,» y ha merecido la aprobación del Illmo. Sr. Arzobispo Alarcón.

En ese orfanatorio podrán guarecerse, cenar y dormir gratis los papeleros, billeteros, etc., siempre que se sujeten al reglamento.

EL SEGURO SOBRE LA VIDA Y EL FISCO.

«La Mutua» pagó $5,000 al Fisco, por haber renunciado sus derechos los herederos del asegurado.

Esta Compañía cumple siempre las obligaciones legales que contrae.

Con el carácter de represente legal del Fisco del Estado, hoy me fué pagada la póliza número 676,003, por valor de **($5,000) cinco mil pesos**, cantidad en que estaba asegurado en La Mutua» de Nueva York el *Sr. Francisco Regalado* quien fué asesinado en la Parrilla el 4 de Abril de 1895, y declarado heredero de sus bienes el Fisco del Estado.

Reconocidos por la Compañía los derechos del Fisco, fué pagada la referida póliza con intervención del señor Carlos Valle sin dificultad alguna.

Libertad y Constitución. Durango, Junio 22 de 1896. —El Director de Rentas, José Clark.—Sr. Carlos Sommer, Director General de «La Mutua.»—México.

107 Aniversario de la toma de la Bastilla.

COLUMNA DE JULIO EN LA PLAZA DE LA BASTILLA.

El 107 aniversario de la toma de la Bastilla.

El martes próximo hará 107 años que el pueblo de Francia, sacudiendo el viejo y pesado yugo de una monarquía relajada, abrió nuevos horizontes á las naciones impulsándolas por la moderna vía de la democracia; con tal motivo no estará de más exhumar algunos recuerdos históricos, y lo hacemos publicando fotografías de sitios y monumentos á que van unidos. Las Repúblicas americanas se asocian al regocijo de la gloriosa madre Francia, en ese día en que se señaló al mundo el camino de la libertad.

Cama de Maria Antonieta en el Palacio de Fontainebleau.

BOUDOIR DE MARIA ANTONIETA EN EL TRIANON, VERSAILLES.

PALACIO DE VERSAILLES.

LOS ANARQUISTAS EN ESPAÑA.
El atentado de Barcelona.

LOS ANARQUISTAS EN ESPAÑA.

EL ATENTADO DE BARCELONA.

La fotografía que publicamos hoy, relativa al siniestro atentado perpetrado en Barcelona, el Jueves de Corpus, está inspirado en el relato de un testigo ocular del acontecimiento.

He aquí algunas palabras tomadas de la palpitante narración:

«Son las nueve de la noche. En una calle estrecha, irregular, caprichosa, que conduce á la iglesia de Santa María del Mar, se agita una ansiosa muchedumbre. Llena las aceras, el empedrado, se instala en las puertas de las tiendas, en las que se han colocado taburetes y sillas; llena los balcones y los miradores, que iluminan una profusión de antorchas y de linternas. En las rejas de fierro se despliegan mantones de Manila de colores chillones que mañana adornarán los *palcos* de la Plaza de Toros. Los balcones ostentan colchas, cortinas, banderolas de papel, flores artificiales, palmas...... En lo alto, aparece el cielo profundo, infinito, sembrado de estrellas.

«La procesión del Corpus va á pasar. Se la espera con impaciencia. Va á acercarse, anunciada ya por las campanas de Santa María del Mar. Un momento después, el sonido de las trompetas se mezcla al de las campanas.

«El cortejo, envuelto en una nube de incienso, se adelanta en un desórden que atestigua el cansancio general.

«A la cabeza el estandarte de la Virgen; en torno de ella, un grupo de niños, vestidos con los trajes de los personajes de la Pasión: Jesús, llevando la cruz; San Juan Bautista en el desierto; una Mater Dolorosa...... Luego, otro grupo de niñas entonando cánticos; peregrinos, de largos hábitos, cubiertas las caras con sus cogullas. Y nuevas nubes de incienso, otros estandartes, canastillas de flores artificiales. Ya llega el personal de la parroquia precedida de una nube de acólitos, cuyas túnicas encarnadas parecen despedir llamas á la luz de los cirios.

«A continuación se adelantan los maceros, solemnes y graves, clérigos que llevan fanales de plata, sacerdotes de las parroquias vecinas, con sus amplias casullas, color de rosa y malva, bordadas de oro. Bajo sedas brillantes, el cura de Santa María hace oscilar el incensario cubierto de pedrerías.

«En este instante reina un solemne silencio. La multitud se arrodilla; las mujeres se persignan, las madres elevan á sus hijos en sus brazos, cual si quisieran enseñarlos á Dios, para atraer sobre ellos las miradas del Altísimo.

«La custodia ha pasado; todos se levantan, los abanicos se ponen en movimiento, y el pueblo admira al Capitán General de Cataluña que escolta al Santo Sacramento, rodeado de su estado mayor.

«Repentinamente, surge un gran resplandor de tierra, una detonación, un estrépito de vidrieras rotas, un huracán de gritos y lamentos...... Las ventanas se cierran, hombres y mujeres se precipitan en el interior de sus casas, el pánico se apodera de la muchedumbre.

«En la calle, las luces que la explosión no ha apagado, iluminan despojos sangrientos, cadaveres desfigurados; los heridos se retuercen pidiendo auxilio, sin que nadie tenga el valor de socorrerlos.

«Una bomba lanzada desde una ventana es la que ha producido la catástrofe.

«Sin embargo, los sacerdotes han regresado al lugar de la tragedia é imparten los auxilios espirituales á los moribundos. Muy pronto acuden oficiales, civiles y otras personas de todas las clases de la sociedad, que han dejado allí parientes, amigos......

«Y en todas partes hácense oír imprecaciones, gemidos, se producen escenas de desesperación infinita, de dolor supremo».........

Tal es el cuadro que ha inspirado al dibujante el grabado que ofrecemos en esta misma página á nuestros abonados.

El Teniente General Borrero.

Conocidos son los hechos en que ha intervenido este jefe del ejército español.

A raíz de las elecciones al Senado, este cuerpo declaró nula el acta del Teniente General Borrero, dando motivo á que éste, creyendo que el General Martinez Campos había intervenido en el asunto, dirijiera al ex-Capitán General de la Isla de Cuba una carta en la que le provocaba á un duelo.

Pactadas las condiciones de éste, se presentaron las autoridades militares suspendiendo el acto. Por la intervención de altas personalidades y aún se dice que de la misma Reina Regente de España, el desafío no se ha llevado á efecto.

El Teniente General Borrero es un viejo soldado que ha prestado buenos servicios á su patria.

La personalidad del General Martinez Campos es de sobra conocida para que nos detengamos á trazar algunas líneas biográficas acerca de este personaje.

LAS APARICIONES DE TILLY-SUR-SEULLES.

EL MUNDO habló ya de este curioso asunto extensamente, mas como ha ocurrido algo nuevo, á saber que la pretendida aparición de la Virgen se ha hecho visible al pueblo, parécenos oportuno añadir algunas palabras, ofreciendo á nuestros lectores una ilustracion más.

Hace poco tiempo una persona que firmaba con el nombre de Vizconde de Graville, publicó un folleto intitulado «Los Videntes de Tilly-sur-Seulles,» [lugar cercano á Caen.]

A la cabeza del folleto estaba impresa la profecía hecha en 1839, por un hombre llamado Vintras, nativo de Tilly-sur-Seulles, relativa á que en el año de 1896 habría numerosas apariciones.

Vintras fué castigado como herético y murió en Marzo último.

Pocas semanas después, se dijo que se había efectuado una aparición en Tilly sur-Seulles. El folleto fué condenado por la iglesia, y puesto en el índice de los libros prohibidos; pero la fama de la aparición siguió cundiendo. Un representante de un periódico anglo-americano que se publica en París, fué enviado á investigar las dichas apariciones de la Virgen, que se decía eran más frecuentes, bajo un álamo, en un campo, en la cumbre de una pequeña eminencia.

La aparición—dijo este periodista—ha sido vista por varias gentes.

La forma observada fué la de la Virgen con el niño en los brazos.

Millares de gentes dirigiéronse al paraje y muchos se convencieron de la aparición. Hoy las fotografías del sitio, [una de las cuales publicamos,] se venden por millares.

MOVIMIENTO ELECTORAL
EN LOS

Estados Unidos.

GARRET A. HOBART.

Publicamos hoy el retrato de Mr. Garret, candidato para la Vicepresidencia de los Estados Unidos, proclamado por el partido republicano en la Convención Nacional de St. Louis.

TENIENTE GENERAL BORRERO.
Retador del General Martinez Campos.

LAS APARICIONES DE LA VIRGEN EN TILLY-SUR-SEULLES.

¿Quién es? ¿qué significa en la lucha encarnizada á que se entregan los partidos, en la vecina República? ¿Qué contingente trae al programa que deben cumplir los elegidos del pueblo, según las decisiones de los convencionales?

Nada se sabe; ni sus mismos partidarios han sido capaces de sacarlo de la obscuridad con pomposas biografías.

Que es rico, que es grande y buen amigo de Mc. Kinley, que fué derrotado dos veces en unas elecciones senatoriales, y nada más.

Por más que el Vicepresidente de los Estados Unidos sea personaje de altísima importancia, por ser el llamado á sustituir al Presidente en sus faltas absolutas, el candidato señalado por los republicanos queda relegado á su insignificancia ante la gran popularidad adquirida por el célebre proteccionista Mc. Kinley.

LA CASA DE MC. KINLEY EN CANTON.

EL CAUDILLO REPUBLICANO

Acepta su candidatura.

Con ese lujo y animación que suelen dar los norteamericanos á sus manifestaciones populares, cuando tienen por objeto ostentar en todo su esplendor las prerrogativas del *self government*, han desfilado los gremios sociales y las agrupaciones políticas del partido republicano, ante la casa de su candidato, el aclamado proteccionista William Mc. Kinley.

Con la íntima alegría que trasciende á orgullo satisfecho, con la prosopopeya que prestan al ciudadano más humilde las aclamaciones de todo un pueblo, ha contestado el *leader* republicano á las multitudes que en alegres procesiones han pasado ante su vista.

Allí de las promesas halagadoras y de los proyectos lisongeros; allí de los planes meditados y de las lucubraciones maduras en pro del pueblo y de su bienestar. Todo eso ha manado en elocuentes frases de los fluentes labios del candidato republicano, al recibir las felicitaciones de unos y las adhesiones de otros.

Nuestros grabados representan, uno, la casa que habita en Cantón, el aclamado gobernador del Estado de Ohio; otro el momento en que Mr. Mc. Kinley acepta la candidatura á la Presidencia de los Estados Unidos, que le fué ofrecida por los delegados de la Convención Nacional de St. Louis Missouri.

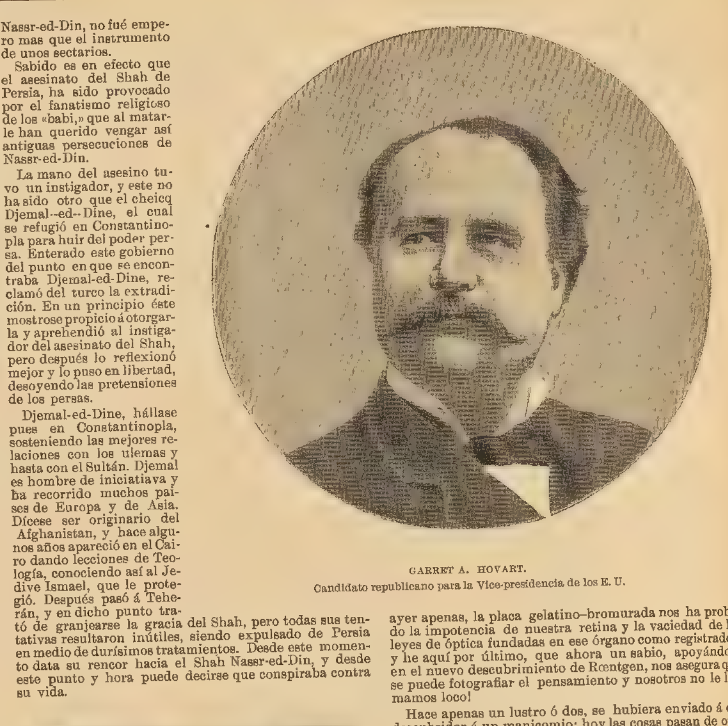
EL ASESINO DEL SHAH DE PERSIA.

Damos á nuestros lectores el retrato del asesino del Shah de Persia, á título de curiosidad. Molla-Reza, este es su nombre, al herir de muerte con su revolver á Nassr-ed-Din, no fué empero mas que el instrumento de unos sectarios.

Sabido es en efecto que el asesinato del Shah de Persia, ha sido provocado por el fanatismo religioso de los «babi,» que al matarle han querido vengar así antiguas persecuciones de Nassr-ed-Din.

La mano del asesino tuvo un instigador, y este no ha sido otro que el cheicq Djemal-ed-Dine, el cual se refugió en Constantinopla para huir del poder persa. Enterado este gobierno del punto en que se encontraba Djemal-ed-Dine, reclamó del turco la extradición. En un principio éste mostróse propicio á otorgarla y aprehendió al instigador del asesinato del Shah, pero después lo reflexionó mejor y lo puso en libertad, desoyendo las pretensiones de los persas.

Djemal-ed-Dine, hállase pues en Constantinopla, sosteniendo las mejores relaciones con los ulemas y hasta con el Sultán. Djemal es hombre de iniciatiava y ha recorrido muchos países de Europa y de Asia. Dícese ser originario del Afghanistan, y hace algunos años apareció en el Cairo dando lecciones de Teología, conociendo así al Jedive Ismael, que le protegió. Después pasó á Teherán, y en dicho punto trató de granjearse la gracia del Shah, pero todas sus tentativas resultaron inútiles, siendo expulsado de Persia en medio de durísimos tratamientos. Desde este momento data su rencor hacia el Shah Nassr-ed-Din, y desde este punto y hora puede decirse que conspiraba contra su vida.



GARRET A. HOVART.
Candidato republicano para la Vice-presidencia de los E. U.

CASA DE MC. KINLEY EN CANTÓN OHIO.

***

Molla Reza estaba afiliado á la secta político-religiosa de los *Babi* (de la cual hablamos arriba) fundada hace medio siglo por Adji-Ali-Mohammed y que fue llamada «Bab:» «La puerta de la Verdad.»

Fácil es presumir la suerte de Molla Reza. El asesino de un rey que compasión puede esperar?

LA FOTOGRAFIA DEL PENSAMIENTO.

Vivimos en una época singular. Los axiomas más indiscutibles de las ciencias, vense quebrantados por descubrimientos nuevos...... hijos de una observación de buena fe y registrados por aparatos menos sujetos á error que nuestros sentidos; nadamos en la incertidumbre; nos sentimos en un crepúsculo que anuncia acaso la aurora de la verdad, pero que sucede sin duda á la noche de la ignorancia. Hemos llegado á un punto tal, que si se nos demostrase que la tierra no es redonda y que las estrellas son simples alucinaciones visuales se nos haría dudar, vacilando entre las observaciones comprobadas ayer y las revolucionarias firmaciones de hoy.

He aquí que de menos de veinte años á esta parte, las doctrinas médicas han experimentado un cambio completo, merced al descubrimiento de ese ser infinitamente pequeño que se llama el microbio; he aquí que desde ayer apenas, la placa gelatino-bromurada nos ha probado la impotencia de nuestra retina y la vaciedad de las leyes de óptica fundadas en ese órgano como registrador; y he aquí por último, que ahora un sabio, apoyándose en el nuevo descubrimiento de Rœntgen, nos asegura que se puede fotografiar el pensamiento y nosotros no le llamamos loco!

Hace apenas un lustro ó dos, se hubiera enviado á ese descubridor á un manicomio; hoy las cosas pasan de otra manera.

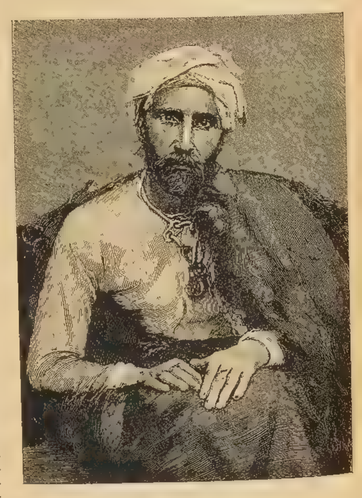
El doctor Baraduc, autor de una memoria leida la semana pasada en la Sociedad de medicina de París, la cual hizo mucho ruido, es un electro-terapeuta que, por sus investigaciones personales ha sido llevado al descubrimiento que acabamos de exponer. Vamos á ensayar dar cuenta de éste, quitándole su tecnicismo y separando así mismo algunas conclusiones demasiado aventuradas del inventor.

***

M. Baraduc os conduce á un laboratorio donde están dispuestos sobre una mesa dos *magnetómetros*. Son estos dos pequeños cuadrantes graduados á 360° y sobre los cuales se mueve una aguja tan sensible cuanto es posible, pero aislada de todo contacto exterior por una ámpula de vidrio.

Ningún soplo, ningún desplazamiento del aire, puede

MC. KINLEY ACEPTA SU CANDIDATURA ANTE LOS DELEGADOS DE ST. LOUIS.



MOLLA REZA.
Asesino del Shah de Persia.

LA FOTOGRAFIA DEL PENSAMIENTO.
Impresión de una placa sensible por la fuerza psíquica.

pues removerla. Además, la aguja es de cobre recocido é insensible por lo mismo á los fenómenos de imantación.

Se le pide al espectador que dirija sus manos, con los dedos extendidos, hacia cada uno de los *magnetómetros* y que observe lo que vá á pasar. Al cabo de unos dos minutos, si ese espectador es un individuo de temperamento normal, nota que la aguja situada en la prolongación de su mano izquierda ha sido llevada del punto 0 hasta el quinto grado; parece que huye. Al contrario, la aguja que está bajo la dependencia de la mano derecha, ha sido atraida 15 grados; avanza en la dirección de los dedos.

¿Qué causa ha producido este doble desplazamiento?

Evidentemente una fuerza, un fluido, una onda; llamad á esa causa como queráis; nosotros somos depositarios de ella y se difunde, formando circuito, á través de las dos ámpulas. M. Baraduc la llama fuerza vital. Tal fuerza, por lo demás, obra sin dejar signo alguno aparente.

Entre el *magnetómetro* y vuestra mano, interponéis entonces una placa sensible, después de haber extinguido minuciosamente la luz del laboratorio, no conservando más que una débil claridad roja, incapaz, como se comprenderá, de impresionar las sales de plata. Evidentemente la placa podría, sí ninguna influencia especial fuese á modificarla, permanecer en sus condiciones, intacta, tan largo tiempo como se quisiese.

Pero si la ponéis en el baño de desarrollo, notais que la placa colocada en la vecindad de vuestra mano izquierda, ha sido impresionada mostrando una constelación de manchas extrañas, y la situada cerca de la mano derecha ha sido impresionada igualmente, mostrando una especie de nebulosa. Así, pues, la fuerza vital ha atravesado los dos vidrios, y era ya luminosa, sin que nuestros ojos pudieran advertirlo...... M. Baraduc llama la *expiración* á la fuerza vital cuando sale por el lado izquierdo, y *aspiración* cuando es atraída por el lado derecho.

Ahora bien, el experimento ha sido renovado por 300 veces, y 300 veces ha dejado huellas, más ó menos visibles, según la naturaleza de los individuos que se han prestado al ensayo. El hecho es, pues, incontrarrestable.

Pero veamos cómo se complica la cosa.

Vosotros habéis notado que no salían mas que 5 unidades de fuerza del lado izquierdo (los cinco grados acusados por la aguja) en tanto que el lado derecho absorvía 15.

Queda, en consecuencia, una diferencia de 10, que es en algún modo nuestro *reservario* humano. Esto es lo que constituye la fuerza psíquica, que podemos, con el esfuerzo de la voluntad, hacer radiar fuera de nosotros. Y en esto, la fotografía también nos proporciona la prueba.

Colocad un individuo en ese mismo laboratorio, habiéndose quitado de antemano los radiómetros que se reemplazan con una simple placa fotográfica. Rogad al individuo en cuestión que extienda su mano en la dirección de esa placa y que piense con toda la fijeza y energía de espíritu de que sea capaz, en alguna cosa...... Fenómeno increible: al cabo de un tiempo que puede variar de algunos minutos á dos horas, la placa se impresiona como por una especie de bruma luminosa, cuyos contornos dibujan vagas formas. El experimento es muy duro, porque en el curso de aquella impresión de espíritu del sujeto con quien se opera, éste se debilita; pero el resultado es que la placa queda impresionada, y si no se admite que la onda, invisible, pero luminosa sin embargo, ha salido del experimentador, hay que preguntarse qué causa racional podría explicar la alteración de las sales de plata.

De dos pruebas de fotografía del pensamiento que sometemos á nuestros lectores una, [nº 1] fué obtenida por el mismo Dr. Baraduc. Puede reconocerse con atención en la diagonal de la placa una cabeza de niño; pero no pasa de una visión semejante á la que nos ofrecen algunas veces las nubes. La otra prueba [nº 2], mucho más precisa, deja ver perfectamente una cabeza de hombre cubierta por un lienzo y obtenida por el intermedio de un *medium*.

LA CAMPANA DE LA LIBERTAD.
«EL ESQUILÓN SAN JOSEPH.»
Trabajos preparatorios en la torre de Dolores Hidalgo.

En general, la intervención de los *mediums* en cuestión de observaciones científicas, debe usarse con parsimonia, porque son simuladores á *outrance*, y su testimonio dudoso. Sin embargo, las circunstancias en las cuales fué obtenida esta fotografía, y que han sido certificadas por los sabios más honorables, permiten considerarla como sincera. La explicación que da el doctor Baraduc, es, por lo demás, muy plausible.

Segun él, el *medium*,—ser que tiene sin que se sepa bien porqué facultades de exteriorización superiores á las del común de los mortales, es el juguete de su propia imaginación cuando cree evocar una sombra ó un espectro. En realidad saca el la imagen de su cerebro y la materializa fuera, lo suficiente para verla él mismo y algunas veces para hacerla aparente á los otros.

La explicación es buena; ella nos hace comprender de plano porqué los *mediums* cuando hacen hablar á los muertos, les hacen decir siempre irremediables tonterías.

El doctor Baraduc, ilusionado por su descubrimiento, ha querido sacar de él desde luego, conclusiones que nos parecen prematuras. Ha obtenido *psychycones*—así se ha bautizado á las pruebas fotográficas del pensamiento —de individuos bajo la impresion de sentimientos diversos alegría, tristeza, cólera, etc., y ha creído poder catalogar por series sus manchas luminosas como los microbios de las pasiones humanas. Llega además á todo un sistema de consideraciones místicas ó morales que podrá leerse en su volúmen la *Alma humana* que acaba de publicarse.

De cualquier modo que sea, y hechas estas reservas, no por eso puede negarse un hecho comprobado, á saber, que una placa fotográfica puede ser impresionada por el fluido que se desprende del cerebro humano. Y esto basta para abrir horizontes nuevos, ante los cuales se siente el vertigo!

LA FOTOGRAFÍA DEL PENSAMIENTO.
Impresión obtenida por un medium.

LA CAMPANA DE LA LIBERTAD.

SU TRASLACIÓN Á MÉXICO.

Por acuerdo del Sr. Presidente de la República, en vista de la identificación histórica de la campana con la que el Benemérito Cura Hidalgo convocó al pueblo en Dolores el año de 1810, hecha por nuestro compañero en la prensa D. Gabriel Villanueva, ha sido recogida esa reliquia histórica.

De ese acontecimiento tan significativo publicamos varias ilustraciones.

De acuerdo los Sres. D. Guillermo Valleto y D. Gabriel Villanueva, iniciaron la idea de traer la campana y para ello fueron comisionados.

La tramitación del asunto lo hizo la Secretaría de Guerra y en esa virtud la comisión nombrada para traer la campana, la formaron los Sres. Generales D. Sóstenes Rocha y D. Ignacio Salas y los dos caballeros que antes mencionamos.

La comisión salió de esta Capital para la de Guanajuato el 24 del mes pasado, siendo recibida por el Gobierno de aquel Estado. De Guanajuato marcharon unidas las comisiones de México y la que nombró en su representación el Gobierno de aquel Estado, rumbo á Dolores Hidalgo.

En aquella histórica ciudad cuna de la Independencia, comenzaron los trabajos para descender la campana, bajo la dirección del Capitán de Ingenieros Francisco Rocha, comisionado al efecto, y el día 28 á las 2 p. m., quedó suspendido el esquilón en la torre de la Parroquia.

A las 4 p. m. las comisiones, autoridades y todo el pueblo de Dolores, se dirigieron al atrio de la Parroquia, para presenciar el descenso de la campana que comenzó á las 4 y 35 y terminó á las 5 y 15.

La preciada joya es un esquilón llamado *San Joseph*,

LA TORRE DE LA PARROQUIA DE DOLORES.
Trabajos para el descenso del Esquilón.

LA CAMPANA COLOCADA EN EL CARRO.

fundido el 28 de Julio de 1768. Mide 1 metro 77 centímetros desde la orilla de la boca de la campana hasta la parte superior del contrapeso de madera, 1 metro 5 centímetros de diámetro y 9 centímetros de grueso. Pesa 150 arrobas.

Al practicarse el decenso se le hicieron los honores por la fuerza del 1er. Batallón de Guanajuato.

El Lic. Francisco González Caballero hizo entrega de la campana á la comisión nombrada por el Sr. Presidente quien se dió por recibida, dispuso su traslado á la Estación y de allí para la Capital de la República.

Está depositada en el Museo de Artillería.

APLICACIONES DE LA ELECTRICIDAD.

Los grandes decubrimientos traen consigo grandes sorpresas, y á veces grandes contradicciones.

Es algo de lo que sucede al descubrir nuevas tierras y nuevos mundos.

¡Qué vegetación tan extraña! ¡Qué animales tan singulares! ¡Todo cambia: hasta el cielo! ¡Nuevas estrellas aparecen, nunca vistas! ¡La estrella polar se hunde en el horizonte, y desde el horizonte sube la Cruz del Sur!

A poco que se medite, se cae en la cuenta de que los hombres andan cabeza abajo, si las nuevas regiones son antípodas de las nuestras.

A veces diríase que las leyes de la Naturaleza han cambiado por completo.

Pues esto mismo sucede en la ciencia y en la industria, cuando se realiza uno de esos descubrimientos que, como vulgarmente se dice, hacen época. Tal es, entre otros, la invención del dinamo.

Supongamos que á uno de los mayores sabios de la antigüedad se le hubiese llevado al pie de una catarata, y se le hubiese propuesto este problema: fundir cualquier metal, una barra de hierro, por ejemplo, sólo por la acción de la lámina líquida, que desde su altura caía deshecha en espumas.

Así se llamase Platón, Aristóteles ó Arquímedes, ¿qué más? así se llamase, viniendo á siglos que lindan con los nuestros, Newton ó Leibnitz, diría que era imposible, y aunque haciendo un esfuerzo supremo forjara una teoría para resolver el problema, tendría el profundo convencimiento de que jamás tal problema sería práctico.

¡Con el agua, á la temperatura ordinaria, fundir metales; con un río, que acaso viene de una nevera, crear temperaturas de mil ó mil quinientos grados; convertir las blancas espumas en borbotones hirvientes de metal! ¡No es pretender tales cosas, pretender, más que lo imposible, lo absurdo?

***

Pues este imposible evidente, este absurdo imaginado, no solo es ya una posibilidad, sino que es la realidad misma; y en Suiza y en otros puntos hay verdaderas fundiciones en que para nada se emplea el carbón.

Empléase una de aquellas soberbias y holgazanas cataratas, que durante siglos y siglos no habían hecho otra cosa que correr por las quebradas del monte, lamer en ocasiones témpanos de hielo, esponjar sus espumas á los rayos del sol, ó adornarse á veces con pedazos del arco iris como irisadas cintas del espacio.

Holgazanas y vanidosas fueron; pero les llegó su hora: ¡ya tienen que trabajar!

Hoy alimentan hornos y hornillos y crisoles en que se eleva la temperatura á 3,000 y 3,500 grados y á 4,000 á veces; lo cual no había podido conseguirse quemando carbón.

¿Y cómo se consigue? ¿Cómo se realiza este prodigio? ¿Cómo, por medio de una masa de agua que cae de cierta elevación, pueden obtenerse temperaturas capaces de convertir barras de hierro y acero en blanda cera; de crear multitud de piedras preciosas por la fusión de sus componentes; de volatizar el carbono y hasta de forjar cristalitos de diamante?

Ya queda dicho: por medio del dinamo, que, como tantas veces hemos explicado, no es más que un manojo de hilos de cobre girando al rededor de un imán ó de un electro-imán.

Aquí está todo el misterio. La catarata se recoge en una turbina, la turbina hace girar el dinamo, y toda la energía de la masa líquida, al desplomarse, se transforma, se espiritualiza, por decirlo así; en suma, se convierte en corriente eléctrica.

Sus ondas, sus espumas, sus espumarajos en la caída, sus torbellinos en el fondo, sus láminas de cristal en lo alto, sus íris en el espacio, su alma, en fin—si la imágen es permitida—se ha desprendido de la envolvente materia formada de gotas, y del dinamo sale hecha impalpable esencia á que, por darle algún nombre, le llamamos *corriente eléctrica*, y por apoyarlo en alguna imágen, suponemos que es la vibración ó movimiento del éter.

Ya tenemos la corriente eléctrica; pero ¿cómo por medio de la corriente eléctrica se pueden obtener esas enormes temperaturas que con la del sol pretenden hombrearse si la palabra vale?

***

Hay muchos sistemas; pero pueden reducirse, en suma á dos fundamentales. Ó una resistencia grande interpuesta en la corriente, ó un arco voltáico en que las puntas de los carbones se hallen á gran distancia también, lo cual, en el fondo, es oponer una enorme resistencia al paso de la corriente.

Porque la corriente eléctrica al pasar por un conductor cualquiera, va convirtiendo su energía en calor. Por eso á veces, cuando no son bastante gruesos los alambres, ó cuando hay un corto circuito, se enrojecen los conductores.

Siempre que el agua corre por un cauce liso y regular, deslízase mansamente; y más que agua que corre, parece una barra de cristal puesta en un estuche.

Pero si el lecho es irregular, lleno de asperezas y de guijarros y de piedras, el agua ya no corre con la facilidad que antes; choca, retrocede, se retuerce en torbellinos y se cubre de espumas, como boca de caballo que tasca el freno que le contiene; y si pudiéramos emplear termómetros bastante sutiles, veríamos que su temperatura y la temperatura del cauce se elevan.

Pues esto sucede con la electricidad.

Cuando corre por un alambre—que es su cauce—también encuentra resistencias mayores ó menores, según los casos; y cuando esta resistencia es muy grande y la corriente eléctrica es muy poderosa se embravece contra el obstáculo, y lo caldea, y lo enciende, y lo funde, y lo volatiliza; y crea esas temperaturas dignas del sol ó dignas de los abismos geológicos.

LA CAMPANA, LAS COMISIONES Y ESCOLTA EN LA ESTACIÓN DE DOLORES HIDALGO

Y no es maravilla; porque el trabajo mecánico, ó si se quiere la energía, nunca se anula, es inalterable, y toda la energía de la catarata—quizás cien caballos de vapor—está metida, por decirlo de este modo, entre las dos puntas de carbón del arco volático, saltando de una á otra por lo atmósfera de carbón volatilizado; y tanta energía en tan apretada faena, ya que no pueda convertirse en otra cosa, se convierte en centenares de calorías, que pregonan su potencia interna con los 3,500 grados del termómetro.

***

Un distinguido escritor observa con fundamento, que la metalurgia tiende á dar un salto atrás, al menos en lo que á la forma de sus procedimientos se refiere.

En un principio dominaban nuestras clásicas y famosas forjas catalanas. El hogar era pequeño; pero sobre él se lanzaba una gran corriente de aire, alimentada precisamente por una caída de agua.

Había algo de profético en estas nobles forjas catalanas. No es que la catarata engendrase el calor, que el calor lo engendraba el combustible; pero, al menos, la fuerza hidráulica contribuía al movimiento de los fuelles y era causa determinante, si no causa efectiva, de una más viva y reconcentrada combustión.

Después, la metalurgia empleó altos hornos, cubilotes colosales, gigantes de la industria, en cuyas entrañas ardían montañas de hulla.

Pues hoy se marca una tendencia contraria. Parece como que se vuelve á la forja catalana, pero eléctrica. Un pequeño espacio, hecho de substancia refractaria, y un arco voltáico, bastan para fundir todos los metales. Sólo que al fuelle de la forja catalana le ha sustituido el dinamo; y la caída de agua ya no manda una corriente de aire, sino que manda ese aire maravilloso que se llama corriente eléctrica.

Por lo demás, bien se comprende que hablamos en términos generales, y sin entrar en pormenores técnicos, que harían excesivamente árido nuestro trabajo.

RECUERDOS DE DOLORES HIDALGO.

Confesionario que perteneció al Sr. Cura Hidalgo y que se encuentra en la casa que habitó.

Decimos que la corriente eléctrica puede engendrar temperaturas muy superiores á la que obtenía la antigua metalurgia, y esto en un pequeño espacio; pero no decimos más, ni nos ocupamos de cómo por este método pueden obtenerse grandes cantidades de metal en fusión.

***

Hablamos, al empezar, de las sorpresas y aun de los asombros que los nuevos inventos engendran á veces. Y vamos á terminar este artículo con una afirmación estupenda, que si bien hoy es puramente teórica, ¡quién sabe lo que será en el porvenir!

Yo digo, que no sólo por medio de una catarata, que al fin y al cabo es una fuerza, y representa y lleva consigo muchos caballos de vapor, pueden conseguirse altísimas temperaturas; sino que con el hielo, que es, al parecer, masa inerte, que no es agua que cae, sino que es agua congelada y muerta, que donde la dejan se está, más que fría, helada; con el hielo, repito, se pueden crear temperaturas capaces de caldear un espacio. Contradicción, al parecer, estupenda; paradoja con ribetes de ridícula, y que, sin embargo, es verdad indiscutible, como probaremos cuando llegue la ocasión. Por hoy, como no se trata de nada práctico, dejaremos en suspenso el problema, terminando este artículo como Jerónimo Paturot terminaba su folletín.

¿De quién sería aquella mano? ¿De quién sería aquella cabeza? Que es, en nuestro caso, como decir: ¿de qué modo con el hielo puede elevarse la temperatura de una habitación, siquiera á 20°?

José Echegaray.

GALERIA ARTISTICA.

Haciendo labor.—Cuadro de Rodolfo Hausleithner.

[Grabado en los talleres de "EL MUNDO."]

UN HOMBRE.

DESPUES de su misa, el cura Legrand volvió á la sacristía: La luz tierna de un cielo de Noviembre se filtraba á través de los vidrios de la única ventana. De la sombra surgió una mujer: tenía un aspecto lamentable con su chalecillo anudado bajo la barba, y su rostro inundado de lágrimas; arrojose á los pies del padre y gritó:

Lo van á fusilar!

—A fusilar! Quién.........

—Los Prusianos, á mi marido......y un sollozo ahogó las palabras á la desventurada.

Muy conmovido el padre, colocó vivamente su cáliz sobre una mesa y tomando entre las suyas las manos de la pobre mujer, la hizo levantarse.

—Pero, como......... tu marido?

—Sí, á causa de los uhlanos muertos ayer por los franco-tiradores..... Los prusianos han echado suertes esta mañana.........

Son tres los que van á fusilar......... Vincent, Lardeur y mi marido......... Sálvelo usted, señor cura.

—Pero yo nada puedo, respondió el sacerdote con un gesto de desaliento.

Rodó una lágrima por su mejilla, apoyó la frente sobre la mano y se puso á reflexionar.

Su corazón se despedazaba al pensar en la desgracia que hería á sus feligreses y ante la idea de su impotencia. No poder socorrer á sus ovejas, por las cuales se prodigaba sin cesar, abnegado hasta el sacrificio! Pero ¿dejaría partir así á aquella mujer desolada que iba á pedirle la vida de su marido? «Es fuerza que yo la salve á todo precio,» pensó, y dirigiéndose á la mujer le dijo:

Ten valor, espera!

Quitóse rápidamente las vestiduras sagradas y se dirigió á las consistoriales donde estaba instalado el capitán que mandaba un pelotón de uhlanos enviado de avanzada. El rostro naturalmente pálido del cura Legrand, volvíase más y más lívido á medida que disminuía la distancia. La idea de aquella temible entrevista le hacía temblar de emoción, pero su exaltación mató su timidez. Se le introdujo en la sala de sesiones del Concejo Municipal. Sentado ante una mesa, el capitán firmaba papeles. Miró fijamente la cara al padre, y para prevenir una súplica que temía, dijo en francés, con una voz brusca:

—Qué quiere usted, señor?

El cura balbuceó:

—Vengo á pedir á usted......... gracia para los habitantes de esta población......... Son inocentes......

—La guerra tiene necesidades abominables, respondió el capitan......... Sus tiradores de ustedes, esos improvisados, nos matan de diario una porción de hombres. Hay que acabar con ellos. Tanto peor para las poblaciones que les dan hospitalidad!

El padre intentó argumentar, pero todas sus razones se estrellaban en la implacable lógica del alemán. Al fin, convencido de su impotencia, ensayó únicamente salvar á uno de los prisioneros.

—Concédame usted al menos gracia para Leroy...... Tiene tres hijitos y su mujer está en cinta.

El capitán mostró un gesto de piedad pero respondió señalando un papel que estaba sobre la mesa:

—Las órdenes son formales......... Traicionaría á mi deber de soldado. Usted debe comprenderme, señor, usted que es sacerdote...... Nos han muerto tres uhlanos, necesitamos tres víctimas.

El cura no tenía ya mas recurso que volverse por donde había ido; sin embargo, no se movió. El silencio se prolongaba. Después de haber reconocido algunas notas de contabilidad, el capitán hizo tronar sus dedos con movimiento de impaciencia.

Bruscamente, el abate Legrand había avanzado y casi con vergüenza, con un tono humilde murmuró:

—No tengo ni mujer ni hijos, ¿quiere usted que yo........?

La mirada del oficial se fijó con simpatía en el cura, todo lleno de rubor y ansioso de respuesta.

Después de un momento de silencio, el capitán dijo por fin:

—Es grave, señor, eso que me pide usted. Usted es joven aún... Reflexiónelo bien.

—Se lo suplico.......

Sin responder el capitán, púsose á escribir. En seguida se levantó y le tendió una hoja de papel:

—Aquí está, dijo, la orden para poner en libertad al llamado Leroy, en lugar de usted.

Y con voz grave y triste, añadió:

—Quiere usted, señor cura, hacerme un honor? Quiere usted estrechar mi mano?

El padre tendió francamente su mano, y con movimiento leal y generoso estrechó la del alemán.

Después, con paso ligero (tan feliz por su sacrificio, que sin cuidarse de su dignidad echó á correr), el abate Legrand dirigióse á la escuela, donde se hallaban encerrados los condenados. El carcelero, un uhlano, arrastraba con gran ruido su sable frente á la puerta.

Sin dignarse responder al saludo del cura, cogió brutalmente la hoja de papel. Pero después de haberla leído, la expresión de dureza de su rostro se atenuó, su alta talla enderezóse y con los dedos en su *schapska*, dijo con respeto:

—Entre usted, señor.

Ya en la puerta de las aulas, el abate Legrand pidió al oficial que llamase á Leroy. Aniquilado, con los ojos llenos de lágrimas, éste apretó la mano del cura, murmurando:

—Mi mujer, mis pobres hijitos.

—Ten valor, amigo mío, espera.

Y con ciertos rodeos, el cura hizo saber á su feligrés que se le había concedido gracia, atendiendo á que tenía familia. El hombre, entonces se puso á reír, á bailar, casi loco. Quería correr á su casa, pero el padre le calmó. Por fin los dos dirigiéronse á un lugar apartado, y el abate Legrand dijo:

—Quédate aquí, voy á prevenir á tu mujer.

En el fondo del corredor, en una choza, la mujer de Leroy, rodeada de sus niños silenciosos, trabajaba, llorando. Pero el rostro radiante del cura se lo dijo todo:

—Está libre!

Sin responder, el padre sonreía.

—Quiero verlo.

—Va á venir.

Apenas dichas estas palabras, el hombre y la mujer se arrojaron uno en brazos del otro. Mejilla contra mejilla, y lloraron silenciosamente.

—Y no le hemos dado á usted las gracias, dijo por fin el hombre.

El padre respondió muy conmovido:

—La dicha de ustedes es mi recompensa. Amense siempre bien. Son ustedes gentes honradas.

Estrechó la mano de los esposos, abrazó á los niños y volvió apresuradamente á la casa de la escuela.

En un rincón de la clase, el guarda-campestre Lardeur, un viejo soldado de Crimea y de Italia, feroz, con los brazos cruzados, fumaba estoicamente su pipa. Cerca de él, Vincent, joven de diez y ocho años, con la cabeza entre las manos, parecía dormir.

El abate Legrand se sentó entre los condenados. Sus exhortaciones y sus frases de aliento, hicieron sollozar al joven; Lardeur suspiraba. El padre tomó á cada uno por un brazo, y sabiendo que nadie se comunicaría con ellos, les dijo:

—Es necesario mantenernos con valor. Usted Lardeur nos dará el ejemplo, usted que es un valiente viejo.

—Luego, usted se quedará entre nosotros? preguntó el guarda-campestre.

—Sí, señor, en lugar de Leroy...... Usted comprende...... el tiene mujer é hijos......

Enloquecido por el entusiasmo, Lardeur exclamó:

—Trueno de Dios! es usted todo un hombre! Si yo hubiera podido matar á uno de esos gorriones...... Sin mis reumatismos......

Sonriendo el padre, calmó al buen hombre. Después preguntó á Vincent si quería confesarse. El joven consintió en ello.

—Y usted, Lardeur?

—Ah! yo, ya sabe usted que no soy devoto.

—Haga eso por mí.

—Vamos; eso le proporcionará gusto?

—Mucho gusto, amigo mío.

—Pues bien, lo haré, replicó el guarda-campestre, tirando de sus mangas, como si quisiera descargarse de un burdo peso.

Ya de vuelta en el presbiterio, (porque había obtenido permiso de permanecer libre para tomar sus últimas disposiciones) el cura pidió al sacristán que convocáse á todos los habitantes del pueblo, á la Iglesia, para las tres de la tarde.

....

Siguiendo su costumbre, después de almorzar el abate Legrand, tomó unos trozos de pan y de azucar, y se fué al corral de su casa. Al verlo, su borrica cesó de pastar y avanzó hacia él. Hermosa y fuerte, tenía la cruz bien trazada sobre su piel gris. El cura rodeó con sus brazos el pescuezo de la pollina, y acarició sus narices aterciopeladas y tibias, con la palma de su mano, repitiendo: «Mi buena bestia! mi buena bestia!»

Su ternura se extendía á los animales, sus compañeros de soledad y éstos, domesticados por su extraña dulzura, se prestaban á sus caricias.

Sin embargo, la borrica había esquivado la cabeza y daba vueltas al rededor de su amo, olfateándolo; después se puso á rebuznar.

—Golosa, qué es lo que quieres? dijo el cura sacando de su sotana un trozo de pan.

De pronto, á sus pies hubo cloqueos y ruido de alas, que llamaron su atención. Inclinóse y gallos y gallinas fueron á picotear su mano; sus conejos no quedaron olvidados. Al darles salvado, pasábales lentamente los dedos por la piel de sus redondos lomos. Como la borrica le había seguido, el cura le tendió un trozo de azucar; la bestia se puso á mascarlo moviendo las orejas con una satisfacción visible. Su ojos redondos y dulces parecían mirar á su amo con ternura. El abate Legrand se sintió sacudido por un extremecimiento y con la cabeza inclinada y las manos hacia atrás, volvió á su jardín.

Entre los lotes de tierra, brillaban las avenidas limpiecitas, alfombradas de arena leve: los perales, sin hojas, extendían sus ramas regulares y paralelas contra el muro del chiquero techado de paja.

El padre afianzó con un mimbre una rama rota y, pensativo, continuó su paseo á lo largo del muro, al rayo del sol y abrió una puertecita que daba al campo.

Silencioso, bañado en luz y en humedad, el plan se extendía á lo lejos. Aquí y ahí los haces de espigas, redondas como palomares ó semejantes á cabañas, formaban caseríos de paja. A la izquierda un espeso bosque de hayas enlazaba los bosques de abetos que barrian el horizonte.

Largo tiempo fijó el padre sus ojos en aquel paisaje familiar como para impregnarse de él; después cerró la puerta. Pero su mirada, franqueando los muros, se detuvo en el reloj de la iglesia. El pequeño horario avanzaba entre las cifras I y II; el minutero había pasado ya de la mitad del cuadrante.

«Dentro de tres horas habré muerto,» pensó el abate de pronto, é instintivamente cruzó los brazos sobre el pecho, como para protegerlo de las balas. Sus dedos palpaban su cuerpo sorprendidos de no sentir correr la sangre.

Tres horas más y ya no sería mas que un cadáver clavado en un ataúd para toda la eternidad. Presa de una alucinación, el padre creyó oír el ruido sordo de las primeras paletadas de tierra sobre la madera.

Morir así, á los cuarenta años, en plena salud, en plena vida...... era eso posible? Cuantas alegrías humildes le acompañaban en su dichosa existencia sin deseos y sin ambiciones!: deberes de su sacerdocio, alivio de miserias, comidas con sus compañeros, cuidado de sus animales y de su jardín...... Ah! porqué había cometido la locura de sacrificarse? Lleno de angustia se lanzó de un golpe á la puerta y la abrió bruscamente.

Su mirada siguió con obstinación el sendero reverdecido por la hierba, que desde el pie del muro, entre las labores, iba hasta la carretera. Su pensamiento corría por el camino, se lanzaba en seguida á través de los bosques por senderos conocidos. Allá lejos, á algunos kilómetros, se encontraba una estación de camino de fierro. El padre avanzó la cabeza; el campo estaba desierto hasta el horizonte. Nadie le vería huir; llegaría á la estación, tomaría el tren, se iría lejos, muy lejos, sería libre, viviría, viviría!

Vuelto loco, iba á lan arse, con la cabeza desnuda...... pero...... y su palabra?...... pero...... y Leroy?

Exhalando un sollozo, el abate Legrand empujó la puerta y de rodillas en tierra, llamó en su ayuda con todas las fuerzas de su fe y de su ser, al Cristo, que al aproximarse su muerte, había también conocido en el jardín de los olivos, todos los horrores, todos los miedos, sudando agua y sangre y agonizando de antemano, y le suplicó que le asistiese hasta el fin y le volviese el valor.

Después, fortalecido, comprendiendo que la soledad y el ensueño le aconsejaban solo cobardías, se apresuró á volver á su casa.

Hechas exactamente sus cuentas, clasificados y valuados sus valores—algunas obligaciones de caminos de fierro y títulos de renta—hizo testamento dando á las gentes de la comunidad más dignas de interés, cien pesos, doscientos pesos, una verdadera fortuna. Numerosos feligreses recibieron como recuerdo un libro, un Cristo; otros un viejo cubierto y, por fin, legó su borrica á gentes ricas, suplicándoles que no la vendieran nunca, á fin de que no arrastrase miserablemente su vejez por las calles, tirando de la galera de algún forastero.

El abate Legrand se vistió en seguida; afeitose con cuidado, se puso su sotana nueva, sus zapatos de hebillas y tomó sus guantes.

Largo tiempo oró á Dios con fervor, con amor, pidiéndole perdón de sus culpas, y abandonándose por lo demás á su bondad y misericordia y á su justicia. Como daban las tres, bajó por la escalera de su casa. Las nubes obscurecían el cielo cuando abrió su puerta, y como hombre prudente, el cura volvió por su paragüas.

La iglesia estaba llena como en las fiestas campanudas, como en Todos Santos.

Ante la desgracia que abrumaba á la población, los más incrédulos habian ido á agrupárse al rededor del hombre que representaba la más alta autoridad moral. Vestido de sobrepelliz, el abate atravesó la multitud de fieles y franqueó las gradas del púlpito y después de haberse santigüado y recogido, habló así:

—Mis queridos hermanos: soy muy feliz al veros reunidos en tan gran número. Vamos á pedir juntos por los condenados. Se me ha concedido gracia para Leroy, pero no pude obtenerla para Lardeur y Vincent; los he visto, los he asistido, están listos para morir como cristianos y como patriotas.

Sin ostentación, con mucha simplicidad, habló sobre el deber, el sacrificio y el amor á la patria.

Sus palabras hicieron extremecer á la asamblea, cuyo ideal se limitaba de ordinario á los intereses materiales. Sin embargo, una mujer lanzó un gran grito; era la madre de Vincent que se desvanecía. Sacáronla fuera y para ocupar á la multitud de la cual surgían rumores confusos, el padre anunció:

—Vamos á cantar el oficio de los muertos; yo diré un versículo y los fieles responderán.

En el coro, vuelto hacia el altar, entonó con voz fuerte el *De profundis*. En seguida bendijo á la Asamblea y la exhortó, con mucha dignidad, á la calma y á la resignación, invitando á todos á que volvieran á su casa y se encerrasen.

Viósele dirijirse hacia la escuela, enguantado y con su paraguas en la mano.........

....

Al día siguiente, los habitantes de la población supieron que su cura había sido fusilado por los alemanes.

Mauricio Lemercier.

MARIA ANTONIETA.

Yo alcancé aquel tiempo de ruinas, de horror, de combate sin descanso, de odio, de odio y amor á un tiempo; amor sí; en el fondo de todo corazón palpitaba una sed irresistible de fraternidad y de concordia; M. de Saint-Just, ese Marat de marmol, había regalado, en un arranque de amor al género humano, su fortuna á los pobres; era el tiempo en que Robespierre amaba. Yo alcancé aquel tiempo; yo ví desmoronarse un mundo, yo sentí los primeros movimientos del mundo nuevo en sus pañales humildes, bordados por las manos de nuestras madres, las pobres mujeres del pueblo. Yo he visto ¡oh! piedad, el vaso de sangre humana apurado por Mlle. de Sombreuil, yo he visto, pálida y pura, en la punta de una pica, la cabeza de reina de María de Lamballe.

En los comienzos, sin embargo, sólo pan y libertad pedíamos; los que nos negaban el pan desaparecían bajo nuestros pies, en un momento, en el lodo ensangrentado de las calles de París. Solíamos levantarlos, ya cadaveres, y algunos infelices que reían con la nerviosa risa del hambre, los colgaban de los faroles. Estallaba entonces una carcajada general, y jóvenes, viejos, niños y mujeres, nos dábamos las manos y danzábamos frenéticas rondas, cantando sin cesar el alegre estribillo de las esperanzas del hermoso país de Francia: *ça ira, ça ira, les aristocrates á la lanterne.*

En cambio cuantos nos ofrecían la libertad eran nuestros dioses; quitábamos de las cabezas de nuestras mujeres y nuestras hijas las cintas con que se adornaban los días de fiesta y las entrelazábamos á las crines doradas del cabello blanco de M. de Lafayette, el libertador de dos mundos.

¡Ah! tiempo feliz, tiempo bendito de hambre y de misericordia, de frio y de perdón, de misericordia y de amor! Nuestra bandera flotaba sin cesar sobre nuestras cabezas; era la bandera nueva, la bandera de París, el azul y el rojo de nuestra Comuna, aprisionando el blanco de la monarquía. Habíamos aprendido unas palabras muy bellas, muy grandes; un cortesano que tenía una frente inmensa y que, con su junco de Indias de puño de oro, había azotado sin piedad las espaldas del clero, nos había enseñado una palabra mágica: *libertad.* Cuando este cortesano murió y la Asamblea decretó su apoteosis, llevamos sus restos á nuestro gran templo cívico, al Panteón, entre el incienso y las flores, y nos arrodillamos delante de su ataúd y llorando de admiración enseñábamos á nuestras hijos el nombre de *Voltaire.*

Pero ese nombre no era el más querido, había otro; había otro adorado entre todos los nombres de la tierra, porque era el de un hermano nuestro, que había vivido con nosotros, que había tenido, como nosotros, hambre, que había sido escarnecido, humillado, apedreado; que había sido lacayo como nosotros y nos había dado nuestro evangelio nuevo, que había predicho el porvenir y había muerto, olvidado y triste, con la mirada perdida en la última luz del crepúsculo. Ese hombre era el maestro de nuestros apóstoles, era el maestro de nuestros santos. Robespierre se descubría al pronunciar su nombre, St. Just pensaba en la guillotina para vengarle y su recuerdo arrancaba de las profundidades lúgubres del corazón de Marat una lágrima que apuntaba entre sus pestañas como una gota de hiel. Aquel Cristo de nuestra gran revolución se llamaba Juan Jacobo Rousseau; de sus labios había bajado esta otra divina palabra: *Igualdad.*

Yo me llamaba Pueblo; este nombre pronunciado por la boca de bronce de Mirabeau, que parecía la de la máscara de la tragedia antigua, había hecho crujir los tronos, como árboles de las raíces podridas. Esta palabra, apenas balbuceada por nuestros padres en los siglos de tormento, de ignorancia, de esclavitud; apenas deletreada en el fondo de la tumba social en que yacían, había tomado con el timbre de la gran voz del tribuno, el tono de una tempestad rebotando entre las cimas de granito de las montañas. Desde que esa voz sonó, la monarquía, la nobleza, el clero, el rey, el duque y el obispo se habían puesto pálidos para siempre; con esa inmutable palidez iban á subir las gradas de la guillotina.

Sólo una mujer no se había puesto pálida, sólo un rostro se había encendido de ira y odio; esa mujer divina y aborrecible se llamaba *la reina*; era María Antonieta. ¡Oh! dejadme recordar esos días de dolor y redención, esos días de muerte y de inefable gozo, en que Francia, sacudiendo el desgarrado manto, el manto en que ocho siglos de monarquía habían derramado el vino de sus orgías perennes, se levantaba á la voz de la filosofía y la elocuencia y daba su sangre á la resurrección de América y presentaba su corazón á todos los pueblos, llamándolos sus hermanos. Dejad que los recuerde. Como una visión prodigiosa se dibujan á mi vista. Allá abajo rugía y cantaba París, la grande, la inmensa París que vivía en la calle, que había olvidado el camino del hogar, que parecía siempre lista para emprender una peregrinación sin término, con el saco de viaje á la espalda y en las manos la pica, la pica que iba á abrir á la Revolución las puertas del mundo en Jemmapes.

Como un reflejo de nuestros vértigos, de nuestras aspiraciones, como un eco de aquel mar preñado de tormentas que se llamaba París, se oía sobre nuestras cabezas el murmullo de un grupo de gigantes: era la Asamblea Nacional. En medio de ese grupo, un rugido de león resonaba en los grandes momentos; era un antiguo noble, un antiguo libertino, un antiguo presidiario que hablaba cuando su existencia de placer se lo permitía; era la voz convulsiva del porvenir promulgando la sentencia de muerte del antiguo régimen; era la palabra de Mirabeau que envenenaba á la monarquía con su aliento mientras las flores lo envenenaban á él con su perfume. Y desde que esa palabra estalló, comenzó el estremecimiento del suelo de Francia; dura todavía. Frente á la Asamblea, frente al Estado llano, brillaba la Corte, en derredor del suntuoso y simétrico Versalles habitado por las sombras de todas las grandezas y maculado por las reliquias de todas las corrupciones de la vieja Francia. Era aquel un mundo vestido de seda y oro, qué sentía que iba á morir y vertía en su copa de deleite las últimas gotas de aroma de las flores de lis de la monarquía. Todo era elegante y delicioso; los guardias de corps perfumaban sus delicadas manos con agua de ámbar, para hacer su

cuarto de centinela en la puerta de la alcoba de la reina; los abates se batían en duelo; los obispos firmaban las protestas en contra de la preeminencia que se daba en el *menuet* de honor en Versalles á la señorita de Lorena y los cardenales se enamoraban de la reina.

Todo era allí artificio, nadie creía en Dios, ni las mujeres; es cierto que una que otra vez creían en el diablo bajo las especies de Cagliostro ó de Mesmer. Los padres vendían á sus hijas, los hermanos traficaban con sus hermanas y todos los cortesanos aplaudían febrilmente á Fígaro que les escupía en el rostro toda su ignominia.

En el centro de todas esas figuras de porcelana, cuyos perfiles dulces y fatigados se destacaban en el esmalte azul de un cielo en cuyo horizonte humeaba ya la llama del incendio, estaba sentado un buen hombre robusto y plácido, glotón é inofensivo, debil y rubicundo: Luis XVI, y junto á él, de pie, una hermosa y altiva mujer, que entonces se llamaba *Madame Veto*. Algunos empezaban á decirle *la austriaca*; su nombre de bautismo fué María Antonieta, archiduquesa de Austria; su nombre de muerte está escrito en el registro de inhumaciones de la Magdalena, helo aquí: *Por un ataúd para la viuda Capeto, 7 francos*. Era preciso para llamar Capeto á esta mujer, violar la historia; no importaba. Capeto era el nombre del fundador de la monarquía y los dos que expiaron los crímenes de la monarquía debían llevar el nombre del fundador, lo que quería decir que en ellos se mataba la institución. Así al menos lo explicaba un hombre elocuente que fué el primero que aplicó al último monarca el apellido del primero: este hombre era Camilo Desmoulins.

La reina de Francia era bellísima, era, ya lo dije, odiosamente bella, porque así como su lujo insultaba nuestra miseria, así como sus banquetes, en que se repartía la escarapela negra de la contrarevolución, insultaban nuestra hambre, así su belleza insultaba nuestra fealdad. ¿Qué derecho tenía ese monstruo á la hermosura, cuando Teresa, la mujer de Rousseau, había sido tan fea? Su caballera de oro pálido como el sol de Alemania, sus ojos azules como el Danubio, la curva mórbida de sus labios austriacos, su inmaculada frente, su talle de hada, su porte de diosa aérea, suave y pura, todo, hasta las lágrimas que venian á sus ojos cuando besaba á sus hijos, todo estaba diciendo claramente la horrible iniquidad que encerraba el corazón de esa hiena que, para conservar la tersura de su piel, se bañaba en sangre de niños recién nacidos, como nos lo aseguraba Marat, el amigo del Pueblo, con su acento ronco y sublime.

Desde el día que tomamos la Bastilla el terremoto creció; todos los viejos edificios se desmoronaban; el suelo de Francia se movía como una báscula inmensa, y mientras nosotros los de abajo subíamos, el rey, la reina, Versalles, la corte, descendían rápidamente al abismo. Todos huían, todos temblaban, todos se miraban despavoridos, menos ella. ¡Oh fatal, abominable mujer que aconsejaba la resistencia á Luis Capeto, que intrigaba con sus cortesanes para degollar á nuestros hijos, que aglomeraba el pan en Versalles para matarnos de hambre, que había jurado el exterminio de todos los parisienses, que llamaba á su hermano primero y á su sobrino después —traidora!—para que acabasen con Francia y con la libertad.

¡Con qué gusto la buscamos en Versalles para insultarla! Entramosen su alcoba; todo era blanco, limpio, puro, trascendía á templo aquel cubil de pantera; la sangre de sus genízaros que se atrevieron á morir sonriendo al pie del lecho de su señora, manchó la cuna de sus hijos. Y ella los llamaba; Antonieta llamaba con suprema angustia á sus hijos; la austriaca fingía ser madre buena; ¿para qué? ¿Por qué aquella voz de agonía, por qué aquella desesperación maternal? ¿Qué derecho tienen los reyes para sentir como los demás hombres? ¿No son los enemigos de la humanidad?

Llegó un día épico; la monarquía desapareció con sólo el rumor de nuestros cantares:

Damas distinguidas de la República.

Srita. Narcisa Moguel Novelo.
[DE MÉRIDA.]

Allons, enfants de la Patrie,
Le jour de gloire est arrivé.........

Era el himno del Rhin, era el canto de nuestros marselleses, era el sublime grito de guerra del 10 de Agosto. Un extremo de la báscula se había perdido en la sombra para simpre. El trono, la nobleza, la Iglesia, todas las añejas invenciones de otra edad, todos los instrumentos de tortura inventados para el pueblo, todo se redujo á polvo. Un poco de sangre, un poco de humo......... y el pasado había vuelto al no ser. Día bendito, yo me arrodillo para adorarte al través de los años; ese día el mundo moderno encontró su cuna en los brazos de un pueblo ebrio con su victoria inmensa.

No, el vencido no era Luis XVI, no era la víctima María Antonieta; el vencido era el pasado; el vencedor el género humano; sentimos sobre nuestras cabezas la mano de Dios que nos bendecía. Miramos á todos los puntos del horizonte y vimos surgir de las tumbas, de las hogueras, de los calabozos, de los campos de batalla, de los templos, de las escuelas, de los laboratorios del pensamiento, de los talleres sepulcrales de los obreros, del corazón de los siervos de la gleba, del pecho de los encadenados, un grito soberano de emancipación, un infinito clamor triunfal: y aquel rumor ilimitado se concretaba, se volvía una armonía divina en una palabra sola, en esta palabra de concordia, de porvenir y de paz: ¡República! La fórmula de la verdad social estaba encontrada.

Nosotros estábamos en el otro extremo de la báscula, muy altos, dominándolo todo. A ese trono le pusimos un nombre: la guillotina; nuestro pedestal era el cadalso. Ahogamos en nuestro interior los gérmenes viciados de la compasión, y el juego del cuchillo de la guillotina empezó la renovación de la humanidad, el *Amigo del Pueblo* era feliz.

Era un día de otoño; la muchedumbre efervescía como el mar en derredor de una roca, en torno del patíbulo en la plaza de la Revolución. Los soldados de la comuna y las *calceteras* de Robespierre, bailaban rondas en torno de la guillotina. Las picas, aun no limpias de la sangre de Septiembre del año anterior, parecían un bosque agitado por el huracán. Un grito de rabia y de implacable furor salía de todas las bocas. Era el día 6 de Octubre; la viuda Capeto iba á morir.

Los traidores realistas habían propalado la leyenda de su infortunio; referían su dignidad en la hora del peligro, sus adioses tiernísimos al rey, su desesperación y sus lágrimas cuando le arrebataron á su hijo, su resignación santa y dolorosa en la *Conserjería*, los ultrajes que se le habían inferido; hablaban de sus cabellos encanecidos en pocos días, de su desnudez, de sus enfermedades, de su hambre, y repetían palabras de perdón que había dejado como herencia á sus hijos. No, no; eso debía de ser mentira, eso era imposible, nuestros jueces eran justos, nuestros municipales eran buenos, no, los realistas querían hacer una mártir de la tigre imperial de Austria. ¡María Antonieta tener corazón de esposa, de madre! María Antonieta perdonar! Sueño, locura: los enemigos del pueblo no son hombres, no son mujeres, son monstruos.

La carreta apareció en la gran plaza; la acompañaban las vociferaciones de la muchedumbre; silbidos, ultrajes, salivas, todo, no había ni ignominia ni inmundicia que no se arrojase á aquella frente, antes ceñida por la corona de ocho siglos de grandeza, hoy por una humilde cofia de lino blanco que dejaba entrever los cabellos canos cortados brutalmente por la tijera del verdugo. La Veto, con las manos atadas á la espalda, hacía esfuerzos para permanecer derecha, envuelta en su estrecho vestido negro. Cuando vacilaba, la punta de una pica ó de un sable la sostenía...... Así iba subiendo á su Calvario, decían los realistas.

¡Maldición! ¿Por qué estaba tan serena esa mujer? Su cabellera ha encanecido de dolor, es cierto...... ¡Bah! que sufra por todo lo que ha hecho sufrir al pueblo...... Ya llega, ya sube...... Yo era el ayudante del verdugo; yo iba á beber su sangre. Hela aquí; pone un pie en la escalera fatal, vacila, va á caer...... Me precipito á sostenerla. Ella sonríe y me dice con un acento de desolación suprema: Gracias, amigo, hermano mío!

¡Yo el hermano de la Austriaca! ¡Yo! Dios mío, sentí un dolor inmenso en el corazón y permanecí clavado en aquel lugar fatídico...... ¿Luego esa fiera podía perdonar? ¿Luego era una mujer? Sentía que el vértigo se apoderaba de mí......

Un silencio profundo rodeó un instante la guillotina, sólo se percibía el latido del corazón de la multitud. Entonces se escuchó una voz angelical y triste que decía: «Adiós, adiós una vez más, hijos míos, voy á unirme á vuestro padre»...... Un grito, un sollozo se escapó de mi pecho; corrí hacia el cuchillo fatal exclamando: «¡Dejadla vivir, dejadla vivir, no es la austriaca, es una mujer, es una madre, es mi madre!......» La mano del verdugo cerró mi boca, aquella mano estaba empapada en sangre, era la sangre de la pobre mártir.

Sofocado por el dolor y por las lágrimas, caí al pie de la guillotina; me figuraba que un mundo pesaba sobre mis espaldas, y Francia me pareció sumergida en un lago de sangre sin riberas. Cuando volví en mí, la muchedumbre se había dispersado, el patíbulo estaba solo, la noche profundamente obscura y fría. Levanté los ojos y ví una gran fantasma dominando el cadalso, la Francia, la humanidad, blanca, inmaculada, inmutable: era la estatua de la libertad.........

Justo Sierra.

Para un 14 de Julio.

I
EL MINUE

De raso azul vestidas están las bellas damas,
entre tapices llenos de asuntos de Watteau;
la reina danza alegre, sus ojos son dos llamas;
habrá lirios como ella, pero más blancos, no.
Para ella el mirto brota las hojas de sus ramas,
para ella el padre Apolo las rimas inventó,
por ella son hermosos los regios oriflamas,
Versalles y el Elíseo, Louvre y Fontainebleau.
Gentil el paso mide, su cuello real erguido,
sonriente y desdeñosa su linda boca en flor;
paloma de alabastro que tiene de oro el nido,
Por sólo afán el gozo y el triunfo y el amor,
el gran reino de Francia posee á sus pies rendido:
el pueblo está allá abajo y arriba está el Señor.

II
EL LEON.

Un trueno formidable París inmenso llena.
Qué tempestad avanza? qué nube, qué volcán
sobre la faz del orbe y el alto abismo truena?
qué ráfaga se agita? qué soplo, qué huracán?
El pueblo al fin ha roto su secular cadena,
con fuerza de torrente, con brazos de titán;
derroca la Bastilla y el ronco clarín suena
que anuncia los incendios que el mundo salvarán.
Del trono fracasado se oye el crujir violento:
el hombre es libre y canta del libre la canción,
haciendo conmoverse la Francia en su cimiento.
Rugiente abre sus fauces el león-Revolución,
y baja de la altura como un sagrado viento,
que hace temblar y encrespa las crines del león.

III
EL CUELLO BLANCO.

La dulce y real paloma subió á la guillotina,
es cabellera cana la que opulenta fué;
el cuello de azucena feroz verdugo inclina
delante el pueblo todo que el sacrificio ve.
¡Oh María Antonieta! ¡Cuán otra tu divina
figura en los graciosos compases del minué,
cuando eras un diosa de mano alabastrina,
de labios encendidos y de ligero pie!
El misterioso sino la majestad humilla,
oh Clovis, oh gran Carlos, oh huesos de San Luis!
la tempestad del mundo brotó de la Bastilla,
Como un tropel de truenos se despertó en París.
Dios deja que ese cuello lo corte la cuchilla
y que callosas manos ajen la flor de lis.

IV
SUPREMA LEX.

Sí; Dios lo quiere á veces. La sangre, las matanzas
vienen como una triste y aterradora ley;
señala lo infinito, momentos de venganzas:
rompe la jaula el águila, quebranta el yugo el buey.
Terrible es la tormenta que trae las acechanzas,
la rabia del rebaño, las iras de la grey;
que pone las cabezas sangrientas en las lanzas,
y arranca con la vida la púrpura del rey.
Sí, Dios lo quiere á veces; y envía el cataclismo,
hace brotar del fondo siniestro del abismo
las lívidas borrascas, la negra tempestad,
Para que surja en medio de la árdua noche trágica,
como divina enseña, como corona mágica,
tu nimbo constelado de luz, oh Libertad!

Rubén Darío.

UN 14 DE JULIO.

(HISTÓRICO)

Voy á referiros una breve y triste historia, y voy á referirla, porque hoy habrá muchos semblantes risueños en las calles, y es bueno que los alegres, los felices se acuerden de que hay algunos, muchos desgraciados. Es un episodio del 14 de Julio, pero no del 14 de Julio de 1789, sino del 14 de Julio de 1890. Y la heroína es una paisana nuestra, una hermosa y desventurada mexicana. Ah! de ella hablaron mucho los diarios de París hace dos años, más que de Mme Iturbe y de sus trajes, más que de la señorita Escandón y su boda. Arsenio Houssaye, ese anciano coronado de rosas, le dedicó una página brillante, una auréola de oro, como esas que circundan las sienes de los mártires. La piedad la amó un momento, un momento nada más, porque la piedad tiene siempre muchísimo que hacer. Y ahora que miro esas banderas, esas flámulas, esos gallardetes, símbolos de noble regocijo, pienso en la pobre mexicana que pasó en París el 14 de Julio de 1890.

Estaba casada con un francés que vino á nuestra tierra cuando la malhadada intervención. Aquí tuvo seis hijos...... ¡Ya sabéis que la pobreza es muy fecunda! Vivían penosamente, y el marido, esperanzado en hallar protección más amplia en su país, regresó á Francia con su mujer y su media docena de criaturas. El era pintor, decoraba, hacía cuadritos de flores y de frutas para comedor, iluminaba retratos, y tenía buena voluntad para admitir cualquier trabajo honesto. Pero he aquí lo que no hallaba. ¡Es tan grande París! ¡Hay en sus calles tanto ruido! ¡Es tan difícil percibir allí la voz de un hombre!

Altivo, orgulloso como era, jamás se habría resignado á pordiosear. La miseria, enamorada sempiterna del orgullo, vino á acompañarle.

Una noche, agotados ya todos sus recursos, dijo:

—Es preciso morir.

Le oyó el más pequeño de sus hijos, y preguntó entonces á la madre:

—Mamá, ¿qué cosa es morir?

—Morir, hijito, es irse al cielo.

—¿Y cómo será el cielo? ¿como el mar?

—No; el cielo es un jardín en donde hay muchas flores y muchas frutas, y muchos juguetes para los niños.

—Sí, pero no serán para mí. También aquí hay todo eso y nada es mío.

—En el cielo cogen los niños que no son traviesos cuanto quieren.

—Mamá. ¡vamos al cielo!

La muchachita, que escuchaba atenta, terció entonces en la plática:

—Pero el viaje ha de ser largo, muy largo...... ¡De aquí al cielo......!

—No, mucho más cómodo y más rápido que el de México á Francia. Se duerme uno, y cuando despierta, está en el cielo.

—¿Y allá hay fiestas como la de mañana, con fuegos artificiales y con músicas?

—Todo el año.

—Pues iremos.

Y aquellas criaturas, para quienes la tierra era tan dura, se alborotaron con la idea de ir al cielo.

—¡Morir! ¡Qué hermosa palabra! Sonaba en sus oídos, como suenan cantando en los de algunos hombres.

—Pero no nos iremos todavía, dijo otro de los niños. Mañana es el 14 de Julio. Quiero ver los fuegos.

Padre y madre cruzaron una mirada suplicante.

—¡Esperaremos!

Casi habían olvidado ya su hambre con la esperanza de ir al cielo, y se durmieron soñando en rehiletes de estrellas y en jugueterías de porcelana blanca, atendidas por ángeles. Sólo la más chiquita, que no había entendido, dijo con voz desfalleciente:

—Mamá, papá.

Los dos esposos se miraban sin hablar. ¿Cómo esperar á mañana?

—Yo puedo todavía, vendiendo lo último, juntar un franco. ¡Pedro, quiere Juanito ver los fuegos!

Y aguardaron...... Sería blasfemia escribir: esperaron. El padre tenía una tablita de flores pintadas que no había podido vender. Iba á regalársela á la buena señora del estanquillo. ¡Tal vez le diera algo!

Muy temprano fué Ya cantaba la fiesta su himno triunfal en plazas y bulevares.

A poco abríase de nuevo la puerta del tabuco, y el pintor entraba de regreso.

—¿Qué te dieron?

Aquél, vencido y sin desplegar los labios, dejó caer al suelo unas cuantas estampas.

—Eso.....: para que los niños se diviertan ¿No recordáis la historia de Schiavone? Aquel pintor veneciano también tenía mujer, seis hijos y hambre. También era soberbio. Y pintó no sé qué para los padres de la Santa Croce; fué á entregar su trabajo, y los padres le dieron como recompensa un ramillete de rosas. También dejó caer las flores sobre la desnuda tarima, y la blanca Giacinta, su mujer, fué heshojándolas en los platos vacíos, y cuando ya no hubo más pétalos, dijo al esposo y á los hijos:

-Venid: ya está la cena.

Un instante después moría de hambre.

La mexicana sí había reunido ya algo más de un franco para pasar el día 14. Todos juntos salieron á la calle para que los niños pasearan. ¡Qué alegría! ¡Qué esplendor!

Los muchachitos débiles y enfermos, al pasar por frente á los aparadores, decían:

—Mamá, ¿qué hay en el cielo pollo asado?

—¿Y jamón?

—¿Y pasteles?

La muchacha más grande, la de catorce años, veía con tristeza los escaparates de las tiendas de moda. ¡Era hermosa y se iba sin que el mundo la hubiera conocido! Tal vez la pobrecita no creía en el cielo; pero en la muerte hospedadora sí. No engañaron sus oídos las músicas de viento; no engañaron sus ojos los fuegos artificiales; no engañaron su imaginación las promesas del cielo. Sí, el cohete sube, también resplandeciente quiere llegar á las estrellas......, pero en el aire se apaga. Lo cierto es el armazón, es el esqueleto del «castillo» que en un momento fulguró. Y lo cierto es la noche densamente negra.

Ella fué la primera que dijo:

—¿Ya nos vamos?

Y los niños más chicos, en coro, repitieron:

—Sí, papacito, vámonos al cielo.

En el camino compraron un pan. Tenían más hambre, mucha hambre. En su tabuco devoraron aquel pan. El padre no; no pudo. Lo madre no; no quiso.

Pero en ese pan habíase empleado hasta el último céntimo. Y para dormir bien, para dormir como ellos querían; el carbón era indispensable.

—¡Ah, no hay cuidado! dijo la mayor. la portera me fía.

Y salió. Y lo trajo.

No hubo necesidad de que apagaran la vela. También ella se apagó. Ardía el carbón, y su fulgor dantesco, semejaba un boquete del infierno asomando en la sombra. ¿Quién llora? ¿Quién solloza? ¿Quién se queja? ¿Quién se retuerce? ¿Quién sofoca blasfemias? ¿Quién se ahoga?

La asfixia se lleva primero al niñito de pecho; amordaza á los más débiles; amarra á los padres para que presencien impotentes la agonía de sus hijos; y en medio de este horror y de esta espantosa lucha muda, rasga el silencio la voz de la hija mayor:

—¡Ya no! ¡Ya no quiero morir! ¡Padre, perdóname!

Al día siguiente un vecino rompió la puerta: dentro estaban los cadáveres. Los sacan al aire, hacen esfuerzos inauditos...... ¡Todo inútil!

¿Verdad que ese cuadro debió ser horrible? La vida inventó un castigo, inventó un suplicio que no había soñado el Dante: ¡La madre estaba viva!

¡Ah, éste sí que excede á todos los tormentos! Ugolino devora á sus hijos, pero los lleva dentro de sí. Y Ugolino muere. A aquella madre no le quiso la muerte.

....

¿En dónde está? ¿No se ha aplacado Dios? ¿No ha permitido que muera? ¡Santo cielo! cuando asisto á las fiestas de ese día, cuando miro reír y juguetear en la *kermesse* á tantos niños bien vestidos, pienso en las inocentes criaturas, que hambrientas y asfixiadas, perecieron hace dos años, y digo á las almas buenas:

—¡Una caridad por amor de Dios!

—Señor, ¿en dónde está la probre mexicana? Si vive aún, dale la muerte de limosna!

M. Gutiérrez Nájera.

(Tomado de "El Universal" de la Ciudad de México.)

Tratamiento severo de un hombre

Por el Dr. ANSELMO SEQUEIRA,

Ex-Interno del Hospital General de Guatemala.

Asistía yo á un sujeto bastante vigoroso, de 36 años, afectado de hepatitis, que por un exámen atento conceptué localizada en la zona anterior del órgano secretor de la bilis hacía más de un año.

Permanecían con tinte ictérico la piel y las escleróticas, las deyecciones albinas muy irregulares, casi siempre presentaban, como dice Frerichs en estos casos, color amarillento intenso por la presencia de la bilis más ó ménos alterada; bilifulvina, colesterina en forma de estercorina, biliverdina, etc. etc.

El color de la lengua, también ictérico, el pulso oscilaba entre 70 y 80 latidos y anunciaba el termómetro poca diferencia en la marca calorimetra normal.

Era indudable, á priori, que el diagnóstico no admitia error y la primera idea fué la aplicación de un moxa y propinar cada cuatro dias un drástico de píldoras antibiliosas unas veces y otras un purgante

No se advertía cambio en el mal y el moxa dió lugar á una llaga superficial sobre el mismo lugar enfermo, que se estuvo curando con unguento y sanó á los diez dias.

Permaneciendo estacionario el mal con un cortejo de síntomas, instituí el siguiente tratamiento.

Con un dia de por medio hice que tomara por la noche de cinco á siete Píldoras del Dr. Ross y que en seguida de la primera deyección consiguiente, se le administrara sopa sazonada de buena carne de huesos; que tomara después de la cesación del efecto catártico, una cucharadita de Polvos de Seltzer en tres cucharadas de agua aromatizada, que debía repetir dos ó tres veces con intérvalo; que el día que no tomase las píldoras, tomase vino viejo generoso para comer y una píldora ferruginosa (Píldoras del Dr. Peck) inmediatamente despuès de cada almuerzo y comida frugales; en virtud de que el paciente se encontraba un poco anémico evidentemente.

La mejoría comenzó en breve á establecerse y queriendo comprobar á lo que era debida hice suspender el uso de las Píldoras de Ross y surjía el mal sin tardanza y con nueva fuerza debilitaba al paciente.

Restablecí en su virtud el uso de dichas Píldoras, agregando alternados baños muy rápidos, sulfurosos y salinos.

Cosa notable; el enfermo emaciado, anoréxico, dispéptico, discrásico se levantó y recuperó prontamente las fuerzas y después de dos meses de invierno en este pais intertropical, siguiendo el tratamiento de referencia, él ha sanado por completo y está en buena salúd, y es de rigurosa lógica y justicia atribuir esta curación á las Píldoras de Vida del Dr. Ross.

Naturam Morborum Curationes Ostendunt et Medicamenti.

Masaya, Nicaragua, Diciembre 10 de 1896.

Dr. ANSELMO SEQUEIRA.

Ex-Interno del Hospital General de Guatemala, Médico forense del Distrito de Masaya, Miembro Corresponsal de la Soc.dad Clínicos de Francia, etc.

Zarzaparrilla
del Dr. AYER
Purifica la sangre
Abre el Apetito
Fortalece á los débiles

Aquellos que padecen de debilidad general ú otra dolencia engendrada de sangre impura, deberían tomar la Zarzaparrilla del Dr. Ayer. Da fuerzas á los débiles y en general reconstruye el sistema. Por su medio los alimentos nutren el cuerpo, y se goza de un sueño reparador y de las dulzuras de la vida.

PRIMER PREMIO EN LAS Exposiciones Universales de Barcelona y Chicago.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

☞ **Póngase en guardia** contra imitaciones baratas. El nombre de—"**Ayer's Sarsaparilla**"—figura en la envoltura, y está vaciado en el cristal de cada frasco.

ASMA Y **CATARRO** **CIGARRILLOS** **ESPIC**
(Cajita 2 fr.) ó el Polvo
J. ESPIC, 20, rue Saint-Lazare, PARIS, y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS.

Higiene de la Cabeza ✻ Belleza de la Cabellera
AGUA DE QUININA TONICA DE ED. PINAUD
Infalible contra las Películas y la Caida de los cabellos.
PARIS — 37, Boulevard de Strasbourg, 37 — PARIS

Aceite maravilloso
—DE JOSE GRISI.—

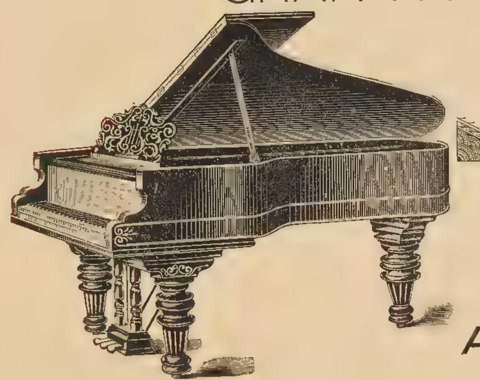
Cura radicalmente el reumatismo en todas sus formas, las neuralgías, la ciática y toda clase de dolores.

Sus efectos son siempre rápidos y seguros.

Está de venta en las Droguerías y Boticas acreditadas.

DEPOSITO:
Mexico, 1ª del Factor número 6.

A WAGNER Y LEVIEN.
GRAN FABRICA DE PIANOS.



Puebla,
México,
Guadalajara.

Con pedal de Combinacioes imitando
Arpa, Mandolina, Zitara Autoharpa, etc., etc.

Agente de los celebres
ORGANOS DE LA CARPENTER COMP.
cuyos precios varian entre $100—$150—$200 etc., etc.

Pianos "Steinway"
de la *mejor fábrica del Mundo* establecida en *New York.*

Unica casa en la República que da plena garantía por la buena construcción de los instrumentos que vende.

Precios sin competencia.

GRAN LOTERIA DE LA BENEFICENCIA PUBLICA.

A CARGO DE LA COMPAÑIA INTERNACIONAL MEXICANA DE MEJORAS.

ORGANIZADA

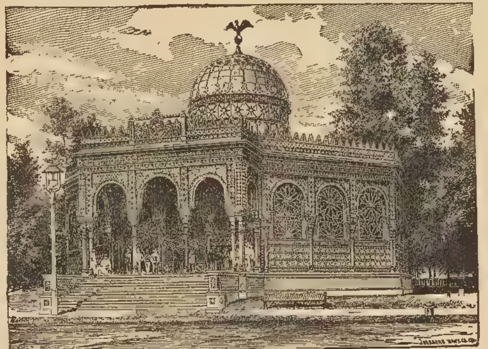
por accionistas nacionales y extranjeros con un capital de

$ 2.000,000.

El valor de todos los premios está depositado previamente en cada sorteo en el Banco de Londres y México.—La fiel ejecución de sus obligaciones, garantizada por la Empresa con un depósito de **$50,000.**—El manejo del Gerente, caucionado con una fianza de **$80,000 ORO**

PREMIO MAYOR $60,000.

80,000 BILLETES



El 90° Sorteo mensual ordinario, tendrá lugar en el Pabellón Morisco de la Alameda de la Ciudad de México, el

Jueves 23 de Julio de 1896.

á las once del día, con los siguientes premios que por su número y valor son superiores á cuantos se han ofrecido al público, siendo los billetes mucho más baratos, con relación á los premios, que los de cualquiera otra lotería.

PREMIO MAYOR $60,000.

FONDO $ 320,000

PRECIOS DE LOS BILLETES:

Enteros $ 4. Medios $ 2. Cuartos $ 1. Décimos 40 cs. Vigésimos 20 cs.

LISTA DE LOS PREMIOS.

1	Premio mayor de $60,000	$ 60,000
1	Idem principal de $20,000	,, 20,000
1	Idem idem de $10,000	,, 10,000
5	Premios de $1,000	,, 5,000
10	Premios de $500	,, 5,000
25	Premios de $200	,, 5,000
100	Premios de $100	,, 10,000
260	Premios de $40	,, 10,400
460	Premios de $20	,, 9,200

PREMIOS APROXIMADOS.

100	Premios de $60, aproximaciones al premio de $60,000	$ 6,000
100	Premios de $40, aproximaciones al premio de $20,000	,, 4,000
100	Premios de $20, aproximaciones al premio de $10,000	,, 2,000
799	Terminales de $20, que se determinarán por las dos últimas cifras del billete que obtenga el premio moyor de $60,000	,, 15,980
799	Terminales de $20, que se determinarán por las dos últimas cifras del billete que obtenga el premio principal de $20,000	,, 15,980

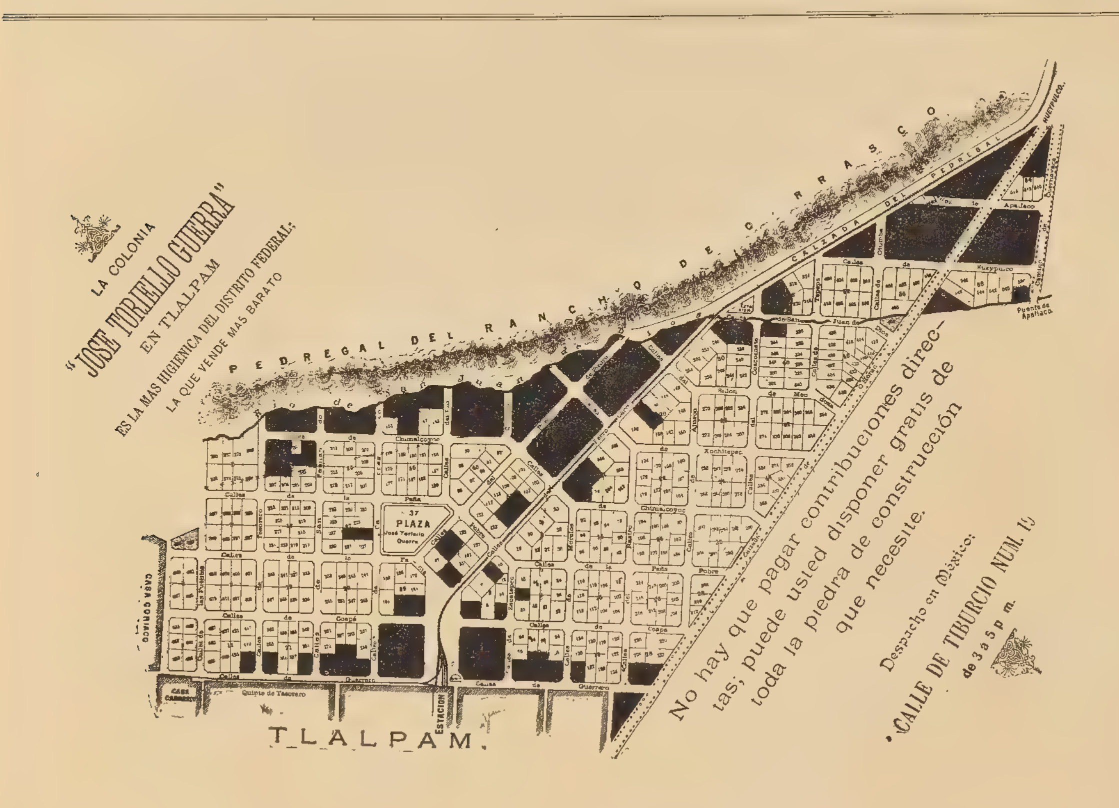
1,761 Premios que hacen un total de.. $ 178,600.

DEBE RECORDARSE que todos los sorteos están bajo la vigilancia y dirección personal del Sr. D. Apolinar Castillo, interventor del Gobierno, y de un empleado de la Tesorería General de la Nación.

CERTIFICO: que en el Banco de Londres y México, está depositada la cantidad bastante para garantizar el pago de todos los premios de este sorteo.—*A. Castillo*, Interventor.

IMPORTANTE. Por la insignificant suma de 20 centavos, cualquiera puede ganar $3,000, etc., etc.

Para todos los informes y demás pormenores, dirigirse al despacho de la Compañía: 1ª de San Francisco núm. 12ª esquina de San Juan de Letran.—*C. Bassetti*, Gerente.



Banco Internacional é Hipotecario de México.

Giros por Cable, Depósitos, Descuentos,
Cobros de letras, Cupones, etc., Cambios sobre el Extranjero,
Cartas Circulares de Crédito, Créditos en cuenta corriente.

CAPITAL $5.000,000

Hipotecas amortizables en veinticinco años con anualidades de 9 por 100, pagaderas por trimestres, efectuando el Banco su préstamo en **Bonos Hipotecarios,** con interés de 6 por 100, y siendo potestativo para el deudor redimir el **Saldo** del capital en cualquier tiempo y con **Bonos Hipotecarios.**

Respetuosamente se llama la atención del público hacia la importancia de estos **Bonos.** No existe papel **más seguro,** porque está garantizado con primera hipoteca, constituida sobre propiedades raíces por **doble valor de aquél.**

El Banco facilitará toda clase de informes escritos, relativos á las diversas operaciones de su instituto, á quien lo solicite en sus oficinas.

Presidente,	Cajero,
José de Teresa y Miranda.	Joaquin de Trueba.

CIUDAD DE MEXICO

APARTADO POSTAL, 269. TELEFONO. NUM. 38.

OFICINAS EN EL NUEVO EDIFICIO DEL BANCO: ESQUINA DE CADENA Y COLEGIO DE NIÑAS

¿Está ud. anémico ó debilitado?

Tome ud. el Vino de Bagnols

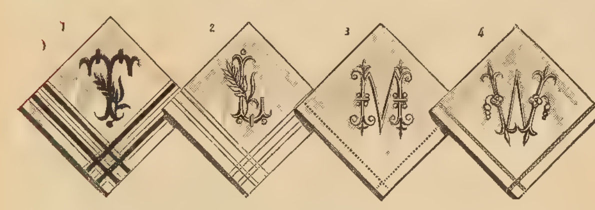
SAN JUAN.

De venta en todas las Droguerías y Casas Importadoras del Ramo.

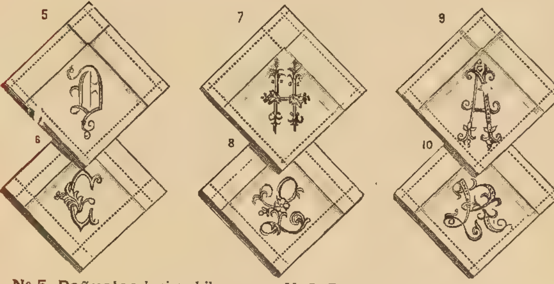
Al Puerto de Veracruz.

Esquina Segunda Monterilla y Capuchinas.

EN LA PRESENTE SENANA

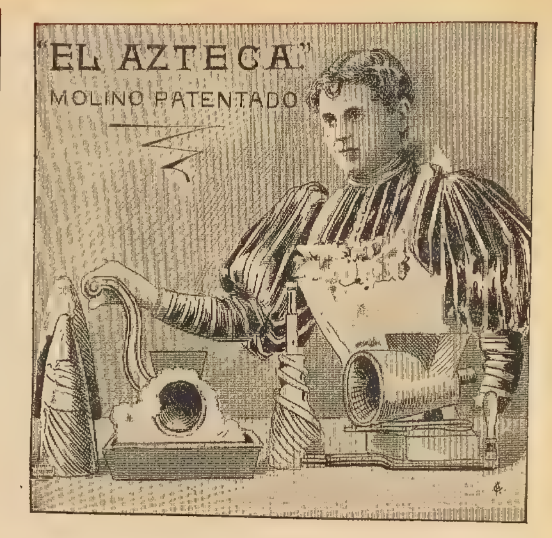


Nº 1. **Pañuelos** para niños, tela hilo	Nº 3. **Pañuelos** para niños, batista hilo
Nº 2. **Pañuelos** para niños, batista de Cambrai	Nº 4. **Pañuelos** para señora, batista hilo.



Nº 5. **Pañuelos** batista hilo	Nº 8. **Pañuelos** batista muy fina
Nº 6. **Pañuelos** batista fina	Nº 9. **Pañuelos** batista extra
Nº 7. **Pañuelos** batista extra	Nº 10. **Pañuelos** batista extra fina

Savanas para camas, tela algodon	**Draps** tela blanca, hilo puro
Savanas tela hilo puro	**Draps** de maitres tela blanca
Savanas para camas de 1 persona tela fina	**Draps** tela fina
Servilletas de toilette	**Almohadas** tela fina de Cholet



Molino para nixtamal para hacer tortillas.

Muele toda clase de Cereales así como Cacao, Carne, Azúcar, Chile, etc., etc. Muele mejor, y en la décima parte del tiempo, que en cualquier otro aparato.

INDISPENSABLE PARA LAS FAMILIAS.
SU MANEJO ES ENTERAMENTE SENCILLO

SIEMPRE SE PUEDE CONSERVAR EN PERFECTO ESTADO DE ASEO.

En 20 minutos muele 4 cuartillos de nixtamal.

PRECIO: $15.00 CADA UNO.

Dirección y Agencia General: Calle del Angel No. 3, Despacho.

LA FRATERNAL.

Compañía de Seguros de Vida y Accidentes.

MEXICO.--DOMICILIO SOCIAL: SAN FELIPE NERI NUN. 7.

Apartado Postal núm. 750.

Presidente: Ignacio Pombo.
Director General: Enrique Aragón.
Director Médico: Dr. Eduardo Liceaga.
Sub-Director Médico: Dr. Manuel Dominguez.

LAS PÓLIZAS DE

LA FRATERNAL

NO TIENEN COMPETENCIA EN LA REPÚBLICA, POR LAS RAZONES SIGUIENTES:

Por la baratura de sus tarifas.
Por la liberalidad de sus contratos.
Por la amplitud en los plazos.
Por la exactitud y actividad en sus compromisos.

Solicítense cuadernillos de explicaciones y compárense las bases de nuestros planes y se palparán las ventajas que otorgan sobre cualquiera otra Compañía de su género.

EL BOLETIN DE

LA FRATERNAL

SE REPARTE GRATIS

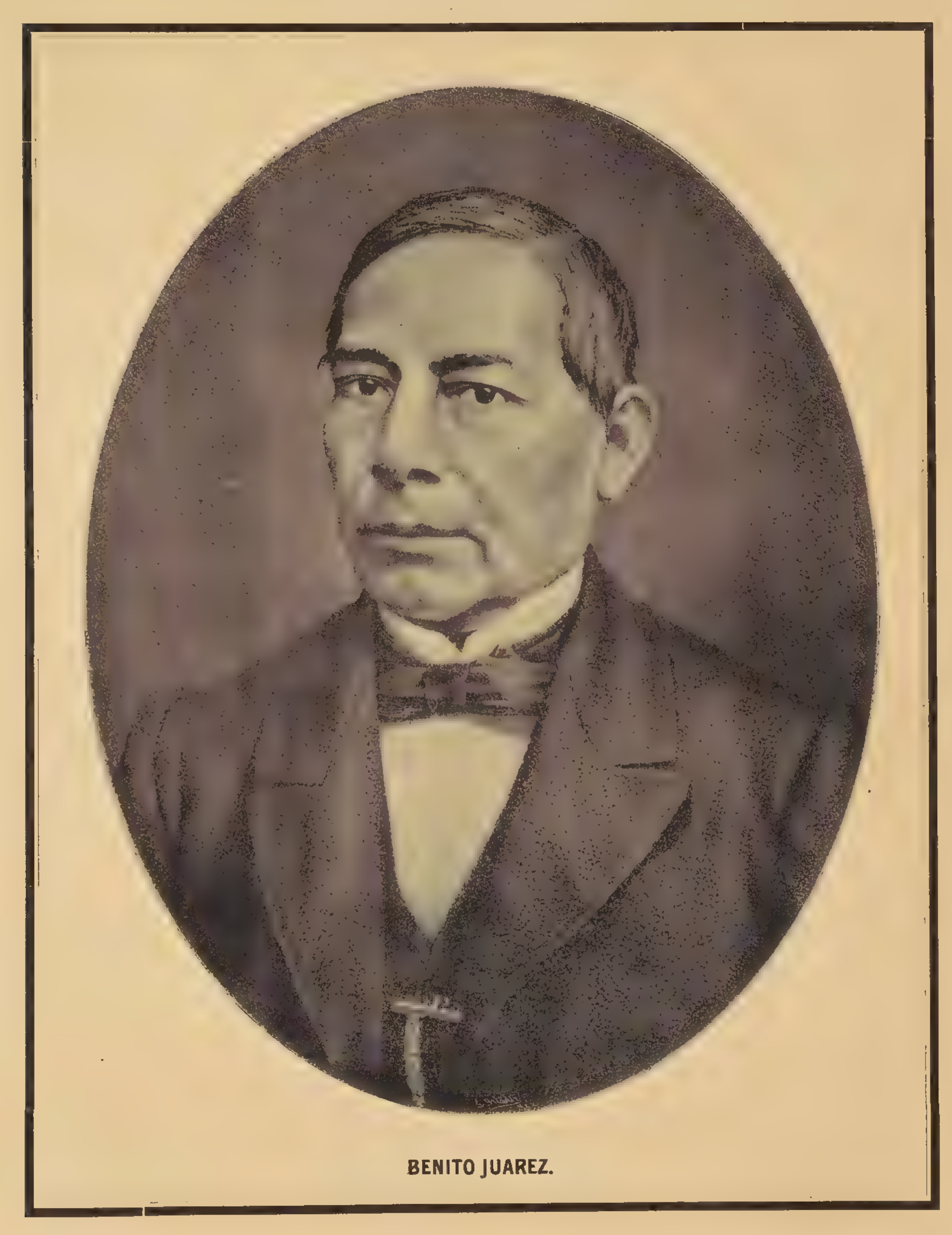
á todos los que lo soliciten.

Téngase presente que LA FRATERNAL, es la *UNICA* qué expide pólizas de Accidentes y de Viajes por Ferrocarril.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 19 DE JULIO DE 1896. — NUMERO 3

18 DE JULIO DE 1896.



BENITO JUAREZ.

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

TELÉFONO 434. —2ª de las Damas núm. 4.—APARTADO 87 B. MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.
REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá. The Spanis American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas Editoriales.

18 de Julio.

Cada año el pueblo mexicano, inspirado en santos y legítimos sentimientos, va ante la tumba del gran patricio de Guelatao á ofrecer en mística oblación las flores de su gratitud y el homenaje de su admiración al plebeyo sublime, que como en fantástico espejismo crece y se agiganta á medida que el tiempo nos aleja de él y nos lo muestra en su prístina grandeza.

Al acercarnos nosotros á depositar nuestra ofrenda sobre el marmol que guarda sus despojos venerados, no llegamos con la devoción acendrada, rayana en ciego fanatismo, del correligionario y el amigo que participaron de la cruenta lucha y se cubrieron con el polvo de aquellos combates de titanes en épocas pasadas; no nos aguijonea tampoco la emulación de otros días que en franca y abierta competencia pudo separar á los que rodearon al repúblico; ni mucho menos, venimos con el amargo dejo de la derrota, que aun llevan en su corazón los vencidos en Calpulálpam y los desengañados en el Cerro de las Campanas.

Nacidos ayer, cuando el fragor de la batalla había pasado y no había en el viento cánticos de guerra, ni se percibía ya el olor picante de la pólvora, llegados, cuando sólo se oía, allá á lo lejos, los últimos estruendos de deshechas tempestades, y en las almas germinaba la concordia en lugar de las fermentaciones de odio y arrebatos de rencor, nuestro espíritu está más sereno, y por ende, capaz de juzgar la altura gigantesca del heroe, la soberana grandeza del caudillo, la inmaculada figura de gobernante.

Y mientras más nos detenemos á contemplarla, nos convencemos más de su perdurable significación en nuestra historia política.

Juárez terminó la obra que le correspondía en el desenvolvimiento de la República, y puede descansar satisfecho en su tálamo de flores que la admiración riega y la gratitud consagra. Nosotros, si queremos hacernos dignos de su grandeza, tratemos de continuar la tarea, perfeccionando la obra del Reformador y adaptándola á las nuevas fases de nuestra natural evolución.

Las elecciones.

Se acaban de verificar las elecciones generales en toda la República, con la ausencia de ese pueblo ideal, inteligente y virtuoso, con que sueñan los románticos de la más pura Democracia.—¡Coincidencia extraña y provechosa! Al mismo tiempo, los grupos populares de la gran nación del Norte se aprestan á la lucha, convirtiendo el *palladium* de la cosa pública en un mercado al aire libre en el que el *tripotage*, el tráfico ruidoso de los votos, el licor, los dollars, los golpes y los discursos corren como un licor embriagante. ¿En dónde está esa conciencia colectiva, limpia y serena, osada y luminosa, materia prima de ese supremo hecho que se llama la soberanía popular?

En los comicios luchan las ambiciones, combaten las concupiscencias, se agitan las avaricias...... los albos sentimientos, las levantadas aspiraciones, los nobles deseos soñados por algunos publicistas, ciegos voluntarios que no quieren observar lo que pasa en torno suyo, todo ese programa de virtudes y heroismos en acción, permanece sin realizarse.

Pero si ese pueblo ideal, esa gran masa anónima, no ha tomado parte en las elecciones; si esas escenas y esos escándalos, esas prevaricaciones y esos tumultos con que se da á conocer la voluntad nacional en otros países, no se han registrado en la semana que acaba de transcurrir, los elementos vigorosos, los activos, los que en todo tiempo han iniciado el progreso y de los que han surgido todas nuestras libertades públicas, sí han prestado su apoyo firme y sólido á la candidatura triunfante.

Un publicista ha demostrado que en México, como en todo país del planeta, todo gobierno que lesiona intereses, cae invariablemente, y que cada acto popular ha sido un acto *liquidatario* de un insostenible estado económico. El acuerdo entre los grandes intereses generales y la política de una administración, pesa más en la suerte de un país que los votos arrancados á copas de *wiskey* y puñados de monedas por un *leader* orador del partido proteccionista americano, que subordinará á sus apetitos la prosperidad de su patria.

Mientras esa soberanía popular no se encuentre fundada en criterio más sano y en sentimientos más altos, será preciso aceptar esa forma de *tutela voluntaria*; que es la que ha dotado á la nación de prosperidad y bienestar.

A una dama.

No son gotas de rocío las que hoy salpican las flores frescas: son lágrimas.—Allá, en el viejo castillo que mira al cielo, arriba de las sueltas cabelleras de los ahuehuetes, la fiesta no abre sus notas matizadas, no inunda el sol tan alegremente como en otros días la tibia mañana: es que hay un lugar vacío en la serena morada, una bruma de duelo en la alma clara. Quien tanto bien ha derramado, parecía estar escudada contra el mal. Los desheredados de la vida, los que la piedad de los buenos ha redimido del sufrimiento, como que formaran con sus espíritus una barrera infranqueable por donde no penetrase el dolor humano.—Y de improviso, en el silencio, la hada negra penetra en el palacio de la hada blanca y la hiere traidoramente.—Por eso hoy no salpican gotas de rocío las flores frescas: son lágrimas; por eso nuestra felicitación, tardía y pobre, no llega al viejo castillo que mira al cielo en medio de la fiesta que abre al espacio sus notas matizadas. Hay bruma de duelo en la serena morada, hay menos flechazos de luz en los rayos con que el sol inunda la tibia mañana. Nuestro homenaje á la esposa del señor Presidente de la República, va circuido de una orla negra. ¡Que la noble señora acepte nuestro respetuoso saludo!

Política general.

RESUMEN.—El programa de los demócratas en la Convención de Chicago.—Atentado contra el Presidente de Francia

Como lo habíamos anunciado, la ola creciente y gigantesca de los partidarios de la plata barrió con poderoso empuje la Convención nacional democrática de Chicago.

A vuelta de varias declaraciones de carácter eminentemente político que forman y han formado el credo del partido demócrata, y que se refieren á las libertades constitucionales del pensamiento, de la prensa y de la conciencia; tras de ciertas manifestaciones encaminadas á reforzar la soberanía de los Estados contra las excesivas tendencias de la centralización de todo poder; sobre algunos puntos prácticos dirigidos á efecto de desterrar los empleos vitalicios en la administración pública, el programa aprobado en la Convención y que forma por decirlo así el patrón á que habrán de sujetarse los elegidos del pueblo, según el criterio de la mayoría de los congregados en Chicago, se distingue principalmente por su plan financiero y por el modo como resuelve la cuestión monetaria en la vecina república.

Restablecimiento de la plata como moneda legal, libre acuñación del metal blanco, á igual del oro, en la proporción de uno á diez y seis; restablecimiento en nombre de la ley del poder adquisitivo del metal ahora depreciado, pudiendo tener circulación forzosa en su valor representativo en las deudas públicas y privadas: son las bases de las soluciones en la cuestión monetaria.

Prohibición al gobierno de emitir bonos con intereses en tiempo de paz, y condenación de arreglos con sindicatos financieros que supeditan después al poder público y lo esclavizan y ponen á merced de los agiotistas y lo obligan á seguir la política de un monometalismo forzado: son los puntos salientes en el plan financiero.

Rebaja de tarifas hasta reducirlas á lo necesario, á las necesidades publicas, y prohibición de todo impuesto que no sea reclamado con urgencia por la misma necesidad: tal es el eje de su política administrativa.

Una declaración cuasi platónica de simpatía por los rebeldes cubanos, una abierta oposición á la intervención del gobierno federal en los asuntos interiores de los Estados, y á una segunda reelección de Mr. Cleveland y de cualesquiera de sus sucesores: completan lo más importante de la plataforma democrática.

Halagando de ese modo los intereses de los Estados de Occidente y del Sur; concentrando en su rededor los dispersos elementos del Centro y del Nordeste que no pudieron afiliarse bajo las banderas de Mc. Kinley; uniendo y apretando bajo el credo democrático las fuerzas más poderosas del llamado Partido del Pueblo, no es raro ver que hoy se alcen orgullosos los demócratas y se pavonen confiados en los comicios de Noviembre que les darán el definitivo triunfo.

¿Y á dónde van esos partidos? ¿á dónde arrastran á ese pueblo viril y vigoroso esos directores de la política, punzados, aguijoneados y febriles por la *sagrada hambre del oro*, que dijo el poeta?

Allá, donde se alzan los campamentos republicanos, la preponderancia del capital extranjero, la inmensa pesadumbre de los tenedores de bonos del Estado, rabiosos por mantener el talón oro, y ebrios ya al soñar en un proteccionismo desmedido; acá, del lado de los demócratas, la influencia no corta ni mezquina de los mineros de Colorado y de Nevada, la no escasa ni ruin ni avarienta mano de los cultivadores de la tierra en las fértiles vegas del Misisipí y en las vastas llanuras de California y Arizona, pensando ya en la evolución forzada del metal blanco y en el libre cambio que favoreciendo sus industrias que necesitan de materias primas, facilitan la exportación de sus productos. De aquel lado, oro y guerra de tarifas; de este plata, hasta hacer reventar las arcas de todas las tesorerías, y un gobierno con ribetes de librecambista, pero con tendencias marcadas al individualismo de los Estados, y por ende resbalando en una pendiente socialista.

La suerte está echada: Frente al fuerte Mc. Kinley campeón de las tarifas altas, y ya célebre por su famosa ley, está William Jennings Bryan, atleta de la palabra, vencedor en el pugilato del pensamiento, coronado en Chicago con los laureles del triunfo, gracias á su fuerza incomparable en el *box* de la retórica. Que decidan los votantes en las urnas electorales del próximo Noviembre. Está á remate la dirección de la gran República del Norte. Veremos que pesa más si el oro ó la plata, aunque sea en la proporción de uno á diez y seis.

Entre tanto, ¡qué admirable situación la de México, que contempla con interés creciente el fin de esa lucha gigantesca! Quien quiera que triunfe saldrá favorecido. Ha sabido colocarse en una base tan firme, y tan sabiamente adaptada á sus legítimos y genuinos intereses, que á todo evento en la marcha mercantil y financiera en cualesquier circunstancias de la gestión monetaria en la Unión Americana, nada padece ni la hará desviarse de su rumbo definido.

***

La celebración del 14 de Julio en la capital de la República Francesa, con ese lujo de entusiasmo y derroche de patriotismo con que cada año se celebra por los hijos de Thiers y de Sadi Carnot, dió motivo y ocasión á una nueva manifestación de neurosis política, de enagenación mental socialista, contra la casi augusta persona del Presidente Faure. Un loco, un desequilibrado, un soñador en ideales imposibles, un llamado Eugenio Francisco, hizo fuego con mano aleve contra el primer Magistrado de la República, cuando éste se dirigía en carruaje descubierto á presenciar la revista militar en los campos de Long-Champs.

Afortunadamente el Presidente salió ileso, y el desgraciado accidente sólo sirvió para que la multitud, frenética y delirante, prorrumpiera en estruendosa manifestación, gritando vivas á Francia, á la República y á Mr. Faure, y para que los jefes de las naciones amigas, y aun de las no amigas, hicieran presentes á la nación sus congratulaciones por el pasado incidente.

¡Qué obscuros génesis tendrán esas manifestaciones morbosas de extravíos mentales! A qué podrán obedecer esas manías de grandeza, que buscan la celebridad en el crímen ruidoso y resonante! ¡Quién sabe! pero no es ni puede ser engendro meramente político, el crímen de ese género, que arma la diestra de los Caserio Santo, y arroja bombas mortíferas á los pies de los potentados de la tierra. Raro y espantoso especimen de patología social.

X. X. X.

16 de Julio de 1896.

Nuestros Grabados.

"EXPECTATIVA"......

Composición y Dibujo de Martínez Carrión.

La pompa de jabón! he ahí un hermoso simbolismo. Un grupo de chicuelos, en el dibujo de Martínez Carrión, aguarda, con esa ansiedad curiosa de los niños, que surja del tubo que uno de ellos mantiene aplicado á su boca, la deslumbrante esfera irisada que henderá los aires, vestida de todos los colores y estallará por fin, sin dejar huella de su paso. Como ese grupo de niños, la juventud, qué digo! la humanidad entera, mantiénese en éxtasis ante esa otra pompa de jabón que se llama ilusión, que surge también vestida de Iris, que hiende también, como globo de cristal el espacio, y que se disuelve en el éter sin dejar huella. Después viene otra y otra más tarde, hasta que surge la última. A ésta mirámosla temblando: va con ella nuestro postrer esfuerzo, con ella va nuestra postrer esperanza...... Se desvanecerá también? Sí, el globo de luz se balancea un momento, airoso, y luego se deshace. Trás él, suele irse el último aliento del hombre.

BUENA MANO.

Composición y Dibujo de Leandro Izaguirre.

Es indudable que las peluquerías constituyén, á pesar de la habilidad de los «artistas,»—como pomposamente se llaman entre sí nuestros peluqueros—un purgatorio para las mejillas delicadas: el *cañón* que salta, el poro irritado que suda sangre, el cauterio del alcohol, son los diversos potros de tormento de ese purgatorio.

Pero en todos los tormentos hay grados y quien desee hacerse acreedor á un lugar distinguido en el martirologio, que vaya á una peluquería de segundo orden, y verá reproducirse en su persona, la actitud y el gesto de la figura principal del dibujo de Izaguirre; juzgamos que ni Diocleciano pudo inventar un tormento semejante al que causa una navaja *dura*, como dice la jerga del oficio.

Quien, ante un instrumento de martirio semejante, permanezca impasible, merece que lo canonicen.

"CINERARIA."

POR D. ANTONIO CUYÁS.

Nos permitimos llamar la atención de nuestros lectores sobre la página musical que con el título de estas líneas publicamos en la 4ª página de El Mundo, página cuyo autor es el profesor Sr. D. Antonio Cuyás, completamente inédita y compuesta exprofeso para la fecha que se conmemora.

Nuestro folletín.

Recordamos á nuestros lectores que no obstante el pliego excedente de

FLOR DE NIZA

que acompañamos á cada número de "El Mundo," seguiremos repartiendo mensualmente las **ciento veintiocho páginas** del folletín acostumbrado.

NUESTRO CONCURSO DE ZARZUELAS.

Aun cuando, según dijimos, tenemos ya en nuestro poder las partituras de la zarzuela *Sobre el Océano*, hemos creído oportuno reservarlas hasta que se les unan las de la zarzuela *Por una Deuda*, con el fin de enviar unas y otras juntas al Jurado Dictaminador, lo cual nos permitirá hacer saber á todos los interesados cuáles son las partituras premiadas.

Previa esta indicación, no extrañarán los autores de la música de *Sobre el Océano* que se retarde por breves días la noticia del resultado final del concurso.

ESPECTACULOS.

Apuradillos se han de ver hoy los que se dedican en México á la ingrata tarea de escribir crónicas y reseñas teatrales. El material no es abundante ni mucho menos. El horizonte está lleno de promesas: Maggi que volverá acaso, Sieni que nos traerá en el invierno un buen cuadro de ópera; pero el porvenir no da asunto para crónicas y los acontecimientos teatrales del presente, como el romano brillan por su ausencia.

Las tandas, los dramas terroríficos del teatro Hidalgo y la zarzuela infantil del Arbeu, *voila tout!*

De vez en cuando, recibimos con placer el anuncio de una audición de música de cámara en el elegante salón de los Sres. Wagner y Levien, que es hoy por hoy el único refugio del arte en México, más salvo esas excepcionales veladas, vivi nos en plena vulgaridad artística.

La Compañía infantil del Arbeu agrada al público; la pequeña *troupe* se porta bien, hace lo que puede, más ese espectáculo que á duras penas podría calificarse de artístico por más que sea agradable, no basta. Necesitamos buena música y buen drama...... aunque sea para hacer quebrar á quienes nos los proporcionen!

***

Y á propósito de Música de Cámara, el miércoles se verificó el octavo concierto de la serie que se está dando en el almacén musical de los Sres Wagner y Levien, ya mencionado. En él tomaron parte el distinguido pianista mexicano, D. Carlos Meneses, los Sres. Saloma, primer violín; y del Angel, segundo violín; R. Galindo y F. Velázquez, violoncelistas, y N. Palomo y J. Carrillo, maestros de viola; formando el conjunto un magnífica orquesta. La señorita Amparo Pardo, *debutó* en el mencionado concierto. Es discípula aventajada del Sr. Meneses, y oriunda de Veracruz.

PERSONAL.

El Sr. Abad Plancarte, restablecido ya de sus males, partió en compañía de Don Pedro Escudero, para la Hacienda de este señor, donde permanecerá varias semanas.

El Illmo. Sr. Amézquita, Obispo de Tabasco, ha sido nombrado Teólogo consultor del Arzobispado de México, en el próximo concilio provincial mexicano.

Se encuentra en esta capital el Illmo Sr. Arzobispo de Michoacán, Dr. D. José Ignacio Arciga

Está alojado en la casa de D. Tirso Sanz, en San Cosme.

NOTAS DE LA SEMANA

En uno de los baluartes del Palacio Nacional, dos ingenieros militares van á construir una torrecilla estilo renacimiento, en la cual se colocará la campana de la Libertad, recientemente traída de Dolores Hidalgo.

Sigue efectuándose, minuciosamente, la entrega á la nueva compañía de Ferrocarriles del Distrito, del material rodante de dichos Ferrocarriles.

La comisión del comercio de Veracruz, que vino últimamente á esta capital con el fin de hablar con el señor Presidente de las dificultades que han surgido en aquel puerto, á causa del nuevo sistema rentístico, conferenció con dicho primer Magistrado, retirándose complacida, en espera del pronto arreglo del asunto que originó su viaje.

En la hacienda del Hoyo, inmediata á esta capital, se declaró el lunes un incendio que hizo muchos destrozos. Las pérdidas son considerables.

El Ayuntamiento ha rescindido el contrato celebrado con los Sres. Chousal y compañía para el abastecimiento de agua de esta capital.

He aquí la lista de las personas que el martes fueron electas Magistrados de la Suprema Corte de Justicia de la Nación:

5º Propietario.—Lic. Pudenciano Dorantes.
Primer supernumerario.—Lic. Manuel García Méndez.
2º—Sr. Julio Zárate.
3º—Lic. Andrés Horcasitas.
4º—Lic.—Eduardo Novoa.

Los colegios electorales se vieron poco concurridos.

Modificado y adicionado, es ya ley en Michoacán el contrato que el Gobierno de aquella Entidad federativa celebró con el Sr. Luis Siliceo, para la colonización de terrenos particulares para la compra-venta, adjudicación y colonización de los que pertenezcan al Gobierno y á los municipios.

El miércoles último se efectuó en la Colegiata de Guadalupe la fiesta religiosa de la Diócesis de Querétaro, ante numerosos romeros.

COCHE EN QUE JUAREZ HIZO SU PEREGRINACIÓN Á PASO DEL NORTE, EXISTENTE EN EL MUSEO NACIONAL.

Ha quedado definitivamente establecida en el Arsenal de Veracruz, situado en la fortaleza de Ulúa, la escuela para maquinistas navales, bajo la dirección del Coronel D. Flaviano Paliza.

El día 8 del corriente se dió principio en Tampico á la construcción del muelle, clavándose la primera estaca. Dirige los trabajos el Ingeniero A. A. Robinson.

La Sociedad de Ingenieros y Arquitectos celebró el lunes último el aniversario de su fundación.

En la ciudad de Córdoba, Veracruz, se ha formado una compañía con el objeto de introducir el agua potable.

Han quedado concluidas las restauraciones de ornato que hace como un mes se comenzaron en el Palacio Nacional, en la escalera que está á la entrada principal del gran edificio.

En la actualidad se están haciendo restauraciones de ornato, en los corredores de la planta baja de dicho Palacio.

Según recientes datos, va á formarse una congregación de importancia en el antiguo rancho del Huachicil, Jurisdicción de la Villa de Arteaga, Coahuila.

Esta comarca posee muy buenos terrenos para el criadero y la agricultura, circunstancias muy favorables para que progrese rápidamente la nueva congregacion.

El Sr. Lic. D. Matías Romero partió para el Istmo de Tehuantepec, á visitar sus plantaciones de café.

Le acompañan el Sr. Ministro de Guatemala y el Sr. Ministro del Salvador.

Murió en Veracruz el apreciable jurisconsulto D. Francisco González Llorca, á la temprana edad de 30 años.

Reciban sus allegados nuestro pésame.

Conócense ya las listas completas de los Diputados que fungirán durante el bienio que se inaugura. La candidatura del Sr. Gral. Díaz para ocupar la primera magistratura en el próximo cuatrienio constitucional, según telegramas recibidos, triunfó en toda la extensión del país. Los colegios electorales de la capital, para felicitarlo por este triunfo, hiciéronle objeto de una manifestación, en Chapultepec, en la cual llevó la palabra el Sr. Dondé, respondiendo, conmovido, el Sr. Gral. Díaz.

Continúan practicándose diligencias importantes en el asunto Poucel-Enríquez. Este último no se ha presentado á la autoridad, y se cree que se halla fuera de la capital. La muerte de Ruperto Ortíz ha añadido nuevas complicaciones al asunto. Poucel sigue mejorando de sus heridas.

Miguel Fernando Icaza, convicto de estafa y que se había refugiado en París, fué extraído de aquella capital y se ha reanudado el proceso que se le seguía.

Con motivo de la inauguración de una escuela en el pueblo de Ticuman, distrito de Guadalupe Hidalgo, se sirvió el martes último, día de la inauguración, un banquete en dicho pueblo, al cual concurrieron más de 60 personas, encontrándose entre ellas los Sres. Dr. Luis E. Ruiz, Director de Instrucción pública y D. Eduardo Velázquez, Visitador de prefecturas.

Ha salido de esta capital el señor Consul General de los Estados Unidos en México, General Crittenden, rumbo al Norte, acompañado de su familia.

Terminaron en San Juan del Rio las fiestas que anualmente se verifican y que esta vez estuvieron muy concurridas, agradando sobre todo la exposición de productos agrícolas, mineros é industriales del Distrito.

Los cantineros de la capital, con motivo del cambio rentístico, pusiéronse de acuerdo para aumentar á quince centavos el valor de las copas.

Francisco Mallen, Cónsul de México en el Paso Texas, llegó á esta capital y tuvo una entrevista con el señor Presidente de la República, la cual versó acerca de la presa internacional construida entre el Paso Texas y Paso del Norte.

El miércoles en la mañana fué aprehendido en su casa habitación de esta capital el Sr. Chas L. Mc. Carthy, por el jefe de la policía reservada Sr. Ocampo. Dícese que este arresto se hizo á petición del Gobierno de los Estados Unidos que acusa á Mc. Carthy de haber malversado fondos federales en Nueva York.

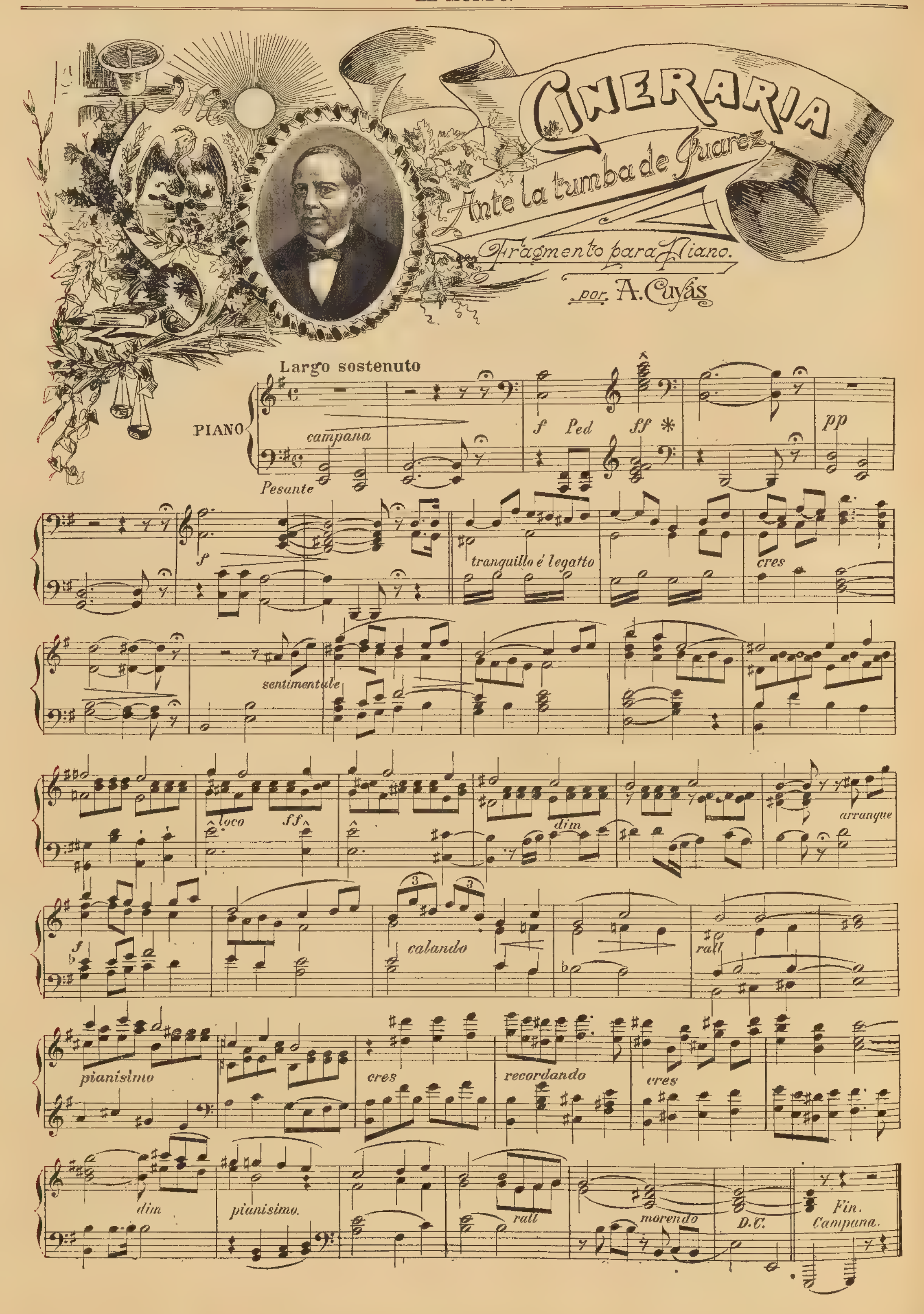
El Sr. Ministro de Gobernación se ocupa actualmente en estudiar, artículo por artículo, el nuevo proyecto de reglamento de pulquerías presentado por el Sr. Visitador de Prefecturas D. Eduardo Velázquez y tan luego como haya sido aprobado se pondrá en vigor.

Dícese que la supresión de la Sección de Correos en el Ministerio de Comunicaciones está resuelta, y que la comisión de reformas al Código. estudia la manera de arreglar definitivamente la sección del ramo y otros puntos de interés.

El jefe de esa sección D. José Jacinto Jiménez, ocupará otro puesto con iguales emolumentos. Los demás empleados que no cesan se repartirán en las otras secciones.

Se acaba de publicar un cuadro de la criminalidad en México que comprende de 1885 á 1895, y en el que leemos que durante ese tiempo se aprehendió á 341,421 hombres y 107,202 mujeres; la cifra de cadáveres asciende á 3,170, de los cuales fueron 186 de suicidas.

Según el cuadro, ha habido 1,117 abusos de confianza, estafa y fraude; 62 incendios; 1,483 homicidios; 106 envenenamientos; 433 adulterios; 13,438 robos; 95,876 lesiones y riñas; 281,002 ebrios escandalosos; 133 infanticidios y 1,355 estupros y raptos.

El jueves, el Sr. Presidente de la República concedió una audiencia á los miembros de la excursión norteamericana Hill, compuesta de personas prominentes de Texas.

Cineraria
Ante la tumba de Juarez.
Fragmento para Piano.
por. A. Cuyás
Largo sostenuto
PIANO
campana
Pesante
f Ped ff *
pp
f
tranquillo é legatto
cres
sentimentale
loco
ff
dim
arranque
f
calando
rall
pianisimo
cres
recordando
cres
dim
pianisimo.
rall
morendo
D.C.
Fin.
Campana.

MASCARILLA DEL LIC. D. BENITO JUAREZ, EXISTENTE EN EL MUSEO NACIONAL.

Movimiento electoral en los Estados Unidos.

Publicamos hoy los retratos de los principales competidores en la compaña electoral del campo democrático: el de Mr. William Jennins Bryan y el de Mr. Richard P. Bland.

La Convención nacional democrática de los Estados Unidos, reunida en Chicago la semana pasada, ofrecía nada menos que dieciséis aspirantes á la candidatura de la presidencia.

Viejos encanecidos en las luchas políticas; sesudos senadores, machuchos hombres públicos, dignos de haber ocupado gobiernos de importantes Estados, hábiles financieros, partidarios del metal blanco, y hastá prófugos del partido republicano, se presentaban ante el imponente *meeting* de los demócratas, con la esperanza de ser designados para la candidatura del alto puesto por los defensores de la libre acuñación de la plata, pero nadie tenía las probabilidades que Mr. Bland.

Y entre todos ellos un joven fogoso y atrevido, un simple ex-diputado y senador en agraz, dos veces derrotado por los republicanos, fué el elegido. William Jennins Bryan, hoy elevado sobre el pavés, supo dominar al auditorio por elocuente discurso, en defensa de la plataforma ó programa democrático, y aunque ocupaba el cuarto ó quinto lugar en el primer escrutinio, al tercero, la ola del entusiasmo subía y subía avasalladora y al quinto, era aclamado por unanimidad, aun por los mismos que hacía un momento se le oponían y habían sido subyugados por aquella elocuencia un tanto socialista de última hora.

Los adictos á Mr. Bland, el que obtuvo más sufragios en los primeros escrutinios, tuvieron que amainar velas, y hoy son los más celosos defensores del elegido por la Convención.

Inauguración de un monumento á Guillermo I.

El dia 18 de Junio último, efectuose en Alemania la inauguración de un monumento elevado á la memoria de Guillermo I.

Los gastos de este monumento elevárones á la suma de más de un millón de marcos y fueron cubiertos por las suscriciones de las asociaciones de antiguos militares. Fué erigido en la cima del Kiffhœuser, montaña poetizada por la leyenda de Federico Barbarroja.

El emperador asistió á la ceremonia con los representantes soberanos de todos los Estados alemanes, entre los cuales se hallaba el rey de Wurtenberg y los grandes duques de Saxe-Weimar y de Baden.

Diez y seis mil asociaciones de antiguos militares, estaban representadas.

El emperador llegó al medio día de la fecha indicada, al monumento, y fué acogido con entusiasmo por la multitud y por los antiguos militares que formaban valla.

Dirigiose con los otros soberanos á la plataforma del pórtico.

Ahí el general Spitz, presidente del comité del monumento, le dió las gracias por haber asistido á la ceremonia, y le testificó la fidelidad de los antiguos soldados.

El profesor Westphal, capitán de la reserva, pronunció en seguida el discurso de inauguración.

Discurso del emperador Guillermo II.

El emperador Guillermo II, respondió en los siguientes términos:

«Experimento una alegre emoción al encontrarme en medio de vosotros, con los augustos soberanos confederados, para inaugurar el monumento que centenares de millares de antiguos soldados de todas las partes de Alemania, han consagrado, merced á una cooperación unánime, á la memoria de mi augusto abuelo, Su Majestad el emperador y rey Guillermo I, sobre esta montaña rodeada de recuerdos del tiempo pasado.

La inauguración de este monumento, es el digno epílogo de las fiestas conmemorativas de las victorias de la gran guerra.

Yo doy las gracias á todos aquellos que han imaginado, favorecido ó realizado esta obra incomparable, y en primer lugar al sereníssimo soberano que se dignó colocarla bajo su protección especial. Yo sé que el recuerdo del gran emperador es guardado religiosamente hasta el último suspiro por aquellos á quienes les fué dado seguir sus estandartes victoriosos y exponer con él su vida por la unidad de nuestra cara patria.

El monumento aquí erigido es un símbolo imperecedero de ese sentimiento, pero le está asignado aún un papel más elevado y más noble: él deberá ser para las generaciones futuras una exhortación á permanecer unidas y á ser fieles y devotas del soberano y del país; á estar firmemente unidas á aquel que ha hecho la grandeza de la patria, á poner el honor de Alemania por encima de todas las ligas de la tierra.

Si el espíritu que ha creado este monumento permanece vivaz en el pueblo alemán, gracias á la bendición

El Movimiento Electoral en los Estados Unidos.

WILLIAM JENNINS BRYAN,
Candidato del partido democrático á la presidencia de los Estados Unidos.

RICHARD P. BLAND,
Competidor de Bryan en la campaña electoral del campo democrático.

del Todo Poderoso que yo imploro, la patria afrontará, con una confianza inquebrantable, todas las tempestades que el porvenir pueda reservarle y la vista del monumento elevado hoy como un símbolo, producirá los efectos esperados por los fundadores de la obra.

Con una verdadera satisfacción he recibido el nuevo juramento de fidelidad de mis antiguos soldados. Yo sé que su divisa: *Con Dios por el emperador y el imperio* no es una palabra vacía de sentido.

Pueda este sentimiento animar siempre á las asociaciones de antiguos militares y perpetuarse hasta el más apartado porvenir, propagándose por toda la nación! Pueda el pueblo alemán no carecer jamás de hombres que igualen por su fidelidad, su espíritu de sacrificio y su patriotismo, á los que han servido bajo las órdenes del gran emperador, y á los cuales de tal suerte ha sido dado contribuir á la realización de la obra de su vida: el restablecimiento del imperio alemán. Dios lo quiera!»

***

Ofrecemos á nuestros lectores una fotografía del monumento y la legendaria montaña en que está colocado.

MONUMENTO ERIGIDO Á GUILLERMO I. EN KIFFHŒUSER.

EL NAUFRAGIO

DEL "DRUMMOND-CASTLE."

De cuando en cuando, como para demostrarnos que el mar, ese gigante eternamente indomable, no duerme, llega á nosotros, estremeciéndonos, la noticia del extrago causado por sus iras. No hace dos años aun, El Mundo daba á sus lectores la noticia detallada del horroroso naufragio del *Colima*, hermoso vapor de la Compañía «La Mala,» del Pacífico, ocurrido en nuestras aguas occidentales. Hoy deberemos eslabonar á aquella historia lamentable, una historia más: la del naufragio del *Drummond-Castle*, magnífico vapor mercante de una Compañía inglesa.

Y no será, nó, la última catástrofe: el mar, el rebelde perpetuo, no descansa.

***

Los raros viajeros que en la primavera no temen tomar el vapor postal del Conquet, que se dirige á las islas, sorpréndense mucho del gran número de vapores de que á toda hora del dia y de la noche está poblado el horizonte.

Todos los buques que entran á la Mancha, van en efecto á buscar en esa roca, centinela avanzada del antiguo continente, un punto de tregua, indispensable, que les permita reconocer su situación y proseguir con fijeza su destino.

De ahí ese vagar constante de humos ligeros, de estrellas rojas ó verdes, que apenas entrevistas parecen huir como espantadas y desaparecer en la bruma...... Oh! la bruma...... ella es, más que la tempestad, la enemiga de los navegantes en esos parajes. Solapada y silenciosa, corre, se extiende, se espesa al rededor del buque momentos antes seguro de su ruta. En vano mugen las *sirenas!* en vano los faros eléctricos proyectan sus fulgores deslumbrantes. Ni el sonido ni la luz pueden atravesar aquella cortina de sombra. Ya nadie canta á bordo la vuelta á la patria. Los más enérgicos se sienten ahogados por mortal angustia ante el peligro, tanto más inquietante, cuanto que ninguna lucha es posible. El *Fromveur* está muy cerca, el *Fromveur*, ese estrecho ó canal que se extiende entre la isla y la costa, erizado de rocas agudas y cortantes, invisibles, á flor de agua, donde espantosas corrientes levantan aun cuando el mar esté tranquilo, olas gigantescas.

El buque desviado poco á poco de su ruta, que ya no puede rectificar, es arrastrado, y súbitamente se produce el choque fatal, el espantoso desgarramiento del casco ventrudo, el deslizamiento rápido ó lento, pero siempre seguro por el agua negra que sofoca los gritos de la desesperación con la vida. Y cuando la bruma se remonta á las nubes, el *Fromveur* aparece impasible...... Unicamente, allá en el fóndo, las vergas del buque desaparecido, han añadido nuevas cruces al cementerio en que yacen tantos restos acumulados desde hace siglos!

El «Drummond-Castle.» La tripulación y los pasajeros.

El martes 16 de Junio, á eso de las once y media de la nache, el vapor *Drummond Castle*, de la Compañía-Correo de Londres, acababa de reconocer los fuegos Ouessant. Ese gran *steamer* de 365 pies de largo y de 3,663 toneladas, dejó á Capetown el 28 de Mayo último, en camino para Londres, con escalas en Delagoa, Natal, East-London, Port Elisabeth y Las Palmas. Llevaba cien hombres de tripulación, y tenía por oficiales: á Pearce, capitán; Brown y Wayman, primeros oficiales; Hiscks, oficial segundo, Ellis, oficial tercero, el doctor Tallen, médico; Elbro, contramaestre; Eyre, primer mecánico; Holmes, segundo mecánico; Beattle, tercer mecánico; Mac Alpine, cuarto mecánico y Palmar, quinto mecánico.

El *Drummond-Castle* llevaba además como doscientos pasajeros, colonos y plantadores de té. Entre ellos se encontraban algunos soldados ó secuaces de Jameson, recientemente implicados en los acontecimientos del Africa del Sur, condenados y agraciados por el presidente Kruger.

La mayor parte de los colonos llevaban á sus familias; las mujeres y los niños eran numerosos á bordo, y no damos la lista de los pasajeros por ser fastidiosa para nuestros lectores que los desconocen.

La alegría del regreso.—El camino de la muerte.

Muy pronto, dentro de unas cuantas horas, iba á distinguirse la costa inglesa. La espectación hacía que permaneciesen sobre el puente numerosos pasajeros, y para hacer agradables las últimas horas de travesía, se habia organizado un *lunch* y un baile, aun cuando el calor era sofocante.

Caía una lluvia fina, pero muy nutrida, que obscurecía un poco los fuegos de la costa, haciendo necesaria una extrema prudencia. Está comprobado que la velocidad del *steamer* era, sin embargo entonces, de 15 á 16 nudos, lo que en circunstancias semejantes parece excesivo y hasta temerario. ¿Cómo aconteció que el capitán del *Drummond-Castle* se hubiese aventurado por el Fromveur en lugar de pasar á lo largo de Ouessant, como la prudencia y el camino que debia seguir lo exigían?

He aquí lo que ningún marinero pudo explicarse, porque los fuegos del *Creac'h* y del *Stiff* se habían percibido sin duda alguna apesar de la lluvia y si ese movimiento erróneo se había ya cometido era facil rectificarlo. Se ha hecho una suposición acaso ligera. Se ha dicho que el regreso á la patria fué demasiado festejado......

La verdad, no se conocerá jamás.

Los sobrevivientes de la catástrofe, quedaron demasiado trastornadas por el terrible drama al cual asistieron, para que hayan conservado una noción exacta de los hechos, y hay en sus relatos contradicciones que no permiten admitir la versión de unos mejor que la de otros.

De cualquier modo que sea la culpa, si la hay, fué pagada muy caro.........

Sobre las rocas verdes. El naufragio.

A las doce menos cinco minutos de la noche, en el momento en que en el puente el regocijo llegaba al colmo, una conmoción violenta acompañada de un ruido aterrorizador, derribó á marinos y pasajeros, en medio de fardos trastornados y de la arboladura que se hundía.

El *Drummond-Castle* acababa de arrojarse sobre las rocas verdes, [en breton *Koc'h-Melen*] escollos peligrosos que se encuentran entre las islas de Ouessant y de Melene y cuyos picos se descubren apenas cuando la marea baja.

Inmediatamente el buque comenzó á agujerearse en la popa; pero el capitán Pearce, creyendo que podria contar con los tabiques estancados de que el buque estaba provisto, mandó que se diera contra máquina para salir á flote. Desde lo alto del puente gritó á la tripulación que permaneciese en su puesto y á los pasajeros que conservasen su sangre fria.

Intentose botar á las lanchas pero no se pudo lograr. Entonces, ante la muerte inminente, el desorden fué completo. Los pasajeros enloquecidos se llamaban, se buscaban con gritos de terror. Las madres se precipitaban en los camarotes para morir cuando menos con sus hijos que apaciblemente dormían.

Bruscamente el *steamer* cayó como un plomo á una profundidad de cincuenta metros y los sobrevivientes interrogados algunas horas después de su desembarque, hablaban del horror que sucedió á los desgarradores gritos, del silencio mortal que cayó sobre las olas que se cerraban sobre su presa, en tanto que la corriente los arrastraba á ellos mismos con los restos á los cuales se afianzaban desesperadamente.

Los sobrevivientes. Siete horas sobre una tabla.

Los habitantes de las islas, los guarda-faros, los vigías semafóricos, no tuvieron conocimiento alguno del naufragio que se efectuaba á algunos cables de la costa.

Hasta el dia siguiente á las siete de la mañana, los pescadores de Meléne que iban á ver sus redes, encontraron arrastrados á lo largo á los dos marineros James Wood y

EL «DRUMMOND-CASTLE» EN LOS MOMENTOS DEL NAUFRAGIO.

William Godbolt que habían logrado mantenerse sobre un fragmento de escotilla á pesar de los calambres que los paralizaban.

En tanto que los marinos de la *Corona de María* salvavan á los náufragos despojándose de sus vestidos para cubrirlos, otros pescadores percibían á un pasajero, Charlie Mackar, al cual un aparato de salvamento atado sobre las arcas, sostenía completamente desvanecido sobre el abismo. A fuerza de cuidados se le reanimó.

Los cadáveres recogidos.

La flotilla de los pescadores de las islas, bien pronto reunida toda, no debía encontrar más que cadáveres. Entre los primeros que fueron descubiertos, se encontraba M Téllez, 2º oficial, cuyo corazón latía aún, débilmente, pero que no pudo ser vuelto á la vida; después un niño de un año; una niña de tres años, cuyo padre, propietario de minas de diamante en el Cabo, fué reconocido más tarde; una hermosa joven, Miss. Freda Mgee, cuya opulenta cabellera rubia flotaba sobre las olas como la de Ofelia......... Después muchos desconocidos.

Casi todos estos desgraciados habían tenido tiempo de rodear á su cintura el aparato de salvamento que p nen á disposición de cada pasajero las compañías de navegación. Pero tal aparato, del cual esperaban la salud, no hizo sino prolongar su agonía, porque los golpes de mar, pasando sobre ellos, los habían asfixiado. Algunos tenían el rostro y las manos escoriados, sin duda por el choque contra las rocas, á las cuales habían intentado en vano encaramarse.

Cadáveres más numerosos fueron encontrados durante algunos días, cuando la descomposición comenzó su obra. Las corrientes los arrastraron entonces, ya á lo largo, donde vagaron algunas semanas, ya á las playas de la costa Noroeste de Finistere. Los remolcadores, los torpederos y numerosas barcas exploran los escollos, y cada día se hacen nuevos descubrimientos. Pero muchos cuerpos permanecerán en el abismo y no reaparecerán jamás.

En tierra bendita.

Para aquellos que han reaparecido, las poblaciones de las islas han tenido la más grande piedad.

Los muertos, envueltos en gruesas lonas, por falta de ataudes, son velados al fulgor de humildes cirios, por los habitantes de Ouessant, dolidos ante el dulce y pensativo rostro de las viudas futuras.

Los campos de margaritas salvajes, de perfume amargo de crisantemas, que alegran aquí y allá; las rocas desoladas, han proporcionado blancas coronas á los pequeñuelos *babys*, á las jóvenes *misses*, cuyos despojos ha devuelto el Fromveur.

Los enterradores y los cargadores son pescadores rudos, que en las tempestades disputan al mar su presa, y cuya tumba, mañana acaso, lamerán las olas.

Ante toda la parroquia reunida, en la pequeña iglesia sacudida por los vientos furiosos, el venerable cura de Ouessant, bendijo antes de darles su último adiós, á esos pobres náufragos de otro culto, hermanos de dolor á quienes tantas familias desesperadas lloran, allá, lejos, del otro lado de la Mancha.

APLICACION INDUSTRIAL DE LOS RAYOS X.

Fuera de los experimentos de laboratorio, las nuevas propiedades de las radiaciones de los tubos de Crookes tan magistralmente reveladas por el profesor Röntgen, no habían sido hasta ahora utilizadas más que para investigaciones de osteología ó para indicaciones quirúrgicas en extremo interesantes. Ahora se ha propuesto la aplicación de los rayos Röntgen para comprobar la homogeneidad de las planchas metálicas y para el reconocimiento de la naturaleza de los objetos, opacos para los rayos X, encerrados en una caja sellada.

Sabido es también que esos rayos permiten distinguir con la mayor facilidad los diamantes falsos de los verdaderos, que resultan transparentes éstos y opacos aquellos.

Un periódico técnico londinense, la *Electrical Review*, propone que se utilicen los rayos X para examinar las instalaciones interiores de las canalizaciones eléctricas. Sin abrir las molduras y sin quitar las partes aisladoras de los hilos, los rayos X permitirán apreciar el grueso de los hilos, las junturas y sus imperfecciones: se podrá saber asimismo si los hilos están ó no soldados, si las ligaduras están ó no enrolladas regularmente, etc.

Ya se comprenderá que esta aplicación no tendría nada de práctica si hubiera que tomar cada vez una sombra radiográfica por medio de una placa sensible; por esto lo mejor es utilizar las propiedades fluorescentes del platino-cianuro de bario: este cuerpo, finamente pulverizado en un mortero de ágata, se pone en suspensión en un mucílago ó en colodión normal y se extiende en gruesa capa sobre un cartón bristol bastante espeso. El papel así preparado se hace fluorescente y bajo la influencia de los rayos X dá imágenes instantáneas muy claras de los objetos interpuestos entre él y la ampolla: ésta debe ser cubierta con un paño ó un papel negro y el cartón debe colocarse de manera que la cara no cubierta de platino-cianuro mire á la ampolla. El observador se coloca al otro lado del bristol como si quisiera ver la ampolla al través del cartón. La limpieza de la imágen así obtenida, depende del estado del tubo de Crookes y de la distancia del cartón á la ampolla. La fluorescencia desaparece con la excitación del tubo, y el cartón fluorescente sirve indefinidamente para los experimentos que, presentados de esta suerte, son más económicos, sorprendentes, rápidos y variados, que con el procedimiento de las placas sensibles, útil solamente cuando se trata de conservar las imágenes obtenidas.

Si hemos de dar crédito á un telegrama dirigido hace poco desde Nueva York por Edisson á lord Kelvin de Glascow, el tungstato de cal cristalizado produce efectos fluorescentes mucho más intensos que el platino-cianuro de bario.—M.

VIAJE AL POLO NORTE EN GLOBO.

En el salón de sesiones de la Sociedad de Geología y Geografía de Estockolmo, se ha celebrado últimamente una reunión en favor de la expedición polar en globo, proyectada por M. Andrée. En ella ha dado éste cuenta de lo adelantados que lleva sus preparativos de viaje. Por lo que respecta al globo, están ya terminados los tres pisos del cobertizo en que se le debe conservar hasta la partida, y en breve lo estará el generador de gas hidrógeno. El vaporcito la *Virgen*, se halla terminado en el dock de Gothemburgo: este pequeño barco es de palastro, puede llevar tres personas y 600 kilógramos de provisiones y se dobla, de suerte que se le puede izar á las redes del círculo del globo. Se ha construído una cocina, en la cual se puede calentar los víveres á diez metros de distancia del suelo de la barquilla. La expedición saldrá de Gothemburgo el 7 de Junio y llegará á Spitzberg el 17 ó 18. Pero á partir de este momento, M. Andrée no puede predecir lo que sucederá: no sabe si podrá continuar su viaje en globo ó tendrá que hacerlo en barco ó trineo.

Los instrumentos científicos que llevará la expedición son: tres sextantes, un horizonte artificial de mercurio, dos cronómetros, dos cronoscopios, cartas magnéticas aproximativas de la región inexplorada, una brújula especial, un psicrómetro, un actinómetro de Arago, nueve brújulas, un anemómetro, tres anteojos, dos aparatos fotográficos, un electrómetro, un aparato para recoger bacterias y otro para analizar el agua.

SERVICIO AEREO DE CORREOS.

Se acaban de unir la isla de la Magdalena y el puerto de Cagliari, es decir, las extremidades Norte y Sur de Cerdeña, con la costa de Italia, por medio de un servicio de correos...... de palomas mensajeras. La distancia entre Roma y la Magdalena es de 270 kilómetros, que los pichones recorren en un espacio de 4 horas 50 minutos. La velocidad media, es, pues, de 45 kilómetros por hora.

El salario de los marinos que descubrieron la América.

Un economista ha llegado á descubrir las hojas de registro de la flotilla de Colón. Las cifras que se desprenden de estos documentos son verdaderamente curiosas.

Los marineros, según su clase, ganaban de *dos* á *tres pesos*, por mes, más la alimentación; los capitanes de las carabelas 16 pesos mensuales y los alimentos. Cristóbal Colón, con el grado de almirante, tenía un sueldo anual de 320 pesos.

No es muy caro, si se tiene en cuenta el descubrimiento de América. Verdad es que hay que tener en cuenta también el valor del dinero en el siglo XV en comparación con el actual.

EL 14 DE JULIO DE 1896.

El Casino Francés en la noche del 14 de Julio de 1896.

[Tomado del natural por Leandro Izaguirre.]

EL 14 DE JULIO.

EN EL CIRCULO FRANCES.

Provervial es ya el espiritual buen humor de los nobles hijos de la gloriosa Francia y nadie extrañará por lo mismo que la celebración del 14 de Julio en esta capital haya estado por demás animada y encantadora. Ahí donde hay un grupo de franceses, ahí está la Francia y los que forman la próspera colonia de esta capital, unidos íntimamente como están, no podían menos de dar á su gran fiesta el brillo que merecía.

Todos los establecimientos franceses, que son muchos, y algunos mexicanos, engalanáronse vistosamente el martes último, sobresaliendo por su adorno «El Palacio de Hierro,» «El Puerto de Veracruz,» «Las Novedades,» «El Gran Oriental» y la «Ciudad de Londres.»

La Kermesse efectuada en el Tívoli del Eliseo estuvo animadísima. La entrada del Tívoli estaba adornada con mucho gusto llovía *conffetti* de todas partes y la concurrencia era muy numerosa. Nuestros lectores conocieron á su debido tiempo el programa. Baste añadir que se amplió con lucimiento en todas sus partes.

El baile efectuado en la noche en el Casino Francés [del exterior del cual damos un grabado] fué el brillante remate de los regocijos del dia.

La alegria sentó sus reales en los hermosos salones para no abandonarlos sino con las últimas sombras de la noche. Iniciose la fiesta con los viriles y conmovedores acordes de la Marsellesa y prosiguió encantadora hasta el fin.

Nuestros plácemes á la laboriosa Colonia Francesa, por el buen éxito de su patriótica celebración.

LAS SOLTERONAS.

Conocí, hace muchos años, tres solteronas, á quienes se llamaba en su pueblo las señoritas Griñón. Parecían, aun cuando hubiese entre ellas una diferencia notable de edad, haber hecho el mismo día, en tiempos muy lejanos, una silenciosa entrada en la vida. Parecía asimismo—de tal suerte estaban emparedadas en sus costumbres y de tal suerte eran necesarias cada una á las otras dos—que deberían morir el mismo día y á la misma hora, después de haber, como de costumbre, puesto en orden su casa, limpiado sus muebles y cepillado su ropa.

Yo recuerdo que me quisieron. Las molesté muy frecuentemente, cuando entraba á su casa, haciendo cabriolas como un gato que merodéa, por la ventana de la planta baja. Y me agrada recordar, sobre todo, con cierta pena mezclada aún de piedad y de burla afectuosa, que era la señorita Nina la más desgraciada de las tres hermanas: persona nerviosa y tímida, humilde y meticulosa hasta el exceso, á la cuál me complacía en atormentar. Bastábame deslizarme detrás de ella de puntillas, lo cual se me facilitaba, porque era distraída y un poco sorda, y después, bruscamente, en voz alta, llamarla por su nombre. Volvíase hacia mí lanzando un grito, levantando los brazos con un sobresalto de horror, que daba á su semblante la expresión más peregrina, haciéndome reír. Pero la señorita Nina no sabía enfadarse. No hay manera de pintar su resignada mansedumbre, cuando meneaba la cabeza dulcemente, y decía: «Estos muchachos!......» sin sonreírse como yo lo hago á la sombra de ese recuerdo. Entonces, la señorita Luisa, la más vieja, me amenazaba, pero sin convicción, con las tenazas ó con el atizador. La señorita Clara, la menor, ensayaba una reprimenda severa. Yo pedía hipócritamente un perdón siempre acordado. Se hacía la paz y me sentaba cerca de ellas en un taburete, frente al fuego. Una de ellas refería entonces, haciendo al mismo tiempo ovillos, candorosas historias que me encantaban, porque tenían las buenas viejas una alma ingenua é infantil, que las aproximaba á los niños.

Vivían de su trabajo, bordando y haciendo punto de media todo el día, y de una renta miserable que les arrojaba con soberbia un hermano que tenían, el cual era rico. Trozo de pan necesario y duramente adquirido con humillaciones, periódicas como los trismestres de su pensión. En la intimidad, cuando estaban solas, y á puerta cerrada, las tres hermanas osaban confiarse su pensamiento. Acusaban á su hermano de orgullo; decían que ellas no pedían más que amarlo, pero que eso era muy difícil; que él jamás había sido bueno con ellas, como ellas lo habrían sido para con él si Dios le hubiese dejado pobre y á ellas las hubiese hecho ricas, pero que Dios había hecho que los cuatro naciesen de la misma madre.—Ante los extraños, al contrario, hablaban de aquel glorioso hermano con respetuosa altivez.

El iba á verlas cuatro veces por año y se ingeniaban para tratarle bien. Presidía en su mesa, se dejaba servir como un nabab, examinaba todo y todo lo censuraba: la comida, que había costado muy cara, la ropa, que ya encontraba demasiado humilde, ya demasiado rica. Después, ya al partir, magestuoso, apaciguado, un poco menos ceñudo, dignábase humanizarse y decirles algunas palabras amables, al subir á su landau, pesado, tirado por dos caballos bien nutridos que conducía un cochero hinchado de toda la grandeza de su amo. Y las tres hermanas, desde el umbral de su puerta miraban, con un suspiro de envidia sin hiel el tren que descendía, alejándose rápidamente por el camino.

Su vida era humilde y retirada. Oían todas las mañanas su misa, cocinaban ellas mismas y para comer como para dormir encerrábanse con dos vueltas de llave. En la sala enladrillada donde se instalaban durante largas horas, para trabajar, miraban detrás de las cortinas á los campesinos que iban al pueblo, los coches y los caballos. Si alguna comadre pasaba, atraíanla hábilmente para interrogarla sin demostrar curiosidad, con finezas de diplomático, porque gustaban de saber noticias. Y las recibían de todas partes sin tener intimidades con nadie, discreción bien conocida que les valía confidencias con las cuales se sentía halagada su vanidad. Su característica era una timidez temerosa y una prudencia proverbial. En un tiempo les aconteció mezclarse neciamente en los chismes del pueblo. Pero su hermano, advertido de ello, les dijo redondamente que á la primera reincidencia les quitaría sin piedad la mesada, miserable hilillo de agua en que bebían la gota necesaria para su existencia. Y la lección había sido tan dura, que con gran terror cosieron sus labios y cerraron sus puertas para todo el resto de sus días.

Clara era el espíritu fuerte, la ama indiscutible de la casa. Ella era quien reglamentaba las compras, escribía las cuatro ó cinco cartas que se escribían cada año y presidía en los raros debates de familia. Nina aprobaba, convenía en todo. Luisa aconsejaba. Esta era flaca, rugosa y, vagamente, su faz, bajo sus cabellos grises recordaba la de un viejo barbudo.

Nina tenía gruesas y burdas facciones, una cara parecida al mascarón de una fuente.

Jamás he sabido si esas pobres mujeres pensaban en algo cuando trabajaban, ni si alguna de ellas podía tener en propiedad una idea que no fuese de las otras dos. Su vida era como un humilde péndulo de tres cuadrantes, cuyas agujas marcaban la misma hora y giraban en un círculo igual sin detenerse ni apresurarse bajo su delgado vidrio. Como su casa, su cerebro estaba amueblado, *mutatis mutandis*, de muebles viejos y mezquinos, pero apropiados á sus destinos y apreciados por su largo uso. Los pensamientos filtrábanse gota á gota y cuando yo las oía hablar entre sí en tanto que movían la aguja, parecíame ver caer de sus palabras una nube de cenizas grises cuya monotonía adormecía.

Ahora bien, aun cuando pareciese tan vieja como sus dos hermanas, la señorita Clara había sido joven, en un tiempo—¡y milagro!—había amado, esperado y sufrido.

En tiempos lejanos había pasado por G...... un receptor de contribuciones. No dejó recuerdos muy precisos en el espíritu de aquellos que le conocieron. Llamábase José Boro y no permaneció mucho tiempo en el pueblo.

Boro no era ni grande, ni pequeño, ni hermoso, ni feo ni nada. Su faz, su talla y su actitud, parecían pertenecer á todo el mundo. En lo moral, lo mismo que en lo físico, no tenía fisonomía alguna especial, cualidad ó defecto, vicio ó manía en él á la cual pudiera basarse un juicio, una antipatía ó una amistad. Era un hombre de temperamento tranquilo, de un apacible buen humor, de una inteligencia ordinaria, ni franco por completo, ni por completo reservado, de una honradez de borrego. Seguía tranquilamente su carrera, ni mejor ni más mal que muchos otros y marchaba con un paso no menos tranquilo á lo largo del camino de la vida.

Boro conoció á la señorita Clara. Parece que no era fea entonces. Tenía veinticinco años, cierta frescura, y una apetitosa robustez.

¿Cómo ese funcionario cumplido, cuyas opiniones eran razonables, los juicios siempre medidos, la conducta de una prudente cordura, cometió la inconcebible locura de enamorarse de una muchacha sin dote?

Nada hay que responder á ésto sino que lo inverosímil puede llegar. En el pueblo y en tres leguas á la redonda no había en aquel momento otra *señorita* casadera. Boro, tan pobre como ella y no teniendo más que su empleo para vivir, se encontraba fastidiado de vivir solo, y de comer solo. Por estas razones quiso tomar mujer, pues era un severo moralista, al cual una saludable timidez había preservado de las pasiones. Pidió la mano de Clara, que se la dió de todo corazón, y tan sorprendida cuanto conmovida, tan asustada cuanto embelesada, la pobre muchacha se derritió en lágrimas y le amó bien pronto con toda su alma.

***

Cuando yo era niño, y mi tía Emilia en las tardes estivales se paseaba en nuestro jardín, yo le preguntaba algunas veces:

—Dime pronto, tía Emilia, que pájaro es el que canta tan bien, allá lejos, del otro lado del vivero, sobre el rosal, cerca del muro?

Ella escuchaba, movía la cabeza y me respondía sonriendo:

—Debe ser el ruiseñor, porque ya en el tiempo en que yo era joven hacía su nido ahí todos los años. Esta noche, si el tiempo está bueno, cantará bajo nuestros balcones. Pero tu, tú no lo oyes todavía porque duermes y yo, yo no lo oigo ya porque soy vieja.

Dónde está el hombre, dónde la humilde criatura que no ha oído al ruiseñor? Quién de nosotros puede volverse hacia su juventud sin encontrar una de esas horas en que todas nuestros pensamientos cantaban como pájaros enamorados, en que apenas tocaban la tierra, y en que nuestro espíritu se hallaba embriagado; en que había al rededor de nosotros como un perfume ligero de oxiacanto extendido sobre nuestra existencia? Que bella es nuestra vida melancólica bajo esas falaces flores de Mayo! Oh joven esperanza, hada prestigiosa! La dicha, el amor, la gloria, todo parece fácil, todo es seguro. Los más hermosos sueños de las musas divinas, se iluminan, en radiosos espejismos. Nobles rostros nos sonrien! La inteligencia más obtusa se ilumina, se abre temblorosa y el corazón brinca, henchido de ternura, ante todas las alegrías de la vida.

Y esto es lo más luminoso de la dicha. Y el que ha encontrado una de esas horas, puede morir, porque ya ha vivido.—Clara amaba y estaba loca. En el humilde jardín de su vida, el ruiseñor había ido á posarse, y desde la mañana hasta la tarde, la pobre muchacha lo escuchaba perdida de amor. Ya no vivía más que para oírlo, y contaba las horas por sus cantos. Clara se abandonaba sin reserva á esta dicha sin medida, que se iba para no volver.

Nina tenía más de treinta años, y Luisa cerca de cuarenta, cuando se decidió el matrimonio. Muchos años hacía que vivían solas en aquella casa: su heredad y su universo, y eran para cada una las otras dos, toda la familia.

Como su padre había muerto y su hermano estaba lejos, la señorita Luisa se había encontrado á los veinte años con que debía ser la madre amorosa y tierna de sus dos huérfanas. No se sabía á cual de las tres amaba con más profunda dilección. Si había alguna que fuese más mimada, era precisamente Clara, educada por sus dos hermanas mayores. Sin embargo, ahora no se regocijaban éstas de la dicha de su hermana menor.

Se necesitaría el arte sutil de Lamb, su ironía y su estudio microscópico de los reflejos movimientos del alma, para encontrar y tocar con el dedo el punto justo en que el egoísmo comienza y el puro afecto acaba. Habían tenido ellas en su aislamiento sus horas de ensueño taciturno. Había momentos de fastidio en que huían la una de la otra porque les venían pensamientos de esos que se guardan en lo más profundo de sí mismo como en urna querida y melancólica. El porvenir estaba cerrado para ellas, así como el pasado estaba vacío. Sin embargo su corazón se arrullaba algunas veces con ensueños tímidos, se llenaba de vagas languideces, se abandonaba á tristes ternuras, y una imposible esperanza atravesaba sus almas candorosas.

***

Cuando Boro, después de la entrevista decisiva hubo salido de la casita, Clara fuese á la ventana que daba á la calle y apartó las cortinas á fin de seguirle largo tiempo con la mirada. Aturdida por la dicha se preguntaba si aquello era posible y si en realidad se trataba de ella.

El había llegado como pretendiente y se había despedido como novio formal. Ella oía su voz como en un sueño, seguíalo admirando como si estuviese ahí, y aun cuando osó apenas mirarle, su rostro y su continente grave, su enternecimiento, los menores detalles de el traje que llevaba en aquella solemne ocasión, quedaron fijos en su memoria deslumbrada.

Había recibido de él un beso, el beso de los desposorios, el primero...... Cuando se encontró de nuevo con sus hermanas, radiosa y con los ojos llenos de lágrimas, saltó al cuello de Luisa que se dejó abrazar friamente.

Admirada entonces, volviose hacia Nina, pero Nina había desaparecido. Había huido al jardín, refugio acostumbrado de sus penas y lloraba calientes lágrimas, haciendo para descargo de su conciencia, votos doloridos aunque sinceros por la dicha de la hermana infiel.

Celosas!...... Se habrian afijido si se les hubiese revelado que en efecto un celo inconsciente se agitaba en sus pobres corazones. De una manera obscura se hacian justicia y encontraban natural en el fondo, que Boro, cuando iba á verlas no tuviese atenciones delicadas, palabras y ojos tiernos sino para la hermana menor. Eso era natural pero cruel: Porque nos sentimos lastimados con la dicha de los otros cuando nosotros no somos dichosos, y ellas decíanse para sí que no tendrían fortuna semejante y que

Clara era muy feliz.—Y en tanto que esta se escapaba á su cuarto, loca de alegría, ligera como una alondra, Luisa puso en silencio la mesa. Nina entró de nuevo. Tenia los ojos enrojecidos, lo que la ponia más fea aún. Al encontrarse sus miradas, ambas se comprendieron y se abrazaron en silencio.

Cuando su primer alegria se calmó un poco, Clara advirtió que estaba sola para saborearla. Al principio se afligió, después se indignó é hizo ver su indignación á sus hermanas. Entonces la desconfianza reinó en la casa; con su acompañamiento de secretos que se cuchichea entre aliadas, con las palabras de doble sentido y las reflexiones agri-dulces.

Ya La Rochefoucauld ha tratado de investigar si es por ellas ó por nosotros mismos, por lo que amamos á nuestras gentes más allegadas. No hay más que un padre, no hay, sobre todo mas que una madre y raros amantes acaso, que vayan más allá de las mezquindades de la vida, llevados por alguna abnegación heroica y que sean capaces de hacer sonriendo el sangriento sacrificio de su corazón.—Ellas lo habrian hecho si hubiese sido preciso. Y aún parecíales por momentos que consumaban, sin decir una palabra, ese sacrificio ilusorio, pero resentían una amarga pena que se reflejaba sobre su rostro. Clara iba á abandonarlas. Y qué sería de ellas sin aquella ingrata necesaria á su existencia? Cómo normalizar de nuevo sus hábitos trastornados por su abandono? Y como vivir en aquella casa que sin ella se convertiría en un desierto?

La amistad de las dos abandonadas se volvió inmediatamente más estrecha. Ocupábanse ellas de los quehaceres domésticos y se hacian, en voz baja interminables confidencias. Y Clara, herida por aquella exclusión, afectaba tomar su partido con una ligereza indiferente que á su vez las hería en lo mas vivo.

Boro iba á verla todos los dias; sentábase en la salita donde habia corrido la vida de las tres hermanas, y hablaban con un tono apacible. Boro carecia de elocuencia: para élla era una alma humilde y dulce, de inteligencia mediana y de estrecha imaginación. ¡No importa! No hay dos maneras de amar.

—Permanecían solos, con las puertas abiertas. Ella oía hablar á su novio y le respondia con tímidas sonrisas, ruborizándose hasta los cabellos cuando Luisa ó Nina entraban para salir inmediatamente y vigilar con disimulo, porque la señorita Luisa se habia metido en la cabeza la idea de que habia que vigilar á aquellos enamorados, que su deber de madre era no perderlos nunca de vista.

Un dia dijo á Nina:

—He aquí á nuestra hermana que se casa. Vale tanto como decir que se caso, pues to que nos abandonará dentro de un mes.

—Yo no lo hubiera creido de ella! respondió Nina ingenuamente.

—Qué necesidad tenía de casarse? Nosotras la queremos tanto, vivimos aquí tan tranquilas!......... Y luego convino en ello, sin reflexionar cinco minutos, sin consultarnos á nosotras, sus hermanas mayores......... en fin!

Nina era un eco fiel. Repitió, pues, como su hermana:

—En fin!

—Nos vamos á quedar, pues, solas! se dijeron con las lágrimas en los ojos.—Y bien, ¡que sea dichosa! Oye, siguió Luisa abrazando á la otra; prométeme que no harás nunca lo que ella! prométeme que no te casarás!

Nina lo prometió llorando, podia ciertamente prometerlo, y continuaron quejándose.

—Su Boro! á ver, con la mano en el corazón, ¿cómo lo encuentras tú, Nina?

—Yo......... qué sé, parece ser hombre muy cumplido.

—Yo nada tengo que decir contra él, añadió Luisa con tono desdeñoso. Convengo en que tiene buenas maneras. Pero las apariencias nada significan, mi pobre Nina. Lo interior es lo que hay que conocer, ¿y lo conocemos nosotras acaso? Es una feliz con no casarse. Hay tantos matrimonios que dan miedo. En otros tiempos yo nada diría. Eran todos prudentes, más discretos! pero el mundo ha cambiado mucho. Esos señoritos de hoy todos son falsos.

—Todos son falsos, repitió el eco.

—Y cuando la he dicho que examine, que reflexione bien, que espere ¡me ha respondido de un modo!.........

—Nada se le puede decir. ¡Le salta á una á la cara como un gallo!

—¡Clara! ¡Clara! dijo Luisa con amargura, deseo que no tengas nada que sufrir. Así es como pagan á una, Nina!...... ¡Elevarla como lo hemos hecho, sacrificarse por una ingrata! ¡Ya se da importancia de señora!

—No, dijo Nina enojada, todavía no es señora.

***

Nina no creía expresarse tan bien! Una tarde de Mayo, Boro estaba sentado con su novia junto á la ventana que daba á la calle. Hablaban del porvenir, arreglaban con el pensamiento su vida y por la centésima vez Boro exponía lo que era y lo que valía, es decir, su fortuna y sus esperanzas. Hablaba de sus buenos billetes y de su seguro progreso, de algunas economías que había hecho y de un tío viejo, rico y solterón á quien acababa de anunciar su matrimonio. Este tío de seguro les haría un buen regalo de bodas y dejaría *algo* al morir.

En aquellos momentos se presentó el cartero. Vió á Boro y le tendió un cartapacio con la dirección escrita en letra desconocida. Boro rompió el sobre con negligencia, pero de súbito se inmutó y Clara lo contempló con tierna inquietud. El rostro del lector se había puesto descolorido por una fuerte emoción, las ventanas de su nariz se dilataban y en sus ojos opacos brillaba una claridad desconocida. El papel temblaba en su mano crispada.

—¿Qué es? ¿qué sucede? ¿alguna desgracia? preguntó ella.

—No, no, no! gritó él con ferocidad inconsciente. ¡Un vaso de agua, por amor de Dios! ¡Me ahogo! ¡Una desgracia!...... Al contrario...... El!...... él ha muerto!

—¿Quién, señor?

—Mi tío, y creo...... sí, se dice que tal vez lo herede.

¿De veras? replicó Clara. ¡Pobre señor! Se acordó de usted, antes de morir. Voy á rezar mucho por el descanso de su alma. Pero...... ¿le ha dejado á usted algo?

—Todo, gruñó Boro, y desapareció como un loco, dejando su sombrero.

La noticia se confirmó. Boro heredaba. El tío, ya encerrado en el ataud, debidamente rociado de agua bendita, cambiaba sus vastos dominios, los trigos, las viñas, el castillo secular, los bosques igualmente seculares, que pocas horas antes poseía, por la propiedad indiscutible é inalienable de seis pies cuadrados de tierra negra, rodeada de una verja de hierro. En sus sueños más fantásticos Boro, el sobrino querido, á quien se esperaba para el entierro, nunca había aguardado semejante suerte. Esa fortuna tan grande, venía á caerle en la cabeza de una manera tan ruda é imprevista que poco faltó para aturdirlo.

El tío, á quien no habia visto veinte veces en su vida, solitario misántropo á quien creía maniaco, egoista de quien no había recibido nada más que buenos consejos y bendiciones gangosas, aquel hombre venerado habia elegido á Boro como único heredero, de preferencia á otros veinte parientes que lo habian cuidado con importuna ternura. El buen tío era hombre ingenioso. Habia sospechado que las atenciones de sus sobrinos oli n un poco á sepulturero.

La noticia estalló como una bomba. Desde la mañana la sabian dos ó tres personas; en la tarde no habia en la ciudad muchacho de escuela que no supiese que el señor receptor era millonario. Los perros callejeros debian al encontrarse repetir el asunto en su idioma, de tal manera había rodado en las conversaciones de sus dueños. Las señoritas Griñon recibieron más de cincuenta visitas; todas abrazaban á Clara con efusiones de amistad que ella tuvo el buen tino de no creer sinceras.

¡Hasta sus hermanas eran de verse! Clara se hacía gran señora y comenzaban á lisonjearla. Cuando se encontraron solas, Luisa dijo á Nina:

—Es una dicha para nosotras, y como es muy grande para ella, me regocijo de todo corazón. Pero ¿has oido cómo habla? No son aires de señora. Va tomando el aspecto de una princesa.

***

Entre tanto, Boro no escribía. Clara no había recibido sino pocas palabras erizadas de cifras en que anunciaba oficialmente la gloriosa herencia. Ya hacia quince dias que esperaba una carta más tierna y más larga, una verdadera carta de novio ausente. Soñaba en ella desde la mañana hasta la noche, y aunque tuviese poca fantasía se recreaba anticipadamente en las frases enamoradas de su prometido. Dictaba hasta las frases más pequeñas de la carta esperada y se ruborizaba de sus propios pensamientos. Pero la carta no llegaba. Durante algunos dias la esperó con paciencia; despues vinieron el asombro, la tristeza, la inquietud, los mil tormentos de la espera. Clara se puso nerviosa é irritable. Una noche al levantarse de la mesa, Luisa la dijo:

—¡Pobre hermana mía! Ya lo tienes demasiado rico...... para tí.

Y esta lección la hizo estremecer. Tuvo entonces un acceso de desaliento tal, que creyó que lo había perdido todo. Deseaba acabar, caer enferma, morir! El era tan rico y ella tan pobre!

¡Qué muchacha tan humilde! tan indigna de él! ¡ni siquiera bonita! ¿Dónde estará la compañera de este hombre superior? Porque la característica del amor verdadero, es la adoración idolátrica. Medía estremecida la altura que los separaba y se aturdía recordando la embriaguez que le había ocasionado la herencia. ¡Ay Dios! ¿Por qué no seguia siendo pobre? Y luego se reprochaba suspirando este pensamiento egoista. Pensaba en su alma grande, en su noble corazón, en la inaudita generosidad que había tenido al amarla, se acusaba de calumniarlo por sus temores y se indignaba por sus sobresaltos.

Por fin, le escribió Clara. Su carta, poco hábil, era casi elocuente de ternura y de inquietud. Diez largos dias tardó la respuesta, durante los cuales la infeliz se sentía morir. Clara no tenía fuerza para irritarse, y en su desolación silenciosa, no comía, dormia poco, y comenzaba á languidecer: Las quimeras más sombrías de la angustia, lo imprevisto, la enfermedad, la muerte, todo lo posible y lo imposible, mal combatidos por esperanzas breves chocaban en su imaginición enferma como lúgubres pesadillas.

Por encima de todo esto se sentía roida por aquella reflexión de su hermana, imposible de salir de su cerebro: que se habia vuelto demasiado rico para casarse con ella, y por el fantasma de un abandono ridículo y desesperante. Le parecía que la luz se alejaba lentamente de ella y que dia á dia, hora por hora, se sentía hundida en un abismo de implacable soledad. Por último un dia, que, cansada de sufrir, se sentía más tranquila, á fuerza de laxitud y de abandono, en una tarde de estío cuyo esplendor meridional se cubría para ella, para ella sola, de pálida languidez, un aldabonazo la hizo estremecer: apareció Nina y la entregó en silencio una carta que Clara tomó con un grito de loca alegría y luego de terror. ¡Era de él! Clara rompió el sobre y desde las primeras palabras se transformó en una estatua. Boro la escribía, exponía en pocas líneas, llenas de noble tristeza, que se veía obligado á recobrar su libertad, que devolvía á Clara la suya y hacia votos por su dicha. Alegaba la formal y última sagrada voluntad de su tío. No terminó; dió un grito desgarrador, giró sobre sí misma y rodó inanimada por el pavimento.

***

Entre tanto, el Sr. Boro entraba en posesión de su papel de castellano. Recorría las tierras, ordenaba cortes de madera, oía las noticias de los guardas y se aprovechaba de las buenas bodegas del difunto. Quizás pensaba en la abandonada, con vagos remordimientos. A las veces creía ver sus ojos llenos de lágrimas, fijos en él con una ter-

nura que lo avergonzaba, y su pensamiento se apartaba á realidades más agradables. Otras creía de buena fe, aparte de toda fatuidad, que Clara se consolaría pronto.

Hay traiciones difíciles de denunciar de viva voz, asesinatos imposibles de cometer cuando la víctima está aún palpitante, que por el correo no significan nada. Boro pertenecía á esa raza de hombres, muy sensibles al mal que reciben, que se persuaden con toda ingenuidad de que la mayor parte de los pesares de los otros son exagerados ó quiméricos, indignos de las gentes razonables é imposibles de tomarse en serio.

Al grito que la desgraciada dió, acudieron sus dos hermanas, la encontraron desvanecida, rígida y fría como una muerta. No queriendo dar á los vecinos el espectáculo de aquella desesperación, la tomaron, una por los hombros y otra por las piernas, y la llevaron, como pudieron, al cuarto de Nina, situado en el piso bajo.

Después de haber tratado en vano de reanimarla y de haberla llamado entre sollozos con las palabras más tiernas, Nina salió apresurada y regresó á poco con el médico, que movió la cabeza con ademán indeciso. Cuando Clara volvió en sí, tenía la cabeza ardiente, brillaban sus ojos con un brillo febril y comenzó á delirar. Entonces Nina y Luisa la cuidaron con admirable solicitud. Una madre no se siente más inquieta, no se inclina con mayor ternura ni con más pacientes cuidados como los de aquellas pobres criaturas á la cabecera de su hermana moribunda. Porque su enfermedad era de muerte. Después de accesos de furioso delirio, cayó en un sueño pesado, del que sólo salía por momentos para abrir los ojos azorados. Cuando la enferma se despertaba así, siempre veía á su alrededor dos caras feas, bañadas de lágrimas, flacas y consumidas por la fatiga, porque allí estaban siempre sus hermanas, relevándose para velarla. Al verlas, se había dicho que eran dos sombras que el terror, la piedad y la angustia animaban todavía.

Un día se despertó completamente. ¿Dónde estaba y qué la sucedía? ¿Por qué Nina y Luisa lloraban al verla, con las manos juntas, como si acabase de salir por favor divino de un peligro desconocido? No lo sabía, no podía comprenderlo. Se sentía débil, tan débil, que le parecía que la vida se le escapaba; pero en esta laxitud, Clara sentía un bienestar extraño, y aquel pensamiento no la asustaba. Cerró los párpados, hizo un esfuerzo para recordar, y al volver el recuerdo no la llevó otra vez al dolor. No sufría ni de cuerpo ni de alma; pero experimentaba una especie de aniquilamiento resignado con dejos de dulzura. Cuando volvió á abrir los ojos, vió distintamente á sus dos fieles compañeras que la sonreían á través de sus lágrimas, y ella también tuvo una pálida sonrisa. A poco les pudo tender los brazos, en donde las reunió sollozantes en el mismo abrazo silencioso. Después se durmió de nuevo, teniendo entre sus manos la de su hermana la mayor. Entonces Nina, con precauciones infinitas, salió de puntillas, y Luisa, sin retirar su mano, se sentó en el sillón, donde hacía dos meses que velaba día y noche.

Cuando Clara se levantó por la primera vez y pudo, en brazos de sus amigas, bajó la escalera, vacilando sobre sus piernas, y se encontró sentada en la mesa en que había caído desmayada. Parecíala que en dos meses había vivido más de veinte años, que sus esponsales, la traición y el desengaño que estuvieron á punto de costarle la vida, eran acontecimientos que habían ocurrido hacía mucho tiempo, casi hundidos en el olvido. Parecíale que su juventud había muerto, que había sido sepultada. Pidió un espejo y se miró con sorpresa, pero sin pena, encontrándose vieja. Estaba delgada, los cabellos le caían sobre la frente marcada de precoces arrugas. ¡Solterona! Esta palabra se alzó repentinamente sobre su cabeza como una sentencia del destino, y experimentó el deseo de envejecer más todavía, de convertirse bruscamente en una anciana, en virtud de una mágica metamórfosis, una octogenaria adormecida en pequeños, pero plácidos pensamientos.

Fué á sentarse junto al fuego sostenida por Luisa y Nina. Llovía. Era un domingo de otoño, la hora de las vísperas, la iglesia de la ciudad llamaba á los fieles con su campana de timbre poderoso, cuyas solemnes vibraciones se prolongaban en el espacio, desde lo alto de la torre. Su espíritu se elevó allá, muy alto; oró y se sintió regenerado. La tarde se desvanecía y la calle estaba triste y silenciosa. Como la luz de la habitación, como la juventud de su cuerpo, el dolor se retiraba de su alma, no dejando en ella sino un tranquilo adormecimiento. Sus esperanzas por siempre muertas y sus dolorosos recuerdos, se cubrían lentamente de cenizas. Y su monótona vida se hizo semejante á la pieza de paredes desnudas, con ladrillos fríos y ventanas entrecerradas, en la que yo jugué cerca de treinta años más tarde.

Luego, las tres no tuvieron sino una sola voluntad y una alma única. Vivieron una existencia siempre semejante, siempre resignada, sin placeres, pero también sin grandes tristezas. La Providencia soberana que equilibra los bienes y los males, dispensa á los míseros destinos sus recogimientos tranquilos. Y además, ¿al que tiene ojos, qué importan la pequeñez y la humildad de la vida? En cualquier alma la vida lo tiene todo, con su atractivo profundo y solemne, con las invisibles flores de ternura y adhesión que forman la dignidad y la hermosura. Las tres se amaron hasta el último momento, y la muerte fué para ellas clemente: no se se extinguieron al mismo tiempo, pero se siguieron tan de cerca, que el viaje de la primera pareció preparar los otros dos.

Carlos de Bordeu.

COBARDIA.

LOS dos hombres abandonaron la pieza. El médico, alegre, en manera alguna impresionado de los sufrimientos de otro—tantos veía de diario y desde hacía tanto tiempo, que ya no se apiadaba de las miserias humanas;—Jorge, encorvado y con la frente llena de sombra.

Ya en el descanso de la escalera, creyendo que ella no podía oirle, el joven hizo la angustiosa pregunta:

—Y bien, doctor?

—Y bien, amigo mío...... ya nada queda que hacer.

—Jamás volverá á andar?

—Jamás, ni á moverse tampoco.

—Oh! Dios mío, balbuceó él desesperado, esto es imposible...... Usted, de quien se citan curaciones maravillosas, nada puede?.. ..

—No, nada.

—Oh, Dios mío, repitió.

El doctor hizo un gesto dudoso, que podía traducirse como muestra de conmiseración, y con su franqueza ruda de sabio, disparó el último golpe:

—Todavía si se mantuviese así! Pero la parálisis sube, ya lo sabe usted. Llegará á la lengua, después al cerebro, y de la compañera de su existencia, no quedará nada: Materia que vive, he ahí todo.

Jorge se pasó la mano por la frente, como para arrojar de su espíritu la abominable predicción. En cuanto al doctor, en tanto que consultaba su reloj, añadió:

—No es la vida muy alegre que digamos; hay que tener valor...... Conque, buenas noches!

Y bajó rápidamente la escalera.

Por un instante, Jorge, quedó tan turbado, que no osaba volver á la pieza, temiendo que su emoción hiciese adivinar á Matilde el irrevocable diagnóstico. Después, decidiéndose, abrió la puerta.

Sentada en pesada actitud sobre su silla, con aquella carne de nervios muertos, coronada por una cabeza muy pálida que parecía haber recogido toda la vida del organismo, dando á cada pliegue, á cada relieve del rostro un movimiento, una fisonomía, la paralítica le esperaba.

No le preguntó nada. Unicamente le miró con fijeza con sus ojos enormes, agrandados bajo la impresión del dolor.

Entonces, sintiendo él que no iba á poder, si ella le interrogaba, disimularle la verdad, y que en lugar de reconfortarla con la esperanza, presa de la pena, lloraría con ella; separando la cortina de la vidriera, pegó su frente al vidrio húmedo, viendo obstinadamente las lozas del patio, viejas lozas abolladas completamente, entre las cuales crecía una hierba mal sana, que ante la amenazante lluvia, parecía ensancharse.

—Jorge!

Al oír su voz, sobresaltóse lleno de miedo. Hundido en su pena, había acabado por olvidar á la víctima bien amada.

—Querida mía?

—Jorge, repitió élla con voz grave.—¿Qué dijo el médico?

Jorge balbuceó:

—El médico, el médico, pues...... nada...... que con cuidado, tus fuerzas......

—Estás mintiendo!

—No...... no...... ¿por qué?

—Aproximóse á ella, tomóle las manos, y hablándole muy cerca del rostro, le dijo:

—No hay que asustarse...... ya sabes.........

—Es inútil, le interrumpió ella. Todo lo he oído: jamás, jamás curaré, y llegará un día en que mi lengua......

No pudo continuar. Inclinó la cabeza y se puso á llorar silenciosamente. Aquello había acabado. No sanaría. Hasta entonces había esperado, persuadiéndose de que la parálisis que una mañana, súbitamente la había herido, cedería ante la ciencia, que tornaría la vida á sus miembros y que resurgiría la antigua existencia, aquella existencia de diez años en que habían vivido el uno al lado del otro, sin abandonarse, por decirlo así, jamás; corriendo, siempre del brazo, como niños alegres, por la ciudad en el invierno y por el campo en el verano. Ya aquello había concluido, irrevocablemente.

En el paroxismo de su dolor, en medio de sollozos, exclamó:

—Oh! Dios mío, quién hubiera creído que nuestra historia acabaría así!

—Querida mía; te ruego que no te desconsueles, le dijo él suplicante. El médico se engaña; sanarás porque lo queremos, y la voluntad de dos seres, debe dominar á la naturaleza.

Con un esfuerzo que le crispó la faz—tan considerable era—intentó la enferma llevarse las manos á las mejillas, que le quemaban las lágrimas. Pero ante la imposibilidad de levantar los brazos más arriba del cuello, desalentada de ante mano, sollozó:

—No, no, ya lo ves; esto ha concluido Límpiame la cara!

El, tomó su pañuelo, y suavemente limpió aquellos ojos adorados, en los cuáles se había mirado tantas veces. Después, lleno de bondad, inclinando el cuerpo, enlazó con sus brazos aquella pobre cabeza desolada, arrullándola con palabras tiernas, susurradas dulcemente, acariciadoras.

—No te desconsueles, le decía; yo te quiero y te querré siempre. ¿Te acuerdas.....? Te lo he jurado, te lo he jurado!......

E inclinándose más, le cerró los ojos humedecidos con un beso.

—Ah! suspiró ella; si la muerte pudiese sorprendernos así!......

—La muerte! dijo él extremeciéndose; ¿luego deseas morir?

—Sí; querría que juntos, de un mismo golpe, nos hiriera la muerte.

—¿Por qué?

—Yo ya no soy más que un cerebro. Pronto, no seré más que carne que vive. Entonces, fatalmente, ya no me querrás; en tanto que en la otra vida, podríamos proseguir nuestros sueños de ternura.... Te acuerdas que me prometiste amarme siempre? Yo me acuerdo que juraste no sobrevivirme. Si yo muriese, mantendrías tu promesa?

El la miró un poco asustado, inconscientemente rebelado ante la idea de que pudiese interrumpirse el curso de su existencia. Pero, en una visión rápida, se dió cuenta de que muerta ella, se quedaría la casa vacía, helada, y respondió convencido:

—Sí; si tú murieras me mataría.

—Gracias, gracias.

Y en un trasporte de fe juntáronse sus manos, y sus ojos, sus ojos agrandados por el dolor, eleváronse al cielo, en tanto que sus labios murmuraban una plegaria:

—Señor, Señor, ten piedad de mi amorosa pena, y haz que el mismo viento de muerte nos derribe á los dos.

Pero la ventana se entreabrió; un soplo perfumado de florescencias primaverales les llevó, traídos sin duda del balcón vecino, risas de gentes felices que cambiaban besos tiernos.

Se miraron llenos de desesperación, avivada su pena por la alegría de otros. Ellos también habían sido felices; ellos también habían cambiado caricias locas. Poro eso fué en otro tiempo. Ahora el cuerpo flojo de Matilde, mostrábase horrible en su inmovilidad, quitándoles toda idea de alegría. Entonces vínoles la idea, muy precisa, de que con aquella esperanza de curación, huída, aquella esperanza que les permitía creer en el porvenir, la vida iba á ser espantosa para ellos.

De nuevo, Matilde se echó á llorar. Fatalmente, aun cuando él la rodease de solicitudes que jamás parecían fatigarle, estando el sacrificio continuo por encima de las fuerzas humanas, acabaría Jorge por cansarse de ser enfermero y la abandonaría.

En el mundo encontraría mujeres jóvenes que le sonriesen y le agradasen; las amaría y olvidaría, quizás no á la amiga de otro tiempo que había ocupado un lugar tan importante en su vida, pero sí á la enferma que, clavada en un sillón, era ya sólo una cabeza sobre un cuerpo muerto. Y esta idea era tan dolorosa para su corazón de amante que latía vibrante y celoso, que casi gritó:

—Morir! matarnos los dos!

—Qué dices?

—Si fuésemos los enamorados de otro tiempo, los dos nos mataríamos.

El hizo un gesto de repulsión.

—Matarnos!

—La vida en adelante no será para nosotros más que sufrimiento; esta es la última alegría que nos queda. Oh! Jorge, Jorge, si tu quisieras, nos iríamos para siempre ahora que tenemos aún el recuerdo de las dichas muertas. No esperemos la hora de los disgustos y de los desfallecimientos......... Oh! Jorge, Jorge, si tu quisieras.........

Decía ésto con una exaltación tan convincente que él, á pesar de su miedo, se preguntó si tendría razón. Algunas veces sentía, aunque su delicadeza y su honradez se rebelasen, aproximarse las cobardías, los deseos de irse, de huir de aquel cuadro melancólico y gris de hospital, de aquella atmósfera penosa de dolor perpetuo, y encontrando sus ojos un alegre rayo de sol, que llegaba después de la lluvia y hermoseaba el patio, vínole la idea de que debía sentirse uno bien allá afuera, con el rostro acariciado por el aire suave, y se preguntó si un dia su horror á la enferma, su necesidad de libertad no le dominarían de una manera tan imperiosa que le hiciesen abandonar á la desgraciada en su horrible inmovilidad, para correr con otras por las calles animadas ó por el campo florido! Oh! eso sería malo, cobarde, indigno de el...... Pero no teniendo la convicción de que no sucedería y oyendo á Matilde repetir: «Ah! Jorge, Jorge, si tu quisieras morir, sería esta nuestra postrer alegría!» él murmuró muy bajo, como temiendo oirlo él mismo:

—Sí quiero.

La faz de la enferma púsose radiante, y le pareció que por su cuerpo inerte corría un extremecimiento bienhechor. Esa era la victoria última y suprema de su amor. Casi cadaver triunfaba aún! Y para no dejar á Jorge tiempo de reflexionar, ordenó:

—Ahí, en el cajón, está la caja de pistolas.........

El obedeció, sin excitación, pero de prisa, como con miedo á aquella vida anormal, teniendo la convicción de que sólo ese acto definitivo le impediría cometer la fatal cobardía.

Ya con las armas, dijo valerosamente la enferma:

—Mátame, después te matas tú.

Espantóse él ante esta idea. No debía pedirle eso; disparar sobre ella...... jamás. Mejor renunciaba.

—Entonces juntos, quieres?

—Sí

Y decidido, queriendo acabar cuanto antes con aquellos preparativos que amenguaban la intensidad del acto que querían realizar, puso una de las armas en la mano de su esposa, con el cañón vuelto hacia su pecho, y retrocedió dos pasos, febrilmente, preguntando:

—Estás lista?

Después, sin esperar respuesta, ansioso por terminar, disparó. Cayó como una masa, con la sien derecha destrozada, á los pies de la paralítica, salpicándola de sangre. Ella, con el brazo levantado, lista para disparar, permaneció atontada ante el acto realizado.

Desde la silla donde descansaba su carne de nervios muertos, miraba al desgraciado debatirse gimiendo, en los horrores de la agonía, sin que sus ojos pudiesen dejar de ver el espantoso espectáculo que seguían con doloroso encarnizamiento.

Cuando el suicida dejó de moverse, ella, que le había impulsado al cumplimiento de aquel acto supremo, sintió que toda su carne se rebelaba Sufrir como él, extremecerse como él en espasmos dolorosos......... no, no! eso era horrible!

Y olvidando su vida mísera de paralítica, su cuerpo inerte, la lengua y el cerebro, que bien pronto se atrofiarían; abriendo los dedos, dejó caer la pistola.

Daniel Rico.

MORIBUNDA.

Yo tengo una celda ruinosa y callada,
Tan negra y tan honda, que allí solo existe
Mi alma, la pálida enferma enlutada
Que busca la sombra porque ama lo triste.

Allí, los dolores, cual tristes hambrientos,
Encienden sus torvas pupilas hurañas,
Dejando tan sólo despojos sangrientos
De seres amados y cosas extrañas.

Y mi alma, la buena, la blanca enfermita
Levanta sus tristes miradas inciertas,
Sintiendo la honda nostalgia infinita
Del sueño que duermen las vírgenes muertas.

Pero hay una reina de rara belleza
Que cuida de mi alma la senda sombría;
Y quedo le dice: yo soy la tristeza
Y tú eres la amada, la enferma, hija mía,

Yo soy la enlutada, la musa doliente
Que sueña en lejanas comarcas brumosas,
La pálida virgen que enreda á su frente
Guirnaldas marchitas de anémicas rosas.

La eterna implacable se acerca á quitarte
De todas tus penas el trágico peso.........
La noche desciende...... ya puedes llevarte
La flor enfermiza de mi último beso.

Benito Fentanes.

Cosamaloapan, Julio de 1896.

LA SANDUNGA.

Cuando en la calma de la noche quieta
Triste y doliente la *Sandunga* gime,
Un suspiro en mi pecho se reprime
Y siento de llorar ansia secreta.
¡Cómo en notas sentidas interpreta
Esta angustia infinita que me oprime:
El que escribió esa música sublime
Fué un gran compositor y un gran poeta!
Cuando se llegue el suspirado día
En que con dedo compasivo y yerto,
Cierre por fin mis ojos la agonía;
La *Sandunga* tocad: si no despierto
Al quejoso rumor de esa armonía,
Dejadme descansar que estaré muerto!......

Rodulfo Figueroa.

Julio de 1896.

ASONANCIAS.

Ya es de noche: ya van por el cielo
Llorosas y trémulas,
Como un coro de vírgenes blancas
Que llora la muerte del sol, las estrellas;
Ya es de noche: las vírgenes duermen,
Los sueños despiertan,
Y en sus castos oídos destilan
Rumores de besos y ardientes demencias;
Ya el amante se fué; sus palabras,
Tan sólo, se quedan
Engendrando tenaces visiones
Que besan con besos que manchan y queman;
Los mendigos, cansados, se arrojan
En su honda miseria
Y se agitan sintiendo en el alma
El rudo chasquido de inútil blasfemia,
Mientras van vacilando en la sombra
Y en ella tropiezan
Al impulso potente del vértigo
Que deja en sus sienes la pálida anemia.
....
¡Oh! La noche en su seno recoje
Las voces dispersas,
Los suspiros ardientes que pasan
Quemando á su paso las bocas abiertas,
Los aullidos del viento, que ha visto
Angustias inmensas
Y la voz de las sombras que envuelven
Los sueños febriles, las hondas miserias
Y elabora, con ellos los gritos
Que, á veces, revientan
Como un largo clamor, cuando el viento
Huyendo atontado se arrastra ó se estrella,
Y por eso mi espíritu hastiado
Se anima y despierta
Al sentir que las sombras invaden
En ronda gigante mis negras ideas,
El conoce el lenguaje sombrío
Que dicen las nieblas,
El comprende la voz de las sombras
Y sabe los gritos que flotan en ellas;
El recibe los ásperos besos,
Las rudas ternezas
De esos seres deformes que cruzan
Las sombras nocturnas de tropas inmensas.
¡Pobres seres! Engendros malsanos
De muchas demencias,
Concepciones absurdas que viven
Una vida ficticia, parcial, incompleta......
....
Ya es de noche; ya puedo reírme
Con risa siniestra,
Y esperar que las sombras invadan
En ronda gigante mis locas ideas.

Antenor Lescano.

Julio de 1896.

APOCALIPTICA.

Y juró por El que vive en los siglos de los siglos, que el tiempo no será más.........

......Y ví las sombras de los que fueron,
En sus sepulcros, y así clamaron:
«*Ay de los vientres que concibieron!*
Ay de los senos que amamantaron!»
«La noche asperja los cielos de oro,
Mas cada estrella del negro manto,
Es una gota de nuestro lloro.........
¿Verdad que hay muchas? Lloramos tanto!»
«Ay de los seres que se quisieron
Y en mala hora nos engendraron!
Ay de los vientres que concibieron!
Ay de los senos que amamantaron!»

*

Huí angustiado, lleno de horrores;
Pero la turba conmigo huía
Y con sollozos desgarradores
Su *ritornello* feroz seguía:
«Ay de los seres que se quisieron
Y en mala hora nos engendraron!
Ay de los vientres que concibieron!
Ay de los senos que amamantaron!»

*

...Y he aquí los astros,–chispas de fraguas
Del viejo Cosmos–que descendían,
Y al apagarse sobre las aguas,
En hiel y absintio las convertían.
Y á los fantasmas su voz unieron
Los *Siete truenos*, extremecieron
El infinito y así clamaron:
«*¡Ay de los vientres que concibieron!*
Ay de los senos que amamantaron!»

Julio de 1896.

Amado Nervo.

¡Buena mano!

(Dibujo de Leandro Izaguirre.)

Espectativa...

(Dibujo de J. Martínez Carrión)

FIGURA 1.

FIGURA 2.

Modas del mes.

Damos á nuestros apreciables lectores algunos modelos en privanza en este estío en París. El principal de ellos nos representa un traje de paseo y calle de mucha fantasía. El cuerpo es de tul blanco, con falso jacquet de tul de color, abullonado. En las mangas y en la falda hay la misma combinación, en esta última toda la parte de atrás es de seda floreada. Los demás detalles del traje pueden fácilmente apreciarlos nuestras artistas lectoras.

El nº 2 es un traje de casa del mejor gusto. En un fondo de satín, que así en la blusa como en la falda termina en puntas bordadas, están arregladas dos órdenes de blondas, una que completa graciosamente los picos de la falda, y la otra los de la blusa; ésta va ajustada á la cintura por un gran lazo de raso.

El figurín nº 3 es un elegante traje de calle. La falda, casi lisa, de muselina ó seda, con dibujo sencillo, tiene un hermoso bordado en la orla. El cuerpo lleva, sobre fondo de satín, un coselete bordado con orla de tul.

Por último, el modelo nº 4 es una primorosa capota, tan sencilla como elegante, de lo más artístico que en esta estación ha salido en las casas de confecciones. Su factura es muy sencilla.

Para responder al deseo de numerosas de nuestras amables lectoras que nos han pedido les recomendemos una casa de toda confianza para la confección y el buen gusto de sus trajes, les indicamos, seguros de que nada mejor podemos hacer en su obsequio, á las

Sritas. Hunsinger hermanas

1ª CALLE DE SAN FRANCISCO NUM. 14.

MEXICO.

Antiguas colaboradoras de "La Moda Ilustrada"

DE PARIS,

no vacilamos en decir que la más ligera confección salida de sus manos, es una verdadera joya.

FIGURA 4.

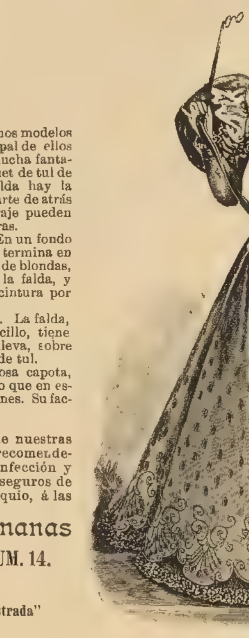


FIGURA 3.

Tomado de "El Universal" de la ciudad de México.

Purisima del Rincón,
Marzo 20 de 1896.

The Sydney Ross Co.,
New York.

Muy Señores mios :

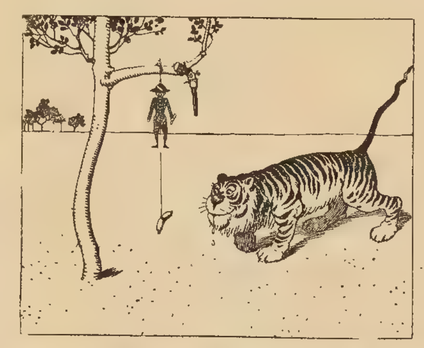
Con gusto les suministro á Vdes. dos casos que se han curado con sus Píldoras de Vida del Dr. Ross.

La Señora Maria Rodriguez de 52 años de edad y de un temperamento bilioso, padecia un dolor hepático que la ponia de muerte y habiendo ya agotado toda la ciencia médica me resolví á recetarle las Píldoras del Dr. Ross con lo que ha sido curada enteramente y el dolor que ya hacia mas de 10 años padecia.

La Señorita Francisca Hernández vino á verme para recetarla pues sufria una gastritis intestinal acompañada de neuralgia aguda. Reconocida por mi, no solo encontré estas enfermedades, sino tambien un desarreglo en el hígado y le hice tomar 4 píldoras diaria con las que á la fecha está buena y sana por lo que dice que las Píldoras de Vida del Dr. Ross són milagrosas y no cesa de pregonar sus virtudes curativas.

De Vdes, Afmo y S.S.
Dr. JUAN B. ZAMARRONI.

Caza ingeniosa.



Con el próximo número recibirán nuestros abonados las 128 páginas de novela correspondientes al presente mes.

Este periódico está impreso con las tintas finas de la Casa LORILLEUX y COMP. *París.*—Unicos Agentes en la Repùblica:—Lewis y Block, México.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 26 DE JULIO DE 1896. — NUMERO 4

La amiga de los cisnes.

"EL MUNDO."
SEMANARIO ILUSTRADO.
TELÉFONO 434. —2ª de las Damas núm. 4.—APARTADO 87 B.
MÉXICO.
Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.
REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá. The Spanis American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas Editoriales.

La inmigración y la competencia al trabajo nacional.

Con motivo de un proyecto de inmigración de colonos japoneses, se han vuelto á repetir todos los viejos argumentos que una parte de la prensa ha venido ofreciendo hace mucho tiempo, para oponerse á la importación de *mercancía humana* en la República, siempre que esta mercancía, no reuna las elevadas condiciones morales, intelectuales y estéticas soñadas por algunos publicistas.

Pero en el presente caso nos ha llamado la atención que se designe á los hijos del Japón con un despreciativo desdén en los momentos en que el mundo civilizado ha quedado sorprendido ante los progresos realizados por este simpático país, uno de los que más rápidamente ha caminado á su desarrollo.—¿Cómo explicarnos que se les llame raza apática, ignorante y poco apta para el progreso moral y material del país?

¡Apático, poco apto y desprovisto de inteligencia, un pueblo cuya industria hace temer á la Inglaterra que le sean arrebatados los mercados de consumo del Extremo-Oriente; que cuenta desde 1888 setenta y tres mil telares, que dispone de fábricas tan bien montadas como cualquiera de Europa y en el cultivo del algodón se ha proporcionado la materia prima indispensable para su floreciente industrialismo! ¡Y esto se llama una inmigración nociva! Por Dios, no nos pongamos en ridículo!

¿Se desea que entremos á un examen entre el estado social, económico, intelectual del Japón y México......? No; evitemos salir mal parados al compararnos con estos apáticos, *ignorantes y nócivos* inmigrantes!

Pero hay otro argumento que se hace valer para rechazar á los japoneses.—El escaso jornal que se harían pagar estos colonos, que establecería una competencia ruinosa á los trabajadores nacionales. Este argumento de la competencia que el trabajo extranjero viene á hacer al nacional, cada vez que un obrero pasa la frontera, es una embotada arma del arsenal proteccionista.

En virtud de este criterio, un grupo parlamentario proponía en Francia, hace tres ó cuatro años, que se gravara la importación de cada *cabeza de obrero*, al igual que se gravan las cabezas de ganado en el arancel de aduanas.

Además ¿es cierto que los salarios de los trabajadores japoneses son inferiores á los nuestros? La prensa europea habla de la baratura del jornal en el Japón, pero hay que tener en cuenta que los publicistas de Europa se refieren á los salarios del viejo mundo, mucho más elevados que los que se pagan en nuestro país.

Nuestros salarios son tan mezquinos que no hay que tener miedo á una competencia, cuando todos sabemos que la cantidad recibida por nuestros braceros no llega al límite preciso de las más apremiantes necesidades.

En materia de inmigración es indispensable que nos despojemos de prejuicios, que como el de la *competencia al trabajo nacional* harían reír grandemente á todos los iniciados en las enseñanzas de la ciencia económica. ¿Porqué no piden de una vez estos periodistas que se prohiba la importación de las mercancías extranjeras, ya que su introducción se traduce en último análisis, en una competencia al trabajo nacional? ¡El sistema prohibicionista! aquí lo que se llama coadyuvar al progreso moral y material del país!

La retirada de los Diez Mil.

Con gran sorpresa hemos leído que el «Grupo Reformista y Constitucional» se ha abstenido de tomar parte activa el último 18 de Julio, en la manifestación organizada á la memoria de D. Benito Juárez, como una protesta contra los avances del clericalismo.—Esta resolución, en efecto, resulta reñida contra todo principio de lógica, y nos exhibe al Grupo en cuestión, como totalmente desprovisto de las características que distinguen á todos los grupos políticos.

En el supuesto de que el partido clerical procurara el mayor ensanche en su esfera de acción, lo racional habría sido que el Grupo Reformista protestara acudiendo á la tumba del Benemérito; pero protestar absteniéndose, francamente es una forma de protesta que nadie había descubierto hasta ahora.

Esta protesta es una anti-protesta, y la resolución no merece, en verdad, que se felicite al Grupo por su ingenio.

Nosotros sabíamos que todo grupo que se organiza tiene el deber ineludible de luchar contra los grupos contrarios; pero un grupo que en el momento de entrar en el combate, deserta del campo de batalla, no vale la pena de tomarse á lo serio.

Si esa conducta hubiesen observado los hombres de la Reforma, México no tendría libertades y los señores del Grupo-platónico-Constitucionalista-contemplativo, no habrían necesidad de buscar subterfugios para explicar su falta de acometividad política, su ausencia de resolución, su visible ankilosis pública.—Los constitucionalistas y los sostenedores de la Reforma, no se declararon vencidos por los avances del clericalismo; tenían enfrente á la mayoría del país y arrostraron la lucha; no se encerraron en esa actitud hierática, de fakirismo oriental, como los que pretenden hoy pasar por hijos suyos, herederos de su temple y de su idea.

¿Qué se habían imaginado los señores del Grupo Constitucional Reformista? ¿Que bastaba que se reunieran, una vez cada quince días, á leerse actas de adhesión, para que el bando contrario se declarase derrotado? El partido clerical lucha y está en su derecho; el Grupo está en el suyo saliendo al encuentro de las fuerzas enemigas. ¿Qué otro objeto tendría, si no, la creación de este grupo?

¡La protesta en la abstención! Decididamente el grupo ha decidido desagruparse á toda prisa. Le enviamos nuestro más sentido pésame.

Movimiento periodístico.

En estos últimos días se ha observado un nuevo impulso en la prensa, encaminado á dotar á las publicaciones periodísticas de visibles mejoras en su servicio general.—Este movimiento responde á la acentuada demanda que los grupos lectores hacen del producto, y que, lenta pero incesantemente, se va dejando sentir en el país.

La verdad es que las empresas periodísticas han variado notablemente en su modo de sér, de hace algunos años á esta parte. Antaño, para lanzar un periódico solo hacía falta la suma de *seis pesos*, valor en aquella fecha de una resma de papel, para el primer número; una imprenta que se contentara con la promesa de pago futuro; un aviso, arrancado quién sabe por que procedimientos, y una buena dosis de audacia. Con estos elementos se hacía un periódico, de vida efímera, luchando á *salto de mata*, sin esperanzas en el porvenir, ni plan preconcebido en su corta existencia.

Hoy un periódico es una empresa mercantil, como cualquiera otra; se organiza capital, se llevan libros de contabilidad, se hacen cortes de caja: se procede, en una palabra, como en todo negocio serio y sólidamente cimentado.

Todavía hace poco tiempo, asentar que un periódico es un negocio, era incurrir en las iras de un grupo de publicistas, que se indignaban ante la idea de que la sagrada función del pensamiento pudiera traducirse en miserables operaciones de aritmética. Para éstos, el periódico escapaba á las leyes generales de la economía, que presiden de igual modo á los hechos morales que á los materiales.

Cuando el primer diario tuvo la osadía de declararse *empresa mercantil*, todos sus colegas lanzaron una elocuente protesta, condenando este criterio de negociante aplicado á una sutil y pura manifestación de la inteligencia humana. *¡Vender* un periódico, *arrendar* un periódico! ideas que se rozaban con la mísera escoria de la tierra, que, sin embargo, es donde habitamos.

En la actualidad estamos de acuerdo en que una empresa periodística es una propiedad, como cualquiera otra y que, por ende, se halla sugeta á la misma forma de funcionalidad que las demás propiedades. Este criterio positivo es el que, á nuestro entender, ha impulsado á los empresarios de tales negociaciones á dar mayor ensanche á sus labores.

En esta lucha, el público será indudablemente el favorecido, hecho sociológico de gran importancia, puesto que ofrecerá nuevos alicientes á la intelectualidad nacional, que comienza á salir de las obscuras nieblas en que se ha debatido. Nosotros celebramos el movimiento periodístico á que aludimos, esperando que su acción se reflejará provechosamente en el porvenir de la República.

Política general.

RESUMEN.—Un príncipe chino en las cortes europeas.—¿Qué aprenderá?—¿Qué le enseñarán?

Recorre en la actualidad las principales capitales europeas un estadista del imperio chino, un encumbrado representante de la raza mongólica, solicitado por unos, agasajados por otros y por todos tan traido y tan llevado, que parecen concentrarse en él las miradas de los políticos del viejo mundo.

El príncipe Li-Hung Chang, venido á tierras occidentales con motivo de la coronación del Czar, desempeña á maravilla su papel de prudente observador, va estudiando con paciencia y con cautela, examinando cuanto forma esa flamante civilización de que tanto se ufanan los que se creen ley y espejo de la grandeza humana.

Tratado con la munificencia imperial que se desplegaba en Moscow y Petersburgo con motivo de las fiestas de Nicolás II, y atendido según las exigencias de su elevada misión, su estancia en Rusia fué bastante á despertar las suspicacias y envidias de las potencias, que ven con celo y contemplan con reconcentrado rencor la posibilidad de la alianza ruso-china de que tanto se ha hablado últimamente.

Todo ha sido á mayor honra y gloria del político chino, porque el emperador Guillermo se deshizo en cumplidos y caravanas hacia él; las puertas de los palacios se abrían á su paso, como por medio de mágicos encantos; los puentes levadizos de los castillos y fortalezas, caían á su presencia, como si el amarillo hombre de Estado fuera capitaneando numerosos ejércitos; toda la Alemania política y oficial se apresuraba á festejar al huésped oriental, y á hacerle llevaderas y agradables sus arduas tareas de viajero que estudia nuevas naciones y costumbres nuevas. Hasta el adusto Canciller de Hierro, apartado voluntariamente de las actividades palpitantes en el gobierno del imperio, se dignó recibir á Li-Hung-Chang y conferenciar con él en íntima entrevista, quitando una hora á las pocas que le dejan libres sus achaques y sus tardías aficiones de floricultor en sus posiciones históricas de Friedriesruhe.

No quiere ser menos para el representante del hijo del Cielo el Gobierno que preside el Marqués de Salisbury, y por eso ya lo invita cortesmente á que pase corta pero provechosa temporada en los palacios de la Reina Victoria, donde se discutirá lo que hubiere de cierto sobre la cesión de Puerto-Arturo á los astutos moscovitas y sobre la prolongación del ferrocarril transiberiano, á través de territorio chino hasta llegar á los confines de la Mantchuria y á Ladivostock, lugarejo insignificante, convenido hoy en plaza fuerte, y atalaya inexpugnable de las ambiciones rusas en el extremo Oriente.

Y allá irá Li-Hung Chang, luego que acabe de recibir los agasajos que le han preparado en París y sus contornos los franceses, entusiastas admiradores y aliados adictos de la política de Petersburgo; allá irá, á las riberas del brumoso Támesis, cuando haya terminado su estudio de ese pueblo que hormiguea en las márgenes del Sena, grande hasta en su extravío; allá irá cuando haya completado su estudio de un país que se transfigura con Thiers y Sadi Carnot y se envilece con Ravachol y Eugenio Francisco.

Si como aseguran los periódicos europeos, que á diario fatigan sus prensas con notas relativas al político chino, es éste en realidad un hombre de seso capaz de comprender y de abarcar el fondo de las cosas á primera vista á pesar de los oropeles con que se las rodea ante el extranjero que por primera vez las contempla, ¡qué fructífera enseñanza va á recoger en su excursión! Con qué ojos habrá podido ver esa grandeza que deslumbra en las cortes europeas, y raspando, raspando un poco, se habrá asombrado al descubrir las úlceras que hondamente roen esos viejos organismos caducos!

Mucho tendrá que aprender, en su viaje, mucho que enseñar en su regreso al patrio suelo. Pero tenga cuidado de no llevar á su remoto país los gérmenes que fermentan y cavan abismos lentamente en lo hondo de las naciones.

Será tan astuto Li-Hung-Chang y capaz de convertirse en apóstol, y predicar en la corte de Pekín nuevos rumbos y doctrinas, ante un gobierno y unos cortesanos que parecen petrificados por los siglos que fueron? Alcanzará su influencia al grado de deshelar aquellos hombres, con una chispa de modernismo?

Quién sabe! pero si lo lograra, si llegara á enderezar la proa de la nave del Estado envuelta en hielos seculares, hacia el derrotero que marca la civilización occidental; si tomando nuevas y provechosas enseñanzas de sus recientes crueles desastres, aprenden de sus vecinos los japoneses que en poco tiempo han podido alcanzar tan estupendo desarrollo...... llegaría el tiempo en que ese pueblo atrasado y ruin, pero innumerable en sus habitantes, rebasaría sus límites naturales, y se derramaría á las órdenes de algún Gengis Kan futuro en terrible avalancha al Sur y al Occidente, donde encontraría fértiles campiñas y dilatados campos donde levantar su movediza tienda. Afortunadamente nosotros no habremos de presenciar la nueva invasión de los mongoles: están muy lejos ellos y aun muy apartados de la fuerza que los pudiera impulsar.

X. X. X.

Julio 23 de 1896.

Nuestros Grabados

La amiga de los Cisnes.

Viene á nuestra memoria, al ver el hermoso grabado á que sirve de título el mismo de estas lineas, el magistral *Blason* de Ruben Darío:

El olímpico cisne de nieve,
Con el ágata rosa del pico,
Lustra el ala eucarística y breve
Que abre al sol como casto abanico.
En la forma de un brazo de lira
O del asa de una ánfora griega
Es su cuello divino, que inspira
Como prora ideal que navega.
....
Dad señora á los cisnes cariño,
Dioses son de un país halagüeño.»

Hay en efecto algo de divino en el cisne. ¿De qué país vienen esos blancos moradores de las aguas cristalinas? Ah! del país de lo bello! Son tan hermosos, son tan gallardos, son tan blancos!

Que mucho que la linda joven que pasa las horas calurosas del estío al borde del estanque, los mime y los ame!

Ella también vino de un país halagueño: del país de la infancia encantada, de las playas doradas de la niñez tranquila, y va hacia otro país más bello aun: el del amor!

EL 14 DE JULIO EN PUEBLA.

Con singular pompa y entusiasmo celebróse en la hermosa y culta ciudad angelopolitana el 14 de Julio de 1896.

El programa fué escogido, figurando en él todo lo que podía hacer amena y animada la celebración. Por la mañana, carreras en tandem y á pie, con premios, lujosa Kérmesse para niños y niñas, juego del árbol, juego tarjetero, carreras en bicicleta, juego del cuero inflado, carreras en burros, batalla de confettis y serpentinas, adjudicándose primorosos objetos á los vencedores-

Por la tarde, nuevas carreras en bicicleta, sobre un pie, con sacos, y *kèrmesse* infantil, adjudicándose nuevos premios

La *kèrmesse* resultó encantadora y damos á nuestros lectores, para que se formen idea de ella, dos fotografías que representan grupos de los niños que asistieron, algunos con primorosos trajes de fantasía.

Como recuerdo de tan bella celebración, diose á la estampa un folleto, elegantemente impreso, con carátula á varias tintas, el cual contiene artículos y poesías dedicados á Francia.

"TENTACION."

[Cuadro de Blaas.]

Blaas es el pintor de las líneas de perfección ideal.

De su pincel surgen los rostros de hermosa serenidad olímpica, los bustos que «cantan la canción de la curva,» de la curva que según un poeta

es la oración de la hermosura.

Alguna vez, falta en los rostros de sus caballeros y sus madonas la suavidad de la expresión, la fisonomía blanda que es como una alma externa, según d'Annunzio, una alma visible y prodigiosa; pero el contorno es muy bello.

En esta vez empero, Blaas ha logrado aprisionar la expresión en los divinos rostros de las dos doncellas meridionales que intentan orar en tanto que Fausto aguarda, fijando sus ojos negros en los ojos de terciopelo de la doncella que en primer término aparece. El grupo agrada por la suprema harmonía del conjunto y de las formas y hace pensar en la eterna seducción humana.........

Una publicación Musical.

Muy pronto se repartirán los prospectos de la que va á editar en esta capital el conocido profesor D. Antonio Cuyás. Sabemos que, ameno y variado el nuevo periódico musical, llenará el vacío que se nota en nuestra prensa técnica, y por tanto nos atrevemos á augurar un buen éxito al futuro colega.

Con el presente número recibirán nuestros abonados las 128 páginas de novela correspondientes al presente mes.

ESPECTACULOS.

Ultimamente hubo un concierto musical en el salón del Hotel del Jardín. En ese concierto tomaron parte los pianistas D. Gregorio Inostrosa, jalisciense, y D. Manuel Magro, oaxaqueño, y la Sra. Mayo Rhodes y el Sr. Marcelo Peña.

La compañía de zarzuela Vigil-Penoti, trabaja actualmente en el Teatro Guerrero de Puebla.

Dentro de breves días trabajará en el Circo Orrin la *troupe* lírica, dirigida por el tenor cómico D. Carlos Peyres, de la cual hablamos oportunamente. La compañía cuenta con actores y actrices que han sido muy elogiados por la prensa de las Américas del Sur.

El domingo último, en los salones del Profeser A. de Roever Lysle, San Andrés 17. hubo una agradable velada musical, en la cual tomó parte la distinguida pianista Elena Padilla, ejecutando trozos de Chopín, Thomé, Popper, Langer y Margarin. Los Sres. Luis G. Rocha Arturo Rosado Fuentes, Rafael M. González y la Srita. Rosario Peza, contribuyeron también al lucimiento de la fiesta, con buenas ejecuciones los primeros y con un número de canto la última.

Dícese que el empresario Sr. Castilla, ha logrado contratar á la inimitable Concha Martínez, para el Arbeu, pagándole mil quinientos pesos oro cada mes, y que próximamente vendrá.

De ser cierta la noticia, ya pueden regocijarse los enamorados de lo flamenco.

Para el 1º de Septiembre próximo, anúnciase que comenzará á trabajar en el Nacional la Compañía Espanola, de D. Zeferino Palencia, en la que figura la reputada actriz, Sra. María Tubau.

Son empresarios de esta compañía los Sres. Arcaraz.

PERSONAL.

Encuéntrase en esta capital el Sr. Gobernador de Coahuila.

Llegó asimismo el Sr. I. Murota, Consul general del Japón en nuestra República, y habla de la conveniencia de estrechar y afirmar los lazos comerciales entre el Imperio del Japón y México.

Se ha sabido en esta capital que el señor ministro Limantour llegó con toda felicidad á Nueva York, y que el clima de E. U. ha sido propicio á sus males.

NOTAS DE LA SEMANA

Estímanse en más de cuatro mil pesos los productos de las fiestas del 14 de Julio en la capital, y ese dinero se destina á un *colegio francés* que la colonia inaugurará muy pronto.

Debe haber llegado á esta capital, ó estar muy próximo á llegar, el Sr. Ministro Ramson, de regreso de Estados Unidos.

Los comerciantes de Tampico han elevado un ocurso al Gobernador del Estado de Tamaulipas, pidiéndole la abolición del juego en dicho puerto, asegurándole que lo que pierda el Gobierno por no conceder más licencias para el juego, le será compensado con el aumento en las contribuciones sobre la propiedad.

Cipriano Hernández, el cabecilla de la insurrección de Tomóchic, que fué traído de Paso del Norte á esta ciudad el 10 del corriente, va á ser enviado á Yucatán por orden del señor Presidente de la República. Hernández es un hombre alto y fornido y es un magnífico tirador. Va á servir en el Ejército que opera en Yucatán.

El Sr. Cesáreo Poma, Encargado de Negocios del Reino de Italia, partirá el día 26 del corriente para los Estados Unidos, á un viaje de recreo.

El telégrafo comunica que el día 20 del presente ocurrió un temblor en Tehuantepec. La oscilación fué corta y ligera.

Hasta el día 23, 53 de los Colegios Electorales que se instalaron últimamente en los Estados, han enviado á la Capital de la República actas privadas, levantadas después de hecha la elección del 13 de Julio en curso, en las que los principales electores felicitan al señor General D. Porfirio Díaz, por haber sido reelecto Supremo Magistrado de la Nación.

Esas actas se están coleccionando y serán entregadas próximamente al señor General Díaz, como un testimonio de afecto de los electores que las firman.

Sábese que la Casa de Correos de México no tiene ya local bastante para sus oficinas, en razón de que todos sus departamentos van necesitando más amplitud por la multiplicación de sus labores.

La única parte de dicha casa que no esta ocupada por las oficinas postales, son dos pequeños cuartos de un entresuelo, donde se guardan en depósito judicial los muebles que pertenecieron á la habitación del finado D. Lino Nava.

El martes en la tarde se unieron en matrimonio, en el Consulado americano de esta Capital William T. Malthy y Kate S. Sulhian, ambos de raza negra. Ofició en la ceremonia el Rev. Dr. N. C. Evans.

Es el primer matrimonio de gente de color que se efectúa en esta Capital. Apadrinó á los novios Mr. Crittenden, Consul general de los Estados Unidos.

Han comenzado con gran actividad los trabajos para la construcción de un gran hospital civil que se erigirá en esta ciudad, en terrenos de la Colonia Hidalgo, y cuyo costo no bajará de $800,000. El edificio completo constará de veinticinco edificios parciales.

En Bruselas, capital del Reino de Bélgica, obtuvo la Srita. Julia Hidalgo, de 18 años de edad, natural de la Baja California, después de un brillante examen en el Conservatorio de Música, al que concurrieron más de cien alumnas de lo más florido de aquella sociedad, el primer premio por sus notables conocimientos en el arpa, la más alta distinción que la dan nueve directores de los diferentes conservatorios de Europa, y el premio que otorga S. M. la Reina, cuando, como en el presente caso, además del primer premio obtienen las alumnas la alta distinción de los profesores más notables del mundo.

La Srita. Hidalgo es hija de acomodada familia de la Baja California, y ha vivido muchos años en el puerto de Mazatlán, de donde se trasladó á Bélgica haciendo allí sus estudios en el arpa, bajo la dirección de Mr. Meerloo, el más notable arpista del mundo.

Se han publicado ya las bases para el Concilio Provincial que deberá celebrarse en esta capital. Han llegado algunos prelados, y entre ellos podemos contar al Illmo. Sr. Pagaza, Obispo de Veracruz.

El Sr. D. Matías Romero, debía salir en estos días para los Estados Unidos, haciendo escala en algunas ciudades de la República.

Sábese que las autoridades locales de Tantoyuca, Veracruz, telegrafiaron al Gobernador del Estado, suplicándole que con toda urgencia gestione la libre introducción del maíz á aquella localidad, pues se han dado ya casos de muertos de hambre y la miseria es espantosa.

El Ingeniero Severiano Galicia y D. Pedro Carranza hállanse presos, por creérseles responsables de los disturbios de Papantla. Dícese que hay más de cien complicados. El Sr. Galicia ha publicado una carta abierta en los periódicos, dirigida al Sr. Dehesa, Gobernador de Veracruz, y trata en ella de sincerarse, pidiendo se le haga justicia.

En el canal de Chalco se verificarán las próximas regatas del «Lacke Side Club,» el día 15 de Agosto, y para ese día vendrán á México los miembros del «Club de Regatas Veracruzanas» que regatearán con los del «Lake Side-Club.» Estas regatas prometen estar muy lucidas y las precidirá el Gral. Escobedo, Presidente del Club citado.

Próximamente se unirán en matrimonio, la hermosa Srita. Eva Ceballos y el Sr. Ingeniero Capitán de Estado Mayor, D. Gaspar Martínez Ceballos. Una vez efectuado el matrimonio, los novios partirán para San Juan Bautista de Tabasco.

En Nuevo-León han caído por fin abundantes lluvias, y los hacendados están muy contentos prometiéndose magníficas cosechas.

Noticias de Oaxaca, dicen asimismo que han caído abundantes lluvias en todo el Estado y que las cosechas están salvadas.

Sábese que en Yucatán el heneque ha bajado mucho en la actualidad, y que varias casas de Estados Unidos se han aprovechado de esta coyuntura para hacer grandes pedidos.

No faltó periódico que hiciese correr el rumor de la pérdida de la Corbeta *Zaragoza*. Esto és absolutamente falso. La Corbeta *Zaragoza*, á estas fechas, debe estar cerca de Manila.

Se han comenzado ya los trabajos de construcción del ramal que el Ferrocarril Central Mexicano tenderá de Laredo, Durango, á San Pedro de las Colonias, Coahuila, y dentro de pocos días, la compañía del mencionado ferrocarril, hará que se dé principio á la construcción del ramal que, partiendo de Jiménez, llegará al Parral, Coahuila.

Falleció en París últimamente, la Srita. Elena Pérez. Su muerte ha sido muy sentida en Monterrey, de cuya sociedad era muy apreciada la finada.

Desde principios de este mes se ha desarrollado el tifo en la prisión de Belén, de una manera alarmante.

Se han concluído ya los trabajos del camino de fierro entre Guadalajara y Ameca. Este tramo abarca 100 kilómetros, que constituyen uno de los ramales más importantes del Ferrocarril Central.

Créese que la inauguración de dicho ramal, se verificará el primero de Octubre próximo.

Se sabe que más de treinta delegados de las Repúblicas americanas vendrán á México, con el objeto de instalar el Congreso que debe ocuparse de la interpretación, debida á la doctrina Monroe.

Algunos diarios han dado cuenta, que ante el Sr. Juez 2º de lo Civil, se ha pedido la nulidad del testamento del filántropo D. Simón Lara, fundador de la Colonia americana en México, Tal demanda de nulidad se funda, según la parte demandante, en que D. Simón Lara, desde pocos días antes de la fecha en que aparece otorgado el testamento, tenía perturbadas las facultades mentales.

El Sr. Presidente de la República y el Sr. Gral. Rincón Gallardo, fueron el jueves último á visitar las obras del desagüe.

Después de breve permanencia entre nosotros, salió por la vía del Central, rumbo á Nueva York, el Sr. J. Guelfreire, Cónsul de México en La Plata, República Argentina.

Estará en la Metrópoli americana varias semanas, y de allí partirá para la Argentina.

Por noticias recibidas en esta ciudad se sabe que está construyéndose en Jojutla, Estado de Morelos, un elegante edificio. con todas las comodidades que requiere el uso á que se destina, y en el cual se instalará un hospital de caridad fomentado por multitud de personas filántropas y por el Ayuntamiento local.

Dicho hospital se inaugurará luego que se terminen las obras de construcción del edificio.

Se ha enviado de esta capital, con destino á Jojutla, una excelente tubería de fierro que se hizo venir de los Estados Unidos para emplearla en la introducción de agua potable en dicha población del Estado de Morelos.

El Gobernador del Estado Sr. Coronel D. Manuel Alarcón, ha cubierto con dinero de su propiedad particular los gastos que originó la adquisición de la referida tubería.

Se dice que se han clausurado en la ciudad de Tequila las principales fábricas de vino mezcal, por no poder resistir lo elevado de los impuestos.

Dieciocho familias, con sus instrumentos agrícolas, llegaron á Laredo últimamente. Vienen de varios puntos de Texas, de paso para el Estado de Michoacán, donde van á establecerse en terrenos que les proporciona el Gobierno mexicano.

Dícese que el sumario de la causa del General Delgado se terminará á fines de este mes y que dicho General será juzgado por el Jurado militar en los primeros días del mes entrante.

El martes último la «Sociedad de San Andrés» dió una velada literaria y musical, en honor del poeta escocés Roberto Burns, muerto hace cien años. Esta fiesta se efectuó en el salón de sesiones de la calle de San Juan de Letrán, espléndidamente decorado y alumbrado.

De Chihuahua dicen que en Santa Rosalía, hace pocos días, cayó un aereolito produciendo espantoso estruendo; destruyó la casa de un minero y mató dos niños, enterrándolos á gran profundidad bajo la tierra.

Prosiguen aún las diligencias de la autoridad en el asunto Poucel-Enriquez. La presentación voluntaria del joven Ernesto Enriquez á la autoridad, ha facilitado las investigaciones judiciales.

Según dijimos, al hacerse la autopsía del cadáver del infortunado Ortiz, por no estar presente el juez, se separó la vertebra en que estaba incrustada la bala, para estraerse esta después con las formalidades del caso. Ahora bien extraida la bala, se ha hallado que su peso es casi igual al de las de la pistola recogida á Poucel, en tanto que se diferencía bastante del de las balas de la pistola de Enriquez. Ya informaremos de todo lo que de aquí pueda derivarse.

La festivad del Carmen, en San Angel, efectuose el domingo último con mucho lucimiento.

Se presentan no pocas dificultades para que la urna que se halla en la cripta del altar de los Reyes, en Catedral, y donde estuvieron depositados por espacio de setenta años los restos de los primeros caudillos de la Independencia, sea trasladada al Museo Nacional el próximo dia 30, como lo solicitó la Sociedad Mutualista «Miguel Hidalgo y Costilla.»

Como el Lic. José López Moctezuma ha sido nombrado Promotor Fiscal del Juzgado del Distrito de Tamaulipas, se cree que no obtenga el puesto de Juez de Distrito de Toluca por más que figure en la terna.

La secretaría de comunicaciones estudia la manera de evitar que el avance de las aguas esté destruyendo el puerto de Manzanillo, cuya ciudad cada día va reduciéndose considerablemente.

INFORMACIONES.

NUEVO SISTEMA PARA OBTENER FOTOGRAFIAS.

Acaba de inventarse en Berlín una gran máquina destinada á fabricar fotografías en papel, por el procedimiento del bromuro de plata. En cada una de sus ruedas se reproduce instantaneamente un gran número de fotografias en rollos de papel contínuo: este papel, al desenvolverse, pasa primero por una máquina de exposición, en la que se somete el cliché á una luz artificial, á razón de uno ó dos segundos por cada cincuenta centímetros. La tira de papel pasa después á una máquina de desarrollo, donde permanece en el baño revelador, durante un corto período de tiempo: después pasa á un lavado, luego al baño fijador, en seguida á otro lavado, por último al aparato de seca.

La máquina en cuestión produce un kilómetro más, de pruebas al dia, de modo que una fabricación mecánica de este género, puede hacer competencia á las tiradas hechas por la más poderosa prensa tipográfica conocida.

El sistema es aplicable también á los grabados para libros y catálogos: igualmente en la multiplicación de pruebas fotográficas.

Esta máquina ha empezado á funcionar en Schoenber con resultados esplendentes y se cita el ejemplo de un fabricante de telas inglesas, que ha pedido diez kilómetros de una fotografía de regulares proporciones, en la cual aparecen más de siete mil cabezas de empleados en los talleres de Inglaterra.

UN ARBOL CONVERTIDO EN PERIÓDICO EN 145 MINUTOS.

La revista húngara *Centralblatt für Oesterreich-Ungarische Papier Industrie*, relata el curioso experimento siguiente:

El 17 de Abril último se practicó en la fábrica de papel y pastas de madera de Elsenthal, propiedad de los Sres. Menzel & Compañía, un experimento muy interesante encaminado á averiguar en cuánto tiempo se podría transformar un arbol, sin cortar todavía, en papel de madera, y este último en un periódico terminando y listo para ser repartido á los lectores. Esta prueba ha demostrado la rapidez de trabajo que se alcanza con ayuda de aparatos prácticos y en condiciones favorables.

A presencia de los propietarios de la fábrica y de un notario encargado de certificar la exactitud de la experiencia, se cortaron tres árboles de un bosque próximo al establecimiento, á las siete y treinta y cinco minutos de la mañana; estos árboles fueron transportados á la fábrica y cortados en pedazos de 50 centímetros; después descortezados y rajados; luego elevados, por medio de un ascensor, á los cinco aparatos desfibradores de la fábrica; la pasta de madera producida por estas máquinas pasó á las pilas donde se mezcla con los ingredientes necesarios; y de ellas á la máquina de hacer papel. A las nueve y treinta y cuatro minutos se terminaba la primera hoja de papel, habiendo durado toda la operación una hora y cincuenta y nueve minutos.

Los propietarios de la fábrica, acompañados del notario se dirigieron después, llevando consigo unas cuantas hojas de papel recien hecho, á una imprenta distante unos cuatro kilómetros, recogiendo á las diez de la mañana un ejemplar del periódico impreso en dichas hojas.

De modo que habían trascurrido *dos horas y veinte y cinco minutos* desde el momento en que se empezó á cortar el árbol en el bosque, hasta en el que se comenzó la lectura del periódico impreso en las fibras de la madera.

Y es de advertir que durante las operaciones se produjeron varios entorpecimientos é interrupciones fáciles de evitar para otra vez, y á no mediar se hubieran ganado unos veinte minutos más.

IDENTIFICACIÓN DE MALHECHORES POR MEDIO DE LA FOTOGRAFIA.

El Dr. Jeserich, inventor de la «fotografía criminal,» relató recientemente unos casos muy curiosos referentes al descubrimiento de malhechores por medio de este método de indentificación. Fué asesinada una mujer en la Silesia superior, y las sospechas recayeron sobre el marido y un compañero suyo. Dieron estos principio á una serie de recriminaciones mutuas, quedando así planteada la cuestión á *¿cual de los dos?* Harto difícil era resolverla, pues que se habían encontrado cabellos pegados en los vestidos de los dos. Con todo, se decidió, al fin, mediante la fotografía. Los cabellos fotografiados bajo un lente fuerte, demostraron que el hallado en la ropa del marido era de la cabeza de la víctima, mientras el que se encontró en los vestidos del otro correspondía á *su propia cabellera.*

La fotografia ha sido de inmensa importancia para el descubrimiento de falsificaciones de escrituras, pues por medio de ella se potentizan las menores diferencias en el color de las tintas, el punto exacto en que se cambiaron plumas y las distinciones en la forma de las letras. Se cita el caso de un falsificador de buena familia quien cambió el valor de un cheque de $1,200 en $20,200. Su primera intensión fué anteponer tan solo el número 2, pero, después de haberlo hecho, notó que había dejado demasiado espacio entre el 2 y el 1; trató de remediar esto cambiando el 1 en 0 y aumentó el grosor de los otros ceros para hacerlos corresponder al que él hizo. Tomada una fotografía grande del cheque contra hecho, se veían claramente las falsificaciones indicadas.

UN NUEVO GLOBO DIRIGIBLE.

Este nuevo globo dirigible es debido á Zeppeln, oficial de caballería del ejército alemán. La barquilla está unida por un bastidor rígido y lleva bajo forma de aeroplanos alas motores, colocadas delante, y directoras atrás. Estas alas las acciona un motor de aluminio extremadamente ligero. El nuevo globo puede elevarse hasta 1,100 metros, y su fuerza ascencional pasa de 1,900 kilógramos. No sólo por medio de un timón muy ingenioso se le puede dirigir facilísimamente aun contra el viento, sino que el aerostato puede subir ó bajar sin que se arroje lastre ó pierda gas, únicamente cambiando la posición y por consiguiente el centro de gravedad de la barquilla. Según las experiencias hechas, la velocidad de traslación vertical del globo alcanza fácilmente doce metros por segundo, ó sea algo más de cuarenta y tres kilómetros por hora. El principal mérito del aparato consiste en que puede mantenerse en el aire siete días y medio sin interrupción.

DESTRUCCIÓN DE ÁRBOLES POR LOS ALAMBRES ELÉCTRICOS.

La colocación de alambres eléctricos en las poblaciones y en los campos puede destruir muchos árboles, pues se ha observado que todos los que tienen el follaje cruzado por alambres, se han secado casi invariablemente por los efectos de la corriente eléctrica.

Se ha notado, además, que la muerte de los árboles se verifica casi siempre después de un temporal de aguas, por ser las hojas mojadas buenos conductores eléctricos que llevan la corriente de los alambres á los árboles. En algunos casos este efecto se ha producido por alambres que se suponían aislados; pero cuyo forro se ha raído por el rozamiento de las ramas al ser movidas por el aire.

Queda probado que la destrucción de los árboles se debe á la electricidad; por el hecho de que en muchísimos casos, durante una tempestad, los árboles en contacto con los alambres eléctricos perecieron en una hora, mientras que los que estaban á corta distancia de dichos alambres, quedaron ilesos.

EL BARCO MÁS RÁPIDO DEL MUNDO.

Lo es, hasta nueva orden, el torpedero llamado *Le Forban*, construido el año pasado por el Sr. Normand en el Havre, que ha dado en las pruebas una velocidad de 31 nudos, ó sea 57.4 kilómetros por hora. Este torpedero, cuyo peso en orden de marcha es de 127 toneladas, desarrolla la enorme potencia indicada de 4,000 caballos á la presión de 15 kilógramos por centímetro cuadrado. El casco y los aparatos pesan 46 toneladas; la maquinaria 64; el carbón ocho; las municiones y torpedos cuatro; la tripulación, el agua potable, la instalación eléctrica y los víveres, cinco. El peso de la maquinaria, que representa exactamente la mitad del desplazamiento, no excede de 16 kilógramos por caballo indicado. El consumo de carbón á gran velocidad, es de 700 gramos por caballo-hora, y á pequeña no pasa de 500.

La velocidad angular del motor de triple expansión, es de 365 vueltas por minuto. Estas cifras representan el máximum conocido de velocidad y de potencia específica para torpederos de 100 á 150 toneladas, y difícilmente serán sobrepujadas con los actuales procedimientos de producción de fuerza motriz por el vapor.

El 14 de Julio en Puebla.

GRUPO DE NIÑOS EN LA KERMESSE INFANTIL EFECTUADA EN LA CIUDAD ANGELOPOLITANA.

[Fots. de Lorenzo Becerril, enviadas por nuestro Agente en esa ciudad.]

Escuadra española de instrucción.

INFANTA MARIA TERESA. OQUENDO. VIZCAYA. DESTRUCTOR. ALFONSO XIII. PELAYO.

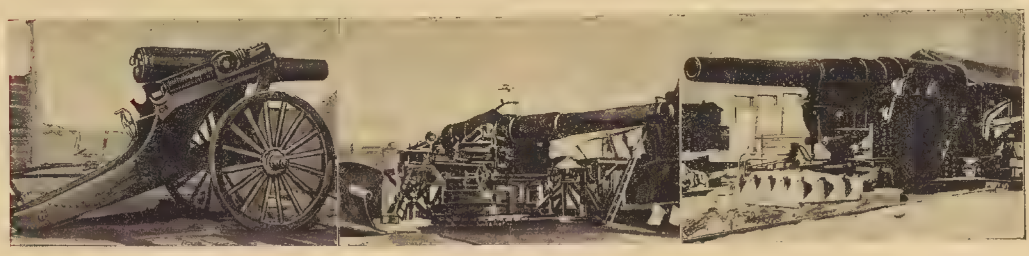
MARINA DE GUERRA AMERICANA

1. CRUCERO «NEWARK»
3. MONITOR «TERROR.»

2. BUQUE DE GUERRA «INDIANA.»
4. BUQUE DE GUERRA «OREGON.»

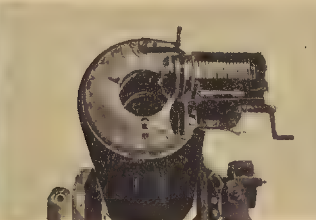
La defensa de las costas Americanas.

MODELOS DIVERSOS DE CAÑONES Y PROYECTILES.

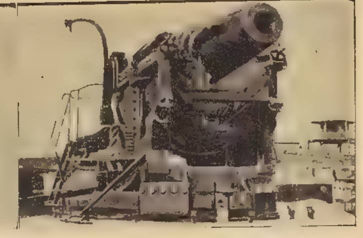


CAÑON DE 7 PULGADAS. RIFLE DE 12 PULGADAS. RIFLE DE 12 PULGADAS.

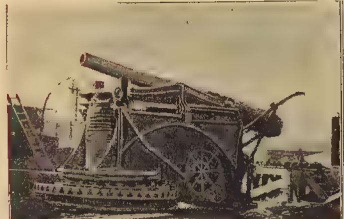
RIFLE DE 8 PULGADAS.



PROYECTILES Y CARTUCHOS

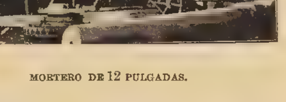


RIFLE DE 8 PULGADAS.



RIFLE DE 5 PULGADAS.

MECANISMO PARA LA RETROCARGA DEL MISMO.



MORTERO DE 12 PULGADAS.

ESCUADRA ESPAÑOLA DE INSTRUCCION.

Ofrecemos hoy un grabado de la escuadra española de instrucción, que la forman seis buques: la *Infanta María Teresa*, *Oquendo*, *Vizcaya*, *Destructor*, *Alfonso XIII* y *Pelayo*.

De un periódico español extraemos los siguientes datos relativos á estas embarcaciones:

El acorazado *Pelayo*, el mayor de todos ellos, tiene 9,800 toneladas y 16 millas de andar, 25 cañones y 12 ametralladoras.

Oquendo, *Infanta María Teresa* y *Vizcaya*, 7,000 toneladas, 20 cañones y 10 ametralladoras.

Alfonso XIII, 4,826 toneladas, 11 cañones y 8 ametralladoras.

El *Destructor*, es un crucero torpedero de 368 toneladas, 5 cañones y 6 ametralladoras.

Como es sabido, los Ayuntamientos de Barcelona y Sevilla, han estado en tratos para adquirir dos nuevos barcos de 6,800 toneladas y una velocidad de 20 millas por hora.

La Escuadra Americana del Atlántico.

Por ser de oportunidad, damos también á nuestros lectores algunos datos de la armada que los Estados Unidos poseen en el Atlántico del Norte, así como de los poderosos medios de defensa con que cuentan para sus costas. Estas notas ilustradas, harán «pendant» á las que sobre la marina española publicamos arriba.

Pocas veces los habitantes de la nación del Norte han tenido oportunidad de ver reunidos sus buques de guerra, pues la numerosa flota de Estados Unidos, compuesta de hermosos y nuevos cruceros y acorazados, surca perpetuamente los mares patrios y extranjeros.

Empero, últimamente los habitantes de Nueva York y puntos cercanos, pudieron contemplar á sus anchas la escuadra Americana del Atlántico.

Compónese ésta de los siguientes buques de los que publicamos alguuos grabados:

El «New-York,» buque almirante, verdaderamente formidable, el cual estuvo en las fiestas de Kiel, Distínguese no solo por su poder y resistencia sino por la elegancia de su construcción.

Sigue el «Indiana,» verdadera ciudadela flotante, con diez y seis cañones poderosos.

Viene luego el «Newark, que se distingue por sus aptitudes para la navegación en los más revoltosos mares.

Vienen en seguida el «Cincinnati,» y el «Montgomery,» poderosos y ligeros, el Monitor «Terror,» de formidable armamento, y por último el «Oregón,» ligero y hermoso.

Todos estos buques son completamente nuevos, y se denominan por el color de sus cascos, la escuadra blanca.

Ahora digamos algo sobre

La defensa de las costas.

Dando á nuestros lectores algunos grabados que representan el armamento que poseen los Estados Unidos para la defensa de sus costas.

Todos los modelos son modernos y obedecen á los últimos adelantos científicos en materia de cañones.

Como se sabe, la lucha entre el cañón y la coraza ha sido una lucha prolongada y homérica, lucha que, fantaseándola, describió Julio Verne en los *Quinientos millones de la princesa*.

Enemigos naturales, el cañón y la coraza, fortificábanse proporcionalmente. Aumentaba el calibre y la fuerza de un propectil? Pues aumentaba así mismo el epesor de la coraza.

Y así seguía la proporción, amenazando llegar á lo absurdo.

Había cañones cuyos proyectiles alcanzaban una tonelada de peso, capaces de reducir á polvo un buque, y había corazas de treinta pulgadas de espesor para los buques.

Y los primeros, unidos á las segundas, retardaban y hacían penosísima la marcha de los buques de guerra y hacían estorbosa su defensa. Llegó á suceder que en un buque de guerra, combatido por las olas, se desmontase un cañón y con su enorme pesadumbre destruyese el puente y aun ayudase al mar en su siniestra tarea de hacer zozobrar el barco.

Por fin un dia, los mecánicos acabaron por comprender que ni eran necesarios tamaños cañones, ni precisas tales corazas: un fusil cañón de ocho pulgadas de diámetro, provisto de un proyectil de regular longitud, tenía un alcance mucho mayor que un cañón de veinte pulgadas provisto de un proyectil levemente cónico.

Por su parte, los fabricantes de corazas cayeron en la cuenta de que tales y cuales mezclas de metales ofrecían resistencia suma pudiendo ofrecer una economía en el espesor y en vez de aquellos inmensos muros de 20 y 30 pulgadas, construyéronse láminas de diez con igual resultado.

La evolución fué rápida y hoy por hoy tenemos cañones de gran longitud pero de poquísimo peso y corazas relativamente ligeras.

Construyense los cañones, de acero bien templado de leves paredes, de alambre enrollado en espiral y aun de cuero protegido; de suerte que con un peso mínimo se obtiene una resistencia poco común y un alcance notable.

A estas nuevas rectificaciones y otras muchas que sería largo enumerar, obedece el armamento que poseen los Estados Unidos para la defensa de sus costas, y sus buques y los grabados que publicamos no son sino de los tipos salientes y más dignos de estudiar.

Monumento á Guillermo I.

En nuestro número anterior hablamos de la solemne dedicación del monumento levantado al Emperador y Rey Guillermo I por los antiguos soldados del Imperio Alemán y describimos la solemne ceremonia, así como el monumento que es inmenso y del cual dimos una fotografía general.

Hoy añadimos á esta un grabado que representa la estatua ecuestre del emperador, obra de arte que atestiguará á los futuros soldados alemanes el amor que profesaron al viejo caudillo y soberano, los soldados que con él fueron á la victoria.

MONUMENTO A BISMARCK.

Alemania que amó tanto á su veterano emperador Guillermo, no podía echar en olvido al que con él hizo la unidad del Imperio, y ha manifestado su admiración al *Canciller de hierro* elevándole monumentos varios. El más reciente, que se elevará en breve en Berlin, llevará como digno coronamiento la admirable estatua de Bismarck, cuyo grabado ofrecemos á nuestros lectores.

Monumento á Carnot.

Para perpetuar el recuerdo del viaje del Presidente Carnot al Este de Francia—el primer viaje emprendido por un Jefe de Estado francés á los departamentos de la frontera, desde la guerra franco-alemana,—y el de su entrevista con el Gran Duque Constantino, ido expresamente de Contrexeville para saludar al inolvidable Presidente en nombre de S. M. el Emperador de Rusia, decidióse elevar un monumento que acaba de inaugurarse en Nancy, y del cual damos un grabado á nuestros lectores.

Dicho monumento se elevó á la entrada de la calle Leopoldo, en la Plaza Carnot.

La obra consiste en una pirámide de 10 metros de altura, en la medianía de la cual se destaca en un medallón encuadrado por ramos de laurel, el busto en bronce del Presidente Carnot. Encima dos figuras alegóricas, igualmente en bronce, de tres metros de altura: dos mujeres tiernamente enlazadas, simbolizan la alianza franco rusa. Las placas de marmol fijadas en los cuatro lados de la pirámide, llevan inscripciones conmemorativas. En el lado principal, se lee:

Al Presidente Carnot, la Lorena.

En el costado opuesto:

Este monumento ha sido erigido á iniciativa del comercio de Nancy, por 28,000 suscriciones y 867 subvenciones de comunas.

Una de las placas laterales, lleva esta inscripción:

El 6 de Junio de 1892, el Gran Duque Constino de Rusia, vino á saludar á Nancy al Presidente Carnot.

La cuarta y última placa, lleva el nombre de las comunas que suscribieron el monumento.

Ernesto Carnot, Diputado, representó en la inauguración á la familia del ilustre Presidente.

MONUMENTO Á GUILLERMO I.
Estatua ecuestre del Emperador

La Convención Democrática de Chicago.

Como en números anteriores hemos hablado de esta imponente reunión de los demócratas americanos en la populosa y opulenta ciudad de Chicago, hoy publicamos un grabado que dará una idea del aspecto general del salón donde tuvo lugar la Convención en los momentos en que los oradores arrebataban á las multitudes, proclamando y defendiendo la libre é ilimitada acuñación de la plata.

W. J. Bryan, hoy candidato y bandera de los demócratas, fué el héroe de la fiesta: con su palabra elocuente y su ademán resuelto, esclavizó á su auditorio, que fué preso de inmenso entusiasmo y tumultuoso frenesí al escuchar al joven tribuno de Salem.

Edmundo de Goncourt.

El cable nos ha anunciado la muerte de Edmundo de Goncourt, acaecida cuando el gran literato llegaba á los 74 años.

El gran literato, sí; con él pierde Francia, nuestra gloriosa madre intelectual, á uno de esos hombres que con justicia se llaman irreemplazables: Paul Verlaine, Alejandro Dumas, Julio Simon, Arsenio Houssaye y Edmundo de Goncourt, estrellas de primera magnitud, han enlutado en estos últimos meses con su ausencia eterna á la gran patria.

No viene á la memoria el nombre de Edmundo sin que se piense en Julio, su infortunado hermano; pues su íntima unión, el completo maridaje de sus espíritus, la identidad de sus tendencias, hicieron de esos dos grandes hombres una encantadora dualidad, muy semejante á la que constituían el gran Adolfo Becqer y su hermano Feliciano, pero más intensa y notable aun.

Se dice los Goncourt como se decía Castor y Polux, Pílades y Orestes. Julio al morir dejó trunca la existencia de Edmundo de la cual era hermoso complemento.

Edmundo nacióen Nancy, en 1822 y Julio en París en 1830 y desde muy temprano hicieron patente el raro fenómeno de dos cerebros gemelos: unas eran sus tendencias literarias y artísticas, unos sus gustos y unos sus procedimientos, de tal suerte que sería imposible determinar, analizando los numerosos libros que juntos escribieron, cual es el contingente llevado por cada uno á la labor común.

MONUMENTO Á SADI CARNOT EN NANCY.

MONUMENTO Á BISMARCK EN BERLIN.
[Se erigirá por suscrición nacional.]

EDMUNDO Y JULIO DE GONCOURT.
(En 1853.)

Ambos fueron grandes revolucionarios en materia de arte, y despreciando las viejas tradiciones contribuyeron poderosísimamente á encauzar por novísimos y brillantes rumbos la moderna literatura.

Distinguiéronse como coloristas admirables y como estilistas soberbios.

Julio murió en la fuerza de la edad, cuando prometía espléndidas madureces y el alma de su hermano quedó desde entonces para siempre jamás contristada, como un gran espíritu viudo.

Aun produjo empero Edmundo muchos libros y ha muerto á su vez vigoroso y potente magüer su ancianidad.

EDMUNDO DE GONCOURT.

EL COLERA
EN ORIENTE.

Desde la conferencia sanitaria efectuada en Constantinopla en 1865, es decir, desde hace más de treinta años, las potencias europeas se ocupan en detener la marcha del cólera y en defenderse de su invasión. Desde que se habló de la cuestión, al Gobierno otomano incumbió la tarea de vigilar á los peregrinos javaneses, indios, persas, etc., que fuesen de la Meca y pudiesen contaminar á sus correligionarios de Europa.

Se buscó desde luego un sitio propio para internar, de dos á diez dias á una masa considerable de individuos destinados á aglomerarse provisionalmente en las condiciones higiénicas más deplorables.

La cuestión del tratamiento de todas esas gentes, en el curso de las cuarentenas era un punto delicado, porque se necesitaba satisfacer las exigencias de Inglaterra y de Holanda que contaban innumerables súbditos musulmanes y que reclamaban para ellos muchos miramientos.

No fué sino hasta 1878, cuando se nombró por fin una comisión para explorar las costas de la Arabia, desde Obock hasta Confoudah y descubrir el punto más favorable al establecimiento del lazareto más considerable del mundo.

Según el informe de dicha comisión, la isla de Camarán es la que parece reunir todas las condiciones apetecibles. En esta isla se ha instalado el lazareto de Sinope, del que acompañamos una vista en nuestras columnas.

Como es bien sabido, el cólera es una epidemia que se ha *gastado* en estos últimos años, y las invasiones recientes en Europa han hecho menos estragos de lo que se temía.—El cable nos ha dicho que se han dado algunos casos en la Isla de Cuba, entre el ejército español, sin que la noticia se halla confirmado oficialmente.

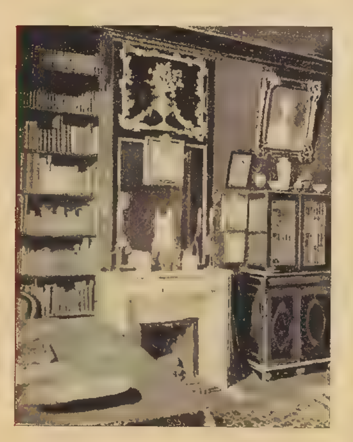
En México hemos tenido dos invasiones de cólera causando graves estragos. En la actualidad no es de presumir que el temible huesped arribe á nuestras costas. Pensamos que los casos á que alude el despacho de la Habana, llegado á esta capital hace pocos días, se refiere más bien á víctimas *de columna*, que frecuentemente se registran en aquella Antilla.

La comarca del cólera la terrible zona azotada por la enfermedad se encuentra en Oriente; allí está el foco de infección; allí la incubadora del espantoso mal.—Por eso los trabajos para contrarrestarlo se encuentran en esa parte del mundo.

LA CONVENCIÓN DEMOCRÁTICA DE CHICAGO.
Primer victoria de los partidarios de la plata libre.

Nuevos experimentos para producir bajísimas temperaturas.

Mr. Charles Olsyewski, quien pretende haber practicado la liquefacción del oxígeno antes que el profesor Dewar, asevera que ha alcanzado, por medio del nitrógeno solidificado, á producir la temperatura más baja que hasta ahora se ha obtenido, es á saber, 225 grados bajo cero. Durante uno de sus discursos sobre las propiedades del oxígeno, el profesor Dewar logró producir en presencia de su auditorio, un frío intenso que bajó hasta 180 grados de congelación. Lo consiguió, bañando con una esponja saturada de oxígeno en estado líquido, un globo de vidrio, en el cual se había producido el vacío por medio del mercurio. Demostró que con la misma sustancia podía helar el alcohol, el más difícil de todos los líquidos de solidificar y que tan intenso era el frío, que el sólido no ardía cuando se trataba de encenderlo. Probó que se podía separar del oxígeno en estado líquido, una especie de nieve de ácido carbónico, pasando aquél por papel secante. El oxígeno sujeto á la presión ordinaria atmosférica, hierve á los 180 grados bajo cero. Quitando por completo la presión, se produce un frío de más de 200 grados, el cual es suficiente para licuar en torno al aparato de vidrio que contiene el oxígeno, el aire del cuarto.



GABINETE DE TRABAJO DE EDMUNDO DE GONCOURT.

EL CÓLERA EN ORIENTE.
Las visitas sanitarias en Sinope.

DOS AMORES.

Pedisteis, adorable señora, una novelilla objetiva y enteramente impersonal, de aquellas en que el autor no encaja el escalpelo del análisis en su propio corazón, que son por los demás vividas y el observador las copia para disipar el hastío de alguna beldad, que, cual vos, se siente desgraciada, justamente porque posee lo que para ser feliz es necesario.

Yo, traigo á vuestro estrado algo mejor que la historieta: traigo un cuento de amor, una aventura juvenil que naufragó en candente mar de sangre, la biografía de cuatro seres que pudiendo esperar la codiciada dicha, fueron siempre desgraciados.

En el drama que á su pesar representaron mis personajes, flota el mal sobre la atmósfera de sus pasiones combustionadas, aletea como pájaro siniestro, exhalando rípidos graznidos y devora las entrañas de sus inconscientes víctimas, gangrenándolas con los venenos incurables del odio.

Y no es que ellos fuesen capaces de albergar en su pecho algún perverso instinto.

¡Muy al contrario!

Eran buenos, poseían sentimientos nobles y se amaban tiernamente, pero los sucesos, el acaso, ó como se llame á ese poder misterioso y fatal que decide de los destinos humanos, produjo en sus organismos una complicada laboración psicológica que al desequilibrarlos causó consecuentemente el desenlace lamentable de mi historia.

Eran ellos dos íntimos amigos, ambos estudiaban jurisprudencia y su edad fluctuaba entre los veinte y los veintitrés años.

El cutis perlático y enfermizo de Gerardo, [el mayor] denunciaba el beso maligno de los vientos costeños; en sus pupilas muy negras y dilatadas adivinábase un temperamento apasionado y bilioso, aunque en sus modales correctos y casi estudiados se veía al hombre seguro de sí mismo, al que ha subordinado los ímpetus del corazón á los fueros de la inteligencia aún á costa de sacrificios casi heroicos.

Había extraña regularidad en sus facciones, por más que en ellas no se observase la uniformidad artística de una cabeza de estudio.

Si su nariz era de puro corte griego, la curva de la prominente barba era romana; si en los ojos se leía la sensualidad y el romanticismo, en sus labios blancos, delgados, volterianos, unos dientes de mujer hacían bullir entre el ralo bigotillo un gesto helado y sin animación, esa sonrisa que como ósculo de muerte estampa el escepticismo en el rostro de los que sufrieron ó creyeron mucho.

De Adrian sólo os diré que era un joven boquirrubio y de aspecto casi afeminado.

Vestid al andrajoso Ariel con levita y sombrero de seda y lo vereis pintiparado.

Un cariño muy sincero unía con estrechos vínculos á los muchachos y á fé que era bien rara esa amistad entre dos temperamentos completamente diversos como los de aquellos inseparables compinches.

Gerardo era ateo, escéptico, holgazán, pendenciero y bebedor de ajenjo; gastaba el tiempo y el dinero como un nabab sus riquezas, y lo despreciaba todo por que era gran conocedor de la maldad humana y sabía muy bien que un egoismo feroz es siempre el movil de todas las buenas ó malas acciones de los hombres.

Un día, después de comer fuerte y beber bien, con un tabaco en la boca y las manos metidas en los bolsillos del pantalón, vagaban los amigos por las calles, sin rumbo fijo, fastidiándose é imaginando tonterías.

Como la ociosidad concibe siempre todos los malos pensamientos, ocurrióse á los paseantes lo que ocurrirse podría á dos varones cuyas edades sumadas no alcanzaban la mitad de una centuria.

¡Enamorar mujeres!

Y como lo pensaron lo hicieron.

Ya los teneis en busca del vellocino de oro, hablando recio, mirando á las señoras audazmente y á los caballeros con arrogancia.

Pero ninguna de las madonas vistas, encarnaba el *duplex* del ideal soñado.

Esta era rolliza y fea como la sobrina de un sochantre de abadía, la otra escuálida lo mismo que un ranacuajo momificado en frasco de vidrio para empolvarse en las vitrinas de un naturalista maniático, y, feas las demás, muy feas, de una fealdad espectral, capaces de hacer claudicar todas las caballerías del ínclito Quijada.

Convengo con vos, señora, en que los galanteadores eran un tanto puristas en cuestiones de belleza plástica, pero, bien sabeis que en este México, donde todo resulta cursi, es más fácil tropezar con mil honestas beldades, que con una sola que pueda honradamente titularse bonita.

Como si la casualidad se empeñase en poner á dura prueba la determinación adoptada por los atolondrados, cuando estaban más tristes y dispuestos casi á renunciar á sus propósitos, pasaron á su lado cual fugaz exhalación dos enlutadas.

Casi siempre la mujer amada en su primera aparición, esplende ante la visionaria pupila de su predestinado, breve y trémula como esos fúlgidos meteoros que maculan un instante el onix de la noche para esfumarse y morir después en la tiniebla.

Por muy vulgar que sea un hombre, la bella entrevista derrepente, es la que con más viveza ha de herir su imaginación por más que ella esté atrofiada ya por el vicio ó el indiferentismo de la experiencia.

—¡Son muy lindas! exclamaron á una voz los fastidiados y lanzada al viento esa vulgar exclamación, corrieron tras las fugitivas.

Siguiéronlas, observando la curva graciosa de los talles que ceñidos por las varillas del corsé dibujaban un perfil de lira, el arranque del combo seno perdido en una golilla de blondas, el rítmico balanceó de la cadera, la media que con disimulo apareció al vadear la calle ó frente á una mondadura de naranja, y todas esas nimiedades que ligadas entre sí forman los capítulos de las novelas inverosímiles que inventamos los hombres cuando estamos cerca de una mujer de la que no hemos visto una carta con faltas de ortografía.

Habían las parejas caminado tres ó cuatro calles cuando las perseguidas á quienes seguramente disgustaba el galanteo, detuvieron un ñacre de alquiler que á la sazón pasaba, subieron á él dando al automedonte una dirección que los curiosos no escucharon, y recostadas en los mugrientos cojines del armatoste aquel, desaparecieron muy en breve.

Los ojeadores se miraron [perdonad el simil] como dos podencos ante cuya vista hubiese pasado un gazapo al que no pudieran dar alcance.

Y al leér un mismo pensamiento en sus miradas amainaron velas exclamando con mal disimulado despecho:

—¡Qué lástima!

Y no pensaron más en la aventura.

Por su parte las damiselas olvidaron también muy pronto á los impertinentes y allí quedarían las cosas si acontecimientos imprevistos no se hubiesen encargado de continuar la empezada novela hasta desenlazarla en trágico final.

Ya es tiempo, señora, de que disculpe una falta de galantería que cometí presentandoos primero á los hombres que á las muchachas.

Maclovia y Camila eran sus nombres, tenían por dote dos ó tres fincas urbanas bien rentadas, de sólida construcción y limpias de hipotecas.

Eran hermanas, y huérfanas de un prestamista trapacero y cierta excelente matrona cuya existencia fué un tormento continuado al lado de su avaricioso cónyuge.

En Camila había una hermosura potente y tropical.

Esbelta, de formas robustas, con pelo sonrosado y vellloso como un durazno en sazón, ojos verdes trágicos, preñados de tempestades, boca sensual, ademanes provocantes, era como el poema de la carne, una de esas bellezas que son muchas veces la perdición de sus amantes porque hablan solo á los sentidos.

Para ella todo era grande.

En su fogoso temperamento no existieron nunca los términos medios, y, sus pasiones, lo mismo que sus odios, fueron siempre arrebatadas.

Sentía instintivamente el coquetismo y sabía esgrimir esa arma formidable con la maestría de una mujer experimentada, adoraba la intriga que se viste con el ropaje de arlequín para ocultar pasiones de esas que al desencadenarse forjan como Vulcano en sus fraguas, las tempestades del espíritu.

Vestía con una elegancia que se hacía llamativa por lo estudiada y alhajaba con sortijas sus manos que eran pequeñitas, ducales, inglesas y amarfiladas como las de Lady Macbeth.

Cuando bailaba un vals de Strauss lo hacía con abandono de bayadera, velando sus pupilas de Medusa tras el párpado oriental, inflamando las movientes fosas de la helénica nariz, sonriendo al bailador en suprema voluptuosidad y excitándole con las blancuras de sus brazos descubiertos.

Burlábase de la sociedad y aceptaba los privilegios que ella le daba escatimando siempre los que podría exigirle.

¡Rara mujer!

Nunca tuvo un rasgo de sensibilidad.

Desde pequeñuela fué orgullosa y maleante, aprendía malhumorada las lecciones, era el terror de sus condiscípulas, hacía preguntas alarmantes á las profesoras, y, acompañada de dos ó tres granujas, trepaba á los arbustos del jardín para robar las cerezas.

Siendo ya mujer y avanzado ese período de la vida en que las necesidades de un temperamento femenino adquieren toda su fuerza haciendo estallar vigorosas floraciones, Camila sustrájose á la ley común y por inexplicable fenómeno fué indiferente á galanteos y amoríos banales.

Aunque en el fondo solo era una joven inexperta cuya alma no había lacerado aún el golpe de un desengaño, enfermábala el cansancio de los que han apurado los goces hasta el saciamiento.

Allá en las nebulosidades de su mente, perseguía cierto ideal un tanto extravagante y si no entregó su corazón á ninguno de los que hasta entonces habian solicitado sus afectos era porque aquel doncel paradisiaco entrevistó entre las brumas de su imaginación no habia caido á sus plantas para erguirse triunfador después.

Maclovia fué siempre el contraste de su hermana.

Era muy rubia, pequeñita, con piel de una blancura mate y hermosos ojos color de violeta.

Tenian sus modales de niña el encanto virginal de esas colegialas que dejan con el recuerdo de sus castos abandonos el perfume de una flor que nunca se marchita aunque envejezca el corazón.

Era eterea como Espírita, y, acaso, igual á la enamorada de Mallivert, conocía los secretos del extramundo ó por mistagógica encarnación estaba en la tierra como estrella caída del firmamento.

Diríase que solo un debil soplo de vida animaba aquel cuerpecillo que tenía la fragilidad de las cosas exquisitas.

Sentía el espiritualismo con todo el refinamiento de su alma sensible y se conmovía hasta el llanto ante esas noches de plenilunio en que la luna vierte tenue polvillo de plata y lo tamiza en los jardines blanqueando las hojas que modulan monótonas melopeas agitándose en el brazo fornido de los olmos.

Sentía especial predilección por los gatos, esos animalitos meditabundos y molondros que cuidan su tocado con proligidad señoril, beben leche de vacas haciendo muecas encantadoras y les agrada roer un pernil de conejo chamuscando sus bigotes de plata en el rescoldo de la cocina.

Amaba á los felinos porque son amigos del que sufre y tienen un lado fantástico que ha intrigado siempre á los espíritus verdaderamente artistas.

En efecto, señora, los gatos son tan fantásticos y sugestivos como el cuervo; hay los negros con piel aterciopelada y pupilas de topacio que dan serenata á los vecinos riñendo en los tejados y á las horas calladas corretean en macabro cortejo confundiéndose con las lechuzas, los gnomos, y todos los duendes de la sombra.

Poseen el sensualismo sibarítico de los perfumes, huelen un pompon de acacias ensanchando las fosas de su naricita Roxelana, y, un frasco de Ilang-Ilang los sumerge en somnolencia de náyade embriagada en ambrosía.

Roncan sobre los cojines de la *chaisse-longue* acompañando con su monótono run-run el nocturno de Chopin que toca al piano la niña de la casa; hacen telas de araña con las bolas de hilo de la quintañona y si están de buen humor desgarran con sus uñas como garfios de ágata la última novela de Daudet ó el devocionario en cuyas páginas se confunde con efigies de santos y amuletos bendecidos la florecilla que llevó al ojal de su gabán algún mozalvete barbilindo ó el pliegueciilo en que declara sus empeños amatorios.

La gata es camarada de los niños que retozan en la alfombra, ahuyenta los ratones que acobardan á la solterita y se hace ovillo en su regazo cuando agobiada por el primer dolor soba su lomo arqueado con las manos bizantinas.

Acompaña en su soledad al abuelito, lame con la lengua erizada de puas su tarantulesca mano y entibia cariñosa aquellos pies, que la humedad de la huesa empieza á helar.

¡Y las gatas muertas!

¿Habeislas visto, rígidas, muy blancas como pascuales corderitos?.........

¿No os ha conmovido ese duelo en que Pierrot canturrea responsos y sollozan enternecidas la menuda tropa y las muñecas?.........

¿Verdad que es muy amarga la lágrima que rueda en el querubinesco rostro de Bebé cuando no encuentra en la albeante cunita á esa compañera inseparable de sueños?

¡Las gatas muertas!

Maclovia tenía también otros amores.

Su canario trovador, el tiesto de gardenias y un librito de oraciones.

Cuando los camaradas fueron presentados á las doncellas en una de esas reuniones en que se inician los conocimientos superficiales, procuraron á toda costa intimar su amistad.

Sin trabajo consiguieron que las hermanas les admitiesen en su modesto salón y sin dificultad también lograron inspirarles profunda simpatía.

Los sucesos caminaban perfectamente porque las mozas al percibirse de que eran por sus visitantes cortejadas, hicieron una elección en completo acuerdo con el capricho de los intrusos.

El amor hizo vibrar aquellas almas vírgenes con el trino de sus primeras canciones y á solas, al deshojar una flor ó contemplando el celaje que se esfuma en el piélago ambarino del ocaso, Maclovia y Camila sacudidas por un mismo estremecimiento, pronunciaban dos nombres en voz baja:

—Gerardo!

—Adrián!

Los amadores declararon su pasión á las damiselas, cada uno en formas apropiadas á su carácter.

Adrian, tembloroso y conmovido, habló de una dicha codiciada, largo tiempo entrevista en muchas lontananzas de oro y realizada en la enferma hermosura de Maclovia.

Gerardo, con palabras rebuscadas y frases de sombrío colorido que envolvían en sus ampulosos periodos terribles ironías y atrevimientos, habló de lo que él llamaba su cariño.

Cuando Maclovia escuchó al excelente Adrián que casi llorando le ofrecía su vida, tendióle la manecita emocionada.

Camila al ver de hinojos al fiero Gerardo, rió de muy buena gana y acomodándose en un canapé como para gozar mejor del espectáculo, dijo á su adorador:

—Expliquéme vd. como me ama.

Otro cualquiera, hubiera tomado el sombrero y marchádose incontinente á su casa, pero mi estudiante estaba ya doblegado y se quedó porque sabía muy bien que el hombre que se arrodilla ante una dama debe levantarse siempre vencedor.

Camila, arrebatada por la elocuencia de la oración, fascinada por la luz que chispeaba en las pupilas de Gerardo, satisfecha su vanidad mujeril ante la caida de ese gran rebelde, inclinó hasta él su gallardo cuerpo sonriéndole:

Desde entonces las hermanas se engalanaban coquetamente para esperar la tertulia de sus novios.

Hubo giras campestres, paseos á la sombra de los chopos y excursiones por agua en los dias primaverales.

Floreció el idilio y en un periodo de tres meses, la existencia de aquellos cuatro séres deslizose mecida en los blandos brazos de la esperanza.

Fenecida aquella embriaguez de la primera impresión, Maclovia sentiase aún dichosa porque en su tierno corazón solo podía imponerse una exigencia: amar.

Camila en cambio padecía en silencio y su aprecio por Gerardo se convertía paulatinamente en odio.

Con la sagacidad de la coqueta que ve á su lado á un hombre con bastantes atractivos para ser querido hasta la locura, á fuerza de estudiar laboriosamente y sondear aquel extraño temperamento no sin ímprobos trabajos acabó por comprender que su novio no la estimaría nunca y que lo que ella creyó pasión por un momento, era solo un antojo que la ultrajaba en su decoro.

A todas las mujeres les agrada que sus encantos despierten anhelos, pero siempre quieren que en el fondo de aquel deseo exista un algún respeto aunque sea porción dosimétrica y solo lo indispensable para no alarmar su recato.

Camila, desengañada, pues, de Ricardo, comenzó á fijar su atención en Adrián de quien se había formado una opinión por cierto bien mezquina, y con gran sorpresa encontró en el prometido de Maclovia todas las cualidades que en el suyo había extrañado.

Y lo amó de una manera insensata, con una de esas pasiones impetuosas que solo buscan su objeto y para llegar á él lo arrollan todo.

Cuando Gerardo llegaba en la noche y ponía en las manos de Camila un buqué de rosas blancas, tomábalo ella con desprecio, arrojábalo en cualesquier mueble y pretextando enfermedad se retiraba á su alcoba en el momento.

El joven creyendo comprender los desdenes de aquella mujer antes tan fogosa, pensaba, afirmándose, en su pedante filosofía:

—¡Bah, como todas! Buen mentecato sería si creyese en las mujeres.

Puede tanto la presunción, que muchas veces, sugestionados por ella, afirmamos lo contrario de lo sentido.

Eso justamente le ocurrió á Gerardo.

Cuando dejó de acordarse de Camila, frunciendo el entrecejo y sin saber por qué, pensó en Maclovia.

Desde ese día, huyó la tranquilidad de aquel hogar.

Maclovia y Adrián se abandonaban á su ventura, sin sospechar las amarguras que torturaban á sus amigos, avivando con su inocente amor la flama de aquellas teas, que muy en breve destruirían su afecto hasta dejarlo en cenizas convertido.

¡Insensatos!

Dormían en el crater de un volcán que humeaba; los celos más siniestros ya bramaban en las entrañas de sus víctimas, y la erupción pasional iba á vomitar sus odios hasta volver cobrizo y tempestuoso aquel cielo límpido y sin nubes, donde aleteaban las mariposas de sus sueños.

Un día dirigiose Adrián al tocador de su amada, y al franquear la puerta, retrocedió espantado. Había visto á Gerardo á los pies de la doncella.

En el paroxismo de la cólera aproximose al desleal, y sin lograr contenerse, le abofeteó de una manera ignominiosa.

El insultado irguió su aventajada estatura, sonrió despreciativamente, descalzose un guante, y, después de lanzarlo al rostro del furioso, saludó cortesmente y se alejó.

Siguió un instante de silencio que el loco Adrián interrumpió, diciendo á la inocente niña:

—No sabía que había entregado mi corazón á una coqueta.

Fué injusto, ciertamente, pero estaba celoso, y la injusticia siempre ha sido la razón de los celos.

La gravedad de la ofensa hizo el encuentro inminente, y después de acalorada discusión, decidieron los testigos de los contrincantes que se verificaría, acabadas de firmar las actas.

Fué elegido como sitio para el drama una pequeña planicie, sobre la que descansaba un cementerio.

A la hora convenida presentáronse allí los adversarios, y sus padrinos procedieron en el acto á los preliminares del delito.

Era una noche tempestuosa.

Llovía copiosamente, y bajo la copa de los sauces que lloraban azotados por el ábrego, cruzaron sus espadas los que ya no eran amigos.

Nada más siniestro que aquel cuadro.

El trueno, esa blasfemia de Luzbel, retumbaba entre las nubes, á la vez que la efímera luz de los relámpagos arrancaba facetas policromas á los vidrios del bardal, ó encendía clorótica nebulas sobre el mármol de las tumbas.

Los cipreces movíanse lentamente como interminable procesión de encapuchados frailes, y familias de buhos revolaban sobre las cruces, agujereando las tinieblas con sus fosfóricas pupilas.

Después de una lucha encarnizada y breve, uno de los peleantes rodó á la maleza ensangrentado.

¡Adrián!

Con presteza acercáronse al caído los galenos, y sólo pudieron certificar que estaba muerto.

La punta del estoque había destrozado uno de sus ojos, haciendo estragos terribles en el cráneo.

Aplacada que fué la consternación dominante en los autores de la tragedia, dirigiéronse á una berlina que apostada cerca del lugar, les aguardaba para conducirles de retorno á la ciudad.

Gerardo, ante la disyuntiva de regresar en el vehículo acompañando al cadáver de su víctima ó marcharse á pie sorportando las iracundias de la tormenta, prefirió lo último, no obstante que sentía la fiebre encender corrientes de lumbre en sus arterias.

Descendió la eminencia en veloz carrera, tropezando con las pedrezuelas que rodaban las corrientes y dejando fragmentos de sus vestidos en las puntas de los magueyes, que extendían sus pencas como pugnando por obstruirle el paso.

Al romper la aurora, cuando la fatiga había agotado ya sus fuerzas por completo, columbró la capital envuelta en las blanquísimas brumas matinales.

En el cielo, velado por densa nublazón, desgarraba el sol la tela opaca de las nubes, arrojando tupida lluvia de saetas y una lívida claridad iluminaba las vetustas casas, cuyas paredes manchaban con caprichosas estalagmitas, las aguas llovedizas que chorreaban por los canales estropeadas.

La campana de la ruinosa capilla cercana llamaba á misa hasta desgañitarse, y por la abertura de su entreabierta puerta de roble, ésta tragaba á las beatas, que todavía soñolientas, llegaban con su grasiento libro de rezos en la mano.

Ante aquel sencillo espectáculo, Gerardo sintió de improviso la necesidad de ser bueno; causole profunda envidia la paz de esas almas sanas, que por costumbre iban á orar ya ante el ara de la Virgen milagrosa.

Llamó á la huída fe, deseoso de guarecerse bajo sus misericordiosas alas.

Quería caer á los pies de un sacerdote, para con su augusta intersección, alcanzar el perdón de Aquel que puede perdonarlo todo.

¡Perdón!

Necesitaba ungir su ser hundido en el pecado, con ese óleo santo que sólo pueden ministrar las almas impecables.

¡Ah, no! La calma que deseaba no podría ganarla ante el tribunal penitenciario; el viejo cura era impotente para darle tanto bien; la clemencia sólo podría redimirlo, brotando de los labios de Maclovia, la casta criatura cuyos ideales había tronchado en flor, ella, sólo ella, podría ahogar con su angélica voz los gritos de remordimiento que como ciegos buitres aleteaban en los antros de su espíritu.

Dirijiose al hogar de las atribuladas jóvenes, gesticulando como un maniático y sin preocuparle las bromas de los transeuntes, que se burlaban de él creyéndole demente.

Llegó.

Abrió las puertas audazmente, y corrió á la alcoba donde había pasado sus mejores días.

No era ya el pequeño retrete donde las muchachas hablaban de amor á los amigos; había cirios que chispeaban, paños negros, rumor de plegarias, la calma imponente de la estancia mortuoria...... y...... ¡¡una muerta!!

Maclovia.

¿De qué había perecido la inocente niña?

De nada.

De lo que mueren las mariposas, las aves y las flores.

Camila, vestida de luto, contemplaba abatida á la blanca muertecita; no lloraba; su dolor era mudo, intenso, abrumador, de aquellos que no pueden deshacerse en lágrimas, porque se han agazapado en lo profundo del corazón para morderlo sin descanso.

Gerardo y Camila se miraron con terror.

¿Eran ellos responsables de aquellas vidas agostadas al primer estallido de una ilusión?.........

¡Eran ellos responsables de aquellas vidas agostadas al primer estallido de una ilusión!

¿Unirían su existencia en fatal contubernio para sufrir en comunión las amarguras de su delito?

¡Unirían sus existencias en fatal contubernio para sufrir en comunión las amarguras de su delito!

Se abrazaron.

Perecíales que el angel de la muerte estaba allí, y desplegando sus alas negras, oficiaba en el trágico esponsal de sus destinos.

Y después.........

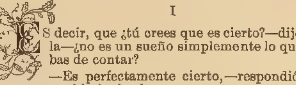
Tenéis razón, distinguida señora, es muy tarde ya; mi relato tiene inverosimilitudes de aquellas que no puede perdonar una persona de buen gusto, y además, si llegase yo al fin, llenaría de sueños tristes vuetra bonita cabeza.

Ciro B. Ceballos.

Julio de 96.

SUEÑOS.

I



Es decir, que ¿tú crees que es cierto?—dijo Gabriela—¿no es un sueño simplemente lo que me acabas de contar?

—Es perfectamente cierto,—respondió Magdalena,—mamá lo ha hecho.

—¿Tu mamá?

—Cierto. Ella ha visto á papá.

Gabriela se puso á reír con todas sus ganas.

—Tú siempre ríes cuando te hablo de cosas serias

—Psh......... después de todo, se puede hacer la experiencia. Ha de ser muy bonito ver una á su futuro marido en un espejo.

Esta conversación sostenían en el jardín del convento de.................. una tarde de primavera, dos hermosas jóvenes. Abrazadas por la cintura y casi rozando sus preciosas cabezas, pasaban sin direccion, lentamente y hablando muy quedo como si temieran ser sorprendidas por algún ser oculto entre el follaje.

La tarde declinaba. El crepúsculo comenzaba á dibujar sus tintas rojas en el horizonte y el semicírculo de plata de la luna se distinguía entre algunas nubecillas en el espacio.

—Entremos,—dijo Gabriela cuando llegaron al dintel de la puerta que daba acceso al interior del convento,—pero explícame antes lo que hay que hacer.

—Es muy sencillo. ¿Tienes un espejo?

—Sí.

—Pues bien, en el momento de acostarte, lo colocarás entre tu oreja y la almohada. Rezarás cinco Padre nuestro y cinco Ave María, antes de poner el segundo pie en la cama, es decir, hincada una rodilla en el colchón y el otro pie en el suelo. Entonces dirás......... pero sin reír, porque si te ríes no verás nada.........

—No tengas cuidado, no reiré.

—Tú repetirás esto:

«Oh! astro mío, hacedme ver en mi reposo
Al hombre que ha de ser mi esposo.»

—¿Comprendes?

—¿Y lo veré?

—Así lo espero. Mamá vió á papá.

Al entrar al dormitorio, las dos estaban muy preocupadas. Un momento antes, la religiosa encargada de la vigilancia les había dicho:

—De donde venís, señoritas?

—De la capilla,—dijo resueltamente Gabriela.

La religiosa no insistió y las dos jóvenes, felices con haberse librado tan bien de la superiora, se dirigieron á su alcoba, por cuya ventana se distinguía al astro de la noche, á quien iban á dirigir pocos momentos después su plegaria.

Aun no habían concluido de desalojar de sus cuerpos la ropa qué las envolvía y ya *la hermana* había pasado dos veces cerca de ellas, leyendo un libro de oraciones y dirigiendo furtivas miradas en cumplimiento de sus deberes.

Las dos camas estaban muy cerca una de la otra y cuando comprendieron que la religiosa se había alejado, se levantaron trémulas y provistas de sus respectivos talismanes pusieron en obra lo pactado.

La aurora del siguiente día las encontró ya despiertas.

—¡Magdalena!

—¡Gabriela!

—¿Lo viste?

—Sí.

—Yo también.

—¿Como era?

En un movimiento, las dos se incorporaron en el lecho y se miraron fijamente.

—El mío, es un oficial de dragones—dijo Gabriela.

—El mio también!

—Entonces vamos á casarnos con dos hermanos.

—¿Y como era el tuyo?

—Alto, moreno, de ojos negros.

—Pues el mio lo mismo!

—Ah!

Solamente que el mío llevaba un moño negro de crespón en el brazo.

—Probablemente estará de luto cuando pida tu mano, observó Gabriela.

—Yo pienso colocar mi pequeño espejo todas las noches,—repuso Magdalena riendo—y así podré contemplar á mi dragón. Sin embargo, te diré que hubiera preferido el uniforme azul. Ese traje de los dragones no me gusta y luego, el casco me da miedo.

Entonces, querida, puede ser que otra noche veas el traje azul. Yo sé que puede uno tener muchos maridos.

—¿Como?

—El otro día, en casa de mamá, estuvo de visita una hermosa joven, y cuando se retiró, oí decir que acababa de casarse de nuevo porque había divorciado.

—¿Y qué es eso?

—Quien sabe. Nosotras también divorciaremos algún día y podemos tener como ella muchos maridos.

—El tercero será un artillero—dijo Gabriela riendo con gana.

II

Han pasado dos años.

Una mañana de primavera, una señora, la madre de Gabriela, se presentó al convento acompañada de un joven, el cual llevaba el traje de capitán de dragones.

Después de las ceremonias de reglamento, pasaron á un pequeño salón y cuando Gabriela se presentó, la señora dijo á su hija:

—He venido á presentarte á tu primo Gaspar, que acaba de llegar de América y su primer visita nos la ha dedicado.

La educanda levantó sus hermosos ojos hacia el joven oficial y saludó llena de rubor á su primo, que le tendió la mano apresuradamente.

Al principio, Gabriela, sea por lo inesperado de la visita, ó sea por las costumbres austeras que llevaba en el convento, no fijó su atención en el recién llegado; pero poco á poco y sin querer, empezó á fijar su mirada en él de una manera extraña, y reconociendo al fin, en todas sus formas, la visión de la almohada, exclamó interiormente:

—Es el retrato que ví en el espejo!

Después de un rato de conversación, sobre la ausencia larga del capitán, sus viajes, etc., dijo Gabriela:

—Me permitiréis, primo mío, presentaros á mi buena amiga y compañera Magdalena?

—Con mucho gusto, Gabriela.

Y una vez fuera del salón, comenzó á llamarla:

—Magdalena! Magdalena!

Esta, que se encontraba entretenida en un juego muy en boga entre las educandas, consistente en unas pequeñas piedras que combinaban á su manera, apenas si había escuchado el llamamiento. Cuando Gabriela se acercó y la enteró del objeto que la traía, tomáronse del brazo, dirigiéndose ambas al lugar donde las esperaban.

Magdalena no pudo contener un grito ligero de sorpresa, al encontrarse frente al pariente de su amiga.

—Te presento á mi primo Gaspar, capitán de dragones, dijo Gabriela.

Apenas pudo aquélla contestar unas cuantas frases de cortesía, y llevando después á su compañera á cierta distancia de los demás, dijo á Gabriela:

—Es mi marido!...... ¡El del espejo! No le falta más que el moño de crespón.

—No puede ser! Es el mío! Dí que te has equivocado.

Y nerviosas, casi irritadas, se separaron las dos amigas, llevando, por la primera vez en su vida, cierto sentimiento de repulsión.

III

Han transcurrido cinco años.

Gabriela se separó del convento para casarse con su primo Gaspar, y fué durante corto tiempo la más feliz de las mujeres. Murió, dejando una niña de cuatro años.

Menos afortunada que su amiga, Magdalena no se ha casado y vive al lado de su madre, la viuda de un financiero de Estado.

La muerte de una amiga tan querida para élla, la afligió tanto, que no tuvo valor para volver á pisar la casa de Gabriela.

En cuanto á él, tan luego como enviudó, puso á su pequeña hija al lado de una anciana, amiga antigua de su familia, y pidió al Ministerio formar parte de una expedición lejana que estaba organizándose en esos días, y de cuyo viaje no pensaba volver más. La pérdida de su compañera amada abrió en su corazón una herida difícil de cicatrizar, y pocos días después partió.

Un año había transcurrido desde que Gaspar abandonó su hogar, y sin embargo, á pesar de sus esperanzas, regresó de nuevo.

Su primera visita fue para la tumba de su esposa y esta práctica se propuso seguirla.

Una mañana, llevando de la mano á su hija, se dirigió con élla á su acostumbrada visita.

El día se presentaba espléndido. Entre las ramas de los cipreses que formaban las avenidas del cementerio, los pajaritos dejaban oír sus gorgeos y la fresca brisa perfumaba el ambiente. La pareja seguía una calzada solitaria, y ni una palabra cambiada entre el padre y la hija interrumpía la profunda tristeza del capitán, mientras más se acercaban á la tumba deseada.

Por fin se detuvieron. Esta vez el sepulcro estaba adornado con flores frescas, por lo que se comprendía que una mano amiga las acababa de colocar. En efecto, una mujer arrodillada oraba allí.

Oyendo pasos, la desconocida levantó la cabeza, y al encontrarse frente á Gaspar, su semblante palideció.

—Magdalena!

—Gaspar!

Nada extraño que Magdalena, al encontrarse por primera vez después de mucho tiempo, se impresionara de tal modo. Esta vez veía al capitán de dragones, y en su uniforme aparecía el famaso moño de crespón negro que había visto en sueños Su pensamiento voló al jardín, á su amiga, la conversación con ésta, y por último, el pronóstico del espejo.

Durante algunos instantes se examinaron los dos, y por fin Magdalena tomó á la niña entre sus brazos, abrazándola locamente entre los sollozos que ahogaban su corazón.

———

Magdalena encontraba, ó más bien procuraba encontrar á la hija de su amiga todos los días en el paseo, que su sirvienta le daba diariamente. Tomábala de la mano, luego la sentaba en sus rodillas, y acariciándola con ternura, le contaba muchas historias, hasta que sonaba la hora en que era preciso abandonarla.

Rosa, que así se llamaba la hija de Gaspar, adoraba á Magdalena.

Por su parte, Gaspar, desde el encuentro con Magdalena en el cementerio, no pensaba más que en ella.

Una mañana Magdalena, dirigiéndose á paso más precipitado que el de costumbre, al lugar de la entrevista con su pequeña amiga, porque hacía dos días que una ligera indisposición le había interrumpido su cotidiano paseo. Al llegar, Rosita no estaba sola con la sirvienta, también Gaspar estaba allí, pensativo, inmóvil, de pie, mientras su hija se entretenía en jugar con las hojas secas esparcidas por el suelo.

Cuando él se apercibió de la llegada de Magdalena, corrió á su encuentro, y tendiéndole la mano, le preguntó:

—Mi buena amiga, ¿ha estado usted enferma? Rosa ha extrañado á usted y ha llorado.

Magdalena bajó la cabeza.

Gaspar le ofreció el brazo. Magdalena apoyó ligeramente su diminuta mano en el brazo del capitán y su vista se nubló.

Rosa corría delante de ellos, y las hojas que caían de los árboles, parecían ir formando una alfombra á sus pies.

Gaspar miró á Magdalena sin poder articular palabra, por no encontrar frases bastante capaces para exponer sus sentimientos. La dicha que sentía á su lado lo embriagaba, y no pensaba ya más que en poseer á Magdalena.

El momento llegó en que era preciso separarse, y como élla retirara su mano del brazo de Gaspar, el moño de crespón que acaso la mano de la felicidad había prendido mal aquel día, se fué trás la mano de Magdalena y cayó al suelo.

—¡Mi duelo ha concluido!—exclamó Gaspar al ver caer su insignia de luto. Si queréis, Magdalena, podemos todavía ser dichosos, y yo adoraré tanto á la segunda madre de mi Rosa como á la primera.

Un mes después las bodas de Gaspar y Magdalena se celebraban con mucha pompa, y ahora son los dos muy felices.

Esta vez el astro había dicho la verdad.

B. T.

ROJO.

Sus primeras canciones cuando niño,
Tenían la pureza del armiño
Y la albura del mármol de Carrara.
Campánulas de efímera existencia,
Evaporóse su fragante esencia
Como la mirra en derredor del ara.

Adolescente aún, sintió que ruda
En su alma virgen se ensañó la duda,
Madrastra indigna del dolor. Entonces,
Vistió la estrofa con crespón de luto
Y rindió á sus creencias el tributo
Que á un muerto rinden los dolientes bronces.

No es poeta del siglo quien no lucha,
Ni su pesar olvida cuando escucha
Que la justicia á combatir le llama.
Acompañadle á que su triunfo selle,
Y al himno triste, femenil y muelle,
Suceda el canto que la edad reclama.

Surja el verso ignescente, el verso rojo,
El que traduce el comprimido enojo
De los que sufren y sus penas callan.
¿No miráis que á los pueblos vilipendian?
Pues broten esos cánticos que incendian
Y como un trueno tempestuoso estallan!

El himno rojo, la candente estrofa,
Del poder de los déspotas se mofa
Y á sus legiones áulicas golpea.
Que el pueblo cantos encendidos vibre,
Y noble y grande y generoso y libre,
Arbitro excelso de los mundos sea!

Andrés A. Mata.

A LA MUERTE

Madre mía: rendido, fatigado,
Con el alma llorosa y afligida,
Enfermo de tristeza y abrumado
Por el peso infinito de la vida,
Llego hasta tí; la sombra me circunda
Y me penetra de humedades frías
Que llegan á los huesos; la ola inmunda
Ha empapado mis pobres alegrías;
La ola inmunda del negro escepticismo
Que me enseñó, al bañarme con su lodo,
A dudar, como dudo de mí mismo,
¡De todo, Madre mía, sí, de todo!
Y la duda es artera; cuando brilla
La fé, como una estrella, en mi desierto,
Mi alma quiere creer y se arrodilla
Y mi razón me grita: ¡Alza, no es cierto!
Condenado á dudar, soy hosco y rudo,
Tengo asco de la vida, y me condena
A vivir entre náuseas, porque dudo
De ella por mala y ruín, de tí por buena!
No hay un sol de esperanza que me alumbre
En mi larga jornada. Sólo y triste
Me he hundido en un fangal de podredumbre,
Al buscar la verdad, donde no existe.
Y el huracán embravecido zumba
En el revuelto mar de mi conciencia.
Mientras cae mi materia en una tumba
O mi espíritu cae en la demencia.
Estoy solo y cansado por el tedio
Que arrastro por el mundo todavía;
¡Mi nostalgia no tiene más remedio
Que caer en tus brazos, madre mía!

Antenor Lescano.

TOQUES.

Cómo alboradas son tus sonrojos,
Como las noches tus grandes ojos,
Cual tus ojeras la tarde gris;
Tus trenzas, negras, cual mi fortuna
Tus carnes blancas como la luna
Tus labios rojos como el carmín.
Azul del cielo tiene tu alma,
Tu talle tiene compás de palma
Y tus miradas rayos de sol;
Son tus suspiros cual tiernas brisas
Como las lluvias son tus sonrisas
En el desierto de nuestro amor.........
Son golondrinas, tus anchas cejas
Y tus pestañas góticas rejas,
Donde tus niñas amando están;
Girando en torno, de dicha ansiosa,
Tal vez mi alma cual mariposa
Sus mustias alas se quemará.........
Son tus caricias, juegos de niño,
Tacto de rosas, color de armiño,
Que hay en tus curvas de pubertad;
Y son los besos que hay en tu boca,
Cual oro oculto bajo la roca,
Como las perlas que engendra el mar.
Tu pensamiento nublado y solo,
Es cual la ignota región del Polo
Donde ha encallado mi barca azul;
Mi pensamiento, de vuelo aleve,
Vive cual oso sobre la nieve
De aquel imperio de sombra y luz.
Dame tus besos, dame tus ojos,
Tus negros rizos y tus sonrojos;
Tu alma de cielo, por mi pasión......
Ven á mi alcoba de amor secreto;
¡Para cantarte como un poeta
Para copiarte como un pintor!

Federico Larrañaga.

ROMANTICA.

Sufro con mis quejidos melancólicos
Y mi tristeza pálida;
Con mis sueños fantásticos
Y mi canción nostálgica......
Sufro cuando la brisa sopla tétrica
Sobre la rama escuálida;
Cuando el spleen insólito
Como un pájaro negro abre las alas.........
Sufro cuando el invierno frío y lóbrego
Vierte en llovizna lánguida
Gotas que ruedan frígidas
Como un tropel de lágrimas.
Y sufro cuando el sol dulce y magnífico,
Vierte su lumbre mágica
Y cuando el viento rítmico
Canta un epitalamio en la enramada.........
El astro rey con su mirar espléndido
Pinta una frente plácida.
Pinta la frente artística
De mi gentil romántica
Y sus fulgores dúlcidos
Aumentan mi nostalgia
Y el invierno me muestra frío y lóbrego
Con su llovizna lánguida
De gotas que caen frígidas
Como un tropel de lágrimas,
Todo lo falso y tétrico
De mi gentil amada
Todo lo negro y lúgubre
De aquella cabecita tan romántica.. ......

A. Godoy.

SU NACIMIENTO.

Más bella fué aquel alba: despedía
sus tibias flechas de cristal lumbroso
rompiendo el cortinaje nebuloso
que la sombra en Oriente suspendía.

Más linda aquella aurora: sonreía
con amable pudor; era glorioso
marfil su frente; manto esplendoroso
la crencha que sus formas envolvía.

Más fúlgido aquel sol; su faz luciente
animaba al poder de su destello
repuesto campo y cristalina fuente......

Por eso en mi adorada todo es bello:
regio sol, su beldad; alba, su frente;
crencha sutil de aurora, su cabello.

José I. Novelo.

El toro salvaje.

I

«Mi buena madre, en prenda
De su amor tan profundo como cierto,
Cuando entré de esta vida en la contienda,
Abandonó las pampas de la hacienda
Y se vino al desierto.
Aquí, bajo las selvas ignoradas,
Sus ubres dilatadas,
Libres de ese tributo vergonzoso
Que en la *ordeña* las deja miserables,
Esprimieron su néctar delicioso
En mis belfos sedientos é insaciables.
Lleno de vida respiré este ambiente
Donde el hombre raquítico se ahoga.
Soy audaz, soy valiente,
Jamás el polvo se posó en mi frente
Ni en mi erguido testuz la infame soga.
Mi afán de rey á dominar aspira
Cuanto mi vista en derredor abarca,
Y en fe de que mi aserto no es mentira,
Nadie en mis ancas mira
La ignominiosa huella de la *marca*;
Nadie ve en mis orejas el odioso
Rastro que deja la señal profunda,
Ni en mi cuello soberbio y musculoso
La infame cicatriz de la coyunda;
Y libre y soberano, sin el yugo
Que envilece á mis tristes compañeros,
No tengo más verdugo
Qué mis instintos fieros.»

II

«En horas de quietud, cuando sofoca
El sol en cuanto forma mis gobiernos,
Me ocupo en afilar contra una roca
Mis acerados cuernos;
Y si queréis saber lo que yo haría
Con estas armas de que estoy ufano,
Que os lo cuente el jaguar que el otro día
Despanzurré de un golpe soberano.
El vino á desafiarme: silencioso
Rascaba un arenal con mis pezuñas,
Cuando llegó traidor y canteloso,
Dió el miserable un salto prodigioso
Y en las espaldas me clavó las uñas.
Mi instinto cruel de luchador se excita
Al sentir que su garra se me entierra,
Me sacudo con cólera inaudita
Y lo arrojo por tierra!
Y ciego le embestí: cuando el bandido
Quiso escapar de mi furor deshecho,
Tenía en el vientre hundido
Hasta el remate mi pitón derecho! ....»

III

«Oh! si por un momento
En medio de la arena me encontrara
De ese circo sangriento
De que un buey azorado y sin aliento,
Las horribles escenas me contara!
Un solo, un solo instante
Para ganarme entonces bastaría
Los *¡hurras!* de la turba delirante.
¡Con qué rabia infinita vengaría
Las penas de los muertos compañeros,
Con qué saña en mis cuernos formaría
Sarta innoble y convulsa de toreros!
Y al mirar otra vez que nuevo brío
Lleva en cada embestida mi coraje,
¡Cómo iba á proclamar aquel gentío
Como ejemplo de indómito y bravío
A este toro salvaje!»

IV

«Una vez quise ver á mis hermanos
Que al hombre dan su denigrante ofrenda,
Y descendí á los llanos
Y á los abiertos campos de la hacienda;
Y los pobres esclavos en parvadas
Echaron á correr despavoridos
Cuando en aquellas pampas dilatadas
Resonaron triunfantes mis bramidos.
Llegaron los vaqueros; todavía
Me figuro escuchar los alaridos
De aquella sin igual carnicería:
Reculé algunos pasos, levantada
Llevaba entonces la cabeza fiera,
Y así que los medí con la mirada
Me doblegué, emprendiendo la carrera......
Ni siquiera el consuelo
De desatar las reatas alcanzaron;
A mi empuje violento, por el suelo
Los ginetes rodaron;
Y una vez entablada la batalla
No dejé satisfechos mis rencores
Hasta que la canalla
El espacio aturdió con sus clamores.........
....
....
....
Así que mis antojos ví cumplidos,
Regresé á mis montañas
Trayendo entre las astas, retorcidos,
Los fragmentos de entrañas.........»

V

«Aquí están mis dominios, aquí mando
Como rey absoluto,
Aquí están mis vasallos aguardando
La hora suprema del mortal tributo.
Aquí en las pequeñeces de la tierra,
Lleno de inmensa cólera medito,
Y una hermosa becerra
En la que toda mi afección se encierra,
Me lame la cerviz mientras dormito;
Y libre y soberano, sin el yugo
Que envilece á mi pobres compañeros,
He llegado á imperar donde me plugo,
Sin tener por mi parte otro verdugo
Que mis instintos fieros!»

VI

Cuando así el toro *alzado* discurría,
Haciendo retemblar con su rugido
La selva que tranquilo recorría,
Con el rifle tendido,
A lo lejos un hombre se veía.
Resonó una explosión que las montañas
Con formidable estruendo repitieron,
Y las bravas hazañas
Del tirano del bosque concluyeron.

Rodulfo Figueroa.

Julio de 1896.

Tentación....

[Grabado en los talleres de "EL MUNDO."]

VORREI, MORIR....

Quiero morir cuando al nacer la aurora
Su clara lumbre sobre el mundo vierte,
Cuando por vez postrera me despierte
La caricia del sol abrasadora.
Quiero al finalizar mi última hora,
Cuando me invada el hielo de la muerte,
Sentir que se doblega el cuerpo inerte
Inundado de luz deslumbradora.
Morir entonces! cuando el sol naciente
Con su fecundo resplandor ahuyente
De la fúnebre noche la fristeza......
Cuando radiante de hermosura y vida,
Al cerrarme los ojos me despida
Con un canto de amor Naturaleza!

ULTIMA RIMA.

Yo he soñado en mis lúgubres noches,
En mis noches tristes de penas y lágrimas,
Con un beso de amor imposible
Sin sed y sin fuego, sin fiebre y sin ansias.
Yo no quiero el deleite que enerva,
El deleite jadeante que abrasa,
Y me causan hastío infinito
Los labios sensuales que besan y manchan.
Oh mi amado! ¡mi amado imposible!
Mi novio soñado de dulce mirada,
Cuando tú con tus labios me beses
Bésame sin fuego, sin fiebre y sin ansias;
Dame el beso soñado en mis noches,
En mis noches tristes de penas y lágrimas
Que me deje una estrella en los labios
Y un tenue perfume de nardo en el alma!

Juana Borrero.

EL MISTERIO DEL ALMA.

¿De qué sombra ó qué luz hemos nacido?
¿Qué penumbra alcanzamos?
Venimos de un misterio impenetrable......
Hacia un místico vamos.........
Débiles avecillas, que arrastradas
Por huracán violento,
Creemos llevar rumbo; y siempre vamos......
A voluntad del viento.
Barquillas cuya caña nos gobierna
En la rauda corriente,
Y pretendiendo huir de los escollos,
Los buscamos de frente.
Haces de claridad que espera ansiosa,
Los prismas en que estalle;
Y pasa confundida en las tinieblas
Sin que esos prismas halle.
Moléculas perdidas en la sombra,
En perpetuo combate;
Por alcanzar la ráfaga dorada
De sol que nos retrate.
Burbujas de jabón que hacia el espacio
Leves nos elevamos,
Sabiendo que en la altura está la muerte,
Que al subir, estallamos.
Aspiración eterna de lo grande;
Tendencia á lo pequeño;
Enjendro de ilusión y de materia;
De realidad y sueño.........
Es misterio la cuna...... y del sepulcro
Es misterio la calma,
Y se va...... burbujeando entre misterios,
El misterio del alma.........

Luis E. Nervo.

Julio de 1896.

¡Acabáramos!

—¡Señor cura, señor cura,
consuele usté mi aflicción,
que es inmensa la amargura
que aflige á mi corazón.
¡Hombre! ¿qué es ello?
—Una cosa
que me angustia y me desvela:
¡que se ha escapado mi esposa
con el maestro de escuela!
—¡Cómo, es posible? ¿Han huído?
—Sí señor, y no les hallo!
¡Ayer al anochecido
se fueron en mi caballo!
Tal decepción imprevista
de horrible dolor me llena.
¡No es posible que resista
el sufrimiento y la pena!
—Pero ¿cómo fué?
—Es el caso,
señor cura, muy sencillo:
la estaba dando repaso
de gramática el muy pillo,
y aprovechando con maña
semejantes aficiones
va el granuja y me la engaña.
¡No eran malas las lecciones!
Sin saber cuando ni cómo
huyeron, en día aciago.
Y ahora ¿qué partido tomo?
¿qué hago señor cura, qué hago?
—No debes amilanarte
que tiene arreglo el asunto.
A la autoridad da parte
y la detendrán al punto.
Como á tal medio se acuda
el tiempo no se malgasta.
—Es un partido, sin duda,
pero no basta, no basta.
—¿No quieres, por su cinismo,
dar publicidad al lance?
Vete en su busca tú mismo
hasta que les des alcance.
—Es la idea más segura
y es un partido discreto;
mas, la verdad, señor cura,
no me llena por completo.
—Pues hijo, yo aunque quisiera
no me ocurre otra cosa.
Ya te he dicho la manera
de dar alcance á tu esposa.
Como otros medios no veo
te dejo obrar, y me cayo.
—¿Pero si sólo deseo
que me manden mi caballo!

N. A. Cortés.

Enfermos del Estómago

Con el presente número recibirán nuestros abonados las 128 páginas de novela correspondientes al presente mes.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 2 DE AGOSTO DE 1896. — NUMERO 5

Quien fuera él....!

[Composición y dibujo de Carlos Alcalde.]

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

TELÉFONO 434. —2ª de las Damas núm. 4.—APARTADO 87 B. MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.
REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá. The Spanis American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas Editoriales.

Las festividades nacionales
y el trabajo de la República.

Hace poco más de un año sostuvimos en estas columnas el pensamiento de suspender la manifestación anual del 18 de Julio, para organizar una fiesta, indudablemente más lucida, cada cuatro ó cinco años, á la memoria del Benemérito de América. Nuestra idea no tiende en modo alguno á desterrar el culto que el partido liberal profesa al gran reformista; tratándose de D. Benito Juárez, nosotros seremos los primeros en hacer perdurar su memoria en el corazón de los mexicanos.

Por desgracia cada festividad nacional se traduce en una pérdida del trabajo de la República, ya de por sí bastante mezquino. Muy justo nos parece honrar á nuestros inmortales, pero no vemos razón de honrarlos dejando de trabajar. Todavía el jueves último tuvimos otro dia festivo—el aniversario de la muerte de Hidalgo—y si se aumenta el número de estas efemérides, la labor general habrá necesariamente de resentirse de estos altos hechos, en mitad del camino de la productividad mexicana.

Para suprimir las festividades religiosas, los liberales hemos tenido una razón económica, que es preciso conservar siempre de nuestra parte. Pero si sustituimos un dia perdido por otro de holganza, el saldo de cuenta no arrojará una partida á favor del país.

Juzgamos que uno de los medios de enaltecer nuestras glorias pasadas, es acrecentar la prosperidad y el bienestar nacionales, cooperar al mayor ensanche de la riqueza pública, ya que ésta es la piedra fundamental de todas las libertades y el origen de todos los progresos.

El obrero que deserta del taller y se refugia en la taberna, no honra á ningún héroe ni enaltece ningún hecho épico. Añadiendo una partícula más á la producción sirve mejor á su patria.

Hubo una época en que la Iglesia cercenaba al trabajo de la República una cuarta parte de su volúmen anual. Los economistas han estimado que esta cantidad de fuerza desperdiciada significaba algunos días de hambre para las clases inferiores, y el hambre ha sido el gran enemigo de la República.

Ya que por fortuna vamos saliendo del triste estado económico en que hemos permanecido durante algunos centenares de años; cuando se acentúa una visible mejoría en nuestra fatigosa indolencia nacional, no busquemos un motivo para volver á los tristes tiempos en que el pretexto de reverenciar á Dios servía para empobrecer, degradar y envilecer á los hombres.

Conmemoremos nuestros grandes hechos patrios, haciéndonos dignos de los que nos precedieron, por la labor y por la constancia, los dos formidables motores de las modernas nacionalidades.

Un asunto misterioso.

La curiosidad pública se pregunta qué ha pasado en el silencioso, pero presentido combate, entre el visitador del Vaticano y el Padre Plancarte, abad de Guadalupe y obispo de Constanza *in partibus*.

El drama, oculto en espesas nieblas, ha tenido, según la opinión general, un desenlace funesto para el restaurador de la Colegiata, que en esta lucha, en medio del más profundo sigilo, ha sido vencido por su flamante adversario. Se asegura que el resultado de este formidable encuentro ha sido la suspensión del Sr. Plancarte de su alto cargo de abad de la Colegiata, y todavía más, de la dignidad episcopal con que había sido investido.

¿Qué puede haber de cierto en estos rumores? Lo único cierto es que el Padre Plancarte, después de una grave enfermedad, ha salido de México á cambiar de aires, tal vez porque los de esta ciudad eran para él nocivos.

Toda esta historia se agita en el misterio, se debate en la obscuridad, y de ella sólo llegan ecos como de una tempestad lejana.

Monseñor Averardi ¿comienza, pues, á ejercitar sus funciones de Delegado del Papa? ¿Ha comenzado, según la frase del Padre Coloma, á *barrer para adentro*?..... Esto es lo que los acontecimientos se encargarán de probar. Lo que sí está fuera de duda es que el Visitador Pontificio no ha tratado de emprender la supuesta campaña anti reformista que había profetizado un periódico extranjero, seguramente por haber encontrado una barrera infranqueable á sus propósitos.

En la esfera de acción en que Monseñor Averardi parece comenzar, hay ancho campo donde funcionar con excelente éxito,

Los asuntos judiciales y la libertad de la prensa.

Un pequeño incidente suscitado en estos últimos días con motivo de un proceso pendiente de solución, ha puesto al debate el siguiente tema: ¿Es lícito á un periódico ocuparse en un asunto que se encuentra *sub judice* y emitir opiniones?

Generalmente se ha pensado y dicho con insistencia, que la prensa no está autorizada á externar juicios en materia de negocios judiciales, en tanto que sobre ellos no recae la sanción legal. Se ha invocado repetidamente la teoría, de que si un reo no ha pasado por el crisol del jurado, no hay derecho para examinar sus actos en las columnas del periodismo; el escritor público está, pues, obligado á guardar silencio, en tanto que el *acto social* no se traduzca en *acto jurídico*. Para nosotros nada más erróneo que ese concepto.

Creemos que la prensa—al igual de los cuerpos científicos—se halla en su más perfecta libertad y en su más amplio derech., para estudiar cualquier hecho que de algún modo se roce con la vida social, con los múltiples elementos que entran en juego en una agrupación. Todavía más: puede suceder que la solución jurídica no esté de acuerdo con la opinión de cualquier ciudadano, sea éste periodista, profesor, jurisconsulto ó cantinero, y entonces este cantinero, este jurisconsulto, este profesor ó este periodista, puede propalar su idea en contra de la solución jurídica, por cualquiera de los medios de publicidad que tiene á su alcance: mostrador, tribuna, cátedra, ó páginas de un periódico.

Y es que, como acabamos de decir, en toda cuestión jurídica va entrañada una cuestión social, y dentro de este orden de ideas todos tenemos facultad para emitir pareceres.

Se nos dirá que un periódico puede extraviar la opinión pública, y esta opinión extraviada, causar un mal grave, torciendo la acción de la justicia, despojándola de la serena frialdad de que debe estar investida. Aparte de que estos peligros son fácilmente esquivados por todo juez hábil y de conciencia, diremos que eliminar una libertad en previsión del mal empleo que de ella pueda hacerse, no nos parece una doctrina sólida.

Esta influencia que un periódico pueda tener sobre un grupo de la sociedad, depende del mejor ó peor criterio del grupo, que, al ser informado de la opinión de un periódico, está en aptitud de analizar sus escritos, aceptando los que le parezcan buenos y rechazando los que no respondan á su modo de pensar.

Una publicación no representa, en último análisis, sino la expresión de las ideas de un núcleo de personas, y los que temen que la expresión de estas ideas llegue á extraviar conciencias, se encuentran á dos pasos del más furioso adversario de la libertad del pensamiento. Para nosotros, lo repetimos, esa teoría que se nos exhibe diariamente de que la prensa no tiene el derecho de tratar los procesos que se encuentran *sub judice*, no está apoyada en ninguna base positiva.

La prensa está en su puesto al ocuparse en cualquier asunto que constituya una materia de estudio, y las cuestiones jurídicas figuran actualmente en primera línea en las funciones de todo hombre que pretende investigar el medio que la rodea, partiendo de hechos particulares para presentar después sus indicaciones sociológicas.

Política general.

RESUMEN.—La Convención Nacional del Partido del Pueblo en la ciudad de St. Louis.—Sus tendencias y su posible desencanto.—Juicio y sentencia de los invasores del Transvaal.—La política inglesa en el Continente Negro.

Por fin terminó ya la agitación preparatoria de las elecciones presidenciales en los Estados Unidos.

A la Convención republicana de St. Louis, que dejó marcado su programa con la aceptación incondicional del talón oro y las atrevidas declaraciones que marcaban una política más vigorosa, casi agresiva, en las relaciones extranjeras, siguió la democrática de Chicago, notable por el inesperado nombramiento de Mr. Bryan para candidato, y su adhesión fanática á la libre acuñación de plata en la proporción de uno á diez y seis con el oro, para restablecer el valor legal del metal blanco en todas las transacciones mercantiles y financieras.

Hoy tenemos que referirnos á la Convención nacional del que se llama así mismo Partido del Pueblo, reunida también en St. Louis, Missouri, la semana anterior. Tras largas y alborotadas discusiones, donde no faltaron esas escenas ruidosas y frenéticas que caracterizan los *meetings* americanos; tras acaloradas sesiones donde los fuertes lucían los puños y los elocuentes se desbordaban en estentóreas frases, se produjo una especie de excisión en el partido populista, porque unos pretendían sostener incondicionalmente el programa y los candidatos democráticos, y otros argüían en favor de un programa genuinamente populista, que conservara limpia, inmaculada, la personalidad del partido, sin que se perdiera y confundiese en las ondas de la Democracia.

Al lado de la convención populista, se celebró la del partido de la plata. Ambas se perdieron en disquisiciones económicas en defensa de la plata; las dos se lanzaron á lucubraciones políticas de marcado sabor socialista, y juntas proclamaron como candidato al elegido de Chicago, al *enfant gâté* de los demócratas, al fogoso orador y esforzado campeón del bimetalismo, William Jennings Bryan.

Pero qué desencanto para los que militan en las filas del Partido del Pueblo! El elegido de los demócratas y á quien se le comunicará solemnemente el programa aprobado y la candidatura proclamada, en los primeros días de Agosto, ante la multitud democrática, congregada en los jardines de la Plaza Mádisson de Nueva York, el ilustre Mr. Bryan, parece no aceptar la cooperación de los populistas en el triunfo de su candidatura; renuncia ó parece renunciar tan valiosa ayuda y están en vísperas de quedarse sin candidato los últimos convencionales de St. Louis.

Misteriosa é inexplicable parece esa renuncia, porque no satisface pensar que la haya motivado la determinación de los populistas de excluir á Mr. Sewall, el candidato democrático para la Vicepresidencia, de las listas de sus elegidos. Pero ella parece existir y pronto habremos de saber, cuando la comisión nombrada en Chicago vaya á Lincoln á festejar á su candidato, si éste acepta ó no definitivamente la cooperación de las filas populistas.

***

El Dr. Jamesson, el célebre caudillo del levantamiento sud-africano contra las autoridades constituidas de la República del Transvaal; el activo agente de Cecilio Rhodes y de la Compañía inglesa del Africa Austral, que á fines del pasado año se alzó en armas, y estuvo á punto de dar al traste con el gobierno de Krueger, á no haber sufrido terrible y sangrienta derrota en los campos de Joahnesburgo, acaba de ser juzgado y sentenciado con sus principales cómplices por tribunal competente reunido á este efecto en la metrópoli del imperio británico.

Benigna y suave como ha sido la sentencia de algunos meses de prisión pronunciada contra los culpables, prueba una vez más que la Gran Bretaña sabe ante todo cubrir las fórmulas y procura ser galantemente correcta en lo exterior, aun contra sus propios intereses. Si la Compañía del Africa Austral es una Sociedad autorizada por el Estado y reconocida legalmente en sus tendencias; si el gobierno de la Colonia del Cabo, dependiente en cierto modo del poder central, ha obrado de acuerdo con la Compañía que suministraba los fondos, y si el Dr. Jamesson y socios, no eran más que agentes secundarios de las altas miras inglesas en el Continente Negro, á cualquiera extrañará, como á nosotros nos ha extrañado, ver que se condene á los acusados, siquiera se les imponga una reclusión temporal, que tal vez no se llevará á cabo, á individuos que juzgados en los tribunales de Pretoria habrían merecido sentencia de muerte por el delito de alta traición contra las instituciones del Transvaal.

Con la perspectiva de tanta lenidad en los tribunales ingleses, el alma del levantamiento, el rey del oro, encarnación del genio británico en el Africa del Sur, el caballero Cecilio Rhodes, primer ministro de la Colonia del Cabo en aquel entonces y Presidente de la Compañía incohada en el asunto, ya pretende someterse á juicio y espera tranquilo su sentencia. No así el jefe del gobierno en Cape-Town: en su olímpica grandeza rechaza toda ingerencia judicial en aquella algarada, y acusa de apócrifos los telegramas que le fueron ocupados al Dr. Jamesson en la noche de Joahnesburgo.

El episodio de que hablamos, no será un motivo suficiente para que la política inglesa, en toda la extensión del Africa, mude un momento de rumbo.

Allá van sus huestes vencedoras en el camino de Dongola; allá llueven regimientos y batallones sobre las insurrectos matabeles, y si como aconseja un periódico inglés, Lord Salisbury se resuelve á efectuar vigorosa ostentación de la fuerza del Imperio Británico en el extremo Sur, á hacer una demostración naval de importancia en las aguas africanas, la Escuadra Volante, que sólo reunida en Plymouth, sirvió en la primavera pasada á acallar las murmuraciones europeas, servirá ahora para aclarar todos los nubarrones, si es que no desata la tormenta, y señalará de una vez la decisión que tiene la Gran Bretaña de extender la influencia de su poder, desde el Cabo de Buena-Esperanza hasta la desembocadura del Nilo.

X. X. X.

30 de Julio de 1896.

Nuestros Grabados

¡Quién fuera él!

(*Composición y dibujo de Carlos Alcalde.*)

La Alameda es el umbrío y poético escenario de cien novelas que han sucedido, suceden y sucederán.

Ahí se refugia el estudiante un si es no es romántico que trata de mitigar las durezas patológicas con la poesía que se difunde por el solitario paseo; ahí acude la colegiala, que hace una escapatoria para ir á la cita con el novio; ahí va el anciano que busca el silencio para pensar en los dias idos, y ahí por último, en la banca de piedra ó hierro, bajo los fresnos que chorrean sombra, busca nido momentáneo la gentil pareja de recien casados. No hablan; sienten la voluptuosidad del silencio; déjanse impregnar del encanto que aletea en su rededor......... y en tanto, el vecino, joven también y acaso desepcionado del amor, hácese el distraido contemplando la gran pajarera, para no ver á esa otra pareja de pájaros que cantan á duo la ventura del amor, acaso vedada para él.........

LA BATALLA DE FIRKET.

Lentamente pero con firme paso marcha la expedición anglo-egipcia, que ha de volver al Jedive sus antiguas posesiones del Sudán, y que extenderá la británica influencia hasta las fuentes del sagrado Nilo, preparando así el camino para extender la línea trascontinental, que ha de unir la ciudad del Cabo y la antigua corte de los Faraones.

Lentamente, pero con esa seguridad que preside todas las expediciones y todas las tentativas inglesas, avanzan hacia Dongola las fuerzas que manda el General Ketchner.

Nada influyó ni pudo influir en sus tendencias las protestas de las potencias unidas que pretendiera Francia, apoyada en su fiel aliada la Rusia; nada, las predicaciones de los fanáticos mahdistos congregados para recha-

zar la extraña intervención; ni la bandera verde del Profeta, enarbolada por el Sultán de Jartoum, convocando á los creyentes para una guerra santa contra los enemigos jurados de la Media Luna.

Seguros de su fuerza y firmes en sus posiciones, van poco á poco adelantando hacia el corazón del país invadido.

Primero en Wadi Halfa y Akasheh, después en la temida batalla Firket, allá van las huestes sudanesas, los batallones egipcios y los regimientos británicos cubriéndose de gloria, y señalando su paso con ruidosos triunfos. Dejan cubierta la retaguardia con fuertes guarniciones, que se opondrán á toda intentona de rebelión en los indígenas; tienden los *rieles* que acortarán las distancias y han de unir Wadi-Halfa á Dongola, y van al prestigiar la autoridad del Jedive, prestigiando tres veces más el nombre británico.

Todo anuncia hasta ahora, que á menos que surjan inexperadas complicaciones de parte de las potencias interesadas en oponerse á la perdurabilidad de la preponderancia británica en Egipto, á menos que Rusia haga más efectiva la cuasi platónica alianza—hasta hoy—que la une á la República Francesa, y se decida á apoyar con voz de aliento los pretendidos derechos de Francia al protectorado egipcio, las cosas seguirán por el mismo camino que han tomado, y la siempre codiciosa Inglaterra marchará á *redondear* sus posesiones africanas.

Nuestro grabado representa una vista general del campo de batalla de Firket, la más notable de todas las que han tenido lugar en la campaña del Nilo Superior.

"Flores de Agosto"

Mientras haya rosas...... decía en un primoroso cuento Dª Emilia Pardo Bazán, dejando suspensa esta exclamación que expresa tanto......

Mientras haya flores, y una mujer hermosa que las corte, que se embriague con sus perfumes, diremos nosotros parodiando á Becquer, *habrá poesía.*

Las flores son los versos que el prado canta al sol......

dijo un poeta.

Y la joven, la hermosa joven del grabado, va en busca de esos versos rudos, primitivos, de esos versos dela madre naturaleza: la gran poetiza, para formar con ellos un ramillete que será un poema .. .

"Un bigote prematuro."

[Composición y Dibujo de Martinez Carrión.]

Es intencionado ese ligero esbozo de una travesura infantil, muy vulgar, como que la renuevan todas las nuevas generaciones, pero siempre venturosas por la hilaridad que despierta.

El dibujo, á los que fuimos escolares nos arranca una sonrisa, á los que lo son aún, una franca carcajada.

ESPECTACULOS.

Maggi ha sido muy bien recibido en Oaxaca y trabaja ahí, á lo que dicen personas recién venidas, con envidiable éxito. No es difícil que volvamos á verlo en México.

Pronto tendremos en Bucareli un nuevo Frontón, que llevara el nombre de «Fiesta Alegre,» y para el cual habrá, sin duda, público, pues es proverbial el entusiasmo que en México se ha despertado por los pelotaris. Este espectáculo puede considerarse ya como perpetuo en esta capital. Difícilmente, en efecto, prescindirían los *amateurs* del nuevo *sport* de su diversión favorita.

La Compañía Infantil continúa trabajando con éxito en el Arbeu, tres ó cuatro veces por semana.

En el Circo Orrin ha estado dando conferencias científicas el niño Emilio Rouuinot, á quien los programas denominan «niño sabio.»

La noche del jueves púsose en escena en el Hidalgo un drama de autor mexicano: *La Sombra* por Alejandro Cuevas. Ya nos ocuparemos de esa obra.

PERSONAL.

Llegó á esta ciudad, de regreso de los Estados Unidos el Sr. Matt W. Ramson, Ministro de aquella nación en nuestra República.

El Sr. Ministro Limantour, muy mejorado de sus males, regresará dentro de breves días á esta capital, de los Estados Unidos.

Acaba de obtener en Oaxaca su título de médico, después de riguroso examen en el que demostró su talento é instrucción, el joven D. Gildardo Gómez. Nos envió la tésis que con tal motivo presentó al Jurado, tésis que versa sobre la higiene en la ciudad de Oaxaca y que es un trabajo bien pensado, mejor escrito y de indiscutible utilidad.

Felicitamos afectuosamente al nuevo médico, haciendo los mejores votos por su prosperidad.

El miércoles último en la noche, y por la vía del Nacional, partió para los Estados Unidos el Sr. Lic. D. Rosendo Pineda, acompañado del Sr. Lic. D. Eutimio Cervantes.

Numerosísimos amigos fueron á despedir á ambos estimables viajeros á la estación. El viaje del Sr. Pineda es de mero recreo, más no sería difícil que con esta oportunidad desempeñase alguna comisión del Gobierno.

Falleció en Toluca la Sra. Dª Tirsa Gonzalez de Aragon viuda del ilustre jurisconsulto D. Prisciliano María Díaz Gonzalez.

HARRIET BEECHER STOWE.

El día 1º del mes en curso pasó á mejor vida, en Estados Unidos, la ilustre dama cuyo nombre sirve de título á estas líneas, autora de «Uncle Tom's Cabin,» [*La Cabaña del tío Tom*] obra universalmente conocida y célebre porque fué uno de los elementos, acaso el más poderoso, que conmovió los ánimos en Norte América, produciendo la tremenda conflagración que se llamó Guerra antiesclavista, la cual produjo la manumición completa de los esclavos de la Unión.

Leídas estas líneas, nadie extrañará que consagremos á la ilustre muerta un sitio preferente en nuestras columnas, y que para que nuestros lectores den á su obra toda la importancia que se merece, reproduzcamos algo de lo que de esa obra escribió, á raíz de la muerte de la autora, el elegante literato Bolet Peraza:

HARRIET BEECHER STOWE
Autora del "La cabaña de Tío Tom," muerta el 1º del presente.

«Harriet—dice este tras hablar de la familia y educación de la ilustre dama—escuchaba atenta, interesada y conmovida las relaciones diarias de los crueles tratamientos que recibían los esclavos; y llegó hasta presenciar cómo su padre, tan venerable, y su esposo, tan austero, y su hermano Henrry, tan recto ciudadano, se hicieron una ocasión encubridores de un esclavo que al Canadá huía del látigo de los capataces inhumanos, arrostrando aquellos ejemplares varones el castigo de la ley por su revolucionaria acción, antes que entregar la víctima á sus verdugos, aquella propiedad ya lacerada á su dueño para que se rematase á vergazos. Estas escenas de siervos prófugos se hacían más y más frecuentes á proporción que las ideas de emancipación cundían, á medida que los crueles esclavistas se exacerbaban, y á medida que sobre los míseros esclavos caían más y más pesada é inhumana la diestra del amo salvajizado por la soberbia y la codicia.

Uno de esos episodios de infelices fugitivos sirvió de asunto á Harriet para su inmortal novela. La escribió más con lágrimas que con tinta, y aquellas páginas hermosas de ternura y compasión, profundas en la idea sublime que iba á propagar, elocuentes por los tonos y el colorido de las elegías y de los cuadros que en ellos resuenan y viven, fueron publicadas por la primera vez en la sección de folletín de un papel de escasa circulación, «The National Era,» editado allá por los años de 1851 y 52. La novela, dada así á retazos, leída por escaso número de gentes, ni le produjo á su escritora más que unos 300 pesos, ni le acarreó al principio fama alguna. Mas á un editor de Boston se le ocurrió ponerla en forma de libro, la dió al públicc en ese nuevo aspecto, y poco después se vendía medio millón de ejemplares, y el nombre de Harriet Beecher Stowe andaba en todos los labios, y en todos los hogares corrían las lágrimas leyendo la triste historia de los esclavos, y en los pechos republicanos, en los cerebros de los filósofos, en las almas cristianas se condensaba aquella tempestad que se llamó «guerra del Sur» tras de la cual apareció lavada con sangre la mancha vergonzosa de la gran República; la Esclavitud deshonrosa é infame.»

Duerma en paz la gran benefactora de los míseros esclavos, y que las bendiciones de éstos sean la perpetua oración que en rededor de su tumba surja y se levante al cielo.

NOTAS DE LA SEMANA

El asunto Poucel Enriquez sigue su curso, sin que haya habido más incidente nuevo que la concesión de la libertad bajo caución de $15,000 al Sr. Lic. Ernesto Enriquez. El Sr Lic. D. Gumersindo Enriquez, padre del anterior, publicó una carta en el *Gil Blas* suplicando á la prensa que no se ocupe más del asunto para no prevenir en ningún sentido al público.

El Sr. Administrador General de Correos salió últimamente de la capital por la vía del Central, con el fin de visitar algunas ciudades del Interior.

Severiano Galicia, presunto responsable de los disturbios de Papantla, fué enviado á Veracruz, consignado al Juez de Distrito de aquel puerto.

Hanse acumulado más acusaciones contra el general Delgado y el sumario de su causa sigue abierto.

Espérase en estos días en la capital al general Escudero de regreso de Sinaloa.

El día 30, aniversario de la muerte del Padre de la Independencia Nacional, celebrose con la solemnidad de costumbre, efectuada esta vez en el teatro Circo-Orrin.

Murió en el Hospital Juárez, víctima del tifo, Luis Basurto, excajero del banco hipotecario, que había sido condenado á larga prisión como reo de desfalco.

Han pasado por Laredo, con dirección á las poblaciones del interior de nuestra República, varios trenes cargados de maíz, para aliviar las necesidades de los pueblos en que se han perdido las cosechas.

El Marshall Ware, de los Estados Unidos y el teniente Tellez del Ejército mexicano, llegaron á Laredo trayendo prisioneros á Inés Ruiz y á Juan Duque, que figuraron como cabecillas en la pasada revuelta provocada por Garza. El Gobierno mexicano pidió su extradición á los Estados Unidos, la cual fué concedida por el Gobierno de la vecina República.

Es muy probable que el día 15 del próximo Septiembre se inaugure el jardín de la plazuela de Santo Domingo, que llevará el nombre de la corregidora de Querétaro Doña Josefa Ortiz de Dominguez. Está ya concluido el pedestal en que se alzará la estatua de la heroina y solo se espera que el escultor Sr. Contreras entregue dicha estatua para inaugurar el jardín.

Próximamente vendrán á México el Conde y la Condesa de Calcinera. La Condesa es á lo que se dice una distinguida artista y periodista inteligente que firma con el seudónimo de *María Roussel.*

La colonización mormona está haciendo rápidos progresos en Chihuahua. 5,000 mormones hay establecidos en las colonias de San José y de Hidalgo En esta última se está construyendo una presa que regará 50,000 acres de terreno y que estará concluida el año entrante. En este año se espera la llegada de 100 familias escandinavas.

Fué aprehendido en esta capital Luis Méndez, quien raptó en Mayo del año en curso y en Ocatlán á la joven Altagracia Romo.

Los periódicos diarios de esta capital han exagerado mucho la importancia del suceso, acreciendo así inconscientemente la culpabilidad del raptor. La verdad del caso, según fidedignos informes es que el joven Méndez fué autorizado por su novia para raptarla y que no hubo violencia alguna contra ella. Además reparó su falta casándose civilmente en Michoacán y por lo tanto la gravedad del caso resulta bien disminuida.

En el pueblo de Tepozotlán, Distrito de Cuernavaca, Estado de Morelos, se erigirá un bonito monumento para conmemorar el notable descubrimiento de la llamada *Pirámide del Tepozteco*, que se llevó á término con motivo de la reunión en México del II Congreso Internacional de americanistas.

El Sr. General D. Pedro Rincón Gallardo á mediados de la semana presentó su renuncia al elevado cargo de Gobernador del Distrito Federal que desempeñaba y esta renuncia le fué aceptada por el Sr. Presidente de la República. El Sr. Rincón Gallardo debió entregar ese Gobierno el día 1º de Agosto, es decir ayer. Hasta la hora en que esto escribimos no se sabe quien lo sustituirá aunque oficiosamente se mencionan varios nombres. El señor ex-gobernador, partirá en Septiembre para Europa. Entre tanto hará una visita á sus haciendas del Interior.

La corbeta *Zaragoza* irá definitivamente al Japón. Ultimamente arribó á las islas Hawaii y en Honolulu, el almirante Monasterio y el capitán Pozo fueron presentados al Presidente Dole en Palacio, donde se les hizo cordial acogida.

El Sr. Monasterio dió á bordo del *Zaragoza* una recepción que estuvo muy concurrida.

El Sr. Francisco Espinosa, de San Francisco California, Secretario particular de Mr. Butter, uno de los principales propietarios de los ferrocarriles del Distrito, ha venido á esta ciudad para estudiar si es posible utilizar una caida de agua para implantar el sistema de tracción eléctrica.

El Sr. General D. Antonio Gayón ha cesado en sus funciones de Jefe del Departamento de Caballería y ha pasado á ser magistrado supernumerario de la Suprema Corte de Justicia Militar. El lugar del Sr. Gayón será ocupado por el Sr. General D. José María Mier que antes era magistrado de la Suprema Corte Militar.

El Dr. D. Eduardo Liceaga, Presidente del Consejo de Salubridad, ha dirigido á un periódico la siguiente carta:

«Impuesto del artículo publicado hoy en su acreditado diario bajo el título: «El cólera en la Isla de Cuba. Graves amenazas para México,» debo decir á usted que tan luego como el Consejo Superior de Salubridad tuvo conocimiento de las noticias cablegráficas relativas al cólera en aquella Isla, dirigió por telégrafo una circular á sus delegados en los puertos del Golfo, ordenándoles la más estricta vigilancia con las procedencias de la misma Isla, y además, por el conducto debido, pidió que la Secretaría de Relaciones adquiriera informes del Cónsul de México en la Habana, acerca de la exactitud de tan alarmante noticia.

Como usted se servirá ver por lo expuesto, las indicaciones contenidas en el citado artículo han sido ejecutadas con anterioridad y oportunamente, y al público se le dará el debido conocimiento, tan luego como se tengan informes exactos sobre el particular.»

Los grandes artistas.

CHOPIN INTIMO.

M. Mathias, el eminente profesor del Conservatorio de París, discípulo de Chopín, ha referido recientemente á un cronista parisiense algunas anécdotas del gran maestro polaco que creemos dignas de ser referidas.

Una noche—dice M. Mathias—había gran recepción en casa de la condesa X...... Al entrar, vi en el salón á un joven de porte distinguido y á quien los concurrentes prodigaban toda suerte de atenciones :era Thalberg, el famoso pianista que gozaba de reputación europea. «Sr. Thalberg, toque usted algo,» «Sr. Thalberg, acceda usted á nuestros ruegos.» Thalberg accedió á tales peticiones y se disponía á pulsar las teclas de un magnífico Erard, cuando un criado anunció: «Madame Jorge Sand, M. Chopín.» Todas las miradas se volvieron hacia los que entraban en aquel momento. Encambio yo tenía los ojos fijos en Thalberg y por la expresión de su rostro comprendí que se sentía vivamente contrariado: fácil era comprender porqué. Thalberg era el polo opuesto de Chopín; las piezas que tocaba carecían de sentimiento y solo estaban compuestas para poner de manifiesto la admirable perfección de su mecanismo. Como Thalberg no ignoraba lo poco que estimaba Chopín esta clase de obras, no le gustaba afrontar la crítica de aquel músico, más grande que él y cuyo desdén adivinaba al través de su exquisita cortesía; por esta razón hubiera querido levantarse del piano, pero se lo vedaba su pundonor, y así no tuvo más remedio que tocar, ejecutando su fantasía sobre motivos de *Don Jnan* con cierta coquetería y con una limpieza y brío incomparables. Chopín—aún me parece estarlo viendo—escuchábale apoyado en la chimenea. Cuando Thalberg hubo terminado, Chopín, en medio de una tempestad de aplausos, adelantóse hacia el pianista y le dirigió algunas frases laudatorias: Thalberg estrechó su mano, púsose extraordinariamente serio, bajó los ojos y se inclinó sin pronunciar una palabra. Aquel silencio traducía el pensamiento de Thalberg y quería decir: «Me avergüenzo de que me aclamen á mí que no soy sino un *virtuoso* delante de vos que sois un artista de genio......»

Chopín—añade M. Mathias—era sensible, excesivamente impresionable, dotado, como les sucede á muchos grandes artistas, de una inteligencia profesional que se concentraba sobre un objeto único y se manifestaba poco al exterior.

Desde el punto de vista sentimental, Chopín era su mamente celoso, de caracter arrebatado y muy exclusivo en sus afectos: ningún capricho le distrajo de su amor enfermizo á Jorge Sand, y mientras duraron sus relaciones le guardó fidelidad absoluta.

Daba lecciones por necesidad y no pocas veces por el gusto sólo de enseñar. Los editores de música le ofrecían por sus mejores piezas una retribución mezquina que raras veces excedía de 500 francos. Su genio estaba en pugna con las costumbres del vulgo, que adoraba la música italiana y que no admitía otra cosa en materia de arte musical: las gentes veían en él á un excéntrico y se burlaban de él como más tarde se han burlado de Berlioz, de Wagner, de César Frank y en una palabra de todos los innovadores.

De estas burlas, consolábale la admiración de algunos que le hicieron objeto de un culto apasionado: mientras en todas partes reinaban los favoritos de la moda, los ejecutantes maravillosos como Thalberg y Stannaty, Chopín fué el rey, y casi pudiera decirse el dios de unas pocas damás del gran mundo, en cuyos salones sentíase aliviado del dolor que le causaba ver en los demás desconocido su talento. El mismo Liszt le hacía sombra, y Chopín, aunque le profesaba un cariño verdaderamente fraternal, no podía menos que entristecerse comparando los triunfos que obtenían las obras de aquél, con el mediano éxito que lograban las suyas. Sus rivales, sin embargo, reconocían lo mucho que valía y rendían tributo á su superioridad.

Una notable escritora francesa, Mme. Girardin, describe en los siguientes términos la última audición que Chopín dió de sus obras en París, con ocasión de un concierto en que tomó parte Mlle. O'Meara, discípula suya:

«Chopín estaba allí, asistiendo al triunfo de su discípula, y todo el mundo se preguntaba: ¿Le oiremos? El hecho es que, para sus admiradores apasionados, ver á Chopín toda la noche alrededor de un piano y no oírle tocar, era el suplicio de Tándalo. La dueña de la casa tuvo compasión de nosotros; fué indiscreta, y Chopín tocó y cantó sus más deliciosas melodías, cuyos caprichos seguimos con nuestro pensamiento, y á cuyas notas poníamos las palabras que nos parecían más ajustadas al canto. Eramos una veintena de aficionados sinceros, de verdaderos creyentes, y no perdíamos ni una nota ni dejábamos de apreciar la más insignificante expresión de una frase: era aquel un concierto íntimo, serio, tal como nos gusta: no se trataba del músico que ejecuta las piezas contratadas y desaparece, sino de un talento hermoso, acaparado, acosado, atormentado sin escrúpulos y miramientos, á quien se pedía que repitiese los trozos preferidos, y que lleno de gracia y de caridad, repetía la frase predilecta para que todos pudiésemos fijarla clara y precisa en nuestra memoria y acariciar su recuerdo mucho tiempo. Una señora le decía: «Por favor, toque usted ese hermoso nocturno dedicado á la señorita Stirling, al que hemos dado el nombre de peligroso,» y Chopín sonreía y tocaba el nocturno fatal. «Yo—exclamaba otra—quisiera oír una sola vez, tocada por usted, aquella mazurca tan triste y tan encantadora,» y el maestro sonreía y tocaba la deliciosa mazurca. Las más astutas, daban un rodeo para llegar al fin que se proponían: «Estoy estudiando la gran sonata que empieza por esa hermosa marcha fúnebre, y quisiera saber á qué compás he de tocar el final,» y el gran pianista sonreía maliciosamente y tocaba el final de la maravillosa sonata fúnebre, una de sus más grandiosas composiciones.

El piano en que toca Chapín se metamorfosea; los sonidos que de él se escapan son acordes desconocidos, notas que quizás se han soñado, pero que no se han oído nunca; sólo hay una voz en la naturaleza que las recuerda: la nota triste del ruiseñor, que en el silencio de la noche exhala una y otra vez su melodiosa queja.»

Damas distinguidas de la República.

Sra. Manuela Morgado de Rivas.

DE TEPIC.

(Fot. de Herrera.)

EL DOMINIO DEL MAR POR LAS MUJERES.

Faltábales á las mujeres apoderarse del último elemento en que no dominaban. En la tierra, después de ser señoras y reinas, se han hecho ciudadanas; en el fuego, no hay fuego superior al suyo, con el cual tienen al mundo convertido en un infierno; en el aire, sabido es que nadie puede disputarles la primacía, según lo rezan aquellas coplas universalmente cantadas y que en castellano dicen:

«Yo me enamoré del aire,
Del aire de una mujer,
Como la mujer es aire,
En el aire me quedé.
Me han dicho que tú has dicho
Que soy variable;
Si yo soy la veleta,
Tú eres el aire.»

Pues bien, ahora se van á apoderar del agua. Las señoras inglesas acaban de fundar el *Ladies's Yachting Club*, el Club de las regatas femeninas, compuesto exclusivamente de mujeres, con prohibición absoluta de que figure en la sociedad, ni á bordo, ni en tierra, ningún hombre. El pensamiento no ha brotado por generación expontánea, cual surgen multitud de caprichos femeninos, sino que, como suele decirse, se ha admitido y planteado después de maduro examen.

Hace ya algunos años que las faldas han conseguido diversos premios en las regatas inglesas, y al lograrlo se han hecho muy populares algunas aristocráticas damas, como mistress Schenley, Hugues, Oliphant, Britten, Budston Read, y como las miss Hammersley y Cox. No han aspirado sólo á divertirse, á luchar y vencer remando, sino que existen ya en Inglaterra capitanas de barco, sin capitán por supuesto, que después de largos estudios y rudas pruebas en pleno mar y en tormentosos mares, han conseguido obtener su título de *Board of trade certificate for proficiency navigation*, como ocurre con lady Chifford de Chudleigh, capitana de su yate de 350 toneladas, con el cual ha recorrido los mares de Europa, disponiéndose ahora á recorrer los de Oriente. Otras dos señoritas obtendrán muy pronto análogos diplomas.

Con estos antecedentes, y con el espíritu firme de las mujeres de aquella raza, creen ellas que el mar será suyo, y que figurarán en primera línea como figuran en el *sport* de la caza, en el cricket, en el football y en el ciclismo. Los escolares de Oxford y de Cambridge no monopolizarán las fiestas nacionales de las regatas como hasta aquí, sino que muy en breve habrán de dejar paso á las animosas tripulantes de las lanchas femeninas.

El aire del mar curte la piel, dándola marcado tinte moreno, grave defecto para la belleza espiritual de las hijas del Norte; pero no es esto preferible al nacimiento y desarrollo de la giba, que poco á poco produce la bicicleta? Una morena con ojos azules y cabello gris es una preciosidad en el mar y en la tierra; una gibosa es un esperpento en plena luz y á obscuras. Viajar sobre cubierta en calidad de curiosas, para recrearse contemplando los paisajes de la costa, los mágicos cuadros crepusculares ó el cielo estrellado, bien ataviadas con elegantes trajes y protectores velos, resguardándose en lo posible del sol y de la brisa fuerte para no perder la finura del cútis, esto se queda para las mujeres de ayer. La *marinera* de hoy, la *marina*, si es más propio el término, expone al viento, al sol á la neblina y á los chubascos su rostro varonil y sus torneados brazos, y, á cambio de encontrarse con la piel tostada y curtida después de algunos viajes, siente su musculatura más fuerte, su circulación más viva, más potente su estómago, más despejado su ánimo, y entrevé para su existencia física más ámplios horizontes, tan amplios como los del Oceano en que respira y trabaja. No hay *sport* como el del mar para fortalecer y desarrollar la naturaleza femenina. Y por disfrutar de él, ¿qué importan la finura y transparencia de la epidermis, si al fin, bajo la morena pátina con que la atmósfera la recubre y meteoriza, asoman los sonrosados colores de la sangre ardiente y sana, que las brisas del mar purifican en los pulmones?

Salud de hierro, resistencia incomparable, vista penetrante, valor y decisión en el espíritu, todo esto se adquiere en pleno mar y lejos del amor. Así lo entienden las asociaciones del *Ladies's Yachting Club*, y nada tiene de extraño que, movidas por el impulso de estas ideas, se hayan puesto á flote, emancipándose de las miserias de la tierra y de la tiranía de los hombres. En la escuadra femenina, las tripulaciones se harán por estado: de solteras y casadas, sin mezcla entre sí, con barcos insumergibles; de viudas, con pacas de velas, cebo de corsario; y de *mothers en law* ó suegras, con seguro en la *Equitativa*, ya que no se sabe por qué causa providencial ó misteriosa la mayor parte de las embarcaciones que ellas tripulan se van á pique, aunque las sumerjan en aceite. Tal vez sea porque, con apariencias de calma, condensan en sí mismas los gérmenes de la borrasca, como dijo San Jerónimo en su carta á Heliodoro: «......*intus inclusum est periculum; intus est hostis; tranquillitas sta tempestas est*;» ó tal vez sea porque en el final de la vida todo parece que está próximo, como el mar parece que limita con el cielo cuando la tierra ha desaparecido, según lo expuso muy bien el Tasso en la *Jerusalem*, canto XV, estrofa 24:

«Fugitte son le terre e lidi tutti,
De l'onda il Ciel; del Ciel l'onda é confine»

Sea por lo que quiera, es probado, y si no ¡cómo habíamos de vivir en paz!, que en las *Mothers in law's Yachting* no se salva ni una rata, por lo cual, según el acuerdo tomado en la asamblea de marinas ó marineras de Cowes, las suegras van á ser excluidas del *Ladies's Club*, como lo han sido los hombres.

UNA PUBLICACION MUSICAL.

Muy pronto se repartirán los prospectos de la que va á editar en esta capital el conocido profesor Don Antonio Cuyás. Sabemos que, ameno y variado el nuevo periódico musical, llenará el vacío que se nota en nuestra prensa técnica, y por tanto nos atrevemos á augurar un buen éxito al futuro colega.

Costumbres curiosas

EN EL EXTRANJERO.

La fiesta de las Acacias, dada en el Bosque de Bolonia por el Conde y la Condesa de Castellane.

En uno de nuestros pasados números, iniciamos con el título general de *Costumbres curiosas del extranjero*, una sección, que por su amenidad, supusimos que agradaría mucho á nuestros lectores. Propusímonos en esta nueva sección, ofrecer una fisonomía fiel del cosmopolita mundo moderno, con toda su pompa, sus deslumbradoras grandezas y sus diversos aspectos, proporcionados á las diversas costumbres.

Hoy publicamos el segundo artículo de esa sección, dando á nuestros lectores la descripción ilustrada de una espléndida fiesta, que inspira en la actualidad centenares de artículos á los revisteros europeos: la *Fiesta de las Acacias* ofrecida en el Bosque de Bolonia, de París, por un noble y su esposa, no por una corporación como se puede creer vista su magnificencia. Es que en el extranjero hay para esos alardes nababs, que en nuestro México creeríamos Montecristos novelescos.

Refiriéndose á esa fiesta, dice un cronista: «La condesa de Castellane ha hecho que bendigan su nombre todos los pobres de París (á beneficio de ellos se dió). El espectáculo, el más delicioso y artístico de los espectáculos, fué una visión de las maravillas del tiempo de Luis XIV.

Escogiose para escenario del deslumbrador divertimiento, ofrecido por los opulentos condes ya dichos, á sus amigos, un islote del Bosque de Bolonia, de ese legendario bosque, donde se dan de diario cita tantas grandezas europeas, y que los americanos conocemos á través del lente fantástico de las descripciones novelescas. Un gusto perfecto, un *chic* netamente francés había presidido á la organización de la fiesta, y ésta debía resultar como resultó deslumbradora.

Desde luego, el escenario estaba admirablemente escogido.

Hay en el Bosque un lindo rinconcito, más lindo aún que el paraje universalmente conocido con el nombre de «Tiro de Palomas,» que se transforma en invierno en *Círculo de Patinadores*, y que se llama en estío *El Círculo de las Acacias*. Esta transformación forma un encantador contraste. En Enero y Febrero, el lago que lame ahí los céspedes lacios, truécase en una superficie nítida, pulimentada, luciente, por donde se deslizan airosas y fantásticas cien beldades parisienses, rusas, alemanas, entregadas con afán al placer del patín. En estío la decoración cambia por completo: el lago hincha con voluptuosidad sus mansas aguas, brillan los céspedes con el rocío de la mañana, y todo canta en derredor la canción de la vida. A estos recursos de la naturaleza los organizadores unieron los del arte y la fiesta, en una harmonía completa de arte y naturaleza, desarrolló su hermoso programa.

Los invitados, después de haber atravesado una larga galería-vestíbulos, donde numerosos ugieres, de librea blanca y oro formaban valla, descubriendo sus cabezas empolvadas, llegaban á un salón lleno de flores. Ahí, el conde y la condesa de Castellane, estaban de pie para recibirles.

Uno de nuestros grabados nos proporciona la vista exterior de ese salón, alumbrado por arañas de luz eléctrica, embalsamado por las rosas, tapizado de seda blanca, salpicado de oro. Había por donde quiera flores, cuyos vivos colores reflejaban los múltiples cristales de grandes dimensiones.

Del salón, á donde más tarde volvían ya, para bailar, ya para comer en un *bouffet* suntuosamente servido, los invitados pasaban á los prados.

Ahí, un espectáculo deslumbrador se ofrecía á sus ojos. El pequeño lago extendía á sus pies sus aguas dormidas, sobre las cuales bogaba una larga galera: el *Bucentauro*, llevando una orquesta que, alternando con otra música oculta entre los árboles, paseaba sus dulces melodías.

Doce cisnes, elegantes y fieros, deslizábanse sobre las aguas, en medio de los delfines simulados aquí y ahí.

LA FIESTA DE «LAS ACACIAS.»
El lago y el templo antiguo.

Hacia la derecha levantábanse unas ruinas. ¿Ruinas? dirán ustedes. Sí, ruinas: una casa construida á medias que ofuscaba todas las miradas. Fueron llamados los decoradores, y con sus telas y sus pinceles, transformaron aquella construcción desagradable en una aparición fantástica.

En el otro borde del lago se elevaba un templo antiguo. Daban acceso á él dos escaleras altas y largas (uno de nuestros grabados lo representa.)

Los coros de la ópera colocados detras de las columnatas del templo, cantaban trozos de Haendel, de Rameau, de Gluck, de Bach, y el cuerpo de baile del mismo teatro, á guisa de divertimiento, representó «La apoteosis del dios Febo» (véase el grabado relativo) y al contemplar

LA FIESTA DE «LAS ACACIAS.»
El salón de recepcion.

ese deslumbrante espectáculo, hubiérase creido contemplar las extensas theorías de jóvenes griegas, cuyo dulce recuerdo nos han conservado los bajos relieves antiguos y estatuas de Tanagra.

Cuando Febo fué llevado —hacía el cielo sin duda— en medio de «torrentes de fuego,» los cantos hímnicos de sus adeptos, las fanfarrias de trompas, resonaron alegres y jubilosas. Esta fué la señal para los fuegos de artificio. Los cohetes sucedieron á los cohetes, las bombas estallaron: el templo, el lago, los prados, fueron literalmente inundados de una lluvia de luz ante la cual los cisnes se asustaron. El ramo final de luces resplandeció por fin, é hizo «palidecer las estrellas.» Terminó esta reunión tan admirablemente organizada, ordenada con gusto tal, tras el último fulgor de los fuegos, y todos retiráronse recordando aquellas fiestas suntuosas de que fué testigo el gran siglo europeo, el siglo de Luis XIV.

La Escuadra Francesa

EN LA CORUÑA.

GALANTERIAS

INTERNACIONALES.

La visita de la escuadra francesa al puerto de la Coruña, ha sido en estos últimos días el gran acontecimiento en España. Esperaba la hermosa capital gallega á sus visitantes, engalanada con banderas españolas y francesas enlazadas.

Al llegar la escuadra, á cuyo frente venia el acorazado *Hoche*, al mando del almirante Regnault, fué saludada con una salva de 21 cañonazos.

Muchos vaporcitos y botes, en los que iban comisiones populares y algunas autoridades se dirigieron á los barcos franceses, disparando por el camino bombas y cohetes. Una de estas embarcaciones llevaba una música, la que al llegar junto á la escuadra tocó la Marsellesa.

Los vivas á Francia eran muchos y estruendosos, respondiendo los marinos con vivas á España. Muchísimas personas subieron á bordo, siendo recibidas por el almirante Regnault de Premesnil y los jefes y oficiales á sus órdenes.

Por la noche la ciudad apareció iluminada, y la escuadra encendió tambien luces eléctricas. El espectáculo era bellísimo sobre toda ponderación.

Si grande fué el entusiasmo de los coruñeses el primer día, mayor fué el segundo. A bordo del *Dupuy de Lôme* falleció un marinero, y su entierro fué ocasión de nuevas manifestaciones. Le presidió el Ayuntamiento, quien, además, le dedicó una bonita corona. A la fúnebre ceremonia acudió una inmensa muchedumbre.

Mayor significación tuvo el banquete dado á bordo del buque almirante. El Gobernador y el Alcalde brindaron por Francia y por que se estrecharan las relaciones entre esta nación y España, hablando en términos harto expresivos. El almirante Regnault lo hizo tambien en forma muy sentida. Después hubo baile acudiendo más de 1,000 personas, entre ellas las más distinguidas señoras y señoritas de la ciudad. Puede decirse, empleando un giro corriente, que toda la Coruña visitó la escuadra.

Al zarpar la escuadra repitióse la manifestación de simpatía. La bahía estaba cuajada de barquitos y vaporcillos engalanados con banderas. El Almirante dejó al Alcalde un pliego cerrado, rogándole no lo abriese hasta volver á tierra. Así se hizo, y entonces se vió que contenía una afectuosísima despedida.

A la una de la tarde salió la escuadra para el Ferrol, rompiendo la marcha el acorazado *Hoche*, poderoso buque de más de 10,000 toneladas, uno de los mejores de la Armada francesa.

Mucho ha comentado la prensa española estas manifestaciones de mutua simpatía, no faltando periódico que haya visto en ellas el deseo de una alianza entre los gobiernos de los dos pueblos.

De todos modos la visita de la escuadra francesa al puerto de la Coruña ha servido para estimular los sentimientos de cordialidad por parte de dos naciones que antaño se miraban con alguna prevención que tiende en la actualidad á desaparecer.

¿DE DONDE VIENE EL COLERA?

Ya han llegado á su destino las grandes peregrinaciones que los árabes acostumbran hacer todos los años, para cumplir uno de los preceptos que más recomienda Mahoma y que es quizás el que mayor influencia ejerce en el ánimo de los secuaces del islamismo.

Desde principios del mes de Abril hasta el 14 de Junio, en que principió la *Pascua de Al-kebir*, conocida vulgarmente con el nombre de *Pascua del carnero*, las caravanas de mahometanos que se organizan para ir á la Meca son innumerables.

De Marruecos, del centro de Africa, de la India, de la China, y más especialmente del Cairo y de Damasco, de todas partes acuden mahometanos á ver el antiguo templo de la Kaaba. Hay años que la peregrinación llega á 200,000 almas.

El viaje que hacen los peregrinos para cumplir este precepto religioso es larguísimo, lleno de penalidades y fatigas, expuesto á todo género de contratiempos y causa para muchos de su muerte porque á las fatigas de un viaje penosísimo se unen la peste, el cólera y otra porción de enfermedades contagiosas que se desarrollan entre los peregrinos.

A pesar de todo ello, el número de éstos aumenta cada año, y más aún la fe religiosa con que verifican la peregrinación.

Santo y bueno para ellos, que los que profesan la religión del Alcorán se dediquen con fe y entusiasmo á estas y otras prácticas de su culto: lo que no se puede mirar con indiferencia, es las consecuencias que esas peregrinaciones producen.

Unas son de orden político; otras afectan á la salud de todas las naciones.

Según el Alcorán, todos los que profesan la religión de Mahoma son hermanos, y la peregrinación á la Meca es una especie de recuerdo entre ellos de que esa confraternidad existe y es indestructible. Cuando los peregrinos se reunen en el interior de su famoso templo, donde no puede entrar ningún cristiano, se comunican entre sí sus impresiones religiosas y políticas; las iniciativas que más cuadran y son más convenientes para el desenvolvimiento de su religión son acogidas con entusiasmo indescriptible entre los musulmanes.

Cuando la peregrinación termina, cada uno lleva al punto de su partida la semilla de las nuevas ideas y de los nuevos planes desarrollados en el interior de la Kaaba.

Pero en el orden físico son más inmediatos y más tangibles los males que produce la peregrinación á la Meca.

El cólera es un azote constante que tenemos todos los años como consecuencia de ella; y á pesar de las innumerables víctimas que ocasiona, y no obstante los quebrantos que al comercio de las naciones atacadas produce, pasa uno y otro año, y se olvida ese mal hasta que al siguiente vuelve á sorprender su repentina aparición.

Son ya innumerables los casos de cólera ocurridos en diferentes puntos del mar Rojo, en el Egipto, en Marruecos y en algunos puertos de Europa, hasta el punto de que la cuestión sanitaria es hoy una de las de preferente atención para muchas naciones, y ha dado origen á algunas medidas preventivas.

De Calcuta es de donde viene principalmente ese azote porque allí el cólera es permanente, debido á la costumbre que tienen los naturales de la India inglesa de exponer sus enfermos en las orillas del Ganges, río para ellos sagrado, con objeto de que obtengan su completa curación. Con esto ocurre lo que es natural: llega la hora de la marea, y el agua, al subir, recoge á todos los enfermos que están depositados en las orillas, los arrastra con su corriente, y va dejando cadáveres en todos sus islotes. Los cadáveres flotantes se descomponen, las aves de rapiña se ceban en ellos; y de esta bárbara costumbre, á que los individuos que la practican llaman la verdadera religión, nace la peste, el cólera y toda clase de enfermedades contagiosas, que los mahometanos que van á la Meca esparcen por todo el mundo.

Algunas veces han intentado los ingleses hacer desaparecer tan bárbara costumbre; pero las dificultades de orden interior que esto les originaba han sido causa de que desistan de su idea.

Los ingleses llevan á sus colonias un espíritu eminentemente mercantil, y sin duda anteponen el logro de sus aspiraciones comerciales á las ideas de civilización que ninguna nación culta debe abandonar.

Si las naciones de Europa no se ponen de común acuerdo para evitar la propagación de estos males, el cólera será y continuará siendo un azote que tendrá la Europa pendiente sobre su cabeza, y de Europa la terrible enfermedad podría pasar muy fácilmente á América. En realidad, las peregrinaciones de los árabes son un constante amago á la salubridad del mundo entero.

LA FIESTA DE «LAS ACACIAS»
Apoteosis de Febo.

FRANCIA Y ESPAÑA.—LA CORUÑA.—LA ESCUADRA FRANCESA DEL NORTE FONDEADA EN LA BAHIA.

BISMARCK Y LI-HUNG-CHANG.

Como referiamos en la semana anterior, el célebre estadista chino va actualmente de corte en corte, visitando la vieja europa, y aprovechándose al parecer de las enseñanzas que le proporcionan su observación prudente y su larga práctica en los asuntos de su país.

Hoy publicamos un grabado que representa al príncipe de Bismarck, al creador de la unidad germánica, y al poderoso virrey del Petchilí, campeón esforzado de la modernización del celeste imperio. Figura nuestro grabado el momento en que los dos altos próceres, se hallan reunidos en Friedrichsruhe, durante la visita que el encumbrado chino hizo al célebre Canciller alemán.

Por más que se quiera, es imposible dejar de hacer un paralelo entre esos dos hombres públicos de tanta notoriedad, que por modo diverso y por tan apartados caminos han influido tan eficazmente en la marcha de sus respectivos países. Al verlos unidos en íntima entrevista acuden al pensamiento los recuerdos de la vida de Bismarck, larga y laboriosa, pero consagrada por entero á la realización de un hermoso ideal: la formación de una patria alemana, fuerte y vigorosa bajo la salvaguardia de los Hohenzollern, herederos de las glorias legendarias de Federico Barbarroja. Y no se crea que el caudillo occidental sale maltrecho en la comparación.

Li Hung-Chang, como Bismarck ha dedicado también toda su vida al servicio de una causa; dar estabilidad y fuerza al poder central del caduco imperio chino, y sin reparar en los medios, ha marchado constantemente á su objeto. Como al Canciller de Hierro no le preocupan los gemidos de Polonia esclavizada, ni las protestas de Dinamarca despojada, ni las humillaciones de Austria privada de su hegemonía, ni los rencores de Francia vencida, así al Virrey del Petchilí no le escuecen ni turban la tranquilidad de sus sueños, las sombras de millares de infelices prisioneros, infamemente degollados en Son-Tcheon, á pesar de las enérgicas protestas del General Gordon, representante de la alianza británica que les había prometido dejar su vida á salvo.

Tampoco hacen mella en su corazón templado en las sangrientas luchas, los alaridos de garradores de los musulmanes vencidos, en Occidente y como los fanáticos Nieu-Fei, destrozados al filo de la espada en el Norte.

En estas hecatombes, dignas de dejar mancha imperecedera en la historia de aquellos pueblos se trataba de insurrecciones atrevidas, de rebeldías atolondradas contra el poder constituido y contra la omnipotencia del Hijo del Cielo; y era preciso reprimirlas con mano airada.

El Emperador perdonó al sanguinario caudillo, y lo premió colmándolo de honores, y concediéndole su imperial confianza. La Historia tendrá tal vez que perdonarlo porque supo alcanzar éxito en sus hazañas.

Extraño personaje el que pretendemos bosquejar á grandes rasgos. Nacido de las capas sociales inferiores, ha podido por el solo esfuerzo de su voluntad elevarse á la envidiable y encumbrada posición del imperio chino.

Nada lo ha retenido en su carrera triunfal, y paso á paso ha obtenido los honores y distinciones con que lo señalan en su país.

Con habil y astuta maña supo despistar á los diplomáticos franceses presentándose como el amigo cariñoso de la República durante la guerra del Tonkin, y después de aquella desastrosa campaña, tan llena de gloria como escasa de provecho para las armas francesas, logró el hábil estadista que las cosas quedaran como estaban antes de romperse las hostilidades, y que Mr. Ferry retirara sus exigencias de una cuantiosa indemnización de guerra.

Entonces fué cuando Li-Hung-Chang alcanzó el máximum de su prestigio en la corte de Pekin; y cuando disponiendo de la confianza del soberano se dedicó á la árdua tarea de militarizar el imperio.

No tuvo tiempo de desarrollar todos sus planes; apenas logró fortificar y poner en estado de defensa Puerto-Arturo y Wey-Hai-Wey, y comenzó la organización del ejército.

Los japoneses se habían adelantado á sus designios, y cuando estalló la guerra de 1894, hallaron al imperio desarmado.

LI-HUNG-CHANG Y EL PRINCIPE BISMARCK.

BRILLANTE RECEPCIÓN DE LA COMPAÑÍA DE ARTILLERIA DE BOSTON, E. U. EN MARLBOROUGH HOUSE, POR EL PRINCIPE DE GALES.

Taimado como pocos, el astuto caudillo no aguardó la derrota que preveía, y más que por mentidos disgustos del Emperador, por propia voluntad se separó de la dirección de los negocios, á tiempo oportuno, pára no amenguar su colosal prestigio.

Este hombre extraño, símbolo de la grandeza china y emblema de sus groseros errores tiene dos aspectos contrarios y paradójicos; como viejo tronco hunde sus raíces en el suelo inmóvil y misterioso de la chinesca antigüedad; pero tambien extiende ó quiere sus ramos verdes en pleno modernismo europeo.

Viaja con su ataud y le gusta tener en sus habitaciones aves de canto y tórtolas arrulladoras: este es el chino del pasado, el chino del país quimérico de los pagodos ventrudos, de los lacos multicolores y de los venturinos de oro.

Discute con los sabios y los diplomáticos, asiste á las experiencias de los hombres de ciencia, intriga á la Europa entera, que lo contempla absorta: ese es el chino del porvenir, el chino que llevando á su patria el secreto de la fuerza que encuentra en los imperios occidentales, puede levantar innúmeras legiones que rompan las corroídas murallas que las guardan.

Ya se ve, pues, que no es tan disímbolo el paralelo entre Bismarck y Li-Hung Chang que se ven en nuestro grabado.

La Compañia de Artilleria de Boston.

Por primera vez en la vida, Londres ha abierto sus brazos para estrechar en ellos á un «ejército invasor.» La antigua y Honorable Compañía de Artillería de Boston, cruza el Atlántico y se halla ahora entre los ingleses, sin haber causado la más ligera perturbación en el Reino Unido. Esta compañía fué fundada hace doscientos cincuenta años, en tiempos que se batallaba dura y continuamente. No está compuesta de soldados de simulacro, y si la ocasión se ofreciese, pelearía como buena, siguiendo el ejemplo de sus predecesores en la guerra civil de América.

El proyecto de que esta compañía visitase á Inglaterra, era ya antiguo: hace dos años y medio que surgió, y el fin principal de los visitantes es predicar en el Reino Unido el establecimiento de un tratado de arbitraje para todos los asuntos que puedan ofrecerse entre los pueblos que hablan el inglés.

La recepción hecha á los brillantes soldados fué cordial y cariñosa. La reina los recibió en Windsor, y el Príncipe de Gales les pasó revista en Mallborough.

Detención de los trenes en la arena.

El accidente ocurrido en la estación férrea de Montparnasse, en París en el cual no saltó todo el tren á la calle gracias á la resistencia ofrecida á las ruedas por el suelo arenoso del anden, ha sugerido á un profesor de Dresde la idea de detener con arena los trenes cuando entran sin freno en las estaciones.

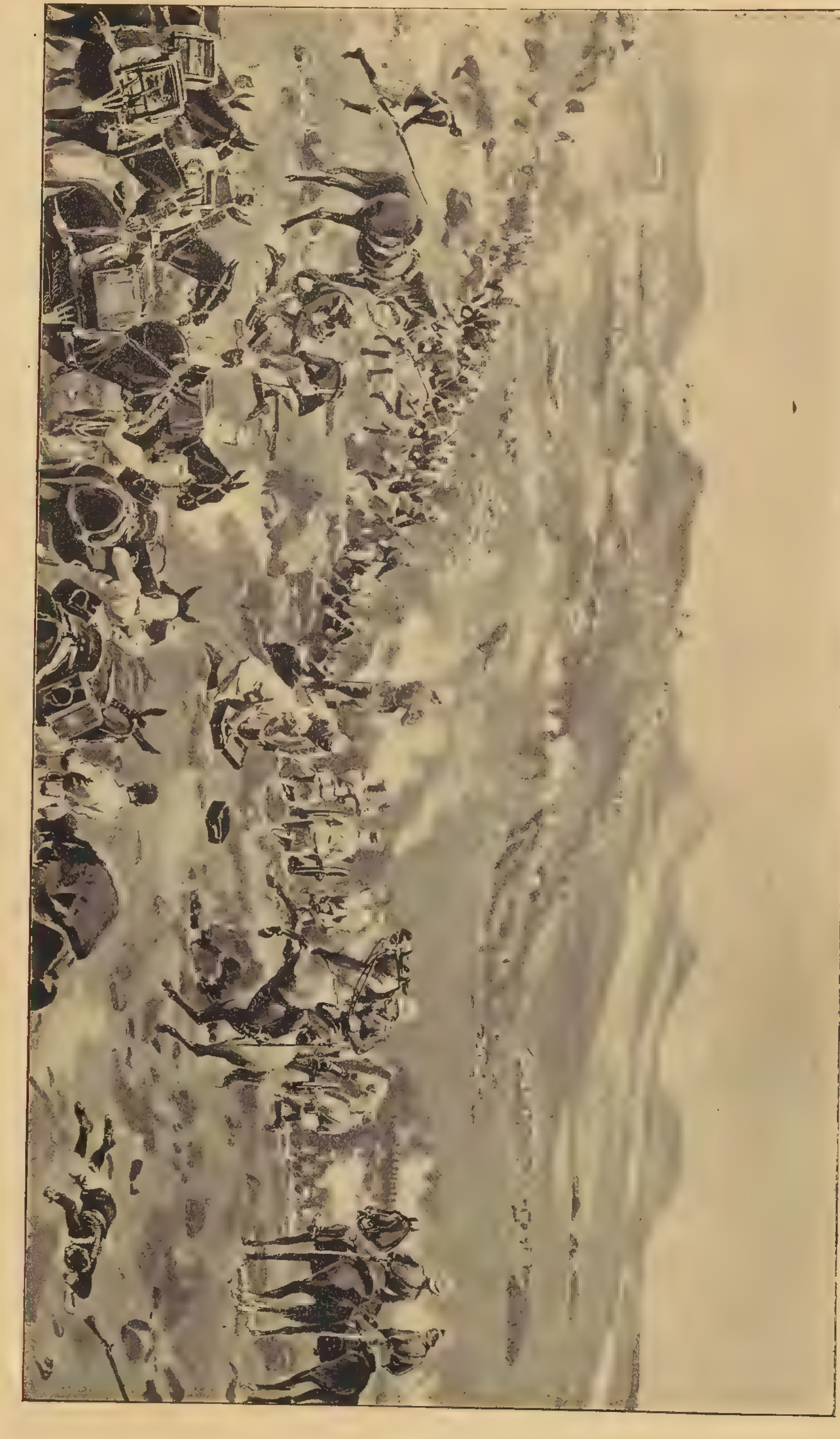
El procedimiento se reduce á amortiguar la velocidad de los trenes ó vagones sueltos, haciendo que pasen las ruedas á una masa de arena de 5 á 13 centímetros de espesor.

El sistema se ensayó primeramente en el final de una estación de término y después en una estación intermedia, por medio de una aguja que envió el tren á toda velocidad á una vía accesoria enarenada.

Los resultados fueron decisivos. No se produjo parada brusca, sino una disminución gradual de velocidad, sin que los vagones ligeros tuviesen tendencia á levantarse entre los pesados.

La resistencia ofrecida por la arena aumenta con el espesor de la capa y sobre todo, con la rapidez de la marcha del tren.

La expedición inglesa al Nilo.



BATALLA DE FIRKET.

CROQUIS MODERNOS.

TARDE GRIS.

Llueve...... la sombra extiende su clámide enlutada,
La calle está cubierta por el negruzco cieno,
Y ahogando de la lluvia la fúnebre balada,
En lo lejano se oye el redoblar del trueno.

¡Oh, triste pensativa, oh, taciturna amada!
Denme las morbideces de rosa de tu seno
El bienhechor marasmo, y vierta tu mirada
Sobre mi vida inquieta su hipnótico veneno.

Quiero, bebiendo el hatchis de tus sombríos ojos,
El opio de tu nuca y el de tus labios rojos,
Mirando como albéa tu pálida hermosura,

Rodar hasta el abismo sin fondo del olvido,
Mientras la lluvia entona su canto adormecido
Sobre la masa negra de la ciudad obscura.......

Francisco M. de Olaguibel.

Agosto de 96.

Un episodio terrible.

Hacia ocho dias que estábamos en Arcueil. Nos alojábamos en las casas de la ciudad; mi compañía estaba instalada en una *villa*, cerca del acueducto.

La mayor parte de los arcos inferiores del acueducto habían sido cubiertos con morillos. En algunos que tenían un lado tapiado y el otro cubierto por una palizada, acampaban las fuerzas móviles de Saone-et-Loire. Uno de los arcos había quedado libre para el paso de las tropas y de los toneles llenos de piedras; las faginas estaban colocadas á derecha é izquierda para impedir el acceso en caso de alérta. Afuera, para defender las aproximaciones, había atrincheramientos de tierra y estacadas. Los móviles estaban de guardia.

Yo estaba con Lasalle, de mi compañía, un bravo y sólido muchacho. Era de Arcueil y debíamos juntos ir á hacer un reconocimiento en unas grandes canteras abandonadas que se extienden en un largo radio en los alrededores, y tratar de recoger algunos hongos.

En aquel tiempo de penuria, un plato de hongos convertíase en un regalo de rey.

Uno de nuestros camaradas se había procurado, gracias á no se que sortilegios, un cuarto de libra de manteca para los ochenta vientres hambrientos de que se componía la compañía. Poco era, pero no por eso dejaba de constituir un corolario tan apetitoso como raro, de los sabrosos hongos entrevistos en nuestra imaginación y de los cuales esperábamos hacer una ámplia cosecha.

Por la mañana habíamos roido un pedazo de femur de caballo viejo, del cual pendian trozos de carne quemados ó casi crudos. Habíasele añadido un poco de arroz aguado con sal y con este sumario almuerzo rociado de un vaso de vino, una taza de café ligero y una gota de aguardiente *tuerce tripas*, habíamos partido sin decir una palabra de nuestra expedición, Lasalle y yo, en busca del deseado platillo.

Eran como las tres de la tarde. Las canteras se abrían á algunos centenares de metros del ecueducto, en un repliegue que empezaba á corta distancia de las avanzadas prusianas.

Se corría el riesgo de atrapar algunas balas del enemigo yendo demasiado á la descubierta, pero Lasalle, hijo del país, conocía á fondo la topografía de los lugares y sabía la existencia de una entrada donde podiamos llegar, inapercibidos del enemigo.

Hacía un frio de todos los diablos. La nieve endurecida, rojiza y mezclada de tierra, era de un blanco sucio, matizado aquí y allá por el relieve sombrío de un surco, roto por alguna valla de espinas ó por un arbol aislado.

En algunos sitios brillaba el relámpago de un aguazal, de un hilillo de agua, helados. Del cielo pálido caían fulgores débiles, alumbrando con reflejos tiernos el terreno, apezonado y atormentado, los caminos hendidos por las profundas huellas dejadas por las ruedas de los cañones

El frío era intenso; el aire helado, inmóvil, tangible por decirlo así, parecía como paralizado. Cortaba materialmente la faz, laceraba las manos; penetraba los huesos, con una agudeza tal que se creía experimentar la picante sensación de una quemadura.

Reinaba por doquiera una gran calma y á veces en medio de ese silencio que obsesionaba, algun arbol, matado por el frio, se hendía de lo alto á lo bajo, con el ruido seco de un fuetazo; desprendíase una parte y volvía á reinar aquel silencio de muerte.

De cuando en cuando un cañonazo agudo, hiriente, lanzaba su nota breve y metálica, golpeaba el aire y se extinguía súbitamente, como estrangulado por el rigor de la atmósfera.

A intervalos regulares, en la distancia, una detonación sorda, potente, prolongada, parecida á la queja formidable y lejana de una bestia monstruosa, estallaba repercutiendo al rodar en el aire con sonidos sofocados y de nuevo el silencio pesaba en la calma glacial.

Eran las baterias prusianas que tiraban sobre Paris, la explosión de las cóleras acumuladas de un pueblo, ayudadas por los Krupp, esos gigantes de acero y de fierro, aullando su feroz canto de guerra, lloviendo su tromba de fierro sobre la ilustre ciudad. Era el enemigo; el enemigo obstinado é implacable, encarnizado en su obra de destrucción y á cada minuto, con una precisión rigurosa, el temible huracán se abatía sobre la ciudad.

Detrás de nosotros se perfilaba netamente la extensa línea rígida del acueducto que nos ocultaba al pueblo y á nuestra derecha, un poco hacia atrás, la temible silueta del fuerte de los Hautes-Bruyères, entonces silencioso; frente á nosotros se distinguían facilmente los atrincheramientos prusianos, en las tierras frescamente removidas, destacándose lo negro sobre la blancura lívida del suelo.

Habiamos encendido nuestras pipas, sin decirnos nada; con las facciones consumidas, la faz barrosa, las carnes tajadas por el hielo, encorvando las espaldas, seguíamos la parte baja de una rampa que nos sustraía á la vista y á los tiros del enemigo. Algunos minutos después alcanzamos la correntera y nos detuvimos ante una abertura muy elevada, bajo la cual desaparecimos. Estábamos en las canteras.

Yo enfilé el pasadizo siguiendo á Lasalle, que había encendido una vela. Ese pasadizo de dimensiones y de formas muy irregulares, se alargaba, con torcimientos bruscos, describiendo emboscadas ingeniosamente complicadas, ó redondeandose en blandas curvas, atravesadas por otras vías que se entrecruzaban hasta el infinito.

Ya esos pasajes medían dos metros de altura, ya se alargaban hasta tres ó cuatro metros; después, de pronto se estrechaban, la bóveda se deprimia, las paredes se aproximaban y se necesitaba inclinarse para pasar, no pudiendo avanzarse de frente.

En algunos parajes los desprendimientos habían obstruido la vía y era preciso tenderse boca abajo y resbalar á través de los escombros y franquear el estrecho paso que comunicaba los dos trozos del ramal. Algunas veces se caía en una espaciosa encrucijada de cerca de cuatro metros de altura, á donde convergían cinco ó seis arterias.

La roca formaba el techo de esos pasajes; los bloques de piedra superpuestos y apenas apareados, constituían las paredes laterales, sosteniendo el esfuerzo de la bóveda. y daban á esas zanjas cubiertas una apariencia de regularidad.

De cada lado en los corrillos más largos, corrían paralelamente á los muros bancos de arena, mezclados de tierra y mantenidos por piedras enfiladas. Ahí crecían hongos que cortábamos y deslizábamos en nuestras bolsas. Hacía un calor dulce que nos envolvía y después del frío de afuera experimentábamos una indecible alegría en dejarnos penetrar por ese aire tibio, acariciador y delicado como un plumon. Nuestras articulaciones rígidas se ablandaban, nuestros miembros ya flexibles, adquirían de nuevo su elasticidad.

Poco á poco, á ese bienestar sucedió una especie de debilitamiento irresistible. Nos sentiamos presas de un deseo inmoderado de dejarnos caer sobre aquella arena fina, de extendernos cuan largos éramos y de dormir indefinidamente. Fué preciso luchar contra este entorpecimiento repentino que nos invadía, originado por el aire apenas renovado por los pozos que en ciertos parajes partían de una de las galerías para ir á abrirse afuera, al nivel del suelo. En el orificio las antiguas truchas fuera de uso se pudrían en su sitio. De lo alto á lo bajo de los pozos, varios mástiles provistos de escalones, atravesaban toda su extensión, apoyados contra las paredes y parecían á primera vista ofrecer una posibilidad de obtener la salida; pero la mayor parte de esos postes estaban en un estado tal de vejez, con los escalones tan carcomidos, que cuando no se rompían al tocarlos constituían para al que intentase escalarlos la grave amenaza de romperle el cuello. Por lo demás, muchas de esas escalas primitivas no llegaban sino á algunos metros de la boca de los pozos.

Nosotros nos habiamos quitado nuestros capotes y los habiamos depositado en una oquedad para tomarlos á la vuelta. De tal manera era sofocante el calor.

Yo había tenido al principio cierta aprensión al avanzar por esos fúnebres corrillos. Lasalle por su parte no mostraba la menor vacilación, parecía muy á gusto en el fondo de aquel laberinto y se aventuraba con sorprendente aplomo por los zig-zags de aquellas innumerables callejuelas. No teniendo como él el hábito de permanecer en los subterraneos, yo experimentaba la influencia del medio.

Sufría esa ansiedad opresora de lo desconocido, esa sensación de malestar, vaga, esa inquietud indefinible, pero punzante que hostiga constantemente, estado de alma particular que es singularmente penoso, especie de postración dolorosa de nuestra voluntad ante un peligro inasible, invisible, pero que sin embargo, se adivina. Después:

poco á poco, ante la inperturbable tranquilidad de las calles, esta obsesión irritante desapareció. Ya no tuve como él más que una sola preocupación: la de descubrir hongos.

Veníamos de atravesar un estrecho corredor qué, me decía Lasalle, desembocaba en una encrucijada larga y espaciosa, la cual debía llevarnos á nuestro punto de partida. Habíamos encontrado grandes dificultades para seguirlo. Un derrumbe reciente la había vuelto casi impracticable; los bloques, apenas detenidos en el techo, pendían de una manera tan agresiva, que avanzando se tenía la percepción netamente definida, insoportablemente enervante de que una nada, un extremecimiento del suelo, un eco de la voz, la más ligera conmoción, bastarían para provocar su caída.

Entonces vendría la muerte, la muerte inevitable, brutal, del buey que cae bajo el peso de la masa, si esta nos tocaba, y si no, la muerte lenta, horrible, en un sepulcro de piedra, presas de los horrores del hambre y de la sed, la larga y cruel agonía, en medio del espanto de las tinieblas, del hombre enterrado vivo, á menos de evitar el suplicio alojándose en la cabeza una bala de revólver.

Volver por ese camino hubiera sido una imposibilidad casi absoluta.

Habíamos apenas salido de aquel paso peligroso, cuando Lasalle, tan dueño regularmente de sí mismo, se paró en firme clavando sus pies en el suelo.

Había una concentración de terror en sus ojos, taimadamente fijos frente de él, y en su fisonomía trastornada, una estupefacción dolorosa.

Yo seguí la dirección de su mirada y experimenté una violenta conmoción; no había ya paso, la bóveda se deprimía y los bloques superpuestos se levantaban, limitando completamente el camino que debía llevarnos á otra salida de las canteras.

El se aproximó y examinó el obstáculo. La bóveda al derrumbarse se había roto en mil pedazos, que amasándose irregularmente apilábanse al azar, mostrando bruscas salientes y curvas profundas. Uno de esos bloques, el de más abajo, no tocaba el suelo sino por un lado; el otro, semilevantado, permanecía apoyado sobre algunas piedras que lo mantenían en un equilibrio tan incierto, tan amenazador, que un ligero movimiento, una sola piedra desprendida del montón, habría bastado para que el andamiaje improvisado se desuniese, arrastrando en su caida al bloc, privado así de todo soporte. Tal cual estaba, dejaba en su inclinación una estrecha abertura triangular, suficientemente ancha apenas para que un hombre, arrastrándose, pudiese introducirse. Pero ¿á dónde conducía? El hundimiento había debido producirse en cierta extensión, y podía con razón suponerse que otros montones de rocas continuaban más allá. En suma, las probabilidades de pasar eran tan aleatorias, tan llenas de imprevisiones, que se podía considerar como virtualmente imposible escapar á través de aquella muralla de piedra.

Lasalle se había inclinado y permanecía en cuclillas frente á la abertura, con una vela en la mano. Hizo un movimiento como para penetrar; pero se detuvo y permaneció en la misma posición; únicamente inclinó la cabeza sobre el pecho.

Cuando me aproximé á él, vi que todo su cuerpo temblaba y me dijo con voz sorda de un timbre extraño, como si hablase para sí mismo: «Ha habido un derrumbe, la ruta está tapada.»

Su voz en aquel momento tenía una entonación particular; era débil, amortiguada, pero enunciada con claridad, aunque articulada con trabajo y parecía venir de muy lejos. Expresaba una angustia tal, un desaliento tan completo, que yo temblé sacudido por un gran extremecimiento.

—¡Obstruída! repitió Lasalle maquinalmente. Y hubo en estas tres sílabas una intensidad de sufrimiento tan vibrante, que yo permanecí inmóvil, incapaz de pronunciar una palabra, de hacer un gesto, aniquilado. Frente á la inmensa desesperación de aquel hombre, cuya audacia fría conocía yo, cuya bravura había comprobado, olvidé un instante nuestra posición desesperada. Aquel desfallecimiento inexplicable en un ser de alma tan bien templada, me conmovió en todas las fibras de mi individualidad;

sentí como un desgarramiento interior y fuí presa de una gran piedad.

El añadió en seguida con la misma voz blanda y lejana: «Á menos que detrás del bloc haya......» Repentinamente, con un movimiento brusco, se levantó á medias como galvanizado. Con un gesto breve me hizo signo de que guardase silencio, apagó la vela, y en el horror negro de las tinieblas, espesadas al rededor de nosotros, inmóviles, reteniendo nuestro aliento, con los músculos y los nervios distendidos como resortes, escuchamos.

En aquel momento un rumor apartado, confuso, apenas perceptible, llegaba á nosotros. Después fué un murmullo de voces, un pataleo de hombres en marcha. El grupo se aproximaba, acentuábase el ruido, los sonidos se difundían, el suelo, hollado, martillado por una banda numerosa, temblaba, y piedras pequeñas se desprendían de los muros y caían á tierra.

Arrodillados, con los revólvers en la mano, esperábamos ahogados por una angustia muda. Prodújose entonces, detrás de nosotros, un ruido sordo, prolongado, seguido de una sacudida que quebrantó fuertemente el suelo y algunas piedras rodaron hasta nosotros. Un sudor frío perturba nuestras frentes.

—Ahora si está bien cortada nuestra retirada, estamos tapiados, dijo Lasalle en voz baja; detrás de nosotros la galería se ha hundido y delante tenemos á los prusianos.

Esta vez su entonación era firme, formulada con mucha precisión. Continuó:—Hay un ramal que se abre á nuestra derecha, pero está obstruído en sus tres cuartas partes, y además, ignoro si desemboca en un pozo ó se comunica con otros corredores más practicables. Puede ser también que los prusianos, asustados por el hundimiento, no osen arriesgarse á pasar, admitiendo que el camino esté libre detrás de ese agujero y vuelvan sobre sus pasos, esto no tardaremos en saberlo.

El murmullo que acabábamos de oír recomenzaba; ahora era un bullimiento indescriptible; rozamiento de cuerpos á lo largo de las paredes, los crujimientos de las piedras desplazadas, el tintineo de las armas golpeando los muros, apartando los escombros. De cuando en cuando, un juramento, enérgicamente formulado, estallaba dominando el tumulto. Se daba alguno orden, la banda pasaba. Ya una luz vacilante cercaba de una aureola pálida los bordes del agujero.

—La ruta estaba libre, murmuró Lasalle.

Se oía el ruido de las respiraciones fatigosas. Acres emanaciones se desprendían de aquellos hombres sudorosos; un relente insípido se escapaba de sus trajes impregnados de toda clase de olores de guerra, de tabaco, de cuadra, y se filtraban á través del estrecho orificio hasta nosotros.

A cada instante el agujero flumeaba con una luz más viva. De pronto surgió una mano teniendo una candela, á esta siguió un brazo, y por fin una cabeza coronada por un casco, apareció: La llama nos alumbraba por completo á Lasalle y á mí, y los cobres del casco cintilaban. Una gran sombra, violenta, muy alargada, trazaba sobre la bóveda una larga banda negra, móvil, contorneada de una manera peregrina.

El hombre nos apercibió. Jamás olvidaré la expresión de estupefacción, de espantoso horror que súbitamente descompuso sus facciones. La boca torcida en un horrible *ictus* sobre su faz que se había puesto pálida, con una palidez terrosa, los ojos abiertos y fijos, las pupilas desmesuradamente dilatadas, oprimiendo la candela que tenía entre sus dedos crispados, permanecía ahí como petrificado ante nuestros dos revólvers que le apuntaban.

Permaneció así un largo minuto. Después, un grito salvaje, un aullido de fiera, un ladrido, surgió de su garganta, grito de terror, de impotencia, de rabia, de una intensidad sobrehumana, que nos hizo extremecernos hasta la médula de los huesos. Inmediatamente después, ensayó un brusco movimiento de retroceso, pero su codo movió violentamente y desplazó una de las piedras que servían de apoyo al bloc sobre el cual se encontraba, y la enorme masa calcárea osciló un segundo y cayó sobre él lentamente. Entonces las facciones del miserable se deformaron, un sufrimiento indecible contrajo su faz, oíase el crujimiento de sus huesos que se rompían y su cuerpo se recogió sobre sí mismo. En un esfuerzo convulsivo, levantó la cabeza, sus labios hicieron una mueca sobre sus dientes atrozmente apretados, un brillo repentino iluminó sus pupilas que luego tornaron á velarse, y una gruesa lágrima turbia se detuvo en el lagrimal de su pupila izquierda, y su cabeza cayó inerte con el casco. Había muerto. Un hilo de sangre salía de debajo de la roca, manchando de púrpura la blancura de las piedras, y surcaba con sus surcos bermejos el polvo de los escombros.

El brazo permanecía tendido, con una rigidez amenazadora y entre los dedos crispados la candela continuaba ardiendo. De cuando en cuando una gota de sebo rodaba á lo largo de las falanges y se fijaba mostrando sobre la mano su delgado relieve.

—*Requiescat in pace!* dijo Lasalle con una sonrisa extraña. Después de él......... nosotros.

Al grito terrible lanzado por el infeliz, prodújose un gran silencio entre los prusianos; después, tras vanas tentativas por desprender á su camarada, partieron, dejando dos soldados para custodiar al cadáver.

Nosotros oíamos á esos dos hablar en voz baja.

Lasalle, encendiendo de nuevo nuestra vela en la del muerto, me dijo: «muchacho, no hay que vacilar, es preciso que nos metamos por donde vinimos, cueste lo que cueste (y me mostraba el pasadizo que permanecía libre); es nuestra única probabilidad de salud, nuestra sola puerta de escape...... si es que nos queda alguna. Pasaremos ó no pasaremos; ensayemos, sin embargo, pasar. Siempre habrá tiempo de hacer una intentona de última hora.» Y mostrándome su revólver, añadió: «En todo caso podremos abreviar los tedios de nuestra soledad si se prolonga demasiado.»

Dicho esto y tomando la delantera penetró en el peligroso canal. Con una perfecta sangre fría y una tranquilidad admirable, tanteaba el terreno, sondeaba las aberturas, escrutaba el equilibrio de los bloques. Había readquirido su calma y tomaba de nuevo posesión de sí mismo. La encrucijada estaba muy obstruida y extremadamente elevada y parecía ser una hendidura resultante del desprendimiento de las rocas, más que una galería tallada por la mano del hombre. Su altura alcanzaba hasta cinco ó seis metros y frecuentemente menos. Pero los amontonamientos de escombros subían algunas veces hasta la cima y era preciso escalar penosamente esos taludes movibles, salvar sus crestas y descender con todo género de minuciosas precauciones, la pendiente opuesta. Frecuentemente la bóveda descendía hasta el suelo, de tal suerte, que se veía uno obligado á deslizarse entre los escombros, temiendo perpetuamente el desprendimiento de los bloques, que de un momento á otro podían aplastarnos. Un movimiento un poco brusco de nuestras rodillas, un golpe de hombros ó de codos, mal aventurado, un impulso imprudente...... podía desprender una piedra y quedaríamos enterrados para siempre.

El aire rarificado era mefítico y pesado; la humedad penetrante y malsana.

Tuvimos que detenernos un momento, porque ya no podíamos más. Lasalle consultó su reloj: eran las nueve; á las siete habíamos entrado en aquel conducto infernal; así, pues, hacía dos horas que errábamos en aquellas catacumbas, y nada nos indicaba que estuviésemos cerca de una salida cualquiera. Para colmo de desgracia, nuestra vela estaba enteramente consumida; arrojó una llama azulada y se extinguió; un segundo aún la mecha ardió con un fulgor rojo, apenas visible, carbonoso, y las tinieblas fueron completas, opacas, fétidas.

Entonces un inmenso desaliento se apoderó de mí, una gran lasitud de espíritu. Experimenté una necesidad imperiosa, irresistible, de permanecer ahí donde estaba; no tuve conciencia de nada, sino del deseo de un reposo inmediato, absoluto y que siempre durase.

Lasalle me tomó rudamente del brazo, me levantó, y con voz dura me dijo: «Vamos! levántate! Marchemos.» Y seguí pasivamente trastavillando detrás de él. Andaba automáticamente, sin saberlo, embrutecido.

Nos quedaban algunos cerillos, de los cuales nos servíamos en los pasos difíciles. Traíamos dos periódicos, los desgarramos é hicimos mechas con ellos; su flama duraba algunos segundos, se deslizaba por las paredes lisas, desflorando los amontonamientos de piedras amparados por las anfractuosidades; sombras fantásticas danzaban alrededor de nosotros, y la noche, la horrible noche, volvía con el tétrico silencio.

Se encendió el último cerillo, el último pedazo de papel, y entonces, delirantes, furiosos, nos internamos en la sombra......

La alucinación comenzó; el pensamiento del prusiano yacente, aplastado por la roca, hostigaba nuestro cerebro. Nos parecía sentir su cadaver aplanado frente á nosotros tratando de impedirnos el paso con sus manos crispadas. Perseguidos por la atroz visión, proseguíamos, siempre infatigables, feroces, huroneando en el espesor de las tinieblas. Bajo nuestros pies, las piedras rodaban con estruendo y nos heríamos las cabezas en las aristas de las rocas; nuestras manos se ensangrentaban, desgarradas por los filos agudos de las piedras. Desaparecíamos en agujeros talmente exiguos, que nuestros cuerpos podían apenas introducirse, y después de esfuerzos inusitados, llegábamos al otro lado, empapados de sudor, sofocados, estenuados. Después tornaba el obstáculo maldito, la interminable lucha recomenzaba, é íbamos hacia adelante exasperados, sin aliento, con una tenacidad de bruto impulsado por el ardiente deseo de vivir.

En un momento dado, la atmósfera fué menos densa, después casi fresca. Entró en nosotros la esperanza y redoblamos nuestras fuerzas.

Nos llegaban bocanadas de aire, cargadas de olores acres de plantas; debíamos de estar cerca de un pozo, de un agujero cualquiera que comunicase con el exterior.

Ante certidumbre tal, apoderóse de nosotros una alegría inconmensurable. Nos lanzamos hacia adelante, locos, aullando como bestias que huyen de la muerte horrible; aspirando á plenos pulmones las fuertes emanaciones que llegaban de arriba. De pronto apareció un hilo de luz......... el alba de la libertad. Entonces empezó una carrera salvaje, desordenada; una sucesión de brincos extravagantes para llegar á la abertura tan ávidamente deseada.

Era un pozo, arriba se recortaba su círculo luminoso; el cielo......... el aire......... la vida!

Durante algunos minutos permanecimos abatidos, jadeantes, sucumbiendo bajo el exceso de la fatiga y de la dicha.

Habiamos advertido la presencia de una escala. Lasalle había examinado el mástil; podía soportarnos; algunos escalones estaban aún en su sitio y además las paredes del pozo estaban acribilladas de agujeros, provenientes de la caida de las piedras arrancadas de sus alveolos por las lluvias y las intemperies y que yacían en el fondo. Gracias á esos agujeros se podía, ayudándose del mástil, alcanzar la altura.

La madera podrida era de una consistencia blanda, esponjosa y como cubierta de una sustancia vizcosa sobre la cual no podían afirmarse los codos y las rodillas. Para no resbalar era preciso estrechar el mástil con un esfuerzo continuado y poderoso. Bajo el peso de nuestro cuerpo, el poste enlamado se mecía con crujimientos de mal augurio; á cada momento teníamos miedo de verlo romperse y de ser precipitados al abismo.

Era aquel un laborioso trabajo; nos asíamos al palo con contorsiones de monos, nos afirmábamos á las viejas estacas fijadas al muro, en las cuales los dedos entraban como en una pasta blanda, de tal suerte la podredumbre era completa. Nos asíamos de todo, de la menor arista, de la menor hierba, de la menor estaca. De cuando en cuando, al influjo de una sacudida un poco viva, el mástil oscilaba gimiendo; cedía un escalón bajo la mano ó bajo el pie y entonces se resbalaba uno algunos metros, y vuelta al trabajo para reconquistar el camino perdido.

Por encima de nosotros se percibía siempre el círculo azul sembrado de estrellas y la luna, muy blanca, muy pálida, brillando con un fulgor frío de acero pulido. El frío debía ser intenso afuera.

Frecuentemente nos deteníamos, aniquilados y escuchábamos en la sombra. Sofocados, bañados en sudor, muertos de cansancio, nos oprimíamos las manos y nuestros corazones latían con golpes redoblados; después, la lenta ascensión, la dolorosa jornada recomenzaba.

Uno de los travesaños sobre el cual Lasalle reposaba, se rompió repentina y ruidosamente y mi compañero hubiera sido infaliblemente lanzado al vacío si con una agilidad de clown no hubiese, en un decir Jesús, asido la escala á la cual se afianzó. El mástil vibró, tembló en todas sus piezas y por fin adquirió su posición rectilínea. Algunas piedras arrancadas de las paredes por la conmoción, cayeron con estrépito. Por prudencia nos detuvimos; Lasalle estrangulaba el mastil; yo tenía un pie sobre una piedra saliente y el otro en un agujero; me sostenía con las manos de un pedazo de fierro lleno de orin, fijado al muro. Con la cabeza levantada, permanecimos inmóviles.

Bruscamente una sombra cortó el círculo de luz y una forma humana apareció en el orificio.

Era un bávaro: lo reconocimos en su morrión de crines; se le había puesto ahí de centinela......... Estabamos frente de las avanzadas prusianas. El ruido de la estaca rota y la caída de las piedras había llamado su atención, y trataba de darse cuenta de aquella cosa insólita. Nosotros guardábamos una inmovilidad de estátua. Se inclinó inquieto con los ojos muy abiertos, escudriñando las sombras, y con el dedo sobre el gatillo de su fusil. No vió, sin embargo, nada, no supuso nada; empujó con un pie una piedra del tamaño del brocal, que nos rozó al pasar; la oyó caer y se alejó.

No había más que un partido que tomar: salir de allí lo más rápidamente posible, saltar de improviso sobre el centinela, y evitando servirnos de nuestros revólvers para no dar la alarma á la posta vecina, extrangularlo; después correr á grandes zancadas.

Un último y silencioso esfuerzo nos había llevado casi al nivel del brocal; colocado al ras de la tierra, cuando una piedra de apoyo, sobre la cual me afirmaba, cedió y rodó retemblando. Lasalle, con un pie sobre un escalón, y el otro sobre unas salientes de la pared, con la mano izquierda apoyada en el mástil, mantenía en la derecha su revólver, con el brazo extendido dispuesto á todo. Yo estaba más bajo que él, pegado al muro, afirmándome con los pies y con los codos. Una emoción punzante nos contraía la garganta. Nos quedamos inmóviles y silenciosos, seguros de que el centinela, una vez puesto en guardia por el primer ruido, iría á investigar el pozo, menos sumariamente que la vez primera.

La espectativa no fué larga. Unos pasos firmes y rápidos resonaron pesadamente, vibró el suelo y la silueta sombría del soldado se mostró. Inclinóse como antes, un poco más sin embargo, de manera que la cabeza y una parte de los hombros estaban frente al vacío, y miró. Esta vez desconfió, inquietóse y permaneció inclinado, ansioso, escrutando la opacidad de las tinieblas, sondeando la abertura negra con la punta de su bayoneta. Sus ojos brillaban con un brillo extraordinario en la sombra que proyectaba sobre ellos la visera de su casco; pesaba sobre él una opresión. Tenía la intuición de que había un peligro ahí cerca, en aquel agujero, acechándole, y breves estremecimientos nerviosos plegaban sus facciones duramente acentuadas.

Se mantenía justamente por encima de nosotros y miraba al otro lado del pozo; después, lentamente bajó los ojos en dirección de sus pies. Advirtió entonces algo? Distinguió nuestras figuras en la sombra? Vió lucir el revólver de Lasalle?.........

Súbitamente su faz atezada tomó una expresión de ferocidad espantosa; el hombre se afirmó y llevóse el fusil al hombro. Retembló una detonación; oí un grito terrible, vi una forma humana agitar un momento los brazos en el vacío; después una masa blanda pasó rápida como una visión á nuestro lado y se estrelló allá abajo con un eco sordo. Era el cadáver del bávaro. Lasalle le había descargado en pleno corazón su revólver.

De un salto estuvimos fuera del pozo. La luna estaba oculta detrás de una nube, los vapores velaban el fulgor de las estrellas, y en la oscuridad gris y fría se levantaba distinta la silueta de los Hautes-Bruyeres.

Orientándonos con el fuerte, nos precipitamos á paso de carga del lado de Arcueil, cuando á veinte pasos de nosotros una voz gritó: «Quién vive?»

La patrulla bávara acudía á todo correr.

«Tiéndete bocabajo,» me dijo Lasalle alargándose en un foso.

Un resplandor iluminó la noche y silbaron las balas sobre nosotros con el estruendo de una explosión.

Repentinamente, frente á nosotros se encendió en la oscuridad una linea de fuego; los franceses, creyéndose atacados, tiraban sobre toda la linea. Inmediatamente una segunda linea fulgurante brilló en medio de la noche, y una fusilería rabiosa empezó de los dos lados; los prusianos imaginándose que los franceses hacían una salida, abrían el fuego de sus trincheras.

—Apresurémonos, dijo Lasalle, y protegidos por el foso corrimos sobre el hielo, entre los dos taludes. De cuando en cuando una bala silbaba en un diapasón más agudo, hacía saltar un mogote de cesped endurecido que nos cubría de tierra, hería el hielo é iba á romper las ramas que coronaban el talud. Algunas veces el foso cesaba por completo, cortado por un camino; un sendero entonces pasábamos rápidamente, expuestos al doble fuego; después volvíamos á replegarnos en el foso. Y esto duraba ya minutos, minutos que eran horas.........

En un recodo, hacia la derecha, el foso descendía bruscamente, en rápida pendiente y las balas pasaban más arriba. Un instante después estábamos en la cementera, por completo al abrigo, á la entrada de las nefastas canteras que iban á ser nuestra tumba, y Lasalle fué á buscar nuestros capotes. Esperamos algún tiempo, hasta que la fusilería se calmó un poco, y veinte minutos más tarde, estábamos en nuestras trincheras, no sin que nos hubiesen zumbado en los oídos algunas balas perdidas del enemigo, antes de que hubiéramos podido hacernos reconocer de los otros. Y siempre en la lejanía, en la aureola de su siniestra lumbre, dominando todos los otros ruidos, retemblaba monótono, feroz, inexorable, el rugido formidable de los Krupp bombardeando la heróica ciudad.

Jorge Montbard.

AMOROSAS.

Virgen mía: en la penumbra
De mi espíritu, se inflama
Un acento que te llama
Y un resplandor que te alumbra.
En mis noches se vislumbra
Algo inmenso que aletea,
Que canta y que parpadea
Ante el radioso fulgor
De ese chispazo de amor
Que en mi alma relampaguea.

¡Oh virgen mía! Yo siento
Que en nuestras ansias palpita
La luz de un sol que gravita
En el alto firmamento,
En donde tiene su asiento
El ídolo inmaterial
De ese amor espiritual,
Sobre el que tu alma y la mía
Baten su ala noche y día
En torno de un mismo ideal.

Nimbada de luz te meces
En las ondas de mis sueños,
Y entre mis vagos ensueños
Como un astro resplandeces.
En mis penas apareces
Como un angel bienhechor,
Y en mis horas de dolor
Y eternas melancolías,
Me alientan tus alegrías
Y me consuela tu amor.

Eres el himno que canta
El corazón que te adora,
La plegaria arrulladora
Que en mis labios se levanta.
Eres perfume en la planta
Y estrella en el firmamento,
Onda sutil en el viento
Y arrebol en el celaje,
Eres ave en el follaje
Y estrofa en mi pensamiento.

Benito Fentanes.

Cosamaloapan, Julio de 1896.

PARAFRASIS.

(*De Stecchetti.*)

MENDIGA.

Terminado el festín, soñoliento,
Por las calles vagaba al acaso,
Cuando hallé arrodillada á una niña
Que vestía rasgados harapos.
Y con voz temblorosa pedía,
Alargando la escuálida mano,
En el nombre del Dios de los cielos,
De pan negro, siquiera un pedazo.
¡Oh, infeliz! exclamé: «toma, toma»
(Y en su mano dejé una moneda)
«¡Córre, córre, que tal vez tu madre
Extenuada por hambre, te espera.»
Suspirando, la triste mendiga,
«Ay......! en mí nadie piensa en la tierra»......
Murmuró, y en las piedras lodosas
Sollozando cayó...... ¡Era huérfana!
«¡Qué te has hecho, Dios santo, Dios bueno?
Que esta pobre criatura no muera
En el fango» exclamé, y conmovido,
Sentí frío en el alma y vergüenza
De ser casi dichoso en el mundo,
De tener una choza siquiera!

Juan Antonio Solórzano.

La caricatura en el extranjero.

LI-HUNG-CHANG.

Ilustre personaje chino enviado á Europa á observar los usos y costumbres, adopta la bicicleta. Envió el diseño de ella á Pekín, donde se fabrican todas en la actualidad conforme al modelo.

[TOMADO DEL NATURAL.]

La caricatura en el extranjero.

UNA CARICATURA YANKEE Y UNA RESPUESTA ESPAÑOLA:

EL TIO SAMUEL AL PEQUEÑO ESPAÑOL:

-Muchacho, lo mejor que puedes hacer, es darme ese puro; las criaturas no fuman.

[*Copia exacta de una caricatura del periódico "Judge" de N. Y.*]

EL ESPAÑOL AL TIO SAMUEL:

—Maestro, si te lo quieres fumar, tendrás que quemarte el hocico. [*Contestación de "La Campana de Gracia"*]

Flores de Agosto.

[Grabado en los talleres de "EL MUNDO."]

ARTURO.

Al través de los espacios estelares.

El Rey de los soles.—Insignificancia de nuestro sistema solar.—Calculos asombrosos.—Viajes de millones de años.—Progreso de las estrellas. Humanidades solares.—Nubes de vapores. La nueva Urania.

Nos lisonjeamos con frecuencia de que sabemos darnos cuenta, siquiera sea vaga, de las cantidades de muchos guarismos, cuando las vemos escritas, pero por mi parte, confieso paladinamente que cuando escucho á los astrónomos echar cifras, me confundo. Arturo vuela al través de los cielos, á razón de 197.000 millas por hora. Figúrese ahora un viaje de 4.728 000 millas en un día!

Se tardaría menos de dos minutos en ir de México á Londres, si tuviéramos un vehículo que anduviese con tal rapidez.

Poesía de los números.

La distancia de Arturo á la tierra, según el Dr. Guillemin, es 11.500,000 veces la del sol á nuestro planeta, ó sea, en números redondos, 1,069.500 000 000,000 de millas, distancia que no alcanzamos a comprender. Todos sabemos que la luz varía en fuerza, en razón inversa al cuadrado de las distancias. Ahora bien, se sabe por estudios concienzudos, que la fuerza de la luz que recibimos en la tierra de Arturo, es una veinte billonésima parte de la que proviene del sol. Teniendo presente la ley de la intensidad de la luz, se calcula facilmente que al retirarse el sol de nosotros á una distancia 140 000 veces mayor que la que guarda actualmente, recibiríamos aproximadamente, en tal caso, tanta luz como ahora nos llega de Arturo. Pero la luz de este astro tiene que atravesar 11.500,000 veces tantas millas como las que nos separan del sol, y dividiéndose este número por 140,000, hallamos el cociente 82, que puede considerarse como la relación del diámetro de Arturo al del sol.

Calcúlase en 886,000 millas el diámetro del sol, debiendo ser, por lo tanto, el del otro astro, cosa de 71.000,000 de millas, su circunferencia 224,000,000 y su volúmen 551,000 veces el del centro de nuestro sistema planetario. Suponiendo que cada porción de la superficie de un astro brillara con la misma fuerza que un area igual del otro, la luz que brota de Arturo sería 6,724 mayor que como la que expide el Rey de nuestro cielo, porque la superficie varía como el cuadrado del diámetro. Si el sol cambiara lugares con el otro astro, éste cubriría la mitad del espacio que llamamos cielo y la vida que requiere las condiciones actuales, sería del todo imposible, y desaparecería instantáneamente (en unión de nuestro globo) víctima del exceso de luz y calor.

¡Hacia Arturo!

Si nuestra nave sideral comenzara á hacer velas hacia la encendida mole de que venimos hablando (cosa que sucedería sin la celosa atracción solar y de otros cuerpos celestes), grandioso á la verdad sería el espectáculo que se presentara á nuestros ojos asombrados. Cuando se redujera la distancia de la estrella gigante á algo menos de 8,000.000,000 de millas, la luz proveniente de ella igualaría á la que viene del sol á un número de millas un poco mayor que la centésima parte del mencionado. A un trecho como el que separa Neptuno del sol, ya sería inaguantable el calor; cuando la distancia quedara reducida á la que existe entre Jupiter y el centro de nuestro sistema planetario, la terrible energía de la radiación incendiaría los bosques, tornaría los mares en vapor, se derretiría luego la costra terrestre y antes de aproximarnos á una distancia equivalente al radio de la órbita terrestre, nuestro globo se habría convertido en gas!

Sin duda, Arturo es el rey de las estrellas; y aún nuestro sol, á pesar de ser tan grande y tan brillante, si llegase á caer en la ardiente fotoesfera de aquel gigante de los cielos, perdería su *unidad lumínica* y desaparecería inmediatamente.

Quizás, para dar cuenta postrera de nuestro extinto luminar, aparecería en la superficie de Arturo una mancha brillante que no tardaría en desaparecer, causada por el vapor que de las ardientes regiones superiores de la fotoesfera arrastraría el sol en su caída.

Bien vale la pena de que nos detengamos un momento para considerar los efectos de la atracción gigantesca de un cuerpo como Arturo. En el sol la fuerza de gravedad es 27 veces mayor que en la superficie de la tierra, pero en Arturo, suponiendo la misma densidad media, sería 2,200 veces superior. Así es que, un hombre que pesara 200 libras en la tierra, si fuese trasportado á Arturo, convertiríase, bajo *su propio* enorme peso de 440,000 libras, en una mancha de materia protoplásmica aplanada, antes aún que los fuegos de la inconmensurable ornaza estelar pudieran convertirle en tenuísimo rayo de sol, que iría á vagar por los espacios y á convertirse en ellos en materia cósmica, ó si se quiere, en materia primera en la formación futura de otros mundos.

Si dable nos fuera lanzar un proyectil de un cañón Armstrong con dirección á la lejana estrella, y suponiendo que conservara su velocidad inicial, tardaría nada menos que 161.000,000 de años en llevar al lejano astro noticias de nuestro microscópico planeta. Se ha calculado que el número de millas recorridas por todos los trenes de los Estados Unidos en 1895, montó á 650.000,000. Ahora bien,

Esto es equivalente

A tres viajes y medio alrededor del sol; pero para hacer *uno solo* alrededor de Arturo y suponiendo en una sola línea los 650.000.000 de millas de los ferrocarriles americanos, sería preciso, para terminar el viaje, recorriendo cada año tan tremenda distancia, nada menos que 1.645,384 años.

Si supusiéramos ahora que un pulpo hubiese nacido en la misma fecha que Julio Cesar, ésto es, en 12 de Junio 100 A. C., con un tentáculo de 1,069,500,000,000,000 millas de largo, y el mismo dia de su nacimiento hubiese tocado con la extremidad del tentáculo, la férvida superficie de Arturo, precisaría que pasasen algunos miles de años antes de que la sensación de la quemadura llegase hasta la circunvolución cerebral, y por lo tanto pudiera tener conciencia de ella, suponiendo que la sensación camina, con una velocidad semejante á la de la luz, esto es, 186,000 millas por segundo.

En cuanto á si estos planetas se hallan ó no habitados, cuestión es que sin duda permanecerá irresoluta para siempre. Pero sabemos ya, merced al estudio de su composición espectroscópica, que en caso de hallarse habitados, sus criaturas deben de ser de todo punto diferentes de las que pueblan la tierra.

Nuestro sol pertenece á cierto orden de estrellas. Sirio á otro y Arturo á otro orden diferente; pero, existe, sin embargo, una progresión de un orden á otro. No nos es dable afirmar que el sol ha permanecido siempre y permanecerá donde ahora le vemos. Tendrá que aumentar su intensidad calorífica ó enfriarse, siendo más probable lo primero. Sirio, ó la estrella del Can, posee mayor cantidad de calórico que el sol, como que no se halla, como este, rodeado, con envoltura densa de vapores absorbentes, que probablemente consisten en hierro y otros metales, reducidos al estado gaseoso por la tremenda intensidad calorífica del rutilante astro canicular. Por otra parte, Arturo posee una nube de vapores mucho más densa y profunda que la que rodea el sol. Al mismo tiempo hay indicaciones patentes de un calor intenso latente bajo aquellas masas de vapores; así es que si es un hecho que el progreso de los soles se verifica en una escala ascendente de capacidad calorífica, es muy probable que Arturo se irá desprendiendo poco á poco de esos vapores, que hoy por hoy oscurecen el resplandor de su luz, haciéndola aparecer de la misma intensidad que la que nos viene de Sirio. Documentos históricos testifican que en un tiempo fué Sirio una estrella roja, (ni más ni menos que Arturo lo es en lo presente) pero parece que semejante color ha ido desvaneciéndose poco á poco, convirtiéndose en estrella blanca, y al propio tiempo que su color ha cambiado ha aumentado proporcionalmente la intensidad de su luz.

Al desprenderse de su envoltura vaporosa, ha aumentado necesariamente su fuerza calorífica, y es de presumirse que igual cambio deberá ocurrir en nuestro sol y demás estrellas que se hallen en las propias condiciones. Puede haber algún peligro en estos cambios que incesantemente van verificándose en las estrellas, y los cuales ponen de manifiesto el progreso de los soles, en que no se presta atención alguna á las exigencias de la vida en los planetas que giran en torno de ellos. Y portentos semejantes prestan altísimo interés al estudio de la astronomía en nuestros dias.

Un bigote prematuro.

[Dibujo de J. Martinez Carrión.]

Tomado de «El Universal»
de la ciudad de Mèxico

León, Guanajuato,
Marzo 20 de 1896.

The Sydney Ross Co.,
New York.

Muy Señores mios y amigos:

Tengo la satisfacción de manifestarles que desde que conocí sus Píldoras de Vida del Dr. Ross las he estado usándo diariamente en mi consulta, en todos los casos de constipación obstinada, de desarreglos gastro-intestinales ocasionados por dispepsias producidas por falta de secreción biliar, siempre con seguro éxito; pues no ha habido una persona que no haya sentido, cuando ménos; una mejoria marcada de su enfermedad, habiendolas numerosas que han curado radicalmente.

Las uso tambien frecuentemente como purgante en dósis de 4 á 8 píldoras, según la edad del paciente y he podido observar que són un purgante inofensivo, seguro y que no deja tras si, los funestos resultados que es comun ver después de la administración de tantos otros purgantes.

En este mi establecimiento de farmacia tienen regular consumo sus Píldoras del Dr. Ross y creo que en vista de sus efectos crecerá dia á dia su demanda.

Felicito á Vdes, por el gran éxito que han tenido con la feliz preparación y los autorizo para hacer de esta carta el uso que Vdes, deseen complaciéndome en honor de la verdad y en beneficio de la humanidad doliente dándoles mi opinión de una manera expontánea.

Soy de Vdes, afmo, S. S.
Dr. ANTONIO D. MARTINEZ

De importancia pública.

En 1879 en Rochester, N. Y. y obedeciendo á una necesidad pública, se empezó de una manera modesta la elaboración de un descubrimiento científico, hecho el año anterior, el cual ha revolucionado el tratamiento de la enfermedad Bright y todas las demás formas de enfermedades de riñones así como también las del hígado y de las señoras. Tan grande fué el éxito que esta preparación obtuvo después de dada á conocer al público, que bien pronto hubo necesidad de hacer tres veces mayor la capacidad del laboratorio, duplicarla nuevamente, y en 1888 hubo necesidad de construir un edificio de piedra y ladrillo á prueba de fuego, de siete pisos 144 x 108 pies, para poder contener dentro de él el laboratorio y sus dependencias.

En 1884 se abrieron laboratorios en Londres, Inglaterra: Toronto, Ont.: y Frankfort, Alemania: en 1885 en Melbourne, Australia; y en 1886 en Kreuzlingen, Suiza: y Dunedin, Nueva Zelandia, todos los cuales están en activo trabajo.

Hasta ahora México y el Sur de América han sido descuidados por la sencilla razón de que todas nuestras energías estaban reclamadas y ocupadas en otras direcciones. Más debido ahora á nuevos arreglos, este gran benefactor de la humanidad se podrá procurar á estos paises desde casa. Una medicina que ha efectuado una serie no interrumpida de éxitos en todos los continentes del mundo, no puede fallar aquí. Se adapta especialmente á los paises calurosos como se ha evidenciado con su éxito en Australia, India y el Sur de Africa.

Testimonios que prueban las virtudes notables de la Cura Segura de Warner, se han dado por millares por eminentes hombres y notables señores de todas partes del mundo. Entre ellos podemos mencionar Governor Alvord, Syracuse, N. Y.; R. A. Gunn, M. D., presidente del Colegio de Medicina de los Estados Unidos en N. Y.; Wm. Robeson, M. R. G., S. I. L. K. Q. C. I., Londres, Lord de Blaquiere, Springfield, Craweley, Sussex, Inglaterra; Sir Wm. V. Guise, Elmore Court, Gloucester, Inglaterra; Maj. Gen. A. Elderton, Trun Chapel, Plymouth, Inglaterra; El. Hon. C. Stewart, LL. D., Ackaveder House, Alton, Hants, Inglaterra; Muy Rev. Dean Mahoney, Penrith, New South Wales; Hon. Geo. Torn, Ipswich, Queensland: Alcalde Thomas Scully, Napier, Nueva Zelandia; Rev. J. E. Rannkin, D. D., LL. D., presidente de la Universidad Howard, Washington, Estados Unidos; Dr. M. Beyer, Wurzburg, Alemania; Edward Wilson, D. D., LL. D., Obispo de la Iglesia de Inglaterra, Otawa, Canadá.

Pedid á vuestro farmacéutico la Cura Segura de Warner y si no la tiene á la venta, pedidla á Warner's Safe Cure, Rochester, N. Y.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 9 DE AGOSTO DE 1896. — NUMERO 6

Contemplación.

[Grabado en los talleres de "EL MUNDO."]

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

TELÉFONO 434. —2ª de las Damas núm. 4.—APARTADO 87 B. MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.

Números sueltos, 50 centavos.

Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá. The Spanis American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas Editoriales.

Periodismo.—Un nuevo diario.

Casi nos vemos obligados á tratar prematuramente de la aparición de un nuevo diario en la prensa de México. Todos nuestros colegas han dado la noticia de nuestros propósitos, comentándolos á su manera y haciendo especial mención de que el nuevo periódico estará de acuerdo con la marcha de la actual administración. Nosotros no lo habíamos anunciado, porque nos pareció prematuro hablar de un proyecto cuya realización se llevaría á cabo después de algunos meses, y al cual proyecto no le dábamos la importancia que nuestros compañeros de periodismo han tenido la bondad de darle y que nosotros agradecemos muy sinceramente.

En efecto: tenemos el propósito de publicar antes de dos meses un nuevo diario, que si no viene á llenar un vacío en la prensa de México, porque hay suficientes y muy buenos periódicos, sí se presentará humildemente con los elementos que tiene, á la gran lucha por la vida y con ideales honrados y patrióticos, como los que creemos haber sostenido siempre.

La prensa, al anunciarnos de un modo tan fastuoso como lo ha hecho, ha tomado la forma del ataque aun antes de que hubiéramos decidido completamente la aparición de dicho diario. Su punto principal ha sido señalar al periódico como gobiernista, creyendo que así le da muerte antes de haber comenzado su publicación; como si ignorara, tanto ella como el público, que los periodistas que hoy manejamos este semanario somos los mismos que fundamos *El Universal*, y tanto este periódico, como aquel, en nuestras manos han tenido siempre como programa político apoyar racionalmente la marcha administrativa de nuestro país, creyendo que así cumplen con un deber patriótico.

Después de sus ataques á las tendencias políticas del periódico, aun antes de conocerlo, han manifestado grandísimos temores por la parte financiera de sus empresas, creyendo que nosotros lanzaríamos un nuevo periódico al público con el exclusivo objeto de hacer desaparecer á todos ó la mayor parte de los existentes. Si tal fuera nuestra intención, jamás habríamos pensado mayor desatino: un periódico que en largos años ha sabido conquistarse lectores, aun cuando la empresa que lo maneje lo abandone á su propia suerte, seguirá viviendo todavía por muchos años, por el prestigio adquirido con anterioridad. Convencidos como estamos de este *aforismo periodístico*, no podemos pensar en hacer desaparecer ninguno de los periódicos existentes; y más aún, no ha entrado en nuestros propósitos hacer competencia á ninguno de ellos.

Nuestro principal objeto es lanzar un periódico más moderno que los que existen, y resistir la competencia que los fuertes, los que llevan muchos años de vivir y tienen establecido ya su crédito, nos declaren, como es natural; competencia que resistiremos poniendo en juego nuestro trabajo, nuestras economías de muchos años, nuestra práctica periodística y todas las armas de buena ley que estén á nuestro alcance.

Creemos, pues, que la empresa del nuevo diario no puede tener fines más nobles, y estamos seguros de que sus resultados serán satisfactorios. Y tan es así, que sólo al anuncio de su aparición ha habido gran movimiento en la prensa de México, al grado de que las reformas y mejoras que se han hecho, y otras que se tienen preparadas en los periódicos existentes, de dos meses á esta parte, nos han obligado á cambiar del todo nuestro primitivo proyecto y ponernos en actitud de buena competencia.

Sepan, por tanto, los lectores de EL MUNDO, que antes de dos meses lanzaremos un diario que correrá buena ó mala suerte; pero que será diario de gran trabajo, y que en nuestros propósitos entra poderlo ofrecer en condiciones muy favorables al público en general, *y muy especialmente, con señalada distinción*, en cuanto á dichas condiciones, para los suscritores que han sostenido este semanario.

México ante la política americana.

Por más que se esfuercen algunos espíritus indiferentes y apocados en apartar con desdén la vista de la contienda política americana, donde en estos momentos se juega el porvenir del país, no podemos dejar de contemplar con interés las peripecias porque va atravesando la lucha entre demócratas y republicanos.

Toda vez que nuestro principal mercado está más allá del Río Bravo del Norte, no es, no puede ser extraño á México, saber á qué atenerse, y preveer si sus productos le serán pagados en el depreciado metal blanco, ó con el premio que alcanza el oro sobre nuestra moneda corriente, verdadera prima para los exportadores.

Los platónicos admiradores de la gran República del Norte—y no son pocos entre nuestros *amateurs* economistas y *dilletanti* políticos—no ven en la cuestión electoral de los Estados Unidos más que un asunto de nombres, y vemos por ahí rabiosos partidarios de Mc Kinley, porque es el candidato del partido republicano, al que suponen ideas más avanzadas en su programa; así como no faltan entusiastas devotos de Mr. Bryan, campeón esforzado de los demócratas, porque lo creen llamado á reivindicar los derechos sacrosantos de los Estados, porque lo juzgan como la encarnación viva de la más pura libertad; y hasta se pueden encontrar algunos soñadores que se afilian, mentalmente por supuesto, en el partido del Pueblo porque deliran con los clamores de las masas populares, y ya se figuran el advenimiento de una nueva era que saque de su abyección al proletario, mediante los milagros del socialismo, del radicalismo y demás *ismos* de esa jaez.

Juzgada desde ese punto de vista la política americana, poco interés tiene en verdad; pero que se atienda á los engendros económicos y financieros que trae consigo, y se podrá notar que allí más que en ninguna otra parte palpita lo que nos es más caro y lo que más importa saber á los que creen que la marcha de un pueblo no depende tanto de las frases huecas de los demagogos, como de las decisiones maduras de los negociantes.

Afortunadamente para México, su posición actual, encauzada seguramente en una vía de progreso económico y positivo, no puede variar ni ser influida de modo trascendental por los cambios experimentados en nuestra poderosa vecina del Norte.

Hace algunos años cuando la caída brusca de la plata ocasionó un pánico inconcebible en nuestros comerciantes y banqueros, todos temían la bancarrota pública y particular, todos veían con estremecimientos de horror aquella depreciación que empobrecía al país y lo ponía al borde de hondo abismo, donde se estrellaría, arrastrado por aquella ola gigante.

En aquella época y en tales circunstancias, nuestra voz fué casi la única que se alzó para predecir que lejos de ser un mal, sería una bendición del cielo para México la baja de la plata. El tiempo ha venido á darnos la razón, y por nosotros y nuestras profecías responden industrias nacientes que han debido implantarse y otras viejas y olvidadas que han tomado poderoso impulso, merced á nuestro peso de plata, cotizado á cincuenta centavos en los mercados europeos.

Ya no existen ó van desapareciendo de seguro esas preocupaciones y prejuicios; ya no nos asustamos con la alza ó baja del metal blanco. La experiencia nos ha enseñado, más que á nosotros personalmente, á nuestros centros productores, qué maravillosa actividad puede des plegarse con un peso de á cincuenta centavos.

Por eso se sigue con interés, pero sin zozobra ni temores la contienda monetaria y financiera entre republicanos y demócratas en los Estados Unidos.

De cualquier lado que se decida la cuestión en los comicios de Noviembre, no puede afectar nuestra situación que es envidiable.

Mc Kinley, favoreciendo el talón oro y las tarifas altas sobre nuestros productos, favorecerá también nuestra producción como hasta ahora, y hará más elevados nuestros precios de venta.

Bryan, defendiendo la plata y prometiendo rebaja posible en los derechos de importación, aumentará así el poder adquisitivo de nuestro principal artículo, la plata, disminuirá indirectamente nuestros gastos de producción por el abaratamiento relativo de la maquinaria que se podrá comprar con plata, y aumentará la demanda de nuestros productos, que podrán hacerse más baratos, y pagados á más alto precio.

Definan, pues, los americanos la situación política de la gran República á su talante y voluntad. México, la verá tranquilamente, porque espera mantenerse firme en el camino que ha emprendido.

Política general.

RESUMEN.—Abdicación de la Reina Victoria.—Ni aun ese acontecimiento conmovería á Inglaterra.—El Rey Jorge de Grecia y su posible retiro.—Ilusiones que se van.

Acaba de anunciarnos la prensa diaria de información, en su sección de noticias extranjeras, que corre muy válido el rumor, en la corte de Londres, de que la Reina Victoria, soberana de la Gran Bretaña é Irlanda y Emperatriz de las Indias, abdicará muy pronto en favor de su hijo primogénito el Príncipe Alberto Eduardo de Gales.

No es la primera vez que tales versiones han circulado con más ó menos fundamento; pero hoy las dan mayor verosimilitud las consideraciones de la avanzada edad de la augusta señora, juntamente con los achaques y alternativas de su quebrantada salud; y aunque es cierto que en Inglaterra los monarcas reinan pero no gobiernan, no deja de ser un serio obstáculo á la marcha natural de la complicada política inglesa, esa matrona venerable, que si domina é impera como única soberana en el corazón de sus millones de súbditos, no puede, aunque quisiera, tomar en los negocios del imperio, sino con grande esfuerzo y sumo trabajo, la parte que la corresponde según la Constitución.

Cierto que en el complexo mecanismo que constituye el gobierno de sus dilatados dominios tiene agentes capaces, segundas manos diestras y vigorosas que toman á su cargo la ardua tarea de dirigir el Estado, pero como ella quisiera hoy que los años han nevado en su cabeza y paralizado su actividad, ser lo que era en los risueños dias de su hermosa juventud, es natural que sienta algo de desaliento como consecuencia de sus años fatigados.

Pronto, dentro de menos de uno habrá completado sesenta años de reinado, y lo probable es que si tiene decidido retirarse á una de sus residencias regias, apartándose de los negocios públicos para siempre, no lleve á cabo su decisión, antes de asistir á las lujosas fiestas que se la preparan con este motivo, y que eclipsarán á no dudar las esplendentes del jubileo que tuvieron lugar en 1887.

Es tan sólida la Constitución de la nación inglesa, está asentada sobre tan firmes bases, y tiene tan hondas raíces en las costumbres de las clases sociales y en los intereses todos del pueblo entero, que nada alterará la marcha regular del Estado, aun cuando sea cierto el anunciado y trascendental acto de la abdicación. La augusta señora elegirá, como dicen, el castillo de Osborne, como su residencia habitual; allí se verá por temporadas rodeada de su numerosa descendencia, nota alegre, poética gama de risas inocentes y colores sanos, que alumbrará las sombrías claridades y esplendores grises de un lujoso y opulento crepúsculo. Si la Reina Victoria se retira de la escena política, si llega á abdicar la soberanía de su dilatado y poderoso imperio, pronto habremos de presenciar la magnífica puesta de un sol esplendoroso, el ocaso purpurado entre ascuas de oro, de un astro de primera magnitud.

***

También se murmura por lo bajo en los círculos diplomáticos y se anuncia como cierta la abdicación de otro soberano, el rey Jorge de Grecia.

Alemán de orígen, ruso de religión, y semi oriental por sus súbditos, el monarca helénico, ha fluctuado siempre entre las fuerzas opuestas, que á la contínua lo han solicitado. Sus propias convicciones y su educación lo han empujado á modernizar su reino, encauzándole en la corriente que arrastra á las naciones europeas, y para electrizar á su pueblo y despertar en él las muertas energías de su leyenda y de su historia, ha pretendido despertar más de una vez el recuerdo de sus pasadas glorias. Todo en vano, sus conatos todos se han estrellado en la afeminación oriental que alcanzar bajo el dominio de los musulmanes.

Llevado por sus simpatías de familia hacia los alemanes, ha querido poner en manos del poderoso Hohenzollern la suerte de su reino y confiado con exceso en la influencia germánica, para la solución del conflicto turco-europeo que ha de dilatar las fronteras de Grecia. También por esta parte sus esperanzas han sido defraudadas; pues aunque animadas de las mejores intenciones, las potencias continentales no se deciden todavía á dar el tiro de gracia al moribundo imperio otomano, y aun tendrá que esperar muchos años el gobierno de la península helénica, para recoger la parte que le señalen en el reparto del botín.

Prueba de que sus esperanzas é ilusiones son muy prematuras, es que ahora el rey Jorge se ve casi constreñido por las circunstancias, á descender del trono, por haber ayudado franca y abiertamente á los insurrectos de Creta, que pretenden que la hermosa isla entre á formar parte del reino griego.

Y como quiera que los médicos diplomáticos y enfermeros políticos que cuidan al augusto enfermo que se llama Turquía europea; no han decidido aún administrarle la extrema-unción, el monarca aquivo, que se ha permitido la libertad de obrar contra las prescripciones facultativas, tiene que abandonar su puesto y resignarlo en favor del Duque de Esparta, para evitar á su heredero dificultades más serias en lo porvenir.

Y aquí creemos ver la acción del tercer influjo que ha llevado al pobre monarca por opuestos y revueltos caminos; aquí creemos que anda la mano del moscovita, que, ansioso de conservar su preponderancia sobre el Bósforo, que le pertenece por derecho de herencia, según el testamento de Pedro el Grande, no quiere qqe nadie sin su autocrático consentimiento toque á Turquía; aquí se nos antoja ver la influencia decisiva de San Petersburgo, que no permite que se arranque un girón de la capa otomana, ántes que él se haya envuelto en sus opulentos pliegues.

Si el rey Jorge se retira, en buen lío deja metido á su sucesor. Puedan la juventud y buen criterio del Príncipe Constantino, desenredar ese embrollo al ascender al trono de sus mayores.

X. X. X.

6 de agosto de 1896.

México en el extranjero.

Del *Argus* de California, fecha de Junio, traducimos lo siguiente:

«**Nuestra República hermana.**—Nuestra vecina República hermana, México, verificará elecciones presidenciales el mes próximo.

El suceso se llevará á efecto sin las conmociones de una campaña como la que nosotros inauguramos para Noviembre, porque en México todas las clases de la sociedad, todos los elementos populares están fijos en el hombre más extraordinario que el país ha producido después de su conquista por los españoles.

En los 20 años que lleva de gobernar á México (salvo un periodo) el ilustre General Díaz, se han realizado tales cambios y tan favorables, que la nacion ha pasado de una vida obscura y sin tranquilidad á la categoría de los más prósperos países de la tierra. Esta metamórfosis tan notable se ha operado bajo la sabia y enérgica administración de un hombre superior, cuya rectitud de carácter, poderosa intelectualidad y amor al país en que nació, lo colocan sobre el nivel de sus paisanos. El General Díaz, cuyo parecido físico y moral con el célebre estadista búlgaro Stambuloff es muy grande, aunque ya está en el último tercio de la vida, está bastante fuerte todavía para resistir las duras labores del Gobierno, y su permanencia en el poder es una garantía de paz y de progreso para nuestra República hermana, y de seguridad para los capitales extranjeros que se ocupan en el desarrollo de las riquezas de México.

El pueblo americano que no ve con celos ni envidia el progreso de México, admira las grandes cualidades de Díaz, y ve igualmente con gusto su permanencia en el poder, porque el ilustre hombre de Estado representa todos los intereses, todas las secciones de su país y todos los elementos de trabajo. A su poderosa iniciativa debe México, entre otros muchos adelantos, once mil millas de ferrocarril, cuarenta mil de telégrafos, el mejoramiento de los puertos, el desagüe del lindo Valle de México, la explotación minera en mayor escala, el orden administrativo, la creación de nuevas industrias, el crédito y buen nombre de México en el extranjero, y lo que nosotros no hemos podido conseguir en los últimos años, la nivelación de los gastos con las entradas; bajo la base de la plata, el país ha adelantado maravillosamente, especialmente en los últimos cinco años. Cuando el arancel Mac Kinley impuso un derecho á los metales, muchos de los refinadores americanos se aprovecharon de la oportunidad, y hoy México tiene tan grandes, modernas y bien montadas haciendas de beneficio como este país. Por estar baja la base de plata, el espíritu manufacturero se ha despertado como no lo dice la historia en épocas anteriores. Hace quince años, cuando la plata valía 2.12½ centavos en onza fina, los manufactureros de México se limitaban á fabricar mantas crudas, sombreros, sillas de montar, cigarros, azúcar trigueña, arneses y zarapes. Ahora con la plata á 67 centavos en oro la onza, se fabrican además de los artículos anteriores, géneros de lana, de algodón, blancos y pintados, frazadas, alfombras, botas y zapatos, muebles, ropa hecha, maquinaria, cerveza, vinos, jabones, carruajes, wagones, velas, harina, conservas y pastas alimenticias y otros muchos artículos.

Esto no es sorprendente cuando consideramos que una onza de plata compra la misma cantidad de trigo, maíz, algodón, azúcar, tabaco, manteca, etc., productos de la tierra, que cuando esa onza valía tanto como el doble en oro. Los únicos artículos que son más caros bajo el talón de plata, son los importados de los países regidos por el patrón de oro. Tal parece que la diferencia de valor entre uno y otro metal, produce el efecto de un arancel protector, más eficaz en sus efectos que el pintado en los sueños de los más entusiastas proteccionistas de los Estados Unidos, y su profeta Mac Kinley. Esta es una cuestión que nuestros manufactureros debieran considerar seriamente, especialmente como que un pequeño tráfico de exportación ha comenzado á establecerse con otros países regidos por la plata en sus transacciones, y México podrá más tarde rivalizar con nosotros en sus manufacturas y comercio exterior. De cualquier manera simpatizamos con su progreso y su hábil Gobierno.

***

Al publicar este artículo, lo hacemos con el deliberado propósito de que sea el primero de una serie que preparamos, para dar á conocer á nuestros lectores la campaña electoral de los Estados Unidos, cuyos preparativos principales y tremendas luchas de oferta y demanda de *votos y delegados* hemos presenciado últimamente.

Muchas ilusiones habremos de tronchar, muchos espejismos tendremos que desvanecer, especialmente de entre aquellos que á distancia se prosternan ante el oropel engañador de la política militante americana.

También nos servirá esta serie para dar á conocer la opinión tan especial que en aquella nación se han formado del General Díaz.

Nuestros Grabados

CONTEMPLACION.

Como una prueba más de las excelsitudes á que llega el ideal del artista, véase el primoroso grabado á que nos referimos.

No es posible pedir más pureza á la expresión y más corrección á la línea. Tiene esa doncella, cuyos ojos de terciopelo se abren ante lo infinito del ensueño, una corrección ideal. Piensa uno en la belleza impasible y suprema de Juno...... El arrobamiento da á las fisonomías toques divinos, sin alterarlas porque no las arranca á su seriedad contemplativa. El éxtasis no tiene sonrisas, ni pliega los labios ni hace relampaguear los ojos. Presta el encanto de la estatua serena. Por esto, esa doncella sumergida en la meditación apacible y honda, viendo sin mirar la indecisa lejanía, es más bella que si mostrase la sonrisa tentadora de Venus ó la angustiosa expresión de Niobe.

Los terrenos de Tlahualilo.

SU DIVISION.

En otra parte publicamos el plano detallado de los terrenos de Tlahualilo y de D. Pedrote, del Estado de Durango, pertenecientes á la cuantiosa testamentaría del acaudalado Sr. D. Juan Flores, del mencionado Estado.

El Sr. Flores, cuyo retrato publicamos en otro lugar, fué el fundador de esa ópima herencia que hoy acaba de deslindarse y repartirse, y así por lo curioso de la agrupación de esos terrenos que son de tanto porvenir para Durango, como por tratarse de uno de los jefes de antiguas familias más prestigiadas de Durango, parécenos oportuno dar algunos datos biográficos, que muestran lo que valen la energía y la perseverancia para la consecución de las grandes fortunas.

El Sr. D. Juan N. Flores nació en la ciudad de Durango, en Julio de 1797, y murió en su hacienda de Avilés en Diciembre de 1886.

En 1836 compró la hacienda de Ramos y San Juan de Casta (del Estado) y trató desde luego de crear haciendas y laboríos de algodón, caña de azúcar y cereales. Mas podía decirse que su propiedad era un desierto, y para hacerlo productivo, fué preciso enganchar más de doscientos hombres, no sólo para los trabajos del campo, sino también y muy especialmente, para defenderse de las temibles invasiones de los indios.

Así y merced á su notable perseverancia logró formar las Hdas. de San Juan Nepomuceno, San Carlos, San Fernando (hoy Villa Lerdo) y Santa Rosa. En 1844, fundó una fábrica de tegidos de algodón (la primera que hubo en la frontera; en 1849, fundó á inmediaciones de Durango una ferrería, (la primera también en la Frontera.) En 1842, pobló la parte de las inmensas y fertilísimas llanuras de Tlahualilo, en donde á fuerza de sacrificios formó tres ó cuatro ranchos para cría de ganado, que fueron destruidos por los indios. No por eso desmayó: animábalo el noble fin de colonizar esos terrenos y ya en edad avanzada, para lograrlo, vendió á ínfimo precio y á plazos largos, grandes extensiones á la Compañía Agrícola Limitada de Tlahualilo y regaló á la Compañía del Central el terreno necesario para su vía: 100 kilómetros! Tal fué á grandes rasgos el fundador de esa cuantiosa herencia, que poseen numerosos vástagos entre los cuales se cuenta la Sra. Doña Angela Flores, esposa del señor Gobernador de Durango.

Ahora bien el Sr. Ingeniero Don Domingo Arámburo, cuyo retrato ilustra así mismo estas líneas, fué encargado por la casa Flores de llevar á cabo la repartición de los ya dichos terrenos de Tlahualilo, en los cuales se encuentra la famosa laguna del mismo nombre, y se unió para sus trabajos al Sr. Ingeniero Daniel Vallejo. Puso con él manos á la obra y según el minucioso informe presentado por el Sr. Arámburo, grande es el valor de dichos terrenos, los cuales hábilmente explotados darán espléndidos resultados.

Para sus trabajos el Sr. Arámburo se sirvió con muy buen éxito, en algunas partes que requerían detalles del auto taquigrafómetro del cual es inventor, y los señores Flores quedaron muy complacidos de la habilidad con que efectuó la difícil tarea del plano y el reparto. En atención á ésto, en Durango se le han encomendado nuevos trabajos, entre ellos el estudio y construcción de la entubación del agua.

Felicitamos al Sr. Arámburo deseando que el éxito alcanzado lo estimule.

NUESTROS CONCURSOS.

En el número de la semana anterior no pudimos dar la noticia referente al último concurso musical, porque esperábamos á última hora recibir algunas zarzuelas que nos estaban anunciadas. Con toda oportunidad se presentaron al despacho de «El Mundo» cinco obras, correspondientes al libreto *Por una Deuda*, firmados con los pseudónimos siguientes: *Nihil, ¡Sursum! A. H. R., P. I. G. y J. R. C.*

Tanto estos trabajos como los cuatro presentados para el libreto *Sobre el Océano*, serán entregados en la semana entrante al Jurado para que decida de los dos concursos, y una vez obtenidas las zarzuelas que designe el Jurado dignas de premio, las presentaremos todas á la mejor Compañía de Zarzuela que actúe en la capital. No lo hicimos antes, porque estábamos seguros de que el viaje del Sr. Arcaraz á Europa, había sido para mejorar su compañía, como seguramente lo hará.

***

En cuanto al concurso fotográfico, con pena manifestamos á los interesados que no obstante nuestros esfuerzos para llevar á cabo la Exposición que habíamos indicado, nos vemos en el caso de desistir de esa idea, porque en el Casino Nacional, en donde con tan buena voluntad se nos ofreció local, han estado y están en reparaciones del edificio, y se nos imposibilita organizar dicha Exposición en los salones que nos cedieron; y como sería inconveniente retardar por más tiempo la decisión de este concurso, la semana entrante nos harán el favor los señores jurados de designar cuáles son las obras fotográficas que merecen premios, y en el próximo número nuestros lectores tendrán conocimiento cabal del resultado de este asunto.

LA FRATERNAL

Paga sus Pólizas en 24 horas.

El Sr. D. Luis Basurto se aseguró en Marzo del presente año en dicha Compañía, bajo un plan de **Plazo fijo al portador** por la suma de mil pesos; y habiendo fallecido en la noche del 28 de Julio último, el día 30 del mismo se presentó á la Dirección el portador de la Póliza respectiva, acompañada del certificado de defunción. Bastó esto para que que desde luego se cubriesen al Señor Don Antonio Saenz de Sicilia los mil pesos referidos, que recibió á su entera satisfacción, otorgando el recibo del caso.

De lo expuesto surgen dos importantes apreciaciones: una, la incomparable prontitud con que paga sus riesgos La Fraternal; y la otra, que expidiendo pólizas bajo una forma especial la cual da caracter de beneficiario al portador, los contratos celebrados adquieren la fuerza de un *cheque*, y por consiguiente se eliminan en lo absoluto las tramitaciones dispendiosas y moratorias.

Es digna de encomio esta Institución netamente Nacional, que por su laboriosidad y honradez ha conquistado prestigio y alcanzado un progreso verdaderamente notable.

PERSONAL.

MR. J. H. MEYER.

Damos el retrato de este caballero que acaba de presentar su renuncia al alto cargo de Gerente del Banco Internacional Hipotecario de esta capital, para aceptar, á lo que se dice, el mismo cargo en el Banco de Zacatecas.

Mr. Meyer es bien conocido y popular, especialmente entre las personas que tenían negocios en el Hipotecario, y su separación será sinceramente sentida, en el sentido de los negocios. Por su parte, la Colonia americana pierde uno de sus mejores encantos con la partida de la linda esposa de Mr. Meyer.

Este contribuyó poderosamente á la popularidad del Banco entre los americanos, y estaba unido á la negociación desde Marzo de 1890, pocos meses después de la reorganización de ésta.

En México había estado ya Mr. Meyer, de 1874 á 1879, desempeñando diversos cargos. En 1879 fué á Nueva York, de donde volvió en 1888, radicándose de nuevo entre nosotros.

No hay para que decir cuán útil será el contingente que Mr. Meyer prestará en su nuevo cargo de Gerente del Banco de Zacatecas.

Por telegrama recibido en esta ciudad, se sabe que el señor Ministro Limantour, salió últimamente de Nueva York á Naraganset, de donde regresó poco después á Nueva York, afirmando el mismo telegrama que la salud del señor Limantour va mejoranda de dia en dia.

Se encuentra en esta capital el señor Vizconde de Cornely, procedente de Europa.

El domingo último murió en su residencia de Mixcoac la Sra. Dª Guadalupe Santa-Anna de Castro. Era hija del general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, Presidente que fué de la República.

El dia 3 de Septiembre próximo, se verificará probablemente el matrimonio de la distinguida Srita. Sara Díaz Vivanco, con el Sr. D. Pedro Rincón Gallardo hijo.

Otro pago de $5,000 de "La Mutua."

Guadalajara, Junio 16 de 1896.

Sr. Don Carlos Sommer, Director general de «La Mutua.»

México.

Muy señor mío:

Con intervención del Inspector de esta Compañía el Sr. Don Guillermo Peake, y por conducto del Banco de Londres y México, en ésta, he recibido en esta fecha la cantidad de (**$5,000**) **cinco mil pesos**, como importe total de la Póliza número 469,328, bajo la cual estuvo asegurado mi finado padre el *Sr. Don Conrado Izábal*, suplico á vd. acepte para sí y envíe á la dirección en Nueva York mi sincero agradecimiento por la eficacia con que se ha pagado dicha Póliza, después de levantadas las pruebas que exige el arreglo del asunto. Deseo que sirva de estímulo en favor del Seguro Sobre la Vida en la antigua, honorable y poderosa Compañía «La Mutua» de Nueva York.

Quedo de vd. su atento y S. S.—Francisco Izábal Iriarte, albasea testamentario de Conrado Izábal.

SR. JUAN FLORES.

SR. J. H. MEYER.

ING. DOMINGO ARÁMBURO.

Un monumento á Pio IX en Jamain.

Probablemente pocos de nuestros lectores saben que en la República Mexicana, en las risueñas playas del lago de Chapala, existe un hermoso pueblecillo denominado Jamain.

En el *buen tiempo viejo*, como dicen los franceses, el camino carretero que conducía de Guadalajara á La Barca, bordeaba ese pueblecillo, y los pasajeros que viajaban en las monumentales diligencias, solían detenerse en él por breve tiempo, contemplando embelesados la extensión azul de la laguna inmensa. El vaporcito *Libertad*, que de una manera tan trágica se perdió en Ocotlán, sumiendo en la más espantosa desolación á innumerables familias de Guadalajara, solía así mismo desembarcar en Jamain á alegres turbas de excursionistas, que ponían en movimiento al pueblo. Hoy, el ramal del Ferrocarril Central que comunica á la *Sultana de Occidente* con Irapuato, deja á buena distancia al portezuelo, y apenas si se detienen en éste los grandes pangos trajineros que hacen comercio de pescado y sandías, en las riberas de la laguna.

Ahora bien, en ese cortijo ignorado, en esa aldehuela que lamen y arrullan las ondas del Chapala, únicas conocedoras de su historia, hay algo que llama poderosamente la atención de tal ó cual turista extraviado. Y este algo, es nada menos que un monumento......... á Pío IX.

¿Por qué azares fué á erigirse en ese apartado rincón de México un monumento á la memoria del *Pontífice de la Inmaculada?* La historia es bien sencilla:

Un buen cura de Jamain, *de cuyo nombre no nos acordamos*, un humilde abate que poseía algunos bienes de fortuna y que era grande admirador del Papa del Sillabus, resolvió, allá por las postrimerías del reinado de dicho Pontífice, erigirle un monumento en el pueblo donde desempeñaba la cura de almas, y sin vacilar, puso manos á la obra. Naturalmente se procuraría que el monumento fuese digno de aquel á quien se dedicaba, y el proyecto fué discutido á sus solas por el buen cura. ¿Marmol? Era demasiado caro. ¿Piedra? No se prestaba mucho para los adornos...... El cura quería que el monumento fuese muy historiado, y trás madurísimas reflexiones, optó por el barro. El barro abunda: es blando, maleable, dúctil y se presta á todas las formas y á todos los adornos.

Acumulóse, pues, barro del más fino y se dió principio á la obra, que trás prolongadas labores quedó concluida. El monumento resultó cilíndrico, con grandes estatuas en nichos próximos á su base, representando á los doce apóstoles, con grecas y alicatados á más no poder, y helo ahí recortando su grande y extraña mole en el azul del cielo, y apareciéndose á lo lejos como una gran pieza de ajedrez de manufactura japonesa, pulida por todas partes hasta relampaguear, pues se enjarró de la mejor manera posible, y consistente á pesar de la fragilidad de sus materiales, pues muchos años han pasado por él, respetándolo debidamente. Corónalo una estatua de buen tamaño del Pontífice.

Quien había de decir á este Pontífice Máximo de feliz y pia memoria que en Jamain se perpetuaría ella con un monumento, que quedará probablemente en pie cuando, después de luengos años de reinado descienda á su vez á la eternidad el sucesor hoy glorioso, León XIII!

MONUMENTO Á PIO IX EN JAMAIN.

LAS VICTIMAS DE UN NAUFRAGIO.

En el mar todo es inesperado. La embarcación que ayer dejó la costa bajo un cielo sonriente y que resbalaba por un piélago de lápiz-lazuli, hoy, en brega con los vientos que se avalanzan al cordaje y con las olas que barren la cubierta, flota entre dos abismos á cual más espantoso, que abren sus fauces negras para engullirla.

Ese titán que se llama Océano, magüer su potencia colosal, es cobarde; procede por sorpresas; abre vórtices inmensos, después de mostrar el bruñido espejo de sus aguas; antes de ahogar, sonríe, con la sonrisa engañadora de Otelo.

Es el eterno salvaje. En vano la civilización corre por los nervios de caucho del cable, á través de sus aguas, llevando á todas partes la palabra de progreso y redención. En vano el vapor corta esas aguas con su quilla y se empenacha de humo: el mar no se domestica, es el eterno rebelde, y no hay día que pase sin llevar consigo recuerdo de alguna de sus hazañas.

Relatemos la última, habida en nuestras costas.

El *Oaxaca*, trasporte de guerra de nuestra marina, hallábase fondeado frente á San Benito, en un mar quieto y blando, luciendo su casco recién pintado y recién bautizado también con nuevo nombre, pues sabido es que ha pasado por una transformación curiosa; era buque mercante y se llamaba *Alejandro* y surcaba las aguas del Norte; mas cuando se cristalizaban los rumores de una guerra con Guatemala, él, el pacífico buque abarrotado siempre de mercancías, sintió que el patriotismo se le subía á la cabeza, y sin más ni más, alistóse en las filas de la armada. Naturalmente un cambio semejante, requería asimismo una total variación de nombre, y el *Alejandro* se convirtió en *Oaxaca*, ganando en el cambio, pues de «individuo» pasó á «Estado;» pero no divaguemos; decíamos que el *Oaxaca* se hallaba frente á San Benito.

Parte de la tripulación, al mando del 2º Capitán, G. Miranda, salió con un bote á hacer un reconocimiento, acercándose á la costa que se perfilaba vigorosamente dorada por el sol. El bote avanzaba rápidamente, guiado con aplomo por los tripulantes, y rompiendo con airoso movimiento las ondas, que formaban *bouquets* de espuma.

Las rompientes, no lejos, coronadas de blanquísimas grecas, dejaban oír ese rumor tan conocido de los marinos, que denuncia un peligro fácil de desafiar. El bote pronto llegó á ellas, presentando su delgada quilla á las olas. Para salir ileso de una rompiente, es indispensable esta maniobra, muy bella por cierto.

Mas ¡ay! del atrevido esquife, si por algún accidente presenta un flanco á la onda pérfida que viene. Esta lo arrolla á su paso, haciéndolo girar vertiginosamente, sin que los tripulantes, sorprendidos, acierten á tomar providencia alguna.

Tal sucedió al bote del *Oaxaca*. Un movimiento que presentó á una ola, un flanco, he ahí todo: el bote se volcó rápidamente y siguió rodando entre la marejada, hecho pedazos é impulsa do siempre...... Los tripulantes quedaron por un momento á merced del «enemigo.» Más recobrados pronto de su sorpresa, empezaron á luchar con él, intentando ganar la costa á nado. La costa era la salvación, más, ¡cuántos esfuerzos inútiles! la distancia ganada, perdíase en un momento merced á un golpe de la marejada; era preciso conquistar aquel piélago movedizo palmo á palmo, ó perecer. La fatiga empezaba, los brazos apenas podían moverse, el vapor estaba lejos......

Y el cielo impasible y puro......

Cuantos segundos de esos que parecen siglos, duró esta lucha encarnizada entre el elemento artero y los tripulantes? Solo la angustia pudiera contarlos...... Por fin un esfuerzo desesperado tuvo éxito y los nadadores reclináronse muertos de fatiga sobre la playa. Después se encaminaron para Tapachula, de donde el teniente Miranda telegrafió á San Benito, dando cuenta de lo ocurrido al 1er. contador J. González.

Publicamos, con sus nombres respectivos, el grupo de náufragos en camino para Tapachula.

De fijo mantendrán toda su vida el recuerdo de aquella desesperada lucha.

UNA PUBLICACION MUSICAL.—Muy pronto se repartirán los prospectos de la que va á editar en esta capital el conocido profesor D. Antonio Cuyás. Sabemos que, ameno y variado el nuevo periódico musical, llenará el vacío que se nota en nuestra prensa técnica, y por tanto nos atrevemos á augurar un buen éxito al futuro colega.

Las víctimas de un naufragio.

1. Contramaestre J. González. 2. Cabo Cañón J. Bautista. 3. Marinero de 1ª A. Noriega. 4. Marinero de 1ª J. Díaz. 5. Cabo de mar de 1ª B. Beniz. 6. Marinero de 2ª Pablo Rufino. 7. Cabo de mar de 1ª F. Contreras. 8. 1er. Teniente G. Miranda.

Li-Hung-Chang en Paris.

Entrada de Li Hung-Chang á París.

Li-Hung-Chang.

Su recepción en el Elíseo.

Interrogado sobre aquello que más le llama la atención en Europa, Li-Hung Chang debe haberse visto tentado muchas veces á responder: «Verme en ella.» Ni en los principios de su sorprendente carrera, ni en el apogeo de su potencia, ni en la hora de su pasajera desgracia, el hombre de Estado, al cual se ha llamado el Bismarck de la China y que fué y es el Tabuis Cunctator, podía prever el singular concurso de circunstancias que haría de él el embajador de China cerca de las potencias occidentales, y que, arrancándolo á su hierática inmovilidad le llevaría, al declinar sus años, á visitar esa Europa cuyos esfuerzos descubría hace ya tanto tiempo su diplomacia cautelosa y sabia.

Aparece él en este cuadro nuevo, como el último representante de un orden de cosas y de ideas, que se derrumban por su base. Flexible y astuto, hábil para adaptarse á las circunstancias, es el lazo de unión entre lo que fué y lo que será; personifica al Celeste Imperio de otro tiempo, evolucionando hacia los destinos nuevos, á los cuales intentaba dirigirse desde 1856, impulsando hacia afuera innumerables emigrantes.

Cuando en 1841 Inglaterra rompía á cañonazos las puertas de China y la obligaba á salir de su aislamiento; cuando en 1856 Francia é Inglaterra bombardeaban á Cantón é imponían al Emperador Hian-Toung el tratado de Tien-Tsin, ni Inglaterra ni Francia supusieron que por esas puertas hundidas, la raza de los hijos de Han iba á desbordarse sobre el mundo y que habían abierto camino á un formidable exodo. Al principio nada indicaba esto. China se mueve con majestuosa lentitud; las ideas nuevas penetran difícilmente en esa masa enorme que comprende casi una tercera parte del género humano. Extiéndese poco á poco sin prisa; se diría que al revés de los Estados europeos, impacientes del presente porque dudan del porvenir, la China, confiada en sus sesenta siglos de existencia, en su inagotable fecundidad, se cree apenas en su madurez, no prevé su decadencia, y paciente por que se juzga eterna, espera todo del tiempo que á ella sola la ha dejado en el olvido.

No por ser pacífico y legitimado por los tratados, el exodo chino, fué menos inquietante. Abierta á la emigración, la China se reveló desde 1865, como un factor nuevo, factor económico, personificado por la mano de obra barata, invadiendo la Oceanía, la Malasia, la América y las Antillas, y haciendo al obrero de la raza blanca, la más temible de las competencias. Los Estados Unidos se conmovieron, Europa se inquietó y en el Congreso de Berlin, el conde Schouvolof, representante de Rusia, señaló el peligro á la atención de sus colegas.

En esta época se discutió mucho el problema que debía resolverse con el concurso de las grandes potencias, tomando parte en esta discusión Anson Burlingame, embajador de China en Europa. Americano de nacimiento, oficial distinguido, Anson Burlingame había representado un papel importante en la guerra de secesión. Diplomático inteligente, acreditado por el Gabinete de Washington cerca de la corte de Pekin, se había ganado la confianza del príncipe Kung, entonces regente del Imperio y con la autorización de su gobierno, había aceptado la misión de representar á China cerca de las potencias extranjeras. Un tratamiento de príncipe, los poderes más extensos, los títulos diplomáticos más elevados, compensaban las dificultades que una tarea semejante traía consigo. El sentía el peligro fijando sus ojos en el porvenir con inquietud, previendo el dia en que los Estados Unidos y Europa se darían cuenta de la imprudencia con la cual se impuso al Celeste Imperio tratados cuyas consecuencias no se habían medido. «Es tiempo de acabar, decía Anson Burlingame, con la pretendida impotencia de la China y también con la pretendida inferioridad de los hombres del Estado Chino. Valen tanto como los nuestros y conozco en las clases secundarias, algunos cuya inquietante ambición está servida por un raro talento.»

Detrás del príncipe Kung cargado de honores y de años, cansado del ejercicio del poder, veía, en efecto, surgir un hombre nuevo: Li-Hung-Chang, llamado, según creía, á altos destinos. Anson Burlingame no se equivocaba tampoco en sus apreciaciones de los hombres. Poco tiempo después de haber dicho aquellas cosas, moría súbitamente, sin haber concluido su tarea, el príncipe Kung se retiraba, y Li-Hung Chang le sucedía.

«Las torres se miden por su sombra y los grandes hombres por el número de sus enemigos,» dice un viejo proverbio chino. La torre es alta y proyecta una sombra espesa; Li-Hung-Chang tiene muchos envidiosos y hubo un momento en que faltó poco para que lo derribaran. Modesto escribano de la provincia de Han-Wei, el virrey del Petchili se había convertido en hombre poderoso y temido cuya voluntad se imponía á más de trescientos millones de seres humanos. Desgraciadamente su desgracia no fué sino pasajera. Levantóse tan grande como antes para aparecer en un nuevo teatro, representar la China en el extranjero, y de virrey convertirse en embajador.

En él, el pasado explica el presente y los antecesores al descendiente. En las facciones afinadas, en la movilidad de la mirada y la impasibilidad sonriente de la faz; en la lentitud calculada de la palabra y la discreta cortesía de la atención, el diplomático se revela y el hombre de Estado se afirma. Su fisonomía altiva, sus labios finos, su frente plegada, sus pupilas velando la agudeza de los ojos, su fisonomía mostrando las huellas de un incesante trabajo, de un pensamiento siempre despierto y siempre contenido, dicen el poderoso esfuerzo de ese cerebro que preside aún en los destinos del Imperio.

Es de la raza conquistadora, su estatura lo indica; el cuerpo seco y nervioso, cubierto por su luenga túnica de seda, lleva, sin encorvarse, el peso de los años y el fardo de los negocios; su sobriedad es proverbial, y de todo lo que la vida puede ofrecer á un hombre, no ama mas que el poder, desdeñando todo lo que únicamente constituye el placer.

En los principios de su vida política tuvo una buena escuela, la de Tsang-Kwo-Fun, al cual debía suceder un dia, como virrey de Nankin y que murió sin dejar un enemigo, «habiéndolos suprimido todos durante su vida,» según decía. Así lo hizo también á lo que se dice Li-Hung Chang, en cierta medida y con procedimientos menos violentos. Llegado en una época de transición eranle precisos mayores manejos y además el destino le reservaba rudas pruebas.

Europa forzaba la entrada del Peï—Hoy, la rebelión de los Taïpings amenazaba con engullir en un espantoso cataclismo la dinastía Mandchoue. Se afirmó en la diplomacia negociando con Europa. Aprendió la guerra en la escuela de Gordon. Espíritu delicado, libre de escrúpulos y también de prejuicios, cuidadoso del fin y asaz indiferente para los medios, trató con Inglaterra, tomándole hombres y armas para ahogar la rebelión en la sangre, lanzando sobre sus Taïping al futuro héroe del Sudan, Gordon, en las manos del cual puso el mando del «ejército siempre victorioso.» Si se le reprochó que se apropiaba sus éxitos, que se apoderaba de sus victorias y que en sus informes habilmente redactados se presentaba como el pacificador del Imperio y el salvador del trono, hay que convenir también en que tuvo su parte en el éxito y en que no se mostró avaro ni de honores ni de dinero frente á frente del hombre escogido por él y que un dia, exasperado por su falta de lealtad, lo buscaba para romperle la cabeza.

Fué al dia siguiente de la victoria decisiva de Foochord. El Generalísimo de los Taïping, el intrépido y viejo Moh-Wabg, guarecido en su ciudad como una fiera en su cubil, sucumbía bajo los golpes de sus capitanes, á quienes quería arrastrar á un golpe supremo y sin esperanza. Muerto él, capitularon ellos ante el asalto furioso de Gordon que les ofrecía perdonarles la vida. Pero Li-Hung-Chang, como gobernador general de las provincias del Kiang, no se consideraba ligado por la palabra de Gordon, en tanto que él no la hubiera ratificado. La muerte de los jefes rebeldes podía solo apaciguar las alarmas de la corte imperial, aterrorizar á los rebeldes y elevar á Li-Hung-Chang á la realización del poder y de la fortuna.

Por orden suya, los jefes vencidos fueron degollados, y el virrey vencedor, escapando á la legítima cólera de su capitán, se apresuró á abandonar su tienda, á la cual Gordon, con el revólver en la mano, llegaba algunas horas después á pedirle cuenta de su perjurio.

Sin piedad, Li-Hung-Chang, tampoco tenía rencores. Había previsto la indignación de Gordon y se había sustraido á sus efectos; pero rindió un brillante homenaje á su valor y á su capacidad militar, recompensó con largueza á sus oficiales y sus soldados, y jamás comprendió por qué Gordon rehusaba desdeñosamente el millón que había pedido á Pekin y obtenido para él.

Cuando, quince años más tarde, Gordon, llamado para conjurar la guerra que estaba á punto de estallar entre el Imperio y Rusia, volvió á China, Li-Hung-Chang lo esperaba en Tien-Tsin, y al verlo, lo estrechó en sus brazos. Gordon mismo no volvió á ver sin cierta emoción al compañero de los días sombríos y de los grandes éxitos. Entre semejantes hombres, la vida es muy corta para rencores eternos, y ambos tenían algo mejor que hacer, que evocar un penoso incidente del pasado. El porvenir se ensombrecía de nuevo, y los dos vencedores de los Taïpings se concertaron para asegurar la paz.

Los prudentes consejos y el apoyo de Gordon ayudaron á Li-Hung-Chang á hacer prevaler su opinión en la corte imperial y llevaron al más alto grado la potencia y el crédito de aquel á quien un día había querido matar.

Si este hombre de Estado no ha suprimido como el maestro que lo educó á todos sus enemigos, si éstos después lograron alterar la confianza que le inspiraba al emperador y arrojar sobre él en parte el mal éxito de la guerra de Corea, Li-Hung-Chang, ha dado buena cuenta de las acusaciones que se le hicieran, y el modesto escribano de Han-Wei es y será, en la historia del Celeste Imperio en el siglo diecinueve, uno de los tipos característicos de su raza y de su tiempo. Fatalista, se inclina ante los hechos, accidentes pasajeros, ante la fuerza, que tiene su tiempo; ante Europa que la posee. Sufre los tratados que ella le impone; estudia las causas de su fuerza material, sus instrumentos y sus armas. El tiene de su parte el número, y su raza prolífica entre todas no muestra aún síntoma alguno de agotamiento. Tiene, para él, el tiempo: China desafía á los siglos y lo que él no pueda hacer lo harán sus sucesores. Afable y cortés ante los diplomáticos europeos, espera, observa, escucha, conven

RECEPCIÓN DE LI-HUNG-CHANG EN EL PALACIO DEL ELISEO.

cido como el sabio de que «las verdades que menos se gusta oír, son las que se tiene más interés en saber,» y en su escepticismo, no posee más que una convicción: que China es eterna, que el resto pasará, pero que ella no pasará.

Así, en su fuero interno, con qué conmiseración, ese hombre de Estado, filósofo y sabio, asiático y fatalista, debe juzgar á los europeos siempre agitados y ocupados siempre! Como todos los chinos de alto rango, no pueden tener para las artes, las costumbres, la filosofía y la religión de Europa más que una indiferencia que disimula bajo las hiperbólicas fórmulas de la política oriental. Unicamente las ciencias europeas le interesan y sus agentes en Europa tienen por misión sobre todo seguir sus progresos. Esencialmente observadores, comprenden pronto y retienen bien las cosas; aprenden jugando y uno de ellos decía un dia no sin una inflexión de orgulloso desdén: «nuestra civilización es tan vieja, nuestros antepasados han acumulado tantos hechos, descubrimientos y observaciones que en Europa más que aprender lo que ignoraba, me parece recordar lo que había olvidado»

Ni las victorias del Japón, ni el hundimiento aparente del prestigio militar de China, conquistado en la guerra contra los Taipings, bastan á alterar la confianza de Li-Hung-Chang en el porvenir de un imperio, sobre el cual parecen no haber pasado los siglos, y cuya vitalidad asombrosa ha resistido tantas otras pruebas. Lo que será ese imperio no puede aún entreverse; lo que anuncia, es un factor importante en la historia económica del mundo y un peligro en un próximo porvenir.

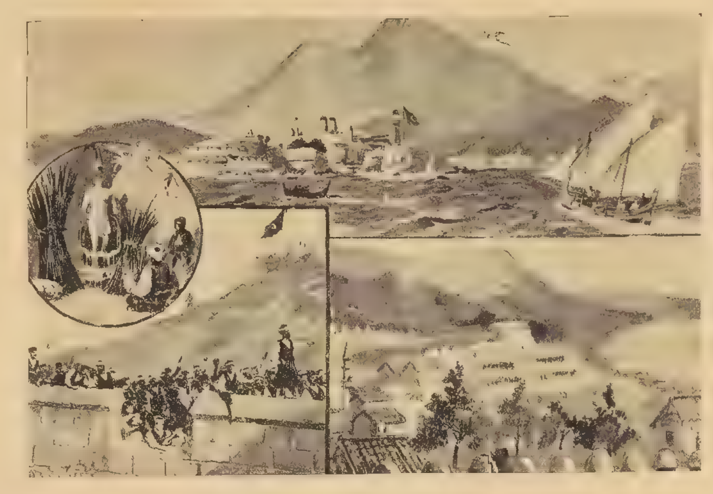
El Japón ha despertado en esa polvareda de hombres el instinto de la solidaridad nacional; les ha revelado lo que pueden la disciplina, la ciencia y la union. Con el Japón como aliada ó contra el Japón como enemiga, la China no tardará en reaccionar, y no es uno de los menores asombros de nuestro tiempo ver á Li-Hung-Chang, la encarnación viviente del pasado, tomar en sus manos la dirección de la evolución del mañana.

Tal es el retrato moral del hombre que, después de haber recorrido varias cortes europeas, ha llegado á París, al foco de la ilustración y de la ciencia, y con las ceremonias de estilo, ha sido recibido por el Presidente de la República Francesa

Nuestros lectores habrán venido, por dicho retrato, en conocimiento, de lo que significa en Europa la presencia de ese hombre misterioso, y no extrañarán que le hayamos consagrado un sitio preferente en nuestro semanario.

—

La insurección de Creta.



1. Vista general de la ciudad de Candia. 2. Estatua romana destrozada por los turcos.
. Excitación popu ar en Retimo á la vista de un buque inglés. 4. Campamento turco cerca de Retimo.

La insurreccion EN LA ISLA DE CRETA

Ya otra vez y en otras secciones de nuestro semanario, nos hemos ocupado en dar á conocer á nuestros abonados las diversas fases porque va pasando la insurrección de los cretenses cristianos contra el dominio fanático del Sultán de Turquía.

Hoy para ilustrar acontecimiento de tal importancia, que preocupa á las veces las cancillerías europeas y á sus taimados diplomáticos, publicamos varios grabados que se refieren á la revuelta isla de Creta.

Hacia la parte superior del grabado puede verse una vista general de la ciudad de Candía, capital hermosa y floreciente en otros tiempos, y hoy debatida y decadente bajo el filo de la espada Muslímica. Cuando Creta estaba en poder de la República de Venecia, esta capital era el emporio del comercio, y al afluir dentro de sus muros las riquezas de remotos paises y los productos de remotos climas, ahí se concentraba tambien una parte de la actividad científica, artística é industrial de la egregia nación que se engrandeció en San Marcos y se inmortalizó en Lepanto.

Hoy es apenas la hermosa Candía, triste sombra de su glorioso pasado.

A la derecha está representada como reliquia de una pasada civilización y grandeza de Creta, el fragmento colosal de hermosa estátua romámica, destrozada por los fanáticos mahometanos.

Los siguientes de la parte inferior de nuestro grabado, nos ofrecen dos escenas en las cercanías de la ciudad de Retimo, que ha servido de refugio á los turcos perseguidos por los insurrectos, merced al fuerte destacamento que la guarnece. A un lado está una vista general del campamentr turco, tomada desde la Aowpolis, ó fuerte principal en lo alto de la ciudad; y al otro se ve al pueblo abigarrado lanzándose al muelle del puerto, para ver en agitada excitación la llegada de un buque de guerra inglés, el *Sybille*

Las postrimerías de un reinado.

Garden Party de la Reina en el Palacio de Buchingham.

que se creía llevaría oportunos auxilios.

Los cretenses saludaron al representante del poder británico, creyendo que viene como centinela avanzado de una intervención más eficaz, en favor de los cristianos. Vana esperanza! la lucha sigue más encarnizada cada día, y si algo logran los cristianos, lo deberán á sus propios esfuerzos ó al auxilio que abierta y francamente reciben de Grecia, y de ningún modo á la acción de las potencias europeas, que hoy con la insurrección de Creta, como ayer con las matanzas de Armenia, parecen indiferentes á las gemidos de los que padecen la bárbara opresión de Abdul-Hamid.

LAS POSTRIMERIAS DE UN REINADO.

Cuando hace poco, en el pasado mes, asistió la Reina Victoria á su palacio de Buckingham, con motivo del casamiento de su nieta la princesa Maude de Gales con el príncipe Carlos de Dinamarca, algún repórter, de esos que nunca faltan en ocasiones tan solemnes, y andan á caza de la palabra furtiva que puede comprometer, oyó decir á S. M. B.: «Será esta mi última estancia en la capital de mi imperio.»

Si es ó no cierta, no sabremos averiguarlo, pero la frase transmitida con la velocidad del relámpago, ha dado la vuelta al mundo y es comentada hoy en los círculos financieros y políticos de ambos hemisferios.

Ya se discute la popularidad del Príncipe de Gales y se aquilatan sus cualidades y defectos; ya se forman pronósticos sombríos sobre la quebrantada salud de la Reina, y se hacen fúnebres cálculos sobre su avanzada edad.

El tiempo se encargará de dar la razón ó de desengañar al astuto repórter.

Entre tanto, nosotros, que nos vemos obligados por nuestra tarea, á dar á conocer en tiempo oportuno la nota ilustrada de los principales acontecimientos del mundo, del universo civilizado, publicamos hoy un grabado que representa una parte de las fiestas en el palacio de Bukingham, con motivo de las regias bodas á que nos referíamos hace un momento.

El dibujante sorprendió una escena animada en el *Garden Party* de la Reina: allí se ven al Príncipe y á la Princesa de Gales, futuros saberanos del gran Imperio Británico, haciendo los honores del palacio con esa exquisita corrección de la etiqueta inglesa. Los jardines del histórico castillo despliegan un lujo primaveral, y por entre sus macizos follajes y sus cultivados y graciosós *parterres*, desfilan los miembros más conspícuos de la aristocracia, únicos admitidos á tan escogidas fiestas.

Nuestro grabado da idea cabal del *confort* y del esplendente lujo que allí se desplegaron, de la animación seria y de la alegría correcta que reinaron entre las estiradas *ladies* y los apuestos *gentlemen*, flor y nata de la corte de Saint-James.

ESTATUA DE JUANA DE ARCO EN REIMS
Inaugurada el 15 de Julio último.

Estatua de Juana de Arco.

El Presidente de la República francesa, Mr. Félix Faure, inauguró en Reims, el 15 de Julio último una estatua de Juana de Arco, muy hermosa, debida á M. Paul Dubois, y cuya fotografía damos en lugar preferente á nuestros lectores.

La historia de este monumento es la siguiente:

En 1886, la Academia de Reims resolvió erigir una estatua á la doncella de Orleans y con tal fin se abrió una suscrición nacional. Los veinte mil pesos que se necesitaban para el monumento fueron rápidamente reunidos, pero la estatua no estuvo terminada sino hasta hace algunos días. M. Paul Dubois, con una rara conciencia, corrigió muchas veces su Juana de Arco, que jamás encontraba suficientemente conforme al ideal por el soñado.

La estatua se levanta sobre un pedestal erigido sobre el sitio del Parvis-Notre Dame.

Este pedestal lleva en un lado la inscripción siguiente:

A Juana de Arco.

Reims.

Francia.

Suscrición nacional abierta por la Academia de Reims. 1886-1896.

Y en la faz opuesta:

17 Julio 1429.

Bien merece este homenaje la heroica virgen salvadora de Francia.

Aniversario de la batalla de Wagram
EN FONTAINEBLEAU.

Como para responder á esa serie de fiestas con que los alemanes han venido celebrando desde hace un año sus triunfos sobre el segundo Imperio francés en los años de 1870 y 1871, el 7º Regimiento de Dragones de la República, de guarnicion en Fontainebleau, buscó una fecha gloriosa para las armas nacionales, recordó la memorable batalla de Wagram, y organizó alegre festival el dia 6 del mes próximo pasado.

La fiesta se celebró en la Escuela de Aplicación y fué presidida por los generales Monfort y Allard; á ella asistieron todos los oficiales francos de la guarnición; y adornados los cuatro lados del patio principal, y convenientemente dispuestos, dieron cabida á hermosas señoritas, que en traje de gala eran el ornato mejor de aquella multitud patrióticamente alegre, caldeada por un sol estival.

La primera y más importante parte del programa consistió en la presentación de todos los estandartes del Regimiento conducidos por alféreces vestidos con el uniforme de la época á que cada insignia pertenecía; los encargados de desplegar aquellas reliquias venerandas tan disímbolas, y de tan diferentes épocas, pues el más antiguo se remontaba á 1664, en el reinado de Luis XIV, y el más moderno es de 1868, del tiempo de Napoleón III, llenaron maravillosamente su cometido, ejecutando varias evoluciones muy apreciadas de los inteligentes. Esta es la escena que representa nuestro grabado.

El resto del día se dedicó á maniobras de todo el Regimiento, y á ejercicios de fuerza y de agilidad entre los oficiales y sargentos. La fiesta terminó con un banquete íntimo dedicado á la tropa, y organizado á expensas de los jefes.

Fiesta animada y agradable la de Fontainebleau, que recordará á la Europa entera, que si los súbditos del Emperador Guillermo se ufanan con sus laureles recientes de Metz y de Sedán, de Gravelotes y Saint Privat, los franceses, que no olvidan porque no quieren ó no pueden olvidar su derrota, guardan con amor el recuerdo bendito de sus glorias inmarcesibles, y esperan ver lucir el sol que alumbró los frescos lauros de Wagram y de Jena.

AL POLO NORTE EN GLOBO.
Una excursión arriesgada.

El señor Andreé, el arriesgado aeronauta y sabio sueco, y sus compañeros el doctor Ekholm y el señor Strindberg, se han embarcado en su gran globo, en el punto más septentrional del Spitzberg, con la esperanza de llegar al Polo Norte, ó cuando menos, á un punto cercano á el.

Teniendo en cuenta los preparativos delicados hechos por el señor Andrée, se puede creer que tendrá mejor éxito que el viajero Nansen.

El señor Andrée alimentaba desde hace muchos años la idea de llegar en globo al Polo Norte. En 1876, haciendo un viaje através del Atlántico, llamó su atención la regularidad de los vientos alisios, y pensó en la posibilidad de hacer largos viajes en globo, principalmente de Europa á América, cruzando el Atlántico. Pero la imposibilidad de reunir tanto dinero para empresa semejante, hizo que no se preocupara de su proyecto, sino hasta 1892, cuando el buen éxito alcanzado por Nordenskjodl, y las exploraciones de otros sabios suecos en las regiones árticas, excitaron al señor Andrée á llevar á cabo su idea de llegar en globo á la región polar.

Hasta esa época sus estudios sobre aerostación habían sido casi teóricos; pero desde luego comenzó á reunir la práctica á la teoría. Empezó por hacer algunos viajes con el aeronauta noruego Cetti, y sus experimentos en la navegación aerea, le convencieron de la posibilidad de llegar al Polo por medio de embarcaciones aereas. El barón Nordenskjold, célebre explorador ártico, le ayudó ampliamente proporcionándole dinero. El señor Andrée dijo que le bastarían 7 220 libras, y desde luego hizo un contrato con el señor Lachambre, constructor parisiense, para la fabricación de un globo por valor de 2,000 libras.

El globo, ya concluido, tiene 75 pies de altura desde la boca hasta el vértice, ó sean 97 pies desde el vértice hasta la base de la canastilla, donde irán los viajeros durante su viaje por los aires. Los dos tercios superiores del globo están hechas de tres cubiertas de seda mas gruesa.

Las cubiertas están unidas firmemente unas con otras por medio de capas de barniz, y tanto el interior como el exterior del globo está cubierto por dos capas de barniz.

La red que envuelve al globo está hecha de henequen italiano, de cinco milímetros de diámetro. El globo no tiene válvula en el vértice, como sucede generalmente, sino que tiene dos colocadas diametralmente en la zona ecuatorial, y una en el apéndice. Esta última es automática y tiene por objeto evitar la entrada del aire al globo. Se abre con una presión equivalente á diez milímetros de agua, y deja salir el gas superfluo. Las cuerdas que cuelgan de la red y que sostienen el anillo de donde pende la canastilla son en número de cuarenta y ocho.

En el espacio comprendido entre el apéndice del globo y el anillo van las provisiones, un bote, y tres velas que al ser extendidas presentarán al viento una superficie de 80 pies cuadrados. Por medio de estas velas el señor Andrée cree conseguir mantenerse á una altura máxima, sobre tierra, de 150 pies, á menos que los accidentes del terreno le obliguen á elevarse.

La canastilla es de forma circular: tiene cinco pies de profundidad y seis pies y medio de diámetro. Solamente hay espacio para que una persona se entregue cómodamente al sueño, las otras dos tienen que permanecer en el «observatorio,» así llamada la parte que queda inmediatamente arriba de la canastilla. Encima del anillo ya mencionado, hay otro donde van colocados los barómetros, termómetros, sextante, altazimut, anemómetro, un instrumento para determinar la dirección y velocidad de las nubes, otro para apreciar la intensidad de la luz solar, brújulas, un magnetómetro, un teodolito, dos cámaras fotográficas; en suma, todos los instrumentos y aparatos necesarios para observaciones astronómicas, geográficas y meteorológicas.

Diremos algo de las personas que componen la excursión. Es un terceto admirable. El Dr. Ekholm, el mayor de todos, es un hombre de unos cincuenta años de edad. Es fornido, de mediana estatura, de frente ancha y despejada. Es doctor en ciencias y uno de los meteorologistas más distinguidos de Europa.

El Sr. Andrée es ingeniero, y desempeña el puesto de inspector general en la Real Oficina de Patentes, de Suecia. Es un hombre muy alto—pasa de seis pies—de anchas espaldas y hercúlea musculatura; tiene nariz aguileña y ojos azules de mirar penetrante, su cabello y bigote son rubios. Es muy reservado y recibe á los extraños con ceño adusto.

El más joven de los viajeros es el Sr. Nils Strindberg. No tiene más que veinticuatro años de edad, y se ha distinguido ya como profesor de filosofía en el Instituto de Ciencias de Stockolmo.

El Sr. Andrée es muy rápido en sus contestaciones.

—¿Qué haría usted si por desgracia el globo cayera en el agua?

—Ahogarme—contestó el sabio con la mayor naturalidad.

El Sr. Andrée tiene esperanzas de que el viaje sea feliz, y su único temor consiste en que si llueve y el agua se congela sobre el globo, éste aumenta de peso y desciende sin remedio.

El Dr. Ekholm cree que si las circunstancias son favorables, podrán caminar de 12 á 15 millas por hora, pudiendo por lo tanto llegar al polo en el trascurso de seis días. El Sr. Andrée, considerando las más desfavorables circunstancias, espera llegar al polo en tres semanas.

Teniendo en cuenta la dirección de los vientos dominantes en las regiones polares, bien pudiera ser que el globo descendiera en Siberia, Cabo Barrow, ó en el estrecho de Behring. En caso de descender en la parte sep-

tentrional de la Groelandia, los viajeros tendrán que permanecer allí mucho tiempo, y alimentarse con los productos de la caza.

Muy dignos de buen éxito son estos arriesgados exploradores, que no temen sacrificar su vida en aras de la ciencia.

Verdi es un filántropo.

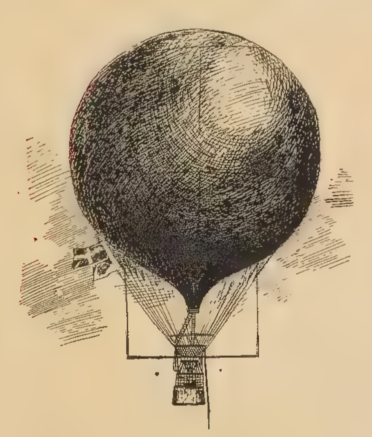
El célebre compositor italiano Guiseppi Verdi ha logrado acumular una gran fortuna, gran parte de la cual dedica al alivio de los sufrimientos de la humanidad.

Hace pocos años fundó un hospital para gente pobre en su ciudad natal, Villanova.

Verdi llegó últimamente al Gran Hotel de Milán donde acostumbra pasar los meses de Junio y Julio, y poco después de su llegada depositó en el Banco del Popolo 400,000 liras, á cuenta de 1 000,000 que dedica para la construcción de una casa para músicos ancianos y necesitados. Se llamará «*Casa riposo per gil artisi di musica.*»

El lugar escogido para la construcción del edificio se halla en la parte más sana de Milán y tiene una extensión de 4,500 metros cuadrados. La casa tendrá dos pisos, debiendo construirse un gran jardín en el centro. Podrá dar alojamiento á 200 personas, y tendrá un gran salón para conciertos. La obra, ya comenzada, tendrá término dentro de un año, y se gastará en ella un millón de liras.

Se calcula que los gastos anuales ascenderán á 150,000 liras, cantidad que será también dada por el maestro Verdi.



EL GLOBO DE M. ANDRÉE.

OTRO RIVAL DE LA BICICLETA.

Ya tiene la bicicleta otro enemigo, que es nada menos que su propio progenitor.

La bicicleta nació de una maquinilla llamada *celerifére* en Francia y *hobbyhorse* en Inglaterra, que hizo las delicias de los jóvenes nada menos que á fines del siglo pasado y que mereció los honores de la caricatura.

El *celerifére* ó la aceleradora era algo parecida á una bicicleta, de mimbres y madera y sin pedales. Se montaba en ella, se empujaba dando en el suelo alternativamente con el pie derecho y con el izquierdo, y cuando se había adquirido velocidad se aprovechaba dejando que la máquina corriera sola mientras le durase el movimiento impulsivo; en las cuestas abajo no había que molestarse sino en contener de vez en cuando la rapidez de la marcha. Con estos artefactos se podían hacer jornadas muy largas á razón de 9 á 10 kilómetros por hora y sin gran cansancio.

Tal es la máquina que se ha sacado hoy del olvido; pero aplicándola los rayos de alambre á las ruedas, los juegos de bolitas á los ejes y los pneumáticos á las yantas, con lo cual se multiplica de una manera formidable la rapidez de la aceleradora.

Ventajas de ésta: que no se necesita aprendizaje para montar en ella; que son poco menos que imposibles las caídas, y la baratura, pues por unos cuantos duros se puede comprar una aceleradora, lo cual la pone al alcance de todo el mundo. Sus preconizadores anuncian que este será la bicicleta de la gente pobre y de la gente que vive en el campo.

ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE WAGRAM EN FONTAINEBLEAU.

Tranvías de aire comprimido.

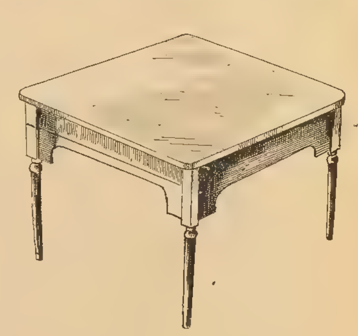
La semana próxima pasada debe haberse verificado en la calle 129 de la ciudad de Nueva York la prueba del nuevo tranvía de aire comprimido. Tan pronto como la «Compañía Americana de aire comprimido» tenga en corriente su maquinaria será necesario modificar los carros para el servicio de pasajeros. Los carros correrán en la linea de la calle 125 y después entrarán á las lineas de la parte alta de la ciudad. La Compañía cree conveniente hacer por ahora las pruebas en las lineas de poco tráfico.

El nuevo carro solo difiere de los comunmente usados en que tiene dos pies menos de longitud, y en la forma del motor. El conductor va en la plataforma delantera y puede manejar una palanca para imprimir movimiento, otra para detenerlo, un garrote de aire comprimido y una válvula. Esta es toda la maquinaria visible y ocupa espacio reducido.

Las máquinas de aire comprimido y los tanques de aire caliente son subterraneos, y el aire comprimido á razón de 2,000 libras por pulgada cuadrada, es enviado á los depósitos de los carros desde la oficina central. Después pasa por los tanques de aire caliente, donde la temperatura es de 350 grados, siendo la presión de 150 libras. En esos tanques el aire que se ha enfriado por el exceso de presión recibe una expansión súbita, y entonces se dirige á las máquinas para obrar exactamente como vapor de agua.

Cada uno de los tanques ha sido sometido á una presión exagerada de 4,000 libras por pulgada cuadrada; pero al ser aplicado á los carros el aire solo tendrá una presión máxima de 2,000 libras.

VELA DEL GLOBO ANDREE.



UNA MESA FIN DE SIGLO.

Lo primero que llamó mi atención á mi llegada á Nueva York fué la ausencia de camas en las casas habitaciones.

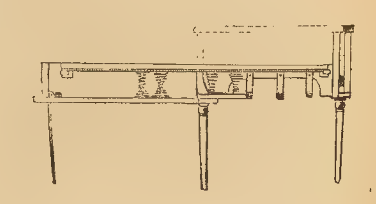
—«¿Dónde dormirá la gente?»—pensaba yo, y á la caída de la tarde pude ver, no sin sorpresa, que los libreros, y los tocadores, y los guarda-ropas se volvían camas, exactamente como en las comedias de magia.

Los neoyorkinos, que tanto se desesperan al tener que transportar sus muebles al mudar de casa, están encantados con un mueble que combina la utilidad de una mesa con el confort de una cama.

Las viviendas de las casas de Nueva York tienen cuartos tan reducidos que un mueble como el últimamente inventado tiene que ser recibido con aplauso general.

El inventor ha obtenido ya la patente respectiva. El mueble colocado en el centro del cuarto presenta el aspecto de una mesa común y corriente. En el momento deseado la tapa se levanta, gira al rededor de unas visagras, aparecen dos patas y queda el colchón á descubierto.

No puede haber mueble más cómodo.



PAGINA GRIEGA.

ODAS BREVES.

A Lydia.

¿A cuantos engañaron tus promesas
Oh Circe habilidosa? Cuantos, dime,
Tus rojos labios de coral mordieron?
Cuantos de tus burlados amadores
Como propicias víctimas murieron?
Yo se que todo cuanto dices, Lydia,
Es calculada red engañadora,
Que no hubo en el mundo más perfidia,
Ni mar, cerulea ninfa, más traidora.
Pero disfrute yo de tus halagos,
Y sienta de tu boca estremecida
La caliente humedad cuando me besas,
Y mientan en buena hora tus promesas,
Aunque me cueste el despertar la vida.

Manuel Gutiérrez Nájera.

Bajo relieve.

Rey de Samos, Polícrates, discurre
con lujuria despótica, sonriendo;
y mientras danzan ménades impuras
y alegres cantan cortesanos ebrios,
al tañido de péctides y cítaras,
Polícrates se abraza al pensamiento
de enrojecer con sangre de sus áulicos
las trasparentes aguas del Egeo.

Surge de la onda de fragante vino
vapor que crece y se condensa presto
en la atmósfera tibia y luminosa,
semejando una oréade que al peplo
de etérea gasa revelar concede
secretas líneas y contornos griegos.
Era la musa ardiente y soñadora
del inspirado lírico de Theos;
agita el tirso de temprana yedra,
entona el himno voluptuoso á Eros,
y el ditirambo que á gozar excita,
consagra al hijo del pastor Sileno.

Mal ceñida la rústica diadema
de mirthos enlazados con renuevos
de pámpanos ubérrimos, Polícrates
siente que estallan en vibrantes besos
los himnos de la musa anacreóntica;
y vencido al instante por el sueño
no supo del festín.
Una hetaira
acaricia en la comba de su seno
la cabeza del déspota.
Mañana
habrá de despertar; no así el intento
de enrojecer con sangre de sus áulicos
las trasparentes aguas del Egeo.

Andrés A. Mata.

La Conmemoración.

ESPECTROS ÉPICOS.

¿A donde con los griegos melenudos
va por el golfo insigne tanta nave?
Al compás de la tibia, que en agudos
tonos imita la canción del ave,
himno de acentos bélicos y rudos
suena confuso y grave.
¿Es el Pean?—Guerreros espolones
amagan en las proras esculpidas;
y la flota triunfal lleva festones
de rosas y relámpagos de egidas,
y argenta de espumosos borbotones
las olas divididas.
El sol entre arreboles resplandece,
como broquel de oro que á indistinto
Dios vestido de púrpura guarnece;
y el húmedo cristal, á trechos pinto
de reflejos de múrice, parece
en sangre persa aún tinto.

Salvador Díaz Mirón.

Una prueba de amor.

La unión de Marindotti y de Constanza, se remontaba á unos veinte años.

En tal tiempo, aquel maestro de la estética estaba muy lejos aun del universal renombre que obtuvo después.

Poco conocido del público, excepción hecha de un pequeño círculo de íntimos que apreciaban en su justo valor la extensión de su saber y la magnitud de su inteligencia; muy discutido de los letrados, á los cuales desconcertaban á la vez los arrebatos de su estilo y el atrevimiento de sus tendencias, acababa de obtener, con grandes trabajos una cátedra en un Colegio, donde sus lecciones provocaban frecuentes tempestades, y absorvido por la lucha, y además aislado, pues no tenía por toda familia más que algunos primos lejanos, que moraban en el fondo de su provincia, había pasado de los cuarenta sin conocer ninguna de las dulzuras de la vida, ninguna de las seducciones del amor; cuando, en un estío, en el campo, en casa de unos amigos, había encontrado á Constanza.

Ella se encontraba á la sazón en todo el florecimiento de sus veinticinco años, libre, independiente y hermosa, con esa radiosa hermosura que sobrepasa la del cuerpo y la hace olvidar.

Apenas se vieron, quedaron prendados: él de la gracia penetrante de una naturaleza elegida, que no tenía noción de su propio valer, ella, del brillo de la potencia intelectual que explendía en rededor de él; y cediendo á una atracción irresistible, se habían entregado el uno al otro, sin poder decir cual de los dos había comenzado á amar y dado los primeros pasos.

Y, cosa rara, aquel lazo, tan rápidamente anudado, no había traido para ellos, al revés de tantos lazos semejantes, ni decepciones, ni penalidades. Al contrario, se habría dicho que cada dia, al pasar por ellos los unía más, como si los mismos contrastes de sus caracteres, hubiesen sido hechos de la mejor manera para fundirse.

En aquella época Marindotti había alquilado, en el último piso de uno de los más viejos hoteles del muelle de Orleans, un departamento muy vasto para él, pero con luz, con aire, silencioso y muy á propósito para el recogimiento y el estudio. Desde sus ventanas, abiertas al sol de medio dia, la vista abrazaba toda la extensión del Sena, desde el puente de Charenton hasta el travesero de Nuestra Señora; y por encima del extenso moaré movil del río, un conjunto de colores verdes y grises, limitado en parte por los altos relieves de Saint Etienne del monte y del Panteón y que llegaba por la otra hasta las umbrías indefinidas del Jardín de Plantas.

—A Constanza la sedujo, desde luego, la calma luminosa de aquel departamento elevado, casi aereo, á donde no llegaban de fuera, más que rayos de sol, pájaros, harmonías confusas de colores y de sonidos y cuyas altas habitaciones llenas de luz, decoradas hacia el fin del siglo pasado, conservaban en los dorados, frescos aún, de sus artesones y de sus entrepaños, como una sonrisa del pasado.

Había ido ella á instalarse ahí desde que fué mujer de Marindotti, llevando consigo lo que mejor podia acomodarle: tapicerías antiguas de amortiguados matices, objetos de arte poco numerosos, pero de purísimo gusto, plantas fecundas y espesas, y desde entonces había comenzado para ellos una existencia aparte, de retiro é intimidad completos, que tenía un raro encanto.

Muy instruida, sin esa dulzura y esa modestia que pueden llegar á la vulgaridad; dotada de un tacto exquisito, de un juicio sereno y recto, de un espíritu serio y firme, Constanza era acaso la sola mujer capaz de comprender bien á Marindotti, de penetrar á fondo aquella naturaleza ardiente, entusiasta, cuyas facultades de primer orden, sobreexitadas por la lucha, buscaban aun su equilibrio.

Sin sobreponerse á él, sin tratar siquiera de darse importancia, había sabido, sin embargo, rodearle de esa infinidad de pequeñeces que son tan preciosas para un hombre de vida interior, y asociarse á sus trabajos, ayudarle en sus investigaciones, sostenerlo en sus esfuerzos; y adquiriendo poco á poco una influencia intelectual muy grande sobre él, suavizar la aridez de sus estudios, templar la exuberancia de su estilo, profundizar en fin y purificar su talento, como había profundizado y purificado, al captárselas, todas las fuentes de su corazón.

Marindotti, por su parte, se había entregado con voluptuosidad á aquella pasión que lo envolvía, á aquella pasión radiosa que transfiguraba su vida; que bien lejos de fatigarlo ó de desviarlo de su camino lo impregnaba de luz y de fuerza al fundirse á él; que hacía sus horas de trabajo tan felices como sus horas de amor y le daba la indecible alegría de poder pensar muy alto, á toda hora, sin cesar de ser comprendido, por alto que se elevase.

Tanto amor y tanta abnegación, no quedaban sin recompensa. Premiábala él con una ternura tan fiel, que no debía desmentirse jamás; con una confianza de todos los instantes, con una necesidad de aprobación llevada hasta el escrúpulo.

—Ves?—le decía Marindotti—no eres solamente mi inspiradora y mi juez; eres una conciencia en que yo me examino bien, mejor que en la mía, donde me siento vibrar hasta las fibras más recónditas. Preferiría ser condenado, burlado, vilipendiado por el universo entero, antes que herido por tí.

Y como una prueba de que no existía una idea que no le expusiese, apenas germinaba en su cerebro, una manera de ver que no sometiese á su aprobación, no había un discurso, una conferencia, un artículo, que ella no conociese la primera, todavía brillante con el fuego de la inspiración.

Se podría decir que hacía gala de someter á su juicio todos los tesoros de su inteligencia, antes de entregarlos al público bajo una forma cualquiera, y ella apreciaba de tal suerte este homenaje delicado y la hacía gozar de tan deliciosa manera, que solía exclamar:

—Me halagas demasiado, y si para mí prodigas lo mejor de tu talento, ¿qué quedará para los otros?

Qué podían significar en aquel hogar las dificultades de la vida, ante aquellas íntimas satisfacciones?

Una cosa, sin embargo, inquietaba á Constanza: el concentrado ardor casi febril, con que Marindotti, empeñado en aumentar su renombre, trabajaba, no dándose ni un momento de reposo.

Temía que aquella labor encarnizada acabase por alterar su salud. Algunas veces creía descubrir en la afectación con que erguía él su cuerpo de atleta, en su palabra más nerviosa, en la expresión de sus ojos, huellas de esfuerzo y de fatiga; mas en vano le suplicaba que no se prodigase tanto; él confiado en su nativa robustez, que jamás lo había traicionado, desdeñoso por temperamento como por hábito, de todo reposo, sonreía y seguía trabajando, algunas veces toda la noche.

Y es que su espíritu vigoroso no podía doblegarse ante la idea de valer, al acercarse la vejez, menos de lo que había valido. Es que se rebelaba contra toda decadencia. Pertenecía á esos atletas del pensamiento, que una vez en la brega, no la dejan ni aun para morir.

La reacción debía venir, sin embargo, una reacción tremenda para aquel organismo infatigable.

Era una noche de trabajo. Marindotti se había instalado en su estudio, tras la íntima conversación de sobremesa con su adorada Constanza. Fué en vano que insistiese ella en pedirle que dejara aquel trabajo febril, y viendo la inutilidad de su súplica, instalóse junto á la mesa en que su amado trabajaba y se puso á leer. Durante muchas horas vió correr vertiginosamente aquella pluma sobre el papel. Por fin Marindotti la abandonó, mas al ponerse de pie, fue presa de espantoso desvanecimiento. Sintió como si un choque interior le machacase el cerebro; extendió los brazos, lanzó un grito y cayó inanimado sobre el tapiz.

***

Y bien, doctor.

Era esta la trigésima vez en dos días que Constanza, confinada á la habitación de Marindotti, dirigía la misma pregunta, semiahogada por la angustia, al doctor Varsier, sin obtener otra respuesta que un vago movimiento de cabeza.

Esta vez el médico, que estaba encorvado sobre el lecho del enfermo, se irguió lentamente, enjugó su frente empapada de sudor, arregló los puños de su camisa, dió orden al practicante que le ayudaba de que empacase la pila eléctrica y los diferentes aparatos esparcidos en la cámara, y acercándose á Constanza, tomó entre las suyas sus manos.

—Y bien?—repitió ella desfalleciente.

—Y bien, mi pobre amiga—respondió él con su brusquedad habitual de acento—vivirá, pero esto es todo. La parálisis es completa y los desórdenes cerebrales muy graves para que pueda recobrar enteramente la palabra, la sensibilidad y el movimiento.

—Oh! pero esto es horrible!

—Sí, y valdría más para él que no volviese del todo en razón.

—Oh! pero qué osa usted decir?

El médico sonrió tristemente, sin responder.

—Y ya no hay nada que hacer?

—Nada. Todo lo que podía intentarse, lo he ensayado desde hace dos días, sin obtener resultado alguno. ¡Qué quiere usted! Yo se lo había advertido, cargó demasiado su máquina.

—Nada que hacer, ¡oh Dios!—repetía Constanza aterrada.

—Duerme—interrumpió el doctor, y por el momento no tiene necesidad de nada; así, pues, me voy, porque otros enfermos me reclaman. Quiere usted que se quede el practicante mientras vuelvo?

Ella rehusó; no quería ver á nadie cerca de su enfermo.

El doctor le indicó entonces el régimen sencillo que debía seguir y la dejó sola en la gran cámara silenciosa, que el maestro ya no debía recorrer más.

Estremeciéndose toda, atravesó ella la distancia que la separaba del enfermo, en medio de la tibia media luz de la estancia, y llegó de puntillas al pie del lecho en que reposaba Marindotti, apenas cambiado en la apariencia, con el cuerpo alargado, la fisonomía tranquila, un poco más pálida que de ordinario y el pecho levantado por una respiración débil, pero regular. Después, inclinándose dulcemente, púsose á contemplarlo á través de un velo de lágrimas.

¡Dios santo! cómo, en su reposo, aparecía aún el mismo. Que leves eran las huellas que mostraba, del mal que le había herido! Acaso no era éste tan grave como

decía el doctor! Acaso se había equivocado. ¿Era posible que aquel cuerpo querido, reclinado blandamente en el blanco lecho, fuese ya únicamente una masa inerte que debía permanecer clavada ahí?

Por fin el enfermo abrió los ojos, esos ojos que ella amaba tanto, donde estaba habituada á leer por entero el pensamiento y que jamás se volvían á ella, sin hacerla sentir la impresión de una caricia; los abrió, murmurando con voz que parecía un quejido, palabras ininteligibles, y ella, que se había inclinado más hacia él, retrocedió repentinamente, herida hasta el fondo del corazón por una inexorable realidad, escrita en el fondo de aquellas pupilas vagas y claras, en que la chispa divina se había extinguido.

¡Ay! el doctor había dicho la verdad! Un ser inconsciente, una pobre pavesa humana, he aquí lo que restaba de Marindotti, lo único que el mundo vería en adelante! En un segundo de lucidez desgarradora, comprendió ella todo lo que la catástrofe tenía de horrible y de irremediable, y presa de una inmensa piedad, de una indecible desolación, abatió, sollozando, su cabeza sobre el lecho.

Sollozó mucho tiempo, con los labios pegados á las manos frías de Marindotti, que permanecían inertes bajo sus labios, con la frente pegada á su pecho, que ya no tenía para ella eco alguno; repasando una oleada de recuerdos: todo lo que aquel hombre había sido para ella, todo lo que le había debido de alegría y de orgullo, diciéndose con desesperación, que ya no podía hacer nada por aquel que le era tan caro; con una pena más grande aun que la que le producía su dicha muerta, consideró la desventura sin nombre que hacía de aquel maestro tan querido y respetado por todos, un objeto digno de compasión.

¡De compasión! ¡Qué hubiese dicho él, tan orgulloso, al saber que ese era el sólo sentimiento que podía ya despertar!

—

El exceso de su dolor la hizo erguirse de nuevo y recorrer á grandes pasos la estancia, restregando una con otra sus manos y repitiéndose con desesperación:

—¡Oh! Si él supiese lo que pasa, preferiría morir.

De pronto percibió, olvidado sobre una consola, por el practicante sin duda, un pomo casi lleno de atropina, de la cual Varsier debió dar al enfermo en los primeros momentos, y un pensamiento súbito la hizo estremecerse: la muerte libertadora que invocaba para Marindotti, estaba ahí, encerrada en aquel menudo frasco. Que el enfermo absorviese solamente la mitad y se salvaba de su desgracia...... para siempre.

Este pensamiento de libertad la hirió de tal suerte, que se apoderó del frasquito.

Si en aquel momento Marindotti le hubiese gritado: «dámela,» le habría tendido sin vacilar el frasco. Mas ¡ay! ninguna orden debía surgir de los labios balbucientes del maestro; estaba sola, y en adelante, tenía que pensar por él y por sí. Entonces, presa de una emoción inexplicable, púsose á interrogar su conciencia, aquella conciencia á la cual su amado había llamado tantas veces. Él, aniquilado, reducido á la nada, sin que pudiese obrar ¿qué haría? ¿Ella, tenía derecho de disponer de la vida de él? ¿No era acaso hasta un deber hacerlo, habiendo sido para él todo lo que era? ¿No era aquel el último servicio que podía hacerle? ¿La última prueba que podía darle?

Creyó sentir que sí, que debía hacerlo, y sin embargo y á pesar de su exaltación, vaciló.

Un discreto golpe dado á la puerta, la sobresaltó! Eran amigos del maestro, eran sus discípulos, una delegación del Instituto, que iba á pedir noticias y que insistía en entrar. Apresurose á decirles que Marindotti no quería recibir á nadie y, cerrada la puerta, volvió cerca del lecho, pensando de nuevo en aquella resolución tremenda.

No, no; ningunos ojos más que los suyos debían ver al maestro amado, reducido á la impotencia sobre su lecho de miseria; ninguno de aquellos que se habían inclinado ante su elocuencia y su saber, le insultarían ahora con sus miradas de piedad.

Ninguno podría decir que el sabio, no había muerto grande é intacto. Como se inclinase de nuevo sobre él, los ojos errantes del paralítico encontraron los suyos. La reconoció y un fulgor más vivo alumbró aquella mirada, y su voz incierta intentó pronunciar el nombre de Constanza.

—¡Oh! Dios, exclamó ella, invadida por un soplo de locura, acaso no está todo perdido!

Y con desesperado arranque se arrojó sobre él, hablándole, abrazándolo, oprimiéndolo contra su pecho, como si intentase comunicarle su vida, galvanizarlo, resucitarlo.

Tiempo perdido. ¡ay! Alcabo de algunos minutos, con el alma hecha pedazos, aniquilada, tuvo que aflojar aquel lazo sin haber obtenido un movimiento, ni una frase distinta.

¿Comprendió el paralítico aquel esfuerzo supremo? ¿Tuvo conciencia de la inutilidad de la lucha y de los lazos amorosos que intentaban anudar su talento y su cuerpo? Sus miradas, que se iluminaran un instante, abatiéronse hacia él mismo y luego se levantaron hacia Constanza, llenas de de una expresión tal de súplica, que á la joven le pareció recibir, en plena conciencia, la sentencia que esperaba. Sus manos cesaron de temblar; recogió el pomo que había caído á los pies del lecho y lo destapó.

—¿Es bueno? balbuceó él al verlo, vuelto ya á su inconsciente impasibilidad.

—Sí, respondió ella, es bueno, es la libertad.

Y dejando un beso apasionado en la frente del enfermo, le vació el pomo entero en la boca.

Pablo Dijs.

ISOLDA.

—

> Estrella de la tarde, que brillas en occidente, que levantas sobre las nubes tu brillante cabeza y te adelantas majestuosa á lo largo de la colina, ¿que miras á través de los árboles?
>
> Cantos de Ossian.

I

El mar hirviente y enfurecido azotaba con sus ondas glaucas y encrespadas, los peñascos del volcán, que, emergiendo de las lenguas de agua que lamían las arenillas de la playa, elevaba su puntiagudo crater coronado por tenue airón de humo hacia las nubes que flotaban bajo el cielo siempre sombrío y negruzco de aquella ignota latitud.

Escondida entre carcomidas peñas, recargada en los pichachos de musgosos cantiles, casi derruida, rodeada de una vegetación raquítica é inculta, apuntalada por leprosos troncos, nidos de las aves carnlceras; abandonada y casi oculta entre espinosos zarzales, estaba la choza del pescador.

Allí solo se escuchaba el aleteo de los alciones que al declinar el sol invernal revoloteaban gritando en los islotes que surgían del reverberante espejo de las aguas, el sempiterno llorar del aire zalobre que murmuraba palabras y quejas no inteligibles, al azotarse en las vertientes y, el bronco majestuoso rebramar de las gigantes ondas que al golpear con sus tumbos la playa, se desbarataban en caprichosas grecas de burbujeante espuma.........

En lontananza, flotando casi entre las enhiestas copas de los grandes olmos que esmaltaban el vallecillo, veíase la colina en cuya suave pendiente se desbandaban como parvada de aves blancas las casitas del villorrio.

Había veteranos bohíos con su techumbre de paja ennegrecida por todas las tormentas, pequeñas huertas, microscópicos viñedos, pintorescos collados donde floreaban los rosales, hortalizas y heredades en cuyos enhiestos palomares arrullaban las hembras á sus crías cobijándolas bajo el alón tornasolado.........

En la cumbre de la emninencia y casi á la altura del campanario, elevaba el castillo señorial sus sombríos y rígidos muros, en cuya medio arruinada torre del homenaje ondulaba siempre al antojo de los vientos la invisible bandera del castellano de San Martín.

II

Oscar es el más apuesto doncel de la comarca, sus vestidos son los más fastuosos, espléndida la pitanza de su burgo ennohecido y legendario, garridas las mesnadas que conduce victorioso á mil vandálicas empresas; tiene su rostro paradisiaca hermosura, es su valor el más indomable, sus caballos los más ligeros, su jauría las más robusta y la más brava, sus monteros, los más audaces y valientes.

Nadie como Oscar espera con tan estoica calma la acometida de la fiera á quien han robado sus hijuelos, nadie como él clava con tanta destreza el venablo traidor en el corazón del león, que acosado sacude su opulenta melena en la enramada umbría, nadie como él, es amado por las bellas, temido por los luchadores, y ensalzado en las románticas canciones de los troveros.

III

Al atardecer, cuando Febo se desmaya blandamente, y el fulgor diurno apaga esfumándola entre aluviones de sombra su polícroma claridad, á la hora en que se llenan las cavernas y grazna el buho erizando su plumaje negro, cuando suena el silbo vibrante del grillo y la tiniebla lo envuelve todo en su crespón opaco, Isolda, la virgen de los ojos tristes y melena blonda, la niña de la blanca túnica y la tez enferma, corre cual gentil gacela, y ágil trepa sobre un bazáltico peñon avanzado al océano, esperando el retorno del ausente pescador.

Oyese el monótono golpear del remo, colúmbrase, como el ala de un cisne, la vela henchida de la frágil embarcación, hiende la atmósfera silente el eco de una canción marina, encalla la barca de abeto, y al saltar el viejo á tierra

acaricia con sus velludas manos el cuerpo de la nubil, exclamando:

—¡Hija mía!

IV

Arriba Selene en plenilunio.

Las estrellas lloviendo la noche en tupido aguacero de luz, y las nubes, esas algas del espacio, simulando tocas de novicias, legiones de almas, monstruos apocalípticos, estrambóticos japonismos y pesadillas de loco.........

Abajo todo en calma.

El bosque columpiando indolente los ramajes de sus viejas arboledas, la cuadriga noctívaga de los lobos, asolando la campiña con horrísono alarido, y el viento, ensayando sus perennes sonatas en los campos.

En lo más sombroso, rumor de besos, la mano de un barón estrechando un talle de Nereida...... un suspiro...! la soledad.........!

Después, la tranquilidad infinita del olvido, las hojas volando en inquieto torbellino y el aire impregnado en las emanaciones oceánicas, acariciando la frente tibia de una niña que tiembla y que llora.

V

¿Porqué Isolda está triste?

¿Porqué los frondosos arboles encalvecieron arrojando al suelo su arrogante cabellera de hojas verdes, y el mar brama levantando montañas de absintio y espumas?..

....

El relámpago agrietó los cielos con sus víboras de lumbre, retumbó el trueno sacudiendo tenebrosas nublazones, y, los luceros, las púpilas de los ángeles, se encojieron hasta hundirse en lo negro lentamente.

La barquilla del pescador bregaba en la marea.

El viejo fatigado y sintiendo fenecer los seniles vigores que le alentaban, encendió el fanal amarillento y agitando sus brazos de tritón oraba y blasfemaba llamando á esa tierra codiciada que veía envuelta en la bruma de informes lejanías.

VI

Cuando el nauta peleaba con las ondas, Isolda, poseída del inconsciente sonambulismo de aquellos á quienes sugestiona un pensamiento fijo corrió hacia el mar y extendiendo sus brazos al vacío arrojose á él desesperada.

....

La resaca iracunda y sonante cubrió con sus líquidos rizos el cuerpo de una mujer, lo meció, columpiólo, hasta arrollarlo en sus cuencas y después lo sumergió en el profundo abismo.

¡Un cuerpo al mar!

¿Qué es?

El dolor que se prende á las alas de la muerte, una lágrima convertida en veneno que quiere evaporarse y ser perfume, la tristeza, esa mariposa negra, ansiosa de abrasarse en la claridad de alguna luz desconocida, la desesperación que se arroja frenética á la esfinge buscando en su regazo frío, el fin, el descanso ó el sueño innoble de las cosas que no sienten.

VII

La borrasca huyó.

Aquietose la superficie del Océano hasta semejar inmensa placa de obsidiana á la que bruñían con deslumbrante brillantez los rayos de la luna que cual buriles de plata resbalaban sobre ella.

El pescador vió una mancha blanca que flotaba sobre el agua, acercose...... ¡una mujer!...... ¿era sirena ó fantasma?...... ¿realidad ó visión de sus pupilas?...... ¡quien sabe!...... ¡acaso algún naufragio!......

Y venciendo todas las supersticiones de marino que bailaban macabra ronda en su cerebro, echó al fondo de la barca el cadáver que había visto.

Arribó al fin á la orilla y llevando á cuestas su rígida carga encaminose á la caseta gritando alborozado:

—¡Isolda, hija mía, he salvado á una mujer!

La mansión estaba solitaria y solo el eco respondió.

VIII

....

Al siniestro resplandor de un hachón de brea acercó el pescador el rostro hermoso y lívido de la desconocida,

revolvió los desordenados y aureos bucles que lo cubrían, tocó los labios cárdenos...... ¡Después!...... exhaló una carcajada, sarcástica, horrible, espantosa!......

¿Qué vería el viejo que desfallecido al suelo cayo?

IX

Suenan las trompas, corren los perros, dobléganse los arbustos que azota el vendabal, relinchan galopando los corceles, gritan y blasfeman los monteros, y, el ciervo, acosadó por una algarabía de maldiciones y ladridos...... corre...... ¡corre!...... rompiendo ramas secas, trillando sembrados, brincando setos y salvandos abismos.

X

Arriba Selene en plenilunio.

Las estrellas lloviendo la noche en tupido aguacero de luz, y, las nubes, esas algas del espacio, simulando tocas de novicias, legiones de almas, monstruos apocalípticos, estrambóticos japonismos y pesadillas de loco!......

Abajo todo en calma.

El bosque columpiando indolente los ramajes de sus viejas arboledas. la cuadriga noctívaga de los lobos asolando la campiña con su horrísono alarido y el viento ensayando sus perennes sonatas en los campos.

Ciro B. Ceballos.

Agosto de 96.

EL MUDO.

En asuntos de guerra—dijo Carlos—no hay que hablar mal de los campesinos.

—Lo mismo creo—contestó Pedro Nevot, sin abandonar la chimenea, á cuyo lado estaba.—No hace mucho tiempo que tuve ocasión de convencerme de que, durante el año terrible, hubo corazones franceses que latieron lo mismo bajo la blusa que bajo el uniforme.

Los ocho ó diez circunstantes formaron corro alrededor de Pedro Nevot, y uno de ellos exclamó:

—¿Una historia? Cuéntela usted.

—Héla aquí contestó Pedro:

«Estaba yo el año pasado en los Vosgos, en casa del médico Dubreil, antiguo compañero mio de colegio, y cierto dia, después de comer, salimos de paseo, cuando de pronto oímos ruido de pasos desde el umbral.

—¡Calla!—Dijo Dubreil—¡el cartero! Espérame un instante, porque tengo que darle una carta.

Y volvió á entrar en la casa.

Miré al recién llegado, el cual inclinó ligeramente la cabeza para saludarme.

Entonces me acerqué á él y le dije:

—¿Está usted muy cansado?

El cartero se sonrió, llevóse dos dedos á la boca, y agitó la cabeza.

Esta vez lo comprendí todo.

—¿Es usted mudo?—le pregunté.

En aquel momento volvió Dubreil con su carta en la mano. Como había oído mi pregunta, me contestó:

—Sí, el pobre Juan Barrot es mudo. Pero eso no le impide prestar muy buenos servicios, porque sabe leer y escribir y oye todo cuanto se dice.

—Pero no es mudo de nacimiento, puesto que no es sordo.

El cartero se sonrió y alargó la mano para coger la carta que Dubreil le daba.

—Ya sé—repuso el médico dirigiéndose á Juan—que no te agrada oír contar tu historia. Anda con Dios, y no te detengas por mí.

El cartero saludó nuevamente y se alejó á toda prisa.

Entonces Dubreil se asió de mi brazo, y he aquí la historia que me refirió durante nuestro paseo:

***

—Juan Barrot—me dijo—tenía quince años cuando la guerra; vivía en una casucha aislada, con su padre y un hermano mayor llamado Luis.

Juan demasiado joven para batirse, había permanecido al lado del autor de sus días, mientras Luis se batía por la patria.

Como conocedor del país, se consagró á la peligrosa tarea de llevar despachos por entre las líneas alemanas, que separaban el ejército de Metz del resto de Francia.

Los prusianos tuvieron una confidencia acerca del caso y resolvieron capturar á Luis, el cual, según conjeturas, debía visitar á su padre durante sus excursiones.

Y el hecho ocurrió tal como lo habían imaginado.

Una noche, mientras Luis hablaba con su padre en la cocina, que estaba á obscuras, oyéronse pasos en el exterior, y el ruido de terribles culatazos en la puerta.

Padre é hijo se estrecharon las manos en silencio, considerándose perdidos:

De pronto, Luis llamó á su hermano en voz baja.

Oye, Juan—le dijo—sal por el establo y corre á ocultar esto en el campo.

Y le dió unos papeles que llevaba escondidos en el pecho de la camisa.

Cogiolos el muchacho y salió como una centella.

En aquel instante cedió la puerta y entraron ocho soldados alemanes, revólver en mano.

Registraron á Luis; pero nada le encontraron.

—¿Dónde están los despachos que llevabas?—le preguntó el oficial que mandaba á los soldados.

—¿Qué despachos?—dijo Luis Barrot.—No sé de qué me hablais.

—¡Mientes...... Hay que registrarlo todo!......

En aquel momento se presentaron otros dos soldados, que tenían á Juan sujeto por los brazos.

Habían quedado de guardia fuera de la casa, y vieron al muchacho, cuyas manos estaban cubiertas de tierra.

Se apoderaron de él y le presentaron al oficial, el cual le dijo:

—¿Dónde has enterrado esos papeles?

El chico no contestó.

—Oye—repuso el alemán—¿ese es tu padre...... y ese tu hermano? ¿No es verdad?

Juan respondió por medio de una señal afirmativa.

—Pues bien; si no me dices dónde están los papeles, los dos serán fusilados. Si hablas, les salvaré la vida.

El niño consultó á su padre con la mirada.

—Juan—exclamó el anciano—aunque nos maten delante de tí, no hables.

Y el muchacho contestó:

—Así lo haré.

—¡Pues, hasta mañana!—dijo el oficial con ademán colérico.

***

Al día siguiente, al rayar el alba, hallábanse Barrot y su hijo en la plaza del pueblo inmediato.

Los dos estaban inmóviles y pálidos, con la cabeza descubierta.

El pelotón de soldados que debía fusilarlos, se había situado á veinte pasos de distancia.

Detrás del cordón que formaban otras tropas, agrupábase la muchedumbre, que rugía de ira y desesperación.

Juan continuaba silencioso, sin contestar á las preguntas del oficial, quién, media hora antes, le había interrogado en vano, á solas en la alcaidía.

Después, condujeron al chico á la plaza para que viera á su padre y á su hermano, amenazados de muerte inmediata.

El oficial volvió á preguntarle:

—¿Quieres hablar?

—¡No!—respondió el muchacho.

Hubo un momento de horrible silencio, trás del cual el oficial dijo en su lenguaje:

—¡Preparen!... .....

Y luego añadió, dirigiéndose á Juan:

—¿Quieres hablar ó no?

Los labios del niño no se movieron; pero se notó en su rostro un movimiento brusco y una expresión de angustia indefinible.

Salió de su garganta un agudo grito de dolor, y el pobre muchacho estuvo á punto de caer en tierra.

El oficial se acercó á él, creyendo que iba á brotar la verdad de los labios del niño; pero lo que brotó fué una ola de sangre.

El oficial retrocedió presuroso, al notar que tenía sobre el pecho de su uniforme una mancha roja, y que en aquel instante caía en el suelo algo informe, extraño y del mismo color.

Juan, haciendo un supremo esfuerzo, se había cortado la lengua con sus dientes de lobo, y la había arrojado á la cara de su verdugo.

—¡Fuego!—gritó el oficial loco de ira.

Oyóse una terrible descarga.

Juan cayó en tierra sin sentido, al mismo tiempo que Barrot y Luis exhalaban el último suspiro.

—Y ahí tienes la explicación—me dijo Dubreil de por qué es mudo nuestro cartero.

José Montet.

PESIMISMO.

A veces, cuando veo que no es nada
La grandeza más alta de la vida,
Rasgar quiero las vendas de mi herida
Y bajo el firme pie quebrar mi espada.

A veces, cuando tras de la jornada
Veo que hasta el estímulo se olvida,
Admiro el audaz paso del suicida
Conquistador de la verdad callada......

Veo siempre por eso indiferente
Al héroe que su diestra hunde en la brasa
Y al que defiende con su diestra un puente;

Que ante la ley que lo sojuzga todo,
¡No es mérito el dejar cuando se pasa
Estampadas las huellas sobre el lodo!

José S. Chocano.

DEL "FLORILEGIO."

Si el reguero de pólen dorado
Ve caer en la flor desmayada,
Ella sueña en que viene el amado
Y en que besa su frente inclinada.

Si la luna con aureos destellos
Sobre el lúgubre cielo fulgura,
El la mira soltar sus cabellos
Y ofrecerle su blanca hermosura.

Ella escucha su voz en la ardiente
Vibración del voraz mediodía
Y en la queja del bosque doliente,
Que se arrastra en la noche sombría!

El cree ver irradiar su mirada
En el fuego del negro diamante,
En la gota de lluvia irisada,
En la estrella perdida y errante.........

Ella tiembla de horror porque ha visto
Que en el ara del templo sagrado
Se deshace la imagen del Cristo
Y aparece la faz del amado......

El medita en sus senos que albean,
Ella sueña en su rostro sombrío,
Los dos se aman, los dos se desean
Y están lejos, muy lejos, Dios mío!

Si olvidaran los dos los agravios?
Si la ofensa de ayer olvidaran?
Si se unieran ansiosos los labios
Y los senos muy juntos temblaran!

....

¡Oh! Génio de sombras, potencia malvada
Que empañas la aurora con fúnebre velo
Y te gozas en ver separada
La abeja del cáliz, la estrella del cielo,

En el nombre de aquellos amantes
Que en la dicha no hallaron abrigo,
Por sus almas obscuras y errantes
¡Oh infernal potestad te maldigo!

Te maldigo por esas dos luces
Que extinguiste en sus yertos regazos.
Por esas dos tumbas.... por esas dos cruces
Que se miran y se abren los brazos!

José Juan Tablada.

Agosto de 1896.

PESADILLA.

ACUARELA ANDALUZA.

En los marmoreos patios do mi Sevilla,
mientras el sol las calles dora y retuesta,
entre el sopor pasado de roja siesta
depone mi muchacho peina y mantilla.

Bajo el toldo flotante la fuente brilla
derramando sus gotas en son de fiesta,
y la mujer escucha la mansa orquesta
entornando los ojos que el sueño humilla.

Sueña que, junto al muro que la aprisiona,
un rondador cautivo de su persona
dice frases galantes á su figura;

Y que yo la interrogo con mis miradas
y hay tras la reja gritos y cuchilladas
por ganar la bandera de su hermosura.

Salvador Rueda.

UN MATRIMONIO FIN DE SIGLO.

En la ciudad de Oaxaca acaba de unirse en dulce lazo —estilo gacetilla—una enamorada pareja: él, ex-Romeo de 102 inviernos, y ella, Julieta de 85 á 90 otoños. Damos hoy en nuestras columnas los retratos de los recién casados, á quienes deseamos bodas de oro, en prueba de que la humanidad no degenera, como pretenden ciertos filósofos del género pesimista.

Como dato de interés—económico—agregaremos que los desposados ejercen—ignoramos si con éxito ó sin él—la profesión de limosneros. Esta circunstancia elimina la idea de que uno de los dos novios haya sido impulsado por el vil metal. Necesario es creer en el refrán: contigo pan y cebolla.

Después de estos antecedentes, hay que exclamar con el poeta:

¡Oh amor, eterno amor! alma del mundo!

A LAS MADRES DE FAMILIA.

Cuenta un médico francés que en sus diversas expediciones por Argelia quedó asombrado de encontrar tan pocos enfermos de la nariz, de las orejas y de la garganta entre los indígenas del país.

Puede también notarse que los mamíferos, á excepción de los perros de caza, raras veces son atacados de esas afecciones.

Ciertamente existe una causa para que esas enfermedades sean más frecuentes entre los individuos de nuestra raza que entre los moros, grandes y pequeños.

He aquí la causa: el árabe y el indio acuestan á sus hijos recien nacidos sobre una manta y los cubren con ropas muy ligeras. Se debe ésto á que los habitantes de las zonas tropicales, vense obligados á acostarse así para luchar contra el calor, evitando los lechos de pluma y las ropas mullidas que tanto perjudican á las clases acomodadas. Resulta de ahí que lo mismo el niño que el adulto en aquellas comarcas, obligados á acostarse en un lecho duro, lo hacen de lado y no sobre el dorso, no siendo cómoda esta última postura sino en una cama muy blanda.

Hay que examinar lo que sucede entonces. Si el niño se acuesta boca arriba, y durante la noche secreta algunas mucosidades, éstas se deslizarán á la garganta, y obstruyendo las vías aéreas, dificultarán un tanto la libre entrada del aire á los pulmones; mientras que si se acuesta de lado, las mucosidades quedarán en la nariz y muy facilmente podrán expulsarse por la mañana.

Cuando una persona es atacada de un fuerte catarro, se le ponen los labios rojos, congestionados, con pequeñas erupciones y como agrietados por la presencia de las mucosidades que escurren de la nariz; estas mismas mucosidades, cuando caen á la garganta, la irritan, y de ahí que las enfermedades del oído se desarrollen con facilidad, y lo mismo puede decirse de las afecciones de la parte posterior de las fosas nasales.

Si se quiere evitar que los niños padezcan de la garganta, de la nariz y de los oídos, oblígueseles, pues, á acostarse de lado, habituándolos á las camas duras.

La posición que toma el niño, cuando se acuesta boca arriba, no sólo es anti higiénica porque expone á las enfermedades que hemos mencionado, sino también porque siendo foco favorable á la respiración, disminuye realmente la cantidad de aire absorbido y predispone á las enfermedades constitucionales.

Cualquiera puede hacer la experiencia siguiente: Para evitar que una persona ronque, basta darle una ligera sacudida; el menor cambio de postura en la mayor parte de los casos, hace cesar el ronquido, porque las fosas nasales que se encontraban obstruídas por la campanilla que cae por su propio peso al fondo de la garganta en la posición señalada, cambia de lugar cuando el que duerme se pone de lado, las vías aéreas quedan libres y ya no tiene necesidad de respirar con la boca abierta, que es la circunstancia común que produce el ronquido.

Los grabados que publicamos explican muy bien que es lo que provoca el ronquido y, sobre todo, como puede evitarse el respirar al dormir, con la boca abierta.

La figura segunda, que representa una cabeza erguida, nos muestra la gran distancia que hay entre la campanilla y el fondo de la garganta, en esa postura.

La figura número 3 que es una cabeza acostada, nos indica cómo la misma campanilla, arrastrada por la gravedad, casi se pega al fondo de la garganta, dejando muy poco espacio al aire en la respiración nasal. Por lo contrario, si el individuo se acuesta de lado, teóricamente la campanilla no tiene tendencias á inclinarse más hacia adelante que hacia atrás y la respiración nasal es tan fácil como en la posición erguida.

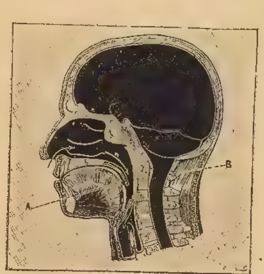


FIG. 2.-CORTE QUE REPRESENTA LA CABEZA ERGUIDA.

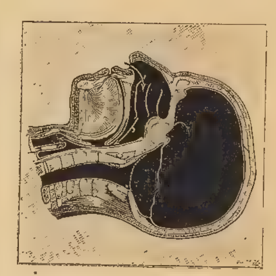


FIG. 3.-CORTE QUE REPRESENTA LA CABEZA ACOSTADA BOCA ARRIBA.

FIG. 1.—POSTURAS VICIOSAS QUE TOMAN PARA DORMIR LOS POBRES.

Es preciso, pues, recomendar á las madres que hagan cada vez más dura la cuna de sus hijos, para evitar que duerman con la boca abierta y en consecuencia respiren mejor y se desarrollen más de prisa.

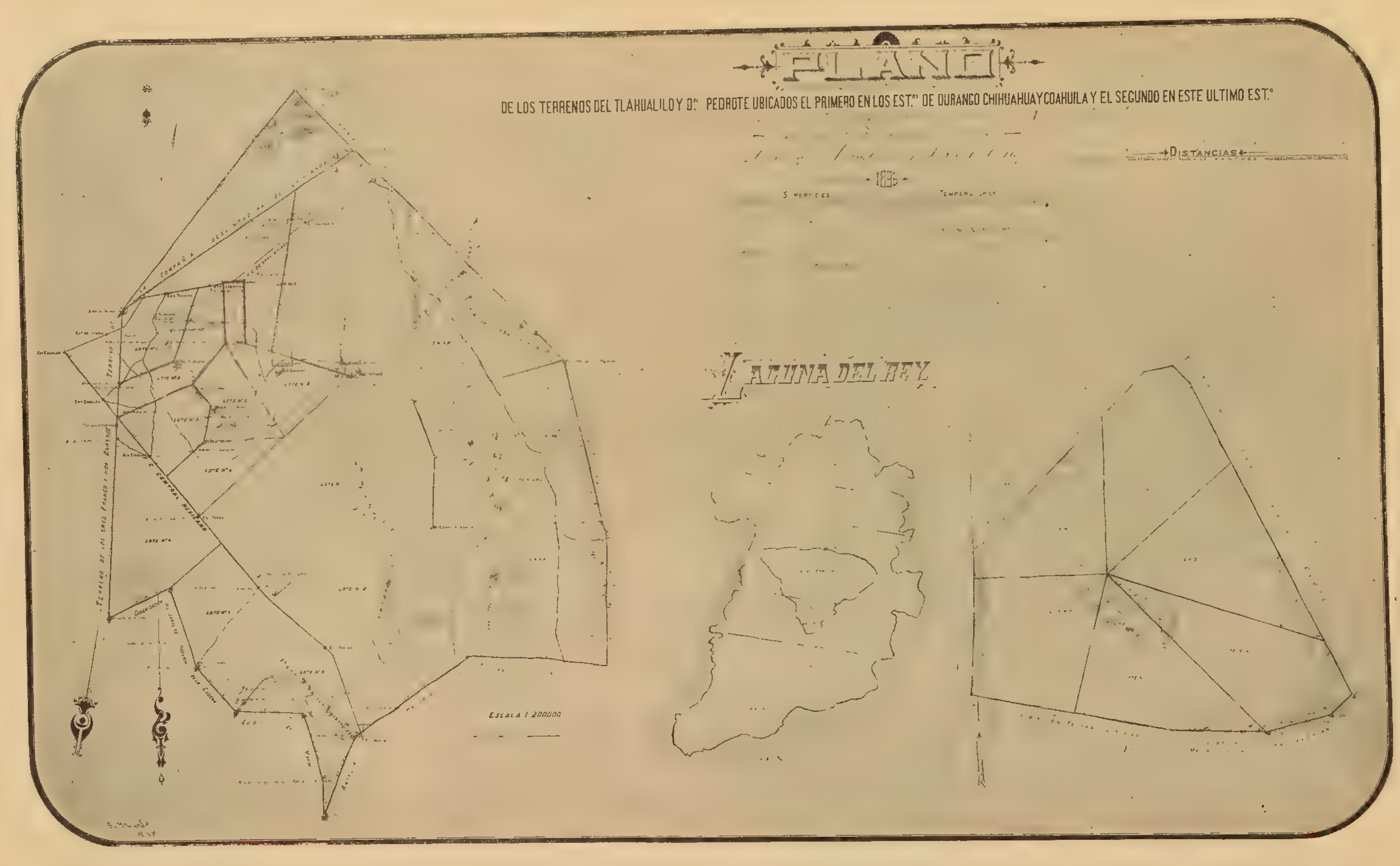
Madres de familia, no más ternuras inútiles, vuestros hijos dormirán lo mismo, cuando se hayan acostumbrado á una cama dura, que en el lecho más mullido.

Para corroborar nuestros consejos, representamos también en la figura primera, las posturas viciosas y antihigiénicas que deben evitarse y que toman los infelices faltos de abrigo y de hogar, que duermen más bien donde pueden que donde quieren.

Recordamos á nuestros lectores que no obstante el pliego excedente de

"FLOR DE NIZA"

que acompañamos á cada número de "El Mundo," seguiremos repartiendo mensualmente las **ciento veintiocho páginas** del folletín acostumbrado.



Plano de los terrenos del Tlahualilo y Don Pedrote

Pertenecientes á la testamentaria del Sr. D. Juan Flores.

REPARTO PRACTICADO POR LOS INGENIEROS DOMINGO ARAMBURO Y DANIEL VALLEJO.

EL COCHE TRICICLO.

El ideal de conseguir un vehículo que reuniera las ventajas del velocípedo y del coche mecánico sin los inconvenientes que uno y otro tienen, se ha visto al fin realizado.

Le Petit Journal, que viene siguiendo con mucho interés los progresos verdaderamente prácticos que se realizan para llegar al coche del porvenir, barato, sin caballos y rápido, anuncia la invención con mucho entusiasmo.

Se ve desde luego que el coche-ciclo es en realidad un velocípedo mecánico, con sitio para dos personas, que tiene sobre la bicicleta la ventaja de la estabilidad y de no obligar al esfuerzo personal, y sobre el coche mecánico, la de que ocupa muchísimo menos sitio que éste, y por lo tanto se le puede meter en cualquier parte y gasta mucho menos; si en el diseño parece tan largo es porque el coche-ciclo es muy bajo; pero la verdad es que entre la rueda de atrás y las de adelante no hay mayor distancia que entre las ruedas de un biciclo.

Es poco mayor que un triciclo ordinario y además de los dos asientos tiene sitio para un equipaje modesto. El peso total del coche-ciclo es de 160 kilógramos. Tiene la armadura de tubos de acero y las yantas de las ruedas están protegidas por pneumáticos de cautchuc, cuyas paredes miden dos centímetros de grueso á fin de evitar el peligro de los pinchazos. La rueda de atrás es la única accionada por el motor; las dos de delante están enlazadas por los aparatos de gobierno. Esta disposición asegura gran estabilidad al coche en las vueltas; la estabilidad está también afianzada por la circunstancia de ha llarse muy bajo el centro de gravedad.

El asiento de delante es para el invitado ó la invitada; el de detrás, tan cómodo como el primero, es para la persona que guía, la cual tiene á su derecha el timón y la aguja para dirigir la marcha del coche y á su izquierda el freno, el regulador de velocidades y un freno de seguridad.

El motor es de esencia mineral, de dos caballos de fuerza, funciona sin agua y sin electricidad por la introducción un poco elemental de la esencia en un quemador de tipo especial. Para evitar el caldeamiento el inventor ha ideado unas aletas que mueve el aire como en los ventiladores. Por último, el motor no produce ruido, ni humo, ni olor. La velocidad es de 20 á 25 kilómetros por hora y los movimientos muy suaves.

Molino para nixtamal para hacer tortillas.

Muele toda clase de Cereales así como Cacao, Carne, Azúcar, Chile, etc., etc. Muele mejor, y en la décima parte del tiempo, que en cualquier otro aparato.

INDISPENSABLE PARA LAS FAMILIAS.
SU MANEJO ES ENTERAMENTE SENCILLO.

SIEMPRE SE PUEDE CONSERVAR EN PERFECTO ESTADO DE ASEO.

En 20 minutos muele 4 cuartillos de nixtamal.

PRECIO: $15.00 CADA UNO.

Dirección y Agencia General: Calle del Angel No. 3, Despacho.

LA FRATERNAL.

Compañía de Seguros de Vida y Accidentes.

MEXICO.--DOMICILIO SOCIAL: SAN FELIPE NERI NUN. 7.

Apartado Postal núm. 750.

Presidente: Ignacio Pombo.
Director General: Enrique Aragón.
Director Médico: Dr. Eduardo Licéaga.
Sub-Director Médico: Dr. Manuel Dominguez.

LAS PÓLIZAS DE

LA FRATERNAL

NO TIENEN COMPETENCIA EN LA REPÚBLICA, POR LAS RAZONES SIGUIENTES:

Por la baratura de sus tarifas.
Por la liberalidad de sus contratos.
Por la amplitud en los plazos.
Por la exactitud y actividad en sus compromisos.

Solicítense cuadernillos de explicaciones y compárense las bases de nuestros planes y se palparán las ventajas que otorgan sobre cualquiera otra Compañía de su género.

EL BOLETIN DE

LA FRATERNAL

SE REPARTE GRATIS

á todos los que lo soliciten.

Téngase presente que **LA FRATERNAL**, es la *UNICA* qué expida pólizas de Accidentes y de Viajes por Ferrocarril.

Banco Internacional é Hipotecario de México.

Giros por Cáble, Depósitos, Descuentos, Cobros de letras, Cupones, etc., Cambios sobre el Extranjero, Cartas Circulares de Crédito, Créditos en cuenta corriente.

CAPITAL $5.000,000

Hipotecas amortizables en veinticinco años con anualidades de 9 por 100, pagaderas por trimestres, efectuando el Banco su préstamo en **Bonos Hipotecarios,** con interés de 6 por 100, y siendo potestativo para el deudor redimir el **Saldo** del capital en cualquier tiempo y con **Bonos Hipotecarios.**

Respetuosamente se llama la atención del público hacia la importancia de estos **Bonos.** No existe papel **más seguro,** porque está garantizado con primera hipoteca, constituida sobre propiedades raíces por **doble valor de aquél.**

El Banco facilitará toda clase de informes escritos, relativos á las diversas operaciones de su instituto, á quien lo solicite en sus oficinas.

Presidente,	Cajero,
José de Teresa y Miranda.	Joaquin de Trueba.

CIUDAD DE MEXICO

APARTADO POSTAL, 269. TELEFONO. NUM. 38.

OFICINAS EN EL NUEVO EDIFICIO DEL BANCO: ESQUINA DE CADENA Y COLEGIO DE NIÑAS

¿Está ud. anémico ó debilitado?

TOME VD. EL VINO DE BAGNOLS

SAN JUAN.

De venta en todas las Droguerías y Casas Importadoras del Ramo

Al Puerto de Veracruz.

Esquina Segunda Monterilla y Capuchinas.

PARA LA PRESENTE SEMANA:

Corbatas raso extra, modelos nuevos

Corbatas novedad, modelos extra-ricos

Gran Exposición de Corbatas de Paris.

MODELOS ELEGANTES.

¡¡Precios sin competencia!!

SIGNORET HONNORAT Y CIA.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 16 DE AGOSTO DE 1896. — NUMERO 7

El Verano.

[Grabado en los talleres de "EL MUNDO."]

"EL MUNDO."
SEMANARIO ILUSTRADO.
TELÉFONO 434. —2ª de las Damas núm. 4.—APARTADO 87 B.
MÉXICO.
Toda la correspondencia, debe dirigirse
al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.
REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá. The Spanis American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas Editoriales.

Un Congreso internacional en México.

La República del Ecuador convocó á todas las naciones latino-americanas para un congreso que debiera reunirse el día diez del corriente en esta ciudad, y al cual se le señaló el título de «Panamericano,» y el objeto principal de fijar exactamente y de una manera definitiva la interpretación que los países convocados debieran dar á la doctrina Moroe. México acordó, naturalmente, conceder la hospitalidad á los delegados de los países centro y sud americanos, y hasta manifestó su agradecimiento por haberse designado este país para reunión tan importante.

Pero sucedió que las naciones más poderosas del continente no aceptaron la idea de dicho congreso, y por consiguiente, al reunirse el lunes de esta semana los miembros del «Panamericano,» sólo se vieron representados Centro América y el Ecuador. Desde luego no encontraron qué caracter darle á esta primera reunión, pues alguno de los concurrentes no quiso que se le llamara Junta Previa, y hasta propusieron que se declarara disuelta por falta de *quorum*.

México también nombró sus representantes, y no podía menos, desde el momento que había aceptado dar hospitalidad á los de otros países, y el Sr. Ministro de Relaciones presidió la primera junta, y dijo desde luego que dudaba mucho que el Congreso pudiera llevar á cabo los altos fines que se proponía, por la abstención de algunas repúblicas, algunas de ellas muy poderosas y esencialmente interesadas en el asunto; por tanto, se nota á primera vista, que México ha aceptado por mera cortesía, pues sólo Centro América y el Ecuador tuvieron fé en la resolución de los delegados.

Por nuestra parte, y á este fin se dirige nuestra nota editorial, no creemos absolutamente en la eficacia de dicho congreso, porque si la resolución fuera dada en sentido favorable á la manera como se ha interpretado la doctrina Monroe en los Estados Unidos, era inútil declararlo por un congreso, pues que de hecho aquella nación ha asentado su jurisprudencia; y si era contraria á la manera de pensar de los americanos, aun cuando hubieran concurrido las naciones más fuertes, como la Argentina y Chile, se habría conseguido poco por la distancia y los pocos medios de comunicación de que se dispone en todo el continente sud americano para mover tropas y elementos en el caso de sostener dicha opinión.

Ninguna nación de las convocadas acudió en auxilio de Venezuela en el último conflicto con Inglaterra, y no hubieran podido hacerlo por los pocos recursos de que disponen para tamaña empresa; sólo los Estados Unidos fovorecieron á ese país, y si queremos no soñar, no debemos olvidar lo que en política internacional ha asentado este periódico: «La ley más fuerte es la de la fuerza.»

Así, pues, este congreso panamericano se limitará á publicar tres ó cuatro folletos de sus delegados, formando un libro que ocupará lugar más ó menos distinguido en las bibliotecas de los diplomáticos.

Periodismo.

Una vez por todas titula «El Partido Liberal» á un dolorido artículo que publica, en el cual lanza amarga queja como si se sintiera bien herido por sus adversarios: en esto está el verdadero triunfo de los que no simpatizan con su programa, y nada más inconveniente, aunque nada más ingenuo, que haber manifestado su dolor.

Recuerde el colega que *nuestros mismos amigos*, juzgando de la próxima aparición de «EL MUNDO,» diario, nos han llamado mercachifles, despreciables editores, de quienes los hombres de valer y de talento, deben apartarse para evitar la confusión entre lo alto y lo bajo de la escala del periodismo.

¿Qué debe hacerse? ¿Despreciar ó atender esta clase de ataques? Esta es cuestión para nosotros resuelta ya por indicación del mismo público, que nunca se manifiesta más descontento, que cuando se le obliga á leer ataques y defensas, que en vez de dirigirse á las instituciones, á las ideas, á los razonamientos, sólo tienen por objeto herir personalidades á quienes se odia más ó menos.

Pierda cuidado «El Partido Liberal;» bien acreditado está, como leal al Sr. Gral. Díaz, y nadie piensa en quitarle su puesto de órgano ministerial caracterizado, que ha conservado y conservará mucho tiempo, según lo declara en el mismo artículo.

En cuanto al nuevo diario que nosotros publiquemos, también pierda cuidado, porque no nos apartaremos ni una línea de la conducta que siempre hemos seguido como periodistas desde hace diez años, en que por fortuna ó por desgracia abrazamos la profesión.

Las tradiciones populares.

Hay en la vida de las naciones recuerdos y leyendas impregnadas de santa poesía, de dulce encanto, que los pueblos conservan en lo más sagrado de su corazón. En vano la crítica racional y el escepticismo frío y calculador, pero desprovisto de sentimiento estético, tratan de arrancarlos; en vano procuran convencer de esos errores: se perpetúan á través del espacio y del tiempo, porque el pueblo, pagado más de las imaginaciones que lo recrean y del movimiento apasionado que lo sublima, y á las veces es impulso creador, que de los razonamientos que convencen, se adhiere á aquellos con la espontaneidad del que anhela goces sencillos, se adhiere á ellos con plácida adhesión, con inocente culto y llega á transformarlos en algo tierno y delicado, que constituye parte de su mezquino bagaje de sentimiento abstracto.

En buena hora que se intente arrebatar el error que perjudica, la obsesión que corrompe, la memoria que degrada; pero pretender extinguir lo sencillo, lo inocente, lo puro y bello de la leyenda popular, es además de tarea ingrata y hasta impía, como un refinamiento de crueldad.

¿Qué daño ocasiona en Suiza creer en la tradición de Guillermo Tell, que encarna el sentimiento de patria con las galas de la leyenda? en qué perjudica á España soñar con su Virgen de Covadonga, donde une en amoroso consorcio, religión y patria? ¿Cómo puede ser contraria á los legítimos intereses de Francia la leyenda hermosa de la Doncella de Orleans?

Dejadlos, dejadlos con sus dulces arrobamientos, no les quitéis sus poéticos encantos á las gentes sencillas; no pretendáis hacer un páramo infecundo del corazón limpio donde pueden germinar semillas de bien, no les robéis sus creencias que á nadie perjudican, sin darles algo firme y sólido en que se apoyen sus impulsos generosos.

Estas reflexiones nos han venido á las mientes, al ver la estéril y poco grata tarea que se han impuesto algunos periódicos, que quieren desacreditar la tradición mexicana de la Virgen de Guadalupe, y aspiran á auyentar el recuerdo patriótico que va vinculado en la Campana de la Independencia. Piadoso creyente ó escéptico desarmado, no habrá un mexicano que al ver la venerada imagen no recuerde las huestes capitaneadas por el inmortal Cura de Dolores, y que al oír la lengua de bronce de aquella sagrada reliquia, traída últimamente á la Capital, no se electrice y se sienta conmovido con estremecimientos apocalípticos, recordando ó fingiendo que aquella campana fué la voz que despertó de su letargo á todo un continente.

Si esas creencias á nadie perjudican; si esos sentimientos conservan en el pueblo la poetica union de religión y patria, dejadlos crecer, no desvanezcáis de los corazones esos impulsos nobles, no seguéis con mano aleve esa fuente de belleza sana y patriotismo puro.

Política general.

RESUMEN.—Proyectado avenimiento entre Francia y Alemania.—Dificultades que á él se oponen.—El pueblo francés lo rechazaría.

Con cuánta extrañesa hemos visto la noticia publicada ultimamente por la prensa diaria, relativa á una posible inteligencia entre el Emperador de Alemania y el Presidente de la República Francesa! Se dice en ella que Guillermo II, por el intermedio de su augusta abuela la Reina Victoria, ha solicitado una entrevista de Mr. Faure, que tendrá lugar en el palacio de Osborne, para arreglar entre los jefes de las dos potencias rivales de la Europa Central, la manera cómo pueda presentarse el monarca teutón en la gran exposición universal de París, el año de 1900, sin despertar los resentimientos justos del pueblo francés, y sin causar escandalosas manifestaciones ante los representantes congregados de los pueblos todos de la tierra.

Apenas podemos creer que tales especies se lancen á la faz del mundo, cuando todavía no se han extinguido los ecos de las fiestas con que el Imperio Germánico, al celebrar su unificación bajo la diplomacia de Bismarck y la espada de Moltke, celebraba hace poco la humillación de Francia y su derrota y el desmembramiento de su territorio.

Si aun resuenan en el aire las aclamaciones de la multitud y los himnos triunfales que fatigaron los vientos en Sedán y en Metz, en Francfort y en Berlín, al descubrir monumentos y coronar estatuas que se erigieron, para eternizar en el corazón de los alemanes los recuerdos de sus triunfos y hacerlos caer de rodillas en la apoteosis de la fuerza; frescas están también y aun no han perdido su perfume las flores con que los franceses han coronado la estatua de Estrasburgo, en señal de protesta elocuente; redivivo está el recuerdo de la afrenta, y apesar de los cinco lustros que han pasado, sangrando está la herida y en todo su encono el rencor que guarda Francía desde las duras condiciones que tuvo que aceptar de la altivez de sus orgullosos vencedores.

¿Qué significan, si no, las fiestas de Fontainebleau á que nos referíamos en número pasado, y la celebración del aniversario de la batalla de Wagram? A qué obedece esa aproximación á Rusia en estrecha y apretada alianza, que por encima de los pueblos germánicos, tiende á unir dos naciones poderosas, y juntarlas en comunidad de intereses como las ha ligado en comunidad de aspiraciones? A dónde va esa fuerte cadena franco-rusa que procura rodear las unidades que constituyen la Triple Alianza, y constreñirlas entre sus férreos é inquebrantables eslabones?.........

Vana tarea pretender hablar de inteligencias entre Alemania y Francia, mientras no se hable de la devolución de la Alsacia y la Lorena; mientras estén mudas las hadas del Rhin francés que inspiraron á Lamartine, á Hugo y á Alfredo de Musset; mientras la opulenta patria de Condé y de Buonaparte no recobre sus fronteras naturales.

Inútil intento pensar que se reconcilien dos pueblos á quienes separa una derrota, Sedán, á quienes dividen algunos kilómetros cuadrados de terreno arrebatados por la fuerza de las armas del territorio francés, y á quienes aparta una ruda imposición, el tratado de 10 de Mayo de 1871.

Podrían, quizá, el soberano de Alemania y el Presidente Faure, á favor de la astuta diplomacia inglesa, hasta llegar á un avenimiento, aunque lo creemos muy remoto; pero el pueblo francés, que hoy se cree más que nunca vigoroso y fuerte, el pueblo que dió la sangre de sus venas en los campos de batalla para rechazar la agresión, y después contribuyó con el ahorro del pobre, sudor de su frente, para pagar la cuantiosa indemnización de guerra, ese pueblo no olvida porque no puede olvidar, no perdona porque no quiere perdonar, y por lo mismo no se acomodaría á tales avenimientos.

Los radicales que en serie no interrumpida y en creciente poderío han dirigido la política francesa serían los primeros en rechazarlos, y aun los mismos liberales moderados que ahora gobiernan, sino son partidarios de la *revancha* agresiva, tampoco se conformarían con la política de un humillante avenimiento, sin obtener la derogación del tratado de Francfort que arrebatara á Francia la Alsacia y la Lorena.

Ah! y no es que nosotros no deseemos; no es que nosotros viéramos con malos ojos el advenimiento de la paz y la amistad franca entre dos naciones que en sí llevan los gérmenes y los frutos de la cultura más avanzada y la herencia de la más refinada civilización. ¡Qué hermoso sería ver que por mediación de la Gran Bretaña, maestra del moderno parlamentarismo, llegaran á reconciliarse y á extinguir los rencores que los separan, la gran Germania que nos enseñó con la Reforma el libre examen, y la noble Francia que nos legó con la Revolución los derechos del hombre!.......... Qué bello sería contemplar en las postrimerías del siglo que amenaza concluir con una conflagración universal, entre el estruendo horrísono de las espadas y el estampido pavoroso de las ametralladoras, el abrazo fraternal de dos grandes pueblos, olvidando sus odios pasados y desvaneciendo sus rencillas, y trabajando de consuno en la obra santa del humano progreso!

Pero hoy por hoy, debemos considerar que además de las dificultades políticas, existen las emulaciones de raza, las rivalidades de intereses, las competencias económicas, que ahondan el abismo más y más, y dilatarán por mucho tiempo la anhelada reconciliación, y exclamamos con el poeta: *¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!*

X. X. X.

Agosto 12 de 1896.

Nuestros Grabados

El verano.

Es cautivadora la alegoría del verano que ocupa hoy la primera página de nuestro semanario.

El estío también tiene su belleza, por más, oh lindas lectoras que á veces os dé tedio, y merece que se le personifique en una mujer tan bella. Es el tiempo en que la cigarra, que por cantar se olvida de proveer sus graneros, entona su uniforme estribillo; es el tiempo en que la fecundante lluvia despierta á la savia y la hace que extienda sus damasinas alfombras en el campo; es el tiempo en que la naturaleza vive una vida intensa, por más que parezca que desfallecida se adormece; es el tiempo en que hay más rumorar de arroyos y más arrullos de palomas, tan blancas como la que va á buscar los labios de la linda doncella, que pide con voluptuosidad al abanico el suave frescor de sus alas de seda y yergue airosa su cuerpo escultórico, con la serena magestad de una reina hermosa.........

Monseñor el Pulque.

En México hay un imposible: suprimir las riñas frecuentes entre el pueblo, ese pueblo que en su juicio es tan apacible y tranquilo, pero que apenas ha ingerido algunas *medidas* de pulque, conviértese en la bestia irritable, en la incontrarrestable bestia, que no conserva ni aun el instinto de la propia conservación.

El gran remedio para este mal, sería la supresión del pulque, mas aquí radica precisamente el imposible. El pulque es no sólo la bebida, sino el toxico nacional por excelencia. Está probado que nuestro pueblo gasta por término medio las dos terceras partes de su jornal en *agua*, y la otra tercera parte en alimentos. El cargador que se pasara el día con unas cuantas tortillas, no prescindiría de la cantidad de bebida normal diaria, y así los demás miembros del pueblo. Ya se ve, pues, que hay algo más importante que comer para nuestro pueblo, y este algo es la santa *medida*.

Suele suceder empero, en tratándose de ciertas cabezas fuertes, que la cantidad de pulque necesaria para producir excitación, es tan grande, que no bastaría á adquirirla el escaso haber de que se dispone. Entonces queda un supremo recurso: mezclar al pulque un poco de *refino*, especie de aguardiente *retuerce tripas*, que en su consorcio con el pulque produce efectos endiablados. El pulque se vuelve *peleón*, y escenas como las que ha soprendido el lápiz de Martínez Carrión, producénse á cada paso.

El puñal de ancha hoja sale á relucir y la sangre corre: sangre de compañeros, sangre de hermanos que no tienen motivo para odiarse y que mañana si aun conservan un soplo de vida, se arrepentirán de un delito que los condujo al homicidio y al cadalso!

La escena por lo demás es fiel y frecuente, tanto, que constituye el mal diario en esta ciudad de los Palacios.

Lic. Rafael Rebollar.
NUEVO GOBERNADOR DEL DISTRITO FEDERAL.

El nuevo Gobernador del Distrito.

El viernes antepasado, el señor Presidente de la República nombró al Sr. Lic. D. Rafael Rebollar Gobernador del Distrito Federal, en sustitución del Sr. D. Pedro Rincón Gallardo.

El Sr. Islas y Bustamante, Secretario de dicho gobierno, renunció su cargo, y aun no se le nombra un sustituto.

Notas de la Semana.

Se ha dado principio en Tampico á las importantes obras del canal que comunicará los ríos Támesis y Pánuco.

Se han suspendido los trabajos de la Exposición porque aún no se ha firmado el contrato respectivo con el Gobierno, pues se espera para firmarlo el regreso del señor Ministro Limantour.

El representante de la Compañía, Sr. Dos Pasos, no desmaya, y espera llevar á buen término los trabajos.

El martes protestó el señor General Don Antonio Gayón, como Magistrado de la Suprema Corte de Justicia Militar, puesto que, como saben nuestros lectores, ocupa el señor General Gayón desde que cesó de ser Jefe del Departamento de Caballería.

La Empresa de los Ferrocarriles del Distrito ha negado la demanda entablada por los herederos del señor Amadeo Bonn, y últimamente se ha abierto á prueba el juicio por el término que señala la ley.

Sabe un colega que por disposición del señor Presidente de la República, el dia 14 del entrante Septiembre es el designado para trasladar la campana de la Independencia del Museo de Artillería, donde está depositada, á donde será colocada provisionalmente.

Se hacen grandes preparativos para organizar la fiesta ese dia; entre otros sabemos que se arreglará un carro alegórico en el que será llevada la campana.

El Ferrocarril Central trata de utilizar el agua del Pánuco para usos industriales. A cincuenta millas arriba de Tampico hará una toma de agua, para aprovechar su caída en Tampico.

En el curso del mes entrante tendrán lugar dos almonedas públicas, de fincas valiosas, en las oficinas del Banco Internacional Hipotecario.

La primera se verificará el dia 4, poniéndose en remate la hacienda del Bravo, ubicada en Maravatío, Estado de Michoacán, cuya hacienda vale $150,000, y la segunda tendrá lugar el dia 7, rematándose la hacienda del Torreón, del Partido de Yudé, Durango, valuada en $200,000.

De conformidad con la convocatoria respectiva, el día 23 del mes en curso se abrirá el Concilio Provincial de la Archidiócesis de México, presidiendo el acto el Illmo. Señor Arzobispo Dr. D. Próspero María Alarcón, y con asistencia del Delegado Apostólico, monseñor Averardi.

Todas las Comisiones han terminado ya los trabajos que se les encomendaron.

El Ferrocarril Central ha traslado sus oficinas de San Luis Potosí á Cárdenas, que se halla á las dos terceras partes del camino entre San Luis Potosí y Tampico.

Varios alemanes residentes en esta ciudad tratan de dar próximamente un suntuoso baile.

Rumórase en Ciudad Juárez que tres mexicanos raptaron en Chihuahua á tres americanas casadas.

El Zócalo de Puebla está recibiendo un nuevo pavimento de mármol blanco.

La Colonia Suiza, de Puebla, dió el domingo último una fiesta agradable en dicha ciudad, en conmemoración del 65º aniversario de la fundación de la Confederación Suiza. En la mañana dió la Colonia un banquete en el restaurant «Magloire,» al cual asistieran, entre otras personas, los Sres. Gral. D. Mucio P. Martínez, D. Delfín Sánchez y D. Leopoldo Gavito. En la tarde concurrieron las principales familias de Puebla á los jardines de la Cervecería Alemana, por invitación de dicha Colonia, donde hubo un gran baile y juegos.

El 14 del presente dió principio la feria anual de Huamantla y terminará el 24 del mismo.

El domingo murió en el Hospital Juárez, el reo Ricardo Domínguez, acusado de abuso de confianza. Se contagió de tifo en Belén.

Muy poco trabajo de excavación falta para terminar completamente el gran canal de irrigación, que desde hace tiempo se está construyendo en el Río Yaqui.

Se cree que tal obra estará concluida para antes que termine la actual estación de aguas.

Los trabajos del Teatro que se está construyendo en Zacatecas, se prosiguen con actividad.

Ese coliseo será de positivo ornato para aquella ciudad y se asegura que se inaugurará el próximo 16 de Septiembre, así como el monumento dedicado al General González Ortega.

Según telegrama recibido últimamente, fué asaltado el Banco Internacional de Nogales, Arizona, por seis bandidos bien armados y montados. Los empleados del Banco repelieron con valor á los asaltantes, y uno de los directores del establecimiento fué gravemente herido en la refriega. Los bandidos tuvieron que retirarse sin haber conseguido su objeto.

El Sr. Coronel Ahumada, Gobernador de Chihuahua, ha ido á Ciudad Juarez á poner la primer piedra de un nuevo edificio que se destina para escuela pública.

Mr. J. A. Robertson llegó á México, procedente de Monterrey. Viene á arreglar algunos asuntos relativos al cambio de tracción en los tranvías de dicha ciudad de Monterrey.

Mr. Robertson quiere ser el primero que en la República establezca la tracción eléctrica en los ferrocarriles urbanos y dispone de dos millones de pesos para la obra, de los cuales ha empleado una parte en la compra de los tranvías de Monterrey.

Una publicación Musical.

Muy pronto se repartirán los prospectos de la que va á editar en esta capital el conocido profesor D. Antonio Cuyás. Sabemos que, ameno y variado el nuevo periódico musical, llenará el vacío que se nota en nuestra prensa técnica, y por tanto nos atrevemos á augurar un buen éxito al futuro colega.

Otro pago de $11,042 de "La Mutua"
EN PUEBLA.

Puebla, Julio 25 de 1896.

Sr. Don Carlos Sommer, Director general de «La Mutua.»

México.

Muy estimado señor y amigo:

En esta fecha, el banquero de «La Mutua» en esta ciudad, Sr. D. Manuel Thomás y Terán, entregó á los hijos del Sr. D. Joaquin Gordillo, muerto no ha mucho, la suma de once mil cuarenta y dos pesos ochenta centavos,

valor del seguro	$ 10,000 00
y devolución de premios	1,042 80
Total	$ 11,042 80

tomado por el referido Sr. Gordillo en «La Mutua de Nueva York,» de que es usted digno Director.

Debo, por ser la verdad, manifestar que en cuanto usted tuvo conocimiento del asunto, se violentó el pago, y que esta carta es una manifestación sincera de gratitud, tanto para la Compañía que sabe cumplir sus compromisos, como para usted, pudiendo hacer de ella el uso que más le convenga en beneficio de sus intereses.

Protesto á usted una vez más mi aprecio y consideración, como su afectísimo amigo y M. S. S.—Por los beneficiarios.—Lic. Miguel Jiménez Labora.

Exposicion en Guatemala.—Señor Director de El Mundo.

La Asamblea Nacional de la República de Guatemala, en decreto de 8 de Mayo de 1894, dispuso que se celebrara en la capital una Exposición Centro Americana que deberá inaugurarse el 15 de Marzo próximo de 1897.

El Comité Central nombrado por el Gobierno para la ejecución del Decreto citado y para organizar todo lo relativo á la Exposición, teniendo en cuenta todos los elementos y medios de que dispone Guatemala y los sentimientos de fraternidad universal que ésta profesa, acordó establecer una sección extranjera en la que deben figurar los expositores de otras naciones; é inició ante el Gobierno la idea de que como una muestra de cortesía se participase á los pueblos amigos de Guatemala, manifestándoles el agrado con que se vería figurar en dicha Sección extranjera los productos de la ciencia, de la agricultura, de la industria y del comercio de cada una de ellas.

En Abril del año en curso, obedeciendo á instrucciones de mi Gobierno, cumplí con el grato deber de amistad y cortesía, de invitar al Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos, que estoy seguro aceptará mi invitación; pero como se aproxima la época en que debe inaugurarse aquel certámen, he querido anticiparme por medio de estas líneas, que suplico á usted se sirva hacer publicar en las columnas de su importante periódico, á invitar individualmente, como en efecto lo verifico, á los Centros Científicos, á los agricultores, industrialer, comerciantes, etc., de México, para que concurran á la Exposición.

Tengo el honor de acompañar á usted un ejemplar del Reglamento General, del que si no fuera demasiado exigir, agradecería sinceramente se publicara lo más esencial, para conocimiento de los Expositores que deseen concurrir.

En la Legación y Consulado General de Guatemala, instalados en la calzada de la Reforma número 4, se suministran todos los datos y pormenores que á este respecto solitaren los interesados.

Anticipando á usted muy cumplidas gracias por este señalado servicio, que espero merecer de la bondad de usted, me suscribo atentamente su servidor afectísimo.—Emilio de León.

Modelo de sombrero-casco para el Ejército Mexicano.

El Dr. Antonio Casillas, mayor del cuerpo de sanidad Militar, acaba de mostrarnos un sombrero-casco que ha ideado y que pretende proponer ante la Secretaría de Guerra para que si lo tiene á bien se sirva adoptarlo como reglamentario en el Ejército.

El sombrero, que tiene la figura de un casco, con viseras anterior, posterior y laterales, se asemeja mucho al que usan los ejércitos coloniales europeos, pero difiere de él por el material que lo compone, pues está hecho de un tejido recio de palma real, que le da bastante resistencia y completamente impermeable por medio de una capa de barniz gris que lo cubre.

Como se puede ver por el grabado que acompaña estas líneas, y que está tomado de una fotografía del soldado de las Compañías de Ambulancia, Aurelio Cano, el casco sienta muy bien con el uniforme reglamentario, y no desdice de la apostura y aire marcial que comunica el anti-higiénico chaco.

A nuestro juico, y según las doctrinas que expone con abundante ciencia el Dr. Casillas, el nuevo casco llena perfectamente las condiciones de un abrigo para la cabeza del soldado, y si no tiene la necesaria resistencia para defenderla, se adapta mejor á nuestras necesidades, y evitará muchos males en las pesadas marchas de nuestros cuerpos á través de unas comarcas y bajo un cielo tropicales.

Ojalá y después de estudiarlo se realice la mejora que inicia el Dr. Casillas, á quien desde ahora felicitamos por su loable intento y su fructuoso estudio.

Reconstrucción de la Catedral

DE JALAPA.

Proyecto del Sr. Barón de Catllá.

Damos hoy á nuestros lectores algunas fotografías del proyecto de reconstrucción de la iglesia catedral de la capital de Veracruz, el cual ha empezado ya á ponerse en práctica por su autor el ingeniero Barón de Catllá.

Trátase en esta reconstrucción de dar un sello uniforme y artístico á lo que es hoy un conjunto inharmónico, haciendo de la catedral de Jalapa, poco airosa y nada artística, un templo gótico:—el primero que existirá en México donde ya no alcanzamos la explendorosa arquitectura de los siglos doce, trece, catorce y quince, de indiscutible belleza.

Para que nuestros lectores se formen una idea de lo que se llevará á cabo en este templo, tomaremos los siguientes datos de una descripción recientemente publicada.

Desde luego nos detendremos en la fachada, de la cual acompañamos una fotografía.

Sobre la escalinata actual se adelantará el nartex, de piedra calada, que recordará los delicados trabajos de los picapedreros del siglo XII. Sobre el nartex una galería practicable que descansará en los contrafuertes laterales, y que será del más puro estilo gótico del siglo XV, acusará la existencia del coro. Sobre la galería el rosetón, un encaje de piedra esmaltado de vidrios de colores irisará el pavimento del coro.

Toda esta parte de la obra, será rematada por tres estátuas colosales, protegida la del centro—que será la de Jesús bendiciendo al mundo—por un templete de estilo gótico florido.

Este cuerpo principal de la fachada se adelantará á las alas laterales del edificio.

En la parte inferior, á los lados del nartex, acompañan al mismo dos ventanas gemelas románico ojivales. Sobre la de la derecha, rompiendo apenas la uniformidad del muro, y contrastando con la profusión de calados de la parte central, irá un medallón coronado por una figura que representará el Tiempo señalando un relox.

Sobre la ventana de la derecha irá otro medallón que dos ángeles coronan y que llevará la inscripción dedicatoria del templo, con las armas de la ciudad.

Las figuras del Tiempo y de los ángeles comenzarán por fino bajo relieve para terminar en *ronde bosse*.

Cierra esta fachada un cornisamiento elegante y sencillo, de perfiles góticos, que en los extremos y parte superior de los contrafuertes, termina en gárgolas, representando cocodrilos alados.

Las torres serán dos y estarán divididas en tres cuerpos. Base, cuerpo principal con ventanas con cruceros coronados por una galería octogonal, gótico-bizantina con reminiscencias orientales, y un tercer cuerpo rematado por esbelta flecha, admirablemente encajada en él.

La puerta principal mostrará profusión de artísticos detalles, que sería largo enumerar.

En cuanto á las naves, el proyecto es el siguiente: Convertiráse á las pilastras en haces de esbeltas columnas y los arcos de medio punto en ojivales á cuyas contracurvas se enlazará la finísima columna que dividirá las ventanas, formando así las columnas, las curvas y contracurvas de los arcos y la ornamentación de las ventanas un conjunto lleno de harmonía al que imprimirán un caracter medioeval completo, grandes vitrinas de colores, en las que serán pintados santos de tamaño natural dibujados con sobriedad y en la actitud extática peculiar de la época.

El ropaje que vestirá esta riqueza—dice el informe á que arriba nos referimos—será digno de ella. Ancho friso de oro, esculpido en bajo relieve, correrá á la altura de los capiteles de las columnas superiores y al nivel de las bases de las columnillas de las ventanas. Los paños serán decorados con medias tintas frías realzadas con oro y de ello se destacarán por claro, en suave mancha, testas de querubines.

Las columnas, archivoltas y cruceros conservarán el color de los sillares.

Todos los capiteles serán bronceados y de los superiores arrancarán nerviaciones que dividirán la bóveda en paños que serán exornados con ricas tintas realzadas con floreados góticos.

***

Cada uno de los diez altares de las naves laterales será decorado de diversa manera, pero conservando el mismo estilo. Es decir, que tendrán todos los matices, desde el romántico-bizantino hasta el ojival más puro. Así se cumplirá el precepto de los arquitectos de la edad media: conservar la unidad en la variedad.

El ingeniero sabe que hay personas piadosas que se proponen costear la decoración de una altar cada una de ellas y ha querido dejarles el derecho de escoger, dentro de los estilos mencionados, el que mejor les plazca. Los proyectos serán formados, siguiendo las indicaciones de los donantes.

Bajo el portico interior que precederá á la nave mayor, irá el mausuleo del Sr. Pagaza, de exquisita factura, por más que á los veracruzanos, que aman mucho á su ilustre prelado, no les agrade, exclusivamente «porque no quieren pensar en que su pastor dormirá un día para siempre aun cuando sea bajo el mármol de Carrara,» el cual servirá para la construcción del sepulcral monumento. Este ostentará una urna gótica, en cuyo interior se verá la estatua yacente del prelado, semicubierta por rico tapiz y en su fondo un bajo relieve alegórico.

La cúpula central estará dividida por nerviaciones bronceadas que destacarán por tono, sobre un fondo de oro mate, enriquecido con floreados góticos. Entre estos irán grandes pinturas naturales representando escenas de la vida de la Virgen.

Réstanos hablar del ábside, que estará decorado como la bóveda central y que ostentará en hemeciclo los sitiales de los coros alto y bajo.

Estos estarán tallados con sumo arte en nogal, y sobre el coro extenderáse así mismo una primorosa galería de nogal tallado con aplicaciones de bronce y marmol.

La balaustrada será de estilo gótico de madera con grandes escudos de bronce sobre paramentos de marmol: columnas también de marmol surgirán de la balaustrada sosteniendo arcos de medio punto. En los intercolumnios que terminarán en su parte superior por arco de contracurva estarán pintados los doce apóstoles sobre fondo de oro.

La galería será practicable.

En el fondo del hemiciclo irá una capilla central que servirá de Camarín. Sobre el altar gótico, hecho de marmol, bronce y maderas preciosas, se levantará sin tocarlo, el rico templete dentro del cual irá la imagen de la Purísima, patrona del templo. Una gloria con serafines y querubines sostendrá en el aire todo el templete. Cuatro columnas salomónicas de marmol, acordonadas de bronce, sostendrán el casquete. Sobre éste irán dos ángeles con los emblemas de la Virgen: las rosas y las lises. La espiga que terminará el templete estará sostenida por nerviaciones aéreas.

A los lados en la parte superior del Camarín, se abrirán ventanas góticas cerradas por vitrinas de colores, que enviando la luz sobre el templete, lo harán resaltar mejor sobre el fondo obscuro y mate, haciéndolo aparecer como suspendido en el aire.

Tal es á grandes rasgos la descripción de ese templo que será el primero y único en la República, obra de arte que deberemos al espíritu emprendedor y artista del ilustre prelado que rige hoy la diócesis de Veracruz.

Los hispano americanos, conquistados en una época en que ya los alardes de la piedad no levantaban esos inmensos edificios llenos de detalles primorosos de ornamentamentación y que cuadraban tan bien con el espíritu tristemente religioso de los siglos medios, no podemos concebir, sino hemos viajado por Europa, la belleza suprema del arte gótico, netamente cristiano y único en su género.

Las obras de reconstrucción de que hemos hablado, comenzaron el 23 de Junio con gran solemnidad y no pasará mucho tiempo sin que las veamos concluidas.

LA RECONSTRUCCIÓN DE LA CATEDRAL DE JALAPA.

Proyecto de fachada.

RECONSTRUCCIÓN DE LA CATEDRAL DE JALAPA.
Abside, Coro y templete de la Purísima.

DETALLE DE LAS NAVES

CAPILLA INTERIOR.

ALGO MAS SOBRE LA RECONSTRUCCION

DE LA CATEDRAL DE JALAPA.

OPINIONES AUTORIZADAS.

Hasta aquí hemos publicado la descripción detallada del nuevo proyecto, ajustándonos, según hemos dicho, á un informe que sobre ese proyecto se ha publicado en «La Voz de la Verdad» y «El Universal.» «El Mundo» se reserva su opinion propia en lo relativo á la conveniencia del estilo que va á emplearse, mas á fuer de imparciales, damos á continuación un extracto de la opinión que acerca de la obra tienen formadada muchos de los principales ingenieros y arquitectos de esta capital y que sin duda servirá para ilustrar el asunto.

Las mencionadas personas aseguran que el estilo ojival que piensa emplearse, no es el adecuado para la ejecución de esas obras, pues requiere para ser tratado con pureza y con arte en una catedral, el gasto de enormes sumas y el concurso de artesanos habilísimos que no abundan en el país; además, como estilo, está perfectamente caracterizado por un sistema de construcción que no es ni pudo ser el empleado por nuestros arquitectos de la dominación española; y solamente, al intentar convertir en gótica una iglesia de medianas proporciones y de formas romanas, más ó menos decadentes, como son casi todas las nuestras, se obtendrá un efecto de aparato teatral que no cuadra á la severidad grandiosa y solemne que debe reinar en un templo.

Estas opiniones que hoy publicamos, van á ser tratadas concienzudamente en un artículo razonado y científico y llamaremos sobre él desde ahora la atención del público, pues nos creemos en el deber de interesarnos en el progreso del país y más aún en el progreso de la arquitectura, arte que crea las formas que llenan las necesidades de un pueblo, expresando su cultura y revela además sus tradiciones en sus monumentos.

Nos aseguran que llevar á cabo una obra arquitectónica que reproduzca las bellezas del arte ojival, es árdua tarea que ofrece tan serias dificultades, que hasta en los paises más ricos y más civilizados es casi imposible llegar á la feliz realización de un monumento gótico de la importancia de los de la edad media; y que la catedral de Jalapa será una parodia de aquellas catedrales; siendo sensible, porque, con ideas más modestas, se hubiera convertido facilmente en una bella iglesia haciendo valer sus formas primitivas, por medio de una decoración en la que cabe toda suntuosidad y todo arte.

Como se ve, damos á nuestros lectores el pro y el contra de la cuestión. Ellos con su buen criterio y en vista del artículo que ofrecemos, se formarán un juicio exacto de aquella.

DOS MATRIMONIOS REALES.

EL DUQUE DE ORLEANS Y LA DUQUESA MARÍA DOROTEA

Con fecha 15 de Julio el gran maestro de ceremonias del archiduque José, anunció oficialmente á la *Correspondencia de Budapest*, los esponsales de su hija la archiduquesa María Dorotea Amelia con el duque de Orleans, jefe de la casa real de Francia. De un corresponsal pa-

PROYECTO DE MAUSOLEO DEL ILLMO. SR. PAGAZA.

iense tomamos algunas notas para acompañarlas á los retratos de los augustos novios, que publicamos.

La archiduquesa María Dorotea Amelia es por la parte materna nieta de la princesa Clementina, duquesa de Saxe-Coburgo y Gotha.

La princesa es naturalmente católica, como toda la casa de Austria y esto constituía un punto esencial. Pertenece además á la primer familia reinante de Europa, la más poderosa acaso por el afecto de sus pueblos, siendo á la vez aliada de la Casa de Francia.

La archiduquesa María nació el 14 de Junio de 1867; tiene una verdadera seducción en toda su persona. Su talla no pasa de la talla media pero es esbelta, graciosa y de aspecto muy elegante, con ese altivo continente peculiar de las mujeres de su raza. No tiene, sin embargo los rasgos característicos de la Casa de Austria, sino más bien los de los Borbones, á los cuales está ligada por su abuela, y por una de sus antepasadas, la emperatriz María Luisa, mujer del emperador Leopoldo II.

EL DUQUE DE ORLEANS. LA ARCHIDUQUESA MARIA DOROTEA.

Muy inteligente y educada con un cuidado particular por su madre la archiduquesa Clotilde, reune á una gran dignidad en sus menores acciones, una dulzura extrema y un encanto particular. Ama las artes y las letras, es muy buena música, habla muchas lenguas y está al corriente de la literatura francesa. Una sola cosa es netamente invariable en su espíritu: la idea que tiene de la dignidad de la vida, para sí y para los que la rodean.

Ha rehusado ya los más hermosos partidos y es más que probable que va á encontrar en esta alianza la realización de sus sueños de ventura.

Se dice que lleva en dote un poco mas de dos millones de florines sin contar con la pension que tienen todas las archiduquesas con cargo al tesoro particular del rey.

Es la mayor de seis de familia de los cuales sólo dos son casados: su hermano que tomó por esposa á una princesa de Baviera, y su hermana inmediatamente menor, que se casó con el príncipe más rico de Europa, el príncipe de Tour y Taxis, cuya familia tenía en otro tiempo el privilegio de los servicios de correo en toda Alemania, privilegio que fué preciso readquirir y que hoy le vale al jefe de la familia $37.000,000 de francos de renta.

El archiduque José, padre de la desposada, es palatino de Hungría y muy popular en ese reino, donde permanece constantemente, ya en Budapest, ya en su castillo de Alcsuth.

El matrimonio de la archiduquesa María Dorotea, tendrá lugar probablemente en Budapest. Los nuevos esposos visitarán en seguida á sus parientes de Europa y luego irán á Inglaterra, donde piensan fijarse.

El príncipe Carlos de Dinamarca y la princesa Maud de Gales.

Y ahora que hemos hablado de los esponsales del duque de Orleans con la archiduquesa María, pasemos la Mancha y detengámonos en Londres para asistir á las nupcias de una nieta de la reina Victoria.

Julio parece ser la fecha tradicional para los matrimonios de los príncipes y las princesas de Gales. La duquesa Fife y el duque de York se casaron en Julio, y ahora la princesa Maud se ha unido al príncipe Carlos de Dinamarca en el mismo mes.

Atendiendo á los gustos sencillos de la princesa, las nupcias se celebraron con la menor formalidad oficial posible. No obstante, como no había razón para que los súbditos de su Graciosa Majestad viesen aquellas bodas con tristeza, los londonenses hicieron todo lo que pudieron para testificar su interés á los reales esposos. La calle que recorrió la pareja en su viaje de bodas Norfolk, fue brillantemente adornada, y muy numerosa la multitud que despidió á los novios que se dirigieron á Norfolk en excursión de *luna de miel*.

Con motivo de las bodas, reuniéronse en la capital del Reino Unido numerosos personajes reales, y como es de suponerse, regios fueron los presentes que se hicieron á la novia. Mencionaremos entre estos el anillo de boda ofrecido á los esposos por una diputación de cerca de 300 miembros de la *Gorseddand National Eisteddfod Association.* El oro de esta sortija, fue llevado de las minas de Trawsfynydd, y la sortija fue colocada en primoroso estuche de plata.

Naturalmente la reina Victoria asistió á las bodas de su nieta, llegando la víspera de ellas á Londres, al palacio de Buckingham, acompañada de la princesa Victoria de Schleswig-Holstein, y poco después de llegada, dirigióse á Marlborough Hause, á dar sus parabienes á los novios. Como muestra de aprecio, S. M. invistió al novio y á su hermano mayor, con la orden del Bath, haciendo además al príncipe caballero de la Jarretera. Ese día concluyó con un banquete dado por el príncipe y la princesa de Gales á todos los miembros de la familia eral de Inglaterra y parientes de ésta. Al siguiente se efectuó la boda. Muy temprano formáronse guardias de honor en las entradas del palacio de Bukingham y Marlborough House, en tanto que se tendían tropas entrambas residencias reales.

El novio se dirigió al palacio de Bukingham poco después de las 11.30 a. m., acompañado de sus hermanos el príncipe Cristian y Harald, y escoltado por lujosos guardias. Fue recibido pomposamente en el palacio y conducido á un gran salón de espera, donde se hallaban los príncipes y princesas de la real familia. Poco después llegó el príncipe de Gales con la duquesa de York y la princesa Victoria, y finalmente la novia con su padre y el duque de York.

La reina saludó á la novia, y en seguida formóse la brillantísima comitiva que debía dirigirse á la capilla privada, á lo largo de una espléndida avenida que se cubrió exprofeso para evitar la menor fatiga á la reina. Cuando la comitiva llegó á dicha capilla, las bandas militares tocaron marchas y pronto el pequeño templo se vió henchido completamente. La reina iba en primer lugar y la seguía la novia, vestida con riquísimo traje de raso marfil, escoltada por el príncide de Gales. Por don-

EL MATRIMONIO DE LA PRINCESA MAUD DE GALES.—Salida de los novios para Norfolk.

de quiera se veían trofeos en que los colores de Dinamarca alternaban con los de Inglaterra.

Bendijo á los novios el Arzobispo de Canterbury, al cual ayudaron en la ceremonia los Obispos de Londres y Winchester, y terminada la ceremonia la reina besó á la novia y al novio, y la comitiva regresó al palacio, donde se efectuaron las solemnidades tradicionales.

Nuestros lectores hallarán en otro lugar una ilustración de esta fiesta real.

El Emperador del Japón y su heredero.

No hay dinastía monárquica en el mundo mas antigua que la del Japón. El Emperador actual, cuyo nombre es Mutsu Hito, que quiere decir «hombre pacífico,» nació el 3 de Noviembre de 1852.

En ese tiempo los monarcas japoneses vivían en Kyoto y eran llamados «Mikados.» Este nombre significa «entrada honorable» ó «sublime puerta,» una idea asociada con el título de los Faraones de Egipto.

Todos los Mikados, con excepción del actual, vivieron en Kyoto, ó muy cerca de esta antigua capital, que celebró el año próximo pasado el 1,100 aniversario de su fundación.

Mutsu Hito nació en Kyoto, y ocupa el 121º lugar en la dinastía del gran imperio. El día 10 de Noviembre de 1860, fué nombrado presunto heredero de la corona.

Por espacio de siete años quedó sometido á la tutela de sus padres y maestros, y el 13 de Febrero de 1867 llegó á ser Mikado, á causa de la muerte de su padre.

En los países occidentales los monarcas son coronados y las ceremonias de la coronación son verdaderamente grandiosas, como acaba de pasar en Rusia con los czares. Pero en la tierra del Sol Naciente no hay corona ni cetro, no obstante lo cual las que acompañan á la ascensión al trono, son en alto grado significativas y solemnes.

En el Imperio del Japón se da el nombre de joyas de la corona á estos tres emblemas sagrados de autoridad: un espejo, una esfera y una espada. Estos objetos son los mismos que usaron los monarcas hace mucho centenares de años, y el vulgo cree que fueron traídos del cielo hace más de 2,500 años, cuando los antecesores de la raza de mikados descendieron de las nubes á la elevada montaña de Satsuma, de donde partieron para el Norte, conquistando todo el archipiélago, subyugando á los aborígenes y fundando la capital en Nara y después en Kyoto.

Cuando, en 1868, el emperador niño fué llevado á la sagrada capilla del palacio para recibir la antigua espada de dos filos, el espejo en forma de estrella y la esfera de cristal—todo lo cual estaba guardado en una caja de brocado y oro—fué saludado como el sucesor de los monarcas bajados del cielo. Al subir este niño al trono, comenzó una era llamada «Méiji» ó sea «luminosa paz.»

En 1869 se casó con la Emperatriz Haruko, y cambió su residencia de Kyoto á Yedo, la cual quedó como capital. Yedo quiere decir «puerta de la bahía,« pero desde entonces se llamó Tokyo, que significa «capital de oriente.»

El Emperador vestía lujoso traje de seda blanca y encarnada; en los días de audiencia, cubría su real cabeza con un bonete de seda negra que tenía un gran penacho de hilos de oro. En el trono veíase un sillón encarnado, cuyos brazos terminaban en unas cabezas de león de oro macizo, las cuales eran emblema de la antigua conquista de Corea por la Emperatriz Jinku.

Ahora todo ha cambiado. El Emperador usa un traje parecido al de los reyes y emperadores de Europa. La Emperatriz y las damas de la corte siguen exactamente la moda de París.

Los oficiales del ejército y de la armada y los empleados del gobierno visten á la europea, lo mismo que gran parte de todas las clases sociales.

De doce hijos que ha tenido el Emperador—cinco niños y siete niñas—solo uno vive, que es ahora el heredero del trono.

El nombre del heredero es «Yoshi Hito, Haru no miya» que quiere decir literalmente «hombre bueno, del templo de la primavera.»

Nació el 31 de Agosto de 1879, en el mismo día y mes en que nació Guillermina, la niña reina de Holanda, pero un año después. Esta coincidencia es digna de ser mencionada por el hecho de que mientras el Japón se mantuvo alejado del mundo—de 1620 á 1868—los holandeses eran los únicos que tenían permiso para residir en el Japón y tener relaciones comerciales con él.

El Emperador toma el mayor cuidado en la educación de su hijo, quiere que sea modesto y humilde y le disgusta mucho que alguién alabe al heredero y le halague su vanidad ú orgullo. Se dedica al estudio de las lenguas, de las ciencias físicas y matemáticas, recibe instrucción militar y hace ejercicios de sport.

El Emperador insiste mucho en que su hijo conozca bien sus obligaciones militares, y cuando encuentra á un capitán, á un mayor, coronel ó general, le hace el saludo de ordenanza como un subalterno cualquiera.

En la escuela y en la calle usa el traje civil sin distintivo alguno, y solo en los días de fiestas oficiales se pone el uniforme.

El heredero pertenece á la guardia imperial, cuyo distintivo especial es una faja roja al rededor de la gorra. El rojo es el color imperial en el Japón, así como en China lo es el amarillo.

Durante la última guerra con China, el Emperador estuvo muy ocupado dirigiendo las operaciones y viviendo la mayor parte del tiempo en Hiroshiwa, así es que el joven heredero dejó de ver á su padre por muchos meses.

Sin embargo Yoshi Hito en esa época aprendió mucho relativo á China y á Corea, y está, por lo tanto, mejor preparado para gobernar bien el imperio, cuando le toque ascender al trono de aquel lejano país que ya tiene derecho para figurar entre las naciones civilizadas de la tierra.

La Exposición Universal de Paris de 1900.

De concurso en concurso, progresivamente, la Exposición de 1900 sale del caos de las concepciones iniciales, mal definidas, voluntariamente indecisas. El concurso de los palacios de los campos Elíseos acaba de concluirse y de ser juzgado y desde ahora puede uno formarse una idea de lo que será el apecto exterior de la Exposición: el verdadero elemento del éxito.

La idea primordial, la idea directriz fué de una simplicidad extrema: *Hacerla más grande que la de 1889!* Esto era más americano que artístico. Chicago no tenía otro programa. Poco importaba: un ingeniero—de esos que no dudan de nada,—Mr. Picard, y un arquitecto, M. Bouvard, autor del domo central de 1889, propusieron un emplazamiento tan inmenso como dividido y dislocado.

«No vaciléis, dijeron al salir del campo de Marte y de la explanada; franquead los puentes, invadid los Campos Elíseos», y llenos de confianza esperaron el resultado de sus exortaciones.

Su confianza estaba justificada. Ante el espacio que tenían que llenar, los artistas—grandes artistas en su mayor parte—que se decidieron á arrostrar las dificultades de este primer concurso, se rompieron la cabeza, aplicándose, ingeniándose, razonando......... Los franceses, al decir de los ingleses, son un pueblo de arquitectos. Sea, pero de arquitectos que razonan. La prueba de que el razonamiento entre esos arquitectos modernos domina á la imaginación, es que en la ocurrencia, todos hijos de la misma educación, herederos de las mismas repugnancias, encontraron la misma excusa á la vulgaridad del programa yankee que se les imponía. Todos comprendieron que la ribera derecha del Sena, dejaba demasiado ignorados á los Inválidos cuya belleza admirable tenía necesidad de un día nuevo, de una perspectiva inédita. «Abramos una avenida.» exclamaron á coro los concurrentes.

Y la cuestión quedó resuelta. Los arquitectos, concurrentes, entre los cuales acaba de hacerse una elección, debían sin embargo tener en cuenta lo siguiente:

1º Acusar bien la linea de perspectiva de la via nueva, á fin de evitar que formase tres trozos disparatados: la explanada, el puente, la avenida.

2º Construir palacios cuyo estilo convenga á construcciones definitivas.

3º Tener en cuenta que estas constrcciones, para que contribuyan á la belleza de la Exposición, deberán lucir, adoptar un aspecto triunfal, una fisonomía de fiesta.

4º Observar un programa de distribución interior, lleno de exigencias. Superficies artísticas y superficies mundanas, salas de exposición y de concierto, pista de concursos hípicos, restaurant, etc.

Digamos desde luego que nuestros arquitectos, cuyos planos están actualmente expuestos en el palacio de la Industria, han vencido con honor todas estas dificultades.

Desgraciadamente el proyecto de cada uno es incompleto. Para el Gran Palacio principalmente, se necesitará tomar de unos de los concurrentes los elementos olvidados por el «parti-pris» de los otros, y en el plan definitivo que falta estudiar, figurarán únicamente las mejores partes de cada una de las composiciones premiadas sin perjuicio de combinaciones nuevas. Damos á nuestros lectores una copia del proyecto de M. Louvet [uno de los más hermosos para el Gran Palacio] y otra copia del de M. Gerault para un palacio pequeño. Ambos obtuvieron primer premio (15,000 y 6,000 fs. respectivamente en el concurso.

EXPOSICIÓN DE PARIS EN 1900.
Proyecto de Palacio menor. [Primer premio.]

HUESOS PARA EL CELESTE IMPERIO.

DE SAN FRANCISCO A HONG-KONG.

Los restos de todos los chinos que mueren en los Estados Unidos son enviados al Celeste Imperio para ser inhumados. Los empacan en grandes cajas y los embarcan en San Francisco, poniendo sobre cada caja la marca «huesos de pescados,» que pagan $20 por tonelada. Este engaño es con objeto de evadir las reglas de las Compañías de vapores que hacen pagar por el transporte de un muerto lo mismo que por un vivo.

Casi todos los chinos que llegan á los Estados Unidos quedan al cuidado de las «Seis Compañías,» y firman un contrato que garantize el envío de sus restos á su país natal.

No hay un vapor que salga de San Francisco que no lleve chinos enfermos que esperan vivir lo bastante para llegar á su tierra. Las «Seis Compañías» tienen á su vez un contrato para que si algún chino muere á bordo no sea el cadáver arrojado al mar. La Compañía proporciona el cadáver es embalsamado y colocado en la bodega, y entre los otros pasajeros chinos y los marineros—que casi todos son también descendientes de Confucio—pagan los gastos.

Cuando el buque llega á Hong-kong los ataudes se entregan al Hospital Jung Wah cuyo administrador los pasa á los parientes de los muertos.

Casi no hay un chino residente en los Estados Unidos, que no esté registrado en el Hospital de Jung Wah y en las «Seis Compañías» de San Francisco.

EL TRABAJO DE LAS ABEJAS.

Un escritor de la *Revue des Sciences Naturelles*, hace el siguiente cálculo con relación al trabajo hecho por una abeja:

Durante el buen tiempo, una obrera puede visitar de 40 á 80 flores, en seis ó diez excursiones, y colectar un grano de nectar. En caso de que visite de 200 á 400 flores recogerá 5 granos.

En circunstancias favorables recogerá 15 granos en un periodo de 15 dias, así es que necesitará algunos años para fabricar una libra de miel, la cual llenará cerca de 3,000 celdillas.

Un colmenar contiene de 20,000 á 30,000 abejas, la mitad de las cuales prepara la miel, quedando la otra mitad encargada del cuidado del colmenar y de la colonia. En un dia bueno 16,000 á 20,000 obreras, podrán en unos 10 viajes explorar algunos cientos de millares de plantas. Hay que considerar además que el terreno sea favorable para la preparación de la miel y que las plantas más ricas en nectar se encuentren cerca del colmenar.

Un colmenar habitado por 30,000 abejas, puede, por lo tanto, recibir, en condiciones favorables, cerca de dos libras de miel al dia.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS EN 1900.
Proyecto del Palacio mayor. [1er. Premio.]

EL TELECTROSCOPIO.

EL TELECTROSCOPIO.

IMÁGENES Á TRAVÉS DE UN ALAMBRE.

¿Se ha resuelto el problema de «ver á través de un alambre,» es decir, de trasmitir imágenes por medio de la electricidad? Esta es ahora la cuestión que interesa más ó menos al mundo científico.

Por largo tiempo hombres eminentes en la ciencia, como el Profesor Graham, E. J. Houston y otros, han predicho que algún día se prodra trasmitir imágenes por un alambre, con la facilidad con que se trasmiten los sonidos.

De Suecia y California nos llegan simultáneamente noticias de que el problema parece resuelto. No tenemos pormenores del aparato del inventor que es un médico prominente en Europa; sólo sabemos que ha obtenido buen éxito.

El Dr. Frank M. Close, de Oakland, California, no ha tenido inconveniente en dar al público algunos detalles de su aparato, al cual ha bautizado con el nombre de «telectroscopio,» ó sea aparato para ver á distancia por medio de la electricidad.

El aparato consta de dos cajas comunicadas por medio de un alambre. Una de las cajas es el receptor y la otra es el transmisor. En frente del receptor se coloca una lámina de turmalina ó de espato de Islandia, frente á la que se sitúa el ojo del observador.

Detrás de la abertura del transmisor se coloca una vela encendida, y por medio de una ingeniosa combinación eléctrica—que es precisamente el secreto del Dr. Close—la persona colocada en el receptor ve inmediatamente la imágen de la vela. Si se quita del receptor la placa de turmalina, deja de percibirse la imágen de la vela aunque ésta continúe en el transmisor.

El Dr. Close, para dar la explicación de fenómeno, compara éste con el de la transmisión del sonido por medio de la electricidad. Cuando se habla en la bocina de un teléfono y una persona colocada á gran distancia y provista de un receptor oye la voz, el fenómeno no es más que el resultado de las modificaciones experimentadas por la corriente eléctrica al vibrar la delgada lámina del transmisor, vibraciones que se reproducen exactamente en la lámina del receptor.

Las relaciones de semejanza en la propagación de la luz, el calor, el sonido y la electricidad son tan íntimas, que comparativamente es sencillo convertir un agente en otro y luego volverle sus propiedades primitivas. Todavía más: Un agente físico puede substituir á otro. Por ejemplo, un rayo de luz solar, puede desempeñar exactamente el mismo papel que un alambre telefónico.

El Profesor Graham Bell, ha construido un maravilloso instrumento, por medio del cual se puede hablar á través de un rayo de luz solar, pues ha logrado hacer sensible las vibraciones luminosas, de la misma manera que se hacen sensibles las ondas eléctricas para reproducir el sonido á gran distancia.

Ahora bien, cuando se ve un objeto, es porque sus diferentes partes absorben y reflejan de un modo especial los rayos luminosos, lo que da al objeto su color propio, y al mismo tiempo las celdillas del cerebro reciben una serie de impresiones que, sobreponiéndose unas á otras, dan una idea ó imágen mental de lo que se ve. Cuando se ve un objeto en un espejo no hay más diferencia, sino que las ondas luminosas que van á impresionar el cerebro, proceden de la imágen reflejada en el cristal y no del cuerpo directamente.

Ahora suponiendo que la imagen de un objeto reflejada en un espejo, pudiera producir vibraciones en un alambre eléctrico, como una onda sonora produce en la delgada lámina de un transmisor telefónico, sería posible, colocando un aparato conveniente en la otra estación, reproducir el procedimiento y obtener sobre un segundo espejo ó pantalla las vibraciones excitadas en la primera estación y se podría ver á través de un alambre tal como se habla por él. En otras palabras sería posible transmitir imágenes sensibles á una distancia inconcebible.

Convencido el Dr. Close de los antiguos experimentos de Vogel y otros que prueban la existencia en los rayos de luz blanca de rayos invisibles dotados de propiedades térmicas y químicas, buscó ingeniosamente y encontró experimentalmente la existencia de rayos eléctricos y magnéticos.

De este descubrimiento fué de donde le vino la idea de inventar algo para transmitir imágenes electricamente.

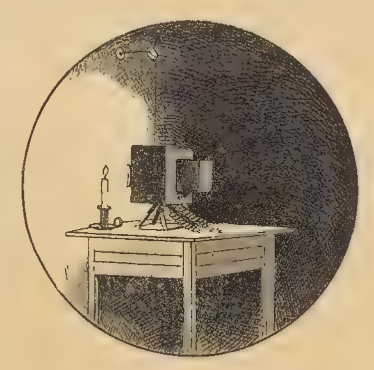
De una manera general el aparato se parece mucho al teléfono.

Consta en pocas palabras de una aguja imantada guardada en una caja y en comunicación por medio de un alambre, con otra aguja colocada en otra caja igual. Por medio de cierta combinación, una vela ú otra luz colocada frente á la abertura de una de las cajas excita una corriente ó más bién una serie de vibraciones, que son transmitidas á la otra aguja y convertidas en su forma original. Interponiendo un prisma la luz se reproduce.

«Me inclino á creer, dice el Dr. Close, que los rayos Rœntgen ó rayos X y los que yo he descubierto, si no son idénticos, á lo menos se parecen mucho, y tengo confianza en poder perfeccionar un aparato para la transmisión de las imágenes con la misma facilidad con que se transmite la palabra.»

Por supuesto que actualmente el aparato no está perfecto, y tiene que pasar algún tiempo para que el *telectroscopio* sea de uso práctico. Pero si ahora no se obtiene buen éxito, siquiera se habrá marcado el camino para que otros resuelvan el problema, y que llegue el día en que al hablar por teléfono de San Francisco á Nueva York, no sólo se escuche la voz, sino que también se vea la fisonomía de la persona con quien se habla.

El Dr. Close, un hombre de unos 56 años de edad, ha dedicado toda su vida al estudio de la ciencia. Uno de sus trabajos más brillantes fué un mapa del planeta Marte que hizo durante su permanencia en Europa, en compañía de Camilo Flammarión y del Dr. Pictet.



TELECTROSCOPIO DEL DOCTOR CLOSE.

EL FONENDOSCOPIO.

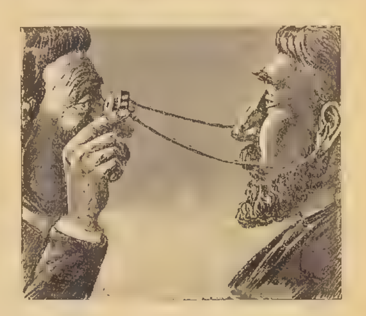
Los Doctores Bozzi y Bianchi, de Italia, han inventado una máquina maravillosa, por medio de la cual se puede oír hasta el ruido imperceptible producido por los movimientos de los párpados. El aparato se llama el «Fonendoscopio.»

La nueva maravilla servirá para que los médicos y los cirujanos evidencien la existencia de ciertas enfermedades que se revelan por el sonido. Cuando el asunto esté bien estudiado, los médicos podrán formar una clave que indique el sonido especial de cada enfermedad conocida, y el fonendoscopio descubrirá inmediatamente el sonido relativo. Se asegura que no habrá error en el diagnóstico de las enfermedades que se presten á este examen.

El delicado instrumento, que debe ser manejado con las mayores precauciones, consiste en una caja circular de metal reluciente. En una de sus caras hay dos aberturas donde se insertan unos tubitos de goma, cada uno de los cuales termina en unas piezas de ebonita que han de introducirse en los oídos, tal como lo representa el grabado. La otra cara de la caja tiene una laminita muy delgada y sensible, que vibra con la mayor facilidad. La lámina, estando bajo la acción del aire comprimido que hay dentro de la caja, es tan sensible, que la respiración más débil vibra dentro de la caja, propagándose la vibración dentro de los tubos, hasta la membrana del tímpano de la persona que escucha.

Y no solamente puede percibir el sonido, sino que su intensidad se multiplica en el trayecto y llega al oído con notable fuerza. Pasando suavemente los dedos sobre la lámina, se escucha un ruido semejante al trotar de muchos corceles, así es que puede oírse el pestañear de una persona ó el aliento más delicado.

Para que un médico pueda localizar una enfermedad, hay una ingeniosa combinación, que consiste en un segundo disco unido al primero por medio de un cilindro de cauchu vulcanizado, lo que permite aumentar grandemente la area de auscultación.



EL FONENDOSCOPIO DE LOS DOCTORES BOZZI Y BIANCHI.

El cilindro unido al instrumento, tiene unas dos pulgadas de longitud; pero hay otros cilindros más largos, que se usan para investigar en las cavidades naturales. Si uno de estos cilindros se introduce en la boca, se puede oír el movimieto de deglución y la caída del velo del paladar.

Usado el instrumento en combinación con el micrófono, se pueden oír á gran distancia las palpitaciones irregulares de un corazón enfermo ó el silbido de un tubo bronquial afectado.

El instrumento puede tener distintos tubitos, para que muchas personas puedan oír á la vez, y quizá será la única manera de conseguir que dos ó tres doctores estén de acuerdo en sus opiniones.

LA TORRE MAS ELEVADA.

LOS HABITANTES DE CHICAGO VAN Á TENER UN NUEVO MOTIVO DE ORGULLO.

La Torre de Eiffel y hasta la Torre de Babel no son nada comparadas con la torre que va á construir el señor D. R. Proctor en la ciudad reina del anchuroso Michigán.

El sitio escogido para la construcción está limitado por las calles Harrison, Congress, Loomis y Throop. El señor Proctor deseaba construir la torre á orillas del Lago, pero no le fué posible encontrar un sitio á propósito.

La grandiosa construcción, que estará terminada para mediados del año entrante, tendrá 1,150 pies de altura, sin contar la estructura subterranea. La Torre de Eiffel resultará 200 pies más pequeña que la de Proctar; ésta costará $800,000 y tendrá siete pisos, el priemero de los cuales quedará á 225 pies del suelo.

Recordamos á nuestros lectores que no obstante el pliego excedente de

"FLOR DE NIZA"

que acompañamos á cada número de "El Mundo," seguiremos repartiendo mensualmente las **ciento veintiocho páginas** del folletín acostumbrado.

Quiero volar perdido en la penumbra
Que al trasponer el Eter dilatado,
Forme, al fulgor del astro que te alumbra,
Tu cuerpo, en el zafir transfigurado.

Quiero volar muy cerca de tu lado,
Más allá de los cielos que vislumbra
La mente del poeta iluminado
Que en misteriosos éxtasis se encumbra.

Y en el beso que estalle de repente
Al juntar para siempre nuestras bocas
Con un rapto que dure eternamente,

De lo Ideal obedeciendo al rito,
Como ofrenda á los dioses que tú invocas
Lanzar el corazón á lo infinito !

Balbino Dávalos.

Agosto de 96.

DESDE LA SOMBRA.

Hubo en mi alma infinitas ternuras,
Ideales de casta pureza;
Sensaciones sin nombre, amarguras
Y temores de ignota tristeza;
Me mostraban mis sueños febriles,
En polícroma y ancha paleta,
Palideces de antiguos perfiles
Impregnados de anemia de asceta,
Y semblantes austeros y graves
Que al impulso del vértigo inmenso,
Levantaban la voz en las naves
Tras el velo sutil del incienso;
Hubo más: en celeste parvada
Los ensueños sus alas movían
Y ante mi alma creyente, extasiada,
Panoramas de luz extendían,
Y en auroras inmensas y blancas
Se engolfaba mi espíritu, oyendo
Cantos llenos de fe, risas francas
En acorde sublime subiendo
Hasta un cielo esmaltado de cruces
Que fulgores cegantes vertían
Y en el cual, como místicas luces
de su altar, las estrellas ardían......
......Y sintiendo caer en mi frente
La mirada de Dios, fuí de hinojos
A empapar mi oración balbuciente
En la vívida luz de sus ojos......
¿Y hoy? La noche sin luz ni alborada,
La carente de estrellas y aurora;
¡Hoy mi fe vacilante y cansada
Se ha acostado á morir...... ya no implora!
¿Qué huracán me ha soplado al abismo
¿Dónde estoy agitándome en vano?
¿Quién la luz que brillaba en mí mismo
Extinguió con su aliento malsano?
¡Yo tuve alas, Señor, yo era bueno!
Y hoy mis noches son malas...... muy malas.
¡Ahora busco caído en el cieno,
Con angustia indecible, mis alas!
¡Oh, Señor, mi esperanza te nombra
Y te encuentras ausente en mis luchas;
¡Hoy mi fe, que se extingue en la sombra,
No te sabe llamar, ó no escuchas!
Hoy mi espíritu enfermo y cobarde
En su queja suprema reincide,
¡Ya mañana, tal vez, será tarde
Para darle la luz que te pide!
¡Amar mucho, Señor, no es ultraje!
No te ofendo: ¡Da vida á mi ruego!
Ve mi angustia: ¡es la angustia salvaje
Del que ha visto la luz y está ciego!

Antenor Lescano.

Agosto de 1896.

ASONANCIAS.

¡Qué triste es el camino! ¡Con qué tedio
Cruzo en tinieblas por la selva obscura!
¡Soy un pájaro negro que levanta
Su grito de dolor entre las tumbas!
Yo he pedido sus frases á la muerte
Para cantar con ellas. Es mi musa
El angel de las sombras; el que siega
Las cabecitas rubias;
Mi lira es un fragmento separado
De un antiguo ataúd; sólo se pulsa
Para arrancar los trémulos cantares
Que las sombras escuchan
Y que vuelan con alas fatigadas,
Enfermos de pesar. Rara y absurda
Mi pobre inspiración lleva en los ojos
El brillo de una extraña calentura,
Mis frases tienen algo del crujido
De cráneos que se estrellan, y son rudas
Porque viven del hálito salvaje
Que respiran las tumbas.
Mi prometida es pálida; su nombre
Hace flaquear las energías robustas.
Cuando, entre las tinieblas, me visita,
El viento negro de la noche ahulla.
Al desposarnos cantarán las sombras
Un lento epitalamio. A nuestras nupcias
Irán los convidados silenciosos,
Con negras vestiduras;
La cámara nupcial que nos espera
Es muy estrecha y húmeda,
Apenas si podré dormir inmóvil
Y con las manos juntas.
Será el primer idilio de mi vida
Y también el postrero. Las orugas
Serán indispensables invitadas
Al banquete de carne. Y cuando surjan
Las primeras estrellas temblorosas
La noche de mis bodas, en la obscura
Y negra estancia entregaré mi frente
A los glaciales besos de mi musa.
....
Yo canto con las frases incoherentes
Que me enseñó la angustia;
Mi pobre inspiración lleva en los ojos
El brillo de una extraña calentura;
Mis palabras remedan el crujido
De huesos que se rompen, y son rudas
Porque viven del hálito salvaje
Que respiran las tumbas.

Antenor Lescano.

Agosto de 1896.

TRAGICA.

[Á un caballero medioeval.]

En la fina raiz de su alba pluma
Luce joyel espléndido el sombrero.
Y en chorrera blanquísima desciende
De blonda de Bruselas ancho cuello;
De sus hombros de atleta, pende airosa
Capa bordada en rico terciopelo,
Y asoma en todo el traje la cuchilla
Labrada en oro sobre raso negro.
De régio talabarte á un lado pende
Hoja flexible de grabado acero
En cuya cruz se incrustan más diamantes
Que ostenta en noche de verano el cielo.
Hermoso, noble, inteligente y rico,
¿Cómo tan solo y triste el caballero
Al pie de esa ventana que á sus voces
Responde solo con glacial silencio....?
Vibrante de pasión y de amargura
Su voz se exhala del doliente pecho
Y oprimida la frente entre las manos
Se queda á instantes por el llanto ciego.
«¡Oh cruel! ¡Oh cruel amada mía
Decidme en qué se fundan vuestros celos!
¡Partidme el corazón si os he burlado,
Mas romped este fúnebre silencio!»
Nunca la dama respondió á sus voces:
La aurora, al penetrar á su aposento
Muerta la halló, teniendo de su amante
La imagen apretada sobre el pecho.
Y por fuera ya rígido y helado
Y sin color los labios entreabiertos,
Al pie de la ventana de la hermosa,
En su espada clavado, el caballero.

Julia.

Mérida, Agosto de 1896.

RITORNELLO.

Mi amor entre las sombras muriendo está de frío;
Cruza,—bohemio errante,—la noche del dolor,
Y, presa de un siniestro y torvo desvarío,
Persigue de tus ojos el claro resplandor.
Pero en mi cielo triste que obscureció el hastío,
Apagan tus pupilas su trémulo fulgor
Y vaga el pensamiento sin rumbo en el vacío......
Entre las sombras negras muriendo está de frío
Mi amor!
Te llama mi ansia loca.... ¿Vendrás, ensueño mio?....
Te busco entre las trágicas tinieblas del dolor.....
La noche está muy triste, el cielo está muy frío,
Pero te anhela, presa de un torvo desvarío,
Mi amor!

Francisco M. de Olaguibel.

Agosto de 1896.

SIN VERLO......

Como en este mundo el que piensa en sus negocios y pone cada cosa en su lugar es proclamado prudente, la viuda Carmela, después de la muerte de Selletta, barrendero que en primer lugar había sido cochero simón y más tarde poseido un comercio de comestibles, encerró á su chiquillo en el *Asilo de los pobres*, envió á su chiquilla á un taller de costuras y no guardó consigo en la casa más que al recién nacido que le chupaba la vida, pegado todo el santo dia á su seno marchito; la mayor parte de los vecinos—y casi todos eran de edad—dijeron que había hecho bien ya que su marido la había dejado desolada y sin recursos. Los otros, más reducidos en número, y se contaban entre ellos las mamás, muy jóvenes y de fecha reciente, que comenzaban con su primer maternidad á concentrar todo su amor en su primogenitura, dijeron que los niños eran la sonrisa de la casa y que se necesitaba tener un corazón muy duro para apartarlos y un valor...... oh! un valor......

—¿Cómo hace usted para quedarse sola?—decía á la viuda, Anunciata Fusco, una rabia regordeta que llevaba prendido al cuello un *bambino* rubio y regordete como ella.

—Pero dígame usted que habría podido hacer yo con tres angelitos en mi casa? Sin nada menos que tres bocas. Y, además, Nanina, ya lo sabe usted, sale en la tarde de su taller y por la noche me hace compañía; aprende el oficio, comienza á ser grandecita. En cuanto á Pepin...... usted dice que...... allá...... en el Asilo...... no va bien la cosa...... verdad?

La otra respondió.

—Oiga usted, yo no habría tenido el valor...... Ya usted no lo ve ni él la ve á usted...... ¿qué sucedería si cayese enfermo?

—Cómo! luego usted no sabe nada? Si ahí está como en su casa, nada le falta...... Ah! es cierto, añadió con las lágrimas en los ojos: Yo no había pensado en que podría enfermarse; pero ahí tienen médicos y medicinas; y si acontece que caiga enfermo, Dios no lo quiera!—me lo dirán.

—Yo creo que no se lo dirán á usted, afirmó gravemente la Fusco acariciando á su mocosillo, como para decir á Carmela: Este, ya lo ve usted, yo lo guardo para mí, puesto que soy su madre, y no saldrá jamás de su casa.

La viuda volvió á la suya, y fué corriendo á besar á su pequeñuelo, que dormía en su cuna, con tal ímpetu, que lo hizo despertar sobresaltado. El pequeñuelo se echó á llorar.

—Corazón mío, díjole ella, cállate, vamos, cállate. Ahora mismo iremos á ver á Pepin.

El invierno había llegado de un golpe, con días obscuros y fríos. La casa de Selletta oprimía el corazón, toda envuelta en la obscuridad. Desde la entrada se percibía el catre contra el muro, cuya desnudes gris dejaba ver el papel hecho girones. La humedad penetraba hasta los huesos; ahí fué donde Selletta perdió la salud.

La viuda envolvió lo mejor que pudo á su chiquillo, púsose sobre los hombros el chal negro que había servido de abrigo á su hijo en la cuna. Buscó la llave de la puerta. La encontró en la ceniza fría del brasero, porque se había servido de ella para atizar el fuego.

—Vamos á ver á Pepin, repetía al chicuelo al cerrar la puerta.

La calle estrecha, animada por vendedores ambulantes y por las idas y venidas de los vecinos, parecía alegre.

—Dónde va usted? preguntó á la viuda una vecina; va usted á gozar del sol?

—Vamos á ver á Pepin, dijo Carmela poniéndose la llave en la bolsa.

—Peppino...... quién es?

—Pepin mi hijo, el que puse en la escuela del asilo de los pobres, pues cuando murió Selletta (á quien Dios guarde en su gloria) me recomendó que lo pusiera. Me decía: Hay que colocarlo ahí, porque aprenderá un oficio y no quitará á los otros el pan de la boca.

—Y va usted á verlo?

—Hace tres semanas que no lo he visto y le dará mucho gusto. Y ya la dejo porque tengo prisa por llegar.

Y se alejó con el bebé suspendido de su cuello, arrastrando por el lodo un girón de su ropa desgarrada.

En la parte de la calle en que daba el sol, habíase formado un grupo de mujeres que hacían labor. Y ahí la viuda se encontró á Nanina, que miraba curiosamente el puesto de un vendedor de caramelos que se calentaba al sol con los ojos medio cerrados.

—¡Nanina! por qué estás aquí? qué haces?

La niña corrió á encontrar á su madre muy alegre, y le respondió:

—Hoy no hay trabajo. La patrona está de fiesta y nos ha dejado salir á todas. Su novio la lleva al campo.

—Vamos á ver á Pepin; dijo la viuda tomando á la niña de la mano.

Hacía mucho frío, pero el cielo estaba claro y el camino seco. La pequeñuela golpeaba de cuando en cuando el suelo con sus pies para calentarse, afianzándose con una mano á las faldas de su madre que le cubrían los dedos. La otra mano la había ocultado en un pliegue de su chal.

—Está muy lejos? preguntó la chiquilla.

—Allá, en el fondo, ¿ves aquellos árboles? allá está.

—Cuán lejos! murmuró la pequeñuela.

Llegaron por fin rendidas; la chiquilla no podía más. Al buscar la escalera principal del asilo, vieron una vendedora de manzanas que les dijo:

—Cómprenme niñas, les doy tres muy gordas por dos centavos.

—Dígame, le preguntó la viuda, qué podré llevárselas á mi hijo allá arriba?

—Claro que sí, son manzanas y no bombas de dinamita. Tómelas.

—Yo las llevo, dijo la chiquilla.

La viuda pagó los dos centavos y siguieron su camino. Ya en el patio, no sabían á dónde dirigirse. Las puertas eran numerosas y la escalera se prolongaba.

—Es aquí? preguntó la niña.

—Más alto todavía...... no sé...... esperemos á alguien que nos lo diga.

Oyeron en la escalera una voz de hombre que se aproximaba cantando:

Me han dicho que Beppo se fué á la guerra......

Y de pronto apareció un joven con las manos en las bolsas y un registro debajo del brazo. Cuando llegó al último peldaño, la viuda le preguntó:

—Por dónde se va para hablarle á un niño? Tengo aquí á mi hijo......

—Madruga usted mucho, buena mujer. El locutorio no está todavía abierto. Pero puede ser que a dejen ver á su hijo; suba usted más arriba, á la pieza del secretario.

—En dónde está? preguntó tímidamente la viuda.

—En el segundo piso, primer puerta á la derecha, en el fondo del corredor.

Y al alejarse el joven, repitió aún:

—En el segundo piso, primer puerta á la derecha. Entendió usted?

—Sí señor, gracias, que Dios se lo pague......

El secretario era un hombre muy avanzado en edad, un señor de binoclo de oro y de gran sortija en el índice. Estaba sentado frente á su mesa y firmaba algunos papeles que un empleado le presentaba.

—¿Quiénes son ustedes? qué quieren? dijo el viejo, apartando la vista de sus papeles y examinando á la viuda y á su hijo.

La viuda no sabía qué contestar.

—Soy Carmela Selletta, señor, quisiera ver si era posible...... tengo un hijo...... de siete años...... se llama José Selletta.

—Dios mío! no es aquí, respondió el viejo, á donde hay que venir, no está usted en el locutorio. ¡Dios mío! oh santa paciencia!

—Excelencia, dispensadme, murmuró la pobre mujer, mortificada, me habían dicho...... encontré en la escalera á un joven que me indicó la puerta.........

—Pues no es aquí, no es aquí, insistió el anciano; además, amiga mía, no es hora de pláticas.

La mujer quedó como clavada.

—¿Cómo dijo usted que se llama su hijo? continuó después con la voz un tanto dulce.

—Pepin...... José Selletta.

—Mazzia, si está ahí Larisa, dijo dirigiéndose á un empleado, sírvase usted consultar los archivos, y háblele usted de ese niño. Y envielo usted, continuó, volviéndose á la viuda, sería mejor me lo mandara aquí.

—Cómo se llama el niño? preguntó Mazzia á la viuda.

—José Selletta.

El empleado desapareció tras un cortinaje.

El viejecito se acomodó bien los anteojos en su nariz, se sopló las manos con fruición, y colocó sobre su escritorio una tabaquera de plata.

Nanina había recobrado su valor y se aproximó á la mesa, contemplando con ojos de curiosidad el gran tintero dorado, donde dos figurillas sostenían trabajosamente una columnita para colocar el portaplumas.

La mirada asombrada de la niña pasaba del tintero al prensa papeles de cristal, en el que podía verse en vivos colores, la basílica de San Pedro con su alta cúpula, la plaza del Pueblo, y la gente de paseo.

—Siéntese usted, dijo de repente el anciano, después de haberse sonado escandalosamente; tómese una silla, la que está en aquel rincón, eso; puede usted sentarse ahora.

Abrió su tabaquera, tomó un enorme polvo, y extendiendo los brazos sobre la mesa:

—Ah! Dios de paz y de amor! exclamó.

Y luego volviéndose:

—¿Qué tiene usted en los brazos? dijo guiñando los ojos bajo los espejuelos.

La viuda levantó un extremo del pañolón, y descubrió al chiquitín que dormía tranquilamente, con una manecita sobre el pecho.

—Un bebé? dijo sonriendo. ¡Qué gracioso! Es el hijo de usted?

—Sí, señor.

Nanina se había acercado para enviar á su hermanito, quitándose de ese modo de las contemplaciones casi extáticas del tintero, y alargó una mano para acariciarlo.

—Chit! dijo el viejo, á media voz, déjalo tú; ¿no ves que se despertará? Tápelo, usted, señora; ¡pobrecito!

Mazzia apareció bajo las cortinas impasible.

—¿Qué hay? dijo el anciano.

—Si el señor secretario, contestó Mazzia, quiere venir un momento.........

—¿Qué sucede?

Y se levantó apoyando las manos en los brazos del sillón, y buscando en la bolsa el gran pañuelo de hierbas.

Y ya en marcha repetía:

—¿Qué sucede, Mazzia?

Cuando el secretario estuvo cerca de él, Mazzia dejó caer la cortina que los ocultó.

—Ahora va á venir Pepín, dijo la viuda á Nanina.

—¿Va á venir ahora? repitió la niña á media voz.

La viuda contestó por señas que sí.

Los otros dos, entre tanto, cuchicheaban detrás de las cortinas, sin que se pudiera entender lo que decían.

Repentinamente el viejo apareció de nuevo. Parecía muy turbado y venía lentamente, con la mirada fija en la viuda. Se detuvo cerca de la mesa, tosió dos ó tres veces y le dijo:

—Escuche usted mi buena amiga.

La viuda se había levantado, empujando hacia atrás su silla.

—Escuche, no se puede hablar á esta hora á los niños. Ya se lo había dicho, viene usted muy temprano y á esta hora...... los niños......

Se interrumpió; la viuda le miraba.

—Mazzia, añadió bruscamente, dirigiéndose al empleado.—Ayúdeme usted á decirle.........

—El chico está dando su lección, respondió Mazzia secamente. Y se puso á mirar por la ventana.

—Eso es, dijo el viejo aliviado de un gran peso; está dando su lección, aquí el reglamento es severo.........

La viuda tuvo un movimiento de angustia. Estrechó más fuerte contra su pecho al bebé y se quedó ahí, de pie, esperando aún, esperando aún.........

—Pero esto es imposible, murmuró al fin tímidamente.

—Así lo creo, dijo el viejo, seguramente es imposible. Usted es su madre no es eso?

—Sí señor yo soy su madre.

—Imposible, mi buena amiga, repetía él preocupado; como haremos? Debía usted volver......Eso es, vuelva usted el lunes que es dia de audiencia, verdad Mazzia?

Mazzia miraba hacia afuera. No oyó la pregunta y no respondió.

La viuda se ruborizó y acariciando lentamente á Nanina, dijo:

—Perdóneme usted; yo le había traído...... yo quería dejarle...... estas mansanas...... usted ha de dispensarme.

—Déjelas aquí, dijo el viejo.

La pequeñuela había ya puesto dos sobre la mesa, al lado del hermoso tintero. La viuda tomó la tercera y la puso al lado de las otras murmurando:

—Perdóneme señor esta libertad; esta es para usted.

—Gracias, dijo él dulcemente.
—¿Volveré el lunes?
—Sí, sí, el lunes, eso es. No venga usted aquí. Háblele al director; él sabrá decirle......

La viuda le tomó la mano que él extendía para acariciar á la chiquilla y quiso besársela.

—Oh! exclamó él casi espantado, no haga usted eso, mi buena amiga......... Adiós......... Adiós......... buen día.

Salieron y el viejecito se quedó de pie junto á la puerta. Oía el rumor de los pasos de la viuda que se alejaba, y la voz de la niña que la interrogaba.

Mazzia se colocó de nuevo frente á él y dispuso los papeles para las firmas. Hubo un momento de silencio.

El secretario sacudía melancólicamente la cabeza.

—El director le dirá el lunes, murmuró, que su hijo ha muerto. Yo, lo que es yo no se lo digo......

Y cuando hubo limpiado sus lentes, los acomodó sobre su naríz, sopló luego sus manos para calentarlas, y cogiendo de nuevo la pluma exclamó:

—Ah, señor Dios! Buen Dios de paz y de amor!......... qué infelices son los pobres......... Deme usted los papeles Mazzia.

Salvador de Giacomo.

Damas distinguidas de la República.

Sra. Concepcion Suarez de Peon.

(DE MÉRIDA)

HISTORIAS DE MI PUEBLO.

EN POS DE UN IDEAL

¡Oh mis bellas lectoras desconocidas! no me me llameis indiscreto ni mucho menos imprudente, porque me atreva á poner en descubierto la vida de una antigua amiga mía á quien quise mucho, porque pertenecía á la honorable familia Domínguez, que por aquel entonces era una de las que figuraban en primera línea entre la sociedad distinguida de mi pueblo natal.

Era una familia de mujeres: dos de ellas, rita y Guadalupe, habían tenido la desdicha, ó tal vez la felicidad, de quedarse solteronas, por no habérseles prestado allá en sus años de florida juventud un buen partido que llenase las aspiraciones de sus sueños. Solo Doña Eduwigis, la hermana mayor, fué casada con un bizarro coronel de artillería, que murio en los últimos combates librados en nuestro suelo, con motivo de la funesta intervención francesa. Como primer y único retoño de su efímera vida matrimonial, había quedado á Doña Eduwigis una graciosa pequeñuela, en quien las tías y la madre ponían toda su atención y sus cuidados para hacer de ella, según la gráfica expresión de Doña Eduwigis, una joya valiosa de la sociedad y de la familia.

Aunque pobres, las Domínguez vivían honradamente con los productos de sus labores de mano, y con una pequeña mensualidad que recibían del único hermano que les quedaba, empleado en una fuerte casa comercial de Veracruz. La vida de estas mujeres estaba regida por los principios más sanos de la moral y por los preceptos más augustos del catolicismo; sus costumbres, vaciadas en el estrecho molde de las costumbres piadosas y sencillas que normaran la vida de sus abuelos. Y nunca la mano tentadora del demonio, como ellas decían, las hubiera hecho quebrantar las leyes en que descansaba el programa uniforme de los deberes y obligaciones que les imponían la religión y la moral.

Cuando los lazos de la amistad me unieron á esta buena familia, de quien no quedan vestigios en nuestro suelo, no tenían otra preocupación que la de encaminar á Elenita, la hija única de Doña Eduwigis, por el recto camino de la virtud y darle una educación esmerada, como la mejor herencia que pudieran legarle para hacerla acreedora al respeto de la sociedad en que vivía, y digna también de algún buen partido que se le presentase pidiéndole su corazón y su mano.

Las tías y la madre de Elenita, en su afán de despertar en el espíritu de la pequeñuela la desconfianza en todo aquello que se relaciona con el amor y las lisonjas de los hombres, depositaban, sin darse cuenta, los gérmenes de desgracias futuras en aquella almita naciente, en donde apenas alboreaban las tenues claridades de una belleza en embrión. Elenita creció alentada por el soplo de esa vida mística y uniforme, vida de penitencias y oraciones, en que vivieron las piadosas solteronas y la muy respetable Doña Eduwigis, que Dios tenga en el reino de los cielos.

Cuando la amistad me relacionó con la familia Domínguez, Elenita no era ya la niña que soñara con los juegos infantiles y los cándidos entretenimientos en que se desenvuelven con su veleidades y caprichos los días bulliciosos de la niñez. El sol de una nueva vida empezaba á orear su frente de virgencita púber, cantándole con notas triunfales el himno de la juventud y destejiendo en el diáfano cristal de sus pensamientos, la guirnalda azulada de los sueños y el beso casto de las rubias ilusiones. Elenita despertaba á la vida del amor. Sentía esa necesidad de amar que el corazón reclama, cuando la juventud se nos llega acariciándonos con sus promesas engañosas, empapadas en ráfagas de luz y en reflejos de vagas esperanzas.

Criada desde sus primeros años lejos del bullicio social, respirando el místico ambiente de una educación saturada de religiosidad y de añejas preocupaciones enervantes, sin tener la libertad de frecuentar el teatro, las tertulias, ni ningún género de diversiones, donde sus oídos pudiesen sentir la dulce explosión de la frase galante, ni la mirada maliciosa y expresiva de algún joven enamorado, Elenita era una alma pura, una extraña flor de invernadero de asustadizas timideces de mariposa que vivía, desbordándose en voluptuosas lozanías de juventud, con el vago y castísimo anhelo del amor, pero sin sentir en su púdico corazón los arrebatos de la fiebre pasional.

Elenita, la belleza oculta, como la llamaban sus admiradores, era una alma sencilla llena de exquisiteces y romanticismos. Había leído la historia de Efraín y de María, cononcía la Graziela de Lamartine, y envidiando las dichas de Julieta, soñaba con un amor ideal que tuviera susurros de besos castos y estremecimientos de alas níveas; soñaba en amantes rubios que despertaran en su alma la luz de vagos ensueños, arrebujados hasta entonces en la niebla de sus castidades virginales.

En los pocos enamorados que se atrevieron dirigirse á Elena solicitando las dichas de su amor, sólo halló la expresión ampulosa y necia de corazones vulgares, de almas cursis y vacías que no podían impresionarla, ni mucho menos comprenderla. Prefería vivir alimentada por el sueño sublime de un amor ficticio, y no por la grotesca realidad de un amor vulgar.

¿Sería Elena una belleza predestinada á cruzar por la vida sin sentir el roce de las alas del amor? No; fué más bien una exquisita flor extraña, que hasta los diez y nueve años vió pasar las rosadas primaveras de su juventud, sin hallar una alma que aspirase su perfume y comprendiera el secreto de sus sueños.

Al cumplir veinte años se sintió en la plenitud de sus dichas. Amaba á Juan un buen muchacho de envidiable posición social; un joven de muchas luces y muchas esperanzas para el porvenir, á quien como es natural, lo aceptó con gusto la familia Domínguez, como un buen partido que más tarde haría la felicidad de Elena. Juan realizaba los altos ideales de su amada, y como un hábil buzo del corazón de la mujer, sondeó aquella alma sensible y comprendió sus misterios. Los dos se amaron mucho y Elena era feliz. Sin embargo, la vida del amor no pudo sustraerla de aquel retraimiento de la vida social, consagrada tan sólo al cumplimiento de sus obligaciones domésticas encerradas en el círculo de las labores de mano y de las prácticas religiosas.

Obedeciendo á las inclinaciones de su carácter sociable y festivo, Juan trató siempre de modificar en algo el curso de esa vida mística y monótonamente uniforme de su amada; pero contrariado por la voluntad inflexible de Doña Eduwigis y las tías solteronas, todos sus esfuerzos fueron inútiles, y las observaciones tan repetidas y tan justas que llegó á hacerle á Elena, fueron motivo de frecuentes disgustos entre la familia; disgustos que con el tiempo vinieron á echar por tierra aquel paraíso de amor incensado de sueños en que los dos amantes creyeron vivir una vida de eterna felicidad.

Los escrúpulos exagerados de Elena y su familia fueron la causa de un temprano rompimiento que vino á obscurecer con su bocanada de sombras las brillanteces azules de aquel cielo de amor que prendiera sus besos de luz en las dos almas apasionadas.

Los años fueron pasando. Elena llegó á olvidar por completo la existencia fugaz de sus primeros malogrados amores, y en el aislamiento cenobítico de su vida, veía con un sentimiento, mezcla de pesar y de envidia, que casi todas sus contemporáneas se casaban, y que ella, no obstante la rectitud de sus costumbres y el refinamiento de su educación, avanzaba rápidamente, y muy á pesar suyo, al árido desierto de la vida de soltera que tanto preocupa á las mujeres. Entonces se operó en su vida y en su modo de sér una transformación completa, un cambio radical. Cumplía veintisiete años y era casi natural que se preocupara seriamente por los destino de su vida. Entraba á la edad de las desesperantes reflexiones sobre el matrimonio; edad en que el frío raciocinio juega un papel importante en las lides del corazón.

Elena trató de exhibirse en todas partes: asistía á bailes, á teatros y paseos campestres; buscaba la sociedad, amaba el bullicio y hacía del adorno de su cuerpo. el arma poderosa que esgrimiera con habilidad para avasallar los corazones indiferentes.

Tres años después de vivir esta vida de premeditados entusiasmos, que pudiéramos llamar de artificio y prestidigitación; después de tantos derroches de sociabilidad alentada por el cálculo, Elena pisaba los umbrales de la vida matrimonial y huía del bullicio de la sociedad para consagrarse en el silencio del hogar á los preparativos de sus desposorios con un advenedizo capitalista de apariencias deslumbrantes, que por aquel entonces vino á adicarse en nuestro suelo.

Para Elena, el porvenir se dilataba en horizontes luminosos. La pompa con que se celebró este matrimonio ruidoso, constituía un nuevo timbre de orgullo para la familia Domínguez, que se sentía feliz y satisfecha ante la vida fastuosa que el marido amante le proporcionaría á Elena, á quien Doña Eduwigis llamó con motivo de este matrimonio: «la gloria de la familia Domínguez.........

....

Siete meses después de las brillantes bodas de Elena, y cuando ésta se hallaba más preocupada con los cuidados de su primer alumbramiento, el yerno de Doña Eduwigis, el esposo capitalista, era enviado á Guaymas por las autoridades de mi pueblo, como reo de estafa, que había dispuesto de una suma cuantiosa en los últimos días del corto periodo en que desempeñó la Administración de la Aduana marítima de aquel puerto.

Y como único patrimonio que Elena pudiera recibir de su marido, le quedó una enfermiza criatura: entrañable fruto de su fastuosa vida matrimonial.

Benito Fentanes.

Cosamaloapan, Agosto de 1896.

LA CODORNIZ.

Era un verano; vivía yo entonces con mi padre en una ciudad de la Rusia meridional.

A nuestro alrededor, á muchas leguas de distancia, no había más que estepas.

Ni bosque ni arroyos: valles poco profundos, alfombrados de ramajes de verdura aquí y allá, extendíanse semejantes á serpientes verdes.

Mi padre era un cazador de pura sangre; así que sus

trabajos se lo permitían, cogía el fusil, se ponía su morral, silbaba al viejo Tesoro y se marchaba á cazar codornices ó perdices.

A menudo me dejaba acompañarle en estas cacerías, y poniéndome loco de contento, metía mi pantalón dentro de las polainas, echaba mi cantimplora á la espalda y ya me parecía que era un verdadero cazador.

El sudor me inundaba, la arena se me metía en los zapatos, pero yo no sentía la fatiga y no me separaba de mi padre ni un paso.

Cada vez que sonaba un tiro y el animalito caía, daba yo un salto exhalando gritos de placer.

El pájaro herido se debatía agitando sus alas, ya en la yerba, ya en boca de Tesoro; su sangre corría, y yo estaba encantado, sin experimentar el menor sentimiento.

Cuánto hubiera dado yo mismo por matar así perdices y codornices!

Pero mi madre me había dicho que no tendría fusil hasta la edad de 12 años y aun había que esperar.

Un día salí de casa con mi padre y Tesoro, que, como siempre iba delante, se puso en acecho; de pronto, casi debajo de sus narices, saltó una codorniz; el perro corrió tras ella y mi padre no se atrevió á tirar por temor de alcanzar á éste.

De pronto lo ví dar un salto, coger la codorniz y traérsela á mi padre. Este la cogió y la puso sobre su mano boca arriba; yo me precipité hacia él y le dije:

—¿Qué tiene? ¿Está herida?

—No—me dijo—pero debe tener el nido cerca y hace como que está herida para que el perro, pensando que la cogería fácilmente, la siguiera.

—¿Y por qué hace eso?

—Con objeto de alejar al perro de sus pequeños, después de lo cual se hubiera marchado de un vuelo; pero esta vez le ha salido mal la cuenta, porque Tesoro la ha cogido.

—Entonces, no está herida?

—No...... pero vivirá poco...... porque el perro debe haberla lastimado.

Me acerqué para ver la codorniz de cerca; estaba inmóvil sobre la palma de la mano de mi padre: su cabeza colgaba, su ojo negro me miraba de costado y de pronto me entró una gran lástima.

Parecíame que el pobre animalito me miraba y pensaba:—¿Por qué me matan? ¿No he cumplido con mi deber? Yo intentaba salvar á mis hijitos y llevar al perro lejos de ellos y me ha cogido. ¡Pobre de mí! ¡Esto no es justo! No; esto no es justo!

—¡Papá! Puede ser que no se muera!—dije yo acariciando la cabeza del pajarito.

Mi padre me dijo:

—No, mira y verás como se muere. Sus patitas se estiraron, todo su cuerpo se estremeció y sus ojitos se cerraron.

Yo me eché á llorar.

—¿Qué te pasa?—me dijo mi padre.

—Tengo pena...... le respondí. Ella ha cumplido con su deber y se le mató. ¡Eso no es justo!

—Ha querido jugar al más astuto, dijo mi padre—pero Tesoro ha sabido más que ella.

Mi padre quiso meter la codorniz en el morral; pero yo le rogué que me la diera.

Sra. Soledad Goyzueta.

La puse entre mis manos, y la calentaba con el aliento, esperando que reviviera; pero no se movió más.

—Pierdes el tiempo, amigo mío; no la resucitarás.

Y le levantaba despacito la cabeza cogida por el pico; pero así que la soltaba se volvía á caer.

—Papá, ¿quien alimentará sus hijitos?

No te inquietes por eso—dijo mi padre—por que los criará el macho. Pero espera...... Mira á Tesoro que se pone en acecho. ¿Será el nido?...... ¡Justamente es él!

Efectivamente, sobre los tallos de yerba, á dos pasos del hocico del perro, ví cuatro codornicitas, que se estrechaban unas con otras, con el cuello extendido. Ya tenían algunas plumas; sólo las colas las tenían aún muy cortas.

¡Papá! ¡papá!—grité yo—¡llama á Tesoro, que los va á matar también!

Mi padre llamó al perro; fué á sentarse un poco más lejos, y se puso á almorzar. Pero yo me quedé cerca del nido rehusando comer; saqué del bolsillo un pañuelo y metí la codorniz......

—¿Me regalas la codorniz?

—Si la quieres...... Pero qué vas á hacer?

—Voy á enterrarla.

—¿A enterrarla?

—Sí, al lado de su nido; dame tu cuchillo para que cave la fosa.

Mi padre buscó su cuchillo y me lo dió sin decir palabra; me puse á escarbar la sepultura: luego besé la codorniz en el pecho y la coloqué en el fondo del agujero, echándole tierra hasta nivelarlo.

Después corté una ramita, é hice una cruz, atándola con una hierba y puse esta cruz sobre la tumba.

Cuatro ó cinco dias después volvíamos al mismo sitio.

El sitio de la tumba me lo indicó la cruz; pero el nido estaba vacío.

Mi padre me aseguró que el macho se lo llevó á otro sitio; un momento después le vimos salir de una zarza; mi padre no le tiró, y yo pensé:

—¡Papá no es malo!

¡Y cosa singular! desde entonces mi pasión por la caza se enfrió y no volví á pensar en el fusil prometido.

Mucho tiempo después fuí á cazar con amigos; era la caza de perdiz por el reclamo ví llegar al pobre macho enamorado y cantándole á su amada, y cuando se puso á tiro, dí una palmada y se marchó: mi compañero se puso furioso.

Has echado á perder nuestra caza—me decía.

Pero desde aquel dia, matar, verter sangre se me hace odioso.

Ivan Tourgueneff.

Tres Artistas.

Dijimos en su oportunidad á nuestros lectores, que en el Circo Orrin trabajaría en combinación con la compañía de zarzuela de los Sres. Arcaraz, la Opera Popular. El año antepasado, esta simpática *troupe* hizo las delicias de la buena burguesía mexicana, dando una larga serie de funciones en el Teatro Circo de Villamil, á donde ahora vuelve.

A la sazón el Sr. Sieni ocupaba el Nacional y se entabló entre ambas empresas una reñida competencia, en la que no salió mal librada la Popular, pues si bien es cierto que la compañía del Coliseo de Vergara contaba con artistas de reputación europea, la Opera Popular, que se presentaba modestamente, ofrecía un conjunto homogeneo y armónico, estudiaba con empeño, y además proporcionaba música barata.

Hoy retorna á México, trayendo entre su personal algunos de los artistas que nos visitaron en 94 y otros nuevos; se estrenó el sabado y dejó muy buenas impresiones en el público.

Chole Goyzueta, nuestra antigua y siempre predilecta conocida, forma con la Sra. Fons de Calvera y la Sra. Polaco Drog, un trío que sin duda se hará aplaudir mucho, fungiendo la primera y la segunda como soprano ligeras y la Sra. Drog como mezzo soprano contralto.

Damos los retratos de las tres como primera página del carnet artístico de esta temporada.

María Tubau, la distinguida actriz que llegará en breve, nos dará asunto para alguna de las páginas subsecuentes.

EN UN ABANICO.

Ala leve y temblorosa:
¿serás tú la mariposa
que hasta un seno amante vaya?
Ala leve y temblorosa:
sé la blanca mariposa
que en en el cáliz de la rosa
se desmaya.........

José Juan Tablada.

Sra. Luisa Fons de Calvera.

Sra. Polaco Drog.

LA NOTA DE LA MODA.

Traje de novia de la Princesa Maud, de Gales.

La hora de los brindis.

[Dibujo de J. Martinez Carrión

(Tomado de "El Universal" de la Ciudad de México.)

Tratamiento severo de un hombre

Por el Dr. ANSELMO SEQUEIRA,

Ex-Interno del Hospital General de Guatemala.

Asistía yo á un sujeto bastante vigoroso, de 36 años, afectado de hepatitis, que por un exámen atento conceptué localizada en la zona anterior del órgano secretor de la bílis hacía más de un año.

Permanecían con tinte ictérico la piel y las escleróticas, las deyecciones albinas muy irregulares, casi siempre presentaban, como dice Frerichs en estos casos, color amarillento intenso por la presencia de la bílis más ó ménos alterada; bilifulvina, colesterina en forma de estercorina, biliverdina, etc. etc.

El color de la lengua, también ictérico, el pulso oscilaba entre 70 y 80 latidos y anunciaba el termómetro poca diferencia en la marca calorimetra normal.

Era indudable, á priori, que el diagnóstico no admitia error y la primera idea fué la aplicación de un moxa y propinar cada cuatro dias un drástico de píldoras antibiliosas unas veces y otras un purgante

No se advertía cambio en el mal y el moxa dió lugar á una llaga superficial sobre el mismo lugar enfermo, que se estuvo curando con unguento y sanó á los diez dias.

Permaneciendo estacionario el mal con un cortejo de síntomas, instituí el siguiente tratamiento.

Con un dia de por medio hice que tomara por la noche de cinco á siete Píldoras del Dr. Ross y que en seguida de la primera deyección consiguiente, se le administrara sopa sazonada de buena carne de huesos; que tomara después de la cesación del efecto catártico, una cucharadita de Polvos de Seltzer en tres cucharadas de agua aromatizada, que debía repetir dos ó tres veces con intérvalo; que el día que no tomase las píldoras, tomase vino viejo generoso para comer y una píldora ferruginosa (Píldoras del Dr. Peck) inmediatamente después de cada almuerzo y comida frugales; en virtud de que el paciente se encontraba un poco anémico evidentemente.

La mejoría comenzó en breve á establecerse y queriendo comprobar á lo que era debida hice suspender el uso de las Píldoras de Ross y surjía el mal sin tardanza y con nueva fuerza debilitaba al paciente.

Restablecí en su virtud el uso de dichas Píldoras, agregando alternados baños muy rápidos, sulfurosos y salinos.

Cosa notable; el enfermo emaciado, anoréxico, dispéptico, discrásico se levantó y recuperó prontamente las fuerzas y después de dos meses de invierno en este pais intertropical, siguiendo el tratamiento de referencia, él ha sanado por completo y está en buena salúd, y es de rigurosa lógica y justicia atribuir esta curación á las Píldoras de Vida del Dr. Ross.

Naturam Morborum Curationes Ostendunt et Medicamenti.

Masaya, Nicaragua, Diciembre 10 de 1896.

Dr. ANSELMO SEQUEIRA.

Ex-Interno del Hospital General de Guatemala, Médico forense del Distrito de Masaya, Miembro Corresponsal de la Soc.dad Clínicos de Francia, etc.

Una prueba fotográfica.

Zarzaparrilla
del Dr. AYER
Purifica la sangre
Abre el Apetito
Fortalece á los débiles

Aquellos que padecen de debilidad general ú otra dolencia engendrada de sangre impura, deberían tomar la Zarzaparrilla del Dr. Ayer. Da fuerzas á los débiles y en general reconstruye el sistema. Por su medio los alimentos nutren el cuerpo, y se goza de un sueño reparador y de las dulzuras de la vida.

PRIMER PREMIO EN LAS
Exposiciones Universales de Barcelona y Chicago.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

☞ Póngase en guardia contra imitaciones baratas. El nombre de "Ayer's Sarsaparilla"—figura en la envoltura, y está vaciado en el cristal de cada frasco.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr. FRANCK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
91, rue des Petits-Champs
En todas las Farmacias.

Escritorios Mesas-Escritorio.
LIBREROS Y TODA CLASE DE MUEBLES PARA OFICINAS

A precios sin competencia.

SURTIDO COMPLETO
DE
AJUARES TAPIZADOS
Estilos Franceses y Americanos
JUEGOS COMPLETOS PARA RECAMARAS
Y COMEDORES.
Ajuares de Rattan (ó mimbre.)

ROPEROS, GUARDARROPAS,
TOCADORES, LAVABOS,
CAMAS, CHIFFONIERS,
APARADORES PARA COMEDOR,

MEXICO.

TRINCHADORES, CRISTALEROS,
ATRILES GIRATORIOS,
LIBREROS, LAMPARAS,

Gran surtido de sillas de todas clases
«CARRUAJES PARA NIÑO.»
El mejor surtido en la Capital
LOS PRECIOS MAS BARATOS.
A los negociantes en muebles
Precios especiales.

Apartado Correo número 56.—Bajos del Hotel Guardiola.—Teléfono número 562.

1ª CALLE DE SAN FRANCISCO NUM. 14.

Syracuse **Syracuse** **Syracuse**

Las Bicicletas
"SYRACUSE"
SON LAS MEJORES.

PRECIOS:		
	SYRACUSE	$ 200
	EMPIRES	175
	RUGBY	120

TRIGUEROS Y RIVAS.
Puente de San Francisco número 5.
TALLER PARA REPARACIONES. SANTA ISABEL NUMERO 8.

MEXICO.

Syracuse **Syracuse** **Syracuse**

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 23 DE AGOSTO DE 1896. — NUMERO 8

Horas de ensueño.

[Grabado en los talleres de "EL MUNDO."]

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

TELÉFONO 434. —2ª de las Damas núm. 4.—APARTADO 87 B.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.

Números sueltos, 50 centavos.

Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá. The Spanis American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas Editoriales.

El sacerdote periodístico.

Al revisar los últimos ejemplares de la prensa americana que han llegado á nuestra mesa de trabajo, no hemos podido menos de recordar el concepto que de la *misión* del periodista ha expresado un escritor ha pocos días: «La consecuencia natural de semejante absurda manera de concebir el periodismo, es la muerte de éste considerado como elemento intelectual, de propaganda y de enseñanza popular, con cuyo caracter ha prestado tan eminentes servicios á la causa de la civilización......» Los periódicos americanos á que nos referimos, pueden responder en nombre de la causa de la civilización.

Como fieras hambrientas se han lanzado estos *elementos intelectuales* y de *enseñanza popular* contra la personalidad de Mr. Bryan, el flamante candidato á la Presidencia de la República. Ya no se dirigen apóstrofes, sino insultos; ya no se arrojan reproches, sino infamias. La caricatura se apodera del joven *leader* y lo representa como un héroe de encrucijada, como un bandolero de la peor especie, digno de la horca. En una de nuestras páginas reproducimos una de estas *espirituales enseñanzas* con que el lápiz del *elemento intelectual* se complace en atacar al novel candidato: Bryan aparece armado de un puñal y á sus pies yace la patria herida de muerte por su mano; al pie del grabado hay una inscripción: ¡el asesino! ¿Son estas armas políticas? ¿Constituyen medios lícitos en la contienda de la cosa pública? ¿Hasta dónde está permitido á un elemento de la *causa de la civilización* emplear tales procedimientos?

¡Y todavía si fuese la pasión política, el odio de partido, la intolerancia de grupo lo que motivara tales desmanes! Pero no! Puñados de dollars arrojados á estos hacedores de prosa nauseabunda y de canallescos grabados por el partido hostil á Bryan, comunican movimiento á esta máquina que, semejante al carro del ídolo del Indostán, va aplastando víctimas bajo sus pesadas ruedas. ¿Y este sería el elemento de *enseñanza intelectual* que presta tan eminentes servicios á la *causa de la civilización?......*

Asentar en abstracto que la prensa es un elemento de progreso, una tribuna, una cátedra, desde donde el sacerdote periodístico esparce su sacrosanta doctrina, es hablar sin conocer el periodismo. ¿A qué prensa se refiere el escritor á que aludimos? ¿A la que resultó complicada en el escándalo de Panamá? ¡Pues fué toda la prensa de Francia! ¿A qué periodistas? ¿A los que fueron llevados á los tribunales con motivo del asunto del *petit sucrier*? ¿A los que llaman *asesino* á Mr. Bryan?.......... ¿A cuáles?......

Bajemos al ídolo de su pedestal. En el periodismo, como en todas las órdenes de actividad intelectual,—pero en ésta más que en ninguna otra—solo hay una cualidad que haga respetable al hombre que dispone de una pluma: *la honradez*. Pero esta cualidad es propiedad del hombre, no de la especie; pertenece al individuo, no al grupo. Un periodista honrado puede, en efecto, ser un elemento para la causa del progreso; un periodista que no sea honrado hará más mal á una sociedad que el peor de los delincuentes.

Por fortuna, el periodismo mexicano, en el que existen elementos impuros que lo desprestigian y lo deprecian, no ha llegado aún á ese grado de perversión moral que vemos imperar en la prensa americana, que no desdeña en devorar buenos pedazos de ese espléndido banquete de más de *quinientos millones* de pesos gastados por los partidarios de Mac Kinley en cubrir de ignominia al candidato Bryan, nota transmitida por los mismos periódicos de la gran República!

¡Implacables!

El martes último registró la prensa diaria un conato de descarrilamiento en la línea del Ferrocarril Mexicano, sin desgracias personales. Los autores de esta jugarreta anti-civilizadora, fueron capturados y puestos á disposición de la justicia.

Ahora bien, los culpables deben ser juzgados con arreglo á la ley de suspensión de garantías para esta orden de delitos; pero como entre los pasajeros del tren se encontraba el Gobernador del Estado de Puebla, sería posible que algún espíritu filantrópico y caritativo tratara de inclinar al Sr. Martínez á ejercitar sus sentimientos humanitarios.

En tal supuesto, el Sr. Gobernador debe rechazar toda sugestión de esta índole, recordando que no era él la única persona á quien iba dirigida el daño, y que por lo tanto no tiene el derecho de mostrarse compasivo con los vidas agenas.

La compasión del Sr. Martínez constituiría una conculcación de las garantías sociales. La piedad, en ciertos casos, es la forma más impía de perjudicar á la colectividad.

El nuevo Gobernador del Distrito.

Al referirnos al nombramiento del Sr. Rebollar, sólo empleamos, la semana pasada, breves frases, contrayéndonos á la noticia antes que al comentario. La exaltación del Sr. Rebollar al importante puesto público que hoy ocupa, tiene sin embargo su significación, y á ésta debemos atender, como hemos hecho siempre que se ha tratado de alguna nueva personalidad lanzada á la vida pública.

El Sr. Rebollar es joven y es civil, lo que ya por sí sólo constituye una innovación en el tradicional programa. Era vieja creencia que las cualidades de disciplina y subordinación pertenecían exclusivamente el grupo militar, y que todo elemento civil llevaba imbíbito ese gérmen de rebeldía de que han surgido los politicastros. Este criterio se ha ido modificando, y en la actualidad se reconoce que esas cualidades, necesarias en la política actual, son patrimonio de igual modo de los hombres civiles que militares.

El nuevo Gobernador del Distrito no pertenece por abolengo, herencia, tradición ó rutina, á ninguna clase privilegiada de la sociedad, y no entra por lo tanto con los prejuicios ni con las sugestiones impuestas por un alto medio, y que, al romper los muros del hogar, amenazan infiltrarse en la política.

Además, el Sr. Rebollar es liberal, es honrado y es inteligente, una trinidad de dotes que lo hacen recomendable para el puesto con que ha sido favorecido.

Los últimos microbios.

Hace todavía menos de un cuarto de siglo, México se hallaba dividido en pequeñas satrapías, al frente de cada una de las cuales se encontraba un coronel más ó menos improvisado: un Lozada, un Timoteo Andrade, señor feudal dueño de vidas y haciendas. Estos minúsculos bajalatos, estos aduares informes, se perpetuaban por herencia, y la familia dominadora, la casta privilegiada, la dinastía triunfante, se conservaba enhiesta y osada, como un amago constante á todos los derechos y una montaña de granito suspendida sobre todas las libertades.

Se ha necesitado que un poder superior, generado por todos los intereses sociales, cimentado en las necesidades de la Nación, inteligente y apto, haya venido á aplastar á esta gusanera en la que se revolcaban ambiciones y odios, voracidades cínicas é impurezas sanguinarias. Lo que ayer se obtenía por transacciones de habilidosa complacencia, en virtud de vacilantes acomodamientos y de necesidades superiores, hoy es posible realizarlo ya por senderos más abiertos, por caminos menos tortuosos é inextricables.

Y al lado de este ensanche del poder público, la muerte, la gran purificadora, ha realizado su función benéfica en la República, limpiando el surco de mala simiente, asfixiando á los últimos microbios, producto de una descomposición social, en la que ya penetran buenos soplos de aire puro y saludable.

Expresamos estas ideas, en vista de las constantes defunciones de caciques que en estos días hemos leído en la prensa de la República.

Política general.

RESUMEN.—Viaje del Emperador de Rusia.—Su importancia y significación.—A través de la Europa.—Es señal de paz ó toque de alarma?

Aunque es seguro que habrá de producir rivalidades agrias y mal sofocadas envidias, ya está decidido el viaje del Czar á las principales cortes europeas. Por mucho tiempo se había pensado en esa excursion y los que se dicen bien informados de las secretas aspiraciones del gabinete de San Petersburgo, nos han hablado de vacilaciones y perplejidades en el joven soberano, antes de decidirse á su gira transcontinental, que tiene apariencias de ser recreativa, pero que influirá á no dudar de modo eficaz en la política obscura y enigmática que hoy preside de las decisiones de todas las potencias.

Después de visitar Copenhague, donde es llevado Nicolás II por atracción de familia y vínculos estrechos de la sangre; después de regocijar su corazón y sustentar su entendimiento con la contemplación de la corte del Rey Cristián, ese anciano venerable, ese patriarca augusto, que solo sobrevive á su muerta grandeza y á su pasada gloria, al calor de un hogar dulce y tranquilo, donde llueven las bendiciones del cielo, como para compensarlo de las amarguras que llovieron sobre su pueblo humillado y roto en los campos de Holstéin; después de reposar breve plazo en el seno de su familia, y olvidar un momento las munificencias de Moscow, al dulce arrullo de cantos de niños y gorgeos de aves congregados á la sombra del anciano monarca...... á donde se dirigirá el autócrata moscovita? qué visitará primero: ¿Berlín ó París? ¿querrá estrechar la mano de su augusto primo el orgulloso Hohenzollern y saborear las fastuosidades de la metrópoli imperial, antes que saludar á Mr. Faure, de honrada apariencia burguesa y de noble sencillez republicana?

Quien sabe! Pero no es difícil suponer que este punto que á primera vista parece de mera etiqueta, ha tenido y debe tener en la mente del Czar, la consideración y la importancia que se merece.

Sea real y sincera la alianza franco-rusa como la suponen los amantes de las glorias republicanas y los soñadores del anhelado desquite, ó platónica y acomodaticia como pretenden que sea los partidarios de la Triple Alianza y los adoradores del derecho que emana de la fatalidad de los hechos consumados, existe ó parece existir esa liga que une en comunidad de intereses y aspiraciones á dos Estados poderosos, por encima de sus propios enemigos, y no es cosa tan de poca importancia para comprometerla y convertirla en humo, por motivos de pura cortesía.

Alemania cuenta con que la primera visita será para ella, y que para ser más significativa su presencia, el Emperador de Rusia asistirá á las maniobras de otoño del ejército germano, en tanto que Francia, por su parte, se prepara á recibir de modo magnífico á su ilustre huésped, y dada la susceptibilidad del genio francés, que silbó al difunto Alfonso XII en las calles de París, por ser coronel honorario de un Regimiento de Hulanos, no se dispondría á semejantes derroches de lujo y esplendor, si sospechara siquiera que se quedaba en segundo término en la alta consideración del prócer á quien tratan de festejar.

Germania tiene como el derecho de primacía por la naturaleza de sus instituciones, por la gloria militar que irradió en la aurora de su constitución como imperio moderno; por su fuerza militar que asombra y maravilla á cuantos la contemplan; Francia es acreedora á que se la dé la prioridad, si no por el abrazo que se inició en Cronstadt y se consumó en Tolón, sí porque ha sabido aflojar pródiga munificentes los cordones de su bolsa y ha acudido una y otra vez á cubrir con creces los empréstitos rusos.

Cierto que para el Czar tiene que ser deslumbrador el estado floreciente del imperio alemán, hoy en el apogeo de su grandeza, pero debe considerar qué potencia vital, qué energía extraordinaria radica en la República francesa, que á la vuelta de cinco lustros, después del *año terrible*, ha sabido colocarse á la asombrosa altura que alcanza en la actualidad.

Difícil decidirse entre estas dos atracciones que lo solicitan. Acercarse á Guillermo es prenda segura de paz, porque nadie se atrevería con la Triple Alianza, amparada por el coloso del Norte, y todo seguiría en el *statu quo* que impone la paz armada. Ir directamente á París, es anuncio si no de pronto rompimiento por lo menos sí de la amenaza y sabresalto constante en que han vivido las potencias, por los temores de la general conflagración.

Hoy como ayer, la suerte de la Europa está al arbitrio y en poder del Autócrata del Neva.

En los pliegues de su manto lleva como el dios de la leyenda helénica, los matices del iris y las fulguraciones de la tormenta. Que decida su omnipotente majestad.

X. X. X.

Agosto 20 de 1896.

A nuestros lectores.

Ya en prensa el pliego de la novela Flor de Niza *correspondiente á este número, sufrieron grandes imperfecciones los grabados, difíciles de reponer en un día; por eso no pudimos repartir dicho pliego, que repondremos muy en breve, sustituyéndolo con las páginas de novela correspondientes á este mes, ofreciendo que con el primer número de Septiembre daremos las ciento y tantas páginas que completarán la obra.*

Acaban de llegar nuestras prensas francesas para el semanario y con motivo del cambio de instalación que estamos haciendo en estos días, están sufriendo algunas interrupciones nuestros trabajos. Pedimos excusas á nuestros lectores, seguros de que los compensaremos con creces.

CONCURSOS

Están trabajando los señores jurados para señalar los premios en nuestros concursos musicales y fotográfico.

No podemos urgir la resolución, por que su trabajo está siendo concienzudo, pero estamos seguros de que en la semana quedará resuelto.

Con el presente número recibirán nuestros abonados las 128 páginas de novela correspondientes al presente mes.

Notas de la Semana.

Los delegados al Congreso Pan-americano, reunidos en México, publicarán en breve un manifiesto en que se expresarán las razones por las que dicho congreso dejará de celebrarse.

Dícese que el Sr. Lic. D. Rafael Rebollar, Gobernador del Distrito Federal, tiene el ánimo de suprimir el juego de azar en la capital de la República y para conseguir su objeto, está estudiando la forma en que hará la iniciativa, que no solo abarcará la clausura de casas de juego de baraja y ruleta, sino también la reglamentación de apuestas en carreras de caballos, bicicletas y juegos de pelotaris.

Ha circulado muy válido el rumor de que van á hacerse muchas y muy notables bajas en el arancel de Aduanas.

El martes salió de Nueva York para México el señor Ministro de Hacienda Lic. D. José Ives Limantour, pero como no hace el viaje directo, sino que regresa deteniéndose en diversos puntos, arribará á nuestra Metrópoli hasta fin del mes en curso.

La Secretaría de Comunicaciones se ha servido ceder al Estado de Michoacán, para fomento de sus líneas telegráficas, tres mil setecientos cincuenta y un kilógramos de alambre y mil cuatrocientos aisladores.

Dícese que los asesinos del poeta ciego D. Austacio Zepeda, en Michoacán, han dado también muerte en «La Mezquitera,» Municipio de Ayo el Chico, Jalisco, á Don Felipe Villanueva, é hirieron á su esposa é hijo, así como á un mozo.

El miércoles en la mañana salieron de Belen, rumbo al Valle Nacional, treinta rateros.

Fuer n conducidos á la Estación de Buenavista en el vagón llamado el «Diablo» y custodiados por el Sr. Miguel Cabrera y varios de sus policías.

En la corrida de toros verificada el domingo en la plaza de Durango, un toro cogió al banderillero Cárlos López «El Manchado.»

El asta del toro le entró por la ingle izquierda y penetrando al abdomen destrozó órganos interesantes, rompiendo por último una costilla. El banderillero murió al dia siguiente.

Salió de esta ciudad para la de Nueva York el Sr. D. Adolfo Büller, Cónsul General de México en Londres.

El Sr. Büller se embarcará en Nueva York para dirigirse á Inglaterra.

El martes de la semana actual hubo una preciosa *soirée musica'*, en la casa de la inteligente pianista, Srita. Elena Padilla.

Se tocó un cuarteto de Weber para piano, violín, viola y violoncello, y un trío hermosísimo de Lachner para piano y dos violines. Los ejecutantes fueron la Srita. Padilla y los Sres. Rocha, Posada y Cuadra.

El aplaudido clarinetista, D. Lorenzo Santibañez, ejecutó dos piezas que fueron muy aplaudidas.

La concurrencia, numerosa y distinguida, abandonó aquel templo del arte después de la una de la mañana.

Ya, á lo que se dice, están fijados en las esquinas los cartelones anunciando la venida de Maggi. El gran artista llegará á esta ciudad en los últimos días del mes, para abrir su última y corta temporada el 1º de Septiembre. Deseando que sea escuchado su Compañía por el mayor número de personas, antes de regresar á su patria, ha puesto precios de abono verdaderamente económicos y al alcance de todas las fortunas.

Maggi presentará en el abono que va á abrir, un nuevo repertorio que ha preparado en los últimos meses.

Es de advertir que esta es la última temporada que trabajará en México. Al concluirla se dirigirá á Yucatán, para de ahí emprender el regreso á Italia.

Han comenzado á llevarse á cabo en el balcón del centro en el Palacio Nacional, las obras para instalar la Campana de la Independencia.

Esta es la mejor prueba de que ha quedado fuera de duda, la autenticidad de esa reliqia histórica.

Dirige los trabajos, el Teniente Coronel D. Gilberto Luna, Director de la Maestranza, y dichas obras, que van á ser provisionales, consistirán en dos ménsulas de hierro, con sus pies de gallo y sus chumaceras.

Antes de comenzarse las obras, se pesó la Campana, obteniéndose un peso de 782 kilógramos. Se ha calculado que las obras que están efectuándose, pueden sostener un peso de dos mil kilos.

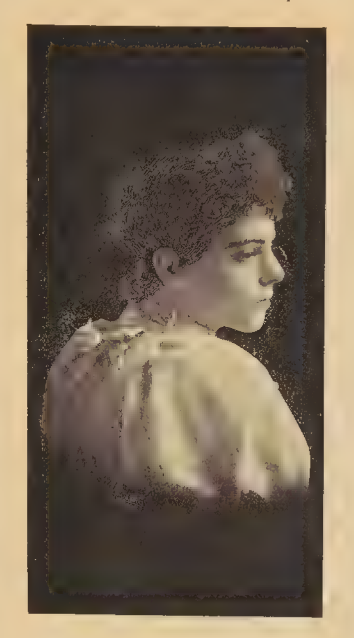
En el Estado de Veracruz las siembras prometen buenos resultados.

El Sr. Don Federico Grandover partió para Zacatecas, á donde va á terminar la decoración interior del teatro de esa ciudad, que ha costado $250,000.

El Cónsul General de los Estados Unidos, Mr. Crittenden, está trabajando en un informe que enviará á su Gobierno y que versará sobre el comercio de la República Mexicana desde 1880 hasta el presente.

Varias personas que llevan amistad íntima con el señor Ministro de Hacienda, Lic. Don José I. Limantour, han dispuesto ir á encontrarlo, en tren especial, hasta la frontera del Norte.

Damas distinguidas de la República.



Srita. Consuelo Fenochio.
DE OAXACA.
[De fotografía del Sr. Salas Argüelles.]

El Sr. Ingeniero Don Ignacio Gurfias, Administrador General de Correos, por prescripción del médico que le ha asistido en la enfermedad que le aqueja, va á pasar una temporada á Mixcoac, donde ya tomó casa en la calle de la Campana.

No obstante la estación de lluvias, se procede con mucha actividad en los trabajos de la línea férrea de México á Acapulco por Cuernavaca.

Simultáneamente se trabaja de Tres Marías á Cuernavaca y de Puente de Ixtla á Cuernavaca, para que luego que los trenes lleguen á la capital del Estado de Morelos, puedan prolongar su marcha hacia el Sur, quedando inaugurada la línea hasta Puente de Ixtla.

El jueves comenzó á circular en la ciudad de Puebla un manifiesto del señor General Don Manuel Santibáñez, en el que se dirige á los pueblos de aquel Estado, diciéndoles que acepta su candidatura para Gobernador del mismo en el próximo periodo constitucional.

El lunes último fueron entregadas al Sr. Tomás Mc Lean, Administrador de la nueva Empresa de los Ferrocarriles del Distrito, todas las propiedades de la antigua Compañía.

Por ahora no habrá cambios en la planta de empleados que continuarán como hasta aquí, conservando á los que por su antigüedad y buenos servicios son verdaderamente útiles á la Compañía.

Una de las primeras medidas—que se plantearán á la mayor brevedad posible—es el arreglo de los itinerarios, aumento de viajes y aumento de coches, y al efecto ya pidió el Sr. Mc Lean á los Estados Unidos nuevos coches de los llamados «Imperiales,» es decir, con asientos en el techo y de una forma parecida á los ómnibus; la parte de arriba, del imperial, está abierta y es propia para el verano.

La nueva Administración piensa extender sus líneas hasta Xochimilco con el fin de transportar los productos de aquella región.

El tren que regresaba á esta Capital trayendo á bordo al Sr. General Mena y al Gobernador de Puebla, estuvo á punto de descarrilar, accidente que iba á ser causado por cinco individuos que pusieron piedras en la vía.

Los cinco fueron aprehendidos, y serán juzgados por la ley de suspensión de garantías.

El miércoles á las nueve de la mañana, por la línea del Ferrocarril Central, en el tren ordinario de pasajeros, partió para Nueva York el joven Capitán del Cuerpo de Ingenieros, D. Porfirio Díaz, quien, como ya lo saben nuestros lectores, va á Inglaterra á perfeccionar sus estudios.

A las siete de la mañana del martes llegó por el Ferrocarril Central el Sr. General D. Manuel González Cosío, acompañado de su muy estimable familia.

Como saben nuestros lectores, el señor Minitro se encontraba en Querétaro desde el sabado 15 próximo pasado.

El Congreso Obrero de la República invitó al Sr. Lic. D. Rafael Rebollar, para que presidiera la solemnidad que en honor del ilustre Cuauhtémoc se verificó el 21 del actual, á las doce de la mañana, en la glorieta del Paseo de la Reforma, en donde se ostenta la estatua del heroe.

El martes incendióse uno de los departamentos de la negociación denominada Compañía Destiladora; funcionaron ocho bombas, siendo de éstas, seis del Cuerpo de Bomberos y dos de la fábrica incendiada. También funcionó, con muy buen éxito, un pluviómetro fijo de vapor.

Las pérdidas fueron muy considerables. La negociación estaba asegurada.

El Gobernador del Distrito ha recibido una solicitud firmada por multitud de personas, en la que se pide reglamente el uso de los organillos, plaga que tarde y noche aqueja á los vecinos de esta Capital.

En esa solicitud se menciona un decreso expedido hace algunos años por el Gobierno, en el que se ordena á la policía perseguir á esos tocadores de organillo como vagos perniciosos.

El próximo 16 de Septiembre se inaugurará la presa construida en Tlalmanalco, Distrito de Chalco, la cual es propiedad de los Sres. Robertson.

El Sr. D. Ignacio de la Torre trata de llevar á cabo la construcción del Ferrocarril de San Marcos á Teziutlán.

Relativo al asalto de la Aduana de Nogales, hase publicado lo siguiente con fecha 14 del actual:

«La Aduana ha sido asaltada por varios bandidos que fueron rechazados, dejando ocho muertos y un prisionero. Nosotros tuvimos cinco muertos y un herido. Por el correo pormenores.»

«Cerca de setenta yaquis asaltaron la Aduana mexicana, donde esperaban hallar gran cantidad de dinero. El asalto fué el miércoles 12 á las cuatro de la mañana. Pero con anterioridad el dinero había sido trasladado á otra casa, mientras se hacían algunas reparaciones en la Aduana. Frente á ésta había cuatro guardas, y sobre ellos hicieron fuego primeramente los indios, matando á dos de los celadores; los otros corrieron hacia el interior del edificio y cerraron perfectamente la puerta.

«El destacamento de Arizona se puso inmediatamente sobre las armas, y en general se armaron todos los vecinos. Inmediatamente comenzó el ataque á los indios, que muy pronto se vieron rodeados de una multitud de gente armada, por lo cual se vieron precisados á huir.

El Banco Nacional ha recibido de la Administración de Rentas Municipales, la suma de $ 55,000, por cuenta del tercer trimestre del pago drl Empréstito Municipal.

El mismo Banco ha enviado á Londres, 36,090 libras esterlinas, para cubrir el cupón que se vence en Septiembre próximo.

La Suprema Corte de Justicia de la Unión ha resuelto, después de revisar el amparo que concedió el Juez 1º de Distrito de esta Capital al Lic. D. Francisco Espinosa, quien se encuentra encausado por el delito de abuso de confianza, que es de revocarse y se revoca la determinación del inferior, y se notifique al interesado que la justicia federal no lo ampara ni proteje contra los actos de que se queja.

PERSONAL.

El Sr. Dr. D. Luis Carrión.—Publicamos el retrato del Dr. D. Luis Carrión, que falleció en Jalapa el 14 de Junio próximo pasado á la avanzada edad de 80 años.

El 27 de Octubre de 1836 se recibió de médico-cirujano en la Facultad de México.

Perteneció á varias Asociaciones científicas de la República.

Prestó á la patria importantes servicios en días aciagos, en su puesto de médico militar desempeñado durante 40 años en el Cuerpo Médico del ejército; después sirvió, en los últimos años de su vida, en la Comisión Geográfica exploradora.

Durante el largo periodo en que sirvió, en el Cuerpo Médico, contribuyó á su organización y mejora, en medio de las azarosas circunstancias de la época.

Horas de ensueño.

Quien no ha pasado por esas horas en que la vida se suspende en todo el organismo, para encontrarse solo en el espíritu y en que el espíritu se sumerge en el piélago sin riberas del ideal! Horas de ensueño llamamos á esas horas divinas de que nos habla con su lenguaje mudo la mirada de esa hermosura griega, de esa regia beldad antigua trasladada al lienzo por habilísimo pincel. Descansa su brazo, prodigio de la curva sobre el ánfora envuelta en la luz tibia del risueño sol de Helos, su espíritu escala excelsas diafanidades......

No la despertéis.

LA ARMADA INVENCIBLE.

Ahora que tanto se habla de guerras marítimas y se consultan las estadísticas navales, no deja de tener curiosidad el *estado* de la Armada Española *Invencible*, cuyo fin desastroso por la tempestad es demasiado conocido.

«ESTADO DEL ARMAMENTO MARÍTIMO DE FELIPE II CONTRA INGLATERRA EN 1588.

Las Castillas dieron: 13 galeones, 1,700 soldados, 300 piezas de artillería; D. Diego Flores de Téllez, comandante. *Andalucía* dió: 10 galeones, un patache, 100 marineros, 2,400 soldados, 260 piezas de artillería; D. Pedro Valdés, comandante. *Vizcaya* dió: 10 galeones, 4 pataches, 700 marineros, 200 soldados, 250 piezas de artillería; D. Juan Martínez de Recalde, comandante. *Guipúzcoa* dió 10 galeones, 7 pataches, 700 marineros, 2,000 soldados, 280 piezas de artillería; D. Miguel de Oquendo, comandante. *Portugal* dió: 10 galeones, 2 navíos de transporte, 3,000 soldados, 1,300 marineros, 350 piezas de artillería. *La Italia*, compuesta de Nápoles, Sicilia, Milán y algunos príncipes de ella, dió: 10 galeones, 800 marineros, 2,000 soldados, 310 piezas de artillería, Martín de Bretendona, comandante. Además acudieron: 4 galeazas de *Nápoles* con: 900 esclavos, 400 marineros, 110 piezas de artillería; D. Diego Medrano, comandante. 4 galeazas de *Nápoles* con 1,300 esclavos, 400 marineros, 800 soldados, 200 piezas de artillería; D. Diego Moncada, comandante. 32 pataches con 550 marineros, 400 soldados, 180 piezas de artillería; D. Antonio Hurtado de Mendoza, comandante. 10 barcos remeros para el servicio de los grandes navíos. El total, con el resto de la Armada, era de 150 navíos, 22,000 soldados, 1,500 voluntarios, 5,800 marineros, 3,200 piezas de artillería, 2,500 esclavos. La Armada que Su Majestad tenía en pie, era compuesta de 23 navíos de guerra. Su comandante ó almirante, D. Juan López de Medina, en los que tenía: 700 marineros, 3,200 soldados, 400 piezas de artillería, que con los demás propios del Rey, componian: 60 galeones, en los que habia 12 que se llamaban *Los Apóstoles*. Cada galeaza tenia 300 remeros ó forzados. Esta Armada llevaba cinco tercios españoles, que eran los verdes, amarillos, azules, colorados y blancos, mandados por D. Diego Pimentel, D. Francisco de Toledo, D. Alonso de Luzán, D. Nicolás de Lira y D. Agustin Mexia.

Cada tercio tenía 32 compañías. Además de los cinco tercios, había dos de portugueses. El Vicario general de la Armada era D. Martín de Alanzón. Había embarcados 6 obispos, 210 capellanes, 100 médicos ó cirujanos y 60 boticarios. El Duque de Medina se llamaba D. Luis Ponce, y era su Almirante D. Juan Martínez de Recalde. El Duque montaba el navío *San Martín* que era el mismo que montaba antes el Marqués de Santa Cruz, y en el que este Marqués había ganado la famosa batalla contra los franceses en las islas Terceras. D. Diego Pimentel montaba el navío *San Mateo*. D. Francisco de Toledo, el *San Felipe*. D. Alonzo de Luzán, el *San Pedro*. D. Nicolás de Lira, el *San Bartolomé*. Y D. Agustín Mexía, el *San Simón*. De municiones de guerra llevaban: 120,000 balas de cañón de todos calibres; 4,500 quintales de cuerda mecha; 7,000 mosquetes y arcabuces; 10,000 partesanas; muchas culebrinas y cañones reforzados; 3,000 quintales de pólvora; con todos los utensilios, como cabrias, etc., para la artillería. De municiones de boca llevaba: 160,030 quintales de bizcocho; 460 sacos de harina; 1,600 toneles de vino; 7,500 quintales de queso; 300 toneles de vinagre; 500,000 quintales de habas; 2,000 quintales de aceite; 400 quintales de arroz, y el agua correspondiente. Linternas, hachones, faroles, lona ó cotonía, pez, canfora y plomo. Costaba esta Armada, en todo, 30,000 ducados al día, y contenía 32,000 hombres efectivos.»

UNA PUBLICACION MUSICAL.

Muy pronto se repartirán los prospectos de la que va á editar en esta capital el conocido profesor D. Antonio Cuyás. Sabemos que, ameno y variado el nuevo periódico musical llenará el vacio que se nota en nuestra prensa técnica, y por tanto nos atrevemos á augurar un buen éxito al futuro colega.

Damas distinguidas de la República.

Srita. Clotilde Acosta.
[DE TAPACHULA.]

Teatrerías.

PEDRO VENTURA.
Barítono de la Opera Popular.

Ya han aparecido en las esquinas de la apacible y burguesa capital de la República grandes cartelones anunciando el feliz advenimiento de María Alvarez Tubau, la elegante actriz española. El cav. Maggi anuncia su reaparición en Arbeu, el próximo 1º de Septiembre; todo lo cual unido á los espectáculos que hay en explotación da un total de cuatro Compañías: una dramática italiana, una española, una de ópera popular y la de tradicional é imperecedera zarzuela. Confesemos que son muchas Compañías para nuestro modesto público. El se contenta con poco: con una tandita semanaria tiene para sus escasas necesidades. En cuanto al arte....... que informe el Sr. Maggi. Diez mil buenos, contantes y sonantes pesos depreciados lleva perdidos el infatigable actor en sus campañas en esta ciudad. En su *tournée* por los Estados, Yucatán y Oaxaca han sido propicios al artista. Esto deprimirá un tanto nuestro orgullo cortesano. En su tenaz lucha contra el desvío del público, ha habido noches que el triunfo artístico se ha encontrado en razón indirecta del financiero. Recuerdo que la noche de *Los Aparecidos* se recaudaron en la contaduría de nuestro gran Teatro Nacional algo así como cuarenta y tres pesos 18 centavos. ¡Es verdad que se trataba del estreno de una obra de autor desconocido en México!

La *troupe* de Maggi es una de las más completas que ha llegado á tierra mexicana; el conjunto de las piezas puestas en escena es bastante acabado, y sin embargo, las dos temporadas han sido poco favorecidas. ¿Por qué? Se dice que la razón de esta sin razón es el desconocimiento del idioma. Pero señores por Dios! si el arte no tiene idioma especial! Si no *se siente* en castellano, ni *se siente* en inglés, ni se siente en italiano: el sentimiento es cosmopolita. Y sino que lo diga Emanuel, y que lo diga Coquelin, y que lo diga Sotorra—que recita en catalán.

Las auras del coliseo de San Felipe sean para el inteligente actor italiano más saludables que las que soplan para nuestra primer sala de espectáculos.

Por el momento, los únicos aires saludables son los que corren en el Circo Orrin. La Compañía de ópera popular ha merecido desde el primer momento la buena voluntad del público. Cierto es que hay ahí artistas discretos—la Fons, Chole Goyzueta, Ventura y Sotorra.

Y si á esto se añade una batuta hábil, como la del señor Julián, se tendrán veladas muy agradables. El *Campanone* que nos sirvieron la noche del martes no fué de lo mejor. La Sra. Fons, que en *Rigoletto* hizo una Gilda discretísima, no se mostró tan feliz en la obra de Mazza. Ventura correcto, pero frío. Sotorra enfermo. Solamente el Sr. Hernández se supo *nzarzuelar* aquella noche.

Es verdad que para zarzuela, ahí está el invencible Principal. Y no es que la Compañía Arcaraz carezca de lunares. Ahí está, por ejemplo......

Y además hay allí otro lunar auténtico: el que tiene la Srita. Rusquella en la garganta.

Pero...... ahí me las den todas, como decía el alcalde del cuento.

OBERON.

El hombre izquierdo.

Don Mauro Requejo era un hombre izquierdo. Creo que no necesito decir más. ¿Lo habéis entendido? Pues me explicaré mejor. ¿Ha sido la Naturaleza ó es la costumbre quien ha dispuesto que una mitad del cuerpo humano se distinga por su habilidad y la otra mitad por su torpeza? Una de nuestras manos es inepta para la escritura, y en los trabajos mecánicos sólo sirve para ayudar á su experta compañera, la derecha. Esta hace todo lo importante; en el piano ejecuta la melodía, en el violín lleva el arco, que es la expresión, en la esgrima maneja la espada, en la náutica el timón, en la pintura el pincel, es la que abofetea en las disputas, la que hace la señal de la cruz en el rezo y la que castiga el pecho en la penitencia. Iguales disposiciones tiene el pie derecho; si algo eminente y extraordinario ha de hacerse en el baile, es indudable que lo hará el pie derecho; él es también el que salta en la fuga, el que golpea la tierra con ira en la desesperación, el que ahuyenta al perro atrevido, el que aplasta al sucio reptil, el que sirve de ariete para atacar á un despreciable enemigo que no merece ser herido por delante. Esta superioridad mecánica, muscular y nerviosa de las extremidades derechas, se extiende á todo el organismo: cuando estamos perplejos sin saber qué dirección tomar, si el cuerpo se abandona á su instinto, se inclinará hacia la derecha, y los ojos buscarán la derecha como un oriente desconocido. Al mismo tiempo que en el lado izquierdo todo es torpeza, todo subordinación, todo ineptitud: cuanto hace por sí resulta torcido, y su inferioridad es tan notoria que ni aun en desarrollo puede igualar al otro lado. La mitad de todo hombre es generalmente más pequeña que la otra; para equilibrarlas, sin duda, se dispuso que el corazon ocupara el costado izquierdo.

B. PÉREZ GALDÓS.

FUENTE HISTORICA EN LA CIUDAD DE CHIAPA DE CORZO.

Curiosidades de Mexico y el extranjero.

Una fuente histórica.

La ciudad de Chiapa de Corzo, cabecera de Departamento en el Estado de Chiapas, la primera población que fundaron los españoles en aquella lejana zona, fué erigida por Real cedula de 1527, en capital de la provincia de «Las Chiapas» dependiente de la Capitanía General de Guatemala.

Asentada en la margen derecha del caudaloso Grijalva, sus recursos naturales son cuantiosos como proporcionados por las fértiles vegas del rio, solo comparables por la exhuberancia de su vegetación, y promiscuidad de cosechas, con las del famoso Generalife, cinturón de plata de la mágica Alhambra y fecundador infatigable de los cármenes de la sul ana de Oriente, la simpática Granada.

Chiapa, cuna del preclaro D. Angel Albino Corzo, Gobernador que fué de aquel Estado y quizá el más notable de sus hijos, cuenta en la actualidad ocho mil habitantes. La población presenta risueño aspecto y el carácter de sus moradores, franco, sencillo y alegre, como los de nuestros pueblos situados en zona más que templada, incita á permanecer algunos dias en la histórica ciudad.

En sus cercanías descúbrense importantes vestigios de construcciones anteriores á la época colonial y aun queda por explorar «El Sumidero,» cortadura de una profundidad mayor de trescientos metros, por la que se precipita el rio, y á las que valientemente se arrojaron con sus mujeres, hijos y riquezas, los moradores de la población indígena de Chiapa, antes que caer en manos de los españoles capitaneados por Diego de Mazariegos, fundador más tarde de San Cristobal Ciudad Real, en el Valle de Jovel.

Entre las antigüedades históricas más notables en aquella ciudad, ocupa el primer lugar la fuente, cuyo grabado publicamos, que afecta forma de corona imperial y débese á Fray Rodrigo de León, quien en 1762 dió cima á su obra, proyectada por el mismo entendido arquitecto pocos años antes.

El material empleado en la construcción es ladrillo rojo de consistencia incalculable, y que parece vitrificado, obtenido en las inmediaciones de Chiapa. Las caprichosas molduras y remates del histórico monumento en cuyo centro se halla una fuente de unos 10 metros de diámetro, que sirve para el abasto de la ciudad, son tambien del mismo barro que los ladrillos y consérvase en perfecto estado, apesar de que el monumento cuenta ciento treinta y cuatro años de existencia.

El torreón que se vé á la izquierda del grabado, contiene una escalera que permite el acceso á la azotea del edificio, desde donde se disfruta del espléndido panorama que ofrece las pintorescas cercanias de la ciudad Capital del Estado también, durante la administración del patriota general D. J. Pantaleón Dominguez.

Chiapa tiene la honra de haber sido el centro del plebiscito que se formó para discutir después de la consumación de nuestra Independencia, la anexión de aquel Estado á México y en el que por notable mayoría de votos se resolvió agregarse á la confederación mexicana.

Un prodigio de equilibrio.

El grabado que publicamos, es la más exacta reproducción fotográfica de una pagoda existente en Birmania.

A decir verdad, no posee las colosales proporciones ni el fastuoso lujo de ornamentación que se admira en las grandes pagodas de Rangoon, Mandalay ó Baugkok, sino que su principal mérito consiste en el lugar en que está ubicada. Como se ve, yérguese sobre una enorme roca de forma casi esférica, que situada en la cima de una montaña y casi desprendida de su asiento, parece suspendida sobre el valle y pronta á rodar en el torrente que á sus pies ruje, al arrojarse en una sima.

Un turista inglés que ha contemplado tan arriesgada construcción, define así la impresión de entusiasmo que le causara: «Es un gigantesco signo de admiración, con que los hombres han puntuado la obra de la naturaleza y de Dios.

LOS AMOTINADOS DE VILLA ALTA.

A instigaciones de algunos descontentos y con pretexto de la nueva Ley de Hacienda, iniciose en Marzo último en Tlacolula, una sedición que alarmó á todo el Estado de Oaxaca, y de que ya tienen conocimiento nuestros lectores.

A la intentona de Tlacolula, respondieron con triste eco los sucesos de Zimatlán en que fueron víctimas de las desenfrenadas turbas dos hijos del Jefe Político Sr. Perfecto Nieto y algunos soldados del 3er. Regimiento; fueron incendiados los edificios públicos y donde á no dudar hubiéranse lamentado mayores desgracias sin la heroica resistencia que con nueve hombres dotados á veinte cartuchos por plaza, hizo durante toda la noche el Teniente Tomás Torreblanca contra más de 2,000 indios, si armados heterogeneamente, no por ello menos desenfrenados y salvajes como con mengua de la civilización demostraron en sus horribles fechorías.

Abiertas aún las tumbas de los asesinados en Zimatlán, los sediciosos cayeron sobre Juquila, robando y matando á mansalva, y sin encontrar dique que contrarrestara el empuje sangriento de aquellas hienas que corrian insaciables en busca de nuevas víctimas que inmolar, de nuevos mártires que conducir al sacrificio en holocausto de sus desenfrenadadas pasiones.

El Jefe Político, el Presidente Municipal, el Juez, el Telegrafista y algunos particulares é indefensas señoras, sucumbieron acribillados de heridas y horriblemente mutilados, á la sed de sangre de la chusma asaltante y los cadáveres fueron quemados en montón en la plaza principal de Juquila, mientras á salto de mata corrían en busca de seguro asilo, á través de las montañas, aquellos pacíficos vecinos que lograron escapar á la horrible matanza y á quienes por usar calzado y pantalón, consideraban como enemigos los implacables *sans-culottes* de la última revuelta

Satisfechos sus criminales instintos en Juquila, lanzáronse los sediciosos sobre Jamiltepec, pero apercibidos para su defensa los costeños, dirigidos por su valiente Jefe Político D. Cristobal Palacios, ayudados á poco por fuerzas del 4º Batallón, lograron diseminar á los desalmados, no sin hacer algunas importantes aprehensiones.

A raiz de los sucesos de Juquila y cuando la espectación pública estaba pendiente de las ocurrencias del Sur del Estado, en *Villa Alta* distrito siempre pacífico de la Sierra y sin que tomaran parte los indios de Sierra de Juárez, estalló un motin mejor organizado, aunque con igual pretexto, titulándose uno General, otros Coroneles y repartiendo á diestra y siniestra grandes gerarquías, asumen los fascinerosos la soberanía en el Distrito, desaparecen las autoridades y quedan fungiendo como tales, con nombramento del *General de Brigada*, los principales cabecillas de la asonada.

No podía el Gobierno permanecer inactivo en vista de tales sucesos; y en efecto, con inquebrantable energía emprendió la persecución de los instigadores de la asonada, logrando aprehenderlos y sometiéndolos á los tribunales correspondientes.

El activo juez del distrito de Villa Alta, Lic. Ismael Colmenares ha dado término ya al proceso que incoara contra los cabecillas y principales cómplices (cuyos retratos publicamos) y dado su fallo, condenando á penas de doce á veinte años á cada uno de los jefes y subalternos de la revuelta.

UN PRODIGIO DE EQUILIBRIO.

EL SACERDOTE PERIODÍSTICO.—(Véase nuestro editorial.)

La causa hállase hoy en revisión en la Suprema Corte de Justicia de aquel Estado, y espérase la confirmación de las sentencias, no obstante figurar entre los condenados algunos adolescentes, á juzgar por los retratos.

Es necesario que las autoridades del Estado de Oaxaca sean inexorables con los asesinos y perturbadores del orden público y más aún con los instigadores de tanta tropelía como allí se ha cometido, persuadidas de que, si la indiada salvaje ha sido el brazo ejecutor, el cerebro en que germinó tan vandálica idea lo forman los tinterillos y caciques de los pueblos, audaces al concebir y ocultos cobardemente á la hora de levantar la salvaje bandera de rebelión.

La novedad del día en México.

EL CINEMATOGRAFO DE LUMIERE.

El aparato de los Sres. Lumière, que acaba de exhibirse con buen éxito en esta Capital, es una admirable aplicación de la *cronofotografía*, que maravilla por su precisión y sencillez.

A poco que la fotografía había progresado lo bastante para producir pruebas instantáneas, los sabios se propusieron emplearla con el objeto de fijar escenas fugitivas, que luego pudieran ser objeto de estudio y de meditación; así es como en 1874, Janssen se sirvió de su revólver fotográfico para la observación del paso de Venus por el disco del sol, y Muybrigde, de San Francisco California, obtuvo en la misma epoca series de fotografías de objetos en movimiento, por medio de cuarenta cámaras obscuras, provistas de objetivos cuyos obturadores se levantaban á intervalos regulares por aparatos ingeniosos que movía la electricidad. Desde esa época, el célebre fisiólogo Mr. Marey ha venido utilizando la cronofotografía para el estudio de la locomoción animal, del vuelo de las aves y otros fenómenos fisiológicos.

Estos y otros autores que en el asunto se han ocupado, se dedicaron todos á obtener pruebas sucesivas en número restringido, haciendo la descomposición ó el *análisis* del movimiento, pruebas que estudiaban después y comparaban separadamente. Pero se consideraba como un problema difícil de resolver la reconstitucion de la *síntesis* del movimiento. Las tentativas de los experimentadores á este fin encaminadas, consistían solamente en la recomposición de veinticinco á treinta pruebas.

Muy recientemente, Edisson ha logrado realizar esta *síntesis* por medio del aparato que llama kinetoscopio, y en el que, los espectadores, aislados, pueden ver largas series de pruebas fotográficas, sucediéndose á cortísimos intervalos, representando escenas animadas muy curiosas, con duración de cerca de treinta segundos.

Pero animada de movimiento continuo la banda pelicular donde están pintadas esas escenas, para dar una impresión perfecta, no debe verse cada prueba sino durante un tiempo muy corto, que apenas llega á unos diez milésimos de segundo.

En tales condiciones, la iluminación es muy débil, se necesita un objetivo muy luminoso, las escenas tienen poca amplitud en profundidad, se destacan sobre un fondo obscuro, y lo menos son necesarias treinta pruebas por segundo para dar á la retina una impresión contínua.

El cinematógrafo no tiene estos inconvenientes: disminuye á quince el número de pruebas por segundo; se puede contemplar por muchas personas á la vez, proyectando en una pantalla escenas animadas que duran más de un minuto; la amplitud á la cual pueden apreciarse los objetos, no es limitada, y puede representarse la animación de las calles y las plazas públicas con todos los detalles de la realidad.

Vamos á procurar dar á nuestros lectores una descripción breve del aparato de los Sres. Lumière y de su funcionamiento ingenioso.

La banda pelicular, en la cual están fijas las imágenes con la apariencia de fotografías ordinarias, tiene quince metros de largo y tres centímetros de ancho. De ambos lados hay perforados agujeros equidistantes, que corresponden á,cada imagen.

Las diversas pruebas obtenidas á intervalos de un quinceavo de segundo, son rigurosamente semejantes, de modo que si se superponen dos imágenes cualesquiera, las partes que representen objetos inmóviles coincidirán exactamente, y las que representen objetos movibles tendrán posiciones cuya diferencia equivaldrá al movimiento efectuado en los momentos de obtener las pruebas.

La banda enrollada sobre sí misma y encerrada en una caja por encima del aparato, está sostenida por una especie de carrete metálico, sale por una abertura, desciende verticalmente, rodea un segundo carrete, sube, pasa por encima de otro carrete y va á enrollarse en él. El movimiento de la banda se obtiene por un manubrio que á favor de un ingenioso sistema de multiplicación y de engranajes se comunica á los carretes y á los tallos metálicos que los sostienen, y á un tambor de doble disco.

El ingenioso y complicado mecanismo del aparato hace que la banda al desenrrollarse vaya á presentar una

EL GENERALÍSIMO P. MORALES Y SU ESTADO MAYOR

imagen delante de una abertura cada quinceavo de segundo; esta abertura es atravesada por un haz luminoso de poderosa intensidad, que por un juego de lentes, proyecta la imagen real aumentada hasta el tamaño natural en una pantalla transparente, donde puede ser observada por espectadores colocados en dos salones contiguos; los unos, los que están en el mismo salón que el aparato, podrán percibir por reflexión la imagen proyectada, los otros, los del departamento vecino, la verán á través de la pantalla, pero todos con la ilusión de un cuadro vivo.

Si al pasar las imágenes por delante de la abertura que las ilumina siguieran un movimiento no interrumpido, las figuras proyectadas en la pantalla participarían de ese movimiento que el ojo del espectador no podría seguir, pues apenas habría tiempo para impresionar la retina. Por eso el mecanismo está dispuesto de modo que la película no se maltrate en la excursión que tiene que efectuar por las partes principales del aparato, y arreglado con tanta precisión, que la banda y las imágenes que lleva quedan inmóviles durante los dos tercios del tiempo; el otro tercio se emplea en la progresión de dicha banda, durante este intervalo se interrumpe la proyección de rayos luminosos, y mediante la persistencia de las impresiones en la retina, que dura un vigésimo de segundo, el ojo percibe una serie de impresiones luminosas, que le causan la perfecta ilusión de cuerpos en movimiento, por la prodigiosa y bien calculada celeridad con que se suceden las impresiones, sin darse cuenta de las intermitencias de la luz, por lo mismo que han quedado y no han podido interrumpirse las impresiones que persisten. Pasando la luz durante dos tercios del tiempo total no se necesita de un alumbrado muy fuerte.

LOS REVOLTOSOS DE OAXACA.

El mismo aparato sirve para obtener las pruebas negativas y positivas, recibiendo en la banda sensibilizada las imágenes que se deseen, por medio de un objetivo ordinario de fotografía, y lográndose así obtener hasta novecientas pruebas por minuto del cuadro más animado y más lleno de movimianto y vida que se pueda imaginar.

El aparato Lumière será un recurso precioso para el estudio de los movimientos por medio de la fotografía. No sólo podremos apreciarlos en sus detalles más delicados y sus distintos períodos, sino que podremos multiplicarlos á voluntad, graduarlos, dividirlos y prolongarlos; y como la velocidad del aparato depende de la mano que se aplica al manubrio, está á nuestro alcance al reconstituir el movimiento, al hacer sus *síntesis*, efectuarlo con la lentitud que se desee según el objeto de estudio.

Como ilustraciones de esta sucinta descripción, acompañamos estas líneas de un grabado, que es *fac-símile* de una banda de pruebas fotográficas, obtenidas por el cinematógrafo; representa el almuerzo de un niño, acompañado de sus cariñosos padres. Las imágenes deben verse de izquierda á derecha, para formarse idea de la sucesión de los movimientos.

También publicamos otro grabado que representa al Sr. Lumière, obteniendo pruebas negativas por medio de su procedimiento.

Invitados la semana pasada por el Sr. Ingeniero Don Fernando Ferrari Pérez, asistimos á la primera sesión de cinematógrafo que en la capital se daba, y quedamos altamente complacidos. ¡Qué ilusión tan perfecta! qué hermosas vistas se desplegaban ante nuestros ojos admirados, con la vida y movimiento de la realidad!

Felicitamos al Sr. Ferrari, porque ha sabido arreglar un espectáculo digno de un pueblo culto.

LA NOVEDAD DEL DÍA EN MÉXICO.— EL CINEMOTÓGRAFO LUMIÈRE.

EL DELEGADO DEL EMPERADOR DE CHINA
VIAJA CON SU ATAUD.

Li-Hung-Chang se preparó contra toda emergencia de vida ó de muerte, cuando salió de Pekín para asistir á la coronación del Czar de Rusia, en Moscow.

Li-Hung-Chang no solo se hizo acompañar por un médico y por setenta y nueve personas de comitiva, sino que lleva entre su equipaje un ataud para recibir su cadáver en caso de que muera durante la misión que le fué confiada.

El ataud es lo más lujoso que se pueda imaginar, está interiormente forrado de seda, y decorado en el exterior con figuras de oro y con piedras preciosas. Costó 13,000 libras. Dos de los acompañantes de Li no tienen otra misión que cuidar del ataud durante todo el viaje.

Tan pronto como Li-Hung-Chang llega á una ciudad y se aloja en un hotel, el ataud es colocado en un cuarto inmediato al ocupado por el estadista.

El ataud está en una caja, fuera del alcance de toda mirada indiscreta, y lo que de él se sabe se debe á una descripción que apareció últimamente en un periódico ruso.

Diversión peligrosa.

Lo es la de *echar* cometas en días tempestuosos y de ello puede dar fe un niño de trece años, residente en Cateau, pueblecito próximo á Cambrai.

Este pequeño imitador de Franklin tuvo la imprudencia de *remontar* una cometa en un dia de tormenta; y aunque se apresuraba á recoger el hilo cuando sonaban los primeros truenos y empezaba el chaparrón, no lo hizo con bastante oportunidad para sustraerse á la temible descarga. Hallándose la cometa á unos cien metros de altura, y mojada, lo mismo que el hilo por la lluvia, se produjo una descarga en la nube, siguiendo el hilo de la cometa gran parte del fluido que fué á herir al niño, haciendole dar varias vueltas sobre sí mismo y despidiéndolo á cuatro metros de distancia.

M. LUMIÈRE TOMANDO NEGATIVAS.

Afortunadamente, pudo levantarse y correr hácia su casa lo más de prisa que se lo permitió el sobresalto y el quebrantamiento general de cuerpo que sufría; la mano con que tenía la cuerda de la cometa fué la parte de su cuerpo más castigada: las primeras falanjes de los dedos estaban acardenaladas, como por la equimósis de una fuerte contusión, y las segundas quemadas y cubiertas de ampollas; otras lesiones sufrió el niño, pero fueron efecto de la caida y leves todas ellas. La cuerda quedó quemada hasta el mismo ovillo. Aviso á los muchachos juiciosos y á los padres de los que no lo son.

Lo que se puede ver desde un globo.

Las observaciones desde los globos cautivos son más fáciles en la mar que en tierra adentro, á causa de la mayor uniformidad de las corrientes atmosféricas, sometidas en tierra á los cambios bruscos que se producen por causas diversas.

Algunas experiencias hechas en plena mar con globos cautivos, han demostrado que desde la altura de 400 metros no es posible ver el fondo del mar, en profundidades que permiten verlo desde la superficie del agua. Con una luz favorable se pueden observar perfectamente bajos de rocas ó de arena en profundidades de seis á siete metros, pudiendo verlos en fondos hasta de 11 metros, cuando los bancos son muy extensos y de color claro.

En la guerra, los globos cautivos pueden, en ocasiones, ser útilmente usados para reconocer las entradas de los puertos desconocidos y fijar con precisión la situación de las fuertes baterías ú otras defensas.

El marcado eléctrico de papeles y telas.

Según parece, se emplea este procedimiento en Boston. La materia que se ha de marcar, que puede ser cualquier materia parecida á un tejido, se humedece con un líquido buen conductor de la electricidad, por ejemplo, agua, y se coloca sobre una placa metálica unida á un polo de un generador de electricidad: se escribe entonces sobre la materia que se ha de marcar, con un punzón metálico unido al otro polo del generador de electridad. Cuando la corriente atraviesa el papel ó la tela, se produce una acción electrolítica, la cual hace depositar sobre la tela partículas de metal que siguen las líneas trazadas por el punzón.

Si la escritura no queda bastante visible, se moja la materia con un reactivo que pueda hacerla aparecer. En lugar de un punzón es posible emplear un timbre ó un rodillo grabado para la impresión continua. Parece que el platino da buenos resultados con agua pura.

Ayuno durante un año.

No vamos á hablar de un competidor de Succi. Ningún hombre sería capaz de pasar un año entero sin probar bocado *ni trago* alguno, como lo ha hecho *velis nolis* una culebra viperina que ha servido de *anima vili* para los experimentos del Sr. Galien Mingaud.

El reptil fué encerrado en una jaula el 15 de Julio de 1895, y allí vivió, sin comer ni beber, hasta el 20 de Julio de 1896, en que murió de hambre. Un año y cinco días de ayuno absoluto. Al ser colocada en la jaula, medía la culebra 58 centímetros de longitud y pesaba 54 gramos; depués de muerta, midió 60 centímetros y pesó 37 gramos; es decir, que en un año creció 2 centímetros y perdió 17 gramos de peso.

Además cambió tres veces de piel: en Agosto, en Octubre y en Mayo. Que los ofidianos ayunan largo tiempo, es cosa sabida. Pero es posible que nunca se haya obserdo un ayuno tan prolongado en la culebra viperina.

HISTORIAS DE MI PUEBLO.

UNA SONAMBULA.

FUE un día de campo, en un festival sencillo. Celebrábamos el matrimonio de un antiguo camarada de colegio, con la hija de un rico comerciante de esta plaza.

El *lunch* fué espléndido; se brindó par la felicidad de los nuevos esposos, y, después del almuerzo transcurrieron rápidas las horas, amenizadas por el canto y por el baile. El rubio *champagne* cantaba su canción de júbilo, punzando en los espíritus de aquel conjunto abigarrado, con el ritmo alegre de sus burbujas locas.

Se hablaba de muchas cosas. Las conversaciones de cada grupo giraban sobre distintos asuntos: unos, comentaban la animación de aquella fiesta; otros, se engolfaban en el piélago revuelto de discusiones de resabios filosóficos, y los más se entretenían ante el cuadro femenino, arrancando del florilegio multicolor de sus sueños la frase galante de facetas diamantinas, ó el juramento de amor medio escondido bajo el ropaje sutil de algún giro de sabor epigramático. Los menos entusiastas, nos apartamos de la reunión en busca de aires más frescos y oxigenados. Nos instalamos en el portal de la quinta, junto al enverjado, donde las enredaderas se desenvolvían en pliegues caprichosos de verdura, en cortinajes de esmeralda, que aumentaban la frescura del aire que llegaba á nósotros en bocanadas sutiles. Allí fumábamos y charlábamos de mil tonterías que nos hacían reír; de puerilidades sugeridas ante el bullicio y la animación de la concurrencia que se revolvía en el modesto saloncito de la quinta, haciendo derroches de frases rebuscadas y de risas que fingían charloteos de pajarera alborotada. Y allí, en el mismo sitio del agreste portal donde nos hallábamos instalados formando corrillo, hacíamos comentarios inofensivos de la animación de aquella fiesta; veíamos la dicha y la alegría reflejándose en el semblante de los desposados, y recordábamos las mil historias tristes de tantos matrimonios que, creyéndose felices, han visto naufragar repentinamente sus dichas, en la onda negra de un trágico desenlace.

¡Con qué amargo entusiasmo y rectitud de juicio discurrió en esa vez el doctorcito, como llamábamos á Luis, sobre las veleidades de la fortuna y las ironías punzantes de la vida! Sus reflexiones, hechas con un dejo de infinita amargura y acompañadas siempre de una gran fuerza de razonamiento, entrañaban una serie descarnada de dolorosas realidades, á las que dió más fuerza con la narración de una historia, referente á la vida de un matrimonio feliz, tronchado en flor por la mano espeluznante de una desgracia sin nombre.

Todos guardamos silencio, y Luis, encendiendo un nuevo cigarrillo, principio de esta manera la narración de su historia.

——

En un barrio, no muy céntrico de la Villa, pero en un lugar risueñamente pintoresco por la abundancia de su vegetación, se alzaba con graciosa coquetería, como un nido de palomas, la portada de un edificio de elegante sencillez, que contrastaba con las casas vecinas de construcción antigua, que tanto se distinguen por su severa solidez y por su aspecto sombrío. Ese gallardo edificio, era el nido amoroso de una linda pareja matrimonial. Eugenio y Guadalupe, que después de cinco años de amores llenos de contrariedades é inquietudes, disfrutaban en completa calma las dichas dulcísimas de la *luna de miel*.

Eugenio, que fué siempre un fiel amante, fué también un gran celoso; pero esos celos, que tanto contribuyeron á hacer más tormentosa y dilatada la vida de sus amores con Guadalupe, dejaron de aguijonear aquel espíritu fogoso en el corto período de su vida matrimonial, en la que fué siempre bueno, y en la que sólo tenía halagos y dulzuras para la mujer á quien había elegido por compañera digna de su vida. Como esposo, fué un correcto ejemplar de bondades, un ciego enamorado de su compañera, á quien veía, en medio de su hondo excepticismo por la vida, como la única creencia, como la hermosa realidad que iluminara con las diafanidades de su amor y sus virtudes, las tinieblas que envolvieran á su espíritu descreído.

Eugenio nunca envidió, ni podía envidiar, la dicha de los demás; porque en Lupe, como el cariñosamente la nombraba, tenía el manantial fecundo de todas las dichas que la existencia le había negado siempre.

Lupe era una belleza física y moral, vaciada en el molde del carácter de su esposo; era fiel reflejo de sus ideas é inclinaciones, y nunca, en el corto período de su vida matrimonial, surgieron esos disturbios y contrariedades, que engendran los pensamientos opuestos y los gustos antagónicos. En esto descansaba la inmensa felicidad de los dos.

La discreta vigilancia que ejercía coninuamente sobre los pasos de su mujer, no obedecía á ningún género de desconfianza que Lupe le inspirase, sino á la justa desconfianza de los hombres, á sus maldades y perfidias que tanto temía como pudiese temer á las garras punzantes de un chacal enfurecido. Eugenio era un eterno predispuesto con la sociedad, de la que se había formado el concepto más bajo y despreciable. Y esta predisposición y desconfianza que llegó á sentir más hondamente arraigada durante su vida matrimonial, fué el móvil poderoso que en mucho contribuyó á precipitarlo á la sima negra de su desgracia.

Eugenio tenía fé ciega en su mujer. Todo lo sabía de ella, menos que fuese sonámbula. Y Lupe, por desgracia, ignoraba también ese secreto misterioso de su vida. Por lo mismo, los dos vivían tranquilos bajo el cielo infinitamente azul de sus dichas y sus sueños. Pero las circunstancia de haber sido Eugenio uno de esos individuos que duermen poco, y afectos á levantarse mucho antes que despunte el día, le hicieron notar con gran sorpresa suya, y por espacio de varios días, que algunos muebles del comedor no guardaban, al amanecer, la misma disposición en que los dejaban á la hora de acostarse. Y la preocupación de esta idea, unida á la observación sencilla y sin malicia que una de las criadas se acercó á hacerle con motivo de los ruidos extraños y frecuentes que se dejaban oír en la casa á horas muy avanzadas de de la noche, despertó vivamente su curiosidad y puso alerta el espíritu de Eugenio, que en plena luna de miel, se vió atacado por rudos sacudimientos de inquietudes y zozobras. En su alma sentía nuevamente el latigazo de los celos.

Mientras Lupe y la criada llenas de espanto, hablaban de duendes y aparecidos con una candidez infantil, remontándose á causas sobrenaturales para hallar la explicación de aquel misterio, Eugenio se indignaba sorprendido ante el enigma que se escondía á sus ojos y que según él, se debía á la presencia de algún hombre que intentaba manchar la honra de su mujer y pisotear su honor penetrando á sus habitaciones en horas avanzadas de la noche.

No obstante que en su espíritu se alzaba la efervescencia de una cólera rugiente, Eugenio aparentaba delante de Lupe la mayor tranquilidad y despreocupación, tratando siempre de alejar los temores de su tímida esposa, á la que llegó á tranquilizar diciéndole que no temiera nada; que esos ruidos y ese cambio que se notaba en los muebles del comedor, eran producidos por los saltos y carreras de algún felino hambriento que á esas horas se entregaba á sus cacerías nocturnas.

En nada culpaba Eugenio á su mujer con motivo de este negro misterio que tanto le preocupó y en el que veía oculta la ruindad de algún hombre que profanaba el santuario de su felicidad. Estaba convencido de las valiosas prendas morales que adornaban á Lupe, y por lo tanto no había razones para que la hubiese culpado en algo.

Cierta noche que Eugenio salió de su casa con el pretexto de arreglar un asunto de urgencia con un amigo que lo esperaba en los portales del hotel principal de la población, se anduvo, como se dice vulgarmente, dando tiempo al tiempo, mientras sonaba en el reloj la hora que él había escogido para sorprender y castigar al infame malhechor que lo burlaba protegido por la sombra.

Las dos de la mañana serían, cuando Eugenio se encaminaba á su casa con la idea premeditada de entrar á ella, no por la puerta de la sala, sino por las tapias del jardín.

Con la agitación nerviosa que se experimenta en situaciones tan críticas como la en que Eugenio se hallaba, y tomando todas las precauciones que el caso requería, se encaramó á los muros y luego descendió sigilosamente dirigiendo á todos lados miradas escudriñadoras. Dió algunos pasos hacia el comedor y lo primero que se ofreció á su vista, fué la opaca silueta de un cuerpo blanco que se movía entre la sombra.

Ante aquel cuadro abrumador Eugenio sintió en su ser el paroxismo de una cólera rugiente; echó mano violentamente al revolver que traía á la cintura, y acercándose más á la visión que tenía ante sus ojos, gritó una frase insultante al mismo tiempo que disparó sobre su presa, á la que vió caer al suelo como herida por un rayo.

Con la inmensa satisfacción del triunfo; con la vehemencia que produjo en su sér la realización de la venganza justa, corrió con avidez sobre su víctima, y al tratar de reconocerla por las facciones de su rostro, retrocedió lleno de espanto; volvió á arrojarse sobre ella, y en la agitación tremenda de su inconciencia, estrechó con desesperación, al cadáver, entre sus brazos, dejando oír la explosión de una inmensa carcajada.

Benito Fentanes.

Cosamaloapan, Agosto de 1896.

ARIETA.

Toda tú eres divina,
Toda tú eres hermosa,
¡Oh estrella adamantina!
¡Oh exhuberante rosa!
Los cetros soberanos,
Las joyas imperiales,
Son adornos muy vanos
En tus pálidas manos,
En tus manos reales.
Una coraza de oro
Cuajada de diamantes,
No guardará el tesoro
—El pálido tesoro—
De tus senos amantes.
¿A tus pálidas sienes
Quién dará una corona?
Son muy puras tus sienes,
¡Oh virgen! y ya tienes
Un nimbo de madona!
Toda tú eres divina,
Toda tú eres hermosa,
Aurora que ilumina!
Azucena olorosa!
Y palpita en tus ojos
El esplendor del día,
Y riegan armonía
Tus tibios labios rojos.........
Si tu pie de alabastro
Pisara alguna estrella,
Yo llegaría hasta el astro
Para besar su huella.
Toda tú eres divina,
Toda tú eres hermosa,
Oh perla cristalina!
Oh flor esplendorosa.

José Juan Tablada.

Agosto de 1896.

Los degenerados.

LA moda en todo se mete. No le basta quitar hoy una cinta al vestido femenino para agregar una pluma al sombrero, ni alargar las levitas para reducir los pantalones, ni introducir palabras de un idioma en otro, ni hacer que las gentes se queden con tamaña boca abierta en presencia de un *pelotari* fornido; tan aficionada es aquella reina y señora á las camisas de once varas, que la emprende con los mismos achaques de la pobrecita humanidad y, cuando menos se piensa, ahi va uno nuevo.

De repente, se pondrán de moda los lobanillos y veremos á un señor de esos que llevan en la cara hermanitos *carnales* del Popocatepetl, haciendo gala de su enfermedad y dispensando miradas protectoras á los transeuntes, como quien dice:

—Ustedes no tienen este magnífico bulto sobre el ojo derecho.

Hace algun tiempo estuvo de moda la tenia. Los jóvenes de bigotes mejor atuzados, las damas más distinguidas, los poetas más inspirados, los políticos más eminentes, se creían unos cualquieras si no sentían las revoluciones del bicho en sus intestinos.

Las personas bien conservadas que comían con moderación y que no sufrían mareos, eran vistas, así, sobre el hombre, por las débiles pero capaces de tragarse de golpe, media docena de costillas *á la milanesa*.

Pasó,—*como todo pasa*—la tenia, gracias á la competencia de sus enemigos, los especialistas que ofrecían extraerla mediante algunas cucharadas de elixires más ó menos infalibles. Pero la moda se ha servido poner otra enfermedad sobre el tapete: Ahora todos somos neuróticos. Es decir, el lujo estriba en perder el juicio.

Un muchacho que no tenga los ojos hundidos y la cabeza como nido de codorniz y que no derrame amargas lágrimas en los toros considerando la triste suerte de una *raza* que recibe *pares al cuarteo* y *volapiés* en detrimento de la familia vacuna, podrá ser un buen muchacho, y agraciado, pero carece del *quid divinum*: la degeneración.

—Si vieras que novia tan linda tiene Fulanito!

—¿Y qué?

—Además de que su padre explota el maguey, ella es neurótica.

—¿Neurótica?

Sí, hombre, degenerada. No hace lo mismo que hacen las otras; á la hora de comer, duerme; de dormir, se baña, y de bañarse come. Llora oyendo «La Verbena de la Paloma» y se ríe en el «Miserere del Trovador.» Es una chica especial.

Y si en lugar de ser chica es chico ¿quién lo aguant ? La calle no le basta: se siente superior al *Sursum*, y piensa mal de las personas pacíficas á quienes encuentra al paso.

—A este le faltan los signos característicos de la degeneración. ¡Un alma de Dios! ¡Pobre! Si le preocupara como á mí, el cambio de desenlace en «El Baile de Luis Alonso»......... Si pensara en la conveniencia artística que existe en que Luis Alonso le infiera, al final, una puñalada á su mujer en el bajo vientre...... Esa señora? Da lástima. ¡Qué buen color el suyo! Se conoce que pasa una vida puramente animal. No ha sentido en sus fibras nerviosas la vibración de la «Serenata de Schubert, ni ha respirado su espíritu la brisa amarilla de la nostalgía verde. Ese joven? ¡Qué cara tan vulgarota!...... No ha oído la cadencia del rojo y del negro, ni ha palpado la música wagneriana, ni ha paladeado los versos de Jean Richepín. ¡No están *enfermos*, luego son unos infelices!

Me presentaron, el otro dia, á una señorita:

—Novio, nunca he tenido. Mi pasión es el *estudio*. El mes pasado, me hizo el amor un joven esplendido. Oh, señor; no se figura qué ternezas tan azules, qué celos tan nacarados, qué amores tan kaleidoscópicos los suyos! Mis experimentos resultaron magníficos. Ese joven fué para mí un laboratorio ambulante, pero papá se empeñó en que ó se casaba conmigo, ó se iba con la música á otra parte, y—ya lo ve usted—me dejó plantada, con mi análisis á medias. Hoy, *me estudio*. He obtenido ya conclusiones asombrosas. De repente, mi alma se pone pálida: la cruza una melancolía; otras veces, glauca: una esperanza; otras, zarca: una ilusión; si huele á incienso ó á casulla nueva, debo ir á misa; si se abre como un abanico chino, quiero ir al teatro......... Todo en mí se revela por colores, olores y músicas...... Ya lo sé: cuando mi alma entone el *Requiem* de Mozart ó una jaculatoria de la novena de las ánimas benditas, sonará mi última hora.

Lo malo es que la degeneración se ha vuelto buen negocio para los enfermos y amenaza constante para los sanos.

Cantaban en el «Principal» á mis oídos y paciencia un coro de *Los Brigantes*.

—Señor, me dijo un caballero que, por su traje, parecía un agente de una agencia funeraria—¿me hace el favor de sus anteojos?

—Con mucho gusto.

Acabada la tanda, se levantó el caballero y, como quien no quiere la cosa, se llevó mis anteojos. Me disponía á exigírselos, cuando un amigo me detuvo por los faldones del *jacquet*.

—¿A donde vas? ¡Cuidado! Tendrías un disgusto. ¿No ves que es un *degenerado*?

Y porque el señor aquél está *enfermo* y yo sano, perdí mis anteojos.

P. Escalante Palma.

Nuestra alma ve de admiración suspensa
que el campo todo el Creador inciensa,
y juzga con encanto verdadero
que es una orquesta inmensa
la gran palpitación del mundo entero.

Campoamor.

DE VIAJE.

A mañana estaba fría y nublada.

El cielo, color de plomo, interceptaba los deseados rayos del sol, en una densa sábana de nubes tempestuosas.

Faltaban cinco minutos para que saliera el tren de la mañana.

Había en los andenes inusitado trajín.

Llegaban fornidos mozos de cuerda cargando grandes baúles ó pesados fardos con mercancías; los empleados corrían atareados dando órdenes ó recibiéndolas, á gritos de sargento, y en el ventanillo del expendio de billetes, se amontonaba una impaciente multitud que vociferaba y metía bulliciosa zambra, pugnando por obtener el boleto codiciado.

La locomotora, inmóvil, arrojaba por los escapes y en chorros de vapor blanquecino, la fatigada respiración de sus pulmones de hierro.

Sonó un pitazo, y todos los pasajeros se precipitaron atropelladamente á los vagones.

Yo, uno de los primeros, instaléme cómodamente en el amplio asiento; subí las solapas de mi paletó, escondí la cabeza entre los almidonados picos del cuello inglés, después, introduje mis manos ateridas por la baja temperatura en los bolsillos del pantalón, y, dejando vagar el pensamiento á la mansión de las quimeras, envidié por primera vez á los insoportables fumadores.

Estaba solo.

El aire seco y helado del Norte, barría una lluvia fría y menuda que empezaba á caer.

Las gotitas de agua se estrellaban en los cristales de las ventanillas, produciendo un monótono y acompasado tamborileo.

Cerré los ojos, deseando inútilmente recobrar el sueño que la violencia del malhadado viaje me había robado y me fastidiaba antes de tiempo, pensando en el aburrimiento de doce horas de carrera en un día tan triste, sin un buen libro ni compañeros con quienes matar el tiempo en sabroso palique.

Con estrépito abrióse la puertecilla, y apareció un señor grueso y colorado como un canónigo, conduciendo á remolque obesa matrona, adornada como una banderilla y con fisonomía más apoplética que la de su caballero, la cual, llevaba á su vez, á remolque también, un perrillo de Puebla, que á suponer por la torpeza con que caminaba, debía estar ciego ó ser más miope que su dueña que daba á la sazón pruebas inconcusas de su defecto visual, echando sobre el mío su cuerpo elefantino.

Cuando estuvo instalada aquella pareja que seguramente se unió seis lustros atrás, la dama preguntó á su acompañante, acomodándose en la ternilla los gruesos quevedos de oro y desdoblando un periódico con chocante parsimonia:

—¿Ya es la hora, Bonifacio?

El preguntado hundió la manaza de carretero en el amplísimo bolsillo de su chaleco, extrayendo de él un gran reloj de plata suspendido al ojal por grosera cadena, y después de inspeccionar la carátula, respondió á su consorte:

—Faltan dos.

La vieja suspiró, y el condenado animalejo, como á un muchacho á quien se contradice, empezó á berrear como lechón recién nacido, porque ella quería á viva fuerza acurrucarlo en su regazo.

Yo suspiré lastimosamente.

La perspectiva de un concierto canino me horripilaba.

¡Decididamente era aquel un día de perros!

Sonó el metálico repiqueteo de una campana, y entre los pasajeros rezagados, subió al departamento que yo ocupaba, una señora.

¡Sola!

¡Elegante!

¡Joven!

¡Bella!

Al abrir la puerta, manifestó indecisión, y, después de vacilar un instante, quizás inspirándole confianza mi taimado aspecto, ocupó el lugar precisamente frontero al que yo tenía.

Un velillo moteado de lunares negros, sutil como tela de araña, cubría su rostro en transparente antifáz, y sus cabellos obscuros, de tono azulado y peinados de una manera extraña, sostenían con largo alfiler japonés el sombrerillo de crespón gris adornado con pasamanería y pájaros disecados.

Su vestido era de gruesa tela color de acero, adornado profusamente con pesados alamares y flecos negros, y ostentaba en el pecho una guarnición de abalorios tan tupida, como la que llevaría en su basquiña la más bailadora maja de Andalucía.

Su mano era pequeña y sujeta á estrechísimo guante de piel de Suecia; el pie, digno de la mano, y calzado tan ajustadamente como ella.

Era de esas mujeres que avasallan los corazones, porque llevan en su hermosura el cetro del amor.

Circuía el fleco de sus arremangadas pestañas un halo pronunciadamente violáceo, y una palidez de fatiga ó enfermedad, hacía más interesante la nevada albura de su piel, que antojábaseme de alabastro alumbrado interiormente por un rayo clorótico de luna.

Aquella beldad, ó había pasado una noche de amor, ó lloró como gimen las madres cuando sus niños, extendiendo los brazos al buen Dios, entregan el espíritu al ángel de la guarda.

Hízome creer lo primero, el continente dominador y la deslumbrante hermosura de mi compañera.

Un silbido agudo, prolongado, estridente, deshecho en ténue cauda de vapor que desgarró una ráfaga de aire, anunció por postrera vez que el tren se ponía en marcha.

Moviéronse las lucientes ruedas de la humeante locomotora, crujieron los topes, golpeáronse las cadenas, los carros rodaron lentamente sobre los carriles, y principiamos á caminar con una velocidad que crecía, á medida que de la estación nos alejábamos.

Yo, aparentaba mirar el camino, y lo que en realidad veía, era la imagen de la viajera reflejada por común fenómeno de espejismo en el cristal de la ventanilla.

¡El tren corría, volaba!

Los árboles que crecían á los lados de la vía, pasaban en vertiginosa fuga en sentido inverso al que seguía el convoy; las inmensas llanuras, esmaltadas por silvestres margaritas ó amarillas flores de nabo, giraban alrededor de nosotros, y algunas veces, el ruido producido por el silbato del vapor, hacía volver la cabeza á alguna vaca de gran cornamenta, que masticaba filosóficamente unas espigas de zacatón.

La desconocida observaba con fijeza los durmientes de madera que, tendidos simétricamente en el terraplén, se unían y se separaban como los anillos de una gran serpiente apocalíptica, ó los palos, que enterrados en el suelo de cualesquier manera, sostenían en sus aisladores de vidrio largos hilos telegráficos, en los que se balanceaban comadreando algunas bohemias golondrinas.

Pasábamos puentes de fierro, que á lo lejos semejaban grandes ratoneras de alambre; subíamos la mole atrevida de un cerro para dejarla atrás y perderla de vista algunos instantes después, ó bien bajábamos peligrosa rampa, escuchando en silencioso respeto el intermitente resuello de la máquina.

En las faldas de las colinas ó abrigadas al repecho de escarpada montaña, veíanse las casitas de los pueblecillos, rodeando cariñosas las negruzcas torres de los campanarios, las verdinegras arboledas ó los plantíos de caña, ostentando en su opulencia tropical los lujos de una naturaleza fecunda, potente y casi virgen.

Habíanse dormido nuestros compañeros y roncaban á pierna tendida como dos buenos burgueses.

La pereza de los viejos, nos colocaba en la elocuente intimidad de dos personas jóvenes, de distinto sexo, que no se conocen, y están muy solas en una de esas horas sentimentales en que las confidencias aletean como entumidas avecitas, porque tose el viejo invierno y el cielo grisaceo llora muchas lágrimas de nieve......

La dama, quizá mortificada ó cohibida por mi proximidad (que yo procuraba fuese lo menos sospechosa) suspiró tristemente, y aparentando cansancio entrecerró los párpados procurando dormitar.

¡Cuán linda estaba!

Sentí impulsos de arrodillarme ante ella, oprimir su talle entre mis manos, besar mil veces su entreabierta boca, y decirle al desflorar mis besos:

—Abra usted los ojos, porque tengo el alma á obscuras!

Acaso me reciba con una sonrisa, pensaba yo, y una insignificante complacencia de esta señora vale más que las caricias de todas.

Como comprendereis, mi imaginación viajaba, y más lejos que el ferrocarril.

Pasamos la estación de V...... y en el trayecto de esa á la que sigue, había tocado ya con mi pie el menudo de mi compañera.

Confieso ingenuamente que lo hice en completa inconsciencia de lo que me pasaba; la cercana vecindad de aquella beldad estremecía mis nervios, enloquecíame y me exaltaba hasta las desvariaciones de la locura; sus ojos habían inyectado mi sangre de no sé qué hatchis voluptuoso, y sentía una violenta necesidad de ponerme en contacto con ella de algún modo.

Si notó el desorden en que había revuelto mi espíritu, tuvo el talento de no aparentarlo demostrándose alarmada por los pecaminosos pensamientos que como cohetes estallaban en mi mente.

Detúvose el tren en un apeadero y bajaron los dormilones provincianos.

¡Quedamos solos!

Lleve la mano á mi pecho.

Latía el corazón furiosamente.

Cada minuto que transcurría, preguntábame acobardado:

—Me atrevo?

—No! respondía severamente mi timidez de novato en amatorias lides, que crecía á medida que se obsecaban y agrandaban mis deseos.

Veía elevarse blandamente el seno de la incógnita, excitábanme las morbideces de su cuello, el ricito de pelo que en la albeante nuca traveseaba, y ¡sus labios! aquellos pétalos de lis que para teñirse en rubí esperaban sólo una caricia.

Mi situación se hacía á cada momento insostenible.

Estaba enfermo.

Movíame nerviosamente en el asiento, tosía como un tuberculoso, canturreaba óperas no oídas y varias veces incliné hacia la taciturna el cuerpo, para decirle seguramente una tontería.

¡Empecé á sudar!

Sin duda comprendió ella mis padecimientos, porque haciendo un regio ademán me dirigió la palabra:

—Joven.

Aquél sustantivo me hizo daño; comprendí que mis veintidos años mal representados eran la causa de que aquella mujer no me tomase á lo serio, y sacrificando á mi tonta susceptibilidad la cortesía, aparenté una distracción que robó á la prójima benévola sonrisa.

Hubo un largo periodo de silencio.

Rompiólo al fin la dama, exclamando con solícita benevolencia:

—Caballero.

—Señora...... ó...... señorita!

—Señora.

Caravana de cortesano.

—Si no le molesto......

—De ningún modo.

—Díga usted...... ¿estamos cerca de la próxima estación?

—A ella llegamos.

—Es verdad.

Calló un instante.

—En ese lugar debo recibir un bulto, una petaquilla.... ¿tuviera usted la bondad de recogerla en la plataforma?

—Con mil amores.

—Allí veo al sirviente que la trae.

Salí, y un hombre de sospechoso talante me entregó una cesta de junco americano.

Aquella petaca, para sus dimensiones, pesaba quizá demasiado.

Además, noté al tomarla un ligero estremecimiento interior.

Sosteniéndola con precaución me acerqué á la dama, y al colocarla á su lado volví á sentir en la mano la secreta agitación, á la vez que escuchaba un lamento débil como un vagido.

Entonces lo comprendí todo.

Cual otro Moisés, en la cesta estaba un niño.

Aparenté ignorar mi descubrimiento, y la prójima, completamente engañada, me tendió con expansión las manos:

—Gracias, señor, tantas gracias!

He olvidado lo que respondí.

Aquel incidente tan insignificante revolvía mi imaginación, de suyo aficionada á forjar tragedias de las cosas más vulgares.

Atravesábamos un gran tajo practicado en la vertiente de escarpada y rocallosa montaña; á lo lejos veíase, en el repecho de árida eminencia, cubierta de sombríos pinares, un agujero obscuro y redondo, como la guarida de una fiera.

La misteriosa que con febril atención observaba el camino, al distinguir aquella mancha negra entre las amarillentas rocas, me preguntó indiferentemente:

—Es aquello un túnel?

—Sí señora.

—Es muy largo?

—Se atraviésa en un minuto...... algo más.

—¿Y es muy obscuro?

—Como la noche.

—¡Ah!

Intentó abrir la ventana.

Adelanteme á sus deseos con la abrumadora solicitud del hombre que quiere agradar á una bella.

—Gracias, dijo de una manera nerviosa.

Entró una bocanada de aire fresco, que revolvió atrevido los búcles de sus cabellos.

Tomó el cesto con presteza y lo colocó cuidadosamente en su regazo.

En ese momento el ferrocarril taladraba el túnel como una serpiente que se introduce en su nido.

Volví hacia atrás la cabeza, y ella, creyéndome distraído, levantó la tapa de la famosa petaca y besó con furor la rubia cabeza de un niño que sonreía entre pañales exquisitos.

Llegamos á la mitad del túnel.

....

Oí un lamento del pequeño....... y....... ¡luego!......... el ruido extraño que producía su cuerpecillo al estrellarse en la piedras del terraplén.

....

El estupor sumergió mi inteligencia en las atonías del idiotismo, poblóse mi mente de macabras visiones, y como en una vasija se mueven los infusorios del vinagre, así hormigueaban en las celdillas de mi craneo muchos pensamientos criminales.........

Sentí que de lo más oculto de mi sér surgía una rebelión inmensa, que la cólera, el perdurable dragón, se retorcía en mis entrañas arrojando espumarajos de rabia, oí el grito de la inocencia, que pedía venganza, y sin saber por qué, mis manos se crisparon, ansiosas de estrangular un cuello de alabastro......

....

Llegó la luz violentamente.

Busqué el cesto.

¡Había desaparecido!

El horrendo drama, no fué un parto de mi enferma imaginación, era verdad...... la delincuente estaba allí.... el cuerpo del delito asperjaba en sangre la tierra del camino!

¡Delatarla!

Para qué?

Aquel espíritu ensombrecido en la maldad, no podría llorar las glorificantes lágrimas del sufrimiento.

Hay corazones de acero, que nunca combustionan las afecciones del alma, por que están forjados por Satán en las fraguas del Averno...... ....

....

Miré á la viajera, y sonreía con su gracia de duquesa observando un fértil valle entre cuyas arboledas se deslizaba el tren.

—Hermoso paisaje, me dijo.

—Muy bello, en verdad.

Media hora de silencio, sólo interrumpido por el ruido de los carros al rodar sobre las férreas paralelas.

Al llegar al término del viaje, incliméme hacia mi compañera haciendo un saludo, al que ella no contestó; creyendo entonces que no me había visto, repetí mi ceremonia.

La misma indiferencia.

Acerquéme un poco para decirle algo, y ví sus ojos fijos y vidriados.

Se había desmayado.

Ciro B. Ceballos.

Agosto de 1896.

EPITAFIO

Es página del libro de la muerte
esta losa sombría!.......
¿Qué escribirán los huérfanos en ella?
Un poema inmortal—¡Ay madre mía!—...

Agosto de 1896. José M. Bustillos.

ARRIBA un derroche de terciopelo azul.

Abajo toda la gama del verde, un verde vicoso que va desde el acero de los sauces «acribillados por el sol,» hasta el matiz negruzco de la arboleda que recorta la lejanía indecisa.

Los magueyes cenicientos, combando sus triangulares pencas dentadas, antójansele á la fantasía ultra-caprichosa del poeta, coronas de melenudos reyes colosos, regadas en el campo después de una vieja lucha épica, y los arados rotos que aquí y ahí yacen atravesados en los surcos, fémures de trogloditas, exhumados por el tiempo.

El Ajusco dibuja, allá lejos, su cresta caprichosa, en el fondo tímidamente azul del cielo; rey es y señor de la serranía que, rompiéndose á intervalos, deja que la mirada se aventure por extensas zonas del plan redondeado por el horizonte.

El convento de Churubusco yergue sus muros veteranos que el Cuarenta y siete asperjó de plomo, en medio del paisaje: aquí la torrecilla «con su caperuza roja,» ahí la bóveda con su birrete leproso; patios en ruinas, que limitan portales obscuros, estancias manchadas á trechos de azulejos: mosaicos rudimentarios en que árboles oblongos, muestran constelaciones informes de frutos; corrillos sombríos con estrechas ventanas de palomar y desgarbadas puertas en cuyos dinteles hay sentencias bíblicas; escaleras semiderruidas, con amplios descansos y en los lienzos que los limitan, grandes cuadros murales donde lo vago y apagado de las tintas acrece lo macabro de los rostros perfilados de ascetas que oran ó agonizan, hacen milagros ó se transfiguran.

Muchas parásitas en los patios, entre las lajas húmedas, y rompiendo la uniformidad melancólica de su verde enfermizo, maravillas de oro, margaritas silvestres y flores de calabaza.

La esquila voltejéa, tintineando. Ha soltado la lengua, porque es día de fiesta, la buena comadre emparedada; y ahoga con su estruendo la batahola de los gorriones plebeyos que campan por sus respetos en los techos clareados.

En la vereda culebreante que conduce al convento, hormiguean los fieles que van á misa: muchas aldeanas endomingadas, haciendo crugir su rebozo de bolita tramado, que huele á hilaza cruda.

***

Mosqueta ha improvisado un caballete con ayuda de un armatoste viejo, en un patio: el más enmalezado y quieto.

Desde el sitio escogido, se columbra una ala de la planta alta del edificio, una sección de dombo y un flanco de torre; después...... mucho azul.

El sargento que cuida del hospital anexo al convento y que, olvidado de las leyes de Reforma, duerme ahí, bajo el mismo techo que el padre cura; un dieguino pequeñín, perennemente risueño bajo la escarcha de sus cabellos; el sargento, alto, atezado, maduro, de bonachones ojos bovinos, tiene los pinceles de Mosqueta, la artista casi impuber, de tez de un moreno leve, ojos de obsidiana y flexibilidades infinitamente harmónicas.

Ella es la sola nota juvenil y lozana en el ambiente impregnado de un ascetismo arcaico y melancólico del recinto...... Oh, sí! en el ambiente impregnado de un ascetismo arcaico y melancólico del recinto, ella es la sola nota juvenil y lozana.........

No lejos, el maestro, un acuarelista italiano de oscuras pupilas soñadoras y ensortijada cabellera romántica cuyo castaño umbrío rompen algunas hebras blancas, sigue con la mirada el camino del pincel travieso que ora deja un toque de luz sobre un fondo cromo, ora delinea una cornisa, ora deslíe un azul demasiado vivo ó pone la mancha negra de una ventana sobre la zona blanca y granujienta del papel.

La mano de falanjes prolongadas—mano patricia!—de la artista, camina segura. El paisaje se desprende, con encantadora indecisión á las veces, á las veces neto y preciso: el maestro hace un gesto de satisfacción y el sargento una mueca de ingenuo asombro.

Diría algo si el italino no estuviese ahí...... algo que le retoza dentro y que pugna por brotar á los gruesos labios etíopes.........

De pronto el maestro se aleja para estudiar una perspectiva. El sargento entonces estalla. Sus brazos subrayan la frase con movimiento de aspas de molino:

—Niña—dice, en tono que pretende ser confidencial—pos usté ha de dispensar, pero eso (y señala con énfasis el boceto)—eso...... nada tiene que pedirle *al Mister.*

El pincel echa á correr nerviosamente, á través del paisaje esquiciado.

¡Qué sargento este!

La frase ha caido en gracia á la artista, cuya garganta deja oír el leve campanilleo de plata de una risa á la sordina.

El mister sigue estudiando su perspectiva: *troppo bella! troppo bella!*

Y en rededor, en el claro-obscuro de los portales, las sombras de los buenos frailes pensativos, sonríen.........

AMADO NERVO.

Agosto de 96.

ASONANCIAS.

Hay algún episodio de mi vida,
Episodio infeliz, naturalmente,
Que en su admirable sencillez ostenta
La sencillez siniestra de la muerte;
Es una triste historia. ¡Oh, sí, bien triste!
Y es vulgar: un cariño que se muere,
Una hoguera soñada que no arde,
Un lirio enfermo á quien mató la nieve.
....
«Pensando en tí, mis ojos han mirado
«El semblante huesoso de la muerte,
«Su descarnada boca se reía
«Con risa inmóvil. Instintivamente
«He mirado la vida y he sentido
«Un extraño terror: la ví perderse
«En la noche sin fin, mientras reía
«La descarnada boca de la muerte.»
....
Al escuchar tal cosa, la agonía
Se ocultó en las arrugas de mi frente,
—Y no ha salido aún.—Sentí la angustia
Desgarrándome el alma con los dientes,
Y como si la mano de un cadaver
Tenaz á mi garganta se adhiriese
En un supremo esfuerzo. Ella decía
Con voz vivificada por la fiebre:
«Tú vas á prometerme que, si acaso
«La muerte me acaricia, serás fuerte
«Y sabrás conservar, con mi recuerdo
«Tu vida de dolor, para quererme
«Como me quieres hoy, cuando la tierra
«Humedecida por tu llanto, enjendre
«Floraciones salvajes con los jugos
«Que hayan brotado de mi cuerpo inerte»
......¿Y después? Una antorcha que se apaga,
Un lirio muy enfermo que se muere,
Una luz que se va, y en las pupilas
Deja un asombro intenso.... para siempre....
....
....
¿Lo recuerdas, mi virgen? Desde entonces
Tu cuerpo está dormido; pero vienes
Para inyectarme con tus besos muertos
Ese extraño calor que me sostiene
En mi lenta agonía. Yo sé que llegas
Cabalgando en los hilos transparentes
De los rayos de luna, á levantarme
Cuando mi alma decae y desfallece.
Sé también que me quieres todavía,
Que son míos tus ensueños, como siempre,
Y que me esperas, para amarme mucho
En el tálamo inmenso de la muerte.
Y.... ya lo ves, el tiempo, el insaciable
Devorador de vidas, el que extiende
Los licores opacos del olvido
En los tristes recuerdos transparentes,
No ha podido, en su esfuerzo continuado
Enturbiar tu memoria; inútilmente
Se empeña en alejarte, y ni un detalle
De tu recuerdo inmaculado mueve.
Los días de mi existencia solitaria
Al ir huyendo, en rápidos tropeles,
Dejan en las arrugas de mi rostro
La huella de sus dedos; pero siempre,
Hoy, como ayer, mis ojos te acarician,
Y las últimas lágrimas que tienen
Evaporan en torno de tu imagen
Como una ofrenda póstuma y perenne.
Mi religión es tu inmortal cariño;
Sagrada religión que me promete
Entregarte á mi loca idolatría
En el tálamo inmenso de la muerte.
....
Ya pronto, virgen mía, nos veremos;
Mi corazón, cansado, se extremece
Cuando pienso que pronto serás mía,
¡Completamente mía.... y para siempre!

ANTENOR LESCANO.

Agosto de 1896.

¡SIEMPRE!

A través del abismo y de la cima,
A pesar de la cima y del abismo,
Me persigue tu imágen tentadora
Como un bello espejismo,

Yo quisiera olvidarte...... y no...... no puedo......,
No puedo ahogar deseos ni visiones,
¡No vive quien mató dentro del alma
Ensueños é ilusiones!

Y soy para tu amor ¡dicha imposible,
y son tuyas fé y alma......... ¡desdichadas!
y amo tus ojos, seductores ojos,
Aunque sean para otro tus miradas!

Perdóname...... no me odies...... se elocuente
Para quien se contenta con tu alianza......
¡Quiero poder leer en tus pupilas
¡Que existe la esperanza!

E. MAQUEO CASTELLANOS.

Agosto de 1896.

FACHADA DEL ESTABLECIMIENTO.

MEXICO INDUSTRIAL.

Hoy que estamos ciertos de que El Mundo circula bastante fuera de nuestro país, nos proponemos publicar en algunos números, vistas de las principales casas industriales de la República, para ayudar en lo posible á que los extranjeros tengan cabal concepto de nuestro estado de progreso. Creemos que esta es obligación de todo periódico mexicano, que tenga la oportunidad de ser leído fuera de México. Comenzamos, dando á conocer una de las más antiguas imprentas.

Es esta la casa de los Señores Francisco Diaz de León Sucesores, la cual fué fundada hace 39 años, habiéndose establecido en 1892 la Sociedad Anónima que hoy la posee.

Los talleres de la Sociedad Anónima Francisco Diaz de León Sucesores se encuentran establecidos en la esquina de las calles de San Juan de Letrán y Rebeldes, y están en su totalidad formados, movidos y dispuestos con elementos, capitales y energías exclusivamente nacionales.

Con el fin de fomentar esa Sociedad Anónima, el Sr. Díaz de León aumentó sus máquinas, que ya de por sí eran abundantes y formó así magníficos talleres, cuyas fotografías ilustran estas notas.

Podemos mencionar entre dichas labores, las siguientes: todo género de impresiones tipográficas y litográficas, encuadernación, rayados, ilustraciones y cromos.

DEPARTAMENTO DE CAJAS.

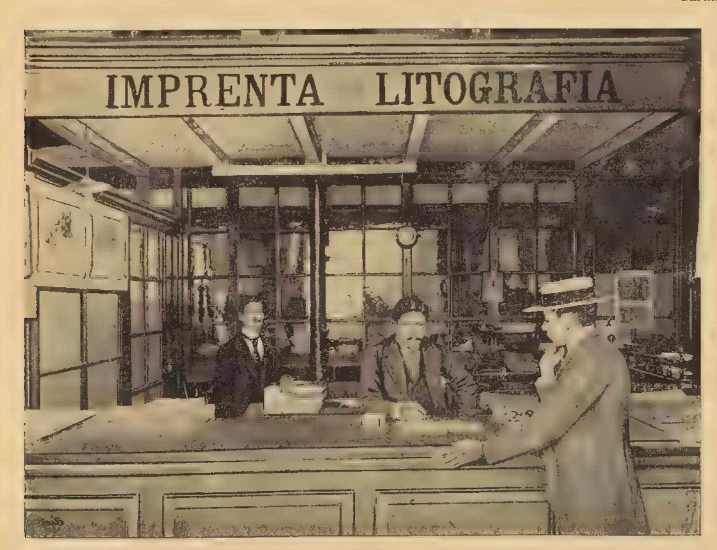
Los talleres están divididos hábilmente en grupos que regentean hombres entendidos.

Cuatro años lleva ya de establecida esta Sociedad, y no obstante que los negocios en general han atravesado por crísis penosas, que exigen actividades sumas para contrarrestarse la laboriosidad, honradez é inteligencia de los socios que tienen la gerencia del establecimiento, unidas al favor del público, han logrado que el crédito de la negociación aumente cada dia más y más y que por ende, los beneficios logrados cada año, permitan la repartición de un dividendo regular á los accionistas.

Creemos que esta casa y otras del mismo género que se han fundado en la República, y que merced á su laboriosidad y empeño han logrado perfeccionar sus trabajos, bastarían ya para satisfacer ventajosamente todos los pedidos nacionales, con ventaja positiva en el costo, sobre los que se hacen en el extranjero.

La casa Díaz de León Sucesor, en su prolongada práctica, ha merecido ya muchos elogios de impresores de nota del extranjero, pudiéndose mencionar entre ellos á los señores J. Johnson de Filadelfia y á notables impresores de Alemania y Francia. Además, en varias exposiciones nacionales y extranjeras han obtenido los trabajos de la cuestionada casa, menciones honoríficas y medallas de oro, plata y bronce.

De los talleres y oficinas del establecimiento han salido empleados hábiles muy solicitados, que han llevado á



DESPACHO.

UNA PIANISTA EMINENTE.

En vida acaba de recibir grandes honores, la artista eminente lady Hallé, viuda del gran pianista sir Carlos Hallé, cuya pérdida lamentaron no hace mucho tiempo los entusiastas partidarios de la música selecta en la Gran Bretaña. Como Clara Schumann, fué lady Hallé amantísima compañera y colaboradora de su marido, y con él recorrió muchos países para compartir los ruidosos triunfos que obtuvieron. Como Clara Schumann, ha llegado lady Hallé á ser una respetable veterana en el arte; y ahora, al cumplir los cincuenta años de su ingreso en la carrera musical, al llegar el momento de sus bodas de oro con el pentagrama, la aristocracia inglesa ha hecho un elocuente alarde de admiración y respeto hacia ella. En breves días se recogió por subscripción una suma de ocho mil duros. Sus admiradores, reunidos en Marlborough-House, bajo la presidencia del Príncipe de Gales, la enviaron con una delicada misiva, un cofrecillo de oro cincelado y guarnecido de turquesas, que encerraba un cheque de 2,500 duros y el título de propiedad de una finca, hotel y jardines que han adquirido para ella en Treviso, en la Italia del Norte. Así obsequia la aristocracia del buen gusto y de la inteligencia á las compañeras de los grandes artistas, á las artistas inspiradas, de limpia y honesta vida y de envidiable fama, á las que en otros tiempos ha debido la complacencia de saborear las incomparables delicias de la música exquisita. Así se honra á sí misma la sociedad culta, no consintiendo que los artistas, al llegar al periodo triste de la vejez, en que todo es soledad y penuria, vivan y mueran olvidados y sin el decoroso amparo que, por el recuerdo de sus excepcionales cualidades, merecen.

SALÓN DE PRENSAS Y ENCUADERNACIÓN.

muchas partes de la República no despreciable contingente para el adelanto tipográfico.

Para concluir, daremos los nombres de las personas que forman el Consejo de Administración de la Sociedad y de sus principales empleados:

Presidente y primer vocal, Sr. Gabriel Rodríguez y Cosío.

Segundo vocal, Sr. Pedro J. Peniche.

Tercer vocal, Sr. José S. Ponce de León.

Comisario, Sr. Juan Aguilar Vera.

Director de la tipografía y encargado, Sr. Ignacio Guerrero, á quien por su inteligencia y laboriosidad, se debe en gran parte el rápido progreso del establecimiento.

Director de la litografía, Sr. H. Iriarte.

La casa Díaz de León Sucesores es un testimonio más de lo que puede obtener la perseverancia en el trabajo y constituye un modelo que debe imitarse.

Su Majestad el Periodista.

(FRAGMENTO)

Hay un artículo de Alejandro Dumás (hijo) que es una obra maestra de inteción y de agudeza: el periodista pinta á maravilla los decaimientos y las tristezas y combates de ese pobre sér, sujeto á los caprichos de un tirano que tiene cien cabezas y cien bocas, y cuya tornadiza admiración gira tan rápidamente como las ruletas. Nada le pertenece, nada es suyo: el público le paga para saber los pormenores de su vida, las intimidades de su pensamiento.

Y es preciso que todas las mañanas, como todas las noches, el actor entretenga al público, le haga reír ó llorar, según lo pide la situación, aun cuando el desaliento le entumezca ó la tristeza anuble su cerebro.

Es preciso que, consecuente con su papel, dogmatice en el gran editorial ó culebree en la traviesa gacetilla; el cajista le aguarda, los prensistas esperan, las letras de plomo le llaman desde sus celdillas, y el lector exige el pan de la curiosidad y la bebida del escándalo. Es la bestia que gira eternamente en el arrastre ó en la noria. Cuando está vieja, enferma ó fatigada, la dejan perecer en un rincón.

No hay suplicio ninguno comparable al que padece el periodista. El carpintero, el sastre ó el pintor, pueden conformarse con conocer principios y reglas de su arte; pero el periodista tiene que ser no solamente el *homo duplex* de que habla el latino, sino el hombre que, como los dioses del Walahlha, pueden partirse en mil pedazos y quedar enteros. Ayer fué economista, hoy es teólogo, mañana será hebraizante ó tahonero. Es necesario que sepa como se hace el buen pan, y cuáles son las leyes de la evolución; no hay ciencia que no esté obligado á conocer, ni arte cuyos secretos deban ser ignorados por su entendimiento.

La misma pluma con que anoche dibujó la crónica del baile ó del teatro, le servirá para trazar ahora un artículo sobre ferrocarriles ó sobre bancos. Y todo esto sin que la premura del tiempo le permita abrir un libro ó consultar un diccionario: ¡al coche! ¡al coche! los pasajeros se atropellan, las maletas se abren ó se caen, los brazos se desnudan, el silbato suena y el tren parte sin aguardar ni una hora, ni un minuto.

¿Quién posee la ciencia enciclopédica bastante para ser un perfecto periodista? En Europa, el trabajo intelectual se distribuyó conforme á las aptitudes y saber de cada uno. Este diserta sobre la política, ese examina las cuestiones económicas, aquel juzga las obras literarias. Ninguno invade los dominios de otro, cada cual tiene sus posesiones perfectamente deslindadas, y es filósofo, ó crítico, ó político, ó financiero, ó estratégico, ó jurisconsulto, ó médico, ó poeta. Entre nosotros no sucede así: el periodista es uno y es diez mil. Es preciso que resuelva la crísis económica y que tenga recetas para sanar los catarros; que anuncie si lloverá al siguiente día y que indique los medios oportunos para combatir la filoxera. Esta pasmosa ciencia enciclopédica fué posible en los felices tiempos de Pico de la Mirandola. Á medida que las ciencia se han ido desarrollando y extendiendo, se han hecho imposibles esas grandes generalizaciones. Estamos en la época de los especialistas. Sólo el periodista tiene por fuerza que conocer, siquiera superficialmente, la escala toda de los conocimientos humanos. Sólo él tiene que ser músico y poeta, arquitecto y arqueólogo, pintor y médico.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

DEPARTAMENTO DE LITOGRAFIA.

LA MUJER.

La mujer que no ha sido educada solamente para ser un adorno ó un objeto de lujo, la mujer que ha sido suficientemente instruida para convertirse en la compañera útil, y en caso dado, la colaboradora del marido, que ha desarrollado su inteligencia por medio de una educación sólida; que ha sabido atraer á sí amigos, por el encanto de su espíritu y por la delicadeza de su corazón; que ha sabido componer un salón, del cual es la verdadera soberana; la mujer, que ha sabido ser el primer médico y la primera institutriz de su hijo, que ha sabido dirigir ese gran ministerio que se llama el hogar doméstico y representar ese papel tan complejo de esposa, de madre y de mujer de mundo, esa es la mujer que afirma su verdadera superioridad, es la que nos dará mujeres que lo sean verdaderamente, ejerciendo una autoridad sólida y durable, y adquiriendo de nuevo en la sociedad una influencia que casi habían perdido.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 30 DE AGOSTO DE 1896. — NUMERO 9

Romeo y Julieta.

De la colección de grupos del Lic. Requena, premiada con medalla de oro en el concurso fotográfico de "EL MUNDO"

[Grabado en los talleres de "EL MUNDO."]

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá. The Spanis American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas Editoriales.

Los amigos y los puestos públicos.

Es un gastado tema el de acusar á los gobiernos de favorecer á los *amigos* llevándolos á los puestos públicos. Sobre esta materia se ha derramado mucha tinta y se seguirá derramando, probablemente.

No hace todavía un año que el *Mundo* recogía el editorial de un colega, en el que se hacía uso de razonamientos parecidos á los que hoy se abandona otro diario de la Capital. ¿Por qué la administración aprovecha los *elementos amigos* en los puestos públicos? Y ahora como entonces, contesta el *Mundo* á este reproche dirijido, no á este gobierno, sino á los gobiernos de todas las naciones del orbe: Porque "jamás hemos visto una administración que permanezca en el poder sin una mayoría de *amigos* en los puestos públicos: en el parlamento, en las oficinas, en en las cátedras.—Se recurre á los amigos, porque estos se encuentran interesados en sostener al gobierno, y la *primera necesidad de todo gobierno es subsistir.*"... ..

¿A quienes, pues, se llevaría á los puestos públicos? hemos preguntado. ¿A los *enemigos*? ¿A aquellos á quienes convendría minar y destruir la obra administrativa? ¿Qué partido político, que gobierno procede de esta suerte? volvemos á interrogar.

Pero se nos cita el ejemplo de los Estados Unidos. En la República del Norte, se nos dice, "en donde el *pueblo* desempeña un papel activo en la política, en donde la *voluntad popular* se poyecta eficazmente sobre las decisiones del Gobierno, y en donde éste es emanación efectiva de aquella, el *favoritismo no puede medrar y los intereses públicos y el bien procomunal son el objetivo de todo acto gubernamental.*"

¡Parece mentira que se escriban semejantes inexactitudes! ¿Que en los Estados Unidos no medra el *favoritismo* y que los gobiernos se inspiran en el bien procomunal? ¿Pues qué otra cosa es el programa adoptado por los partidarios de Mac Kinley, destinado, precisamente, á *favorecer* á los grandes señores feudales de la industria americana.? *Favoritismo* que pocas naciones podrán exhibirlo á tal grado.

Conocido es el *pueblo* que toma parte en la contienda política de la Unión. Ya se sabe cómo luchan los partidos americanos.—No, no es cierto que el *pueblo* sea el que cubra, en los Estados Unidos, los puestos públicos. Allí, como en todas partes del mundo, los gobiernos son los que acuden á cubrir estos puestos entre los suyos, que necesariamente tienen que ser sus *amigos*. Y tal ensanche se da en la nación vecina á esta facultad, que aun cargos pertenecientes á una función administrativa son otorgados á individuos afiliados en el partido triunfante. ¡Hasta los porteros de los ministerios remudan la facción demócrata cuando sucede á la republicana!—Y precisamente esta renovación en el personal de la política es la gran razón que presentan los demócratas *pur sang*, que quieren que todos los ciudadanos vayan interviniendo por turno en la cosa pública. He aquí lo que pasa en este planeta. Cuando la comunicación con Marte permita adquirir datos acerca de lo que ocurre en aquel astro, tal vez los refractarios de la política positiva tengan base más sólida en que apoyar sus palabras Entre tanto, bueno es referirnos á lo que ocurre en la Tierra.

En estado de guerra permanente.

Un estimable colega—el defensor más constante de una política anti-americana—acaba de publicar un artículo, recordando al *Mexican Herald* las víctimas de México en nuestra lucha de hace cerca de medio siglo contra los Estados Unidos del Norte.

Permítanos nuestro cofrade que le digamos que las naciones modernas no conservan esos viejos odios, y que ya se han dado al olvido aquellos arraigados antagonismos. Esas hogueras se han extinguido y de ellas sólo resta un puñado de cenizas que un gran hábito de solidaridad—dentro de las modernas necesidades sociales—se ha encargado de dispersar.

Recientemente hemos visto que una escuadra francesa toca á un puerto de España, y los habitantes, sin acordarse de que aquellos hombres pertenecen á la raza de los invasores de 1802, organizan brillantes festividades, el recibimiento raya en los límites de lo frenético, y los adversarios de antaño se confunden en un fuerte y fraternal abrazo. Ningún periodista estampó en la prensa los nombres de Daoiz y Velarde, que habrían aparecido como la leyenda del festín bíblico en el banquete de la Coruña.

Además, para ser consecuente el colega con el principio de reavivar esos rencores pasados con los nombres de víctimas causadas por los países con quienes ha luchado la República, sería indispensable que al lado de las originadas por la guerra del 47, pusiera las causadas por España en la época de la Independencia y las que Francia causó al país durante la intervención.

Y de este modo, México se vería obligado á sostener su odio contra estas naciones, viviendo en un estado de guerra permanente, de paroxismo iracundo, de ira perdurable que se sucedería de generación en generación como un legado siniestro.

Afortunadamente para la humanidad, esa actitud implacable no se sostiene, y el tiempo, ese bálsamo de todos los dolores, se encarga de serenar los espíritus, de aquietar los ánimos, de encauzar las conciencias por senderos menos tortuosos.

Es preciso ser más serenos en el ejercicio de nuestra conducta social si deseamos tener un puesto distinguido en la escala de la vida civilizada.

Política positiva.

—Todo hombre político tiene dos reputaciones.

—Cesad de ser el esclavo de un partido, y os convertiréis en el desertor.

—Entre adversarios políticos, de la previsión se hace á menudo un crímen.

—La verdadera habilidad, es el cumplimiento del deber.

—El periódico es la escuela de la ambición; la historia es la escuela de la política.

JULIO SIMÓN.

Política general.

RESUMEN—España y la Guerra de Cuba.—Dificultades financieras.—Serios temores en lo porvenir.—Qué debe hacer el gobierno de la Metropoli.—Nuestros deseos.

¡Con cuánta pena habremos de consignar que la revolución cubana, después de diez y ocho meses de fiera lucha que ha ensangrentado la tierra antillana y convertido en yermos los hermosos vergeles indianos, sigue en la misma triste situación á que nos referíamos en anteriores crónicas! Como si fueran estereotipadas las noticias que recibe la prensa diaria, como si fueran *clichés* á los que se cambia la fecha y la leyenda, sólo se ven repeticiones lamentables de lo que se decía cuando el General Weyler tomó el mando de los reales ejércitos que operan en Cuba.

El gobierno colonial, más ó menos detenido en sus operaciones por virtud de la estación lluviosa que impide los grandes movimientos estratégicos, no ha podido encontrar ocasión de destruír en batalla campal las fuerzas insurrectas que operan en toda la extensión del territorio, ni menos impedir que los patriotas separatistas reciban á la continua cuantiosos auxilios en armas, municiones de guerra y soldados, procedentes de las costas americanas, donde los laborantes y simpatizadores de la causa de la independencia trabajan sin cesar, para proveer con inagotable munificencia á los que en la manigua defienden con tesón la enseña de la «Estrella Solitaria.»

Cierto es que diariamente se publican noticias de derrotas parciales de los insurrectos; que á la muerte de José Maceo, hermano del segundo en jefe del Ejército insurrecto, ha seguido la de Zayas, otro de los principales en las filas separatistas, y que si hubiéramos de sumar las cifras de muertos enemigos, según los partes de batalla rendidos por oficiales españoles, resultaría una cifra fabulosa; es verdad que Antonio Maceo está limitado á la provincia de Pinar del Río, detenido por la *trocha*, y que ni Máximo Gómez ni Calixto García, que operan en las provincias de Oriente están en posibilidad de darle auxilio y efectuar nueva concentración, como pudieron hacerlo con pasmosa celeridad y concertados movimientos á fines del pasado año; hay que confesar también que no han logrado todavía los que sueñan con la República Cubana tomar posesión de alguna ciudad ó puerto de importancia y perseguidos sin descanso ó acechados por los regimientos castellanos no se dan ellos tampoco, un momento de reposo. Pero la insurrección está en pié: las energías desplegadas por sus corifeos cobran á cada momento nuevos bríos y el comercio paralizado, las fuentes de riqueza segadas, la agricultura falta de brazos, los ingenios, las haciendas convertidas en montones de humeantes pavesas, tienen á la infeliz Antilla en lamentable estado, y dejan á España falta de los elementos pecuniarios que la Isla revuelta debía proporcionar para los gastos de la campaña.

Y en tanto que la revolución aparece más difícil de domeñar y que los recursos propios y extraños llegan en inexhaustos raudales á poder de los fautores de la independencia cubana, la madre patria se agota y fatiga en desesperados esfuerzos; ve perecer en los campos, al filo de los machetes insurrectos, la flor de sus hijos queridos, ó los mira volver á sus hogares enémicos y enfermizos, á causa del mortífero clima de la pantanosa manigua y la abrasada costa; mira con dolor que aquel patriotismo cuasi espartano que despedía á los primeros batallones en las costas peninsulares, al embarcarse para la *siempre fiel*, entre aclamaciones de entusiasmo y cánticos triunfales, se ha convertido alguna vez en sentimiento hostil, y hasta se ha necesitado de la intervención de la fuerza armada, para evitar ó sofocar las abiertas protestas y las mal comprimidas quejas de aquellos mismos que ayer nada más eran voz de aliento y prenda de esperanza á los bisoños soldados.

Pero hay más todavía, hay algo obscuro y fatídico que ensombrece con tintes tenebrosos el horizonte político de España, y hace que aun los que siempre hemos confiado en la poderosa vitalidad y patriótica energía del pueblo español abriguemos serios temores para lo porvenir. Se trata de la situación angustiosa de las finanzas españolas.

No en vano un tesoro que en poquísimas y contadas ocasiones ha llegado á equilibrar sus gastos y á suprimir siquiera en el papel sus *déficit* tradicionales, se ve obligado á cubrir el presupuesto extraordinario de una campaña costosa; no en vano un erario al que se priva de una de sus rentas más pingües se ve precisado á atender á gastos no previstos que vacían las cajas: el resultado ha sido el que por natural y preciso orden de las cosas debía de sobrevenir.

Limitados los recursos que la producción proporciona á las reales arcas, por virtud del estado de guerra; casi agotado el manantial que en la revuelta Antilla daba no escasa renta á la metrópoli; recargado el ordinario presupuesto con la suma de más de treinta millones de pesetas, que exige el sostenimiento de las fuerzas de mar y tierra que operan en Cuba; cercenadas ultra-económicamente las partidas de los gastos comunes, no adscritas á los Ministerios de la Guerra y de las Colonias, el gobierno que preside el Sr. Cánovas se ha visto impulsado, para allegar nuevos recursos, á celebrar contratos onerosos, que salvan por de pronto la angustiada situación.

El Banco de España, sopena de tocar á las puertas de la bancarrota, no podía ni puede ayudar al Gobierno, disminuyendo sus existencias en metálico y aumentando locamente su circulación fiduciaria; los establecimientos de crédito extranjeros, validos de la situación, han exigido garantías fabulosas, y como quiera que el elemento oficial, ha reusado constantemente tratar con los insurrectos mientras se hallen en estado de guerra, se ha visto obligado á empeñar sus más cuantiosas rentas, las del tabaco y de las minas de Almadén, para tener un momento de respiro.

Débil, estéril é infructuoso sacrificio, porque los pocos millones que proporcionara la casa de Rostchild, pronto desaparecerán en ese tonel de las Danaides, que se llama la guerra de Cuba.

Lo que hace, pues, penosa la situación de la madre España, no es la insurrección que acaba de estallar en Filipinas, á lo que se dice, por artimañas de los japoneses, esos anglosajones del Extremo Oriente; no es la posibilidad de una guerra con los Estados Unidos, desastrosa y ocasionada á eventos espantosos imposibles de preveer; no es el carlismo, que se despereza y sacude su melena de cirios é incensarios, que á las veces se convierten en cañones y fusiles; ni la República que se agita y espía la ocasión para derrocar la monarquía secular: nada de eso, con ser tan grave, nos preocupa y llena de temores para lo porvenir. Es la dificultad de conseguir dinero para todas las necesidades presentes y las emergencias posibles futuras lo que tiene que producir meditaciones muy serias en los encargados de velar por la vida y el bienestar de la hidalga nación española.

El porvenir del país está en sus manos; estudie y analice sin pasión ni prejuicios el señor Cánovas del Castillo la situación porque atraviesa la tierra gloriosa de Recaredo y S. Fernando, y vea si es posible, aun sacrificando un poco de la negra honrilla, tratar con los parciales de Máximo Gómez y Antonio Maceo, antes que por falta del vil metal, peligre la integridad del reino y hasta las seguridades de la dinastía.

Bien sabe él que puede contar con el nunca desmentido patriotismo del pueblo, capaz de los más heroicos é inauditos sacrificios.

Antes que continuar en esa lucha tenaz que se prolonga indefinidamente, que el pueblo declare, por medio de sus legítimos representantes, si está como el gobierno decidido á gastar la última peseta y mandar el último soldado á defender el patrio suelo en los campos de Cuba.

Hace tiempo que lo venimos repitiendo: es necesario dar autonomía real y efectiva á la revuelta Colonia ¡Ojalá sea tiempo todavía!

X. X. X.

28 de agosto de 1896.

Resultado de nuestro concurso Musical.

México, Agosto 27 de 1896.— Señor Director de EL MUNDO.—Presente.—Muy Señor nuestro:

Comisionados como tuvimos el gusto de serlo por Ud. para designar la partitura acreedora al premio en el segundo concurso musical convocado por el semanario que dirige, hemos examinado detenidamente las cuatro partituras escritas sobre el libreto titulado «Sobre el Océano» y acordamos adjudicar el mencionado premio al autor que firma *****T. entendiendo que es la obra que está mejor escrita de las que revisamos aunque, como es natural, no sea una obra perfecta.

Suplicamos á Vd. que en las columnas de su apreciable periódico envíe nuestra felicitación á los demás concurrentes, porque aun cuando hubo una obra superior á las de ellos son de tomarse en consideración, pues revelan muy buenas aptitudes y gran empeño en el trabajo.

Creemos haber cumplido con nuestro deber y damos á Vd. las gracias por la honrosa comisión para la cual se ha servido designarnos.

Sus afectísimos, atentos y SS. SS.—Gustavo de María Campos.—[*Rúbrica*].— —Antonio Cuyás. —[*Rúbrica*] Modesto Julián.—[*Rúbrica*].

Abierto el sobre correspondiente, se halló que la firma ***** *T*, amparaba el nombre del Sr. D. Francisco de P. Lemus de Morelia, quien tiene á su disposición el premio á que se hizo acreedor, en nuestras oficinas.

Participamos á nuestros lectores que la semana próxima sabremos el resultado del 3º y último concurso.

JESUS ARECHIGA.

NUESTROS GRABADOS

Orquesta Típica Oaxaqueña.

Una de las particularidades mas señaladas en Oaxaca es el entusiasmo con que jóvenes y señoritas se dedican al estudio de la música, afición orgánica por decirlo así que se extiende hasta los pueblos más insignificantes.

Ni hay pueblo sin banda de música, ni señorita que no toque el piano discretamente cuando menos, y como es natural, dadas estas buenas disposiciones artísticas, fácilmente se organizan veladas y conciertos públicos, siempre con un fin benéfico, como el que tuvo lugar el Domingo 15 del corriente en el Teatro Juarez á beneficio de las conferencias de San Vicente de Paul.

A la demanda caritativa, acude presuroso el pueblo oaxaqueño y llena las localidades del Juarez, tanto más, si como en la noche á que nos referimos toma parte en el festival la diva Sra. Ochoa de Miranda y la Orquesta Típica que dirije la Srita. Mercedes Rey, inaugura sus trabajos públicamente.

Un completo éxito obtuvo el grupo de señoritas que componen la Orquesta Típica (cuyo grupo publicamos) y á quienes enviamos nuestros más cariñosos plácemes, por sus trabajos y caritativos sentimientos.

El teatro vióse tan concurrido, que el Ilmo. Sr. Guillow, hubo de ocupar un puesto en el palco de Sr. Gobernador del Estado.

Las Sritas. que forman la Orquesta Típica Oaxaqueña, son las siguientes:

Octavia Barrundia, Rosa Larrañaga, Dolores Romero, María Hinrichs, María Zorrilla, Rosa Gavito, María Gavito, Cármen Ruiz, Mercedes Gavito, Ana Hinrichs, María Soto Cavero, Isabel Rendón, Elvira Pardo, Rosario Butrón, Luz Hernández, Herlinda Perez Montaño, Miss Enriqueta N., Julia Sodi, Trinidad Cajiga, Luz Barrundia, Luz Rendón, Directora y Profesora, Mercedes Rey, Elena Sodi, María Hernández, María Soto Carrasquedo, Sara Sodi y Guadalupe Baigts.

MIGUEL AHUMADA

"Romeo y Julieta" y "El consentido de la Abuelita."

Los señores Jurados que se sirvieron dictaminar en el Concurso abierto por El Mundo, concedieren medalla de oro á la colección de grupos del Sr. Lic. Requena, la cual está expuesta en las oficinas de nuestro periódico. Supuesto este fallo, natural es que publiquemos algunos de los grupos, y tomamos dos escogidos al azar. *«Romeo y Julieta»* y *«El consentido de la Abuelita.»* El Sr. Requena no es un fotógrafo de profesión, es un *amateur*, y se ha dedicado al estudio de grupos infantiles.

En nuestros próximos números, daremos también á conocer algunas de las otras obras premiadas en nuestro Concurso.

Concurso fotográfico.

A la convocatoria que para el concurso fotográfico hizo El Mundo en Enero del corriente año, han respondido muchos artistas y *amateurs* de la República, contribuyendo así á que el éxito del certamen, superara á cuanto hubiéramos podido imaginarnos.

El importante ramo científico-industrial llamado á concurso, ha obtenido en el país el más alto grado de perfección, y prueba palpable de ello hemos tenido en las novecientas treinta y siete fotografías, que sobre diversos asuntos, remitieron á la junta artística, cincuenta y cuatro opositores, cuyas obras por la limpieza de ejecución y claridad de detalles, merecieron los más sinceros elogios del jurado.

Los Sres. Ingeniero Fernando Ferrari Pérez, Dr. Angel Gaviño Iglesias y diputado Francisco Palencia, personas competentísimas en asuntos fotográficos, fueron los designados para jueces del concurso.

Seis horas invirtieron en el examen de los trabajos sometidos á concurso y considerando que dado el mérito de muchos de ellos eran insuficientes los premios que en la convocatoria se señalaban, acordaron, obrando con entera libertad é independencia, y con el beneplácito de El Mundo, hacer la clasificación de obras y expositores dignos de premio, y que la suerte designara á quien debiera adjudicarse la respectiva medalla, otorgando á los demás concursantes clasificados en primer lugar, diploma que acredite el premio que obtuvieran por sus bien acabadas fotografías.

También en vista de la belleza y perfección de las pruebas presentadas, dispuso el Jurado acordar premios distintos para «Retratos y grupos,» considerados en un solo inciso en la convocatoria.

He aquí la decisión del jurado:

RETRATOS.

Primer premio.—Número 15. Sres. Torres hermanos, de México. Diploma.

Número 4. Sres. Méndez hermanos, de San Luis Potosí. Medalla de plata.

Número 16. Sr. F. Bustamante, de Puebla. Diploma.

Segundo premio.—Número 9. Sr. J. M. Aguilar de Zacatecas. Medalla de bronce.

Número 3. Sr. Ignacio Romero, de Campeche. Diploma.

Tercer premio.—Número 10. Sr. M. de la Flor, de San Juan Bautista Tabasco.

Número 13. Sres. S. Olmos, de Morelia.

GRUPOS.

Gran premio. Medalla de oro.—Número 17. Sr. Lic. José Luis Requena, de México.

Segundo premio.—Número 22. Sr. Eduardo Bernal, de Hermosillo, Sonora.

VISTAS Y MONUMENTOS.

Primer premio.—Número 28. Sr. Lic. A. Arroyo de Anda. Guadalajara. Medalla de plata.

Número 11. Sr. Lorenzo Becerril de Puebla. Diploma.

„ 3. „ Ignacio Romero, de Campeche. Diploma.

Segundo premio.—Número 8.—Sr. M. Romero Ibáñez, de Oaxaca. Medalla de bronce.

Número 2.—Sr. M. M. Aguilar, de Zacatecas. Diploma.

Tercer premio.—Número 1. Sr. Emilio Leal, de Guanajuato.

Número 7. Sr. J. P. Chávez, de México.

INTERIORES.

Primer premio.—Número 11. Sr. Lorenzo Becerril, de Puebla. Medalla de plata.

INSTANTANEAS.

Primer premio.—Medalla de plata. Número 6. Sr. Dr. F. L. Ortiz, de León.

Segundo premio.—Medalla de bronce. Número 14. Sr. C. H. Barriere, de Guadalajara.

Número 12. Sr. Dr. Armendáriz, de México.

CIENTÍFICAS.

Primer premio—Medalla de plata. Número 19. Sres. J. Labadié Sucs. por sus fotografías á través de cuerpos opacos.

Segundo premio.—Medalla de bronce. Número 12. Sr. Dr. Armendáriz por microfotografías.

Tercer premio.—Diploma. Número 8. Sr. M. Romero Ibáñez por microfotografías.

ESTEREOSCÓPICAS.

Segundo premio.—Número 50. Sr. C. Spino Barros, de México. Medalla de bronce.

Próximamente enviaremos á los agraciados los diplomas y medallas y daremos publicidad á muchas de las fotografías del concurso.

Galeria de Gobernantes.

El Mundo se propone publicar en sus páginas los retratos de los Gobernantes de la República, para que de este modo los coleccionadores de nuestro semanario tengan en sus tomos la série de personalidades que han intervenido en la política actual

Hoy damos los retratos de los Sres Aréchiga, Mercado y Ahumada, Gobernadores últimamente reelectos de los Estados de Zacatecas, Michoacán y Chihuahua, y ofrecemos completar la galería, á medida que se ofrezca la oportunidad de hacer las restantes presentaciones.

Libros recibidos.

«A. de R. Lysle, único método rápido racional, angloamericano para aprender el idioma inglés y el español, en tres meses sin maestro.» Todos los que en México se han dedicado al estudio del inglés, han tenido oportunidad de apreciar las ventajas de este método, que no vacilamos en recomendar á nuestros lectores.

Notas de la Semana.

Según anunciamos oportunamente, ayer, en el Tívoli del Elíseo, fuéle ofrecido al Sr. Ministro de Justicia, Lic. D. Joaquín Baranda, por numerosos de sus amigos y compañeros profesionales, un banquete, al cual concurrieron unos doscientos invitados. Notable fué la animación y el agrado que presidieron en este ágape, testimonio de las simpatías sinceras con que cuenta el Sr. Baranda; muchas copas se levantaron por su salud; el obsequiado habló en limpio y galano estilo, y le respondieron numerosos de sus amigos con votos cariñosos por su felicidad.

Los Sres. Mosler Bowen y Cook sucesores, agentes de las afamadas cajas de seguridad Mosler, se sirven participarnos que han trasladado el local de su importante negociación, de la 2ª del 5 de Mayo número 4, á la calle de la Alcaicería número 27.

Sépanlo los numerosos clientes de la mencionada casa.

ARISTEO MERCADO.

El sabado último, en la casa del Sr. D. Luciano Cobian, efectuóse una audición musical, de lo más ameno y variado que podía esperarse. La Sra. Guadalupe N. de Cobian, cantó algo de *Otello*, con notable maestría. El trío Pérez-Rivas obtuvo muchos triunfos. La Srita. Esther Mañón cantó con notable expresión algo de *Traviata*, y el Sr. Profesor D. Antonio Cuyás cautivó al auditorio, con algunas piezas magistralmente ejecutadas en piano y guitarra.

Fué aquella una encantadora *soirée* musical.

El consentido de la abuelita

De la colección de grupos del Lic. Requena, premiada con medalla de oro en el concurso fotográfico de "EL MUNDO."

[Grabado en los talleres de «EL MUNDO.]

¿QUIEN SERA EL FUTURO PAPA?

Nada hay más triste que el fin de nn reinado. Los cortesanos no solicitan ya los favores de un poder cuya duración no les inspira confianza, y por inexorable fatalidad de la naturaleza humana se prohibe á los ancianos hacerse nuevos amigos.

León XIII sufre la ley común. Los esplendores de un pontificado que ha sabido hacer glorioso á fuerza de genio político, no podrían ilusionarlo respecto á los presagios que se acumulan alrededor de él. Ha visto desaparecer uno á uno los fieles colaboradores que, para darle pruebas de una devoción personal exenta de todo cálculo y de toda previsión, no esperaron á que se instalase en el Vaticano.

El cardenal Laurenzi, que durante 32 años había sido su vicario general en Perusa; monseñor Rotelli, que había secundado con una inteligencia tan notable. los proyectos de la política pontificia en Francia y en Oriente; monseñor Boccalli, el confidente más íntimo y más seguro de los secretos del maestro, han sido heridos por la muerte en cortos intervalos: los peregrinos no son más que un recuerdo. Por último, el cardenal Joseph, ese hermano tan tiernamente amado, á quien la Providencia parecía haber conservado cerca del Papa como un testimonio viviente de la longevidad de los Pecci, ha sucumbido á su vez al peso de los años.

El vacío se ha hecho poco á poco, y el Santo Padre se encuentra aislado durante esta última y dolorosa etapa, en que es tan necesario á los viejos tener alrededor de sí amigos fieles, que con sus piadosos artificios les impidan, al declinar la vida, apercibirse demasiado de los anhelos impacientes, que despierta una sucesión sobrado lenta para iniciarse.

No creería uno—sin embargo es la verdad—que los que rodean al vicario de Jesucristo, son los que le recuerdan, sin cesar, la ley fatal cuyas inexorables exigencias se ejercen temprano ó tarde, sobre todas las criaturas humanas. Del palacio apostólico es de donde parten las noticias alarmantes, en que la más insignificante indisposición del Santo Padre, se eleva á la altura de una grave enfermedad.........

Un decreto del Papa Símaco, prohibe, bajo las penas más severas, «tratar de la elección del futuro Pontífice en vida y á sabiendas de su predecesor.» Este monumento legislativo se distingue por su previsión y es venerable por su antigüedad. Se remonta, en efecto, al año de gracia de 499, y trabajaría uno mucho para encontrar en el cuerpo del derecho canónico, uua disposición que haya sido renovada más de una vez. Desgraciadamente las leyes más prudentes, son las más frecuentemente violadas.

Cuando un cambio de reino comienza á aparecer más ó menos próximo, ninguna decretal puede impedir á los

CARDENAL SAN FELICE DE ACQUAVELLA, arzobispo de Nápoles.
Candidato del Rey Humberto.

CARDENAL PAROCCHI, obispo de Albano y Vicario general de S. S.
Candidato de los independientes.

CARDENAL SERAFINO VANNUTELLI, obispo de Franscati.
Candidato de la Triple Alianza.

cardenales que cambien ideas respecto á un acontecimiento, que constituye el único objeto de sus preocupaciones. De hecho, el Cónclave está abierto; no le falta más que la vuelta de llave. Los *papabili* son designados, los *papeggianti* se ponen en obra, y si no se puede aún prever con una certidumbre absoluta los resultados de la batalla, se sabe cuando menos en qué terreno y entre cuáles adversarios se librará.

Bajo el pontificado de Pío IX, el Sacro Colegio había conservado sus tradiciones aristocráticas; aunque la familia de los condes Mastaï-Ferreti estuviera lejos de distinguirse por el brillo y la antigüedad de sus orígenes, el Papa gustaba de rodearse de grandes señores. Se sentía orgulloso de contar, entre los más altos dignatarios de la Iglesia, á un Bonaparte, un Schwarzembergen, un Howard, un Hohenlohe. Bajo su reinado, los hombres más ilustres de Italia: los Borromeo, los Riario-Sforza, los Altieri Chigi, Vitelleski, Antici Mattei, estaban inscritos en la lista de los cardenales.

León XIII no ha manifestado la misma predilección que su antecesor por los prelados con título. La alta aristacracia europea no estará representada en el Cónclave, sino por el cardenal Hohenlohe, que se halla sin influencia y sin crédito. El cardenal Bonaparte, que acaba de morir, se había, desde hace varios años, condenado á un retraimiento absoluto. El patriciado romano ha desaparecido completamente del Senado de la Iglesia.

Las familias históricas del Norte y del Centro de Italia han dejado de dar como en los tiempos pasados, un numeroso contingente al ministerio eclesiástico. Las provincias meridionales son la sola región donde los hijos menores de las casas ducales ó reales, todavía hacen carrera en las órdenes sagradas. Pero excepción hecha del pequeño grupo napolitano, la gran mayoría de los cardenales italianos, pertenecen á la burguesía ínfima y pequeña. Algunos de entre ellos han tenido un origen completamente plebeyo. El cardenal Ferrieri y el cardenal Bartolini, que, cuando vivían ocuparon un puesto privilegiado en los consejos de la Santa Sede, tenían por padres, el primero á un criado y el segundo á un carnicero.

Los cardenales Martinelli, Simeoni, Masotti, Massaia, eran igualmente de un origen muy modesto, y el que en el próximo cónclave parece tener más probabilidades de ser electo; Monseñor Parocchi es hijo de un molinero.

Sin embargo, es de notarse que durante los últimos años, el número de cardenales de origen puramente democrático, ha disminuido un poco.

En la fracción italiana del Sacro Colegio, una preponderancia casi exclusiva pertenece á la clase media que ha hecho la unidad política de la península, sacando provecho de ella; puesto que hay pocos cardenales que no tengan en su familia uno ó varios empleados del gobierno.

Así se explican las tendencias que se manifiestan en los conciliábulos secretos donde son discutidos los títulos de numerosos candidatos á la sucesión de León XIII.

Obligados á optar entre sus deberes hacia la Iglesia, que se haría incapaz de llenar su misión en el mundo á partir del día en que el Papado hecho siervo, se convirtiese en un instrumento político del cual los ministros del Quirinal usarían á su antojo, y su liga á una dinastía nacional que es el símbolo de la unidad y de la grandeza de su patria, los miembros italianos del Sacro Colegio se dividen en dos campos. Los unos sacrifican, no sin pena, sus sentimientos íntimos de hombres y de ciudadanos á los intereses supremos de la religión; los otros se esfuerzan en conciliar de la mejor manera sus juramentos de sacerdotes con sus simpatías personales por el gobierno del rey Humberto, y el deseo de no perjudicar el porvenir administrativo de los funcionarios á los cuales están unidos por lazos de parentesco estrecho.

Los dos partidos, en presencia uno del otro, parecen disponer de un número de votos casi igual; pero los defensores de la independencia de la Santa Sede tienen sobre sus adversarios la superioridad de la disciplina. No reconocen otro jefe que el cardenal Parocchi, en tanto que existen profundas divisiones entre los conciliadores *à outrance*. Unos esperan obtener del Quirinal las condiciones más favorables, votando por el candidato de Austria y de Alemania; otros preferirían resignarse á una capitulación pura y simple, dando sus sufragios al candidato del Rey; otros, en fin, piensan, que sería más hábil hacer triunfar al candidato de la Reina.

Desde que una enfermedad incurable hizo desaparecer al cardenal Mónaco la Valleta de la lista de los *papabili*, el partido de la independencia no tuvo solamente la ventaja de no ser debilitado por ninguna división interior; tuvo también la buena fortuna de abrigarse á la sombra de un nombre universalmente conocido del episcopado extranjero.

El cardenal Mermillod decía á los eclesiásticos que estaban de paso en Roma: «No olvidéis sobre todo ir á ver al cardenal Parocchi, es el porvenir!» Se asegura que León XIII, informado de este propósito, dejó discretamente sorprender sus sentimientos íntimos, diciendo al antiguo obispo de Ginebra, con un dejo de melancolía: «Ah! os agradezco que hayáis venido á ver al pasado.»

Las previsiones del difunto cardenal Mermillod se remontan á una decena de años y han sido confirmadas por los acontecimientos: Monseñor Parocchi ha llegado á ser el personaje más considerado del Sacro Colegio, el Papa de mañana.

Sus adversarios más declarados se ven obligados á hacerle justicia. Su fuerza y energía lo han hecho llegar á los escalones más elevados de la gerarquía eclesiástica.

Su nacimiento no le permitió entrar á la *Academia de los Eclesiásticos Nobles* y hacer carrera en las nunciaturas, después de haber completado sus estudios en el colegio Capranica. Hijo de un molinero de los alrededores de Mantua, fué educado en el seminario diocesano, y es acaso el solo cardenal italiano que haya sido cura antes de ser obispo. Pero para ocupar un sitio de relieve en el clero de la península, no tuvo necesidad de esperar á que el Papa lo hubiese educado en el episcopado. El cura de San Gervasio de Mantua, pasaba con justa razón por el predicador más notable de Italia. Había tomado á Bossuet y Lacordaire por modelos, y aunque estaba obligado á hacer más de una concesión, á las exigencias de un auditorio habituado á las redundancias enfáticas de la cátedra italiana, se encuentra algunas veces en sus sermones un reflejo de la elocuencia de los grandes oradores franceses.

Un soplo de indiscutible potencia circula a través de la arenga de la bendición que dirigió, en 1867, «al magnánimo rey Víctor Manuel, al Gobierno, á las Cámaras, á la sociedad civil, á la Italia, tierra de los héroes y patria de los santos.»

Después, este movimiento oratorio le fué reprochado muchas veces al antiguo cura de San Gervasio. Sus enemigos lo llaman ahora «Janus Quadrifrons» y lo acusan de haberse convertido en uno de los más intratables adversarios de toda reconciliación entre el Vaticano y el Quirinal, después de haber prodigado sus bendiciones entusiastas al soberano que había hecho la unidad de Italia.

Esto es fácil de explicar: en el fondo de su conciencia de sacerdote, Monseñor Parocchi no ha podido perdonar á la dinastía de Saboya, que haya confiscado el dominio temporal del Papado. Llamado á la silla episcopal de Pavía, ha luchado palmo á palmo contra las autoridades civiles; promovido más tarde al arzobispado de Bolonia, tuvo con el prefecto de la provincia y el consejo municipal de la ciudad debates ruidosos que le hicieron rehusar el *exequatur*.

Los ardores delicados de uno de los prelados que habían protestado con la mayor energía y perseverancia contra la entrada de las tropas italianas en Roma, se han amortiguado poco á poco bajo la influencia de los años. Una permanencia prolongada en el palacio *della Screfa* enseñó al cardenal vicario el arte de manejar á los hombres y de tener en cuenta los acontecimientos. Sin consentir jamás en abdicación alguna de principios, Monseñor Parocchi ha sabido esquivar, con un tacto tan superior á toda elogio, los conflictos que parecían inevitables en la administración de una diócesis, en que el incidente más fútil en apariencia puede llevar de nuevo al estado álgido las dificultades de la cuestión romana. Gracias á la extrema moderación, de que el más hábil de los colaboradores de León XIII ha dado pruebas en la cuestión de las peregrinaciones, fué sofocada en su germen una de las crisis más peligrosas, y si las elecciones municipales de la Ciudad Eterna han dado diversas veces resultados de que los partidarios de la Santa Sede no deben estar descontentos, es porque el Cardenal Vicario no ha sido completamente extraño á la elección de los candidatos.

M. Parocchi ejerce desde hace doce años con honor y éxito funciones de las cuales se fatigó en el espacio de once meses su predecesor, el cardenal Mónaco la Valletta. Roma es la diócesis más difícil de administrar que exista en el globo.

Un clero secular más dispuesto á enfeudarse á la fortuna de los *papabili* que á ejercer el ministerio sacerdotal con el celo deseable; órdenes religiosas de origen extranjero, expulsadas de su patria é idas á refugiarse á la sombra del Vaticano; padres arrancados á sus diócesis por gobiernos perseguidores y reducidos á la mendicidad en sotana; al lado de estos infortunios dignos del más alto interés, una bohemia eclesiástica llegada de todos los puntos de la cristiandad, miserias sin número que aliviar con recursos reducidos, una estricta disciplina que mantener, sin hacer llamamiento alguno al brazo secular: tales son las dificultades de una tarea en que el sucesor del cardenal Mónaco la Valletta ha logrado contentar á todo el mundo y al Santo Padre.

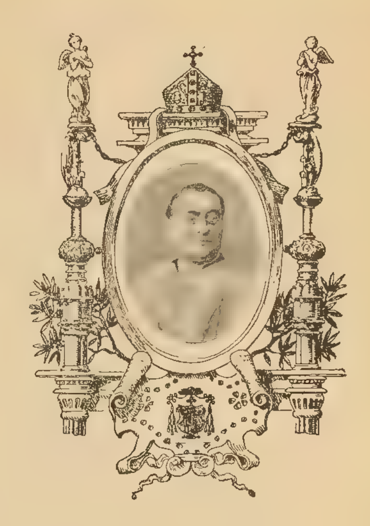
El Cardenal-Vicario no se ha limitado á dar la medida de sus talentos administrativos. En muchas ocasiones ha demostrado una clarividencia y un espíritu político, que han sido justificados por los hechos. Ningún miembro del Sacro Colegio se pronunció más vigorosamente contra la quimera de una inteligencia con Alemania, que sedujo durante algunos meses la imaginación de León XIII. Esta divergencia de vistas causó ciertas frialdades entre el Papa y uno de sus más devotos auxiliares; pero un día vino en que las brutalidades del conde Herbert von Bismarck, dieron sobrada razón á la sagacidad previsora de Monseñor Parocchi.

El antiguo cura de San Gervasio ha visto el Austria en obra, en la época en que ésta perseguía al clero de Mantua, y Alemania, que acaba de llevar al rango de los semidioses al hombre del *Kulturkampf*, le inspira aun menos confianza; por otra parte, las vejaciones de toda naturaleza con que los representantes de la autoridad civil lo han abrevado, en Pavía y en Bolonia, no le han dejado ilusión alguna sobre lo que quiere el gobierno italiano. Instruido por su propia experiencia, el cardenal Parocchi no ve salud sino en la independencia del Papado, y quiere evitar á todo precio que, bajo el sucesor de León XIII el Vaticano se convierta en una oficina separada de las cancillerías de Viena y de Berlín ó un anexo del ministerio de Cultos del reino de Italia. Para escapar á este doble peligro, el catolicismo no tiene más que un medio, es inspirarse en la etimología de su nombre y ser una religión extendida sobre toda la superficie del mundo, en lugar de servir de instrumento á una combinación diplomática ó de dejarse confiscar en provecho de una sola nación.

Monseñor Parocchi parece comprender la necesidad de volver á la Iglesia el carácter de universalidad que tenía durante los primeros siglos de su existencia, y es el solo

CARDENAL CAPECELATRO. Arzobispo de Capua.
Candidato de la Reina Margarita.

CARDENAL ANGEL BIANCHI. Obispo de Palestrina.
Candidato neutro



CARDENAL DE LOS JESUITAS MONSEÑOR MAZELLA.
Candidato de los Jesuitas.

miembro italiano del Sacro Colegio que mantenga relaciones constantes con los cardenales extranjeros. Monseñor Mermillod y Monseñor Lavigerie le tenían en altísima estima y le habían en algún modo designado á la elección del futuro Cónclave.

A falta de sus influencias que hubiesen sido todopoderosas, pero que desgraciadamente han cesado de existir, se asegura que el Cardenal-Vicario podrá contar con el concurso de Monseñor Langenuix, arzobispo de Reims y de Monseñor Gibbons, arzobispo de Baltimore, cuyas ideas sobre la necesidad de una aproximación entre la Iglesia y el pueblo son bien conocidas.

Patricio por sus gustos y sus orígenes, León XIII ha hecho con la democracia una alianza de razón más que de inclinación; ningún antecedente de familia, ni prejuicio de educación ó de nacimiento, alejan por el contrario al hijo del molinero de Mantua de las nuevas capas sociales, de cuyas aspiraciones ha participado y cuyo poder conoce. Si la Providencia lo llama al solio de San Pedro, sabrá hacer del Papado una fuerza social, más que una potencia diplomática.

Los adversarios de Monseñor Parocchi se ven obligados á rendir homenaje á su erudición. Su cerebro es una enciclopedia moderna. El Cardenal Vicario es el único miembro del Sacro Colegio que tiene ideas netas sobre las cuestiones que están á la orden del día. Su palabra dulce y un poco lenta, es de una corrección irreprochable. Nacido en una de las regiones del Norte de la península donde la vieja raza céltica ha quedado casi pura, ese lombardo habla el francés y el italiano con igual elegancia; no tiene solamente dos lenguas, tiene casi dos patrias.

A primera vista, el contraste es notable entre el Papa y el Cardenal Vicario. En tanto que León XIII se asemeja á una de esas apariciones llegadas de lo alto y desprendidas de su envoltura carnal, monseñor Parocchi, con sus espaldas robustas, sus ojos vivos, su rostro lleno de líneas vigorosas y regulares, produce la impresión de una grandeza menos mística acaso, pero más humana. Si se separan los ojos del trono pontifical, con trabajo se encuentra en el Sacro Colegio una cabeza que parezca mejor hecha para llevar un día la tiara, que la suya.

No es un misterio para nadie que los votos de la Triple Alianza, los tiene todos el cardenal Serafino Vannutelli. Aun cuando sea de una piedad sólida y aun un poco llevado al misticismo, el candidato de Alemania y Austria es un diplomático, más bien que un sacerdote. Después de haber sido secretario de monseñor Meglia en México y en Munich, delegado apostólico en el Ecuador y el Perú, nuncio en Bruselas y en Viena, ha hecho en realidad sus ensayos en el ministerio sacerdotal, á la edad de cincuenta y tres años, en calidad de cardenal obispo de la diócesis de Frascati, donde no permanece casi nunca. Por cerca que esté de la residencia episcopal, prefiere vivir en Roma, á fin de frecuentar más fácilmente los salones aristocráticos, donde no desdeña los éxitos mundanos.

Su hermano, el cardenal Vincenzo Vannutelli, ha hecho igualmente su carrera en la diplomacia. Delegado apostólico en Constantinopla, internuncio en el Brasil, nuncio en Lisboa, se ha distinguido por la flexibilidad de su talento, la elegancia de sus maneras, y no hay en el Sacro Colegio un príncipe de la Iglesia que sea más buscado por la alta sociedad romana.

Con menos brillo en la conversación y menos facilidad en sus actitudes que su joven hermano, el mayor de los Vannutelli, el cardenal Serafino, ha sabido hacerse una reputación de piedad, que le permite lanzar su candidatura. El cardenal Vincenzo, se coloca gustoso en segundo término, dejando que su hermano aspire, y aun trabaja por la elección de éste, la cual le aseguraría un sitio preponderante en el Sacro Colegio, durante el próximo pontificado. Añadamos que si el nombre del obispo de Frascati hubiera de salir victorioso del Cónclave, no habría sido él por cierto el verdadero Papa, y su hermano no ejercería más que una medianísima influencia: el hombre que hubiera conducido á su antojo la barca de San Pedro, habría sido el difunto cardenal Galimberti.

El antiguo nuncio apostólico de Viena, fué el agente de la Triple Alianza. Dos veces fué enviado en misión extraordinaria á Berlín, y supo conciliar las buenas gracias de M. de Bismark y del Emperador Guillermo II. La maledicencia de las sacristías se dió un curso demasiado libre á sus expensas.

Muy diestro, muy insinuante, monseñor Galimberti, supo captarse las amabilidades de León XIII, halagando sus gustos por la prensa. Fundó el *Journal de Rome*, que abandonó á poco para pasar al *Moniteur de Rome*, hoja alemana, publicada en francés. El fué quien preparó de mano maestra la ruidosa desgracia del cardenal Pitra, desnaturalizando las intenciones del partido que no creía en la eficacia de una alianza entre la Santa Sede y Alemania.

Durante todo el período en que el punto de apoyo de la política pontifical estaba en Berlín, el diplomático que había negociado con M. de Bismarck la suspensión del Kulturkampf y obtenido que la cuestión de las Carolinas se sometiese al arbitraje del Papa, gozó de altísimo favor. Desde los incidentes que marcaron la visita de Guillermo II y del conde Herbert de Bismarck, el cardenal Galimberti perdió la mayor parte de su antiguo crédito, y el cardenal Rampolla logró, sin gran pena, burlar las tentativas demasiado frecuentes, que hacía el antiguo amigo personal de Bismarck, para sucitar malas inteligencias entre París y el Vaticano, y llevarse al Santo Padre con el girón de la Triple Alianza.

Por haber defendido con demasiado celo los intereses del gobierno de Berlín, el representante casi titulado de Alemania en el próximo Cónclave, comprometió el éxito de su protegido. El cardenal Serafino Vannutelli pierde cada día terreno. Al rehusar el arzobispado de Bolonia, manifestó demasiado, el deseo de vigilar por sí mismo, todos los días, á los amigos con cuyos sufragios cuenta. Esta actitud ha producido la peor impresión en el Santo Padre y en toda la fracción del Sacro Colegio, que no está enteramente enfeudada á Alemania. Un cardenal tiene el derecho de aspirar á la tiara, pero no debe mostrarlo muy ostensiblemente.

Mas si los primeros escrutinios no dejan á la Triple Alianza, ilusión alguna sobre la suerte que espera á su protegido Serafino Vannuletti, no vacilará en ligarse con otro candidato; la primera y la última palabra de toda su política en el próximo Cónclave, será impedir la elección del cardenal Parocchi.

Con excepción del pequeñísimo grupo de cardenales que se unió á la fortuna de los hermanos Vannuttelli, la mayor parte de los miembros italianos del Sacro-Colegio, los más llevados á una reconciliación con el Quirinal, desearían en el fondo de su corazón librarse de la tutela austro-alemana.

Su sueño sería hacer del Papado una fuerza nacional que persiguiese en el interior una obra de paz en provecho de la dinastía de Saboya, y defendiese en el exterior los intereses de Italia.

El Quirinal podría considerar la cuestión romana como resuelta, si Monseñor de San Felice fuese llamado á la sucesión de León XIII. El arzobispo de Nápoles está unido al soberano por el recuerdo del peligro afrontado en común.

Durante el cólera de 1884, ambos se expusieron á la terrible epidemia, con una intrepidez que hizo la admiración de Europa. Desde esta época, el cardenal de San Felice, cuyo nombramiento fué acogido en un principio muy favorablemente por los legitimistas napolitanos, se ha convertido en uno de los más devotos partidarios de la casa de Saboya.

No hay en Italia prelado que sea más popular.

La rigurosa austeridad de su vida, la extrema simplicidad de sus gustos y por encima de todo, su caridad, que es inagotable, han hecho de él el ídolo de los napolitanos.

Mas estas virtudes que han hecho la popularidad del Arzobispo, serán precisamente una causa de debilidad para el candidato al Papado. Monseñor de San Felice es un hombre de primer movimiento. Un dia olvida la reserva que conviene á su alta situación y no teme comprometerse en una lucha electoral y mañana se siente presa de escrúpulos de monje. Monseñor Dusmet, arzobispo de Catania y Monseñor di Rende, Arzobispo de Benavente, antiguo nuncio de París, parecen decididos á sostener la candidatura de Monseñor de San Felice; pero á pesar de la influencia que ejercen en el grupo de cardenales napolitanos, no lograrán llevar al trono de San Pedro á un papa cuya política estaría sujeta á bruscos sobresaltos. Así pués, es de presumirse que el arzobispo de Nápoles será el primero en comprender la necesidad de apartarse de la lucha, á fin de dejar el terreno libre al Cardenal Capecelatro.

Este es el candidato de la Reina. Es arzobispo de Capua, más no se duerme en las delicias de su diócesis. Difícil sería descubrir en el episcopado italiano un prelado más laborioso y un escritor más fecundo. Su *Vida de Sta. Catalina de Sena* ha obtenido un grandísimo éxito y su *Doctrina Católica* pasa por ser una obra maestra. Este libro ha suscitado en Italia un movimiento de renacimiento religioso, semejante al que *La Fe de nuestros Padres* del Cardenal Gibbons, hizo nacer en el nuevo mundo.

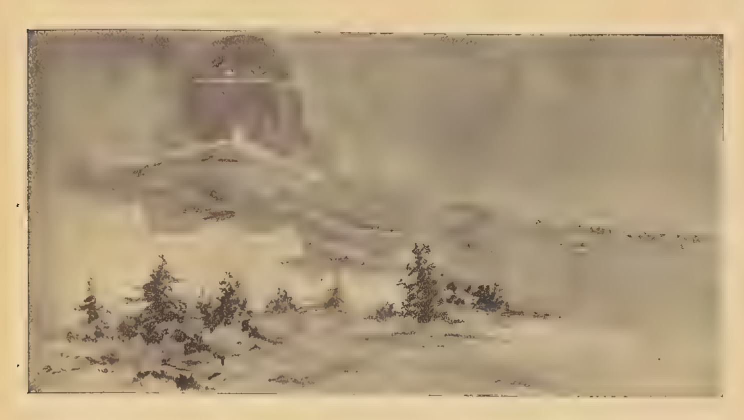
El cardenal Capecelatro pasa con razón por ser el miembro más erudito del Sacro Colegio; después de la muerte de Monseñor Pitra, no se ha encontrado ningún competidor que pueda disputarle las funciones de bibliotecario de la Santa Iglesia romana. No hay más que una voz en el clero italiano, para rendir homenaje, no solamente á su ciencia, sino á la pureza de su vida y á la afabilidad de su carácter. El arzobispo de Capua es un santo, pero es al mismo tiempo un diplomático. Hermano del director general de Correos del reino de Italia, mantiene relaciones en el mundo de los altos funcionarios del Quirinal; confesor titulado de la reina, es el sólo miembro del Sacro Colegio que sin atraer la atención del mundo diplomático pueda anudar negociaciones con la Corte. El concurso que le prestarán los cardenales de Ruggiero y Guarino, le asegurará los votos del grupo napolitano, al mismo tiempo que el Quirinal usará de toda su influencia para reunir sobre la cabeza del candidato de la Reina los sufragios de todos aquellos de los cardenales del norte y del centro de la península que son devotos de la dinastía.

Restan aún por mencionarse, el cardenal Mazella, candidato de los jesuitas, y entre los candidatos neutros á Monseñor Bianchi, obispo de Palestina.

También hay que tener en cuenta para la elección, la influencia que ejerza la predicción del monje Malaquías, que anuncia un *ignis ardens* después del *lumen in cœlo*, representado por el cometa del blason de los Pecci. Para facilitar la realización de esta profecía, el cardenal Svampa, arzobispo de Bolonia, ha tenido cuidado de hacer flamear un so. sobre sus armas.........

De todas suertes, el Cónclave nos reserva muchas sorpresas por la reñida oposición de los partidos y la multiplicidad de los candidatos.

Parece, empero, que los intereses mismos de la Iglesia exigen que el futuro Papa sea escogido entre esa parte del Sacro Colegio que representa las viejas y fieras tradiciones de ese pontificado romano, que permanece, á pesar de todo, como la más augusta representación de la autoridad aquí abajo.



Observatorio de los señores Calmagne y Vermant.

EL GRAN DESCUBRIMIENTO DEL SIGLO XIX.

El Planeta Marte.

Y LA COMUNICACION A TRAVES DE LOS ESPACIOS.

Decididamente M. Brunetière ha procedido con demasiada precipitación al declarar que *la ciencia ha hecho bancarrota*. Todavía nos queda algo que anotar en la historia de los descubrimientos de este fin de siglo. Y entre este *algo* figura en primera línea el acontecimiente á que el «Figaro Ilustrado» se acaba de referir en su último número. ¡Como que se trata nada menos que de *comunicación interplanetaria!* Sí, el Espacio ha hablado! La vida de nuestro globo no se halla ya aislada; la Tierra acaba de recibir, y ha comprendido, el mensaje que le dirije desde su rojizo disco el planeta Marte.

Antes de referirnos al hecho, necesitamos dar á nuestros lectores algunos datos preliminares. Nadie ignora que hay rayos de luz invisibles, cuya existencia ha sido la Luna y del Sol, y la experiencia demostró que no existía ninguna influencia atmosférica. De aquí inferimos que en virtud de una causa desconocida, Marte emitía menos rayos *lílicos* que luminosos, hecho que nos llamó la atención.»

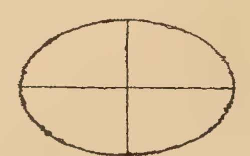
«Como soy muy miope—continúa Mr. Calmagne—observé, al mirar las pruebas muy de cerca, algunos puntos ó lineamientos de un rojo más vivo que el resto del mapa de Marte; con una lente de trescientos diámetros de aumento vimos figuras confusas que no tenían equivalente en ninguna carta conocida del planeta. Deseosos de explicar esta anomalía, pedimos luego á Ginebra un microscopio de seiscientos diámetros. Armados de nuestro instrumento, estudiamos de nuevo las imágenes, que aparecían muy vagas todavía para poderlas definir.

Esperamos la noche para comenzar de nuevo nuestras operaciones; Marte cerca del cenit resplandecía maravillosamente como un rubí pálido. Eran cerca de las once cuando acabamos de obtener las pruebas. Nos retiramos

Así pues, nos decíamos, los habitantes de Marte se han anticipado á los de la Tierra para establecer comunicaciones interplanetarias, y han comenzado, como muchos sabios lo habían presentido, por señales tomadas de la más sencilla, de la más universal de las ciencias. Y para que no pudiese haber ninguna duda sobre la naturaleza de estos signos, han trazado cuatro figuras características en el mismo orden en que nuestros geómetras las hubiesen transcrito: el triángulo, el círculo, con la indicación del radio, la elipse, con la de los dos ejes y los dos focos, y la parábola, con la del foco, la directriz y el eje de simetría. Unicamente que, en lugar de determinar sus señales por medio de luces visibles á nuestra vista, las han determinado con focos en que dominan los rayos *lílicos*, que no podemos percibir.»

«¿Habrá que concluir de aquí que los habitantes de Marte tienen el órgano de la visión, constituido de tal modo que no utilicen sino los rayos que obran sobre el *liliuro* de hidrógeno? ó bien su visión abarca un campo de rayos luminosos más extenso que la nuestra? En la primera hipótesis se explica facilmente que no hayan podido emplear otras señales que las que para ellos eran visibles; en la segunda se comprende que calcularon que los rayos luminosos de nuestro prisma no nos llegarían nunca, en tanto que los rayos invisibles que impresionan el *liliuro* atravesarían mejor el espacio. Tal vez de siglo en siglo, de generación en generación, han ensayado diferentes comunicaciones, ó bien han escogido los rayos *lílicos*, precisamente porque tienen el poder de hacer estas señales más resplandecientes que las reflejadas por su planeta.»

«Otros muchos problemas se derivan de nuestro descubrimiento, y pasamos la noche entera en enumerarlos. La vida nos parecía nueva en un mundo nuevo, lleno de una juventud maravillosa, de una beatitud, de una fraternidad infinita. De tiempo en tiempo, uno de nosotros miraba á través del telescopio. ¡Cuán diferente esta mirada de la que arrojábamos cuando no teníamos la certidumbre de las analogías entre los seres separados por la inmensidad! Pensábamos en lo porvenir, en todo lo que en germen llevaba aquella noche. ¿Quién podría medir la actividad que va á dar á la investigación y á la voluntad humana este renuevo de confianza y de optimismo? quien pretenderá que no va á abrirse para el hombre una era de fe, y que á las aspiraciones que se cristalizan en cultos



comprobada por su acción química sobre ciertas substancias. Ahora bien, el Sr. Calmagne, un gran sabio de Lila, demostró en 1891 que, merced á un nuevo cuerpo simple, el *lilium*, la gama de estos rayos invisibles se extiende á mayor distantancia de lo que se pensaba. Con ayuda de un segundo cuerpo, el *liliuro de hidrígeno*, ha llegado á obtener pruebas fotográficas de un color rojizo. Después de este descubrimiento, el Sr. Calmagne construyó lentes de *lilium* que refractan *rayos lílicos*, como los lentes de cristal refractan rayos luminosos. El estudio de las propiedades de estos lentes, lo llevó á intentar algunas investigaciones astronómicas. Halló en el Sr. Vermant, célebre astrónomo de Cambrai, á quien se deben originales descubrimientos sobre la constitución de las nebulosas, un excelente colaborador. Con lentes de *lilium* unidos á los telescopios ordinarios, los señores Calmagne y Vermant han logrado resolver algunas cuestiones obscuras. Hasta ahora sus observaciones se habían dirigido especialmente al Sol, la Luna, Júpiter y Marte. Con respecto á este último planeta acaban de publicar una sensacional memoria que establece un hecho positivo sobre las comunicaciones de planeta á planeta. De dicho trabajo extractamos las líneas que siguen:

«Durante toda esta quincena nos hemos ocupado en tomar fotografías de Marte, tanto sobre placas ordinarias como por medio del *liliuro* de hidrógeno. Estas últimas no nos satisfacían, eran más pálidas, más indecisas que las comunes; hecho tanto más notable cuanto que las fotografías solares y lunares, obtenidas pos este procedimiento, son tan sensibles y tan claras como las que se obtienen con el gelatino-bromuro de plata.

Para convencernos de que el estado de la atmósfera no intervenía, tomamos algunas imágenes comparativas de al interior del observatorio, y después de haber dispuesto todo con el mayor cuidado, proyectamos un foco de luz eléctrica sobre el campo de la imagen sometida al examen: nuestro asombro, nuestra emoción fueron extraordinarios. Es cierto que esperábamos algún descubrimiento, pero el que la fortuna nos ofrecía, sobrepujaba á todas nuestras previsiones á todas nuestras esperanzas. Era nada menos que la aparición de cuatro figuras geométricas, como pueden verse en el grabado adjunto.

Se apoderó de mi un temblor nervioso—dice Mr. Calmagne—Vermant, inmóvil, pálido y fascinado, no pudo contener las lágrimas; apenas pudimos balbucear algunas palabras; y sin embargo, la casualidad nos entregaba el secreto de la vida interplanetaria, el hecho más conmovedor y más grandioso en la historia de la Ciencia.

Vermant lloraba como un niño y me estrechaba nerviosamente entre sus brazos; mi emoción no era menos que la suya; tuvimos, sin embargo, bastante sangre fría para tomar nuevas fotografías por medio del *liliuro* y encerrarlas en cajas de cuarzo. Me acordaré eternamente de las horas que pasamos en nuestro pequeño observatorio.

Interior del observatorio

no responderá por fin una afirmación positiva? Lo que puede creerse sin temeridad es que la ciencia, la filosofía, la sociología, desarrollarán necesariamente nociones hoy embrionarias, y que el entusiasmo de esta realización creará amplias corrientes de fuerza nueva en la vida de nuestro planeta. Basta este sólo hecho: el hombre conoce á un hermano en el universo para derivar de él invisibles facultades de renacimiento para la humanidad.»

TERESA URREA.

Teresa Urrea.

La *Santa de Cabora* es una personalidad demasiado conocida—histérica y políticamente—en la República, para que nos veamos obligados á referirnos á los hechos que la han dado renombre. Teresita Urrea pertenece en cuerpo á la psicopatía, y en alma á los discípulos de Allan Kardec. Con estos elementos, la Santa de Cabora no hubiese pasado de su estado de neurastenia aguda,—para el que se recomiendan los baños fríos—si el fanatismo de una masa humana no hubiera encontrado en la joven desequilibrada felices disposiciones para la santidad.

El resultado de esta autosugestión ya lo conocen nuestros lectores, y por si lo ignoran, los remitimos al artículo del *Mundo* en que se dan breves pormenores sobre el asalto de la Aduana de Nogales.—Ahora bien, y este es un punto que no ha sido puesto en claro—¿la Santa de Cabora procedió en este drama por sugestión propia ó fué acaso un instrumento movido por otros santos menos preocupados en asuntos celestes y más cerca de la miserable tierra?

Hay quien sostiene que Teresa Urrea jamás ha pensado en alterar la paz pública, que es de temperamento pacífico, que no es *microbia*—que diría algún editorialista del *Mundo*. En tal supuesto, el nombre de la Santa sonorense solo habría servido para embaucar á unos desgraciados ignorantes.—De todos modos, el hecho es que la Urrea se encuentra desterrada hoy en los Estados Unidos, y que más feliz que su émulo y congénere Zúñiga y Miranda ha de haberse consolado de sus desventuras presentes con las visiones extáticas, sobrenaturales y perispiritales hijas de su temperamento.

La *santa* sostiene correspondencia á través del tiempo y el espacio con los prohombres del espiritismo mexicano que la tienen en mucha estimación. Esta comunicación ha de ser altamente benéfica para el espiritismo federal que anda un poco de capa caída, puesto que en las últimas elecciones de Diputados al Congreso de la Unión, se *ahogaron* dos de sus más caracterizados representantes. Decididamente no tiene cuenta ser espiritista en la Federación. Hay que irse á Chiapas, caballeros! Allí existe el espiritismo oficial, laico y obligatorio.

***

El retrato de Teresa Urrea que publicamos, es uno de los últimos. Está hecho en los Estados Unidos y la santa no aparece con los cabellos sueltos y los ojos en blanco, sino antes bien con toda la apariencia de una *Miss*, aunque no sea precisamente *Miss Helliet*. Lo cierto es que los viajes son de alta y civilizadora conveniencia. Hasta para los santos.

EL ASALTO A LA ADUANA DE NOGALES.

Damos á nuestros lectores una fotografía que muestra los cadáveres de siete de los asaltantes de la Aduana de Nogales, hecho de que ya tienen conocimiento. No ha faltado quien intente hacer recaer la responsabilidad de tal asalto en Teresita Urrea, más esta aserción es del todo falsa. La santa de Cabora no ha tenido intervención alguna en el asunto.

He aquí la historia del asalto, con sus principales detalles:

El día 12 del mes en curso, favorecidos por la sombra, algunos individuos acercáronse á las puertas de Nogales é iniciaron un nutrido tiroteo.

El comandante de la 3ª Zona de la Gendarmería Fiscal, D. Juan Fenochio, fué avisado por su asistente Miguel Flores que habían pasado por la calle del Arizpe, á espaldas de la residencia del Sr. Comandante, como 50 hombres disparando tiros y dando alaridos.

Inmediatamente el Sr. Comandante salió de su casa con su ayudante, su asistente y 4 gendarmes, dirigiéndose al edificio de la Aduana nueva, ocupada ya por los asaltantes, y rompió el fuego sobre ellos al grito de ¡viva el Supremo Gobierno! ¡viva la Gendarmería Fiscal!

Se acercó hasta 50 metros del enemigo, en donde le hirieron gravemente al gendarme Enrique Peña, y unos indios que salieron detrás de un furgón, se apoderaron del gendarme Cándido Sandoval, quien pocos momentos después logró escapárseles y se incorporó á su jefe.

El Comandante Fenochio, reducida su fuerza á cuatro hombres, comprendió que no podía desalojar al enemigo de la Aduana, y llevando la carabina y pistola de su gendarme que creyó muerto, se retiró por la derecha en buen orden, cubriéndose con la casa del Sr. Biester.

A este rudo ataque se siguió un silencio que se prolongó por más de una hora, hasta los primeros albores de la mañana en que el día comenzó á aclarar y la refriega empezó de nuevo ayudada por todo el vecindario que se portó con positiva muestra de valor.

Cuando el Comandante notó que el fuego del enemigo comenzaba á debilitarse, cambió rápidamente su posición, logrando batir al enemigo con facilidad.

Terminado ya el combate y reconocida la parte de población donde se libró, como á las 9 de mañana del día 13, varios ciudadanos siguieron la huella del enemigo, dividiéndose en dos grupos, que fueron sorprendidos por una descarga de los perseguidos, del todo inesperada, y que causó la muerte de dos compañeros.

Entonces, entre uno y otro bando, cruzáronse 20 ó 30 tiros; mas los de la comisión viéronse obligados, á pesar de su arrojo, á retroceder, pues el enemigo era muy superior en número.

A las cinco y tres cuartos de la tarde regresaba esta comisión, con los cuerpos de aquellos dos ciudadanos que tan buenos servicios habían prestado á la sociedad y á la patria.

Luego que pasó el combate se dieron órdenes para que saliera un tren especial de Guaymas con la fuerza federal; pero comprendiendo el Comandante, Sr. Fenochio, que este no podía llegar á Nogales sino hasta el día siguiente, ordenó que inmediatamente saliera un tren expreso de este lugar para Magdalena. Dicho tren regresó á las 6 30 p. m. trayendo 30 gendarmes y 34 nacionales mandados por el Teniente Coronel Emilio Kosterlitzky.

Esta medida fué salvadora porque en los momentos en que desembarcaba esta fuerza, los vigías anunciaban la presencia de varios grupos de indios en las lomas del poniente de Nogales, que provablemente hubieran intentado un segundo ataque.

El día 13 llegaron al lado americano algunas compañías americanas compuestas de soldados de caballería é infantería en número como de 150 hombres procedentes del Fuerte Huachuca.

A las cinco de la tarde del propio día 13 llegó un tren expreso trayendo 45 hombres del 5º Regimient , y el día 14 llegaron en el tren ordinario 3 oficiales y 40 infantes del 17º Batallón.

Toda esta fuerza ha estado á las órdenes del Sr. Comandante Fenochio.

Tal es la historia del asalto, hecha á grandes rasgos. Nuestra fotografía muestra los indios que sucumbieron en el ataque á la población, ataque en el cual perecieron tambien tres de los defensores.

Mas alta que la torre de Eiffel.

Se ha comprado ya en la ciudad de Chicago el terreno para construir una torre más alta que la famosa construida por Eiffel con motivo de la Exposicion celebrada en París en 1889.

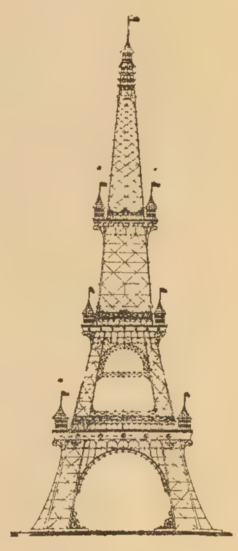
La base de la torre tendrá una extensión de 326 pies cuadrados. Los arcos de arranque tendrán 200 pies de luz y 200 pies de flecha. Estos arcos soportan el primer piso, el cual podrá contener cómodamente 22,000 personas.

El segundo piso estará á 225 pies del suelo y á los 450 se encontrará una plataforma, cuya altura puede compararse á la de la Gran Pirámide de Egipto ó á la del monumento de Wáshington. A 675 pies del suelo quedará el tercer piso, y el cuarto se elevará á 1.000 pies sobre el suelo. De este piso partirán escaleras que conducirán á la cima de la maravillosa estructura.

Habrá 34 elevadores para los visitantes, elevadores que serán movidos por electricidad.

En la construcción de esta torre se seguirá el mismo plan que en la torre Eiffel.

En el último piso que vendrá á quedar á unos 1.150 pies del suelo se establecerá una estación meteorológica que prestará importantísimos servicios. En el resto de la estructura habrá restaurants, cafés, teatros, y todo estará durante la noche, brillantemente iluminado con luz eléctrica.



TORRE DE 1,150 PIES DE ALTURA.

La torre de Eiffel costó $1.200,000, y la de Chicago costará $800,000.

En lugares apropiados habrá *estudios* para artistas, talleres de fotografía, baños, peluquería, oficinas telegráficas y telefónicas.

Una de las cosas curiosas en esta torre será que, comprimiendo un botón eléctrico, se izará automáticamente la bandera en el asta que hay en la cima de la misma, y después moviendo un conmutador, se arriará el pabellón de las estrellas.

Se ha formado un sindicato con capitalistas de Chicago y Nueva York, para alquilar y administrar la torre por un período de diez años, á contar del momento de su terminación.

Los ingenieros aseguran que la torre quedará concluida por el verano del año entrante.

MUERTOS EN EL ASALTO DE LA ADUANA DE NOGALES.

Pagina Medioeval.

En el álbum de una dama.

PRIMERA PÁGINA.

—Señora: ya está abierta
La arábiga ventana!
Abrirla me ordenaste
Y presto obedecí.—
Ahora ya que inunde
La luz de la mañana
Tu camarín de raso,
Tu alcoba de sultana.........
El paje se retira,
Tus órdenes cumplí.

No impiden ya las altas
Vidrieras de colores
Que á tu retrete lleguen
Las almas de las flores,
Los cantos de las aves,
Los ecos del laúd;
De tu soberbio alcázar
La puerta ya está franca
Al viejo peregrino,
A la novicia blanca,
Al trovador errante
Que de su lira arranca
¡Mil himnos armoniosos
De eterna juventud!

Seré, si tú lo quieres,
Su heraldo vocinglero,
Y te diré los nombres
De cada caballero
Que el puente levadizo
pretenda atravesar;
Con mi clarín de plata
Te anunciaré si llega
El príncipe de Atenas
En su carroza griega,
O el arrogante y rudo,
Rodrigo de Vivar.

Que lleguen á admirarte
tus huéspedes, señora:
El mago de Circasia,
La reina de Bassora,
El opulento obispo
Y el pálido prior;
Yo sólo abrí las puertas
Y preparé la entrada:
Por el rastrillo, al noble;
Por la ventana, al Hada;
Y por la azul escala,
De seda recamada,
¡Al verso que te busca,
Cual joven trovador!

Alcázar es tu álbum:
Sus altos torreones
Habitan golondrinas
Y rondan los halcones.........
El agorero buho
Jamás reposa allí!
De gasa plateada
Revístelos la luna,
Y cuando el sol despierta,
Dorando la laguna,
Les prende de los hombros
Un manto carmesí.

Y en los marmóreos patios
Rebullen los vasallos,
Y piafan orgullosos
Los árabes caballos,
Y brillan los estoques
y duerme el arcabuz;
Por ver á las meninas
Esfuérzanse los pajes,
Y agitánse las plumas
Y tiemblan los encajes,
Y en los bordados áureos
De los lucientes trajes
Se truecan en diamantes
Los átomos de luz.

Asoma á tu ventana:
contempla los jardines,
Los bosques de naranjos,
Los húmedos jazmines
En cuyas hojas calma
Su sed el ruiseñor;
El chorro de la fuente
Que cae desalentado,
Llorando y ya sin fuerzas,
cual pobre enamorado
Que en vano subir quiso
Adonde está su amor.

¡Verás cómo se alegran
En sus pequeños nidos
Los pájaros canoros
Que estaban entumidos,
Y piensan, si los miras,
que empieza á amanecer;
Verás como te busca
La inquieta mariposa
Y oirás cómo, volando,
Te dice que eres rosa
Y aunque la riñas mucho,
Por terca y caprichosa,
Verás como tampoco
La puedes convencer.

———

¡Cantad en estas hojas,
Oh pájaros poetas!
¡Venid aquí á esconderos,
Oh tímidas violetas!
¡Oh príncipes y bardos,
En el castillo entrad!
¡Abierta quedó, alondras,
La arábiga ventana!
¡Viajeras golondrinas,
Ya apunta la mañana!
Venid y en estas torres
Esbeltas anidad.

....

....

El paje se retira;
No suenan en la alfombra
Sus pasos, y se mira
Su vacilante sombra
Cruzar los gobelinos
Del gótico salón;
Después se aleja y huye
Por el jardín callado.........
¡Oh ruiseñor que cantas
En el gentil granado,
......Ya brillan los luceros:
Preludia tu canción!

1883.

Manuel Gutiérrez Nájera.

Un valiente.

Después de haber estado en la tertulia del tío Pedro, hombre pudiente del lugar, relatando al amor de la lumbre lances estupendos de su vida, de los que siempre, sin excepción alguna, había salido triunfador y, por el contrario, vencidos y humillados los que habían terciado con él en sus contiendas, el valeroso cuarentón, llamado por apodo *Derribahombres*, emprende la vuelta á su hogar, que allá detrás de una medrosa cañada y de algunos obscuros matorrales se divisa.

Las sombras de la noche han sobresaltado en diversas ocasiones su espíritu, no porque su valor no sea tan positivo y verdadero como ha demostrado él mismo al relatar los principales lances de su vida, sino porque la hora es ya impropia de que anden séres humanos á descampado, y por añadidura se dice, entre la gente del pueblo, que anda suelta una partida dispuesta á robarle la capa al inocente que á deshora tenga la ocurrencia de llevarla sobre los hombros.

Parándose algunas veces de firme y otras indagando, con la mano en la coz de la pistola que lleva en la cintura, qué género de sombra fingió la luz de la luna en las pizarras, *Derribahombres* ha sentido repetidas veces el escalofrío, no diré del miedo, incapaz de albergarse en pecho tan fuerte, pero sí una emoción de sorpresa y sobresalto. No son para menos las fantasías que en los árboles y piedras del campo bosqueja noche tan vaga y medrosa.

Al llegar á la cañada, *Derribahombres*, como quien ha llegado al paso más peligroso de un camino, sácase la pistola del cinto, monta el gatillo en apercibimiento de su persona, y se interna en la calle orlada de zarzales que hay antes de salir de la hondonada, para ganar la vereda que lleva al pueblo. Las ánimas empiezan á sonar en aquel momento. ¡Las ánimas! es decir, el toque dedicado á la memoria de los muertos, la oración que las campanas pronuncian por las almas que se retuercen en llamas del purgatorio. El prestigio fantástico que la tradición ha dado á ese lamento de las iglesias, encontró eco, por esta vez, en el corazón del valiente, y dió entrada en su imaginación á los mil cuentos que inspira el toque de ánimas, y á las fábulas más inverosímiles.

¿Era un principio de miedo lo que sentía? ¿Era recelo de verse perdido en sitio semejante, en el cual contaban varias personas habérseles aparecido trasgos, duendes, brujas ó ladrones que atentaron contra sus vidas?

Aunque así fuera, ¿qué bruja habría de atreverse con él? ¿Qué duende ni que demonio habían de poner duda en alma tan bien forjada sobre el yunque del que salen los héroes?

Sin embargo, sacó la pistola, como he dicho, y extendió el brazo armado, por aquellas lobregueces de que estaba lleno el camino.

A *Derribahombres* le blanqueaba un poco el rostro, y veíase esa blancura á la dudosa luz del astro de la noche.

Un ruido bronco, rápido, que apenas se notó, ya habíase extinguido, sobresaltó de un modo más hondo al caminante: era un cuerpo de culebra que deslizó su serie de curvas por debajo de los zarzales y los mastranzos. Las campanas daban su penúltimo doble, su penúltimo ruego porque Dios sacara purificados algunos espíritus del fuego.

De pronto, era cosa evidente, le cogieron de los vuelos de la capa á *Derribahombres*, lo clavaron al sitio por donde pasaba, y el valiente dió de golpe en el paroxismo.

—Soltadme, benditas ánimas ó quienes seáis,—dijo algo repuesto;—yo voy tranquilo para mi casa, yo no quiero meterme con nadie ni buscar ninguna desgracia.

Forcejó un poco, y viendo que no le soltaban, subieron los grados de frío de sus venas; pasó su rostro del blanco al azulado, y añadió con sequedad tal de lengua que apenas se le entendían las palabras:

—¡Por Dios, por la Virgen, por todos los santos, soltadme! Me espera mi mujer, me esperan mis hijos: yo cumpliré la penitencia que me manden, pero dejadme ir.

Y las uñas que agarraban los pliegues del paño, clavábanse más y más y parecían querer dejar la capa hecha trizas.

Figurándose *Dorribahombres* que aquello acaso sería justo castigo á las *bolas* que había estado soltando en casa del tío Pedro, empezó á deshacer la sarta de embustes, y salió por esta canción entre castañeteo de dientes y atragantamientos de espanto:

—Es mentira todo lo que dije, benditas ánimas, mentira cuanto hablé, yo no he hecho nada en mi vida, sino temblar de miedo ante el vuelo de una mosca. ¿Cómo iba yo á haberme tragado el mundo? ¡Mentira, mentira todo! Lo que digo ahora es lo cierto, lo que digo al verme en este trance. ¡Por misericordia divina, dejadme ir á mi casa!

La pistola habíasele caído de la mano; la faja, con la brega que el hombre traía, habíasele deslizado de la cintura y habíase ido enroscando á las piernas, y también se clavaban en ellas las uñas feroces: el hombre estaba cogido por todo su cuerpo

Dándole á la parola, más muerto que vivo, echando fuera de su boca más frases llorosas que un titiribundi arroja de sus labios varas de cinta, estuvo el infeliz toda la noche, unas veces recurriendo á la persecución, otras á las demandas suplicantes, nunca á los modos de fuerza, *por no agravar* la situación en que se hallaba.

Jadeante, con el rostro hundido por tan continuadas emaciones, pálido, con una palidez cadavérica, extenuado, mustio, amaneció en lo hondo de la cañada, sin atreverse á volver la cara hacia sus enemigos, que ni ante la luz del día salían corriendo y dejando su presa.

En semejante situación, reunió todas las *partículas* de valor que le quedaban, consideró que, de pasar alguien por aquel sitio, había de exponerse á la vargüenza de haber caído un hombre como él en la ratonera, y muy lentamente y como si hubiera de hallar detrás de sí á la muerte, fué volviendo con todo género de precauciones la cara.

Lo que vió, acabó de dar la terrible puñalada á aquel hombre, pero no con cuchillo ni cortante alguno, sino con lo inexperado del caso y lo imprevistó del suceso.

Las uñas que tenían afianzado al hombre, los millares de resistentes uñas que le sujetaban, eran los millares de púas de un zarzal donde, al pasar *Derribahombres* para su casa, enganchóse el vuelo de la capa que lo envolvía.

Una vergüenza harto *trasnochada* reemplazó en el rostro del valiente, con el color de la vida, el mustio y tétrico de la muerte.

....

Hay muchos héroes como el de mi cuento en esta vida, que ante la gente se tragan al *mapa mundi*, y que sólo se dejan sujetar y vencer por la agresiva uña de una zarza.

SALVADOR RUEDA.

HOLOCAUSTO.

Por esta cruz te juro que eres mi diosa,
Tú la virgen de vaga pupila umbrosa;
Por esta cruz te juro que has de ser mía,
Tu la virgen de vaga pupila umbría!

—

Tu eres la cruz amante que abre sus brazos,
Yo, la hiedra que tiende sus tiernos lazos
—Esclava enamorada de tu ternura,
Apasionada eterna de tu hermosura.
Así estaré en mi vida; siempre á tu lado
Y moriré en tus brazos crucificado!

JOSÉ JUAN TABLADA.

Agosto de 96.

VENITE, ADOREMUS.

(DE «MÍSTICAS»)

Adoremos las carnes de marfiles,
Adoremos los rostros de perfiles
Arcaicos: aristócrata preséa;
Las frentes de oro pálido bañadas,
Las manos de falanges prolongadas
Donde la sangre prócer azulea.

Venid, adoremos
El arcano Ideal, compañeros.

Adoremos las almas siempre hurañas,
Las almas silenciosas, las extrañas,
Que jamás en amores se difunden.
Almas— urnas de inmensos desconsuelos,
Que intactas se remontan á los cielos
O intactas en el cócito se hunden.

Venid, adoremos
El árcano Ideal, compañeros.

Adoremos los ojos dilatados
Cual piélagos de sombras, impregnados
De claridades diáfanas i astrales;
Los ojos que abrillanta el histerismo,
Los ojos que en el día son abismo,
Los ojos que en la noche son fanales.

Venid adoremos
El árcano Ideal, compañeros.

Oh poetas, excelsos amadores
Del arcano Ideal, dominadores
De la forma rebelde, laboremos
Por reconstruir los góticos altares,
I luego, á sus penumbras tutelares,
Venid, adoremos.

AMADO NERVO.

Agosto de 1896.

La leyenda de los volcanes.

TRADICIÓN AZTECA.

[Para *El Mundo*.]

POPOCATEPETL, el hombre casto y adorador de lo bello, había perdido su tranquilidad; ya no quedaba en éxtasis ante el cielo estrellado en las noches apacibles del invierno, ni su dulce y melancólica voz se oía en las selvas, alternando con el canto de los zensontlis, ni su fuerte macana hacía estragos en las huestes enemigas, pues la mano que la manejara estaba ocupada en contener los latidos acelerados del corazón.

Popocatepetl vivía triste en su florida chinampa, sin salir de ella. Lloraba continuamente y oraba para que Tezcatlipoca, el Dios del Cielo, volviera ante sus ojos la imágen de una mujer divina que había visto en instante tan corto como el que tarda una estrella candente en atravesar el espacio.

***

Era una tarde del tiempo en que los vientos del Norte tuestan las frondas y después las arrancan de las ramas, llevándolas quién sabe donde.

Popocatepetl paseaba por un bosque de ahuehuetes contemplando los celajes color de ópalo que el sol había dejado por el Poniente, la región á donde va todo lo que muere.

Un cortejo estorbó el paso del hombre casto, formado de ancianos sacerdotes vestidos con mantos negros, adornados en los hombros con figuras horrorosas de fuertes colores; largas cabelleras hirsutas coronaban sus estrechas frentes, y con las manos tintas en sangre ofrecían flores á Iztaccihuatl, la mujer blanca, la mujer pura, la inmaculada, venida de un país muy lejano.

La virgen era más blanca que las nieves, su turgente seno levantaba la tela que lo cubría, su cabellera al caer sobre la espalda parecía una catarata de tinieblas estrellándose en una roca de alabastro, sus ojos despedían destellos de luz que inspiraban adoración, las líneas de su rostro y las formas de su cuerpo como el color de su cutis y de sus cabellos, eran diferentes á todos los de las otras mujeres. Al andar parecía una visión que se deslizara por la yerba, sin producir ruido alguno.

Quedó Popocatepetl enamorado de Iztaccihuatl; fué entonces cuando sintió nacer en su corazón esa fiebre que mata de goce y de dolor alternativos, llamada amor.

Pero ese amor tenía que permanecer encerrado en el corazón y no salir de él jamás, pues Iztaccihuatl era la Diosa de la pureza y aquel que pusiese sus ojos en ella debía ser castigado por los sacerdotes con la pérdida de la vida y su cuerpo serviría de alimento á las fieras.

Esto lo sabía Popocatepetl y por eso se retiró á su chinampa, para morir víctima de su amor en el silencio y el olvido.

Pasaban los días y el hombre casto no salía de su retiro, donde era torturado por la pasión.

A veces el sueño se apoderaba de él y cuando empezaba á reponerse en el descanso, despertaba sobresaltado creyendo tener junto á sí el cuerpo de su amada ideal.

La fiebre iba consumiendo sus carnes musculosas de guerrero; de nada le servían las medicinas que sus sirvientes le ministraban, ni los cariñosos consuelos de su amorosa madre.

***

Una noche la Reina de plata—la luna—custodiada por sus siervos de oro, iluminaba el valle.

La chinampa, sembrada de rojas amapolas y olorosos izquizochitls, albergaba al hombre casto, á Popocatepetl, que sentado en una piedra, imploraba al cielo pidiéndole remedio á su mal. De pronto obscureció el firmamento una bandada de tecolotes, las aves de mal agüero que predicen muerte. Describieron los pájaros agoreros varios círculos en el espacio, y después se perdieron entre las negras nubes que se iban extiendo en el firmamento. Eran enviadas por Huitzilopoxtli, el Dios de la guerra y el exterminio, para castigar el femenino dolor del guerrero apasionado.

Popocatepetl se sintió enfermo; esas aves le habían predicho desgracia inminente...... Cayó desmayado sobre las rojas amapolas y los olorosos izquizochitls.

El rocío hizo volver á la vida al hombre casto, y á poco le sacó de sus meditaciones un canto lúgubre que se acercaba cada vez más.

Luego apareció una chalupa cortando las aguas del lago, seguida de otras pequeñas.

En la grande iban los sacerdotes enlutados y postrados de hinojos ante el cuerpo de una mujer muy blanca, que reposaba en un lecho de yolozochitls y otras flores aromosas, en las que parecía irradiar la divinidad de Cuatlicue, la Diosa de las flores.

Popocatepetl se puso en pie impulsado por el presentimiento, para ver á la que entraba en la región del descanso; un frío sudor bañó su frente y para sus ojos la noche se quedó sin estrellas......... Iztaccihuatl era la muerta!......

Después se oía lejano el canto de los sacerdotes, diciendo: «Murió Iztaccihuatl, la virgen blanca y pura; no mancharon sus carnes besos infernales.

«Dioses, recibidla en vuestro seno y sentadla en trono divino, pues va á vosotros limpia de toda impureza.

«Ella nos enseñó amar el bien y á enaltecer la castidad.

«Dioses, tened en vuestra gracia á la mujer más pura, á la Virgen blanca......»

Y el canto se apagaba á medida que el cortejo se iba alejando.

Popocatepetl sintió desgarrado el corazón, como si serpiente enroscada en él le mordiera.

De pronto se lanzó al lago y nadó, nadó mucho, y Tlaloc, el Dios del agua, compadecido de tanto dolor, acortó la distancia, y Popocatepetl llegó en seguida á la cúspide del monte en que depositaban el cuerpo de la Virgen blanca.

El hombre casto quedó en pie, con los brazos cruzados, junto al cuerpo de Iztaccihuatl. Y después que el fúnebre cortejo se retiró, Popocatepetl se lanzó hacia el cuerpo anhelado y lo besó infinitas veces con frenesí. Eran estos los primeros besos que daban sus labios.

Siguió besando el cuerpo amado, y le parecía que con cada ósculo le devolvía la vida.

El Di s de los infiernos, Miclanteutli, al ver la profanación cometida por Popocatepetl, lanzó sobre él un flecha, que hiriéndole la frente, le arrebató la vida, haciéndole caer á los pies de Iztaccihuatl.

Después quiso apoderarse del pecador para torturarlo eternamente en las llamas, pero sólo pudo levantar el cuerpo, pues el corazón, lugar que guarda todo lo que es bueno, quedó á las plantas de la Virgen.

Entonces, el Dios enfurecido, cubrió el cuerpo de la mujer mancillada y el corazón que la había adorado, de nieves, que nunca se derretirán.

—

El tiempo, que todo lo borra, ha respetado el cuerpo de Iztaccihuatl, la Virgen blanca, haciéndola montaña inaccesible para el hombre y el corazón de Popocatepetl, en el que sigue inextinguible el fuego de la pasión eterna.

R. DE ZAYAS ENRIQUEZ (Junior).

Agosto de 1896.

PRESENTACIONES.

Joaquin Blengio.

Dos días llevaba de permanencia en Campeche, cuando fuí presentado una noche y en la mesa redonda de un hotel, al Dr. Joaquín Blengio, poeta que ya me era conocido por algunos sonetos de él que había leído.

Blengio alcanza ya las últimas etapas de la vida, pero está fuerte y ostenta los buenos colores de la salud; su rostro es franco y risueño; en el ligero pliegues que se dibuja á veces en sus labios, se me antojó encontrar la sonrisa volteriana, desdeñosa y cáustica.

No olvido aún el mal rato que me procuró aquel poeta de cabeza encanecida, de traje severo y lleno de pulcritud, de aspecto de médico de provincia francesa.

Después de las fórmulas sociales que siguen á una presentación, el Dr. Blengio, dando á su fisonomía el sello severo de un juez, me interrogó:

—¿No ha venido usted antes á la costa?

A mi respuesta, su gesto cambió para tornarse sombrío casi trágico, y con tono reposado, frío, hiriente, comenzó á decir:

—Pues debe usted marcharse y que sea mañana mismo; está usted en capilla; á usted le dará el vómito y, la muerte ocasionada por él, es horrible y desesperante, vea usted......

Y siguió pintando aquella agonía tremenda, haciendo resaltar los detalles con colores sombríos y aterradores. Fuera efecto de su palabra, bien del asombró que me causara aquella profecía que de improviso me salía al paso, lo cierto es que yo comencé á sentir cierto calosfrío que recorría mi cuerpo y que mis cabellos se erizaban, y tuve, á que negarlo, miedo, pero horrible, á la muerte.

Si Blengio hubiera sido joven, le hubiera tomado por el siniestro Hamlet cuando dice: «*vete, vete á un convento.*»

No esperé más; me despedí con precipitación y me dirigí á mi cuarto, resuelto en aquel primer momento á no salir, aunque tenía que ir al teatro donde se estrenaba un arreglo á la escena española de la Cavallería Rusticana, hecho por mí, y con el firme propósito además de marcharme en el primer vapor que tocara el puerto.

¿Pero á los veintidós años qué pena echa raíces, qué preocupación no se disipa al punto?

Ya solo entre los cuatro muros de mi cuarto me reí del augurio; tomé mi sombrero y me eché á la calle, sintiendo casi odio por el Dr. Blengio, animosidad que, como mi miedo, pasó á los dos minutos al olvido.

Después traté al Sr. Blengio varias veces, y no volví á acordarme de la mala impresión que recibí al conocerle.

Blengio nació el 16 de Noviembre de 1834, y se recibió de Médico de la Facultad de París, en el año de 1862.

Sus versos, algunos damasiado valientes, y éstos pertenecientes á su juventud, han circulado por mucho tiempo en las hojas periódicas.

Adorador ferviente del soneto, á él ha consagrádose de preferencia, con buen éxito.

Véase el siguiente:

A NAPOLEON III.

De Francia la magnífica belleza
Nos repugna llevar en la memoria,
Porque han manchado su brillante historia,
Tu infamia, tu perfidia, tu bajeza.
De qué le sirve su marcial fiereza?
De qué le vale ya tanta victoria,
Si tantos siglos de esplendente gloria
Ha borrado en cinco años la torpeza?
Al mundo de Cortés y de Pizarro
Tú mismo ven, conquistador del Sena;
Ven, Sesostris, á uncirnos á tu carro;
No saques más tus víctimas de Viena;
Ven...... y hallarás un Wellington bizarro,
Un Warteloo hallarás y un Santa Helena.

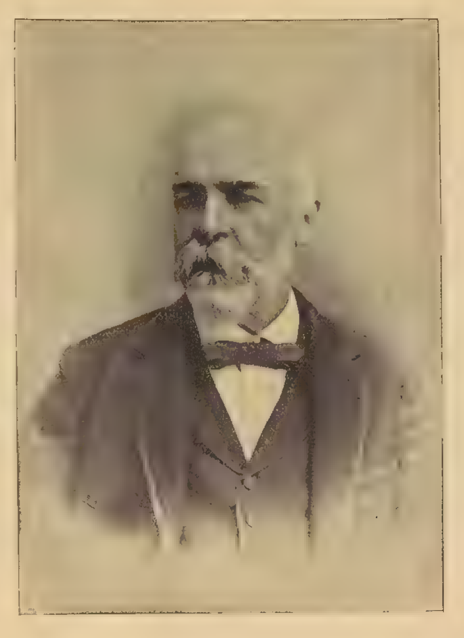
1867.

Blengio ha sido últimamente nombrado académico de la lengua y honrado y aplaudido por sus méritos literarios. Consagra su vida á las atenciones de su profesión y á los dulces trasportes del arte.

Ageno á todo lo que signifique vanidades y pompas, huye de la popularidad y el aplauso.

A la fecha, guarda en su alma junto con las glorias y el aplauso conquistados, los recuerdos de cuando todavía la fuerza y el vigor de la vida llenaban su corazón de ilusiones y ardimiento, y cuando no blanqueaba su cabeza *el polvo del camino de la vida*, que dijo Longfellow.

M. Larrañaga Portugal.



Joaquín Blengio.

A LOS CAMPECHANOS

En un golpe que forma su delicia,
Altivo un pueblo la cerviz asoma.
La humildad del esclavo nunca toma
Para hablar al poder y á la justicia.
No adula ni defiende la injusticia,
Por más que el pan de la miseria coma;
Valiente en el combate es como Roma,
Atrevido en el mar como Fenicia.
Su afán es ser hospitalario y noble;
En el triunfo es magnánimo y clemente;
En la desgracia imperturbable y mudo:
Su proverbial lealtad nada hay que doble;
Su orgullo todo es ser independiente. ....
Ese pueblo eres tú. Yo te saludo.

1867. J. Blengio.

A la señorita Carolina Trueba.

EN SU MUERTE.

No olvidaré mi fe comprometida
De visitarte en la postrer morada
Cuando durmieres en la fosa helada
El sueño interminable de la vida.
Al cementerio iré, mujer querida,
Como quien va á campiña embalsamada,
Porque es urna de aromas perfumada
De una virgen la tumba bendecida
Iré...... porque también son lenitivos
De mis pesares los sepulcros yertos,
Que no hallando placeres positivos
En este mundo, sino males ciertos,
Lejos de la mirada de los vivos
Soy más feliz hablando con los muertos.

1868. J. Blengio.

LERMA.

Al pie de verde y plácida colina,
Y á la orilla de un mar siempre espumoso,
Un pueblecillo alegre y delicioso
En balsámico lecho se reclina.
Allí habita el candor, la paz domina;
Allí, lejos del mundo ponzoñoso,
En su ambiente pacífico y radioso
Todo al placer el corazón inclina.
De aspecto encantador es su paisaje;
De Nereida y Napea su hermosura;
De flores y de conchas su ropaje......
Yo quiero para colmo de ventura,
A la sombra vivir de su follaje,
Y en su arena cavar mi sepultura.

1885. J. Blengio.

Fotografía instantánea

Al gelatino-bromuro de volapuck.

Guido es un *gentleman* que hace las delicias de las *mondaines*, de las *demi-mondaines*, y aún de las *instantanées*, quienes hallan muy cuco el modo irresistible con que Guido *flirtea* con ellas.

Este *éternel jeune homme* es añoso y verde como un roble y fué sucesivamente *lión, dandy, boudiné, superchic, pschutteux, v'lan* y *volreux*. Es ahora *sportman* y *clubman*, según la estación, y á pesar de sus años no renuncia á la *haute gomme*, ni á la *high life*, y sigue siendo la *great attraction* de todos los *five o'clock tea* y de las *soirées* todas del mundo *select*.

Sus perfumes favoritos son la *vera violetta*, el *k'ss me quick* y el *foin coupé*: cerca de su elegante *psyché*, sobre un precioso mueble *en vieux chêne* hallareis siempre, junto de *l'eau de Lubin*, el *koh'l* con que Guido

Répare des ans l'irréparable outrage.

Su delicado estómago sólo consiente *pâtés de foie gras* y *champagne frappé*.

Es rico y afortunado y para cumplir con las exigencias de la moda, frecuenta el *tapis vert* y pierde al *bacara* con mucho *sans façon*.

Una de las principales preocupaciones de este *sans souci* es su *toilette*. Vedlo en invierno *emmitouflé* en inmenso *ulster* que oculta el *smoking* ó el *sifflet d'ébene*, en verano, revestido del *paletot mastic* ó de la *redingote noisette* último *cri* de la *dernière mode*.

Sus *jacquettes* salen de la mejor casa, y la irreprochable *coupe* de sus pantalones *á la husarde*, *trahissent* la marca del mejor *faiseur*.

Es dilettante y tiene su *baignoire* ó su *grillé* en todos los teatros *chics*.

Unos dicen que es un *raté*, otros un *faiseur d'embarras*, aquellos que tiene *galette*, estos que no tiene *le rond*, y todos envidian al *vieux beaut choyé* por las damas. Porque, eso sí, este hombre tan *fin de siècle* y que no carece *d'esprit*, es el *enfant gâté* de todas las reuniones adonde con su audacia (*audaces fortuna juvat*) es la *coqueluche* del bello sexo.

Su *chez soi* está lleno de mil *bibelots*, amorosos recuerdos *d'amourettes d'un jour* con señoras y señoritas *comme il faut*

En resumen, Guido es el modelo del *viveur di primo cartello for ever*.

***

¿Habéis comprendido, *caro* lector, las anteriores líneas?

Je ne comprend pas, dice vd., y yo contestaré que no estáis *á la hauteur* y que no lo puedo remediar, ni trataré de hacerlo porque pertenezco al grupo llamado de los *jemenmoquistes*.

***

Sin embargo, permitidme, antes de terminar, daros el análisis químico de la placa al gelatino-bromuro de volapück, muy en boga en nuestros días:

Francés..	500 palabras;
Inglés..	300 ,,
Italiano..	200 ,,
Latin..	100 ,,
Otros idiomas..............................	100 ,,
Galicismos.....................................	20 gramos;
Castellano.....................................	algunas gotas.

Revolved el todo, *serves chaud* y *all rigth*.

Morinoff.

AL TUNAL.

Tunal, Tunal, cuando en la linfa pura
Mi hermosa niña refrescarse quiera,
Y en tu espejo en que el cielo reverbera
Hunda su cuerpo de sin par blancura,
Quita la espina, la piedra dura
Y todo aquello que su planta hiera,
Y adormece tus aguas de manera
Que pueda en ellas juguetear segura.

Ve si su pecho por mi amor palpita,
Y si su labio por mi bien no miente
Díle que la idolatro y dulcemente;
Si de placer en tu cristal se agita.
En su boca rosada y pequeñita;
Un beso dale de mi amor ardiente.

Constantino.

Agosto de 96.

Convirtiendo en virtud la hipocresía,
y ajustando las leyes á su gusto,
como muchos fanáticos de hoy día
para ser más bribón finje ser justo.

La Orquesta Típica de Oaxaca.—[Véase el artículo "Nuestros grabados."]

LA NUEVA BERLINA.

EXPLICACIÓN DEL BAILE.

1

2

Creemos curiosa y útil la siguiente explicación de un baile muy en boga en la actualidad en Europa:

Primera parte.—(1er. compas.)—El caballero teniendo en su mano derecha la izquierda de la dama, marca un paso de polka con el pie izquierdo. La señora hace e mismo movimiento partiendo naturalmente con el pie derecho.

El caballero coloca su mano libre sobre la cadera y la señora detiene su vestido.

(2º compas.)—Saltando ligeramente sobre el pie apoyado, pásase el pie derecho, delante del izquierdo, vertical la tibia y la rodilla bien saliente (1er tiempo del 2º compás.)

Levantando de nuevo el pie izquierdo, colócase el derecho en la misma posición indicada arriba (2º tiempo del 2º compás.)

En otros términos estos son dos movimientos sobre la punta del pie. La dama hará los mismos movimientos con el pie contrario.

3º y 4º compases.—Caballero y dama giran cambiando de mano, y comienzan el mismo movimiento en sentido opuesto, el caballero con el pie derecho, la dama con el izquierdo.

Segunda parte (5º y 6º compases.)—Colocándose como para todas las danzas el caballero, seguido de su compañera da dos pasos hacia la izquierda del caballero (5º compas;) ejecútase en seguida un paso de polka para el 6º compas.

(7º y 8º compases.)—Los mismos movimientos hacia el lado opuesto.

Se continúa á voluntad.

3

4

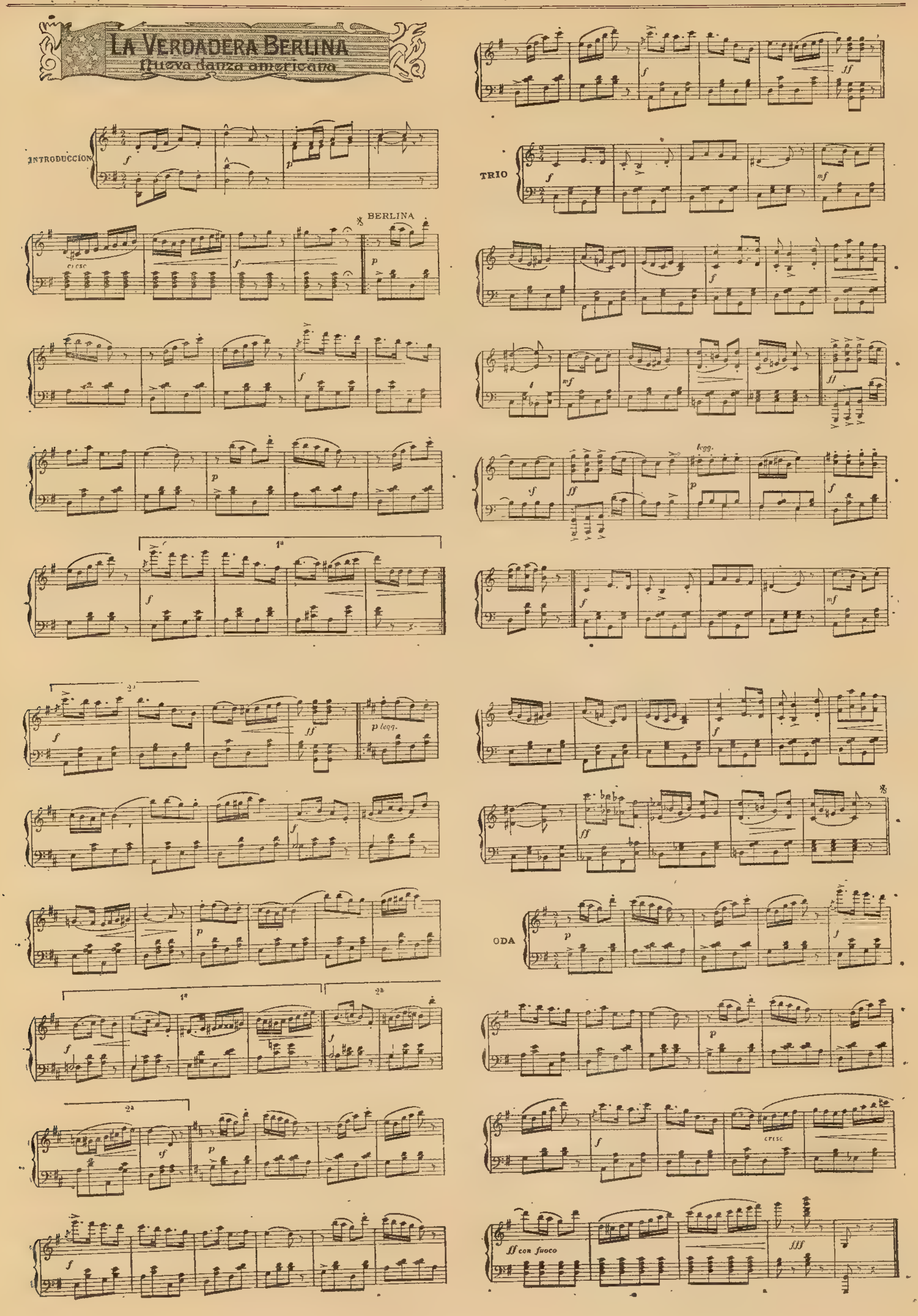
PARA UNA INCLUSA.

Si al pasar el umbral de la existencia,
ves que no encuentras á tu madre allí,
bendiciendo la causa de su ausencia,
llama á esta puerta y la hallarás aquí.

* *
*

Siempre vuela mi mente
á buscar el Edén de tus amores,
como constantemente
se vuelven hacia el sol algunas flores.

Campoamor.

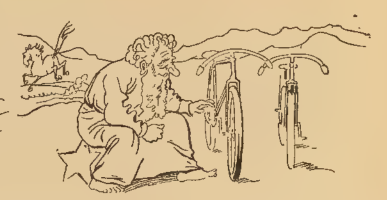

LA VERDADERA BERLINA
Nueva danza americana
INTRODUCCION
BERLINA
TRIO
ODA
ff con fuoco

LA CREACION DEL HOMBRE.

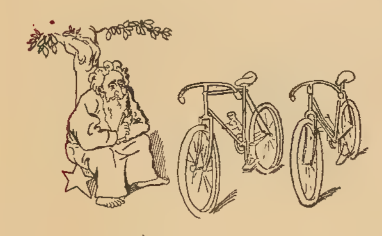
Teoría nueva, según el general Gedeón Santibañez que dijo recientemente: "......La bicicleta es una máquina que realiza el ideal...... Su motor es justamente la pierna humana, que parece haber sido construida expresamente para el pedal......"

Ahora bien, el sexto día, el Señor Dios se dijo: "Creo que me falta aún algo que crear........"

Dicho ésto exclamó: "Que las bicicletas sean!"

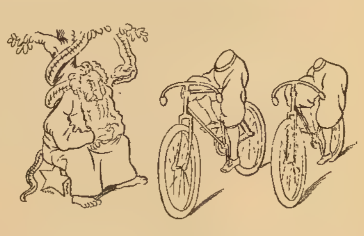


Y las bicicletas fueron!........
El Creador admiró su obra ¡qué bien acabada!......que curvas, tuercas por todas partes, pedal estrecho!...... "Toma! si sobre esos pedales pusiese yo alguna cosa?........"



Y el Señor Dios creo los pies!........

A los pies, el Gran Mecánico adaptó las piernas; á las piernas, los fémures...... á los fémures...... todo lo que se necesita para sentarse......



Entonces la serpiente acercose y susurró al oído del Gran Constructor: "Pon algo de variedad...... para poder, después, reconocerlos...."

Creador escuchó el consejo pérfido, y pusoalgo de variedad! Después de lo cual el Señor Dios creó los torsos.

"Y el timón no sirve de nada?"
Rápidamente les añadió manos y brazos.

La serpiente se mezcló aun en el asunto: "Pónles cabezas, hombre!......" "No crees que saldrían bien?"

"Vamos, que las cabezas sean!......" Y las cabezas fueron.

Y Adan y Eva fueron creados. "Divertíos—dijo el Señor; haced excursiones y tened cuidado de vuestras neumáticas."

Pero llegó la serpiente—animal muy astuto—los engañó, y paf!"

Entonces el Señor se puso rojo de ira! Hizo arrojar á los delincuentes del *Velódromo de delicias* y para su castigo creó la *calandria!*

LA FRATERNAL.

Compañía de Seguros de Vida y Accidentes.

Sus pólizas no tienen competencia por la variedad, ventajas y baratura que ofrecen.

LA FRATERNAL envia á todo el que lo solicite cuadernillos de explicaciones y el Boletin que edita mensualmente.

Oficinas de LA FRATERNAL:

MEXICO—Calle de S. Felipe Neri 7. Apartado Postal 750.—MEXICO

L. Clement

Doctor francés, especialista para la curación de las enfermedades de la cintura.

Premiado con medalla de honor

POR EL GOBIERNO FRANCES.

Callejon del Espiritu Santo numero 3.

Extracción garantizada de la Solitaria. ¡35 AÑOS DE PRACTICA!

HORAS DE CONSULTA: De 9 A 12 a. m. y de 3 A 6 p. m.

Al Puerto de Veracruz.

Esquina Segunda de Monterilla y Capuchinas.

DEPARTAMENTO ESPECIAL DE CONFECCIONES.

Surtido nuevo y renovado de Pelerinas, Cellets, Manteletes

Capas de Viniarle de estación.

GRAN NOVEDAD DE ESTILOS.

HILARIO MEENNEN.

AVENIDA JUAREZ 4. APARTADO 189.

"HUMBER." "STEARNS." "FOURIST." "RECORD."

Las mejores bicicletas que hay en la República, las que más se han vendido y las que mejor resultado han dado.

¡Son las más caras y son las más baratas!

THE "HUMBER" TRADE MARK HUMBER & Co. LTD. BEESTON. WOLVERHAMPTON COVENTRY

MEXICO.

Pídase el elegante catálogo en Español con muchísimas ilustraciones.

¡¡BICICLETAS DE $120 á $325!!

Grandes talleres de composturas y magnífico surtido de accesorios.

DIGESTIVO ANDREW.

Sin pepsina, papaina ni pancreatina. Curación completa, rápida y garantizada

DE LAS ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO.

MARCA REGISTRADA.

El Digestivo Andrew cura radicalmente la dispepsia, enteritis crónica, acidez del estómago, abultamiento con póco comer, flatulencia, repugnancia á los alimentos, diarreas, gastralgias, ictericia, vómitos en las embarazadas, dolores de vientre, digestiones lentas, penosas é incompletas que producen dolores de cabeza y que determinan la anemia, cólicos, etc.

Preservativo excelente para el tifo, fiebre amarilla, y en general de todas enfermedades infecciosas, pues es el más completo é inofensivo Antiséptico del aparato digestivo. Desaparecen desde la primera dósis, los vómitos, acedías, eruptos, inapetencia, pesadez, constipación, dolor de estómago por antiguo ó rebelde que sea el padecimiento, y aunque no haya cedido á otro tratamiento, el éxito es tan seguro, que no tenemos inconveniente en *Garantizar el especifico*, pues ha sido analizado y adoptado por las eminencias facultativas de Europa y de esta capital. *Es el más poderoso de los Digestivos* para estimular y restablecer las funciones del estómago.

El tiempo necesario para una cura radical varía según el caso, pero nunca más de 40 á 50 dias. Una vez comenzado este tratamiento, no debe suspenderse por ningún motivo. Exigir la firma y rúbrica auténtica del Dr. Andrew. PRECIO DEL TUBO: $2 50 EN TODA LA REPÚBLICA. Certificados de los principales médicos de esta capital y de los Estados. Desconfiese de las imitaciones y falsificaciones.

EL DIGESTIVO ANDREW está de venta en todas las principales Droguerías y Boticas de Europa y América

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 6 DE SEPTIEMBRE DE 1896. — NUMERO 10

De paseo.

[Fotografía de Méndez Hermanos, de San Luis Potosí, premiada en el concurso fotográfico de El Mundo.]

[Grabada en los talleres de "EL MUNDO"]

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio num. 20. —Apartado 87 b.

MEXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á **EL MUNDO** vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.

Números sueltos, 50 centavos.

Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá. The Spanis American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas Editoriales.

Después de la coronoción.

Vivamente ha impresionado al público una carta suscrita por el Sr. Eduardo Sánchez Camacho, Obispo de Tamaulipas, y en la que se hacen importantes revelaciones acerca de asuntos eclesiásticos que hasta hoy se habían agitado en el fondo del más profundo misterio.—Si mal no recordamos, el Sr. Sánchez Camacho publicó, allá por el año de 1888 ó 1889, un estudio encaminado á refutar la creencia en la aparición de la virgen de Guadalupe; el Sr. Obispo de Tamaulipas, según consta en la carta á que aludimos y que han publicado la mayor parte de los diarios liberales de esta capital, informa que aquel estudio fué denunciado á la Inquisición Romana, y que poco tiempo después fué conminado por este cuerpo á hacer una retractación, lo que efectuó el Sr. Sánchez por evitar un cisma. El Sr. Obispo de Tamaulipas está resuelto ahora á sostener sus ideas, aun á trueque de quedar fuera de la Iglesia Católica, y así lo declara en su carta, documento trazado en desaliñada forma, pero en el fondo incisivo y acre.—Las fiestas de la coronación están, pues, dando sus consecuencias, y en esto debieran haber pensado los iniciadores, ya que estas consecuencias sólo han tenido el privilegio de lastimar á los católicos.

¿Debiera haber evitado Roma la coronación—que á la postre resultó descoronación—de la imagen del Tepeyac?......—Cuando el abate Froment, el protagonista de la *Roma* de Emilio Zola, expresa el disgusto que le causa ver al Vaticano autorizar el ostentoso culto de Lourdes, se le responde que el Tesoro del Papa se encuentra en condiciones muy delicadas, y recuerda entonces, al espectáculo de una lluvia de riquezas que caen á los piés de León XIII, que el culto de Lourdes proporciona á la Santa Sede una renta anual de doscientos mil francos, separada de los ingresos de la Virgen!

***

La carta del Sr. Sánchez Camacho no ofrece solamente un interés de alta teología, sino que también contiene una afirmación que es indispensable que recoja el partido liberal mexicano: la aceptación clara y neta de las Leyes de Reforma, que tanto ha combatido el clericalismo.—Dice en efecto el Sr. Obispo de Tamaulipas: «No he recibido de Roma sino reprensiones sin causa; amonestaciones sin motivo, desaires y *exacciones pecuniarias.* Le he pedido muchas cosas para el bien de esta Iglesia, y ni me ha contestado. Le mandé mi primer sínodo (sus actas) y no quiso revisarlo; sola y unicamente se han conciliado aquí, durante mi Gobierno, *las instituciones y leyes de mi país con los cánones de la Iglesia.*»

Es ésta una declaración que aceptamos en toda su trascendencia. Por fortuna para católicos y liberales, se va ensanchando esa vieja intolerancia clerical que por espacio de tanto tiempo ha dividido á la familia mexicana. Si León XIII elogia con calor la Constitución Americana ¿ha de ser nuestra República excluida por indigna de entrar en el cuadro de la civilización?...... Después de muchos años de pretender colocar á México al bajo nivel político de las agrupaciones del siglo X, la Iglesia reconoce por fin su error y acepta el régimen de la libertad. Esta victoria bien vale la pena de ser consignada en las páginas de nuestra historia contemporánea.

Felicitamos al Sr. Obispo de Tamaulipas por su honradez y valor civil.

México y Austria.

Se da como probable la reanudación de nuestras relaciones amistosas con Austria, nación con la que, como es bien sabido, hemos estado sin correspondencia diplomática desde el desenlace del Imperio. Esta noticia no ha tenido el privilegio de encender los vetustos rencores, como hace años hubiese ocurrido; no ha provocado la explosión que antaño habría determinado en ciertos espíritus. Y es que el tiempo ha traído el olvido y con él se han aquietado las terribles pasiones que caracterizaron aquella época de prueba.

Para México, el reconocimiento que Austria haría del presente estado de cosas, sería siempre satisfactorio.—Pero á nuestra vez, este acto nos obligaría á desechar esos impulsos de jacobinismo feroz, irreconciliable y persistente de que damos á menudo señales. ¡Todavía, después de más de un cuarto de siglo de destierro, hemos tenido palabras de odio y vociferaciones rencorosas para Don Leonardo Márquez! ¡Aun se cubre de ignominia á los servidores del Imperio!

Para ser liberales y patriotas, no es necesario ser implacables é intolerantes. El error del Imperio fué lavado con sangre en el Cerro de las Campanas; con la vida de tres hombres quedó redimido el pecado, y si bien estuvo el hecho, no prolonguemos por más tiempo una ira que ya no tiene contra qué dirigirse.

El reconocimiento de la República por parte de Austria significaría el reconocimiento del acto irremediable del que surgió el actual régimen político.—¿No basta esto para calmar los ánimos de nuestros liberales del género sanguinario?

No tenemos remedio.

¿Será, pues, verdad que la prensa mexicana se encuentra infestada del microbio de la injuria? ¿Está, pues, escrito que los periódicos más serios, los que por su serenidad pretenden elevarse á la alta región en la que se discuten los principios, llevan en sus venas el fermento de esta triste dolencia?

Caso extraño! Los mismos diarios que ayer se cubrieron los rostros á la aparición de un periódico fustigador y personalista, las mismas plumas que trazaron párrafos de indignación contra los que ayer los zaherían y denigraban, hoy encuentran natural y lógico empapar sus escritos en la propia turbia corriente, extraer sus palabras de igual vocabulario de dicterios. ¿La prensa de México ha de abandonarse necesariamente á semejantes agravios, ha de estar obligada por ley inexorable á tales desmanes?

Ayer se condenaban los desórdenes de lenguaje de un diario, defensor franco y declarado de ese género morboso de periodismo, y se predicaba la calma y el reposo. ¡Vanos propósitos! Frente á sus adversarios en ideas, en lucha contra la prensa que no piensa como él, el *Monitor Republicano* traza las siguientes líneas:

«¿Estamos en nuestro derecho?— Evidentemente que sí. Nuestra actitud podrá ser vacilante, pero no *innoble;* temerosa, pero no *indigna;* no somos mártires, es verdad, pero tampoco somos *lacayos*; comprendemos la inutilidad de nuestros sacrificios, pero no comprendemos *la inutilidad de no tener vergüenza.* Esto nos basta para considerarnos con títulos para la estimación de las gentes honradas. *Ojalá pudieran decir otro tanto los periodistas del Gobierno.*

Ante estos renglones nos hemos preguntado, llenos de asombro: ¿cuándo la palabra *innoble*, cuándo la palabra *indigno*, cuándo la palabra *lacayo*, constituyen injurias? ¿Solamente cuando son dirijidas al *Monitor Republicano?* Y cuando el *Monitor* es quien las dirije ¿qué son estas palabras?

Es inútil que manifestemos buenos deseos que no sabemos cumplir: el dicterio que se nos lanza en pleno rostro nos arranca llamaradas de protesta; el que hacemos salir de nuestra boca, se nos antoja un madrigal en labios de una virgen romántica. Invocamos nuestros derechos—como acaba de invocarlos el *Monitor Republicano*—para faltar á nuestros deberes, y pedimos cortesía, con objeto de manifestarnos descorteses.

La prensa mexicana arrastra en sus venas virus de una sangre corrompida, que inunda con sus oleadas las vísceras más interesantes de su organismo.

Política general.

RESUMEN.—Nuevas y espantosas matanzas en Constantinopla.—Triste é irremediable descomposición del Imperio Otomano.—Bombardeo de Zanzibar por la escuadra inglesa.—Un protectorado y una colonia.—Cuba, Puerto-Rico y Filipinas.—¿Qué necesita España?

No enfriados todavía los mutilados cadáveres de cristianos, vilmente sacrificados en Erzeroum y Trebizonda por el fanatismo de los musulmanes y la barbarie feroz de los kurdos; humeante todavía la sangre derramada en las calles de Constantinopla durante las espantosas matanzas que desde Mayo del año pasado han consternado á la Europa occidental, vuelve á estallar el motín, hacen de nuevo explosión los mal comprimidos odios, y la imperial Bizancio es teatro de escenas salvajes, dignas de una civilización caduca y de un pueblo en descomposición que hacen estremecer con estremecimientos de terror, inspirando á los que han podido contemplarlas en los ojos espanto, ira en el corazón.

Sea que por hondos rencores, los pacientes armenios hayan pretendido dar un espectáculo ante el mundo civilizado para provocar de manera violenta la intervención eficaz de las potencias, ya que su platónica mediación en los conflictos pasados no pudo ser aprovechada en su favor, ni siquiera vencer las astutas evasivas y deliberadas resistencias del Sultán; sea, como creen otros, que el mismo Califa de los Creyentes haya procurado con secretas maquinaciones el motín, y aun haya disfrazado á sus sicarios, para que mezclados entre los armenios, empujaran á estos al escándalo y al vandalismo, ello es que la secular ciudad de Constantino acaba de sacudir á los gabinetes, y amenaza poner de nuevo en peligro el trabajoso equilibrio europeo, con la asonada sangrienta y la turbulenta anarquía que ha regado de cadáveres las amplias plazas y las estrechas calles.

Un grupo de foragidos, que se decían cristianos, trató de entrar á saco en el Banco Otomano; otro intentó forzar las puertas ferradas del edificio del Crédito Lionés; la dinamita, la antorcha y el puñal estuvieron á la orden del día; el motín estalló con todos sus horrores; la canalla musulmana y las tropas turcas hicieron lo demás; y como si un nuevo Angel Exterminador hubiera pasado por la revuelta capital, las casas de los cristianos fueron entregadas al pillage, y millares de víctimas caídas en mitad del arroyo claman venganza, y atestiguan la incapacidad de la Sublime Puerta para mantener las prerrogativas que la conceden como á gobierno culto.

Los que acusan al Sultán como responsable de estos sangrientos disturbios, dan como razón el hecho de haber comenzado con inaudita crueldad las matanzas del Asia Menor, entre indefensos cristianos que se habían suspendido con gran trabajo, y el más significativo aún de haber sido transportados en embarcaciones del gobierno turco, en vez de ser inmediatamente ejecutados, como se estila en la corte del pérfido Abdul-Hamid, los promotores de la asonada, aprehendidos *in fraganti* á las mismas puertas del Banco Otomano.

Ya se revuelven los gabinetes, entre tanto; ya comienzan las idas y venidas de los embajadores, ya se formulan las inútiles protestas de otros días; ya comienza á emborronarse papel y á abrirse estériles averiguaciones...... ¿Y las víctimas? vuelven al cielo sus miradas apagadas; pero ¡ay! el cielo está muy lejos, y las potencias cristianas muy atareadas en sus rivalidades mutuas y sus mutuas disenciones.

Sábese que el Czar, de visita en la Corte de Viena, convino con el anciano Emperador Francisco José en dejar aplazada la cuestión de Oriente, oponiéndose abiertamente á la desmembración del Imperio turco, y renunciando por hoy á la participación que pudiera tener en el reparto.

Ven que la moribunda Turquía, no tiene esperanza de regenerancia, que no cabe la transfusión de elementos vivificadores en un organismo social herido de corrupción y de muerte, y como no logran ponerse de acuerdo en la división de la segura presa, procuran aunque en vano, darle una vida ficticia, que apenas hacen que se manifieste con las espantosas convulsiones de la agonía.

Breve será: no tardará en llegar ó el momento del acuerdo perseguido, ó el día en que, exaltada al extremo la preponderancia de Rusia, la heredera forzosa de los Sultanes, sea borrada para siempre del mapa de Europa, esa mancha de baldón que se llama Imperio otomano.

***

Como para demostrar la Gran Bretaña, que fiel á sus tradiciones seculares, ni olvida su política de absorción en todos los hemisferios, ni deja ocasión de ejercer su invasora influencia en toda la redondez de la tierra, acaba de bombardear la ciudad y puerto de Zanzíbar, y de reducir á cenizas el palacio del Sultán tenido por usurpador.

Acababa de morir de manera violenta é inesperada el Sultán de Zanzíbar, como acontecer suele entre los sátrapas musulmanes; un pariente del difunto, más fuerte ó más osado que el llamado á sucederle por ley de herencia, ascendió al trono, y como al Gobierno inglés no conviniera sostener en ese trono que se mantiene bajo su protección á otro que no fuera el devoto elegido de sus intereses, le intimó en perentorio plazo su rendición incondicional, y ya que el usurpador, en vez de someterse á la conminación del almirante británico, se preparara á la resistencia, una hora escasa de bombardeo bastó para acabar con los bríos del rebelde semi-vasallo, y para reducir á escombros la lujosa residencia de los monarcas de Zanzíbar.

Avergonzado y maltrecho el destronado usurpador de un día, fué á refugiarse al consulado alemán, para librarse de las olímpicas iras del inglés.

Por más que semioficialmente se haya dicho que el nuevo sultán, asentado sobre las bayonetas de Inglaterra, ha de conservar su mentida independencia, sin que del simple protectorado se pase á la sumisa condición de colonia, es dudoso que no se dé este paso, y apenas se puede creer que no se aproveche tan bella coyuntura para continuar el gigantesco cerco del continente africano, donde la Gran Bretaña pretende imperar como absoluta soberana.

Lentamente, pero con toda seguridad, caminan sus huestes hacia Dongola; la insurrección de los matabeles puede darse por concluida; y allá van firmes é impertérritos, los fenicios modernos á formar su proyectada cruz, que se extenderá de Sierra Leona á Mozambique, de Alejandría al Cabo de Buena Esperanza. ¿Quién los detiene en su triunfal carrera?

***

No es tan sencilla y fácil de dominar, en las difíciles circunstancias porque atraviesa España, la reciente insurrección de Filipinas, como al principio se creía; y sin embargo, lo mismo que á raíz de la revolución cubana, se dice y se repite que el gobierno de la metrópoli cuenta con elementos suficientes para ahogar en su cuna toda intentona separatista.

Como ayer dijimos que el error trascendental de España en la cuestión de Cuba, había sido no creer ó por lo menos aparentarlo, en la extensión del movimiento revolucionario, hoy tenemos que repetir la misma idea y esperamos que en esta vez el Sr. Cánovas no se dejará deslumbrar por ilusorios espejismos, y ha de ver en la insurrección de Filipinas, una manifestación de gérmenes morbosos que hoy atacan los dominios coloniales todos de la madre patria.

Puerto Rico parece despertar de su letargo y ya se siente como el rumor sordo que precede á los sacudimientos sociales.

¿Cómo acudir á tantas emergencias, si no están al lado de los elementos oficiales las energías todas de la nacionalidad? ¿Cómo atender á tantas necesidades imperiosas y urgentes, si no se tiene en cuenta el inagotable patriotismo del pueblo español? Y estamos seguros que acudirán todos al llamado del Gobierno, y que los hijos todos de la hidalga nación se congregarán al rededor de su bandera y volarán apresurados en torno del niño rey, para defender el territorio amenazado por las huestes insurrectas en las hermosas Antillas y los apartados mares del Archipiélago Filipino; sí, volarán y con arranques de heroísmo viril, desengañarán á los que sueñan en nuevas patrias y nuevas instituciones.

¡Pobre España, si no lo hacen así sus amantes hijos! Quedará reducida á la mezquina condición que tenía antes de que, vencida la Media Luna frente á los muros de Granada, su potente vitalidad y su viril energía, se derramaran en busca de otro mar, otro cielo y otro mundo.

X. X. X.

Septiembre 4 de 1896.

LAS ISLAS FILIPINAS.

Los despachos recibidos en México durante la última semana, hablan de un movimiento de rebelión estallado en las Islas Filipinas contra el gobierno español. El señor Cánovas del Castillo, jefe del gabinete, ha confirmado la noticia, según un mensaje trasmitido de Madrid al *Herald* de Nueva York.—Como es posible que algunos de nuestros lectores no tengan una idea exacta de esta posesión española en la Oceanía, vamos á proporcionar algunos datos acerca de este archipiélago.

Las Islas Filipinas pertenecen á España desde que Miguel López de Legazpi tomó poseción de ellas, en 1564, á nombre de Felipe II. Hasta ahora no se ha sabido con exactitud el número de islas que forman este archipiélago. Créese que pasan de 1,400. Entre las más importantes en extensión, citaremos: Luzon.... (110,940 kilómetros cuadrados y 120,250 con las isletas advacentes); Mindanao (84,730 k. c. y 87,680 con las islas adyacentes); Mindoro (10.383 k. c); Panay (13,082); Negros (9,063); Cebú (6,792); Paragua (14,584); Samar (16,[illegible]); Leyte (11,517); etc., etc.—La distancia máxima que ocupan las islas, de Norte á Sur, es de 1,950 kilómetros, y de Oeste á Este de 1,284. La superficie total del archipiélago es, según cálculos de marinos españoles, de 355,000 kilómetros cuadrados.

La población es de más de siete millones de habitantes, habiendo en ella cerca de un millón de indígenas no sometidos al dominio español. El suelo se encuentra cortado por algunas cordilleras de montañas y surcado de numerosas corrientes de agua. Es considerable la cantidad de bahías, golfos y ancones, y muchos de ellos sirven de refugio á las flotas de piratas que abundan en aquellos mares, de navegación muy difícil. La dificultad de la navegación consiste en el régimen especial de las mareas, cuyas ondas, propagándose en el interior del Archipiélago, se continúan de mil modos, según la configuración de las costas, resultando grandes corrientes de extraordinaria violencia.

Las Islas Filipinas encierran en su suelo una inmensa suma de riqueza inexplorada. Uno de los cultivos más remuneradores es el de un textil muy semejante á nuestro henequén, pero más fino, que se conoce con el nombre de *abacá*, del que se hacen tejidos que tienen buena salida. El valor total del comercio de Filipinas, tomando el promedio de una serie de 10 años, pasa de cuarenta millones de pesos, siendo la cifra de exportación muy superior á la de importación.

En materia de comunicaciones, el único ferrocarril que existe en explotación es la linea de Manila á Dagupán (192 kilómetros.)

El gran obstáculo que ha encontrado la dominación española en este archipiélago, han sido los piratas indígenas, á los que acabamos de hacer referencia. Una guerra constante ha sido sostenida por España desde que tomó posesión de las islas. Tan indómitos aparecen los naturales de aquel suelo, que sólo á la quinta expedición fué posible establecer el dominio en Filipinas, dominio que no resulta enteramente completo ya que, como hemos dicho, hay cerca de un millón de indígenas rebeldes. En este archipiélago murió el célebre navegante Magallanes en un combate de 50 españoles contra 2,000 isleños.

La lucha contra los rebeldes y los corsarios malayos y japoneses ha durado desde entonces. En 1848 obtuvo España una victoria contra los piratas; pero las hostilidades surgieron de nuevo en 1876. El general Weyler tomó parte en una campaña emprendida contra los moros de Mindanao, en 1891.—Todavía el año último el General Blanco sostuvo una laboriosa campaña contra los rebeldes filipinos, que terminó con la sumisión de los principales caudillos de la revuelta.

Hemos nombrado á los piratas malayos que merodean en aquellas aguas, aprovechándose de los escondrijos que las numerosas islas les proporcionan, y no creemos ocioso dar á conocer algunos rasgos de este grupo humano.

Los malayos son generalmente pequeños de cuerpo, rechonchos y robustos. Su estatura media puede ser estimada para los hombres en unos 5 pies 2 pulgadas, y para las mujeres, 4 pies 11 pulgadas. Sus miembros inferiores son un poco fuertes y pesados, pero bastante bien conformados. Sus brazos son más bien grasos que musculosos; el rostro redondo, la boca grande; los dientes, cuando no están pintados, notablemente hermosos; los ángulos de la mandíbula inferior, muy salientes; los pómulos muy elevados y las mejillas hundidas; la nariz, pequeña y corta; los ojos pequeños y negros. La tez es obscura, pero varía un tanto en las diferentes tribus. Los cabellos son largos, lisos, duros y siempre negros.

He aquí por lo que hace á lo físico. En lo moral, los malayos tienen la cabeza ardiente y la imaginación muy viva. Audaces, revoltosos é intrépidos, son valientes, feroces y vengantivos; carecen de compasión para sus enemigos, y aún se muestran caprichosos y atrabilarios con sus amigos. Los más civilizados se consagran al comercio y se muestran corteses y obedientes.

La piratería es la pasión capital de todos los malayos, y en lugar de ver en ella un motivo de deshonor, hacen de este oficio un timbre de gloria.

Una parte de este pueblo se entrega al cultivo de cereales. Las habitaciones no son otra cosa, sino chozas rodeadas de empalizadas. Pasan la mayor parte de su vida en el agua, y los que no ejercen la piratería, se dedican á la pesca. Una canoa en la que apenas pueden acostarse, sirve de vivienda al marido, á la mujer y á los hijos.

Tal son, á grandes rasgos, los elementos naturales que forman el archipiélago filipino, en el que, por el momento, está fija la atención y que empieza á removerse, cuando apenas hace poco más de un año se habían sotocado los elementos de discordia que allí estallaron.

Para concluir diremos que, según consta el en mensaje trasmitido al *Herald*, por el Sr. Canovas del Castillo, el General Blanco, Capitán General de Filipinas, ha pedido 2,500 hombres para activar las operaciones militares.

***

En nuestro número de hoy damos el mapa de las Filipinas, tomado de una obra española; un puente aéreo sobre un río, que las inundaciones hacen imposible de vadear, y una cabaña indígena en la isla de Mindanao, una de las más importantes del archipiélago.

Por el bien de España, sería de desearse que el nuevo movimiento de rebeldía no encontrase eco en las Islas, pues las condiciones en que éstas se encuentran con respecto á la metrópoti, su mayor número de habitantes, su lejanía, medios de comunicación, etc., etc., harán que la campaña sea en extremo más difícil, que la que actualmente se lleva adelante en la Isla de Cuba. Por el bien de España, deseamos que el movimiento de rebelión de Filipinas no alcance serias proporciones.

Todos reconocemos que uno de los más grandes signos de brutalidad de los hombres es el hacerse la guerra, tanto más cuanto que tienen miedo á las heridas, á los dolores, á la muerte, y muy rara vez son heroicos de nacimiento.

ALEJANDRO DUMAS, HIJO.

LAS ISLAS FILIPINAS.

Paso de un rio en la estación de aguas

Una choza en la isla de Mindanao.

Notas de Espectáculos.

Es Maggi un ilustre taimado á quien no desconcierta el desvío, ni desalienta el desprecio, ni abate la penuria. Va hacia su fin con fijeza tal de miras, con energías tan incontrarrestables, con desdenes tan olímpicos para los obstáculos, que al fin la malaventura, vencida, se rinde. Hoy todo augura que la presente temporada teatral que ha abierto en el Arbeu, será medianamente fecunda en resultados pecuniarios.

Inicióse esta nueva etapa artística con *El matrimonio de Fígaro*, el papel de cuyo protagonista ha creado Maggi en México. Es esta pieza, donde el epigrama ingenuo y retozón asoma á cada paso, una de las más fieles pinturas de costumbres y vicios, que hoy ya tienen la cautivadora poesía de lo pasado, y con *La tía de Carlos* y *La Casa de Campo*, forma la trinidad de comedias que más ha agradado á gran parte de nuestro público, amigo incondicional de reir de buena gana en el Teatro.

Los actores, al aparecer en la escena, fueron recibidos con aplausos cariñosos, con demostraciones casi familiares de aprecio. Son buenos y viejos amigos que nos instruyen y nos deleitan. Lástima grande que no hayamos querido ó podido corresponder á sus finezas, con algo más práctico que las palmadas estrepitosas. Naturalmente—esto es tradicional en la Compañía Maggi—no hubo actor que no luciese en la noche del estreno los buenos quilates de su discreción. Fabbri, en su papel de curial, y Maggi, recitando admirablemente su monólogo y manteniéndose siempre á la altura de su papel, cautivaron, empero, sobre todo, al público.

Quiera el tornadizo humor popular, decicidirse esta vez por el cultísimo espectáculo que nos ofrece la Compañía Italiana, dando de mano un poquillo á la tanda!

***

En Orrin se presentó la Sra. Gil del Real, tiple, que al decir de los cronistas, es de lo mejor en su género; *debutó* en *La Tempestad*, que con otras piezas del repertorio antiguo, ha sido exhumada con beneplácito de muchos, por la heterogénea pero harmónica Compañía, aunque parezca paradoja, del Teatro de Villamil.

***

María Tubau llegará en breve á México, y se la espera con cierta curiosidad. En cambio, el maestro Julián, tan inteligente, hábil y modesto (como su nombre) se despide de nosotros. Es de los pocos que flotaron en el naufragio de la Compañía de zarzuela del Arbeu.

Buenos vientos lo lleven y buenos tornen á traerlo.

***

De ópera en forma, sí, ni quien hable. Por esta vez perdonaremos de divas y tenores de polendas. Tendremos que contentarnos con Bell, mucho drama y Don Luis el Tumbón.

Dr. Eduardo Sánchez Camacho, Obispo de Tamaulipas.
(*Véase nuestro editorial*)

A nuestros lectores.

El número pasado de nuestro semanario, no fué repartido hasta el lunes y éste, lo será el domingo en la mañana. Nos apenan profundamente tales retrasos, que no se repetirán; pero juzgamos que nos disculparán nuestros favorecedores si atienden á las laboriosísimas tareas que ha exigido la instalación de nuestra numerosa maquinaria.

Con este número repartimos 128 páginas de folletín.

Una boda aristocrática.

El Sr. D. Ignacio Vivanco invita, en elegantes esquelas, á sus numerosas amistades, para el enlace de su sobrina la Señorita Sara Díaz Vivanco con el Sr. D. Pedro Rincón Gallardo de Terreros.

La ceremonia se verificará á las 11 de la mañana del día 7 del presente mes en el Templo de Santa Brígida, dando la bendición nupcial á los estimables contrayentes Su Ilustrísima Don Próspero María Alarcón, Arzobispo de México.

Nuestro grabado de Modas.

Publicamos un hermosísimo modelo para un traje de niña de 5 á 8 años, que puede decirse que es la última palabra de la moda infantil en Europa, por la elegancia y gallardía de la confección. Hácese de géneros ligeros de colores claros y su efecto es primoroso.

Para responder al deseo de gran número de nuestras amables lectoras, que nos han pedido les recomendemos una casa de toda confianza para la confección y el buen gusto de sus trajes, les indicamos, seguros de que nada mejor podemos hacer en su obsequio, á las

SRITAS. HUNSINGER HERMANAS
1ª CALLE DE SAN FRANCISCO NUM. 14.
MEXICO.
Antiguas colaboradoras de "La Moda Ilustrada"
DE PARIS.

GRUPO DE SEÑORITAS DE HERMOSILLO.

Sara Villaseñor. Jesús Ramírez. Margarita Fort. Blanca Villaseñor. Beatriz de la Vega. Amalia Ramírez.

[De fotografía del Sr. Eduardo Bernal, premiada en el concurso fotográfico de El Mundo.]

Vista general de la Exposición Universal de París en 1900.

La Exposición de 1900.

EN PARIS.

EL PLAN DEFINITIVO.

El público se imaginaba ingenuamente que con el fin del concurso para los nuevos palacios de la Exposición, de los cuales habló El Mundo á sus lectores, y la designación de los arquitectos encargados de construirlos, debía coincidir la apertura de las canteras; nada más inexacto sin embargo. Son necesarias otras operaciones antes de que se abra la era de ejecución, la era de actividad febricitante, en la cual, durante cuatro años cuando menos, algunos millares de obreros parisienses encontrarán trabajo remunerador.

***

Hemos seguido muy de cerca las fases diversas por que la Exposición ha atravesado antes de llegar á lo que constituirá el remate de las fiestas de 1900: la construcción de la nueva avenida y de los palacios de los Campos Elíseos. Cómo serán estos palacios? No se podría aun precisarlo, puesto que —lo repetimos—los detalles están aún por estudiar.

Sin embargo, gracias á las indicaciones que hemos podido recoger y refiriéndonos al informe de M. Pascal, aprobado unánimemente por el jurado, podemos ya concebir á grandes líneas el plan y las disposiciones arquitectónicas de los futuros monumentos, y damos un amplio grabado de este plan general á nuestros lectores.

Para formarse una idea del proyecto del gran palacio, conviene decir que el trazo de la administración de la Exposición es de forma muy irregular.

El plan que ha obtenido el favor y que será ciertamente retenido en el proyecto definitivo, es el plan en T, presentado con admirable precisión por M. Louvet. Abre una gran perspectiva desde la entrada, y la vista se extiende por todos lados, en lugar de estar detenida y limitada por un muro como en el palacio de la Industria. Un gran vestíbulo de entrada da acceso á un vasto salón compuesto de una galería paralela á la fachada y de una rama perpendicular.

En este vestíbulo, dos escaleras monumentales conducen á las galerías y las salas de exposición. Sobre la avenida de Antín, habrá: en medio, gran sala de Escultura, á la derecha, sala de Concierto, pudiendo separarse del resto del monumento; á la izquierda, Café-restaurant, que puede servir de sala de exposiciones diversas; y una sala de Pintura, ligándose con las que rodean el gran salón.

Por último el concurso hípico encontrará una gran pista paralela á la fachada, entradas sobre las fachadas laterales y en la rama perpendicular del salón otra pista.

En cuanto á los motivos decorativos, se esforzarán en ponerlos en armonía con las elegantes fachadas de la plaza de la Concordia. En la construcción de la fachada se adoptará la «loggia» ó galería exterior, pero á condición de que esta galería sea de fácil acceso y suficientemente amplia para asegurar la circulación.

***

Resta el palacio pequeño (cuya vista conocen los lectores de El Mundo,) proyecto de M. Girault y que responde, tanto por su conjunto exterior, como por la disposición de sus partes interiores á su destino de museo.

RUINAS DE HOCH OB—VISTA DE LAS TORRES.

[De fotografía del Sr. Ignacio Romero, premiada en el concurso fotográfico de El Mundo.]

Las modificaciones que la administración podría prescribir, serán poco numerosas. No se podrían referir en todo caso más que á la manera con que deberían presentarse las fachadas laterales sobre los Campos Elíseos, para los cuales deben constituir un ornato precioso.

En cuanto á la fachada principal, constará de un centro y dos pabellones laterales, un jardín limitado por dos galerías destinadas á la pintura y á la escultura, y su ejecución se efectuará conforme á los preceptos de su autor.

Tales son á grandes líneas—y salvo las modificaciones—los proyectos de los palacios para 1.900. Apenas nos parece útil añadir que se quiere que todo esté listo para la apertura de la Exposición, los trabajos deberán ser efectuados á gran prisa. Los arquitectos á quienes el comisario general ha encargado de la dirección de los trabajos, tienen unidas la juventud y la experiencia.

RUINAS DE HOCH-OB.—TORRE DEL SUROESTE.

CURIOSIDADES HISTORICAS Y NATURALES DE MEXICO.

UNA GRUTA GIGANTESCA Y UN PALACIO GRANDIOSO EN LOS CHENES, CAMPECHE.

El estudio de la historia no es más que un melancólico viaje á través de ruinas seculares; mas en México, sea por la incuria de nuestros antepasados, sea por la poca consistencia de los materiales empleados en las grandes construcciones prehistóricas, han desaparecido casi los vestigios de las viejas y vigorosas razas pobladoras, y apenas si en regiones apartadas de la República, en incultos y tristes páramos ó entre enmalezados breñales yérguese aún tal ó cual ruina formidable que, con su desmoronamiento perpetuo, con su silencio de muerte, con sus jeroglíficos arcanos, parece hablarnos de glorias muertas, de civilizaciones cadáveres, hundidas en ese inescrutable abismo á donde ruedan con los tiempos todas las grandezas humanas.

El recuerdo á ido á refugiarse muy lejos, en las regiones casi ignoradas aún del hoy floreciente Campeche, en los desiertos de la vasta península yucateca que hoy va convirtiéndose, merced á la energía y laboriosidad de sus hijos, en la Cataluña de México.

Uno de esos vestigios gloriosos de que hablamos, constitúyenlo las grandiosas ruinas de Hochob en el Estado de Campeche, ruinas que rebelan una civilización colosal, un arte lleno de recursos, vigoroso y espontáneo.

En ellas nos ocuparemos creyendo hacer un positivo servicio á los lectores de El Mundo que se curen de conocer las patrias bellezas, proporcionándoles al mismo tiempo amenísima distraccion.

No hace mucho tiempo que una entusiasta excursión compuesta de seis apreciables peninsulares, muy ilustrados, hizo una visita á las ruinas, y á las famosas grutas de Xtacumbilxunaan, de que también hablaremos en este artículo, y uno de los excursionistas escribió una amenísima é instructiva relación del viaje, de la cual utilizaremos algo, sintiendo no conocer el nombre del autor, que es sin duda un hombre estudioso, instruido é investigador.

La excursión citada, tomó, con muchos trabajos algunas fotografías, dignas por los sitios á que se refieren de figurar en el más selecto álbum nacional. El Mundo tiene la satisfacción de ofrecer á sus lectores seis hermosas fotografías, dos de las cuales se refieren á las grutas y cuatro á las ruinas.

Oigamos al narrador, que después de describir su llegada al antiguo sitio llamado Hochob, dice:

«Aquí nos manifestaron los guías que ese lugar era el que conocían únicamente y que no tenían idea del punto en que estuvieron las paredes viejas (*xlabpak,*) como ellos las nombraban; pero encontrándonos ya sobre el terreno, retroceder hubiera sido ponernos en ridículo, y el que escribe estas líneas procuró recordar los sitios que más se grabaron en su memoria en un viaje anterior, y después de caminar una media hora bajo el monte, llegamos al pie del cerro artificial en cuya altura están construidos los edificios.

«No hemos vacilado en llamar artificial al cerro que sirve de base á las construcciones mayas, porque se levanta aislado en medio de un extenso y pintoresco valle al que domina perfectamente en todas direcciones. Su base podrá ser de unos 500 metros de diámetro y su altura de 30 á 35 metros. En la cúspide se formó una explanada en la que están construidos los edificios, bajo el plano de un paralelógramo rectangular, cuyos lados de N. á S. miden 50 metros y los de E. á O. 40 metros 60 centímetros.

«La parte que mira al Oriente está ocupada por tres edificios, separados entre sí por paredes de más de 1.50 metros de espesor, á los que nosotros hemos llamado *Palacio Central* y *Departamentos laterales*. El primero mide de longitud en su interior 9.30 metros, 2.80 metros de latitud y 4.80 de altura.

«Conserva aún grandes proporciones de suelo de hormigón dado de maque, y las paredes están cubiertas de una capa de estuco blanco todavía en muy buen estado.

RUINAS DE HOCH OB—EL PALACIO CENTRAL.

«En el exterior la longitud es de 13 metros y de 7.40 la altura, incluyendo las estátuas que coronan el frontis. El ancho de la puerta es de 2.5 metros.

«Los departamentos laterales miden de longitud 6.20 metros, 2 59 de latitud y 4.80 de altura en el interior.

«El techo está revelando el origen de estas construcciones, que es indudablemente tolteca. Las paredes al llegar á la altura de 2.90 metros comienzan á inclinarse hacía el interior hasta dejar apenas entre ambas una distancia de 70 centímetros, que se cierra con una sola piedra labrada. Este sistema de construir ha permitido la duración secular de los edificios mayas, semejantes al que ahora examinamos. La décima piedra del cerramento de la bóveda en el edificio lateral derecho, conserva aún, perfectamente visible, un geroglífico maya, cuya solución no intentamos.

«Los lados que miran al Norte y al Sur estaban ocupados tambien por departamentos separados por paredes muy delgadas, que la injuria del tiempo no ha querido respetar.

«El que cae al Poniente tiene en cada uno de los ángulos una torre cuadrada y otra en el centro, frente por frente de la puerta del Palacio Central. La torre del ángulo Noroeste se ha desplomado totalmente, y sólo pueden examinarse las otras dos que aún están bastante conservadas. Estas torres descansan sobre un sólido terraplén hasta la altura de 2.70 metros, y se asciende á ellas por una precipitada escalera cuyos peldaños apenas tienen el ancho de 12 centímetres, lo que hace difícil la ascención. Son enteramente cuadradas, de 4.65 metros por lado y contiene cada una de ellas dos departamentos aislados de 3.60 metros de largo. 2 de ancho y 3.60 de altura, cada uno. La puerta de entrada es de 1.85 metros de alto desde la cimbra y 1.60 metros de ancho. Parece que el objeto de esos departamentos era el de servir de garitones para centinelas, pues no les vemos otra adecuada aplición.

«La viga que sirve de cimbra á la puerta de la torre que forma el ángulo Suroeste del paralelógromo, es de la madera llamada Jabin, y aunque está apolillada en partes, todavía presta alguna resistencia.»

«Respecto á la antigüedad de estos edificios, se ha discutido con sobrado calor y hay dos opiniones: una, que los hace contemporáneos de las razas que poblaban el país á la llegada de los españoles; y otra, que los considera muy anteriores, construidos por razas casi prehistóricas. A lo que parece, esta segunda opinión es la más fundada, por razones que en un artículo de las dimensiones de éste, sería cansado mencionar.

«Cuatro fotografías se tomaron de estos edificios. La primera, representa el frenta del *Palacio Central;* la segunda, el ángulo Sureste ó unión del Palacio Central con el Departamento lateral derecho; la tercera, la torre del Suroeste; y la cuarta, el frente de las dos torres que mira al Oriente.

«Las torres están unidas por fuertes murallas de 2.20 metros de espesor, cerrando completamente el paralelógramo y dándole la forme de un amplio patio de honor, en el cual, durante nuestra anterior visita, encontramos dos sitios que fueron seguramente depósitos de granos, que servían para la alimentación de los moradores del caserío.

«En los ángulos del Palacio Central, descuellan dos enormes caras de piedra, representando tipos muy diferentes á los de la actual raza indígena.

«Hemos querido creer—dice el inteligente autor de la reseña, ya mencionada—que de ellas han tomado su nombre las ruinas, pues una de las acepciones de la palabra *Hoch* es la de *retratar*, en cuyo caso el nombre *Hochob* se traduciría por *los retratos de aquellos*, pues siempre que la terminación *ob* es pronombre, entra en composición final.

«Cuán útil sería para la historia patria un estudio concienzudo de esas grandiosas ruinas, monumentos misteriosos de un obscuro pasado, que perecen, lentamente, contemplando cara á cara la civilización del siglo, ¡ay! no tan hermosa acaso, como aquellas civilizaciones enigmáticas del lejano ayer!

«Nos quedan aún por recorrer las admirables grutas de Xtacumbilxunaan. Aquí el espectáculo es distinto.

«Hemos recorrido el monumento de una gran raza perecida, hoy vamos á investigar uno de esos alardes arquitectónicos de la naturaleza, que pasman á los sabios, alardes sin orden aparente, infinitamente atrevidos, infinitamente audaces, pero también infinitamente bellos.

«Tomemos de nuevo de la mano á nuestro ilustrado guía, que él nos conducirá *en causant*, por los mil obscuros vericuetos, por las amplísimas galerías, bajo los dimbos excelsos de ese palacio de gnomos.

«El camino que á la caverna conduce, dice, es áspero y fatigoso, con una sucesión de lomas que lo forman.

«Como habíamos pensado no entrar por la abertura natural que guía hacia las escalas, nos detuvimos antes de llegar á ella, frente á una boca circular como de quinientos metros de diámetro.

«Verificamos un peligrosísimo descenso por las paredes cortadas á pico de aquella boca circular á que hicimos referencia, y cuando nos presentamos á la entrada de la primera caverna, un grito de admiración salió de nuestros labios. Conocimos entonces que no habia exageración alguna en las incompletas narraciones de ios visitantes anteriores y que sería imposible hacer una descripción de aquel magnífico espectáculo, que la pluma no es suficiente para narrar. Las estalactitas y estalacmitas semejando conos, columnas truncadas, chapiteles, cortinas con caprichosos pliegues y decoraciones ornadas de vistosos arabescos, dan al cuadro un tinte original y bello. En el centro de este primer departamento descuella una colosal estalacmita figurando un carnero, cuyos contornos tienen una perfección admirable. La blanca lana está perfectamente bien imitada y el conjunto ofrece un golpe de vista de un efecto sorprendente.

«A la entrada de este departamento observamos el barómetro que nosdió 29.7 siendo la dirección de la entrada S. ¼ O.

«Inmenso trabajo y peligros costó á los excursionistas ganar el puente de piedra que conduce á la primera escala, que salva una profundidad de 40 varas que en un tiempo fué de un solo cuerpo. Las escalas de hoy dividen la altura en dos partes y se tienden encontradas, teniendo en su unión un descanso formado de palos, como todas ellas. Mide la primera 46 peldaños de á media vara cada uno y la segunda 31 peldaños colocados á igual distancia que los anteriores, llegándose en seguida á un departamento amplio con entradas laterales, que conducen á los depósitos de agua. Desde abajo se goza de un espectáculo soberbio, contemplando la bóveda ó dombo á una altura no menor de 210 pies si hemos de creer á Stephens, y en cuya parte central aparece practicada una abertura de unos 30 pies de diámetro por la que los rayos de luz entran á iluminar muy pobremente la salvage escena.

«Tomamos el conducto ó vía de la izquierda por donde los depósitos son más accesibles y empezamos por bajar una nueva escalera de 14 peldaños que nos llevó á un puente de madera tendido sobre el primer depósito de agua, que los naturales llaman en idioma maya *Chacxix*, es decir, que esta agua es debida al continuo gotear de las piedras.

«Al fin del puente una nueva escalera de 67 peldaños nos condujo á uña rampa precipitada que concluyó con otra escalera de 12 peldaños. Estábamos ya muy fatigados, el aire se hacía cada vez más escaso y como seguíamos el camino en medio de la más completa falta de luz natural, el calor era sofocante, aumentado con las luces de petroleo que nos alumbraban.

«Una nueva sala se presentó á nuestra vista cuyo techo se perdía á una gran altura y de tal extensión que no pudimos apreciarla.

«Tomamos en esa sala el camino de la izquierda; subíamos y bajábamos rampas de más ó menos inclinación y después de bajar dos nuevas escalas, una de 23 peldaños y otro de 12, llegamos á un pequeño descanso precursor de una nueva de 73 peldaños que casi agotó nuestras rendidas fuerzas, á pesar de haber sido preparada como la primera, en dos direcciones encontradas, para evitar su peligrosa inclinación.

«Después de cruzar por espaciosas salas y estrechos él inclinados pasadizos, bajamos aún dos nuevas escalas de 12 y 10 peldaños respectivamente, llegando al depósito nombrado *Chimez-há á Tzimez-há* que quiere decir agua con gusanos y cuyo nombre está muy bien aplicado, porque, en efecto, cría esas sabandijas que nosotros llamamos impropiamente *cientopiés*. No podemos apreciar la extensión de este depósito, por falta de luz, pero debe ser grande, porque una grande piedra tirada desde su orilla cae siempre sobre el agua sin tocar en la pared opuesta.

«Una nueva escalera de 12 piés nos condujo al depósito nombrado *Chichanhá* por su pequeño tamaño, que antiguamente era llamado *Chachac-há*, á causa de contener el agua partulas rojas que provienen de su lecho de barro.

«Otra sorpresa nos estaba reservada al emprender el camino que conduce al depósito nombrado hoy *Noh-há* por su extensión y que antiguamente era llamado *Chocó-ha* porque sus aguas aparecen menos frescas que las demás. Descubrimos, en efecto, dos salones hermosísimos unidos por un pequeñó arco trazado con todas las reglas del arte, bajo cuyo cerramento hay una piedra de 2 metros de largo por 20 centímetros de ancho que llaman *la mesa del fraile*.

«Seguimos el camino para *Noh-ha*, pasada una escalera de diez y ocho peldaños, llegamos á un arroyo que nos fué imposible seguir, tanto porque la estrechez del pasadizo nos obligaba á marchar á veces con pies y manos, como por una nube de murciélagos que nos azotaban, revoloteando alrededor de la luz.

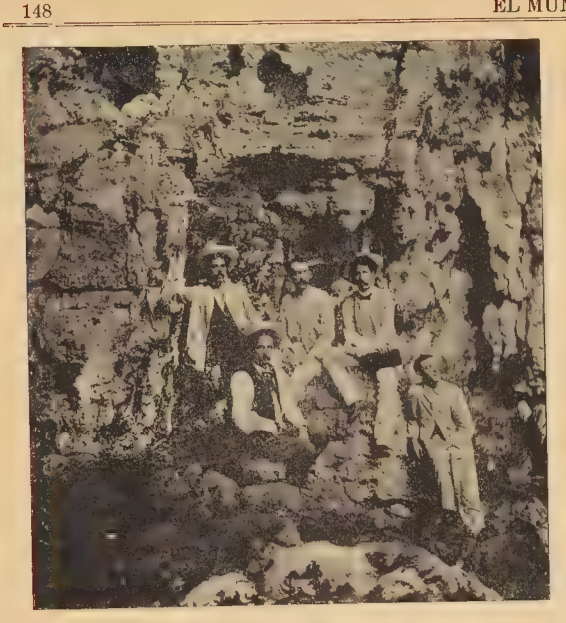
«Volvimos de nuevo á la bóveda central, y tomando desde el puente de piedra por el camino que conduce á la Concha, subimos cuatro nuevas escaleras con treinta y nueve tramos en junto, y llegamos cerca de las cinco de la tarde á donde ya nos alumbraba la luz del sol.»

Una humilde cruz de madera—dice para concluir el mismo guía que hemos tomado—guarda la entrada de este soberbio templo de la naturaleza, teniendo pintada esta simbólica leyenda:

CIN KULTCECH U CILICH CRUZ CAYUMIL TI AHLOHIL.
ADORO LA SANTA CRUZ DE NUESTRO PADRE EL REDENTOR!»

Sencillo y patético acto de amor y fé, que parece custodiar con su poder invisible, aquel templo del misterio.

RUINAS DE HOCH-OB—DETALLE DE UN ANGULO.



GRUTAS DE XTACUMBILXUNAAN "LA CONCHA."
[De fotografía del Sr. Ignacio Romero, premiada en el concurso fotográfico de EL MUNDO,

EL BARCO DEL DOCTOR NANSEN.

La embarcación «Fram» usada por el Dr. Nansen en su exploración ártica, ha llegado sin novedad á Skervoe, un lugar de pesca en la bahía cercana al Cabo Norte.

Un despacho de Skjervoe dice que el día 14 de Agosto el «Fram» tocó en la isla Dane, donde los tripulantes hicieron una visita al Dr. Andree, el explorador sueco, quien piensa llegar al polo Norte en globo. Hasta esa fecha el Dr. Andree no había llevado á cabo su ascensión.

El «Fram,» llevando á bordo al Dr. Nansen, salió de Cristianía el 24 de Junio de 1895. Es un bergantín de tres mástiles, y lleva una máquina de vapor de 160 caballos de fuerza. Las velas serían empleadas exclusivamente al llegar á la región de los hielos. El «Fram» es de 800 toneladas y sus costados están construidos de tal manera que el hielo tiene que pasar por debajo de la embarcación, evitándose así el riesgo de que el buque se voltee de un lado ú otro.

El «Fram» fué botado al agua el 26 de Octubro de 1892, en Lairrwick, cerca de Cristianía.

La idea del Dr. Nansen era llegar á las nuevas islas de Siberia, y de ahí salir en dirección al Norte hasta que el barco se encontrará rodeado por las masas de hielo. Entonces se dejaría á la embarcación ser arrastrada por el hielo siguiendo la costa occidental de las tierras que pudieran ser encontradas.

El explorador Nansen abandonó el «Fram» en el mes de Marzo de 1895, á los 84°. de latitud y á los 10°27' de longitud, con objeto de explorar la parte septentrional de la tierra de Francisco José.

Su llegada á Skjervoe concierta perfectamente con la predicción de que el barco llegaría á Spitzberg ó á cualquier otro punto del mar abierto.

La proyectada expedición al Polo Norte.

Ya los lectores del MUNDO tienen noticia de la expedición en globo organizada por el Sr. Andree con objeto de explorar el Polo Norte. La expedición había partido ya con dirección á su destino; se habían recibido cartas de los viajeros, una de ellas fechada el 16 de Julio en Spitzberg, en la que los excursionistas hacían saber que habían celebrado la fiesta del 14 de dicho mes, á *media noche, con un hermoso sol en el horizonte.* Todo estaba dispuesto para esta aventura, cuando, recientemente, se ha comunicado que Andree y sus compañeros renuncian á esta exploración, dando como motivo la presentación de vientos contrarios que la hacen irrealizable. Queda, pues, aplazada esta tentativa, una de las más brillantes que registraría la ciencia moderna.

LA GUERRA DEL PORVENIR.

Si la actividad y el ingenio humanos, aplicados á la ciencia de la vida, pasman por sus conquistas y asombran por sus descubrimientos, en estas postrimerías de la XIXª centuria, no son menos dignos de admiración ni dejan de producir estremecimientos de miedosa estupefacción, cuando los guían contrarios impulsos y son como los ministros y asociados de la temida parca, cuando se dirigen al estudio de la ciencia de la muerte.

Aquella tímida emulación que llevaba antaño á los grupos sociales, á tallar el pedernal, primero, á fundir el bronce después, y por último, á arrancar el hierro matador de las entrañas de la tierra, para competir cuerpo á cuerpo en la tremenda lucha por la existencia, se ha transformado por el transcurso de las edades, ha ido creciendo en formidable empuje, de generación en generación, como impetuoso torrente, como alud terrible y fiero, y es hoy por virtud de los adelantos de la moderna ciencia, no débil competencia, sino espantoso desafío que aguza todas las astucias y pone á contribución las facultades todas del hombre, fustigado por el instinto de propia conservación.

Y así arrastrada la humanidad en ciego torbellino, á cada paso y adelanto que ha hecho el espíritu de la destrucción, ha contestado con un progreso y un descubrimiento hecho por el espíritu de la defensa.

Débil é insuficiente la vieja coraza, mellado y roto el escudo de pieles de animales feroces, se inventó la armadura metálica, inútil hoy ante los pasmosos progresos de la balística.

La misma progresión que ha presidido al desarrollo del intento de matarse en tierra, ha impulsado á la evolución del rencor para matarse en mar.

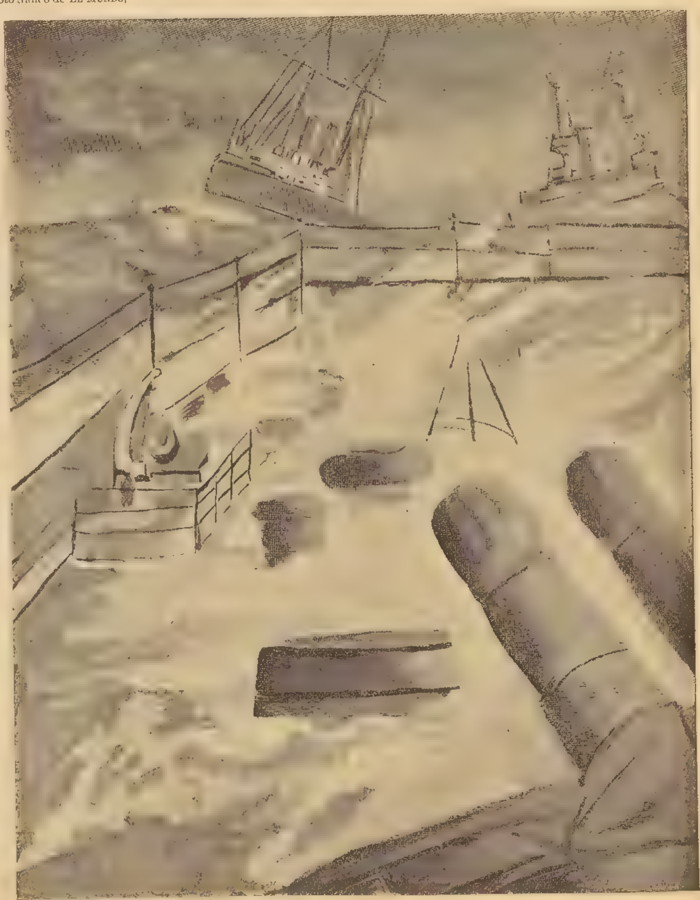
El deleznable casco de madera que protejía los antiguos navíos de línea en los siglos XV y XVI, que el *fuego griego* consumía y un bote de metralla echaba á pique, es hoy la resistente coraza de acero fundido, que desafía á los cañones de más potencia y á los más pesados proyectiles.

Pero contra el monitor y el acorazado se ha inventado el torpedo; así como contra todas las resistencias del acero se han preparado todas las potencias de los modernos explosivos.

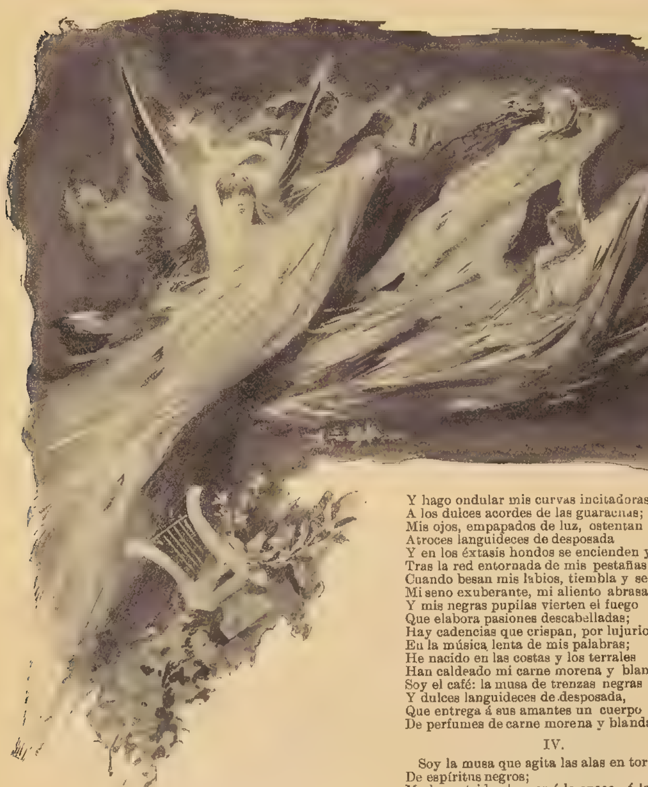
¿A dónde vamos á parar? dónde se detendrá el vértigo que arrastra á la humanidad en su locura destructora?......

Quién sabe! pero creemos que, á pesar de todos los congresos de la paz y todas las sociedades de arbitraje, el arte de la guerra seguirá en su espantosa y terrífica tarea. Nunca logrará alcanzarse el hermoso ideal de que vivan los hombres como hermanos; aun está lejos, muy lejos el día en que la concordia de las naciones suprima la *strugle for life*, entre los pueblos y las razas.

Para dar triste y pálida idea de lo que pueda ser la guerra en lo porvenir, publicamos un grabado que representa escenas de batallas navales, con los elementos con que hoy cuentan las marinas de las grandes potencias. ¿A dónde iremos después?



LA GUERRA DEL PORVENIR.—ESCENA DE UNA BATALLA NAVAL.



LA CANCION DE LAS MUSAS.

I

Yo soy la musa rubia; de un oro pálido
Son mis ténues cabellos cuando desata
La mano de la orgía mis trenzas rubias
Sobre el mármol caliente de mis espaldas;
Mis ojos son azules, mi seno blanco,
Mis manos pequeñitas, también son blancas,
Yo desato las cintas de mi corpiño
En lujosas alcobas flordelizadas
Y adornada con flores de invernadero
Arrastro mis botitas coquetas y altas
Por las calles del viejo París; mis hombros
Han sentido los besos del rey de Francia;
Bailo el Minuet; me gusta dejar desnudo
El mármol opulento de mis espaldas
Y lucir bajo techos artesonados
Mi explendente epidermis de seda pálida;
Soy el cognac; la musa de trenzas rubias,
De pupilas azules y manos blancas
Que desata las cintas de su corpiño
En lujosas alcobas flordelizadas.

II

Soy la verde ¿No sabéis? ¡La musa verde!
La de ojos de diabólica esmeralda,
La que cuaja los espíritus dipersos
En enjambres de fantasmas,
Y al arrullo de alaridos estridentes
Los obliga á palpitar dentro las almas;
Los horribles estrabismos de mis ojos
¿Son de loca? ¿Son de histérica extasiada?
¿Por qué estrujo los cerebros
Al compás de mis nerviosas carcajadas?
¿No sabéis? Yo soy la musa que enloquece
Con sus besos y sus ojos de esmeralda;
Yo inoculo los fermentos misteriosos
Que, al arder en las entrañas,
Van pintando en el cerebro, procesiones
De doncellas cabalgando en bestias bravas;
Soy la musa de ojos verdes, el agenjo,
La que piensa con ideas estrafalarias,
La que besa á sus amantes en la boca
Y en los labios les derrama
El licor de los delirios; ¡musa verde
De púpilas de diabólica esmeralda!........

III

Yo soy la musa negra; me balanceo
Con el ritmo cadente de las hamacas
Y hago ondular mis curvas incitadoras
A los dulces acordes de las guarachas;
Mis ojos, empapados de luz, ostentan
Atroces languideces de desposada
Y en los éxtasis hondos se encienden y arden
Tras la red entornada de mis pestañas;
Cuando besan mis labios, tiembla y se agita
Mi seno exuberante, mi aliento abrasa
Y mis negras pupilas vierten el fuego
Que elabora pasiones descabelladas;
Hay cadencias que crispan, por lujuriosas,
En la música lenta de mis palabras;
He nacido en las costas y los terrales
Han caldeado mi carne morena y blanda;
Soy el café: la musa de trenzas negras
Y dulces languideces de desposada,
Que entrega á sus amantes un cuerpo henchido
De perfumes de carne morena y blanda..........

IV.

Soy la musa que agita las alas en torno
De espíritus negros;
Me ha nutrido el amor á lo opaco, á lo obscuro,
A las noches sin luna, plagadas de espectros;
Yo acaricio las frentes que inclina la angustia
Y dejo mis besos,
Con ternura de madre que besa á sus hijos,
En las bocas calladas de labios anémicos;
Yo recojo las flores marchitas que caen
Al golpe del viento
Y entretejo con ellas coronas humildes
Para sienes que oprime la mano del tédio;
Yo levanto mi voz apagada y doliente
Y dicto los versos
Que, empapados en lágrimas, nacen temblando
En las noches del alma, de cráneos enfermos;
Soy la madre Tristeza, la madre de todo
Lo grande y lo bueno,
Soy la musa piadosa que ajusta en su ritmo
Los sollozos del alma que tocan á muerto.........

Antenor Lescano.

Setiembre de 1896.

UNA OBSESION.

En un pequeño mueble Luis XV, comprado por mí últimamente, encontré, en el fondo de un cajón, la extraña carta que aquí se lee:

«Querido amigo:

Lo que te escribo va á extrañarte profundamente, pero no tienes una idea del estado de excitación y de pesar en que me encuentro. Tú, el mejor compañero de otros días, el que conoció todas mis dichas y todas mis angustias, eres el único que puede oír y consolar mi desolación. Vente, ven á vivir á mi lado, á ser el compañero de otros tiempos; solo que ahora ni reiré, ni seré el bullicioso endiablado de entonces...... Ven, ven amigo mío, pues tengo por mi pobre razón harto sacudida ya!

Debes recordar que, poco tiempo después de haber tú dejado la vida de alboroto y desorden que juntos arrastráramos tanto tiempo para sabiamente encerrarte en un retiro de paz y labor, te escribí diciéndote:

Amigo: al fin encontré lo que necesitaba: la criatura tranquila y sumisa, á cuyo lado refugiarme; el ser hecho para el amor, tolerante con mis caprichos, humilde á mis deseos, y que va, desde hoy, á ser mi compañera. Te hablaba de ella, de su rostro apacible, de su mirada serena y acogedora, de sus cabellos abriéndose en la mitad de la frente y descendiendo rectos sobre las sienes como los de una virgen pre-Rafaelista. Te exponía el caso de conciencia en que me hallaba, pues siendo ella, una criatura honesta, el deber me exigía darla mi nombre, cuando mis convicciones, ó más bien, mis preocupaciones estúpidas se oponían á todo lazo oficial y definitivo. Sabía bien que ella no deseaba sino obedecerme; su madre, su casa, todo estaba pronto á sacrificar á mi menor deseo; con el mismo gusto, que digo! con el mismo entusiasmo hubiera salido para la iglesia que para el peor lugar por mi designado. En su pobre vida de mujer era yo el esperado, el amo indiscutible, el Bienvenido que la mujer aguarda, pronta á entregarse. Con mi habitual egoismo y abandono, me dije: «ya habrá tiempo.»

Murió su madre y hube de verla más de seguido sin ocuparme más que del encanto que de todo su pequeño ser emanaba.

Tú no puedes figurarte los dos años de entera, de completa felicidad que he pasado á su lado. Yo nunca creí en la felicidad, no creí que un hombre, algo refinado, pudiera sin gran esfuerzo, soportar durante dos años, las mismas caricias, las mismas palabras, las mismas facciones y las mismas cosas. Pues bien, yo, el mismo esceptigo egoista que conociste ha sido feliz al lado de una mujer, feliz, como solo puede serlo el hombre destinado á pagarlo muy caro después, como me pasa ahora. Cada dia que se va, cada hora que vuela, lamento más esos dos años, y los deseo con más intensidad; he quedado herido para siempre, he quedado, como debe haber quedado Adán después de su expulsión del Paraiso.

Durante los dos años que duró mi pasión nunca pensé engañarla; no te asombres, pues no la conociste. Jamás tuvo dos veces el mismo mimo ni repitió la misma caricia, jamás de sus pequeños labios salieron frases vulgares; engendraba todas las seducciones y las bondades todas; era indulgente, y tu bien sabes que cuando más deseos se tiene de engañar es cuando se ve oposición y celos importunos. En ella, si bien á la hora dada brotaron terribles, como de verdadera amante, mientras no sospechó, jamás pasó por su frente la idea de que yo pudiera ser falso. Yo era para ella, todo lo grande y todo lo hermoso, como ella era para mí todo lo adorable.

Te acuerdas de Carlos X? Pues él, solo él ha sido el autor de mi desgracia; él, la mano negra que se oculta en la sombra y hiere para siempre; él, el falso amigo creado para picar como la víbora, traidora y mortalmente; él, el miserable Yago, entrado en mi casa para atormentar, para emponzoñar, para hacer la noche en toda nuestra felicidad. Tú sabes que lo busqué para provocarlo en un duelo, en el que todavía tuvo la suerte de herirme, de herirme! á mí, que debiera aniquilarlo tan solo con la fuerza de mi odio!

Un día, como llegara, encontré á Julia toda en llanto. Mi asombro no tuvo límites, cuando á mis caricias solo contestó con reproches.

Yo quise, exigí saber y supe...... El miserable! el que diariamente se sentaba á mi mesa, el que me sonreía, le había hablado de mí, de mi pasado, de las mujeres que yo había engañado, de todo cuanto yo había hecho; había citado fechas y dado pruebas; le había dicho que con ella pensaba hacer lo mismo, que no me había casado con ella para impunemente hacer lo que con otras: guardarla un poco de tiempo, para después, una vez cansado, abandonarla. El pobre ser tan amado, se sacudía de dolor, cuando entre sollozo y sollozo, murmuraba esta declaración.

Intenté en vano consolarla. Después de las lágrimas vinieron los reproches coléricos, en ella se despertó la rabia de la mujer confiada que se siente totalmente engañada; yo no era lo que ella creía, lo que ella amaba. Vino el despecho, la rabia que quiere herir, vengarse, y un nuevo ser se reveló ante mí: el debil, el sumiso, el ser de bondad, se tornaba en la leona iracunda que solo quiere arañar, destruir. «Te has de casar conmigo, decía, te has de casar á fuerzas....... porque me has engañado?...... como habrás engañado á las otras...... y yo...... no soy como ellas...... te has de casar,...... te has de casar aunque no quieras...... aunque no me quieras» Este grito brotaba constantemente de su cólera, como la espuma del agua que se agita.

En su mirada encendida, había rencor, había desprecio, y mi orgullo, mi orgullo estúpido de hombre, se levantó contra el ser que yo amaba y que sentía aún, mi orgullo se levantó para decir: «Casarme ¿y quién podrá obligarme? acaso tu que has caído voluntariamente?...... Nunca!»

A mis palabras siguió un rato de silencio; la ví asombrada á su vez, asombrada de ver levantarse una cólera contra la suya, una fuerza contra la que ella creía tener en ese momento. Luego, después de breve lucha fué á la mesa de noche que junto á sí tenía y empuñó un pequeño revolver mío, dirigiéndolo contra mí.

Yo, colérico de ver altiva á quien creía esclava, dije sin dar un paso: «pega porque todo ha concluído entre nosotros; nada quiero ya contigo y ahora mismo vas á salir de aquí»

La ví palidecer, levantó el revolver, me miró un instante con una mirada... con una mirada que nunca, nunca más he podido olvidar; con una mirada que me persigue en las sombras de la noche y me atormenta en los malos sueños. Me miró largo rato sin que yo pronunciara una palabra, llevó el cañón á su frente y volvió á mirarme, con un reproche lleno todavía de amor; me miró.... yo no dí un paso, la ví próxima á la muerte, resuelta á concluir y mi estúpido, mi singularmente estúpido orgullo de macho herido, me hizo bravear su última mirada.

Una detonación y yo me precipité á tiempo aún para recibirla en mis brazos......... una última convulsión...... luego nada, un borbotón de sangre brotando de su frente, cubriendo su rostro, bañándola toda!

Y amigo mío! quien podrá exactamente describir y analizar lo que yo sentí en esa noche al velar á la que tanto había amado, á la que claro sentía amar más y más una vez muerta? Solo tengo vagos recuerdos. Su cuerpo, las líneas de su perfecto cuerpo, se destacaban sobre la negrura del tapiz fúnebre extendido sobre el lecho, bajo ella; la blancura de sus manos, la lucidez cadavérica de su rostro, resaltaban vivamente sobre el negro, como los marfiles de una laca. La herida de la frente había sido vendada y solo un punto rojo manchaba la seda que la envolvía; sus cabellos sueltos le servían de almohada.

En sus pequeños labios, antes tan risueños, nido de caricias y ahora fríos, insensibles como los de un marmol, había un ligero pliegue doloroso. Sus párpados cerrados apartaban para siempre de mí su mirada. Luego, no recuerdo más. Ráfagas de aire entrando, estremeciendo la luz de los cirios, haciendo pasar resplandores amarillentos por el rostro de la muerta. Notas quejumbrosas é irónicamente de alegres organillos, aletear de moscas, los toques de las horas repitiéndose á diferentes distancias y en diversos tonos, sucediéndose, resonando bruscos, pesados, inexorables en el silencio de la interminable noche y muchos pensamientos, muchos, dando vueltas en mi cabeza á ideas y á recuerdos.

Yo revivía las escenas y las caricias de esos dos años y quedaba un rato viéndola, la veía invariable, impasible, hundida en las profundidades de su sueño de muerte; tomaba su mano fría, la llamaba no pudiendo, no queriendo admitir que estuviera así ¿Muerta? y por qué? ¿Qué había hecho? qué habíamos hecho? Ella continuaba invariable, inpasible; la seriedad de su rostro me decía todo lo que nos separaba, estaba muy léjos, yo no existia más para ella y lo absoluto de aquella desaparición, el pensar en la soledad del día siguiente y lo definitivo de su muerte, me hacían sentirme rabioso, desesperado contra mi impotencia y la fuerza del que crea seres para con tanta facilidad destruirlos.

Pensaba en mi culpa, en mi criminal orgullo. Un movimiento, una palabra, una súplica hubieran bastado para que ella estuviera viva, prodigándome sus caricias y murmurando á mi oído sus palabras amantes.

......Volvía á verla,......el mismo pliegue amargo en su boca......los ojos cerrados......los cirios prestándole luminosos resplandores y bronceando los largos hilos de su cabellera suelta.

Me arrepentía, me odiaba, y todo era en vano, ninguna, absolutamente ninguna fuerza daría dulzura á su sonrisa ni abriría más sus ojos. Los días sucederían á los días y era en vano esperarla. Los hombres continuarían los mismos hechos, los mismos gestos, las mismas palabras, nada ni nadie cambiaría, y ella, ella que debiera agitarse y moverse como los demás, sumergida para siempre bajo la tierra, y sólo por no haberla hablado, por no haberla detenido. Para mí la constante desolación, para ella?........

La ví salir y no tuve fuerzas para acompañarla; manos extrañas cerraron para siempre su nueva morada; las últimas palabras que le fueron dirigidas, salieron de labios que nunca la besaron; yo quedé aturdido, anonadado, como se queda después de las grandes y definitivas catástrofes.

Cuando resignado, ante lo irremediable de su muerte, comencé la habitual peregrinación, la espontánea revista de los objetos y las menudencias que ella había escogido y en cuyas familiaridades había vivido, empezó ese largo vía-crucis de la reconstrucción, detalle por detalle, de mi anterior felicidad. Todo me la recordaba, en todo la encontraba y todo estaba lleno todavía de su presencia. Los espejos no olvidaban su imagen, los guantes arrojados no perdían aún el molde de su mano, había cojines que conservaban el hueco formado por su cabeza y la mancha, la fatal mancha de un rojo negruzco, se me presentaba á cada momento resucitando la escena.

No pudiendo resistir á todo esto, abandoné la casa donde juntos gustáramos tantas venturas y donde tan amargos ratos pasé á solas. Comenzaron días largos, tediosos, de continuo errar y huír de su recuerdo como un ingrato; los días en que se lucha por no ver más el relicario donde se esconde su memoria y donde su imagen flota. Llegaba hasta la casa, miraba las puertas cerradas, los balcones vacíos, todo diciendo el abandono y la muerte, y, sintiéndome debil, volvía para beber hasta embotar mi dolor; pero entonces la visión de su cuerpo, al caer en mis brazos, la expresión ¡oh! esa expresión de amoroso reproche salida de sus ojos, la sangre, cubriendo su cuerpo, me atormentaban, pareciéndome como la más espantosa de las pesadillas.

Después de algún tiempo volví decidido á trabajar sin descanso. Pasé inclinado sobre la mesa muchos días y muchas noches, llenando nerviosamente hojas y más hojas, queriendo con el cansancio y las ideas ficticias, sustraerme á mi pensamiento. Con frecuencia, las mismas palabras que yo escribía, tocaban, despertaban mis heridas, y con frecuencia, olvidando por un momento, me volvía buscándola á mi lado, como lo hacía cuando ella me acompañaba á trabajar; al no encontrarla, botaba la pluma, quedando más hundido en mi dolor.

Pero es, al llegar aquí, donde empieza lo más negro, lo que siempre, ¡oh egoísta! me preocupa más de todo este drama. No te rías.

Una noche, después de varias horas de trabajo, sentí un ligero ruido trás de mí; estando bastante nervioso, me volví bruscamente; excuso decirte que no encontré nada. Seguí trabajando, algo preocupado ya, y desconfiando de las sombras que abundaban fuera del radio luminoso de mi lámpara, cuando poco después sentí, sentí ó creí sentir un ligero toque en el hombro; quedé frío, pensando en que ella me advertía así cuando quería interrumpir mi trabajo, y sentí una ansiedad horrible; no me atrevía á volver el rostro, no respiraba, temeroso de encontrar algo detrás de mí. Después de un rato de lucha, volví al fin la cara con lentitud, haciendo ruido y esfuerzos. ¡Nada! Solo las medias sombras y el brillo dorado de las encuadernaciones. Respiré largamente, sintiendo consuelo; pero temiendo aún, dejé la pluma, y sin volverme más, sintiendo frío en la frente, fuí directamente á mi cama.

Inútil es decir que no pude dormir un momento: el menor ruido, el toque de las horas, el crujir de un mueble ó el paso de un ratón, todo esto me producía sudores fríos y sobresaltos, á pesar de cuanto razonamiento juicioso me hacía.

Pero desde entonces, amigo mío, siempre es lo mismo, todo me sobresalta, trabajo siempre con el oído alerta, queriendo sorprender todo ruido. En una palabra, tengo miedo, miedo de la pobre suicida á quien tanto amé. Tengo miedo de que vuelva, miedo, sobre todo, de la expresión de su última mirada.

No estoy loco, no, pero la siento, la siento errando invisible á mi alrededor y tengo miedo, miedo de ella y de tal manera, que nunca ni por nada me hubiera atrevido á escribir esto de noche, inquieto de sentir el golpe en el hombro, ó sus pasos, avanzando silenciosos, con precaución.

Tengo miedo, sí, y de ella; ven, ven y líbrame de este pavor, de esta insoportable angustia. Sintiendo á alguien á mi lado me sentiré fuerte. He pensado en casarme, en traer conmigo á alguien que me escude de ella; pero no, la invisible sentiría celos, y nunca podría besar ni estrechar á mi mujer sin sentirla ahí, entre nosotros dos.

Y no es que haya dejado de quererla, no. La amo y la deseo más que nunca. Ah! si ella estuviera aquí, cuan diferente sería mi vida; pero tú lo ves, la amé mucho, me amó ella también; fuimos muy felices, y ahora es preciso que pague con el peor de los castigos: temerla, querer refugiarme contra ella...... contra ella!

Lo ves! ahora mismo, al escribirte, el sonido quejumbroso de una puerta empujada por el viento...... (por el viento?) me ha hecho estremecer y enfriarse mi frente, sin que pueda atreverme á volver el rostro.

Tengo miedo! Tengo miedo! Ven amigo mío, ven ó no sé lo que será de mí!

Septiembre de 1896. BERNARDO COUTO CASTILLO.

ITALIA.

EL VIEJO MAESTRO.

Allá, en el tranquilo café, en donde, á ocasiones, me place apurar lentamente un *bock*, olvidado en una mesa apartada, en un perezoso alejamiento, lo veo llegar, el alto sombrero inclinado, la boca iluminada por una buena sonrisa, las pupilas encendidas al reflejo de una vejez sana y alegre—la plácida vejez de que habla Lamartine—sentarse y apurar á pequeños sorbos una bebida de irisaciones ambarinas.

El dueño del establecimiento—rechoncho, bajo, cabeza trasquilada de clown—lo recibe con una risotada: «¡Oh Ita'ia!»—Y él acentúa su sonrisa, inclina más caballerescamente su chistera, y deja vagar por su rostro una oleada de recuerdos.

¡Italia! ¡Qué melódicamente resuena en su oído el nombre de la patria lejana! Y se deja ir en una ráfaga de remembranzas: la vasta sala iluminada, el patio rebosante de alas negras y de encajes blancos, los palcos deslumbrantes de pedrería; en las alturas, la gran masa, el terrible burgués con sus cóleras estruendosas y sus vociferaciones, y por el pequeño agujero del telón se anotan nombres conocidos: El Príncipe A.... el Marqués L.... M...... el terrible crítico...... Y el golpe seco del director de orquesta, dando la voz de alerta á sus batallones....—Chispean sus ojos como dos carbones encendidos, á la evocación del cuadro.

Ahora se ve ante un público delirante que lo hace salir á la escena, lo aclama, loco, sugestionado. Vuelve á vivir aquella vida de éxtasis y delirios, á la que había consagrado todas sus energías, todas sus vitalidades, y que poco á poco lo fué desgastando, hundiendo. Ah! es hermoso ésto, es hermoso este sacrificio de todos los días, de todos los momentos, para caer vencido, muerto en vida, y ver cómo se despiertan otras energías y se elevan otros ídolos y se desencadenan otros aplausos. Es hermoso, sí, porque á cada nueva ovación, á cada brillante éxito, el pasado rompe su lápida, rasga el velo de nieblas que lo cubre y se destaca luminosamente.

Boga la argentada barquilla sobre un mar de rosas, y deja estela de carcajadas y de besos. Allá va la vencedora, la ilustre, al aire los flotantes estandartes como cabellera de una virgen del Ticiano; allá va la que lleva á su bordo los poetas, los dioses de la juventud, los paladines del amor. Avanza cargada de idilios tiernos y de sutiles madrigales, hasta perderse en la curva del océano, en crepúsculos rosados, de nítidas limpideces y espejismos tersos. Allá va la ilustre, allá va la vencedora.

Pero ¡ay! un día el heroe que tripula el osado esquife, asoma la faz sobre la trasparencia de las aguas y como *Rip-Rip*, descubre que su dorada barba es ya de plata y que los verdes pámpanos se han marchitado en sus sienes. Así ¿todo ha concluido? ¿Los gritos de victoria, las aclamaciones populares, las músicas marciales, las felicitaciones entusiastas?...... ¿Ya, en la copa de los brindis no hay más que lágrimas?

El cielo está azul, la mañana serena, como el día en que del puerto partiste ¡oh navegante! el mismo buen sol manda su escuadrón de átomos cárdenos á través de los espacios, la ola teje su encaje de espumas, y á lo lejos, la tierra, la anhelada tierra prometida, se esfuma en una indecisión soñadora: ¡Eres el mismo, oh mar! ¡Oh sol, eres el mismo! Sólo tú has cambiado; llevas contigo otro. Placer del recuerdo, por tí vivimos, por tí somos. Y ahora ¿qué nos resta? La dulce sonrisa plácida del viejo maestro, el chambergo de medio lado, el olvidado café en el que apuramos, á escondidas, nuestra bebida de irisaciones ambarinas.

Italia!...... El viejo maestro, el que en otros días paseó su gloria triunfal de ciudad en ciudad y de nación en nación, se refugia en el pequeño cementerio en el que duermen sus muertecitos el sueño eterno. Tal vez él deseaba ir á terminar allí la jornada, oscuramente, humildemente, como ahora va á ese café que no le dice nada de su existencia, de sus grandes alegrías. Todas las primaveras el suelo se cubría de flores mientras él perseguía su loca carrera, delirante. Y se le representa aquel lugar del profundo olvido como una aspiración irrealizable, como un imposible sueño.

Y el viejo maestro se sonríe siempre, se sonríe con su bondad sana, en el fondo de aquel café, olvidado, solo, mientras su pensamiento se escapa lejos, muy lejos, en un abandono de la realidad, y el cantinero le lanza su burlesca frase de inconsciente sarcasmo: ¡Oh Italia!

CARLOS DÍAZ DUFOO.

Epopeya de la sangre.

Lo negro es la tormenta, la sombra y el misterio,
Lo negro es de la noche el formidable imperio;
Lo negro es el dolor!
Es lo que el alma triste de los esclavos puebla,
Lo negro es crímen, muerte; lo negro es la tiniebla
Que tiende por el cielo banderas de pavor!
Lo rojo es luz, es fuego, es alborada y vida,
Es triunfo, es holocausto, es púrpura en la herida
Que ostenta el paladín;
Lo rojo es himno bélico, él la victoria encierra,
Y sobre el cielo surge como clarín de guerra
Cuando la noche huye, y el sol despierta al fin.
Es rojo el rudo aliento que lanzan los volcanes,
Sangrientas son las fraguas, do amasan los titanes
Los bloques de metal;
La llama es roja lengua que besa y que depura,
Son rojos los crisoles y el rayo que en la altura
De la tormenta canta el himno colosal!
La noche está vencida, cuando tras alto monte,
La aurora, como incendio invade el horizonte
Y aviva su arrebol;
En tanto, cual guerrero que en actitud serena
Ya del *estadio* pisa la ensangrentada arena,
Con su dorado escudo, avanza un rey: el sol!
La noche de los pueblos también tiene su aurora,
Tambien su sol que incendia y que al brillar colora
Los cielos, de carmín:
La púrpura que envuelve patíbulos y hogares,
Los campos y las rocas, el trono y los altares,
Ofrenda hecha á la patria, la sangre varonil.
La espada se ennoblece, si la brillante plata
De su hoja, se purpura con vívida escarlata
Del bravo lidiador;
Los mirthos que coronan al púgil por su arrojo,
Tienen fulguraciones de incandescente rojo!
Lo rojo es la epopeya! Lo rojo es el valor!
¡Oh roja y noble sangre que das vida á la idea!
¡Oh noble y roja sangre que de la luz gotea
Y brillas al caer!
¡Oh sangre de los mártires que tiñe los cadalzos,
Sangre de los que marchan desnudos y descalzos
Y logran á las cumbres más altas ascender!
¡Oh floración de gloria que en la contienda estalla....
Que nace sobre el surco que ha abierto la metralla
Y que sembró el valor.
Los labios de la herida son pétalos sangrientos
A donde ansiosos beben los tristes, los sedientos
De libertad, de patria, de lauros y de amor!
La sangre es redentora! Ella fulgura y brilla;
Redime á los cautivos y envuelve su mancilla,
La sangre es un laurel
Decora los altares donde la patria impera,
Es luz sobre los pechos, y es sol en la bandera
Que á los valientes cubre con inmortal dosel.
Allí, donde el cadalso de un martir se levanta,
La sangre, roja estrofa, eternamente canta
Antífona triunfal;
Allí estará la fama y vivirá la historia,
Porque el martirio alcanza la más alta victoria,
Y así se inmortaliza y se unge el ideal!
Sobre esa roja pira, de excelsitud venero,
Forjaron nuestros padres su vigoroso acero
Para luchar después.
Y allí vamos nosotros, obreros del mañana,
Como al oasis llega la errante caravana,
Con ideales nuevos, de pie sobre el pavés.
Los himnos están hechos de notas encendidas,
Y tienen nuestras glorias, más santas y queridas,
De sangre el pedestal.
Lo rojo es una diana! la sangre es redentora!
Ofrendas á la sangre, ofrendas á esa aurora
Que como inmensa hoguera mantiénese inmortal.
La lucha del progreso es lucha del presente:
Sangre por sangre, ¡oh mártires! la juvenil y ardiente
Espera la ocasión;
Le brindara otro manto purpúreo á la victoria,
Que no ha roto la patria su pacto con la gloria
Y de escarlata puede teñir su pabellón!

Setiembre de 1896. M. LARRAÑAGA PORTUGAL.

EL NUEVO SISTEMA.

¡Y yo creía muy difícil ser periodista!...... Los periódicos siempre me causaron una mezcla de asombro y de respeto; de admiración llevada al grado máximo.

—¿Cómo se hará,— me preguntaba yó contemplando un diario de esos que lo mismo describen la cogida del «Manchao» que filosofan acerca de las propiedades curativas de la zanahoria, pongo por vegetal,— como se hará ésto de que hoy fallezca uno y mañana. en letras muy parejitas y con su cruz encima, ya le estén dando el pésame á toda la familia?

Me pasaba las horas muertas con el diario cerca de las narices, asombrado de aquello que me parecía un milagro ó acto más ó menos sobrenatural.

Pero, poco á poco, le fuí perdiendo el respeto á la prensa. Ahora ya no me asusta una gacetilla y hasta veo mi nombre en letras de molde, y como si tal cosa.

Ya sé cómo se hace un suelto apodando «malogrado señor» á un viejo de ochenta años y «virtuosa señora» á una suegra, con el envío respectivo de *la condolencia* y el deseo del «bálsamo de la resignación para el profundo dolor de los afligidos deudos.»

Tampoco los reportazgos me dejan con la boca abierta. Para eso, lo único que se necesita es paciencia y agotar la del prójimo.

Sucede— por ejemplo— una desgracia. Un toro le introduce el asta á un caballero de coleta y chaquetilla corta; ahí del *reporter*. Y mientras el *ofendido* exhala el último suspiro y recomienda á su consorte que conserve sus pantuflas en testimonio de amor eterno, el enviado de la prensa inquiere cómo fué el dolor que sintió cuando el *bicho* le introdujo el asta y lo hizo dar algunas volteretas en el aire.

Pues bien, ya que iba tomándole confianza al oficio, el otro día, he tenido que asombrarme de nuevo.— La prensa cuenta ya con un descubrimiento salvador, con una invención que todavía está coleando. Así es de fresquecita.

Ya no se requiere fastidiar al lector con el trillado comentario gacetilleril, ni poner á prueba nuestra calma y la de nuestros semejantes. Se puede uno morir tranquilo, así de cogida de cornúpeto, como de senectud malograda.

Faltan por llenar dos planas del periódico? Pues no hay que apurarse. Para eso nos dió el Ser Supremo manos á los redactores y vida privada á sus amigos.

Ahí va un modelo:

«Casa de usted. Amigo D. Fulano: Espero de su amabilidad ingénita que se servirá V. informarme con el portador, á qué hora acostumbra tomar el desayuno, qué libros lee y relee y de qué color es el tapiz de su cuarto. Con eso prestará un servicio de primera magnitud á todas las clases sociales y otro á su affmo. etc., etc.

Recibe contestación satisfactoria el redactor, encabeza con uno ó más títulos el cuestionario, y al otro día los lectores del periódico, vivamente interesados, se imponen de lo siguiente:

«D. Fulano de Tal.
Sus costumbres domésticas.
Su domicilio.

Damos á conocer á nuestros lectores el interrogatorio que agradecemos á la caballerosidad del acreditado padre de familia D. Fulano de Tal, y que versa sobre puntos de vital importancia.

¿A qué hora se desayuna V? — A las ocho y media en punto, si el criado no se tarda; pero si se tarda, á las ocho y tres cuartos, ó algo más.

¿De qué color es el tapiz de su cuarto? — Blanco sucio.

¿Qué libros lee? — El Koran. Confucio. Siete Partidas. Dostoyuski. Pérez Escrich. Minteichroedn. Rokuminustreirch. Ivatzorochef. Catecismo de Ripalda.

¿Cuáles relee? — Los mismos, pero al revés.

Este interrogatorio que, como se ha visto, tanto interesa al bienestar público, lo reproduciremos en el número del domingo próximo, para satisfacción de nuestros estimables suscritores que no lean el presente número.»

Aquí la firma del redactor, para regocijo de propios y extraños.

Y. aunque indigna, la mía después.

Setiembre de 96. P. Escalante Palma.

PRESENTACIONES.

Antenor Lescano.

¿Presentación?.........Pero si él se ha presentado ya por su propia cuenta á los lectores del Mundo! Si ya ellos buscan con predilección esta firma juvenil en las páginas de nuestro semanario! Si es un desconocido á quien conocemos mucho, me dirán ustedes.

Y en efecto, Lescano ha ocupado, desde la fundación de nuestro periódico, un lugar preferente en el espacio consagrado al arte. Sus poesías, repletas de sentimiento, de las que podría decirse con Menéndez Pelayo que «empapan con ténue rocío el alma,» acusan esa vaga, brumosa melancolía que caracteriza á la pubertad de los grandes poetas: así, impregnados en ese vaho de lago, trazaron sus versos de la primera edad Enrique Heine y Alfredo de Musset, los dos espíritus que tanta influencia han ejercido—acaso más que Byron, tal vez tanta como el viejo Hugo, el gran «emperador de la barba florida»—en la literatura contemporánea.

Nuñez de Arce se ha mostrado injusto al juzgar de *suspirillos germánicos* á esa poesía, nacida de lo profundo del alma y que traduce en breves líneas hondos estados de

Antenor Lescano.

conciencia; el marmóreo cincelador español sólo siente la poesía como escultura. Esa nostálgica inspiración que tiene algo del anhelo con que aguarda la flor del loto los pálidos rayos lunares; esa predisposición al dolor, que clava sus finos puntitos acerados en ciertos temperamentos esquisitos, no son explicables para el cantor del océano y de las amplias llanuras castellanas. Pero el arte por igual modo se refleja en la contemplación de los grandes espectáculos de la naturaleza que en la subterránea labor de las almas, y tan digno de los aparece en los gigantescos dorsos de Miguel Angel como en las simbólicas Madonas del Renacimiento.

Lescano es, acabo de decirlo, uno de esos espíritus que no han menester penetrar en el mundo exterior para localizar sus impresiones. Cualquiera que sea la verdadera solución— ya que el espacio y el tiempo sean en realidad hechos positivos, ó bien conceptos que viven dentro de nosotros— lo cierto es que el alma del poeta entra por mucho en la elaboración de la obra de arte. Y esos ensueños, esas vaguedades, esas visiones interiores, sorprendidas por el creador en el escenario que se desarrolla á su vista, son siempre el producto de su propio temperamento.

De esa región nubulosa, en la que moran las Elsas y los Loreley, viene la musa de Lescano, y trae blancas apariciones intangibles, mujeres de niebla, espectáculos vistos á través de una gasa de bruma.—Leedsus «Asonancias»— collar de perlas unidas por una misma idea generadora, por un solo pensamiento, pariente próximo del que agrupó en un ramo las páginas del *Intermezzo*. Hay allí huellas de lágrimas, rasgadas á trechos por un redondel de cielo azul: es la juventud, la eterna juventud, que rompe su gasa de duelo y reclama sus derechos, sus imperecederos derechos al Amor y la Esperanza.

¡Tan cierto es que á los veintiún años el dolor es una aventura pasajera de la que se sale bien presto!

Para completar la presentación, resta sólo añadir que Lescano es hijo del poeta cubano del mismo nombre, y que por ende la inspiración en él es ley hereditaria, glorioso legado que nuestro joven acrecentará con el noble esfuerzo de sus energías.

C. D. D.

Setiembre de 1896.

PROMETEO.

Me siento en lo ideal y estoy atado
Fuertemente á la tierra;
Soy espíritu preso, ángel caído,
Pero el sueño en que vivo me consuela.
Es que miran mis ojos
Ignota luz; á mis oídos llega
La voz de las Oceánides que dice:
No es eterno el dolor, sufre y espera.
Abajo el mar instable
Ruge, los vientos desatados dejan
Sus hórridas guaridas
Y en la extensión del oceano bregan.
Incautos navegantes,
Que dejaron, ha poco, la ribera,
Por los contrarios vientos sorprendidos
Ante el naufragio horrorizados tiemblan......
Lloro con el dolor de los que gimen;
Mas veo la clemencia
En los ojos de Zeus. ¡Oh navegantes!
Pronto la mar os volverá á la tierra!

Fernangrana.

Setiembre de 1896.

El sentimiento del respeto!

No lo experimentamos sino para exigirlo de los demás; no nos hacemos respetuosos sino al sentirnos respetables.

F. Brunetiere.

¡TU!

Los días de nublazones grises, de atmósfera húmeda y fría, los días obscuros y sombríos, han producido siempre impresión profunda en mi ánimo.

Aquella mañana las flores se inclinaban mustias en sus tallos, las golondrinas que habían formado sus nidos en los arcos del corredor, permanecían mudas y silenciosas; la fuente misma cuyo murmurio me arrullaba en mis ratos de honda melancolía, había callado.

Por la abierta ventana, frente á la cual tenía mi mesa de trabajo, se distinguía el ancho camino amarillento que iba serpenteando hasta perderse en la sombría arboleda que en las primeras horas de la mañana recibía los últimos besos de la neblina blanca.

¡Cómo me causaba envidia la alegría de aquellas mujeres que en la azotea de la casa de junto tendían ropa mojada en el tendedero y cantaban ruidosamente.

Oíase en el camino el crujir de un carro cargado de paja, sobre la que un muchacho y un perro negro, sucio, dormitaban abrazados.

Era inútil que mojara yo la pluma en la tinta y que la apoyara en el blanco papel. No podía escribir una línea, nada fluía del caos de mi cerebro

Todas mis facultades las concentraba en la observación de dos gardenias blancas que yacían junto al tintero, coquetamente amarradas con un listón azul.

Aquellas flores de aroma delicado, que comenzaban á marchitarse ya, evocaban en mi mente un cuadro vivísimo con todos sus detalles y sus tintes.

Veía el pequeño corredor con sus verdes macetas, las enredaderas que trepaban por el muro; parecíame oír el canto melodioso de los canarios que formaban tu encanto, y las risas de las chiquillas que jugaban en la pieza inmediata.

Veía el ajuarcito azul, el piano abierto, la mesa con el jarrón color de rosa donde nunca faltaban flores, y sobre todo te veía á tí jugando distraidamente con las borlitas de tu chal, y fijando tus ojos azules y expresivos en el azul purísimo del cielo.

No hablábamos, permanecíamos callados y silenciosos, y en medio de aquel silencio nos sentíamos contentos.

—¿Estás triste?—me preguntaste alguna vez.

Nunca podré estarlo si veo tus ojos, si aspiro tus perfumes, si puedo estrechar tu mano blanca, si puedo verme envuelto por los efluvios purísimos de tu alma.

Setiembre de 1896. Pepe Solis.

NUBES.

Ceñidas de flotantes vestiduras
Sobre el límpido azul su escala tienden,
Y fustigadas por el viento ascienden
Bañándose de luz en las alturas.
Guarnecidas de recias armaduras
Baten sus alas, el espacio hienden,
Chocan en lo alto y su mirada encienden
Cual titanes de indómitas bravuras.
En las penumbras de su seno alienta
El rayo destructor que en la tormenta
Airado lanza su espantoso grito,
Y en la extensión del firmamento ondea
Como roja blasfemia que chispea
En la sábana azul del infinito.

Benito Fentanes.

Septiembre de 1896.

Pecadora en sueños.

Profundo es el silencio y extensa la penumbra
Que flota, suavemente rasgada por el broche
Lumínico y dorado de lámpara que alumbra
Tan solo las cortinas del lecho. Media noche.
Destácase en la almohada blanquísima el risueño,
Semblante de la virgen, bañado en el efluvio
De aquella paz nocturna, nimbando el leve sueño,
El oro de los rizos de su cabello rubio......
El brazo bajo el cuello, suspira tristemente
La bella, temblorosa, de súbito, intranquila......
En sueños, tras la seda del cutis de su frente,
La gloria de un idilio romántico, desfila......
Un hombre extraordinario, un hombre que no ha visto
Jamás en este mundo, con voz que la embelesa
Le jura amor eterno...... y frente del gran Cristo,
Del Cristo de su alcoba, frenético la besa!
Despiértase la virgen, estremecida y cálida;
Sobre del blanco lecho de pronto se incorpora;
Y en la penumbra tenue, en el silencio, pálida,
Desnuda, inconsolable y avergonzada, llora......
—¡Perdón! exclama triste, ¡perdón porque he pecado!
Ese hombre de mi sueño, Señor, nunca lo he visto!
......Y continua el lamento sombrío y desolado
De aquella pobre virgen, delante de aquel Cristo
Que verdaderos crímenes de amor ha perdonado!

Heriberto Frias.

Setiembre de 1896.

En lo ideal nacida,
el llamarte á las cosas de la vida
es inútil empeño,
para tí el despertar, ó estar dormida,
es dejar el delirio por el sueño.

***

Ten siempre con un manto
velados tus encantos pudorosos,
porque, en cosas de encantos misteriosos,
perdido ya el misterio ¡adiós encanto!

Campoamor.

Hotel del Tivoli.

Alrededor de México.

TÍVOLI EUROPEO EN POPOTLA.

El progresista Sr. D. Antonio Conde acaba de invertir un fuerte capital en la construcción de un tívoli al estilo europeo, en uno de los alrededores de México que debe tener más aliciente para los habitantes de esta ciudad. El tívoli se conoce con el nombre de «El Castillo» y ocupa una gran extensión de terreno cercado, en su mayor parte, de mampostería; al frente está limitado por una hermosa reja de fierro en donde las madreselvas, las rosas y muchas clases de plantas trepadoras presentan hermosa vista de campo cultivado.

Dentro del jardín, que es espacioso como pocos, se han construido varios elegantísimos chalets que rodeados de flores, kioskos, lagos, viveros, todo planteado con exquisito y refinado gusto, forman residencias especiales que satisfacen el gusto más exigente de cuantos hayan viajado por los Estados Unidos y Europa.

Uno de los chalets que representa el primero de nuestros grabados, tiene la forma de un castillo antiguo y está destinado especialmente para hotel; cada una de las habitaciones de este edificio tiene vista para el jardín, y las de la parte alta permiten ver el panorama extenso y hermosísimo del Valle de México. En el centro, y arreglado con suma comodidad, hay un gran comedor para que los huéspedes no tengan por necesidad que salir del chalet al hacer las comidas.

Por el otro lado está construido el gran salón de baile que también reproducimos y que seguramente es el más grande de los que se conocen en México y decorado á todo costo, aunque dominando siempre el gusto sencillo de las casas de campo; en sus paredes hay pintados al oleo hermosísimos paisajes del Niágara, Ixtacalco, de la misma finca, y el techo está cubierto completamente con cielo raso; tiene disposición para contener el número de luces necesarias para iluminar tan espacioso sitio.

Chalet Central.

Gran Salón de bailes y banquetes.

El piso de madera, perfectamente publimentado, permitirá que este salón no sólo sirva para bailar, sino hasta para patinar cuando su propietario lo permita; anexo á él está uno de los boliches, el cual comunica con los otros, tan bien dispuestos, que pueden estarse jugando varias partidas á la vez, sin que los de un departamento interrumpan a los del otro.

En el centro del parque se levanta una construcción principal, en donde está el verdadero casino y de la cual tambien proporcionamos á nuestros lectores una vista, creyendo que es una de las construcciones más elegantes y hecha con más gusto de cuantas haya en México. En la parte baja se han establecido infinidad de juegos inocentes que pueden distraer perfectamente á las señoras más bien educadas, y que en nuestro concepto no son conocidos todavía en esta ciudad; entre los principales, citaremos los billares turcos, chinos, billar Blas, billar ruso, carrera de caballos, cucañas automáticas y otros cuyos aparatos demuestran desde luego por su construcción y por las instrucciones que han para manejarlos, que están hechos especialmentu para gente decente.

Este casino ó tívoli no ha costado al Señor Conde, en nuestro concepto, menos de cien mil pesos, muy bien invertidos, que darán un brillante resultado como negocio, ó cuando menos así lo deseamos, pues lo merece todo hombre emprendedor que arriesga un capital en negocios completamente nuevos y que tienden á manifestar el progreso de nuestra sociedad.

El Señor D. Antonio Conde es persona muy ilustrada que ha viajado por mucho tiempo en Europa, de donde ha tomado sus ideas para presentar, como hoy lo hace, al público, un establecimiento digno de él.

Se inaugurará este casino el 16 de Setiembre con un gran baile y alguna otra fiesta que en el mismo local darán los entusiastas vecinos de Popotla y colonia de Santa Julia, quienes están muy agradecidos al propietario por la bondad con que se ha servido proporcionarles el local, sin más retribución que el deseo de que se celebre dignamente el día de la patria.

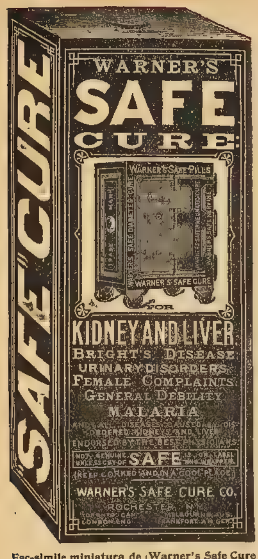
Nota de la Moda.

Traje parisiense para niña.

Dibujos de Martínez Carrion.

Compras y comadrazgo.

Buscando el vado.



WARNER'S
SAFE
CURE
SAFE CURE
WARNER'S SAFE PILLS
WARNER'S SAFE CURE
FOR
KIDNEY AND LIVER
BRIGHT'S DISEASE
URINARY DISORDERS
FEMALE COMPLAINTS
GENERAL DEBILITY
MALARIA
SAFE
WARNER'S SAFE CURE CO.
ROCHESTER

RAFAEL SALCIDO.

COMISIONISTA IMPORTADOR DE MUEBLES AMERICANOS.

Damos á nuestros lectores un conjunto de grabados que reprepresentan el exterior y los almacenes de la acreditada casa importadora de muebles americanos de los señores Salcido é hijo, así como los retratos de estos señores.

Merced á este establecimiento, el más bien surtido sin duda de la capital, todo el que desee amueblar elegante y rápidamente su casa, está en aptitud de hacerlo con la mayor facilidad, pues en el almacen de los señores Salcido, hay muebles para todos los gustos y para todas las fortunas.

Los muebles de esta casa distínguense no sólo por su variedad y elegancia, sino por su comodidad y sólida factura.

Llamaremos desde luego la atención sobre los muebles propios de un escritorio: Hay mesas con interminable serie de cajones, que permiten la más minuciosa clasificación y el más ordenado arreglo de los papeles interesantes, tan cómodas como fuertes; escritorios que pueden cerrarse perfectamente con una flexible cortina hecha de numerosas piezas de madera, los cuales poseen, además de una serie de amplios cajones, infinidad de pequeños compartimientos para pagarés, cartas, recibos, &.

Para estos escritorios hay sillas giratorias especiales, muy cómodas y elegantes. Los libreros giratorios con un excelente mecanismo para sostener libros voluminosos las sillas acoginadas, con forros de cuero flexible y blando, las repisas, etc., completan el moviliario de un escritorio elegante y cómodo. Y sí de este pasamos á los muebles de sala, hallaremos la variedad más grande de ajuares tapizados, de estilo frances y americano.

Entre los franceses hay de todas las grandes épocas, y entre los americanos de todas las formas.

Para el verano, encuéntranse ligeros ajuares de Rattan ó mimbre.

Para los comedores, el solicitante hallará mesas ámplias que pueden reducirse y sillas sólidas y hermosas, de todos los colores que están en uso.

Para las recamaras, la variedad es aún mayor: Roperos con elegantísimos remates, cristalería, ó puertas sencillas, como se desee guardaropas ámplios, tocadores muy bonitos, con lavabos finos y de calidad mediana, como se quiera; camas de las formas más en boga, burós, etc.

En general, podríamos mencionar entre los diversos y útiles objetos puestos á la venta en el almacén indicado, aparadores para comedor, trinchantes, cristaleros, atriles giratorios, lámparas y gran surtido de sillas de todas clases.

Añadamos que los precios son muy cómodos.

La casa está situada en uno de los puntos más céntricos de la capital: en la 1ª de San Francisco núm. 14, frente á la plazuela de Guardiola; posee vastos locales, y los interesados pueden visitar los almacenes é inspeccionar los muebles detenidamente.

Los Sres. Salcido é hijo, trabajando unidos y con empeño por tener siempre el surtido más completo de muebles de la mejor calidad y de las más hermosas y sólidas maderas, han logrado atraerse por completo el favor del público.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 13 DE SEPTIEMBRE DE 1896. — NUMERO 11

¡Gloria á los heroes!

[Dibujo de J. Martinez Carrión]

[Grabado en los talleres de "EL MUNDO"]

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanis American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas Editoriales.

Al Jefe del Estado.

En virtud de las condiciones de nuestra publicación, nos anticipamos á dirigir al Sr. Presidente de la República el más atento saludo el día de su cumpleaños.

Todo hombre de corazón, medianamente civilizado, sin distinciones de banderías, que ame á su patria, se encuentra en el deber, una vez al año, de ofrecer el testimonio de su respeto al Jefe del Estado.

En este acto de levantada cortesía no se mezcla un átomo de política: es una muestra de aprecio á la personalidad más caracterizada de una nación, y que, por encima de todas las pasiones, encarna la figura de mayor relieve de un pueblo, y en quien éste ha depositado una gran cantidad de sus energías colectivas.

La Redacción de El Mundo que en lo particular profesa un sincero afecto al Sr. Presidente de la República, significa en estas líneas la estimación que su alta personalidad le merece.

El Illmo. Sr. Obispo de Tamaulipas.

Si honda impresión causó en el público la primera carta del Sr. Obispo de Tamaulipas, profundo disgusto ha producido la segunda epístola que el Sr. Sánchez Camacho ha hecho aparecer en las columnas de un diario de esta capital.

Creíamos que el Sr. Obispo era un hombre serio y reposado; imaginábamos que sus primeras declaraciones obedecían á un deber de conciencia: el Sr. Sánchez Camacho se ha encargado de desengañarnos. La literatura epistolar á que se consagra en su última misiva no lo recomienda como un hombre de juicio, sino como un vociferador vulgar, dispuesto, no á razonar como una persona bien educada sino á cubrir de dicterios á sus adversarios.

Hasta el ramplón concepto que se desprende de la carta del Sr. Sánchez de ser *muy hombre* lo desacredita ante la gente sensata.

Liberales del género frenético que desayunan todos los días con un fraile, y piden á grito tendido una Saint-Barthelemy á la inversa, abundan en nuestro país; obispos que arrojan lejos de sí los hábitos y se producen, olvidándose de su alta jerarquía, no habíamos tenido ninguno. Y por el bien de la Iglesia Católica mexicana, deseamos que el Sr. Sánchez Camacho sea el último.

No valía la pena de pronunciar el nombrar del Crucificado para terminar con una frase poco decorosa. El *Mundo* se equivocó lastimosamente—y así tiene la honra de declararlo—al haber tomado á lo serio al Sr. Obispo de Tamaulipas.

La Isla de Puerto Rico.

Sorda y amenazadora como está la revolución separatista en esta importante colonia española, donde ya se comienzan á experimentar los síntomas que preceden á los grandes cataclismos políticos, creemos de oportunidad dar á conocer á nuestros lectores los datos geográficos y estadísticos más suscintos de esta isla, pues si como es de temerse la revolución de independencia llega á estallar, tendrá la misma importancia é interés que hace más de un año despierta en el mundo la Perla de las Antillas.

La Isla de Puerto Rico, la más oriental y la menos importante de las Grandes Antillas, está situada entre el océano Atlántico y el mar de las Antillas, al E. de Haití y al O. de las Islas Vírgenes, y con estas y las de Sotovento limita el mar Caribe al N. y al E.

La isla, de figura irregularmente cuadrilateral, está atravesada de E. á O. por una cadena de montañas cubiertas de frondosos bosques, que forman deliciosos y risueños valles; de las altas cimas descienden claros arroyos y pequeños ríos, formando en su caída cascadas pintorescas.

Es de asombrar que en el pequeño territorio que compone la isla, se cuenten hasta cincuenta arroyos y ríos, algunos de ellos navegables para embarcaciones pequeñas, ú algunas leguas de su desemboca dura.

De la configuracion del suelo resulta un clima agradable y sano, que no guarda comparación con el de Cuba, aunque las dos colonias son notables por la fertilidad y exhuberancia del terreno.

La costa, recortada á trechos por numerosas escotaduras, ofrece por todas partes radas, ancones y bahías, que dan abrigo á las embarcaciones en los múltiples puertos de altura y cabotaje, abiertos al activo comercio de la isla. Los principales son S. Juan de Puerto Rico (capital de la colonia), Fajardo, Ensenada Honda, Jobos, Salinas, Guarnica y Puerto Real. Debido á la riqueza y á la abundante irrigación natural del territorio, la agricultura es la base de la producción nacional y del comercio cuantioso que enlaza á la colonia con la metrópoli, y la pone en relación con el extranjero. Las tierras, por todas partes cultivadas, producen en abundancia caña de azucar, café, algodón, arroz, maíz, tabaco, patatas, yuca, añil, achiote, quina y demás frutos tropicales, que admirablemente se adaptan á aquel priviligiado suelo.

María Alvarez Tubau,
Primera actriz de la Compañía española que actuará en el Nacional.

La población de unas 800,000 almas diseminada en una extensión de poco más de 9,000 kilómetros cuadrados, da una proporción de cerca de 86 habitantes por cada unidad de medida.

La isla está regida por una carta constitutiva, promulgada por las Cortes Españolas el 1º de Junio de 1869. La autoridad suprema de la isla reside en un Gobernador y Capitán General, nombrado por la Corona, y en cuyo nombre rige la colonia; en él se reunen el mando político y militar, y preside además los tribunales superiores de justicia y las juntas administrativas de la capital. Sólo el real Tesoro y el Tribunal de Comercio, aunque sujetos á su vigilancia, dependen, el primero, del Intendente, nombrado por el Gobierno de Madrid, y el segundo, de su presidente elegido entre los miembros que lo constituyen.

La justicia es administrada por la Real Audiencia, residente en la capital, y por los jueces y alcaldes respectivos en los nueve partidos judiciales en que la isla se divide.

Existen nueve tribunales especiales para los asuntos particulares de su competencia: civil, eclesiástico, de guerra, marina, artilleros, ingenieros, intendencia, bienes de manos muertas y comercio.

El gobierno eclesiástico reside en un obispo nombrado en la metrópoli y confirmado por el Vaticano; la diócesis de S. Juan es sufragánea de la archidiócesis deS antiago de Cuba.

Las rentas públicas se elevaron en el presupuesto de 1894 á la suma de $3.903,645, calculándose los gastos en $3.879,813.

La estadística del comercio nos señala cifras admirables, que anuncian con su elocuencia incontrovertible la prosperidad de la colonia. Según datos que tenemos á la vista, las exportaciones ascendieron á $18.230,000, y las importaciones á $10.710,000, en 1890; llegando en 1891, á $33.729,000 y $19.771,000 respectivamente. Los principales artículos de exportación, son los que dejamos indicados al hablar de la agricultura, que forma la riqueza principal de los habitantes.

Para concluir esta breve reseña diremos, que hay pocos ferrocarriles en explotación, pero se tiene en proyecto y en construcción una línea principal, que encierra como en un circuito las poblaciones principales.

El número de oficinas postales era en 1893 de 89; cartas y paquetes circuladas ese año, 2.592,000 en el servicio extranjero y 416,000 en el interior.

La longitud de las líneas telegráficas, era en ese año de 1.082 kilómetros.

El ejército territorial se compone de 3,200 individuos de tropa y 190 oficiales en tiempo de paz. El servicio de marina está bajo la dependencia del apostadero de la Habana.

Como se ve, grandes y cuantiosos son los intereses de España en Puerto Rico, y si llegara á estallar la revolución de independencia, veríamos á la madre patria desplegar el tesoro de su patriotismo y á los nobles hijos de Pelayo agotar los sacrificios, para conservar intacto ese rico florón que ha ornado la Corona de Castilla desde el descubrimiento de la tierra americana.

TEATRERIAS.

La *great atraction* en materia de espectáculos se halla en el Arbeu.

Nuestro público, un tanto displicente con Maggi en las temporadas anteriores, acude hoy más numeroso, rindiendo así justo tributo al mérito, si no es que, próxima á partir para Europa la Compañía Italiana, quiere que lleve un buen recuerdo de la República, donde si el éxito artístico, obtenido por la *troupe* de Maggi, supera al de las demás compañías, el pecuniario dista mucho de satisfacer á la Empresa.

La felicidad matrimonial, preciosa comedia de Valabreque, llevó á Arbeu más público que de ordinario. La obra, que abunda en chistes y situaciones cómicas, fué interpretada á conciencia.

Alguna parte de los espectadores se ha retraído, con el frívolo pretexto de haber visto á Clara como dama joven de otra compañía y presentarla hoy Maggi como primera actriz. La razón es injustificada.

Clara della Guardia es una verdadera actriz. Si en algunas obras nos recuerda á Sarah, es porque se posesiona del papel que representa; comprende el personaje y retrata en suma el tipo que creó el autor. Y los retratos, cuando son buenos, han de ser precisamente parecidos.

La presente temporada en Arbeu, promete ser próspera para todos. Próximamente se pondrá en escena *Por la Corona*, de Francisco Copee, y será un acontecimiento teatral.

Por la Corona es, no solamente una tragedia; á pesar de la forma impregnada de romanticismo y los recuerdos shakeperianos que evoca, es una trajedia antigua. Los incidentes de la acción son simples, casi secundarios; pero en resumen, es la obra de un gran poeta dramático, y sobre todo, de un hombre de recta conciencia y generoso corazón.

Nuestro Concursos de zarzuelas.

Septiembre 4 de 1896.—Señor Director de El Mundo.—Presente.—Muy estimado señor y amigo:

Hemos concluido la comisión que se sirvió Vd. encomendarnos, revisando las cinco obras musicales que se escribieron para el libreto *Por una deuda*.

En nuestro concepto, la partitura amparada con el seudónimo *Sursum*, es la que merece el premio ofrecido por El Mundo, y á esa obra lo adjudicamos, no sin felicitar á los otros cuatro compositores, que revelaron muy buenas disposiciones é inspiraciones en sus trabajos.

Nos es grato repetirnos de Vd. afectísimos. amigos y S. S.—*Modesto Julián.—A. Cuyás.—Gustavo M. Campos.*

***

Abierto el sobre respectivo, se encontró que el seudónimo *Sursum* amparaba el nombre del Sr. Pedro Valdés Fraga, residente en esta ciudad, y cuya partitura vino instrumentada.

Puede pasar el interesado á la Administración de El Mundo por el premio que le corresponde.

Una aclaración importante.

Guadalajara, 3 de Septiembre de 1896.—Sr. D. A. Cuyás, Gerente de El Mundo.—México.

Señor de toda mi atención:

Las fotografías señaladas con el núm. 28, y que han figurado en el concurso promovido por los Sres. Directores de El Mundo, se deben al estimable artista, Sr. Don José Lupercio, sucesor de Ravell, fotógrafo establecido en esta capital, en el antiguo taller del Sr. O. de la Mora.

Al Sr. Lupercio pertenece, por tanto, el primer premio de medalla de plata por «Vistas y Monumentos,» que figura bajo mi nombre, en el núm. de esa ilustrada publicación.

Suplico á Ud. se sirva hacer esta aclaración en la inteligencia de que al remitir las fotografías del Sr. Lupercio, me propuse únicamente contribuir de alguna manera al fin propuesto por El Mundo, y que es en verdad muy laudable; haciendo á la vez que los trabajos de un artista como el Sr. Lupercio, tan estimado por la sociedad jalisciense, figuraran en el concurso, habiendo tenido la convicción de que dicho señor se habría abstenido de remitirlas por sí mismo, atendida su reconocida modestia.

Soy de Ud. atto. y seguro S.—*A. Arroyo de Anda.*

***

Digna de todo elogio es la rectitud del Sr. Arroyo de Anda, que abona por otra parte la imparcialidad del Jurado. En efecto, las fotografías del Sr. Lupercio, artista muy conocido, anónimas ó con su firma, son valiosas y esto lo ha comprobado el recto fallo de los señores dictaminadores.

A los Señores Agentes de EL MUNDO.

Con fecha 10 de Agosto de este año se constituyó nueva Sociedad Anónima para la publicación de este y otros periódicos, y con fecha 10 de Septiembre se verificó la primera asamblea general de la Sociedad; tanto por el tenor de la escritura como por el de los estatutos, se divide completamente la gerencia de este negocio y la dirección periodística, y por consiguiente, suplicamos á nuestros apreciables agentes que en lo sucesivo para todo lo que se refiera á asuntos de Administración, tengan la bondad de dirigirse al Sr. Gerente Lic. Fausto Moguel, y en lo que se refiere á Redacción, al Sr. Director Lic. Rafael Reyes Spíndola.

MANIOBRAS DE MARCHA REPTANTE
EN EL EJÉRCITO FRANCÉS.

El coronel francés Bruneau, del 59º de línea, acaba de tomar una iniciativa muy curiosa, que pudiera tener cierta influencia sobre la táctica militar futura.

Sabido es que los fusiles del nuevo modelo adoptado en Francia, tienen no solamente un alcance extraordinario, sino que también su trayectoría es de tal suerte tendida, que la zona de muerte se desarrolla extremadamente.

Una tropa lanzada, á la vista, contra otra bien armada, sería, pues, infaliblemente destruida antes de llegar.

El coronel Bruneau ha imaginado proveer á sus hombres de brazaletes con muñecas ó tarugos que protegen las palmas de las manos y que permiten rastrear hasta á 150 metros del enemigo.

Llegadas ahí las tropas colocan las bayonetas en el cañón, ejecutan el fuego de repetición y se precipitan sobre el enemigo.

Los resultados obtenidos en el 59º de línea han sido muy notables. En el resto del ejército francés se adoptará sin duda la maniobra, que hará dar un paso más á ese tremendo arte de la guerra que hoy por hoy constituye la principal preocupación de las grandes potencias.

NUEVOS CARDENALES
EN NOVIEMBRE.

Se espera que en el Consistorio que se verificará en el mes de Noviembre próximo, se crearán cuando menos cuatro cardenales franceses, uno de los cuales permanecerá en Roma. Hace algún tiempo, á consecuencia de las representaciones, hechas por algunos obispos, Francia sugirió que cada potencia que tenía relaciones diplomáticas directas con el Vaticano, debía tener un cardenal de su nacionalidad respectiva, con residencia en Roma.

Por ahora nada se hará con respecto á la creación de otro cardenal inglés, hasta que se acceda á las pretensiones de Francia, España y Austria, tanto más que Inglaterra no tiene representación diplomática en el Vaticano.

Actualmente existen nueve vacantes en el Sacro Colegio, y se espera que seis de ellas, cuando menos, sean cubiertas por prelados no italianos.

El vapor rodante "Bazin."

Ultimamente fué lanzado en los astilleros Cail, en Saint-Denis, el vapor *Ernesto Bazin*, que es toda una novedad digna de conocerse. El *Ernesto Bazin* no se parece en nada á los buques ordinarios, y jamás el Sena había recibido en sus aguas un huésped semejante. El 19 de Agosto de 1896, fecha del lanzamiento, será acaso una de las fechas más memorables del arte naval, porque el buque rodante está llamado, si responde á las esperanzas que han hecho concebir los experimentos del laboratorio, á producir en la navegación una transformación semejante á la que ha operado el buque de vapor.

La velocidad, en efecto, es en el mar como en la tierra, un elemento de éxito muy importante, aun indispensable para las operaciones comerciales. Ahora bien, si los grandes paquebots para viajeros llegan á realizar en un largo trascurso velocidades que oscilan al rededor de 20 nudos, sin pasar jamás de 22 nudos, es sólo al precio de un considerable gasto de energía.

M. Bazin ha conseguido y ejecutado un tipo de buque absolutamente diferente de los que han sido construidos hasta aquí, y con él las personas más competentes en el arte de la construcción naval, esperan poder realizar velocidades bien superiores con menor consumo de combustible.

Tomad una rueda hueca, colocada sobre un eje, de fases llenas y cómbas y sumergidla en el agua, imprimidle un movimiento de propulsión y rechazará el agua delante de sí en una longitud de algunos metros, como lo haría cualquier otro cuerpo flotante, parcialmente sumergido; después se detendrá bien pronto á causa del frotamiento. Por otra parte, si dais á la rueda un movimiento rápido de rotación, se limitará á girar en un mismo sitio: combinad al contrario los movimientos, propulsión de una parte, rotación de la otra, y la rueda se echará á voltear, avanzando rápidamente sin agitar el agua.

En efecto, si en el primer caso (movimiento de propulsión solo) colocáis frente á la rueda un obstáculo cualquiera, una varita de madera por ejemplo, la rechazará por algunos instantes, pero á consecuencia de este mismo frotamiento, no tardará en detenerse; en el último caso, al contrario, pasará sobre la varita que se hundirá algunos centímetros en la superficie, casi en el mismo sitio.

Resulta de estos experimentos, que un buque deslizador, hendiendo el agua, experimenta frotamientos de deslizamiento y de rechazo; el vapor que Mr. Bazin ha construido, no deberá al contrario, ser retardado en su camino, sino por lo frotamientos experimentados al rodar. Los ensayos hechos hasta aquí y la teoría á la vez, demuestran que la marcha útil hacia adelante, será de 60 por ciento, poco más ó menos, de la circunferencia desarrollada de las ruedas.

Pero los comprobantes de un laboratorio no tienen valor en tanto que no se confirman en la práctica, es decir, en el medio del instrumento que el inventor ha concebido, debe encontrarse la invención normalmente; para el buque rodante este medio es el mar, y precisamente para hacer experimentos en el mar se ha construido el *Ernesto Bazin*.

Este buque, de 280 toneladas, se compone esencialmente de una plataforma rectangular de 38m 50 de largo, sobre la cual se hallan instaladas las calderas, las máquinas y los alojamientos, y que está soportado por tres pares de flotadores de forma lenticular, que proporcionan el desplazamiento y que son movidos por una máquina especial.

Esperemos los esperimentos definitivos, ellos nos dirán si la navegación cuenta ó no con un poderoso elemento que la hará dar un inmenso paso hacia el porvenir.

Si las velocidades soñadas se, realizan se podrá ir del Havre á Nueva York en cuatro días, y si no existiera el istmo de Panamá, un nuevo Phileas Fogg podría dar la vuelta al mundo por mar en veintiocho días.

Esta rapidez hácese cada día más necesaria, y dadas las exigencias del comercio entre las naciones europeas y americanas, y en vano se había buscado en la configuración de los buques; el secreto de la velocidad debe buscarse en el mecanismo.

MANIOBRAS DE MARCHA REPTANTE EN EL EJÉRCITO FRANCÉS.

LI-HUNG-CHANG EN AMERICA

EL PRESIDENTE CLEVELAND LO RECIBE EN NUEVA YORK.

El día 22 de Agosto próximo pasado el vapor americano «St. Louis,» salió del puerto de Southampton rumbo á Nueva York. La lista de pasajeros estaba encabezada del modo siguiente:

«Li-Chung-Tang, Embajador, Primer Guardián del heredero aparente, Primer Ministro de Estado y Lord de la más elevada categoría.»

Este es el nombre correcto y título completo del hombre conocido comunmente por Li-Hung-Chang.

El viaje del Virrey de la China á Moscow para tomar parte en las fiestas de la coronación del Czar Nicolás, fué un testimonio de que China ha entrado por la vía del progreso y de que sacudiendo su antigua costumbre de aislamiento completo, busca ser admitida en la fraternidad de las naciones.

El viaje de Li-Hung-Chang á través del Atlántico fué muy feliz. El tiempo fué excelente y el excelso diplomático no sufrió un sólo momento los efectos del mareo.

Habiendo participado oficialmente la Embajada china de Wáshington al Secretario de Relaciones, Mr. Olney, que Li-Hung Chag venía á los Estados Unidos, inmediatamente se dieron las órdenes necesarias para que el Virrey del Celeste Imperio fuera recibido á su llegada á Nueva York con la solemnidad debida á su elevado rango.

El programa para el día del arribo fué dispuesto de este modo:

Saludo de la escuadra del Almirante Bunce surta frente á la isla de Staten.

El General Ruger y el Sr. Rockhill, Subsecretario de Relaciones, pasarán del crucero «Dalphin» á bordo del «St. Louis» y darán la bienvenida á Li-Hung Chang, á nombre del gobierno federal de los Estados Unidos.

Recepción en el muelle de la Compañía Americana de Navegación.

El Virrey y su comitiva serán conducidos en carruajes por las avenidas Broaway y 5ª hasta el Hotel Waldorf, sirviendo de escolta el 6º Regimiento de Caballería.

El día 28 á las 11 de la mañana fué avistado el «St. Louis» y una hora después pasó frente á la isla Governor, siendo saludado por el nutrido cañoneo de la «Escuadra Blanca,» por el constante pitar de los vapores y por los gritos y aclamaciones de millares de personas que llevaban yachts, ferries, botecitos é infinidad de barcos. La bahía presentaba en aquellos momentos un aspecto hermosísimo y en todos los buques de guerra flotaba el triangular pabellón amarillo con el dragón negro.

El General Ruger y el Sr. Rockhill pasaron á bordo del «St. Louis» y encontraron á Li-Hung-Chang sentado en medio del elegante salón, rodeado de su comitiva y fumando tranquilamente su enorme pipa.

Li-Hung-Chang se puso en pie y saludó á los comisionados del gobierno federal, diciendo por medio del intérprete, que se alegraba mucho de haber llegado á una de las primeras naciones del Nuevo Continente.

El programa se llevó á cabo en todas sus partes. Una vez que el vapor atracó en el muelle, el Virrey y las 39 personas que forman su comitiva fueron conducidas en carruajes abiertos al Hotel Waldorf—de reciente construcción—donde se habían dispuesto lujosísimas y numerosas habitaciones. Las calles por donde pasó la comitiva estaban llenas de gente que aclamó con entusiasmo al «señor de la blusa amarilla.»

El Presidente Cleveland se encontraba en esos días en Buzzar Bay, disfrutando de unas cortas vacaciones en compañía de su familia, y hallándose la Casa Blanca en compostura, dispuso recibir oficialmente al Embajador chino en Nueva York escogiendo para ello la casa del Sr. Whitney, ex-secretario de Relaciones, y amigo íntimo del Presidente.

El Presidente Cleveland llegó á Nueva York el sábado 29 en la mañana á bordo del yacht «Sapphiere» del Sr. Stillman, acompañado de su Secretario particular el Sr. Thorber, y del Procurador General de la Nación, Sr. Harmon. En un carruaje se dirigieron á la casa del Sr. Whitney, y poco después salieron todos por el Club Metropo-

litano donde les fué servido el almuerzo. A las diez y media de la mañana se avisó por teléfonoal hotel Waldorf que el Presidente Cleveland esperaba á Li en la casa del Sr. Whitney.

Un toque de clarín puso en movimiento á la multitud. Li-Hung-Chang vistiendo elegantísimo traje amarillo y azul y con su inseparable parasol subió al carruaje que esperaba á las puertas del hotel. A su izquierda se colocó el Secretario Olney y el oriente del frente fué ocupado por el intérprete. En estos carruajes iban algunas personas de la comitiva de Li y los miembros de la embajada China en Washington, cerrada la marcha por el 6º Regimiento de Caballería.

Al llegar el primer carruaje á las puertas de la mansión del Sr. Whitney, el Sr. Olney fué el primero en descender, después el intérprete y al último el distinguido diplomático chino.

En el salón de recepción de la casa esperaba el Presidente Cleveland—quien vestía traje negro de levita cruzada—acompañado de las personas siguientes: Lamont, Secretario de Guerra; Carliste, Secretario de Hacienda; Rockhill, sub-Secretario de Relaciones; Harmón, Procurador General de la Nación; General Elilles, General Ruger, Rev Dr. Martín, Presidente del colegio chino en Pekin; George F. Seward, Ministro de los E. U. en China en tiempo del Presidente Grant, James B. Angell, Ministro de los E. U. en China, en tiempo del Presidente Hayes; John Rusell Yaung, Ministro de los E. U. en China en tiempo del Presidents Arthur; John W. Fostor, Secretario de Relaciones en el gabinete de Harrison y enviado especial á China durante la guerra Chino-Japonesa. También se encontraba allí el General James H. Wilson que conoció á Li-Hung-Chang en China.

El Virrey, acompañado de sus dos hijos y del Embajador de China en Washignton, penetró al salón y al hallarse á unos tres metros del Presidente hizo una profunda caravana. Su Secretario llevaba un rollo de pergamino envuelto en seda amarilla. El Presidente Cleveland correspondió al saludo y entonces el Virrey de China comenzó su discurso con voz reposada y haciendo á cada rato indicaciones de r.speto al Primer Magistrado de los Estados Unidos del Norte. El Virrey habló en su idioma natal y al terminar, el Secretario de la Embajada China

CONCURSO DE PERROS DE PASTORES.—EL PRIMER PREMIO.

tradujo el discurso en buen inglés. El Virrey dijo que le causaba profundo placer haber tenido la honra de ser presentado con su Excelencia el Presidente de los Estados Unidos de Norte América; que su soberano tenía en gran estima al pueblo americano y que recordaba con agradecimiento los servicios prestados á China por el gobierno de la Casa Blanca durante la guerra con el Japón.

Li-Hung-Chang terminó haciendo votos por la prosperidad y la conservación de la paz en las dos naciones.

El Presidente contestó que tenía positiva satisfacción en recibir el autógrafo del Emperador de la China, que esperaba que aumentarían las relaciones entre los dos países y que deseaba de todo corazón que la permanencia en los Estados Unidos fuera grata al distinguido diplomático y que disfrutara de un feliz regreso á su país.

El discurso del Presidente Cleveland fué traducido á Li-Hung-Chang, quien quedó muy contento de las frases benévolas y buenos deseos del Presidente.

Li-Hung-Chang fué después presentado con los miembros del gabinete, y no pudo ocultar su gusto y emoción al ver á los ex-ministros americanos que habían estado en Pekin.

Esa misma noche varios ex-ministros y personas distinguidas obsequiaron con un banquete á Li-Hung-Chang en el salón "Astor," del Hotel Waldorf.

Como el Virrey no toma nada en los banquetes (con excepción de te) por prescripción médica, antes de ir al banquete tomó su alimento preparado por los tres cocineros chinos que le acompañan en su viaje.

El *menú*, bastante modesto, fué el siguiente:

Ching Gai a la Nao Yow Fan
Ju Soi
Fan
Cha

Ching Gai es pollo asado, *nao yow* es una salsa diabólica de gordo de ganso. *Ju soi* es carne de puerco asado, *fan* es arroz, y *cha* es te. Li-Hung fuma cigarrillos antes, durante y después de la comida.

El Virrey se retiró del banquete á las nueve de la noche.

Al día siguiente visitó la tumba del General Grant y colocó una corona de flores sobre la caja que guarda los restos del valiente soldado.

La roca de Lisa.

El monte Lisa (Córcega) es objeto de constantes excursiones por tener en su cima una roca de gran atractivo para los *touristes*.

Después de tres horas de marcha por senderos escabrosos vese la roca, verdaderamente curiosa como se juzgará por el grabado que insertamos.

De generación en generación, desde tiempo inmemorial, viene trasmitiéndose entre los cabreros que en Lisa habitan, una leyenda acerca de la citada roca, que merece ser conocida.

Hela aquí, con la ingenuidad un poco incoherente con que la relata un viejo pastor de la montaña.

Hace cerca de 3,000 años, cuando Edipo hubo descifrado el enigma de la esfinge de Thebas, el monstruo furioso se precipitó en las olas, arrastrando la roca sobre la que se había situado.

En 753 antes de J C. el monstruo arribó á las playas del Latium con su roca que las madreporas habían adherido á su espalda. En esta época, la loba que amamantó á Rómulo y Remo acababa de ser arrojada por el pastor Faustulus por haber robado un par de aretes de su mujer: la esfinge la encontró seguida de su perro: lloraron; se enternecieron y al fin se desposaron.

No había hecho la tierra una evolución completa sobre sí misma y ya la esfinge estaba á flote, cargada con su roca, su tierna compañera y el perro de ésta. La luna de miel duró hasta el año de gracia de 1690.

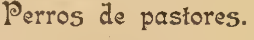
A las orillas del golfo de Sagone en Cyrnos donde esta pareja deseaba habitar, segura de no encontrar vestigios de humanidad, la loba, se baja, lame á su cría, la amamanta y la presenta á su dichoso padre que la cubre de caricias.

El recién nacido recibe el nombre de Teodoro; cuarenta y seis años más tarde él fué rey de Córcega; pero tuvo poco éxito en su papel de Majestad.

Así volvió al seno de su augusta familia establecida sobre uno de los flancos del monte Lisa donde se había radicado definitivamente.

Todos los personajes se distinguen sobre esta roca fantástica, particularmente el perro del centinela sobre la cima y la esfinge bajo el punto de apoyo de la roca.

VAPOR RODANTE «ERNESTO BAZIN.»



Perros de pastores.

Un concurso curioso.

En Chartres, Francia, el 21 de Junio último efectuóse un concurso de perros de pastor, el cual significa la importación en Francia de un sport practicado en Inglaterra desde hace veinte años. Este primer ensayo, organizado con mucho cuidado, ha sido un éxito incontrastable, que hará difícil la tarea de los imitadores. Los agricultores han aplaudido la empresa y el público se ha interesado en este nuevo espectáculo.

LA ROCA DE LISA.

La idea de introducir en Francia los concursos de perros de pastor, nació de un viaje que M. Gastón Sevrette hizo hace algunos años á la frontera de Escocia, á través de ese maravilloso país de los lagos y de las montañas que han cantado los poetas ingleses, y que Paul Bourget ha descrito tan hábilmente. Ahí es, cerca de la pequeña ciudad de Carlisle, donde M. Sevrette pudo admirar la inteligencia de los perros de pastor escoceses: los *collies*. El *collie* se ha convertido en aquel país en el perro de lujo más buscado. La raza ha sido afinada por una sabia selección, y ciertos individuos alcanzan precios considerables.

Uno de esos animales, que figuraba en la exposición canina de París en la primavera última, era estimado en 12,500 francos.

El *collie* es un perro de pelo largo, de cola acopada y caída, con las orejas cortas y el hocico fino y prolongado. Tiene á la vez algo del San Bernardo y de lebrel. Se emplea en la custodia de los rebaños y su ocupación pide mucha inteligencia y actividad.

Las pruebas impuestas á los collies en el concurso inglés, no convenían á un concurso francés, siendo en Francia el trabajo del perro tan diferente de lo que es en Inglaterra. Así pues, el comité de Chartres creyó obrar prudentemente, pidiendo á un grupo de cultivadores de la región de Chartres, escogi os entre los más competentes y los más influentes, que dictásen las condiciones prácticas del concurso. Desde que éste se anunció afluyen las solicitudes, y el domingo 21 de Junio había 24 pastores inscritos en el programa, presentando 36 perros. De esos 36 perros, 9 pertenecían á la raza de Brie y 27 á la raza de Beauce. El perro de Brie tiene pelo largo, lanudo y ondulante, la cola es larga y caída, las orejas rectas. La cabeza está guarnecida de pelos y de bigotes, y el tinte general es gris claro ú obscuro. El perro de Beauce tiene la cabeza y las actitudes del lobo.

Los pastores refieren que nació de un cruzamiento de perro y de lobo, lo cual no es inverosímil. Su pelo es corto y rudo. Su color es lo más frecuentemente negro con unas marcas en la cabeza y en las patas. Las dos razas son muy diferentes, y hay que distinguirlas en las exposiciones caninas, lo cual se consigue con mucha dificultad, en razón de que las dos razas se han diversificado en un sin número de variedades.

En el concurso, algunos individuos de ambas razas salieron premiados.

Mucho influirá, sin duda, este certamen en el cuidado y mejoramiento de razas, tan útiles como las que brevemente hemos descrito.

Otro pago de $2,000 de "La Mutua"

EN COSCOMATEPEC.

Coscomatepec, Agosto 31 de 1896.

Sr. D. Carlos Sommer, Director General de «La Mutua.» México.—Muy señor mío:

Hoy me ha sido entregada por el Banquero de la Compañía en esta Villa cuya Sucursal en nuestro país vd. tan acertadamente dirige, la suma de (**$2,000**) **dos mil pesos plata**, importe de la póliza número 717,543 que á favor mío y de mis menores hijos tomó, apenas va á hacer un año, mi finado esposo el *Sr. Don Miguel Loyo Rodríguez.*

Debo tanto á Ud. como al Sr. Don Manuel Alcérreca, Agente de esa Compañía, las gracias por la eficacia con que para evitarme molestias y dificultades, han procedido en este asunto, y me complazco en dárselas muy expresivas.

También me tomo la libertad de suplicar á Ud. encarecidamente haga presente á los Señores Directores en Nueva York, nuestra gratitud.

Muy reconocida quedo de Ud. afectísima servidora.—Guadalupe Domínguez de Loyo.

CASA DE MONEDA DE MEXICO.—DESPACHO.

Historia de un peso.

CASA DE MONEDA DE MEXICO.

PRELIMINARES.

Manuel Gutiérrez Nájera, el exquisito *Duque Job*, escribió, hace mucho tiempo, la conmovedora historia de un peso falso: un peso falso puede, en efecto, tener historia, quizá trágica, acaso cómica......... mas ¿un peso de buena ley, un peso de honorable procedencia, no tendría así mismo una biografía interesante? Sin duda alguna.

Desde luego tenemos que concederle una importancia capital: el peso es el rey del mundo; esa rueda acuñada cuyo sonido metálico hace latir tantos corazones, es el símbolo del bienestar. Económicamente hablando, el peso constituye un objeto de cambio; mas considéresele bajo otros aspectos y se verá el gran papel que desempeña en la vida.

Un proloquio bien conocido, dice:

Dios en el cielo y un peso en la bolsa.........

El peso es la llave que abre todas las puertas; el peso es la rueda de la fortuna.

Su significación es, pues, sin duda, mayor de lo que parece.

No obstante, los que merced á un trabajo más ó menos asiduo han logrado adquirir una ó muchas de esas ruedas de plata que tanto significan, ¿saben acaso qué serie de procedimientos se emplearon para que llegasen á sus manos, ostentando en una faz nuestra heráldica águila caudal, en la otra el simbólico gorro frigio, y en el canto un cordón perfectamente acabado?

¿Suponen siquiera el número de esos procedimientos químicos y mecánicos que preceden al «nacimiento» de un peso á la vida de la circulación?

No, sin duda, y estamos seguros de que desearían saberlo. He aquí por qué en este artículo, que será el principio de una serie curiosa, vamos á referir tal historia de sobra instructiva. Ya se verá que las cosas sin alma pueden enseñarnos mucho en su lenguaje mudo. Las interrogaremos y nos responderán.

El peso pide desde luego la palabra: mañana acaso la pedirá el cigarro, una persona muy relacionada y que sabe tanto!...... después..... el sombrero, pongamos por caso; un sombrero, merced á su elevada posición, ve muchas cosas...... Y así sucesivamente. Ya verán ustedes cómo la colección de «biografías» vale la pena.

Pero demos principio á la historia del peso, y para proceder lógicamente, digamos algo de

LA CASA DE MONEDA DE MÉXICO.

Sin duda nuestros lectores, al internarse por la calle del Apartado, dando vuelta á una de las últimas del Reloj, habrán visto, á la derecha un grande y viejo edificio de anchuroso patio, limitado por vastos portales, y cruzado por rieles. Ahí se halla la Casa de Moneda de México, la gran productora de ese dinero que se difunde por la capital, por el país, por el mundo entero, valiendo aquí más, allá menos, merced al cambio; llevando al hogar pobre la seguridad de la pitanza, amontonándose en la caja fuerte del rico, para salir después á adquirir ya el rico tapiz, ya el tren lujoso, ya la seda crujiente, ya el encaje ó la blonda, que parecen hechos de nubes.

Nada parece indicar en el viejo caserón la riqueza que contiene.

En el ala derecha, en primer término, el curioso se encuentra con las oficinas de la dirección: algunos escritorios, un contador, empleados serios que escriben...... Aquí y ahí, barras blanquecinas que parecen grandes panes de jabón y que pudieran á su vez referir una historia muy interesante, la serie de procedimientos que fué preciso emplear para extraerlas de la hondísima y obscura sima de la mina: son barras de plata, listas para su acuñación.

CIFRAS CURIOSAS.

Si el curioso se aventura por el segundo patio, si recorre las diversas salas que se hallan en el fondo del edificio, entonces el espectáculo cambiará de aspecto: la quietud se convertirá en movimiento: aquí el horno inmenso vomita humo, y ahí el troquel se eleva y abate con vertiginosa rapidez; aquí el crisol henchido de fuego, crepita, ahí el sacabocado circular muerde la lámina argentina...... y todo ese movimiento se traduce en producción de moneda, mucha moneda.

Antiguamente la casa acuñaba un millón de pesos al mes, regularmente, y en circunstancias especiales llegó á producir un millón ciento y tantos mil pesos; mas últimamente y á consecuencia del desastre de Pachuca, uno de nuestros más grandes centros productores, solo se acuñan de setecientos á novecientos mil pesos al mes.

LA BARRA EN BRUTO.

Aquel pan de jabón de que hablábamos antes, la barra de plata en bruto, al ser recibida en la Casa de Moneda se pesa, alcanzando normalmente una cifra de 29 á 30 kilógramos de metal blanco, que valen unos 400 pesos.

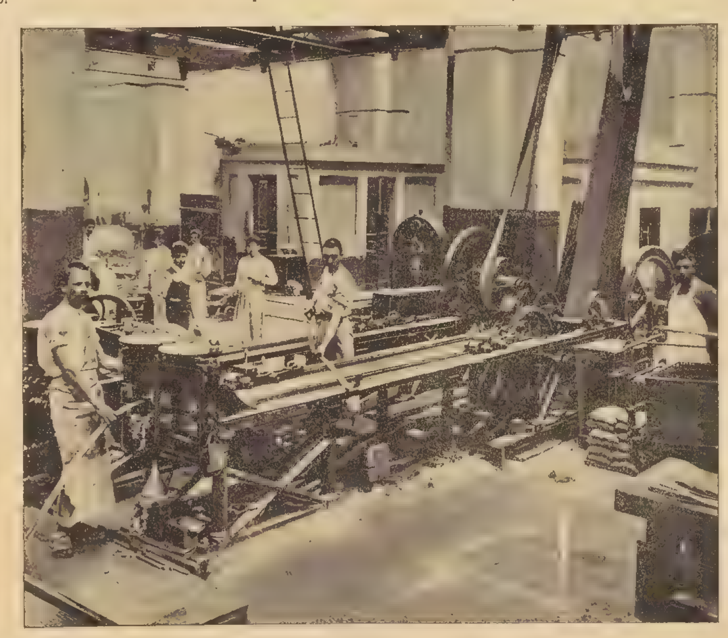
Si la barra tiene la ley requerida, se entrega su valor en dinero acuñado al introductor que la ha llevado; de otra suerte, se le devuelve, á menos que la diferencia sea muy pequeña, en cuyo caso las barras se funden nuevamente en un departamento especial.

APARTADO.

Apenas recibidas las barras, pasan al *Apartado*, donde deberán sujetarse al procedimiento inicial de la larga serie por la cual pasarán, semejantes á una alma que transmigra y que va asumiendo las formas más diversas y extrañas.

Llámase *Apartado* á un vasto departamento dividido del de fundición únicamente por la diferencia de nivel del piso, que en este último hace una plataforma donde se encuentran los hornos y las rieleras de que ya nos ocuparemos; departamento que recuerda aquellos grandes laboratorios de los químicos medioevales, rodeados de medroso prestigio por la ignara fantasía del vulgo. Circundada de grandes ollas de plomo y de platino, yérguese una chimenea colosal y en aquellos recipientes, efectúanse las operaciones iniciales que dejarán el tejo de plata hábil para ser fundido.

Flota en todo el departamento una atmósfera pesada, impregnada de ácido sulfúrico: un vapor blanquecino, que introduciéndose por las vías respiratorias, produce una tos pertinaz y penosísima.



DEPARTAMENTO DE AMONEDACIÓN.—HILERAS.

Quien entra ahí sin saber el procedimiento, la matrería que hay que emplear para librarse de los malos oficios de la insoportable atmósfera, es hombre al agua: la tos acabará por ser insoportable, la laringe se irritará horriblemente, y el infeliz semi-asfixiado volará en busca de una bocanada de aire puro, y por algunos días guardará como recuerdo de su permanencia en aquel laboratorio sombrío, una garraspera infernal. Empero, en tanto que él se agita con las convulsiones de la tos, los empleados del departamento pasean tranquilos en medio de la asfixiante atmósfera; van y vienen atendiendo á sus labores y ahí, entre la blanquecina nube que ahoga, permanecen.... todo el día! ¿Cómo logran semejante inmunidad?

Sencillamente graduando la respiración y sellando los labios, es decir, dando de mano á la charla. Merced al primer procedimiento, se evita que los vapores del ácido sulfúrico penetren demasiado á las vías respiratorias, cortándose así la tos; el silencio no creemos necesitar decir por qué es útil: en boca cerrada no entra mosca: aquí, en boca cerrada no entra ácido sulfúrico. La elocuencia es plata, dice la máxima árabe; pero aquí precisamente se trata de evitar las consecuencias de la plata, que no sirve de desahogo, sino de lo con-

trario, y se prescinde de la elocuencia.

Pero no divaguemos.

Las barras de plata échanse en las ollas de fierro, las cuales tienen 100 kilogramos de capacidad cada una. Estas ollas contienen ácido sulfúrico, merced al cual se forma un sulfato de plata, y el oro que en mayor ó menor cantidad contienen las barras, queda en el fondo. De ahí se retira y pasa á otras ollas de platino, en tanto que el sulfato de plata se cambia á unas tinas de plomo, donde se mezcla con láminas de cobre, agua y ácido sulfúrico, para que la plata se precipite y quede en disolución el sulfato de cobre.

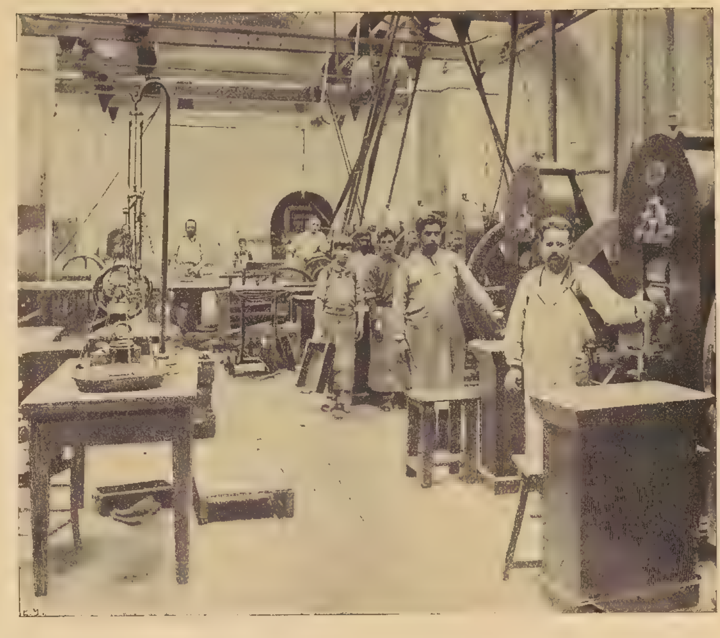
La plata que así resulta se lava y seca, quedando en forma de tierra, una tierra esponjosa, entreverada de hilillos de escarcha.

El oro en tanto se lava en las ollas de platino varias veces con ácido sulfúrico y luego se funde, saliendo casi puro.

La plata á su vez es llevada á los hornos de fundición.

Estos son dos, cada uno con su crisol correspondiente y su gran chimenea de ladrillo. Ambos hornos se encuentran en una sección del departamento del *Apartado*, á la derecha de una amplia plataforma y frente por frente de las rieleras, de las cuales nos ocuparemos después.

Los crisoles, que tienen la misma forma que los pequeños de barro, que sin duda conocen nuestros lectores, son de hierro bien templado, de una capacidad de 850 kilógramos; cuesta cada uno como quinientos pesos, y resiste regularmente hasta cuarenta lances.



DEPARTAMENTO DE AMONEDACIÓN.—PRENSAS TROQUELADORAS.

La gruesa lámina que constituye sus paredes, se va adelgazando rápidamente, sin que sea posible preveer con exactitud cuando ha llegado el espesor al mínimum. La práctica de los encargados de la fundición, acierta muchas veces en su cálculo, más, naturalmente suele errar algunas otras, y si el crisol, demasiado débil y frágil ya, recibe un nuevo lance, rómpese, y el metal fundido, como inmenso dragón de lumbre centelleante, escápase por todos los resquicios, por todas las hendiduras, con la impetuosidad de un huracán, de un huracán de oro; suele romper la férrea puertecilla de su horno, y entonces la áurea marejada se difunde por el exterior, inunda los pisos, corre entre las rieleras, húndese en el subsuelo por las hendiduras de las láminas de hierro del piso, y por fin, fría ya, recobrando su color argentado, fíjase sobre las superficies que ha inundado, como un tejido de venas metálicas, quedando allí inmóvil.

¡Ay del obrero á quien sorprendió esa marejada!

El monstruo llameante lamerá sus ropas y su piel con sus múltiples lenguas de metal líquido, dejando como huella de su paso cintas de plata adheridas á las carnes!

Tales percances, empero, no son muy comunes; la práctica y el tino de los fundidores, los hacen raros.

Una vez fundidas las barras, el aspecto que presentan los crisoles y los hornos es verdaderamente hermoso: el blanco metal forma un lago de ascuas chispeantes que, al contacto de las rudas tenazas que las manejan, irradia efluvios de hornaza, llevando en un momento al rojo el color de los hierros.

Aquella superficie espejeante, exhalando vahos de horno, recuerda las fraguas internas del planeta, divinizadas por el paganismo; nos habla de las viejas combustiones cósmicas, que encendían y encienden aún el éter infinito con sus relámpagos, y lamen el vacío imponderable con sus lenguas de gases inflamados.

Bien poco falta, por cierto, en aquellos crisoles de hierro, para que el líquido metálico aguijoneado por la temperatura, se convierta en gas y arda, como arden los metales en las hornazas siderales de los astros. Aún se estremece uno cuando ve levantarse la tapa del horno, temiendo que aquel mar rojo y centelleante, convertido en ala de lumbre, escape......

EL LANCE.

Ha llegado la hora en que la masa líquida debe tomar una forma; es preciso que pase del vasto seno del crisol al molde, del cual ha de surgir convertida en lamina; mas antes hay que saber cual es la cifra de la liga. Nuestros lectores saben, en efecto, que la plata de suyo es dúctil, maleable, poco resistente y que, para remediar esta fragilidad que sería un gran inconveniente en la moneda, y en general, cualquier objeto, se liga este metal con una mínima cantidad de cobre. Ya en el crisol esta liga existe, mas se desea saber si alcanza la ley justa y requerida; y con este fin se retira del horno, antes de vaciarse, una ligera cantidad que se lleva al ensaye, en donde se ve el cobre que falta ó sobra para la liga. Si esta no es la requerida, el lance se retarda hasta que se ha establecido el conveniente equilibrio entre los dos metales, conseguido lo cual, se procede á vaciar, abriéndose la puerta del horno, que da salida á una llamarada viva y á vahos candentes del ígneo líquido.

Los vulcanos de aquellas fraguas, peones robustos y atezados, mantienen cada uno consigo una gran barra de hierro, rematada por un cucharón, en el que bien puede caber un litro de metal líquido.

Para manejar estos fierros que presto con el contacto de la plata fundida, vuélvense quemantes, usan burdas manoplas de costal, rellenas de trapos, tan gruesas como el guante de un boxeador, y además, por vía de precaución, llevan ayates de jarcia que les resguarden el pecho.

Abierto el horno, acércanse con la cuchara en ristre, en tanto que un empleado da un vistazo largo á las rieleras.

Son estas unos cajetines de fierro, largos y sólidos, unidos por tornillos, de suerte que cada par de cajetines viene á formar un molde largo y delgado, en el cual la plata se convertirá en lámina.

En la vasta plataforma de que ya hemos hablado, frente por frente de los hornos, hállanse estas rieleras, verticalmente alineadas de 14 ó 15 en fondo, y dispuestas á recibir el líquido.

Los obreros hunden sus cucharones en el piélago de plata contenida en los crisoles, y luego, con poderoso esfuerzo, los retiran colmados y los acercan á las bocas de las rieleras, que van á tragar aquel brevaje plutónico.

Entonces, basta inclinar un poco el cucharón para que el metal escape silbando, y se hunda como serpiente de fuego en aquel cubil de hierro.

El espectáculo es en tales momentos verdaderamente imponente é inolvidable.

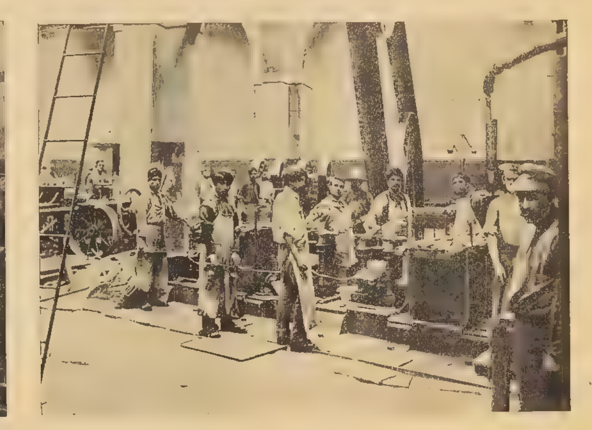
Nadie que haya visto aquel chorro dorado, aquel caudal de oro pálido, aquella linfa centelleante, que, como gnomo airado busca su guarida, que lanza silbos de dragón herido y arroja por donde quiera siniestros fulgores, podrá olvidar la escena.

Las rieleras una á una vanse colmando, los cucharones pasan lentamente saciando aquellas bocas ávidas de fuego, y cuando el contenido de los crisoles se ha agotado, la escena cambia por completo.

Pasó ya el reinado del elemento igneo, de la llama, del efluvio; tócale su turno á la lámina incubada en las entrañas de la rielera por aquel germen argentífero.......

En un momento dado, los obreros desatornillan los ca-

DEPARTAMENTO DE FUNDICIÓN.—RIELERAS.



DEPARTAMENTO DE AMONEDACIÓN.—LAMINADORES.

DEPARTAMENTO DE AMONEDACIÓN. -LAVADEROS.

jetines de cada rielera y con unas tenazas extraen su contenido, una lámina tersa y luciente de plata.

LA LÁMINA.

Hasta aquí los preliminares han sido vagos, incomprensibles acaso las diversas etapas genésicas del peso.

Hoy, empezamos ya á ver claro: la lámina, contiene á la rueda: de ella saldrá el disco que merced á una serie aún larga de procedimientos, se convertirá en moneda.

Al surgir de las rieleras, las láminas están naturalmente á una temperatura elevadísima; no os aconsejaríamos que las tocarais; esas tersas, esas bruñidas superficies, abrasan.

A medida, pues, que las tenazas las extraen de sus moldes, vanlas arrojando á un pequeño estanque, situado á la izquierda de los hornos y al nivel del suelo. Al caer sobre la líquida superficie, el agua hierve á grandes borbotones; la lámina silba al enfriarse y levanta torbellinos de espuma; el agua silba tambien al calentarse y azota las paredes del estanque.

se ejerce con medida exacta, disminuyendo con una precisión completísima el espesor de las láminas hasta que quedan de igual longitud y peso.

Estas, con intervalos reducidos y en haces enteros, se han estado llevando á unos hornos especiales que hay en el mismo departamento y allí se recalientan para hacerlas más maleables.

Ahora va á iniciarse un procedimiento diverso y no menos interesante que los anteriores: nos acercamos cada vez más al peso, y ahora veremos ya desprenderse su disco (ese disco que da el vértigo á tantas conciencias) de la lámina en que estaba contenido.

EL DISCO.

La operación que desde luego procede, es el recalentamiento de las láminas. Es preciso recocerlas para que sean más fáciles de grabar, y con este fin se llevan al departamento de hornos, en carritos de fierro que se deslizan por rieles á propósito.

En esos hornos, la plata, vuelve á perder su brillo límpido, su color blanquecino, para encenderse toda hasta formar la lámina una banda llameante, de un espléndido rojo.

Tórnase á enfriarla y entonces son llevadas á los *cortes*.

Si nuestros lectores se fijan en la fotografía en que estos cortes están representados, verán que se trata simplemente de un gran sacabocados movido por vapor, que cae á intervalos regulares sobre la lámina, desprendiendo de ella á cada golpe un disco, que por un conducto cilíndrico pasa á un depósito.

La operación produce dos rumores perfectamente distintos, y aun diríamos concertados: el rumor del seco y perpétuo golpear del filoso sacabocados, y el retintín de los discos que caen unos tras otros, por el conducto cilíndrico y resbalan luego por un plano inclinado hasta el depósito.

El obrero encargado de esta faena, va cogiendo las láminas y pasándolas con entera precisión por el filoso sacabocados que las recorta, arrojándolas en seguida al suelo, vueltas un arnero de plata. Estas láminas constituyen uno de los desperdicios principales de la Casa de Moneda; se refunden y pasan por toda la serie de procedimientos indicados arriba, para llegar de nuevo al sacabocados convertidas en cintas tan tersas y pulidas como las anteriores.

Al ser recortado el primer disco, llévase á una pequeña balanza para rectificar el peso. Si sobra, llévase á otro corte, infinitesimalmente menor en circunferencia que el anterior, de donde sale justo; si falta, se refunde; si el peso es exacto, prosíguese el corte, pero ningun disco pasa al cordón y al troquel sin ser pesado.

El disco está muy próximo ya á ostentar en su anverso el águila heráldica de México, más aun experimentará algunos cambios, el primero de los cuales es el blanqueamiento.

En un departamento anexo al gran salón en que se encuentran las grandes máquinas que últimamente hemos descrito hay tres tinas: una con ácido sulfúrico, mostrando su color verdoso, que recuerda el mar visto de léjos; y las otras dos con agua, constantemente renovada.

Los discos se introducen en un cilindro de madera, lleno de pequeños orificios, al cual se hace girar en la tina, de suerte que el ácido sulfúrico se introduzca perfectamente. Del acido sulfúrico pasan los discos, para lavarse, al agua de las dos tinas siguientes, y cuando se retiran de ellas, semejan, tal es su blancura, ruedas de marfil. El brillo de la plata ha desaparecido y una capa blanca cubre ambos lados de la rueda: la similitud de ésta con una ficha de juego, es notable.

Aquellos discos marfilinos, que producen no obstante su apariencia engañadora al chocar entre sí, el tentador retintín de los pesos, pasan luego á los secadores ó *comales*, como se les llama en el patio del taller. Son estos comales á modo de anchas charolas de hierro calentadas por debajo, y en ellas se van extendiendo los discos, que después se enjugan con lienzos.

Ya secos, van á la máquina de acordonar. ¿Quién de nuestros lectores no conoce el cordón de un peso? De seguro todos ven con curiosidad ese dibujo eslabonado que recorre todo el canto de la moneda y que se hace notable por su perfección. Sencillísimo es sin embargo el mecanismo que el cordón exige. Imagínense ustedes una superficie de acero, en la cual giran, en sentido inverso, dos círculos de acero también, cuyos cantos ostentan el dibujo que llevará el peso. Estos dos círculos están separados por una distancia igual al diámetro del peso, de suerte que éste, al pasar por aquella especie de canal que dejan libre los dos discos, es oprimido por estos en todo su espesor, gira, y después de una vuelta completa, va á dar á un conducto cilíndro, que por plano inclinado lo lleva á un cajón, donde encuentra á todos sus compañeros, como él acordonados y con un reborde que facilita la tarea del troquel, próxima ya. Uno de nuestros grabados representa el acordonador; bastará darle una ojeada, para convencerse de la sencillez de su mecanismo.

Hemos llegado, después de esta curiosa peregrinación, por una vía ignorada de nuestros lectores, á la operación capital, al remate de la obra, casi diríamos al alumbramiento del peso. En efecto, hasta aquí se trató de un puñado de metal candente, de una lámina, de un disco: ahora se trata de una moneda.

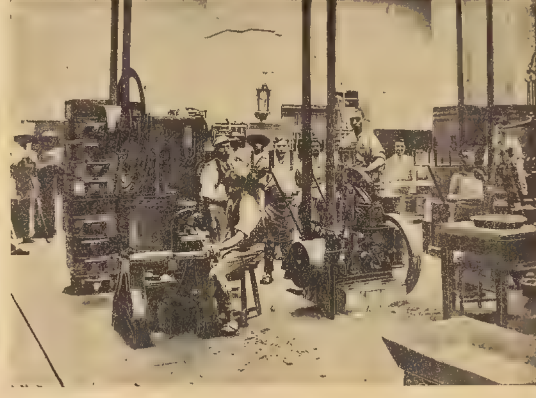
El valor representativo ha sustituido al valor intrínseco, merced á una águila que abre las alas y á un gorro frigio que radía. Ya puede ir esa moneda por todo el haz de la República, santificada á veces y á veces envilecida, anudando las palpitantes escenas de su novelesca vida. Ya deslizada por una mano de nieve, á hurtadillas entre la sombra, cumpliendo el precepto bíblico, «que tu siniestra ignore el bien que hace tu diestra,» caerá en la sucia mano del mendigo: entonces se sublimará y santificará; ya será arrojada con otras, por el desprecio del rico, al *comptoir* del comerciante, en pago de las vanidades inmensas del traje ó de la joya; ya, vergonzante, pagará una tercería mezquina, ó pesará en el bolsillo de una mujer joven, hermosa y desvalida, intentando ¡ay! contrarrestar el honor que se fué.

¡Oh singular y bohemia existencia de ese rey omnipotente que se llama el peso!.........

Pero tiempo es ya de asistir á su alumbramiento: nos espera el troquel.

El troquel y el sacabocado no se diferencían en el mecanismo: dos cilindros de acero que se mueven con movimientos contrarios, uno hacía arriba, otro hacía abajo y que se encuentran siempre en su camino, tocándose sus ba-

DEPARTAMENTO DE AMONEDACIÓN.—HORNO PARA RECALENTAR LÁMINAS.



DEPARTAMENTO DE AMONEDACIÓN.—SACABOCADOS.

Una vez frías las láminas, son llevadas á un departamento completamente distinto del en que fueron formadas, á una gran sala donde una sucesión de máquinas diversas, concluye la labor iniciada en el departamento de fundición.

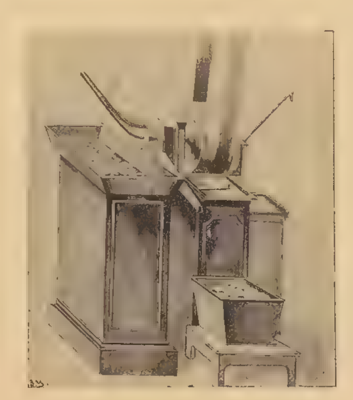
El primer tratamiento á que va á someterse á las lucientes láminas es al adelgazamiento. Ah! si supieran... si pudieran darse cuenta del suplicio á que se las va á condenar...... Nada menos que al adelgazamiento! como si dijéramos, al descoyuntamiento de todos sus miembros argentinos.

Cuatro laminadoras aguardan las gruesas fajas de plata. Cada una tiene dos rodillos que giran sobre su eje, separados por un espesor mínimo. Entre esos rodillos implacables, pasará la lámina sufriendo una presión de 4 á 5 caballos de fuerza...... Ahí irá estirándose, estirándose lenta, lentamente, perdiendo á cada paso una línea de espesor, hasta convertirse en delgada cinta luciente y perfectamente satinada.

No ha cesado aun empero, su martirio.

Mucho han adelgazado; pero no basta eso; es preciso que su espesor sea determinado, fijo, sin una línea más ni una línea menos de las requeridas, pues un aumento ó una diminución, por ligeros que se les suponga, significarían mucho en el peso de la moneda que surgirá de la lámina; mas cómo obtener ese espesor perfectamente determinado?

Usase para este fin de una máquina llamada *hilera*, cuyo manejo comprenderán nuestros lectores con sólo ver el grabado respectivo; el procedimiento es semejante al de las laminadoras, la presión; nada más que aquí esta presión



DEPARTAMENTO DE AMONEDACIÓN.—MÁQUINA DE ACORDONAR

ses en una de las cuales hay el dibujo que ostenta el peso en el anverso y en el otro el que ostenta en el reverso, he ahí al troquel. Merced á un mecanismo más sencillo aun, el disco ya acordonado va á colocarse en un hueco circular donde se encuentran el cilindro que baja y el cilindro opuesto que sube, y ambos lo oprimen con fuerza, dejando en las dos caras sus sellos. Inmediatamente después una especie de tijera automática lleva otro disco al hueco y el primero es retirado, yendo á caer al depósito, íntegro ya y completo.

Su evolución ha terminado: hasta aquí ha pasado á través de una inmensa cadena de procedimientos para aumentar en valor: ahora irá lentamente disminuyendo su belleza, opacándose su brillo, manchándose su faz; irá de mano en mano, descansando lo mismo en la del avaro que en la del pródigo, en la del prócer que en la del obrero, en la del sacerdote que en la del soldado. Recorrerá el mundo y un día, ya viejo, que los pesos también envejecen, liso, sucio, dejando apenas adivinar la belleza de su águila y las radiaciones potentes de su *sol*...... será recogido por la autoridad y ay! vuelto á fundir; pasará por el crisol que abrasa y por la rielera que oprime y por el satinador que ahoga y por la hilera que aplasta y por el sacabocado que hunde y por el troquel que dice el *fiat* definitivo y potente......

Extraña resurrección, peregrinación extraña! Y durante ella cuántas tragedias y cuántos sainetes ha presenciado el peso! Si pudiera hablar! Que conversación tan dolorosa...... El ha visto toda la miseria humana, las sonrisas viles de todos los seres que se venden......

DEPARTAMENTO DE AMONEDACIÓN.—BALANZAS.

Cada troquel acuña 104 monedas por minuto, 6,024 por hora. Las monedas troqueladas se pesan de nuevo, y si dan el peso exacto se encierran en talegas de á mil pesos y se llevan en lotes al despacho. Ahí se toman dos monedas de cada talega y de cada lote se conserva un peso anotado.

NOTAS COMPLEMENTARIAS.

La Casa de Moneda ocupa normalmente unos 180 empleados; más hoy que se reconstruye el edificio, el número asciende á 200. La reconstrucción será completa. Para ampliar el local se ha adquirido una porción de terreno adyacente, y se ha formado un gran patio rodeado de amplias salas donde irán el *Apartado*, las grandes calderas y algunos talleres.

Cualquiera se imaginará que esos obreros que manejan exhorbitantes cantidades de dinero, que pasan el día rodeados de tesoros, ganarán mucho; no es así empero; el jornal mayor es de $2.50 y lo recibe un troquelador, cuyo cargo es de suma responsabilidad.

No sólo esta pesa sobre el obrero: el ácido sulfúrico, en la sección del Apartado y el sulfato de plata, constituyen dos temibles y poderosos enemigos; aquel puede quemar fácilmente al trabajador; los peligros de éste son bien conocidos.

En otro tiempo, la empresa de que dependían esta Casa de Moneda y las otras de la República, acostumbraban mantener á los empleados que en el trabajo quedaban inválidos temporalmente ó para siempre. Un americano encargado del vapor, estuvo siete años enfermo á consecuencia de un accidente, y durante ese largo tiempo recibió mensualidades de cien pesos. Hoy, á los que se lastiman en el trabajo, se les da su sueldo, médico y botica.

Natural es que á nuestros lectores se les ocurra preguntar: ¿y ese enjambre de obreros que maneja tantos tesoros, no está sujeto á gran vigilancia? Ciertamente, responderemos: todo obrero, al salir de la casa es registrado escrupulosamente. Además, hay cuatro guardavistas en el departamento de amonedación, uno en el de fundición y otro en el de apartado

Se cuenta como una vieja leyenda, que en tiempos remotos había obreros que se tragaban monedas de oro que arrojaban después merced á un purgante...... Hoy, nada de ésto pasa. En primer lugar es poco el oro que se acuña, y luego la vigilancia ejercida nada deja que desear; de otra suerte apenas si habría gambusino que «ganase» tanto como un obrero de la Casa de Moneda. Sólo las «basuras» bastarían á enriquecerlo. Como que las «basuras» de esa casa valen mensualmente algunos miles de pesos... Piénsese además que en los *lances*, generalmente, no se aprovecha ni la mitad de la fundición, al grado de que de 30,000 kilos 10,000 produce el *Apartado* y el resto el desecho.

No daremos fin á estas notas sin manifestar lo muy obligados que estamos al Sr. Ingeniero D. Leandro Fernández, digno é inteligentísimo director del vasto establecimiento, el cual, con amabilidad y deferencia exquisitas, se sirvió mostrarnos todos los departamentos, dándonos cuantas explicaciones solicitamos.

Merced á él reina un perfecto orden en la Casa de Moneda, desempéñanse las labores con precisión y habilidad, y acaso no esté lejano el día en que logre ver concluidas las grandes obras de ensanchamiento y reconstrucción, que ha emprendido y que prosigue con notable constancia.

TATOU.

La gruesa Señora Bellord, volumen de carne informe, empleada en el ramo de colocaciones, se presentó un día en mi escritorio con su maliciosa é infame sonrisa, trayéndome para el cuidado de mis vacas una pobre muchachita, dulce, tranquila y callada, con movimientos graciosos y encantadores de cervatilla.

—Esta buena pieza ha visto mucha miseria, me dijo la Señora Bellord, y sabe de todo...... Puede usted hacer de ella lo que guste......

Aunque no me agradó mucho la expresión de la fisonomía de Mme. Bellord, determiné quedarme con la niña. Tan interesante era la criatura que no quise dejarla por mucho tiempo entregada á las duras labores del corral, y la instalé en la casa, cuidándola como objeto de lujo, como ave rara, ó como un perrito ó un gato curioso. Me daba gusto verla de acá para allá, admirar sus movimientos y contemplar sus bellos ojos; iba y venía por toda la casa, sin decir palabra: tenía la voz algo fuerte y casi nunca me hablaba; pero en cambio me veía, y en aquellos ojos cándidos, siempre fijos en mí, no leía más que una profunda y respetuosa adoración.

Llamábase Tatou.

Tatou! extraño nombre, nombre de países lejanos con olor á bananos y naranjos; no sabrá ella por qué lo habían escogido, pues nada sabía de sí misma, sino que se llamaba Tatou.

Aún no comprendo por qué la llamaban así, pues nada se descubría en sus facciones que justificara tan extraño nombre, propio tan sólo de las criaturas de tez bronceada que se bañan desnudas á la sombra de los paletuvios, allende los océanos y los ardientes mares. No era su rostro de expresión desconocida; tenía algo de nuestras jóvenes bretonas que conocen la tristeza de los bosques de pinos, de las playas quejumbrosas y de los gemidos en las landas. Mas ella ignoraba la existencia de los bosques de pinos, de las playas y de las landas. Pues no sabía otra cosa sino que se llamaba Tatou.

¿De dónde había venido?—Tampoco lo sabía. Se acordaba—como un recuerdo incompleto de fugitivas imágenes—de que muy pequeñita la habían llevado á unas casas muy viejas, que no podía decir si eran prisiones ú hospicios, llenas de seres vagos como ella, de todos los puntos de la miseria humana. Muchos morían; todos los días se veían urnitas camino del cementerio, entre cirios temblorosos y monótonas oraciones. De aquellos blancos lechos volaban almas todas las noches; pero llegaban de todas partes y á todas horas más seres desgraciados con sus blancas manecitas, sus ojos grandes y sorprendidos, y rostros en que se veía pintado el sufrimiento. Nunca estaban vacías las camitas, ni las urnas tampoco...... y más y más se estrechaban cada día las cruces de madera en el cementerio. También había en aquellas casas mujeres severas de rostro pálido y largos vestidos negros arrastrándose por las losas, con sus cofias blancas que les caían sobre la frente, y labios secos por el continuo susurro de las oraciones, como los cuadros de flores con el viento del nordeste. De esas grandes casas donde se oía á todas horas el sonido de las campanas, de aquellos tristes corredores, de los patios enclaustrados, de las capillas, de las salas con paredes de tierra gris, conservaba Tatou una especie de terror vago, terror confuso como las imágenes que en su alma evocaban tales recuerdos.

Á fuerza de preguntas acabó por comprender que, al salir de esas casas viejísimas había estado al servicio de algunas familias en las ocupaciones más repugnantes, trabajando más de lo que le permitían sus débiles fuerzas. Aquí mancillada por un anciano; allá maltratada por una horrible furia; pero sin manchar la pureza de su alma, sin conservar odio por los que tanto la hacían sufrir. Nada alteraba el puro cristal de su alma.

***

Al cabo de un año, Tatou empezó á fastidiarse. En ocasiones la sorprendía llorando.

—¿Por qué lloras?—la preguntaba.

—Porque estoy triste.

—¿Y por qué estás triste?

—No lo sé.

—Ya no me quieres, Tatou!

—Ah! sí...... sí...... os quiero mucho. Pero también amo mi patria.

—¿Tu patria? ¿Cómo puedes amarla si ni aun sabes cuál es?

—Tal vez por eso mismo la amo tanto...... quisiera volver á ella.

—No es posible regresar á un país de donde quizás no se ha venido.

—Sí, sí...... Y por eso estoy triste.... y por eso lloro....

Otro día me dijo:

—Anoche tuve un sueño de mi país......... es un país completamente blanco...... país celestial...... país de música...... Oh! dejadme partir.

—¿Pero á dónde irás?

—Adelante, adelante, hacia el Oriente, hasta que encuentre mi país......

Traté de distraerla; le dí cintas, telas; le dí una cabra blanca, con pelo tan suave como la seda..... pero ni cintas ni telas tocó, y la cabra se perdió una noche en el bosque.

Tatou languidecía. Su rostro tomó una expresión rara, sus cándidos ojos estaban febriles. Tuvo que guardar cama.

Mi desesperación era grande.

Una noche estaba yo á su lado, mé tomó una mano y dijo con voz débil, con voz moribunda:

—¡Cuán bueno sois por haberme dejado partir...... Hace más de dos meses que voy andando, andando, andando en dirección á mi país......

Ya no había fiebre en sus ojos...... Sus facciones habían recobrado aquella gracia encantadora...... Pero yo sentía que era el fin de esa corta vida. Quise abrigarla bien con las mantas, y le acaricié la frente.

—No hables, Tatou...... te hace mal...... duérmete...... la dije.

Mas no me obedeció, y continuó con voz todavía más débil y pura como el soplo de la brisa sobre una flor en noche de estío:

—¡Cuán bueno sois...... Y cuánto os amo!...... Creía no llegar nunca...... Estaba cansada!...... Figuraos que hace dos meses camino y camino día y noche......... hacia mi país!...... Pero, ayer, lo entreví......... allá....... Unos minutos más, y llegaré!...... Hermoso país...... Blanco....... blanco...... y no tiene fin......... Qué bien estaré allá!......

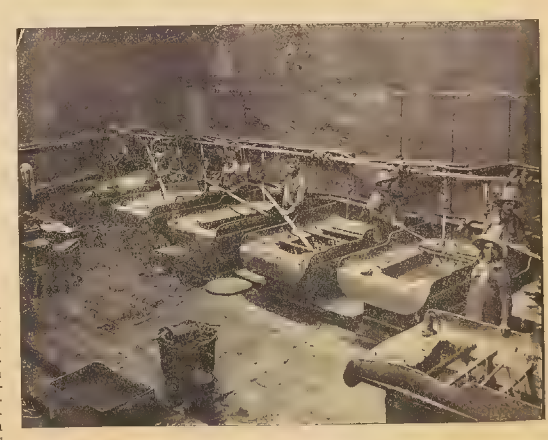
Desgarrado sentía mi corazón y pronto á desfallecer.

—Tatou!...... Tatou!...... la dije con voz de súplica...... No hables así......

—Completamente blanco! me interrumpió Tatou. Sí.... por fin...... llegué...... yo......

Y su cabeza cayó sobre la almohada. Muerta, sin un grito, sin una queja. Tan sólo había sentido en la mano que estrechaba la mía, como un ligero estremecimiento, el estremecimiento de la muerte que pasaba.

Octave Mirbeau.



DEPARTAMENTO DE «APARTADO.»—TINAS PARA EL LAVADO.

PRESENTACIONES.

RODULFO FIGUEROA.

¡Qué difícil, sentir al mismo tiempo la ráfaga celeste que arrastra nuestro espíritu á espacios ideales y el impulso creador que nos muestra la triste y desnuda realidad de las cosas, sin que el alma se pierda en los nimbos de las místicas nebulosidades, ni caiga y se hunda en la onda amarga del escepticismo! ¡Qué privilegiada energía habrá que desplegar, qué exquisitas facultades habrán de ejercitarse, para poder engarzar en la misma joya, unidas con el hilo de oro de la inspiración, las perlas negras recogidas en el hondo y obscuro piélago de la experiencia que desencanta, y las esmeraldas límpidas y puras, arrancadas con mano febril al palacio misterioso del ensueño!

Ser sensible por temperamento, y oír como un murmullo de voces celestiales que gritan en el interior del alma: «sueña!» y en ese momento, experimentar también secreto impulso y escuchar otra voz grave y severa que dice: «analiza!» es vivir en lucha tremenda, es sostener sorda y continua batalla en las profundidades de la conciencia. De ahí tiene que brotar el apóstol ó el filósofo, el mártir ó el sabio, el místico ó el escéptico, el soñador ó el descreído, el poeta ó el *espíritu fuerte*.

Para pasar alternativamente por esos diversos estados de ánimo y ser unas veces habitador de cielos muy azules, y compartir el encanto de náyades y ondinas, viviendo con la vida fantástica de gnomos de luz y duendes de oro, y otras, caer de esas alturas consteladas á las simas escabrosas de la realidad, y no sentirse deslumbrado, y ver con clarividencia en las tinieblas y no tropezar en las abruptas peñas, y conocer, y despertar del sueño sin alucinaciones: para todo esto, se necesita algo más que una alma vulgar, es necesario estar dotado de raras y opuestas cualidades, capaces de defender en esos sacudimientos y de salvar en esos naufragios.

Y así creemos que es el poeta á quien nos tocó en suerte presentar á los abonados de nuestro semanario; así juzgamos que debe de ser Rodulfo Figueroa, no enteramente desconocido á los lectores asiduos de El Mundo, que en la valiente oda «El Toro salvaje.» habrán podido admirar el vigor del estro, la gallardía del estilo y la opulencia de imágenes del bardo chiapaneco, con cuyo retrato hoy engalanamos nuestras columnas.

Nacido en el hermoso y fértil valle de Cintalapa, donde la naturaleza americana despliega todo el lujo y exhuberancia de nuestra zona tropical, su poesía lánguida y desmayada tiene á veces algo de las emanaciones embriagadoras del cafetal, algo de los murmurios sonantes de los maizales, algo de la música sandunguera ó triste de las canciones populares de la localidad. En otras ocasiones, su lira se transforma, vibra con el estruendo de las tempestades de la costa, ruje con el rumor de los bosques seculares, y atruena con el fragor de mar embravecido. Tal es el poeta de los idilios.

Pero sus estudios lo han apartado del medio poético en que se meció su cuna; ha sondeado el corazón humano, ha registrado sus más ocultos pliegues, ha visto sus sombras y medido sus simas, y añadiendo un acento de bronce á su bucólico caramillo, ha cantado también la pasión que avasalla y el odio que enloquece.

¡Cuánto ha debido luchar para que la musa del análisis, la fría musa del desengaño no apagara sus bríos ni amenguara su prístina inspiración! Cuánto ha debido meditar para encerrar felizmente en la cadencia y el número el ensueño que deleita y el conocimiento frío que enerva los arrebatos del plectro!

Y sin embargo, las composiciones de Figueroa, aunque revelan esa secreta lucha, admiran por su natural espontaneidad.

No resistimos á la tentación, y en seguida publicamos este bellísimo soneto, que es como testigo elocuente de lo que decimos:

¡SEMPER!

Sala de disección: la luz discreta
Esboza apenas el perfil severo
Del infeliz que ni en su adiós postrero
Por la ciencia feroz se le respeta.
Junto á esa plancha que al misterio reta
Se ve todo tan lúgubre y tan fiero,
Que irónico me dice un compañero:
—¡Canta el amor, si puedes, oh poeta!
Enjugueme la frente acongojada,
E invoqué en la desgracia que me abruma
El castísimo nombre de mi amada;
La cuchilla arrojé; tomé la pluma
Y brotó de la mano ensangrentada
Una estrofa más blanca que la espuma!

—

Que hay lunares en las composiciones de Rodulfo Figueroa, se nos dirá: concedido, pero quede para otros la ingrata empresa de buscar en la rosa la punzante espina. A nosotros nos basta embriagarnos con el perfume.

Constancio Peña Idiáquez.

En el baile.

Mientras las luces del salón se cuajan
Al posarse en la hirviente pedrería,
Y los trajes, crujiendo, se desgajan,
Oye á la musa triste, amada mía.
Suspende el vals que en su impetuoso giro
Turbó el fulgor de tu mirar sereno,
Ven á mi lado y brotará el suspiro
Que llevas preso bajo tu almo seno.
Jamás, ni en horas en que vi en tus ojos
Temblante y pura la pasión huraña,
Vibró como hoy entre tus labios rojos
Risa tan voluptuosa y tan extraña.
Al agitar tu espesa cabellera,
Cubres la alfombra de marchitas flores;
Llevas los tintes que por vez primera
Miré en tu faz, cuando te hablé de amores.
Estoy ligado con tan fuertes lazos
A tu hermosura que me vuelve loco,
Que en celos ardo, cuando extraños brazos
Ajan los tuyos que ni en sueños toco.
¿Ignora tu alma que á vivir comienza,
Y es por esa razón buena y sencilla,
Que en aqueste contacto que avergüenza
Nos mancha hasta la fina cabritilla?
¿Qué, presa de mortal desasosiego,
Se turban en el baile los sentidos,
Que, voraces y ardientes como el fuego,
Hay manos que traspasan los vestidos?... ...
Mira, en tu talle de flexible palma
La huella está del estrujón salvaje;
Y sin embargo, te diré que el alma
Se desgarra más pronto que el encaje.
Te diré, si lo ignoras, que el perfume
Solo en el cáliz virginal es bueno,
Y que el lirio se enferma y se consume
Con una gota nada más de cieno;
Que la luz que te baña en los salones
Ciega con tantas deslumbrantes ondas,
Y que se ajan allí las ilusiones
Como tus margaritas y tus blondas.
Y después, cuando la urna del acorde
Vuelque sus notas y en las almas vibre,
Y en las copas el vino se desborde,
Y hable la lengua desenvuelta y libre:
¡Cuántas torpezas que el licor arranca
Tenaces te herirán con sus murmullos,
A tí, mi bien, que cual paloma blanca
Sólo entiendes de auroras y de arrullos!
Tal vez, sin que lo digas, te entristece
Ver en mis versos la inquietud que abisma;
Pero al fin de la fiesta me parece
Que al acercarte á mí no eres la misma.
Me parece que lleva tu mirada
Algo muy negro en su esplendor impreso;
Que en tu boca de púrpura y granada
En vez de la oración palpita el beso;
Que en tu nítida frente de alabastro
La sombra del pecado se dibuja,
Que algo te queda del infame rastro
De la mano atrevida que te estruja;
Que tu voz melancólica ha perdido
Su tierno acento de inflexión süave,
Y al llegar al vergel do está tu nido
Olvidas todos tus encantos de ave.
Y cuando llega la hora fugitiva
En que á tu lado á reposar me llamas
Y te dejan mis rimas pensativa......
¡Yo no sé por qué pienso que no me amas!
Pero tú me perdonas, porque al cabo
Para mi amor el universo es poco;
Porque soy, como todos, el esclavo
de tu hermosura que me vuelve loco.
Si sabes bien que para mí no existe
Ninguna dicha sin estar contigo,
¿Qué mucho, entonces, que la musa triste
Viva sólo nombrándote al amigo?
Ven á mi lado, pues, mientras se cuajan
Las luces en la hirviente pedrería,
Porque las almas en el baile se ajan
Lo mismo que los trajes, vida mía!

Rodulfo Figueroa.

Rodulfo Figueroa.

Fulgores.

Como en las noches de profunda calma
Brilla en la obscura inmensidad el astro,
Así estás en el fondo de mi alma
¡Oh! mi pálida virgen de alabastro!
¡Cómo te alzás allí blanca y triunfante,
Cual sagrado blandón de una creencia!
Cómo disipa tu explendor radiante
La triste lobreguez de mi existencia!
Allí, flotando en la extensión vacía,
Como la luna majestuosa bogas,
Y eres tú mi esperanza y mi alegría
Y mis dolores en tu luz ahogas.
Así es el faro que señala el puerto
Cuando el mar encrespado alza sus gritos;
La columna de fuego del desierto
Que devuelve la patria á los proscritos!
A veces mi alma que á querer empiezas
Grime á tus pies como las negras olas;
En sus nubes te envuelven sus tristezas,
Pero tu con tu luz las arrebolas.
Y si el llanto la baña de amargura,
De tu aurora al fulgor, dulce bien mío,
Una lágrima entonces es más pura
Que la gota temblante de rocío.
Más pura que las nieves boreales
Que se sonrojan si las besa un astro,
Que la perla en su lecho de cristales,
¡Oh! mi pálida virgen de alabastro!

Rodulfo Figueroa.

Crepusculo de oro y negro.

Un sol ígneo y dorado
Muere en la tarde obscura;
En su seno enlutado
Un topacio fulgura......

Oh Véspero que brillas
En las tardes umbrosas
Sobre las amarillas
Y tremulantes rosas!

Oh viento que en la bruna
Noche alzas tu salmodia,
Y rizas la laguna
Donde tiembla la luna,
Como hundida custodia!

Ave que de tus hondas
Canciones el tesoro
Viertes en dulce coro,
Salpicando las frondas
De arabescos de oro!

Derramad en su pecho
Y en su pálida frente
La luminosa fuente,
Todo el raudal deshecho
De mi pasión ardiente......

Llevad hasta la calma
De su tristeza umbría,
La clara luz de día
El esplendor de mi alma
Vibrante de alegría!

A ella, la flor más bella
Que en mi alma abrió su broche
Y la primera estrella
Que iluminó mi noche......

Un sol ígneo y dorado
Muere en la tarde obscura......
En su seno enlutado
Un topacio fulgura......

José Juan Tablada.

Septiembre, 1896.

CROQUIS.

En el perfil ondulante
Del mar convulso y ardiente,
Hunde su vívida frente
El rojo sol llameante.

La claridad, un instante
Tremola desfalleciente,
Mientras un clamor doliente
Brota del confín distante.

Venus entreabre su broche
Virginal, y por la ruda
Pendiente que nada alegra,

Sube la trágica noche
Y sobre la Tier a muda
Tiende su clámide negra!

Estéban Flores.

Septiembre de 96.

El misticismo del honor puede hacer sus víctimas, como toda crisis puramente cerebral.

Emilio Zolá.

La amistad de los políticos noes, generalmente, sino tregua dictada por odios ó intereses comunes.

Victor de Bled.

Sunt verba rerum.

Y la trinchera habló:
—Mis recios muros
Las balas azotaron, é inseguros
Mis cimientos crujieron; yo era fuerte;
Pero al ver mi granito destrozado,
Más vigoroso vi cada soldado
Mudo y de pie, delante de la muerte!

Y la trinchera habló:
—Mi dura piedra
Donde la lluvia resbaló sonora
Meciéndose en la hamaca de la hiedra,
Al compás de la voz atronadora
Con que cantaron: gloria! los cañones,
En sangre se mojó de campeones!

Resistí de la fuerza el rudo embate,
Y en medio del estruendo fragoroso,
¡Quiero ser hombre! prorrumpí en un grito,
Dejar el suelo, abandonar el foso,
Arrancarme de aquí, é ir al combate
A sacudir mi cuerpo de granito!

Impotente quedé, firme y clavada;
Relámpago al brillar era la espada
Del paladín que ¡patria! repetía,
Y del cañón al estampido seco,
Como nota de himno dió mi eco
Cada vez que la bala se me hundía!

Heroica fuí también, rojo salpique
Mi muralla ostentar gloriosa pudo;
He sido del valor el firme escudo
Y he sido valladar, baluarte, dique;
Yo escuché del clarín la voz guerrera
Y en mis muros he alzado una bandera!

Me transformé en altar, cuando el patriota
Del humo en medio que en el aire flota,
Entregaba la vida, alta la frente,
Cuando fuí destrozada, hecha ruinas,
Y lloraron las madres heroínas
Sobre mis rojas piedras al valiente!

En mí se han defendido los derechos,
Yo he guardado hasta lo último los pechos,
Yo he luchado también por la victoria,
Y tras la lid sangrienta, en mi muralla
Que rompió con sus golpes la metralla,
El angel, se ha posado, de la gloria!

Poeta que á los mártires bendices,
Yo también tengo nobles cicatrices,
Yo tengo corazón, porque he sentido!
Y me expreso en las frases misteriosas,
Con que te hablan las almas de las cosas
Y las almas de aquellos que se han ido!
....

Y la trinchera habló:
—Gloria á los muertos
Que en los azares de la lid inciertos
Al pie del pabellón, á su honra fieles,
Murieron empuñando sus espadas;
Por ellos, de mis piedras ulceradas
En cada grieta brotarán laureles!!

Septiembre de 1896.

M. Larrañaga Portugal.

DEL ALBUM DE LA CORREGIDORA.

Cuando el alba se anuncia, se presiente
La llegada del sol...... ¡la luz, las flores!......
Y al resonar tu nombre alza la frente,
Con un nimbo argentado y esplendente,
Ese otro sol: el que surgió en Dolores.

Nueva Judith—tu frase, como espada
Invisible, de acero,
A través del cerrojo vibró airada
Y echó á tierra la testa coronada
De un Holofernes: el dominio Ibero.

Tu augusto nombre encierra
Una gran epopeya, Madre mía;
es un grito de guerra,
Un toque de marcial clarinería!.........

Juan B. Delgado.

Septiembre de 96.

ASONANCIAS.

En la reja carëada por la herrumbre corrosiva
Ya tus flores predilectas sus botones reventaron
Y en sus ánforas de plata los insectos zumbadores
Se acurrucan satisfechos, por el néctar embriagados;
Ya las hojas verdinegras que encuadraron tu ventana
En copiosos torbellinos medio muertas se alejaron,
Y otras hojas primerizas al brotar de los renuevos
Se constelan de botones y se agarran á los tallos.
Las guirnaldas de gardenias, que á través de los cristales
Te veían, y envidiaban la blancura de tus manos,
Mucho tiempo, silenciosas, asomadas á tu reja
Esperaron tu llegada; pero en valde la esperaron.
Y sintiendo sus corolas arrugadas por el frío,
Por el frío que cuajaba la humedad en sus ovarios,
Sollozaron por tu ausencia y en el polvo de la calle
Sus cadáveres cayeron, que las brisas enterraron.
Las fugaces avecillas que pagaban con sus trinos
La ventura de mirarte, extrañando tus halagos,
En los árboles vecinos se sentaron á esperarte
Y sus ojos circulares largo tiempo interrogaron.
Hasta el viento, que al sentirse en presencia de tus ojos
Sus aéreos madrigales ensayaba enamorado,
Muchos días pasó gimiendo á los pies de tu ventana
Y, por fin, huyó sin verte, con las tapias tropezando;
¡Todo es nuevo! La hojarasca verdinegra que se adhiere
A los hierros de tu reja corroídos y ulcerados,
Las gardenias que revientan y en sus ánforas de plata
Dan asilo á los insectos que fecundan los ovarios,
Las fugaces avecillas y los vientos que se enredan
Y sollozan en las mallas de las frondas apresados;
¡Todo es nuevo, ¡Virgen mía, nada de esto te conoce!
¡Ya no existen nuestras flores, nuestras brisas, nuestros pájaros!
Solo yo, por una burla del destino caprichoso,
Estoy vivo y en mis hondos decaimientos me consagro
A tejer las oraciones que mi espíritu pronuncia
A las plantas de la imagen luminosa, arrodillado;
Mas ya es tarde, mis ensueños prontamente encanecieron
Y, seniles, á la sombra sus despojos entregaron.......
¡Hoy mi arisco pensamiento, como pájaro sombrío,
Sobre el haz de las tinieblas roncamente va graznando

Antenor Lescano.

Septiembre de 1896.

Primer nocturno de Chopín.

Cuando de las ebúrneas teclas del piano
hace nacer, soñada, tu blanca mano,
la ideal melodía, la serenata,
que en las noches calladas de azul y plata,
entona en cada rama, que es una lira,
el viento melancólico cuando suspira,
del espíritu surgen al dulce imperio
los ensueños fijados en el misterio,
lo mismo que, evocados por un conjuro,
los duendes de las minas de un viejo muro!
Y se despierta entonces la fantasía,
la noctívaga que huye la luz del día
y sorprende las músicas y las rondas,
que tienen las libélulas en las frondas.
La maga á cuyo echizo, los desvaneos,
caballeros andantes, que en los torneos
amorosos del alma rompen su lanza,
alcanzan la promesa de una esperanza!
Y vuelven los pasados tiempos mejores
de justas, y adalides, y trovadores,
que en escalas de seda á su castellana
se llegaban amantes por la ventana,
en alas del anhelo y el sentimiento,
que bandolines de oro daban al viento.........
¡Eternos juramentos, tiernas promesas
de enamorados pajes y de princesas
pálidas, de ojos verdes y pensativos;
Julietas que sorprende pálida aurora
y dicen á su amado:—No es aún hora!.........
¡Oh? encanto de las notas que en el piano
hace nacer soñadas tu blanca mano!
Del espíritu surgen al dulce imperio
los ensueños forjados en el misterio,
lo mismo que, evocados por un conjuro,
los duendes de las minas de un viejo muro!

M. Viesca y Arizpe.

Septiembre de 1896.

De "Miniaturas."

Ya no tenía flores para ceñir tu frente......
Al recorrer la obscura, la dolorosa vía,
Yo he visto marchitarse mis flores en un día,
Al soplo de este invierno precoz que el alma siente.

Ya no debía amarte mi corazón doliente......
Empero, en lo más íntimo del alma que dormía,
Brotó un afecto puro, como una flor tardía,
Y te ofrecí llorando mi amor santo y ardiente.

Al eco de tu acento yo hubiera restaurado
Las fuerzas de mi espíritu, hubiera revivido
Las yertas ilusiones benditas del pasado......

Y bien: sin esperanza, sin queja ni reproche,
Como se va en silencio un gladiador vencido,
Me pierdo yo en la vasta penumbra de mi noche.

Benjamín Retes.

Septiembre de 1896.

Entre la mujer y los amigos de un hombre célebre, existe un duelo inevitable: ella está celosa de ellos y ellos están celosos de ella.

P. Margueritte.

ARANJUEZ.

La "Villa" de los Naranjos.

En las inmediaciones de Guaymas y como á seis kilómetros del puerto, existían unos terrenos incultos y estériles, que el Sr. D. Agustín Bustamante, jefe de la importante casa que gira bajo la razón social «Aguilar Sucesores,» adquirió con el propósito de construir una casa de recreo, en que descansar de los laboriosos trabajos á que se dedica.

Sabía el Sr. Bustamente, que en el predio que compró, existían corrientes subterráneas de agua y se propuso explotarlas para embellecer su posesión, y dotarla de algunas comodidades indispensables en esa clase de fincas.

Una vez instalada una bomba centrífuga de doce pulgadas movida por vapor, el Sr. Bustamante rodeó con un jardín su preciosa *villa Aranjuez*, estableció baños, etc., y para más hermosearla, hizo plantar en ordenadas calles cinco mil naranjos y otros cinco mil árboles de distintas clases, manglares, limas, etc.

Lo menos que hubo de suponer el propietario al hacer dicha plantación era, que lo que él juzgó simple embellecimiento, resultaría más tarde un negocio de tan pingües resultados, como los que *Aranjuez* rinde después de algunos años de establecimiento.

Apesar de ser corta la extensión de terrenos que comprende *Aranjuez*, cultívanse también alfalfa, legumbres, melones y sandías, que hallan pronta salida en el mercado de Guaymas.

En el año pasado ha exportado el Sr. Bustamante, de su finca, para Kansas-City, naranjas por valor de $21,000, y otra suma semejante produjeron los otros esquilmos de *Aranjuez*.

Ante resultados tan espléndidos, el ensanche de la huerta hízose necesario, y al efecto, se están instalando dos bombas de gran potencia que permitirán regar una extensión, cuatro veces mayor que la que actualmente está en explotación.

Seguramente no hay en todo el país otro establecimiento agrícola que, con perímetro tan limitado y regado mecánicamente, dé á su propietario los productos de *Aranjuez* y corrobore tanto los *ilusorios* cálculos de Carlos Gris.

Damos hoy tres grabados de la propiedad del Sr. Bustamante, á quien, de todas veras, felicitamos por haber transformado un inútil páramo en preciosa y productiva propiedad rural.

La "Villa" de los Naranjos.—Fila de limoneros.

EN LA TORRE.

SE acabaron las discusiones ¡qué lástima! Ya triunfó la campana: ahora, en lo más alto del Palacio Nacional, doce millones de habitantes la contemplan.

La Historia del Sr. Alamán—que parece escrita por una hermana política del Cura Hidalgo—volverá á los anaqueles de las bibliotecas á cubrirse de polvo. Los enemigos de la campana de Dolores han sido derrotados.

De nada sirvió que, con la perspicacia más aguda, se propusieran los malquerientes del esquilón de la Independencia, averiguar *las intenciones* que lo animaron al tocar llamada, en la madrugada del 16 de Setiembre de 1810. Todos los argumentos se estrellaron contra la torre erigida en el Palacio Nacional

Queda dilucidado el punto. Alamán no es *voto* porque cuando repicó la campana, está ya esclarecido, que el futuro historiador vivía en Guanajuato y como era, *por aquel entonces*, un chiquitín, de seguro no oyó, *con los oídos del cuerpo*, el repique.

Que la campana *no tuvo intención* de llamar á los primeros soldados de la libertad mexicana, para que empuñaran las armas, sino de congregar á los fieles para que oyeren la misa preceptuada por la Santa Madre Iglesia, tampoco es de discutirse. Cosa convenida: Cuando se trata de objetos no debe mirarse *las intenciones*.

Oh! ¡Grave, profunda, esplendorosa enseñanza la que han conseguido los señores periodistas, después de una larga y reñida discusión! "Las cosas carecen de intenciones;" verdad demostrada por la experiencia, la sabiduría y el talento clarísimo de los voceros de la opinión pública. Ni Aristóteles, ni Santo Tomás de Aquino, ni Leibnitz, ni Kant, ni Darwin, tras prolongadas filosofías, lograron nunca una conclusión tan luminosa, ni una verdad tan brillante. Este sí es triunfo de la razón: esta sí es sabia enseñanza para los ignorantes...... ¡Boca abajo todo el mundo! Después de mucho sentir y hondo pensar, se ha descubierto en México una afirmación que ilustrará por los siglos de los siglos los anales filosóficos: «las cosas no tienen intenciones.»

Me alegro por la tranquilidad de la campana de Dolores. La pobrecita andaba en lenguas, y pienso que ya deseaba volver á su pueblo en donde siempre fué muy respetada y muy querida; en donde nadie se metió nunca á averiguar si dió el toque de libertad ó si llamó á misa.

Otra gran verdad descubierta: se puede llamar á la libertad tocando á misa. Por consiguiente, la campana de Dolores no es retrógrada; se valió tan sólo de un ardid para reunir soldados al Cura Hidalgo.

La batalla fué campal, decisiva. Los enemigos, algunos foráneos de la campana, dirigían cartas ó telegramas á las redacciones de periódicos, pretendiendo que el repi-

La "Villa" de los Naranjos.—Una calle de árboles.

que no fué de independencia, ó diciendo: "Esperen ustedes. Probaré campana no merece torre."

Pero al fin, *Roma loquita causa finita*. Traducción libre: la campana merece la torre

Todo ha concluido. La razón y la historia obtuvieron la victoria. ¡Gracias á Dios!

Y ya, desde la torre del Palacio Nacional ¡oh esquilón San Joseph! puedes repetir con orgullo los versos del veracruzano:

"que no triunfa quien no lidia,
ni es grande el que se levanta,
sin sentir bajo su planta
el pedestal de la envidia!"

Septiembre P. Escalante Palma.

Tibi regina.

Oh, divina! son tus formas de una ingénita realeza.
De tus golas *á la Médicis* se desprende tu cabeza
Como aurífero pistilo de una exótica corola.........

Oh, deidad! tus ojos tienen lejanías de horizontes,
Y tu lánguida belleza, cual la nieve de los montes,
Brilla sola, intacta i pura...... brilla pura, intacta i sola.

Es por eso que de hinojos yo te juro reina i dama
I te rindo el vasallaje que tu orgullo me reclama.
Oh! magnífica señora,

Para tí el rondel hidalgo que á los próceres recrea,
Los herretes de diamantes con su luz titiladora,
Los sedeños escarpines i la grácil hacanea!

Amado Nervo.

Septiembre MDCCCXCVI.

La "Villa" de los Naranjos.—Paisaje.

Segunda Exposición de Frutas
EN COYOACAN.

Año por año y con notable perseverancia, el Señor Secretario de Fomento ha organizado, en representación de una Sociedad anónima, en el vecino pueblo de Coyoacán, exposiciones agrícolas destinadas á dar á conocer los principales frutos de los productos del país.

Hasta ahora los concursos que se han llevado á término, merced á la iniciativa particular del Sr. Fernández Leal y socios, no han obtenido el éxito que se propusieran; casi inútiles han sido todos los esfuerzos para que el resultado correspondiese á ellos; la infatigable constancia de la empresa no ha encontrado eco en nuestro público que, preciso es decirlo, no ha acudido en el número que era de esperarse á este gran reclamo en movimiento.

Lo cierto es que las exposiciones son generalmente sostenidas, no por el público especialista, no por el que demanda ciertos productos, sino por una gran masa, por la inconsciente curiosidad que trata de ser satisfecha en estas fiestas. Los que demandan determinados productos saben de antemano á quién dirigirse, y los productores por su parte, saben también de antemano que han de colocar sus efectos, sin que los guíe otro objeto al entrar en estas lides, que el de satisfacer su legítimo orgullo de alcanzar un diploma de honor, que siempre halaga su amor propio, y ensanchar el campo de sus operaciones. Para que las exposiciones que se celebran en Coyoacán tuvieran todo el éxito que el Sr. Fernández Leal desea, sería indispensable que no se escogiese el vecino pueblo

Horticultores de Atzcapotzalco arreglando su exhibición.

como lugar del concurso: sería necesario que el público curioso á que hemos aludido, lo encontrase más á su paso y para ello escoger un lugar dentro del casco de la ciudad.

El viaje á Coyoacán es siempre un obstáculo, significa una pérdida de tiempo, y á veces hasta el mismo estado de la temperatura se opone á estas excursiones.

Por otra parte, creemos que los recursos que hasta ahora han invertido los empresarios en las Exposiciones de Coyoacán no son suficientes, y que la Sociedad podría pedir un apoyo al gobierno para instalarlas con mucha mayor amplitud que hasta ahora.

Hay que tener en cuenta que en nuestro país el movimiento comercial, el ferrocarrilero, el industrial, etc., han sido todos creados por el gobierno, y que sin este apoyo no habríamos adelantado gran cosa en el ensanche y circulación de nuestra riqueza pública.

Propondríamos al Sr. Ministro, que mandara fabricar á un lado de la Calzada de la Reforma un palacio de madera y fierro, que abriera sus puertas siquiera cuatro veces al año, y en donde podría darse á las exposiciones otros muchos atractivos que harían concurrido el espectáculo. El campo de la Exposición de Chicago, con ser esta colosal y todo, necesitó para estar concurrido de teatros, bailes, orquestas, cafés, restaurants, etc.; y así todas las exposiciones modernas.

Creemos que para el éxito de los Concursos de la Sociedad anónima que preside el Sr. Fernández Leal, bastaría por lo pronto el anuncio de buenos conciertos de orquesta unas veces, y otras de banda militar, y la entrada barata, tan barata que diera ocasión á que todos los paseantes de la Reforma asistieran dos ó tres veces por temporada á la Exposición.

Un buen elemento para contribuir al éxito es la prensa, que comunica entusiasmo para todo con sus anuncios. Nosotros estamos á la disposición de la Sociedad Anónima de Concursos, tan desinteresadamente como siempre.

Publicamos hoy algunas fotografías del último concurso que debemos á la bondad, nunca desmentida, que tiene el Sr. Ingeniero Don Enrique Ferrari Pérez para este periódico.

Exhibiciones varias en el vestíbulo del edificio. Vista al Poniente.

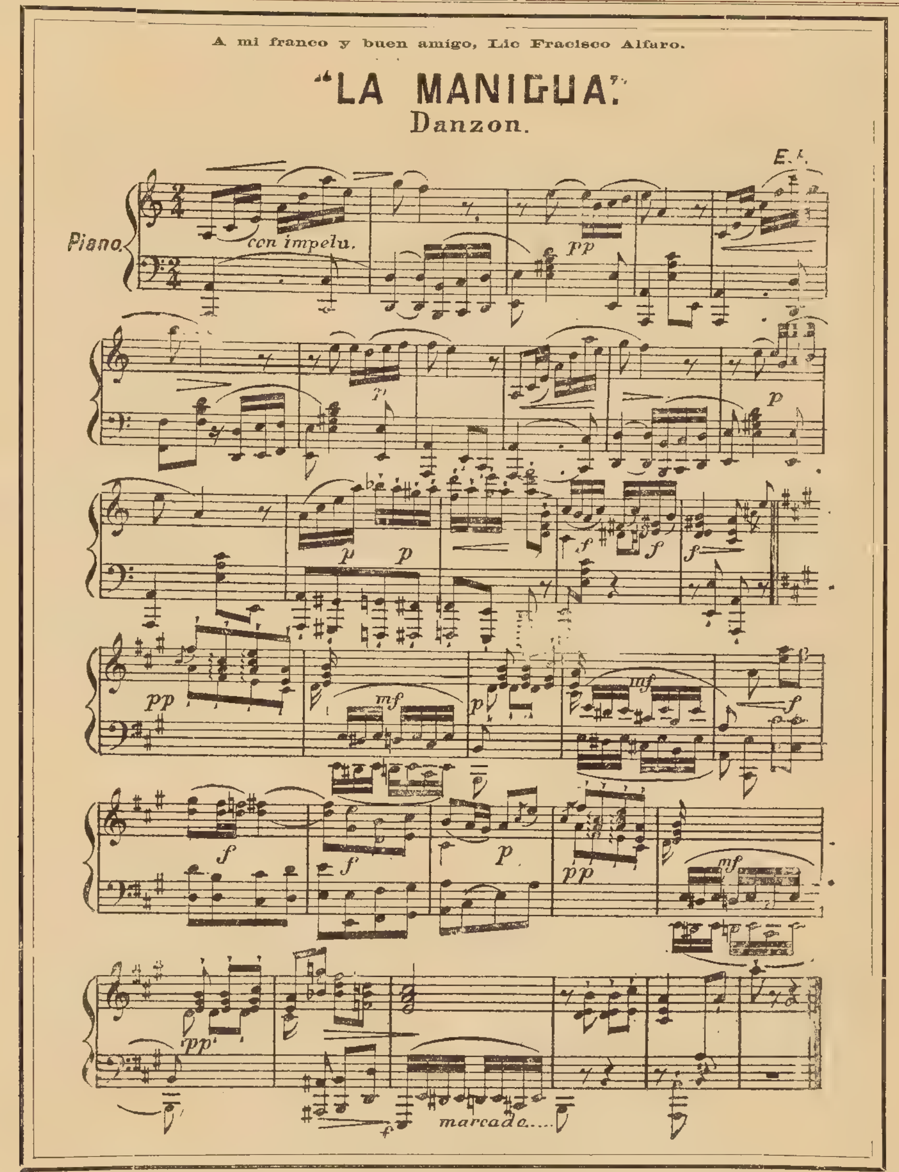
Plaza de Coyoacán en día de exposición.

Participamos á nuestros lectores que está concluida en su mayor parte la magnífica instalación que se ha hecho para publicar la edición diaria de El Mundo.

Ésta aparecerá en el curso del mes y será muy barata para los suscritores del semanario; nuestro objeto al establecer la diferencia de precios, ha sido manifestar de alguna manera nuestro agradecimiento á los abonados que han fundado el Semanario Ilustrado, empresa la más difícil de cuantas hemos acometido.

Exhibiciones varias en el vestíbulo del edificio.—Vista al Oriente.

Participamos á nuestros lectores que está concluida en su mayor parte la magnífica instalación que se ha hecho para publicar la edición diaria de El Mundo.

Ésta aparecerá en el curso del mes. y será muy barata para los suscritores del semanario; nuestro objeto al establecer la diferencia de precios, ha sido manifestar de alguna manera nuestro agradecimiento á los abonados que han fundado el Semanario Ilustrado, empresa la más difícil de cuantas hemos acometido.

LOS ASESINOS Y LOS HOMBRES DE ESTADO.

Los soberanos, los presidentes de las Repúblicas y los estadistas prominentes están, más que cualquiera otra clase de personas, expuestos á los ataques de los anarquistas y de los fanáticos. Afortunadamente, circunstancias independientes de la voluntad de esos estúpidos, han hecho á menudo fútiles tales ataques. Puede decirse que de cada diez atentados apenas uno ha tenido buen éxito. Mucho ha dependido, sin embargo, del arma usada por el asesino, lo mismo que de la ayuda de los cómplices. El arma más usada ha sido el puñal, y en cuanto á cómplices pocos asesinos han querido comprometerse con ellos.

El puñal ha tenido buen éxito una vez en cada tres. Jacques Clement hirió de muerte á Henry III de Francia, al pretender darle una carta; Henry IV cayó bajo el puñal de Ravaillac; y en nuestra época el Presidente Carnot fué víctima del puñal del anarquista Caserio.

De igual manera mató Louvel al Duque de Berry, y el Duque de Parma fué asesinado también de una puñalada.

Otros potentados han tenido mejor suerte. Luis XV escapó del arma de Damiens, no recibiendo más que un ligero rasguño, lo que no es extraño, pues el asaltante hizo uso de un cortaplumas. Napoleón I, gracias á la presencia de ánimo de un granadero de su guardia, escapó del puñal de Federico Stebs. Napoleón III se salvó milagrosamente de la daga de Greppo. El Emperador Francisco José, de Austria, fué igualmente afortunado, lo mismo que el Rey Humberto, de Italia, quien, hallándose en Nápoles, fué salvado por el Ministro Cairoli del puñal de Parsanante.

Entre los personajes célebres asesinados con arma de fuego se cuentan el Presidente Lincoln, que recibió el balazo en la cabeza, y el Presidente Garfield, cuya muerte se debió á las dos heridas causadas por el revólver de Guiteau.

En cambio, Luis Felipe salvó del ataque de Bergeron el 19 de Noviembre de 1832, y de las balas de Alibaud y de Meunier. El 15 de Octubre de 1840 Darmes disparó al Rey con una pistola la cual se reventó hiriendo gravemente al asesino.

Algunos años más tarde Paniori y Bellamore dispararon sin éxito contra el Emperador Napoleón III.

Otros soberanos han caminado también con buena suerte.

El 17 de Febrero de 1880 Solaoski disparó cuatro tiros sobre el Czar Alejandro II; Korakosoff disparó sobre él el 16 de Abril de 1866; Berasowski le disparó en París el 9 de Junio de 1867, y no obstante ataques tan frecuentes el soberano salió siempre sin novedad.

La Reina Victoria ha escapado también varias veces, principalmente en el año de 1840 cuando un joven de 18 años de edad le disparó dos tiros.

El Papa Pio IX, encontrándose en una ventana del Quirinal, un dia del año de 1849, escapó de la bala de un asesino que le disparó desde los Caballos de Fidias.

Otros soberanos que en el presente siglo se han librado de los ataques de los asesinos han sido: Guillermo I, de Alemania, que fué asaltado por Nobiling; Amadeo I y la Reina de España, que fueron atacados en Madrid en el año de 1872, y el Príncipe Fernando, esposo de la Reina María de la Gloria, que fué asaltado en Portugal en 1837.

Entre los numerosos estadistas que han escapado de morir asesinados mencionaremos á Crispi, atacado por Lecca; Jules Ferry, atacado por Aubertin en 1827; Freycinet, Lockroy y Floquet.

Cuando la Exposición de París, en 1889, un asesino apellidado Perrin, disparó un tiro sobre el Presidente Carnot, pero no consiguió herirlo.

Recordando los ataques hechos por medio de bombas, máquinas infernales y explosivos en general, diremos que el Czar Alejandro II fué matado por un hombre el 13 de Marzo de 1881. Poco antes el Czar escapó á la acción de una bomba que mató á 13 personas que se hallaban cerca de él, escapó también al ataque hecho sobre él el 1º de Diciembre de 1879, y no sufrió daño alguno con la explosión ocurrida en el palacio el 17 de Febrero de 1880, y en la cual murieron 53 personas.

Una vez que Luis Felipe, acompañado de sus tres hijos, pasaba revista á los soldados de la Guardia Nacional, escapó de una máquina infernal arrojada por Fieschi, y que al reventar mató á 40 personas, entre ellos al Mariscal Montfer, Duque de Trevise.

Dibujos de Martínez Carrión.

En familia.

Monseñor el Pulque.

RAFAEL SALCIDO.

COMISIONISTA IMPORTADOR DE MUEBLES AMERICANOS.

Damos á nuestros lectores un conjunto de grabados que representan el exterior y los almacenes de la acreditada casa importadora de muebles americanos de los señores Salcido é hijo, así como los retratos de estos señores.

Merced á este establecimiento, el más bien surtido sin duda de la capital, todo el que desee amueblar elegante y rápidamente su casa, está en aptitud de hacerlo con la mayor facilidad, pues en el almacen de los señores Salcido, hay muebles para todos los gustos y para todas las fortunas.

Los muebles de esta casa distínguense no sólo por su variedad y elegancia, sino por su comodidad y sólida factura.

Llamaremos desde luego la atención sobre los muebles propios de un escritorio: Hay mesas con interminable serie de cajones, que permiten la más minuciosa clasificación y el más ordenado arreglo de los papeles interesantes, tan cómodas como fuertes; escritorios que pueden cerrarse perfectamente con una flexible cortina hecha de numerosas piezas de madera, los cuales poseen, además de una serie de amplios cajones, infinidad de pequeños compartimientos para pagarés, cartas, recibos, &.

Para estos escritorios hay sillas giratorias especiales, muy cómodas y elegantes. Los libreros giratorios con un excelente mecanismo para sostener libros voluminosos las sillas acoginadas, con forros de cuero flexible y blando, las repisas, etc., completan el moviliario de un escritorio elegante y cómodo. Y sí de este pasamos á los muebles de sala, hallaremos la variedad más grande de ajuares tapizados, de estilo frances y americano.

Entre los franceses hay de todas las grandes épocas, y entre los americanos de todas las formas.

Para el verano, encuéntranse ligeros ajuares de Rattan ó mimbre.

Para los comedores, el solicitante hallará mesas amplias que pueden reducirse y sillas sólidas y hermosas, de todos los colores que están en uso.

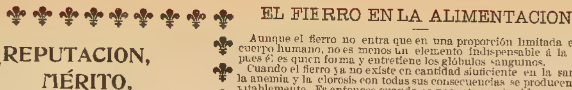
Para las recamaras, la variedad es aún mayor: Roperos con elegantísimos remates, cristalería, ó puertas sencillas, como se desee guardaropas amplios, tocadores muy bonitos, con lavabos finos y de calidad mediana, como se quiera; camas de las formas más en boga, burós, etc.

En general, podríamos mencionar entre los diversos y útiles objetos puestos á la venta en el almacén indicado, aparadores para comedor, trinchantes, cristaleros, atriles giratorios, lámparas y gran surtido de sillas de todas clases.

Añadamos que los precios son muy cómodos.

La casa está situada en uno de los puntos más céntricos de la capital: en la 1ª de San Francisco núm. 14, frente á la plazuela de Guardiola; posee vastos locales, y los interesados pueden visitar los almacenes é inspeccionar los muebles detenidamente.

Los Sres. Salcido é hijo, trabajando unidos y con empeño por tener siempre el surtido más completo de muebles de la mejor calidad y de las más hermosas y sólidas maderas, han logrado atraerse por completo el favor del público.



EL FIERRO EN LA ALIMENTACION

Aunque el fierro no entra que en una proporción limitada en el cuerpo humano, no es menos un elemento indispensable á la vida pues él es quien forma y entretiene los glóbulos sanguinos.

Cuando el fierro ya no existe en cantidad suficiente en la sangre, la anemia y la clorosis con todas sus consecuencias se producen inevitablemente Es entonces cuando se necesita recetar á la sangre empobrecida el fierro que le falta, en hacerla absorber bajo una forma alimenticia para que el estómago pueda digerirlo sin fatiga alguna

Como alimento de digestión fácil, la cerveza presenta todas las ventajas por ser el verdadero vehículo del fierro terapéutico. Gracias al estudio al cual se han dedicado los Sres. M. M. Castille y Comp. de París, y después de repetidas experiencias dichos señores han obtenido con su procedimiento especial, de fabricación, una cerveza ferruginosa que contiene el fosfato de fierro en estado completamente asimilable. Esta cerveza, que han denominado "La Ferrugina," es rica, en principios nutritivos, límpida, de perfecta conservación y tan sabrosa que las cervezas de las mejores marcas; se bebe en las comidas así como en cualquiera hora del día.

Las eminencias medicales francesas y extranjeras que han experimentado "La Ferrugina" hasta la fecha, recomiendan esta cerveza exquisita como recurso alimenticio y como tónico precioso para los anémicos en general, para las jóvenes cloróticas y para las personas debilitadas por la estancia prolongada en países insalubres.

La anémia y la clorosis reinan en todas partes, principalmente en las ciudades y las regiones cálidas, nuestros lectores nos agradecerán la noticia que los Sres. E. Dutour y Comp. son los Agentes generales de los Sres. Castille y Comp. para la venta de "La Ferrugina" en México.

Desde ahora se encuentra la cerveza "La Ferrugina" en el establecimiento de la Sra. Viuda de Genin y Comp. 2ª de Plateros Núm. 3.

Para todos informes relativos á "La Ferrugina" dirigirse á los Sres. E. Dutour y Comp San Agustín Núm. 8. México.

Este periódico está impreso con las tintas finas de la Casa LORILLEUX Y COMP. *París.*—Unicos Agentes en la República:— LEWIS Y BLOCK, México.

EL MUNDO.

TOMO II | MEXICO, DOMINGO 20 DE SEPTIEMBRE DE 1896. | NUMERO 12

Las fiestas de la Patria,

El Presidente de la República retirándose de la Calzada de la Reforma, la mañana del 14, después de la Jura de Banderas de los Batallones 21 y 26 de Infantería.

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York. E. U.»

Notas Editoriales.

¿Pelados ó ciudadanos?

Un periódico demócrata, excesivamente demócrata, que nos ha acatarrado durante cincuenta años con la exhibición matinal de un pueblo entrevisto en sueños, dotado de todas las virtudes y dispuesto á todas las heroicidades, al referirse á un escándalo ocurrido en la Plaza de la Constitución la noche del 15 del presente, escribe en un rapto de sinceridad, dando al olvido su republicanismo igualitario de diez y ocho mil ciento treinta y cuatro noches de luna: «¡Qué triste idea da esto de un pueblo!»

¿Pues qué sucedió con esa admirable conciencia colectiva, apta para discernir las cuestiones más trascendentales, inteligente como un bucéfalo, casta como un elefante é ingeniosa como una ardilla? ¿En dónde está esa masa á la presión moral, intelectual y política de 2,500 atmósferas?

Esos hombres—á quienes el *Monitor* llama *pelados* en un impulso de desdén, á lo Princesa de Lamballe—¿no constituyen para el diario á quien nos referimos, los ejecutantes de los actos más elevados de una democracia en acción?—Los *pelados* del 15 de Septiembre ¿no son los mismos que ejercitan las funciones de más importancia en una República? ¿Son, por fin, *ciudadanos* ó son *pelados*?

Todas las mañanas, el periódico que estamos solfeando se acerca á su altar democrático y celebra su misa jacobina con la unción de un verdadero creyente. ¡Es cosa de oírlo predicar sobre la intervención de ese pueblo *pelado* en los asuntos más delicados para el país!

Hace precisamente cuatro años que prorrumpía, en el colmo del entusiasmo republicano: «Si el pueblo designa al portero de Palacio para Presidente de la República, que ese sea el encargado del Poder Ejecutivo.» Pero ahora, dando al olvido su primer temperamento político, da cuatro zapatetas en el aire y proclama el odio al *peladismo!*

¡Qué poco basta para modificar un criterio político! Es suficiente un escándalo para renegar del ídolo que ayer se adoró.

Como los sacerdotes de *Aida*, los *pelados* del 15 de Septiembre pueden encararse al diario en cuestión y mostrándole los quince mil setecientos veintidós boletines que lleva de vida, gritarle con toda la fuerza de sus plebeyos pulmones: *¡Traditore! ¡Traditore! ¡Traditore!...*

El momento actual.

El informe rendido por el Ejecutivo al Congreso de la Unión, al inaugurarse el presente periodo de sesiones legislativas, da á conocer en pocas palabras, con el elocuente laconismo de las cifras, la verdadera situación del país.

Son hechos arrojados al comentario público y que al traspasar nuestras fronteras, irán á fijar en el extranjero la positiva información que corresponde al momento por que atraviesa la República.

Estos hechos pueden encerrarse en breves líneas: En los nueve primeros meses del año fiscal que terminó el 30 de Junio último, se exportaron minerales por valor de 50.800,000 pesos, contra 38.300,000, en el periodo correspondiente del año anterior.— Del mes de Junio á la fecha, se han tendido 522 kilómetros de telégrafos; la red telegráfica mide en la actualidad 45 000 kilómetros.—La extensión actual de nuestras vías férreas es de 11,469 kilómetros.—El último año fiscal se cerró con un *superabit* de cuatro y medio millones de pesos en el presupuesto. —Las rentas públicas ascendieron á 50.000,000.—Existe en la actualidad en las arcas del Erario un sobrante de seis millones de pesos depositados en el Banco Nacional. El Ejecutivo ha anunciado que próximamente se derrogará el descuento que hasta hoy ha pesado sobre los empleados públicos, haciendo á la vez, la promesa de que, si la hacienda nacional no es trastornada por algún inesperado contratiempo, se aligerarán ó suprimirán algunas de las cargas más onerosas para los contribuyentes.

He aquí, en compendiado análisis, el marco en que se halla encuadrada la situación actual, y de la enunciación de estos datos surgen fácilmente las apreciaciones como la conclusión de las premisas en un correcto silogismo. Son páginas de la historia nacional contemporánea y en ellas se encuentra consignada la medida exacta de nuestro progreso.

Hace veinte años la red ferrocarrilera tenía 692 kilómetros en explotación y la telegráfica 7,927 kilómetros. La exportación de metales en todo el año fiscal de 1877-78 fué de $ 22.600,000. Los ingresos federales en el mismo periodo de tiempo no llegaban á 20.000,000 de pesos. El deficiente en el presupuesto ascendía á un once por ciento de los ingresos, y el problema económico no parecía tener solución.

Ante este resultado, la República puede mostrarse orgullosa de sus fuerzas vitales, que habilmente encauzadas pueden prepararla un lugar á cubierto de las contingencias que tenía consigo la primitiva etapa económica y política de nuestra naciente nacionalidad. La perspectiva que México ofrece es sumamente ventajosa. Jamás un momento histórico semejante se ha registrado en los anales de nuestra historia patria, desde la Independencia á nuestros días. Si el esfuerzo social, venciendo su prolongada debilidad, corresponde por fin á la acción administrativa, nuestro país se conquistará un puesto de importancia en el porvenir, un poco enigmático todavía, de las naciones del continente americano.

¡Hambre!

La nerviosa pluma de D. Carlos Gris acaba de dejar trazado un palpitante cuadro de una comarca desolada: cárdenos rayos de un sol colérico hieren una vasta extensión de tierra sedienta; los árboles, según la frase del poeta, parecen quererse arrancar del suelo marchito, y huir de aquel inalterable pedazo de terreno entoldado por un cielo azul, mar sin orillas que no surca la más leve vela de una anhelada nube...... Tierra inhospitalaria, zona implacable de la que la vida vegetal,que es la vida humana, ha desaparecido totalmente.

El monstruo mexicano, el que ha presidido á todas nuestras desdichas y engendrado todas nuestras vergüenzas nacionales, se llama el hambre!

Es cierto que, como ha dicho un publicista, México desconoce esa terrible epidemia que merma á un grupo social y lo reduce de 1.200,000 á 500,000 habitantes, por falta de subsistencias; es verdad que todavía no hemos visto desaparecer, como en Francia antes de la Revolución, 40,000 unidades humanas en un sólo año, ni hemos asistido al infernal banquete de una multitud que come yerba; nuestra hambre nacional, nuestra hambre endémica, procede cautelosamente, se arrastra con pereza, es una víbora que se desliza, no una águila que vuela, se agazapa en los organismos y los debilita con lentitud, en una agonía de siglos.

Creemos, sinceramente, que si el hambre fuese un producto más activo del medio que habitamos, nuestra condición económica habría recibido mayor impulso. Los pueblos que luchan, son los que sienten el acicate de la necesidad; hace falta experimentar la angustia de un deseo no satisfecho, para salvar esa barrera que separa la inacción del esfuerzo, y cuando un ciudadano del planeta se resigna á morir lentamente, cuando se abandona á una existencia raquítica y miserable, cuando su vigor propio no se encara á la naturaleza que lo rodea, para modificarla y restringirla, el hombre llevará en sus entrañas, como una maldición eterna, la feroz ley del hambre, que lo deprime y lo enerva.

El espectáculo que nos exhibe D. Carlos Gris, es una resultante de las condiciones biológicas de un pueblo que, para emplear la frase de un maestro, permanece todavía de rodillas.

Política general.

RESUMEN.—Rudos ataques contra Inglaterra, provocados por su aislamiento.—La Gran Bretaña y la cuestión de Oriente.—Nadie podrá resolverlas sin el concurso de toda Europa.—La Triple Alianza.—Utópicas concepciones y sueños imposibles.

Aunque quisiéramos con horror y repugnancia apartar la vista del Imperio otomano, herido de miseria y carcomido de podredumbre; aunque pretendiéramos buscar en regiones más serenas y más claros horizontes los motivos que informan la política europea, no podríamos encontrarlos en otra parte.

Las naciones continentales, aprovechándose del aislamiento general en que se ha querido colocar la Gran Bretaña, han desatado los mil heraldos de su prensa contra la potencia marítima, y al estudiar la cuestión de Oriente ,como para alentarla en una pendiente de aventuras, orillarla á complicaciones graves y señalarla como la única discordante en medio de la armonía de la Europa entera, declaran que Inglaterra sola está resuelta á cortar atrevida el nudo gordiano de los conflictos bizantinos, forzar el paso de los Dardanelos con poderosa escuadra, anclada ahora en las aguas de Salónica, deponer al tres veces pérfido Sultán, y arreglar á su talante y voluntad los disturbios escandalosos de la revuelta Turquía.

Si son ó no ciertas tales versiones, si Lord Salisbury y el gobierno que preside han pensado alguna vez en volver por su crédito diplomático, en más de una ocasión roto, y mal trecho por virtud de la solapada, astuta y artera política de Abdul-Hamid, no será cosa fácil de decidir; pero á ello han dado lugar las excitaciones de algunos periódicos ingleses, empeñados á la continua en atizar los públicos clamores, y dedicados á pedir que se proceda con energía en la cuestión de Oriente, y á exigir del gobierno haga cesar pronto las atrocidades turcas de modo violento, cualquiera que sea el parecer de las demás potencias á este particular, piensen lo que piensen los otros soberanos, de la barbarie musulmana, causa de escándalo últimamente en el mundo cristiano.

Pero verdaderos ó falsos los fundamentos que se han dado para lanzar la especie, ya no tiene razón de ser en estos momentos, pues semi-oficialmente ha declarado un órgano de la prensa inglesa, que no son ciertas las versiones que atribuían á la Gran Bretaña egoísticas miras y designios bélicos á su gabinete; que cautos y recelosos aguardarán mejor oportunidad para ponerse de acuerdo con las potencias continentales, y que fijarán poco su atención en los clamores incesantes del público que pide á voz en cuello intervención armada.

Semejantes declaraciones, es verdad, tranquilizan el ánimo y alejan los temores de una conflagración europea que podríamos presenciar, luego que cualquiera nación aislada y sin el consentimiento mutuo de las demás, iniciara una política francamente agresiva y hostilizara á la Sublime Puerta; pero también es cierto, que la aviesa intención con que se hicieron circular esos rumores, ha dado por amargo fruto un poco de desprestigio al Reino Unido—nueva confirmación de su aislamiento—y á quien de hoy en más podrán tachar los poco afectos á su marcha de egoísmo refinado ó de ampulosa arrogancia.

***

Por eso tal vez y con igual motivo—la condición infeliz de Turquía—ha circulado en periódicos de Londres la peregrina idea de formar una nueva Triple Alianza entre Inglaterra, Italia y Estados Unidos, con el objeto de resolver á cañonazos la cuestión de Oriente, hacer cesar las matanzas de cristianos, dar seguridad á los inmensos capitales europeos comprometidos en empresas que radican en territorio musulmán, y resolver en el sentido británico las aspiraciones de los armenios y las rebeldías de los cretenses.

Los que abogan por esta liga anti-otomana, y creen que esa unión está destinada á reivindicar el nombre cristiano y á volver por los fueros de la civilización tan impíamente conculcados por los sicarios del Sultán, piensan que las escuadras combinadas de las potencias que se indican, serían capaces de obrar por su propia cuenta contra el caduco imperio turco, y de rechazar también cualquier otra combinación posible de los gobiernos disidentes.

Pero no calculan que el Hombre Enfermo de Europa está al cuidado del Autócrata moscovita, que en solemne ocasión ha declarado su deseo de dejarlo vivir aun en medio de sus achaques.

No ven que Italia es satélite de la política de Berlín, y que el emperador Guillermo procura por todos los medios posibles ponerse de acuerdo con su augusto primo, el omnipotente Czar.

No piensan que la Europa entera rechazaría indignada la extraña intervención de los Estados Unidos en los asuntos interiores del continente, predicando a filo de espada un nuevo y flamante *monroísmo* anti-americano.

Y no imaginan, por último, que ese espíritu *cristiano* que los anima, ese impulso medioeval que los lleva á una nueva cruzada, sería hasta contraproducente para los mismos que tratan de salvar, pues sí, como dicen, es fácil derribar un trono que por sí mismo se derrumba, y forzar el paso de los Dardanelos, y dominar en el Bósforo, y adueñarse de Constantinopla; no hay la misma facilidad sino impotencia manifiesta, para evitar que la guerra santa estalle en todos los confines de Turquía, manche el azul del cielo la verde bandera del Profeta, y los cristianos súbditos del Sultán caigan por todas partes heridos de la cimitarra musulmana, y sean perseguidos por doquiera en las aldeas y en las ciudades, en la llanura y en la montaña por las hordas humilladas y rechazadas de la capital, ebrias de sangre y de venganza.

Pretenden defender al débil y al inocente, y los arrojan maniatados en las fauces de las fieras; quieren hacer cesar escenas de horror y de exterminio, y abren una nueva era de bárbaras crueldades; aspiran á que la civilización recobre sus hollados fueros, y darán nuevas y positivas causas y ocasiones á los detentadores del derecho cristiano; sueñan con la paz europea, y sólo procurarían la guerra universal.

Desengañémonos: la nueva y pretendida Triple Alianza, si es verdad que se ha fraguado para emprender cruzadas en el siglo XIX, es una vana quimera, es una inconsistente utopía.

X. X. X.

Septiembre 17 de 1896.

UN DRAMA EN LOS AIRES.

LA MÁQUINA DE VOLAR.

La prensa extranjera acaba de referirse á la muerte de Lilienthal, célebre ingeniero alemán que había inventado la máquina para volar. Otto Lilienthal había estado operando experiencias de navegación aérea desde el año de 1893, en medio de la curiosa atención de los sabios de todos los países; así pues, la noticia de esta catástrofe ha tenido un eco doloroso en todo el mundo, porque Lilienthal ha sido el primero en obtener resultados satisfactorios de uno de los problemas que más han llamado la atención de la humanidad.

¿No es desconsolador, en efecto, que en una época en que el hombre puede trasmitir su pensamiento y su palabra á través de distancias inmensas por medio de un simple hilo, no se haya encontrado todavía el medio de dirigirse en los aires, como lo hace el más humilde pájaro, ó el más miserable insecto? Modelos se encuentran en la naturaleza, y sabido es que la ambición de imitarlos no es nueva, puesto que las más antiguas tradiciones, las de Icaro por ejemplo, entre otras, nos enseñan al género humano tenazmente intrigado por descubrir los secretos de la navegación aérea.

Sin embargo, desde hace un siglo no se han repetido los ensayos y el asunto ha quedado únicamente restringido al terreno de las especulaciones. En la Exposición de Chicago, el aereonauta Langley demostró que el viento no es una masa de aire que cambia con movimientos uniformes, en el mismo sentido, sino una sucesión de olas aéreas animadas de agitaciones muy diversas, bajo la apariencia de continuidad.

En el Observatorio del Parque de los Príncipes, el señor Marey demostró que los pájaros más aptos para volar no se conducen como motores poderosos navegando contra las variantes, sino como una especie de papelotes que buscan su punto de apoyo en el mismo aire y se li-

mitan á inclinar el plano de sus alas para aprovecharse de un impulso exterior.

De este modo, no se trataba ya de encontrar un motor á la vez sumamente ligero y poderoso, sino de fabricar un aeroplano susceptible de aprovechar, por las variaciones fáciles de su superficie, todas las fuerzas de la atmósfera. A resolver este problema se dedicó Lilienthal; y he aquí el ingenioso aparato inventado por el ingeniero alemán: Se fijaba al cuerpo alas rígidas, cóncavas y dispuestas únicamente para recibir el impulso del aire; eran de mimbre, cubiertas de tela y en número de cuatro, superpuestas dos á dos; las de arriba no servían sino para paracaídas, tenían unos catorce metros de superficie, y estaban sostenidas por hilos metálicos y se prolongaban por un timón muy alto, destinado á aumentar el equilibrio del sistema; el navegante aereo estaba suspendido en este aparato entre las dos alas inferiores, y podía á su gusto, mediante un movimiento de brazos y piernas, cambiar el centro de gravedad de la máquina de atrás á adelante, aprovechando así las variaciones del viento. Las pruebas de este aparato se verificaron en Steglitz, cerca de Berlín, en medio de una llanura inculta y desde lo alto de una colina artificial construida apropósito.

Más tarde, Lilienthal hizo edificar en Rhinower otra colina, que es la que representa uno de nuestros grabados, y desde la cual obtuvo los mejores resultados. He aquí, según el testimonio de un testigo, cómo procedía el aereonauta: se lanzaba desde lo alto de su colina, después de haber tomado impulso desde la plataforma, en contra del viento. En su vuelo de algunos centenares de metros, bajaba lentamente á un nivel inferior de terreno, cuya inclinación seguía poco á poco, formando un ángulo de cerca de seis grados con el horizonte; de tiempo en tiempo, cuando el viento refrescaba, ascendía como lo indica la instantánea fotografía que publicamos, hasta un nivel más elevado que su punto de partida; el descenso se efectuaba sin dificultad, cuando el aparato se aproximaba á tierra, en virtud de una pendiente muy facil. Cuando en el curso de su camino el navegante deseaba subir, se aprovechaba de la facultad viva de que disponía para colocar sus alas como la superficie extendida de un aeroplano ascensional; cuando en su trayecto el aparato pasaba por un máximum de la curva, el navegante debía para continuar su marcha, inclinar sus alas en sentido inverso.

Máquina de volar, de Otto Lilienthal.

Esta descripción nos hace saber de qué modo se produjo la catástrofe á que nos referimos: el centro de gravedad de la máquina se encontraba únicamente asegurado por el peso del cuerpo del navegante; si por un salto brusco de viento éste es sacudido, si el péndulo hace una oscilación demasiado amplia, las alas, zozobradas, no presentan ya en su descenso sino una superficie convexa. En este caso, no sirve el paracaidas y la máquina cae pesada y rapidamente al suelo, después de haber dado una vuelta sobre sí misma.

Así, pues, Lilienthal murió víctima de una imperfección en la construcción de su máquina; pero el principio de su sistema de navegación aerea se honrará lo mismo que su memoria, y los sabios no renunciarán á continuar experiencias que él ha iniciado.

Princesa Helena de Montenegro

BODAS REGIAS.

Oficialmente se ha anunciado, causando general sentimiento de satisfacción en Italia, los esponsales contraidos entre el Príncipe de Nápoles y la Princesa Helena de Montenegro.

Víctor Manuel Fernando de Saboya, príncipe de Nápoles, y presunto heredero de la corona de Italia, hijo único del rey Humberto, nació en Nápoles e. 11 de noviembre de 1869; ingresó al ejército desde edad muy temprana, habiendo obtenido el grado de teniente general.

Helena, es hija del príncipe Nicolás y de la princesa Milena de Montenegro; nació en Cetinje el 8 de enero de 1873; recibió brillante educación y cultivó con éxito la pintura y el dibujo, habiendo recibido envidiables premios y felicitaciones de los artistas de Dresde.

De las hermanas mayores de la princesa, Militza está casada con el gran duque Pedro Nicalaivitch de Rusia, y la princesa Stana con el príncipe de Leuchtenber, Jorge de Romanovsky.

El proyectado matrimonio que unirá la legendaria casa de Saboya con la obscura de Montenegro se verificará en octubre ó noviembre, y á ese objeto ya están preparando á la novia con instrucciones y enseñanzas, para que ingrese á la iglesia católica, donde será bautizada, Monseñor Malinovich, obispo de Antivari es el encargado de la conversión.

Es tanta y tan grande la preponderancia de Rusia en los asuntos europeos, que la misma Italia que forma parte de la Triple Alianza, se ve compelida por medios indirectos á buscar no ya la liga con la poderosa nación, sino siquiera la amistad del príncipe de Montenegro, cuya única significación está en sus relaciones de obediencia sumisa al gabinete de San Petesburgo.

Así son por lo común las alianzas de familia entre las testas coronadas. La razón de Estado, la conveniencia política, son el criterio único que guía tales uniones.

Los ministros discuten, los soberanos deliberan y se dan palabra de casamiento dos influencias.

El Trasatlántico mayor del mundo.

En el presente mes se botará al agua el nuevo buque trasatlántico «Pensylvania,» que será el mayor del mundo, y con una sola excepción, el buque más grande que hasta ahora se ha construido.

Los vapores de mayores dimensiones actualmente, son los de las líneas *White Star* y *Hamburg American.* Pueden llevar de siete á ocho mil toneladas de cargamento, ó lo que es lo mismo, sus bodegas podrán contener una carga de ese peso, en el cual no se incluye el peso de la tripulación y de los pasajeros.

Pues bien, el «Pensylvania» tendrá una capacidad doble. Las dimensiones del nuevo buque, que se está construyendo en Belfast, son como sigue: longitud, 568 pies; ancho, 62 pies; frontal, 42 pies.

Tendrá veinte mil toneladas de desalojamiento, y se estima que puede llevar una carga de catorce mil toneladas, lo que es casi el doble de lo que llevan los mayores buques que están actualmente en servicio. El «Pensylvania» tendrá máquinas de cuádruple expansión, con una fuerza total de 7,000 caballos. Su longitud, de 568 pies. supera á la de los mayores buques, y lo mismo puede decirse de la anchura y frontal.

Los ingenieros creen que la nueva embarcación podrá desarrollar una velocidad de catorce á quince nudos por hora. La enorme capacidad de este buque, sólo puede comprenderse comparándola con la de los coches de carga usados en los ferrocarriles. El carro más grande de las líneas de vía ancha puede contener treinta toneladas; así es que, en las bodegas del «Pensylvania,» se puede llevar el contenido de 46 carros de carga.

El nuevo buque tendrá 228 camarotes, y podrá dar alojamiento 1,500 pasajeros de tercera clase. Es probable que en el mes de Octubre haga su primer viaje entre Hamburgo y Nueva York.

El «Pensylvania,» como ya dijimos, será el buque más grande que se ha construido hasta ahora, con una sola excepción. Este es el famoso *Great Eastern*, que fué construido en 1858 en Mil-wall-en-the-Thames. Sus dimensiones eran: longitud, 691 pies; ancho, 83, y frontal 48. Tenía 32,160 toneladas de desalojamiento, y podía contener 18,915 toneladas de carga. Llevaba una máquina de acción horizontal, con cuatro émbolos de 84 pulgadas de diámetro. Tenía seis calderas que desarrollaban una fuerza de 6,000.

Además de esto, el *Great Eastern* tenía 6,500 pies cuadrados de velas. Hizo varios viajes á través del océano, pero estaba tan mal construido, que se creyó muy peligroso seguirlo usando, y al fin fué despedazado y vendido como metal y madera vieja.

El «Pensylvania» estará, además, lujosamente decorado.

Victor Manuel Fernando, Príncipe de Nápoles.

TEATRERIAS.

Maggi continúa en Arbeu manteniendo el sagrado fuego del arte.

Los Provincianos en París. La mujer de Claudio. Hamlet, Quien sepa el juego que no lo enseñe y La Tía de Carlos. esta última á beneficio del actor Sr. Della Guardia, llenaron los programas de la semana anterior.

Menos esquivo nuestro público *dilettanti* ha acudido en mayor escala á Arbeu y salido complacidísimo del desempeño y elección de obras.

En *Orrin* se han verificado con poco éxito representaciones de zarzuelas y opera.—Rigoletto fué un fracaso y suerte parecida corrieron las demás obras.

Rosario Soler hizo su *debut* en el Principal con *Chateaux Margaux*, que se nos ha servido casi á diario, con éxito para la Empresa.

La nueva tiple posee una voz de agradable timbre y corta extensión. Aún no domina bien la escena pero tiene condiciones excelentes para llegar á ser una tiple cómica; en cambio es notabilísima *cantaora* de flamenco lo que ha demostrado con las *peteneras* que canta noche á noche y galantemente repite varias veces á petición del incansable público que concurre á las tandas.

Y el público está en lo justo, esas *peteneras* no se oirían mejor en los cafes cantantes tan en boga ahora en el viejo Continente.

Rosario Solèr. Nueva Tiple del Principal.

Lluvia experimental.

Un naturalista belga, M. L. Ervera, ha realizado una experiencia muy curiosa, por la cual ha reproducido, en una vasija, el fenómeno un poco misterioso de la formación de la lluvia.

Ervera toma un vaso cilíndrico que mide de alto veinte centímetros con un diámetro de diez centímetros, que llena hasta la mitad de alcohol á noventa y dos por ciento. Tapa la vasija con una tapa de porcelana, y la pone á calentar al baño-maría hasta que está próxima la ebullición del alcohol.

Retira después la vasija del baño y, sin agitarla, la pone sobre una mesa. Al cabo de algunos minutos, la tapa se ha enfriado, los vapores del alcohol comienzan á condensarse en su proximidad y se forman verdaderas nubes, muy visibles, que no tardan en revolverse en finas gotas. Estas, pronto caen regulares, verticales, innumerables, en el líquido, que se parece, si no á una tempestad, sí al menos á una verdadera lluvia en un vaso de agua. Estas gotitas, puestas en el microscópio, miden de cuarenta á cincuenta milímetros de diámetro, y la caída puede durar una media hora.

A medida que el aparato se enfría, el nivel en que se efectúa la condensación baja, y se ve arriba de la zona de nubes, una zona completamente clara. En pequeño se vé toda la circulación acuosa de la atmósfera. El líquido que se evapora representa el océano, la parte más alta el cielo puro, y entre los dos, las nubes que se revuelven en lluvia, la cual retorna al océano.

FRANCISCO MELITÓN VARGAS, Obispo de Puebla.

El Ilustrísimo Sr. Vargas, Obispo de Puebla.

El lunes, á eso de las tres de la tarde, falleció en la ciudad angelopolitana el venerable Pastor de aquella grey, Don Francisco Melitón Vargas.

Era el Sr. Vargas oriundo de Ahualulco (Jalisco), de humilde familia; estudió en Guadalajara, en el Seminario Conciliar de aquella capital que tan pródigo ha sido en doctos y virtuosos prelados, muchos de los cuales rigen diócesis importantes.

Su carrera eclesiástica fué una no reducida serie de buenas obras, y nadie olvida aún su abnegación heroica cuando en 1884, con motivo de la fiebre amarilla que se desarrolló en el litoral del Pacífico, se quedó como único sacerdote en la ciudad de Colima, apestada, y llevó de tugurio en tugurio su inagotable caridad y sus paternales consuelos. Era entonces Obispo de Colima, y habiendo agotado todos sus recursos en esos días aciagos, empeñó su propia cruz episcopal para llevar alimentos á los enfermos.........

Del Obispado de Colima pasó el Ilustrísimo Sr. Vargas á Puebla, donde fueron incontables sus beneficios, notable su celo apostólico é inmensa su caridad, y donde ha muerto en medio de las bendiciones de su grey.

Nosotros que amamos á la ciudad angelopolitana, nos unimos á ella para lamentar la muerte de varón tan digno, y en estas líneas hacemos al presente la expresión de nuestra sincera condolencia.

A nuestros lectores.

Ahora que estamos seguros de la ilustración y buen criterio de los que nos leen, y guiados por el afán de mejorar siempre nuestro semanario, iniciamos en El Mundo, con el grabado que representa al Sr. Presidente de la República haciendo sonar la campana de la Independencia, la publicación de escenas tomadas del natural, suponiendo razonablemente que no se nos exigirá ni la fidelidad absoluta de las fisonomías, ni la absoluta precisión de los detalles, imposibles de obtener en esta clase de trabajos, que no son copias fotográficas, sino dibujos bosquejados en el lugar de los sucesos y acabados con el poderoso auxilio de la memoria del artista.

Prima á nuestros suscritores.

Acompañamos al número de hoy un hermoso fotocromo á siete colores, que nuestros abonados hallarán sin duda de su gusto. Nos permitimos hacerles notar la diferencia que hay entre éste y el primero (El Monaguillo) que publicamos, lo cual acusa un adelanto que procuraremos vaya en aumento en las primas que posteriormente les ofreceremos.

Otro pago de $2,000 de "La Mutua"

EN COSCOMATEPEC.

Coscomatepec, Agosto 31 de 1896.

Sr. D. Carlos Sommer, Director General de «La Mutua.» México.—Muy señor mío:

Hoy me ha sido entregada por el Banquero de la Compañía en esta Villa cuya sucursal en nuestro país vd. tan acertadamente dirige, la suma de ($2,000) DOS MIL PESOS PLATA, importe de la póliza número 717,543 que á favor mío y de mis menores hijos tomó, apenas va á hacer un año, mi finado esposo el *Sr. Don Miguel Loyo Rodríguez.*

Debo tanto á Ud. como al Sr. Don Manuel Alcérreca, Agente de esa Compañía, las gracias por la eficacia con que para evitarme molestias y dificultades, han procedido en este asunto, y me complazco en dárselas muy expresivas.

También me tomo la libertad de suplicar á Ud. encarecidamente haga presente á los Señores Directores en Nueva York, nuestra gratitud.

Muy reconocida quedo de Ud. afectísima servidora.—GUADALUPE DOMINGUEZ DE LOYO.

COLUMNA DE HONOR QUE ACOMPAÑÓ LA CAMPANA DE EL MUSEO DE ARTILLERÍA AL PALACIO NACIONAL

15 de Septiembre de 1896.

El Señor Presidente de la República haciendo sonar la Campana de la Independencia.

Las fiestas de la Patria.

El tiempo, el viejo Saturno, devorador de sus propios hijos, los años, respeta, pues, algo: el recuerdo de las patrias glorias y de los patrios mártires. Hay, pues, un amor que no perece: el amor nacional. En vano ante él se hunden las estaciones, los años, los lustros y los siglos; en vano las mismas generaciones se suceden......... Perdura como llama indestructible; pasa como rico legado de las almas de los padres á las almas de los hijos...... Todos los demás amores se derrumban en rededor de él, que fructifica, que aun sabe el secreto de la germinación de los heroes y de los mártires.

Muchos siglos hace que el llamamiento heroico de Pelayo repercutió en las montañas de Asturias, y aun se conmemora ese recuerdo, y el vigor y el entusiasmo de esta conmemoración, acrecen cada centuria, cada aniversario.

Un siglo hará pronto, que el humilde cura de Dolores bautizó nuestra libertad, y hoy amamos quizá á ese Padre nuestro con más amor que lo quisieron aquellas ovejas humildes que convocara á la diaria oración.

Durante los diecisiete lustros que nos separan de aquellas redentoras luchas......... cuántos cambios hemos presenciado; fratricidas contiendas, kaleidoscópica sucesión de partidos, hasta llegar al equilibrio, á la paz definitiva. Y á través de ese mar encrespado de los sucesos en que la nave de la patria ha podido tantas veces zozobrar, ha habido algo inmutable, sin embargo, un faro de potente luz brillando eternamente, magüer el turbulento azotar de las marejadas: este faro ha sido el amor á los que nos dieron patria, lazo de unión entre las generaciones que se desmoronan en el polvo, y las que surgen con plétora de savia; y este faro acaba de lanzar hoy, en el octogésimo sexto aniversario de nuestra liberación social y política, sus más vivos y potentes resplandores.

El entusiasmo popular, como impetuosa corriente de aguas vivas, se ha desbordado por donde quiera, conmovedor é incontrarrestable.

Hondo consuelo causa este desbordamiento porque es augurio de una solidaridad nacional, cada día más segura y que se erguirá omnipotente y firme ante todos los conflictos, ante todas las adversidades, ante todos los peligros.

Pero procedamos á hacer una breve reseña de las fiestas nacionales, á la cual acompañen las fotografías tomadas de las principales escenas. No llegaremos tan á tiempo ante nuestros lectores, que no tengan éstos una noción general de los festejos, proporcionada por *El Imparcial*, pero ni con la índole de nuestro semanario cuadra la información inmediata, ni pretendemos hacer de este artículo una serie de notas áridas, sino un reflejo de nuestras impresiones en estos días de general regocijo.

* * *

La campana de la Independencia, esa sagrada reliquia trasladada á la Capital desde el humilde campanario de la parroquia de Dolores, donde congregó á los primeros mártires de nuestra autonomía, vino á dar un toque de novedad conmovedora á las celebraciones cívicas y un impulso poderoso al entusiasmo espectante de las masas.

Conocidas son de nuestros lectores las diversas etapas que precedieron á la instalación definitiva del esquilón San José, y no nos detendremos por ende á enumerarlas, describiendo sólo la entusiasta y espléndida instalación. Más si esta fué la ceremonia capital de las fiestas, algo la precedió, sin embargo, que merece mencionarse, y vamos á dedicar unas líneas á la *Jura de Bandera*, ceremonia la más conmovedora, sin duda, en el seno de nuestro ejército, y que se efectuó el 14 en la mañana en el Paseo de la Reforma, y en atención á que los Batallones 21 y 26 de infantería, habían cumplido los diez años que la Ordenanza previene para el uso de su bandera. La del primero de los batallones citados, concurrió á la sedición de Guerrero y á los disturbios de Papantla.

LA CAMPANA DE LA INDEPENDENCIA.

A las 8 a. m. del día indicado, los expresados Batallones y los Regimientos 1 y 2, ordenáronse en línea desplegada en el Paseo, encontrándose ahí muchos jefes y oficiales que iban á acompañar al Primer Magistrado de la Nación. Este, de gran uniforme, presentóse en carruaje abierto; acompañábanlo el Secretario de la Guerra y el General Escobedo, invitado especialmente para el acto, en el mismo carruaje, y seguíanlo en coche, los Señores Generales Mena y Vélez, escoltándolo el Estado Mayor.

Llegada la Comitiva frente al 21 Batallón, los personajes indicados apeáronse de sus carruajes. El Sr. Gral. Cueto Jefe del Batallón, despidió la bandera usada y en seguida entregóse la nueva al Sr. Gral. Díaz. Esta, conforme á nuevo decreto, es cuadrada y de noventa centímetros por lado, de seda y con el escudo mexicano. Al empuñarla el Sr. Gral. Díaz, dirigio á los jefes y oficiales una vibrante y hermosa alocución, y en seguida se hizo una descarga general. El Sr. Presidente pasó después ante el 26 Batallón, y con palabras no menos entusiastas y hermosas, hizo la entrega de la otra bandera, regresando luego con sus acompañantes al Palacio Nacional.

* * *

Terminábase entre tanto en la glorieta de Colón la organizacion de la comitiva que debía desfilar con la Campana de la Independencia por la Avenida Juárez.

Componíase tal comitiva, de 7 grupos con diversos distintivos, estando representados los Estados de la República por numerosas comisiones. Iban además algunos otros grupos y gremios, y entre el sexto y sétimo, rodaba el carro alegórico, tirado por seis caballos ingleses de la más hermosa estampa, guiados por tres jockeys que cabalgaban en los tres caballos de la izquierda. El carro era de un primoroso efecto, con ruedas y lanza cubiertas de oro, llevando al frente el heráldico escudo de México entre vistosos trofeos de guerra, uno de los cuales estaba formado con el cañón que usó el Padre de la Patria. Colocóse en el centro el esquilón, ornado con amplia corona de laurel dorado, circundándolo un sol, que descansaba sobre un haz de banderas tricolores. Custodiaba la reliquia una división al mando del Sr. General Alonso Flores, algunos de cuyos cuerpos formaron valla en todas las calles que recorrió la inmensa comitiva: Avenida Juárez, San Francisco, Plateros, Mercaderes y Diputación, para llegar á Palacio, donde los grupos 8º y 9º se habían ya instalado.

El acto oficial se afectuó en una hermosa plataforma, adornada muy ábilmente. Ocuparon los sitios de honor el Sr. Presidente, sus ministros, y algunos otros personajes, y llegado el carro alegórico y asegurada la campana por el garfio de la grúa que debía levantarla, el Sr. General Rocha, Presidente de la comisión que trajo la campana de Dolores, dirigió al primer Magistrado una oportuna alocución haciendo la entrega de la reliquia, alocución á que el Sr. Presidente respondió con breves pero expresivas frases, manifestando que año por año, la campana será tocada para recordar la amada voz que congregó á los patriotas en rededor del lábaro de la independencia.

Procedióse en seguida á izar la campana, maniobra que por diversas circunstancias fué laboriosa, y durante la cual las bandas militares tocaron varias piezas oídas con entusiasmo por el inmenso gentío que había invadido la plaza de la Constitución.

Cuando terminó la instalación de la campana, soltáronse innumerables palomas con divisas y empezó el desfile de las tropas.

Las calles por donde se efectuó el desfile, estaban brillantemente adornadas, y las señoritas, aglomeradas en los balcones, arrojaban al paso de la Comitiva *confetti* y serpentinas.

* * *

El día 15, á las nueve y treinta minutos de la mañana, abrió sus puertas el Salón de Embajadores del Palacio Nacional, y el Sr. Presidente de la República, acompañado de sus Ministros, recibió á los altos Jefes del Ejército y á la numerosa oficialidad. Incontables felicitaciones fueron dirigidas en ese día al respetable Jefe de la República y tal fué la solemnidad capital de la mañana.

Por la tarde, en el «Eder Jai,» efectuóse una lucida fiesta en honor del Aniversario de la Independencia, á la cual asistió la concurrencia más selecta, presidida por hermosísimas reinas, que adjudicaron premios á los pelotaris vencedores.

Por la noche, el entusiasmo popular era indescriptible; numerosos edificios estaban iluminados, y la inmensa Plaza de la Constitución y los frentes de Catedral y de Palacio, estaban adornados con gusto.

El Zócalo, mostraba una iluminación del todo nueva, consistente en estrellas multicolores, portadas y arcos con haces de luz. A las 10 de la noche, reuniéronse en la Avenida Juárez más de dos mil hombres de las clases trabajadoras, los cuales recorrierron la Avenida con antorchas, faroles y estandartes, llegando cerca de las once á un extremo de Palacio. La multitud que se agolpaba en la Plaza de la Constitución era enorme.

A las once de la noche apareció en el balcón principal de Palacio el Sr. Presidente, acompañado de sus Secretarios de Estado y una Comisión del Ayuntamiento. Como por ensalmo cesaron los rumores de la inmensa multitud, y el Sr. Gral. Díaz, tremolando la bandera nacional, hizo sonar el histórico bronce, sonido al cual siguieron lluvias pirotécnicas, globos y repique general, diseminándose después por las calles la multitud entusiasmada.

* * *

El 16, última etapa de los festejos patrios, inició la serie de sus actos de regocijo con el desfile por nuestra principal Avenida, de los gremios y Comisiones que, precediendo al Sr. Presidente de la República, á sus Ministros y á otros personajes, se dirigieron á la Glorieta Central de la Alameda.

En la glorieta central habíase levantado un elegante pabellón, donde la comitiva se instaló, ocupando los sitios de honor el Presidente y sus Ministros, y comenzó

la solemnidad con la obertura de *Semíramis*, á la cual siguió la lectura del acta de la Independencia. Después el Sr. Lic. Emeterio de la Garza pronunció un hermoso discurso, que á continuación de estas notas reproducimos, y concluido el cual, subió á la tribuna el Sr. Enrique Pérez Valencia.

Terminada la solemnidad, retiróse de la Alameda el Sr. Presidente y comenzó el desfile del ejército, con el lucimiento de costumbre por las principales calles, hermosamente adornadas. Durante él eleváronse numerosos globos.

Por la noche ilumináronse los edificios públicos y muchos privados, y el movimiento en las principales arterias fué animado, hasta que lo impidió una lluvia molesta, no permitiendo que se quemaran los fuegos artificiales que había preparados, los cuales se transfirieron hasta la noche de hoy,

Como notas complementarias debemos hablar de la entrega oficial de las estátuas de Chihuahua, hecha en el Paseo de la Reforma el día 15 por la mañana al H. Ayuntamiento, por los delegados del Estado antes dicho.

Son estas estátuas las de los heróicos generales Esteban Coronado y Manuel Ojinaga

Al hacerse la entrega, el Sr. Jesús Valenzuela, uno de los delegados, pronunció un elocuente discurso.

El 16 como es costumbre abriéronse las cámaras, leyendo el Sr. Gral. Díaz su mensaje presidencial.

El 17 en la mañana, efectuóse en la glorieta central de la Alameda una conmovedora fiesta infantil costeada por el Ayuntamiento y en la cual respetables damas repartieron á los niños ahí congregados numerosos juguetes.

Como última nota, hablaremos del premio obtenido por La Esmeralda merced á su adorno floral. Este premio decretado por el ayuntamiento al edificio mejor adornado de nuestra principal Avenida, era de cien pesos. Una de las fotografías que publicamos representa á La Esmeralda con su adorno tan sencillo como elegante. La verdad es que á ese palacio, como las hermosas muchachas, bástales un lazo, un ramillete de flores, para triunfar. En su esbeltez lleva su victoria.

Las diversas demarcaciones celebraron con varios festejos la conmemoración nacional, figurando en lugar preferente varios espectáculos. En las hermosas villas del Distrito el entusiasmo no fué menor que en la capital. Los Ayuntamientos con el concurso de los vecinos, dieron mucho lucimiento á las fiestas.

Dejan estas muy gratos recuerdos y halagadoras esperanzas. Pueda el año que viene hallarnos en estado de progreso y prosperidad tales, que el lucimiento con que celebremos las patrias conmemoraciones, deje un eco en los anales de nuestra historia.

BALCÓN CENTRAL DE PALACIO— INSTALACIÓN DE LA CAMPANA.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR. LIC. EMETERIO DE LA GARZA (JR.) LA MAÑANA DEL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1896,

[Fragmento.]

Había comenzado la obra de reconstrucción en el gran taller de la humanidad.

Era necesario destruir el mundo y reedificarlo después, pero reedificarlo con bases muy profundas y muy sólidas, con amplias y esbeltas arquerías para respirar el aire libremente y dar paso á la luz del sol, con cristales muy claros y muy transparentes para ver á Dios, y estar en comunicación eterna con El.

Rousseau había presentado este proyecto y lo apoyaba con admirable filosofía: «En lo de adelante habrá una asociación que defienda y proteja con toda la fuerza común la persona y los bienes de cada asociado, y por lo cual cada uno, uniéndose á todos, no obedezca más que á sí mismo y quede tan libre como antes.........»

La idea fué aceptada con entusiasmo—distribuyóse el trabajo—cada quien tomó su puesto—la empresa era titánica,—heroes y mártires de la libertad, los obreros, participaban de una naturaleza divina y humana.

El mismo Rousseau se encargaba de la propaganda y la hacía verdaderamente sugestiva, minando las tradiciones del pasado. Voltaire venía después á convencerse y á herir: porque Voltaire era un sátiro-sepulturero que tenía siempre un sudario grotesco para envolver á sus víctimas y una carcajada sangrienta para desgarrar el velo y ofrecerles el desprecio universal. Sucedió entonces que Mirabeau aprovechándose del entusiasmo general convierte la Asamblea constituyente en tribuna de la Francia, y de pie sobre la revolución de 93, soberbio, divino, como justicia del cielo, desencadena una tempestad de rayos. Y aquellos tres hombres hicieron rodar en el abismo al siglo XVIII, que nervioso, agitado, epiléptico, expiraba ya entre sacudimientos y convulsiones terribles.

Diríase que la humanidad entraba en agonía.

Era el momento épico.

Y como para despertar al Universo y que los astros fuesen testigos de esa gran batalla que iban á librar la *idea* y la *fuerza*, de cuando en cuando veíase cruzar en aquellas noches fantásticamente tenebrosas, el Angel de la Libertad, que batiendo sus alas como parpadeos de luminosa estrella, anunciaba al mundo el advenimiento del nuevo siglo y con él la resurrección de los pueblos.

Tres hombres también presentaron la idea de la libertad en América: Washington en el Norte, Bolívar en el Sur, Hidalgo en México.

Gloriosa página de una historia de la humanidad escribieron con su sangre los héroes de nuestra Independencia. Al leer en en ella la vida de esta gran Nación, sus triunfos dejan en la mente un reguero de luz, verdadera vía lactea centellante de preciosos recuerdos, que fascina y deslumbra como en nuestras noches primaverales, el húmedo cielo rociado con sus gotas de luz.

Hidalgo era un predestinado.
Su misión era divina.

Vivo, su bandera fué una imagen; muerto, sus restos se veneran en la Catedral.

Hay una dilatación del pensamiento del genio, como hay un acrecentamiento de vida en el mártir. La obra y la historia de Hidalgo no fueron un accidente, sino un resultado. El veía y aceptaba el sacrificio, en Chihuahua ó en otra parte, pero en los altares de la patria.

Su alma era una irradiación del espíritu de Dios que no latía para sí, sino para la patria. Animaba un cuerpo, pero era el de un héroe: al abandonarlo, veía volver á la conciencia nacional, y palpitar y conmover cada pecho mexicano. Por eso á su muerte, el pueblo, gloriosamente vencido con Cuauhtémoc, despierta del sueño enervante y cruel á que lo sujetara la Dominación, sacude sus miserias, lanza un grito desgarrador—era el dolor de trescientos años sofocado dentro del pecho—y en el paroxismo del delirio, vuelve á la lucha. Fué abnegado, fué heróico, fué titánico, fué gigante, hasta que un día, día de gloria para la patria y de regocijo para la humanidad, victorioso, enérgico, viril, de pie sobre un trono que acababa de herir, entona el himno sagrado de la libertad......

Hidalgo, que en Dolores es la inspiración de la Independencia, en el campo es un héroe, y aboliendo la esclavitud en la encarnación de la libertad: Morelos, pensador y soldado, por sus numerosas y continuadas victorias, comparable con Napoleón, que instala un Congreso en el fragor del combate, Morelos, que en el sitio de Cuautla e

CARRO ALEGÓRICO QUE CONDUJO LA CAMPANA AL PALACIO NACIONAL.

abnegado, digno, admirable, tan admirable como Cuauhtémoc en el sitio de México. Bravo, que perdonando á los españoles, momentos después de recibir la noticia de la muerte de su padre, llega á la Divinad como Cristo, pidiendo perdón para los que acaban de herirle en el pecho. Y el Pueblo Mexicano, nuestros hermanos de aquellos días, orgullo de la patria, verdaderos soldados de la libertad, el Pueblo Mexicano, peleando once años, en desventajosas y terribles circunstancias, con sus heroísmos sin recompensa, con sus martirios ignorados, alimentándose con sus victorias, descansando un día como el sol que se oculta trás de las nubes, para mostrarse al siguiente más espléndido y hermoso;—tal es la guerra de la Independencia mexicana; es el triunfo que nos entusiasma, es la patria, sublime amor que hace de todas las voces una plegaria y de todos los corazones una alma; es la historia de nuestros padres: historia digna de Dios y de la humanidad.........

Y hoy que el pueblo, ébrio de gloria, sobre el pedestal de sus victorias, se conmueve al descubrir su pecho lleno de cicatrices y de luz; hoy que los manes de los heroes de la Independencia flotan á nuestro derredor, invisibles como Dios pero como El bendiciendo á sus hijos—quisiera dar á mi voz notas tristísimas de *miserere* y alegrías radiantes de felicidad, algo sagrado y quejumbroso, como plegarias y lágrimas para llevar á su tumba; y algo espléndido, como lo inmortal, como lo divino, para resistir á su apoteósis.

Sí; la sangre, la vida, el martirio, todo; pero la Independencia estaba hecha.

El viento inpregnado de nuestras quejas al cruzar los campos incendiados había arrastrado las llamas devoradoras y llevándolas alto, muy alto, amenazan prender fuego á los cielos clamando justicia; con la sangre de nuestros padres se había formado en las fronteras una línea divisoria, humeante, sensible; las lágrimas de nuestras madres habían regado las calles de la ciudad; el hogar abandonado estaba frío, frío como la miseria, como la muerte, como los gritos del dolor; por cada pedazo de tierra se había entregado un miembro de nuestra familia y tantos y tan queridos han muerto, que este suelo es un gran cementerio donde reposan las cenizas y los restos de nuestros padres, y no puede pisarlo ya el extranjero, porque la tierra sagrada no se profana.........

Suficientemente hombres para vencer al más valiente y aguerrido de los conquistadores, en lo de adelante seríamos suficientemente soberanos para hacernos respetar......

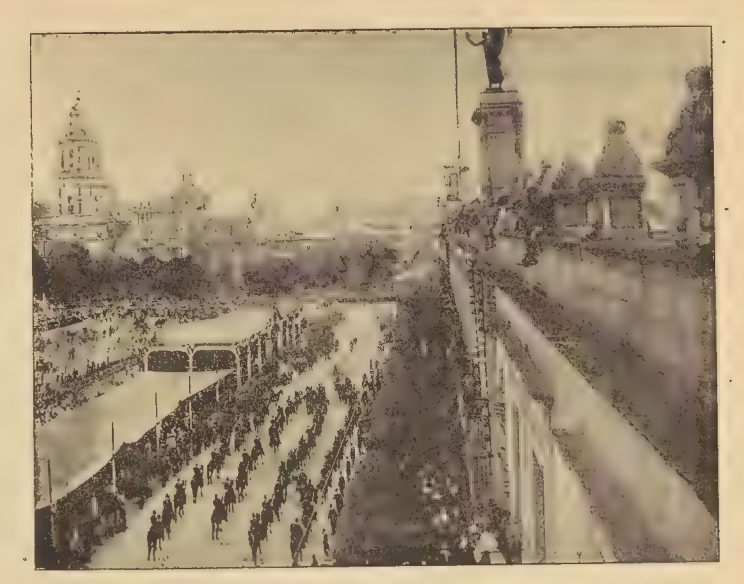
Entonces pudo observarse uno de esos fenómenos que preocupan al pensador y merecen toda la atención del sociólogo.

Habíamos hecho una Independencia—pero necesitabamos sentirnos independientes, faltaba la libertad civil. Podíamos ir libremente de uno á otro extremo de la patria, sí; pero dentro del pecho el alma no podía ir libremente de uno á otro extremo de sus deseos, el pensamiento no podía aletear en toda la extensión del horizonte.

Faltaba la independencia de la idea, faltaba la independencia de la conciencia. Era necesario libertar al corazón del fanatismo, libertar al cerebro de la ignorancia, quitar del pecho el terror fantástico del infierno é inculcarle el sentimiento honrado del deber.

Y empezó de nuevo la lucha, espléndida, gloriosa, adorable.

Se peleaba con la fuerza de la razón, no con la razón de la fuerza. Las inteligencias brillaban al chocar, el fragor de los combates producía luz, la victoria, luz, más luz.



ASPECTO DE LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN DURANTE EL ASCENSO DE LA CAMPANA.

El Estado aparecía como el Júpiter olímpico de la época homérica, sujetando al trono y lanzando rayos.

Se abrió la Escuela, se imprimió el libro, se fundó el periódico, se abandonó la espada por la pluma, y allí donde había un guerrero surgió el Legislador. El combate era precioso: no ya ejército contra ejército, sino la idea contra la idea, el campo de batalla no era el de Marte, sino el Parlamento; no vencía el más fuerte, sino el que razonaba mejor, y sabios, filósofos y tribunos fueron los heroes de esta segunda guerra de Independencia: LA REFORMA.

Y cuando se necesitó que la fuerza apoyara á la idea, se iba á la guerra, no con el placer estúpido de matar por oficio, sino con el doble objeto de salvar un principio, para defender una idea, la Independencia misma amenazada quizá.

El ejército no era el Dios Mitológico de rabia brutal, sino el ciudadano viril peleando por la República. Después de cada combate el vencedor no se entregaba al saqueo y al pillaje, no obtenía un pedazo de tierra, sino que enseñaba un principio, promulgaba una Ley.

Hubo encuentros de inteligencias titánicos, en que después de mucho discutir y pensarlo más, el resultado era magnífico: la Constitución de 57, la desamortización, las leyes de Reforma con su libertad de cultos, separación de la Iglesia y del Estado, matrimonio civil, sufragio libre....

Así adquirió el pueblo libre la conciencia de su libertad. El primer periodo de la guerra nos devolvió la patria, el segundo la conciencia.

Cayó el conquistador á los golpes de la fuerza, y la fábula á los golpes de la inteligencia, y ahora ni el hombre tiembla al chasquido del látigo, porque libre, no tiene dueño, ni el alma tiembla al oír el trueno del tempestuoso cielo, porque honrada y limpia, no teme al cielo.

Hijo del pueblo—educado en su amor y para su amor—hablar del pueblo y con el pueblo será siempre mi eterna ambición, hoy que he sido el elegido para venir á recordar sus triunfos, transfigurado con su aliento, en presencia de tanta gloria, yo puedo dirigirme desde la tribuna más liberal de América á la tribuna más liberal de Europa y decir que no fué la forma Republicana la causa de nuestras guerras, como asegurará Mr. Thiers en el Parlamento Francés al contestar el discurso del Trono. No; la guerra se ha hecho en México para alcanzar la Independencia, para reivindicar una raza altiva y viril, bárbaramente conquistada, para probar al Mundo que somos y sabemos ser libres.

LA ESMERALDA.—PREMIADA POR SU ADORNO FLORAL EN LAS FIESTAS DE LA PATRIA.

Hidalgo tenía todas las condiciones de un vencedor; debía vencer y venció. Venció con el alma conquistando adictos, venció con la palabra propagando la idea, venció con la espada en Granaditas y en el Monte de las Cruces; venció por sí mismo: Morelia le abre las puertas á su presencia, venció la desgracia: su encuentro con Calleja en el Puente de Calderon, no fué un desastre; su derrota tiene destellos de heroísmo desesperante, venció en el martirio—la alegría del verdugo dura el instante en que brilla su puñal, su recompensa es el salario; pero la gloria de Hidalgo es eterna; su recompensa, la gratitud nacional.

Una palabra más de unión—homenaje al progreso, justificación del pasado.

La Representación nacional decretaba no ha mucho aún, que el 30 de Julio sería día de luto para la patria, dando así forma á los pesares y dolores del pueblo, y cuando la Urna que contiene los restos de los héroes de nuestra Independencia pasaba por las calles de la enlutada ciudad y temblando de amor y de respeto nos arrodillábamos y escuchábase el eco de nuestras plegarias impregnando de religiosas armonías los horizontes de la patria; hubo un momento de profundo é imponente silencio, la tristeza de la República cubrió su cielo, se abrió un paréntesis en su vida agitada y nerviosa, y el Eterno Soñador, abrió las puertas de su augusto Templo y entre los coros de sus campanarios y las nubes de sus inciensos colocó la sagrada Urna en preferente lugar, imitando á la pompa y solemnidad con que Dios abrió los cielos y sentó á la diestra á su hijo que acababa de morir en una cruz proclamando la Indepedendencia de la humanidad.

Oh! Realización del supremo ideal, unión deseada. Ya no somos liberales ni conservadores; ante la Independencia somos Mexicanos. Somos la República que en su avance hacia el progreso, al pasar frente á vuestra tumba se detiene, se descubre, se arrodilla— oramos.

Ha llegado de nuevo el momento épico, pero no de la guerra, sino de la paz.

Hilos de plata doran las fronteras asimilando las costumbres, el idioma, distribuyendo el trabajo. Ciudades flotantes se balancean en el mar, ondeando el pabellón mexicano, y burlándose de sus iras en alas del vapor. El pensamiento se comunica de uno á otro extremo del mundo en el tiempo suficiente para enunciarlo. La voz va á largas distancias con la rapidéz de su propio sonido. Desde lejos se distinguen las altas chimeneas de la orgullosa ciudad que convida al trabajo, repartiendo energías. Nacionales y extranjeros, todos hermanos; diferentes Estados, todos habitantes de la *Magna Civitas*, formamos el gran Mercado, en que ofrecemos nuestros productos y saciamos nuestras necesidades. México invita al Mundo, á la Exposición Universal, y como la Grecia en tiempos de su antiguo explendor se prepara á celebrar la Gran Olimpiada del Trabajo.

Bendita sea la República mexicana, libre, trabajadora, inteligente!

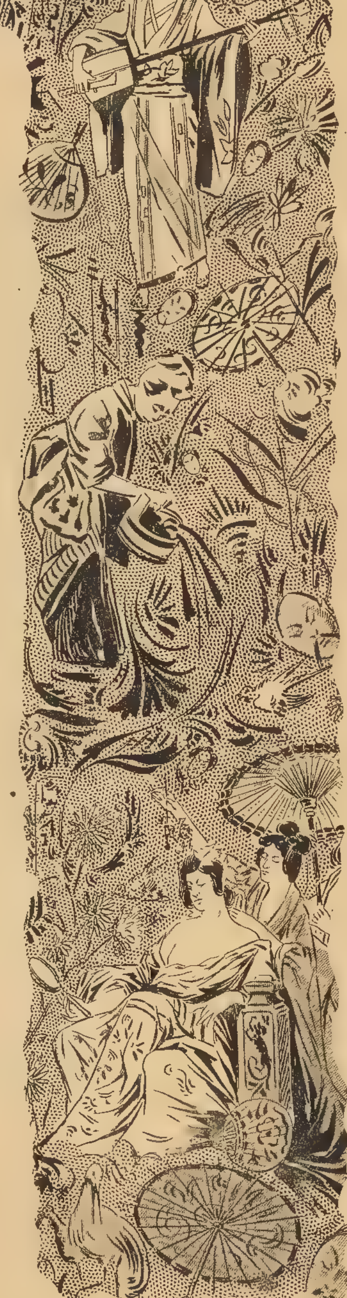
Un buen pintor da inmortalidad á un mendigo; uno malo ridiculisa á un emperador.

Leon Daudet.

—

Los optimistas son los únicos que tienen el derecho de persuadir y de conducir á los hombres.

Melchor de Vogue.



PAGINA JAPONESA

KAKÉMONO.

Hastiada de reinar con la hermosura
Que te dió el cielo, por nativo dote,
Pediste al arte su potente auxilio
Para sentir el anhelado goce
De ostentar la hermosura de las hijas
Del país de los anchos quitasoles
Pintados de doradas mariposas
Revoloteando entre azulinas flores.

Borrando de tu faz el fondo níveo
Hiciste que adquiriera los colores
Pálidos de los rayos de la luna,
Cuando atraviesan los sonoros bosques
De flexibles bambúes. Tus mejillas
Pintaste con el tinte que se esconde
En el rojo cinabrio. Perfumaste
De almizcle conservado en negro cofre
Tus formas virginales. Con obscura
Pluma de golondrina puesta al borde
De ardiente pebetero, prolongaste
De tus cejas el arco. Acomodóse
Tu cuerpo erguido en amarilla estera
Y, ante el espejo oval, montado en cobre,
Recogiste el raudal de tus cabellos
Con agujas de oro y blancas flores.

Ornada tu belleza primitiva
Por diestra mano, con extraños dones,
Sumergiste tus miembros en el traje
De seda japonesa. Era de corte
Imperial. Ostentaba ante los ojos
El azul de brillantes gradaciones
Que tiene el cielo de la hermosa Yedo,
El rojo que la luz deja en los bordes
Del raudo Kisogawa y la blancura
Jaspeada de fulgentes tornasoles
Que, á los granos de arroz en las espigas,
Presta el sol con sus ígneos resplandores.

Recamaban tu regia vestidura
Cigüeñas, mariposas y dragones
Hechos con áureos hilos. En tu busto
Ajustado por anchos ceñidores
De crespón, amarillos crisantemos
Tu sierva colocó. Cogiendo entonces
El abanico de marfil calado
Y plumas de avestruz, á los fulgores
De encendidas arañas venecianas,
Mostraste tu hermosura en los salones,
Inundando de férvida alegría
El alma de los tristes soñadores.

¡Cuán seductora estabas! ¡No más bella
Surgió la Emperatriz de los nifones
En las pagodas de la santa Kióto
O en la fiesta brillante de las flores!
Jamás ante una imagen tan hermosa
Quemaron los divinos sacerdotes
Granos de incienso en el robusto lomo
De un elefante cincelado en bronce
Por hábil escultor! ¡El Yoshivara
En su recinto no albergó una noche
Belleza que pudiera disputarle
El lauro á tu belleza! ¡En los jarrones,
Biombos, platos, estuches y abanicos,
No trazaron los clásicos pintores
Figura femenina que reuniera
Tal número de hermosas perfecciones!

ENVÍO

Viendo así retratada tu hermosura,
Mis males olvidé. Dulces acordes
Quise arrancar del arpa de otros días
Y, al no ver retornar mis ilusiones,
Sintió mi corazón glacial tristeza
Evocando el recuerdo de esa noche,
Como debe sentirla el árbol seco
Mirando que, al volver las estaciones,
No renacen jamás sobre sus ramas
Los capullos fragantes de las flores
Que le arrancó de entre sus verdes hojas
El soplo de otoñales aquilones.

JULIAN DEL CASAL.

CRISANTEMA.

Abatieron los faisanes
Su vuelo sobre la selva,
Se entrecerraron los lotos
En la arenosa ribera
Y á través de los bambúes
Ascendió pausada y régia,
Entre brumas argentadas,
La pálida luna llena
Cuando cayeron los remos
De la barca japonesa,
Surgió el daimio y se escucharon
Vibradoras estridencias;
Choques de címbalos aúreos
Y de las cítaras negras
Entre las notas, arrullos
De amorosa cantinela.
Caviloso el daimio y triste,
Su ancho abanico despliega
Que á los rayos de la luna
Como un astro reverbera;
Al palacio de los tréboles
Tiende su mirada inquieta;
Pero nada ven sus ojos
Y en vano sus ansias vuelan;
Ha tiempo que los faisanes
Se escondieron en la selva
Y que plegaron sus cálices
Los lotos en la ribera;
¡Ha tiempo que ya no existe
Su adorada Crisantema!
Los lirios del Tokaïdo
En los tibores se secan
Y mientras que los perfumes
En el pebetero ondean,
Extendido bajo el ala
Gigante de una Quimera,
El daimio le pide al ópio
Consuelos á su tristeza.........
Dejad que el sutil veneno
Arda inflamando sus venas,
Y que evoque la memoria
De sus alegrías muertas!
Que la vida se apresura
Y que la muerte se llega?
Ya lo sabe el triste daimio!.........
No veis que cuando despierta
Da los éxtasis do vaga
Su adorada Crisantema,
Melancólico y sombrío
Fija su vista serena
En un ataúd de sándalo
Y en un sudario de seda?

JOSÉ JUAN TABLADA.

TRES LEYENDAS RUSTICAS.

I

Esto me lo contó, según creo, la señora Ciruela:

«Los duendes, espíritus malignos, se complacen en introducirse en las casas aisladas, en el campo, sobre todo, bajo la forma de utensilios domésticos, de marmitas, principalmente.

«En general, todo el mundo desconfía de las tales marmitas. Pero cuando alguien quiere cocer en ellas alguna cosa, se vuelven duendes, que se escapan haciendo muecas, mientras que el agua que estaba dentro se derrama sobre el fuego, y lo apaga.»

II

Esto lo he leído primeramente en un libro muy notable y muy poco conocido en el Japón; después he podido comprobar que es, en efecto, una creencia muy general entre los campesinos:

«La noche de Año Nuevo, basta gritar en un paraje aislado: *¡Gambari-nindo-ototo-ghiçou!* para ver aparecer inmediatamente una mano velluda en las tinieblas.»

III

Tomado del mismo libro:

«Cierta noche de invierno, los gatos celebran, en algun jardín aislado, una gran asamblea, que se termina con una ronda general á la luz de la luna.»

Viene en seguida ésta cláusula adorable, que recomiendo á todos los que se preocupan de averiguar el misterioso encanto de los gatos:

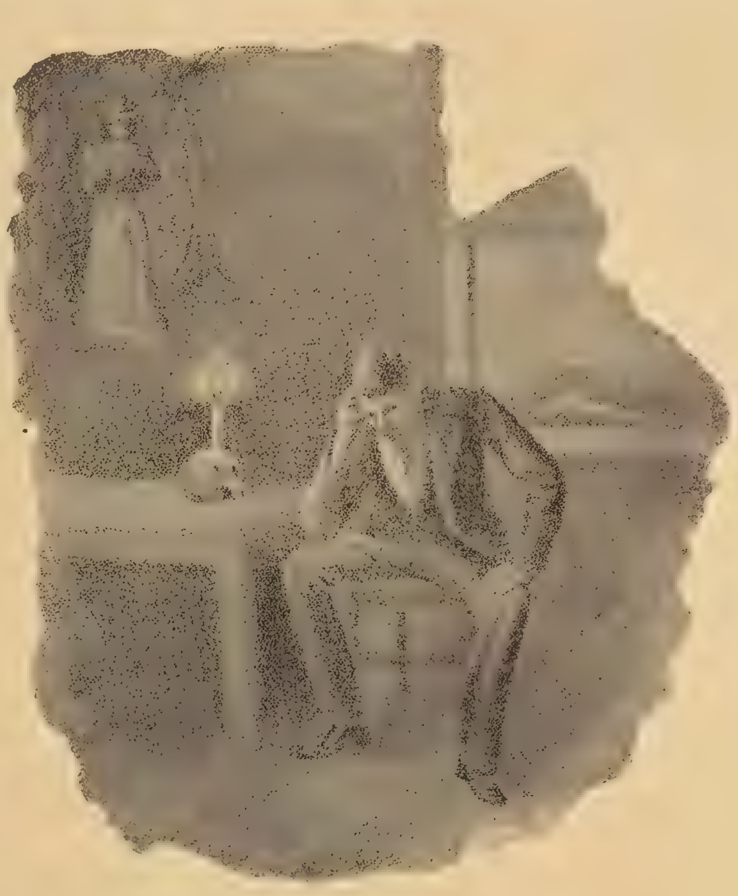
—*Para ser admitido en esta reunión, todo gato debe procurarse un fichú ó un pañuelo de seda con que cubrirse la cabeza para bailar.*

PIERRE LOTI.

Cuentos de anfiteatro.

UN ENSUEÑO.

......Sobre una plancha desocupada ardía un velón sostenido en las fauces sarcásticas de un cráneo de mandíbulas dislocadas;junto, la indispensable cafetera humeaba y aquel aroma penetrante de la infusión se esparcía en sutiles copos por las anchurosas bóvedas del recinto. La noche era dolorosamente obscura, densos cortinajes de neblinas opacas se extendían sobre la superficie de la tierra, como las alas de un colosal murciélago y la humedad de una lluvia fría y monótona se columpiaba en brazos del viento, penetrando al anfiteatro en bocanadas glaciales; tocaba á su fin la tempestad y, como últimas manifestaciones del fenómeno, brillaban alternativamente en opuestas regiones del cielo algunos relámpagos violáceos. La noche era dolorosamente obscura y apenas si se atrevían á pestañear tímidamente algunas estrellas pálidas en los girones de firmamento despejado.



Lateralmente alumbrada por la insuficiente luz del velón, la cara del estudiante tenía una expresión cruelmente triste; era pálido, con esa palidez de las cosas largo tiempo encerradas en la obscuridad, alto y delgado como los trovadores de las leyendas alemanas y contribuía á darle su expresión tristemente dolorosa la mirada febril de sus ojos profundamente claros. Leía atentamente un enorme volúmen y dejaba vagar por sus labios una sonrisa amarga y fina, sonrisa verdaderamente delicada; su mano acercaba á los labios una taza que cerca de la cafetera se encontraba, ó iba á oprimir sus sienes inclinadas sobre el libro. Leía atentamente: «Todas las causas que debilitan el organismo, favorecen el desarrollo de la tuberculosis; entre las más potentes debemos citar: la miseria, el exceso de trabajo, físico ó intelectual, y las pasiones tristes.»

«La tisis es más común en las clases miserables y en los conventos y colegios......» Y *él*, al leerlo así, sentía correr por sus labios todo el acíbar de su vida asombrosamente penosa, miraba correr los días de su infancia arrullados por la más cruel de las madres: la pobreza: él nunca había tenido caricias ni juguetes, jamás había sido niño, siempre aherreojado por la necesidad, débil y enfermizo, había llegado á cursar los años superiores de su carrera sin ver modificarse su organismo endeble, había llegado á ser hombre casi, siempre arrebatado por una imaginación malsana por lo voladora, siempre triste, siempre lúgubremente ensombrecido por el tedio que le roía el alma.

«La tuberculosis es más común en los jóvenes» (decía el libro) «su desarrollo está favorecido por el trabajo intelectual.... y las pasiones tristes» *El* deletreaba estas frases con esa extraña delectación con que catan los bebedores de líquidos amargos; «las pasiones tristes......» y al llegar á esta frase, como parvada de palomas blancas, cayeron sobre la bóveda las doce campanadas que nacidas en las sombras, anunciaban la media noche.

***

Afuera las últimas nubes partían volando á través del cielo negro, se agitaban temblorosamente las espléndidas constelaciones engarzadas en el terciopelo opaco del firmamento; adentro la vacilante luz de la vela, retorciéndose al soplo del aire, enjendraba en los rincones lejanos siluetas fugaces que danzaban descompasadamente; apenas si aquella claridad mezquina se atrevía á llegar hasta un cadaver que, allá en la penumbra, permanecía tendido impasiblemente bajo la dudosa blancura de una sábana maculada. La cafetera humeaba; el cráneo de mandíbulas dislocadas, reía sarcásticamente, sosteniendo entre sus fauces, la impotente vela.

***

¡Las pasiones tristes...... la miseria...... exclamó *él* con una entonación desgarradora. ¡Oh, sí, bien triste...... y hundiendo la cabeza entre las manos, hundió el pensamiento en el sombrío abismo de sus recuerdos! ¡Las pasiones tristes, repetía, ¿por qué la conocí, Señor? ¿por qué la quise?...... «son la causa más frecuente de la tuberculosis......» y el fatídico precepto, tenaz como las aves de los cementerios, revoloteaba por las obscuridades de su mente. De pronto, evocada por el desgarrador grito de sus recuerdos, surgió de las nieblas de su imaginación una figura luminosamente hermosa: ¡era *ella*, sí, era *ella!* y no había cambiado en nada su actitud desdeñosa y dominadora; animaba su rostro, lleno de diafanidades blancas, la misma sonrisa adorablemente altiva: ¡era ella! ¡la eterna impasible! ¡Ella, con toda la majestad de su altivez, dominando todavía aquella pobre alma maravillosamente amorosa y eternamente virgen!

La fiebre se manifestaba; el delirio desplegaba, riendo, sus fantasmagorías palpitantes y crueles; *él* soñaba, con las manos oprimiendo aquel cráneo que parecía estallar, con el pensamiento hundido en el sombrío abismo de sus recuerdos; pasaban ante sus ojos cerrados, todos los episodios desconsoladores de aquella enorme pasión abrumadora, tenaz, sin esperanza......... *Ella* avanzaba lentamente al lado del anciano enfermo...... era muy temprano...... la calzada desierta...... las estátuas recibían inmóviles los primeros chispazos del sol, que apenas doraba las más altas ramas de los árboles...... se respiraba un aire bueno, joven...... que coqueteaba con las corolas de las florecillas humildes del llano...... la lejanía nebulosa...... muchos pájaros...... y *ella*...... *ella*, que destacaba á lo lejos su ducal silueta, avanzaba lentamente al lado del anciano enfermo.... sí, muchos pájaros.... la mañana, la mañana fresca, aromada...... ¡cuántas flores, nuevas todas!...... virgencitas...... y *ella;* entonces *él* no estaba enfermo...... no...... nunca tosía...... ....

....

En la sombra, sobre el marmol sanguinoso, el cadáver permanecía impasible; silencioso testigo, parecía escuchar atentamente; la luz amarillenta daba á la sábana que lo cubría, el color del mármol viejo. La noche descendía lentamente; arriba volaban brillando las muchedumbres de estrellas temblorosas, las horas de la noche daban vuelta fatigosamente á la esfera inmensa del cielo; abajo la tierra dormía.

Sobre la plancha desocupada ardía temblando un velón, el cráneo reía en silencio y miraba con ojos vacíos, ojos llenos de misterio, la pálida frente del estudiante enfermo; junto de *él* estaba sentado el ensueño...... ¡Cuánta luz!....... *ella* se acerca......... no, no debía verlo......... ¡pronto, pronto!......

El se había ocultado trás el robusto tronco de un eucaliptus, quería verla, verla muy de cerca, y llegaba comúnmente cuando era todavía de noche; allí la esperaba y la veía...... *Ella*, se acercaba y *él* permanecía inmóvil, mudo, abrumado bajo el peso de aquella adoración inmensa, cruel, dolorosamente tenaz...... la conjunción tuvo lugar bajo aquella techumbre hojosa; *él* sintió bajo su frente algo así como el hálito helado del vértigo y, sintiendo obscurecerse su mirada, cerró los ojos; la imagen de *ella* se formó entonces en su retina, con esa degradación de tintas tenuemente brillantes que orlean los rostros de las vírgenes cristianas; una contracción de infinita amargura externó en su faz la magnitud de sus sentimientos dolorosamente reprimidos..... y *ella*, deslumbradoramente hermosa y sin alma, como las camelias tropicales, no vió en aquel rostro contraído, sino la huella vulgar de insomnio, y «¡pobre!» se dijo, «no tiene abrigo y tendrá frío.......» y se alejó pausadamente.

Sobre la arena que pavimentaba la calzada, arena húmeda aún por el aliento de la noche, quedaron marcadas las huellas pequeñas y simétricas de los pasos, huellas que conducían directamente, como el pensamiento de *él*, hasta aquella figura esbelta, abrumadoramente adorable que manchaba, con su contorno claro, la lejanía verde, obscuro. *El*, permanecía inmóvil, aparentando una tranquilidad que hubiera querido fuese real, la opresión interna lo asfixiaba, sentía en los ojos al golpeteo de las lágrimas y, con un movimiento instintivo y rápido, cayó sobre la tierra y depositó con verdadera veneración un beso largo, larguísimo, tenue y delicado, sobre aquella arena húmeda aún por el rocío de la noche, que conservaba la débil impresión de las pisadas de *ella*..... .

***

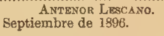
Un grito de penosa angustia se escapó de su pecho y, volviendo á la vida real, sintió sobre su frente la fresca sensación del viento madrugador de la mañana; el velón agonizaba sobre el cráneo; el cadáver, impasible, se ocultaba bajo la sábana impura; algunos gorriones se asomaban curiosos por la ventana, y partían después cantando; amanecía.

El miró, con ojos que buscaban todavía el rastro de su ensueño, este cuadro del amanecer que se dibujaba á lo lejos trás la reja ámplia del anfiteatro y agobiado por el exceso de gasto intelectual, dejó caer la frente sobre el libro, y se hundió en un sueño que reclamaba imperiosamente su agotamiento; sólo revoloteaban en su mente, como aves lúgubres de los cementerios, los preceptos fatídicos: «todas las causas que debilitan el cuerpo..... favorecen el desarrollo de las tisis...... la tuberculosis es la enfermedad de los organismos debilitados......»

Parpadeó por última vez la vela; cayeron á través de las ventanas las primeras dudosas claridades del sol, y los genios invisibles de la enfermedad fueron batiendo las alas silenciosas en rededor de aquella frente pálida, caída sobre un enorme volúmen...... ....

....

Antenor Lescano.
Septiembre de 1896.



LOS NIÑOS TRISTES.

No hay un cansancio que tanto me conduela como el prematuro cansancio de la vida. Esos jóvenes pálidos que andan trabajosamente, arrastrándose á sí mismos, y de los que muchos podrían decir lo que Musset dijo de su enlutado é inseparable compañero en la «Noche de Octubre:» «se parecía á mí como un hermano;» esos en cuyos ojos parece ya soñolienta la mirada; esos sonámbulos despiertos; esos monólogos transeuntes, avivan la curiosidad del psicólogo, ensombrecen las tristezas del poeta. ¿Qué llora en esas almas? ¿Qué callan esos taciturnos? ¿Qué buenos sentimientos muertos, como cirios recién apagados en un templo, despiden ese humo que les envuelve en una atmósfera opaca?

Quisiera uno penetrar en esos espíritus, como se penetra en una gruta, ó sacudirlos para ver qué chispas, qué ayes, qué blasfemias salían de ellos.

Pero hay algo que causa dolor más hondo: el niño triste. El joven melancólico se cansó, pero ya anduvo. Por dura que la suerte haya sido para él, es seguro que en esa misma lucha han tenido empleo sus actividades y que ha logrado breves triunfos. Ese, conoció la esperanza. Ese, conquistó una efímera sonrisa, sonrisa de la vida, por desdeñosa que ésta con él fuera. Ese, amó acaso y creyó ser amado. Ese, ya supo que la madre le quería, que el amigo le amparaba. Tuvo la conciencia de su fuerza. Probablemente cometió alguna mala acción.

¡Pero el niño......! Pues qué ¿la risa no nace de sus labios? ¿no se hizo para ellos? Pues qué ¿no son sus voces las que han de repicar, á modo de argentinas campanitas?

Ellos no comprenden todavía el amor de los padres. Lo sienten como el calor de un nido nada más. Y muchos ni ese calorcito sienten, porque—esta monstruosidad existe—hay padres malos. Están como más desnudos de todo. Para luchar con las enfermedades apenas tienen fuerzas. Para vivir son impotentes si no se les auxilia. Ningún daño han hecho y ya han llorado.

El llanto del chiquitín dichoso es á manera de un aprendizaje dispuesto por la naturaleza para que se enseñen á desahogar el sufrimiento. Mas el llanto que no puede salir, ese, que no tiene fuerzas; ese, que va empalideciendo y apagando los ojos del niño pobre, enfermo, triste, es el que enternece más intensamente.

Cuando tiene uno hijos y puede darles lo que necesitan y lo superfluo y teñirles de color de rosa la existencia, el encuentro con una de esas criaturas desvalidas nos desgarra el alma. Gastamos, derrochamos, y al salir de una juguetería, al entrar al Circo, no vemos esos ojos suplicantes de los niños tristes.

Para ellos sí son verdaderas fiestas estas de la patria. Ven el desfile de las tropas, agita la circulación de su sangre el estruendo de las músicas militares, deslumbra y hechiza sus miradas el esplendor de los cohetes, y no olvidan, porque nada tienen que olvidar, no esperan porque la esperanza es desconocida para ellos; pero viven, vibran un instante. Acaban los fuegos artificiales, cesa el redoble de los tambores, y esos niños tristes vuelven á la sombra con el único amigo que Dios les ha deparado: con el sueño.

¿Verdad que hay miradas que piden limosna? Yo percibí una de esas en cierta noche del diez y seis de Septiembre, cuando llovían estrellas de púrpura, y ondulantes víboras de oro culebreaban en el cielo. Era la de una mujer, casi de un cadaver, que iba cargando á una criaturita como de seis meses. El cadaver de su marido se había quedado á obscuras en la casa. ¡No, no mentía! Era de carne aquel dolor. La niña apenas era de carne. Ya, tras largo contacto con los dolores humanos, se aprende por desdicha á conocerlos. Esa era madre. Iba con su pedacito de vida entre los brazos, á buscar en las calles próximas á la plaza, en los sitios donde pasa la alegría, una limosna para enterrar al muerto y para la huérfana cuya única dicha consistía en no saber su orfandad y en estar próxima á la muerte. Dí una peseta á esa infeliz y me pasé de largo.

Pero, andando, andando, fuéronse como abriendo mis ideas y sentí remordimiento. ¿Cómo acababa de gastar en fruslerías y en vanidades, dejaba á mi hija muy ufana, muy satisfecha de vivir, y le daba yo á esa mujer nada más veinticinco centavos? Desandé lo andado, quise encontrar á la huérfana y á la madre, darles lo que llevaba en el bolsillo, hacer la felicidad una vez en mi vida, puesto que la felicidad algunas ocasiones se hace con diez, con cinco pesos, con un peso, pero ya mi limosnera, mi acreedora, había desaparecido.

Ese dolor se perdió en la muchedumbre de los dolores humanos; esa indigencia, en el mar de la miseria; y mi egoísmo quedó embebido en la reseca piedra que no toca las alas blancas de la caridad. Fuí malo, sí, fuí criminal.

En mis pesquisas, al torcer una esquina, salióme al paso una chiquilla de once á doce años, vivaracha, rubia, de ojos grandes. Parecía hija de francés. Su mirada no pedía limosna. Pero ella sí me la pidió. Se la negué...... me fué siguiendo, y...... me repugna escribir lo que me dijo...... no lo escribo!

Esa es más huérfana que la otra, y más infortunada porque tiene más vida. ¡Santo cielo! Hay algo todavía más triste qué ver á una niña huérfana y á una madre hambrienta!

Manuel Gutiérrez Nájera.

UN RETRATO.

(De los «Mosaicos»)

Las más gratas sensaciones de melancolía que he podido experimentar fueron siempre en un pequeño museo alemán, al que con frecuencia me encaminaba cuando las sombras caían y estaba seguro de no encontrar visitantes.

El guardián, que me conocía bien, me dejaba errar á mi antojo, sin preocuparse por lo avanzado de la hora. Todo me era ahí familiar, y sin embargo, nunca pude ver los empolvados y descoloridos objetos sin extraña emoción de ternura y de tristeza.

Paréceme que á esa hora de soledad, los muertos, que gustan del silencio y de las sombras, vuelven al lado de los objetos á cuyo lado vivieron y que tal vez amaron. Muchas veces he creído oír cuchicheos, palabras entrecortadas, súplicas, oraciones, cantos, y juramentos.

Un rayo de luz que viniendo de la ventana multicolor, avanza ó se retira, da movimiento al brazo de una armadura ó parece entreabrir las cortinas del señorial lecho toscamente esculpido. Esas viejas camas de los museos me intrigan particularmente: pensad, se habrán albergado en ellas tantas alegrías y tantos dolores! el mismo lecho que escuchó palabras amorosas y que albergó sueños de virgen, fué testigo, crujió á convulsiones de dolor, á sordos gritos, á noches de insomnio y de angustia. Una vieja cama! cuantas vidas piadosas ó criminales se habrán extinguido en ella!

Los que vuelven á la hora de las sombras á abrir sus cajones, y sentarse en sus sillas, ya no me temen ni les estorba mi presencia. La anciana severa cuyos hijos murieron todos por el Rey, llega diariamente, se arrodilla ante un nicho gótico, inclina fervorosa el cuello blanco y frágil como el lirio y desgrana oraciones ante un cristo que parece llevar en su atormentada faz el dolor de tantos siglos como tiene de edad. Los guerreros de Francisco I, de Carlos V, avanzan en silencio, se forman y aguardan el heroico clamor de la trompeta que no sonará mas. Las empolvadas marquesas de Luis XV, los presumidos ancianos, los galantes, llegan, se murmuran palabras al oído, abren las portezuelas de las pintadas carrosas, intentan rimar rondeles, idean agazajos. Luego, de improviso las oraciones cesan y los murmullos se suspenden, los guerreros se miran asombrados porque allá en el fondo de la galería avanza lentamente un cortejo de Reyes: y los hay viejos y jóvenes, grandes y pequeños, esplendidos y mezquinos, compasivos y crueles, que van, se afanan por encontrar las coronas que sin distinción les arrancara la muerte. Pero no, tampoco estan ahí, los Reyes salen, las figuras se pierden, se confunden, se desvanecen.

Entonces, despues de preguntarme si he soñado, me invade profunda melancolía, la melancolía de las cosas pasadas, de lo muerto, de lo que hubiera podido disfrutar. Pienso en el mañana, en los años que vendrán y en los que ya nosotros formaremos parte del pasado, pienso en los que dormirán en mi lecho, en los que ojearán mis libros. Siento que en esas edades que yo evoco, al lado de esos seres desaparecidos, guerreros que lucharon por el amor de una doncella, grandes que dejaron los palacios por celdas frías y desnudas como tumbas, Reyes que emprendieron cruzadas al oír la voz de un humilde monje, en esas edades, hubiera podido ser feliz.

Esta extraña melancolía, no sólo la he sentido al salir de los lugares donde duermen reliquias de otros tiempos. Muchas veces, un perfil de mujer entrevista á penas, una mano divisada violentamente al correr una cortina, una frase medio oída ó una nota solitaria me han llenado de extraños deseos; es entonces cuando mi ambición ha nacido, al completar lo visto á medias, al dejar velar mis sueños, es entonces cuando he comprendido que, aquello que hubiera podido formar nuestra dicha pasa muchas veces á nuestro lado sin que nos sea dado el poder detenerlo; y mi melancolía ha crecido al pensar que la felicidad sólo depende de haber llegado un momento antes ó después.

La casualidad que rige los destinos es así. Hombres de empresas, ávidos de progreso y de ciencia, habrán vivido y arrastrado días monótonos, en medio de torneos y de conquistas. Soñadores de hoy, sedientos de variedad, ojos que ansían colores, almas que piden creencias, son roídas por incurable nostalgía al vagar entre trajes negros, canciones, chirridos de trenes sobre el riel; almas de trovadores ideales, se ahogan en una atmósfera pesada, luchan en una oficina amontonando números, cuando su destino era ir de plaza en plaza, caprichosamente vestidos, recitando romances á cándidos batalladores y sencillas mozas; si sus poemas conmovían, si en la mejilla de la bella rodaba la lágrima, hubieran podido ser recibidos por alguna princesa, y sobre su joven rostro se hubiera clavado la conmovida mirada de ricas damas; hubieran recibido por don una blanca mano tendida á sus labios, una alhaja, y hubieran ido contentos, murmurando nueva balada.

Y de todas estas sensaciones producidas, ya por fugitivas visiones, ya por evocaciones del pasado, ninguna tan profunda, ninguna tan indeleble, como la experimentada en ese mismo museo de una ciudad alema, Nüremberg, me parece, ante un retrato de mujer.

Era muy tarde, y sólo una media luz, ya casi dominada por las sombras, iluminaba vagamente los objetos. Al llegar al fondo de una galería, que por ser más moderna que las otras visitaba raramente, me detuve asombrado ante un retrato, que hasta entonces no había visto, preguntándome «¿dónde he visto yo esta figura?» y la miraba con marcada atencion, pues todo en ella me era familiar.

Sí, los ojos grandes, rasgados, á los que daba sombra abundante ceja, y teniendo una expresión al mismo tiempo de ternura y de malicia, esos ojos que parecían clavarse sobre mí, yo los había visto brillar más de una vez; la frente ancha, arqueada, sobre la cual se levantaba ligera masa de cabellos empolvados, elevándose en elegantes rizos, para irse desvaneciendo, tomar sin duda, á causa del tiempo, tintes cenizos y perderse por fin en el fondo de la tela; esos cabellos yo los había visto y había aspirado su perfume, y había tocado su sedosa suavidad; la nariz larga, delgada, casi griega; la boca, ni pequeña ni grande, de labios muy rosados y ténues, entreabiendose con risa de bondad y de acogimiento, esos labios harto los conocía, harto conocía su sabor, y mi oreja creía oír aún frases de perdón salidas de ellos; el rostro todo fino, ovalado, acabando en exquisita barba, hecha para ser estrechada por dedos amorosos; el cuello alto, esbelto, surgiendo de entre encajes parecidos á la espuma; el talle, envuelto y oprimido por tela de un verde-océano ennegrecido y todo encerrado dentro de un óvalo obscuro, confundiéndose casi con el color del talle; todo lo conocía ya, todo lo había visto mil y mil veces, ¿pero dónde?...... ¿dónde?.........

Dónde? ah pobre loco! dónde tantas cosas he visto que nunca podré tener! Vaya si me era familiar, como que hacía muchos años la veía en todos mis días de tristeza y en todas mis horas de deseo. Era ella con su mirada benévola á veces, á veces agudamente maliciosa, ella con su expresión de indulgencia y con sus labios rosados que tantas frases de perdón regalaran, ella en fin, la que había hecho estremecerse y vibrar todas las fibras de mi alma, tal vez porque la creía imposible. Y volvía á ver el cuadro con mayor atención; de perfecto busto altamente erguida, rodeada de la filigrana espumosa del encaje; el talle oprimido dentro de la obscura tela; el fondo casi negro y confuso, y brotando se destacaba la blancura del rostro, la del busto y ligeramente la mancha grisacea de los cabellos empolvados. ¡oh! la adorable figura de la Regencia trazada por la mano maestra de ignorado artista; ella ante la cual sentía impulso de exclamar como Senencourt "oh femme que j'aurais aime" ó mas bien "oh femme que j'aime." Con qué afan mis ojos la devoraban! Haberla buscado tanto tiempo para venir á encontrarla ahí, en la galería de un pequeño museo, perdida, confundiéndose con otras muchas telas; y mis ojos la contemplaban mas y más y mi corazón se ensanchaba más y más.

Ella había vivido, había amado y había sentido muchos años antes que yo, y amado seres muy diferentes de mí; ella nunca, nunca volvería y yo nunca, nunca podría realizar mi ensueño. Sus ojos grandes, tiernos, ligeramente maliciosos se habían reflejado en otros ojos; de sus labios sonrientes, de sus labios de perdón, habían salido tal vez las mismas frases que yo soñé pero habían sido para otro, y en mi ánimo se despertaban celos, celos furiosos contra el anónimo rival que de tantos años me había antecedido......... ¡Tal vez si yo hubiera nacido entonces, hubiera alcanzado la felicidad. Llegué demasiado tarde!

Y quedaba inmóvil sin poder alejarme. Quedaba esperando tontamente no sé qué. Poco á poco las sombras la fueron cubriendo, parecían brotar de la negrura de la tela y envolverla; apenas si se distinguían sus facciones, apenas si resaltaba la blancura de su egregio busto. Yo me alejé, ¿cómo? no podré decirlo. Sentía un gran peso como si ese día hubiera perdido el ser más tranquilo.

Ella había existido. Yo había llegado demasiado tarde!

Bernardo Couto Castillo.

Septiembre de 1896.

PIFF PAFF.

(Traducido para El Mundo.)

La bala silba, hace piff, y arrebata la rosa que Jacobo de Guerald había colocado en su kepí á guisa de ponpon.

El joven se inclina á recogerla, pero la flor cortada en lo más alto de su tallo, se deshoja, y como de una herida, los pétalos cayeron, tachonando el musgo de gotas de sangre. Indignado y colocando la mano sobre sus ojos, Jacobo inquiere, escudriña de donde venía el golpe.

A lo lejos lenta, metódicamente, como si él hubiera hecho el tiro, divisa un oficial prusiano que descarga en su dirección los fusiles que le pasa un soldado.

Jacobo lo ve y palidece.

La mañana estaba muy fría. Hacía poco que había amanecido, y el sol no llegaba al rincón del sombrío parque donde se encontraba Jacobo con algunos de sus soldados, y donde las hojas desprendidas de los árboles conservaban todavía cintilantes, las gotas del rocío. Por el frente y el lado opuesto, esfumábanse ya los preludios de un magnífico día.

A este hombre de sombrío uniforme y plateado casco que friamente tiraba sobre él, lo había reconocido; era Enrique de Bruckner, el prometido de su hermana, casi su cuñado.

II

Teresa tenía entonces dieciocho años. Era alta y parecía fina y delicada. Aquella joven era la hermana de Jacobo. Su cabeza correcta se inclinaba con frecuencia como bajo el peso de su abundante cabellera, y en sus grandes y hermosos ojos azules, se leía un candor de ángel, una dulzura infinita.

Su padre la adoraba cariñosamente.

¿Por qué no había de durar esta felicidad, que no pedía nada al mundo, ni esperaba nada de nadie?

Un día que la caza había llevado á Jacobo muy lejos del castillo, se encontró, de improviso, frente á frente con un desconocido. Alto, cuadrado, lleno de vigor, el recién venido midió á Jacobo de arriba abajo con la mirada.

Este, más pequeño, suave, delicado y nervioso, sintió que se ruborizaba. Se detuvo y á su vez contempló al que se atrevía á mirarlo con aquel aire altanero, casi insolente. La actitud del forastero cambió entonces.

Se descubrió y adelantándose dijo:

—Enrique de Bruckner, el nuevo propietario de la Tourelle.

Las relaciones quedaban establecidas. Gustando con pasión los dos jóvenes, de la caza, sus encuentros debían repetirse. Su unión se hizo cada dia más estrecha.

Enrique de Bruckner era infatigable.

Como buen madrugador recorría todos los senderos de los Vosgos, con la escopeta al hombro.

Volvía tarde á su casa; ésto no le impedía trabajar en su despacho hasta una hora muy avanzada de la noche.

Algunas veces lo acompañaba Jacobo y esas correrías se hicieron cada vez más frecuentes.

Por consecuencia natural, la intimidad entre los jóvenes iba creciendo.

Enrique de Bruckner iba á casa de su amigo y todos se alegraban de aquellas visitas, que proporcionaban un poco de distracción á su existencia tranquila. Luego sucedió lo que debía suceder. A fuerza de ver á aquel joven guapo, distinguido y con todos cortés, Teresa, como todas las muchachas, comenzó á hacer proyectos hermosos y á llenarse de ilusiones.

Un día, pareciendo muy interesado por Teresa, Enrique solicitó su mano, pero pretextando diversos motivos, solicitó que se fijase el dia del matrimonio en plazo lejano. Por fórmula solamente el Sr. de Guerald pidió algunos días para resolver, y abrió entretanto más francas las puertas de su casa á quien ya consideraba como su yerno. Corría entonces el mes de Mayo.

Dos meses después estalló la guerra.

El día en que como un rayo llegó esta terrible noticia, Jacobo recibió también orden de marcha y tuvo que partir la misma noche á unirse á su regimiento donde era subteniente.

Antes de partir quiso estrechar la mano de su amigo; pero en vano llamó á la casa de Enrique de Bruckner.

Todo allí parecía cerrado. No se movía ni una paja y se habría dicho que la declaración de guerra, por arte de encantamiento, había adormecido á todos los habitantes de aquel castillo.

III

La fatalidad horrible de la guerra quiso que Jacobo viniese á defender contra la invasión, la comarca que siempre había habitado y le era tan querida.

Ahora, vestido con el uniforme de subteniente, recorría todos los caminos que tan bien conocía, donde había caza-

do tan amenudo, había reído y cantado y sido tan dichoso.

Se comprimía su corazón algunas veces de una manera atroz al pensar que ahora la ocupaba el enemigo, y la aplastaba bajo el pesado tacón de su bota, la saqueaba sin pudor, la destruía, la incendiaba como si fuese una horda de salvajes.

Además otra preocupación lo desesperaba, al pensar qué sucedería con su pobre padre, viejo, débil y achacoso y con su hermanita tan joven y tan tierna, en medio de aquellos feroces y cobardes invasores.

La noche anterior, había dormido cerca de ellos porque su compañía ocupaba la aldea.

Volvió á ver por un instante su presioso cuarto alegre y lleno de luz.

Partió por la mañana, con el corazón contristado, dejando á los que amaba tanto, expuestos al choque del enemigo que ya merodeaba en derredor de la aldea.

Teresa, al abrazarlo, le dió una rosa, cortada del tiesto de su ventana y Jacobo sonriendo la dijo:

—Esta flor me traerá la felicidad. Voy á ponerla en mi kepí y este pompon fresco y perfumado será para mí el más precioso de los amuletos.

IV

La bala del oficial prusiano, acababa de deshojar aquella flor.

Jacobo seguía mirando con fijeza, no queriendo comprender lo que pasaba.

¡Aquel oficial era Enrique de Bruckner! ¿Sería posible?

¿Qué objeto tenían los ocultos y repetidos viajes de aquel hombre? Cuál era el fín de aquellas largas excursiones á las montañas y á los bosques sombríos, de donde siempre regresaba sin haber hecho un tiro?

A qué tendían aquellas largas veladas en que trazaba planos y clasificaba papeles?

Cómo explicar aquella partida súbita y misteriosa el día mismo de la declaración de guerra?

El objeto, el fín, la tendencia...... todo aparecía hoy visible y claro como el sol que doraba los montes vecinos.

Y aquel hombre estuvo á punto de ser su cuñado?

Aquel hombre: un espía alemán!

La mano de Jacobo apretaba convulsamente la empuñadura de la espada; con movimientos nerviosos, se mordía los labios hasta hacerlos brotar sangre.

¡Matarlo, decía—quiero matarlo.

Y de súbito ante su vista apareció como visión dolorosa la imagen de su hermana, desolada.

¡Cómo sufriría la niña, cuando supiera todo!

Su corazón se ahogaría de dolor y de vergüenza.

Habrían de sofocarla los sollozos, y lágrimas de sangre velarían sus ojos. ¡Pobre! ¡pobre Teresa!

Un desfallecimiento había hecho caer el brazo de Jacobo:

Quería salir del bosque y escupir al rostro de aquel hombre su cobardía y su traición.

Deseaba exponerse á sus balas, insultarlo, desafiarlo, pero la seguridad de sus soldados lo detuvo.

V

Ya el enemigo encerraba el parque en un círculo de hierro.

Era necesario replegarse sino querían caer en sus manos.

¡Retroceder, siempre retroceder! pensaba Jacobo apesar suyo.

Retroceder ante los prusianos, de Bruckner, era para él doble vergüenza.

¿Y luego á dónde replegarse?

Solo veía un punto y no quería ni pensar en él, y sin embargo, era en el Castillo donde sería posible sostenerse.

Sólo en aquel abrigo y antes de perder la oportunidad se podría quizá detener un instante, aquella oleada humana, que seguía subiendo.

Pero en aquel castillo estaban su padre y su hermana. ¿Le era lícito indicarlo á los fuegos del enemigo, designarlo él para que lo destruyeran? Le era lícito exponer así la vida de los suyos? Hasta dónde llegaba el deber? Sentía volverse loco y que su cabeza estallaba.

Un ayudante pasó al galope y le dió esta orden: Replegaos sobre el castillo y sosteneos en él el mayor tiempo posible.

Tal era su deber: era necesario inclinarse ante él y cumplirlo hasta lo último.

Jacobo hizo replegar á sus soldados y retrocedió con ellos.

Diez minutos después el castillo era invadido y atrincherado con muebles y colchones, quedaba en estado sumario de defensa.

VI

El enemigo, siempre aumentando en número, se aproximaba cada vez más al castillo; pronto llegaría bajo sus muros; pronto penetraría en sus salas desmanteladas.

Ya desesperado y no sabiendo qué hacer, viendo á los prusianos en su casa, Jacobo quiso prevenir á su hermana.

—Sabes, Teresa, quién es el que manda á esos bandidos? Quién el que los guía? Lo sabes? Dímelo.

Nó, ¿no es verdad?

Pues bien, voy á decirte su nombre; pero díme que ya no lo amas; díme, querida Teresa, que no lo has amado nunca.

La joven palideció. Sus ojos se dilataron de asombro y su corazón se contristó mucho más.

—Sí, Teresa mía; mi querida hermanita: es él. El traidor, el cobarde, el ladrón de planos y de corazones, es él. Yo lo he visto, estoy seguro: yo lo he visto allá, mira, allá.

Jacobo estaba descubierto y señalaba con el brazo estendido, repitiendo:

—Yo lo he visto allá, el......

No acabó la frase; cayó como herido por un rayo. Su cabeza chocó contra el piso, produciendo un ruido sordo, y quedó con la boca abierta y el brazo extendido.

Más pálida que los muertos que la rodeaban, Teresa se puso de rodillas. Mas ¡ay! Jacobo no necesitaba de los cuidados que á tantos otros había prodigado. Rodeó con el brazo la cabeza de su hermano; posó los labios en su yerta frente y así permaneció sin oir y sin ver nada.

Francisco López Carvajal.

Al cabo de algún tiempo, sin embargo, un rumor de sollozos la hizo levantar la cabeza. Era su padre, que lloraba.

Entonces Teresa se levantó: estaba lívida, sus ojos se habían dilatado y brillaban de un modo extraño.

Estaba con los labios y la garganta secos.

Recogió un fusil y se aproximó á la ventana. Miró en su derredor: delante de ella se extendía una masa negra y movediza. ¿Dónde se ocultaba el cobarde?

De repente, á su derecha, muy cerca, oyó ruido de voces, y nuevas formas negras desembocaron por un sendero oculto por el follaje. Sólo un hombre debía conocer aquel sendero medio oculto, y era ella quien se lo había enseñado.

Muchas veces la decía, que prefería aquella vereda á los otros caminos y por ella venía con frecuencia.

Aquel hombre había murmurado á su oído palabras dulces de amor, y allí era donde la había dicho que la amaba. ¡Oh atroz blasfemia! Horrible sacrilegio!

Teresa reconoció una voz de mando que excitaba á los soldados. Apoyó el cañón de su fusil en el alféizar de la ventana. La maldita voz se aproximaba.

La joven inclinó lentamente la cabeza.

Después, oprimió el llamador cerrando los ojos.

Silbó la bala, hizo paff, y el capitán Bruckner cayó boca arriba.

L. Mallet.

PRESENTACION.

Francisco López Carvajal.

Hecho raro! Ser joven y volver la vista atrás, convertir la mirada á aquella grave serenidad del mundo antiguo, acudir á las viejas sensaciones del clasicismo plástico; ser joven y permanecer inmóvil! ¡Qué extraño se antoja á primera vista este inesperado caso psíquico!

Pero ahondad un poco en este temperamento, penetrad más en el fondo de este espíritu, y os convenceréis de que esta tendencia hacia la forma escultural que caracteriza á al tradicional Belleza, no se traduce en López Carvajal por un horror invencible al movimiento, por un acto de deserción en medio de la palpitante lucha actual, á la que todos estamos obligados á concurrir; sino que constituye en este poeta, admirablemente equilibrado, un noble anhelo de alzarse sobre las angustias y los pavores que han apresado á las almas modernas, y elevar á la eterna Poesía un canto de alabanzas, tal como Job ensalzaba á Dios desde lo profundo de su estercolero.

López Carvajal ama el arte como lo amarán sin duda los poetas del porvenir: elevándose hasta él por medio de la meditación y del análises. Ya los *inspirados*, los *imaginativos*, han pasado de época; aquellos desórdenes de la fantasía que forman el bagaje del olvidado romanticismo, no nos interesan: el poeta moderno es un hombre que ama y piensa, un laborioso investigador de las múltiples formas en que se exterioriza la vida.

Y de esta investigación, de este análisis, de este estudio imparcial y sereno, surgen los poetas, como López Carvajal, que ponen el arte sobre los hechos que ante nosotros se desarrollan, que se han refugiado en la solemnidad augusta del templo en que ofician, no como los *capillistas* franceses para rendir culto á sus malsanas extravagancias *fin de siglo*, sino para conservar la religión que profesan austera y sin contacto con el mundo exterior.

En este concepto el artista que hoy presentamos á los lectores del Mundo no pertenece por filiación psíquica á la casta de los *parnasianos*, rectilíneos y simétricos; por las fibras de sus bajo-relieves circula savia tropical, se precipita sangre hirviente; esas estátuas, tienen vida interior; en esos quietos paisajes hay siempre una rezagada golondrina que torna.

......á su morada peregrina
colgada en las parásitas del muro
y oculta entre la yedra.

El buen sol del Mediodía, los amplios lienzos del cielo americano, las bulliciosas corrientes de agua, los verdes domos, los arcos de las palmeras, todo ese cuadro ha impresionado al poeta, y se refleja en sus estrofas. López Carvajal siempre será leído con placer, siempre será gustado, como se gusta el agua pura de un manantial, como se aspira el aire de los campos, cuando la asfixia de las ciudades y el alcoholismo de nuestra vida moderna han envenenado nuestros pulmones y corroído nuestras entrañas.

C. D. D.

ÆRE PERENNIUS.

A Ipandro Acaico.

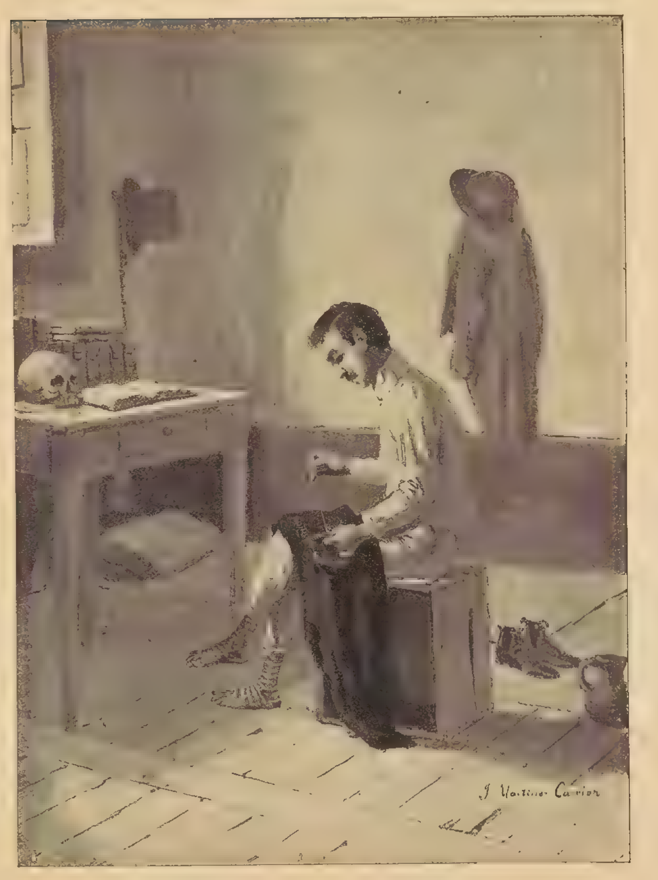
Dáme la sombra del laurel acerbo
Que gime á la ventisca
Y la hojarasca que desecha el serbo
Por donde el Pó sus márgenes enrisca;
Dame el amor de aquella luz ardiente
Del cielo azul adonde Atenas mira
Y esa brisa de olores que suspira
Un suspiro de amor sobre la frente.
Venga á mi plectro el aire
De la antigua canción, y más amenos
Me serán y más ricos de donaire
Los tonos de los cánticos helenos.
Dame, oh bardo, las flores amarillas
De color de lo viejo...... ..
No quiero manto azul ni campanillas,
Colgados, por mirarse en un espejo,
Del raudal de mi edad en las orillas.
Mis sueños son de ayer: quiero el idilio
Y no la estrofa femenil moderna;
Quiero ensayar un canto en que se cierna
La inspiración excelsa de Virgilio.
Más que los opulentos alijares
Que miran á la vega
Hartos de azulejados alminares
En que arábiga pompa se desplega;
Más que el palacio señorial brillante
De pórtico esculpido en mármol rudo
Y más que la riqueza deslumbrante
De columnas, blasón, clave y escudo;
Amo las ruinas de la sabia Grecia,
De Lacio en las campiñas, la casuca
Que de los tiempos el rigor desprecia,
La cornisa en que el ave se acurruca,
El roto capitel de hojas de acanto
Y la rota cariátide en que crece
La parietaria con el mirto santo,
Que así al favonio mece
La verde cabellera,
Como se me parece
De un yelmo de granito la cimera.

La patria del recuerdo, aquella tierra
Que en cerco de colinas
A la Roma de Césares encierra,
Me habla con la belleza de las ruinas.
La espléndida comarca
Que guarda de hermosura y de poesía
Lo que la mente á comprender no abarca;
Aquella en que solía,
Con lira griega de melífluas notas,
Vibrar de Homero el épico lenguaje,
Que hoy apaga el clamor de las gaviotas
Y asorda el mar con su rumor salvaje,
Me arrebata á los mundos del ensueño,
Y ese país de los misterios dueño,
El Egipto teócrata, sapiente,
Que sembró el arenal yermo y tranquilo
De montañas del arte, cuya frente
Aún se refleja en el remoto Nilo;
Que en Heliópolis, templos hizo un día
Al sol que veneraba el íbis santo,
Ese Egipto...... ¡A qué ideales de armonía,
Arrastra al alma con su eterno encanto!
¡Que vagos que se antojan al poeta
Y qué bellos también los carrizales
De verde plumazón que el aire inquieta!
¡Qué altivos cabe el monte los cedrales!
¡Qué lleno de memorias ese suelo
Del ancha Galilea,

Y quien nos diera contemplar su cielo
Cuando al perderse, Sirio centellea
Tras el ágria corona del Carmelo!
¡Valles de Sión! os sueño y me figuro
Que vienen á mi plectro en torbellino
La brisa del Cedrón torvo y obscuro.
Del olivar divino
Siento venir aromas tempraneros
Y cual turbión de viejos ruiseñores
Que arrancó de olorosos balsameros
El vendabal de los pasados días,
Vienen á mi laud, pensando en veros,
Los gemidos del arpa de Isaías.
¡Oh númen! si tu aliento soberano,
Nuevo Edipo ludibrio de la Esfinge,
Hallase de la forma el mudo arcano!
¡Si hablara el lábio lo que el númen finge,
Mi acento fuera catarata hirviente,
Luz sideral, fragancia de jardines,
Carmen donde las alas del ambiente
Se impregnasen de lirios y jazmines!
....
¡Así no es! Atónito me pierdo
En los sueños de ayer; mi fantasía
Yerra callada, estéril y sin guía
Por la extensión inmensa del recuerdo.
Caen sus hojuelas como nieve en copos,
Penden sus flores que la brisa orea,
Si quier vueltas al sol como heliotropos,
Lejanas del amor de sus penates......
¡Tal hacen columpiar el arpa hebrea
Los sauces pensativos del Eufrates!

Francisco López Carvajal.

Dibujos de Martínez Carrión.



Reconstrucción y Resanamiento.

Agua va.

Figura número 1.

LA ULTIMA NOTA DE LA MODA.

Los grabados que damos en nuestras columnas representan la última nota de la moda.

Las damas parisienses han formulado ya su voto por esas formas y señaládole su predilección.

El grabado número 1, representa un traje para *Five o'clock* que es el *sunmum* de la elegancia.

Hácese de seda rosa pálido ó azul, leve ó batista de los mismos colores.

La falda lisa lleva á lo largo y al lado del peto, como en la parte anterior de las mangas, bordados de seda viva que armonicen con el color del traje.

Traje de casa (fig. 2). Hácese de tafetán floreado, colores pálidos, con encajes de *guipure* ó *valenciennes*.

Otro de nuestros grabados representa un *trousseau* aristocrático, en el que las blondas y los encajes forman la principal materia prima.

Para responder al deseo de gran número de nuestras amables lectoras, que nos han pedido les recomendemos una casa de toda confianza para la confección y el buen gusto de sus trajes, les indicamos, seguros de que nada mejor podemos hacer en su obsequio, á las

Sritas. HUNSINGER HERMANAS,
1ª CALLE DE SAN FRANCISCO NUM. 14.
MEXICO.
Antiguas colaboradoras de "La Moda Ilustrada" DE PARIS.

Figura número 2.

Amar la lectura, pero tener gusto, es una desgracia solamente comparable á la de un goloso afligido de una enfermedad de estómago.

F. Coppée.

El porvenir es rico, muy rico; pero aunque lo fuera mil veces más, no lo sería bastante para pagar todas las letras de cambio que giramos á su cargo.

Enrique Meilhac.

Nuestros muertos no entran enteros en la nada, y no vivimos, generalmente, sino por la herencia que nos trasmitieron.

F. Brunetiere.

Trousseau.

HILARIO MEENNEN.

AVENIDA JUAREZ 4. APARTADO 189.

"HUMBER." "STEARNS." "FOURIST." "RECORD."

Las mejores bicicletas que hay en la República, las que más se han vendido y las que mejor resultado han dado.

¡Son las más caras y son las más baratas!

Pídase el elegante catálogo en Español con muchísimas ilustraciones.

¡¡BICICLETAS DE $120 á $325!!

Grandes talleres de composturas y magnífico surtido de accesorios.

MEXICO.

Dr. Máximo Silva

3a Calle del Ciprés núm. 3.
Consultas diarias
DE 2 A 6 P. M.

LOTERIA

DE LA

Beneficencia Pública

CIUDAD DE MÉXICO.

El próximo sorteo, con premio mayor de

$10,000

se verificará en el Pabellón Morisco, á las tres de la tarde, el Jueves

8 de Octubre de 1896.

bajo el plan siguiente:

14,000 Billetes á $ 2.00 cada uno, divididos en vigésimos de á 10 centavos.

Fondo: $ 28,000.

PREMIOS:

1	Premio de....	$ 10,000....	$ 10,000
1	" " "	1,000.... "	1,000
1	" " "	500.... "	500
1	" " "	200.... "	200
2	" " "	100.... "	200
10	" " "	50.... "	500
25	" " "	40.... "	1,000
100	" " "	20.... "	2,000
200	" " "	10.... "	2,000
2	Aproximaciones de á $ 100; una anterior y otra posterior al número premiado con los $ 10.000	....$	200
2	Aproximaciones de á $ 50; una anterior y otra posterior al número premiado con los $ 1.000	....$	100
345	Premios que hacen un total de	$	17.700

El próximo sorteo, con premio mayor de

$ 60,000

se verificará en el Pabellón Morisco, á las 11 a. m., el Jueves

24 DE SEPTIEMBRE DE 1896.

bajo el plan siguiente:

80,000 BILLETES. FONDO: $ 320,000.

PRECIO DE LOS BILLETES:
Enteros: $ 4.00.—Medios: $ 2.00.
Cuartos: $ 1.00.—Décimos: 40 cents.
Vigesimos: 20 cents.

PREMIOS:

1	Premio mayor de..........	$	60,000
1	Premio principal de......	"	20,000
1	Premio principal de......	"	10,000
5	Premios de $ 1,000......	"	5,000
10	Premios de " 500......	"	5,000
25	Premios de " 200......	"	5,000
100	Premios de " 100......	"	10,000
260	Premios de " 40......	"	10,400
460	Premios de " 20......	"	9,200
100	Premios de $ 60, aproximaciones al premio de $ 60,000..........	$	6.000
100	Premios de $ 40, aproximaciones al premio de $ 20,000..........	$	4.000
100	Premios de $ 20, aproximaciones al premio de $ 10.000..........	$	2.000
799	Terminales de $ 20 que se determinarán por las dos últimas cifras del billete que obtenga el premio mayor de $ 60,000......	$	15.980
799	Terminales de $ 20, que se determinarán por las dos últimas cifras del billete que obtenga el premio principal de $ 20,000....	$	15.980
2.761	Premios que hacen un Total de..	$	178.560

☞ Todos los sorteos están bajo la vigilancia y dirección personales del Sr. D. Apolinar Castillo, Interventor del Gobierno, y de un empleado de la Tesorería General de la Nación.

Oficinas: 1a San Francisco núm. 12.

U. BASSETTI, Gerente.

"EL MUNDO." Proximamente se publicará en México una edicion diaria de este periódico.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 27 DE SEPTIEMBRE DE 1896. — NUMERO 13

Dos purezas.

De fotografía de los Sres. Torres Hnos., premiada en el Concurso Fotográfico de EL MUNDO.

[Grabado en los talleres de "EL MUNDO"]

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas Editoriales.

La inmigración oficial y la caza de hombres.

Un diario de esta ciudad al referirse á la parte del Mensaje Presidencial que abraza la Secretaría de Fomento, llama la atención del expresado Ministerio acerca del importante asunto de la inmigración, agregando que es ya urgente que el departamento comience á preocuparse de este problema.

Son tan vagas estas palabras, tan nebulosas, que no hemos podido explicarnos lo que propone el colega. ¿Es la inmigración oficial lo que desea, la importación de seres humanos provocada por el Estado?

Si mal no recordamos, el periódico á que nos referimos, combatió en otra época la inmigración oficial, que estimaba como contraproducente para el país. Es posible que el tiempo haya modificado sus ideas, y en esta rectificación no vemos nada censurable, pues la verdad de hoy puede ser el error de mañana. Pero lo que sí nos extraña mucho es que esta rectificación, en vez de representar un avance, en las opiniones del cofrade, sea un paso atrás en el camino marcado por la experiencia.

Lo cierto es que la inmigración oficial ha dado los peores resultados, en los países en que se ha ensayado. Los hombres son cazados al aliciente de una suma inmediata que los libra de una situación angustiosa ó poco clara, sistema que ha servido para reclutar gentes de la peor especie, ineptos y malhechores, que en lugar de añadir una partícula á la riqueza social, han sido para ella un pesado fardo cuando no un amago constante para los derechos de los ciudadanos.

La inmigración que necesitamos debe ser voluntaria, acudir por su propia iniciativa, convencida de que el país á que llega le ha de proporcionar elementos permanentes de subsistencia. Y esta inmigración ha sido favorecida en otros países nuevos por los órganos de la publicidad, en folletos, páginas de periódico, trabajos económicos, artículos é informes.

Una porción de la prensa mexicana ha comprendido esta necesidad y ha tratado de informar al extranjero acerca de las perspectivas que ofrece la República. ¿Pero han cumplido todos los colegas esta obligación?

Buena prueba de que no es así nos la proporciona el diario á que aludimos. ¿Pues no ha procurado él por todos los medios posibles deprimir al país, asentando día á día que aquí no existen garantías individuales, ni respeto á las propiedades, ni seguridad pública, ni cumplimiento de las leyes por parte del gobierno y las autoridades? Y el que tal ha leido, sin tener antecedentes de la función negativa que ha desempeñado este periódico en la evolución nacional, no se habrá preguntado, lleno de asombro, qué país es este y qué sociedad es esta que tales hechos tolera?

Convénzase el diario á que nos contraemos, la Secretaría de Fomento nada puede hacer en pró de la resolución de ese problema de que nos habla. No se cambia con una medida un estado de cosas producido en virtud de una diversidad de circunstancias anteriores.

Los socialistas de la prensa.

Hay un grupo de periódicos en México que parece decidido á declarar una guerra sin cuartel á toda nueva publicación que se presenta con energías superiores á las que ese núcleo posee. Estos colegas han resuelto por lo visto establecer un rasero nivelador para todas las vitalidades y para todos los esfuerzos que determinarían un avance en la historia de una industria. Para ellos, la competencia debe ser enérgicamente rechazada y los que al amparo de ella aprovechan sus elementos, objeto de un odio mortal y exterminados como unos malhechores.

El proteccionismo es pernicioso á la sociedad porque encarece los productos necesarios á la vida. Si en vez de encarecerlos, redujese sus precios, el sistema resultaría benéfico en vez de nocivo para la agrupación. El fabricante que, al amparo de una alta cuota estorba que el artículo similar circule y se embolsa tranquilamente la diferencia que existe entre el verdadero valor del artículo y el impuesto arancelario, perjudicará siempre á los consumidores; pero si el fabricante no sólo gasta esa diferencia en abaratar sus productos sino, que además invierte un fuerte capital propio, no vemos de qué modo se haga digno de la execración de sus competidores.

Nivelar todas las aptitudes, todas las cualidades, todos los recursos es ejercer una suerte de socialismo feroz, que degeneraría fácilmente en *ravacholismo* si ciertos periódicos pudieran desarrollar libremente sus admirables tendencias de atentar á los derechos ajenos.

Política positiva.

Los ideales deben estar en todas partes menos en las leyes. Las leyes deben ser positivas.

FRANCISCO BULNES.

Los pueblos no se gobiernan con ilustración, sino con intereses.

DOCTOR MANUEL FLORES.

Política general.

RESUMEN.—El viaje de los emperadores moscovitas. No significa mucho para la paz europea. En Viena.—En Berlín. —En Copenhague.—En Balmoral.—En todas partes ceremonias sin fruto.

Si hubiéramos de calcular la importancia de la visita del Czar á las capitales europeas, por lo que hasta hoy se ha podido traslucir, tendríamos que considerarla como un simple viaje de recreo, una gira lujosa, en que dos novios jóvenes, ricos y poderosos, reciben los agasajos de los príncipes y las aclamaciones de las multitudes.

En efecto, hasta hoy parece que los augustos emperadores, que comienzan apenas á gozar de su resplandeciente luna de miel, alumbrada por las creaciones feéricas de las fiestas moscovitas y no perturbada por la mancha sangrienta de la catástrofe de Kodijnsky, guardaron religiosamente, primero, el luto debido á la muerte de Alejandro III, permanecieron después retraídos en sus suntuosos palacios, mientras se preparaban las imponentes é incomparables ceremonias de la coronación, y hoy se lanzan con relativa libertad en busca de recreaciones nuevas y no sentidas emociones, ajenos, en lo posible, á los graves cuidados que ocasiona la pesadumbre de su colosal imperio, sólo temiendo que un nihilista extraviado ó un mal aconsejado anarquista amargue en mala hora sus breves alegrías, atentando aleve contra la vida de sus augustas Majestades.

Pero aunque hasta hoy nada han podido transparentar los más hábiles agentes del noticierismo que paso á paso siguen á los monarcas rusos en su excursión por el continente europeo; aunque sólo nos han hablado de las fiestas de Viena, de las suntuosas recepciones de Berlín, de los cordiales saludos de la corte danesa, en estos momentos nos comunican por menudo la ceremoniosa acogida que les dispensa la Reina Victoria en su palacio de Balmoral; no dudamos un punto que en esas conferencias de soberanos se ha hablado más de una vez sobre la paz del mundo y la suerte de los pueblos.

* * *

De Viena aseguran que el anciano monarca de Austria-Hungría, en completo acuerdo con su ilustre huésped, procurará el *statu quo* en el Imperio otomano, no permitiendo que potencias extrañas intervengan por su propia cuenta en el temido repartimiento de Turquía.

Algo influirá sin duda esta determinación, si en efecto se ha tomado, algo influirá en la conservación de la paz, pues se toma entre soberanos que aspiran separadamente al dominio incondicional de los Estados balkánicos, y es mucho conseguir que intereses diametralmente opuestos se miren conciliados por virtud de la cortesía y urbanidad de dos potencias rivales en el fondo, en la apariencia unidas.

No son tan tranquilizadoras las notas que llegan de Berlín, pues ni los que más simpatizan con las aspiraciones germánicas, ni los mismos que consideran al altivo Hohenzollern como investido de misión cuasi divina en el concierto de las naciones, han podido dejar de apreciar la actitud fría y reservada que guardara el Czar, aun en medio de las demostraciones pacíficamente afectuosas del Emperador Guillermo, que algunos malquerientes se atreven a calificar de humillantes.

Si como asegura un corresponsal del *Times* de Londres, el soberano de Alemania se manifestó satisfecho, más que contrariado por la alianza franco-rusa, no es tan inocente el poderoso Romanoff para pagarse de palabras almibaradas que sólo pueden ocultar hondos rencores y secretas rivalidades.

Cualesquiera que hayan sido las ceremoniosas manifestaciones y urbanos agasajos con que en Berlín festejaron á los emperadores rusos, por el sólo hecho de saber que no han herido las susceptibilidades de Francia, se comprende que no han vuelto con esta visita los buenos tiempos en que una *entente* cordial enlazaba los dos poderosos imperios. Nueva prueba de ello es la abierta guerra de tarifas aduanales que día á día es más enconada entre Rusia y Alemania.

No podía tener, y en efecto no tuvo ningún resultado político la visita del Czar á Copenhague. Fué asunto de familia presentar sus respetos al anciano Rey Cristián, cuya existencia patriarcal se desliza dulce y tranquila en medio del regocijo de los suyos y la envidia de los extraños, acostumbrados á la incesante lucha y azares de la calma paradisiaca de que se goza en la corte dinamarquesa.

* * *

Donde pudiera traer más graves consecuencias la gira de los emperadores moscovitas es en la Gran Bretaña, que en estos momentos los festeja con ruidosas y opulentas manifestaciones. Si la Reina, el Príncipe de Gales y toda la familia real se esmeran por hacer placentera la estancia de los augustos huéspedes en la noble Escocia, el pueblo inglés y la prensa metropolitana, eco fiel de la opinión, se abandonan á atrevidas disquisiciones sobre la cuestión de Oriente, que toman una dirección marcadamente anti-rusa.

Comprometida la Gran Bretaña en una aventura, al pretender más de una vez intervenir en los asuntos interiores del Imperio turco, y habiendo visto fallidas sus esperanzas porque las potencias no han querido secundarla, por más que las hablaba de los derechos ultrajados y de los fueros de la civilización vilipendiados por la perfidia de la Sublime Puerta, ha querido tomar la arriesgada empresa por su propia cuenta, y se ha encontrado frente á frente con Rusia, que ya secreta, ya abiertamente, ha tomado á su cargo la defensa del caduco y carcomido Imperio otomano.

En tales circunstancias es como llegan los soberanos de todas las Rusias á los festivales de Balmoral preparados en su honor. En tan difíciles condiciones es como sólo la prudencia de la Reina Victoria y su universal prestigio pueden evitar que lo que debiera ser motivo de alianzas mutuas y mutuas concesiones, se convierta en agrio rompimiento y aparatosa explosión de añejas rivalidades.

Rusia omnipotente no abandonará de seguro su política de expansión en todos los confines de su dilatado Imperio; y á cada paso que dé en este sentido, habrá de tropezar siempre con los intereses británicos que se extienden sobre la redondez de la tierra.

Un positivo milagro sería que en la tremenda competencia, las fiestas de Balmoral fueran motivo de leal y sincera reconciliación.

X. X. X.

Septiembre 24 de 1896.

ALGO DE TEATROS.

Dirán cuanto decir quisieren los maestros; pero yo, el más insignificante de los aprendices, digo que el teatro no es instrumento utilizable para los propagandistas Si alguna obra teatral de verdadera propaganda política, social ó religiosa, ha obtenido buen éxito (lo cual ocurre muy pocas veces,) ciento contra uno puede apostarse, sin temor de perder, á que la victoria la ha logrado el autor por merecimientos artísticos de su drama; no gracias á las tendencias de la misma, sino á pesar de ellas.

Confieso ingenuamente, á riesgo de parecer defensor de antiguallas, que fuí siempre y soy ahora partidario del arte por el arte, sin que por eso haya rechazado yo nunca el *arte docente*.

Que la obra de arte no me enseña; bueno. Si me hace sentir, si produce en mi espíritu la emoción estética, tengo para mí que ha realizado sus fines. Que además de eso me enseña algo; mejor que mejor: el saber no ocupa lugar y me echo la cuenta de que lo aprendido me lo dan de añadidura.

Pero mucho cuidado con que el artista pretenda echárselas de dómine: porque entonces perderíamos las amistades, y adios emoción estética y adios añadidura y adios todo.

«¡Ah! dicen algunos, el autor dramático tendrá convicciones, profesará creencias y estará en su derecho, y aun cumplirá con su deber, propagando desde la escena lo que él considera verdadero y bueno y justo. ¿Por qué ha de negarse al poeta lo que se otorga al orador?»

Nadie ha negado, que yo sepa, al autor dramático la facultad de exponer en el teatro las doctrinas que, según su leal saber y entender, sean verdaderas y buenas y justas. Lo que sucede y lo que yo digo es que, si el dramaturgo se siente propagandista, ha de buscar terreno distinto para satisfacer sus aspiraciones. Las tablas del escenario tienen muy poca resistencia para ser campo de batalla; y entre bastidores y bajo bambalinas, y en medio de oropeles y montañas de lienzo pintado, no es hacedero librar batallas.

Es el escenario, y lo ha sido siempre, por sus condiciones peculiares, terreno completamente neutral en que (lo mismo que en algunas tertulias de confianza) están proscriptas, para bien y por conveniencia de todos, las controversias sobre asuntos que traen divididas á las gentes y que apasionan, en sentidos opuestos, á los que en busca de solaz y esparcimiento para su espíritu acuden al teatro.

No es bien que el autor, para halagar con exceso á determinada parte del público, moleste, con exceso tambien, á otra parte digna de respeto y consideración lo mismo que la otra, á la cual no se advierte en los anuncios del espectáculo que se la invita para decirle cosas desagradables.

El empeño de algunos, llamados *modernistas*—aunque ya empiezan á ser antiguos— de convertir en cátedra el teatro es indudablemente una de las causas que determinan el retraimiento del público. Retraimiento que es para algunos decadencia de ese género literario, y que para mí sólo significa el desagrado que esas tendencias causan en la mayor parte de los espectadores.

Quien va al teatro con el firme propósito de conmoverse ó de divertirse: de admirar una obra de arte; de saborear bellezas literarias, y advierte que, en vez de todo eso, le da el autor disertaciones sobre un problema político ó sociológico, no puede menos de considerarse defraudado.

Esto explica la preponderancia, cada vez más acentuada, que adquiere el llamado *género chico*. No diré que sea esa la causa única de la visible predilección que el público muestra hacia esa clase de espectáculo: pero sí afirmo que, entre muchas otras, es esa una de las principales.

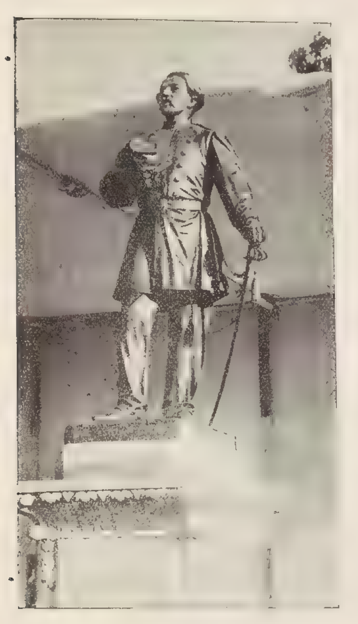
Que el gusto se halla estragado; que la afición se corrompe; que entre el arte verdadero y el arte falso la multitud se inclina á este: que el teatro está amenazado de muerte muy próxima, todo esto aseguran y propalan los que advierten el hecho indudable y no encuentran para él explicación satisfactoria. Creo que se equivocan: ese público mismo que llena los teatros de funciones por horas, halla, por regla general, deficientes esas obras, entre las cuales hay muy pocas de verdadero mérito literario.

He dicho que hay muy pocas, y es bien que insista en esta aseveración, porque no sería justo medirlas á todas con el mismo rasero. Obritas hay en el *género chico* que tienen mucho valor artístico; son contadas, pero por eso mismo parecen más dignas de estimación y de aplauso.

Pero, prescindiendo de esas obras—obras literarias tan apreciables como las buenas de otros géneros.— para las que tienen escasa valía y para las que no tienen valor al-

guno guarda el público su indiferencia. Asiste á la representación y no se ríe, ni se divierte, ni aplaude, y al salir cada uno de los que ese público formaban, dice á quien quiere oirlo: «Esto es una majadería. ¡Qué insulso y qué chabacano es todo eso! Imposible parece que haya empresas que admitan tales obras, ni artistas que las representen, ni espectadores que las sufran.»

Y preguntarán algunos: «Y si eso piensan y así discurren, ¿por qué asisten á esos teatros? Y dado que asistan, ¿cómo no protestan indignados?»



ESTATUA DEL GENERAL ESTEBAN CORONADO.

Asisten por pasar el rato, por curiosidad, por *hacer tiempo*. Protestar......¡bah! ya protestan algunas veces, cuando el libretista ó el músico se deslizan más de la cuenta. Pero en otras ocasiones no vale la pena de protestar; esa protesta, arrancada á veces por la indignación, significa siempre una lucha que no todos, ni á todas horas, están dispuestos á sostener.

Al fin y al cabo los concurrentes asiduos á esos teatros no tienen derecho casi nunca para llamarse á engaño. Saben de sobra qué género es el que allí se cultiva, y nadie les ha ofrecido que van á ver allí obras de un Shakespeare, ni de un Schiller. Ni por unos cuantos céntimos de peseta sería razonable exigir un *Hamlet* ó una *Conjuración Fieschi*, representados por algún émulo de Ernesto Rossi ó por una rival de Sarah.

Si en la obrilla hay un par de números de música agradable; si aparecen algunas muchachas alegres, bien vestidas, que es como si dijésemos bien desnudas, ¿qué más puede pedirse?

En los teatros serios la cosa varía por completo.

Si entre nosotros hubiera público bastante numeroso para sostener teatros de varias clases, podríamos tener, por ejemplo, como tienen en otras naciones, el *Teatro libre*; y fundar lo que llamaríamos *Teatro sabio* (lo que llama mi amigo Verdes Montenegro *Litteratura di camera*,) y aun tener un teatro liberal y otro reaccionario, y así por el estilo. Cada espectador escogería el teatro que estuviese más conforme con sus aficiones y sus tendencias.

Pero aquí no sucede eso—lo cual no sé si es bueno ó malo;—á nuestros teatros de verso acuden, sin distinción, los partidarios de lo antiguo y los defensores de lo nuevo; los ignorantes y los sabios; los hombres de letras y los hombres de ciencia. Nadie les dice en el cartel—«En la obra que vamos á estrenar esta noche se hace la propaganda de estas ó las otras ideas políticas:» «en el drama que hoy se representa defiende el autor esta ó aquella tesis filosófica.» Se anuncia pura y sencillamente la representación de una comedia ó de un drama, y calcúlese el efecto que, en determinada parte de ese público, hará el advertir que desde la primera escena se pone en ridículo ó se anatematiza ideas que esa parte del público tiene por respetables.

¿Pretendo por eso que el autor dramático, ciudadano como cualquier otro, no pueda tener ideas políticas, principios filosóficos, creencias religiosas? ¿Pretendo que haya de renunciar, por el hecho de ser dramaturgo, al derecho á defender lo que él cree y piensa y profesa?

No; digo solamente que para esa propaganda puede y aun debe buscar otro campo.

Y pienso que sí, á todo trance, quiere utilizar el teatro para difundir determinadas doctrinas, debe hacerlo sin ofender, sin causar molestia á los que, entre los espectadores, profesarán de seguro ideas contrarias.

¿Cómo? Pues atendiendo ante todo y sobre todo á la sección dramática. Procurando ante todo y sobre todo ser artista y, como tal, hacer una obra de arte; obra que puedan admirar todos, en cuya contemplación puedan disfrutar todos y dejando lo de la propaganda relegado al segundo término, ó al tercero, ó al último.

Así consignió Dumas hacer que aplaudiesen su *Dama de las Camelias* muchísimos que no creen en la redención por el amor; así logró Sardou en su *Divorçons!* que rieran como unos benditos muchos partidarios del divorcio.

La tendencia á colocar en primer término la propaganda, es la que más aleja al público del teatro, y lo que acabará de divorciarlo de él por completo si, lo que no creo probable, esas tendencias prevaleciesen.

A. Sánchez Pérez.

LAS NUEVAS ESTATUAS EN LA REFORMA.

En nuestro número anterior, al dar detallada cuenta de las fiestas patrias, hablamos del descubrimientoto en el paseo de la Reforma, de dos nuevas estatuas enviadas por el Estado de Chihuahua: las de los Sres. Generales Manuel Ojinaga y Esteban Coronado.

Tal descubrimiento efectuose el 15 del presente en la mañana, haciendo la solemne entrega la comisión designada por el Estado donante.

Acompañamos á estas líneas las fotografías de las mencionadas estatuas.

LOS ESPAÑOLES EN ARGELIA.

Según la estadística recientemente publicada por la Cámara de Comercio Española de Orán, he aquí el número de españoles que viven en la Argelia:

	Hombres.	Mujeres
Españoles existentes en la provincia de Orán en 1º de Enero de 1894...	52.784	47.974
Españoles existentes en las de Argel y Constantina en igual fecha......	28.220	19.800
Totales	81,004	67,774

En junto de un total de 148,778 en Argelia, de los cuales más de 100,000 viven en la provincia de Orán.

Las cortapisas que presentan á los españoles las autoridades francesas tienen por origen el evitar que se acumulen allí braceros y gentes que no dispongan de una ocupación segura.

Los mahoneses que residen en Constantina y en Argel y sus provincias, se elevan á 6,000. Los 143,000 españoles restantes son: de Murcia 15,000, de Valencia, Granada y Malaga unos 13,000, de Alicante y Almería 114.

La dificultad que ofrece el Código civil frances de 1889, que es el vigente, para la conservación de la nacionalidad de origen, la inscripción de quintos en nuestros Consulados y otras razones de pequeño valor, son las únicas causas de reclamación entre ambos países, que quitan toda importancia á las relaciones difíciles franco-españolas en Argelia, de que se ha venido hablando.

EL LIMITE DE LA FUERZA MUSCULAR.

Interesante y sugestivo es el cuadro que nos ofrece el señor Federico Bramwell, haciendo resaltar la insignificancia de la fuerza muscular, ya sea de hombre ó animales, cuando se la compara con la de la maquinaria empleada actualmente en la industria. El contraste entre una galera antigua y uno de esos vapores gigantescos que ahora surcan el Atlántico lo establece de la siguiente manera: Supóngome que el buque moderno tuviera que moverse á la manera de los barcos romanos. Calculando ahora la longitud de aquel en 600 pies, y que pudieran colocarse de cada lado 400 remos, movidos cada uno de ellos alternativamente por tres hombres, precisaría embarcar 2,400 remeros, cuya fuerza, suponiendo que la de seis equivaliera á la de un caballo de vapor, resultaría solamente igual á 400 caballos. Para doblar esta potencia se necesitarían 4,800 hombres, y si se tratara de ejercerla continuamente, se requiriría al menos, igual número de reserva. Las inmensas máquinas de vapor de los buques modernos pueden desarrollar facilmente 19,500 caballos de fuerza, la cual sólo podría obtenerse con 117,000 remeros activos y otros tantos de reserva. De donde resulta, que empleando los medios antiguos de mover las embarcaciones, no sería posible colocar en un buque el número suficiente de hombres para moverlo con una velocidad media de 20 nudos por hora, por poco que midiera unos 600 pies de longitad. Prueba esto tambien que la fuerza del vapor empleado en las máquinas modernas, no debe considerarce como un simple sustituto de la potencia muscular, por superarle con mucho en intensidad y vapor práctico, pues que, por medio de ella, pueden hacerse muchas cosas, impracticables de otra suerte. Otro ejemplo es el de la locomotora, la cual ejerce un poder de 400 á 600 caballos de vapor, y no ocupa más que un espacio de cincuenta yardas cuadradas. En este caso tenemos una máquina que puede llevar un tren pesado con la velocidad de sesenta millas por hora, sin dificultad alguna, en tanto que, si para lograr el mismo fin concurriesen solamente las fuerzas musculares, sería imposible realizar tal prodigio. Precisarían 3,600 hombres de buena musculatura y capaces de ejercer sus fuerzas, *volando*, pues que de otra suerte no podrían alcanzar nunca la velocidad indicada.

En estética, como en telas, la opinión cambia con la moda.

Guy de Maupassant.

Ser ridículo es sencillamente hacer tonterías de modo distinto de que las hacen los demás.

L. Docquier.

Algo de estadística.

Según los últimos datos publicados por la Municipalidad de Berlín, la capital del Imperio Alemán y del Reino de Prusia, contaba el mes de Diciembre del año último, 1.674,115 habitantes, de los cuales 797,186 son hombres y 876,924 mujeres.

Esta Estadística demuestra que la población de Berlín ha aumentado, pues el anterior empadronamiento arrojó la suma de 1.578,994.

Pero este aumento no ha sido progresivo, comparado con el que se ha notado en anteriores empadronamientos.

Atribúyese esto á las cuestiones sociales, á la advertencia que se hace á los campesinos para que no vayan á probar fortuna á la capital y, sobre todo, al desarrollo inmenso que han adquirido algunos arrabales de Berlín.

El Príncipe de Lobanoff-Rostowsky.

Engalanamos hoy nuestras columnas con el retrato del Príncipe Lobanoff, secretario de relaciones exteriores en el gabinete de San Petersburgo, que acaba de morir de subitánea muerte, al emprender un viaje de Viena á Kiel, acompañando á su augusto soberano el Emperador de todas las Rusias en su importante visita á las capitales europeas.

Era Lobanoff de tal influencia en las decisiones del Czar y preponderaba de tal modo en el ánimo del monarca, que á la noticia de su muerte, que fué de consternación para unos, casi de regocijo para otros, se llegó á temer que se suspendiera el viaje del autócrata moscovita, falto de su adicto y prudente consejero.

Y había razón para tales temores, dada la supuesta inexperiencia de Nicolás II, y la política desplegada por el Príncipe Lobanoff en el corto período de su ministerio.

En efecto en diez y ocho meses que dirigió el gabinete moscovita, logró establecer definitivamente la preponderancia de Rusia en los consejos europeos; anudar con lazo estrecho la alianza franco rusa, que con tanta desconfianza miran las potencias centrales; apartar á Inglaterra de su ingerencia en las cuestiones del extremo Oriente, y casi nulificar su influencia poderosa en las apartadas playas del mar Amarillo; desbaratar los planes de la Gran Bretaña, que en provecho propio y con mengua de la supremacía del Czar, preparaba para resolver el conflicto otomano, y hacer resaltar en todas partes la omnipotencia del imperio ruso, dirigido por las tendencias del más puro pauslavismo: natural es que unos se sientan aliviados con la desaparición del activo Ministro, y otros lamenten con honda pena su falta irremediable.

Mas como quiera que la política de Lobanoff es como la legítima política nacional rusa, que guía al engrandecimiento del imperio y á su natural evolución, el sucesor nombrado seguirá sus luminosas huellas, y el Czar continuará la titánica empresa, cumpliendo con la fatídica profecía de Bonaparte de hacer á Europa cosaca, ya que no ha querido ser republicana.

ESTATUA DEL GENERAL MANUEL OJINAGA.

EL PRINCIPE LOBANOF ROSTOVSKY.

HISTORIA DEL CAUCHO.

Las plantas que producen el caucho pertenecen á las familias siguientes: apocineas, artocárpeas, moreas, euforbiáceas y asclepias; las ortigas, la adormidera, la lechuga y otras plantas comunes en nuestros climas, lo contienen también, pero en cantidades demasiado insignificantes para que se pueda pensar en extraerlo.

Este importante producto sólo se conoce desde el siglo XVI, que fué cuando los españoles Fernán de Oviedo, Herrera, Tordesillas y Torquemada le mencionaron en sus escritos. El último principalmente, hacia el año de 1615, escribía indicando los usos numerosísimos para los cuales se empleaba esta sustancia, mencionando especialmente las ventajas que reportaba utilizarlo para encerrar las capas de tela de cáñamo y hacerlas impermeables.

Sin embargo, no se fijó seriamente la atención en el caucho hasta el año 1751 en cuya época La Condamine señaló sus cualidades en una nota que presentó á la Academia de Ciencias de París. Este sabio que en 1735 fué al Perú y al Brasil, enviado por el gobierno francés para que midiese un grado del meridiano, vió una sustancia de la cual se servían los indígenas para confeccionar recipientes, hachas, tejidos impermeables, etc., y en 1736, envió una muestra á Francia, diciendo que en Quito la conocían con el nombre de cahuchu, y que se pronunciaba cautchuc. Poco tiempo después (1765) el ingeniero Frenecan, que residió 15 años en la Guayana, gracias á un natural del País, pudo recoger nuevos datos sobre el cauchú y el arbol que lo produce. Más adelante J. Howison descubrió el cauchú asiático producido por la Urceola elástica, y Roxburgo indicó luego el cauchú de Aseam que proviene del Ficus olástica.

De todos modos, no adquirió un desarrollo completo ni se utilizó en grande escala para la fabricación de diversos objetos, hasta después que se descubrió su solubilidad en ciertos líquidos (Herissant 1773), y sobre todo, hasta que uniéndole al azufre, es decir, vulcanizándole llegaron a hacerle insensible á los cambios de temperatura el americano Goodyear (1840 á 1842) y el inglés Hancock (1843).

A pesar de lo dicho, el físico Charles lo había empleado ya para hacer impermeable la envoltura del primer globo de hidrógeno (1735) y en 1791, Grossert logró transformar en tubos las carrebuelas arrolladas en forma de espiral, sobre moldes cilíndricos de diverso espesor. Los primeras impermeables se deben á Hancock y á Macintosh, quienes cosían en el interior de los trajes, á guisa de forro, hojas delgadas de esta goma que obtenian, evaporando dicho cuerpo disuelta en esencia de trementina. Más adelante, Hancock halló la manera de cortar el caucho en forma de hojas, é inventó la máquina conocida con el nombre de diablo. Nadier indicó en 1820, un procedimiento para cortarla en hilos, los cuales sirvieron para tejer y confeccionar telas impermeables; el sistema para convertirlo en láminas, se debe á Pickersgill y Nikells (1836).

LA DOCTRINA DE MONROE.

He aquí como es juzgada en algunos países hispano-americanos:

El Brasil juzga peligroso aceptar compromisos con los Estados fuertes, porque estos adquieren irresistible preponderancia, que en el caso de los Estados Unidos debe evitarse.

El Uruguay cree que es humillante para la dignidad nacional aceptar tutorías, cuando las naciones, según el moderno estado del derecho, son iguales entre sí.

La República Argentina juzga que cualquiera declaración que hiciera respecto de la doctrina de Monroe, sería deshonrosa para el país.

Chile, burlándose de dicha doctrina, dice: «Querer resistir contra Europa, cuando sólo se han recibido de la Unión Americana enojosas muestras de intervención, es cosa que únicamente podría aceptar el pueblo que no comprendiera que detrás de ciertas generalidades se encuentran manejos insidiosos.»

Bolivia sostiene con el estoicismo característico de la Suiza, que el Estado, personalidad moral, libre y autónoma, no puede ceder á ninguna sugestión extraña que ponga trabas á la Soberanía.

El Perú reconoce en la doctrina de Monroe la astucia de la zorra, la mansedumbre de la oveja y la ferocidad incomparable del león, para dominar sobre los pueblos que no reconocen como máxima de conducta internacional la honradez y la lealtad en sus relaciones con las potencias civilizadas.

El Ecuador ha hecho síntesis de la doctrina de Monroe, en el Parlamento y en la prensa de la siguiente gráfica manera: «LO INUTIL NO SE DISCUTE Y LO PELIGROSO NO SE ACEPTA.»

LA POBLACION DE PARIS EN 1896.

La *Revue Scientifique* dice que se acaba de publicar el resultado del censo de la poblacióna levantado en París el día 29 del mes de Marzo de este año, el cual arroja una cifra total de 2 511,955 habitantes, indicando un aumento de 87,250 en los últimos cinco años.

Una de las cosas que primero se observan en el censo es que las secciones más populosas van disminuyendo en densidad, mientras que las demás crecen casi en la misma proporción, es decir, que se va estableciendo una especie de equilibrio en el número de habitantes de los distintos barrios.

Esa misma tendencia se nota también en las demás poblaciones importantes y puede atribuirse, en primer lugar, á la rapidez con que se extienden los nuevos medios de comunicación entre el centro y las afueras.

Antes, los dependientes de las casas de comercio y todas las clases trabajadoras, incluso los propietarios de los mismos establecimientos, tenían que vivir cerca de los lugares en que trabajaban, sopena de gastar en los viajes de ida y vuelta una gran parte del día, mientras que hoy pueden ir en pocos minutos á las secciones más apartadas donde se vive más cómodamente por el mismo dinero.

El mejor ejemplo que de esto puede darse es la ciudad de Nueva York, cuya parte más densamente poblada por el día queda casi despoblada por completo en la noche, toda vez que la gente que allí trabaja vive á leguas de distancia y el radio de la población se extiende visiblemente todos los años

Letras de cambio antiguas.

El cónsul de los Estados Unidos en Barcelona, en una memoria reciente al Departamento de Estado, menciona el hecho de que una institución pública de aquella ciudad ha adquirido siete letras de cambio antiguas, todas pagaderas en Barcelona. La más antigua está fechada en Palma de Mallorca, en el año de 1392, y se cree sea el documento de esta clase más antiguo del mundo.

La segunda lleva la fecha de 1399 y la tercera está girada desde Pisa el año 1399; otras dos en Valencia en 1411 y 1530 respectivamente; la sexta fué girada en Rosellón, Francia, en 1445, y la última en Nápoles, en 1535. La primera letra mencionada dice así: "Sr. -En conformidad con esta primera de cambio, se servirá usted pagar dentro de los meses siguientes, á contar de esta fecha, á la mujer Sibila, esposa del difunto Sr. Jaime Casteló, XVII. L X. sueldos moneda de Barcelona, que obtendrá V. de la renta de la Universidad de Mallorca el 11 de Diciembre, y cuyo pago requerirá V. sin falta á su debido tiempo. Fechado en Mallorca el 26 de Octubre de 1392.—Guillém de Muntiu, Administrador de la Moneda.» lleva el endoso siguiente: «Al honorable señor mi compañero Lorenzo Luques, comerciante en giros de Barcelona.»

POR LA CORONA.

Magnífico, sobrio, con la sobriedad de la estátua, delatando al parnasiano *rectilíneo*, que diría *Monaguillo*, es el drama de Coppe, *Por la Corona* é igualmente magnífica fué la interpretación que le dió Maggi la noche del jueves último. El publico sintió y aplaudió; mas los espectadores eran pocos: siempre el desvío. De todas suertes, ahí va nuestro aplauso para Maggi y para Clara, que supo rivalizar con él, y que luzcan mejores días para ambos.

El jurado Poucel-Enríquez.

El juéves empezó á efectuarse este jurado, que originado por un suceso que, despertó poderosamente la atención pública, es seguido con gran curiosidad por cuantos se enteran de los acontecimientos excepcionales. Nuestro número no llega á tiempo para noticiar el fallo de los representantes del pueblo. Tócale esta tarea al *Mundo* diario, limitándonos por nuestra parte á consignar la nota más saliente de la semana.

Otro pago de $3,209 de "La Mutua"

EN TULA DE TAMAULIPAS.

Tula de Tamaulipas, Septiembre 17 de 1896.

Sr. D. Carlos Sommer, Director General de «La Mutua.» México.—Muy señor mío:

En su oportunidad recibí su grata de 6 de Junio próximo pasado, cuyo contenido es conforme, y ahora manifiesto á Ud. que por conducto del Sr. Federico Acuña, banquero local de «La Mutua» en esta ciudad, y de acuerdo con la orden de Ud., me han sido pagadas las pólizas núms. 600 210 y 528,307 bajo las cuales estaba asegurado mi finado hermano Don Antonio Baez, á favor de las menores María de los Angeles y Refugio Baez, siendo el importe de ellas como sigue:

$1,752 60 cs. valor de la póliza núm. 600 210 y
$1,457.00 „ „ „ „ „ „ 528,307

$3,209,60 cs., cantidad que he recibido del referido Sr. Acuña.

En nombre de mis citadas sobrinas y el mio, doy á Ud. y á la Compañía «La Mutua,» que dignamente representa, las más cumplidas gracias por la eficacia y equidad con que han sido pagadas las mencionadas pólizas, y me es satisfactorio suscribirme á las órdenes de Ud. como su afmo. atto. amigo y S. S.—Matías Baez.

LA JAMAICA EN SANTA MARIA.—LAS SEÑORITAS DE LA VEGA.

Cármen. Aurora. María Luisa. Isabel. Leopoldina.

La Jamáica del domingo último
EN SANTA MARÍA

Un concurso de "El Mundo."

Una fiesta en la que tomaran parte todas esas lindas señoritas que pueblan los barrios de San Cosme y Santa María, no podía menos que resultar encantadora en extremo. La espectativa popular no se equivocó á este respecto, y desde la mañana numerosa concurrencia invadió la Alamedita como en lenguaje familiar llaman al jardincillo de Santa María las guapas pobladoras de esa colonia.

La entrada de la Alameda se adornó con profusión de plantas y flores, y en el interior levantáronse numerosos puestos á cual más bien dispuesto y hermoso, mostrando la más cautivadora heterogeneidad de estilos que pueda verse.

Una hada y una gitana, Laura Martínez y Leonor Emparán, custodiaban la entrada. A la izquierda de ésta levantábase el salón de refrescos, adornado con flores y farolillos, y ostentando en su frontispicio la gloriosa fecha: 1810. Era el segundo de los puestos el de los *confettis* y vendían en él: la Sra. Elisa Mota Velasco de Horcasitas, la Sra. Elisa Calápiz Viuda de Ross y las señoritas María Horcasitas Treviño, Beatriz Horcasitas y Emma Palacios.

Inmediata á este puesto hallábase la venta de cerveza y sandwichs, formando una construcción azteca de muy bonito efecto.

Dentro de esa bonita construcción hallábanse la Sra. Hilitmen y las Sritas. Elsa Foguel, Sara Ferguez, Luisa Graff y Guadalupe Cottaler. Venía después el puesto chino con profusión de crisantemas, no tan bellas como las lindas expendedoras: Sra. Harnolds, Carmen Hitmen y Sofía Malvido.

La mirada del paseante deteníase después en la *repostería*, donde se hallaba un grupo de encantadoras damas y señoritas; de ahí, pasaba embelesada á las *japonerías*, un primoroso puestecillo; de estas al expendio de licores, á la *Tombola*, al *Combate de las flores*, al puesto de los dulces, al de flores, la Rifa Zoológica y el de helados y pasteles, y por donde quiera que se volvían los ojos llenos de grato asombro, miradas radiosas, rostros sonrosados, perfumes, animación, belleza y vida.

Con tal ornato, cómo no había de embelesar la fiesta de Santa María? Fué ella la nota más poética de las fiestas nacionales, porque fué la fiesta de la juventud y de la belleza.

El Mundo quiso contribuir al lucimiento de la fiesta, y más que todo, á popularizarla y á estimular á quienes la organizaron y para esto empleó un sencillo expediente: envió á la Kermesse á uno de sus representantes con el fin de que constituyese allí mismo un jurado calificador que determinara quienes eran las señoritas que por su atavío merecían un premio, más bien dicho, un sencillo recuerdo: un ramo de flores y además la publicación de su retrato en nuestro semanario.

SEÑORA ELISA MOTA VELASCO DE HORCASITAS, Presidenta de la Junta Patriótica de Señoras, organizadora de la Jamaica de Santa María..

La idea fué aceptada con mucho agrado por los Sres. inspector de la demarcación respectiva, Manuel Palacios y Lic. Andrés Horcasitas. Constituyóse en seguida un jurado que integraron las estimables señoras, Elisa Mota Velasco de Horcasitas, Manuela Villarreal de Palacios, Elisa Calapiz, viuda de Ross, Angela Rodriguez Miranda de Velasco, Madame Chambon, Amalia de Uhink, Carmen C. de Witdman y Elena Granados de Landero.

Tras «madura discusión» como se dice ahora, las damas mencionadas determinaron adjudicar el premio á dos señoritas, entre las cuales habría sido temeraria empresa escoger. El representante de *El Mundo* convinoen que fuesen dos premios en vez de uno, regocijándose de que dos bellezas compitiesen hasta hacer imposible la elección (iban ambas tan guapas) y resultaron agraciadas las Sritas. Laura Martínez; una hada, por su traje y por su hermosura y la Srita. Leonor Emparan; una maga que posée todos los filtros.

Damos los retratos de ambas, esperando que nuestros lectores ratifiquen el juicio de los jurados, como lo ratificó con su aplauso la concurrencia, y enviamos á las agraciadas nuestra felicitación más sincera y nuestro homenaje más respetuoso como á reinas que son.,

Ser hermosa no es reinar?

Nuestras flores perfumaron ya sus virginales alcobas, y algunas se marchitaron gustosas sobre sus senos.

Bienaventuradas las hermosas, porque de ellas es el reino de la tierra!

SEÑORITA LAURA MARTINEZ. —Premiada en nuestro concurso.

EL GAS NATURAL.

Según la opinión de un ingeniero muy práctico en cuestión de minas de carbón, parece que el gas natural se agotará en pocos años más. Esta opinión, dice un diario, no tiene más fundamento que aquella de hace 25 años que predecía el agotamiento del petróleo que sigue manando de la tierra.

Progreso de la Telegrafía.

El *Board of Trade*, de Londres, ha publicado hace pocos días una interesante Memoria acerca de los progresos realizados por la telegrafía durante veinticinco años.

Si nos remontamos al origen de este maravilloso medio de intercomunicación, nos encontramos con que Alemania es la primera Nación que disfruta de una línea telegráfica: línea que fué abierta el año de 1834. En Inglaterra, el primer ensayo práctico de telegrafía se efectuó el 25 de Julio de 1835, por Cox y Wheastone, entre Euston y Carreden, sobre el *London and North Western Railway*, y la primera línea telegráfica abierta al servicio público fué la tendida entre Paddington y West Drayton, inaugurada en 1838.

Los Estados Unidos adoptaron el invento en 1844; después, en orden cronológico, Austria, Italia, Países Bajos, Suiza, Dinamarca, Noruega y España, (10 de Mayo de 1853). Faltan datos acerca de Rusia.

Aunque el origen de la telegrafía eléctrica se halla en los trabajos científicos franceses, no fué hasta 1845 cuando Bréguet, con su notable aparato, implantó en Francia tan notable invento.

En 1860 la Gran Bretaña figuraba á la cabeza de las naciones, por el número de despachos, con 9.350,000, siendo Noruega el país en que se trasmitía menor número, pues no excedió el primero de 466,700.

En 1892 el Reino Unido conservó el primer lugar, con 60 980,000 despachos, siguiendo los Estados Unidos, con 62.387,000; Francia, con 30.397,000; Alemania, con...... 31.175,000; Austria, con 10.855,302, é Italia, con 8.322,925.

La medida de la fatiga cerebral.

Desde que la cuestión del estropeo está á la orden del día, los fisiólogos y los psicólogos, quieren estudiar las condiciones en las que se produce la fatiga cerebral, y se han imaginado multitud de procedimientos destinados á demostrar la existencia de esa fatiga y á medir sus grados.

Algunos de estos procedimientos están al alcance de todos, y pueden ser motivo de observaciones recreativas é interesantes á la vez.

Tal es la de Kroepelin, que consiste en hacer sumas durante cierto tiempo. Fijándose en el número de sumas hechas durante cinco minutos antes y después del trabajo, se llega á medir el estado de fatiga intelectual producida por ese mismo trabajo, pues el método, en las mismas condiciones, da resultados constantes.

Otro método, de una aplicación curiosa, consiste en determinar por diferentes puntos de la piel la distancia mínima de dos puntos, que tocados simultáneamente, dan lugar á una doble sensación. Esta distancia mínima se llama *puerta del sentido del lugar* de la piel.

Se ha establecido después, con la ayuda de un compás de un género especial (compás Weber), el sentido del lugar antes y después del trabajo. El resultado es entonces notable. La influencia de la fatiga intelectual se traduce con una constancia notable sobre el valor de la *puerta*, A mayor fatiga, más grande es la *puerta*, es decir, más grande debe ser la separación de las puntas del compás, para que la doble sensación se perciba.

Así, la *puerta* en la distancia mínima de percepción doble, es, los domingos y días de descanso, de 3 milímetros sobre la piel de la frente, siendo de 7 milímetros después de una hora de estudiar geografía, y de 12 después de una hora de ejercicios aritméticos.

Estas variaciones se repiten en el mismo sentido, en todas las regiones propias para terreno de exploración, tales como la frente, la punta de la nariz, el labio inferior, la yema del pulgar ó del índice, etc.

PAÑO.

Las manchas cobrizas que salen en la cara y que se conocen con el nombre de paño, se pueden quitar lavándolas con una solusión de 30 granos de clorato de potasa y ocho onzas de agua de rosa.

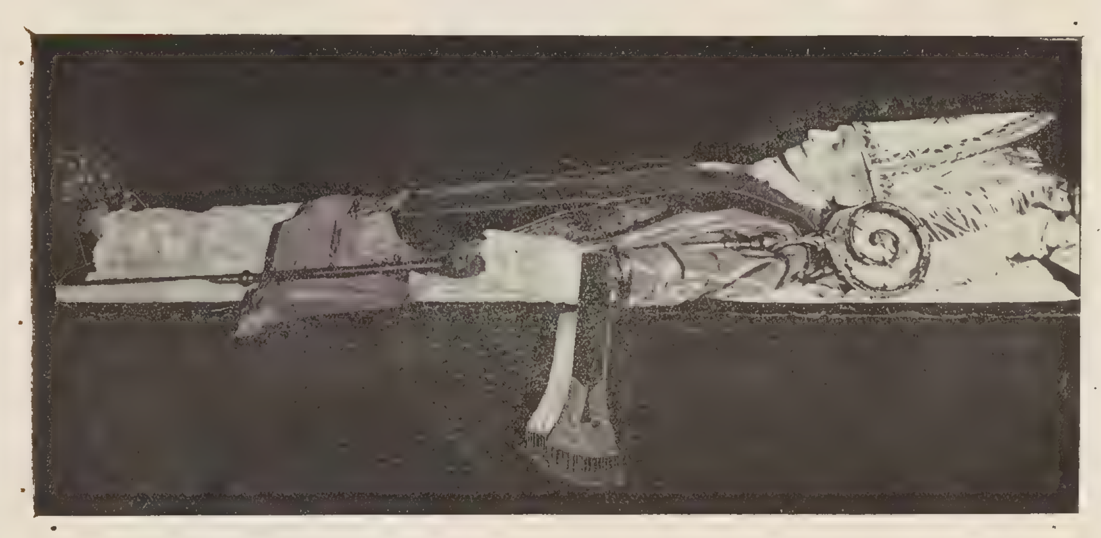
PARA SUAVIZAR LAS MANOS.

Téngase en el tocador un plato de harina de maíz y frótense bien con ella las manos cada vez que se laven. Los que no hayan hecho esto antes, se sorprenderán al ver lo blancas y suaves que se ponen con tan sencillo remedio. Si están ásperas á causa de las labores caseras, es tambien muy útil lavarlas con la siguiente preparación: jugo de limón, 3 onzas; vinagre de vino blanco, 3 onzas; aguardiente de uvas, medio cuartillo.

SEÑORITA LEONOR EMPARAN. Premiada en nuestro concurso.

La muerte del Ilustrísimo Señor Obispo de Puebla.

HONRAS FUNEBRES



Exposición del cadaver del Ilustrísimo Sr. Vargas en el Palacio Episcopal.

Honras póstumas al Ilustrísimo Señor Obispo de Puebla.

La prensa diaria informó oportunamente á nuestros lectores, de las innumerables demostraciones de respeto y de cariño de que fueron objeto los restos mortales del virtuoso prelado, que rigió con admirable prudencia y virtud la grey angelopolitana, y que fué llamado de este valle de lágrimas á la región del perpetuo descanso; y El Mundo, al dar noticia del doloroso acontecimiento que hoy enluta la diócesis de Puebla, publicó algunos breves datos biográficos del dignísimo prelado. Hoy consagramos dos páginas más al sensible suceso, dando fotografías del aspecto de la ciudad de Puebla durante las honras que se hicieron al Sr. Vargas, y dos retratos del prelado, uno en su postrera actitud yacente.

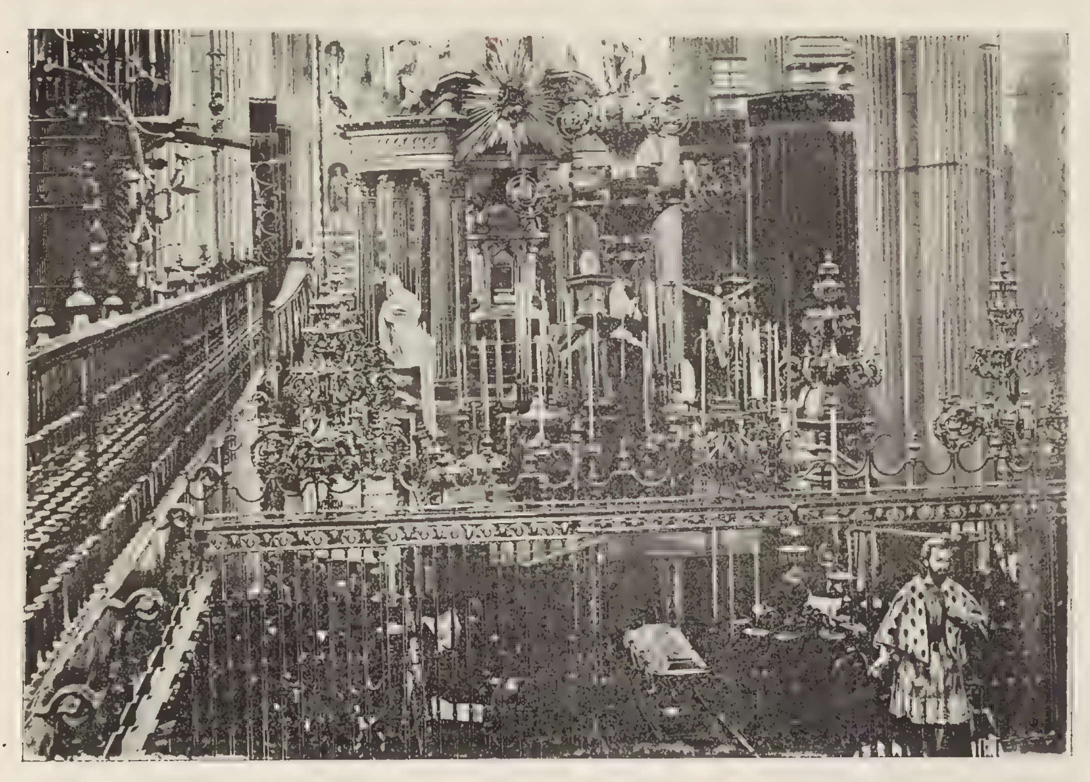
Unánimes fueron las demostraciones de afecto con que Puebla testificó su devoción á su pastor, y las honras de cuerpo presente que se le hicieron en el Sagrario de la Catedral, tuvieron toda la triste opulencia que despliega la Iglesia ante los cadáveres de sus apóstoles.

Del Sagrario fué trasladado el cuerpo á la Iglesia del Señor de los Trabajos, con inmensa comitiva que recorrió numerosas calles henchidas de gente, y en las cuales las casas de comercio se cerraron. Todo lo mejor de Puebla desfiló en esta comitiva solemnísima.

Al día siguiente, en un tren especial y con distinguido acompañamiento, fué llevado el cuerpo á Tlaxcala, al santuario dedicado á Nuestra Señora de Ocotlán, donde después de solemnes ceremonias fué inhumado el cadáver junto á los de los Ilustrísimos señores Verea y Fray Ramón Moreno.

Sobre esa tumba velarán la gratitud, el cariño y el recuerdo.

Traslación del cadaver á la Iglesia del Señor de los Trabajos.



Exposicion del cadaver en la Catedral de Puebla.

Aspecto de la Plaza principal de Puebla, durante la traslación del cadaver.

EL NUEVO OBISPO DE PUEBLA.

Monseñor Averardi comunicó de una manera oficial el sábado último al Sr. Dr. Don Perfecto Amézquita, Obispo de Tabasco, que el Sumo Pontífice se había dignado designarlo para ocupar la Diócesis de Puebla, vacante hoy por la muerte del Ilustrísimo Sr. Vargas, de pía memoria.

Bien merece el Sr. Amézquita esta distinción que lo eleva á una de las primeras diócesis de la República. Diez años lleva de prestigioso apostolado en el mortífero clima de Tabasco, sustentando la inmensa pesadumbre de una iglesia extensa y difícil, y de seguro, con su nueva grey continuará su celo la obra de redención, de caridad y de amor á que ha consagrado su existencia.

Felicitamos al digno prelado por su advenimiento á la Diócesis angelopolitana.

ILUSTRISIMO SEÑOR VARGAS (De la última fotografía).

EL BOMBARDEO DE ZANZIBAR POR LA ESCUADRA INGLESA.

A su debido tiempo y en la sección extranjera, nos ocupamos en dar la nota de este asunto en cuanto se relacionaba con la política de Inglaterra en las costas africanas, y en lo que pudiera afectar las relaciones generales de las potencias cuyos intereses radican en el Continente Negro. Hoy publicamos la nota gráfica que al mismo asunto se refiere, y con la línea y el claro-obscuro representamos la aventura británica.

Siempre igual en sus tendencias, siempre invariable en sus tradiciones, la Gran Bretaña se aparecerá á nuestros ojos haciendo ostentación de su grandeza y poderío cuando sabe que no ha de encontrar más que débil ó mediana resistencia, huyendo escurridiza y amañada, cuando comprende que los proyectiles de sus cañones y el espolón de sus acorazados se han de estrellar contra la rocafirme de la fuerza enemiga ó al empuje incontrastable de sus rivales.

Así la vemos alternativamente ceder sumisa en la cuestión del Alabama y bombardear Alejandría; cejar en sus pretensiones sobre Venezuela y ocupar el puerto de Corinto; retroceder ante los *boers*, de Transvaal, á quienes parece patrocinar el Emperador de Alemania, y acuchillar á los infelices matabeles; tácitamente aceptar la doctrina de Monroe que le predica Cleveland y encadenar al rey bárbaro de Ashantee; huir de las aguas de Corea, donde prepondera Rusia, y enderezar la proa de sus buques hacia el puerto y ciudad de Zanzíbar, para reducir á escombros y convertir en pavesas la residencia del mísero é indefenso Sultán.

Uno de esos esfuerzos legendarios de la política británica, se ve representado en nuestro grabado. La poderosa escuadra inglesa del Africa del Sur hace llover innumerables proyectiles sobre la plaza y palacio de Zanzíbar, y treinta minutos de esa horrísona tempestad bastan para formar un cuadro espantoso de desolación y de ruina.

El monarca destronado huye despavorido, después de heroica y desesperada resistencia que dura lo que un relámpago, y va á ocultar su vergüenza y su derrota al Consulado de Alemania, donde logra salvar la inútil vida.

Las tropas de la reina Victoria han quedado vencedoras; el orgulloso pabellón del Reino Unido flota sobre humeantes escombros, y la historia recoge en sus anales la nueva hazaña llevada á cabo en nombre del perpetuo derecho del más fuerte.

El Czar y la Czarina en Viena.

Consagramos hoy una página en nuestra sección extranjera al viaje de los soberanos rusos por las cortes europeas, viaje al que las naciones del viejo Continente dan una importancia capital. Una de las primeras etapas de esta excursión, ha sido la llegada á la capital de Austria, la cual dió motivo para agradables fiestas aristocráticas y populares. El Czar y la Czarina llegaron á la hermosa ciudad austriaca en tren especial y fueron recibidos por el Emperador Francisco José y la Emperatriz Isabel con todos los archiduques y archiduquesas de la familia imperial, los ministros y los más altos dignatarios del Estado y los miembros de la embajada rusa. Los dos emperadores vestían flamantes uniformes; recibiéronse con cordial apretón de manos y besaron respectivamente las de las emperatrices, en tanto que éstas se besaban. El Emperador de Austria conversó algunos minutos con el Czar y con el príncipe Lobanoff que acompañaba á su señor. Dos esplendidos carruajes con el blasón imperial, uno para los dos emperadores, tirado por cuatro caballos blancos y el otro tirado por caballos negros para las dos emperatrices, llevaron á los cuatro augustos personajes al palacio Hofburg donde algunos de los embajadores extranjeros fueron presentados al Czar por el conde Rostovsky, Ministro de Relaciones. La embajada rusa fué visitada pocas horas después por el Czar y la Czarina, dándose por la noche un gran banquete en Hofburg.

Los soberanos rusos fueron muy agasajados en Viena, y aunque el entusiasmo que despierte su llegada en las diversas cortes, sea más ó menos diplomático, es seguro que su viaje por europa tendrá todas las trazas de un paseo triunfal.

París los recibirá en breve, y de seguro se repetirán las entusiastas escenas que se produjeron durante la visita de los marinos rusos, no ha mucho tiempo aún.

París hace bien las cosas ó no las hace, dicen los franceses. Hay pues razón para esperar brillantes manifestaciones por parte de ese pueblo, el más artista y el más alegre del mundo.

***

LA CRISIS EN ZANZIBAR.—Buque de guerra inglés bombardeando el palacio del Sultán.

EL VIAJE DEL CZAR NICOLAS POR LAS CORTES EUROPEAS.

VIENA. Llegada del Czar a la estacion del Norte.

VIENA. Recepcion del Czar y de la Czarina en la Estacion, por el Emperador y la Emperatriz de Austria.

PAGINA FELINA.

He visto á menudo, con una especie de inquietud infinitamente triste, el alma de las bestias aparecerse en el fondo de sus ojos—el alma de un gato revelandose en un momento dado, tan dolorosa como el alma humana—y buscar mi alma con ternura, súplica ó terror... Y acaso he sentido más piedad para las almas de las bestias que para las de mis hermanos, porque aquellas carecen de palabra y son incapaces de salir de su penumbra, y sobre todo, porque son más humildes y más desdeñadas.

....

El invierno es la estación en que los gatos se convierten particularmente en los huéspedes del hogar y comparten con nosotros, ante las llamas que danzan, las vagas melancolías de los crepúsculos y los insondables ensueños.....

Pierre Lotti.

—

Sí que ojo enigmático, que ojo de esfinge es el ojo del gato: ojo que no es, por decirlo así, más que una reverberación verde, que no se ilumina con ninguna de las ternezas humanas de la mirada del perro y aun de las otras bestias; ojo misterioso, con su pupila enforma de letra mágica, cambiante á cada momento; ojo que encierra algo de desconocido, ojo inquietante cuando os observa ú os escruta.

Edmundo de Goncourt.

Los Gatos Viejos.

Comme sont tristes les matous
De n'être plus sur les genoux
Qui leur faisaient un lit si doux.

Raoul Gineste — *Chats et chats*

¡Cuántos gatos hay maullando,
las rodillas extrañando
que les daban lecho blando!......

y aquellas largas veladas,
cuando eran acariciadas
sus orejitas delgadas

por las manos temblorosas,
frías, secas y huesosas
de las viejas cariñosas

que, sentadas junto al fuego,
pensando en el palaciego,
—su primer desasosiego—

proseguían sus labores
y evocaban los amores
de dulces tiempos mejores!......

Entonces los adorados,
con los lomos arqueados,
hacían de enamorados;

en actitudes beatas,
se lustraban con las patas
pensando en bonitas gatas;

ó debajo de las sillas,
como esfinges en cuclillas,
Olvidaban sus rencillas,

y en hondas meditaciones,
rehilando sus ronrones
daban tregua á los ratones.

¡Comer ratas!...... ¡fu...! Tenían
leche, pan, cuanto querían
en el ocio en que vivían.

Se cocía su puchero
con sabroso hervir ligero,
¿á qué andar en el granero?......

Mas llegó la suerte aviesa,
y la dama y la duquesa
los proscriben de su mesa.

Vedlos bohemios: á menudo
en la noche, cuando rudo
sopla el viento helado y crudo,

se refugian, bajo leve
cobertizo, de la nieve
ó del agua, cuando llueve.

Sombras éticas, gritando
cruzan, fúnebres errando,
de hambre y frío tiritando,

y en las tinieblas glaciales
perfilan los animales
sus columnas vertebrales......

Mas si ven una criada
que camina fatigada,
con la cesta bien colmada;

sienten alegría loca
que en su famélica boca,
sabor de cremas provoca,

y dolientes, lamentando
su antiguo manjar tan blando,
el lomo enarcan, maullando!

Balbino Dávalos.

UN GATO......

Está pálida......... está sola
Y de su gato de Angola
Acaricia la blancura,
Sin pensar en la amargura
Del pesar que la desola.

Desmayó la serenata
Bajo el alféizar marmóreo!
Y las hojas arrebata
Y los nidos desbarata
Un triste viento hipérboreo......

Y en las crines albeantes
Del gato, caen en raudal
Las lágrimas tremulantes—
Lluvia de claros diamantes
Sobre un armiño triunfal!

Jose Juan Tablada.

EL NARCISO.

A causa de la noticia esparcida de que la hija del rey estaba á punto de morirse de hambre, había gran angustia en toda la comarca. ¿Cómo era que una princesa tan bella iba á morirse de hambre? ¿Pues qué, no había ganado en las praderas, caza en las selvas y verdura en los campos; no había ya cocineros en las cocinas? ¿Qué catástrofe había sobrevenido? ¿Cómo era que una persona tan rica no tuviera lo que difícilmente falta á un aldeano en su choza, y al mendigo en su faltriquera: un pedazo de pan?

No! tenía cuanto pan pudiera desear, los pasteles más sabrosos del mundo, y hubiera sido bastante una seña para que al momento le hubieran presentado los más delicados manjares, los dulces más exquisitos y verduras tan frescas como una gota de rocío. Pero la princesa no podía comer los víveres con que se alimentaba todo el mundo, porque las hadas, inclinadas en otro tiempo sobre su cuna, habían decidido que se alimentaría solamente con flores recientemente cortadas ó mariposas que se posaran sobre ellas. Pero volviendo al asunto, hacía dos semanas que una gran tempestad había destrozado los jardines y los campos, de tal manera, que era imposible encontrar una flor siquiera. En cuanto á las mariposas, también era imposible encontrar alguna, pues la tormenta las había transportado tal vez á países muy lejanos, donde debían haberse extinguido. En consecuencia, la princesa se encontraba en el estado más triste que pueda imaginarse: pálida como las pálidas flores, de las cuales una sola hubiera bastado para salvarla, moriría seguramente si su abstinencia se prolongaba por algunas horas, y como tenía mal carácter, ya podéis imaginaros los disgustos que causaría á sus doncellas de honor, cuando éstas se presentaban en su cuarto sin llevar la más pequeña flor de los campos ó del bosque.

* * *

He dicho y repito que en el reino había gran angustia por la próxima muerte de la princesa. No hubiérais reconocido al rey que en pocos días había enflaquecido; y en cuanto á los ministros, chambelanes y mayordomos, daba piedad verlos haciendo esfuerzos para mostrarse tristes al ver á su soberano tan melancólico.

Pero la más sincera y violenta desesperación estaba en el corazón de un pajecillo que hacía algún tiempo amaba á la princesa sin esperanza; el pensamiento único de que debía morir lo arrastraba á tales extremos, que hubiera hecho conocer su misericordia á los tigres del bosque y á las rocas de las montañas, si se hubieran encontrado á su alcance. No podía vanagloriarse de ser el preferido de la princesa! todo lo contrario. Ninguna palabra bastaría para dar idea de las crueldades que usaba para este pajecillo que estaba á su servicio.

Cuando él suspiraba, ella se reía; cuando en la noche se aproximaba cerca de ella para prestarle algún servicio, ni siquiera se dignaba voltearse, lo que hubiera sido propio; le miraba á los ojos, se sentaba y le decía: «Bien, bien, venid, ya es la hora de dormir; quitadme el calzado, os lo suplico.» Luego se alejaba con sus damas, que no cesaban de reír, y continuaba burlándose de su pobre paje. Tantas crueldades no le impedían el amar con ardor á la princesa, y si le hubiérais dicho que la princesa era una coqueta desprovista de sentimientos, se hubiera encolerizado, haciéndoos ver lo contrario.

Cuando supo que la hija del rey iba á morir á causa de la tempestad que se había llevado las flores y las mariposas, no titubeó un instante. Se puso á correr á través del reino entero buscando rosas, margaritas y lilas, para el alimento de la que amaba. Pero por más que buscó, nada pudo encontrar. Alguno dijo á la princesa: «Vuestra Alteza no sabe que el pajecito ha partido con la esperanza de traeros un buen almuerzo.» Ella sonreía con desdén, demostrando que almorzaría con disgusto las flores que el pobre paje le llevara: «¡Qué hambre tengo!» decía; mientras tanto el paje recorría todo el país en busca de flores, bajando á las riberas, escalando las más ásperas crestas, con la esperanza de encontrar entre las rocas, cerca de un ventisquero, la flor misteriosa de los Alpes, tan pequeña y azul, que hubiera impedido morir á aquella de quien él estaba apasionado. Pero ni en las más altas cimas, ni en las más profundas barrancas, había ninguna flor, por que la tempestad había sido tan espantosa y formidable, que había arrastrado todo consigo. Después de haber agotado todos los esfuerzos, volvió á la corte, donde escuchó de los labios de la princesa las siguientes palabras: «Ya lo había previsto; es verdaderamente ridículo el confiar á tales niños el cuidado de reales personas.»

* * *

Pensando el paje en que tan crueles palabras habían sido proferidas sin razón, sentía que el corazón se le oprimía y desgarraba, como si un buitre se hubiera arrojado con sus garras abiertas sobre un pequeño pájaro rojo. Puesto que ella tenía la doble inclemencia de ser mala y no querer reconocer los sacrificios del que había querido salvarla, resolvió morir, arrojándose á un pequeño arroyo que cerca de allí serpenteaba.

Después de haber buscado con esmero si florecía allí algún narciso, alguna flor que salvara á la princesa, se acercó á la orilla del arroyo, resuelto á precipitarse. Pero titubeó, pensando que es muy triste morir cuando aún es uno joven, habiendo tan bellas jóvenes en el mundo.

De repente una idea le vino.

Había leído en algunos libros viejos, que un joven que se había contemplado en las ondas de un estanque, se había transformado en flor. ¿Por qué no había de sucederle á él lo mismo? Siendo flor, la princesa podría comerla y se salvaría.

Se inclinó hacia la corriente y contempló su imagen por largo tiempo, dejándose caer al fin......

Apenas se había sumergido en el agua, cuando una dama de la princesa, que por allí cerca andaba, cortó en la orilla del arroyo un narciso pálido, transformación del paje, cuyo botón acababa de abrirse.

Una vez tomado el narciso por la princesa, la puso en estado de esperar á que las margaritas, los tulipanes y las eglantinas, florecieran de nuevo en los jardines y los bosques.

Luego que se hubo recuperado de la debilidad en que la había puesto tan larga abstinencia, le contaron que el narciso que se había comido, transformado en flor, era el paje que había muerto por salvarla.

—¡Ah! sí, sí—dijo ella; es necesario comerla! pero en verdad, esta flor no me parece muy buena.

Catulo Méndez.

POEMAS LOCOS.

LA CANCION DEL AJENJO.

Una noche, como mi espíritu estuviera nublado y mi corazón lleno de angustia, y no encontrando—pues nunca la encontré—la calma que abatido y enfermo necesito, he aquí lo que escuché, brotando del vaso, donde las gotas caían lentas y opalinas.

«Yo soy para tí, poeta, desheredado ó afligido, la deseada ambrosía del olvido—del olvido donde se hunden los dolores.

«Yo, la verde diosa de la quimera; yo, quien á tu mente, hoy obscurecida por el pesar, da los ensueños color de rosa, los exotismos, los refinamientos de la ilusión. Yo puedo hacerte ver, como á Fausto el maravilloso espejo—la mujer que, si tu destino fuera menos cruel, te amaría.

«Yo, perla de ópalo, caigo gota á gota, gota á gota, con triste ritmo—algo del ritmo de una campana tocando á funerales—y al hundirme en el fondo del vaso formo vapores azulados, nubes azuladas de donde surgen las quimeras que la vida—duro fardo—jamás pudo darte.

«Yo soy la diosa verde de la quimera!

«Soy noble y compasiva y jamás abandono á quien me llama. Cráneos vacíos, cráneos sin ojos que hoy ruedan en el polvo de los osarios, cráneos que decirte pudieran de cuántos sueños los poblé! Cadáveres existen que sin mí, sacudidos estarían aún por las alas poderosas y brutales, por las inflexibles alas del negro cuervo de la desventura!

«Y también, cuando el inevitable momento al que á cada paso nos acercamos llega, á cuántos dió mi amargura el valor para sentir y bien acoger á la Todopoderosa!

«Soy amarga, pero mi amargura endulza los espíritus de hiel, yo doy la dulzura del no sentir, del no pensar, del no llorar!»

Entonces, mis ojos tantas noches abiertos por el insomnio, tan quemados por la calentura, se entrecerraron, y del fondo del vaso, donde las gotas formaran al caer—al caer con ritmo pertinaz como mi desgracia—nubes azuladas, destacándose del trono de ágata, brotaron extendiéndose alrededor de mí—feliz tropel—todas las deidades de las que mi estrella sin brillo me separó: Doncellas castas que me hubieran amado, cortesanas que con caricias, corrompiéndome, divinificaran mis sentidos; vírgenes de voces puras que adormeciéndome hubieran evocado tropeles de sueños; niñas que me hubieran llevado flores, ángeles que me hubieran salvado.—Las visiones iban y volvían, circulaban alrededor de mi cabeza, tristes las unas—con la tristeza de los destinos no cumplidos—riendo las otras, con risas guturales y lascivas; con la pacífica sonrisa de la inocencia otras; y la visión iba, volvía, desenrollándose, como en el fondo del vaso se desenrollaban las azuladas nubes, nubes de quimera, al brotar y desprenderse del trono de ópalo.

Y del fondo de mi conciencia gritó una voz—fué una voz?—una voz como nunca más he oído, como nunca más oiré, pues el espanto me helaría, una voz—oh, sí, fué una voz!—la que gritó:

Insensato! del fondo de ese vaso levantas, irguiéndose y desenrollándose la verdosa serpiente del deseo—la serpiente de ojos de zafiro—la serpiente del deseo de lo imposible; porque tu destino, tu singular, tu errabundo destino, para siempre te separó de todas las venturas!

La visión se perdió; la negrura de mi espíritu fué mayor, mi tristeza más grande, porque había visto lo que nunca podré tomar, lo que si mi estrella no fuera tan opaca, hubiera sido mío.

Bernardo Couto Castillo.

GOTAS DE AJENJO.

I.

Le aserraron el craneo,
Le estrujaron los sesos,
Y el corazón ya frío
Le arrancaron del pecho.

Todo lo investigaron
Los oficiales médicos
Para saber la causa
De los males de Pedro,

De aquel soñador pálido
Que escribió tantos versos
Como el espacio azules
Y como el mar acerbos.

II

Oíd, cuando yo muera,
Cuando sucumba, oh médicos,
No me aserréis el craneo
Ni me estrujéis los sesos.
Ni el corazón ya frío
Me arrebaétis del pecho.

Al alma no ha llegado
Jamás el escalpelo,
Y mi mal es el mismo,
Es el mismo de Pedro,

De aquel soñador pálido
Que escribió tantos versos,
Como el espacio, azules,
Y como el mar, acerbos!

Julio Flores.

De profundis.

I

En los leves abanicos se acurrucan las sonrisas,
Tiembla el ave de los besos en la grana de las bocas
Y en las rubias cabelleras se acurrucan ledas brisas!....
En las blondas cabelleras que parecen áureas tocas
De luz nueva, que fingiendo leves clámides rojizas,
Va prendiendo flores de ambar en la nieve de las rocas.

II

En las rocas se estremecen las gotitas de rocío,
En las hojas de los lirios la luz finge resplandores
Y un incendio de rubíes en la linfa azul del río......
Todo brilla! Todo canta!... la corriente azul, las flores,

....

Sólo el torvo *De profundis* en el triste pecho mío
Rumbo al reino del olvido van cantando mis amores!

Rafael Martínez Rubio.

Septiembre de 1896.

Efemérides.

Ayer, entre las rubias alboradas
De mis pasados, luminosos días,
Deshojaron, en mi alma acurrucadas,
Sus pétalos de luz las alegrías.

* * *

Hoy que en mí las tinieblas de la noche
Prenden calladas su brumoso manto,
Abre en mis sueños su enfermizo broche
Una anémica flor: el desencanto.

* * *

Y mañana que deje la experiencia
Con su crueldad mi corazón vacío,
Daré mi último adios á la existencia
Deshojando las flores del hastío.

Benito Fentanes.

Setiembre de 1896.

El Estado da un mal ejemplo á los particulares: establece su presupuesto de gastos antes que el de ingresos.

G. M. Valtour.

El valor de la mujer consiste en saber sufrir.

Leon Bourgeois.

Estatua de Hidalgo inaugurada en Oaxaca el 16 del actual.

Inauguración de la estatua de Hidalgo en el Paseo Netzahualcoyotl, Oaxaca.

Inauguración de la estatua de Hidalgo en Oaxaca.

Al hacerse cargo de la Jefatura Política del Distrito del Centro en Oaxaca el Sr. Coronel Prisciliano M. Benítez, se propuso transformar la esplanada, comprendida entre el paseo del *Llano de Guadalupe* y el Colegio Clerical, en un microscópico jardín, que llevará el nombre del padre de nuestra Independencia.

Con fondos de la Jefatura y en poco tiempo, llevó á cabo el Sr. Benítez la construcción del jardín, más bajo que el pavimento de la calzada, de la que se desciende por suaves rampas á la Glorieta Central, donde se instaló una pequeña fuente de piedra de Escotel.

A la derecha del jardín y en el espacio que media entre éste y el templo de Guadalupe, se pavimentó de piedra labrada, imitación de mosaico, un extenso perímetro, en cuyo centro fué construido un airoso pedestal de piedra roja de Heutzo, donde había de ostentarse la estatua del Cura Hidalgo, fundida en bronce, en esta Capital.

La verja que circunda el pedestal es de hierro, fundido por los Sres. Quijano y Cª, cuyos cuatro estremos elévanse sobre esbeltas columnas, primorosos candelabros de cuatro luces, encerrados en globos opacos.

El venerable Hidalgo, tiene en la mano izquierda el victorioso lábaro de redención y la derecha estendida en actitud de arengar al pueblo. La estatua de bastante mérito artístico, obra del Sr. Contreras, fué descubierta eldía 16 del actual por el Sr. Gobernador del Estado, General Martín González y entregada solemnemente al Ayuntamiento, en cuyo acto se pronunciaron discursos que por su extensión no publicamos.

Un descubrimiento extraordinario.

El Profesor Deutschmann es uno de los más conocidos y eminentes oculistas de Alemania, y muchos especialistas europeos y americanos han sido discípulos de aquel sabio.

Hace más de un año que ha estado haciendo experiencias para traspasar los humores del ojo de un conejo vivo al de un hombre; trabajo llevado á cabo por el oculista de Hamburgo en la soledad de su laboratorio.

Ahora que el buen éxito de este atrevido y nuevo experimento está ya asegurado, el Dr. Deustchman no ha tenido inconveniente en revelar parte de su descubrimiento. Las primeras noticias se recibieron por cable, diciendo que el citado profesor había curado casos de ceguera producida por imperfecciones en la retina, sustituyendo ésta por la de un conejo. La noticia fué recibida, como siempre sucede, con marcada incredulidad. Pero ahora que se han dado á conocer más pormenores y que se sabe que van seis ciegos curados por el Doctor alemán, ya nadie duda de la bondad del descubrimiento.

Uno de los pacientes fué operado hace más de un año, y el Doctor quiso esperar todo este tiempo antes de dar á conocer su método, con objeto de ver si el enfermo no sufría alguna recaída.

El Doctor Deutschmann ha encontrado que la ceguera atribuida frecuentemente á imperfección de la retina, es causada á menudo por el desalojamiento de ella. Tal desalojamiento y contracción de tan delicada membrana resulta de la absorción del humor vítreo que constituye casi las nueve décimas partes de todo el ojo. Este humor vítreo está encerrado en una bolsa, formando lo que comunmente se llama el globo del ojo, y á través de él pasa la luz del cristalino á la retina, donde se forma la imágen. La retina está mantenida en su lugar por el cuerpo redondeado de la bolsa que contiene el humor vítreo.

Cuando el volumen del humor vítreo disminuye por absorción, la retina se contrae, por no tener ya cuerpo que la mantenga tensa, y naturalmente la visión se altera.

Un gran número de enfermedades del ojo pertenece á esta clase. Enfermedades de la sangre, hemorragias, trabajo mental excesivo y desórdenes nerviosos, son algunas de las causas iniciales que producen la absorción del humor vítreo y el desalojamiento consiguiente ó contracción de la retina, y por último, la ceguera. El gran descubrimiento que ha hecho el Profesor Deutschmann es que la deficiencia del humor vítreo del hombre puede corregirse tomando este humor del ojo de un conejo vivo.

La trasfusión del líquido, del ojo del conejo al ojo del paciente, se hace por medio de un sencillo tubito de goma. Pero antes de esto es necesario practicar una operación quirúrgica sumamente delicada.

Lo primero que se hace es poner al paciente una inyección de cocaina, para hacer el lugar insensible al dolor. El operador practica en seguida una abertura en la bolsa del humor vítreo, atravesando la esclerítica, la coroide y la retina. La bola del ojo del paciente se baja tanto como sea posible para dejar á descubierto la parte superior. Un ayudante sostiene un conejo vivo y le hace una cortada semejante. En seguida se pone el ojo del conejo lo más cerca posible del ojo del hombre y se comunican las dos aberturas por medio de un tubito de goma. Una ligera presión hace pasar el humor vítreo del conejo al tubo y del tubo al ojo del enfermo. En menos de un minuto está terminado el traspaso y como el nuevo líquido hace aumentar el volumen del globo del ojo, la retina se distiende, vuelve á su estado normal y está ya en aptitud de prestar sus importantísimos servicios. La mira del cirujano debe ser ahora conservar el ojo en buenas condiciones. Se extrae el tubo de goma y comienza la cicatrización de la herida.

El ayudante del Dr. Deutschmann dice que generalmente resulta una inflamación, pero que esto ayuda más bien que daña á la pronta cicatrización.

El sabio alemán no afirma poder curar casos de ceguera absoluta por este procedimiento; pero sí puede evitar que un enfermo de los ojos se quede completamente ciego, practicando en él la operación descrita.

Recuerdos de las fiestas nacionales.

Comisión que trajo la campana de la Independencia.

Gabriel Villanueva.—General Mariano Salas.—Guillermo Valleto.—General Sóstenes Rocha.

EL CENSO DE LA ARGENTINA.

El último censo de la República Argentina acusa un notable incremento en su población y en su riqueza, incremento que no fué bastante á detener la crisis monetaria por que ha venido atravesando aquel simpático país.

El día 10 de Mayo próximo pasado, la población total de la República se elevaba á 4,042,990 almas, además de los 50,000 argentinos residentes fuera de su patria.

Las principales ciudades tenían el siguiente número de habitantes: Buenos Aires, 663,854; Rosario de Santa Fe, 93,584; las demás ciudades contaban menos de 50,000 almas.

Desde el último censo, tomado en 1869, ha tenido la población un aumento de 2,218,776 almas, lo que da un promedio de 4.6 por año.

En punto á densidad, la población es de uno y dos quintos por kilómetro cuadrado.

Hay en la República 2,774 escuelas, 150 bibliotecas, 45 periódicos, 849 iglesias católicas, y 50 templos no católicos, 129 hospitales, 121 teatros, 532 molinos harineros, 48 fábricas de azúcar, 2,749 plantaciones azucareras, 6,513 viñedos, 44 fábricas de cerveza, 108 alambiques, 852 fábricas de vino, 12,316,037 reses vacunas, 63,611,108 ovinas y 3,079,038 porcinas.

LA COMISION ENCARGADA DE TRAER LA CAMPANA DE LA INDEPENDENCIA

Damos una fotografía de los señores encargados de traer á México la campana de la Independencia. Al Sr. Gabriel Villanueva débense las pesquisas que dieron por resultado la identificación del esquilón San José, y á los cuatro miembros de la comisión en general, la traslación de la reliquia y con ella una nota nueva y conmovedora para nuestras solemnidades cívicas.

RECUERDOS DE LAS FIESTAS NACIONALES.—Cabeza de la columna que desfiló por las calles principales el día 16.

Recuerdos de las fiestas de la Patria.

Damos dos fotografías más, relativas á las fiestas de la Patria, que con tanto lucimiento se efectuaron y que dejan tantos recuerdos.

La una representa al señor Presidente y á sus Ministros dirigiéndose á la Glorieta Central de la Alameda el 16 por la mañana, y la otra, la cabeza de la columna militar que el mismo día desfiló por la Avenida Juárez.

Ambas son instantáneas.

No son estos grabados de una oportunidad inmediata, á menos que se les enlace con los que en nuestro número anterior publicamos y de los cuales constituyen un complemento; pero bien se sabe que nuestro semanario es un periódico de colección, un álbum ilustrado de los principales sucesos, de las escenas que más puede interesarnos recordar, y por lo mismo, caben en él ampliaciones de esta naturaleza, que completan la fisonomía de un acontecimiento importante.

Curiosidades.

EL PERIODISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS.

El General Nicanor Bolet Peraza, que es uno de los espíritus más ilustrados de América, acaba de publicar en un diario de Caracas un hermoso artículo en que habla del adelanto del periodismo en Norte-América y da interesantes datos sobre su estado actual. Sus observaciones son interesantes.

El número del *World* de Nueva York correspondiente al domingo 7 de Mayo del presente año, constaba de 150 enormes páginas en tipo breviario, una cubierta de colores y más de mil grabados intercalados en el texto. Esta mastodóntica edición fué hecha para conmemorar el décimo aniversario del naciniento, mejor dicho, de la nueva vida de aquel diario, que hace diez años parecía de mal manejo, y el cual, bajo la dirección del emprendedor propietario que recogió sus ruinas, ha llegado á rivalizar con las más prósperas empresas de su especie, con una circulación que se calcula en 400,000 ejemplares al día; un palacio soberbio por morada, alto de quince pisos, coronado por una cúpula que domina á los más altos edificios de la metrópoli, convertida por las noches en inmenso globo de luz eléctrica.

Esto bastará á dar idea de las estupendas proporciones de los periódicos en los Estados Unidos. Cada número diario contiene materia de lectura, como para llenar un grueso volumen, y las condiciones dominicales cuadruplican ese material.

De aquí la institución eminentemente yankee, de los Reporters y de las Entrevistas. El reporter es así como el diablo Asmodeo que destechaba las casas para expiar en sus interioridades. El reporter asalta á sus víctimas, les aplica al cerebro su bomba de succión, y les saca lo que tengan en él y también lo que no han pensado jamás tener. Si el paciente se niega á dejarse «pompaer» (se ha inventado ya la palabra) mucho mejor para el reporter. Entonces la entrevista aparecerá más interesante y llenará varias columnas de ajena cosecha. Si enojado se atreve á negar lo que se le atribuye haber dicho, se le desfigura su negación, y si rectifica al día siguiente, se le empluma.

Lo que aquí se llama «interview» es un suplicio á cuyo tormento hay que someterse sin chistar. El reporter no es otra cosa que el alimentador de un móstruo que con las enormes fauces abiertas aguarda todos los días su ración de cuartillas. Son diez, veinte, cincuenta páginas las que hay que llenar, que á su vez constituyen el alimento de esas máquinas estupendas que votan setenta mil ejemplares en cada hora, para ser devorados en pocos minitos por ese otro monstruo que cuenta setenta millones de cabezas.

Todo el que comprende lo que lee, imagina siempre que la idea expresada había germinado ya en su propio cerebro.

TEODORO CAHU.

EL REGALO.

LITERATURA FLAMENCA CONTEMPORANEA.

EL REGALO.

Y abrió la mesa.

A su lado, de pie, el niño advirtió el reloj.

—Abuelo, le dijo, dámelo!

—Te lo daré el año entrante, respondió el abuelo, si estudias mucho y eres juicioso. Ya veremos.

—¡El año entrante! exclamó el niño. Pero abuelo, tal vez entonces te hayas muerto. ¡Eres tan viejo! ¡Y estás tan enfermo!

Y el anciano se puso á reflexionar diciéndose: Es verdad!

Y sus dedos acariciaban el cabello ensortijado del muchachito.

Tomó el reloj de plata con su pesada cadena y lo puso entre las pequeñas manos ávidas.

—Tu padre me lo dió, dijo.

***

Habían cavado una fosita.

Los colegiales se agrupaban en torno de ella, y un anciano hincó penosamente la rodilla en tierra.

El viento fresco de la mañana jugaba suavemente con sus cabellos.

La cajita descendió al agujero.

¡Pobre criatura! ¿Quién lo hubiese dicho?

Y el abuelo regresó á su casa. Lloraba, lloraba amargamente!

Y volvió á colocar el reloj de plata en el interior de la vieja mesa.

ROSALIA LOVELING.

SUEÑOS.

(INÉDITA.)

Sueño en un ángel que me sonría,
En una aurora llena de sol,
Cuando en las sombras del alma mía,
Que empalidece la nostalgía,
Nazca el amor.........

Sueños en las glorias de un mediodía,
De un mediodía lleno de ardor;
En una fuente que cante y ría
Cuando en los triunfos de su alegría
Viva mi amor.........

Sueño en la tarde brumosa y fría
De algun Otoño desolador,
Cuando inclinando la faz sombría
Entre los hielos de su agonía
Muera mi amor.........

Sueño en la noche tenáz, impía
Que airada envuelva mi corazón
Cuando transcurra la vida mía,
Sin esperanza, sin alegría
Sin un amor.........!

JOSÉ JUAN TABLADA.

Septiembre de 1896.

PARA AURORA.

Escucha princesita:
En tus pupilas diáfanas se agita
Un enjambre de estrellas incendiadas;
En tus pupilas arde
La luz tremoladora de una tarde
Que se desgrana en chispas argentadas.

Escucha, reinecita:
En tu frente de rubia moscovita
Hay un nimbo de pálidos destellos,
Y tu rostro afilado,
De añeja aristocracia va encuadrado
En el oro imperial de tus cabellos.

RECUERDOS DE LAS FIESTAS NACIONALES.—El Sr. Presidente y sus Ministros dirigiéndose á la Alameda el día 16.

Escucha, virgencita:
En tus manos artísticas palpita
La inmaculada sangre de la azalia;
Tus manos medioevales
Tienen las actitudes señoriales
De las madonas místicas de Italia.

Escucha, yo quisiera
Encadenar á un ritmo mi altanera
Y ruda inspiración, y en una trova
Repetir, á tu lado,
¡Todo lo que los sueños te han contado
En el misterio virgen de tu alcoba!

Pero oye lo que cantan
Los ecos que en la noche se levantan
Para caer en el silencio inermes,
Y lo que parlotean
Los ideales castos que rodean
Tu cabecita rubia cuando duermes,

Y lo que digan ellos
Será lo que mis cánticos plebeyos
A tu oído dirían, si pudieran,
¡Todos los madrigales
Que, cayendo á tus plantas imperiales,
Como una alfombra blanca se extendieran!

ANTENOR LESCANO.

Septiembre de 1896.

LA DICHA EN UN POZO.

[Cuento romántico.]

I.

Hipólita y Cayetano se amaban. Se amaban como se aman las flores de la enredadera; se amaban como se aman los trinos del ruiseñor; se amaban como se aman las estrofas de una lira......

¡Se amaban como unos salvajes!

Doña Eleuteria—porque la madre de Hipólita se llamaba Doña Eleuteria—había inculcado en el corazón de su hija los preceptos de la virtud.

¡Hipólita era virtuosa!

El rostro de Hipólita reunía todas las bellezas juntas del cielo y de la tierra. Para ella, eran los cantos de las aves, los matices de la luz, las cuerdas de la lira.

¡Hipólita era bellísima!

Cayetano trabajaba en una tienda y vestía modestamente.

¡Cayetano era trabajador y honrado!

Cayetano poseía un rostro agraciado por un lunar de pelo á la derecha del bigote rubio. Además, suspendía diez arrobas de un solo golpe.

¡Cayetano estaba saludable!

II.

Una tarde, ¡tarde nefasta! Cayetano vió á Hipólita en la 2.ª de Plateros.

¡La vió y la amó!

Y no obstante su timidez natural, Cayetano se detuvo en la esquina y clavó en Hipólita ardientemente la mirada.

La joven sonrió.

En el alma de Cayetano despertó aquella sonrisa esperanzas halagüeñas, ilusiones doradas.

En el alma de Hipólita grabóse diamantinamente la mirada de Cayetano.

Soñaron esa noche la niña con el joven y el joven con la niña.

Oh! La felicidad!

III.

Otra noche, noche embalsamada de aromas primaverales, saltó Cayetano por las tapias del jardín de Hipólita.

Ella estaba reclinada en un banco de piedra, con el alma en el pensamiento y el pensamiento en Cayetano.

Cayetano se postró á sus plantas exclamando:

—¡Te amo!

—¡Cielos! profirió la joven, y las tintas del rubor pintaron sus mejillas pálidas.

—¡Amame! suspiró Cayetano.

—¿Me amarás siempre? interrogó Hipólita.

—¡Antes y después de la eternidad!

—¿Me lo juras?

—¡Te lo juro!

Sus miradas se abrazaron sus manos se confundieron, sus labios se estrecharon en el alma de un beso......

En el leve aliento del beso se unieron aquellas dos almas......

Entre tanto, en el horizonte surgía la luna, hermosísima luna llena, del tamaño de una hostia, pero de las grandes.

IV.

El amor crecía incesante en los pechos de Hipólita y de Cayetano: rayaba en adoración, en delirio, en locura.

Hipólita sólo pensaba en Cayetano, en su amado, ora estuviese ella barriendo, ora limpiando los muebles, ora fregando las ollas y sartenes de la cocina.

Cayetano sólo pensaba en Hipólita, en su amada, ora estuviese arreglando la bodega, ora midiendo varas de lienzos, ora limpiando las vidrieras.

Ah! El amor!

V

Doña Eleuteria cayó en la cuenta de que su hija no hacía las cosas á derechas.

Una vez por echar vinagre á la ensalada, le echó aguardiente alcanforado.

—Pero ¿qué te pasa? Preguntó doña Eleuteria.

Hipólita no pudo contenerse: se lanzó á los brazos de su madre, llorando como si le extrajesen un diente delantero.

—¡Yo amo!

—¡Ave María Purísima!......¿Y desde cuándo? ¿A quién?

—Mi amor no reconoce edad, madre mía!...... ¡Yo amo á Cayetano!

—¿Quién es Cayetano?

—Cayetano es el centro de mis ilusiones, es mi dicha, es mi ideal realizado! Cayetano es un gallardo dependiente de mostrador.

—Menos mal, hija...... Por mí, pueden ustedes casarse cuando quieran.

VI

Habló Cayetano con doña Eleuteria.

Doña Eleuteria consintió en que los jóvenes se amáran, no sin advertir previamente al mancebo que á ella no le agradaban las relaciones largas.

¿Qué aguardaba Cayetano?

¡Ah!

Cayetano esperaba á que su principal, D. Leovigildo, le subiera el sueldo.

Sin mayor sueldo ¿cómo ratificar ante el ara sus juramentos de amor?

¡Jamás!

VII

Una noche, después de cerrar la tienda, D. Leovigildo llamó aparte á Cayetano.

—Desde el día primero, gana usted veinticinco pesos mensuales.

—Gracias! exclamó Cayetano y por poco no se arrodilló delante de D. Leovigildo.

Luego, sin quitarse el delantal, partió desolado á casa de Hipólita.

Iba á participarle la fausta nueva y á fijar el día de su enlace.........

Los minutos se le figuraban eternidades.........

De repente, al pasar por una esquina, flaqueóle un pié y rodó......

¡Había caído un un pozo!

Cuando lo sacaron, dos transeuntes compasivos, Cayetano agonizaba.

Al amor de la...... lluvia

(*Dibujo de Leandro Izaguirre.*)

VIII

Cuatro mozos transportaron á Cayetano á su domicilio.

Mientras el sacerdote le aplicaba la estrema-unción, el desventurado joven abrió los ojos.

Reconoció entre los circunstantes á su principal, á D. Leovigildo.

Y le dijo con apagado acento:

—Me muero...... deseo que me haga un favor...... cortarme el pelo del lunar...... llevárselo á mi novia......... Hipólita Latiguillo.

Y espiró.

IX

D. Leovigildo se presentó en casa de Hipólita y sin aceptar el asiento que le ofrecía doña Eleuteria, puso en las manos de la jóven un paquetito, advirtiendo con voz dolorida:

—Envuelto en ese pedazo de «El Monitor Republicano,» niña, hallará el postrer recuerdo del hombre que siempre adoró en usted.

—¿Cómo? inquirieron, aterrorizadas por fatal presentimiento, las dos mujeres.

—Sí!...... El más respetuoso de mis dependientes, Calletano Barboquejo, ha fallecido!

Hipólita y Doña Eleuteria se miraron con ojos extraviados, lanzaron una carcajada erizante, fría como la hoja de un puñal.

¡Estaban locas!

P. Escalante Palma.

EL AGUA QUE ARDE.

Como tenía fiebre, la cruel fiebre del amor, el pobre enamorado resolvió bañarse en el río fresco y manso que corre sobre los guijarros bruñidos.

Habíanle dicho:

«Puesto que sufres sin esperanza ni consuelo, puesto que tienes en el corazón, en la frente, en los labios, los colores del eterno deseo engañado, conviene que entres y permanezcas largo tiempo en esa agua que goza, desde una fecha sin memoria, de la virtud de apagar los incendios de la pasión: varios son los que sin estar menos enfermos que tú, hánse restablecido luego; es un prodigio que todo el mundo puede referirte en el país.»

Se dejó, pues, deslizar por la orilla del río; mas apenas hubo descendido á la frescura de la onda, cuando sintió por todo el cuerpo candentes brasas que lo estrechaban, envolviéndolo en llamas..... ¡Huyó á través de la llanura! Las quemaduras le atenaceaban los miembros y la piel, le devoraban, le consumían. Jamás había sufrido tortura semejante.

Y como él se quejara, la hermosa, que no lo amaba, le dijo; «¡Ah, yo sé bien por qué es; sucedió que un día, pasando cerca de este río, dejé caer una de las florecitas que adornaban mi cabellera!

Catule Mendez.

Selección literaria.

El ideal no es más que el punto culminante de la lógica, como lo bello no es otra cosa que la cima de la verdad.

—

Hay gentes que observan las reglas del honor como se observan las estrellas....... ¡De lejos!......

—

El amor tiene niñerías; las otras pasiones pequeñeces.

Vergüenza á las pasiones que hacen al hombre pequeño.

Honor á las que le vuelven niño.

—

La luz de las antorchas se asemeja á la prudencia de los cobardes. Alumbra mal porque tiembla.

—

Inglaterra fué muy modesta frente á Wellington. Hacer á Wellignton tan grande, fué hacer á Inglaterra muy pequeña.

—

El amor... la mujer... ¡He ahí un círculo del que no saldréis nunca!......

¡En cuanto á mí, lo que quisiera es.... volver!

—

Job es más majestuoso miserable que próspero. Su lepra es una púrpura.

—

La mujer reina. Yo no soy realista más que de esa monarquía.

¿Qué es Adán? El vasallo de Eva.

Para Eva no habrá 89.

Victor Hugo.

Prefiero la vida al arte; una obra maestra helada por los siglos, no es, en suma, más que un gran muerto.

Emilio Zolá.

Conocer el deber, es á ocasiones más difícil que cumplirlo.

P. Bourget.

La desgracia es precisa
para grabar los hechos de la historia.
O se escribe con sangre nuestra gloria,
ó la borra al pasar cualquiera brisa.

—

Se matan los humanos
en implacable guerra
Por la gloria de ser, en mar y en tierra
devorados por peces y gusanos.

—

Te casaste y.... ¿lo vez? Ya te decía
que no iguala al afán con que se ansía
la dicha que se alcanza.
Por ardiente que sea la esperanza,
al convertirla en realidad es fría.

Campoamor.

Antiguo y Eficaz.

Enfermedad es efecto, no causa. Lleva en sí misma su origen; sus manifestaciones son exteriores. Por consiguiente, para curar una enfermedad la causa debe ser curada ante todo y de lo contrario ninguna enfermedad puede ser curada. "Warner's SAFE Cure." funda su gran reputacion en ese principio. Demuestra que el.

95 POR CIENTO

de todas las enfermedades proceden de desórdenes en los riñones y del hígado, y ataca directamente la raiz de la enfermedad. Sus componentes obran directamente sobre aquellos órganos, tanto como alimento como restaurador, y poniéndolos en buenas condiciones de salud alejan enfermedades y dolores del sistema general.

Para las innumerables dolencias causadas por sufrimientos en los riñones, hígado y órganos urinarios; para los sufrimientos de las mujeres, para toda afeccion nerviosa y desarreglos físicos en general este gran remedio no tiene precio, ni igual. Su gran éxito pasado es una garantía para su futuro

WARNER'S SAFE CURE CO.
Rochester, New York, U. S. A.

SE VENDE EN TODAS LAS BOTICAS.

Una duda que me quema,
Tengo, señor Oficial,
Ya está en uso ese sistema
Simetrico-Decimal?

Usté mando dar varazos
Al corneta, y no resulta,
Que le den unos metrazos
Y así no nos cobran multa.

Vigor del Cabello del Dr. AYER

Es el mejor cosmético

Hace crecer el cabello

DESTRUYE LA CASPA,

Y con su uso el cabello gris vuelve á tomar su color primitivo.

El **Vigor del Cabello** del Dr. Ayer está compuesto de los ingredientes más escogidos. Impide que el cabello se ponga claro, gris, marchito ó rasposo, conservando su riqueza, exuberancia y color hasta un periodo avanzado de la vida.

Cuanto más se usa, más rápidos son sus efectos.

Medalla de Oro en la Exposición de Barcelona.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

Póngase en guardia contra imitaciones baratas. El nombre de—"Ayer"—figura en la envoltura, y está vaciado en el cristal de cada frasco.

DIGESTIVO ANDREW.

Sin pepsina, papaina ni pancreatina. Curación completa, rápida y garantizada DE LAS ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO.

MARCA REGISTRADA.

El Digestivo Andrew cura radicalmente la dispepsia, enteritis crónica, acidez del estómago, abultamiento con poco comer, flatulencia, repugnancia á los alimentos, diarreas, gastralgías, ictericia, vómitos en las embarazadas, dolores de vientre, digestiones lentas, penosas é incompletas que producen dolores de cabeza y que determinan la anemia, cólicos, etc.

Preservativo excelente para el tifo, fiebre amarilla, y en general de todas enfermedades infecciosas, pues es el más completo é inofensivo Antiséptico del aparato digestivo. Desaparecen desde la primera dósis, los vómitos, acedías, eruptos, inapetencia, pesadez, constipación, dolor de estómago por antiguo ó rebelde que sea el padecimiento, y aunque no haya cedido á otro tratamiento, el éxito es tan seguro, que no tenemos inconveniente en *Garantizar el especifico,* pues ha sido analizado y adoptado por las eminencias facultativas de Europa y de esta capital. *Es el más poderoso de los Digestivos* para estimular y restablecer las funciones del estómago.

El tiempo necesario para una cura radical varía según el caso, pero nunca más de 40 á 50 dias. Una vez comenzado este tratamiento, no debe suspenderse por ningún motivo. Exigir la firma y rúbrica auténtica del Dr. Andrew. PRECIO DEL TUBO: $2 50 EN TODA LA REPÚBLICA. Certificados de los principales médicos de esta capital y de los Estados. Desconfiese de las imitaciones y falsificaciones.

EL DIGESTIVO ANDREW está de venta en todas las principales Droguerías y Boticas de Europa y América

---

Mosler, Bowen y Cook, Sucesores.

Calle de la Alcaicería número 27. Entre las calles del 5 de Mayo y Plateros.

ANTES EN LA LA 2ª CALLE DEL 5 DE MAYO NUM. 4.

Surtido completo de las afamadas cajas de seguridad "MOSLER"

CONTRA ROBO Y CONTRA INCENDIO.

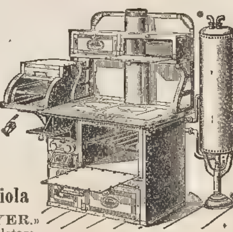
Escritorios, Pianos, Escritorios de Cortina, Carpetas altas para tenedor de libros, Sillones giratorios de tornillo y resorte en gran variedad, Archiveros, Prensas para copiar, libreros giratorios, Libreros con cristales, Ajuares de cuero para despachos, Máquinas para escribir y demás muebles para oficinas.

La máquina para escribir "Esmith-Premier."

UNICO AGENTE EN LA REPUBLICA PARA LAS CELEBRES BICICLETAS "CLEVELAND."

El más completo surtido de accesorios para Bicicletas.

FAMOSAS ESTUFAS PARA COCINAR



Estas estufas se combinan con tinacos de presión para agua caliente, la que se consigue al cocinar y sin aumento de gasto de combustible, sirviendo para el uso de baños, etc.

Precios desde $35.00 para arriba, incluyendo chimenea, instalación y enseñanza de las criadas en su uso práctico.

T. S. GORE. 1ª Calle de S. Francisco núm. 12. Frente á la Plazuela de Guardiola

Depósito de Bicicletas «BARNES» conocidas también bajo el nombre de «WHITE FLYER.» Refrigeradores, tinas, aguamaniles, comunes, etc. Surtido de útiles para cocina. Accesorios de Bicicletas.

Tan fragante como las flores, este famoso Dentrífico ha sido y es usado formalmente por el publico de gusto delicado tanto touristas como ciudadanos en Mexico. Todos los proeminentes droguistas le recomiendan y venden como el mejor y mas delicado de los Dentrificos. Todos los paquetes contienen una botella de liquido SOZODONTE (para usarlo diariamente), y una caja de Polvos SOZODONTE (para usar dos veces por semana); tambien

Como muestra una pastilla de GRATIS.

Este agradable Jabon (pastilla de 4 onzas) está hecho con escojidas materias, con el Tomillo como base por su cualidad antiséptica, y es de un gran valor como Jabon de Tocador para la complexion en cualquier extremo de temperatura. No hay sustituto para él, ninguno le iguala en valor para la cura de granos, grietas, eczema y todas las enfermedades de la piel y para la barba. Proveeros de una pequeña muestra por correo dirijiendoos á HALL & RUCKEL, New York, propietarios del SOZODONTE, SOZODERMA y otras populares preparaciones. Mencionad este periódico y se os remitirá gratis la muestra.

Enfermos del Estómago

Es conveniente convencerse de que el DIGESTIVO MOJARRIETA es lo único positivo, lo único que cura radicalmente las enfermedades del Aparato Digestivo, y exigir grabado sobre cada Oblea, el nombre DIGESTIVO MOJARRIETA.

Dispepsia, Gastralgía y Enteritis crónicas

con sus síntomas: Agrios después de las comidas ó Acidos del estómago, Sed excesiva, Hinchazón ó Peso en el Vientre por poco que se coma, Digestiones lentas ó incompletas que producen Repugnancia, Mareos, Dolores de Vientre, Vómitos biliosos y Diarreas crónicas.

Son enfermedades que según enseñan millares de personas bien conocidas y respetables, á quienes se vió sufrir durante *muchos años* y además reconocen eminencias médicas de varias naciones, sólo se curan *completa y radicalmente* con el

Digestivo Mojarrieta.

En todas las Droguerías de México.

ASMA y CATARRO (Cajita 2 fr.) curados por **CIGARRILLOS** ó el Polvo **ESPIC**
J. ESPIC, 20, rue Saint-Lazare, PARIS, y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS.

LA CAJA DE AHORROS.

Con inversiones garantizadas.

Sociedad Anonima.

CAPITAL SOCIAL, $100,000.

Presidente: Serapión Fernández,
Gerente: Dionisio Montes de Oca.

El ahorro es la fortuna del pobre
Y la salvaguardia del rico.

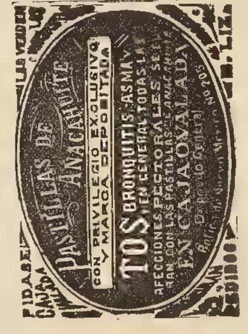
"La Caja de Ahorros con Inversiones garantizadas" expide Pólizas de *cien*, de *quinientos* y de *mil pesos*, cobrando mensualmente *treinta centavos* por las de $100; *un peso* por las de $500 y *dos pesos* por las de $1,000.

Con tan pequeñas exhibiciones esta benéfica Compañía, favorece por medio de sus Pólizas el ahorro, con múltiples utilidades en todas las clases sociales, lo que proporciona asegurar una fuerte suma de dinero, para recibir la de **"La caja de ahorros"** á determinado periodo de tiempo, ó ántes, según sus estipulaciones.

"La caja de ahorros" proteje al pobre, presentándole la menor manera de ahorar, y ofrece al rico un negocio lucrativo y ventajoso, en que, con pequeñas inversiones, pueda obtener una gran utilidad.

Para comprar las Pólizas de **"La caja de ahorros."** ocúrrase á la Oficina Principal, calle de CADENA NUMERO 6, por medio de los Agentes de la Compañía, debidamente autorizados.

SAMUEL MUÑUZURI
UNICO AGENTE DE
"EL MUNDO"
Y DE OTRAS PUBLICACIONES
EN ACAPULCO.



"La Tertulia," situada frente á las obras del antiguo portal de Agustinos Tlapaleros 19, es hoy la cantina que ha preferido el público mexicano por su originalidad en los exquisitos y delicados **Frees Lunch.**

¿Está ud. anémico ó debilitado?

TOME VD. EL VINO DE BAGNOLS

SAN JUAN.

De venta en todas las Droguerías y Casas Importadoras del Ramo

Este periódico está impreso con las tintas finas de la Casa LORILLEUX y COMP. *París.*—Unicos Agentes en la Rcpùblica:—LEWIS Y BLOCK, MÉXICO.

EL MUNDO.

TOMO II MEXICO, DOMINGO 4 DE OCTUBRE DE 1896. NUMERO 14

ESCENAS MEXICANAS.

"Se cose en máquina."——Un solicitante de bordados.

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á **EL MUNDO** vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.

Números sueltos, 50 centavos.

Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

Política Positiva.

La política provinciana tiene sus marrullerías habilidosas, sus disfrazadas astucias, que á veces pueden sorprender aún á los espíritus mejor preparados para descubrir los más ocultos sofismas.

Así hemos visto que en algunos Estados de la República se ha empleado una maniobra, conducente á exaltar la personalidad de un gobernante, pretendiendo comunicar á éste un prestigio artificial extraído de otra personalidad más ilustre. El hecho se realiza como sigue: los amigos del Gobernador *X*, en la Municipalidad *H* del Estado de......... deciden *congratularse* de que el primer magistrado local vuelva á empuñar el timón de la nave... etc etc; y con éste, ú otro motivo—que para el caso es lo mismo— organizan una manifestación popular, un voto de gracias ó una acta de adhesión en favor del Gobernador del Estado...... y del Sr. Presidente de la República. El procedimiento resulta de una reprochable injusticia y digno de ser severanmente censurado

Al unir el nombre del General Díaz al de alguna de las figuras de segundo ó tercer plano de la política militante, no parece sino que se quiere igualar las funciones de ambos, que se trata de identificar las dos labores, que se pretende establecer una medida común que señale un límite nivelador entre las dos personalidades bien distintas en sus aptitudes, en los servicios prestados y en los méritos que la República les reconoce.

Las torpes imitaciones del General Díaz resultan caricaturescas para las contra-figuras pretendidas crear al amparo de este molde único. Esta unidad de fuerzas, esta identificación de labores, esta comunidad de funciones, es sencillamente una sofistiquería insostenible de la política de provincias, cuya pequeñez inverosimil no la permite adoptar otros medios para realzar á sus prohombres.

El Jurado Poucel--Enríquez.

El desenlace del drama de la calle de Santa Isabel, de que en momento oportuno hemos dado cuenta á nuestros lectores, ha tenido el privilegio de dejar descontenta á esa gran masa anónima y ondulante que se llama el público.

Creemos sinceramente que cualquiera otra solución que el Jurado hubiese dado á este desgraciadísimo asunto, habría de igual modo provocado el descontento general.

Pero el proceso que acaba de cerrarse no puede ser juzgado con este criterio que lo arrasa todo, y que del mismo modo critica este veredicto que hubiese censurado cualquier otro; por el espíritu de eterna rebeldía, tenaz y persistente, en virtud de una ciega oposición sistemática y anticipada á todo acto que resuelve una cuestión jurídica, económica ó política; rasgo indefectible que caracteriza á las multitudes.

El Mundo piensa que, dadas as conclusiones presentadas por el agente del Ministerio Público y dados también los puntos obscuros que han persistido en el esclarecimiento de este drama, el jurado ha obrado, no sólo impulsado por un movimiento de conciencia, sino á la vez obedeciendo á una irreprochable disciplina intelectual. Ante los materiales agrupados en este proceso, un juez no hubiese procedido de otra suerte, ni habría encontrado solución más ajustada á la justicia.

¿Cómo condenar á Enríquez cuando no existía la prueba jurídica de que él había sido el matador de Ortíz? ¿Cómo condenar á Poucel si no se presentaban en contra suya pruebas concluyentes, positivas, indestructibles, que lo hicieran responsable del delito? ¿Cómo condenar á los dos cuando había un inocente?

El veredicto del jurado, dentro del orden de ideas en que se encerró á este tribunal, no ha podido ser, lo repetimos, más ajustado á un alto principio de justicia. El jurado en México, después de la loable selección que en él se introdujo hace tres ó cuatro años, cumple fielmente las funciones que le están encomendadas.

El periódico necesario y el periódico de lujo.

Ha comenzado á producirse el movimiento periodístico de que habíamos hablado hace poco menos de dos meses.

En el progreso general de la prensa, salvo algunos desdeñables desahogos de los heridos por la competencia, los interesados en dar mayor amplitud y desarrollo á esta corriente, han correspondido con energía al grito de exaltación con que se ha anunciado la nueva campaña.

No hace mucho que un colega se dolía de la mala condición de la prensa mexicana, sosteniendo con gran desconocimiento del asunto algunos errores que no es del caso refutar ahora.

Sin entregarnos á la negra misantropía del cofrade á que aludimos— ya que los hechos nos están demostrando lo exagerado de ese pesimismo— sí convenimos en que existen en nuestro país serios obstáculos que se oponen á la expansión de la prensa, en la forma y términos que corresponden á otros órdenes de progresos nacionales.

Pero entre los que se citan generalmente, no hemos visto nunca mencionar un hecho de carácter económico, que establezca la diferencia que existe entre un diario mexicano y una publicación extranjera de la misma índole. Para el público europeo y de los Estados Unidos, un diario es un producto *necesario* á la vida; para el público de México un periódico es un artículo *de lujo* —Y en virtud de dos criterios tan desemejantes, los que publican diarios se ven obligados á adoptar las condiciones de su mercancía á las solicitudes de los consumidores.

El lector de periódicos en México, examina prolijamente la impresión, palpa el papel, se detiene ante las erratas estudia la hoja impresa de arriba á abajo y de derecha á izquierda, exije el número preciso de comas, pide la cantidad exacta de puntos, se indigna ante una paginación equivocada y no tolera una letra rota.

El lector de periódicos en los Estados Unidos y Europa pasa por encima de estas minucias, á él lo que le interesa es la noticia, el resto es indiferente; recorre á toda prisa las columnas, fija por un momento su atención en lo que le conviene, no se alarma ante un *espacio* que pinta, no rechina los dientes delante de una *versal* que baila, se encoje de hombros frente á un párrafo borroso; termina su lectura, hace una bola de papel y arroja lejos de sí el *producto consumido.*

Con tales consumidores, el empresario de periódicos no está obligado á elaborar un producto de elevada cotización, una obra maestra de Arte. En México sucede lo contrario, y de aquí que el periódico resulte caro, infinitamente superior en precio al común poder de adquisición del público.

Nuestra prensa comparada con la del extranjero— no hablamos de los periódicos especialistas, es siempre superior en confección á la europea y americana, que cuentan, además, con elementos más poderosos que los nuestros.

La gran evolución de la prensa mexicana, consiste, pues, en transformar el periódico, de artículo de lujo en producto necesario.

Política general.

RESUMEN.—La Dieta Internacional centro-americana.—Lo que puede, lo que aspira, lo que tiene.—Inconsistencia actual de la soñada unión.—La República Mayor y su porvenir.

Por fin, tras porfiada obstinación y tenaz perseverancia, ya tenemos reunida en la ciudad de Tegucigalpa la Dieta Internacional que encarna los intereses de la unión centro-americana y representa las fraternales tendencias de la República Mayor, fundada por la agregación inconsistente de Honduras, Salvador y Nicaragua.

¿Cuáles son los ideales que persigue esa famosas Dieta? qué misión real tiene al pretender unir pueblos semejantes por su comunidad de origen, de raza, y de costumbres, pero heterogéneos por sus intereses, disímbolos por sus aspiraciones, apartados y divididos por sus rivalidades?

En un rapto de ese lirismo político á que son tan ocasionados los países neolatinos, en uno de esos éxtasis poéticos que con tanta frecuencia poseen á los estadistas hispano-americanos, los delegados de las naciones citadas antes, se reunieron en Amapala y aprobaron las bases y echaron los frágiles cimientos en que hoy se asienta la incompleta unión centro-americana.

Apesar de las reticencias de la pequeña Costa Rica que es cauta y no se deja deslumbrar por aparatosos oropeles, y de la abierta oposición de la relativamente poderosa Guatemala, que no abandona sus ocultas aspiraciones de ejercer la jefatura en la hegemonía que la preocupa, los enviados especiales de las repúblicas congregadas, decidieron constituirse en una nueva entidad, en una nueva nación, por medio de un pacto federativo que ha de amalgamar y fundir en uno solo los intereses sociales y políticos de las altas partes contratantes.

Fruto de las conferencias de Amapala, y consecuencia de aquel pacto es la apertura de esa Dieta Internacional de que venimos hablando. Producto también de esa especie de confederación fué la ayuda material que prestó el presidente de Honduras á su colega de Nicaragua en los disturbios pasados últimamente, que amenazaban de muerte al gobierno del General Zelaya.

Los amotinados de León habían organizado á favor del eterno cuartelazo un gobierno revolucionario; la autoridad constitucional carecía de energía y de valor para aplastar á los rebeldes; una y otra vez los servidores del gobierno y los *pronunciados* llegaron á las manos, sin que la victoria de las armas se dignase decidir la descomunal contienda; fué preciso que fuerzas hondureñas se mezclaran en el asunto para inclinar la balanza de los destinos de Nicaragua del lado de los leales y adictos al General Zelaya.

Mas ¡ay! que ni los ingleses ni los americanos quisieron estar en el secreto de la alianza oculta, y cuando el general hondureño pretendió restablecer el orden amenazado en el Puerto de Corinto, desembarcaron tropas de los buques de guerra surtos en la bahía, amenazaron con bombardear la ciudad si los de Honduras no se retiraban, y con el apoyo de sus cañones desecharon toda intervención extraña, sólo reconociendo la autoridad del Presidente de Nicaragua.

Fruto también hubiera sido de la unión centro americana sin consistencia y aun no reconocida por las potencias extranjeras, la nueva humillación que con prudencia evitó el gobernante de Nicaragua satisfaciendo cumplidamente las pretensiones de británicos y norte-americanos.

Si la soñada unión, si la cacareada República Mayor de Centro América no ha podido todavía ni sofocar las rencillas y envidias que la corroen en el interior, en el mismo periodo de su incubación, y ni siquiera se ha podido atraer el respeto, la consideración, el simple reconocimiento que se merece todo Estado soberano en el ejercicio de su soberanía ¿á qué aspira?

¿Querrá, acaso, imponerse por la fuerza poética del detirrambo melifluo y de la frase altisonaute y harmoniosa? Vana quimera, delirio fantástico:

La historia tiene que enseñar con severas enseñanzas á los soñadores, que se necesita algo más que buenos deseos y ruidosas declamaciones para uncir á los pueblos, y pueblos rivales, á esas agregaciones hegemoniacas. El hijo glorioso de Filipo tiene que vencer una á una á las repúblicas griegas para fundar la supremacía de Macedonia sobre toda la tierra de los dioses y de las teogonías; las naciones de la edad moderna en el continente europeo sólo se levantan altivas, cuando una mano vigorosa y fuerte ha coronado las cabezas de los señores feudales y derribado entre las llamas del incendio y los golpes de la catapulta los castillos y las barbacanas; y en nuestros días, hemos podido ver que la Prusia no ha podido enseñorearse de Alemania y levantar la estructura del nuevo imperio germánico, sin las victorias de Sadowa que la engrandece y el triunfo de Sedán, que no sólo humilla á Francia, sino que ata á los príncipes germánicos al carro del Rey Guillermo, salpicado de sangre, pero cargado de laureles y despojos del vencido.

Sigan, pues, los delegados de la Dieta, discurriendo sobre su unión; busquen solícitos la adhesión de Guatemala y la cooperación de Costa-Rica: días llegarán en que despierten al toque de rebato que haga sonar el más afortunado ó el más atrevido de sus corifeos.

X. X. X.

1º de Octubre de 1896.

TEATRERIAS.

Con gran curiosidad era esperada la compañía española de don Ceferino Palencia, que ha venido á ocupar nuestro Teatro Nacional. Resignados ya á no oír buena música esta temporada, á no disfrutar de ese único esparcimiento lírico que se nos concedía año por año al asomar el simulacro de invierno que en México sucede á un Otoño pomposo, deseábamos cuando menos alguna variedad en los espectáculos á que podíamos aspirar: el drama y la comedia. María Tubau ha venido á romper esa monotonía artística alternando con Maggi en el favor del público.

Presentóse la distinguida actríz en el Nacional, en «Fru-Fru,» ya sabéis, esa famosa Fru-Fru que han paseado por nuestros escenarios artistas de memoria...... más ó menos feliz.

¿Como interpretó la señora Tubau esa creación francesa? Los cronistas que me han precedido en las hojas diarias, hombres prudentes en eso de croniquear, meticulosos en lo que ve á los juicios prematuros, han estampado unánimemente la frase consagrada: «no queremos esperar un juicio que aún sería ligero y más que todo impresionista, dada, sobre todo la complexidad de «Fru-Fru.» Magnífico; pero permítaseme que me admire un poco de esta complexidad, á menos que se la sustente en la condición de la protagonista, que mujer al fin, tiene que ser un si es no es enigmática y difícil en su caracter; que por lo que ve á la obra, yo, miope de mí, no hallo complexidad alguna.

En cuanto á lo del impresionismo ¿quién dice que no es bueno en la crítica de teatros cuando se tiene un temperamento delicado, un temperamento de cronista de buena cepa? Las impresiones primeras son generalmente las más exactas, las más justas, las más fieles en esto de teatros.

Pero basta de digresión. ¿Cómo interpretó María Tubau su papel? Discretísimamente, concienzudamente, (con perdón de Escalante Palma.) Es mujer de talento, y tiende á corregir los defectos de su escuela, de esa hidalga escuela española que aun no puede perder su enfatismo y su amaneramiento. Nótase en ella la influencia de las grandes actrices francesas y si fuese más joven acabaría por modernizarse en absoluto.

El cuadro que la rodea, es mediano; sólo ella resalta y esto pasa de ordinario en las compañías españolas que nos visitan: una figura más ó menos notable, *et voila tout*. La homogenidad, la harmonía que se advierten en las compañías italianas y francesas, donde hasta el último comparsa está en su papel, se echan de menos siempre en los cuadros artísticos españoles,

Una cocurrencia numerosa acudió al estreno de la Tubau premiándola con merecidos aplausos. Qua siga cosechándolos, y ahora digamos algo de Maggi, ese exquisito á quien debemos tantas agradables sensacionos.

***

Maggi ha tenido en la semana su *Serata d'onore*. El público acudió al beneficio del artista y le hizo una continuada ovación durante el desempeño de *La arpía enjaulada*, obra de *Shakespeare* cuyo repertorio tiene tan dominado el notable actor italiano.

La acertada elección de obras, la belleza de Clara, la elegante gracia y *sprit* de della Guardia, han sido insuficientes para vencer en nuestro público el desvío hacia la sala de Arbeu; pero *Maggi* que ha visto en cada noche aumentar su auditorio y que verdadero sacerdote del arte, vive para él, menospreciando, en cuanto cabe, el éxito pecuniario, propónese. alentado por el inteligentísimo público que acude á sus representaciones, abrir un nuevo y corto abono en que no se resarcirá de los perjuicios resentidos, pero será otra prueba que el *Galantuomo* da á México de su profunda simpatía y afecto para nuestra Capital.

LA ESTATUA DEL GENERAL CEPEDA PERAZA.

SU INAUGURACION.

La prensa ha dado cuenta de haberse descubierto, el 15 del pasado, una estatua del General Manuel Cepeda Peraza, en el parque «Hidalgo» de la ciudad de Mérida. Este tributo á la memoria de uno de los soldados más valerosos de la península yucateca, fué decretado por la Legislatura local, á la muerte del General Cepeda Peraza, decreto que ha cumplido, como debiera, el gobierno del Lic. Carlos Peón.

Testimonio es la estatua que se acaba de erigir, del amor del pueblo yucateco á sus bienhechores. Ninguno como Cepeda Peraza puede en la historia local, con tanta justicia, enorgullecerse de haber prestado, durante toda su vida, servicios más eminentes á su país

El General Cepeda Peraza, joven aún en 1848, se lanzó como último soldado a la defensa de la civilización y del suelo patrio contra el indio rebelde que incendiaba las poblaciones orientales de Yucatán y abría á su paso ríos de sangre, asesinando infamemente hasta mujeres y niños. A poco tiempo, Cepeda Peraza ya ocupaba un puesto, honrosamente ganado, al frente de una compañía, y desde entonces los combates fueron para él triunfos inmarcesibles, obteniendo nuevas ejecutorias que fundan su título de héroe.

En el sitio con que millares de indios asediaban la plaza de un pueblecillo oriental, cuando ya la entereza del jefe sitiado flaqueaba y veía desvanecerse toda esperanza de salvación, Cepeda Peraza, al frente de una cortísima fuerza, rompió el cerco y sacó de entre las fauces de la muerte á aquellos sus compañeros, demacrados por el hambre.

Cepeda Peraza se distinguió por su serenidad en los combates. Después de realizar un acto temerario de valor, de tomar una trinchera, en medio del fuego más nutrido, cuando al lado suyo caían moribundos sus soldados, él volvía, sereno, y perezosamente. puede decirse, á descansar en su tienda de campaña, de la cual salía, con la misma serenidad, para empeñarse en lo más rudo, en lo más peligroso de las batallas. Su rostro, como su alma, nunca sintió la más leve contracción del miedo.

Cuando la dictadura del General Santa Anna, en 1853, se defendía desesperadamente de los golpes de la revolución que minaba sus cimientos, el General Cepeda puso á las órdenes de la República su espada, y tan valerosamente luchó contra la dictadura, que ésta dió, al fin, en tierra con todos sus carcomidos muros, en la frontera del Norte, zona á que fueron destinados los servicios de aquel aguerrido militar.

La Intervención y el Imperio tuvieron en el héroe yucateco un constante enemigo. Después de que la primera hubo sentado en el trono á Maximiliano de Hapsburgo, la península cayó fácilmente á los pies del Imperio, no quedando más, como una protesta de aquella vejación á la autonomía de las naciones, que unos cuantos prófugos en las montañas ó escondidos en los más obscuros rincones de sus casas. De estos últimos fué Cepeda Peraza.

La juventud yucateca, como todas las juventudes, llena de altísimas aspiraciones y nobilísimo valor, levantó enérgicamente la cabeza para protestar contra aquellos atentados de que el más fuerte hacía víctima al más débil. Agrupóse al rededor del Gral. Cepeda y acudió al campo de la lucha, á lavar con sangre el honor de la patria.

Al mando de una columna de 400 hombres mal armados, el Gral. Cepeda Peraza emprende la campaña contra el Imperio. Para desgracia suya, la primera batalla fué una derrota completa. Las tropas imperialistas dirigidas por Ortoll desbarataron en Calkiní á la chusma que acaudillaba Cepeda. Mas como leones heridos, se irguieron aquellos inexpertos soldados de la República, y victoriosos en Hecelchakán, en Uman, en Izamal, en Sisal, en Mukuiché y en Tecoh, sitiaron la capital, que cayó en su poder el 15 de Junio de 1867, después de más de cincuenta días de asedio.

El General Cepeda Peraza pasó del campamento de Mejorada al Palacio de Gobierno. Durante su breve administración, implantó para siempre la obediencia á las leyes de Reforma. El nuevo gobernante, con una firmeza inquebrantable, ordenó la exclaustración de las Madres Concepcionistas, en medio de las protestas y lágrimas de una muchedumbre que creía ver en aquella práctica de la libertad, un pecado horrendo, una ofensa gravísima á Dios. La fe poderosa del Gral. Cepeda no desmayó un instante.

Inauguración de la estatua del General Cepeda Peraza.

Continuando en su obra de regeneración social, procuró que se desamortizaran los bienes del Clero, todos los que empleó en obras de beneficencia é instrucción públicas. Dió fondos al Tesoro, exhausto á su elevación al Gobierno, y no obstante las multiplicadas obras que llevó á cabo, y el haber organizado la administración, dejó á su muerte millares de pesos en las arcas del Estado.

Sobre las ruinas del Comisariato imperial, levantó Cepeda Peraza el Instituto Literario que tan fecundo ha sido en beneficios para la juventud yucateca. Entre los actos que más enaltecen su gloria de gobernante, el Instituto ocupa el lugar de preferencia, y es el encargado de trasmitir de generación en generación el amor al nombre de aquel que fué, para su Estado, modelo de heroes progresistas y honrados. Por eso la estatua del General Manuel Cepeda Peraza es un tributo á sus merecimientos y un timbre de gloria para la gratitud de su pueblo.

P. E. P.

Progreso de la Industria Cafetera.

La Zona de Chilchotla.

Los Sres. Ingenieros Don Leopoldo Villareal y Don José Vallarta han tenido la bondad de mostrarnos el plano y el perfil levantados para la apertura del camino que va á construirse, á fin de establecer facil comunicación entre la estación de San Antonio, del Ferrocarril del Sur y las fincas cafeteras de la rica Zona de Chilchotla. La obra de los señores Villareal y Vallarta, llevada á término en medio de las grandes dificultades que ofrecen las vírgenes montañas que fueron el campo de las operaciones científicas, es, en nuestro concepto, de gran mérito; demuestra por sí sola una labor concienzuda, y llenará, indudablemente su objeto al terminarse los trabajos materiales.

La importante mejora de que nos ocupamos, es iniciada por los finqueros de la Zona y protegida por el Gobierno Federal, en términos tan eficaces, que puede asegurarse su terminación en un breve plazó, tanto más, cuanto que también el Gobièrno de Oaxaca cuenta con la colaboración activísima del actual Jefe político de Jeotitlán, persona que ha procurado por muchos medios la prosperidad del Distrito.

Con muy exactos datos y sin nada que no sea bien fundado, podemos asegurar que la apertura del camino de Chilchotla coloca á las grandes empresas cafeteras en situación ventajosa y viene á comunicar nuevo impulso en el ánimo de los agricultores, quizá en peligro ya de debilitarse en aquella lucha del capital y del trabajo contra los elementos de una naturaleza no hollada hasta hace dos años por la planta del hombre civilizado. Cuantiosos son los intereses que se han lanzado á hacer productivas las tierras de Chilchotla, y grandes los sacrificios que se han llevado á cabo en esas empresas, de suyo arriesgadas y peligrosas.

Más de medio millón de pesos derramados en jornales han traído á la actividad del trabajo á miles de hombres, han infundido la vida á pueblos miserables y hambrientos, y han hecho surgir de entre la nada de la riqueza muerta, más de veinte fincas cafeteras que hoy ya recrean la vista del viajero y prometen la recompensa del esfuerzo y del trabajo empleado en ellas.

Haciendo un cálculo bien basado, para el año de 1898-99, esas fincas embarcarán en los furgones del Ferrocarril del Sur 15,000 quintales de café, que importan, por término medio, $420,000, suma que tienen que aumentar sucesivamente las fincas de más reciente creación y que no están comprendidas en nuestro cálculo.

Demuéstrase con esto que avanzamos y que seguiremos adelante si, como es de esperarse, el esfuerzo privado y la iniciativa individual reciben como hasta hoy el impulso de una paz firme y duradera.

Estatua del General Cepeda Peraza, inaugurada en Merida el 15 de Septiembre.

NOTAS DE LA SEMANA.

Se encuentra en esta Capital el Sr. D. A L. Nolf, antiguo súbdito francés y viejo liberal, recientemente llegado de Ahome (Sinaloa).

El Sr, Nolf (ex-Director de *La France Liberale* y autor de una novela mexicana intitulada *La hija de Oaxaca*, publicada en la época de la intervención francesa) viene á México con el objeto de fundar un teatro científico, en el que á semejanza de los que existen en Berlín y París, se presenten noche á noche al público los nuevos inventos y progresos de la ciencia.

El Sr. Nolf ha encargado ya á los Estados Unidos el fluroscopio de Edison y algunos aparatos de Nikolás Tesla, con el objeto de dar sesiones diarias de Astronomía, Meteorología, Anatomía, Física, Química y Botánica recreativa.

Igualmente y en primer término figurarán las experiencias que se hagan con los rayos X.

Hállase enfermo de gravedad el señor General de División Don Miguel Negrete, cuyo alivio deseamos.

Anoche debió regresar de su excursión al Tlahualilo, el Sr. General Mena.

Desconsoladoras son las noticias recibidas de Sinaloa, relativas á los estragos del temporal. Poblaciones enteras han desaparecido, familias numerosas han quedado sin hogar; el número de víctimas es incalculable, y el hambre reina en regiones ayer apenas prósperas y felices.

Los filántropos sinaloenses han hecho un supremo llamamiento á sus hermanos de toda la República.

Esperamos que sus hermanos acudirán en su auxilio.

El número de vagones en los Estados Unidos, asciende á 1.250.000. Puestos uno tras otro, bastarían para hacer dos trenes continuos que llegarían desde Boston en la costa del Atlántico, hasta San Francisco en la del Pacífico, con una locomotora para cada 45 vagones.

Nuestro Folletín.

Con el número próximo de nuestro semanario, repartiremos las **ciento veintiocho páginas** de folletín correspondientes al mes de Octubre.

Recuérdese que ponemos especial cuidado en que las lecturas que proporcionamos á nuestros lectores, reunan estas tres condiciones: amenidad, moralidad y mérito.

La sublevación en Filipinas.

El mundo se ocupó ya de la sublevación en ese importante Archipiélago y juzgando con razón que á muchos se les ocultara así el número de islas como su verdadera posición geográfica, dimos á título de curiosidad un mapa de todas las islas y algunas notas explicativas.

Tiempo hacía que en España venía hablándose de esa sublevación, aunque á lo que dice algún importante órgano de la prensa ibérica, no llegaron nunca los pesimistas á pensar que los trabajos de los enemigos de España lograran echar al campo á dos ó tres mil hombres armados para poner de nuevo á prueba las indomables energías de la madre patria.

Las denuncias del periodista aragonés, Sr. Marqueta, sigue diciendo el expresado periódico, las revelaciones hechas desde Panticosa por el joven diputado D. Wenceslao Retana, las manifestaciones de algunos misioneros recientemente llegados de ahí y las detenciones operadas en individuos afiliados á ciertas sociedades secretas, pusieron al público en autos del malestar notado en Filipinas, aunque los más suspicaces pensaron que había en todo ello una exageración del Gobierno para conseguir el incondicional apoyo del país y de las oposiciones para la aprobación de los proyectos económicos del Gabinete conservador.

Por desgracia tales rumores se confirmaron. La sublevación en Filipinas es un hecho y España tendrá que hacer un nuevo esfuerzo, supremo en las circunstancias actuales, para sofocar ese atentado más contra la seguridad de sus colonias.

El General Blanco, cuyo retrato damos, Capitán General del Archipiélago, es un soldado de mérito, que tiene en su brillante hoja de servicios la notable campaña contra los moros juramentados de Mindanao. El dirige la campaña y se espera mucho de su pericia y energía. Desde luego los rebeldes fueron derrotados por completo en el primer encuentro.

El General Blanco pidió á España mil soldados que se le enviaron, y en breve saldrán otros mil.

De Manila salieron ya en persecución de los rebeldes las tropas de la guarnición y las reconcentradas por el Gobernador General. (Damos un grabado que representa la salida de estas tropas) y se espera una pronta sofocación de la revuelta.

Hasta ahora el laconismo de los despachos oficiales no permite formarse una idea muy completa de la sublevación. Esta empero no es despreciable y por el bien de España deseamos que termine cuanto antes, no comprometiendo su situación sobrado crítica, debido á la cuestión cubana.

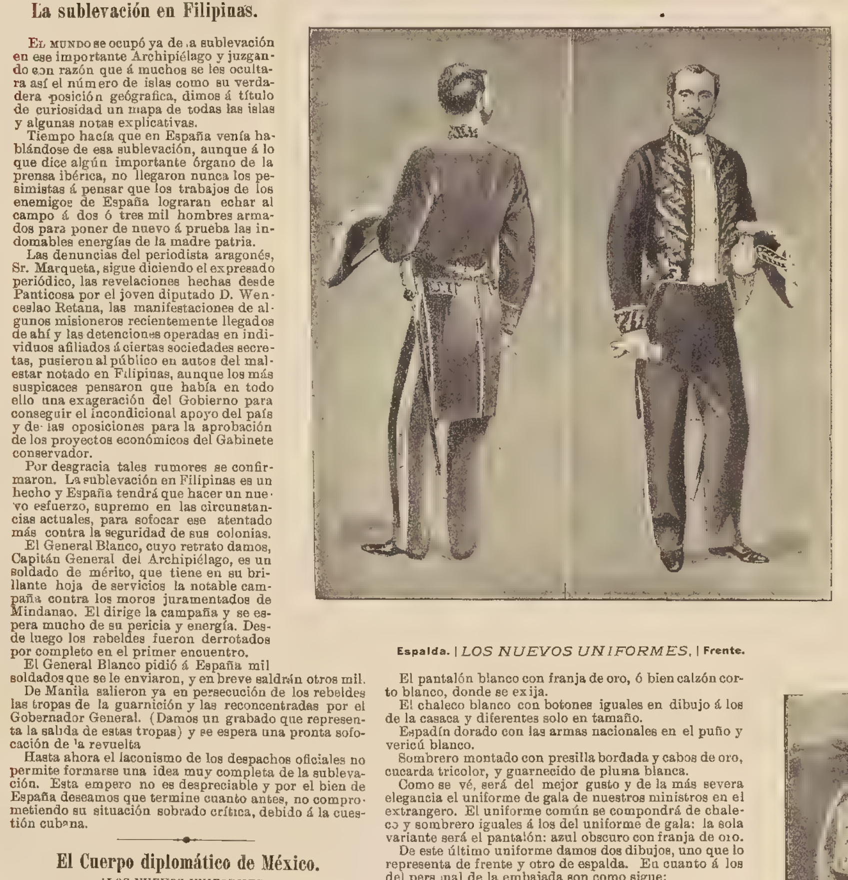
El Cuerpo diplomático de México.

LOS NUEVOS UNIFORMES.

La Secretaría de Relaciones Exteriores acaba de publicar el Reglamento de uniformes del Cuerpo Diplomático, expedido en 23 de Octubre de 1885, y reformado en 26 de Febrero de 1896 por la misma Secretaría de Relaciones Exteriores.

El uniforme de gala de los Ministros se compondrá de una casaca de paño azul obscuro, de corte derecho y forrada de seda blanca.

Llevará dos bordados en los puños y uno en el cuello, pechos, carteras y punto de la espalda. Los botones serán de metal amarillo con las Armas de la Nación y bajo de éstas las letras R. M.



Espalda. | *LOS NUEVOS UNIFORMES.* | Frente.

El pantalón blanco con franja de oro, ó bien calzón corto blanco, donde se exija.

El chaleco blanco con botones iguales en dibujo á los de la casaca y diferentes solo en tamaño.

Espadín dorado con las armas nacionales en el puño y vericú blanco.

Sombrero montado con presilla bordada y cabos de oro, cucarda tricolor, y guarnecido de pluma blanca.

Como se vé, será del mejor gusto y de la más severa elegancia el uniforme de gala de nuestros ministros en el extrangero. El uniforme común se compondrá de chaleco y sombrero iguales á los del uniforme de gala: la sola variante será el pantalón: azul obscuro con franja de oro.

De este último uniforme damos dos dibujos, uno que lo representa de frente y otro de espalda. En cuanto á los del personal de la embajada son como sigue:

UNIFORMES DE LOS ENCARGADOS DE NEGOCIOS:

Iguales á los de los Ministros, con la diferencia de que los puños solo llevan un bordado.

UNIFORMES DE LOS PRIMEROS SECRETARIOS:

Como los de los Encargados de Negocios, omitiéndose en el sombrero los cabos de oro y pluma blanca que se sustituirá con negra.

UNIFORMES DE LOS SEGUNDOS SECRETARIOS:

Los mismos de los Primeros Secretarios, pero sin bordados en el pecho de la casaca, que solo llevará un vivo, ni en el punto de la espalda, y con diferente dibujo en los bordados del cuello y de los puños, según el diseño respectivo.

En el pantalón se sustituirá la franja con un vivo, y en el sombrero se cambiará la presilla bordada por un cordón de oro.

UNIFORMES DE LOS TERCEROS SECRETARIOS:

Iguales á los de los segundos, pero sin bordados en los puños, que llevarán tres vivos.

UNIFORME DE LOS AGREGADOS.

Como los de los Terceros Secretarios, pero con dos vivos en los puños, y sin pluma en el sombrero.

Como se ve, el dibujo que damos es el tipo dominante de los nuevos uniformes, porque nada esencial varía en los de los empleados inferiores. El aspecto general de nuestras embajadas será, pues, de una severa y elegante uniformidad, que aunque no lo parezca contribuirá á aumentar el prestigio en el extrangero, de una República que sabe presentarse ante las naciones más civilizadas, con el decoro que exigen su importancia, sus recursos, su poder y el lugar que ocupa en el registro de los pueblos cultos.

La guía diplomática á que hemos venido refiriéndonos habla después de los funcionarios que componen el escalafón del cuerpo diplomático, la lista de los cuales damos á continuación como nota complementaria de estos apuntes relativos á uniformes:

Dicho escalafón se compone de:

1º Enviados especiales y Ministros plenipotenciarios, Enviados extraordinarios y Ministros plenipotenciarios.
2º Ministros residentes.
3º Encargados de negocios.
4º Encargados de negocios *ad interim.*
5º Primeros secretarios.
6º Segundos y terceros secretarios.
7º Agregados.

Salida de tropas de Manila.

Nuestro Comercio con México.

Con este título dice un colega americano:

El cónsul inglés en México, Mr. Carden, ha enviado un informe á su Gobierno y por él vemos que casi todo el hierro y el acero en forma cruda, tales como barras, chapas, etc., que se importa en México, es de procedencia americana ó inglesa, en iguales cantidades. Los Estados Unidos suplen las dos terceras partes de las herramientas y utensilios para artesanos, Inglaterra una quinta parte y el resto Francia y Alemania. Dos terceras partes de clavos, tornillos y remaches son de manufactura americana y el resto de manufactura alemana y francesa, en tanto que Inglaterra apenas exporta una pequeña cantidad. Finalmente, los Estados Unidos exportan á México dos terceras partes de manufacturas no especificadas, Alemania una cuarta parte y el resto Francia é Inglaterra. El cónsul citado cree que el comercio inglés con México ha sido muy descuidado, y termina diciendo que día á día las manufacturas de los Estados Unidos van ganando terreno en México. La razón de esto nos la explicamos. México se ha convencido de la superioridad de los artículos norte-americanos, y debido á las numerosas líneas de ferrocarril que nos ponen en comunicación directa con este país nuestro comercio ha recibido un notable y grande impulso en aquella República.

Gral. Blanco, capitán general del Archipiélago.

MANIFESTACION

Los numerosos amigos del Sr. Lic. D. Manuel Romero Rubio, organizaron para ayer, primer aniversario de su muerte una manifestación unánime de cariño, tan conmovedora cuanto espontánea.

Infinidad de coronas del mejor gusto artístico fueron colocadas sobre la tumba del llorado Ministro, del inapreciable amigo, por individuos y corporaciones diversas.

Sin tiempo para describir detalladamente las demostraciones efectuadas en honor del distinguido ausente, dejamos esta grata tarea al Mundo diario, que de fijo nos suplirá con agrado limitándonos á enviar respetuosamente nuestras más afectuosas muestras de condolencia así al primer Magistrado de la Nación, como á su digna esposa, en el luctuoso aniversario que conmemoran.

Otro pago de $1,500 de "La Mutua"

EN MEXICO.

México, Septiembre 21 de 1896.

Sr. Don Carlos Sommer, Director General de «La Mútua»—Presente.—Muy señor mío:

Para satisfacción de los asegurados en «La Mutua,» hago constar que hoy, ante el Notario Público Sr. Licenciado Don Diego Baz, recibí en la Oficina de «La Mutua,» del digno cargo de usted, la suma de $1,500, valor de la póliza número 543,694, expedida á favor de mi esposo el Sr. Don Carlos Westermann.

Quedo muy reconocida, tanto á usted como al agente Sr. Don Luis Marquet, por sus atenciones en la tramitación de este asunto, y me suscribo de usted atenta y segura servidora.—Carolina Franx de Westermann

La bicicleta en el ejército francés.

Ahora que la organización del ejército mexicano trata de dar un gran paso con la adopción de la bicicleta, parécenos muy oportuno dar algunos grabados que representan varias maniobras del ejército francés, que ha utilizado ampliamente el moderno y utilísimo aparato.

Pocos años ha, el velocípedo, debil, rudimentario, imperfectísimo, apenas si constituía un juguete de niños, de velocidad bien poco apreciable. Quién dijera entonces que ese aparato evolucionaría tanto y de tal manera, entraría en las costumbres del siglo y las modificaría en cierto modo?

Los países eminentemente prácticos, los países que profesan como un axioma que informa su conducta, aquello de que *el tiempo es dinero*, no podían menos que preocuparse de las reformas y adelantos de esa máquina capaz de suprimir de una manera facil y á poquísimo costo las distancias, y Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, multiplicaron sus fábricas de velocípedos, entablando reñida competencia y no perdonando procedimientos para aligerar y simplificar el aparato.

Las neumáticas hicieron dar á éste un inmenso paso hacia el porvenir, y de su construcción y adaptación data el favor siempre creciente de la máquina.

Tal favor concediéronselo primero los hombres de *sport*, los enamorados del caballo, de las grandes excursiones á las montañas, del *yatching*, del esgrima etc. etc; más los otros, los burgueses, los capitalistas amantes de la vida sedentaria, los altos empleados, veíanla con santo horror considerando el aparato muy peligroso y, sobre todo, muy reñido con la dignidad humana. Las invenciones han tenido siempre detractores, tanto más decididos cuanto más inesperados son, y la bicicleta no podía ser una excepción, pero ante la utilidad palpable de una máquina, las repugnancias, los prejuicios, los odios gratuitos desaparecen y no fué flaco triunfo para «el pedal» vencer á sus airados detractores y aniquilar esa atmósfera de inquinas que la rodeaba.

Una vez conseguido el triunfo, vino la reacción; la máquina detestada, convirtióse en la máquina solicitada con empeño; los hombres serios rindiéronse á discreción y vióse así al Magistrado campanudo como al comerciante rico, así á la matrona adusta como á la colegiala alegre, entregarse con fervor no desmentido al *pedaleo*.

LA BICICLETA EN EL EJERCITO FRANCES. -Soldados llevando la bicicleta.

LA BICICLETA EN EL EJERCITO FRANCES.—Compañía de biciclistas en marcha.

Hasta entonces, empero veíase en la bicicleta, más que un aparato útil, un medio de placer. Las teorías debían cambiar un poco á este respecto, y cambiaron en breve. Francia introdujo la bicicleta en el personal de su policía, apreciando las ventajas de la rapidéz proporcionada, y dando un paso más aún, la ha puesto al servicio del ejército.

No dejó de discutirse con acritud la conveniencia de esta adopción. De seguro la bicicleta llevaría á las marchas de tales y cuales cuerpos un notable contingente de rapidéz; pero había que estudiar una conbinación que, aligerando cuanto fuese posible el aparato, no le hiciese perder nada de su solidez. Esto se ha conseguido ya: en la actualidad se construyen máquinas en cuya materia prima entra por mucho el aluminio y la madera, las cuales unen á una solidez notable, un peso de pocas libras. Las bicicletas adoptadas en el ejército francés son de este género. Merced á un sencillo mecanismo dóblase una rueda sobre la otra, y así superpuestas, llevánse á guisa de mochila sin entorpecer al soldado que las porta. Este está obligado á una táctica continua para el aprendizaje un si es no es complejo de las maniobras con el aparato. La marcha, tal cual la representa nuestro primer grabado, es sumamente facil, supuesto el ejercicio previo á que se dedica á la tropa; formánse las columnas de cuatro en fondo en los parajes anchos, y de dos en los caminos angostos.

Hay que advertir que las carreteras en Francia son amplias y bien cuidadas; en México, para la adopción del aparato, tropesaríamos con lo accidentado de muchos de nuestros caminos; no obstante las ventajas de la adopción serían palpables ya que podrían aprovecharse todos los caminos medianamente cuidados y que en los terrenos abruptos, el peso del aparato no abrumaría al soldado, suponiendo que éste, como el francés, no llevase gran mochila, sino la simple cantimplora y los cartuchos.

Uno de nuestros grabados representa á los soldados en bicicletas en actitud de combate, el cual, en cuerpos provistos de máquinas y dedicados más especialmente á desplazamientos rápidos durante las batallas, no es de creerse que se busque con tanta frecuencia como están obligados á hacerlo en las acciones campales la caballería y la infantería.

Grandes serán las ventajas que el ejército francés reporte de la adopcion tantas veces citada, la cual de todas veras deseamos se lleve á cabo en el ejército mexicano.

Ferrocarril Eléctrico.

El ferrocarril de Nueva York, New Haven y Hartford es el segundo del país que ha adoptado la electricidad para el arrastre de grandes trenes, como los que circulan por su ramal de la bahía de Nantasket, donde antes se usaba el conductor aereo, mientras que ahora la electricidad se toma de un tercer riel colocado en el centro de la vía.

Esta es la primera vez que en la línea principal de un ferrocarril construido para locomotoras, se mueven los trenes con corriente tomada de un conductor tendido en el suelo, lo mismo que el ramal inaugurado hace un año fue también el primero en que las locomotoras se sustituyeron con motores eléctricos.

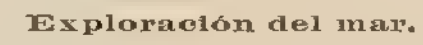
Aunque el sistema de tres rieles no es nuevo, en este caso ofrece la novedad de estar el tercero situado entre los dos sobre los cuales viajan las ruedas y de haber sido colocado mucho después que los otros. El material necesario para esto fué construido en los talleres que tiene en Schenectady la General Electric Co.

La corriente se toma de una estación central llevándola por dos conductores de cobre aislados hasta el punto llamado Wantasquet Junction, donde se unen á las secciones del carril de enmedio. Este carril es de una figura especial; ancho por abajo y angosto por arriba, de modo que la sección vertical tiene la forma de una A achatada; está dividido en secciones de 30 pies de longitud y tiene un peso de 93 libras por yarda. Cada una de estas secciones está clavada en piezas de madera de fresno que encajan en los durmientes. Las piezas de fresno se hirvieron en una mezcla de brea puesta en calderas al vacío, con el fin de llenar los poros de ese material aislador y conservador. El aislamiento es casi perfecto.

La continuidad del circuito en ese riel se obtiene clavando planchas de cobre á las puntas de las secciones.

La toma de la corriente se efectúa mediante una zapatas suspendidas de la armadura del coche de modo que arrastran sobre el riel y su mismo peso hace que el contacto sea uniforme y bastante fuerte para dar paso á la corriente eléctrica. La distancia entre una zapata y otra es de treinta y tres pies. En los puntos en que la línea se cruza con otras, se suprime el riel conductor y se lleva la corriente al otro lado por un cable de cobre que pasa por debajo de la otra vía. Fácilmente se comprende que al cruzar esta el circuito de los coches se interrumpe, más la velocidad de la marcha hace que pasen sin detenerse hasta que se vuelve á establecer el contacto al otro lado.

Los directores de la línea se muestran muy complacidos con los resultados que está dando este experimento.



Exploración del mar.

Con motivo del naufragio y desaparición del «Drummond Castle,» las familias de los náufragos han hecho hacer investigaciones por si era posible descubrir el sitio exacto del buque en el fondo del mar; el aeronauta Cafrazza propone que se flete un buque que recorra en todos los sentidos el Canal de la Mancha, y que ese buque lleve cautivo un globo á la altura de 400 ó 600 metros.

La razón la explica el aeronauta, diciendo que es un hecho positivo, y que por propia experiencia ha podido comprobar muchas veces que desde esa altura puede explorarse perfectamente el fondo del mar, cosa que no sucede desde la superficie de las aguas.

Afirma el aeronauta que él ha visto el fondo de los puertos de Ajaccio, Marsella y del estanque de Bignghia, en Córcega.

Por tal procedimiento sería facil determinas la situación del buque náufrago y sacar de él quizá los cadáveres de los pasajeros y tripulantes.

Creen, sin embargo, muchos marinos, que es posible que no pueda realizarse en el Canal de la Mancha esa experiencia, que tan buenos resultados da en el Mediterráneo, en razón de estar aquel mar siempre alborotado y sufrir la acción de las grandes mareas.

LA BICICLETA EN EL EJERCITO FRANCES.—Biciclistas en posición de combate.

La expedición polar del doctor Nansen.

SU REGRESO.

Damos dos grabados referentes al regreso de la expedición Nansen, de su gran excursión á las regiones polares; el uno representa el encuentro de Nansen en la «Tierra de Francisco José» con Mr. Jackson uno de los jefes de las numerosas expediciones que últimamente han salido á explorar los mares del Norte; el otro muestra el arribo del doctor al puerto de Tromsö, Noruega, donde se le hizo la más entusiasta recepción que podia esperar después de su peligroso viaje.

No llegó á la meta de éste, es cierto: el Polo, esa eterna tentación de los exploradores, esa invisible novia de los hombres del norte, esa perenne esfinge, ha seguido impenetrable ante los sabios, pero muchos fueron los descubrimientos que llevó á cabo el ilustre doctor, muchas las observaciones que hizo y que hoy pasan ya á la categoría de hechos comprobados, y poderoso el estímulo que su regreso ha comunicado á sus compatriotas. Suecia y Noruega pueden estar orgullosas de su hijo.

EXPEDICION POLAR DEL DOCTOR NANSEN.—Encuentro del Dr. Nansen y Mr. Jackson [expedicienario polar] en la Tiera de Francisco José.

El cuidado de las plantas de lujo.

Las plantas de habitación en su calidad de plantas de lujo, por cuya condición se sustraen á las intemperies, lluvias, vientos y demas cambios de temperatura que causan las desazones de los vejetales que viven al aire libre y en tierra, en justa compensación, sufre el aislamiento y la decreptitud; por lo tanto conviene darles tónicos y reconstituyentes á fin de prolongar una existencia brillante, pero que se desliza casi en completa reclusion. Esto se logra echando abono á estas sensitivas; más, inútil es decir, que se trata de abonos refinados, elegantes, algo químicos y suaves.

La *Revista Hortícola* nos indica una fórmula que no puede ser uniforme porque depende de la edad y vigor de la planta, de la capacidad del tiesto, de la clase de tierra y sobre todo de la especie vegetal de que se trata. Por regla general, no se debe echar el abono á las plantas de habitación más que cuando se hallen en el período activo de la vegetación. Para entónces servirá perfectamente la fórmula recomendada por M. Grandeau:

Nitrato de cal	100	gramos.
Nitrato de potasa.......	25	,,
Fosfato de potasa	25	,,
Sulfato de magnesia ..	25	,,

Disuélvase de 5 á 10 gramos de esta mezcla en un litro de agua y rocíese con ella la planta una vez al mes y en verano alguna más, cuidando siempre de no mojar las hojas.

Desperdicio de oro y plata.

La estadística de la Real casa de Moneda inglesa nos dice que cuesta 31,000 libras esterlinas anuales el renovar la moneda de plata que se halla desparramada por Inglaterra, ó en otras palabras, que la pérdida diaria de metal es, por término medio, como de 86 libras osterlinas.

El oro no se usa tanto como la plata, más su pérdida es también de consideración. De la casa de moneda salen 4.545,521 libras esterlinas y doble de este número de medias libras al año. El peso perdido en la manipulación simple en las libras es de 0'396 grano al año, y en las medias 0 551 grano. Si alguno tuviera la curiosidad de calcular este desperdicio, encontrará que si pudiera colectarse, bastaría para la cantidad de 16 libras esterlinas diarias. No es de admirarse, por lo mismo, que el lodo que se lleva de una parte de Lóndres donde han frecuentado por siglos hombres de dinero, tuviera una cantidad de los metales preciosos.

Fabricación de ácido carbónico líquido.

Consiste la fabricación de ácido carbónico líquido en producir primero el ácido al estado gaseoso, en purificarlo convenientemente y en filtrarlo, para quitarle todas las materias extrañas que pudiera arrastrar, y por último, se comprime á la presión de 70 ó de 80 atmósferas, combinada con la adecuada refrigeración, lográndose así que el gas se liquide.

Las aplicaciones del ácido carbónico líquido son muy numerosas, debidas á la gran presión á que se halla y á la circunstancia de que al dejarlo en libertad, vuelve á convertirse en gas, y como que para afectuar esa transformación es preciso que absorba mucho calor, resulta que enfría de un modo muy notable los cuerpos que le rodean, llegando hasta congelarlos.

Una de sus principales aplicaciones es la fabricación de bebidas gaseosas, habiéndose inventado al efecto aparatos mucho más sencillos que los que emplea actualmente la industria. Basta aplicar al aparato un frasco de ácido carbonico líquido, é inyectar el agua necesaria para que seguidamente se puedan llenar las botellas sin interrumpción.

También se emplea el ácido carbónico líquido en las fábricas de gaseosas con los aparatos antiguos, suprimiendo toda la parte relativa á la fabricación del ácido, y aplicando la botella de ácido carbónico líquido al depósito mismo en que se verifica la mezcla. Con esto, no sólo se simplifica la fabricación, si que también se tiene la seguridad de que el ácido empleado es completamente puro, al paso que el que se emplea comunmente es muy impuro.

Da excelentes resultados para refrescar la cerveza y darle presión en substitución del aire comprimido, de tal modo, que el último vaso de un barril, no sólo no pierde ninguna de sus buenas cualidades, sino que parece que las mejora.

La fabricación de helados está próxima á sufrir una transformación completa, pues con el empleo del ácido carbónico líquido los aparatos son más sencillos, no hay necesidad de revolver constantemente, no se necesita hielo, y por lo tanto, se pueden fabricar en cualquier momento que convenga, y los helados adquieren el gusto y aroma del ácido carbónico.

Luz Eléctrica.

Hasta ahora las instalaciones hidráulicas han constituido el medio más económico de obtener electricidad para el alumbrado y otros usos.

Según la prensa inglesa, parece haberse resuelto el problema de producir corrientes bastantes para el alumbrado por medio de pilas, que siendo de alimentación económica, y de un volúmen semejante á las que el teléfono emplea, ofrecen potencia suficiente para satisfacer las necesidades domésticas.

Según cálculo de la Asociación de la prensa inglesa, una lámpara incandescente de veinte bujías, costara á lo sumo 150 pesetas mensuales; se evitan los efectos de las interrupciones generales del alumbrado y la instalación de cables aéreos y subterráneos.

Conservación de las maderas en las Minas é Incombustiblidad.

Mister Henry Aitkens practica un procedimiento aplicable á toda clase de maderas con tal que estén descortezadas, secas y curadas bajo techado.

Las maderas en estas condiciones se sumergen en un baño de agua hirviendo, ó cuando ménos muy caliente, que contenga sal común y cloruro de magnesio en proporción de siete de sal por uno de cloruro, bajo cuya acción se tienen de uno á dos días según sus gruesos.

La instalaciún es sencilla: consiste en una caldera rectangular de palastro de doce milímetros de grueso por seis metros de largo, unos veinte de ancho y noventa centímetros de altura montada en un hogar con conductos laterales de humos que terminan en una chimenea.

Se emplea el carbón más inferior y un solo jornalero.

Cuando se extrae la madera del baño, está reblandecida y no puede usarse desde luego; pero almacenada de punta, se seca y recobra la fuerza en pocos días. En las minas de carbón de Nidrie, la duración de las maderas era de diez meses por término medio y el dato que hay hasta ahora es que las piezas preparadas por este procedimiento y colocadas en 1893 en los sitios en que las comunes se tenían que renovar con más frecuencia, se conservan tan frescas como el día en que se colocaron.

Fabricación de hilos de papel.

Se ha inventado un procedimiento que permite fabricar un hilo sin ayuda de fibras vegetales, simplemente por medio de tiras estrechas de papel. Este hilo puede emplearse lo mismo que cualquiera otra clase de hilo de lana, lino, etc.

El procedimiento que se emplea es el siguiente:

Se templa el papel que se quiere trabajar, en baños formados por productos químicos convenientes que le dan la ductilidad y tenacidad requeridas. Por medio de una disposición especial, se corta en el sentido de la longitud en forma de cintas estrechas: una vez preparado de este modo, se le impregna de una materia que contenga cola, y se arrolla cada cinta en un carrete especial provisto de agujeros. Cuando todas las cintas se han colocado en los carretes, se someten á la acción del vapor, de modo que este atraviese el carrete desde el interior al exterior.

Después de esta operación se colocan los carretes sobre un aparato de hilar y se tuerce la tira de papel. De este aparato va el hilo torcido sobre otro de estirar, que se compone de dos estiradores, uno en la parte de delante y otro en la de detrás, entre los cuales hay un par de cilindros recubiertos de productos químicos por los cuales pasa el hilo.

Después de estirado se hacen pasar todos los hilos por un aparato secador, en el cual circula el aire de modo que los hilos que han de secarse tengan un movimiento oscilatorio.

Los hilos de papel obtenidos por este procedimiento pueden tejerse y trabajarse lo mismo que cualquiera otra clase de hilos de lana, lino, yute, etc.

RETORNO DE LA EXPEDICION AL POLO.—Llegada del Dr. Nansen al puerto de Tromso, Noruega.

Lo que se puede ver desde un globo.

Las observaciones desde los globos cautivos son más fáciles en la mar que tierra adentro, á causa de la mayor uniformidad de las corrientes atmosféricas, sometidas en tierra á los cambios bruscos que se producen por causas diversas.

Algunas experiencias hechas en plena mar con globos cautivos, han demostrado que desde la altura de 400 metros no es posible ver el fondo del mar. en profundidades que permiten verlo desde la superficie del agua. En la guerra los globos cautivos pueden en ocasiones ser útilmente usados para reconocer las entradas de puertos desconocidos y fijar con precisión la situación de las fuertes baterías ú otras defensas.

Mercado de fibras.

El filamento yucateco ha sentido alguna mejora en los precios habiéndose efectuado ventas á *tres centavos* á cuyo precio se mantiene firme el mercado. Más de 15,000 pacas se han vendido últimamente y se estiman en 55.000 pacas las existencias acumuladas en Nueva York y Boston. El manila se mantiene firme también á 4¼ cents. libra, teniéndose noticia de que el impuesto de importación de ese fruto se ha aumentado en Filipinas, lo cual afligirá más aún la situación del mercado. Al rededor de 3,500 pacas de Manila se han vendido en los pasados días, calculándose una existencia en plaza de 32,000 pacas. Fibras de la Nueva Zelandia carecen de demanda; las italianas gozan de regular demanda; las rusas han sentido gran mejora en los precios y el *jute* también ha subido á causa de alguna demanda. El mercado en general no presenta gran animación, porque aun no han empezado los manufactureros á hacer sus compras en la próxima estación.

Li-Hung-Chang.--"El Dragón Doble,"

En China hay sólo una Orden, que se confiere á los más distinguidos pesonajes. Es esta la famosa Orden del Doble Dragón, que está dividida en cinco clases, cada una de las cuales, á su vez, está subdividida en varios grados.

Li-Hung-Chang intenta conferir esta Orden en varias clases y grados, á unas trescientas personas, con las cuales ha mantenido agradables relaciones durante su largo viaje,

CUARTA CLASE.
5º GRADO.

Las condecoraciones se hanhecho en oro, plata y esmalte, según los grados, y en París, San Petersburgo y Londres, háse competido por el honor de manufacturar la insignia. Londres ganó empero la distinción, y la manufactura de las Ordenes fué conferida á la firma Goldsmiths' and Silversmiths' Company, Regent-Street, la cual ha reproducido plenamente las diversas ornamentaciones chinas.

Damos dibujos completos de la Orden en cuestión.

LA CEBA DE GANADOS.

El tamaño y la calidad de la raza del animal que se destina á la cebada, deben ser adecuados á la calidad de los pastos y la dimensión de los prados con que se cuenta para el efecto, ó á la cantidad y calidad de forrajes de que se dispone, si se han de engordar estabulados.

Cuando sólo se dispone de prados mediocres, no se pueden destinar á la cebada sino animales medianos y criollos, pues los muy corpulentos no tienen tiempo de ingerir y aprovechar la cantidad de alimentos que necesitan para su ceba. Sería, pues, arruinarse, pretender engordar vacunos muy grandes ó de raza en prados de pastos escasos ó poco nutritivos, pues habría entonces que recurrir á otros forrajes que se usan en tales circunstancias, como son farináceas, ó á los obtenidos por henajes ó ensillajes.

Examinemos esta cuestión tomando dos bueyes por ejemplo. Está probado que la fuerza de los animales está en razón directa de su peso; luego un buey que pese 1,000 libras podrá hacer tanto trabajo como dos bueyes que pesen 500 libras cada uno; esta circunstancia debe tenerse muy en cuenta cuando se procede á la elección. Mathieu Dombasle, tratando del consumo respectivo, adopta la misma regla. "Es muy diferente—dice este agrónomo—obtener un quintal de carne en un animal ó en dos, pues en un caso como en el otro, esta cantidad de carne consume igual cantidad de alimentos para poder producir, costando, por consiguiente, lo mismo al productor." Victor

1ª clase, tercer grado.

Orden del Dragón doble, 1ª clase.

2ª clase, tercer grado.

3ª clase, primer grado.

El Emperador Guillermo desfilando con su Regimiento frente del Czar, en Breslau.

Ivart, cuya autoridad es de gran peso en economía, dice que dos bueyes pequeños de 500 libras consumen juntos más que un buey de 1,000 libras, y no dán estiercol en la misma proporción.

Sostiene, además, que reuniendo sus dos estómagos los intestinos y todo lo utilizable, se tiene una masa más considerable que un buey solo. Esto es, no pesar do sino una vez más del doble en carne y grasa. Ofrece, pues, un rendimiento real. Una temperatura caliente y húmeda y lo menos variable posible, una oscuridad completa ó por lo menos una claridad apenas suficiente para poder andar, un silencio casi absoluto, son tres circunstancias que es preciso que los animales encuentren en el establo ó corral donde sean sometidos á engordar.

Una atmósfera saturada de vapor de agua favorece la ceba, haciendo más compacta la piel, dándole elasticidad á las fibras y dificultando la transpiración de los animales que la respiran. Esta transpiración, no pudiendo desprenderse, permanece en los tejidos y contribuye al desenvolvimiento y acumulación de la gordura. La limpieza es condición especial para la ceba de los animales estabulados; en la Vendee cepillan todas los días á los bueyes para provocar la traspiración, mientras no llega el monmento de entregarlos al matadero. No son los animales que comen más de prisa, los que comen más y los que con más fecilidad engordan. Son los que comen poco por cada vez, repetidas veces y lentamente. Es preciso que la digestión sea completa para que el hambre vuelva á renacer, y en circunstancias iguales, un animal que come dos veces más que otro, tiene necesidad de tres veces más tiempo que ese otro para digerir lo que come.

Dar piensos pequeños por cada vez y muchas veces, es la base fundamental de una buena ceba. Los bueyes y los carneros que se hacen invernar á postoreo, aunque en prados de pastos ricos y abundantes, ó los que se dejan salir con frecuencia del establo, son los que tardan más en adquirir el grado de gordura requerida. La sangría favorece la ceba facilitando la absorción de los principios nutritivos y provocando una reparación superior á la sangre perdida. Se sangra al animal al empezar á engordarlo, y en el curso de la operación se reitera si el examen del pulso demuestra necesitarlo.

La revista de donde tomamos los informes que anteceden, aduce otros muchos que no extractamos por ser conocidos por los ganadores mexicanos, á quienes van dirigidas las instrucciones que apuntadas quedan.

EL VIAJE DEL CZAR NICOLAS

POR LAS CORTES EUROPEAS.

Tanta importancia dan los periódicos europeos al viaje del autócrata ruso por las principales cortes del viejo continente. Tanto se prometen unos, tanto temen otros, tales y tan grandes son las presunciones de la alta política, que no hay asunto que más preocupe los ánimos, ni suceso mas traido y llevado entre todo género de comentarios.

Siendo esto así, parécenos de toda oportunidad seguir nosotros en la sección que á asuntos extranjeros hemos consagrado, las principales etápas de ese viaje. En nuestro número anterior dijimos algo de la llegada de Nicolás á Viena y hoy damos un grabado relativo á su paso por Breslau, donde el orgulloso Guillermo le hizo objeto de grandes honores.

Frente al autócrata desfiló el soberano de Alemania con lucida porción de su ejército, y á su vez el Czar púsose á la cabeza de el regimiento de granaderos que lleva el nombre de «Kaiser Alejandro.»

Los festejos, las grandes recepciones, sucediéronse en Alemania como en Austria, á cual más expléndidos y deslumbradores, y cumplidos con usura los oficios de la hospitalidad y la galantería, las dos grandes potencias sajonas, aguardan no sin cierta curiosidad las demostraciones de que sin duda será objeto Nicolás en la hermosa capital francesa.

Nosotros esperamos también esas demostraciones, de que daremos plena cuenta á nuestros lectores.

EL CAMINO DE HIERRO DE CHAMONIX.

Antes de cerrar sus sesiones la Cámara Francesa adoptó el proyecto de ley que declara cosa de utilidad pública la construcción de una vía férrea entre Chamonix y el Mar de Hielo. Los trabajos empezarán el año entrante, en el verano; y á principio del siglo 20 los 20,000 turistas que anualmente visitan aquellas regiones, número que necesariamente ha de aumentar, viajarán confortablemente en coches de la vía hasta los mismos ventisqueros.

La extensión total de la vía será de 18,000 piés; y la diferencia de nivel entre los extremos será de 2,900 pies, siendo de 2 pulgada por pié la inclinación media. En algunos puntos llega á 2½. El sistema de construcción será de cremallera.

Chamouni ó Chamonix es un célebre aldea y valle de los Alpes Franceses. La aldea está situada á 22 millas S. de Martigny y á 50 E. S. E de Ginebra.

Es el gran centro de los turistas que se dirigen al Monte Blanco y se halla á 3,400 piés sobre el nivel del mar. El valle de Chamouni que por el S. y el E. confina con el Monte Blanco tiene como 12 millas se extención con una anchura media de dos millas. Es la parte más célebre de los Alpes por lo pintoresco de sus panoramas y lo sublime de los ventisqueros. No hay vista más sublime que la que presenta el Monte Blanco desde la aldea de Chamonix. Los adjuntos grabados dan una buena idea de la vía y del espectáculo de la naturaleza en aquellos parajes.

Ferrocarril eléctrico submarino.

Se está poniendo en práctica un proyecto de ferrocarril eléctrico submarino en Inglaterra, que debe unir Brighton y la aldea marítima de Rottingdeau en la costa meridional inglesa, condado de Sussex.

Para facilitar las relaciones entre estas dos estaciones balnearias, distantes una de otra seis kiómetros aproximadamente, se ha hecho pasar una vía férrea par la pequeña bahía que la costa forma en este lugar. El fondo de esta bahía, perfectamente unido, debe recibir los carriles del ferrocarril eléctrico proyectado. Los alambres eléctricos se colocarán sobre postes elevados de 5 á 7 metros sobre el nivel de los carriles durante la marea alta.

Sobre esta vía férrea circulará un coche muy elevado, de 16 metros de largo, que podrá contener 150 personas.

Para impedir la inmersión del coche, se le colocará sobre barras de acero de 10 metros de altura, fijando las partes sumergidas de estas barras sobre ocho ruedas que pasarán por los carriles colocados en el fondo del mar.

Dos dinamos colocados en la parte superior del coche y unidos á los alambres dan movimiento al coche. Se calcula que se necesitarán treinta minutos para fraquear la distancia que separa Brighton de Rottingdeau.

Ciertas mujeres se ocupan medianamente por ser amadas; les basta con ser preferidas.

Enrique Roujon.

El hombre es el único animal que tiene la facultad de mezclarse en lo que no le importa.

Abate Galiani.

El primer ensueño

[Grabado en los talleres de "EL MUNDO"]

El Perdón.

En aquella casa, una gran colmena de obreros de la calle Delambre, donde Tony Robec ocupaba un humilde cuarto hacía ya seis meses, todos le creían viudo. Vivía con su hijo, un hermoso niño de seis años, lindo y arregladito como si estuviera siempre bajo la cuidadosa inspección de su madre. Suponíase que desde que murió ésta había transcurrido el tiempo reglamentario de luto, pues ninguno de los dos iba vestido de negro.

Todos los días por la mañana, el buen Tony, que trabajaba como tipógrafo en una imprenta del barrio Latino, salía de casa llevando en brazos, adormilado, al pequeño Adrian, y lo dejaba en una escuela próxima. Por la tarde, tan pronto como terminaba su tarea, iba en busca del rapaz y, conduciéndole de la mano, entraba en la carnicería y en la tienda de comestibles, adquiriendo lo necesario para el sustento. Hechas las provisiones, encerrábanse los dos en el cuartito de la gran colmena y no salían de él hasta el siguiente día.

Las comadres de la vecindad compadecían profundamente á aquel padre, de cuarenta años de edad á lo sumo, aspecto simpático, rostro descolorido y cabellera negra salpicada de hilos de plata, y mirada noble, semejante á la de un león en reposo. Alguna que otra vez le hacían objeto de sus conversaciones y se expresaban en estos ó parecidos términos: «A mí se me figura que debía casarse nuevamente.........» «Con seguridad que no le faltaría una mujer joven y de su gusto que se desviviera por él......»

Las sempiternas habladoras hubieran querido tratarle con cierta confianza, cosa que no resulta difícil en esos pequeños falansterios habitados por gente de modesta posición social, en los que las puertas están abiertas generalmente. Pero Tony Robec tenía un caracter reservado, y la cortés gravedad con que saludaba á sus vecinos en la escalera ó en la calle imponía á las curiosas bastante respeto.

En las tardes de los días de fiesta, padre é hijo salían á pasear. Les habían visto más de una vez en los Museos y en el Jardín de Plantas. Les habían visto tambien, antes de la hora de la comida, en un café del barrio, donde Tony hacía su único gasto extraordinario de la semana, bebiéndose lentamente, á pequeños sorbos, un ajenjo, mientras que Adrian, apoyado sobre la mesa, fijaba toda su atención en los *monos* de los periódicos ilustrados.

—Se equivocan ustedes, señoras, solía decir á las vecinas la portera, que era algo sentimental; ese viudo no volverá á casarse. Yo sé que va con frecuencia al cementerio Montparnasse. Sin duda está allí enterrada su mujer. Le encontré allí el último domingo, y daba pena verle tan triste, llevando al pequeño, cogido de la mano. Debió de idolatrar á la difunta...... Es un caso raro; pero los haya así......... ¡Es un viudo inconsolable!

Y era verdad casi todo lo que la portera decía. Tony había adorado á su mujer y no se consolaba de haberla perdido. Solamente que...... no estaba viudo.

***

¡Oh, bien simple y poco dichosa la vida de aquel hombre! Obrero concienzudo, pero de mediana disposición para el oficio á que se había dedicado, sólo á fuerza de mucho tiempo y de mucha constancia pudo llegar á ser un buen cajista y á ganar un jornal decentito. Por esta razón no pensó seriamente en casarse hasta después de haber cumplido treinta años. Le hubiera convenido una mujer razonable, educada como él en las privaciones y en el trabajo. ¡Pero están reñidos el amor y el cálculo! Tony perdió la chavata al ver una florista de diecinueve primaveras, bastante juiciosa al parecer, pero de un caracter tan frívolo, que jamás había pasado su imaginación de la superficie de las cosas. Su mayor habilidad consistía en el exquisito arreglo de su persona, en dar á sus cuatro trapitos apariencias de lujo y de elegancia. Tony tenía algunos ahorros guardados en un armario de luna, mueble que consideró indispensable para que su mujercita se mirara de pies á cabeza, y que le costó ochenta francos en el faubourg San Antonio. Casóse, pues, con Clementina. Al principio todo fué muy bien. ¡Cómo se amaban! Vivían en el quinto piso de una casa del boulevard Port-Royal, y desde el balcón veían todo París. Por las tardes, cuando él terminaba su trabajo y poniéndose el paletó encima de su traje de obrero, salía de la imprenta erguido, satisfecho, con aire de gran señor, dirigíase á uno de los extremos del puente de Saint-Pêres y aguardaba allí á que su mujercita saliera del obrador de costura situado en la calle de Saint Honorè. Cogidos del brazo, muy juntitos, encaminábanse al domicilio conyugal y comían alegremente. Los domingos eran los días más deliciosos. Se quedaban en casa...... ¡Qué bien sabía el almuerzo junto al balcón, abierto de par en par, donde contemplaban á ratos la calle y á ratos el hermoso azul del cielo! Mientras él saboreaba el café y fumaba un cigarrillo, Clementina se entretanía en regar los tiestos, operación en que más de una vez era sorprendida por su marido que, acercándose cautelosamente, le daba un beso en la nuca. Ella decía riéndose: «Estáte quieto, simplón.»

Después, el nacimiento de un niño......... Pusiéronle por nombae Félix y le confiaron á una nodriza que habitaba en las inmediaciones de París, creyendo que los aires puros del campo robustecerían su endeble constitución. ¡Creencia errónea!

El pobrecito murió de convulsiones antes de un año.

Pronto les consoló de esta desgracia la venida de otro vástago, de Adrian, que fué criado por su madre.

Tuvo ésta que abandonar el taller y buscar trabajo para casa; ganaba la mitad, estaba disgustada de su suerte y empezó á descuidar el arreglo de su persona. A pesar de los esfuerzos de Tony, que procuraba por cuantos medios se hallaban á su alcance aumentar el presupuesto de ingresos, el matrimonio contrajo algunas deudas, porque hacía tiempo que se habían agotado los pequeños ahorros.

Luego, cuando el niño tuvo la conveniente edad, fué llevado á la escuela-asilo, donde permanecía desde la mañana hasta la tarde; la madre, volviendo á adquirir el hábito de la ociosidad en que transcurrió su adolescencia, y recordando sus frivolidades y coqueterías de aquel tiempo, acostumbróse poco á poco al callejeo, á esa ocupación tan peligrosa para las mujeres jóvenes y bonitas.

Y sucedió que el pobre hombre, prematuramente envejecido por la constante cavilación y el trabajo constante y penoso, al entrar una noche en su casa acompañado de su hijito, á quien recogía después de salir de la imprenta, encontró sobre la chimenea una carta, de la que cayó al sacarla del sobre el anillo que él había regalado á Clementina el día de sus desposorios; carta lacónica en la que la mujer ingrata, la mujer infame, les decía «adios» á él y á su hijo y les pedía que la perdonaran.........

***

Clementina huyó en los primeros días de Mayo. A últimos de Julio, Tony vendió lo mejorcito del mobiliario para pagar las deudas y se trasladó á la calle de Delambre.

Pensó en que cambiando de domicilio le sería más fácil amortiguar su dolor.

Y he aquí por qué al verle vivir en tan grande aislamiento consagrado á su trabajo y á su hijo, todos los vecinos de la nueva casa le creyeron viudo.

A fines de Septiembre recibio el obrero una extensa carta: cuatro páginas de letra menuda, llenas de inconherencias y frases de desesperación. Muchas palabras estaban emborronadas por las lágrimas que sobre ellas vertió al escribirlas una infeliz mujer; una mujer que abandonó y olvidó, y que al ser ahora abandonada y olvidada, arrepentíase de su culpa é imploraba la compasión del hombre ofendidó; pero el pobre Tony tuvo la fiera energía suficiente para no contestar á la culpable.

No volvió á saber de ella hasta la víspera de Navidad.

En tal día, y desde que murió Félix, iba todos los años con su mujer á colocar un modesto ramo de flores sobre la tumba de su primer hijo, sobre aquella tumba cuyo derecho de propiedad había renovado oportunamente para que no desaparecieran de allí los queridos restos. Por primera vez Tony Robec cumplía esta obligación acompañado únicamente del pequeño Adrián. Al franquear la puerta del cementerio, el laborioso cajista evocó más triste y dolorosamente que nunca el recuerdo de la fugitiva. «¿En dónde estará ahora? pensó; ¿qué será de ella?»

Llegó á la tumba de Félix y se detuvo sorprendido...... Sobre la piedra tosca había tres ó cuatro juguetes de ínfimo valor, de esos que se les da á los niños más pobres. Estaban nuevos y recién colocados allí.

—¡Ay!......... ¡juguetes! gritóAdrián con templando admirado y gozoso el humilde hallazgo.

Entre tanto, Tony, que había visto un papel clavado con un alfiler á uno de los juguetes, lo cogió y leyó estas palabras, escritas con letra que conoció bien pronto:

«Para Adrián, recuerdo que le envía desde el cielo su hermanito Félix.»

Al acabar de leer, sintió que Adrián se abrazaba á sus rodillas y le oyó decir con voz entre alegre y asustada:

—¡Mamá!......... ¡ahí está mamá!

A corta distancia de la tumba, arrodillada cerca de un grupo de árboles, pobremente vestida, había una mujer muy pálida. Al volverse Tony hacia ella, le dirigió una mirada tristísima y elevó sus manos juntas en actitud suplicante.

***

Aquí para *inter nos*, señores sanguinarios, ¿no es verdad que Tony debió pensar en aquel instante en el que vino al mundo el día de Navidad, en el que enseñó con la palabra y con el ejemplo á perdonar las injurias?...... Porque el caso es que Tony Robec, después de unos segundos de vacilación, motivada más por la piedad que por el furor del antiguo ultraje, empujó al niño hacia la mujer, y le dijo:

—Adrián, abraza á tu madre.

Ella estrechó á su hijo con efusión, con locura, y le besó apasionadamente en los ojos, en la boca, en el cabello...... Luego se levantó, y con voz temblorosa, con los ojos llenos de lágrimas, dijo acercándose á su esposo:

—¡Oh, qué bueno eres!

El fué al encuentro de ella y contestó con sequedad:

—No hables.........

Desde el cementerio á la calle de Delambre no hay gran distancia. La recorrieron con ligero paso, precedidos del niño, que miraba y remiraba entusiasmado los juguetes. Llegaron á la casa, y el obrero, deteniéndose ante la portera, exclamó:

—Esta es mi esposa, que ha estado en el pueblo al lado de su madre enferma, y que vuelve ya á su casa.

Y subiendo la escalera, tuvo que sostener á la desgraciada, que expresaba su emoción con sollozos mal contenidos.

***

Entraron en el cuarto, Tony mandó á su mujer que se sentara en la única butaca que había allí; echó de nuevo en sus brazos al niño, abrió la cómoda, sacó de una cajita la sortija de desposorios, se la colocó á Clementina, en el dedo, y entonces, sin una sola frase de reproche, sin la más leve alusión al pasado, con la inmensa generosidad de los corazones nobles, besó á su mujer en la frente, para que estuviera bien segura de que la perdonaba.

Francisco Coppée.

Pena de muerte.

Casualmente la víspera—empezó á contar el sargento de guardias civiles, apurado el vaso de fresco vino y limpiándose los bigotes con la doblada servilleta—había yo caido en la tentación ¡cosas de chiquillos! de apropiarme unas manzanas muy gordas, muy olorosas, que no eran mías sino del señorito; como que habían madurado en su huerto. Les metí el diente; estaban tan en sazón, que me supieron á gloria, y quedé animado á seguir cogiendo con disimulo toda fruta que me gustase, aunque procediese del cercado ajeno.

Cuando el señorito me llamó al otro día, sentí un escozor...«Van á salir á relucir las manzanas» pensé para mí; pero pronto me convencí de que no se trataba de eso. El señorito me entregó su escopeta de dos cañones, y me dijo bondadosamente: «Llévala con cuidado. Mira que está cargada. Si te pesa mucho, alternaremos.» Le aseguré que podía muy bien con el arma, y echamos á andar camino de las heredades. En la más grande, que tenía recientitos los surcos del arado, (porque esto sucede en Noviembre, tiempo de siembra del trigo), se paró el señorito y yo también. El levantó la cabeza y se puso á registrar el cielo.

—¿No ves allí á esa bribona? Me preguntó.

—¿A quién?

—A la garduña.

—Señorito, no. Son cuervos; hay un bando de ellos.

Con efecto, á poca altura pasaban graznando cientos de negros pajarracos, muy alegres y provocativos, porque veían el trigo esparcido en los surcos y sabían que para ellos iba á ser más de la mitad. (¡Pobres labradores!) El señorito me pegó un pescozón de broma y me dijo.

—Más arriba, tonto, más arriba.

Allá en la misma cresta de las nubes se cernía un puntito obscuro, y reconocí al ave de rapiña quieta, con las alas estiradas. Poco á poco, sin torcer ni miaja el vuelo, la garduña fué bajando, bajando, y empezó á girar no muy léjos de donde nos encontrábamos nosotros.

—Dame la escopeta, ordenó el señorito.

Obedecí, y él se preparó á disparar; sólo que la tunanta, de golpe, como si adivinara, se desvió de la heredad aquella, y cortando el aire lo mismo que un cuchillo, cátala perdida de vista en menos que se dice.

—Nos ha oído la maldita; exclamó el señorito incomodado.—El jueves, que no traía yo escopeta, estuvo más de una hora burlándose de mí. Sólo le faltó venir á comer á mi mano. Fija á diez pasos, muy baja, haciendo la plancha y clavando el ojo en un sapito que arrastraba la barriga por el surco, hasta que se dejó caer como un rayo, trincó al sapo entre las uñas y se lo llevó á lo alto de aquel pino que se ve allí. ¡Buena cuenta habrá dado del sapo! Y hoy, en cambio, ¡busca! Nos va á embromar la condenada......... ¡Calla, que vuelve!

Volvía, y tanto volvía, que se plantó lo mismo que la primera vez, á plomo sobre nosotros. Sin duda le tenía querencia al sitio; y en la heredad aquella encontraba la mesa puesta siempre. El señorito tuvo tiempo de apuntar con toda calma mientras la garduña se abanicaba con las alas despacito, avizorando lo que intentaba atrapar. Por fin, cuando le pareció la ocasión buena, el señorito largó el tiro......... ¡Pruum! A mí me brincaba el corazón, y al ver que el pájaro *hacia la torre*, dando sus tres vueltas en redondo y abatiéndose al suelo lo mismo que una piedra, pegué un chillido y por nada me caigo también.

—¿Qué haces, pasmón, que no portas? me gritó el señorito.

Heché á correr, por que ya usted ve que no podía desobedecerlo, pero me temblaban las piernas y se me desvanecía la vista.

¿Sabe usted por qué? Por la conciencia negra; porque se me venían á la memoria las manzanas, y me escarabajeaba allá dentro el miedo al castigo.

—Venga aquí esa descarada ladrona— ordenó el señorito— La vamos á clavar por las alas para ejemplo. ¿Qué es eso, rapaz? Se me figura que te dá lastima la pícara.

Me eché á llorar como un tonto. Usted dirá que no es creible. Pues, nada, me eché á llorar; pero no por la muerte de la garduña, sino porque me miraba en aquel espejo, y creía que tambien iban á pegarme á mí un tiro con perdigones, y que me espatarraría en el sembrado, con el hocico frío y los ojos vidriados y derretidos casi.

Veía á mi madre llegar, dando alaridos, á recogerme; á mis hermanas que, al descubrir mi cuerpo, se arrancaban el pelo á tirones, pidiendo por Dios que al menos no me clavasen en un palo para escarmiento de los que roban manzanas. ¡Ay, clavarme no! ¡Sería una vergüenza tan grande para mí familia y hasta para la parroquia!

Admirado el señorito de mi aflicción, y creyendo que la causaba el triste fin del avechucho, me pasó la mano por el carrillo, y me dijo sonriéndose:

—¡Vaya un inocente! ¡Tanto sentimiento por la raída de la garduña! ¿Tú no sabes que es un bicho, que se merienda á las palomas? ¿No viste las plumas de la que se zampó el domingo? De los ladrones no hay que tener compasión.

En vez de quitarme el susto, estas palabras me lo redoblaron, y sin saber lo que hacía ni lo que decía, me eché de rodillas y confesé todo mi delito; creo que si no lo hago así, en seguida reviento de angustia. El señorito me oyó, se puso serio, me levantó, me colocó en las manos la escopeta otra vez, y dejando el ave muerta sobre el vallado, me dijo esto (juraría que lo estoy escuchando aun):

—Para que no te olvides de que por el robo se va al asesinato y por el asesinato al garrote......... anda, aprieta ese gatillo...... y pégale la segunda perdigonada á la garduña. ¡Sin miedo!

Cerré los ojos, moví el dedo, vacié el segundo cañón de la escopeta......... y casi redondo, pataleando, con un ataque á los nervios, que dicen que daba pena mirarme.

Estuve malo algún tiempo; el señorito me pagó médico y medicina; sané, y cuando fuí mozo y acabé de servir al rey, entré en la guardia civil.

Emilia Pardo Bazan.

NOCTURNOS TROPICALES.

Canción de la sabana.

Yo estoy estrellada en lotos y mayos
En flor;
Yo estoy encantada de noche con rayos
De sol.

Yo soy la doliente mansión del ensueño
Fugaz,
Y al trópico ardiente doy plácido sueño
Vernal.

Mi bruma nevada y violeta se enciende
De luz,
Y en este paisaje sus noches esplende
Stambul.

Del norte, buscando mis lagos pluviales
Vendrán
Flamencos rosados y grullas boreales
De mar.

Del triste coquito se oirá la sentida
Canción
Surgir de la noche cual queja perdida
De amor.

Las nubes de patos que en lo alto se agitan,
Se ven:
El cuello tendido sacuden y gritan
Después.

Y vienen con vuelo fugaz y sesgado,
Del sur,
Zancudas plomizas de buche irisado
Y azul.

Pescando en el agua se ven sus siluetas
Errar,
Mas súbitamente, volubles, inquietas,
Se van.

Y el grito que exhalan subiendo en un vuelo
Sin fin,
Oirá mi desierto anchuroso en su cielo
Morir.

Me dan las gramíneas en dulces desmayos
Su olor......
Yo estoy encantada de noche con rayos
De sol.

Aquí se suspende la lucha bravía
Del mal,
Y olvidan los tristes la breve alegría
De amar.

Yo soy el olvido! Yo soy la distancia!
Mansión
Que al huésped nocturno ni penas escancia
Ni amor!

Rubén M. Campos.

Septiembre de 1896.

NOSTALGIA.

Necesitaba decirlo,
Ausente, no puedo
hacer que en las brumas que envuelven mi alma
sonría un destello.

Necesitaba contarlo:
la ausencia es anhelo,
es angustia mortal que me ahoga
con cincho de hierro.

Necesitaba gemirlo:
yo busco un consuelo
que disipe los torvos fantasmas
que pueblan mi sueño.

Necesitaba llorarlo;
esclavo del miedo,
me asaltan terrores de cosas fatídicas
de tí, estando lejos.

Necesitaba cantarlo:
yo quiero tus besos,
el calor de tus húmedos labios
en mis labios trémulos.

Necesitaba, señora,
necesitaba en mis versos,
decir mis angustias, gemir mis zozobras,
llorar mis anhelos.

José I. Arrel.

Septiembre de 1896.

AUGURIOS.

Hoy que en un cielo tenebroso y mudo
Hundiste ¡oh fe! tu resplandor postrero,
La única religión de que no dudo
Es el profundo amor con que la quiero!

Oh fe que huyendo del invierno rudo
Fuiste un eterno pájaro viajero......
Si el bosque está en tinieblas y desnudo
Llega á ese último amor como á un alero!

Pero ahí canta á la tiniebla fría
No á las pálidas lunas de alabastro
Porque será un sarcasmo tu alegría,

Cuando desaparezcas como un astro,
Dejando sólo en la conciencia mía
Un desmayado y silencioso rastro.........

José Juan Tablada.

***

De tus ojos, luz y encanto
de mi espíritu abatido;
de esos ojos que han vertido
por mí raudales de llanto;

de los dos astros que inspiran
pasión, bondad y ternura,
cuando envuelven en luz pura
lo que enamorados miran;

como tesoro del cielo,
de esos ojos, me acompañas
unas sedosas pestañas
tan negras como mi duelo;

hebras que dan luces bellas,
reflejos nunca imitados,
pues son rayos arrancados
para mí, de dos estrellas!

Con devoción las adoro;
con hondo temor las miro,
pues al soplo de un suspiro
puedo perder tal tesoro.

Pestañas de un ángel son
que á las que le adornan, juntas,
sostuvieron en las puntas
sus lágrimas de pasión.

Ellas velaron tranquilas
sus pesares, sin reproche
cuando enlutaba la noche
su espíritu y sus pupilas.

Y de la ausencia el rigor,
las dejó en llanto empapadas,
como espigas doblegadas
por el peso del dolor.

Hebras que al sentir opreso
el párpado que adornaban,
abrazándose temblaban
entre las llamas de un beso.

Por dichas y por angustias
fueron al azar movidas,
para contemplarme, erguidas
y para llorarme, mústias.

....

Sí, mústias de padecer
en tus ojos las llevaste
cuando imposible juzgaste
que me volvieras á ver.

Ellas, encarnando en tí,
fueron rejas de un postigo
de llanto, por mí y contigo,
lejos y cerca de mí!

Y hoy me las mandas, Estrella,
y es tu dádiva sagrada
para mí la más amada,
la más rica y la más bella.

Delicada y primorosa
envoltura les dá asilo,
tal como envuelve á un pistilo
el pétalo de una rosa

Y forman así el tesoro
con que sueño y me extasío:
¡pestañas del angel mío!
¡pestañas del bien que adoro!

Juan de Dios Peza.

¿Quién puede ser dichoso ni en la gloria
si allí existe del mundo la memoria?

Campoamor.

EL ABANICO A TRAVES DE LOS SIGLOS.

Origen del abanico.

El orígen del abanico se remonta á la más grande antigüedad; su patria es el Oriente; nos viene de esos climas en que la atmósfera es sofocante durante la mayor parte del año; algunos historiadores lo atribuyen á la Sibila de Cumas, que á lo que se dice, se servía de un abanico al dar sus oráculos. Pero mucho tiempo antes de la época en que se coloca la existencia de las Sibilas, los artistas egipcios pintaban abanicos sobre las paredes de las tumbas de *Thebas*.

UNA LEYENDA CHINA.

Una leyenda china explica así el origen del abanico: Una noche que la bella Kan-Si, hija de un poderoso mandarín, asistía á la gran fiesta de las linternas, se vió forzada por la violencia del calor á dejar su máscara. Sin embargo, como el pudor la prohibía exponer su faz á las miradas profanas de los curiosos, mantuvo la careta lo más cerca posible de sus facciones, agitándola para darse aire. La rapidez de los movimientos que imprimía á sus manos y á su careta, hacía que esta se convirtiera en una especie de velo, no dejando distinguir nada de su fisonomía. Todas las mujeres testigos de esta atrevida y encantadora innovación, la imitaron, y se vieron diez mil menos agitar diez mil máscaras. Desde entonces el abanico quedó inventado y reemplazó á la máscara.

AFORISMOS.

Un marido debe ver en el abanico de su mujer un enemigo.

* * *

Toda mujer que deja caer su abanico sobre los dedos de un galan, firma su derrota.

* * *

El abanico de una bella es el cetro del mundo.

Maréchal.

En abanico cerrado no entran poetas.

Clarín.

UN MADRIGAL DE LUIS XVIII.

Luis XVIII, al obsequiar un abanico á una dama célebre por sus campañas galantes y por su belleza, hizo inscribir sobre la caja preciosa que lo contenía, este madrigal:

En el ardiente estío,
Feliz por que divierto vuestros ocios,
Sabré traer á vos los blandos céfiros;
Los pequeños amores vendrán solos....

LA MANIOBRA DEL ABANICO.

A decir verdad, no se necesita haber nacido en un salón para llegar á ejecutar con perfección la maniobra del abanico.

La mujer está hecha en general de tal suerte, que lo que no aprende lo adivina. Basta que tenga para esto lo que constituye á la mujer misma: esa gracia innata que puede encontrarse en grado supremo en una vaquera y faltar absolutamente en una princesa, y no se qué *sui generis* que encanta y que subyuga.

* * *

EL ABANICO EN ESPAÑA.

España es el país del abanico por excelencia; ahí, como en las colonias hispano-americanas, señoritas y señoras lo usan y aun abusan de él y son inimitables en su manejo.

Una española, dice Benjamín de Israeli, avergonzaría con su abanico la táctica de un grupo de caballeros.

Ya lo despliega con la lentitud pomposa y la concienzuda elegancia del pájaro de Juno; ya lo agita con una morbidez perezosa ó con una atrayente vivacidad, ó bien el abanico se cierra con un estremecimiento que se parece al aleteo de un pájaro y que os hace estremecer; ó en medio de vuestra confusión, el abanico de Dolores os toca el codo. Os volvéis para escuchar, y el de Catalina os golpea la espalda......... Instrumento mágico! en España habla una lengua particular, y la galantería no necesita más que esta delicada joya para expresar sus más sutiles concepciones ó su mas irrazonables exigencias.

Campoamor y el abanico.

Al dar este abanico aire al semblante
tal vez pueda templar, Eugenia mía,
esa alma delirante
que no tuvo en la vida un solo amante,
ni vivió sin amar un solo día.

Tiene este abanico el don
de dar al viento ligero
todo acento de pasión.
Por eso oculto un «te quiero»
que siento en mi corazón.

¡Oh, Isabel! ¡Cuántas veces á hurtadillas,
á través de estas pérfidas varillas,
con tus pupilas de ternura llenas
á algún hombre feliz, de tí adorado,
Lo mirarás apenas,
Por temor de mirarle demasiado!

Que no pidas, Manuela, te suplico
a mi edad madrigales ni consejos,
porque sé que detrás del abanico
os burláis las mujeres de los viejos.

LOS ABANICOS "METAFORICOS."

El gas abría en la noche
Su *abanico* de llamas.

Un poeta noctámbulo.

Agitaban las palmeras
Sus leves *abanicos* de esmeralda.

Un poeta tropical.

Abrió la aurora
Su abanico de nácar

Un poeta madrugador.

Desplegó la cascada
Su *abanico* de espumas

Un poeta...... acuático.

El olímpico cisne de nieve,
Con el ágata rosa del pico
Lustra el ala eucarística y breve
Que abre al sol como casto *abanico*.

Rubén Darío.

ABANICO LUIS XV.

Bajo las frondas de algún Versalles
O en los boscajes de algún Trianón,
Entre floridas y angostas calles,
Triste y pausada cruza Manón.

Dan á su paso los brodequines
De altos tacones, blando oscilar,
Y su ropaje de albos satines
frú-frús y aromas deja al pasar.

Hacia el estanque va taciturna,
Donde á los rayos del áureo sol,
Blancos tritones vuelcan su urna
Y airados soplan su caracol.........

.........En vano un lirio del vaso regio
Prendió en las blondas de su corsé,
Leyó los versos de un Florilegio
Y al clavicordio tocó el minué......

Nada ha calmado su torva fiebre:
Ni el negro page ni el fiero halcón
Ni la diadema donde el orfebre
Grabó los lises de su blasón......

Es que la hiere su enamorado
Y Manón llora su infiel desliz;
Por eso triste se ha doblegado
Y palidece la flor de lis!

Al dulce nido que los espera
Ya no irán juntos, llenos de amor,
En blasonada y azul litera,
De las antorchas al resplandor!

Ni ya en la ojiva llena de esmaltes
que orna el escudo noble y condal
Han de ver cómo los gerifaltes
Cazan la blanca garza real.........

Y Manón sueña, ramajes finos
Tienden arcadas de pastoral;
Nunca crearon los Gobelinos
En sus tapices pastora igual!

Y en el estanque de tonos glaucos
Se irisa el chorro de un caracol
Y Manón sueña, bajo los saucos,
A los postreros rayos del sol.........

José Juan Tablada.

EN UN ABANICO.

Cuando atravieses elegantes salas,
No olvides ni un momento
Que este abanico es una de las alas
Con que vuela hacia tí mi pensamiento.

José M. Bustillos.

UN HIJO.

Paseábanse los dos antiguos amigos por el florido jardín, donde la alegre primavera comenzaba á dar señales de vida.

Uno de ellos era senador y el otro individuo de la Academia Francesa; graves los dos, razonables, solemnes y hombres de sólida reputación.

Hablaron primero de política y después evocaron sus recuerdos de la juventud.

El senador se detuvo de pronto ante un copudo árbol, y exclamó:

—¡Asombra el pensar que los átomos imperceptibles que lanza al espacio ese copudo gigante, van á crear nuevas existencias á centenares de leguas de distancia, produciendo nuevas raíces, que serán reemplazadas por otras de la misma esencia y condición.

—Lo mismo pasa con los hombres —repuso el académico.—¿Quién puede afirmar que no tenga usted por el mundo algún hijo presidiario, ladrón ó asesino? No hay malhechor que no pueda proceder de un padre honrado, á quien el infeliz desconoce.

—No me hable usted de eso—murmuró el senador con acento entristecido.

—¿Se refiere usted á alguna historia antigua?

—Sí, á una historia que voy á referirle ahora mismo y cuyo recuerdo me tortura de un modo terrible.

Cuando tenía yo veinticinco años, emprendí á pie un viaje á Bretaña en compañía de uno de mis amigos, en la actualidad Consejero de Estado.

Después de quince días de marchas forzadas, se puso enfermo mi compañero, y con gran trabajo pudimos llegar á Pont-Labbé.

Nos albergamos en una posada y llamé al médico, el cual me manifestó qué mi amigo tenía fiebre y que necesitaba diez ó doce días de absoluto descanso en el lecho.

Asistíale yo, sin abandonarle ni un sólo instante, auxiliado por la criada del establecimiento, hermosa criatura de dieciocho años, de ojos azules y de agradable aspecto, que conmigo le velaba todas las noches.

Al cabo de ocho días, mi compañero estaba restablecido por completo, y por lo tanto, proseguimos tranquilamente nuestro camino.

Y pasaron treinta años sin que me volviera yo á acordar para nada de Pont-Labbé.

Pero en 1876 tuve que hacer un viaje á Bretaña, en busca de documentos para un libro que pensaba publicar y me detuve en el citado pueblo.

Todo lo encontré en el mismo ser y estado que antes, en cuanto á la parte material.

Al entrar en la misma posada donde me había albergado treinta años antes, fuí recibido por dos muchachas bretonas de dieciocho años frescas y sonrosadas.

Eran las seis de la tarde y cuando me senté á la mesa con objeto de comer, se me ocurrió preguntarle al dueño de la posada:

—¿Conoció usted á los antiguos dueños de esta casa? Yo pasé aquí unos días hace la friolera de treinta años.

Y el dueño me contestó:

—Eran mis padres, caballero.

Entonces le conté con qué motivo había estado yo en la posada.

—Sí, ya me acuerdo—repuso el posadero—á la sazón tenía yo quince años.

—¿Y se acuerda también de una criada que estaba al servicio de la posada?

—Sí, señor; murió poco tiempo después á consecuencia de una horrible desgracia. Y tendiendo la mano hacia un hombre delgado y cojo que removía el estiércol en una cuadra, añadió:

—Ese es su hijo.

Me eché á reir y exclamé:

—Es muy feo y en nada se parece á su madre.

—El infeliz—dijo el posadero—procede de padre desconocido. No sirve para nada y aquí le tengo de limosna, siguiendo el ejemplo de mis padres.

No contesté; pero me quedé aterrado al oir al dueño de la posada.

Me acosté y no pude dormir en toda la noche pensando en aquel desgraciado.

Al día siguiente adquirí nuevos informes y supe con terror que aquel hombre era casi un idiota.

Pedí la partida de bautismo del desdichado, y al leerla sentí un estremecimiento en todo mi sér,

Deseoso de ver al joven de mis cavilaciones para observarle, le detuvé en la plaza y me cercioré de que, en efecto, se hallaba en un estado rayano en la imbecilidad. Le dí una moneda de cinco francos, y sin dar ne las gracias, se echó á reir como un estúpido.

Al llegar la noche, el miserable volvió á la posada completamente borracho:

—No le dé usted dinero—me dijo el dueño de la posada—porque se lo gasta todo en aguardiente,

No pude permanecer allí más tiempo sin infundir sospechas y partí con el corazón destrozado, después de haber dado al posadero una cantidad regular para que aliviase en lo posible la suerte de aquel infeliz.

Desde entonces todos los años me arrastra hacia Pont-Labbé una fuerza invencible y me condeno al suplicio de ver á mi hijo en aquella cuadra, contentándome con dar á su amo algún dinero para que le atienda en sus principales necesidades.

He tratado de hacerle instruir, pero han sido inútiles mis esfuerzos, debiendo limitarme exclusivamente á procurar en lo posible el mejoramiento de su existencia.

¡Quién sabe si aquel hombre, educado como los demás, no habría llegado al rebajamiento moral é intelectual en que se hallaba!

Y cada día siento mayores deseos de verle, porque al fin es sangre de mi sangre; y sin embargo, su vista me hace sufrir horriblemente.

Cuando estoy en Pont-Labbé le contemplo desde mi ventana y repito con tristeza: «¡Es mi hijo!»

Y me asaltan vivos deseos de besarle y de estrecharle la mano.

El narrador guardó silencio y su compañeró exclamó:

—Confieso, francamente, que deberíamos ocuparnos algo más de los hijos de padres desconocidos.

Agitado por una ráfaga de aire, el copudo arbol envolvió en su delicado perfume á los dos ancianos, que la aspiraron con verdadero deleite.

Y el senador exclamó:

—Mas, á pesar de todo, ¡quién tuviera veinticinco años!

Guy de Maupassant.

El pan nuestro de cada día.

[Dibujo de J. Martinez Carrión]

Para los realistas, el arte es el oficio de los imbéciles y el oficio el arte de los hábiles.

G. de Grancourt.

CLARA.

I

Con sus dieciséis años, rubia, con sus sonrosadas mejillas, Clara es linda como una primavera al nacer. Se apoya de codos sobre la ventana baja de la casa de ladrillo que se levanta aislada al borde del agua, entre las temblorosas ramas lilas pobladas de pájaros y bañadas por el sol. No piensa, no sueña, no sigue con la mirada á la golondrina que vuela, que torna y que desaparece; no escucha la corriente del río que se desliza.

Está allí sin saber por qué, vagamente feliz en una inconciencia que sonríe. En la ventana y en medio del paisaje, sin darse cuenta completa del cuadro, agregándole una gracia, un canto, un esplendor más; ignora que es adorable y es necesaria al delicioso conjunto de la mañana de primavera, como la rosa, ignora que se entreabre; como la brisa ignora que murmura. En aquel rincón de la Naturaleza, formado por el artista invisible que combina los efectos de las auroras y las puestas del sol, completa, sin que nada la impulse ni se lo advierta, la belleza misteriosa.

De repente, mientras está asomada á la ventana, el viento le arrebata de sus cabellos una pequeña eglantina rosada, á la que está atada una cinta; lleva la flor, la deja caer en el río y se sonríe de su travesura. La eglantina con la cinta, que deja tras sí una fina estela, sigue la corriente del agua, entre los inclinados sauces, y una pintada mariposa, posándose sobre ella en un continuo aleteo, parte para un largo viaje.

II

Toda la noche, en una de las más pobres casas de laciudad, un joven ha llorado, con los puños en las sienes, golpeando con los codos una pequeña mesa de madera en donde hay algunas cartas esparcidas. Las luces del alba que disipan las sombras del cielo, no ahuyentan las tristezas de su corazón dolorido. El joven se levanta, va, viene, parándose á intervalos, ceñuda la frente, mordiéndose los labios. ¡Ella ya no le ama! Aquella encantadora niña, en quien el tenía cifradas todas sus alegrías, que le hacia olvidar las miserias de la vida, ha partido para no volver más. ¡Y ha partido con otro!—Después de tantas promesas tan llenas ¡ay! de ternura; después de tantos besos embriagadores, jura á otro amor eterno y le ofrece sus labios humedecidos todavía por las recientes venturas. —¡Oh, la infame!—¿Qué será de él tan solo y sin esperanzas?—Las gentes ricas ó notables, que tienen los consuelos del lujo ó de la gloria, no deben sufrir tanto cuando las abandonan de repente aquellas á quienes adoraban.

Pero él, pobre, desconocido, sin amigos ni familia, ¿qu hará en las horas ociosas y cuál será el mañana que le haga perder el amargo recuerdo del adorable ayer?—Cuando piensa que no volverá á verla, que no la oirá, que todo ha concluido por completo, que nunca tornarán á resonar sus pasos en aquella pobre estancia, donde con ella penetraban las delicias y todas las sonrisas; cuando piensa que ella no se despertará ya por la mañana, entreabriendo los labios, como se entreabre la rosa, sobre la almohada de un angosto lecho, para siempre desierto, le saltan los deseos de despedazar los muebles, de poner fuego á las cortinas y de dormir bajo los escombros y las cenizas. Al menos no vivirá ni un instante más en la tan querida y odiada estancia.

Empuja la puerta y sale, atravesando la ciudad, todavía dormida. Mira las celosías cerradas. Golpea el suelo con el pie, se muerde los puños, se agita como el que huye. Llega á la orilla del río que, muy profundo, corre entre los inclinados sauces; pero, ni el fresco rocío de la mañana, ni la alegría de las hierbas removidas por la corriente, ni el espacio iluminado por el sol, tranquilizarán al pobre joven.

Medita por mucho tiempo con la vista fija en el agua. No puede separar sus miradas de la límpida superficie, plana como la losa de una tumba. ¡Morir! Este es el pensamiento que le asalta. ¡Si, Morir! Y ¿por qué?—¿Qué hará de la vida ahora?

Todos los hombres son malos, todas las mujeres son perversas. Toda dicha tiene, por hermana gemela, á la disilusión. No es cierto que existen ternuras eternas y lazos jamás rotos. La felicidad no ha de ser duradera. ¿Vale la pena de ser deseada? ¡Para qué sonreír si habrá que llorar! ¡Ah! ¡Esta vida es espantosa, y cuánto mejor es la muerte! No cree ya en las tiernas palabras; detesta los apretones de manos bajo las enramadas, de noche, maldice todos los besos de todos los labios. Ya no vacila; ¡morirá! Si, allí, en las profundidades del agua, hallará eterno reposo y el olvido de las traiciones y los recuerdos.

Está sólo junto á la ribera. Se inclina después de un sacudimiento de hombros como despreciando la vida, se inclina una vez más; va á lanzarse en el cristalino río, acariciado por la luz, en la verde tumba, iluminada por los rayos del sol. Pero ¿qué es aquello que ve allí, á flor de agua, cerca de él? Es una eglantina, á la cual se anuda una cinta rosada que deja fina estela, y sobre ella una mariposa que viaja en un continuo sacudimiento de alas.

III

No se ha arrojado al agua. Ha cogido la flor á su paso; la flor y la cinta, y ahora se encamina á lo largo del río, mirando la eglantina con melancolía. ¿Por qué? No lo sabe; la contempla y á veces la besa.

¿De dónde puede venir esa flor? ¿De qué cabeza, de qué talle ha caído? A él le parece que ha estado allí expresamente para recordarle que la vida no es tan amarga y que el hombre no debe, por razón de una picadura en el dedo ó en el corazón, dejarse abatir por las rosas ó por las mujeres. No se ha atrevido á morir en el agua por donde ella pasaba. Pero este enternecimiento dura poco. Rehusa la idea de vivir. La ira y las angustias le asaltan con más violencia. Aquella flor miente como las bocas. Y con un gesto que dice adios á todas las miserias, á todos los perjurios, á todas las desesperaciones, se inclina de nuevo hacia el río. Está completamente resuelto. Ahora nada le detiene. Vá á lanzarse ya. «¡Ah, mi flor y mi cinta!» dice una vocecita parecida á una nota lanzada por un pajarillo. El joven retrocede, ve en la ventana baja de una casa de ladrillo, entre la espesura de grandes lilas, reclinada una niña linda como la primavera, con sus dieciseis años, rubia su cabeza, frescas y rosadas sus mejillas. ¿Esta flor es vuestra, señorita? - Y porque al devolvérsela ha rozado con su mano los temblorosos dedos de la doncella, siente que su corazón sigue la flor y se posa sobre ella, en un estremecimiento, como una mariposa que parte para un largo viaje.

Catulo Mendez.

Notas é impresiones.

Las necedades son hechas para que los hombres de talento las compongan.

Comte de Sainte-Aulaire.

Un gobernante que se preocupa por las finanzas, da pruebas de imbecilidad.

Lord Beaconfield.

El error común de las gentes de sociedades, es el de creer que el mundo que ven es el mundo entero.

Ernest Renan.

No toquéis nunca los ídolos: lo dorado se queda en las manos.

Flaubert.

El miedo de la mujer es la sabiduría de los santos.

Zola.

Modelo núm. 1.

Nada caracteriza tanto á los decadentes como un cierto aire de gravedad en la locura.

A. Clavedau.

Aquellos que creen á la Francia muy fuerte y que no puede perecer, son los que no hacen nada para hacerla vivir.

Nuestros odios ó nuestras simpatías, serán ó no razonados, pero no tenaces.

G. M. Valtour.

MUJER Y GATA.

(De Paul Verlaine.)

Se divertía junto á su gata,
Y era un hermoso prodigio ver
La mano blanca, la blanca pata
Que se agitaban entre la grata
Sombra del pálido atardecer.

Ella, ocultaba—designio fiero!—
Bajo la malla de su mitón,
Claras é hirvientes como el acero,
Las uñas de ágata: rojo aguijón!

La gata en tanto mieles fingía
Y su acerada garra escondía,
Mas el demonio ve las conciencias......
Y en el retrete, donde sonoro
Se oía el eco de risas de oro,
Brillaban cuatro fósforescencias ...

La nota de la moda.

Publicamos dos modelos de última novedad, de lo más elegante y original que últimamente ha salido de las casas de confecciones de Paris. Las faldas de que van acompañados son del todo uniformes y sencillas y no requieren por ende explicación ni grabado.

El modelo número 1 es de una encantadora singularidad: úsase para iglesia y aún para recepción de confianza. La factura de las mangas reune á una elegancia suma una notable sencillez.

El modelo numero 2 es notable por su esbeltez y así mismo por su sencilla elegancia.

Del número 1 puede decirse que es la postrer palabrade la moda en este verano.

El Corsé Duquesa

ESTUDIO FOTOGRAFICO DE UN DUO.

I

Adagio: «Tanto va el cántaro al agua, hasta que se rompe.»

ADAGIO

II

A los pocos compases, oyendo tan cerca *El* la voz angelical de su amada y sintiéndose *Ella* acariciada por la tibia respiración del galán, se olvidan del duo, se aproximan, juntan sus cabecitas y...... *dolce*.

DOLCE

FURIOSO

III

Cuando más tiernamente desentonaban, *Ella* recuerda que *El* había estado cuchicheando con una prima suya, y *El*, que *Ella* había dirigido miradas amorosas al vecino. Los celos meten la pata. Se separan, se insultan con los ojos, se pellizcan. Sueltan sendos *gallos*. Hasta el auditorio...... *¡furioso!*

SCHERZANDO.

IV

Para calmar su agitación, *Ella* asegura que no veía al vecino sino un cartel de teatro, pegado en la pared de enfrente, y *El*, que aconsejaba á su prima el bálsamo anodino para el dolor de muelas. Explicaciones rápidas, entrecortadas. Los oyentes dejan escapar risitas burlonas. *Scherzando*.

FINALE

V

Pero la desentonación sube de punto. Uno de los oyentes no puede aguantar aquello; lanza su paraguas contra los *dilettantes*, y á *Ella* le da un golpe en el pecho y á *El* le hace una herida en la sien derecha. Cántaro roto...... y *finale*.

1
2
3

LA ZARZAPARRILLA

—DEL—

Toda sangre pura es garantía de salud, fuerza y felicidad. La sangre mala engendra escrófula, chancros, granos, ronchas, floroncos, carbunclos, úlceras, tumores y otras afecciones peligrosas y molestas. No importa cuán impura esté la sangre, la Zarzaparrilla del Dr. Ayer la limpia, vitaliza y enriquece.

Por espacio de medio siglo la superioridad de la Zarzaparrilla del Dr. Ayer como tónico y depurativo de la sangre, ha sido reconocida en todo el mundo. Ningún otro remedio está compuesto de ingredientes tan costosos y con tanto cuidado escogidos. Ningún otro remedio es tan eficaz para producir un cambio rápido y permanente en la sangre, expeler los gérmenes de la enfermedad y decaimiento y comunicar

VIDA Y ENERGÍA

y de ningún otro remedio se registran tantas curaciones notables. La Zarzaparrilla del Dr. Ayer es el depurativo de la sangre más popular y más abonado de cuantos existen. De que posee virtudes curativas, renovadoras y reconstituyentes de que carecen las preparaciones análogas, es un hecho admitido desde hace mucho tiempo por los Farmacéuticos y Médicos principales. Como fortalecedor de las fuerzas vitales y específico para toda clase de enfermedades de la sangre, la Zarzaparrilla del Dr. Ayer no tiene igual. Cura las enfermedades con la remoción de la causa que las engendra, aviva el apetito, destruye aquella tan conocida **Sensación de Fatiga**, pone fuertes á los débiles y vigoriza con sus efectos sanativos los nervios, tejidos y fibras del cuerpo. Como ha curado á otros le curará á usted. Téngase la seguridad de que se toma

La Zarzaparrilla del Dr. Ayer

LA UNICA ZARZAPARRILLA

Que obtuvo los más altos premios en las grandes exposiciones del mundo.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

Las Píldoras del Dr. Ayer son [illegible] Medicina Purgante.

ASMA y CATARRO (Cajita 2 fr.) Curados por los **CIGARRILLOS** ó el Polvo **ESPIC**

J. ESPIC, 20, rue Saint-Lazare, PARIS, Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS.

GRAN PREMIO, EXPOSICION UNIVERSAL PARIS 1889
la mas alta recompensa otorgada á la Perfumeria

Higiene de la Cabeza

EXTRACTO VEGETAL

DE ROSAS Y DE VIOLETAS
preparado con yemas de huevos.

ED. PINAUD

PERFUMISTA-QUIMICO

PARIS — 37, Boulevard de Strasbourg, 37 — **PARIS**

Enfermos del Estómago

Es conveniente convencerse de que el DIGESTIVO MOJARRIETA es lo único positivo, lo único que cura radicalmente las enfermedades del Aparato Digestivo, y exigir grabado sobre cada Oblea, el nombre DIGESTIVO MOJARRIETA.

Dispepsia, Gastralgía y Enteritis crónicas

con sus síntomas: Agrios después de las comidas ó Acidos del estómago, Sed excesiva, Hinchazón ó Peso en el Vientre por poco que se coma, Digestiones lentas ó incompletas que producen Repugnancia, Mareos, Dolores de Vientre, Vómitos biliosos y Diarreas crónicas.

Son enfermedades que según enseñan millares de personas bien conocidas y respetables, á quienes se vió sufrir durante *muchos años* y además reconocen eminencias médicas de varias naciones, sólo se curan *completa y radicalmente* con el

Digestivo Mojarrieta.

En todas las Droguerías de México.

DIGESTIVO ANDREW.

Sin pepsina, papaina ni pancreatina. Curación completa, rápida y garantizada DE LAS ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO.

MARCA REGISTRADA.

El Digestivo Andrew cura radicalmente la dispepsia, enteritis crónica, acidez del estómago, abultamiento con poco comer, flatulencia, repugnancia á los alimentos, diarreas, gastralgías, ictericia, vómitos en las embarazadas, dolores de vientre, digestiones lentas, penosas é incompletas que producen dolores de cabeza y que determinan la anemia, cólicos, etc.

Preservativo excelente para el tifo, fiebre amarilla, y en general de todas enfermedades infecciosas, pues es el más completo é inofensivo Antiséptico del aparato digestivo. Desaparecen desde la primera dósis, los vómitos, acedías, eruptos, inapetencia, pesadez, constipación, dolor de estómago por antiguo ó rebelde que sea el padecimiento, y aunque no haya cedido á otro tratamiento, el éxito es tan seguro, que no tenemos inconveniente en *Garantizar el específico*, pues ha sido analizado y adoptado por las eminencias facultativas de Europa y de esta capital. *Es el más poderoso de los Digestivos* para estimular y restablecer las funciones del estómago.

El tiempo necesario para una cura radical varía según el caso, pero nunca más de 40 á 50 días. Una vez comenzado este tratamiento, no debe suspenderse por ningún motivo. Exigir la firma y rúbrica auténtica del Dr. Andrew. PRECIO DEL TUBO: $2 50 EN TODA LA REPÚBLICA. Certificados de los principales médicos de esta capital y de los Estados. Desconfiese de las imitaciones y falsificaciones.

EL DIGESTIVO ANDREW está de venta en todas las principales Droguerías y Boticas de Europa y América

Mosler, Bowen y Cook, Sucesores.

Calle de la Alcaicería número 27. — Entre las calles del 5 de Mayo y Plateros.

ANTES EN LA LA 2ª CALLE DEL 5 DE MAYO NUM. 4.

Surtido completo de las afamadas cajas de seguridad "MOSLER"

CONTRA ROBO Y CONTRA INCENDIO.

Escritorios, Pianos, Escritorios de Cortina, Carpetas altas para tenedor de libros, Sillones giratorios de tornillo y resorte en gran variedad, Archiveros, Prensas para copiar, libreros giratorios, Libreros con cristales, Ajuares de cuero para despachos, Máquinas para escribir y demás muebles para oficinas.

La máquina para escribir "Esmith-Premier."

UNICO AGENTE EN LA REPUBLICA PARA LAS CELEBRES BICICLETAS "CLEVELAND."

El más completo surtido de accesorios para Bicicletas.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 11 DE OCTUBRE DE 1896. — NUMERO 15

Sepulcro de la familia Romero Rubio en el Panteón Francés.

Aspecto general el día de la manifestación.

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

Literatura candente.

La nota culminante de la semana ha sido el aumento gradual de temperatura en la polémica periodística.

Es doctrina sostenida por más de un diario que en la prensa debe contestarse un insulto con otro insulto y una insolencia con otra. Y á tal grado se profesa esta teoría, que todo escritor imagina haber encontrado la razón de una frase descompuesta ó de un epíteto mal sonante, en alguna agresión recibida anteriormente por parte de aquel á quien después se le aplican las represalias.

La verdad es que las faltas ajenas no autorizan las propias, y no es explicación satisfactoria que álguien falte á sus deberes para que nosotros faltemos á los nuestros. Es este un principio poco sano que se debe rechazar con energía.

Pero de todos los programas de conducta periodística que se han lanzado últimamente, ninguno ha llamado con más fuerza nuestra atención que el que con encantadora serenidad ha externado un diario que se titula independiente. Esta hoja, en efecto, al referirse á la prensa que presta apoyo al actual estado de cosas, se ha lamentado de que ya que á la prensa oposicionista no se le recompensa de algún modo, debiérase cuando menos dejarla producirse *libremente.* Tan singular razonamiento nos ha llenado de asombro, pues indica procedimientos un poco turbios en lo que un escritor llamó hace pocos meses el *sacerdocio de la prensa.*

Otro diario cuenta el número de funcionarios y empleados públicos que existe en la redacción de un periódico adicto á la administración, y muy satisfecho de su feliz ocurrencia declara que los emolumentos que por sus labores reciben son una subvención indirecta á la publicación. Y por este procedimiento indirecto, no hay clase ni gremio social que no resulte subvencionado por el gobierno, ya que esos emolumentos se distribuyen entre todos los productores.

Inútil es, sin embargo, razonar, cuando la exaltación de los espíritus ha llegado á su álgido periodo. La resolución más cuerda es esperar que las pasiones se calmen, lo que ha de tardar un tanto, ya que los hechos á que nos referimos son los resultados de una mala educación.

En nuestro país se le exije tan poco al periodista, que hasta las más triviales reglas de cortesía le está permitido ignorar.

Por lo demás, es un espectáculo muy triste el que ofrece en las actuales circunstancias la prensa mexicana, y el que la estudie fríamente comprenderá que no ha llegado el momento de ejercitar discrecionalmente la hermosa *libertad del pensamiento.*

La repoblación de los bosques y el presupuesto federal.

Con mucha insistencia se ha venido hablando en estos últimos tiempos de la necesidad de repoblar nuestros bosques, excesivamente desvastados al extraer de ellos combustible para alimentar las vías férreas nacionales. Fenómeno curioso que tiene dos perfiles de una habilidosa paradoja: los ferrocarriles, fuente del desarrollo de nuestra riqueza pública, comienzan á arruinarnos.

En vano es que la Secretaría de Fomento, conocedora del mal que está obligada á combatir, expida circulares prohibiendo la tala de los bosques, bajo las penas más severas. La destrucción prosigue y se hace sentir en la naciente labor de los campos, y cuando los economistas nos dicen que sólo poco más de una vigésima parte del territorio se ha destinado al cultivo y hay más de ciento cincuenta millones de hectáreas sin labranza, se asoma la sequía como un invencible obstáculo al trabajo más fructífero á que el país pudiera consagrarse.

La lluvia es, sin embargo, el gran venero de riqueza social. A la abundancia de las lluvias debe la Francia, tanto como á sus abonos y progresos mecánicos, la floreciente situación de su agricultura, que la permite recoger en siete millones de hectáreas, de 100 á 110 millones de hectólitros de cereales.

En los Estados Unidos, en donde el agua cae copiosamente de las nubes, se registra una producción de 15 hectólitros por hectárea; en la Argentina, en donde hay zonas en las que el pluviómetro marca 1,400 milímetros de agua, se anotan 400,000 hectáreas cultivadas con 7.500,000 hectólitros.

En México, el rendimiento de cada hectárea no es comparable, por su pequeñez, con el de naciones que han cacareado menos que nosotros la *bondad de las tierras.*

Nuestro problema económico, es un problema agrícola, y el año que no llueve, la crisis estalla y todos los esfuerzos para hacer sobrenadar el presupuesto del encrespado océano del *déficit,* resultan inútiles.

Los campos tienen sed, y el *hambre*—el hambre siniestra y dantesca de que hablaba Carlos Gris en uno de sus últimos artículos—hace su aparición fatídica en la extensión de la República.

Necesitamos mejorar las condiciones agrícolas del país, y para ello no destruir tan bárbaramente como destruimos los elementos que la Naturaleza pone á nuestro alcance.

Política General.

RESUMEN.—El Czar aclamado por Francia. La Triple Alianza y sus nuevos adeptos. Rumania y Grecia en su debilidad. Solución del conflicto otomano. Rumores de paz y concordia. Su escasa consistencia.

Aparte de la visita de los emperadores rusos á la capital de Francia republicana, enmedio del frenético entusiasmo del pueblo y de las aclamaciones estrepitosas de la multitud que han debido conmover hasta los corazones septentrionales de los augustos huéspedes, poco dispuestos al sentimentalismo fosfórico y al arrebato pasional de los latinos; aparte de las fiestas regias con que la patria de Carnot y de Faure trata de manifestar ante el mundo la estrecha unión y el apretado lazo que ata á los dos pueblos tan apartados por sus instituciones como unidos por sus intereses, y de hacer ostentación casi provocativa de la alianza entre el imperio autocrático del norte y la república democrática del centro de Europa; aparte de esas cordiales manifestaciones de parte del gobierno y del pueblo francés, que tuvieron su prólogo en Cronstadt, su desarrollo en Tolón, y se sellan ahora con fraternal abrazo entre el jefe burgués de un Estado moderno y el aristocrático representante de una monarquía tradicional de derecho divino, dos asuntos son los que llenan la semana política del otro lado del Atlántico.

***

Con qué soberbia pompa y qué ostentosa satifacción anuncian los simpatizadores de la Triple Alianza, la adhesión á esos tratados de los reyes de Grecia y de Rumanía! Como se lanzan al comentario y discurren regocijados sobre los efectos que tendrá en lo porvenir para la paz ó para la guerra europea, tan temida de muchos como cuidadosamente esquivada por todos, esa adhesión de dos reinos, de escasa importancia individual, pero colocados allá en las volcánicas regiones de Oriente, donde el suelo se estremece más á la contínua y la tempestad amenaza con más terribles y espantosas sacudidas!

Si la *Dreibund* fué instituida para asegurar paz la europea, desafiando orgullosa los arrebatos impulsivos de la Francia del *desquite,* y oponiendo á sus tendencias una muralla inexpugnable que las hiciera imposibles, nada puede agregar á su fuerza y poderío la unión de un reino apenas manumitido de la servidumbre turca como el de Rumanía, y de una nación como Grecia, tan débil por su naturaleza como alejada de los centros de combate en el remoto caso de la temida conflagración.

Pero si serenados los temores en el Centro de Europa se translada el campo de combate á los Balkanes y al Imperio turco, donde se agitan tantas ambiciones encontradas, palpitan tan opuestas aspiraciones, y se retuercen tan celosas rivalidades; si equilibrada la acción de Alemania, Austria é Italia unidas con la de Rusia y Francia enlazadas, tienden las maquinaciones del jefe de la hegemonía germánica y sus devotos aliados á intervenir activamente en la solución de los conflictos orientales, entonces no carece de importancia el compromiso que acaba de contraer el soberano que reina en Bucarest.

Débil, pero adicto al emperador Francisco José que ha sido el alma de este hábil manejo diplomático, el rey de Rumanía será un obstáculo á la marcha de los enviados moscovitas y sus poderosas huestes; será un dique á las omnipotentes absorciones panslavistas de San Petersburgo, que ni podrá llegar á Constantinopla sin arrollar la mezquina resistencia que le opusieran los rumanos, ni podrá seguir sus predicaciones de sumisión al Czar en todo el territorio de los Estados balkánicos.

Y Grecia ¿qué intentará al abandonar la sombra protectora del autócrata ruso, y buscar seguro abrigo al amor de la *Dreibund*? Es que, como en otra vez hemos dicho, el helénico soberano ha fluctuado constantemente entre las fuerzas contrarias que lo solicitaban y por fin se decide á aceptar francamente la amistad del Hohenzollern, dejando á un lado la abrumadora protección del moscovita.

Hay más todavía, quizá; en este ensanche de la Triple Alianza. Las manifiestas aspiraciones de Rusia, han sido últimamente ofrecerse como brillante egida al Sultán contra las maquinaciones de las potencias occidentales; á sus exigencias justificadas unas, exageradas á su juicio las demás, ha contestado con oculta pero decidida resistencia, ofreciendo ante la Europa civilizada el curioso espectáculo del enemigo tradicional que procura conservar y protejer la vida de su aborrecido rival, porque no juzga llegado el momento de su completa ruina.

Y como quiera que Grecia y Rumanía por razón de vecindad se creen con derecho á recojer algo de los codiciados despojos del Imperio otomano, cuando llegue la hora del repartimiento, por eso van á engrosar las filas de los que en el tratado de Berlín pusieron un dique á las ambiciones moscovitas, reformando en la tranquilidad del gabinete, las duras condiciones impuestas por el vencedor en la embriaguez del triunfo con los preliminares de San Stéfano.

***

Y con tales antecedentes que tienen los mayores visos de probabilidad ¿qué credito puede darse á la noticia circulada como cierta y desmentida alternativamente, de que se ha llegado á un arreglo definifivo, aunque solo puede ser provisional, en la cuestión de Oriente? Achácase á la visita del Czar, á la regia residencia de Balmoral el arreglo de este embrollo, atribuyendo desmedida importancia á las conferencias celebradas por el Emperador Nicolás con el Marqués de Salisburry. Cuéntase con abundancia de razones que la cordial acogida dispensada á los soberanos rusos por la familia real de Inglaterra ha sido bastante eficaz para decidir al autócrata á unirse á la Gran Bretaña en sus pretensiones contra el turco y su manera de ver y de juzgar al pérfido Abdul-Hamid.

Mal se compenetra esta harmonía con el ensanchamiento que acaban de recibir las naciones de la Triple Alianza en sus tendencias, al arrastrar á su talante y voluntad dos reinos, con palpables miras antirrusas. Mal concuerdan estas pacíficas soluciones que al Czar se refieren con la hostilidad embozada que entraña ese ensanchamiento, de parte de unas potencias que se han inclinado más del lado británico en el ya largo espacio que ha ocupado el conflicto Otomano.

No sería, pues, extraño que resultara otra vez desmentida la noticia, y que todavía hubiéramos de hablar de las reformas siempre renovadas y nunca cumplidas en la administración turca, por lo que toca á las provincias cristianas del Imperio.

X. X. X.

8 de Octubre de 1896.

TEATRERIAS.

La Compañía Tubau estrenó el martes último, en el Teatro Nacional, una comedia de D. Ceferino Palencia, titulada *La Charra.* El éxito de la comedia—tan hábilmente representada por la Compañía que dirige su autor, seguramente ha de haber sido para éste muy satisfactorio. El publico aplaudió con entusiasmo y al fin de la obra, llamó repetidas veces al Sr. Palencia.

Como autor de comedias el Sr. Palencia, tiene ya bien fundada una reputación envidiable, Bastaríale haber escrito *El guardián de la casa* para merecer en la historia del teatro español contemporáneo un sitio de distinción. Recuerdan las obras del Sr. Palencia la gracia de Bretón de los Herreros, siempre vestida con exquisito traje de sencillez y no poca ingenuidad de sentimiento. Ha huido el Sr. Palencia de caer en el sentimentalismo que transforma en ridícula la obra cómica y de quitar la donosura á sus comedias.

Tampoco Palencia, para arrancar estrepitosas carcajadas al público y obtener éxitos ruidosos, ha trazado escenas burdas ni personajes grotescos.

En obra suya no se encontrará motivo para reír escandalosamente; él ama el donaire que acierta á dibujar en los labios una leve sonrisa de simpatía.

En *La Charra* abundan las escenas interesantes, la observación de carácteres y sentimientos, el movimiento de la acción y la originalidad para cerrar dignamente los actos. La forma en que está vaciado el pensamiento que da vida á la comedia, no admite fácilmente reproche: es el lenguaje familiar, llano, vivaz, que se levanta, en ocasiones, elegante y gallardo.

El mérito no común de la nueva comedia, justifica plenamente la ovación con que se premió al autor.

Para la interpretación de los diversos carácteres que encierra *La Charra,* sólo tenemos aplausos, y llenos de entusiasmo especialmente para la Sra. Tubau que supo avalorar la intención toda de su papel de *Teresa,* interpretándolo con rara habilidad en sus más escondidos detalles.

La Sra. Tubau compartió, muy merecidamente, el triunfo obtenido por el autor.

***

Attilio Fabbri, ese actor italiano de singulares aptitudes, tuvo su función de beneficio la misma noche del martes, en el Teatro Arbeu. El público de México siempre ha distinguido á Fabbri, reconociendo en él un raro talento para el arte escénico. Por eso su beneficio fué acogido, como se debiera, con verdadero regocijo.

Escogió el inteligente actor la obra *Tomás el Incrédulo,* de los escritores alemanes Laufs y Jacobey, que critica con delicioso *sprit* el espiritismo y el hipnotismo. Es una parodia de *El Otro.*

Ignacio Dolli, protagonista de *Tomás el Incrédulo,* se finge hipnotizado con el propósito de curar á su familia entregada en cuerpo y alma á las prácticas del espiritismo, y que había abandonado por completo las atenciones domésticas para entablar charlas con los espíritus.

Sugiere á Dolli la idea de fingirse hipnotizado la lectura de un caso en que una persona, obedeciendo la orden de su hipnotizador, pierde la memoria de quién es y se convierte en *otra.* Dolli se presta gustoso á que lo hipnoticen y después aparenta olvidarse de quién es, con extraordinario júbilo de su familia que lo cree convencido de las maravillas de su ciencia predilecta.

Pero Dolli no consiente en que lo vuelvan á su estado normal, y aquí de los apuros de su familia que, en un momento, ve perdido á su jefe. Aprovecha el burlador aquella oportunidad para pasarse la noche fuera de casa, entre gentes alegres. Al regresar á su casa, su familia lo agasaja con tan desmedido cariño, que Dolli cree escarmentados á los suyos.

Pero no paran las cosas aquí. Un médico novio de una de las hijas del protagonista, comprende el plan de su presunto suegro, y lo emplea en beneficio propio, consiguiendo la mano de su amada, que repetidamente le negara Dolli.

Adornan la graciosa comedia otros personajes perfectamente movidos por los autores. El Dr. Pemelli, un presumido que llama Dolli en su auxilio para alejar al novio de su hija, y que también profesa, con más arraigado fanatismo las prácticas espiritistas, y un agente de seguros, llamado Tigre, que es el tipo característico de esa incontrastable amenaza de la humanidad.

Alegorías murales, pintadas en la Cámara de Diputados

POR DON LEANDRO IZAGUIRRE.

LA PAZ.

LA INDEPENDENCIA.

El joven pintor Leandro Izaguirre pintó últimamente, para decoración de la Cámara de Diputados, tres grandes cuadros murales alegóricos, uno para el fondo y dos para los lados del foro del Congreso. Estos últimos son los que ofrecemos á nuestros lectores: el uno representa á la Independencia empuñando en la diestra nuestra bandera, levantando en la siniestra el escudo é irguiéndose en medio de España y México, separados para siempre. La otra representa la Paz, levantándose majestuosa del campo donde yace la Guerra, con la espada rota al pie del cañón mutilado.

Advertimos á nuestros lectores, que en sus originales, las figuras principales tienen el seno descubierto, y que nosotros, de acuerdo con nuestro tradicional respeto á las ideas de las familias mexicanas, suplicamos al autor velara más las formas en las copias destinadas á publicarse en este semanario.

NOTAS DE LA SEMANA.

El Sr. Obispo de Tamaulipas ha dirigido á sus diocesanos una carta, en la cual dice que ha hecho entrega de la Diócesis y su Administración al Sr. Canónigo D. Francisco Campos, nombrado administrador apostólico de la misma.

El Sr. Director del *Universal*, detenido á causa de una denuncia, quedó en breve en libertad por desistimiento del denunciante.

Ha sido presentada al Congreso de la Unión una acusación contra el Sr. Gobernador de Tlaxcala, la cual abraza los siguientes puntos:

1º La Inhumación del cadáver del Obispo de Puebla en un Templo. 2º Haber concurrido con caracter oficial á un acto del culto católico. 3º Haber permitido que se verificara un acto religioso fuera de un templo.

Todo esto se funda en las leyes respectivas por las acusadores. Tal acusación pasó para su examen á la Comisión del Gran Jurado.

No estará demás, á propósito de la elección del señor General Díaz para el nuevo periodo, dar una lista de los actuales presidentes de las Repúblicas de América:

De la Argentina, Sr. Don José Evaristo Uriburu; Presidente de Bolivia, Sr. Don Mariano Baptista; Presidente del Brasil, Sr. Doctor Don Prudente Moraes; Presidente de Chile, Sr. Don Jorge Montt; Presidente de Colombia, Sr. Don Miguel Antonio Caro; Presidente de Costa Rica, Sr. Don Rafael Iglesias; Presidente del Ecuador, Sr. General Don Eloy Alfaro; Presidente de los Estados Unidos, Grover Cléveland; Presidente de Guatemala, Sr. General Don José María Reina Barrios; Presidente de Honduras, Sr. Doctor Don Policarpo Bonilla; Presidente de México, Sr. General Don Porfirio Díaz; Presidente de Nicaragua, Sr. General Don José Santos Zelaya; Presidente del Paraguay, Sr. General Don Juan B. Eguequiza; Presidente del Perú, Sr. Don Nicolás de Piérola; Presidente del Salvador, Sr. General Don Rafael Antonio Gutiérrez; Presidente del Uruguay, Sr. Don Idiarte Borda, y Presidente de Venezuela, Sr. Don Joaquín Crespo.

Nuestra próxima novela.

Concluida la publicación de **Flor de Niza**, preparamos para muy en breve una segunda novela, tan interesante ó más que aquella, de idéntico mérito literario, y que, por su moralidad puede penetrar á todos los hogares. Irá ilustrada como Flor de Niza, mas con el fin de proporcionar á nuestros abonados más lectura, reduciremos el tamaño de los grabados.

TLAHUALILO. Los miembros de la Junta Directiva.

INFORMACIONES HISTORICAS ESCOGIDAS.

ENTIERRO DE LOPE DE VEGA.

[28 de Agosto de 1635.]

Dispusiéronse los funerales y entierro del ilustre finado, en cumplimiento de su expresa voluntad, para el siguiente día, martes 28, á las once de la mañana. Oigamos á Montalbán, que continúa la necrológica historia en estos términos:

"Tratóse de su entierro, de que se encargó el Señor Duque de Sessa, como su dueño y albacea, y como tan magnánimo príncipe, y determinóse para el martes siguiente á las once Repartiéronse muchas limosnas de Misas, que es la más importante honra para el que yace. Convocóse todo el pueblo sin convidar á ninguno; vinieron cofradías, luces, religiosos y clérigos en cantidad, la orden de los caballeros del Hábito de San Juan, la de los Terceros de San Francisco, la Congregación de los Familiares (del Santo Oficio) y la de los Sacerdotes de Madrid, compitiendo piadosamente sobre quién había de honrar sus hombros con llevar su cuerpo, y consiguiólo la Venerable Congregación de los sacerdotes. Empezóse el entierro según estaba prevenido, y fué tan dilatado, que estaba la cruz de la parroquia en San Sebastián, y no había salido el cuerpo de su casa, con ser tanto el distrito y haber rodeado una calle á la petición de Sor Marcela de Jesús, religiosa de la Trinidad descalza y muy cercana deuda del difunto, que gustó de verle (1)

Las calles estaban tan pobladas de gente, que casi se embarazaba el paso al entierro, sin haber balcón ocioso, ventana desocupada, ni coche vacío. Y así, viendo una mujer tanta grandeza, dijo con mucho donayre: «Sin duda este entierro es de Lope, pues es tan bueno.» Iban con luto, al remate del acompañamiento, Don Luis de Usátigue, yerno de Lope, y un sobrino suyo. (2) En medio el señor Duque de Sessa, y otros grandes señores, títulos y caballeros. Llegaron á la Iglesia, recibióles la Capilla Real con música, díjose la Misa con mucha solemnidad, y al último responso, viéndole quitar del túmulo para llevarle á la bóveda, clamó la gente con gemidos afectuosos. Depositóse en el tercero nicho, por orden del Señor Duque de Sessa, con permisión del Doctor Baltasar Carrillo de Aguilera, Cura propio de la Parroquia de San Sebastián, y con declaración de la justicia, por el Secretario Juan de Piña. Vacióle en cera la cabeza Antonio de Herrera, excelentísimo escultor de Su Majestad, y despidiéronse los amigos, llorando la soledad que les hacía Lope, como quien echa menos una joya que le han hurtado.»

Dr. Juan Pérez de Montalbán.

(1) La hija de Lope, Doña Marcela del Carpio y Luján, monja en las Trinitarias Descalzas con el nombre de Sor Marcela de San Félix. A la verdad, no puede darse reticencia más repugnante: los buenos sentimientos, ni más excusada é inútil, que ésta del buen clérigo autor de la relación que trasladamos. Lope de Vega tenía declarada públicamente bajo su firma, y en obras impresas y populares en alto grado, por hija suya á Doña Marcela del Carpio cuya profesión de monja en las Trinitarias había sido solemnísima, concurrida y conocida de toda la población de Madrid y además descrita por el mismo Lope en una obra divulgada por todo el mundo. ¿A qué, pues, conducían semejantes frases de ocultación? ¿Qué motivo ni razonable fundamento llevaban?

La carrera del fúnebre cortejo fué desde la casa mortuoria, calle de Francos (hoy Cervantes), á la de San Agustín; de aquí, por la de Cantarranas (hoy de Lope de Vega, á la cual da frente el convento de las Trinitarias), á la del León, plazuela de Antón Martín, calle de Atocha y parroquia de San Sebastián

(2) Luis Fernández de Vega.—(*De la biografía escrita por D. Cayetano Alberto de la Barrera*)

EL SIGLO XX.

¿Cuando empezará el siglo XX, el 1º de Enero de 1900 ó el 1º de Enero de 1901?

Discuten esta cuestión muchas personas en los periódicos de Europa y America.

Los que sostienen que el 1º de Enero de 1900, dicen que así debe ser porque el primer año de nuestra era comenzó el 1º de Enero del año de 100. Otro argumento se funda en que el primer siglo empezó el 1º de Enero del año 0. y el segundo el 1º de Enero del año 100

Dicen también los que están a favor del año 1900, que el 31 de Diciembre del año 99, fué el último día de nuestra primera era y completó el primer siglo, y que en consecuencia el 1º de Enero del año 100 fué el principio del segundo siglo.

Los que sostienen que el siglo XX empezará el 1º de Enero del año 1901, dicen que no puede comenzar un año, antes de que acabe el anterior, y que en consecuencia el siglo XX no puede empezar antes que el siglo XIX haya cumplido cien años, lo cual será á media noche el 31 de Diciembre de 1900.

Todos los diccionarios defienden el siglo ó centuria como un período de cien años contados desde un día determinado. Pues bien, como el primer siglo empezó el año de 1 terminó el año 100 y el segundo siglo comenzó el año 101. Supongamos que un hombre quiere echar cien manzanas en un barril, si echa después otro ciento, la primera de este segundo centenar será la 101 manzana Fundándose en esta comparación muchas personas dicen que el siglo XX principiará cuando haya terminado el siglo XIX.

Cuando se dice año de 1896, se entiende que éste terminará el 31 de Diciembre de 1896 y que el día siguiente empezará 1897. En consecuencia, el 31 de Diciembre de 1900 será el año 1900 de la era cristiana y el último día del siglo XIX de modo que el XX empezará el 1º de Enero de 1901.

TLAHUALILO. Vista al Sur desde la Administración General

Canal principal.—Compuertas de Bocotoma.

VALOR DE LOS HUEVOS COMO ALIMENTO.

Seis huevos grandes (de gallina) pesan una libra próximamente. Como formador de carne, una libra de huevos es igual á una libra de carne (vacuno). Cerca de una tercera parte de lo que pesa un huevo es alimento puro, el cual es todavía más de lo que se puede decir de la carne puesto que no hay huevo ni desperdicios que ponerse á un lado. Prácticamente, un huevo es alimento animal; y aún no se necesita del desagradable trabajo del degüello para obtenerlo. Los huevos, en su precio medio, están comprendidos entre los más baratos y alimentosos artículos de dieta. Lo mismo que la leche, un huevo, de por sí es un alimento completo que contiene lo necesario para el desarrollo de un animal perfecto, y es fácilmente digerido cuando no lo hayan descompuesto en el cocimiento. Verdaderamente no hay alimento más concentrado y nutritivo que el huevo. La albúmina, aceite y materia salina está, como en la leche, en debida proporción de sostener la vida animal. Las sales más valuables ó importantes se contienen en la yema, por lo cual esta porción del huevo es la más usada en algunas formas de enfermedades. Una persona débil cuya fuerza nerviosa es deficiente y la sangre empobrecida, puede tomar la yema del huevo.

El hierro y demás compuestos fosfóricos que contiene, están en condición de ser facilmente asimilados, y aunque homeopático en cantidad ejerce marcada influencia en el sistema. La yema del huevo, conteniendo menos albúmina, no es tan perjudicialmente afectado por el calor como la clara.

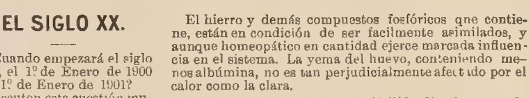
Un huevo cocido, siendo más fácil de digerirse que la carne, suministra un modo de graduar la cantidad de alimento. El célebre Guinod de Reyniere, quien consagró su vida al estudio de las delicadezas de la mesa, afirma en su "Almanach des Gourmands," que los huevos pueden servirse en más de seiscientas maneras. En Londres se publicó por un cocinero francés, un libro en el cual da 150 fórmulas de cocer los huevos. El hombre débil que haya recobrado sus fuerzas comiendo huevos cocidos por algunos días, continuará tomando ese cómodo alimento cuando se lo hayan presentado en forma de tortilla que es una de las principales preparaciones que se hacen con huevos. Lo fosfórico en el huevo es muy bueno para las personas que trabajan mentalmente.

TLAHUALILO.

UNA IMPORTANTE EMPRESA INDUSTRIAL Y AGRICOLA.

Mucho se ha escrito en diversas épocas y con más ó menos extensión respecto al Tlahualilo, especialmente hace poco menos de un año, con motivo de la intentona para utilizar negros de la parte Sur de Estados Unidos para que trabajasen en ese Distrito. pero todo lo que se ha dicho no basta á dar una idea fiel y completa de la negociación.

Ultimamente, los propietarios de esta invitaron al señor Ministro de Fomento y á numerosos particulares, entre los cuales se contaban varios directores y representantes de periódicos, para que asistiesen á la inauguración del ramal del Ferrocarril Internacional Mexicano de Matamoros, una estación situada á unos veinte kilómetros del Torreon, á Zaragoza, término del ramal y principal hacienda del Tlahualilo, situada á 70 kilómetros poco más ó menos, al norte de Matamoros. Este ramal fué abierto el 14 de Septiembre último y construido por la compañía del Internacional Mexicano para el tráfico de los productos de las grandes haciendas adyacentes, la mayor parte de las cuales pertenecen á la compañía del Tlahualilo.



Capilla de la hacienda principal.

Con este motivo, los recursos, la extensión é importancia de la negociación—una de las primeras, sino la primera en su género en el país—han podido ser apreciados por personas inteligentes de esta Capital, y estamos por lo mismo en aptitud de dar una buena idea de ellos, nada ociosa si se piensa en lo que significa esa empresa en el porvenir industrial y agrícola de la República.

Para proceder con buen orden, empezaremos por referir á grandes rasgos el viaje de los excursionistas á que arriba nos referimos y luego hablaremos de la importante negociacion.

El Sr. Ministro de Comunicaciones y sus amigos llegaron por el ramal indicado á Zaragoza, que con sus hermosos edificios, sus calles de árboles, y el magnífico lienzo de algodoneros en flor, presentaba un encantador golpe de vista. Apenas llegados los excursionistas, cuatro mil hombres con sus mulas de labranza y sus arados, seguidos de diversas máquinas de cultivo, desfilaban ante los visitantes, pasando bajo un arco artísticamente construido, que se levantó en honor del Sr. Mena.

Desde la terraza de la casa principal, la mirada descubría una planicie inmensa de verdor uniforme, dividida

TLAHUALILO. Fabrica de aceite y jabón en Zaragoza.

TLAHUALILO.—Arcos de pacas de algodón, levantados en honor del señor Ministro de Gobernación.

en lotes simétricos y que iba á espirar en las derivaciones de una lejana cadena de montañas.

El señor Ministro y su comitiva fueron alojados cómodamente y atendidos con gran solicitud, y llegada la noche pudieron contemplar el cuadro animadísimo del trabajo en la hacienda principal. Percibíase la trepidación de las fábricas, el desfile inmenso de peones y máquinas, y parpadeaban en los principales edificios y en las pequeñas calles los focos de la luz eléctrica.

Describiendo el adorno, dice uno de los excursionistas:

A la casa principal llégase atravesando un pequeño parque y después de subir una amplia escalinata, se encuentra un corredor alumbrado profusamente con lámparas incandescentes, en el que se había dispuesto el comedor; el adorno allí era adecuado y del mejor gusto; veíanse todos los productos de la hacienda, figurando en pri-

TLAHUALILO.—Casa habitación en la Hacienda de Zaragoza

mer término el algodón, combinados artísticamente en muros y columnas; de éstas pendían diez escudos rojos ostentando los nombres de las principales fincas del negocio: «Oquendo,» «Pamplona,» «Rosas,» «Iberia,» «Eva,» «Zacate,» «Carolina,» «Providencia,» «Campana,» y «Zaragoza.»

Al día siguiente los excursionistas visitaron los despepitadores, las fábricas de aceite y jabón, el gran edificio destinado á escuela, la hermosa capilla dedicada á la Virgen del Pilar, la casa grande de Administración, el mercado y todos los edificios de la hacienda. Al otro día, la visita fué para el canal principal en el punto en que se reparte en varios tajos que surten á las diferentes haciendas, y terminada la agradable visita, el Sr. Mena partió para Durango y los excursionistas regresaron á la Capital.

Pero qué es el Tlahualilo? dirán los lectores impacientes á quienes prometimos detallarles la naturaleza y fines de la gran negociación, y es tiempo ya de que respondamos á su pregunta. El Tlahualilo es una inmensa extensión de terreno del Estado de Durango, en cuyo seno, hallábase un extenso lago hoy desecado y utilizado para la siembra; una fertilísima región regada por el Nazas, que es hoy por hoy la mejor zona algodonera de la República. Hace apenas algunos años, esa inmensa región, hoy tan próspera y feliz, era un gran desierto, frecuentado sólo por las tribus nómadas de indios terribles dispuestos á cometer todo género de tropelías.

El primero que intentó utilizar ese desierto, fué el Sr. D. Juan Flores, de Durango, que murió hace poco á una avanzada edad.

Llevado de su energía incontrarrestable, empezó á establecer haciendas, y fué víctima muchas veces de las maldades de las tribus salvajes. Pero había dado ya el primer paso y muchos años después, cuando se hizo la división de tierras, éstas prometían para un futuro no lejano y mediante una dirección hábil, colosales ganancias.

Tales promesas se han cumplido merced á los actuales propietarios de la inmensa región, que han operado en ella una transformación maravillosa.

Empezóse por destinar 3.700,000 pesos á la compra y explotación de 26 sitios de ganado mayor, compra hecha el año de 1885, a Sr. D. J. M. Flores, uno de los herederos del primer propietario.

En 1889, comenzó la construcción del canal principal, cuya longitud es de 63 kilometros, por 25 de anchura y 2 y media de profundidad.

Al Sr. Ingeniero D. José Farjas se debió la construcción de esa magna obra. Más de un año vivió en la tienda de campaña, dirigiendo la excavación, así como los desmontes y el trazo de las haciendas, y después instaló las fábricas, ensayó los instrumentos más apropiados al cultivo y ocupóse de los menores detalles.

El 27 de Agosto de 1890, corrió por primera vez el agua en dicho canal, y desde entonces pudo decirse que la explotación estaba asegurada. Aquella agua iba á fecundar los extensos campos, haciéndolos producir inmensas riquezas.

En el kilómetro número 63 del mencionado canal, se encuentra el repartidor general, que distribuye el agua en dos canales principales, llamados de la campana y de San Juan, entre los 780 kilómetros de acequias y contra acequias.

La negociación comprende diez haciendas y una población de 8,000 habitantes.

Cada hacienda tiene sus edificios de Administración, galera y peones, y en la Hacienda de Zaragoza, que según hemos dicho, es el centro de la negociación, se hallan el despepitador del algodón, en el que se han aprovechado todos los adelantos modernos, la fábrica de aceite y jabones, el dinamo para el alumbrado de todos los edificios de la Hacienda, las escuelas para niños y niñas, (conforme expresamos,) un hotel á la moderna, una botica y otros muchos edificios.

Es aquello una ciudad en pequeño que muy pronto se convertirá en poderosísimo centro agrícola é industrial.

En la actualidad hay 8 sitios en explotación por cuenta de la Compañía, y uno y medio por arrendamiento.

Los productos principales del cultivo son el algodón, el maíz, el trigo, el frijol y el garbanzo.

Los productos industriales son el jabón, cuyas marcas se dividen en "México," "Marfil" y "Obscuro;" la pasta y la borra de algodón.

La admirable trasformación que se ha hecho en esos extensísimos campos antes incultos, venero de riquísimas producciones, ha sido obra de seis años de ímproba labor. Hoy en esta se utilizan todas las máquinas agrícolas modernas, introduciéndose, año por año, los últimos adelantos que con éxito se han ensayado.

Se raya semanariamente una cantidad que fluctúa entre seis y siete mil pesos, se pagan los jornales más altos de toda la comarca, en efectivo y no en efectos como se acostumbra en toda la laguna y en general en las haciendas del interior. Hay asistencia facultativa sostenida por la compañía y no hay peón que no la reciba con inmediata oportunidad en caso necesario.

La junta Directiva de la empresa, está integrada por las siguientes personas:

M. Ruano Secretario.—F. Rodríguez.—F. Zubiaur.—J. Llamedo, Presidente.—M. Mora y Trueba.—S. A. Santo.—J. Farjas, Administrador General.

En suma: una negoción de halagador presente y de inmenso porvenir es la de Tlahualilo. Los emprendedores accionistas hallarán en ella el premio de su espíritu de empresa. Sea este éxito estímulo poderoso que impulse á nuestros agricultores á emprender en obras semejantes, que redunden así en su beneficio como en el del progreso industrial y agrícola del país.

TLAHUALILO—El General Mena y sus acompañantes.

El Czar en Dinamarca.

El 9 de Septiembre último, el yacht del Czar, *La Estrella Polar*, después de haber atravesado el Báltico, franqueó el Sund y pasando entre las costas danesas y suecas, sembradas de bosques y de Villas, entró á la rada de Copenhague, saludado por las salvas de cañón de los fuertes y de los acorazados.

La bandera rusa fué enarbolada en todos los mástiles al lado de los colores rojo y blanco de la de Dinamarca y el estandarte imperial fué saludado por los hurras cadenciosos de las tripulaciones ocupadas en las maniobras.

El panorama de las bellezas de esta rada de Copenhague y el espectáculo, mitad militar, mitad popular que se desarrollaba ante el joven emperador, no eran empero nuevos para él.

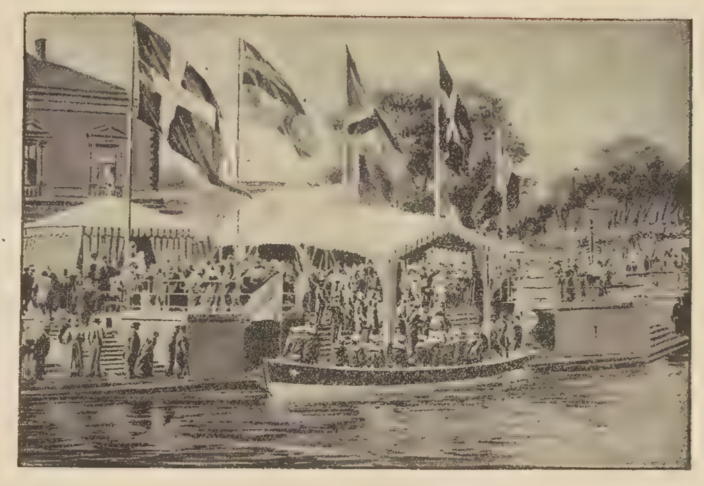
Muchas veces, en efecto, había hecho su entrada por ese mismo Sund al iniciarse ese otoño danés que amaba tanto su padre.

Después de las fiestas de Breslau y de Viena que han brillado con todo el brillo de las pompas oficiales, el Czar ha saludado ciertamente con placer la pequeña patria de su madre donde ya él mismo gustó la paz de la vida familiar y donde ha mostrado á la emperatriz tantos lugares llenos de recuerdos para él y para sus augustos progenitores.

En el *Toldbod* la chalupa imperial desembarcó á los huéspedes del rey Cristian y de la reina Luisa.

Rodeado de los altos dignatarios de su país, el viejo rey, con uniforme ruso, llevando la Orden de San Andrés, abrazó calurosamente á su nieto y á la joven emperatriz.

Después de haber saludado á los dignatarios y pasado ante el frente de la compañía de honor de la guardia real, el Czar, la emperatriz, el rey y la reina, montaron á un coche tirado por seis caballos negros, que los condujeron al castillo de Bernstorf, residencia de estío de la familia real de Dinamarca.



EL CZAR EN DINAMARCA.—Recepción del Czar y de la Czarina por la familia real al desembarcar en Copenhague.

La ciudad, con fisonomía de fiesta aclamaba al brillante cortejo, que bien pronto recorrió la ruta que borda la playa, penetrando despues á los espesos bosques y se detuvo por fin ante una casita blanca, oculta entre la verdura. Al ver su aspecto se diría que es la *villa* de cualquier negociante de Copenhague, y es nada menos la residencia de estío del rey de Dinamarca, en la cual fué recibido el emperador de todas las Rusias.

El Bernstorf es ciertamente bien pequeño y bien sencillo, pero habilitando los departamentos de la servidumbre é instalando para ésta algunas tiendas en los jardines, se arregló todo con facilidad.

Los huéspedes imperiales se contentaron con las cuatro cámaras del primer piso puestas á su disposición.

Adquirido por la reina Luisa, Bernstof perteneció en otro tiempo á la noble familia de la cual lleva el nombre; más tarde fué comprada por un rico inglés, sir Mac Ewy. Este plantó un parque, embellecido después por otros amos y que se confunde con las inmensas florestas de encinas que rodean la capital danesa.

Muchos soberanos y princesas han habitado ese modesto castillo, que un millonario inglés hubo de desdeñar. Alejandro III lo amaba tanto como amaba el Fredensborg, ilustrado por su permanencia en él.

En esta tranquila morada llena de los recuerdos de su padre, es donde Nicolás II ha querido tomar un poco de reposo, lejos del aparato de las cortes y enmedio de una calma que reconforta.

Cuatro generaciones de Reyes. —Reina Victoria. Príncipe Alberto de Gales. Duque Eduardo de York. Hijo primogénito del Duque de York.

EL MAYOR REINADO EN la Historia de Inglaterra.

"Dios salve á la Reina!"

La reina Victoria ha reinado ya algunos días más que su abuelo Jorge III. Este respetable monarca ocupó el trono, desde Octubre 26 de 1760, hasta Enero 29 de 1820, período que no había alcanzado ninguno de sus antecesores. Los más próximos á él en duración, fueron Enrique III, coronado en Octubre 28 de 1216, y muerto en 1272. Eduardo III, de 1327 á 1377 é Isabel, de 1558 á 1603, pero si deducimos los períodos de minoría, las deposiciones temporales como la de Enrique VI en su reinado titular de cuarenta años y la Regencia de 1812, durante la inhabilidad personal de Jorge III, la feliz prolongación del reinado de Victoria, resulta del todo excepcional.

Luis XIV, es cierto, advino al trono de Francia en 1643, siendo todavía un niño; tuvo una larga minoría y murió en 1715, mas Victoria empezó su reinado en Junio 20 de 1837 y completará el próximo Julio su 60º año—un año más que Jorge III, varios años más que el reinado efectivo de Luis XIV y unos diez años más que los que Enrique ó Eduardo, terceros de sus nombres, poseyeron el cetro. Pero no se encontraría ni en la antigua ni en la moderna historia monarca alguno que hubiese presidido con la inteligencia íntegra de un cerebro bien constituido una etapa de prosperidad nacional semejante á la que ha alcanzado Inglaterra, pues la de Francia en los últimos años de Luis XIV vióse alterada. Ciertamente el mundo no había reseñado hasta hoy sesenta años de un progreso semejante en todos los sentidos, y cuya influencia se extendiese á todas las regiones del universo civilizado. Las condiciones políticas y sociales, los recursos comerciales é industriales, los medios de educación y difusión de los conocimientos y las facilidades de comunicación sobre la tierra y el mar, han avanzado infinito, no sólo en Europa sino en todas las otras regiones del globo, durante el reinado de Victoria, en beneficio de las naciones que se comunican con Inglaterra. Todo esto constituye, sin duda, un glorioso período en la historia, sean cuales fueren los cambios que se efectúen en el siglo XX; y no sólo en Inglaterra, no sólo en sus colonias é Imperio de las Indias, que ahora suponen una población de 300 millones de almas, sino también en las lejanas playas donde se siente la influencia británica, este reinado lucirá ante la posteridad como el más brillante que hayan contemplado los siglos modernos.

Es un alto privilegio en verdad para un sér humano, cuyo caracter y sentimientos son dignos de su excelso rango, y que tiene la bondad simpática de la mujer unida á la firme integridad de propósitos y á la deliberada prudencia del hombre, haberse mantenido casi sesenta años sobre un trono que es, sinó el más poderoso por sus fuerzas militares, sí el investido con la mayor influencia moral y rodeado de los súdditos más felices de todos los reinos de la tierra.

La reina Victoria excede en esta felicidad pública á cualquier otro monarca; tal es su posición. Comparar sus méritos y sus hechos con los de los otros soberanos, sería futil pretensión. Entre sus contemporaneos, por ejemplo, debemos mirar con sincera estimación á Francisco José de Austria, en el noble, paciente, firme y gentil manejo de un gobierno quizá más dificultoso y complicado que cualquier otro de Europa; en cuanto al joven Czar y al caballeroso emperador germano, sus generosas intenciones no pueden negarse.

Pero la reina Victoria tiene ansiedades políticas, sinó responsabilidades patentes; y su influencia en las demas cortes europeas es delicada. He aquí porqué su tarea ha requerido tacto exquisito y espíritu sereno para vencer numerosas dificultades. Ningun ministro inglés, salvo Lord Palmerston ha objetado jamás la influencia real en los negocios y en la formación de los gabinetes; sean cuales fueren las contiendas, las decisiones de la reina pesan demasiado en el ánimo de los demás. Su ingerencia en los negocios, es pues, más fatigosa de lo que se cree, y la soberana la ejerce siempre, aun durante sus viajes, pues bien sabido es que sea cual fuere su residencia en Europa, desde ella se comunica íntima y diariamente con sus ministros, sin que se le oculte alguna de sus decisiones.

La influencia indirecta de la reina en otras muchas cuestiones de Estado, ha sido muchas veces providencial, jamás ha excitado una desaprobación parlamentaria ó popular, y el Principe de Gales es muy conocido aún para que se pueda dudar que continuará esta tarea de conciliación de su madre, en el reinado futuro.

Por lo que ve al largo reinado de Victoria en su aspecto personal, todos, incluyendo aquellos suficientemente viejos para haber contemplado sus comienzos, deben haber visto en él uno de los más interesantes y admirables ejemplos de la historia de la vida de una soberana, esposa, madre, abuela y bisabuela, ejemplar bajo todos estos aspectos.

Más de cincuenta príncipes y princesas, en tres generaciones, han surgido del arbol potente que á florecer empezara con el matrimonio de la reina, en Febrero 10 de 1840, á los veintiún años de edad, con su primo el difunto príncipe consorte Alberto de Saxe Coburgo y Saxe-Gotha. Cuatro hijos, uno de los cuales, el duque de Albany murió, y cinco hijas, de las cuales murió así mismo lo princesa Alicia, duquesa de Hesse; trece nietos alemanes y casi treinta nacidos en Inglaterra, con algunos pequeñuelos de cepa real, nacidos así en la Gran Bretaña como en el Continente y biznietos de la reina, constitu-

yen una magnífica familia, de la cual cada miembro puede estar orgulloso.

Muchos de estos príncipes han heredado las altas cualidades de Victoria y las perpetuarán sin duda en el porvenir, en bien de la civilización y de los pueblos.

EL ASESINO DEL SHAH DE PERSIA.

Nuestros lectores conocieron en todos sus detalles ese extraño drama desarrollado en el gran imperio oriental, cuya última escena fué la trágica muerte del Shah; no incurriremos pues en enojosas repeticiones, dedicando só'o algunas líneas al matador del monarca, que ha pagado con su vida el crimen de regicidio de que se hizo reo.

Mirza Riza de Kerman, fué ahorcado últimamente en Teheran, la capital de Persia, en un sitio público y ante innumerable multitud.

El día de la ejecución, numerosas fuerzas rodearon el cadalzo para impedir toda manifestación peligrosa y el gentío, agolpado en frente de la horca, asistió mudo y conmovido al tremendo castigo.

Como se sabe Mirza Riza, obró más ó menos sugestionado por una secta religiosa á que pertenecía. De todas suertes ha pagado con la vida su criminal obcecación.

Fotografía del pensamiento.

Bastas hojear las revistas científicas y prestar examen al movimiento que las mismas registran, para adquirir el convencimiento de que los experimentos del Doctor Roentgen dejan ancha estela entre los sabios modernos que en muchas ocasiones, y ésta es una de ellas, ceden al impulso de entusiasmos muchas veces irreflexivos. La fotografía á través de los cuerpos densos nos conduce en alas del entusiasmo á la extereorización instantánea del pensamiento hábilmente sorprendido en un momento fisiológico. Se estima y afirma, al parecer con hechos irrecusables, que por medio de objetivos fotográficos especiales se reemplazará la retina humana, que muchas veces guarda en la tumba secretos de la honradez, de la lealtad ó del crimen. Descuella en primer término en el nuevo arte fotográfico del pensamiento, el sabio inglés Doctor Rogus, cuyos descubrimientos é investigaciones ha resumido en sus columnas la revista titulada «Photo Gazzette,» confirmando los primeros y aplaudiendo las segundas los doctores Bonhay, Rockily y Coath.

Aunque no sea propio de nuestras tareas ocuparnos extensamente de la fotografía instantánea del pensamiento, no podemos resistir al deseo de consignar algo de lo que leemos, respecto á las empresas del Doctor Rogus. Este, después de haber contemplado con fanático y persistente empeño una moneda y un sello de correos, ha conseguido, según su afirmación y la de sus colaboradores, impresionar una placa sensible al proyectar bruscamente su mirada sobre la misma y estampando en ella su impresión persistente.

Sería aventurado ante el hecho, al parecer de todo punto irrecusable, que anotamos, investigar el papel que cabe en su realización á los rayos catódicos; asistimos al período primario y de observación de los fenomenos que se describen, y no es mucho pedir á todos calma y observación constante. Según el Doctor Rogus, deben cumplirse las prevenciones que siguen para fotografiar de memoria, por decirlo así, una moneda ó un sello de comunicaciones.

Estos objetos deben situarse con singular minuciosidad en un punto determinado ante la vista del operador, á fin de acortar la prolongación penosa de la tarea que quiere realizarse, sin poner en olvido que existe un coeficiente personal que hoy por hoy no es posible determinar de una manera general. La placa sensible y el objeto que debe reproducirse se situarán en el mismo plano y á igual distancia de la vista. Si aquella es muy sensible, la duración de la empresa puede limitarse desde veinte á cuarenta minutos. La explicación hipotética de estos hechos, expuesta por el Doctor Rogus, es la siguiente: La materia gris del cerebro se encuentra holgadamente impregnada de fósforo, y cuando un pensamiento surge en el cerebro, la celdilla que lo engendra trasmite á la superficie una burbuja fosforescente proporcional en su voluntad é intensidad á las del pensamiento que la ha engendrado. La emanación cerebral por su brillo produce una onda luminosa, que excita la retina hasta el punto de percibirse la imagen del pensamiento después de algún tiempo.

La Reina Victoria en la actualidad.

Hénos aquí, pues, bajo el dominio de las vibraciones, y cuando las ondas de que trata Mr. Rogus hieren una superficie sensible, no hay razón para que no produzcan las impresiones del retrato del pensamiento, al similar de lo que hacen las mismas ondas al reproducir la figura ra detallada de los objetos. Según Mr. Rogus, es de toda evidencia que la vibración para imprimir fotográficamente, requiere previamente concentrarse sobre un objeto cualquiera, con toda la potencia de la voluntad. Las preocupaciones, las ideas fijas y las obsesiones, es indudable que el día que se fotografíen las retinas de las víctimas de tales fenómenos, presenciaremos raras y sorprendentes fotografías del pensamiento humano, cuyos secretos se ha empeñado en descubrir la ciencia.

La Reina Victoria á los seis años.

La bicicleta en Estados Unidos

El *Iron and Coal Trade Review* de Londres publica el siguiente artículo. «Hasta principios de este año casi todos los tubos que se usaban en los Estados Unidos para la fabricación de velocípedos, se importaban de la Gran Bretaña. Dicen personas entendidas en estas industrias, que durante el año de 1897 los Estados Unidos embarcarán á Inglaterra más tubería de acero, que la que tuvieron que importar el año pasado, y para esa época serán más comunes en Europa los velocípedos hechos con tubería norte-americana que los fabricados con tubería inglesa y europea. Para fabricar una bicicleta de las más ligeras y livianas, se necesitan unos 19 piés de tubería. Se calcula la fabricación de velocípedos norte-americanos en 1 200.000 bicicletas por año, y poniendo un término medio de 20 piés de tubería por velocípedo, se necesitarían 24.000,000 de piés para satisfacer la demanda en los Estados Unidos. La Shelby Steel Tube Company tiene maquinaria capaz de fabricar 18.000,000 de piés anualmente; la Elwood Company, del Estado de Pennsylvania, produce 12.000,000 de piés de tubería de acero por año; la Elwood-Ibes Company, de Filadelfia, pone en el mercado unos 5.000.000; y se dice que la Colombia Tube Company fabrica unos 12.000,000 de piés. La Mansfield Machine Company está haciendo preparativos que espera la pondrán en posición de fabricar 15.000,000 de piés de tubería cada doce meses. 10.000,000 de piés se calculan á la New Castle Tube Company. Los nuevos talleres de la Brewer Seamless Tube Company tendrán capacidad para 10.000,000 de piés. Una gran fábrica de velecípedos del Estado de Indiana próximamente empezará á preparar sus propios tubos. Hay además un gran número de establecimientos semejantes, de menor importancia. Parece, pues, que la fabricación de tubos de acero va siendo una gran industria en los Estados Unidos.»

Una exposicion de gatos.

En el jardín de aclimatación de París se va á organizar próximamente una exposición de gatos. Hacía mucho tiempo que los perros habían sido expuestos, coronados, premiados, fotografiados, biografiados. Era ya indispensable que los gatos tomasen la revancha. El gato es también el amigo del hombre, un amigo más independiente, más maligno, más egoista, pero al fin y al cabo un amigo.

Los gatos han tenido sus historiadores, Moncrif y Champ-Fleury. Los gatos han tenido su pintor de mérito, Engenio Lambert, y hasta ha habido uno, Mengo, que obtuvo el título del *Rafael de los gatos*.

El momento actual es, pues, un momento felino. Esperemos la Exposición.

NO MAS GUSANOS DE SEDA.

La seda artificial hecha con pasta de madera, es ya un hecho. Su fabricación se ha montado en grande en Inglaterra, y multitud de señoras inglesas llevan hoy trajes que, probablemente sin saberlo ellas mismas, son de seda de madera. Es asombrosa la ingeniosidad que ha habido que poner en juego para inventar una especie de gusano de seda artificial que produce hilos tan tenues que diez de éstos juntos apenas forman el grueso de un cabello. Económicamente el invento es de la mayor importancia; baste decir que sólo Inglaterra paga 17.000,000 libras esterlinas al año por la seda que importa, y que gracias á la nueva industria, aquel país se convertirá de importador en exportador. La seda de madera es mucho más barata, tiene más brillo y toma los tintes mejor que la natural. En cambio sólo tiene cuatro quintas partes de la resistencia de su rival, y no es tan mala conductora del calor.

A la vista, ambas sedas son iguales.

Los muertos no detienen la vida.

Julio Lemaitre.

LA MANIFESTACION EN HONOR DEL SR. LIC. D. Manuel Romero Rubio.

El Mundo dijo en su oportunidad, que el sabado 3 del corriente, aniversario de la muerte del Sr. Lic. D. Manuel Romero Rubio, se efectuaría una gran manifestación ante el sepulcro del llorado hombre público, organizada por sus numerosos amigos.

Tal demostración realizóse en efecto el dia señalado, y tuvo toda la solemnidad que se esperaba, tomando parte en ella todos los poderes de la federación, el Gobierno del Distrito, los empleados públicos y el ejército.

De antemano nombráronse numerosas comisiones, de invitación, adorno y organización de la comitiva.

Esta, numerosísima, pues que la integraban más de mil personas, contándose entre ellas muchas distinguidas, reunióse á las nueve y media de la mañana del dia 3 en el Palacio Municipal y se dirigió poco después por las calles de Mercaderes, de Plateros, San Francisco, Vergara, San Andrés, las cuales estaban adornadas, Betlemitas y Gante, hasta la calle de la Independencia donde aguardaban á los manifestantes cincuenta wagones de primera que los condujeron al Panteon Francés.

El orden en que desfiló la comitiva fué el siguiente:

1º Policía abriendo valla, á las órdenes del Sr. Comandante Zea.

2º Banda de Estado Mayor, antes del 8º Regimiento, tocando escogidas marchas.

3º Todos los que llevaban coronas.

4º Empleados y funcionarios públicos, Ayuntamiento, Gobernador del Distrito; Tesorero General de la Nación y Oficiales Mayores de las Secretarías de Estado.

5º Escuela de sordo-mudos y Hospicio de Pobres.

Las personas distinguidas que formaban la comitiva, eran las siguientes:

Sres. Lic. Rafael Rebollar; Lic. Roberto Núñez; Lic. Manuel A. Mercado; Sebastián Camacho; Landa y Escandón; Francisco Espinosa, Tesorero Gral de la Nación; Diputado Riba y Echeverría; Senador Arguinzonis; Lic. Muzquiz; General Ramírez; su secretario Lic. Lozano; Heraclio Ortíz Zaenz; Trinidad Trujillo, sub Director del Hospicio; Luis Ortíz Molina; Benito Juárez; Francisco Cortina; Lic. Leandro M. Alcolea; Francisco de P. Azpe; Mauro S. Herrera; Lic. Dondé; Bribiesca; Saavedra; Tomas y Terán; Miguel Serrano; Carlos Martínez; Jesús Valenzuela; Bernardo Urueta; Gobernador Mercenario, Lic. Canale; Ingeniero Damián Flores; Fausto Beltrán; Cirilo Aeredia; Efrén Villalbazo; General Carballeda; Coronel Benavides; Secretario de la Inspección General; Angel Aguirre del Pino; Inspector Manuel Palacios; ayudante de la Inspección; Federico Gamboa; General Méndez Rivas; José M. Villasana; Doctor Margáin, Doctores Gómez Romero y Luis E. Ruíz; Gumersindo Enríquez; Carlos Rivas; Francisco Gochicoa; General Rosendo Marquez; Apolinar Castillo; Ramón Prida; Gregorio Aldasoro; Ramón Pérez Solís; Lic. Cicero: Magistrados, Manuel Nicolín y Echanove y Francisco Pérez; Licenciados, Pedro Miranda; Andrés Horcasitas y Juan N. García Peña; Ramón Fernández; Trinidad y Genaro García; Leopoldo Batres; Luis Pliego Pérez; Guillermo Prieto; Vicente Luengas; Benito Juárez; Ireneo y Arturo Paz; Rafael Pardo; Domingo López de Lara; Sánchez Marmol; Justino Fernández; Joaquín Redo; Joaquín Trejo, Alberto Lombardo; Francisco Martínez López; Coronel Zepeda; Rodríguez Talavera: Jueces Aguilar y Spíndola; General Arce; Mendizabal, Alejandro Garrido; Juliet de Elizalde; Rodríguez y Cos: Rafael Lozada; Juez Briseño; Ceferino Muñoz; Enrique Guzmán y muchos otros.

Capilla mortuoria del Sr. Lic. D. Manuel Romero Rubio, en el Panteón Francés.

[De fotografía tomada el dia de la manifestación.]

En la calzada de la Piedad, un escuadron de la Gendarmería Montada vigilaba el órden.

La capilla mortuoria, hecha bajo la dirección del Ingeniero Don Luis de la Barra, tenía tapizado el vestíbulo de espléndidas coronas, á las cuales se añadieron las innúmerables que llevaba la comitiva, y el mausoleo estaba rodeado de pilastras cubiertas de flores finas, sobre cada una de las cuales ardía un pebetero. En el interior, sobre el altar, habíaseis blandones magníficos sobre los cuales había otros tantos sirios. En la parte baja del altar había un cojín de camelias y en todo el monumento adorno floral.

Cuando llegó la comitiva, ya estaban en el Panteón el Sr. General Diaz y sus ministros, así que, instalada aquella, dió principio la ceremonia, conforme al programa determinado, que consistió en la ejecución de marchas fúnebres, Discurso del Sr. D. Apolinar Castillo, poesía de D. Juan de Dios Peza y depósito de coronas. Estas fueron tantas, que sería imposible mencionarlas en el reducido espacio de que disponemos, y las había opulentas y hermosísimas.

El Mundo diario dió ya una lista de ellas y habló así mismo de las piezas oratorias y poéticas que caracterizaron la manifestación. Nosotros limitámonos, pues, á dejar apuntadas estas notas generales, manifestando para concluir, que la manifestación fué digna del distinguido ausente á quien se consagró.

El adorno de la capilla mortuoria, así como el del Panteón, verdaderamente elegante y de buen gusto fué debido á los Sres. Lic. Emilio Pimentel, Ignacio Bejarano y Alberto Robles Gil.

MANIFESTACION EN HONOR DEL SR. LIC. ROMERO RUBIO. -Desfile de la comitiva por la calle de Vergara.

PAGINA EGIPCIA.

LAS NUPCIAS DE LA ESFINGE.

Había leído un hermoso poema: «Lo que ha visto la Esfinge.»

La Esfinge, ¿qué puede hacer sino mirar?

Y me quedé abstraido, frente á mi taza de café, con mis ojos anegados en el vacío, que para los poetas tiene miriadas de puntos de oro y de hilos de luz, entretegidos como hamaca de cristal de los sueños.

Pensé entonces—natural era—en esa enorme y extraña mujer, inmóvil como la esposa de Lot en medio del desierto, de mitra ultrajada por los tiempos, de frente impasible, de ojos inmensamente abiertos, como si quisieran sondear todas las simas, traspasar todos los arcanos, como si intentaran abarcar los destinos de todas las generaciones; en esa mujer hierática, cuyos senos de granito han amamantado al Enigma.......

Y presa de una alucinación poderosa, me sentí trasportado al pie de aquel formidable símbolo litúrgico.

La noche descolgaba sus legiones de trasgos sobre los páramos y el silencio se adueñaba de las cosas.

Qué inmensa tristeza—me dije—debe sentir ese monolito perennemente quieto, ante el cual en vano encienden los crepúsculos su rojo vivo y glorioso y despliegan las albas su nacarada clámide...... Unico y solo, acaso sufre la nostalgia sin límites de los Faraones, de las dinastías que hoy duermen bajo las pirámides cuyos negros vértices desgarran el infinito. En su rededor nada florece, es decir, nada ama. ......

Y cuando esto me decía, escuché una voz aguda y metálica, como el sonido de las grandes trompetas: La Esfinge hablaba y me decía:

«En el orbe todo ama y yo no me sustraigo á la ley..»

—¿Y quién es tu desposado?—pregunté extremeciéndome.

—El Tiempo—respondió—y cuando las postreras generaciones hayan caído bajo su segur; cuando el mundo: momia cósmica, voltejee como un cráneo inmenso en el mar hormigueante de luceros de la noche, vendrá á mí el Prometido y el desierto, helado ya, será nuestro tálamo, la nieve que me cubra, mi traje nupcial; sobre mis senos petreos posará el coloso su testa encanecida, y entonces proclamaremos ante el planeta vacío en que se sucedieron las theogonías y penaron las razas, el secreto de vuestra existencia miserable!.........

AMADO NERVO.

Papyrus.

¡Ha muerto el Faraón! el Sol desciende
Hasta la cripta de la noche umbría;
Y sobre el Nilo sus fulgores tiende,
Y con las pompas de su luz enciende
De un templo la triunfal policromía.
Va el gavilán hacia ignorados rumbos;
Su élitro vibrador abre el coleóptero
Y esponja entre los pálidos nelumbos
Su rosado plumón el fenicóptero......
Los astros, de la bruma entre las clámides,
Velan los resplandores de sus discos,
Empolvando de plata las pirámides......
Esmaltando de luz los obeliscos......
El simún, va tañendo en los tulares
Del sacro Nilo, fúnebres canciones,
Tristes como los sueños seculares
Con que duermen los viejos Faraones......
Y en el cielo do van los gerifaltes,
Finge la luna con sus blancos fria
La aureola de pálidos esmaltes
En que se envuelve el inmortal Osíris.
¡Ha muerto el sol! y por los Faraones
En sueños milenarios adormidos,
Sollozando sus húmedas canciones,
Desgranan la elegía de sus sones
Los tulares del Nilo, estremecidos......!

JOSÉ JUAN TABLADA.

UNA LEYENDA FARAONICA.

Esta es una vieja historia descifrada por Maspero en el papyrus de una momia:

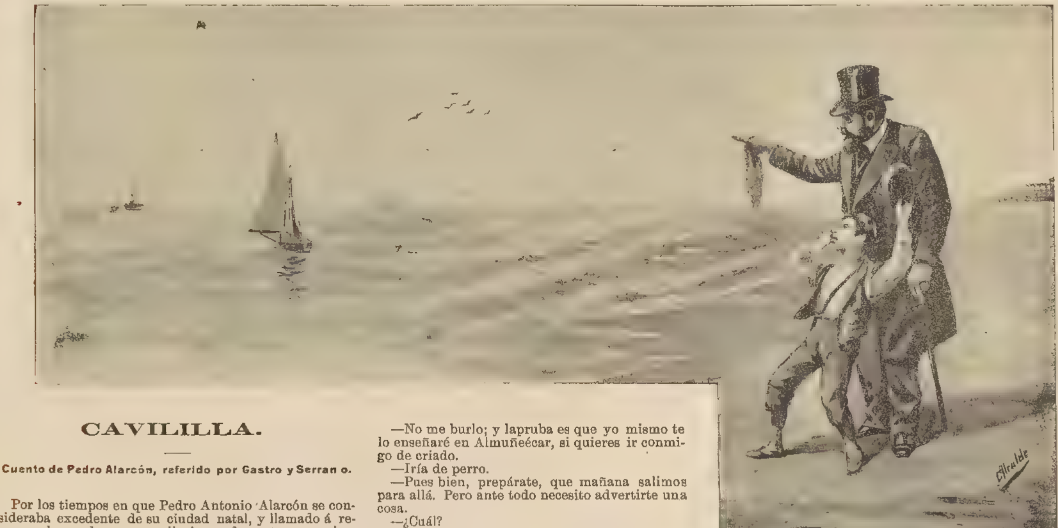
El rey Rhompsonitos poseía, un tesoro, oculto en un subterráneo, el secreto de cuya entrada creía poseer el solo. Pero los dos hijos del arquitecto del subterraneo se introducían todas las noches. Entonces el rey hizo colocar cepos para coger á los ladrones, y uno de los dos hermanos cayó en el lazo y el otro le cortó la cabeza para que no le reconociesen por el parecido y le detuviesen tambien. Mas he aquí, que el rey que tenía una hermosa hija, le ordenó que se entregase á todo el que pasara, pidiéndole como salario la relación del mayor delito que hubiese cometido durante su vida. El sobreviviente de los dos hermanos, reclinado en el seno de la princesa le confesó su robo y el asesinato de su hermano, pero en el momento en que ella daba la señal para detenerlo, y le tomaba del brazo, este se le quedó en la mano: era el brazo de un muerto, bajo el cual se disimulaba el suyo....

EDMUNDO DE GONCOURT.

LA ESFINGE.

La caravana por camino incierto
con recelosa indecisión avanza,
temiendo á cada paso la asechanza
de las nómadas tribus del Desierto.
Por todas partes el espacio abierto
se pierde en fatigosa lontananza,
y donde quiera que la vista alcanza
todo está triste, desolado, muerto.
Ni verde selva, ni azulado monte
el mar limitan de infecunda arena
en que el dócil camello hunde su planta,
Y solo al fin del diafano horizonte,
brillando al sol, inmóvil y serena,
la misteriosa Esfinge se levanta.......

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.



CAVILILLA.

Cuento de Pedro Alarcón, referido por Gastro y Serran o.

Por los tiempos en que Pedro Antonio Alarcón se consideraba excedente de su ciudad natal, y llamado á recorrer el mundo con sus ilusiones de poeta, sus miras de político y sus ansias de renombre literario, principió á hacer paquetes de sus hojas impresas para dedicarse á inscribir en las hojas de su memoria los apuntes que iban á servirle en el desarrollo práctico de su númen. Por entonces estudió á muchos de los personajes que después figuraron en sus novelas, entre los que, y sin que nosotros sepamos la causa, dejó inédito á *Cavililla*.

Cavililla era hijo de la *tía Cavila*, viuda de un menestral que, para no morirse de hambre ni pedir limosna, puso un tenducho de ropa vieja donde se vendían pimentón y tenazas, alpargatas y velas de sebo En el principio, talto de fondos, sacó á la venta sus propios guiñapos y los del difunto, hasta que, realizadas algunas sumas, pudo ya establecer un teje-maneje de compra-venta que elevó en el comercio al rango de productos comestibles. Donde quiera que había dos cuartos que ganar allí estaba la tía Cavila, y sus instintos industriales llegaron al punto de que en breve tiempo se hiciese ropavejera, tendera y banquera, porque cambiaba plata por cobre y prestaba duros en el mercado. Si aun vive, debe ser á estas horas ultramarina.

Producto de tan singular mujer era Cavililla. Nuestro héroe, desde los catorce años, hacía de gracioso en comedias caseras, ayudaba á misa, que era un primor, y tocaba la guitarra con púa hasta el *delirium tremens*. Por cierto que esto de tocar la guitarra proporcionó á Pedro Alarcón las primeras delicias de su amistad con el rapazuelo.

—Mire vd., señorito—decía al poeta junto á la ventana del cuarto bajo próximo á la prendería.—Verá vd. lo fácil que es divertirse con las criaturas.

Y preludiando con su guitarra un paso doble, hacía que los transeuntes de la acera tomasen el compás como reclutas en instrucción. Pero de pronto variaba el ritmo, acelerando ó acortando la marcha, y las figuras aceleraban sus movimientos, tropezándose á veces consigo mismas.

—Desengáñese usted, D. Pedro,—añadía,—que las personas, como los monos, al són que les tocan, bailan.

Estas y otras ingeniosidades de Cavililla entusiasmaban á Pedro, el cual le aplaudió singularmente en el ejercicio de una industria que, para emular las de su madre, introdujo en Guádix, pueblo de nuestra historia. El mozo reparó que, criándose en la vega hermosos cáñamos, los cordeles iban de Granada y se pagaban á buen precio. ¿Por qué no hacer cuerdas allí? E imitando á la tía Cavila, que para comprar las ropas de los otros principió por vender las suyas, fuese á los cañamizares ajenos, y de aquí unas matas, de allí un hacecillo (que en esto de la selección no era muy escrupuloso,) reunió materiales suficientes para su primer ensayo de cordelería.

Decir el trabajo que empleó en macerar, agramar, hilar y torcer el cáñamo, sin previa idea de ninguna de estas operaciones, equivaldría á una investigación minuciosa de cómo aprendió á tocar la guitarra sin maestro y de cómo pronunciaba tan bien el latín sin haberlo aprendido. Declaremos, con todo, que las cuerdas salían bastante feas; pero considerando que en las poblaciones de Andalucía las criadas usan y rompen mucho cordel con el acetre de sacar el agua, y que para tendederos de ropa es preferible la cuerda de hilo que la soga de esparto, Cavililla comenzó á prosperar en su industria, gracias al corto precio y fortaleza de sus cordeles. El, sinembargo, no quedaba gustoso de su manufactura, y para conseguirla con mejor fruto, inventó una rueca de hilar y una máquina de torcer, que honrarían hoy á cualquier ingeniero. Lo que aun no pudo conseguir para sus ramales y trallas, fué la igualdad y brillo de los que venían de fuera.

Hallábase en estas y otras imaginaciones, cuando un día le dijo Alarcón:

—Cavililla, ¿quieres ver el mar?

El muchacho abrió desmesuradamente los ojos, exclamando:

—¿Usted se burla, señorito?

—No me burlo; y lapruba es que yo mismo te lo enseñaré en Almuñeécar, si quieres ir conmigo de criado.

—Iría de perro.

—Pues bien, prepárate, que mañana salimos para allá. Pero ante todo necesito advertirte una cosa.

—¿Cuál?

—Que tienes que hacer cuanto te diga.

—¿Hay que matar á alguno?

—No tanto; lo que hay es obedecerme ciegamente.

—Póngame usted la venda.

—Ya te la pondré á su tiempo. Por ahora, que tu madre te arregle tus trapos, y en marcha.

Cavililla creyó volverse loco de placer. ¡El mar! ¡El mar! ¿Para qué quería Don Pedro que viera el mar? Nosotros responderemos al inocente. Don Pedro quería que viese el mar para sorprender la emoción de una alma pura al descubrir la planicie inmensa del Océano: para recrearse en la perplejidad, en el embeleso, en el delirio que ocasiona el mayor asombro de la naturaleza; para oír con los ojos y por única vez, una poesía sin voz y sin palabras.

—¡Alégrate, Cavililla!—decíale Alarcón á media noche, en el carruaje que los llevaba á Almuñécar.—Voy á hacerte feliz, pero has de obedecerme en todo. Toma esta venda y este pañuelo; cuando vaya á amanecer, que será cerca de la población, te cubres la vista en términos de que no te penetre ni la luz: después ya sabré yo lo que hago. Ahora, á dormir.

Cavililla temió que le fuera imposible obedecer la primera orden de su señor. ¡Dormir cuando caminaba hacia el mar, cuando iba á ver el mar! haría por conseguirlo; y como era muchacho, se durmió en efecto. Alarcón fué quien tardó en vencerse, porque entre sus ilusiones y el mal camino, no hallaba forma de reposo. Un bache terrible, de esos en que zozobran hasta las galeras, conmovió la tartana de nuestros caminantes, haciéndoles despertar.

—¿Me tapo ya, Don Pedro? dijo Cavililla, tomando el volquetazo por el alba.

—Cállate y duerme,—contestó Alarcón.

Pero callarse y dormirse iba siendo ya difícil en tales circunstancias. No habría pasado media hora, cuando el chico volvió á gritar:

—¡Ya huele, Don Pedro, ya huele!

Y olía. El mar, con las brumas del amanecer enviaba esos perfumes de la costa que se presienten, aunque no se hayan aspirado nunca. Pedro tapó los ojos del muchacho con la venda primero y con el pañuelo después, por no fiarse de la voluntaria ceguera de Cavililla. Al echarle el último nudo entraban en Almuñécar.

No quiso Alarcón detenerse en la fonda ni en parte alguna; así es que cogiendo del brazo al rapaz, tomó el camino de la playa, impaciente por producir la escena del asombro. Durante la travesía, que no es corta, una infeliz mujer de las que desde muy temprano ponen su sensibilidad al servicio de los dolores ajenos, murmuró á media voz:

—¡Pobre criatura? ¡Tan niño y ciego!

Alarcón se sonrió, porque el niño ciego, que excitaba las frases compasivas de la mujer, era en aquel instante la más dichosa de las criaturas.

Llegados al punto donde donde se descubre mayor extensión de mar, Pedro, á guisa de fotógrafo que baja á la cámara obscura y dirige su objetivo á la descubierta del mejor panorama, fué colocando el cuerpo de Cavililla hacia el espacio infinito, para que pudiera contemplar de un golpe la lontananza que se dobla con inconcebible curva, el oleaje que se agita con vertiginoso movimiento, las blancas espumas que regocijan los ojos, el rumor sublime que suspende el ánimo al estrellarse el agua contra las peñas.

—¡Ahora!—gritó Alarcón arrancando la venda al chico, y éste, á su vez, gritó casi instantáneamente:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

Hubo unos segundos de silencio, durante los cuales el poeta volvió la espalda al mar para fijarse en el rostro del espectador; cuyas íntimas emociones quería sorprender, cuyos delirios deseaba inquirir; pero advirtió que Cavililla no miraba lejos, sino cerca, muy cerca, á un esquife amarrado con fuertes cables á la orilla. Entonces reventó el muchacho diciendo:

—¡Qué maromas, don Pedro, qué maromas! ¡Esas si que son cuerdas!

José de Castro y Serrano.

Las hambrientas.

Caía la tarde otoñal; las pocas hojas que quedaban en los árboles parecían temblar de frío y se agitaban continuamente, teniendo por fondo un cielo crepuscular, en el que parecían derramados todos los colores de una paleta,

Por el sendero tapizado de frondas secas y amarillas, pasaba un franciscano rumbo á su convento. Detuvo el pasó al mirar á tres mujeres de hermosura diferente. Las tres estaban pálidas y denunciaban en sus semblantes el sufrimiento.

El fraile franciscano les preguntó la causa de sus pesares, y una de ellas, blanca y rubia, que parecía por sus formas modelo de estatuario griego, le dijo:

—Tengo hambre de lujo.

Su compañera, una morena de mórbidas carnes, le contestó:

—Tengo hambre de reinar.

Y la última, de tez cobriza y cuyo rostro expresaba bondad infinita, le respondió:

—Tengo hambre de ver á mi raza redimida, pues, aunque la llamen libre, está en condición de pária.

El fraile de burdo sayal y barba luenga, blanca como la nieve, se conmovió al oír á esta última, y cayendo de rodillas, se puso en oración, pidiendo á Dios la redención del indio:

Ya la noche había envuelto en su negrura al franciscano; después, del fondo del lago, surgió la luna llena, detrás de la cabeza del anciano: era el plateado disco, divino nimbo.

R. de Zayas Enríquez (junior)

AVATAR.

Seré la luz de claridad rosada
Que en tu pupila azul se cristaliza;
Seré nimbo dë oro en tus cabellos,
En tu frente primer albor del día.

Serás la virgen á quien rindo culto;
Y á la brillante luz de las vitrinas,
Mi plegaria será la mariposa
Que despierte en tus labios las sonrisas.

El cántico nupcial serán mis versos,
Que al abrir en la sombra sus alitas,
Por temblar en la grana de tus labios
Olvidarán las cuerdas de mi lira!......

Rafael Martínez Rubio..

Los animales no son tan animales como se cree: no tienen ni médicos ni abogados.

L. Docquier.

El cristianismo ha encontrado para muchos la verdadera imagen de la vida: el calvario.

G. M. Valtour.

ORIENTALES.

Danza de bayaderas.

Parecen flotar como en un sueño, envueltas en la nube de pebeteros que queman perfumes de Oriente.......

Y se mecen con movimientos culebreantes, llevando en los tobillos ajorcas de oro, y grandes aros colgantes, tambien de oro, en las orejas breves. La lascivia balancea sus caderas soberanas y redondas, y sus vientres desnudos, de palidez dorada y ardiente, palpitan con la cadencia enervadora del respiro, mientas ellas cierran les ojos insondables y hermosos y su sangrienta boquita hechicera se pliega con una sonrisa tentadora, hecha para ser cubierta á besos quemantes y apasionados, en una conjunción de amor.........

Y las bayaderas siguen meciéndose rítmicamente al golpe del tam-tam, balanceando sus caderas preciosas con la misma aurora de sonrisa que despierta la felicidad. Sus manos engarzadas descanzan lánguidamente en sus nucas de ámbar, y echada atrás la cabeza, flotantes sus ocho trenzas negras que besan las pieles de tigre en que danzan sus pies desnudos, forman losanges con sus gruesos brazos lechosos, prisioneros de las serpientes de coral que los ciñen.

Sostienen su sonrisa triunfal que consagra la desnudez de su cuerpo, formado para ser acariciado en un nido de plumas de avestruz, y á través de las pestañas chinas de sus ojos semidormidos, se ve chispear una gota de luz de oro.........

Odalisca.

La ancha taza de mármol ámbar vese rebosar de agua tembladora, en la que bogan como barquichuelos de silfos, pétalos de rosas deshojadas.........

La odalisca aparece desnuda entre un coro de esclavas, con un velo de transparencia tal que parece tejido con rayos de sol. Las siervas, todas negras, con la negruradel azabache, la abanican lentamente con plumeros irisados y la cubren con quitasoles palmáreos, y al borde del baño van quitando las sortijas, las ajorcas y los brazaletes á la hermosa, que está pensativa, con los bellos ojos tristes viendo el agua, y la joyante cabellera desceñida.

Sonríe tímidamente al ofrecer un piecesito para que la descalcen el pequeñísimo chapín azul bordado de oro, y al mojar la punta de los deditos nacarados, un estremecimiento de placer hace subir una ola de sangre que enrojece sus mejillas, sus diminutos lóbulos de concha nácar y los botones de rosa de sus senos.

Vacila, gozosa y ¡azorada, como una garza real soberbia y nívea que amainara el vuelo, y sublevada á la vista de las siervas que sonríen porque ella ríe, deja caer el velo, tiende el divino cuerpo adelante y se echa al agua, que salta en brillantes de luz, como se echaría una náyade, con la bella cabeza arrogante, abriendo las ondas con sus redondos senos henchidos de savia!

Los ibis.

Paseanse majestuosamente en sus largas patas zancudas cuando la mañana desciende radiante del cielo, en un nimbo de luz ambarina y rosada, entre el verde tierno de los arrozales llenos de agua, echando hacia adelante los hombros al parecer cansados, de empuje poderoso en el vuelo tardo, moviendo rítmicamente el cuello lírico que se alarga y se contrae á cada paso, acolchado, mórbido, de níveas plumas apretadísimas.

Otros descansan inmóviles, dormitando los ojos tristes, culminante el buche esponjado, desplegando de tiempo en tiempo una ala en forma de abanico y doblando el cuello para cosquillearse con la extremidad corva del pico, en el que tiene atravesada uno de ellos una trucha rosada cuyas escamas brillan al sol.

Y se pasan así las horas muertas, en algún recodo de playa, frente á un girón de bahía desierta por la que pasan allá, lejísimos, espejeantes y pequeñitos, con quillas doradas, enjambres de champanes pescadores que vuelan á flor de agua como constelaciones de lunas menguantes.

Rubén M. Campos.

Señoritas Sara Morales y Elena Elizondo [de Monterrey.]
De fotografía de los señores D. Lagrange.

Efecto de luna llena.

Plenilunio; el astro muerto
De rostro blanco y redondo,
Derrama su fuego incierto
Y tiñe de gris el fondo:
Un horizonte desierto
Lejano, indeciso y hondo,

Sobre el cual están pintados
Con negra tinta de China,
Los contornos esfumados
De una iglesia bizantina
Que años y viento aunados
Han convertido en ruina.

En los ángulos entrantes
Saltan en locas cuadrillas
Los felinos trashumantes;
Sus pupilas amarillas
Chispean como diamantes
Y arden como lamparillas.

Miradlos: el rabo ondulan
En flexibles contorsiones
Y, al ir saltando, modulan
Sus estridentes canciones;
¡Miradlos como pululan
En los viejos cornisones!

Mientras la luna derrama
Sobre ellos sus luces frías
Y envueltos en esa llama
Parecen japonerías
De un biombo de Yokahama
Bordado en sedas sombrías,

Recorta el gris implacable
Del horizonte nubloso
La silueta deleznable
De un murciélago medroso
Y el zig-zag inacabable,
De su vuelo tortuoso.

Y allá, sobre el campanario
Que mas alto se desprende
Como un dedo solitario,
Sus brazos la cruz extiende
Y en ella el buho funerario
Sus pupilas de oro enciende.

Las pardas plumas alisa
De su pecho globuloso,
Bate las alas de prisa
Y se afianza temeroso
Al duro hierro; la brisa
Le encrespa el plumaje umbroso.

Mas abajo, en el relieve
De los pórticos labrados
Hay muchos copos de nieve;
Copos de nieve colgados
Que el viento nocturno mueve,
Haces de luz desmayados;

Nublazon enmarañada,
Gatos de ronco maullido,
Torre, corniza y portada......
¡Todo, todo sumergido
En la atmósfera empapada
De fósforo encandecido.

Despues se perciben roces
De alas ténues, agitadas,
Y entre murmullos de voces
Misteriosas, en parvadas
Pasan en giros veloces
Los ensueños y las hadas.

El viento, llorando, barre
La via, sacude las rejas
Y desmorona su enjarre;
En silenciosas parejas
Pasan para el aquelarre
Los trasgos y brujas viejas

Y, arriba, la insomne luna,
Que en la niebla escarmenada
Ha establecido su cuna,
Con su cara demacrada
Parece á lo lejos una
Chrisantema nickelada.
....
....
¡Oh, si tú, mi eterna ausente
Estuvieras á mi lado
En esta noche silente......!
¡Si tu rostro inmaculado
En mi hombro, languidamente
Estuviera reclinado.........!
....

Antenor Lescano.

Octubre de 1896.

AMOR DE POBRE.

Bien sabe Dios si le costó apuros y sacrificios poder comprar un ramillete y regalárselo á la aplaudida actriz en la noche de su beneficio. Para ello el pobre diablo se impuso, durante tres meses, todo género de privaciones. Suprimió un plato del frugal almuerzo que le llevaban á la oficina, dejó de fumar y de tomar café, vendió su traje negro, empeñó el último colchón de su cama y pidió dinero prestado á sus amigos. La falta de alimentos y los insomnios producidos por el amor que le devoraba, le adelgazaron de tal manera, que parecía un esqueleto viviente.

Pero estaba contentísimo porque al fin pudo comprar el ramillete (un ramillete de 30 pesos). Cuando la florista, al entregárselo, le dijo: "No se han hecho mejores," creyó volverse loco de placer. Dirigióse al teatro, tropezando con todo el mundo, y después de colocar entre un grupo de rosas y en el sitio más visible el billete amoroso en cuya redacción agotó todos sus recursos imaginativos, puso el obsequio en manos de la portera, á la que dió tres pesos para que desempeñara con el mayor celo la delicadísima misión.

Desde aquel instante la fiebre de la impaciencia le quitó el apetito, el sueño y las ganas de trabajar. Todas las noches iba al teatro y con acento tembloroso, hacía una pregunta, que era contestada con un *no* desconsolador. La primera noche no le causó extrañeza la falta de contestación á su misiva; pero la segunda sufrió mucho y á la tercera tuvo que apoyarse para no caer.

Alejóse de allí con la cabeza inclinada sobre el pecho, con los ojos preñados de lágrimas.........La pasión le había convertido en un niño. Caminó á la ventura, haciendose tristísimas reflexiones. ¿Cómo era posible que ella no se hubiese conmovido al leer la larga relación de esperanzas y martirios que él trazó nerviosamente en una de sus noches de insomnio? Por otra parte, ¡pedía tan poca cosa!......Una frase de simpatía; un "No desespere usted" era lo único que solicitaba en premio á sus padecimientos de tantos meses. No acceder á esta súplica era el colmo de la crueldad.

Se arrepintió inmediatamente de haber hecho una apreciación tan injusta. ¿Qué derecho tenía él para sacrificar de ese modo el silencio de la mujer idolatrada? Si no le había contestado, ya le contestaría. ¡Aunque sólo fuera por misericordia! ¡Con qué gozo iba á abrir la carta! Porque era indudable que aquella noche era la última noche de incertidumbre.

—Me da en el corazón que mañana me contesta—murmuró entre dientes—y que se compadece de mí y que se decide á alentar mis ilusiones......... ¡Su bondad debe ser tan grande como su hermosura!

Halagado por ideas tan consoladoras, sin pensar siquiera en que estaba tan flaco, pobre y hambriento, irguió la frente, miró á un lado y á otro para orientarse; y emprendió sonriendo el camino de la humildísima casa en donde le esperaban un cuarto frío y destartalado, un lecho duro y una nueva noche de martirio. De pronto, al atravesar por una plaza, fijóse casualmente en el puesto de una florista, de una de esas floristas que ofrecen á precios insignificantes en los cafés de segundo y tercer orden las flores revendidas por las porteras y las doncellas, cuando sus amas se las dan para que las arrojen al basurero.

El pobre diablo no pudo reprimir un grito de angustia. Estropeado y envuelto con otra porción de ramilletes mústios como él, estaba el que costó tres meses de sacrificios horribles.

Lo reconoció en seguida y lo compró con su última peseta. De los ojos de aquel infeliz brotaron abundantes lágrimas, cuando vió entre un grupo de rosas el billete amoroso en que relataba todas sus esperanzas y todas sus penas.

¡La aplaudida actriz ni siquiera se había dignado leerlo!

Catulo Mendez.

Un libro, un hombre, se resumen en cinco páginas y estas cinco, en cinco líneas.

H. Taine.

Hay dentro de nosotros, cuando queremos elevarnos, algo que nos tira hacia abajo.

Alejandro Dumás.

El mundo contemporáneo es una fábrica de medianías.

P. Bourget.

La alegría de la Muerte.

Nuestra Señora la Muerte sentíase profundamente malhumorada. Durante toda la noche había errado de un lado al otro del cementerio, paseando su manto blanco á lo largo de las avenidas, haciendo chocar los huesos de sus manos y mirando con sus miradas profundas y sin expresión las blancas filas de sepulturas. Se detenía ante los túmulos suntuosos, plegando sus labios secos con macábrico gesto, y los observaba sintiéndose llena de satisfacción al considerarse la dueña de todo lo creado, la Soberana derramadora de lágrimas, el terror del pobre mundo, la grande, la Todopoderosa.

A lo lejos de la ciudad se levantaba luminosa polvareda; la malhumorada la veía fríamente, preguntándose si todos cuantos la habitaban podrían fácilmente caber en su tenebroso dominio y extendía su vista sobre las campiñas que lo rodean pensando en cubrirlas de muertos y en la tierra que apagaría el brillo de la ciudad.

Al amanecer se puso en marcha, razonando silenciosa: «Su descontento era grande; los tiempos eran malos; durante todo el año ninguna epidemia que la llenara de ocupación, librándola del roedor fastidio. Para alimentar á sus gusanos, para nutrir la voraz tierra, había tenido que ir de un lugar á otro, acechando, sitiando, sacudiendo á los enfermos, poniendo el revólver ó el veneno en manos de los débiles y los desesperados, afligiendo madres, teniendo que ahogar las súplicas y que apartar bruscamente los brazos defensores de las vidas amadas.

En su irritación se proponía trabajar duro y poblar toda una avenida del camposanto, que en sus nocturnos paseos le disgustaba por hallarse virgen de despojos humanos.

En la primera casa que acertó á distinguir penetró fieramente como Señora y Reyna, encontrándose á un anciano, lo que la llenó de despecho, aumentando su criminal impaciencia y su fastidio. Los cabellos blancos le hacen pensar en la nieve y en el frío de sus cementerios. Las arrugas, los rostros ajados, la recuerdan su existencia vieja ya como el mundo. Ella busca sobre todo los rostres jóvenes, los cuerpos fuertes, los séres que harán falta y sobre los que el llanto dejará su humedad.

El anciano sintió que en él pasaba algo de anormal; su cabeza y sus miembros se entorpecían, sus piés se enfriaban, se turbaba su vista y un inmenso terror lo invadía; alarmado pidió á gritos el auxilio de un médico. La muerte exasperada ahogó el grito, rompió el hilo que á la vida lo sujetara y se alejó impávida.

«Decididamente—se decía al salir—soy demasiado buena y por lo mismo demasiado estúpida. Llevarme un viejo que unos meses más tarde hubiera ido por sí solo, librarlo de una vida que sólo es un peso, un constante temblor, una ruina!...... no, decididamente he sido demasiado buena y es preciso vengar la torpeza.

Un poco más léjos llamó su atención una pequeña casa, en la que todo parecía sonreir; las cortinas eran claras, las rejas recien pintadas mostraban las manchas vivas de las enredaderas, una de esas casas que atraen y seducen la vista del transeunte. «Bonito nido, murmuró la visitante, ya lo veremos dentro de una hora,» y entrechocando los huesos de sus manos se entró directamente á un cuarto donde parecí. elevado como un trono un inmenso lecho. La esposa dormía sonriendo á un hermoso sueño. La muerte tocó sus desnudos y bien torneados brazos, haciendola estremecerse de frío, oprimió ligeramente el cuello para provocar una poca de ansiedad, le dió tiempo para llamar, vió con placer que todo el mundo se alarmaba, rió de las carreras, de los frascos traídos, prolongó sus frías caricias é hizo profunda reverencia acompañada de horrible mueca al médico que entraba precipitadamente. Volvió á oprimir con más fuerza, acercó su boca infecta y helada para aspirar el aliento de su víctima, paseó sus dedos fríos por el hermoso cuerpo, le estrujó el corazón, y cuando se hubo cansado, cuando vió la desolación en todos los rostros, oprimió más y más, aspiró con más fuerza el aliento, jugando con esa vida como juega el gato con el ratón, y al fin se alejó impasible, sonriendo al coro de lamentos que tras sí dejaba.

Fué luego una larga sucesión de asesinatos; por donde quiera que pasaba dejaba ventanas cerradas, casas donde las abandonadas se miraban con hurañas miradas sin atreverse á hablar, largas letanías de rezos entrecortadas por sollozos; y á las cuatro de la tarde, algo atormentada por tanto lamento, se introdujo en el cuarto de un cansado.

Este la esperaba, la llamaba con insistencia y ella, despues de tantos crímenes quiso descargarse un poco ejecutando una obra laudable.

Ahí fué recibida como una Redentora, los dedos fríos, largos y duros como tenazas, parecieron suaves y blandos; el rostro ajado, la mueca espantosa, tomaron la forma de un rostro joven y piadoso, llegando como una amada á imprimir el beso sagrado; el manto humedo, el sudario medio desgarrado, parecían ligera gasa velando un cuerpo muchas noches soñado y deseado en todas las horas de desfallecimiento.

Las bendiciones que ahí recibió la disgustaron, y cuando buscaba á quien llevar consigo se encontró un médico.

Ah! señor Doctor! apresurados vamos, sin duda será para arrebatarme algun pensionario, vuestra ciencia es tan grande, tan omnipotente, prodigais tanto la salud y la vida, que yo, pobre muerto, necesito de vos, y diciendo esto, maltrataba al sabio que muy ocupado con las muertes de los otros apenas si se ocupaba de la suya; con prisa penetró á una botica, pidió agua y polvos, pero cuando se disponía á usarlos la disgustada dueña del cementerio le ahogó de un seco y formidable manotazo.

En la noche, antes de volver al cementerio, una gran iluminación la atrajo y entró lentamente á un circo. Como buen tirano, el goce de los otros la ofendía, le estorbaba; le parecía que la despojaban, y las luces, la orquesta, las risas y el brillo de los colores la sacaron fuera de sí. Consolóse sin embargo, al pensar que todos, absolutamente todos, le pertenecían, lo mismo los alegres que los fastidiados, los inteligentes que los estúpidos, los poderosos, que los miserables; todos eran suyos, todos eran carne que engordaría á sus gusanos; sólo tenía que extender la mano ó soplar un poco fuerte para interrumpir la risa ó evitar el aplauso, sin que nadie, absolutamente nadie pudiera librarse de su yugo. Adiós rostros jóvenes, rostros hermosos, adiós, corazones inflamados y seres venturosos!, ninguno de vosotros pensais que sois míos y solo mios; reflexionais, os movéis, hacéis ruido y por eso vuestra vanidad os hace creeros dueños de vosotros mismos.

Ah! pobres locos! yo sola soy vuestro dueño, me pertenecéis desde el principio de los siglos y me perteneceréis hasta que mis huesos se rompan bajo las ruinas del Universo. Reíd, reíd, haced las muecas que en mí causan espanto, el hilo de vuestra vida está en mis manos, pobres marionetas, representad vuestra comedia hasta que la rompa y os deje caer sobre el tablado de un ataud.

Vino á interrumpir el amenazante monólogo la aparición de un payaso blanco como ella; hacia gestos irónicos y parodiaba el dolor de una pasión no correspondida; en su ancho traje de bordado había dejado calaveras haciendo gestos. "Ola! esclamó la fúnebre espectadora, ola! conmigo juegas y el dolor paraliza amiguito mío: yo contendré tus risas y te haré ver el dolor,» y saliendo fué derecho á la casa del *clown*.

Bebé, el niño que alegraba el hogar con lo sonoro de sus risas y la constante movilidad de su pequeño cuerpo, dormía descansando de sus innumerables carreras y su eterno charlar. Sobre su rostro caía el resplandor de una lámpara azul. *Bebé* dormía risueño, los diminutos puños cerrados, y el aire satisfecho. La criminal se detuvo un momento; aunque no quería confesárselo, sentía debilidad, algo así como remordimientos de arrancar un angel tan hermoso, de cambiar sus nunca quietas facciones por las líneas inalterables y su constante bullicio por el eterno silencio. Pensó en los besos y en las caricias que recibiera diariamente, en las carcajados que el padre tenía que arrancar á su humor no siempre riente para rodear de cuidados al niño, y casi estuvo por retirarse. Su debilidad la detuvo, llevó un dedo á su frente y miró de nuevo al niño: «Vamos—se dijo—es que por casualidad me volveré compasiva? No, mi honor no lo permite.» Y comenzó la obra.

Esta, que al parecer era sencilla, no lo fué tanto. La madre acorazaba al niño, lo defendía, lo resguardaba, lo cubría con su cuerpo para evitar los abrazos de la cruel.

Cuando sentía que los pequeños miembros se helaban, ella les daba su calor y cuando la respiración era difícil, ella le daba su propio aliento.

Fué una hora de ansiedad; á veces, los dedos fríos tocaban la fina piel, pero la madre removía á la criatura haciendo circular la sangre, y la vida volvía lenta, los pequeños ojos se abrían pequeños y húmedos, la cabecita pálida encerrada en su marco de cabellos rubios, recobraba vida, hasta que algunos minutos después los dedos tocaban de nuevo y el frío volvía y la palidéz era más grande.

La lucha duró varías horas, la madre no se cansaba nunca y la muerte se indignaba. Hubo un momento en el que pensó llevársela tambien, pero entónces no habría dolor y el triunfo no sería completo.

Al fin venció, cuando la madre se apartó un momento dejando descubierto un poco el cuerpecito.

El honor de la muerte, estúpido como el honor de loshombres, habíadado muerte á *Bebé*.

Al día siguiente sus víctimas llegaron una después de otra. Ella las recibía ceremoniosamente, les rendía todos los honores, aceleraba á los sepultureros, hacía remover la tierra y sonar las campanas. Vino el ataud de la desposada cubierto de flores llenas de frescura y de vida; singular ironía, propía de todo funeral! Vino el niño en su caja pequeña, blanca, acolchonada como un lecho; vinieron el viejo, el jóven, y los otros, siendo colocados á pequeñas distancias en la avenida un día antes desierta y llena ahora de fosas. Vinieron los dolientes, rostros afligidos y sinceros, rostros indiferentes é imbéciles, rostros de ocasión como los trajes que llevaban, como las palabras que decían. Las cajas desaparecieron, las flores murieron bajo las paletadas de tierra, las lágrimas se secaron y de nuevo reinó el silencio.

Esa noche, la luna brilló con todo su esplendor. Cerca del cementerio los perros ladraban; á lo lejos, la ciudad mostraba sus millares de puntos luminosos, brillando como estrellas en cielo obscuro, y el viento mecía las ramas que dan sombra á los lechos adonde nunca llega el calor. La muerte se paseó á lo largo de las tumbas llenas de silencio; abría las recién cubiertas y se alegraba viendo el cuerpo puro, el cuerpo joven de la desposada, que un día antes dormía sobre brazos amados, amarillento, con manchas azuladas y siendo pasto de gusanos, y observaba atenta las partes en que abundaban más; iba al niño, y desbarataba los cabellos que caían á lo largo del rostro color de cera, palpaba las manecitas que antes removieran todo, meneaba los cuerpos, se embriagaba con su olor é indiferente se alejaba, acosada otra vez por el soberano fastidio.

Pero su gran satisfacción, su mayor, goce era pensar que si todos esos seres le pertenecían físicamente, por completo le pertenecerían un mes, un año, dos años después, cuando el olvido los arrancara de las memorías queridas; y la muerte se retiró. Su día no era del todo malo.

Bernardo Couto Castillo.

Octubre de 1896.

AMOR ETERNO.

[Rima de Becquer no incluida en sus versos.]

Podrá nublarse el sol eternamente,
Podrá secarse en un instante el mar,
Podrá romperse el eje de la tierra
Como un débil cristal.
¡Todo sucederá! Podrá la muerte
Cubrirme con su fúnebre crespón,
Pero jamás en mí podrá apagarse
La llama de tu amor.

Adelina Patti.

[De una de sus mejores fotografías.]

¿Por qué Adelina Patti ha conservado siempre su hermosura y la frescura de su tez? Porque siempre ha usado la famosa Crema Rosada Adelina Patti.

Impresiones de Otoño.

¡Adios!

Terminado el almuerzo entreteníanse los dos amigos en mirar desde las ventanas del café, la gente que á la sazón discurría por el boulevard.

Parecían embargados por esa dulce melancolía, que en los caracteres soñadores suelen producir las noches de otoño.

—¡Cómo envejecemos! dijo uno de ellos, suspirando profundamente.

—En otro tiempo, en tardes parecidas, sentíame yo masanimado. Hoy sólo me quedan los recuerdos.

Quién así hablaba era un hombre de unos cuarenta años, de fisonomía símpatica y bastante grueso.

Su compañero tenía alguna más edad y no menos carnes, pero demostraba mejor humor.

—¡Ay, amigo! decía; yo envejezco sin enterarme de ello, y estoy siempre alegre, encontrándome fuerte y vigoroso. Cuando uno se mira todos los días al espejo, no advierte las modificaciones que en el rostro imprime la mano destructora del tiempo. Esta sólo es la causa de que no se muera uno de tristeza á los dos ó tres años de comenzar la ruina.

Para darse cuenta de tales estragos, hay que permanecer seis meses sin contemlparse al espejo. ¡Entonces, sí que causa efecto!

—¿Pues y las mujeres? ¡Cómo las compadezco! Toda su felicidad, todo su poder, toda su vida, estan en una belleza que dura diez años.

—Yo envejecí sin darme cuenta. Cuando me juzgaba poco más que un adolecente, iba á entrar en los cincuenta años. Sin embargo, no sentía enfermedad alguna, y vivía felíz y tranquilo.

La revelación de mi decadencia túvela de un modo terrible, al par que sencillo, y me causó una impresión que duró más de seis meses. Después hallé resignación bastante para transigir casialegremente con la verdad amarga. Como casi todos los hombres, he estado enamorado con frecuencia, durante mi juventud; pero sólo una vez me enamoré deveras.

Era muy hermosa aquella mujer.

Conocíla en Etretat, á orillas del mar, poco después de la guerra.

No puede darse playa más linda que aquella. Pequeña, en forma de herradura, rodeada de caprichosos acantilados que penetran gran trecho en el mar, parece escena encantadora y digna de las hermosas mujeres, vestidas con colores claros, que por allí circulan y conquistan á los turistas. El sol ilumina el brillante cuadro, reflejándose en aguas de verdoso azul.

Los curiosos siéntanse cerca del agua con el objeto de contemplar á las bañistas que bajan envueltas en elegantes y amplias capas, arrojándolas luego con gracioso movimiento, para sumergir en las olas hirvientes las carnes pulidas, con dulces escalofrios y estremecimientos de placer.

Allí puede juzgarse la belleza con verdadera exactitud, pues se examina á la mujer desde los pies á la cabeza, sobre todo á la salida del baño.

La primera vez que ví á AQUELLA, me quedé embelesado. Hay rostros cuyo encanto entra en nosotros tan bruscamente, que la impresión producida nos desvanece. Cuando los encontramos, parece que hemos dado con la mujer que debemos amar. Yo, por lo menos, experimenté entonces aquella sensación.

Híceme presentar, y muy pronto comprendí que aquella mujer había herido mi corazón.

Sufrir el dominio de una mujer es una cosa horrible, al par que celestial. Es más que un suplicio, y parece á la vez una felicidad increíble.

Su mirada, su sonrisa, los cabellos que agitaba sobre su frente la brisa, los menores movimientos de su cuerpo, me enajenaban, me trastornaban, me enloquecían.

Habíame dominado con sus gestos, con sus actitudes, hasta con las cosas que usaba y que á mí me parecían hechiceras.

Enternecíame con sólo ver su velo sobre una silla ó sus guantes sobre un velador. Sus vestidos parecíanme inimitables. Ninguna otra mujer llevaba sombreros como aquellos.

Estaba casada, y su esposo iba á verla todos los sábados, para marcharse los lunes; pero esto me importaba poco. No sé por qué no sentía celos; jamás sér alguno me había parecido tan poco digno de atención como aquel hombre,

¡Cómo adoraba yo en aquella mujer!

¡Qué hermosa era!

Creía vinculadas en ella la gracia y la elegancia! Nunca como entonces he comprendido que la mujer es un sér delicado, lleno de encantos.

Jamás había comprendido lo que hay de seductor en la curva de una mejilla, en el movimiento de unos labios, en los menudos pliegues de una oreja, en la forma de una nariz.

Esto duró tres meses. Después partí para América desesperado, guardando en la memoria un dulcísimo recuerdo.

Siguió poseyéndome de lejos, como me había poseído de cerca, sin presumirlo ella tal vez.

Pasaron los años, pero no trajeron el olvido. Su encantadora imagen permanecía siempre ante mis ojos y en mi alma. Mi ternura le era fiel. Su recuerdo era para mí el mejor y el más hermoso que había encontrado en mi vida.

***

¡Qué poca cosa son doce años en la existencia de un hombre! Deslízanse lenta y dulcemente. Se suman con tal rapidez, dejan tras de sí huella tan breve y se desvanecen tan pronto, que al volver la vista atrás no se comprende cómo ha venido la vejez. Parecíame que sólo algunos meses me separaban de aquella deliciosa temporada de Etretat.

Durante la primavera última fuíme á la «Maison-Laffite» para comer con unos amigos. En el momento de partir el tren, subió á mi vagón una señora gruesa, acompañada de cuatro niñas. Dirigí una mirada distraída á las viajeras, y observé que la madre tenía una cara de luna llena, sirviéndole de marco un sombrero adornado con cintas negras.

Respiraba fuertemente, cansada del apresuramiento con que había tomado el tren.

Las niñas comenzaron á charlar. Yo abrí un periódico y me puse á leer.

Cuando pasábamos por Asnieres, díjome de pronto la dama:

—Dispense usted, caballero, ¿es usted el señor Garnier?

—Sí, señora.

Entonces ella comenzó á reir estrepitosamente, añadiendo cuando pudo dominar la risa:

—¿Usted no me conoce?

Vacile. Creí, en efecto, haber visto aquella cara. Mas, ¿dónde y cuándo?

No pudiendo salir de mi vacilación, dije al cabo:

—Sí, creo conocerla á usted; pero no recuerdo su nombre.

—¡La señora Julia Lefevre!

Jamás he recibido golpe semejante. Creí en aquel momento que todo había terminado para mí, y parecióme que se descorría un velo ante mis ojos para mostrarme cosas horribles. ¡Era ella! ¿Ella, aquella mujer casi vulgar? ¡No cabía duda! Las niñas que la acompañaban me asombraban tanto como la madre. Habíalas tenido después de haberla yo perdido de vista, y ya parecían pedir un puesto en la vida.

Creía haberla visto el día anterior, y sin embargo, ¡qué cambio tan grande! Sentí un dolor violento en el corazón, y protesté indignado contra la Naturaleza, reprochándole su obra de destrucción brutal.

Contemplábala azorado, sin saber qué decir. Le dí la mano, y al dársela sentí que las lágrimas acudían á mis ojos. Lloraba su juventud perdida, lloraba su muerte.

Ella también se sintió emocionada, y balbuceó con pena:

—He cambiado mucho, ¿verdad? ¡Qué quiere usted! todo pasa! Ahora sólo soy una madre. Todo lo demás ha terminado. Ya suponía yo que si nos encontrábamos no me reconocería. También usted está muy cambiado, me ha sido preciso observarle mucho tiempo para estar segura de no equivocarme. ¡Está usted lleno de canas! Ya se ve ¡Han pasado doce años! Mi hija mayor ya tiene diez.

Miré á la niña y encontré en su fisonomía algo de los antiguos encantos de la madre, todavía indecisos, casi sin forma......... ¡La vida me pareció tan rápida!

Llegamos á la «Maison-Laffite.» Besé la mano de mi vieja amiga, y me despedí. No había acertado á decírle más que futilezas.

Estaba demasiado conmovido al hablar.

Cuando me ví solo en casa, me contemplé largo tiempo en la luna del espejo, y acabé por recordar lo que había sido, viendo con el pensamiento mi bigote castaño, mi cabello negro y una fisonomía joven aún.......... Era ya viejo, y dije para mí: ¡Adios, hermosa juventud! ¡Adios!

Guy de Maupassant.

El Frontón.—Fiesta alegre.—Los nuevos pelotaris.

Gogorza. Alí menor. Alí mayor. La Vaca. Arana. Chiquito Aragonés.
Urcelay. Urvieta menor. Urvieta mayor. Ambrosio Iriondo. Aguirre. Mondragón. Guerrita.

LAS HOJAS SECAS.

El sol se había puesto: las nubes, que cruzaban hechas girones sobre mi cabeza, iban á amontonarse unas sobre otras en el horizonte lejano. El viento frío de las tardes de otoño arremolinaba las hojas secas á mis piés.

Yo estaba sentado al borde de un camino, por donde vuelven siempre menos de los que van.

No sé en qué pensaba, si en efecto pensaba entonces en alguna cosa. Mi alma temblaba á punto de lanzarse al espacio, como el pájaro tiembla y agita ligeramente las alas antes de levantar el vuelo.

Hay momentos en que, merced á una serie de abstracciones el espíritu se sustrae á cuanto le rodea, y replegándose en sí mismo analiza y comprende todos los misteriosos fenómenos de la vida interna del hombre.

Hay otros en que se desliga de la carne, pierde su personalidad y se confunde con los elementos de la naturaleza, se relaciona con su modo de sér, y traduce su incomprensible lenguaje.

Yo me hallaba en uno de éstos últimos momentos cuando solo y en medio de la escueta llanura oí hablar cerca de mí.

Eran dos hojas secas las que hablaban, y éste, poco más ó menos, su extraño diálogo:

—¿De dónde vienes, hermana?

—Vengo de rodar con el torbellino, envuelta en la nube del polvo y de las hojas secas nuestras compañeras, á lo largo de la interminable llanura. ¿Y tú?

—Yo he seguido algún tiempo la corriente del río, hasta que el vendabal me arrancó de entre el légamo y los juncos de la orilla.

—Y ¿á dónde vas?

—No lo sé, ¿lo sabe acaso el viento que me empuja?

—¡Ay! ¿Quién diría que habíamos de acabar amarillas y secas arrastrándonos por la tierra, nosotras que vivimos vestidas de color y de luz meciéndonos en el aire?

—¿Te acuerdas de los hermosos días en que brotamos; de aquella apacible mañana en que, roto el hinchado botón que nos servía de cuna, nos desplegámos al templado beso del sol como un abanico de esmeraldas?

—¡Oh! ¡Qué dulce era sentirse balanceada por la brisa á aquella altura, bebiendo por todos los poros el aire y la luz!

—¡Oh! ¡Qué hermoso era ver correr el agua del río que lamía las retorcidas raíces del añoso tronco que nos sustentaba, aquel agua limpia y transparente que copiaba como un espejo el azul del cielo, de modo que creíamos vivir suspendidas entre dos abismos azules!

—¡Con qué placer nos asomábamos por cima de las verdes frondas para vernos retratadas en la temblorosa corriente!

—¡Cómo cantábamos juntas imitando el rumor de la brisa y siguiendo el ritmo de las ondas!

—Los insectos brillantes revoloteaban desplegando sus alas de gasa á nuestro alrededor.

—Y las mariposas blancas y las libélulas azules, que giran por el aire en extraños círculos, se paraban un momento en nuestros dentellados bordes á contarse los secretos de ese misterioso amor que dura un instante y les consume la vida.

—Cada cual de nosotras era una nota en el concierto de los bosques.

—Cada cual de nosotras era un tono en la armonía de su color.

—En las noches de luna, cuando su plateada luz resbalaba sobre la cima de los montes, ¿te acuerdas cómo charlábamos en voz baja entre las diáfanas sombras?

—Y referíamos con un blando susurro las historias de los silfos que se columpian en los hilos de oro que cuelgan las arañas entre los árboles.

—Hasta que suspendíamos nuestra monótona charla para oír embebecidas las quejas del ruiseñor, que había escogido nuestro tronco por escabel.

—Y eran tan tristes y tan suaves sus lamentos que, aunque llenas de gozo al oírle, nos amanecía llorando.

—¡Oh! ¡Qhé dulces eran aquellas lágrimas que nos prestaba el rocío de la noche y que resplandecían con todos los colores del íris á la primera luz de la aurora!

—Después vino la alegre banda de gilgueros á llenar de

La Diosa del Otoño.

[Grabado en los talleres de "EL MUNDO"]

vida y de ruidos el bosque con la alborozada y confusa algarabía de sus cantos.

—Y una enamorada pareja colgó junto á nosotros su redondo nido de aristas y de plumas.

—Nosotras servíamos de abrigo á los pequeñuelos contra las molestas gotas de la lluvia en las tempestades de verano.

Nosotras les servíamos de dosel y los defendíamos de los importunos rayos del sol.

—Nuestra vida pasaba como un sueño de oro, del que no sospechábamos que se podría despertar.

—Una hermosa tarde en que todo parecía sonreir á nuestro alrededor, en que el sol poniente encendía el ocaso y arrebolaba las nubes, y de la tierra ligeramente húmeda se levantaban efluvios de vida y perfumes de flores, dos amantes se detuvieron á la orilla del agua y al pie del tronco que nos sostenía.

—¡Nunca se borrará ese recuerdo de mi memoria: Ella era joven, casi una niña, hermosa y pálida. El le decía con ternura:—¿Por qué lloras? Perdona este involuntario sentimiento de egoísmo, le respondió ella enjugándose una lágrima; lloro por mí. Lloro la vida que me huye: cuando el cielo se corona de rayos de luz, y la tierra se viste de verdura y de flores, y el viento trae perfumes y cantos de pájaros y armonías distantes, y se ama y se siente una amada, ¡la vida es buena!—¿Y por qué no has de vivir? insistió él estrechándole las manos conmovido.—¡Porque es imposible! Cuando caigan secas esas hojas que murmuran armoniosas sobre nuestras cabezas, yo moriré tambien, y el viento llevará algún día su polvo y el mío ¿quién sabe á dónde?

Yo lo oí y tu lo oíste, y nos estremecimos y callamos. ¡Debíamos secarnos! ¡Debíamos morir y girar arrastradas por los remolinos del viento! Mudas y llenas de terror permanecíamos aún cuando llegó la noche. ¡Oh! ¡Qué noche tan horrible!

—Por la primera vez faltó á su cita el enamorado ruiseñor que la encantaba con sus quejas.

A poco volaron los pájaros, y con ellos sus pequeñuelos ya vestidos de plumas; y quedó el nido sólo columpiándose lentamente y triste, como la cuna vacía de un niño muerto.

—Y huyeron las mariposas blancas y las libélulas azules, dejando su lugar á los insectos oscuros que venían á roer nuestras fibras y á depositar en nuestro seno sus asquerosas larvas.

—¡Oh! ¡Y cómo nos estremecíamos encogidas al helado contacto de las escarchas de la noche!

—Perdimos el color y la frescura.

—Perdimos la suavidad y las formas, y lo que ántes al tocarnos era como un rumor de besos, como murmullo de palabras de enamorados, luego se convirtió en áspero ruido, seco, desagradable y triste.

—¡Y al fin volamos desprendidas!

—Hollada bajo el pié del indiferente pasajero, sin cesar arrastrada de un punto á otro entre el polvo y el fango, me he juzgado dichosa cuando podía reposar un instante en el profundo surco de un camino.

—Yo he dado vueltas sin cesar arrastrada por la turbia corriente, y en mi larga peregrinación ví, solo, enlutado y sombrío, contemplando con una mirada distraída las aguas que pasaban y las hojas secas que marcaban su movimiento, á uno de los dos amantes cuyas palabras nos hicieron presentir la muerte.

—¡Ella también se desprendió de la vida y acaso dormirá en una fosa reciente, sobre la que yo me detuve un momento.

—¡Así! Ella duerme y reposa al fin, pero nosotras ¿cuándo [illegible] este largo [illegible]

—[illegible] Ya el viento que nos dejó reposar un [illegible] vuelve á soplar, y [illegible] para [illegible] de la tierra y seguir [illegible] ¡Adios, hermana!

—¡Adios!

[illegible] el aire que había permanecido un momento callado [illegible] las hojas se levantaron [illegible] perdiéndose [illegible] entre las tinieblas de la noche.

Y yo pensé entonces algo que no puedo recordar, y que, aunque lo recordase, no encontraría palabras para decirlo.

Gustavo A. Bécquer.

El frontón.—Fiesta alegre.

LOS NUEVOS PELOTARIS.

Ahora que el pelotarismo cunde en México de una manera nunca vista, ha despertado gran entusiasmo entre los aficionados que tres veces á la semana, cuando menos apuestan á los *colorados* ó á los *azules*, la llegada de los nuevos pelotaris contratados por la empresa del *Jai Alai* para este nuevo frontón que se inaugura hoy.

Vienen tales nuevos justadores, precedidos de cierta fama, van á competir con pelotaris reconocidos como hábiles y firmes, es difícil prever quienes triunfen en el favor del público, triunfo que, por lo demás, será relativo, pues la gran afición que hoy por hoy se ha afirmado en los *sportmen* de esta Capital, hace creer que para ambos frontones habrá concurrencia.

El *Jai Alai* es un magnífico edificio situado en la colonia de Tecoac, antiguo paseo de Bucareli y hoy calle Sur núm. 12.

La empresa ha abierto un abono de 10 funciones, que según dijimos, se inaugura hoy.

Si queréis que un hombre viva, dejad vivir en él la esperanza.

Emilio Zolá.

La exageración es la mentira de las personas honradas.

José de Maistre.

UNA APARICION INESPERADA.

1 2

3 4

Informaciones curiosas.

EL TELEFONO PERIODICO.

Según el *Dinglers Polytechnisches Journal*, de Budapesth, dentro de algunos años el periódico impreso será ventajosamente sustituido por el «periódico hablado,» ó «teléfono periódico,» á juzgar por los ensayos hechos recientemente con éxito maravilloso.

Aunque á los americanos corresponde la idea, á los húngaros les cabe la satisfacción de haberla llevado á la práctica.

El teléfono-periódico es muy semejante en principio al teatrófono. Un redactor lee en voz alta las últimas noticias, en un salón central, de donde parten multitud de líneas telefónicas que llevan la palabra al propio domicilio de los suscritores.

No se crea que las noticias se trasmiten en desórden. El teléfono-periódico es metódico.

A cada hora le corresponde su información particular.

Por la mañana, á las nueve, se comunican los telegramas recibidos durante la noche; después, á horas fijas, el santo del día, los espectáculos, los sucesos, la lista de viajeros que han llegado ó salido de la capital, las noticias oficiales, los cultos, la información política, las críticas de teatros, los descubrimientos científicos, y por último, el *leader* ó artículo de fondo.

A las once llegan las noticias de provincias y del extranjero, las militares, las políticas y las de corte.

Por la tarde las audiciones de la camara. Los suscritores pueden oír los discursos de los diputados y apreciar por sí mismos las cuestiones que discuten.

La medicina jusgada por un médico

Desde Moliere, pasando por Vicente Espinel ó Lesage, hasta Guy Patín León Daudet y el doctor Schweninger, no han faltado censores agrios de la medicina, que acribillada de epígramas sigue su camino con la lentitud de todo lo que se arrastra con vacilaciones atáxicas.

La mayoría de los médicos que han escrito contra la ciencia que profesan, han preferido llevarla al anfiteatro para destrozarla, mejor que contar sus excelencias en libros repletos de doctrina y de pruebas documentales.

Hoy es uno de los médicos más eminentes de Europa el que no vacila en hacer pública ostentación de su escepticismo respeto de la ciencia de curar. Tratáse del célebre doctor Schweninger, el propio médico del príncipe de Bismark.

Con motivo de la Exposición nacional que se celebra en Berlín, el doctor Schweninger ha dado una conferencia sobre la medicina, que ha producido sensación en toda Alemania.

El doctor no se ha molestado en exponer largas y eruditas consideraciones acerca de los recientes descubrimientos de la terapéutica, como lo hubiera hecho un debutante, sino que lo ha englobado todo en el mismo desprecio irónico, considerándolo de igual valor.

La higiene misma, la sacrosanta higiene, que en nuestras sociedades se ha elevado á la categoría de una religión, es mirada por el doctor Schweninger con sonrisa burlona. A los que tienen mal estómago les aconseja que coman lo que mejor digieran, y á los que lo tienen bueno les manda comer lo que apetezcan.

«Evitad— dice— cuanto os sea posible el caer enfermos, y si tenéis la desgracia de enfermar, esperad con resignación á que todo pase»

Para las personas que encontraran esas prescripciones demasiado concretas, añade discretamente que el mejor medio para estar bueno es guardarse con cuidado de los especialistas y de los farmaceúticos.

En cambio el doctor Schweninger cree en la influencia nefasta del corsé sobre la salud de las mujeres y del sombrero sobre la de los hombres, cuyos cabellos hace caer. El desarrollo de la calvicie en los pueblos civilizados no tiene otro origen. El cráneo se desnuda porque está privado de aire:

Ahora bien: Bismark cree á pies juntillas todo lo que dice su médico, quien siempre habla con franqueza delante del enfermo: mis lectores pueden hacer lo que mejor les parezca, siguiendo ó no los consejos del doctor.

EL MUNDO.

TOMO II | MEXICO, DOMINGO 18 DE OCTUBRE DE 1896. | NUMERO 16

La corbeta "Zaragoza" en el Japón.

Ataque simulado en la bahía de Yokohama.——Cañones de babor y estribor en el momento del disparo.

"EL MUNDO."
SEMANARIO ILUSTRADO.
Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.
MÉXICO.
Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.
Todo pago debe ser precisamente adelantado.
REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

Progreso en las ideas administrativas.

Una de las causas que más poderosamente han influido en el desarrollo de los elementos vitales de la República, radica en el progreso operado en el conocimiento y aplicación de la ciencia administrativa. En otros tiempos, el gobierno participaba de los vulgares errores sostenidos por una buena parte de la opinión, y sus procedimientos se adaptaban á las ideas dominantes en el medio ambiente. De ahí surgió una multitud de medidas y disposiciones que aparecen en las páginas de nuestra historia como una serie de vergüenzas nacionales.

¿A qué se debe si no á este fenómeno, la implantación del sistema *prohibicionista*, el establecimiento del *banco de avío* y todos los demás yerros económicos, hechos sancionados y aplaudidos por la mayoría de la nación? Para romper con este pasado, ha sido indispensable un grado de cultura superior al del criterio general; se ha necesitado, á ocasiones, pasar por encima de este criterio, contrariarlo y reprimirlo, para que no sirviera de obstáculo á la obra de la consolidación del país.

En la actualidad, á cada crisis que se produce en nuestro organismo, aparece un *salvador de la República* con su *proyecto* debajo del brazo, y lo recomienda al gobierno como único camino de salvación. Si á dar cuenta fuéramos de los proyectos que se han exhibido en público con motivo de la depreciación de la plata, piedra de toque de todos nuestros debates, llenaríamos un grueso volumen y algunos para hacer su crítica.

Afortunadamente la administración no se ha preocupado por este enorme fárrago de disparates que se la ha invitado á poner en obra, y su superior criterio se ha manifestado en momentos en que todo el mundo parecía haber perdido la cabeza. Su resistencia es una prueba patente de avance en las ideas.

Y la labor ha sido ruda: una enorme oleada de prejuicios, apoyados en el sentimentalismo, en el delirio de grandezas, en los apasionamientos de la más desenfrenada patriotería, amenazaba ahogar con sus terribles embates aún á los espíritus más ilustrados, aun á los más firmes cerebros. Gobernar ha sido para la actual administración *resistir:* elevar una barrera que interceptara el paso á esta corriente que antaño arrastraba con su empuje al poder público, obligándolo á someterse á todas las torpezas, á todos los desaciertos que han informado la conciencia popular.

Cada viejo ensayo que se ha intentado por parte del poder público para dejar satisfechas las aspiraciones populares, ha traído consigo una larga serie de desdichas nacionales; cuando el error se deslizaba en el programa de un Ministro de Hacienda y pasaba á la categoría de ley, se traducía en un loco despilfarro para hacer surgir industrias exóticas, para dañar al consumidor cerrando las puertas á la producción extranjera, para intentar un crédito artificial tratado de crear á golpes de impuestos.... siniestra comitiva que desfiló por los anales de nuestra hacienda pública.

Y esta atingencia administrativa es tanto más digna de atención, cuanto que nos encontramos frente á un desbordamiento de desaciertos emanados de los gobiernos en los países más civilizados.

Al recorrer la información que revistas y periódicos extranjeros pone á nuestra vista, no puede reprimirse un movimiento de asombro: el socialismo de Estado frente al de las masas, el sistema protector más exagerado al lado del comunismo, loco y disolvente: tal es el programa adoptado por las clases superiores y trasmitido á los gobiernos por la fuerza de la presión social.

El progreso en las ideas administrativas nos ha salvado de caer en los mayores peligros, y de precipitarnos tal vez en el abismo del desprestigio, de la miseria y de la bancarrota.

El militarismo se va.

Recientes estadísticas lanzadas á la publicidad han hecho saber el actual efectivo de la fuerza armada de la República. Asciende el total de hombres que forman el ejército activo del país, á unos *veinte mil*, en números redondos, y esta cifra demuestra la exageración en que incurren algunos colegas al aseverar que nos encontramos en pleno período militar.

Si se compara esta cifra de 20 000 hombres con los 40,000, que hace algunos años constituían el ejército Nacional, se convendrá en que el viejo militarismo se aleja precipitadamente de nuestra estructura social.

Para una población de doce millones de habitantes repartida en una extensión de dos millones de kilómetros cuadrados, un ejército de 20,000 hombres no se puede traducir en un elemento militar bastante vigoroso sobre un pueblo de origen revolucionario. La proporción resulta de 0.16 por ciento sobre la población total, lo que dista mucho de ofrecer los lineamientos de un grupo humano organizado militarmente. El ejército francés es de 500.000 hombres, y la proporción de 1.38 por ciento. Es decir, que mientras que en México hay *un* soldado por todo grupo de 600 almas, en Francia hay *uno* por *setenta*.

Se nos pondrá como ejemplo los Estados Unidos; pero en la República del Norte cada ciudadano representa una unidad cooperativa en la tarea general de garantías sociales. En México, la función del ejército ha de ser necesariamente más enérgica y complexa que en la vecina república.

La cuantiosa reducción hecha al ejército, es un síntoma saludable para nuestro porvenir económico, que ha menester de todas las fuerzas de la nación para operar de acuerdo en el desarrollo de la riqueza pública. En la Secretaría de Guerra se encuentran vinculados grandes problemas políticos, sociales y económicos, y la importancia que este departamento ha tenido en la historia del país está concretada en la famosa frase de aquel hacendista de Santa-Ana; «*Busco dinero para que mi compañero* (el Ministro de la Guerra) *lo tire!*»

Las circunstancias han variado considerablemente, y á la gestión financiera que acusa un excedente en caja de seis millones de pesos, responde la decadencia del militarismo con una reducción de 20,000 hombres sobre su efectivo en no muy lejanos tiempos.

Hombres pacíficos ¡á defenderse!

Acaba de producirse un hecho que prueba la necesidad que tienen de armarse las personas pacíficas de la buena ciudad de México, si han de transitar por la vía pública. Un asalto en una de las principales calles de la población y á plena luz eléctrica, indica que todo transeunte se encuentra á merced del primer malhechor osado que se le atraviese en su camino.

El reglamento sobre portación de armas no ofrece grandes garantías, puesto que como sucede generalmente con disposiciones análogas, el interesado en no observar la ley es el que se apresura á burlarla. Las personas de carácter tranquilo, que no ven la necesidad social de equiparse en la capital de la República como si fuesen á recorrer el interior del Africa, se atienen al reglamento y como él significa molestias y pérdida de tiempo, se pasan sin la pistola.

Sin embargo, escenas callejeras que á cada vuelta de esquina sorprendemos, demuestran que todavía es conveniente la portación de armas, si no se quiere que los hombres honrados estén á merced de los criminales. Esto es triste, pero es una verdad y las verdades no están obligadas á ser alegres.

Esta necesidad de ir armado es aún más inminente cuando se trata de acompañar á una señora. Así se explica que la primera precaución de todo buen marido que desea pasear á su esposa, es ponerse un revólver en el bolsillo. Y de este modo, armado de revólver y de resolución, ya puede salir á la calle un honrado padre de familia.

Ya que nuestro estado social se encuentra tan cerca de las tribus bárbaras, no hay otra solución sino que los hombres pacíficos se decidan á perder su dulce carácter para defender su preciosa tranquilidad.

Política General.

RESUMEN.—**Otra vez el viaje del czar.—Su paseo triunfal por las capitales europeas.—Su inmediato resultado.—Siempre odios y rivalidades.—San Petersburgo por encima de todos.**

Ya cruzó por la asombrada Europa el Czar omnipotente; fué levantado sobre el pavés de la admiración en las capitales, y sahumado con el perfume de la lisonja en los palacios.

Los pueblos se prosternaron á su paso y los soberanos se inclinaron respetuosos á besar la mano consagrada del autócrata.

Todos veían que llevaba en los opulentos pliegues de su manto imperial, auras de paz y rayos de venganza, y nadie quiso ni remotamente despertar la cólera de su olímpica grandeza.

Las catedrales lo recibieron bajo palio como al ungido del Señor; los ejércitos lo saludaron con la voz atronadora de los cañones y las notas bélicas de sus bandas y *fanfarres* como al jefe soberano de innúmeras huestes; los municipios le levantaron arcos triunfales á la entrada de sus burgos, como al representante augusto de pueblos y naciones; y los habitantes de las aldeas, villas y ciudades que hallaba en su camino, salían á aclamarlo henchidos de entusiasmo rayano en casi ciega idolatría, como al monarca más poderoso que sustenta la tierra y que calienta el sol.

***

En Viena, el anciano Emperador, que ostenta sobre su cabeza con más orgullo la diadema de sus canas veneradas por sus amantes pueblos que la corona de hierro de San Estevan, corteja con paternal cariño al soberano moscovita, comparte con él la sal y el pan de las edades patriarcales, y no pretende lucir las pompas fastuosas de su material poder.

En las manifestaciones austro-húngaras hay franca cordialidad, *rara avis* entre las ceremonias cortesanas, no vana ostentación ante los poderosos de la tierra.

En Berlín, á la voz del impetuoso joven que lleva sobre sus hombros la inmensa responsabilidad de la unidad germánica, se puede observar el contraste que forman las palabras pacíficas, las frases de miel del Hohenzollern, con la pompa desplegada por la fuerza militar en las llanuras de Silesia.

Hasta parece que hay cierto dejo de humillación en la actitud devota que toma el monarca germánico ante el César de San Petersbugo; pero esta impresión se desvanece al recordar el carácter fogoso y avasallador de Guillermo II, que brilla en toda su magnífica impetuosidad, cuando se le ve dirigir las maniobras en los campos de de Breslau, tratando de deslumbrar á su colega augusto con la severa actitud de su lujoso y bien disciplinado ejército, muestra nomás de los potentes recursos militares de la secular Alemania, siempre dispuesta á embrazar la adarga, á ceñir el reluciente casco y á empuñar la poderosa lanza contra los enemigos de su indestructible unidad.

En Copenhague, la visita del Czar no tiene significación política ninguna, ni hace fruncir el entrecejo á los diplomáticos europeos que pretenden encontrar una amenaza en la mirada indiferente de cada soberano, ó creen vislumbrar un anuncio de paz en la sonrisa cortés que cruzó fugaz por sus augustos labios.

Dinamarca, que en un tiempo pesó en las decisiones de los Estados septentrionales, y dejó oír la voz de sus consejos en sus revueltos gabinetes, es ahora sólo abrigo de una dinastía patriarcal, donde el anciano rey Cristián goza dulcemente de la tranquilidad de sus cansados años.

La presencia de Nicolás II en el palacio real de los daneses, fué la de un hijo cariñoso que va á recibir en su corazón la ternura sin recelos de sus amantes padres.

En la alta Escocia donde reside la soberana del Reino Unido y Emperatriz de las Indias, fué de muy distinta significación la visita de los Emperadores Rusos.

En el castillo de Balmoral los esperaba con los refinamientos de la corte inglesa y la cordial acogida de la real familia, la sagacidad y astucia de Lord Salisbury, aprovechando la bella oportunidad que se le presentaba, para tratar de las añejos odios y viejas rivalidades que por tanto tiempo han dividido á los dos imperios que aspiran al dominio absoluto, en los dilatados territorios del Asia legendaria.

La muerte inesperada del príncipe de Lobanoff Rostowsky, enemigo tradicional del nombre inglés y de su preponderancia colonial, dió á esta entrevista mayor interés, dejando al joven Czar en poder de la experimentada diplomacia de los estadistas británicos.

Por fin, llegó el Autócrata de todas las Rusias á las hospitalarias playas de la República Francesa.

Sin las pompas y fastuosidades de las cortes europeas, sin las etiquetas á que se sujetan voluntariamente los soberanos de la tierra, el gobierno y el pueblo de la tercera república se han excedido en sus protestas de adhesión á su poderoso aliado, y han manifestado que apesar de sus leyes y sus hábitos democráticos, que han debido adquirir en veinticinco años de ejercicio republicano, no dejan todavía de prosternarse ante lo que brilla y resplandece, y si no toleran en su constitución el título de rey ó emperador, palpita en su conciencia el recuerdo de sus pasadas grandezas monárquicas, y se estremecen mal de su grado con la gloria del Rey-Sol y con la leyenda del caudillo de Ajaccio.

***

Dos cosas han resultado de la gira de los Czares, á través de los capitales de Europa, que á nadie extrañarán: La sumisión respetuosa con que las potencias contemplan todas al soberano moscovita, en quien miran al árbitro de sus destinos, en el período actual de sus luchas ocultas y manifiestas rivalidades, y el odio tradicional que aparta y aleja á Francia y Alemania.

En vano han pretendido encubrirlo bajo las fórmulas de la etiqueta cortesana. Las maniobras de Breslau se contestan con la gran parada en los Campos de Chalons. A los agasajos de Berlín responden con energía las ruidosas y nunca vistas manifestaciones de París.

¿Con qué objeto? Francia para publicar á son de trompetas la firmeza de una alianza en que apoya las aspiraciones de su *revancha;* Alemania para concitarse un apoyo de incalculable precio para rechazar extrañas ambiciones que rompan su unidad.

Lo demás que hayan tratado los políticos, aun queda cubierto por el sigilo de los manejos diplomáticos. Ya lo sabremos.

X. X. X.

14 de Octubre de 1896.

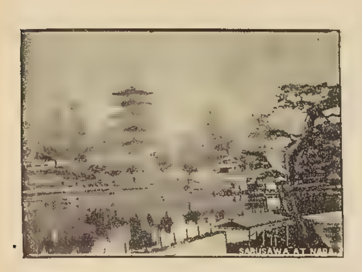
Nuestra próxima novela.

Desde el próximo número de nuestro semanario empezaremos á publicar una primorosa novela de Jorge Ohnet, el célebre autor del *Maestro de Forjas*, cuyas producciones son tan buscadas en México.

Lleva por título *Las Batallas de la vida.—La Inútil Riqueza*, y une á su interés palpitante la magia de un estilo verdaderamente cautivador.

Irá ilustrada con bonitos grabados.

Creemos que nuestros lectores ratificarán con su aprobación la elección que hemos hecho.



1

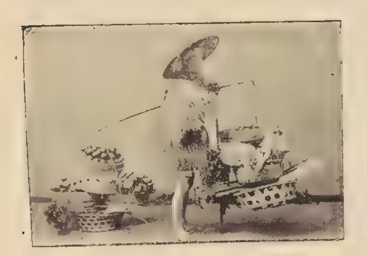
EL "ZARAGOZA" EN EL JAPON.

Un hermoso viaje por el país de las crisantemas.

El «Zaragoza» ha sido el hermoso judío errante de la Marina mexicana. En su sangre de brea parece llevar ese instinto de errar de clima en clima, de que habla Díaz Mirón. Ha surcado su leve quilla el tumultuoso Atlántico reposándose mansamente en las risueñas bahías españolas, francesas é italianas; ha errado por las inmensas aguas del Pacífico, visitando ese gran litoral que se extiende desde las heladas aguas del mar de Behring hasta las tórridas playas de la Tierra del Fuego; y hoy surca majestuoso los pérfidos mares del Japón, ha contemplado las nieves inmaculadas del Fushiyama, y se ha estremecido al contacto del tifón poderoso y formidable.

De seguro ninguna playa, entrevista así al claror del sol ignívomo como tras el vidrio opaco de la neblina, habrá despertado en las juveniles fantasías de nuestros simpáticos marinos la sensación exótica, la sensación misteriosa que las riberas de ese imperio extraño producen en los temperamentos ingenuos y amantes de lo maravilloso.

¡El Japón! Qué poeta, qué artista, qué joven, en fin, no ha soñado en ese inmenso reino donde el loto abre blandamente su nectario azul, donde el bambú esbelto se columpia al beso de una aurea tibia, donde la crisantema heráldica se expande pomposa, mostrando su imperial cabellera de oro y la garza real abre sus alas níveas sobre la tersa superficie de las lacas!



2

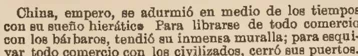
¡Quién no ha soñado en esas mujeres pequeñas, amarfiladas con el matiz de los marfiles viejos, de ojos del almendra, sonrientes, de bocas minúsculas y rojas, de cabellera negra y brillante, de movimientos gráciles de gata, vestidas ya con la muceta hierática ornada de blasones, ya con la le e túnica de seda, crujiente......

Maravilloso país en que la primavera se aduerme entre los juncos olvidándose de que le toca ceder su puesto al invierno! Felices marinos los que han recreado sus ojos en tu contemplación; ellos volverán á los amantes hogares mexicanos, con el ánfora de los recuerdos henchida de imágenes y la volcarán, al casto amparo del cariño, en el rincón más risueño de la casa, en tanto que la madre anciana y las hermanas cautivadas escuchan la narración sugestiva y misteriosa!

***

El Japón y la China son dos colosos que cuentan su edad por milenarios.

Cuando en los fértiles campos de la Europa, el lacustre (hombre de los lagos) soñaba en su acuática cabaña en opimas pescas, contemplando las azules ondas, cuando el druida levantaba sus himnos á su divinidad apenas vislumbrada, en el fondo de sus sagrados bosques, al pie de las encinas centenarias; cuando los obeliscos rudimentarios eran la sola arquitectura que se erguía en los campos ubérrimos del viejo continente y la gruta artificial hecha de gigantes lajas el solo reducto protector contra las tribus nómadas que detestaban la prístina vida social; cuando ese continente que hoy llamamos «viejo,» dormía sin presentir las futuras maravillas de sus ciudades góticas, y el vertiginoso movimiento de sus ciudades modernas, el Japón y la China, inmensamente civilizados, levantaban ya templos de laca ó porcelana, «con pesadillas de oro,» forjaban armaduras para sus guerreros, tejían sedas ricas para sus castellanas, y creaban una filosofía prodigiosa y planteaban los grandes fundamentos de sus ciencias.



China, empero, se adurmió en medio de los tiempos con su sueño hierático. Para librarse de todo comercio con los bárbaros, tendió su inmensa muralla; para esquivar todo comercio con los civilizados, cerró sus puertos.

Fué en vano que Europa le preguntara los secretos de aquella vieja civilización estancada que tenía tantas maravillas; fué en vano que los hombres blancos le tendiesen su mano......... deseando que participase en la comunión civilizadora de los pueblos.

El *Mundo amarillo* continuó siendo un mundo oculto, un mundo invisible, viviendo para la tierra madre y para las teogonías extrañas.

El Japon, en cambio, se abrió á la vida del progreso, como una gran crisantema al sol. A sus puertos entraron las extranjeras naves y él las construyó mejores; surcó sus campos la locomotora y el la utilizó; comprendiendo el formidable poder de los ejercitos nuevos, llamó al seno de los suyos que aun conservaban las tradiciones del daimio belicoso, oficiales europeos que les enseñasen la táctica. Creo una armada, y luego, formidable ya merced al maridaje de la civilización antigua con la nueva, despertó de su sueño al gran coloso su compañero y lo sacudió bruscamente con el febril sacudimiento de una guerra fatal.

La lección para China fué tremenda y la aprovechará necesariamente en el porvenir.

El Japon, triunfador entre tanto, se expande maravilloso mostrando á los ojos asombrados de los viajeros, la más pintoresca y heterogénea muestra de antigüedad y de modernismo.

El Fushiyama que yergue su testa perpetuamente blanca en medio de un cielo primaveral, contempla mas allá del simétrico campo de arroz, la locomotora negra que horada los montes, y no léjos de ella el djin (tirador de carros) que arrastra su minúsculo coche á través de la llanura; cerca del dios terrible y macabro, de ojos de llamas, la estatua europea muestra sus desnudeces castas y no muy apartada del templo antiguo, prodigio de laca y oro, yérguese el edificio americano hecho de ladrillo, al cual llega vomitando vapor negruzco la locomotora!

Extraño país de los contrastes á cuyas playas llevó la corbeta Zaragoza un eco de nuestra civilización americana!

***

Los numerosos grabados que publicamos como ilustración de estas notas, están precedidos de dos principales tomados de la Corbeta y que representan un ataque en plena mar. El primer Teniente don Francisco Ochoa es el que dirige la carga de los dos cañones, que se pueden ver perfectamente en la fotografía, con todos sus detalles. Ambas fotografías fueron tomadas por el Comandante de la Corbeta, Sr. Ortíz Monasterio. El ataque fué simulado

3

en Yokohama, donde se encontraba á últimas fechas el buque-escuela, que en muchos días no pudo continuar su marcha debido á los furiosos tifones que en los mares de la China y del Japón se desatan muy frecuentemente, aplazándola para mediados de este mes en que los temporales son más benignos.

Para mayor seguridad en la navegación, el Sr. Ortíz Monasterio solicitó del Gobierno y le fué concedido, poner al buque dos quillas de *balance*, operación que se llevará á cabo en los Arsenales de Yocoska ó Nagasaki, y merced á la cual nuestra Corbeta quedará en magníficas condiciones para resistir el temporal.

El resto de los grabados que publicamos, forma una colección completa de tipos y paisajes japoneses con la cual juzgamos hacer un valiosísimo regalo á los enamorados de ese lejano país que ha inspirado á tantos poetas.

He aquí la explicación por orden progresivo de esas hermosas fotografías, que además del mérito de su naturalidad, tienen el de ser del todo recientes, pues fueron enviadas á fines de Septiembre último:

Núm. 1.—Sarasawa at Nara.—Una quinta de los alrrededores.

Núm. 2.—Vendedor de frutas y legumbres.

Núm. 3.—Grupo de jóvenes japonesas en uno de sus bailes favoritos.

Núm. 4.—Jóvenes japonesas fabricando sombrillas, abanicos, etc.

Núm. 5.—Junco japones (barca pequeña), en uno de los lagos cercanos al Fushiyama (hermosa montaña del Japón).

Núm. 6.—Vista general de Yokohama, con la rada á lo léjos.

Num. 7.—Dama japonesa limpiando las plantas de su jardin.

Núm. 8.—Una artista del país de las Crisantemas.

Núm. 9.—Mujeres en la actitud de la plegaria.

Núm. 10.—Damas japonesas paseando en *Yiuiriquicha* (carruajes pequeños) tirados por *djins* (corredores).

Nos prometemos dar á nuestros lectores una página más relativa al Japón y á China, pues es fácil que se nos envíen algunas fotografías tomadas de los puertos á que toque el «Zaragoza,» al cual podremos seguir de esta suerte en su hermosa peregrinación por los grandes imperios desconocidos.

Roberto Peralta.

EL ARTE DE INGERTAR.

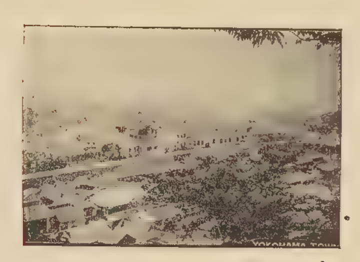
He aquí una de las operaciones más importantes de arboricultura y al propio tiempo las más agradable, la más entretenida y en la que mayores satisfacciones experimenta todo aquel que se dedique al cuidado y cultivo de los árboles. Por medio del ingerto se propagan las buenas especies y variedades de frutos que no pueden trasmitirse de modo alguno por la siembras, se acelera de algunos años la fructificación y se mejora la calidad de otros muchos, cuyos árboles había necesidad de arrancar y destinar al fuego. Por ello llamamos muy en particular la atención de los aficionados sobre esta operación. Un árbol de mala calidad, viejo y mal conformado, ocupa el mismo espacio de tierra que uno bueno, y por tanto, aconsejamos al propietario que posea semejante árboles, que no vacile en sacrificarlos y reemplazarlos con otros que reunan buenas condiciones, y cuyos ingertos procedan de especies y variedades escogidas y delicadas. No hay duda que estos árboles, ya formados, pueden ingertarse y modificar de este modo sus malas cualidades, pero para esto habría necesidad de desmocharlos, y colocar el ingerto en las cruces ó en las nuevas ramas que broten, y aunque esto adelantará la fructificación, ofrece no obstante algunos inconvenientes de que hablaremos luego, y por lo cual, salvo algunos y determinados casos, convendrá, como hemos dicho, su reemplazo. Para que el ingerto sea seguro y duradero, es indispensable que entre ambos individuos haya cierta analogía ó afinidad, sin lo cual difícilmente se consigue el buen éxito de la operación. Debemos, en primer lugar, atender á la analogía de familia, que es cuando, tanto el patrón como el ingerto pertenecen á variedades de una misma especie, como por ejemplo, el de manzano sobre manzano, peral sobre peral; á las especies de un mismo género como el de peral sobre membrillo, y finalmente ambos individuos cuando son de género diferente, como sucede en el ingerto de círculo sobre almendro.

Siempre que atendamos esta analogía de familia, podemos tener la completa seguridad de que prenderán los ingertos, sobre todo si para poner estos escogemos en la almáciga patrones procedentes de la misma especie obte-

4

nidos de semilla, á la cual se da el nombre de ingerto sobre pié franco. En segundo lugar debemos atender también á la analogía que ha de existir entre la savia del ingerto y la del patrón, pues si son de diferentes naturalezas, por ejemplo, más ó menos fluída en uno que otro, en vano se esperará que prenda aquel. La época del movimiento de savia es otra de las cosas á que debe atenderse, pues si el ingerto lo verifica anticipadamente al patrón, no encontrando en éste medios de recuperar la sustancia que pierde en el desarrollo de sus yemas, morirá extenuado; por el contrario, si el movimiento de la savia del patrón precede al del ingerto, no pudiendo recibir estos los jugos de aquel, se producen extravasaciones y derrames en el punto de unión de ambos, ocasionando la muerte del ingerto y aún la del patrón. Esto suele suceder muchas ve-

5



6

ces cuando los ingertos se traen de fuera y proceden de árboles criados en puntos cuya temperatura difiere de la de aquel en que se halla la almáciga. La mayor ó menor consistencia de las maderas puede ser igualmente motivo de que los ingertos no prendan, pues una madera esponjosa y blanda no puede formar nunca buena unión con otra de fibra dura y compacta. Finalmente, debe procurarse también el no ingertar de ningun modo árbol de mucho cuerpo en otro de menor tamaño, pues la savia, acumulándose en este punto, forma un grueso reborde que afea mucho el árbol y concluye casi siempre por hacerle perecer en muy corto tiempo.

Hipnotismo Casero.

Nada; para curar ciertas enfermedades no hay procedimiento mejor que el hipnotismo. Sugestiona usted al paciente, y al rato, tan bueno y sano como si en su vida hubiera padecido achaque alguno.

Qué agradable procedimiento. Se duerme un poco y al despertar, el tumor que le inflamaba medio testuz, no existe, ni padece uno los retortijones vigentes después de cada alimento.

El hipnotismo cura con una facilidad asombrosa. Sólo exige un poquitín de fe; lo demás viene por sus pasos contados.

Yo que no creo ni en la eficacia de los planes del Sr. Terrazas, *cultivados contra él y en su propio campo*, creo en el hipnotismo sobre todas las medicinas. Me gusta, sí señor, me gusta, porque el sistema divierte al *auditorio* y sana completamente. Por mí, el primer hipnotizador ya tendría su estatua respectiva en el Paseo de la Reforma.

Pero no me agrada el hipnotismo cuando se *inmiscuye* en la vida privada de las familias. Atenta contra los secretos encerrados en las tiernas almas de las doncellas ó profana el sagrado de las conciencias respetables.

Porque, eso sí, con el hipnotismo no hay seguridad posible. Ya ninguna joven puede amar en silencio, ni existe hombre público que no esté condenado ó revelar los secretos de sus planes al primer doctor que se le ponga delante y le haga cuatro morisquetas.

Se planta uno enfrente del Sr. Cahuantzi, Gobernador de Tlaxcala, y con el debido respeto, como quien le da rociaditas en el rostro, lo adormece.

—Diga usted, C. Gobernador, ¿porqué lloró usted *en presencia* de la tumba del Sr. Obispo Vargas?

—Yo soy así, muy sensible. No puedo ver una desgracia, sin que las tenazas del dolor ya estén mordiendo mis entrañas.

—¿Persiste usted en la idea de que hizo bien en dar el pésame al prelado de Querétaro?

—¡No he de persistir! Y pienso en que anduve corto, pues debí de enviárselo no sólo en nombre del Estado, *que regenteo*, sino en el de toda la República que me pertenece en calidad de ciudadano.

—Pronuncie usted un discurso.

El Sr. Cahuantzi se desata en frases más ó menos elegantes, alabando las excelencias del pulque como vino regenerador, tónico y digestivo.

El Sr. Terrazas ya referido, aunque lo desee, no podrá permanecer más callado que un sepulcro. Con pasarle tres veces consecutivas la mano ante las narices y darle dos ó tres capirotazos, ¡á roncar se ha dicho!

Entonces descubrirá su pecho delante de la gente y veremos por qué, años ha, no le simpatizan los arzobispos de México, cuál es su programa revolucionario para derrocar todos los órdenes constituidos, qué piensa de los versos que escribió en su infancia, y qué opinión se ha formado del gobierno de Zúñiga y Miranda.

7

En el hogar doméstico, el hipnotismo produce estragos. Quien más, quien menos, se considera poseedor de facultades sugestivas y las ensaya en los miembros de su familia.

—Ven acá, Honorata. Siéntate, te voy á magnetizar.

—Pero, Rudecindo, sino tengo ganas.........

—Mujer, haz lo que te mando.

La infeliz consorte se entrega en brazos de la desconfianza y se permanece sentada dos ó tres horas en una silla baja, mientras su esposo le da cachetadas cariñosas y le tira de las orejas con amabilidad. Al fin la pobrecita se duerme de cansancio.

—¡Gracias á Dios! exclama regocijado Rudecindo. Ahora es la mía.

—Contesta, Horonata. ¿Crees firmemente en la infalibilidad de la manteca norte-americana?

Un ronquido profundo responde á la pregunta.

—Dice que sí.

Para continuar en sus experimentos, el cónyuge supérstite, coge una palangana y aproximándola á la durmiente, le ordena:

—Afirma que esta palangana es una chambra.

No suena el ronquido.

—Vamos mujer. Di lo que te mando.

Ni una seña.

—¡Caramba! No estoy jugando. Obedece, en nombre de la ciencia.

Nada. Entonces el marido ultrajado coge y lesiona á su esposa con el borde de la palangana. La otra despierta, manando sangre de la sien, se convence de que ha sido ofendida gravemente, prorrumpe en quejas conmovedoras.

Para las jóvenes consagradas al amor platónico, en sus diversas manifestaciones, el hipnotismo encierra los testimonios irrecusables de que han inspirado pasiones vehementes en los corazones virginales.

—Celedonita, concédeme un favor.

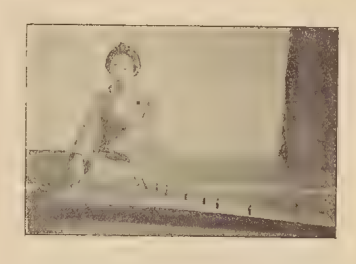
—¿Cuál, Canseco?

—Deja que yo te hipnotice.

—¡No en mis días!

—Luego no me amas.

—Muchísimo; pero no confío en esa asignatura de tu saber humano.



8

—Descuida. Ayer hipnoticé á la criada de un vecino y la estuve interrogando minuciosamente acerca del amor que me profesa.

—¿Y qué te rrespondió?

—Que no me idolatras debidamente. Eso es lo que yo quiero comprobar, con mis propios experimentos.

—Canseco, yo dudo de que me vuelvas al uso y ejercicio de mis facultades.

—¡Te lo juro!

A la brevedad posible, la niña cierra los ojos y el novio principia el cuestionario:

—Celedonita ¿me amas?

—Como una bárbara.

—¿Me amarás siempre?

—Hasta después de mi fallecimiento.

—¿Nunca has amado á nadie?

—A tí sólo.

—¡Qué feliz soy! dice muy gozoso el joven.

—Regálame, pasado mañana, con ese ricito que te queda inmediatamente detrás de la oreja izquierda.

La niña abre los ojos:

—Basta, Canseco. Ya te dije todo lo que deseabas saber. Toma el rizo.

Y la niña casi se dejó calva de la derecha, y el joven se da por satisfecho, con aquellas pruebas irrebatibles.

Si yo tuviera cualidades para ejercer el hipnotismo ¿qué piensan ustedes que averiguaría? Sencillamente:

—¿He de asistir, alguna vez, á la representación de *Los dioses del Olimpo*?

Si me contestan afirmativamente, cojo y me hipnotizo para toda la vida.

P. Escalante Palma.

El arte es convención, particularmente la pintura.

Sainte Beuve.

El matrimonio es como la vida: no puede dar más de lo que contiene.

G. M. Valtour.

¡Tantos niños bonitos y tan pocos jóvenes hermosos! ¡Tantas flores y tan pocos frutos!.

Mad. de Girardin.

9

LOS ANIMALES

QUE NO DEBEN SER DESTRUIDOS.

El *Scientific American* publica en su último número, un apunte muy curioso acerca de los animales que el hombre debe respetar. Hay, ciertamente, necesidad de insistir mucho en la vulgarización de estas importantes advertencias, porque el gusto bárbaro de perseguir á los animales útiles, está muy lejos de ser raro. La mayoría de las veces gustan los campesinos de combatir pájaros ó insectos que son auxiliares eficaces de lo que se pudiera llamar la policía agrícola, ó sea el arte de combatir á los enemigos del hombre, y de muchos de los productos más preciados de la tierra.

¿Por qué—pregunta el *Scientific American*—matar las arañas que destruyen los moscas que nos importunan?

¿Por qué aplastar con el pie ese bonito grillo ó cárabo dorado que en nuestros jardines hace la guerra á las orugas y á las babosas que se come?

¿Por qué matar á la culebra sin ponzoña que vive de topos y de ratones?

¿Acaso ha mordido jamás á persona alguna?

¿Por qué destruir al *coquito* inofensivo, cuyo alimento predilecto es la oruga, á la que no podemos tocar sin inconvenientes?

¿Por qué atacar á la alondra, enemiga de las cucarachas y de las avispas?

¿Por qué hacer, sin discernimiento de los casos en que conviene, una guerra incesante á los gorriones, que sólo se comen algunos granos, á falta de insectos, y que exterminan á los insectos perjudiciales á las semillas?

¿Por qué gastar nuestra pólvora contra los tordos, que pasan su vida comiendo larvas y hasta espulgando á nuestro ganado en las praderas?

¿Por qué ese odio contra el sapo, enemigo acérrimo de las babosas, caracoles y hormigas?

¿Por qué matar al murciélago que hace á las mariposas nocturnas y á los escarabajos la misma guerra que las golondrinas á los moscardones?

¿Por qué perseguir á la musaraña, modelo feísimo, pero modelo al cabo, de animal útil, puesto que tiene una maestría incomparable para la destrucción de las lombrices?

¿Por qué decir que la lechuza se come á los poyos y palomas, puesto que nada de eso es verdad? ¿Por qué destruirla cuando hace el trabajo de seis ú ocho gatos, comiéndose al año más de seis mil ratones?

¿Por qué empeñarse en considerar á la tierra como poblada por enemigos del hombre y de sus obras, cuando los auxiliares gratuitos y más diligentes se encuentran en mayoría?

Sirvan, pues, las preguntas anteriores como de recordatorio para la prudencia vulgar, que, aunque no ignorante de esos principios, suele olvidarlos con la mayor facilidad.

Y tanta más razón hay para insistir en proclamarlos, cuanto que en nada se oponen esas instrucciones á las medidas de aseo que en toda casa habitable deben por necesidad ser adoptadas, puesto que nadie á de entender que á causa de ser útiles las arañas debemos consentir su propagación en los sitios que más deben resplandecer por su limpieza. En esto, como en todo, las iniciativas deben ser discretas, oportunas y tan moderadas como es indispensable para que, en nombre de la utilidad agrícola, por ejemplo, no desaparezcan los límites de la comodidad casera.

10

La velada en honor del Sr. Lic. D. Manuel Romero Rubio.

ASPECTO DEL TEATRO DURANTE LA CEREMONIA.

[Dibujo de J. M. Villasana.]

Las matanzas en Constantinopla.

Fresca aún la sangre de las víctimas que en horribles hecatombes ha derramado la barbarie turca; palpitantes todavía los miembros destrozados de los infelices armenios que han perecido al filo de la espada musulmana, lo mismo en las ciudades principales del Asia Menor, que en las calles y plazas de la imperial Bizancio; cuando la Europa cristiana y todo el mundo civilizado apenas salían de su asombro, al ver que no había una mano bastante poderosa para sofocar tantos desmanes, ni concierto debido entre las potencias para poner un dique á ese torrente devastador de atrocidades: la tarea infame comienza de nuevo; el kurdo agita su yatagán de muerte; el muesín desde lo alto de la mezquita llama á los creyentes y convoca á los impíos para que sacien su sed de lobos carniceros en la indefensa grey cristiana; el genízaro azuza á las turbas desenfrenadas para que satisfagan sus odios tradicionales en los míseros armenios, cuyo único delito es adorar á otro Dios en sus altares y tener otra creencia en sus corazones; se oye la trompeta fatídica que congrega á los desalmados; vientos de matanza y de desolación soplan con tremendo empuje; el ángel exterminador fulmina su flamígera espada...... y por encima de este cuadro dantesco de horror y de apocalíptico estremecimiento, el Sultán de los Creyentes, la Sombra de Dios sobre la tierra, el pérfido y cruel Abdul-Hamid, sonríe con satánica sonrisa, se huelga con infernal satisfacción, viendo que nadie se atreve á encadenar sus furias, y se regocija al saber que los Estados cristianos, apartados por secretos odios y manifiestas rivalidades, no pueden comprometerse mutuamente para hacer cesar esas escenas de exterminio.

***

El asalto al Banco Otomano de Constantinopla y al establecimiento del «Crédit Lyonnais,» que hoy todos consideran como una infame maquinación del mismo Sultán, para justificar de algún modo en su obscura conciencia el horror de sus siniestros designios, fué la señal lanzada para emprender las nuevas persecuciones, para ensangrentar las calles y estremecer al mundo, con el espectáculo siempre antiguo y siempre nuevo de la barbarie musulmana.

Ante la señal de la matanza, nada han respetado esos tigres feroces, esas hienas cuyos instintos se despiertan al olor nauseabundo de la sangre.

El anciano vacilante que débil y escasa resistencia podría ofrecer á los sicarios de la tiranía; la inerme mujer que sólo llegaría á oponer su corazón sensible á los golpes de los verdugos; el niño inocente que en vano daría al aire los lastimeros lamentos de su pecho...... todos han caído, todos han sido segados por la misma implacable cuchilla que cercenaba las cabezas del fuerte joven y del robusto mancebo, que luchaban desesperados, no tanto por obtener la libertad política que ambicionan, y la libertad de conciencia que de derecho les corresponde, y la libertad individual que por ley de la naturaleza deben disfrutar, sino para salvar á sus hijos, á sus padres, á sus esposas, de caer en poder de aquellos abortos del averno, que en figura humana cumplían los mandatos diabólicos de su señor, deshonrando, no á Europa, no al mundo civilizado, al universo entero.

Dar á nuestros lectores idea gráfica de esas escenas crueles y salvajes, que nuestro corazón repugna, poseído de santa indignación; ofrecer la representación con el lápiz, de esos espectáculos que apenas comprendemos nosotros los que tuvimos la dicha de nacer bajo el hermoso cielo de la libre tierra americana, es el objeto que nos proponemos, al publicar en este número de nuestro semanario y en preferente lugar, tres grabados que se refieren á las matanzas de Constantinopla, y á los cruentos horrores con que ha estremecido al mundo la barbarie de un monarca, indigno de ocupar un trono europeo, y la culpable complacencia de los Estados cristianos que no acuden presurosos á borrar de una vez del mapa esa mancha de baldón que enluta su decantada cultura.

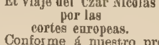
Un grabado representa una de las más sangrientas escenas en uno de los cuarteles de la ciudad del Bósforo; otro es como una nota alegre en medio de tanto exterminio y desolación; dibuja un grupo de abnegados miembros de la «Cruz Roja,» que a riesgo de encender más la sed de aquellos chacales, conducen en fúnebre cortejo á las víctimas de los asesinos, para darles cristiana sepultura; y el último, por fin, se refiere á una débil resistencia ofrecida por unos cuantos soldados que aun no olvidan los fueros de la humanidad, para oponerse al desembarco de una partida de kurdos que trataban de emprender su inicua tarea en población cercana á Constantinopla.

***

Cuando llegue el esperado acuerdo de las potencias, y el Emperador de Rusia, que es en la actualidad árbitro supremo de los destinos de Europa, se decida á sofocar tanta infamia, nos habremos libertado de la pesadumbre abrumadora del Sultán y su caduco imperio.

X. X. X.

Entrevista del Czar y la Reina Victoria.



El viaje del Czar Nicolás por las cortes europeas.

Conforme á nuestro propósito, continuamos dando cuenta á nuestros lectores, de esa pomposa peregrinación del autócrata ruso á través de las grandes naciones del viejo continente. No le seguiremos tan de cerca como nuestro compañero *El Mundo* diario, que publica al día los cablegramas de su servicio especial, porque á nosotros nos toca ilustrar los sucesos; mas tampoco le seguiremos tan de lejos que nuestras notas resulten inoportunas.

Hoy nos compete hablar de la entrevista del Emperador con la Reina Victoria; y en uno de nuestros próximos números daremos cuenta de su triunfal llegada á París.

Con todas las ceremonias de la adusta etiqueta inglesa, fueron recibidos en Escocia, en el castillo de Valmoral, por la Reina Victoria, el Emperador y la Emperatriz de Rusia. Aun cuando su visita á la ilustre soberana de la Gran Bretaña y de las Indias podía considerarse como privada y por ende con el carácter de una entrevista familiar más bien que una visita oficial, la coincidencia de ella con uno de los momentos más críticos de la política europea, la ansiedad mal disimulada con que los ministros ingleses tratan de sorprender en la faz del joven autócrata sus intentos acerca de los numerosos problemas que preocupan al Viejo Continente, y por último, la importancia trascendentalísima que se ha dado al viaje del Czar, rodeó el suceso de un interés casi internacional.

Zarpado antes de las diez de la mañana del 22 de Septiembre último el yacht imperial ruso *Standart*, llegaron á Leith á buena hora Sus Majestades, procedentes de Copenhague. Pocos momentos antes, el Príncipe de Gales, acompañado del Duque de Connaught, Lord Rosebery y el Embajador ruso, se embarcaron en el *Tantallón Castle* para ir á encontrar á los huéspedes de la Reina. Después los czares pasaron al *Tantallón*, que los condujo á la bahía de Leith, de donde partieron al castillo de Valmoral. La entrevista del Czar y la Reina en esta espléndida residencia, fué ceremoniosa y rodeada de esa sencilla pompa que está más en las actitudes y elegancia ingénitas, que en la opulencia de los adornos.

Castillo de Balmoral.—Escocia.

Luis Pérez Figueroa. Manuel Gonzalez. Porfirio Díaz. Felix Díaz.

El aniversario de hoy.—Los héroes de La Carbonera.

Hoy hace treinta años que los soldados de la patria acaudillados por el General Díaz, se cubrieron de gloria en La Carbonera. Con este motivo y á título de curiosidad publicamos un grupo que representa al General Díaz y á tres de sus compañeros en la heroica acción, tomado de una fotografía de la época.

Qué inmenso intervalo de entonces á hoy, colmado todo por la gloria del que hace treinta años empuñaba la espada en defensa de la patria y hoy guía la nave del estado hacia una prosperidad definitiva!

Viaje de Nicolás II á través de las cortes europeas.

El Czar, la Czarina y su hija, la gran duquesa Olga.

De la última fotografía tomada en San Petersburgo.

[Grabado en los talleres de «EL MUNDO.]

LA CRISIS EN TURQUIA.—La Sociedad turca de la Cruz Roja, retirando los cadáveres después de la matanza.

Fuad Pasha repeliendo una banda de kurs que intenta desembarcar en Kadi-Kioi, frente á Constantinopla.

LA CRISIS EN TURQUIA

Matanzas en el barrio de Kassin Pasha——Constantinopla.

PAGINA CURIOSA

La toilette de los perros.

El perro, ese «candidato á la humanidad,» es, según un viejo cliché, el mejor amigo del hombre; y algo más: el animal predilecto de las damas que tienen para él cuidados y salamerías casi inconcebibles. Los preciosos perros de nuestras elegantes, son verdaderos señoritos y se les ve gobernar encantadoras mujeres que frecuentemente pasan entre las que las rodean por ser ingobernables.

Tener un perro cuando se pertenece á eso que se ha convenido en llamar el mundo, no es suficiente; se necesita tener un perro elegante. Así, pues, como sus lindas amas, los «perros del gran mundo» tienen sus costureras, sus sastres, sus peluqueros, que si no hacen una rápida fortuna como los peluqueros célebres de las damas, no por eso dejan de vivir con ciertas comodidades.

En tales y cuales baños, en la estación calurosa, es frecuente ver á un criado bañando un perro, más sin duda, se trata de un animal de la clase media, de un perro burgués. Los perros elegantes, los perros aristócratas, reciben en su casa al peluquero que es un personaje perfectamente indispensaple.

Peluquero para los perros.

Alguien sonreirá al leer este título, y sin embargo, esta profesión no data de ayer y hay en París cierto número que tienen una clientela numerosa y escogida. El primero que adoptó el título fué á Francia, hace unos diez años, llevado de España por la marquesa de Belbeuf que era apasionada por los falderillos.

De todos los perros este es en efecto el mejor cliente para el peluquero. Para que un perro de esta raza esté siempre elegante, se necesita arreglarlo cuando menos, dos veces al mes.

La *Princesa Mirza* tiene el pelo ligeramente largo? Pues pronto, que se haga venir á su peluquero. El artista, siempre correcto, llega con su *necessaire*, bajo el brazo, sobre una mesa extiende una gran servilleta blanca, ofrece un trocito de azúcar á la *princesa* y muy delicadamente la coloca sobre le mesa. Solo mediante la dulzura y las golosinas, llega á obtener una inmobilidad completa sin que haya necesidad de atar las patas á la cliente. La operación comienza. Con unas tijeras muy finas, el peluquero afeita el hocico al ras, no dejando más que un grueso bigote, después las patas.

Difícil es rapar las patas! porque no debe quedar ningún pelo entre los dedos. Al llegar á la altura de la corva el artista deja una especie de brazalete que redondea y peina, de manera habil hasta darle el aspecto y la suavidad de la seda.

Después, con un esquilador muy fino, talla los pelos de las piernas, los muslos y los flancos hasta unos 3 centímetros de la cola y deja espaciadas por tres centímetros una ó dos costillas, según el gusto de la señora. Los riñones y el vientre son esquilados hasta el nacimiento de la primera costilla; lo alto del cuerpo se deja intacto: algunos golpes de tijera aquí y ahí para igualar los pelos; un golpe de peine y he ahí á la *Princesa Mirza* con toilette á lo «semi leon.»

En seguida una zambullida en agua tibia, una fricción con el perfume preferido del ama, y el artista termina su misión. Un luis es el precio mínimo de esta pequeña operación, el ayudante del peluquero se contenta con cien sueldos.

Puede decirse que hay tantas variedades de esquileo como variedades de perros; sin embargo, hay ciertos «tocados» catalogados y concidos ya y á estos nos referimos.

Tocado «León»—Difiere del precedente en que en lugar de ser rapado el perro hasta la primera costilla, se rapa hasta las espaldas.

El tocado á la moda en la actualidad, el que más en boga se halla, es el *esquiléo á la inglesa* que deja zonas de pelo alternadas en los flancos, lo cual da á los falderos el aspecto más extraño que pueda imaginarse. Estas fajas, á fuerza de peine y cepillo suave, adquieren asimismo el aspecto de la seda.

En el esquiléo almendrado se reemplazan estas bandas por bellotas redondas de pelo que se dejan sobre cada anca. En estío, durante los fuertes calores, se adopta generalmente el *esquiléo simple* que un especialista ha denominado *baño de mar* y que consiste en rapar completamente al perro, no dejándole más que el bigote y los puños.

El tocado á la zuavo, es original, pero más bien constituye un esquiléo de invierno: en lugar de puños y de bandas de pelo, va un pantalón de pelos exactamente igualados á tijera fina y peinados cuidadosamente; la parte media del cuerpo completamente rapada, los pelos de la frente y cejas afeitados y únicamente libre el bigote, lo cual da al falderillo todo el aspecto de un viejo veterano de Africa......

En todos estos diferentes tocados no es preciso omitir la borla de la cola, que se deja más ó menos larga y más ó menos aguzada, según el gusto del ama.

Una especie de falderillo muy buscado por los *amateurs* es el *falderillo encordado* (así se llama al *falderillo real.*)

Sus cadenetas de pelos son naturales y á pesar de los fierros los peluqueros no han logrado *cordelar* el pelo de un falderillo ordinario. Naturalmente la toilette del falderillo real, exije más cuidados y no se puede proporcionarle otro esquiléo que el de medio león, sin fajas en los costados. La cola se deja intacta ó poco menos.

***

Así como un perro de mundo tiene su peluquero, tiene tambien su sastre y en París un perro se consideraría "absolutamente deshonrado" si vistiera en otra parte que en casa de Ledouble Le, sastre esplendido y genial que ha inventado los más vistosos modelos.

Una de sus especialidades es el *sobretodo* para los perros, porque los perros usan *sobretodo* apenas llegan los primeros fríos. Este *sobretodo* compónese de una especie de manta en forma de concha, que se detiene con bandas que pasan bajo el vientre y cubre, salvo las patas y la cabeza todo el cuerpo del falderillo.

La forma naturalmente cambia, pero uno es el tipo dominante.

Ese *sobretodo* lleva su cuello más ó menos coqueto, al cual suele acompañar un sobre cuello bordado ó una capota pequeñísima, que cae graciosamente sobre el pecho.

Acaso alguien se imaginará al leer esto que el *sobretodo* va á raiz, mas á ese ignorante habría que decirle: en que país vive usted? Un perro de mundo, un perro habituado á frecuentar los salones, no lleva jamás el *sobretodo á raiz.* Sería una incorrección imperdonable. Como individuo que se respeta, usa ropa blanca á ciertas horas del día, hecha del mejor lino.

Por lo demás esta ropa redúcese generalmente á una camisa que deja libre al perro sus movimientos y que va atada en el cuello con un coqueto lazo de seda.

Hasta aquí hemos hablado de las principales prendas de toilette, de las mas dignas de tomarse en consideración; pero no hemos mencionado una infinidad de pequeños adornos que obedecen á la fantasía de una ama caprichosa. Nos referimos á los moños más ó menos multiplicados, á los collares de infinidad de estilos, tan ricos á veces que brilla en ellos el oro y aun tal ó cual piedra mas ó menos preciosa.

Esto, según decimos, no tiene más norma que el capricho de una dueña enamorada de su falderillo.

Ya se ve, pues, que los señores canes cuando son guapos no pueden quejarse de la vida, lo cual prueba y sea esta la moraleja, que hoy por hoy un faldero es más «persona» que un hombre honrado cuando este no tiene dinero.

EL NUMERO 6.

Saliendo de la ciudad por la puerta del Sur se entraba en una carretera festoneada de álamos negros y de miserables casucas. Esta carretera terminaba en una indicación de plaza, en la cual tenían principio varios caminos; el de la derecha conducía á un cementerio. Desde muy lejos se veía una blanca y larga tapia y sobre ella caían algunos sauces y detrás se alzaban algunos cipreses.

Las casucas de la carretera eran, en su mayoría, depósitos de trapo, cebaderos de cerdos, merenderos y tabernas. En una de ellas—en una de las más miserables—vivía la familia del tío Bruno, es decir, éste, su mujer y su hija, niña de seis ó siete años.

El tío Bruno había tenido todas las ocupaciones y oficios que puede tener un hombre de mucha fuerza y de escaso entendimiento. Había sido mozo de cuerda, albañil, pocero, ayudante de hortelano, arriero, mayoral, matutero, empedrador, y se había ganado la vida siempre con buen deseo y con incesante fatiga.

Era brusco y silencioso, muy al contrario de su mujer, que hablaba y gritaba y disputaba siempre.

En la actualidad tenía un oficio siniestro: era conductor de un carro fúnebre. No del carro de una funeraria, sino de un carro de traer y llevar tierra, que servía, revestido de algunas tablas pintadas, para llevar cadáveres al cementerio. La ciudad estaba infestada del cólera y los entierros se hacían al por mayor, algunas veces de día y otras de noche.

Hemos dicho que la mujer del tío Bruno no era como éste: cierto. El tío Bruno era un hombre rudo y brutal en sus maneras; pero en el fondo tenía buen corazón: su mujer era mala; mala de remate, y tan cruel como son los pobres cuando son crueles.

Esto se conocía sólo con pasar delante de su casuca hacia el anochecer, hora en que entraba la hija del matrimonio, después de haber vagado por la carretera y por las calles de la ciudad pidiendo limosna. Jamás se satisfacía la madre con la suma recogida por Pingajosilla, que así la llamaba todo el mundo; y como no estuviese allí el padre, no concluía su reprimenda sin pegarla.

Esto pasaba, ya lo digo, cuando no estaba allí el tío Bruno, el cual, en cierta ocasión, habiendo visto que la madre mordía á su hija en un carrillo, porque se venía sin ninguna limosna, la dió tal puñetazo, que la mujer rodó hasta un rincón de la cocina y quedó allí atontada entre paja seca, carbón, sartenes, cazuelas y pucheros.

Fatigado el hombre de sus recios trabajos de todo el día, y á veces de toda la noche, cuando entraba en su casa encontraba el consuelo y el reposo en poner á Pingajosilla sobre sus rodillas, sentándola en ellas, y así, sin decir una sola palabra, pasábase las horas muertas con los ojos fijos en los ojos de la niña, dándola palmaditas en los carrillos y atusando sus rubios y crespos cabellos. No la decía nada, porque el pobre hombre no encontraba expresiones; pero la niña le miraba también embebecida, y le correspondía con besos, comprendiendo, sin necesidad de palabras, sus hermosos sentimientos.

La verdad es, aparte de este sincero y profundo cariño, que Pingajosilla era el sostén de la casa; que recogía en el camino y en la ciudad, sin alejarse mucho de la puerta, más dinero que ganaba Bruno......No era extraño. Aunque ennegrecida por el sol, sucia y descalza, era encantadora; sus ojos azules dos cielos, y su voz tan penetrante y tan dulce, y la modulaba con tan hipócrita angustia, que traspasaba los corazones. Cuando había recogido una peseta en cuartos, volvía corriendo á casa, por temor á que la robaran; luego salía otra vez.

Y un día, en efecto, los temores de su madre se cumplieron: la robaron el dinero que llevaba—Este es el día en que da principio nuestra relación, originada en este hecho.

Pingajosilla volvía por la carretera; serían las cuatro de la tarde. En todo lo largo del camino no se distinguía una sola persona. La tristeza que reinaba en la ciudad reinaba en las afueras. Parecía que en tierra, aire y cielo había soledad y silencio de muerte.

Unicamente á lo lejos, junto á la plazoleta, se veía marchar un carro hacia el cementerio; carro que á Pingajosilla le pareció era el que conducía su padre. Pingajosilla se estremeció, porque aunque todos los días veía esas remesas de muertos, la inspiraban espanto....... Todas las noches se acostaba con su madre desde que había cólera, por miedo á los muertos......... Le inspiraban éstos más terror.

Así es que al ver alzarse del fondo de una zanja un hombre alto y corpulento y llamarla por su nombre, se quedó fría y estática.

—Pingajosilla—exclamó el hombre, quitándose su gorra de piel y presentándosela á la niña—echa aquí el dinero que llevas, vuélvete por donde vienes y cuidadito con decir en tu casa que me has dado el dinero que traías, ¿oyes? *¡Cuidadito!*—Y al decir esto avanzó hacia ella mirándola de un modo que la pobre niña se quedó sin sangre.

Pingajosilla abrió la mano en que traía un pedazo de lienzo con los cuartos y éstos cayeron y sonaron en la gorra. Ya en el camino y sola, en todos los sitios tenía miedo de aquel hombre: era el *Ganchoso*, que vivía de su mala conducta; corazón de fiera, que sólo se conmovía ante una copa de vino. Aquel día no había bebido todavía y necesitaba beber.

El Ganchoso se guardó los cuartos y echó hacia la plazoleta, para entrar en un ventorrillo.........

Pero tuvo que volverse un momento.

Pingajosilla, al verle marchar, había salido de su terror......... Había considerado lo que acababa de hacer; ya era muy tarde: no podría recoger bastante dinero; la imagen de su madre se alzaba extendiendo hacia ella sus uñas de buitre. Bien sabía Pingajosilla lo que valían aquellas monedas. Puesto que su padre trabajaba todo el día por juntar otras iguales; puesto que su madre solo se aplacaba con grande cantidad de ellas; puesto que en su chiscón solo de ellas se hablaba de día y de noche, mucho valían sin duda. Su corazón y su conciencia de niña se rebelaron contra aquella brutal agresión, y echó á correr hacia su casa, gritando:

—¡Que me roba el Ganchoso, que me roba!

Un garrotazo que recibió en la cabeza cortó bien pronto sus gritos y su carrera.

Poco después, el tío Bruno salía del cementerio con el carro vacío, paraba en su casa y encontraba herida á su niña y furiosa á su mujer. «*La cobardona* se habia dejado robar. ¡Si no moría del golpe, vamos, era cosa de matarla!»

Pero la niña volvió en sí; el tío Bruno bañó la herida con agua y vinagre; el golpe había sido de resbalón; no era mortal; sin embargo, la niña se quejaba mucho.

Aquella tarde, la epidemia se había recrudecido; el tío Bruno no podía detenerse; dejó á Pingajosilla, después de darla muchos besos y encargar lo que debía hacerse con ella, y volvió á la ciudad para recoger más cadáveres.

El tío Bruno entró en la ciudad: á la puerta le esperaba un alguacil con una lista; en aquella misma calle llenó su carro; se detenía en las puertas de las casas y otro hombre le ayudaba á cargar; cargaban como quien carga maletas.

El alguacil le dió una nota para el conserje del cementerio; en ella constaba el número de cadáveres que llevaba el tío Bruno. La mortandad era inmensa; había carros grandes y carros pequeños; como en aquel barrio la gente era muy miserable, le habían destinado los carros peores. El del tío Bruno era pequeño y tirado por un mal jacucho. Cargó seis cadáveres. Algunos de ellos estaban completamente desnudos. Todos rígidos y azules.

Se dirigió al cementerio, llevando de la mano la caballería; de cuando en cuando volvía los ojos hacia el carro, dentro del cual los muertos se entrechocaban violentamente, á causa de los muchos baches del camino.

La noche caía, y sobre el cielo ceniciento se dibujaban los álamos como figuras negras—y como negras figuras también, más á lo lejos, los sauces y los cipreces que velaban el eterno reposo.

Pasó por su casa y pasó por el ventorrillo. Mas siguió saludando uno y otro sitio con muy diferente mirada.

El cementerio estaba abierto—hacía días que no se cerraba.—Entró con el carro; desunció el caballejo; dejó subir las varas volcando así á los muertos y alargó el papel á uno de los sepultureros.

—¡Aquí no hay más que *cinco*, y la nota dice *seis!* ¿Qué has hecho del otro?

—¡Seis había, en efecto!—dijo el tío Bruno con cierta sorpresa.

—¿En qué venías pensando? Vamos, *el cadaver* estaría vivo quizás y se ha marchado sin pedirte licencia. No es el primero. O se te habrá caído en la carretera. Eso otras veces sucede.

—Es posible—dijo el tío Bruno con indiferencia.—Voy ahora mismo á recogerle. Pero dame una de las linternas.

Y con la linterna en la mano y delante del carro, ya vacío, volvió á salir del cementerio. En el camino de la plazoleta al cementerio no encontró nada, ¡en la plazoleta tampoco!...... El carro iba solo; el caballejo conocía bien el camino.

El tío Bruno caminaba en zig-zag alargando la linterna. En la obscuridad y temor de la noche semejaba un fantasma siniestro.

Aunque no era muy tarde, la soledad era de alta noche. Diríase que todo el mundo estababa encerrado en sus hogares esperando la muerte.

Pasó por frente del ventorrillo; siguió, y de pronto exclamó:—¡Vamos, ya pareció el muerto! Pero ¿cómo ha rodado hasta aquí? Alguno lo ha hecho rodar á este lado.

Y maquinalmente acercó la linterna á la cara del muerto...... El tío Bruno dió un paso atrás con asombro, casi con terror.

«¡El Ganchoso!—exclamó.—¿Qué es esto?

Pero como era hombre de mucho corazón, se sobrepuso bien pronto; acercó otra vez la linterna, tocó al Ganchoso con la mano en el corazón, le examinó el rostro, y dijo al fin:—Sí, es el Ganchoso; ¡pero no está muerto, sino borracho!

«Borracho perdido—añadió—como él suele ponerse; tiene para cuatro ó cinco horas.

«¡Borracho! ¡Borracho con el dinero robado á mi niña! A mi pobre niña. ¡Malvado, ladrón, asesino!

Y levantó el puño en la obscuridad, como si fuese á abofetearlo.

Pero no lo hizo; echó á correr hacia su casa, dejando el carro en el camino, y volvió á poco acompañado de una sombra, que hablaba y accionaba desordenadamente, sin que el tío Bruno la respondiera. Era su mujer.

—¡Vamos, cógele de las piernas... así, y ahora, arriba!

El Ganchoso fué colocado en el carro.

....

Cuando el tío Bruno llegó al cementerio, ya estaban en la hoya los cinco cadáveres que antes había traído.

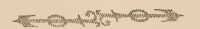
—¡Aquí está el *seis!*—dijo al entrar.

Uno de los sepultureros hizo ademán de levantarse del suelo.

—No te incomodes!—exclamó el tío Bruno.—Acercaré el carro, y le charé yo mismo en la hoya.

Y el tío Bruno estuvo tan amable aquella noche con los sepultureros, que él mismo echó la cal, cegó la fosa, y apisonó la tierra.

Fernanflor.



Cuento extravagante.

EL GENIO Y EL REPÓRTER.

El teatro representa una habitación de un manicomio. Entra el repórter y el genio se levanta.

El repórter.—¿Es usted el genio que se ha vuelto loco?

El genio.—Sin duda alguna, yo soy.

R.—Mi director me envía á pedir su colaboración.

G.—Llegáis tarde. Hace tres meses que no escribo una línea.

R.—¿Por qué?

G.—Porque murió mi amada y enterré con ella las letras de su nombre.

R.—¿Las letras de su nombre?

G.—¡De su nombre adorable, de su nombre adorado, y en tanto que no resuciten, no podré cantar en poemas imperecederos como flores eternas, las glorias de mi siempre amada!

R.—Pero sois un gran artista y podríais, imitando á los poetas de Alejandría, escribir sin emplear algunas letras del alfabeto!

G.—¡No puedo!

R.—¿El nombre de vuestra amada tenía muchas letras?

G.—Se llamaba A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, L, M, N, O, P, R, S, T, U, V y Z.

R.—Siendo así, concibo que no hagáis un poema épico, ¡ni un pensamiento!

G.—Antes de morir mi amada, compuse algunas escenas donde se vive la vida misma en toda la realidad de la Naturaleza. Las publicaría si me pagaran bien.

R.—¡Tres francos la línea!

G.—No.

R.—¡Cinco, diez, ciento, mil!

G.—No. Quisiera que me pagasen en una sola vez.

R.—¿Cincuenta mil francos?

G.—No.

R.—¡Un millón!

G.—Sí.

R.—Vamos, sed razonable

G.—Pero no en oro ni en billetes. Lo deseo en flores.

R.—¿Eh......?

G.—Bastará que me deis tantas como letras tiene el nombre de mi amada.

R.—Toda la primavera y todo el verano tendréis vuestra habitación llena.

G.—Con veinte flores tengo bastantes. Para la A deseo.........

R. (escribiendo).—¿Para la A?

G.—Una anémona.

R.—¿Para la B?

G.—Una begonia.

R.—¿Para la C?

G.—Una camelia. Para la D, una dalia; para la E, un espriego; para la F, un favonio; para la G, un geráneo; para la H, una hortensia; para la I, un iris; para la J. un jazmín; para la L, un lirio; para la M, una margarita; para la N, un narciso; para O, una opalina; para la P, una pasionaria; para la R, una rosa; para la S, una siempreviva; para la T, un tulipán; para la V, una verónica, y para la Z, una zimerina.

R.—Aunque hay algunas exóticas, las tendréis todas.

G.—¡Ah! ¡qué alegría! Van á resucitar en colores y en perfumes todas las letras del adorable y adorado nombre, y podré cantarlas en poemas imperecederos como flores inmortales! Prometedme pagar mañana y lleváos corriendo el manuscrito. Corriendo, porque...... se aproxima la hora en que tengo la costumbre de comerme la nariz y las orejas de las personas que vienen á visitarme!

Catulo Mendez.

GUERRERO Y FRAILE.

Paseó por doquiera su airon de pluma,
sus meznadas briosas y sus pendones,
y sediento de tierras, á cien naciones
sometió al vasallaje que las abruma.
Después, atormentado por el reuma,
más que por las piadosas meditaciones,
confinó sus guerreras inclinaciones
en la celda de un claustro lleno de bruma.
Y ahí, comiendo el blanco pan eucarístico,
vegeta, consumido de tedio místico
y sueña del combate con el estrago;
y á la voz que le manda llorar su hierro,
responde con taimado: DESPERTA FERRO!
y en vez de Jesucristo sueña en Santiago.......

Amado Nervo.

EL LUIS DE ORO.

Cuando Luciano de Hem vió su último billete de 100 francos, arrastrado por la raqueta del banquero, y se le vantó de la mesa de la ruleta donde acababa de perder los últimos restos de su pequeño caudal, reunidos por él para esta suprema batalla, experimentó un vértigo y creyó que se iba á caer.

Con la cabeza aturdida y las piernas débiles, fué á echarse sobre el largo banco de cuero que rodeaba la mesa de juego. Durante algunos minutos miró vagamente el garito clandestino donde había malgastado los hermosos años de su juventud, reconoció las cabezas descompuestas de los jugadores, alumbradas apenas por las tres grandes lámparas; escuchó el ligero frotamiento del oro sobre el tapete, pensó que estaba arruinado, perdido y recordó que tenía en su casa, en un cajón de la cómoda, las pistolas de ordenanza que su padre el general Hem, entonces simple capitán, había usado en el ataque de Zaatcha; después, rendido por la fatiga, se durmió en un profundo sueño.

Despertó con la boca pastosa; conoció por una mirada que lanzó al reloj, que había dormido media hora apenas, y sintió una necesidad imperiosa de respirar el aire de la noche. Las agujas marcaban en la esfera las doce menos cuarto. Al levantarse desperezándose, Luciano recordó que era víspera de Reyes, y por un juego irónico de la memoria, se volvió á ver de repente niño, poniendo sus botines en el balcón antes de acostarse.

En ese momento el viejo Dronski, mirón de garito, el polaco clásico, se acercó con su gabán raído á Luciano y refunfuñó algunas palabras mientras se atusaba la sucia barbilla gris.

—Prestadme una pieza de cinco francos. Hace dos días que no me muevo del círculo, y hace dos días que no ha salido el «diecisiete»......... Burlaos si quereis, pero yo me dejaría cortar una mano si al sonar las doce en punto no saliera ese número.

Luciano Hem se encogió de hombros; ya no tenía en su bolsillo ni aún con qué comprar ese impuesto que los frecuentadores del garito llamaban «los cien *sous* del polaco.» Pasó á la antecámara, se puso su sombrero y su sobretodo y bajó por la escalera con la agilidad de las personas que tienen fiebre.

En las cuatro horas que Luciano había estado encerrado en el garito, la nieve había caído abundantemente, y la calle, una calle del centro de París, demasiado estrecha y con altas casas, estaba completamente blanca. En el cielo tranquilo, de un azul obscuro, brillaban pálidamente algunas estrellas.

El jugador arruinado tiritó bajo su abrigo y se puso en marcha, rodando siempre su espíritu pensamientos de desesperación, y pensando más que nunca en la caja de las pistolas que le esperaban en el cajón de su cómoda; pero después de haber andado algunos pasos, se detuvo bruscamente ante un espectáculo.

Sobre un banco de piedra, colocado según la costumbre antigua cerca de la puerta monumental de un palacio, una niña de seis ó siete años, mal cubierta con un vestido nuevo, en harapos, estaba sentada en la nieve. Se había dormido allí, á pesar del frío cruel, en una actitud dolorosa de fatiga y postración; y su pobre cabecita y su linda espalda estaban como incrustadas en el ángulo del muro y reposaban sobre la piedra helada. Uno de los zuecos con que estaba calzada se había caído de su pie, que colgaba.

Por un movimiento maquinal, Luciano de Hem llevó la mano al bolsillo, pero recordó que hacía un instante había encontrado una pieza de veinte *sous* olvidada y que no había podido dar la propina al mozo del círculo. Movido, no obstante, por un impulso instintivo de piedad, se aproximó á la niña, é iba quizá á llevarle en brazos y darle asilo por la noche, cuando en el zueco caído en la nieve vió una cosa brillante.

Se inclinó. Era una moneda de oro.

Una persona caritativa, una mujer sin duda, había pasado por allí, había visto en esta víspera de Reyes el zueco delante de la niña dormida, y recordando la conmovedora é infantil tradición, había puesto allí, con mano discreta, una magnífica limosna, para que la pequeñita abandonada creyera en los regalos hechos por sus majestades Gaspar, Melchor y Baltasar, de paso para Belem, y conservara, en medio de su desgracia, alguna esperanza en la Providencia.

¡Un luis! Representaba varios días de reposo y de riqueza para la mendiga, y Luciano estaba á punto de despertarla para decirla eso, cuando oyó cerca de su oreja, como en una alucinación, una voz, la voz del polaco, que le decía con su acento insinuante:

«Hace dos días que no sale el diecisiete......» Me dejaría cortar una mano, si al sonar las doce no saliese ese número.»

Entonces aquel joven de veintitrés años, que descendía de una raza de gentes honradas, que llevaba un soberbio nombre y que nunca había faltado á su honor, concibió un pensamiento espantoso. Con una mirada se aseguró de que estaba completamente solo en la calle descubierta y, doblando la rodilla, adelantando con precaución su mano temblorosa, robó el luis de oro del zueco caído! Después, corriendo con todas sus fuerzas, volvió á la casa de juego, subió la escalera á zancadas, abrió de un golpe la puerta acolchada de la sala maldita, y entró en el momento preciso en que el péndulo daba el primer golpe de las doce; puso la moneda de oro sobre el tapete verde y gritó:

—¡En pleno al diecisiete!

El «diecisiete» ganó.

Volviendo la mano, Luciano puso los 36 Luises sobre el rojo.

El rojo ganó.

Dejó los 72 luises en el mismo color. El rojo salió otra vez.

Hizo la misma jugada dos veces tres veces, siempre con la misma suerte. Tenía ahora delante, suyo, un montón de oro y de billetes: se puso á cubrir la carpeta frenéticamente. La docena, la columna, el número, acertaba en todas las combinaciones. Era un acontecimiento innusitado, sobrenatural.

Diríase que la bolita de marfil, saltando en las casillas de la ruleta, estaba magnetizada, fascinada por la voluntad de aquel jugador y la obedecía. Este había recobrado en una docena de golpes, los billetes de mil francos, sus últimos recursos, perdidos aquella noche al principio de la jugada. Apuntando ahora dos ó trescientos luises á la vez, y favorecido por aquella racha fantástica, iba á cobrar pronto, y quizá con exceso, su fortuna derrocada: iba á reponer su caudal.

En su impaciencia por jugar no se había quitado el abrigo, ya había llenado todos los bolsillos de grandes fajos de billetes de Banco y de paquetes de monedas de oro, no sabiendo después donde guardar las ganancias, descosía los del chaleco y del pantalón y los rellenaba de papel, incluso la petaca, el pañuelo, el sombrero, todo lo que podía servirle de recipiente.

Y seguía jugando y seguía ganando, como un furioso, como un hombre ebrio; arrojaba puñados de luises sobre la mesa, al azar, con un gesto de seguridad y desdén, y con el mismo levantaba sumas enormes del tapete.

Solamente sentía como una brasa en el corazón; pensaba en la pequeña mendiga dormida en la nieve, en la niña que él había robado.

—¿Estará todavía en el mismo sitio? ¡Si, debe estar! Dentro de un rato......si, cuando suene la una......¡lo juro!.........saldré de aquí, iré á buscarla.........la cojeré en mis brazos, dormida, la acostaré en mi cama y la adoptaré, la educaré, la amaré como si fuese hija mía y no la abandonaré nunca, nunca!

Pero el pendulo dió la una, y el cuarto y la media y los tres cuartos.........y Luciano permanecía sentado todavía á la mesa infernal.

Al fin, un minuto antes de las dos, el banquero se paró bruscamente y dijo en voz alta:

—La banca ha saltado, señores ¡No va más por hoy!

De un salto se puso Luciano de pie, rechazando bruscamente á los jugadores que lo felicitaban, rodeándolo con envidiosa admiración. Partió vivamente, bajó la escalera, y corrió hasta el banco de piedra.

De lejos, á la luz que proyectaba un farol, distinguió á la joven.

—¡Que dicha! la encuentro todavía.

Se acercó y le cogió la mano.

—La tiene helada, ¡Pobre criatura!

Tomóla en brazos y la levantó para llevarsela. La cabeza de la niña se inclinó hacia atras, sin que se despertara.

—¡Como se duerme en esta edad!—murmuró.

La apretó contra su seno para calentarla, y presa de una vaga inquietud quiso, á fin de sacarla de ese sueño pesado, besarla, como en otro tiempo á su hermanita.

Pero entonces advirtió con terror que los párpados de la niña estaban entreabiertos y dejaban ver, á medias, las pupilas vidriosas, apagadas, inmóviles. Luciano, herido su cerebro por una sospecha terrible, puso su boca pegada á la boca de la pequeñuela...... no respiraba.

Mientras, con el luis de oro robado á la mendiga, Luciano ganaba una fortuna en el juego, la niña abandonada había muerto, ¡había muerto de frío!

Ahogado por la angustia más horrible, Luciano quiso gritar, y en el esfuerzo que hizo se despertó de su pesadilla sobre la banqueta del círculo, donde se había dormido poco antes de la media noche, y donde el mozo del garito, yéndose el último á las cinco, lo había dejado tranquilo por compasión al arruinado.

Una aurora brumosa de Diciembre hacía palidecer los vidrios de las ventanas. Luciano salió, empeñó su reloj, tomó un baño, se desayunó y fué á la oficina de reclutamiento á firmar un compromiso voluntario en el primer regimiento de cazadores de Africa.

Hoy Luciano de Hem es teniente, no tiene más que su sueldo para vivir, pero lo pasa muy bien, siendo un oficial muy ordenado y no cogiendo nunca una carta. Y aun parece que ha encontrado medio de hacer economías, porque el otro día en Argel, uno de sus camaradas, que le seguía á algunos pasos de distancia en una calle de Kasba, le vió dar limosna á una niña española, dormida en una huerta, y cometió la indiscreción de mirar lo que Luciano había dado á la pobrecita.

El curioso quedó muy sorprendido de la generosidad del teniente.

Luciano había puesto un Luis de oro en la mano de la niña.

FRANCISCO COPÉE.

SEÑORITA CELINA ALEXANDRE,

Una de las más guapas señoritas que asistieron á la Jamaica verificada en Popotla con motivo de la inauguración del Tívoli del Castillo (vestida de Locura)

TOQUE.

Oh niña que despiertas á la vida!
Oh virgencita blanca
Cuya pupila húmeda parece
Una gota azulada......
Oh lirio floreciente cuyo aroma
Como un perfume de los cielos pasa
Y que el candor angelical del niño
Como bruma de luz llevas en tu alma;
Tu que aun sabes los cantos vibradores
Que te enseñó la infancia
Y aun conmovida esperas en la alcoba
La caricia impalpable de las hadas;
Tu que llegas al mundo y eres buena,
Oh virgencita blanca,
Deja flotar mis sueños en la dulce
Diafanidad azul de tu alborada!

ESTEBAN FLORES.

Hoja pálida.

El bardo al escribir moja la pluma
En la pálida luz de las estrellas
Y por eso sus cantos no son tristes,
Ni tienen la negrura de las quejas.
Yo, que tengo en mi cielo sólo nubes,
Mojo mi pluma entre las sombras negras;
Por eso entre mis notas hay nostálgias
De almas que se marchitan por enfermas.
Así...... cuando contemples esta hoja,
Que escribí con la tinta de mis penas,
Tal vez aparecer miren tus ojos
Del alma que te adora las tristezas.
Por eso no la mires mucho tiempo
Ni te acuerdes de mí cuando la leas......
Yo no quiero que sufra amada mía,
Tu noble corazón en primavera.

LAMPS.

ULTIMO DESEO.

Cuando la sombra de la muerte empañe
El sol de vida que mi pecho enciende,
Quiero que mi alma al ascender se bañe
En el perfume que tu sér desprende.

***

Quiero morir con el amor que inunda
Radiante y puro, en su explosión de hechizos,
Y hundir la frente en mi embriaguez profunda
En la onda espesa de tus negros rizos.

***

Quiero morir en los ardientes lazos
De la pasión que en nuestro sér estalla,
Y redimido ascenderé en tus brazos
A la región en donde todo calla.

***

Sentir la gloria que tu sér inflama
Y en las cadenas de tu amor opreso
Quemar mis labios en la ardiente llama
Donde arde el polen que fecunda al beso.

***

Quiero morir con la pasión que abruma
Que incendia y vibra, y aunque deje un rastro,
Tenga la vida del girón de bruma,
Que se evapora al resplandor del Astro.

***

Así quiero morir; y en el instante
En que mi espíritu á lo ideal se encumbre,
Serás en mi alma vibración que cante,
Flor que embalsame y arrebol que alumbre.

***

Y cuando el golpe del dolor, rendida
Te haga caer sobre mi cuerpo inerte,
Quel el beso cante su explosión de vida,
Y el llanto gima su oración de muerte.

BENITO FENTANES.

Mientras de unirme á tí se acerca el día,
tu amor recuerdo y tu virtud imito,
tu virtud que era inmensa, madre mía,
y tu amor maternal que era infinito.

La que ama un ideal, y sube.... y sube.....
suele morir ahorcada de una nube.

CAMPOAMOR.

LA NOTA DE LA MODA—TRAJES DE ESPECTACULO.

La nota de la moda.

Este año no cederá en elegancia á los precedentes. El arte en la *Toilette*, hace grandísimos progresos, aun cuando parece en cada estación, que ya no puede ir más alla.

La fantasía de los modistos y modistas se ejerce especialmente en las *toiletts* de teatro y de calle; siendo como son las primeras de gran oportunidad, ya que en el otoño empiezan á abrirse todos los salones de espectáculos, los modelos menudean, habiéndolesá cual más hermosos.

De los que gozan de más boga, retiramos tres, muy elegantes, para ofrecerlos á nuestras lectoras, en unión de un modelo de traje de calle, de exquisita confección.

En general, la tendencia de la moda en esta estación, está comprendida en las notas siguientes:

Los sombreros que prometen multiplicarse durante todo el invierno, son de fieltro yte rciopelo negro ó marrón, de casquetes elevados, ornados de cintas de muaré y de hermosas plumas amazonas, fijadas mediante adornos de acero que varían hasta el infinito y muy artísticos. En cuanto á la forma adoptada, según lo que preveen los grandes confeccionadores de París, prevalecerá la amazona modernizada.

Los peinados históricos, siguen gozando de favor, tales como los peinados Directorio y los que se adaptan á los sombreros mosqueteros Luis XIV.

En cuanto á las telas, pueden hacerse pronósticos muy seguros. Se llevará mucho muaré y mucho terciopelo. La fabricación de telas clásicas, tales como el paño, se perfecciona de día en día; los paños extra satinados, de tan hermoso aspecto por su simplicidad, atraerán siempre la elección de las elegantes serias.

ESTUDIANTINA "AURORA."

Roberto Gómez. Adolfo Nieva. José Aguayo. Leopoldo Nieva.

Mandolina 2ª. Julia Fuentes. *Mandolina 2ª.* Juana Camargo. *Mandolina 1ª.* Magdalena León, *Directora* María Aguayo *Mandolina 1ª.* Esther Moreno. *Guitarra.* Angela León, *Guitarra.* María Fuentes. *Guitarra. 7ª* Luisa Camargo,

EL MEJOR REMEDIO.

Las jóvenes tienden frecuentemente á perder su esbeltez cuando crecen, pero á menos de que se produzca una desviación absoluta de la columna vertebral no por esto se vuelven jorobadas.

En ese período de su desarrollo, necesitan más higiene que corsé ó aparatos.

Agua fría, gimnástica, esgrima en el campo, juego de brazos...... en suma, actividad: tal es el mejor medicamento. Con esto y una buena nutrición, la cual no significa un exceso de viandas ni de fierro, ni de drogas, sino una alimentación abundante, se obtienen espléndidos resultados.

Añadiríamos, que debe procurárseles una vida tan alegre cuanto sea posible. La risa es sana, sobre todo para la juventud...... y muchas plantas delicadas se marchitan porque les falta un rayo de sol.

Los padres de familia que frecuentemente leen en el porvenir muchos cuidados para sus hijos, deberían procurar, de todas veras, hacerles agradable la adolescencia; para esto bastaría procurar á las jóvenes, sobre todo, ejercicio en pleno aire. No son ni los bailes, ni los teatros, los que conviene elegir para ellas como distracción, sino mas bien el *tennis*, la natación, los largos paseos con camaradas, léjos, muy lejos, entre los árboles y á través de los campos donde sea permitido cantar, saltar, y hacer locuras......

Estudiantina "Aurora."

Damos una fotografa de esta simpática estudiantina que fué muy aplaudida la noche del 22 del pasado en el Teatro del Conservatorio Nacional de Música, en la velada músico literaria que organizaron los alumnos de la Escuela Nacional de Comercio y Administración.

COLD CREAM.

Se hace con ½ onza de cera blanca puesta en una vasija pequeña con dos onzas de aceite de almendras; una vez bien fundida la cera se le añade dos onzas de agua de rosa. Esta adición ha de hacerse muy despacio y agitando bien la mezcla con un tenedor para que se incorporen perfectamente las tres substancias. El cold cream se hace también con 10 dracmas de espermaceti, 10 de cera blanca, 8 onzas de manteca purificada, 15 granos de subcarbonato de potasa, 4 onzas de agua de rosa, 2 onzas de alcohol y 10 gotas de extracto de rosa. Otra preparación muy usada es: aceite de almendras, 2 onzas, espermaceti, ½ onza, cera blanca, ½ onza. Se pone el todo en una vasija tapada, se mete ésta en un puchero de agua hirviendo y una vez obtenida la fusión se añade á la mezcla un poco de agua de rosa y se bate hasta que se enfríe.

PASTA PARA EL CUTIS.

Las claras de 4 huevos hervidas en agua de rosa, ½ onza de aceite de almendras dulces; se mezcla todo hasta que se reduce á una pasta espesa.

CUENTOS DE ANFITEATRO.

¡POBRE JUAN!

I.

Caía el sol en un horizonte inflamado; sobre la superficie irisada del cielo estaban prendidas algunas nubes desflecadas que, maculando con sus contornos irregulares, el tapiz rojo sangre del firmamento, semejaban enormes manchas de tinta en un lienzo encarnado. Atardecía lentamente.

Los dos estudiantes salieron del anfiteatro con los sombreros arrojados hácia atrás, restregándose las manos húmedas; cerraron la puerta de hierro y se deslizaron silenciosamente hacia la calle; marchaban á paso lento y absorvían con fruición aquel aire luminoso de la tarde.

El trabajo había sido fatigosamente duro y para aprovechar las postreras horas de aquel día de Agosto, descendían pausadamente hacia la parte populosa de la ciudad.

El pensamiento de ambos revoloteaba como un pájaro maravillado en redor de la eterna obcecación de los espíritus creyentes: el amor. La misma mujer vestida con las galas brilladoras del deseo, aparecía deshojando corolas en los cráneos de los dos, henchidos de anatomías y morbosidades. Tomados del brazo y con las pupilas inconscientes sobre la lejanía incendiada, bajaron algunas calles y de pronto, deteniéndose uno de ellos:

—Oye, Juan—dijo—¿te gusta mi Lupe?

Juan dilató los ojos asombrado. Aquella pregunta lo había sorprendido precisamente en los momentos en que sin darse cuenta de ello, acariciaba con caricias imaginarias, el rostro pálido y de misteriosa simpatía de aquella mujer evocada por el compañero; creyó haberse descubierto impensadamente y se apresuró á contestar, con cierta violencia sospechosa:

—¿Que si me gusta?......Pues,......no es fea......sí, algo me agrada.

—Pues, siendo así, óyeme.

Y lo arrastró á través de la horrorosa multitud que se atropellaba en las avenidas.

La noche avanzaba rápidamente por el cielo, y encendía en él estrellas que se antojaban cirios ardiendo sobre un túmulo. La tarde daba sus últimos aletazos en la lejanía incendiada.

II.

Juan, que se figuraba sorprendido en sus íntimas cavilaciones, se temió una conflagración de celos rabiosos en el alma enamorada de su compañero, y púsose á hilvanar con trabajo un razonamiento que oponer victoriosamente á los seguros reproches del celoso; así es que su asombro no tuvo fronteras cuando, sentados ya en una banca herrumbrosa de un paseo público, el adorador de Lupe se produjo en estos inesperados términos:

—Juan, debo ser franco para contigo; Lupe me interesa lo mismo que esto—y arrojó una cáscara con el bastón—Lupe es para mí una positiva carga; ¡si tu supieras las horas de admirable fastidio que paso junto de ella?

¿Qué es buena?......no lo niego; pero la verdad es que la virtud y la bondad no constituyen por sí solas una mujer á mi gusto......no me explico aún que extraños lazos me unen con ella; yo jamás la he amado, y en este sentido ella me corresponde con usura, creo hasta me odia un poco y, sin embargo, permanecemos uno frente á otro siempre hastiados de representar una farsa que á los dos nos repugna igualmente.

Mira, Juan, ella ha nacido para amar estrellas y no hombres, aprecia en más las insípidas caricias de los ojos á lo melodrama que los opíparos contactos de los labios que se besan; yo nací destinado á vivir de vida y no de ideales sosos ¿comprendes mi desaliento al encontrarme en presencia de esa mujercita, adorable sin este defecto, que llama céfiro al aire y astro al sol?......Tú..... eres algo soñador......y......¿quieres que te presente con ella?

Juan adivinó; aquel compañero de instintos bestiales buscando una mujer-carne había tropezado con una mujer-espíritu. Lo compadeció interiormente.

—Sí, decía el otro, como logres hacerte amar de Lupe, habrás ganado tres almas para la felicidad....... tú y ella nacidos para volar, buscarán la dicha y la encontrarán en el arrobamiento de una mútua contemplación...... yo la encontraré más fácilmente en la libre expansión de mis deseos...... sacudiré mis alas tanto tiempo recogidas por un respeto á la sociedad que estoy por calificar de estúpido...... ¿quieres?

Juan, ofuscado por la idea turbadora de llegar á besar el oro rico de los cabellos de aquella mujer, considerada hasta entonces como un imposible, no encontró nada extraña la proposición y fué presentado á Lupe, todo emocionado y tembloroso.

III.

¡Y cuán cierto es que el destino tiene singulares aberraciones! ¡Cuántas veces un espíritu superior nacido para el bien y creado entre fulguraciones de la verdadera luz, viene á caer palpitante en el caos afrentoso de una vulgaridad plebeya! Y en valde clama en su agonía, sus voces son demasiado pequeñas para llenar un abismo, y es un inmenso abismo la indiferencia humana; la brutal obcecación de los hombres de ahora, lo mismo atropella la paz de un sepulcro para aprovechar un palmo de terreno, que la paz de una conciencia para ensangrentar un tálamo! Pero, afortunadamente—seguía diciendo Juan que monologaba así días después de la presentación á Lupe—afortunadamente habemos todavía algunos adoradores del ideal supremo y yo he tenido la dicha de llegar á tiempo ¿Qué hubiera sido de Lupe en poder de ese *bárbaro?—ese bárbaro* era el compañero.—¡Pobrecilla, hubiera tenido que arrastrar á través de una vida puramente material su espíritu lleno de luz y de misterio! ¡Pobrecilla¡

Juan hacía psicologías peligrosas para su propia tranquilidad; veía, encuadrada en sus fulguraciones de crepúsculo, á aquella mujercita de cabellos color de ambar y ojos hondamente azules; la veía, entristecida, esperando siempre la llegada de un ensueño que alguna vez, sentado en el romo borde de su camita de virgen, le había dicho «Espérame.......» Siempre misteriosa....... ¡Aquella mujer tenía, para Juan, la irresistible atracción de lo desconocido!

IV.

El sol, como mi índice glorioso, fué marcando en el cielo las horas del año. Completamente absorvido por el recuerdo de Lupe, que era ya tenaz é imprescindible, el estudiante se dedicó á un trabajo intelectual debilitador por lo excesivo; así creyó alejarse de ella y tuvo miedo de hallarse entonces demasiado solo; en estas alternativas, se hundió lentamente en una vaga melancolía sin nombre y, al parecer, sin objeto.

Poco á poco se asimiló las claridades del espíritu de Lupe y, al encerrarlas en el suyo, notó con sorpesa que él también estaba sacudido por inquietudes semejantes á las que suponía en ella; poco á poco fué acentuándose aquella atracción extraña y cierto día, sin darse de ello cuenta, Juan, al tomar para despedirse una delicada manecita de Lupe, tuvo una impulsión violenta que le golpeó el interior del pecho, sintió un empuje indomable que le movía la lengua y habló...... su palabra era un hirviente desbordamiento; ella le escuchaba con una beatífica sonrisa de candor, recostada en las mejillas ruborosas.

Desde aquel día, Juan amó con impetuoso amor á aquella mujer atrayente por sus brumas, por sus misterios, acariciadora hasta el exceso en los sacudimientos de la neurosis, ... la amó como se ama al peligro; con un tanto de sabroso miedo.

Aquel cariño, como el primero de Juan, no era nada prudente, era una vorágine ...... un vértigo ......

V

Pero el vértigo siempre es peligroso para el espíritu humano; es imposible traspasar los límites asignados á las vehemencias de la pasión, sin sentir inmediatamente la nausea del mareo......... Juan se mareaba.

Su desbordamiento de cariño no había tenido límites, él no comprendia el amor más que así, tempestuoso, abrumador, infinitamente grande para poder ser infinitamente agradable y completamente puro para no dejar de ser completamente bueno. En ella había encontrado un espíritu nebuloso, lleno de brumas de tédio y de arranques pasionales, un espíritu al arbitrio de una neurosis y se adhirió á él con desesperada adhesión.

¡Pobre Juan! Nutría con su sangre una serpiente que pronto le mordería el corazón. ¿Acaso no es el amor impetuoso el engendrador de los celos sin alivio?

....

Cierta noche que Juan desfallecía de placer envuelto en los efluvios intensamente enervadores de los ojos de su amada, mientras sus amarillentas manos adelgazadas se hundian en el oro rico de los cabellos de ella, pasó por la acera el antiguo amador de Lupe.

—Buenas noches,—dijo—Adios, hermano.

Juan se recogió rapidamente sobre sí en la actitud hosca de una fiera que se defiende; el *hermano* pronunciado por el otro le sonó á insulto sangriento y, con entonación de bronca ira, dijo:

—¡Lupe! ¿porqué te saluda? ¿acaso te ama todavia?

—No, jamás me ha querido—exclamó ésta—y sus ojos azules se obscurecieron por el paso de una ráfaga de tristeza, sus manecitas delicadamente pequeñas se crisparon bruscamente en las de Juan y su adorable cabeza rubia se inclinó lánguidamente.

¡Todo lo comprendió el pobre Juan! La luz se hizo en su espíritud y vió; el desengaño fué doloroso, cruel inmenso y sin esperanza...... Sintió correr la sangre embrabecida por su rostro, golpeando en sus arterias; un torbellino de celos envolvió su razon, la hizo confusa y entre aquellas brumas sólo radiaba, nítida y desgarradora la verdad cruelmente sabida. ¡Lupe amaba á otro! ¡Y ese otro era un recuerdo ya, no podía ser desgarrado con las manos rabiosas! ¡No; aquel rival súbitamente aparecido, era intocable y tal vez nunca dejaría de imperar en el corazón de Lupe!

El estudiante, abrumado por los celos retrospectivos, huyó á la carrera tropezando con las puertas que le impedían el tránsito.

VI

Se detuvo en la puerta del anfiteatro. ¿Cómo llegó? No hubiera podido decirlo. El compañero se disponía á salir.

Juan se adelantó; la duda le hacía sangre en el corazón.

—Oye—dijo entrando—quiero preguntarte una cosa......

Se detuvo asustado. Flaqueó su espíritu como si fuera á traspasar los umbrales del infierno.

—¿Qué?—interrogó el otro.

Juan no hallaba palabras que no le quemaran los labios...

—Decía yo...... que...... quiero saber si ella...... ya sabes quién...... fué contigo.........

Una ruidosa carcajada sacudió el pecho del interrogado y se extendió resonando bajo la bóveda.

—Tú—dijo Juan casi entre un gemido—tú ¿serías..... su amante?

—¡Vaya, vaya! Sino hubiera yo tenido grandes móviles que me impulsarán á hacerlo, jamás hubiera aceptado gustoso el papel de adorador engañado; si acaso te aconsejé, en un momento de peligro que me arrebataras una mujer, que yo te cedia de buena voluntad, fue por salvarme..........

¡Ella hubiera sido mía y tú comprenderás mi situación!

Las últimas palabras las dijo ya en el jardín. El eco de ellas modificado por el tornavoz de la bóveda, cayo como una pesada maldición sobre la cabeza de Juan.

....

Entonces quedó solo. Sobre su pobre cráneo que estallaba sentía flotar algo que forzosamente era horrible. No atreviéndose á investigar la naturaleza de sus ideas, temiendo encontrarse más infortunado si analizaba sus impresiones, había caido en un estado de estupor cercano al idiotismo; quería saber la realidad de su infortunio, convencerse de que la verdad aquella no era hija de una fiebre malsana y se detenía tembloroso de terror ante el espectáculo de su desgracia. ¿Con que era verdad? ¿Aquella mujer tantas veces besada en el vértigo de la pasión, aquella mujer que juraba de tan inocente manera ser suya ó de nadie no era sino una de tantas virginidades atropelladas por el deseo? ¡Ella haber sido de otro!

Y se paseaba á lo largo del anfiteatro sintiendo que los cráneos encerrados en los escaparates de cristal reían con sorna.

—"¡Tonto!—decían—deberías haberlo comprendido;... pero la pasión extendió la mano ante tus ojos. Nosotros, que te vimos encabezando tus nerviosas cartitas con un "Virgencita mía" nacido entre flores allá en las nieblas de tu conciencia, te lo dijimos alguna vez; pero no oías..."

El se paseaba taciturno: su razón desfallecia arrojada así tan de golpe al abismo de una realidad sangrienta; los gemidos raspaban su laringe y una lágrima, la última tal vez que debía llorar, se detuvo temblando en sus pestañas. El calvario fué largo, larguísimo. Su espíritu lo ascendía con la Cruz de la angustia á cuestas. Se veía cerca de Lupe, temeroso de mancharla, tímido con la timidez de quien toca un delicado cristal, cerca de aquella cabecita rubia, de aquellos ojos azules que besaba con besos rápidos y medrosos, de aquella boca que sabía decir "te amo" de una manera tan arrulladora..... ...

Se volvió rápidamente, creyendo escuchar una risilla que brotaba en la sombra, y sólo vió la mancha blanquecina y esfumada de un cadáver, tendido impasiblemente bajo la sábana.

¡Pobre Juan! Como si hubiera ascendido titubeando su razon desde las negras profundidades de una sima, vió por fin una luz salvadora; cerca del cadaver había quedado un frasco lleno de un líquido cristalino; Juan lo arrebató con un verdadero zarpazo de bestia salvaje y pudo percibir, al destaparlo, el penetrante olor del ácido fénico; despues bebió, bebió mucho, con ansia, con fruición, á boca llena.

....

En la sombra, bajo sus capelos de cristales, los cráneos reían desaforadamente.........

Antenor Lescano.

LOS TRES CAJONES.

Con ademán resuelto—como una persona que no cambiará jamás de voluntad—la condesa Magdalena designó el mueble japonés, de tres cajones, en el que la luz de las lámparas hacía temblar la laca rosa y oro, y dijo gravemente:

—Abrid uno de esos tres cajones y guardaos bien de elegir, Valentín, porque en cada uno de ellos he colocado una respuesta á la pregunta que no cesais de dirigirme hace seis meses. Si ponéis la mano sobre la contestación más dulce—sobre la que dice: ¡Sí!—será necesario que yo consienta en desposarme con vos; pero cuidad de no encontrar una mala respuesta...... no volveríais más.

—¡Ah!—dijo—llevo una probabilidad contra dos. ¿Por qué os ha venido tan cruel pensamiento?

—¡Vamos!—contestó—yo tendría el consuelo, si debo complaceros, de poder acusar al acaso de mi falta......

Entre los tres cajones vaciló largo tiempo; su mano, trémula, iba del uno al otro, no osando tirar de las asas doradas. Sentía que su corazón se estrechaba ante el miedo de una mala elección! Al fin decidió cerrar los ojos y contar con la divina misericordia de las providencias...... ¡Oh gozo, oh infinita delicia! la respuesta—una hoja de papel rosa—contenía la adorable palabra: ¡Sí!

***

Valentín no estaba del todo satisfecho: después de los éxtasis, le vino yo no sé qué tristeza en la frente y en los ojos.

—¡Cómo!—exclamó ella asombrada—¿qué te hace falta y de qué te quejas, querido ingrato?

—Tengo una pena— repuso Valentín!

—¡Tan cerca de mí! cuál es?

Os he debido al acaso y no á mí mismo.

Y continuó pensativo; pero ella, entonces, estallando en sonoras risas le gritó:

—¡Bestia!......... si era la misma respuesta la que había colocado en los tres cajones!

Catulo Mendez.

AL CAER LA TARDE.

Empotrado en un ángulo está el nido
De una viajara golondrina parda,
El horizonte inmenso y encendido
Por un sol como globo suspendido
Que su descenso vertical retarda.

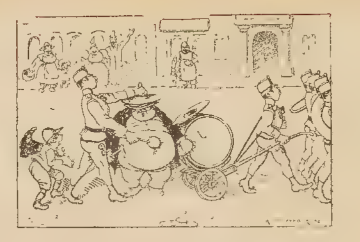
Es la hora tan triste!...... Cada instante
Se impregna de un fervor lúgubre y mustio,
Enmudecen los labios del amante
Y vaga la mirada penetrante
Y en negras dudas mi cerebro angustio.

El alma tiembla; el porvenir sombrío
Esconde los misterios de mi vida,
Temo encontrar tu corazón vacio
Y agonizante abandonado y frío
Mi recuerdo, tal vez!...... todo se olvida!

El nido entonces hallaráse yerto;
La errante golondrina aventurera
Que cruza por el árido desierto
Ha de volver y te dirá que un muerto
En el sepulcro á descansar te espera.

Y ese sol como globo suspendido
Cayendo lentamente al horizonte,
Disipará la sombra de tu olvido
Con la luz del crepúsculo encendido
En el purpúreo valladar del monte.

Manuel Ortigoza.



EL CORSE DUQUESA.

Expuesto por las señoritas Hunsinger Hermanas. 1ª calle de San Francisco numero 14, ha tenido grandísima aceptación.

Nos felicitamos de haber sido de los primeros en aplaudir esta creación exquisita de una elegancia rara y de un gusto perfecto.

Después de esta graciosa aparición, no habríarazón para que las señoritas Hunsinger Hermanasse admirasen de nuestrodeseo, muy natural, de ver salir pronto de sus hábiles manos una nuevaobra maestra.

Las PÍLDORAS del Dr. AYER

Han sido objeto de los más Altos Honores en las principales Exposiciones Internacionales, inclusas las de Barcelona y Chicago, dos de las más recientes. El abono dispensado por aquellas autoridades con carácter oficial á la excelencia y virtudes medicinales de las Píldoras del Dr. Ayer, confirma el juicio que han merecido del público en general durante mas de una generación, de que estas Píldoras son las mejores del mundo.

Son Puramente Vegetales.

Son Azucaradas.

EL ESTREÑIMIENTO

afecta seriamente los órganos digestivos y asimilativos, incluso los **Riñones**, y en este estado no pueden extraer de la sangre el ácido úrico, el cual, al ser introducido en el sistema, causa **Reumatismo** y **Neuralgia**.

DESARREGLOS BILIOSOS.

Entre los síntomas indicadores de Biliosidad hay la Nausea, Mareos, Dolor de Cabeza, Flaqueza de Fuerzas, Fiebre, Vista Turbia, Amarillez de la Piel, Dolores en el Costado, Espalda y Hombros, Aliento Fétido, Lengua Saburrosa, Irregularidad en las funciones intestinales, Vómitos, etc.

Cuando ocurre el Estreñimiento el **Tubo Digestivo** se afecta y sobreviene Indigestión ó

DISPEPSIA.

La Mala Boca, Dolores Gástricos, Dolor de Cabeza, Acidez del Estómago, Agrura, Nerviosidad y Depresión de Animo son evidencias de Dispepsia, enfermedad que tanta congoja causa. Se hallará un **Alivio Seguro** para las irregularidades del estómago y demás dolencias consiguientes en las

Píldoras del Dr. Ayer.

Estimulan el estómago, descargan los intestinos, comunican salud vigorosa al hígado entorpecido y á los riñones, y con sus propiedades tónicas y laxantes fortifican y purifican todo el sistema.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

Se venden en las principales Droguerías y Farmacias.

Enfermos del Estómago

Es conveniente convencerse de que el DIGESTIVO MOJARRIETA es lo único positivo, lo único que cura radicalmente las enfermedades del Aparato Digestivo, y exigir grabado sobre cada Oblea, el nombre DIGESTIVO MOJARRIETA.

Dispepsia, Gastralgía y Enteritis crónicas

con sus síntomas: Agrios después de las comidas ó Acidos del estómago, Sed excesiva, Hinchazón ó Peso en el Vientre por poco que se coma, Digestiones lentas ó incompletas que producen Repugnancia, Mareos, Dolores de Vientre, Vómitos biliosos y Diarreas crónicas.

Son enfermedades que según enseñan millares de personas bien conocidas y respetables, á quienes se vió sufrir durante *muchos años* y además reconocen eminencias médicas de varias naciones, sólo se curan *completa y radicalmente* con el

Digestivo Mojarrieta.

En todas las Droguerías de México.

¿Está ud. anémico ó debilitado?

TOME VD. EL VINO DE BAGNOLS

SAN JUAN.

De venta en to las las Droguerías y Casas Importadoras del Ramo

---

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

DIGESTIVO ANDREW.

Sin pepsina, papáina ni pancreatina. Curación completa, rápida y garantizada

DE LAS ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO.

MARCA REGISTRADA.

El Digestivo Andrew cura radicalmente la dispepsia, enteritis crónica, acidez del estómago, abultamiento con poco comer, flatulencia, repugnancia á los alimentos, diarreas, gastralgias, ictericia, vómitos en las embarazadas, dolores de vientre, digestiones lentas, penosas é incompletas que producen dolores de cabeza y que determinan la anemia, cólicos, etc.

Preservativo excelente para el tifo, fiebre amarilla, y en general de todas enfermedades infecciosas, pues es el más completo é inofensivo Antiséptico del aparato digestivo. Desaparecen desde la primera dósis, los vómitos, acedías, eruptos, inapetencia, pesadez, constipación, dolor de estómago por antiguo ó rebelde que sea el padecimiento, y aunque no haya cedido á otro tratamiento, el éxito es tan seguro, que no tenemos inconveniente en *Garantizar el específico*, pues ha sido analizado y adoptado por las eminencias facultativas de Europa y de esta capital. *Es el más poderoso de los Digestivos* para estimular y restablecer las funciones del estómago.

El tiempo necesario para una cura radical varía según el caso, pero nunca más de 40 á 50 días. Una vez comenzado este tratamiento, no debe suspenderse por ningún motivo. Exigir la firma y rúbrica auténtica del Dr. Andrew. PRECIO DEL TUBO: $ 2 50 EN TODA LA REPÚBLICA. Certificados de los principales médicos de esta capital y de los Estados. Desconfíese de las imitaciones y falsificaciones.

EL DIGESTIVO ANDREW está de venta en todas las principales Droguerías y Boticas de Europa y América

---

Este periódico está impreso con las tintas finas de la Casa LORILLEUX y COMP. *París.*—Unicos Agentes en la Repùblica:—LEWIS Y BLOCK, MÉXICO.

SAMUEL MUÑUZURI.

UNICO AGENTE DE

"EL MUNDO"

Y DE OTRAS PUBLICACIONES

EN ACAPULCO.

CASA DENTAL

DE LOS

DRES. CHACON SUCESORES

CIRUJANOS DENTISTAS.

Segunda de San Francisco número 7.

Ejecutan toda clase de trabajos conforme á los últimos adelantos del arte.

Es la casa más antigua y acreditada de la República.

HONORARIOS MÓDICOS.

ED. PINAUD

PARIS - 37, Bould de Strasbourg - PARIS

SALES AMERICANAS

NUEVAS SALES COLORADAS

Perfume vivificante, excelente contra las fatigas y dolores de cabeza.

Perfuma y purifica las habitaciones.

Olores BOUQUET, EUCALIPTO, FLOR de ALBERCHIGO YERBA SECA, HELIOTROPO, IRIS JAZMIN, LAVANDA, LILA, VIOLETA MENTA, MUSGO, NEW MOWN HAY, CLAVEL PIEL de ESPANA PINK ROSA, REAL PEACH VERVENA

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 25 DE OCTUBRE DE 1896. — NUMERO 17

La Kermesse del domingo.

PUESTO DE SODAS, servido por las señoras de Escandón, Beatriz Redo de Zaldivar, de Mier, y las señoritaa Leonor Mier y Beatriz de la Vega.

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

¡Doscientos mil hombres!

Porque consideramos á la raza española como una raza fuerte, porque tenemos de este pueblo un alto concepto como osado y enérgico, nos apena ver las profundas heridas abiertas á su vitalidad, las terribles brechas por las que se escapa á raudales su sangre joven y caliente. Doscientos mil hombres han sido arrancados del trabajo fecundo para abonar el suelo de la guerra; hay miles de hogares vacíos, amplias extensiones de tierra sin cultivo, lágrimas de huérfanos y craciones de vírgenes que esperan el sublime misterio de la maternidad salvadora de la vida. Y estas energías, estas vitalidades ¿cómo es posible verlas derrochadas generosamente, sin detenerse á meditarlo que ellas significarían en la prosperidad de un pueblo?

Lo ha dicho un periódico español y nosotros hemos asentido á sus palabras: el caracter aventurero del hijo de la península, su fiebre de empresas, su espíritu abierto á todo lo maravilloso é inesperado, han esterilizado su riqueza pública; hacia América, hinchadas las velas, se encaminaban las caravelas de Colón, y hacia América han corrido los gérmenes de la prosperidad española en embrión, y mientras de esta parte de acá del Atlántico se han creado grupos humanos florecientes y robustos, España ha visto perder poco á poco los sanos elementos que hubieran podido levantarla como un país rico y poderoso.

Y la última prueba porque atraviesa no es la menos ruda ni la menos trascendental para su porvenir!

Doscientos mil hombres, reclutados entre la parte activa y fuerte de aquella agrupación, representan una pérdida enorme para su población futura, para el desarrollo de sus fuentes de vida, para la explotación de sus riquezas latentes. Hay detrás de esta cifra muchos días de apuro, años de escasez, etapas de angustiosas privaciones, períodos de dolorosos sufrimientos!......

El patriotismo español ha hecho de la guerra de Cuba un asunto de amor propio; pero ¿acaso esas vidas no son también patrimonio de la patria? ¿el bienestar de una nación, no es elemento que entra á formar en el sentimiento de amor á la patria?

Una reciente estadística española nos hace saber que existen en aquel país 800,000 mujeres sustraidas á las funciones de la maternidad para ser arraigadas al trabajo de los campos. Y sobre este Calvario se alza ese brillante ejército arrancado de la noble y levantada misión de engrandecer á su patria por el trabajo.

La pena de muerte y la reducción del ejército.

La prensa de información ha proporcionado en estos últimos días palpitantes pormenores relativos á la ejecución de un soldado, condenado á la pena de muerte por faltas graves á la disciplina militar.

Por más que el criterio del público diste mucho del reinante en la época en que Victor Hugo dió á la estampa su *Ultimo día de un condenado á muerte*, todavía la conciencia pugna por admitir esta dura *necesidad*. Pero si tal *necesidad* se impone tristemente en la represión de determinados delitos juzgados por los tribunales del orden común, mayor es la fuerza que la hace persistir cuando se trata de la disciplina militar. Sin una severidad inflexible, sin una resistencia tenaz, no es posible la organización de un cuerpo destinado á desempeñar las más delicadas funciones en una sociedad. En estos casos la piedad, como hemos dicho en otra ocasión, es una forma impía ejercida contra los asociados.

Es un hecho que no ha de pasar inadvertido que á mayor grado de organización militar corresponde más severidad en la disciplina, y sólo en virtud de este sistema algunas naciones han logrado presentar irreprochables ejércitos.

Mas si en épocas normales la implacable ley de la ordenanza cae sobre los que la contravienen, en los momentos en que un Estado se propone reducir y reorganizar su fuerza armada, la extricta aplicación de la pena debe persistir preferentemente. El menor número de efectivo en el ejército se compensa con la mayor garantía que presenten las unidades que lo forman, su diminución progresiva con las mayores seguridades que ofrezca.

Cuando nuestro ejército absorvía las tres cuartas partes de los gastos públicos y su personal era doble del que ahora contamos, la gloriosa etapa de los pronunciamientos se enseñoreaba de la República; y si hemos de destruir todo fermento revolucionario, si hemos de ahogar á la hidra en su agujero, preciso es constituir un ejército firme y sólido, un cuerpo de seguridad nacional, intrépido en el cumplimiento de sus deberes, sin una vacilación, sin una sola duda.

De nuestro ejército han surgido esos tenebrosos cuartelazos que manchan la historia patria; es necesario que de él emane la solidaridad y la cohesión de los modernos grupos armados.

Política General.

RESUMEN.—Increible aventura de los Estados Unidos.—Inconsecuencias de su política.—España y la insurrección de Cuba y Filipinas.—Angustiada situación.—Nubes amenazantes de tempestad.—Lealtad y patriotismo.

Con qué insistencia corrió en los pasados días la noticia de que un buque americano había recibido órdenes apremiantes para forzar el paso de los Dardanelos, cualesquiera que fuesen las protestas del gobierno turco y las consecuencias de un acto tan atrevido como poco justificado!

Una y otra vez se habló de que el Gabinete de la Casa Blanca, contristado con las noticias desconsoladoras que llegan continuamente del revuelto Oriente anunciando nuevos y espantosos atentados contra los cristianos, se resolvía á pasar por encima de todas las consideraciones internacionales, con tal de tener un buque de guerra en las aguas del Bósforo, para que sirviera de refugio en caso apurado al Ministro americano y de respeto al Sultán para no continuar en su inicua tarea de sangre y de matanza.

Grande extrañeza causaba pensar que un gobierno, que á riesgo de romper las cordiales relaciones y la tradicional harmonía que lo han unido con la Gran Bretaña, había defendido la doctrina del Presidente Monroe en favor de la débil república de Venezuela, pretendiera inmiscuirse tan abiertamente y de manera tan violenta en la política interior de la vieja Europa. Con gran asombro se hacía notar la inconsecuencia de los Estados Unidos, defendiendo de este lado del Atlántico el derecho de las potencias americanas para rechazar toda intervención extraña, que tendiera á menoscabar su libertad en cuanto á la forma republicana, y su soberanía en cuanto a la integridad de l territorio, y olvidando su tradición y su política al pretender intervenir en asuntos extranjeros que poco ó nada afectan sus legítimos intereses.

Y sucedía que nos resistiamos á creer la probabilidad siquiera de tal aventura, por más que suponíamos en el orden de lo posible . una inteligencia entre los dos paises anglo sajones, el de aquí, con arranques caballerescos como pueblo joven, el de allá, empeñado en reivindicar el nombre cristiano, cuando todos los egoismos se oponían á su empeño, y cuando todos los personalismos rivales cerraban los oídos á lo que no fuera la propia conveniencia. Pensábamos que la Gran Bretaña que tan repetidos desaires ha sufrido al querer intervenir en el conflicto armenio, lo mismo bajo el gabinete liberal de Lord Rosebery que bajo la dirección conservadora del Marqués de Salisbury, quisiera buscar un compañero fiel á quien achacarle la responsabilidad, en el evento de un fracaso, y un aliado leal y de respeto con quien poder contar en el remoto caso de que se encendiera la guerra europea por los arrebatos juveniles de la nación americana.

Pero á la verdad no ha existido tal inteligencia, ó no ha seguido haciéndose manifiesta, pues ya el señor Terrell, ministro de los Estados Unidos cerca de la Sublime Puerta, ha declarado francamente que no ha habido órdenes ningunas recibidas del Gobierno de Washington, y que nunca se ha tenido la intención de cruzar los Dardanelos sin el consentimiento del Sultán.

Nada autorizaba, en efecto, ni daba legitimidad á esa aventura; y si las grandes potencias marítimas recelan de toda acción violenta en las aguas turcas, no obstante la resistencia de sus acorazados y el alcance de sus cañones, si las naciones europeas, signatarias del tratado de Berlín, que es como la corriente eléctrica que galvaniza al caduco imperio otomano, no se deciden á dar el golpe de gracia á esa sombra fatídica de una civilización muerta; si los que más se afanan y preparan á recojer la herencia del moribundo desahuciado, no se atreven á arrojar la chispa que pueda provocar general conflagración: mal podrían los Estados Unidos, apartados por su situación, alejados por sus intereses, y extraños por su política á lo que se refiere al trabajoso equilibrio europeo, intentar una acción que pudiera ocasionar la ruptura de ese equilibrio.

Puede servir para crear adeptos, como ha servido á los congregados de St. Luis y de Chicago, recomendar una política extranjera enérgica y activa; pero á Mr. Cleveland que está terminando su período presidencial y no aspira á la reelección, sólo le ocasionaría zozobras innecesarias y cuidados graves lanzarse en ese camino de arriesgadas y torpes aventuras internacionales.

***

Difícil es y angustiada la situación porque atraviesa España, amenazada en el interior por los arrebatos del eterno pretendiente Don Carlos de Borbón, y por las impaciencias de los republicanos, que á las veces dan señales de su existencia con algún motín que luego es sofocado, y comprometida en sus provincias de Ultramar con las insurrecciones separatistas de Cuba y Filipinas.

En vano los optimistas tratan de formarse unísonas ilusiones y crear castillos en el aire, haciendo aparecer á través de un prisma seductor con colores alegres la descripción de un cuadro que tantas sombras obscurecen: la triste realidad nos hace ver que la revolución de Filipinas se fortalece y extiende cada día, en formidable empuje, y que la idea republicana arraiga cada día más en los campos cubanos, tintos en sangre de rebeldes y empapados en sangre de españoles.

El primer brote de la insurrección filipina no se ha podido arrancar á los primeros intentos del Capitán General, y como la mala hierba, crece y se propaga con asombrosa rapidez.

Ya se habla del llamamiento del General Blanco, ya se apuntan los nombres de quienes puedan sustituir ventajosamente al héroe Joló; Ya los políticos impacientes que no quieren atentar más que á la ingente necesidad de sofocar en su cuna la revolución, achacan á debilidades y falta de energía del jefe, lo que es debido no más á las circunstancias de la colonia; Ya los soñadores que pretenden vislumbrar el porvenir al halago de sus preocupaciones, señalan las nuevas glorias que esperan al Ejército en los campos de Luzón cuando una mano enérgica y vigorosa dirija á los combatientes.

Y no ven ó no quieren ver los inmensos sacrificios que á la nación cuesta ya la insurrección cubana, más facil de atender y por ende más al alcance de las gestiones de la metrópoli; no piensan que los cuerpos de indígenas, que forman buena parte de la guarnición del Archipiélago malayo pueden ser desleales en el momento más precioso, y por lo mismo no hay que confiar en ellos demasiado, y como no calculan nada de esto, apenas comprenden los nuevos sacrificios y los cuantiosos gastos que se necesitan para conservar al dominio de España las islas todas que descubrió el intrépido Magallanes.

Entretanto, un movimiento se inicia en Washington como en pasados días, no en favor directamente de los cubanos que luchan desesperados en la manigua, sino pretendiendo hacer cesar por pacífica intervención una guerra que tiene los caracteres de cruel y poco humana. Hasta se ha aventurado la idea de excitar al gobierno mexicano para que de acuerdo cón el gabinete de la Casa Blanca, se ofrezcan los buenos servicios de las dos naciones en favor del orden y la paz en la revuelta Antilla.

Todo esto es tan grave y sombrío, que no ha faltado quien asegure que si no se logra dominar la insurrección después de la campaña de invierno que promete ser decisiva, el gobierno español está resuelto á abandonar la isla de Cuba á su propia suerte. Afirmación aventurada que á su propio tiempo desmintió el Sr. Cánovas del Castillo, mostrando la virilidad y patriótica energía del pueblo español.

Pero aun cuando así sea, aun suponiendo que el Gabinete de Madrid esté decidido á llevar la lucha siempre adelante, rechazando toda intervención amistosa y pacífica, quedan en pie las revueltas intestinas que de parte de los carlistas y de los republicanos amenazan solapadas á la monarquía reinante, y la difícil condición del tesoro que aun no puede realizar el soberbio empréstito que solicita, y pronto verá agotados los recursos que con gran quebranto y doloroso sacrificio puao allegar en los pasados días.

Ya la opinión ruge y se agita contra la impotencia de un gobierno que no ha podido llenar las aspiraciones de todos. Preciso es ahora para España contar con el patriotismo de todos sus hijos y la abnegación de sus leales servidores, para ver sereno un cielo donde ruedan tantas nubes de furiosa tempestad.

X. X. X.

22 de Octubre de 1896.

TEATRERIAS.

Otra comedia de Don Ceferino Palencia, estrenada en el Teatro Nacional, ha conseguido para su autor nutrida ovación. Se titula *Nieves*.

En la nueva comedia, más ampliamente, sin restricciones obligadas por el género cómico, se manifiesta el Señor Palencia como exquisito observador de los sentimientos. *Nieves* más que una comedia, es un episodio de pasiones. La nota festiva sólo aparece por breves momentos, para infundir animación al cuadro. El humorismo de esta comedia, es grave; sus chispazos resplandecen con la luz de la intención, y al pasar, dejan huella, quedan grabados como sentencias que resumen la verdad concluida de las observaciones del autor.

Los caracteres que componen la obra, no son caricaturas cursis: son personas de carne y hueso, que toman á lo serio su papel en el mundo. *Nieves* es una vanidosa, una de tantas reinas de otro sexo, que considera á los hombres esclavos de su belleza, obligados á tributarle los homenajes de su admiración. Para *Nieves* el sentimiento nada vale: el amor no debe acariciarla, sino agitar el incensario ante los altares levantados de la mujer hermosa. Sobre todo, su orgullo. El *Doctor* es un amigo tolerante, consentidor, sin propósito firme, sin rumbo, que se deja conducir por los más nimios caprichos de una joven voluntariosa. Detrás de su levita negra, no late una convicción. Halaga sirviendo de trasto, complaciendo. Toda su honradez la cifra en hacerse simpático. *Andújar* es un *preferido*, el hombre de moda, el disputado por las damas que se juzgan dichosas con guardar, como polvo de oro, en la caja de sus recuerdos lisonjeros, una flor suya. Dispensa á la mujer la gracia de una galantería, como se deja caer una limosna en las descarnadas manos de un mendigo. Y, como sucede en la vida, las mujeres van en pos de aquellas limosnas, se las disputan, se las arrebatan, y odian mortalmente las desdeñadas á las favorecidas. *Don Severo* es el único hombre honrado que encierra la obra del Señor Palencia. En estos tipos, que, al más ligero descuido, en vez de retratos hubieran resultado caricaturas, ha dejado el pulso seguro del Señor Palencia rasgos serprendidos á la realidad. El espectador, al verlos sobre las tablas, los compara con muchas personas que conoce, que trata diariamente, con quienes vive tal vez.

Su desempeño, cosa sabida, brillantísimo por parte de la Sra. Tubau, que no se cansa de revelarse al público en sus diversas faces de artista inteligente y que entusiasma siempre con los arrebatos de su inspiración. La primera actriz española acierta á encarnar en los personajes, se despoja de las más leves líneas de su caracter y toma hasta los más minuciosos y escondidos detalles de los que representa. El público, en recompensa, no se cansa tampoco de aplaudirla.

DESCARRILAMIENTO DEL FERROCARRIL DE CUERNAVACA.
Carros destrozados.

***

Maggi se despidió de México con su predilecto *Luis XI.* Cierto que al vetusto dramón da vida el talento del actor italiano que, egoista alguna vez, quiere demostrar que no necesita de una obra que se defiende sola, para arrancar aplausos; que él se basta y se sobra para ganarlos con severa justicia.

El público fué espléndido en sus demostraciones. Atronó, á cada instante, con su ovación el pobre Teatro de San Felipe, vitoreó á Maggi y á su compañía, al final de la representación.

A la salida, la mayor parte de la concurrencia despidió á los artistas italianos con esterpitosos aplausos. Aquel fué el verdadero adios de la admiración y del cariño.

PLATICAS MUSICALES.

Lectora bella:

Soy un apasionado del arte y como nadie del arte de las notas, que mece y duerme arrulladoramente á la vida.........

Pero, para encumbrarnos con la música basta el vuelo de la imaginación solitaria? Acaso no iríamos más lejos si nos encadenara el ideal amor del sueño del artista?

lectora bella, empezaremos? Acaso por los románticos, por esos seres que imperan en música más que en poesía, que han producido soñadores de más voderoso vuelo en la magia de las notas que en la magia de los versos. O por los clásicos, parnasianos serenos que no hacían derroche de pasión en sus concepciones para no verse obligados á caer de la altura excelsa en que vivían siempre.

Las dos escuelas musicales no se han falseado como en la poesía, y tendrán perennemente su imperio radiado en todas las regiones, siendo ellos el foco. En las dos, que son los polos armónicos del arte, gravitan todas las generaciones, cuyas florescencias primaverales, de año en año, de siglo en siglo, van produciendo genios jóvenes que pasan á través de los tiempos con la garzonía olímpica de Orfeo y Pan, la lira y la siringa, la música epopéyica y la música arcádica, la personificación del sueño romántico y de la naturaleza virgen.

Las generaciones se suceden y la peregrinación de artistas pasa. A la viola de amor sucede el violoncello, al clave el piano, y la maravillosa arquitectura etérea de los sonidos impalpables se desborda con su eterno arrullo de agua que vuela entre las flores.......

A las venerables cabelleras ensortijadas y melenudas de Haendel y Bach, siguen las cabelleras empolvadas de Mozart y Haydn; después vienen las cabezas acicaladas ó alboratadas al uso bohemio en Liszt y Rubinstein, Paderewski y Grieg, y de todos esos cerebros pensantes surgen las ideas perpetuamente vírgenes, salidas quién sabe de qué laboratorio ignorado de eterna juventud.

Estudiaremos pues, lectora bella, las páginas del pasado, puesto que la música vieja siempre es niña, y la vemos abrir sus ojos adolescentes en nuestras audiciones, como si sólo despertara de un sueño sin haber envejecido.

Hojearemos las páginas de la vida de los grandes artistas, el medio en que soñaron y concibieron, todo al vuelo, para no cansarnos ni fatigarnos en una excursión hecha por recreo, pero espigaremos todas las flores de su vida en sus floridos años para trazarnos vigorosamente el brillo de su juventud, que es lo que persiste á través de los tiempos, la edad de la fuerza y de la creación, y andando, andando, llegaremos á nuestras playas mexicanas, ascenderemos á las regiones del Valle y descansaremos en el estudio de nuestra música y nuestros músicos, en las poderosas facultades inertes y perdidas, en el desgranamiento de la dorada espiga del arte al caer en esta tierra virgen é ingrata, naciendo á las lluvias del cielo en rincones desconocidos, donde vegeta y muere después de haber dado un pobre fruto que esparcen los vientos......

Pero no llegaremos sin haber pasado á través del arte

DESCARRILAMIENTO DEL FERROCARRIL DE CUERNAVACA
La locomotora hundida en el lugar del siniestro.

DOS DESCARRILAMIENTOS.

Nuestros lectores están al tanto, merced á nuestra información diaria del descarrilamiento habido el lunes último en la vía del Central, cerca de Zacatecas. A consecuencia de la fuertes lluvias que cayeron últimamente en varios puntos del interior de la República, la línea del Central sufrió varios desperfectos arrastrando el agua en varios tramos el terraplen. Esto originó el percance que fué de consideración, pues la locomotora y los vagones del tren descarrilado quedaron volcados y destrozados casi por completo, de tal suerte que á últimas fechas aún quedaban los despojos sobre la vía.

No es esta empero la sola catástrofe ferrocarrilera de la semana. La noche del mártes último, á eso de las once, un tren de carga del ferrocarril de Cuernavaca, conducido por la locomotora núm. 5. se descarriló cerca de la estación de Ajusco y sabido esto salió de México la locomotora núm. 3, con un *tender* y un *cabousse* para dar auxilio. La operación de encarrilar se llevó á efecto con rapidez, más al regresar el tren de auxilio, frente al barrio de San Diego de Tacubaya, la locomotora con su *tender* y su *cabousse* descarrilóse á su vez, volcándose por completo. Se calcula por los destrozos causados que el tren anduvo 40 metros fuera de los rieles. Iban en él el maquinista Federico A. B. Wheeler, el fogonero Francisco Mendoza, el Conductor Roberto R. Dailt y el garrotero R. Dávila. Wheler murió asfixiado y sus compañeros quedaron más ó ménos lastimados.

Damos cuatro fotografías que servirán de ilustración á estas notas.

EL ULTIMO DESCARRILAMIENTO DEL CENTRAL.

Aspecto de la locomotora y tender.

Aspecto de los carros.

¿Qué sabemos nosotros de esos maravillosos magos, sino que se llaman Schumann, Chopin, Mendelssohn y Grieg?

Si nos interesamos por saber las intimidades de los grandes poetas, de los grandes novelistas, y nos apasionan sus pesares y sus amores, que no de otra cosa está compuesta la humana vida, qué mucho que busquemos la fuente inspiradora de los grandes músicos, artistas que nos elevan más que ningunos, porque se valen de lo más etéreo, que es el sonido encadenado en la prisión de amor del ritmo!

Si queremos interpretar su música, necesitamos identificarnos con su genio, aunque sólo seamos humildes vasallos de él; saber por qué su música era tan triste ó tan tierna, tan apasionada ó tan voluble. La música, siendo el reflejo más encantadoramente exacto de la nerviosidad del artista, nos guía maravillosamente en las tenebrosidades de su corazón y nos descubre sus sentimientos.

Pero para sondear esos yacimientos de coral, hay que leer con la doble vista del misterio artístico, descifrar la belleza desconocida del pentagrama con el conocimiento del ritmo, que es la cadenciosa versificación de las notas.

Si sabemos los rasgos de la personalidad artística, comprenderemos por qué su fantasía erraba así, en un fragmento musical que era un fragmento de su alma, de ritmo en ritmo como una libélula de flor en flor.

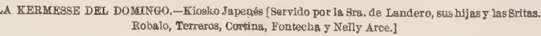
Consultaremos las tradiciones piadosamente conservadas por los discípulos de los magos del piano y por sus admiradores, y veremos qué raudal de amor se desbordaba de sus espíritus soñadores y cuán admirablemente imprimían á su música el sueño del hastío, el deseo de la ambición, la sed de lo maravilloso, la melancolía del sufrir, la cólera de la desesperación ó el poderío del genio rey!

¿Por qué escuela ó personalidad gloriosa,

y los artistas europeos á vuelo de pájaro, después de meditar y estudiar por qué, en una rápida evolución, hemos llegado á adorar la música eslava, acaso por eso, porque es tan vagarosa y tan incomprensible.

Seguiremos en descripción risueña y voluble, en fugaz plática de una cosa encantadora y dulce, y mientras llega tan dichoso momento para mí, que las hadas arrullen, bella lectora, con baladas celestiales vuestros sueños de amor!

ORO.



LA KERMESSE DEL DOMINGO.—Kiosko Japonés [Servido por la Sra. de Landero, sus hijas y las Sritas. Robalo, Terreros, Cortina, Fontecha y Nelly Arce.]

Expendio de dulces y pasteles.—(Servido por la Sra. de Braniff y Srtas. Gila O'Gorman, Manuela Osio, María Algara, Lupe Landa, Amalia Díaz, Juana Torres y Ana Algara.)

LA KERMESSE DEL DOMINGO.

Antes de introducir á nuestros lectores en el féerico patio de Minería, donde la tarde y noche del domingo último se efectuó la fiesta más encantadora que puede darse, digamos algo del Asilo Colón, ese establecimiento que ha enjugado tantas lágrimas, á cuyo beneficio se dió la opulenta Kermesse de que debemos ocuparnos.

A principios del año de 1893 efectuóse el acto solemne de la colocación de la primera piedra del Asilo Colón.

La idea primera de la fundación de esta casa de beneficencia, se debió á la muy distinguida Sra. Doña Luz González Cosío de López, quien de acuerdo con el Sr. Presbítero Don Antonio Icaza, y ayudada por la Srita. Emilia González Cosío, dió los primeros pasos para que el filantrópico proyecto se llevara á puro y debido efecto.

Los elementos no se hicieron esperar: la muy virtuosa Sra. Doña Julia Gómez de Escalante y el Sr. Zozaya, cedieron un amplio terreno en la Colonia de Santa Julia para la edificación del Asilo, el joven Ingeniero Don Manuel Gorozpe ofreció bondadosa y desinteresadamente sus servicios profesionales, y muchas personas dieron materiales y dinero para que se comenzara desde luego la construcción.

La Junta Directiva del asilo quedó constituida de la manera siguiente: Presidenta, Sra. Doña Luz González Cosío de López; Vocales, Sras. Doña Concepción Rivas de Torres y Doña Concepción Gutiérrez de Gutiérrez, y Sritas. Emilia González Cosío, Julia Loera, Manuela Zozaya, Dolores Escalante y Eugenia Escalante.

En Octubre de 1892, se formó en México la Junta Colombina encargada de celebrar, de manera digna y debida, el cuarto centenario del descubrimiento de América. Pasadas las fiestas, las señoras y señoritas que formaban la Junta del Asilo, supieron que habían sobrado algunos miles de pesos de los fondos colectados para la celebración, y entonces las estimables y caritativas damas decidieron acercarse á los Sres. Lic. Don Manuel Romero Rubio, Don Telesforo García y Don Ricardo Sainz, miembros de la Junta Colombina, para suplicarles cedieran los fondos á beneficio del asilo

Los caballeros mencionados no tuvieron inconveniente en dar el dinero poniendo por condición única, que el Asilo llevara el nombre del descubridor de América. Las fundadoras del Asilo habían querido que se llamara de «Nuestra Señora de los Dolores,» pero no se opusieron á que llevara el nombre de «Colón,» quedando, sin embargo, la casa bajo la advocación de la *Mater Dolorosa*.

Con el dinero recibido se concluyó el trabajo de cimentación y pudo adelantarse la ceremonia de la colocación de la primera piedra, ceremonia á la que asistió el Señor Lic. Don Manuel Romero Rubio, entonces Ministro de Gobernación, y el Señor Dr. Don Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, Illmo. Arzobispo de México. La ceremonia estuvo muy lucida y fué presenciada por multitud de familias de nuestra buena sociedad.

La Junta, dignamente presidida por la Señora Doña Luz González Cosío de López, no esperó á que estuviera la construcción empezada en la Colonia de Santa Julia, para comenzar á ejercer la caridad, sino que se alquiló una casa en la calle del Pino y desde luego se dió asilo á unas diez niñas. Aumentó á poco tiempo el número de asiladas, y por lo tanto, las necesidades de la benéfica institución. Pero no faltaron almas caritativas. Entre otras personas recuerdo que la Señora Doña Elena Mariscal de Limantour regaló al Asilo, sábanas, almohadas, undas y cobertores.

Las señoras y señoritas de la Junta se turnaban para visitar diariamente la institución y constantemente estaban proveyendo al Asilo de todo lo necesario para la comodidad é instrucción de las niñas. De la calle del Pino se pasó el Asilo á la calle del Ciprés, y de allí á una casa de la Colonia de San Miguel Chapultepec, donde permaneció bastante tiempo.

Hay que hacer constar que las señoritas Emilia González Cosío y Eugenia Escalante, acompañadas de la muy distinguida Sra. Luz Acosta de González Cosío (áquien llamaban cariñosamente «la mamá de la junta»), andaban constantemente viendo á nuestros ricos y organizando fiestas para hacerse de fondos para las necesidades del Asilo.

Entretanto, el Señor Ingeniero Gorozpe trabajaba con empeño y logró dejar completamente terminado el primer piso del edificio á fines del año próximo pasado, instalándose formalmente el Asilo en su propia casa, el día 1º de Enero de este año de 1896.

La fachada del edificio—de ladrillo y cantería—mira al Norte. Tiene dos pabellones laterales y un jardincito central cerrado por una verja. La construcción presenta un aspecto muy simpático.

Pasada la puerta principal, se encuentra uno en un vestíbulo que tiene en el fondo un cancel de cristales de colores, y á la derecha é izquierda hay saloncitos de recibo. Los pisos son de cemento ó de madera y en todo se ve el mayor cuidado y limpieza. En cada una de las alas del frente hay un dormitorio, perfectamente ventilado por rasgadas ventanas de vidrieras giratorias. Cada dormitorio tiene diez y seis camas de hierro con sus colchas muy blancas. Entre cama y cama hay una silla de tule en cuyo respaldo se ve una tohalla cuidadosamente doblada. En el blanquísimo muro del fondo resalta un cuadro con la imagen de Nuestra Señora de los Dolores.

En seguida de los dormitorios están los cuartos de costura, y paralelamente á éstos los salones para las clases, con sus mapas, pizarrones y bancas de madera, pero todo muy limpio y por todas partes mucha luz y buena ventilación.

Pasando por un pequeño corredor se llega á un patio cuadrado sobre el que caen las ventanas de otros dos dormitorios. Actualmente hay 91 niñas asiladas, desde 20 hasta 3 años de edad. En un salón duermen las niñas de 20 á 15 años, en otro las de 14 á 11, en otro las de 10 á 7 y en otro las de 6 á 3.

Sigue un extenso patio con hileras de árboles en el perímetro. A la izquierda está la despensa muy bien provista; después sigue una azotehuela con los excusados, y más adelante queda un amplio salón de cristales donde hay un teatrito. Esta pieza es el encanto de las niñas, pues todos los domingos en la tarde se representan comedias que son aplaudidas con entusiasmo por aquel mundo infantil.

La otra ala de este patio está ocupada por los lavaderos, los cuales están perfectamente dispuestos. Cada cual tiene su llave de agua y abajo de cada uno hay una pileta donde las niñas van todas las mañanas á lavarse la cabeza, la cara y los brazos.

Sigue la cocina, muy amplia y muy limpia. El bracero, de azulejos, tiene ocho hornillas y un gran caldero de agua caliente.

Cada semana se nombran tres niñas grandes para hacer la comida y otras tres para servir la mesa. Las niñas barren los dormitorios, arreglan sus camas, lavan y cosen su ropa, y hasta hacen la tinta y los gises para la escuela.

Al fondo de este patio, queda un pasadizo, á la izquierda del cual está la capilla, primorosamente arreglada, y á la izquierda el departamento de baños. Hay cuatro cuartos con sus *placeres* de cemento y sus regaderas.

El comedor tiene dos grandes mesas colocadas paralelamente, y se comunica con la cocina por medio

Puesto de helados.—(Servido por las Sras. de González Misa y de García y Sritas. Lezama y Martínez) Campos

LA KERMESSE.—Cantina.—(Servida por las Sras Josefa Terreros de Algara, Concepción Rivas de Torres, y Sritas. Ruth Arce, Isabel Vinent, Domitila Hidalgo y Concepción Cortina).

de un torno. Toda la vajilla es de metal barnizada de blanco.

Tan pronto como se cuente con los fondos necesarios, el joven ingeniero D. Manuel Gorozpe proseguirá la obra, construyendo un segundo piso, para el cual tiene ya formados los plano necesarios; y una vez terminado todo el edificio se podrá dar abrigo allí á unas 200 niñas.

¡Bendita sea la caridad!

***

Tal es, á grandes rasgos, la historia de ese benéfico establecimiento, del cual deben con justicia sentirse orgullosos el Sr. González Cosío, su digna esposa y sus hijas Luz y Emilia, á los cuales se debe su fundación.

Ahora es ya tiempo de pasear con el lector por el regio patio de la Escuela de Minas

Este patio, el mejor sin duda de México, deslumbraba positivamente por la harmonía y magnificencia de sus adornos y por la belleza de las innumerables señoritas que en él circulaban, formando aquí y ahí grupos verdaderamente cautivadores.

Nada menos que veinte puestos, sin contar con algunos saloncitos de diversiones, erguíanse en el amplísimo recinto, ofreciendo los contrastes más encantadores.

Plato de porcelana con el retrato al oleo del General Diaz, puesto á la venta en el expendio de "Objetos Varios."

Lo primero que se advertía á la izquierda de la entrada, era un kiosko japonés, en el que la Sra. de Landero, sus encantadoras hijas y las señoritas Robalo, Terreros y Cortina, expendían pequeñas cestas de crisantemas, y era de verse el extraño efecto del maridaje momentáneo de esas flores del misterioso imperio lejano, con los frescos y rozagantes encantos de las damas que las vendían. La crisantema! ella es la flor aristócrata por excelencia, la gran flor heráldica que desata su cabellera abundosa sobre la seda de las mucetas y sobre la pulida superficie de las lacas, la flor patricia, la flor orgullosa y serena.

Frente á este primoroso kiosko hallábase el banco, la instalación más importante, sin duda. Tocóle adornarlo á nuestro amigo el artista Don Jesús F. Contreras, cuyo talento é imaginación puestos al servicio de la hermosura, hicieron prodigios en el adorno general. Tal instalación mostraba un adorno serio y del mejor gusto. Eran banqueras las distinguidas y hermosas señoras de Lombardo, de Laclau y de Castellanos, y las Sritas. Fortuño, Vélez, Valle, Moreno, Mestas y Varona.

Seguía á la importante instalación mencionada, el puesto de los *confetti*, dirigido por las Sras. Camacho viuda de Landa y García de Rincón, siendo las agraciadas vendedoras las Sritas. Liceaga, Lola Landa y Lola Lascurain.

Cerca de las crisantemas servían delicioso te, vestidas con *morimones* y *obis* elegantes y amparadas bajo un chinesco pabellón, las señoras de León y de Frisbie y las Sritas. García y Finette Girard.

Sus delicadas figuras hacían pensar en *mousmés* idealizadas, en las cuales se hubiese fundido toda la exótica gracia japonesa á la soberana belleza de las mujeres blancas.

Muy hermoso era así mismo el puesto contiguo á éste último: el de los helados. Ahí se habían dado cita las lánguidas bellezas del Mediodía; surgían vivos y retadores los colores de la bandera española, y era el detalle principal del adorno una gran pandereta. Despachaban las Sras. de González Misa y de García, y las Sritas. Lezama y Martínez Campos.

No lejos de este delicado expendio veíase el de flores naturales colocadas en primorosas canastillas, y tan frescas y lozanas como ellas, María Landa, Carmelita Rincón y María Luzárraga, vendiéndolas, dirigidas por las señoras Doña Guadalupe Terreros de Algara, Doña Leonor Martínez de la Torre de Escalante y Doña María Lozano de Landa.

Seguía el puesto de «objetos varios» decorado con explendidos cortinajes. Veíase allí, colocadas en dos repisas, multitud de objetos de fantasía que tuvieron muy buena venta. Dirigían este puesto las Sras. de González, Buch de Algara y Dolores Riba de Cervantes, siendo acompañadas por las estimables Sritas. María y Anita Algara. Guadalupe y Anita Riba, Lupe Landa, Isabel Holh y Amalia Díaz.

Para el expendio que seguía: el de sodas, Chucho Contreras ideó un paisaje hiperbóreo del mejor efecto: un gran témpano de hielo, de cuya frialdad se burlaban con sonrisa encantadora las Sras. Doña Beatriz Redo de Zaldívar, Doña Catalina Cuevas de Escandón, Doña Guadalupe Cuevas de Mier, y las Sritas. María de la Vega, Beatriz de la Vega, Cuevas y Luz Alcázar.

La cantina levantábase en seguida mostrando un adorno del mejor gusto, servíanla las Sras. Terreros de Algara, Rivas de Torres, Rivas de Morquecho y las Sritas. Isabel Vinent, Concha Cortina, Luz Arce y Domitila Hidalgo.

La estimable señora Braniff dirigía el expendio de dulces y pasteles, presidiendo al grupo más gentil que dar-

LA KERMESSE—Puesto de "Objetos varios."—(Servido por las Señoras Gonzalez Buch de Algara, Dolores Riba de Cervantes y Señoritas María y Anita Algara, Guadalupe y Anita Riba, Lupe Landa, Isabel Holh y Amalia Diaz.)

se pueda, como que lo integraban las Sritas. Gila O'Gorman, Manuela Osio, María Algara, Laaurita Mariscal Amalia Díaz, Juana Torres y Ana Algara. En este puesto una fuente maravillosa producía un efecto que hacía soñar en los cuentos orientales.

Servían el expendio de tamales las Sritas, María y Angela Escudero. Anita Vidaurreta y las Sras. Casanova de González, de Vidaurreta y Navarrete de la Vega.

De los puestos destinados á Diversiones. no hay que decir sino que eran ingeniosos y bonitos, tales como el *Massacre des innocentes*. la tómbola, los caballitos y la rueda de la fortuna. Organizáronlos la Sra Doña Elisa Lynch de Camacho y las excelentísimas Sras. duquesa de Arcos y condesa de Bois D'Aiche, Sras. de Sherer y de Dutour......

Vendían boletos las encantadoras Sritas, Juanita Torres, Lupe Rivas, María Algara, Sarita Chavero y otras no menos lindas.

Pandereta pintada por Leandro Izaguirre y puesta de venta en la Kermesse

LA KERMESSE.—(Puesto de las Flores.—(Servido por las Sras. Cortina de Alvarez Rull y Terreros de Algara y Sritas. María Luzárraga' María Landa y Carmen Rincón Gallardo).

El Señor Presidente de la República se presentó á las siete y minutos, compró en varios puestos y tuvo palabras galantes y oportunas para todas las vendedoras. Acompañábanlo el Sr. Ministro de Relaciones y el Sr. Escobedo.

Poco después de las nueve de la noche la distinguida concurrencia asistió á la exhibición de dos primorosos cuadros vivos: «La Noche» y «Milton dictando á sus hijas el Paraiso Perdido» organizados con mucho arte por el Sr. Don Jesús F. Contreras.

Representaba La Noche la Srita Luz Lagarde, cuyos ojos de terciopelo tienen fulguraciones de cielo tropical y tomaron parte en el segundo cuadro las niñas Rosa Holway y Escandon y Terreros.

Entre la concurrencia vimos á las siguientes personas: Excmo. Sr. Don Emilio de León, Excmo. Sr. Conde de Aiche, Excmo. Sr. Duque de Arcos, señor Ministro de Inglaterra, Sr. Don Sebastián Camacho. Sr. Don Carlos Rivas, Sr. Doctor D. Eduardo Licéaga, Sr. Don Romualdo Pasquel, Sras. de Liceaga, de Campero, de Pasquel, de Viadero, de Martínez del Río. de Macedo, de Landa, de Bach, de Salazar, de García, Ramírez de Vergara, de Barreda, de Fortuño y Miramón, de Horcasitas, de Olivares, de Collantes, de Fernández, de Ascorve, de Echeverría, de Gómez Pliego, de Sunaga; Sritas. Castañeda, Contreras, Kelhy, del Villar, Marticorena, Vigil, Beatriz Franco. Silva, Díaz, Vivanco. Amor, Montoy, Urueta, Benfield, Ayala, Hinojosa, Ordorica, Bustamante, Ituarte, Jáuregui, Colín, Labat, Belaunzarán, Gallardo, Ruiz, Mazorra y Cárdenas, Quintanilla, Garrido, Zabalza, Ayer, Azpe, Segura y otras muchas que no pudimos anotar.

La encantadora fiesta terminó antes de la media noche, dejando las más gratas impresiones.

Las guapas y distinguidas organizadoras pueden estar satisfechas.

LA KERMESSE. El banco.—(Servido por las Señoras L. de Castellanos y Mora de Lombardo y Señoritas Fortuño, Vélez, Valle, Moreno, Mestas y Varona.)

Curiosidades.

Las mujeres Japonesas.

Creía haber trazado la última línea de toda especie de japonería, y veo que me he olvidado, hasta el punto de ofrecer un artículo, de ese misterioso pequeño *bibelot d'étagère*, que es la mujer japonesa. De nuevo, pues, me rodeo de todo lo que pueda avivar, hasta la ilusión de la presencia, mis recuerdos, todavía frescos, de allá; trajes impregnados de perfumes raros vasos jarrones, abanicos imágenes y retratos. Retratos sobre todo, innumerables retratos desparramados sobre mi mesa de trabajo; caras alegres, conocidas ó no; pequeños ojos estirados hacia las sienes, verdaderos ojos de gato.... ¡Y unos vestidos y unas posturas!... Todas las travesuras, todas las gracias extrañas y calculadas envolviéndose en los pliegues de largas túnicas ó cubriéndose bajo la extravagante mezcla de colores de sus sombrillas.—Y la ilusión deseada me viene tan pronto, que un murmullo de finas voces parece escaparse de los álbums abiertos, y á mi alrededor oigo, en el silencio, como unas pequeñas risas....

No creo que un hombre de raza europea pueda escribir acerca de la mujer japonesa nada absolutamente exacto, si se quiere ir más allá de las superficies y los aspectos. Sólo un japonés lo sabría, ó tal vez también un chino—pues hay afinidades de alma incontestables entre esos dos pueblos, sin embargo tan diferentes— y aún si este estudio estuviera un poco profundizado, ya no lo lo comprenderíamos; no nos enseñaría nada, porque se nos escaparía por cierto lado, que sería precisamente el lado profundo y capital.

La raza amarilla y la nuestra son los dos polos de la especie humana; hay divergencias extremas hasta en nuestras maneras de percibir los objetos exteriores, y nuestras nociones sobre las cosas esenciales son á menudo inversas. No podemos nunca penetrar completamente una inteligencia china ó japonesa; en un momento dado, con un misterioso temor, nos sentimos atajados por barreras cerebrales imposibles de pasar; esas gentes sienten y piensan al revés de nosotros mismos.

Seré, pues, muy somero en lo que voy á decir, y prefiero confesar francamente, desde un principio, que no podría hacer más......

Concluido todo eso, ahora han desaparecido las admirables ropas de formas milenarias y los anchos abanicos de sueños. El nivelamiento moderado, se ha apoderado de un solo golpe, brusco, de esa corte de Mikado, que había continuado hasta nuestros días más encerrada que un claustro, y que había conservado, desde las viejas edades, los ritos, costumbres y elegancias inmutables.

La orden vino de lo alto; un edicto del emperador prescribió á las damas del palacio vestirse como sus hermanas de Europa: se hizo venir precipitadamente toda clase de géneros; moldes de costuras, sombreros confeccionados. Los primeros ensayos de conjunto de esos disfraces debieron tener lugar privadamente, tal vez con arrepentimientos y lágrimas, quien sabe, pero más probablemente con risas. En seguida se convidó á los extrajeros para venir á ver: se organizaron *garden-parties*, saraos danzantes, conciertos. Las damas que habían tenido la suerte de viajar por Europa, en las embajadas, dieron el tono de esa admirable comedia.

Pierre Loti.

Queridos míos, dijo la condesa, ya es tiempo de que se recojan ustedes.

Las tres criaturas, niñas y niño, se levantaron y fueron á besar á su abuela.

Después fueron á decir buena noche al señor Cura que había comido en el Castillo, como lo hacía todos los jueves.

El Cura Mauduit sentó á dos de los niños sobre sus rodillas, pasando sus largos brazos cubiertos de negro detrás de los cuellos y aproximando sus cabezas con un movimiento dulce y paternal, los besó en la frente con un beso tierno.

Luego, los puso en tierra y los chicuelos se alejaron, el niño delante, las niñas detrás.

«Usted ama á los niños, señor Cura, dijo la condesa.

—Mucho, señora.» La anciana levantó hacia el Cura sus ojos claros:

«Y...... su soledad no le ha pesado nunca demasiado....

—Sí, algunas veces.»

Se calló, vaciló, luego siguió diciendo: «Pero yo no había nacido para la vida ordinaria.»

—¿Qué sabe usted?»

—¡Oh! lo sé bien. Yo nací para ser sacerdote y he seguido mi camino.»

La condesa le miraba siempre: «Veámos señor Cura, dígame usted, dígame usted cómo se decidió á renunciar á todo lo que nos hace amar la vida, á todo lo que nos consuela y nos sostiene. ¿Qué es lo que lo ha impulsado y determinado á apartarse del gran camino natural del matrimonio y de la familia? Usted no es ni un exaltado ni un fanático, ni un sombrío ni un triste. ¿Es acaso algún acontecimiento, alguna pena lo que le ha decidido á pronunciar votos eternos?»

El Cura Mauduit se levantó y se aproximó al fuego, después tendió á las llamas sus gruesos zapatos de padre de aldea. Parecía vacilar en su respuesta.

Era un gran anciano de cabellos blancos, que servía desde hacía veinte años á la comunidad de San Antonio de la Roca.

Los campesinos decían de él: «He ahí un hombre honrado.»

Era un buen hombre (en efecto, bondadoso, familiar, dulce y sobre todo generoso. Como San Martín hubiera dividido su capa en dos pedazos. Reía siempre de buen grado y lloraba también por poca cosa, como una mujer, lo cual no dejaba de perjudicarlo un poquillo en el espíritu duro de los patanes.

La vieja condesa de Saville, retirada en su castillo de la Roca, para educar á sus dos nietos después de la muerte sucesiva de su hijo y de su nuera, amaba mucho á su Cura y decía de él: «Es un corazón.»

El iba todos los jueves á pasar la velada en casa de la castellana y se habían ligado con una buena y franca amistad de viejos. Se entendían casi en todas las cosas con media palabra siendo como eran los dos, gentes dotadas de la sencilla voluntad de las gentes sencillas y dulces.

Ella insistió: Vamos, señor Cura, confiésese usted á su vez.»

El repitió: «Yo no había nacido para la vida de todo el mundo. Me percibí de ello á tiempo, felizmente, y con frecuencia he comprobado que no me había engañado.

«Mis padres, comerciantes buhoneros en Verdiers, y demasiado ricos, tenían mucha ambición para mí. Se me puso en un colegio. ¡Oh! qué poco se sabe lo que puede sufrir un niño en un colegio, por el solo hecho de la separación y del aislamiento. Esa vida uniforme y sin ternuras es buena para los unos, detestable para los otros. Los pequeñuelos tienen frecuentemente el corazón más sensible de lo que se cree, y encerrándolos así, tan pronto, lejos de aquellos á quienes aman, puede desarrollarse hasta el exceso una sensibilidad que se exalta y se vuelve enfermiza y peligrosa.

«Yo no jugaba; yo no tenía camaradas, yo pasaba mis horas en echar de menos la casa, lloraba toda la noche en mi lecho, me rompía la cabeza para evocar los recuerdos de mi casa, recuerdos insignificantes de cosas pequeñas, de hechos sin importancia. Pensaba sin cesar en todo lo que había dejado allá lejos. Me convertía, sin saberlo, en un exaltado para quien las más ligeras contrariedades eran penas horribles.

«De esta suerte permanecía taciturno, encerrado, sin expansión, sin confidentes. Este trabajo de excitación mental se hacía obscuramente y con seguridad. Los nervios de los niños rápidamente se agitan; debería velarse para que vivan en una paz profunda hasta su desarrollo casi completo. Pero, ¿quién piensa que para ciertos colegiales un pensum injusto puede ser así mismo una pena tan grande como lo será más tarde la muerte de un amigo; quién se da cuenta exacta de que ciertas almas jóvenes tienen por casi nada emociones terribles y son en poco tiempo almas enfermas incurables?

«Este fué mi caso, la facultad de sufrir se desarrolló en mí en modo tal que toda mi existencia se convirtió en un martirio.

«Yo no lo decía, yo no decía nada; pero poco á poco fuí siendo de una sensibilidad, ó mejor dicho, de una *sensividad* tan viva que mi alma parecía una llaga. Todo lo que la tocaba producíale rotortijones de dolor, vibraciones horribles y por ende verdaderos estragos. Felices los hombres á quienes la naturaleza ha acorazado de indiferencia y armado de estoicismo!

«Llegaba á los dieciseis años. Una timidez excesiva me había venido de aquella aptitud para sufrir por todo. Sintiéndome descubierto contra todos los ataques del azar ó del destino, temía todos los contactos, todas las aproximaciones, todos los acontecimientos. Vivía en guardia como bajo la amenaza constante de un infortunio desconocido y siempre esperado. No osaba ni hablar, no obraba en público. Tenía muy determinada esta sensación: que la vida es una batalla, una lucha espantosa en que se reciben golpes terribles, heridas dolorosas y mortales. En lugar de nutrir, como todos los hombres, la esperanza feliz del mañana, guardaba solamente un temor confuso y sentía en mí un deseo de ocultarme, de evitar ese combate en que sería vencido y muerto.

«Concluidos mis estudios se me dieron seis meses de vacaciones para elegir una carrera. Un acontecimiento bien sencillo me hizo ver claro en mí de pronto, y mostrándome el estado enfermizo de mi espíritu, me hizo comprender el peligro y me decidió á huirlo......

—

«Verdiers es una pequeña ciudad rodeada de plantíos y de bosques.

«En la calle central se encontraba la casa de mis padres. Yo pasaba entonces mis días, lejos de aquella ciudad que tanto había echado de menos y deseado tanto.

Los sueños se habían despertado en mí y me paseaba en el campo completamente solo para dejarlos escapar y volar.

«Mi padre y mi madre, completamente ocupados de su comercio y preocupados de mi porvenir no me hablaban sino de su venta ó de mis proyectos posibles. Me amaban como gentes positivas de espíritu práctico, me amaban con su razón más que con su corazón, yo vivía encastillado en mis pensamientos y tembloroso siempre á causa de mi eterna inquietud.

Ahora bien, una tarde, después de un largo paseo, percibí, al volver á mi casa á grandes pasos á fin de no retardarme, un perro que galopaba hacia mí. Era una especie de español rojo, muy flaco, con grandes orejas rizadas.

«Cuando estuve á diez pasos, se paró. Yo hice otro tanto. Entonces se puso á agitar su cola y se aproximó poco á poco, con movimientos temerosos en todo el cuerpo, inclinándose sobre sus patas como para implorarme y moviendo dulcemente la cabeza. Yo lo llamé, é hizo entonces ímpetus de arrastrarse con una actitud tan humilde, tan triste, tan suplicante, que sentí las lágrimas en los ojos. Acerquéme á él, se esquivó, volvió después y yo puse una rodilla en tierra, mostrándole dulzuras á fin de atraerlo

«Encontróse por fin al alcance de mi mano y muy dulcemente lo acaricié con precauciones infinitas.

«Se envalentonó entonces, se levantó poco á poco, puso sus patas sobre mis hombros y se puso á lamerme la cara.

«Me siguió hasta la casa y ese fué verdaderamente el primer sér al cual amé apasionadamente, porque me concedía su ternura. Mi dilección por esta béstia fué en verdad exagerada y ridícula. Me parecía confusamente que éramos dos hermanos perdidos sobre la tierra, tan aislados y sin defensa el uno como el otro. El perro no me abandonaba, dormía al pie de mi lecho, comía á la mesa á pesar del disgusto de mis parientes y me seguía en mis paseos solitarios.

«Frecuentemente me detenía á los bordes de un foso y me sentaba en la hierba. *Sam* inmediatamente acudía, se sentaba á mi lado ó sobre mis rodillas y levantaba mi mano con el extremo de su hocico á fin de hacerse acariciar.

«Un día, hacia el fin de Junio, como estuviésemos en el camino de Saint-Pierre-de-Chavrol, ví venir a diligencia de Raverau. Corría al galope de cuatro caballos, con su vientre amarillo y el casquete de cuero negro que cubría su imperial. El cochero hacía sonar su chicote; una nube de polvo se elevaba de las ruedas del pesado vehículo, después flotaba por detrás, á la manera de una nube.

«Y de pronto, al llegar cerca de mí, *Sam*, asustado acaso por el ruido y queriendo unírseme, se lanzó hacia el coche. El pie de un caballo lo derribó; yo lo ví rodar, girar, levantarse de nuevo y de nuevo caer bajo todas aquellas piernas; después el coche entero tuvo dos grandes sacudidas y ví detrás de él, en el polvo, algo que se agitaba en el camino. Lo habían dividido casi en dos: todo el interior de su vientre desgarrado, pendía, salía de su seno, con borbotones de sangre. Ensayó levantarse, andar, pero sólo las dos patas de delante podían moverse y rascaban la tierra como para hacer un agujero; las otras dos ya estaban muertas. Y el animal aullaba horriblemente, loco de dolor.

«Murió en algunos minutos. Yo no puedo expresar lo que sentí entonces y como he sufrido. Estuve encerrado en mi cuarto más de un mes.

«Ahora bien, una tarde, mi padre, furioso de verme en ese estado por tan poca cosa, exclamó: «Qué sucederá cuando tengas verdaderas penas, si pierdes por ejemplo tu mujer y tus hijos! No se debe ser necio hasta ese grado!

«Esa frase se me grabó en la memoria y me persiguió: «¿Qué será de tí cuando tengas verdaderas penas, si pierdes á tu mujer y á tus hijos?» Y cuando comencé á ver claro en mí, comprendí por qué todas las pequeñas miserias de cada día tomaban á mis ojos una importancia de catástrofe. Me percibí de que estaba organizado para sufrir horriblemente por todo, para sentir, multiplicadas por mi sensibilidad enfermiza, todas las impresiones dolorosas, y se apoderó de mi un temor atroz de la vida. No tenía pasiones ni ambiciones; me decidí, pues, á sacrificar las alegrías posibles para evitar los dolores ciertos. La existencia es corta, yo la pasaré al servicio de los otros, en aliviar sus penas y en gozar con sus goces, me dije. No experimentando directamente ni las unas ni los otros, no recibiré más que emociones debilitadas.

"Y si supiese usted, sin embargo, como me tortura y me desola la miseria humana! Pero lo que para mí hubiera sido un sufrimiento intolerable se ha convertido en conmiseración y piedad.

"Estas penas que palpo á cada instante yo no las habría soportado cayendo sobre mi propio corazón. Yo no hubiera podido ver morir á uno de mis hijos sin morir yo mismo. Y he guardado á pesar de todo un temor tan obscuro y penetrante de los acontecimientos, que la vista de su factor entrando en mí me produce cada día un extremecimiento en las venas; y no obstante, ahora nada tengo que temer."

El cura Mauduit se calló. Miraba el fuego en la gran chimenea como para ver cosas misteriosas, todo lo desconocido de la existencia que habría podido vivir si hubiera sido más atrevido ante el sufrimiento. Replicó en voz baja:

"Tuve razón, yo no era para este mundo."

La condesa no decía nada; por fin, tras un largo silencio, pronunció: "Yo, si no tuviese mis nietos, creo que no tendría el valor de vivir."

Y el cura se levantó sin decir una palabra más.

Como los domésticos dormitaban en la cocina, ella misma le condujo hasta la puerta que daba al jardín y miró hundirse en la noche su gran sombra lenta que alumbraba un reflejo de lámpara. Después volvió á sentarse ante su fuego y pensó en muchas cosas en las cuales no se piensa cuando se es joven.

Guy de Maupassant.

—

La razón del hombre es como el globo que habita: la mitad se halla sepultada en las tinieblas cuando la otra mitad está iluminada.

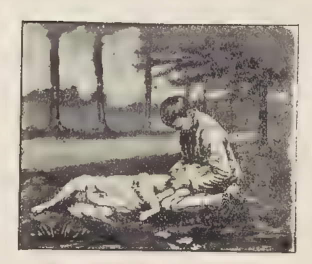
—

La prensa es la tribuna ensanchada; la palabra es el vehículo de la inteligencia, y la inteligencia es dueña del mundo material.

—

La razón se compone de verdades que es necesario decir y de verdades que es necesario callar.

La vida es una pregunta continuada que el tiempo se encarga de contestar.



LA CARIDAD Y LA POESIA.

Versos escritos en los abanicos que se destinaron á la kermesse del domingo.

Abanico, tú eres una acción buena,
como un beso de virgen, puro y risueño,
en el llanto del pobre que sufre y pena.
Sé un recuerdo muy dulce para tu dueño,
y tu seda, que versos y aroma exhala,
para tu alma sea la frágil ala
que vuela hacia el divino país del sueño.

Justo Sierra.

La suerte peregrina
Llévete, oh blanca página de seda!
A serenar la frente de una hermosa,
Que al primer beso del amor se encienda.

Balbino Dávalos.

Abanico feliz, cuando la hermosa
Te bese sonriendo,
No le cuentes mi triunfo, no le digas
Que ya mi boca te besó primero!

José M. Bustillos.

Pensamientos.

I.

El alma de los pobres sólo encierra
Abandono, infortunio y desconsuelo;
Son los niños sin padres en la tierra,
Los huérfanos del cielo.

II.

Bendito del que acorre por humano,
Al que en roto madero en el mar boga,
Y le alarga á los náufragos la mano
Que salva al que se ahoga.

III.

¡Ay! los niños, los niños desvalidos,......
¡Ay! si hogar y calor les arrebatan......
¡Son las aves que arrojan de sus nidos
Huracanes que matan!

IV.

Ay! los niños sin pan, sin enseñanza,
Envuelto en olas de la mar salobre......
¡Bien hallan los que llevan la esperanza
Al huérfano y al pobre!

V.

Las almas de los pobres están llenas
De soledad, de afan y de hondo anhelo...
Los pobres guían á las almas buenas,
Al camino del cielo!

José Peón y Contreras.

A los pobres.

¿Gemis? ¿Por qué? los miseros andrajos
que cubren vuestras carnes,
tanto como la púrpura y el oro
y el blanco armiño de los ricos, valen.

En el eterno drama de la vida
los actores no saben
si despues de mendigos, serán reyes;
si despues de reptiles, serán aves.

Erguid las frentes pálidas y mustias,
despreciad vuestros males;
pensad que todos los que el mundo habitan
tienen tambien como vosotros, hambre!

Sabed que van los hombres implorando,
horda de miserables!
unos pan y otros fé y otros amores
y todos un sepulcro en que acostarse!

Secad el llanto y contemplad la altura;
allí está el fin del viaje;
para el creyente allí, la otra existencia;
para el que no cree en nada, lo inmutable.

Secad el llanto, levantad la frente;
Sois felices; pedis y el bien se os hace......
Cuantos mendigos hay que nada piden
y que teniendo pan se mueren de hambre!

José Peon del Valle.

¡Oh! tú, que soplas sobre faz celeste
Blandos aromas y calladas brisas,
Tú, que ocultas rubores de doncella
En frente virgen que el amor carmina;
Sopla en todas las almas el recuerdo
Del bien que hicieron las gallardas niñas
Que, con dedos de nácares y rosas,
Jugaron una vez con tus varillas.
Sopla alientos de amor para el que sufre,
Ojos refresca que el dolor lastima,
Seca lágrimas, habla de los cielos
¡Y qué Dios, abanico, te bendiga!

Manuel Caballero.

Sobre el polvo de tus alas ¡oh sedeña mariposa!
Van las rimas como extraños arabescos; haz que liben
Miel de besos cuando pasen por los labios de la hermosa;
Que los jóvenes poetas que soñando las escriben
Ponen siempre toda el alma en la rima primorosa,
Para hundirse en la delicia de los besos que reciben
Tus extraños arabescos ¡oh sedeña mariposa!......

Luis G. Urbina.

Mano tan bella al mover
tu abanico delator;
sé más bella al socorrer:
¡la caridad es amor!

Juan de Dios Peza.

La hermosura es la flor que se deshoja
en el breve durar de una mañana;
haz de tu alma un vaso que recoja,
como en un caliz, la virtud cristiana.

Jesus Valenzuela.

Un amorcillo travieso
Logró engañar á la suerte,
Porque sintió anhelo al verte
De darte en la boca un beso.
Mas no te ofendas por eso
Ni juzgues que fué en desdoro
De tu belleza y decoro:
Que si la suerte te viera,
Al punto á tus pies pusiera
No un abanico, un tesoro!

Fernangrana.

¡GOD SAVE THE QUEEN!

Por ser una de las fuertes y poderosas tierras de poesía;

Por ser la madre de Shakespeare;

Porque tus hombres son bizarros y bravos en guerra ó en olímpicos juegos;

Porque en tus jardines nace la mejor flor de las primaveras y en tu cielo se manifiesta el más triste sol de los inviernos;

Canto á tu Reina, oh grande y soberbia Britania, con el verso que repiten los labios de todos tus hijos:

¡God save the Queen!

***

Tus mujeres tienen los cuellos de los cisnes y la blancura de las rosas blancas,

Tus montañas están impregnadas de leyendas, tu tradición es una mina de oro, tu historia es una mina de hierro, tu poesía una mina de diamantes;

En los mares tu bandera es conocida de todas las espumas y de todos los vientos, á punto de que la tempestad ha podido pedir carta de ciudadanía inglesa:

Por tu fuerza, oh, Inglaterra;

¡God save the Queen!

***

Porque albergaste en una de tus islas á Víctor Hugo;

Porque sobre el hervor de tus trabajadores, el tráfago de tus marinos y la labor incógnita de tus mineros, tienes artistas que te visten de seda de amor, de oros de gloria, de perlas líricas;

Porque en tu escudo está la unión de la fortaleza y del ensueño, en el león simbólico de los reyes y el unicornio, amigo de las vírgenes y hermanos del Pegaso de los soñadores;

¡God save the Queen!

***

Por tus pastores que dicen los salmos y tus padres de familia que en las horas tranquilas leen en alta voz al poeta favorito junto á la chimenea.

Por tus princesas incomparables y tu nobleza secular;

Por San Jorge vencedor del Dragón, por el espíritu del gran Will y los versos de Swinburne y de Tennyson:

Por tus muchachas ágiles, leche y rosa, frescas y tentadoras como manzanas;

Por tus mozos fuertes que aman los ejercicios corporales, por tus *scholars* familiarizados con Platón, remeros ó poetas;

¡God save the Queen!

***

Reina y emperatriz, adorada por tu inmenso pueblo, madre de reyes, Victoria, favorecida por la influencia de Nike; solemne viuda vestida de negro, adoradora de la memoria del príncipe amado, señora del mar, señora del país de los elefantes, defensora de la fe; poderosa y gloriosa anciana; el himno que te saluda se oiga por toda la tierra: Reina buena: *¡Dios te salve!*

Rubén Darío.

CLINICA NEGRA.

I.

Sala de un hospital, amplia y sombría,
El doctor ordenaba con imperio,
Y de una úlcera al ver la rebeldía,
Al practicante le pidió el cauterio.
Enrojecido lo acercó al paciente
Sin preocuparse de su suerte aciaga;
El miserable se agitó impotente,
Lanzó un rugido y se extirpó la llaga!

II.

Los que sufrís la terrenal condena
De ser mirados con escarnio y mofa,
Si halláis á vuestro paso la gangrena
Sangrienta y ruda, formulad la estrofa.
Como el doctor, sin escuchar el grito
De rebelión y de dolor que estalla,
Quemad con vuestros cantos al maldito,
Aunque ruja y blasfeme la canalla!

Rodulfo Figueroa.

Es preciso reír antes de ser dichoso, por miedo de morir sin haber reído.

RUBEN Darío tiene un nombre que se ha hecho grande ya en América: el «poeta niño» se convirtió en gigante para escalar las cimas de ese monte mitológico conocido con el nombre del Olimpo.

Cerebro ardiente y soñadora fantasía, imaginación poderosa, que vuela en alas de lo ideal, pensamiento atrevido que se remonta más allá de lo azul en el espacio; sí, eso encontraréis en la obra literaria de Rubén. Nació artista y con su plectro divino hizo sonar esa lira de mágicos sonidos que se esconde tras el velo inconsútil de la madre Naturaleza.

A Rubén se le acusa de decadente y se le tiene por maestro de esa *Escuela* en nuestros países indo-hispanos; pero no seré yo quien se atreva por eso á lanzar sobre él el más leve reproche: si los sueños del poeta son como doradas mariposas que revolotean en torno de *la luz de la palabra*, ¿qué importan que los colores que brillan en sus alas sutiles sean del polvo impalpable que se pierde con el más ligero soplo, si así aparecen tan bellas y primorosas, y recrean la mirada siquiera por un momento?

En sus poesías se bebe *la miel de la armonía:* hay en sus cantos bélicos sonidos de clarines y tambores que se oyen y se palpan, así como en aquella traducción de *Las campanas* de Edgard Poe, hecha por Domingo Estrada, se percibe el sonido del bronce, allá á lo lejos, pero claro y evidente: ese es el gran poder de la armonía.

Desde años atrás, que fué nombrado Cónsul General de Colombia en Buenos Aires, allá reside el célebre cantor de las glorias de Chile.

Tan luego como el Gobierno de Colombia suprimió aquel consulado, Darío ocupó, á principios del corriente año, el puesto de Secretario privado del Director General de Correos y Telégrafos de la Argentina.

Las noches tempestuosas que han pasado sobre su vida, como él dice, le han llevado á aquellas playas extranjeras; pero no olvida á Centro América y mucho ménos á Nicaragua, lugar donde nació.

Los golpes rudos que ha sufrido lo han hecho escéptico: para él no hay familia, no hay amigos, no hay afecciones de esas que ligan al hombre con el hogar donde vió la luz primera.

Sobre ésto, oigamos lo que le dice á su amigo y antiguo compañero de letras, el Sr. D. Román Mayorga Rivas, en una carta que le escribió en Febrero de este año: «Y en verdad, tengo yo á que volver? Nó. Familia? Tengo yo, he tenido yo, familia acaso, en toda aquella gente de mi apellido, que es mío hoy únicamente?»

Más adelante, agrega en la misma carta: "Tengo un hijo y un recuerdo sagrado: esa es mi familia—Amigos, dirás, Pues si mis amigos de infancia que son los únicos, se han concluído también. Unos han muerto, otros se han alejado; otros, cuando he llegado, me han mirado como á un extranjero; me han tratado sin la confianza de los primeros años. He encontrado una generación nueva que yo dejé en la infancia.

"En fin, cada vez que me he acercado á la tierra en que nací, ha sido para padecer. ¡Oh, Román, tú sabes las tristezas morales de mi niñez, las penas de mi juventud: sabes también, amigo mío, las cosas dolorosas del hombre.........!

"Qué más decirte de mí? Que hago una vida de trabajo. Que he dado á la prensa, sobre todo á la "Nación," en estos tres años, lo suficiente para tres ó cuatro libros. Que continúo y continuaré en la brega".........

Eso basta para demostrar lo que sufre moralmente el gran poeta Centro-Americano en sus horas de nostalgía, allá léjos, en la Nueva York de hispano-américa.

¡Y pensar que tiene sobrada razón en sus quejas que envueltas en acibar hemos leído en esa carta!

En poco está que no exclame como aquel antiguo romano: "¡oh tierra ingrata no poseerás mis huesos!"

Y yo sería el primero en decir: tiene razón!

A. Miranda.

Tomamos á continuación del rico joyero del poeta, al azar, algunas de sus composiciones.

CASO CIERTO

A un cruzado caballero,
Garrido, noble y garzón,
En el palenque guerrero
Le clavaron un acero
Tan cerca del corazón,
Que el físico al contemplarle,
Tras verle y examinarle,
Dijo: —«Quedará sin vida
Si se pretende sacarle
El venablo de la herida.»
Por el dolor congojado,
Triste, débil, desangrado,
Después que tanto sufrió,
Con el acero clavado
El caballero murió;
Pues el físico decía
Que en el dicho caso, quien
Una herida tal tenía,
Con el venablo moría,
Sin el venablo también.
¿No comprendes, Concepción,
La historia que te he contado
De ese garrido garzón,
El del acero clavado
Muy cerca del corazón?
Pues el caso es verdadero:
Yo soy el herido, ingrata,
Y tu amor es el acero:
Si me lo dejas, me mata;
Si me lo quitas me muero.

ABROJO.

Cuando la vió pasar el pobre mozo
Y oyó que le dijeron:— es tu amada,
Lanzó una carcajada,
Pidió una copa y se bajó el embozo.
—¡Que improvise el poeta!— Y habló luego
Del amor, del placer, de su destino,
Y al aplaudirle la embriagada tropa,
Se le rodó una lágrima de fuego
Que fué á caer al vaso cristalino.
Después, alzó la copa
Y se bebió la lágrima y el vino!

LEDA.

El cisne en la sombra parece de nieve;
su pico es de ámbar del alba al trasluz;
el suave crepúsculo que pasa tan breve,
las cándidas alas sonrosa de luz.
Y luego, en las ondas del lago azulado,
después que la aurora perdió su arrebol,
las alas tendidas y el cuello enarcado,
el cisne es de plata, bañado de sol.
Tal es, cuando esponja las plumas de seda,
olímpico pájaro herido de amor,
y viola en las linfas sonoras á Leda,
buscando su pico los labios en flor.
Suspira la bella desnuda y vencida
y en tanto que al aire sus quejas se van,
del fondo verdoso de fronda tupida,
chispean lascivos los ojos de Pán.

CUENTOS LUNATICOS.

El diablillo roedor.

Yo no sé como fué. Pero el hecho es que me pescaron sin misericordia. Yo era un alegre perillán de escuela que me pasaba la vida cazando golondrinas en las cornizas y subiéndome á caballo en las tapias para llenar mis bolsillos de guayabas y duraznos, y cuando el hortelano azuzaba su jauría de perros que se lanzaban sobre mí como flecha, no tenía más que dejarme caer para el otro lado, sobre el zacatal acolchado, y pies para que os quiero......... ni el diablo me daba alcance!

Pero esa vez se me durmió el gallo: no sé como fué, el caso es que me encontraba cariacontecido entre un quorum de diablos; unos diablos feroces que tenían caras imposibles, cojituertos, jorobados y peludos, con barbas de gallo y mitras de arzobispo. Caprípedes y rabilargos, ofrecían el más pavoroso aspecto con sus cuellos de ganso y sus colmillos de jabalí, y cada vez que abrían el hocico para reir de mi aspecto compungido, vibraban en el aire su lengua de serpiente.

Se trataba nada menos que de darme mi gala por el ultimo pichón que había descabezado, [yo había muerto] y naturalmente el concilio de diablos reunido en gran jurado, se devanaba los sesos. Un diablo color de azufre en combustión, se caló bien unas gafas de hierro al rojo blanco y vino á verme de pies á cabeza, porque era miope:

—A este,— dijo— hay que degollarlo como él degolló al pichón, y pegarle luego la cabeza con brea, con los ojos para atrás.

Y todos iban opinando:

—Yo opino porque se le desuelle.

—Yo porque le descoyunten los huesos.

—Yo porque le unten miel y le pongan en un avispero.

—Yo porque le saquen los ojos y le pongan en un despeñadero.

—Yo porque le saquen la lengua y coman xoconoxtles delante de él.

El palacio erizado de púas de diamante candente irradiaba con fuegos de iris y millares de monstruos de alas membranosas y torpes azotaban los ángulos dando estridentes chillidos.

Yo sudaba frío. Me sentía desvanecer de horror y no podía gritar ni huir, cuando un diablo, negro como el crimen y el mal, cuyas cuencas sin ojos despedían un fulgor de fósforo, llegose pausadamente, y poniendo sus cinco dedos en mi pescuezo, que se contrajo á su contacto de hielo, dijo solemnemente:

—¡Me pertenece!

Entonces fuí puesto sobre una plancha candente que me producía las delicias de una quemadura en todo el cuerpo; me taparon la boca con un sapo que se iba hinchando, me quitaron con un cuchillo los párpados para que no me cayera de sueño, y después de decirme que tuviera paciencia, el diablo negro llamó con su pulgar y su anular, como se llama á un can, y ví venir un diablillo microscópico, saltando como un arácnido, echando maromas como un clown, brillante como una luciérnaga y horrible como un avechucho, y á una señal acercó su hociquillo de vampiro y comenzó á roer uno de mis dedos......

El diablo de las gafas sacó un enorme reloj y dijo:

—¡Dentro de un siglo sera roído todo!

Yo sentí un estremecimiento espantoso y un dolor agudísimo en el dedo; mi pecho jadeaba y un sudor frío me helaba sin calmar el ardor de la plancha candente.

Un diablo gigantesco, armado de dos puñales, se acercó riendo como un desgraciado orgulloso, y dijo:

—¡Voy á ver si tiene miedo en el corazón!

Entonces sentí un espanto insondable y desperté. El sol de la mañana cabrilleaba en la cúpula de azulejos de la parroquia y al incorporarme briosamente, pude ver una sombra pequeñita que se metía en un agujero de la pared.

¡Horror!

Era que me había quedado dormido con un pedazo de queso entre los dedos, y un ratón había roído toda la noche hasta comerse la yema de mi índice.

Rubén M. Campos

PARA UN ABANICO.

¿En qué mano blanca y leve
De princesa, te abrirás
Como rosa de oro y nieve?
¿En qué aromático y breve
Suspiro te inundarás?
Ala frágil, viva y loca,
¿Cuál ensueño arrullarás,
Y los besos de qué boca
Guardarás?

Fino biombo de sonrisas
Que levantas é improvisas
Escondites al amor;
¿Qué ilusión te hará su nido?
Dormirás en qué escondido
Tocador?
Tu futuro misterioso
Es un símbolo gracioso:
Busca mi alma con ardor
Para abrirse, alegre y franca,
Una mano suave y blanca,
Y un suspiro, y un amor.

Abanico de oro y nieve,
Te abrirá la mano leve
Y suspiros mecerás;
Pero mi alma busca en vano;
Mano suave, blanca mano
Que yo espero...... no vendrás!

Octubre de 1896.

Luis G. Urbina

Humoradas de Campoamor.

Jamás mujer alguna
Ha salido del todo de la cuna.

Recibe, hermosa Gloria,
este retrato mío.
Tú has dejado en mi vida una memoria
más blanca que la estela de un navío.

¿Qué placer hay tras el amor primero?
La devoción, que es nuestro amor postrero.

Busca en todo rivales tu mirada:
y recuerdan tus celos
un marino en el mar con sus gemelos
que siempre está mirando, y no ve nada.

Como oye hablar del hecho hasta el abuso,
llama un cura al amor *el vicio al uso.*

¿ASESINO?

Carlos X, célebre asesino, narraba á sus amigos algunas de sus proezas. Sus ojos, inyectados de alcohol, se clavaban en los muros y tomaban expresiones varias de acuerdo con su narración. He aquí lo que con agitada voz decía:

«Ha sido una sola vez, una sola, cuando yo he gozado al matar......... y eso fué tan rápido, tan breve, que á veces creo haber soñado. Yo era entonces muy joven y nunca había matado. Hacía muchos días que vagaba en busca de trabajo, mendigando un pedazo de pan, arrastrándome, mojado por la lluvia, tostado por el sol, muerto de fatiga y llevando en el alma una de esas rabias que inspiran tentaciones de destrozar cuanto se ve y acuchillar á cuantos pasan. Caminaba pensando en toda la negrura de mi suerte y en todo lo desgraciado que era; feo, de una fealdad horripilante, desde chico los hombres me señalaban riendo, y para asustar á los niños los amenazaban con mi presencia. ¿Una mujer? ignoro lo que pueda ser; ni por dinero me han querido: les causo asco, les repugno, y siempre me han rechazado en todas partes.

Ese día era ya tarde. El campo se extendía á mi alrededor, grande, inmenso, lleno de árboles, de plantas y de espigas, exuberante de vida, proclamando la abundancia y la riqueza. Yo me moría de hambre.

Después, no recuerdo con precisión lo que pasó, ni donde fué. Sí creo haber andado mucho y haberme detenido muy cansado en una calle de pueblo donde todos dormían. Una calle angosta silenciosa y alumbrada por un farol pendiente de un alambre. Me sentía muy cansado, muy cansado y con hambre me acerqué al farol esperando al primer transeunte para asesinarlo, para robarlo y comer algo.

Nadie pasaba, todo estaba en silencio y yo no tenía fuerzas para dar un paso. Apoyado en la pared contemplaba la llama movediza del farol murmurando mil maldiciones. Otros tenían casas, buenas comidas, calor en las frias noches; otros tenían familia, esposa, hijos; yo no había comido en tres dias, no tenía en el mundo ni madre, ni hermanos, ni amigos; al entrar en los pueblos los perros se lanzaban sobre mí para morderme y los niños huían al verme; á mí me faltaba todo, nunca había conocido un placer y mis manos nunca habían tocado un objeto hermoso.

Hasta mí llegó, viniendo no sé de dónde, la música de un piano que escuchaba con recogimiento, como escuchaba cuando era niño, durante el poco tiempo que tuve padres, el órgano de la iglesia en el momento de levantarse la Hostia. Yo escuchaba, escuchaba con delicia...... pensad, debe ser tan hermoso tener en las noches una mujer que *haga música* mientras se descansa en un buen sillón al abrigo del frío! Yo seguía escuchando y pensaba en mil cosas olvidándome de mi hambre y de mis deseos criminales.

Una puerta se abrió. Vi avanzar un bulto pequeño que, cuando estuvo cerca de mí reconocí sér una niña; en sus manos llevaba un cesto y avanzaba lentamente, sin miedo, como un inocente sin noción del peligro.

La luz del farol daba sobre su cuello, un pequeño cuello muy blanco, muy suave y muy fino. Yo nunca había tenido en mis manos uno de esos nenes que forman la delicia de otros, de los afortunados, de los bienaventurados de este mundo.

Mis pies me llevaron á ella instintivamente, volvió el rostro, quise sonreir, pero cuando yo sonrío resulta un gesto que más repugnante hace mi fealdad. Comprenuí ésto, pero á pesar de mis esfuerzos, no pude alejarme. Sentía deseos locos de tocarla, de sentir el contacto de sus bracitos, de tenerla en mis manos un momento como si fuera mía, y la levanté en mis brazos; ella quizo gritar pero el espanto ahogó su grito. La acerqué más al farol. ¡Qué hermosa era y qué blanca, blanca como la luz, como las flores! Tenía sus cabellos dorados y dejaba adivinar una sonrisa como la de los ángeles. En su terror era hermosa, y sus ojos grandes, muy abiertos me miraban asustados; luego la llevé á mis labios, las puntas crispadas y sucias de mi barba lastimaron su rostro y entonces gritó, al tiempo que golpeaba mi vientre con sus piés.

Iba á dejarla, á dejarla quedando triste como nunca. ¡Jamás podría acariciar un niño! Iba á dejarla, pero la luz del farol dió de lleno sobre su cuello blando y fino; sentí entonces deseos locos de estrecharla, de tocarla y sentir una vez más el contacto de la suavísima piel. Desde entonces he sentido muchos deseos, mil veces he querido apoderarme de algo deseado, pero nunca la tentación ha sido tan fuerte, tan imperiosa, tan irresistible, como aquel día. No pudiendo dominarme, cedí y la acaricié, sintiendo extraño placer al pasar varias veces mi mano áspera y callosa por su cuellito terso como un guante. Ella estaba muda de espanto, sus ojitos se abrían cada vez más grandes y me miraban más aterrados, pero yo no podía, me era imposible resolverme á dejarla y continuaba pasando y volviendo á pasar mi mano sobre su piel. Luego, oprimí un poco, procurando no hacerle daño, tan solo para sentir en mis dedos la caliente blandura que nunca había sentido. Oprimía y aflojaba, sintiendo inefable placer, cuando mis dedos se hundían en la carne. Poco á poco fuí oprimiendo más fuerte... más fuerte......... la carne iba siendo más dura pero siempre bajo mis dedos había algo blando como terciopelo, que me regocijaba.

La música cesó, oí el ruido de una puerta al abrirse y tuve miedo, ó mas bien sentí tener que dejar á la niña, ese cuellito blanco! esa suavidad bajo mis dedos! ese placer! tener que dejarlos para huir, para continuar la marcha, el mendigar y nada recibir...... y al mismo tiempo continuaba oprimiendo, continuaba acariciando el cútis y sintiendo contra mi pecho los golpes arrebatados de su corazón...... los pasos se acercaban, iban ya á sorprenderme, á encerrarme para siempre en una prisión, sin que pudiera volver á sentir ese goce, mi mano ruda no se recrearía más al contacto del suave y blando cuerpo........ Seguí oprimiendo con ansiedad, queriendo sentir al estrechar por última vez toda la delicia que hubiera podido sentir estrechando muchas....... sentí sus músculos, sus huesos, y como los pasos estuvieran muy cerca de mí, apreté con todas mis fuerzas, deseando sentir su última palpitación, su último extremecimiento, deseando arrancarla á otros que podrían gozar de ella, mientras yo nunca, nunca podría ni tan siquiera acariciarla!

Y lo sentí ese último estrecimiento, lo sentí, que corrió por todo su cuerpo al tiempo que su corazón no latía más; el cuello pareció de trapo, se enfrió.... una mano me sujetó, pero yo de un golpe seco la rechazé desprendiéndome para lanzar al niño y huír.

Hoy todavía siento placer cuando sueño y creo oprimir, oprimir y aflojar. Ha sido la única delicia de toda mi vida! Viendo á un niño siento impulsos de arrojarme sobre de él, de robarlo para llevarlo siempre conmigo, para oprimir su cuello y hundir mis dedos en él. Sí, continuó á tiempo que llevaba un vaso á sus labios, fué una gran delicia...... oprimir!...... hundir los dedos!...... sentir aquella blandura extremecerse!...... agitarse en extremecimientos tan pequeños como ella!....... el cuerpo inmovil y los dedos apretando siempre, siempre!

Bernardo Couto Castillo

LA VIRGEN DE GEDOVIUS.

Esta magnifica pintura cuyo grabado acompañamos, y que fué hecha por el Sr. German Gedovius (hijo) ha merecido infinidad de elogios y es una obra verdaderamente maestra.

El Sr. Gedovius principió sus estudios en la Academia Nacional de S. Carlos, y los terminó en la Academia Real de «Minchen» Baviera, durante los 8 años que permaneció en ella, habiendo recibido en las varias exposiciones que aquella verificó cuatro honrosos diplomas.

Posteriormente hizo sus viajes de artista por Italia y perfeccionó sus trabajos de una manera excepcionalmente notable. Los retratos que ha hecho en esta Capital son sin duda los mejores que se han visto, pues reunen al exacto parecido un colorido perfectamente natural.

El Sr. Coronel D. José Monroy, dedicó á la Virgen á que nos referimos, unos versos, y el Periódico *The Two Republics* dice de esa pintura que para que el público de México pueda formarse idea de las obras de este ya célebre Pintor, puede ver en la casa de los señores Heuer y Compañía, esquina de San Francisco y Betlemitas la Madona á que hacemos referencia.

MISTICAS.

I.

PARABOLA.

Jam Jæcet.

Jesucristo es el buen samaritano;
yo estaba moribundo en el camino
y, con celo de hermano,
ungió mis llagas con aceite y vino.
Después, hacia el albergue no lejano,
me llevó de la mano
en medio del silencio vespertino.
Llegados, apoyé con abandono
mi cabeza en su seno
y El me dijo: «Tus culpas te perdono;
ya puedes ir en paz; sé siempre bueno....
«Busca mi amor; de todo cuanto existe
es la fuente, es el alma, el igneo centro.»......
Y sollocé, muy pálido y muy triste:
«Señor, á qué buscar si nada encuentro?
mi fe se me murió cuando partiste
y llevo su cadáver aquí dentro.......»

«Estando tú conmigo, viviría;
mas (tu Verbo inmortal todo lo puede)
dila que surja en la conciencia mía;
resucítala, oh Dios, era mi guía.
Y Jesucristo respondió: «Ya hiede».......

II.

GÓTICA.

Solitario recinto de la abadía:
tristes patios, arcadas de recias claves,
desmanteladas celdas, capilla fría
de historiados altares, de sillería
de roble, domo excelso y obscuras naves......

Solitario recinto! cuántas pavesas
de amores que ascendieron hasta el pináculo
donde mora el Cordero, guardan tus huesas!
Heme aquí con vosotras, las abadesas
de cruces pectorales y de aureo báculo!

Enfermo de la vida, busco la plática
con Dios en el misterio de su santuario;
tengo sed de idealismo!
Legión extática
de monjas demacradas de faz hierática,
decid ¿aún vive Cristo tras el sagrario?

Levantáos del polvo, llenad el coro;
los breviarios aguardan en los sitiales;
que vibre vuestro salmo limpio y sonoro,
en tanto que el Poniente nimba de oro
las testas de los santos en los cristales!

Oh claustro silencioso, cuantas pavesas
de amores que ascendieron hasta el pináculo
donde mora el Cordero, guardan tus huesas!
....
Oraré mientras duermen las abadesas
de cruces pectorales y de aureo báculo......

Amado Nervo

La virgen de Gedovius.

LA INUTIL RIQUEZA.—*Por Jorge Ohnet.*

I.

En el pequeño tocador tapizado de sederías chinescas, contiguo á su alcoba, la señora Mossler, sentada en una silla baja, escuchaba atentamente el informe que le estaba leyendo el Sr. Eliphas Clement acerca de las liberalidades realizadas durante la semana que acababa de transcurrir. Vestida con un sencillo traje de seda oscura, la reina de oro, como era llamada en el mundo parisiense, era una mujer de sesenta años, de tez pálida, ojos garzos, y sin otro adorno en la cabeza que su cabello blanco, ligeramente empolvado para disimular algunos mechones negros todavía. Sus manos, pequeñas y bellas, jugaban con un cortapapel, mientras que su cabeza hacía signos de aprobación al oir las cifras importantes que pronunciaba su «Ministro de la Caridad,» como se complacía en llamar al Sr. Eliphas. Este, de pie delante de ella, delgado, un poco encorvado, con aspecto dulce y enfermizo, continuaba su exposición con voz sorda y velada; enumeraba las sumas dadas á las sociedades caritativas, á las instituciones filantrópicas, á los solicitantes de todas clases, y añadía los informes procurados y obtenidos, como si tuviera una policía especial, encargada de comprobar la miseria pública. De cuando en cuando, una nota puesta en el margen de su documento expresaba la inutilidad de los pasos dados, la inexactitud de los datos aportados por los peticionarios, y hacía constar, con gran frecuencia, un infortunio ilusorio que había tratado de deslizarse entre los clientes sinceros y merecedores de las generosidades de aquella mujer.

—He mandado tomar noticias en Montrouge acerca de las verdaderas necesidades del asilo de niños moralmente abandonados. La institución es interesante y su situación precaria. He enviado cinco mil francos.

—Para un semestre, dijo la señora Mossler. Dentro de seis meses repita usted la suma.

Eliphas tomó nota y continuó:

—La mujer de la avenida de Antin, que pedía mil quinientos francos para pagar una deuda de la que dependía su honor, ha dado una dirección falsa. No vive ya en la casa y la portera está encargada de enviarle las cartas. Vive en Batignolles con un peluquero, que es probablemente el que ha redactado y traído la petición: no hay nada que hacer. La orden de los Hermanos Blancos ha recibido su dotación mensual de mil francos......

—¿Será bastante? Ya sabe usted, Eliphas, que todo cuanto se refiere al Africa me interesa particularmente...... Me gusta devolverle algo de lo que nos ha dado.

—Es muy bastante, señora. Si hay necesidad de aumentar, se lo diré á usted en tiempo oportuno......

—Bueno. Continúe usted.

—Aquel Mario Bouscarés, que solicitaba una comandita de cien mil francos para impulsar un negocio de alumbrado eléctrico, ha hecho ya quiebra en Nimes y está acribillado de deudas en París. Es un caballero de industria, pero tiene una excusa: está cargado de familia.

—¿Niños pequeños?

—Sí, señora; cinco, y la madre es una buena mujer, nada dichosa......

—Doscientos francos al mes para la madre......... En cuanto al Bouscarés, habrá que llamarle al orden........, Hágale usted venir......

—Le tenemos aquí todas las mañanas á las diez, y pide sin descanso ver á usted.

—Le hablaré cuando hayamos acabado.

—Va á cansar á usted.

—Nunca más de lo que yo quiera.

Eliphas no insistió, pues conocía la tranquila y dulce firmeza de la señora Mossler, y siguió leyendo:

—El periódico *El Grito de la Verdad*, que solicitaba una cantidad mensual para la publicidad de los asuntos del Transvaal, es una publicación intermitente que no vive más que de *chantage*. No se puede hacer nada, á menos que la señora quiera dar parte á la justicia.

—No; olvidemos á esos desgraciados; no valen la pena de que se tomen precauciones contra sus tentativas....

—Un buen ejemplar no sería malo, sin embargo. Son muchos.........

—Hay que vivir; y la vida es dura.

—Es usted demasiado indulgente con los bribones, gruñó Eliphas.

La señora Mossler sonrió y dijo con acento tranquilo:

—Es que conozco á las personas honradas, que no son las más veces, sino bribones que han tenido éxito.

Eliphas enrojeció de indignación.

—Según eso, ¿hubiera usted podido no ser la digna mujer que es?

—¡Quién sabe, Eliphas!

—Usted se calumnia por espíritu de caridad y eso es ir un poco más lejos.

—Querido amigo, dijo la señora Mossler con imperturbable tranquilidad, si mi marido, cuando estábamos en la miseria hace cuarenta años, no hubiera tenido la idea de irse al Cabo para conquistar con mil trabajos la fortuna, sabe Dios lo que yo hubiera sido. Es preciso no tasarse muy alto y no creer que se poseen virtudes especiales. Un ser humano no se debe jactar de honradez más que cuando ha soportado la prueba de los sufrimientos y de las tentaciones...... Mossler era un hombre de carácter recto y de rara bondad, pero ¿cree usted que en Africa ha vacilado jamás para disparar su carabina cuando se trataba de defender su vida?......

Era preciso combatir para defender el oro y los diamantes contra los piratas del desierto. ¿Quién le dice á usted que en Europa, luchando con la necesidad, no hubiera obrado con la misma violencia? En el Transvaal eso se llamaba ser enérgico; en Francia se llamaría ser criminal. Cuestión de latitud, de medio, de circunstancias. Cuando se ha pasado la existencia de aventuras que yo he conocido, se tiene acopio de indulgencia para toda la vida.

Eliphas inclinó la cabeza; alzó los hombros, como si sintiera el peso de una ruda carga y replicó con obstinación:

—La indulgencia no debe ser ceguera.

Esta vez, cierta emoción turbó la fina y serena fisonomía de la señora Mossler. Su frente enrojeció y sus ojos se desviaron de su confidente, como si adivinara que la observación que acababa de hacer tenía un sentido misterioso. Con aire distraido golpeó con el cortapapel la palma de su mano izquierda y como impulsada repentinamente por una viva inquietud, que ya no disimuló, dijo:

—Qué, ¿ha sabido usted alguna nueva locura de Valentín?

El Ministro de la Caridad se irguió y respondió con voz enteramente irritada:

—¿Acaso no es suficiente la última? ¡Cuatrocientos mil francos perdidos al juego en veinticuatro horas! ¡Y con tahures de baja estofa, en un garito de tercer orden!......

La señora Mossler desfrunció el ceño; su frente se esclareció y dijo con toda su placidez de costumbre:

—Hubiera sido robado igualmente en un círculo más elevado...... Vamos, pues, Eliphas; no hablemos más de esa miseria...... Eso está pagado y olvidado. Sabe usted bien que aquí, gracias á Dios, las cuestiones de dinero no tienen importancia. Y despues, no hable usted mal de mi hijo adoptivo, aunque lo merezca. Me causa pena, porque no puedo oir con indiferencia nada de lo que dice un antiguo amigo como usted.

—Tenga usted el valor de confesar la verdad. Siente usted por el conde una debilidad que le ha producido ya muchas tristezas y que causará infinitas penas á otra persona. Pero usted sacrificaría el universo al bello bigote rubio y á los acariciadores ojos negros de ese joven. La condesa es, sin embargo, mejor y más interesante y.......

—¡No irá usted á decir que la sacrifico! interrumpió la señora Mossler con repentina vivacidad.

—No, ciertamente; pero nunca la amará usted bastante para pagarla el daño de haberla dado ese marido......

Como si atacándole con aquella insistente aspereza hubiera Eliphas evocado la persona de quien hablaba, se oyó ruido de pasos y, sin previo anuncio, el conde Valentín de Chef de Coutras abrió la puerta y entró en la habitación de la señora Mossler. Era el conde un buen mozo, de veintiocho años, rubio, tez rosada, mirada dulce, cabellos divididos al lado izquierdo de la cabeza por una fina raya, de mediana estatura, pero admirablemente plantado, y de una armonía de movimientos que le daba superior elegancia. Llevaba un traje de biciclista, de lana blanca; una almilla de seda azul contorneaba su ancho pecho y en la parte baja del cuello, en un estrecho canesú blanco, ostentaba sus armas bordadas; una mano levantando una espada sobre una cabeza armada de casco, con esta empresa; «Siempre en pie.» Avanzó sonriendo y dijo con aire desenvuelto:

—Querida mamá, perdóname si te molesto, pero no he querido pasar por los Campos Eliseos sin entrar á darte los buenos días.

Y al mismo tiempo besó la mano de la señora Mossler con tan tierna gracia que la hizo conmoverse visiblemente.

Después se volvió hacia Eliphas, al que saludó con deferencia y añadió:

—Espero que el señor Eliphas tendrá la bondad de dispensarme que haya turbado su conferencia; conozco demasiado su celo para no saber que los desgraciados saldrán perdiendo por el tiempo que os haga emplear en mí.

Todo esto fué dicho con una amabilidad tan bien mezclada de impertinencia: su tono fué á la vez tan burlón y tan cariñoso, que era imposible saber si el conde había querido agradar ó agredir, pero Eliphas sabía á qué atenerse de antemano y no parecía ser hombre de modificar sus juicios. Hizo una ligera inclinación y se separó tres pasos para dejar el campo libre al hijo adoptivo de la señora Mossler.

—¿A dónde vas tan de mañana? preguntó ésta, atrayendo á Valentín hacia un taburete que estaba cerca de ella.

—A la puerta Maillot, de donde salimos una docena de socios del Omnium para ir á almorzar al bosque de Meudon.

—¿En vuestras máquinas de dos ruedas?

—Sí, mamá.

—Así pues, ¿ya no te gusta el caballo?

—¿Por qué?

—Nunca montas. No te oigo hablar más que de paseos en bicicleta.

—Es la moda, pasará, como todo, pero por el momento es el sport en boga. Todos lo hacen; yo también....... Es un buen ejercicio.

—Como todos los que se hacen al aire libre........ Pero no me hablas de Enriqueta.

—Mi mujer está buena...... Por lo menos lo estaba anoche, cuando volvimos de la Opera, porque no la he visto hoy.

—¡Cómo! ¿Has salido sin ir á abrazarla?

—He respetado su sueño. Eran las nueve y nunca la molesto tan de mañana.

La señora Mossler movió la cabeza.

—Creo, dijo, que no la molestas ni temprano ni tarde, y lo siento infinito. Sabes que la quiero tanto como á tí.

—Lo merece muchísimo más, interrumpió el conde riendo.

—Sí, por cierto. ¿Pero, somos siempre amados en la proporción que merecemos?

La anciana permaneció un momento pensativa y después prosiguió, como continuando una idea íntima:

—Quisiera que fuese muy dichosa. Tengo respecto de ella una grave responsabilidad, pues yo soy quien la escogió para dártela. Ella no te conocía y hubiera ciertamente seguido siendo una extraña para tí. Si quieres darme gusto......

—¿Puedes dudarlo? preguntó el joven con apresuramiento.

—Hay momentos en que lo dudo, respondió melancólicamente la señora Mossler. De tí depende que esas malas impresiones se borren y no reaparezcan jamás. Sé bueno con Enriqueta; sé tierno; ámala como tiene derecho á ser amada.

—Pero, si le soy enteramente adicto, madre mía, protestó el joven conde. ¿Se queja, pues, de mí?

—No. Es demasiado digna y demasiado valerosa para quejarse, aun teniendo derecho. Soy yo quien se alarma, sin fundamento, supongo...... Sin embargo, no comprendo la vida como tú la llevas ni el matrimonio como tú le practicas...... No se os ve jamás juntos á tu mujer y á tí....

—¡Oh! Anoche mismo...... en la Opera......

—Sí, en los espectáculos, en el mundo, en las carreras; donde la gente se divierte, se agita y gasta su dinero. Pero en vuestra casa, en vuestro hogar, allí donde se está tranquilo, reposado, serio......

El conde hizo una mueca.

—¿Te gusta mucho, madre mía, que sea serio?

—De vez en cuando; una vez, por casualidad. Es bastante útil.

—Cuando se es viejo; no en la juventud

—Hijo mío, las juventudes disipadas preparan tristes vejeces.

Valentín se levantó con el semblante obscurecido y dijo en tono seco, que contrastaba grandemente con la aduladora dulzura de sus anteriores palabras:

—¡Oh! madre mía; me predicas, cuando vengo á verte dichoso y sonriente. ¿Quieres despedirme descontento y malhumorado?...... Verdaderamente tengo mala suerte y veo que alguien te predispone contra mí.

Al decir estas palabras asestó una mirada furiosa al señor Eliphas, el cual no pestañeó y pareció aceptar el cargo que implícitamente se le dirigía. Pero la señora Mossler no era mujer de dejar que se acusase á su amigo sin defenderle y dijo con voz grave:

—No, hijo mío, mi cariño hacia á tí es tan grande, que nadie, sábelo bien, nadie puede hacerte daño en mi ánimo más que tú mismo. Desgraciadamente tú te encargas de eso con mucha frecuencia......

El conde volvió á sentarse al lado de su madre adoptiva y con la mirada acariciadora, el labio sonriente, lisonjero como sabía serlo cuando trataba de disipar un enfado antiguo ó calmar un nuevo descontento, dijo con su entonación más dulce:

—Pues qué, ¿acaso no trato de complacerte? ¿No lo eres todo para mí? Desde que perdí mi padre, ¿no has dirigido mi vida? ¿No soy tu hechura? Bien sabes cuánto te amo y cuánto te venero; juzga, pues, cuán dolorosas han de parecerme las inculpaciones que me diriges: me caen pesadamente en el corazón y cuando me regañas, como hoy, aunque no lo merezca, me quedo triste y descorazonado hasta que al día siguiente una palabra tuya de ternura me consuela y me reanima. Vamos, no me enseñes tu cara de África...... Muéstrame tu fisonomía de París...... No es á la señora Mossler terrible y resuelta, reinando sobre salvajes y rodeada de tigres, á la que he venido á ver, sino á la señora Mossler caritativa y benévola, que habita en la avenida de los Campos Eliseos, el hotel más hermoso de París....... Vamos, ponme esa cara amable y encantadora......Así,así...ya estoy contento.

En realidad, la anciana sonreía y sus ojos estaban húmedos. El prestigio de la elocuencia cariñosa y de la radiante juventud del conde se apoderó de ella. Le miró con complaciente satisfacción, mientras el joven, sintiéndose de nuevo en favor, se abandonaba al placer de haber triunfado una vez más. Se hizo buen muchacho, y deseando borrar el efecto que hubieran podido producir en el Señor Eliphas sus recriminaciones, se volvió hacia el viejo y dijo muy amablemente:

—Hace algunos días que no he visto á su hijo de usted, Señor Eliphas. ¿Cómo está? ¿Sus asuntos van como siempre viento en popa? Y su joven esposa ¿siempre encantadora?

Por este lado no obtuvo el resultado que esperaba El Ministro de la Caridad permaneció glacial y respondió á medias palabras:

—Agradezco á usted infinito, señor conde, el interés que se toma por mi familia. Mi hijo es un muchacho inteligente y trabajador que dirige hábilmente su casa de banca y mi nuera es una honrada mujer que ama á su marido.

—Hace muy bien, respondió Valentín con un gesto de indiferencia; después de todo no tiene cosa mejor que hacer.

La cara de Eliphas se contrajo é inició una expresión como si fuese á entablar una vigorosa réplica; pero sus ojos se dirigieron hacia la señora Mossler y se contuvo bruscamente, sus labios dejaron escapar un ligero silbido que lo mismo podía significar el colmo de la satisfacción como un supremo desdén y aproximándose al hueco del balcón, pareció que se absorvía en una apasionada contemplación del pavimento del patio.

—Adiós, querida mamá, dijo el conde. Veo que os molesto...... Y además me he retardado y mis compañeros de expedición deben impacientarse esperándome......

—¿No tenías que decirme nada de particular? preguntó la Señora Mosler con mirada interrogadora

—No, madre mía; sólo he venido á darte un beso:

La anciana le tendió su debil mano que él cogió con gracia respetuosa y la besó. En seguida se aproximó al viejo, que seguía embocado en el hueco del balcón y dijo con mucha política:

—Señor Eliphas, hasta que vuelva á tener el gusto de ver á usted.

Abrió la puerta y salió con ligereza.

En cuanto hubo desaparecido, la Señora Mossler dijo á su confidente:

—Después de todo, es bueno; ¿vé usted? no ha pedido nada......

—Esa prudencia me asombra y la creo preparatoria

de algún rudo asalto que se verificará muy pronto.

—No nos inquietemos por lo que ha de suceder y regocijémonos por lo que no ha sucedido.

—Como usted guste, señora. Ya sabe usted que estaré siempre aquí para escuchar sus penas y ayudarla á salir de sus dificultades.

La Señora Mossler no respondió é inclinó la cabeza en señal de asentimiento, con la seguridad de una persona que puede contar con una adhesión inalterable.

—Ha dicho usted que recibirá á ese meridional; debe estar ahí. ¿Quiere usted que le haga entrar?

—Sí, tengo tiempo antes de almorzar.

El Señor Eliphas salió y al cabo de un instante volvió á entrar precediendo á un hombrecillo algo panzudo, vestido con ropas grasientas, cara pálida, cabellos tiesos sobre la cabeza y aire de importancia y de satisfacción. No esperó que se le dirigiese la palabra y preguntó, con un marcado acento del mediodía:

—¿Es á la Señora Mossler á quien tengo la satisfacción de hablar?

—Sí, señor; si eso es una satisfacción......

—¡Inmensa! exclamó Bouscarés. Hace una semana que acecho una ocasión de entrar...... Que pueda aproximarme á esa persona eminente, pensaba, y mi fortuna está hecha. Ella me comprenderá.

—Explíquese usted. ¿De qué se trata? preguntó la Señora Mossler.

—De un descubrimiento destinado á revolucionar en el alumbrado del mundo...... He encontrado el medio de distribuir la electricidad sin canalizaciones, sin gastos de construcciones, por un procedimiento de una sencillez casi infantil...... Es inaudito que no se haya pensado antes en él, pero todos los descubrimientos geniales son debidos á la casualidad.

El Señor Eliphas, á quien la charla del provenzal impacientaba visiblemente, interrumpió el discurso:

—Sea usted serio; demasiado sabe que no existe tal descubrimiento...... Usted ha sido perseguido ya por ususpación de privilegios de invención......

—¿Qué oigo? exclamó Bouscarés con un gesto de horror. ¿Quién? ¿Yo? ¿Con lo que yo tengo usurpar alguna cosa?...... ¡Pero es para volverse loco! ¡Es decir que la incredulidad ha de echar siempre por tierra mis proyectos más sublimes!...... Por fortuna la Señora Mossler es una mujer de genio superior...... Ella me comprenderá...... ¿Qué son cien mil francos para ella? ¡Cien mil francos! Sí, con ese miserable capital me encargo de revolver el mundo de la ciencia......

La Señora Mossler dijo:

—Si quiere usted interesarme, hábleme de su mujer y de sus hijos......

El meridional cambió en un instante de actitud y de fisonomía y expresó entonces el más profundo abatimiento.

—¡Ah, señora! Ese es el tormento de mi vida. Ver sufrir a los que más se ama es un suplicio imposible de soportar cuando se tiene corazón...... Sí, esa pobre criatura que ha participado de mis luchas, de mis esperanzas, de mis decepciones, ve disminuir sus fuerzas de día en día, abatida por la pena é incapaz de amamantar á nuestro hijo más pequeño...... La perderé, señora; tendré el dolor de vérmela arrebatar por un destino implacable... Y entonces, ¿qué va á ser de mí en este mundo, cuando mi angel guardián haya vuelto al cielo?

Bouscarés se dejó caer en una silla, aunque no había sido invitado á sentarse; escondió la cabeza entre las manos y rompió en sollozos. La Señora Mossler, queriendo calmar aquella terrible pena, dijo:

—¿Y si yo hiciera estudiar ese negocio?

—¡Oh! mi generosa bienhechora...... Veinte mil francos solamente para empezar y estoy seguro del éxito......

El Señor Eliphas calmó aquella efervescencia con un ademán y dijo, dirigiéndose á la Señora Mossler:

—Toda la combinación de ese individuo descansa sobre ese primer adelanto que pide...... Para usted, son veinte mil francos; para otro menos rico, serían doscientos pesos...... Si se deja usted coger, una vez entregados los veinte mil francos, no tendrá que hacer más que dejarla correr tras de su dinero, es decir, entretener el descubrimiento, cuyo éxito aparecerá siempre próximo, pero jamás realizado...... ¡Es increíble, cómo este sistema, tan vulgar, da todavía resultado!

—Pero, señor mío, exclamó Bouscarés con dignidad; ¿usted me toma por un estafador?

—Poco menos, amigo, respondió tranquilamente el Señor Eliphas.

El buen hombre se desinfló, como un globo roto, y su frente se inclinó con pesadez y desolación.

—¡No! exclamó; no lograré sobreponerme á la malevolencia...... Dejaré en el asunto mi vida...... ¡Hace veinte años que lucho!...... Tantos esfuerzos, tantas tentativas, tanto dinero arriesgado...... todo perdido, inútil...... He practicado todos los oficios...... Sí, señora; he sido profesor de matemáticas en un instituto de provincia, ingeniero en España, actor cómico en Londres, periodista en París, banquero en Nueva York. He mandado un buque corsario durante la guerra de Chile...... He pegado carteles, distribuído prospectos y pertenecido á la policía...... Jamás he conseguido salir adelante...... Nadie cree en mi descubrimiento...... y, sin embargo, existe...... Y esta noche volveré una vez más á mi casa, á mi pobre albergue, donde encontraré á mi mujer y á mis hijos llorando de miseria sin poder hacer nada para consolarles... ¡Ah! ¡Prefiero arrojarme desde lo alto de un puente á continuar esta espantosa existencia! Todo me falla, todo me anonada...... ¡Sí, soy un bribón, como dice el señor; lo sé bien...... Pero ¿hay suerte más horrible que la mía? ¡tener el buen deseo de transformarse en un hombre apreciable, de ganar decentemente el pan y no poder!... ¡No, no poder!

—Amigo mío, dijo la señora Mossler, no hay que desesperarse. Desde hoy su mujer de usted cobrará doscientos francos al mes...... No es eso el bienestar, pero sí una garantía contra el hambre......

—¡Oh! mi bienhechora! gritó Bouscarés arrojándose á los pies de la señora Mossler. ¿Cómo pagar jamás?......... ¡Mi vida! Sí, ¿quiere usted mi vida?

—Empléela en trabajar velerosamente y usted se levantará......

—¡Ah! ¡Si usted quisiera tener confianza en mi descubrimiento!

—¡Incorregible! exclamó el señor Eliphas. Ahí le tiene usted; aun en medio de la alegría que siente, vuelve á su farsa por la fuerza de la costumbre. Vamos, Bouscarés, basta ya.

—No, dijo la señera Mossler; dele usted un billete de quinientos francos para que pueda pagar sus deudas más escandalosas y vestirse decentemente á fin de encontrar un empleo.

—Señora, dijo el meridional con la mano sobre el corazón y en la actitud solemne de un torero cuando va á matar al toro, ¡mi sangre es de usted!

Cogió el billete, saludó profundamente á Eliphas y salió.

—Pues bien, señora, cómo éste es la mitad de su clientela. Todos los días recibo diez farsantes del mismo género. ¿Sabe usted á dónde va en este momento el tal Bouscarés?

—A dar la buena noticia á su familia.

—No. A tomarse un ajenjo en el café y á contar á sus colegas en el arte del merodeo que acaba de sacar á usted quinientos francos. Mañana habrá aumento de peticiones: esos pillos se envían unos á otros. ¡Ah! usted protege ese oficio!

La señora Mossler movió melancólicamente la cabeza:

—¿Cuánto he pagado el otro día por un palco para la funcion de beneficio de aquel antiguo actor?

—Mil francos.

—Y me he divertido cinco minutos. ¿Por qué no dar quinientos francos á éste que me ha distraído durante media hora?

—Volverá.

—Y no me encontrará, acaso, tan complaciente.

—Sí, si el conde Valentín ha estado menos amable.

—Vea usted; por esa razón, contra la cual nada puede el pobre diablo, será puesto en la puerta. Así se deciden la mayor parte de las cuestiones que interesan á la humanidad

—Ante esa observación filosófica, dijo Eliphas riendo. pido á usted permiso para retirarme.

—¿Vendrá usted á comer conmigo esta tarde?

—Si está usted sola, seguramente.

—Bueno: se lo avisaré por teléfono. Adiós.

El señor Eliphas salió y la sañora Mossler se aproximó á un escritorio y tranquilamente, como un jefe de Estado que despacha su firma diaria, se puso á rubricar unas cartas que había dejado preparadas su Ministro de la caridad. No siempre había vivido sobre un trono de oro aquella caritativa mujer. Sus principios habían sido más modestos. Hija de un pastor protestante de Haguenau, se casó con Gedeón Mossler, que se ocupaba en colocar las cervezas de Molsheim en todas las tabernas de Alsacia, pequeño comercio que no presentaba riesgos, daba pocos beneficios y exigía una actividad física incansable. Gedeón era un buen mozo, rubio, de estampa un poco burda, pero valeroso y paciente como esos grandes bueyes que se ven por las carreteras del Estado arrastrando con paso tranquilo enormes carretas parecidas todavía á las que sirvieron de vehículo para las invasiones de los bárbaros. En cuanto se casó, Gedeón no se contentó con las escasas ganancias que le producía el comercio de la cerveza. Quiso hacerse á su vez fabricante y, sin capital, fiando en la benevolencia que se le expresaba en todas partes donde aparecía su cara jovial, fundó una fábrica de cerveza. Pero no pudo resistir la concurrencia que le hicieron sus antiguos parroquianos. El crédito que se veía obligado á hacer á sus compradores le puso prontamente en apuro y tuvo que vender el establecimiento. Sus economías, el dote de su mujer, todo fué consumido por este primer desastre que no fué más que el preludio de la existencia accidentada que iba á emprender Mossler en persecución de la fortuna.

Disgustado del comercio de cerveza, se hizo vendedor de ferretería. Con un carricoche y un caballejo recorrió las aldeas de la frontera y llegó hasta Suiza para comprar desperdicios de hierro, planchas rotas de chimenea y utencilios viejos. En este oficio y á fuerza de trabajos, llegó á economizar en tres años ocho mil francos. Tanto él como su mujer se impusieron durante ese tiempo privaciones increibles; y el orden, la paciencia y la abnegación de aquellas honradas gentes ofrecieron un admirable ejemplo. El pastor protestante decía: «es imposible que dos seres tan perfectos no sean algún día recompensados de sus penas. Mi hija y mi yerno son unos ángeles. El cielo les pertenece.»

Pero el cielo no bastaba á Mossler, que quería poseer la tierra. La ambición de aquel empedernido caminante era inmensa. Si hubiera dicho la centésima parte de lo que pensaba, se le hubiera tenido por loco. Estaba convencido de que el día menos pensado atraparía la fortuna y llegaría á ser millonario. Mientras tanto, compraba hierro viejo, iba llenando su calcetin de economías y hacía dichosa á su mujer, pero estaba mortificado por un temor secreto; el de no tener ningún hijo. Hacía cinco años que se había casado y su mujer no le daba un heredero. ¿A quién dejaría su fortuna, aquella famosa fortuna que debía lograr? Su mujer le consolaba diciéndole: «Pero Gedeón, acaso es una gran dicha que yo esté libre para arreglar tu almacén, sin ninguna otra preocupación que la de vender lo que tú compras. Tú eres joven y yo también.» Y esperaron tanto, que al cabo de diez años aún su casa estaba vacía.

Gedeón hizo sucesivamente el comercio de granos, de aguardientes, de lanas, y se encontraba á la sazón al frente de un capital de sesenta mil francos. El pastor había muerto y nada retenía ya en Alsacia al joven matrimonio. Mossler, y su mujer dejaron Molsheim y fueron á establecerse en Reims. Allí Gedeón, que había adquirido la costumbre de vender todo lo que era susceptible de tráfico, fundó una casa de exportación de vinos de Champagne é inundó el Brasil, Chile y todas las repúblicas de la América del Sur de productos adulterados que, bajo pomposas etiquetas, contribuyeron á arruinar la salud de los plantadores, ávidos de vivir á la moda europea. La guerra de 1870 echó por tierra esta vez, más rudamente que la primera, todo el edificio tan laboriosamente levantado por el pobre Mossler. Tuvo que cumplir sus compromisos, mientras que sus corresponsales extranjeros se apresuraban á faltar á los suyos, y el desastre nacional se duplicó para Gedeón con una catástrofe privada que le hubiera conducido á la quiebra si su probidad no hubiese desarmado hasta á sus más duros acreedores. Pero se quedó sin recursos y sin comercio, porque ¿á quién podía enviar sus falsos vinos de Champagne? Los alemanes estaban en Francia, Reims, estaba tomado y el maldito «Schwob» hacia andar ligeros á los franceses á culatazos.

Mossler tenía treinta y seis años y se alistó por toda la guerra. Fué hecho prisionero en Sedán pero no permaneció ni veinticuatro horas en poder del enemigo. En aquella Lorena, de la que conocía todos los senderos, por haberlos recorrido desde su niñez, no le costó gran trabajo encontrar una ocasión de escaparse. El convoy de que formaba parte no había llegado á Nancy cuando ya Gedeón había tomado el portante. Llegado á casa de su mujer, aún furioso por la derrota y por el cautiverio, y pálido por los sufrimientos padecidos en la «isla del hambre» reflexionó, vió muy comprometida la partida, comprendió cuán inútil sería en las filas del ejército y determinó prestar mejores servicios.

París estaba sitiado. Gedeón se fué á Tours y ofreció al Gobierno de la Defensa paño para vestir las tropas, zapatos para calzarlas y fusiles para armarlas. Era tan afirmativo, tan emprendedor en medio del pánico general, que los ingenieros que mandaban entonces el ejército francés tuvieron confianza en él. Mossler concluyó los contratos necesarios y partió para América, donde hizo prodigios de actividad y embarcó armas, ropas y municiones. Si le estimulan un poco, envía también generales. En el momento del armisticio, estaba negociando un nuevo empréstito en Inglaterra en nombre del Gobierno francés. La paz le volvió á sus ocupaciones particulares y, terminadas todas sus empresas, se encontró tan pobre como en el momento de empezarlas. La ingratitud de los hombres que presidían los destinos de Francia se mostró entonces en toda su plenitud. No hubo ni una condecoración para recempensar á aquel valiente joven que volvía á su casa con las manos vacías después de haber manejado tantos millones; todas las recompensas estuvieran reservadas para los intrigantes.

Recorriendo las calles de París para procurarse una ocupasión lucrativa, Mossler encontró á su compatriota Eliphas Clement. Alsacianos los dos y ambos protestantes, estában hechos para entenderse. Eliphas era cajero en la casa de banca Pilet y Berger. La casualidad quiso que sus jefes buscasen un hombre resuelto para ir al Cabo de Buena Esperanza y al Natal á fin de visitar unas concesiones mineras que cierto especulador se proponía vender por acciones. Mossler se ofreció, fué aceptado y partió. En aquel país enteramente nuevo se dió prontamente cuenta de las ganancias inmensas que se podían realizar, y una vez terminado su cometido para la casa Pilet y Berger, se quedó en el Transvaal para trabajar allí por cuenta propia.

Asociado con un inglés llamado Harrison, fué el primero que explotó los campos de diamantes. Los muy raros europeos que se establecían en aquellos remotos países, fundaban establecimientos agrícolas á imitación de los boers. Algunos aventureros se arriesgaban á buscar yacimientos de oro y era raro que volviesen á aparecer. Las tribus negras se encargaban de dar cuenta de ellos. Imposible el describir las fatigas y las miserias que Harrison y Mossler desafiaron intrépidamente. Era preciso estar templados como ellos lo estaban y devorados por el deseo de triunfar, para no desistir de la empresa. Con tres malgachos por todo séquito, siempre con el revólver en la mano y la carabina al hombro, los dos europeos vivieron diez y ocho meses en el desierto y volvieron á Natal con un cargamento de diamantes en bruto que fué vendido en cuatrocientos diez y siete mil francos. Harrison, alucinado por ese resultado, quiso montar una expedición importante con su parte en los beneficios. Contrató cien hombres y cargó en treinta carros todo un material de campamento. En vano Mossler quiso convencerle de que el esfuerzo que iba á intentar era prematuro y de que era preferible volver á marchar una vez más los dos, con sus tres servidores, para no inquietar á las tribus salvajes, pasar inadvertidos y no tentar la rapacidad de los merodeadores del desierto. El inglés, orgullosamente aferrado á su proyecto, se alejó y no volvió á aparecer.

Mossler, entregado á sí mismo, se volvió á su antiguo terreno de explotación, trabajó durante un año y regresó á Pretoria con una recolecicón de diamantes mucho más importante que la primera. Poseedor de ochocientos mil francos, envió quinientos mil á la casa Pilet y Berger y escribió á su mujer que fuese á reunirse con él. Entonces ya no dudaba. Veía la fortuna pronta á surgir, á su llamada, de las entrañas de aquella tierra fecunda en tesoros. Con los trecientos mil francos que poseia, se propuso adquirir terrenos, ser dueño de su explotación y de su material y, defendido por gente segura, organizar expediciones bien escoltadas, á fin de no tener necesidad de volver á la costa para vender sus mercancías.

Dos años después, Gedeón y su mujer vivian en Mosslerburgo, en la orilla de un afluente del Limpopo, á veinticinco leguas de Pretoria, y tenían á sus expensas doscientos habitantes cafres. Su dominio contaba una extensión de veinte mil hectáreas y Mossler había abandonado la busca de diamantes para dedicarse por completo á la explotación de las minas de oro. Al profundizar en la tierra para echar los cimientos de su morada principal encontró un filón de oro de una abundancia extraordinaria. Siguió la vena, investigó en sitios diferentes y en todas partes el precioso mineral acusó su presencia. Estaba rodeado de campos de oro.

CURIOSIDADES.

LA BICICLETA Á TRAVÉS DE LOS TIEMPOS.

Apesar de la inmensa boga del velocípedo, que ha invadido á México de pocos años á esta parte, despertando los entusiasmos más rehacios, pocos conocen su historia, que ahora se ha escrito con el auxilio de documentos inéditos, y es la siguiente:

A fines del siglo diez y siete, en 1693, un miembro de la Academia Real de Ciencias de París, Ozanan, habla de un coche mecánico que posee uno de sus amigos, médico de la Rochela: «Un lacayo, dice él, monta detrás y lo hace marchar apoyándose en dos piezas de madera que comunicando con dos ruedas accionan en el mecanismo del vehículo.» En 1790 únicamente un hombre comprendió que la simplicidad era la clave de una máquina destinada á facilitar la locomoción del hombre por sí mismo.

Fig. 1ª—Manejo de las "Draisianas" en Londres, en 1819, según un grabado de la época.

M. de Sivrac puso desde su primera concepción el dedo sobre el más poderoso motor del cuerpo humano, la pierna. El instrumento que imaginó Mr. Sivrac, el *celerífero* (formado de dos palabras latinas: *celer*, rápido; *fero*, llevo) se compenía de tres elementos de madera: una vigueta sólida y dos ruedas. La vigueta estaba provista adelante y atrás de dos especies de horquillas, entre las cuales giraba una rueda. Una silla y un cojín sobre el dorso de ese animal extraño, y adelante.

En 1,818, un barón, agricultor, ingeniero, el Sr. Drais, de Sauerbon, modificó así el celerífero: la parte delantera no estaba montada directamente sobre la vigueta de soporte del caballero; se articulaba sobre esta vigueta con ayuda de un soporte que le permitía oscilar á derecha y á izquierda. En adelante no había ya necesidad para dirigirse, de dar como en otro tiempo golpes de puño de derecha á izquierda ó de izquierda á derecha sobre la cabeza de su máquina; un timón facil conducía la rueda de adelante, convertida en rueda directriz en los caminos ó donde deseaba llevarla la fantasía del caballero. El barón Drais se deleitó demasiado en la contemplación de su celerífero: le dió el nombre de *Draisiana* y mandó á su criado que la exhibiese y la hiciese funcionar ante los curiosos del jardín del Tívoli. Pero sea por timidez, sea por falta de práctica, el mozo no logró con todo y sus esfuerzos desesperados sino que los pilluelos corrieron detrás de él armando alharaca, y aterrorizado echó á correr hasta la casa de su amo, al cual exasperó el fracaso. Las caricaturas que ponían en ridículo su *Draisiana* desesperaron al barón; abandonó su velocípedo y se expatrió yéndose á vivir á un convento á Caresruhe. Aislado del mundo entero murió ahí en 1851.

Sería cruel juzgar severamente al barón Drais; él guarda un nombre importante en la historia del velocípedo. Hay que reconocer que las *Draisianas* fueron abandonadas largo tiempo; pero los ingleses no tardaron en emplearlas, sin dejar por eso de criticar el aparato cuyo punto debil hallaban en su construcción de madera; la madera empleada para la *Draisiana* no tenía en efecto

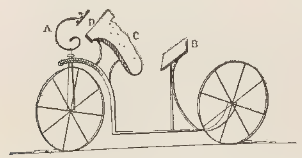


Figura 2ª.—Detalles de la "Draisiana."

mucha solidez y duraba poco. Los ingleses no tardaron en abandonar la madera que se hincha con la lluvia y cruje á cada paso; emplearon, pues, el fierro, hicieron velocíferos perfeccionados que presentaron al público y que tuvieron mucho éxito, desde 1818, bajo el nombre de *pedestrian-horses* ó *hobby horses* (fig. 1). Lo que vá á seguir mostrará á nuestros lectores que el *hobby Horse*, no tardó mucho en tener éxito. *Hobby-horse* puede traducirse por el caballo mecánico, con el cual los niños montan á caballo.

Esta máquina, de la construcción más sencilla, está soportada por dos ruedas ligeras, corriendo sobre la misma línea. La rueda de adelante gira sobre un pivote que, por medio de una corta palanca, sirve para dar dirección, sea á la derecha, sea á la izquierda. La rueda de atrás conserva siempre su dirección. El caballero sube sobre esta máquina, se sienta sobre una silla convenientemente colocada sobre la espalda del caballero (puede dársele este nombre) y fijada en medio de las dos ruedas. Los pies están colocados al ras del suelo, de manera que para dar el movimiento á la máquina, desde el primer paso, el talón debe ser la primera parte del pie que toca el suelo, y así sucesivamente con el otro pie alternando, como si se marchase sobre los talones. Se necesita tener cuidado de comenzar el movimiento muy dulcemente. Frente al caballero se coloca un cojín para reposar los brazos, en tanto que las manos mantienen la palanca que da la dirección á la máquina. Se necesita también inclinar el cuerpo convenientemente del lado opuesto al brazo que oprime el cojinete

Nuestra figura 3 da el detalle de la *Draisiana* para las damas. Esta máquina es una ingeniosa modificación de la primera que fué construida y las señoras podían usar de ella muy facilmente. La persona que se sirve de este *hobby-horse* se sienta sobre la pequeña plancha B (figura 2) y se apoya hacia adelante sobre el cojín C. El cojín viene á ser una palanca de equilibrio D sobre el cual reposan los brazos, si la máquina se inclina más de un lado que de otro.

En esta posición la ropa flota libremente y con elegancia hasta el suelo y sobre el cual se posa el pie como si se marchase, mas hay que mover las piernas. Adelante hay un pequeño guía que está montado sobre un eje doble cuyas sumas están aplicadas de suerte que las dos manos posadas sobre los dos extremos de la barra del guía, bastan para voltear á derecha é izquierda y á dirigirse en el sentido que se quiere tomar. Este sistema era muy notable; funcionaba en 1819, y hace setenta y un años las damas se servían de él con agrado.

LA TUMBA DE GRANT

El costo total de la soberbia tumba del general Grant, que el primero de Enero próximo quedará terminada en Riverside Park, de Nueva York, monta á $600,000 cuya suma ha sido levantada por subscripción popular, figurando 80,000 donantes desde *un* centavo hasta $500

La mayor parte de esa suma la ha donado el pueblo de Nueva York; $18,000 ha sido el donativo de muchas personas diseminadas por todo el país y Chicago y Washington han contribuido en pequeña escala siendo, sin embargo, las ciudades que más se han significado por sus donativos. Los esfuerzos de muchas personas no pudieron levantar más que $150,000 hasta 1892 en que el general Horace Porter, acumuló $420,000 en dos meses de perennes excitativas al patriotismo popular. La tumba de Grant será una de las más importantes que existen.

PROPIEDADES CURATIVAS DEL AGUA.

Un pedazo de franela ó una tohalla doblada á lo largo, empapada en agua muy caliente, torcida y aplicada después al cuello de un niño que tenga el *croup* ó anginas, produce generalmente un alivio dentro de diez minutos.

Una tohalla pera la cara, en varios dobleces, empapada en agua caliente, bien torcida y fuertemente aplicada, alivia por lo común y muy pronto, un dolor de muelas ó una neuralgia. Para los cólicos, este tratamiento obra como por encanto. No hay nada que contenga tan de prisa una congestión de los pulmones, un mal de garganta ó un reumatismo, como el agua caliente cuando se aplica prontamente.

El agua tibia funciona muy aprisa como vomitivo, y el agua caliente, tomada á pasto una media hora antes de acostarse, es el mejor laxante posible en caso de extreñimiento, al mismo tiempo que tiene un efecto muy suave en el estómago y los intestinos. Este tratamiento, continuado durante algunos meses con un régimen de alimentación conveniente, producirá muy buenos resultados en todo caso de dispepsia incurable.

El dolor de cabeza cede casi siempre á la aplicación simultánea de agua caliente á los pies y en la nuca.

El agua hervida, para uso diario, conserva el organismo é impide la absorción de los microbios tan comunes en los países tropicales.

Figura 3ª.—Vista de señoras sirviendose del pie para montar el caballo mecánico.

LA PRODUCCION DE VINO.

Según informes estadisticos publicados últimamente, la producción de vino en todo el mundo se estima en 3,671 963,000 galones, habiendo aumentado últimamente debido al replantio de los viñedos que en Francia se habian abandonado por otros cultivos. La calidad del vino no mejora en igual proporción que la producción aumenta, pues los nuevos métodos de cultivos, tienden mas á estimular la cantidad que la calidad. La importancia de las naciones productoras de vino, se estima en el orden siguiente: Francia, Italia, España, Portugal, Alemania, Austria Hungría, Rusia, Suisa, Los Estados del Báltico, Argentina, Chile, Estados Unidos, Brasil, Australia y Colonia del Cabo.

Nueva lámpara incandescente.

El aumento de rendimiento luminoso que los capuchones sistema Aüer ocasionan en los mecheros de gas, al utilizar la incandescencia de ciertos óxidos de metales, ha hecho pensar en la aplicación de estos mismos óxidos en la construcción de los filamentos de las lámparas de incandescencia para aumentar su remordimiento luminoso.

La operación es la siguiente:

Con papel de amianto de tres décimas de milímetro de espesor se cortan tiras de 6 centímetros de longitud, que después de mojarlas, primero en una disolución de cloruro platínico al 30 por ciento y luego en otra saturada de sal amoniaco, se secan por medio de una corriente de aire caliente, sometiéndolas después á la llama de un mechero Bunsen para transformar el cloruro platínico en esponja de platino. Terminada esta operación, las tiras de amianto así preparadas se introducen en una disolución de cloruro de magnesio al 20 por ciento, calentándolas como antes hasta que queden recubiertas por completo de una capa de magnesia. Por último, se introducen estas tiras en una disolución de nitrato de cerio, se fijan á dos alambres de platino y se encierran en una campana de vidrio, en la que se hace el vacío siguiendo el procedimiento empleado en la construcción de lámparas incandescentes.

La capa de magnesia protege el platino; la magnesia y la cerita dan á la lámpara un brillo mucho mayor que los

Figura 4ª.—Gran carrera de "Hobby Horses," ejecutada el 4 de Abril de 1819.

filamentos ordinarios para un mismo consumo de energía; y como, además, la resistencia de esas tiras es mayor que la del carbón, pueden obtenerse mayores superficies radiantes.

El Algodón para Filtrar el Agua.

Numerosas experiencias han demostrado que el algodón posee condiciones excelentes para la filtración del agua, purificándola aún mejor que los filtros de carbón, de arena, etc., tan usados en todas partes.

El algodón, merced á la estructura especial de sus fibras, retiene los gérmenes vegetales y animales que pueda contener el agua, no comunicando á la misma sabor alguno.

Lo mismo que para la filtración del agua, puede servir el algodón para la purificación de otros líquidos, cuidando de renovarlo de tiempo en tiempo, según la mayor ó menor pureza del agua.

Para mejorar la goma líquida.

Para mejorar la calidad de la goma líquida se hace uso frecuentemente del sulfato de alúmina neutro, previamente disuelto en la menor cantidad posible de agua destilada. Para cada diez onzas de mucílago ordinario se añaden 22 gramos de aquella sustancia, cantidad que basta para obtener una goma que pegue pronto y fuertemente los objetos de que se trate.

En el término de breves horas de hecha aquella preparación, resulta una descomposición doble, por la que se forma, de un lado gomato de alúmina y de otro sulfato de cal.

La dicha consiste en poner de acuerdo el corazón con el deber.

Octavio Feuillet.

No se escribe *Wehrter* sino á los veinte años.

A. Claveau.

La incubadora en el Hospital de Maternidad de México.

Desde el año de 1895 en que me hice cargo del Departamento de Maternidad de este hospital, observé con datos estadísticos irrefutables, que la mortalidad de los niños que nacen faltos de desarrollo se elevaba á un 80 por ciento, en tanto que dicha cifra se elevaba á 65 ó 66 por ciento en las Maternidades de París y Cochin. Este exceso de mortalidad excitó en mí el deseo de saber la causa de la enormidad de esa cifra, así como el anhelo de remediar el mal aunque no fuese más que en parte.

De hecho, el promedio de peso de los niños mexicanos es inferior al de los niños europeos, según resulta de las medidas recogidas por el Dr. Simon sobre un total de 300 casos. El peso medio de los niños nacidos á término es de 2,804 gramos, mientras que en Europa es de 3,000 á 3,500.

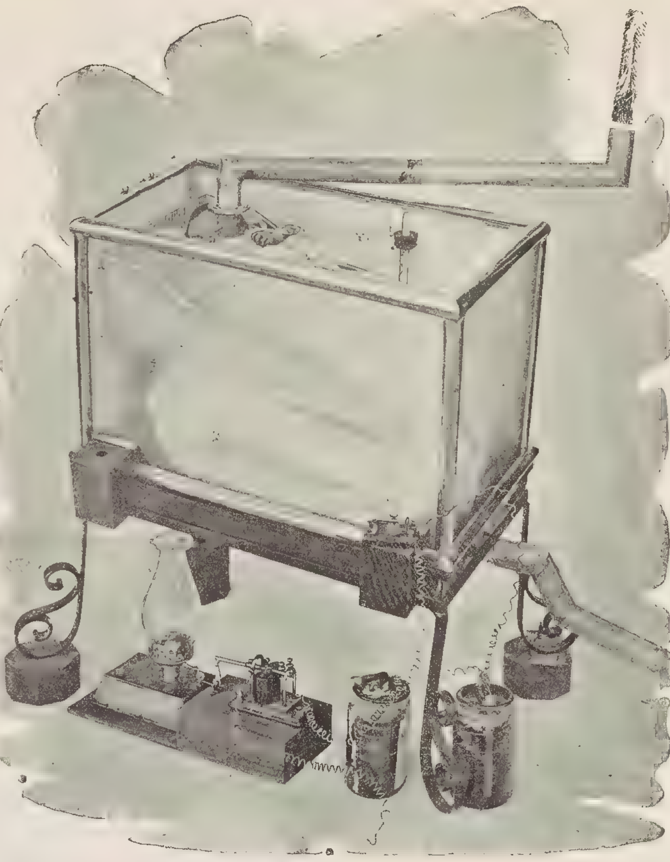
Considéranse en Europa faltos de desarrollo los niños cuyo peso no excede de 3,000 gramos.

En México debemos considerar falto de desarrollo á todo niño cuyo peso sea menor de 2 500 gramos. Este hecho puede explicarse ya sea por la decadencia de la alimentación de las mujeres de la clase baja, que son las que acuden á los hospitales, ya sea por un caracter particular de la raza.

Dos hechos concurren á no dudarlo, para producir una mortalidad tan elevada: el primero es que las madres mal nutridas y necesitando las más veces verificar rudos trabajos para atender á su subsistencia, no pueden suministrar al niño todos los materiales que exige su desarrollo fisiológico; el segundo, que siendo menor el peso medio de los niños mexicanos que el de los niños europeos, natural es que las causas que producen la muerte de los niños faltos de desarrollo en Europa ejerzan una acción más marcada en México.

Entre estas causas, enumeraré desde luego el frío y en seguida la insuficiencia de alimentación.

La pérdida de calórico en un organismo que no está en aptitud de producirlo en proporción, determina la muerte por congestión pulmonar según he podido comprobarlo frecuentemente en autopsías hechas en niños muertos en estas condiciones.



La incubadora reformada del Dr. Barreiro.

Me ha ocurrido que la explicación puede ser la siguiente: el enfriamiento determina la contracción de los vasos capilares de la piel y permaneciendo el mismo el diámetro de los glóbulos rojos, la circulación languidece en la periferia y la sangre afluye á los órganos centrales á donde se produce un exceso de presión que puede llegar hasta la ruptura de los vasos pulmonares y meningeos.

Otro tanto pudiera decirse del aire inspirado: si la columna de aire está relativamente á baja temperatura, la contracción de los capilares pulmonares producirá la anemia de este órgano y como consecuencia de ello, la carbonatación de la sangre y la asfixia.

Respecto á la deficiencia de la alimentación, observo que muchos niños no pueden verificar los movimientos de succión indispensables para absorver una cantidad dada de leche, sino que después de tres ó cuatro movimientos se fatigan y no absorven la cantidad que les es necesaria para su nutrición.

En otros, aunque pueden absorver una cantidad suficiente de leche, los materiales nutritivos que éste líquido contiene, no se encuentran en la cantidad y con la calidad que fuera indispensable para nutrirlos.

De estos dos hechos surgía la necesidad de establecer el servicio de incubadoras para remediar la primera causa de mortalidad y estudiar la mejor manera de alimentarlos por medio de *gavage* para evitar la segunda.

A imitación del Profesor Jamier hice construir una incubadora á mis expensas, cuyo modelo representa el grabado que acompaño y que tiene algunas modificaciones sobre la de dicho profesor. Estas modificaciones consisten; 1º, en que su funcionamiento es automático; 2º, en que la renovación de aire es producida no solamente por la diferencia de temperatura, sino por una verdadera succión mecánica producida por el tubo de salida que se eleva tres metros sobre el techo de la pieza á donde se encuentra el aparato; 3º, en que el niño no absorbe los gases contenidos en la pieza, sino el aire exterior menos cargado de ácido carbónico y de polvo; 4º, en que es de una sustancia que puede desinfectarse fácilmente, lo cual evita el peligro del contagio de la diarrea verde y otras enfermedades contagiosas que pueden trasmitirse de un niño á otro.

Respecto del *gavage*, he llegado, por medio de experiencias cadavéricas, á determinar: 1º, que la distancia media de la boca del niño al centro del estómago es de 15 centímetros en los niños de 7 meses; 2º, que 8 gramos de leche producen la plenitud del estómago, y por consecuencia, es inútil inyectar mayor cantidad; 3º, que empujando la extremidad de una sonda del número 14 ó 16 de la escala de Chanière por la boca del niño, siguiendo la bóveda palatina, no es posible introducirla á otro punto que no sea el exófago.

De acuerdo con estos datos, la manipulación del *gavage* es de lo más sencilla. Por otra parte, los niños de esta edad pueden ingerir la leche con relativa facilidad por medio de una cuchara que se vacía lentamente en su boca. En lo que toca á la calidad, he llegado á concluir que nada es capaz de sustituir con ventaja á la leche de mujer, sobre todo si la edad de la secreción corresponde á la edad del niño.

Los resultados que he obtenido han sido los siguientes:

	MUERTOS.	VIVOS.
Niños de seis meses y medio á siete meses, con peso de 1,000 á 1500 gramos...		1
Niños de siete meses á siete meses y medio, con peso de 1,500 á 2,000 gramos...	1	3
Niños de siete meses y medio á ocho meses, con peso de 2,000 á 2,500 gramos...		2
Total..............................	1	6

Este resultado es en extremo halagador, pues un niño muerto sobre siete que introduje en la incubadora, da un promedio de 14.30 por ciento, es decir, que se ha reducido la mortalidad de los niños faltos de desarrollo, de ochenta á catorce un tercio por ciento, en tanto que en Francia la mortalidad ha descendido de 66 á 33 por ciento. Es cierto que el número de casos es insuficiente para formar un promedio, pero hasta hoy los resultados han sido tales como los he manifestado y me he apresurado á exponerlos para procurar difundir este medio de crianza tan poco practicado en México.

En efecto, en vez de acudir á la incubadora, se acostumbra envolver al niño en algodones, lo cual no evita que la columna de aire frío que absorve, obre nocivamente sobre su aparato pulmonar y además, la envoltura en algodón siendo capáz de aislar el calor producido por el pequeño organismo, es incapaz de ceder á éste cantidades de calórico que por la exigüidad de su circulación el niño no puede producir.

Otra de las ventajas de la incubadora es el hecho de que favorece la perspiración cutánea. En una experiencia que hice á fines del año pasado, que consistió en introducir perros recien-nacidos y elevar la temperatura á 40 grados centígrados, pude observar de un modo manifiesto que la perspiración es muy notable.

El hecho se explica por la circunstancia de que los órganos excretores del niño en esta edad, funcionan con suma lentitud y la piel desempeña un gran papel en la eliminación de los productos de desasimilación del niño. En la envoltura de algodón el niño queda rodeado de una atmósfera sursaturada de vapor de agua que impide la evaporación de una nueva cantidad de sudor, en tanto que en la incubadora, como el aire se remueve constantemente, la evaporación del sudor no encuentra dificultad.

Dr. Barreiro.

Los hombres más viejos del mundo.

En estos momentos en que tan de prisa se vive, no deja de ser un consuelo el saber que son más numerosos de lo que se cree los centenarios. Un profesor de estadística, alemán, se ha propuesto el problema de averiguar cuáles son los países donde la gente hace los huesos más viejos.

De su curioso trabajo resulta que España es uno de los países más favorecidos bajo el punto de vista de longevidad.

Según las cifras de este alemán, España, con sus dieciocho millones de habitantes, posee actualmente 401 centenarios; mientras que Francia, cuya población es doble que aquella, sólo cuenta 213 personas de cien años cumplidos, y en Alemania—que tiene quince millones de habitantes más que Francia sólo hay 78 individuos que hayan pasado de esa tierna edad.

Los irlandeses llegan fácilmente á viejos; en su reducido país hay hoy 578 centenarios. Inglaterra posee 146, Escocia 46, Noruega 23, Suecia 10, Bélgica 6 y Dinamarca 2.

Suiza, con su fama de país sanísimo, no tiene actualmente ni un solo centenario.

La región de los Balkanes parece tener el «record» de longevidad. Hay en Servia 578 centenarios, 1,084 en Roumania, 3,883 en Bulgaria.

Según la estadística del sabio alemán, en 1890 había en Servia 290 personas que habían cumplido de ciento seis á ciento quince años; 124 de ciento quince á ciento veinticinco; 18 de ciento veintiséis á ciento treinta y cinco.... ¡y hasta 3 de ciento treinta y cinco á ciento cuarenta!

El mismo estadista se ha dedicado á buscar el hombre más viejo del mundo.

Decíase que un ruso había cumplido la friolera de 160 años, pero no hay seguridad de que no tenga la coquetería de ponerse unos cuantos más de los que realmente tiene.

El aleman se inclina á entregar el premio de longevidad á Bruno Cetrim, un negro africano residente en Buenos Aires, que ha cumplido 150 años y no tiene ganas ningunas de morirse. Rusia ocuparía entonces el segundo lugar con Kustrin, cochero moscovita—decano de los aurigas del mundo—que ha entrado en su 140º año.

La mujer más vieja del mundo parece que tiene 130 años; pero el estadista alemán, sin duda por galantería, omite decirnos su nombre y residencia.

Globo terraqueo notable.

El geógrafo francés Eliseo Reclus ha propuesto la construcción de un globo, facsímil del que habitamos, y en una escala que será exactamente la cienmilésima parte de su tamaño actual.

Semejante superficie es necesaria para poder modelar en ella con claridad los ríos, montañas, valles, mesetas y depresiones que existan en la tierra.

En la mencionada esfera proyéctase ir registrando gradualmente cuantos descubrimientos geográficos se efectúen, y se colocará sobre una plataforma de sesenta piés de alto, sostenida por cuatro columnas distantes entre sí 140 pies.

El globo deberá ser doble para proteger la superficie grabada y pintada, rodeando el exterior una plataforma y escaleras movibles que faciliten el examen á los visitantes, que podrán andar á su alrededor por espacio de cinco minutos.

Las ventajas principales que ofrecería á la ciencia esa construcción, dado caso de que se concluyese, serían: su exactitud en las proporciones, facilidad para comparar el tamaño de diversas naciones, corrigiendo ideas erroneas, y facilidad para apreciar las diversas alturas y depresiones de la tierra.

Un simpático jurado.

Así como en el pleno curso de las heroicas olimpiadas las vírgenes más hermosas de la gloriosa Hélade premiaban á los vencedores de los juegos con pomposas coronas de encina, mirtho y laurel, así en plenos tiempos modernos en que se ha intentado dar á los ejercicios deportivos cierto sabor antiguo, las mujeres más hermosas suelen presidir los atléticos ejercicios, las carreras en bicicleta, y ser agraciados jueces de los esfuerzos de los contendedores.

Ejemplo hermoso de esta costumbre, vieja y nueva á la vez, ha sido el festival organizado últimamente en Chihuahua, con el carácter de celebración patriótica, cuyo principal atractivo consistió en algunas carreras de bicicletas en las que tomaron parte los mejores campeones de aquella ciudad con promesa de premios consistentes en bandas y diplomas, discernidos por un grupo de guapas señoritas.

Se comprenderá, sin esfuerzo, que el estímulo comunicado por la gentil presencia de los jueces, se tradujo en entusiasmo y en reñidos esfuerzos de los campeones por hacerse acreedores á una merced que de tan blancas y delicadas manos venía.

Tomen en cuenta esto nuestros clubs ciclistas, y busquen la manera de que presidan sus concursos cíclicos, reinas escogidas entre las señoritas más bellas de la Capital. Así verán como ganan en entusiasmo y vida sus torneos y como la fuerza se agiganta con el estímulo y surge vencedora.

Ofrecemos á nuestros lectores como ilustración de estas líneas una fotografía del grupo de las graciosas miembros del jurado.

UN SIMPATICO JURADO. Reinas que presidieron las carreras de bicicletas efectuadas últimamente en Chihuahua.
Ana Enríquez. Emilia Terrazas. Jesús Bermúdez. María Asúnsolo. Emilia Ketelsen. Carmen Hernández.

LA SANTA DE CABORA.

A título de curiosidad ofrecemos á nuestros lectores dos fotografías de la ultracélebre Teresita Urrea en actitudes bien antitéticas: una que podríamos llamar *hierática* y otra *profana*.

El Imparcial, que publicó estos retratos á líneas, designó tales actitudes con los nombres de «Divina» y «Humana.» Elijan nuestros lectores la denominación que más les plazca y digan qué actitud favorece más á la apreciable iluminada. Por nuestra parte...... opinamos por la humana.

Estos retratos, tomados hace pocos días por una casa de Texas, se venden como *imágenes*, y hay quien los lleve consigo á manera de amuleto contra todo mal.

Ignoramos el alcance de su eficacia y si están tocados al original; lo único que podemos asegurar es que son fieles y del todo recientes.

TERESITA URREA.—En actitud mundana.

SUEGRO Y YERNO.

Días atras entablóse en cierta tertulia una animada conversación acerca del capítulo de los suegros.

De pronto tomó la palabra el general Vermandois y dijo:

—Ninguno de ustedes ha tenido un suegro como el mío.

Todos se miraron con sorpresa porque nadie sabía que el General hubiese contraído matrimonio.

—Tenemos que retroceder—añadió el militar—al año de 1860, en cuya época tenía yo treinta y cinco años y mandaba un batallón de cazadores de infantería. Por aquel entonces estallaron las matanzas de Siria, ocupada por dos poblaciones rivales: los maronitas y los drusos; la primera cristiana y musulmana la segunda; pacífica y trabajadora la una, y la otra errante, guerrera y un tanto feroz.

La población mahometana de Damasco había atacado el barrio de los cristianos y hecho entre ellos una espantosa carnicería.

El clamor de las víctimas reclamaba la intervención europea, y en el mes de Agosto decidió el emperador enviar un cuerpo del ejército compuesto de seis mil hombres, al mando del General de Beaufort.

Desembarcamos en Trípoli, y nuestra llegada bastó para dispersar á los drusos.

A los pocos días me mandaron con mi batallon á Alepo, la Palmira moderna, y me albergué en un soberbio palacio. habitado por Demetria, viuda marotina de un *mollah* de primera clase, descendiente en línea recta del mismísimo Antioco.

En mi excursión me acompañaba mi fiel asistente Brechut, y confieso que no lo pasaba del todo mal en el punto de mi residencia.

Sin embargo, me habría fastidiado á veces soberanamente á no haber vivido en compañía de la hija de Demetria, llamada Zelina: una criatura angelical, de dieciseis años de edad, de rostro encantador, de labios purpurinos, y con unos ojos verdaderamente admirables.

Como un Vermandois podía aliarse sin el menor desdoro á una cristiana descendiente de Antioco, me casé con Zelina, habiéndome servido de padrino el General de Beaufort.

La ocupación se prolongaba, temiéndose sin duda, que después de nuestra partida se tomasen los enemigos terribles represalias, y era yo el más dichoso de los comandantes.

Pasó el invierno de 1860, y al empezar el año 61 me llamó un día á sus habitaciones mi apreciable suegra Demetria, mujer hermosa todavía y que sólo contaba treinta y cinco primaveras, con objeto de comunicarme una noticia importante.

—Mi querido comandante—me dijo—no quiero que sepas por otro conducto lo que voy á participarte yo misma. Me caso uno de estos días.

—¿Y podré saber con quién?

—Con Brechut.

—¿Con mi asistente?

—Sí, estoy enamorada de él y creo que me hará feliz.

—Pero ¡vive Dios, señora! piense usted que voy á ser yerno de mi criado.

—¿Y á mí qué me cuentas? Reemplázale por otro.

Entré de mal humor en mi cuarto y dije á Zelina, condesa de Vermandois, que su madre se había vuelto loca y que una Demetria, descendiente de Antioco, no podía casarse con un criado, para convertirse en madame Brechut.

—¿Y eso qué importa?—me contestó Zelina sonriendo.

—Brechut es francés como tú, y como tú cristiano, y si mamá se ha enamorado de él, nada tiene de particular que le dé la mano de esposa.

Renuncié á explicar á aquella hija del desierto la diferencia que existe entre un Comandante del ejército francés y un mero asistente; entre un Vermandois y un Brechut, y resolví llamar al seductor.

El pobre soldado se arrojó á mis piés y me dijo:

—¡Perdón, mi Comandante! Pero yo no tengo la culpa, sino ella, que me ha colmado de atenciones y me ha solicitado con insistencia.

—¿Pero no sabes que vamos á salir á campaña y que no tengo quien te reemplace?

—¡Reemplazarme!......

Y Brechut se echó á llorar como un niño.

—No, mi Comandante—añadió el asistente—usted no puede despedirme y, por lo tanto, antes que separarme de su lado, prefiero renunciar á mi matrimonio con la odalisca.

Me enternecí ante la idea de aquel sacrificio, que por otra parte no hubiera yo podido aceptar, en atención á la tenacidad de Demetria, y no tuve más remedio que resignarme y acceder al matrimonio de Brechut.

Desde entonces fué para mí imposible la existencia, al ver por tierra todas mis ideas acerca de la jerarquía social y de la disciplina militar.

Mi suegro me limpiaba las botas, me cosía los botones, me hacía la cama, y luego, á la hora de almorzar, recobraba su dignidad de suegro y se sentaba á la mesa con la familia, debiendo yo guardarle las deferencias que le correspondían.

Era yo al mismo tiempo el superior y el inferior. Podía imponer ocho días de arresto á mi suegro; pero él podía desheredar á su comandante y hasta maldecir á su yerno.

Ibamos á regresar á Francia, cuando el Dios de los ejércitos tuvo piedad de mí. La peste arrebató en ocho días á Demetria y á Zelina, y me encontré solo con Brechut.

De vuelta á la patria, mi suegro murió como un valiente en 1870, no quedando hoy de aquella historia oriental más que el recuerdo de una situación digna de tentar la pluma de un libretista de ópera cómica.

Después de este relato—añadió el General—nada tiene de extraño que sea yo partidario de la abolición de.... los padres políticos.

Ricardo O'Monroy.

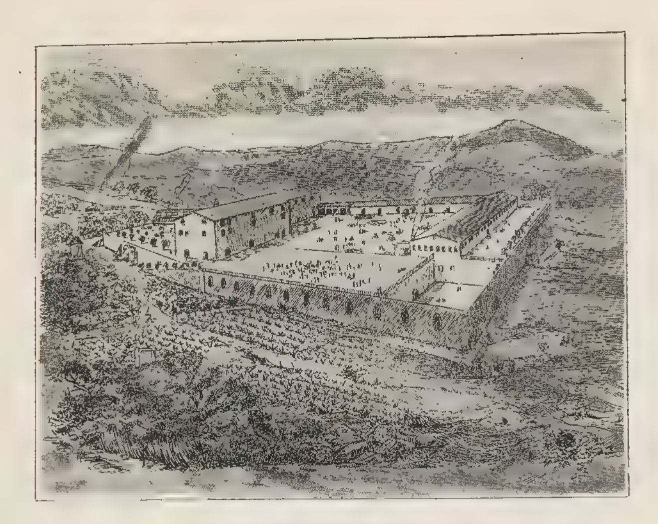
Es preciso tener honor, antes de tener opiniones.

G. Thiebault.

Los Bartolos son los que hacen las Rosinas.

Max O'Rell.

TERESITA URREA.—En actitud mística.



Vista general de Casa Codorniu.

Champagne natural

y Champagne artificial.

I

Mucho se ha escrito en Francia y en España sobre champagne, pero ¡con qué ligereza en general! ¡con qué poco conocimiento de causa! Aparte de unos pocos autores que conocen el asunto, los demás suelen copiar, traducir ó comentar, reuniendo un montón de ideas que el lector no entiende, ni el escritor tampoco.

El desconocimiento de un detalle ó de una operación hace surgir de la pluma una palabra impropia que derrama obscuridad en todo el escrito.

Llámase champagne á todo vino blanco espumoso, sin pensar que se agrupan así dos clases de vino de condiciones tan distintas, de elaboración tan variada, de propiedades organolépticas é higiénicas tan diferentes, que bien merece nombre aparte.

El champagne será natural, cuando además de ser vino puro, esté elaborado por el sistema champañés, que consiste en provocar una fermentación dentro de la botella, produciéndose naturalmente el ácido carbónico en su interior; será artificial, ya por ser artificial el vino con que se elabore, ya por introducirle el ácido carbónico artificialmente ó sea por medio de una máquina de gaseosas, ó de ácido carbónico líquido, ó por mil otros sistemas, que la baratura y la ciencia inventan cada día.

El champagne natural es, pues, vino puro, y su ácido carbónico es de fermentación y producido en el mismo vino.

Queda al final sin fermento alguno.

El champagne artificial no es más que una gaseosa de vino, ó un vino artificial champañizado.

El primero exige profundas y extensas cuevas y gran existencia; pues su trabajo natural necesita años, y todo esto representa un capital enorme, y resulta caro.

El segundo no exige nada de esto, ni capital, ni cuevas.

El vino que se compró por la mañana, puede embotellarse seguidamente, y beberse como champagne por la noche.

Por esto abunda tanto el champagne artificial, y se consume tan poco el natural.

Sabido es que en diferentes puntos de Francia, Marne, Saumur, Bourgogne, en Alemania, en Rusia, en Italia, en los Estados Unidos; en España y en todas partes se elabora champagne en abundancia; pero ¡cuanta y cuánta falsificación por doquiera! ¡cuántos vinos artificiales! ¡cuántos vinos naturales champañizados artificialmente! El consumidor anda ciego, y á veces consume lo más caro, y á pesar de ello lo más artificial.

La elaboración del champagne fué invento de un fraile benedictino llamado Don Perignon, de la Abadía de Hautvillers, de Francia.

Tomó su nombre de la antigua división de Francia, de la provincia de Champagne.

Más hoy se elaboran finísimos champagnes en varios países.

Aparte las importantes cantidades de champagne alemán, italiano, ruso, español, etc., dentro la misma Francia se elabora champagne en la mayoría de los departamentos del Este y principalmente en el Sur, en el Centro y en el Oeste.

Los comerciantes de la Marne quieren, sin razón, que sólo pueda llamarse champagne el que sale de su antigua provincia, queriendo ser como los de Jerez ó Burdeos, sin tener en cuenta que estos vinos los producen sus tierras, y el champagne como el cognac lo produce el hombre, pues sus cepas no dan vino espumoso, ni que forme espuma por sí solo, sino que sus vinos más ó menos finos, según con quienes se comparen, son como todos los demás.

Tienen menos razón aun, porque en su departamento apenas se da la viña, y han de pagar el vino en la cosecha á 400 francos hectolitro, lo que hace que compren vinos á todas las comarcas de Francia, á España, á Hungría, etc., para elaborar sus champagnes, ya mezclados, ya solos, pues en el país no se produce la décima parte del champagne que expenden, y menos hoy que la filoxera está destruyendo sus viñedos.

No tienen más razón al querer el exclusivismo del nombre, que si afirmasen los parisienses que no son puntas de París las fabricadas en España.

Llámese, pues, champagne, ya que allí fué su cuna, aunque en aquel país deban añadirle cognac, madera ú oporto, pues como sus vinos no llegaron á madurar y la viña vegeta difícil y forzadamente, han de reforzarlos con géneros de otros países; pero conste que después que se han ensayado otros vinos, se ha visto que hay muchos y en diferentes países que se prestan mejor, por sí solos, para dar magníficos champagnes.

II.

HISTORIA.

Entresacada de un largo artículo que M. Claude Vigny publicó en la *Enciclopedes Contemporaine Ilustrée. Revue Hebdomadaire Universel des Sciences, des Arts et de l'Industrie, París 20 Fevrier 1895*, con ocasión de haber visto premiado con medalla de oro en Amberes el Champagne Codorniu, es reducida á pocas palabras, la siguiente:

Nuestras visitas á la mayor parte de las exposiciones, así como nuestras excursiones á los países vecinos que se dedican á la viticultura, nos han probado que se puede en la actualidad—*pese á nuestro orgullo nacional*—encontrar excelentes vinos espumosos fuera de Francia. Esto es debido, nos apresuramos á decirlo, á los importantes progresos realizados en estos últimos años por las ciencias enológicas y á la actividad desplegada por inteligentes especialistas. Es así que España, país clásico de vinos espesos de licor, se encuentra actualmente en condiciones de suministrar al consumo europeo excelentes vinos espumosos, rivalizando con los mejores productos champañeses y pudiendo como ellos figurar dignamente en las mesas mejor servidas.

Una de las marcas más conocidas es la del Champagne Codorniu, preparado en el establecimiento de D. Manuel Raventós, de San Sadurní de Noya, provincia de Barcelona (España).

Los franceses son franceses. Hallan el Champagne Codorniu premiado con medalla de oro en Amberes, y al escribir de esta Exposición lo alaban *aunque pese á su orgullo nacional*, como dicen, pero aprovechan la ocasión de denigrar á España como país clásico de los vinos de cuerpo y dulces, como si España no tuviese de todo.

Y si tales alabanzas tributa la prensa extranjera al pasado y al presente de la Casa Codorniu, veamos el porvenir que le augura un compatriota, para demostrar que también hay quien en su patria es profeta:

UNA INDUSTRIA IMPORTANTE.

A no equivocarnos, está nuestra población llamada á ser, dentro de pocos años, un centro importantísimo, gracias á la actividad é inteligencia de uno de sus hijos, el conocido agricultor y publicista Don Manuel Raventós [á] *Codorniu*.

Tomando por base las tentativas hechas por su padre Don José para elaborar vino espumoso (*champagne*), dedicó parte de su actividad y de su fortuna á la fabricación de aquél. Habiendo recorrido los países del extranjero que elaboran aquel producto, como Alemania, Italia y Francia, quedó convencido de que la comarca de Champagne era la que con más perfección lo obtenía, y no dudando después de repetidos ensayos de vinos de algunas de nuestras variedades de cepas indígenas que podían producirlos tan finos como los de los viñedos de *Reims*, de *La Marne*, *Epernay* etc., hizo venir personal inteligente de aquellos países para preparar trabajadores del nuestro, y excavando debajo de tierra, haciendo grutas y echando miles de duros en instalaciones, ha conseguido lo que había previsto, ya que hoy fabrica y despacha botellas para todas las naciones de Europa con un éxito creciente y con distinciones que no llegan á obtener las marcas de champagnes finos hoy más consideradas.

....

Debido á estos resultados, muy superiores á todo lo que podía esperarse, no cabe decir el vuelo y desarrollo que va adquiriendo la industria del champagne aquí, que hace que cada día comerciantes de diversos puntos vengan á proveerse y visitarnos, y auguren un porvenir y renombre grande á nuestra villa, que habrá forzosamente de aprovecharse de las ventajas que la habrá proporcionado la implantación de esa importante industria vinícola.

Haga Dios que tan halagadoras esperanzas no se disipen, cosa á que tan expuestos estamos en este país, donde una disposición del Gobierno basta para fundir millones, llevar á la miseria muchas familias y paralizar la vida de todo un país.

El Corresponsal.

(De *La Renaixense*, diario de Cataluña, número de 27 Diciembre 1894.)

(*Continuará*).

Construcción de bocoyes en la Sección de Tonelería.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 1º DE NOVIEMBRE DE 1896. — NUMERO 18

2 DE NOVIEMBRE, Por J. M. Villasana.

Madre, yo no sé qué tienen——las flores del camposanto,——que cuando las mueve el viento——parece que están llorando......

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

¿La bancarrota de la Democracia?

¿Ha hecho la Democracia bancarrota?...... Esta inesperada pregunta, que se destaca como el sombrío *Mane, Thecel, Pharés* en los festines de las nacionalidades modernas, parece desprenderse de las amargas revelaciones contenidas en una epístola de Don Emilio Castelar acerca del sufragio; surge de la incisiva pluma del jacobino Proal, en su curioso volumen sobre la *criminalidad política*; se evapora de la robusta pluma del experimentador Zola, reclamando un *gran sable* para la resplandeciente república europea. ¿Qué puede esperar el porvenir de una forma de gobierno que tan dolorosas llagas nos exhibe? ¿Qué debe aguardarse de un sistema engendrador de tan disolventes actos sociales? ¿Ha llegado para la Democracia la hora de morir, ó quizás una evolución podrá salvarla de su fracaso?

La verdad es que el ideal democrático no se ha realizado en ningún país ni en ninguna época; el gobierno de la mayoría, la dirección de los asuntos públicos por las multitudes, jamás se ha registrado en la historia de la humanidad; como ideal ha sido cimado por todos los poetas y ensalzado por todos los políticos soñadores; en la realidad nunca hemos visto practicado ese programa, y en aquellos pueblos en que se ha intentado ensanchar la acción de las masas, la anarquía más espantosa ha substituido al hermoso espectáculo prometido por los admiradores contemplativos de la serena diosa del gorro frigio.

La ingerencia de las clases populares en los asuntos públicos, cuando estas masas no representan intereses permanentes sino pasiones bajas, apetitos y rencores, sólo producirá trastornos profundos, perturbaciones hondas, desequilibrios enormes en el aparato social. Por un momento pudo creerse que estas dolencias serían radicalmente extirpadas con la panacea *instrucción*; pero hechos recientes han demostrado que esta medicación no basta cuando no va acompañada de una fuerte dosis de riqueza creada.

El socialismo europeo se recluta entre obreros elevados á cierto grado intelectual. Spencer cita en una de sus obras la carta de un operario inglés instruido de cierto nivel de necesidades que no puede satisfacer: la instrucción ha sido para él, el vehículo poderoso para arrastrar sus ideas, la marmita en que han entrado en ebullición sus disolvencias tumultuosas. Conciencias tan mal preparadas no están en aptitud de realizar los fines democráticos, fundados en la más pura y heroica reserva de virtudes sociales. ¿Qué sucede pues, con la Democracia?

La Democracia necesita afinar su maquinaria, modificar su mecanismo, rectificar sus aparatos. Alguien ha dicho que los cuerpos existen por el equilibrio, más ó menos estable, de las fuerzas; el resultado de este equilibrio es la vida. Para las naciones como para los cuerpos, la condición de la vida es el equilibrio, y en ellas las fuerzas las constituyen los intereses. Hacer entrar en el ejercicio de la soberanía el mayor número de intereses, es el remedio de la Democracia, y para ello El Mundo ha abogado por el sufragio restringido.

La época presente, de transición y reconstrucción, debe señalarse por dejar bien preparados unos, y resueltos otros de los problemas políticos que se destacan en lo futuro. Basar nuestras instituciones en algo sólido y verdadero que aparte de la República la sospecha de una conmoción altamente nociva para la sociedad, es tarea de la generación actual. Los hechos que en estos momentos se nos ofrecen, deben servirnos de ejemplos para la obra que algún día estamos obligados á realizar.

Sobre patriotismo.

Frecuentemente circulan acerca del patriotismo las ideas más extravagantes. Se tiene como una grave falta de amor patrio, exhibir defectos y prejuicios, deshacer conceptos erróneos y emitir rectificaciones necesarias. Bajo el pabellón de la Patria encuentran salida muchas mercancías averiadas que conviene retirar de la circulación.

Entendemos nosotros que el verdadero patriotismo no está en ocultar nuestras enfermedades, sino en procurar su curación.

No sucede así, sin embargo, y en México se estima que el amor patrio consiste en halagar nuestra vanidad, en hacer la apología de nuestros defectos y en cerrar los oídos á la voz de la verdad.

No hay impulso, por superior que sea á nuestras fuerzas, que no nos parezca digno de ser acometido, cuando la etiqueta del patriotismo lo ampara, ni magno proyecto que no halle eco en los espíritus. El que se atreve á poner en duda la realización de una de estas maravillosas aventuras, caerá á los golpes de la opinión más generalizada y se le tratará de mal mexicano.

Y de esta manera, falseando el criterio de una virtud, se llega á establecer el principio contrario.

Estamos obligados á ampliar más el concepto de la Patria, representándonos á ésta de tal modo grande y fuerte que resista á las severas enseñanzas de la observación y del análisis, y de tal suerte serena que nos acoja siempre en nuestras desventuras y nos perdone nuestras faltas.

Ese patriotismo puesto al servicio de tantos pensamientos descabellados y de tantas iniciativas locas, no es el sano y robusto afecto que la República necesita. El verdadero patriotismo está más alto!

La utopia de la paz universal.

Los periódicos europeos se han ocupado últimamente del fracaso que el *séptimo* Congreso de la Paz, acaba de obtener en Budapest. En esta asamblea toda la admirable dialéctica de los juristas ha venido, como siempre, á tierra, derribada por la poderosa elocuencia de los hechos.

Cada temporada un grupo de personas de buena fe, entusiastas, sinceras, pero de talla exigua para saltar al pedestal de los hombres de Estado, se propone invariablemente realizar el hermoso sueño de confraternidad universal, sorprendido en las rosadas y luminosas horas de sus buenas digestiones. Se convoca á un Congreso Internacional de la Paz, en el que se proponen primeros premios de oro y plata (depreciada) para los autores de los mejores trabajos relativos á la materia se pronuncian discursos trufados de retóricas garrulerías, se distribuyen abrazos á diestra y siniestra, y se clausura el concurso en medio de un delirio de amistad adornado con éxtasis y desmayos de los concurrentes.

Y á cada nueva tentativa romántica de esta naturaleza, contestan los Gobiernos del mundo civilizado ensanchando su material de guerra, reforzando su efectivo militar, adquiriendo nuevas máquinas de exterminio, preparándose á la lucha y descargando sobre el contribuyente el horrible mazazo de la paz armada.

Todo sér humano que penetra á la vida, ignora la suma de dolores de donde ha salido; su espíritu es estrecho para abarcar el número de víctimas que han determinado su existencia; pero sí sabe que la vida es lucha y que en ella no se realiza el triunfo de los más buenos, sino el de los más aptos. Y desde el momento en que las necesidades del medio le imponen la obligación de aceptar esta forma inapelable de persistencia, sus energías concurren al combate de las fuerzas contrarias que se alzan en su camino.

Hay para las naciones también un principio que sobrenada por encima de las aparatosas declaraciones del Derecho Internacional, como por encima de los lagos tranquilos se amontonan los *nimbus* en las tardes tempestuosas: *la force prime le droit*—la fuerza domina al derecho; fórmula que el hombre terrible que más influencia ha ejercido en el viejo continente, en las postrimerías del siglo XIX, ha tomado por su divisa, y apoyado en ella, ha arrojado al surco la simiente de la *revancha*, de ese aliento caliginoso, que presagiado por Victor Hugo, le hizo escribir aquella frase aterradora: El insomnio de la Europa comienza!

La amenazadora profecía se ha cumplido, y después de siete Congresos de la Paz, todavía sobre las naciones débiles de la humanidad se agitan las poderosas manos de los pueblos fuertes, dispuestos á convertir las medallas de bronce de esos concursos en materia prima para sus armas de fuego.

Política General.

RESUMEN.—Una inciativa del "New York Herald."—Dificultad para que progrese.—La insurrección de Cuba y sus defensores.—Fin de la Campaña electoral en Norte América. Una anécdota de Guillermo II.

Aunque quisiéramos apartar la vista de los graves acontecimientos que se desarrollan en los candentes campos de Cuba; aunque intentáramos desentendernos de las interesantes cuestiones que allí se debaten entre los resplandores del incendio y los gritos salvajes de la matanza y el exterminio, no podríamos sino fingir indiferencia, ante la solución de un problema que afecta pueblos de nuestra raza y grupos sociales que á nosotros se unen por comunidad de aspiraciones.

El *New York Herald*, periódico de alta importancia y reconocida universal significación por su manera de tratar la política internacional, ha lanzado la especie y sostenido la posibilidad de zanjar todas las dificultades y remediar todos los males que aquejan la revuelta Antilla, mediante la amistosa intervención de los Estados Unidos y México, ante el gobierno de España, para que haga cesar una situación lamentable bajo todos aspectos, porque agota estérilmente las fuerzas y energías de la metrópoli y convierte la antes rica y próspera colonia en lúgubre teatro de desolación y de ruina. Para considerar debidamente y juzgar sin pasión la iniciativa del reputado diario neoyorkino, no mencionaremos la oculta rivalidad que ha provocado en la prensa europea, especialmente en la francesa, que pretende vislumbrar miras interesadas en toda intervención americana, aunque se intente cubrirla con el ropaje de la abnegación y la buena fe que nosotros suponemos; no trataremos de la exquisita susceptibilidad del patriotismo español que se ha sentido herida con más ó menos fundamento, al sólo anuncio de una posible mediación, que sería rechazada con viril energía, cualesquiera que fuesen los móviles que la guiaran y los pretextos ó motivos que la favorecieran; pasaremos en silencio la inconsistencia del proyecto, que apenas ha dejado entrever una especie de protectorado nominal, ejercido por las potencias mediadoras en la infeliz colonia, pero dejando á España intacta su disputada soberanía, y sólo nos referiremos á la posición que guardan en la actualidad los insurrectos, en los momentos en que se abre con todo vigor la campaña de invierno.

Limitado Maceo á la provincia de Pinar del Río, por virtud del dique opuesto á sus excursiones en la formidable *Trocha*, según aseguran los españoles, ó por su propia soberana voluntad, como cuentan los simpatizadores de la revolución, ha podido, en el relativo descanso de la estación de lluvias, organizarse y recibir de fuera todos los recursos de guerra necesarios á hacer fuerte su posición en la intrincada sierra, ó á darle los elementos indispensables á emprender con éxito nuevas aventuras lejos de sus escondidas madrigueras.

Máximo Gómez y Calixto García, entre tanto, en el centro y el oriente de la Isla, no han podido permanecer en indolente reposo, sino que han debido prepararse á la tremenda lucha que se arreglaba contra ellos con nuevos recursos y soldados nuevos en la presente temporada.

Roloff, el llamado ministro de la Guerra de la embrionaria república, ha derramado desde las playas extranjeras los recursos recojidos por sus laborantes y parciales, y en no interrumpida línea de expediciones filibusteras, ha mandado á los que luchan por la libertad de la soñada patria cubana todo cuanto pudieran necesitar sus correligionarios, en su insaciable sed de odios tradicionales y de venganzas legendarias.

Los jefes subalternos no han cesado en su tarea, y apesar de las dificultades ofrecidas por la inclemencia de la estación y las numerosas guarniciones españolas que los han tenido en jaque, han sabido burlar toda previsión y continuado su obra de destrucción, en donde quiera que se levantaba un *ingenio* ó se alzaban los muros de una hacienda, que pudiera ser fuente de recursos al gobierno colonial.

Y en tales circunstancias, cuando España, no obstante sus inmensos sacrificios, y las hazañas heroicas de sus hijos, y los prodigios de valor de sus soldados, no ha podido dominar la insurrección; cuando se la ve obligada á solicitar en extrañas fuentes los recursos pecuniarios que la faltan en el interior, y se la mira amenazada por dentro con los fanatismos de los carlistas y los arrebatos de los republicanos, y se la contempla comprometida en la nueva y formidable guerra de Filipinas; sabiendo todo esto, ¿habían de consentir los patriotas cubanos en contraer otros compromisos que no fueran los que han de aproximarlos á su anhelada independencia? Ellos, que con valor de todos reconocido, han ido con serenidad al cadalso y han caído en los campos de batalla, cobijados por la enseña de la «estrella solitaria,» ¿renunciarían á sus sueños, hoy que pretenden alcanzar la proximidad de su realización, como Moisés la tierra prometida?......

No es de creerse. Habiéraseles ofrecido semejante transacción á raíz de la contienda, y no es difícil pensar que la hubieran aceptado.

Ninguno más que nosotros ha clamado por una solución aceptable para ambas partes; nadie más que nosotros ha predicado la concesión de libertades autonómicas, honrosas para España y convenientes para Cuba; pero eso en su oportunidad y sazón. Hoy, con pena lo decimos, creemos que para desgracia de Cuba, y pese al orgullo y amor propio mal encauzado de los españoles, no queda otro recurso, que hacer un supremo esfuerzo para arrancar de raíz toda idea separatista en Cuba, ó resignarse á perder una posesión que á la Corona cuesta mucho más de lo que vale.

Ninguna mediación pacífica tendría resultado positivo en tan difíciles circunstancias; y antes de intervenir de modo violento, deben pensarlo mucho los Estados Unidos, porque de seguro, en esa aventura, ni querría, ni podría México seguir una política agresiva.

***

La ruda campaña electoral que por luengos meses ha llenado la pública atención en la gran república americana, apartándola de todo cuanto no fuera la discusión de los candidatos elegidos en las convenciones nacionales, está ya para terminar, dando fin á esa excitación extraordinaria, que por tanto tiempo ha mantenido los ánimos fuera de su natural nivel y ordinaria serenidad.

¡Qué de discursos se han pronunciado! ¡cuántos artículos se han escrito! ¡cuánto dinero se ha derrochado buscando votos y comprando voluntades!

De un lado el capital, el monopolio, la riqueza soberbia que apedrea á la multitud con sus fajos de billetes y recluta adeptos al son engañador de un proteccionismo exajerado; del otro, la audacia, el lirismo elocuente, la poesía financiera que golpea á los *meetings* con catapultas de tropos y ametralladoras de metáforas; el esfuerzo de los proletarios que protestan contra una situación que juzgan contraria á las masas que trabajan y que sufren, el socialismo, engendro de civilizaciones caducas, asomando su cabeza triangular por entre la virgen selva americana; y por encima de este conflicto de intereses y de este choque furibundo de pasiones, el buen sentido del país que cree y espera que, confía tranquilo en que, cualquiera que sea el preferido en los comicios del tres de noviembre, la República será salva, porque tiene sangre bastante joven en sus venas para soportar estas crisis, y serenidad suficiente en el pueblo luchador para no verse arrastrado hasta el suicidio.

Sí, hay energía bastante en la gran nación americana para salir incólume de esta prueba. Todo anuncia que la candidatura republicana saldrá vencedora, elevándose, sobre el pavés al gran proteccionista, al ya célebre Mc Kinley; pero si los cálculos más favorecidos resultaran erróneos, y fuera electo el joven orador de Nebraska, el incansable Mr. Bryan, ya encontraría la federación la manera de salvarse y continuar su carrera de progreso; pues ni Mac Kinley había de ser en la primera magistratura tan conservador como lo hacen sus partidarios, ni Bryan tan ra-

dical y socialista como lo pintan sus arrebatadores discursos.

Pronto pasará la exaltación política temporal, y, serena y majestuosa, continuará la república anglo-sajona su gloriosa tarea de progreso y engrandecimiento.

***

Para mostrar la íntima rivalidad y profunda división que aparta las unidades germánicas, que solo por la fuerza permanecen atadas al trono de Prusia, que sobre ellas ejerce odiosa tutela y ruda hegemonía, vamos á referir una anécdota que se refiere al Emperador Guillermo. Acababan de efectuarse las maniobras navales de Kiel. El Emperador, satisfecho, recorría las filas de sus valientes súbditos.

Acercóse ante un recluta bávaro, y después de la sacramental frase de «teme á Dios y obedece al Káiser,» con que acostumbra saludar á los marinos y soldados, ¿á quién te refieres, le dijo, cuando hablas de nuestros enemigos exteriores?

—A los rusos contestó el recluta.

—¿Y quiénes son, según tu modo de pensar, los enemigos interiores de Alemania?

—Los prusianos, dijo el inocente bávaro con toda gravedad.

X. X. X.

29 de Octubre de 1896.

DOS ERRATAS.

Suplicamos á nuestros lectores se sirvan excusarnos las dos erratas de caja que aparecen en El Mundo de hoy: una, que retraza el número de orden del periódico, diciendo 17 en vez de 18 y la otra que da al folletín la fecha del año pasado.

Nuestros empleados del departamento de caja son nuevos y esto pudiera servirnos de disculpa.

Cajas de papel, cartón ó cartulina impermeables.

Se hacen de papel, de cartulina ó de cartón, pintadas con un barniz que las haga impermeables á los líquidos, y grasas.

Dicho barniz puede aplicarse interior ó exteriormente ó por ámbas caras á la vez. Las cajitas pueden tenela la forma redonda, oval, cuadrada ú otra que se consideré conveniente.

Para fabricar estas cajitas se hace primero el tubo que ha de constituir el cuerpo de la caja, para lo cual se puede proceder de dos modos: ó bien se corta el papel, cartulina ó cartón á las dimensienes necesarias, y se encola para formar el cuerpo, ó se hace un canuto cuyas dimenciones correspondan á las de varias cajas, y después se corta transversalmente á las medidas necesarias. Del mismo modo se puede hacer el cuerpo de la tapa, dándole las dimenciones necesarias para que pueda verificarse el enchufe con el cuerpo de la caja.

Los fondos se cortan con un cortader ó sacabocados, dándole las medidas justas que ha de tener interiormente la caja ó la tapa, y se colocan en una ó en otra por simple aplicación ó encaje.

Finalmente, se le da la capa de barniz que hace que resulte impermeable el papel, cartulina, etc., y las juntas que forman los fondos con los cuerpos respectivos.

Como barniz puede emplearse cualquiera de los que tienen por base óleo, alcohol, esencias, bencina, petroleo, sulfuro de carbono, espíritu de maderas, benzon, éter de petroleo, éteres, amoniaco, jabón etc.

Estas cajas tienen su principal aplicación en las farmacias y droguerías, para contener los ungüentos ó preparados farmacéuticos gracientos, pastosos ó semiliquidos.

FERROCARRIL ELECTRICO SUBMARINO.

Se está poniéndo en práctica un proyecto de ferrocarril eléctrico submarino en Inglaterra, que debe unir Brighton y la aldea marítima de Rottingdeau en la costa meridional inglesa, condado de Sussex.

Para facilitar las relaciones entre estas dos estaciones balnearias, distantes una de otra seis kilómetros aproximadamente, se ha hecho pasar una vía férrea por la pequeña bahía que la costa forma en este lugar. El fondo de esta bahía, perfectamente unido, debe recibir los carriles del ferrocarril eléctrico proyectado. Los alambres eléctricos se colocarán, sobre postes elevados de 5 á 7 metros sobre el nivel delos carriles durante la marea alta

Sobre esta vía férrea circulará un coche muy elevado. de 16 metros de largo, que podrá contener 150 personas,

Para impedir la inmersion del coche, se le colocará sobre barras de acero de 10 metros de altura, fijando las partes sumergidas de estas barras sobre ocho ruedas que pasarán por los carriles colocados en el fondo del mar.

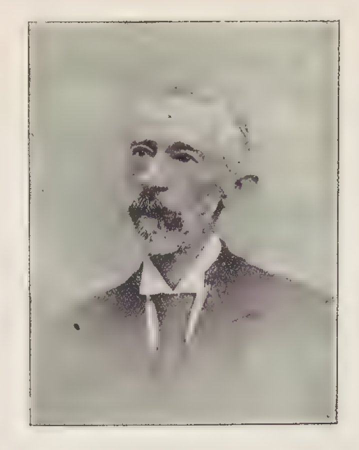
Dos dinamos colocados en la parte superior del coche y unidos á los alambres dan movimiento Se calcula que se necesitarán treinta minutos para franquear la distancia que separa Brighton de Rottingdeau.

DON JUAN DE DIOS CARRASQUILLA.

Tenemos el gusto de publicar como justo tributo al mérito, el retrato del Sr. Doctor Carrasquilla L., bogotano distinguido, que es sin duda una de las más positivas glorias de nuestra América latina.

El Sr. Doctor Carrasquilla es el descubridor de la steroterapia anti leprosa, que ha llamado la atención de todo el mundo médico.

El retrato que publicamos pertenece á la Sociedad Científica Antonio Alzate que tanto estímulo presta á la ciencia en nuestro país y que, de paso, merece que la consagremos algunas líneas.



Dr. Juan de D. Carrasquilla L.
[Vease el artículo relativo]

Es esta asociación la mejor relacionada con el extranjero, pudiéndose mostrar como prueba inequívoca de ello el dato de que suele recibir cada mes más de 400 volúmenes remitidos por los principales centros científicos del mundo. En la actualidad el número anual de estas donaciones asciende por termino medio á más de mil y el progreso es constante; lo que hace que no exista en México una biblioteca dotada como la suya de las mejores obras de la ciencia contemporánea. Las Memorias y Revista de la Sociedad circulan y son leídas en muchas naciones, debido en gran parte probablemente á que en general todos aquellos artículos que se comprende que son de interés universal, se leen con gusto.

Volviendo al Doctor Carrasquilla, olvidamos decir que es entre muchos sabios, uno de los miembros correspondientes de la mencionada sociedad.

UNA PRESENTACION

En nuestro próximo número tendremos el gusto de presentar á nuestros lectores á una poetisa tan vigorosa como inspirada...... y bella añadiríamos, si no temiésemos ser indiscretos.

Véase nuestro próximo número.

Un gran congreso femenista.

Las mujeres han celebrado en estos días su gran congreso, reuniéndose en Berlín las directoras del movimiento femenino. mal llamado femenista.

No se descuidan las faldas en imitar á los hombres en esto de aprovechar ó de perder el tiempo jugando á los Congresos. En Abril de este año convocaron su Asamblea (¡con perdón sea dicho, oh crítico escrupuloso!) en París, ahora en la capital de Alemania. y el año que viene se reunirán en Bruselas, y en 1898 en Londres.

Bueno; y

«¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire trasparente por la región azul?
¿Qué quieren, cuando el paso de su vacío ocupan
Del cenit suspendiendo su tenebroso tul?
¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las mantiene?
¿Con qué secreto impulso por el vacío van?
¿Qué ser velado en ellas atravesando viene?
Sus cóncavas llanuras que sin lumbrera están?»

Estas preguntas, envueltas en las *Píldoras de Salomón*, que dirigía Zorrilla á las nubes, hace cincuenta años, las dirigen hoy todos los prójimos pacíficos á las señoras congresistas, que dejando de cuando en cuando el techo paterno de sus maridos, como decía el otro, se suben, no á las nubes, sino más arriba de los cuernos de la luna, á los cielos de la bienandanza futura femenina.

Mujeres hay que sólo aspiran á nutrir y sostener el culto del amor á la patria, al bien y á la humanidad en platonismo puro; otras que quieren nutrir la inteligencia de sus compañeras y de los niños en pedagogía permanente, y otras que aspiran á nutrir el corazón y el ánimo de los desgraciados con la santa caridad. Todo esto está muy bien, admirablemente bien. Ese es el oficio providencial de la mujer, nutrir. Primero, con su sangre, con el néctar incomparable de sus pechos, crían á la humanidad; después nutren con su amor y su calor la difícil existencia de la niñez; más adelante, con sus cuidados y su trabajo alimentan á la familia; y muy á menudo nutren el corazón de la juventud con sus sanos consejos de madres, y, en fin, nutren todos los ideales, todas las esperanzas, todas las dichas del hombre con su amor. Si algunas veces, por desgracia, no ocurre esto, no tienen ellas solas la culpa, ni nosotros tampoco, sino ellas y nosotros juntos.

Vengan, pues, en hora buena las mujeres á los congresos y á los *meetings*, y á las luchas de la sociedad, y al hogar y al desierto, y al funeral y al baile, siempre que lo hagan para realizar su especial misión de nutrir las inteligencias y los corazones; pero no se molesten en querer ejercer oficios como los de gobernar y dirigir los pueblos, pidiendo, por ejemplo, el *manhood suffrage*, el sufragio del ciudadano, ó la entrada en la junta municipal (*Paris and District Councils*) ó en la diputación provencial (*County Councils*), Aquellos argumentos del rebullicio de Chicago, con lo que gráficamente se representaba la condición de la mujer, exponiendo que las leyes americanas no dejan votar...... «ni á los Pieles Rojas, ni á los idiotas, ... ni á los locos, ni á los presidiarios...... *¡ni á la mujer!*»; fueron recibidos con irónicas burlas por la mayor parte de las damas norte-americanas y extranjeras que visitaron la Exposición, y se detuvieron ante tal cuadro, porque ellas, los últimos seres, al parecer, en esa denigrante escala, imperaban, guiaban, volvían tarumba y traían hechos unos monigotes, verdaderos esclavos, á los senadores, diputados, títulos, millonarios, ingenieros, oradores, generales, filósofos y demagogos con quienes estaban casadas, sin consentir que semejantes usufructuarios del *manhood suffrage* se opusieran á ningún capricho ni deseo de sus caras mitades. Esto, se entiende, entre matrimonios decentes y bien avenidos: porque entre gente tronada no cabe más ideal de justicia que el que debe desempeñar el gendarme.

Así mandan y gobiernan, sólo por ministerio del cariño, del respeto y de la hidalga cortesía, las faldas en los calzones. ¿Y aun quieren ustedes más personalidad, autonomía y progreso, señoras mujeres?

Por esto, pues, hay que distinguir entre pretensiones y pretensiones. La instrucción, la educación, la caridad, la propaganda del bien, los títulos universitarios, la propiedad y disfrute de sus ganancias, la participación en las profesiones apropiadas á su suficiencia, los puestos distinguidos, la Academia, todo para ustedes, si á ello aspiran y para ello demuestran tener aptitud, en competencia con los hombres. Pero en la política y gobierno, en la guerra y en los penosos trabajos de las profundidades de la tierra y de las soledades del mar, dejen la labor á los hombres, mientras la mujer tenga las cualidades físicas y, por consiguiente, las de sensibilidad, que tiene

DESPERDICIOS DE ORO Y PLATA

La estadística de la Real Casa de Moneda inglesa nos dice que cuesta 31,000 libras esterlinas anuales el renovar la moneda de plata. Esto representa seis tonelada. de plata que se halla desparramada por Inglaterra, ó en otras palabras, que la pérdida diaria de metal es, por término medio, como de 86 libras esterlinas.

El oro no se usa tanto como la plata, más su pérdida es también de consideración. De la Casa de Moneda salen 4.645,521 libras esterlinas y doble de este número de medias libras al año. El peso perdido en la manipulación simple en las libras es de 0.396 grano al año, y en las medias 0.551 grano. Si alguno tuviera la curiosidad de calcular este desperdicio, encontraría que si pudiera colectarse, bastaría para la cantidad de 16 libras esterlinas diarias. No es de admirarse, por lo mismo, que el lodo que se lleva de una parte de Londres donde han frecuentado por siglos hombres de dinero, tuviera una cantidad de los metales preciosos.

El telégrafo y el teléfono en Abisinia.

Recientemente se han establecido en la Abisinia redes telegráficas y telefónicas.

M. Mourlon, ingeniero electricista, se encargó del estudio, organización y suministro de todo el material necesario para unir las más importantes poblaciones de aquel Imperio.

Estas instalaciones son del sistema Van Risselberghe, ya adoptado en Bélgica y otros puntos, que permite telegrafiar y telefonear por un mismo hilo.

Indicador eléctrico para buques.

Desde hace tiempo, en todos los buques, las órdenes se trasmiten desde el puente del capitán á la cámara de máquinas, por medio de aparatos de cable metálico sin fin, que accionan una manecilla dispuesta en un cuadro indicador.

Según la *Revue Practique de l'Eletricité*, se acaba de ensayar uno de estos aparatos accionando por medio de la electricidad que parece dar mejores resultados bajo el punto de vista de su funcionamiento. De este modo se suprime el cable sin fin, que presenta graves inconvenientes ya por su dilatación bajo la influencia de la temperatura, ya por las frecuentes rupturas á que está expuesto á pesar de los cuidados que se tengan para su conservacion.

CHERBOURG.

Desembarque de SS. MM. el Emperador y la Emperatriz de Rusia.

[Grabado en los talleres de "EL MUNDO"]

LOS CZARES EN PARIS.

Paso del cortejo ante el Arco de Triunfo de la Estrella.

LOS CZARES EN PARIS.

Por fin podemos dar á nuestros lectores la relación ilustrada de la última etapa del viaje de los Czares, llegados á París á principios de este mes. Buen remate será este de nuestra tarea informativa, del todo oportuna si se atiende á que simultáneamente con las ilustraciones españolas y norte-americanas, ofrecemos á nuestros lectores, los grabados que son la gráfica historia de ese pomposo viaje.

París se portó como bueno desplegando ante los Czares toda la pompa de que es capaz, y eclipsando los festejos todos de las otras potencias. París, ya lo hemos dicho no hace jamás las cosas á medias, debía, pues, ser deslumbradora la recepción y lo fué como verán nuestros favorecedores por el siguiente relato.

En Cherbourg.

Al pasar la Mancha el lunes 5 de Octubre para dirigirse de Inglaterra á Francia, de Portsmouth á Cherbourg, los soberanos rusos fueron testigos de una verdadera tempestad. En la mañana no dejaba de haber sus inquietudes en Cherbourg con respecto á la travesía de los yates imperiales. El viento, soplando del Noroeste, era tan violento, que ni aun se había oído la salva de 101 cañonazos anunciando que la Escuadra del Norte, que había partido á primera hora al encuentro de la *Estrella Polar* y el *Standart*, los había encontrado: cuando por fin, á medio día, un despacho del semáforo señaló su aproximación. Una hora y media más tarde, la escuadrilla rusa y la escuadra del Norte estaban á la vista del dique del arsenal y el cañón de los fuertes, después del de los acorazados, saludó á los huéspedes imperiales de Francia. Al mismo tiempo el sol aparecía, en tanto que caía aún una menuda lluvia, y á la entrada del puerto se veía levantarse un arco iris triunfal.

A las dos y media, exactamente, la *Estrella Polar* franqueó el paso. El pabellón imperial flotó en el extremo del gran mástil blanco, con el águila dorada de Rusia.

La impresión que experimentaron entonces los espectadores agrupados aquí y ahí, fué de lo más inesperado. Fué una sensación de frío tan característica como intempestiva. Los personajes oficiales, los periodistas, los curiosos privilegiados, se agrupaban en los parajes abiertos al abrigo de las injurias del viento y de las violencias de los centinelas apostados. El muelle del arsenal estaba desierto. De distancia en distancia surgía únicamente la silueta de un gendarme encarnando el deber imprescindible, pero no simbolizando por cierto el cariño de Francia para con sus augustos visitantes.

Sin embargo, el cañón truena con rabia, las trompetas suenan en los campos. Todo este ruido no hace empero aparecer menos largas las maniobras de fondear de la *Estrella Polar*, que trata de acercarse al *Bisson*, destinado á servir de desembarcadero y en el cual espera un poco nervioso M. Félix Faure. Pasa como una media hora. A bordo de la *Estrella*, los marinos rusos se han alineado. Dos grandes cosacos rojos se hallan inmóviles á la puerta del camarote imperial. La música del yacht imperial toca alegremente la *Marsellesa*.

A las tres de la tarde todo está listo, en fin, para el desembarque de los soberanos. El Presidente de la República, M. Loubet y M. Brisson, se mantienen en la extremidad del puente que une la *Estrella Polar* al *Bisson*. La puerta del salón imperial se abre y la Czarina Alejandra Feodorovna aparece la primera, vestida de un traje gris tórtola, muy claro, con pelerina del mismo color, de gran cuello guarnecido de encajes, llevando un sombrerito de rosas y una ligera sombrilla en la mano, como si estuviese segura de encontrar el sol y no la lluvia sobre la tierra francesa. El Emperador Nicolás II la sigue, lleva el uniforme de capitán de navío de primera clase, túnica y *claque* y el gran cordón de la Legión de Honor. La mala travesía no parece haberles dejado huella.

Acaso están admirados ellos también de la soledad de esos muelles que han contemplado un instante y del silencio que turban solamente los martillazos de los carpinteros que reparan á toda prisa una avería sobrevenida al puente del *Bisson*. Pero ya han descendido la escalera de su yacht. Aventúranse por el puente, y ahí es donde M. Félix Faure avanza hacia ellos con afabilidad fácil y llena de dignidad, deseándoles la primer bienvenida de Francia.

El Presidente de la República, con la cabeza descubierta, se inclina y besa la mano de la Emperatriz; después estrecha la mano del Czar.

Inmediatamente el estandarte imperial de la *Estrella Polar* fué trasladado; ahora flota sobre el muelle á la entrada del paso que conduce al arsenal, cerca del pabellón personal de M. Félix Faure. El Presidente de la República, ofrece el brazo á la Czarina, el emperador marcha á su derecha, y los tres atraviesan así el Bisson, franqueando la escalera empurpurada; después se aventuran por el segundo puente. La música de la infantería de marina ataca el himno ruso y los vivas de los invitados dan la señal de las aclamaciones á la multitud enorme que las consignas despiadadas han relegado á lo lejos.

Después de las recepciones y las representaciones obligatorias, tuvo verificativo una brillante revista naval. El *Elan* llevando á los soberanos rusos y á M. Félix Faure pasó ante las tres líneas de la escuadra en medio de los hurras. Después la emperatriz y los dos jefes de Estado se hicieron conducir á bordo del crucero almirante *Hoche*, que el Czar visitó largamente, admirando con sinceridad sus ventajas.

Después de un banquete al que asistió únicamente el emperador al lado del Presidente de la Republica y en obsequio del cual fueron pronunciados los primeros brindis, los soberanos y el Presidente subieron á sus trenes respectivos que partieron, con un cuarto de hora de intervalo y á pequeña velocidad para París. A todo lo largo de la vía que seguía el tren imperial había centinelas colocados: las linternas de las locomotoras iluminaban bruscamente sus siluetas al paso; y las láminas triangulares de las bayonetas arrojaban furtivos relámpagos en la noche.

En Cherbourg, la recepción del Czar Nicolás II y de la Emperatriz Alejandra, había tenido el caracter casi exclusivo de una solemnidad marítima y fué como el sencillo prólogo de las solemnidades de París.

La llegada á París.

A las 9 de la mañana del martes, el tren imperial se unió en Versalles al tren presidencial. En tanto que el tren ruso proseguía su camino hacia la estación Montparnasse para conducir directamente á los barrios de la ribera derecha de París á la pequeña gran duquesa Olga, el de M. Felix Faure, en el cual habían tomado sitio los huéspedes imperiales, tomaba la línea de cintura para dirijirse al desembarcadero escogido.

Ahí, en Ranelagh, una estación minúscula había sido construida en seis días. Imposible imaginar trozo de arquitectura provisional más coqueto. Una marquesa de 150 metros de longitud cubierta de colgaduras grises que caían graciosamente y en guirnaldada de follaje y de flores.

Como en Cherbourg el Czar y la Czarina aparecieron con M. Felix Faure. Presentaciones, salutaciones, palabras de bienvenida, revista de la guardia de honor, precediendo á la formación del cortejo. Todo esto pasó ante un pequeño número de privilegiados, y no parecía sino que el Czar tenía prisa de acabar con todas esas exigencias del protocolo, de hacer su entrada á París, de sentir alrededor de sí ya no las vanidades satisfechas, sino el «corazón del pueblo francés» manifestando su simpatía entusiasta con frenéticos vivas, de los cuales no conocía aún más que el eco

La población de París, engrosada por muchas centenas de millares de provincianos, no estaba menos impaciente.

Desde hace ya muchos días está preparada, y su alegría, más que los adornos que se ven por todas partes, dan á la ciudad una fisonomía de fiesta. Desde horas atrás se atropella á todo lo largo de la vía asignada al cortejo imperial.

Un cañonazo anuncia por fin la llegada de Sus Majestades Imperiales á Ranelagh. Un cuarto de hora, media hora, tres cuartos de hora después, según el sitio que se ocupa entre la Muette y la calle de Grenelle, la cabeza del cortejo aparece. Un piquete de guardias republicanas á caballo, abre la marcha; se grita: «¡Viva la guardia!». La caballería de Africa, cazadores y spahis, asoman en sus caballos blancos: «¡Vivan los spahis!» Los Jefes árabes, los agahes de Argel, los caids de Tunes, con sus grandes turbantes y sus vistosos trajes, vienen después y el público grita: «¡Vivan los árabes!» y los árabes saludan con el relámpago azulado de las cimitarras; y por fin aparece un carruaje á la daumont y un estremecimiento de entusiasmo sacude inmediatamente á la multitud que reconoce al Czar y á la Czarina, tan esperados. El emperador con uniforme verde y sombrero de Coronel del regimiento Preobrajensky, con la mirada grave y dulce y el rostro muy pálido, saluda militarmente llevándose la mano al bonete de Astrakan.

La emperatriz Alix, sonrosada por la emoción, lleva una exquisita *toilette* de saten blanco, guarnecida sobriamente de tréboles de oro, un boa ligero de plumas blancas rodea su cuello, se inclina graciosa y sonriente y se ve balancearse sobre su cabeza la pluma blanca de su sombrero; frente á ellos M. Felix Faure, de frac, con el sombrero un poco inclinado, sonríe alegremente. Apesar de las triples vallas de guardias, se establece el contacto entre el pueblo de París y sus huéspedes imperia-

LOS CZARES EN PARIS.—La visita á los Inválidos. Ante la tumba de Napoleón.

les. Millares de voces aclaman al Czar, á la Czarina, á Rusia y en tanto que el desfile dura, el eco de los vivas acompaña á S. S. M. M. hasta que penetran en el patio del hotel de la Embajada rusa.

La estátua de Strasburgo.

Uno de los cuadros mejor apropiados al cortejo imperial era sin contradicción la plaza de la Concordia, tanto á causa de sus vastas dimensiones como por su situación única y su hermosa distribución. Así, pues, la afluencia ahí era enorme con motivo de la llegada del Czar, y como se había previsto, intrépidos curiosos se habían encaramado como racimos humanos á las estátuas colosales de las ciudades de Francia. Una sola de esas estátuas, gracias á una vigilancia especial de la policía, permanecía protegida contra el escalamiento: la de Strasburgo. Objeto del culto constante de las sociedades alsacianas lorenesas, había sido decorada para el caso con banderas nuevas y coronas frescas, y se había cubierto su cabeza con la larga cinta de seda negra de extremos largos que caían de cada lado del rostro, añadiéndole una cucarda tricolor. Era un contraste muy sugestivo el que formaba aquella orgullosa figura aislada y respetada, en su duelo patriótico y asistiendo desde lo alto de su pedestal á la recepción de un emperador, como un testigo meditabundo, clavado en una inmobilidad de piedra.

En la Iglesia Rusa.

Después del medio día del martes el Czar tuvo que llenar sus deberes religiosos antes de la recepción oficial del Eliseo. Llevando el mismo traje que por la mañana y acompañado de la emperatriz que llevaba traje claro con cuello de tul naranja, dirigióse á la Iglesia Rusa de la calle Dasu por la calle Real, el bulevar Malesherbes y el parque Monceau: Ambos habían sido precedidos por el barón de Mohrenheim, embajador de Rusia y el príncipe Orloff, con uniforme blanco de la guardia, cubierta la cabeza con el casco coronado por el águila imperial.

En el interior de la iglesia, cuyo vestíbulo solo estaba cubierto de banderas, se oprimían los personajes de la comitiva y los invitados que pertenecían en su mayor parte á la colonia rusa. En la puerta el arcipreste Vassilieff asistido de todo el clero revestido de sus ornamentos sacerdotales de las grandes fiestas, recibió á los soberanos que se colocaron frente al Yconostasio, muy cerca del icono ofrecido por el Czar Alejandro II cuando su viaje á París en 1867. Después según el rito de la religión griega, el arcipreste les ofreció el pan y la sal. En seguida fué cantado un *Te Deum* solemne y el oficio se terminó con la ceremonia del beso del crucifijo en la cual tomaron parte los soberanos.

La representación en la Opera.

Entre todas las fiestas organizadas en honor de los soberanos rusos la representación de gala dada en la ópera debía ser una de las más brillantes. El programa, cualesquiera que fuese la composición, no tenía naturalmente más que una importancia secundaria: por que el verdadero espectáculo, como sucede siempre en casos semejantes, estaba en la sala, y era de preverse que las miradas dejarían la escena para dirigirse de preferencia hacia los espectadores y sobre todo al palco imperial.

Este palco, objeto de la atención más ó menos discreta de un público escogido, había sido dispuesto en medio de la primera hilera y estaba encuadrado con telas de terciopelo carmesí y palmas y coronado con el escudo del Imperio entre las banderas de las dos naciones aliadas; pequeños soles y crisantemas amarillas, guarnecían el reborde de terciopelo y oro, y en la parte alta del balcón se destacaba netamente la palabra *Pax*. El Emperador, en el centro, ocupaba uno de los cuatro grandes sillones de vieja tapicería de Aubusson, tomados de la utilería, teniendo á su derecha á la Sra. Félix Faure y á su izquierda al Presidente de la República, á la derecha del cual estaba sentada la Czarina. Esta llevaba un traje de falla azul celeste, de larga cola, guarnecido de encajes, una magnífica diadema de diamantes y una *riviere* de cinco órdenes de piedras. El Emperador iba vestido con el uniforme rojo de coronel de los cosacos, con charreteras de plata y el gran cordón de la Legión de Honor.

El traje de cola de la esposa del Presidente Faure era de brocado azul pálido con corsé de vieja Irlanda y tul de seda bordado de topacios. M. Félix Faure llevaba el gran cordón de San Andrés. En segundo término, los otros personajes admitidos en el palco, ocupaban sillas rojas.

La Srita. Lucía Faure, vestida de moiré Renacimiento, negro, bordado, estaba colocada detrás de su madre.

Detrás de la Emperatriz manteníanse la princesa Galitzina, gran dama de la corte, la princesa Wassiltchikoff y la princesa Obolinsky, damas de honor; detrás del Emperador el príncipe Dolgorouky, ayuda de campo, y en último término una quincena de oficiales rusos y franceses.

El golpe de vista era sobre todo interesante en el momento en que la concurrencia, al ejemplo del Presidente de la República y de los augustos huéspedes, escuchó de pie el himno ruso, con la faz vuelta hacia el palco imperial.

De ese palco central donde se encontraban en algún modo, alrededor de los soberanos, la elegancia resplandeciente de las toilettes femeninas y la magnificencia de los uniformes, difundíase una especie de radiación por la sala entera, cuyo conjunto, gracias al brillo de los adornos bajo la luz de las arañas, realizó todo el brillo que se podía desear para una de esas fiestas de aparato, cuyo carácter puramente oficial, aun más acentuado esta vez por la estricta observancia de la etiqueta, implica siempre alguna frialdad.

Jefes y Oficiales del Batallón de Voluntarios "Principado de Asturias."

—

La visita á los inválidos.

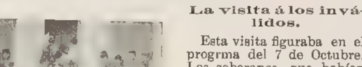
Esta visita figuraba en el progrma del 7 de Octubre. Los soberanos, que habían consagrado la primera parte de la mañana á Notre Dame, al Palacio de Justicia, á la Santa Capilla y al Panteón, llegaron al hotel de los Inválidos hacia las once y media.

M. Félix Faure daba el brazo á la Emperatriz.

Recibidos por el General Pillot, Ministro de la Guerra, y por el General de Boisdeffre, recorrieron los principales locales del establecimiento bajo la dirección del Comandante militar, General Arnoux, que aunque muy enfermo de antiguas heridas, había querido presentarse en su puesto. Pasaron igualmente revista á los viejos soldados, alineados en una calle del patio de honor.

Anteriormente habían hecho una larga estación en la capilla, pero el Czar solo, acompañado del Ministro de la Guerra, del General Arnoux y de los oficiales rusos, había penetrado en la cripta donde se encuentra la tumba de Napoleón I. El sarcófago, de granito rojo de Finlandia, se eleva en medio de una rotonda descubierta situada debajo de la cúpula del domo.

Después de haber descendido los cuarenta y cuatro escalones de mármol blanco y de bronce, que dan acceso á la cripta, se detuvo algún tiempo ante el monumento fúnebre; después subió á la capilla, no sin haber dado una ojeada á la pieza obscura llamada el «relicario,» donde se conservan diversos objetos que pertenecieron al Emperador.



Palma de Mayorca.—Acto del sorteo, en el patio del Cuartel del Carmen, para organizar la séptima Compañía del Batallón Provisional de Cuba.

LA GUERRA EN CUBA

Sorteo de quintos.—Más soldados.

Esa vorágine que se llama guerra de Cuba sigue tragando hombres: las juveniles energías de España, sin misericordia. Año y medio hace que empezó y de entonces acá ha habido una docena de sorteos, que se diferencian poco los unos de los otros y cuya fisonomía especial puede verse en el grabado que publicamos.

Si los sorteados son soldados, hay alguna ansiedad mientras dura el sorteo: antes y después, alegría. Pocos, muy pocos, quedan tristes. La tristeza de los parientes es la única que se permite asomar la cabeza de cuando en cuando.

Al propio tiempo que llegan á Cuba las tropas de la última expedición, van y vienen, las que están en la isla, de unos puntos á otros, según las disposiciones del general en jefe, que en estos momentos dispone lo que le parece necesario para comenzar la campaña y en la Península se despide cariñosamente á aquel ejército que significa el postrer esfuerzo en pro de una causa inmensamente difícil. El batallón de voluntarios de Asturias (de cuya oficialidad damos otro grabado), ha cerrado la marcha de esos 40,000 soldados españoles que han ido á arrostrar últimamente las inclemencias de la guerra y en Oviedo, al partir, fué objeto de la demostración más cariñosa.

A las cinco y media de la madrugada del día 21 del corriente, salió de dicha ciudad para Gijón el batallón de voluntarios del Principado de Asturias y á pesar de la hora intempestiva, todo el vecindario bajó á la estación donde se confundían entre el público las corporaciones y autoridades civiles, militares y eclesiásticas, sociedades y representaciones del comercio. Hízose el embarque con el mayor orden; los voluntarios iban muy contentos y satisfechos; al tren militar se unieron algunos vagones de primera para las autoridades ovetences, junta organizadora del batallón y periodistas de Oviedo, que iban á acompañar á los soldados hasta el punto de embarque.

Partió el tren entre las aclamaciones ruidosas del público, y las ovaciones no cesaron en todas las estaciones del tránsito, donde pueblos enteros se congregaban para aplaudir á los valientes voluntarios de Asturias.

El tren militar llegó á Gijón á las siete de la mañana. El recibimiento dispensado á la fuerza expedicionaria fué grandioso; en el andén estaban las bandas del regimiento del Príncipe y la municipal; banderas y estandartes con inscripciones alusivas destacándose sobre la multitud, y de los balcones tapizados descendía una lluvia de flores

Desembarcó el batallón, que precedido de las músicas y seguido de todo el vecindario recorrió las principales calles. En el muelle se pasó revista á la fuerza, procediéndose al reparto de dinero y otros obsequios á los expedicionarios.

A las diez de la mañana comenzó el embarque de las fuerzas en grandes gabarras, que conducían la tropa al trasatlántico *Ciudad de Cadiz* anclado en la bahía á unas dos millas del puerto. A cada compañía que entraba en las gabarras repetíanse las manifestaciones de entusiasmo: los vapores anclados saludaban con sus sirenas, las músicas no cesaban repitiéndo la marcha de *Cadiz*, y los voluntarios, agitando pañuelos y sombreros, devolvían

EXPOSICION DE BUDA PEST.—Fakir dormido.—(Vease el artículo relativo.)

el saludo al pueblo que les veia partir con tanto sentimiento como entusiasmo.

Terminado el embarque de los soldados, el Ayuntamiento de Gijon dió un *lunch* á la oficialidad; á las tres de la tarde se embarcó ésta en remolcadores, y á las cuatro y media levó anclas el *Ciudad de Cadiz*, zarpando en dirección á la Coruña.

Para concluir, una nota curiosa: el Jefe de este batallón de Asturias es nada menos que un cubano, pedido *por aclamación* para general del cuerpo. La preferencia, salvo los odios del caso. se explica perfectamente, supuesto el profundo conocimiento que ese general debe tener de los suyos.

La botadura del "Cristobal Colón."

Damos una vista de la botadura de este nuevo buque de guerra, efectuada en Génova últimamente y acerca de la cual y refiriéndose á los dueños de los talleres de donde surgió el soberbio buque, dice lo siguiente un periódico español:

La razón social Gio. Asnaldo y Cª existe desde 1846, pero hasta 1853 no tuvieron sus talleres sino muy mediana importancia. En aquella fecha entró en la Sociedad el senador Carlos Bombrini, y desde entonces la dirección de los negocios de la casa pasó á manos de Carlos y Marcelo Bombrini, hijos de aquél, los cuales dedicaron todo su talento y sus muchos bienes á fomentar las diversas industrias en que aquella trabaja.

Gracias á ellos, son hoy los talleres de Sampierdarena y de Sestri Penente quizás los primeros de Italia, y sin duda de los mejores de Europa.

El *Cristóbal Colón* fué botado al agua á las nueve de la mañana del día 16 del corriente, asistiendo á la ceremonia una muchedumbre inmensa que llenaba todos los muelles.

Formában la comitiva oficial el Arzobispo de Génova, el Obispo *in partibus* de Dioclezia y Monseñor Acier; el Prefecto, el Alcalde, el conde de Benomar, embajador de España; el almirante Butler, el contraalmirante de la escuadra italiana, Sr. Candioni; representantes del Parlamento, de la Audiencia y de otras muchas corporaciones. En la hermosa y tranquila bahía estaban los buques de guerra de la escuadra italiana *Duilio*, *María Pia* y *Euridice*, sin duda para muestra de cómo una nación pobre puede tener en pocos años poderosa marina de guerra gracias al deseo de tenerla, nacido del conocimiento de su situación en el mundo.

Dirigió la botadura el ingeniero Bigliati, jefe de los astilleros. Terminada con toda felicidad la operación, hubo en la galería de calderas de los astilleros un opíparo almuerzo al que asistieron mil personas, entre ellas los periodistas españoles invitados á la fiesta de la botadura, y que tan agasajados han sido en Italia. Se brindó mucho por España y por la amistad de las dos naciones.

Damos una vista de la botadura.

Colisión al gusto.

Una colisión de trenes preparada de antemano para deleite de un público afecto á cosas capaces de sobrexitar los nervios, es espectáculo muy costoso y poco común. Una compañía ferrocarrilera de los Estados Unidos, arregló días pasados una colisión que había de verificarse frente á una estación improvisada y propiamente bautizada con el nombre de «Plasta.» Veinticinco mil personas presenciaron la colisión. Las máquinas fueron pintadas con colores brillantes, y la distancia fué cuidadosamente medida, con objeto de que la colisión se verificara en el punto deseado. Las máquinas se precipitaron con la fuerza y la velocidad de un tornado, semejando sus pitazos constantes una música infernal. El suelo temblaba al paso de esos monstruos que se acercaban con una velocidad de 50 millas por hora. Un momento despues los trenes se encontraron produciendo un ruido terrible; los carros quedaron hechos mil astillas, y las calderas al reventar produjeron una detonación ensordecedora é hicieron salir torrentes de vapor que ocultaron la masa informe á la vista de los espectadores. Con la fuerza de la explosión muchas pesadas piezas de hierro fueron á caer á media milla de distancia del lugar del choque. Fué un verdadero milagro que entre la multitud hubiera habido tan pocas desgracias, pues solo resultaron tres muertos y doce heridos. Las personas que presenciaron esta barbaridad la recordarán mientras vivan, y con seguridad que el espectáculo no se repetirá.

COLISIÓN AL GUSTO.

Curiosidades.

EL FAKIR DORMIDO.

Una de las cosas que en la actualidad llaman más la atención en Budapest, donde según se sabe, con una brillante Exposición se celebra el milenario de Hungría, es un par de *fakires*, de los cuales se ha hecho gran caso.

Provenientes de Londres, donde estuvieron siete meses y donde hicieron sus primeros experimentos de *muerte anticipada*, atrayendo la atención y la curiosidad del público, estuvieron primero en Viena, donde la policía no permitió el experimento; después, por la vía de Presburgo, fueron á Budapest. Los sedicentes fakires son estudiantes de Lahore y se llaman Bhına Sena Pralap, de 23 años, y Gopal Krichna de Cawnpore, nacidos en la India. Ambos han dormido repetidas veces durante treinta días consecutivos en Londres, y uno de ellos, el segundo, no contento con dormir en su ataúd de cristal, ha querido también ser enterrado por nueve días y medio. Los dos jóvenes indios dicen que el fenómeno se produce en ellos sólo en fuerza de la autosugestión.

El experimento, repetido en Budapest, tuvo mucho éxito y atrajo vivamente la curiosidad y la atención del público.

LUZ ELECTRICA.

Hasta hora las instalaciones hidráulicas han constituido el medio más económico de obtener electricidad para el alumbrado y otros usos.

Según la prensa inglesa, parece haberse resuelto el problema de producir corrientes bastantes para el alumbrado por medio de pilas, que siendo de alimentación económica, y de un volúmen semejante á las que el teléfono emplea, ofrecen potencia suficiente para satisfacer las necesidades domésticas.

Según cálculos de la Asociación de la prensa inglesa, una lámpara incandescente de veinte bujías, costará á lo sumo 1,50 pesetas mensuales; se evitan los efectos de la interrupciones generales del alumbrado y la instalación de cables aéreos y subterráneos.

Fabricación de Hilos de Papel.

Se ha inventado un procedimiento que permite fabricar un hilo sin ayuda de fibras vegetales, simplemente por medio de tiras estrechas de papel. Este hilo puede emplearse lo mismo que cualquiera otra clase de hilo de lana, lino, etc.

El procedimiento que se emplea es el siguiente:

Se templa el papel que se quiere trabajar, en baños formados por productos químicos convenientes que le dan la ductilidad y tenacidad requeridas. Por medio de una disposición especial, se corta en el sentido de la longitud en forma de cintas estrechas: una vez preparado de este modo, se le impregna de una materia que contenga cola, y se arrolla cada cinta en un carrete especial provisto de agujeros. Cuando todas las cintas se han colocado en los carretes se someten á la acción del vapor de modo que éste atraviese el carrete desde el interior al exterior. Se someten á la acción del vapor, con objeto de que por una parte se disuelva la materia gomosa y por otra los productos químicos, con los que se ha impregnado previamente el papel.

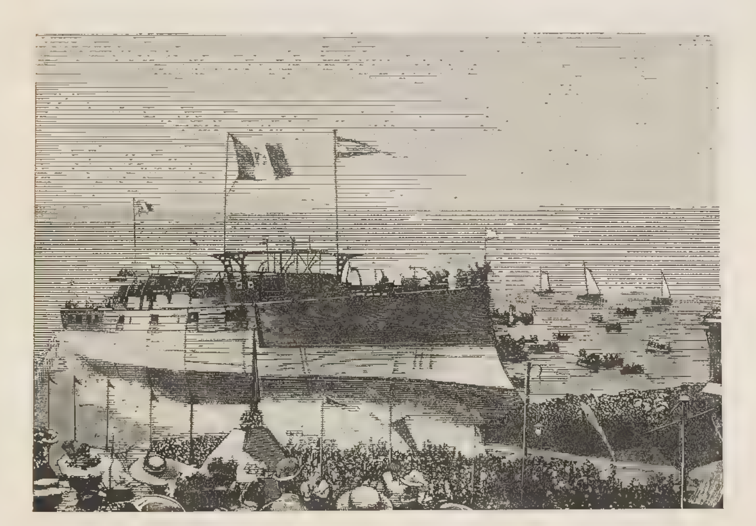
Despues de esta operación se colocan los carretes sobre un aparato de hilar y se tuerce la tira de papel. De este aparato va el hilo torcido sobre otro de estirar, que se compone de dos estiradores, uno en la parte de delante y otro en la de detrás, entre los cuales hay un par de cilindros recubiertos de productos químicos por los cuales pasa el hilo.

Después de estirado se hacen pasar todos los hilos por un aparato secador, en el cual circula el aire de modo que los hilos que han de secarse tengan un movimiento oscilatorio.

Los hilos de papel obtenidos por este procedimiento pueden tejerse y trabajarse lo mismo que cualquier otra clase de hilos de lana, lino, yute, etc.

Una nación que cede el poder absoluto á un hombre, le da el derecho de atreverse á todo y se impone la necesidad de sufrirlo todo.

De Segur.



Botadura del Cristobal Colon.

PAGINA BLANCA.

A UNA PÁLIDA.

(NEVANDO.)

Aquí dentro, fuego; ahí fuera, nieve...... Así eres tú, como dijo aquel poeta que también te quiso:

—Fuego en el corazón, nieve en el rostro......

Fuego como éste, calor de hogar manso, tranquilo, no enervante como el del sol de estío que ata el ingenio y para la fantasía y entraba al par los movimientos del cuerpo y del pensamiento: fuego tranquilo del que no hay que temer que suba á incendio, fuego alimentado de excelsas materias, de troncos generosos que un día tuvieron colores, y cuando ya no los tienen, privados de alegrarnos con ellos los ojos, se dan en pasto á la llama para volver á ser útiles y prestarnos abrigo y consuelo......

Tal hubiera sido tu amor, estoy seguro. Primero flores, luego luz y calor.

Si la vieras esta noche, qué bonita, tú, á quien tanto gusta la nieve!

Si pudiera yo verla contigo, yo, á quien tanto gustas tú!

Ha caido de repente y dura un momento.

No es la nieve frecuente encanto de los climas, como en el mundo son raras las muchachas como tú.

Aparece siempre á nuestros ojos como espectáculo nunca visto y con la intensidad y la fuerza de un pensamiento nuevo.

Así, á través de uno y otro año, de uno y otro dolor verdadero y de una y otra ficticia ventura, viene, blanca como la nieve, tu memoria, á llenar de poético y triste encanto el pensamiento.

Baja sobre él mansamente, como bajan sobre el agostado jardín esos copos y le van formando esta blanca vestidura que, por ser tan fría, parece que ha de abrigarle y protegerle.

Como es tan raro que nieve, hasta la luna, esta esquiva, de quien apenas conservábamos memoria, se ha dignado salir á verla.

Y la he saludado con la misma alegría que á tí, cuando pasado un luto, apareces en una fiesta, y pensando en tí, me he puesto á contemplar el maravilloso espectáculo de sus reflejos sobre la nieve.

¡Qué luz tan melancólica, tan hermosa! ¡Qué musa!

La nieve, que es triste, parece sonreir ante las caricias del astro, como se sonríe tu rostro pálido al sentir sobre sí la luz de unos ojos.

Si pudieras verlo tú, á quien tanto gusta la nieve!

Durará un momento, pero la impresión de esta blancura, de esta delicada belleza de la nieve, vivirá aún largo rato en mis ojos, como en mi memoria la de tu hermosura, con que me alumbró entre las tinieblas y obscuridades de la vida. A mí me gusta la nieve porque te gusta á tí, y á tí te gusta porque es blanca.

Y repara que quizá no he dicho una simpleza. Blancos son tus pensamientos, y tus sueños, y tu alma, y tu rostro, y blanco tiene que ser todo lo que te guste, y por ser blanco tiene que gustarte, porque lo blanco es la pureza, lo inmaculado, lo no vulgar; y tú no puedes encontrar bello nada que no sea así.

En el jardín del mundo, del que sois vosotras las flores—y nosotros pudiéramos ser los árboles, quién el fuerte roble, quién el laurel glorioso, quién ¡ay! el ciprés tristísimo—las hay de todos colores y aspectos. Prefiere uno los claveles porque son alegres; otros los encuentran vulgares y eligen la rosa té, por lo triste, por lo aristocrática; hay quien escoje los pensamientos por lo que significan, y no se paga de exteriores encantos!......

Pues bien, en ese jardín tú eres la rosa blanca, la que todos admiran aunque sin atreverse á aspirar en ella, la que no se discute, la que no admite comparaciones ni rivalidades.

El blanco es la suma de todos los colores, de todas las bellezas de la vida, por tanto.

La pureza, que es el blanco entre los matices del espíritu, es la suma de todas las virtudes, de todos los afectos tiernos y generosos.

Vista á través de tu alma, la vida y la naturaleza humana se transfiguran y se embellecen; bajo ella ocultan sus esperanzas la una, su flaqueza y miseria la otra. En lo cual eres todavía igual que la nieve, que cubre con su inmaculada alfombra el lodo y el sucio aspecto de la calle ó el camino.

¡Celestemente hermosas sois tú y la nieve!

Parecen estos copos, pétalos de rosas blancas que alguien se entretiene en deshojar desde allá arriba.

Diríase que ibas tú á pasar por debajo.

Y eso parece tu rostro; no blanco sino nevado. Pálido, no por falta de color, sino por sobra de blancura......

Hermosas sois tú y la nieve.

¿Por qué va á tí mi pensamiento siempre que veo nevar? También es blanco el sol y no se le parece sin embargo.

¿Será que son tristes la nieve y tu recuerdo?

Ello es que de tal modo os asocio yo en mi mente, que no parece sino que eres tú la que nievas......

M. Menéndez y Pelayo.

DE BLANCO.

Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
De gótico altar?

De blancas palomas el aire se puebla;
Con túnica blanca, tejida de niebla,
Se envuelve á lo lejos feudal torreón;
Erguida en el huerto la trémula acacia,
Al soplo del viento sacude con gracia
Su níveo pompón!

¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea,
Las tiernas ovejas triscando se van;
De cisnes intactos el lago se llena;
Columpia su copa la enhiesta azucena
Y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura;
De nieve parecen las canas del cura,
Vestido con alba de lino sutil;
Cien niñas hermosas ocupan las bancas,
Y todas vestidas con túnicas blancas
En ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro: la virgen propicia
Escucha los rezos de casta novicía
Y el cristo de mármol expira en la cruz;
Sin mancha se yerguen las velas de cera;
De encaje es la tenue cortina ligera
Que ya transparenta del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
Parece el arroyo de blancas espumas
Que quieren, cantando, correr y saltar;
Su airosa mantilla de fresca neblina
Terció la montaña; la vela latina
De barca ligera se pierde en el mar.

Ya salta del lecho la joven hermosa
Y el agua refresca sus hombros de diosa,
Sus brazos ebúrneos, su cuello gentil;
Cantando y risueña se ciñe la enagua,
Y trémulas brillan las gotas del agua
En su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh mármol! ¡Oh nieves! ¡Oh inmensa blancura,
Que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
Tú estás en la estátua de eterna belleza;
De tu hálito blando nació la pureza,
¡Al ángel das alas, sudario al mortal!

Tú cubres al niño que llega á la vida,
Coronas las sienes de fiel prometida,
Al paje revistes de rico tisú.
¡Qué blancos son, reinas, los mantos de armiño!
¡Qué blanca es, ¡oh madres! la cuna del niño!
¡Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!

En sueños ufanos de amores, contemplo
Alzarse muy blancas las torres de un templo,
Y oculto entre lirios abrirse un hogar;
Y el velo de novia prenderse á tu frente,
Cual nube de gasa que cae lentamente
Y viene en tus hombros su encaje á posar.

1888.

Manuel Gutiérrez Nájera.

Sea tu alma como la nieve de las cimas: solitaria, pero inhollada, excelsa, y por lo mismo blanca: sin recibir más besos que los del cielo azul: el azul que es el ideal, puede besar al blanco, que es la pureza.

***

PARA LOS MUERTOS.

MUERTE.

......Y la muerte decía:
Yo soy la encantadora y triste maga,
Que al segar el amor y la alegría
La fiebre del dolor por siempre apaga.

La vida es el ensueño,
Mas el perpetuo despertar la quiebra;
Y yo vierto en los ojos el beleño
Que el infinito al infinito enhebra.

Que haya otra vida quieres......
Para qué te entristeces porque río!
Yo doy lo que no hallaste en las mujeres!
Soy la consolación para tu hastío!

Que hay otra vida sueñas......
¿No ves que de ambición eres el germen?
Tu mal es incurable y me desdeñas!......
Dichosos son los que en mis brazos duermen!

Reclínate, ven luego,
Ya viviste, gozaste y padeciste......
Quema mi boca inextinguible fuego,
Anda, ven, estoy triste!

Vivir es florecer en primavera
Y tu ya floreciste!......es la caída!
No morirás mientras que yo no muera......
Y tu vida es mi vida!

Rubén M. Campos

LA ISLA DE LA MUERTE.

POR RUBEN DARÍO.

En qué país de ensueño, en qué fúnebre país de ensueño está la isla sombría? Es en un lejano lugar en donde reina el silencio. El agua no tiene una sola voz en su cristal, ni el viento en sus leves soplos, ni los negros árboles mortuorios en sus hojas, los negros cipreses mortuorios que semejan agrupados y silenciosos, monjes–fantasmas.

Cavadas en las volcánicas rocas mordidas y rajadas por el tiempo, se ven, á modo de nichos oscuros, las bocas de las criptas en donde bajo el misterioso taciturno cielo, duermen los muertos. La lámina especular de abajo refleja los muros de ese solitario palacio de lo Desconocido. Se acerca en su barca de duelo un mudo enterrador, como en el poema de Tennyson. ¿Qué pálida princesa difunta es conducida á la isla de la muerte? ¿Qué Elena, qué Ofelia, qué adorada Yolanda? Canto suave, en tono menor, canto de vaga melodía y de desolación profunda! Acaso el silencio fuese interrumpido por un errante sollozo, por un suspiro; acaso una visión envuelta en un velo como de nieve......... Allí es donde comienza la posesión de Psíquis; en esa negrura es donde verás quizá brotar, pobre soñador, de la obscura larva las alas prestigiosas de Hipsipila. A tu isla solemne, ¡oh BOAKLIN! va la reina Betsabé, pálida. Va tambien con un manto de duelo, la esposa de Mausoleo que pone cenizas en el vino. Va Hécuba, y, ¡horrible trance, va silenciosa, mordiendo su aullido, clavando sus dedos en los dolorosos maternales pechos! Va Vénus, sobre su concha tirada por las blancas palomas, por ver si vaga gimiendo la sombra de Adónis. Va la tropa imperial de las soberbias porfirogénicas que amaron el Amor al mismo tiempo que la Muerte. Va, en un esquife divino, con un arcángel por timonel, la Virgen María, herido el pecho por los siete puñales!

BALADA DE ULTRATUMBA.

Murió su amada, y con el alma herida
Por la terrible ausencia,
La amortajó, poniendo entre sus manos
Un ramo de azucenas.
Él mismo la condujo al cementerio,
Y en una tumba nueva
Sus esperanzas y sus muertas dichas
Allí enterró con ella.
Y todo lo dejó, solo en el alma
Se llevaba la pena;
La amargura infinita del que llora
Su soledad inmensa!
Diez noches en la cámara mortuoria
Pasó solo y en vela
Y á la undécima, en horas avanzadas
Llamaron á su puerta;
—¿Quien á turbar mi religioso llanto
Y mi dolor, se acerca?
—Yo que la paz no gozo de la tumba,
Su amada le contesta!—
Y se adelanta á abrir,—aquí me tienes—
Le dice la doncella,
—Tu dolor me levanta del sepulcro,
Tus lágrimas me queman!—
Él permanece mudo, y ella entonces
Como vision de nieblas,
Con la mirada en él, viendole siempre,
Silenciosa se aleja.
La sigue y alumbrados por la luna,
La llanura atraviesan,
Ella delante de él, como una sombra
En su mortaja envuelta.
Y llegan del lejano cementerio
Ante la obscura verja
Que se abre, y en el campo de las tumbas
Los amantes penetran.
Los cipreces sus sombras recortadas
Arrastran por la tierra,
La blancura apagando de los mármoles
Con una mancha negra.
Ante el sepulcro nuevo se detiene
La virgen, y se sientan,
Y ella le dice al escuchar un eco
Que doloroso suena:
—No escuchas? Es el canto de los gallos,
Obscuros centinelas
Que de las horas la pesada marcha
En el silencio velan,
Y es preciso partir! Voy á la sombra:
Allí el olvido reina
Y la humedad devora los tegidos
Y los huesos se hielan!
Ven conmigo á dormir en esta fosa
Que tu pasión encierra,
La vida de la tumba es tan tranquila,
Su noche tan eterna!—
Y vio surgir la palidéz marmorea
Sobre su faz serena,
Y el fulgor apagarse de sus ojos
En las obscuras cuencas;
Sintió los brazos de su amada asirse
A su garganta seca
Y un beso que en su boca le clavaban
Los labios de la muerta;
Caér sintióse en pavoroso vértigo,
Al fondo de la huesa,
Y cerrar aquel tálamo sombrio
La lápida de piedra!!.........

MAGNA MATER.

La existencia es el mal, y en nuestra vida
El dolor, enemigo es y tirano,
El pasado, de duelos es arcano,
El porvenir, la esfinge obscurecida.

Por esa eterna ley desconocida
Que nos arrastra al mal con férrea mano,
Es el dantesco sufrimiento humano
Nuestra historia, y la duda nuestra egida.

Nada viene á decirnos la esperanza,
La fe en el alma permanece inerte
Y triste el hombre en el camino avanza!

Y solo tu le acojes, le haces fuerte,
Tú que tienes no mas una balanza,
¡Oh madre universal, oh blanca muerte!

M. Larrañaga Portugal

FUNERALES INDIGENAS.

La muerte fué el primer gran dolor de la humanidad: hizo volver las pupilas atónitas del hombre á esa región lejana, lugar más apartado que el remoto término de las peregrinaciones prehistóricas. El culto á los muertos es el preludio de las divinidades y de las religiones; en las generaciones primitivas antes que los altares se encuentran los monumentos fúnebres; sus dioses no son sino el recuerdo de varones ilustres que murieron, divinizados á través de los años: las viejas hilanderas de leyendas.

La ignorancia, la superstición y el dolor condensan en torno del cadáver creencias sombrías que fueron causa de tantas patéticas ceremonias.

El alma es hija de la muerte, el deudo no puede concebir que el padre, el hijo, la amada ó el amigo se disuelvan en la tumba; queda de él algo todavía, algo intangible que se escapó de los despojos transformados en polvo, algo que vive aun venerado en la memoria, algo que flota en la noche y puede evocarse, algo que es como el individuo moral que no ha sucumbido y que habitando otras esferas, y al llamamiento de algunos elegidos, se comunica con ellos, sufre y goza, se encarna como entre los egipcios en un animal más ó menos noble según los actos buenos ó malos de su vida aquilatados por un decálogo de la época tan acertado en la calificación de los hombres como en la dignificación de los irracionales.

Tras preocupaciones consoladoras, la resistencia á creer que todo concluye con el último estertor y la última mirada, la suprema aspiración al más allá, poblaron y pueblan todavía el campo de la Historia con las leyendas más extrañas.

Nos hablan de ellas las pirámides que fueron tumbas de reyes; las momias ungidas de olorosos bálsamos, envueltas en finísimos sudarios, los objetos familiares y domésticos del difunto, las inscripciones policromas y gloriosas, las estátuas y las ceremonias en torno de los despojos yacentes.

Ya que no la vida cuando menos se prolonga el recuerdo, esa penumbra de otra vida: unos embalsaman, otros incineran el cadáver, pero embalsamado ó cremado lo consideran como un viajero. La nigromancia nace del culto á los cadáveres, que han sido y serán el indescifrable enigma; de esos cadáveres cuyos misterios se han podido entrever en los fenómenos complicados de la vida, pero no en la quietud helada de la muerte. Los pueblos más distantes por sus religiones, por sus costumbres y hasta por su asiento, suelen coincidir en el mismo respeto á los difuntos y en el ritual de sus ceremonias.

Corto espacio es un artículo para reseñarlos y habremos de contentarnos con apuntar algunos de nuestros antepasados indígenas.

Los chichimecos enterraban sus cadáveres en las cue-

vas de los montes; pero á medida que se civilizaron adquirieron los ritos y costumbres de los Alcohuas que seguían casi en todo las mismas que los mexicanos de quienes hablaremos.

Los mistecos se diferenciaban en algo de los chichimecos. Muerto uno de sus señores seguían hablando de él como si estuviese vivo. Ponían frente al cadáver alguno de sus esclavos, que cubierto con una máscara, vestía las ropas de su señor y por espacio de un día recibía los mismos honores que aquel. Enterrado el difunto en un bosque que se suponía ser la puerta del Paraiso, sepultábase también al esclavo sacrificado, con las insignias de su efímera autoridad, pero sin cubrirlo de tierra. Celebraban al año el nacimiento pero jamás la muerte del Señor.

Los zapotecas embalsamaban el cadaver y los mayas, según Orozco y Berra, lloraban con gran lástima á sus muertos y se sujetaban á la abstinencia y al ayuno.

Envuelto el difunto en un sudario, llenábanle la boca con el maíz molido que llamaban *koyem* y con las piedras que usaban como moneda, á fin de que no careciese de subsistencia en la otra vida. Enterrábanlo dentro ó fuera de la casa, que se abandonaba si la familia no era numerosa. Acompañaban al difunto como únicos veladores, sus dioses, sus libros si era sacerdote, sus armas si era guerrero, y sus hechizos si hechicero. Quemaban á los señores y gente principal, depositando las cenizas en grandes vasijas ó en estátuas huecas de barro. A las personas de alta jerarquía quemaban sólo una parte del cuerpo, cuyo residuo colocaban en el hueco hecho á una estátua de madera, cubriéndola con la piel del colodrillo que se quitaba al difunto: tal figura se guardaba entre los ídolos.

Según Beaumont, los tarascos fueron el más solemne de los pueblos en sus ceremonias fúnebres. El Sr. Lic. Don Eduardo Ruiz, en su magnífica obra sobre Michoacán, describe estas ceremonias extrañas:

Los funerales del entierro eran adecuados á las distintas clases sociales. Los cronistas refieren de la siguiente manera los que se tributaban al Rey:

No bien circulaba en el Imperio la noticia de la enfermedad del monarca, cuando los reyes aliados y los jefes de las poblaciones se apresuraban á acudir á Tzintzuntzan, cargados de presentes y acompañados de los médicos más notables de la tierra.

Los patios del palacio se llenaban de nobles, que oían, llenos de impaciencia, las noticias de la enfermedad del gran señor; pues que nadie, excepto la familia íntima del Rey, podía penetrar en el aposento.

La nueva de la muerte del Rey era recibida con grandes aclamaciones de dolor, que partían del palacio, se repercutían por la ciudad y eran llevadas en alas del eco á todos los ámbitos del país.

Desde luego se escogía la comitiva que había de acompañar al soberano en su viaje á la otra vida; siendo de observar que esta elección se hacía casi siempre entre multitud de personas que se empeñaban á porfía en tener la grandísima honra de ser sacrificadas en la ceremonia fúnebre. El heredero del trono tenía derecho á designar á los que habían de ser sacrificados. ¡Terrible poder que le permitía á veces deshacerse de sus enemigos!

En seguida lavaban el cadáver con aguas aromáticas; vestíanle en traje de ceremonia, adornábanle con sus mejores alhajas, depositaban á su lado las más valiosas armas y lo colocaban en andas.

Entretanto, los individuos de la servidumbre que había de acompañarle, se aseaban y adornaban de la misma manera.

Pero el rito principal de esta ceremonia era el de construir inmediatamente una estátua del Rey, cuya obra se encomendaba á los más hábiles escultores del reino, y en Michoacán los había dignos de nombradía.

Así perpetuaban los tarascos la memoria de los antepasados.

El acompañamiento del Rey se componía de siete mujeres, una de las cuales había de servirle de esposa y las demás de esclavas, y de muchos hombres, uno que era su proveedor de trajes, otro para sus guirnaldas y ramilletes, un peluquero, otro guarda-muebles, otro que llevaba sus armas, otro que guardaba las hachas de oro para hacer leña, otro que tenía por oficio portar el quitasol para hacer sombra al Rey, y una multitud de empleados para todos los servicios, siendo digno de referir que tenían que acompañarle también los médicos que no habían acertado á curarlo.

Poníanse todos guirnaldas de trébol en la cabeza y pintaban su cuerpo de amarillo, y entre ellos, los músicos tañían marchas fúnebres de una melodía impregnada de dolor.

A la cabeza de la comitiva iban los tres reyes de Huetamo ó Coyucan, Pátzcuaro y Tzacapu, entonando un triste cantar en lengua desconocida que sólo ellos comprendían.

La procesión salía del palacio á media noche. En el inmenso pueblo que marchaba adelante, todos llevaban hachas encendidas en las manos y los músicos iban tañendo trompetas y caracoles horrísonos. Los que habían de sacrificarse por el Rey iban al frente de las andas que conducían el cadáver, barrían el camino y guiaban á los cargadores, volviendo la vista de tiempo en tiempo hacia el cadáver, diciendo: «*por aquí has de venir, mira no pierdas el camino.*» Se dirigían al templo mayor de la capital. en donde estaba preparada una gran pira de leña olorosa y de rajas de pino, y después de dar cuatro vueltas con el cadáver alrededor del túmulo, le ponían encima de él y prendían fuego á la hoguera

En este acto sacrificaban á golpes de maza á los individuos de la comitiva de ultratumba, á quienes embriagaban previamente para que no lamentasen su muerte.

Mientras duraba la cremación, los nobles y los sacerdotes bailaban al derredor de la hoguera, entonando cantos fúnebres, atizando el fuego y recogiendo cuidadosamente las cenizas del monarca.

Reunidas las cenizas un escultor las amasaba habilmente, dándoles la forma humana; colocaban en la cara una máscara de turquesas, vestíanle y atavíabanle como si estuviese vivo, poníanle á la espalda el carcax de oro, cascabeles del mismo metal en las piernas y á su lado sus armas y en seguida la comitiva, llevando la efigie sagrada y los cadáveres de sus acompañantes, tomaba el camino de la yácata (túmulo) destinado á guardar sus restos, la cual estaba destinada á servir de templo á *Curícaneri.*

En el interior había esteras, rodelas de oro y plata, flechas, vasos y demás utensilios de plata y barro para el servicio del rey, tinajas con agua, plumas, mantas, y toda clase de vestimentas para los oficios ó artes de los que formaban la servidumbre.

La efigie del rey, guardada en rica ánfora de metal ó de alabastro, se colocaba de modo que el semblante mirase hacia el oriente.

Durante los cinco días que seguían al del entierro, se guardaba el más riguroso luto, sin encenderse fuego en el hogar, sin hacer ninguna operación de comercio, sin salir nadie de sus casas, sin hablar en voz alta, reinando en todas partes el más pavoroso silencio. Solamente en las noches se reunían los nobles y los sacerdotes para orar en voz baja.''

Los mexicanos (1) en nada eran tan superticiosos como en sus ceremonias fúnebres. Había maestros para ellas, maestros que desde luego cortaban muchos pedazos de papel con los cuales cubrían al cadaver cuya cabeza bañaban con un vaso de agua, diciendo que era la que se tomaba durante la vida. Si el muerto era guerrero, se le vestía como á Huitzilopochtli; si mercader, como á Xacatenctli; si artesano, como al protector de su oficio. Al que moría ahogado como á Tlaloc, y al borracho como al baco azteca que se llamaba Tezcatzoncatl.

Gentes hubo, y Gomara lo dice con razón, que vistieron mejor después de muertos que durante la vida.

Nuestro pueblo bajo, en las postrimerías del siglo, disfraza todavía á sus finados niños con papel de china, sólo que usa la indumentaria cristiana, prefiriendo los colores y ropas de San José y de San Antonio.

Ponían al cadáver un jarro de agua entre la ropas y pedazos de papel, en el que explicaban al cadaver su uso; eran todos, salvo conductos para el gran viaje de la eternidad: «Con este, decía uno, por ejemplo, pasarás sin peligro por entre los montes que están peleando.» «Con este otro por el camino defendido por la gran serpiente.» Por el del cocodrilo *Xochitonal*, para los ocho desiertos, para los ocho collados, para el viento agudo y constante de un lugar llamado *Itzehecayan*; tan fino que era necesario quemar las ropas, las armas y provisiones del muerto, para que su calor lo preservase del rigor de aquel viento terrible.»

Mataban un *techichí*, especie de perro mexicano para que lo acompañase: le ataban un cordel al cuello para que pudiera atravesar el profundo río de *Chiunahuapan* ó de las nueve aguas.

Al són de cantos fúnebres se quemaba el cadaver, guardaban sus cenizas en una olla, y entre ellas una esmeralda ú otra piedra preciosa, que debía servirle de corazón en la otra vida. Enterraban la vasija en un lugar profundo, sobre el cual se hacían oblaciones de pan y vino durante una semana.

En las exequias de los reyes el ritual era más solemne, á los vestidos finísimos se añadía una urna, en la que se guardaba su cabello de cuando era niño y el último que se había cortado, juntos con la simbólica esmeralda. Mataban al esclavo que había cuidado de su oratorio. Mientras se quemaba el cuerpo adornado, se sacrificaban al pie de la pira á los esclavos y á los seres monstruosos que habían servido de bufones al rey, para que lo divirtieran en el otro mundo. Con el mismo objeto se inmolaban algunas mujeres, esceptuándose de la cremación los ahogados y los hidrópicos.

Los mexicanos celebraban, segun el P. Durán, las fiestas por los muertos en el mes de Agosto; la primera se llamaba de los *muertecitos*, porque se hacía en honor de los niños; era una preparación para la grande y en ella se hacían ofrendas de dinero, cacao, cera, aves, frutos y semillas.

Cortaban del bosque un gran palo: le quitaban la corteza y lo cepillaban para colocarlo á la entrada de la ciudad, donde se recibían los sacerdotes con cantos y bailes, ofrendas, comidas y zahumerios; poníanle el nombre de Xocotl, lo dejaban veinte días por tierra, durante los cuales le hacían la ceremonia de la *adoración* que los cristianos hacen á la cruz. Ese día (habla el P. Durán) hacían los viejos con los niños grandes supersticiones, dando á entender así que no morirían.

El *Xocotl* se levantaba el día de la fiesta grande y se erigía en el patio del templo, rematado por un pájaro de masa, hacían por derribarlo y derribado se llamaba *Xocotlhuetzi*, caido de *Xocotl.*

Antes de derribarlo lo rodeaban de comida y vino, lo emplumaban y floreaban. Con los cuerpos pintados y ornados de plumas rojas, llevando en la mano grandes idolillos de masa y piñas de la misma, bailaban en torno del *Xocotl.* Todos bebían menos á los que se les prohibía, porque el licor era sagrado y sólo desde cierta edad les estaba permitido apurarlo.

Quizá el *pan de muerto*, que representa una tumba con una calavera y su × de canillas, sea recuerdo de aquellas ofrendas de masa entre los mexicanos.

Las ofrendas no terminaron con los indígenas: en la dominación española, dice lo siguiente un historiador (*)

«El año de 1572 contó el religioso que tenía á su cargo la capilla de San José, que habían ofrecido los indios el Día de Finados más de 5,000 panes de Castilla, 3 ó 4,000 candelas de cera blanca, gran cantidad de gallinas, muchos huevos y la fruta de Castilla y de la tierra que apenas se puede llevar á la refectoría »

En nuestros días las ceremonias fúnebres prevalecen, la gente del pueblo pone un altar y presenta su ofrenda adornada con la flor cadavérica del *zempazuchitl*: creen que el *muerto* extrae la substancia de los panes y la dulzura de las calaveras de azúcar.

Los rituales antiguos se pierden en los tiempos, el funeral es hoy una ceremonia que arreglan agencias con servidumbre uniformada, tranvías y carrosas desinfectadas.

El culto antiguo es hoy paseo de panteones, feria de crespones, coronas, candeleros y flores costosas. El dolor sincero, como el pájaro, busca la soledad para posarse en la urna de mármol y lanzar su breve elegía en la fiesta primaveral de los arbustos y los rayos de sol.

La cremación se pone de moda, las urnas se harán para el rico, en oro; para el pobre, en *papier maché*, y la electricidad tornará los cuerpos en estátuas galvanoplásticas, á tanto la postura académica ó decadente. La moda asigna plazos fijos al dolor, plazos que las exigencias sociales disminuyen día á día.

Y nuestros corazones se parecen á los muertos del porvenir: capas metalizadas en cuyo fondo duerme un residuo de ceniza humana.

A. del Campo.
Micrós

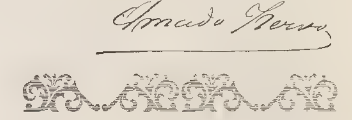
(1) Clavijero.
(*) Mendieta. Historia eclesiástica indiana. Cap. XVII. Libro IV.

REQUIEM.....

Oh! Señor Dios de los ejércitos,
Eterno Padre, Eterno Rey;
por este mundo que creaste
con la virtud de tu poder;
por que dijiste: «la luz sea»
y á tu palabra *la luz fué;*
porque coexistes con el Verbo;
porque contigo el Verbo es
desde los siglos de los siglos
y sin mañana y sin ayer:
Requiem eternam dona eis, Domine
et lux perpetua luceat eis!

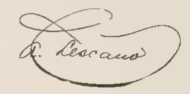
Oh! Jesucristo; por el frío
De tu pesebre de Belem;
por tus angustias en el huerto;
por el vinagre y por la hiel;
por las espinas y las varas
con que tus carnes desgarré
y por la cruz en que borraste
todas las culpas de Israel;
Hijo del hombre, desolado,
trágico Dios, tremendo Juez:
Requiem eternam dona eis Domine
et lux perpetua luceat eis!

Divino Espíritu, Paráclito,
Aspiración del gran Iahveh
que unes al Padre con el Hijo
y sois el Uno y sois los Tres:
por la paloma de alas niveas;
por la inviolada doncellez
de aquella virgen que en su seno
llevó al Mesías Emmanuel;
por las ardientes lenguas rojas
con que infundiste ciencia y fe
á los discípulos amados
de Jesucristo Nuestro Bien:
Requiem eternam dona eis, Domine
et lux perpetua luceat eis!



* * *

¡Virgencitas difuntas: cómo son tristes vuestros despojos!
En las miradas muertas que se desprenden de vuestros ojos
Hay algo que suplica, algo que gime, algo que implora;
¿Que esperanza suprema, que ambicionados y hondos amores
Dejó helados la pálida?......¡En vuestros ojos pertubadores
Hay algo que ora!
¡Oh! si acaso la muerte dejó incompletas vuestras plegarias,
Ponedlas en mis labios; diré las mías y todas juntas
Cruzarán los espacios sin hacer sombra......¡oh solitarias
Virgencitas difuntas!



Cuentos de mi vida.

OTRO IDILIO TRAGICO.

En la oficina donde estoy empleado, frente por frente de mi pupitre roñoso y de forma arcaica—potro de tormento de diez generaciones de infelices— se abre una ventana, hermosa y amplia, que es la repartidora de luz y de alegría en el salón, húmedo, polvoso y tapizado de estanterías y legajos. Desde ella, cada vez que levanto la mirada, puedo ver un corredor cercano, cuyo pretil de mampostería sostiene una línea de macetas, una pared pintada de rosa en la que se destaca el verde fresco de las plantas florecidas, y en lo alto, un pedazo de cielo rasguñado aquí y allá por los alambres del telégrafo y las torres de fierro de los tinacos. Para mí especialmente, la ventana es un cuadro animado que no deja de interesarme. Parece que escogí el sitio mejor y más conforme con mi temperamento, para vivir siete horas del día, entre guarismos. Mi trabajo consiste en formarlos sobre el papel, á manera de grandes batallones, y hacerlos evolucionar en ese campo blanco, y ejecutar con tal ejército las más difíciles maniobras. Doy un toque de atención y hago marchar las columnas de cifras...... tan! tan! en interminable desfile. La labor, en fuerza de monótona, ha llegado á sér mecánica y aburridora; pero es preciso ganar el pan, y aquí me estoy encorvado sobre expedientes y cuadernos, ordenando pelotones de números, haciendo largas sumas y multiplicaciones imposibles, en lucha perpetua con estas cantidades cuya significación y resultado no alcanzo, del mismo modo que el sargento no puede darse cuenta del plan de campaña del general. Ah! si estos números fueran alguna cosa: objetos, monedas, bultos; si me dijeran algo al pasar! Pero no: conservan su misterio, y su rigidez: son imperturbables, son abstractos: uno, dos, tres, cuatro, cinco......

Por eso, la escapatoria de un instante, la repentina fuga de este cuartel de operaciones, consuela un poco mi fantasía. Dejo de ser máquina por segundos, y torno á ser hombre: por veloces intermitencias, pienso, y, como el filósofo, me doy cuenta de que existo. De ordinario, al entrar por la mañana en la oficina, ó por la tarde, cuando se va la luz, y el salón se obscurece hasta impedirme trabajar, tengo más tiempo de que vuele hacia la ventana alguno que otro sueño impenitente y terco. A veces, es preciso echar la persiana porque el sol es muy insolente y me arroja á los ojos, para deslumbrarme, puñados de sus diamantes californianos, y el aire es muy travieso y se pone á jugar con mis papeles. A veces también me obligan mis compañeros de presidio á cerrar la vidriera: mis compañeros, viejos asmáticos, jóvenes anémicos y algunos cuarentones egoístas que ya se hicieron el ánimo de pasarse la existencia enclavados en sendas sillas. Sin embargo, á través de los vidrios opacos y sucios, sigo, cuando quiero, contemplando mi horizonte. Le ponen cristal á la pintura como si fuera un cromo corriente: pierde algo de su carácter; pero todavía se la ve simpática, alegre, sobre todo en tardes de lluvia, cuando los hilos de agua tejen en el viento sus caprichosos y sutiles encajes, y las gotas loquean y saltan al caer, como si tuviesen vida propia, haciendo mil ruidosas diabluras en los juncos colgados del muro y en las flores y las hojas de las macetas. Mi cuadro tiene muy poco movimiento. Es un paisaje sin figuras. Suelen en un momento aparecer por entre una mata de claveles ó tras un penacho de margaritas, los semblantes cetrinos y vulgares de las muchachas indígenas que habitan en ese pequeño paraiso, plantado, para darnos envidia, frente á nuestro infierno burocrático. Pero son tan feas las pobrecillas—cabezas de ilustraciones de viajes al Africa—que, en lugar de aumentar, le quitan interés á la composición, y, la vez que en ella se presentan, tal parece que algún irreverente y mal intencionado, emborronó con sepia aquellas figuras groseras con el propósito de deslucir la delicadeza del fondo. En cambio, cuando una veintena de palomas se para en el pretil de piedra y lo atraviesa á carreras y semivuelos, cualquiera al verlo, diría que está mirando una linda acuarela. De buen tiempo á esta parte, las palomas han aumentado de un modo notable. ¡Qué se yo! se han reproducido, ó han venido de otros lugares, atraídas por la quietud y la frescura del corredor. Entre el refunfuño de los empleados que dictan cantidades ó confrontan minutas, se oyen arrullos tristes, reclamos de amor y bulliciosos aleteos: arias apasionadas, duos encantadores que acompaña un coro de canónigos enronquecidos y soñolientos. Las palomas no pueden vivir sin enamorarse, todo el día se cortejan: ellos son galanteadores de oficio; atrevidos, donjuanescos, románticos; ellas son tímidas y tiernas, con una sencillez voluptuosa y una docilidad para las caricias, verdaderamente conmovedoras. Aman para vivir, al aire libre, con unción, con recogimiento, olvidadas de cuanto les rodea, extáticas, como si estuviesen celebrando el rito de un divino culto. ¡Oh, aves de Venus!.........

Desde hace muchos días una pareja concibió un capricho extraño: anidar en este salón polvoso, sobre la cornisa de un viejo estante, en el hueco que dejan dos montones de expedientes que suben hasta el techo como dos columnas de cartón amarillento Una mañana abrí la vidriera, y él, el enamorado, se coló de un vuelo en la oficina, saltó de acá para allá, como buscando un sitio que le conviniese, se paró sobre los legajos, recorrió las estanterías, y, en seguida, volvió á salir con una rapidez inesperada. Regresó acompañado. Venía con él, una bella hembra, de blancura fragil y luciente, como de espuma de mar en plenilunio; le enseñó el hueco, la obligó á fuerza de arrullos á que lo escudriñara, le hizo juramentos, la sedujo con la ardorosa elocuencia de sus reclamos. Ella vaciló en un principio, y al fin cedió á los ruegos; esponjóse en un estremecimiento de deseo, é inclinándose, clavó en su pecho de nieve el vívido coral del pico. A partir de aquel día, los dos amantes no cesaron de perturbarnos en nuestras labores: golpeaban los vidrios si la ventana estaba cerrada, picoteaban la persiana, y cuando abría yo, entraban sin miramientos, como en país conquistado, á decirse ternezas sobre el viejo estante, en el hueco sombrío de los montones de expedientes. Nos hicimos amigos. ¡Qué guapo era el seductor, y qué bien ataviado con su manto de tornasoles á la espalda, como bordado de pedrería, y armiñado el pecho en el que brillaba, como un toisón de esmeralda, el collar de plumas joyantes! Ella, toda blanca, de nieve inhollada, se sentía orgullosa de su príncipe. Cantaba, mirándole, con un ritmo suave, casi imperceptible, como si estuviese desfallecida de emoción. En las primeras mañanas, me irrité, lo confieso: me distraían con su alharaca, de alas y de arrullos, aquellos recien casados; no oía bien las cifras que me dictaban los escribientes, y equivocaba las sumas y las multiplicaciones. Mas llegué á acostumbrarme con la ruidosa compañía. Mientras yo sumaba, dos y dos son cuatro, ellos, se preguntaban la eterna pregunta: ¿Me amas?, ¡Deveras que estaban locos! ¡eran extravagantes y exquisitos, y buscaban sensaciones raras, nunca sentidas, como los modernos refinados! Tenían espacio, sol, cielo, flores, y preferían este salón triste, ese mueble apolillado, aquel rincón telarañoso y obscuro. Allá, fuera, trasciende á rosas; aquí huele á papel viejo, á ratones, á pobreza: el corredor es un pedazo de campiña; el salón es un cementerio de almas y de legajos. No obstante ellos á juzgar por sus aspavientos, encontraban el nido delicioso. Yo pensaba: si fueran golondrinas, me lo explicaría, pero palomas!......

Por supuesto que mis compañeros estaban furiosos: algunos se levantaban irascibles, y con los plumeros de los escritorios ó con proyectiles de papel asustaban á Julieta y á Romeo. A la pareja le importaba un bledo esta conspiración armada: ¡bah! tenía alas, y cuando mucho se fastidiaba con semejantes demostraciones de descontento, se iba golpeando el aire enrarecido de la oficina, á seguir, en el pretil de piedra, su diálogo shakesperiano. Cerrábamos la ventana; pero á poco, era necesario volver á abrirla porque nos asfixiábamos en aquella atmósfera cargada de miasmas y guarismos. La ventana es nuestro único medio de ventilación. De modo que los enamorados regresaban con una terquedad irritante, sobre todo, para mis colegas, mis viejos colegas, habituados á no ser interrumpidos en su silencio de tumba ni en su actitud sedente de momias egipcias. Cuando el reloj acatarrado—una antigualla llena de polvo como las mesas, los expedientes y los estantes—estornudaba las seis, oíase ruido de cajones que se cierran, de sillas que se remueven, de manos que se frotan, de pies que andan; el momento extraordinario de la libertad, el minuto de crisis en que recobrámos nuestra actividad y nuestra conciencia. Al estrépito inusitado, las palomas se escapaban con la alegría de los meritorios, que huyen del encierro, y volaban con tal satisfacción que, en muchas ocasiones, mientras cerraba yo la ventana, las ví perderse en el cielo de ópalo del crepúsculo.

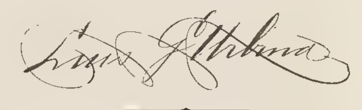
Las consideré camaradas mías: llegaron á imponérseme, á sujetionarme. Gustaba de verlas allí porque encontraba en ellas una metáfora viviente de mis versos, los que anidaban también entre cuadernos de números, y que se sentían arrojados, por burlas y sarcasmos, y que provocaban las cóleras de los empleados cumplidos y serios...... Decididamente las aves se adoraban cada vez más. Ya no salían de su rincón; ya casi no cantaban su estrofa de amor monótona y lacrimosa: por rareza interrumpían el silencio, y mis irascibles colegas las echaban, de seguro, en olvido. Pero una tarde, al salir, cometieron grandes delitos: probablemente fiadas en el compañerismo, se atrevieron á pararse en la mesa del Jefe, á volar á ras del suelo por todo el salón, á volcar tinteros, á sacudir á aletazos cuadernos y libros, en un frenético aturdimiento, en una embriaguez alada, cuya causa parecía ser algo como un ciego pánico de pájaro asustado. El ansia de irnos nos impidió enojarnos: la escena se celebró con risas. Las palomas salieron al cabo, hasta pararse á lo lejos, en el travesaño de una torre de hierro. Todos nos fuimos de prisa; digo mal, no todos; un vejete bilioso, una momia egipcia, se quedó á componer su mesa, sobre la cual, el tintero derramado había pintado un soberbio atlas en la blancura del papel......

A la mañana siguiente, al penetrar en el salón, noté que, la ventana ya estaba abierta. ¡Qué raro, yo era el que siempre me ocupaba en eso.......

El vejete, sentado frente á su pupitre admirablemente arreglado, me contó sonriendo la historia: llegó temprano, apoyó la escalera sobre el estante, subió, hizo una trampa de expedientes—una ingeniosa trampa, un voluntario y rápido derrumbamiento, y abrió la ventana. Después, cuando llegaron Julieta y Romeo, se verificó la catástrofe. Sólo él murió; más atrevido ó más enamorado entró el primero, y sucumbió en su audacia. Ella huyó, impulsada por el instinto...... Mi compañero sonreía: dentro de los vidrios de sus antiparras fosforecían sus pupilas vengativas......

De entonces á acá han cesado los arrullos en la Oficina de la Estadística Fiscal. Ya no hay palomas en el corredor: las han prohibido.

Algunas veces, recuerdo á los amantes infortunados y me pongo melancolico á ratos: no me atrevo á asegurar que triste, porque.........¿qué va á decir el Ministro cuando sepa que un empleado de la Estadística se pone triste por la muerte de una paloma?



La verdadera modestia no es aquella que se conserva en medio de los elogios, sino la que permanece impasible ante los ataque de la maledicencia.

El hombre más dichoso es aquel que sabe establecer una íntima relación entre el principio y el fin de su vida.

DAMAS DISTINGUIDAS DE LA REPUBLICA

Señorita María Enriqueta Bravo (De Oaxaca.)

Amor y alas.

LA INUTIL RIQUEZA.—*Por Jorge Ohnet.*

Número 2.—Véanse nuestros números desde el 25 de Octubre de 1895.

guardar silencio y no dar á conocer su alegría, y acostado sobre miles de millones que el suelo le guardaba fielmente, continuó trabajando como un pobre diablo, de la mañana. á la noche.

Durante diez años no tuvo concurrencia alguna. Se hizo enviar por Eliphas pulverizadores, excavadores y todo el material necesario y al mismo tiempo invitó á su amigo á que le confiara sus economías. «Daré á usted buena cuenta de su dinero, le escribía, tenga confianza en mí.» Eliphas, que tenía cuarenta mil francos, los dió sin pedir explicaciones y no pareció que le extrañaba el no recibir intereses durante varios años. Pensaba que Mossler debía de hacer importantes negocios á juzgar por los útiles que pidió, pero no tenía más que vagas nociones respecto del género de trabajo á que se entregaba su compatriota.

Una mañana, después de largos meses, recibió aviso de que en la casa Pilet y Berger tenía depositada á su disposición una suma de quinientos mil francos, importe de sus beneficios, y habiendo escrito, estupefacto, para pedir explicaciones, Mossler le contestó á vuelta de correo, al cabo de algunas semanas y como hombre que no tiene tiempo de hacer frases: «Las veinte mil libras esterlinas son el producto de su comandita de usted. No se atormente; guardo aún sus cuarenta mil francos, que se reproducirán todavía».

En Mosslerburgo había ya dos mil almas y, por desgracia, no escaso número de europeos, escoria del viejo mundo, hasta el punto de que había sido preciso organizar una milicia para defenderse de los blancos, infinitamente más temibles que los negros. Mossler y su mujer no habitaban ya el pueblo, pues se habían establecido en el interior de las tierras. Eran poseedores de un territorio más grande que tres provincias francesas y vivian no sólo con comodidad sino con lujo. El cultivo había convertido aquella comarca en un verdadero paraíso. Dueño en esta época de una inmensa fortuna que no podía menos de aumentar con incalculable rapidez, Mossler seguía siendo el hombre sencillo que en otro tiempo corría en su carricoche por los caminos de Alsacia para comprar hierro viejo. Tenía cuarenta y seis años, pero fatigado por la vida terrible que había soportado al comienzo de su explotación, estaba enteramente canoso. La señora Mossler, morena y delgada, conservaba las apariencias de la juventud, á pesar de que tenía treinta y nueve años y de que no había economizado sus fuerzas al lado de su marido.

No tenían ningún hijo, pero Gedeón parecía consolarse con los absorbentes cuidados de una explotación colosal. Tenía veinte minas en plena actividad y los perfeccionamientos que introducía de momento en momento en las operaciones de extracción y lavado, aumentaban el rendimiento de mineral. Era imposible calcular las ganancias y él solo sabía lo que los bancos de Pretoria, de Natal y del Cabo giraban á Europa por su cuenta. Por lo demás, la concurrencia empezaba á hacerse seria. El país estaba surcado por los buscadores de oro y con gran frecuencia se libraban combates sangrientos entre las milicias que escoltaban los convoyes y los salteadores de caminos que intentaban robarlos.

A consecuencia de una de estas escaramuzas en el camino de Pretoria, los negros llevaron un día á la quinta un joven extranjero gravemente herido de un tiro en una pierna. Acogido por los señores Mossler, el herido declaró, cuando recobró el conocimiento, que era francés y que se llamaba Jacobo conde de Chef de Coutras. Arruinado por una vida de disipación se expatrió para no arrastrar su miseria por Paris, y en sociedad con un irlandés muy poco escrupuloso, formó el proyecto de dedicarse al comercio de aguardientes. Iban ambos escoltando sus mercancías, cuando el convoy fué atacado al pasar el rio Jacson. El irlandés se hizo matar valientemente sobre sus toneles de alchol, pero los salteadores resultaron los más fuertes y el joven conde fué salvado por algunos servidores fieles. Se encontraba, pues, sin recursos y sin esperanzas y no le restaba sino hacerse filibustero ó pegarse un tiro en la cabeza.

Mossler le advirtió con mucha calma que todo era preferible á la muerte y que trabajando se ganaba más que robando. Le ofreció en seguida emplearle en la explotación, y como el conde Chef de Coutras declaró francamente que jamás había empleado sus diez dedos y que, fuera de tirar á la perfección y de montar intrépidamente, no se creia apto para nada, Gedeón le encargó de inspeccionar los establecimientos. La tarea no era insignificante y el conde Jacobo tuvo ocasión de probar sus disposiciones de caballista por caminos muy poco practicables. Se iba por dos ó tres días á veinte ó treinta leguas de distancia, la carabina colgada del arzón y el revólver dispuesto en las pistoleras, y permanecía en medio de los campamentos de negros. Esta existencia aventurera le agradaba. Cuando la señora Mossler se apiadaba por la dureza de su suerte, el respondía: «No me compadezca usted; vale más vivir como vivo, libre y en pleno aire, que vegetar en un rincón de provincia siendo subprefecto ó casarse con una *cocotte* retirada con sus ganancias.

Su distracción era la caza, en la que sobresalía. Jamás se había visto un tirador más seguro; ponía la bala donde quería. Mató todos los jaguares que amenazaban los ganados de Mossler é hizo con las pieles una alfombra para el salón que no tenía nada de ordinaria. Cuándo tomó cofianza con sus huéspedes, contó su vida íntima á la señora Mossler. Dijo que había dejado en Francia un niño nacido de su union con una mujer divorciada, que había ya muerto. El niño, Valentín, reconocido por su padre al tiempo de expatriarse, no tenía más que seis años y era un guapo muchacho, cuyo retrato poseía el conde y que sonreía con gracia inocente. La señora Mossler tomó cariño desde léjos al niño abandonado y envió dinero á la nodriza que le cuidaba.

Acaso la juventud y los atractivos del conde Jacobo no fueron extraños á la ternura que aquella mujer, envejecida sin hijos, concibió por el semihuerfano. Investigando bien en el corazón de la austera protestante, ¿quien sabe si se hubiera descubierto una tardía eflorecencia de amor hacia aquel simpático tarambana que tanto animaba la vida del desierto? Nadie pudo sospecharlo y la misma señora Mossler no lo supo jamás, probablemente. Sus principios eran demasiado sólidos para que pudiera correr ni una sombra de peligro. El favor en que tenía al conde afectaba la forma de un cariño maternal, hasta el punto de que Mossler se asombraba viendo la inquietud que sentía su mujer cuando aquél tardaba en volver de alguna expedición. El honrado Gedeón estaba demasiado seguro de su mujer para entrar en desconfianza. Por el contrario, se complació en colmar de favores al protegido de la señora Mossler. Como á Eliphas le dió una participación en los beneficios, y el conde Chef de Coutras vió con profunda alegría que con un poco de valor y de paciencia, volvería á Francia más rico que nunca lo había sido, pero no se le logró esa dicha; una fiebre palúdica que adquirió en los pantanos de Buffelsdorn le aniquiló en pocas horas y, á pesar de los cuidados de la señora Mossler y de la intervención del excelente médico de la explotación, murió en la plenitud de sus fuerzas y de su juventud, suplicando á sus amigos, consternados, que no abandonasen al pequeño Valentin.

Pareció que la muerte del conde hacía odiosa la permanencia en el Transvaal á la señora Mossler, pues desde entonces estuvo triste y su debilidad y desmejoramiento llegaron á tal punto, que fué preciso que volviese á Europa para restablecer su salud. Mossler no quiso dejarla partir sola y se embarcó con ella. Se instalaron en París en el magnífico hotel de los Campos Elíseos y entonces hicieron por primera vez con la casa Pilet y Berger la cuenta de lo que poseían en capitales realizados. En aquella época la riqueza de Mossler se elevaba á setenta y cinco millones, empleados en valores de primer orden en Inglaterra, en Francia y en América. Sus minas de oro estaban en plena actividad y producían todos los años beneficios inmensos. Era dueño absoluto de ellas, sin más accionista que su amigo Eliphas Clement á quien los cuarenta mil francos producían, próximamente, el quinientos por ciento anual y esto porque el severo puritano no quería aceptar más, por encontrar inmoral tanta ganancia.

Entonces Mossler, que se aproximaba á los sesenta años, juzgó que su actividad sería pronto insuficiente para dirigir sus inmensos negocios y determinó dividir sus minas en acciones. Bien aconsejado por Federico Clement, que dirigía ya casi solo el banco Pilet y Berger, emitió los títulos en el mercado de Londres á una libra esterlina. Esa forma de emisión fué una novedad; la fortuna puesta al alcance de todos los bolsillos, aun de los ménos provistos. El resultado fué inmenso. Mossler, que se quedó siendo propietario de la mitad de los títulos, cobró, por la otra mitad, la suma de ciento veinticinco millones y el antiguo ferretero alsaciano permaneció tan tranquilo ante aquella realización prodigiosa como lo estuvo en otro tiempo ante la ruina y la inminente quiebra. Compró casas y terrenos, subvencionó industrias, empleó sus capitales del modo más juicioso y fundó los cimientos de una indestructible fortuna. En seguida, después de llevar el niño Valentín á su mujer, para distraerla, volvió al Transvaal, queriendo tener el honor de enriquecer á sus accionistas como él mismo se había enriquecido.

Durante dos años todavía trabajó con ardor admirable y en aquellos veinticuatro meses dió á sus asuntos un impulso que debía dejarlos florecientes por mucho tiempo, nada más que por la fuerza adquirida. Puso al frente de todos los servicios hombres adiestrados por él é interesados en la empresa, y cansado de vivir solo, á su edad, volvió á Francia y declaró que no pensaba ir más á Pretoria, pues dirigiría de léjos los trabajos de la compañía. Pero no pareció sino que la actividad era la ley vital de aquel trabajador, hasta entonces incansable, y que sus fuerzas debían abandonarle en cuanto permaneciera ocioso. Instalado en su suntuosa casa de París, Mossler, que nunca había estado enfermo, se sintió debil y delicado. Consultó á los mejores médicos y todos estuvieron de acuerdo en declarar que no estaba atacado de ninguna afección claramente determinada, pero que todos sus órganos estaban cansados. Aquella máquina, demasiado caldeada y á la que había exigido tantos esfuerzos, se descomponía en el reposo y se hacía rebelde para su dueño.

Mossler, que había dado muchas pruebas de un valor muy sólido, no se dejó abatir y luchó contra la muerte como había luchado por la vida. Abrió su casa y dió fiestas que han permanecido famosas por su esplendor. Deslumbró á París con su lujo y le asombró con su beneficencia. Hizo construir en Gros-Caillou un hospital para seiscientos enfermos y le dotó con bastante esplendidez para que nunca necesitase recurrir á los fondos públicos. Compró objetos de arte, que sin él hubieran emigrado á América, é hizo de su hotel un museo. Entonces fué cuando un cronista llamó á la señora Mossler la reina del oro, nombre que fué recogido con ironía por sus envidiosos y con respeto por sus agradecidos; pero como éstos eran los más numerosos, gracias á la caridad inagotable de aquella señora, el sobrenombre no se hizo un título de odio, sino una patente de generosidad.

En aquella situación, apoteosis de su vida, Gedeón se sintió herido irremediablemente. Con estoica melancolía, porque aquel protestante tenía un alma de héroe, se dió cuenta de que los días de lucha y de trabajo habían sido los más dichosos y de que el sueño del reposo alegre y pacífico era una ilusión. Después de haber cultivado su campo y sembrado en él abundantes mieses regadas con su sudor, con sus lágrimas y con su sangre, la dura condición humana le hacía sentir el peso de su yugo cuando no había que hacer sino aprovechar los soberbios frutos recogidos y vivir opulento y libre. La muerte se presentaba; en cuanto llegase á su objeto, era preciso volver á partir, para siempre ya. Se resignó, puso á su mujer al corriente de los negocios, le enseñó á dirigirlos, colocó á su lado á Eliphas como guardián incorruptible y, seguro de que su obra no corría riesgos, una noche se extinguió sin sacudidas, sin sufrimiento, como una lámpara que se apaga al soplo de la tormenta. La señora Mossler quedó inconsolable, pues sentía por su marido una ternura mezclada de admiración, sentimientos dedicados respectivamente al hombre y al genial aventurero. Le lloró en silencio, cerró su casa, se retiró á su propiedad de la Chapelle-Sauvigny, y concentró todo el interés de su vida en el hijo de aquel á quien había amado, acaso, en sus ensueños.

II

El muchacho tenía quince años y estaba estudiando en el liceo de Luis el Grande por decisión de Gedeón Mossler, el cual, no habiendo recibido sino una educación muy sumaria, consideraba la instrucción como el primero de los bienes. La señora Mossler sacaba al joven del colegio todos los domingos é iba á visitarle con regularidad todos los jueves. No le mimaba y le dirigía siempre graves discursos que parecían aburrir soberanamente á Velentín. Era difícil encontrar un muchacho más bello que el hijo del Conde Chef de Coutras. Alto, delgado, rubio como su padre, con ojos acariciadores y boca sensual adornada de blancos dientes, prometía ser, como fué, uno de los hombres más seductores de París. Su carácter, aun no bien formado, se anunciaba resuelto. Un día el rechoncho Simeón Golschmidt, de la casa Golschmidt y Bauer, un externo que iba á clase en coche de dos caballos y con un lacayo para llevarle los libros, quiso hacer el gracioso, y al salir del liceo, donde el profesor acababa de comentar el reinado de Enrique IV, preguntó:

—Entonces, ¿fué uno de tus antepasados quien ganó la batalla de Coutras, cuyo nombre llevas?—No; fué el rey, contestó tranquilamente Valentín; pero como mi abuelo había tomado la ciudad, el Bearnés le dijo: «Tienes la ciudad; guárdala Te la doy». De esto viene mi nombre.

—Está bien en cuanto á Coutras; ese apellido le explica la batalla. Pero «Chef» parece más bien cosa de cocina...

Los muchachos habían hecho corro en torno de los dos colegiales y una carcajada ruidosa acogió el chiste del rico é importante externo. Valentín miró á su interlocutor que con la boca hendida hasta las orejas y la nariz de promotonrio, se balanceaba, encantado con aquel éxito popular. El joven conde se puso pálido y sin decir palabra, pegando antes de amenazar, que es como se hacen esas cosas, aplicó en la cara de Simeón una flor de cinco hojas, tan magnífica, que nunca debió producirla semejante la tierra de Canaan. El heredero de los Golschmidt y Bauer recogión sus libros esparcidos por el polvo, se levantó y sin más réplicas, desapareció ligero como un ciervo.

Pero la casa Golschmidt tenía influencia y no podía tolerar que se la abofetease en la persona de su descendiente. Valentín fué llamado ante el provisor y sufrió una reprimenda mayúscula, después de la cual quedó arrestado por el resto de la semana. En tal situación le encontró la señora Mossler cuando, según de costumbre, fué á verle el jueves. Encerrado en una celda de dos metros cuadrados, con ventanillo en la puerta, como las de las prisiones, el joven conde había aceptado filosóficamente su suerte, y copiaba en papel rayado, cien líneas por hora bajo la inspección de un antiguo gendarme llamado Seguín. Aquella tarea le aburría desesperadamente, pero la cumplía sin murmurar, contento en su interior por haber obrado como le parecía que debió hacerlo. El gendarme convertido en carcelero asomaba de vez en cuando por el ventanillo la cabeza canosa y rapada y decía, mirando á todas partes con ojos terribles:

—¡Coutras, usted no trabaja! ¡Coutras, está usted estropeando la mesa con el cortaplumas!

Y Valentín, inclinado melancólicamente sobre el papel, respondía:

—Ilustre Seguín, déjeme usted en paz. Estoy en el encierro, debajo del tejado. No me pueden enviar más alto de lo que estoy, como no me pongan en el globo. Arregle usted sus papeles y no me enseñe su cara de polizonte.

—¡Coutras, usted no respeta á un veterano; usted acabará de mala manera!

—¡Seguín, usted no tiene miramientos con un prisionero; usted acabará siendo gendarme, como empezó!

En medio de estos caloquios agridulces, la señora Mossler se presentó en el local penitenciario de techo aguardillado, desde el cual se extendía la vista, de un lado por otro el Panteón y la biblioteca de Santa Genoveva y del otro por el *boulevard Saint-Michel*. Las golondrinas que había anidado en las altas chimeneas surcaban piando la ligera atmósfera. Aquel observatorio hubiera sido encantador, para gozarle en libertad y no á través de ventanas tan rudamente enrejadas. Al ver entrar aquella mujer

pequeña y delgada y tan sencillamente vestida, Seguín la tomó por un ama de gobierno y en tono menos que amable preguntó:

—¿Qué desea usted?

—Ver á Valentín Coutras......

—¿Viene usted de parte de su familia? Bonito mucho cho tienen ustedes......

La reina del oro miró friamente al antiguo gendarme, le entregó el permiso firmado por el previsor, y dijo en tono que no admitía réplica:

—Despáchese usted; no tengo tiempo que perder.

La puerta se abrió instantáneamente y Valentín, prorrumpiendo en un grito de alegría, se arrojó en los brazos de su madre adoptiva.

—Vamos á ver, hijo mió, ¿qué has hecho para que te castiguen tan gravemente?

—Nada. He cascado las liendres á un compañero por burlarse del nombre de mi padre.

—¿Y por eso estás aquí? El profesor me ha dicho que estabas en rebelión perpetua contra los profesores......

—Ese es mamarracho de Goldschmidt que ha ido á quejarse á su padre...... Y como hay un montón de personas de esa familia en el gobierno, el provisor está boca abajo......

La señora Mossler habló de otra cosa, pero su fisonomía cambió y sus palabras se hicieron escasas. Habitualmente le irritaba la injusticia, pero entonces sentía un agudo tormento viendo á Valentín castigado casi ignominiosamente por un acto que ella juzgaba legítimo. Al cabo de un rato se levantó y sin informar al joven de lo que proyectaba, se dejó y volvió al gabinete del provisor, el cual vió á reaparecer con muy mal gesto á la señora Mossler, de la que creía haberse ya librado. Deseando acabar en dos palabras, se apoyó en la chimenea.

—¿Cómo es, señor, preguntó la madre adoptiva de Valentín, que me ha dado usted unas razones tan erróneas sobre el castigo en que ha incurrido mi pupilo? Ahora sé á que atenerme...... Ese muchacho tenía razón.

El provisor, muy sofocado, replicó con énfasis:

—Entre las imparciales afirmaciones del maestro y los relatos interesados del alumno, ¿podrá usted, señora, dudar un solo instante?

La señora Mossler no respondió. Miró con aire de disgusto á todos lados y dijo:

—Ese sexto piso en que le han encerrado ustedes es muy cálido...... como que está debajo del tejado. El sitio es sucio y nauseabundo...... Supongo que pensará usted hacerle bajar......

—Pero, señora, un castigo merecido debe cumplirse....

La señora Mossler no pareció haber oído. Examinó por la ventana del patio las construcciones viejas y carcomidas del antiguo liceo, y dijo con flema:

—Este colegio es horrible y debe ser mal sano....... En tiempo de epidemia morirán aquí los muchachos como moscas..... Me dan ganas de comprarle para hacerle demoler y edificar uno nuevo......

Al oir aquel propósito fenomenal, el provisor se quedó aturdido y balbuceó:

—Pero, señora, un edificio del Estado........ La nación no vende jamás....... No se compran las propiedades del gobierno......

La dama respondió con placidez:

—Si quisiera ofrecer solamente dos millones al Estado por echar abajo este nido de ratas y reedificarlo decentemente, el asunto no dormiría...... Valentín de Chef de Coutras no puede permanecer aquí ni una hora más...... Ruego á ustad que envíe á buscarle; le espero en mi coche.

Dirigió al provisor un signo imperioso y sin mirar siquiera que la seguía, salió del despacho dejando á aquel administrador petrificado.

Al día siguiente Valentín se instaló en la avenida de los Campos Elíseos y fué enviado como externo al liceo Condorcet. Desde ese día no abandonó ya á la señora Mossler y la influencia que adquirió sobre ella fué inmensa. El muchacho era encantador y había en él un cierto deje de inconstancia que tenía á su bienhechora en perpetua alarma. La buena señora experimentaba la sensación de que nunca era completamente suyo y de que siempre faltaba algo que hacer para estrechar los lazos que le unían con ella. Era como una bella mariposa que se teme ver volar, que enseña sus alas brillantes, pérfidamente deseosa de hacerse apreciar más y más y que á cada momento se levanta, revolotea, toma una dirección como si fuese á alejarse para siempre y acaba al fin por quedarse, porque el jardín es rico en suaves y deliciosas flores.

La dama hizo por él todo género de sacrificios, le colmó de favores y se adhirió á él tanto más cuanto más frívolo y casi indiferente lo veía. Jamás se preguntó si no siendo el más agradecido y el más tierno de los hombres podría no tener corazón. Le veía elegante, espiritual, seductor y, sobre todo, á través de su triunfante persona, veía á su padre, al encantador Jacobo, en el cual no había dejado de pensar desde lo más profundo de su sér. Valentín probó, por lo demás, desde su más tierna edad, una instintiva malicia. Si hubiera pedido dinero á la señora Mossler la hubiera, acaso, hecho entrar en desconfianza: Los ricos son escamones; creen siempre que se quiere abusar de ellos y están en guardia. Gracias á esta vigilancia de sus intereses, los millonarios consiguen pagar las cosas menos caras que los miserables y son mucho menos engañados que engañadores.

Valentín mostró una indiferencia por el dinero que encantó á la señora Mossler. Aquella mujer, que había pasado su vida en medio de los rudos buscadores de oro, admiró á un niño que parecía no tener necesidades, gozaba del lujo sin parecer apreciarle y se mostraba tan sencillo como el más pobre de sus camaradas. Vió en ese desdén una prueba de nobleza y amó á Valentín por su desprecio hacia lo que había sido el único fin de los esfuerzos de todos los que ella había conocido. Lo creyó un muchacho superior y le agradeció la dicha que de ese modo le proporcionaba.

Cuando Valentín fué mayor, le hizo llamar una mañana al saloncillo del que surgían las liberalidades distribuidas por el señor Eliphas, y le dijo, después de hacerle sentar á su lado:

—Mi querido hijo, has llegado á ser un hombre y creo necesario algunas explicaciones entre nosotros para precisar nuestra situación. Hasta aquí, has vivido á mi lado como si fueses mi hijo y, sin embargo, ningún lazo nos une, como no sea nuestra voluntad, Tu podrías dejarme mañana mismo y yo separarme de tí. Ni tú por el daño material que esto te haría ni yo por el pesar que me produciría tu partida, podríamos reclamarnos mutuamente nada. No ignoras que tu padre me recomendó que velase por tí y bien has visto que he cumplido su encargo lo mejor que he podido.

Valentín cogió la mano de su bienhechora, y sin decir una palabra, la besó con tierno reconocimiento.

La señora Mossler continuó con voz un poco temblona:

—Hoy, que vas á entrar en la vida y á ser responsable de tus actos y dueño de conducirte como más te plazca, tengo que hacerte una proposición.

—Te escucho, mamá querida, respondió el joven con voz dulce y simpática; pero ¿por qué ese preámbulo tan grave? ¿Tienes un deseo y dudas que me preste á él?

—¿Y si se tratara de dejar tu nombre para tomar el mío?

La cara de Valentín se puso sombría y no pudo resistir un gesto de dolorosa sorpresa.

(*Continuará*).

El Conde Valentín de Chef de Coutras abrió la puerta y entró en la habitación de la Sra. Mossler.

[Véase el pliego anterior]

LA NOTA DE LA MODA.

Traje de calle para principio de invierno.

EL MUNDO.

TOMO II | MEXICO, DOMINGO 8 DE NOVIEMBRE DE 1896. | NUMERO 19

El amor es más fuerte que la muerte.

En el panteón.—Recuerdo del dia 2 de Noviembre, POR ALCALDE.

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

Los Cuartelazos.

Se ha pretendido que al referirnos en estas columnas á los *«tenebrosos cuartelazos que manchan la historia patria»*—palabras que aquí quedan escritas y que estamos dispuestos á defender con entera convicción—hemos lanzado una injuria al actual ejército, lastimando al propio tiempo la reputación de los jefes que acaudillaron la revolución de Tuxtepec y de la que emana el presente estado de cosas.

Hemos hablado de *cuartelazos*—pronunciamientos encabezados por militares al mando de fuerzas confiadas por los gobiernos contra los que se produce el movimiento;—y hemos hablado de *historia patria*, y antes de fijar la diferencia enorme que existe entre una revolución como la de Tuxtepec y un *cuartelazo*, exhibiremos algunos de estos actos, abundantes en el arsenal de nuestra joven nacionalidad.

Léase bien lo que es un *cuartelazo*:

En 1845, á raíz de haber declarado Texas su anexión al territorio americano, el Gobierno de la nación confía al general Paredes un fuerte ejército para combatir á los rebeldes; el General Paredes sitúa sus fuerzas convenientemente, invita á otros jefes á su empresa y se pronuncia contra el Gobierno en la hacienda de la Pila, no lejos de San Luis Potosí, golpe de mano que lo lleva á la Presidencia de la República.

En 1847, en plena guerra con los Estados Unidos, el General Peña y Barragán, se pronuncia en la Capital, al frente de las fuerzas que el Gobierno ha puesto bajo sus órdenes; el cuartelazo no triunfa, pero por espacio de un mes, dice un historiador, las calles de México fueron teatro de toda clase de horrores.

Pero la simiente de *cuartelazos* estalla y fructifica tan pronto como triunfa el plan de Ayutla; y Don Ignacio Vallejo y el capitan Servín en Morelia y Don José María García, comandante militar de Oaxaca, y Don Vicente Salcedo en San Juan de Ulúa, inauguran una serie de pronunciamientos que llenan de sombras todo este periodo.

He aquí, tomados al azar, ejemplos palpitantes de los *tenebrosos cuartelazos que manchan la historia!* ¿Es posible encontrar en ellos un término de semejanza con la revolución de Tuxtepec?

La revolución de Tuxtepec no fué un *cuartelazo* ni los hombres que intervinieron en ella se aprovecharon de elementos algunos encomendados á su vigilancia y que torcieran de su fin; Tuxtepec ha sido ya bastante bien explicado al público para que nuevamente tratemos de dar á conocer su expresión y alcance; aquel movimiento, apoyado en necesidades que la República pugnaba por satisfacer, inspirado en un amplio programa de progreso, penetró rápidamente en el país; traía una gran promesa que ha cumplido: la de desarrollar todas las fuerzas activas de la nación, y una noble esperanza realizada: precisamente la de extinguir todos esos *cuartelazos* que antaño se producían en la historia patria. Tuxtepec fué una revolución nacional y cualquiera que hubiese sido la bandera que enarbolara habría triunfado. ¡De tal modo había penetrado en la conciencia popular!

***

Y si del movimiento revolucionario, pasamos á los hombres que en él intervinieron, podemos apreciar todavía mejor la enorme diferencia que existe entre los viejos pronunciamientos y el acontecimiento político realizado hace veinte años. Citemos, también al azar, algunos hechos:

EL MUNDO diario acaba de recordar que en 1867, el general Díaz, al frente de un ejército de 60,000 hombres y con un préstamo de 500,000 pesos que voluntariamente facilitó el comercio, hizo entrega no sólo del ejército y el adelanto sino también del excedente de la suma mencionada y que estaba en su poder. Mucho antes de 1876, el que es ahora Presidente de la República no había querido aceptar ni el sueldo de general que se le ofrecía no ya como militar en cuartel, sino por sus servicios anteriores prestados á la patria. Por lo demás la revolución de Tuxtepec fué la que buscó al general Díaz, no fué éste quien provocó la revolución.

El General Donato Guerra, cuyo recuerdo ha sido justamente honrado en estas columnas, antes de alistarse en las filas revolucionarias, hizo entrega de la división que mandaba y del dinero que poseía, acto muy significativo del cumplimiento de su deber como soldado pundonoroso y digno.

Otros hechos de esta naturaleza podríamos mencionar, y acaso ellos figuren en la historia de esta revolución, narrada fielmente por algunos de los redactores del MUNDO testigos presenciales de aquellos acontecimientos.

Y si, pues, éste es el verdadero criterio con que debe ser medida la revolución de Tuxtepec, y ésta la verdadera medida de los hombres que la acaudillaron, no cabe que hayamos injuriado á nadie al referirnos á sucesos que en modo alguno se encuentran relacionados con personas y hechos consignados en la historia de estos últimos veinte años. Pero la historia de México no comienza en 1876, y derecho del escritor es estudiarla en sus varios periodos, sin prejuicios ni ofuscaciones, tal como se presenta al examen de un criterio sereno y reposado, diciendo de ella toda la verdad que de su estudio se desprenda. Y apoyados en este derecho hemos escrito las palabras que se nos censuran. Juzguen nuestros lectores si hemos tenido ó no razón.

El nuevo Presidente Americano y los intereses mexicanos.

El candidato republicano Mc Kinley acaba de triunfar en las elecciones americanas. Conocido es del público de nuestro semanario el programa que sirve de base á la política, que servirá de línea de conducta al nuevo Presidente de la República del Norte.

El triunfo del campeon proteccionista en nada perjudica á los intereses de México, relacionados con la gestión económica de la administración americana. Como se recordará, Mc Kinley es un decidido paladín del *talón oro*, y esto que, á primera vista, parecería perjudicar á una de las industrias más importantes de nuestro país, no puede causarnos más daños que beneficios nos hubiese traído la exaltación de Bryan, partidario de la plata.

En el estado en que se encuentra la crisis del metal blanco, ninguna medida artificial podría resolver este problema. Las fuertes compras realizadas por el Tesoro Americano, hace años, no sólo no contribuyeron á rehabilitar el valor de la plata, sino que no fueron obstáculo á su lenta y prolongada depreciación. Todos los esfuerzo de Bryan por devolver su primitivo precio á este interesante producto se hubiesen estrellado contra lo irremediable.

Por otra parte, en las condiciones en que se halla nuestro comercio exterior, una alza de la plata no convendría tanto á nuestros intereses como el beneficio obtenido en el pago en oro de las demás mercancías de exportación. Y de esta *prima* seguirán disfrutando los productores, especie de estímulo concedido al trabajo nacional.

No hay que olvidar que la política de Mc Kinley contribuyó á la inmigración de fuertes capitales Americanos incorporados á industrias, que, como la de fundiciones de metales, han abierto nuevas fuentes de riqueza y proporcionado labor á numerosos brazos.

La victoria del campeón republicano debe, por lo tanto, ser considerada como muy favorable á México y digna de todo nuestro beneplácito.

Política General.

RESUMEN.—Bismarck en evidencia.—Pretendiendo herir á un ministro, ataca al imperio.—Decadencias de la edad.—Crisis sin razón en el Gobierno francés.—La elección de Mc Kinley y la prensa extranjera.—La plataforma de St. Louis y la futura política americana.—Los partidos y los gobiernos.

No ha terminado todavía, ni es fácil que termine tan pronto, la exaltación provocada en la prensa europea por las declaraciones que acaba de hacer un periódico alemán, órgano característico del príncipe de Bismarck.

Acababa de pasar la grande y aparatosa recepción del Czar en París; aun resonaban en el aire, con poquísima gracia para los oídos germánicos, los ecos y el estruendo de las lujosas fiestas, cuando el desairado Canciller de Hierro, que á pesar de su grandeza histórica y casi legendaria, siente la nostalgia del poder, para herir á los franceses que se enorgullecen y con razón de su alianza con el moscovita, para mostrar ante la Europa la refinada astucia de su diplomacia y la pujanza de su gestión internacional, y para marcar á sus sucesores con el estigma de la ineptitud, descubre ante los asombrados gabinetes la existencia de antiguo tratado que ligaba Rusia y Alemania, á hurtadillas de las potencias mismas que componían la Triple Alianza, y ha durado de 1884 á 1890.

Ni sus obligaciones de Canciller que le imponían silencio, ni sus deberes de servidor del Imperio que le impedían revelar secretos de Estado, que pudo poseer durante el ejercicio de sus funciones, ni las consideraciones del patriotismo, nada pudo detenerlo: y con tal de echar en cara á la República Francesa la circunstancia de haberse ligado con quienes eran ayer aliados de su mortal enemigo, y de hacer patentes las torpezas de Von Caprivi, que no supo conservar la *entente* ruso-germana que laboriosamente había establecido su antecesor, nada le importan las suspicacias que despierta en Austria que se llama á engaño, ni los rencores que recrudece en Francia, ni el aislamiento á que expone á Alemania, que puede ver por estas imprudencias rota la Triple Alianza, sin poder lograr en recompensa restablecer la antigua harmonía entre los dos grandes imperios del norte de Europa.

Con razón Guillermo II, en su primer impulso y en su ciego arrebato, pensó hasta perseguir ante los tribunales al que resultara responsable de las declaraciones graves del *Hamburger Nachrichten;* con razón la prensa oficial y oficiosa de Alemania se ha desatado en ataques contra el indiscreto Canciller, la francesa ha rechazado con energía la insidiosa imputación del periódico alemán, y la austro-húngara se atreve á tachar de desleales los procedimientos germanos que ahora se descubren.

Y es de tal naturaleza el asunto que en vano se le busca una solución decorosa. El Gobierno de Berlín no puede ni afirmar abiertamente, ni desmentir la noticia, so pena ó de faltar á la verdad, ó de secundar las miras y hacerse en cierto modo cómplice de Bismarck; no puede satisfacer los resentimientos austriacos, porque para esto también necesitaría descender de su alto puesto y tocar las miserias que se le atribuyen, fundándose en esas revelaciones. De donde resulta una situación difícil y comprometida, orillada á complicaciones en lo porvenir.

***

¡Cuán cierto es, que muy raras veces se conservan á una avanzada edad el juicio claro y las concepciones brillantes que pudieron ser patrimonio de juventud airosa y pujante y gloriosa virilidad! Cuán cierto es también que la pasión y la ira pueden caber en pechos celestiales, y que aun las almas más bien templadas y los espíritus más serenos pueden sufrir á las veces obnubilaciones lastimosas y lamentables eclipses, cuando el prejuicio y el rencor y la tristeza del ajeno bien los cubren con sus sombras!

No ha mucho el *Grand Old Man*, el célebre liberal inglés Mr. Gladstone, aconsejaba á la Gran Bretaña intervinera de modo violento en la crisis armenia, y procurara por medio de la fuerza hacer cesar las atrocidades turcas que al mundo cristiano escandalizan, aunque encendiera la guerra europea, y la gran conflagración universal alumbrara con sus fatídicos resplandores el triunfo de esos arranques de lirismo apasionado.

Ahora es la gran personalidad germánica, el Canciller del Rey Conquistador, el que por rencillas trasnochadas y añejos odios, descubre secretos que debieran quedar ocultos.

Por supuesto, que los arranques de los ilustres ancianos no tendrán notable trascendencia. Inglaterra no llegará al último extremo que la aconsejaba Gladstone, y Alemania procurará estrechar sus vínculos con Austria, y aproximarse en lo posible á la omnipotente Rusia, remediando en lo posible la mala impresión que produjeran las declaraciones de Bismarck.

***

Inquietos y tornadizos los diputados franceses, á raíz del esplendente triunfo que acaba de obtener el gobierno que preside Mr. Méline, con la presencia del Czar en París, y la ratificación ante el mundo entero de la alianza franco-rusa, ya andan buscando la manera de crearle dificultades, procurando derribar al gabinete que apenas tiene seis meses de existencia.

Rencillas íntimas, pequeñeces de salón, desaires de etiqueta, son los medios que quieren poner en juego; rencores insignificantes, pasioncillas cuasi familiares son la levadura que fermenta ahora para provocar una crisis.

Después de las nimias exigencias de lo que se llama «protocolo» en la corte republicana del Elíseo, á que tuvieron que sujetarse los emperadores rusos, muchos funcionarios grandes y pequeños, y entre ellos un buen número de diputados provincianos, se han creído lastimados porque no se les invitó debidamente y no tomaron la parte que soñaban en todas las ceremonias fastuosas de la recepción. Muchos se figuraban en unión de sus burguesas familias, codearse y tratar en *campechana sans façon* á los augustos soberanos del gran imperio; y al verse chasqueados en sus *modestas* aspiraciones, se vuelven contra el Gobierno que tiene la culpa de todo y procuran, nuevamente ilusos, provocar su caída por causas tan peregrinas.

Vanas esperanzas: su intento primero ha fracasado, y el voto de censura que se pidió á la Cámara por fútiles motivos fué rechazado ya por inmensa mayoría.

No son las conspiraciones de ese género las que pueden medrar en los tiempos que alcanzamos. Hasta entre los fosfóricos franceses, de carácter arrebatado é impulsivo, se necesita algo más sólido para derribar un ministerio.

***

Los comicios electorales, reunidos el día 3 del actual en toda la extensión de la Confederación americana, votaron en su gran mayoría por el candidato republicano, y concedieron la investidura de Presidente de la gran República al célebre proteccionista de Ohio, William Mc Kinley.

Si la elección del candidato republicano es motivo de regocijo para México, porque favorece sus intereses mercantiles y financieros la continuación del talón oro en los Estados Unidos, no sucede lo mismo en los países europeos, que recelan y con razón del exajerado proteccionismo que tendrá que desarrollar el nuevo presidente, si llega á dar cumplimiento al programa aprobado en la Convención Nacional Republicana que lanzó su candidatura y fué aceptado por él al admitirla.

Buen testimonio dan de estos temores los comentarios que han acompañado á las noticias de la elección. Organos de la prensa inglesa y alemana, representantes de los pueblos que serían los más perjudicados en caso de restablecerse corregida y aumentada la famosa tarifa que lleva el nombre del nuevamente electo, no ocultan sus prevenciones ni hacen misterio de sus recelos.

Si se huelgan los más del buen sentido del pueblo americano, manifestado al rechazar á Bryan, que lo habría llevado á muy graves conflictos, y habría podido comprometer seriamente el crédito y el buen nombre de la nación, no pueden menos de lamentar que el triunfo del talón oro, vaya probablemente acompañado del proteccionismo prometido.

Hay otros puntos en el programa republicano á que debe corresponder el gobierno que se inaugurará en Washington en Marzo de 1897, y son los que se refieren á la política internacional de los Estados Unidos. Según lo acordado en la Convención de St. Louis, es voluntad del partido republicano manifestar de modo activo, y si es preciso con ostentaciones de fuerza, sus simpatías por la revolución cubana y su interés por los infelices armenios, cruelmente sacrificados por los bárbaros musulmanes.

Pero como nosotros creemos que una cosa es el programa de un partido y otra el de un gobierno constituido, no será fácil que Mc Kinley dé vuelo á sus preferencias

El Sr. Presidente de la República descubriendo la estátua del Sr. General Pacheco.

Estátua del Sr. General Pacheco, inaugurada en el Panteón de Dolores el 4 del actual.

proteccionistas, ni á las exigencias del partido que lo elevó al poder. Prudentemente y con serena calma, estudiará los graves asuntos de Estado, y no se ha de guiar por las preocupaciones y fanatismos de sus partidarios. No es lo mismo discutir en el club, que pesar la gravedad de los negocios con la inmensa responsabilidad que adquiere el depositario del poder, ante el pueblo que lo nombró y ante la crítica que lo estudia.

X. X. X.

5 de Noviembre de 1896.

"Don Juan Tenorio."

Para sacar algunas presuntas ánimas del Purgatorio, se representa en todos los teatros de esta noble ciudad de los palacios, durante siete días, por la tarde y por la noche, el drama religioso-fantástico de Zorrilla, titulado *Don Juan Tenorio*. No sé cuántos días de indulgencia ganaremos por haber oido con calma el drama anual *ad usum cocherorum punti;* pero yo creo que cuando nos remitan á purgar nuestros pecados, no mucho tiempo tendrán que decir nuestros deudos aquello de

"Que Dios las saque de penas
Y las lleve á descansar."

Despenados quedaremos á la segunda audición, y después de una obra así, ¡cualquiera descansa!

Por supuesto que no debía hablar mal del *Tenorio*. El famoso *Don Juan* me ha hecho recordar mis felices años de infancia, cuando el maestro de escuela de mi pueblo se consideraba con derecho de pegarme cuatro coscorrones por cada lección no aprendida ó el Juez de paz pretendía instruirme proceso porque me apoderaba de las ciruelas del cercado ajeno.

Sí, señor; en mi pueblo se representaba el *Tenorio* con todas las reglas del arte. Dos meses antes del 2 de Noviembre, ya andaban en movimiento la sobrina del señor cura, la esposa del pintor, el Juez de Paz 2º, el maestro de escuela y otros vecinos más ó ménos honrados y laboriosos.

Los bancos de la escuela se disponían en forma de tablado, juntándolos herméticamente; tres sábanas figuraban lo mismo la casa de Don Juan á orillas del Guadalquivir, que el panteón; y la vela de sebo que alumbraba la ventana del cuarto de Doña Ana de Pantoja, ejercía después de luna que quebraba sus vacilantes rayos en los bustos de tres chicos convenientemente enjalbegados y de pie sobre otros tantos cajones de petróleo.

A la sobrina del cura, una señorita picada de viruelas aunque contemporánea de la expedición de Barradas, le confiaban *el cometido* de *Doña Inés; Don Juan* lo hacía el maestro, y el *Comendador* el Juez de Paz 2º

Las señoritas mejor trajeadas del pueblo, el Presidente Municipal y hasta la autoridad eclesiástica asistían á la representación ¡Qué aplausos tan sonoros, qué comentarios tan encomiásticos y qué llanto tan doloroso el de la selecta concurrencia cuando *Don Juan* fallecía en los brazos de la sobrina del cura!

—¡Qué disposiciones las de esta niña para el *trato!* exclamaba el pintor en el colmo del entusiasmo.

Don Juan salía con un sombrero cubierto de flores, vestido de zamarra y pantalón con botas de un vaquero de hacienda comarcana, y en vez de espada, machetón al cinto. Por eso en el cuarto acto, Tenorio daba un soberbio trancazo al Comendador y de un machetazo en la espalda mataba á *Don Luis Mejía*.

Pero lo que encantaba á los asistentes era la escena en que *Don Juan*, arrodillado delante de la señorita Ulloa, la requebraba á todo su sabor y talante. El maestro, muy conmovido, entre manazo en el pecho y manazo sobre una silla baja, gritaba, como si estuviera regañando á los chicos:

"¿No es verdad, arcángel de amor,
que en esta apartada orilla
más pura la luna bria
y se respira más mejor?"

—Pero, hombre—le preguntaban—¿por qué dices *arcángel* y no *ángel*, como *está en la comedia?*

—¡Parecen tontos! Porque *arcángel* es más que *ángel*, y yo creo que el autor se equivocó.

Lo cierto es que esa noche los niños soñaban con resucitados y las muchachas cobraban ánimo para sufrir las iras de sus padres, en aras del amor que profesaban á los señoritos de la localidad.

El drama religioso—fantástico de Zorrilla, este año, me llevó otra vez á la galería construida en la casa municipal de mi pueblo, en donde me daban sitio previos seis centavos, valor de la entrada, y varios empellones de los mayas que se reían á mandíbula batiente en los pasajes más patéticos de la representación.

En el Teatro-Circo, volví á ver al maestro de escuela. El actor que servía de *D. Juan*, declamaba:

esta aura que vaga llena;
de los sencillos olores
de las campesinas; flores
que brota la orilla amena.

A cada momento me figuraba que el buen señor bajaría del escenario para darme algunos coscorrones. ¡El maestro de escuela en pleno *D. Juan Tenorio!* Los mismos visajes, los mismos manazos, las mismas barbas y pienso que si le preguntan:

—¿Por qué dice usted los sencillos olores de las campesinas?

Responde:

—Vaya una pregunta! Porque las campesinas son más que las flores. Yo creo que el autor se equivocó.

Para que mis recuerdos no quedaran truncos, en la última representación del *D. Juan*, en Arbeu, Figuerola hizo de *Doña Inés* ¡y cómo se parecía á la sobrina del Señor Cura! Ví en su semblante hasta los agujeros de las viruelas.

Pierrot.

MANIFESTACION EN HONOR
DEL SEÑOR GENERAL PACHECO.

El día 4 del mes en curso, por la mañana, numerosos amigos del finado General de División Don Carlos Pacheco, dirigiéronse en trenes especiales al Panteón de Dolores, con el objeto de visitar la tumba del patriota, situada en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Colocóse previamente frente al monumento que ampara los restos del expresado general, una tienda adornada con banderas de los colores nacionales, en la cual se levantaba la tribuna, y bajo de ella se instalaron los visitantes, entre los cuales se encontraban los Sres. Gabriel Mancera, Adolfo Díaz Rugama, Andrés Basurto, Sierra y Horcasitas, Luis G. Rubín, Dr. Peñafiel, Coronel Carlos Quaglia, Lic. Eduardo Zárate, Redo, Martínez de Castro, Benito Juárez, Dres. Altamirano y Secundino Sosa, Pedro del Valle, Montes de Oca y numerosos empleados.

Poco después de llegados los manifestantes se presentó el Sr. Presidente de la República.

La ceremonia se inició con una marcha ejecutada por la banda de Ingenieros, y concluida, el Sr. General Díaz dirigióse al monumento y descubrió la estátua en bronce del General Pacheco, obra del Sr. Alciati. Después subió á la tribuna el Sr. Eduardo Zárate, pronunciando un bonito discurso en elogio del finado. Hablaron después los Sres. D. Secundino Sosa y D. Luis Méndez, cuya pieza oratoria pudieron ver nuestros lectores en El Mundo diario, y en seguida el Sr. General Díaz y los manifestantes depositaron coronas al pie del monumento, terminando así la espontánea y cariñosa ceremonia, digna de aquel á quien se consagró y que era un hombre de talento y de corazón.

Otro pago de $3,000.00, de "La Mutua" EN GUADALAJARA.

Guadalajara, Octubre 20 de 1896.

Sr. Don Carlos Sommer, Director General de «La Mútua» de Nueva York en México.

Muy señor nuestro:

Hoy hemos recibido por conducto del Banco de Londres y México y ante el notario Sr. D. Arcadio Padilla, la suma de $3,000,00 (tres mil pesos fuertes) valor de la póliza núm. 661,409 bajo la cual estuvo asegurado nuestro finado hermano el Sr. Cura Don Guadalupe Ibarra.

Que la presente sirva para hacer pública nuestra gratitud hacia usted que tan bondadosamente nos ha facilitado todo hasta recibir la suma antes dicha, sin haber erogado gasto alguno ni haber demorado el pago, que como siempre lo acostumbra esa digna compañía, ha sido violento.

De usted afmas. attas. y S. S.—Soledad Ibarra.—Refugio Ibarra.

En busca de amo y señor.

Angustia humana.

Sobre la cúspide de la abrupta roca las manos se alzan y los brazos se retuercen con movimientos de desesperación infinita; por la eterna escala del dolor humano asciende el clamoreo de las víctimas, sube la oración vagorosa de los que sufren, marchan en vuelo rápido las angustiadas estrofas de los heridos en mitad del pecho, de los que agonizan en pleno himno triunfal que canta la imperecedera harmonía de la vida en los espacios.

Allá van, allá van esas almas peregrinas en pos del ideal perseguido, jamás alcanzado. ¿Qué locura pavorosa, qué suplicante angustia conmueve á esas conciencias ensombrecidas por la duda y despedazadas por el pánico? Es una humanidad que siente miedo, una raza de estremecidos por la desconfianza, un montón de carne humana, palpitante é inquieta, la que se agolpa en la escarpada cima reclamando su girón de esperanza, su fragmento de fe en este triste crepúsculo de los espíritus.

El hombre horrorizado del espectáculo de la lucha, ahito de su festín de sangre, ante el cuadro de desolación que á su vista se desarrolla, convierte al cielo su mirada y pugna por rasgar el impenetrable velo que le oculta el eterno misterio; golpea la losa de lo desconocido, y frente á la impasible naturaleza se debate en trágica convulsión, presa de impotencia insana. ¿Qué hay detrás de ese macizo muro en el que se estrellan las plegarias más unciosas y las más atroces blasfemias? Y la rabia de romper este secreto y devorarlo, inflama todas las almas y la queja convertida en doloroso espasmo, brota de las entrañas de la especie humana y se evapora en oleadas tumultuosas, en rojas llamaradas de una enorme pira en cuyo fuego arde sin consumirse la esperanza.

Y la lucha prosigue. Cada hombre que triunfa de la vida es un homicida; cada existencia que persiste se forma de la suma de existencias sacrificadas, cada combatiente que permanece en pie, se sostiene sobre un tropel de cadáveres. Y los cuerpos se estrechan, y las manos se asen, y las miradas se incendian y el que cae perece y sólo se conserva alzado el que derriba á los que le rodean. Vivir es matar, porque matar es defenderse!

Pero ¡ay! que cuando la noche hace caer su neblina obscura sobre el campo de batalla, los combatientes se agrupan al aliento de una sola idea, al soplo helado de una misma angustia y sobre la abrupta roca tienden sus brazos suplicantes y agitan sus manos trémulas hacia la prometida tierra cuyos vagos lineamientos no alcanzan á ver en el sereno lago azul de los cielos.

ANGUSTIA HUMANA.—Cuadro de Rochegrosse.—(De celebridad europea).

COMO CONOCI A JUSTO SIERRA.

Los Padres Jesuitas acababan de hacerse cargo de la dirección del colegio de San Ildefonso. La bohemia desarrapada, turbulenta é indisciplinada que constituía su población escolar, había sentido de una manera brusca é inesperada sobre su cuello la mano de hierro de la gendarmería de sotana á cuya vigilancia y solicitud se había confiado el gobierno del establecimiento. No bien llegados, los Jesuitas nos pasaron por cajas como á los soldados, nos clasificaron como á ejemplares de museo y nos enjaularon como á fieras. Confinados en nuestros dormitorios, como presidiarios en sus galeras, no nos atrevíamos á jugar ni á hablar. Un silencio de muerte reinaba en los inmensos patios y en los interminables corredores; tristes lamparillas de aceite dentro de grandes faroles de vidrio alumbraban apenas los ángulos, dejando en la obscuridad las vastas y escuetas arquerías, bajo las cuales paseaba una que otra sotana negra como plumaje de cuervo y brillaban pares de ojos como de lechuza.

Teníamos miedo y frío, yo, sobre todo, para quien aquella era la primera noche de internado, de soledad en medio de la multitud, de alejamiento de la familia. Sentía un nudo en la garganta, oprimido el pecho, húmedos los ojos y hubiera de buena gana sollozado y gritado. Era piadoso y, creyendo encontrar en la oración lenitivo á mi congoja, me puse á rezar. De pronto el tañido lento y acompasado de una campana nos llamó á Rosario. Un jesuita nos formó de dos en dos y nos hizo desfilar por orden de tallas, de menor á mayor, rumbo á la capilla. Los alumnos más grandes, los *filósofos antiguos*, como se les llamaba, rebeldes á la disciplina, cerraban la marcha en pelotón desordenado. Entramos á la capilla: sobre el altar mayor dos cirios por todo alumbrado; no acertábamos á distinguir las bóvedas, tan densa era la obscuridad. Las pisadas enérgicas de los filósofos antiguos resonando acompasadamente, despertaban todos los ecos dormidos en las telarañas de los ángulos y en las concavidades de las bóvedas.

Terminado el desfile y restablecida la quietud, iba á comenzar el rosario, cuando en medio del silencio estalló una voz metálica, poderosa como campana de rebato, vibrante como clarín de guerra, y se lanzó al espacio, á las bóvedas, al altar, este grito tremendo y sacrílego: «¡Muera el Papa!» Volvimos la cara, y en medio de la multitud arrodillada y humillada, vimos de pie, erguida, triunfante, una silueta enorme, cabeza de coloso, espaldas de cíclope, ojos de arcángel: ¡Justo Sierra!

Aquel grito nos heló de espanto y erizó de horror nuestros cabellos. Cubierto de sudor frío, mudo de estupor, trémulo de espanto, contemplaba yo á aquel hombre extraordinario que en su impotencia de adolescente lanzaba un reto sacrílego á la autoridad, á la religión, á la fe, á todo cuanto conocía de sagrado y de respetable; de cuyos labios en vez de la oración brotaba la blasfemia, y cuyos ojos, lejos de bajarse humillados y contritos, se alzaban al cielo preñados de ira y de odio. Han pasado treinta años y aun lo miro en medio de la capilla, fulminando sus rayos como Júpiter. Aquella noche me inspiró horror y miedo, casi odio. ¡Quién había de decirme que aquel ángel exterminador no era, como no lo ha sido siempre, sino el mejor, el más virtuoso, el más estimado de los hombres! ¡Cómo sospechar en aquel jacobino impío y blasfemo al poeta inspirado, al apóstol ferviente, al pacificador de almas, que ha vivido derrochando genio y sembrando el bien, y que morirá amado y bendecido de todos! ¡Cómo suponer que aquel volcán en erupción, en vez de desparramar la desolación y la ruina, había de ser foco de luz para los espíritus y faro para las conciencias, y cómo admitir que aquel obrero de destrucción había de levantar tantos y tan grandiosos monumentos á su propia gloria y á la gloria nacional!

Esta revelación la tuve poco después. Era una fiesta escolar; festejábamos el santo del director Artigas y nos mostrábamos espléndidos. Un salón profusamente iluminado y ricamente decorado; discurso oficial por no recuerdo quién; música y un sainete de circunstancias, «El Sorteo,» escrito con una verba endiablada por Mateos y Riva Palacio, el cual hacía una caricatura sangrienta del Imperio.

Asistieron Maximiliano y Carlota, los altos dignatarios del Imperio, las viejas damas de honor, los chambelanes y la mejor sociedad de México. En medio de la fiesta y fuera del programa, un joven, Justo Sierra, escaló la tribuna y con su voz sin par, su articulación sonora é irreprochable, lleno de vida, de juventud, de valor y de entusiasmo comenzó:

Perdonadme si audaz á este recinto
Do acabais de escuchar voces sonoras,
Vengo, osado, las cuerdas insonoras
Del laúd á pulsar. Cedí á mi anhelo,
Quise un himno de gloria dedicaros,
Pedí un destello al luminoso cielo;
Bajó la inspiración: vengo á cantaros.

¡Y qué canto! Un himno á la libertad y á la patria, una protesta contra la usurpación y la tiranía, la epopeya de nuestro martirio y de nuestras glorias, las ostentaciones de nuestras aspiraciones y de nuestras esperanzas! Justo descolgó de las ramas del saúz la lira babilónica y la hizo vibrar de patriotismo y de entusiasmo. Hizo brotar de nuestros ojos lágrimas y surgir en nuestros corazones esperanzas; nos vengó de la opresión y nos templó para la lucha y hay quien afirma haber visto brotar de los ojos incoloros del archiduque y rodar por el campo de trigo de su barba de oro, una lágrima de rábia ó de remordimiento.

Desde aquel día Justo se reveló tal como es y tal como estaba llamado á ser: patriota y liberal, artista y obrero, apostol y político y con su intuición de poeta nos hizo ver claro el porvenir:

Sólo el trabajo y la virtud unidos
Podrán llamar la bendición del cielo.

M. Flores.

Los hábitos de economía.

Frecuentemente oimos exclamar: «¡Nadie quiere ayudarnos!» Es un grito falto de ánimo y de esperanza. A veces es un grito de repugnante bajeza, especialmente cuando parte de aquellos que con un poco de abnegación, de sobriedad y de ahorro, podrían fácilmente ayudarse á sí mismos.

Muchas personas no han aprendido todavía que la virtud, el saber, la libertad y la prosperidad tienen que nacer de ellas mismos. La legislación puede hacer muy poco en su favor: no puede hacerlos sobrios, inteligentes y exactos. Las principales miserias de la mayor parte de los hombres, tienen origen en causas ajenas á las actas del Parlamento.

El pródigo se ríe de la legislación. El ébrio la desafía, y se arroga el derecho de prescindir de la previsión y de la abnegación de sí mismo, echando sobre otros lo vituperable de su final vileza.

Los oradores populacheros, que reunen «los millones» en torno suyo, están muy distantes del blanco, cuando, en vez de tratar de arrastrar á la multitud de oyentes hacia los hábitos de frugalidad, templanza y cultura propia, los incitan diciendo: «¡Nadie quiere ayudarnos!»

Este grito enferma el alma. Pone de manifiesto una gran ignorancia de los primeros elementos del bienestar personal. La ayuda está en los hombres mismos. Han nacido para educarse y ayudarse á sí mismos. Deben hacer salir de ahí su propia salvación. Los hombres más pobres lo han hecho; ¿por qué no lo han de hacer todos? El espíritu valeroso y que mira hacia arriba vence siempre.

Se ha hecho muy crecido el número de operarios bien pagados en este país, que podrían ahorrar y economizar fácilmente para el adelanto de su bienestar moral, de su respetabilidad é independencia, y de su posición en la sociedad como hombres y ciudadanos.

En "los tiempos prósperos" gastan sus ganancias de un modo atolondrado, y cuando llegan los tiempos adversos, se sumergen en la miseria. No se usa del dinero, sino que se abusa; y cuando las personas que ganan salarios, debieran proveer contra la ancianidad, ó para las necesidades de una familia que crece, están en muchos casos alimentando á la locura, la disipación, y el vicio. No se diga que esta es una pintura exagerada. Basta dirijir la vista por cualquier vecindad, y ver cuánto se gasta y cuán poco se ahorra; qué proporción tan grande de lo ganado va á pasar á las tabernas y cuán poco á los bancos de ahorro ó en beneficio de la sociedad!

Smiles.

ULTIMO ECO DEL VIAJE DEL CZAR.

Hemos seguido paso á paso al emperador Nicolás desde su advenimiento al trono hasta la última etapa de su viaje triunfal por Europa. Hoy que ha regresado ya á su opulenta corte del Neva, es tiempo de dejarle, que otros asuntos no menos importantes reclaman nuestra atención.

Damos pues la nota postrera relativa á los jovenes soberanos, publicando un hermoso grupo, del todo reciente, que representa á la Czarina, al presidente de la República Francesa y al Czar, y á título de curiosidad las líneas que van á leerse á cerca de la hermosa emperatriz, tomadas e un importante periódico europeo. Queda con esto terminada nuestra misión informativa.

La Emperatriz Alejandra Feodorowna—dice Enrique Conti que ha sido por muchos años maestro de literatura francesa de la Czarina—ese ídolo viviente que el pueblo ruso venera prosternado, es la mujer más sencill del mundo, tímida hasta lo inverosímil y tan sensible que á la menor impresión sus ojos se llenan de lágrimas.

El antiguo preceptor de la Emperatriz se muestra en usiasta por la belleza física de su augusta discípula, y da á conocer fragmentos de algunas cartas de la Reina Victoria, la Soberana de Inglaterra, en que celebra con poéticas frases las gracias de su adorada nieta.

Después habla Mr. Conti de la madre de la Emperatriz, de quien dice que era una mujer superior que á la cultura y á la grandeza de ideas reunía hermosas cualidades de corazón. Dió ejemplo de las mas grandes virtudes y fué una madre modelo, llena de ternura y educadora admirable. Se ingeniaba en preservar á sus hijos del contagio de los defectos de la nobleza alemana, del orgullo de las prerrogativas, del desdén por los humildes, de los prejuicios de casta y del espíritu estrecho de los príncipes germánicos. La gran Duquesa de Hesse se rodeaba continuamente de personas de mérito, sin cuidarse nunca de sus riquezas ni de sus títulos.

Su pasión por sus hijos, resplandece en las cartas que dirigía á la Reina Victoria, lo mismo que en el cuidado que se tomaba por su educación moral y su instrucción.

Escogía con gran cuidado profesores é institutrices, á quienes recomendaba combatir la sequedad del corazón, y no hablar nunca de prerrogativas ni de grandezas, inculcando á sus discípulos el sentimiento del deber.

Quería que sus hijas fuesen educadas *como todo el mundo*, para que habiendo nacido princesas, mereciesen la dicha de su nacimiento por sus cualidades y virtudes.

En estos hermosos principios fueron educadas la Czarina y sus hermanas. Y esta sencillez llevaba aparejada la disciplina y la severidad. El programa de la educación y de los estudios, determinado hasta en sus más insignificantes pormenores por la Gran Duquesa Alicia, era muy riguroso. Helo aquí:

Las princesas se levantaban á las siete, hora en que se desayunaban. Hasta la comida del medio día, salvo una hora de paseo á pie ó á caballo, se entregaban á sus lecciones y estudios, que comprendían la enseñanza elemental, lenguas vivas, música, dibujo, pintura, baile, costura, y algunas nociones de cocina.

Después de la comida, un paseo en coche ó alguna excursión, volviendo á Palacio para tomar el té. Después otra vez al trabajo. Una vez por semana se les daba asueto.

Las diversiones sedentarias eran descartadas del programa; nada de muñecas, sino juguetes científicos; fonógrafos, teléfonos, fotografía, linternas mágicas y diversiones higiénicas, *sports*, equitación, *canotage*, patines, bicicleta, etc., etc.

La Czarina es una excelente amazona y una intrépida ciclista.

En cuanto á dinero para el bolsillo, la que es hoy Emperatriz de Rusia, recibía por semana 12 centavos hasta la edad de ocho años; 25 centavos hasta los doce años y 50 centavos hasta los diez y seis años.

A esta edad la Princesa dejó de ser una niña para convertirse en una señorita; dejó su traje corto y ocupaba ya un sitio en la mesa, en los banquetes solemnes. Ya no tenía que acostarse á hora fija ni se veía privada de asistir á las fiestas de la corte. Pero no por eso se interrumpieron los estudios.

Tal fué la educaicón de la Czarina; puede agregarse que el medio donde se ofrmó fué un medio verdaderamente inglés. Su madre era ya muy inglesa á pesar de estar casada con un Príncipe alemán y llevó á la corte sus hábitos y sus gustos; lejos de asimilarse las costumbres de su nueva patria, impuso en ella las suyas.

Tomaba siempre té, y á menudo en casa de algún compatriota, lo que escandalizaba á los nobles alemanes. La gran Duquesa anglomanizó la Corte y metamorfoseó poco á poco á Darmstadt en colonia inglesa.

La pérdida de esta princesa fué irreparable para sus hijas; sin embargo, la educación de las princesas continuó inspirada en idénticos principios, pues el Gran Duque y sus hijas, por un piadoso escrúpulo, no quisieron cambiar en nada el programa que había trazado la Gran Duquesa Alicia.

A partir de esta época, la Reina Victoria se convirtió en la consejera de sus nietas, que todos los años acudían á visitarla al Castillo de Balmoral. A la Czarina y sus hermanas les encantaban esos viajes á Escocia, donde hacían infinidad de excursiones á la montaña.

Una de sus diversiones favoritas consistía en los bailes casi campestres, á los que se invitaba á los que vivían por los alrededores. A la animación de estas fiestas contribuía la presencia de los hijos del príncipe de Gales, primos de las princesas de Hesse.

Mr. Conti termina su artículo diciendo:

«Se comprenderá ahora por qué la Emperatriz ha querido descansar en Balmoral más tiempo que en ninguna otra parte; la residencia de su augusta abuela le recordaba los días deliciosos de su adolescencia.

Sin duda, la Emperatriz de Rusia iría á ver el cuarto de soltera que ocupaba con una de sus hermanas.....

Por todas partes hallaría gratos recuerdos y dulces emociones. Por lo mismo ha reservado la Czarina á Darmstadt para su última visita. Allí deslizó su existencia de niña y de joven soltera, y esta última etapa será la mejor, el verdadero oasis de su excursión por Europa.»

LAS ELECCIONES EN LOS ESTADOS UNIDOS
WILLIAM MC KINLEY.—Presidente electo.—(Véase nuestra Política General).

Wm. McKinley

CONOCINIENTOS UTILES.

Conservación de las maderas en las minas é incombustibilidad.

Mister Henry Aitkens practica un procedimiento aplicable á toda clase de maderas con tal que estén descortezadas, secas y curadas bajo techado.

Las maderas en estas condiciones se sumergen en un baño de agua hirviendo, ó cuando menos muy caliente, que contenga sal común y cloruro de magnesio en proporción de siete de sal por uno de cloruro, bajo cuya acción se tiene de uno á dos días, según sus gruesos.

La instalación es sencilla: consiste en una caldera rectangular de palastro de doce milímetros de grueso por seis metros de largo, unos veinte de ancho y noventa centímetros de altura montada en un hogar con conductos laterales de humos que terminan en una chimenea.

Se emplea el carbón más inferior y un solo jornalero. Cuando se extrae la madera del baño, está reblandecida y no puede usarse desde luego; pero almacenada de punta, se seca y recobra la fuerza en pocos días. En las minas de carbón de Nidrie, la duración de las maderas era de diez meses por término medio y el dato que hay basta ahora es que las piezas preparadas por este procedimiento y colocadas en 1893 en los sitios en que las comunes se tenían que renovar con más frecuencia, se conservan tan frescas como el día en que se colocaron.

La fabricación del azúcar de remolacha.

Conócese el azúcar desde los tiempos más remotos; por lo menos el azúcar de caña. Cuanto al de remolacha fué en 1747 cuando un químico alemán llamado Nargraff publicó una memoria en la que detallaba las investigaciones por él hechas, de las que dedujo la presencia del azúcar en la remolacha; este trabajo fué presentado por su autor á la Academia de Ciencias de Berlín. Descubrimiento tan importante, tardó mucho tiempo en adquirir notoreidad por las dificultades que Nargraff encontró para llevar á la practica lo que en teoría estaba ya por él resuelto, fundándose los que se oponían á que se sacara partido del descubrimiento en que el jugo de la caña había de ser (y es en realidad) mucho más puro que el de la remolacha.

Nargraff había luchado, pero la muerte no le permitió terminar su obra; sin embargo, su discípulo Carlos Achard tuvo el honor de continuar lo por el maestro empezado y llevó á la práctica la extracción del azúcar de remolacha.

Achard estudió especialmente la remolacha desde el punto de vista de su utilidad para la fabricación de azúcar, y en 1796 estableció una fábrica para ensayar lo que podía producirse, publicando por la misma época una obra titulada "La fabricación europea de azúcar de remolacha." Como consecuencia de los trabajos por Achard realizados, estableciéronse varias fábricas en diferentes países, especialmente en Alemania, en Rusia, en Francia y en Bélgica. Los progresos realizados por los eminentes químicos Nargraff y Achard, no fueron del agrado de los ingleses, que por aquel entonces ejercían el monopolio del comercio de azúcares de caña. Comenzó entonces la lucha entre la caña y la remolacha, y si Alemania fué cuna de la industria azucarera que toma por base el segundo de dichos productos, Francia debe ser considerada como la salvadora de esa misma industria.

En 1811 ordenó el emperador Napoleón, el bloqueo continental, en virtud del que quedaban cerradas á los azúcares de caña las fronteras de los países productores de remolachas, disponiendo al mismo tiempo que fueran destinadas para el nuevo cultivo 72,000 hectáreas de terreno, distribuyéndose un millón de francos para estímulo de los cultivadores. Tal régimen prohibitivo, no duró, sin embargo, mucho tiempo: tuvo su término al ocurrir la caída del emperador en 1815. Pero ya entonces la nueva industria podía volar con alas propias, gracias á los progresos realizados en la fabricación y á los incesantes trabajos de algunos hombres de talento.

Hoy la industria azucarera se diferencía de las demás industrias agrícolas por su exportación y por el bienestar que proporciona á los que á ella se dedican. A más de tener ocupados á muchos hombres de ciencia, químicos y negociantes, facilita el pan cotidiano á infinidad de obreros agrícolas que, sin ella, veríanse inevitablemente

precisados á luchar contra el hambre en todo tiempo, pero muy especialmente en el invierno, la más rigurosa estación del año.

El cultivo de la remolacha de azúcar constituye en la actualidad una de las mejores industrias, pues mientras los linos, lúpulos y otros textiles sufren enormes fluctuaciones en sus precios, no sucede lo mismo con la remolacha. Importa, pues, no sólo desarrollar este cultivo en lo posible, si que también aplicar todos los esfuerzos que pueden allegarse á la obtención de un rendimiento de dinero bastante elevado. Para llegar á la consecución de este propósito, hácese necesario seguir las reglas de cultivo reconocidas hoy como indispensables para obtener á la vez cantidad y calidad del fruto que ha de producir el azúcar. Demuestra la experiencia que la calidad de la remolacha se obtiene sobre todo por la simiente; como factores complementarios que obran sobre la calidad de la cosecha, deben mencionarse el modo de cultivarla y las condiciones climatológ cas que hayan influido durante el período de vegetación y en el momento de la cosecha. La cantidad por hectárea depende, ante todo, del cultivo que se haya hecho, de la fertilidad del suelo, de la naturaleza del terreno y de las variaciones atmosféricas que pueden producirse desde el momento de la plantación hasta el del arranque. El cultivador debe necesariamente sembrar granos de gran riqueza, hallándose confirmada esta necesidad por la experiencia; porque sembrar granos estériles, sea de lo que fueren, es convertir en yermos los terrenos más productivos.

Curación de los sabañones.

Consideramos oportuna la transcripción de la siguiente receta para la curación de los sabañones, molestia muy común en la estación del año en que nos hallamos:

Bálsamo Locatelli......	15 grs.
Ungüento cirino........	4 ,,
Bálsamo del Perú......	10 gotas.

Estas substancias se mezclan bien hasta obtener un ungüento suave y consistente, que se extiende sobre un pedazo de tela de algodón, hilo ó lana, y se aplica sobre la parte ulcerada, por mañana y noche.

LAS ELECCIONES EN LOS ESTADOS UNIDOS.
William J. Bryan. —Candidato de los demócratas, derrotado.— (Véase nuestra Política General)

W. J. Bryan

UN ASUNTO IMPORTANTE

EL FIN DEL MUNDO.

Que este planeta ha de acabar de alguna manera ó cuando menos que la humanidad á quien se le dió por morada ha de tener fin, no es cosa de discutirse. Con tal que no nos toque á nosotros el cataclismo sino á los que vengan después, todos admitimos el fatal é ineludible resultado.

Pero queda en pie una cuestión: ¿Cuándo ha de acabar este mundo?

Según las predicciones de algunos videntes, debía ser el 12 de Octubre último. Sin embargo, el capitolio de Washington, la torre Eiffel y San Pedro de Roma, están en pie; así, pues, no se sabe á quién creer: El Angel Gabriel, que fué el que dictó la profecía arriba indicada, en París, nos ha engañado, y Teresita Urrea no dice nada sobre el particular.

Consolémonos, sin embargo, con la idea de que no somos nosotros solos los engañados por estas profecías.

En todos los tiempos, los habitantes de la tierra han estado preocupados por saber cómo y cuándo acabará el globo y las fechas indicadas son tan numerosas que ha sido poco prudente darles fe.

Todas las religiones anuncian el cataclismo final y no se comprometen mucho con eso por que la ciencia y la razón tambien admiten la certidumbre de esta terrible conclusión. Desde el Evangelio y la Apocalipsis hasta los Vedas, todo el mundo está de acuerdo. Nuestro globo es mortal y como dice el alcalde de cierta zarzuela, «ya se hará la triste experiencia»

El mismo Sr. Flammarión tiene cuidado de tranquilizar nuestras alarmas: La desaparición de la tierra según él, está prevista y no tendrá importancia alguna. Nuestro planeta no es contemplado más que por un pequeñísimo número de estrellas y si dejase de estar en su sitio, apenas si el mundo estelar lo notaría.

El universo continuaría brillando y moviéndose y la tierra perecería como una pobre diablesa obscura, sin tener ni un perro de pobre que la acompañara en su entierro. Esto dicho con perdón de nuestro amor propio.

Tales consideraciones nos traen á la memoria los hermosos versos de la *Leyenda de los siglos* y otros que llevan por título *El Cometa* y otros aún que se intitulan el *Abismo*. Al hombre que se enorgullece la tiera le dice:

Tu no eres mas que mi gusano.

A la tierra que se glorifica, Saturno le habla con desprecio; á Saturno altivo, el Sol lo insulta; al Sol, Syrio le dice: *Oigo hablar á un átomo.* Franqueamos con el poeta toda la escala de las sublimidades, eclipsando la una á la otra. Aldebarán ante arturo, el Zodiaco después del Septentrión; las Nebulosas interpelando á la Vía Lactea: *¿A quién hablas tú, pues, copo lejano que pasas?* y Dios, haciendo callar todo ese murmullo del polvo celeste, exclama:

¡Me bastaría soplar, para hundir todo en las sombras!

Esto es hermoso como la página de los dos infinitos de Pascal y tales especulalaciones en el espacio nos dan la medida exacta de la nada que nosotros somos!

Mas el fin del mundo no es, á lo que parece, cosa de hoy ó de mañana. Adhemar dice que la tierra perderá su equilibrio por el peso siempre creciente de los hielos del polo Norte y ha calculando el tiempo que se necesitará. Tenemos aun para 6.300 años. Sakountala dice que el peso de los imbéciles es el que hará zozobrar á la tierra. Esto no es exacto porque hace mucho tiempo que hubiera zozobrado.

El Nuevo testamento parecía anunciar el termino para el año mil. La experiencia ha demostrado que la interpretación era falsa.

Las gentes de entonces no tuvieron la dulce filosofía de los florentinos de Boccacio, los de la peste de 1348, que se reunieron para ocupar sus últimas horas amenazadas por la plaga, en contar las alegres historias del Decameron con las cuales se divertía la Fiammeta.

Las descripciones auténticas del año mil son para hacer temblar á cualquiera. Sería admirable que el teatro no se hubiese inspirado en ellas; pero el asunto no ha sido feliz y ha proporcionado poco exito á sus dramaturgos. Nada menos que una opera cómica se ha representado, basada en el asunto. Se llama *El año mil*; tiene letra de Melesville y Pablo Foucher y música de Grisar. Fué estrenada el 23 de Junio de 1837. Los coros cantaban:

Perdón, perdón, perdón,
Dadnos la absolución.

Hay ahí un monje que organiza un falso fin del mundo y que hace sonar la trompeta del juicio final por los ballesteros de vigilancia, para forzar al señor de Tancarvilla á conceder franquicias al pueblo y el pueblo se encanta de que haya llegado el fin del mundo:

Porque el fin del mundo
Es la libertad!

He aquí lo que se llama tomar las cosas bajo su mejor aspecto.

Al fin de la pieza, como la gente cae en la cuenta de que el mundo no acaba, el actor anuncia una fecha ulterior «que debe siempre ser, dice el libreto, el día siguiente al en que se represente la pieza» Hay en esta ingenio fácil.

A fines del siglo pasado, hubo tambien un gran fin de mundo anunciado á todo bombo para el año de 1800, el cual dió lugar á una zarzuela. *El fin del mundo* ó el *Cometa*, por siete autores, que escogieron este número simbólico en memoria de los siete brazos del candelero sagrado. Esta pieza fué representada en 1796 en París. Está llena de bromas fáciles y de alusiones; es una revista, una especie de examen de conciencia con música ante el fracaso final y una exhortación á la esperanza. El éxito fué muy grande: había en la obra ingenio y sal.

Cada quien recibía su alfilerazo y Geoffroy, el crítico del *Diario de los debates* no se libró del suyo; tenía su cláusula en el testamento del protagonista:

Para terminar la lista,
dejo un molino de viento
á un famoso periodista,
que como él va con el viento.

La noción de nuestra nada y de nuestro fin tan fácil ha divertido á los zarzueleros, así como ha inspirado á los poetas, desde Voltaire hasta Musset, desde la *Esperanza en Dios* hasta el *Desastre de Lisboa*, en que el poeta se mofa de los hombres, «esos pensadores impotentes que sufren razonando acerca de su sufrimiento:

Atomos atormentados
en este montón de cieno,
á quienes la muerte traga
y la suerte abofetea.»

No fueron tan hermosos como éstos los acentos que el

ULTIMO ECO DEL VIAJE DEL CZAR.

N.COLAS II. — M. FELIX FAURE. (De fotografía hecha en París.) — LA CZARINA.

fin del mundo anunciado para el 12 de Octubre último, inspiró á los poetas.

Limitóse todo á algunos dibujos grotescos, y algunos versos malos en los cuales Dios Padre canta con música de una zarzuela:

Reyes y pueblos mercenarios,
desde el Oriente hasta el Poniente,
temblad, oh justos y perversos,
porque mi trueno formidable
os va á destruir en un momento
desde Montmartre al Indostán.

Pero bajo de esta forma grosera, la preocupación es la misma: la certidumbre que tenemos de que acabaremos pobres y obscuros, entre las constelaciones que continuaran arrojando sus dardos de oro, indiferentes é ignorantes de nosotros, en medio de la insensible impasibilidad de las cosas. ¿Cuándo se realizará esto? La próxima fecha anunciada es el jueves 11 de Abril de 1901: pero á lo que parece, todo quedará como ahora. Por lo demás, los que vean ese cataclismo asistirán á un hermoso espectáculo que les costará caro porque lo pagarán con la vida. Ninguno querría ser eterno, ninguno querría renacer, y sin embargo, nadie se preocupa por asistir á la muerte de la Tierra, y hasta el último instante los hombres dirán y desearán: «Después de nosotros, el fin del mundo!»

La Enterrada viva.

Los bañistas entraban en el comedor del hotel y se sentaban en sus respectivos sitios.

Los criados comenzaron á servir muy despacio, á fin de dar tiempo á los rezagados, mientras los ya presentes miraban con interés hacia la puerta siempre que se abría, movidos por el deseo de contemplar nuevas caras.

Aquella tarde, como todas, esperábamos la llegada de nuevos huéspedes.

Sólo se presentaron dos; pero muy extraños. Un hombre y una mujer: padre é hija.

Desde luego me hicieron el efecto de dos personajes de Edgardo Poe, víctimas de la fatalidad.

El hombre era alto y delgado, tenía la cabeza cana, demasiado cana para su fisonomía, y su continente era en extremo grave y reposado.

La joven tendría á lo sumo veinticuatro años y era de baja estatura, muy delgada también y sumamente hermosa.

Sin duda era ella la que iba á tomar las aguas.

Sentáronse delante de mí, al otro lado de la mesa y noté que el padre tenía un movimiento nervioso muy singular.

Siempre que deseaba coger un objeto cualquiera, su mano describía una especie de zig zag antes de apoderarse de lo que buscaba.

Noté también que la joven conservaba puesto, para comer, el guante de la mano izquierda.

Cuando nos levantamos de la mesa, me fuí á dar un paseo por el parque del establecimiento termal.

Hacía mucho calor aquella tarde y busqué un sitio fresco desde donde pudiese oír sin molestia la música del Casino, que comenzaba á ejecutar una pieza de ópera.

De pronto noté que venían hacia mí el padre y la hija. Los saludé, y el hombre, deteniéndose de repente, me preguntó:

—¿Podría usted indicarnos un paseo corto y agradable, perdonándome mi indiscreción?

Acto continuo, les ofrecí acompañarles á un hermoso valle de las inmediaciones, y desde luego aceptaron mi propuesta.

Y, naturalmente hablamos de la virtud de las aguas.

—Mi hija— decía el padre— tiene una enfermedad muy rara. Padece accidentes nerviosos incomprensibles, y tan pronto se la cree atacada de una enfermedad del corazón, como de una enfermedad del hígado ó de la médula. Hoy se atribuye su dolencia al estómago, que es la gran caldera y el gran regulador del cuerpo.

Esta es la causa de que hayamos venido á este establecimiento.

En seguida recordé las violentas contracciones de su mano, y le pregunté:

—¿No podría achacarse á la herencia el mal de esa niña? ¿No padece usted tambien de los nervios?

—¿Quién, yo? No, señor. Mis nervios están siempre sosegados.

Después de un instante de silencio, repuso:

—¡Ay, ya sé! Usted alude al espasmo de mi mano siempre que trato de apoderarme de un objeto. Eso procede de una emoción terrible que tuve tiempo atrás. Figúrese usted que esa criatura ha sido enterrada viva!

Lancé un grito de sorpresa, y el padre prosigió en estos términos.

—La aventura es muy sencilla. Julieta padecía de ataques al corazón y creíamos que tenía los días contados.

Un día la llevaron á casa, fría, inanimada, muerta. Había perdido el conocimiento en el jardín, y el médico, llamado á toda prisa, certificó la defunción.

Velé junto á ella un día y dos noches y yo mismo la amortajé, acompañándola luego hasta el cementerio, donde fué sepultada en nuestro panteón de familia.

Advierto á usted que tuve el capricho de que la enterraran con sus alhajas, sus brazaletes, sus collares, sus sortijas, con todo cuanto yo le había regalado, y con su primer traje de baile.

Ya puede usted figurarse cuál sería el estado de mi espíritu cuando regresé á mi casa. No tenía más que á ella pues mi mujer había muerto hacía años. Entré medio loco á mi aposento, sólo, extenuado por el dolor y caí en una butaca, sin fuerzas para hacer el menor movimiento.

Próspero, mi antiguo ayuda de cámara, que me había ayudado á vestir á Julieta para su último sueño, entró pausadamente y me dijo:

—¿Desea usted tomar algo, señor?

—No.

—Pues hace usted mal en dejarse abatir de ese modo. ¿Quiere usted que le acueste?

—No, déjame en paz.

Y el criado se retiró inmediatamente.

¿Cuántas horas transcurrieron? Lo ignoro. Pero, ¡qué noche tan horrible la mía! Hacia frío y se había apagado la lumbre de la chimenea.

Y yo estaba allá. sin dormir, sin acostarme, anonadado, con los ojos abiertos y el alma llena de desesperacion.

De pronto sonó con gran estrepito la campana del vestíbulo y mi butaca crujió bajo mi cuerpo. Encendí una vela, miré el reloj y ví que eran las dos de la madrugada. ¿Quién podía ser á aquella hora?

Volvió á sonar la campana y sospeché que los criados no se atrevían á levantarse. Estuve á punto de preguntar: «¿Quién es?, pero me avergoncé de semejante acto de debilidad, bajé la escalera y corrí los cerrojos. Confieso que en aquel instante tuve miedo. Abrí bruscamente la puerta y divisé en la obscuridad una forma blanca, algo asi como un fantasma.

Lleno de angustia retrocedí, balbuceando:

—¿Quién......... quién es?.........

Una voz contestó.

—Soy yo, padre mío.

Era mi hija.

Creí que me había vuelto loco, y ante aqel espectro que entraba, retrocedí, haciendo con la mano, para alejarlo, ese gesto que usted ha notado en mí hace poco y que jamás me ha abandonado desde entonces.

—No tengas miedo, papá—decía la aparición—no estoy muerta. Han querido robarme las sortijas y me han cortado un dedo; pero la circulación de la sangre me ha devuelto á la vida.

Y noté, en efecto, que estaba cubierta de sangre.

Caí de rodillas sollozando y sin saber que me pasaba.

Cuando recobré mi serenidad, hice subir á Julieta á mi cuarto y la senté en mi butaca. Después llamé á Próspero para que encendiera la chimenea, preparase una bebida y corriese en busca de socorro.

Entró el criado, vió á mi hija, abrió la boca en un espasmo de espanto y de terror, y. como herido por el rayo, cayó muerto en el pavimento.

Próspero fué quien abrió el panteón, mutiló á mi hija y luego la abandonó en su sepultura. Ya ve usted, caballero, cuán desgraciados somos!

Había cerrado la noche y sentía una especie de terror misterioso al verme entre aquellos seres extraños. No sabiendo que decir murmuré:

—¡Qué drama tan horrible!

¿No les parece á ustedes que debemos retirarnos?

El padre y la hija aprobaron mi proposición, y nos dirigimos apresuradamente al hotel.

Guy de Maupassant.

El beso enjaulado.

El joven estaba enamorado de la joven y sufría mucho con motivo de ese amor. No era que ella le amase menos, sino que sus parientes no querían consentir en su matrimonio. Una ocasión que él la acechaba—era un poco antes de la aurora, cuando el alba vacila al nacer—la vió, blanca y rubia, en la ventana: miraba el cielo pálido de la mañana y él la veía pálida también; ella, encantada de esa claridad nueva y creyendo que nadie la observaba, envió con sus dedos rosados un beso al día naciente, al propio tiempo que se despertaba un pajarillo y lanzaba un grito, como si este sonido ligero hubiera sido el eco de aquel beso tonante. El enamorado vió el beso, oyó el grito rítmico y modulado, siguió al avechucho á través de las ramas del bosque y lo llevó consigo á su casa. Ahora, es muy feliz, porque de la mañana á la noche, á todas horas y siempre, oye cantar en su jaula el beso de la bien amada.

Catulo Mendez.

PRESENTACIONES.

SEÑORA JULIA D. FEBLES (de Yucatán).

Al verla, se piensa con Bécquer: *poesía eres tú!* Si en sus versos no la hubiera, su hermosura criolla sería la divina estrofa de ese canto que á través de los siglos rega a los oídos con su música, que es un eco perdido del cielo ó un sublime acento de la naturaleza.

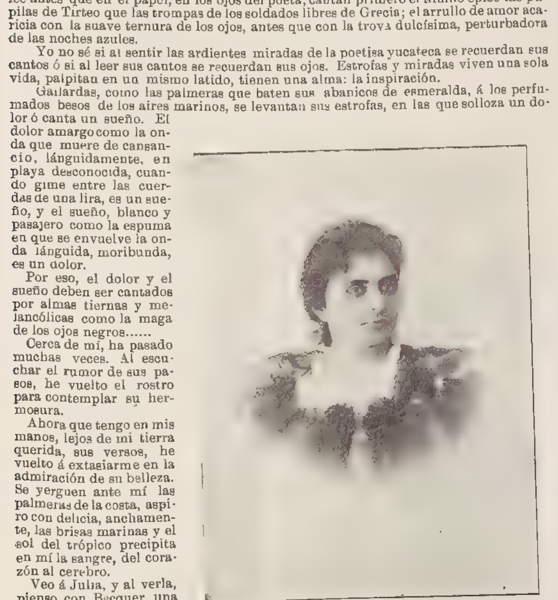
Julia—nombre único con que se conoce á la inspirada autora de Confidencia—nació en Yucatán. Bien se adivina en el fuego que irradian sus ojos negros. En esas pupilas reverbera el quemante sol de la costa: sus ojos arden como la roja llamarada, que se hunde en el golfo sereno y que fustiga la sangre con sus rayos, flamea en el cerebro é ilumina el corazón.

Sus versos nacen de sus ojos; su poesía fulgura en su mirada; las luces que brotan de esos abismos insondables, encienden en la altura que impasible contempla el fondo oscuro, astros que titilan luego con lumbre consoladora, para el espíritu humano, cifras de la promesa de una vida que es paz y de una paz que es virtud regocijada.

La inspiración ¿qué es sino la mirada reveladora del alma? La estrofa triste, se lee antes que en el papel, en los ojos del poeta; cantan primero el himno épico las pupilas de Tirteo que las trompas de los soldados libres de Grecia; el arrullo de amor acaricia con la suave ternura de los ojos, antes que con la trova dulcísima, perturbadora de las noches azules.

Yo no sé si al sentir las ardientes miradas de la poetisa yucateca se recuerdan sus cantos ó si al leer sus cantos se recuerdan sus ojos. Estrofas y miradas viven una sola vida, palpitan en un mismo latido, tienen una alma: la inspiración.

Gallardas, como las palmeras que baten sus abanicos de esmeralda, á los perfumados besos de los aires marinos, se levantan sus estrofas, en las que solloza un dolor ó canta un sueño. El dolor amargo como la onda que muere de cansancio, lánguidamente, en playa desconocida, cuando gime entre las cuerdas de una lira, es un sueño, y el sueño, blanco y pasajero como la espuma en que se envuelve la onda lánguida, moribunda, es un dolor.



Por eso, el dolor y el sueño deben ser cantados por almas tiernas y melancólicas como la maga de los ojos negros......

Cerca de mí, ha pasado muchas veces. Al escuchar el rumor de sus pasos, he vuelto el rostro para contemplar su hermosura.

Ahora que tengo en mis manos, lejos de mi tierra querida, sus versos, he vuelto á extasiarme en la admiración de su belleza. Se yerguen ante mí las palmeras de la costa, aspiro con delicia, anchamente, las brisas marinas y el sol del trópico precipita en mí la sangre, del corazón al cerebro.

Veo á Julia, y al verla, pienso con Becquer, una vez más: *poesía eres tú!*

P. Escalante Palma.

Confidencia

Espléndida la luna, brisa leve
que ondula apenas el cerúleo manto
del quieto mar que moribundo besa
la playa á donde llega suspirando
La mágica hermosura de la noche
se impone al corazon con dulce encanto
y la honda languidez que de mi sangre
detiene el movimiento acelerado
me hace buscar en el angosto lecho
el olvido, el consuelo y el descanso.
A poco el sueño—amparo de los tristes—
cierra mis ojos con su tibia mano,
y en íntimo transporte de alegría,
rotos del mundo los mortales lazos,
~~como loros~~ mariposa de luz que la luz busca.
se lanza mi alma al infinito espacio!
Y vuela.... y vuela.... hasta que al fin las alas
abate en un país solo soñado
donde son más risueñas las auroras;
donde todo es amor, fulgores de astro,
melodías, aromas y colores,
irradiaciones de oro y de brocado.
Gobierna este país un rey muy joven
muy bello, melancolico y gallardo
que me mira muy triste, se sonríe
y me invita á subir á su palacio.
Yo no sé como fué, no lo recuerdo,
nigra sum y no hermosa, sin embargo
mientras que en un divan de terciopelo
caia delirante y sollozando
el rey, mi rey de blonda cabellera
de cutis aromoso y nacarado,
el ensueño gentil de las hermosas
tán bello, melancólico y gallardo
¡con qué inmensa ternura recoja
mi llanto de dolor entre sus labios!

- - - - - - - - - - - - - -

Pero callad por Dios amigos míos,
no digais que fuí reina ayer soñando
~~[illegible]~~
y obligareis mi gratitud eterna
teniendo mi secreto bien guardado.

Julia

Set. 96.

A......

Diles tú que conoces mi historia,
Que no me aborrezcan,
Que no me maldigan......
De aquel drama sangriento y terrible
No he sido el verdugo;
¡He sido la víctima!

Si perdidas están para siempre
Mis cortas venturas,
Mis pálidas dichas;
Si no hay pena que iguale á mi pena,
Si llevo en el alma
Mortales heridas;

Si mis venas exangües no prestan
Vigor á mi cuerpo,
Aliento á mi vida,
Si me rindo al dolor, y el cansancio
Sin fuerzas dejóme,
Dobló mis rodillas;

¡Ay! ¿Por qué con crueldad tan constante,
Cobarde y traidora
Me hiere la inquina......?
Si abatida doblego la frente,
¿Por qué me coronan
De agudas espinas......?

Tú que alzando los velos de mi alma
Has visto su eterna,
Mortal agonía;
Tú que has visto mi entraña más noble
Hincharse á los golpes
De suerte enemiga;

Tú, que has visto posarse en mis ojos
De un sueño apacible
La suave caricia,
Y cantando muy bajo y bebiendo
Mis lágrimas tristes,
Quedarme dormida;

Diles tú que conoces mi alma,
¡Que yo les perdono
Mi pena homicida!
Que después de dormirme bebiendo
Las gotas ardientes,
Las lágrimas mías,

Me despierto á la luz de la aurora
Y al cielo se eleva
Mi triste pupila,
Y con ella ferviente plegaria
Por todos pidiendo
La paz y la dicha!

Julia.

VESPERAL.

***

En el ocaso la luz moría
Bordando el cielo de áureos celajes
En donde el iris resplandecía;

***

Y suspendidos de los ramajes,
Los leves hilos de las arañas,
De luz creyéranse finos encajes.

***

Entre las verdes sonantes cañas,
Cantaba el viento versos de oro
Balanceando las espadañas!......

***

Las golondrinas en ráudo coro,
Juntas buscaban sus blandos nidos
Dando á los aires cantar sonoro;

***

Y en los espacios de luz henchidos,
Fingían haces de ardientes rosas
Los arreboles estremecidos!......

***

En loco enjambre las mariposas
Vivas marañas de sol formaban;
Y eran fugaces piedras preciosas

***

Que del zafíreo zenit bajaban,
En las doradas nieblas ardían,
Y entre las sombras aleteaban!.........

....

***

En tanto...... vivos resplandecían
De los celajes los mil colores,
Y las montañas la frente hundían
En un diluvio de resplandores!......

Rafael Martinez Rubio.

A UNA RUBIA.

En el album de una mexicana.

Perdona, hermosa, pero tengo antojos
De saber si es el sol el que ha fundido
Tu melena triunfal de oro encendido,
Que á una aurora de Mayo diera enojos.
Dime, ¿en qué sangre de claveles rojos
El botón de tus labios se ha teñido?
¿En qué rayo de luna se han dormido
Las húmedas turquesas de tus ojos?
¿Qué divino cincel ha modelado
El mármol ideal de tu escultura?
Tu pasas, y el deseo enamorado
Se pierde en tu eucarística blancura:
Alma que aun al amor no ha despertado,
Maravilloso lirio de hermosura!

Vicente Acosta.

CANCION.

Alma blanca, más blanca que el lirio,
Frente blanca, más blanca que el cirio
Que ilumina el altar del Señor,
Ya serás por la aurora encendida,
Ya serás sonrosada y herida
Por el rayo de luz del amor.

Labios llenos de sangre divina,
Labios donde la risa argentina
Junta el albo marfil al clavel,
Ya vereis como un beso os provoca
Cuando Cipres envíe á esa boca
Las abejas sedientas de miel.

Manos blancas como hostias benditas
Que sabéis deshojar margaritas
Junto al fresco rosal del pensil,
Ya diréis la canción del amado
Cuando hiráis el sonoro teclado
Del triunfal clavicordio de Abril.

Ojos bellos de ojeras cercados,
Ya veréis los palacios dorados
De una vaga, ideal Stambul.
Cuando lleven las hadas á Oriente
A la bella del bosque durmiente
En el carro del príncipe Azul.

Blanca flor! de tu cáliz risueño
La libélula errante del sueño
Ya alzó el vuelo veloz; blanca flor!
Primavera su palio levanta
Y hay un coro de alondras que canta
La canción matinal del amor.

Ruben Darío.

DIARIO.

Enero 6.—Cada día se robustece más y más mi convicción: soy el tipo perfecto de un buen simple, soñador del género wertheriano y por anacronismo, romántico; acaso el último mite de la especie que vive en el mundillo.

Deléitome en locos entusiasmos con libros de heroinas tísicas y enamorados decadentes, y, para que nada falte á mi depravación moral, tengo la monomanía de garrapatear versos de esos que, como dice Gautier, hacemos todos á la edad en que se estila el juicio corto y los cabellos largos.

Frecuentemente padezco exaltaciones sensuales por mujeres muertas en la más remota antigüedad ó concebidas sólo en las imaginaciones de los noveleros.

En la historia de mis impresiones (una funambulesca odisea) han escrito poemas sensacionales la Evangelina de Longfellow, Phriné, Lady Macbeth, Santa Teresa, y tantantas y tantas que como aladas visiones de luz desfilaron tenues é invioladas sobre el Tiberiades de mi cráneo para deslumbrarme después con sus fulgencias.

Hasta hoy, ninguna dama de las que yo puedo ser novio ó marido ó amante, ha logrado poseer el secreto de causar perturbaciones en mi ser.

He querido abstractamente: á ésta, porque imaginé que sus brazos eran los perdidos de la Venus mutilada; á esa, porque las implacables alburas de su piel me hicieron pensar en Ariadna abandonada; á la otra, porque sus bucles á la prerafaelista tenían el brillante negror de sedeña madeja fabricada por gusanos japoneses, y á las demás, por sus pupilas de Medusa ó sus rizos de oro pálido; por rubias, porque aureolaban el óvalo seráfico del rostro con la melena fosfórica de Espírita.

La mujer ha sido para mí la hembra, y, nunca, nunca, he llegado á saborear los deleites de ese amor paradisiaco que anida en la cabaña y el alcázar.

Mis ilusiones, florecen solo en las nieves de la indiferencia, viven efímeras y enfermizas el breve tiempo que he podido creerlas imposibles, para morir después al más debil soplo del hastío.

Siempre he perseguido á la Esperanza, por que es la eterna fugitiva, y con frecuencia, escribe en los corazones páginas candentes....... que puede borar una impresión trivial.

Amo las rosas con pétalos de terciopelo, cuando tiemblan en sus endebles tallos espinosos, las odio en mi mano porque hacen brotar sangre y se marchitan.

Creo que ser devoto de una bella á la distancia en que el lente analítico hace inapreciables los detalles, es sentir al amor en su más refinado esquisitismo; me horripilan los desencantos, prefiero amar á una falsa belleza desde lejos, á saber que las gracias de su sonrisa las hizo una postiza dentadura, que el brillo de los ojos lo poetizaron unos pincelazos de kohol y el tono sonrosado de la macerada piel es un emplastamiento de coloretes y polvo de arroz......

Marzo 6.—Algunos días el vacío de mi alma sin afecciones determinadas, me causa vértigos: veo el Nirwana muy cerca, encrespándose en la noche caótica donde, nauta de lo incognoscible, se aventura más y más mi fantasía......

Siento debilidades propias de la edad senil, mis carnes al tornarse débiles y exangues adquieren una amarillez ictérica que me da apariencias de cadaver, entristece mi juventud como alondra en la época inverniza, y, cuando la diatesia llega á las recrudescencias del período álgido, caigo inerme y prisionero en las grisaceas telarañas del fastidio......

Abril 2.—Quiero acercarme á un fantasma indolente y luminoso que he columbrado entre las opiaceas vaguedades de mis paraísos artificiales.

Es una figura inmaterial que sigue mis pasos, habla de amor á mis oídos y hace huir á mi angel bueno con sus gloriosas impudibundeces......

Abril 20.—¡Confusión demoniaca!

Dijérase que en el bullente microscomo de mi craneo prodúcese la sangre inflamada de un incendio.

¡Oigo ruido de alas!

Estoy seguro que mariposea y vuela en el espacio un suspiro del extramundo ó algún fluido psíquico propicio á mis neurosis.

Será porque leo á Hegel y á Swedenberg.

Acaso...... Acaso......

Mayo 3.—Pacem summa tenent......!......!......!

Mayo 20.—He visto en el escaparate de no sé qué fotografía la imagen de una mujer.

¡Qué pureza de líneas en su perfil!

Debe haberse retratado á propósito de algún baile de fantasía, porque viste un caprichoso traje de campesina; falda corta enseñando el nacimiento de una pierna delgada, que, según la expresión de Dumas, promete no serlo en adelante; hay romancesca nostalgia en sus pupilas, el talle es delicadamente fino, su seno se eleva con la suavidad necesaria para perfilar una curva clásica, sonríe como deben hacerlo las musas á los inspirados y en su cuello admirablemente modelado se enroscan varias sartas de cuentas: serán perlas.

Junio 3.—¡No hay remedio!

Estoy profundamente impresionado de la incógnita.

Cada vez que paso por el establecimiento, deténgome ante el cristal y la observo escrupulosamente, descubriendo siempre algún encanto nuevo que contribuya poderosamente á harmonizar sus perfecciones.

Mi afecto está lleno de virginidades.

Tengo rubores de colegiala á quien sorprende la pubertad y tiemblo como un chiquillo cuando alguna atrevida idea me acomete en mis contemplaciones á su efigie.

Concurro á los paseos, á los hipodromos, al teatro, y entre las mujeres que según Alfonso Karr, mientras más desnudas mejor vestidas van, no he podido encontrar alguna que se le parezca.

Lo infructuoso de mis pesquisas aumenta peligrosamente mi neuropatia, y aunque me siento gravemente enfermo, no me decido á obedecer el tratamiento de un físico, porque estoy seguro de que hablará de un microbio infinitamente pequeño á quien es forzoso exterminar arrojandole una batería de píldoras y redomas de farmacio; ademas, mi mal no es de los que cura la medicina, nace en lo profundo, ha echado muy hondas raices; arrancarlo, es darme la muerte...... y......... yo quiero vivir!

Junio 30—¡La he visto!

¡Milagrosa epifania!

Es muy rubia; sus ondulantes cabellos caen en espírales doradas sobre los hombros, nimbando su faz asiria con un halo fosforescente y ambarino; es su frente de novicia, blanca con la palidez enferma de los lirios que se mueren sobre el marmol de las tumbas, digna de guardar como arca santa los más grandiosos pensamientos; tiene su carne suave y tierna, transparencias de nivosa, es el cuerpo esbelto y fragil, las manos pequeñitas cual modelo de escultura, son nobilísimas y crueles, como las de esas reinas que firmaban con niveas plumas, sentencias sanguinarias; más que mujer se me antoja una alma, porque no hay en sus formas nada que hiera los sentidos...... ¡Está espiritualizada!

Es rica, pregónanlo á gritos, los diamantes de sus sortijas, las finísimas blondas y sedas de sus ropas,......... el fausto regio de sus trenes!.........

Agosto 4.—¿Habeis visto á la *diva* en moda, hollar sonriente con sus leves pies la alfombra de flores que arrojan electrizados sus fanáticos?......

¿Habeisla visto en el escenario (ese altar donde oficia su coqueteria) tomar el más valioso *bouquet* y hundir la roxelana naricita en las corolas, olvidando, ingrata, el ramillete que en su tímida fragancia lleva la admiración de algún sufriente anónimo, el más desdeñado porque es el mas sincero?......Así mi amor es ignorado de la que lo inspiró; tiene pudibundeces de violeta, estremecimientos de sensitiva, miedo á las desfloraciones.........

Quiero que pase triunfante á mi lado sin sospechar que entre la turba que cuchichea está un corazón palpitando furiosamente por ella.........

Agosto 20.—¡Quisiera saber su nombre! que una sola de las palabras dulces que prodiga á los que por ella no han padecido, sea para mi solo, que me mire con sus pupilas de diamante negro!.........

Septiembre 8.—Ayer entré á la iglesia: no soy creyente pero venero á los dioses: me gustan los templos con su obscuridad contemplativa, sus santas afligidas y sus cirios crepitantes; las naves sombrosas albergan legiones de almas con tocas de monja y cruces de abadesas, sus inscripciones latinas, son cristianas teogonías, conjuran leyendas azules sepultadas entre el polvo canoso de los siglos muertos, el confesionario habla de luchas interiores, y terrores, y perdones, y conciencias purificadas con la santa bendición.........

Mí amigo el capellán que es un viejecito escualido de faz hierática, una especie de Voltaire con sotana, hacía los preparativos de una boda que por voto religioso iba á celebrarse sin boato.

Esperé la ceremonia.

Me siento feliz, cuando Mimi Pinsón está de bodas; me encantan las novias púdicas con sus velos de crespón, que enclavijan las manos enguantadas, temerosas y alegres, pensando en los deliquios nupciales que se acercan.

....

Llegaron los esposos.

No distingo el rostro de la prometida, veo sólo una mancha vaporosa y blanca entre el mar de cabezas negras que se ajitan.

Subo á un banco.

Está radiante de alegría-

¡Angelica criatura!

¡Me vé y se burla!...... ¡Dios mío!...... ¡Es ella!

Gimieron mis nervios como las cuerdas de vieja lira entre uñas de una fiera, y después, no sentí nada......nada!...... absolutamente nada.

Ciro B. Ceballos·

EL CORAZON REVELADOR

¡Creedme! Yo soy muy nervioso, espantosamente nervioso, siempre lo he sido. Mas ¿por qué os empeñáis en que estoy loco? La enfermedad ha dado mayor importancia á mis sentidos: no los ha destruido ni embotado. Entre todos se distingue, sin embargo, el oído, como superior en fineza; yo he oído todas las cosas del cielo y de la tierra y no pocas del infierno. ¿Cómo, pues, he de estar loco? ¡Atención! Y contemplad con cuanta calma y cordura puedo contaros mi historia.

No es posible explicar cómo me pasó por primera vez; pero ya que me pasó, no cesó de perseguirme noche y día. Verdaderamente no había en ella objeto ni pasión de mi parte.

Yo quería al pobre viejo: él no me había hecho mal ninguno: jamás me había insultado; yo no codiciaba su oro...... ¡Ah! ¡sí, esto es! uno de sus ojos parecía de buitre; era un ojo azul, apagado y con una catarata. Cada vez que aquel ojo se fijaba en mí, la sangre se me helaba; así fué que lentamente y por grados se me puso matar aquel viejo para de este modo librarme de aquel ojo para siempre.

He aquí, pues, la dificultad. Me creeis loco; pues bien, los locos no saben de nada; ¡pero si me hubierais visto! ¡si hubierais visto con qué sagacidad me conduje! ¡Con qué precaución, con qué previsión y disimulo acometí mi empresa! Nunca estuve tan amable con el viejo como durante la semana que precedió al asesinato. Y cada noche, hacia la media, descorría el prestillo de su puerta y abría, ¡oh tan suavemente! Y cuando había entreabierto lo suficiente para que cupiese mi cabeza, introducía una linterna sorda, bien cerrada, sin dejar que asomase un rayo de luz; después metía la cabeza; ¡cómo os hubieras reído de ver cuán distraidamente metía la cabeza! Movíala lentamente, para no turbar el sueño del viejo.

Una hora empleaba, cuando menos, en introducir la cabeza por la abertura, hasta ver al viejo acostado en su cama. ¿Un loco habría sido por ventura tan prudente? Y cuando había metido toda la cabeza abria la linterna con precaución, ¡oh, con qué precaución porque rechinaba el gozne! Abría no más lo preciso para que un rayo imperceptible de luz cayese sobre los ojos del buitre. Repetí la operación durante siete interminables noches, á media noche exactamente; pero como siempre encontrase el ojo cerrado, no pude realizar mi propósito porque no era el viejo mi eterna pesadilla, sino su maldito ojo. Cada mañana apenas amanecía, entraba yo resueltamente á su cuarto y le hablaba con desparpajo, llamándole cordialmente por su nombre, é informándome de cómo había pasado la noche. Muy listo debía ser el viejo para sospechar que cada noche, á media noche, le espiaba durante su sueño.

La octava noche redoblé las precauciones para abrir la puerta. El horario de un reloj se mueve con más velocidad que en aquel momento se movía mi mano. Hasta aquella noche no había yo meditado todo el alcance de mis facultades y de mi sagacidad. Apenas podía contener la sensación qae me causaba el triunfo. ¿Pensar que yo estaba allí, abriendo poco á poco la puerta, y que él no soñaba siquiera ni mis intentos?

Esta idea me arrancó una ligera sonrisa, que él oyó sin duda, porque se revolvió súbitamente en la cama como si despertase. Creeréis quiza que me retiré, pues no. La habitación estaba tan negra como la pez, según que eran de espesas las tinieblas, porque las ventanas estaban cuidadosamente cerradas por miedo á los ladrones. Así, pues, en la inteligencia de que él no podía ver la abertura de la puerta, continué abriéndola más y más.

Ya había metido la cabeza y principiaba á abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló sobre el hierro de hoja de lata, y el viejo se incorporó en la cama gritando:

—¿Quién anda ahí?

Quedéme absolutamente inmovil y sin decir una palabra. Durante una hora entera no moví ni un músculo, y en todo ese tiempo no oí que se volviera á acostar.

Permanecía incorporado y alerta, lo mismo que yo había hecho noches enteras escuchando las arañas en la pared.

Mas, he aquí que oí un debil gemido y conocí que era producido por un terror mortal; no era un gemido de dolor ó de disgusto, ¡oh, no! era el ruido sordo de una alma sobrecogida de espanto. Yo conocía bien este ruido: bastantes noches, á media noche en punto, mientras el mundo entero dormía, se había escapado de mi propio seno, aumentando con su terrible eco los terrores que me asaltaban. Digo pues, que, que conocía bien aquel ruido. Yo sabía lo que el viejo estaba pasando y tenía piedad de él, aunque mi corazón estaba alegre.

Sabía que estaba despierto desde que, al oír el primer ruido, se había aumentado por momentos; había querido convencerse de que su terror no tenía causa, pero no había podido. Habíase dicho á sí mismo: ¡esto no es más que el viento que suena en la chimenea, ó un ratón que corre por el entarimado! Sí, había querido recobrar el valor con semejantes hipótesis; pero en vano, *en vano*, porque la muerte que se acercaba había pasado por delante de él, envolviendo con su sombra negra á su víctima. La influencia de aquella sombra fúnebre era la que le hacía adivinar, aunque nada había visto ni oído, la presencia de mi cabeza en su habitación.

Después de esperar largo tiempo, y con gran paciencia, sin oír que volviera á acostarse, me resolví á entreabrir un poco la linterna, pero tan poco, tan poco que no podía ser menos. Abríla, pues, ¡tan suavemente! que fuera imposible imaginarlo, hasta que al fin un rayo de luz, pálido como un hilo de araña penetró por la abertura y fué á dar en el ojo del buitre.

Estaba abierto, abierto del todo, y yo apenas le miré, me encendí en cólera. Le ví clara y distintamente, entero, de un azul empañado y cubierto de un tela horrible, que me heló hasta la médula de los huesos; pero no pude ver ni la cara ni el cuerpo del viejo, porque se había dirigido el rayo como por instinto, precisamente al sitio maldito.

Ahora bien, ¿no os dije que lo que tomáis por locura no es más que un refinamiento de los sentidos? Pues bien, he aquí que oí un ruido sordo, apagado y frecuente, semejante al que haría un reloj envuelto en algodón, y lo reconocí perfectamente; era el latido del corazón del viejo. Con él creció mi furor, como el coraje del soldado se exaspera con el redoble del tambor.

Contuveme, sin embargo, y permanecí inmovil y respirando apenas. Emplee mi esfuerzo en sostener fija la linterna y el rayo de luz en derechura del ojo. Al mismo tiempo el latir infernal del corazón era cada vez más fuerte y más precipitado, y sobre todo más alto. El terror del viejo debía ser extremo. Estos latidos, dije yo entre mí, son cada minuto más fuertes. ¿Me comprendéis bien? Yo os he dicho que soy nervioso: por lo tanto aquel ruido tan extraño, en medio de la noche y del medroso silencio que reinaba en aquella vieja casa, me causaba un terror irresistible. Aun pude, sin embargo, contenerme durante algunos minutos, pero los latidos iban siendo aun más fuertes. Yo creí que el corazón iba á reventar; y he aquí que una nueva angustia se apoderó de mí: aquel ruido podía ser oído por algún vecino. La hora del viejo había sonado. Dí un alarido, abrí bruscamente la linterna y me precipité en la habitación. El viejo no dió un grito, ni un solo grito. En un momento le arrojé sobre el entarimado y cargué sobre él con todo el peso aplastador de la cama. Entonces sonreí de satisfacción al ver tan adelantada mi obra. Durante algunos minutos latió todavía el corazón con un sonido ahogado, pero esto ya no me atormentó como antes, porque el ruido no podía ser escuchado á través del muro. Al fin, el ruido cesó; el viejo había ya muerto. Levanté la cama y examiné el cuerpo: estaba rígido é inerte. Púsele la mano sobre el corazón y la mantuve así durante algunos minutos: ninguna pulsación; estaba rígido é inerte. El ojo no podía atormentarme más.

Si persistís en crerme loco, vuestra creencia se desvanecerá cuando os diga los ingeniosos medios que emplee para ocultar el cadáver. La noche avanzaba: yo trabajaba velozmente, pero en silencio. Primeramente le corté la cabeza, después los brazos y por último las piernas. Luego arranqué tres tablas del entarimado, y coloqué debajo aquellos restos, volviendo á colocarlas tan habil y discretamente, que ningún ojo humano—¡ni aun el suyo! —hubiera podido descubrir algún indicio sospechoso. No había nada que dudar; ni un rastro de sangre; yo había tenido gran precaución y había puesto una cubeta para que recibiera toda la sangre. ¡Ah! ¡ah!

Cuando hube concluido estos trabajos, eran las cuatro; pero estaba tan obscuro como á media noche. Daba el reloj la hora, cuando llamaron á la puerta de la calle. Bajé á abrir con el corazón sereno, porque ¿qué tenía yo que temer? Entraron tres hombres que se me dieron á conocer como agentes de policía. Un vecino había oido un grito durante la noche, y sospechando alguna desgracia, había dado aviso á la oficina de policía, en vista de lo cual habían sido enviados aquellos señores para reconocer el sitio de donde había salido el grito.

Yo me sonreí; porque ¿qué tenía que temer? Saludé á los agentes y les dije que el grito lo había dado yo en sueños. El viejo, añadí, está de viaje.

Llevé á mis visitadores por toda la casa y les invité á que registrasen bien. Por último, los conduje á su habitación, y les enseñé sus tesoros en perfecto orden y seguridad.

En el entusiasmo de mi confianza, llevé sillas á la habitación y supliqué á los agentes que descansaran, mientras que yo con la loca audacia de un completo triunfo, coloqué mi silla sobre el sitio mismo en que estaba escondido el cuerpo de la víctima.

Los agentes estaban satisfechos: mi tranquilidad había disipado toda sospecha. Yo me encontraba perfectamente sereno. Sentáronse, pues, y hablaron familiarmente, alternando yo con igual familiaridad. Pero al cabo de un corto rato conocí que me ponía yo pálido y principié á desear que se fueran. Sentía mal mi cabeza y me parecía que me zumbaban los oidos, pero los agentes permanecieron sentados y hablando. El zumbido principió á ser más precipitado, poco después más perceptible y claro aún; yo animé entonces la conversación y hablé cuanto pude para desembarazarme de aquella sensación tan tenaz; mas el ruido continuó hasta ser tan claro y determinado que conocí que no estaba en mis oidos.

Sin duda debí ponerme entonces muy pálido; pero seguí hablando con más rapidez y alzando la voz. El ruido seguía, sin embargo, en aumento, ¿qué podía yo hacer? Era un ruido sordo, apagado, frecuente, semejante al que haría un reloj envuelto en algodón...... Yo respiraba trabajosamente; los agentes no oían nada todavía. Aceleré aún más la conversación y hablé con mayor vehemencia; pero el ruido crecía sin cesar. Levantéme y disputé sobre futilezas en alta voz y con una gesticulación violenta: pero el ruido crecía, crecía cada vez más. ¿Por qué no *querían* irse? Yo medí el entarimado á grandes y ruidosos pasos, como exasperado por las observaciones que los agentes me hacían; pero el ruido crecía, crecia por grados. ¡Oh Dios! ¿Qué podía yo hacer? Hablé, pateé y juré, arrastré mi silla y la hice resonar sobre el entarimado; pero el ruido lo dominaba todo y creía indefinidamente. Más fuerte, más fuerte! Siempre más fuerte! Y los hombres continuaban hablando, bromeando y sonriendo. ¿Era posible que no oyeran? ¡Dios Todopoderoso! no! no! ellos oían! ¡Sabían, se burlaban de mi espanto! yo lo creí entonces y todavía lo creo. Cualquier cosa hubiera sido más tolerable que esta burla. Yo no podía soportar por más tiempo aquellas hipócritas *sonrisas*: y entretanto el ruido ¿lo oís? escuchad, más alto? siempre más alto. *Siempre más alto!*

—¡Miserables! grité. No disimuléis más tiempo! ¡Yo lo confieso! ¡Arrancad esas tablas! ¡Ahí está! ¡Ahí está! ese es el latido de su horrible corazón!

Edgardo Poe.

PARA TI, PRINCESA.

La luz que riela por tus ojos garzos
Y besa tus pupilas, quita de ellas
Esos fulgores que en el cielo esparsos
Cintilan por la noche: las estrellas.

Los ecos de tu voz el viento ajusta
Con suprema codicia, por ser tuyos,
Y hace con ellos en la sombra augusta
Temas para sus lánguidos murmullos.

Para vestirse el horizonte, arranca
La palidez nivosa de tu frente
Cuando brilla temblando la luz blanca
Que precede á la aurora en el oriente.

—

Las transparentes tardes del Otoño
Piden la limpidez de tu mirada
Y, si te mira, hierve en el retoño
La savia turbulenta, alborozada.

—

Cuando quiere reir la primavera,
Estudia los arpegios de tu risa;
¡Oh, si tú no existieras, no existiera
El rumor sugestivo de la brisa!

—

Y esa trémula brisa que ha besado
La púrpura soberbia de tu boca,
Arrebata tu aliento delicado
Para aromar los lirios, si los toca.

—

Y los ténues acordes de tu frase
Que flotan desmayados y dispersos,
Los ata mi recuerdo y los rehace
Para formar el ritmo de mis versos......

—

Es por eso que llena de temores
Te vá á buscar mi inspiración escasa,
Cuando tu imagen, derramando flores,
Por mi memoria ensombrecida pasa;

—

Es por eso que vuelan mis cantares
En redor de tu rubia cabecita
Y mis sueños erigen los altares
Que tu deidad egregia necesita.........

Antenor Lescano.

A ABIGAIL.

Quieres oír una canción sentida.........
¿No ves que oír pesares entristece?
Yo soy la pasionaria de la vida,
Que ignorada florece.
Soy el nómada gaucho de la pampa,
Soy el obscuro remador del polo,
Soy el felláh que en el desierto acampa
Errante, siempre solo.
Sentí todo el placer, y estoy hastiado;
Sentí todo el dolor, y estoy vencido.
Del cielo del amor precipitado
Soy el ángel caído!
¿Quieres saber por qué mis males crecen?
Has como hán hecho los que en mi alma anidan,
Que si hoy saben mis penas, se entristecen......
Y mañana me olvidan!

Rubén M. Campos.

DAMAS DISTINGUIDAS DE LA REPUBLICA.

Sra. Mercedes G. de Hernández.

(DE CHIHUAHUA.)

Srita. Concepción Asunsolo.
Con notables disposiciones artísticas en canto y piano.

SEMBLANZA.

Vara mística.

El mar azota con blanca espuma
Las pardas rocas del litoral;
El horizonte vasto, se esfuma
Con los cendales de espesa bruma
Y el trueno canta la tempestad

Raudo destello que en luz aniega,
El rayo agrieta la inmensidad......
¡La barca es ave que lucha y brega
Porque zozobra, porque no llega
Donde su nido colgado está!

¡Ay la viajera! Ave perdida
Que al blando nido no ha de tornar!
Resto sin forma, cuerpo sin vida,
La ola crespa y enfurecida
Sobre la playa la arrojará!

***

De los pesares el golpe cruento
Al alma hiére sin descansar,
Y es fiel imágen el pensamiento
De la negrura del firmamento
Cuando descarga la tempestad.

Lívidas flamas que en luz aniegan,
Las esperanzas son al pasar.
Las ilusiones, aves que bregan
Y que zozobran porque no llegan
A donde el nido colgado está!

¡Ay la viajera que se derrumba,
Débil, canzada para luchar!
¡Ay la que al rudo golpe sucumba!
En el olvido tendrá su tumba
Que amarga ola le cavará!

E. Maqueo Castellanos.

Cuando caigan las hojas.

(STECCHETTI.)

Cuando caigan las hojas y tú vayas
Al cementerio en busca de mi cruz,
La encontrarás en un rincón humilde,
Entre azucenas y argemonia azul.
Prende en tu rubia cabellera de oro
Esas benditas flores de mi amor,
Que en el grato silencio de la noche,
Para tí brotarán del corazón.
Esas flores serán aquellos cantos
Que me inspiraste en ilusión feliz......
Palabras de pasión que no te dije,
Pensamientos de amor que no escribí!

Juan B. Híjar y Haro.

CAMAFEO.

Artístico cincel grabó en la piedra
El simbólico, extraño camafeo:
Los amores de Eurídice y Orfeo
En gruta azul oculta por la hiedra.

Un sátiro procaz, que no se arredra,
Mírales con tantálico deseo,
Y murmuran las playas del Egeo
Los sonoros exámetros de Fedra.

Entre celajes de oro muere el día;
Entonando canciones voluputosas
Una ninfa desnuda se perdía

En un bosque de mirtos y de rosas;
Y Diana, por los cármenes venía
Disparando sus flechas luminosas.

Leopoldo Díaz.

Bouquet.

Para tí ¡oh mi blanca, mi tímida virgen!
De místicos ojos y seno de mormol,
Voy ha hacer un florón de mis versos
Con alburas de lirios y esencias de nardos.

Un florón palpitante de pálidas rimas
Que prendido á tu busto de virgen de Paros,
Deje en la urna de tu alma caricias secretas
Y apacibles albores de ensueños muy vagos.

Un florón de dolientes estrofas que vibren
Al color de tu blanca epidermis de raso,
Esplendiendo en la curva triunfal de tu seno
Como copo de nieve en jarrón de alabastro.

Un florón donde tiendan su alita de seda
Los besos que punzan tus labios temblando,
Como dulces abejas que rozan inquietas
El capullo sanguíneo que fingen tus labios.

Y mis rimas abriendo su pálido broche
En el amplio cojín de tu seno rosado,
Brillarán á la luz de tus místicos ojos
Y al fulgor de tus sueños radiosos y castos.

Benito Fentanes.

Renovando mis tiernas emociones,
me han probado tus quince primaveras,
que son nuestras postreras ilusiones
iguales en frescura á las primeras.

Campoamor.

La perla del harem.

[Grabado en los talleres de "EL MUNDO"]

LA INUTIL RIQUEZA.—*Por Jorge Ohnet.*

Número 3.—Véanse nuestros números desde el 25 de Octubre de 1896.

—Sí, prosiguió la señora Mossler; mi deseo sería adoptarte por hijo. Lo serías entonces pero te llamarías Mossler...... Serías, por ese hecho, sumamente rico, porque te convertirías en mi legítimo heredero, y aun en el caso de que me enfadase contigo, no podría privarte más que de la mitad de mi herencia......

—Pero ¿de qué me hablas? dijo el conde de Coutras; son esas las razones que crees mejores para decidirme? ¿Tan mal me conoces? Comprendo y aprecio en lo que valen los cariñosos motivos que te guían, pero ¿no encuentras que darme á escoger entre mi adhesión al nombre de mi padre y el cuidado material de mi porvenir, es un poco duro, un poco seco? No estaba preparado para tal cosa y realmente me encuentro turbado. Hay, sin embargo, en las nieblas de mi espíritu una necesidad que se define desde luego; la de continuar llevando el nombre que he recibido al nacer.

La señora Mossler enrojeció y sus ojos brillaron. Con lentitud y como queriendo hacerse comprender bien, dijo:

—Entonces nada de adopción...... Nada de herencia asegurada...... Una situación indecisa y precaria. ¿Esto es lo que tú quieres?

—No creo que hayas pensado aconsejarme otra resolución, dijo el joven sin llamarla madre esta vez, como tenía por costumbre. Bien sabes hasta qué punto encuentro honroso y dignamente llevado tu nombre, pero si yo abandonase el mío en este momento, me parecería que renegaba de él por dinero y esto me repugna.

Pareció que la prueba á que sometía al joven agradaba á la Señora Mossler, porque la prolongó algo más de lo que convenía.

—Sabes que no tienes nada. Tu padre murió teniendo deudas.

—Sé también que el Señor Mossler las pagó y no lo olvidaré en mi vida.

—Es decir que prefieres llamarte el conde Chef de Coutras y ser pobre á llamarte Mossler y ser el hijo de la familia más rica de París......

Valentín sonrió y dijo con dulzura:

—Sí, madre mía, si esto no te ofende.

La reina del oro se puso aún más grave y dijo:

—No me ofendes, antes me complace tu resolución, porque prueba que mereces el cariño que te he dedicado y que eres un buen muchacho. No se podría haber propuesto lo que tú acabas de rehusar tan caballerescamente á muchos descendientes de familias ducales; hubiera sido difícil escoger entre tantos herederos. Tu conducta no es, pues, la de un espíritu vulgar y no has de sufrir por ella daño alguno. Lo que no me dejas hacer por medio de una adopción, se conseguirá por medio de un testamento. No llevarás mi nombre pero me heredarás de todos modos.

Valentín no se defendió tontamente y dijo con simpática alegría:

—No puedo impedirte que me colmes de bondades. De tal modo has tomado esa costumbre desde que estoy á tu lado, que eso sería un cambio demasiado brusco. En cuanto á mí, nunca te podré querer más de lo que te quiero, sin que en ello tenga parte alguna tu riqueza.

Esta conversación ejerció una influencia decisiva en el porvenir del conde Chef de Coutras y andando el tiempo, en los malos días, el recuerdo de su caballeresco desinterés sirvió para compensar en el espíritu de la Señor Mossler el efecto de las más desastrosas locuras de Valentín.

Nada hubo, por otra parte, de artificioso en la resolución del joven conde. Su negativa se fundó en motivos de orgullo que le hacían tener por inadmisible llevar el nombre de un aventurero, por rico que este fuera. Sin despreciar á la Señora Mossler, hubiera encontrado muy desagradable ser su hijo. Aceptaba sus liberalidades como una especie de impuesto establecido sobre su ternura, pero de esto á llamarse Valentín Mossler, había una inmensa distancia. Sin sospechar hasta qué punto era hábil conduciéndose con aquel altanero desprecio, obró impulsado al propio tiempo por su instinto y por sus preocupaciones.

Si hubiera seguido al lado de la Señora Mossler hubiera acaso vivido razonablemente como hasta entonces, pues hasta que fué mayor de edad no cometió ninguna extravagancia; pero llegó el momento de hacer el servicio militar y, entregado á sí mismo en aquel nuevo medio, cedió á los malos consejos del fastidio y del ocio. Además, tuvo á su disposición demasiado dinero, con el cual corrompió todo el regimiento y revolvió toda la guarnición. Cuando Valentín tuvo que ir á incorporarse

al 30º de cazadores, en Nantes, el Señor Eliphas dió algunos prudentes consejos á la Señora Mossler.

—No dé usted al conde de Coutras más dinero que el que es conveniente tener en la condición en que va á encontrarse. No pierda usted de vista que va á ser simple soldado en un regimiento cuyos oficiales no deben ser, no son seguramente, muy ricos. Si gasta demasiado, incomodará á sus jefes; los castigos lloverán sobre él; no le verá usted nunca y será objeto de explotación para los sargentos, que se convertirán en servidores suyos. Si vi, viéramos bajo el antiguo régimen, compraría usted el mando de un regimiento á ese bravo mozo y todo iría á pedir de boca. El se divertiría en la corte mientras su teniente coronel mandaba las maniobras y el poder del dinero se manifestaría en t do su esplendor. Pero ya no suceden así las cosas. Disfrutamos unas leyes democráticas que obligan á todos los franceses á coger el chopo durante tres años, ya sean millonarios ó hijos de príncipes, ó proletarios sin un céntimo. Es el absurdo más grande que jamás ha consagrado una constitución, pero la ley es así y nada podemos hacer para cambiarla. Trate usted, pues, de que el joven Valentín sufra tranquila y sencillamente esta prueba. Cuando vuelva á la vida civil, le mimará usted cuanto quiera.

La Señora Mossler convino en esto, pero hizó después lo que le pareció bien y el joven conde fué el soldado más rico de su reemplazo. Contra todas las previsiones pesimistas de Eliphas, este exceso de dinero no produjo al principio funestos resultados para Valentín, que tuvo el tacto de no herir las susceptibilidades de sus jefes. Alquiló una buena habitación en la ciudad y tuvo en ella criados, caballos y hasta, con mucha frecuencia, una linda actriz de los Bufos, Laurencia Berthier; pero se condujo con bastante discreción para que fuese posible cerrar los ojos ante aquellas irregularidades. Obtuvo permisos siempre que los quiso, gracias al coronel, que había sido amigo de su padre, y se excusó de hacer ciertos servicios, gracias á los cabos y sargentos á quienes encantó con sus obsequios. Pero se fastidiaba soberanamente y, para distraerse, jugó. Se organizaron peligrosas partidas entre soldados pertenecientes á familias ricas, y todos los momentos del día y de la noche libres de servicio los pasaban en casa de Valentín gozando de un lujo refinado. Se perdieron sumas importantes, y para evitar recriminaciones de los padres y graves apuros económicos, el conde de Coutras prestó dinero á los maltratados por la suerte é hizo así más facil la disipación á sus compañeros. Para él no parecía que las pérdidas y ganancias tuvieran importancia alguna. Estaba siempre sonriente, alegre, animado, y era querido por todos como lo son infaliblemente todos los seres dichosos que aceptan la vida sin cuidados y afrontan todas las dificultades con la seguridad de que han de resolverse por sí mismas. Se le juzgaba bueno y, sin embargo, en cierta ocasión dió pruebas de una insensibilidad que impresionó penosamente á todos los que le rodeaban.

Un cabo de su compañía, llamado Blanpain, estaba en vísperas de dejar el regimiento y proyectaba volver á su pueblo para casarse con una muchacha á quien amaba. Contaba neciamente sus proyectos y Valentín se reía de la sencillez de ambiciones de aquel buen muchacho. Algunas veces se complacía en hacerle preguntas y en turbarle con sus reflexiones.

—Blanpain, cuando vuelva usted á su pueblo, ¿qué va usted á hacer?

—Substituiré á mi padre, que es carpintero.

—¿Y se casará usted?

—¡Oh! sí; no pienso más que en eso...... Hace seis años que lucho para conseguirlo...... He cobrado mi premio de reenganche y este dinero, que es sagrado, me servirá para poner casa.

Una idea feroz germinó en el cerebro del conde de Coutras; la de ganar á aquel pobre diablo su pequeño peculio, tan trabajosamente adquirido y tan cuidadosamente conservado. El mismo día se llevó á su casa á Blanpain y después de haberle hecho beber, le acercó á la mesa de *baccarat*, en la que sus compañeros jugaban ya con ardor, y le dijo:

—Amigo, aquí tiene usted estos señores; hay entre ellos algunos que han venido con mil francos y se irán sin un céntimo. Con un poco de fortuna, todo lo que tienen pasará en un instante de sus bolsillos á los de uno más dichoso. He aquí una bonita ocasión para decuplicar el premio del enganche...... Si llegase usted á su país con una fuerte suma, las cosas irían mejor que si vuelve para ser carpintero. Sería usted un hombre independiente y su futura estaría en sus glorias.

—Sí, usted acaba de decirlo; muchos se irán con la bolsa vacía...... No quisiera yo ser uno de ellos. Tengo muy poco dinero, pero me basta y no quiero arriesgarle...... Por otra parte, no he jugado nunca......

—Es verdad, Blanpain; usted es un muchacho arreglado...... ¡Los que nunca han tocado una carta ganan siempre la primera vez.......

Los pérfidos consejos de Valentín, en complicidad con el orgullo que turba siempre el fondo de todo corazón humano, hicieron que al cabo de una hora el muchacho, aclimatado en aquel medio y excitado por el vino de Oporto, se dejase arrastrar y arriesgase diez francos que traía consigo. Por su desdicha, ganó. Envalentonado, jugó la ganancia, y al cabo de cinco horas de febriles emociones, tenía delante de él diez y siete mil francos ganados á todos los abonados del *baccara*. Valentín reía como un loco y preguntaba á Blanpain qué iba á hacer con aquel dineral. Este, muy grave después de un acceso de extraordinaria exaltación, no respondió y se propuso volver al cuartel.

A consecuencia de esta aventura, Blanpain, cuyo carácter era ordinariamente dulce y tranquilo, se mostró inquieto y violento, como si aquel dinero mal ganado le hubiese hecho cambiar bruscamente. Volvió tres días después á casa del conde de Coutras y por la tarde empezó por ganar veinte mil francos. Expresó entonces ideas insensatas que divirtieron grandemente á todos los hijos de familia allí reunidos. Poseedor de cuarenta mil francos, habló de compar una propiedad en su país y de cultivar las viñas y dedicarse á la cría caballar. No habló más de su prometida, como si la considerase ya un partido poco ventajoso para él. Volvió al cuartel á comer, obsequió á sus compañeros en la cantina y les dejó asombrados con sus discursos extravagantes, dichos con un tono de suficiencia que contrastaba con su habitual modestia. Después de comer volvió á casa del conde de Coutras, donde se mostró lastimosamente familiar, no viendo ya diferencia entre él y aquellos jóvenes á quienes no estaba acostumbrado á mirar como sus iguales.

Valentín, á quien esa metamórfosis divertía extraordinariamente, invitó á Blanpain á tutearse y le dijo que le presentaría en París á la mejor sociedad. Le pintó todos los placeres que podría proporcionarse por su dinero y le sirvió ponche con una liberalidad que acabó de poner al desgraciado fuera de sí. Pensando que no era todavía bastante rico para figurar como él se proponía, volvió al juego á fin de añadir á su ganancia, según dijo con confianza estúpida, una veintena de miles de francos. A las once había perdido todo lo ganado y debía, bajo su palabra, el dinero del premio de reenganche. Vuelto en sí, anonadado, espantado por la pérdida, Blanpain se levantó, con los ojos saltones, y se puso á llorar apoyado en la chimenea, mientras Valentín, que se proponía regalar al cabo el dinero que éste le debía, le asestaba frases irónicas.

—Blanpain, amigo mío, ha querido usted ir demasiado lejos y se ha roto las narices en el camino. Ya no se trata de comprar viñas ni de criar potros, ni siquiera de establecer una carpintería después de haberse casado con su prometida. Será preciso que pasen aún algunos años para tener otro premio de reenganche...... Y mientras, la señorita Clara, ó Manuela, ó Luisa...... ¿Cómo se llama su novia de usted, Blanpain?

—María, gimió el cabo, á quien daba vueltas la cabeza. ¡Oh! ¡Miserable de mí!...... No me queda más que atravesarme con el sable.......

—No aquí, Blanpain...... Eso no se hace sobre las alfombras...... ¡Vea usted, esto es lo que tiene querer ir demasiado de prisa!.... Antes de comer era usted rico.... Ahora está usted pelado..... Asi es la vida...... Estos señores han vuelto á pescar en dinero; yo soy el único que no he recobrado el mío...

—Usted lo tendrá mañana por la mañana, señor conde...... Me lo guarda el Capitán cajero.

Valentín cogió al cabo por la barbilla y dijo mirándole á los ojos:

—Guárdate tu dinero, simplón; yo no lo quiero.

—Es de usted, contestó el cabo con dolorosa obstinación.

—No es mío, puesto que te lo doy, te lo regalo, ¿me comprendes?

—Sí, pero eso no quita que lo haya perdido, y con él todo lo que había ganado.

—¡Ah! Eso es verdad...... Señores, está chispo como un trompeta, este Blanpain...... Anda á acostarte, amigo, y no te calientes la cabeza; no tienes tu ganancia, pero tampoco tienes deudas.

Blanpain se marchó pesadamente y no entró aquella noche al cuartel. Por la mañana se encontró su cadáver detenido en un pilar del puente de Mantes. Avergonzado de sí mismo y lleno de desesperación por aquel hermoso sueño tan rápidamente desvanecido, no quiso vivir más y se arrojó al río. Aquella broma, cuyo desenlace fué tan trágico, puso fin á las partidas diarias de los compañeros de Valentín. El coronel, informado de todos los detalles exactos de aquel triste asunto, adoptó medidas severas respecto de sus soldados, y el tiempo que el conde de Coutras tuvo que pasar todavía en el servicio, se deslizó penosamente. Por fin, vió con placer la hora de volver á casa de la señora Mossler, y tomó de nuevo posesión de París.

Tenía veinticuatro años, un hermoso nombre, una figura de príncipe y una buena cara, con lo cual queda dicho que dió prontamente el tono y fué uno de los cuatro ó cinco jóvenes que guían á la sociedad parisiense con su nulidad frívola y ruidosa. Fué recibido en el *Jockey* y en el círculo de la *rue Royale;* fué asiduo del *polo* y del tiro de pichón, como todo *gentleman* que se estima, y hasta contribuyó á fundar el *Velo-drag*, círculo muy selecto, en el que los ciclistas, machos y hembras, del gran mundo, se fusionaron en un galante y refinado ejercicio de pedales. Olvidó completamente el regimiento y á Blanpain, pues la ligereza de su carácter no le permitía pensar mucho en lo mismo, y la reflexión era para él casi un sufrimiento.

La retirada vida de la señora Mossler le permitió una gran libertad. Desde la muerte de su marido, la reina del oro no había abierto sus salones ni frecuentado la sociedad. Pasaba, todo lo más, tres ó cuatro veladas en la Opera durante la temporada y eso cuando sus íntimos le echaban en cara, para persuadirla, el no conocer las novedades. Permanecía muy activa de espíritu, pero algo perezosa de cuerpo, y se ocupaba con grande asiduidad de sus obras de beneficencia. Levantada á las ocho de la mañana, despachaba su correspondencia, en la que ocupaba dos secretarios, y cuando llegaba el señor Eliphas, encontraba el terreno libre de todas las bagatelas que no merecían ocupar su atención.

Con frecuencia Federico Clement acompañaba á su padre. Esto sucedía siempre que la casa Pilet y Berger, que el jovén dirigía, tenía que dar á la señora Mossler datos rentísticos de importancia, pues la gerencia de una fortuna inmensa como la suya, exigía una vigilancia y unos cuidados incesantes.

Valentín no iba jámás á ver á su madre adoptiva á la hora de los negocios, se reservaba para el almuerzo y la comida, durante los cuales la divertía con el relato de lo que había visto y oído la noche anterior. Entonces mandaba en jefe; nadie hubiera podido contrarrestar su influencia y no dejaba nunca de obtener cuanto deseaba. Sin dificultad ninguna, la señora Mossler había abierto un crédito al conde de Coutras, y éste enviaba á buscar dinero, cuando lo necesitaba, á la casa Pilet y Berger ó al Banco. No tiraba el dinero y su fausto estaba regl i tado con mucho orden. El hijo de aquel disipador, parecía por entonces que había de ser muy arreglado, y mientras no tuvo vicios muy acentuados, su presupuesto no ofrecía nada alarmante.

Gastaba cuatrocientos ó quinientos mil francos al año. Pero, ¿hubiera podido ser otra cosa? La misma señora Mossler hubiera deseado más economía? Hay en determinadas situaciones ciertos gastos que no se pueden evitar sin daño del mismo que los economiza. La manera de dar ó de comprar de un conde de Coutras, adoptado por una señora Mossler, no podía ser la del hijo de un notario ó de un agente de cambio, aun millonarios. Valentín no fué pródigo. Aunque el dinero no le costaba nada, no lo disipaba. Mientras que no tuvo más causas de prodigalidad que sus relaciones con Andrea de Taillebourg, su cuadra de carreras y su *yacht*, se contuvo dentro de unos límites muy prudentes.

Empezó á enloquecerse cuando entabló amistades con la señora Bourdón. Era la tal esposa de un corredor de Bolsa. Señorita de la clase media, educada en un convento del modo más modesto, se había casado con un empleado de un agente de cambio, y aquella rubita con cara de virgen, que era en el fondo el mismo diablo, á los diez meses de matrimonio se hizo amiga de Labussiere, el jefe de su marido. En dos años dejó al agente de cambio sin que Bourdón sospechase lo más mínimo y sin que la frente pura ni los ojos de madona de aquella buena señora pareciesen obscurecidos por la sombra de un pensamiento deshonesto.

A consecuencia del despojo de Labussiere, que había interesado á Bourdón en sus negocios y le había hecho ganar mucho dinero, la joven tuvo hotel, coche y trescientos mil francos de alhajas, encerrados en un cofrecillo. Procuró siempre no hacer ruido; su lujo no atraía las miradas; sus adornos eran siempre de un gusto exquisito. El marido estaba siempre á su lado, atento y obsequioso. Aquella señora no llamaba la atención más que por su belleza, que era, en verdad, adorable. Pequeña, pero tan bien formada que parecía alta, atraía las miradas con su cutis de nívea blancura, sus ojos de un azul de zafiro y sus cabellos rubios naturalmente ondulados que formaban en torno de su frente diliciosa corona. Nunca boca semejante se abrió para enseñar dientes tan tentadores. El viejo Bernheimer decía: «Viendo esos dientes, siente uno ganas de que le muerdan.» Ello era que, cuando sonreía y mostraba aquellas perlas, entre las cuales aparecía, digna joya de tal estuche, una lengüecilla de color de rosa, los hombres se volvían locos.

Como por juego, había hecho gastar á sus amantes sumas inmensas, cuando Valentín de Coutras la encontró en una *garden-party* en casa de la condesa Nuño. Un poco cansado de pasearse ante la colección de Selim y de consentir que le enseñasen *bibelots* de doscientos mil francos, de una falta de autenticidad escandalosa, bajó al jardín, y en la escalera monumental que en la casa de riquísimo portugués hace competencia á la de la Opera, se encontró frente á frente con la señora Bourdón. Valentín la conocía, como todo París, pero nunca había hablado con ella. La joven subía hablando con la marquesa de Plessy, su amiga íntima, porque, fenómeno inexplicable aquella mujer, notoriamente infiel á su marido, era recibida en todas partes y recibía, á su vez, la mejor sociedad. Valentín se apartó sonriendo—¿cómo no sonreir á una mujer tan linda?— y ella le miró con sorpresa, como si nunca le hubiese visto, aunque sabía muy bien quien era. Interrumpió la frase, pareció presa de una emoción que no podía dominar y permaneció inmóvil un segundo, durante el cual cambió con Valentín una mirada que, días después, hizo decir á la marquesa de Plessy, hablando de la aventura. «Si no estoy yo allí, creo que se saltan al cuello en el acto.»

Ambos se indemnizaron, la semana siguiente, y la señora Bourdón, que había sido tan adorada, amó por primera vez. Aquello fué una pasión rabiosa que cambió de tal modo las costumbres correctas y bien ordenadas de la hermosa mujer, que el marido se quedó desorientado. No almorzaba ya con él, volvía á casa cuando la comida estaba ya servida y se mostraba rendida de fatiga, los párpados lánguidos de placer y los labios distendidos que casi no podían hablar. Puso en la puerta á Saint-Guilhin, bajo pretexto de que la aburría, lo que no tenía nada de nuevo, porque nunca Saint-Guilhin había hecho otra cosa con ninguna mujer, fuera la que fuera.

En vano ariesgó Bourdón algunas indicaciones, lamentando sobre todo el destierro de Saint-Guihin del que se había hecho amigo á fuerza de jugar con él al *besigue*. Todo fué inútil. Las buenas tradiciones de visitas á señoras respetables, de las tres á las cinco de la tarde en casas de la buena sociedad, de apariciones en palcos bien afamados de la Opera, todo quedó trastornado. Ahora todo era expediciones á los teatrillos y cenas nocturnas de las que entran en las costumbres de la gente de club y de las mujerzuelas de conducta más que dudosa, cosas que horrorizaban á Bourdón, hombre de formas y respetuoso con las apariencias, cuya importancia á los ojos de la galería le era conocida. En todas partes á donde iban aparecía el conde de Coutras, que se arrellanaba en los palcos, tomaba el mejor sitio en las cenas y hablaba apenas al marido, le miraba por encima del hombro y le trataba realmente sin consideración alguna, como á una persona á quien se paga. ¡Qué cambio para Bourdón, después de los amistosos obsequios de Labussiere, de la amistad familiar de Descharmais y de la delicada política de Saint Guilhin ¡Con razón le era antipático aquel muchacho, que había caído como una bomba en medio de una posición adquirida á fuerza de tacto, de paciencia y de arte de vivir y que se instalaba, vencedor, como en país conquistado.

(*Continuará*).

CULIACAN (Sinaloa) -Calle de Rosales y Teatro "Apolo." Fábrica de Hilados "El Coloso."

LAS INUNDACIONES EN SINALOA.

Algunas fotografías.

No ha mucho tiempo que publicábamos en El Mundo algunos grabados relativos al ciclón de San Luis, y en las notas que los acompañaban hacíamos ver con vivos colores la magnitud del desastre, las pérdidas que ocasionara y el aspecto de los edificios destruidos, lamentando de veras tan tremendo percance. ¡Cuán lejos estábamos entonces de pensar que muy en breve un fenómeno de semejante naturaleza causaría en una importante y fructífera región de nuestro país, desastres no menos grandes ni menos lamentables que aquellos, y sí más irreparables, ya que no podemos comparar nuestros elementos de riqueza y actividad con los americanos.

En Estados Unidos una catástrofe como la de San Luis, bien poco significa, atendidos el colosal espíritu de empresa, los elementos de prosperidad creados, la densidad de la población y otros factores no menos valiosos que constituyen la hegemonía de la gran República; en México, el alcance de una catástrofe semejante, significa mucho, ya que empezamos apenas á sentar las bases de nuestra prosperidad y riqueza.

Describir las lastimosas escenas que originó la catástrofe, sería tarea inútil y tediosa. La prensa diaria dió oportunamente noticia detallada de ellas y no sería sugestivo ni ameno reproducirla: un puerto arrasado; poblaciones destruidas, familias enteras en la desnudez y la indigencia, buscando por donde quiera un arrimo protector; víctimas numerosas sepultadas bajo los escombros, ahogadas en las salobres aguas del mar invasor ó en las turbias del caudaloso río salido de madre!...... lo suficiente en fin, para lastimar los corazones mejor armados y los espíritus más serenos.

Empero no hay desgracia por grande que sea, que no muestre entre sus múltiples fases tristes, alguna consoladora, y la que aflige á nuestros hermanos de Sinaloa ha dado un sublime pretexto á la caridad para que emprenda su santa peregrinación á través de los hogares de los ricos en demanda de auxilios para los pobres y ponga en acción sus múltiples medios de conmover y triunfar.

Apenas se supo en esta capital la dolorosa noticia, el Sr. General Escobedo, el Sr. Redo y numerosos caballeros de nuestra aristocracia, empezaron á arbitrar recursos para las víctimas. El Gobierno por su parte dispuso una regular remisión de fondos, y las más distinguidas damas de nuestra sociedad trabajaron sin descanso en organizar divertimientos que solazando á nuestra sociedad pudiente, le hicieran más fácil el cumplimiento de la obra caritativa. Resultado de sus loables esfuerzos y resultado brillante fué la Jamaica en Minería que congregó con extraordinarias y palpables ventajas para el fin intentado, al *todo México* dispuesto siempre á acudir adonde la caridad lo llama por las frescas y sonrosadas bocas de las hermosas. Nuestro alto clero no permaneció tampoco indiferente ante las desvalidas víctimas de Sinaloa y al mismo tiempo que los Gobernadores de los Estados secundaban y apoyaban la iniciativa del Centro, trabajando por arbitrarse fondos que ya han empezado á remitir, el Sr. Arzobispo de México excitaba á sus párrocos á que trabajasen en el mismo sentido y abría una suscrición que promete abundosos frutos.

La prensa, desde un principio intentó mover la generosidad innata de los mexicanos y cabe á los diarios que se editan en esta casa haber iniciado ese intento. General y unánime ha sido pues el esfuerzo de la caridad, pudiendo decirse que no ha habido grupo social que haya negado una cooperación eficaz á la magnánima obra de nuestros filántropos.

Ya se ve por tanto que cuando menos la lamentable desgracia que abruma á los sinaloenses, ha dado lugar á un hecho consolador pues que acrisola una vez más los buenos sentimientos de nuestros compatriotas.

El Mundo, empero, tiene una tarea más que llenar, la de su información ilustrada del suceso. Esta la inició con algo que á él corresponde: la descripción con abundancia de grabados de la Kermesse de Minería y la prosigue ahora publicando algunas fotografías de la capital del Estado teatro de los desmanes del ciclón, puesta de actualidad merced á una catástrofe tan lamentable.

La guerra de castas en Yucatán.
El generalato. (Véase el artículo relativo.)
General N. Ayala. General Aniceto Dzul. General Román Pec. General José María Cauich.
Del primero y del sexto se ignoran los nombres.

Un artesano de pie, es más alto que un cortesano de rodillas.

Franklin.

CULIACAN (Sinaloa.)—Calle del Comercio.—Calle de Rosales.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 15 DE NOVIEMBRE DE 1896 — NUMERO 20

Un paso comprometido.

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

Una triste experiencia.

En números anteriores nos hemos referido al gigantesco sacrificio que está llevando adelante España, al sustraer á 200,000 hombres útiles de la productora labor de la Península, para abonar con parte de estas vidas la abrasada tierra de la perla antillana. Hasta aquí nos hemos referido á las pérdidas de vidas á las brechas abiertas en esta raza fuerte y resistente; pero hay todavía otro orden de ideas al que puede llevarse la cuestión: el asunto de intereses, nada desdeñable en la prosperidad y el progreso de un pueblo.

¿Cuánto cuesta al tesoro español el sostenimiento de la guerra de Cuba? Precisamente un periódico de Madrid, *La Epoca*, acaba de proporcionarnos instructivos datos acerca del particular.—«El sostenimiento del ejército cuesta, dice el diario que mencionamos, siete millones de pesos mensuales; pero á esta cantidad hay que añadir los gastos por adquisición de armamentos, pertrechos de guerra, compra de vestuario, envío de refuerzos, conducción de fondos, intereses de las operaciones de crédito, etc., etc.; todo lo cual importa dos ó tres millones de pesos mas al mes. No pueden, por consiguiente, calcularse en siete, sino en nueve ó diez, próximamente, los gastos á causa de la insurrección, y aun dicha cifra tendrá que elevarse algo más, á consecuencia de los últimos envíos de tropas.»

Este presupuesto es altamente gravoso y representa un colosal esfuerzo por parte de España. Nada más admirable que la energía desplegada por esta Nación, pero nada también más desastroso para sus riquezas nacionales. Terminada la guerra de Cuba, el balance arrojará un triste saldo en contra del pueblo español, cuyo carácter guerrero, llenando largos períodos de la historia de la humanidad, ha sido un fuerte obstáculo al total desenvolvimiento de aquel suelo.

Los pueblos han pagado muy caras sus guerras; aun los mismos vencedores, hecho el recuento de sus preseas, sumadas sus conquistas, anotadas en el haber las partidas de indemnizaciones obtenidas, han encontrado que las pérdidas superan con mucho á las ganancias. El espíritu batallador de las naciones se ha ido modificando con la creación de intereses, y el trabajo sustituyendo á la conquista, ha enfriado notablemente el ímpetu de las experimentadas nacionalidades.

Y este fenómeno se observa actualmente en Europa. Hace todavía un cuarto de siglo, el amplio escenario del viejo mundo parecía dispuesto á encerrar la palpitante tragedia de una gran lucha internacional. Los Estados, en el período álgido de irritación, se aprestaban al combate, y tales eran los preliminares del conflicto en perspectiva, que no faltaba pesimista que ya hubiese de antemano rayado alguna formidable potencia del futuro mapa del orbe civilizado. Han trascurrido los años y ni un solo cañonazo ha turbado el sereno silencio de los pueblos que se alzan del lado de allá del Atlántico.

¿Y á qué se debe este hecho? Las pasiones no se han calmado, los rencores no se han extinguido, el odio vibra con igual fuerza propulsora; todavía la prensa francesa se enciende en llamaradas de rencores y arroja en la hoguera de la *revancha* el combustible de los viejos recuerdos depresivos; sin embargo, la paz europea no se altera. ¿Por qué? porque los intereses exigen que esta paz no sea turbada, porque una triste experiencia ha enseñado que en la guerra se pierde siempre!

El equilibrio se ha establecido; la gran ley de la harmonía está tal vez pronta á imperar en las modernas nacionalidades, no por el acuerdo universal, no por poética fraternidad, sino por necesidades superiores, por exigencias sociales colocadas en nivel más elevado.

Antaño *la guerra tenía cuenta; hoy tiene cuenta la paz.* Antes los pueblos vivían de la lucha; ahora viven del trabajo. Esta es la enorme diferencia que separa una época de otra, una de otra sociedad, una de otra forma de vida orgánica.

El trabajo penitenciario obligatorio.

Entre las varias reformas propuestas últimamente á artículos constitucionales, figura el del *trabajo obligatorio* en las prisiones, principio de notable justicia social que merece todo encomio.

Afortunadamente han pasado ya los tiempos en los que un exagerado individualismo colocaba al trasgresor de la ley en condiciones de hacer pesar su delito sobre la colectividad. Esta escuela,—que ha llegado á establecer como fórmula esta sentencia amenazadora para los grupos humanos: ¡Perezca la sociedad, pero sálvese el individuo!—tiene hoy poco acceso aun entre las personas de corazón más tierno. Ahora se sabe demasiado bien que antes está la salvación de la sociedad que la del individuo y que en caso de un conflicto, todas las energías deben concentrarse en la conservación del agregado y no de la unidad.

¿En qué situación se ha encontrado hasta hace poco el delincuente con respecto de la sociedad? En la situacion menos favorable para los intereses de ésta; ha sido el fardo cuyas necesidades han sido pagadas con la suma de la riqueza pública, utilizable en empleos provechosos para el bien común. Cada porción de los recursos privados, reclamados por medio del impuesto, para el sostenimiento de los criminales, representa un esfuerzo inútil del asociado, sin compensación alguna. Las cantidades retiradas del fondo social con este objeto, no tienen su *contrapartida* en el *Haber* de la cuenta corriente entre el ciudadano y el Estado.

Aceptando el criterio de un criminalista moderno, en la investigación del concepto jurídico del delito, preciso es reconocer que si el *delincuente* es un *deudor* de la sociedad y el castigo representa el pago de esta deuda, no es lógico que este pago sea afectuado por un acreedor, en forma de renta pasada al deudor para su subsistencia.—No es de moral social reclamar el sacrificio de los elementos sanos del grupo para atender á los nocivos, y si es ley económica que todo capital sustraído de sus empleos productores representa una pérdida neta para un pueblo, otra ley deja establecido que toda energía gastada estérilmente es causa del debilitamiento y la anemia de una colectividad.

La reforma consultada á nuestro poder legislativo, nos parece, pues, de alta justicia y moralidad, y nosotros quisiéramos—en virtud de este principio—ver escrita en la puerta de cada prisión la leyenda que un penalista moderno desearía ver grabada en salientes caracteres: *Aquí, el que no trabaja, no come!*

Problemas contemporáneos.

Se ha puesto en estos días á discusión un tema que antaño habría sido materia de escándalo y que en la actualidad es posible investigar serenamente, sin convulsiones ni apasionamientos: ¿está el Liberalismo íntimamente ligado con la Democracia?

A nuestro juicio, el error en que ha incurrido una buena parte de los espíritus que se han ocupado en esta materia, consiste en confundir una *forma de gobierno* con un *procedimiento de gobierno. Forma de gobierno* es la democracia,—como lo es la monarquía;—*procedimiento* es el liberalismo, que por igual encaja en países de instituciones monárquicas que en pueblos de instituciones republicanas. Así, se concibe una monarquía en donde el liberalismo sea programa del poder público—tal sucede en Inglaterra—y democracias en las que la libertad haya sido proscrita.

Ya Sumner Maine, en su interesante obra sobre el gobierno popular, ha demostrado que las funciones encomendadas al Ejecutivo de la Unión Americana por la Constitución de la República vecina, no son más restrictivas que las de un monarca europeo enclavado dentro de un régimen representativo.—Lo que Francia conquistó por medio de la Revolución, al precio de enormes trastornos sociales, Inglaterra lo había alcanzado antes, sin tener que sufrir, como resultado, la terrible tiranía de la primera República.

De tal modo expuesta la cuestión, habrá que convenir en que la libertad no es un juego de palabras y que su acción, indispensable y benéfica á la causa de la humanidad, no se apoya en una mera fórmula, sino en hechos positivos y concretos.

Sin embargo, un observador imparcial y tranquilo no puede desimpresionarse de lo que pasa al rededor suyo, ya que los fenómenos del mundo real constituyen la única fuente posible de información. Y lo que pasa á su alrededor no da la razón á la democracia como premisa necesaria del liberalismo. Todos los hechos que al ejercicio de la soberanía popular se refieren, nos ponen de manifiesto que la acción de las mayorías sirve más á la causa de la tiranía que á la de la libertad, y que cada vez que esta gran fuerza se pone en movimiento, es utilizada antes en aplastar que en trasmitir impulso á las actividades humanas. Este es el espectáculo que se desarrolla á nuestra vista y del que no podemos prescindir, porque para el momento actual trabajamos todos y en el medio contemporáneo nos debatimos.

¿Qué es, pues, preciso acometer frente á los peligros de las modernas palpitaciones del pueblo, generador y vehículo del poder público? Ya lo hemos dicho en anterior artículo: afinar esta maquinaria por la educación, robustecer estos miembros con inyecciones de riqueza pública, trabajo artificial, en las nacionalidades nuevas, obra lenta pero segura, producción dolorosa pero de resultados eficaces.

El Estado puede salvar al individuo, cuando en poder, sagacidad, ilustración y tendencias es superior al núcleo que lo rodea. Solamente así, el tutor de hoy podrá llegar á ser, sin lesiones para la civilización, el tutoreado de mañana.

—No se puede llegar á tener una democracia hábil, si la democracia no consiente en que la tarea que pide de la habilidad sea hecha por aquellos que la tienen. Una democracia tiene bastante que hacer cuando hace falta que se provea de una dosis suficiente de capacidad mental para realizar su propia tarea, que es de vigilar y de reprimir.—*Stuart Mill.*

Política General.

RESUMEN.— La Alianza Franco-rusa.— Agitaciones agresivas é inconsistentes en Francia.— Qué es la revancha. — Fin del conflicto anglo venezolano.

Mal hace Francia en poner todo su amor y voluntad en el autócrata de todas las Rusias, creyendo confiada, que bajo su abrigo y protección ha de encontrar el anhelado desquite.

En su excesivo optimismo, juzga posible arrastrar al Czar á graves complicaciones, comprometerlo en agresivas aventuras, ó impulsarlo á una lucha capaz de humillar á los soldados que se inmortalizaron en Sadowa y en Sedán.

No ve ó no quiere ver que en las alianzas internacionales, mal que pese á todos los orgullos, se repite constantemente la fábula de Esopo, y á la hora del reparto de utilidades y de la distribución de ventajas, el más fuerte siempre reclamará para sí la mejor parte del botín, fundándose en el indiscutible derecha del *quia nóminor leo*, que si se pone en tela de juicio, apoyará en el terrible *quia sum fortior*.

No ve la República, que en su liga con Rusia puede ser llevada á tomar parte en todos los compromisos lo mismo políticos que financieros, orillada á todas las dificultades, y sólo recibir en recompensa muestras de simpatía y adhesiones platónicas, hermosas para contemplarse de cerca, pero poco productivas en esencia y encaminadas mucho menos á las aspiraciones legítimas del país.

Mal hacen los directores de la cosa pública en Francia, al sembrar rencores y desatar odios añejos, pretendiendo, ilusos, que la omnipotencia decisiva de Rusia y su influencia soberana en los consejos europeos han de servir para humillar á Alemania y para lograr el rescate del territorio conquistado por la espada vencedora de Moltke.

Las imprudentes revelaciones de Bismarck, que acaban de poner en claro la antigua alianza existente entre los dos grandes imperios del Norte, no deben servir para atizar hondas rivalidades ni para exacerbar heridas que aun sangran después de veinticinco años, sino para precaverse contra la posibilidad de un cambio en las decisiones de los poderosos.

Recuérdese cuidadosamente la frase del eminente estadista Mr. Leroy-Beaulieu, pronunciada poco antes de las fastuosas manifestaciones de París, y medítese sin pasión ni falsos espejismos lo que dice el gran economista francés: «Rusia conservará la alianza francesa mientras nos juzgue ricos y fuertes, y dejará de creernos fuertes y ricos, si no somos prudentes."

Y en verdad sería imprudencia inperdonable, hacerse agresor y provocar la guerra europea, con amenazas y denuestos al imperio Germánico; darían muestras patentes de poco juicio los franceses si confiados en la alianza moscovita, que muchos en Alemania siguen poniendo en duda, á pesar de las manifestaciones de simpatía visibles en París é indudables en los campos de Chalóns, pretendieran buscar por medios violentos la *revancha*.

Regocíjese en buena hora el pueblo de Carnot y de Thiers, de tener á su lado al ruso omnipotente que olvida ó aparenta olvidar las llamas que envolvieron al Kremlin en 1812 y no recuerda ahora Smollenk ni quiere acordarse de Sevastopol; huélguese con todas las veras de su alma apasionada de ver engrandecida la República y dignificada la Democracia en la persona de su ilustre Presidente que ha compartido su humilde autoridad salida de las filas del pueblo con la del soberano más absoluto de Europa, y se ha sentado al lado del augusto representante del derecho divino y he edero de gloria legendaria y secular grandeza; alégrese al contemplar á un ciudadano investido de altísima representación por voluntad del soberano anónimo, tratando de igual al Czar y Rey y Pontífice de una gran nación; pero que no pretenda, fundándose en estas escenas que tienen mucho de aparatoso y teatral, que no quiera hacerse agresor y lanzarse arrebatado contra Alemania, buscando en tremenda lucha, que ha de asombrar por su grandeza á los siglos venideros, hallar como segura la *revancha*.

No debe ser para los hombres sensatos y amantes leales de la grandeza del pueblo que canta con Víctor Hugo y discurre con Hipólito Taine, no debe ser la *revancha*, el rescate de Alsacia y de Lorena y la humillación del prusiano. Hay algo que significa mucho más para la Francia que ese *desquite* soñado: veinticinco años de régimen republicano, en medio de las tormentas y venciendo todas las vencillas que ha opuesto la Europa monárquica á la obra de Gambetta y de Favre; la «Marsellesa» triunfante, cantada con frenético entusiasmo en las honras fúnebres del cesarismo napoleónico y ante el paño mortuorio de las tradiciones borbónicas y orleanistas; la potente vitalidad que ha podido desplegar la nación, saliendo de entre las sombras espantosas del *año terrible*, y ostentándose al mundo con la corona de su progreso y la aureola resplandeciente de su regeneración...... esa es la *revancha* verdadera, ese el *desquite*, ese el fruto sano y la enseñanza natural que debe recogerse de la adversidad pasada, luz y espejo de brillante y hermoso porvenir.

A ese fin debían dirigirse los que se llaman órganos de la opinión pública en París y no á sembrar hondos rencores y despertar odios añejos.

***

El gran conflicto que hace un año estuvo á punto de ocasionar serias dificultades entre los dos grandes pueblos anglo-sajones, la vieja cuestión de límites entre Venezuela y la Guayana Inglesa, que fué causa de que el Presidente Cleveland hiciera nuevas declaraciones sobre la doctrina de Monroe, no muy bien acogidas por la Gran Bretaña, está á punto de darse por terminada, sin que aparezcan ofendidos en los preliminares del arreglo la susceptibilidad inglesa ó el buen derecho de la república sud americana.

Hace pocos días, con ocasión de la fiesta que anualmente celebra la ciudad de Londres para honrar al nuevo Lord Corregidor, el Marqués de Salisbury lo declaró así, en presencia del cuerpo diplomático extranjero y de los

altos dignatarios de la Corte reunidos en suntuoso banquete. El Sr. Olney, secretario de Estado en el gabinete de la Casa Blanca, acaba de hacer idéntica manifestación y no cabe duda que, merced á los buenos oficios de los Estados Unidos, la disputa inveterada que por tantos años apartó á la República del Orinoco de la Emperatriz del Támesis, quedará pronto zanjada de modo satisfactorio para las altas partes contratantes.

Inglaterra somete á arbitraje toda la línea divisoria de la Guayana, renuncia á sus pretensiones que consideraba indiscutibles, cede á la presión que sobre ella ha ejercido la Gran República del Norte, y deja á la honorabilidad de los jueces árbitros determinar cuáles son los derechos y territorios que á cada cual corresponden en estricta justicia.

Venezuela estará representada en este juicio por los jueces americanos, la Gran Bretaña por dos de sus nacionales, y el verdadero árbitro supremo en la contienda, será el rey Oscar II, soberano de Suecia y Noruega, prudente, sabio é imparcial.

Felicitémonos los americanos de ver reconocido nuestro derecho, regocijémonos de ver sancionada una vez más la doctrina Monroe, en que apoyó Mr. Seward sus reclamaciones á Napoleón III, en favor de México, en los aciagos días de la intervención francesa; y hagamos votos porque esa doctrina, tan orillada á interpretaciones de todo género, quede siempre en los límites que deben marcarle el derecho y la justicia.

X. X. X.

12 de Noviembre de 1896.

El Congreso Médico Panamericano.

La Mesa Directiva.

Dr. Manuel Carmona y Valle. Presidente.

Dr. Eduardo Liceaga.—Secretario.

Dr. Rafael Lavista.—Vicepresidente.

A reserva de ocuparnos extensamente de este importantísimo concurso técnico que se inaugurará mañana y que sin duda hará época en los anales científicos de nuestro país, publicamos hoy los retratos de los reputados médicos mexicanos que integran la Mesa Directiva de la Asamblea, y que son los Sres. Dres. Carmona, Liceaga y Lavista, á manera de prólogo de la reseña ilustrada que daremos en nuestro próximo número.

Hállase ya en esta Capital la inmensa mayoría de los señores delegados, así del país como de los Estados Unidos y las Américas del Sur; conócese el programa con arreglo al cual se efectuarán las diversas reuniones, y las tesis importantes que serán discutidas. Todo hace creer que la ciencia derivará valiosos resultados de esta congregación de profesores americanos, y nosotros así lo deseamos; y damos por nuestra parte la bien venida á los congresistas, aprestándonos, en cumplimiento de nuestra misión periodística, á proporcionar á nuestros favorecedores la amplia y completa fisonomía del acontecimiento.

La exposición de 1900 en París.

LA CIUDAD DEL ORO

Desde la partida del Czar y el fin de ese viaje triunfal en el cual todas las naciones están de acuerdo en ver el gaje más absoluto de la paz europea, la Exposición de 1900 vuelve á ser el único objeto de las conversaciones y de las preocupaciones del público, así en Francia como en el extranjero.

Todas las naciones preparan, en efecto, para esta fecha, esa manifestación colosal de la que París, con su encanto sin igual, será el centro; y para aumentar la originalidad y el éxito de esa manifestación, estúdianse en la actualidad numerosos proyectos por la comisión superior de la Exposición.

En primera línea entre esos proyectos, se encuentra «la Ciudad del Oro» que parece será uno de los grandes atractivos de 1900, reclamado ya por el público, con el mismo título que la torre Eiffel en 1889, frente á la cual desfilaron estupefactos y encantados los visitantes del mundo entero.

La «Ciudad del Oro» tiene por autor á Arturo Heulhard y algunos periodistas parisienses la conocen desde hace bastante tiempo en todos sus detalles, pero por razones de reserva, no han querido hablar de ella antes que el movimiento de aprobación que se ha producido alrededor de esta idea tan curiosa, haya asegurado, fuera de todo apoyo, su adopción definitiva.

Arturo Heulhard, que es un investigador apasionado, al mismo tiempo que un historiador erudito, ha tenido siempre un verdadero culto por el viejo París, sobre el cual ha escrito obras bien conocidas de los letrados y ha deseado con verdadera ansia reconstruir para 1900 el «Pont-au-Change,» el más viviente, el más curioso entre todos los puentes de la Cité. El veía en esta reconstitución ya tan pintoresca bajo el punto de vista arqueológico, un medio muy original de introducir en la Exposición futura una sección que ha sido siempre olvidada y mal conocida hasta el día. Porque el «Pont-au-Change» fué en otro tiempo el «alma financiera» de París, con sus viejas casas de otro tiempo, sus comercios de lioneses, de lombardos, de florentinos, de orientales, de flamencos, etc., y se comerciaba con materias de oro y de plata: imagen sencilla y cuna cierta de las grandes bancas de la actualidad.

Tendríamos pues en resumen una reconstitución como el «viejo Olivers» que ha sido una de las curiosidades de este siglo.

Pero en el estudio, el proyecto se ha modificado, metamorfoseado y agrandado de una manera colosal.

En tanto que los comercios menos afortunados toman parte en todas esas manifestaciones tan pacíficas del Campo de Marte, uno solo se ha abstenido, hasta el día y es precisamente el más rico, el más interesante y el más importante, el que los contiene todos y el que los resume todos: el del dinero. La alta banca no se ha expuesto jamás los establecimientos de crédito, jamás se han expuesto tampoco, la moneda, la Banca de Francia, los agentes de cambio, etc, y en resumen, esas instituciones financieras de todo orden y de todos los rangos, establecidos á traves del mundo, que hacen y deshacen las naciones modernas.

Porqué pues, los hombres instruídos y deseosos de instruirse no intentarían en 1900 esta historia política y social de las relaciones del hombre y del dinero que no ha sido hecha en ningún tiempo y en ningún país? ¿No iría unido acaso un interés poderoso á una exposición financiera que mostrase esta historia del dinero cada día más gigantesco, las diversas fases de ese metal, el eterno drama y la eterna comedia, las crisis á que ha dado origen esa lucha tremenda del hombre y del oro; las evoluciones del fisco á través de las edades, el funcionamiento comparado de los impuestos á través de los pueblos, el aparato de las finanzas públicas de los diversos Estados, la creación de los valores fiduciarios, la historia del mundo, en fin, contada con la historia de la plata?

Así es como poco á poco, la reconstitución primitivamente proyectada del viejo «Pont-au-change,» se ha transformado en una constitución más grandiosa, más instructiva y más seductora de la «Ciudad del Oro.»

La «Ciudad del Oro,» que será edificada en el recinto mismo de la Exposición, constituyendo probablemente el sitio de honor, contendrá forzosamente muchos cuarteles:

Desde luego la sección de las materias brutas, mostrando de donde provienen el oro, la plata y el cobre, en todas las épocas, la extracción, el trasporte, el peso, hasta la conversión en metales puros, el descubrimiento y los planos de las minas más conocidas en concurrencia con el punto de vista de la riqueza de producción, etc., etc.

Baron von Ketteler.—Ministro de Alemania en México (Véase el artículo relativo.)

Se vería, pues, en actividad esas famosas minas de oro de que se habla tanto en los prospectos y en el mundo; se las vería en explotación con los gambusinos que las descubren, los negros que las trabajan, etc., y la visita de esta sección de la exposición equivaldría en consecuencia á un verdadero viaje al Transvaal, á Australia ó á California.

Este espectáculo de una tal actualidad y tan cautivador bastaría por sí solo para atraer á París la Europa entera: sería incontestablemente un «clou» que ninguna exposición ha ofrecido hasta el presente.

Luego la sección de aparatos monetarios de todos los tiempos y de todos los países, los cuños que sirven para troquelar, las balanzas, las pilas de monedas comparadas, un millón en céntimos, en francos, en oro; por fin la moneda actual y su funcionamiento. Se cautivaría verdaderamente al público con las monedas de oro y de plata ó las fracciones hasta el milésimo, de 1900, con un monograma especial que constituiría un recuerdo característico.

Vendrían en seguida los valores fiduciarios y de circulación, los orígenes de los bancos, los recuerdos de los Strozzy. Jueggers, de los Médicos, de los Gadagne, de los Laffitte, de los Mirés, de los Rothschild, etc., las grandes compañías francesas, la calle Quincampoix, los billetes de banco de todas las Naciones, el Timbre, el Registro; en fin, los aparatos de fabricación de los billetes, los fraudes de los falsos billetes, y la organización de la Banca de Francia.

No sería por lo demás la primera vez que la Banca de Francia, en casos excepcionales fabricaría billetes fuera de la calle de La Villiere; en 1870, por ejemplo, se hicieron algunos en las máquinas Marinoni en el taller de la calle de Hauteville.

Las finanzas públicas y privadas estarían representadas por los retratos de los financieros célebres; la historia del mecanismo del erario de otro tiempo y de ahora, sin olvidar un capítulo singularmente instructivo, recordando las obras de beneficencia debidas á la finanza.

En las calles tan pintorescas de esta ciudad, se encontrarían con el sello del tiempo, al lado de las oficinas actuales de los Bancos de Estado, la reconstitución, etapa por etapa, de las tiendas flamencas, florentinas y lionesas, de los teatros de parada, de los establecimientos del siglo quince, que acentuarían el caracter cosmopolita del Pont-au-Change y el movimiento de la antigua vida parisiense; se instalarían al gusto, a guisa casas de ahora, algunas sucursales de los grandes establecimientos financieros, con oficinas de cambio y de banca en las cuales los expositores y los visitantes, podrían hacer, como en la bolsa, todas sus operaciones, dar su órdenes de venta ó de compra, ó corresponder con sus agentes.

Tal es el plan de esta «Ciudad del Oro,» donde los visitadores encontrarían reunidas todas las distracciones y todas las enseñanzas; para el mayor provecho de la inteligencia y de sus ojos.

No es singularmente moderna esta idea tan nueva que consiste en resumir en una sola jornada, ante los mismos ojos la historia política, social, fiscal y financiera de todos los pueblos, desde el génesis penoso del dinero hasta su pleno desarrollo en la sociedad actual?

GUATEMALA.

SU PROXIMA EXPOSICION.

R·ina Barrios y su esposa.

El Mundo circula ya mucho en la vecina República del Sur, donde nuestros esfuerzos en pro del periodismo mexicano son apreciados en su justo valor, y no hallarán extraño, por lo mismo, nuestros favorecedores, que consagremos á esa nación algunas líneas, ilustradas con los retratos del Sr. Presidente Reyna Barrios y su esposa y un grabado relativo á la Exposición.

Don José María Reyna Barrios, Presidente de la República, nació en San Marcos el 24 de Diciembre de 1854, asistió en 1871 á las batallas de Retalhuleu y del Coxón y fué agregado al Estado Mayor como sargento, prestando sus servicios en Tierra Blanca, y entrando en la capital el 30 de Junio con la pléyade libertadora; en 1873 asistió á la pacificación de Oriente, ganando ahí el grado de capitán.

En las guerras de 1877 y 1885, se distinguió llevando su contingente de patriota; asistió en Amapala á la proclamación del gobierno del Dr. Soto y en el año de 1878, sesempeñó la Jefatura política y Comandancia de Armas de Santa Rosa; posteriormente, hasta 1881 fué Jefe del Batallón de Linea núm. 2 de Guatemala, y más tarde primer Jefe del Cuerpo de Artillería de la República, al cual dió una completa organización. Ha viajado por Alemania, Francia, España y Norte América y habla y escribe correctamente los idiomas patrio, francés é inglés y traduce el alemán. El 15 de Marzo de 1892, tomó posesión de la presidencia á cuyo alto cárgo lo elevó la voluntad popular.

Entre los trabajos más importantes de su administración, debemos citar desde luego: el Ferrocarril del Norte, Puerto Barrios é Ixtapa, las obras de ensanche y embellecimiento al Sur de la Capital, el Cuartel de Artillería, el Instituto de Indígenas, la casa Presidencial, el Registro de la Propiedad, el cable submarino, edificios nacionales en toda la República; leyes como la agraria, militar, de divorcio, extranjería, inmigración, arreglo de las deudas, la Exposición Centro Americana, etc.

General Jose María Reyna Barrios, Presidente de la Republica de Guatemala.

Son hábiles colaboradores del Señor Reyna Barrios en sus altas tareas administrativas, el Señor Licenciado Manuel Estrada Cabrera, Ministro de Gobernación; el Señor Coronel y Lic. Don Próspero Morales, Ministro de la Guerra; el Señor Don José María González, Ministro de Hacienda; El Señor Lic. Don Jorge Muñoz, Ministro de Relaciones Exteriores, el Señor Lic. Don Manuel Morales Tovar, Ministro de Fomento y el Señor Lic. Don Manuel Cabral, Ministro de Instrucción Pública.

La esposa del Presidente de Guatemala, Señora Algería de Reyna Barrios, es una hermosa dama de orígen norte-americano que ha sabido captarse las simpatías en la sociedad guatemalteca, distinguiéndose, sobre todo, por sus obras de caridad.

Bajo sus auspicios se ha formado una sociedad de señoras, de la cual es Presidenta, con el fin de fundar un hospital para los ancianos.

***

La Exposición Centro-Americana que debe efectuarse en Guatemala de Marzo á Junio de 97, fué decretada por la Asamblea legislativa de esa República el 8 de Mayo de 1894. El objeto del certamen lo dice á las claras el siguiente prólogo del Reglamento general de la Exposición, que tenemos á la vista:

«Reunir diversos objetos para compararlos; aprender lo que ignoramos; mejorar lo que sabe nos; comunicar á otros lo que producimos; despertar el estímulo en pro del trabajo humano; borrar localismos y mezquindades; estrechar los lazos de fraternidad universal y exhibir á Guatemala dignamente invitando á los pueblos, y con especialidad á los pueblos centroamericanos, para una fiesta de civilización y de cultura; tales son, entre otros, los provechosos resultados que en general podrá ofrecer la Exposición decretada por la Asamblea Nacional Legislativa en 8 de Mayo de 1894.

Próximo ya el día en que la locomotora corra sin obstáculo del Atlántico al Pacífico, trayendo la inmigración y el tráfico que han de convertir en poblado nuestros desiertos y en valiosas fincas nuestras vírgenes selvas, urge que preparemos el terreno; y prepararlo, es reunir en una sóla localidad cuanto somos en ciencias, artes, agricultura, industria y comercio; prepararlo, es dar á conocer la situación privilegiada de nuestro país, señalar sus puertos sobre ambos mares y las hermosas vías terrestres y fluviales que los unen; prepararlo, es, en fin, llamar la atención del extranjero, invitarle y ofrecerle todos los medios conducentes, para que contemple las riquezas naturales de nuestra República, y calcule ante el cuadro risueño de la Exposición, los muchos bienes, los muchos elementos que entre nosotros hallará, de que tal vez carece en su nativo suelo. Y naturalmente, si el certamen excita la curiosidad del extranjero, generaliza el conocimiento de cuanto forma el conjunto armonioso del trabajo guatemalteco, demuestra que al amparo de la paz y seguridad, el inmigrante honrado encontrará una segunda patria, y propaga por el mundo culto, las benéficas condiciones de la naturaleza centroamericana; naturalmente, decimos, el Certamen contribuye directamente á que al terminarse el Ferrocarril Interoceánico, éste dé desde luego los ópimos frutos que está llamado á proporcionar.

«Nuestra Exposición ofrece no solamente un campo para que los esfuerzos del patriotismo obtengan legítimos laureles, sino un aliciente para aquellos que en la actividad humana, persiguen fines pecuniarios; además de las recompensas de honor, Guatemala dará otras en dinero y en dispensa de derechos de importación.

«Bajo tales condiciones y en vista de la innegable utilidad que á los expositores reporta siempre todo certamen, tenemos confianza en que nuestra primera Exposición Centro-Americana será favorecida por los pueblos que conocen sus propios intereses y que, amigos de la fraternidad humana, quieren contribuir á fortalecer los lazos que deben ligar á los hombres.»

Más nobles fines no podían proponerse los organizadores, y de seguro un éxito halagador, consistente en mayor unión y mayores elementos de prosperidad en las Américas latinas, coronará el generoso esfuerzo.

Por nuestra parte, así lo deseamos sinceramente. México cultiva cordiales relaciones con su hermana vecina; el pueblo que se siente arrastrado á esa fraternidad, guarda reservada actitud de espectación porque espera de allá el movimiento que ha de fundir á los dos en comunidad de intereses. Bien se comprende esa actitud después de las nubes que han cruzado por nuestro cielo.

El Sr. Barón Von Keteller.

Entrega de la condecoración del Aguila Roja al señor Presidente de la República.

Publicamos el retrato del Baron von Ketteler, ministro de Alemania en México, que el martes último hizo solemne entrega al Sr. General Díaz, de la condecoración del Aguila Roja ofrecida al Señor Presidente por el Kaiser Guillermo II.

Esta condecoración consiste en una placa con esmalte blanco y rayos de oro por fondo, y dividida en cuatro cuarteles.

Ocupa el centro de la placa un doble círculo en el que se encuentra el águila real de Prusia con las garras y la corona de oro.

En el segundo círculo se lee en exergo, con letras áureas, sobre fondo negro, la divisa;

Sincere et constanter.

Tiene la Cruz cuatro brazos, cortando en ángulo agudo y formando ocho ramas. Toda la Cruz se ve esmaltada de blanco y en el centro se ven, en oro, las cifras W-R, que quieren decir: Wilhem Rex.

En el anverso de la Cruz se lee la fecha de la fundación de la Orden.

Den 18 October 861, y el total está unido á una banda de muaré oro y blanco.

El Sr. General Díaz se presentó en el Salon de Embajadores, á las doce del día, llevando traje de etiqueta y acompañado de sus ministros, é inmediatamente penetró á dicho salón el Sr. von Ketteler, acompañado del Sr. General Pradillo y del Sr. Pacheco.

Al efectuarse el acto de la entrega, cambiáronse afectuosos discursos entre el señor Presidente y el señor Ministro alemán.

Exposición centro americana de Guatemala.—Fachada del edificio principal.

Música clásica.

ULTIMOS INSTANTES
-DE-
LOS PRIMEROS CAUDILLOS DE LA INDEPENDENCIA.

El laborioso escritor D. Luis González Obregón acaba de reproducir en un folleto un documento desconocido de nuestros historiadores y que muestra con hermosos detalles el heroismo con que murieron algunos de los heroes de nuestra Independencia.

Se trata de un relato sincero de Don Pedro Armendáriz, soldado que, no obstante haberse contado entre los verdugos de los héroes, inició después que se levantase un monumento á su memoria.

En gracia de lo interesante y breve de la narración, que de seguro cautivará á nuestros lectores, reproducimos tal documento con su ortografía original:

CARTA DEL QUE SUSCRIBE.

Ciudad de Santa Fee del Nuevo Mejico, 17 de Febrero de 1822. Segundo de la Independencia.

Sor Impresor de "La Abeja Poblana." (1)

Muy señor mio: es demasiado el cariño que tengo á V. en consecuencia á que lo reconozco por un completo independiente, y decidido por el bien general de sus semejantes, pues así me lo han asegurado uno ú otro papel, que he tenido fortuna de haber habido á las manos de los que V. imprime, y llevado del cariño, y de lo justo, me ha parecido acertado dar le la noticia siguiente, que puede ser ignore:

El año de ochocientos once, me hallaba en Chihuahua de Ayudante de plaza del señor Comandante General Salcedo; mi empleo era Teniente de presidio, Comandante del segundo escuadron de Caballería de reserva, y vocal de la Junta de Guerra: como tal sentencié entre otros á muerte á los señores Cura Don Miguel Hidalgo y Costilla, Don Ignacio Allende, Aldama, Jiménez y Santamaría; fuy el testigo de vista mas inmediato de sus muertes, con motivo á que á mi cuidado se fiaron en capilla, hasta que como principal verdugo los hacia pasar por las armas: siempre he oido hablar con variacion de dichos señores acerca de los últimos momentos de su vida, en términos, que segun los acriminan, han creido muchos que eran hereges, y para sacar de dudas digo: que el señor Hidalgo luego que llegó á Chihuahua se puso preso con las autoridades necesarias en el cuartito número 1º del Hospital: muy á menudo se confesaba, se condujo con la mayor resignacion y modestia, hasta que llegó el dia horroroso, en que hallándose en otro calabozo se sacó para ser degradado.

Salió con un garvo y entereza que admiró á todos los concurrentes, se presentó y arrodilló orando con cristiana devoción al frente del Altar que estaba al lado derecho de la puerta de la botica: de allí con humildad, se fué donde estaba el Juez Eclesiástico, concluidos todos los pasos de la degradacion, que con la misma humildad sufrió, se me entregó: lo conduje á la capilla del mismo Hospital, siendo ya las diez de la mañana, (2) en donde se mantubo orando á ratos, en otros reconciliándose, y en otros parlando con tanta entereza, que parecia no se le llegaba el fin á su vida, hasta las nueve de la mañana del siguiente dia, (3) que acompañado de algunos sacerdotes, doce soldados armados y yo, lo condujimos al corral del mismo Hospital á un rincon donde le esperaba el espantoso vanquillo: la marcha se hizo con todo silencio: no fué exortado por ningun eclesiástico en atencion á que lo iba haciendo por sí en un librito que llevaba en la derecha y un Crucifijo en la izquierda; llegó como dije al vanquillo, dió á un sacerdote el librito, y sin hablar palabra, por sí se sentó en el tal sitio, en el que fué atado con dos portafusiles de los molleros, y con una venda de los ojos contra el palo, teniendo el Crucifijo en ambas manos, y la cara al frente de la tropa que distaba formada dos pasos á tres de fondo y á cuatro de frente: con arreglo á lo que previne le hizo fuego la primera fila, tres de las balas le dieron en el vientre, y la otra en un brazo que le quebró: el dolor le hizo torcerse un poco el cuerpo, por lo que se safó la venda de la cabeza y nos clavó aquellos hermosos ojos que tenia: en el tal estado hice descargar la segunda fila que le dió toda en el vientre, estando prevenidos que le apuntasen al corazon: poco estremo hizo, solo sí se le rodaron unas lágrimas muy gruesas: aun se mantenia sin siquiera desmerecer en nada aquella hermosa vista, por lo que le hizo fuego la tercera fila que volvió á errar no sacando más fruto que haberle hecho pedazos el vientre y espalda, quiza sería porque los soldados temblaban como unos azogados: en este caso tan apretado y lastimoso, hice que dos soldados le dispararan poniendo la boca de los cañones sobre el corazon y fué con lo que consiguió el fin. Luego se sacó á la Plaza del frente del Hospital, se puso una mesa á la derecha de la entrada de la puerta principal, y sobre ella una silla en la que lo sentaron para que lo viera el público que cuasi en lo general lloraba aunque sorbiéndose las lágrimas, despues se metió adentro, le cortaron la cabeza que se saló, y el cuerpo se enterró en el camposanto.

Los cuatro siguientes señores nombrados murieron antes que el señor Cura: fueron encapillados juntos en la misma Capilla, y á mi cuidado estuvieron en ella veinte y cuatro horas, luego se condujeron atados de los molleros con los portafusiles hasta la plazuela que queda á espaldas del Hospital dicho, en donde estaban los vanquillos esperándolos: llegaron al frente de ellos segun les había de tocar; el señor Allende luego que enfrentó al que debia ocupar, volvió la cara al campo, se levantó la venda que le cubria los ojos, estuvo mirando toda la gente, se volvió á cubrir la vista, y se dirigió al vanquillo en donde por sí se sentó; los otros tres fueron sentados. (4) y todos atados á los palos de los molleros con los portafusiles: á una par se le descargaron cuatro tiros á cada uno por la espalda, y fueron suficientes para que con igualdad murieran: á poco se quitaron de los banquillos, se fueron tendiendo allí sobre una mesa, excepto Santamarina (*sic*), les quitaron las cabezas que después se salaron, y sus cuerpos se sepultaron en el campo santo, remitiendo con la cabeza del señor Cura Hidalgo las otras á Guanajuato.

Los mencianados Señores, tubieron excelentes preparaciones para morir, confesándose muchas ocasiones, su resignación y entereza causaba admiración, principalmente cuando ya fueron encapillados: en las veinticuatro horas que duraron en ella fueron exhortados por ellos mismos en ratos en latín y en otros en castellano, tomaba uno la palabra, y así que se cansaba la tomaba otro y así sucesivamente las veinticuatro horas ecepto el señor Allende que aun allí lo trataban los otros con el mayor respeto: este último murió defendiendo por justa la independencia, en terminos que antes cuando se le tomaba su declaración, viéndose tan apretado por el fiscal, se vio en la necesidad por su defensa, de tomar la corta plumas de sobre la mesa y se tiró tres cortadas al vientre que no le cortaron el cuero: (5) Jimenez solo encargaba á su muger y un hijito: y Santamaría antes se habia fingido loco por escapar la vida, pero después fué admirable su resignacion y disposicion.

Estos Héroes son dignos de que se perpetuen en nuestras memorias, no solo por los conocimientos que nos acarrearon con habernos mostrado el verdadero camino de la libertad, sino que según sus últimas demostraciones murieron tan cristianamente como los mejores cristianos, por cuyas virtudes sírvase V. interesarse á que por un monumento en Chihuahua sean eternizados.

V. dispense esta mi piadosa confianza, y disponga de la buena voluntad de su affmo atento, seguro servidor, y amigo Q. B. S. M.

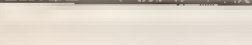
Pedro Armendariz.

(1) Primer periódico en el que se publicó el *Plan de Iguala*, por cuyo motivo fueron encarcelados su redactor y editor.
(2) Lunes 29 de Julio de 1811.
(3) Martes 30 de Julio de 1811.
(4) D. Juan Aldama, D. Mariano Jiménez y D. Manuel Santa-maría.
(5) Bustamante dice, que indignado Allende "del trato poco atento de Abella, en un acceso de furor rompió las esposas que tenía en las manos, porque tenía grandes fuerzas, y con el pedazo de cadena que quedó pendiente de una de las esposas, le dió un fuerte golpe á Abella en la cabeza." Alamán reproduce este episodio en su nota.

Sra. Algeria de Reyna Barrios.—(Véase el artículo relativo).

La leyenda
DE
LA MARGARITA.

En un fondo boscal, rojo por el otoño, parduzco por la hojarasca, gris por el heno que en mechones colgaba de las ramas, agrietadas como la momia de un guerrero llena de cicatrices; en un fondo obscuro que recortaba la palidez luminosa de los cielos, se destacaba apenas un ruinoso castillo. Las piedras parecían cubiertas de canas; manchones de musgo ascendían, manchando las junturas con ese verde sombrío terciopelo; el polvo había opacado los cristales de las ventanas nunca abiertas; torcíanse los remates de hierro de los torreones, y el buho en la corniza, el aguilucho en el acantilado, la lagartija en la juntura, hablaban de una de esas mansiones abandonadas, teatro de idilios ocultos, mudas tragedias, ignoradas elegias. Brusca hierba, vivaz, floreciente, borraba el delicado contorno de los baluartes, salpicando de corolas brillantes el fondo negruzco de la piedra bañada por la lluvias, barrida por los vientos, calcinada por los soles. Había un jardín, una deliciosa maraña de arbustos convertidos en árboles, exuberante de flores, ebria de vida, un *Paradon* que ceñía, como las sienes de un viejo dios, con guirnalda de rosas frescas, la mansión vetusta. De la torre calada de una capilla jamás se desparramó el trino de unas campanas, y diríase que aquella habitación estaba desierta......... Había alguien......... —Ríete, tienes razón......—un viejo castellano y su hija. El castellano—¿lo has adivinado?—era un hombrón colosal, de mal carácter, y ella una criatura ideal, frágil, blanca, elegante como los lirios, y como ellos, pura y mística. Ya te puedes suponer que era de cabellos rubios y ojos azules. Llamaremos, si lo quieres, Blanca ó Aurora á esta interesante reclusa. Ella es la que se pierde en los rincones más sombríos del jardín, seguida de la dueña de anteojo-



SRITA. MARIA RUIZ.

SRA. AMPARO E DE CORRAL.

[De Hermosillo.]

azules, que hila en rueca; ella, la pensativa vagabunda que se detiene bajo todos los nidos para oír el canto filomélico; ella, la que arroja migas á los peces fecundos del estanque, enorme espejo azul encuadrado en la felpa verdosa de los musgos; ella, la que sigue con la vista á las multicolores mariposas y parece decir algo hondamente triste, con la mirada ingenua y húmeda, á las rosas blancas en flor.

Se pasea en la terraza durante los plenilunios, hunde la mirada sombría en las lontananzas entenebrecidas, y la estrella que palpita, y el ave que solloza, y el insecto que zumba, las voces aisladas de la inmensa serenata que asciende de los campos bañados en plata luminosa, la hunden en el vago ensueño de una languidez virginal, en ese lento desmayo de las almas, donde también hay una luz indecisa, un canto que se levanta...... lo has dicho: el amor.

Al verla triste, el padre—¡padre al fin!—ha depuesto el seño adusto, y con voz bronca, pero con llanto en los ojos, tomándola en sus manos, como en las suyas rudas el tosco labrador toma una corola delicada le ha preguntado:

—¿Por qué estás triste? ¿por qué sufres? ¿por qué?

Ni la dueña.—Argos malicioso—ni el confesor, viejo experto, nadie sabe que en esa alma creció tímido, hace tiempo, un afecto, un amor,...... ¿por quién?....... por Raul...... (Raul es nombre favorito de heroes sentimentales) un Raul que, de paso, una noche, pidió hospedaje, entonó cántigas, la vió largamente y la dejó para siempre envenenada de imposible cariño.

Pero ha jurado no decirlo jamás, ha jurado callar para siempre ese nombre y ese amor. ¡Cuántas veces ha estado á punto de ser sorprendida! Suele hablar sola y pronunciar las letras poco á poco, diríase que son música y quiere prolongarlas; diríase que tienen sabor y, cerrando los ojos, las paladea. Se ha detenido frente á los árboles de corteza secular y con el punzón de oro, ha dibujado R. R. que convierte en B. B. y después raspa: escápase entonces de las grietas una gota de savia que parece una lágrima de ternura de arbol herído. Y lo ha soñado. ¿La habían oído decir esas frases tiernas? Virgen ignorante, no sabe el idioma del amor y lo ha aprendido en un libro de misa. ¡Oh Raul mío, dice, á veces, báñame con tu preciosa sangre; Señor, inúndame con tu luz; Señor, fúndeme en tu gloria; cordero purísimo, paloma blanca, ven á mí. Creen que reza y habla con el ausente. Su inmenso pecado es callar al confesor ese sacrilegio de palabra. ¡Oh, el Demonio, ha tomado una irresistible forma para torturarla! Su padre le ha suplicado.

—Díme; si es un hombre; no importa quién, serás suya; si es humilde le daré título; si es pobre le daré tesoros; si es criminal tú le santificarás. Pero ella, la obstinada, la orgullosa, enmudece. Responderá cuando él mismo en persona, venga y le pregunte lo que todos ¡ay! le interrogan.

El fraile le tiende en el confesonario inesperados lazos; le dice que es grave culpa ocultar lo que dice la palidez en su frente, el eterno desmayo soñador en sus ojos, el pliegue grave de sus labios....... y ella solloza pero calla.

Y esa virgen blanca y pura, esa virgen flor de inocencia, está condenada por silenciosa á los eternos martirios de la sombra; pero ha amado tanto que los cielos la perdonan. Murió, murió una noche de Mayo......... y lo espera todavía bajo la forma de flor, lo espera, martir resignada. Esa flor es la margarita, un corazón de oro, aureolado de blanca pureza; ella es la flor que se deshoja para preguntarle *sí* ó *no* y jamás dice la verdad. Te consta cómo has desmentido su afirmación con tu desdén, eterna negación.

Tal es el cuento de la margarita.

***

Ella alegra como blanca risa la sombra de los prados. Pura estrella de nieve, espera al borde del camino á las parejas de enamorados que la cortan como oráculo........ los rostros juntos, la mirada ansiosa, arrancan las hojas, sóplanlas, vuelan por el aire como flecos de nieve.—¿Dice que no? Ya lo ves?

—Pero ¿quién cree á una flor, si aquí están mis ojos que te responden? Dame un beso.

El poeta, pensativo, la interroga también: dice ella que sí, pero el sonríe con tristeza: miente. Y para arrancarle una sílaba la martirizan, le dejan solo el corazón, sin aureola de pureza.

Ya sabes la historia...... ¿Quieres que deshojemos margaritas?

Micrós.

ROSAS.

El alma de las niñas que se mueren
De amor sin esperanza,
Es el aroma delicado y puro
Que esconde el cáliz de las rosas blancas.

De la mujer ardiente, apasionada,
Que mata el desengaño,
Habita el alma rosas encendidas
Su embriagadora esencia derramando.

Y cuando yo me muera, sé de cierto
Que la pobre alma mía
A perfumar irá, de entre las flores,
La de más roja, nacarada tinta!

Julia.

DE ARY RENAN.

Partir miré esta tarde, en un mar ceniciento,
como tropel de abejas, brillantes y lijeras,
los bergantines de oro, las cándidas galeras,
de cada fondeadero del golfo, en un momento.

La escuadra iba inclinando con suave movimiento
sus mástiles ornados de flores y banderas,
y hacia el venturoso país de las quimeras
zarpó, sin cojer rizos, puesta la barra al viento.

Ya se perdió á lo lejos cual pálido espejismo;
nube de rayos llena nos ocultó el abismo
donde el naufragio ejerce sus hórridas venganzas;
y mientras, en la playa, sobre los rotos leños,
lloraba mis deseos, mis vagas esperanzas
que se ha llevado á bordo la flota de mis sueños.

Justo Sierra.

Noviembre de 1896.

MISTICA....

El Ideal buscaba...... Para mi vida
Tuve el mágico trébol de cuatro hojas
Y un esplendor de aurora. Ya las congojas
Se ausentaban del alma, de amor herida.

Mas ¡oh, viento de otoño!, la estremecida
Rama, de sus verdores pronto despojas,
Y al abismo profundo tremendo arrojas
La esperanza que muere, la fe perdida.

Hoy, yendo taciturno, triste y aislado
A hundirme en las regiones del negro olvido,
Pisando de los males el turbio cieno,

Ante tu augusta imágen arrodillado,
¡Oh, Diós, en mis angustias solo te pido
Que me des una dicha: la de ser bueno!

F. M. de Olaguíbel.

Noviembre de 1896.

Deja que miren mi vejez cansada
esos ojos risueños,
pues echa, sin quererlo, tu mirada
un reboque al palacio de mis sueños.

***

¡Igualdad y miseria! Como todo,
cuando Dios creó el sol, ¿lo hizo de lodo?

Campoamor.

Trianeras.

Cuando yo me muera
no quiero responsos,
ni el agua bendita que sobre el cadáver
echan en el hoyo.

Cuando esté en la caja
quiero que tu ojos,
regando con llanto mi cuerpo presente,
me sirvan de hisopo.

No quiero que alumbren
mis restos tampoco......
Me sobran los cirios si baña mi frente
la luz de tus ojos.

Detrás de mi féretro
no quiero curiosos......
¡En pos del cadáver irá el alma mía
Pensando en tí sólo!

C. José de Arpe.

MANUEL ACUÑA.

Al verlo andar se comprendía que debía tener alas. La Naturaleza, al crearlo, descuidó lamentablemente sus condiciones de equilibrio. Le dió por base de sustentación dos muñones deformes, inadecuados á la marcha y á la estación de pie; siempre enfermos y siempre adoloridos; No andaba; tropezaba.

Visto de lejos, parecía cojo y de cerca atáxico. No había para él calzado posible y el que gastaba y apenas toleraba se lo hormaban en una piña.

Incapacitado de caminar en los zarzales y en los pedregales de la vida real, tomó su partido y se lanzó al espacio, entre las nubes, cerca de los astros y se hizo poeta.

Todo lo que su cuerpo tenía de torpe y de pesado tenía su espíritu de ágil y de etereo. Era un desequilibrado del cuerpo y no, como todos los poetas, del espíritu. Incapaz su humanidad de subir una escalera, su alma en cambio escalaba á menudo el cielo, y formaban el más extraordinario contraste la reptación tortuosa de su marcha con el vuelo amplio, rectilíneo y audaz de su inspiración.

Lo conocí muchos años antes de ser su amigo. Veíalo discurrir cayendo y levantando, por los corredores del colegio, con el Nebrija cerrado bajo el brazo y los ojos abiertos del lado del cielo; pero un sentimiento de respeto me mantenía alejado de él.

Había leído y admirado su «Ramera» que nos lo reveló como poeta y no me atrevía á terciar con aquel gran-de hombre. En aquella época no había para mí nada más admirable ni prodigioso que un poeta. No pasaba día sin que intentara yo, sediento de poesía, rimar ó medir un verso, y jamás podía conseguirlo.

Afiliado á todas las Sociedades Literarias de la época, veía desfilar ante mi vista asombrada toda una pléyade fácil, inspirada, profunda, que versificaba como las aves cantan ó como las tormentas rugen, sin esfuerzo y sin fatiga y de mi impotencia nacía no la baja envidia sino la más espontanea y sincera admiración.

Acuña, especialmente, me cautivaba. Su versificación musical y natural, su inspiración noble y levantada, su originalidad, el sello profundamente personal de sus creaciones y sus tendencias filosóficas, constituían para mí el más admirable conjunto de dotes; y si encontrábamos más vigoroso á Sierra, más fácil á Peza, más profundo á Castelló ninguno á mi juicio, me parecía á la vez tan vigoroso, tan fácil y tan profundo.

Con el tiempo he discernido que mi preferencia de entonces, si bien exajerada, no carecía de fundamento y de explicación.

Hay poetas en quienes predomina la fuerza como en Justo Sierra; otros que se caracterizan de preferencia por la gracia, como Juan Peza y otros en los que impera sobre todo el buen gusto como en Gutierrez Nájera. Acuña á la vez era fuerza, gracia y gusto. "La Ramera" "El Hambre" "A los muertos de la Filabiátrica", son fuertes; "La vida del Campo, "A la luna" son graciosos y es del más estupendo buen gusto la melancolía dulcísima de su último soneto "A un arroyo."

Cuando pude tratarlo y conocerlo, comprendí que el hombre valía en él tanto como el poeta. Dulce, afable, corazón de oro, desprovisto de envidias, incapaz de odios, no supo sino hacerse amar y tuvo el excelso mérito de hacer enmudecer las envidias que brotaban ante su paso.

No recuerdo haberlo visto encendido de ira, ni haber visto brotar de sus labios la injuria; su sátira, parsimoniosa siempre, era fina y delicada y antes acariciaba que ofendía y lo amábamos tanto por su buena índole cuanto por su incontestable superioridad.

Otra cualidad inestimable: jamás protestó contra la miseria, ni se sublevó contra la adversidad, ni hizo á nadie confidente de sus amarguras ni de sus dolores. Parecía feliz y aparentaba vivir contento con su suerte; no tenía ó lo disimulaba, conciencia de su superioridad, de sus méritos y jamás hablaba de sí mismo,

Que había un drama terrible en su existencia, que una herida profunda sangraba en su corazón; venimos á inferirlo de su trágica muerte; pero la víspera aún sonreía y charlaba como un niño. Ni una sombra de melancolía, ni un resabio de amargura, ni una lágrima dejaron entrever su resolución firme, inquebrantable y ya antigua de morir, ni traicionaron su siniestra idea fija ni sus sombríos y tenebrosos orígenes.

Todavía encontró un retruécano para anunciarme su trágico fin. Habíamos convenido en que me daría escrita de su puño y letra una de sus poesías: Venga usted mañana—me dijo—y se encontrará «Ante un cadáver.»

Y así fué en efecto, al día siguiente me encontré ante un cadáver, el suyo.

Pormenor cruel: aquel estoico que murió sonriendo, lloró sin cesar después de muerto y sus mejores amigos recogieron piadosamente aquellas lágrimas, las primeras acaso que brotaron de sus ojos.

Doctor M. Flores:

Noviembre de 1896.

VERSOS PATRIOS.

LOS TRABAJADORES DEL BOSQUE.

Al Sr. Lic. Fausto Moguel.

I.

No se me borra esa impresión grandiosa:
En medio de la selva gigantesca
Y á la luz indecisa de la *roza*,
Ví la escena dantesca.
Al pie de aquellos árboles copudos
Como negros fantasmas, se agitaban
Los atletas desnudos
Que ardorosos se erguian ó encorvaban;
Mientras que, presas en sus puños rudos,
Las hachas, cual relámpagos, brillaban.
¡Con qué rabia el acero
Se clavaba en el tronco endurecido,
Y cada golpe fiero
Cómo el cedro orgulloso y altanero
Lanzaba hondo gemido!
El furor de las hachas relumbrantes
Se aumentaba á medida del bochorno,
Y templaban los *mozos* jadeantes
Aquel ambiente de horno
Haciendo que llovieran en su torno
Granizadas de astillas crepitantes;
Y cuando algún coloso vacilaba
Y por fin con estruendo se abatía,
Agria y desconcertada gritería
Una nube de pájaros formaba
Por el ruido deshecho que caía.....
Mientras tanto, el hachazo
Se escuchaba otra vez, violento y seco,
Resonando del bosque en el regazo,
Repercutido siempre por el eco;
Y siempre, siempre con la misma saña,
El acero vibrante
Se encarnizaba con la dura entraña
Y al rodar por el suelo algún gigante,
Pavorosa temblaba la montaña.........
Y otra vez la estridente algarabía
Se formaba en la altura,
Y por la brecha enorme que se abría
Una explosión de luz y de alegría
Llegaba al fondo de la *roza* obscura!

II

Después, á los postreros resplandores
Del mismo ardiente sol que con asombro
Los miró resistir á sus calores,
Se alejaban aquellos gladiadores
Cantando alegres con el hacha al hombro.
Por el fulgor crepuscular heridos
En la falda del cerro blanqueaban
Del pobre hogar los agrupados nidos;
Y allá, en los claros que á la selva hollaban,
Destrozados quedaban
Los revueltos montones de vencidos!

Rodulfo Figueroa.

Noviembre de 1896.

SINFONIAS.

Silba el viento, las nubes se enderezan,
Y como cisnes de lucientes plumas,
Por el espacio á desfilar empiezan
Batiendo al aire su plumón de brumas.
Vienen de lejos al festín salvaje,
Fingiendo al escalar los horizontes,
Garzas blancas que rizan su plumaje
Sobre el mar verdinegro de los montes.
La tempestad desde su enhiesta cumbre
Fustiga airada sus corceles broncos
Y agita inquieta su pendón de lumbre
Lanzando al viento sus bramidos roncos.
El trueno ruge y su clamor simula
La formidable vibración de un grito,
Que es el himno de triunfo que modula
En sus fauces de sombra el infinito.
Hiende el espacio el rebramar violento
Del aquilón que sin cesár galopa
Y va fingiendo en su salvaje acento
Gritos marciales de invisible tropa.
La añosa selva se extremece y cruge
Con alaridos de estridencias hondas,
Ante la paz del aquilón que ruge,
Su himno de muerte en las tupidas frondas.
Los ramajes se chocan abatidos
Bajo el golpe de rachas que serpean,
Remedando coléricos graznidos
De cóndores hambrientos que aletean.
Y se mueven los árboles inquietos
Entre la bruma que á la tierra alfombra,
Semejantes á enormes esqueletos
Que se agitan bailando entre la sombra.
La voz del aguacero que retumba
Bajo las frondas de la selva umbría,
Al dilatarse por el éter, zumba
Cantando su monótona elegía.
El bosque como un campo de batalla
Donde luchan indómitos guerreros,
Tiene roncos acentos de metralla,
Clamor de gritos y chocar de aceros.
Y ante esa inmensa confusión de ruidos
Huye la fiera, en su cubil se esconde,
Y á la trágica voz de sus aullidos
Sólo la voz del huracán responde.
Todo es fulgor y soledad. Y en tanto
Que el viento agita sus batientes palmas,
Gesticula la sombra del espanto
En el seno aterido de las almas.

Benito Fentanes.

Noviembre de 1896.

Sobre la cubierta del fatigado *steamer*, una oleada de juventud, una alegre oleada de vida se arremolina en tumulto, mecida rítmicamente por el vaivén de las aguas. La inquieta caravana ha partido, en un vuelo heróico, dejando detrás de sí, en las tenues lejanías del océano, sus buenos días felices, la gallarda cruz de la parroquia, las praderas color de esmeralda, los montes azules, los blancos cabellos de la madre y las morenas guedejas de la enamorada. Todo se quedó atrás, todo se tragó aquel mónstruo: rubias tardes serenas, pálidas noches estivales, acres alientos de los bosques, vivas impresiones de la *tierruca*, enlazadas como lianas al espíritu; ecos de bandurrias y besos voraces estallando á través de las rejas ¡Ay Madrecita mía! ¡Cómo devoró el mar aquella presa! Allá va la estela del navío, disolviéndose en la movible superficie; allá va su alma, mientras la enorme bocaza arroja borbotones de humo negro que culebrean en el aire para desvanecerse en el ala diáfana de los cielos. Y el *quinto*, asomado á la barandilla del buque, ve pasar sus recuerdos con las olas; aquella grande, inmensa, le representa su montaña, la altiva, la osada, la que le quitaba un pedazo de horizonte; la otra, coronada de copos de espuma, los almendros en flor de la huerta; esa, lenta, ondulada, remeda un campo de trigales, cuando todavía el sol no ha dorado sus espigas. ¡Y cuántas lágrimas! cuantos sollozos en el cortejo! Adiós! adios! gritan á los que se quedan. Adiós! adios! á los que el buque deja detrás de sí. Y el pobre mozo siente que se le cierra la garganta y su mano convulsa oprime el único amor que le resta de sus amores perdidos, la sola compañera de sus tristezas, la que le habla de la gallarda veleta de su parroquia, de sus praderas color de esmeralda, de sus montes azules, de los blancos cabellos de su madre, y de las morenas guedejas de la enamorada: la guitarra.

Y el mísero hace vibrar las cuerdas del instrumento y su copla doliente y huérfana—huérfana como él, doliente como su espíritu— parece que le une por invisible reguero á los amados ausentes, á los que tal vez ya no volverá á ver en el mundo, á los que abandonó una tarde de primavera, cuando su novia le pedía rosas frescas para su cabello y las huertas se las brindaban á millares.

Y el mozo canta alegremente, deja ir su alma en la sonora estrofa que la hélice acompaña con sus chirridos siniestros.

Una vez allá, en la tierra enemiga, en donde el suelo vomita fuego y el sol introduce en las carnes sus rayos bermejos, le arrancarán la guitarrita de las manos y le pondrán en ellas un fusil. Le dirán como se esgrime el arma, le enseñarán á matar, le harán que ame la sangre; herirá y matará, sin saber si esos á quienes hiera y mate, tienen como él una madre, y un monte azul y una enamorada que los espera. ¿Qué sabe él? Le dijeron un día que hay un girón lejano de patria, separada por aquel monstruo de movibles escamas; que era preciso defender aquel pedazo de tierra, y allá va el buen mozo, dispuesto á hacer el sacrificio de su vida, alegremente, valerosamente, mientras el mar lo devora todo y la negra bocaza arroja negros borbotones de humo.

¿Y por qué no?—Acaso vuelva un día, como él ha visto que han vuelto otros. ¡Ay! la tez amarillenta, las piernas vacilantes, las manos descarnadas, los ojos fríos y como sin mirada, los pómulos hundidos, el cuerpo encorvado; acaso lisiado...... Llegará, sí, arrastrandose, con su licencia terciada á la cintura, en una bella tarde de primavera, en que los almendros estén en flor en las huertas y los prados brinden sus rosas...... Y así, paso á paso, verá destacarse la gallarda veleta de su parroquia y sus montes azules...... pero al preguntar por la cabeza de cabellos blancos, lo llevarán á una cruz que extiende sus brazos en el cementerio, y al buscar aquellas morenas guedejas para las que hizo una diadema de flores frescas, se encontrará con un buen hogar en el que resplandecen unas cabecitas rubias que un hombre fuerte y joven oprime con sus nervudos brazos, y una mujer que contempla en éxtasis aquel cuadro.

Y entonces, en el silencio de la tarde, surgirá una copla doliente y huérfana—huérfana como él, doliente como su espíritu—y el pespunteo de una guitarra—que parecerá decir: adiós! adiós!—Adiós! únicos amores de mi vida! ¡Ay Madrecita de mi alma!......adiós! adiós!......

LA DICHA.

Por Guy de Maupassant.

Era la hora del té, antes de que hubiesen encendido las luces.

La quinta dominaba el mar: el sol se había puesto ya, dejando á su paso un cielo sonrosado y cubierto de arenillas de oro, y el Mediterráneo sin una sola arruga, liso y reluciente todavía, presentaba el aspecto de una inmensa placa de metal bruñido.

Hablábase del amor, discutiéndose tan antiguo tema, y se repetía lo que acerca del asunto se ha dicho ya mil veces.

La suave melancolía del crepúsculo amortiguaba la rapidez de la frase, y la palabra amor, pronunciada tan pronto por una voz de hombre, como por una voz de mujer, revoloteaba por la sala como un pajarillo ó como un espíritu desconocido.

—¿Se puede amar durante muchos años seguidos?

—Sí—decían unos.

—No—Afirmaban otros.

Diferenciábanse los casos, fijábanse límites y se citaban ejemplos pertinentes á la cuestión.

De pronto uno de los concurrentes, que tenía la vista fija en el mar, exclamó:

—¿Qué es eso que se divisa á lo lejos?

Del fondo del horizonte surgía una masa gris, enorme y confusa.

Las mujeres se levantaron y contemplaban, sin comprenderlo, aquel fenómeno que no habían visto jamás.

—¡Es la isla de Córcega!—exclamó una voz.—La isla de Córcega, que puede verse desde aquí dos ó tres veces al año en ciertas condiciones atmosféricas.

Distinguíanse vagamente las cimas de las montañas, y todo el mundo estaba asombrado ante aquel fantasma surgido del mar.

Un caballero anciano, que aun no había pronunciado ni una sola palabra, murmuró entonces:

—En esa isla que se levanta ante nosotros como para contestar á lo que hace poco decíamos, he visto un ejemplo admirable de un amor constante, de un amor venturoso hasta la inverosimilitud.

Helo aquí:

***

Hace cinco años hice un viaje á Córcega, á esa isla más desconocida para nosotros que América, por más que la veamos de cuando en cuando desde las costas de Francia, como hoy sucede.

Hacía un mes que viajaba yo por el país con la sensación de que me hallaba á miles de leguas de Francia.

No hay allí ni fondas ni posadas, ni caminos; viájase en mulo y se llega penosamente á las cabañas adheridas al flanco de las montañas que dominan tortuosos abismos, desde donde se oye ascender el continuado rumor, la voz sorda y profunda del torrente.

Se llama á las puertas de las casas y se pide asilo por una noche y de qué vivir hasta el día siguiente.

Una tarde, después de diez horas de marcha, llegué á una casucha aislada en el fondo de un estrecho valle que á una legua de distancia se precipitaba en el mar.

La casa estaba en medio de un jardín, rodeado de viñas y castaños, que constituían una fortuna admirable en aquel país tan pobre y abandonado.

La mujer que me recibió era una anciana, severa y limpio por excepción. Un hombre, sentado en una silla de paja, se levantó para saludarme y volvió á sentarse sin articular una palabra.

Su compañera me dijo:

—Dispense usted; está sordo y tiene ochenta y dos años.

La mujer hablaba el francés de Francia, cosa que me sorprendió en extremo.

Entonces le pregunta:

—¿No es usted de Córcega?

—No, señor—me respondió—somos del continente; pero hace cincuenta años que residimos aquí.

Apoderóse de mí una sensación de angustia al pensar en aquellos cincuenta años transcurridos en aquel sitio sombrío, tan lejos de las ciudades donde viven las gentes.

Llegó un pastor y nos pusimos á comer el único plato que se sirvió, compuesto de una espesa sopa en la que había coles, patatas y tocino.

Terminada la modesta cena, me senté ante la puerta con el corazón oprimido por la melancolía del triste paisaje que á mis ojos se desarrollaba.

La anciana se me acercó y me dijo, movida sin duda por la curiosidad innata en el alma de las mujeres.

—¿Viene usted de Francia?

—Sí, viajo por el gusto de viajar.

—¿Es usted de París?

—No, soy de Nancy.

En aquel instante me pareció que una emoción extraordinaria agitaba el corazón de aquella mujer, la cual repitió:

—¿Es usted de Nancy?

—Sí, señora.

—¿Entonces conocerá usted á la gente del país?

—A todo el mundo.

—¿También á la familia de Sainte-Allaize?

—¡Ya lo creo! Era muy amiga de mi padre.

—¿Y usted cómo se llama?

Díjele mi nombre y la anciana exclamó:

—Sí, sí; lo recuerdo perfectamente. ¿Y que ha sido de los Brisemare?

—Todos han muerto.

—¡Ah!...... ¿Y ha conocido usted á los Sirmont?

Mucho. El último de ellos es general.

—Sí, Enrique de Sirmont, ya lo sé, mi hermano.

Lleno de sorpresa me puse á mirar á la anciana, cuando de pronto me asaltó el recuerdo de una antigua historia muy conocida en todo Nancy.

Aquella mujer había dado en su juventud un gran escándalo en la noble Lorena. La hermosa y rica Susana de Sirmont fué robada por un sargento de húsares del regimiento que mandaba su padre.

El soldado que había seducido á la hija de su coronel era un guapo mozo, hijo de labradores, que llevaba con mucha elegancia el uniforme.

Susana le amó, sin duda al ver desfilar los escuadrones; pero nadie ha sabido cómo lograron hablarse y ponerse de acuerdo. Lo cierto es que cuando el sargento tomó la licencia, desapareció con la muchacha.

Buscaron por todas partes á la pareja fugitiva, sin que las pesquisas practicadas dieran resultado alguno, y no se volvió á tener en Nancy la menor noticia de Susana, á quien todos dieron al fin por muerta.

¡Y encontrábala yo allí en aquel siniestro valle!

Entonces, repuse á mi vez:

—Sí, ya recuerdo. Usted es la señorita Susana.

Me manifestó que sí con la cabeza, mientras brotaban de sus ojos abundantes lágrimas, y á los pocos instantes me indicó con la mirada al anciano, que seguia inmóvil en su silla, y me dijo:

—¡Es él!

Y comprendí que Susana le seguia amando con delirio y que le veía todavía con sus seducidos ojos.

—¿Y, al menos, ha sido usted feliz?—le pregunté.

—¡Inmensamente feliz!—me contestó con una voz que partía del fondo mismo del corazón.—Me ha hecho la más dichosa de las mujeres, y no echo de menos nada de lo que he perdido.

Contemplé á Susana con tristeza, sorprendido por la fuerza del amor de aquella mujer rica que había seguido á aquel hombre, á quien adoraba todavía, renunciando á su brillante porvenir, al lujo y á las comodidades para convertirse en una pobre y miserable labradora.

No había pensado más que en él, sometida á sus sencillas costumbres, sin echar de menos la existencia de los primeros años de su juventud.

Aquel hombre había sido para ella todo cuanto se desea, todo cuanto se sueña, todo cuanto se aguarda sin término conocido.

Aquel hombre había colmado de dicha toda su existencia y nadie hubiera podido en el mundo hacerla tan feliz como él.

Y partí al rayar el alba, después de haber estrechado la mano de los dos esposos.

***

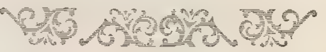
El narrador guardó silencio y una mujer dijo:

—Esa Susana tenía un ideal muy pobre, necesidades demasiado primitivas y exigencias demasiado sencillas. De seguro debía de ser una necia.

Entonces otra mujer exclamó:

¿Y eso qué importa? El caso es que fué inmensamente dichosa.

Y allá, en el fondo del horizonte, hundíase Córcega entre las sombras de la noche, sumergiéndose lentamente en el mar y borrando su enorme silueta, que había surgido momentos antes como para referir por sí misma la historia de los dos amantes que abrigaba en su seno.



DE LOS "GRITOS CLASICOS"

La lluvia de mis besos ha caído
En su busto de marmol. Poco á poco,
Entre mis brazos, ébria por el loco
Vértigo del amor, balló el olvido.
Su boca, roja y húmeda, fué nido
De mis calientes ósculos, y lleno
De amorosos cansancios, me he dormido
Sobre la tibia nieve de su seno.
Pasa, imbécil, y mírame: tu necia
Mirada no me irrita; en los festines
De mi risueña juventud, un día
Yo bebí en esa crátera de oro
El vino del amor...... ¿Quedó una gota?......
Apúrala, que no me das agravios
Aunque orgulloso y vano te embeleses.
¿La ves?...... Pues donde quiera que la beses
Has de besar la huella de mis labios.

Noviembre de 1896.

POR EL ARTE.

de Rodulfo Figueroa.

¡Cuán hermosa es la muerta! Exhuberante
Su desnudez sobre la loza brilla;
Yo la contemplo pálido y jadeante
Y tiembla entre mis manos la cuchilla.

El profesor, que la ocasión bendice
De poder explicar algo muy bueno,
A mi se acerca y con placer me dice:
—Hágale usted la amputación del seno.

Yo que siempre guardé por la belleza
Fanatismos de pobre enamorado,
—Perdonadme le dije con tristeza,
Pero esa operación se me ha olvidado.

Se burlaron de mi los compañeros,
Ganó una falla mi lección concisa,
Vi en la faz del maestro surcos fieros,
Y en la faz de la muerta una sonrisa.

Currucucú

La cantimplora cuelga, que ya bebiste
Entornando tus ojos de gris-azul,
Reclínate... mas oye qué voz tan triste:
¡Currucucú!

Es el palomo blanco de pies de rosa...
Quiebra, niña, tu talle que es de bambú;
Reclínate en mis brazos, eres mi diosa...
¡Currucucú!

Espónjate en el nido de mi deseo,
Paloma blanca y nívea toda eres tú,
De mi ala te estremeces al cosquilleo...
¡Currucucú!

Tu tez de concha-nácar amor enciende
En tu cuerpo vibrante de juventud:
Oye qué dulce canta... y ella lo entiende...
¡Currucucú!

Él es rey, en sus ojos tan encarnados
Trae el fuego selvático de nuestro Sur...
Es el sultán ardiente de nuestros prados...
¡Currucucú!

Y ella es como tú eres: nívea y sedeña;
Tu vello y sus plumones son de tisú;
Te hace soñar mi canto y ella en él sueña...
¡Currucucú!

Ella es mórbida y tú eres copo de nieve
Cuajado en una Venus de sangre y luz;
Sus pies son pequeñitos y el tuyo es breve...
¡Currucucú!

Su sangre es ardorosa cual sangre hebrea,
Tu sangre es de Circasia y es de Stambul;
El placer en ti y ella vivo aletea...
¡Currucucú!

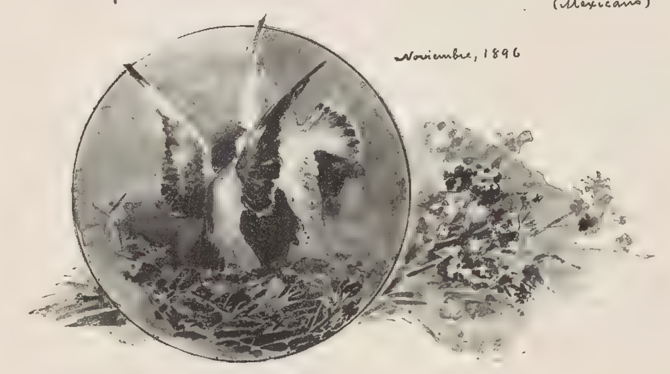
Acerca tu piquito, paloma mía,
Abre tus brazos blancos y cae en cruz..
¡La cantimplora henchida te dió alegría!
¡Currucucú!

Sueltas tu cristalina risa de amores,
Y á nuestros dos reclamos de juventud
Ella plañe y tú ríes entre las flores:
—¡Currucucú!
—¡Currucucú!

Rubén M. Campos

(Mexicano)

Noviembre, 1896



LA INUTIL RIQUEZA.—*Por Jorge Ohnet.*

Número 4.—Véanse nuestros números desde el 25 de Octubre de 1896.

Es verdad que para Vatentín la conquista resultaba cara y no podía obtener de ella más contribución que la del placer, eso sí, abundante, mil veces reproducido, y que valía lo que costaba. ¡Y de un modo tan nuevo, tan imprevisto! La señora Bourdón, jamás había pedido nada á nadie; tenía el arte de conseguir que se le ofreciese todo, y cuando aceptaba parecía que era ella la que había otorgado un favor. Era, por lo demás, un abismo, en el que desaparecían las rentas, se fundían las propiedades, y se hundían las casas sin saberse cómo y sin que jamás resultase lleno. Si Bourdón no hubiese adoptado desde los primeros momentos la laudable costumbre de guardar doscientos mil francos al año, para los malos días que pudieran venir, hubiera sido imposible averiguar á dónde iba á parar el río de oro que desaguaba en casa de aquella hermosa mujer.

Sin embargo, la señora tenía dos sanguijuelas perfectamente visibles; le modista y el joyero. Valentín empezó por pagar una cuenta de trescientos sesenta mil francos en casa de Verlet; nada más que la cuenta del año, pero en la cual figuraba una manteleta de piel de zorro gris, de treinta mil francos y unas faldas de seda bordadas de encajes antiguos, á tres mil francos una. En la joyería no se trató de nada menos que de un crédito ilimitado y en los seis primeros meses de ternura la bonita señora Bourdón, la amiga íntima de todas las marquesas, costó al conde de Coutras, próximamente, un millón ochocientos mil francos. La señora Mossler, avisada por Federico Clement, que veía desaparecer el dinero con rapidez vertiginosa, y por el señor Eliphas, que recogía con inquietud los rumores de la gente, no se mostraba alarmada.

Se divierte el pobre muchacho, dijo. He visto á esa señora el año pasado en la venta de *Saint-Anges*. Estaba encargada de un puesto con la Señora de Jessac. Es muy guapa...... Vendía cuanto deseaba, á los hombres, y al precio que quería.

—Y continúa haciéndolo, dijo Eliphas.

—Si tuviera usted cuarenta años menos, sería menos severo, replicó la Señora Mossler riendo. ¿No ha conocido usted, en sus tiempos, mujeres como la Señora Bourdón?

—No, á fe mía.

—Acaso lo deplora usted.

—Ya no.

—¡Ah! Eliphas; estoy Segura de que ha sido usted un pecador en su juventud. Ahora se muestra usted muy puritano, pero ¿qué mérito tiene eso si no se puede obrar de otra manera?

—Ninguno, en efecto. El conde Valentín hace bien en no preocuparse, puesto que usted le absuelve. Es usted dueña de su fortuna y tiene el derecho de hacer de ella el uso que crea conveniente.

—¿Cree usted que me arruinaré?

—¡Eso es imposible! dijo con orgullo Eliphas. Serían precisas tres generaciones de condes de Coutras para llegar á conseguirlo, y eso á condición de que jugasen á la Bolsa...... Entreteniendo señoras Bourdón, sería difícil.

—Entonces no escatimemos. Creo, Eliphas, que las personas muy ricas que hacen economías, son criminales y dan, en cierto modo, la razón á los socialistas, que quieren que todos los capitales vuelvan á la masa común. Un avaro, que tiene cien mil francos de renta y sólo gasta veinte mil, daña á la sociedad en los ochenta mil francos que amontona. Si repartiera lo que le sobra en beneficio del comercio y de las artes, contribuiría poderosamente al aumento de la riqueza pública; ayudaría á los plateros á cincelar hermosas obras, á los joyeros á producir aderezos magníficos y haría que los pintores y escultores decorasen su casa, con lo que el arte no se limitaría á producir cuadritos de caballete ó estátuas de sobremesa. Habría menos miseria, más satisfacción y nadie temería lanzarse á empresas arriesgadas, sabiendo que era facil encontrar dinero. No critico el ahorro; sé que en él está la fuerza de un país. Pero la capitalización á toda costa me hace el efecto de un freno que oprime la máquina social y contiene todo el esfuerzo de actividad de un país. Por eso quiero poner mis actos en consonancia con mis doctrinas y considero como un deber gastar todo el dinero que puedo.

—Pues lo logra usted á las mil maravillas y el conde de Coutras no le va en zaga. Pero aun con el género de existencia que han adoptado ustedes, no logran devorar sus rentas...... El Transvaal produce, él solo, más de lo que aquí se gasta. La fortuna de usted es una bola de nieve.

La Señora Mossler se puso triste; apoyó la barbilla en la mano y se quedó silenciosa. Después de un rato continuó:

—¡Qué desgracia que Gedeón no vea esta realización de sus sueños! Allá en Africa me decía: «Querida mía, llegará momento en que tendremos tanto dinero, que los reyes serán menos ricos que nosotros......» ¡Y cuando pienso que aquel hombre no tuvo en su vida más que una pasión, la del trabajo, y que sus necesidades eran tan pocas que jamás ha tenido más que dos platos en su comida, teniendo el primer cocinero de París, un tunante que sacaba, según confesion propia, cuarenta mil francos al año y que se creía deshonrado porque Mossler parecía despreciar sus guisos!......

—Pero, usted misma, ¿no es igual á él? ¿Qué necesitaría usted para vivir muy tranquila y muy dichosa? Dos mil francos al mes y una casita de cinco habitaciones. Tiene usted el más rico guardajoyas y los más hermosos encajes de París, y jamás abandona su falda de seda negra ni lleva otra alhaja que el brochecillo que tiene al cuello.

—Es el regalo de boda de Gedeón; le he llevado toda mi vida y quiero morir con él...... Cuando me le dió éramos unos infelices. Le compró en Estrasburgo en una de sus expediciones, y me le trajo triunfante...... ¡Dios sólo sabe el placer que me proporcionó! Mi padre no me había permitido nunca ni ponerme aros de oro en las orejas...... Cuando tuve esta alhaja, me pasaba los días mirándomela en el espejo..... ¡Oh! ¡Qué feliz y hermoso tiempo! Nuestros gustos no estaban estragados, porque no habíamos dormido sobre montones de oro......

—Ni habían ustedes dado su nombre á una ciudad......

—Y vea Ud., Eliphas, no basta tener un presupuesto de beneficencia, dotar establecimientos caritativos y acudir á todo lo que es digno de interés y de piedad...... Es preciso pensar en el porvenir de esta fortuna......

—¡Ya! dijo el viejo Clement. ¡La dinastía!......

—Sí. Esa era preocupación constante de Mossler. Continuamente decía: «¿A quién dejaremos lo que ganemos?» Bien sabe usted lo desgraciado que era por no haber tenido hijos...... No conocemos ningún pariente...... Algunos primos lejanos acaso; verdaderos extraños; campesinos como éramos nosotros...... ¿Qué harían con semejante fortuna? Dejando á cada uno treinta mil francos de renta quedarán locos de alegría...... Pero ¿y el resto?

—Pues bien; el conde de Coutras......

—Sí, Valentín; pero ¿y después?

—No tiene usted más que casarle.

La señora de Mossler miró á Eliphas con gravedad.

—Pienso en ello desde hace algún tiempo...... Pero ¿será bastante juicioso? No tiene más que veinticinco años y vea usted lo accesible que es á los placeres. ¿Quién lucha, además, con esa hermosa trapisondista á quien ama ahora, para reemplazarla, acaso, mañana, con otra igualmente encantadora?

—Habrá que buscarle una joven bonita y amable bien nacida y no rica, á la cual se abrirán las puertas de una gran existencia...... Pero, ante todo, es preciso que á él le guste.

—El *faubourg Saint-Germain* rebosa de muchachas sin un céntimo y que se quedan para vestir imágenes. Todas esas nobles familias se han arruinado por querer sostener su tren...... Preciso será que vuelva á abrir mi casa y que reciba á mis amigos, para que desfilen por aquí todas las señoritas casaderas...... Entonces escogeremos, Eliphas......

—Dios mío, señora; me ha costado bastante trabajo el casar bien á mi hijo, para sentirme inclinado á ocuparme de casar los hijos de los demás...... Si usted me pide opinión, se la diré...... pero nada más. Declino de antemano, toda responsabilidad.......

A decir verdad, estas responsabilidades no parecían muy inmediatas, pues el conde de Coutras se encontraba muy poco dispuesto á casarse. Su tiempo se dividía entre el entresuelo de la Avenida de *Antin*, al que la Señora Bourdón iba todos los días á las cinco de la tarde, y el *Petit-Club*, en el que jugaba por no aburrirse y por imitar á sus amigos. Desde que volvió del regimiento entabló amistad con el joven barón de Croix-Mesnil, último hijo de una familia que ha dado á Francia generales y ministros, y esta relación tuvo por efecto inmediato el lanzarle en la peor sociedad. Hugo de Croix Mesnil, *sportman* apasionado y jugador de profesión, pues el juego le proporcionaba los medios necesarios á la existencia cotidiana, era concurrente asiduo de los establecimientos mal afamados, de los *restaurants* nocturnos y de los garitos más sospechosos. Su amigo inseparable era Fernando Prieur, hijo de un contratista de obras públicas que, para defenderse de los recursos que se pudieran ejercer contra él á causa de sus embrollos en el negocio de los ferrocarriles del Centro, había fundado un periódico, *El Tirailleur*, en el que gastó millón y medio de francos, ató al carro de su fortuna á todos los merodeadores de las letras que pululan por las calles de París é hizo temblar al Gobierno por la audacia de sus ataques.

Hugo de Croix-Mesnil, Fernando Prieur y Valentín de Coutras formaban una trinidad audaz y ruidosa que brillaba durante el día en las carreras de caballos, en los velodromos ó en casa de *Maxim's*, y después de la una de la madrugada en el *Petit-Club*, al que aportaban un elemento de animación que turbaba desagradablemente las costumbres de los antiguos socios. Para Hugo de Croix-Mesnil fué Valentín un salvador caído del cielo. Dependiente desechado en tres ó cuatro grandes casas, formidable organizador de *micos*, jugador al que era preciso observar las manos cuando tallaba en la banca, el joyen barón estaba á punto de zozobrar cuando fué salvado por el conde de Coutras.

Zalamero y seductor por naturaleza, agradó á Valentín, el cual encontró lastimoso que un joven elegante, bien parecido, como Croix-Mesnil, llegase á ser presa de petardistas de baja estofa ó un instrumento, para los filósofos en emboscada. Le restauró y Hugo se encontró floreciente y orgulloso como por encanto. El buscavidas humillado é inquieto, volvió á adquirir el aplomo del vividor cuyo bolsillo se encuentra bien provisto. Llegó hasta estar á punto de batirse con Fernando Prieur, el cual, en los negros momentos de la miseria, había mostrado hacia su amigo de los días brillantes una indiferencia verdaderamente nauseabunda, diciendo que su situación le estaba bien empleada y que eso le enseñaría á no tratarse con la canalla. Fué precisa la intervención del conde de Coutras para apaciguar la querella y, una vez arregladas las cosas, los tres amigos se dedicaron en compañía á correr *juergas*, que pronto degeneraron en orgías.

Los sentidos embotados de aquellos jóvenes exigían refinamientos de una depravación exasperada. La perversidad un poco sádica que demostró Valentín en la prueba á que sometió al pobre Blanpain, reapareció en extravagancias galantes que espantaron á la Señora Bourdón, no enemiga sin embargo, de cierta amable excentricidad. Al llegar un día á la avenida de *Antin* encontró á Coutras en compañía de dos muchachas conocidas por el significativo sobrenombre de «las inseparables» y la joven, muy aficionada á las más fantásticas escenas entre dos, pero nada entre cuatro, se escapó para no volver.

Valentín no buscó nueva amada y declaró que estaba extraordinariamente cansado de mujeres. Aquel fué el período más agitado y más terrible de su existencia de libertino. Se dió á beber licores americanos en los cafés, después de media noche, y se presentó varias veces en el club en tal estado, que se hubiera pedido su expulsión si hubiera seguido frecuentándolo. No gastaba el dinero con exajeración. La imposibilidad de hallar un límite en que contenerse, le desanimaba. Parecía un nadador que no se atreviese á sumergirse en aguas desconocidas por miedo de no encontrar el fondo.

La Señora Mossler, muy indiferente cuando se trataba de los gastos de su hijo adoptivo, se manifestó muy preocupada cuando se trató de su conducta y de su moralidad. La protestante se despertó y por primera vez se mostró seriamente descontenta. Estaba al corriente de los hechos por Eliphas, el cual tenía á sus órdenes una verdadera policía empleada en su ministerio de buenas obras. Sin ninguna malevoleecia al principio y sólo por adhesión á la Señora Mossler, el anciano se dejó interrogar y dijo la verdad, pues, incapaz de mentir, no podía hacer más que callarse. No lo hizo así y se arrepintió muy amargamente.

Al retirarse el conde de Coutras, una mañana, según su costumbre, á casa de su madre adoptiva, la encontró fría y grave, y como no estaba acostumbrado á que se le pusiera mal gesto, se quejó en seguida con audacia de niño. La Señora Mossler, que parecía esperar la ocasión de explicarse, enunció en el acto sus quejas.

—Estoy descontento de tí, querido hijo. Tienes una manera de vivir que me disgusta soberanamente y quiero que lo sepas, porque supongo que tu cariño hacia mí te ayudará á corregirte.

—No lo dudes, respondió en tono cariñoso Valentín. Pero ¿de qué me acusas? Es preciso que sepa en qué te contrarío para no volver á hacerlo más.

—¡Oh! Me contrarías de muchas maneras pero sobre todo, por tu mala elección de amigos. No te tratas más que con personas mal reputadas.

—¿Quién te ha dado semejantes informes de mí? ¿Tengo, pues, énemigos á tu lado?

—No tienes más enemigo que tú mismo. ¿Crees que es dificil saber lo que haces? Basta abrir un periódico.... y no necesito ni comprarlo, porque me los envían llenos de rayas en el párrafo que se refiere á tí. Mira, aquí tienes el *Gil Blas* de ayer...... «Hace pocas noches, en el baile de la Opera, los señores de Croix-Mesnil, Prieur y el hermoso *Pepitero*......» El hermoso *Pepitero* eres tú, según parece; ¿sabes que te han aplicado ese mote?

—Sí, madre mía; es por las pepitas de oro......

—¿Y crees, que si tuvieras otra conducta, si no frecuentaras continuamente esos establecimientos inmundos, se permitiría nadie tratarte con esa degradante familiaridad?

—Vamos, madre mía, no exageremos. No tiene nada de degradante que mis íntimos me llamen *Pepitero*. Me agrada que los periodistas estén algo inclinados á cogerse de mi brazo...... Pero todo esto es insignificante Al duque de Beaufort le llamaban el *Rey de los Mercados* y no desdeñaba de codearse con sus súbditos, lo que no le impedía ser un gran señor. En cuanto á esos establecimientos inmundos de los que me supones concurrente asiduo...... ¡si supieras que sociedad frecuenta la cantina de la Opera, te quedarías asombrada!

—Lo creo.

—Pues es todo lo que hay en París de muy distinguido

—Sí, ya sé que hay una especie de delirio de degradación que arrastra á los hombres y á las mujeres de la mejor sociedad á frecuentar sitios en los que no querrían entrar sus criados...... Es una prueba de genialidad. Pasan la noche en las tabernas del *boulevard* exterior, en medio del humo del tabaco y oyendo canciones sucias ó revolucionarias. Sé que la sociedad aristocrática ha preparado su derrota por su falta de decoro. No espera que la hagan descender por fuerza al nivel común y se precipita ella misma de cabeza en el arrollo. Ella se retorcerá de rabia un día, pero esa es cuenta suya y yo no tengo para que ocuparme sino de tu caso particular, en esta general locura. Te querría mejor que los demás y te encuentro peor. Tus congéneres van á la taberna por tontería; tú vas por vicio. Ellos no hacen más que perder el tiempo; tú pierdes la razón......

—Madre mía......

—Me es penoso hablarte así, pero en tu propio interés debo ir hasta el fin, Tu intemperancia es causa de escándalo; y las personas con quienes vives íntimamente son las que te han impulsado á esa degradación....... Creo, por tanto, necesario que rompas con ellos.

—Te han prevenido contra esos amigos y contra mí.

—Ese Hugo de Croix-Mesnil y ese Fernando Prieur no son los compañeros con quienes quisiera verte....... Uno de ellos, por lo menos, vive completamente á tus expensas.

—He tenido el placer de hacerle algunos servicios. Pero, ¿eres tú la que me lo echas en cara, cuando pasas la vida buscando á quienes socorrer?

—Yo trato de que sean dignos de interés.

—¡Ah! madre mía; ¿hay algo más interesante que un hombre bien nacido, acostumbrado al lujo y que está amenazado por la miseria?

—Si ese hombre es laborioso, cambia de existencia y sale adelante......

—Eso es difícil de resolver y nada cómodo de ejecutar.

—Tu padre lo ha hecho y eso es lo que te ha valido mi cariño. Nada más conmovedor ni más honroso que el valor de aquel joven que, desterrado á las soledades de Africa, trataba de reconquistar por su trabajo todo lo que había perdido. Mossler y yo éramos de una raza trabajadora, bestias de carga creadas para las duras tareas........ Pero el, el conde Jacobo, nacido para la ociosidad, bello caballo de regalo, educado para la carrera ó para lá batalla...... Trabajó, sin embargo, con nosotros en el campo de oro, y en él murió ..... Esto es lo que nunca olvidaré y lo que me hace ser tan indulgente para tí...... Pero todo tiene un límite y no sufriré que tú le traspases.

Valentín tenía, entre todos sus defectos, una notable cualidad; la de saber dominarse y poner á mal tiempo buena cara. Tenérselas tiesas con la señora Mossler hubiera sido una grave imprudencia, por muy seguro que estuviese de su ascendiente con ella. Sé dió cuenta claramente de que era preciso recoger velas y hacer concesiones, al menos en apariencia, y, adoptada esta resolución, la puso por obra con toda prontitud.

—Bien sabes que jamás te he desobedecido. Estoy pronto á conformarme con tus deseos y desesperado por haberte causado un disgusto; esto es solamente lo que tengo en cuenta.

—Si haces lo que quiero, todo lo olvidaré. Sólo te pido que te portes razonablemente y para esto me parece necesario que cambies de existencia. ¿Quiéres darme gusto?

—Sí, por cierto.

—Pues bien; cásate.

Valentín dió un respingo y dijo sonriendo:

—¡Diablo! Me disparas eso á boca de jarro, sin prevenirme....... ¡Vaya una resolución!....... Nunca me habías hablado de eso...... ¡Pero asi, tan pronto? No tengo más que veintiséis años......

—Dos más que Mossler cuando se casó conmigo.

—Pero él no tenía una madre como tú, que le facilitase una existencia admirable.

—Tu existencia será tan admirable como ahora después de casado y mucho más regular.

—Pero casarme...... ¿con quién? ¿Me tienes una novia dispuesta?

—No. Te la buscaré en cuanto estemos de acuerdo.

Valentín respiró, porque entrevió un plazó y ese plazo era para él el porvenir entero, pues él sabría arreglarse para salir del callejón en que la señora Mossler quería encerrarle,

—¿Tú lo quieres? dijo; pues sea; me casaré. No pensaba abandonar tan pronto mi libertad, pero ya que mi sumisión es una garantía para tí, quiero que estés satisfecha.

—Lo estoy y más de lo que pudiera decirte, pues no sólo veo realizarse un proyecto en el que siempre he pensado con gusto, sino que tengo la seguridad de lograr que tu vida sea digna. Descuida; te buscaré una joven encantadora y que no sea rica; tú lo serás por los dos y hasta por cuatro, pero la quiero perfecta en todos sentidos. Es preciso que la ames y que ella te haga honor...... Fía en mí.

—Eso es lo que siempre he hecho hasta ahora y nunca me ha ido mal...... ¿No tenías nada más que mandarme?

—Nada más. Pero está convenido que vas á renunciar á la absurda existencia que llevas y á desembarazarte de esos dos individuos.

—Me marcharé esta misma noche á Niza; esta es una garantía para tí. Haré una pequeña correría en mi barco y volveré purificado de todos mis yerros. ¿Es esto lo que deseas?

—Lo mismo.

Como estaba acordado. Valentín partió y dejó en París á sus dos camaradas. Al saber éstos su llegada á Niza le telegrafiaron que iban á reunirse con él; pero Valentín les respondió en seguida: «Tenéis, amigos míos, tan malas costumbres, que habéis logrado comprometerme. Estoy en Niza precisamente para no veros más. Bebed en adelante solos vuestros *cocktails*. Si deseáis envenenaros fumando virginias, os enviaré algunos paquetes de San-Remo, de contrabando. Puedo todavía hacer eso por vosotros, pero nada más. Os estrecha las manos Coutras.

La Naturaleza fría y cambiadiza de Valentín, con sus puntas de ferocidad, que daba á sus actos un caracter particular, se manifestó plenamente en aquel abandono de sus compañeros. El día antes no se separaba de ellos y al día siguiente ya no los conocía. No había en él ninguna afectación, ningún esfuerzo para aquel abandono de una costumbre, ya que no de una amistad; ni siquiera la pequeña emoción que causa la partida de las personas con quienes se ha vivido algunas semanas; ni siquiera la melancolía de la soledad. El conde de Coutras se había encarrilado en una via nueva, iba en dirección diferente y no se cuidaba para nada de los que dejaba detrás de él. No le eran indispensables; hasta le molestaban: Desde ese momento, el soberbio egoismo, que constituía el fondo de su carácter, le indujo á no pensar más en ellos.

Y realmente no pensó, mientras surcaba con la quilla de su precioso yacht *Africa* las ondas azules de un mar admirable en la *Riviera* de Niza y en el golfo de la Napoule. Un orden de sensaciones nuevas se apoderó de él y se preguntaba con sorpresa cómo había podido permanecer entre las brumas y el fango de París mientras en la costa de la Provenza el cielo era tan puro, el sol tan brillante y la tierra tan coquetamente adornada de verdor y de flores. Estaba muy lejos de pensar en la promesa que había hecho á la señora Mossler. La olvidó tan fácilmente como á sus compañeros de Crápula y se dió por completo á su barco, al mar y al espacio.

Durante este tiempo la señora Mossler no se descuidó. De su vida da aventuras le había quedado la costumbre de la actividad é iba siempre derecha á su fín. Además poseía en Eliphas un colaborador sin segundo y éste fué quien descubrió á la señorita Enriqueta de Pierremot. Severamente educada por una tía suya entrada en años y pobre, la joven no había tenido otras distracciones que el estudio y era muy inteligente, muy instruída y poseía gran talento musical. Alta, rubia, de aspecto arrogante, un poco grave pero sencilla y tierna, Enriqueta no tenía nada de la bachillera moderna que pulula por los salones, con su gerga masculina, sus aires extravagantes y sus gustos raros, y que van desde el café concierto á las carreras de bicicletas, pasando por los cursos de la Sorbona. Sabía conversar, trabajar y recibir la sociedad. Estaba emparentada con las mejores familias, pero la modestia de su posición al mismo tiempo que la vejez de su tía la tenían alejada del mundo. El señor Clement dijo á la señora Mossler:

—No encontrará usted para su Valentín nada mejor que la señorita Enriqueta. Es bastante hermosa para hacerse amar por él y bastante juiciosa para dirigirle. Si tiene usted la suerte de que tome ascendiente sobre él, tiene usted á su hombre con lo que necesita. Valentín es inteligente y capaz de apreciar las raras perfecciones de esa muchacha encantadora, en la que tendrá una compañera como es hoy muy difícil encontrarla. No hubiera yo deseado otra mujer para mi hijo sino hubiese encontrado á mi nuera. Cuando usted la conozca quedará prendada de ella. Sus disposiciones para la música son tan notables, que Diemer le pide que vaya á tocar á cuatro manos con él, y ya sabe usted lo delicado que es. Dicen que canta extraordinariamente bien, pero no concurre sino á muy reducidos círculos sociales. No hay, de seguro, diez jóvenes en París que valgan lo que ella por la solidez de sus principios, la modestia de su aspecto y la cultura de su espíritu.

La señora Mossler escuchó silenciosa á su consejero, y por fin, pronunció estas palabras que probaban profundo conocimiento del corazón humano:

—¡Siempre que no sea demasiado perfecta!

Los temores de la señora Mossler no parecieron realizarse. Valentín, á su vuelta á París, fué presentado á la señorita Enriqueta de Pierremot, con la que se puso en seguida de acuerdo. Animado por su madre adoptiva, el conde de Coutras se propuso agradar y se mostró encantador. Se apoderó de la buena voluntad de la tía y con-

siguió enamorar á la joven. Sin esfuerzo y con toda naturalidad, se condujo tan perfectamente durante los dos meses anteriores á su matrimonio, que aún las personas más prevenidas contra él debieron creerle metamorfoseado.

Aquella movilidad de fisonomía y de actitudes, aquella facultad de duplicarse, en cierto modo y de representar un personaje completamente opuesto á su verdadera naturaleza, aquella adaptación de todas sus facultades al medio en que se encontraba momentáneamente, que hacían de Valentín un actor prodigioso, engañaron todas las miradas y todos los juicios. Todo el mundo pensó que se había hecho serio y que sería un excelente marido. El mismo lo creyó y se propuso de buena fe hacer feliz á aquella amable Enriqueta. El matrimonio se realizó, pues, bajo los más dichosos auspicios.

La señora Mossler, en el colmo de la alegría, dió veinte millones á su hijo adoptivo y el hotel de la avenida de Fiedland. Durante seis meses, el conde estuvo verdaderamente enamorada de Enriqueta. Para un libertino acostumbrado á la señora Bourdón, el amor de Enriqueta era una picante novedad. Pero al cabo de medio año, su constancia, jamás muy duradera, se agotó, y el marido volvió á sus ocupaciones de soltero y á sus placeres y dejó á la condesa, no en la soledad, pero sí reducida á la intimidad tranquila y placentera de amigos, que su inteligencia y su buen gusto le habían conciliado. Las relaciones entre los esposos siguieron siendo públicamente excelentes, porque Valentín, aunque ligero é inconstante, conservaba cuidadosamente las apariencias, y si Enriqueta sintió alguna pena supo ocultarla con dignidad. La señora Mossler no vió al principio nada más sino que no tenían ningún hijo.

III

Federico Clement, de la casa Pillet y Berger, se casó, un año antes que el conde de Coutras, con la hija del señor Vavasseur, director y jefe del personal en el ministerio de Hacienda. Celina Vavasseur, educada severamente por su padre, hombre de gran capacidad, pero de espíritu metódico, había pasado una juventud sin placeres. El día en que le fué presentado al joven Federico Clement, se halló samamente predispuesta á encontrarle bello y espiritual, porque iba á sacarla del triste medio en que se aburría desde la infancia. Bello y espiritual no lo era en alto grado el novio, pero sí amable y bueno cuanto se pudiera desear.

Era, acaso, un poco grave, pero sin animadversión hacia la alegría de los demás. El hábito del trabajo y la practica de los negocios, considerados como el objeto único de la vida, le habían tenido forzosamente alejado de los placeres mundanos, pero no los miraba con hostilidad.

En lo físico, era un muchachón rubio, un poco calvo, de ojos azules de mirar firme y frío y que juzgaba á un hombre ó un negocio al primer golpe de vista y sin apelación. Inocente en las cuestiones de sentimiento, como todos los que no han vivido, era terriblemente práctico en los asuntos de interés y se había criado un especialidad en los adelantos al comercio y á la industria. No ponía jamás él en la bolsa: esa clase de especulación no existía para él y rehusaba sistemáticamente ocuparse en las emisiones á las cuales se le había invitado con gran frecuencia. Desde que él dirigía la casa de la calle de la Victoire no se había allí trabajado más que en el descuento y en la banca. Acerca de la moralidad de ciertas empresas tenía opiniones propias del siglo anterior y que olían á filosofía ginebrina. El rigor de sus principios le prohibía ganar más de lo que él juzgaba honrado. Para él los beneficios del dinero no debían ser ilimitados y en una ocasión memorable dió la medida de sus escrúpulos devolviendo á una casa de Saint-Denis una parte del beneficio que había obtenido en la venta de una partida de cobre en lingotes, embargada y vendida por él por falta de pago en el plazo establecido. Con todo esto, era intratable cuando estaba en su derecho ó cuando se trataba de engañarle.

Entre su padre y él existía tal formalidad de caracteres, de tendencias y de modo de pensar, que podían hablar el uno en nombre del otro sin ponerse de acuerdo, de tal modo estaban seguros de lo que habían de pensar en determinadas circunstancias. Estos dos hombres un poco fríos y firmes en su deber hasta desafiar la muerte, eran dignos descendientes de los que se apoderaron de Francia con Enrique IV, y cuyo destierro, que Luis XIV juzgó necesario, aplazó por cierto tiempo la Rovolución Francesa.

Federico adoraba á su mujer cuyas ideas y cuyos gustos eran muy diferentes de los suyos. La encantadora Celina Vavasseur, salida de la atmósfera asfixiante en que su padre la había tenido durante toda su juventud, sacudió con viveza el yugo de las costumbres sencillas en que había sido criada, y bajo la molestia intencionada de su tren, supo aprovechar la rica solidez de una fortuna bien cimentada.

El lujo que deseaba le fué concedido y en poco tiempo obtuvo cambios importantes. Cuando Eliphas le hizo observar con afectuosa bondad, que arrastraba á Federico á gastos que él no estaba lejos de calificar de despilfarros, respondió riendo:

—Vamos, querido padre, no me acuse usted de ser partidaria de la Reforma......

El anciano abrazó á su nuera, moviendo la cabeza, y se consoló del dinero gastado pensando que su hijo era dichoso. Y lo era, en efecto. Su mujer no tenía por él una ternura apasionada, porque, realmente, no había nada en su persona que pudiera inspirar tales sentimientos; pero le amaba tiernamente á causa de su bondad y del cariño que veía en él. Le consideraba á sus órdenes, pero aunque segura de su ascendiente, jamás abusó de él.

Los dos primeros años de su matrimonio se deslizaron en un dichoso encanto. Tuvieron un hijo, cuyo nacimiento entusiasmó á Eliphas y causó alguna envidia á la señora Mossler, y en esta época fué cuando se fijó más en la mente de la reina del oro la idea de casar á Valentín. Entonces comprendió más claramente cuán vana era su fortuna si no tenía ningun heredero á quien transmitírsela en la seguridad de que, después, no iba á parar á manos desconocidas y extrañas. Hubiera dado un mundo porque aquel niño de Federico fuese de Valentín. Pero, ella, que podía hacer tantas cosas en el mundo, ¿tenía poder para cambiar el destino?

La joven señora Clement se encontró naturalmente en la intimidad de la mujer del conde de Coutras en cuanto éste se casó. Enriqueta y Celina tenían próximamente la misma edad, pero ofrecían en sus personas y en sus caracteres el más completo contraste. La señora Clement era pequeña, morena, viva, alegre. La condesa de Coutras era rubia, alta, un tanto grave y muy sentada. Artistas ambas, pero con criterios enteramente opuestos, la mujer de Federico era muy avanzada y no temía un poco de intransigencia, mientras que la de Valentín era resueltamente clásica y oponía una razonada resistencia á las ideas atrevidas. Tenía horror á los detractores sistemáticos y tomó entre ojos al célebre crítico Boismaraut porque se empeñaba en hablar mal de Gounod, á quien ella admiraba.

La señora Clement introdujo en el elegante, aristocrático y selecto salón de la condesa de Coutras un elemento de alegría viviente que modernizó lo que, sin eso, hubiera parecido un poco afectado. Ella misma decía riendo: «Yo ablando ún poco todo este Luis XIV». Fué la niña mimada de la casa y la seria Enriqueta la trató como á una hermana pequeña á quien se toleran todos los caprichos. Y los tenía. Cuando, á eso de las cinco, llegaba á casa de su amiga, el salón se volvía instantáneamente tumultuoso y la animación sucedía á la gravedad. Tenía el privilegio de desfruncir todo los ceños con su alegría. Las personas de edad la acogían con complaciente sonrisa. Era turbulenta y un poco fantástica, pero sus fantasías y su agitación estaban envueltas en tal encanto de candor y de honradez, que nadie pensaba en hablar mal de ella.

Al principio se mantuvo en una extremada reserva respecto al conde de Coutras. Por muy velados que hubieran sido los conceptos cambiados entre su suegro y su marido acerca de Valentín cuando aun estaba soltero, le habían hecho comprender que éste no gozaba de su estimación, y entre todos los fragmentos de conversación que había podido oír, formó una opinión según la cual el hijo adoptivo de la señora Mossler era una especie de diablo, del que convenía apartarse con cuidado.

La primera vez que se presentó delante de ella, no le encontró espantoso. Acababa de regresar de su viaje de boda y estaba comiendo de gran ceremonia en casa de la señora Mossler, cuando entró el conde de Coutras con desenvoltura sencilla y elegante. Besó la mano á su madre como hijo respetuoso, y cuando fué presentado á la joven, se arregló de manera que, en tres frases, habló bien de todos los que ella amaba. Se atrevió á mirarle con atención, tranquilizada por esa amabilidad, y vió que aquella satánica persona era un guapo muchacho, de aire dulce y político y que se destacaba por sus buenas maneras entre los jóvenes á quienes ella tenía costumbre de ver.

Habló muchas veces con él y le encontró alegre, nada pretensioso y con un dejo de descuido y de despego hacía las casas materiales que le daba mucha distinción. Para ella, que desde la mañana á la noche no oía hablar más que de negocios y de cifras, fué un placer encontrar aquel joven que parecía tener horror á toda preocupación seria y que nunca hablaba más que de arte, de literatura y de *sport*. Las facultades de asimilación da Valentín le sirvieron admirablemente en aquel trance, porque la verdad era que no leía jamás, detestaba las exposiciones y se formaba una opinión con dos ó tres frases de periódico. En materia de *sport* era otra cosa; en esto podía dar lecciones.

Viendo que la joven se interesaba por los secretos de las carreras y que le hacía preguntas acerca de ellas, propuso un día á la mujer de Federico llevarla al hipódromo en su *mail*. Ella exclamó en el acto:

—¡Pero usted no piensa lo que me própone! ¿Qué diría mi marido?

—¿Su marido de usted? Vendrá con nosotros. Es la reunión más grande de la temporada. Todos los *drags* salen de la plaza de la Concordia, delante del círculo de la *rue Royale*. Todo lo que París encierra de elegante y de *chic* estará allí. Pondré á usted á mi lado, en el sitio de honor.

La joven le miró con aire malicioso:

—Dígame usted, preguntó, ¿la señora Bourdón estará en el coche?

—No, respondió Valentín sin desconcertarse; la señora Bourdón no estará allí si usted está.

La mujer de Federico no comprendió bien toda la impertinencia que llevaba envuelta la respuesta, ó afectó no haberla entendido.

—¡Oh! ¡Pobre mujer! No quiero privarla de ese placer...... Llévela usted...... Se dice que no la hace usted muy dichosa......

—¿Quién ha informado á usted tan bien de mis asuntos?

—La voz pública.

—Pues es una voz muy falsa. Hace lo menos tres semanas que estoy reñido con esa señora......

—¡Bueno! ¿Y por qué? Es muy hermosa......

—¡Como si no hubiera quien lo es más!...... Conque está convenido, ¿viene usted?

—No, por cierto. Tiene usted muy mala reputación para que una pueda presentarse á su lado.

—¿Y si me corrigiese?

—Hágase un hombre razonable......... y veremos......... ¡Oiga usted, debía usted casarse!

—¡Cómo! ¿También? Mi madre me atormenta sin descanso para que abandone mi libertad. ¿Esto es una conspiración?......

—Para el uso que hace usted de su libertad, debe procurar conservarla......

—Habla usted de cosas que no sabe. ¿Quiere usted que la cuente en qué empleo el tiempo?

—¡Oh! No.

Hizo un gesto de espanto y se escapó como para refugiarse al lado de la señora Mossler.

Había, pues, entre ellos escaramuzas en las que se afirmaba su intimidad por la libertad de los conceptos. Una noche, en casa de la señora Mossler, Valentín se aproximó á la joven y dijo:

—Tengo una noticia que dar á usted. Este año podrá usted asistir á las carreras y montar en mi *mail*...... Me caso.

La mujer de Clement se echó á reir.

—Supongo, dijo, que no se habrá usted decidido solamente para llevarme al hipódromo......

—Por eso solamente, no. Todo el mundo me atormenta; tengo mil molestias; la vida que llevo me aburre, y, además, tengo gusto en complacer á mi madre.

—Habla usted muy juiciosamente. Siempre he creído que no estaba usted tan gangrenado como se decía.

—Con muchos cuidados, acaso me cure.

—Se procurará. Usted puede contar con numerosas simpatías.

—Sí; ya lo sé. Las frases vacías no faltarán...... Se dirá: «Bonita unión»...... y después, si las cosas marchan mal: «¡Era seguro que eso no podía salir bien!» Pero yo, á todo esto......

—¡Oh! usted!...... ¡El interesante mártir! Pero hablemos de la novia...... Esa es la que corre peligro! ¿Se puede saber quién es?

—Su suegro de usted es quien la ha descubierto.

—Eso es una excelente garantía.

—Como moralidad, puede ser; pero agrado......

—Mi suegro tiene muy buen gusto; él fué también el que me descubrió á mí.

—Eso me tranquiliza un poco.

—¿Conoce usted la que le destinan? ¿Ha sido usted presentado á ella?

—Ayer. Es una mujer muy hermosa, imponente, seria y me parece hecha para mí exactamente lo mismo que usted para su marido.

—Pues aseguro á usted que yo me entiendo muy bien con Federico. Hace todo lo que yo quiero......

—Pues si yo tengo que hacer todo lo que quiera mi futura mujer, sospecho que no serán siempre cosas de una extremada jovialidad.

—Será una indiscreción preguntar cómo se llama esa joven?

—Supongo que conocería usted ese secreto en cuanto volviese á su casa...... Lo mismo da que sea yo quien se lo revele. Es la señorita Enriqueta de Pierremont.

—Es usted más afortunado de lo que merece. La he encontrado muchas veces en casas de familias amigas.... Es enteramente encantadora.........

—Entonces, en mi lugar, se casaría usted con ella......

—Sin vacilar.

—¡Oh! Las mujeres no vacilan jamás para casarse. El estado que abandonan es, según parece, tan molesto, que corren como locas hacia la nueva condición que las emancipa. Pero nosotros, que tenemos todas las ventajas de la libertad, necesitamos estar muy enamorados, muy enfermos, muy arruinados, ó ser muy obedientes, para cambiar de existencia. Un hombre solo no tiene por qué preocuparse; siempre sale adelante. Pero cuando tiene mujer é hijos, ¡qué responsabilidad y qué carga!

—La señora Mossler le ayudará á soportarla, dijo Celina sonriendo. Sus medios se lo permiten.

—¡Bah! En los tiempos que corren ¿se puede estar seguro de algo? Todos los días nos explican los socialistas que, dentro de poco, se apoderarán de todos los capitales...... El otro día, uno de esos amables reformadores afirma que en la próxima revolución hay que empezar por apoderarse del Banco de Francia...... ¿Qué quiere usted, pues, que pensemos los que tenemos la debilidad de no poder vivir sin mucho dinero? Yo, aseguro á usted que no voy al matrimonio como á una fiesta...... Empezando porque no estoy seguro de ser un buen marido.

—Sí, usted no es peor que cualquiera otro, á pesar de su cabeza ligera. Y si ama usted á su mujer......

—¡Oh! Dios mio, sí; todo depende de eso. Pero ¡diantre, la señorita de Pierremont es demasiado diosa! ¡Eso es una Juno!

—Ya se humanizará. Eso es cuenta de usted.

—Verá usted como me está aconsejando imprudentemente. Palabra de honor; todas las mujeres son casamenteras por naturaleza......Usted no vacila en impulsarme hacia el abismo......¡Cuidado! Si no soy feliz, será preciso que usted me consuele.

—¿Cómo?

—Amándome, todo lo que usted sea capaz de amar.

—Eso no me comprometería á grandes cosas. No tiene usted idea de lo poco apasionada que soy. Creo que, contra su Juno, iría usted á pedir socorro á Minerva.

—¡Ah! ¿Usted también? Entonces creo que haré mejor marchándome en seguida al Transvaal...

La señora Mossler, curiosa por aquella larga conversación, dejó á uno de sus visitantes con quien estaba hablando; se acercó á la joven y dijo:

—¿Qué le está contando á usted este loco?

—Que quiere marcharse á los campos de oro como su padre.

—La señora Mossler se puso grave y permaneció un momento callada. Después dijo con voz dulce, aunque un poco alterada, dirigiéndose á Valentín:

—¿Tan poco cariño tienes hacia los que se interesan por ti, que piensas en abandonarlos en el momento mismo en que se ocupan de asegurar tu porvenir?

—No, querida madre. Pero tengo empeño en no faltar á los compromisos que adquieran por mí y esto me tiene inquieto.

(*Continuará*).

LA NOTA DE LA MODA.

El otoño es la estación melancólica y dulce por excelencia. El explendor de las alegres mañanas hace olvidar los crepúsculos enfermizos y la aproximación del rudo invierno se vuelve menos cruel por el perfume que se desprende en estos momentos de las últimas rosas.

Entre la tristeza de los fríos próximos y el encanto de los hermosos días que se van, la naturaleza se transforma y con ella las manifestaciones de la vida. La Moda no es la última en seguir este movimiento y la mujer cuyos lindos hombros se extremecen ya con la aprehensión de las brisas invernales, roba á esa languidez general un encanto nuevo que alegrará con su nota armoniosa el próximo tinte gris de los horizontes.

Este es el secreto de la mujer: permanecer joven y bella cuando todo se marchita, conservar su explendor cuando las flores mismas sus hermanas se abaten y mueren.

Una de las notas características de este otoño de 1896, es el empleo del abrigo antes de la hora oportuna, es decir antes del frío y todas ó casi todas las elegantes parisienses se proveen ya de géneros gruesos en que lo abrigado se disfraza con los adornos del corpiño.

Entre los más genuinos figurines de esta estación, tomamos dos de calle, uno que muestra el frente y otro la espalda y que se hace de satín negro ó de cachemira. Esta recobra sus fueros con la estación así para trajes de casa como de paseo y á la verdad se presta para todas las elegancias.

Muy pronto, oh lectoras se declarará el reinado de las pieles y la marta, la zibelina, la chinchilla, etc., lucirán su toison niveo en vuestros hombres. Disfrutad entre tanto de los postreros atractivos del otoño,

CONOCIMIENTOS UTILES.

Jabón antiséptico.

Se fabrica un jabón antiséptico mezclando una materia desengrasante con una substancia tal, como por ejemplo, el permanganato de potasa. Este se divide todo lo posible y se aisla de la masa por medio de una capa protectora.

Esta capa puede estar compuesta de parafina, vaselina, barniz, gomas, resi-

Figurín parisiense con gran bordado y cintura de satén negro.—Para calle.

Espalda del mismo figurín.

nas, etc., ó bien de boratos- silicatos, carbonatoos, óxidos, etc.; por otra parte, puede añadirse á la materia desengrasante substancias susceptibles de destruir los óxidos de manganeso ú otros que procedan de la reducción de los permanganatos ó productos similares. Estos cuerpos pueden ser alcalinos, alcalino-terrosos, ácidos, etc., mezclados directamente con la masa, ó bien introducidos en esta, después de protegerse por una capa apropiada.

Para preparar el jabón, se toma la pasta de jabón y se le adiciona una pequeña cantidad de agua que contiene en disolución gelatina y magnecio. Se reblandece por medio del calor.

Además, se pulveriza finamente el permanganato de potasa, se mezcla la parafina fundida hasta impregnar toda la masa, y cuando la masa está enfriada, se divide finamente y se vierte en la pasta fundida. La pasta se muele en seguida y se seca por medio de una corriente de aire.

PREPARACION DEL AGUA SEDATIVA

Este medicamento, de uso tan general en las casas de familia, puede prepararse con suma facilidad, observando la fórmula siguiente:

Amoniaco líquido	60	gramos,
Alcohol alcanforado	10	,,
Sal común	60	,,
Agua	1000	,,

La sal común se disuelve en el agua, filtrando luego el líquido y añadiendo el alcohol alcanforado y el amoniaco.

Como es sabido, el agua sedativa tiene numerosas aplicaciones. En uso externo, se emplea en friegas ó compresas para los dolores de cabeza, contusiones y picaduras de insectos y reptiles. En uso interno obra como estimulante y antipútrido,

LIQUIDO APERITIVO.

Una de las bebidas más higiénicas, entre las numerosas preparaciones que se designan con el nombre de tónicos y aperitivos, se obtiene por la aplicación de la siguiente fórmula::

Lúpulo	100	gramos,
Cuasia amarga	15	,,
Raiz de genciana	10	,,
Quina amarilla	10	,,

Estas sustancias se dejan en maceración en un litro de agua durante tres días, al cabo de los cuales puede filtrarse el líquido. Para dulcificar la bebida y hacerla más agradable puede agregársele jarabe de granadas en una cantidad proporcional á la bebida que se prepare.

HORNO DE LADRILLOS PARA LAS CUEVAS.

DEGORGE: Consiste en destapar bruscamente la botella dejando salir el poso, que es lanzado fuera por la presión del gas; esta botella pasa entonces al dosificador quien pone en ella una cantidad determinada de un licor compuesto de vino añejo, cognac y azucar cande, que ha de reemplazar al a ucar perdido por la fermentación, pues no todos los clientes aman los vinos secos. Con el nombre de vino bruto (*Vin brut*) se entregan los champagnes sin licor alguno, secos, tal como quedan después del simple *degorge*.

Pasa la botella al encorchador, quien pone un magnífico tapón definitivo, que luego se sujeta con dos bramantes y un alambre ó con un bozal y un plomo, queda la botella terminada, y se sube á una bodega, bajo tierra también, muy fresca, que es el depósito de botellas terminadas.

AUMENTO PROGRESIVO: El creciente desarrollo del mercado de CHAMPAGNE CODORNIU, por el mayor conocimiento de sus cualidades, trae consigo el engrandecimiento siempre constante de bodegas y cuevas. Por eso vemos nuevos é inmensos locales cada vez que visitamos el establecimiento, que cuenta hoy con siete inmensas cuevas y siete bodegas, una de las cuales mide 96 metros de longitud por veinte metros de ancho y 7 metros de altura.

Como se ve, la elaboración del champagne no es una industria, pues no hay cambio de materia, todo lo hace la tierra, la pulcritud, los locales, el trabajo, las inmensas existencias y el tiempo.

EMBALAJE: A medida que se reciben pedidos, se vuelven á tomar las botellas, subiéndolas á la salas de expedición, donde son adornadas con etiquetas, corbatas, medallones, lacre, hoja metálica, cápsula y envueltas en papel fino, y provistas de sus fundas se colocan en cajas presentadas elegantemente y marcadas al fuego con una prensa-imprenta apropiada que imprime la marca de la casa y otros detalles.

Repasando detenidamente las operaciones, resulta que sólo después de haber pasado las botellas por doscientas manos distintas, que representan otras tantas operaciones, salen á la luz del día á los tres ó más años de obscuridad no interrumpida. ¡Cuántos sufrimientos y cuántos detalles se encierran en esa botella de champagne que revienta por salir!

Al ver englobados en este establecimiento modelo de la agricultura más avanzada, la industria más difícil, y el comercio más aristocrático, todo dirigido según los últimos adelantos de las ciencias, y en breve iluminado por la electricidad, nos viene á la mente sin poder evitarlo aquella famosa máquina en la que se veían entrar por sus extremos los rebaños de carneros y salir por el otro trajes hechos de lana, bujías de sebo, y humeantes manjares.

VII.

Comercio.

Después de lucha tan heroica para elaborar un magnífico Champagne, de veintirés años de trabajo rudo, con tanta abnegación, tanto capital inmovilizado, tanto estudio, facil parecía el triunfo, era de esperar un éxito brillante, pero una nueva contrariedad faltaba, ante la cual debían rendirse el agricultor y el vinicultor.

La noble y heroica España tiene una preocupación arraigada, y las preocupaciones son difíciles de vencer. Aun hay quien cree en duendes.

La preocupación consiste en que está hipnotizada por las ampulosas afirmaciones de los franceses, está subyugada, abatida, rendida, ante su lenguaje dominador.

Las modas de Francia, los vinos de Francia, los perfumes de Francia, la cocina francesa, todo ha de ser bueno.

Esta es nuestra ruina, y España paga y Francia se ríe de nosotros, y nos trata humillándonos, no como quien cobra, sino como quien paga.

¡Pobre España si no muda, si no cobra amor á sus productos, si no premia los méritos de sus hijos!

Pues bien, esta dificultad és tan grande, estas ideas son tan grandes, está tan obcecado el consumidor español, que un carácter menos firme que el del Sr. Codorniu hubiese desistido cien veces dando el negocio por imposible.

Aquí podemos afirmar una vez más lo que dijimos, que en la CASA CODORNIU se hace todo, desde el principio al fin, y hemos visto sus diez hojas de propaganda, los variados carteles para paredes, cafés y otros sitios, la multitud de cuadros de sus instalaciones, los periódicos extranjeros que le tributan grandes elogios, y los diplomas y medallas de varias exposiciones, en las que nunca obtuvo premio inferior á medalla de oro.

Para convencer á los clientes acudió á las Exposiciones. A la de Barcelona de 1888, donde obtuvo *dos Medallas de oro* y el premio extraordinario del Ministerio de Fomento al mejor viticultor y vinicultor de España.

A la de Vinos Tipos para los mercados extranjeros, del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro en 1892, donde obtuvo *Diploma de honor y de gratitud*.

A la de Amberes de 1894, donde se le concedió *Medalla de oro*.

A la de Amsterdam de 1895, donde acaba de obtener *Medalla de oro*.

A la de Manila en 1895, donde obtuvo el primer premio, ó sea *Gran Diploma de honor*, y finalmente, quiso concurrir á la de Burdeos de 1895, para tapar la boca á los que creen que sólo en Francia entienden los vinos, y fué premiado también con *Medalla de oro*.

Y siempre llevó á ellas sus champagnes y sólo sus champagnes.

BAJADA Á LAS CUEVAS.

¿Qué más argumentos necesita para afirmar y probar su superioridad?

La confesaron sus competidores, le hicieron justicia sus enemigos, y en documento público la atestiguaron.

No son, pues, de extrañar sus rápidos triunfos en estos últimos años, y vemos con placer que donde entra no es jamás substituido por otro, á pesar de las mentadas preocupaciones.

A pesar de sus muchos viajantes y de tener representantes en las principaes capitales del mundo, mucho le queda aún que andar, pues una marca no se acredita en un día, y poco á poco se vencen las más arraigadas preocupaciones.

VIII

Consumo.

La exportación del champagne en Francia en el último quinquenio y de Abril á Abril de cada año, es como sigue, según los datos oficiales de la Cámara de Comercio de Reims:

En 1890-91	21.699,111	botellas.
» 1891-92	19.685,115	»
» 1892-93	16.600,678	»
» 1893-94	17.359,349	»
» 1894-95	16.129,374	»

que, como se ve, va en disminución que se acentuará más cada año, pues las viñas de la Marne comienzan á ser invadidas por la filoxera, y se desarrollará más la fabricación con vinos artificiales, que traerán tras sí el descrédito.

El consumo de champagne en Francia es de cuatro á cinco millones de botellas anuales. No tenemos datos precisos sobre España, pero teniendo en cuenta que no hoy aquí más que la mitad de los habitantes que en Francia, que la nación es más pobre, que los champagnes nos resultan á doble precio, y principalmente que aquí no se bebe vino, no creemos que España consuma más que medio millón de botellas.

Pere se consumirá más en adelante, á medida que el público se dé cuenta de que á menar precio puede allar champagne superior á la mayor parte de las clases que recibe de Francia.

Pondrán CHAMPAGNE CODORNIU en su mesa los que no lo bebían, se darán este gusto todos los días festivos los que sólo la usaban en fiestas determinadas, y lo gastarán á diario los más pudientes, con mayor seguridad de pureza y beneficio para la salud pública.

IX

Consejos á los consumidores.

El champagne nada gana en casa del consumidor, pues ya está terminado, pero puede conservarse largo tiempo sin menoscabo, teniendo ciertos cuidados.

Más aun, al recibir una caja no es conveniente consumirlo en seguida, sino dejarlo reposar algunos días.

Hay que desembalarlo, poner las botellas tendidas sobre listones de madera ó de hierro, en cueva seca y fresca.

Prefiérase en general la hoja de estaño en el cuello de la botella á la cápsula y al lacre.

El lacre es sucio y molesto; la cápsula solo tiene el inconveniente de que bajo ella suelen enmohecerse los corchos; la hoja de estaño, de cualquier color que sea, se ajusta bien al corcho, lo salva y es cómoda.

Las principales casas ponen hojas metálicas á sus clases superiores ó bien cápsulas.

Es mucho mejor el champagne si es fresco y gana notablemente el puesto en hielo, pero se requiere una hora á lo menos para enfriar una botella. Frío conserva mucho mejor su ácido carbónico y su espuma es más fina.

Son preferibles las copas largas y estrechas á las planas y anchas, pues en las primeras se desarrolla mejor la espuma y se percibe mejor el *bouquet;* son las verdaderas copas de champagne.

La moda está de acuerdo con la ciencia al pedir que se destape la botella sin explosión, sacando el corcho lentamente; por este sistema se pierde menos ácido carbónico.

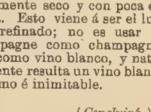
Esta moda no tendrá muchos partidarios entre nuestra gente alegre, que prefiere la explosión al champagne.

Al servirlo se ha de verter sobre las paredes de la copa para que haga poca espuma. La espuma es el gas que se pierde.

No se ha de servir nunca en los postres, pues se halla desagradable si se comió algo dulce ó frutas; se sirve con el asado y gana mucho en ello.

Va muy bien para aderezar fresas, echando una cantidad en cada plato ya servido; lo cubre de hermosa y blanca espuma.

En Inglaterra se generaliza el *champagne brut*, ó sea completamente seco y con poca espuma. Esto viene á ser el lujo más refinado; no es usar el champagne como champagne, sino como vino blanco, y naturalmente resulta un vino blanco finísimo é inimitable.



(*Concluirá.*)

—DE LA—

Beneficencia Pública

CIUDAD DE MÉXICO.

El próximo sorteo, con premio mayor de

$10,000

se verificará en el Pabellón Morisco, á las tres de la tarde, el Jueves

2 DE DICIEMBRE DE 1896.

bajo el plan siguiente:

14,000 Billetes á $2.00 cada uno, divididos en vigésimos de á 10 centavos.

Fondo: $ 28,000.

PREMIOS:

1	Premio de....	$10,000....$	10,000
1	„ „ „	1,000....„	1,000
1	„ „ „	500....„	500
1	„ „ „	200....„	200
2	„ „ „	100....„	200
10	„ „ „	50....„	500
25	„ „ „	40....„	1,000
100	„ „ „	20....„	2,000
200	„ „ „	10......	2,000
2	Aproximaciones de á $ 100; una anterior y otra posterior al número premiado con los $10,000..........$		200
2	Aproximaciones de á $50; una anterior y otra posterior al número premiado con los $ 1.000..........$		100
345	Premios que hacen un total de	$	17.700

El próximo sorteo, con premio mayor de

$ 60,000

se verificará en el Pabellón Morisco, á las 11 a. m., el Jueves

26 de Noviembre de 1896.

bajo el plan siguiente:

80,000 BILLETES. FONDO: $ 320,000.

PRECIO DE LOS BILLETES:
Enteros: $ 4.00. -Medios: $ 2.00. Cuartos: $ 1.00. - Décimos: 40 cents. Vigésimos: 20 cents.

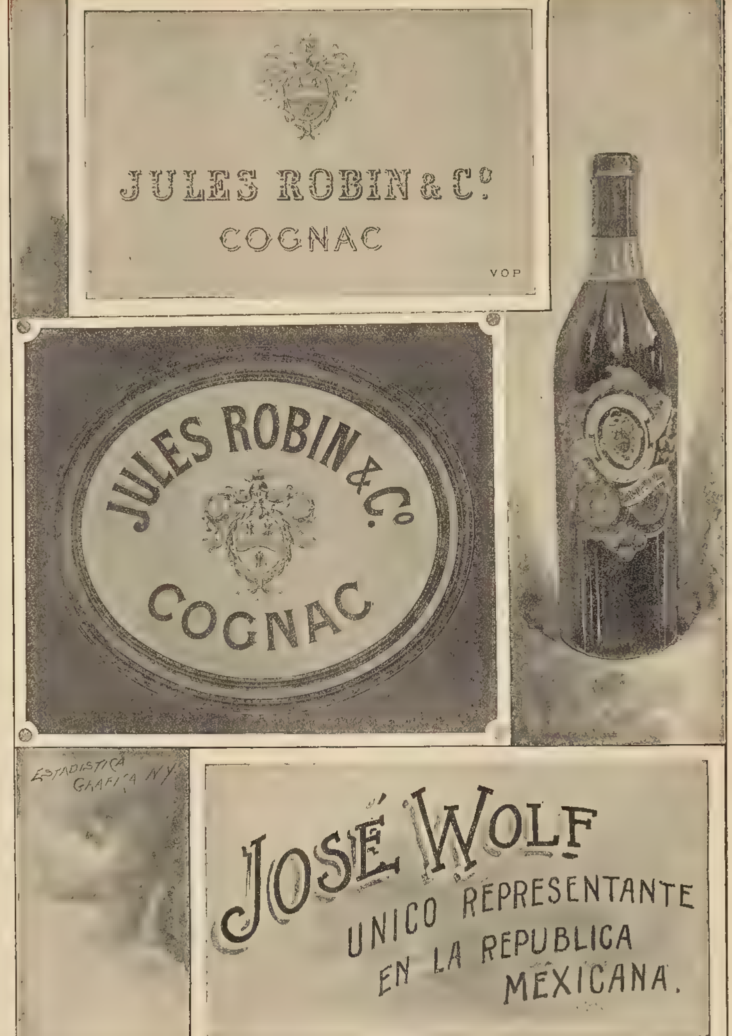
PREMIOS:

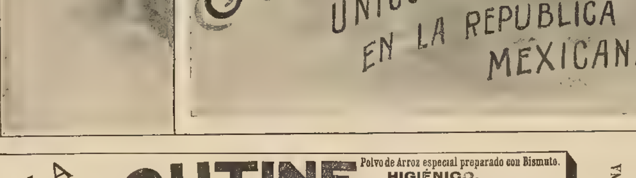
1	Premio mayor de.........$	60,000
1	Premio principal de......„	20,000
1	Premio principal de......„	10,000
5	Premios de $ 1,000......„	5,000
10	Premios de „ 500......„	5,000
25	Premios de „ 200......„	5,000
100	Premios de „ 100......„	10,000
260	Premios de „ 40......„	10,400
460	Premios de „ 20......„	9,200
100	Premios de $ 60, aproximaciones al premio de $ 60,000............$	6.000
100	Premios de $ 40, aproximaciones al premio de $ 20,000............$	4.000
100	Premios de $ 20, aproximaciones al premio de $ 10,000............$	2.000
799	Terminales de $ 20, que se determinarán por las dos últimas cifras del billete que obtenga el premio mayor de $ 60,000......$	15.980
799	Terminales de $ 20, que se determinarán por las dos últimas cifras del billete que obtenga el premio principal de $ 20,000....$	15.980
2.761	Premios que hacen un Total de..$	178.560

☞ Todos los sorteos están bajo la vigilancia y dirección personales del Sr. D. Apolinar Castillo, Interventor del Gobierno, y de un empleado de la Tesorería General de la Nación.

Oficinas: 1ª San Francisco núm. 12.

U. BASSETTI, Gerente.





SALCHICHONERIA ALEMANA
DE GERARDO MEENEN.
COLISEO NUMERO 9.
MEXICO.

Esta casa tiene constantemente un grande y variado surtido de toda clase de salchichon y carnes frías.

LA CERVEZA FERRUGINA,

RECONSTITUYENTF, EXQUISITA Y DIGESTIVA.

Se recomienda á los anémicos, á las jóvenes cloróticas, y á las personas debilitadas por una prolongada permanencia en las regiones cálidas y malsanas.

De venta en casa de los Sres. E. Dutour y Comp., Agentes Generales; en el establecimiento de la Sra. Viuda de Genin y Comp., 2ª de Plateros número 3, y en todos los principales establecimientos.

Las señoritas Husinger.

Tienen el honor de participar á sus clientes que han dejado su establecimiento de la primera calle de San Francisco número 14, á causa de la partida de la Srita Carolina su hermana para Francia, y que la SEÑORITA MARÍA UNICAMENTE CONTINUARA HACIENDO LAS CONFECCIONES Y MODAS, poniéndose á la disposición de las damas que que quieran honrarla con su confianza en la

PRIMERA CALLE DE LA INDEPENDENCIA NUMERO 4, EN LOS ALTOS.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

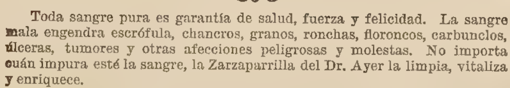
LA ZARZAPARRILLA

—DEL—

DR. AYER

COLUMBIAN EXPOSITION — AYER'S SARSAPARILLA

Purifica la Sangre.



Toda sangre pura es garantía de salud, fuerza y felicidad. La sangre mala engendra escrófula, chancros, granos, ronchas, floroncos, carbunclos, úlceras, tumores y otras afecciones peligrosas y molestas. No importa cuán impura esté la sangre, la Zarzaparrilla del Dr. Ayer la limpia, vitaliza y enriquece.

Por ecpacio de medio siglo la superioridad de la Zarzaparrilla del Dr. Ayer como tónico y depurativo de la sangre, ha sido reconocida en todo el mundo. Ningún otro remedio está compuesto de ingredientes tan costosos y con tanto cuidado escogidos. Ningún otro remedio es tan eficaz para producir un cambio rápido y permanente en la sangre, expeler los gérmenes de la enfermedad y decaimiento y comunicar

VIDA Y ENERGÍA

y de ningún otro remedio se registran tantas curaciones notables. La Zarzaparrilla del Dr. Ayer es el depurativo de la sangre más popular y más abonado de cuantos existen. De que posee virtudes curativas, renovadoras y reconstituyentes de que carecen las preparaciones análogas, es un hecho admitido desde hace mucho tiempo por los Farmacéuticos y Médicos principales. Como fortalecedor de las fuerzas vitales y específico para toda clase de enfermedades de la sangre, la Zarzaparrilla del Dr. Ayer no tiene igual. Cura las enfermedades con la remoción de la causa que las engendra, aviva el apetito, destruye aquella tan conocida **Sensación de Fatiga**, pone fuertes á los débiles y vigoriza con sus efectos sanativos los nervios, tejidos y fibras del cuerpo. Como ha curado á otros le curará á usted. Téngase la seguridad de que se toma

La Zarzaparrilla del Dr. Ayer

LA UNICA ZARZAPARRILLA

Que obtuvo los más altos premios en las grandes exposiciones del mundo.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

Las Píldoras del Dr. Ayer son [illegible] Medicina Purgante.

Enfermos del Estómago

Es conveniente convencerse de que el DIGESTIVO MOJARRIETA es lo único positivo, lo único que cura radicalmente las enfermedades del Aparato Digestivo, y exigir grabado sobre cada Oblea, el nombre DIGESTIVO MOJARRIETA.

Dispepsia, Gastralgía y Enteritis crónicas

con sus síntomas: Agrios después de las comidas ó Acidos del estómago, Sed excesiva, Hinchazón ó Peso en el Vientre por poco que se coma, Digestiones lentas ó incompletas que producen Repugnancia, Mareos, Dolores de Vientre, Vómitos biliosos y Diarreas crónicas.

Son enfermedades que según enseñan millares de personas bien conocidas y respetables, á quienes se vió sufrir durante *muchos años* y además reconocen eminencias médicas de varias naciones, sólo se curan *completa y radicalmente* con el

Digestivo Mojarrieta.

En todas las Droguerías de México.

¿Está ud. anémico ó debilitado?

TOME VD. EL VINO DE BAGNOLS

SAN JUAN.

De venta en todas las Droguerías y Casas Importadoras del Ramo

L. Clement — Doctor francés, especialista para la curación de las enfermedades de la cintura.

Premiado con medalla de honor

POR EL GOBIERNO FRANCES.

Callejon del Espíritu Santo numero 3.

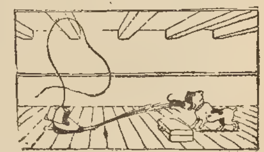
Extracción garantizada de la Solitaria. ¡35 AÑOS DE PRACTICA!

HORAS DE CONSULTA: De 9 A 12 a. m. y de 3 A 6 p. m.

Este periódico está impreso con las tintas fina de la Casa LORILLEUX y COMP. *París.*—Unicos Agentes en la Repùblica:—Lewis y Block, México.

ASMA y CATARRO (Cajita 2 fr.) Curados por los **CIGARRILLOS** ó el Polvo **ESPIC**

J. ESPIC, 20, rue Saint-Lazare, PARIS, Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS.



EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 22 DE NOVIEMBRE DE 1896. — NUMERO 21

Las Fiestas presidenciales en Puebla.

General Mucio P. Martínez, Gobernador del Estado.

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

El Congreso Médico Pan-Americano.

Durante la última semana ha funcionado el Congreso Médico Pan-Americano, severa corporación que eligió la ciudad de México para celebrar en ella su segunda asamblea. La Capital se ha visto, pues, frecuentada por un núcleo de personas distinguidas y la prensa y las agrupaciones particulares, al par que la Administración pública y el Municipio, se han esforzado en hacer los honores á tan honorables huéspedes.

¿Qué beneficios obtiene la República de esta visita? Desde luego señalaremos los que resultan del contacto entre nuestros hombres de ciencia nacionales y los que del extranjero han acudido á integrar el Congreso.—En el terreno especulativo sucede como en el terreno de la *struggle for life*: las ideas más aptas son las que triunfan, cuando son sometidas á la discusión y la competencia. Son estas asambleas como las piedras de toque con las que se descubre la buena ó la mala ley de las opiniones; el crisol en donde se depuran todas las aleaciones, el compendio en el que se condensan todos los esfuerzos particulares, para formar un cuerpo de doctrina, una generalización amplia y provechosa.

Pocas oportunidades se ofrecen á nuestros hombres de estudio para cambiar observaciones y trasmitir experiencias. Salvo dos ó tres grupos literarios, en los que menudean las lecturas de poemas, y alguna que otra sociedad lírica en donde los miembros golpean frenéticamente el piano, no podemos presentar centros de deliberación como los muchos que en otras partes del mundo contribuyen al progreso de la ciencia.

El aislamiento es una manifestación del caráter mexicano; de individuo á individuo media un abismo que no hay ciencia que llene. Dos mexicanos pueden conservar durante media hora buenas relaciones; tres, ya es más difícil; cuatro, se desgarran concienzudamente. El lazo de una idea común más elevada—un arte, una serie de conocimientos, un programa, un fin determinado—no ata á nuestras dispersas unidades, que se sustraen á todo principio de labor solidaria.

El Congreso Médico Pan-Americano ha prestado el positivo servicio, no ya de que distinguidas personalidades mexicanas se hayan acercado á otras extranjeras, sino que también hayan encontrado oportunidad de establecer entre sí una comunicación directa.

Otro beneficio ha prestado el Congreso, y éste más general y espacioso: el de poder exhibir una muestra de distinción hacia nuestro país, bastante desconocido en el exterior, y que estas reuniones dan ocasión de estudiar.

He aquí, en breves líneas, condensado el criterio con que debe ser juzgado el Congreso que durante la última semana ha funcionado en la Capital de la República.

La opinión pública y la opinión verdadera.

Se ha discutido en estos últimos días acerca del la *opinión pública* y de los elementos que entran á determinar este fenómeno social.— La *opinión pública* es una fuerza, utilizable ó perjudicial, según los caracteres del medio ambiente en que se desarrolla, según las fuentes de información que la producen, porque así como «el valor de un Estado no es otra cosa más que el valor de los individuos que lo componen,» de igual modo la *opinión pública* se forma del conjunto de las opiniones privadas generadas por el interés, ilustración, nivel moral, etc, etc dominantes en los diversos grupos sociales.

En los pueblos en que los varios factores que informan las conciencias se pierden en el vacío, la *opinión pública* no aparece, ó si aparece, es en forma nociva y caótica.

Es un hecho innegable que tratándose de cuestiones de política ó que con esta ciencia tengan íntimo enlace, á cualquiera le es permitido expresar su opinión, sin preparación anterior ni preliminares estudios. Al referirse un auditorio á un problema de álgebra, fisiología, historia ó astronomía, los que ignoran los principios rudimentarios de estas ciencias se encuentran dispensados de emitir un juicio siempre erróneo. En política ya es distinto: el primer recién venido puede hacer uso de la palabra y censurar ó aplaudir los actos más complicados que se ofrecen á la investigación del espíritu humano.

En virtud de este principio generalmente admitido, se da patente de *opinión pública* á todo concepto bueno ó malo, falso ó verdadero, exacto ó erróneo, que emane de cualquier clase social, más ó menos numerosa, pero siempre dispuesta á extremar su criterio.—Puede suceder que en una sociedad, ya en período de progreso económico é intelectual, existan tantas *opiniones públicas* cuantos intereses se hallen representados; así hemos visto en las recientes elecciones americanas la *opinión pública demócrata* frente á la *opinión pública republicana* en palpitante y bullicioso combate. Pero como no pueden existir dos opiniones opuestas, sin que una de ellas resulte verdadera y la otra equivocada, de este hecho debemos desprender que lo que interesa es conocer la opinión verdadera y no la opinión pública.

2º Congreso Medico Pan-Americano. Carátula del programa general.

El público es susceptible de engañarse, su corriente desviarse de lo que es recto y sano, su criterio ser influenciado por prejuicios de todo orden. Y en este caso, el trabajo de los grupos superiores de la sociedad estriba en transformar esta opinión de *cantidad* en opinion de *calidad*, por la prensa, por el libro, por la tribuna, por la enseñanza, en una palabra.

De igual modo que la labor de los que persisten en la vida consiste en ajustarse al medio *modificándolo*, asimismo, el esfuerzo de los que han menester de la opinión pública como condición de vida, debe basarse en la interpretación de ella, mejorándola y encauzándola.

Solamente así podrá obtenerse una opinión pública provechosa para los altos fines de la civilización.

El Jefe de la Nación y las recepciones en los Estados.

Para un observador sagaz, no puede pasar inadvertida la intervención que, en las diversas excursiones del Presidente de la República á los Estados, han tomado clases de la sociedad totalmente agenas al mundo oficial y por lo tanto sustraídas á toda influencia política.

Ya no se trata de funcionarios públicos ni del grupo burocrático local, sino de representantes de la iniciativa privada, en las varias manifestaciones que el capital y el trabajo determinan en una colectividad. Ante este hecho innegable, repetiremos lo que con motivo análogo hemos ya expresado en estas páginas: en los momentos actuales, existe un perfecto acuerdo entre los que hemos llamado *elementos activos* del país y el programa desarrollado por el Jefe de la Nación.

Este movimiento precursor de una futura orientación política surgida á la creación de intereses, no debe, como arriba decimos, pasar inadvertido por cuanto representa fuerzas nuevas, bien informadas y dirigidas.

La obra del General Diaz, altamente benéfica á la acción provechosa de estas fuerzas, se mide por estas manifestaciones que se traducen por la coperación acentuada de grupos independientes y eficaces, en el gran desarrollo del bienestar y el engrandecimiento nacionales.

Política General.

RESUMEN.—El empréstito nacional y el patriotismo español.—Inagotable virilidad del pueblo.—Los rumores del conflicto hispano-americano.—Su causa.—Su inconsistencia.—Confianza en lo porvenir.

Cuando no cesan de circular rumores alarmantes anunciando la posibilidad de un rompimiento entre España y los Estados Unidos; cuando el Gobierno que preside el Sr. Cánovas se siente obligado á acudir á un empréstito nacional, no habiendo podido realizar el empréstito extranjero con la prontitud que requieren las circunstancias, y cuando se palpa la urgente necesidad de hacer un esfuerzo supremo para aplastar de una vez la insurrección cubana en la campaña de invierno: ¡qué hermoso es el espectáculo que presenta el pueblo español acudiendo solícito al llamamiento de su gobierno y derramando en las arcas del Real Tesoro, en inmensa explosión de no desmentido patriotismo, los ricos sus millones, los pobres su óbolo, y todos el auxilio solicitado! ¡Qué enérgica virilidad se necesita para llevar á cabo ese sacrificio, que es como el remate de los innumerables realizados antes, para mantener incólume la integridad del territorio y enhiesta y orgullosa la bandera de la Patria, tantas veces acariciada por auras de gloria, santificada por sangre de mártires y engrandecida por hazañas de héroes!

¡Qué grande se presenta á nuestros ojos ese pueblo que no oye más que la voz de la patria angustiada, y se levanta en un sólo y noble movimiento, presto á ofrecer sus ahorros, como antes ha ofrecido su sangre, como antes ha derrochado su vida, en bien de la madre común de los españoles!

***

No se pretenda amenguar el mérito de esta acción juzgándola á la luz de los severos principios económicos; no se quiera analizarla en el origen de sus causas impulsivas, tratando de desvirtuar su prístina grandeza. El pueblo no razona ni discute cuando se han excitado sus sentimientos: hiere ó salva, abate ó transfigura, se exalta al heroísmo ó se hunde en la miseria, según es la mano que lo guía ó el aliento que lo inspira.

Podrá ser que el sacrificio enorme que todas las clases sociales de la nación española se han impuesto, extrayendo de la riqueza privada la respetable suma de quinientos millones de pesetas, tenga después contrarios resultados en la riqueza nacional; sucederá que, así como la extraordinaria contribución de sangre debilita al país y menoscaba sus futuras energías, el empréstito cuantioso cubierto en el interior, y destinado á gastarse no en empresas productoras sino en ese tonel sin fondo que se llama la guerra de Cuba, disminuirá notablemente la fuerza vital del país y provocará en lo porvenir crisis intensas; pero no hay que hablar de esos temores lejanos al que está poseído de entusiasmo, no debe esperarse el razonamiento sereno y frio del que es presa de un arrebato de pasión, y pasión noble y sublime como es el amor sagrado de la patria.

Quédese para los espíritus hoscos y sombríos que en todo quieren hallar el lado obscuro de las cosas, investigar la sombra que pueda proyectar en el porvenir de España la extracción de esta riqueza que representa más de la mitad del presupuesto ordinario de la nación; nosotros en esta vez sólo tenemos admiración, y admiración solemne, mezclada de respetuoso sentimiento, ante el patriotismo de un gran pueblo.

Ojalá y el inmenso sacrificio, encauzado debidamente por los directores del país, pueda procurar días más serenos y horas de tranquilidad á quien tiene ahora tantos motivos de angustia y tantas causas de zozobra.

***

Cuando vemos esa tenacidad y persistencia con que á la continua circulan especies alarmantes, pronosticando para día no muy lejano una guerra entre la monarquía española y la república norte-americana, y que al mismo tiempo las noticias de fuente oficial no cesan de dar seguridades consoladoras de perfecta inteligencia y franca cordialidad entre los gobiernos de las dos naciones amigas, es natural que nos preguntemos qué da ocasión á esas especies, que tienden á sembrar la desconfianza y el temor por todas partes.

El único pretexto que se da á esos rumores alarmantes es la guerra de Cuba y acaso el cambio en el personal administrativo que en breve se verificará en los Estados Unidos, como resultado de las recientes pasadas elecciones, y que dicen, ha de ocasionar necesariamente un cambio en la política que hasta hoy ha seguido esta nación en sus relaciones con España.

¿Pero de dónde parten esos rumores? quién atiza ese fuego que puede incendiar los corazones, y abrasar á los pueblos en espantosa conflagración?......

De seguro que no proceden de centros que simpatizan con la causa de España, por más que cualquiera pueda ver que la zozobra é inquietud que el temor de un conflicto extranjero procuran, han sido causas impulsivas en la suscripción del empréstito nacional; pues los horrores de una guerra civil no habrían sido bastantes á convencer de la necesidad del inmenso sacrificio que todo el pueblo ha consumado, sinó se tuviera á la vista la horrible perspectiva de una guerra internacional.

Tampoco pueden nacer esas alarmas exclusivamente del campo cubano, porque si le eran favorables al sembrar la inquietud en las filas enemigas, igual efecto debían tener en el país americano que más ostensiblemente manifiesta su simpatía por la causa cubana, y esa inquietud pudiera llegar al extremo de enagenarle la buena disposición de sus amigos.

***

Sucede que los aprestos bélicos de España coinciden con la actividad desplegada en los centros navales y militares de los Estados Unidos, y la gran mayoría del pueblo americano, que hizo adoptar en las grandes convenciones de Saint Louis y de Chicago cláusulas expresivas de adhesión y simpatía hacia los insurrectos de Cuba, encuentra motivo de regocijo en todo ese aparato bélico que despliega la administración, atribuyéndolo á un cambio de política internacional en la cuestión antillana, que había de herir la susceptibilidad del patriotismo español. De ahí creemos, más que de otra parte, que vienen las noticias que continuamente nos comunica la prensa diaria; de ahí también proceden, á no dudar, esas protestas de cordialidad que sin cesar se cambian los gobiernos para contrarrestar el mal efecto que pudieran causar en el ánimo exaltado de los pueblos, siempre dispuestos á oír las sugestiones de la pasión más que los consejos del sereno razonamiento.

Y no haya temores de que esa guerra estalle. Aun hay bastante buen sentido en ambos gobiernos para no dejarse arrastrar en el espantoso conflicto. Ni el Gabinete conservador ni otro alguno en España son capaces de envolver deliberadamente al país en una guerra desastrosa, cuyas consecuencias nadie puede preveer. Defenderán hasta el último extremo los sagrados derechos de la nación, pero estamos seguros que sólo acudirán al recurso

EL 2º CONGRESO MEDICO PAN AMERICANO.—La recepcion en el Palacio Municipal.
Adorno dirigido por el Sr. Don Ignacio Bejarano. (*De fotografías hechas en nuestros talleres.*)
1º Entrada al Comedor.—2º Lá gruta en que se formó el comedor.—3º El comedor visto de frente.—4º Lado derecho del mismo.—5º Cascada en la gruta.

de las armas y al incostrastable patriotismo del pueblo que gobiernan, cuando hayan agotado todos los medios decorosamente pacíficos y compatibles con el buen nombre y el prestigio nacional.

No será Mr. Cleveland, en las postrimerías de su administración, el que provoque el conflicto; y Mc Kinley tendrá buen cuidado de no inaugurar su periodo presidencial, sino con vientos de paz y corrientes de calma que le permitan desarrollar un programa republicano, eminentemente conservador en los momentos actuales.

X. X. X.

19 de Noviembre de 1896.

El Señor Doctor Guillermo Pepper.

Publicamos su retrato como un homenaje al sabio á quien cupo la honra de presidir el primer Congreso Médico Pan-Americano.

El Doctor Pepper nació en Filadelfia el 21 de Agosto de 1843 y á la edad de diez y nueve años recibió el primer grado en la universidad de Pensilvania, obteniendo su título de médico en 1864. Fué lector de anatomía patológica en la Universidad, de 1868 á 1870, de clínica médica de 1870 á 1876 y profesor de esta última materia de 1876 á 1887, época en que fué nombrado profesor de medicina teórica y práctica, llenando la vacante del Doctor Alfredo Stille. En 1881 fué elegido Rector de la Universidad que avanzó notable y rápidamente bajo su dirección, sufriendo muchas y notables reformas que sería largo enumerar y en premio de las cuales, la Junta Directiva resolvió levantarle una estatua de bronce en la biblioteca de la Universidad, siendo subcrito su costo por sus colegas universitarios. Además de sus deberes como rector y sin abandonar la práctica de su profesión, el Doctor Pepper ha continuado regularmente su trabajo literario. Fundó el *Medical Times*, siendo su editor de 1870 á 1871. Fué médico Director de la Exposición Centenaria de 1873, y por este y otros servicios recibió del Rey de Suecia la condecoración de Comendador de la Orden de San Olaf. Fué un gran factor en la fundación del Museo y Escuela Industrial de Artes de Pensilvania. Es Presidente de la biblioteca pública de Filadelfia, del Instituto Wister, del Museo de la Universidad y de los Museos de Filadelfia, que forman una gran serie de colecciones arregladas sobre harmoniosas y científicas bases. Consiguió el establecimiento de los bailes anuales de caridad en Filadelfia, que han realizado tantos bienes para las instituciones meritorias.

Es miembro del Cologio de Médicos, de la Sociedad Americana de Filosofía y de otras muchas sociedades científicas. Fué Presidente de la Sociedad de Médicos Americanos en 1881, y de la Sociedad de Climatología Americana en 1886. Fué Presidente del primer Congreso Médico Pan Americano que se reunió en Washington en.... 1893. En 1881 recibió el grado de Doctor en leyes de la Universidad de Laffayette y en 1888 de la de Princeton. La obra literaria más importante del Doctor Pepper ha sido la edición del sistema de medicina de autores americanos, en la que trabajó de 1885 á 1886 Esta obra tuvo un buen éxito inmediato y está reconocida como la mejor autoridad americana en asuntos médicos. Fué seguida por una obra de texto de la práctica de la medicina, según los maestros americanos, que también editó el Doctor Pepper, contribuyendo grandemente á la obra con sus trabajos. Ha publicado, en unión del Dr. Don Juan F. Melgs, repetidas ediciones de su obra sobre enfermedades de los niños. Entre sus colaboraciones en los periódicos ó en los trabajos de las sociedades, se encuentra: «Del trépano y las afecciones cerebrales,» 1871. «Tratamien o local de las cavernas pulmonares,» 1874. «Irritación catarral, 1881 «Relación de los manantiales minerales de América,» 1881. «Epilepsia,» 1883. «Tisis en Pensilvania » 1886.

Tal es el distinguido profesor que habiendo presidido el primer Congreso Médico Pan Americano celebrado en Estados Unidos, integró el egundo efectuado o en México, donde ha sido objeto de las simpatías y aprecio de que por sus méritos es merecedor.

Desde hace seis mil años, así como cae del cielo una cierta cantidad de lluvia cada año, cae del corazón del hombre cierta cantidad de lágrimas.

Lacordaire.

LIBROS RECIBIDOS

ALMANAQUE DE BOURET PARA 1897.

Raul Mille, el activo é inteligente jefe de la casa de Bouret en México, nos ha remitido su 2º Almanaque para el año de 1897. Constituye éste el más amplio y completo directorio que puede desearse. Bonita forma, tipografía limpia, hermosas acuarelas de Izaguirre, Historia ilustrada de los principales edificios, el Ministerio actual, Santoral por orden alfabético y una reminiscencia nacional para cada día del año. Esto y otras muchas cosas que sería largo mencionar, hacen del Almanaque Bouret un libro indispensable en todos los escritorios y en todos los hogares.

El precio de cada Almanaque es el ínfimo de 50 centavos.

A nuestros lectores.

Nos prometemos ofrecerles en breve un bonito obsequio: piezas apropiadas á las tradicionales fiestos de navidad y con arreglo de las coplas y música populares.

Distancias á que pueden oírse las campanas.

Sucedió una vez á bordo de un buque, á 100 millas inglesas de la costa del Brasil (unas 33 leguas españolas), que en cierto sitio de la cubierta se oía con toda claridad sonido de campanas.

Algunos meses después hubo ocasion de averiguar que en San Salvador, de Brasil, se había tocado, en el día anotado, campanas por haberse celebrado una solemne fiesta. El sonido, favorecido por un viento suave, había caminado mas de 93 leguas sobre el agua tranquila del mar, y precisamente una de las velas del barco formaba una concavidad que reunía en un punto dado todos los rayos ú ondas de sonido que hasta allí llegaban muy difusos, pero que en el foco que producía se podían oír con toda claridad.

Otro pago de $5,000., de "La Mutua"

EN PACHUCA.

Pachuca, Noviembre 11 de 1896.

Sr. Don Carlos Sommer, Director General de «La Mutua.»—México.—Muy señor mío:

Por conducto de los Sres. Pérez Duarte y Cª, y ante el Sr. Notario Público D. Austreberto T. Andrade, hoy me ha sido entregada la suma de $5.000,00 (Cinco mil pesos), valor de la póliza núm 765 222, bajo la cual estuvo asegurada mi finada madre, la Sra. María Guzmán de Mejía.

Doy á usted las debidas gracias por la eficacia con que ha sido atendido este pago, autorizándolo para publicarlo.—Su atta. S. S.—*Sofía Mejía.*

Doctor Guillermo Pepper.

UNA ENCANTADORA FIESTA

EN CHAPULTEPEC

No podrán quejarse de fijo los distinguidos miembros del Congreso Médico Pan-Americano de la hospitalidad de nuestro país.

México quiso hacerse merecedor de la honra que se le dispensaba eligiendo su metrópoli para que en ella se reuniese la importante asamblea y prodigó á sus visitantes las muestras más expontaneas y sinceras de consideración y aprecio. Puede afirmarse que no hubo corporación importante que no estuviese representada en los festejos de que fueron objeto los congresistas, y las brillantes y solemnes sesiones del congreso, la recepción en casa de la Señora Lynch de Camacho y la fiesta de la Municipalidad no se olvidarán facilmente. Dignas fueron de los donantes y de los obsequiados. Hubo empero en el cuadro harmónico de los festejos, uno que sobrepujó á los otros en elegancia, en distinción y en amenidad, como place á todos reconocerlo y aunque á él nos referimos en la crónica completa del segundo Congreso Médico, lo hicimós levemente y atendiendo sólo á la integridad de nuestra crónica, proponiéndonos consagrarle un sitio especial y más amplia reseña después, propósito que cumplimos en estas líneas.

Nuestros lectores habrán comprendido ya que se trata de la brillante recepción ofrecida el jueves por el Sr. Presidente de la República y su digna esposa á los congresistas en el Palacio de Chapultepec.

En las primeras horas de la tarde, los congresistas en diez y seis carros especiales de los ferrocarriles del Distrito, dirigiéronse al Castillo. hallando las numerosas damas que los acompañaban, elegantes carruajes puestos á su disposición para que no se fatigasen al ascender la rampa que conduce al pintoresco edificio.

El Castillo de Chapultepec, erguido y majestuoso á pesar del peso de toda la gloria de sus leyendas seculares, como las mujeres hermosas poco necesita para engalanarse. Todo le está bien porque tiene la beldad sin par de su colina, la robustez ubérrima y galana verdura de sus ahuehuetes, donde el heno—«las canas de los árboles»—enreda su cabellera gris, y la opulencia de sus mansiones pomposas y severas. Empero en esta vez el artificio uniose á la naturaleza y prendió aquí y ahí festones, medias lunas y estrellas de flores frescas que se reían por todos sus pétalos del invierno y salpicó la arboleda umbrática de farolillos multicolores que luego de anochecido parecían luciérnagas presas en las redes de la sombra.

Desde la entrada el edificio mostraba una fisonomía de fiesta y de animación no acostumbrada. El patio de honor iba llenándose de carruajes que á medida que llegaban íbanse colocando ordenadamente en filas por algunos gendarmes á las órdenes de tres jefes.

El Sr. Presidente y Carmelita recibieron á los congresistas en el Salón Blanco, situado en la parte baja del castillo y notable por la opulencia de sus tapicerías y decorado. Vestía Carmelita rico traje negro, que aún lleva luto por un muerto querido, y mostraba en sus labios esa dulce y bondadosa sonrisa con que hace aún más cautivadora la magestuosa y atractiva expresión de su rostro. Rodeaban á la alta dama su hija política la Srita Luz Díaz, su hermana la Srita Sofía Romero Rubio, su prima la Srita Adela Fernández y las Sritas Dolores y Elena Liceaga, todas tan airosas y elegantes como aparecen siempre en nuestras grandes reuniones.

Terminada la presentación los congresistas formaron grupos y esparciéronse por el palacio dirijiéndose muchos á las galerías de la planta alta desde donde la vista se recrea y espacía ante las maravillas del inmenso valle y de la enorme ciudad que se reclina sobre sus siempre verdes praderas.

En el jardín, en uno de los ángulos, la magnífica orquesta de los Vega, desataba sus notas cadenciosas y en la Plaza de Armas del castillo alternaba con ella la excelente banda del Estado Mayor. Largo espacio de tiempo permanecieron los congresistas contemplando el admirable panorama del Valle, que semienvuelto en el albornoz de brumas blancas de una tarde de otoño, dejaba ver á trechos la munificencia de su verde ó el gentil agrupamiento de sus poblados, que no es para despreciarse por el que no conoce nuestra metrópoli, tan singular perspectiva; y á las cinco de la tarde sirvióse á los invitados un opíparo buffet. La mesa se dispuso en la amplia galería que ve al oriente del jardín y desde ella seguían disfrutando los ojos del encantador paisaje. Servían con amabilidad exquisita á las damas invitadas, los Sres Fernández y Galvan, ayudantes del Sr. Presidente.

El aspecto que ofrecía el gran grupo de comensales era verdaderamente agradable, distinguiéndose por sus brillantes uniformes los Médicos del Ejército y de la Armada de la Unión Americana.

Cerca de las seis cuando las primeras sombras de la noche caían densamente sobre el valle, principiaron á despedirse los congresistas retirándose encantados en la reunión Fué está el verdadero *clou d'or* de los festejos efectuados en la semana en honor de nuestros ilustrados visitantes, y no podía ser de otra manera. Proverbial es ya en México la hermosa trinidad de distinción, amabilidad y discreción que hacen de Carmelita, aparte del egregio puesto social que ocupa, la primera dama de la República y sabido que en todo aquello en que interviene pone el sello inconfundible de su elegancia y *savoir faire*.

Nuestros lectores hallarán como marco de estas líneas su retrato y algunas perspectivas del Castillo. Ahora, solo nos resta felicitar al primer Magistrado y á su esposa, por haber coronado de tan brillante manera las fiestas á que dió lugar el segundo Congreso Médico Pan-americano.

Segundo Congreso Médico Pan-Americano.

Escudo del palco de la Presidencia.

El salón, durante el discurso del S. Liceaga.

Vestíbulo del Teatro.

Un trofeo.

Aspecto del Teatro Nacional durante la sesión inaugural el lúnes último.

Tomado del natural por Carlos Alcalde.

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN PUEBLA.—Paseo de Hidalgo.—Estatua del General Zaragoza.

Las fiestas presidenciales en Puebla.

Ayer dieron principio en la Ciudad de Puebla las fiestas presidenciales, con toda la solemnidad debida.

Como prólogo de nuestra información ilustrada, y en nuestro afan, de ser oportunos damos á nuestros lectores cuatro fotografías que representan, la primera, al Sr. Gobernador del Estado General Mucio P. Martínez, la 2ª y 3ª los monumentos que van á inaugurarse y la cuarta al autor de las estátuas.

A reserva de dar de esas fiestas amplia y fiel reseña en nuestro próximo número, limitámonos á consignar el programa conforme al cual se efectuarán:

Día 21 en la mañana, y bajo la presidencia del Señor General Don Porfirio Díaz, inauguración de la estatua de Don Nicolás Bravo y el Hospicio. Por la tarde la colonia española dara una fiesta en el Frontón «Beti-Jai,» por la noche es el Banquete Oficial en el salón del Gimnasio del colegio del Estado. Antes de la inauguración de la estatua colocará el Señor Presidente la primera piedra del monumento que el Estado erige á la Independencia.

Día 22, en la mañana, inauguración de la estatua de Don Ignacio Zaragoza en el Paseo Viejo, escuela (Lafragua) normal de profesores y gimnasio.

Día 23, en la mañana, fiesta en el Velódromo y colocación de la primera piedra del monumento que la Colonia francesa levanta en el Panteón Municipal del Agua Azul, para depositar los restos de los franceses y mexicanos que murieron en esta ciudad, durame la intervención.

Todas las agrupaciones, y sociedades, las colonias francesa, española y demás, se han unido al Gobierno para celebrar dignamente la llegada del Primer Magistrado de la Nación.

Durante las noches de los días 21, 22 y 23, tanto el Parque Central, como toda la ciudad, serán iluminados *á giorno.*

Es indudable que las fiestas angelopolitanas resultarán dignas del fin á que se las destina.

El Cóngreso Médico Pan-Americano.

En nuestro numero anterior anunciamos la llegada de la mayor parte de los médicos que han integrado la importante asamblea reunida en esta capital en los primeros dias de la última semana.

El lunes en la mañana llegó el resto de los congresistas, descendiendo en la Estación de Buenavista:

El andén de la estación estaba adornado con festones, farolillos venecianos y grupos de banderas de diversas nacionalidades.

Un simpático grupo de señoras y señoritas esperaba la llegada del tren para hacer cariñosa recepción á las damas americanas que debían llegar.

La Comisión la componían las Sras. de Liceaga y de Orvañanos, y Sritas. Sara Reyes, Dolores y Elena Licéaga, y María Carmen é Isabel Orvañanos.

La Comisión de Médicos para recibir á sus colegas, la formaban los doctores Tobías Núñez, Peredo, Hinojosa, Villagrán, Cicero, Narro, Grande Ampudia, Soriano y otros.

El tren que conducía á los congresistas llegó á las 7 y minutos, siendo saludado por la Banda de Artillería, que ejecutó la obertura *América*, en la que están recopilados los más bonitos aires norteamericanos.

Al descender del tren las señoras norteamericanas fueron obsequiadas con primorosos ramilletes de flores que recibieron con mucho gusto.

Desde la hora de llegada del tren hasta las ocho y cuarto fueron conducidos los Congresistas á sus respectivos alojamientos.

En la noche del sábado, las familias de los congresistas fueron obsequiadas con una reunión familiar en la Escuela de Medicina. Se reunieron 300 médicos y entre ellos 7 doctoras, entre las cuales descollaba la Señora Culberson.

Los mienbros del Comité Directivo Señores Doctores Carmona, Liceaga y Lavista, asistieron á la fiesta; el primero pronunció una alocución diciendo que el objeto de la reunión había sido poner en contacto á los profesores de la Escuela y á los médicos mexicanos en general, con los médicos extranjeros que nos habían hecho la honra de asistir al Congreso. Dijo que este Congreso tenía un carácter muy especial, porque así como para los Internacionales celebrados en Europa las invitaciones habían partido de corporaciones científicas tanto para el primer Congreso Pan-Americano celebrado en Washington, como para el actual, las invitaciones habían partido de los Gobiernos respectivos; concluyó diciendo que deseaba á los Doctores extranjeros, les fuera grata su permanencia en México, y al Congreso, cuyos fines son eminentemente filantrópicos, éxito completo.

Después de esta alocución los congresistas pasaron á la Dirección de la escuela, donde el *buffet* se hallaba dispuesto.

El lunes en la mañana se repartió á los congresistas el programa de las sesiones elegantemente impreso y del cual damos un facsímil

En la noche en el Teatro Nacional, adornado con sumo gusto, se efectuó la sesión inaugural del Congreso, que

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN PUEBLA.—Paseo de Bravo.—Estatua del General Nicolas Bravo.

por primera vez se reunió en Washington, bajo la presidencia del Dortor Pepper, el año de 1893.

En el vestíbulo del teatro se colocaron guías y coronas formadas con ojas de laurel y encina.

En el centro del patio se colocó una pirámide truncada que sirvió de pedestal á un busto de Cuauhtémoc.

Una gran corona de laurel cubría el frente del pedestal, que estaba rodeado de un zócalo cubierto con plantas.

El encornisado, la arquería y los ángulos del patio, también se adornaron con hojas de laurel y encina.

Estaba todo el edificio profusamente iluminado.

Penetrando al salón el Teatro ofrecía un aspecto deslumbrador.

Los antepechos de las plateas y las columnas de éstas, estaban tapizados con flores exquisitas; los de los palcos primeros se cubrieron con banderas de todas las naciones, y en el palco segundo del centro, dentro de un gran círculo cubierto con focos dè luz incandescente de los colores nacionalas, se colocó una gran copa de Hipócrates, emblema de la Medicina.

También los antepechos de los palcos segundos estaban cubiertos con banderas de todas las naciones.

En el foro el decorado figuraba un bonito salón. A uno y otro extremo del foro se pusieron como adorno monumentos antiguos, y en el fondo un gran calendario azteca, á cuyo frente estaban la mesa y los asientos presidenciales.

A ias 8 y 20 minutos, la banda del 16º Batallón, que dió la guardia de honor, anunció la llegada del General Díaz, quien se presentó acompañado de los ministros de Relaciones, Justicia, Comunicaciones, Guerra y Fomento, y de los Sres. doctores Carmona, Lavista, Licéaga, Noriega y Bustillos.

El Señor Presidente—que llevaba la banda tricolor cruzada sobre el pecho—ocupó el puesto de honor, teniendo á su derecha al Secretario de Justicia é instrucción pública.

Al terminar el Himno Nacional con que fué saludado el General Díaz, este primer magistrado dirigió una corta pero entusiasta alocución á los Congresistas, dándoles la bienvenida y deseándoles el mejor éxito en sus trabajos.

La sillería colocada á derecha é izquierda del foro, fué ocupada por los delegados oficiales y de corporaciones científicas.

En el patio se hallaban los congresistas y sus familias, y en los palcos las familias de nuestra sociedad elegante.

Una vez concluida la hermosa obertura "Pique Dame" ejecutada por la orquesta del Conservatorio, el Sr. Dr. D. Eduardo Liceaga, Secretario General del Congreso, ocupó la tribuna haciendo un justo elogio del Sr. Doctor William Peper, al cual le cupo la honra de iniciar estos fructíferos congresos.

El orador dió las gracias al Sr. General Díaz, á los Ministros de Estado, al Cómite Internacional que reside en los Estados Unidos, al Ayuntamiento de México, á las corporaciones científicas y á todas las personas que han contribuido con sus trabajos al mejor éxito del Congreso y concluyó dando la bien venida á los congresistas, siendo muy aplaudido. Tras este discurso, ejecutó la orquesta el Himno Nacional, que fué cantado por alumnas y alumnos del conservatorio y escuchado de pie por la concurrencia.

Ocupé luego la tribuna el Sr. Dr. Carmona y Valle, Presidente del Congreso, el cual habló con abundancia de datos de la enseñanza de la Medicina en México y concluyó diciendo que deseaba á los congresistas una agradable permanencia en México y que esperaba que en la próxima reunión del Congreso se enriquecería la ciencia médica y aumentaría la elevada reputación de la facultad en América, siendo así mismo muy aplaudido.

La música ejecutó después un delicado intermezzo, á continuación, del cual el Sr. Lic. Don José María Gamboa, leyó una hermosa pieza oratoria.

Al discurso del Sr. Gamboa siguió el elegante trozo sin-

fónico «Clair de Lune» de Pimentel, y después avanzó al frente del foro el distinguido Dr. William Pepper, quien fué acompañado por los Sres. Lavista, Licéaga, Valleto y Sierra Méndez expresándose en hermosas palabras.

El Sr. Pepper fué interrumpido con frecuencia por los aplausos del público.

Para termirar, el Sr. General Díaz declaró en nombre del Gobierno, que quedaba abierto el segundo Congreso Médico Pan-Americano.

El Sr. Presidente se retiró á las 10 y 45 minutos de la noche, entre los aplausos de la numerosa concurrencia y los acordes del Himno Nacional.

***

El grabado que en este pliego hallarán nuestros lectores, les dará idea más completa de esta primera etapa de la distinguida asamblea que hemos descrito. Pasemos ahora á la segunda.

***

El martes efectuose en la Cámara de Diputados, bajo la Presidencia del Sr. Ministro Baranda, la sesión intermediaria del segundo Congreso.

La reunión dió principio á las ocho y minutos de la noche, siendo el primero en abordar la tribuna el Sr. Dr. Juan Santos Fernández, delegado de la Habana, Cnba, para leer un estudio importante sobre la fiebre amarilla.

El Sr. Dr. E. S. Luchapelle, de Montreal, Canadá, pronunció un discurso en francés sobre el mismo asunto, y otro tanto hizo el Sr, Dr. Wáltter y Wyman, cirujano general del Hospital de la Marina de los Estados Unidos.

Muy importantes son los tres trabajos á que nos referimos, pues en ellos analiza la terrible enfermedad que diezma la población de nuestras costas, y que tanto esfuerzo se ha hecho para combatir.

El Sr. D. Rafael Lavista fué el último que habló disertando con acierto que mereció nutridos aplausos, sobre la patogenia de las enfermedades.

La Secretaría dió lectura á un pliego en el cual se citaba á los congrusistas para una Junta que había de verificarse en el Hotel Sanz, y la sesión terminó cerca de las once de la noche.

***

Nuestros lectores no ignoran que una comisión distinguida estuvo encargada de festejar á las estimables esposas de los congresistas. Aceptó el cargo de Presidenta de esta comisión la Sra. Dª Elisa Lynch de Camacho, y entre las fiestas preparadas dispuso una en su magnífica casa de San Feraando, la cual se efectuó en la noche del mismo dia indicado. Uno de nuestros cronistas dice refiriéndose á esta fiesta:

La hermosa casa del señor Presidente del Ayuntamiento fué decorada con gusto exquisito, apareciendo por todas partes, en jarrones de porcelana y cristal, preciosas flores que embalsamaban suavemente el ambiente y cuyos pétalos de raso brillaban á la luz de los focos incandescentes.

Las familias de los delegados extranjeros y muchas damas de nuestra sociedad elegante se reunieron en las regias salas, siendo objeto de las más exquisitas atenciones por parte de la señora de Camacho.

A la una de la mañana reinaba la mayor animación.

***

No menos solemne que la sesión inaugural, fué la del miércoles último ó mejor dicho, la serie de sesiones efectuadas ese día.

A las dos p. m., el Señor Don Leopoldo Batres dió una conferencia sobre Antropología en la Escuela Nacional de Minería. Habló sobre la simetría del esqueleto y cráneo indios descubiertos por él. Habló también del peso del cerebro indio y de su calidad, comparado con el europeo. Presentó asímismo un ídolo que tiene marcadas las huellas de la viruela, lo que prueba que esta enfermedad apareció en México antes de la llegada de los españoles, y tocó, finalmente, algunos otros puntos importantes, siendo al terminar muy aplaudido.

A las 4 y minutos de la tarde los congresistas se dirigieron á la Penitenciaría en carros especiales, asistiendo también algunas señoras y señoritas. Muy complacidos quedaron los visitantes del soberbio edificio y regresaron de su visita cerca de las seis de la tarde. Por la noche, en el palacio del Ayuntamiento, tuvo verificativo una de las reuniones más hermosas sin duda de todas y con la que fueron obsequiados por el Ayuntamiento los estimables congresistas.

El Palacio sufrio una encantora transformación.

En el vestíbulo de entrada á las oficinas del Ayuntamiento se formó una *serre* con hermosas plantas. La escalera que da acceso á aquellas se adornó con banderas, en trofeos, en la parte superior. Los pabellones pertenecían á las diversas Repúblicas americanas: Estados Unidos, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú; las Repúblicas Centro americanas, Uruguay, paraguay, Brasil, etc.

El salón de pasos perdidos, contiguo á la sala de Cabildos, quedó elegantemente decorado. El piso lo cubría rojo tapiz; las paredes desaparecían tras una decoración floral de buen gusto. La formaban grandes estrellas de gardenias, en el centro de dos medias lunas de rosa y tableros de diversas flores. Formaba *plafond* al salón un tupido follaje.

La Sala de Cabildo no fué adornada con flores para no cubrir su elegantísimo decorado. En cambio estaba iluminada *á giorno* con luces incandescentes en gran profusión.

Fue decorado igualmente el salón de la Secretaría del Ayuntamiento, que hace *pendant* con el de entrada á la Sala de Cabildos. La decoración era semejante á la del primero. El resto de los salones del Palacio Municipal no tenía ningún adorno, pero estaban expléndidamente iluminados.

En cuanto al adorno de la planta baja, dejamos la palabra á uno de nuestros compañeros de redacción.

A la entrada del pasillo que conduce á las oficinas del Gobierno del Distrito dice y dando acceso al salón del *buffet* (el patio donde se efectúan las elecciones) el conocido pintor escenógrafo D. Jesus Herrera y Gutiérrez improvisó una hermosa gruta.

Siguiendo las sinuosidades de las peñas, fueron colocados multitud de focos incandescentes que producían el mejor efecto.

La gruta estaba coloreada con diversos tonos muy tenues que alumbrados por mil focos incandescentes que salpicaban los muros y tres grandes focos de arco, presentaba hermosísimo aspecto. En el ángulo de la gruta se despeñaba una cascada que al caer formaba un remanso que corría al pie de la gruta.

Esta, como decimos, servía á su vez de vestíbulo á otra guía destinada para el salón del *buffet*. En ésta el efecto era aun más sorprendente. Formando una especie de pasillo, en los cuatro costados de la gruta, se veían estalagmitas y estalactitas de albos tonos. En el fondo y entre los grupos de estalagmitas aparecia un gran lienzo en el que se veía el Ixtacihuatl con la *mujer blanca* alumbrada con focos incandescentes de color azul tenue que simulaban un maravilloso efecto de luna.

La fiesta comenzó á las ocho y media de la noche y poco después de llegada la concurrencia que fué tan distinguida como numerosa, prendiéronse los fuegos artificiales preparados en obsequio de los congresistas en la Plaza de la Constitución.

Terminados los fuegos, la banda de caballería que dirige el Señor Payén, púsose á ejecutar hermosas piezas y cuando la animación era mayor, empezó el baile al cual siguió una espléndida cena. Durante esta el Señor Presidente del Ayuntamiento Don Sebastián Camacho habló á los congresistas con discretas palabras que fueron acogidas con muchos aplausos. Nuestros lectores hallarán en otro lugar varias fotografías relativas á esta hermosa fiesta.

***

El jueves los congresistas determinaron el lugar donde se verificaría el próximo congreso: en Caracas, capital de la República de Venezuela en 1899; y en la tarde fueron recibidos en Chapultepec por el Sr. Presidente de la República y su digna esposa. Los congresistas se dirigieron á Chapultepec en vagones especiales, poniéndose además carruajes á disposición de las Señoras para que pudieran llegar hasta las puertas del castillo. Este estaba preciosamente adornado con guirnaldas, medias lunas y estrellas de flores exquisitas y banderas de todo el Continente. Había además, así en las goteras como entre los árboles del bosque, infinidad de farolillos venecianos que ya encendidos daban al pintoresco lugar un aspecto feerico. En la esplanada del castillo tocaba la música del Estado Mayor y en el jardín la orquesta de los Vega.

Los distinguidos invitantes recibieron con exquisita amabilidad y cortesía á los congresistas y á sus familias en el opulento salón del primer piso. En el jardín se había dispuesto un espléndido *buffet* en el cual fueron los invitados debidamente atendidos.

Hicieron con Carmelita los honores de la casa las Señoritas Luz Diaz, Sofía Romero Rubio, Adelita Fernández y Elena y Dolores Liceaga.

Entre los delegados extranjeros llamaron la atención por sus brillantes uniformes, los cirujanos del ejército y de la armada de los Estados Unidos. La encantadora fiesta que de fijo no se olvidará en mucho tiempo, terminó á la caída de la tarde.

Por último, la noche del jueves se clausuró solemnemente el segundo Congreso Médico con una sesión en la Cámara de Diputados, habiendo pronunciando discursos los doctores Don Eduardo Liceaga, Don Porfirio Parra, Don Gregorio Mendizabal, y el profesor Don Francisco Bustillos.

El viernes tuvo verificativo una excursión á las obras del Desagüe y ayer los congresistas visitaron las pirámides de San Juan Teotihuacan.

El Mundo celebra de todas veras los buenos auspicios bajo los cuales se afectuó el segundo Congreso Médico Pan-Americano; anhela que sea fecundo en resultados y envía á los distinguidos profesores que lo integraron su saludo más afectuoso y sus plácemes más sinceros.

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN PUEBLA.—Sr. Jesus F. Contreras, autor de las estátuas de Bravo y Zaragoza.

Los duelos mas tristes no son los que se llevan en el sombrero.

G. Flaubert.

Cada día morimos; el último es el fin de la muerte.

Maxime Ducamp.

¡SOCORRO!

(Traducción para El Mundo.)

Unos gritos espantosos surgieron del otro lado del río.

Una señora gruesa con una bata color malva y un quitasol blanco se agitaba desesperadamente en la orilla, chillando con todas sus fuerzas:

—¡Se ahoga! ¡Socorro! ¡Se ahoga!

A esta hora, el barco destinado al lavadero se encontraba vacío y las personas que ocupan las casas de los alrededores almorzaban pacíficamente. A lo largo de las construcciones se abrieron los balcones y en ellos aparecieron algunos rostros azorados. Un obrero, seguido de su mujer, acudió al ribazo, en tanto que el jardinero de los Noury, saltando á un bote, trataba de distinguir algo, formándose con las manos una pantalla sobre los ojos.

La señora del quitasol, se desesperaba gritando.

—¡Socorro! ¡Se ahoga! Se ahoga!

—¡Válgame Dios! contestaba el jardinero, sin moverse del bote, demonches!

Y, repentinamente, púsose encaramado, comenzó á agitarse, oscilando sobre el agua, devorado por una curiosidad anhelante, retenido por un horrible miedo de ahogarse al prestar su auxilio.

El obrero á dos pasos de allí, seguía las peripecias del drama, prorrumpiendo, con voz sofocada:

—¡Veo la cabeza! ¡tiene cabellos negros! ¡Sostente! ¡Valor! ¡Ah, qué desgracia!

Y sin prestar oídos á su mujer que se afianzaba á él, se quitó la blusa y el chaleco, repitiendo cual si fuese un eco del jardinero:

—¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios!

Los gritos de la mujer del otro lado del río, se convertían en desgarradores; eran ahullidos prolongados de angustia, sin palabras, modulaciones estridentes que causaban daño en medio de un paisaje fresco y verde.

Los Noury, una familia muy estimada en el país, se habían levantado de la mesa, los pequeños con sus baberos atados al cuello y los grandes alentando al jardinero:

—¡Vamos, Eugenio, vamos!

El obrero había saltado ya al bote, y con la espalda desnuda, apretándose la hebilla de sus pantalones, repetía burlonamente:

—¡Vamos, Eugenio, vamos!

La mujer del obrero se lamentaba:

—¡No lo dejen ustedes! ¡Sucede tan pronto una desgracia! ¿Quién es el que está allá? ¿Conoce alguien á esa señora?

El Sr. Noury, padre, se había lanzado dentro del bote, lo había desamarrado y remaba vigorosamente hacia la dama, quien con los brazos levantados ronca ya á fuerza de gritar, se entregaba á una pantomima trágica. De pie, en la proa, el obrero se mantenía pronto á sumergirse; en su brazo desnudo, aparecía tatuada una flecha azul; recogido sobre sí mismo, como arqueado, con su barba rapada, sus ojos obscuros y su nariz de perro de de caza, ofrecía un aspecto de animal inteligente, en acecho.

—¡Firme! gritó el Sr. Noury, ya vamos!

—¡Qué desgracia! dijo el jardinero; la cabeza ha desaparecido. ¡Allí! más á la izquierda! ¡en donde hierve el agua!

—¡Plum!

Un ruido sordo y un sacudimiento de agua; el obrero, incapaz de esperar, acababa de sumergirse. Un grito desgarrador partió de la ribera que acababan de dejar; la mujer del obrero se lamentaba con ademanes doloridos y chillidos espantosos:

—¡Juan! ¡vuelve! ¡vuelve!

Pero Juan nadaba con firmeza, escupiendo el agua; parecía sostenerse con dificultad; se hundía y volvía á la superficie.

—Hay yerbas, exclamó con voz sofocada.

Dió unas braceadas, murmuró: ¡Válgame Dios! y desapareció.

—¡El gancho! ¡El gancho! gritó el Sr. Noury.

Y muy pálido bajo sus cabellos grises, se puso blanco como su camisa, al ver con ojos azorados á su jardinero que sondeaba el agua con el gancho.

La señora del quitasol ya no gritaba. Inmóvil, herida de estupor, miraba el horrible remolino en donde acababa de desaparecer el obrero. La mujer de éste, en medio de un grupo compacto, seguía gritando desesperadamente:

—¡Juan! ¡vuelve! ¡vuelve!

¡Qué lúgubre se oía este llamamiento dirigido á un ser que ya no volvería! Porque el obrero no parecía, no volvió á aparecer!

En vano, Eugenio y el Señor Noury sondearon el agua en el lugar en donde se había sumerjido; en vano descendieron la corriente registrando el río. Uniéndoseles otras barcas, siguieron buscando; en una de ellas la mujer del obrero se retorcía las manos sollozando.

—¡Bien se lo había dicho! Pero no ha querido escucharme ¡Dios mío! No es posible que se haya ahogado.

El Señor Noury desalentado, remó entonces hacia la señora gorda del quitasol, siempre estupefacta, petrificada en la orilla. Nadie la conocía, no era de la comarca.

Cuando estuvo al alcance de la voz, el Señor Noury, quitándose el sombrero, con aire compungido la dijo:

—¡Qué espantosa desgracia! ¡Dos víctimas en un instante! ¡Y ese infeliz padre de familia que se ha sacrificado por salvar á la persona!......

Cortado por el silencio estúpido de la señora, preguntó:

—¿Era alguien de su familia, señora? ¿Acaso su marido, su hijo?

La señora callaba. El Señor Noury continuó, casi sin tener conciencia de sus palabras:

—¡Un excelente obrero! De seguro acababa de almorzar y una congestión cerebral..... ¡Quizá la misma desgracia ocurrió á su...... á ese...... al pariente de usted!

La señora respondió:

—No era pariente mío. ¡Era mi perro!

Y se alejó rápidamente no sin oir á la mujer del obrero que aullaba:

—¡Su perro! ¡Su perro!

En tanto que un murmullo de desaprobación subía de las barcas, deplorando la muerte del hombre y maldiciendo al animal ahogado.

El Señor Noury exclamó desolado:

—¡Si lo hubiéramos sabido!

Paul Margueritte.

DAMAS DISTINGUIDAS DE LA REPUBLICA.

Srita. Eloisa Couret. DE HERMOSILLO, SONORA.

[Fotografía de Bernal.]

El nido abandonado.

Acabo de leer «otro idilio trágico» que, tomado de los cuentos de su vida, publicó Luis G. Urbina en el Mundo ilustrado. Es la historia triste de dos palomas enamoradas, víctimas de un empleado irascible.. ¿Qué palomas no son enamoradas y que empleado deja de ser irascible? Sin embargo, á cosas tan comunes, dá Urbina agradable novedad, lo cual prueba que entre los oficinistas los hay de talento y con la experiencia de unos tortolitos para hablar de idilios columbinos.

Yo no soy más que un ranchero—harto lo conocerán los lectores de estas líneas; pero como presencié cierto episodio en que los personajes fueron también un palomo y una paloma, no puedo resistir al deseo de narrarlo; y si Luis Urbina compara sus pichones á Romeo y Julieta, no seré yo menos, si bien mi galan tenía algo de Otelo......... pero no anticipemos los sucesos.

¿Para qué referir las ternezas con que mis dos protagonistas se hacían la rueda? Los arrullos enamorados; los besos silenciosos, pero dulces, aquella ala arrastrándose en el suelo como si convidase al deleite, las plumitas del cuello esponjándose á impulsos de la voluptuosidad......?

Llegó la época de la *puesta*, como decimos aquí en el rancho: era de ver el alboroto con que los dos esposos formaban el nido. ¡Quién llevaba ramitas secas, pero flexibles, quién recogía de aquí y de allá filamentos de seda para hacer más mullido el lecho! De cuando en cuando interrumpían el trabajo para besarse, ó clavaban los piquitos en el suelo con toda monería, dejando escapar del pecho confidencias de vanidosa esperanza.

Por fin comenzó la incubacion. La paloma exhalaba ese calor misterioso que fecunda la cría.

El palomo no cabía en sí de gusto; iba y venía, llevando el alimento á su compañera. Pasadas algunas horas, no se que arrullo del macho indicaba á la hembra que era ya tiempo de que echara á volar para que descansase de su fatiga. Entónces él la sustituía en el nido y era de ver su torpeza en acomodar las alas para cubrir los huevecitos.

Así se alternaban los amantes, cumpliendo el eterno destino de la reproducción.

Pasaban felices los días.

Una vez, ella regresó muy tarde. El palomo la esperaba impaciente, comprendiendo que el calor materno hacía falta á la futura cría. La paloma exhaló sus disculpas traducidas en dulces arrullos, y la paz se restableció en el hogar.

Al día siguiente volvió la blanca paloma á emprender su vuelo muy de mañana, sin escuchar las voces de su esposo que tristemente arrullaba como si dijera:

«¿Y ya te vas? ¡No es aún de día!»

La paloma no podía ya escucharlo, tan rápido era el vuelo con que trasponía el monte cercano.

Y esta vez también regresó muy tarde—ya el sol había desaparecido, hundiéndose en los celajes del poniente, y—exhaló sus disculpas traducidas en dulces arrullos.

El palomo se levantó, hizo la rueda al nido y á su turno arrullaba; pero en aquel arrullo había algo de extraño, era como una risa sarcástica. En seguida emprendió el vuelo y desapareció tras el cercano monte.

—

Y pasaron los días: la paloma permanecía solitaria, sin atreverse á dejar el nido, temerosa de que se extinguiese el calor.

Por fin, urgida por el hambre y acaso impulsada por los celos, abrió las alas, hendió el aire y desapareció tras del cercano monte.

El nido, ya solo, se enfrió poco á poco. Los polluelos murieron sin haber nacido.

—

Jamás volví á ver en el alero de mi casa la pareja de palomas que se hacían la rueda, que se arrullaban enamoradas y que se daban besos silenciosos, pero dulces.

Habían pasado para siempre los días de felicidad......

X......

No vitupero tanto la pasión de los que desean dominar siempre, como la bajeza de los que siempre están dispuestos á obedecer á todo.

Tucídides.

—

La obediencia á la autoridad de un jefe absoluto asimila al hombre á los brutos.

Tontlote.

SOLEDAD.

Estaba Antonio próximo á cumplir treinta años, y aun no había sentido lo que se llama un amor. Verdad que desde mozo había sido enamoradizo y mujeriego; pero entre todos los recuerdos, que á menudo asaltaban su memoria, de castos amoríos y groseras aventuras, ninguno le hacía experimentar ese sentimiento, mezcla de dicha y pena, con que se recuerda la felicidad para siempre perdida; sentimiento análogo al que conmueve el corazón del expatriado que de improviso sorprende en tierra extraña una costumbre, un tipo, un paisaje que le recuerdan la suya. El veía surgir en su mente tales memorias como, á la vuelta de un viaje, se ven las fotografías de los diversos lugares á donde solo se va por curiosidad ó capricho. La adolescente candorosa y enamorada; la joven decidida y firme; la voluble coqueta solo con él sumisa y amante, y la cáfila de hembras del montón que únicamente le sirvieron para saciar sus más torpes apetitos, nada habían dicho en aquel entonces á su corazón, y nada le decían ahora. Había ido hacia unas, por un capricho extraño, imposible de definir ni de explicar, hacia aquellas por impulsos del amor propio herido, del orgullo humillado, hacia las otras por entretener sus continuos vagares. Mas ninguna le había llenado el corazón ni fijado la voluntad, que seguían sueltos y libres, sin estabilidad ni reposo, como el agua que corre por una pendiente. Y á la sazón comenzaba á echar de menos el calor de un sentimiento que fuera alegría de su corazón, móvil de sus acciones, objeto de su vida. No le había adorado hasta entonces porque se lo habían impedido amores y fiestas. Mas cuando todo ello comenzó á faltarle, ó mejor dicho, á no dar satisfacción á su espíritu, le asustó la sequedad invernal de su alma, y le atormentó la idea de que Dios le hubiese negado para su castigo, como á Satán, la fibra del amor.

Pero nunca se le encalabrinaron tales ideas como aquella tarde.—Aún no entraba la primavera; pero los árboles, engañados por unos cuantos días de sol esplendoroso y de aire seco y caliente, habían comenzado á florecer. Bien iban á pagar los desdichados su impaciencia; pues desde la mañana de aquel día soplaba un cortante remusgo, que había acabado por traerse consigo espesas y pardas nieblas que ya entenebrecían el cielo, encapuchaban la cima de los montes y comenzaban á arrastrarse por las lejanías del valle. Antonio seguía el sinuoso sendero que circunvalaba una loma, semejando la huella de una mondadura en la corteza de un fruto, y veía á sus piés el dilatado bosque de frutales, salpicado de flores rojizas y blancas, que se destacaban en el fondo incoloro de las ramas, semejante al de la bruma que se tendía sobre ellas. Al par que el agobio moral que le causaban sus tristezas, sentía deslavados sus miembros y oprimido y angustioso el pecho: achaques nerviosos con que siempre le atormentaban los días nublados y tristes.

Andando, andando, se distraía con lo que al paso encontraba. Ya era una lavandera, que con el lío de ropa en la cabeza, bajaba despacito la escurridiza vereda; ya un hortelano que cavaba en las eras inmediatas; ya un zopilote tranquilamente acurrucado en la cima de un nogal; ya la hoja seca, aún pendiente del arbol, que azotaba la rama al moverse, haciendo un golpeteo semejante al que hace el pájaro carpintero al horadar los troncos.

De pronto abocó á una calleja, empinada y angosta, que tenía la particularidad, por su tristeza, de aumentarle las suyas, ó matar sus alegrías cuando, acaso, acertaba á pasearlas por aquellos contornos. Formaban los de la calleja, á un lado, setos de espinoso junco, á través de cuyo enmarañado ramaje se veían terrenos incultos y frutales encorvados y ramosos; al otro, un muro de adobe, bajo y derrumbado, por cuyo caballete asomaban sus ramas cubiertas de muérdago, manzanos y durazneros. A la mitad de este muro había una puerta ruinosa. Las telarañas que cubrían de arriba abajo los huecos formados entre las jambas y la madera, prendidas en una y otras, demostraban que nunca se abría. El suelo de la calle estaba cubierto de verdinegros matorros que iban aumentando en profusión y tamaño conforme estaban más cerca del seto y el muro. Mucho tiempo hacía que él paseaba aquella calle de punta á cabo, y nunca se había cruzado con alma viviente, ni escuchado voz ó ladrido en las huertas vecinas. ¿Ocurriría por allí alguno de esos horrendos crímenes que tanto impresionan al pueblo y que dejan como un sello de soledad y tristeza en los lugares donde se verifican?

Así pensaba, acelerando el andar para salir de las que le rodeaban y que tanto acrecían las que llevaba en el alma. De pronto apareció ante su vista, saliendo de una de las umbrosas veredas que á la calleja confluían, una pareja de recién casados á quien él conocía aunque no trataba. Caminaban despacio. Ella se apoyaba con abandono y confianza en el brazo de su marido, y los dos conversaban viva y animadamente. No se revelaba en la mirada, en los gestos, en la actitud de la joven esa locura de amor, ardiente y estruendosa, que invade á las mujeres apasionadas cuando se encuentran á solas con el hombre á quien aman, y cuya anormal intensidad presagia la poca duración del sentimiento que la motiva. A primera vista, se echaba de ver en ella el cariño profundo, pero tranquilo y discreto, nacido para durar cuanto la vida durase. El tenía la actitud confiada y serena de los que no sienten las dudas horribles, las vagas tristezas y extrañas nostalgias que abruman á otras almas, ó tienen la fortaleza suficiente para darlas de mano y conformarse con lo que la mísera realidad les ofrece para saciar sus anhelos.— En ambos vió Antonio la felicidad que él en vano buscaba. No había que darle vueltas: aquellas dos almas eran completamente dichosas. ¡Qué razón tenía él para asegurarlo? Ninguna; ni él mismo acertaba á saber porqué lo creía; era al modo de una intuición que le daba tan clara conciencia de lo que afirmaba, que no hubiese vacilado en jurarlo.

Y esa felicidad le hacía daño, no por ruin sentimiento de envidia, sino porque la miraba ante sus ojos y se creía impotente para alcanzarla. El, en resumidas cuentas, no sentía otro afecto que el entrañable que consagraba á las cosas de su terruño, al cual le amarraba con fuertes cadenas. Y la naturaleza no comprendía ni por ende pagaba el amor, que en el fondo de su corazón él la tenía: halagábale los sentidos con sus colores, con sus perfumes, con sus murmurios; pero ¿no hacía lo mismo con el hortelano que dormía la embriaguez de la *mariguana* ó del pulque, tendido á la sombra del nogal, con la cabeza apoyada en un acirate y la cara cubierta de moscas? El deseaba algo más del alma, algo más suyo, para él solo creado y por él solo sentido.

En estas y en las otras había llegado á la cumbre de la colina que sobresale, monda y escueta, del bosque que la circuye. Las alturas y las grandes planicies siempre le producían una sensación de anonadamiento, de soledad y de angustia; mas nunca fué tan intensa como aquella tarde.

Parecíale tener metida la cabeza en las nieblas que flotaban en el cielo, y que la que cubría las montañas que formaban el contorno del valle, y comenzaba á agarrarse á los árboles del lejano límite del bosque, iba lentamente estrechando su enorme circunferencia para cojerle á él en el centro y llevarle en volandas á Dios sabía qué regiones solitarias y lóbregas. De pronto asaltóle el miedo á un ataque cerebral, á un vértigo que le hiciera rodar por la pendiente abajo, y apretándose la cabeza con ambas manos para retener algo que quería escapársele, tembloroso de piernas y falto de aliento, echó á andar hacia el caserío que se extendía á sus plantas. En ese momento daban el toque de oración, solemne y melancólico, y su lento campaneo, amortiguado por la distancia, llegó á sus oídos, avivando en su espíritu, por no sé qué extraña asociación de ideas, la dolorosa conciencia de la soledad y tristeza de su vida.

1896.

José García Rodríguez.
(Mexicano.)

CAPRICHOS

Caricias lejanas.

......¡Oh, sí, mi buena amiga, las he sentido! Este saloncito gris, veteado de oro, con sus muebles caprichosos y frágiles; las mariposas vívidas de los abanicos japoneses abiertos sobre la obscura tapicería; la soledad del rincón que acabamos de dejar y desde donde sonríe la inmaculada dentadura del piano, la luz de ceniza que empapa la vidriera del balcón, la melopea elegiaca de la lluvia, y tu cara fresca de ojos glaucos—ondas del Adriático—inocentemente curiosos, me llevan á la confidencia, me seducen para la plática *tête á tête*, mi buena, mi elegante amiga. Acerca tu rojo taburete—escabel de paje rubio—junto á mi pesado sitial, y oye las respuestas que dan mis memorias á tus imprudentes quince años.

Fué una viejecita blanca, una viejecita de nieve, encorvada y temblona, de esas que en los cuentos del divino Perrault regalan á Cenicienta su chapín de cristal, y ofrecen un talismán al Príncipe enamorado para que, de rodillas ante el lecho de púrpura, pueda despertar á la Hermosa Durmiente. Figúrate que al entrar en el templo, junto á la tallada cancela, á la hora de la primera misa, me la encontré con su rosario de cuentas colgado del vestido de pliegues rectos, y su mantón negro, triangularmente erguido sobre la cabeza, como la capucha de un hábito. Era una mañana fría color de azucena. Entré con unción, y levanté la pesada cortina verde, cuando en el mismo instante en que me herían los reflejos de los cirios que desde larga distancia picaban la sombra, sentí la primera caricia, dada en la mejilla por una mano de seda oliente á incienso. Jamás en mi niñez solitaria y huraña, en mis ocho años de candidez meditativa, se había posado así una mano con tan blanda finura sobre mi rostro. No recordaba haber sido arrullado en la cuna por la canción maternal, ni haber sentido el aleteo de los ósculos entre los labios que entreabrió el primer suspiro del sueño. Conservo esta impresión como una reliquia. Está guardada en la sacristía de la pequeña iglesia, de la iglesia que levanté á la castidad de mis días blancos, para que alguna vez entren á rezar mis recuerdos y tengan donde esconderse mis maldades. No sé con precisión cuánto duró aquella caricia, ni lo que me dijo la anciana—algo muy suave y muy alado que se evaporó como una nube;—lo que sí sé, es que apareció en la soledad de mi espíritu un ángel hecho de ráfagas azules, y que, cuando evoco mis memorias infantiles, miro á la viejecita de nieve, encorvada y temblona, junto á la cancela tallada, á la hora de la primera misa.........

Y al venir el primer encanto, el brote juvenil, saltó el caliente surtidor del deseo en la fresca fuente de la vida, y sonó el primer beso.

El primer beso lo sentí bajo el patio de una arboleda, mientras el sol caía, como escudo sangriento sobre los trigales luminosos del Poniente.

Una muchacha trémula decía que me amaba acercando á mi semblante su boca húmeda con jugo de frambuesa. Tras un juramento, con los ojos cerrados, ébria con la miel voluptuosa que vertían sus sueños de virgen, me besó rápidamente.— Experimenté la calentura del rubor que subió en llamas hasta sus mejillas de duraznos en Otoño.

¡Pero porqué te cuento eso mi buena amiga!

¿Porqué hacer desfilar ante tus ojos glaucos, inocentemente curiosos, la procesión de las caricias judaicas: los abrazos del amigo ingrato, los juramentos de las mujeres infieles, la batalla de besos de la orgía, las noches de plata en que se desfloran las bocas y se desatan los ensueños? La vida, la desengañada vida que rechaza con hastío, ilusiones frágiles y sonrisas falsas, la amarga senda de la vida, siempre manchada de oro, aquí y allá, por gotas de miel seca, guarda muchos recuerdos de placeres...... Ahondando, la memoria se encuentran bajo la tierra negra de los olvidos, pedazos de caricias, tiestos rotos donde florecieron los besos, las rosas blancas, las camelias rojas, las margaritas lechosas que deshojamos sobre los labios de las amantes fugitivas.

¡Oh! sí mi buena amiga; las he sentido; pero todas ellas se han quedado en el pórtico: no hay ninguna inmaculada; son pecadoras que han amado mucho, y que esperan, ateridas de frío, junto á las columnas churriguerescas, á que las dejen penetrar mis días castos, en la pequeña iglesia donde guardo, como una reliquia, la caridad de la viejecita de nieve que pasó ya la tallada cancela y va á oír la primera misa...... La esquila llama alegremente y la mañana está color de azucena.

Y ahora mi buena amiga, cese la confidencia: Aleja de mi pesado sitial tu escabel de paje: te has quedado triste...... y cuando se está triste, mirando, como nosotros, la luz de ceniza que empapa la vidriera del balcón, y oyendo la fúnebre melopea de la lluvia, es bueno pensar en algo inviolado y blanco, como aquella viejecita de nieve, oliente á incienso.........

Noviembre de 1896.

Luis G. Urbina.

El hombre: un efímero que sueña en la eternidad.

G. M. de Vultour.

La vida humana se acaba cuando se logra probarle al hombre que todo es vanidad.

Ernesto Renan.

El recuerdo de los muertos es la presencia en la ausencia.

Lacordaire.

Rubén Darío.

CUENTOS EN PROSA

El País del Sol.

A vosotras, madres de las muchachas anémicas, va esta historia, la historia de Berta, la niña de los ojos color de aceituna, fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como una alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

Ya veréis, sanas y respetables señoras, que hay algo mejor que el arsénico y el hierro, para encender la púrpura de las lindas mejillas virginales; y, que es preciso abrir la puerta de su jaula á vuestras avecitas encantadoras, sobre todo, cuando es el tiempo de la primavera y hay ardor en las venas y en las savias, y mil átomos de sol abejean en los jardines, como un enjambre de oro sobre las rosas abiertas.

***

Cumplidos sus quince años, Berta empezó á entristecer, en tanto que sus ojos llameantes se rodeaban de ojeras melancólicas.—Berta, te he comprado dos muñecas... —No las quiero, mamá...... —He hecho traer los *Nocturnos*......—Me duelen los dedos, mamá......—Entonces...... —Estoy triste, mamá......—Pues que se llame al Doctor.

Y llegaron las antiparras de aros de carey, los guantes negros, la calva ilustre y el cruzado levitón.

Ello era natural. El desarrollo, la edad...... síntomas claros, falta de apetito algo como una opresión en el pecho, tristeza, punzadas á veces en las sienes, palpitación...... Ya sabéis; dad á vuestra niña globulos y duchas. El tratamiento!......

Y empezó á curar su melancolía, con glóbulos y duchas, Berta, la niña de los ojos color de aceituna, que llegó á estar fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como una alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

***

A pesar de todo, las ojeras persistieron, la tristeza continuó, y Berta, pálida como un precioso marfil, llegó un día á las puertas de la muerte. Todos lloraban por ella en el palacio, y la sana y sentimental mamá hubo de pensar en las palmas blancas del ataúd de las doncellas. Hasta que una mañana la lánguida anémica, bajó al jardín, sola, y siempre con su vaga atonía melancólica, á la hora en que el alba ríe. Suspirando erraba sin rumbo, aquí, allá; y las flores estaban tristes de verla. Se apoyó en el zócalo de un fauno soberbio y bizarro, cincelado por Plaza, que húmedos de rocío sus cabellos de marmol, bañaba en luz su torso espléndido y desnudo.

Vió un lirio que erguía al azul la pureza de su caliz blanco, y estiró la mano para cogerlo. No bien había.... Sí, un cuento de hadas, señoras mías, pero que ya veréis sus aplicaciones en una querida realidad,—no bien había tocado el caliz de la flor, cuando de él surgió de súbito una hada, en un carro áureo y diminuto, vestida de hilos brillantísimos é impalpables, con su aderezo de rocío, su diadema de perlas y su varita de plata.

¿Creeis que Berta se amedrentó? Nada de eso. Batió palmas, alegre, se reanimó como por encanto, y dijo al hada:—¿Tú eres la que me quiere tanto en sueños?—Sube—respondió el hada. Y como si Berta se hubiese empequeñecido; de tal modo cupo en la concha del carro de oro, que hubiera estado holgada sobre el ala corva de un cisne á flor de agua. Y las flores, el fauno orgulloso, la luz del día, vieron como en el carro del hada iba por el viento, plácida y sonriente al sol, Berta, la niña de los ojos color de aceituna, fresca como úna rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

***

Cuando Berta, ya alto el divino cochero, subió á los salones por las gradas del jardín, que imitaban esmaragdina, todos, la mamá, la prima, los criados, pusieron la boca en forma de O. Venía ella saltando como un pájaro, con el rostro lleno de púrpura, el seno hermoso y henchido, recibiendo las caricias de una crencha castaña, libre y al desgaire, los brazos desnudos hasta el codo, medio mostrando la malla de sus casi imperceptibles venas azules, los labios entreabiertos por una sonrisa, como para emitir una canción.

Todos exclamaron:—Aleluya! ¡Gloria! ¡Hosana al rey de los Esculapios. ¡Fama eterna á los glóbulos de ácido arsenioso y á las duchas triunfales! Y mientras Berta corrió á su retrete á vestir sus más ricos brocados, se enviaron presentes al viejo de las antiparras de aros de ca, rey, de los guantes negros, de la calva-ilustre y del cruzado levitón. Y ahora, oid oh vosotras, madres de las muchachas anémicas, como hay algo mejor que el arsénico y el fierro, para eso de encender la púrpura de las lindas mejillas virginales. Y sabreis como no, no fueron los glóbulos; no, no fueron las duchas; no, no fue el farmacéutico, quien devolvió salud y vida á Berta, la niña de los ojos color de aceituna, alegre y fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

***

Así que Berta se vió en el carro del hada, le preguntó. —¿Y á dónde me llevas?—Al palacio del sol. Y desde luego sintió la niña que sus manos se tornaban ardientes, y que su corazoncito le saltaba como henchido de sangre impetuosa.—Oye—siguió la hada—yo soy la buena hada de los sueños de las niñas adolescentes; yo soy la que curo á las cloróticas con sólo llevarlas en mi carro de oro al palacio del sol, adonde vas tú. Mira, chiquita, cuida de no beber tanto el nectar de la danza, y de no desvanecerte en las primeras rápidas alegrías. Ya llegaremos, pronto volverás á tu morada. Un minuto en el palacio del sol, deja en los cuerpos y en las almas, años de fuego niña mía.

En verdad, estaban en un lindo palacio encantado, donde parecía sentirse el sol en el ambiente. ¡Oh, qué luz! ¡qué incendios!—Sintió Berta que se le llenaban los pulmones de aire, de campo y de mar, y las venas de fuego, sintió en el cerebro esparcimientos de armonía, y como que el alma se ensanchaba, y como que se ponía más elástica y tersa su delicada carne de mujer. Luego vió, vió sueños reales, y oyó, oyó músicas embriagantes. En vastas galerías deslumbradoras, llenas de claridad y de aromas, de sederías y de aromas, vió un torbellino de parejas, arrebatadas por las ondas invisibles y dominantes de un wals. Vió que otras tantas anémicas como ella, llegaban pálidas y entristecidas, respiraban aquel aire, y luego se arrojaban en brazos de jóvenes vigorosos y esbeltos; cuyos bozos de oro y finos cabellos brillaban á la luz, y danzaban, danzaban con ellos, en una ardiente estrechez, oyendo requiebros misteriosos, que iban al alma, respirando de tanto en tanto como hálitos impregnados de vainilla, de haba de Tonka, de violeta, de canela, hasta que con fiebre, jadeantes, rendidas, como palomas fatigadas de un largo vuelo; caían sobre cojines de seda, los senos palpitantes, las gargantas sonrosadas, y así soñando, soñando en cosas embriagadoras........—¡Y ella también! cayó al remolino, al maelstrón atrayente, y bailó, giró, pasó, entre los espasmos de un placer agitado; y recordaba entonces que no debía embriagarse tanto con el vino de la danza, aunque no cesaba de mirar al hermoso compañero, con sus grandes ojos de mirada primaveral. Y él la arrastra por las vastas galerías, ciñendo su talle y hablándola al oido, en la lengua amorosa y rítmica de los vocablos apetecibles, de las frases irisadas y olorosas, de los períodos cristalinos y orientales.

Y entonces ella sintió que su cuerpo y su alma se llenaban de sol, de efluvios poderosos y de vida. No, no espereis más!

***

El hada la volvió al jardín del palacio, al jardín donde cortaba flores envueltas en una oleada de perfumes, que subía místicamente, á las ramas trémulas, para flotar como el alma errante de los cálices muertos.

Así fué Berta á vestir sus más ricos brocados, para honra de los glóbalos y duchas triunfales, llevando rosas en las faldas y en las mejillas.

***

¡Madres de las muchachas anémicas! os felicito por la victoria de los arseniacos é hipofosfitos del señor Doctor. Pero, en verdad os digo, es preciso, en provecho de las lindas mejillas virginales, abrir la puerta de su jaula á vuestras avecitas encantadoras, sobre todo, en el tiempo de la primavera, cuando hay ardor en las venas y en las savias, y mil átomos de sol abejean en los jardines como un enjambre de oro sobre las rosas entreabiertas. Para vuestras cloróticas, el sol en los cuerpos y en las almas. Sí, al palacio del sol, de donde vuelven las niñas como Berta, la de los ojos color de aceituna, fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

***

Le pusieron la cándida veste
De blondas y raso
Que como última ofrenda amorosa
Le hicieron mis manos.
El sutil, abundante cabello,
Sedoso y dorado
Y su frente tan bella y tan fiera
De flores ornaron;
Mas sus ojos divinos y dulces
No quiso cerrarlos,
Que á través de la muerte, con ellos
Me estaba llamando!
Ya por fin, vacilante me acerco,
Me acerco á su lado,
Casi tocan su cándida veste
Mis trémulas manos;
Voy á ungir con mis besos amantes
Su pelo dorado
Porque cierre sus ojos divinos
Tan dulces y lánguidos,
Que tal vez mi niñito muy triste
Se quede pensando:
«¡Cuánto tarda mi madre querida:!
¡Si me habrá olvidado!»

Mérida Noviembre de 1896. Julia.

Aunque te admiro tanto,
perdona, Clara Lengo,
si temiendo afligirte, no te canto,
porque, á la edad que tengo,
Lo que empieza en canción, acaba en llanto.

***

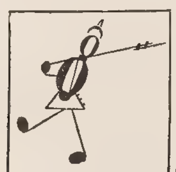
Se que al morir, para alcanzar la gloria
limpió su corazón de tu memoria.

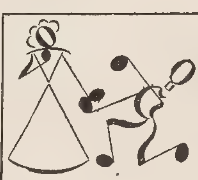
***

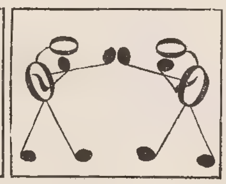
Alegría y tristeza
suelen ser un error de perspectiva,
sobre todo al juntarse en la cabeza
con los sueños de abajo los de arriba.

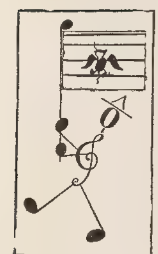
Campoamor.

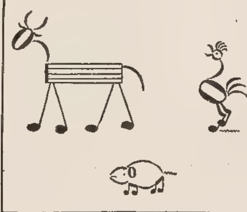
EN LA OPERA.—MUSICA CELESTIAL.


Andante.

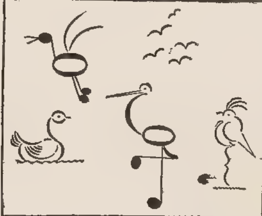

Dolce.


Furioso.


Maestoso.


Adagio.

Allegretto.


Pia-no.

Piu mosso.

Historia para cuando no se llega aun á los tres años.

Han de saber ustedes que había una vez un niño que era muy ladrón.

El cual, un día vió á un viejo que tenía un hermosísimo paraguas que había pertenecido al Emperador Maximiliano,

Y en tanto que el viejo miraba pasar el agua, el pícaro muchachito le cogió su paraguas.

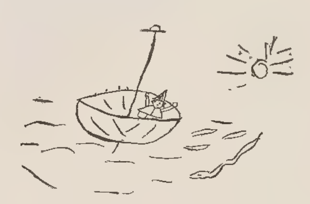
Pero...... sopla un fuerte viento que se lleva al paraguas y con él al muchachito.

Y éste se vuelve más pequeño que un mosco.

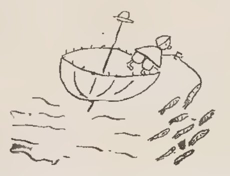
Entonces todas las gentes decían: ¿Quién es ese muchachito que vuela con un paraguas, tan alto, tan alto?

Y allá abajo, el padre y la madre lloraban sin consuelo......

Entonces llegó encima del mar, y de pronto cayó al agua.



Felizmente no era bestia, y en lugar de ahogarse volvió al revés su paraguas y tuvo un barco que ni mandado hacer.



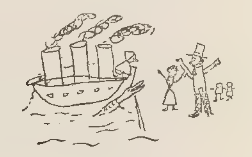
Pero sentía hambre; no había comido nada, porque las nubes no son huevos reales. Entonces se quitó una de las cintas de sus zapatos y con un alfiler hizo un anzuelo y cogió muchos pececillos muy sabrosos.

Y un día se encontró con una gran ballena, la cual le dió la idea de hacerse fabricante de corsés.

Y como justamente llegaba á Estados Unidos, vendió muchos y se hizo muy rico.

Entonces tuvo un ferrocarril muy grande, con carros muy largos, servido por negros, y como no se olvidaba

de su familia, pues á pesar de todo era buen hijo, mandó una caja repleta de lindos corsés de seda á su madre y á sus hermanas, para todos los días de su vida.



De modo que fué recibido con los brazos abiertos por su familia cuando volvió á México en un vapor, porque tampoco había olvidado á su padre, pues le llevaba un lindo cocodrilo...... empajado.

Inmediatamente se fué al puente donde el viejo se moría de pena y le pidió perdón, devolviéndole su paraguas.

Y cuando el viejo murió, le hizo un entierro magnífico.

Y después se hizo magistrado para castigar á todos los ladrones.

Croquis Modernos.

A LOS BOHEMIOS

No nos llama el recuerdo, sombra leve
Del crepúsculo extinto del pasado,
Muerto que duerme ahora sepultado
En un lecho más frío que la nieve.

No amamos el presente, fulgor breve
Que no logra el espíritu nublado
Bañar, ni deshacer el congelado
Raudal de llanto que en el alma llueve.

Vamos al porvenir...... las brumas hienda
El sol mustio ó ardiente del mañana,
Y plantemos, hermanos, nuestra tienda

De lo futuro en la extensión lejana;
Junto al lago que, azul, su oleaje extienda
O ante el abismo negro del Nirvana.

Francisco M. de Olaguibel.

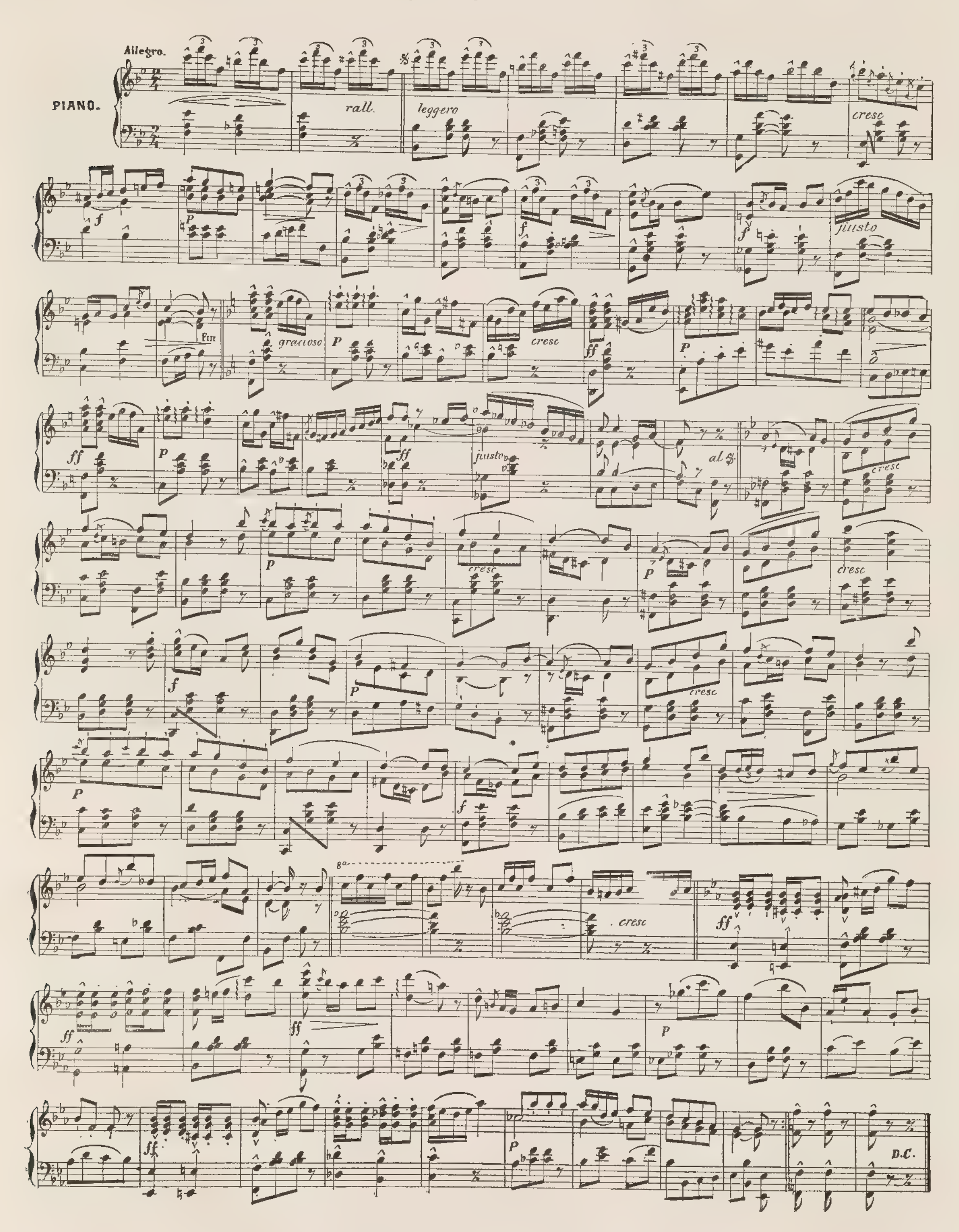
Noviembre de 1896.

Ya no leo ni escribo más historia
que ver á mi niñez con mi memoria.

Campoamor.

Brisa Otoñal.

Polká de salón, por A. C.



ESCRITA PARA LAS LECTORAS DE "EL MUNDO."

LA INUTIL RIQUEZA.—*Por Jorge Ohnet.*

Número 5.—Véanse nuestros números desde el 25 de Octubre de 1896.

—No se debe ir al matrimonio tristemente, dijo la señora Mossler; más vale, entonces, permanecer soltero. Pero tú serás feliz si eres juicioso. Ahí tienes á Federico Clement......

—¡Oh! replicó con viveza Valentín; ¡que no me hubieras ofrecido casarme con su mujer!......

—Eso es verdaderamente un poco fuerte para mí, dijo la mujer de Federico, y me escapo para no oir más.

—Trate usted de quedarse viuda, y todo se arreglará. Yo esperaré......

—¡Está loco! dija Celina á la señora Mossler. Y se alejó.

Seis semanas depués el conde de Coutras se casaba con la señorita de Pierremont sin que esto pareciera costarle gran trabajo. Su prometida, con su firme razón y su sólida inteligencia se había impuesto á él rapidamente y Valentín no hubiera jurado que no estaba enamorado de ella cuando salieron de *Saint-Philippe-du-Roule*. El viaje que hicieron á España duró tres semanas durante las cuales Valentín se aburrió soberanamente. Tal tenía su ánimo, que los esplendores de Sevilla, de Córdoba y de Madrid le dejaron muy frío y trajo de su viaje la impresión de que el pueblo español era triste, sucio, comía muy mal y poseía los ferrocarriles más incómodos y más lentos de Europa. No habló de las mujeres, aunque, en verdad, había mirado á alguna más que á la condesa del otro lado de los Pirineos, pero tuvo el buen gusto de no dar su opinión.

Vuelto á París dió un suspiro de satisfacción, se instaló en su hotel de la avènida de Friedland y pareció completamente dichoso. No puso más los pies en el club, olvido el *baccara* y estableció en su casa una sala de esgrima tan bella y tan cómoda, que llegó á recibir en ella todas las mañanas, de diez á doce, lo más escogido de los tiradores parisienses. Su mujer le hizo la concurrencia con su salón, en el que reunió, en poco tiempo, un círculo artístico y elegante depurado escrupulosamente y en el cual era muy envidiable penetrar. Pero los concurrentes habituales manifestaron redondamente la intención de permanecer ellos solos y la condesa, á la que no gustaba sino la intimidad, se prestó á su capricho. Muy pronto no se llamó á su salón más que con el nombre de «la Capilla Friedland».

El gran sacerdote era Vignot, el ilustre compositor, que se había constituido en adorador constante de la señora de Coutras. Dauziat, el novelista, decía allí misa, que ayudaba con asiduidad el genial pintor Ferraud. Alrededor de estos tres hombres se fueron agrupando poco á poco otros artistas, y hasta el célebre actor Baradan no se desdeñó de exhibir allí su gloria, lo que hizo gritar á algunas malas lenguas, que hubieran dado un ojo de su mejor amiga por ser admitidos en el santuario. Pero ninguno de los interesados prestó atención á esas protestas, y las personas que tenían entrada en la casa siguieron frecuentándola con marcada satisfacción.

El mismo Valentín tomó parte en aquellas reuniones. No quería mucho á los literatos y odiaba á los músicos, pero soportaba bastante bien á los pintores. Estuvo amabilísimo con todo el mundo y pareció que daba grande importancia á las comidas artísticas de los sábados. Es verdad que Enriqueta supo, con muy buen tacto, no intentar una reproducción de la *Abbaye-aux-Bois*. No se dió aires de musa inspiradora y no pretendió más que ser obsequiosa con el talento. Recibió con graciosa sencillez y dejó descansar á los artistas para complacer más á los amigos. Jamás pareció exhibirlos ni ofrecerlos á la curiosidad social.

En su salón hacia cada cual lo que quería, y mientras Vignot, que era un maravilloso narrador, contaba sus impresiones de seminario en Roma, pues había pensado ser sacerdote antes de componer sus melodías, tan apasionadas; Ferraud dibujaba en el rincón de una mesa y Dauziat escribía versos con lapiz. Aquella era una especie de Decamerón, donde cada cual se ocupaba en el placer de todos, pero á condición de estar en confianza. Si, por casualidad, algún extraño se deslizaba en la reunión, para visitar á la dueña de la casa, todas las buenas voluntades quedaban en el instante paralizadas y la inercía sucedía al moviento.

Esto se supo prontamente y sólo penetraron ya los íniciados. Los que se quedaban en la puerta se vengaron propalando sobre las tendencias estéticas de la condesa maldades inofensivas. Pero al cabo de un año, nadie hacía la menor observación y no se hablaba del cenáculo de la condesa de Coutras más que para lamentar el no ser admitido en él. Federico Clement y su mujer fueron de los escogidos. El anciano Vignot entabló una «corriente de alma» con la encantadora Celina y aprovechó esta circunstancia para mostra todas sus seducciones musicales. Pasó de Mozart á Wagner, desflorando sus propias partiduras y mezclando sus exquisitas interpretaciones con chispeantes conferencias en las cuales elevaba á su auditorio á las más altas cimas del arte. Nadie ha hablado con tanta fecundidad y riqueza del sublime *Don Juan*. Ferraud mismo, que no se avergonzaba de calificar esa obra maestra de música de clavicordio, se quedaba estupefacto ante aquellas disertaciones. Y cuando el gran músico, agitando su blanca barba y los ojos llenos de inspiración, explicaba la significación simbólica de los diversos personajes, que forman, con sus diversos dolores, toda la escala de la pasión humana, Dauziat detenia sus ensueños y concebía dudas sobre la novedad de las

teorías de Wagner. Valentín, por su parte, encontraba al viejo compositor insoportable. Le trataba comunmente de farsante y se atraía violentos regaños de su mujer y de Celina. Pero él respondía riendo:

—Ustedes comprenderán, acaso, lo que dice, lo que toca y lo que canta; yo, ni pizca. Creo que hay que haber empezado muy pequeño, para que el espíritu se preste á esa gimnasia. Ustedes pretenden que las melodías y las sinfonías tienen un sentido; yo creo que no son más que un ruido vano. Lo que salva á los músicos es que hay muy poca gente que comprenda la lengua que hablan, y esos pocos están de acuerdo con ellos, son sus cómplices, para afirmar que eso significa algo. El día en que todo el mundo comprenda la lengua musical, adios los músicos. Se sabrá entonces que ensartan notas unas con otras y que no les resulta más que una gran incoherencia. Siendo muchacho, me llevó mi madre algunas veces al Conservatorio y, para distraer el fastidio, leía en el programa las explicaciones que los compositores dan á su música. ¡Santo Dios! aquello resultaba todavía más incomprensible después de ser explicado.

—Sí, continuó alegremente Celina; el joven poeta, después de una escena de celos, vuelve á su casa y se duerme. Sueña que está condenado á muerte, que le llevan al cadalso, que le ajecutan y oye su marcha fúnebre...... Pues bien, querido conde, eso es un bosquejo que vale tanto como otro cualquiera......

—Bueno, pues oigan ustedes lo que á mí me dice la música si no tengo la precaución de leer el argumento. Un buen ciudadano, después de haber comido bien en el *restaurant*, vuelve á su casa un poco chispo. Enciende con la bujía las cortinas de la cama y grita ¡fuego! Llegan los bomberos. Las bombas de vapor dejan oir sus horribles trompetas y suena el somatén. Aseguro á ustedes que la música resulta tan bien con este tema como con el otro. ¿Quieren un tercero? Un rey negro, mientras sus mujeres bail n la zarabanda......

—¡Oh! por Dios, Valentín; va usted á hacerse odioso...

—Me callo. He querido solamente probar que yo también tengo una opinión.

—En realidad, dijo Celina, se le puede á usted perdonar que piense mal, con tal de que piense algo propio. ¡Hay tantos aficionados que manifiestan su entusiasmo con tanto más calor, cuanto menos comprenden lo que dicen que admiran! Prefiero un ignorante sincero á un fanático de encargo...... Pero Vignot es un hombre de genio.

—¡Bueno! Pues no hay más que hablar.

Mientras las escaramuzas de Celina y Valentín tuvieron por campo de batalla la música, la joven se entregó á ellas con toda la franqueza de su naturaleza y no sintió la más ligera inquietud. Había en el tono y en las maneras del conde de Coutras una familiaridad que excluía toda idea de galantería. La mayor parte de estas justas se verificaban delante de Enriqueta. Todo ocurría del modo más cordial del mundo y, por otra parte, Valentín era muy atento con su mujer, tenía para ella mil miramientos y nada hubiera podido hacer pensar que no la amase tiernamente.

Durante cerca de dos años, la situación siguió sin cambio alguno notable. Los condes de Coutras vivieron como todas las personas de su clase, algo más inteligentemente, acaso, por los gustos de Enriqueta, y con un poco más de fausto, á causa de la generosidad de la señora Mossler. Pero los mismos marcos encuadraban los mismos lienzos. Delauville, durante la semana escogida, con el *yacht* aparejado para hacer excursiones por el mar; el castillo de Sauvigny en la época de la caza, y París en la estación invernal, interrumpida por un pequeño viaje á Cannes, siempre con el *. frica* en el puerto, á las órdenes de su propietario.

Enriqueta parecía satisfecha de su suerte y Valentín estaba alegre y sonriente, pero aquella felicidad no era sólida ni segura. No existía entre el marido y la mujer un vínculo de afecto, ni una conformidad de gustos, ni un motivo de intereses que les adhiriera indisolublemente. Ella tenía una inteligencia demasiado clara para hacerse ilusiones durante mucho tiempo sobre el valor moral de su marido, y él era demasiado ligero de cabeza para apreciar la noble gravedad de su compañera. Se amaron porque eran jóvenes y bellos y se agradaban; pero aquella ternura no pudo exceder en el hombre de la duración de un capricho ni sobrevivir, en la mujer, á la primera desilusión. Un hijo hubiera modificado profundamente la situación; pero Valentín engañó á su mujer demasiado pronto y ésta se convenció de ello con demasiada evidencia, y, como era orgullosa, dejó á su marido una libertad de la que él no tardó en abusar.

Una noche en que Celina asistía con su marido á la representación de una obra nueva en el *Vaudeville*, hacia el final del segundo acto vió entrar al conde de Coutras en un palco de proscenio ocupado por una hermosa mujer morena que había llamado desde el primer momento la atención de la nuera de Eliphas. La joven del palco se volvió distraidamente, como quien no tiene grandes cumplimientos que hacer á un amigo íntimo; ofreció la mano al recién llegado y volvió á fijarse en la escena. Valentín se sentó y se puso á recorrer la sala con los gemelos. Cuando vió á los señores Clement bajó vivamente su catalejo y se trasladó al fondo del palco. Celina sintió que la sangre subía á su cara y fué agitada por una singular impaciencia. Sin esperar el final del acto, se inclinó hacia su marido y le dijo:

—¿Has visto al conde?

—Perfectamente.

—¿Quién es esa mujer con quien está?

—La Señorita Adriana Corail, del Teatro de Variedades.

—¿Una actriz?

—A ratos perdidos......

Celina miró á su marido con asombro.

—¿Cómo es que estás tan bien informado?

—Hija mía, se puede vivir en los negocios y conocer un poco París. Aun no siendo un hombre dedicado á los placeres, se sabe, sin embargo, lo que pasa en el mundo. Por otra parte, basta pasearse por las calles para tener noticias de la Señorita Corail. Se la ve en los escaparates de los fotógrafos, de piés, en busto, sentada, acostada, vestida, desnuda; en todas las actitudes de su vida habitual.

—¿Y el conde se presenta en público con esa mujer?

—Así parece.

Celina permaneció un momento callada, cogió sus gemelos y examinó con atención á la grave Adriana. Después dijo:

—Es excesivamente hermosa.

—Eso no es una razón.

—Pero, entonces, ¿es su amada?

—Eso se dice y él lo confirma con sus actos.

—¡Pobre Enriqueta!

—¡Bah! Con la Señorita Corail ó con otra, eso tenía que suceder.

—¿Por qué?

—Porque no se retiene indefinidamente á un hombre como el tal Valentín por el encanto de la belleza, el prestigio de la inteligencia ó la nobleza de los sentimientos. Su capricho necesita el condimento de lo imprevisto, la sal de la vulgaridad y la pimienta del vicio. Con su mujer el conde de Coutras está obligado á cierto decoro; tiene que contenerse, que vigilarse. Con la Corail se encuentra á sus anchas y puede desenfrenarse en la orgía canallesca y estúpida. Los hombres son sucios, hija mía; esa es la cuestión.

—Pero tú, Federico, dijo la joven, tú no eres así.

—No se sabe, querida; todo depende de la ocasión.

—¡Cómo! Monstruo; ¿serías capaz de semejantes abominaciones?

—No digo que lo sería, pero no afirmo que no, lo que es muy diferente...... Querida Celina, no se está seguro de que un hombre no hará tonterías más que cuando está muerto.

—¡Oh! Si das en citarme á Schopenhauer......

—No sé si eso es suyo, pero pudiera serlo.

Algunos días después de esto, á eso de las tres, pasaba Celina por la avenida Friedland y entró en casa de su amiga, á la que encontró en su saloncillo, con las persianas cerradas y en una semiobscuridad. La condesa se levantó al ver entrar á su amiga y arrojó vivamente el pañuelo á un veladorcito que estaba al alcance de su mano. Celina creyó ver que aquel movimiento tenía por objeto ocultar una fotografía y una carta, pero la condesa no le dió tiempo de hacer observaciones y yendo hacia ella, dijo con voz alterada:

—¡Qué dichosa casualidad trae á usted por aquí?

—He preguntado si estaba usted en casa, me han dicho que sí y he subido. ¿Va usted á salir? La llevaré en mi coche......

—No; estoy un poco delicada. Me quedo en casa.

—Pues es verdad; tiene usted la cara alterada...... ¿Le sucede á usted algo de particular?

—No; se lo aseguro.

—Y al decir esto, dos lágrimas se deslizaron por las mejillas de Enriqueta.

¡Oh! Vamos á ver, dijo Celina afectuosamente; ¿trata usted de engañarme? ¿No me considera su amiga ó no la inspiro confianza? Hace usted mal en ocultarse de mí.

La altiva mujer agitó su rubia cabeza con impaciencia.

—Soy una necia por no haber sabido dominarme mejor. Mis penas son tan personales que no debo cansar con ellas á nadie. Confieso, sí, que son un poco inesperadas y que el golpe que he recibido ha sido muy cruel...

—Pero ¿de qué se trata?

Enriqueta fué al veladorcito, cogió la fotografía y la carta que estaban envueltas en el pañuelo y dijo, entregándoselas á Celina:

—Tome usted, amiga mía; mire y lea.

Al primer golpe de vista Celina reconoció el retrato de la Corail. Estaba vestida con una larga túnica griega muy escotada y abierta desde la cadera, lo que permitía admirar un pecho cuyo atrevido relieve estaba centuado por la harmoniosa actitud de los brazos levantados hasta la nuca, y una pierna de forma exquisita y terminada por un bonito pie. Debajo se leía: «Adriana Corail, de Variedades, en el papel de Hebe.»

Las dos jóvenes se miraron un instante en silencio. Después Enriqueta sonrió con amargura y dijo:

—Lea usted ahora. No han querido que me hiciera ilusiones.

La carta era el anónimo corriente, cobarde y estúpido, que denunciaba á la condesa las relaciones de su marido con la encantadora cómica; baja acción de alguna compañera envidiosa del lujo que ella soñaba sin poderlo lograr; venganza, acaso, de la desesperación de algún amante platónico puesto en la calle por no molestar al generoso Valentín; veneno en todo caso, que no había dejado de producir sus efectos.

—Pero, amiga mía, ¿está usted segura de que esta carta innoble no es un tejido de mentiras?

—No; esta carta concuerda con todas mis observaciones y confirma todas mis sospechas. Hace algún tiempo sus maneras y su actitud han cambiado. Tenía yo el presentimiento de que se había interpuesto entre los dos algo de que no me daba cuenta. Un instinto infalible me lo había revelado todo antes de esta denuncia y podría decir con precisión el momento en que empezó mi desdicha. A pesar de su deferencia, de su amabilidad, que eran las mismas, Valentín me pareció transformado. No era ya el hombre atento y afectuoso de siempre, sino un extraño político y servicial. Ese cambio me dió frío en el corazón desde el primer momento, pero no me daba cuenta de lo que sucedía. Ahora lo comprendo.

—¿Y qué va usted á hacer? ¿A pedirle una satisfacción?

—Nunca, al menos por mi iniciativa. Hay palabras que me harían enrojecer pronunciándolas delante de él y que me daría horror oír. No tengo carácter para lamentarme y me daría vergüenza dejarme arrebatar por la cólera. Prefiero callarme y aparentar que no sé nada. Acaso de este modo pondré á salvo mi dignidad y esto es algo.

—¿Y la señora Mossler?

—De ella, especialmente, quiero ocultarme: resultaría más afectada que yo misma y es una perfecta mujer, á la que yo quiero con todo mi corazón. Ha deseado mi dicha; si no ha podido lograrla, no es culpa suya.

—¿Puedo hacer algo en favor de usted?

—Nada más que guardarme el secreto.

Celina cumplió su palabra y no habló de este asunto ni á su marido. Pero no se creyó obligada á la misma dirección respecto de Valentín. Un sábado en que éste parecía soportar con más impaciencia que de costumbre una larga disertación de Baradán sobre los deberes del actor respecto del público y respecto de sí mismo, Celina se sentó al lado del conde y le dijo, asestándole sus ojos espirituales:

—¿No se divierte usted, eh?

—No, francamente. Este buen Baradán que es el hombre más brillante que conozco cuando interpreta las ideas de los demás, es el más pesado del mundo cuando expresa las suyas. Es preciso dejar al actor en la escena y no traerle al salón.

—Si se tratara de una actriz, sería usted más indulgente......

—A fe mía, creo que no.

—¡Vamos! Si viera usted entrar de pronto una actriz bonita, por ejemplo, la Corail......

—Valentín, se volvió y dijo, examinando á la joven:

—¿Y por qué la Corail?

—Porque esa es, me parece, la que usted prefiere.

—¿Y qué es lo que hace á usted creer eso?

La asiduidad de usted con ella.

El conde replicó secamente.

—Yo no soy asiduo con esa mujer.

—Entonces ella lo es con usted.

—No la conozco.

Se miraron un instante sin hablar. Después Celina dijo en tono acusador.

—¡Está bonito mentir de ese modo! Le he visto á usted la otra noche, en el *Vaudeville*, en el proscenio de esa señora. Si quiere usted que no se le vea, escóndase mejor.

Valentín se quedó algunos instantes pensativo y dijo inclinándose hacia Celina:

Puesto que conoce á la señorita Adriana, ¿ha observado usted cómo se le parece?

La sangre subió á la cara de Celina, que se levantó y replicó en tono burlón:

—Amigo mío, no es usted inteligente en eso. Yo soy mucho mejor que ella.

—Es verdad, dijo tranquilamente Coutras; pero á falta de original, es algo poseer una buena copia......

La joven no respondió; giró sobre sus talones y se alejó.

Aquella noche el cenáculo se había reunido para una sesión extraordinaria, pues estaba anunciado un aliciente que había hecho exactos á todos los amigos de la señora de Coutras. Un nuevo contertulio debía ser presentado que merecía el interés que de antemano se manifestaba por él. Era el célebre explorador del Bornou, el coronel Redel, ya ilustre por sus servicios en el Tonkin y en el Dahomey. En todas partes donde se abría un campo de batalla, había aparecido Gustavo Redel. Nombrado jefe de batallón á los treinta y cuatro años por su heroica defensa de Nam-Bhyn, recibió el grado de Teniente Coronel en el país de Behanzin. Su infatigable ardor guerrero no se acomodaba á la vida de guarnición y partió destacado al Bornou, donde, después de luchas encarnizadas con los negros lanzados contra él por las intrigas inglesas, dió la vuelta al lago Tehad, exploró el Boghirmi y trajo documentos de inestimable valor.

Era un hombre de treinta y nueve años, de mediana estatura, moreno, de aspecto frío pero cara animada por ojos ardientes y profundos, en los que se adivinaba una alma de héroe. Le presentaba la señora Mossler. Redel era hijo de la compañera de la infancia de aquella señora, emigrada como ella cuando la anexión de la Alsacia, y á la que por mucho tiempo había perdido de vista. El azar de las especulaciones en el Transvaal las había puesto de nuevo en relación y la señora Mossler había tenido ocasión de prestar algunos servicios á su antigua amiga. La señora Redel, muy enferma, vivía de sus rentas en Versailles, en un antiguo hotel, y hacía economías para su hijo.

En el momento en que se presentó en el salón, fué evidente que todos los honores de la velada serían para el coronel, y que las estrellas ordinarias de la señora de Coutras palidecerían momentáneamente ante aquel astro. La cabeza marcial de Redel curtida por el viento de los desiertos, su bigote, de un negro azabache, cortando su cara con rasgo altanero, y sus miradas especialmente, llenas de tranquila energía, le conquistaron la atención. La señora Mossler le presentó con la sencillez que exigía su valía, y el coronel estuvo afable sin afectación y habló á cada uno de los artistas presentes como hombre que sabe apreciar su mérito. Como dijo Baradán, «no tuvo, absolutamente, el aspecto de un recién llegado de las montañas de la luna.» La única persona por la cual manifestó frialdad, fué el dueño de la casa. ¿Fué circunspección deliberada ó involuntaria timidez? Lo cierto es que no supo hacer más que inclinarse ante el conde y murmurar algunas vagas palabras. Valentín, por su parte, tan ligero, tan fácil para expresarse con amabilidades sin importancia por su misma vanidad, permaneció acompasado y tieso . nfrente del coronel. Baradán, á quien Redel acababa de hacer los más vehementes y sinceros cumplimientos, se inclinó hacia Ferraud, y murmuró:

—Este no «encaja» con el «patrón.»

—No, contestó el pintor. El uno tiene demasiada superficie y el otro demasiada profundidad. No pueden concordarse...... Pero, mire usted qué buena cabeza de soldado...... Haré su retrato si quiere.

—De uniforme, con todas sus condecoraciones.

—¡Oh! ¡Qué idea de fin de acto! No, amigo mío: sin galones ni cintajos; en traje de explorador; con su casco de corcho...... La tez curtida como un antiguo cuero de Córdoba debajo del casco blanco; ¿bonito contraste, eh?

—Un éxito seguro! ¡Como el del año en que me retrató usted de Ruy Blas!

(*Continuará*).

EMBALAJE Y EXPE

OPERACION DEL

CUEVA CODORNIU.

ELECTRIZACION

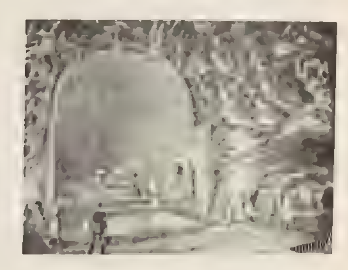
Champagne Codorniu.

MONOGRAFIA.

(Concluye.)

Es muy higiénico y los médicos españoles, los franceses, y principalmente los ingleses, lo recomiendan para ciertas fiebres, para los estómagos delicados, para cortar los vómitos, etc., etc., y para uso de personas enclenques; hemos visto en CASA CODORNIU unas botellitas de un cuarto de botella, á fin de que se pueda destapar una en cada comida para una persona sola.

Es el champagne, si el vino es fino de origen, puro y cuidadosamente tratado, estimulante, higiénico y agradable; descentraliza la vida y por la volatilidad de su ácido carbónico, la reparte por todo el cuerpo, la piel se vuelve más sensible, la imaginación más entusiasta, el corazón



OPERACION DEL "DEGORGE"

más ardiente, la lengua más locuaz, la mirada más viva, el rostro más animado, el carácter más alegre y bullicioso; parece rejuvenecernos como el sol de primavera.

Terminemos estas líneas con las palabras de D. Eduardo Abela en *La Ilustración Española y Americana* de 15 de Octubre de 1894:

«La dama española, dueña siempre de nuestros destinos, reina y señora de la voluntad de los españoles en todas épocas, será la que decida el pleito intentado por el vino espumoso de España. Esta preferencia puede conducir hasta llegar á la obra beneficiosa de generalizar esta clase de vino, de suave paladar y ligero picor, estimulante é higiénico, que por la acción de su ácido carbónico favorece notablemente la digestión; evitando el uso, tan generalizado en Madrid, de las aguas gaseosas, no siempre puras, no siempre limpias y generalmente caras.

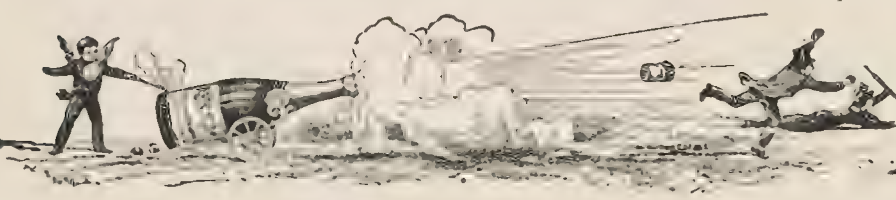
Es una obra benéfica que debe confiadamente ponerse en esas manos blancas y aristocraticas que con deliciasos tienen la espumosa copa del vino champagne, sin hacer cuenta de que el de igual clase, elaborado en España, puede ser mejor y más barato; sin considerar el que, dándole preferencia al de nuestra tierra, pueden fomentar intereses propios y legítimos, haciéndo al parla obra caritativa de generalizar el vino espumoso barato, con gran utilidad de la higiene para todas nuestras clases sociales.

Y desde el momento que la señora española sepa que su sencilla preferencia constituye una obra de esta clase, ¿cómo ha de dudar en conseguir un triunfo más en la historia preclara de sus conquistas?

Las obras de caridad y del bien público siempre han inspirado su inmarcesible patriotismo.»

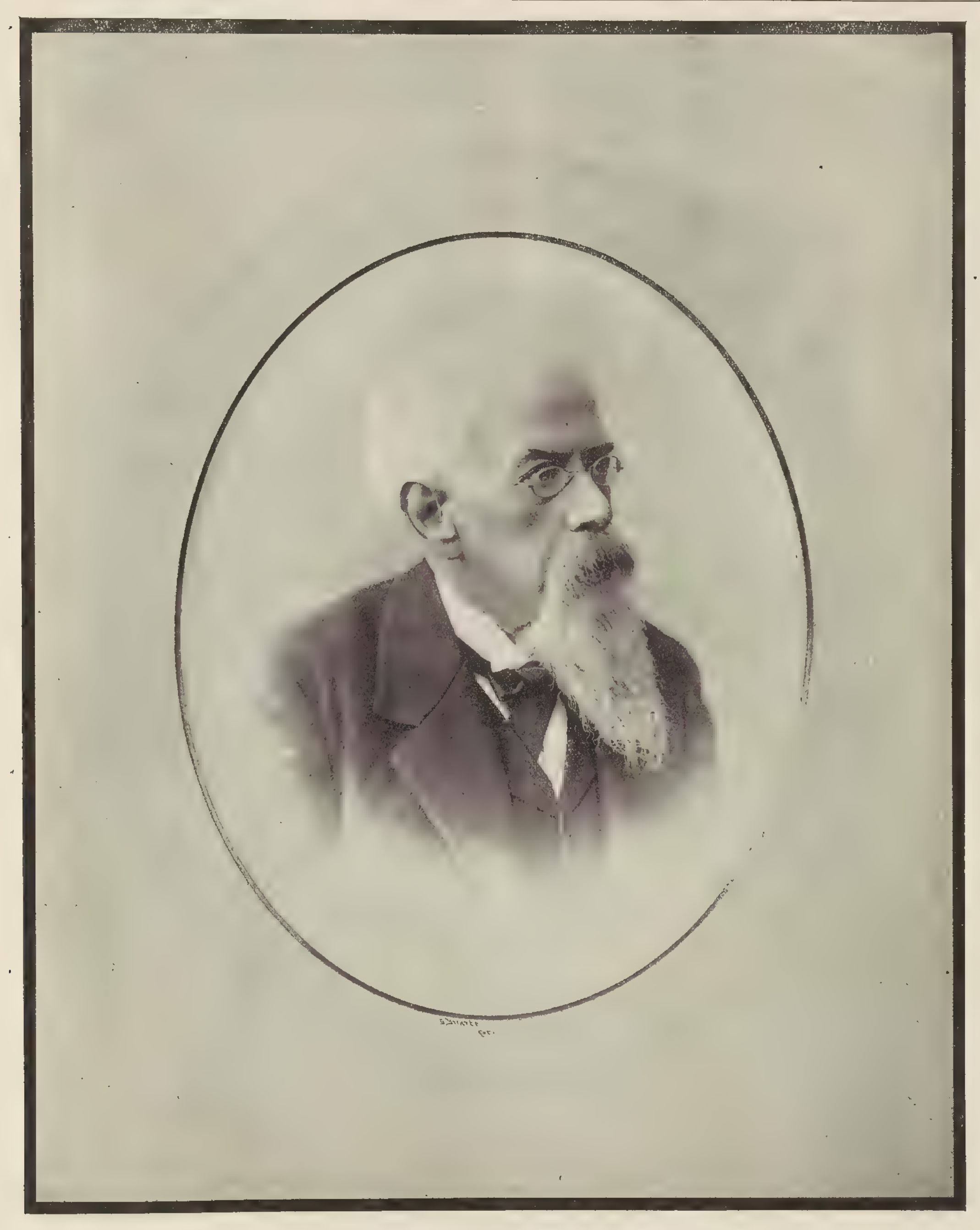
DR. CASIMIRO BRUGUÉS.

Director del Laboratorio Químico del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro.



EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 29 DE NOVIEMBRE DE 1896. — NUMERO 22



General Vicente Riva Palacio.
MINISTRO DE MEXICO EN ESPAÑA, † Noviembre 22 de 1896.—(De fotografía de los Sres. Torres Hermanos.)

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.

Números sueltos, 50 centavos.

Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

El General Riva Palacio.

¡Es ya por fin un hecho el triste acontecimiento anticipado por la prensa mexicana! El General D. Vicente Riva Palacio, Ministro de la República en España, acaba de fallecer en Madrid, víctima de una dolorosa enfermedad cuyo génesis y terminación eran ya conocidos: la noticia, inmediatamente trasmitida, ha causado profunda sensación.

¿Qué había sido para la Patria esta existencia que acaba de extinguirse? Fué una vida cuyas primeras energías se gastaron en aquella noble y generosa aventura emprendida por los que nos precedieron en la lucha de la política, en pro de la libertad, la tierra prometida de aquellos espíritus batalladores; fué una fuerza multiforme, proteica, dúctil y maleable, puesta al servicio de una gran idea; un gladiador apercibido al combate de cada hora, de cada momento, con la espada, con el puñal, á alfilerazos y á mandobles; á plena luz del día y en la tiniebla de la emboscada. Todas las actividades y todas las direcciones de la inteligencia se concentraban en esta personalidad ilustre. ¡Todas las rebeldías y todos los tumultos se agitaban en el fondo de esta conciencia!

No es cierto que nosotros los que comenzamos á aprovecharnos de la obra que nos legara la vieja guardia, hagamos caer sobre esas memorias el peso de nuestro desdén. Somos hijos del pasado y á él le debemos las condiciones dentro de las cuales se opera la actual evolución política. A ellos se dirije nuestra gratitud y hacia ellos busca cauce nuestra admiración: sabemos lo que por la República realizaron con prodigiosa vitalidad en medio de hoscas tempestades que amenazaban desplomarlos. ¿Cómo tratar de destruir el basamento que sostiene al edificio?

Y entre aquellos hombres, con alas de águila y corazones de león, la figura de Riva Palacio ocupa un primer puesto—raza de rebeldes que engendrara un Altamirano y un Nigromante. De aquellas filas surgió este hombre que sabía encerrar una epopeya en un epigrama y hacer del zumbido de una avispa el ronco eco de un cañonazo. Rió hondamente ante las vetustas fórmulas de una política estrecha, y tanto y tan bien rió, que á la festiva música de sus carcajadas respondió el rumor de un pueblo. Y así en aquel movimiento nacional lo que otros alcanzaron entre las descargas de la fusilería, él lo logró en medio de los irónicos centelléos de la pluma.

Pero ninguna lucha más palpitante, ninguna que caracteres más dolorosos revistiera que aquella en la que fué preciso romper los lazos que le ataban á su primer hogar: desgarrar la tradición, desoír el consejo, desbaratar aquel cerco de cariños que le estrechaban para acudir en defensa de la República, de la enemiga de los suyos, de su desposada ideal por quien aceptó valerosamente el sacrificio.

¿Cómo no sentirnos llenos de admiración y de respeto por esta figura en la que se identifican las aspiraciones y las tendencias de una época á la que debe la nación todo lo que es y lo que vale? ¿Cómo dar al olvido y desdeñar una personalidad de tanto relieve en la historia de la Libertad nacional?

La muerte de Riva Palacio es un intenso dolor para los que sabemos honrar á la Patria en sus más vigorosas encarnaciones.

Alimentación y Agricultura.

La importación, libre de derechos, de maíz americano, ha salvado á varios distritos del país de los peligros del hambre; en la actualidad se tiene noticias de excelentes cosechas levantadas en varias zonas de la República,—particularmente en el Estado de Jalisco,—habiéndonos por lo tanto, salvado de la crísis agrícola que amenazaba una persistente sequía, en los comienzos de la estación de las lluvias.

Esta situación es demasiado grave para no procurar remediarla, pues mientras nuestra agricultura se halle expuesta á esta peligrosa *alea*, todos los cálculos encaminados á resolver problemas económicos nacionales, se encuentran á merced de un golpe de viento que despeja el cielo de nubes. Para eliminar este implacable fatalismo que se cierne sobre la labor de los campos, será necesario pasar del cultivo primitivo, que empleamos, al *científico*. Ese día se ahorrarán muchas fuerzas mal utilizadas en un trabajo raquítico y sin compensación para la riqueza pública.

La producción de los principales frutos agrícolas, en todo el país, los años de cosechas normales, es como sigue:

Cebada	2.095,660	hectólitros.
Maíz	16.158,810	,,
Frijol	2 734,517	,,
Trigo	4.026,925	,,

Estos rendimientos son verdaderamente mezquinos, y representan—ahora que se ha puesto al debate el asunto de la alimentación nacional—una suma insuficiente para cubrir la primera de las necesidades individuales: la de subsistencia en virtud de la reparación de fuerzas perdidas mediante una nutrición completa.—Las cantidades que acabamos de dar, no bastan, en efecto, para atender á la indeclinable ley de la vida, puesto que de las reveladoras estadísticas resulta que corresponden por año y por habitante las siguientes porciones:

Maíz	348	kilos.
Trigo	32	,,
Frijol	17	,,

De donde se deduce—escribía no hace muchos años un publicista—que sólo come pan la sexta parte de los habitantes de la República, y que la alimentación diaria media por habitante es de dos libras tres onzas, de la que hay que rebajar la consumida por los animales.—Esta alimentación es por su *cantidad y calidad* perfectamente inútil para sostener á una raza fuerte y vigorosa.

En diversos tonos se ha pedido, en estos últimos tiempos, protección para la agricultura nacional, cuando en realidad los más dignos de ser protegidos son los que la agricultura pone á ración de hambre. La escasez no sólo se experimenta en años de malas cosechas, sino en todos los años, y nuestro problema agrícola es un problema fiscal mantenido por una cuota que la administración acude sabiamente á eliminar cuando las necesidades públicas lo reclaman.

Esto demuestra que no se puede proteger á un grupo social sin perjudicar a otro.—Afortunadamente, la evolución económica del país permitirá algún día poner la mano—sin grandes trastornos—en ese último baluarte de viejos errores pasados que se llama el Arancel de Aduanas y que paulatinamente se ha ido tocando en el sentido de la libertad comercial.

Política General.

RESUMEN.—El cesarismo germánico y las prerrogativas de los militares.—Alemania siempre armada.—Francia y la cuestión de Oriente.—Preponderancia de Rusia á través de la política francesa.—Nicaragua y la República Mayor de Centro América.—Se despeja una incógnita.

Entre las formas que ha tomado el sentimiento público en Alemania para protestar contra la pesadumbre del cesarismo que abruma; entre las manifestaciones que ha encontrado para sacudir esa losa del ejército innúmero que pesa sobre las clases productoras de la sociedad, está la discusión que ha provocado en el parlamento contra los privilegios de los militares.

No ha mucho un oficial del ejército alemán, de esos que ostentan el uniforme como salvo-conducto de sus iniquidades, dió muerte en un café á un infeliz obrero que había tocado inadvertidamente las inmaculadas insignias del militar, que se dió por ofendido. El castigo del culpable no fué ni con mucho proporcional al delito, y la gente pacífica que á cada paso se ve expuesta á las agresiones poco razonadas y bruscas de los que llevan al cinto una espada para defender la patria y sus instituciones, han levantado la voz en la prensa y provocado agrias discusiones en el parlamento.

No será el Emperador Guillermo, quien tiene puesto su amor y su cariño en su brillante ejército el que cercene ni una parte de los privilegios con que él y sus predecesores han distinguido á la clase militar. Desde que las hazañas germánicas sucesivas prepararon y llevaron á feliz término la unidad del Imperio; desde que las armas prusianas se engrandecieron con los despojos de Dinamarca vencida y con la hegemonía alemana que arrebataron á Austria humillada, y constituyeron tras lucha tremenda la nación moderna, fuerte y poderosa, todas han sido ostentaciones de fuerza y de poder, que se reflejan hasta en los actos más comunes de la vida social.

Si la sociedad germánica no tuviera el vigor y la energía de las razas nuevas, si no desplegara en su desarrollo y evolución natural esa virilidad fecunda que caracteriza á los organismos modernos, y no la viéramos distinguirse con envidiable distinción en todas las esferas á que se aplica la humana actividad en la obra de la civilización y del progreso, diríamos que el militarismo como úlcera ruín corroía lentamente los miembros del gigante, y amagaba con amenazas de muerte al colosal Imperio.

Pero no, la Germania con la adarga embrazada y la lanza en la cuja, vela celosa por su seguridad, y si no la es permitido dejar las armas, es porque en lo interior la acecha el socialismo que reniega de las legendarias glorias imperiales, y ruge amenazante contra la monarquía; y en lo exterior, espían el momento oportuno para anonadarla, razas y pueblos, gentes y naciones, que recelan de su soberbia grandeza.

No conseguirán nada, pues, los que pretenden menoscabar las prerrogativas del soldado en favor de las clases civiles. Guillermo II no cejará ante esas pretensiones, porque no puede retroceder. La acción es un campamento, y gracias que al redoblar de los atambores y al agudo toque de los clarines, va encaminándose segura hacia su indisputable progreso.

***

¿Será verdad que lucen ya auroras sonrosadas y días risueños para los infelices cristianos, por tanto tiempo víctimas inmoladas á la barbarie musulmana? ¿Será cierto que el Sultán Abdul-Hamid ha consentido por fin en hacer cesar las escenas de sangre que hicieron estremecer de horror al mundo civilizado, y que se decide á implantar las reformas que dén libertad á sus súbditos y seguridad á su imperio? ¿No será vana ilusión que, constreñido por la necesidad, obligado por la fuerza ó aconsejado por el cálculo, se resuelve el Califa de los Creyentes á cumplir las promesas juradas tantas veces como con tanta astucia y perfidia quebrantadas?......

Así lo ha anunciado el Ministro de negocios extranjeros de la República Francesa, ante la Cámara de Diputados. Su declaración ha sido oída con regocijo de propios y extraños, y la oposición misma que buscaba un capítulo de acusación en la débil política desplegada contra la Sublime Puerta por el gabinete que preside Mr. Méline, ha tenido que declararse esta vez derrotada ante las terminantes afirmaciones del hábil ministro.

El gobierno francés está, pues, de plácemes por la brillante posición que la alianza con Rusia ha venido á darle en sus relaciones internacionales. Cierto que aún no ha podido ser bastante explícito para anunciar ante el mundo los términos del tratado, pero se ha declarado y con razón por medio de sus órganos caracterizados en el parlamento, que son prendas seguras de la armonía que existe con San Petersburgo, las palabras del Czar en París y sus expresiones en Chalóns.

Y ya se ve todo lo que eso significa cuando á la mágica palabra del embajador francés, la cuestión de Oriente, tan ocasionada á serias complicaciones y á posibles espantosas catástrofes, se resuelve en pacífica forma y hace sonreír á los hombres de buena voluntad, que ansían la concordia de las naciones.

Ya se ve con qué orgullo se anuncia que Francia está dispuesta á sostener los discutidos derechos que tiene sobre Egipto, á pesar de las resistencias británicas, porque cuenta ya con el apoyo de su poderosa aliada la Rusia.

Que sea por la sola influencia de la República ó por virtud de sus alianzas, ello es que todo anuncia que ya no oiremos hablar por algún tiempo de las crueldades de los kurdos y de las atrocidades de los turcos, pues por esta vez, debemos creer que los perseguidos cristianos armenios han obtenido las garantías que con tanta razón ambicionaban.

Ya era tiempo de que cesaran, estos escándalos y de que el caduco imperio otomano dejara de deshonrar la civilización europea.

***

En vano nos debatíamos buscando racional explicación á la existencia de la República Mayor de Centro América; en vano procurábamos definir satisfactoriamente sus tendencias y sus aspiraciones.

Habíamos visto tres naciones inquietas y turbulentas ligarse en una especie de confederación, ostensiblemente para dar estabilidad y poder á sus exhaustas energías; pero no las concedíamos vitalidad suficiente, creyendo que se basaba su alianza en platónicos sueños y poéticas concepciones de confraternidad internacional.

Habíamos visto á Nicaragua, Honduras y Salvador, campo fecundo donde han germinado todos los defectos de nuestra raza y todos los elementos morbosos de nuestro carácter, unirse en apariencia para desarrollar sus fuerzas activas y sanas y aplicarlas al progreso común; pero juzgábamos esa unión vanal, dada la inestabilidad enfermiza que aqueja á los gobiernos de los pueblos congregados.

Por fin sabemos á que atenernos, pues comienzan á descubrirse las secretas miras y las ocultas tendencias de esa República Mayor. Libre Nicaragua de la insurrección que amenazó la existencia de su gobierno actual en los primeros meses del presente año; sofocada por el General Zelaya la conspiración que en los pasados días puso en peligro su azarosa vida; y decidido á perdonar á sus enemigos desarmados por medio de general amnistía, avisan por telégrafo que acaba de mandar un enviado especial que lo represente en la Dieta Internacional que reside en la ciudad del Salvador. No va en verdad con objeto de afirmar la alianza y consolidar la unión, sino buscando el apoyo de los aliados á fin de poder rescatar por medio de la violencia un territorio que ocupara Costa-Rica en lejana y remota época.

¡Qué tal la unión y fraternidad centro-americanas! Ya era tiempo que salieran á luz y no estuvieran cubiertas con mentidos oropeles. ¡Ya convenía que se ostentaran al mundo en toda su desnudez y no abrigadas con púrpuras falsas y lujoso ropaje de relumbrón. Bueno es conocer á donde van los fundadores de la República Mayor de Centro América.

X. X. X.

25 de Noviembre de 1896.

Notas Teatrales.

María Tubau.—Thermidor.—La Opera.—Roura.

María Tubau ha abandonado la capital de México.

Tras una temporada fecunda en éxitos artísticos y pródiga en desastres pecuniarios, ha marchado la elegante actriz hispana á Guadalajara.

Frou-Frou, una de las joyas más preciadas del moderno repertorio francés, ha sido la obra elegida para hacer su presentación al público jalisciense. Gilberta, su protagonista, es uno de los tipos escénicos más difíciles y espinosos que crear y sostener pueden el talento de un actor y los conocimientos de un artista. La joven alegre, coqueta, aturdida en los primeros actos, es la mujer amante en el tercero, la esposa adúltera en el cuarto y en el último la arrepentida pecadora que llora sus pasadas culpas, sus errores y sus extravíos, y muere al fin, dichosa y sonriente, entre los brazos del marido ultrajado, de la ofendida hermana y el agraviado padre, que la perdonan sus afrentas...... y después de estrechar al hijo, abandonado, que apenas si reconoce en ella á la autora de su existencia.........

***

Como todas las grandes obras de la humanidad, la epopeya redentora que derrocó á la caduca monarquía francesa, ha tenido injustos y apasionados detractores. Se-

olvidaron los agravios, las tiranías y las perfidias que la determinaron; y al pueblo que atribulado y oprimido su po romper las cadenas que le aherrojaban y la esclavitud que lo envilecía, se da el dictado de verdugo, erigiendo en inocentes víctimas, á sus antiguos é inmolados opresores.

Es cierto que innumerables crueldades é infinitos crímenes mancharon los gloriosos ideales revolucionarios.

Es innegable que las doctrinas humanitarias fueron holladas por *sansculotte* y descamisados, pero es ilusorio pretender que al vaciar sus instituciones una sociedad, arrollada por un impulso irresistible, en nuevos y apuestos moldes, no se rompa el crisol que forjó su primitiva forma y que ha envejecido conteniéndola; es necesario reconocer que cuando el Poder irresponsable desconoce y niega el derecho amparado por la fuerza, la misma fuerza por la ley natural de la reciprocidad y de las grandes reivindicaciones, ha de aniquilarlo al fin con su soberanía incontrastable; y es injusto, al evocar el recuerdo de sus tremendos estragos, de sus terribles infamias y sus villanas vilezas no traer, también, á la memoria, que esos hombres feroces, ébrios y fanáticos que los cometieron, que aquellos *enfermos*—según Taine—eran los mismos á quienes «el fisco extraía hasta la sangre» como ha dicho el Duque de Saint Simón; que eran los que habían recibido todos los daños, todas las humillaciones, y todas las ofensas; que el *buen rey* cuya cabeza caía en el cadalso, había llamado contra la nación á sus más implacables enemigos, y que aquella nobleza elegante, distinguida y refinada cuyos aristocráticos cuellos cortaba la *nueva máquina de Mr. Gillotin*, albergaba en sus pechos mucha más perversión moral que las masas frenéticas que apostrofaban sus cadáveres...... y á los que habían desposeído é insultado......

La revolución fué el sangriento epílogo preparado por los monarcas: sólo que como las olas, al romper el dique que oponía valladar á su curso inundan y destruyen; así la ola de las pasiones humanas, al llegar el momento de las represalias, pasó los límites de la justicia, satisfaciendo los rencores......

Legación de Mexico en Madrid.—Casa del General Riva Palacio en 1893.

Es lo que Julio Simón ha expresado de esa manera admirable: «En la revolución hay dos revoluciones; la de la justicia y la de la venganza.......»

Thermidor, el drama de *Sardou* es, en mi opinión, un ataque inmerecido á esa obra titánica.

En cuanto á la forma, el interés dramático de todas sus escenas, es una gallarda muestra del talento, la habilidad y maestría del más fecundo—y acaso el más preclaro—de los autores franceses contemporaneos.

Su argumento es un interesante episodio de la vida de Laboussiere, el simpático comediante tan enaltecido por Lienart como discutido, y aun negado por la crítica seria é imparcial.

El autor se propone elevarlo, y lo consigue, destacando durante todo el drama, su figura noble y generosa sobre aquella turba de foragidos, abyectos y despreciables.

La Opera ha sentado sus reales en los teatros mexicanos.

En el Nacional y en Orrin se rinde fervoroso culto al arte lírico, se tributa constante homenaje á Verdi y Donizzeti, á Gounod y Mascagni.

Roura, el joven tenor dramático que en el Nacional actúa, es el cantante favorito del público y predilecto de la crónica.

Otro pago de $5,000., de "La Mutua" EN PACHUCA.

Pachuca, Noviembre 11 de 1896.

Sr. Don Carlos Sommer, Director General de «La Mutua.»—México.—Muy señor mío:

Por conducto de los Sres. Pérez Duarte y Cª, y ante el Sr. Notario Público D. Austreberto T. Andrade, hoy me ha sido entregada la suma de $5,000,00 (Cinco mil pesos), valor de la póliza núm 765.222, bajo la cual estuvo asegurada mi finada madre, la Sra. María Guzmán de Mejía.

Doy á usted las debidas gracias por la eficacia con que ha sido atendido este pago, autorizándolo para publicarlo.—Su atta. S. S.—*Sofia Mejía.*

Legacion de Mexico en Madrid.—El General Riva Palacio en 1893.

FILOSOFIA POLITICA.

Para consagrarse á la política se necesita tener sed de inmortalidad á lo menos de la que pueden dar los hombres. En consecuencia, conviene vivir y obrar siempre como si se debiese morir al día siguiente; según la manera de caer sobre la escena, la historia establece su juicio. Ella tiene en menor aprecio los servicios hechos en el primer acto que las faltas cometidas en el último.

***

Una pasión política sincera es lo que hay de más respetable en el mundo. No se mide por los honores que se ha podido recoger sino por la cifra de los sacrificios que se han hecho.

El amor de un hombre de Estado por la causa que defiende se reconoce, en la vida pública, en los mismos signos que el amor del padre ó del esposo en la vida de la familia. El que ama bien tiene en poco sus sufrimientos personales, con tal que estén al amparo de ellos todos los que le son caros.

***

Los que afirman que las casas de gobierno son sitios de delicias, hierran doblemente, primero porque afirman una cosa inexacta, después porque aumentan la multitud de los pretendientes al poder. Si se supiere como es la verdad, que hay pocos sitios donde se experimentan más fatigas é infortunios que en el palacio del Estado, se vería disminuir el número de los ambiciosos que se disputan el gobierno y solo aspirarían á mandar los que sienten en su alma la fuerza para hacer muchos sacrificios por el bien del país.

***

El amor de la patria es la primera virtud de los hombres de Estado. Todos lo invocan y es cierto, á pesar de los maldicientes, que todos están profundamente penetrados de él. La desgracia es que frecuentemente se hace difícil distinguir entre todos los servicios que pueden hacerse á su partido y los sacrificios que deben hacerse á la patria.

Legación de Mexico en Madrid.—Biblioteca del General Riva Palacio en 1893.

LAS FIESTAS DE PUEBLA.

DISCURSOS del señor Presidente de la República.

En el Casino Español.

Señor Ministro: Señores:

Doy muchas gracias á la simpática colonia española de Puebla, por la elegancia, buen gusto y buena voluntad que para obsequiarme atesoró en este espléndido banquete; y al Duque de Arcos, su digno y muy distinguido Representante é intérprete de sus generosos y elevados sentimientos, por las delicadas frases en que, para honrarme, ha vertido toda la benevolencia con que sus compatriotas cautivan mi gratitud.

Las manifestaciones de este género y de esta procedencia de que he sido objeto en otros Estados; el carácter de los españoles naturalmente amistoso y franco, y su asimilabilidad con nuestras clases sociales respectivas, nos autorizan á pensar que la Colonia española no tiene de extranjera en México mas que el registro; y ni podía ser de otro modo, tratándose de hombres que viven juntos en complicado engranaje de familia, que hablan una misma lengua, que tienen unas mismas costumbres, una misma sangre, y en general, unas mismas creencias; y así se explica que en un tiempo tan corto relativamente, hallan desaparecido entre nosotros las huellas enconosas de una desastrosa guerra de once años, como fué la dos veces heroica guerra de Independencia; y que ahora, tanto los españoles como los mexicanos, examinando esa guerra, con mirada retrospectiva y á sangre fría, la consideremos como necesaria realización de las leyes inelu-

Legación de Mexico en Madrid.—Despacho del General Riva Palacio.

dibles que rigen á la naturaleza. En efecto, la evolución social en que fueron actores nuestros padres y teatro nuestro país, se desarrolló de una manera tan natural, como lo es que sembrando dinamita se cosechen explosiones, porque es muy natural que la generosa y valiente sangre española, y la no menos generosa y no menos valiente sangre azteca, al cruzar sus corrientes en los corazones criollos, estallaran en aquella digna altivez que hizo á nuestros padres ver como inaceptable la condición de colonos en que vivían. Pero si bien es cierto que disputaron á la madre patria el inalienable derecho de ejercer su propia gobernación, también es que nunca le retiraron, no sólo el respeto, pero ni el cariño que se debe á una buena madre, puesto que en su primer conato de independencia, le pedían un vástago de la familia á la sazón reinante en España, para ceñir la corona de México; y también es cierto que siempre han acogido en esta tierra de Hidalgo á todos los españoles que fraternizando con ellos han querido traer el contingente de su inteligencia y su trabajo para ayudar á hacerla fructuosa y que siempre aplaudieron y celebraron como propias todas sus victorias y lamentaron sus desgracias, y lo que es más y vale más que una ordinaria hospitalidad, los han conceptuado dignos de sus hijos, para formar con ellos honradas y muy amables familias.

Ahora bien; si toda nuestra evolución es efecto necesario de leyes naturales, es también muy natural que al llegar á nuestro conocimiento esos poderosos impulsos de vitalidad nacional y elevado civismo que en estos momentos presentan á la madre patria ante el mundo civilizado, patriota hasta el sacrificio como Guzman el Bueno y como el no menos bueno Nicolás Bravo, generosa y desinteresada como Isabel la Católica y abnegada y valiente como el Conde de Reus en los Castillejos y Zaragoza en Puebla, exclamamos poseídos de noble orgullo: ¡esos son los nuestros!; ¡he ahí nuestra raza!

Señores, yo propongo á ustedes que brindemos por la prosperidad personal y política de SS. MM. la Reyna Regente y el Rey D. Alfonso XIII y porque todos los españoles residentes en México, sigan teniendo siempre para la patria de sus hijos, tanta consideración y simpatía como gratitud. merecida estimación y respeto tenemos los mexicanos por la patria de ellos, ilustre progenitora de la nuestra.

En el Panteón Francés.

Señor Ministro:

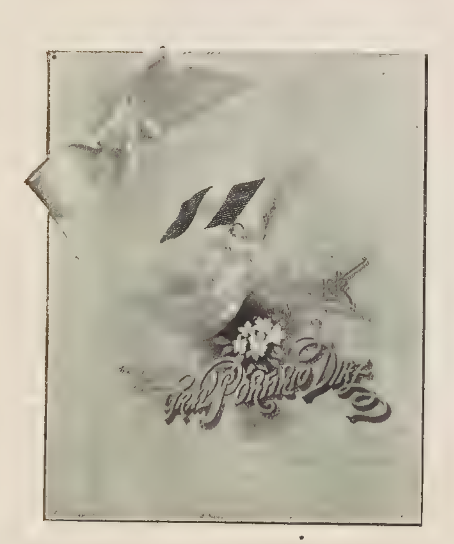
Os agradezco muy sinceramente y agradezco á la Socie-

Las fiestas presidenciales en Puebla. Grupo tomado para El Mundo por el Sr. L. Becerril, en casa del Sr. Gobernador del Estado.

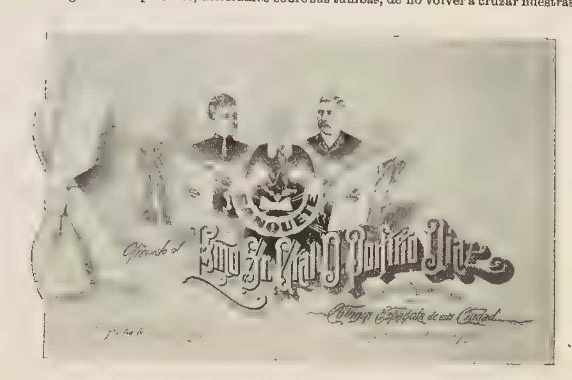
dad de Beneficencia Francesa, Suiza y Belga, que contarais conmigo para esta simpática ceremonia, en que á manera de piadosa reconciliación de ultratumba preparáis descanso común de eterna paz á los bravos veteranos que cumpliendo honradamente con los deberes de su honrosa y noble institución, y siguiendo á sus banderas respectivas como buenos soldados, alcanzaron aquí muerte gloriosa y el respeto universal.

Vuestra filantrópica Sociedad tendrá seguramente la cooperación de todas las autoridades de esta República que, como las de Puebla, responderán siempre á sentimientos tan nobles y generosos como los que inspiraron, promovieron y presiden este solemne acto de vuestro elevado é ilustrado civismo.

Ojalá que el sagrado monumento cuyo cimiento venimos á fijar, fuera considerado por las generaciones futuras, no sólo como merecida ofrenda de gratitud á los hombres de fuerte voluntad, que á mediados del siglo que fina se sacrificaron aquí al deber, sino también como símbolo de protesta que los hombres de la generación presente, hiciéramos sobre sus tumbas, de no volver á cruzar nuestras armas.



Las fiestas presidenciales en Puebla.—Carátula del Menú del banquete ofrecido al Presidente, por la ciudad de Puebla.



Las fiestas presidenciales en Puebla.—Carátula del Menú del banquete ofrecido al Presidente por la Colonia Española.

Las fiestas Presidenciales en Puebla.

Llegada del tren presidencial á la estación. -(Tomado del natural por nuestro dibujante).

HERMOSO ESPECTACULO.

No ha mucho tiempo, y esto ya lo hemos dicho, el Presidente de la República veíase obligado á permanecer en la capital, ni más ni menos que el reo político de cierta categoría á quien se da la ciudad por cárcel, so pena de hallar á su regreso, en vez de un pueblo entusiasta que aclama á su jefe, un caudillo ambicioso dueño de las chusmas y resuelto á hacer variar el curso de los acontecimientos. La tranquilidad del país era intermitente y no menos por ende los benéficos alcances del derecho de gentes. De seguro los más optimistas no auguraban el imperio de una tranquilidad verdadera para breve plazo y habrían negado hasta la sola probabilidad de un estado de cosas tal cual lo disfrutamos en la actualidad. Hoy empero de tal suerte está arraigada en los ánimos la noción clarísima de que hay que conservar la paz á todo costo; se ha normalizado en modo tal la vida del país encauzada ampliamente en la vía de un adelanto seguro y firme, que las generaciones presentes gustamos que se nos relate la época de las revueltas, como si se tratase de una vieja historia romántica, cuyos contornos y proporciones esfuma el pasado. El viejo jefe de la República, ajustándose el primero á la evolución por él iniciada, olvida el estruendo de las antiguas bregas, ante el espectáculo nuevo y cautivador de la prosperidad nacional, cuyo incipiente latido se escucha donde quiera, y con la gloria de sus canas asiste al pomposo despertar de un pueblo joven, lleno de latentes virilidades; ansioso de medir por sí mismo el alcance de su obra, recorre la inmensa extensión de la República, siempre para autorizar con su presencia, una manifestación nueva de adelanto, y en tanto que los pueblos que recorre lo agasajan y aclaman, sonríe tranquilo sin que la sombra del más mínimo temor embargue su ánimo. La capital le aguarda serena y une sus votos de felicitación á los votos del país entero.

¡Oh! sí, estamos ya muy lejos de los azares de la revuelta, cuyo relato causa en los espíritus de las nuevas generaciones, la impresión de una vieja historia romántica!

***

Las fiestas de Puebla han constituido una manifestación, una prueba más de lo que venimos afirmando. Todos los Estados ansían, si vale decirlo, para la consagración de su progreso, la presencia del que lo inició y lo ha robustecido, y la ciudad angelopolitana, con razones aun más valederas que sus demás hermanas de la nación, debía anhelarla. Ella vió brillar en todo su esplendor la gloria del soldado de la Intervención y de la Reforma; sus muros veteranos aún conservan huellas del dos de Abril. Justo es que ya reconquistada la paz definitiva, viese también al héroe de ella discurrir por sus hermosas avenidas, no ya en son de guerra, á banderas desplegadas y tambor batiente, sino como representante de una nación próspera, que pasa revista á las magnas obras de una paz por él asegurada.

Y qué mejor testimonio del alcance de su obra redentora que el del admirable cambio que registra el General Díaz en las ciudades que visita. Pocas de la República pueden serle desconocidas; en los tiempos azarosos de la brega el distinguido jefe, en el activo servicio de su causa, peregrinó por todo el país, que sacudido por continuada crisis, no hallaba esas treguas en que las naciones respiran y crean. Mas cuántas innovaciones halla el Presidente! Donde él dejó campos malditos de simiente perezosa hoy encuentra ubérrimos sembrados llenos de promesas y de frutos. Son ciudades modernas las que visita, que han arrojado airosas su aspecto de vetustez como se arroja un traje usado y se muestran animadas en pleno período de prosperidad, hormigueantes de muchedumbre, ostentando sus grandes empresas comerciales. Tal Puebla y tal Guadalajara que muy en breve recibirá también al Primer Magistrado de la nación.

Placentero debe ser para este el brillante testimonio que esas ciudades encierran; ellas le demuestran con la incontrovertible lógica de los hechos que su obra ha sido magna y feliz, difundiendo por donde quiera bienes sin cuento, y acreciendo aun más su estímulo, dan vigor nuevo á esa energía siempre en vela, á esa energía que jamás flaquea en el camino que se ha trazado.

***

Holgaría describir aquí las fiestas angelopolitanas. Nuestra tarea no es de información inmediata y además ya EL MUNDO diario y EL IMPARCIAL llenaron sus columnas con oportunas y detalladas crónicas: Una ciudad hermosa, con fisonomía de fiesta; una multitud entusiasta de todas las órbitas sociales, testimoniando de una manera estrepitosa la popularidad del General Díaz con sus aclamaciones y vítores jubilosos; iluminaciones féericas que convierten á la linda capital poblana en una ascua de oro; inauguración de monumentos hermosos y de mejoras materiales de importancia; manifestaciones de simpatía hacia el Jefe de la Nación, provenientes aun de las damas más distinguidas que arojan flores á su paso, de las cuales él en un movimiento de oportuna galantería recoje algunas para prenderlas en el ojal de su levita; banquetes opíparos, ofrecidos, no ya solo por el Gobernador del Estado y por la Sociedad poblana, sino por las colonias extranjeras que palpan como nosotros los inmensos resultados de nuestra paz fructífera; frases de afecto y de aliento...... las múltiples formas, en fin, de un cariño universal. Todo esto lo saben nuestros lectores tanto como

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN PUEBLA. Arco del Ayuntamiento, con esta inscripción: "El Ayuntamiento de Puebla al heroe de la Paz. 1896."

nosotros y no aventajaríamos por ende nada reproduciendo un relato perfectamente conocido. Sí haremos notar, porque de notarse es, que los festejos de que nuestro Presidente ha sido objeto en Puebla, no responden al impulso oficioso de tal ó cual grupo, de tal ó cual gremio; no son el resultado de la voluntad oficial, sino que tienen el caracter de la popularidad más franca que pueda verse.

Con unanimidad notable, la sociedad entera de Puebla, festejó al jefe de la Nación, representada por todas sus clases y aun por la inmensa mayoría de individuos de que estas están formadas. Fué un movimiento general desimpatía el que dió á las fiestas su mayor atractivo: esa fisonomía especial que no hubieran podido darles todas las gestiones oficiales, porque su constitutivo único es la espontaneidad.

Muy pronto luchará con el recuerdo de estas fiestas el de las que se preparan en Guadalajara y que con ellas competirán en brillo. En tanto llegan y les consagramos su especial reseña, vaya con estas líneas nuestra felicitación más sincera para el Señor Gobernador de Puebla y para la sociedad angelopolitana por el brillo de los festejos presidenciales.

Hablar por hablar.

Eva, la buena amiga de aquella condenada serpiente, disfrutaba de los mismos dones celestiales que su marido. En la costilla falsa de que ella se formó (porque nadie duda de que debió ser falsa la costilla) entremetió la Divinidad todas sus dádivas, y la mujer tuvo hermosura, habilidad y discreción, de igual modo que el hombre. Una de las más útiles mercedes del Hacedor para sus hijos en la tierra fué la facultad de entenderse, no por medio de la gramática como ahora se usa, ni tampoco con un número más ó menos grande de dicciones; la manera con que explicaban sus deseos Eva y Adán fué mucho más sencilla: algunas señas, varios gestos, diversas actitudes y ciertos gritos; con esto les bastaba para las necesidades de su vida, muy sencilla también.

Este *lenguaje* primero que Dios les dió, en el que la lengua no intervenía para nada, se conserva aún entre nosotros como donativo espontáneo de los cielos, y todo hombre lo sabe sin necesidad de maestro que lo enseñe, ni de libros en que se aprenda, ni de diccionario (digámoslo así) que lo signifique. Es forma de expresión que nace al par de la criatura, porque con ella y para ella fué formada, no se olvidará nunca, y auxilia poderosamente y constituye á veces el vocablo lo mismo aquí que en China, mientras la sabiduría loca anda en busca de un idioma universal cuando sin buscarle le tiene.

Adán no pretendía formar oraciones, y menos pronunciar discursos. Si gustaba de que Eva se le acercase, extendía el brazo en dirección de aquella, y abierta la mano la agitaba dos ó tres veces hacia sí, del mismo modo que ahora se usa para llamar á alguno; si quería que la mujer se retirase, resbalaba con fuerza la yema de su pulgar sobre la del dedo que se llama de corazón, y produciendo ese ruido con que se acompañan muchos bailes cuando no se tienen castañuelas, ella perfectamente lo entendía; si por alguna cosa se enfadaba con su mujer (necesidad en el matrimonio que no pudo faltar en el primero), con enarbolar el brazo y apretar el puño, expresaba muy bien sus intenciones; y por medios análogos pedía de comer, daba las buenas noches cuando se iba á dormir y los buenos días al despertar, y no le faltaba signo para ninguna necesidad de su vida. Pero Eva no se encontraba á gusto: sentíase parlachina antes de poder serlo, como después se sintió pecadora antes de que existiese el pecado; quería conocer los nombres de todas las cosas, le importasen ó no, cantar en las fiestas y escandalizar en las riñas, y á falta de dicciones ensordecía al pobre Adán con gritos y con palmoteos.

Pensaba ella que sin el uso de la palabra no significaban el hombre y la mujer cosa mayor que los animales inferiores, toda vez que éstos se comprenden de la misma manera que aquellos por entonces lo hacían, y en sus mímicas oraciones rogaba á Dios que le otorgase el habla para utilizarla en su obsequio, puesto que en alabanzas suyas la había de emplear; exponía como abono de su deseo lo monótono de una vida en que se hacía todo callandito, y afirmaba que, de prolongarse aquella mudez, quedaría sin cumplimiento la soberana Voluntad que hasta entonces la libertara de la muerte, y no habría más remedio que morir, porque la mujer ó habla ó revienta.

No atendía Dios aquellas súplicas (El sabría por qué) y Eva aumentaba sus solicitudes; pero como se pasaban los días sin resultado para sus ruegos, probó, sin otro concurso que el de su voluntad, poner nombre á todas las cosas, construir verbos, expresar adjetivos y coordinar ideas con el único medio de que disponía, que era el signo, y á costa de trabajo trocóse en telégrafo de señales, con tan extraño movimiento y tan sin tregua, que Adán se mareaba con aquellos discursos, sin conseguir, no ya imitarlos, sino que entenderlos tampoco.

Viendo, pues, el Señor que el hombre enloquecía con las diabluras de la mujer, porque se pasaba las horas recordando signos y procurando hacerlos, y embrollándose con la complicación de aquella jerigonza, y que Eva continuaba en su propósito de no callar así la ahorcasen, determinó que sin tales trabajos se entendieran, y otorgóles por misericordia un lenguaje sonoro, armónico y completo, en el que se decían las cosas como Dios manda, y al pan se le llamaba pan y al vino, vino.

Pero no cayeron por esto en desuso los escasos signos con que primero se entendió la pareja, ni los infinitos ya inventados por la mujer, aunque con la palabra eran inútiles; antes Eva se obstinó en que habían de unirse á los vocablos, sin duda para hablar por partida doble; y á pesar de que Adán, inspirado por Dios, trató de persuadirla, no hubo manera de que ella obedeciese: tan orgullosa estaba con su invento.

Conviniéronse, pues, en que á cada voz, ó por lo menos á cada idea, acompañase un gesto ó maniobra que, según Eva, excusaría palabras y facilitaría el buen sentido. Así fué, con efecto: la acción correspondiente á cada frase, no sólo completó el significado, sino que aumentó su valor y produjo gran claridad y mayor interés en las conversaciones.

Esto duró muy poco: no más tiempo que el que tardaron en pecar; porque apenas comieron del frondoso manzano y se les cerró el Paraíso, casi se les cerró también el entendimiento, en el que ya penetró muy escasa la luz de la razón. Y así como el divino manjar no trocó á Judas en el mismo Jesús, sino que le inclinó más al pecado por hallarse ya en él, así los dones celestiales se

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN PUEBLA.—Adorno de la fuente de San Francisco.

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN PUEBLA.—Adorno en una calle de la ciudad.

confundieron en el alma del pecador por no estar desde entonces preparada del todo a recibirlos.

Ya no se aplicaron los signos de Eva en perfecta relación con lo que la palabra decía, sino que las más de las veces significaban lo contrario, y un «Dios te guarde,» acompañado de mal gesto, sonó peor aún que si se dijera: «El demonio te lleve.»

Dejó, pues, de significarse con la voz lo que con ella se decía, y no se dijo ya sino lo contrario de lo que se pensaba; interpretóse el valor de las frases, tomó un mismo vocablo diferentes sentidos; y el recelo de los oyentes y la malicia de los oradores dieron al traste con la claridad y la pureza del lenguaje divino.

Por eso hoy sólo nos sirven las palabras para que no nos entendamos.

Luis Calvo Revilla.

PUERILIDADES.

He leido en muchos periódicos la agradable la noticia de que Sarah Bernhardt, la eminente trágica francesa, se propone estrenar muy pronto la aplaudida obra del insigne D. José Echegaray, titulada *Mariana*.

Lo celebro por Sara Bernhardt, que seguramente estará admirable en ese drama: lo celebro por Echegaray, cuyos triunfos en el extranjero son triunfos de España; y lo celebro por la literatura española, que acrecentará de ese modo, gracias al talento indiscutible del insigne dramaturgo, su jurisdicción y su influencia.

Pero los diarios en que leí, hace ya algunos días, con gran contentamiento mío, esa noticia, decían algo más que nada tiene que ver con el drama español y que produjo en mi ánimo impresión de extrañeza.

Véase un párrafo de la noticia que publicaban los periódicos á los cuales aludo.

«Sarah Bernhardt se ocupa actualmente en organizar la próxima temporada del teatro de la Renaissance, que ha de ser dirigido por ella.»

Nunca me ha parecido bien que un actor tenga á su cargo, simultáneamente, el desempeño de los papeles que le corresponden en las obras dramáticas y la dirección del teatro en que esas obras hayan de representarse. Y cuando el actor no es actor, sino actriz, la cosa me parece peor todavía.

Tengo el profundo convencimiento de que las atribuciones del cómico y las del director del teatro son, de todo en todo, incompatibles en una personalidad misma.

Y hallo más determinada esa incompatibilidad cuando á esas dos personalidades se une una tercera: la del empresario......... Entonces, entonces, cuando empresario y director y actor se unen ¡unión casi siempre funesta! en un solo individuo, es cuando pueden decir los amantes del teatro: *Nulla es redemptio*.

Entiéndase que hablo en general, y que esta regla, lo mismo que todas, tiene excepciones.

Esto no obstante, como jamás me ha pasado por las mientes la pretensión ridícula de que estas opiniones mías, que considero razonables, prevaleciesen sobre las generalmente admitidas, me explico y comprendo que Sarah Bernhadt sea á un tiempo mismo empresaria, y primera cómica, y directora (ó directriz) del teatro de la Renaissance, y sólo me permito, en son de tímida protesta, encogerme de hombros y decir para mi sayo: ¡así saldrá ello!

Mi extrañeza, sin embargo, no reconocía por causa un hecho que he visto realizado varias veces en el extranjero, y que en nuestro país está verificándose ahora, al parecer, con éxito inmejorable.

Lo que produjo la impresión de extrañeza á que antes me he referido, es la segunda parte del párrafo, la cua segunda parte contenía lo siguiente:

«Para la función inaugural prepara una *reprise* de *La Dama de las Camelias* con una novedad interesante. Todos los artistas vestirán con arreglo á la moda de 1846.»

Y ¿á eso llaman ustedes novedad interesante? Y la ilustré Sarah, artista de clarísimo entendimiento, ¿concede importancia á esa niñería?

Porque, no lo duden ustedes, eso de que los artistas se vistan (como, en efecto, se han vestido) á la moda de 1846 es una verdadera puerilidad: un alarde afectado, y como afectado ridículo, de respeto al pormenor, á la minucia, á lo insignificante.

¿Qué bellezas añadirá á la obra de Dumas, hijo, obra que se sostiene hace medio siglo en todos los escenarios del mundo, la circunstancia de que los actores luzcan frac azul con botón dorado, y las actrices cubran su cabeza con la capota de toldo de tartana?

Esos lujos de exactitud, siempre y por necesidad incompletos, pueden servir en algunos casos para ocultar defectos de la obra literaria ó deficiencias de artistas mediocres. Ni la obra de Alejandro Dumas, ni el desempeño de Sarah, necesitan seguramente esos incentivos antiartísticos para lograr favor del público. Quédese ese afan de deslumbrar al espectador con vistosas decoraciones y con indumentaria extravagante para obras de escasa consistencia, y escritas acaso con el solo propósito de que luzcan sus dotes escenógrafos hábiles, y sus piernas bailarinas hermosas.

La Dama de las Camelias, drama *pasional*, es por eso mismo de todos los tiempos y de todos los países, y tanto impresiona exhibido á la moda de 1845, como caracterizado á la usanza del siglo XVII.

Cuando el insigne y entusiasta actor Emilio Mario, pone en escena *El Café* y *El Sí de las niñas*, *El Viejo y la Niña*, comedias en que Moratín retrató admirablemente usos y costumbres, preocupaciones y vicios de su época, procede con gran acierto y suma cordura haciendo que los actores vistan los trajes de la época retratada. Los sainetes del celebérrimo D. Ramón de la Cruz, y casi todas las comedias de Bretón, son asimismo cuadros de época determinada, en los cuales la circunstancia del tiempo entra por mucho, por casi todo, en la composición.

A. Sánchez Pérez.

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN PUEBLA.—Arco levantado en la calle de Zaragoza.

Las fiestas presidenciales en Puebla.

El Consul alemán, Sr. Doremberg, entrega al Sr. Presidente una corona de laurel ofrecida por las Colonias alemana y suiza.

Consuélate.... no llores!

Cuadro de Rettig Clesius.

HISTORIA DE UN PICAFLOR

Cuento Invernal.

—¡Ah! sí, mi amable señorita. Tal como usted lo oye, tras de un jarrón de Paulonia y á eso de ponerse el sol, parlaban como niños vivarachos, no se daban punto de reposo yendo y viniendo de un álamo vecino á una higuera deshojada y escueta, que está más alta de donde usted ve aquel rosalito, un poco más allá.

¿Qué, quiere usted saber la manera, el cómo y el por qué entendemos esas cosas los poetas?...... Facil cuestión.

Ya lo sabrá usted después que la refiera eso que le ha infundido ligeras dudas, y que pasó tal como lo cuento, una cosa muy sencilla: la confidencia de un ave bajo el cielo azul.

Hacía frío. La cordillera estaba de novia, con su inmensa corona blanca y su velo de bruma; soplaba un airecito que calaba hasta los huesos; en las calles se oían ruidos de caballos piafando, de coches, de pitos, de rapaces pregoneros que vendían periódicos, de transeuntes, ruido de gran ciudad, y pasaban haciendo resonar los adoquines y las aceras los trabajadores de toscos zapatos, que venían del taller: los caballeritos enfundados en luengos «paletots» y las damas envueltas en sus abrigos, en sus mantos, con las manos metidas en hirsutos cilindros de pieles para calentarse. Porque hacía frío, mi amable señorita.

Pues vamos, á que yo estaba donde usted se ha reclinado, en este mismo jardín, cerca de ese sátiro de marmol cuyos pies hendidos están cubiertos por las hojas de la madreselva. Veía caer los chorros brillantes del surtidor sobre la gran taza, y el cielo que se arrebolaba por la parte de occidente.

De pronto empezaron ellos á garlar. Y lo hacían de lo lindo, como que no sabían que yo les comprendía su garloteo. Ambos eran tornasolados; pequeñitos onix. Dieron vuelta por el jardín chillando, casi imperceptiblemente, y luego en sendas ramas principiaron su conversación.

—¿Sabes que no me gusta, le dijo el uno al otro, tu modo de proceder? No es poco el haberte sorprendido esta mañana cortejando á la hermosa dueña del jardín vecino, á riesgo de romperte el pico y quebrarte la cabeza contra los vidrios de su ventana. ¡Oh! ¿habráse visto mayor incauto? Como sigas dejando las flores por las mujeres, te pasará lo mismo que á «Plumas de Oro,» un primo mío más gallardo que tú, de ojos azules; tenía el traje de tornasol amarillo, que cuando el sol le arrebolaba le hacía parecer llama con ala.

—¿Y qué pasó á tu primo? repuso el otro un tanto amostazado.

—Escucha, siguió el consejero, tomando un aire más grave y ladeando la cabecita. Escucha y echa en tu saco. Era "Plumas de Oro" remozo, monísimo. ¡Qué mono era! ¡Y su historia!

En esas bellas ciudades llamadas jardines, no había otro más preferido por las flores. En días de primavera, cuando las rosas lucían sus mejores galas ¡con cuánto placer no recibían en sus pétalos, rojos como una boca fresca, el pico del pajarillo juguetón y bullicioso! Las "no me olvides" se asomaban por las verdes ventanas de sus palacios de follage y le tiraban á escondidas besos perfumados, con la punta de sus estambres; los claveles se estremecían si una ala del galán al paso les movía con su roce; y las violetas, las violetas pudorosas, apartaban un tanto su velo de hojas y enseñaban el lindo rostro al mimado picaflor que volaba rápido, luciendo su fraquecito de plumas pálidas, cortadas por las tijeras de la naturaleza: Pinaud de los elegantes del bosque, "Plumas de Oro" era un gran picaronazo......... Vaya si sabía cosas.

Bajo las enramadas, en las noches de luna cuentan auras maliciosas que ellas mismas llevaron en sus giros, quejas tenues y apacibles aromas, súbitos y vigorosos aleteos.

A ver, ¿quién dice que "Plumas de Oro" no era un tunante? Ay! cuánto lo amaban las flores.

Pues ya verás tú, imprudente, lo que le sucedió, que es lo que te puede suceder como sigas en tus malas inclinaciones.

Digo que una mañana de primavera "Plumas de Oro" estaba tomando el sol. En aquella sazón bajó al jardín una de esas mujeres que parecen flores y que por eso nos encantan. Tenía ojos azules como "campánulas," frente como azucena, labios como copihues, cabellos como las espigas y en conclusión, ¿para qué decir más? "Plumas de Oro" perdió el seso.

¡Qué contínuo revolar; qué ir y venir de un lado á otro para ser visto por la dama rubia!

Ah, "Plumas de Oro," no sabes lo que estás haciendo...

Desde aquel día las flores se quejaron de olvido, algunas se marchitaron angustiadas, y no sentían placer en que otros de nuestros compañeros llegaran á besarle las corolas, y mientras tanto el redomado pícaro toca quetoca las rejas de la casa en que vivía la hermosura, no se acordaba de los jardines ni de las olorosas enamoradas.....

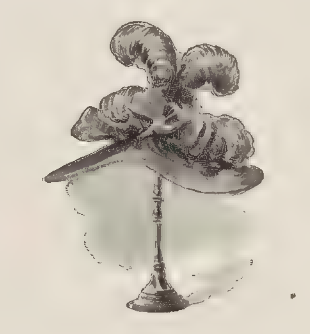
¿No es cierto que era un sujeto azás perdedizo? Ganas tenía de llegarme á las rejas por donde él vagaba y decirle á pico lleno: caballero primo, es usted un trapalón. ¿Estamos?

Llegó un día fatal. Ello había de suceder. Yo lo ví con mis propios ojos. Mientras «Plumas de Oro» revolaba, la ventana se abrió y apareció riendo la joven rubia. En una de sus manos blancas como jazmines, con las palmas rosadas, en la siniestra, tenía una copa de miel, ¿y en la otra? Ay, en la otra no tenía nada. «Plumas de Oro» voló y aleteando se puso á chupar la miel en aquella copa, como lo hacía en los lirios recien abiertos. Mi primo, no tomes eso, que estas bebiendo tu muerte...... Y chilla y chilla, y «Plumas de Oro» siempre en la copa.

De repente la rubia aprisionó al desgraciado con su mano derecha...... Entonces él chillaba más que yo. Pero ya era tarde...... ¡Ah! «Plumas de Oro» ¿no te lo decía?

La ventana se volvió á cerrar, y yo, afligido, supliqué para ver por los vidrios qué era de mi pobre primo. Entonces escuché que....... ¡Dios de las aves! Entonces escuché que la dama decía á otra como ella:

—Mira, mira, le atrapé; ¡qué lindo disecado para el sombrero......



¡Horror!...... Comprendí la espantosa realidad...... Volé á referírselo á las rosas, y entonces, las espinosas vengativas, exclamaron como mecidas por el viento:

—¡Bravo, que lo coja por bribón!

Días después, la tirana que asesinó al infeliz, se paseaba á nuestra vista por los jardines, llevando en el sombrero el cadáver frío de «Plumas de Oro.» Ya lo creo, como que estábamos en moda, ¡cómo que estamos todavía!......

Vamos, ¿has escuchado tú, imprudente, la historia de mi cuitado primo? Pues no eches en saco roto mis advertencias......

¡Oh! ¡qué triste es la historia de «Picaflor!»

Y luego, mi amable señorita, se fueron volando aquellos dos pica-flores del álamo á la higuera, de la higera al rosal, y del rosal al espacio.

Y oí que decían las flores en voz queda, tan queda que yo solo la oí en aquellos instantes:

—Entre las estrellas y las mujeres son éstas las más terribles rivales. ¡Aquéllas están tan lejos!......

Ahora bien, mi amable señorita, si quiere usted saber el cómo y el porqué soy sabedor de lenguas de pájaros y de flores, míreme usted, que ya se lo dirán mis ojos.

Rubén Darío.

UNA VENGANZA

La viuda de Pablo Saverini vivía sola con su hijo Antonio, en una casa pobre, situada sobre los baluartes de Bonifacio.

La ciudad, suspendida sobre el mar, al pie de la montaña, contempla por el estrecho, erizado de escollos, la costa mas baja de Cerdeña.

El viento azota constantemente el mar y la pelada costa, apenas vestida de yerba, engolfándose en el estrecho, cuyos bordes asola sin cesar.

Los penachos de espuma, adheridos á los negruzcos picos de las innumerables rocas que rompen por doquiera las olas, ofrecen el aspecto de girones de lienzos que flotan y palpitan en la superficie del agua.

La viuda Saverini vivía con su hijo Antonio y su perra *Capitana*, hermoso animal de pelo largo y recio, de gran resistencia y acostumbrado á la custodia del ganado.

Una tarde, á consecuencia de una disputa, Antonio Saverini fué muerto traidoramente de un navajazo por Nicolás Ravolati, el cual aquella misma noche ganó la isla de Cerdeña.

Cuando la madre recibió el cadáver de su hijo, que varios vecinos le llevaron, no lloró pero permaneció inmóvil á su lado, contemplándole durante largo tiempo.

Extendiendo después su arrugada mano sobre el cadáver, le prometió la *vendetta*.

No quiso que nadie la acompañara y se encerró con la perra en la cámara mortuoria.

La anciana derramó entonces abundantes lágrimas, y y dirigiéndose luego al cadaver, exclamó:

—Duerme tranquilo, hijo mío, que tu madre te vengará. ¡Ya sabes que cumplo siempre mis juramentos!

Antonio Saverini fué enterrado al día siguiente, y á los pocos días nadie se volvió á acordar de él en Bonifacio.

***

Antonio no había dejado ni hermanos, ni primos, ni hombre alguno que quisiera consagrarse á la *vendetta*. Sólo su madre pensaba en ella.

Del otro lado del estrecho veía desde por la mañana hasta la noche un punto blanco en la costa. Era Longosardo, donde se refugian los bandidos corsos perseguidos de cerca y donde vivía Nicolás Ravolati.

La pobre viuda, al verse sola, enferma y próxima á la muerte, no sabía qué hacer para realizar su venganza. Pero había hecho un juramento ante el cadáver de su hijo y no tenía más remedio que cumplirlo.

Una tarde, al oir ladrar á *Capitana*, tuvo la madre una idea salvaje y feroz, que maduró durante toda la noche.

Al despuntar el alba, se dirigió al patio de su casa y ató á la perra con una cadena.

Capitana estuvo ladrando todo el día y toda la noche, siguientes, privada de alimento.

A la otra mañana llevóle la viuda un lebrillo de agua y nada más.

A las veinticuatro horas tenía la perra el pelo erizado y tiraba furiosamente de su cadena.

Entonces la Saverini fué en busca de una buena cantidad de paja, cogió un traje de su marido, que todavía guardaba y construyó un maniquí que colocó cerca de *Capitana*.

La cabeza del muñeco estaba representada por un lío de ropa.

La vieja fué á comprar un pedazo de longaniza, y al volver á su casa empezó á azarla á la parrilla, junto al sitio donde estaba la perra, que rabiaba desesperadamente, azuzada más y más por el hambre.

Después, la Saverini rodeó con la longaniza el cuello del maniquí, y dió suelta á *Capitana*.

De un salto formidable, el animal asaltó la garganta del muñeco y se puso á destrozarla en busca del codiciado alimento

La anciana, que contemplaba gozosa aquel espectáculo, repitió varias veces el experimento con idénticos resultados.

El ejercicio duró más de un mes, hasta que la Saverini logró al fin que la perra, sin estar previamente atada ni tener hambre, se lanzara á una señal suya sobre el muñeco.

Cuando todo estuvo á punto, la anciana se fué á confesar; luego se disfrazó de viejo, se dirigió á la playa y contrató con un pescador sardo el paso del estrecho.

Acompañábala su perra, y llevaba en un saco una longaniza, que excitaba el apetito del animal, que no había probado ni agua durante dos días.

Al llegar á Longosardo, la Saverini entró en una panadería y preguntó por Nicolás Ravolati, el cual había emprendido de nuevo su antiguo oficio de panadero.

El asesino trabajaba en el fondo de su tienda.

La anciana abrio la puerta y exclamó:

—¡Eh, Nicolás!

Este se volvió, y entonces la Saverini, soltando la perra y señalando á Ravolati, dijo:

—¡Anda! ¡Anda!......

El animal saltó sobre su víctima, y se agarró al cuello del panadero.

El infeliz extendió los brazos, lanzó un grito y cayó en tierra, no sin defenderse con extrema tenacidad.

Capitana le hizo trizas el pescuezo, y á los pocos momentos Nicolás exhalaba el último suspiro.

Dos vecinos, sentados á la puerta de sus casas, recordaron haber visto salir de la panadería á un anciano acompañado de un perro negro, al que iba dando de comer durante el camino.

La Saverini regresó á toda prisa á su domicilio, y durmió admirablemente aquella noche.

Guy de Maupassant.

LA DUDA.

¡Qué cosa tan absurda me parecía el matrimonio!

La palabreja, si se quiere, es ruda, pero así la aceptaba entonces mi inteligencia en completo acuerdo con el corazón: tenía veinte años y en el romance de mis emociones juveniles no recordaba la alegre añoranza de un amorío, desconocía las delicias y penas del noviazgo, y no guardaba en estrecha cajita de sándalo, un diminuto bagaje de cartas, ni desconocidos ramilletes de flores difuntas, ni medallitas de plata con inscripción al reverso y jeroglíficos de cándido simbolismo en el anverso, ni un ricito atado á listón azul, desteñido, y oliente á Ixora, ni un guante (vestimenta de mano prócer), ni un pañuelo de blondas (leyenda de lágrimas), ni un retrato con dedicatoria, ni un anillo, ni una reliquia, ni un amuleto, nada.

Ninguno de esos objetos que en su simplicidad evocan paseos campestres en tardes de cielo claro, citas misteriosas en cálidas noches primaverales ó dulces querellas de enamorados, ninguna de esas remembranzas de alegrías muertas que al viejo roban una lagrima, al joven un estremecimiento y al escéptico una sonrisa, había iluminado con sus lontananzas de amor mi solitario cuarto de soltero.

Era algo romántico.

Lo somos todos en ese período de la existencia en que la vida es una aurora y la realidad una noche; además, ¿quién no siente extraños anhelos cuando aun no ha estrechado entre sus brazos un gentil y airoso talle de mujer?...... ¿Quién no sueña si no ha bebido la miel de la dicha en labios trémulantes ó desordenado con mano avara la guedeja de oro, que, cauda de luz, chorreaba sobre el flanco nutrido y blondo de una hermosa?

Creía en el amor, en el mito universal, sin creer en el casamiento tal vez porque leía mucho á Lord Byron y me acordaba siempre de aquella su expresión en que afirmaba que el matrimonio procede del amor como el vinagre del vino......

Engendré en la fantasía una mujer sin semejante en la tierra y nuevo Jason en busca del Toison de Oro, corrí en la de mi amada del misterio, creyendo encontrarla entre esa muchedumbre de beldades que hormiguea siempre junto al que posee buenas tierras de pan llevar y mejores ganas de verlas engullidas á grandes bocados por bocas chiquitas.

Viajé.

Ví muchas bellas y á los piés de todas me rendí enamorado.

En mi atolondramiento, semejante á un vértigo, conjugué el verbo amar en todos sus tiempos, números y personas.

Mi corazón, sin purificarse, se transformó al crisol de todas las metamórfosis amatorias.

Amé y odié, padecí y fuí feliz, dudé y creí, fuí cobarde y temerario, tirano y pordiosero: en mis voltejeos de saltimbanco caí muchas veces con la cabeza hundida en el cieno y los piés insultando á los inmensos cielos; otras, de rodillas pidiendo á los dioses misericordia, ó á las cortesanas una migaja de sus viles deleites para saciar por un momento esa hambre de algo indefinible que me devoraba.

¡Yo soñaba mucho!

Como el idiota de Ibsen extendía mis flacas manos á un cielo trivial, y al columbrar el amarillo fulgor del sol enfermo, clamaba con voz de niño antojadizo:

¡Madre!...... el sol!...... el sol!......

No sabía que el que quiera remontarse al astro con las alas endebles de Icaro, debe ineludiblemente estrellarse en la caída.

Compré una finca rural.

Al principio viví como Manfredo, en una torre sombría, testigo de mis dudas y diabólicas desesperaciones; después, me atrajo la naturaleza y pensé en el Junfrau escalando las reverberantes nieves de los volcanes, esos monjes blancos que agujerean las brunas nublazones con el pico de sus capuchas; entré á las cavernas, paseaba bajo las arcadas crípticas que fabrican las aguas cristalizadas, y también me lancé á errar por los bosques, como un Hamlet, triste, á la hora en que el sol se disuelve en los piélagos de luz y la casta noche enreda sus negros cabellos en las ramas de los árboles.

Cerca de mi retiro había un pintoresco *chalet*, y de él era la hada, Genoveva; Genoveva es mi esposa; la quise, ¿por qué? Lo ignoro aún; estaba sólo, mi cerebro era algo igual á un nido de murciélagos, los pensamientos que en él bullían eran torvos como cuervos, elevábanse en macabro vuelo hacia un cielo estremecido por el eclipse, sentía frío en el corazón, el escepticismo me aniquilaba y en mi soledad de Prometeo comido por los buitres, la sonrisa cándida de aquella criatura fue beso de sol, fulgor auroral, perfume, esperenza, amor!

La novela de mis locuras acabó en el principio de las de los demás, la adoré con todo el ímpetu de mi temperamento impresionable y tres meses después de conocerla, le ofrecí ante el ara del altar, mi nombre, mi fortuna y mi corazón.

Al año de nuestra unión, como prueba de amarme mucho, dióme un niño sonrosado y rubio, cual riente mañana de Abril. ¡Si viérais qué bebé tan pillo y tan barbián!......

Desde entonces, soy feliz, asombrosamente, tanto, que á veces me inquieta la felicidad.

Se me dirá que es extraño que un marido ame á su mujer á los dos años del día de bodas, como quien dice en el menguante de lo que llaman luna de miel. Ciertamente, pero como ninguna regla es absoluta, creo contarme entre las excepciones, ¿por qué no?........ (*se pasea tarareando*). ¡Qué recuerdos conjura en mi memoria esta musiquilla!... Un drama, el drama donjuanesco de aquel tiempo, cuando era seductor y calavereaba en todas partes; mi memoria reconstruye por arte mágico el arrumbado kaleidoscopio, y veo mujeres, mujeres, ¡muchas mujeres! (*reflexionando*). El tiempo, eso que desmenuza en segundos la manecilla inmutable del reloj, es una terrible y fatal evolución...... ¿por qué el día que va á llegar será siempre un sarcasmo del que se fue?......

Surge el sol después de la sombra, quita al planeta la túnica bordada de estrellas con que la noche lo encapuzó para vestirle con la suya de ópalo y de grana, muere explendido y majestuoso, y nace siempre alegre y bello como un ensueño ó una ilusión; pero los días muertos, esos que se llevan una página blanca de la vida, ó la rúbrica solemne de un juramento, ó la sensación de un placer inocente de aquellos que no pagaron débito al pecado, no resucitan, naufragan en las ondas etéreas, calladas, del espacio infinito y misterioso! (*Con ansiedad*). ¡Si pudiera contenerse la fuga del tiempo, esa carrera vertiginosa, del principio al fin, de la vida á la muerte!...........

¡Bah!......... ¡Insensato afán! (*Revolviendo unas cartas*). ¡Cuatro cartas! Famoso correo, en mejor tiempo, abriríalas con ansiedad, con emoción, porque podrían traerme la cita misteriosa de una linda enamorada, los reproches de otra olvidada ingratamente!......... ¡Pero ahora!......... ¡Qué va á ser!........ Véamos las firmas (*rompe los sobres*). ¡Brígido Canseco!........ ¡el fastidioso arrendatario!....... ¡Arístides Berruguete!..... ¡el abogadillo picapleitos!..... ¡Incansable moscón!......... He aquí una carta que no me parece muy prosaica (*tomándola por una esquina*), huele á violetas, las letras son muy pequeñas parecen hormigas con dolor de riñones (*observándola*), forman la dirección cinco palabras y cada uno tiene dos faltas de ortografía; no hay duda, esta carta es de una mujer, y de una mujer bonita; véamos la firma que es, seguramente, un garabatito muy mono (*abre la cubierta*). ¡Calla! no está firmada!........ ¡Una incógnita!......... Léamos......... léamos .... (*Lee*). ¡No; no es posible, nunca lo creeré, mi mujer. Genoveva, engañarme, ¡venderme! ¡traicionarme!......... ¡Con Mauricio!......... ¡Mi mejor amigo!......... Grosera injuria de algún imbécil que á costa mia quiere divertirse. ¡Me avergüenza que haya cabido en mi cerebro, aunque sea por un instante, tan siniestra y horrenda idea. ¡No puede ser! ¡no! ¡no! ¡no será!......... ¡imposible!

¡Sospecha insensata!

¿Qué interés podrían tener en atormentarme?

¿Será cierto?

¿Mentira?

¡Terribles conjeturas!......... ¡Cavilaciones de un ciego en una noche!......... ¡Cada palabra de este papel es una gota de veneno que inyecta mi corazón y lo emponzoña......... (*pausa*). Analicemos la situación, tranquilamente, en perfecta calma; arranquemos de la conciencia conturbada el manto del centauro Neso, las pasiones son más perjudiciosas que la hidra de Lerna: eliminémoslas.

Aceptado que soy villanamente traicionado; admitido también que es mi viejo compinche el directo responsable de esa felonía......... ¿Estoy deshonrado porque la preocupación social, es decir, la cínica hipocresía de una multitud coaligada, marca mi frente con denigrante estigma?.........

En qué precepto moral se sustenta esa peregrina ley que acusa al esposo del crimen perpetrado por su compañera?...... ¿No como el romano estoico puedo pregonar también:

Martius me ha escupido?

¿Ahora bien; los llamados culpables lo son realmente?

Afirmarlo de hecho es negar los derechos de la psicología; la carne tiene fueros genesiacos, el temperamento es déspota; manda y la disyuntiva es cruel: triunfar ú obedecerlo.

Vencen los héroes, sucumben los hombres: es lo humano.

Cada individuo posee un criterio y un instinto suyos, y, esas dos fuerzas, las primordiales en el ser, al vincularse en marital connubio le hacen concebir una idea singular y propia de la estimación, resultando de ahí que tan honrado puede ser un presidiario como el juez que lo mandó á galeras.

Además, resucitar á Otello en nuestro tiempo es anacrónico, y, ¿por qué no decirlo?...... ¡ridículo!....... ¿Vale acaso el podrido embeleso social la vida de un semejante aunque él sea el más odioso de los vivientes?...... ¡Ah!...... ¡Maloch existe aún!

A esa voz que vibra en mi interior, se opone el grito pasional, siento fermentarse y hervir odios formidables en el pecho y el deseo de venganza enturbia mi vista con los pliegues de su inmensa bandera negra.

Me embarga la voluptuosidad criminosa del matoide, ese placer turbio y punzante de los puñales que solo se sacia en la sangre, ante el cuerpo yacente y frente á los terrores del remordimiento!

¡Venganza!......

Diríase que en la bóveda solitaria de mi cráneo treme y clamorea una campana que repica á muerto.

¿Debo tener la convicción de que ella es una miserable?

¿Creerla inocente?

¿Este papel puede en sana lógica arraigarme el convencimiento de su falacia?

¡No!...... ¡No!...... ¡No!......

¿Entonces por qué estas gotas de fuego en mis mejillas? ¿el bronco bramido de mi pecho? ¿la agitación que se apodera de mi ser? ¿la tensión de mis nervios? ¿la fiebre que caldea mi cabeza? ¿el temblor de mis miembros?...... ¡Oh! ella me engaña, ¡me engaña!...... ¡Infame!...... (*Se oye un canto de mujer*)...... ¡Aduerme al niño!...... (*brusca transición*)...... ¡Voy á verla, á arrodillarme á sus pies, á pedirle perdón por haberme atrevido á dudar de su amor...... (*llega á la puerta y retrocede*)........ ¡No, si fuese verdad adornaría mi verguenza con el ridículo, entraría á prodigarle caricias cuando tal vez ese, el otro, mi amigo, se esconde en algún mueble; entrando, debilitaría mis certidumbres y aseguraría su descaro; no lo haré, si el hombre cae que sea como los gladiadores....... ¿No es un luchador?....... (*con melancolía*). Ayer estaba alegre, era venturoso, ahora soy desgraciado, pues bien, esa metamórfosis que tan sensiblemente perturba mi organismo significa que la veleta que marcaba á mi suerte un buen rumbo, se ha desviado ¡Cualquier cosa! el aire que arrecia, la arenilla que desequilibra el fiel de la balanza, la gota de agua que hace rebosar el recipiente, las alas cárdenas del relámpago que azotaron el espacio al desgarrar la nube tempestuosa, conclusión: el derecho de lo pequeño que por la ley evolutiva del movimiento se une á lo grande y lo transforma; total: nada!

¿Por qué apenarme?

¿Qué es la criatura ante el infinito?...... Una burbuja de agua para el bramante mar...... ¿Porque hay aborrecimientos en mi pecho dejará la tierra de girar sobre su eje?...... ¡Mi cólera! la cólera insignificante del mortal, ¿será capaz de perturbar la paz solemne de los cielos?..... Si no pesamos nada en los destinos universales, si sólo somos humildes fantoches que mueve el acaso á su antojo...... ¿Para qué hacer melodrama?...... ¡Es ridículo!.... La abeja y la hormiga, esas menudas obreras, ¿aspiran por ventura á edificar una Babel?...... ¡No!...... ¡Es la ley!...... La concha debe pegarse á la roca; el ala, extenderse, abanico de plumas, y volar......! ¡volar......! (*con ímpetu*) ¡Pero si la razón es impotente! ¡Siempre esta duda clavada como un venablo en mi corazón!...... ¿Qué fué de mi altruismo?...... ¿Soy tal vez un teórico ridículo?...... ¡Problema, problema! (*abriendo una ventana*) ¡Qué tarde tan bella, tan rubia, tan tibia, ¡adorables crepúsculos de otoño! Dijérase que las nubes son los restos de una soberbia Hecatompilos que se derrumba en los aires, es majestuosamente grande ese sol que se apaga fulgente y espléndido embozándose en tiniebla impenetrable para preparar en unas horas negras la epifanía de la luz. ¡Oh! para comprender nuestra impotencia y mezquindad basta remontar el pensamiento á los mundos que comienzan á brillar, trasponer con la imaginación aquella franja carmínea que ciñe las crestas de los montes con diadema de rubíes......

¡Contraste misterioso!

Aquí revolviéndose como un manojo de reptiles las pasiones más bajas, los aborrecimientos más sanguinarios, las envidias más arteras, y, allí, en el firmamento azul, impasible, sin manchas, con toda la tranquilidad del cosmos, la calma, imperturbable, abrumadora, eterna......! eterna en las eternidades......!

¿Será mentira?

¡Horrible incertidumbre!

¡Oh! ¡maldito!...... ¡Maldito el que calumnia......!

Ciro B. Ceballos.

Noviembre de 1896.

LA CARAVANA.

EN UN ALBUM

Cuentan que el fatigado caminante
detiene su camello jadeante
al divisar en lontananza un huerto;
y pensando en la sombra hospitalaria
eleva á su profeta una plegaria
en medio del silencio del desierto.

Tu libro es un oásis, Y mis versos,
peregrinos dispersos
que al aceptar tu generoso abrigo
recogerán el aire que respiras,
cantarán el afecto que me inspiras,
y cuando mueras, morirán contigo!

Andrés A. Mata.

BALADA DEL ALMA.

Cuando llora y se queja el arpa eólica,
Contrista el corazón y lo desgarra;
Mas no vibra jamás tan melancólica
Como vibra en tus manos la guitarra,

Cuando hieres las cuerdas, se incorporan
Y aleteando las notas se levantan......
¿Qué sienten? ¿un pesar?...... por eso lloran,
¿Quién lo inspira? ¿el amor?... por eso cantan.

Yo te envidio ese dón; es dón del cielo
Que te hace traducir en melodía
Tus tristezas, si tu alma está de duelo,
Y si gozas también tus alegrías.

Tu música me encumbra hasta el ensueño!
Y me han hecho llorar tus notas de oro,
A mí, que hace ya tiempo que no sueño,
A mí, que hace ya tiempo que no lloro!

Alberto Jiménez.

Tixtla, Noviembre de 1896.

INQUIETUD.

¡Creer ó no creer! ¡Fuera la duda
Que todas nuestras dichas envenena
Y á su yugo implacable nos condena
Mientras crüel al corazón se anuda!

Más vale siempre una conciencia muda
Y al sentimiento religioso agena,
O la creyente que en su fe serena
Del aguijón de la impiedad se escuda.

¡Qué dulce debe ser dejar sin duelo
Aqueste mundo del dolor morada,
Con la promesa mística del Cielo,

O rendir sin temores la jornada,
Sintiendo solo el infinito anhelo
De volver al reposo de la Nada!

José M. Ochoa.

Noviembre de 1896.

MI SUICIDIO.

—Muerta *ella;* tendida sin movimiento en el horrible ataúd de barnizada caoba que aún me parecía ver en sus doradas molduras de antipático brillo, ¿qué me restaba ya en el mundo? En ella tenía mi luz, mi regocijo, mi ilusión, mi delicia toda......... y desaparecer así, de súbito arrebatada en la flor de su juventud y de su seductora belleza, era tanto como decirme con melodiosa voz, la voz mágica, la voz que vibra en mi interior produciendo acordes divinos: "Pues me amas, sígueme."

¡Seguirla! Sí; era la única resolución digna de mi cariño, á la altura de mi dolor, y que remediaría la eterna tristeza á que me condenaba la adorada criatura: huir á otras regiones. Seguirla, reunirme con ella, sorprenderla en la otra orilla del río fúnebre......... y estrecharla delirante, exclamando: "Aquí estoy: ¿Creías que viviría sin tí? Mira como he sabido buscarte y encontrarte y evitar que de hoy más nos separe poder alguno."

....

Determinado ya á realizar mi propósito, quise llevarlo á cabo en aquel mismo aposento donde se deslizaran insensiblemente tantas horas de ventura, medidas por el suave ritmo de nuestros corazones......... Al entrar, olvidé la desgracia, y parecióme que *ella*, viva y sonriente, acudía como otras veces á mi encuentro, levantando la cortina para verme más pronto, y dejando irradiar en sus pupilas la bienvenida, y en sus mejillas el arrebol de la felicidad.—Allí estaba el amplio sofá donde nos sentábamos, tan juntos como si fuese estrechísimo; allí la chimenea hacia cuya llama tendía los piececitos cucos, y á la cual yo, envidioso, los disputaba abrigándolos con mis manos, donde cabían holgadamente; allí la butaca donde se aislaba en los cortos instantes de enfado pueril que duplicaban el precio de las reconciliaciones; allí la gorgoña de irisado vidrio de Salviati, con las últimas flores, ya secas y pálidas, que su mano dispusiera artísticamente para festejar mi presencia. ....

Y allí, por último, como maravillosa resurección del pasado, inmortalizando su adorable forma, ella, ella misma... es decir, su retrato, su gran retrato de cuerpo entero, obra maestra del célebre artista, que la representaba sentada, vistiéndose uno de mis trajes preferidos, la sencilla y candida bata de blanca seda que la envolvía en una nube de espuma. Y era su actitud familiar, y eran sus ojos verdes y luminosos, que me fascinaban, y era su boca entreabierta, como para exclamar, entre halago y reprensión, el "¡qué tarde vienes!" de la impaciencia cariñosa; y eran sus brazos redondos, que se ceñían á mi cuello como la ola al tronco del náufrago, y era, en suma, el fidelísimo trasunto de las lineas y colores, al través de los cuales me había cautivado un alma; figura encantadora que significaba para mí lo mejor de la existencia.....

Allí, ante todo cuanto me hablaba de ella y me recordaba nuestra unión; allí, al pie del querido retrato, arrodillándome en el sofá, debía yo apretar el gatillo de la magnífica pistola inglesa, de dos cañones—que llevaba en su seno el remedio de todos los males y el pasaje para arribar al puerto donde *ella* me aguardaba.—Así no se borraría su imagen de mis ojos ni un segundo: los cerraría mirándola, y volvería á abrirlos viéndola, ya no en efigie, sino en espíritu.........

La tarde caía; y como deseaba contemplar á mi sabor el retrato al apoyar en mi sién el cañón de la pistola, encendí la lámpara y todas las bujías de los candelabros. Uno de tres brazos había sobre el *secreter* de palo de rosa con incrustaciones, y al acercar al pábilo el fósforo, se me ocurrió que allí dentro estarían mis cartas, mi retrato, los recuerdos de nuestra dilatada é íntima historia. Un vivaz deseo de releer aquellas páginas, me impulsó á abrir sin dilación el mueble. Es de advertir que yo no poseía cartas de ella, las que recibía, devolvíalas una vez leídas, por precaución, por respeto, por caballerosidad. Pensé que acaso ella no había tenido valor para destruirlas, y que de los cajoncitos del secreter volvería yo á oir alzarse su voz insinuante y dorada, repitiendo las dulces frases que no habían tenido tiempo de grabarse en mi memoria. No vacilé—¿vacilar el que va á morir?—en descerrajar con violencia el primoroso mueblecillo. Saltó en astillas la cubierta, y metí la mano febrilmente en los cajoncitos, revolviéndolos ansioso.

Sólo en uno había cartas....... Los demás los llenaban cuentas, joyas, dijecillos, abanicos y pañuelos perfumados.—El paquete, envuelto en un trozo de rica seda brochada, lo tomé muy despacio, lo palpé como se palpa la cabeza del sér querido antes de depositar en ella un beso, y acercándome á la luz me dispuse á leer. Era letra de ella: eran sus queridas cartas. Y mi espíritu agradecía á la muerta el delicado refinamiento de haberlas guardado allí, como testimonio de su pasión, como codicilo en que me legaba su ternura.

Desaté, desdoblé empecé la lectura...... Al pronto creí recordar las cantantes frases, las apasionadas protestas y hasta las alusiones á detalles íntimos, de esos que sólo pueden conocer dos personas en el mundo. Sin embargo, á la segunda carilla, un indefinible malestar, un terror vago, cruzaron por mi imaginación, como cruza la bala por el aire antes de herir. Rechacé la idea, la maldije, pero volvió, volvió...... volvió apoyada en los párrafos de la carilla tercera, donde ya hormigueaban rasgos y pormenores imposibles de referir á mi persona y á la historia de mi amor...... A la cuarta carilla, ni sombra de duda pudo quedarme: la carta se había escrito á otro, y recordaba otro días, otras horas, otros sucesos para mí desconocidos......

Repasé el resto del paquete: recorrí las cartas una por una, que todavía la esperanza terca me convidaba á asirme de un clavo ardiendo; quizá las demás cartas eran las mías, y sólo aquella se había deslizado en el grupo como aislado momento de una historia vieja y relegada al olvido. Pero al examinar los papeles, al descifrar, frotándome los ojos, un párrafo aquí y otro acuyá, hube de convencerme: ninguna de las epístolas que contenía el paquete había sido dirigida á mí......... Las que yo recibiera y restituyera con religiosidad, probablemente se encontraban incorporadas á la ceniza de la chimenea; y las que como un astro *ella* había conservado siempre en el oculto rincón del secreter, en el aposento testigo de nuestras ventura...... señalaban tan exactamente como la brújula señala el polo, la direción verdadera del corazón que yo juzgara orientado hacia el mío! ¡Mas dolor, más infamia! De los terribles párrafos, de las páginas surcadas de renglоncitos de una letra que yo hubiera reconocido entre todas las del mundo, saqué en limpio que *tal vez*......... al *mismo tiempo*...... ó *muy poco antes*...... y una voz irónica gritaba al oido. «¡Ahora sí....... ¡Ahora sí que debes suicidarte, desdichado!»

Lágrimas de rabia escaldaron mis pupilas; me coloqué, según había resuelto frente al retrato; empuñé la pistola, alcé el cañón....... y apuntando fríamente, sin prisa, sin que me temblase el pulso...... con los dos tiros....... reventé los dos verdes y lumínicos ojos que me fascinaban.

EMILIA PARDO BAZAN.

DAMAS DISTINGUIDAS.

Srita. Zaharina Yberri DE GUAYMAS, SONORA.

[De fotografía de Bernal.]

El Gorilla.

El Gorilla es el mayor de los monos antropóides. Como estos artículos no se escriben para los versados en los conocimientos y términos científicos, recordamos la definición diciendo que antropóide quiere decir, á imitación del hombre. Este antropóide es indígena de la región ecuatorial del Africa occidental. Fué el doctor americano Mr. T. S. Savage, quien por primera vez llamó la atención del mundo científico sobre este animal, describiéndolo el año de 1847 en *Boston Journal of Natural History*. Su osteología la describió el Profesor Jeffries Wyman.

Al principio se le incluyó en el mismo genero de chimpanzé, mono mas inteligente; pero más tarde, en 1852 y 1853 se le asignó su género propio, habiéndolo hecho el naturalista francés M. Geoffroi St. Hilaire. El Profesor Owen lo denominó *T. Savegei*, dejandolo en el género chimpanzé. Du Chaillu fué el primer blanco que mató un gorilla con sus propias manos. Al volver á los Estados Unidos en Agosto de 1859, de la región circunvecina del Río Gaboon trajo unos cuantos especimens ó muestras completas del macho ó de la hembra, pellejos y esqueletos en perfecto estado de preservación, que se hallan casi todos en las colecciones de Lóndres. El cráneo del macho el más largo y más ancho, pero menos pesado que el dehombre, y la capacidad de la cavidad que contiene su cerebro es menos de la mitad de la que corresponde á la cavidad de las más inferiores razas humanas.

El gorilla adulto tiene 5 pies y 6 pulgadas de alto, su altura natural, aunque después de muerto es mayor. Algunos miden de 7 á 9 pies desde el extremo las manos extendidas. Du Chailnu tenía un espécimel que tenía 8 pies, 11 pulgadas en ese sentido. Su progresión favorita es en cuatro patas; pero lleva siempre erguida la cabeza y mira siempre hacia adelante. A causa de la mayor longitud de sus brazos se inclina ménos que el chimpanzé. Los gorillas se presentan generalmente en grupos de 5, cuatro hembras y un macho; sin embargo, á los machos viejos se les encuentra á menudo solos. Aunque viven en la misma vecindad del chimpanzé, no se tratan. Su fuerza es enorme, no sólo en las quijadas, que pueden aplastar un cañón de escopeta, sinó en las manos y los piés que á la vez en los caminos emplean para atacar defenderse. Con suma felicidad quiebran los árboles de tres á cuatro pulgadas de diámetro. No pasa de ser cuento la idea de que llevan un palo en que apoyarse.

Se diferencian del chimpanzé en que no se les puede domesticar, pues este, á lo ménos en su juventud, aprecia el buen trato que se le da. Tampoco construyen, como el chimpanzé, techo en que cubrirse; y en inteligencia son muy inferiores. Es cuento también lo que se hace dicho de venir á los poblados para llevarse las negras.

Generalmente es mudo. Al atacar á su enemigo da un grito terrible, que se oye á gran distancia. A los negros del interior les gusta mucho la carne del gorilla y del chimpanzé.

Miré...... pero no he visto en parte alguna
ir del brazo la dicha y la fortuna.

CAMPOAMOR.

LA INUTIL RIQUEZA.—*Por Jorge Ohnet.*

Número 6.—Véanse nuestros números desde el 25 de Octubre de 1896.

Redel, sentado cerca de la condesa, estaba hablando de su última expedición, pero este asunto no duró mucho tiempo, pues por medio de una transición muy hábil cambió pronto de conversación y abandonó aquella en la cual la señora de Mossler había querido hacerle brillar. Habló de música con Vignot y emitió con gran sencillez ideas que encantaron al viejo artista. De un salto y sin que nadie se lo pidiera, Vignot se apoderó del piano y se puso á interpretar á Beethoven como él sabía sentir al gran maestro. Después la conversación se reanudó, entrecortada por piezas musicales á modo de comentarios, y el recién llegado se encontró colocado, con toda naturalidad, entre los fieles de la condesa de Coutras, como si les hubiera pertenecido desde la fundación del cenáculo. Se manifestó buen músico y, con un papel puesto sobre las cuerdas del piano, para amortiguar su vibración, tocó algunos aires africanos de chocante originalidad y en los que parecía que una tropa de guerreros, armados de flechas y con sus carcaxes de cuero, danzaban cadenciosamente, para distraer al jefe, entre las palmeras enrojecidas por el sol poniente y sobre la hierba de los krals.

Redel volvió asiduamente á casa de la condesa. Aquel salvaje, que huía del mundo y que no hablaba, al principio, más que de su fastidio de estar en París y de su deseo de volverse á marchar, se mostró en los salones de la condesa y aceptó en el ministerio de la Guerra un cargo que debía retenerle en París dos años por lo menos. Dió como pretexto que su madre, vieja y enferma, quería tenerle á su lado y dijo que tiempo tendría para recorrer los desiertos cuando se quedase solo en el mundo. Se le escuchó, sin descutir sus razones, y cada cual creyó lo que quiso. Los que siempre pretenden estar bien informados supusieron que el ministro quería tener á Redel en el Estado mayor general, porque veía en él uno de los grandes jefes futuros del ejército. Los que parecen no saber nuuca nada se dijeron entre ellos que el coronel estaba enamorado apasionadamente de la condesa de Coutras y que no podía soportar la idea de separarse de ella.

Enriqueta siguió viviendo con su hermosa serenidad intelectual, disimulando sus penas, si las tenía, poniendo buena cara á sus amigos, amable é indulgente con su marido y pareciendo haber restaurado, en esta sociedad moderna, tan agitada y tan febril, la antigua y deliciosa quietud epicúrea.

El conde Valentín volvió á las locuras de su vida de soltero con tanto mayor empuje cuanto más tiempo se había abstenido de ellas y más economías de buen juicio había realizado.

Acaso un incidente que había disipado todo duda entre Celina y él, contribuyó á aquella vuelta á la mala vida. La guerra que se hacían Celina y Valentín con bastante futilidad para que la joven tuviera el derecho de continuarla sin comprometerse á sus propios ojos, tomó en los últimos meses un caracter sordamente ofensivo que hizo reflexionar á la mujer de Federico. Ya no se creía segura en cuanto á Coutras. El camarada que, buen muchacho, bromeaba con ella, se había convertido en un pretendiente atrevido de palabras y que sólo esperaba una ocasión para pasar á vías de hecho.

Celina comprendió claramente la modificación de intenciones de Valentín y aunque podía acusarse de haber jugado con el fuego un poco más tiempo del que hubiera convenido, se replegó prudentemente y ya no arriesgó nada. Se acabaron las antiguas conversaciones, escaramuzas corteses á propósito de todo. Puso al conde á cierta distancia, y desde el día en que tuvo la impertinencia de decirla que era amante de la Corail porque se parecía á ella, no le habló más que delante de todo el mundo y en alta voz. Dudó hasta si debería romper toda clase de relaciones con él; pero esto hubiera exigido explicaciones á su marido, á su suegro y á la señora Mossler, y causar una nueva pena á la condesa, es decir, escándalo, odios y acaso venganzas por un miserable concepto que no podía tener consecuencia alguna. Retrocedió, pues, juzgándolo prudente, pero estuvo tan fría con Valentín, que Enriqueta lo notó y preguntó á su amiga.

—No es nada, respondió Celina. El conde me ha contrariado, le he puesto mala cara y él está enfadado conmigo. Ya se le pasará.

Y se le pasó, en efecto. El enfado del conde no duró mucho tiempo. Lejos de eso, Valentín redobló las demostraciones amistosas respecto de la joven. Afectó hacerla confidencias que ella no solicitaba, pero que la divertían, aunque estaba siempre á la defensiva y temiendo una vuelta á las hostilidades. Jamás le permitía instalarse á su lado y sus conversaciones se verificabrn siempre de pie. Había, sin embargo. un asunto que interesab: mucho á Celina y respecto del cual, si se hubiera atrevido, hubiera hasta estimulado al conde. Una noche, en que el coronel Redel estaba en el salón, muy ocupado en hablar con la condesa, Valentín se aproximó á Celina con aire de enfado, y se despidió de ella. La mujer de Federico pareció asombrada.

—¡Cómo! ¿se va usted de su casa teniendo gente en ella?

—¿Cree usted que habrá quien observe que no estoy?

—La condesa, al menos, lo notará.

—¿Cree usted? Sus ojos están muy bien ocupados en otra parte.

—¿Qué significan esas palabras?

—Pues nada que no pueda ver usted misma.

Y con la mirada señaló á su mujer y al coronel.

—¡Oh! Merecería usted que eso fuera cierto, exclamó Celina.

—Muchas gracias.

—Ha hecho usted todo lo necesario para ello........ Pero tiene usted una mujer demasiado honrada.

—Las mujeres empiezan todas por ser honradas.

—Excepto las que usted trata, que son bribonas de nacimiento.

—¿Lo dice usted por aquella pobre Adriana Corail? Pues está usted en un error; ya me importa poco.

—¿La ha dejado usted?

—El día siguiente de haberme usted indicado que mi capricho por ella le disgustaba.

—¡Oh! Usted está loco. ¿Qué me importa á mí que se arregle con esa muchacha ó con otra de su especie? Lo que me desagradó fué la inpertinencia de usted y eso es lo que me desagrada de nuevo. En verdad, su criado debe estar mejor educado que usted.

—¡Adiós! Ya está usted otra vez atropellándome...... No tengo suerte con usted. Cualquier cosa que diga ó que haga, me juzga mal.

—Por que no dice usted ni hace más que inconveniencias.

—Buenas noches, señora.

—¿Adonde va usted?

—Al círculo. Ese trovador del desierto me fastidia.

—Va usted á ponerse en ridículo. Quédese.

—¿Será usted buena conmigo?

—¿Qué es lo que entiende usted por eso?

—¡Oh! Poca cosa; darme el derecho de abrirla mi corazón.

—Váyase usted al círculo y abra allí su corazón al mozo de la sala de juego.

—Me voy.

Diferentes veces volvió Valentín á hablar con Celina sobre el asunto, muy nuevo, de la irritación que experimentaba por la asiduidad de Redel cerca de la condesa y de la acentuada simpatía que ésta expresaba al coronel.

Celina, un poco impaciente, le dijo:

—Deje usted eso ya. Es usted ridículo con sus prevenciones. Enriqueta y el coronel son dos espíritus puros. No se ocupe usted más de ellos.

—Entonces distráigame usted.

—No sabría.

—Yo la enseñaré.

Celina le dejó, enfadada, una vez más y no le habló en ocho días La semana siguiente, Federico Clement y su mujer, fueron invitados al palco de la señora Mossler en la Opera, donde se daba la primera representación de *Lohengrin*. El banquero, que tenía una importante liquidación que terminar, pidió á su padre, que había comido en su casa, que acompañase á Celina, y prometió ir á buscarla á las once. El señor Eliphas, que no estaba vestido para ir á la Opera, subió hasta el primer piso con su nuera, preguntó á la acomodadora si la señora Mossler estaba allí y asegurado de que el conde y la condesa de Coutras ocupaban el palco, con Vignot, hizo abrir la puerta, se despidió de la joven y se marchó.

Valentín se levantó para ir á ayudar á Celina á quitarse el abrigo en el antepalco vasto y oscuro. En el palco la condesa y Vignot hablaban, la orquesta, en su puesto, no esperaba más que la señal de comenzar. El público estaba recogido y atento.

—Así se hace, venir temprano, dijo Valentín.

—La representación vale la pena, respondió Celina, y al mismo tiempo dejó deslizarse su abrigo y descubrió sus finos hombros, más blancos que nunca por el contraste que ofrecían con un cuerpo de terciopelo negro. Se puso frente al espejo y con la punta de los dedos enderezó una pluma de su tocado. Ya se volvía, cuando vió, reflejada en el espejo, la cara ardiente del conde que se inclinaba hacia ella. La joven permaneció inmóvil, estupefacta, y en el mismo momento sintió que en su espalda, debajo de la nuca, se posaban los labios de Valentín con una sedosa caricia de su bigote. Sin proferir ni un grito, sus dientes se apretaron, cogió el abanico de encima de la consola y con ademán furioso quiso pegar con él al audaz en la cara, pero el conde paró el golpe y el abanico se partió con ruido seco. La señora de Coutras y Vignot volvieron la cabeza, á tiempo que la joven entraba ya con los dos pedazos de su abanico en la mano.

—¿Qué le sucede á usted, amiga mía? preguntó la condesa un poco inquieta.

—El torpe de su marido de usted acaba de poner el pie sobre mi abanico.

—Usted me permitirá, dijo Valentín con aplomo, enviarla otro mañana, para reparar mi torpeza.

—No; no quiero nada de usted.

—Entonces, dijo la condesa, acepte este mío. Y ofreció á la mujer de Federico un magnífico abanico Luis XV, pintado por Boucher y cuyo mérito artístico era inestimable.

—Guárdelo usted, amiga mía; muchas gracias, dijo la joven con alguna aspereza; reparar así las tonterías del conde sería incitarle á cometer otras nuevas.

La señora de Coutras miró á su amiga, movió melancólicamente la cabeza y dijo, repentinamente entristecida:

—Celina, no debe usted quererme mal por las culpas del conde.

La mujer de Federico sonrió, aunque sus ojos estaban llenos de lágrimas, y cogiendo la mano que la condesa le ofrecia, contestó:

—Tiene usted razón, mi querida Enriqueta: deme usted el abanico.

Aérea, profunda, misteriosa, la orquesta preludiaba ricas armonías. Las dos mujeres se callaron con recogimiento; Valentín, detrás de ellas, se recostó en el respaldo del sillón y se dispuso á dormir.

IV

Hasta el día en que se le apareció la Señora de Coutras. el coronel Redel había vivido solamente para su carrera, Era soldado por temperamento y no pensaba más que en el ejército ni comprendía satisfacción superior á la de mandar sus tropas frente al enemigo. Alistado como voluntario á los diez y seis años, hizo toda la campaña en el ejército del Loira y ganó los primeros galones en la batalla de Coulmiers. En la retirada de Vendome obtuvo la medalla militar; en el Mans el grado de oficial, y cuando se firmó la paz en Burdeos era subteniente y el único que había quedado vivo de todos los oficiales de su compañía. Su conducta, en todos los hechos de armas en que tomó parte, le valió tantas honrosas menciones, que la comisión de revisión de grados tuvo que respetar la charretera de aquel oficial de diez y siete años.

Desde entonces no hubo compo de batalla en el que él no estuviera. Hizo todas las campañas y su raro valor resultó acompañado de altas facultades tácticas. Siendo jefe de Estado Mayor del bizarro Negrier, en el Tonkin, salvó al ejército en Lang-Son cuando quedó fuera de combate el general. Vuelto á Francia, pidió servir en Argelia y, cansado allí de la inacción, se apresuró á aceptar una misión en el centro del Africa. En el tiempo en que se desarrolla la presente narración, vivía en París y aquel hombre apasionado del uniforme, con el que se le veía constantemente, vestía de paisano y hasta no desdeñaba la elegancia. Una mirada de mujer bastó para realizar aquella metamórfosis y para limar las garras del león. Iba todos los sábados á las reuniones del cenáculo, tomaba parte en las conversaciones estéticas, dibujaba en el álbum vistas del lago Tchad y escuchaba con recogimiento las conferencias de Baradán.

Pero encontraba compensaciones en las visitas de la tarde á la Señora Coutras. Allí no veía al marido, «á ese odioso veleta» con quien estaba unida la encantadora mujer que tanta autoridad había tomado sobre su pensamiento. Se encontraba á veces solo con ella; podía gozar con cierto exclusivismo del espectáculo de su gracia y de su belleza, y esto era cuanto él deseaba. En aquel espíritu leal y tierno no había jamás surgido una esperanza torpe. No pensaba que Enriqueta púdiera pertenecerle ni hacía nada por agradarla. Se contentaba con admirarla, compadecerla y adorarla. No admitía que aquella criatura perfecta pudiese caer y no hubiera querido que dejase de ser honrada ni aun con él mismo. Su propia dicha hubiera sido una defección y el encanto de ser amado no hubiera compensado la desilusión de haber podido serlo.

Enterado por sus amigos de la existencia deplorable que arrastraba el conde, le despreciaba profundamente y maldecía al destino que, ciego, había unido á semejante hombre una mujer como aquella. Guardaba rencor al Señor Eliphas y á la Señora Mossler, á quienes acusaba de egoístas por haber sacrificado á Enriqueta al deseo de corregir á Valentín. La mujer de Federico le era profundamente simpática y había hecho una íntima amistad con su marido, pero jamás con uno ni con otro hablaba de la condesa. Su discreción era tan completa que hubiera muerto en el suplicio sin decir un palabra que pudiera comprometer á la que adoraba.

Su culto, por otra parte, era tan respetuoso, que la Señora Mossler no le había notado y ninguno de los miembros del cenáculo había entrado en malicia. Creían natural que se amase á la condesa; todos ellos la amaban, desde Vignot con su barba blanca y sus ojos de éxtasis, hasta Ferraud, atildado y moderno en su elegante corrección. Fué precisa la intuición perversa de Valentín para descubrir la pasión en la asiduidad del coronel y algo también la instintiva antipatía de aquel inútil desocupado hacia un hombre desocupado y productivo. Sin hablarse sino lo menos posible; «buenas tardes», «buenas noches», se habían conocido y se odiaban mutuamente.

Hasta la aparición de Redel, Valentín tuvo por su mujer muchos miramientos. La engañaba pero era encantador con ella; compensación tradicional que reciben las mujeres de los maridos infieles. Pero, bruscamente, cambió de modo de ser. Como si hiciera responsable á Enriqueta de los sentimientos que inspiraba al hombre execrado, la englobó en su odio á Redel. Este cambio coincidió justamente con el recrudecimiento de sus tentativas respecto de Celina y el capricho que le impulsaba hacia ésta acentuaba más y más la frialdad que manifestaba con su mujer. En el alejamiento de la vida de París la intensidad de esos sentimientos era apenas perceptible aun para los mismos interesados. Se veían una hora de vez en cuando y en los salones, terreno neutral, en el que los amigos hacían el efecto de un almoadillado, que impedía los rozamientos directos. Pero, tras de la primavera llegó el verano. La Señora Mossler se marchó á su posesión de la Chapelle-Sauvigny, cerca del bosque de Senart, á orilla del Sena, y próxima la temporada de la caza, invitó á todos los amigos de Valentín y de Enriqueta. Allí, puestos los unos en presencia de los otros, su hostilidad debía tomar un peligroso desarrollo.

El Castillo de la Chapelle-Sauvigny, edificado por la señora de Pompadour, es una de las más lujosas moradas de los alrededores de París. Rodeado de un parque que forma el centro de una propiedad de tres mil hectáreas, se eleva en medio de suntuosos jardines, verdes y floridos, rodeado de terraplenes con artísticas escalinatas. Sus tres alas de edificio afectan la forma de una herradura y están ornadas de cornisas coronadas de balaustres y de frontones de piedra tallada.

Por bajo de la esplanada principal hay un lago que comunica con el Sena y que está alimentado por manantiales. Unas blancas barquillas permiten abordar á una isla en cuyo centro un templete de columnas sirve de punto de vista, rodeado de un marco de follaje, y algunos cisnes nadan majestuosamente por aquel espejo encantado, en el que se reflejan las altas copas de los árboles seculares.

La señora Mossler era muy aficionada á aquella gran casa rodeada del silencio de vastos terrenos poco frecuentados. Tan cerca de París que se podía ir en coche, se estaba allí, como en el fondo de la provincia más lejana. Hasta que se casó su hijo adoptivo, la reina del oro pasaba solamente algunas semanas en aquella soledad que agradaba á la naturaleza grave de su espíritu, y recibía allí á Eliphas y á uno ó dos amigos de Valentín á quienes éste convidaba en la temporada de caza. Con la joven condesa y su corte la animación sucedió prontamente á la melancolía. Aquellas vastas habitaciones se poblaron, las faldas claras animaron el verde de los bosques, antes desiertos, y la risa de la juventud, hizo concurrencia al canto de los pájaros.

El tren de casa, en otro tiempo sencillo y poco en armonía con la magnificencia de aquellos lugares, se convirtió en brillante y bullicioso. Las cuadras se poblaron de caballos, con su correspondiente tropa de mozos y cocheros, y los lacayos del conde de Coutras fueron á asombrar con su cinismo á los cándidos servidores de la señora Mossler. Un jefe de cocina se instaló con sus cuatro pinches en las cocinas que sirvieron antaño para regalar al señor de Choiseul cuando iba á visitar á la favorita. Todas las mañanas iba á París un furgón con dos caballos para buscar las provisiones necesarias á la alimentación de los huéspedes de la señora Mossler, y ya es algo alimentar un ejército de glotones con los manjares más suculentos. Satisfecha por tener á su alrededor aquellos alegres huéspedes, la señora Mossler puso la casa á la disposición de Valentín. Pero se reservó, sin embargo, algunas invitaciones y de este modo Redel, á pesar de la hostilidad del dueño de la casa, pudo instalarse en la Chapelle-Sauvigny. La mujer de Federico era también de las invitadas por la señora Mosler. Su marido iba á París todas las mañanas á trabajar en sus negocios y regresaba por la noche. Ferraud estaba haciendo el retrato de la señora Mosler y Vignot componiendo, entre las columnas del templete, á la orilla del lago, la música de su oratorio la *Resurección*. En cuanto á Valentín, se iba á París todos los días, en el *mail* ó en el faitón, después de almorzar, y no siempre volvía á comer. A eso de las seis, el mayordomo sabía por teléfono si el dueño de la casa volvería ó nó, y cualquiera de las dos cosas que sucediese las horas se deslizaban pacíficas y dichosas.

Si hubiera sido posible penetrar hasta el fondo de las conciencias, se hubiera acaso observado que Enriqueta estaba más tranquila cuando su marido no había vuelto y que los huéspedes miraban la ausencia del conde con sonriente filosofía, lo que probaba cuán poco había logrado captarse sus simpatías. Algunas veces, sin embargo, permanecía dos ó tres días sin moverse de la Shapelle y, para distraerse, organizaba expediciones á las que convidaba á los propietarios de los alrededores. Y entonces empezaban las carreras furiosas por las calles del bosque, las regatas en el lago, las comedias improvisadas que nunca llegaban á representarse porque el anfitrión se volvió antes á París y suspendía los estudios ó daba contraorden en todos los proyectos según que tenía el humor alegre ó triste, Los días que se quedaba en el campo, se encerraba durante una hora cón la señora Mossler, y la excelente mujer salía de esta conferencia con las facciones alteradas y pálida, como si acabara de sufrir una prueba terrible. Eliphas no abría la boca en todo el día y lanzaba miradas indignadas al conde, el cual no pensaba más que en divertirse y no tardaba en echar á correr hacia á París.

Hacia fin de septiembre. después de uno de esos conciliábulos entre la señora Mossler y Valentín del que ambos interlocutores salieron, contra su costumbre, la madre grave y firme y el hijo abatido y alterado, el conde, presa de una especie de reacción nerviosa y como queriendo aturdirse, mandó preparar caballos para después de almorzar y dispuso una expedición en grupo á visitar los Camandulenses de Saint-Frond, curiosa ruina del siglo XII, situada entre Senart y Brie-Comte-Rober. La señora Mossler no quiso ir y Elihpas, que parecía todo regocijado, pretextó que su correspondencia le retenía en la biblioteca. Enriqueta pidió una carretela para ella y para Vignot; y Redel, Ferraud, Dauziat y la mujer de Federico montaron á caballo con el conde.

Celina tenía bonita figura como amazona y lo sabía. Ferraud era un jinete mediano, pero apasionado, y Redel aprovechaba la ocasión de hacer un poco de ejercicio violento y se proponía seguir al coche de la señora de Coutras. Valentín podía, pues, fácilmente, si quería, encontrarse á solas con la mujer de Federico, pero no parecía cuidarse de tal cosa. Emprendia al trote el camino del bosque, á la cabeza de la cabalgata, detrás del coche de su mujer. Embebido en sus pensamientos y muy lúgubre, acortó poco á poco la marcha y se quedó detrás. sus compañeros no quisieron, por política, que pereciese que le abandonaban y pusieron sus caballos al paso, á excepción de Redel y Ferraud que marchaban por los lados del camino á las portezuelas del coche. Dauziat hablaba con Celina, lo que ocupaba bastante á la joven para no inquietarse por la visible turbación de Valentín.

Al llegar al molino de Argentray, el coche tuvo que atravesar un arroyo. El agua apenas cubría los cascos de los caballos y el paso se verificó con comodidad, pero estando ya Dauziat casi al otro lado, el caballo de Celina se resistió á entrar en la cerriente é hizo retroceder á la joven. Valentín, que la seguía, gritó á sus compañeros:

—Seguid; no hay para qué exponerse á un baño de pies por este estúpido caballo. A doscientos pasós de aquí hay un puentecillo. Nos reuniremos con ustedes en Argentray dentro de cinco minutos.

Y remontando la corriente, condujo á Celina á un puentecillo rústico que atravesaba el arroyo, á cuya orilla unos bueyes rumiaban pesadamente, echados sobre la verde hierba. Durante este trayecto Valentín no dirigió ni una palabra á su compañera y su frente preocupada y cargada de nubes indicó que continuaba su fastidio. Celina le seguía, inquieta por aquel mal humor y sintiendo á pesar suyo una profunda lástima hacia aquel hombre que, teniendo cuanto hace falta para ser feliz, parecía complacerse en auyentar la dicha.

Tenía grandes motivos de rencor hacia él, pero casi no se atrevía á confesarse que no los recordaba, hasta tal punto aquel hombre ejercía sobre ella un encanto no sospechado. Llegaron á Argentray sin que Valentín pareciera advertir que Celina iba detrás de él; no había en él en aquel momento galantería ni casi educación. Alcanzaron el coche y el conde permaneció otra vez apartado y dejando rodar en su cabeza los más sombrios pensamientos. Cuando llegaron cerca de Saint-Frond el calor era tan fuerte, en aquel día de fin de septiembre, que Vignot pidió hacer alto bajo el emparrado de una posada para beber y descansar. La condesa hizo sacar un cesto de provisiones que iba en la zaga del coche; y mien-

tras la moza de la posada ponía las botellas á refrescar en un cubo de agua de pozo, todo el mundo se aplicó al almuerzo improvisado. Ya comidos y bebidos y cuando Vignot se disponía, el cigarro en la boca, á disertar sobre estética musical, comparando las degradaciones de color de las nubes con los semitonos y cuartos de tono, dijo Ferraud:

—Pero ¿y los Camandulenses? ¿No vamos ya á visitarlos? Me habían ustedes prometido una maravilla romana y me enseñan unas botellas vacías......

—¿Tiene usted empeño en ir? preguntó Valentín, fastidiado por los discursos del viejo compositor.

—Sí, por cierto.

—¿Y usted, Dauziat?

—Yo también.

—Entónces acompaño á ustedes, dijo Celina. La condesa se quedará con estos señores que no parecen dispuestos á moverse......

—¡Oh! no, exclamó Vignot. Estos momentos están llenos de bemoles; permanezcamos en éxtasis.

Los intrépidos montaron de nuevo y seguidos por un lacayo destinado á guardar los caballos, se dirigieron, guiados por el conde, hacia una colina, cubierta de árboles y en cuya cima estaban las ruinas. Llegaron en un cuarto de hora y subieron valientemente un abrupto sendero que les condujo á una puerta maciza que daba acceso al claustro. Los pilares tallados en que se dibujaban todavía cabezas de diosas, atestiguaban el origen romano del templo. El cristianismo, allí como en otros lugares sagrados, se había sobrepuesto, al paganismo. Los dioses del Olimpo habían sido expulsados por el Salvador del mundo y los restos de los altares paganos habían servido para sustentar el tabernáculo.

Los jinetes echaron pie á tierra. Ferraud se sentó en un chapitel cubierto de musgo y se dispuso á dibujar. Dauziat pronunció algunas palabras de entusiasmo literario. Valentín y Celina quedaron absortos ante la vista maravillosa que ofrecía el país. La sombra del bosque de Senart ondulaba hasta el horizonte limitado por colinas violáceas. El Sena, bordeado de pueblecillos sembrados en las anchas llanuras, brillaba como una cinta de plata. Del camino próximo subían á través del aire tranquilo el chirrido de las ruedas de invisibles carretas y los penetrantes cascabeles de los caballos. Era aquella una soledad animada, encantadora y muy melancólica.

Al cabo de un instante de soñadora contemplación, Valentín se separó y se puso á pasear por la colina, golpeándose las botas con el látigo y sin prestar la menor atención á su compañera. Después se sentó sobre el césped y estaba allí hacia algunos minutos con la cabeza baja y las facciones contraidas, cuando Celina se acercó á él. Entónces levantó los ojos con expresión de tristeza.

—¿Qué tiene usted? preguntó la joven; desde que le conozco, esta es la primera vez que la veo tan aburrido.

Valentín respondió, no con su tono zumbón acostumbrado, sino muy dulcemente:

—Sí; tengo hoy una buena dosis de fastidio.

—¿Negocios con la señora Mossler?

—Y muy serios.

—¿No hace lo que usted quiere?

—No por completo.

—¿Cuestión de dinero?

—Cuestión de dinero.

—Ella es muy generosa, sin embargo.

—Pero la predisponen contra mí.

—¿Quién?

—Su suegro de usted.

Hubo un silencio. Era visible que Valentín tenía en los labios un río de improperios contra Eliphas y que le contenía por respeto á Celina. Esta se lo agradeció.

—¿Qué diablos ha hecho usted para que no le basten los recursos de que dispone?

—¡Qué sé yo! Atrocidades; sartas de burradas. Soy el animal más estúpido de ambos mundos cuando me pongo á serlo. Y hace ya dos meses que se me va la cabeza.

—El darse usted cuenta de ello es prueba de que se vuelve más juicioso.

Valentín respondió rudamente:

—No lo crea usted; no estoy absolutamente nada dispuesto á enmendarme.

—¿Quiere usted, entónces, afligir á todos los suyos?

—¿Qué les importa? Nadie me ama.

—¿Está usted seguro de haber procurado que le amen?

—Bien sabe usted que eso no sirve de nada. ¿Ha visto usted alguna vez que se quiera á las personas por sus virtudes? A los virtuosos se les insulta y se les desprecia. En este mundo vale más ser tigre que cordero; por lo menos se inspira temor.

—Triste privilegio el de hacer sufrir. ¿De modo que es usted malo? Yo le juzgaba ligero, pero bueno.

—¿Qué sé yo lo que soy? Si hubiera sido pobre, si hubiera sido educado con dureza, como hubiera debido serlo después de la muerte de mi padre, es probable que me hubiera hecho un joven honrado. Hubiera permanecido en el ejército y hecho allí mi carrera, pues no temo el peligro, no soy más negado que otro cualquiera y tengo un honroso nombre. Hubiera vivido para ascender; para ganar cruces y estrellas, hubiera sido dichoso. En lugar de esto, he sido mimado como un príncipe, en medio de un lujo sin ejemplo y no teniendo más que concebir un deseo para que fuese realizado. He perdido muy pronto la satisfacción de desear antes de obtener, de soñar sin estar seguro de la realización de mi sueño. Me he estragado y las satisfacciones en que se funda la dicha del común de los mortales, no tienen ya atractivo para mí. El dinero ha perdido todo su valor; he tenido siempre la costumbre de arrojarlo á manos llenas. Cuando no tenía más, lo pedía y el manantial era inagotable. ¿Qué es lo que no se puede obtener, en el siglo en que vivimos, ofreciendo su precio? Todo se vende y es imposible, cuando se tiene mucho dinero, conservar ni una ilusión sobre nada. Así se llega al desprecio de los demás y de sí mismo, al hastío de todo, al escepticismo más completo......

—Usted no puede, sin embargo, dejar de conocer que la señora Mossler ha querido hacerle dichoso.

Valentín prorrumpió en una carcajada nerviosa.

—Ha querido, sobre todo, hacérselo á sí misma......Lo que necesitaba era un heredero...... Asegurar la suerte de sus millones antes de todo.........

—¡Bah! Se los ha dado á usted......

—¡Yo no se los pedía! Me ha dado gustos absurdos, necesidades imperiosas...... y ahora me niega el poder satisfacerlas......

Celina movió la cabeza sonriendo.

—Vea usted el motivo de ese descontento; le han acortado los víveres por primera vez...... ¿Qué ha hecho usted para merecer esa penitencia?

—Me acusan de que vivo mal, de que me aparto de mi mujer...... Como si pudiera hacer otra cosa cuando es ella la que se separa de mí...... Porque mi mujer no me ama. No soy de los que pueden agradarla; hay que tener para eso un gran talento ó un alma profunda y no es ese mi género. ¿Sabe usted lo que va á suceder si me dejan colgado enfrente de mis acreedores y sin poder pagarlos? Pues venderé mis caballos de carreras y con ese dinero me marcharé en mi yacht á dar la vuelta al mundo y dejaré plantados á mi mujer, á la señora Mossler, al tipo de Eliphas y á todo el género humano...... ¿Quiere usted venir conmigo?

—¡Está usted loco!

—Creo que sí. Pero no es culpa mía; he nacido razonable.

—Vuelva usted á serlo.

—Es muy tarde.

—Con un poco de buena voluntad......

—Sería el único que la tuviera.

Su fisonomía había cambiado y ya no parecía desanimado y triste, sino exhaltado y violento.

—¡Nadie se ocupa seriamente de mí! Creen habérmelo dado todo dándome la riqueza; y la riqueza no es nada; me doy cuenta de ello y la odio. Hay momentos en que querría agotár todos esos millones...... pero es imposible; volverían á venir otros tantos de allá. Eso es como un estanque que se le llena en cuanto se le vacía; no puede usted imaginar ese río de oro...... Y por algunas miserables deudas tantas historias.... Eliphas tiene la culpa...... Me odia.

Se levantó.

—Venga usted, andemos un poco, ¿quiere usted? Visitaremos las ruinas que no hemos hecho más que atravesar...... ¿Dónde están Ferraud y Dauziat?

Los llamaron y, de lejos, Ferraud con estó que estaba dibujando y que Dauziat le había dejado hacía un instante. Valentín y Celina entraron en el claustro situado sobre el lugar que antes había ocupado la capilla. Una escalerilla de escalones desconchados daba vueltas á un torreón y conducía á las celdas. Subieron y se encontraron á ochocientos metros de altura en una pequeña rotonda que daba al dormitario, aun bien conservado, con sus pilares macizos que ya no soportaban la bóveda demolida.

—Acaso no es prudente permanecer aquí, dijo Celina.

—¿Por qué? contestó Valentín riendo.

—Puede desprenderse alguna piedra de las paredes.

—La misma piedra las sostiene. Vea usted cómo sabían los frailes escoger sus moradas. ¿Puede verse sitio más encantador? El río á sus pies para la pesca; el bosque á su alcance para la caza, y en todo alrededor pueblecillos que les pagaban tributo...... ¡Y qué calma! ¡Qué paz! ¡Aquí se vivía! ¿No es verdad?

—Renunciando á los bienes del mundo....... dijo la joven sonriendo.

—Yo renunciaría á todo menos á la mujer que amo.

—¡Oh! Cuando se tienen tantas, no se tiene ninguna.

—Bien sabe usted qué, en ese caso, no tengo más que una.

Se aproximó á ella y, al lado de la ventana en ruinas, la estrechó contra su pecho. Celina quiso rechazarle y dijo:

—Vamos, déjeme usted marcharme. Sea usted juicioso.

Valentín se había puesto muy pálido y sus ojos brillaban. La joven trató de evadirse por delante de él; pero Valentín la cogió y la levantó en sus brazos. Celina arrojó un grito que él ahogó con los labios. Sintió á la joven gemir y revolverse en desesperada lucha, cuando una ancha tabla cubierta de líquenes y gramíneas quemadas por el sol, antigua mesa caída en el polvo, les hizo tropezar. Celina intentó todavía desprenderse, luchar, pedir socorro, pero bajo aquel cielo abrasador, en la soledad de aquel lugar pacífico, cerca de aquel hermoso joven del que tanto había huido, una especie de locura se apoderó de ella y con una embriaguez que indicaba tanto amor como odio, se abandonó.

Cuando se atrevió á abrir los ojos y se encontró en los brazos de Valentín, se irguió presa de un terror indecible. Los dientes apretados no le permitieron decir una palabra, pero una expresión de desesperación se pintó en su semblante. De pronto se impulsó hacia el vacío hacia la muerte, pero Valentín la contuvo y la estrechó con fuerza. Entonces, desesperada, impotente, no pudiendo matarse, quiso matar á su tiránico cómplice y cogiendo una piedra le hirió con toda su fuerza en la cara. La sangre brotó. Valentín no había hecho ni un movimiento y esperaba el segundo golpe. Pero aquel esfuerzo había agotado la energía de Celina, que vaciló y apoyada en la pared, permaneció inmóvil, estupefacta por su falta, sin comprender lo que había hecho hiriendo á Valentín que la miraba sonriendo y se enjugaba la sangre de la herida. Un ruido de pasos en las ruinas les volvió á la realidad. Era Dauziat que llegaba por el otro extremo de la rotonda, con mil precauciones porque á cada momento rodaban las piedras bajo sus pies.

—¡Dios mío! exclamó aproximándose; tiene usted la frente llena de sangre, querido conde.

—He caido al subir esa escalera, dijo Valentín. La señora Clement me ha creido muerto y por poco se desmaya. He tenido miedo por ella más que por mí.

—Bajemos, abajo encontrará usted agua fresca. Poro debe usted sufrir mucho......

Valentín miró á Celina y dijo:

—No.

La joven le siguió como una sonámbula. Dauziat bajó el primero por la insegura escalerilla, y mientras Celina tanteaba con la punta del pie las piedras carcomidas sintió que Valentín, con diestra mano, quitaba los fragmentos de musgo adheridos al paño de su falda; ligero contacto que la hizo estremecerse; precaución tierna que la apretó el corazón. ¿De modo que, en adelante, por un instante de debilidad —porque había abusado de ella, la había violentado; ella no había consentido.—aquel hombre tendría el derecho de ocuparse de ella, de tocarla, de darse aires de dueño? Eso no podía ser; no quería que fuera. Y á ese pensamiento su cerebro se sentía poseido de tal furor, que se sentía capaz de un estallido, de un insulto público, de una violencia irreparable.

Celina iba detrás de Dauziat dando vueltas en su cabeza á estos proyectos locos. Sin embargo, en el fondo de su alma se hacía oir una voz que decía: Bien sabes que lo que ha sucedido era inevitable. Te amaba, te perseguía hacía mucho tiempo y tú no lo esquivabas sino lo estrictamente necesario para ponerte á salvo de un peligro inmediato y no para cortar de raíz toda tentativa. Has jugado con el fuego, has sido coqueta y has caido en el lazo. Si alguna acusación tienes que hacer, es á tí misma. Los hombres, bien lo sabes, no tienen ningún escrúpulo y no se dejan guiar más que por su placer. No podías esperar ninguna generosidad. ¿De qué te quejas?» Pero á pesar de estas duras advertencias, Celina continuaba lamentando—¡oh! su carne sometida, su pudor hollado, su orgullo vencido.

Preciso le fué desarrugar la frente é imponer un aspecto sonriente á su cara. Llegaban al sitio en que esperaban los caballos custodiados por un lacayo. Celina se vió precisada á empapar su pañuelo en el arroyo y lavar ella misma la herida que había causado, y ante las miradas de Dauziat, tuvo que disimular su vergüenza, tragarse su rabia y afectar dulzura é interés curando á Valentín, cuando hubiera querido asesinarle y huir en seguida.

—¡Bah! eso no es más que un coscorrón sin gravedad; no morirá usted de esta, dijo el literato riendo.

Montaron á caballo y se volvieron á Argentray, donde la señora de Coutras y sus compañeros charlaban pacíficamente, bajo el emparrado, esperando los excursionistas. Acogieron con tranquila conmiseración el relato del conde, cuyo accidente explicado por él mismo perdía todo interés, y como tenían que hacer una larga caminata para volver á la Chapelle-Sauvigny, emprendieron la marcha. Por la noche Federico dijo que su mujer tenía una gran jaqueca y se quedaba en su habitación.

—Eso es lo que tiene correr á caballo todo el día con un sol terrible, murmuró el Sr. Eliphas.

La culpa es mía, dijo la condesa. La propuse volver en el coche con nosotros, y cuando no quiso debí obligarla.

—Puede ser que la señora Clement se alterase demasiado al ver caer al conde, en las ruinas, y levantarse con la cara ensangrentada, dijo Dauziat.

—¡Ah! ¿mi nuera ha ido á los Camandulenses?

—Yo también, y Ferraud. Yo soy quien encontró al Señor Coutras medio muerto y á la Señora de Clement casi desmayada.

Eliphas lanzó una ojeada á Valentín, que permaneció impasible, y repentinamente taciturno, no tomó ya parte en la conversación que Redel sostuvo casi solo. La Señora Mossler había hablado de la guerra y de las empresas de su marido cuando era agente de Gambetta, y el coronel había descrito el aspecto de aquellos ejércitos de provincia, hambrientos, tiritando de frío, á veinte grados bajo cero, con sus delgadas esclavinas de paño, mientras que los prusianos, vestidos como boyardos y hartos de comer, se calentaban en el incendio de las aldeas. Después se habló de la retirada de Vendome con sus combates de la retaguardia, del cuerpo de ejército del almirante Jaureguiberry, y del viejo marino, trotando en un caballejo entre sus líneas de tiradores, que se retiraban tranquilos, intrépidos, imponentes con su incansable firmeza. Federico Clemant preguntó, con aire de desconfianza, si el país estaba mejor preparado en la actualidad y si la resistencia sería posible, y el coronel dijo, animándose:

—Sí, ciertamente; estamos en condiciones de defendernos. Todo dependera de los primeros encuentros. Si tenemos ventajas al principio, estaremos antes en el Rhin que los alemanes en Nancy. Si somos vencidos al empezar...... ¡Oh! entonces la lucha será sin cuartel. El alma francesa está mejor templada que el alma alemana y soportará bien un gran peso de desastres. Lo ha probado en 1871. Jamás los alemanes hubieran tenido en la derrota la abnegación de semejante esfuerzo. La guerra futura será de tal modo espantosa, tan mortífera, tan abundante en ruinas de todas clases, que no creo que nuestros enemigos la soporten mucho tiempo. Y será preciso hacerlo así. Será una guerra de duración, en la que se sucederán los reveses y las victorias. Ahora bien, á los generales alemanes les costó gran trabajo en 1871 llevar al combate unas tropas victoriosas: preguntadles lo que podrían esperar de sus soldados vencidas......

—Sí, dijo Federico; el corazón no faltará, eso es sabido. Pero ¿y el estómago? ¿Se comerá? ¿La intendencia cumplirá su deber que es alimentar á las tropas y no hacerlas ayunar?

—¡Bah! dijo Redel con descuido; los soldados franceses se han batido siempre con el vientre vacío. En Malplaquet se les acababa de repartir el pan en el momento de trabarse la acción, y le tiraron para correr más aprisa al fuego...... Esto no quita que yo encuentre indispensable, llegado el caso, fusilar al frente de las tropas uno ó dos de esos señores, para dar exactitud á los demás.

—¡Ah! Esas cosas no se hacen nunca......

—Napoleón no vacilaba en hacerlas y así estaba tan bien servido.

—Seguramente hay en alguna parte un hombre capaz de hacer el mismo papel, pero faltan las circunstancias en las cuales pudiera revelarse. Para tal planta hace falta un terreno preparado. Nunca la democracia suspicaz

y celosa que ahora es dueña del poder, sufrirá que un general se ponga en evidencia. Todavía está espantada con Boulanger. Sería precisa, pues, una guerra para que surgiera un hombre providencial que, en la locura de la victoria producida en el país entero, se apoderase de la dirección de los negocios. Y aún no es seguro que los representantes del pueblo no intentasen derribarle ó suprimirle. Hay todavía setas de las que mataron á Hoche...

—Hoche fué, en todo caso, envenenado por los vandeanos......

—También se ha dicho que fué por Bonaparte.

La conversación se descarriló completamente y se perdió en anécdotas poco auténticas. Al levantarse de la mesa, Valentín sintió un verdadero alivio instalándose en la sala de fumar, donde pudo recostarse en una butaca y cerrar los ojos pensando en su aventura. Su decepción había sido grande al saber que no vería á Celina aquella misma noche. Estaba ilusionado por la idea de encontrarla en el salón, de sentarse á su lado y mirarla, respirarla y expresarla, envueltas en palabras insignificantes, mil ternezas que ella sola comprendería. La ausencia de la joven le producía una turbación indecible; como una sensación de vacío; como si se encontrase siendo un extraño entre sus convidados; y sentía una desanimación profunda, presintiendo que aquel propósito de evitarle era la primera manifestación de una resistencia que no podía vencer.

Todos sus amores, hasta entonces, habían sido fáciles. Tan sólo había conocido Señoras Bourdón que no se defendían más que para capitular en mejores condiciones. Las repulsas le dejaban asombrado, y acaso no había deseado tanto á Celina sino porque ésta le tenía á cierta distancia. Pero fuerte ya, después de haberla poseido, la deseaba con un ardor singular que nunca había sentido y sólo pensaba en el momento de volverla á ver, de hablarla, de hacerla conocer sus deseos y sus esperanzas. La velada fué corta. Todos los habitantes de la casa estaban cansados por la expedición del día. Valentín se retiró pretextando sus contusiones y se encerró en su cuarto.

A la mañana siguiente bajó á eso de las diez y tuvo la contrariedad de saber que Celina se había marchado á París con su marido. Decididamente huía de él y esto le causaba un profundo descontento. Aquel niño mimado á quien todo había sonreído, se irritó ante e pudor de una mujer y no lo comprendió. Necesitaba la satisfacción de su capricho, en seguida y sin restricciones. No le cabía en la cabeza que una mujer á quien había poseído, pensase en resistírsele en adelante, y en la agitación de espíritu en que las veleidades de Celina le ponían, poco le faltaba para acusarla de necia. Se prometió tener con ella una explicación de las más terminantes, aquella misma noche.

Pero no tuvo esta satisfacción. La mujer de Federico permaneció en París con su marido, al que retenía en la capital un importante negocio, y tardó cuatro días en volver á la Chapelle-Sauvigny. Ninguno de los huéspedes pudo observar el furor que embargó á Valentín mientras esperó á la joven. Mostró un semblante alegre y al oír que la Señora Mossler se extrañaba de que permaneciese tanto tiempo sin ir á dar una vuelta por París, contestó con agradable sonrisa que la calma de los campos le sentaba á las mil maravillas y que no comprendía cómo no había gozado más de ella hasta entonces.

Por fin tuvo la satisfacción de ver que entraba en el patio del castillo el coche que había ido á buscar á los señores de Clement y que bajaba de él, esbelta y ligera, aquella á quien esperaba hacía tanto tiempo. La observó, sin que ella lo notase, desde una ventana de la sala de fumar, y vió que no estaba nada cambiada, que parecía muy tranquila y que vigilaba con entera calma la operación de bajar del coche sus efectos. No quiso, por el pronto, presentarse delante de ella pensó que su prisa podría ser mal interpretada y se prometió verla en la velada. Pero el tiempo pasó lentamente sin tener en cuenta la impaciencia de Valentín, y éste, que llegaba siempre el último al salón, fué aquella noche el primero y dió conversación á su madre, lo que la colmó de gozo, pues no estaba acostumbrada á semejantes favores.

Al fin, á las siete, se presentó Celina. Fué á besar á la Señora Mossler, dió un apretón de manos á la condesa y, al pasar por delante de Valentín, le tendió la mano que él no sintió estremecerse en la suya. Estaba tan á sus anchas como si nada hubiese ocurrido. Miró con sus hermosos ojos á Valentín y éste no vió en ellos ni el más leve reflejo de cólera. Lo había olvidado todo completa y profundamente. El joven sintió un acceso de furor. «¿Creerá, pensó, que va á escaparse? ¿Imagina que tiene que habérselas con un idiota y que me voy á dejar aturdir por sus malicias? Va á ver que á mí no se me paga con esa moneda; yo la volveré á llevar al punto en que quedó nuestro asunto y no tardaré.» Después pensó que acaso aquel disimulo no era más que táctica con el objeto de despistar acerca de sus sentimientos á las personas que los rodeaban, y que, una vez sola con él, cambiaría de actitud.

Se calmó y aplazó sus resoluciones, limitándose á observar á Celina que jamás había estado más bella ni más seductora. Una especie de lánguida dulzura parecía implorar en ella indulgencia. Parecía decir: «¿Quién será bastante duro, bastante brutal, para atormentar á un ser, como yo, débil y dulce? ¿Quién tendrá ese valor? decidme, vosotros, los que me estáis mirando. Y usted mismo, Valentín, ¿cómo puede pensarlo?» Detuvo por dos veces la mirada en él y el joven creyó leer en ella súplicas apremiantes. Se puso entonces frío y suspicaz y volvió á todas sus desconfianzas. Pensó que Celina estaba representando una comedia para moverle á piedad; no comprendió las angustias que la agitaban y no pensó en el apasionado agradecimiento que era capaz de dedicarle si se prestaba noblemente á aquel olvido de su falta que ella deseaba imponerle. Ni por un momento hizo la causa de la joven contra sí mismo ni pensó más que en abusar de la situación en que se encontraba.

Después de comer, maniobró hábil y pacientemente para acercarse á ella, mas la joven hizo frascasar todos sus esfuerzos con un ardor que indicaba cuánto deseaba evitar una entrevista con él. Pero Valentín tenía sobre ella la superioridad de la audacia y por un movimiento imprevisto logró bloquearla en un rincón del salón, entre dos plantas, que les ocultaban y una mesa llena de álbumes que impedía llegar hasta ellos. La tuvo allí prisionera, pero absolutamente dueña de sí misma, como lo indicaban la arroganci de su actitud y la palidez nerviosa de su semblante. Valentín no perdió el tiempo en preambulos y abordando desde luego la cuestión capital:

—Celina, dijo á media voz y como si hablase de cosas indiferentes, ¿por qué ha estado usted cuatro días lejos de mí?

Ella le miró de alto abajo con aire altanero y dijo:

—¿Tengo que dar á usted cuenta de lo que hago? He aquí una pretensión nueva é inesperada.

—Si usted no hubiese huído de mí, no tendría que prguntarla. La actitud de usted para conmigo me da el derecho de hablarla así.

—Ni usted tiene ningún derecho ni yo he huído. La actitud que tengo es la que conviene.

—¿Quiere usted, pues, tratarme como enemigo?

—Sí, si trata usted de algún modo de limitar mi libertad.

—Usted, sin embargo, no podrá hacer que lo ocurrido no sea un hecho.

—Está usted en un error; lo haré.

A esta declaración tan rotunda y que tomaba más fuerza todavía dicha muy bajo y en tono joval, Valetín se estremeció de cólera y replicó con los dientes apretados:

—¡Cuidado! Usted es mia y nada podrá hacer que no lo sea. Antes, destruiré todo cuanto nos rodea.

Celina se levantó como impulsada por una fuerza invencible, y dijo, mirándole con sonrisa intrépida:

—Ya puede usted empezar.

Y pasando impasible por delante de él, fue á sentarse al lado de Señora Mossler. Valentín oyó este fragmento de diálogo entre las dos mujeres:

—¿Qué decía á usted ese loco?

—Tonterías, respondió Celina.

—De manera que ha salido usted derrotada......

—No, á fe mía. No le temo ya. Solamente me cansa un poco.

La rabia que se apoderó de Valentín al oir aquella bravata fué tan violenta, que se levantó para ir hacia Celina, pronto á cogerla en sus brazos sin pensar en lo que debía suceder. Dió cuatro pasos en el salón, como delirante y con la cara tan alterada que vió los ojos de la joven agrandarse de espanto y temblar sus labios. El hecho de que tenía miedo y no le despreciaba tanto como quería decir, calmó repentinamente la exasperación de Valentín, que pensó: «Ha querido afectar audacia, pero no está tan segura de sí misma que no pueda llegar un momento en que la tenga á mi discreción. ¿Para qué, pues, perderlo todo en un momento?» Se puso risueño y en lugar de lanzarse sobre Celina en actitud violenta, como su movimiento amenazador podía hacer temer, se apoximó con un aplomo perfecto y dijo:

—No se sabe, en realidad, cómo complacer á usted. Está uno serio y se queja usted de que se la aburre. Está uno alegre y protesta porque se abusa de su indulgencia. Me parece que lo mejor sería, para agradarle, no volverse á ocupar más de su persona.

La joven levantó hacia él una mirada suplicante, como diciéndole: sea usted generoso y, en efecto, no se ocupe más de mí. Pero Valentín continuó:

—Pero entonces, ¿qué se pensaría de mí? Que era un gruñón, un ser sin galantería. Es, pues, preciso resignarse á sufrir sus sofiones y portarse como uno cree que debe hacerlo, sin tener en cuenta sus caprichos. Así, acaso se llegue á desarmar á usted.

Celina volvió á tomar sn aire de provocación:

—Eso nc es probable.

—¡Bah! dijo él ligeramente; yo corro el albur. ¿Qué puede sucederme peor que ser tratado como lo soy por usted.

La Señora Mossler los escuchaba con asombro: Le parecía descubrir un sentido profundo en aquellas palabras ligeras. Los examinó con atención y los vió poseídos de una emoción que su diálogo no explicaba. Las frases cambiadas delante de ella, ¿tenían, pues, undoble sentido? ¿Celina y Valentín estaban en seria hostilidad? ¿Y por qué? El carácter y las costumbres de su hijo adoptivo ofrecían demasiadas explicaciones y eran éstas bastante graves para que la señora Mossler, una vez despierta su desconfianza se contentase con las razones que le habían dado los dos antagonistas: se propuso, pues, observarles. Tenía un afecto serio por Celina, y además la joven estaba bajo su techo y la Señora Mossler no podía admitir que un huésped no estuviese material y moralmente seguro en aquella casa.

Buscó á Federico Clement y le vió en una mesa de whist con su padre y con Ferraud. Asoció en su pensamiento aquel grave joven, de calvicie precoz, ojos fríos y casi feo, si la inteligencia no hubiera suplido la ingratitud de su cara, y aquella fina, graciosa y seductora Celina. ¿Qué lazo podía unir aquellos dos seres que no supiera romper el amor? ¿Estaba hecha para Federico, siempre ocupado, siempre en busca de un negocio, aquella parisiense creada únicamente para el placer y la alegría?

Por una evolución de su espíritu, la Señora Mossler pensó en Enriqueta y Valentín. ¿No existía entre ellos la misma desemejanza? La mujer reflexiva, apasinada por el arte, curiosa de sensaciones intelectuales, ¿no era el polo opuesto de aquel marido ligero, entregado á las impresiones materiales, gran aficionado á los ejercicios violentos y á los placeres físicos? ¿Había existido en aquellos dos matrimonios una equivocación deplorable? ¿Esas dos parejas, tan mal acopladas, prometían para el porvenir tempestades y naufragios? La Señora Mossler no permaneció mucho tiempo inquieta. Su conciencia proporcionaba á su espíritu argumentos morales que la tranquilizaban. Reconocía la influencia de los buenos principios en la vida y no tomaba en serio las exageraciones del moderno escepticismo.

Eliphas pensaba como ella y si hubiera sido puesto en el caso de resolver en asunto tan serio como aquel que preocupaba á la señora Mossler hubiera mostrado igual confianza. Pero su amiga estaba lejos de querer consultarle semejantes dudas. La hostilidad, ya grande, de su ministro de la Caridad contra Valentín, hubiera aumentado hasta el punto de hacer imposible toda amistad con ella. ¿Y qué hubiera sido de la Señora Mossler sin Eliphas? Si aquel hombre de negocios admirable dejaba de prestarle su concurso, ¿cómo iba ella á salir adelante con la administración de sus fundaciones? Diez secretarios, que la embrollarían sus asuntos y la robarían, no podrían substituir al benévolo distribuidor de sus beneficios.

Para cortar por lo sano cualquiera intriga comenzada ó cualquier capricho naciente, resolvió llamar á Valentín é interrogarle con seriedad. Sabía de antemano que le costaría caro ser obedecida, pero no importaba esto con tal de obtener el resultado que se proponía. El dinero no era para ella más que un medio de asegurar su autoridad ó su insuficiencia, y ese medio había sido hasta entonces infalible con Valentín. Tranquilizada por esta conclusión de sus meditaciones, se levantó, se despidió de sus huéspedes, acostumbrados á verla retirarse temprano, y al recibir las buenas noches de Valentín, dijo:

—Si tienes intención de ir mañana á París, entra á verme antes de marcharte; tengo necesidad de hablar contigo.

Como hacía cuatro días que la señora Mossler estaba seria con su hijo adoptivo á causa de la terrible liquidación que había pedido y á la cual ella, por primera vez, se había negado, Valentín entrevió en aquella conversación su vuelta al favor maternal; y pronto á aprovechar las circunstancias, contestó muy amablemente.

—Pero, querida mamá, no quiero por nada del mundo molestarte temprano. Esperaré tus órdenes.

La señora Mossler le miró con complacencia, dulcificada en un instante por su amabilidad, y moviendo la cabeza, como incrédula ante aquellas manifestaciones zalameras, dijo:

—Bueno; está convenido. Te haré buscar en cuanto esté dispuesta. Que duermas bien y trates de traerme mañana resoluciones juiciosas.

Tomó el brazo de Eliphas y salió del salón.

V

La habitación que ocupaba la señora Mossler era la de la Pompadour; el estrado de balaustres dorados destinado al lecho de la favorita había sido suprimido en tiempo del senador conde de Berland, bajo el primer imperio. La decoración, debida al pincel de Lancret, era la misma y consistía en exquisitas pinturas de asuntos pastoriles, que han sido después reproducidos en tapices por los Gobelinos. Sobre la chimenea había un reloj y dos jarrones de mármol esculpidos por Caffieri y con guarniciones de bronce. El mobiliario, compuesto de un ancho sillón, dos cómodas de palo de violeta, una mesa de madera tallada y dorada y unas cuantas butacas y sillas de tapicería, había sido comprado por la señora Mossler en la almoneda Bertin y pagado á peso de oro. El piso estaba cubierto con una alfombra de la Savonnerie y las ventanas adornadas con cortinas de color de amaranto de un tono delicioso.

A eso de las diez, la señora Mossler, sentada en el hueco de una ventana, estaba mirando á los trabajadores que, embarcados en dos lanchas y bajo las órdenes de un guarda, hacían en el estanque una gran saca de peces y llenaban con ellos grandes redes. Ferraud y Dauziat, á pesar del rocío de la mañana, presenciaban la operación desde la orilla y gesticulaban gritando á los pescadores confusos consejos. Bajo el cielo luminoso bordado de ligeras nubes y en aquel marco de verdor ya pálido, el cuadro resultaba tan animado y pintoresco, que la señora Mossler le hubiera contemplado largo rato si la puerta de su cuarto no la hubiera distraído, al abrirse, de aquella divertida ocupación. Valentín entró sonriente.

—Estabas mirando los pescadores, madre mia, dijo. Es verdaderamente extraordinaria la cantidad de pesca que hay en tus estanques. Han sacado en una hora más de veinte redes repletas, y eso que tiran los peces pequeños... Vas á tener comida de vigilia para enviar el viernes á todos tus asilos.

—He mandado hacer esa destrucción, porque, verdaderos calmanes, los peces grandes han devorado los bonitos patos de Berbería que tú me regalaste y que tanto me gustaba ver nadar bajo mi ventana.

—Yo te traeré otros. Uno de mis amigos, Saint-Girón, tiene una especie verdaderamente rara. Parecen pintados, tan variados y tan vivos son sus colores.

La señora Mossler, con el revés de su lánguida mano, dió un golpecito en la mejilla á su hijo adoptivo, y examinando la señal roja que tenía en la frente, dijo:

—Has podido desfigurarte al caer y eso hubiera sido fatal, porque ¿que te hubiera quedado si perdías tu belleza física?

Valentín se echó á reir.

—Siempre me hubiera quedado tu cariño, supongo. Tú, tan buena para los desgraciados, no ibas á abandonarme porque fuera desagradable á la vista.

—Yo no pero ¿y las otras mujeres?......

—Con no ocuparme más de ellas, estaría despachado.

La señora Mossler examinó á Valentín y, en un tono que no era el de la broma, contestó:

—Pues bien; debes empezar inmediatamente.

El conde trató de escaparse con un chiste.

—¿Así, sin prevenirlas, sin preparación? ¡Las desgraciadas! ¡Tú las quieres mal!

Al contrario; las quiero bien, ó, mejor dicho, quiero bien á una de ellas.

Valentín cambió de actitud presintiendo un rudo asalto. Se sentó al lado de la señora Mossler y dijo:

—Madre mía no te comprendo. ¿Me hablabas en serio? Yo creí que bromeabas.

—No; no bromeo. Te hablo seriamente.

(Continuará.)

SUPLEMENTO.

El Gobernador Cahuantzi ante el Gran Jurado.

SE ERIGE EL GRAN JURADO.

El Jueves en la mañana según habíamos anunciado, se erigió la Cámara de Diputados en Gran Jurado, para conocer del proceso instruido por la 2ª Comisión del mismo, con motivo de la acusación que varios periodistas de esta capital formularon en contra del Coronel D. Próspero Cahuantzi, Gobernador de Tlaxcala, por infracciones, según ellos, á las Leyes de Reforma.

Bajo la Presidencia del Sr. Lic. D. Justino Fernández, dió principio la sesión á las nueve y media de la mañana con la lectura de las constancias procesales, que son en resumen las siguientes:

MOTIVO DE LA ACUSACIÓN.

Como primera constancia, obra una carta del Obispo Camacho dirigida al *Tiempo* en la que hace una reseña de los funerales del Obispo Vargas en Tlaxcala y adjunta copia de la alocución pronunciada por el Sr. Cahuantzi en la que éste por sí y por el pueblo da el pésame más sentido al Sr. Camacho por la pérdida tan irreparable sufrida por el clero con la muerte del Obispo de Puebla.

COMPARECENCIA DE LOS ACUSADORES.

Llamados por la 2ª Sección del Gran Jurado los acusadores para ratificar su acusación, algunos de ellos para robustecer ésta, presentaron recortes de periódicos donde se daba cuenta de la ceremonia fúnebre, de la inhumación del cadáver del Sr. Vargas y de la alocución mencionada.

DECLARACIONES DE PERIODISTAS.

El Director del *Monitor Republicano* dijo que el párrafo á ese respecto publicado, lo había tomado de otros periódicos, fundándose en esto para la excitativa que hizo al Gobierno acerca de las infracciones denunciadas.

El Secretario de redacción de *Gil Blas*, D. Francisco Osácar, manifestó que las noticias allí publicadas, provenían de una correspondencia recibida de Tlaxcala.

El representante de *La Voz de México*, D. Trinidad Sánchez Santos, expuso que las noticias en cuestión las tomó de *Gil Blas*.

D. Victoriano Agüeros presentó la carta suscrita por el Sr. Camacho.

El Sr. Lic. D. Rafael Reyes Spíndola declaró que las noticias publicadas en *El Mundo* y *El Imparcial*, provenían de telegramas y correspondencias enviadas por el corresponsal de Tlaxcala.

En su declaración el Sr. Bulnes, dice que confiesa que se equivocó al asentar en un artículo publicado en *El Mundo* que una infracción á las Leyes de Reforma era la perpetrada por el Gobernador de Tlaxcala, pues que en verdad eran tres:

Haber autorizado que sepultaran un cadáver en un templo; haber acompañado al Obispo Camacho, yendo á su derecha, á una ceremonia en toda forma, y haber pronunciado una alocución á nombre del pueblo de Tlaxcala, por la muerte del Obispo Vargas.

DECLARACIÓN DEL ACUSADO.

No niega haber asistido á los funerales del Obispo Vargas, pero afirma que lo hizo como particular y no como funcionario público, que la inhumación del cadáver se hizo en una capilla, dependencia del cementerio de Ocotlán, y no en ningún templo donde se practica culto, que no pronunció alocución alguna. pues lo que hizo fué entregarle un papel al Obispo Camacho, en el que le daba el pésame por la muerte del Obispo Vargas, papel timbrado con su sello particular.

NUEVAS PRUEBAS.

Con posterioridad los acusadores presentaron una circular de un Presidente Municipal de Tlaxcala, en la que á nombre del Gobernador, se ordenaba la concurrencia de los habitantes al entierro del Obispo Vargas.

A petición de los mismos acusadores, fueron examinados varios testigos que declararon haber estado izado el pabellón á media asta el día del entierro del Obispo Vargas y haber salido con traje talar y su cortejo correspondiente el Cura de Ocotlán.

DILIGENCIAS DE LA DEFENSA.

Se refieren á las declaraciones de varios vecinos prominentes del Estado y de empleados federales, en que niegan que se hayan cometido por el Gobernador tales infracciones á las Leyes de Reforma.

El Administrador de Rentas manifestó que tenía conocimiento de alguna de esas infracciones por las multas que ingresaron á las cajas del Erario.

El Presidente Municipal que envió la circular á nombre del Gobernador, de que arriba hablamos, en un careo que tuvo con Cahuantzi, convino con éste en que lo había mandado sin su autorización.

EL JUEZ DE DISTRITO DE QUERÉTARO.

Este funcionario devolvió diligenciado el exhorto que se le remitió y en el cual consta que el señor Obispo Camacho declaró que no hubo ningún acto religioso del culto externo, y que el pliego que mandó publicar y le entregó el Sr. Cahuantzi, no lo hizo con carácter oficial.

En cumplimiento de otro exhorto librado al Juez de Distrito de Tlaxcala declararon Agustín García, Capitán Alvarez, Sargento Ocádiz, gendarme Carpintero y otros vecinos citados por los acusadores Cabrera y Roumagnac. Estos y otros testigos niegan los hechos imputados al Sr. Cahuantzi.

EDUARDO GÓMEZ HARO.

Este es el nombre del joven estudiante de Puebla que remitió noticias telegráficas y correspondencias para *El Imparcial*, único periódico que ha comprobado haber recibido datos directos referentes al entierro del cadaver del señor Obispo Vargas; fué llamado á declarar ante el Juez de Distrito del Estado de Puebla en cumplimiento del exhorto que por conducto de la Secretaría de Justicia libró la 2ª Sección del Gran Jurado.

CORONEL PRÓSPERO CAHUANTZI.

Tratábase de aclarar las contradicciones que resultaron entre sus noticias y la declaración rendida por el Gobernador Cahuantzi, y del careo supletorio que se practicó, resultó que el Sr. Gómez Haro ratificó sus noticias diciendo que él fue testigo presencial de los hechos que refirió.

El Sr. Cahuantzi se sostuvo en su dicho.

EL LIC. F. O'REILLY.

Solicitó se practicara una vista de ojos al Camarín del Santuario de Ocotlán; pero la Sección, fundándose en la ley, determinó que no era procedente la diligencia por extemporánea.

EL DICTAMEN.

La Comisión, en resúmen, dice, que no queda en pie contra el Sr. Cahuantzi, más que las aseveraciones del Sr. Gómez Haro, que en telegrama dirigió al *Imparcial*, porque ninguno de los otros periódicos tuvo datos directos; pero que estas aseveraciones están destruidas por las declaraciones rendidas á este respecto.

El dictámen termina con esta única proposición:

"El Gobernador del Estado de Tlaxcala, Coronel Próspero Cahuantzi, no es responsable del delito de infracción á las Leyes de Reforma de que fué acusado."

A la una y media se suspendió la audiencia, para continuarla á las tres y media.

Audiencia de la tarde.

Acusación.

Al comenzar la audiencia de la tarde, el Señor O'Reilly, representante de los periodistas acusadores, hizo uso de la palabra, que le fué concedida por el Presidente del Gran Jurado y de la Cámara, Lic. Don Justino Fernández.

Su discurso abundó en figuras galanas, en frases enérgicas, impregnadas en parte de los ardores de la juventud, en parte de las nociones que comunican las lecturas de las historias y leyendas de esa generosa Francia que ha derramado á torrentes su sangre por ideales, que talentos positivos han llamado sueños...... y que la experiencia de esa misma nación y de las que giran en su misma órbita intelectual, va lentamente confirmando que en realidad lo son.

Un discurso compuesto del panegírico de las leyes de Reforma, de la heroica lucha de *nuestros padres*, (y el Señor O'Reilly, muy joven comunicaba cierta ternura á esta frase), compuesto de imploraciones á los hombres actuales para que las cumplan, de elocuentes exhortos á los jóvenes para que continúen en su cumplimiento; es evidente que debía obtener y obtuvo calurosos aplausos de las galerías.

Aquel fué el discurso popular dicho ante una Cámara, en la que si hay mucho elemento joven, es indudable que prepondera el de los hombres cansados por las luchas de las ideas y de las pasiones, y entre los cuales se sobrepone la razón serena, informada en un vasto deseo de justicia y tal vez de piedad.

El joven abogado sacó todo el partido que era posible sacar de las complicadas constancias del proceso; el principal apoyo de sus argumentos consistió en la *alocución* del señor Cahuantzi que publicó el Señor Obispo de Querétaro en las columnas de *El Tiempo*, en cuanto á uno de los principales capítulos de acusación, esto es, en cuanto á que el Gobernador de Tlaxcala había asumido la representación del pueblo que gobierna, con su carácter oficial, en un acto de condolencia por la muerte de un Príncipe de la Iglesia, ante la cual, como particular, pudo revelar los sentimientos que sinceramente tuviera; pero como gobernante siempre debió considerar como un hecho perfectamente indiferente, dadas nuestras instituciones en general y las leyes de Reforma especialmente.

Consideró sofística la distinción establecida por la Comisión Especial del Gran Jurado en su dictamen, entre lo que debía considerarse como templo destinado al culto público, y el lugar en que se había sepultado el cadaver del Señor Obispo Vargas, pues era incuestionable que allí, en el mismo lugar, cuando menos una vez al año, se practican actos del culto católico con la debida autorización de la autoridad civil.

En cuanto á la participación del Señor Cahuantzi en un acto del culto externo, y su consentimiento para que el mismo se levase á efecto, en opinión del orador, no puede caber duda puesto que así lo revela *la prensa*, lo confirman las declaraciones del acusado, que no niega su concurrencia á la gran procesión formada por sociedades religiosas y civiles con sus estandartes, que acompañaron por numerosas calles de la ciudad de Tlaxcala, el carro fúnebre del Prelado.

La prensa también reveló que el pabellón nacional se había izado á media hasta en los edificios públicos, que se había formado una valla militar por donde pasaba la comitiva fúnebre, y estos hechos constituían otras tantas violaciones á las leyes de Reforma, puesto que son indicio claro de la participación del Estado, del Gobernador que es su representante, en una ceremonia que, según las mismas leyes, debía ser absolutamente extraña al Gobernador de un pueblo.

Defensa.

Habla el Señor Lic. Indalecio Sánchez Gavito, defensor del Gobernador de Tlaxcala.

Su discurso es eminentemente jurídico, y en él agotó el asunto; fué muy extenso.

Su exordio fué recibido con visibles muestras de desaprobación, pues tal vez, pretendiendo hacer un argumento poderoso, aceptó que el Señor Cahuantzi había concurrido á los funerales del Obispo con su carácter oficial, pero que no por eso había violado las leyes de Reforma.

Lic. Alberto Palacio.—Miembro de la Comisión del Gran Jurado.

Una protesta formidable resonó en los escaños de los Diputados y en las galerías.

El Sr. Sánchez Gavito:

"Voy á cambiar el orden de mi argumentación, puesto que no es del agrado de la Asamblea l que iba á exponer."

Siguió haciendo un análisis minucioso de la prueba presentada por los acusadores, toda ella basada en los partes telegráficos recibidos por *El Imparcial*, puesto que *El Monitor* tomó sus versiones de otros periódicos, según declaración de su Director, idéntica á las del *Gil Blas, Voz de México, El Tiempo* y algún otro, así es que descifrando todo lo que la prensa había dicho, sólo se encontraba en ella versiones, más ó menos *disfrazadas*, de lo que había publicado *El Imparcial*.

En cuanto al señor Director de este periódico, manifestó que lo publicado era debido á la pluma de su corresponsal en Tlaxcala, quien examinado por exhorto, dijo que sólo le constaba que había izada una bandera en el Curato, y en cuanto á la valla militar, había visto formados dentro del templo, por donde pasó el cortejo fúnebre, á unos veinte hombres del Ejército.

Este testimonio, el de la prensa, al que tanto valor se le ha querido dar, resulta absolutamente baladí, puesto que es singular, se reduce al del *Imparcial*, cuyo corresponsal fué vago en sus escritos, y en lo que tienen de fundamental están desvirtuados por las declaraciones tomadas á otros funcionarios públicos, jefes del Ejército, de los rurales, etc.

El otro argumento de la acusación ha consistido en el examen de lo que se ha llamado *alocución del Sr. Cahuantzi*, suponiendo que la había pronunciado al cerrarse la tumba del Obispo; pero tal suposición ha resultado sin fundamento, puesto que se demostró que la *alocución* le había sido entregada al Obispo de Querétaro, en la casa del Gobernador, escrita en un pliego que lleva el sello de ser de su correspondencia particular, y de un modo enteramente privado; por lo tanto, esto no significa la violación de ley alguna.

Deficiente es también la prueba en lo que se refiere á la declaración del Sr. Bulnes, pues la apoya en conceptos de dos personas cuyos nombres no cita, se reduce, por otra parte, á asegurar que el Gobernador de Tlaxcala violó con sus actos, de un *modo seguro*, las Leyes de Reforma, pero sin expresar concretamente cuáles eran esos hechos, ni cuáles las leyes violadas.

En resumen, el Sr. Sánchez Gavito mostró con claridad en su extenso discurso, lo deficiente de las pruebas rendidas, respecto de todos y cada uno de los puntos de acusación y sus incidentes.

Réplica.

El Sr. O'Reilly pide de nuevo la palabra, y dice que no sabe cómo el señor Defensor trata de presentar al acusado como un perfecto liberal, cuando es público y notorio que uno de sus hijos, en las fiestas religiosas tocaba el violín; pero que tal cosa no le extrañaba cuando el defensor era español, tlaxcalteca el Sr. Cahuantzi, y si los conquistadores se habían servido de ellos para vencer al imperio azteca, hoy se continuaba la obra de los siglos, pagando con la defensa una obra de gratitud, que, por otra parte, también se encaminaba á destruir de nuevo el imperio azteca, que tenía por sólida base las Leyes de Reforma que en Tlaxcala habían sido violadas. Que él no concebía á un católico liberal, pues un gobernante que protestaba guardar y hacer guardar las Leyes de Reforma, era contradictorio con el católico cuya religión le ordena violarlas constantemente.

En esta parte de su discurso el joven orador arrancó nutridos aplausos á las galerías.

El resto de la peroración, fué una amplificación de los argumentos ya expuestos para comprobar que las violaciones habían existido.

Un gran orador.

Pide la palabra el Sr. Lic. D. Luis Méndez, que también es defensor del acusado. Un profundo silencio se establece.

El gran exordio de su discurso es éste: su presencia en la tribuna; todos en efecto, respetan su ancianidad, su rectitud notoria, y la vasta ilustración de que el jurisconsulto ha dado brillantes pruebas durante su noble vida.

Sus palabras son sencillas, pero tienen el don de incrustarse poderosamente en el corazón y en la inteligencia.

El público estaba muy mal prevenido contra los defensores de la causa Cahuantzi, y sin embargo no hay ni un seseo por el Sr. Méndez, y sí puede arrancar frecuentes aplausos, ya cuando hace elocuente panegírico de las Leyes de Reforma, ya cuando rechaza indignado la falta de respeto á la tumba, á la muerte que todos los pueblos bárbaros y civilizados, han honrado, ya cuando comprueba que puede serse liberal, y al mismo tiempo sacerdote católico.........

El Sr. Méndez levantaba en alas de nobles ideas el pensamiento de todos y con soplo bienhechor apagaba las pasiones.........

«El hijo del Sr. Cahuantzi tocará el violín en las fiestas religiosas, pero no será raro que el apreciable joven O'Reilly baile en los bautismos, y baile en los velorios.»

«El Sr. Sánchez Gavito, español, vendrá á pagarle una deuda de gratitud al tlaxcalteca; pero avergüéncese el Sr. O'Reilly, sí, avergüéncese, puesto que él tiene la cara blanca.........

Tales fueron sus últimas palabras.

La Comisión.

El Sr. Esteva defiende el dictámen de la Comisión. Su discurso fué metódico, ordenado, reflejó con claridad la elevada actitud que como jueces debieron tener sus miembros, aquilatando las pruebas, antes de resolverse á fijar una conclusión condenatoria ó absolutoria.

Manifestó su profundo amor á las instituciones, y examinó con un criterio jurídico profundo, y vasta erudición las constancias del proceso y los elementos de prueba.

Hizo notar que tanto él como los demás miembros de la comisión, habían penetrado toda la trascendencia del proceso que se iniciaba, y que su resolución, por tanto, había sido hija del estudio más detenido y del más grande deseo de acierto que necesariamente debía informarse en la imparcialidad y en un poderoso sentimiento de justicia.

La frase del Señor Esteva fué muy correcta.

Habla el Sr. Mateos.

El Mundo diario publicó el discurso íntegro de este notable orador.

¿Qué sostuvo? El *absurdo* de la verdad jurídica.........

¿Cómo? Admirablemente, produciendo explosiones de risas, de aplausos, de entusiastas bravos y hasta lágrimas, porque hubo bellos ojos de cubanas en los que brillaron como diamantes montados en azabache.........

Queríamos dejar al *Mundo* diario todo el tesoro de esas frases, pero no podemos prescindir de la tentación de enriquecernos con unas pocas:

«Veintitrés años hace que la Legislatura de Tlaxcala me invistió con la alta honra de la ciudadanía del Estado. Este suceso fortalece la acción de mis deberes, y al venir á esta tribuna á defender los fueros de la Constitución y la Reforma, vindico al pueblo tlaxcalteca que tantos sacrificios ha hecho y tanta sangre ha derramado en las luchas por la libertad y á quien la clerecía hace aparecer en estos momentos como la *cuenta* de una camándula en la sarta de perlas de la Unión Mexicana, y á propósito de este jurado, como una turba de armenios cristianos bajo el yatagan de la barbarie musulmana.

Para juzgarle es necesario apartar la vista de ese grupo, que como alazán domado, se unció al carro fúnebre que sustentaba el ataúd de sándalo, que guardaba las cenizas del Obispo de Puebla, de ese ilustre varón á quien yo he levantado en alas de mi humilde palabra, en esta tribuna, de ese hombre que en el Apocalipsis de las creencias, señaló el azul del cielo como la patria de los corazones sin ventura y de las almas desheredadas. Si levantó los ojos á las imágenes no fué para valuar su pedrería; sino para pedir misericordia á la angustia humana.

....

'Hace algunos días escribí un artículo en *El Imparcial* sobre la captura de unas monjas en la hacienda de San Borja, y la prensa libe al y mis amigos creyeron que había defeccionado en el campo de mis ideas...... yo contesto desde este lugar sagrado para mí, que si mis escritos pudieran engendrar tales reproches, perezcan antes que pierda yo, esa investidura que mis humildes ideas me han dado en el sentimiento público.

Yo no defenderé nunca el conventículo. Respeto y amo la pureza de la mujer, y su abstención voluntaria.........

La mujer es una grandeza; virgen, es el cielo espléndido, el relicario de nuestras esperanzas, de nuestras ilusiones; esposa embellece el hogar, y es el vaso donde depositamos el secreto de nuestras adversidades; madre toca el cielo con la frente; porque el hombre, nacido de mujer, ha poblado de maravillas el Universo y llevado el dogma de la libertad al corazón de los oprimidos y á los obscuros senos de la conciencia humana.»

Así, y aun mejor es todo lo demás.

La votación.

Después de los trámites reglamentarios, se votó en lo particular la proposición absolutoria de la 1ª Comisión del Gran Jurado.

Siendo afirmativa la resolución por una mayoría de 152 votos contra 12.

Salvador Donde.—Miembro de la Comisión del Gran Jurado.

Lic. Adalberto Esteva.—Miembro de la Comisión del Gran Jurado.

Lic. Adolfo Fenochio.—Presidente de la Comisión del Gran Jurado.

Figura 1.

Figura 2

(Figura 3).

LA MODA.

En la antigüedad el oficio de augur era ciertamente más fácil que en nuestros días. Procuraba menos decepciones atendido á que podía ejercerse en términos nebulosos, lo cual permitía arreglarse facilmente y no perder la confianza de los adeptos. Actualmente, ¡ay! se exige de los revisteros de modas, la claridad y aun la infalibilidad, lo cual constituye un peligro permanente.

Creíamos de buena fe que habíamos rompido por completo con la manga en forma de globo y suponíamos que su existencia, apenas empezada, habría concluido ya. Vanas presunciones: la manga de globo sigue imperando. Cierto es, digámoslo desde luego, que esas mangas no pertenecen á los cuerpos ó corpiños, sino que están reservadas á ciertos abrigos de grandes dimensiones (figura 1.) Estos abrigos, creados en vista de los días fríos y de las salidas de noche, llevan doble forro, con her-

(Figura 4.)

mosa gola ó cuello Médicis, y naturalmente la manga debe ser de una gran amplitud para que al mismo tiempo que protege no maltrate los adornos del corpiño.

Entre las diversas formas de *pardessus* que nos trae este invierno, la forma de visita parece llamada á un gran éxito. Como lineas generales, este modelo (figura 6) se compone de una especie de capa ó pelerina con mangas ó sin ellas, de terciopelo con grandes bordados y gola ó cuello Médicis. Fácil es darse cuenta de que ese modelo es á la vez caliente, confortable y gracioso. Se le ve reproducido de maneras muy variadas, sea en paños de sastre, sea en géneros de fantasía ó en terciopelo bordado, según hemos dicho.

La reducción de las mangas ha permitido que se pongan en vigor de nuevo los vestidos ajustados, y por lo mismo muy abrigadores, privando con ellos las chaquetillas bolero y los *Jacquets* ajustados (figuras 2 y 5) La boga de los cuellos ha disminuido un poco.

En los trajes de recepción (figura 4) siguen privando los colores claros, con la agradabe innovación de los amplios escotes de los cuales parten dos ondas de tul siguiendo la curva del seno y prendidas á la izquierda del corpiño por un rosetón de muy buen gusto.

Los cuellos muy cortos, estilo estrella, continúan preponderando debido á su gran sello de elegancia. No se podría señalarlos empero como susceptibles de desafiar los rigores del frío, pero son tan lindos que se siente el valor de afrontar con ellos la temperatura.

Como epílogo de estas breves notas, nos permitimos señalar á nuestros lectores el figurín número 3 para traje de niño; es tan sencillo como elegante y propio para la estación.

RECETAS PRACTICAS.

LAVADO DE LOS GUANTES DE PIEL

Córtese en fracciones delgadas 100 gramos de jabón blanco, después muélase en un mortero con cuarenta gramos de agua llovediza, 20 gramos de agua de Javel y 8 gramos de amoniaco. (alcali volatil).

Para emplearlo se pone una pequeña cantidad en un trozo de franela y se procede como con la leche y el jabón.

Con una pequeña esponja penetrada de agua pura, se lavan las partes que se han limpiado con la mezcla y luego se dejan secar.

Sea cual fuere el método empleado para lavar los guantes de piel glaceada, está comprobado, cuando la operación se termina, que si las manchas no existen ya el glaceado se ha disminuido, cuando no desapareció por completo.

Es posible remediar este inconveniente empleando el polvo de talco.

Una vez que los guantes están secos, se les da de nuevo su forma y se frotan—para pulirlos así en cierto modo—con un trozo de lana blanca, bien suavizada y cargada de talco en polvo. Se les sacude y se limpian de nuevo para que caiga el polvo que se hubiere adherido.

La actualidad, la atracción del momento, ese frenesí que ha poseído á París durante el paso del Soberano de todas las Rusias, ha cambiado todas las imaginaciones y operado una cuasi revolución en las cosas de la Moda. La más pequeña insignificancia, el trapo más minúsculo, más gracioso y más coqueto que nunca, revela ahora su sello slavo, lleno de originalidad. El cuadro desgraciadamente muy restringido reservado á las Modas en nuestro periódico, no nos permite citar aquí los nombres terminados en «of» ú «ow» de que están erizadas las innovaciones; esta descripción por lo demás no haría aventajar en nada á nuestras jóvenes lectoras, que sin duda preferirán dejar en todo á las Sritas. **Hunsinger Hnas., 1ª calle de la Independencia 4.**, el cuidado de darles la explicación y de satisfacerlas con su talento y el gusto excepcional que ponen en todo lo que hacen.

(Figura 5.)

Los que hemos amado y á quienes hemos perdido, no están ya donde estaban, pero están siempre donde estamos.

Alex Dumas.

La vida es una prisión y una liberación la muerte, mas en esto, los prisioneros no temen nada tanto como la libertad.

G. M. Valtour.

(Figura 6.)

EL CUARTETO SALOMA.

Existe en la calle de Zuleta un saloncito blanco, consagrado á los manes de la música; arca salvadora del Arte, que sobrenada en esta terrible inundación de zarzuela por tandas y de ópera italiana "á bon marché."

Amplia y cómoda escalera da acceso á una minúscula antesala destinada á los que gustamos de encender un cigarro, entre dos números del programa, y donde los rezagados pueden escuchar las clásicas melodías, sin interrumpir con el rumor de sus pasos, el recogimiento que reina en la sala de conciertos. Es esta de reducidas dimensiones, coquetona y sonriente, con sus blancas paredes coronadas por un friso, en el que alegres parvadas de mofletudos amorcillos, color de rosa, se persiguen entre guirnaldas de flores y atributos musicales. Asientos elegantes y cómodos ocupan gran parte del salón, en cuyo fondo se eleva un estrado; sirviendo de «locus operandi» al hoy ya célebre «Cuarteto Saloma,» que en una de estas últimas noches ejecutaba su concierto inaugural de la temporada.

Antonio Saloma. Luis G. Saloma. Ignacio del Angel. Francisco Velazquez.

La audición comenzó con un cuarteto de Schubert, obra póstuma del malogrado compositor.

Un alegro delicioso, desbordante de temas melódicos, con los cuales un compositor menos pródigo de su talento hubiera escrito toda una sinfonía; un andante incomparable, en que el músico alemán, excediéndose á sí propio, alcanza las mismas alturas que los más grandes maestros; un scherzo retozón, de gran frescura melódica, pero inferior, tal vez, á los otros números del cuarteto, y, por último un "presto" mágico, en el que el canto modula constantemente, por manera rápida é imprevista, á través de toda la serie de las tonalidades mayores, produciendo en la imaginación, el mismo efecto que producen en los ojos, bombas de fuego que estallasen en lluvia de oro fundido, rompiendo con sus brillantes resplandores la nocturna obscuridad.

Inútil sería extendernos en elogios de los ejecutantes. El «Cuarteto Saloma» alcanza ya una envidiable reputación, justamente adquirida, en verdad.

Si admirables son estos por el lujo de perfección con que hacen resaltar los menores detalles, lo son mas, al cabo, por la unidad de su estilo, por aquel su afan constante de ligar el fragmento musical, la frase aislada, con el conjunto de la obra.

Poseen, sobre todo, tres capitales cualidades de instrumentistas: la sobriedad, la precisión y el brío.

Pero debemos dirigir nuestros sinceros elogios á una simpática pianista, que hizo su «debut» la misma noche, con un concierto para piano y orquesta de Saint-Saëns, pieza de corto original, un tanto macabra, que nos recuerda la famosa Danza de la Muerte del propio sinfonista, y en la que, más que la inspiración, se admira la maestría con que se funden en una sola, sonoridades tan disímbolas como son los cobres, las maderas (representadas modestamente en el Salón de Conciertos por un órgano expresivo), la cuerda y el piano.

Hemos tenido ocasión de admirar en la Srita. Esther Rosales todas las cualidades de una pianista de buena cepa; sin vacilar la proclamamos una de las mejores debutantes que han desfilado por el salón de Wagner y Levien y aún subiríamos el diapasón de las alabanzas al compararla con sus predecesoras, si no huyéramos, por sistema, de las comparaciones, odiosas siempre, y á la par de odiosas impolíticas, tratándose del sexo bello.

Esto no obsta para que reconozcamos en la Srita. Rosales una vigorosa pulsación, gran seguridad de mano al herir el teclado y una escuela correctísima. Creemos adivinar en la elegante pianista esa amplitud de estilo, propia para la expresión de las grandes frases cantables. Para juzgarla á ciencia cierta, en esta última cualidad, habría que oirla interpretar la música de algún otro compositor; la de Chopín, por ejemplo. Porque en cuanto á la del original y fantástico Saint-Saëns de ese *dinbulus in musica*, como le llama Camilo Bellaigue, pintoresca, fina y nerviosa, es música que *no canta*.

La sesión terminó con el *quatour* op. 74 de Beethoven, el famoso «cuarteto de las arpas.»

No me atrevo á analizar esta colosal composición, que abruma y anonada, y que debiera oirse prosternado de hinojos, como se oiría la palabra de un Dios. El ánimo desfallece al escuchar los desgarradores acentos de aquella alma heróica, atribulada por el dolor; la melodía que en la introducción alcanza la expresión trágica, se enternece en el Adagio, parece humedecerse con un rocío de lágrimas, y se derrama al fin, por todos los instrumentos del cuarteto, vertiendo el llanto á raudales. El genio de Beethoven no guarda consideraciones con el público; le aplasta, le hace sobrecogerse de espanto, le arroja al rostro en armónicos torrentes todas las amarguras de su corazón, y al fin, movido á compasión, vierte en el alma, como bálsamo celeste, las inefables notas del Presto, en que el grande entre los grandes, tornando sus angustias en olímpica serenidad, parece sonreirnos en el fondo de abismos insondables, con la inmortal sonrisa de los dioses.

La música de Beethoven parece descender de las alturas, en copiosa lluvia de invisibles llamas que enciende los corazones. Gime la alada melodía en las primas de los violines, hace temblar las cuerdas del alto, y hasta el ventrudo violoncello se extremece, cual si agitara sus entrañas de madera, una fiebre de amor.

Se abandona la Sala de conciertos de la calle de Zuleta abrigando la convicción profunda de que, gracias á los esfuerzos combinados de los Sres. Wagner y Levien y de una media docena de músicos prendados de su arte, se ha logrado hacer viable en esta capital un espectáculo rebelde, hasta ahora, á todo trabajo de aclimatación.

Felix Gavito.

México, Noviembre de 1896.

Como nota complementaria de estas, daremos algunos datos acerca de los jóvenes que integran el aplaudido cuarteto.

Luis G. Saloma comenzó á estudiar en Puebla, cuando su maestro el Sr. Juan Anzures en 1882. Después pasó al Conservatorio siendo su maestro el Sr. José Rivas, obtuvo dos diplomas de socio honorario, de miembro de la orquesta de dicho establecimiento y primer premio. Toca violín 1º Anduvo con la zarzuela comenzando por violín 2º hasta llegar á Director.

Antonio Saloma es discípulo del señor su hermano; hace 10 meses comenzó á estudiar viola.

Ignacio del Angel. Comenzó á estudiar violín bajo la dirección de su padre el Sr. Silverio del Angel, después con Don Pablo Sánchez (año de 1885.) Actualmente estudia bajo la dirección del Sr. Pedro J. Manzano, Profesor de Música de Cámara en el Conservatorio.

Francisco Velázquez. Estudió bajo la dirección de su padre el Profesor Cosme Velázquez (Oaxaca.) Por afición se dedicó á tocar el violoncello. El Sr. Profesor Rafael Galindo tomó decidido empeño en él y lo ha hecho uno de sus mejores discípulos. El Señor Velázquez como contrabajista, según opinión de algunos maestros, es de primera fuerza, siendo bastante apreciado por el Profesor Gino Golisciani.

COMPAÑIA CERVECERA DE CHIHUAHUA—S. A.

En la progresista y comercial ciudad de Chihuahua, acaba de terminarse la construcción de una nueva fábrica, que á iniciativa de varios capitalistas mexicanos y extranjeros, se proyectó en Diciembre de 1895. El Presidente de la Compañía salió luego á visitar y estudiar los principales centros y fábricas productoras de cerveza en los Estados Unidos. Mandando levantar el plano adecuado á la maquinaria comprada y á las necesidades todas para la instalación más moderna de una cervecería modelo, á un ingeniero especialista en esa clase de industrias. En Marzo del presente año comenzó la compañía la construcción de su edificio.

Esta fué llevada á cabo por el ingeniero francés E. Esperón y hoy colocan la maquinaria con el objeto de comenzar á trabajar el 1º de Enero próximo.

La fábrica está situada en la avenida Colón, muy cerca de la Estación del Central. Ocupa una extensión de 75 por 45 metros: tiene tres pisos, tres elevadores de vapor para su mejor y rápido servicio. Su producción anual será de 75,000 barriles de á 120 litros. Su fuerza motriz es de 260 caballos de vapor producidos por tres motores Corliss. La fabricación del hielo es de *100 toneladas diarias* producidas por dos máquinas Lindee.

La Cervecería de Chihuahua (en contrucción.)

El siguiente es el

Consejo de Administración:

Presidente, Juan Terrazas (mexicano.)
Tesorero, Enrique C. Creel (mexicano.)
Gerente, Felipe Suberbie (francés.)

Vocales

Gobernador Miguel Ahumada (mexicano.)
Federico Sisniega (español.)
José Mª Sánchez (mexicano.)
Celestino Gras (francés.)
Luis Lacoutur (francés.)

Socios principales.

Luis Terrazas (mexicano.)
Marcos Russeck (polaco.)
Juan Brithingau (americano.)
Ketelsen y Deguetau (alemanes.)
Federico Terrazas (mexicano.)

LA ZARZAPARRILLA
—DEL—
DR. AYER
Purifica la Sangre.

COLUMBIAN AYER'S SARSAPARILLA EXPOSITION

Toda sangre pura es garantía de salud, fuerza y felicidad. La sangre mala engendra escrófula, chancros, granos, ronchas, floroncos, carbuncolos, úlceras, tumores y otras afecciones peligrosas y molestas. No importa cuán impura esté la sangre, la Zarzaparrilla del Dr. Ayer la limpia, vitaliza y enriquece.

Por ecpacio de medio siglo la superioridad de la Zarzaparrilla del Dr. Ayer como tónico y depurativo de la sangre, ha sido reconocida en todo el mundo. Ningún otro remedio está compuesto de ingredientes tan costosos y con tanto cuidado escogidos. Ningún otro remedio es tan eficaz para producir un cambio rápido y permanente en la sangre, expeler los gérmenes de la enfermedad y decaimiento y comunicar

VIDA Y ENERGÍA

y de ningún otro remedio se registran tantas curaciones notables. La Zarzaparrilla del Dr. Ayer es el depurativo de la sangre más popular y más abonado de cuantos existen. De que posee virtudes curativas, renovadoras y reconstituyentes de que carecen las preparaciones análogas, es un hecho admitido desde hace mucho tiempo por los Farmacéuticos y Médicos principales. Como fortalecedor de las fuerzas vitales y específico para toda clase de enfermedades de la sangre, la Zarzaparrilla del Dr. Ayer no tiene igual. Cura las enfermedades con la remoción de la causa que las engendra, aviva el apetito, destruye aquella tan conocida **Sensación de Fatiga**, pone fuertes á los débiles y vigoriza con sus efectos sanativos los nervios, tejidos y fibras del cuerpo. Como ha curado á otros le curará á usted. Téngase la seguridad de que se toma

La Zarzaparrilla del Dr. Ayer
LA UNICA ZARZAPARRILLA

Que obtuvo los más altos premios en las grandes exposiciones del mundo.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

Las Píldoras del Dr. Ayer son [illegible] Medicina Purgante.

Enfermos del Estómago

Es conveniente convencerse de que el DIGESTIVO MOJARRIETA es lo único positivo, lo único que cura radicalmente las enfermedades del Aparato Digestivo, y exigir grabado sobre cada Oblea, el nombre DIGESTIVO MOJARRIETA.

Dispepsia, Gastralgía y Enteritis crónicas

con sus síntomas: Agrios después de las comidas ó Acidos del estómago, Sed excesiva, Hinchazón ó Peso en el Vientre por poco que se coma, Digestiones lentas ó incompletas que producen Repugnancia, Mareos, Dolores de Vientre, Vómitos biliosos y Diarreas crónicas.

Son enfermedades que según enseñan millares de personas bien conocidas y respetables, á quienes se vió sufrir durante *muchos años* y además reconocen eminencias médicas de varias naciones, sólo se curan *completa y radicalmente* con el

Digestivo Mojarrieta.
En todas las Droguerías de México.

LA CERVEZA FERRUGINA,

RECONSTITUYENTE, EXQUISITA Y DIGESTIVA.

Se recomienda á los anémicos, á las jóvenes cloróticas, y á las personas debilitadas por una prolongada permanencia en las regiones cálidas y malsanas.

De venta en casa de los Sres. E. Dutour y Comp., Agentes Generales; en el establecimiento de la Sra. Viuda de Genin y Comp., 2ª de Plateros número 3, y en todos los principales establecimientos.

SALCHICHONERIA ALEMANA
DE GERARDO MEENEN.
COLISEO NUMERO 9.
MEXICO.

Esta casa tiene constantemente un grande y variado surtido de toda clase de salchichon y carnes frías.

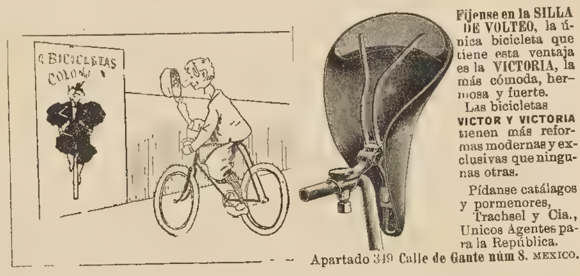
¿Está ud. anémico ó debilitado?
TOME VD. EL VINO DE BAGNOLS
SAN JUAN.

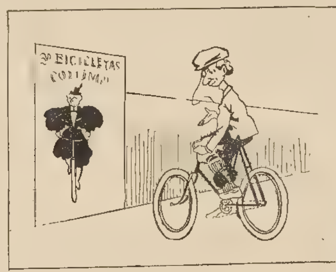
De venta en todas las Droguerías y Casas Importadoras del Ramo

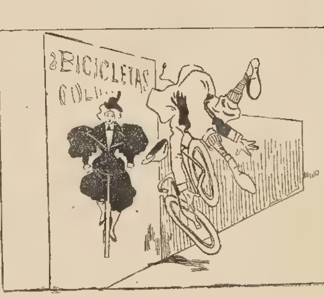
---

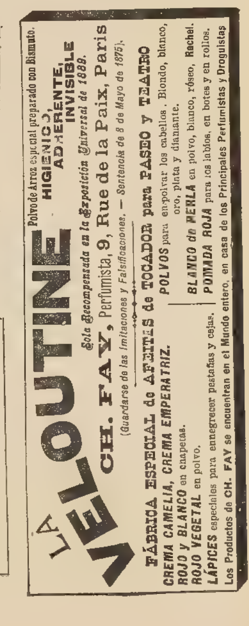
Este periódico está impreso con las tintas finas de la Casa LORILLEUX y COMP.

París.—Unicos Agentes en la Rèpùblica:—LEWIS Y BLOCK, MÉXICO.



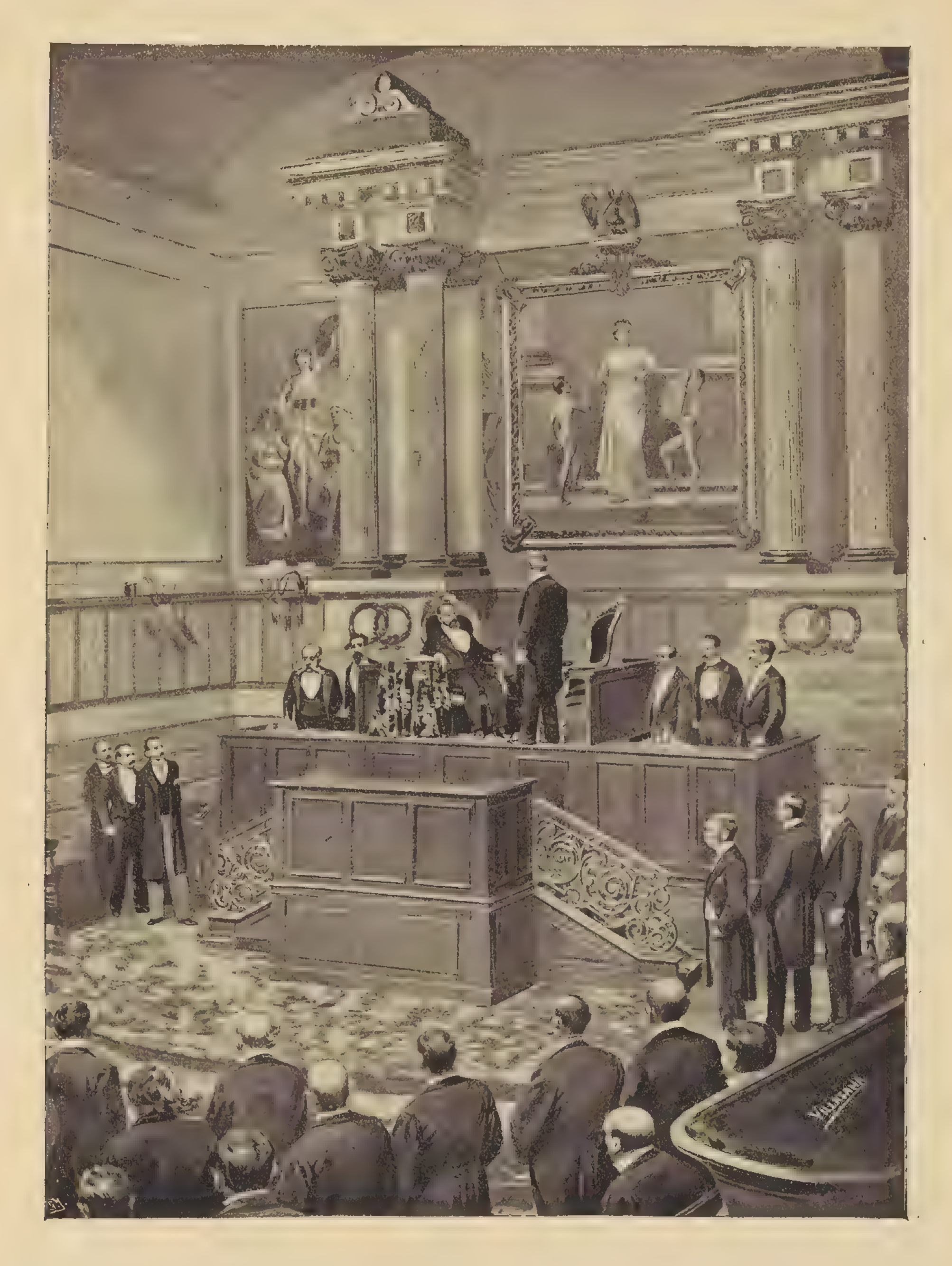






EL MUNDO.

TOMO II | MEXICO, DOMINGO 6 DE DICIEMBRE DE 1896. | NUMERO 23



EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA haciendo la protesta de ley ante el Congreso, la mañana del 1º del coriente.
[DIBUJO DE J. M. VILLASANA].

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

El quinto período presidencial del General Díaz.

El día 1º quedó inaugurado el nuevo periodo administrativo que debe terminar el 30 de Noviembre de 1900, alto acontecimiento político que no ha pasado en silencio para los interesados en el porvenir de la República.

El General Díaz, después de 16 años de gobierno, comienza su nueva etapa con un espíritu joven y una sólida energía, firme la cabeza y sereno el ánimo, para proseguir y dar desarrollo al programa de evolución por que ha encauzado al país, en medio de serios obstáculos que se han arrojado á su paso.

El Presidente de la República, caudillo de una revolución triunfante, se encontró al inaugurar su política con un grupo nacional influenciado por una retórica aparatosa y repleta de ostentación, de la que se había hecho un cuerpo de doctrina, inflexible como una varilla de acero. Estos *rígidos*, adormecidos en sus ideales, autosugestionados por una suerte de misticismo dogmático, pugnaban con toda fórmula que derribara sus viejos ídolos vacilantes. Romper con aquellos procedimientos, dar un adios postrero á aquellos métodos—de los que habían salido, justo es decirlo, los primeros alientos de libertad—parecía á estas conciencias algo así como una profanación, un acto de rebeldía á las formas de Gobierno adaptadas á un pueblo redimido por el esfuerzo y el carácter de un puñado de ciudadanos ilustres.

Todavía hace un cuarto de siglo un liberal estaba obligado á reconocer y aceptar errores que la fuerza de los hechos y los golpes sucesivos de la prensa se han encargado de desvanecer. El jacobinismo ha ido cediendo poco á poco su puesto á un soplo vivo de libertad, y á medida que las frases sonoras perdían su encanto se ha creado para la nación un sistema de gobierno que, emanando de la verdad, se basa en la interpretación positiva de nuestro estado social.

Los primitivos auxiliares del General Díaz quedaron sorprendidos al ver surgir de entre los épicos cantos de las tradicionales epopeyas públicas, una fuerza desconocida, apoyada, no en grandilocuencias poéticas, no en sofistiqueos jurídicos, no en la emoción, no en la inteligencia, sino en las necesidades de una sociedad, á la que se habían servido los manjares de los dioses, pero que jamás había obtenido el alimento de los hombres. La trasformación conmovió hondamente á los caducos politicastros acostumbrados á cegar al público, desde la tribuna y desde la prensa, con el polvillo de oro de su relampagueante oratoria. Todavía, cuando se arroja á la crítica popular el balance de nuestro progreso, alguno de estos espíritus raquíticos, momias acurrucadas en un sarcófago, escribe en la primera página de un diario: ¡Pero el General Díaz se ha perpetuado en el poder!

Ahí está toda la razón de este criterio político que se atrevería á renegar de la civilización porque *dura mucho*, que daría con gusto cuatro lustros de paz por el placer de conservar sus mitos, que no vacilaría en renegar de la prosperidad nacional á trueque de seguir entonando sus himnos sagrados! ¡La Democracia quiere la renovación de los poderes públicos! Y frente á este principio inalterable, toda la obra del progreso se viene abajo!

Pero hay algo más sólido que las declamaciones, algo más útil que el dogmatismo, algo más sano que los clarinazos jacobinos, y este algo es la obligación, patriótica y de civilización, de apoyar un poder público en el cual se compenetran y palpitan todas las necesidades de la República en el actual momento histórico.

¡Sálvense las colonias aunque perezcan los intereses!

Las naciones que han buscado en una política de expansión colonial, un apoyo al desenvolvimiento de la riqueza pública—régimen que sólo ha servido para debilitar á estos pueblos,—comienzan á preguntarse si ya no es tiempo de examinar friamente el resultado del lujo de poseer fuera del natural territorio de la patria grandes extensiones de tierras que no están unidas por intereses ni sentimientos á la metrópoli.—No es España la única nación lesionada por la política colonial, que ha exigido el sacrificio de numerosas fuerzas activas sustraídas de la vida nacional; no es el tesoro español el único que se desangra por retener estos lejanos girones de patria, constantemente dispuestos á crearse una existencia propia; Francia también ha comenzado á sentir que el fardo de las colonias es un enorme peso aun para sus poderosas energías de pueblo rico y floreciente.

En estos momentos, la prensa francesa discute ramo por ramo, el próximo presupuesto de la triunfante República Europea, y al llegar al de las colonias, confiesa con honrada franqueza que el lujo de la colonización cuesta demasiado caro al contribuyente.—¿Cuál es, en efecto, la cantidad asignada en el presupuesto para cubrir las erogaciones coloniales? La cifra es respetable: 176.300,000 francos, suma en enorme desproporción con los siete millones á que ascienden los ingresos vertidos por las colonias en las rentas públicas. —Hé aquí los efectos alcanzados por esa política artificial y pomposa que ha sustituido en los modernos tiempos al batallador espíritu de conquista que ha degastado la fortaleza de las viejas sociedades.

Ya se explica por qué en España ha comenzado á reaccionar la opinión en el sentido de vigorizar las vitalidades interiores, por medio de una *liga contra la emigración*, por más que ésta dependa en buena parte, sino en su totalidad, de ineludibles leyes económicas. Ya hay motivo para dar la razón á los Estados Unidos rechazando la anexión de las islas Sandwich, puesto que el protectorado americano se traduciría, al final de cuentas, por un aumento en el presupuesto federal destinado á ejercer una acción positiva en el nuevo territorio incorporado.—Pero contra la invulnerable expresión de los hechos, el criterio popular se obstina en retener las colonias, y hasta se han convertido en un asunto de patriotismo las discusiones á que pueden dar origen el reiterado y persistente sacrificio de las naciones enclavadas en la política colonial. El principio famoso: ¡sálvense los principios, aunque perezcan las instituciones! se ha convertido hoy en otro, tan rectilíneo é inflexible como el primero: ¡sálvense las colonias, aunque perezcan los intereses!

Los ejemplos expuestos pueden ser aprovechados por los publicistas defensores de la desastrosa solución *Cuba-Mexicana*, que se ha presentado como única para lesionar á cubanos, españoles y mexicanos.—Decididamente no tiene cuenta á pueblo alguno el régimen de expansión exterior á costa del empobrecimiento y la anemia de las vitalidades interiores.

La pena de muerte y el sistema penitenciario.

Las legislaturas de varios Estados de la Federación se han dirigido á la Cámara de Diputados, secundando la iniciativa de la de Nuevo León, pidiendo que se reforme el texto constitucional en el sentido de establecer la pena de muerte.

No es la primera vez que nos ocupamos en este asunto, manifestándonos partidarios de esta reforma, aun á riesgo de lastimar sentimientos, demasiado generalizados, que rechazan esta pena como anti-humanitaria. Nunca, es verdad, debe ser causa de regocijo la aplicación de un sistema penal, pero el verdadero concepto de los principios humanitarios tienen su fuente de *información* en la *sociedad* y no en el *individuo*.

Según este criterio toda unidad que cause daño á los derechos del grupo, es un elemento nocivo y necesario es acudir á la defensa colectiva, operando una suerte de *selección artificial*.

Pero claro está que la pena de muerte no podría ser adaptable á todos los criminales, y en tal virtud no vemos la inconsecuencia que señala un colega, entre el régimen penitenciario y la aplicación de tal pena. Esto equivaldría á caer de un error en otro.

El régimen penitenciario presta indudablemente grandes servicios á la criminología, y no hay que rechazarlo en absoluto. Claro es que existen delincuentes á quienes no aprovechará la penitenciaría, en el sentido de la regeneración; pero el principio de la regeneración no sirve de norma en la penalidad moderna. Lo que ésta busca es la eliminación absoluta ó relativa del reo, en grado á la cantidad del mal causado.

Por lo demás, establecido el trabajo obligatorio en las prisiones, el régimen penitenciario no ofrecerá la desventaja de que la sociedad trabaje para sostener al delincuente, puesto que éste cubrirá sus gastos.

La pena de muerte no se opone, pues, al sistema penitenciario, y la contradicción que se ha creído encontrar entre uno y otro principio, es perfectamente infundada.

Política General.

RESUMEN.—**La paz entre el rey Humberto y el negus Menelik.—La opinión pública triunfante.—Abandono de Erythrea.—Siempre Inglaterra.—Una alianza imposible.—Enemigos irreconciliables.—Pronunciamiento en Uruguay.—Errores de raza.**

A vuelta de las agitaciones violentas y de los sacudimientos patrióticos que produjera en el parlamento y en el pueblo italiano la catástrofe del general Baratieri, destrozado y roto por las huestes de Menelik en los campos de Abisinia, la nación ha recobrado su buen sentido en el asunto y la tranquilidad serena de su juicio, aceptando lo que en un principio se creía mortificante para el honor nacional y degradante al brillo de las armas de Italia.

El pueblo que clamaba estrepitosamente en Roma y en Florencia, en Nápoles y en Milán, contra un gobierno que agotaba las fuerzas vivas del país por llevar á cabo desastrosa empresa, tratando de sostener por la violencia la inutilidad de la colonia de Erythrea, y el parlamento que derribó con soberbio empuje, entre el encono y la indignación general, al gabinete de Crispi, á pesar de sus glorias tradicionales y su popular prestigio, regocíjanse ahora de ver terminada una guerra por medio de honroso tratado, celebrado por quien, al ascender al poder, no quiso asentar en su programa esa fórmula de paz que palpitaba en los clamores de la multitud.

Es que, cuando la opinión pública toma consistencia y se apoya en las legítimas aspiraciones del país, nada la resiste: tarde ó temprano se impone con fuerza incontrastable, y nada son ante ella ni las astucias de la diplomacia, ni las nebulosidades de la política. Se deseaba en Italia que cesaran los estériles sacrificios hechos para conservar una posesión que sólo costaba dinero y sangre y lágrimas y vidas, y la paz se ha ajustado con Menelik, y la Erythrea, que era una colonia militar en las apartadas tierras africanas, se convertirá en colonia civil, ó se entregará á la insaciable rapacidad británica.

***

Ya se habla de venta á Inglaterra; un periódico de Londres ha sido el primero en lanzar la especie, y no es difícil que tras los cruentos sacrificios que ha costado al reino de Humberto su primera aventura colonial, después de las sumas invertidas para fundar inmensos cementerios en las cercanías de Assowa, y de dejar los insepultos huesos de los soldados de Baratieri blanquear bajo un sol de fuego en las abrasadas soledades del desierto, se entregue á la Gran Bretaña lo que queda de la poca afortunada posesión.

Nada extraño sería un resultado semejante. Ya las desdichas italianas en los campos de Abisinia dieron pretexto á los ingleses para emprender la expedición al Nilo Superior, que ha tenido por remate la captura de Dongola. Se habló de ayudar á Italia en sus conflictos, se pronunció por lo bajo la palabra de disculpa, y para no despertar las suspicacias siempre susceptibles de las potencias europeas, se habló de escarmientos al fiero Menelik.

Vanas fórmulas, increíbles explicaciones que apenas sirvieron para ocultar el gran proyecto de apoderarse de todo el Soudán, prólogo no más de la colosal empresa británica de adueñarse del Continente Negro, extendiendo su esfera de acción desde el Cairo hasta el Cabo de las Tormentas, desde Sierra Leona á las costas de Zanzíbar.

Allá van los britanos, despertando todas las envidias, y envueltos en su «brillante aislamiento,» pero firmes y seguros en la realización de sus aspiraciones.

Si Francia, apoyada en su temida aliada la potente Rusia, no se opone á esa marcha invasora, y exige como lo ha ofrecido la evacuación inmediata del Egipto; si Alemania, por el natural recelo que ha de despertar esa absorción indefinida, que pone en peligro sus extensas posesiones africanas; si las potencias todas del continente europeo no detienen en su vuelo á la Inglaterra: ésta que ya tiene con el Soudán superior la clave de todo el valle del Nilo, y con sus colonias del litoral y del centro de Africa, base potente para todas sus operaciones, acabará por sofocar todos los intereses que no sean los suyos propios, y por ahogar en inmenso y apretado anillo á todos los que no obedezcan las tendencias de la primera potencia colonizadora del mundo.

***

Por eso vemos con profunda extrañeza y hondamente maravillados la noticia que da una agencia cablegráfica de México, anunciando la posibilidad de una «Unión de Paz» entre Inglaterra, Rusia, Francia y Alemania.

Si no existieran las hondas rivalidades que dividen á las naciones de la Triple y de la Doble Alianza; si no fueran visibles á la consideración de todos, los odios tradicionales de raza, los rencores fundamentales de organización, los palpitantes clamores de venganza reconcentrada que apartan á los pueblos que han poetizado el Rhin con sus leyendas; si no fuera de todos conocida la envidia que corroe á las dos potencias que se disputan la supremacía política sobre los imperios asiáticos, y se desafían en las tinieblas para obtener el influjo decisivo sobre los pueblos petrificados del remoto Oriente: bastaría pensar sólo en las dificultades que de un momento á otro pueden surgir entre los dueños reconocidos del Continente africano, para negar enteramente la realización de ese sueño de unión que juzgamos imposible.

Una alianza tal que asociara en comunidad de intereses, á la Gran Bretaña que extiende los cien brazos de Bryareo, á donde quiera que hay un palmo de terreno baldío; á Rusia que la opone barrera infranqueable en Persia y en Afganistán como en China y en Corea; á Francia que no renuncia los derechos que cree poseer sobre la tierra de los Faraones, lo mismo por cuenta de Napoleón que al filo de su espada alzó su tienda triunfadora á la sombra de las Pirámides sagradas, que por cuenta de Lesseps, que al golpe de su azadón rompió el dique que separaba dos mares, y abrió al mundo el camino soñado á los países del oro y del marfil, y le mostró la anhelada ruta á las playas legendarias de Ofir y de Golconda; y á la adusta Germania que iría á auxiliar á su enemiga jurada en sus pretensiones de grandeza: una alianza semejante no puede ser tomada á lo serio, porque carece de todo fundamento positivo.

Reconciliar las potencias que por cinco lustros han estado frente á frente, y darlas por lazo de unión á Inglaterra que nunca se compromete, porque tiene bastante habilidad para esquivar todas las responsabilidades, y al poderoso imperio moscovita, que bien clara ha manifestado su adhesión á la República Francesa, es pretender una utopía hermosa pero rayana de absurdo.

Si llegara á realizarse ¡qué alivio para los pueblos europeos! con qué satisfacción respirarían ya libres de la abrumadora pesadumbre de la paz armada! con qué fruición verían dedicadas á más saludable objeto las poderosas energías que se consumen en los innúmeros ejércitos y las formidables marinas! Significaría la paz universal soñada por los filántropos, predicada por los moralistas y enseñada por los filósofos, pero ante la cual se ha opuesto la triste realidad de las cosas, la tremenda, la implacable *strugle for life* de los hombres y de los pueblos.

Hablar de unión y de paz cuando Alemania, temible por sus ejércitos, se apresta á acrecentar su marina, impotente ahora para la agresión, y cuando la Gran Bretaña, temida por su marina poderosa, se prepara á aumentar su ejército, incapaz para la resistencia; hablar de paz y de concordia, es perderse en las nebulosidades azules del ensueño.

***

Otra vez la inquieta sangre latina, que bulle en nues-

Placa de oro grabada.—Obsequio de la Colonia española al Señor Presidente de la Repúbl.ca. (véase el artículo relativo.)

tras venas con el ardor imprescindible de la raza, ha provocado el motín y producido la asonada que constelan con luces fatídicas los anales de los pueblos hispano-americanos.

Hoy que la República Argentina y la de Chile aparecen decididas á zanjar por medios pacíficos las dificultades que las han dividido por cuestión de fronteras, y Brasil entra en período de reposo, y Venezuela mira concluido de honroso modo su conflicto con Inglaterra, y las demás naciones del Sur de América ofrecen un cuadro de placentera calma, poco en consonancia con su turbulencia inagotable, se deja escuchar el olvidado grito del pronunciamiento en el opulento Uruguay.

El pretexto, la disculpa del revolucionario poco importan; la promesa de la revolución nada significa: es una simple manifestación de los defectos orgánicos de nuestros pueblos y nada más. Hasta pasaríamos en silencio esta explosión de odios, achaque vulgar de los pueblos neolatinos, si en esta ocasión no se la hubiera visto acompañada de escenas de salvajismo, que parecían olvidadas.

Aun tienen mucho que trabajar esos pueblos, si no entran de lleno en el ejercicio de una política positiva; todavía verán sus campos talados y sus ciudades alumbradas con los resplandores del incendio, si no se deciden á cerrar los oídos á las canciones halagadoras de las Cirses jacobinas, que les prometen cielos ideales y paraísos imaginarios, y los apartan de las realidades de la tierra donde quedan muchos ignorantes que enseñar, muchos miserables que socorrer, vicios que corregir y pasiones que dominar. Déjense de utopías imposibles y sueños nebulosos, y fíjense más bien en las condiciones orgánicas de los ciudadanos.

Es en vano aspirar á la libertad que prometen los demagogos, cuando no se ha vencido previamente á sus eternas enemigas: la ignorancia y la miseria.

X. X. X.

3 de Diciembre de 1896.

Una placa de oro.

Ofrecemos á nuestros lectores un grabado que representa una tarjeta de oro grabada, obsequio de la Colonia Española al Sr. Presidente de la República, felicitándolo por su continuación al frente de la primera Magistratura de la República durante el cuatrienio de 1896 á 1900.

Entre los regalos que el Sr. General Díaz ha recibido y los que se le entregarán en breve, es éste uno de los m..s hermosos y significativos.

CURIOSIDADES.

UN RASGO ADMIRABLE.

Cuando los prusianos, en la guerra de 1870, sitiaron á la ciudad de París, Von Moltke resolvió el formidable bombardeo, contra el cual en vano reclamaron ante Bismarck el patriotismo y la diplomacia de Julio Fabre.

En esa época, sometido á la suerte de los parisienses, vivía encerrado en los muros de la capital del mundo, el célebre compositor francés Ambrosio Thomas, gloria del arte musical. El autor de *Mignon* poseía en los alrededores de París un delicioso *chalet*, y estaba convencido de que el cañón prusiano ó la saña de los enemigos de su patria, destruiría aquel albergue de su genio, donde tantas veces le había visitado la inspiración, para que legara á la humanidad las admirables composiciones que inmortalizan su nombre.

Pasados el duelo y la humillación de la entrada de los alemanes á la antigua Lutecia, Ambrosio Thomas se encaminó á las cercanías de la ciudad, para ver con el dolor del bien perdido las ruinas de su querida quinta, y cuál no sería su estupefacción, al contemplar que el *chalet* estaba allí, respetado, como propiedad inviolable.

Temeroso, vacilante, llegó á las puertas y las abrió, convencido de que el estrago habría consumido lo que en el edificio se contenía. Nuevo motivo de extraordinaria sorpresa: todo se encontraba en el mismo sitio y en las condiciones en que Thomas lo dejara. Sólo que en una de las mesas halló una tarjeta que decía: El oficial alemán N., *sobrino de Beethoven.*

Aquel militar, que llevaba la sangre de una eminencia musical, había protegido, por amor á la memoria de su tío, la casa de Ambrosio Thomas. Beethoven, ya en la tumba, hacía respetar las propiedades de su compañero en arte y gloria.

Rasgo admirable el del oficial prusiano.

El egoismo es sin duda uno de los primeros factores de la vida humana. Sin embargo, el altruismo juega un papel más importante de lo que se cree, en la conducta de los negocios públicos. El hombre está obligado á abnegarse para sentirse realmente feliz, para estar bien convencido de que existe y de que no pasará sobre esta tierra como una criatura inútil.

Se comparan las flores á las mujeres: hay error en esto. Siempre existirá entre ellas esta diferencia; que las flores son bellas y no lo saben.

Los primeros periódicos científicos de México.

La honra de haber fundado el periodismo científico en México, y tal vez en la América, le cabe al ilustre Padre Don José Antonio Alzate, cuyo nombre vive y vivirá eternamente en nuestra historia.

Fué él quien estableció el «Diario Literario,» publicación que alcanzó cortísima existencia, pues sólo duró de Marzo á Mayo de 1768. Sin desmayar, empero, continuó publicando de Noviembre de 1772 á Enero de 1773, los «Asuntos varios sobre ciencias y artes;» en seguida las «Observaciones sobre la física, historia natural y artes útiles.» y en fin el digno remate de estos cimientos científicos, su «Gaceta de Literatura,» que se dió á la estampa desde el 15 de Enero de 1788 hasta el 22 de Octubre de 1795.

La fama del Padre Alzate traspasó las limitadas fronteras de la Patria, surcó los mares, y corporaciones sabias de Europa le contaron entre sus miembros. Biógrafos diligentes han narrado detalladamente su vida; su retrato se ha reproducido en diversas obras, y su memoria permanece indeleble en una sociedad que lleva con orgullo su preclaro nombre.

Pero pocos se han ocupado en hacer resaltar los altísimos méritos de un contemporaneo y amigo del Padre Alzate, á quien éste elogió como se merecía, llamándole «insigne literato,» en una época en que la adulación aun no había corrompido y abusado de los epítetos. El sugeto á que aludo fué el distinguido guanajuatense, Dr. Don José Ignacio Bartolache, autor del primer periódico dedicado en México á la medicina, y del cual reproduce hoy El Mundo, en facsimile, la portada del primer número.

Bartolache nació en la ciudad de Guanajuato, el 30 de Marzo de 1739, y fué hijo de padres pobres, que como única herencia le legaron un talento clarísimo y un amor constante hacia el estudio.

Protegido por uno de sus paisanos vino á México y estudió en el Colegio de San Ildefonso, filosofía; después, teología, en el Seminario Tridentino, donde obtuvo una beca de gracia por haber arreglado la Biblioteca, y se recibió de Doctor en Medicina en la Real y Pontificia Universidad. Facil ha sido á mi pluma enumerar sus estudios; pero él, ¡cuántos trabajos tuvo para llevarlos á buen término! ¡cuántas disputas con los ergotistas y peripatéticos de aquella época! ¡cuántas persecuciones rastreras y envidias innobles, puestas en juego para contener el dique impetuoso de sus ideas avanzadas!

Bregando con fanáticos y empíricos colegas, consagróse á ejercer la medicina, no sin haber desempeñado antes con lustre la cátedra de matemáticas en la Universidad, hasta que nombrado apartador general de metales en la Casa de Moneda, logró conquistar cierta posición modesta, que lo sacó de una existencia llena de escaseces y de persecuciones; cargo que desempeñó más de once años, y con honradez inmaculada, «pues habiendo manejado tan grande caudal, dice el P. Alzate, ni en su vida, ni después se ha verificado reclamo que perjudicare á su conducta.»

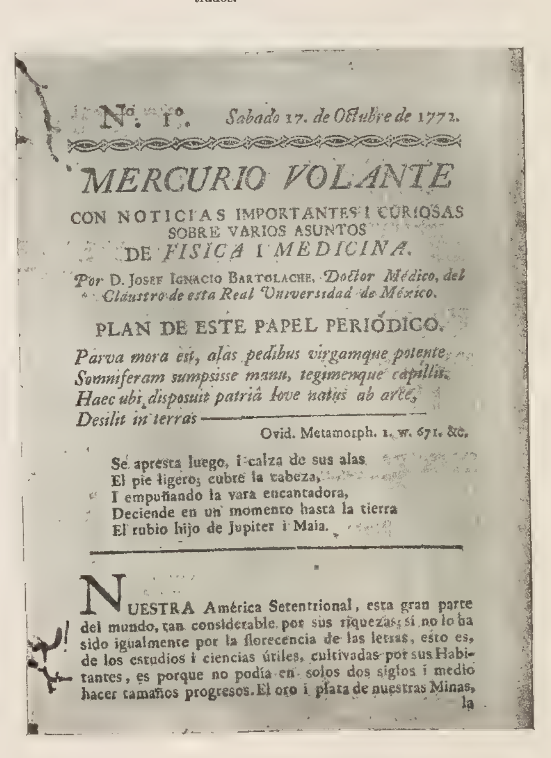
El Dr. Bartolache murió en México el 9 de Junio de 1790, y Beristáin, después de elogiar su constancia en el estudio de la física, de la medicina, de la química, de la botánica, de la astronomía, dice «que como el Angel de la Piscina,» removió en México las aguas de las ciencias para su mayor prosperidad y esplendor. Bartolache fué también en México el introductor del uso del fierro en la terapéutica, y al efecto vendían unas pastillas, preparadas por él.

Bien quisiera llamar siquiera la atención acerca de sus obras; pero es preciso hablar con preferencia de su periódico, objeto principal de las líneas que escribo.

Lo comenzó á publicar en la fecha que puede leerse en el facsimil, con el título de Mercurio Volante. El numero 2 se publicó el miércoles 28 de Octubre de 1772; y continuó semanariamente hasta el miércoles 10 de Febrero del siguiente año de 1773, en que murió el periódico «de la enfermedad ordinaria,» como dijo García Icazbalceta; «la falta de suscritores.»

La colección del Mercurio Volante consta de 16 números que forman un volúmen de 128 páginas en 4º común y es hoy rarísima. Cada número del Mercurio constaba de 8 páginas, valía medio real, se imprimía por D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, y se expendía frente al portal de Mercaderes.

El *Mercurio* del Dr. Bartolche, se ocupó de varios asuntos físicos; pero particularmente de la medicina. Fué, pues, el primer periódico consagrado á esta ciencia en México, y en él encontrará quien lo registre, curiosos estudios acerca de *Lo que se debe pensar de la Medicina*, varios artículos no menos importantes sobre el *uso y abuso del pulque para curar las enfermedades*, fuera de otros acerca de higiene y anatomía, y en todos ellos resaltan ideas progresistas que colocan muy alta la justa reputación que mereció el Dr. Bartolache á sus contemporáneos ilustrados.



Nº. 1º. Sabado 17. de Octubre de 1772.

MERCURIO VOLANTE

CON NOTICIAS IMPORTANTES I CURIOSAS SOBRE VARIOS ASUNTOS DE FISICA I MEDICINA.

Por D. Josef Ignacio Bartolache, Doctor Médico, del Claustro de esta Real Universidad de México.

PLAN DE ESTE PAPEL PERIÓDICO.

Parva mora est, alas pedibus virgamque potente
Somniferam sumpsisse manu, tegimenque capillis.
Haec ubi disposuit patriâ Jove natus ab arce,
Desilit in terras ——
Ovid. Metamorph. 1. v. 671. &c.

Se apresta luego, i calza de sus alas
El pie ligero; cubre la cabeza,
I empuñando la vara encantadora,
Deciende en un momento hasta la tierra
El rubio hijo de Jupiter i Maia.

NUESTRA América Setentrional, esta gran parte del mundo, tan considerable por sus riquezas, si no lo ha sido igualmente por la florecencia de las letras, esto es, de los estudios i ciencias útiles, cultivadas por sus Habitantes, es porque no podía en solos dos siglos i medio hacer tamaños progresos. El oro i plata de nuestras Minas, la

El primer periódico de medicina publicado en Mexico.—El original tiene una extensión de 19 por 14 centimetros. (Véase el artículo relativo.)

Señorita Esperanza Urbina. (De Campeche).

Hoy la posteridad coloca los mismos lauros sobre las frentes pensadoras del P. D. José Antonio Alzate y del Dr. D. José Ignacio Bartalache, fundadores del periodismo científico en México, en tiempos luctuosos para ellos, porque lucharon no solo con la falta de elementos materiales, sino con lo que es más, con las preocupaciones seculares de la época en que vivieron.

Luis González Obregón.

Diciembre de 1896.

Notas Teatrales.

Zarzuela. — Opera. — Fregoli.

El delicioso idilio de Camprodón y Arrieta,—la popular *Marina*—ha ofrecido ocasión propicia á un nuevo artista mexicano para dar á conocer ante numeroso público, sus valiosas facultades líricas.

Ismael Magaña, tal es el nombre del cantante á quien nos referimos, es un joven tenor á quien el porvenir reserva merecidos lauros.

Hoy es una risueña esperanza; mañana será una hermosa realidad.

Jorge, el amante capitán que busca en los ojos y brazos de *Marina* faro y puerto en las tempestades de su corazón, fué cantado de hermosa manera por el *debutante*, la noche del miércoles en la escena del Principal.

El público azás galante, acogió cortesmente su labor artística, alentándole con benévolos aplausos; hasta disipar le el temor excesivo de que se hallaba poseído......

***

La ópera mexicana que se había trasladado á la ciudad angelopolitana, ha tornado á nuestra capital.

Arbeu es templo donde desde el pasado jueves se rinde fervoroso homenaje á Verdi, Mascagni, León Cavallo y Donnizzeti.

Una nueva artista, la Srita. Elena Marín, ha podido admirar esta semana el público mexicano.

***

En el Nacional la serie de triunfos escénicos continúa, sin interrupción ni tropiezo alguno.

La Africana, esa dificilísima creación del genio de Meyerbeer, ha proporcionado á la *trouppe* un brillantísimo éxito.

Roura y Rovira—*Vasco de Gama* y *Nelusco*—han demostrado cumplidamente, ser al par que cantantes de gran valía, actores muy notables. La romanza *oh paradiso* del primero, y la canción de *La tempesta* por el segundo, han sido dos páginas de gloria en los anales de su carrera artística.

Chole Goyzueta es acreedora á mencion especial. Nuestra simpática compatriota rayó á envidiable altura en la protagonista de la obra. Los aplausos, ruidosos y sinceros, que con entusiasmo unánime le prodigara el numeroso auditorio, los recogen estas líneas para reiterarlos como modesta ofrenda á la triunfadora actriz.

***

Acaso á la hora en que estas líneas sean leidas, habrá ya hecho *Frégoli* su esperado *debut*.

Anticipar opiniones ó aventurar juicios, es siempre prematuro y nunca justificado.

Aguardemos, pues, á que su aparición sobre el proscenio del Principal, rectifique ó ratifique la halagadora reputación de que viene precedido.

Suprimamos la pena de muerte—bien está—pero que los señores asesinos comiencen.

Alfonso Karr.

EL TRABAJO

¿DEBERA O NO CONSIDERARSE COMO CASTIGO?

El trabajo, se dice, es un castigo para la humanidad; pero desempeñando gran papel en los actos de ella, vamos á ver á la luz de la razón y examinándola económicamente, si tiene fundamento la aserción.

Empezaremos por definir: trabajo es la acción del espíritu sobre sí mismo y sobre la materia.

Hay en el hombre un principio activo que se desarrolla espontáneamente, innato en el organismo y que nos impele á ejercitar nuestras facultades. Es tan poderoso, que jamás podríamos sustraernos á él, porque claramente se comprende que de él depende nuestra conservación.

Siente nuestra alma una sensación de gozo indefinido cuando ha dado cumplimiento á las aspiraciones de esta actividad que los hombres todos consideran como un deber; y cuando guiada por el libre criterio y la inteligencia se efectúa, nos proporciona una suma de bienestar tal, que se eclipsan nuestros males y necesidades y que nosotros aprovechamos con fruición. El trabajo, se dice, es un castigo: la humanidad equivocada le considera como un deber, siendo la sociedad tan exigente que desprecia y arroja de su seno á quienes no le rinden pleito homenaje: empero los deberes nunca pueden ser castigos. El trabajo es un castigo; sin embargo, nos proporciona tranquilidad de conciencia, goce del espíritu y vehemente deseo de ejercitarle siempre, constituyendo en nosotros, después de su triunfo sobre la ignorancia, una segunda naturaleza; pero las penas no son tan provechosas que deseemos se perpetúen, ni son tan llevaderas que las creamos necesarias.

El trabajo, por último, no puede ni podrá ser nunca castigo, porque está desprovisto de todos y cada uno de los elementos que constituyen aquél; porque ha pesado sobre toda la humanidad y en el trascurso del tiempo y sin interrupción: porque no nos causa ningún mal ni ayuda á efectuar ninguna expiación, porque ley como es, interviene tan directamente en la vida del hombre, como el aire en la vida de los animales, como la atracción en la vida de los astros; porque lo ejecutó Dios, porque vino al mundo cuando el primer rayo de luz se dilató en la nada. Si lo contrario aseguramos, vendríamos á apoyar un estupendo error histórico, combatido con ventaja por una consecuencia lógica, cayendo en una disyuntiva ridícula, dados los adelantos de la ciencia y la noción cuasi religiosa que tenemos de nuestro origen.

Y abordando nuevamente la cuestión primitiva preguntamos á los que opinan que el trabajo es un mal ó un castigo, qué bien ó qué recompensa dió el Creador á la humanidad sobre la tierra: preguntámos es también si su conciencia les acusa de un crimen tal que merezca vivan eternamente bajo la coyunda; y si siendo Dios compasivo, bondadoso y bueno, no es más lógico creer que como salvación, como un remedio, haya dado á los hombres el trabajo para librarles de las necesidades que son sus verdaderos males.

Señorita Aurelia Borquez de Hermosillo (Sonora.)

Es un error creer esa fatal doctrina: no puede ser castigo el aliento del progreso representado por esa soberana fuerza:

«Que horada las montañas
Y arranca á sus entrañas
Piedras preciosas y metal luciente;
Que en miel trasforma las pintadas cañas
Y el seco arrollo en bullidor torrente;
Que aprisiona las ondas
Con dobles muros en los anchos puertos,
Y cubre los desiertos
De blancos lirios y de espigas blondas.
Que apaga el rayo del Olimpo adusto,
Que domina los vientos y los mares
Y á quien el hombre agradecido y justo
Alsa obeliscos y consagra altares.»

Jerónimo J. Reyna.

Otro pago de $5,000., de "La Mutua" EN PACHUCA.

Pachuca, Noviembre 11 de 1896.

Sr. Don Carlos Sommer, Director General de «La Mutua.»—México.—Muy señor mío:

Por conducto de los Sres. Pérez Duarte y C^a^, y ante el Sr. Notario Público D. Austreberto T. Andrade, hoy me ha sido entregada la suma de $ 5,000,00 (Cinco mil pesos), valor de la póliza núm 765,222, bajo la cual estuvo asegurada mi finada madre, la Sra. María Guzmán de Mejía.

Doy á usted las debidas gracias por la eficacia con que ha sido atendido este pago, autorizándolo para publicarlo.—Su atta. S. S.—*Sofía Mejía.*

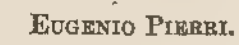
UNA RECETA IMPERIAL

Paseábase una vez de incognito, por calles retiradas de la ciudad de Viena el Emperador de Austria, Francisco José, acompañado de un ayudante, cuando encontró una niña que lo detuvo, diciéndole que su madre estaba enferma, sin auxilio alguno, y su padre en el hospital.

Conmovido el Emperador, dijo á la criatura que él era médico, y pidiéndole las señas de la casa de la enferma, se dirigió allí desoyendo el parecer del ayudante, que temía alguna criminal emboscada contra la vida del Soberano. La casa era una triste mansión del dolor y la miseria. Yacía en un lecho que inspiraba lástima y horror la pobre enferma. Al examinarla Francisco José, comprendió que su enfermedad no era otra cosa que hambre, ese temible flagelo que hace tantas víctimas en las grandes ciudades. Tomando un papel, dijo que iba á escribir la receta con que se curaría la enferma, y escribió una orden para que su tesorero particular entregara una suma equivalente á mil doscientos francos, la cual iba á constituir verdadera riqueza para aquellos desvalidos, que jamás habían soñado con poseerla. Entregó el Emperador la orden, encargando que fueran con la receta á alguna farmacia y dejó unas monedas para satisfacer las necesidades inmediatas, retirándose después aquel médico improvisado.

Al día siguiente, habiendo salido del hospital el esposo y padre de aquellas infelices, se enteró de la visita del supuesto médico y fué á que le despacharan la receta. El farmacéutico, al leerla, experimentó extrañeza y preguntó quién les había dado ese papel. Enterado por la respuesta, mandó que le fuera señalada la tesorería particular del Emperador, y á la presentación de la *receta*, fué entregada la medicina, consistente en monedas de oro, muy contantes y sonantes, cuya posesión asombró al infeliz desheredado, que veía luminoso y brillante el porvenir de su familia.

Médico famoso, que así curaba de raíz el mal de sus enfermos, Francisco José de Austria, en aquel arrabal de Viena, donde firmaba la redención de una familia, era más grande que en el trono de su palacio, brillando con el poder de Jefe de un gran Imperio y de miembro de la Triple Alianza.



El hombre de Estado tiene necesidad de dar su confianza á un pequeño número de amigos seguros y devotos. Su vida sería demasiado dura en medio de las tristes máquinaciones de la política si no sintiese alrededor de sí algunos corazones fieles. Cuando ha dado su confianza, no debe retirarla ligeramente. Debe decirse que nadie en este mundo es perfecto, que por escapar á los defectos demasiado conocidos de un amante, se arriesga á sufrir los vicios más graves de un extraño. Salvo el caso de traición comprobada, es preciso tratar de marchar hasta el fin de la carrera si abandonar las manos que se estrechó al principio y cuyo estrechamiento pareció leal. El esfuerzo mismo que se hace para soportar los errores y las manías que todo hombre arrastra consigo, no es perdido; da la costumbre de no irritarse inútilmente de las contrariedades que se encuentran en la vida pública. El que quiere obtener demasiado de los hombres y de las cosas, se forja un ideal que le disgusta de las más sólidas realidades.

Eugenio Pierri.

Grupo del señor Presidente y su comitiva en los momentos de verificarse el simulacro

El puente flotante.—Vista tomada en los momentos de visitar las obras el señor Presidente.

El simulacro en Chapingo.

La prensa diaria informó con precisión del resultado que tuvo el simulacro verificado en terrenos de la Hacienda de Chapingo el 26 del pasado Noviembre, por los alumnos del Colegio Militar en combinación con Artillería, Zapadores y el 2° Regimiento.

El señor Presidente de la República, en compañía del señor General Berriozábal, con sus Estados Mayores respectivos, estuvieron en el campo de maniobras. Pasaron revista á las tropas, visitaron la fortificación sobre la que debía simularse el ataque.

Los alumnos que cursaron artillería hicieron ejercicio de tiro al blanco á distancia de 1,000, 2,000 y 3,000 metros, con piezas de batalla y montaña, sistema *Bange* y una pieza de montaña *Mondragón*, con la que hizo una puntería el señor Presidente.

Examinó el señor Presidente con toda detención los aparatos telefónicos de campaña, y en seguida el puente flotante, del que damos un fotograbado.

En la tienda de campaña del Cuartel General, se sirvió un *lunch* al señor General Díaz y demás personas que lo acompañaban, y en seguida se colocaron en un punto elevado, al centro del campo de operaciones, desde donde se dominaba perfectamente todo él. Damos un fotograbado de ese grupo.

El simulacro se verificó según lo prevenido en la orden del día, y los movimientos de la tropa, con especialidad las compañías de alumnos, fueron hechos con precisión y regularidad.

Terminado el simulacro, el señor Presidente hizo entrega del nuevo estandarte al 2° Regimiento y en seguida toda la comitiva acompañó al señor Presidente á Chapingo, en cuya finca de campo, soberbiamente montada, ofreció el Sr. Teniente Coronel D. Manuel González, propietario de ella, un espléndido banquete. Tomaron asiento en la mesa el Sr. General Díaz en el lugar de honor, á su frente el Sr. General Berriozabal, y en los asientos restantes, los Sres. Teniente Coronel Manuel González y Fernando González, Mayor Francisco Díaz Rivero, Ingenieros Daniel Garza y González Gavito, Capitán Beltrán, Tenientes del Estado Mayor del señor Presidente, Del Río, Montesinos y Santa Cruz, y Sres. Vulfrano Vázquez, Jefe Político de Texcoco, y Gabriel Villanueva, nuestro enviado especial.

A la hora del Champagne, el anfitrión ofreció, cariñosa y respetuosamente, el banquete al Sr. General Díaz, haciendo recuerdo, como hijo del Colegio Militar, del simpático plantel que tan decididamente ha protegido.

El señor Presidente contestó el bríndis con estas lacónicas palabras: *Brindo porque los alumnos del Colegio Militar sean para la Nación lo que la Nación ha sido para ellos.*

El soldado español en Cuba.

La campaña de Cuba llega á un periodo decisivo en que van á ponerse á prueba todas las abnegaciones y todas las virilidades. Terminada la tregua forzosa á que se vió constreñida la mayor parte de los ejércitos ibéricos, la campaña de invierno se inicia vigorosa. Weyler se ha puesto al frente de sus tropas; háblase de batallas campales y el público, las naciones americanas, aguardan ansiosas el desenlace de la tremenda brega. Hasta hoy, el más seguro procedimiento había sido para el beligerante cubano, la guerra en detal, que con tanto éxito se ha hecho en nuestro continente y en España misma, y para la cual está tan admirablemente organizado el soldado hispano-americano. La perpetua sorpresa, el continuado cambio de campamento, la utilización hábil del terreno conocido, el desconcierto de la sorpresa, la alianza con el clima mortífero: he aquí los grandes elementos de éxito.

En vano el enemigo poderoso destaca fuerzas, forja planes y hace alardes de valor. Tras la derrota en vano buscará despojos y prisioneros: el rival ha desaparecido, se ha evaporado como un fantasma, para aparecer de nuevo más lejos; envuelto en la sombra que ilumina siniestramente la llamarada del fusil. Si ha triunfado, sabrá aprovecharse de su victoria y luego volverá á perderse en la sombra. La muerte llega para el soldado desconocedor del terreno, con todo lo imprevisto de la acechanza, con tadas las traiciones de la noche, y la aliada poderosa del beligerante, la peste con su tremendo séquito de dolencias, consuma la temida labor.

Tiempo era de que el soldado español, inerme ante lo desconocido, buscase la lucha franca y abierta donde la superioridad de la disciplina y el exceso numérico constituyen incondicionales ventajas. Para obtenerla ha hecho el supremo esfuerzo, yendo á buscar al soldado cubano en sus propias madrigueras. Mas el esfuerzo hasta hoy ha sido inutil; el beligerante está bien defendido; hay gargantas inextricables, hay inextricables bosques que lo amparan, y hay sobre todo una hábil movilización que impide toda acción decisiva. Weyler empero no desmaya, lucha y el conflicto no ofrece un resultado definitivo.

Entre tanto seguirán las acciones parciales y nuestro grabado representa una de ellas, en que los soldados españoles, en lo más apretado de la refriega han formado el cuadro, el invencible cuadro, gran palabra de la táctica moderna: poderosa muralla de pechos y aceros donde se estrellan todos los impulsos......

Aguardemos á que el porvenir dé su fallo, en la gran cuestión que se ventila en los ubérrimos campos de la Antilla.

Es lo único que podemos hacer.

Soldados españoles formando el cuadro.

Dos pigmeos.

Exhíbense actualmente en Berlín dos ejemplares curiosísimos, dignos del país de Liliput. Son dos pigmeos de 70 centímetros de longitud el uno y de 65 el otro, mujer y hombre respectivamente y de raza de color. La mujer aparenta unos treinta años, y veinte el hombre. El grabado que damos los representa al lado de una botella de champagne......... que no es mucho menor que ellos!

Para comprobar la pureza del azufre.

Se toman 100 gramos de azufre, y colocado en una cazuelita de porcelana se pone al fuego, y como unicamente se quema el azufre, quedan sin consumirse las impurezas; se pesa luego ese residuo, y se sabe por eso el tanto por ciento de adulteración que lleva.

Como á algunos no les será fácil pesar 100 gramos por no tener estos pesos, pueden hacerlo con 100 perdigones del mismo número y les dará el mismo resultado. Con esta sencilla operación pueden saber los cosecheros si lo que se les vende es azufre puro ó con mezcla.

Debe empero, advertirse, que el azufre tal como se emplea para el azufrado de las viñas contiene siempre una pequeña cantidad de impurezas que son parte de la ganga de este mineral, y se puede apreciar por persona inteligente cuando dichas impurezas son debidas á la misma naturaleza del azufre ó cuando constituyen una falsificación de los vendedores. El conocimiento exacto de las impurezas del azufre es lo que debe fijar en una compra importante el precio de dicho mineral.

PRINCIPE DE NAPOLES.

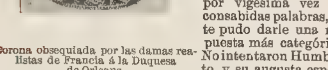
DOS MATRIMONIOS REALES

El heredero de la corona de Italia y la princesa Helena de Montenegro.—El duque de Orleans y la archiduquesa María Dorotea.

A lo que parece, la Reina Margarita de Saboya, que no obstante sus cuarenta y tantos otoños es aún hermosa y gallarda, no dejaba de sentir inquietudes del todo maternales en vista de la extraña conducta de su hijo el Príncipe de Napoles y heredero de la corona, que no daba trazas, como vulgarmente se dice, de enamorarse de doncella alguna de las nacidas en pañales regios.

En vano su augusta madre le propuso varios partidos dignos de aspirar á su mano, ya por su hermosura incuestionable, ya por sus prendas morales. El Príncipe no se decidía y á los apremios de la Reina contestaba con un: «Ya veremos» problemático, que nada bueno prometía para la sucesión de la real familia.

Empero el Príncipe no dejaba el asunto para el otro jueves, por más que las apariencias indicasen lo contrario. Profesando la hermosa y sana idea de que es una necedad grande que una testa coronada se case con una Razón de Estado, cuando hasta el obrero más humilde se permite el lujo de matrimoniarse por amor, aguardaba que el rapaz ceguezuelo le vulnerase el corazón, y esto no se hizo esperar. Elena, la hija del Príncipe de Montenegro, que estuvo hace algún tiempo en Roma con motivo de unas fiestas, era la llamada á doblegar aquella voluntad. Verla el Príncipe y prendarse de ella fué todo uno, y cuando, no mucho tiempo después, la Reina Margarita repetía á su hijo por vigésima vez las consabidas palabras, este pudo darle una respuesta más categórica. No intentaron Humberto y su augusta esposa torcer la voluntad del Príncipe. Muy al contrario, regocijáronse con él, que aunque no se trataba de una princesa cuya influencia pesase en los destinos europeos, era la mujer que había acertado á mover el corazón del heredero y esto ya significa mucho, si no para la hegemonía de un país, sí para la felicidad de un soberano; así pues el rey dió parte oficial del matrimonio; regocijáronse hondamente los montenegrinos por la honra que les cupo en suerte y previos los requisitos del caso, los novios acaban de unirse en la iglesia de Santa María de los Angeles en Roma, con asistencia del Rey y la Reina y muchos altos dignatarios.



Corona obsequiada por las damas realistas de Francia á la Duquesa de Orleans.

***

Casi en los mismos días en que la bella montenegrina unía su suerte al heredero de la corona de Italia, el jefe de la casa de Orleans, el duque Felipe uníase para siempre á la Archiduquesa María Dorotea, sobrina de Francisco José, en una de las más opulentas residencias de Austria y con asistencia del Rey, de la Reina de Portugal y de otros altísimos personajes.

Aquí también, á lo que parece, el amor unió las voluntades. Es María Dorotea princesa de altas prendas y de no escasa instrucción, de serena y simpática hermosura y había desdeñado muchos grandes partidos, porque no lograban interesar su corazón. Más que ellos pudo el duque de Orleans, miembro como se sabe de una gran familia, de exterior agradable, hombre cultísimo y que sabe el secreto del *sprit* francés.

La boda como es de imaginarse tuvo una esplendidez inenarrable, en la capilla de Hofburg, y la encantadora novia fué obsequiada con magníficos presentes. Cuéntanse entre estos una riquísima corona, ofrenda de las damas realistas de Francia y un gran aderezo ofrecido por el duque de Aumale, de los cuales damos grabados á nuestros lectores.

Se recordará que El Mundo publicó no ha mucho los retratos de los novios con motivo de sus esponsales y por lo mismo nos abstenemos de repetirlos.

Son estas de que hemos hablado, las bodas más ruidosas habidas últimamente en Europa.

Bien veo que el hombre perfecciona todo al rededor de sí; mas no veo que se perfeccione él mismo.

Alfonso Karr.

Parecido de familia.

Hace observar Southey, en una carta dirigida á Sir Brydges, que la edad acentúa el parecido de la familia, de tal modo, que hermanos que en la infancia eran muy desemejantes, y que lo fueron aun en mucha parte de su juventud, se parecían extraordinariamente en edad madura. El mismo observador dice que tenía en su misma casa un ejemplo de parecido muy notable con su padre, mientras que años atrás no se le parecía ni aun remotamente.

MUERTA-VIVIENTE.

LA DORMIDA DE THENELLES.

Desde la Bella del Bosque durmiente no se había oido hablar de un caso tan extraño como el de Margarita Boyenval. A consecuencia de una crisis nerviosa que la hizo caer sobre el suelo de la casita donde vivía con su madre, la pobrecilla se durmió inmediatamente que fué puesta en su lecho y no ha vuelto á despertar.

Han transcurrido desde entonces trece años cinco meses, y tal es el letargo de la dormida, que se supone que pasará así toda su existencia sin haber recobrado jamás el conocimiento. Un curiosísimo artículo del periodista francés Chincholle, que apareció estos últimos días en el *Figaro* de París, nos refiere su visita á Thenelles, pequeña población situada á cinco ó seis leguas de San Quintín en plena Picardia. He aquí este artículo:

Origny-Sainte-Benoitte-Novbre.

Vengo, en fin, de ver á la célebre dormida, la que los franco-picardos llaman la marmota porque desde hace trece años no se ha logrado despertarla.

La he contemplado largo tiempo: fuí autorizado para examinarla como un médico habría podido hacerlo.

Ahora bien, si en mi larga vida de periodista he sido testigo de muchas cosas, jamás hubiera esperado asistir á espectáculo semejante y no me repongo aún del sentimiento extraño, indefinible, profundamente religioso que hace experimentar ese misterio que turba á los más sabios.

Pero comencemos por referir las cosas como han pasado.

El 29 de Mayo de 1883, vivía en Thenelles, pequeña población situada á cinco ó seis leguas de San Quintín, una joven, entonces de diez y nueve años de edad, Margarita Boyenval, que, costurera de oficio, ocupaba con su madre una casita de techo de paja.

La niña entonces era, según me dicen los que la han conocido, muy linda, muy buena moza, alegre y bulliciosa, aunque la maledicencia la acusaba de haber puesto fin ilegalmente á una historia de amor que amenazaba tener consecuencias.

De pronto, un día, tomando el aire cerca de su puerta, ve á unos gendarmes que parecen dirigirse á su morada. Cree que la calumnia ha dado sus frutos, y que van á aprehenderla. Lanza un grito y cae presa de una crisis nerviosa.

Los gendarmes pasan...... no tenían orden alguna á este respecto. Pónese á la joven en su cama; se duerme, y desde ese día, *aniversario de su nacimiento*, es decir, desde hace trece años cinco meses, no ha despertado.

Se ha hecho todo, los más grandes médicos han ensayado lo posible y lo imposible; los magnetizadores mismos han recurrido á los medios más extraordinarios...... La joven se ha convertido en mujer, durmiendo.

Para verla, se necesita ir por la línea del Norte á San Quintín; ahí subir al tren de Guisa y detenerse en Origny-Sainte-Benoitte, de donde se puede ganar á pie Thenelles, un lindo pueblecillo que desciende de un lado, á dos kilómetros de la vía férrea.

Ese pequeño rincón de la Picardía es verdaderamente adorable, sobre todo en esta época del año. Entre la bruma que sube del Oise se destacan los árboles de esencias variadas, de tonos multicolores.

Se cree atravesar un paisaje de Carl Rosa. La ruta única es muy frecuentada.

—Qué hay un mercado importante por aquí? pregunto á las mujeres que llevan su cesta bajo del brazo.

—Oh, no. Llevamos de comer á nuestros hombres que trabajan en la fábrica.

Hay, en efecto, en los alrededores numerosas fábricas de azúcar.

Y todas las mujeres á quienes interrogo me dicen:

—Va usted á ver á Margarita, de seguro?

Hago que me conduzcan á la casa de la marmota.

Entre dos ventanas estrechas hay una puerta sobre la que se abre la única ventana de un tapanco, encima del cual se yergue el techo de paja.

Detrás de los vidrios hay cortinas muy blancas, sostenidas por cintas de color y cayendo sobre vasos floridos.

Mi guía abre una puerta. Siempre desconfiado y temiendo algún chasco, entro rápidamente, atravieso con precipitación la primera pieza alumbrada por dos ventanas y llego á otra cámara que tiene cuatro metros de profundidad. Ahí me detengo entre dos lechos, el uno colocado á mi derecha en el sentido de su longitud y el otro á mi izquierda perpendicularmente.

Sobre el lecho de la derecha está extendida una mujer que, por su sólo aspecto, responde con demasiada elocuencia á las dudas que habían hecho nacer en mí.

Me inclino con el respeto que debe tenerse ante la muerte.

Con la cabeza apoyada en la almohada y los brazos ocultos bajo las sábanas, Margarita Boyenval, muy pálida y con las mejillas hundidas, tiene más bien el aspecto de una muerta que de una dormida.

La boca y los ojos están cerrados. Si se le abren éstos se ve que están muy hundidos y sólo se perciben dos globos muy blancos. Las pupilas se han remontado bajo las arcadas subciliares.

De pie, cerca del lecho, está el contraste indispensable á todas las cosas: la vida exuberante, que sintetiza la Sra. Boyenval madre, una matrona de abultado seno, menos abultado empero que su vientre enorme.

Se explica viéndola cómo en otro tiempo Margarita era demasiado fuerte. La madre y la hija se parecen. La una y la otra tienen, al rededor de las mismas facciones, los mismos cabellos de un castaño veneciano. Pero la señora Boyenval evoca esas alegres comadres que Roybet ha puesto en algunos de sus cuadros, y Margarita, bajo su pequeño gorro blanco, con la expresión extática que Ary Scheffer ha puesto á Santa Mónica, tiene el tranquilo y piadoso aspecto de una religiosa. Contemplándola largamente, murmuro:

Princesa Helena de Montenegro

—Es hermosa......

—Sin embargo, ha envejecido desde que duerme.

—¿Y semejante sueño vino de un golpe?

—Al principio solía tener algunos sobresaltos durante los cuales yo creía que iba á despertarse, pero el sueño la domaba al cabo de cinco ó seis minutos y ahí la tiene usted.

—Usted la nutre á lo que se dice deslizando una cuchara entre los dientes?

En otro tiempo así lo hacía, pero desde hace ocho años la nutro con lavativas, cuatro veces al día, á las mismas horas. Sin embargo puede decirse que ella se ha nutrido de sí misma. Mire usted.

Y la Señora Boyenval levantó las ropas. La camisa dejaba adivinar un esqueleto. El vientre estaba hundido, las caderas salientes como dos puños.

Los brazos estaban alargados sobre el cuerpo.

Así una de sus manos.

—¡Oh, qué caliente está!

—Sí, yo m ntengo su calor con ladrillos calientes.

Los dedos están roidos y descarnados.

La madre le toma bruscamente un brazo y lo levanta. El brazo guarda la posición y la actitud de amenazar. Lo cubre con las ropas y sobre ese brazo que ha permanecido en el aire aquellas forman una prominencia.

El lecho y las ropas son de una limpieza extrema. Se ve que la Señora Boyenval aguarda siempre visitas.

Es que los más grandes médicos han venido aquí y han traido después á otros.

—Charcot ha venido cuatro veces: la primera, completamente solo y las otras con acompañantes. ¡Ha hecho experiencias!.......... Crouardel tan bién. Y después Berillon. Y más tarde gentes de tan lejos que nadie conocía su idioma. Yo únicamente esquivo á los magnetizadores......Estos hacen demasiado......

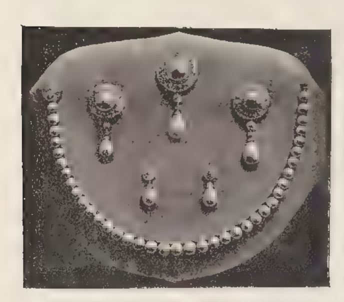
La Princesa de Chimay y Caraman.

Por lo demás, el médico de Origny, el doctor Charrier, viene todos los días. Oh qué quiere usted. Ahora ya nada queda que hacer, yo ya no tengo esperanza......

—¿Quién sabe? Yo he conocido á alguien que permaneció—solo medio día es cierto—en este estado. Le quemaban los pies y no se movía. Después, de pronto, se despertó y refirió que había oido todo lo que se había dicho alrededor de él...... Acaso su hija de usted nos oye..

Los médicos creen en efecto que durante los primeros meses pudo oir, pero ahora dicen que los órganos están demasiado débiles......

—Acaso mi amigo gritará esta noche: ¡mamá!



Aderezo obsequiado por el duque de Aumale á la Duquesa de Orleans.

—Ah, Dios del cielo, yo huiría!

Al principio el pecho se levantaba aún. Ahora la respiración no deja mas que una ligera bruma en el espejo. Sin embargo, las funciones se cumplen lógicamente. Me daría vergüenza, al recuerdo de la estática figura de entrar en detalles demasiado técnicos. Me contentaré con decir que ese sueño á causa de su duración es el caso de catalepsia mas extraño que la medicina haya visto.

Y en tanto que la madre me habla, veo siempre á esa pobre dormida, preguntándome si no sueña......

Después, al recuerdo de la Bella del bosque durmiente, me porgo á pensar que bastaría acaso para que esa otra bella se despertase que un nuevo príncipe encantador viniese á darle el beso que liberta.

Carlos Chincholle.

Curiosa demolición de una Chimenea.

En Manchester funcionó hasta hace cuatro años una fábrica de papel, que fué abandonada despues, y que se trató de derribar con los ménos gastos posibles. Se comenzó el derribo por la chimenea de la fábrica con la circunstancia de no emplear andamiaje alguno; y es de advertir que esta chimenea, de forma de pirámide octagonal, medía la respetable altura de 80 metros, un diámetro de ancho y se calculaba su peso total en 4,000 toneladas. Toda esta mole había de ser demolida de una vez y de modo que no aplastase los edificios de las populosas calles inmediatas á la fábrica por la parte Norte, es decir, que había que dirigir el derrumbamiento hácia el único espacio libre de construcciones que se extiende al Sur. Para conseguir este preciso resultado se comenzó por deshacer los cimientos de la base de la chimenea correspondiente al lado hácia donde había de dirigirse la caída, sosteniendo la construcción por medio de grandes puntales de pino previamente impregnados de parafina.

Terminada la semidestrucción de los cimientos, el empresario del derribo, señor Smith, hizo prender fuego á los sostenes de madera, que ardieron rápidamente, gracias á la parafina, despidiendo nubes de humo negro, yá los diez minutos la chimenea empezó por inclinarse y terminó por venirse abajo casi su misma base, como si se hundiera en el suelo ó se plegase sobre sí misma á modo de tubos de anteojo, cubriendo sus escombros una superficie muy reducida.

Por atrevido que parezca el procedimienot, su resultado lo recomienda, si se practica habilmente, para evitar la proyección de escombros á gran distancia y para simplificar y activar las operaciones semejantes.

La Princesa de Chimay y Caraman.

Un telegrama recibido de París nos hizo saber que la Princesa de Chimay y Caraman, esposa del Príncipe de Chimay, de Bélgica, se había huido con un músico húngaro que acostumbraba tocar en los cafés cantantes de París.

El Príncipe José ha entablado inmediatamente el juicio de divorcio en los tribunales de Bruselas. La Princesa antes de casarse era sencillamente la señorita Clara Ward, de Detroit, Michigán, Estados Unidos, y se unió en matrimonio con el Príncipe José en París, en el año de 1890.

La Princesa al huir con el músico abandonó á su esposo y á sus dos niños.

Clara Ward, siendo todavía una niña de escuela, hizo, en compañía de la autora de sus días, un viaje á Niza. Allí la conoció el Príncipe, se enamoró de ella y el casamiento se arregló en un abrir y cerrar de ojos.

La ceremonia de la boda fué un gran acontecimiento, asistió toda la nobleza de París y dió la bendición á los novios el Nuncio Monseñor Ratelli.

El Príncipe de Chimay desciende de familia nobilísima, y entre sus antecesores se cuenta á una mujer que se hizo célebre bajo los nombres de Mme. Theresa de Cabarrus, Mme. de Fontenay, Mme. de Fontenay, Mme. Tallien, condesa de Caraman y Princesa de Chimay. Fué amiga de Mme. Recamier, de Hoche, de Napoleón, y por su gran filantropía se ganó el justo título de «Notre Dame de Bon Secours.»

El padre del Príncipe de Chimay fué Ministro de Relaciones Exteriores en Bruselas, y el Príncipe pertenece á la Legación de Bélgica en París.

Se llama edad de oro á la época en que el oro era desconocido.

Hay dos cosas que las mujeres no perdonan: los negocios y el sueño.

No se viaja por viajar, sino por haber viajado.

¿La dicha? Es esa casa con techo de paja cubierto de musgo y de iris en flor. Es necesario permanecer frente á ella; si entráis, ya no veis.

En la amistad todo es común......para uno.

Los poetas nacen en provincia y mueren en París.

El amor nace de nada y se muere de todo.

El número de escritores es ya innumerable y va é irá siempre creciendo, porque es el sólo oficio, con el arte de gobernar, que se atreve uno á ejercer sin haberlo aprendido.

Muerta-viviente.—La dormida de Thenelles.

Padre nuestro que estas en los cielos.....

El cocido de albañil.

La casualidad hizo que el prócer se asomara á la ventana de su cuarto tocador en el momento en que aquel albañil de la casa en construcción de enfrente se amparaba á la sombra del palacio para comer. El marqués repantigado en una mecedora y fumándose un veguero, recién saltado de la cama, bostezando á cada instante, leía con aire aburrido los periódicos de la mañana y los diarios franceses de la víspera, cuando le llamó la atención cualquier ruido de la calle; abrió la vidriera y vió entonces al jornalero con su traje blanco y su cara de clown embadurnada de yeso, sentado en la acera y recostado en el muro, mientras la consorte extendía sobre la losa una vasta servilleta y colocaba encima del mantelillo una honda fuente de losa ordinaria, ribeteada de azul, una libreta, dos cucharas de palo y dos vasitos para el medio cuartillejo de vino.

Una curiosidad invencible le ató al prócer á la ventana. Requirió, pues, *Le Fígaro* para fingir que leía y no coartar á los comensales con su atención, y apoyándose en el alféizar, les clavó el rabillo del ojo, dispuesto á no perder detalle. Desde luego, aquel amor y compañía del jornalero y su costilla, aquella complacencia que se les advertía en el rostro por hallarse juntos, le trajo á la mente al marqués la remembranza de su hogar suntuoso, pero frío y desierto. Su esposa y su hija mayor estaban ya hacía un mes en su *villa* de Biarritz, donde se reunía toda la familia pasado el verano; su hija menor, la viuda que vivía con ellos, hallábase instalada también con sus dos chicos en un hotel de las Arenas, su hijo único, viajaba desde principios de estío detrás de Guerrita, sin perder ni una corrida del diestro, y él, aguardando á que hubiera cuarto en Sobrón, permanecía solo en Madrid, entregado á mayordomos y ayudas de cámara y refugiado en el Casino, donde paraba más que en su casa, huyendo instintivamente de su soledad. Acordóse el opulento del almuerzo que le esperaba, sin conversación, sin risas, con el periódico apoyado en las copas, sin otro halago que los lametones de Lif, la perrilla ratonera favorecida de las niñas, que ya se consideraba como de la familia, y por remate, sin apetencia, y se le escapó un suspiro.

La albañila había llenado mientras la fuente de rodajas de pan y volcado luego en el cuenco el amarillo y humeante caldo de un pucherete que sacó de una cesta y que empapó las rodajas en el acto, empezando todas á flotar, cuidando la mujer de refrenar la tapadera de la vasija, empujada por los garbanzos, de los que alguno más atrevido escapó, á pesar de la vigilancia, precipitándose en la escudilla.

El incitante perfume del caldado pan subió hasta las narices del prócer y produjo en todo su ser como un extremecimiento delicioso. ¡Qué bien olía! Su estomago, averiado por los amargos medicinales y por las mostazas incitantes, desabrido é inerte, combatido por la eterna dispepsia, y no ya inutil para la digestión, sino falto de gana, pareció resucitar, y el prócer, que hasta odiaba ya al alimento, experimentó un deseo invencible de tomarse tres ó cuatro cucharadas de aquella aromática sopa. Pero, ¿cómo realizarlo? ¿Iba él, un título de Castilla, conocido de todo el mundo, á bajarse á la calle y á sentarse á comer mano á mano con los artesanos, exponiéndose á que alguien le viera y le calificara de loco? Sólo el espectáculo de un caballero, trascendiendo á la legua á aristócrata, tragelándose un cocido en amigable armonía con un obrero y apoyado en un muro, era bastante para llamar la atención de los transeuntes ¿Qué hacer?

El matrimonio habíase engullido mientras la sopa, y después de remojadas las fauces con un trago, libre ya la boca del puchero, precipitábanse en la fuente los garbanzos, empujados por dos trocitos de carne y tocino. ¡Pues anda, que el cocido no olía peor! ¡Nada! ¡Que se lo iban á comer! El marqués entonces se apartó con un movimiento brusco de la ventana y se entró en su cuarto. A poco el albañil y su mujer veían acercárseles un mayordomo de frac, corbata blanca y grandes patillas, que encarándose con ellos les decía:

—Mi señor, que es el amo de este palacio, me manda rogar á ustedes que tengan la bondad de suspender un momento su comida y subirse con todos sus trebejos á almorzar con él.

El albañil y su esposa se quedaron atónitos y tan aturdidos, que no acertaron ni á responder. Todo podían esperarlo, incluso que los echasen de allí, menos semejante invitación. ¡Cómo! ¡Un título, un poderoso, descendiendo hasta su miseria y elevándolos! ¿No soñaban? ¡Sí, soñar! El mayordomo no había aguardado su asentimiento, y ya entraba en el portalón con la fuente del cocido y la libreta, mientras otro criado, cargaba con el resto del *ajuar*. Siguiéles entonces el matrimonio, sin atreverse á pisar fuerte por las magníficas escaleras de marmol, guiado por el mayordomo; atravesó varios salones, en que resaltaba muy singular la figura blanca del obrero reflejada en las grandes lunas, y al cabo se detuvieron en un amplio comedor con friso de roble, sillas de cuero y aparadores cargados de plata antigua. En la rica estantería se descubría una mesa cubierta de rico mantel, con un centro abarrotado de flores y tres cubiertos.

El prócer sonriente y enajenado, les aguardaba de pie junto á un sillón de los preparados para sentarse á la mesa, y al verles exclamó:

—Perdonen ustedes el asalto; pero he olido sus garbanzos desde la ventana; yo tengo perdido el estómago, sin apetencia alguna, y de pronto, sintiendo ganas de comer unas cuantas cucharadas de su cocido, me he dicho: ¡puede que estas buenas gentes no se opongan. Ellos me harán partícipe de su puchero, y yo les invitaré á mi almuerzo. Por eso me he tomado la libertad de interrumpirles.

La *albañila* fué la primera que se repuso, y con la nobleza de corazón peculiar de la artesana madrileña, replicó.

—¿Y por qué nos hemos de oponer, señorito? ¡Esto es practicar una obra de caridad y los pobres también las hacemos cuando podemos!

—¡Pues á la mesa ahora mismo!

Los pobres artesanos habían creído que sólo se trataba de que aquel señor que decía que no le pedía nada el estómago, se comiera sus garbanzos. Pero sentarse á almorzar con él!...... Resistiéronse cuanto les fué posible, pero no hubo más remedio que ceder y colocarse ante el plato destinado á cada cual, en tanto que el prócer se sonreía viendo su aturdimiento y su vergüenza.

¡Vaya un hambre que se le había despertado de pronto! Sirvióse un plato de garbanzos enorme, pudiendo afirmarse que se engulló él solo el cocido, y á sus huéspedes hízoles comer ave, pavo, salmón, una infinidad de manjares desconocidos para ellos y todo por su alto precio, de los que no habrían soñado con catar en su vida. Algunos les resultaron á sus paladares ineducados en la cocina escogida, poco agradables. El prócer harto de refinamientos, no los probó y engullóse en cambio el pepino crudo de postre de los artesanos, olvidando ante tales excelencias culinarias que no volverían á caer en suerte.

En el almuerzo menudearon las risas, tímidas en el matrimonio y fuertes en el anfitrión, con regular asombro de los criados, no acostumbrados en su amo á tales jolgorios; de remate obligó al pobre albañil á aceptar cinco duros por vía de indemnización que el infeliz recibió con los ojos nublados por las lágrimas y aquella tarde los socios del Casino encontraron á su habitualmente hipocondriaco y triste compañero, regocijado y alegre, bajo los rosados auspicios—lo declaró él mismo—de una fácil digestión.

Y sin embargo, ni el faisán ni el rosbiff tenían mayor virtud que los garbanzos, sino que con aquel humilde cocido de albañil había subido al solitario comedor del aristócrata una ráfaga de mútua felicidad.—Sencillamente.

Alfonso Pérez Nieva.

Algún día, á pesar de tus encantos,
te matará otro á tí cual tú me matas,
que en materia de ingratos y de ingratas,
venimos á salir tantas á tantos

El amor es un himno permanente
que, después que enmudece el que lo canta,
otra nueva garganta
lo vuelve á repetir eternamente.

Campoamor.

LA ULTIMA PALABRA.

No te niego mi amor...... Siempre lloroso
A tus piés me arrojé tendiendo el ala,
¡Sugeto el rudo puño del coloso
Por la mano suavísima de Onfala!

He apurado el amor hasta las heces;
Que sólo amor tu corazón destila......
¡Ante la clava de Hércules á veces
Valen más las tijeras de Dalila!

Lo que brilla y es sol, como el sol muere;
Brilló mi amor un día y se hizo nada......
Vencedor ó vencido ¡Dios lo quiere!
Repetía y repito en mi cruzada.

Como la rosa de Malherbe, un día
Ha vivido el amor de mis amores.
¡Para amor, juventud ó lozanía,
Lo mismo son las almas que las flores!

Una ruina eres hoy de mi pasado:
Que el cristal por más terso al fin se quiebra......
Flores me diste, sí: ¡pero ha silbado
Debajo de esas flores la culebra!

Tú soñando tus sueños de grandeza,
Me apartastes á un lado torpe y vana:
Hoy yergues con orgullo la cabeza
Y con dolor la inclinarás mañana......

Quisiera ser muy grande solamente
Para poder, con infernal ventura,
Preguntarte si un lauro de mi frente
No vale mucho más que tu hermosura......

Yo te emplazo, mujer! Desconfiar debes
Del brusco cambio de la suerte impía:
¡Yo beberé en la copa en que tú bebes,
O tú habrás de beber quizá en la mía......

Y hemos de compartir el mismo espacio,
Por esa ley de variación eterna,
Acaso en los salones de un palacio
O acaso en el rincón de una taberna!

Pero vano es que tu pasión me llame:
Ya de mis ojos se rompió la venda......
¡No sólo busco un corazón que me ame,
También busco un cerebro que me entienda!

José S. Chocano.

CROQUIS MODERNOS

EROTICA

No castas hermosuras ni rostros de princesa
Ni ojos en donde brille la luz de la ilusión:
Satánicas beldades, perfiles de faunesa
Y trágicas pupilas de angel en rebelión.

No bocas ideales de sonrosada fresa
En donde tiemble el ósculo gentil de la pasión:
Boca sensual y lúbrica que muerde cuando besa
Con labios encendidos,—flores de tentación.—

Amores ardorosos, vibrantes y soberbios
Que hagan alzar el canto sonoro de los nervios,
—Hechos de fibra y fósforo, de médula y de luz—

Y sea nuestra musa como un sucubo pálido
Que ahogue nuestras vidas en un abrazo cálido
Mientras sucumbe el Sueño clavado en una cruz.

F. M. de Olaguíbel.

Diciembre de 1896.

El Ferrocarril.

Lanzó á los vientos su pendón de fuego,
rasgó los aires su silbido agudo,
su aliento de humo es el fecundo riego
que aniega el seno del desierto mudo.
¡Miradlo! va tragando las distancias;
Parece apenas que la tierra toca;
y devorado por febriles ansias,
nubes vomita por su ardiente boca!
¡Miradlo! es el guerrero del presente,
el genio armado de la nueva idea;
La luz del porvenir brilla en su frente,
y su penacho de vapor ondea.
¡Miradlo! es el centauro del progreso,
es el audaz conquistador moderno,
está de sangre su pendón ileso,
su gloria brilla con fulgor eterno;
La barbarie se esconde amedrentada
al divisar su enseña brilladora,
como las sombras de la noche helada,
al centellear un rayo de la aurora!
Los tiempos del futuro que dormitan
del desierto en las vírgenes entrañas,
á su acento despiertan y palpitan,
cual palpita el volcán en las montañas!
Es del progreso la primera aurora,
que irradia en esta tierra bendecida,
en esta tierra siempre vencedora,
en esta tierra hidrópica de vida!
Es el acento de la audacia humana,
que crece, se duplica, se agiganta;
que pone de la vida en la mañana,
las alas del relámpago á su planta!

Olegario V. Andrade.

LA LIMOSNA.

En aquellos tiempos, era Nicolás Nerli uno de los más afamados banqueros de la noble ciudad de Florencia.

Trabajaba sin descanso desde la mañana hasta la noche y prestaba dinero al Emperador y al Papa, con la particularidad de que no se lo prestaba al diablo, porque temía siempre hacer malos negocios con el rey de las tinieblas.

Nicolás Nerli era audaz y desconfiado y había adquirido no pocas riquezas á costa de no pocos infelices, por cuyo motivo vivía en un palacio en el que la luz que Dios creó penetraba tan sólo por estrechísimas ventanas.

Ya se sabe que la morada de algunos ricos debe de ser como una ciudadela y que los poseedores de fortunas mal adquiridas están en el caso de defender por la fuerza lo que han logrado acumular por la astucia.

Sin embargo, Nicolás Nerli hacía gala de su riqueza por medio de fundaciones piadosas de verdadera importancia.

Había erigido á extramuros un hospital, cuyo friso, esculpido y pintado, representaba las más honrosas acciones de su vida.

Además, en muestra de gratitud por el dinero que había dado para la terminación de Santa María la Nueva, su retrato figuraba en el coro de la iglesia.

Era aquel hombre uno de los primeros ciudadanos de la República, y en nada había disminuido en la opinión de los magistrados la estima que á sus ojos se había conquistado por medio de sus grandes riquezas.

Al regresar un día á su palacio más tarde que de costumbre, vióse rodeado por un numeroso grupo de pobres medio desnudos que le tendían la mano.

Nicolás Nerli procuró alejarlos, apelando á ciertas palabras duras; pero los mendigos, acosados por el hambre, le estrecharon en un círculo y le pidieron pan con voz doliente y llorosa.

El banquero se bajaba ya para coger unas cuantas piedras, cuando vió venir á uno de sus criados, que llevaba en la cabeza una cesta de panes destinados á los dependientes de su casa.

Llamó al criado y repartió los panes entre los pobres. Después entró en su palacio, se acostó y se durmió profundamente.

En su sueño creyó que era víctima de un ataque apoplético, y vió junto al lecho á San Miguel, iluminado por una claridad que de su cuerpo salía.

El arcángel, con sus balanzas en la mano, cargaba los platillos.

Al reconocer Nicolás Nerli en el lado que más pesaba las innumerables joyas que le habían sido entregadas en prenda y el dinero reunido, gracias al fraude y á la usura, comprendió que iba á morir y que San Miguel le ajustaba las cuentas en aquel momento.

Atento y receloso, exclamó al fin Nicolás Nerli:

—Señor, si colocais en un platillo todas mis ganancias, hacedme la merced de colocar en el otro mis buenas obras. No os olvidéis, sobre todo, de la cúpula de Santa María la Nueva, ni del hospital que tanto dinero me costó.

—No temas que sea injusto, Nicolás,—contestó el arcángel.—Todo lo tendré presente.

Y con sus gloriosas manos colocó en el platillo descargado la cúpula de Santa María y el hospital con su friso esculpido y pintado. Pero el platillo no bajaba.

El banquero estaba sumamente inquieto.

—Señor San Miguel—repuso—buscad algo más todavía. No habéis puesto en el platillo ni la pila bautismal de San Juan ni el púlpito de San Andrés, donde está representado al natural el bautismo de Jesucristo. Es esta una obra que me costó un dineral.

El arcángel colocó el púlpito y la pila encima del hospital en el platillo, que permanecía sin bajar.

La frente de Nicolás Nerli estaba inundada de un sudor frío.

—Señor arcángel—preguntó el banquero—¿estais seguro de que vuestras balanzas son de buena ley?

San Miguel le contestó riendo que eran inmejorables.

—¡Cómo!—suspiró Nicolás, lívido de terror—¿no pesan más mis buenas acciones?

—Ya lo ves—dijo el arcángel—hasta ahora, el peso de tus iniquidades supera al de tus buenas obras.

—Según eso—exclamó el florentino—iré en derechura al infierno.

—No te alarmes todavía, Nicolás—repuso el pesador celeste—aún no hemos concluido.

Y el bienaventurado San Miguel cogió los panes que el banquero había dado el día anterior á los pobres. Los puso en el platillo de las buenas obras, que bajó al instante, mientras el otro subía, y los dos platillos quedaron en el fiel de la balanza.

El banquero no daba crédito á lo que sus ojos veían, y entonces el glorioso arcángel le dijo:

—Ya lo ves Nicolás; no sirves ni para el cielo ni para el infierno. Vuelve á Florencia, multiplica en la ciudad la limosna de tus panes de anoche, por tu propia mano, sin que nadie te vea, y lograrás salvarte.

La misericordia de Dios es infinita y es capaz hasta de salvar á un rico.

Nicolás Nerli se despertó de pronto. Resolvió seguir el consejo del arcángel y aumentar su caridad, para entrar en el reino de los cielos.

Durante los tres años que pasó en la tierra, después de su primera muerte, fué piadoso con los desgraciados y gran amigo de hacer limosnas.

Anatolio France.

La belleza como los peces no se conserva bien sino en el hielo.

Julio Lemaitre.

La esperanza y el recuerdo tienen el mismo prisma: el alejamiento.

TRANQUILIDAD DE LOS PADRES.

Por la noche, cuando vuelvo de la oficina, Pablo conoce inmediatamente mis pasos en la antecámara, y sin darme tiempo á que deje el sombrero y el bastón, se me sube por las piernas y se cuelga de mis hombros, lanzando alegres gritos que anuncian mi llegada:—«Aquí está papá!..... Buenos días, papá.»

Es un diablillo de cinco años, delicado, y tan travieso, que trae la casa continuamente revuelta.

La habitación no basta para contener el desorden de sus juguetes. Por un lado yace un polichinela, bocarriba y sonriendo aún, á pesar de la ancha herida que le abre el craneo; por otro lado se ve un montón de wagones destrozados, como si hubieran chocado dos trenes; más allá un borrego de tres patas que despunta la hierba imaginaria del suelo......

Desde la mitad de la escalera le oigo ya restallar su látigo sobre el cabo de cartón, bombardear al enemigo, conducir al asalto á sus soldados de plomo, y gritar: «¡Victoria!» Y este alegre estrépito me tranquiliza y me divierte mientras subo.

Pero cuando las travesuras de Pablo han traspasado ciertos límites; cuando su conducta ha merecido algún reproche, el mismo peso que tiene sobre su conciencia modera sus ímpetus: en vez de saltar á mi cuello se acerca á mí con timidez, con inquietud, y se contenta con presentarme su frente para que la bese.

Entonces adopto yo un tono severo para pedirle cuenta de sus hechos; lo llamo «señorito Pablo,» le hablo de usted, y salpicando mi reprimenda de terribles frases, le prodigo que de no ser bueno, nunca llegará á ser un hombre.

El me escucha inmóvil, confuso y con los ojos bajos, y á veces, apenado profundamente su pobre corazoncito, amargas lágrimas inundan sus pupilas.

Entonces hacemos las paces, porque en aquel momento psicológico, estoy más apurado que él y falta muy poco para que sea yo el que pida perdón.

***

Pero la anterior semana el asunto fué mucho más grave. El «señorito Pablo» se reconocía tan culpable, que ni aun vino á mi encuentro, permaneciendo en un rincón del comedor, vergonzoso y temblando como un criminal que aguarda su sentencia.

—Espero, dijo mi mujer duramente, que por esta vez lo corregirás.

Alicia se empeña en que yo tengo la culpa de que Pablo desobedezca, de que Pablo sea travieso, de que Pablo lo rompa todo.

—¿Qué sucede? pregunté.

—Mira, exclamó ella abriendo la puerta de mi gabinete;—mira. Miré y ví en efecto que á la izquierda de la chimenea había un vacío. De dos jarrones japoneses que adornaban la cornisa, faltaba uno.

—¿Y el otro?

—Roto en mil pedazos.

Aquello me exasperó. Yo amaba aquellos vasos como un niño ama un juguete largo tiempo deseado. Durante un mes, habían despertado mi codicia desde el escaparate de un anticuario, y al fin los había adquirido, á fuerza de economizar para reunir el subido precio que por ellos pedían.

En sus paredes, ginete fantástico, con el manto flotante y el sable en alto, perseguía desatinadamente á otro más pequeño. Yo había inventado una fábula, matizándola cada vez más.

Mi hijo me escuchaba sentado en mis rodillas, y su imaginación seguía sobre el cacharro en los azulados horizontes de aquellos fantásticos países, aquel desenfrenado galope á través de los bosques, de los ríos y de las montañas.

Algunas veces le había sorprendido de pie sobre una silla, hablando en voz baja al héroe victorioso, tal vez implorando perdón para el fugitivo, y sin duda, aquel día, un movimiento brusco, una atención demasiado apasionada, había ocasionado probablemente la catástrofe que tanto me afligía.

—Eres un bribón!—exclamé furioso.—No te quiero ¡vete!

Le prohibí la entrada en mi despacho para siempre, y sin recordar que yo mismo había sido otro Pablo, declaré que los niños eran inaguantables, torpes y el castigo de las familias.

Nos sentamos á la mesa. Como hacía falta un castigo ejemplar, decidí que Pablo se acostase inmediatamente después de comer.

El niño, muy digno, no lloró ni dijo una sola palabra. La comida fué triste, pues generalmente Pablo la alegraba con su graciosa charla, y aquella vez se vengó con su silencio, resultando nosotros más castigados que él.

Al llegar á los postres, Pablo dijo heróicamente á su madre:—Mamá, bájame.

No tengo hambre; quiero dormir.

La madre lo bajó de la mesa y lo puso en mis brazos. Yo lo oprimí contra mi pecho, un poco turbado y reteniéndome para no perdonar demasiado pronto. Después, Alicia se lo llevó á acostar.

No tuve valor para acabar la comida sin él y me fuí al salón. Allí, en medio del humo de un cigarro, me puse á pensar en los niños.

No los castigaremos á veces con demasiada crueldad? No tienen la edad de razón, y ya los quisiéramos impecables, más sensatos que nosotros mismos. ¡Ah! es que nosotros somos tan cuerdos?

Esta reflexión me trajo á la memoria una pregunta que un día me dirigió mi hijo:—«Dime, ¿quién es el que riñe á los papás?«

Tenía mucha pena por haber dejado á mi hijo sin sus postres, así es, que en cuanto mi mujer se puso á bordar abandoné el salón muy subrepticiamente, abrí sin ruido el armario del comedor y cogí un gran cucurucho de confituras que oculté como pude bajo la bata.

Cuando llegué á la alcobita de Pablo, ví con desesperación que ya estaba dormido. Me incliné para besarlo dulcemente y ¡cosa extraña! sus mejillas se pegaban á mis labios.

¡Como que las tenía embadurnadas de dulce!

La madre había tenido la misma idea que yo.

***

¡Oh! ¡las mujeres!......

A media noche, Pablo tuvo una pesadilla, y sentándose en la cama nos llamó con voz ahogada. Nos levantamos precipitadamente corriendo hacia él; nos miró con la voz extraviada y después, echándose del lado, se volvió á dormir. Pero hasta el amanecer su sueño fué agitado.

—Eso es efecto de la emoción de ayer, me dijo Alicia.

Por la mañana se despertó más pronto que de costumbre, triste y pálido; su cabeza ardía, su pulso latía violentamente,

Muy inquieto mandé llamar el médico.

Este, después de examinarlo, recetó, y apurado por nuestras preguntas; acabó por contestar que no podía decir nada hasta la segunda visita.

—Sin embargo—añadió—espero que no será cosa de cuidado. Tratad de que se levante y si veis que juega y vuelve á estar alegre y turbulento, como de costumbre, no me llameis, porque será señal de que está curado. Un niño que salta y juega está bueno.

En cuanto se marchó el doctor me despedí de Pablo que me parecía muy abatido, y recomendando á la madre que me avisara inmediatamente si ocurría algo grave, me marché lleno de ansiedad.

Siempre me acordaré de aquel día. Me fué imposible trabajar ni un minuto, y cada vez que el portero me anunciaba á alguien, figurábame que me buscaban á causa del niño, dándome el corazón una terrible sacudida.

A cuantas personas entraban en mi oficina para hablar de asuntos de la administración, les daba parte de mi pena, les refería la aventura del jarrón, mi cólera, el castigo demasiado severo, sin duda, la entereza del chiquitín...... Me trataba de estúpido, me acusaba de haber sido un Nerón y de tener la culpa de su enfermedad.

Negros presentimientos me invadían. Veía á Pablo enfermo, con una pneumonía, ó una meningitis, ¡qué se yo! Soñaba, soñaba en las largas noches, pasadas á su lado, en las lágrimas que corren silenciosas cerca de la cabecera; y oía, á través del ruido de la cucharita, removiendo la repugnante medicina, los tristes gemidos del pequeñuelo......

***

No tuve paciencia para esperar más y salí de la oficina antes de la hora.

Al pasar por delante del bazar en donde me detengo para comprar juguetes á Pablo, me cargué los bolsillos de bibelots, y volví á correr como un loco.

En el portal de mi casa tropecé sin excusarme, con gentes que subían; subí los escalones de cuatro en cuatro; llegué ante mi puerta. Jadeante, sudoroso y allí, sin valor para seguir adelante, me puse á escuchar.

Escuchaba si oia á Pablo jugar, charlar, diablear en fin...... Pero no, nada, un silencio completo reinaba en mi casa; un silencio que me heló la sangre en las venas.

Abrí y llegó mi mujer.

—Y bien!......¿y el niño?...... Mal, verdad?

Alicia me miró con aire extraño, que no comprendí entonces, y después me dijo:

—Ha roto el otro jarrón!

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

Lo encontré en el salón, escondido detrás de una butaca, lo cogí en mis brazos, lo besé con frenesí, y á través de mis lágrimas que ya no podía retener, le grité en la misma cara.

—¿Has roto el segundo jarrón, querido mío?

—¿Has roto el segundo vaso, angel mío?

Toma, monín, toma juguetes, registra mis bolsillos; mira, para tí ¡todo esto para tí!

Y como mi mujer me miraba estupefacta, yo le dije aliviado de mi pena, feliz, completamente feliz:

—Acabaré por creer que la tranquilidad de los padres, consiste en tener niños que alboroten mucho, que rompan todo cuanto encuentren á mano.

Enrique Malin.

LA GARRA DEL LEON

El teniente de navío, Julián de Rez, había regresado de Cochinchina en mal estado de salud, y cuando después de tres meses de sufrimientos al lado de su madre y de su hermana, entró en la convalescencia, experimentaba todavía escalofríos alarmantes.

—Vaya usted á pasar el invierno á Pau—le dijo el médico.

Y por eso Julián de Rez contemplaba á mediados de Noviembre, desde su ventana del hotel, el sublime panorama de los Pirineos.

***

Cierto día en que iba Julián de paseo, quedó sorprendido al ver á Olga Barbarina entrar en el hotel Gazzin, donde vivía en compañía de su madre.

Eran las cinco de la tarde y regresaba de una partida de caza en compañía de algunos de sus adoradores.

Olga tomó una taza de té en el vestíbulo, saludó á sus acompañantes y entró en sus habitaciones, azotando su falda con su látigo.

Tres días después, Julián de Rez, que no había cesado de decir á sus conocidos: «¿Quién es esa mujer? Estoy loco por ella, la adoro, etc.,» era presentado á las señoras de Barbarina y formaba parte del pelotón de amantes de la hermosa rusa.

Julián de Rez empezó á amar apasionadamente á Olga, y el mismo día en que fué presentado el teniente de navío, díjole Olga encendiendo un cigarrillo:

—¡Ah! ¿Es usted ese que está tan enamorado de mí?

Despues le estrechó la mano como un hombre.

Olga se burlaba cruelmente de sus adoradores, si bien distinguía únicamente al marino, el cual, arrastrado por la violenta pasión que le dominaba, le dijo en el saló :

—Mi licencia de convalesciente termina dentro de ocho días; saldré mañana de Pau para ir á pasar unos días al lado de mi madre, y embarcarme después en Brest.

—Adiós, pues, y buen viaje—contestó Olga.—Pero voy á pedirle á usted un favor. Deseo que me regale usted esa garra de león, montada en oro, que lleva usted como dije en la cadena, y que conservaré como recuerdo de nuestra amistad.

Julián se quitó el dije y lo puso en manos de la joven, que luego cogió entre las suyas, diciéndole con agitado acento:

—La amo á usted Olga; ¿quiere usted ser mi esposa?

Olga retiró sus manos, guardó la garra del leon y se puso á mirar cara á cara á Julián.

—No—le contestó—no...... Y sin embargo, es usted el primero que me ama y me lo dice de buena fe; pero por eso mismo rechazo la oferta.

—¡Olga!—exclamó Julián con voz suplicante.

—Oigame usted—repuso ella interrumpiéndole con un ademán—y sepa de una vez la causa de mi negativa. No me considero digna de usted, ni puedo pertenecer á una familia de la que sólo pueden formar parte personas honradas. Si usted pidiese mi mano á mi madre, se la negaría, porque no es usted un potentado

Mi madre ha resuelto casarme con un hombre inmensamente rico, y en caso contrario...... No dirá usted que no tengo experiencia tratándose, como yo, de una niña de diez y nueve años. El caso es horrible, pero exacto, Ya sabe usted ahora porque pasamos el invierno último en Niza y el verano en Baden, y porque estamos ahora en Pau. Ya sabe usted por qué viajamos como bultos por Europa, por qué no dormimos mas que en hoteles y por qué comemos siempre en mesa redonda. Mi madre ha sido casi princesa real y está empeñada en que sea yo archiduquesa a toda costa. Me avergüenzo de decirlo y deseo que no proteste usted; pero no es posible que presente usted á su madre como esposa á una mujer que, como yo, lleva tanto fuego en el corazón. Además, yo no le amo á usted ni amo á nadie....... El amor es una de las cosas que me han sido prohibidas. Adiós, Julián, váyase usted sin volverme á decir una palabra. Me deja usted su garra de león, que me recordará al hombre con quien he procedido como mujer honrada. No me vuelva usted á ver y abandonémonos para siempre...... ¡Adiós!

***

Tres años después, el transporte de vapor *El Cocodrilo*, procedente del Senegal, acababa de hacer escala en Canarias para tomar el correo y proseguía su camino en medio de una noche tempestuosa, cuando el contramaestre entró en la cámara de los oficiales y dejó sobre la mesa un paquete de periódicos.

Julián de Rez abrió uno de ellos, procedente de París, y al cabo de pocos instantes leyó las siguientes líneas:

«Se halla entre nosotros S. M. el rey de Suabia que viaja de incógnito con el nombre de conde de Ausburgo.

«Al llegar á la estación ocurrió un incidente desagradable. La baronesa de Hall, que acompañada de su madre la condesa Barbarina, había hecho el viaje con Su Majestad, perdió una alhaja de escaso valor pero á la cual atribuye madama de Hall un valor extraordinario. Se trata de una garra de león, montada en oro.

«Madame de Hall ha ofrecido tres mil francos de recompensa á la persona que le presente dicho objeto.»

—Cuidado, Julián—le dijo entonces un amigo que acababa de entrar—ha llegado el momento de tu guardia.

—Gracias—dijo de Rez, arrojando el periódico como saliendo de un ensueño y enjugándose las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Francisco Coppée.

INTERIOR.

Como era el instante, dígalo la musa
Que las rosas trae, que las penas lleva:
La tristeza pasa, velada y confusa
La alegría, rosas y azahares nieva.

Era en un amable nido de soltero,
De risas y versos, de placer sonoro,
Era un inspirado cada caballero,
De sueños azules y vino de oro.

Un rubio decía frases sentenciosas
Negando y amando las musas eternas:
Un bruno decía versos como rosas,
De sonantes rimas y palabras tiernas.

Los tapices rojos, de doradas listas,
Cubrían panoplias de pinturas y armas,
Que hablaban de bellas pasadas conquistas,
Amantes coloquios y dulces alarmas.

El verso de fuego de D'Annunzio era
Como un són divino que en las saturnales
Guiara manchadas pieles de pantera,
A fiestas soberbias y amores triunfales.

E iban con manchadas pieles de pantera
Con tirsos de flores y copas paganas,
Las almas de aquellos jóvenes que viera
Venus en su templo con palmas hermanas.

Venus, la celeste reina que adivina
En las almas, vivas alegrías francas
Y que les confía, por gracia divina
Sus abejas de oro, sus palomas blancas.

Y aquellos amantes de la eterna Dea,
A la dulce música de la regia rima,
Oyen la palabra de la vasta Idea
Por el compañero que recita y mima.

Y sobre sus frentes que acaricia el lauro,
Abril pone amable su beso sonoro,
Y llevan gozosos, sátiro y centauro
La alegría noble del vino de oro.

Rubén Darío.

Octubre de 1896.

En la "María" de Isaacs

¿Un libro? Aquí lo tienes, amor mío:
Es el triste poema
Que en horas melancólicas de hastío,
Ha hecho rodar mi llanto, ese rocío
Que apaga el corazón cuando se quema.

Es un idilio de ternura lleno,
Su dulce poesía
No vierte ni una gota de veneno;
Es un libro bendito, un libro bueno,
La historia de Efraím y de María!

Aquí los goces del amor primero,
Del amor santo y puro,
De ese amor inmortal y verdadero,
Que se arraiga en el alma, duradero,
Como la hiedra en el ruinoso muro.

Aquí al principio encantos y belleza;
Después,...... la negra suerte
A Efraím alejando con dureza,
Y María, ya sola en su tristeza,
Celebrando sus nupcias con la muerte.

¡Ah! Nosotros cruzamos entre flores,
La dicha nos alegra,
No sentimos cual ellos los dolores,
Ni rompe nuestros diálogos de amores
El fúnebre graznar del ave negra.

Toma el libro en tus manos, amor mío,
Toma el triste poema
Que, en esas horas lánguidas de hastío
Quizá te haga verter ese rocío
Que apaga el corazón cuando se quema!

Juan B. Delgado.

Diciembre de 1896.

Al decirte hoy adiós Hortensia mía,
permite á mi amistad que te declare
que, como el hijo de Sión, decía:
«de mí me olvide yo, si te olvidare.»

Hay quien pasa la vida
en ese eterno juego
de hacer caer á la mujer, y luego
rehabilitar á la mujer caída.

Campoamor.

LA CARTA.

Cuando Agustín tiraba de la campanilla, la puerta de la casa de huéspedes se abrió, y una mujer,—joven, linda, pobrísimamente vestida de negro,—salió corriendo; le atropelló casi; se lanzó por los tramos altos de la escalera y desapareció en un momento.

Agustín se quedó sorprendido.

—¡Es Dolores!—se dijo.

Pero en aquel instante apareció en la puerta otra mujer, de bastante edad, obesa, colorada, cuyo rostro se destacaba entre un pañuelo de cuadros negros y rojos...... y viendo á Agustín, exclamó:

—¡Deténgala usted D Agustín! ¡Corra usted que se quiere tirar desde la azotea!

Agustín subió á brincos,

—¡Jesús!—exclamó la patrona—si no es por este corazón mío tan leal, *¡cataplum!* se mata.

En aquel momento aparecieron en lo alto Agustín y Dolores, apoyándose ésta en el brazo de aquel y cubriéndose el rostro con el pañuelo, como si la diera vergüenza de volver con vida á la casa de huéspedes.

—Pasen ustedes, pasen ustedes que ya arreglaré las cuentas á esta señorita. Vaya, vaya, querer dejarnos así, sin consideración de ningún género, como si nada nos debiera...... No lo digo por los ocho duros......

—¡Se quiere usted callar, Doña Ciriaca! exclamó Agustín!

—No lo decía por eso, repito, pero aunque lo dijera....

Y cogiendo de una mano á la joven la condujo a la sala; la hizo sentar en el sofá y añadió:

¡Así, hija mía, así, llore usted fuerte; desahóguese usted que eso es bueno y consuela, y todas las hieles de ese corazón se le saldrán con las lágrimas!........ ¡Pícaros hombres, malditos sean, que dejan á las mujeres en la desesperación... y sin un cuarto! Pero qué es esto, qué es esto? ¡D. Agustín, se me figura que la da un *patatús*! Lo dicho, ¡ se ha desmayado!

En efecto, Dolores, después de un crísis nerviosa, había doblado la cabeza, reclinándola, sin movimiento, sobre el respaldo del sofá.

Doña Ciriaca no necesitó pedir socorro porque estaba ya rodeada de gente. Había entrado primero un cura, después un practicante de medicina, tras de éste una vieja, en seguida un solterón, empleado en Loterías, y por último un joven dependiente de la *Funeraria*.

—¡Qué traigan agua y vinagre—dijo el practicante,—¡No debe ser esta niña buena cristiana! murmuró el cura. *¡Un cadaver menos!*—advirtió el de las pompas fúnebres; y el solterón no dijo nada...... pero se acercó, llevó sus manos al pecho de la joven, y tanteando sobre el cierre del vestido intentó desabrocharla......

Y lo hubiera hecho si doña Ciriaca no le hubiese dado un manotón en sus inquietas manos, diciendo:

—¡Eso...... las señoras!

Y viendo que detrás del cura y de la vieja y del practicante, y del soltero, y del empleado fúnebre, habían entrado los porteros, y los dependientes de las tiendas que había en la casa, y los vecinos de la calle, y algunos transeuntes, y que al final del pasillo se alzaban ya los chacós de varios guardias de orden público, gritó:

—¡Afuera! ¡Afuera todo el mundo! Aquí no ha pasado nada! ¡Esta señorita no lo hará más, no, señor, yo respondo de ello!...... ¡Largo, largo de aquí!

Y mientras el practicante y el cura con Agustín prestaban auxilio á Dolores, doña Ciriaca limpiaba la casa de curiosos, diciendo: *¡R speto al domicilio!*

Volvió á la sala; Dolores se había repuesto del accidente; el practicante y el cura se marcharon, y quedaron solos Dolores, Agustín y doña Ciriaca

Vaya—dijo ésta—vamos nosotras á su cuarto de usted; allí, con toda calma, podrá usted gemir descansar y reflexionar bien sobre el disparate que pensaba usted hacer...... ¡Cójase usted de mi brazo y venga conmigo!

Dolores se levantó del sofá.

—Pero—añadió doña Ciriaca—supongo que no se irá usted sin decir una palabrita de gratitud á Don Agustín; á no ser por él, á estas horas estaría usted en la calle hecha una tortilla.

La joven se pasó el pañuelo por la cara, enjugando sus lágrimas y revistiéndola de dulce serenidad:

—Perdóneme usted, Agustín, que me haya olvidado de agradecer á usted una vida que era una carga insoportable para mí: al salvármela usted he vuelto á ser desgraciada. Mas usted ha obedecido á un noble sentimiento y yo debo apreciar ese favor en cuanto vale la vida para los que son dichosos...... Quizás me resigne á la vida, puesto que no basta querer morir para matarse, puesto que hasta para matarse es preciso tener suerte—y pues he de vivir, si usted en alguna de sus desgracias y tristezas necesita usted una amiga, una hermana, yo le ruego que se acuerde de mí......

—¡Ah Dolores!—exclamó el joven.—¡Usted no debe nada! ¡Si usted supiera el inmenso placer que me ha proporcionado la casualidad, poniéndome en ocasión de salvar á usted!...... ¡Oh, esta vez sí que el bien en sí mismo ha llevado la recompensa!

—¡Jesús, y qué fuego, Don Agustín!—exclamó doña Ciriaca. —Todas las cosas las toma usted así...... ¡Va usted á morir un día de *combustión espontáneo!*

—Y ahora—prosiguió la patrona cambiando de tono y sacando de uno de los bolsillos de su delantal una carta, la devuelvo á usted este *papelito*, que supongo no habrá ya que entregar á ese don...... don...... (leyendo) «Don Jacinto Govantes.»

Dolores tomó la carta, y fué á guardarla entre el mantón en que había arropado su pecho.

Agustín tendió la mano como para detener á Dolores y doña Ciriaca en su retirada, y dijo con voz llena de emoción:

—Dolores, voy á decir á usted algunas palabras......... Usted no ha reparado en mí; pero yo he reparado mucho en usted desde que está en esta casa. Ninguno de sus actos, de sus idas y venidas, de sus tristezas, de sus escaseces, de las misteriosas peripecias de su historia ha

pasado desapercibida para mí; he visto que evita usted el tratar á los huéspedes, que es usted pobre, que es usted buena y que ha preferido usted morir......á ser mala. Sus acciones de usted me han inspirado desde el primer día simpatía, respeto; una ternura que yo no calificaré con otro nombre porque yo mismo no me atrevo á definirla. Comprendí desde el primer momento, que era usted desgraciada; su tentativa de hoy no deja duda de mi fatal acierto, me ha prometido usted vivir; sería para mí un eterno remordimiento haberla salvado á usted la vida sólo para prolongar sus infelicidades; yo tengo la obligación de hacer á usted dichosa...... Esa carta......es, sin duda, la clave de la historia de usted, ¿quiere usted permitirme que la lea? ¿No se ha llamado usted antes mi amiga, mi hermana? Pues bien, un amigo, un hermano, tiene el derecho de cuidar, de amparar, de proteger.

—Bueno está usted para proteger á nadie—le interrumpió doña Ciriaca.

—¡Permítame usted, permítame usted que la lea!—insistió Agustín con acento de bondadosa firmeza.

Dolores tituberó un momento, después sacó la carta y fijó los ojos en el sobre, con indefinible mirada; mirada de dolor y placer, algo así como se mira una lápida sobre la cual hay flores.

Por fin exclamó, alargándosela al joven:

—Tómela usted, léala usted, puesto que lo desea y para ello invoca sus derechos......... Y quiera Dios que después de haberla leído, quiera usted llamarme todavía su amiga y su hermána!

Y apoyándose en el hombro robusto de doña Ciriaca, se dirigió lentamente hacia su cuarto.

Agustín quedó solo en la sala.

Cerró la puerta, para leer sin que nadie le interrumpiese, trémulo de emoción, como si aquella carta pudiera decidir de su suerte; rompió el sobre y leyó:

«Jacinto:

«Desde ayer no tengo más deseo que morir. No creas que me despido de la vida con pesar; todo lo contrario: la muerte es mi alegría. Hace días vine á Madrid repuesto ya el niño en el pueblo. Como una última esperanza y temblando, quise que le conocieras, por si su vista te ablandaba el corazón, más que mi desventura y tus recuerdos. Pregunté por tu ayuda de cámara y le dije:

—«Benito: traigo el niño para que usted le vea y para que viéndole usted le diga lo hermoso que es y lo pálido y triste que está.

«Benito me dijo:

—«Señorita: renuncie usted á toda esperanza; ¡qué quiere usted! Si usted no fuese hija de un zapatero quizás el señor...... Pero ¿cómo ha de casarse con usted? El niño le importaría poco; sabe usted que Don Jacinto no es miserable...... Y ¡no necesita verle! ¡le ha visto ya! Hace dos días, al pasar, guiando, por la casa donde yo le dije que vivía usted, miró, y en un balcón vió que había un chiquitín de ojos azules y rizos muy rubios.—Ese es mi hijo—exclamó.—Y me dijo al volver:—¿Sabes, Benito que el chiquitín es muy mono y que me place? Pero ya se ve—me dijo Benito que dijiste luego—¿dónde iríamos á parar? Dolores no se contenta menos que con casarse; desde que fué madre se avergonzó de ser mi querida...... Si consiento en reconocerlo, si me lo traen á casa, si le veo con frecuencia, si me llora y me ríe, yo, *que tengo el alma tan sensible*, concluiría por...... sí, concluiría por casarme. ¡Jamás!...... ¡Sería un escándalo! Dolores es honrada, relativamente; ¡pero una ribeteadora! *¡Si ella se muriera!* Eso *simplificaría* la situación......... huérfano el chiquitín........: ¡Ah, el chiquitín es una perla!

«Esto me dijo Benito; y sabiendo mi pobreza quiso darme un billete de cinco duros.—Puede usted tomarlo, señorita, que ese dinero no es del amo; es mío.—¿Qué me importaba de quien fuese? Sus palabras habían decidido de mi suerte y de la de Jacintito.

«*¡Si ella muriera!*—habías dicho tú.

«Pues bien; cuando leas esta carta ya puedes ser padre del chiquitín...... Yo, habré muerto. Dios me perdonará.

«He sido mala; pero he sido mala por ignorancia, por cariño, por fascinación, no sé...... Las que no hemos recibido educación aprendemos muy tarde que sólo hubiéramos podido ser felices siendo buenas.

«Muero contenta, porque sé que tú recogerás al niño. ¡Oh, Dios mío! ¡Con qué gusto moriré para que él viva! ¡Que le eduques, que le cuides, que le hagas hombre y que le hagas dichoso! ¡No le eduques para que deshonre á las pobres y desdichadas! ¡Que sea honrado para que pueda creer también que ha sido honrada su madre!

«Adiós, te envío un beso de perdón y reza Jacinto, por la que fué tu

Dolores.»

—Pero ¿qué estrépito es este?—gritó Doña Ciriaca en el cuartuchín de la joven.—¿Quién quiere echar abajo la puerta?

—¡Abra usted...... ¡Abrá usted!—contestó una voz trémula.—¡Soy yo, soy Agustín!

—¡Jesús! abriré; ¿qué pasa?

Se abrió la puerta y Agustín se precipitó por ella, con la carta en la mano y los ojos llenos de lágrimas.

(En aquel zaquizamí y en la única silla que había, estaba sentada Dolores con el negro pelo destrenzado, que formaba un cerco muy triste á su cara de Dolorosa. Sobre sus rodillas y entre sus brazos descansaba un niño como de dos años casi desnudo, que alargaba sus bracitos.)

—Dolores ¿Quiere ud. casarse conmigo?

Fernanflor.

LOS INMORTALES.

Imitación de Horacio.

¡Benditos aquellos que con el azada
sustentan sus vidas e viven contentos,
e de cuando en cuando conoscen morada,
e sufren pacientes las lluvias e vientos!
Ca estos non temen los sus movimientos,
nin saben las cosas del tiempo passado,
nin de las presentes se facen cuidado,
nin las venideras dó han nascimientos.
¡Benditos aquellos que siguen las fieras
con las gruesas redes y canes ardidos,
e saben las trochas e las delanteras,
e fieren del arco en tiempos debidos!
Ca estos por saña non son conmovidos,
non vana cobdicia los tiene sujetos,
non quieren thesoros nin sienten affetos,
nin turban temores sus libres sentidos!
¡Benditos aquellos que, cuando las flores
se muestran al mundo, desciben las aves,
e fuyen las pompas e vanos honores,
e ledos escuchan sus cantos süaves!
¡Benditos aquellos que en pequeñas naves
siguen los pescados en pobres traynas,
ca estos non temen las lides marinas,
nin cierra sobre ellos fortuna sus llaves!

El Marqués de Santillana.

OJOS TRISTES.

A LIGEIA.

¡Oh, tu mirada de pasión!...quién sabe
que misterios oculta! Ardiente y viva,
un tinte de dolor pone en tu grave
cabeza de Minerva pensativa.

¡Oh, tu mirada de pasión, tu triste
mirada de mujer que ama y espera,
y que el Otoño de la fe resiste
como una última flor de primavera.

¡Oh tu mirada de pasión contrista!
Es un toque de luz que tiembla y brota,
como débil cambiante de amatista
en una estrella pálida y remota.

¡Oh, tu mirada de pasión!...¿Qué esconde,
de resignado y dulce y afligido,
que sólo deja ver el alma donde
una inmensa piedad hace su nido?

El alma que en tus ojos resplandece,
y tal ternura sobrehumana toma
cuando me ve, que la inmortal, parece
que á través de una lágrima se asoma.

Sabes por qué se asoma si la llamo?
Porque mi duda pertinaz se aduerma;
y me dice: ¡oh incrédulo, te amo,
pero ya ves, estoy triste y enferma!

¿Qué existencias lejanas en mí evocas?
¿Qué sueños nebulosos, entrevistos,
de altares áureos, de nevadas tocas,
vírgenes castas y dolientes Cristos?

Recuerdo no se qué vieja pintura
de cuyo fondo de ideal cristiano,
surge la blanca y mística figura
con el lirio simbólico en la mano.

¿En qué obscura y desierta galería
ví esa mirada de pasión piadosa?
¡En qué semblante pálido lucía,
extática, celeste y dolorosa?.........

......No sé... Mírame más: á eso viniste,
de mis nublados sueños mensajera......
¡Oh, tu mirada de pasión, tu triste
mirada de mujer, que ama y espera!......

Diciembre de 1896. Luis G. Urbina.

MÍSTICAS

¡Oh! las rojas iniciales
que ornais los salmos triunfales
en breviarios y misales;
¡Oh! casullas que al reflejo
de los cirios, en cortejo
vais mostrando el oro viejo;
¡Oh! custodias rutilantes
con topacios y diamantes,
¡oh! copones rebosantes;
¡Oh! cristales policromos
fileteados de plomos
que brillais bajo los domos;
¡Oh! *Dies iræ* tenebroso,
¡oh! *Miserere* lloroso,
¡oh! *Tedeum* glorioso:
Me perseguís cuando duermo,
me rodeáis si despierto;
tenéis mi espíritu yermo
muy enfermo...... muy enfermo......
casi muerto...... casi muerto......

Amado Nervo.

LA VENTANA ILUMINADA

Era una noche de la Canícula, tempestuosa y obscura, sin luna ni estrellas.

Arrojado de su habitación por la inclemencia del calor y por la fatiga, se ha levantado Luis de su butaca, y después de haber apagado la luz y bajado sus cuatro pisos, ha cruzado el desierto boulevard y se ha sentado ante una mesa exterior de la cervecería situada delante de su casa.

Tampoco hay fresco en la calle, y la insignificante ráfaga de aire que á veces se levanta es caliente como el aliento de un enfermo.

Luis cree que más le hubiera valido no moverse de su domicilio, donde habría podido acostarse tranquilamente y dormirse, olvidando su mísera existencia, tan monótona como el itinerario del tranvía que cada diez minutos pasa por su lado.

Luis es un literato que jamás ha obtenido un regular éxito, y que ha cumplido ya treinta y ocho años, habiendo perdido miserablemente su juventud.

Nada de grato y tierno hay en sus recuerdos y si existen algunos nombres de mujeres en su corazón, han sido escritos allí como hubieran podido serlo en un espejo de restaurant.

Al levantar la cabeza para apurar la copa que tenía en la mano, nota Luis que la ventana del quinto piso de su casa estaba iluminada. Era la unica del edificio y aun de los inmediatos, en que había luz, porque en aquellos barrios la gente se acuesta temprano; y como á aquella altura el remate de las casas se pierde en la obscuridad de la noche, aquella ventana iluminada resplandece en medio de las tinieblas con el brillo reposado y constante de un faro.

Está abierta, pero han echado la cortina blanca, que se agita levemente cuando circula un poco de aire.

—¿Quién vivira ahí?—se pregunta Luis.

Y en aquel momento se siente tan triste, tan abandonado, tan solitario, y la ventana iluminada resplandece tan suavemente, que, por un capricho irónico de su imaginación, evoca nuestro hombre las existencias de los seres afortunados que podían vivir en aquella altura.

—¿Quién vivira ahí?— repitió para sus adentros Luis. Tal vez un trabajador como él, un escritor, un poeta. ¡No ha saludado varias veces en la escalera á un joven pálido y mal vestido, que lleva casi siempre un libro en la mano? ¡Es este, sin duda. Ganará por la mañana lo preciso para la subsistencia, consagrando el resto de la jornada al arte y la poesía. Indudablemente aspira á la gloria, pero desea conquistarla por medio de una obra maestra en la que habrá derramado toda la sinceridad de su alma.

Respeta su pluma como un paladín su espada y tal vez se habrá acostado para leer su libro favorito, que le abre nuevos é infinitos horizontes.

***

—¿Y si no vive ahí un poeta, quién puede ocupar esa habitación?—se pregunta Luis, siempre ilusionado por el misterioso atractivo de la ventana iluminada.

¡Unos amantes! Sí, unos amantes para quienes no existe en el mundo más que su inagotable deseo y que no ven más allá de sus enlazadas sombras alumbradas por la luna.

El habrá ido á comer á casa de algún deudo y ella le espera palpitante de amor.

***

—¿Quién vivirá en esa casa?—piensa Luis con los ojos fijos en la ventana.

¿Por qué no ha de vivir ahí un buen matrimonio con sus hijos? ¿El Otoño con sus frutos?

Hay gentes, de corazón humilde y resignado, dichosas en el cumplimiento de sus deberes, como los dos esposos á quienes Luis encuentra á veces los domingos en aquel barrio de patriarcales costumbres.

Son ellos, sin duda, los que moran en aquel quinto piso, alegres y satisfechos. El padre no se habrá acostado, para enseñar la lección al mayor de sus hijos.

A pesar de su miseria, Luis los envidia, porque poseen grandes tesoros de sentimiento y comen su modesto cocido con la virtud por compañera.

***

De pronto empieza á llover y Luis se ve precisado á retirarse.

En la escalera encuentra á la portera, la cual le dirá quién vela tras de aquella cortina ante la que ha soñado en todas las venturas que están al alcance de los pobres: el trabajo, el amor, la familia.

—¿Quién vive en el quinto piso de esta casa encima de mi habitación?—pregunta Luis á la portera.

—Nadie, señor...... Ahí vivía mi pobre viejo que debía dos mensualidades. El amo no se las reclamaba, porque el infeliz iba á cumplir setenta años, y un día de estos debían llevarle á Bicetre. El pobre ha muerto esta tarde á las cuatro, y la señora del principal me ha dado con que amortajarle.

Como el desdichado no conocía á nadie, ni tenía parientes ni amigos que le velaran, he encendido una vela al lado de su cama. Y puesto que ya están en casa todos los inquilinos, voy á subir á rezar el rosario junto al cadaver del pobre anciano.

F. C.

LA INUTIL RIQUEZA.—*Por Jorge Ohnet.*

Número 7.—Véanse nuestros números desde el 25 de Octubre de 1896.

—Entonces explícate, te lo ruego, porque no sé á dónde vas á parar.

—¿Serás sincero?

—Contigo lo soy siempre.

—¿Me confesarás la falta cometida y hasta la intención de cometerla?

—Pregúntame.

—Pues bien; he creido notar que, hace algún tiempo, tus escaramusas habituales con la mujer de Federico tomaban una forma nueva, más viva de tu parte, más irritada de la suya. Me ha parecido que el juego se hacía peligroso por que os exaltabais demasiado, tú, en el sentido de la galantería, ella en el de la hostilidad; he creído que te hacías importuno y he tomado el partido de advertírtelo. Sabes que quiero mucho á Celina y que es grande mi adhesión á su familia y por nada del mundo querría que tuviese que sufrir una molestia ó una contrariedad de mi casa. No creo que estés enamorado de ella; os conocéis hace tanto tiempo, que no hubieras esperado hasta ahora para desearla. Siempre habéis sido buenos amigos y si tú te animas con ella algo más de lo razonable, supongo que es por efecto de la ociosidad. Los hombres como tú son imposibles de ocupar en el campo. No tomas interés por nada y cuando no se galopa, no se caza ó no se juega, no se puede sacar partido de tu presencia. Creo que es por esto por lo que persigues á Celina, pero esas persecuciones me atormentan y te agradecería que las pusieses término.

Valentín se tomó tiempo para reflexionar y contestó:

—Me has pedido que sea sincero al responderte; pero tú, ¿me has preguntado con sinceridad? ¿Me has dicho todo lo que debías decirme? ¿Me has hecho esas preguntas espontáneamente? ¿Celina no te ha hablado?

Estaba muy inquieto al pronunciar estas palabras y las aventuraba con grandes precauciones, pensando que con ellas iba á esclarecer la cuestión. Si Celina se había quejado á la Señora Mossler, de lo que la creía capaz, ¿qué había dicho? ¿Hasta dende había llegado su confesión? Según que estuviera, ó no, descubierto por ese lado, su situación sería más ó menos grave y él tendría necesidad de poner ó quitar grados, á su franqueza y á su tono patético. Espiaba en el semblante de su madre adoptiva el efecto que producían sus palabras, pero ésta no manifestó ninguna turbación y contestó redondamente:

—Nadie se ha quejado, ni Celina, ni los demás.

Valentín respiró y se decidió á negar.

—Me hubiera asombrado mucho lo contrario, dijo, pero hay que esperarlo todo. Así pues ¿eres tú sola la que se alarma? Confiesa que pudiera quejarme de esa desconfianza. Porque bromeo con esa joven, la única de la casa que es algo alegre, se me acusa en seguida de los peores designios. Tienes, realmente, una mala opinión de mí, madre mia. Sé que no soy un modelo de cordura y que te doy con frecuencia ocasión de intervenir en mis asuntos; pero si es justo que me castigues por las tonterías que haya cometido, resulta exagerado regañarme por adelantado y condenarme por aquellas de quo estoy inocente.

—¡Eh! querido hijo; no se presta más que á los ricos, respondió la anciana con vivacidad, y cuando se ve al zorro dar vueltas en torno de una gallina, no se supone que lo hace por enseñarla el camino del corral, Has hecho tales fechorías, que una más no sería gran cosa para tí.... Y tienes tan buena espalda, que me pasma verte protestar porque te cargan un poco más de lo que tú quieres....

—No concibo que pueden tener de reprensibles mis bromas con la señora de Clement.

—Nada más que esto; que á ella le disgustan.

—Eso prueba que son inocentes......

Su marido acabará por notarlas y se ofenderá.

—¿Y por qué Federico Clement sería tan rigorista? Todos los días se ve un hombre hacer la corte á una mujer sin que el marido se ofenda. ¿No tienes ojos, querida madre, más que para ver el matrimonio del projimo y no lo que sucede en el mío.

La señora Mosler se mordió los labios, sus ojos se pusieron más negros bajo sus cejas fruncidas y con voz temblorosa respondió:

—No me ocupo de tu matrimonio porque todo marcha, en lo que concierne á tu mujer, con una regularidad y una dignidad que ganarías mucho en imitar. Por ese lado no hay vigilancia alguna que ejercer y sólo se podrían buscar buenos ejemplos.

—Quisiera saber por qué, dijo Valentín, pálido de cólera contenida. ¿Crees la virtud de Celina más frágil que la de Enriqueta, ó tienes más confianza en la prudencia del Coronel Redel que en la mía? ¿Cómo explicarse que ese extraño goce de inmunidades que rehusas á tu hijo? ¿Consiste en el uniforme? O le crees inofensivo por haber envejecido prematuramente en sus campañas?

—Consiste, sencillamente, en que lo creo un hombre honrado.

—¡Buena es esa! exclamó el conde prorrumpiendo en una carcajada. ¿Qué tiene que ver la honradez en este asunto? ¿Crees que la honradez ha impedido jamás á nadie apropiarse la mujer del vecino? ¡Ah! realmente, madre mía, me buscas una querella sin fundamento. Si el Señor Eliphas, que supongo es á tus ojos un dechado de todas las virtudes bíblicas y teologales, concibiera una pasión senil por una mujer, nada le detendría y se portaría como un simple sátiro; lo que sería repugnamente. ¡La honradez! ¡Vaya una garantía que me das! No hay nada más relativo que la honradez. Hay quien no robaría veinte francos á su prójimo y no dudaría para arruinarle en un negocio de intereses. Se puede devolver una cartera repleta de billetes de banco encontrada en la calle, y llevarse una hija menor del seno de su familia. ¡Honrado! ¡Buena broma! Todo el mundo es honrado hasta el día en que deja de serlo. Si yo soy peligroso para Celina, quisiera yo saber porque Redel no lo es para mi mujer. ¿Es porque es tu amigo? La razón será perfecta para tí; para mí es insuficiente. Una de dos; ó no me atormentas más por estas bagatelas, ó tomo en serio las miradas lánguidas que ese miltar dirige á mi mujer, y no tardarás en ver lo que resulta.

La Señora Mossler no había encontrado nunca en Valentín resistencia á sus deseos y la actitud que tomaba de repente la asombraba. Pero con su espíritu tranquilo y lucido no tardó en tomar un partido. Pensó: Si le apremio ahora mucho, es capaz de tenermelas tiesas y la situación se pondrá tan violenta que podrá haber una ruptura. Hay que evitarla en interés de todos. Valentín se refugiará en París y su mujer tendrá que ir á reunírsele. Nuestra estancia en el campo se turbará y no faltarán los comentarios sobre el suceso. Conviene, pues, allanar las dificultades y para empezar, dulcificar el humor irritado de este muchacho poco razonable. Si tuviera su caja mejor provista, no vería la vida tan negra y aceptaría más dócilmente mis observaciones.

—Comprenderás, dijo, que no tomo en serio las amenazas. Creo que si tuvieras que ejecutarlas te habías de ver en grave apuro pues hay personas que inspiran, por lo

menos, respeto y hay que mirarse mucho más antes de atacarlas. No digo que tuvieras miedo; sé que eres capaz de habértelas con el mismo diablo; pero hay que tener el pudor de sus actos y los hay que cuesta trabajo el cometerlos porque se los considera injustos. Tú estás descontento porque te he tirado un poco de las riendas esta semana y haces caer sobre los demás la irritación que sientes contra mí. Si yo tuviera tan mal carácter como tú iríamos hasta el extremo de enfadarnos y ¡bonito resultado para los dos!......... No te he llamado solamente para predicarte moral; tenía también intención de ofrecerte lo que necesitas para liquidar tu situación. He querido dejarte un poco en el aire durante unos días para que tuvieras tiempo de reflexionar sobre tu conducta enteramente torpe. Antes eras más razonable y te contentabas con pedir las sumas que te hacían falta, además de tu pensión. Ahora contratas empréstitos y te dejas robar por los usureros. Esto es lo que me contraría. Tienes actualmente un pasivo de tres millones seiscientos mil francos, según las cuentas de Eliphas, y estoy segura de que no has recibido en dinero contante más de dos millones, ¿Es esto conveniente? nada me importa darte más ó menos dinero todos los años; no tienes más que pedirlo; pero no te dejes robar como un simple,

Valentín, cuya cara se había dulcificado paulatinamente, dijo en tono más amable:

—Muchas gracias madre mía. Estaba, en efecto, muy contrariado por no poder pagar á los prestamistas que me han dado su dinero. Tenía compromisos y era penoso para mí faltar á ellos. Cuanto más despreciables sean esas personas, más creo que se debe exagerar con ellos la delicadeza. No encontrarme dispuesto, en el momento preciso, á pagar á esos tunantes, era para mí el colmo de la humillación.

—¿Tu pensión no es suficiente? ¿Quieres que te la duplique?

—Te lo agradecería mucho.

—Está convenido. ¡Ah! Si tú me dieras gusto en una cosa; si me presentaras un día un heredero de tu nombre, ¡qué caro te lo pagaría! Podrías ponerle en una balanza y yo pondría en el otro platillo su peso en billetes de mil francos y añadiría todavía los más hermosos brillantes que se pudieran encontrar para la madre.

Valentín se echó á reir.

—Para eso hubiera sido preciso no darme una mujer que es sólo espíritu y que no desciende á la materia. Si los hijos se formasen en el cerebro, como le sucedió á Júpiter con Minerva, podría usted contar con Enriqueta. Pero es una persona demasiado quintaesenciada para mí; no estoy á su altura y se puede apostar que no lo estaré nunca.

—Me parece, sin embargo, que podrías ocuparte de ella un poco más. Es joven, encantadora.........

—Sí, mamá, pero su encanto es frío.

La Señora Mossler movió la cabeza con desilusión.

—Bien veo que en la vida no basta cuanto se hace para que los sucesos ocurran de un modo satisfactorio. Es preciso contar con lo imprevisto, que descompone los mejores planes. Uniendo un loco como tú con esa joven razonable, creí mejorar tus disposiciones y volverte más juicioso. Todo ha resultado al revés, y las mismas cualidades que había buscado, sirven de obstáculo á mis deseos. Si te hubiera escogido una mujer tan frívola como tú, acaso la hubieras adorado. Empiezo á creer que no conviene exagerar la prudencia......... Pero yo hablaré á Enriqueta. Puede que, por su parte, sea más severa de lo conveniente.

—¡Oh! Yo no la acuso, madre mía, y me contrariaría en extremo que pudiera creer que me he quejado de ella.

—Puedes estar tranquilo. No diré más de lo que deba.

Valentín tomó estas palabras por una despedida. En realidad, habiendo conjurado la tempestad que empezó por amenazarle y habiendo conseguido las sumas que pedía en vano hacía una semana, no tenía que hacer más que marcharse. Se aproximó á la Señora Mossler y dijo, cogiéndola la mano:

—¿No querías nada más?

—Olvidemos las cosas desagradables; pero está convenido que me complacerás en lo que se refiere á Celina.

Valentín no respondió más que con una inclinación deferente; besó la mano á su madre adoptiva y desapareció. La Señora Mossler sin perder tiempo, quiso realizar su proyecto y se dirigió á la habitación de la condesa. Sentada cerca de la ventana, al lado de una mesa, Enriqueta estaba pintando con gran atención una miniatura. Era un retrato de Vignot, puesto en un marco azul celeste en el que estaban bordadas las notas musicales. La cabeza de Padre Eterno del viejo maestro llamaba la atención por su parecido. Al ver entrar á la Señora Mossler, Enriqueta dejó su obra y se levantó sonriendo. Estaba vestida con una bata de seda tornasolada, con adornos de punto de Venecia, y sus hermosos cabellos dorados, de naturales ondulaciones, avaloraban su tez rosada y sus ojos negros. Resultaba de ese modo de una belleza altiva que daba un poco la razón á su marido cuando hablaba de su frío encanto. Más que una simple mortal, parecía una diosa ó una reina.

—¡Cómo! querida madre; ¿ya en movimiento?

—¡Oh! no eres la primera persona con quien hablo hoy por la mañana, mi hermosa Enriqueta; tu marido acaba de tener conmigo una larga conferencia.

La condesa no pestañeó. Parecía decidida á no ocuparse de lo que se refiriese á Valentín, y la reserva de su actitud fué tan acentuada, que la Señora Mossler se quedó algo indecisa. La anciana dió una vuelta por el cuarto y dijo, al ver sobre la mesa la miniatura:

—¡Ah! Es tu amigo Vignot...... ¡Cómo se le parece!.... ¿Es un regalo que piensas hacerle?

—No, querida madre; estoy haciendo este retrato para mí. Quiero conservar un recuerdo muy exacto de este admisable artista.

—¿No tienes más que esta miniatura empezada?

Enriqueta abrió un cajón y tomando una hoja de marfil:

—Tengo ésta, dijo, del coronel Redel...... Pero no está más que bosquejada.

La Señora Mossler recobró toda su seguridad; miró á su nuera y dijo con voz tranquila:

—¿Es también un recuerdo que quieres guardar?

—No, madre mía, respondió la condesa sin que su mirada se turbase; este retrato está destinado á la madre del coronel.

La Señora Mossler tuvo el gusto de saborear aquella noble tranquilidad y dijo después muy despacio:

—Enriqueta, puede que hubiera sido mejor no emprender ese trabajo. Vignot es un viejo, un hombre ilustre, tu amigo antiguo y hay todas las razones del mundo para explicar el gusto que tienes de hacer esta miniatura. En cuanto á la de Redel, ya es otra cosa.

—¡Qué! madre mía; ¿me vituperas una cosa tan sencilla y tan natural?

—No te vitupero, Enriqueta, interrumpió la Señora Mossler; primero porque no sería justo, y después porque mi cariño hacia tí me lo impediría aun estando en mi derecho. Pero puedo someterte una observación, sin vituperarte, y he expresado, con todas las atenuaciones posibles, el temor de que una intimidad demasiado aparente con Redel pueda ser objeto de críticas.

La condesa sacudió su rubia cabeza y dijo con sonrisa altanera:

—Bien sabes, querida madre, con cuanta deferencia acepto todo lo que viene de tí. Si juzgas que hago mal, me inclinaré sin discusión. Pero si es otro el que tiene que decir algo de mi conducta desdeñaré su opinión y seguiré haciendo lo que me plazca. Tengo por regla absoluta no contrariar á lo que se venera y se quiere y considerar nulo el juicio de los demás.

—Hija mía, la independencia es muy hermosa, pero no llevada más allá de lo que conviene. Además de mi persona, con quien aceptas amablemente una gran comunión de sentimientos, existe tu marido para participar de los inconvenientes de la crítica.

Enriqueta frunció las cejas y dijo, con bastante emoción esta vez á pesar de su fuerza de carácter:

—¡Oh! Mi marido no es sensible á las cosas que me conciernen; lo ha probado muy bien, y le creo indiferente á lo que yo pueda hacer de bueno ó de malo.

—Eso indica una gran amargura y un gran descontento, hija mía......

—Muy justificado.

—¿Has recibido tan serios agravios?

—Tu asombro consiste en que nunca me he quejado. Quería y quiero respetar tu tranquilidad. ¿De que servirían, además, mis recriminaciones? La situación no cambiaría por eso. Conviene, pues, bajo todos aspectos callarse.

La Señora Mossler inclinó su blanca cabeza y reflexionó durante unos instantes. Del parque subían los gritos de los bateleros ocupados en sacar las redes, y la actividad alegre del exterior hacía resaltar el silencio pesado de la habitación y acentuaba el contraste entre la vida libre y descuidada de los pobres y la existencia llena de sobresaltos de los ricos.

—Sé, dijo la Señora Mossler, que Valentín no ha sido un modelo de cordura y que puedes dirigirle acusaciones por su ligereza, pero no esperaba encontrarte tan herida.

—Es que me creías menos enterada de lo que ha hecho. Desgraciadamente no me ha dejado ignorar su conducta, pues ha hecho alarde de ella con tan completo olvido de lo que me debía y se debía á sí mismo, que le he encontrado con mujeres perdidas en pleno día y en los sitios más frecuentados de París...... Nunca he podido dudar que me engañaba. Me he limitado á cerrarle la puerta de mi habitación, pues soy demasiado orgullosa para quejarme de sus infidelidades y demasiado delicada para conformarme á alternar con las mujeres en cuyo provecho me era infiel. He recobrado, pues, mi libertad, y aunque estoy decidida á usar de ella, resistiré toda tentativa que tenga por objeto limitármela. Estoy rodeada de unos cuantos amigos adictos que me hacen olvidar con las satisfaccianes del espíritu mis decepciones del corazón. El Señor Redel es de los mejores, de los más estimados, y no dirás que es de los menos estimables; tú misma me le has presentado; no veo, pues, qué se puede criticar en nuestras relaciones amistosas, y te prevengo muy afectuosamente que no toleraré que se encuentre en ellas nada reprensible.

—Mi querida Enriqueta, nadie piensa en forzar tu voluntad y Valentín no me habla de tí sino para elogiarte. Soy yo quien se queja de ese alejamiento que acabas de explicar con tu claridad habitual y que tanto me complacería hacer cesar. Es cierto que las culpas de Valentín para contigo son serias, pero yo, vieja ya y que juzgo fríamente las cosas, no me parece que son imperdonables. A medida que avances en la vida, hija mía, comprenderás mejor cuán necesario es mirar con indulgencia á los hombres en general y á los maridos en particular. Sé que es culpable, pero ¿eres tú inocente por completo? ¿Estás bien segura, hija mía, de no haber sido con él demasiado indiferente y de haberle dado las alegrías que él ha querido buscar en otra parte? Bueno es que el espíritu predomine sobre la materia, pero es preciso no hacerse demasiado etérea, porque, entonces, el marido, que no vive sublimado hasta el cielo, busca á su mujer en la tierra y, si no la encuentra, se va á buscarla Dios sabe dónde. En suma, querida mía, de todas estas confidencias resulta que entre tu marido y tú hay una diferencia que te suplico con insistencia procures hacer cesar.

Enriqueta se quedó, á su vez, pensativa. No podía desconocer las buenas intenciones de la Señora Mossler y le repugnaba descubrir su pensamiento completo respecto de Valentín. Prometer una modificación en su actitud le parecía una debilidad y rehusarla un mal proceder. Su naturaleza leal no se resignó, sin embargo, á un engaño y quiso ser franca hasta el fin.

—Madre mía, si no comprendo mal lo que me acabas de decir, lo que deseas es que reanude con mi marido los lazos que él ha roto. ¿Me haces esta petición con su asentimiento?

—Dime que estas dispuesta á una reconciliación y yo me encargo de que él haga todas las concesiones.........

—¡Ah! No me respondes rotundamente, y cuando así eludes la cuestión es que mi marido no te ha dado ninguna seguridad...... No es él el que desea la reconciliación, sino tú, y esto me indica lo que debo esperar. Te obedecerá, para captarse tu buena voluntad, pero el cariño que me demuestre no será sincero; antes de quince días habrá vuelto á las andadas, y yo no habré obtenido por mi buena voluntad y mi indulgencia sino una humillación más.

La Señora Mossler no respondió en seguida, pero sus labios trémulos contenían con trabajo el argumento supremo que, para ella excluía cualquier otro razonamiento. Por fin no pudo resistir y dijo, con los ojos brillantes de apasionado deseo:

—¡Eh! qué vale todo eso si la reconciliación te proporciona la maternidad. Piénsalo bien, Enriqueta. ¡Un hijo! Un hijo que sería nuestro, que llenaría nuestra vida, que nos haría prescindir de todo...... El no nos sería traidor, le educaríamos á nuestro gusto y si era ingrato andando el tiempo, nos daría, al menos, la felicidad durante su infancia. Enriqueta mía, sabes que te quiero como si fueras mi verdadera hija; pues bien, me serías cien veces mas querida si viera en tus brazos un querubín blanco y rosado...... ¡Oh! piénsalo, esa es la sola alegría que existe para una mujer en el mundo.

Ante aquella ardiente confesión de sus esperanzas secretas; ante aquella explosión de egoísmo sublime por lo sincero, la condesa se estremeció. El rubor subió á su frente y dijo, con voz en la que trataba en vano de apagar la indignada vibracion:

—Madre mía, tratas de disponer de mí como de las gallinas de tus corrales. Un retoño, no importa cómo ni casi con quien, siempre que lo tengas. En conciencia, no comprendo la maternidad como tú. Yo la quiero rodeada de las atenciones y de los respetos del padre; pero tener un hijo de un hombre á quien desprecio, que habrá dejado una querida al venir á encontrarme y que me dejará para buscar otra, me haría enrojecer como la más degradante humillación. ¿Y qué sería ese niño, concebido entre dos caprichos galantes, al salir de una fiesta, y no en el recogimiento tierno del amor, sino en la preocupación venal de los intereses? Un corazón ligero, una cabeza vacía y, más tarde, un libertino como su padre. ¡Líbreme Dios de darle la vida! Prefiero permanecer estéril, sola, abandonada, á tener que llorar un día por haber producido un desgraciado más.

—¡Oh! dijo la Señora Mossler con amargura; me niegas lo que era la suprema esperanza de mi vida.

—¡Bah! Si quieres absolutamente un niño, exclamó Enriqueta arrebatada por la cólera, manda al conde de Coutras que adopte uno. Así te devolverá lo que le has dado. Pero no insistas en hacerme víctima de tus planes de sucesión. Valgo más que el papel que tratas de imponerme y no he entrado en esta casa únicamente para la reproducción......

La Señora Mossler palideció, las lagrimas acudieron á sus ojos y dijo, acercándose á la joven:

—¿Tan gravemente te he herido, Enriqueta, que me respondes con tal violencia? No era tal mi intención y te ruego que me perdones.

A estas palabras, en las que brillaba la natural bondad de la Señora Mossler, la condesa sintió disiparse todo su resentimiento y dijo, arrojándose en los brazos de aquella generosa mujer:

—No; no tienes de que excusarte. Soy una loca al abandonarme á este arrebato; pero es que, de todos los asuntos, este que has abordado es el más penoso para mí. Sé muy bien que negándome á tus deseos, engaño tus esperanzas y no pago mi deuda hacia tí, que me has cogido pobre y sin porvenir para pagar mi fecundidad con riquezas, con lujo, con elegancia. No puedes, sin embargo, exigir de mí todas las concesiones y ninguna de mi marido. No merezco estar á la disposición de tus fantasías pasajeras, y antes que prestarme á ellas preferiría alejarme de aquí y vivir en la medianía, pero independiente y respetada.

Lo que pedía era tan justo y tan noblemente pedido, y estaba al hablar así tan bella, con su pudor sublevado, que la Señora Mossler vió perdida su causa. En el fondo de su conciencia se levantaba una voz que decía: «Esta mujer tiene razón; la has comprado para tu hijo y es él quien la ha desdeñado. Nada le debe por lo tanto. Renuncia á tus cálculos, abandona tus proyectos; pero no hagas á esa joven responsable. La causa de tu decepción es el otro, el feroz libertino de corazón helado y cabeza vacía.» Y profundamente triste, la Señora Mossler se inclinó resignada bajo el peso de una nueva pena y dijo á su nuera:

—Tienes razón, Enriqueta, soy una egoísta. Jamás me oirás pronunciar palabras semejantes. Vive dichosa, querida hija, ya que la libertad substituye en tí á la dicha.

La condesa ofreció su frente á la anciana y respondió con ardiente efusión:

—¡Gracias!

Con su paso silencioso y ligero la Señora Mossler se alejó.

A la misma hora, en el terraplén del jardín, al aire libre y al abrigo de los indiscretos, á quienes se podía ver venir desde lejos, Valentín logro coger sola á Celina, que había bajado con su marido para ver las peripecias de la pesca. Federico se adelantó hasta la orilla del estanqua á fin de contemplar los argentados peces que se agitaban en las relucientes mallas, y Celina se sentó, preocupada y triste, junto á la balaustrada de piedra. Un cálido rayo de sol entibiaba el aire y la joven, gozando de aquel dulce calor, miraba distraídamente el espectáculo que se ofrecía á sus ojos, cuando un ruido de pasos le hizo volver la cabeza. Lanzó una exclamación y se puso pálida; Valentín estaba detrás de ella. La joven hizo un movimiento para alejarse, pero él la cogió familiarmente por el brazo, sonriendo y la obligó á permanecer sentada. Al mismo tiempo dijo:

—Cuide usted de no agitarse mucho; se nos ve desde todas partes. Prevengo á usted, además, que si trata de-

escaparse, la detendré á la fuerza, suceda lo que quiera. Me trata usted como enemigo; no le extrañe que haga yo lo mismo.

Celina permaneció aterrada delante de él falta de aliento, los ojos vacilantes, incapaz de tomar una resolución, temblando como un pajarillo fascinado por una serpiente.

—Es necesario absolutamente que tengamos cinco minutos de conferencia. Á solas no será usted, acaso, tan osada como delante de testigos, y en todo caso, podré explicarme claramente.

La joven contestó con voz ahogada:

—¿Pretende usted obligarme á escuchar lo que no quiero?

—Más aún, Señora; pretendo obligar á usted á responderme.

—¿Seré libre de alejarme de usted cuando haya respondido?

—Perfectamente.

—Entonces pregunte usted de prisa.

Valentín mostró una sonrisa zumbona.

—No se puede acusar á usted de hipocresía ni de disimular sus impresiones. Ante tal declaración, debía no tener nada que preguntarla, si estuviera bien seguro de que no se engaña usted á sí misma.

La joven enrojeció de cólera sus labios se crisparon y con una fuerza de indignación que la ponía fuera de sí, respondió.

—¡Oh! no. Soy muy sincera, muy consciente y estoy muy segura cuando digo á usted que le desprecio y que le execro. Es usted el más miserable, el más vil y el más insolente de los hombres, y si yo pudiera arriesgar mi vida contra la suya, intentaría matarle con la más completa alegría.

Después siguió callada, llorando y con el pecho agitado por los sollozos, no queriendo rebajarse á reconocer que había allí un hombre que acababa de injuriarla.

VI

A consecuencia de estos incidentes, resultó muy claro que la expedicion campestre de los señores de Coutras á la Chapelle-Sauvigny no sería ya muy duradera. Los señores de Clement volvieron á París y el conde cesó completamente de ir al campo. Valentín se instaló en su casa como soltero, con un solo ayuda de cámara. Comía en el club y se limitaba á pedir todas las mañanas noticias por teléfono á casa de su madre. Enriqueta y la señora Mossler retuvieron aún por una semana á Redel, á Vignot y á Ferrand y después se encontraron solas. No les disgustaba esto, pues sabían ocupar bien su tiempo y no conocían el aburrimiento. Pero la señora Mossler, inquieta por lo que haría Valentín, propuso á su nuera el regreso á París, á fin de octubre. La condesa no tenía ninguna razón para permanecer allí, puesto que no iba al campo por moda ni por economía. El argumento de que París está desierto en octubre no tenía valor alguno para ella, y volvió á la avenida de Friedland con toda su servidumbre, lo que puso fin á la deliciosa independencia del conde.

Hacía un mes que Valentín había olvidado por completo que existía su mujer, pero no que no existieran las de los demás. En materia de sentimiento, aquel caballero esencialmente positivista, practicaba el sistema del *similis cum similibus* y siempre se había curado una decepción amorosa con una nueva aventura, con lo que le había ido perfectamente. Hasta entonces había vivido con la convicción de que una mujer vale tanto como otra y de que, bien mirado, con un poco de imaginación, se consigue cómodamente olvidar á una infiel en ocho días, al lado de otra bella de mejor voluntad.

Esta homeopatía del amor fué enérgicamente practicada por él desde su regreso á París, y para curarse de Celina se puso á punto de envenenarse con una encantadora peruana, la señora Semaraes, que pagaba la buena acogida que le había dispensado el mundo parisiense repartiendo reflexivamente algunos favores. Valentín, que era de los que podían ser útiles á la buena extranjera, fué acogido con distinción. Imposible encontrar más linda morena que Rosita Semaraes, por lo que Valentín creyó, por veinticuatro horas, que había contraído, no una fiebre ligera, sino un fuerte delirio. Pero, repentinamente, consideró á la peruana como la *grippe* y se declaró á sí mismo que era imposible ocuparse por más tiempo de aquel brillante y estúpido papagayo.

Aquel día, justamente, había encontrado á la mujer de Federico, que pasaba en coche por los Campos Elíseos. Se fué á comer al club, triste como jamás lo estuvo desde que nació, y no dijo esta boca es mía durante la comida. La facundía de Fleurichamp, un bolsista de alegría inagotable, no logró arrancarle una sonrisa. Embutido en uno de los anchos sillones del salón, fumó un cigarro, y, como la partida de juego no empezaba hasta las once, se fué á hacer tiempo á los Bufos, donde se hacía una obra divertida salpiconada de mujeres desnudas. Encontró la pieza insípida, la música nula y las cómicas absolutamente repugnantes. A las doce volvió al círculo, se puso á tallar sin dar á nadie las buenas noches, á pesar de que estaba rodeado de amigos, sacó en veinticinco minutos ochenta mil francos á los puntos petrificados, y echando las fichas en el sombrero, se levantó sin decir palabra, después de haber causado aquel desastre.

Por la mañana se levantó con la cabeza mortificada por una jaqueca furiosa y, poco acostumbrado á sufrir, se sentó al lado del balcón, lánguido y disgustado. Su ayuda de cámara, James, que tenía toda su confianza y le servía de un modo muy agradable, se aventuró á preguntar si el señor conde se sentía indispuesto y si quería desayunarse, y Valentín se proporcionó el alivio de llenarle de injurias y de amenazarle con toda clase de violencias si no le dejaba en paz. El criado desapareció y un cuarto de hora después el conde le llamó con furia para preguntarle si estaba loco al no traerle con qué vestir para salir. James, impasible, enseñó á su señor siete trajes seguidos sin conseguir que eligiese uno; por fin el octavo obtuvo su aprobación y, á eso de la una, Valentín descendía los Campos Elíseos con el estómago vacío, las piernas débiles, la cabeza embrollada y á pie. Se detuvo en casa de *Maxim's*, pidió un pedazo de pollo y una taza de té, y reanimado por aquel refrigerio, se dirigió inconscientemente hacia la casa de los señores de Clement.

Advirtió que había llegado antes de darse cuenta de la dirección en que andaba, entró y preguntó si la señora estaba en casa y recibía. El criado se alejó. Valentín esperaba que le cerrarían la puerta, pero con gran sorpresa suya, fué introducido en el salón. Reinaba allí una semioscuridad reposada y Valentín se conmovió ante aquella tranquilidad y aquella penumbra. Le pareció que todo aquello era el medio que convenía á la delicada y encantadora Celina y se apoderó de él una especie de tierno respeto que jamás había sentido por ninguna mujer. Sintió, á poco, el ruido de frescas risas y unas voces infantiles; la puerta se abrió y apareció la señora de Clement, con su hijo y su hija.

Los tres formaban un grupo de inocencia y de honradez que parecía indisoluble. ¿Cómo separar aquella madre de aquellos hijos? ¿Quién sería bastante audaz para cogerla en medio de ellos? Allí, en aquel terreno de familia y teniendo por aliados aquellos ángeles de dulce cara y blonda cabellera, Celina tenía que ser invencible. Este pensamiento cruzó por la mente de Valentín como un relámpago. Comprendió que si le había recibido, lo había hecho para mostrarse á él en toda su fuerza y hacerle comprender que prefería á toda pasión, por ardiente que fuera, la ternura de sus hijos. Así lo expresó tan claramente con su sonrisa triunfante, mientras avanzaba hacia él, que Valentín palideció de dolor. Con mucha calma Celina le ofreció la mano, por vez primera desde el día fatal, y dijo indicándole un asiento:

—Iba á salir, pero no he querido perder tan buena ocasión de tener noticias de Enriqueta y de la señora Mossler. ¿Las ha dejado usted buenas?

—Me han dicho ellas mismas esta mañana, por teléfono, que todo iba bien en la Chapelle-Sauvigny. Todo lo bien, al menos, que puede ir una casa en la que usted no está.

Celina sonrió con melancolía.

—¡Oh¡ Yo no no era una huéspeda muy alegre...... y estos queridos pequeños me llamaban á París. Habían vuelto de casa de su abuelo y se aburrían sin mí.

La niña, una rubia de tres años, estaba abrazada á su madre y con sus grandes ojos azules miraba atentamente á Valentín. Este le tendió la mano y con aquella voz á la que sabía dar, cuando le convenía, tan acariciadoras inflexiones, dijo:

—¿Quieres venir á darme un beso. bonita?

La niña hizo un movimiento para ir, pero la contuvo una presión casi invisible de las manos de su madre. Al mismo tiempo respondió Celina:

—Es muy huraña...... No se deja acariciar más que por su mamá y su papá...... ¿Verdad, Ninette?

La niña rodeó con sus bracitos el cuello de su madre y, cambiadas sus ideas por aquella afirmación que le agradaba, miró á Valentín desde su sitio con un aire de burlón desafío.

—Veo que es muy obediente, dijo el conde, no sin amargura. Ama á usted tiernamente, como usted merece ser amada......

Celina no pareció notar el doble sentido de la frase, pero respondió sin embargo:

—Por eso procura no disgustarme. No se prueba el cariño más que evitando toda pena al que se ama......

Valentín suspiró y dijo con voz ahogada:

—Aquí, en este cuadro de vida íntima, es preciso ver á usted para apreciarla. Los que no conocen en usted más que la elegancia y la gracia que muestra en sociedad, no saben todo el encanto que hay en usted......

Celina enrojeció á estas palabras, que no disfrazaban los sentimientos de Valentín, y se sintió mal para oirlas en medio de sus hijos.

—Pero, ahora que me ocurre, interrumpió, mi marido debe estar todavía en casa y sentiría, seguramante, no ver á usted.

La joven tocó con la mano en el hombro á su hijo.

—Daniel, mira si está tu padre en su cuarto y dile que hay en el salón una persona que le gustará mucho ver.

El niño salió corriendo. Hubo un silencio que interrumpió el conde diciendo casi en voz baja, como á sí mismo:

—¿El obstáculo no era suficiente? ¿Hacía falta otro?

La joven no pareció haber oído. Era evidente que estaba dispuesta á no hacerse cargo de lo que hubiera de alarmante ó de escabroso en las frases del conde. Este hizo un ademán de despecho y dijo:

—Pero ¿qué importa, cuando se está decidido á vencerlo todo?

Aquello era una renovación de la declaración de guerra, á la que ella respondió por una mirada de cólera. ¡Cómo! ¡En su casa osaba amenazarla todavía! ¡Cuando había tenido el cuidado de enseñarle cuanto podía hacerle comprender la locura de su tentativa, persistía en ella! Se inclinó hacia su hija y sumergiendo sus labios en el oro pálido de aquella cabecita, preguntó:

—¿Qué se hace con los niños desobedientes, Ninette?

—Se les castiga.

—¿Y si no se enmiendan?

—Se les deja sin postre.

—¿Y si eso no basta?

—Entonces se les mete en un colegio, como dijiste un día á Daniel, para que no vean más á su mamita.

—Sí, dijo Celina, eso es; obedecer ó salir de la casa.

Y miró tan altivamente á Valentín al formular esta sentencia, que el conde no pudo dudar de que aquella era la respuesta á su desafío. Pero le faltó tiempo para responder, porque Federico Clement entró con su hijo. El conde se levantó para ir al encuentro del banquero y puso cuidado en indicar que ya se marchaba, porque la presencia del marido le pareció insoportable.

Dispense usted que le haya distraído un momento de sus negocios, pero no he querido marcharme sin estrecharle la mano.

—¿Tan de prisa está usted?

—Ya sabe usted que no hay gente más ocupada que los ociosos......

Al hablar estaba examinando á Federico y pensaba: Es imposible que ella ame á este áspero y deslucido puritano. ¿Cómo ha de gustarle este experto en contabilidad que no piensa más que en sus liquidaciones? Vendrá un momento en que la volveré á coger á pesar de su resistencia, y quedará definitivamente conquistada. De este modo toda la impresión favorable del aparato escénico dispuesto por Celina, se borró en Valentín, que sacó de aquella visita resoluciones más osadas que nunca. La mujer de Federico lo sospechó porque su semblante se puso sombrío y sus facciones delicadas tomaron una expresión de sufrimiento. Suspiró y cogiendo á su hija, como para sustraerla al contacto del conde, hizo un ademán de despedida.

—Ahora que dejo á usted con mi marido, me voy, porque es la hora de llevar á paseo á mis hijos,

Valentín se inclinó sin responder y siguió con los ojos la encantadora silueta de Celina que se alejaba arreglando su paso al de la niña. La puerta se abrió y la joven madre desapareció en la penumbra de la pieza vecina.

—¿Va usted esta noche á la Chapelle-Sauvigny? preguntó Federico por decir algo, porque se encontraba siempre violento delante del conde con el cual no tenía ni una idea común.

—No por cierto, respondió Valentín. Las noches son interminables en el campo. Después de haber jugado una docena de partidas de *piquet* ó de *whist* con la señora Mossler, ve uno con angustia que no son más que las diez. Las señoras se acuestan y se queda uno solo, en compañía de un cigarro. Es para morirse.

—Y después, el círculo le retiene á usted.

—¡Oh! no. Me aburro allí y, fuera de las horas de comer, no voy casi nunca.

—Se dice, sin embargo, que talla usted bancas extraordinarias......

—¡Bah! historias antiguas...... ¡Eso se acabó!

—¡Mejor! porque esas antiguas historias afligían á sus buenos amigos. Una persona del nombre y de la valía de usted tiene cosas mejores que hacer que manejar las cartas para ganar ó perder sumas que no pueden hacerle más pobre ni más rico.

La frente del conde se contrajo, pero hizo un esfuerzo y consiguió desarrugar el entrecejo.

—¡Ah! Tiene usted mucha razón...... En adelante no quiero vivir más que para las satisfacciones intelectuales y morales...... Los goces del alma y del corazón, esto es lo que yo quiero...... Iré á los sermones y no me ocuparé más que de una mujer......

—¿La de usted?

—Si es posible. Hasta la vista, querido. Anuncie usted estos buenos propósitos al señor Eliphas. Si los cree, le complacerán......

—¿Y por qué no ha de creerlos?

—¡Ah! Es muy excéptico en lo que á mí se refiere.

—Pero desea mucho cambiar de opinión.

—Adiós, adiós, dijo Valentín alejándose. La virtuosa atmósfera de esta casa obra sobre mí. Siento que me mejoro á marchas forzadas...... Un poco más y será ya demasiado......

Se echó á reir y, abriendo la puerta, bajó lentamente la escalera, diciéndose: Tienes, amigo, un aspecto de pastor echando sermones que me fastidia hasta lo imposible. Tu mujer me indemnizará.

Se hizo asiduo concurrente á los sábados de la condesa, que abrió de nuevo su salón á los amigos en cuanto llegó á París. Allí encontraba á Celina, que no podía dejar bruscamente de ir á casa de Enriqueta, pero Valentín no la hablaba más que lo preciso para no parecer impolítico. La señora Mossler, que seguía con la vista á Valentín, se dejó engañar por esas apariencias y creyó firmemente que el capricho del conde había pasado, de lo que se mostró satisfecha.

Valentín, siempre fiel á su sistema homeopático, trataba de ocupar su fastidio con distracciones amorosas. Un día en que se paseaba por el *boulevard*, encontró en la esquina de la calle de *Lepeletier* una muchachilla de belleza sorprendente que iba trotando sobre unas botas muy viejas y con una caja de cartón al brazo, y la siguió por curiosidad, pues era una criatura que apenas tendría diez y seis años y con la más adorable cara de madona que pudiera soñar un pintor. La obrera le condujo á la calle de Ramey, en Montmartre, ante una sucia casa de seis pisos, decrépita y leprosa, en cuya fachada unos tubos de plomo escupían las aguas fétidas de las cocinas. La muchacha se metió, con listo meneo de faldas, por una puerta y se perdió en el obscuro corredor, mientras Valentín, mirando hacia arriba y con los pies en el barro, buscaba en vano el piso en que podía vivir la encantadora obrera.

No se paró á observar, pues disponía de un medio de investigación de infalible seguridad. Tomó nota, en una de sus tarjetas, del nombre de la calle y del número de la casa, y con el bastón debajo del brazo se volvió al centro de París. Por la noche, en el círculo, antes de empezar el juego, se hablaba de mujeres en un pequeño grupo de amigos y el rechoncho Bachelet, para quien no existía el placer como no costase de doscientos pesos en adelante, estaba tratando con calor la importante cuestión de los bajos refinados y lujosos, cuando de repente Valentín, que había escuchado la conversación distraídamente, interrumpió á su amigo y dijo:

—En resumen, toda esa argumentación consiste en declarar que una fruta pasada, envuelta en encajes, es preferible á una fruta en sazón envuelta en un simple papel. Pues bien, se equivoca usted. La fruta vale por sí misma; la envoltura no se come. Vea usted, hoy he encontrado una modistilla que llevaba unos veinte céntimos de vestidos en el cuerpo, unas chanclas en los pies que hacían llorar y una toca de perro sabio en la cabeza. Pues la chiquilla era encantadora. Pueden ustedes poner á su lado todas las Bertas de Fontenoy y todas las Andreas de Taillebourg, y verán lo que resultan.

—¡Oh! Nuestro noble amigo cae en el amor canallezco.

—No caigo tal. Os traduzco una sensación que he experimentado, y es, que la belleza lo es por sí sola, sin ninguna ayuda, y que vuestras pretensiones de elegancia le son inútiles, por no decir perjudiciales.

—¿La moza de mesón, entonces?

—No exageremos.

—Oiga usted, Valentín: ¿sabe usted el efecto que me hace? El de un estragado que busca sensaciones originales. .... Hace un momento nos hablaba usted de las frutas pasadas; desconfíe usted de las verdes.

—Es muy peligroso ese gusto. Su resultado más frecuente es el *chantage;* hay que huir como de la peste......

—¡Bah! Pero señores, ¿á dónde diablos van ustedes á parar? ¿Por qué no me hablan ya de la policía correccional?

—Porque en la posición de usted no se va á ella. Se paga y se acabó.

—Si no se da con una familia de buenas personas de las que no juegan en cuestión de costumbres y os rompen la cabeza para enseñaros á no perseguir muchachas.

—¡Oh! Ya tenemos aquí la historia del general...... El asesinato en la cueva de la casita de Chatillón . ... ¡Tienen ustedes una imaginación!

—Pero, qué, querido ¿va usted á negar los peligros de los amores de contrabando? Los periódicos están llenos de accidentes que parecen inexplicables. Una mañana se encuentra en el Sena el cadáver de un hombre elegante y joven, con las manos atadas y un balazo en la cabeza. Se sabe que el señor X ó Z...... Pero ¿quién le ha echado por el puente abajo después de romperle la aristocrática cabeza? Allí tiene usted á Forcinier, que ha sido fiscal; pregúntele usted si se descubre, siquiera, la cuarta parte de los autores de los crímenes cometidos. Dirá que no. Para ser cogido es preciso obrar con completa torpeza ó encontrar un conjunto de circunstancias excepcionales. La policía es tan insuficiente......

—Y además no se ocupa más que de los anarquistas.

—Y eso muy mal.

—Bien saben ustedes que el Gobierno paraliza su acción y que tiene orden de no comprometer nada......

—¡Vaya una novedad! Siempre ha ocurrido lo mismo. En tiempo de la monarquía había con frecuencia dos ó tres policías que se contrarrestaban la una á la otra y pasaban el tiempo en cogerse en falta recíprocamente.... Entonces, los escapados de presidio llegaban á generales en la Guardia Real......

La conversación, completamente descarrilada, siguió versando sobre lugares comunes sin importancia, á los que Valentín no prestó más que una vaga atención. Pero de aquella discusión sobre los refinamientos exteriores y sobre la calidad de las sensaciones, sobrenadó en su espíritu la idea de que la muchachula de la calle de Ramey no sería, acaso, una conquista ordinaria y vulgar y de que habría en la aventura el atractivo de lo imprevisto. Se prometió, pues, enviar á la joven la más hábil de las corredoras de galantería.

A la misma hora en que Valentín, con el más desenfadado cinismo proseguía su camino de placeres, la condesa de Coutras, en su orgullosa probidad, reflexionaba sobre las observaciones que le había hecho la señora Mossler y se preguntaba si no hacía mal recibiendo familiarmente al coronel Redel. Tenía ya dudas y la seguridad de su espíritu estaba turbado. Hasta que se le habían señalado los inconvenientes de la intimidad con el nuevo amigo, jamás había pensado que nadie pudiera juzgarla reprensible. Una vez advertida, estaba menos segura de la completa inocencia de sus relaciones con Redel. Por reservado que sea un hombre, es difícil que la mujer no sorprenda los sentimientos que ha inspirado. El amor se manifiesta de tan distintos modos, y todos tan claros, que el extremado respeto es tan expresivo como la más apasionada osadía.

La adoración muda de Redel se hacía comprender como la más locuaz ternura. Enriqueta le veía, pues, enteramente enamorado, pero no se cuidaba de ello; todos sus contertulios de los sábados lo estaban ó lo habían estado, pero nunca la cosa había tenido consecuencias. La condesa los había curado con tazas de té y buenas palabras, y poco á poco, una sólida amistad había sucedido á sus inútiles ardores. Todos participaban de la misma suerte y vivían en buena inteligencia. En cuanto á Redel, era diferente, porque jamás había pedido nada. Se contentaba con vivir dentro de la aureola de la mujer amada; le bastaba verla, oírla. No era posible por tanto ofrecerle compensaciones, pues no había ocasión de rehusarle nada.

Desde el momento en que la Señora Mossler llamó su atención sobre este asunto delicado, Enriqueta le atribuyó una grande importancia, y para una mujer tan inteligente como ella, estudiar una cuestión equivalía á querer resolverla. Pero aquí estaba la dificunltad. ¿Qué resolución tomar y cómo motivarla? Enriqueta había dicho con toda la sinceridad de su alma que no consideraba peligroso á Redel y que se sentía segura de sí misma y de él. Pero no era sola; existían sus amigos, el mundo, su marido......

Era evidente que Valentín, con un interés cualquiera, había hecho confidencias á su madre; podía en adelante insistir y resultar de ello muchas contrariedades para ella y para la Señora Mossler, y un peligro serio, acaso, y una gran amargura para Redel. Para el espíritu firme de Enriqueta todo asunto claro era sencillo. No temía la discusión, por espinosa que fuera, segura de salir de ella honrosamente puesto que no quería nada que no fuese honroso y bueno; su único cuidado era el de no disgustar á Redel. Hubiera consentido en sufrir el doble ella misma con tal de que el caballeroso soldado no sufriese.

Las reuniones de los sábados seguían su curso. Sus concurrentes se habían vuelto á reunir con gusto y era raro que no se encontrasen además dos ó tres veces á la semana en casas amigas, bien fuera en la de Clement, bien en la de la Señora Mossler, y en las exposiciones, en las ventas de caridad, en las representaciones artísticas. El cenaculo era muy conocido en París y se hablaba de él en los periódicos con gran cortesía.

Una mañana, sin embargo, un periódico de gran circulación publicó entre sus noticias estas líneas en apariencia inofensivas, pero pérfidas en realidad:

«Un salón de luto.—Se dice que el coronel Redel ha sido designado para el importante cargo de jefe de Estado mayor del cuerpo de ocupación del Tonkin. La elección no ha podido ser más acertada, pero ¡cuánta pena va á causar la partida del brillante oficial en el gan mundo parisiense!»

El mismo día, á las seis, se presentó Redel en casa de la condesa, que recibía generalmente á sus íntimos á la caída de la tarde. Introduciendo en el saloncillo que la señora de Coutras ocupaba con preferencia, encontró sola á su amiga, que leía al lado de la alta chimenea de piedra esculpida, en cuyo frente figraba el retrato del conde de Coutras hecho por Felipe de Champaigne. El ancho mirador que daba á la avenida de Friedland estaba cubierto con una persiana roja. La alfombra ensordecía el ruido de los pasos. Los tapices que mostraban en las paredes sus escenas de caza, las maderas de roble barnizado, el techo, pintado á imitación de Berain, absorvían la luz de las lámparat y daban á la vasta pieza un recogimiento íntimo. Enriqueta, al ver entrar al Coronel, le ofreció la mano, que él besó, y le dijo, indicándole un sillón:

—Siéntese usted ahí...... Es usted muy misterioso, realmente, y tengo una queja contra usted. ¿Cómo es que, viéndole casi todos los días, sé por los periódicos las noticias importantes que se le refieren?

Redel enrojeció coma un niño cogido en falta; miró á la condesa con cierto embarazo y dijo después con voz algo alterada:

—¡Ah! ¿Se refiere usted á esa estupida indiscreción?...

—Sin duda. ¿No es acaso exacta la noticia?

Lo es y no lo es.

—¿Cómo?

—Se me ha ofrecido, en efecto, ese cargo, pero yo no le he aceptado.

La condesa levantó la cabeza y dijo, mirando fijamente á Redel:

—¿Por qué?

He hecho ya la campaña en el Tonkin cuando había allí que batirse. Hoy, es una verdad oficial que la pacificación se ha realizado; nada hay, pues, que hacer en la colonia. Que se pelee ó que no se pelee, está convenido de antemano que no habrá acciones de guerra ni, por tanto, servicios que hacer ni hechos brillantes que realizar. El Tonkin resulta, en tales condiciones, una guarnición como otra cualquiera, aunque más lejana, menos sana y más fastidiosa que las demás. No he querido, pues, marcharme.

Enriqueta continuó con la vista fija en el Coronel, que bajaba los ojos.

—¿Es esa la única razón?

Redel, que no sabía mentir, respondió, sin embargo, sí, pero esa afirmación salió trabajosamente de sus labios.

—Me habían hablado de un Coronel Redel, prosiguió la condesa, que sólo se complacía en las aventuras lejanas, que respiraba mal en las ciudades y que no se consideraba verdaderamente dichoso sino en los vastos espacios, Ese Coronel está muy cambiado.

Redel respondió con voz temblorosa:

—Es que ha envejecido. La civilización le ha recobrado y encuentra ahora dulzuras en la existencia que antes desdeñaba. Ha contraído amistades que le sería penoso romper y, en fin, tiene su madre que es vieja, á la que puede perder de un momento á otro y que no quiere dejarle marchar sin que la cierre los ojos.

La condesa se calló y con su hermosa cabeza inclinada sobre el pecho, se absorbió en una seria meditación. Al cabo de un instante, suspiró y dijo:

—Mi querido amigo, va usted á ponerme en gran apuro, pues ¿qué responder á los argumentos que acaba usted de hacerme? No podría hacerlo más que con razones inspiradas en mi egoísmo y nunca podre resolverme. ¡Ah! Sin embargo, si usted partiera, todo estaría arreglado.

El Coronel hizo un brusco movimiento.

—¿Mi presencia, dijo, produce á usted alguna pena?

—Amigo Redel, hay espíritus perversos que ven el mal en todo y están dispuestos á vituperar las acciones más inocentes, y otros espíritus débiles, siempre dispuestos á creerles, De la alianza de esa perversidad y de esa debilidad nace la calumnia, que no respeta ni á los hombres leales ni á las mujeres honradas......

La cara marcial de Redel tomó una expresión terrible, y con calma más amenazadora que la cólera:

—A la calumnia se la aplasta, dijo. Basta mirar frente á frente á los malvados para hacerles retroceder! Y si alguien se permitiera.

La condesa levanto la mano y dijo, interrumpiendo al conde:

—¡Bah! ¡Ya le tenemos á usted en plena guerra! El paladín no estaba tan cambiado como usted pretendía hace un momento; ha bastado mostrarle los molinos de viento prra que embista contra ellos lanza en ristre,...... ¿A quién quiere usted partir en dos? ¿A mi suegra, que me ha hecho, muy recientemente, observaciones acerca de su asiduidad para conmigo? ¿A mi marido que, un día de mala fortuna en el círculo, puede haber expresado su mal humor criticando nuestra buena amistad?....... ¿Al mundo,—es decir, todos y nadie,—que no puede ver un hombre cerca de una mujer sin sospechar que existe entre ellos alguna vergonzasa intriga? No, querido Coronel; no se combate fácilmente á los seres vagos, inconsistentes, anónimos, que forman lo que se llama la opinión. Aisladamente, no son nada: en conjunto, son una masa invencible. Hay que contar con ellos, no hacerles frente y, sobre todo, no afectar desdén hacia sus sentencias, porque esto es lo que menos perdonan.

Redel permaneció silencioso, y haciendo un visible esfuerzo para recobrar la posición de sí mismo, pero los estremecimientos de sus músculos le convulsionaban el semblante como un huracán agita un lago. Dos lágrimas brotaron de sus ojos para secarse al instante al calor de las mejillas. No se atrevió á decir palabra, por temor de descubrirse, pero acaso no hubiera podido hablar, tan grande era su emoción. Durante algunos segundos ofreció á Enriqueta, desolada, el espectáculo de una verdadera agonía moral.

Quedó aterrada al penetrar bruscamente en aquel alma hasta entonces cerrada y cuyas profundidades podía sondear en aquel momento, y sintió un dolor imprevisto, una compasión no sospechada. Al fuego de aquella pasión sincera, se estremeció dentro de ella la mujer que nunca había amado. Dejó de ver á Redel bajo su aspecto acostumbrado y le pareció, de repente, que era otro hombre y que se manifestaba con otra fisonamía, con otro aire, con otros sentimientos. Después de haber permanecido sola con él con tanta frecuencia, en el espacio de algunos meses, sin más inquietud que si se hubiese tratado de un hermano, se sintió entonces turbada y llena de emoción. Hubiera sido ya incapaz de disertar sobre la opinión ni de analizar la sociedad, y sentía más deseos de pedir perdón á Redel por haberle afligido que de explicarle por qué era necesario que sufriese su aflicción. Le miró con una dulzura que jamás había asomado á sus ojos y sin duda resultó así mucho más bella ó mucho menos imponente, porque el Coronel recobró en seguida el uso de la palabra y dijo bastante inteligiblemente:

—Jamás tendrá usted, señora, servidor más fiel que yo. Créame usted: daría sin vacilar mi vida. por evitarla un disgusto. Me acusa usted por no haber querido partir; pues bien, voy á solicitar un puesto que me alejará para mucho tiempo. Sacrificaré todas mis alegrías á su tranquilidad, dichoso por haber podido ofrecerle esta prueba de adhesión.

Ante aquella declaración tan franca, en el pensamiento de la joven surgieron la doblez y el egoísmo de Valentín y se produjo una terrible comparacion entre aquellos dos hombres. El sentimiento de la desproporción entre la sentencia que había notificado á Redel y las causas que la habían producido se apoderó de ella repentinamente y creyó absurdo y monstruoso ser tan dura para quien tan poco lo había merecido. Una extraña y tierna parcialidad se manifestó en ella hacia el *generoso soldado*, pero, demasiado inteligente para no darse cuenta de ese cambio, eso mismo la hizo juzgar más necesario que nunca el alejamiento de Redel. No quiso, sin embargo. dejar sangrar la herida que acababa de producir y se esforzó en seguida por curarla delicadamente.

—Me ha comprendido usted mal, dijo, ó más bien ha exagerado usted mi pensamiento. No se trata de que usted se destierre, ni siquiera que deje usted de visitarme. Extremar las cosas sería dar también materia á la maledicencia. ¿Quiere usted que se diga: «El coronel Redel no va ya á casa de la Señora de Coutras: deben estar regañados?» No; es preciso ser para conmigo como todos los demás amigos, no distinguirse de ellos por ninguna exageración de sentimientos, ser razonable y juicioso. Mediante estas concesiones al qué dirán, nada habrá reprensible en nuestra amistad y el día en que, naturalmente, el ministro le ofrezca un puesto ventajoso usted lo acepta y asunto terminado. Hasta entonces nada ha de cambiar.

—Sí, replicó Redel con tristeza; todo cambiará. Entre nosotros el velo está ya desgarrado y no podré vivir ante sus ojos en el misterio de mis sentimientos. ¡Era tan dulce para mí no pensar más que en usted, sin decirla nada, y referirlo todo á usted, que era el único interés de mi existencia! El carácter anónimo de mi ternura era una garantía para mi tranquilidad. Yo pensaba: Jamás la confesaré que la amo, pero la amaré á mis anchas, oscuramente, y nadie podrá impedírmelo.

Parece que ni esta dicha me era permitido puesto que los demás me la prohiben y la violentan brutalmente al revelarla...... Doy á usted mil gracias, señora, por haber tenido el valor de sobreponerse á esas críticas y á esas acusaciones ofreciéndome el quedarme, pero eso ya no es posible. Venir á su casa rodeado de miradas hostiles, sentirme espiado inicuamente, sería un suplicio intolerable para mí y usted no querrá imponérmele.

Enriqueta se quedó callada, pensando en aquel rápido cambio de la situación que la impulsaba á retener á Redel cuando él no quería quedarse. Su corazón palpitó vivamente al verse tan respetada por el que amaba, por aquel hombre que al declararla su ternura no sospechaba que ella pudiera pagársela, juzgándola hasta ese punto incapaz de una falta. Inteligencia selecta, al dominar á la materia, no sin algún despecho, sintió la alegría de encontrar un alma pura, digna de la suya, y se encontró dichosa como no rocordaba haberlo sido jamás. Todo la separaba, sin embargo de Redel y no la apreciaba plenamente más que en el momento de perderle. Su propio orgullo y su sinceridad se lo aconsejaban, pues en la confianza de las relaciones cotidianas aquel amor hubiera resultado vulgar, mientras que agrandado por el alejamiento tomaría un raro valor.

—Sea, dijo; parta usted, pero hasta entonces no me abandone. Demasiado le echaré de menos para querer que adelante usted el instante de separarnos.

Redel palideció á estas palabras; saboreó toda su dulzura, y dijo con profunda melancolía:

—Es usted muy buena. En vez de castigarme por haber dicho lo que hubiera debido ocultar, trata usted de consolar mi pena. Tiene usted razón porque es muy grande. Hasta ahora había yo vivido solamente para mi carrera, sin incertidumbres y viendo claramente el objeto que me guiaba. Hoy, todo es turbación en mi pensamiento. Todo lo dudo y todo lo confundo. Hasta la noción de mis deberes se ha debilitado. Me siento capaz de concesiones que, antes, por nada del mundo hubiera hecho. Mi corazón está muerto de tristeza.

Está usted en un momento de abandono que no durará, dijo Enriqueta. Usted recobrará su valor y la firmeza de su espíritu. Los hombres como usted no se dejan desanimar por mucho tiempo; la voluntad, su cualidad dominante, viene á su socorro en el momento en que la necesitan y les hace sobreponerse á todos los obstáculos.

(*Continuará.*)

RECUERDO DE LAS FIESTAS DE PUEBLA.—Arco levantado en la Avenida Juárez.

EL CONDE TOLSTOI.

El gran escritor ruso conde Tolstoi, entregado por completo á su ultramisticismo, á sus contemplaciones morales y á sus preocupaciones sociales, parece que acarició, no ha mucho, el propósito de renunciar á las tareas literarias y de retirarse del mundo, engolfándose más y más en la soledad y olvidándose por completo de la aureola de gloria que le rodea desde hace tantos años, y que debe á su genio, en la república de las letras. Pero una cosa es predicar, y otra poder realizar lo que se predica. En Tolstoi, á pesar de sus propósitos, se vuelve á repetir aquello del *«Juro, juro, pater......»* El puede prescindir de todo lo que se imagine, de todo menos de lo que está íntimamente ligado á su alma, de lo que constituye la esencia de su personalidad, de su inclinación irremediable á pensar y á escribir, en cuyo abismo cayó y del cual no saldrá jamás, proyecte lo que proyecte en contra. La inspiración tiene en él el carácter de fuerza inextinguible, el arte narrativo le fascina y arrastra, la pluma y el papel son una tentación perpetua. Contra estas fuerzas no hay voluntad que valga. Tolstoi continuará escribiendo, esclavo de su genio, sin lograr nunca emanciparse de él.

Ahora mismo vemos una prueba de ello. Propónese cruzarse de brazos, refrenar su fantasía y mirar al cielo; y, en efecto, así como de sus primeras abstracciones brotó el libro *Amo y criado*, en medio de su misticismo presente coge la pluma, se deja llevar por la inspiración, vuelve á la tierra para describir los cuadros de la vida con todo el encanto de sus mejores tiempos, y traza las figuras y el conjunto de una obra magistral, aun no concluida que se denominará *Domingo*, y que parece que igualará ó sobrepujará á la celebérrima novela *Sonata de Kreutzer*, maravillosa como pintura realista, inmunda en su desarrollo, y que, como es sabido, no puede ser leída por ninguna familia decente.

En lo que hasta aquí ha tramado Tolstoi para argumento de su nueva obra, según los que conocen las cuartillas bosquejadas, ocurre lo siguiente:

Un caballero distinguido, próximo á casarse, constituye parte del Jurado de la Audiencia, en la vista de una causa formada por robo á una mujer joven, degradada y perdida. Durante el interrogatorio de la acusada descubre el caballero que aquella infeliz fué antigua amiga suya, ya que en sus tiempos de estudiante la conoció, durante un período de vacaciones, en la casa de campo de su familia, donde, como lejana parienta, vivía recogida haciendo de sirvienta, ó doncella, ó persona de confianza de la señora principal. Ocurrió lo de siempre, lo del fuego y la estopa. El estudiante fué su novio como suele decirse, corrieron solos por los bosques y tropezaron. Volvió él á la Universidad y quedó ella con su pecado y sus consecuencias, sin que recibiera una sola respuesta á las varias cartas que mandó á su amigo contándole su desgracia.

Ante estos recuerdos, al verla en el banquillo de los acusados, dijo para sí el caballero: «No es ella la que resulta aquí juzgada y envilecida, sino yo, que fuí la causa de su perdición.» Y desde aquel momento sólo le preocupa la idea de rehabilitar á aquella mujer. En efecto, después del juicio en que la joven fué condenada, rompe con su prometida, visita á la presa en la cárcel, y la declara que está dispuesto á sacrificarse por ella y á redimirla de su miserable estado. Pero el vicio y el cinismo han echado tan hondas raíces en aquella mujer, que ella al oirle se burla de él y le asegura que no se acuerda de lo que en su casa le ocurrió; ni le guarda rencor, ni afecto de ninguna clase, ni le importa nada cuanto le dice, y, por consiguiente, le ordena que la deje en paz. Aunque el arrepentido comprende que es imposible reparar el daño, y sufre terriblemente y se desespera por ello, insiste en cumplir su deber y acompaña á Siberia á la condenada hasta que esta termina la condena.

A este episodio parece que llegan las cuartillas de Tolstoi, sin que sepan sus amigos qué rumbo ha de seguir en las siguientes, ni qué hará con la pareja de los personajes de su obra. Algunos aseguran que trasladará el escenario á los países del Gran Oeste americano, donde fundarán una colonia nueva basada en el patrón socialista puro, conclusión quimérica y lamentable de una novela naturalista que, pudiendo ser una obra de arte digna del colosal genio de Tolstoi, se convertiría en un recetario ficticio de política utopista, propio de unos propagandistas vulgares.

R. B. de B

IDEAL.

La ténue claridad de las estrellas, al colarse por entre las hojas somnolientas de los árboles, apenas si permite precisar los contornos delicadísimos de Gliffnéh, la niña espiritual de hechiceros ojos garzos.

¿Qué hace en la soledad, cuando la lámpara dorada de los mundos ha traspuesto ya los níveos penachos del Lackadap en pos de su lecho inmenso? ¿Por qué las notas dulcísimas que en arpegio celeste se escapan de su boca tentadora, no revelan, como en otras veces, el amor al par que el fuego, la alegría al par que la felicidad?

¡Oh niña de sedosa cabellera de oro! La tristeza es comunicativa; y por eso las nereydas, compañeras inseparables de la coquetuela de ropaje gris, de esa bohemia que llamamos Brisa, no surcan, en fantásticas danzas, las obscuridades del bosque; y por eso las aguas que acarician tus piececitos de piñón, se deslizan fugitivas sin entonar su nocturna plegaria......

Mira! mira aquella bola de fuego que al hender el espacio deja tras de sí, como cendal finísimo, una estela de plata: es la mensajera de las vírgenes que habitan lo azul; viene á inquirir si Belcebú ha agitado sus alas rojas sobre tu palacio de frágiles bambúes.

¡Oh esbelta, encantadora Gliffnéh! canta, canta! Y al par que tus dedos de nácar arranquen á la cítara rítmicas cadencias, que tu voz—trino de ruiseñores—al esparcirse en ondas perfumadas, rompa el encanto y ahuyente á los fantasmas de luto que han invadido tus verjeles.

....

¿Lo ves?...... ¿lo ves?...... El Señor, extasiado al contemplar á sus plantas tus notas, convertidas en perlas, tegió con ellas y un brillante arrancado de su cetro, magnífica guirnalda para ceñir tu frente inmaculada: las perlas simbolizan el poder terreno; el brillante, el mágico «Fiat-Lux!»

....

La siderea peregrina de las noches, en su carroza pálida, pronto abandonará las cumbres del Nottzilhú para emprender su paseo por la mansión infinita: qué régia, qué esplendente, con qué majestad se eleva! Las sombras se han disipado, como visiones fugaces, al sentir el contacto de su manto; las linfas envían, en espirales de rosa, eólicos cantares á los pensiles de Gyrah; las nereydas se agitan sonrientes, simulando las formas más bellas y caprichosas; y Brisa, la coquetuela de ropaje gris, besa la zampoña y acaricia el arpa suspendida entre el espeso ramaje...... ¿Oyes? ¡Qué hermosísimo dúo!

Eduardo Eloy Andrade.

SINFONIA

En la tarde gris y triste
Viste el mar de terciopelo
Y el cielo profundo viste
De duelo.

Del abismo se levanta
La queja amarga y sonora;
La onda, cuando el viento canta,
Llora.

Los violines de la bruma
Saludan al sol que muere;
Salmodia la blanca espuma,
Miserere.

La armonía el cielo inunda
Y la brisa va á llevar
La canción dulce y profunda
Del mar.

Del clarín del horizonte
Brota sinfonía rara,
Como si la voz del monte
Vibrara.

Cual si hablase lo invisible,
Cual si fuese el rudo són
Que diese al viento un terrible
León.

Rubén Darío.

Muchas gentes en el mundo, semi creyentes, semi escépticas, ensayan conciliar las verdades que han aprendido con las tradiciones que han olvidado.

H. Taine.

RECUERDO DE LAS FIESTAS DE PUEBLA.—(Adorno de la calle de Mercaderes).

LA MODA.

Como el invierno afirma sus dominios y la moda—la eterna loca—echa la casa por la ventana sopretexto de la nueva estación, los figurines propios de ésta, menudean y si hemos de seguirlos de cerca, debemos dar á nuestras lectoras unos tres ó cuatro en el mes por lo menos para que anoten los cambios de la encantadora hada caprichosa.

Dos modelos les damos hoy, adecuados los dos á la estación y de la más encantadora factura, como que han salido de as manos de Worth, el modisto inimitable. El primero es sumamente sencillo: dos rosetones bordados en el corpiño y adornos de cintas paralelas de terciopelo negro. El segundo es más elegante aún aunque no menos sencillo, tiene un severo corte y lleva lindas solapas de pieles. Ambos son novísimos y propios para paseo.

Traje cerrado con adornos de cinta. Traje de invierno.

MERMELADAS.

Estas son una especie de confituras en que se han cocido lo bastante el azúcar y la fruta para que puedan conservarse sin inconveniente alguno. Las mermeladas son sanas y refrescantes, y convienen por tales propiedades á los convalescientes y á los niños.

Mermelada de ciruelas claudias.

Elegidas las ciruelas bien maduras se les quitan los huesos; se ponen en una cacerola con tres cuartos de su peso de azucar; se tienen así durante algunas horas; después se colocan en un perol, y se cuecen á fuego lento.

Cuando las ciruelas están deshechas, se pasan por tamíz, se vuelve á poner el puré en el perol y se deja reducir la mermelada á la capa; se echa en un frasco de boca ancha; se cubre con un círculo de papel empapado en aguardiente; después se cubre el tarro con papel fuerte, sujeto por un bramante.

Mermelada de manzanas.

Se recogen buenas manzanas, se dividen en cuarterones y se mondan; se ponen en una cacerola con un poco de agua y un puñado de azúcar molida. Se cuecen tapadas á fuego lento; cuando están cocidas, el líquido debe encontrarse reducido: se pasan por un tamiz; se vuelve á poner la pasta en la cacerola con tres cuartas partes de su peso de azúcar, un pedacito de vainilla ó de corteza de limón; se deja reducir la mermelada, revolviéndola y sin apretarla demasiado:

Mermelada de frutos del Agracejo.

Se desgranan bayas bien maduras; se echan en agua y se las hace hervir. Después de cinco minutos de ebullición, se aplasta la pulpa en el agua; se añade un peso igual de azúcar y se remueve enseguida como en las demás mermeladas.

Mermelada de fresa.

Se toma fresca la fruta y se pasa por el tamiz; por cada kilógramo de pasta, se pone otro de azucar en un perol; se cuece á la bolita el azucar; se agrega luego el puré, y puesta á hervir la mezcla hasta que adquiera la densidad llamada á la capa y se encierra en tarros.

Mermelada de frambruesas.

De dos modos se prepara esta mermelada: con pepitas ó sin ellas. En el segundo caso, se pasa la fruta por el tamiz y se pone el puré en un perol, con un peso igual de azúcar, y después se reduce á la capa.

Para obtener la mermelada con pepitas, se echan las frambuesas en un perol con una cantidad de azúcar igual á tres cuartas partes del peso de aquellas; se aplastan los frutos con una cuchara; se cuece la mezcla hasta que se ponga á la capa, sin dejar de revolverla, y después se coloca en tarros ó vocales.

Aparato doméstico para lavar patatas.

Este aparato consta de los órganos siguientes:

En el interior de un recipiente ó caja, en forma de criba ó tamiz compuesta de aros fijos por medio de listones, hay montado un árbol vertical apoyado en dos travesaños, y giratorio por medio de un manubrio.

En el cubo que forma el extremo inferior del eje va montado un disco ó rueda de paletas.

Este aparato ó conjunto de órganos va aloj.do dentro de un cubo ó depósito lleno de agua hasta cierta altura. Los listones antes indicados se sitúan espaciados á cierta distancia entre sí, y en la cámara ó recipiente formado por esos listones y por el disco de paletas, se colocan las patatas ó cuerpos análogos que limpiar. Se hace girar el disco de paletas por medio del manubrio, y como que dichas paletas tienen cierta inclinación, chocan contra las patatas que se hallan directamente en contacto con aquellas y éstas últimas frotan á su vez con las superiores.

De este modo todas las patatas, á cualquier altura que se hallan giran sobre sí mismas, y frotando con las vecinas las obligan á girar también. Frotan, pues, unas contra otras y contra los listones, y el agua arrastra fácilmente la tierra y demás impurezas adheridas generalmente á la pulpa de los tubérculos, frutos, etc.

El Evangelio es la epopeya de los sencillos, un himno anticipado á la Jerusalem de los miserables.

Challemel Lacour.

El infortunado que puede dar no es mas que infortunado á medias.

G. Tournadé.

La actualidad, la atracción del momento, ese frenesí que ha poseído á París durante el paso del Soberano de todas las Rusias, ha cambiado todas las imaginaciones y operado una cuasi revolución en las cosas de la Moda. La más pequeña insignificancia, el trapo más minúsculo, más gracioso y más coqueto que nunca, revela ahora su sello slavo, lleno de originalidad. El cuadro desgraciadamente muy restringido reservado á las Modas en nuestro periódico, no nos permite citar aquí los nombres terminados en «of» ú «ow» de que están erizadas las innovaciones; esta descripción por lo demás no haría aventajar en nada á nuestras jóvenes lectoras, que sin duda preferirán dejar en todo á las Sritas. Hunsinger Huas., 1ª calle de la Independencia 4., el cuidado de darles la explicación y de satisfacerlas con su talento y el gusto excepcional que ponen en todo lo que hacen.

LA FRATERNAL.

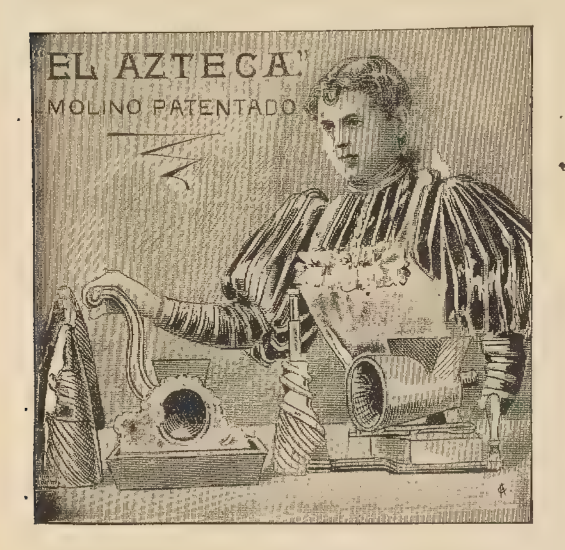
Compañía de Seguros de Vida y Accidentes.

Sus pólizas no tienen competencia por la variedad, ventajas y baratura que ofrecen.

LA FRATERNAL envía á todo el que lo solicite cuadernillos de explicaciones y el Boletín que edita mensualmente.

Oficinas de LA FRATERNAL:

MEXICO—Calle de S. Felipe Neri 7. Apartado Postal 750.—MEXICO



Molino para nixtamal para hacer tortillas.

Muele toda clase de Cereales así como Cacao, Carne, Azúcar, Chile, etc., etc. Muele mejor, y en la décima parte del tiempo, que en cualquier otro aparato.

INDISPENSABLE PARA LAS FAMILIAS.

SU MANEJO ES ENTERAMENTE SENCILLO

SIEMPRE SE PUEDE CONSERVAR EN PERFECTO ESTADO DE ASEO.

En 20 minutos muele 4 cuartillos de nixtamal.

PRECIO: $15.00 CADA UNO.

Dirección y Agencia General: Calle del Angel No. 3, Despacho

Las PÍLDORAS del Dr. AYER

Han sido objeto de los más Altos Honores en las principales Exposiciones Internacionales, inclusas las de Barcelona y Chicago, dos de las más recientes. El abono dispensado por aquellas autoridades con carácter oficial á la excelencia y virtudes medicinales de las Píldoras del Dr. Ayer, confirma el juicio que han merecido del público en general durante más de una generación, de que estas Píldoras son las mejores del mundo.

Son Puramente Vegetales.

Son Azucaradas.

EL ESTREÑIMIENTO

afecta seriamente los órganos digestivos y asimilativos, incluso los **Riñones**, y en este estado no pueden extraer de la sangre el ácido úrico, el cual, al ser introducido en el sistema, causa **Reumatismo** y **Neuralgia.**

DESARREGLOS BILIOSOS.

Entre los síntomas indicadores de Biliosidad hay la Nausea, Mareos, Dolor de Cabeza, Flaqueza de Fuerzas, Fiebre, Vista Turbia, Amarillez de la Piel, Dolores en el Costado, Espalda y Hombros, Aliento Fétido, Lengua Saburrosa, Irregularidad en las funciones intestinales, Vómitos, etc.

Cuando ocurre el Estreñimiento el **Tubo Digestivo** se afecta y sobreviene Indigestión ó

DISPEPSIA.

La Mala Boca, Dolores Gástricos, Dolor de Cabeza, Acidez del Estómago, Agrura, Nerviosidad y Depresión de Animo son evidencias de Dispepsia, enfermedad que tanta congoja causa. Se hallará un **Alivio Seguro** para las irregularidades del estómago y demás dolencias consiguientes en las

Píldoras del Dr. Ayer.

Estimulan el estómago, descargan los intestinos, comunican salud vigorosa al hígado entorpecido y á los riñones, y con sus propiedades tónicas y laxantes fortifican y purifican todo el sistema.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

Se venden en las principales Droguerías y Farmacias.

LA CAJA DE AHORROS.

Con inversiones garantizadas.

Sociedad Anonima.

CAPITAL SOCIAL, $100,000.

Presidente: Serapión Fernández,

Gerente: Dionisio Montes de Oca.

El ahorro es la fortuna del pobre
Y la salvaguardia del rico.

"La Caja de Ahorros con Inversiones garantizadas" expide Pólizas de *cien*, de *quinientos* y de *mil pesos*, cobrando mensualmente *treinta centavos* por las de $100; *un peso* por las de $500 y *dos pesos* por las de $1,000.

Con tan pequeñas exhibiciones esta benéfica Compañía, favorece por medio de sus Pólizas el ahorro, con múltiples utilidades en todas las clases sociales, lo que proporciona asegurar una fuerte suma de dinero, para recibir la de **"La caja de ahorros"** á determinado periodo de tiempo, ó ántes, según sus estipulaciones.

"La caja de ahorros" proteje al pobre, presentándole la mejor manera de ahorar, y ofrece al rico un negocio lucrativo y ventajoso, en que, con pequeñas inversiones, pueda obtener una gran utilidad.

Para comprar las Pólizas de **"La caja de ahorros."** ocúrrase á la Oficina Principal, calle de CADENA NUMERO 6, por medio de los Agentes de la Compañía, debidamente autorizados.

GRAN PREMIO, EXPOSICION UNIVERSAL PARIS 1889
la mas alta recompensa otorgada á la Perfumeria

Higiene de la Cabeza

EXTRACTO VEGETAL

DE ROSAS Y DE VIOLETAS
preparado con yemas de huevos.

ED. PINAUD

PERFUMISTA-QUIMICO

PARIS — 37, Boulevard de Strasbourg, 37 — **PARIS**

Antiguo y Eficaz.

Enfermedad es efecto, no causa. Lleva en sí misma su origen; sus manifestaciones son exteriores. Por consiguiente, para curar una enfermedad la causa debe ser curada ante todo y de lo contrario ninguna enfermedad puede ser curada. "Warner's SAFE Cure," funda su gran reputacion en ese principio. Demuestra que el.

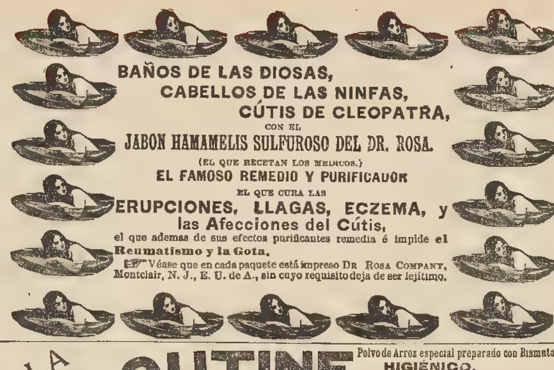
95 POR CIENTO

de todas las enfermedades proceden de desórdenes en los riñones y del hígado, y ataca directamente la raiz de la enfermedad. Sus componentes obran directamente sobre aquellos órganos, tanto como alimento como restaurador, y poniéndolos en buenas condiciones de salud alejan enfermedades y dolores del sistema general.

Para las innumerables dolencias causadas por sufrimientos en los riñones, hígado y órganos urinarios; para los sufrimientos de las mujeres, para toda afeccion nerviosa y desarreglos físicos en general este gran remedio no tiene precio, ni igual. Su gran éxito pasado es una garantía para su futuro

WARNER'S SAFE CURE CO.
Rochester, New York, U. S. A.

SE VENDE EN TODAS LAS BOTICAS.



LA VELOUTINE

Polvo de Arroz especial preparado con Bismuto.
HIGIÉNICO,
ADHERENTE,
INVISIBLE

Sola Recompensada en la Exposición Universal de 1889.

CH. FAY, Perfumista, 9, Rue de la Paix, Paris

(Guardarse de las Imitaciones y Falsificaciones. — Sentencia de 8 de Mayo de 1875).

FÁBRICA ESPECIAL de AFEITES de TOCADOR para PASEO y TEATRO

CREMA CAMELIA, CREMA EMPERATRIZ.
ROJO y BLANCO en chapetas.
ROJO VEGETAL en polvo.
LÁPICES especiales para ennegrecer pestañas y cejas.
POLVOS para empolvar los cabellos. Blondo, blanco, oro, plata y diamante.
BLANCO de PERLA en polvo, blanco, róseo, Rachel.
POMADA ROJA para los labios, en botes y en rollos.

Los Productos de CH. FAY se encuentran en el Mundo entero, en casa de los Principales Perfumistas y Droguistas.

ASMA y CATARRO (Cajita 2 fr.) Curados por los **CIGARRILLOS** ó el Polvo **ESPIC**

J. ESPIC, 20, rue Saint-Lazare, PARIS, Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS.

Vigor del Cabello del Dr. AYER
Es el mejor cosmético

Hace crecer el cabello
DESTRUYE LA CASPA,
Y con su uso el cabello gris vuelve á tomar su color primitivo.

El **Vigor del Cabello** del Dr. Ayer está compuesto de los ingredientes más escogidos. Impide que el cabello se ponga claro, gris, marchito ó rasposo, conservando su riqueza, exuberancia y color hasta un período avanzado de la vida.

Cuanto más se usa, más rápidos son sus efectos.

Medalla de Oro en la Exposición de Barcelona.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

Póngase en guardia contra imitaciones baratas. El nombre de—"Ayer"—figura en la envoltura, y está vaciado en el cristal de cada frasco.

Estas estufas se combinan con tinacos de presión para agua caliente, la que se consigue al cocinar y sin aumento de gasto de combustible, sirviendo para el uso de baños, etc.

Precios desde **$35.00** para arriba, incluyendo chimenea, instalación y enseñanza de las criadas en su uso práctico.

T. S. GORE. 1ª Calle de S. Francisco núm. 12. Frente á la Plazuela de Guardiola

Depósito de Bicicletas «BARNES» conocidas también bajo el nombre de «WHITE FLYER.» Refrigeradores, tinas, aguamaniles, comunes, etc. Surtido de útiles para cocina. Accesorios de Bicicletas:

Mosler, Bowen y Cook, Sucesor.

Calle de la Alcaicería número 27, — Entre las calles del 5 de Mayo y Plateros.

ANTES EN LA LA 2ª CALLE DEL 5 DE MAYO NUM. 4.

Surtido completo de las afamadas cajas de seguridad "*MOSLER*"

CONTRA ROBO Y CONTRA INCENDIO.

Escritorios Planos, Escritorios de Cortina, Carpetas altas para tenedor de libros, Sillones giratorios de tornillo y resorte en gran variedad Archiveros, Prensas para copiar, libreros giratorios, Libreros con cristales, Ajuares de cuero para despachos, Máquinas para escribir y demás muebles para oficinas.

La máquina para escribir "Esmith-Premier."

UNICO AGENTE EN LA REPUBLICA PARA LAS CELEBRES BICICLETAS "CLEVELAND."

El más completo surtido de accesorios para Bicicletas.

"HUMBER"

Hilario Meenin tiene la honra de participar á su numerosa clientela y al público en general, que acaba de recibir el nuevo catálogo inglés

DE LA MAQUINA "HUMBER,"

para 1897, y que recibe desde ahora pedidos para trasmitirlos á Inglaterra.

BICICLETAS "HUMBER," "STEARNS," "TURIST" "RECORD."

GRANDES TALLERES DE COMPOSTURAS Y MAGNIFICO SURTIDO DE ACCESORIOS.

AVENIDA JUAREZ 4. MEXICO. APARTADO 189.

Franco 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
Pone y conserva el cútis limpio y terso

CANDÈS et Cie, Bd St-Denis, 16

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 13 DE DICIEMBRE DE 1896. — NUMERO 24

La Romería á beneficio de los españoles heridos en Cuba, efectuada el domingo último en el Tivoli del Eliseo.

2. Portada del "Colmado."
5. "La Romería."
1. Dulcería.
4. "Salud á los valientes."
3. Tombola.
6. "La Trocha."

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

Notas editoriales.

La previsión de Juárez.

En la última correspondencia de D. Emilio Castelar, y en el fondo de una robusta parrafada, encontramos estas líneas que reclaman atenta meditación:

«Todavía se disputan el desvanecido trono de Francia cuatro pretendientes; los Hannóveres, arrojados de Alemania, y los Borbones, disminuidos por sus propias victorias; no se conforma ninguno con desgracias impuestas por el progreso á su poder y autoridad antiguos; en cada reinecillo italiano, antaño existente, late una oposición oculta, presidida por dinastías destronadas que no pueden á su desgracia resignarse y que detestan la unidad de Italia; los Karav persiguen á los Miloch en Servia; el príncipe que pueda recoger la corona y el tálamo de la reinecilla holandesa, puede dar en tierra con la independencia en Holanda; á nosotros nos mortifica el cien veces roto y rechazado por la voluntad nacional Don Carlos, que alguna vez nos arrojará la guerra civil encima é inmolará otra generación española......»

Es decir, que las nacionalidades europeas no sólo llevan en su seno el monstruo de sus fermentaciones socialistas, no únicamente sienten sobre su cabeza la amenaza de palpitantes conflictos internacionales, sino también ven amagadas sus instituciones y oscilantes sus gobiernos y en grave riesgo su tranquilidad pública, ante la audaz tentativa de uno de estos cabecillas, dispuestos á hacer caer víctimas y provocar tragedias, empobreciendo territorios y virtiendo á raudales la sangre humana, á trueque de alcanzar un poder que se ofrece constantemente á sus ambiciones.

Y ante la espectativa de tales tragedias, no podemos nosotros—joven agrupación, que apenas comenzamos á dar los primeros pasos firmes en el terreno de la nacionalidad—dejar de convertir la mirada hacia el pasado, y exhaltar una vez más aquella actitud de roca, aquella impasibilidad de esfinge que frente á los cautivos de Querétaro, y en medio de la clamorosa piedad de un grupo de compasivos, desplegó aquel hombre de nervios de acero, sereno y reposado, que sobre el patíbulo del Cerro de las Campanas escribió las páginas más elocuentes de la justicia nacional, mirando al porvenir y con la esperanza puesta en las generaciones venideras.

Todas las súplicas y todas las amenazas se estrellaron en aquella voluntad sostenida, que, siempre dispuesta al sacrificio propio, no podía ser extraña al dolor ajeno.

¿Qué hubiera importado una vida ahorrada, cuando ya el triunfo de la República se habia realizado?

José Maceo, General del Ejército Cubano, (Véase nuestra Política General), muerto en el combate de Punta Brava.

Teodoro A. Dehesa. Gobernador reelecto del Estado de Veracruz.

Pero Juárez al suprimir al hombre, suprimía también la idea que lo encarnaba; arrebataba la bandera que podría servir á un partido para provocar nuevas luchas futuras; quitaba toda ocasión de conmociones venideras.

Y ahora, cuando los odios se han extinguido y las pasiones se han aquietado, los que entramos á la vida pública con un gran sentimiento de olvido, podemos mostrarnos eternamente gratos á esa augusta sombra, á quien le hubiera costado menos trabajo ser compasivo que justiciero!

Los Ministros en el Parlamento.

En estos últimos días hemos visto á tres Secretarios de Despacho asistir á las discusiones de iniciativas de leyes, presentadas á la Cámara de Diputados por conducto de sus respectivos departamentos.

Como los Ministros en México no están sujetos á la acción parlamentaria, la presencia de los Sres. Limantour, Baranda y Fernández Leal debe considerarse como un acto de consideración hácia la Cámara, ya que ésta no habia reclamado informe de estos funcionarios.

En las sesiones á que nos referimos, los Secretarios han tomado parte activa en el debate, siendo espectadores de modificaciones introducidas por la Cámara á sus iniciativas—como las que eliminaron de la ley de Catastro el concepto jurídico,—hecho digno de atención, puesto que revela un deseo de establecer el acuerdo, previo un trabajo preliminar, entre el poder Ejecutivo y el Legislativo.

Nuestros viejos *parlamentos batalladores* habían hecho difícil cuando no imposible esta inteligencia, ya que las pasiones arrojaban á los partidos á los extremos más radicales. Esta costumbre del obstruccionismo nacional, ha podido servir para que un poder público, fuertemente constituido y anheloso de salvar á la nación de sus tradicionales vicios políticos, haya procurado no exponer á las pasiones políticas todas aquellas medidas de trascendencia y que un escarceo parlamentario ha podido muy bien echar por tierra.

En la actualidad, las circunstancias han variado y los miembros que forman las Cámaras parecen más preocupados por una legislación útil á la República que por una campaña política. Las funciones de que el poder Legislativo fué investido en el anterior período, indican un deseo de dar á este cuerpo mayores atribuciones en los futuros problemas políticos y la conducta de los Secretarios de Despacho á que hemos aludido, es otro testimonio de la importancia especialmente concedida á la Asamblea popular en estos tiempos.

Del buen juicio desplegado por la Cámara dependerán muchas de las cuestiones de orden público que el porvenir nos oculta en sus impenetrables velos.

Después de las elecciones.

El pueblo americano, restañada la sangre de las heridas que el combate electoral ha abierto en sus intereses, reposado y satisfecho, vuelve nuevamente á emplear sus energías en esa gran obra de labor colectiva que lo coloca á la vanguardia del progreso.

Resuelto el problema político, todo ha sido restituido á su normal estado. La fiebre agitó momentáneamente este giganteseo organismo, cuya fuerza estriba en la regularidad de las pulsaciones. Todo en la Unión Americana asusta por su magnitud, todo es monstruoso, pero todo también está sometido á una regla, á una norma, á un denominador común.

Bryant felicitando á Mac Kinley y sometiéndose á las decisiones populares, da la medida del espíritu de este pueblo. De abolengo revolucionario, Bryant hubiese rechazado la derrota y se habría consagrado á la tarea de *salvador de la patria*, siendo uno de tantos *regeneradores* que la cosecha de politicastro ha arrojado en estos últimos tiempos en los revueltos campos de las republicas centro americanas.

Pero Bryant sabe demasiado bien que en la Unión Americana, el pueblo es ante todo un fiel observador de los principios de justicia, y que la fracción derrotada jamás se prestará á vulnerar sus instituciones, que están por encima de sus mismos intereses, base y edificio de su poderío Nacional.

¿Y qué representa esta lucha para los dos partidos militantes?

La prensa americana nos proporciona curiosos pormenores acerca de la última campaña electoral.

Según la *Contemporary Review* puede estimarse en un millón á 1.500,000 el número de electores que durante la campaña presidencial han recibido un salario pagado por la caja de su partido.

A cada nueva campaña presidencial, los gastos electorales ascienden á mayores sumas.

En 1880, el comité nacional del partido republicano recojió 450,000 pesos por subscripciones. Cuatro años más tarde, el total de estas contribuciones voluntarias llegaron á $500,000. En 1888 fueron de $800,000 y en 1892 de $1.000,000.

A medida que los intereses se acrecientan, las elecciones reclaman más dinero en los Estados Unidos, lo que prueba que el desarrollo de su riqueza pública sigue una proporcion vertiginosa.

Y el sostenimiento de todos estos intereses, el equilibrio de estas fuerzas, encontradas á ocasiones, hostiles, disímbolas y contradictorias, se halla en la médula de este pueblo cuyos grupos se honran, en respetar el día de la derrota al enemigo que atacaran la mañana de la batalla.

Las naciones ricas son las que verdaderamente se ejercitan en el cumplimiento de la ley.

Política General.

RESUMEN.—El mensaje del Presidente Cleveland y la cuestión cubana.—Ni tirios ni troyanos quedan satisfechos.—Explosiones anti hispanas en el Senado americano.—La muerte de Maceo.—¿Heroe ó Cabecilla.

Con el ansia é impaciencia con que era esperado el mensaje del Presidente Cleveland al Congreso americano, ha sido comentado inmediatamente por los que pretenden encauzar la pública opinión en la prensa del mundo civilizado.

Malos cálculos hacían los que esperaban encontrar un cambio radical en la política que ha informado una administración en los momentos en que se acerca á sus postrimerías. El gabinete que con tanta habilidad ha sabido surtear los escollos con que ha tropezado últimamente en su marcha; que salvó admirablemente la crisis electoral, en verdad sea dicho, más por la sensatez y sentido práctico del pueblo que por la ingerencia del poder público en la tremenda lucha de los partidos; que en su elevada concepción del novísimo *monroismo* americano, ha logrado imponerlo á la Europa monárquica por medio de la sumisión de Inglaterra, que ha tenido que someterse al arbitraje temporal, y aun se prepara al permanente, para huír de disputas como la de Venezuela, que la orillaban á conflictos serios: ese gabinete que ha sido prudente y cauto en la cuestión cubana, y ha procurado conservar en todo su vigor el mantenimiento de las leyes de neutralidad durante la guerra sin cuartel que arruina la Gran Antilla, y preservarse de las reclamaciones de España por el filibusterismo incesante de los americanos, no ha podido cambiar su programa en un momento dado, y satisfacer las aspiraciones desmedidas de los laborantes cubanos que simpatizan con la insurrección, ó las exigencias de los patriotas españoles, que quisieran ver á los

LA ROMERIA ESPAÑOLA EN EL TIVOLI DEL ELISEO.—Trofeo colocado a la entrada

rebeldes abandonados á su propia suerte y faltos del auxilio de Dios y de los hombres.

Ha satisfecho Mr. Cleveland lo que podía satisfacer: ha dejado intacta la serena majestad del poder soberano de su nación que no se altera por reclamaciones ni se desvanece por amenazas.

***

Pinta con los colores de la verdad la situación de Cuba y de los rebeldes; no cree que exista un gobierno constituido emanado de la revolución, y por lo mismo no considera oportuno conceder á los insurrectos los derechos de beligerancia. Con eso halaga al gobierno y al pueblo español. Pero teme por lo porvenir; en nombre del supremo derecho que le da la fuerza y de los intereses americanos amenazados, y de las simpatías manifiestas del pueblo en favor de la insurrección, y de la seguridad de los Estados Unidos, empeñados en la contienda, dice que si España llegara á hacerse impotente para restablecer la paz, habría que pensar en una inter ención directa para hacer cesar esos excesos de sangre y de matanza. Así halaga á los que sostienen la causa cubana.

Por eso es que el pasaje más importante en el mensaje de Cleveland y el que con más ansiedad era esperado en todo el continente y con más impaciencia comentado era por los españoles, ha dejado contentos á pocos y hecho brotar recriminaciones en muchos.

Los rebeldes y sus simpatizadores aguardaban de la moribunda administración algo más que la anodina autonomía que aconseja, para llenar sus aspiraciones. Apenas tienen razón: hubiérase propuesto al principio de la lucha, y cuando aun no se habían desatado los odios y fermentado los rencores; hubiérase propuesto cuando el suelo no se había empapado en sangre, ni se habían alumbrado los hermosos paisajes tropicales de Cuba con los resplandores del incendio; hubiérase propuesto cuando el abismo que separa á peninsulares y antillanos no estaba tan hondo, y tal vez la hubieran aceptado los jefes de la insurrección. Hoy creemos que es demasiado tarde; la lucha empeñada es de vida ó de muerte, y los que sueñan con la patria cubana han pronunciado la fatídica frase de *¡Independencia ó muerte!*

Y España que por su parte está resuelta tambien á todos los sacrificios, no cejará en su empresa; no hablará de reconciliación y de concesiones, hasta ver domados á los jefes insurrectos: ¡Cuántas y cuán tremendas luchas la esperan en esa guerra encarnizada!

***

Pero si Cleveland ha podido conservar la majestad que le corresponde como Jefe de una nación poderosa y fuerte que quiere respetar el derecho ageno; si como magistrado responsable de sus actos, y desde su alta investidura, no ha querido dejarse llevar de sus propias simpatías, por no exponer al país que gobierna tal vez á una lucha internacional; los senadores americanos que no son responsables de ninguna de sus opiniones, y tienen que sostener las convicciones y hasta los deseos del pueblo que representan, ya se lanzan á las agitadas luchas parlamentarias que hicieron célebre el anterior periodo de sesiones; ya llueven uno después de otro numerosos proyectos, no de simple reconocimiento de beligerancia á los cubanos sino de declaración de independencia de la República de Cuba.

Apenas hablan como con una especie de sarcasmo de los buenos oficios interpuestos por el gobierno americano, para hacer cesar pacíficamente la tremenda lucha; se lanzan á la política de aventuras, y se pretende en tono imperativo que los Estados Unidos con todas sus fuerzas de mar y tierra tomen posesión de la Isla, hasta que el pueblo de Cuba se dé el gobierno y la constitución política que quiera su soberana voluntad.

Y allá van los representantes de la Cámara federal de los Estados Unidos, estallando en proyectos y haciendo explosión en estrofas elocuentes de oratoria agresiva.

No importa que, al solo anuncio de los candentes *bills*, los fondos americanos bajen en las Bolsas europeas; allá van, armados de tropos de dinamita y disparando como pr yectiles explosivos las frases de su elocuencia y las metáforas de su doctrina Monroe, llevada al último extremo.

Si la prudencia de Cleveland dejó el campo abierto y

"LA CASUCA" FONDA.

LA ROMERIA ESPAÑOLA EN EL TIVOLI DEL ELISEO.—"LA FORTUNA," JUEGO.—"EL COLMADO," PALCO ESCENICO.

sin solución el problema cubano al gobierno que ha de inaugurar Mc. Kinley en Marzo próximo; los arrebatos de los senadores, demócratas ó republicanos, pueden llenar de sombras el porvenir de la Unión Americana, dejando como herencia á la futura administración las dificultades de un conflicto internacional y hasta las aventuradas vicisitudes de una guerra.

Necesitan hoy más que nunca de toda su prudente sensatez los gabinetes de la Casa Blanca y de Madrid, aquél, para no dejarse arrebatar por los entusiasmos cubanos de los senadores, y éste, para sofocar las explosiones de patriotismo que necesariamente han de estallar en España, como eco obligado de las peroraciones en el Senado americano.

***

Imposible cerrar la presente crónica sin decir una palabra siquiera de la noticia que acaba de transmitirse á la prensa diaria sobre la muerte de Antonio Maceo, jefe de altísima importancia en las filas insurrectas.

No ha venido con el laconismo ordinario de los mensajes telegráficos; trae tal lujo de detalles y minuciosos pormenores, que más sirven para desvirtuarla, que para afirmar en el ánimo la convicción y la certeza.

Sea como fuere, el relato de ese hecho ha producido relámpagos de tremenda agitación que, como estremecimientos de alegría para unos, como calosfrío de consternación para otros, han cruzado por todas partes donde hay alguien que se interese en la suerte de España ó en el porvenir de Cuba.

Verdadera ó falsa, confirmada ó desmentida, la muerte de Maceo es un acontecimiento que merece detenernos un punto. La desaparición de un hombre que por luengos meses se había adueñado de la provincia de Pinar del Río, necesitando la construcción de la terrible *trocha* y la concentración de lo más florido del ejército español en Cuba y hasta de la presencia del Capitán General, tiene que ser como un golpe de maza para la causa insurrecta. ¡Cuántos habrá que desalentados y llenos de angustia, al ver caer al que era columna y faro en el campo de los rebeldes, se aparten desencantados! cuántos que, irritados por la pérdida que experimentan, se lancen desatentados y locos, y caigan heridos entre las fuertes huestes españolas! La pérdida es grande; su influencia moral y material se hará sentir en la dirección que tomen los asuntos cubanos.

Pero si los que simpatizan con esa causa, tienen razón en sentir y lamentar la muerte de Maceo, creemos que tampoco les falta cuando aseguran que la muerte de un hombre no es la muerte de la idea que defendía.

Si por acaso se confirmara la noticia que comentamos, ya tendremos ocasión de hablar nuevamente del cabecilla aborrecido que puede ascender al pedestal del héroe. Hasta hoy se le llama jefe de chusma; si por algún evento el éxito coronara el esfuerzo de sus partidarios, la historia tendría que alzarlo á la categoría de caudillo.

Así es la historia, ó más bien, así somos los hombres.

X. X. X.

10 de Diciembre de 1896.

TEATRERIAS

Leopoldo Frégoli, el famoso excéntrico que ha merecido aplausos de todos los públicos, obtuvo en su *debut* un éxito brillante sobre toda ponderación. Los concurrentes al Teatro Principal, benefactores intachables de las zarzuelas en un acto, con tangos y visajes de Obregón, han aplaudido hasta dejarse rojas las manos y se hacen lenguas de las habilidades del excéntrico.

Verdad que parece cosa de milagro eso de que un solo hombre cante un dúo y multiplique su persona hasta el infinito. En otros tiempos, nadie hubiera quitado á Frégoli *una cremación* en vida, por lo hechicero. Hoy, es distinto: esas *brujerías* se castigan con ovaciones.

Se transforma el excéntrico con una destreza y una prontitud que dan la castaña á los más listos. Y no sólo cambia de traje; también muda de rostro y de voz en menos tiempo que el empleado por cualquier mortal para quitarse el sombrero.

Se presenta á usted, en la escena, Frégoli personalmente; como es, con su cara sonriente y sus ojos vivarachos, y todavía no ha concluido usted de enterarse de los rasgos de su fisonomía y ya está el hombre, convertido en una colegiala ó en un viejo.

El espectador se queda con la boca abierta y gracias á que transcurridos algunos minutos, pueda preguntarse: —¿Y el otro?

Canta con voz de tiple, con voz de bajo, con voz de barítono, con voz de tenor; y si se lo propusiera, cantaría con voz de Pardavé.

Sale á la escena, hecho un profesor de música, perfectamente caracterizado con cara de mal humor, y esgrimiendo á modo de palmeta, un rollo de papeles. No hace más que sentarse al piano y ya está saliendo en forma de joven rubia y gallarda, por el foro, á recibir *una lección* de música. Y canta la discípula y el maestro canta, cada uno con su voz natural, si es que Trégoli tiene una voz y no una colección como los órganos de las iglesias.

A nadie asombrará que un hombre maravilloso que cambia de individuo, tan artísticamente, sea aplaudido con entusiasmo. Ese hombre vale por toda una compañía.

***

Para oir buena música y á buenos artistas, en el Teatro Nacional. La compañía de ópera, no es, como otras muchas que hemos oido á prueba de jaqueca y que nos costaran un ojo de la cara. Después de Michelena, en la compañía de ópera todo ha marchado perfectamente.

Cada día se refuerza el cuadro con artistas de la calidad de Angelina Gay, la Srita. Riera y los Sres. Roura y Visconti Y no cuento á Chole Goyzueta, porque esa adelantada cantante está al servicio de la Compañía desde el principio de la temporada.

Exitos no han escaseado. Puede asegurarse que cada función es un éxito. *Africana* lo ha sido para Chole Goyzueta; *Trovador* para la Srita. Riera y el Sr. Roura; *Aida* para la Sra. Gay.

Excepcional verdaderamente, el resultado de las audiciones de *Africana*. Esta ópera de Meyerbeer nunca había sido representada en México regularmente siquiera. Compañías de ópera en que figuraban notabilidades, fracasaron siempre, representando *Africana*; artistas consagrados por la fama que quizá en otros teatros cantaran irreprochablemente la obra, nunca acertaron á cantarla en los teatros de México. Por esto, el resultado obtenido por la Compañía de Opera popular, llamó la atención y ha sido un triunfo para los artistas.

Cierto que no necesitaban de este éxito para ser justamente alabados. Sus facultades no comunes hubieran triunfado siempre. Para terminar: la Compañía Sotorra es buena, bonita y barata. No se puede pedir más.

El Sr. D. Teodoro A. Dehesa.

Como saben nuestros lectores acaba de ser reelecto gobernador de Veracruz para el cuatrienio constitucional que principia este mes. Con tal motivo y para continuar la galería de Jefes de los Estados que hemos iniciado en nuestro semanario, publicamos el retrato que hallarán en esta plana nuestros lectores.

GUADALAJARA.

Las fiestas inaugurales del ferrocarril de Ameca.

Hay en la República una ciudad privilegiada: Guadalajara, capital del Estado más populoso y más fuerte del país.

Es inferior á México, á este inmenso hormiguero humano donde concurren tantas energías, donde se reconcentran tantos esfuerzos, donde se advierte una pugna tan tremenda entre infinitos intereses que batallan por la vida; es inferior, sí, en población y en extensión, pero superior en hermosura, una hermosura especial que cautiva al transeunte y lo detiene en sus redes y lo mima y lo domeña como Armida á Reinaldo,

En qué consiste tal hermosura?

Guadalajara no se recuesta como México en el lecho mullido de un valle magnífico, no cierran su horizonte colosos nevados como el Popocatepetl y el Ixtlacihuatl, no espejean en la sabana florida lagos azules, ni se apiñan en sus afueras gigantescos ahuehuetes floridos de leyendas.

De dónde dimana su belleza?

No se advierte en sus arterias el espectáculo de una muchedumbre desbordante, ávida de negocios, que invade todo y cuyo clamor incesante sube al cielo; no pululan, negros y lucientes, los trenes aristocráticos; no se yerguen formidables los palacios de mármoles, ni las torres de sus iglesias rasgan pomposas el infinito como prodigios de piedra.

Por qué es hermosa, pues?

Ah! su hermosura no está en la pompa, está en la gracia. Emana de toda ella un hálito de poesía. El palio real de un cielo profundo, intensa, infinitamente azul, la ampara. Sus calles limpias están flanqueadas de casas que parecen nidos y que dejan ver á través de los canceles de hierro patios sevillanos, llenos de macetones de jazmines y de trinos de pájaros; sus grandes edificios son más que todo risueños. Ríen por todas sus ventanas ante el sol relampagueante, ante el espacio en que flotan mil puntos de oro. Sus iglesias convidan á rezar la oración alegre que da gracias por la vida, no el salmo querelloso que pide misericordia. Su catedral es blanca y gracil y llena de júbilo el corazón de los que llegan, destacando á lo lejos sus agujas inmaculadas. La catedral de México es formidable, más obscura, pesada y melancólica.

Se irguió sobre ídolos derrumbados y parece llevar el remordimiento de su victoria sobre una raza eminentemente religiosa. La catedral de Guadalajara es coqueta, graciosa; nos invita á loar al Dios bueno que tiñó los cielos de azul y los asperjó de soles, que dió el amor á los jóvenes y la esperanza á los viejos. La catedral metropolitana es como un adusto prelado inmovil en su mustia y grave actitud hierática, la catedral de Guadalajara es como un monago rubicundo y alegre que ríe agitando el incensario.

Hay en la ciudad muchos templos y cuando se expande en inundación rosada la mañana, en cada torrecilla hay una esquila parlanchina que parece clamar aleluya y en cada altar un cura blanco que eleva risueño la hostia. El espectáculo de las calles en las primeras horas del día es cautivador. Multitud de hermosas muchachas de mantón de burato, dirígense al templo con andar indolente de Reinas; en los mercados bienolientes la multitud, una multitud que no muestra como la de México el repugnante espectáculo de su indigencia, anima el amplio edificio con barbulla desconcertada; sopla un aura fresca que roba aromas á todos los jazmines y las esquilas siguen ebrias de movimiento extremeciendo el azul.

Encantadora es la tapatía, y más que encantadora graciosa como todo lo que la rodea. Su garbo es incomparable, sus ojos han sabido conservar una soberanía indisputable en la República. No hay ojos como los de las mujeres de la Andalucía de América; cantan estrofas y atraen madrigales......

***

Tal es la ciudad que acaba de engalanarse para recibir al primer magistrado de la República y de la cual El Mundo publica hoy algunas hermosas fotografías que le han sido enviadas especialmente por su corresponsal el Señor Lupercio.

Hablar de esas fiestas, sería ruda tarea, en la que oportunamente nos precedieron *El Mundo* diario y *El Imparcial*. Nuestros lectores saben con qué entusiasmo tan inmenso fué recibido el General Diaz, cómo todas las clases, todos los gremios, todos los grupos sociales se dieron cita en la estación para aclamarlo; el aspecto de viaje triunfal que tuvo la excursión á Ameca; el entusiasmo de los habitantes de esta simpática ciudad que está por fin comprendida en la red ferrocarrilera de la República, no menos grande que el mostrado por los pobladores de Guadalajara; el baile dado en esta ciudad por las clases pudientes al General Diaz en un salón soberbio, iluminado por todos los soles de la electricidad y por todas las estrellas de los ojos; los mil agasajos y demostraciones de que ahí fué objeto nuestro Primer Magistrado, el hermoso brindis del Consul de España Señor Don Justo Fernández, cuyo retrato publicamos, la brillante respuesta del Presidente que supo desgranar algunas flores ante las hermosas mujeres que le sonreían; todo, todo ese relato de fiestas de alegría, de cariños y de entusiasmo lo conocen los que nos leen y no debemos repetirlo.

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN JALISCO. General Luis del C. Curiel, Gobernador del Estado.

Debemos manifestar, sí, que como en Puebla, el elemento oficial no hizo sino dirigir y encauzar el entusiasmo general; y como publicamos numerosos grabados de edificios, debemos además decir algunas palabras de ellos, prefiriendo naturalmente estampar algunos datos relativos.

LA CIUDAD.

Comienza á contemplarse mucho antes de que el viajero llegue al extenso valle de Atemajac, pues destacan las torres de Catedral, de San Francisco, de San Felipe, de San Agustín, de San Juan de Dios, de la Parroquia de Jesús; las bellísimas cúpulas del Hospicio y del Sagrario, y la inmensa pirámide del Sarcófago del Panteón de Belén.

Sólo por las distancias á que se refiere en su estadística el señor Ingeniero D. Luis Banda, puede formarse una idea muy exacta de la área de la ciudad: estas distancias son las siguientes: de la garita de San Pedro, situada al O., á la de Zapopan, que está al P., hay 4,800 metros; de la garita de Buenavista, al N., á la de Mexicaltzingo, que está al S., 3,570 metros; diámetro medio de la ciudad, 4,235 m.; perímetro ó circunferencia media, 13,3 .0 metros.

Los templos en servicio son 26; el de San José es magnífico por sus dimensiones, bellísimo por su ornamentación y exquisito en todos sus detalles: se cree que podrá estrenarse dentro de dos años, y que por su magnificencia ocupará el tercer lugar de los templos del Estado.

Además de los edificios en que existen los establecimientos de instrucción eclesiástica y religiosa, ejerce jurisdicción aquella mitra en tres casas de ejercicios espirituales, una de ellas, construida para ese objeto, y con todas las comodidades apetecibles, está junto al templo del Santuario de Guadalupe, fundada por el filántropo canónigo de aquella Catedral, D. José del Refugio Gordoa; el edificio es amplio y bien ventilado, con una apariencia monástica: tiene extensa capilla, ambulatorios, celdas, varios patios con fuentes, un jardín, refectorios, todas las demás oficinas que reclama un establecimiento de esta naturaleza: en los muros de la capilla, hay gran des pinturas que representan pasajes alusivos al objeto, como la conversión de San Pablo, la parábola del Hijo pródigo, etc. Las otras dos, están, una en San Sebastian de Analco, y la otra, en el edificio que en un tiempo se llamó capilla de Jesús. En varias estaciones del año, grandes grupos de diversas clases de aquella sociedad, practican con frecuencia estos actos de fervor.

21 son las plazas que existen en la ciudad, con estos nombres: de Armas, Catedral, Soledad, Santo domingo, Santuario, Alameda, Jesús, Universidad, Escobedo, Carmen, Nueve Esquinas, Mexicaltzingo, Aduana, Son Francisco, San Fernando, Venegas, Analco, San Sebastián, Alcalde, Hospicio y Santa Mónica.

La hermosísima Plaza de Armas, está limitada al N. por un costado del Sagrario, que ostenta su arquitectura dórica: al O. por el palacio de gobierno, de igual orden arquitectónico: al S. por el portal Quemado ó de Quintanar, y al P. por el portal de Bolívar.

Todos esos costados que limitan á la plaza, son de muy bella apariencia, principalmente el del Sagrario, con un majestuoso pórtico, sus graciosas balaustradas, sus bientrabajados cornisamentos y la arrogante cúpula que corresponde á la dirección del pórtico, viéndose en segundo término, las elevadas y góticas torres de Catedral, y por fin, otra gallarda cúpula que corresponde al coro de la matriz.

Guadalajara fué fundada por Nuño de Guzmán, el día 5 de Febrero de 1524, y se le dió este nombre en memoria de la ciudad que en España se llama así y donde Nuño de Guzmán nació. Compónese ese nombre de dos palabras árabes *Wadilad Jara*. La ciudad actual es la tercera que con el mismo nombre fué trasladada á diversos lugares. Hoy es, sin duda, la segunda capital de la República, no sólo por su población sino por su importancia, pues alberga en sus muros más de noventa mil almas, y es metrópoli de importantísimo Estado de la Federación.

LA CATEDRAL.

La Catedral de Guadalajara se fundó á instancias del segundo Obispo de la Diócesis, Don Pedro Ayala, poniendo él personalmente la primera piedra el 31 de Julio de 1616.

El edificio es bellísimo y majestuoso, de tres naves y está limitado al N. por el Palacio Arzobispal, al S. por uno de los portales, al O. por edificios particulares y al Poniente por la Plaza principal.

EL HOSPITAL DE BELÉN.

Guadalajara recuerda con gratitud inmensa el nombre de su Obispo el Ilmo. Antonio Alcalde, providencia de la ciudad, y al cual debe ésta innumerables instituciones benéficas. Fué trasladado del Obispado de Yucatán al de Guadalajara, Era originario de España y de la orden Dominica, cuya promoción vino á hacer época en los fastos de aquella ciudad. Con grandísimos poderes se presentó á su nueva diócesis, pero con más suma de caridad se dedicó á beneficiar al público, á los pobres en particular y á la humanidad doliente en general. Propicia oportunidad se le presentó al poco tiempo, para ejercer sus filantrópicos instintos. El terrible año de 1786 llamado del *hambre*, había comenzado con todo su horror.

Sabido es que tal calamidad provino de que el año anterior, (1785) anticipándose las heladas á la estación, destruyeron todas las sementeras de maíz, presentándose el hambre de una manera imponente entre la clase pobre de toda la Nueva España, cuyo principal alimento lo constituye el maíz. El Señor Alcalde organizó de tal manera su programa para ejercer el bien, que puede decirse qué hizo más que todos los que hubieran querido hacerlo. Grandísimas sumas empleó en abastecerse de víveres para los indigentes: según aparece en su libro de memorias que con respeto hemos hojeado, gastó ese año ciento diez mil pesos sólo en maíz que repartió gratis á los necesitados.

Pasó el hambre, pero su caridad quedó en pie: se dedicó entonces con grandísimo afán á muchas mejoras que

D. Justo Fernández del Valle, Presidente de la Cámara de Comercio de Guadalajara y Consul de España.

reclamaba la ciudad. Por su cuenta se construyó el famoso hospital de San Miguel de Belén, en 1791, lo mismo que el panteón que hay en este local, dotando con esplendidez al primero. Edificó el Santuario de la Virgen de Guadalupe y un colegio para niñas pobres llamado «El Beaterio,» dotándolo también con siete manzanas de casas que mandó construir.

Quitó el camposanto que existía en el centro de la ciudad, en donde hoy es la plaza de Venegas. Hizo donaciones cuantiosas á los conventos de monjas de Jesús María y Santa Teresa. Ministró fuertes sumas para el empedrado de las calles y la compostura de los caminos; y más pródigo fué aún para proteger la instrucción primaria, á la cual consagró siempre sus atenciones más eficaces.

El paso por Jalisco de este hombre extraordinario, fué señalado por una huella tan notable de beneficios á Guadalajara, que han hecho imperecedera su memoria, al extremo que, un notable publicista jalisciense, dice que: «Guadalajara vería con más gusto un monumento erigido á la memoria de Fray Antonio Alcalde, que á la de todos los heroes de la independencia nacional.»

¿Qué monumento á su memoria mejor que ese conjunto de establecimientos levantados por su munificencia, los cuales durante un siglo han llenado cumplidamente los deseos del fundador? ¿Qué corona votiva más estimable que las bendiciones de millares de indigentes que aun siguen siendo objeto de la sublime caridad del Señor Alcalde?

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN JALISCO.—Puerta principal de Palacio.—Fotografía de Lupercio, para El Mundo.

Ahora los cuantiosos bienes con que dotó al hospital de Belén, «El Beaterio» y varias escuelas de primeras letras, ya no existen, pasaron al dominio de *algunos particulares*.

San Miguel de Belén es una inmensa construcción de aspecto grave y severo, dotada de todos los elementos modernos para la atención debida de los enfermos. Su planta general tiene la forma de un cuadrado, con 350 metros por lado, y en la cual se halla el templo, el panteón y el hospital, siendo su situación al extremo N. de la ciudad.

En el año de 1792, quedaron terminadas la iglesia y el hospital, poniéndose desde entonces al servicio público.

La existencia de enfermos es por término medio de 275 calculándose una entrada y salida diaria de diez á doce. Los enfermos son auxiliados gratuitamente por un personal competente y basta para que sean recibidos la consignación que de ellos se haga por cualquiera de las oficinas de policía. La junta de Beneficencia Pública paga el presupuesto del establecimiento, y atiende á los gastos de aseo y reposición del edificio.

EL HOSPICIO.

Desde el Gobierno del General Cruz, el Obispo don Juan Ruíz de Cabañas, varon eminentemente caritativo, emprendió la construcción de un hospicio de pobres, obra colosal que es hoy legítimo orgullo de Guadalajara. Este hospicio, edificio vastísimo que se halla situado al Oriente de la Ciudad, á ocho cuadras de la plaza de armas y calle recta del Costado N. de la misma. Fué terminado por el arquitecto D. Manuel Gómez Ibarra y costó, únicamente á la Iglesia, $12,000.

La planta general es un paralelógramo, cuya longitud es de 185 metros por 170 de latitud, la entrada ve al Poniente en donde hay elegantísimo pórtico con columnata de orden toscano. En su interior el edificio está dividido en dos departamentos, uno para hombres y otro para mujeres, subdivididos á su vez; cuenta 28 patios; su iglesia es admirable por la sorprendente cúpula que la corona y tiene la forma de una cruz griega prolongada.

Hasta hace dos años había en el departamento de niñas pobres 147, y 12 ancianos que recibían toda clase de recursos en el establecimiento.

En 1880 había en el orfanatorio 13 niños y 16 niñas, éstas permanecían hasta la edad de siete años y después pasaban á sus respectivos establecimientos.

En el salón de la cuna había en el año referido 13 niños expósitos que llevan el apellido de *Cabañas*, el ilustre fundador.

En el departamento de hombres había en 1880, 188 niños que recibían instrucción primaria y secundaria y á quienes se enseñaban varios oficios.

El plantel continúa rindiendo ópimos frutos.

LA PENITENCIARÍA

Este edificio comenzó á construirse el año de 1843, bajo el proyecto y dirección del arquitecto español Don José Ramón Cuevas. Está dividido en tres departamentos: el primero, destinado para el tribunal, los juzgados de lo criminal, de lo civil y demás oficinas de la administración de Justicia; el segundo, para las celdillas en que deben vivir aislados los presos; y el tercero, para los talleres que fueren necesarios. El segundo departamento contiene además un lazareto y el local bastante para un hospital, con salas bien ventiladas. Todo el edificio puede ampliamente contener tres mil docientas personas, y hay en él considerable número de talleres. Exteriormente tiene el aspecto de una fortaleza y está situado al poniente de la ciudad.

EL TEATRO DEGOLLADO.

Está considerado, y con razón, como el primero de la República. Fué edificado en la antigua plaza de San Agustín y su planta general tiene la forma de un cuadrilongo de 97 metros de longitud por 36.40 de latitud: su altura total hasta la clave de la linternilla que cubre la bóveda del salón, es de 22 metros 50 centímetros. Por sus lados N. O. y S. está circundado por altos corredores ó portales cuya construcción está separada por un callejón de 5 metros. La fachada principal está al Poniente y las laterales N. y S. están divididas en tres pisos ornamentados con columnas y ventanas: los dos primeros que corresponden á los palcos, son de orden corintio, y el tercer piso, que está dedicado para Hotel, pertenece al orden compuesto. El pórtico está formado por ocho columnas arquitrabadas de orden corintio, coronadas por un ático. Pasada esta entrada verdaderamente regia, se encuentran cuatro elegantes portadas con canceles de hierro, que dan acceso á un patio con corredor oval, en forma de rotonda, que tiene 10 metros de longitud por 6 metros 50 centímetros de latitud, con diez columnas que sostienen igual número de arcos. A los costados, están: un restaurant, cantina, la entrada á las escaleras que conducen á las escaleras que conducen á las plateas y palcos y demás oficinas del teatro. La entrada al salón está al O. del patio descrito, decoradas con columnas de orden corintio: entre la entrada y el salón, hay por ambos lados un espacio de 9 metros ocupado por el ambulatorio respectivo y los gabinetes de desahogo para cada platea.

El diámetro mayor del salón es de 20 metros 60 centímetros y el menor de 17 metros 95 centímetros: está dividido en cinco órdenes de palcos sostenidos por graciosas columnas de orden compuesto: sobre ellos descansa la atrevida bóveda plana construida con piedra pómez y decorada con una bellísima pintura al óleo que representa el canto IV de la Divina Comedia del Dante, ejecutada con maestría por Gálvez y el insigne pintor jalisciense Gerardo Suárez.

El gran arco del proscenio tiene 15 metros de ancho por 14 de elevación hasta la parte inferior de su clave, está sostenido por columnas de orden compuesto y decorado en su parte inferior con diez casetones de exquisita talla y un bajo relieve que representa el tiempo y las horas: en las pechinas que están sobre el arco, hay dos famas en actitud de tocar sus trompetas, portando en la mano izquierda coronas de laurel. Un águila colosal, también en relieve de oro, está en la clave, soportando entre sus garras la bandera nacional.

Cinco entradas tiene este salón, una al frente y cuatro laterales; la decoración toda es de estuco, fondo azul, y las cornisas, columnas, bases, capiteles, etc., etc., de blanco y oro.

El foro está techado con hierro: su longitud es de 34 metros por 18 de latitud: á sus costados N. y S., hay amplias galerías de orden toscano y después de ellas, una serie de gabinetes para los actores.

Sobre una caja acústica están los asientos de la orquesta, y el subterráneo de ella se prolonga con ascenso hacia la entrada y por lo mismo, la colosal tarima que sirve de pavimento, queda susceptible de nivelarse con el foro para formar un inmenso salón de cerca de 55 metros.

Todos los ambulatorios, gabinetes de desahogo y demás dependencias de este grandioso teatro, son cómodas y bien ventiladas. El foro tiene una inmensa puerta para la calle, por la espalda del edificio; en el caso de incendio, los actores y dependientes de escena, tendrán una facil salida, para que no suceda lo que no ha mucho tiempo en París, en el Teatro de la Opera Cómica, que no pudieron salvarse los actores ni demás individuos que había en el foro, por cuyo lugar comenzó sus estragos el destructor elemento.

EL PALACIO DEL GOBIERNO.

Debido á los esfuerzos del Gobernador de Jalisco, Sr. Vallarta, se llevó á cabo la obra abandonada por tantos años de la reedificación de Palacio, animado por la explosión de 1859. En ella se gastaron cuarenta mil pesos. Es el Palacio vastísimo edificio, de elegante arquitectura y cierra uno de los costados de la Plaza de Armas.

El Salto de Juanacatlán es una preciosidad natural que

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN JALISCO.—Penitenciaria.

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN JALISCO.—Palacio de Gobierno.

todos conocen y que no intentaremos describir. Tiene la suprema belleza del agua que desata sus crenchas, en caudal de espumas.

Para concluir y como nota amena de este artículo, publicamos á continuación algo relativo á la vida del gran Obispo Alcalde, tan venerado en Guadalajara, y de otros varones no menos insignes.

Era tan minucioso para hacer los beneficios, tan amigo del pormenor y del detalle, que fijándose en la tendencia que tienen todos los niños á comer alguna golosina al salir del Colegio, dejó una casa con el exclusivo objeto de que la renta se empleara precisamente en bizcochos que deberían distribuirse todas las tardes á las niñas de la escuela pública del Beaterio, al salir del establecimiento. ¡Qué grande era esa alma ocupándose de pequeñeces de este género!

Un ascendiente de la estimable familia Palomar, era amigo del ilustre prelado, y conociendo su desprendimiento de cuanto poseía, al extremo de que muchas veces no tenía ropa que ponerse, acostumbraba regalarle cada año, entre otras prendas, varias docenas de pañuelos de fino cambray: una vez, habiendo pasado pocos días del obsequio, fué á visitarlo: lo halló con un fuerte dolor de cabeza y que ésta la tenía amarrada con un andrajo despreciable.

—¿Pero qué clase de trapo tiene S. I. en la cabeza? le preguntó.

—Lo mismo aprieta esta pretina de calzones que cualquiera otra cosa, contestó el Sr. Alcalde.

—¿Pero los pañuelos en dónde están?

—¡Ah! los pañuelos...... pues...... ya no recuerdo quien se los llevó.

Siempre vivió así, en la miseria, se puede decir, pues sus pobres como él los llamaba (*mis pobres*), consumían hasta el último centavo de sus sueldos, y esto que en esa época eran muy respetables.

Mas tarde apareció el Sr. Cura de Zacoalco, D. Manuel Arteaga, quien en las parroquias que sirvió jamás quiso cobrar á los pobres estipendio de ninguna clase, al extremo de que cuando fué promovido á un asiento en el coro de la catedral de Guadalajara, los vecinos acomodados de Zacoalco le facilitaron coche y recursos para hacer el viaje. Una vez en posesión de su elevado puesto, la *Clavería* ó tesorería de aquel Cabildo, le hizo un corto anticipo para comprar los muebles más precisos del ajuar de su modesta habitacion.

Desde luego fué su casa el punto de cita de los indigentes, para los cuales se disponían diariamente abundantes alimentos. Nuestro amado padre fué testigo una vez de que á uno de tantos ancianos que comían en su casa, le envió de la mesa un platillo especial que se le disponía por el mal estado de su dentadura.

—Señor, ¡por qué manda usted su plato? le preguntó la señora que hacía cabeza en la casa.

—He visto hoy á un viejecito que como yo, no tiene dientes, dijo el Sr. Arteaga.

—Es que ya no tenemos poyo para usted.

—Eso quiere decir, contestó, que mañana se dispondrá en mayor cantidad, para ese pobre que seguirá viniendo, y para mí.

Llegó hasta la dignidad de Dean, con aumento notable de su sueldo; pero en esa proporción aumentó también sus caridades, ya entonces pagaba los lugares de algunos huérfanos en varios colegios, dió de alta en el refectorio de su casa á nuevos indigentes y hacia otros beneficios de importancia.

El Sr. Arteaga sostuvo la carrera del inteligente médico D. Jesús Castillo, que aun vive en Guadalajara gozando del aprecio y consideración de aquella sociedad: en la casa de su protector halló Castillo, mientras fué estudiante, ropa, alimentos, libros y las consideraciones de un padre solícito.

Murió el Sr. Arteaga octogenario en 1848, tan pobre como sus protegidos, al extremo de que cuando llevaron á su casa los blandones imperiales de Catedral, no había dinero para comprar los cirios que debían arder ante el cadaver. Los ahorros de D. Jesús Castillo, aun antes de recibirse de médico tenía alguna clientela, lloraron esta necesidad y se emplearon además en los gastos del suntuoso entierro que se propuso hacer á su ilustre benefactor.

Llevó á su útima morada el Sr. Arteaga un inmenso séquito, además del invitado para sus funerales: eran los que comían en su casa, eran los huérfanos y las viudas, que llorando, acompañaban hasta el sepulcro á su caritativo bienhechor.

A fines del año último del siglo pasado, nacía otro hombre admirable por su caridad para con los desgraciados y por el celo con que se consagró al fomento de la instrucción pública en el Estado de Jalisco, era Don Manuel López Cotilla. Quedó huérfano de padre cuando estudiaba Filosofía en el Seminario de Guadalajara: esta circunstancia y la de haber perdido la mayor parte de su fortuna en virtud de los sucesos de 1810, ocasionaron su salida del Seminario; sin embargo, en lo privado se consagró al dibujo y al estudio de las Matemáticas.

Su vida privada, era un modelo por su honradez, por su conducta para con su madre, á quien amaba apasionadamente; por su protección á los desvalidos y por su desprendimiento, al extremo de que poseyendo en España un mayorazgo, hizo de él una absoluta donación de los frutos y de la propiedad al inmediato sucesor del vínculo, renunciando heróicamente á las comodidades que pudo haber disfrutado con aquella fortuna.

En 1835 fué nombrado regidor del Ayuntamiento con la comisión de Instrucción Pública. Persuadido de la importancia del ramo que se le confió, desde ese día y con una constancia imperturbable, no dejó de trabajar por la instrucción.

Inmediatamente aumentó en la capital seis escuelas de niñas y tres de niños; fundó para ambos sexos las de San Pedro, Mezquitán, Santa María, Toluquilla y San Sebastián.

Siendo después miembro de la Junta Departamental, hizo el primer plan de enseñanza primaria en el Estado, y aprobado por el gobierno, se publicó el 28 de Enero de 1839. En este puesto se le presentó un campo más vasto para poner en acción sus deseos de elevar la instrucción á una altura extraordinaria, consiguiendo, debido á su actividad, que en poco tiempo no hubiera en el Estado ni un sólo pueblo, aun el más pequeño, sin escuela.

Nadie mejor que el Sr. Cotilla conocía toda la importancia de que los maestros que servían las escuelas fueran ilustrados, y á este cuidado se debió tenerlos en número crecido. Los miembros de la Junta Departamental, por iniciativa del Sr. Cotilla, cedieron sus sueldos para aumentar el de algunos profesores inteligentes, entre otros, D. Julio Meyer, que enseñaba Caligrafía y Teneduría de libros por partida doble, á los preceptores.

Más tarde fué nombrado Inspector general de la instrucción primaria, y se propuso fundar una escuela normal de profesores, comprendiendo que cada preceptor importaba tanto como una escuela y más que una escuela, no debiendo omitirse medio alguno para atender á la perfecta ilustración del profesorado. Estos desvelos hicieron ver la luz á un bello trabajo que publicó en 1851, bajo el título de: «Informe que presenta el Inspector general de instrucción primaria, á la Junta Directiva de Estudios del Estado de Jalisco.» Los trastornos políticos de 1852 ocasionaron que este gran pensamiento no se hubiera realizado.

En 1859 tradujo é imprimió el curso de Pedagogía de Mr. A. Renuú, con que obsequió á los profesores, por cuyo progreso trabajó siempre.

Veinte años consagró el Sr. Cotilla al servicio de la instrucción pública, sin recibir sueldo en ninguno de los puestos que ocupó, antes de su modesto peculio costeó varias impresiones útiles para los profesores y para los alumnos y muchas veces, para estimular á los niños, de su bolsa salían los premios que recibían por mano del maestro.

El rápido progreso que la enseñanza adquirió en este período, es incalculable, y la fama del Sr. Cotilla se extendió por todas partes. En 1841, en una honrosísima comunicación, el Ministerio de Justicia, por acuerdo del Presidente de la República, le pedia los reglamentos por medio de los cuales había prosperado la instrucción en Jalisco, rogándole que los remitiera al Sr. D. Juan Rodríguez Puebla, secretario de la Junta de Instrucción Pública de México.

Por fin, sus enfermedades le hicieron renunciar en 1855 el cargo de inspector, con sentimiento unánime del gobierno y de la sociedad.

Después de seis años de encierro en su casa, consagrado á disponerse para la eternidad, murió el Sr. Cotilla, dejando sus pequeños bienes á los pobres y una pensión vitalicia á la persona que lo asistió en los últimos años de su vida.

Un elegante escritor jalisciense, amigo del Sr. Cotilla, dice: «Nosotros le vimos recibir el Viático de los moribundos y en nuestro interior deciamos: «Si esa boca, cerrada por el recogimiento se abriera de repente, cantaría como suspira un angel y gemiría como canta un mortal.» También lo vimos exhalar el último suspiro y dijimos: «dichosos los que mueren así: descanse en paz:» ese día fué el 27 de Octubre de 1861.»

Entre sus papeles se encontró uno que dice: «Mi epitafio. Los restos mortales de un pecador arrepentido: esperan aquí la resurrección de la carne,» y después «Como creo perjudicial á los vivos el entierro de los

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN JALISCO.—Salto de Juanacatlan.

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN JALISCO.—Panorama de Guadalajara.

muertos, en gavetas, encargo que el entierro de mi cadáver sea en la tierra, es decir, un verdadero entierro.»

Pocos días después de su muerte «El Espejo,» periódico que entonces se publicaba en Guadalajara, decía en un artículo muy sentido: «El Sr. D. Manuel L. Cotilla prestó muchos servicios á su patria y en lo particular á sus semejantes. Prueba de ello es el sentimiento general y espontáneo que ha causado su muerte: el duelo que han manifestado los sujetos más distinguidos de todos los colores políticos y el gran cortejo de dos ó tres mil personas que acompañaron su cadaver hasta el cementerio de Santa Paula. Al depositar sus restos en el lugar que se le tenía destinado, se oyeron varios sentimentales discursos sobre sus eminentes virtudes y relevantes servicios, por varios ciudadanos preceptores, estando presentes á la ceremonia una comisión del H. Congreso, otra de la Junta Directiva de Estudios, otra del I. Ayuntamiento, el cuerpo de profesores de instrucción primaria de esta capital, un gran número de niños de todas las escuelas municipales y particulares y gran parte de los habitantes de esta ciudad que conocieron al Sr. Cotilla, admiraron sus virtudes, palparon sus eminentes servicios y quisieron derramar una lágrima de gratitud, ante el sepulcro de tan esclarecido ciudadano. Si algún jalisciense merece llamarse benemérito de la patria, es el Sr. D. Manuel López Cotilla; porque extraño á las disenciones políticas de los partidos, sólo se ocupó en los mejores años de su vida, del bien de sus semejantes.»

Un decreto de la legislatura del Estado, expedido el mismo día, le declaró benemérito y dispuso que por tres días llevaran luto por el ilustre finado, las autoridades y demás empleados civiles y militares de Jalisco.

Tal es Guadalajara, tales sus instituciones, tales sus hombres eminentes. Baste esta leve reseña para formarse una idea que sin duda mejorará cuando se contemplen de cerca las supremas bellezas de la Atenas americana.

D. Dionisio Rodríguez fué otro hombre que prodigó muchos bienes á Guadalajara.

Fué rico y esta circunstancia le proporcionó hacer el bien en mayor escala.

Nació en Guadalajara el día 8 de Abril de 1810, y sus padres se propusieron darle una esmerada educación religiosa.

Sus estudios los hizo en el Seminario, hasta Filosofía, pasando después á la Universidad, en cuyo plantel hizo su carrera de abogado, obteniendo el título respectivo, el 23 de Junio de 1835.

Nada era tan atractivo para el Señor Rodríguez, como el beneficio á la sociedad, y esto lo demostró de una manera elocuente con sus trabajos para conseguir que vinieran al país las Hermanas de la Caridad. Comenzó sus gestiones en 1850, después de un viaje que hizo á Europa, en donde vió los beneficios que la humanidad desvalida recibía de aquellas admirables mujeres, y estas llegaron á Guadalajara en 1823, viendo el iniciador logrados sus humanitarios deseos.

Fundada en 1864 la Junta de Caridad, para atender con más solicitud á la instrucción y beneficencia de la niñez, fué nombrado presidente el Señor Rodríguez, cuyo cargo desempeñó hasta su muerte.

Por fin murió, como dejan la vida los hombres de alma elevada, resignado con sus dolores y con la mirada fija en Dios, el día 1º de Mayo de 1877. Del Señor Rodríguez se pueden decir aquellas palabras que la Iglesia dedica á los confesores: «Bienaventurado el varón que es hallado sin culpa y que no anda tras el oro, ni pone su esperanza en el dinero y en los tesoros. ¿Quién es éste, y lo elogiaremos? porque él ha hecho cosas admirables en su vida.»

El mundo contemporaneo es un taller de mediocridades.

Paul Bourget.

LA ROMERIA ESPAÑOLA.

Pluma de Ave del Paraíso, empapada en tinta de oro, sería necesario empuñar, para escribir con ella la crónica de la simpática, de la brillante fiesta organizada por un selecto grupo de damas pertenecientes á la Colonia Española radicada en la antigua capital del Imperio Azteca.

El Sr. D. Andrés Toriello fué el comisionado para dirigir el adorno, y á la verdad cumplió su cometido con arte y gusto.

El Tívoli del Eliseo estaba vestido de gala: pabellones españoles y mexicanos fraternalmente enlazados, festones de aromático cedro, flores á millares, lo mismo que farolillos chinescos y venecianos que por la noche, con sus variantes luces, daban mayor belleza á aquel conjunto verdaderamente encantador.

El Tívoli representaba á la Península Ibérica porque allí estaban reunidas todas las Provincias que la forman indicadas por sus escudos heráldicos respectivos.

El primero que al entrar al Tívoli se destacaba en lujosa cortina de peluche color oro viejo, era el León de Castilla, que parecía sacudir orgulloso su encrespada melena.

Los puestos estaban gráficamente clasificados y aparecían diseminados por los jardines tan variados en su forma como en sus adornos; pero sí todos los adornos estaban arreglados con esa exquisita delicadeza que solamente posee el bello sexo.

Los diarios han dado á conocer durante la semana los detalles pormenorizados de esta fiesta de la caridad y nuestros lectores pueden formarse mejor idea con los fotograbados que hoy publicamos.

Las señoritas vestían los trajes peculiares á cada una de las Provincias y la verdad es que había algunos verdaderamente lujosos y de mucho costo.

Lo más granado de la Colonia Española, mezclada con su numerosa fracción comercial y un gran número de compatriotas nuestros, dieron esplendor á la fiesta.

Dignas de mención son las Sras. de Noriega, de Mijares, de Abarca de Hope, viuda de Moreno, de Arrutia, de Roqueñí, de Sierra y Solaun de Onniso, Salas Puente, de Quintana, de Torno, de Alvarez Díaz, de Dosal, de Vega y de Tanco, de Téllez, de Cabrera, de Borrego, y Sritas. María y Lupe Noriega, Angela, Carlota y María Barquín, Josefa Roqueñí, Gabriela de Silva, Sritas. Pardo, Díaz, Villa de Mora, Zayas, Antuñano, Isasi, Alcorta, Luna, Arroyo, Pontón, Villa, Pastor, Gay, Escandón, Sobrino, Peña, Farez, Herrera, Arcaraz, Abarca, Blanco, Romero, Hoppe y Meneson, y en general todo el grupo encantador, que con gracia y amabilidad desempeñaron su tierna y delicada misión en honor de la caridad.

Medalla conmemorativa de La Paz.

Vamos á referir á grandes rasgos la historia de la *medalla conmemorativa de la Paz*, que va á ser obsequiada al Sr. Presidente de la República por los Estados de la Federación.

La idea fué del Sr. Licenciado Melesio Parra, y comunicada á los señores Gobernadores de los Estados, la aceptaron con entusiasmo, ofreciendo al autor el contingente que necesario fuese para que la idea se llevara al terreno de la práctica.

El Sr. Parra ha trabajado con verdadera constancia hasta ver cumplidos sus deseos.

La medalla, cuyo grabado damos en el lugar respectivo ha sido grabada y acuñada por el artista mexicano D. Eusebio Lezama. Es de oro macizo con sólo anverso.

Será colocada la medalla en un estuche, al que irá acompañando una tarjeta de oro con la dedicatoria respectiva.

Tan valiosa joya será entregada próximamente por una gran comisión de Gobernadores de los Estados.

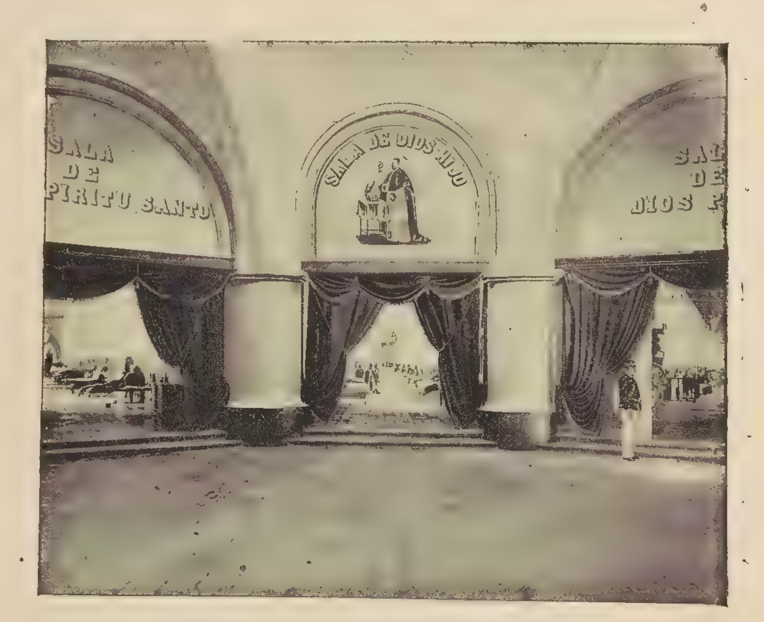
En tan solemne acto llevará la palabra para hacer la entrega al Sr. Presidente el autor de la idea, Licenciado Melesio Parra.

El mal puede conducir al bien; sólo la necesidad no engendra más que la necedad.

Ibsen.

Es más facil arrepentirse que perdonar.

Jules Lemaître.



LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN JALISCO.—Hospital de San Miguel de Belen.—Tres salas.—Fotografía de Lupercio, para El Mundo.

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN JALISCO.—CATEDRAL DE GUADALAJARA.
De fotografía de Lupercio, para EL MUNDO.

CURIOSIDADES.

Las cinco vocales.

Encontrándonos hace algunos días en una reunión, un joven propuso á los circunstantes el que indicasen alguna palabra que tuviese las cinco vocales.

Al principio nadie podía dar solución al problema, y el joven se vió en el caso de revelar sus conocimientos en este género de entretenimientos, dando la palabra *murciélago* como única que poseía, todas las vocales.

Muy luego una señorita dijo que había otras con igual privilegio, y sucesivamente se fueron nombrando por los presentes los vocablos siguientes:

Murciélago	Vulneración	Eufonía
Aceituno	Escuálido	Estudiosa
Vituperación	Universitario	Emulación
Vinculaciones	Agricultores	Duodécima
Publicaciones	Regulación	Feudalismo
Terapéutico	Buenos-Aires	Educación
Revacunación	Manuelito	Aureliano
Eucalipto	Evaluación	Deucalión
Neurología	Eulogia	Republicano

EL ANANA.

El anana de hoy y el anana de otros tiempos; su descripción, variedades, aclimatación y propiedades. Vino, hilo y tejidos de anana.

El anana que abunda en los mercados de París en ciertas épocas del año, se importa de distintas colonias francesas. Con cinco céntimos obtienen los niños una tajada de anana, y se puede comprar una muy regular por un franco; sin embargo, hace tres ó cuatro años que un anana de buena calidad costaba cien francos. Para satisfacer á su esposa que estaba en cinta, el general Junot, en esa época gobernador de París, ofreció en vano veinte luises por una anana: imposible entonces procurárselo, ni aun por ese precio.—¡Qué cambio!

Se conocen detalles interesantes respecto á ese fruto justamente renombrado, y que pasa generalmente, por ser el mejor del mundo.

Como vegetal el anana es una planta vivaz, espinosa, de elegante forma, sus hojas largas, verdes, carnosas y sólidas, rodean un vástago que termina en una espiga de flores numerosas y violáceas, á las que suceden vainas tan apretadas que parecen no hacer sino un sólo fruto. Es el tipo de la familia de las bromeliáceas.

El anana en su madurez es generalmente de un amarillo dorado; su carne es blanca, amarilla ó rosada, de un perfume y de un sabor exquisitos que recuerda la fresa da al limón. Su jugo es muy refrescante, y posee todas las cualidades necesarias para calmar las fiebres inflamatorias.

Se conocen algunas variedades de ananas, de fruto rojo, blanco, violeta y negro, y lo hay que reune todos esos colores. Hay una clase especial cuyo fruto es muy pequeño, en las islas de la Reunión; su carne es cuanto hay de más exquisito, tiene un gusto muy pronunciado á la uva moscatel.

Para reproducir esta planta basta separar con cuidado el ramo de hojas verdes que tiene el fruto y enterrarlo.

Don Gonzalo Hernández de Oviedo, gobernador de Santo Domingo en 1535, fué quien hizo conocer este excelente fruto á los botánicos de Europa.

Acosta nos hace saber que fué llevado de Santa Cruz á las Indias Occidentales y á la China, donde se conocía en 1518. Algunos autores afirman al contrario, que esta planta originaria de la India, ha sido importada á América.

Foé en 1733 cuando obtuvieron los cultivadores en Francia, los primeros ananas. Se consiguió hacerlos madurar en Versalles, y Luis XV hizoservirlos en su mesa. En los países cálidos se les prefiere á los mejores frutos de Europa; pero los ananas de los invernaderos no pueden compararse con su perfume y sabor exquisito con los ananas de las indias.

Es bajo el clima de fuego de los trópicos donde esos frutos se presentan en todo su esplendor. Hay campos que contienen millares. Todos los sitios les convienen; se desarrollan en lugares escarpados; cerca de los arroyos ó al borde de las fuentes luce el suave verdor de sus hojas y el suave fruto.

Este fruto facilita la digestión; se prepara con él una bebida espirituosa y espumosa, mezclando su corteza con agua y azúcar; se hace también una excelente ensalada, á la manera de las que se preparan con naranjas, con azúcar y licores fuertes. En los países donde el anana es muy abundante, se fabrica un vino por la fermentación de su jugo; ese producto desconocido para nosotros puede rivalizar con los mejores vinos de España por su fragancia y por sus propiedades tónicas; es muy parecido al Malvasia y podría expedirse en barricas ó en botellas; donde más se fabrica es en las Antillas, y se vende á 2 francos 50 céntimos la botella.

Las largas hojas de anana, abundantes en fibras blancas y muy fuertes se emplean en los tejidos de géneros delicadísimos, buscados por su brillo y su frescura. La Reunión recibe de la India esta fabricación ya en piezas, ya en pañuelos. Los conocedores en tejidos se sorprenden al verlos. Se hacen también líneas para la pesca y cuerdas muy sólidas. Es sensible que la Europa no obtenga aún sino un escaso partido de una planta tan rica de porvenir.

El aroma del anana es difícil de concentrar, es muy fugaz y se altera con facilidad.

En el lenguaje de las flores tiene esta planta el emblema de la perfección.

AGRICULTURA.

LAS SALES DE CAL EN LA ALIMENTACIÓN DE LAS GALLINAS.

Los alimentos que se suministran á las gallinas son generalmente insuficientes al suministro de la cal que necesitan, sobre todo si están sometidas al régimen del gallinero.

Por los análisis, sabemos que la cáscara de los huevos contiene gran cantidad de carbonato de cal, y por tanto cabe preguntar: ¿es en la forma de carbonato que precisa modificar su alimentación?

En la naturaleza el calcáreo ó carbonato es muy obundante, y las gallinas hacen del mismo gran consumo cuando están en libestad.

Y no obstante, no es indispensable que la cal que se les suministra, para que puedan producir la cáscara del huevo, sea precisamente en forma de carbonato, puesto que, como los molúsculos para secretar su cubierta y los crustáceos para formar su envoltorio, poseen la facultad de fabricar el calcáreo, mientras la cal en cualquier forma y el ácido carbónico los tenga á su disposición.

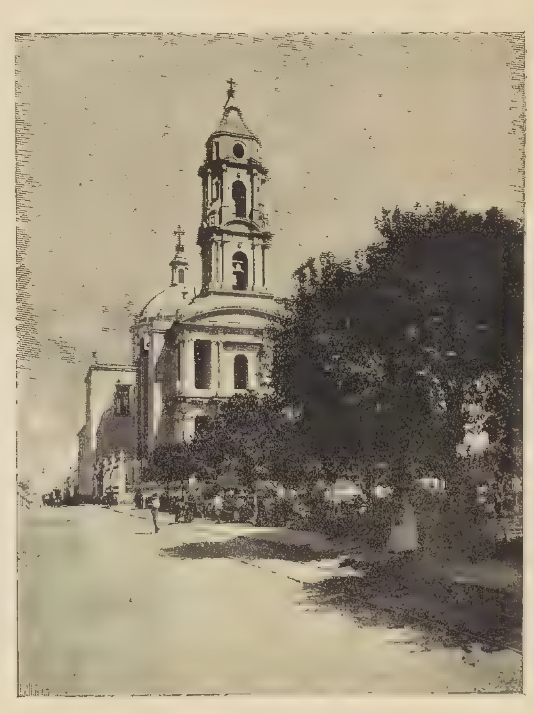
Dudaríase de que la gallina fuese un químico muy hábil, y no obstante, es un hecho como lo han demostrado los Sres. Irvine y Woodhead, en las interesantes experiencias publicadas en la *Revue Scientifique*, de las cuales vamos á hacer un resumen.

Una experiencia consistió en encerrar en un aposento, en el cual no había ni arena ni tierra, algunas gallinas y un gallo. Cada ave recibió su correspondiente ración, con determinada cantidad de agua destilada y una dosis fija de sulfato de cal ó sea yeso, que se adicionaba á los alimentos. Por este método, se sabía con exactitud la cantidad (8 ó 9 centígramos) de carbonato de cal introducida con los alimentos en el organismo del animal, carbonato que no hallaban ni en el agua ni en otra parte.

Se quería saber, si en estas condiciones, las aves conseguirían el carbonato de cal del envoltorio de los huevos.

Vosotros habéis predicado el dogma absurdo de la igualdad, que consiste, no en elevarse hasta los unos, sino en abatir a los otros; y después hasta os admiráis y preguntáis ingenuamente: ¿Qué quiere la clase laboriosa? La clase *laboriosa* quiere simplemente *no trabajar*.

ALFONSO KARR.



LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN JALISCO. -IGLESIA DE SAN JOSE.

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN JALISCO.—Teatro Degollado.—Fotografía de Lupercio, para El Mundo.

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN JALISCO.—Avenida de San Francisco.—Fotografía de Lupercio, para El Mundo.

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN JALISCO.—Hospicio Cabañas.—Fachada Principal. Fotografía de Lupercio, para El Mundo.

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN JALISCO. Costado Sur de la Catedral y Plaza de Armas.—Fotografía de Lupercio, para El Mundo.

LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN JALISCO.—JARDIN PORFIRIO DIAZ Y PALACIO FEDERAL.—Fotografía de Lupercio, para EL MUNDO.

Casado por su criada.

Cierta mañana dijo Felipe á su criada, en el momento en que ésta le entraba en su cuarto una taza de té y los periódicos del día:

—Juana, me fastidio soberanamente. París me aburre, Trouville me envenena y Mónaco me saca de quicio. No sé dónde refugiarme. La soledad me pesa y casi todas las mujeres de mi trato me inspiran una repugnancia invencible. Hace siete años que me sirves y nadie mejor que tú conoce mi carácter. Nunca he sido injusto ni cruel contigo y deseo que me contestes con toda franqueza: ¿Qué harías en mi lugar?

Juana era una mujer de muy buen sentido, que había venido sola á París á los diecisiete años, que había servido en varias casas antes de entrar al servicio de Felipe, á quien cuidaba con singular esmero y que conocía la vida y la sociedad cual corresponde á una doncella de 35 años.

—¿Qué harías en mi lugar?—repitió Felipe.

Juana se encogió de hombros y dijo á su amo:

—Me casaría.

—¿A los treinta y tres años?—murmuró Felipe.—Es demasiado pronto.

—¿No se considera usted capaz de amar?

—Amaría,—repuso Felipe, después de un instante de reflexión—á la mujer que me obligara á acompañarla á misa los domingos. Y á estas fechas no he dado todavía con esa mujer.

—Pues no hay más remedio que el matrimonio—repuso Juana.

—¿Pero con quién quieres tú que me case? He vivido siempre en una sociedad en que jamás ha puesto su planta una mujer honrada, y esto es un obstáculo para que yo pueda casarme con quien pudiera convenirme.

—Pues bien, señorito—dijo Juana—yo le casaré á usted.

—¿Tú?

—Necesito tres meses de tiempo, durante los cuales buscaré de casa en casa un buen partido, y cuando lo encuentre, me encargaré de arreglar el asunto.

Felipe abrió desmesuradamente los ojos y exclamó con entusiasmo:

—Tienes razón, Juana. Sólo tú puedes abrir ese callejón sin salida y servir de tema á un libro que pudiera titularse: *De la influencia de las doncellas de labor en el siglo XIX.*

Al cabo de ocho días, presentóse Juana en el domicilio de su amo.

—He servido ya en dos casas y no he encontrado nada aprovechable.

—Díme, Juana, ¿y si no te salieras con la tuya?

—Pierda usted cuidado, señorito. La cosa es larga y difícil, pero al fin triunfaremos en toda la línea.

Juana no permanecía más allá de dos días en una casa, bastándole este espacio de tiempo para conocer á las personas á quienes trataba.

Un día se presentó radiante de gozo en el domicilio de Felipe.

—Ya poseo el tesoro que apetecemos—dijo á su amo.—Es un ángel, puro como un manantial, hermoso como un corazón, dieciocho años y trescientos mil francos de dote. Con eso, y con lo que á usted le queda, hay para vivir muy decentemente.

—¿Le has hablado de mí?

—No hago otra cosa desde por la mañana hasta la noche. El señorito Felipe por aquí, el señorito Felipe por allá. ¡Cuánto siento—le he dicho cien veces—que haya tomado un ayuda de cámara! ¡Le servía yo tan á gusto!... ¡Ese sí que es un joven simpático, guapo y distinguido!......¡ Y si supiera usted qué talento tiene!......

—Para mí, ha jurado no tener otro marido que usted.

—¿Y cuándo podré verla?

—Paséese usted esta tarde, de tres á cuatro, entre el boulevard y la plaza Vendome, junto á los números pares. La señorita saldrá sola conmigo.

Felipe no pudo ocultar su alegría y exclamó:

—¡Ah, Juana!...... ¡Me parece que la amo ya con delirio!

Por la tarde, Felipe, que había invertido una hora en vestirse, discurría por la calle de la Paz, por donde pasaron en poco tiempo más de veinte mujeres parecidas á Juana.

Al fin se presentó la doncella, en compañía de la más sonrosada y angelical criatura que Felipe había visto en su vida.

Juana exclamó entonces en tono de sorpresa:

—Buenas tardes, señorito Felipe.

La señorita sintió una emoción que trató de reprimir; pero Felipe no dejó de notar que se había puesto encarnada como la grana.

—Veo, dijo Felipe, que has renunciado á servir á hombres solos.

—Sí, señor. Ahora estoy en casa de Madame Z...... donde me hallo perfectamente, porque la señorita es muy buena para mí. Y á propósito, ¿no quería usted mudarse de cuarto? Pues venga usted á ver una habitación que está para alquilarse en la casa donde vivimos.

—Y si me conviene, ¿á quién debo dirigirme?

—A mi señora, la madre de la señorita que es la propietaria.

Felipe se mudó al día siguiente, y las cosas ocurrieron con arreglo á todo cuanto Juana había previsto.

La doncella suele casar á veces á su señorita como le parece y con quien se le antoja.

¡Desdichado del que intente luchar con tamaña influencia!

AURELIANO SCHOLL.

Si hay una edad en que las palabras agrandan nuestras sensaciones, hay una en que las disminuyen.

Hector Malot.

Las canciones de mesa son hechas algunas veces por bebedores de agua, y los epígramas contra el matrimonio por maridos muy buenos.

G. M. Valtour.

CEMENTERIO MUNICIPAL.—Fotografía de Lupercio, para EL MUNDO.

ENTIERRO DE POBRES.

El sol como un espejo ustorio de cobre deslumbrador calcina las calles solitarias, iriza las burbujas del charco, esferas de cristal donde se elaboran gérmenes de fiebre; el empedrado tiene facetas de onix, las moscas en nube negra se abaten en una infeliz rata triturada por las ruedas de un carro, y á la sombra del alto paredón húmedo y fungoso de no sé qué fábrica monacal, van llegando poco á poco.........

Primero son tres artesanos de guedejas ensortijadas sobre la frente y martillo ó formón al cinto; uno sudando como una vasija de agua, otro lívido, con la lividez cadavérica de los tísicos cansados, el último llevando todavía en los escoriados párpados las huellas del velorio. ¿Qué más pueden hacer? conducen á cuestas el cadáver de un compañero de parranda, de un hombre elástico é inquebrantable, que resistió todas las faces del alcoholismo sin una protesta ni una apostasía. Dejan el ataúd de madera blanca al borde de la banqueta, se secan el sudor y lanzan una piedra á un perro vagabundo que se detiene á oler las junturas de ese lecho de pobre.

En seguida, y desembocando por el norte, chispea la caja salpicada de marmaja, conducida por cargadores de número y seguida por dos señoras de negro, que se enjugan los ojos: la sobrina y la criada de una buena devota que murió ¿de qué murió? de insuficiencia mitral; después, es la hora de la cita y hay que tomar lugar, una caravana de indígenas escolta, ya no un cajón de tablas viejas, ya no una caja de madera blanca, sino un miserable envoltorio de esteras y trapos con pretensión de angarillas, un lío que apesta, un muerto que no tuvo ni la cal ni el sudario, y siguen llegando los grupos, sigue poblando el empedrado un nuevo desfile de dolientes con flores baratas y secas; las mujeres lloran y pelan naranjas, los hombres fuman cigarros, lloran los niños de pecho y los de mayor edad rodean, husmean, espían desconfiados á ese infeliz viejo cuya caja no pudo cerrarse bien y deja asomar un pie rígido y violado. No saben lo que es la muerte, pero sienten un miedo nocturno, el miedo que sigue á los cuentos de aparecidos, pálidos, pálidos, con ojos de lumbre. Pero ninguno me impresiona como esa mujer que viene sola, esa infeliz mujer escaldada por las lágrimas, la que se abandona á una desesperación de enagenada y con ropas y cabellera desordenadas de bacante, grita, aúlla, se bebe dos gruesos hilos de lágrimas, y el sollozo y la imprecación se atropellan en los lábios vibrantes de dolor, y lleva como una cosa delicada, como una caja de violín, como un bulto casi, el ataúd pequeño, el ataúd azul, el ataúd de los niños.

Pobrecita, llega tan mal á la calleja triste, que dos ó tres oficiosos la consuelan sin conocerla dos ó tres mujeres que le ofrecen el trago de no sé qué bebida, oculta bajo los delantales, en una vasija de barro, le dan un gajo de naranja y le advierten que no es bueno llorar en el aire. Agradecida, y con lenguaje incoherente, con esa verbosidad que es una forma de locura efímera en los grandes dolores, cuenta en voz alta, lo más alta que puede, sus desventuras, como si cansando sus pulmones aminorara la desesperación; cuenta que fué seducida, cuenta que sus ganancias de planchadora de camisas de hombre las entregó al mismo que le produjo la cicatriz de la sien, con un cincel de cantero y que no se quejó á la justicia; cuenta que él bebe mucho; cuenta que al nacer la niña, la niña que se llamaba Guadalupe, la niña que está ahí muerta (paroxismo de ternura) muerta para no volverla á ver nunca, nunca; él, el hombre causa de todo, la engañaba; pero la sonrisa de la chiquita, sus primeras palabras, sus gateos, como que la consolaban del desvío; y el amor de esa inocente, que es ángel á estas horas, lo volvió bueno, lo volvió un poco menos vicioso, un poco más trabajador; ¡pero ese vicio! ¡ese vicio! la golpea, la insulta, la roba, ¡y qué desgracia es ser mujer, todo se lo perdona, porque se diría que el moretón del golpe es un signo de pertenencia sobre la carne femenina, blanca ó negra, pero siempre esclava! Y súbito palidece cuando un hombre de frazada se acerca y la llama; no le habla, le pregunta con los ojos señalando el ataúd azul.

—Sí, es ella, mi hija, ella; sí, se murió.

El canalla mueve la cabeza, y se rasca haciendo un gesto indefinible, la atrae, finge que va á llorar y la abraza en presencia de todos cuando el wagón negro, de cruz blanca, el wagón municipal comienza á tragar carne de pobres, que no tienen para pagar un entierro, y ahí va también el cajoncito azul, sobre el ataúd de la beata que murió de insuficiencia mitral, ahí va mientras ellos se reconcilian, mientras se oprimen las manos con monstruoso afecto; ahí va la pobre Gualupita sola y sin flores, mientras el déspota arrastra á la madre que lo sigue con el fatalismo animal del bruto golpeado, que lame la mano que lo hiere.

Micrós.

Don Juan la ve pasar y murmura: «¡Imposible!»

Los mendigos roban á los pobres.

Byron.

No insultes el pudor en mi presencia
porque sabes reír con inocencia;
porque si no mi intrépida mirada
te dejará clavada
en la trémula cruz de tu conciencia.

Campoamor.

ADRIANA.

Dejé caer el periódico, exclamando con sorpresa dolorosa:

—¡Pero esa pobre Adriana! Morirse así, del corazón, casi de repente...... ¡Nadie sabía que padeciera tal enfermedad!

—Yo sí lo sabía—declaró el vizconde de Tresmes,—y aun sabía más: sabía cuándo y cómo adquirió el padecimiento, y es cosa curiosa.

—Entérenos usted—suplicamos todos; y el vizconde, que rabiaba siempre por enterar, nos contó la historia siguiente:

Adriana Carvajal, casada con Pedro Gomara, vivía dichosísima. Los esposos reunían cuanto se requiere para obtener la felicidad posible en el mundo: salud y amor, juventud y dinero, que son la salsa ó condimento de los dos primeros platos, sin él desabridos y amargos á veces. Faltábales, sin embargo, un heredero, un niño en quien mirarse; pero la suerte no había de mostrarse avara en esto, y les envió por fin el rapaz más lindo que pudo soñar la fantasía de una madre, apasionada y loca ya desde antes de la maternidad, como era Adriana. Al nacer el chico (á quien pusieron por nombre Ventura, en señal de la que les prometía su nacimiento) Adriana estuvo en grave peligro, y el doctor declaró que no volvería á tener sucesión. El delirio con que marido y mujer amaban á su Venturita, fué causa de que oyesen complacidos el vaticinio del doctor. ¡Un solo hijo, y todo para él! ¡Adriana libre ya por siempre de riesgos y trabajos! Tanto mejor...... y á vivir y á cuidar el retoño.

Este se crió hermoso y lozano como una rosa. Yo que no soy nada aficionado á chicos—advirtió sonriendo el vizconde de Tresmes,—confieso que aquel me hacía muchísima gracia. Aparte de su lindeza—parecía uno de los angelitos que pinta Murillo, morenos y de pelo obscuro,—tenía un no sé qué simpático, una mezcla de inocencia y de picardía, una risa tan fresca, unas acciones tan imprevistas y tan originales, una precocidad—pero no de esas precocidades empalagosas de chiquillo sabio y serio que me revientan, sino la precocidad de un diablillo con el ingenio celestial,—que vamos, no había remedio, más que llevarle juguetes y dulces, por el gusto de sentarle un rato sobre las rodillas.

De la chifladura de sus padres sería inútil hablar, porque ustedes lo adivinan. Estaban chochitos: no conocían otro Dios que el tal muñeco. Adriana no se había apartado un instante de su cuna, vigilando á la nodriza, arrebatándola el pequeño así que acababa de mamar, vistiéndole, desnudándole, bañándole y guardándole el sueño...... Y así que empezó á interesarse por el mundo exterior, á tender las manitas y á pedir *tochas*, les faltó tiempo para darle cuanto deseaba y mil objetos más, que ni se le ocurrían ni podían ocurrírsele. La hermosa casa antigua con jardín que habitaban los Gomara se llenó de cachivaches. ¡Y bichos! El arca de Noé. Los caballos de cartón andaban mezclados con los pájaros vivos; sobre un ferrocarril mecánico veríais un pulcro galguito de carne y hueso; el coche tirado por carneros era abandonado por una gran caja de soldados autómatas, que hacían el ejercicio...... Crea usted que derrochaban dinero en semejantes chucherías, y yo le dije alguna vez á Adriana, porque tenía confianza con ella:

—Hija, estais malcriando á este pequeñín......

—Déjale que se divierta ahora, me contestaba; demasiado rabiará algún día...... Ojalá pueda ofrecerle siempre lo que le haga dichoso.

El repertorio de los juguetes y sorpresas se agota pronto, y no sabía ya Adriana qué nueva emoción dar á Ventura, cuando el cocinero de la casa, que había andado embarcado diez años, y conservaba amigotes en todas las regiones del planeta, se descolgó un día regalando al chico un mono. Soy poco inteligente en Historia Natural, y no me pidan ustedes que clasifique la alimaña; sólo les diré que ni era de esos monazos indecorosos y feroces, que nadie se atreve á tener en las casas, como el orangután, ni tampoco de esos titíes engurruminados y frioleros que se pasan la vida tiritando entre algodón en rama.

Más bien era grande que pequeñito; tenía el pelaje gris verdoso, y el hocico de un rojo mate, como el del hierro oxidado; veíase que estaba en su juventud y fuerza, y aunque goloso y travieso como toda la gente de su casta, no era maligno. Inteligente é imitador en sumo grado, no podía hacerse delante de él cosa que no parodiase, y su agilidad y presteza nos divertían muchísimo; era cosa de risa verle fingir que fregaba platos ó que rayaba pan en la cocina; y saltar sobre el lomo de los caballos para ayudar al lacayo en sus faenas de limpieza.

A pesar de la índole relativamente benigna del mono, su inquietud y su vivacidad obligaban á tenerlo preso en una caseta con fuerte cadenilla porque ya dos veces se había escapado á corretear por árboles y chimeneas; cuando se le soltaba había que vigilarle, y á Venturita, que acababa de cumplir los tres años y que idolatraba en el mono, era preciso guardarlo también para que no desatase la cadenilla, pues lo hacía con habilidad singular.

Una tarde que había almorzado yo en casa de Gomara y estábamos tomando café en un cenador del jardín—me acuerdo como si fuese ahora mismo, porque hay cosas que impresionan aunque uno no quiera—vimos cruzar como un rayo al mono; tan como un rayo, que más bien lo adivinamos que lo vimos. «Adiós, ya se ha escapado ese maldito de cocer» dijo Pedro Gomara levantándose; y, Adriana, con sobresalto instintivo, lo primero que exclamó fué «¿dónde estará Ventura.» «Ese lo habrá soltado, de fijo» respondió Pedro que frunció el entrecejo ligeramente. En el mismo instante resonó un agudo chillido de mujer; un chillido que revelaba tal espanto, que nos heló la sangre, y voces de hombre, las voces de los criados que nos servían y que corrían hacia el cenador clamando con angustia: «señorito, señoritos, nos obligaron á precipitarnos fuera. Adriana nos siguió sin decir palabra: grupo, formado por los sirvientes y la desesperada niñera, nos rodeó, señalando hacia el tejado de la casa y allí, al borde de la última de las tejas, sentado en el conducto de zinc que recogía las aguas de lluvia, estaba el mono con el niño en brazos.

El padre, con ademanes de loco, iba á precipitarse al zaguán para subir á las guardillas y salir al tejado; yo pedía ya una escalera para intentar el desatino de subir por ella á la formidable altura de tres pisos, cuando Adriana, muy pálida—¡qué palidez la suya, Dios!—y con los ojos casi fuera de las órbitas, nos contuvo, murmurando en voz sorda y cavernosa, una voz que sonaba como si pásase al través de pasos húmedos.

—Por la Virgen....... quietos...... todos quietos...... no se mueva nadie....... Y silencio, no chillar....... no chillar...... hagan como yo...... Quietos...... si le asustamos lo tira......

Sentimos instantáneamente que tenía razón la madre, y quedamos lo mismo que estátuas. Era el mayor absurdo que intentásemos luchar en agilidad y en vigor, sobre un tejado, con un mono. Antes que nos acercásemos estaría al otro extremo del tejado y el niño estrellado en el pavimento.

Era preciso jugar aquella horrible partida; aguardar á que el mono, por su libre voluntad, se bajase con el niño. Yo miraba á Adriana: su palidez, por instantes, se convertía en un color azulado, pero no pestañeaba. El mono nos hacía gestos y muecas estrafalarias, apretando y zarandeando á su presa, y de improviso se oyó distintamente el llanto de la criatura, llanto amarguísimo, de teror; sin duda acababa de sentir que estaba en peligro, aunque no le pudiese comprender claramente. La madre tembló con todo su cuerpo, y el padre, inclinándose hacia mí, sollozó estas palabras:

—Trésmes, usted que es buen tirador...... Una bala en la cabeza...... Voy por la carabina.

Idea sin pies ni cabeza, porque aun siendo yo un Guillermo Tell, al matar al mono haciamos caer al niño; pero no tuve tiempo de negarme; intervino Adriana con un *nó* tan enérgico, que su marido se mordió los puños... Y la madre, terriblemente serena, añadió en seguida:

—Si le miramos nunca bajará...... Hay que retirarse... Hay que esconderse que no nos vea.

Nos recogimos al cenador, desgarramos la pared de enredaderas, y desde allí como se pudo espiamos al enemigo. ¿Les estremece á ustedes la situación? ¡Pues estremézcanse más! Duró veinte minutos. Sí, los conté por mi reloj. En esos veinte minutos el mono depositó al niño en el tejado, le acarició como había visto hacer á la niñera, le obligó á pasear cogido de la mano, le aupó sobre la chimenea y le llevó á cuestas, á caballito—un sainete que en otra ocasión nos haría desternillarnos.—Durante esos veinte minutos, Pedro anhelaba; á Adriana no se la oía ni respirar. Por fin, el mono miró hacia abajo, hizo varios visajes, y cogiendo á Ventura, se descolgó rápidamente como un fumámbulo sin cuerda, al jardín... Entonces salimos con explosión todos—todos, menos la madre, que había caído redonda—y el animal, asustado, soltó al chico ileso y se refugió en su caseta......

Aquella tarde Adriana sufrió dos sangrías, que no sacaron más que gotas negras, y desde entonces padeció del corazón. Parecía que se había repuesto mucho en estos últimos años, pero ¡bah! la herida era mortal, y ella no lo ignoraba......

—¿Y qué fué del mono?—preguntamos como chiquillos.

—Tuve yo que pegarle el tiro...... ¡Si viesen ustedes que me daba lástima!—repuso el vizconde.

Emilia Pardo Bazán.

LA INUTIL RIQUEZA.—*Por Jorge Ohnet.*

Número 8.—Véanse nuestros números desde el 25 de Octubre de 1896.

—Con frecuencia me he echado en cara, desde que usted me visita, haber contribuido á retenerle en la inacción. Usted no es á propósito para nuestras pequeñas intrigas sociales, porque vale usted más que aquellos con quienes tendría que luchar. Lo que ha sucedido no es cosa nueva. Yo tengo por usted una sincera amistad que nunca será desmentida. Si usted, por su parte, ha forzado un poco la dosis de simpatía permitida, confiese que jamás le he estimulado con mi coquetería. No le acuso por ello, sin embargo, porque un homenaje, aun siendo excesivo, que viene de usted, tiene siempre su precio para una mujer que sabe lo que vale el sentimiento. Deme usted, pues, la mano; míreme de frente, y dígame que me perdona la pequeña herida que me he visto obligada á producirle.

Redel levantó la frente, dió á la condesa una mano que temblaba demasiado para ser la de un soldado, y sin atreverse casi á mirarla, balbuceó algunas vagas palabras y se pronunció en una retirada que no se pareció á las que para gloria suya había operado ante el enemigo.

VII

Una tarde á eso de las seis, salía Eliphas de una casa de la calle del Cuatro de Septiembre, de visitar por sí mismo á una familia de pobres vergonzantes que la señora Mossler le había recomendado, cuando vió que una obrera encantadora que iba delante de él, subía vivamente en un coche de casino que estaba parado en la esquina de la calle de Luis el Grande. Miró maquinalmente al interior del coche y vió con estupefacción al conde de Coutras que estrechaba la mano de la joven. En el mismo momento, el cochero fustigó al caballo y el coche se alejó en dirección de la Bolsa.

Encontrar á Valentín corriendo aventuras no era para asombrar extraordinariamente al Señor Eliphas. Pero sorprenderle con aquella chicuela de tan ínfima condición, era una novedad. Hasta entonces no le había conocido más que queridas de cierta clase, pero la sociedad le impulsaba, sin duda, á descender, y después de los encajes y los perfumes delicados, caía en el percal y en el almizcle adulterado, Sin dejar de andar, Eliphas pensaba todas estas cosas con una cuidadosa conmisceración hacia su antigua amiga. Hacía ya tiempo había previsto que Coutras, no contento con entregarse á todo género de extravagancias, acabaría por cometer faltas que acarrearían graves consecuencias; pero, impotente para corregirle, estaba decidido á evitar á la Señora Mossler la pena de conocer las locuras de Valentín. De una vez para siempre había renunciado á intervenir en los asuntos del conde, más que en lo que pudieran referirse á Federico y á su mujer.

Hacía muchos meses le tenía muy inquieto la actitud del conde respecto de Celina. La había encontrado al principio poco conveniente y después comprometedora, y si no hubiera temido atormentar á su hijo, le hubiera aconsejado que moderase la intimidad de su mujer con el conde de Coutras. Pero tenía una gran confianza en la honradez de su nuera y veía diariamente cosas tan asombrosas en la mejor sociedad, que los manejos de Valentín podían pasar por inocentes. Lo único que agravaba la situación era la inmoralidad notoria del personaje. A simple vista, Eliphas se sentía inclinado á juzgar malas todas las intenciones que aquel pudiera tener. Estaba, pues, alerta por naturaleza, por experiencia, y tenía siempre los ojos fijos en lo que ocurría en torno de Celina. Hubiera podido descansar, por el momento, de su vigilancia, viendo al conde ocupado por distinta parte, pero esto no era, á su entender, suficiente razón para tener confianza, pues para un *dilettante* como el conde, los contrastes, aun los más acentuados, debían ser muy estimulantes.

La casualidad proporcionó, sin embargo, al ministro de la Caridad nuevas pruebas de que Valentín permanecía distraído con su obrerita. Uno de los agentes destinados á descubrir los infortunios ocultos que Eliphas se complacía en socorrer delicadamente, le contó un día que se había encontrado de manos á boca con el conde de Coutras junto al número 26 de la calle de Ramey, en una de cuyas aceras se paseaba sobre un barro infecto. A los pocos momentos una preciosa muchacha, sin nada en la cabeza y con delantal negro de obrera, salió á la calle, y con muchas precauciones, se reunió con el conde. Pero no había empezado á hablar con él, cuando salió bruscamente un hombre de un café y con espantosas injurias, abofeteó á la muchacha que, roja y llorando, se metió en la casa, mientras se producía un violento altercado entre aquel hombre y el Señor conde de Coutras. El asunto no duró, por lo demás, ni diez segundos, pues el conde, de un magistral puñetazo, echó á rodar á su adversario por el arroyo. El hombre se levantó penosamente y acompañó la retirada del Señor de Coutras con amenazas de muerte.

Eliphas mandó á su empleado que guardase un silencio absoluto sobre este incidente y apuntó con todo cuidado el número de la casa y el nombre de la calle. Aquella tarde comió en casa de la Señora Mossler, con sus hijos, y disfrutó del interesante espectáculo de la entrada del conde de Coutras que acompañaba á su mujer, tranquilo, sonriente, sin preocupaciones.

Por primera vez en su vida, el prudente Eliphas pensó que acaso, en las diversas peripecias que ofrece la vida de un libertino pudiera haber un interés violento. Comparó la existencia tan recta, tan tranquila de su hijo, con el tempestuoso y devorador destino del conde y pensó que el hombre de mundo aventurero vive más que el pacífico padre de familia. Pero entre vivir mucho y vivir bien, qué era preferible? En esto no tuvo dudas y sus invariables principios le dieron en seguida una respuesta.

Sin embargo, sorprendió en sí mismo, durante una hora, una benevolencia extraordinaria hacia Valentín. Pensó que acaso no era enteramente responsable de sus faltas, teniendo en cuenta la herencia, las costumbres, la educación, el temperamento, y estuvo tentado por considerar al joven conde como uno de esos individuos dela raza felina, instintivamente feroces, que la naturaleza ha creado para la destrucción de las razas inofensivas.

Una maniobra de Valentín para acercarse á la mujer de Federico cambió las disposiciones del Señor Eliphas. Al ver al hombre que se había batido á puñetazos en la calle de Ramey, aquella misma mañana, inclinado sobre el respaldo de un sofá para hablar más de cerca á Celina, el viejo puritano sintio evaporarse toda su indulgencia y no pensó sino en observar á aquel galán cuya peligrosa actividad conocía. Pero ¿qué podía la sagacidad de Eliphas contra la astucia de Valentín? Aquella lucha era muy desigual. La Señora Mossler, que conocía mejor que su amigo lo que se podía temer de su hijo adoptivo, dirigió hacia la Señora de Clement sus miradas perspicaces con mal disimulada inquietud. Estaba ya como sobre ascuas cuando veía al conde acercarse á la joven, porque le parecía que en aquella persecución tenaz, después de sus advertencias y á pesar de sus ruegos, había un ultraje á todo cuanto había respetable en ella y alrededor de ella.

La llegada del coronel Redel distrajo á la anciana de su vigilancia. La Señora Mossler le vió tan sombrío y preocupado, que impulsada por el sincero cariño que le profesaba, le preguntó en seguida:

—¿Qué le sucede á usted, amigo mio? No tiene usted su fisonomía habitual. ¿Le ocurre alguna contrariedad?

—Mas aún, una verdadera pena. Abandono París para no volver más.

—Pero ¿por qué?

Apenas hecha, la Señora Mossler se arrepintió de su pregunta. Pero era ya tarde y la explicación que exigía le fué dada dolorosamente por Redel.

—Parece, dijo con sonrisa contraida, que me ha juzgado usted peligroso. No me lo esperaba ciertamente, pero la vida tiene esas sorpresas. Un hombre como yo debía, sin embargo, no ser considerado como un galanteador de oficio; así lo creia al menos, pero veo que me hacía ilusiones. Se me tiene por peligroso, y es preciso que me aleje. Me alejaré, pues, pero confieso que esto me parece muy duro.

Al ver que Enriqueta habia seguido sus consejos, la Señora Mossler no se sintió tampoco muy segura de sus derechos. Como aquella, asoció en su pensamiento al leal Redel con el falso Valentín y se preguntó si era justo afligir al uno para complacer al otro. ¿Tenía el conde necesidad de que se le protegiera? ¿No habia, realmente, un poco de ironía en defender á aquel seductor de profesión contra tan tímido y cándido rival? Redel comprendía muy bien lo ridículo de la oposición que se le hacía; asi lo indicaba su protesta á la señora de Mossler, y ésta empezaba á sentir haber turbado los tranquilos goces del coronel.

—Conviene, dijo, no exagerar ni dar á las cosas colores trágicos...... ¿Para qué se va usted?

—¡Oh! Porque así lo quiero! Al menos, mis penas vendrán en provecho de mi carrera. No me encuentro bien paseando las calles de París tan sólo por el gusto de la vida civil. Desde el momento en que no pueda visitar á usted y á la Señora de Coutras libre y familiarmente como hasta aquí, me aburriré hasta morir y será preciso que me vaya.

No usaba ciertamente precauciones para disfrazar su pentamiento. Iba derecho á su objeto y la pureza de sus sentimientos no resultaba por eso menos evidente.

—En un mundo, prosiguió, en que todo es permitido, en que todo se sufre, se excusa y se aprueba, hasta los actos más reprochables, no hay severidad más que para un pobre diablo de soldado que ama respetuosamente á una mujer de virtud perfecta. Es preciso que me sacrifique y me resigne. Pero que uno de esos buenos mozos que van á continuar divirtiéndose á mis espensas no me dé pretexto para incomodarme antes de mi marcha, porque le haré ver claramente que no soy tan cómodo como parece.

Pero, querido Redel, dijo la Señora Mossler con un principio de inquietud, no pretenderá usted probarme que amar á la mujer de su prójimo es un acto meritorio. Hablaba usted hace un momento de las facilidades y de las indulgencias de la sociedad; si usted las critica en los demás, no las exija para sí.

—Redel se inclinó y, ya con toda calma, dijo:

—Tiene usted muchísima razón, señora; mis recriminaciones no tienen fundamento. He empezado por decir que parto; ya ve usted que no me sublevo y obedezco pasivamente.

—Hijo mío, replicó la Señora Mossler, me gusta menos lo que me dice usted ahora que lo que me decía hace un momento. Comprendo bien su contrariedad y participo de ella. Soy vieja, ¿quién sabe si me encontrará usted á su regreso? No quisiera, pues, que nos separásemos bajo una penosa impresión. Vuelva usted á verme: aquí será siempre bien acogido. Es usted un hombre de corazón y cuando le haya hecho ver el fondo de mi pensamiente, me comprenderá usted y me perdonará.

—¡Oh! no tengo nada que perdonar Señora; siempre ha sido usted para mí enteramente benévola. Si sufro algún agravio, no es de usted ciertamente. Créame; tengo para usted el más respetuoso afecto y siempre le conservaré,

Después de estas palabras, dichas con sincera emoción el Coronel saludó á la señora Mossler, no queriendo darle tiempo para replicar, y atravesando el salón, fué á reunirse con el Señor Eliphas que hablaba con su hijo, sin dejar de observar á Valentín. Este, inclinado hacia la mujer de Federico, había encontrado medio para aislarse con ella, en medio de veinte personas, y de obligarla á escucharle, no sin resistencia por parte de la joven, cuya sonrisa, máscara de su impaciencia, se avenía mal con la palidez de su semblante y con la inquietud de su mirada.

—El mes que vieno me voy á Niza, decía el conde, y desde allí me embarcaré en mi buque para ir á Egipto. Debería usted venir, con su marido, que según dice, tiene intereses importantes en Alejandría. Le dejaríamos allí y nosotros remontaríamos el Nilo hasta la segunda catarata. A mi mujer le gustaría mucho que fuese usted con ella.

—La condesa no va á Egipto. Me ha dicho que este invierno se quedará en París.

—Razón de más para que acepte usted mi proposición. Eso decidiría á Enriqueta.

—Cualquiera diría que desea usted llevarla.

—Seguramente, si con su presencia consigo la de usted.

—Renuncie usted á semejante cosa.

—Entonces se acabó mi viaje. No le emprendía más que por usted. Hubiera sido tan dichoso teniéndola á mi lado, íntimamente, durante algunas semanas!...... Bajo aquel cielo nuevo, en aquel cuadro imprevisto, las ideas de usted hubieran, acaso, cambiado, y me hubiera tratado con más indulgencia.

—No es probable. Y en todo caso hubiera sido ir muy lejos para tener esa seguridad......

—No pido más que intentar la experiencia más de cerca.

Celina bajó la cabeza con cansancio.

—Pero, conde, sea usted generoso; ahórreme usted esas continuas alusiones á un asunto que me es muy penoso...... Usted ve que no tiene nada que esperar de sus tentativas....... Tenga la delicadeza de no encarnizarse. Me atormenta usted, me tortura....... Tenga piedad de mí.

Al decir estas palabras, Celina tenía lágrimas en los ojos.

Valentín no se conmovió y feroz en su sensual egoismo, dijo:

—¿Por qué lucha usted?....... No soy yo, es usted misma quien se atormenta.

—¿No tengo, entonces, el derecho de rechazarle? Tenga usted cuidado de no obligarme á tomar un partide extremo......

—¿Y qué puede usted hacer?

—Decírselo á mi marido.

Con irónica mirada Valentín le señaló á Federico que, encorvado con su alta estatura, escuchaba con atención lo que su padre le estaba diciendo. Celina vió tan claramente le ineficacia del socorro que podía esperar de aquel buen hombre de apariencia inofensiva; midió tan por completo la diferencia que existia entre el marido, entregado á sus negocios, y el amante, entregado á sus cappichos, que se escapó de sus labios un suspiro de desaliento. Pero de no encontrarse defendida no se deducía que tuviera que abandonarse. Echó una mirada de desesperación hacia el grupo en que estaba su marido. Fedrico, abstraido con el Señor Eliphas, no sorprendió la llamada angustiosa de su mujer.

—¿Ve usted como la comprende? dijo en tono de burla Valentín. Buena cándida es usted al guardarse para un hombre que le hace tan poco caso.

—Me guardaré para mí misma.

—¡Cuánta dicha perdida!

Celina hizo un movimiento para levantarse, no viendo más que este medio para cortar la conversación, y buscó vagamente á su alrededor alguien que le sirviera de pretexto para dejar aquel sitio. Sus ojos se encontraron con los de Redel que, apoyado en la puerta, escuchaba distraido la conversación de negocios del padre y el lujo. Sin duda fué muy elocuente aquella mirada, porque el Coronel, sin vacilar, se adelantó hacia la joven y dijo inclinándose ante ella:

—¿Me llama usted, señora?

—Sí, Coronel. Me ahogo aquí......

—¿Por qué no lo decía usted? dijo Valentín. Podíamos habernos marchado á hablar al invernadero. Mi madre ha hecho poner en él unos mármoles que valen la pena de ir á verlos.

—Pues bien, el Señor Redel me los enseñará.

El conde sonrió, y, en seguida, como si dijese la cosa más natural del mundo, replicó.

Esperen ustedes entonces; voy á llamar á mi mujer. Ya saben cuánta es su competencia artística. Ella disertará con el Coronel y usted lo escuchará conmigo......

Redel tuvo un pequeño estremecimiento: una llama se encendió en sus ojos y abrió la boca para responder; pero Celina, más rápida que él, repuso:

—Decididamente, prefiero retirarme. Coronel, tenga usted la amabilidad de llamar á mi marido......

—Redel dudó un instante. Su mirada se fijó en Valentín con expresión singularmente amenazadora, y se mordió los labios como para contener las palabras que querían escaparse. Valentín le examinaba con insolente curiosidad, esperando que se decidiese ha hablar, y resultaba tan temible, que Celina temió que se produjera una colisión inmediata entre aquellos dos hombres cuyo odio latente acababa de manifestarse en un segundo.

—Vaya usted, dijo empujando en un ademán suplicante al Coronel, que no se resolvía á alejarse.

—Ha hecho usted muy bien en enviarle, dijo el Conde á Celina. Empieza á atacarle los nervios vuestro Redel.

Que se ocupe de mi mujer, pase; no veo inconveniente en ello. Pero no sufriré que se interponga entre usted y yo.

—¿Qué haría usted? preguntó Celina con emoción.

—Proporcionar un ascenso á un jefe de escuadrón.

—Usted no es malo como quiere parecer.

—¡Más, mucho más, cuando se trata de usted, contesto Valentín en voz baja. Todo me importará poco, lo he dicho y lo he probado, para obtenerla......

Se inclinó ante ella, con afectado respeto, y añadió volviéndose:

—Buenas noches, señora; aquí tiene usted á su marido.

Se marchó, acompañada por Federico y por el Señor Eliphas, al que dejaron en su casa. Una tristeza profunda se apoderó de ella. Aquella tenacidad del conde, poco habitual en un hombre tan ligero, la turbaba gravemente y empezaba á tener miedo. Hasta entonces había pensado que sería siempre dueña de sí misma y que defendida por su voluntad y por el cariño de los suyos, sería inexpugnable. Ya empezaba á dudar. Veía á sus aliados naturales poco diestros y mal armados para protegerla. Con dolorosa emoción, recordaba la actitud amenazadora de Valentín en presencia de Redel y se decía: Sería capaz de matar al hombre que le estorbase. ¿Podría suceder que por mi culpa corriese Federico un peligro?» Se estremeció ante la idea de que las imprudencias del conde hiciesen necesaria una explicación entre su marido y ella. ¿Qué decir? ¿Cómo hacerle comprender la persecución furiosa de que era objeto y probarle que no había hecho nada para fomentarla?

Sn suegro, tan formalista, tan riguroso, á pesar del afecto sin límites que la había dedicado, era el que más la aterrorizaba. No tenía indulgencia ni para las sencillas ligerezas; bien lo había probado en muchas ocasiones con sus críticas; ¿qué sería cuando se tratase de hechos serios que pudieran suponer un peligro para su hijo? Y todo á causa de aquel execrable Valentín...... ¿Excecrable. A esta frase de su silencioso monólogo, juzgó necesario interrogarse á sí misma y precisar, aunque tuviera que avergonzarse á sus propias miradas, el verdadero estado de su corazón. ¿Había, siquiera un instante, amado á Valentín? El lo afirmaba orgullosamente y aunque ella lo había negado con rabia, no estaba segura de haber dicho la verdad. ¡Oh! En el presente momento le odiaba ciertamente, pero ¿estaba cierta de que no le había gustado durante una hora lo bastante para animarle á las imdrudencias que tan fatal resultado habían tenido?

Evocó en su pensamiento la imágen de Valentín y le vió elegante, cariñoso, con sus ojos azules, su bigote rubio, su hermosa figura, su voz acariciadora, tan seductor, en fin, que no podía tener duda de que le había deseado, víctima de su carne, que escapando por un momento al yugo del espíritu la había hecho traición en un impulso de voluptuosidad. Tuvo vergüenza de sí misma y le pareció que con aquel ciego instinto que la había entregado á los abrazos de un macho, había descendido al nivel de las bestias. Al mismo tiempo se preguntó con angustia si la persecución encarnizada de Valentín podría estar justificada en cierto modo por su primer éxito. Y, hecho singular é ilógico en alto grado, el pensamiento de que Oalentín pudiera estar en su derecho deseándola, hique le odiara más mortalmente.

Sus vacilaciones cesaron, sus dudas desaparecieron y decidió resistir á Valentín, resultase lo que quisiera. Pero no bastaba esclarecer su pensamiento; era preciso fijarse en un plan para sustraerseaá los ataques de aquel de aquel perseguidor peligroso y que ese plan asegurase la tranquilidad de Celinb y la seguridad material de los suyos. Comprendió desde luego que no podría defenderse sola, le era, pues, necesario un aleado. Pero ¿cual? Su marido y su suegro debían ser desde luego deshechados. ¿La Señora Mossler? En la ignorancia en que Celina se hallaba acerca del paso dado por aquella cerca de Valentín, ¿cómo no desconfiar de la ciega ternura que hacía á aquella madre esclava de su hijo?

Era, sin embargo, posible que entre un deber y una afección la Señora Mossler no dudase. Era puritana como el Señor Eliphas y si la solidez de sus principios se sobreponían á su indulgencia acaso estaría allí la salvación.

Pero las probabilidades de éxito resultaban muy débiles, la influencia del conde se presentaba siempre formidable y Celina retrocedía ante la difícil revelación de las tentativas de que era víctima.

Entonces se le ocurrió la idea arriesgada de dirigirse á la Señora de Coutras. Conocía la firme razón de la joven, por haber sido la confidente de sus desilusiones, y sabía que era leal, generosa y buena. En tomarla como auxiliar había sólo ventajas y ningún inconveniente. Entre ella y Valentín no existía ya sino el vínculo social. Llamada á su socorro por Celina, no vacilaría en prestarla el más firme apoyo. Quedaba sólo determinar la medida en que convenía confiarse á ella. ¿Quién obligaba á Celina á decírselo todo? Las persecuciones de Valentín eran bastante públicas para que la condesa no tuviese necesidad de pruebas.

A hora avanzada de la noche y mientaas todo dormía alrededor de ella con pacífico sueño, Celina meditaba sobre su grave determinación y cuanto más discutía su oportunidad, más se afirmaba en la certidumbre de que era necesaria, Se metió en la cama cuando la mañana blanqueaba sus balcones y, muy resuelta á ejecutar el plan que había concebido se encontró un poco más tranquila.

Al día siguiente, á eso de las cinco, se dirigió á la avenida de Friedland, sabiendo que Enriqueta estaba siempre visible para sus amigos antes de comer. Estaba, pues, segura de encontrarla en su casa. Su contrariedad fué grande cuando un lacayo le dijo que la señora condesa había tenido que salir á las cuatro y no había dejado órdenes para la recepción. La mujer de Federico se quedó indecisa, pero el mayordomo, que apareció en aquel momento, dijo que la señora condesa volvería en seguida, porque tenía una cita dada para las seis, y que, si la señora quería, podría esperarla. Celina convino en ello y, conducida por el criado, penetró en el saloncillo donde la señora de Coutras recibía á sus íntimos.

La habitación estaba sombría y el olor amargo de las orquídeas procedentes de las estufas de Sauvigny hacía pesado el aire. Celina se sentó y permaneció durante un cuarto de hora oprimida por aquella atmósfera y como aturdida por la semioscuridad. Un ligero ruido de roce de cortinas la volvió á la realidad y creyendo que llegaba la que estaba esperando, se volvió con la sonrisa en los labios, pero se quedó petrificada al ver entrar á Valentín. Este se acercó con la mano extendida y con aire pacífico y Celina se repuso en un instante y recobró su sangre fría. ¿Qué podía temer en aquel hotel lleno de criados, á dos pasos de la habiración de la condesa, cuando bastaría una llamada, un grito, para que viniese cualquiera? Así lo pensó y, arriesgada como siempre, en lugar de ponerse á la defensiva, se preparó á hacer frente á su temible adversario. Por el momento parecía éste buena persona y, por muy tigre que fuera, ponía pata de tercíopelo y escondía las uñas.

¡Cómo! ¿Está usted aquí sola? ¡Y no me lo han advertido! Si la casualidad no me trae por aquí, no veo á usted.........

—¡Gran desgracia!

—¡Inmensa!.........

—¿Por qué prodigio se encuentra usted en su casa?

—Presentimientos de que vendria usted.

—No diga usted tonterías. ¿Sabe usted si su mujer vendrá pronto?

—Soy el que menos podría decírselo á usted ¿Sé yo nunca lo que hace?

—Porque no quiere usted.

—Seguramente.

—¿Será usted siempre un marido deplorable?

—Tanto como podría ser un excelente amante.

Celina se puso seria. La conversación tomaba un giro que no le gustaba y comprendía que era por su culpa. Valentín era un hombre con el que no se podía bromear y desde su llegada, á pesar de las razones que tenia para desconfiar, estaba jugando con él.

—Su mujer de usted no vuelve y voy á marcharme.

—Usted la esperaba, ¿luego soy yo quien la estorba?

—Sí.

—Entonces la dejo libre el campo.

—Se lo agradezco á usted.

—Verdaderamente es usted atroz conmigo.

—No hace usted todo lo necesario para excitarme?

—Adiós, entonces.

—Adiós.

Con cara de contrición y una prudente lentitud, el conde se aproximó á ella y le ofreció la mano. Pero al ir Celina á darle la suya, trémula y fria, el conde con un ademán osado y rápido, cogió á la joven por la cintura, la levantó y antes de que pudiera escapársele un grito, apoyó furiosamente la boca en sus labios. Con un brusco esfuerzo de todo su cuerpo Celina trató de escapar á aquella presión, pero ésta se hizo más estrecha. Incapaz de gritar, empezando á perder la cabeza y paralizada por una inexplicable languidez, dejó de resistir. La oscuridad del salón le parecia más espesa, el silencio más profundo. Sintió que Valentín se la llevaba é hizo un desesperado esfuerzo que la arrancó de los brazos que la envolvían. De un sólo impulso fué hasta la puerta del cuarto de Enriqueta, se agarró á ella con fuerza y reuniendo toda su energía, lanzó un grito desesperado.

En este momento sintió que la puerta cedía y al lanzarse por ella para huir, se encontró cara á cara con el coronel Redel. Este, muy tranquile, vió de una ojeada al conde, pálido de furor, y á Celina temblando de espanto. Se adelantó entre los dos y, decidido á no comprender nada más que lo que quisieran decirle, saludó sin emoción alguna á Valentín y á la joven, y dijo:

—Me pareció oir llamar......... Me había equivocado.

Pero Celina, incapaz de moderarse, respondió indicando al conde con un ademán.

—No, ha oido usted bien caballero: el señor me ha obligado á llamar.........

Valentín mostró una sonrisa zumbona.

—¡Segunda vez, desde ayer! dijo; parece que con usted el Señor Redel tiene la especialidad de las intervenciones.

Metido en causa cuando él se esforzaba por desentenderse del asunto, el coronel frunció las cejas. Era demasiado cuerdo y demasiado valiente para buscar una querella, pero tenía muchos motivos de animosidad contra Valentín. Replicó secamente:

—Acaso esto consiste en que con esta señora tiene usted la especialidad de las inoportunidades.

El conde se puso repentinamente muy serio, y mirando al corenel con aire acusador, le dijo:

—Está bien, señor mío. Yo procuro tomar las cosas pacíficamente y usted es el que trata de agriarlas......... Pero confiese usted que trueca los papeles......... Yo hubiera podido asombrarme al verle á usted salir de un cuarto que forma parte del departamento íntimo de la condesa......... Me limito á bromear dulcemente y usted trata de ofenderme,

Redel palideció de cólera viendo á Valentín cambiar hábilmente el terreno de la discusión y crearle ofensas donde era tan bueno su derecho.

—¿Soy yo quien ofende? exclamó; ¿yo?

—Sí, señor, contestó Valentín con un tono sarcástico, muy propio para poner al coronel fuera de sí; usted aparece, como un diablo que sale de una caja de sorpresa, y afecta creer que se tiene aquí necesidad de usted. Todo esto es muy ofensivo y si yo no fuera tan concialiador, podría asombrarme mucho y pedirle á usted cuentas.

Antes de que Redel tuviera tiempo de responder, Celina se interpuso entre él y el conde.

—Ni una palabra más, dijo. No consentiré un altercado entre usted y el señor por mi causa. Pero lo que no debe oir de la boca de usted lo oirá de la mía. El que es bastante cobarde para hacer violencia á una mujer, no merece ser castigado por un hombre. El que miente bajamente para ocultar sus vergonzosas acciones, no merece que se haga caso alguno de sus palabras. Señor conde de Coutras, es usted un miserable, y si no le basta que se lo diga en presencia del Señor, puede usted llamar á sus criados y se lo repetiré delante de ellos.

Este violento apóstrofe no turbó á Valentín. Conservó su sangre fría y, saludando graciosamente á la que le trataba con tanta dureza:

—Palabras de mujer no ofenden, dijo con ligereza. Para darlas un valor es preciso que tengan la aprobación de alguien á quien se pueda hacer responsable. Usted, Señora, acaba de cortar, muy poco oportunamente la palabra al Señor Redel, cuando se disponía á decirme su opinión sobre la cuestión que nos divide. Confieso, que hubiera deseado conocerla......... Y si fuese tiempo todavía......

—Aun es tiempo. dijo fríamente Redel.

—Yo le conjuro á usted á no respouder, exclamó Celina.

—Señora, no se trata de usted, interrumpió el Coronel; demasiado ve usted que soy yo el interpelado y supongo que no me cree nsted capaz de retroceder delante del Señor. Puesto que le complace saber mi opinión sobre su conducta, yo tengo el honor de declararle que es de todo punto conforme con la de usted.

Valentín no hizo un gesto ni cambio de fisonomía, y dijo en tono de tristeza:

—¡Ah! Coronel, no puede usted negar abora que sus intenciones son verdaderamente hostiles para mí, puesto que me ofende sin provocación alguna de mi parte, en mi casa y delante de esta señora.

—Lo niego tanto menos cuanto con más empeño parece usted desearlo.

—Está bien, Coronel, dijo el Conde; en adelante, este asunto no me atañe. Dos amigos míos se explicarán con otros dos de usted.

E inclinándose ante Celina, añadió burlón:

—Reciba usted, señora, mis sinceras felicitaciones; es muy ventajoso ser su amigo.

Hizo á Redel una inclinación de cabeza altanera y salió sin añadir una palabra, después de haber sacado de la situación todo el partido que deseaba. Apenas sola con Redel, Celina cesó de contenerse y, fuera de sí, dijo cogiendo las manos de su defensor.

—¿Esta usted loco para haber respondido á las insolencias de ese miserable? ¿No ve usted que lo que quiere es deshacerse de usted? Es el adversario más peligroso que se puede imaginar. Bajo ningún pretexto permitiré un encuentro entre los dos. ¡Le mataría á usted!

—Ya trataré yo de impedirlo.

—¿Y si no lo consigue usted? Por mi causa, ¡Dios mío! ¡Correr tal peligro por mí, que no soy nada para usted y que le he comprometido como una loca!

Se retorcía las manos al hablar así y sus pálidas mejillas se inundaban de lágrimas.

—Tranquilícese usted, dijo Redel dulcemeute. No, usted no me ha comprendido. Yo me he anticipado á la provocación. Usted odia. ¿no es cierto? al hombre que acababa de mostrar con usted tan brutal audacia......

Celina exclamó con furor:

—¡Oh! Sí, le odio!

—Pues bien: ¡yo más aún!

—Sí, usted ama á Enriqueta, dijo Celina sin cuidarse de disfrazar su pensamiento, y debe odiar á su marido. Pero esta cuestión entre usted y él le separa completamente de la condesa. ¿Cómo podrá usted verla si sobrevive?

—De todos modos no la veré más, dijo tristemente Redel. La condesa me ha ordenado que me ausente. Mi silencioso amor la comprometía, según dicen, y me es preciso privarme de la dicha de su presencia.

Celina le miró hasta el fondo del alma y adivinó en un instante las misteriosas resoluciones de aquel amante desesperado.

—¡Oh! Usted quiere intentar librarla del conde... Pero aun así, persigue usted un imposible...... La muerte del marido pondrá entre usted y ella un obstáculo insuperable...... Arriesga usted su vida sin objeto.

—¿No son nada, entonces, su dicha y su tranquilidad? respondió Redel gravemente. Está unida á un hombre indigno que le hace la vida muy dolorosa. ¿No habré hecho algo por ella devolviendola su libertad?

—Cállese usted, desgraciado, dijo Celina. No diga usted tales cosas aquí mismo, esta casa...... ¡Si alguien nos oyera! No, lo que usted se propone es irrealizable y, en todo caso, basta que yo lo sepa para que me oponga con todas mis fuerzas.

—Y cómo?

—Ya lo verá usted.

—Sea usted franca por completo y dígamelo.

—Pues bien, avisaré á Enriqueta.

A estas palabras la fisonomía del coronel se cubrió de mortal palidez.

—¿Quiere usted, dijo con voz temblorosa, que parezca un cobarde que trata de eludir el peligro? ¡Hacer intervenir á la Señora de Coutras! Realizar ese proyecto es lo mismo que matarme en el acto, pues no sobreviviría á semejante humillación.

—Cálmese usted, contestó Celina espantada. No diré puesto que me lo prohibe, pero usted tendrá en cuenta mi angustia y me prometerá no oponerse á un arreglo.

—Se lo prometo......

—¡Oh! Demasiado veo que usted juzga imposible una conciliación......

—En efecto. ¿Cómo había de producirse si el señor de Coutras no la desea y yo tampoco?

—Se le obligará á desearla.

—¿Quién hará ese milagro?

—La Señora Mossler...... Mi marido á quien por fin será preciso......

Redel la miró fijamente y dijo, hablando con lentitud:

—Cuide usted de no comprometerse inútilmente. Nada podrá impedir, esté segura, y puede en cambio hacerse á sí misma y á los demás un daño irreparable. No se aferre á la idea de que ha sido la causa de la explo-

sión que se ha producido; era inevitable que así sucediera. El conde sólo buscaba una ocasión y yo también. Ambos nos odiamos; los hombres no nos engañamos en este asunto. No está celoso, porque no ama á su mujer, pero desde el primer momento se produjo entre nosotros una antipatía que debía producir este resultado. Prescinda usted, pues, de intervenir en este asunto: haga votos por mí si mi causa le es simpática, pero no trate de detener la marcho de los acontecimientos, que tienen más fuerza que nosotros.

El ruido de un coche que entraba en el patio interrumpió al coronel. Desde el balcón, vieron entrar á la condesa y descender del coche elegante y ligera. Vió que la estaban mirando y les hizo con la mano un ademán amistoso. Subió vivamente la escalera y dijo desde la puerta avanzando, con la cara sonrosada por la frescura del aire:

—Me han esperado ustedes, amigos míos; les doy las gracias. Vengo de ver á mi pobre Vignot. que está enfermo, y se me ha hecho un poco tarde. Mi visita le ha distraído y me ha retenido más de lo justo. ¿Me dispensan ustedes, no es verdad?

—Hemos pasado el tiempo hablando la señora y yo, dijo Redel. Pero ya suponíamos que cuando usted tardaba era por alguna buena acción.

La condesa amenazó al coronel con el dedo y dijo:

—¡Adulador!

Se quitó el abrigo y dijo, empujando la puerta por la que había entrado Redel:

—Venid á mi taller; voy á enseñar á usted su retrato concluido.

El coronel sonrió y repuso, con cierto deje de melancolía:

—Ha hecho usted bien, señora, en despacharse á concluirlo.

Aquella alusión hizo correr un escalofrío por la espalda de Celina, que al mismo tiempo comparó la tranquila y digna energía de Redel con su propia inercia. ¡Cómo! ¡Conociendo el peligro que él afrontaba, iba á dejarle expuesto á las implacables venganzas de Valentín! Aunque el coronel aseguraba que ella no tenía nada que ver en el asunto, comprendía que su furiosa respuesta había exasperado al conde y que si éste amenazaba peligrosamente á Redel era por haberse interpuesto entre ellos. Había querido demostrar con qué tenacidad la perseguía y los riesgos que podían correr cuantos pretendieran protegerla. ¡Para debilitar la resisistencia de la mujer que deseaba iba á matar un hombre!

Celina sintió un vértigo de espanto. Le pareció que estaba perseguida por un monstruo implacable, que no descansaría hasta hacerla su presa, y se revolvió contra aquella tiranía y contra aquel peligro. Hizo un movimiento para lanzarse hacia Enriqueta y contárselo todo, pero vió á la joven sentada en la mesa, tan tranquila, enseñando á Redel la miniatura rodeada de su marco dorado, que le pareció que no encontraría palabras para turbar aquella serenidad. Y, sin embargo, era preciso hacer algo; cada hora que pasaba aumentaba el peligro.

Su agitación se hizo tan viva, que le fué imposible permanecer más tiempo inactiva enfrente de aquel hombre impasible y de aquella mujer inconsciente. Se levantó y en algunas palabras se despidió de su amiga, mientras Redel, que parecía contento, le recordaba su promesa con un gesto silencioso. Celina movió la cabeza como para echar de sí un pensamiento molesto y estrechando la mano de Enriqueta, salió del salón. Se detuvo un instante en la escalera y, en la confusión de su espíritu, pensó un momento en preguntar si el conde estaba en casa, pero rechazó en seguida con horror esa idea.

Salió, despidió su coche y echó á andar, dando vuelta en su cabeza calenturienta á mil proyectos contradictorios. Volvía siempre á la certidumbre de que era preciso recurrir á Enriqueta y no á la Señora Mossler, ni, mucho menos, á Eliphas. En cuanto á dirigirse á su marido hubiera preferido la muerte. Torturándose así la cabeza, descendió maquinalmente por el *faubourg Saint-Honoré* y se encontró, de pronto, ante una oficina de correos. Entró, pidió un telegrama cerrado y, de pies delante de uno de los altos pupitres y con la pluma de torcidos puntos mojada en el fangoso tintero que sirve á los hombres de negocios, escribió: «Se ha producido esta tarde un altercado entre su marido de usted y el coronel Redel. El duelo parece inevitable si usted no se interpone. Una amiga se lo advierte. Obre usted pronta y enérgicamente.» No firmó y apenas se fomó el trabajo de desfigurar su letra. Pegó el telegrama, le pasó á través del ventanillo de un empleado y salió. Una vez en la calle se sintió calmada y pensó: He prometido al coronel no decir nada, pero no he prometido no escribir. Y, después, poco me importa; era preciso advertir á Enriqueta y librar á Redel. Ahora, veremos qué resulta.

VIII

A la hora acostumbrada, la Señora Mossler estaba ocupada en su saloncillo, con Eliphas, en distribuir las limosnas diarias, cuando entró un criado y en una bandeja de plata entregó al Ministro de la caridad un papel sucio que tenía trazadas con lapiz algunas líneas, Eliphas tomó la misiva, la leyó, con la indiferencia de la costumbre, y en seguida la arrugó y la echó á la chimenea.

—¿Qué es? preguntó la Señora Mossler, ¿una petición de socorros?

—No, señora; una petición de audiencia.

—¿Tan solemne?

—Más aún; amenazadora y con síntomas de *chantage.*

—¿De quién?

—Del hombre á quien usted socorrió contra mi voluntad, hace unos meses.

—¿Cuál? Entre tantos, no es facil......

—Un llamado Bouscarés.

—Creo recordar; un meridional que había hecho no sé qué descubrimientos y que iba á realizar una fortuna en ocho días si se le ayudaba.

—Un trapisondista marrullero. Se le ha ayudado y no ha realizado absolutamente nada, pero anuncia que conoce un secreto que interesa al honor de su familia de usted.

La Señora Mossler apretó los labios y frunció el entre cejo. Cuando se hablaba del honor de su familia, pensaba instintivamente en Valentín y sentía una ligera inquietud. Aquel era el punto negro de su horizonte y siempre estaba temiendo una mala noticia.

—¿Qué conviene hacer? dijo á su confidente.

—Cerrar á ese hombre la puerta. Si le escuchamos no será facil desembarazarse de él. Ya ve usted lo que sucede por haberle recibido una vez.

—Pero, ¿y si sabe realmente algo importante?

—Que lo guarde.

—¿Y si no se lo guarda?

Se le envía un comisario de policía. Esos bribones tienen siempre bastantee pecadillos en la conciencia para que la intervención de un magistrado sea para ellos decisiva.

—Sea, pero guarde usted sus señas por precaución.

—No estaban puestas en el papel.

La Señora Mossler quiso rogar á Eliphas que las hiciera preguntar, pero temió indicar sus inquietudes y se calló. Sin embargo, aunque Eliphas no había encontrado las señas en el papel, no le costaba gran trabajo averiguarlas, porque tenía en su casa un archivo muy ordenado en el que todos los mendigos de profesión tenían su expediente, como los bandidos en la prefectura de policía. No practicaba aún la antropometría, pero no hubiera hecho falta gran esfuerzo para decidirle. Amaba á los pobres, pero odiaba á los falsos necesitados y con maravilloso olfato descubría á los farsantes que imploran la caridad, con lágrimas en los ojos para su pobre mujer moribunda, mientras ésta les espera en la taberna de la esquina, dispuesta á brindar con un buen ajenjo á la salud del tonto que paga el precio del trinquis.

Al irse á su casa para almorzar, después de haber dejado á la Señora Mossler, pensaba en la confidencia de Bouscarés y, más cuidadoso de lo que había aparentado ante su antigua amiga, se propuso adquirir noticias exactas sobre las relaciones que pudieran existir entre el conde de Coutras y aquel pobre diablo. Acaso no se trataba de una vana amenaza hecha á la mujer rica, medio clásico que da siempre resultados con las personas timoratas ó que tienen alguna mancha oculta. Los del *oficio* le llaman «el golpe de sonda.» Si la persona sondeada da señales de inquietud, es evidente que en el fondo de su conciencia hay un rincón misterioso que conviene registrar. Por eso, como hombre de experiencia, Eliphas aconsejó la táctica desconcertante de no hacer nada y callarse.

Pero esto no impedía tomar los informes necesarios. Llegado á su despacho, el viejo abrió un legajo señalado con la letra B, y buscó el expediente Bouscarés. Le encontró sin dificultad y le ojeó buscando las señas de su casa. Estas habían sido sucesivamente: calle de las *Envierges*, 17; pasaje *Raoul*, 2; calle *Popincourt*, 103; calle *Aumaire*, 9; calle *Ramey*, 26......

El ministro de la Caridad cerró el expediente. Una luz repentina acababa de esclarecer los tenebrosos manejos de Bouscarés. ¿No era en la calle Ramey donde el conde había sido encontrado en coloquios con aquella muchacha á quien su padre, su hermano ó su amante habían obsequiado con una bofetada? El *chantage* se dibujaba con una precisión absoluta y «el honor de la familia» debía estar amenazado por el individuo que interrumpía las citas del Señor de Coutras. ¿Qué tenía de serio la amenaza y, sobre todo, qué había en el fondo de este asunto? Esto era lo que importaba saber. Era peligroso que la Señora Mossler recibiese á Bouscarés, pero no importaba que el Señor Eliphas fuese á casa del meridional. Iba á ella con tanta frecuencia ó enviaba sus dependientes, que una visita más no podía comprometer á nada.

Se puso, pues, en camino á eso de las dos, y con su aspecto de empleado de ministerio, el paraguas bajo el brazo, su grueso levitón y su sombrero despeinado, subió la empinada cuesta de la colina de Montmartre y llegó á la casa que habitaba Bouscarés. En el estrecho descansillo del cuarto piso había dos puertas. En una se veía esta indicación escrita con yeso: "Chabassu, corredor de piedras finas. De nueve á once y de tres á seis, tirad con fuerza de la campanilla." En la otra había una tarjeta clavada, que contenía estas palabras: "Bouscarés (Mario), ingeniero."

Eliphas golpeó ligeramente con el puño del paraguas la puerta de Bouscarés. Se oyó el ruido de unas chinelas que se arrastran y apareció el ingeniero en persona, rodeado de una nube de humo de tabaco. Al reconocer al señor Eliphas retiró la pipa de la boca y su cara de aburrimiento tomó una expresión de obsequiosa alegría. Se inclinó profundamente y dijo:

—¡Oh! señor; sírvase usted pasar. No esperaba tan pronto su visita.

—¿Pero usted la esperaba? replicó con aire de arrogancia el señor Eliphas, penetrando en un comedor y cocina, todo en una pieza, de repugnante suciedad.

—Creía que mi carta interesaría á mi generosa protectora.

—La señora Mossler no sabe nada de tal carta. La he abierto yo, como las demás.

—Pero, siéntese, mi respetable señor, dijo Bouscarés presentando á Eliphas una silla desfondada.

—Es inútil. No he de estar más que un instante. Vengo á advertir á usted, solamente, que ha emprendido un juego que puede privarle de su socorro mensual......... Si es eso lo que usted se propone, puede empezar por decirlo.........

—¡Yo! protestó el meridional; yo, que sólo obro en interés de mi bienhechora...... Yo, que, por casualidad, soy dueño de un secreto que, sin mi intervención......

—¡Suprima usted los discursos! interrumpió rudamente Eliphas. Sé de qué se trata. ¿Me cree usted tan mal enterado? ¿Soy yo hombre de intimidarse por sus habladurías?

—¡Ah! señor, no se trata de mí...... No soy más que un intermediario adicto......

—¡Adicto! ¿A quién?

—A mi generosa protectora, de la que espero que en estas circunstancias, cuando he salvado su tranquilidad con un celo que sólo Dios sabe......

—¡Nada de discursos! repitió Eliphas. Al grano......

—Pues bien, el grano es este. Mi vecino, el honrado Señor Chabassu, tiene una hija encantadora y menor de quince años......

Al decir estas palabras, Bouscarés hizo una pausa y lanzó á Eliphas una mirada significativa. Este no pestañeo. Para conmoverle hacían falta pruebas, convencido como estaba de lo que valen las palabras.

—Menor de quince años, repitió el ingeniero.

—Lo he oído; adelante, dijo friamente Eliphas.

—Chabassu posee la prueba de que el conde de Coutras ha seducido á la muchacha. El conde ha enviado á la joven Matilde, en ausencia de Chabassu, una de las Celestinas más conocidas de París, y esta mujer ha cometido la imprudencia de dejar en casa de mi vecino una tarjeta del señor conde, en la que éste había escrito de su puño y letra la dirección de la niña y sus señas...... No quiero decir á usted todo lo comprometedora que es esta connivencia del hijo de la Señora Mossler con la corredora Blanchart para corromper una menor...... Hay que reconocer que este sería un feo negocio. Pero no es eso lo grave; los peligros son más serios.

Eliphas, que esperaba una historia de este género, había escuchado impasible; pero la imprevista conclusión de Bouscarés le causó una sorpresa que no pudo ocultar.

—¡Cómo! ¿Qué peligros más serios puede correr el Señor de Coutras?

—El más serio de todos, señor; el de la vida.

—Usted se burla, amigo mío, dijo Eliphas.

—Nada de eso. Va usted á darse cuenta de todo en un instante. La pequeña Matilde, muchacha honrada hasta ese momento, es novia de un pariente suyo, joven y vigoroso mancebo de veinticinco años, limpiador de metales. La pasión de ese joven por la muchacha es verdaderamente rabiosa; es verdad que la chiquilla es un milagro de belleza, capaz de hacer pecar á un santo...... Usted mismo, señor, no la vería sin quedar turbado...... La siguen por la calle y no pasa día sin que algún caballero respetable suba hasta aquí, para bajar rodando la escalera, porque el viejo Chabassu no admite chanzas...... ¡Es el honor mismo, ese hombre! Pues bien, hace un año ha decidido dar su hija por mujer á Emilio Ravet, que así se llama el novio de la chica, comprendiendo que sería difícil de guardar, en Montmartre, una Venus como su Matilde, cuando pasase de los diez y seis años. Pero hete aquí que el otro día, al volver de su taller, la muchacha deja caer ante su padre una cajita de tafilete, de la que Chabassu se apodera, y en la que encuentra un par de pendientes, de brillantes, que valian, lo menos, seis mil francos...... No hay que contarle nada sobre esto; es corredor de alhajas. Interroga á su hija á puñetazos...... Ella chilla, pero no confiesa...... y entonces el padre finge apaciguarse y no habla del asunto, pero encierra á su hija, advierte á Ravet y se ponen al acecho. No habian pasado dos dias cuando el Señor conde de Coutras se dejaba coger hablando con la chiquilla delante de la casa. El tal Ravet, que estaba emboscado en la taberna, cae sobre su novia y sobre el galán, pero en este punto bueno es confesar que encuentra la horma de su zapato. porque se retira con un ojo hecho una lástima, como no se había visto en la calle de Ramey, donde hay, sin embargo, especialistas en puñetazos...... Desde ese momento en el cuarto de al lado se pasa una vida infereal y andan listos los golpes de la mañana á la noche. La chica quiere escaparse con el conde, que encuentra medio de verla no se sabe cómo. Ravet ha jurado que matará al conde de Coutras, y Chabassu habla de llevar el asunto á los tribunales...... Yo he conseguido hasta hoy calmar esos exagerados ardores. He obtenido de Matilde que se esté tranquila, de Ravet que no haga uso de su puñal y de Chabassu que contemporice...... Y en este punto estamos. Si usted no cree, mi querido y respetable señor, que he servido fielmente los intereses de mi bienhechora, será para desanimarse de impedir catástrofes.

Bouscarés se detuvo, no para tomar aliento, pues hubiera hablado todavía durante una hora, sino para saber lo que Eliphas pensaba de su diplomacia. Se colocó en actitud interrogante y esperó. Eliphas enseñó á Bouscarés un semblante tranquilo y exento de toda impresión, y con acento indiferente dijo:

—Bueno; ¿y dónde va á parar toda esa charla?

—¿Cómo charla?

—Sí; ese folletin de porteria...... ¿Piensa usted que me conmueven semejantes historias? Conozco ese género y no me dejo coger por la niña pura, ni por el amante celoso, ni por el padre justiciero...... Toda eso está muy usado, amigo, y no se cree ni en provincias......

—¡Cómo que no se cree! ¿Quiere usted ver á la muchacha? ¿Quiere usted ver al padre? ¿Desea usted que le presente á Ravet?

—¿Con su puñal?

—¡Ah! señor; es usted demasiado incrédulo y lo siento por la Señora Mossler...... ¡Ocurrirá una desgracia!

Eliphas levantó la frente y fijando la mirada en Bouscarés dijo de pronto:

—¿Cuánto por evitarla?

El meridional cambió de actitud y se puso preocupado y frio.

—Como usted comprenderá, yo no sé lo que habrá que ofrecer......

—No ofrezco nada. Deseo saber, por curiosidad, las exigencias que pudieran producirse.

Bouscarés no respondió á la pregunta de Eliphas, como es regla primordial de estos tratos, y habló de otra cosa.

—El unico medio de impedir un desenlace trágico, sería alejar á Ravet con su novia...... Ellos se casarían en el extranjero, si querían...... Pero lo importante es desembarazarse de ellos...... Le aseguro á usted que Ravet es capaz de hacer una que sea sonada...... Está herido en su amor y en su ojo, es decir, en su vanidad, ¡él! ¡Ravet! ¡el terror del *boulevard* Ornano!......

—Yo creía que era obrero...... ¿Se trata, pues, de un ratero nocturno?

(*Continuará.*)

La leyenda de la Capita Azul del Amor.

I

Nació la hermosa niña de cabellos rojos en una mañana de Diciembre, cuando la nieve caía lenta y virginal. Hubo en el aire señales ciertas que anunciaron la misión de amor que venía á cumplir: brilló el sol, irisando la blanca nieve; aspiróse en el ambiente el aroma de las lilas y resonó el canto de los pájaros como en plena primavera.

Vió el día en el fondo de un chiribitil, por humildad sin duda, para mostrar que sólo deseaba las riquezas del corazón. Tuvo por familia á la humanidad entera: sus brazos eran bastante largos para estrechar al mundo. Llegada la edad del amor, abandonó la sombra donde se recogía, y echó á andar por los caminos, buscando hambrientos, á quienes dejaba ahitos con sus miradas.

Era una niña alta y fuerte, de ojos negros, de boca bermeja. Su carne, de una palidez mate y cubierta de ligero bello, semejaba blanco terciopelo. Al andar, balanceaba su cuerpo con blando ritmo.

Cuando dejó la paja en que naciera, comprendió que debía vestirse de blondas y de seda. Tenía como único patrimonio sus dientes blancos y sus mejillas de color de rosa. Pronto encontró collares de perlas, blancos como sus dientes, basquiñas de color de rosa como sus mejillas.

Ya equipada, ¡qué gozo era el encontrarla en las sendas, en las claras mañanas del mes de Mayo! Su corazón y sus labios estaban abiertos á todos los transeuntes. Si veía á algún mendigo á la orilla del camino, le interrogaba con una sonrisa. Si se quejaba de los ardores de las fiebres ásperas del corazón, su boca le daba una limosna, y en el acto aliviaba la miseria del mendigo.

Así es que la conocían todos los pobres de la parroquia, y se apiñaban á su puerta, esperando el reparto. Ella bajaba por mañana y tarde, como una Hermana de la Caridad, distribuyendo sus tesoros de ternura, dando á cada uno su ración.

Era buena y tierna como el pan blanco. Los pobres de la parroquia la bautizaron con el sobrenombre de *Capita azul del amor.*

II

Por aquel entonces asoló la comarca una epidemia espantosa. Todos los jóvenes fueron atacados y muchos de ellos murieron.

Los síntomas del mal eran terribles: El corazón cesaba de latir, la cabeza se despoblaba de ideas, el moribundo se embrutecía. Los jóvenes, semejantes á ridículos maniquíes, se paseaban con el sarcasmo en los labios, comprando corazones en la féria, como los niños compran caramelos. Cuando el azote hería á algún buen mozo, traducíase en negra tristeza, en mortal desesperación. Los artistas lloraban de impotencia delante de sus obras; los amantes, no pudiendo saciar sus ansias, se tiraban de cabeza al río.

No hay para qué decir que la hermosa niña tuvo ocasión de distinguirse en circunstancias tan graves. Estableció ambulancias: volaba al lado de los enfermos, se multiplicaba, cerraba las heridas con sus labios, daba gracias al cielo por la buena ocasión que la había deparado.

Fué una verdadera Providencia para los pobres. Salvó á muchos. Si de algunos no pudo sanar el corazón, es porque ya no lo tenían. Su tratamiento era sencillo. Acariciaba á los enfermos con sus manos milagrosas, les hacía entrar en calor con su tibio aliento. Nunca pedía recompensa. Se arruinaba sin pena: su caridad era inagotable. Así, los avaros de la época meneaban la cabeza al ver que la joven pródiga derrochaba de aquel modo los tesoros de sus gracias. Se decían unos á otros:

—Morirá en un rincón: da la sangre de sus venas sin pesar nunca las gotas.

III

Un día, en efecto, al registrar su corazón, lo encontró vacío. Se estremeció de terror: no le quedaban más que algunos céntimos de ternura, y la epidemia seguía azotando.

La niña se indignó; no pensaba en la inmensa fortuna que había disipado locamente: el punzante aguijón de su caridad era cada vez más vivo, aumentando el horror de su miseria. ¡Era tan dulce ir en busca de los mendigos en las claras mañanas de sol! ¡Era tan dulce amar y ser amada! Y ahora debía ocultar se en la sombra, esperando á su vez la limosna, que acaso nadie le daría.

Por un instante pensó cuerdamente en guardar como una reliquia los pocos céntimos que le quedaban é irlos gastando con gran prudencia. Pero le entró tal frío en su aislamiento, que se lanzó al campo para calentarse al sol. En el camino, en la primera encrucijada, encontró á un joven, cuyo corazón se moría de inanición. Ante semejante espectáculo despertóse su ardiente caridad. No podía negar su miseria. Y, radiante de bondad, más llena de abnegación que nunca, puso el resto de su corazón en sus labios, se inclinó dulcemente, dió un beso al joven y le dijo:

—Ten, he aquí mi última moneda. Devuélvemela.

IV

El joven se la devolvió.

Aquella misma tarde envió á sus pobres una carta de despedida, manifestándoles que se veía obligada á suspender sus limosnas. Le quedaba á la querida niña precisamente lo necesario para vivir en honrada medianía con el último hambriento á quien había socorrido.

La leyenda de la *Capita Azul del Amor* carece de moral.

E. Zola.

¡VIVA EL REY!

—¿Cuánto tiempo hace que estáis casado, Vilville?

—Hace seis meses, señor duque.

En el monte de la Trinidad, donde estaba emplazada la caballería, el duque de Grammont departía familiarmente con el capitán Vilville.

Era la mañana de Fontenoy.

Alzábase el sol sobre el bosque de Berry.

Mr. Grammont, dijo:

—Guardaos, querido Vilville, de que vuestra esposa enviude á los seis meses de casada.

El duque sabía perfectamente que su interlocutor estaba enamoradísimo de su consorte, la señora de Mallieres.

Los preceptores del rey, los ministros y la gente de iglesia, habían favorecido este matrimonio, inspirado por un amor tan puro como sincero.

El rey había dado de su peculio particular una dote importante á la recién casada.

Con estos antecedentes, nada tiene de extraño que el capitán contestase la advertencia del duque, diciendo:

—Señor duque, soy de Dios antes que del rey; pero soy antes del rey que de mis amores.

Tenía aun en sus labios fresco el último beso que le dió su esposa al partir á la guerra: había pasado la noche en sus brazos y la pobre esperaba con ansiedad el término de la batalla, para enviar á su esposo la cruz de San Luis, que el rey le había prometido.

La acción estaba próxima y las tropas del rey esperaban formadas en línea de ataque, apoyadas sus alas en Escaut.

Todas las posiciones estaban tomadas por la artillería y los soldados iban á batirse en breve.

—Me parece—dijo el duque después de un rato de silencio, durante el cual estuvo observando al enemigo—que el anciano Koenigseck pretende acercarse á Cumberland; pero no estoy seguro de que mi tío, el de Noailles, note el movimiento. Tomad el mando por un instante, puesto que voy á advertírselo.

El duque metió espuelas á su caballo y Vilville le siguió con la mirada, viéndole aproximarse al General, hablar algunos minutos con él y después abrazarle con efusión.

Pero cuando el duque regresaba al trote un cañonazo surgió de las líneas enemigas. Una vez disipado el humo pudo ver Vilville que el duque yacía en tierra, mientras su caballo corría espantado por la llanura.

—Pues señor—dijo el capitán sorprendido por tan inesperado accidente—ahora estoy ya en días de ganarme la cruz.

Sabía que el duque de Grammont había querido librarse de la acometida de Det Tingen y sospechaba que su valor no sobrepujaba á sus presunciones.

Hacia el medio día, Vilville llegó á suponer que el General le tenía olvidado con toda su caballería.

Koenigseck y Cumberland habían reconcentrado sus fuerzas, y tanto los ingleses como los alemanes formaban una densa masa que parecía enfocar el centro del ejército real.

Llevando á cuestas los cañones franquearon el barranco que les separaba del enemigo, y de este modo evitaron el fuego cruzado de Fontenoy y de Berry.

Las compañías enteras caían muertas á izquierda y á derecha, pero la columna no retrocedía.

Sus cañones puestos en batería, amenazaban los muros de Fontenoy. Pasada la mañana, Vilville recibió la orden de cargar con su caballería contra los cañones enemigos para hacerles abandonar sus posiciones.

Vilville arengó á sus soldados al grito de "¡Viva el rey!" El conde de Chavannes y el duque de Biron habían recibido la misma orden y partieron á la vez, deteniéndose a cincuenta pasos del enemigo, que hizo alto al divisarlos.

Como era necesario que una palabra pusiese término á aquella situación, lord Hay, capitán de la caballería inglesa, gritó:

¡Soldados franceses, disparad cuando gustéis!

—Disparad antes vosotros—contestó el subteniente Anteroche.

Vilville, que estaba al lado de su jefe, vió cómo los soldados enemigos preparaban sus fusiles para hacer un fuego certero y previendo que estaba cercana la descarga, se puso á pensar instintivamente en su esposa.

De pronto gritó:

—¡Viva el rey!

A esta voz—dada involuntariamente por Vilville al abandonar sus meditaciones cayó al suelo la primera fila de la caballería francesa, víctima del fuego de los adversarios.

—¡Viva el rey!—repitió el valeroso capitán esta vez, con convencimiento de lo que hacía—y pálido de coraje lanzóse con los suyos sobre el contrario.

Cuatro horas después, hallábase Vilville ante la litera del General Saxe, el cual, á pesar de sus graves heridas, seguía mandando mientras los médicos le curaban.

—Capitán Vilville—dijo el General—¿cuántos hombres nos quedan?

—Once.

—Entonces estáis en libertad. Id á presentaros al rey de mi parte, y decidle que la jornada ha sido nuestra; pero que no se olvide de enviarme los ocho mil coraceros que le custodian. Le encontraréis en un molino, á las puertas de Fontenoy, donde le ha visto Anché hace una hora.

El rey había abandonado Fontenoy en el momento en que los cañones de Cumberland comenzaban á batir la plaza, arrastrando en su retirada el enorme tren de cocina y de equipaje que le seguía en la campaña.

Entre tanto, esperaba el resultado de la lucha á una media hora del campo de batalla, rodeado de artillería y resguardado por un puente que le permitía refugiarse en Enaut, en caso de una derrota.

Vilville no necesitó consultar á Aché cuál era el camino más corto para ir al molino, porque la noche anterior había acampado en aquel sitio.

Montado á caballo, franqueaba los barrancos y las alturas, y pasaba por encima de los muertos y de los moribundos.

De repente se presentó ante sus ojos la silueta del molino.

Vilville galopó hacia ella. Una patrulla de soldados le salió al encuentro, y pocos pasos después unos cuantos camaradas, ansiosos de noticias, le detuvieron; pero él contestó:

—¡Servicio del rey!

Y siguió su camino apresuradamente.

Los suizos que montaban la guardia en la escalera creyeron que era un oficial de servicio y le abrieron paso saludándole.

¡Qué gozo sentía el capitán al hollar aquellos recintos! Quería entrar inmediatamente en el cuarto del rey y llamó á la puerta de la cámara real.

—Señor—dijo—es un mensajero del General Saxe.

Abrióse inmediatamente la puerta, y...... ¡oh, estupor! vió á su esposa al lado del monarca.

No, no se había engañado.

Era ella, ella, la señora de Mallieres, su propia mujer.

La sorpresa no daba lugar á duda, y menos la turbación de la infiel.

Descubrióse entonces el capitán y dijo con temblorosa voz:

—Señor, el General Saxe me ha hecho portador de la noticia de la victoria de vuestras armas, y al mismo tiempo ruega á vuestra majestad que le envíe los refuerzos que tenéis á vuestro servicio, para emprender con ellos la persecución del enemigo.

Terminada su misión, empuñó la pistola que llevaba al cinto, levantóla hacia la sien, disparó y cayó en tierra gritando:

—¡Viva el rey!

Hugues le Roux.

RISAS

Ríe que ríe; la rosa
En el capullo plegada,
Se asoma leve, riendo
Por el botón de esmeralda.
Ríe que ríe; en el lirio
Vierte la risa sus gracias,
Y de la flor las despliega
Sobre la copa morada.
Ríe que ríe; en el vivo
Clavel de encendidas llamas,
Revienta alegre la risa
En explosiones de grana.
Ríe que ríe; y mirando
Bogar á dos por las aguas......
Suelta su risa á torrentes
La boca de la granada.

Rubén Darío.

Pues que tanto te admira
el saber de los viejos,
voy á darte el mejor de los consejos:
cree sólo esta verdad: «Todo es mentira.»

—

Es mi fe tan cumplida
que adoro á Dios, aunque me dió la vida.

Campoamor.

ALBORADA.

Buscando en mi pesar algún reposo,
Avanzaba inconsciente. Amanecía
Y á un templo penetré; bajo la fría
Y ancha nave quedéme silencioso.
Exangüe el Cristo, en su actitud grandioso,
Revelaba el dolor de su agonía,
Y del madero al pie la Madre hacía
Más patético el cuadro y doloroso.
Ante aquella infinita desventura,
En mi mente surgieron del olvido
Mis creencias más santas y sencillas;
En hondo sentimiento de ternura
Trocóse mi aflicción y conmovido
Caí, como en mi infancia, de rodillas.

José María Ochoa.

Diciembre de 1896.

EN LA SOMBRA.

Germina entre este capuz
el verso, y sale después
como de un vidrio al través
saliera un rayo de luz......
clávenme sobre una cruz,
si rehusan la palestra,
y así en la canción siniestra
que escribo hoy potente y bravo,
punto final será el clavo
que me sujete la diestra!
Querer decir de redondo
lo que en mi dolor se fragua
es así como echar agua
dentro de un tonel sin fondo......
el dolor cuanto más hondo
menos en palabras fluye.........
el suplicio no concluye
por más que Tántalo brega:
¡el agua, que nunca llega!
¡el fruto, que siempre hüye!
¡Oh Insulto: no te levantes......
¡oh Estrofa, sigue dormida.........
¡la Suerte no se intimida
con signos amenazantes!
ya amenazas no; porque antes
que se funda el nuevo cuño,
se cicatrice el rasguño
y vuelva el dardo al carcax,
¡llegará á cansarse Ayax
de tener cerrado el puño!.........

José S. Chocano.

MEDALLON.

¡Oh poetas! ¡oh artistas geniales
Que vivís persiguiendo ideales!
¡Oh pinceles! ¡oh lira! ¡oh buriles!
Que en el mármol, el lienzo y la rima
Vuestro mágico númen imprima
Sus correctos y puros perfiles.
Modelad sus profusos cabellos,
Aureola de brunos destellos
Que su rostro eucarístico baña;
Y sus ojos de brillo de luna,
Astros negros que vela importuna
Con su sombra la riza pestaña.
Es un cáliz intacto su boca,
Roja y húmeda flor que provoca
A los besos, su cuello un pistilo
De azucena, y en nieve escultada
Su perfecta nariz delicada
Causa celo á la Venus de Milo.
En su frente de griega escultura
Puso el lirio su tersa blancura,
Sus megillas pintó la camelia,
Y en su tierna morada radía
El pudor virginal de María
Y la dulce tristeza de Ofelia.
Dibujad esa curva elegante
Que traviesa, fugaz y ondulante
Acaricia sus hombros de seda,
Que sus brazos de nácar circuye
Y como una culebra que huye
En su leve cintura se enreda.
Es su pie de condesa andaluza,
Y su mano patricia que cruza
Con capricho una red azulina,
Mano aérea de Espíritu, pura,
No la iguala el armiño en blancura,
Ni la tuvo Ana de Austria más fina.
Cuando se abre su boca sonriente,
Blancas perlas del más puro Oriente
Luce en toda su limpia belleza,
Y cuando anda radiante y airosa,
Como un pavo real, orgullosa,
Va moviendo la altiva cabeza.
¡Oh pincel, en la mágica tela
Su hermosura divina cincela
Con tus toques y tonos más claros!
¡Que la mire el absorto universo
Escultada en el mármol del verso
Y cantada en estrofas de Paros!

E. Rebolledo.

Diciembre de 96.

EL TELESCOPIO.

El alma iba peregrina por los caminos de la vida.

Abrió los ojos y se halló sin patria; abandonada á las orillas del mundo—proscrita de un hogar ignorado,—expósita llena de gemidos que se agita en la sombra y tiende los brazos á lo desconocido.

La esperanza le dijo en secreto no sé qué palabras misteriosas, que así parecían murmurios de la brisa como reflejos de la aurora: y levantando su mirada á lo más alto de los cielos, el alma iba peregrina por los caminos de la vida.

Buscaba á Dios.

Subió á la cumbre de las grandezas humanas, y gimió, porque allí no había sino vanidad y vacío.

Trepó con paso trabajoso y cansado á la cima altísima de la gloria, y suspiró, porque era sombra.

Ascendió á las alturas de la riqueza y el deleite, y desfalleció, porque todo fué mentira que pasa, ó ficción de espíritu que queda.

Y andaba triste y peregrina por los caminos de la vida.

Detrás el vacío: á su frente lo infinito.

Un genio cruzó la vida. Hondísima arruga surcaba su frente, quebrado el brillo de sus ojos y pálido el semblante.

Su mirada como lamento: su voz como sollozo. Y la habló:

—Buscas á Dios?

—Está muy lejos.

—Quieres verlo? Sólo yo puedo dar á tus ojos la lente maravillosa que aleja las sombras y acerca el infinito. Hazme tu compañero y amigo.

El genio tomó una lágrima de sus párpados amortecidos y la puso en sus pupilas...............

El alma, trémula, palpitante y reverente, cae de improviso arrodillada................

Sólo detrás de una lágrima se ve á Dios.

Eduardo Calcaño.

DESPIERTA!

A GLIFFNEH.

Despierta, niña! Con afán, tu dueño,
Busca anhelante tu beldad que adora:
¿Por qué reposas en tranquilo sueño
Si está incitando á despertar la aurora?

Lluvia de perlas derramó el rocío
En el bello floral de la campiña.........
Todo respira "amor," y el pecho mío
Te convida á gozar: despierta, niña!

Eduardo Melo y Andrade.

Diciembre de 1896.

Romanza.

PARA NINON

Si entre la bruma de los ensueños
Surge tu imagen y mi alma ve
Lucir tus grandes ojos risueños,
Albear tu cutis de rosa thé,
A un sol ardiente,—tus rizos de oro,—
Las aves blancas de mi ilusión
Tienden las alas y en raudo coro
Van murmurando: Ninon, Ninon.

Si te contemplo, si tu mirada
Como un efluvio crepuscular,
Baña con tibia luz de alborada
De mis tristezas el hondo mar,
Las mensajeras de mi ventura,
—Aves azules de mi pasión,—
Mientras se rasga la noche obscura
Van repitiendo: Ninon, Ninon.

Cuando te alejas la sombra avanza
Y un sol muy débil se ve lucir,
El astro limpio de mi esperanza
Que en la tiniebla se va ya á hundir;
Pero aunque lejos de tu belleza,
Allá en el fondo del corazón,
Las aves negras de mi tristeza
Dicen muy quedo: Ninon, Ninon.........

F. M. de Olaguíbel.

Diciembre de 1896.

DE HEINE.

¡Están emponzoñadas mis canciones!
¿No lo han de estar, mi amor?
Tú mataste mis dulces ilusiones
con tósigo traidor.

*

¡Mis canciones están emponzoñadas!......
¿No lo han de estar, mi bien?
Llevo en el alma sierpes enroscadas;
te llevo á tí también.

Teodoro Llorente.

La amo poco, es verdad. Mi alma rendida,
¿á quién dirás que adora?
A la muerte, la sola poseedora
de todos los descansos de la vida.

Campoamor.

BELTRAN Hermanos, ELABORADORES. — F. A. BELTRAN, GERENTE GENERAL.

ESPECIFICO Antivenéreo de Beltran.

CON LICENCIA DEL SUPREMO GOBIERNO,

Concedida en Mayo de 1892.

NO CONTIENE MERCURIO NI YODURO

El que subscribe, profesor en *Farmacia de la Escuela de Medicina de México*

Certifica: que habiendo analizado el

"ESPECIFICO ANTIVENEREO DE BELTRAN"

no ha encontrado en él ninguna substancia nociva al organismo, ni minerales de ninguna especie; su composición es puramente vegetal y las plantas de que está compuesto son todas muy saludables y muy apropiadas para la curación de las enfermedades de la sangre.

A pedimento de los *Sres. Beltrán Hermanos*, doy el presente en México, á 25 de Enero de 1894.

Eugenio L. Toussaint.

DESPACHO PARA VENTAS POR MENOR, 2ª DEL RELOJ, NUMERO 8, BAJOS.

PURIFICADOR DE LA ¡SANGRE!

EL MAS EFICAZ

Que se conoce en la República.

56 AÑOS DE EXITO.

Esta medicina, además de ser infalible para curar cualquiera enfermedad que tenga por causa la impureza de la sangre, ya sea heredada ó contraída, y especialmente las úlceras inveteradas, tiene la ventaja de no sujetar al paciente á un régimen severo, ni le impide dedicarse á sus ocupaciones; pudiendo, además, hacerse la curación en absoluta reserva aun de la persona más allegada. Su eficacia y méritos no necesitan encomiarse, pues su uso constante durante más de medio siglo y su venta cada año mayor, son claras manifestaciones de los excelentes resultados que se han obtenido de ella; recomendación indudablemente superior á cualquiera otra.—BELTRÁN HERMANOS.

DEPOSITO: Chavarria 19. Apartado número 157.

MEXICO

CONSEJO DE ADMINISTRACION

Presidente, H. R. NICKERSON. Vice Presidente, PASTOR DE CELIS. Director General, EDO. W. BROWN. Vocal, A. PEYTON.

CONSEJO DE VIGILANCIA

F. B. MCKERCHER. F. R. GERNSEY. WESLEY BRADLEY.

SOCIEDAD NACIONAL COOPERATIVA

De Ahorros y Construcción de Casas,

ORGANIZADA CONFORME A LAS LEYES DE MEXICO

—Capital subscrito $ 150,000.00—

Se reciben exhibiciones de $ 1.80 á $ 300.00 mensuales.

Exhibición mensual de $	1.80	valor efectivo al fin de 95 meses $	300.00
» » » »	6.00	» » » » » » »	1,000.00
» » » »	30.00	» » » » » » »	5,000.00
» » » »	60.00	» » » » » » »	10,000.00
» » » »	300.00	» » » » » » »	50,000.00

Se venden acciones al contado á $ 50.00 cada una, cuyo valor efectivo después de 95 meses es de $ 100.00.
Acciones de venta. Se solicitan agentes.

Dirigirse á EDO. W. BROWN, Director General. Oficina, Banco Hipotecario Núm. 5.

LA CERVEZA FERRUGINA,

RECONSTITUYENTE, EXQUISITA Y DIGESTIVA.

Se recomienda á los anémicos, á las jóvenes cloróticas, y á las personas debilitadas por una prolongada permanencia en las regiones cálidas y malsanas.

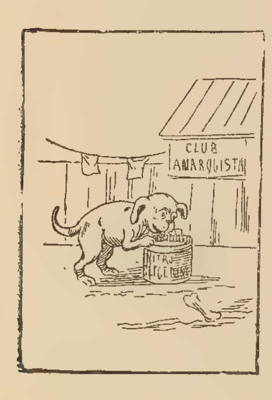
De venta en casa de los Sres. E. Dutour y Comp., Agentes Generales; en el establecimiento de la Sra. Viuda de Geniny Comp., 2ª de Plateros número 3, y en todos los principales establecimientos.

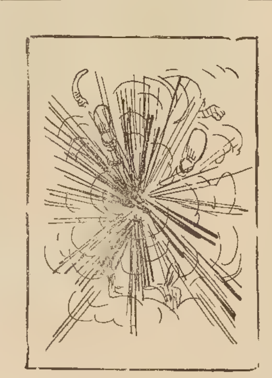
AVISO

Madame Ana Chesneau, Sucesora de Mme. Clara Toussaint, de la calle de Plateros número 4, México, tiene la honra de participar á su numerosa clientela que ha trasladado su salón de Modas para vestidos, á la calle de Santa Isabel Nº 10, adonde recibe órdenes.

CORTES ELEGANTES Y DE ULTIMA MODA.

Especialidad en trajes para novias.





Nuestro folletín.

NUMERO DE NAVIDAD

No olvidamos la promesa contraída con nuestros lectores, de darles el folletín que hemos acostumbrado. La circunstancia de estar ensayando nuevos métodos de impresión nos han impedido ofrecérselos tan pronto como hubiéramos deseado; pero EL MUNDO cumple siempre sus promesas y uno de nuestros próximos números llevará «el primer abono» de la deuda.

Llamamos también la atención de nuestros favorecedores sobre *el número extraordinario de Navidad*, que preparamos, con grandes novedades.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 20 DE DICIEMBRE DE 1896. — NUMERO 25

—¡Noche Buena, papaito!

Dibujo de J. M. Villasana.

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.
Números sueltos, 50 centavos.
Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

NAVIDAD.

¡Oh recuerdos hermosos de los benditos tiempos de mi infancia! ¡oh ilusiones risueñas de mis floridos años!

Llegáis á mi memoria como bandadas de palomas blancas con la magia de vuestros arrullos, como mariposas de luz que traen en sus alas intangibles el polvillo de oro del encanto. Llegáis como enviados del hada de los sueños castos, y á vuestro poder hechiceresco se desentumece mi alma, siente hálitos de primavera, escucha rumor de besos y estremecimientos de frondas; percibe carcajadas alegres de niños y aleteos tiernos de aves; y ya no es el invierno que mata los gérmenes y agota los manantiales lo que reina en derredor mío, sino la juventud del año, la eterna juventud, palpitante de amor y de vida, en la flor, en el nido y en el hombre.

***

La noche de Navidad en los hogares cristianos es siempre origen de encantos místicos y de sanas alegrías.

Entre nosotros, donde el aterido invierno apenas pasa rozando con sus alas las altas cumbres del Popocatepetl y el Ixtacihuatl, y las cubre con manto de nieve que desciende desde su frente sumergida en la región de los hielos eternos; entre nosotros donde la naturaleza prosigue sin descanso su obra creadora, apenas sujeta á los letargos solsticiales de las noches interminables, no tenemos ese contraste de vida y muerte que ofrecen las estaciones en los países del Norte.

Por eso adivinamos el encanto, pero no sentimos ni podemos comprender la belleza de las leyendas septentrionales.

Crecidos al amparo de un clima que todo el año engalana los campos, y hace correr presurosa la sangre en las arterias, como hace brotar flores de todas las simientes, no acertamos á alcanzar toda la poesía que encierra el cuadro de un *niño*, nacido en humilde pesebre, necesitando para calentarse del vaho de las bestias, para no morir aterido por las ráfagas heladas que avientan las pobres aristas de su cuna miserable.

***

Mas si no llegamos á la concepción mística de la fiesta cristiana, si no tiene para nosotros todos sus encantos, porque la naturaleza de nuestro suelo tropical nos lo impide, sabemos hacer tal derroche de profanos festejos, que la Navidad es tan alegre y regocijada como en los países del Norte.

Búsquese entre ellos la ceremonia de las *posadas*, y no se encontrará ni en las pompas con que se celebra entre las familias opulentas ni en los sencillos goces que son el patrimonio de los desheredados.

El rezo devoto, el canto melancólico con que se pide la posada, la luz amarillenta de los cirios, el aroma picante de las flores tropicales, todo mudo al palpitar violento de los corazones y al soplo de vida, de amor, de juventud, que cruza por entre la concurrencia estremecida, hacen de esta fiesta una de las más características de nuestra sociedad.

Busquen los filósofos la razón de ese consorcio místico profano en nuestra educación religiosa, moderada por el carácter picaresco ó relajada en sus manifestaciones por el latir violento de nuestras arterias que llevan más de un glóbulo de sangre andaluza y morisca.

A nosotros nos basta con sentir esa influencia, y cuando ya cansados en la brega, nos apartamos de esos centros donde la oración devota se interrumpe por el suspiro y el villancico inocente alterna con el epigrama retozón, queremos siquiera, vivir un momento la vida ficticia de los recuerdos.

Pepe.

Diciembre de 1896.

DE "MIS VERSOS INOCENTES."

DOS NAVIDADES.

PARA UNA NINA.

Noche Buena!...... Mira el cielo:
¡Qué horizontes tan azules!
El cristal de las estrellas
Inviolado y limpio luce.
¿Ves, niña mía? La nieve
Brilla y blanquea en las cumbres,
Y como cisnes que surcan
Claras linfas, van las nubes.
Abriste el balcón y esperas
Ver el milagro: que cruce
Por el aire trasparente
La parvada de querubes.
Tu madre te ha dicho: llegan
Esta noche, no lo dudes;
Los envía Dios cargados
De juguetes y de dulces.
Empínate, candorosa,
Y en el hondo espacio hunde,
Sedienta de maravillas,
Tu mirada. ¿Ves las luces
De los cohetes? Semejan
Chispas de invisibles yunques.
Pues bien: allí donde brotan
La alegría se difunde,
Y hay niños buenos que aguardan,
La cita de los querubes.
Mas...... ¿qué viste, virgencita?
¿Qué me señalas que busque?......
Por la calle negra y sola,
Como una aparición fúnebre
Pasa un pilluelo, un mendigo,
No es fantasma, no te asustes.
¡Arrapiezo! ¿qué voceas?
Tal vez ninguno te escuche;
¡Arrapiezo, canta coplas
Que ya vienen los querubes
A dar á los niños buenos
Risas, juguetes y dulces!
Tú no eres bueno, muchacho,
Burbuja de podredumbre;
¿Pero qué sabe esta niña
Del arroyo en que te pudres?
No tienes la culpa; el vicio
Es tu sostén y tu empuje;
Naciste en el fango, y eres
Flor sin matiz ni perfume.

Candorosa, ve á lo alto:
¡Cuánta nieve hay en las cumbres!
¡Cuánta estrella hay en los cielos!
¡Cuánta blancura en las luces!
Siempre arriba, siempre arriba
La virgen mirada hunde;
Arriba está lo que anhelas:
Angeles, sueños y nubes.
Ojalá, que así, tan pura,
El sombrío mundo cruces,
Que allá arriba están amores,
Ideales y virtudes.
No mires la calle negra
Que puede ser que te asustes;
Y mientras alegre aguardas
El cortejo de querubes
Que ha de surcar el espacio
En sus esquifes azules
Cargados de luz, de lirios,
De juguetes y de dulces,
Yo, que llevo en las espaldas
Mi fardo de pesadumbres,
Yo, el desterrado del sueño,
Sin fe, sin amor, sin numen,
Pienso en muchas cosas tristes,
En lo que odia, en lo que sufre;
Pienso en los niños sin madre,
Y en los hogares sin lumbre.......

Luis G. Urbina.

Diciembre de 1896.

La Noche Mala del Diablo.

Pues señor, el Diablo es malísimo y además muy envidioso.

Por envidia, más que por orgullo, le pasó lo que le pasó.

No le bastaban los resplandores de su noble frente: envidiaba la corona de estrellas de su Dios, y la envidia le secó los rayos luminosos del argentado nimbo, y encontróse con aquellos áridos cuernos que por toda una eternidad habían de agarrarse al endemoniado cráneo.

No le bastaban las dos hermosas alas blancas, que como dosel de plumas se elevaban sobre sus hombros; quiso alas de oro y las acercó al aureo foco, con lo cual las sacó hechas carbón, y tendrá alas negras para volar entre las sombras por los siglos de los siglos.

No le bastaba su cielo, quiso subir á cielos más altos, y el espacio se le puso de reves, de manera que cuando creía subir á la última esfera, encontróse el pobre diablo cayendo por el último abismo.

No le bastaba su angélica grandeza y quiso crecer más, crecer mucho, crecer desmesuradamente, llenarlo todo, tropezar con su Dios y empujarlo hacia la nada: esfuerzo impotente y ridículo; lo único que se dilató de todo su sér fué la columna vertebral convertida en rabo de mono.

Y desde entonces anda el mísero por abismos sin fondo, con sus cuernos, sus alas negras, su grotesco rabo, y sus ojos biliosos y recomidos por la envidia.

Todo lo envidia el amor, el bien, la alegría, pero sobre todo lo que le pone más verde de costumbre, las uñas, los dientes y los ojos, es la *Noche Buena*.

¡Oh! Esa noche de regocijo, esa noche de los niños y de los viejos, de pastorcillos, de zaga as y de reyes magos, de rabeles y panderetas, de ramas de pino y nacimientos de cartón; ¡oh! esa noche, es noche de torturas in fin y sin nombre para el diablo! Aun en las mismas negruras infernales, esa *Noche Buena* es para Luzbel otra mayor negrura.

De modo que se recome de envidia y se chapusa frenético en la desesperación.

Si asoma la cabeza por una grieta del infierno, y ve la nieve que por lo regular en el mes de Diciembre tiende su manto de helado armiño por la tierra, se acuerda de sus perdidas alas que ya no blanquearán nunca y vuelve las zarpudas manos y arranca á puñados su negro y lustroso plumaje.

Si ve á los niños jugar y á los viejos reir alrededor de unos pedazos de cartón y de unas figurillas de barro y resonar en panderetas y tambores su alegría, la felicidad de aquellos seres le roe las entrañas. ¡Ser felices con tan poco, cuando él, el angel predilecto del Señor, no pudo ser feliz en todo un cielo y gozando de todo un Dios!

Si ve al hijo de María en su pesebre, una desesperación infinita, que es el único infinito de que dispone Luzbel, penetra su sér hasta los tuétanos infernales. El quiso ser grande y se condenó: Dios se hizo pequeño, muy pequeño, del tamaño de un niño y como no podía ya ser otra cosa, fué Salvador, y si hubiera podido ser hubiera sido más grande que nunca.

Y al llegar á este punto dice la leyenda cristiana de donde saco este cuento, si no es que lo he soñado, que Luzbel tuvo una idea.

No, lo que es ideas, y sobre todo ideas diabólicas, no le hacen falta al diablo.

Su idea de siempre: *igualarse á su Dios.*

Luzbel, ya que no podía tener su *Noche Buena* quiso tener su *Noche mala*, no la noche de Dios, sino la noche del diablo: su nacimiento, sus pastores, sus reyes: todo como el nacimiento de la noche buena, pero todo *rematadamente malo.*

Así es siempre la envidia: siempre carece de originalidad: siempre cae ó en la insulsa imitación ó en la grotesca parodia. ¡Luzbel parodiando á su Dios con navidades del infierno!

Lo pensó y lo puso por obra: es decir, quiso ponerlo por obra. ¡Pero qué dificultades!

Lo primero era unirse por conjunción misteriosa con otro sér para dar vida humana al *niño diablo.*

Y ¿quién había de ser la madre? Era preciso que en el ser escogido todo fuese sombra, todo impureza, todo pecado, todo corrupción. Si en él había un solo punto de luz, destello de ternura; si en el proyectaba el bien el más tenue rayo, la empresa diabólica era un fiasco estupendo, porque el niño-diablo resultaba indigno de su padre y con levadura de amor.

Y Luzbel se echó por el mundo á buscar alguna mujer, alguna fiera, algún pedazo de tierra, algún sér totalmente perverso, en el que pudiera depositar como gérmen, la mayor negrura de su infernal espíritu.

¡Quién pudiera cantar la diablesca odisea!

A las mujeres renunció bien pronto: ser débil, ser que llora, cada lágrima es un peligro de redención.

Las fieras con sus garras, sus dientes, su venenosa saliva, sus repliegues estranguladores y sus egoistas voracidades, le infundieron cierta esperanza, bien presto desvanecida. Tienen amores y luego se encariñan con sus hijos. ¿Qué puede esperarse, es decir, qué puede esperar el Diablo de un ser que ama y que se encariña, que defiende á otro ser y que por él se sacrifica? Por brutal que ese amor sea, por muy poco que dure ese cariño, esa chispa fugaz de amor puede convertirse en incendio universal.

Vió Luzbel en un peñón á la orilla del Océano á una foca muy grande con su hijuelo al lado. ¡Qué fea era con su cabeza de gato, sus bigotes erizados, sus colmillos salientes y caídos, prolongación del idiotismo de su cabeza, su cuerpo abultado, negro y lustroso, toda ella vientre, y vientre sin igual para un hijo del Diablo!

«No, pues ahí dentro no estaría yo del todo mal»—pensó el imbécil, y se quedó observando.

La foca quería echar á su hijuelo al agua y lo empujaba torpemente, pero suavemente, con todo el mimo de que una foca es capaz. Y la foquilla traviesa, unas veces le mordía en el hocico *á la mamá* y otras veces escapaba escurriéndose. Y vuelta á empezar su tarea la foca grande con inagotable paciencia maternal.

De este modo pasaba una hora y otra hora, sin que la foca chapuzase á su hijuelo, pero sin incomodarse con las diabluras de aquel feísimo jirón de sus repugnantes entrañas.

Entre aquellos dos cuerpos negros, lustrosos, con cráneos de idiota feroz pegado á dos sacos grasientos, circulaba no sé qué misteriosa corriente de ternura bestial.

Aquellas, que ni eran aletas ni brazos, hubieran abrazado si hubieran podido.

La esencia sublime del amor, un átomo al menos, penetraba como diminuta corriente de divino fuego por las capas aceitosas de los grotescos monstruos.

El Diablo apartó la vista con enojo, y se fué frenético á buscar por el mundo un pedazo en toda la creación en que el amor no palpitase.

¡Imposible! ¡Qué torturas sufrió! ¡Las del infierno eran goces celestiales!

Cae en los surcos de uno y otro campo y siente que la madre tierra se filtra amorosa en la semilla con juegos de vida. Quiere huir, roza unas flores, y el viento le sacude al rostro el fecundo y caliente polen del misterioso cáliz, levantándole ampolla de quemadura cada granillo, como si le hubieren rociado con un surtidor de chispas de abrasado horno. Se mete ciego por la arboleda, y se detiene en ella encogido de horror y lamiéndose la cara que le escuece como un demonio. Descanso peligroso, porque dos ruiseñores se posan en un cuerno, y mandándose suspiros, lamentos y requiebros, ciñen la cabeza del diablo con guirnaldas de trinos y quejas y esperanzas de amor.

Se sacude, arranca y escapa, y se hunde en el mar.

¡Pobre diablo! ¡Si el mar fué el primer semillero de la vida! ¡Adónde va!

La vida es amor y hundirse en las solobres aguas, eternamente cuajadas de vida, es como hundirse en una inmensa pila de agua bendita, de donde diariamente parece que brotan las estrellas como burbujas de luz y que todos los ocasos envuelven en incendios de belleza.

No, en el mar no encuentra lo que busca, que por todo el cuerpo le cosquillean átomos de vida y le chamuscan futuros besos. ¡Fuera! ¡fuera!

Y ya es de noche y para secarse, como perro que acababa de salir del agua, se revuelca sobre la tierra y sobre las losas de un cementerio. ¡Ay qué estupidez! el cementerio está lleno de cruces y contra todos tropieza, y todas le hieren, que no parece sino que aquellos leños santos á golpes arrojan al potrervo del sagrado lugar.

Y escapa por los aires trazando círculos inmensos en vértigo infinito. Pero allí también le persiguen las alegrías de la *Noche Buena*, que desprendidas de la tierra como incienso de un pebetero, suben por el espacio. Ya es el grito agudo y regocijado que le taladra los oídos; ya los palillos de un tambor que le redoblan la magullada piel, ya un pastor fantástico que le frota un cuerno como carrizo de zambomba, llenándole el infernal cráneo de roncos estremecimientos; ya son los tres reyes magos que vienen volando por entre las nubes y se le montan sobre el rabo espoleando con espuelas de hielos la peluda cabalgadura; ya es la campana que llama á misa á todos menos á Luzbel, y cuyas ondas vibrantes llegaban al diablo y en él rompen como la corriente del río en tejamar diabólico y de él se alejan diciendo muy por lo bajo: «á todos, á todos; menos á tí.»

Y Luzbel con delirio y desesperación como jamás sintió, aulla entre nubarrones: «Yo necesito una noche mala, un nacimiento diabólico, un niño diablo y una madre para mi hijo.»

Y los espacios le contestan con voz triste y misteriosa, ancha como la inmensidad, tenue como luz de estrella: «pero desdichado, huyes del amor y pides *una madre!* ¿No ves que pides el mayor de los amores?»

«Es verdad,» dijo Luzbel. Y se envolvió la cabeza en las alas y hecho una pelota de pluma negra y erizada se dejó caer en el abismo.

Después de todo buscaba Luzbel una *¡Noche mala del Diablo!* y la tuvo; porque mala fué, rematadamente mala para el diablo, la *Noche Buena*.

José Echegaray.

El evangelio de San Perrault.

—Entonces, prosiguió Simoncita, después de haber movido impaciente la rubia cabecita rebosante de ideas, entonces...... No me acuerdo en qué íbamos.

—Ibamos en la parte más interesante del cuento, cuando los tres Marqueses de Carabas fueron, montados en camellos, á visitar al niño Jesús á su establo.

—¡Sí, sí! ¡Cuando los tres Marqueses de Carabas! Pero tengo que volver á empezar.

—Como quieras, Simoncita.

Y entre tanto que el padre jugaba con el buen párroco su partida de ajedrez; que la madre leía y que la ama dormitaba junto á la chimenea, Simoncita, niña de cuatro años no cumplidos, para el gato y para mí, oyente de alma ingenua, y especialmente para el primero que había dejado su puesto en la ceniza del hogar y que había venido al lado de la niña á aprobar con su rum-rum el interesante relato, Simoncita, dijimos, volvió á principiar su pasmosa historia, en la cual mezclaba con infantil fantasía el Evangelio y las consejas de la abuela, los cuento azules de la nodriza y las lecciones del buen cura.

—Mucho frío tenía el niño Jesús dormidito sobre las pajas de su establo, y sin duda hubiera muerto si el asno y el buey no le hubieran participado su calor. ¡Muy pobre se encontraba el niño Jesús!

Pero hé aquí que un hermoso día se oyó un ruido de trompetas y de música. Eran los tres Marqueses de Carabas que llegaban guiados por la estrella. Muy ricos que son los Marqueses de Carabas. Regalaron al niño una lata de mantequilla, una torta, toda clase de tesoros y un lindo sombrero de paño rojo para que se defendiese en el verano de los ardores del sol. El niño Jesús decía: «Cuando sea grande repartiré mis tesoros á los menesterosos, á fin de que no se vuelvan á ver en la tierra niños ni viejos que sufran el frío que yo he sufrido.»

El señor de aquellas comarcas, un ogro llamado Barba-Azul, tuvo celos del niño Jesús, y envió en su persecución hombres malos para que lo mataran. Y entonces María y José montaron al niño Jesús en el asno y se lo llevaron lejos, muy lejos, á las montañas de Egipto, y entonces.

—¿Y entonces?

Al llegar á este punto la señorita Simoncita vaciló. El trabajo de su imaginación y el esfuerzo cerebral se revelaban por el esfuerzo de la mirada y por el fruncimiento del entrecejo. Al fin, después de algunos segundos de esfuerzos, acarició al gato, perfectamente tranquilo, y reanudó así el hilo de su historia:

—María y José habían dejado á la abuela en la aldea á causa de su avanzada edad y de que estaba paralítica. El niño Jesús se detuvo cerca de un arroyo y se llenó los bolsillos de guijarros blancos que fué dejando á lo largo de la ruta. «De ese modo, se decía, hallaré el camino y podré volver á abrazar á mi abuelita.»

Un día en que sus padres dormían y el asno pacía amarrado en un árbol, tomó la lata de mantequilla, la torta, se puso el sombrero rojo y partió.

Después de haber andado mucho, mucho, el niño Jesús encontró en el bosque al compadre lobo, un lobo negro calzado con unas botas, gracias á las cuales cada paso que daba correspondía á siete leguas de camino.—¿Adónde vas, niño Jesús, con ese lindo sombrero rojo?—Voy á llevar á mi abuelita esta mantequilla y esta torta; tomé el camino del bosque porque sé que se encuentran en la ruta unos hombres malos enviados por el ogro para matarme.

El lobo quiso devorar al niño Jesús; pero no se atrevió porque le tuvo miedo á un leñador que pasaba armado de su hacha.

La fiera preguntó:—¿Y vive la abuela lejos de este sitio?—Después de aquel molino que se ve allá abajo en la primera casa de la aldea.

El lobo partió y desapareció en seguida, gracias á las botas de siete leguas: el niño Jesús se alegró al verse solo.

A pesar de que tenía hambre no quiso el niño Jesús comerse ni la mantequilla ni la torta, reservadas á la abuela; se satisfizo con las fresas recogidas en el césped y con las moras de los setos. Aquel era un alegre bosque, bello como un parque. Las aves cantaban en todos los árboles; había en él flores, mariposas y lagartos que hacían crujir las secas hojas.

El niño corrió tras las mariposas, hizo ramilletes y pretendió atrapar á los ágiles lagartos.

Vió también al Príncipe Seductor cubierto con su veste color de sol, y á Piel de Burro vestido con su abrigo color de luna. Encontró á las hadas en vía de hacinar sus cargas de ramas secas y jugó mucho, mucho, con los siete dorados hijos del leñador y de la leñadora. El niño Jesús había acabado por olvidarse de la abuela á causa de tanto entretenimiento.

Cuando cayó en la cuenta, anochecía, allende el molino, pasado el puente de la exclusa, la oscuridad era completa.

El niño Jesús apresuró el paso, pero el compadre lobo le había cogido la delantera, y ya estaba instalado en la casa y recogido en el lecho de la abuela.

Tan-tam.—¿Quién es?—Soy yo, el niño Jesús, á quien quieren matar unos hombres perversos y que os traes de parte de los señores Marqueses de Carabas una torta y una lata de mantequilla. Vuelve el picaporte y la puerta.........

Simoncita no concluyó. Como suele suceder á los niños después de un trabajo mental prolongado, la interesante narradora se había adormecido insensiblemente al escuchar su propio cuento.

Volvió á él, con los ojos ya cerrados y continuó como si estuviese sumergida en un vago ensueño:—Vuelve el picaporte y la puerta se abrió. A esta frase siguieron otras incoherentes y seguidas de largas pausas. «Pon la torta en el arcón y ven á acostarte conmigo»...... El niño Jesús se desvistió...... Abuelita, ¡qué grandes tienes los ojos!—Son para verte mejor, hijo mío.—Abuela, ¡qué grandes tienes los ojos!—¡Son para comerte!

—¿Qué es lo que charla esa chicuela? dijo el cura, que acababa de recibir *jaque mate*; ¡cómo que está mezclando, según creo, la historia del Salvador y la de la Caperucita roja!

—Y entonces, replicó valientemente Simoncita, el lobo se arrojó sobre el niño Jesús y se lo comió!

Después de esta conclusión se durmió con los puños cerrados; el gato, de un brinco silencioso volvió á su albergue de cenizas.

Y yo dije al buen párroco:

—Los niños ven con claridad y profetizan ó su modo. ¿Está el señor cura convencido de que efectivamente el lobo no devorara á Jesús? El trajo á la tierra la paz, y los hombres se matan unos á otros. El quiso suprimir la miseria y la miseria sigue reinando. Simoncita tiene razón, señor cura, el lobo devoró al niño Jesús; esa verdad explica muchas cosas.

Paul Arene.

CANTARES DE NAVIDAD.

A mi hermana Adela.

Fragmento.

¡Navidad, noche de ensueños!
¡Navidad, noche sagrada!
Cada uno de tus cantares
Es un pedazo del alma.
Tú llegas, y todo el mundo
Se conmueve, se levanta,
Y es un himno cada acento,
Y un beso cada mirada,
Y cada pecho un nectario
De recuerdos y esperanzas.
¡Navidad! flor del invierno,
Poema cuyas estancias
Conduce de siglo en siglo
El tiempo, mustio, en sus alas:
Tu argumento es la leyenda;
Tu escenario está en las almas,
Y tu poeta es el pueblo,
Que en sus vihuelas te canta!
¡Navidad...... ya son las doce!
Ya te vas...... ya viene el alba!.........
Tal vez ¡ay! cuando regreses
Ya no escuches mi guitarra!

***

En Diciembre muere el bosque;
Y en la llanura abismada
El invierno tembloroso
Esparce lirios de escarcha;
La ciudad con sus palacios
Parece un nido de garzas,
Y las casitas del pueblo
Un puño de rosas blancas.........
Y el sol se aleja......... La tarde
Suelta el cabello de nácar,
Y el espacio es una tienda
Con claveles adornada.
La luna—virgen de hielo—
Se yergue en su azul hamaca;
Y en la sierra crece el frío,
Y en la ciudad...... todo calla!......
Y entonces, como á un conjuro,
Navidad, tú te levantas;
Entretejes tus cabellos
Con heno y flores de Pascua,
Juntas resinas del monte,
Cortas pino en la cañada,
Te ciñes el ténue traje
Formado de verde lama,
Y atravesando graciosa
La llanura solitaria,
Sacudes tu pandereta,
Despedazas tu *piñata*,
Refrescas los corazones
Con el musgo de tus alas,
Y llora el pueblo al oirte,
Y se arrodilla y te canta!.........
¡Navidad! ¡bendita seas!
Reina del invierno, *¡hosanna!*.........
Tal vez, ¡ay! cuando retornes
Ya no escuches mi guitarra!

***

El progreso—dios del siglo—
Con su mano soberana
Tiende rieles en las cumbres,
Tiende alambres en las aguas.
El pensamiento, conquista;
Los fieles dejan el ara,
Y María no halla lirios
De su santuario en las gradas!
Sólo tú sigues viviendo,
Navidad, tú nunca cambias,
Y es que tú nos prestas lumbre
Para la invernal velada,
Es que tú nos traes un beso
De las dichas ya pasadas;
¡Es que tú, torcaz de nieve,
Tienes tu nido en el alma!
¡Navidad!...... ya dió la una!......
Véte ya.. ... tiende tus alas!......
Tal vez, ¡ay! cuando retornes
Ya no escuches mi guitarra!

José M. Bustillos.

México.

IMPORTANTISIMO A LOS LECTORES.

Estamos para concluir el año, y por consiguiente el segundo tomo de *El Mundo;* debemos pues señalar á nuestros numerosos lectores el camino, siempre de progreso, que seguiremos en lo porvenir.

La principal dificultad que no hemos podido vencer del todo en este año, es la de obtener buen papel, y por eso nos hemos visto precisados á dar varios números en papel inferior al que necesita *El Mundo;* pero creemos haber vencido, y seguramente que desde el próximo tomo, el papel será supremo aunque nos cueste un sacrificio.

Debemos á nuestros abonados el cumplimiento de una promesa: el obsequio mensual de una novela. ¡Con cuántas creces vamos á pagarla desde el año entrante!......Hay que leer el anuncio relativo á las novedades que presentaremos el año entrante en el próximo número. Seguros estamos de que nos excederemos en bien de nuestros favorecedores.

El número de hoy, dedicado especialmente á la Navidad, lo consideramos extraordinario, y por eso repartimos un hermoso fotocromo, que hará *pendant*, con otro que obsequiaremos en Enero próximo.

Los dos, en cuadros sencillos, formarán un delicado adorno en el recibidor ó sala de la casa.

PAGINAS DE NAVIDAD

La señorita.

La Noche Buena del poeta.

Hace muchos años (¡como que yo tenía siete!) que, al oscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Ave Marías al toque de Oraciones, me dijo mi padre con voz solemne:

—Pedro: esta noche no te acostarás á la misma hora que las gallinas: ya eres grande, y debes cenar con tus padres y con tus hermanos mayores.—Esta noche es *Noche Buena*.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché tales palabras...

***

¡Dónde está mi niñez?

Paréceme que acabo de contar un sueño.

¡Qué diablo! ¡Ancha es Castilla!

Mi abuela paterna, la que cantó la copla, murió hace ya mucho tiempo.

En cambio mis hermanos se casan y tienen hijos.

El arpa de mi padre rueda entre los muebles viejos, rota y descordada.

Yo no ceno en mi casa hace algunas *Noches Buenas*:

Mi pueblo ha desaparecido en el oceano de mi vida, como islote que se deja atrás el navegante.

Yo no soy ya aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia; de curiosidad y de angustia que penetraba temblando en la existencia.

Yo soy ya...... nada menos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida, y se engríe de su amplia independencia, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, deudas, amores y tratamiento de *usted!!!*

¡Oh! cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma descubierta y templada como un piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes, con aquel rapazuelo que tocaba la zambomba hace quince años en un rincón de Andalucía, sonríome por fuera, y hasta lanzó una carcajada, que considero de buen tono, mientras que mi solitario corazón destila en su lóbrega caverna, procurando que no la vea nadie, una lágrima pura de infinita melancolía........

¡Lágrima santa, que un sello de franqueo lleva al hogar tranquilo donde envejecen mis padres!

***

Conque vamos al negocio; pues, como dicen los muchachos por esas calles de Dios:

> Esta noche es Noche buena
> y no es noche de dormir,
> que está la Virgen de parto
> y á las doce ha de parir.

¿Dónde pasaré la noche?

Afortunadamente, puedo escoger.

Y, si no, veamos.

Estamos á 24 de Diciembre de 1855 en Madrid.

Conocemos por su nombre á los mozos de los cafés.

Tratamos tú por tú á los poetas aplaudidos,—semidioses, por más señas, para los aficionados de lugar.

Visitamos los teatros por dentro, y los actores y los cantantes nos estrechan las manos entre bastidores,

Penetramos en la redacción de los periódicos, y estamos iniciados en la Alquimia que los produce. Hemos visto los dedos de los cajistas tiznados con el plomo de la palabra, y los dedos de los escritores tiznados con la tinta de la idea.

Tenemos entrada en una tribuna del Congreso, crédito en las fondas, tertulias que nos aprecian, sastre que nos soporta. ....

¡Somos felices! Nuestra ambición de adolescente está colmada. Podemos divertirnos mucho esta noche. Hemos tomado la tierra, Madrid es país conquistado. ¡Madrid es nuestra patria! ¡Viva Madrid!

Y vosotros, jóvenes provincianos, que, á la caida de la tarde, en el otoño, solitarios y tristes, sacáis á pasear por el campo vuestros impotentes deseos de venir á la corte; vosotros, que os sentís poetas, músicos, pintores, oradores, y aborrecéis vuestro pueblo, y no hablais con vuestros padres, y lloráis de ambición, y pensais en suicidaros......; vosotros....... ¡reventad de envidia como yo reviento de placer!

***

Han pasado dos horas.

Son las nueve de la noche.

Tengo dinero.

¿Dónde cenaré?

Mis amigos, más felices que yo, olvidarán su soledad en el estruendo de una orgía.

—«¡La noche es de vino!»—exclamaban hace poco rato.

Yo no he querido ser de la partida.—Yo he atravesado ya sin ahogarme, ese mar rojo de la juventud.

—«La noche es de lágrimas»—les he contestado.

Mis tertulias están en los teatros. Los madrileños celebran la natividad de Nuestro Señor Jesucristo oyendo disparatar á los comediantes!

Algunas familias, en las que soy extranjero, me han querido dar la limosna de su calor doméstico, convidándome á comer,—porque ya no cenamos...... —Pero yo no he ido; yo no quiero eso; yo busco mi cena pascual, la colación de *Noche buena*, mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuerdos, las antiguas alegrías de mi alma...... ¡la Religión que me enseñaron cuando niño!

***

¡Ah! Madrid es una posada.

En noches como esta se conoce lo que es Madrid.

Hay en la corte una población flotante, heterogenea, exótica, que pudiera compararse á la de los puertos francos, á la de los presidios, á la de las casas de locos.

Aquí hacen alto todos los viajeros que van de paso al porvenir, al reino fantástico de la ambición, ó los que vuelven de la miseria y del crimen......

La mujer hermosa viene aquí á casarse ó á prostituirse.

La pasiega deshonrada á criar.

El mayorazgo á arruinarse.

El literato por gloria.

El diputado á ser ministro.

El hombre inutil por un empleo.

Y el sabio, el inventor, el cómico, el gigante, el enano; así el que tiene una rareza en el alma, como el que la tiene en el cuerpo; lo mismo el mostruo de siete brazos ó de tres narices, que el filósofo de doble vista; el charlatán y el reformador; el que escribe melodías y el que hace billetes falsos, todos vienen á vivir algún tiempo á está inmensa casa de huéspedes.

Los que logran hacerse notar, los que encuentran quién los compre, los que se enriquecen á costa de sí mismos, se tornan en posaderos, en caseros, en dueños de Madrid, olvidándose del suelo en que nacieran......

Pero nosotros, los caminantes, los inquilinos, los forasteros, nos damos cuenta esta noche de que Madrid es un vivac, un destierro, una prisión, un purgatorio......

Y por la primera vez en todo el año conocemos que ni el café, ni el teatro, ni el casino, ni la fonda, ni la tertulia son nuestra casa......

Es más; ¡conocemos que nuestra casa no es nuestra casa!

***

La *Casa*, aquella mansión tan sagrada para el patriarca antiguo, para el ciudadano romano, para el señor feudal, para el árabe; la *Casa*, arca santa de los penates, templo de la hospitalidad, tronco de la raza, altar de la familia, ha desaparecido completamente en las capitales modernas.

La *Casa* existe todavía en los pueblos de provincia.

En ellos, nuestra casa es casi siempre nuestra......

En Madrid, casi siempre es del casero.

En provincias, cuando menos, la casa nos alberga veinte, treinta, cuarenta años seguidos......

En Madrid, se muda de casa todos los meses ó á más tardar todos los años.

En provincias, la fisonomía de la casa siempre es igual, simpática, cariñosa: envejece con nosotros; nos recuerda nuestra vida; conserva nuestras huellas......

En Madrid, se revoca la fachada todos los años bisiestos, se visten las habitaciones con ropa limpia, se venden los muebles que consagró nuestro contacto.

Allí, nos pertenece todo el edificio: el yerboso patio, el corral lleno de gallinas, la alegre azotea, el profundo pozo, terror de los niños, la torre monumental, los anchos y frescos cenadores......

Aquí, habitamos medio piso, forrado de papel, partido en tugurios, sin vistas al cielo, pobre de aire, pobre de luz.

Allí, existe el afecto de la vecindad, término medio entre la amistad y el parentesco, que enlaza á todas las familias de una misma calle......

¡Aquí, no conocemos al que hace ruido sobre nuestro techo, ni al que se muere detrás del tabique de nuestra alcoba, y cuyo estertor nos quita el sueño!

En provincias, todo es recuerdos, todo amor local: en un lado, la habitación donde nacimos; en otro, la en que murió nuestro hermano; por una parte, la pieza sin muebles en que jugábamos cuando niños; por otra el gabinete en que hicimos los primeros versos......; y, en un sitio dado, en la cornisa de una columna, en un artesonado antiguo, el nido de golondrinas, al cual vienen todos los años dos fieles esposos, dos pájaros de Africa, á criar una nueva prole .....

En Madrid, se desconoce todo esto.

¿Y la chimenea? ¿Y el hogar? ¿Y aquella piedra sacrosanta, fría en el verano y durante las ausencias caliente y acariciadora en el invierno,—en aquellas noches felices que ven la reunión de todos los hijos en torno de sus padres, pues hay vacaciones en el colegio, y los casados han acudido con sus pequeñuelos, y los ausentes, los hijos pródigos, han vuelto al seno de su familia?—¿Y ese hogar?...... decidme...... ¿dónde está ese hogar en las casas de la corte?

¿Será un hogar acaso la chimenea francesa, fábrica de bronce, marmol ó hierro, que se vende en las tiendas al por mayor y al por menor, y hasta se alquila en caso necesario?

¡La chimenea francesa! ¡He aquí el símbolo de una familia cortesana! ¡He aquí vuestro hogar, madrileños! ¡Hogar sujeto á la moda; que se vende cuando está antiguo; que muda de habitación, de calle y de patria: hogar, en fin (y esto lo dice todo), que se empeña en un día de apuro!

He pasado por una calle, y he oido cantar sobre mi cabeza, entre el ruido de copas y platos y las risas de alegres muchachas, la copla fatídica de mi abuela:

> La Noche Buena se viene,
> la Noche Buena se vá,
> y nosotros nos iremos
> y no volveremos más.

—He ahí (me he dicho) una casa, un hogar, una alegría, una sopa de almendra y un besugo, que pudiera comprar por tres ó cuatro napoleones.

En esto, me ha pedido limosna una madre que llevaba dos niños: uno en brazos, envuelto en su deshilachado mantón, y otro más grande, cogido de la mano. ¡Ambos lloraban, y la madre también!

***

No sé cómo he venido á parar á este café, donde oigo sonar las doce de la noche, la hora del Nacimiento!

Aquí, solo, aunque bulle á mi alrededor mucha gente, he dado en analizar la vida que llevo desde que abandoné mi casa paterna, y me ha horrorizado por primera vez esta penosa lucha del poeta en Madrid; lucha en que sacrifica á una vana ambición tanta paz, tantos afectos.

Y he visto á los vates del siglo XIX convertidos en gacetilleros, á la Musa con las tijeras en la mano despedazando *sueltos*, á los que en otros siglos hubieran cantado la epopeya de la patria, zurcir hoy *artículos de fondo* para rehabilitar un *partido* y ganar cincuenta duros mensuales!......

¡Pobres hijos de Dios! ¡Pobres poetas!

Dice Antonio Trueba (á quien dedico este artículo):

> Hallo tantas espinas
> en mi jornada
> que el corazón me duele,
> me duele el alma! ....

¡He aquí mi *Noche-Buena* del presente, mi *Noche Buena* de hoy!

Luego he tornado otra vez la vista á las *Noches Buenas* de mi pasado, y, atravesando la distancia con el pensamiento, he visto á mi familia, que en esta hora patética me echará de menos; á mi madre, extremeciéndose cada vez que gime el viento en el cañón de la chimenea, como si aquel gemido pudiese ser el último de mi vida; á unos diciendo: «¡tal año estaba aquí!»; á otros: «¿dónde estará ahora?......»

¡Ay! ¡no puedo más! ¡Yo os saludo á todos con el alma, queridos míos! Sí: yo soy un ingrato, un ambicioso, un mal hermano, un mal hijo...... Pero ¡ay otra vez y cien mil veces! yo siento en mí una fuerza sobrenatural que me lleva hacia adelante y que me dice: «¡tú serás!» ¡Voz de maldición que estoy oyendo desde que yacía en la cuna!!

¿Y qué he de ser yo, desdichado? ¿Qué he de ser?

> Y nosotros nos iremos,
> y no volveremos más.

¡Ah! yo no quiero irme: yo quiero volver: inmolo demasiado en la contienda para no salir victorioso: triunfaré en la vida y triunfaré de la muerte...... ¿No ha de tener recompensa esta infinita angustia de mi alma?

....

Es muy tarde.

La copla de la difunta sigue revoloteando sobre mi cabeza.

> La Noche Buena se viene......

¡Ah! ¡sí! ¡Vendrán otras *Noches Buenas*!—me he dicho, reparando en mis pocos años.

Y he pensado en las *Noches Buenas* de mi porvenir.

Y he empezado á formar castillos en el aire.

Y me he visto en el seno de una familia venidera, en el segundo crepúsculo de la vida, cuando ya son frutos las flores del amor.

Ya se había calmado esta tempestad de amor y lágrimas en que zozobro, y mi cabeza reposaba tranquila en el regazo de la paciencia, ceñida con las flores melancólicas de los últimos y verdaderos amores.

¡Yo era ya un esposo, un padre, el jefe de una casa, de una familia!

El fuego de un hogar desconocido ha brillado á lo lejos, y á su vacilante luz he visto á unos seres extraños que me han hecho palpitar de orgullo.

¡Eran mis hijos!......

Entonces he llorado......

Y he cerrado los ojos para seguir viendo aquella claridad rojiza, aquella profética aparición, aquellos seres que no han nacido......

La tumba estaba ya muy próxima...... Mis cabellos blanqueaban......

Pero ¿qué importaba ya? ¿No dejaba la mitad de mi alma en la madre de mis hijos? ¿No dejaba la mitad de mi vida en aquellos hijos de mi amor?

¡Ay! en vano quise reconocer á la esposa que compartía allí conmigo el anochecer de la existencia......

La futura compañera que Dios me tenga destinada, era desconocida de mi porvenir, me volvía la espalda en aquel momento......

¡No: no la veía!...... Quise buscar un reflejo de sus facciones en el rostro de nuestros hijos, y el hogar empezó á apagarse.

Y cuando se apagó completamente, yo seguía viéndolo......

¡Era que sentia su calor dentro de mi alma!

Entonces murmuré por última vez:

> La Noche-Buena se va .... ..

Y me quedé dormido...... quizá muerto.

Cuando desperté, se había ido ya la *Noche-Buena*.

Era el primer dia de Pascua.

Pedro A. de Alarcón.

La Noche buena en España

CAPRICHOS.

LA TRAGEDIA DEL JUGUETE.

Ya se ha hecho muy vulgar, y por vulgar nadie se fija en ella, la figurilla en yeso, cuyos contornos voy á seguir en unas cuantas líneas: un niño de seis á ocho años, vestido de fantasía, con el jubón y las calzas de malla tan ceñidas que se embeben en las suaves curvas de aquel ángel de Tanagra amplificado, se lleva las manos al rostro para ocultar una mueca dolorosa é irascible. En el momento en que va á tocarse con los puños los párpados cerrados, circuídos de arrugas, lo sorprendió el artista. En pie, y con las piernas juntas, en una postura acrobática, el chicuelo inclina la cabeza, recientemente despojada del gorro de saltimbanco y que conserva aún en lo alto de la frente, el mechón enharinado. La risa quedó en esos labios alirrota, como un colibrí herido sobre la copa de nácar de una azucena. El relámpago de la alegría acaba de cerrar su abanico de luz en ese semblante de *bambino* rafaelesco. Se ven en esa fisonomía, cómicamente apenada, las huellas de los contentos fugitivos, los últimos besos que la dicha ingenua estampó en los mofletes del robusto muchacho. Los rasgos todos de la graciosa cara indican la brusca rapidez del cambio inesperado: se armonizaban de un modo placentero en aquella faz, contraída por los cordones tensos de la risa, cuando, urgidos con violencia por un súbito disgusto, tuvieron que deshacer el gesto. Nada importó, sin embargo, porque están acostumbrados á las transiciones: sirven á la almita tornátil de un niño lleno de caprichos y veleidades. ¿Pero, por qué tan presto el olímpico enojo, y el dolor huraño fruncieron aquel ceño infantil y cortaron las comisuras de aquella boca, con el áspero trazo de las mejillas dilatadas? ¡Ah, vamos! Abajo, sobre el plinto, cerca de los puntiagudos chapines, un Pulchinela perniquebrado, con la cascabeleada corcoba hundida en el yeso por la fuerza del golpe, se carcajea, á todo su sabor—abriendo bajo la nariz borbónica la boca desdentada—de la insulsa contrariedad del chiquillo.—¡Torpe!—parece decirle.

El sol, ríe también entre conmovido y zumbón, acariciando la blancura lechosa de la estatua. —¡No llores, tonto!—le aconseja.

***

Cuando me detuve hace muchos años, no recuerdo cómo ni en dónde, á ver un momento la figurilla, sufrí una impresión de refinada melancolía que ahora me viene á la memoria, evocada, tarde por tarde, frente á los aparadores de la calle de Plateros. Lo primero que pensé entonces ante el muchacho, asaltado en pleno goce por la fatalidad, fué esta frase que á guisa de caja de listones, encierra, bien enrollado, un hilo, sutil como una hebra de luz, de filosofías frívolas y ligeras, de esas de que tanto gustamos los contemplativos nerviosos: —El juguete se burla!

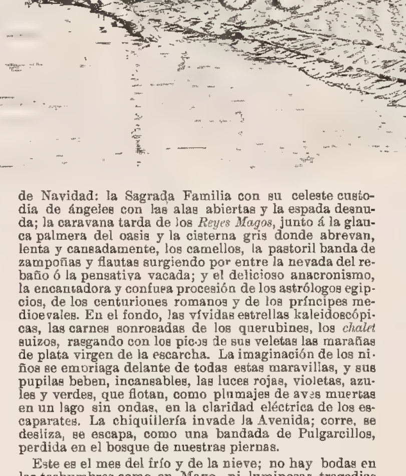
En efecto: este Pulchinela perniquebrado es simbólico. Se llama el Amor, se llama la Esperanza, se llama el Ideal, se llama la Fe, según el caso. ¿Quién no ha sido alguna vez el niño torpe, la figurilla de yeso, y á un descuido, á una falta de tacto, á un aletazo del viento, no ha visto caer el juguete que lo entretenía: una creencia, una ilusión, un sueño, todo eso que es una sola cosa, que va tomando distintos nombres, conforme vamos viviendo; que en nuestra alcoba infantil es el nimbo del Angel de la Guarda, en nuestras locuras juveniles es el rompimiento de gloria del triunfo ó la promesa de la novia, y en el frío lecho de la vejez es el ansia de la caricia amiga y el fúnebre devaneo del reposo? Nos sentíamos felices con ver en nuestros brazos, á la voluntad de nuestros caprichos, una mujer, una riqueza, una convicción, un anhelo. Un instante fuimos amados, fuimos poderosos, fuimos buenos. Y cruzamos el mundo vestidos de fantasía como el chicuelo. Despertábamos á los ecos somnolentes con el bullicio de nuestras risas, coro alocado de ninfas desnudas. Creímos en el milagro, en la corona de laurel, en el juramento. Retozábamos con nuestro Pulchinela, lo sacudíamos con furor para hacer sonar los cascabeles, y despertar curiosidades y hacer brotar envidias. ¡Aquí va—gritábamos—un amante, un creyente, un poeta! Abrid paso al dichoso!

De improviso—¿cómo fué?—el juguete se nos cayó de las manos, y quedamos en cómica postura, haciendo ante la muchedumbre, perversamente risueña, la mueca doliente é irascible, mientras abajo, en el suelo removido y lodoso el grotesco muñeco, la esperanza, la ilusión, el deseo, se carcajeaban con la irritante y eterna mofa de las cosas sin alma!

* * *

Van cinco tardes que miro entrar á un ejército de pequeños, aleteando, á los almacenes, á las tiendas, á las jugueterías, á las barracas de la Plaza Mayor, en busca de la esfera brillante, de la rama de pino, de la chuchería de porcelana, del pastor de *biscuit*, de la *piñata*, pomposa de oropeles y moños.

Los aparadores están más fantásticos que nunca; féericos, multicoloros, y diáfanos, como los alcázares de los *Cuentos de Hadas*. A través de los cristales, como á través de la gasa trasparente del ensueño, se ven los matizados castillos de *bombones*, las montañas de vidrio de las canastillas, los bosques floridos de las velas esteáricas. Bajo los triunfales arcos de heno, pasa la abigarrada procesión



de Navidad: la Sagrada Familia con su celeste custodia de ángeles con las alas abiertas y la espada desnuda; la caravana tarda de los *Reyes Magos*, junto á la glauca palmera del oasis y la cisterna gris donde abrevan, lenta y cansadamente, los camellos, la pastoril banda de zampoñas y flautas surgiendo por entre la nevada del rebaño ó la pensativa vacada; y el delicioso anacronismo, la encantadora y confusa procesión de los astrólogos egipcios, de los centuriones romanos y de los príncipes medioevales. En el fondo, las vívidas estrellas kaleidoscópicas, las carnes sonrosadas de los querubines, los *chalet* suizos, rasgando con los picos de sus veletas las marañas de plata virgen de la escarcha. La imaginación de los niños se embriaga delante de todas estas maravillas, y sus pupilas beben, incansables, las luces rojas, violetas, azules y verdes, que flotan, como plumajes de aves muertas en un lago sin ondas, en la claridad eléctrica de los escaparates. La chiquillería invade la Avenida; corre, se desliza, se escapa, como una bandada de Pulgarcillos, perdida en el bosque de nuestras piernas.

Este es el mes del frío y de la nieve; no hay bodas en las techumbres como en Mayo, ni luminosas tragedias en el cielo como en Agosto. Julieta no hubiera oído en estas noches cantar al ruiseñor bajo la fronda fosforescente del granado, ni Pablo y Virginia hubieran podido sombrearse bajo la cincelada copa de los fresnos; pero hay fiestas reales en los corazones nuevos, recepción en la corte de los espíritus puros, juegos florales y torneos en las flamantes fantasías. Todo se hace más nítido y se purifica en Diciembre: las nubes, las estrellas, los volcanes, y los sueños. Es el mes de lo blanco. Theo labró su vieja filigrana, su *sinfonía* de argentadas alburas, pensando en una mañana de Invierno. Por eso es el mes de la infancia y por eso lo escogió Jesús para nacer. Cuanto en la naturaleza tiene este inviolado matiz se mezcla y se acaricia. Las brumas se tienden á descansar sobre las nevadas cresterías de la cordillera: las manos de los nietos, acarician las guedejas de canas de los abuelos.

Estos días están destinados á los inocentes regocijos, Las ambiciones infantiles loquean. Las jugueterías—fastuosas Babilonias—son saqueadas por el sabroso batallón de los chicos. Allá van en pelotones desordenados, con bélicos ademanes, alzando los bracitos agitadores, entonando sus extraños himnos guerreros, compuestos de barbuceos y gritos...... Jamás se rinden: toman por asalto las fortalezas de *bombones*, barren las columnas de *fantoches*, destruyen las barricadas policromas de juguetes desean cuanto miran y quieren abarcarlo. Son insaciables.

Y cuando repartido el botín, salen con el orgulloso continente del vencedor y la sonrisa del feliz, los miro alejarse escoltados por la satisfecha guardia de honor de las madres, y, por rara obsesión, no dejo de recordar al muchacho de yeso, sorprendido por la fatalidad en pleno regocijo. ¡Cuántas de estas criaturas harán dentro de poco la mueca dolorosa é irascible!

¡Tanto esfuerzo gastado, tanta energía cansada, para que Pulchinela ó Arlequín ó Pierrot caigan y se rompan!

Yo les ayudo, les evito tropiezos, pido con la mirada permiso á las madres, y me acerco á colocarlos para que ellos embracen bien sus baratijas. Los ingratos me miran como á intruso, arrugan el ceño y se resisten. Soy un entrometido, un importuno. Por supuesto que sonrío impasible en medio de sus cóleras. Siento que estoy ejecutando una hermosa acción. ¡Pobrecillos! Es necesario prolongarles la dicha del triunfo y evitarles la amargura de la caída. Que gocen, que se harten. Mañana se olvidarán de Arlequín y desearán á Colombina. Nunca es tarde para el deseo. Y de juguete en juguete llegarán á ser jóvenes, á ser hombres, es decir niños grandes, y entonces sí es inevitable que Pulchinela se les caiga de las manos, y mientras lloren angustiados por su intempestiva desgracia, verán cómo el muñeco perniquebrado — el Amor, la Esperanza, la Fe—ríe en el suelo, á todo su sabor de la torpezas y penas del desgraciado. ¡Qué punzante es el sarcasmo con que nos contemplan los ideales rotos! Ellos caen inútiles; ya no podrán divertirnos más; pero conservan aun caídos, su perpétua é irónica carcajada ante nuestro dolor, nuestra amargura, nuestro desencanto. En vano llevamos á los ojos, las manos convulsas; en vano pedimos misericordia y consuelo. Nos quedamos solos como la figurilla de yeso. A nuestros pies, destruido por el golpe, yace el amor ingrato, el ensueño desvanecido, el ideal muerto. No obstante, Pulchinela se carcajea. El juguete se burla.

Luis G. Urbina.

Diciembre de 1896.

La ilusión es la Navidad del alma: trae juguetes hermosos que el desengaño rompe.

NOCHE-BUENA.

Noche-buena de niño, noche estrellada,
Noche de risas, flores y agua nevada,
Noche del pequeñito Dios de Israel,
Noche del suspirado viejo Noël.

Noche-buena de joven, noche de fiebre,
Noche que olvida al Niño-Dios del pesebre,
Noche dormida en brazos de ardiente hurí,
Noche de Sulamita, de Noëmí.

Noche-buena de viejo, noche sin sueño,
Noche perdida en alas de un vago ensueño,
Noche pasada en vela por recordar,
Noche pasada en vela por suspirar.

Oh niña mía!
Noche-buena lejana de mi alegría,
De labios encarnados de girasol,
De cabellera rubia de haces de sol.

Oh niña mía!
Noche-buena radiosa de mi agonía!
Botoncito hechicero de reseda......
Qué lejos de mis ojos te has ido ya!

Rubén M. Campos.

Diciembre de 1896.

Qué triste el año que viene!
Qué triste el año que acaba!
Ya se acercan los recuerdos;
Ya se van las esperanzas.........

***

¿Ves entre doradas rejas
Sonreir al Niño Dios?
Así ríe tu amor niño
Nacido en mi corazón.

PAGINAS DE NAVIDAD

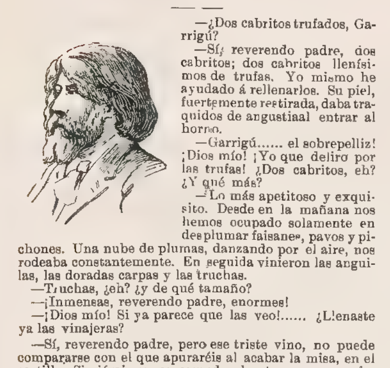
FRAGMENTO.

El aire frío que azota nuestros rostros parece como que va diciendo á mis oidos: "¡anda, necio!" La noche va á ser helada; el aire congelado empaña los cristales; tienta las hojas del rosal, están ya húmedas como los labios del niño cuando suelta el ubérrimo seno de la madre; cada cual se refugia en su casita, donde hay ojos azules y cabelleras rubias junto al fuego: esta es la fiesta del hogar, la fiesta del abuelo, la fiesta de la esposa, la fiesta de los hijos: la cena patriarcal que reune á todos bajo la tosca mesa de encino, es el gran símbolo de la familia creada por el Evangelio; ¿no oyes los gritos de alegría que se escapan por las junturas de esa persiana mal cerrada? ¿no ves las llamas inquietas de las velas, perdidas, como fuegos fátuos, en el ramaje obscuro del árbol de Noël? ¡Tristes de aquellos que corren las calles con su gabán abotonado, mirando por los resquicios de las puertas el fuego de un hogar que está de fiesta! ¡Tristes de aquellos que no tienen un árbol de Noël!

***

La noche de Navidad es la noche de las resurrecciones y de los recuerdos. Los niños al dormirse en sus cunas, quedan confiados en el espíritu misterioso que bajará durante el sueño para llenar de dulces y juguetes los botines nuevos que han dejado á propósito en la chimenea. En Alemania, lejos de las grandes ciudades, en los pueblos de campesinos y burgueses, las muchachas se asoman al sonar las doce de la noche, al pozo, cuyas aguas turbias brillan como una pupila enferma, para buscar, trazada en su superficie, la imagen de sus novios. Las aldeanas que vuelven á sus casas, después de oir la misa de la media noche, descubren casi siempre entre la obscura fronda de los árboles, el cuerpo blanco y ágil de las willis, que se entregan á un wals interminable.

La misa de Navidad.



—¿Dos cabritos trufados, Garrigú?

—Sí, reverendo padre, dos cabritos; dos cabritos llenísimos de trufas. Yo mismo he ayudado á rellenarlos. Su piel, fuertemente restirada, daba traquidos de angustiaal entrar al horno.

—Garrigú...... el sobrepelliz! ¡Dios mío! ¡Yo que deliro por las trufas! ¿Dos cabritos, eh? ¿Y qué más?

—Lo más apetitoso y exquisito. Desde en la mañana nos hemos ocupado solamente en desplumar faisanes, pavos y pichones. Una nube de plumas, danzando por el aire, nos rodeaba constantemente. En seguida vinieron las anguilas, las doradas carpas y las truchas.

—Truchas, ¿eh? ¿y de qué tamaño?

—¡Inmensas, reverendo padre, enormes!

—¡Dios mío! Si ya parece que las veo!...... ¿Llenaste ya las vinajeras?

—Sí, reverendo padre, pero ese triste vino, no puede compararse con el que apuraréis al acabar la misa, en el castillo. Si viérais en el comedor los tarros y garrafas que resplandecen, llenos hasta el borde de exquisito vino. ¡Y la vagilla de plata, las fuentes cinceladas...... y las flores, los candelabros!...... ¡Nunca, nunca puede haberse saboreado mejor cena! El señor marqués ha invitado á todos los nobles que habitan en las cercanías; cuarenta, sin contar al tabelión, llegarán á la mesa. ¡Qué afortunado sois, mi revendo padre! Sólo de haber sentido el humo de las trufas, su pícaro olor me sigue por doquiera......

—¡Vamos, vamos, hijo mío! ¡Dios nos preserve de la gula, y sobre todo en la noche de Navidad! Enciende los cirios y da el primer toque de misa. Ya falta poco para la media noche, y es preciso no atrasarse un solo instante.

Sostenían esta plática en una noche de Noël del año de gracia de mil seiscientos y tantos, el reverendo Don Balaguer, antiguo prior de los Barnabitas, á la sazón capellán pensionado de los altos y poderosos señores de Trinquelag, y su ayudante Garrigú, ó para decirlo mejor, el que Don Balaguer tomaba por su ayudante Garrigú; pues como más tarde se verá, el diablo había tomado aquella noche la cara redonda y las facciones indecisas del joven sacristan para inducirle en tentación y hacerle cometer el feo pecado de la gula. Así, pues, interín el que se llamaba Garrigú, (¡hum! ¡hum!) repicaba sin tregua las campanas, despertando los modorros ecos del feudal castillo, el reverendo terminaba de revestirse la casulla en la pequeña sacristía, ya algo inquieto por esas tentaciones gastrónomicas, y repitiendo para sus adentros, mentalmente:

—¡Dos cabritos trufados! ¡Pavos! ¡Carpas! ¡Truchas!

Entretanto, el cierzo de la noche se quejaba afuera, desmoronando en el espacio la alegre música de las campanas. Poco á poco iban surgiendo de la sombra, en la árida pendiente de la montaña, vagas luces que se iban aproximando á la pesada fábrica feudal. Eran las familias de los campesinos que venían á la misa de gallo en el castillo. Reunidos en grupos de seis ó siete. se encaramaban, cantando, por la ladera pedregosa, guiados por el padre que, linterna en mano, iba alumbrando su camino. Los niños, acurrucándose junto á las madres, se cobijaban con sus holgadas mantas pardas. A pesar de la hora y á pesar del frío, todo aquel pueblo iba regocijado y alegrísimo, seguro de que, una vez terminados los oficios, hallarían en la cocina del castillo la mesa que se servía todos los años. De cuando en cuando, interrumpiendo la penosa marcha, separábanse los grupos para dejar el paso libre á alguna carroza, que precedida de cuatro batidores, con antorcha en mano, hacía espejear sus diáfanos cristales heridos por la luna. Instantes después, un obediente mulo, que hacía repiquetear los cascabeles, atravesó trotando junto á los aldeanos. A la luz de las linternas, circuidas de bruma, los campesinos reconocieron al señor alcalde.

—¡Buenas noches, señor alcalde!

—¡Buenas noches, buenas noches, hijos míos!

La noche estaba clara; el frío avivaba el resplandor movedizo de los astros; el cierzo raspaba duramente el cutis, y una tenue escarcha, resbalando por los vestidos sin mojarlos, sembraba como pequeñas cabezas de alfiler en las pesadas mantas de lana, y conservaba fielmente la tradición de Navidad, blanca de nieve. Arriba de la montaña aparecía el castillo como el termino de aquella caminata, con su masa enorme de torres y piñones, con el campanario de su capilla gótica, incrustándose en el azul del cielo, y con la muchedumbre de impacientes luces, que pestañaban, iban y venían agitándose en todas las ventanas, samejantes, sobre el fondo sombrío de aquella fábrica, á las chispas que corren y se alcanzan en las cenizas del papel quemado. Pasado el puente levadizo y la poterna, era preciso, para entrar á la capilla, atravesar el primer patio todo lleno de carrozas, lacayos y literas, y alumbrado por el fuego de las antorchas y el rojizo resplandor de la cocina. En aquel patio se oía constantemente el retintín del asador, el estrépito de las cacerolas, el choque de los cristales y la argentería. Todos los preparativos de la cena y el vapor tibio que llegaba á sus olfatos, trascendiendo á carnes bien asadas y salsas de legumbres olorosas, hacían decir á los campesinos, como al señor capellán, como al alcalde:

—¡Qué bien vamos á cenar después de misa!

***

¡Drelindín...... Drelindín!

Ya comienza la primera misa de la media noche. En la capilla del castillo, toda una catedral en miniatura, de arcos entrecruzados y raros enmaderamientos de nogal que suben por todo lo alto de los muros se han desenrollado todos los tapices y encendido todos los cirios. ¡Cuántos devotos! ¡qué multitud de trajes! He aquí primero, arrellanados en la esculpida sillería del coro, á el alto y poderoso señor de Trinquelag, con su vestido de tafetán salmón, acompañado de los nobles señores invitados. Un poco más adelante, arrodillada en grandes reclinatorios revestidos de espeso terciopelo, oran devotamente la marquesa viuda, con su traje de brocado color de fuego, y la señora joven de Trinquelag, peinada con una torre altísima de encajes á la última moda de la corte. Más abajo se levantan, enlutados, con sus mejillas desprovistas de barba y sus pelucas inconmensurables, el alcalde Thomás Arnoton y el tabelión maese Ambroy; dos notas graves extraviadas entre las sedas deslumbrantes y el damasco espolinado. En seguida se destacan los mayordomos, los pajes, los picadores, los intendentes, Doña Barba con su manojo de llaves, colgadas de la cintura por medio de un anillo de bruñida plata. Y hasta el fondo, en las bancas para el pueblo, los sirvientes, los campesinos, los pecheros, escoltados todavía por una multitud de marmitones, que en el extremo de la capilla, junto á la puerta del alto cancel, que á cada rato abren y cierran, vienen á oír algún versículo de los oficios y á traer no sé qué vago olor de cena á aquella iglesia revestida de fiesta y cuya atmósfera caldean las llamas rojas de los cirios.

¿Será la presencia de esos mandiles blancos causa de las involuntarias distracciones del oficiante? Lo cierto es que la pícara campanilla movida por el sacristán con una precipitación diabólica, parece que va diciendo con voz aguda:—¡Vamos! ¡Vamos! Mientras más pronto reces, más pronto nos sentaremos á la mesa.—Y el hecho es que cada vez que suena—¡pícara campana!—el capellán se olvida de la misa para no pensar más que en la cena. Y se imagina el incesante movimiento que debe haber en la cocina, los hornos en donde flamea y choca el fuego de una fragua, el humo que dejan escapar las tapaderas entreabiertas, y á través de ese humo mira dos cabritos magníficos, con trufas.

O bien mira pasar hileras de vistosos pajecillos, llevando con prudencia platones circuidos de un humo tentador! entra con ellos al salón ya apercibido para la fiesta y—¡oh delicia!—he aquí la inmensa mesa, toda resplandeciente, ya cargada con los pavos vestidos de sus plumas, los faisanes abriendo sus moradas alas, las botellas color de rubíes, las pirámides de frutos destacándose entre las ramas verdes, y, por último, esos pescados prodigiosos de que tanto había hablado Garrigú (¡Garrigú! ¡Garrigú......! ¡hum......!) extendidos sobre un lecho de hinojo, con sus escamas, nacaradas todavía, como si hubieran salido recientemente de las ondas, y con un ramillete de yerbas olorosas en su nariz de monstruo. Y era tan viva la visión de todas estas maravillas, que Don Balaguer pensó por un instante que aquellos platos suculentos estaban ya servidos sobre el mantel bordado del altar, y dos ó tres veces, en vez del *dominus vobiscum* dijo el *Benidicite*. Pero dejando á un lado estas ligeras equivocaciones, el pobre padre oficiaba conforme á sus deberes, sin saltar una línea ni omitir una genuflexión. Todo fué así hasta la conclusión de la primera misa.

—¡Y va una!—dijo por fin el capellán con un suspiro de alivio. Incontinenti, sin perder un minuto hizo una seña al sacristán, ó mejor dicho al que creía que era su sacristán, para que llamase á la segunda misa.

¡Drelindín! ¡drelindín!

Y he aquí que empieza la segunda misa y con ella el pecado de Don Balaguer.—«¡Más aprisa, más aprisa!»—le dice con voz tipluda y agria la campana diabólica de Garrigú, y en esta vez, el oficiante se abandona al dominio de la gula, devora las páginas del misal, con la avidez de su apetito sobreexcitado. Frenéticamente se hinca, se levanta, esboza la figura de la cruz, apresura todos sus gestos, todos sus movimientos para acabar más pronto. Apenas golpea su pecho en el *Confiteor*, cuando extiende los brazos en el Evangelio. Entre él y el sacristán se empeña una diabólica carrera. Versículos y respuestas se precipitan, se atropellan. Las palabras pronunciadas á medias, sin abrir la boca, porque esto hubiera exigido un despilfarro inutil de tiempo, terminan en sílabas incomprensibles.

Cómo vendimiadores apremiados, que magullan la uva en los barriles, ambos estropean el latín de la misa, despidiendo astillas desquebrajadas del idioma. Y durante ese vértigo espantoso, la infernal campanilla, repicando siempre, espolea al desgraciado capellán, como esos cascabeles que se cuelgan á los caballos de posta para hacerlos trotar cosquilleándolos. ¡Imagináos en qué breves momentos terminaría la misa!

—¡Y ya van dos!—murmuró el reverendo jadeante. Pero sin dejarse tiempo de respirar, con el rostro encendido, escurriendo sudor de la espantada frente, baja temblando las gradas del altar y.........

¡Drelindín! ¡drelindín!

He aquí que empieza la tercera misa.

Unos minutos más, y el comedor se descubre, por fin, ante sus ojos. Pero ¡ay! á medida que la cena se aproxima, el infeliz Don Balaguer se siente más y más movido por la impaciencia loca de la gula. Las carpas doradas, los cabritos asados están ahí; ya los toca, ya los palpa.... Los platones humean, los vinos embalsaman, y sacudiendo su cascabel aguijoneante la campanilla, dice sin descanso:—¡aprisa! ¡aprisa! ¡más aprisa!

¿Pero cómo podría ir más aprisa? Sus labios apenas se mueven; ya no pronuncia las palabras. De tentación en tentación, comenzó por saltar un versículo y ahora salta dos. La Epístola es demasiado larga y no la acaba. Tartamudea las primeras palabras del Evangelio. Suprime el Padre nuestro y saluda de lejos el Prefacio. Y así con brincos y con saltos, se precipita en la falta espoleado por Garrigú—*¡vade retro Satanás!*—que le secunda con prodigiosa perspicacia, levantándole la casulla, volteando las hojas del misal dos á dos y cuatro á cuatro, derramando las vinajeras y repicando endemoniadamente más y más aprisa.

¡Era de verse la cara espantadísima de los asistentes! Obligados á seguir, guiados por la mímica del padre aquella misa, poníanse estos de pie cuando los otros se arrodillaban, y en todas las fases de aquel oficio nunca visto, la muchedumbre se revolvía en las bancas con diversas actitudes. Las estrella de Navidad, que iba avanzando por el cielo, camino del pequeño establo, palideció de espanto y de terror.

¡El padre reza demasiado aprisa!—dice sin detenerse la marquesa sacudiendo su cofia limpia y blanca. El alcalde, con sus anteojos de acero cabalgando en su nariz, busca inutilmente en su devocionario el pasaje que reza el sacerdote. Pero, en rigor de verdad, aquellas buenas gentes, á quienes la esperanza de la cena aguijonea, no se enfadan por la precipitación inexplicable de la misa, y cuando Don Balaguer, con la cara resplandeciente, se vuelve al auditorio y exclama con todas sus fuerzas: *Ite, misa est*, el coro á una voz dice: *Deo gratias*, con acento tan limpio, tan alegre, que parece mezclado y confundido con los primeros bríndis de la cena.

***

Cinco minutos después, aquella muchedumbre, de señores entran en la gran sala y tomaba asiento en torno de la mesa, presidida por el capellán. El castillo, iluminado de arriba á abajo, se poblaba de cantos y carcajadas y rumores, y el venerable Don Balaguer hundió su tenedor en una ala de capón, ahogando sus remordimientos con el vino del Papa y el sano jugo de las carnes. Tanto comió y bebió el asendereado padre, que por la noche murió de una tremenda aplopegía, sin tiempo para arrepentirse, y en la mañana llegó al cielo, repercutiendo aún los cantos de la fiesta.

—¡Retírate, mal cristiano! le dijeron. Tu falta es sobrado grande para borrar toda una vida de virtud. Pecaste diciendo indignamente la misa de Navidad. Pues bien, en pago, no podrás penetrar al Paraíso sino después de rezar trescientas misas de Navidad, en presencia de todos aquellos que contigo pecaron por tu falta!

***

He aquí la verdadera leyenda de Don Balaguer, tal como la relatan en el país de los olivos. Ahora, el castillo de Trinquelag no existe ya, pero la capilla se conserva aún, erguida y recta, entre el ramillete de encinas verdes que coronan el monte.

El viento golpea y bate la puerta desunida: la yerba estorba el suelo, hay nidos en los rincones del altar y en las aberturas de las ventanas cuyos vidrios han desaparecido desde hace mucho tiempo. Sin embargo, cuentan que todos los años, en la Noche Buena, una luz sobrenatural vaga por las ruinas; y que, yendo camino de la iglesia, los campesinos contemplan aquel espectro de capilla, iluminado por cirios invisibles, que arden á la intemperie, entre los ventarrones y la nieve. Sonreid, si os place: pero un vendimiador de la comarca afirma que una noche de Navidad, hallándose en el monte, perdido en la vecindad de las ruinas, vió........ eriza los cabellos lo que vió. Hasta las once, nada. Todo estaba silencioso, inmóvil y apagado. Pero al sonar la media noche, una campana, olvidada tal vez en el campanario derruido, una campana vieja, ya caduca, que parecía sonar á quince leguas de distancia, tocó á misa. Después, por l apendiente del camino, el infeliz trasnochador vió sombras indecisas agitándose y linternas opacas que subían. Ya cerca de las ruinas, voces salidas de gargantas invisibles, murmuraban:

—Buenas noches, señor alcalde.

—Buenas noches, buenas noches, hijos míos. Cuando la tropa de fantasmas penetró al interior de la capilla, el pobre vendimiador, que es bravo mozo, se aproximó de puntillas á la puerta, y viendo á través de los maderos rotos, presenció un raro espectáculo. Todos los fantasmas que había visto pasar estaban alineados en derredor del coro y en la ruinosa nave, como si hubiese bancas y sillones todavía. Y habia entre ellos grandes damas vestidas de brocado, con sus cofias de encaje; caballeros repletos de bordados, y labradores de chaquetas floreadas, tales como debieron usarse en la época remota de nuestros abuelos; todos con aspecto decrépito, amarillo polviento y fatigado. A cada rato las lechuzas, huéspedes de la capilla, despertadas por la luz, hacían su ronda en torno de los cirios, cuya flama subía vaga y erguida como si ardiese dentro de una gasa. Y era cosa de ver un personaje, en cuya nariz acaballetada cabalgaban unos anteojos de acero, moviendo á cada instante su peluca negra, sobre la que se había parado una lechuza, batiendo en silencso sus enormes alas.

Allá en el fondo, un viejo de cortísima estatura, puesto de hinojos en la mitad del coro, meneaba una campana sin badajo que ya no producia sonido alguno, en tanto que de pie, junto al altar, revestido de una casulla cuyos dorados estaban ya verdosos, parecia decir misa un sacerdote cuya voz no producia rumor ninguno. Era Don Balaguer diciendo su tercer misa!

ALFONSO DAUDET.

¡Ay! ¡Como el cielo te ha dado
gracia, juventud y amor,
cuando te veo á mi lado
parece que Dios ya ha echado
sobre mi tumba una flor!

—

Después que nos han hecho
viejos la edad y tristes la experiencia,
llevamos dos infiernos en el pecho,
que son el corazón y la conciencia.

CAMPOAMOR.

Páginas de Christmas.

EL FANTASMA ERRONEO.

El objeto de mi cuento es demostrar que la mejor política es la sinceridad hasta en cuestión de espectros.

Un día fatal recibí una carta de mi tío Francisco, persona singularmente apreciada por mí y á la cual manifestaba todas las atenciones indispensables. Entre otras, tenía el cuidado de abrir luego sus cartas y contestarlas inmediatamente, cuando no telegrafiaba. La presente se hallaba concebida en los términos siguientes:

«Mi querido sobrino:

Como te supongo enteramente instalado en tu nueva casa en C...... pienso hacerte una visita. Llegaré ahí por el 1º de Diciembre, si te conviene la fecha, y permaneceré hasta antes de Navidad. Supongo que habrás seguido mi consejo de no elegir casa alguna que no tenga espantos y pienso con placer en que pronto trabaré conocimiento con el aparecido de tu mansión.»

La carta cayó de mis manos; al comprar esta casa olvidé la recomendación de mi tío, y por otra parte no habia espantos ni esperanza de que los hubiera.

Me calé el sombrero y salí á buscar á Antonio, mi criado, que vivía largo tiempo hacía en la casa y que debía saber si habia espantos ó no.

—Antonio—le dije—¿hay espantos en este lugar?

—Que ¿qué? señor, replicó el otro muy asorado, interrumpiendo su tarea.

—Espantos. ¿Sabes lo que es un espanto?

—Pues, señor, no; he oido hablar de una sombra blanca que se aparece en M...... pero aquí no he llegado á ver ninguna.

Eso decidía la cuestión, no había espantos.

El resto del día lo pasé intranquilo. Cómo satisfacer los deseos de mi tío? Y pensar que de otra manera vendría una cruel decepción para él y para mí, destruyendo mis esperanzas de heredar. Sin embargo, no habia otra alternativa que el engaño á la confesión de la verdad.

Después de cenar me encontré más animado y resolví escribir á mi tío; en resúmen le decía que tendría mucho placer en verlo para la fecha indicada, pero que desgraciadamente no tenia ningún fantasma que ofrecerle, no precisamente porque hubiera desdeñado su recomendación, sino porque el antiguo propietario no queria desprenderse de él sino en condiciones que no me convenian. Esto era sensato, pues sabia los escrúpulos de mi tio en materia de dinero.

Ya más tranquilo me puse á leer el primer periódico que me vino á la mano y no hacia mucho tiempo que me hallaba en tal tarea, cuando mi vista cayó sobre un párrafo muy extraño. Así decía:

«Hemos examinado el magnífico surtido de novedades de la afamada casa Skofi & Cia., para la próxima temporada de Navidad, y debemos felicitar á este antiguo establecimiento. Los espectros y fantasmas que vende son de nuevo tipo y se hallará una notable variedad de caractéres de siglos atrás y aún contemporáneos.»

Me limpié los ojos creyendo engañarme; ¿cómo suponer semejante comercio de espectros y demonios? pero en fin el anuncio se hallaba ahí en letras de molde. No vacilé más y rompí la carta de mi tio; puesto que quería un fantasma, lo tendría.

Tomé el último tren que salia para la ciudad de S...... y al dia siguiente á buena hora me hallaba almorzando y revisando el directorio. No me habria sorprendido el no encontrar la dirección de los Sres. Skofi & Cia., pero estaba ahí: Calle del Archipiélago núm. 13. Comí precipitadamente y á los pocos minutos me hallaba recorriendo la calle indicada, en busca del número susodicho. No tardé mucho en distinguirlo; me bastó ver el rótulo encima de la puerta, que decía: «Skofi & Cia., provedores de fantasmas y espectros.»

Entré sin vacilar, un hombrecillo vivaracho al parecer turco ó griego me salió al paso. Qué se ofrece, caballero? me preguntó con amabilidad.

—Deseo un fantasma, contesté atrevidamente.

A la orden, señor. Aquí tiene usted el catálogo, pero si le parece usted pasaremos á dar un vistazo á las existencias y podrá hacer su elección.

—Sí, así lo prefiero.

En seguida me condujo por un estrecho pasillo al extremo del cual abrió una puerta; entramos.

¡Vaya un espectáculo congelador! me alegré de que el Sr. Skofi se hallara conmigo. La pieza estaba alumbrada con gas y repleta de sombras y vapores extraños; habría como cincuenta individuos de lo más variados, pudiendo muy bien distinguirse la pared á través de ellos. Me encontré sobrecogido y ya iba á tomar la puerta cuando la voz del Sr. Skofi me detuvo.

No hay temor, no hacen daño. Nada más tenemos ejemplares inofensivos. Bien señor mío, (dirigiéndose á un aristócrata del tiempo de Luis XIV), ¿cómo os encontrais ahora?

Así asi, amigo Skofi, contestó con vos cavernosa y sombría,—aunque en mis tiempos gozaba de otras comodidades y compañeros más joviales. Después se volvió á mí saludándome, lo que me heló la sangre, y dijo que de qué podría servirme. Le contestó que yo deseaba algo más antiguo, es decir, casi más espantable.

—Lo que sea de su gusto puede usted indicarlo, me dijo el Sr. Skofi.

Proseguimos nuestro camino á través de aquellas sombras, al principio, por mi parte con mucha reserva, pero después de unos minutos me introducía en el espectro de una duquesa con tan poco miramiento como si fuera una niebla.

Era aquella una mescolanza singular, no había distinción ninguna y lo mismo conversaba un caballero andante con un lagartijo, que un gendarme hacía el amor á una princesa alemana. El grupo que más me llamó la atención fué uno formado por una sombra al parecer de Hernan Cortés y por un pastor protestante.

—Tiene usted una colección muy variada Sr. Skofi, le dije cuando hubimos paseado por todo el cuarto.

—Si señor, lo reconozco. Al presente se hayan agotadas algo las existencias, pero mi compañero me escribe de las Catacumbas que traerá con él algunos caracteres raros de la antigua nobleza romana y aun espera contratar dos cardenales y un César imperial.

En esos momentos me llamó la atención un hombre altivo de aspecto severo que se hallaba sentado leyendo un periodico.

—Eso es mi hombre, exclamé.

—Núm. 432, dijo el Sr. Skofi, consultando su catálogo, Lord Herbert Tumbril del tiempo de Jorge I, ejecutado por alta traición. Precio $505.05, por noche $5.06. ¿Puedo apuntarlo?

Ciertamente. Aquí está mi tarjeta. Deseo que esté en casa para la noche del 1º de Dicicmbre. Lo tomo por un mes.

—Espero quede colocado permanentemente. Desea usted que lleve una cadena?

—Sí y todo lo indispensable.

Hice un adelanto al Señor Skofi y salí, enteramente desahogado y tranquilo, á esperar el 1º de Diciembre.

Llegó la fecha y también mi tío; venía decidido á divertirse á sus anchas y luego me preguntó por el fantasma.

—Espero que no será un fantasma moderno, me dijo; no hay cosa que más deteste que una sombra contemporánea. Los espectros para adquirir su sabor necesitan un siglo lo menos.

—No, querido tío, no en verdao. Es Lord Herbert Tumbril del tiempo de Jorge I, de trágico fin.

—Tienes suerte, Juan, ¿y cuales son sus costumbres?

—Pues...... anda de aquí para allá y arrastra una cadena.

—¿Arrastra una cadena? preguntó sorprendido mi tío.

—Sí; creo que todos los fantasmas tienen una cadena.

—Y ¿á qué hora aparece?

—Pues Skofi prometió mandarlo á las nueve, contesté inadvertidamente.

—¿Qué dices?

—Que á las nueve aparece, repliqué sin vacilar.

—Pues sobrino, me parece muy metódico tu fantasma.

Comprendí que mi tío se hallaba disgustado por lo de la cadena y mi distracción.

Después de cenar, mi tío, más alegre, me manifestó que aunque no entendía por qué mi aparecido usaba una cadena ya lo averiguaría. Nos hallábamos en esto, cuando el criado se presentó todo pálido y tembloroso.

—¿Qué te pasa, Antonio?

Antonio señalaba la puerta.

Salgo á ver cual era la causa de su asoramiento y miro el espectáculo más raro: el espectro de un cartero se hallaba en el dintel de la puerta sosteniendo en una mano su cachucha y una carta y en la otra una pesada cadena. En verdad que no esperaba yo á semejante individuo. Apenas me vió, me extendió la carta y la iba á abrir cuando oí la voz de mi tío.

—Sobrino, parece que tienes dos fantasmas en casa.

—Es un extra de Navidad.

En esos momentos había desaparecido el cartero.

—Pues déjame ver la felicitación.

—Tío, es un asunto particular, dije ya desesperado.

Salió mi tío molesto y se metió en su dormitorio.

Me dirigí al comedor y me puse á leer la carta; en resumen, el Señor Skofi, me decía que Lord Tumbrill había tenido un compromiso para una exhibición de ganado en los antípodas, hacía ocho días, de la cual no había vuelto, y que no teniendo otro sujeto de que disponer me mandaba al cartero.

—Sentí que se hundía el mundo. Había engañado á mi tío y no quedaba más remedio que sufrir las consecuencias. Me dirigí á mi dormitorio, pero no haría media hora que dormía cuando una tremenda algazara de voces y ruido de metal me despertó. Salgo á ver y en el corredor los espectros de Lord Herbert y el cartero empeñaban descomunal batalla, propinándose insultos y golpes. No sé cómo habría terminado la pelea, si mi tío no aparece y haciendo una seña á los fantasmas, los lleva á su cuarto.

Por mi parte me retiré al mío, seguro de que se descubriría la verdad.

Al día siguiente, apenas me vió mi tío, me dijo que se marchaba, que no quería estar más con un sobrino ingrato que le había engañado con artículos alquilados.

Después no volví á verle, pero supe con el tiempo que había alterado su testamento y, por consecuencia, mis esperanzas de heredar quedaban por los suelos.

W. Riordon.

Londres, 1892.

SANTA CLAUS.

SANTA Claus ha emprendido su viaje anual con la constancia perseverante que le es característica. Los días de Navidad se acercan, y los chiquillos dejan ver el regocijo de quien espera á un amigo fiel que no puede faltar á la cita. Porque Santa Claus es solamente amigo de los niños: los más pequeños, los más débiles y tiernos, los enfermitos y delicados, esos son los preferidos del viejo consentidor que trae la mar de juguetes para sus predilectos. Y los niños no cesan en su inquietud, esperando con el alborozo pintado en la cara.

¿Cómo vendrá el cariñoso anciano esta vez? ¿Bajará de la montaña helada, á pie, y agobiado del peso de tanto y tanto dulce, de tanto y tanto paquete atado con cintas de colores? ¿Conducirá su carro tirado por un asnito egipcio, ó resbalará en su trineo manejando por las riendas su doble cuadriza de rengíferos?

Algún chiquitín le ha visto en sueños recorriendo trabajosamente la ciudad para recoger de los buzones la correspondencia infantil, y luego detenerse apoyado en el bondón, para leer, á la luz de un pico de gas ó de un foco eléctrico, las consabidas peticiones. "Yo quiero un polichinela," "Yo, señor Santa Claus, pido á usted respetuosamente, una caja de música," "A mí me gustaría un libro de cuentos de hadas con bonitas estampas de colores;" y así de este tenor, millares y millares de cartas diminutas donde campean maravillosos esfuerzos ortográficos en competencia con incipientes arranques de pendolista.

El bueno del viejo—aseguran los chicos—saca su enorme cartera y anota en interminable lista los antojos á cumplir; y sacudiéndose los témpanos de su rojo *kaftán* y de su gorra de pieles de foca, continúa su marcha de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, siempre nonagenario y encorvado, siempre rodeado de duendes que le ayudan á acarrear el ambulante almacén de chucherías. Aunque el tiempo es de perros, Santa Claus no pierde su cara bonachona y sonriente.

Por el aspecto, parece un abuelito; pero hay quien diga que bajo la luenga barba y la cabeza de algodonero, se oculta una madre cariñosa: ¿quién si no una madre podría pensar en los huerfanitos que llenan los hospicios, ó en los pobrecitos que pululan por las calles, comerciando en baratijas para asistir con la escasa ganancia á las madres desamparadas y á los niñitos que aún duermen en la cuna?

Pero por ciertos pormenores, no falta quien sostenga que Santa Claus no puede ser *una mamá*: se sabe que aunque á cada chico le satisface el gusto regalándole lo que pide, es un tanto adulador y orgulloso que mientras que á los hijos de los próceres les llena la casa de dulces en cartuchos de raso y muñecas vestidas de seda, á la prole de los desheredados apenas si le deja artículos de juguetería corriente; y en hospitales y hospicios descarga carretadas de caballos con las crines arrancadas, muñecos con las narices desportilladas y vajillas de China incompletas.

La naturaleza del buen anciano y su manera especial de trepar á los tejados para descolgarse por las chimeneas, permanecen en el misterio; nadie sabe cuándo entra ni cuándo sale, pero se le ve que causa lástima: aterido de frío constantemente aunque se halle repantigado al amor de la lumbre, rodeado de su inagotable montón de dulces y juguetes.

Yo no recuerdo haber visto en mi infancia á Santa Claus, quizá porque este amigo de las nieves teme los rigores de los países cálidos; pero allá iban, unos cuantos días después de la Pascua, tres reyes que no eran menos generosos que Santa Claus, aunque anualmente fueron escaseando sus visitas hasta llegar á contarse por los dedos el número de los favorecidos por los reales huéspedes. ¿Por qué? Dígalo quien sepa la causa. Yo de mí sé decir que desde que los niños fuman y los adolescentes juran y se inspiran en la musa verde de Musset para cantar los ardores de la juventud que se desborda, los Santos Reyes no vienen á traernos dulces ni regalos; y desde entonces los suicidios se multiplican llenando de dolor á las familias.

¡Qué lejos han quedado las Posadas, la alegre Noche Buena y los festejos del último día del año. Las primaveras se han sucedido de entonces acá, cada vez más heladas y tristes, y el recuerdo de aquellos clementes inviernos de la tierra natal, es el único fuego que reanima el corazón desolado.

Aquellos que en la infancia no se han calentado al baho de la Mula y el Buey del Nacimiento; los que no han recibido los generosos dones de los Reyes Magos ni levantado al Santo Niño el día de la Candelaria, merecen ser compadecidos. Esos pobrecitos adolescentes que preguntan en prosa y verso *para qué sirve la vida;* esos desmedraditos y pálidos que se consumen antes de crecer; los que proclaman el imperio del *Hachisch*, del morfinismo y de los goces sensuales, ignoran cuánta felicidad derrama en el hogar el viejo Santa Claus cuando desciende por la chimenea en las risueñas noches de Navidad.

San Francisco de California.

Laura Méndez de Cuenca.

La navidad en Londres.

El día de Navidad por la mañana, las gentes, bajo la impresión de un frío muy intenso, promovían por todas partes una especie de música algo salvaje, pero que no carecía de encanto, al arrancar la nieve que cubría las aceras, y al arrojarla desde las azoteas á la calle, en donde caía con gran contentamiento de los niños, á quienes hacía gracia el ver tantos aludes artificiales.

Las fachadas de las casas parecían muy negras y las ventanas aun más, á causa del contraste que ofrecían con la capa de nieve compacta y blanca que cubría los techos y aun con la de la calle, por más que no estuviese tan virginal, por efecto de los profundos surcos que en su capa superior habían abierto las ruedas de las pesadas carretas y de los carruajes. Estos carriles se cruzaban y entrecruzaban unos por encima de otros, mil y mil veces, en el arroyo de las calles principales, formando un laberinto inexplicable de regueros entremezclados sobre el fango amarillento endurecido en su superficie y del agua congelada por el frío. El cielo estaba sombrío; las calles más estrechas desaparecían envueltas por una espesa bruma que caía impregnada de gotas de agua congeladas, y cuyos átomos más pesados bajaban rápidamente. Parecía que todas las chimeneas de la Gran Bretaña estaban encendidas y se enviaban unas á otras el humo para felicitarse alegremente. Ni Londres, ni su clima, tenían nada de agradable. A pesar de ello, notábase en todas partes un aire de alegría que el día más hermoso y el sol más brillante se hubiesen esforzado inútilmente en inspirar.

Efectivamente, los hombres que quitaban la nieve de los tejados parecían contentos y de buen humor; llamábanse de una casa á otra, y de vez en cuando se arrojaban alegremente una bola de nieve (proyectil en verdad muy inofensivo), y se reían de todo corazón cuando acertaban el blanco, y más aún cuando no lo acertaban.

Las tiendas de los vendedores de volatería estaban aun entreabiertas, y las de los fruteros brillaban en todo su esplendor. Aquí grandes cestas redondas, y con la tripa llena de excelentes castañas, se desbordaban á la puerta, como los anchos casacones de los viejos gastrónomos se desgarran bajo el peso de su abdómen, ó parecían prontas á caer á la calle, víctimas de su corpulencia apoplética; allí las cebollas españolas, rojizas y gruesas, recordaban por su excelente color las mejillas de los frailes de su país, y arrojaban desde lo alto de los estantes picarescas ojeadas á las jóvenes que pasaban mirando discretamente las guirnaldas de musgo; allí peras y manzanas amontonadas en apetitosas pirámides; allí racimos de uvas que los tenderos habían tenido la atención delicada de colgar en los puntos más llamativos, á fin de que los entusiastas sintiesen que la boca se les hacía agua y se refrescasen grátis al pasar; acullá cestas de avellanas morenas y gordas, que recordaban con su perfume los paseos por el bosque, cuando los piés se hunden en las capas de hojas secas; los *biffins* de Norfolk con su color oscuro que hacía resaltar el dorado de las naranjas y de los limones, los cuales parecían recomendarse con insistencia por su volumen y su jugosa apariencia, para que se los llevasen con su envoltura de papel á fin de aumentar el lujo de los postres. Hasta los peces de oro y de plata, encerrados en peceras de cristal junto á los exquisitos frutos, aun cuando pertenecen á una raza triste y apática, parecían comprender, por muy peces que fuesen, que pasaba algo extraordinario, é iban y venían abriendo la boca alrededor de su pequeño universo en un estado de agitación febril.

Y los especieros! oh! los especieros! Sus tiendas se hallaban casi completamente cerradas, excepto una ó dos tablas; pero ¡qué cosas se veían á través de estas pequeñas lagunas! No era sólo el sonido alegre de los platillos de la balanza al chocar contra el mostrador, ó el chasquido del bramante al sentirse separado del carrete por las afiladas tijeras para atar los paquetes; ni el ruido incesante de las cajas de metal blanco que se movían para servir el thé ó el moka á los parroquianos; ni el pan! pan! pan! sobre el mostrador; ni el aparecer y desaparecer de los bultos en manos de los dependientes, como los cubiletes en manos de los prestidigitadores; ni el entremezclado perfume del thé y del café, tan agradable al olfato; ni los secos racimos tan hermosos y abundantes; ni las almendras de deslumbrante blancura; ni los palos de canela tan largos y tan rectos; ni las otras deliciosas especies; ni los frutos confitados, envueltos en blancas capas de azúcar cande, y cuya sola vista mareaba á los más indiferentes espectadores.

Cárlos Dickens.

LEOPOLDO FREGOLI.

SUS TRANSFORMACIONES.

He leído frases en que se retuercen las palabras haciendo muecas. ¡Nunca hubiera creído que la mueca misma se retorciera en mil gestos! El gesto se mofa de las acciones serias, se burla de la humanidad caricaturándola. Faltaba que el hombre explotara las contracciones de los músculos como un recurso artístico; que lo más espantosamente ridículo quedara trasformado en hermoso.

Milagro parece que la mueca resulte un valioso elemento, un inagotable venero de arte; que las contorsiones de los músculos de la cara expresen ideas, que tengan su literatura, especial literatura en que el lenguaje no hace falta alguna: una literatura sin letras, como quien dice.

Hay un hombre que realice ese portento, hay un literato que escribe con gestos en vez de letras, que ha sujetado la música á la contorsión, que se burla de la burla, que caricatura la caricatura y de lo espantosamente ridículo ha hecho un arte. Ese hombre es Leopoldo Frégoli, el excéntrico italiano.

Cuando asoma de entre el lienzo rojo su rostro casi cuadrado, sus ojos saltan y emprende su boca la danza de los gestos, encuentra uno la línea del caricaturista hecha carne y hueso, en el semblante del excéntrico. La cara de Frégoli es como el sombrero de un prestidigitador: una gran mueca de la cual van saliendo otras, y otras y otras, hasta que la vista del espectador se cansa, y aquellos gestos reproducidos, cual si fueran estrellas disolventes de un Kaleidoscopio, agobian el cerebro, en cuya pantalla bailan sin descanso contorsiones increíbles.

Es difícil de clasificar la habilidad de Frégoli. ¿Es un cómico? No, porque el cómico interpreta ideas, dando inflexiones de buen humor á su voz, á sus ademanes, imita personajes. ¿Es un cantante? Tampoco, porque el canto resulta secundario, ameniza los guiños de los ojos, las contracciones de los labios, la danza variadísima, compuesta de mil figuras, de las carnes del rostro. En un cómico ó en un cantante resultarían insoportables las muecas de rostro y de voz con que Frégoli se hace aplaudir. Y es al mismo tiempo gracioso actor y buen cantante.

Aplaudan otros el rápido cambio de trajes: admirable en el excéntrico italiano, verdaderamente admirable es la rapidez con que cambia de tipo. Para variar de vestido, cuenta con sus criados; para variar de semblante, sólo cuenta con su habilidad, con su arte. La fama universal de Frégoli, la debe únicamente á ese arte.—Pierrot.

PAGINAS DE NAVIDAD.

NAZARETH.

Hoy mismo, Nazareth es un asilo delicioso, acaso el único lugar de Palestina en donde se siente el alma soliviada de la pesadumbre que la agobia en medio de esa sin par desolación. Sus vecinos son amables y risueños; verdes y frescos los jardines. Antonio Martir, al espirar el siglo VI, trazó un cuadro delicioso de aquella comarca fertilísima y comparable, según él, al Paraíso. Algunos valles del costado occidental justifican plenamente la mencionada descripción. La fuente en donde antaño con-

centrábanse la vida y la alegría de la aldehuela, fué destruida; por sus canales agrietados sólo corre agua turbia. Pero la hermosura de las mujeres que, á la noche, se congregan, esa hermosura ya advertida en el siglo VI y considerada, en aquel entonces como dádiva de la Virgen María, consérvase por manera sorprendente. Ahí se mira, en toda su languidez llena de gracia, el tipo sirio. Para todos es indudable que la Virgen acudía á aquel paraje diariamente, con el cántaro al hombro, igual que sus obscuras y desconocidas conterráneas. Antonio Mártir observa que las mujerer judías, desdeñosas en otras partes para con los cristianos, en Nazareth son muy afables. Y, en los años que corren, el odio religioso es menos vivo allí que en los demás lugares.

Limitado es el horizonte de la villa; pero, subiendo un poco, y en llegando á la altiplanicie que domina las casas más altas, divísase la perspectiva más expléndida. Al Poniente se despliegan las hermosas líneas del Carmelo; terminadas en abrupta aguja que semeja sumergirse en el mar. Más allá se destacan la doble cima, señora de Moggedo, y las montañas de Sichem con sus santos lugares de la edad patriarcal; los montes Goboé, formando breve y pintoresco grupo, evocador de los recuerdos halagüeños ó terribles de Sulem y de Eudor; el Thabor de redondeada forma, comparado por los antiguos á un seno de mujer. Entre el Thabor y la montaña de Sulem hay una depresión por la que columbramos el Valle del Jordán y las altas llanadas de Perea que forman rumbo al Este, una línea de solución de continuidad. Al Norte, é inclinándose hacia el mar, las montañas de Safed ocultan San Juan de Acre, pero permiten que á la vista se dibuje el lago de Kaifa.

Ese fué el horizonte de Jesús. Ese mágico círculo, cuna del reino de Dios, fué para él, durante años, la cifra y representacion del mundo entero. Su vida misma no transpuso aquellas domésticas lindes que en la infancia le cercaron. Más allá, por el Norte, se divisa apenas la Cesárea de Philippo, extremidad de la cordillera del Hermon que encaja ya en mundo gentílico; y por el Sur, y tras los montes menos repuestos de Samaria, presentimos mejor que vemos, la Judea triste deseada por el viento quemante de la abstracción y de la muerte.

Si alguna vez la cristiandad, con superior concepto de lo que constituye el respeto á los orígenes de ella, quiere reemplazar con auténticos Santos Lugares los Santuarios apócrifos y mezquinos á que la ha vinculado la piedad de edades incultas, en el altar de Nazareth erigirá su templo. Allí en el punto donde el Cristianismo apareció, en el núcleo irradiante de la actividad del fundador; allí debiera erigir la enorme iglesia, abierta á la oración de todos los cristianos. Allí, allí en la tierra donde yacen el carpintero José y millares de nazarenos olvidados, cuyos nombres no resonaron jamás fuera del valle nativo; allí, más bien que en parte alguna de la tierra, podrá el filósofo contemplar la corriente de los sucesos humanos, consolarse de las repulsas que á la continua sufren los más nobles instintos, y tener confianza en el divino fin que persigue la humanidad, á través de incontables desalientos y á pesar de la triste vanidad de todo.

Ernesto Renan.

LA INUTIL RIQUEZA.—*Por Jorge Ohnet.*

Número 9.—Véanse nuestros números desde el 25 de Octubre de 1896.

—¡Oh! no, por cierto. Solamente que, cuando se es joven, ¿verdad? se divierte uno, baila, disputa, se da de puñetazos, y el que es fuerte y diestro encuentra siempre admiradores que le hacen la corte.

—Y admiradoras que le mantienen...... ¿La joven Matilde es rebelde á esas prácticas?

—¡La pobre niña! ¿Qué sabe ella? Es una inocente......

—Que trata tranquilamente sus asuntos con las señoras Blanchart......

—El padre es un hombre terrible. Hace diez años que quiso matar á su mujer, en un acceso de cólera y si no se la quitan de las manos......

—¡Pero, ¡esa gente!...... Eso es un presidio

—No pretendo presentarlos como ángeles....... Por eso son temibles. Una vez pagada una suma, se estará libre de ellos, creo, para siempre. Aquí están en la miseria. Si se les facilita pasaje para América, con medios para establecer un almacen de joyería, en Nueva York, por ejemplo, quedarán muy reconocidos y no habrá nada que temer.

—¿Lo han dicho ellos?

—No, no. Digo todo esto por mi cuenta, pero yo conozco el corazón humano. La desgracia da experiencia. Yo, en su lugar, no vacilaría, y hasta dejaría á la chica quince días sola en París, como regalo....... ¡Una vez que el mal estaba hecho!...... Solamente, añadió con gravedad, que habría que dar doscientos mil francos.

Una vez aventurada la cifra, miró á Eliphas y le encontró impasible.

—¿Qué es eso para mi generosa bienhechora? continuó con calor el meridional. Dejará correr tales peligros á su hijo adoptivo por una miseria, por una verdadera pequeñez?

—¿Cuánto lleva usted en los doscientos mil francos?

—Yo, señor, nada absolutamente. Yo no obro más que por adhesión á la Señora Mossler y para evitarla grandes penas.

—Pues bien, Bouscarés, tranquilícese usted entonces. La Señora Mossler no sabrá siquiera que su hijo está amenazado. Y como desde aquí me voy á la prefectura de policía, nada desagradable ocurrirá al señor conde. No diré otro tanto de sus amigos de usted si insisten en su proyecto; me prometo entonces contribuir á su expatriación, pero no por los medios que usted aconseja.

A esta declaración, Bouscarés permaneció al pronto como aniquilado, pero volvió á cobrar valor y exclamó:

—¡Señor Eliphas, se iquivoca usted! Va usted á sacar á esa gente de sus casillas...... ¡La policía! ¡Bonita idea! ¡Cuando debíamos ponernos todos de acuerdo para evitarla! ¡Todo el mundo tendrá que sentir si la policía se mezcla en el negocio! ¡Que es muy sucio, compréndalo usted! Nada de policía...... En cuanto haya metido la nariz en el asunto, estaremos medrados......

—¡Bah! Ya veremos.

—¡Juega usted la vida del señor de Coutras!

—Usted me toma por un imbécil. Buenas tardes.

Cuando llegaba á la puerta, dijo Bouscarés:

—Señor Eliphas, si usted odiase al señor de Coutras y quisiera deshacerse de él, no obraría de otro modo.

El acento de aquel hombre era tan sincero, que el viejo se estremeció. Aquellas palabras respondían tan singularmente á su sorda animosidad, que se detuvo un instante y entrevió, en el fondo de aquella supercheria, un peligro serio y real. Aunque decidido á no capitular, se propuso tomar medidas de precaución. Salió al descansillo y cuando empezaba á bajar la escalera, Bouscarés, inclinado sobre la barandilla, le gritó:

—Usted lo sentirá, pero ya no será tiempo...... ¿Quiere usted que le deje hasta esta noche para reflexionar?

—No, dijo Eliphas desde el piso inferior.

—¿Quiere usted hasta mañana?

—No.

—Estaré en casa todo el dia por si cambia usted de opinión.

Eliphas no respondió, porque estaba ya en el portal. Oyó solamente que Bouscarés se quedaba jurando como un carretero.

A la misma hora llegaba Valentín á la avenida de Friedland, después de haber almorzado con los dos amigos que le representaban en el asunto de Redel, cuando el lacayo de servicio en la antecámara le dijo que la señora condesa le rogaba que entrase á verla antes de volver á salir.

Valentin apareció sonriente, como siempre; se fué derecho á la chimenea, delante de la cual se colocó para calentarse las piernas, y preguntó:

—Ha deseado usted hablarme, querida mia. ¿Qué ocurre?

Enriqueta, sin más explicaciones, sacó del cajón de su mesa un papel azul y entregándolo á Valentin, dijo:

—Ocurre esto.

Era el telegrama de Celina.

—Un anónimo...... ¿Qué valor tiene esto?

—El que usted quiera darle declarando si lo que dice es verdadero ó falso.

Antes de responder, permítame hacer una pregunta. ¿Sospecha de quién puede venir este aviso?

—No lo sospecho, lo sé de cierto. El despacho no está firmado, pero la letra está tan poco disfrazada, que es imposible no saber la persona que le ha escrito.

—¿Y esa persona es?......

—La Señora de Clement.

Valentín sonrió dulcemente.

—Yo también lo pensaba.

Enriqueta agitó con impaciencia su bella cabeza y dijo, volviendo á su pregunta:

—Pero lo que dice, ¿es verdadero ó falso?

—Es la verdad.

—¿Ha tenido usted un altercado con el coronel Redel?

—Sí. Redel me ha ofendido tan gravemente que he tenido que exigirle una satisfacción.

—¿Y qué tiene que ver con todo eso la señora de Clement?

—Estaba presente cuando el coronel me ofendió...... y conoce, por tanto, la cuestión. Por eso ha podido informar á usted de ella.

—¿Con qué objeto? ¿En interés de quién?

—¡Ah! querida mia, me pregunta usted más de lo que sé.

—O más de lo que quiere decir.

—¿Por qué?

—Porque la verdad no le honraria á usted.

—¡La verdad!......... ¡Cómo! ¿Me acusa usted de ocultarla?

—Sí.

—No sé, dijo Enriqueta, lo que ha pasado; nadie me lo

ha dicho pero estoy de antemano segura de que si el coronel Redel se ha salido con usted, y en la casa de usted, de la reserva y de la moderación que le son habituales, es que usted le ha obligado á ello con sus actos ó con sus palabras.

—¡Muchas gracias por la buena opinión que tiene usted de mí! Estoy encantado al ver que entre su marido y un extraño, no duda en tomar partido contra mí.

—Conozco al uno y al otro y sé cuál de los dos debe tener razón.

—Soy el ofendido, y esta condición no me será disputada por mi adversario; prueba de que la razón está de mi parte.

—Eso es una prueba de que ha tenido usted la habilidad de excitar á un hombre leal y franco, á fin de reservarse todas las ventajas eligiendo el arma que más le convenga.

Valentín sonrió.

—Más vale matar al diablo que ser muertos por él......

—Usted no matará á nadie.

—¿No? ¿Y quién me lo impedirá?

—Yo.

—¡Usted! ¿Cómo?

—Si en este instante no se compromete usted á zanjar el asunto amistosamente, voy á buscar á su madre y se lo cuento todo.

Valentín permaneció un momento silencioso y después dijo, asestando á Enriqueta una mirada insolente:

—¿Ama usted mucho á ese Redel?

El semblante de la joven enrojeció, sus ojos despidieron llamas, y desafiando á su marido con la voz y con la actitud, contestó:

—Tengo por él una estimación y un afecto sincero. Es todo lo que yo hubiera querido que usted fuese: digno y desinteresado. Le respondo de que no dejaré la vida de un hombre como él entre las manos de un hombre como usted.

Valentín hizo signos afirmativos y dijo en tono ligero:

—Y hará usted bien, porque, pardiez, no la tendría muy segura...... Pero tranquilícese usted; no tengo el menor capricho de matar á ese héroe. Que se me dé una sombra de satisfacción y probaré mi condescendencia prestándome al arreglo que usted desea. Confesará usted que no es posible ser más conciliador.

Enriqueta miró á su marido con desconfianza.

—Eso depende de lo que usted entienda por una sombra de satisfacción...... Precise su pensamiento.

—Voy á asombrar á usted por mi moderación. No pediré nada al coronel Redel...... Es un soldado y le supongo puntilloso...... Le dejo, pues, á un lado...... Pero hay un testigo de la escena, la Señora de Clement, y quiero que me tenga en buena opinión ..... Necesito que ella me asegure que no me juzgará mal si no llevo adelante este asunto......Deseo verla......Ruéguela usted que venga, déjenos hablar, y si ella me da buenas razones para prescindir de mis agravios, todo habrá terminado.

—¿Por qué no va usted á su casa?

—¡Oh! Parecería que andaba buscando un arreglo. No. Es preciso, por la forma, que me haga, al menos, rogar.

—¿Y si ella no quiere prestarse á esa combinación?

La cara de Valentín manifestó una resolución implacable.

—Entonces, dijo, no espere usted nada de mí. Sucederá lo que quiere evitar.

Enriqueta inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció silenciosa un instante; después dijo con voz entrecortada:

—Leo en su pensamiento. Comprendo lo que quiere obligarme á hacer y enrojezco por usted. Amenazando de muerte á un inocente, exige usted que use mi influencia para traerle á esta casa á una mujer que quiere usted que sea su amada y le huye. Esto es lo que usted quiere, ¿no es cierto? Quiere usted proponerla un trato como el que á mí misma me propone; la vida de ese hombre, que probablemente la había defendido, á cambio de su buena voluntad. ¡Oh! señor conde. ¡Qué corrupción! ¡Qué vergonzosa cobardía!

De sus ojos rodaron lágrimas de vergüenza y de cólera y quedó aterrada delante de Valentín, que la miraba con sorna, tan tranquilo ante su dolor como lo había estado ante su enfado.

—Hay que saber qué es lo que usted quiere, dijo. No pensará que voy á renunciar á vengarme de un hombre que me ha humillado y á quien detesto, si no se me ofrece la compensación que pido.

—¿Y puedo yo obligar á esa desgraciada á obedecerle á usted? Ella es libre.

—Eso es cuenta de usted. Dígala lo que sea necesario para que venga.

—¿Tanto la odia usted que quiere forzarla?

—Me gusta por su misma resistencia.

A estas palabras atroces, la altiva Enriqueta perdió el valor. Se vió perdida, á merced de un monstruo que sería inexorable y, débil por primera vez en su vida, exclamó torciéndose los brazos con desesperación:

—¡No! ¡No obedeceré! ¡No seré cómplice de tal infamia! ¡Pídame lo que quiera, pero no eso!

Valentín hizo un ademán de descontento y de cansancio:

—¡Bah! ¿Qué puedo yo pedir á usted? ¡Tantos aspavientos por una cosa tan sencilla! ¿Qué prueba que tenga yo tan negros proyectos? Procure usted creer que me he divertido con sus escrúpulos y con su ridículo rigorismo y que mi deseo se reduce sencillamente á entenderme con la señora de Clement para llegar á una solución aceptable para mi adversario y para mí. No crea usted nunca más que aquello que tenga interés en creer. Y, además, confíe usted en su amiga; ella sabrá sacarla del apuro. Es una persona un poco caprichosa, pero resuelta, y no se trata ya de su primer encuentro conmigo.

—Si eso es verdad, es usted muy despreciable diciéndolo.

—Supongo que no irá usted á publicarlo en los periódicos...... La cosa ocurrió en Sauvigny, este verano, casi ante la vista de usted...... ¿Es eso una flor de pureza? ¿La defenderá usted ahora?

—¡Oh! Dios mío, gimió la joven; ¡es á mí á quien defiendo! ¡Es á mis últimos pudores, á mis supremas ilusiones! ¿Qué he hecho yo, para sufrir pruebas tan duras? ¿Por qué es usted tan egoísta, tan cruel? ¿No puede usted ser como los demás hombres, que son, al menos, indiferentes, inofensivos? ¡Todo lo que usted hace es monstruoso! Pero...... ¡cuidado! Hay una justicia superior que hiere en el momento en que menos se espera......No obligue usted á los que tortura á dirigir sus plegarias á esa justicia......

—¡Bueno! Henos aquí con leyendas y supersticiones ahora, dijo Valentín andando con aire de fastidio por el taller. Me va usted á representar el *Don Juan*: «Arrepiéntete......» Es inútil, hija mía. Estoy decidido á no cambiar mis planes y todas esas declamaciones me fatigan, sin provecho alguno. Resumamos, pues; usted quiere que le sacrifique un hombre. Yo quiero que usted me sacrifique una mujer. Toma y daca. Esta es la operación despojada de todos los artificios oratorios.

Esta vez Enriqueta recobró todos sus bríos, á la fuerza del ultraje. Se irguió de un salto, furiosa y soberbia, ante el conde y con el brazo levantado á la altura de su cara, como si fuese á abofetearle, contestó:

—¡Esta es ya demasiada infamia! Rehuso. ¡Suceda lo que quiera!

—Como usted guste.

Enriqueta le señaló la puerta con un ademán:

—Ahora, estoy en mi casa; ¡salga usted!

Valentín se inclinó con tranquila gracia.

—Esto es lo que estaba esperando. Adiós, querida mía; hace usted una tontería y se arrepentirá.

Abrió la puerta y desapareció. Una vez sola, la condesa se sentó al lado de la chimenea y, con la cabeza entre las manos, reflexionó dolorosamente. La situación era clara, pero aterradora. La franqueza de Valentin probaba que estaba decidido á no retroceder. Pero ¿era cierto que habia poseído á Celina? Entonces, una vez cometida la falta, ¿por qué la joven se resistía? ¿No venía todo el mal de aquella resistencia inexplicable y estúpida? Al pensar esto, Enriqueta no pudo contener un gemido. ¿La corrupción y la bajeza en que se veía obligada á arrastrarse, la habían ganado hasta el punto de acusar á la desgraciada Celina por no reincidir en su falta? Sus ojos se habían abierto á la razón y se había arrepentido. ¿Hacía falta más? ¡Y era esa vuelta al bien lo que creía un crimen!

El recuerdo de las pruebas que Valentín le habia hecho sufrir y que, poco á poco, les habían desunido, vino á su pensamiento. ¿Por qué la amada había de haber sido menos sensible ó más acomodaticia que la esposa? Enriqueta juzgó á Celina más desgraciada que ella misma, porque sus penas no eran confesables. Pero no bastaba quejarse. Era preciso hacer algo, y ante todo, saber lo que había ocurrido para deducir una regla de conducta.

El conde había hablado vagamente de ofensas, sin precisar en qué habian consistido. ¿No mentiría? ¿No vendría de él el insulto? En este caso convendría cambiar de orientación y dirigirse á Redel. Enriqueta resolvió tomar noticias del único testigo del incidente. Llamó con viveza y pidió su carruaje. Suponia que Celina, después de una escena tan violenta, estaría encerrada en su casa. No se engañaba; la encontró, en efecto, pero estaba enferma y habia dado orden de no recibir. Esta consigna no podía detener á Enriqueta que pidió con insistencia ser anunciada á la Señora de Clement. Pero en este momento llegó el Señor Eliphas que venía de visitar á su nuera, y él allanó todas las dificultades.

—Dejo en este instante á Celina, dijo, y realmente no está buena, pero se alegrará mucho de ver á usted, estoy seguro...... Si hubiera previsto su visita hubiera dado orden de dejarla entrar. Justamente me hablaba de usted ahora mismo y me preguntaba si la vería hoy......

Sin más conversación, la condesa subió y, penetrando al mismo tiempo que el criado que iba á anunciarla, sorprendió á la joven en el abatimiento moral en que estaba sumida desde el día anterior. Una ojeada bastó á las dos amigas para adivinarse y comprenderse, y las primeras palabras esclarecieron la situación.

—Celina, ¿es usted quien me ha enviado anoche este telegrama?

—Sí, Enriqueta.

—¿Por qué no me habló usted en vez de escribirme?

—Porque no pude. Estaba presente el coronel.

—¿Y qué sucedió entre él y el conde?

Celina palideció y permaneció callada. Había llegado el momento crítico para ella. Era preciso decir la verdad. ¡Y qué verdad! La más humillante para la mujer á quien tenía que decírsela y para ella misma.

—¡Oh! Hable usted sin reticencias, exclamó la condesa con animación. No tiene usted nada que ocultar; mi marido me lo ha dicho todo.

A esta revelación repentina la joven prorrumpió en un ligero grito y cubriéndose el rostro con las manos se quedó como desmayada en el respaldo del sillón, vertiendo silenciosamente gruesas lágrimas que se deslizaban entre sus dedos temblorosos. Ante aquella desesperación y aquel silencio, la condesa, movida á compasión y devorada de impaciencia, permaneció un momento pensativa, y después, no pudiendo dominar el deseo de conocer por fin los hechos, cogió á Celina por el brazo, descubrió su cara, y dijo, mirándola con autoridad:

—No se trata de llorar. Es preciso explicarnos en primer lugar y obrar enseguida. No crea usted que tengo ni la apariencia siquiera de un sentimiento hostil. Pobre niña, usted es una víctima como yo y no puedo hacer más que compadecerla. Pero el daño que á las dos se nos ha hecho es irreparable, mientras que el que se le quiere hacer á otro, inocente también, puede aún ser impedido. ¿Es usted una criatura ó una mujer? ¿Tiene usted valor ó no sabe más que gemir? ¿Quiere usted unirse conmigo para impedir que el conde mate al coronel Redel? Esto es lo que vengo á preguntarla.

Ante aquellas enérgicas declaraciones, Celina pareció reanimarse. Dirigió á Enriqueta sus ojos, aún llenos de lágrimas, y respondió:

—Mande usted; yo obedeceré.

—¿Por qué han regañado el coronel y el señor de Coutras?

—Porque el coronel me defendió contra el conde.

—¡Oh! Bien me lo figuraba. Sí, su cólera contra Redel no es más que aparente, una comedia más, pero que puede convertirse en drama. Por medio de ese duelo quiere obligarla á usted......

—¿A qué?

—A concederle lo que usted le niega.

—¿Cómo puede usted creerlo?

—¡El me lo ha confesado! ¡Ha osado confesármelo y pedirme que fuese intermediaria en ese repugnante convenio! ¡Hé aquí el hombre de que se trata! Y es tanto su poder de corrupción que, por un instante, he pensado proponérselo á usted. ¡Sí! He descendido hasta un pensamiento tan miserable! ¡Oh! Perdóneme usted, Celina. No tiene usted que enrojecer delante de mí, porque ese propósito me ha hecho tan culpable como usted haya podido serlo.

—No se acuse usted, Enriqueta, ni me juzgue más severamente de lo que merezco. Jamás he cedido á él ¿entiende usted? Si él lo ha dicho, ha mentido. Se me ha impuesto por la violencia, por medio de una emboscada, como un ladrón, y mi horror hacia él es tanto, que preferiría morir á dejarle que se me acercara. ¡Ah! Le expresé con rabia mi repugnancia y mi odio y Redel, que acababa de librarme de sus manos, confirmó y agravó todas mis palabras. Por eso quiere matarle.

Enriqueta hizo un ademán de desaliento.

—¡Oh! ¡Qué fatalidad le ha mezclado en todo esto!

—La fatalidad no ha hecho nada. Si el conde ha aprovechado la presencia de Redel para hacer pesar sobre él la responsabilidad del insulto, el coronel, por su parte, se ha valido de la ocasión para atacar á su marido de usted...... Entiéndame bien, á su marido....... No ha sido contra un hombre que me ofendía contra quien se ha producido violentamente; ha sido contra el conde de Coutras, cuyo nombre lleva usted y del que es usted mujer. Esta es la verdad.

La condesa se sentó, sombría, y dijo al cabo de algunos segundos:

—Sí, esa es la verdad. Valentin me la ha dejado entrever con su audaz cinismo. «Usted quiere que le abandone un hombre; entrégueme en cambio una mujer.» Tales fueron los términos del convenio propuesto. Ha creído que yo amaba á Redel tanto como él desea á usted y me ha ofrecido asociar nuestras dos pasiones por un doble adulterio...... ¡El miserable!

Celina aventuró una ojeada hacia su amiga y, sintiendo renacer su astucia y su curiosidad á medida que recobraba la posesión de sí misma, murmuró:

—¿No ama usted, pues, á Redel?

Enriqueta irguió su altiva frente y asestando á la joven una ardiente mirada, exclamó:

—Si le amara, ¿no habria hecho todo lo posible por conseguirlo? ¿Estaria yo aquí si no le amase? Sí, le amo como merece ser amado y sabré defender su vida. Pero, vamos á ver; usted debe estar informada de lo que pasa; usted oye hablar á su marido, á sus amigos......... Yo no he visto á nadie desde ayer; todo el mundo se oculta de mí...... Dígame ¿qué sabe usted?

—Sé que mi marido tuvo anoche una entrevista con el coronel y ha salido esta mañana muy temprano...... Le he preguntado y me ha respondido evasivamente que se trataba de un negocio importante para nuestro amigo...

—Es su padrino, no cabe duda, dijo Enriqueta. Redel le ha escogido para hacer imposible toda explicación y evitar que se arregle el asunto...... ¡Y si se bate con Valentin, muere!

—¿Cree usted al conde tan seguro de vencerle?

—¡Oh! Usted conoce bien su sangre fría terrible y sus fuerzas hercúleas......... Es valiente, porque es de buena sangre. Toda la superioridad que pueden dar en un duelo una fria firmeza, unos músculos incansables y una habilidad consumada, la tendrá Valentin sobre el leal, el sencillo, el confiado Redel, que irá al terreno sin preparación y casi desarmado........... Si se bate, es hombre muerto.

Casi en voz baja, como hablando consigo misma, Celina murmuró:

—¿Y si él matase al otro?

—¡Oh! Usted no ve más que una cosa; que la casualidad puede librarla de su perseguidor......... Pero yo no quiero correr esa eventualidad. Es preciso impedir ese duelo; es preciso, ¿me entiende usted?

—¿Y cómo lograrlo?

—¡Eso es cuenta de usted! Ya que es usted la causa de todo, busque un medio de arreglar las cosas.........

—¿Aun al precio de mi seguridad, de mi reposo? preguntó vivamente Celina?

—¿Valen esa seguridad y ese reposo lo que van á costar?

—¡Ah! Es usted muy dura, respondió la joven. No hay en todo esto más que un criminal; el conde.

—Pues bien; venga usted conmigo á denunciarle.

—¿A quién?

—A la señora Mossler. Entre todos nosotros, ella decidirá.

—¿Será preciso no ocultarle nada?

—Tome usted consejo de su conciencia.

—Sea, dijo Celina con resolución. Vamos.

Tomó vivamente el sombrero y el abrigo y siguió á la señora de Coutras.

IX

El señor Eliphas estaba en su despacho contestando una numerosa correspondencia, cuando entró su criado para decirle que una joven, que no queria decir su nombre, insistia mucho en verle. Todos los dias el Ministro de la Caridad recibia súplicas iguales y siempre se mostraba accesible á ellas. No habia hombre más abordable, por lo mismo que brillaba en el arte de desembarazarse de importunos y de impostores. Los más hostiles, los más tenaces mendigos de profesion perdian el tiempo con él.

—¿Ha venido alguna otra vez esa persona? dijo á su criado, viejo zorro con un golpe de vista prodigioso.

—No, señor. Es nueva. Es una joven de unos diez y seis años y bonita como una gloria.

Eliphas frunció el entrecejo y un vago presentimiento le agitó.

—¿Dónde está?

—La he dejado en la antesala, señor. Con esas muchachas hay que andar con cuidado. Acaso es una ladrona.

—Llévela usted al cuartito que sabe.

El criado salió y el señor Eliphas pasó á la habitación contigua á su despacho, completamente desamueblada y en la que el visitante no podia tener idea de que estaba en casa de un rico. En el momento se abrió una puerta y adelantó hacia Eliphas una muchacha morena, asombrosamente bella, vestida con ropa miserable y sin nada en la cabeza. Hizo una seca reverencia y dijo mirando al viejo con ojos descarados:

—¿Es usted el señor Eliphas?

—Sí, hija mia.

—Pues bien, señor, yo soy Matilde Chabassu. Ya comprenderá usted lo que me trae.

—No tengo ni la más ligera idea, pero tome usted una silla y explíquese.

El viejo se colocó de espalda al balcón para ver á buena luz la cara de la visitante, pero vió prontamente que la precaución era inútil porque la joven no tenia malicia alguna y toda astucia sobraba con ella.

—Señor, comenzó, acabo ahora mismo de escaparme de casa de mi padre, ayudada por el señor Bouscarés, para venir á contar á usted lo que pasa. Hace tres dias que estoy encerrada en un desván, sin más alimento que unos mendrugos sazonados con bofetadas. Basta ya de ese régimen...... Mire usted, mire, si quiere, cómo me han puesto.

Se desabrochó el vestido y enseñó un cuello de forma perfecta, lleno de cardenales, y unos brazos redondos, frescos, nacarados, en los que se veian huellas de dedos brutales.

—¿Ve usted? Esto no me divierte.

—Abróchese usted, hija mia, dijo friamente Eliphas. Comprendo que tales relaciones con las personas de su familia son penosas, pero ¿qué he de hacer yo?

—¡Cómo qué ha de hacer usted! dijo claramente la muchacha. El señor Bouscarés dice que usted puede hacerlo todo.

Esta respuesta en la que se revelaba de un modo tan audaz la intervención de Bouscarés, puso á Eliphas aún más reservado.

—Sí, señor; dice que si usted quiere, papá me tratará como á una reina y Ravet no pasará el tiempo espiándome.........

—Dispense usted, interrumpió Eliphas; ¿quién es ese Ravet?

La joven miró tranquilamente al viejo y dijo:

—Es mi amante.

—¿Qué edad tiene usted, hija mia? preguntó Eliphas apiadado por aquella corrupción ingenua.

La joven Matilde tomó una actitud picaresca, sacó de su fresca boca una puntita de lengua de color de rosa y con un gesto de pilluelo respondió:

—¡Qué curioso es usted! ¿Qué le importa mi edad?

—Me asombran los precoces vicios de usted y trataba de explicármelos.

—¡Esa es buena! Si yo no tuviese á Ravet andaria arrastrada por todos los hombres del barrio...... Él me hace respetar, porque es fuerte. Solamente que es muy celoso y en este momento no me deja vivir á causa de Valentin.........

—¿Hay también un Valentin?

—¡Hombre! Hágase usted el inocente...... ¡Como si no lo supiera! Usted le conoce lo mismo que yo y hasta dice el señor Bouscarés que es usted de la familia...... ¡Oh! Yo le quiero mucho á mi Valentin y para que no le suceda una desgracia vengo á ver á usted. Parece que usted no ha creido al señor Bouscarés cuando se lo ha prevenido. Ha hecho usted mal, porque es un buen hombre y muy distinguido. Tiene mucho talento, según dicen en la casa, y si tuviese un poco de dinero ganaria el oro y el moro.........

—¿Es él quien envia á usted? preguntó Eliphas siempre desconfiado.

—¡Toma! ¿Quién quiere usted que sea? Yo no conocia á usted. El señor Bouscarés es el que me ha dado las señas de esta casa y el que me ha abierto la puerta del desván......... Anda, me dijo, y explica tú misma la situación al señor Eliphas......... Si él no te escucha, no hay recurso y bien sabes tú que Ravet matará á traición al señor de Coutras. Y lo hará, sí, señor; como hay Dios. Si es que usted lo desea, bueno. Siga entonces cruzado de brazos con esa pachorra......... Pero entonces me voy á decírselo á su mujer, para que no le deje salir............ Porque si el asunto no se arregla y él asoma la nariz por Montmartre, es hombre muerto.

—¿Usted le ama, cuando tanto le defiende?

—¿Si le amo? ¡Toma! ¡Vaya una pregunta! Pues ya se ve que le amo. Es un guapo mozo, y tan generoso...... y tan valiente...... ¡No se acobardaria delante de diez Ravet...... Eso es lo que me da miedo...... El otro le esperará con sus amigotes...... y le apalearán, como á una gallina...... Señor, si usted puede arreglar el negocio, arréglelo.........

—Y si lo arreglo, ¿qué va usted á hacer?

—Irme esta noche á buscar á mi Valentin donde yo me sé......

—¿Y si no lo arreglo?

—Entonces yo sé lo que tengo que hacer...... Porque volver á casa á buscar una tunda...... No tengo los huesos bastante duros para ofrecerme ese regalo.

—¿Y á dónde irá usted?

—A casa de la Señora Blanchart. Una buena mujer que admite pensionistas......

—¿De qué conoce usted á esa mujer?

—Ella es la que ha alquilado el cuarto donde nos vemos Valentín y yo.

—¿Dónde está ese cuarto?

Un pliegue de desconfianza arrugó la frente mate de la joven.

—¡No sé si decírselo á usted!...... Pero sí, el Señor Bouscarés me ha dicho que tuviera confianza...... según él es usted un santo...... Pues bien, está en la calle de Steinkerque; no hay más que atravesar la plaza de Saint-Pierre, se está allí...... Es un sitio tranquilo y retirado, pero muy peligroso para Valentín si Ravet anda á la husma... Conque, vamos, arréglelo usted. Parece que nos iremos á ser ricos en el extranjero...... A mí me gusta el movimiento...... ¡Me muero por los viajes!......

—¿Dejará usted, entonces, á Valentín?

—¡Oh! Yo sé bien que no estoy con él para toda la vida...... No me hará ninguna gracia no volverle á ver, pero si es para serle útil......

La cara de Matilde expresó una viva emoción y sus ojos se llenaron de lágrimas. Después dijo con aire resuelto:

—Señor, es necesario saberse sacrificar por las personas que uno ama...... Y yo respondo á usted de que delante de mí no toca Ravet á Valentín......

—¿Qué hará usted?

—¿Qué? sacarle los ojos......

El viejo se quedó pensativo. A pesar de sus prevenciones y de su desconfianza veía que aquella muchacha decía la verdad. Se dió cuenta claramente del peligro efectivo que amenazaba al conde de Coutras y, queriendo ante todo evitar á la Señora Mossler nuevas penas, se decidió á intervenir en aquellas bajas intrigas.

—Bueno, hija mía, dijo; voy á liquidar la situación procurando poner á salvo nuestros intereses y la moral. Prométame usted, al menos, enmendarse para el porvenir.

—¡Oh! señor, si no tuviera una que ver más que con buenas personas como usted, no haría tontunas. Pero cuando los hombres están siempre, siempre, detrás de una, ¿cómo quiere usted que resista?

Eliphas movié la cabeza y miró con lástima á aquella encantadora niña, flor parisiense apenas abierta y ya marchita.

—Voy á volver á casa para decir que usted consiente... ¡Pero, por Dios, no les dé usted chasco, porque después serían terribles!

—Diga usted á Bouscarés que antes de las seis estaré en la calle de Ramey.

—¡Sin falta! ¿Eh? Porque entonces no doy contraorden á Valentín

—¿Estaban ustedes citados para esta noche?

—Sí, y papá ha pescado la carta...... Como usted comprende si yo hubiera encontrado aquí oídos de mercader, le hubiese enviado dos palabras para impedir que fuese... ¡Hubiera corrido gran peligro! Pero una vez que todo se arregla, podemos despedirnos amablemente.

—¡Bueno! ¡Bueno! No quiero saber nada de eso, dijo Eliphas. Vuelva usted á su casa y que me espere Bouscarés.

—Gracias, señor, dijo la muchacha.

Dudó un instante y por fin, en un gracioso impulso, saltó al cuello de Eliphas y, antes de que él pudiera desprenderse, le besó en los dos carrillos: se echó á reír con aire inocente y se marchó. Detrás de ella salió Eliphas para ir á casa de la Señora Mossler.

No se creía con derecho á ocultarle la verdad, por dolorosa que fuera, y estaba decidido á provocar medidas de rigor contra el conde. «Es imposible que esto continúe así, decía mientras seguía su camino; ese malvado va á deshonrar á su madre adoptiva y á todos los que tienen alguna relación con ella, de cerca ó de lejos. Con tal de procurarse sensaciones, no retrocederá ante todas las monstruosidades y el día en que caiga bajo el peso de la ley, no habrá dinero ni influencia que puedan salvarle. Pero ¿cómo contenerle? A un joven se le cortan los víveres y se le obliga á entrar en vereda...... A un hombre casado, que tiene una posición social y relaciones, ¿cómo desembarazarse de él? No se puede hacer una mina bajo sus pasos para aniquilarle. ¡Hay un Ravet!...... Se debiera dejar hacer á ese perdido y habría sangre, seguramente...... ¡Pero qué escándalo entonces! ¡Qué fatal error cometió esa pobre amiga el día en que se echó á cuestas al tal Valentín! ¿No tenía heredero? ¡Vaya una desgracia! Los que tienen hijos no cesan de quejarse, y los que no los tienen se lamentan también. ¡Contradicción, falta de lógica, locura!»

Mientras pensaba todo esto, el viejo llegó á la avenida de los Campos Elíseos y entró en el patio del palacio. El portero estaba á la puerta de su habitación y saludó al Señor Eliphas con mucho afecto.

—¿La Señora Mossler no ha salido?

—No, señor; la señora ha tenido visitas después de almorzar...... La Señora condesa de Coutras y la Señora de Clement llegaron juntas las primeras, y ahora acaba de entrar el señor conde...... Creo que la señora le ha llamado por teléfono.

—¡Ah! dijo Eliphas. Pues bien, voy á las oficinas.

Subió por una escalera de servicio y, en el primer piso, entró en las oficinas donde se administraba la fortuna de la Señora Mossler, sobre las cuales ejercía Eliphas una activa vigilancia. Casi todos los días entraba en el despacho que tenía destinado, contiguo al saloncillo de su amiga, á fin de despachar con ella el voluminoso correo de la mendicidad.

Aquel día, sabiendo que el conde de Coutras estaba con su madre, no se apresuró, vagó un rato por las oficinas y después abrió la puerta de comunicación de su despacho y entró en la habitación particular de la Señora Mossler. La alfombra amortiguaba el ruido de sus pasos; la puerta se cerró silenciosamente. Eliphas puso el sombrero sobre un mueble y se preparaba á sentarse para esperar pacientemente, cuando llegó á sus oídos ruido de voces que venía de la habitación inmediata, separada solamente por una cortina. La Señora Mossler y su hijo hablaban con animación y las primeras palabras que llegaron á Eliphas le interesaron tan vivamente, que se puso á excuchar con extrema atención.

—En resumen, decía la Señora Mossler, esa querella no tiene ninguna causa seria ni que se pueda confesar y es preciso que el asunto se arregle...... No quiero que siga adelante......

—Eso es fácil de decir, replicó Valentín—cuyo acento, de ordinario dulce, era entonces agrio y rabioso—pero muy difícil de conseguir...... No es á mí, que soy el ofendido, á quien hay que pedir ese arreglo, sino al Señor Redel......!

—Eres tú el que ha causado los primeros males, contestó vivamente la Señora Mossler...... Lo sé.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

Una sombra de vacilación se manifestó en el tono de la Señora Mossler.

—¿Tengo yo necesidad de que nadie me lo diga? Bien sabes que, hace mucho tiempo, estoy enterada de tus malas disposiciones respecto de Redel...... La cosa viene desde Sauvigny...... Siempre me ha parecido mal esa hostilidad de tu parte hacia un hombre á quien estimo y cuya madre es mi amiga......

—¡Bah! Yo no conozco á su madre...... La madre de ese hombre de cuarenta años no tiene nada que ver en este asunto. Con el hijo solamente tengo que habérmelas. Que tenga madre no es suficiente motivo para que no me dé satisfacción de la ofensa que me ha inferido.

—¿Pero qué ofensa es esa?

—Me ha insultado en los términos más violentos...... ¡Pardiez! ¿Qué quieres? ¡Con lo que me ha dicho hay para matar diez hombres! ¿Y pides que retroceda? No puedo.

—No quieres, sobre todo.

—Seguramente que no quiero...... ¿Qué pensarán mis padrinos?

—¿Prefieres su opinión á la mía?

—La tuya no está bien ilustrada. No sabes de lo que se trata. Y después, ¿qué entienden las mujeres de asuntos de honor.

La voz de la Señora Mossler tomó un tono severo.

—Estás seguro de que en este caso se trata del honor?

—¿Qué significará?

—Significa que el honor debería consistir para tí en reparar el mal que has hecho, en vez de procurar agravarle. Significa que en tu diferencia con Redel no eres tú quien tiene la razón. Significa que te he llamado, no para pedirte como un favor que te prestes á un arreglo, sino para mandártelo, esa es mi voluntad.

Valentín se echó á reír.

—¡Está bien! ¡Esto es gracioso! Me mandas que retroceda ante ese señor que hace la corte á mi mujer, que acaso es su amante......

—¡Mientes! y sabes que mientes......

La voz de Valentín tembló de cólera.

»—Me tratas muy severamente, me parece madre mía. Mi respeto hacia tí es grande, pero le sometes á peligrosa prueba.

—Si me tuvieras respeto, lo habrías demostrado con tus actos. ¿Que valen las palabras? No me hago ilusiones sobre tu hipócrita dulzura. Te he querido mucho, pero has hecho todo lo posible para apartarme de tí. Ten cuidado, me has engañado muchas veces, pero no lo conseguirás hoy. Supones que estoy mal informada y conozco todo el fondo de este miserable asunto, sé sus secretos resortes y precisamente porque no tengo duda alguna sobre el papel que representas, estoy resuelta á impedirte representarlo.

—No soy curioso, pero tendría empeño de saber cómo piensas lograrlo.

—Vas á saberlo. Te doy mi palabra, y sabes que nunca he faltado á ella, de que si prescindes de mi prohibición no vuelvo á verte en mi vida.

Valentín pegó con fuerza con el pie en el suelo.

—¡No verme! Entonces deseas que Redel me mate; será más sencillo.

—¡Más sencillo y más justo! Pero no sucederá. Siempre los malvados como tú, matan á los hombres honrados como él. Por eso no quiero ese duelo. No solamente te prohibo batirte, sino te impongo que desaparezcas durante un año.

—¿Y á dónde voy? ¿A la trapa?

—No; te metes en tu yacht y te vas muy lejos, entre el mar y el cielo, para reflexionar, para enmendarte y sobre todo, para dejar respirar á las víctimas á quienes torturas aquí; tu mujer...... y la otra.

—¿La otra?

—Sí; la desgraciada á quien persigues con tus indignos propósitos; á la que me habías prometido dejar tranquila y te obstinas en perseguir.

—¡Perseguir!...... ¿Qué sabes tú?

—Ella misma me lo ha dicho, aquí, hace un instante. Ella, que ha venido con tu mujer á advertirme, á confesar, á suplicar.......

Al oir esto, una nube pasó ante los ojos de Eliphas. Aquel combate de palabras había tomado un desarrollo tan rapido y tan violento, que el viejo había escuchado con indignación primero, con estupor después, las explicaciones cambiadas entre Valentín y la Señora Mossler. En este momento, pálido, los ojos turbados, las manos tremulas, no escuchaba ya y daba vueltas á la última frase: «Ha venido con tu mujer á advertirme, á confesar, á suplicar.» Y despues, acudían á su mente las palabras del portero: «La Señora condesa de Coutras y la Señora de Clement llegaron juntas, las primeras......» Luego «la otra» la víctima de Valentín, era su nuera, Celina. Y era él, ese miserable, ese infame á quien despreciaba, el que estaba allí, haciendo frente á la Señora Mossler, á su bienhechora, el que se obstinaba en su feroz proyecto, el que contestaba con osadía, en vez de murmurar humildemente excusas...... Eliphas se pasó las manos heladas por la ardorosa frente y lanzó un gemido. En el mismo instante oyó á Valentín que gritaba con furia:

—¡La amo! ¡La quiero! ¡Nada me impedirá conseguirla!

El viejo entonces se irguió con repentina energía. Avanzó con lento paso, alzó la cortina y mostrando á la Señora Mossler y al conde, espantados, su trémulo semblante:

—Y yo juro á usted, dijo, que no la conseguirá.

—¡Eliphas! exclamó la Señora Mossler. ¿Estaba usted ahí?

—Sí, señora, sí; estaba ahí......

—¿Tiene usted el vicio de escuchar en las puertas? dijo Valentín tratando de burlarse.

Eliphas hizo un movimiento tan violento hacia el conde, que la anciana se lanzó entre ellos. Pero el viejo se habia tranquilizado y sonreía con frialdad.

—Sí, señor conde, escucho en las puertas para saber infamias é impedir que se cometan.

Extendió hacia Valentín un brazo amenazador y añadió mirándole con sombría energía:

—Usted no se batirá con el coronel Redel, soy yo quien lo asegura, y usted desaparecerá.

—¿Para mucho tiempo? preguntó con sorna el conde.

—¡Para siempre!

Valentín sintió correr por su piel un escalofrío. Pero era valiente y quiso conservar una altiva actitud.

—Ahora, madre mía, debes estar tranquila. El Señor Eliphas va á librarte de mí. Hasta la vista, madre mía. Caballero, tengo el honor......

Eliphas respondió con esta sola palabra:

—Adiós.

—Valentín, volverás, exclamó la Señora Mossler: no renuncio á convencerte, á apaciguarte......

—¿Para qué? El Señor Eliphas te responde de mí, dijo el conde con dureza. ¡Fía en su autoridad!

Hizo un ademán irónico de deferencia y salió.

Eliphas y la Señora Mossler se quedaron solos y durante un minuto se miraron sin hablar. El viejo se dejó caer en una butaca y con la frente inclinada y los brazos colgando parecía aniquilado. Su amiga le cogió la mano y preguntó:

—¿Ha oído usted todo lo que ha dicho?

—Todo.

—No crea usted que Celina......

—¡Ni una palabra de explicación! interrumpió Eliphas. Sé que ella misma ha venido á pedir socorro contra ese miserable...... Claro es que le aborrece y quiere huirle. No puedo tener hacia ella más que lástima y misericordia. Es una mujer honrada, una buena madre, y yo la vengaré.

—¿Cómo?

—¿No ha oído usted lo que he dicho? El conde de Coutras no se batira y desaparecerá.

La Señora Mossler palideció.

—¿Cree usted, Eliphas, que lo que á mí me ha rehusado va á concedérselo á ustud?

Eliphas se levantó. Ya no estaba aniquilidado y caído, sino imponente y terrible. Miró á su amiga con expresión nueva en él y con voz que penetraba hasta el corazón de la anciana, dijo:

—En este momento, su voluntad no le pertenece ya. Está en unas manos más poderosas que las de usted y que las mías. Cuando he venido, la casualidad me había hecho dueño de su suerte. Podía, á mi arbitrio, salvarle ó perderle. Su bajeza, su crueldad, su ingratitud, me han impuesto una decisión. Le he condenado.

—¿Usted? exclamó la Señora Mossler aterrorizada. ¿Usted, Eliphas, el más dulce, el más generoso, el más indulgente de los hombres? ¿Usted, el amigo de toda la vida?

—Sí, yo.

—¿Y si yo pido á usted que le salve?

—Me negaré, para evitar á usted mayores dolores, más pesados remordimientos.

—Pero yo puedo prevenirle, ponerle en guardia, defenderle......

—¡Oh bondad! ¡Eterno error! Conoce usted los crímenes cometidos por ese miserable, y tiembla usted por él. Ahora mismo le amenazaba usted, indignada, y buscaba un medio de castigarle, y cuando el castigo está sobre su cabeza, procura protegerle. No ignora usted que si se salva, será para la desdicha de los demás y para la suya. Yo seré más firme que usted. Soy un hombre honrado, bien lo sabe usted; jamás he hecho daño á nadie y daría mi fortuna y mi vida por salvar á un inocente. ¡Pues bien! Sin una duda en el fondo de mi conciencia, tomo el partido de suprimir ese monstruo.

—Pero usted habla como si dispusiera de un poder secreto, como si una orden suya bastase para decidir la vida ó la muerte de un hombre......

—Dispongo, por una hora, de ese poder. Al entrar en esta casa, me bastaba pronunciar algunas palabras para que el conde se salvase. Él mismo se ha perdido. Esas palabras no las pronunciaré.

El semblante alterado de la señora Mossler se esclareció. Creyó que empezaba á ver claro en aquel misterio.

—¿Se trata del asunto de que hablaba ese Bouscarés esta mañana? ¿Había, en efecto, un peligro para el honor y acaso para la vida de Valentín? ¿He adivinado? ¡Respóndame! ¡Infórmeme! ¡Debe usted hacerlo! ese secreto no le pertenece.

El viejo la miró fríamente y dijo con tranquila energía:

—No sabrá usted nada.

—¡Oh! ¡Está bien! Yo encontraré á ese hombre, yo le haré hablar, yo desharé sus proyectos.

—No tendrá usted tiempo.

La anciana adoptó un ademán soberbio:

—¡Por la vida de mi hijo, pagaré cuanto haga falta!

—¿Dónde? ¿A quién? ¡No! ¡Toda su riqueza será impotente! ¡Su irresistible río de oro no servirá de nada!

—¿Pero quién va á herir á Valentín? exclamó la Señora Mossler, alterada por la resistencia de Eliphas. ¿Usted?

No, señora, ni yo, ni mi hijo, ni nadie á quien usted conozca ni á quien él haya hecho daño. Un desconocido, un pobre ser, tan desmoralizado como él, pero más excusable porque es menos dichoso, ejecutará la sentencia pronunciada. Agente oscuro de la fatalidad, matará, porque debe matar. Usted quedará sinceramente afligida; yo, libre de todo remordimiento. El destino se encarga de todo.

—Pero usted puede aún perdonar. Eliphas, se lo suplico, salve á Valentín. No olvide que le ha visto crecer ante sus ojos, que le ha acariciado siendo niño, que Mossler le quería y que yo no tengo más que á él...... Le traeremos al bien. ¡oh! ¡su arrepentimiento será una hermosa ofrenda que haremos á Dios! ¡El sólo debe herirle! ¿Con qué derecho se substituye usted á él?

—Me limito á no desviar su cólera! Si él quiere salvar á vuestro hijo, puede hacerlo. Yo me incilnaré ante su voluntad.

—¡Pero yo, exclamó la señora Mossler, habré conocido el peligro sin haber hecho nada para defenderle!

—Yo juego limpio con usted y la ofrezco una probabilidad. Trate usted de retener á su hijo á su lado hasta por la mañana. Si usted lo consigue, Redel estará, probablemente, muerto por la noche. Celina se verá impulsada á cualquier extremo que ponga en peligro la dicha de mi hijo. Enriqueta arrastrará una miserable existencia. Usted misma será manchada por vergüenzas que no prevee. Pero ese seductor y precioso joven seguirá viviendo. Todas esas desdichas como precio de su vida no serán nada. ¿Verdad? ¿Es eso lo que usted quiere? Pues bien, ¡atrévase á cargar con la responsabilidad!

—Eliphas, usted me tortura. Pero su padre, al morir, me le confió...... ¡Oh! ¡Su padre!......

—Su padre, murió porque quiso seguir siendo un hombre honrado. Hoy renegaría del hijo que arrastra su nombre por el fango.

—¡Eliphas, no me abandone usted! Es usted mi consejero, mi único amigo...... ¿Qué debo hacer?

—Ya lo he dicho, señora. Guarde usted á su hijo esta noche...... Si usted lo consigue, será que la no Providencia quiere que la honradez sea vencida y que el vicio triunfe.

—¡Ah! No puedo dejarle expuesto á esos peligros....... Voy á tratar de salvarle de los demás y de sí mismo......

—Inténtelo usted.

La condesa, febril, llamó á un criado y dijo:

—Mi coche, al momento.

—Está enganchado en el patio.

—Adiós, pues, señora, dijo el viejo con tristeza. No nos veremos más, por mi voluntad si usted logra lo que intenta, porque nunca se lo perdonaré; por la suya, si no lo logra, porque la causaré horror.

Se inclinó y salió. Detrás de él la Señora Mossler bajó impetuosamente la escalera y dijo al lacayo:

—Avenida de Friedland, ¡Volando!

Valentín, encerrado en su sala de fumar con sus antiguos inseparables Croix-Mesnil y Prieur, discutía las condiciones de su duelo.

—La pistola, á veinticinco pasos, fuego á voluntad, decía Prieur. Vas á matarnos ese artillero como un pichón.

—Trataré de hacerlo.

—¿Has tirado durante este último tiempo? ¿No has perdido la puntería?

—Hace un mes tiro todas las mañanas veinte balas. Nunca he estado más corriente.

—¿Por eso, entonces, ¿no has elegido la espada?

—Querido, dijo Croix Mesnil, Valentín ha hecho bien. Cuando se quiere un duelo serio, hay que escoger la pistola. De este modo no se sale del paso con arañazos en los dedos......

—¿Qué hacemos hasta la hora de irse á dormir esta noche? ¿No nos separamos?

—Comeremos juntos y déspués nos separaremos. Me espera una preciosa muchacha.

—¡Cómo! dijo Croix-Mesnil; ¿la víspera de un duelo? Eso hace temblar el brazo y borra el golpe de vista.

—¡Bah! Si supierais lo que es matilde Chabassu comprendrendierais que arriesgué un poco por ella...... Es la mas admirable flor del arrollo que se puede encontrar.... La belleza ideal de la *Joconda* y el vicio alegre de un pillastre de los arrabales...... ¡Qué mezcla!

—No se discuten jamás los medios de animarse, amigo mío. Las sensaciones son demasiado raras para desdeñar ninguna. ¿Nos Vamos?

—Vámonos.

En el mismo momento, se abrió la puerta del hotel y entró en él al trote largo el coche de la señora Mossler. Valentín se acercó á la ventana y exclamó:

—¡Vamos, bueno, mi madre! ¡Otra vez viene á fastidiarme!...... Amigos míos, bajemos por la escalera pequeña; saldremos por las cuadras......

Llamó á su ayuda de cámara y le dijo:

—Me voy, James; si le preguntan, diga que hace una hora que he salido.

Y se fué. En el vestíbulo, la Señora Mossler pidió que la anuciasen á Valentín, y James el ayuda de cámara inglés, con flema un tanto irónica, contestó que el señor conde había salido, haría próximamente una hora, y al preguntar la señora Mossler á dónde había ido, dónde podría encontrarle, el criado, impasible, contestó que el señor no había dado ninguna orden y que ignoraba sus proyectos para la velada.

Entonces la señora Mossler tuvo la noción espantosa y clara de lo irremediable. Sintió pesar sobre ella y sobre Valentín aquella fatalidad que Eliphas invocaba, y se juzgó impotente para penetrarla, para combatirla, para arrancarla su víctima. Se vió enfrente de lo desconocido, oscuro y amenazador. Aniquilada, sin intentar más esfuerzos, comprendiendo que nada podría prevalecer contra la sentencia inexorable del destino, bajó la señorial escalinata, subió en el coche y se volvió á su casa.

Durante este tiempo Eliphas se encaminaba á Montmartre. Era un hombre metódico y exacto, que hacía las cosas como deben hacerse. Había prometido á Matilde que iría á llevar respuesta á Bouscarés antes de las seis, y á las seis menos cuarto llegaba á la calle de Ramey, á pie, con el paraguas debajo del brazo. No tenía el aspecto de un justiciero; su cara era pacífica. Subió la escalera infecta y grasienta cuyas paredes salitrosas sudaban gruesas gotas de agua. Al llegar al quinto piso, llamó en casa de Bouscarés y, bien porque estuviese cansado de subir la escalera; ó dominado por violenta emoción, tosió con esfuerzo. La puerta se abrió y apareció el ingeniero.

—¡Ah! ¡señor Eliphas! ¡es usted! le esperaba....... La muchacha me ha dicho......

—¿Está en la casa? preguntó el viejo entrando en el comedor.

—¡Voló, la paloma, después de haber depositado su rama de olivo en la casa paterna! dijo el meridional con burda alegría. Se ha marchado á casa de una amiga...... Su padre no queria otra cosa. En cuanto á Ravel, ha protestado por fórmula...... ¿Qué más puede desear ese animal? Se le pondrá un establecimiento de joyería en Nueva York, en cuanto llegue. ¿Va, después de esto, á recriminar á la pequeña? ¡Se casa, ¿verdad? como se dice en algunos contratos matrimoniales; después de ligera falta! ¿Cree que por doscientos mil francos se le va á dar una mujer nuevecita?

Bouscarés se echó á reir, encantado de su facundia, pero al ver á Eliphas, que estaba ante él mudo y grave, se puso de repente ansioso y turbado.

¿Pero qué tiene usted, señor Eliphas? preguntó; cualquiera diría que los asuntos no marchan á su gusto. ¿Hay algún inconveniente?

Hay uno.

—¿Serio?

—Muy serio.

—¡Ira de Dios! La combinación ha fracasado?

—Sí.

—Bouscarés se puso pálido y se sentó como si las piernas se negasen á sostenerlo. Después dijo, echando á Eliphas una mirada de espanto:

—¡Señor Eliphas, cuidado, nada de tonterías! No conoce usted á esa gente. Si se les da un chasco, arriesgamos nuestra piel, usted y yo.

—Señor Bouscarés, dijo el ministro de la Caridad, por mí, no temo nada ni á nadie.

—¿Y por el conde? preguntó el meridional?

El conde está en salvo.

Bouscarés dió un salto y dijo con furia:

—¿En salvo? Tiene cita esta noche á las once con la chiquilla.

—Irá acompañado.

Bouscarés miró á Eliphas con seria atención.

—¡Veamos! ¿Qué juego es el de usted? Si no le conociese, creería que se habia usted propuesto exasperar el odio de los que amenazan al señor de Coutras. Reflexione usted; no es ya tiempo de Bromas...... esa gente espera su dinero......

—Puede usted decirles que lo esperen sentados.......... Han querido robarnos...... Pues bien, que desistan.

—¿Está definitivamente resuelto? dijo Bouscarés con una voz en la que se empezaba á traslucir la cólera.

Definitivamente.

El meridional cambió de actitud. Su dulzona mansedumbre desapareció y dijo con insolente rudeza:

—Viejo chocho ¿es usted el que ha impedido á la señora Mossler aflojar la mosca? Qué le importa á usted que ella nos unte la mano? ¿Lo saca usted de su bolsillo? ¡Vaya un grapuja! ¡Ya está usted escurriendo el bulto ó yo le daré los escrúpulos y la virtud....... ¡Vamos! Largo de aquí! El joven barbilindo recibirá noticias nuestras.......

Eliphas sacudió la cabeza como para echar fuera todas las injurias que caían sobre él y, sin replicar, ganó la puerta y se marchó. En la escalera oyó los improperios de Bouscarés y hasta le pareció que otras dos voces fuertes y muy violentas se mezclaban con la del meridional. Supuso que serían Chabassu y Ravet que expresaban su descontento.

X.

El Coronel Redel sentado ante una mesa, en su cuarto, acababa de escribir una carta. Eran las nueve de la noche, y hacía un momento había vuelto del círculo militar, donde había comido con el Comandante Vallieres, que era su padrino, además de Clement, cuando el sonido del timbra turbó el silencio de aquella casa. Redel que había despedido á su ordenanza, cruzó el salón y fué á abrir la puerta. En la escalera, débilmente iluminada por un mechero de gas vacilante, esperaba una mujer vestida con un amplio abrigo, cubierta con un velo y difícil de reconocr por otro que no fuera el Coronel. Al verla arrojó un grito y ofreciéndole las manos:

—¿Usted aquí, señora? dijo, dudando entre la quietud y la alegría.

La dama no respondió; entró, y dirigiéndose hacia la habitación alumbrada, atravesó el vestíbulo y el salón y llegó al gabinete de Redel. Allí, con un ademán tranquilo, se quitó el abrigo y el velo y mostró el noble y triste semblante de la Señora de Coutras. Redel permanecía ante ella, trastornado par la emoción, devorándola con los ojos, dudando de su presencia, loco con aquella dicha inesperada. La condesa le ofreció la mano y dijo con voz grave:

—No he querido que ese duelo se verifique sin habernos visto. Usted no podía ir á mi casa y no he vacilado en venir á la suya.

—¿Pero no teme usted que la hayan espiado, que la hayan conocido?...... Si por mi causa corriese usted algún peligro, mi desesperación sería inmensa.

Aquel cuidado por su tranquilidad, por su reposo, dominando toda otra preocupación, conmovió tan profundamente á Enriqueta, que las lágrimas asomaron á sus ojos.

—No pensemos en mí, dijo. ¿Quién se ocupa además en lo que yo hago? ¿No soy la mujer más abandonada? Se trata de usted, querido y leal amigo, de usted. que arriesga tan locamente su vida y á quien quiero defender contra todos y contra sí mismo.

—¡Oh! Yo se lo ruego, exclamó Redel; no nos ocupemos de ese miserable asunto; no turbemos esta hora, tan preciosa para mí, con vanos debates. Déjeme usted olvidar todo lo que no sea la dicha de estar en su presencia. ¡Qué me habla usted de mi vida! ¡La hubiera dado cien veces por la alegría que ahora siento!

(*Concluirá*).

Al Puerto de Veracruz.

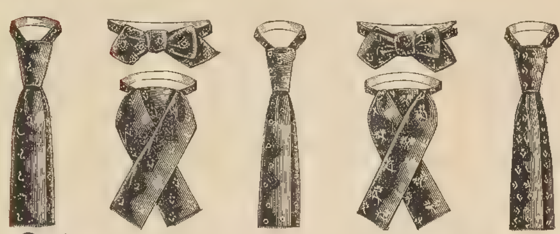
Esquina 2ª de Monterilla y Capuchinas.

MEXCO.

EN ESTA SEMANA

Gran Realización de Corbatas para Caballeros

DE $1.50, $1.25, $1,00, 0.75, á 0.50 centavos.



Corbatas raso extra, modelos nuevos

Corbatas novedad, modelos extra-ricos

CASA DE SALUD

DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Par enfermos dementes en general

EN TLALPAM

DIRECTORES: A. de Garay y Guillermo Parra.

Edificio construido con todas las reglas de la higiene, inmensa huerta y jardines, amplios corredores, baños, salones, recámaras especiales para todos los enfermos, departamentos independientes. Se cuenta con todos los útiles, medicamentos é instrumentos necesarios. Médicos internos, practicantes y enfermeros inteligentes. Decente y nuevo mobiliario, asistencia constante y eficaz y buena alimentación. *Especial para el tratamiento de la locura por el hipnotismo.*

DEPARTAMENTO ESPECIAL PARA ENFERMOS, DE MEDICINA Y CIRUJIA.

Para los enfermos que vienen de los Estados, los hombres solos ó las personas de ambos sexos que tengan que sufrir cualquiera operación, les es muy ventajoso este departamento. Tienen los pacientes aire puro, clima excelente y no malsano como en México, recámara especial mejor que en un hotel, baños, ropa limpia, peluquero, buena comida, médico, medicinas y asistencia médica constante, y todo esto por un precio muy inferior á lo que gastarán en otra parte mal atendidos. *Sala de operaciones* estilo moderno y arsenal de instrumentos completo.

Para mayores informes dirigirse á los Dres. Guillermo Parra, teléfono 443, apartado 682 (calle de León núm. 9), y Dr. Adrián de Garay, teléfono 1344, apartado 778 (1ª Pila Seca núm. 8.) El Dr. Parra es Director de la Compañía de asistencia Médica y Cirujano del Hospital Juárez. El Dr. Garay es profesor de Anatomía quirúrgica en la Escuela de Medicina y cirujano del Hospital Juárez y del Asilo Español.

L. Clement

Doctor francés, especialista para la curación de las enfermedades de la cintura.

Premiado con medalla de honor

POR EL GOBIERNO FRANCES.

Callejon del Espíritu Santo número 3.

Extracción garantizada de la Solitaria. ¡35 AÑOS DE PRACTICA!

HORAS DE CONSULTA: De 9 A 12 a. m. y de 3 A 6 p. m

LA VELOUTINE

Polvo de Arroz especial preparado con Bismuto.

HIGIÉNICO, ADHERENTE, INVISIBLE

Sola Recompensada en la Exposición Universal de 1889.

CH. FAY, Perfumista, 9, Rue de la Paix, Paris

(Guardarse de las Imitaciones y Falsificaciones. — Sentencia de 8 de Mayo de 1875).

FÁBRICA ESPECIAL de AFEITES de TOCADOR para PASEO y TEATRO

CREMA CAMELIA, CREMA EMPERATRIZ.
ROJO y BLANCO en chapetas.
ROJO VEGETAL en polvo.
LÁPICES especiales para ennegrecer pestañas y cejas.
POLVOS para empolvar los cabellos. Blondo, blanco, oro, plata y diamante.
BLANCO de PERLA en polvo, blanco, róseo, Rachel.
POMADA ROJA para los labios, en botes y en rollos.

Los Productos de **CH. FAY** se encuentran en el Mundo entero, en casa de los Principales Perfumistas y Droguistas.

LA CAJA DE AHORROS.

Con inversiones garantizadas.

Sociedad Anonima.

CAPITAL SOCIAL, $100,000.

Presidente: Serapión Fernández,

Gerente: Dionisio Montes de Oca.

El ahorro es la fortuna del pobre
Y la salvaguardia del rico.

"La Caja de Ahorros con Inversiones garantizadas" expide Pólizas de *cien*, de *quinientos* y de *mil pesos*, cobrando mensualmente *treinta centavos* por las de $100; *un peso* por las de $500 y *dos pesos* por las de $1,000.

Con tan pequeñas exhibiciones esta benéfica Compañía, favorece por medio de sus Pólizas el ahorro, con múltiples utilidades en todas las clases sociales, lo que proporciona asegurar una fuerte suma de dinero, para recibir la de **"La caja de ahorros"** á determinado periodo de tiempo, ó ántes, según sus estipulaciones.

"La caja de ahorros" proteje al pobre, presentándole la mejor manera de ahorar, y ofrece al rico un negocio lucrativo y ventajoso, en que, con pequeñas inversiones, pueda obtener una gran utilidad.

Para comprar las Pólizas de **"La caja de ahorros."** ocúrrase á la Oficina Principal, calle de CADENA NUMERO 6, por medio de los Agentes de la Compañía, debidamente autorizados.

KARATINA

REMEDIO VEGETAL. DESCUBRIMIENTO INDIGENA.

UNICO ESPECIFICO QUE CURA RADICALMENTE

LA JIRIGUA, EL VITILIGO, LA LEUCODERMIA O AGROMIA PARCIAL

(MAL DE LOS PINTOS)

Y todas aquellas enfermedades que cambian el color ó la textura natural de la piel: como eczema, hérpes, sarna, mentagra, tiñas, prúrrigo, psoriásis, lepra, pitiriásis, ictiósis, efélides (pecas,) cloasma (paños,) empeines, barros del rostro, sifilides. &. &.

PREPARADO UNICAMENTE POR

VICENTE L. OROZCO

ESPECIALISTA

Colima, Méx., Calle de los Almacenes Nº 94.

Cada frasco va acompañado del plan curativo y las instrucciones para usarse.

Se envía por correo certificado, al recibo de

$ 3.50 centavos,

Se manda gratis á quien lo solicite el "Opúsculo sobre enfermedades de la Piel" y Certificados.

La actualidad, la atracción del momento, ese frenesí que ha poseído á París durante el paso del Soberano de todas las Rusias, ha cambiado todas las imaginaciones y operado una cuasi revolución en las cosas de la Moda. La más pequeña insignificancia, el trapo más minúsculo, más gracioso y más coqueto que nunca, revela ahora su sello slavo, lleno de originalidad. El cuadro desgraciadamente muy restringido reservado á las Modas en nuestro periódico, no nos permite citar aquí los nombres terminados en «of» ú «ow» de que están erizadas las innovaciones; esta descripción por lo demás no haría aventajar en nada á nuestras jóvenes lectoras, que sin duda preferirán dejar en todo á las Sritas. **Hunsinger Hnas., 1ª calle de la Independencia 4.**, el cuidado de darles la explicación y de satisfacerlas con su talento y el gusto excepcional que ponen en todo lo que hacen.

BELTRAN Hermanos, ELABORADORES. F. A. BELTRAN, GERENTE GENERAL.

ESPECIFICO
Antivenéreo de Beltran.

CON LICENCIA DEL SUPREMO GOBIERNO,

Concedida en Mayo de 1842.

NO CONTIENE MERCURIO NI YODURO

El que subscribe, profesor en *Farmacia de la Escuela de Medicina de México*

Certifica: que habiendo analizado el

"ESPECIFICO ANTIVENEREO DE BELTRAN"

no ha encontrado en él ninguna substancia nociva al organismo, ni minerales de ninguna especie; su composición es puramente vegetal y las plantas de que está compuesto son todas muy saludables y muy apropiadas para la curación de las enfermedades de la sangre.

A pedimento de los *Sres. Beltrán Hermanos*, doy el presente en México, á 25 de Enero de 1894.

Eugenio I. Toussaint.

DESPACHO PARA VENTAS POR MENOR, 2ª DEL RELOJ, NUMERO 8, BAJOS.

Esta medicina, además de ser infalible para curar cualquiera enfermedad que tenga por causa la impureza de la sangre, ya sea heredada ó contraída, y especialmente las úlceras inveteradas, tiene la ventaja de no sujetar al paciente á un régimen severo, ni le impide dedicarse á sus ocupaciones; pudiendo, además, hacerse la curación en absoluta reserva aun de la persona más allegada. Su eficacia y méritos no necesitan encomiarse, pues su uso constante durante más de medio siglo y su venta cada año mayor, son claras manifestaciones de los excelentes resultados que se han obtenido de ella; recomendación indudablemente superior á cualquiera otra.—BELTRÁN HERMANOS.

DEPOSITO: Chavarría 19. Apartado número 157.

MEXICO

Mosler, Bowen y Cook, Sucesor.

Calle de la Alcaicería número 27. Entre las calles del 5 de Mayo y Plateros.

ANTES EN LA LA 2ª CALLE DEL 5 DE MAYO NUM. 4.

Surtido completo de las afamadas cajas de seguridad *"MOSLER"*

CONTRA ROBO Y CONTRA INCENDIO.

Escritorios Planos, Escritorios de Cortina, Carpetas altas para tenedor de libros, Sillones giratorios de tornillo y resorte en gran variedad Archiveros, Prensas para copiar, libreros giratorios, Libreros con cristales, Ajuares de cuero para despachos, Máquinas para escribir y demás muebles para oficinas.

La máquina para escribir "Esmith-Premier."

UNICO AGENTE EN LA REPUBLICA PARA LAS CELEBRES BICICLETAS "CLEVELAND."

El más completo surtido de accesorios para Bicicletas.

CONSEJO DE ADMINISTRACION

Presidente, H. R. NICKERSON. Vice Presidente, PASTOR DE CELIS. Director General, EDO. W. BROWN. Vocal, A. PEYTON.

CONSEJO DE VIGILANCIA

F. B. MCKERCHER. F. R. GERNSEY. WESLEY BRADLEY.

SOCIEDAD NACIONAL COOPERATIVA

De Ahorros y Construcción de Casas,

ORGANIZADA CONFORME A LAS LEYES DE MEXICO

——Capital subscrito $ 150,000.00

Se reciben exhibiciones de $ 1.80 á $ 300.00 mensuales.

Exhibición mensual de $	1.80	valor efectivo al fin de 95 meses $	300 00
» » » »	6.00	» » » » » » » »	1,000.00
» » » »	30.00	» » » » » » » »	5,000.00
» » » »	60.00	» » » » » » » »	10,000.00
» » » »	300.00	» » » » » » » »	50,000.00

Se venden acciones al contado á $ 50.00 cada una, cuyo valor efectivo después de 95 meses es de $ 100.00. Acciones de venta. Se solicitan agentes.

Dirigirse á EDO. W. BROWN, Director General. Oficina, Banco Hipotecario Núm. 5.

LA CERVEZA FERRUGINA,

RECONSTITUYENTE, EXQUISITA Y DIGESTIVA.

Se recomienda á los anémicos, á las jóvenes cloróticas, y á las personas debilitadas por una prolongada permanencia en las regiones cálidas y malsanas.

De venta en casa de los Sres. E. Dutour y Comp., Agentes Generales; en el establecimiento de la Sra. Viuda de Geniny Comp., 2ª de Plateros número 3, y en todos los principales establecimientos.

AVISO

Madame Ana Chesneau, Sucesora de Mme. Clara Toussaint, de la calle de Plateros número 4, México, tiene la honra de participar á su numerosa clientela que ha trasladado su salón de Modas para vestidos, á la calle de Santa Isabel Nº 10, adonde recibe órdenes.

CORTES ELEGANTES Y DE ULTIMA MODA.

Especialidad en trajes para novias.

EL MUNDO.

TOMO II — MEXICO, DOMINGO 27 DE DICIEMBRE DE 1896. — NUMERO 26

Celebrando la Pascua.

Dibujo de Carlos Alcalde.

"EL MUNDO."

SEMANARIO ILUSTRADO.

Teléfono 434.—Calle de Tiburcio núm. 20.—Apartado 87 b.

MÉXICO.

Toda la correspondencia, debe dirigirse al Gerente de este periódico.

La suscrición á EL MUNDO vale $1.25 centavos al mes, y se cobra por trimestres adelantados.

Números sueltos, 50 centavos.

Avisos: á razón de $30 plana por cada publicación.

Todo pago debe ser precisamente adelantado.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE.

«Agentes exclusivos para los Estados Unidos y Canadá The Spanish American Newspaper Company, 136 Liberty St. New York, E. U.»

La política de México en 1896.

Al caer como un grano de arena desprendido de una clépsidra para rodar y perderse en la historia de los tiempos, el viejo año agonizante, nos deja de su paso por la vida nacional una estela luminosa, que todavía persiste en las vaguedades de la memoria, antes de ser absorbida por la sombra que vierte la noche en los espacios. ¡Extraño poder de la conciencia humana el de salir al encuentro del porvenir y arrancarle sus secretos! Pero maravillosa facultad la de convertir atrás la mirada y penetrar en el santuario de los recuerdos, y volver á vivir esa existencia que ya no es nuestra, porque al apartarse de nuestro lado se llevó arteramente algo de nosotros mismos. Y frente estas dos sombras que le salen al encuentro: la del sentido pasado y la del porvenir presentido, el espíritu, instruido en esas dos facultades que los lógicos hacen presidir á todo conocimiento—el acuerdo y la diferencia—establece sus grandes síntesis, funda sus indestructibles premisas, elabora sus macizas generalizaciones, que en cuerpo de ciencia constituyen la base del progreso en la inacabable, imperecedera ley de la vida eterna.

Y problema de vida era el de esta joven nacionalidad hace poco más de un cuarto de siglo; problema hondo y fundamental, porque en él se entremezclaban y confundían por modo diverso y en caótico tropel, factores disímbolos y elementos heterogéneos, pertenecientes á un grupo humano, que en los primeros pasos de su autonomía, aparentaba ya inexplicables debilidades, impensadas laxitudes, cansancios extemporáneos, semejante al héroe del dramaturgo noruego, herido en plena juventud por triste ley hereditaria. La desconsoladora pregunta que servía de explicación al programa político colonial: —¿hay en esta agrupación medios de existencia propia? ¿es viable este núcleo de séres humanos para realizar los altos fines de un Estado?—volvía á renacer en el fondo de todas las conciencias y renovaba las dudas en todos los ánimos. Para vislumbrar la tierra prometida, la República ha necesitado hacer lentamente una larga peregrinación á través de las interminables llanuras del desierto; para sustraerse á ese inexorable destino fatalista, la nación ha tenido que someterse á duras pruebas, de las que ha surgido templada y vigorosa; tan cierto es que para las sociedades como para los individuos, pasando por el crisol de la desgracia, se asciende! Y ahora, cuando buenos rayos de sol han rasgado el sudario que antaño envolviera los horizontes nacionales, ya tenemos razón y ya tenemos derecho para ocupar un puesto en el concurso que ha abierto á los Estados la Civilización.

***

Han tenido estas palpitantes tragedias patrias, estos gigantescos esfuerzos para romper las férreas ligaduras que parecían condenarnos á la quietud y el reposo de los ensueños búdhicos, enérgicas reacciones, sacudimientos poderosos, informados y nutridos en la trabajosa labor de la independencia nacional. Ya estos protoplasmas de pueblos, como llamara un día Emilio Castelar á los grupos diseminados de este lado de acá del Atlántico, comienzan á integrarse; ya se va en ellos iniciando esa labor preliminar que preludia la consolidación de la libertad, como una función de la ley universal de la economía de las fuerzas; ya los primeros gérmenes de ideas sembradas por gloriosos ilusos en el vasto territorio de la República, han empezado á estallar bajo la tierra que conserva todavía las huellas de conmociones volcánicas, empapada á trechos de sangre y agrietada por la sed inmensa del agua de los cielos.—Al salir de la ruda lucha que asegurara su segunda independencia, la nación se ha penetrado de la suprema injusticia de que fuera víctima, y á la evocación de sus desdichas, una idea-madre, una idea de propia conservación, ha anidado en todos los espíritus y ha fermentado en todas las conciencias: la que, lanzada por el Presidente de la República del Norte, ha tomado forma adecuada á nuestras circunstancias históricas en las declaraciones contenidas en el mensaje presidencial de 1º de Abril, referentes á la interpretación de la doctrina Monroe.

Para nosotros—y lo hemos escrito en estas columnas con ocasión de este debate—ninguno de los actuales Jefes de Estado del continente americano más autorizado para alzar la voz en defensa del principio de la soberanía nacional; ninguno como este «soldado de la democracia contra la usurpación extranjera, primero, después como Presidente de una República que reconociendo los derechos ageuos, se ha hecho acreedora al reconocimiento de sus derechos propios.»—La doctrina Monroe, así interpretada, no constituye un acto agresivo hacia las naciones de la vieja Europa; no es un cartel de desafío lanzado á la faz de pueblos amigos, no se traduce en acto alguno que tienda á sustraernos de la solidaridad que liga á todos los Estados del mundo civilizado; no es ese estrecho criterio que aspira á esa vida truncada é incompleta de la tribu primitiva que se inmoviliza en su terruño: la doctrina americana expresada por el General Díaz es, como hemos ya indicado, «la agrupación de todos los derechos contra el peligro de un enemigo común que se llama la fuerza: *la fuerza del derecho contra la fuerza de la fuerza.*»

***

Pero escrito está que los latino-americanos, raza imaginativa y aficionada á los altos vuelos de la fantasía antes que á la reflexión y al análisis, han de procurar la realización del ensueño de Midas convirtiendo en oro todo cuanto tocan. Lógico era suponer que tras las palabras de Cleveland, el idealismo se atropellara en vehementes impulsos, forjando á golpes de entusiasmo un Congreso Pan-americano, destinado á dar forma práctica á la doctrina Monroe. Un gobierno tomó á su cargo la convocación de tal Asamblea y la diplomacia puso en juego todas las armas de su arsenal, repleto de abundante dialéctica y copiosa rectórica. Olvidáronse los iniciadores del proyecto que los intereses son los que ligan á los pueblos, y que el cambio de mercancías ha sido el que ha engendrado el cambio de ideas. ¿Qué mancomunidad de intereses, qué solidaridad de hechos de orden económico, qué contacto de riquezas públicas existe entre las nacionalidades latino-americanas? Apenas un grupo de poetas decadentistas ha roto las fronteras para compartir sus misticismos y beber en la misma copa el opio de sus ensueños. Afectos platónicos, simpatías ideales, comercio de estrofas, tráficos de ripios: he aquí á todo lo que se reduce el material que había de servir de bagazo á la industria legislativa pan-americana. Y con tales elementos, el proyecto debía fracasar y fracasó.

En bases más sólidas se apoyan las relaciones sostenidas entre México y los Estados Unidos; ninguna nación como la nuestra en aptitud de aprovechar esas corrientes, que en forma de productos utilizables para nuestro progreso en aumento, de capitales incorporados al trabajo nacional y en forma también de instructivos ejemplo para nuestra naciente democracia, nos llegan de la nación-coloso. No es mucho que en la resolución de sus problemas interiores fijemos allí nuestras miradas, cuando del carácter de esta resolución depende buena suma de los nuestros; no es mucho que la campaña electoral de la Unión Americana haya tenido su resonancia en nuestra patria, donde, propagándose en ondas, vienen á repercutir esos rudos encuentros sociales en el acto más trascendental de los pueblos regidos por instituciones republicanas.

***

Ha podido ese gigantesco organismo dilapidar grandes cantidades de riqueza social con la insustancialidad de un hijo pródigo; las brechas abiertas á su bienestar son prontamente reparadas por la colosal tarea emprendida; la sangre que mana será bien pronto restañada y en los propios elementos que determinan sus dolencias, se encuentran las fuentes de su salud, el bálsamo que lo purifica y lo salva. No podemos, no, nosotros someternos á esa dura prueba que marchitaría las primeras floraciones de nuestra incipiente prosperidad, que, como esas plantas de invernadero, ha menester todavía de no ser expuesta á la intemperie. A estas plantas tropicales, un brusco cambio de temperatura las hace languidecer cuando todavía no circula en sus arterias suficiente savia de vida.

Así como al consumarse la segunda república francesa aun flotaban en la caldeada atmósfera átomos dispersos del principio revolucionario, difundido, como dice un orador contemporáneo, por Thiers en sus historias, por Quinet en sus discursos, por Beranger en sus canciones y por David en sus cuadros; así del fondo de nuestra democracia surgían las mal extinguidas llamaradas de nuestros incendios civiles, amenazando nuevamente devorarnos con su beso de fuego.—Pero ya el país ha salvado esa distancia que mediá entre las colectividades hundidas en las primeras etapas de la vida social, estrecha y mísera, y las nacionalidades modernas llegadas á su postrer período de desenvolvimiento económico.

Todavía hace veinticinco años hubieran caido como una ducha de agua fría sobre el cuerpo de un febricitante las siguientes palabras, desprendidas del Informe del General Díaz acerca de los actos de su administración en los períodos constitucionales comprendidos entre 1º de Diciembre de 1884 y 30 de Noviembre de 1896:—«Los pueblos pobres no pueden, en general, ni instruirse, ni moralizarse; cuando no yacen inertes bajo el yugo del despotismo, viven en las estériles agitaciones de la anarquía; atentos á las dificultades del presente, descuidan prever las eventualidades del porvenir; les están casi por completo vedadas la autonomía y la libertad y con mayor razón la democracia y la República; impotentes ó débiles contra el enemigo exterior, lo son también contra el enemigo interior; sus gobiernos son inestables y cambiadizos, incapaces de proteger la vida y la propiedad, y, ó acaban por ser absorbidos por un pueblo poderoso, ó se consumen y desaparecen sin dejar en la historia otra huella que, á veces, la de su miseria y sus sufrimientos.»—Estas verdades, expuestas con tanta valentía y en las que encontramos ideas sustentadas en estas columnas, nos dan á conocer la clave del movimiento evolutivo iniciado para la República en estos últimos años.

Pero si la nación no podía ni debía arriesgar sus conquistas á los embates de una gran conmoción política, á una de esas tremendas crísis que las instituciones democráticas imponen necesariamente á los pueblos que por ellas se rigen; sí podía, y lo ha hecho, agrupar los que nosotros hemos llamado *elementos activos*, los que representan la suma total de los intereses nacionales y basar en ellos la consolidación del poder público. Y esto es lo que hemos visto realizarse. Testimonio de este aserto es el banquete de Abril, organizado por prominentes personalidades del mundo de los negocios, en honor del General Díaz, manifestación altamente significativa, puesto que ella da á entender—decíamos entonces—el absoluto acuerdo entre la administración pública y los hombres directamente interesados en el ensanche de la prosperidad nacional; manifestaciones repetidas, en las diversas excursiones hechas por el Jefe del Estado á varias entidades políticas del país, y en las que estas han tomado parte activa, y fastuosa.

De ese modo hemos dado solución á uno de los problemas más arduos y erizados de dificultades con las que aun en países mejor preparados que en el nuestro para el ejercicio de la libertad, se ha tropezado en el funcionamiento del sufragio popular.

En tales elementos apoyada la Administración que comienza sus tareas en las postrimerías del año de 1896, la República espera poderosa influencia de un poder público que ha sabido allanar los obstáculos que le han salido al encuentro, y realizar la transformación de un grupo yacente en los últimos peldaños de la vida social, para hacer de él una nacionalidad en pleno período de desarrollo.

***

Todavía es menester que estas instituciones se ajusten á nuestro estado social, y para ello se ha iniciado ya en nuestro Cuerpo Legislativo una serie de reformas constitucionales que será sometida á discusión en el próximo período parlamentario. La Constitución de 1857 fué creada en medio de grandes agitaciones políticas, y los hombres que en ella intervinieron, deslumbrados por las creaciones de momento, arrastrados por sus nobles impulsos, sugestionados por los grandes ideales, hicieren un código, no adaptable á los redimidos ciudadanos que en torno suyo se agrupaban, sino á la medida de héroes, tales como en su conciencia los presentían. Eran adalides de una gran idea, porta-estandartes de nobles sentimientos, pero perdieron de vista la tierra, y al colocar sus principios en el cielo, firmaron un pacto de dioses, no una obra de humanos. Y no pudieron hacer otra cosa; ha sido menester una gran suma de hechos agrupados para hacer de ellos una síntesis severa, y ofrecer sin hipocresías á la conciencia pública, los puntos negros que tachonan la deslumbrante blancura de nuestra República.

Las reformas que se inician, y de las que ya se ha dado cuenta en nuestras columnas, tienden, unas á concordar artículos constitucionales que parecen en abierta pugna; otras, á reprimir vicios sociales que nos exhiben como una colectividad en estado permanente de agresión; otras, á hacer de nuestro ejército una institución legal y bien definida, que no necesite de la oculta *caza del hombre*, siempre expuesta á ser aniquilada á golpes de amparos y sirviendo de materia prima á politicastros y leguleyos para la elaboración de actos sensacionales. Si la nación necesita del ejército, que es una fuerza con determinados fines dentro del Estado, era tiempo ya de reorganizarlo y robustecerlo con la sanción de la ley y con el acuerdo de los ciudadanos.

La leva, que ha sido un procedimiento de civilizar grupos refractarios al progreso, allegándolos á los centros de población y poniendo ante ellos un cuadro de necesidades satisfechas, no podía ser, no era un procedimiento justificado de reclutación militar; ni los hombres arrancados por este medio del centro de los bosques, el mejor material para formar un ejército. El servicio militar obligatorio es de alta justicia, pues si deberes tiene el ciudadano para con su patria, natural es que uno de estos primeros deberes sea el de estar preparado á defenderla. Antaño, se necesitaba numeroso cuerpo de ejército y este no bastaba para las necesidades de defensa nacional. Podría aplicársele la frase de Herodoto á la gran falange persa: «Son muchos hombres, pero pocos soldados.»

El trabajo obligatorio en las prisiones era otra necesidad, ya que sobre los elementos sanos pesaban esos fardos, y que del fondo común había que apartar el valor de la subsistencia de séres que no devolvían en forma de productos benéficos los sacrificios para ellos reclamados.

El sentimentalismo penal ha hecho ya su camino; en el día los únicos que merecen compasión por parte de los hombres humanitarios son las víctimas. De aquí que la supresión de la pena de muerte, por un momento recomendada por altruistas desconocedores de la verdadera moral social, permanezca todavía en los códigos y que á ella acudan todos los países civilizados en su tarea de eliminar los miembros perniciosos del organismo colectivo. Pero la conservación de la pena de muerte no quiere decir que ella sea aplicable á todos los órdenes de criminales: la sociedad ha abierto su *cuenta corriente al delito*, y en ella va anotando las partidas que le son favorables ó adversas. Se gradúa el delito y se gradúa la pena: á tal *cantidad de culpa, tal cantidad de castigo*, y dentro de este criterio la creación de penitenciarías, como la que dentro de poco será inaugurada en esta capital, es una necesidad ingente recomendada por todos los criminalistas modernos.

Ya que nuestros hábitos batalladores nos presentan ante el mundo como uno de los agregados menos coexistentes en el concepto personal de la justicia, ya que hay que esperar un ensanche en el concepto de derechos y deberes, transmitido por la instrucción pública, que al menos podamos contar con establecimientos penitenciarios dignos de un pueblo progresista.

***

Notable es la transformación ocurrida en el país en el transcurso de este año en materia financiera.

Apenas salvada la crisis que en el año de 1893 nos puso á las puertas de la bancarrota, y cuando todavía se experimentaban temores de un desequilibrio fiscal motivado por una fuerte depresión en los impuestos; cuando al terminar el primer año de nivelación entre los gastos y los ingresos públicos, cerrado el año económico con un *superabit* de más de cinco millones de pesos, se han podido suprimir los descuentos que pesaban sobre los sueldos de los empleados públicos y particulares, y elaborar un presupuesto que asciende á cincuenta millones, con un sobrante calculado tímidamente en veinticinco mil pesos, y que indudablemente ascenderá á una suma mucho más elevada.

Con este programa cierra el año de 1896, uno de los más fecundos y provechosos para la patria, que confiada en sus elementos vitales, espera ya la claridad del año nuevo, que á poco andar esclarecerá nuestros horizontes.

Carlos Díaz Dufóo.

SRITA. CLEMENTINA MACIAS, de Jalisco.—Fotografía de Manuel Torres.

POETAS MEXICANOS.

Juan de Dios Peza.

Sus obras lo revelan. El revela sus obras.—Leyendo sus estrofas se ama al hombre. —Tratando al hombre se aman sus estrofas.—Es uno de los pocos casos que ofrecen la literatura y la poesía.

En Madrid, en París, en la Habana, cuando el volumen, la hoja periódica ó el álbum, coloca ante nuestros ojos ó trae á nuestro pensamiento una de las exquisitas y noblemente labradas inspiraciones de Peza, nuestro anhelo de conocer al poeta es infinito. Lo admiramos tal como es, porque la entrevista con el autor de los *Cantos del Hogar* no ha tenido rectificación alguna á nuestro retrato ideal: generoso y viril, amable y confiado sugestivo y digno de todos los besos que la Rima ha posado sobre el mármol rosa de su frente bien dibujada. Las frases por ligeras que sean en el descuido de la conversación, tienen ritmo y el alma las sigue prendida á allas como á ese hilo de oro (de que habla Meet) imposible de romper.—El franco forjador de rimas es también un cincelador de períodos.

¿Qué es más admirable en Peza, el poeta ó el hombre? El ha sido en sus poesías algo así como la encarnación del arte mexicano. La edad ha salpicado de plata su cabeza, pero en el fondo es el mismo que inmortalizó á Margot. La patria, el hogar, la libertad de su pueblo, la vida con todos sus espejismos deslumbradores han traído para el bardo su laurel y la diadema que sus cienes ciñe es y será siempre verde. Ninguna mancha afea el esplendor de sus concepciones, así es que entramos en sus obras como en un jardín en donde no se aspiran más que jazmines. Quédense para otros los fuertes olores, las sensaciones provocadoras; nosotros, en Peza, preferimos el suave aroma del alelí ó de la azucena.

En una época excéptica y amarga como la nuestra en que las letras se han lanzado al arroyo y encenagado su clámide de luz, es un ejemplo envidiable, una enseñanza martana, el de un poeta sólo poeta que recoje la herencia del alma y de la patria, colocándola muy por encima de todos los fangos de la tierra y cerca de todas las irradiaciones del cielo.

El poeta—en el sentido griego de la palabra—es el saserdote augusto de manos inmaculadas en quien se deposita la grandeza de todo un pueblo. Peza en México ha logrado ese prestigio. Cuando el grupo alado de sus estrofas hiende el aire, todos los ojos lo siguen seducidos por el brillo que las alas tienen y por los juegos de luz que matizan el azul. Se rinde fervoroso culto al poeta y se saluda al hombre.

La métrica de Peza es impecable. Para él no hubiese escrito un Banville un *Petit Traité*. Pero ha adivinado el libro que quizás no haya leído y no se desvía una línea de los preceptos del Maestro: Ovidio no hubiese titubeado en concederle el premio. No le conocemos antecesores en la poesía castellana. Puede revelársele un hermano en rimas: Campoamor; pero en Peza el vuelo es más potente y más alto. Casi se presiente á Tennyson.

La nota viril pasa como un relámpago, por la obra casta y soñadora de Juan de Dios Peza. La injusticia, la opresión, el relajamiento moral de un tirano arrancan de su lira de oro, acentos que inflaman y estremecen. En Polonia hubiese sido Kraciuski; en España, Quintana; en Cuba, Heredia. Todas las generosidades palpitan en su alma y todos los sollozos suspiran en su corazón. El bronce de sus rimas cae fundido como de una urna candente sobre todas las infracciones á la justicia y al derecho universal. Su cólera es en ese instante cólera de Jesús [quién conoció también las iras y las lágrimas.] Entonces el poeta se codea con Victor Hugo.

Pero su pensamiento plácido, su lira harmoniosa se aleja pronto de esas negruras que hacen de la tierra un infierno. Ese cielo interior que el alma encierra nadie lo esteriliza mejor que Peza y sus versos son girones de purísimo azul desenredados de la cuerda de su lira, inimitables y únicamente aceptados para ser comparados con los de Byron. El divino cantor de Haydie tiende su mano á la del divino cantor de Margot.

En Europa y América latina tiene Peza adoradores y fanáticos. En todos los círculos literarios ocupan sus versos preferentes lugares y salen siempre frescos y rebozantes de vida en la selección. En el Ateneo Madrileño y en el antiguo Liceo Habanero figuran como obligación impuesta por el mérito en los programas sus más hermosas composiciones, y en las *soirées* de confianza lindas cubanas perfuman los pétalos rojos de sus labios con décimas y endecasílabos del autor de *Fusiles y Muñecas*.

Los mejores periódicos literarios de Cuba: *El Fígaro La Habana Elegante*, *Ilustración de Cuba*, etc., se engalanan con las brillantes estrofas de Peza, y la severa *Ilustración Española y Americana*, proclama su firma como garantía para el lector ó la lectora que busque ambrosía en sus satinadas páginas. Y esto sin añadir la poderosa palanca del negocio editorial, que ha hecho de su nombre un eco popular.

Peza con Espronceda. Zorrilla, Lopez García y Becquer, forman la constelación castellana de este siglo, añadiendo el fulgor de su brillo al de los otros, tan grandes como el; y con Ancora, Acuña. Nájera, Mirón, Prieto y tantos otros soles de primera magnitud, constituye la radiante pléyade que los entusiastas contemplamos admirados y que hacen á un pueblo sentirse satisfecho y orgulloso del valer de sus hijos, dándole á pesar de la República la mayor ejecutoria de nobleza: el talento.

Pero detrás del poeta está el hombre que se adelanta sonriente y tranquilo; su mano franca y leal, anida un afecto al estrecharse. Comprende que sólo pueden llegar á él almas dignas y honradas. Y ese exceso de confianza no ha sido engañado. Sus amigos y admiradores se llaman legión. Sus frases, en la conversación íntima salen troqueladas, precisas y gráficas. Su conversación seduce, nítido y tierno en la dicción, dejando adivinar siempre al autor de su *obra*.

La impresión que recibe el espíritu cuando se busca y encuentra á Peza por primera vez, es la de un paseo por un valle en donde árboles umbrosos arrullan sus hojas con majestades dulcemente severas, mientras la severidad profunda de sus sombras invita á las reflexiones nobles, grandes, tiernas y soñadoras.

Y lo que lo hace más admirable, aparte de las ricas flores literarias de su talento pródigo, son sus sentimientos humanos. Frente á él hay que dejarse arrebatar y se impone grande y amante tal como se presenta. Como un hermano.

Mario Garcia Kohly.

CURIOSIDADES

El inventor de la dinamita.

Han sido tantas y tantas las explosiones de dinamita ocurridas recientemente, que muchas personas han llegado á persuadirse de que la fabricación de este poderoso explosivo debería abolirse por la ley. A menudo destruye la vida de aquellos contra quienes se ha empleado, pero casi con la misma frecuencia ha producido sus terribles efectos en contra de los mismos que lo aplican con fines siniestros, como sucedió cuando Norcross atacó al capitalista Russell Sage de New York.

Siempre que esta composición destructora se ha empleado con miras malvadas ó vengativas, hay un hombre que se irrita y se aflige más que ningún otro, porque es enemigo de todo acto de violencia. Ese hombre es el Dr. Alfredo Nobel, el ingeniero sueco que inventó la dinamita. Cuando Nobel puso esta maravillosa fuerza al servicio de la humanidad, soñaba de túneles que habían de abrirse, istmos que cortar, minerales que extraerse de las minas, y peñascos que destruir para la construcción de puertos seguros. No pensaba él, por cierto, en que los hombres desesperados, la emplearían en poner fin á sus propias vidas, y los criminales, en destruir las agenas.

El Doctor Nobel es hombre como de 55 años de edad, de mediana estatura y delgado, con cara redonda y cubierta con una barba corta y algún tanto canosa: ojos de un azul parduzco, expresiva fisonomía y maneras sumamente afables y simpáticas. Pero es al mismo tiempo, modesto, reservado, y trata de no llamar la atención hacia sí.

Nobel es uno de los pocos inventores que poseen abundantes recursos pecuniarios obtenidos por sus propios esfuerzos, pues han rendido pingües utilidades su descubrimiento de la dinamita, su preparación de gelatina, y la pólvora sin humo que lleva su nombre. El no es el único fabricante de esa clase de pólvora, habiendo sido el descubrimiento de ella resultado de una mera casualidad. Un día hizo la observación un oficial de estado mayor del ejército francés que un ejército que hiciera fuego al enemigo sin quedar él mismo envuelto en una nube de humo, llevaría la ventaja de tener á sus contrarios á la vista, sin revelar sus propias posiciones. Es probable que la pólvora sin humo resultó de esta observación, y ahora la utilizan todas las naciones europeas. La pólvora del Doctor Nobel es hecha de dinamita, á la que se agrega la propiedad de la combustión lenta. Impele los proyectiles con espantosa velocidad.

El Doctor es un cosmopolita que habla la mayor parte de las lenguas europeas con igual facilidad. Su vida es ideal. En el invierno vive entre las flores de St. Remo, en el mediodía de Francia, trabajando cuando le entra la gana, en su laboratorio. En el verano, busca las sombras y los tónicos aires de la Suiza, ó hace un viaje en su yate de alúmino. No teniendo vínculos de familia, ni esposa, ni hijos, ni manceba, como él mismo lo ha declarado, va y viene á su albedrío, y un día se le encuentra en París, y á las 24 horas ó más tarde, en Berlín, Viena ó San Petersburgo. Posee una bella casa cerca del Bosque de Boloña en París, la cual es ocupada por su único pariente, un sobrino que tiene depósitos de petroleum de inmenso valor en el Mar Caspio. Los Rothschilds también poseen depósitos de la misma especie en aquella región, y esos magnates han logrado que se estableciera un arancel entre la Francia y la Rusia que permitirá la entrada en uno y otro país del aceite, bajo condiciones tan favorables que al fin excluirán de esos mercados el producto de los Estados Unidos.

RECUERDO DE LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN GUADALAJARA.—El Palacio y la Plaza de Armas iluminados á *giorno*.

Aún mayor que su amor á la ciencia ó su interés por los compuestos destructores, es el anhelo que abriga Nobel de que reine la paz entre los pueblos. El Doctor pertenece á la sociedad aristocrática que fundó hace algunos años la baronesa de Suttner,—"La Sociedad de los Amigos de la Paz"—pero no se hace la ilusión de que la humanidad verá un cambio tan radical en una sola generación.

—No estoy descontento con el adelanto que ha hecho el mundo,—dijo el Doctor Nobel recientemente en París,—pero hay ciertas reformas que me gustaría mucho ver establecidas, como por ejemplo, el desarme de los ejércitos. Las naciones europeas tienen soldados bastantes, tendidos á lo largo de sus fronteras para colocar tres hombres en cada yarda de espacio. Esto se está haciendo grave. Llegará el dia en que en vez de ir á tomar té ó café con los amigos, dispondremos que nuestros criados se maten unos á otros, y convertiremos en escombros las ciudades con nuestra artillería de sitio, y así probaremos al mundo que somos "grandes potencias."

El horror que el Doctor Nobel le tiene á la guerra ha resultado en parte de la lástima que le causan los sufrimientos de la humanidad, pues aunque es rico, bien sabe él que la miseria existe, comprende que si lo que se ha expendido en preparativos para el asesinato universal, se aplicara á objetos pacíficos, la raza humana pronto llegaría á una situación en que las necesidades y la miseria desaparecerían, quedando terminadas para siempre las grandes cuestiones sociológicas.

Así, pues, su sueño se ha reducido á a'go como esto: Ya que hay hombres que están por la guerra, es preciso hacerla imposible por los tremendos golpes que ésta habría de causar, dando á cada individuo un medio seguro de matar al prógimo sin que éste tenga posibilidad de escapar; crear tales instrumentos de carnicería que no haya defensa posible. Entonces, pues, como opina el doctor se pondrán de acuerdo las naciones para que haya paz y buena voluntad entre los hombres.

¿Tiene razón ó no el inventor de la dinamita? Personas hay que deploran la existencia de un agente que tan graves males ha ocasionado. Pero ¿no sería igualmente bien fundada la idea de abolir el uso del vapor y de la electricidad, porque las calderas revientan, los trenes se descarrilan, los alambres cargados de fluido eléctrico, y los rápidos *trolleys* causan á veces grandes estragos? Nos parece que por las mismas razones deberíamos pedir á la Providencia la abolición del fuego y aún del mismo sol.

Es bastante probable que en breve tiempo le sea dado al hombre disponer de elementos todavía más fuertes que los descubiertos hasta el día. Están ya conocidos y la ciencia se ocupa en buscar el medio de dominarlos. Su utilización costará indudablemente algunas vidas; pero el mundo habrá de confesar paladinamente que los hombres que hacen útiles y disponibles estos agentes son bienhechores de la humanidad.

J. A. McKnight.

CONVERSACION

Estos americanos del Sur tienen un modo de hablar que me saca de quicio. ¡Y lo curioso es que muchos de los que me hablan ó escriben del modo que se verá, son académicos correspondientes de la Española!

¡Ah! si mis buenos amigos Castro y Serrano, Tamayo, Campoamor y Castelar les oyeran, habían de «descorrespondientizarlos» (para usar un término por el estilo de los que ellos usan.)

Don Fulano es un académico correspondiente.

¿Quién lo «desacademicorrespondientizará?»

El «desacademicorrespondientizador,» etc.

—No, no hay idea de la ensalada gramatical que nos sirven á diario estos caballeros y señoras que conversan, (ellos nunca dicen hablar sino «conversar») con nosotros todos los inviernos.

—¿Cómo está mi «señora?»

—Muy bien: ¿y usted, mi amigo?

—Así, un poco resfriadito; con este tiempo se coge un resfrío en seguida.

—¿Y su señora de usted?

—¡Recién llega!

Esto del «recién» lo aplican á diestro y siniestro.—«Recién» estuvimos hablando de usted, le decían á un aragonés amigo mío, y mi paisano respondió:—¡Rediez!

«Tengo el honor de adjuntarle un ejemplar de mi libro,» me escribía un autor de por allá.

Ellos hacen un verbo de cualquier cosa y un substantivo de cualquiera otra.

—¿Qué le ha parecido á usted la ópera de anoche?

Y dice la señora á quien se lo pregunté:—¡Una «preciosura!»

A los niños los llaman los «mocositos,» que es palabra muy dulce. Los pimientos, en casa de mi amigo X, les llaman «chiles.»

—No los coma, no los coma—me dice un convidado—mire que son muy «picosos.» ¡Picosos!

—Mi marido se levantó muy «bravo» esta mañana,—decía una caraqueña amiga mía.—Siempre está peleando. ¿Qué tienes, hombre? le dije.

—«Déjame la paz,» estoy «violento» he perdido anoche un «platal.»

—¡Mire, señor, no pude menos de «carcajearme!»

Esta señora me contó que había comprado en casa de Worth una «pollera» que era una linda cosa, y sus niñas, cuando se ponen coloradas, «dicen que les da pavo.»

—Venga á tomar—me dice siempre un boliviano que suelo encontrar en el boulevard.

—¿A tomar qué?

—¡A tomar! Y con esto quiere decir á beber algo. Este mismo me aconsejaba el otro día que no fuese de noche por ciertos barrios, porque me «embromarían.» A mi primo le embromaron la otra noche. Y bien averiguado, es que le dieron de palos unos ladrones.

En cierta ocasión me presentaron en un baile á un señor que me dijo:

En América le conocemos mucho, señor. (Este tratamiento de Dios ó de Rey me encrespó los bigotes).

—En todos los recibos hay versos de usted, señor.

¡Lo contento que yo me puse! En lugar del timbre ó del sello que se pone á los recibos en Francia, en aquella República, se ponen mis versos!—exclamaba mi vanidad, cuando vino á interrumpirme un amigo y me dijo:

—¡No hombre, no se ha enterado usted: «recibo» es una recepción, una soirée.

¡Adios mis ilusiones!

¡Pues y aquella señora doña Encarnación, del Ecuador, que al bolsillo de su vestido le llamaba «la manera.» Después de todo, por allá deben decir, donde se mete la mano, es una manera! ¡Su esposo dice, que le han sacado corta «la leva,» y que no vuelve á encargarle nada á su sastre para que no «le friegue.» Este mismo fué el que me dijo que no comiese ciertas uvas porque estaban «chuminas» (es decir, arrugadas).

Un mexicano me escribía el mes pasado: «Vengase á comer; tenemos «pozole» y «gombo» y unos «frijolitos» que le gustarán. El señor aquel me quiere hacer «X......» pero no sabe que si me pongo «violento» le doy «dos cortadas.» Cerca de mi hacienda hubo «pronuncia,» pero al jefe le «mortificaron» de un machetazo. Si llego á ser yo ¡lo lazo! Ponga en su periódico que he perdido una mancuerna de oro, y al salir de una «pulquería» que hay en la Avenida de la Opera.

Las presentaciones en este lenguaje especial son siempre *con* y nunca *á*—Voy á presentarle *con* el señor Tal.—Preséntеme *con* la señora Cual. Otros dicen: introducir, introducción, por presentar ó presentación; y así resultan preguntas como esta que oí en San Sebastián á un caballero costarriqueño que recibía en su casa por primera vez al Gobernador de la provincia:

—¿Paca?

—¿Qué hubo?

—Aquí está el señor Gobernador. ¿Quieres que lo introduzca?

—¡Vámonos, vámonos!—le dije á mi amigo. ¡Yo no quiero ver eso!

Eusebio Blasco.

RECUERDO DE LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN GUDALAJARA.—Monumento levantado en Irapuato en honor del Señor General Diaz

Nuestras reformas para el año entrante.

Nuestra empresa es suficientemente conocida y osamos creer que excesivamente acreditada, y por lo mismo no juzgamos necesitar de reclamos pomposos para aumentar nuestro crédito. Mas sí debemos á nuestros favorecedores una noticia breve de lo que nos proponemos hacer, y empezamos por manifestarles que nuestro próximo tomo será superior á los anteriores, no sólo por la calidad del papel, del tipo y de los grabados, en los cuales se hallarán verdaderas sorpresas, sino por la elegante novedad que introducimos del obsequio á nuestros lectores de la *Biblioteca Miniatura*, en la que el texto y la forma serán selectos.

Véase el anuncio que publicamos en la primera página de nuestro quinto pliego.

RECUERDO DE LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN GUADALAJARA.—Arco levantado por la Colonia Americana.

La llegada del Ilmo. Sr. Plancarte á Campeche.

Uno de los sucesos que últimamente han causado singular animación en provincia fué sin duda la entrada del Ilmo. Sr. Obispo Don Francisco Plancarte á la ciudad de Campeche, sede de su Diócesis.

Como se sabe, no ha mucho que el Sr. Plancarte rige en lo espiritual aquella importante porción de la República y es muy querido porque á su indiscutible instrucción y vasto talento, une el celo del verdadero apostol.

El Sr. Plancarte miembro de acomodada familia de Zamora—Estado de Michoacán—y pariente próximo del Ilustrísimo Sr. Labastida, hizo sus estudios en el Colegio Pio Latino Americano que tan opimos frutos ha dado á la Iglesia y ahí recibió las borlas de tres doctorados: el de Filosofía, el de Teología y el de Derecho canónico. Tornó á la República y se dedicó por largo espacio de tiempo á la enseñanza desempeñando con acierto varias cátedras en el hoy extinto Colegio de Jacona, fundado por el abad D. Antonio Plancarte, tío de su Ilustrísima. De Jacona pasó la arquidiócesis de México, de donde en breve partió para Europa, rabajando empeñosamento en Roma para la concesión de un oficio propio á la Virgen de Guadalupe. Es entendidísimo arqueólogo y numismático y ha hecho importantes observaciones y descubrimientos de positivo interés histórico en el país. Su ciencia entre otros honores, granjeóle la Encomienda de Isabel la Católica que no ha mucho le fué concedida por la Reina Regente de España.

Vistos los anteriores rasgos biográficos del varón distinguido que hoy rige la diócesi campechana, nadie extrañará que la sociedad de aquel hermoso puerto le haya hecho una recepción tan entusiasta el día 29 del pasado, en que llegó á la ciudad. Un testigo presencial de los festejos, nos dice lo siguiente:

«El Cura Lic. Don Martín Calderón fué comisionado por el Vicario incápite para acompañar á la comisión que expontáneamente fué á recibir al primer Obispo de Campeche á la villa de Hecelchakán. La comisión partió por un carro extraordinario del Ferrocarril Peninsular el día 28 á las dos y media de la tarde y llegó dos horas después, en el momento en que el Sr. Plancarte hacía su entrada en Hecelchakán. Después de las presentaciones consiguientes, el Dr. Don Patricio Trueba dirigió la palaora al señor Obispo felicitándolo por su feliz arribo; á cuya alocución contestó éste en términos de exquisita cortesía.

«Al día siguiente salieron de Hecelchakín en carro especial, llegando á la estación de Santa Lucía á las ocho y cuarto, donde fueron recibidos con músicas y cohetes y otras demostraciones de cariño. Esperaban allí numerosos carruajes particulares en los que la comitiva tomó asiento y se emprendió la marcha para Catedral, á donde el Sr. Plancarte hizo su entrada á las nueve de la mañana, después de haber encontrado en el trayecto literalmente cubiertas las calles de flores naturales.

"Concluida la toma de posesión y después de entonado el *Tedeum laudamus*, el Sr. Obispo se dirigió con su acompañamiento á la casa que se le tenía preparada al efecto, donde numerosas niñas vestidas de blanco lo esperaban. Una de ellas le dirigió la palabra con frases de afecto y filial amor á lo que contestó el señor Plancarte con una alocución en verso que fué muy aplaudida.

"En seguida se sirvió el almuerzo preparado de ante mano."

Hasta aqui nuestro informante. Por nuestra parte felicitamos á los hijos de Campeche por su justo regocijo y cumpliendo con nuestra misión de información ilustrada, les ofrecemos algunos grabados relativos á estas notas y un retrato del digno prelado que con mano firme y hábil llevará sin duda por tranquilos y prosperos mares la nave de la iglesia campechana.

***

Como nota complementaria haremos en breves rasgos la historia de algunos puntos importantes de la ciudad.

PALACIO DE GOBIERNO

Se divide en tres departamentos. El de la izquierda lo ocupa la Aduana marítima y necesita ya de algunas reparaciones.

El central está ocupado por el H. Ayuntamiento y los Tribunales de Justicia y últimamente se compuso quedando á satisfacción. Fué reconstruido el frente en tiempo del Gobernador Lic. Marcelino Castilla.

El departamento de la derecha es el Palacio de Gobierno propiamente dicho y en el piso bajo están la Jefatura Política y la Tesorería General del Estado. En 1858 se hizo todo nuevo por iniciativa del Gobernador Lic. Pablo García y después de haber sido mejorado por los que le substituyeron.

Su salón de actos es muy amplio y llena perfectamente el objeto á que está destinado.

PLAZA DE LA INDEPENDENCIA

Esta plaza se empezó á construir el año de 1858 bajo el modelo que presentó el Comandante Don Joaquín Solís y Espinosa. La decidida protección que le dispensó á las obras el Gobernador Don Pablo García, hizo que los trabajos avanzaran rápidamente.

Se concluyó en tiempo del primer gobierno del Lic. Joaquín Baranda y es un Jardín ameno, donde se pasan las calurosas veladas del verano gozando de verdadero solaz.

PASO DE LA CALLE DE ZARAGOZA.

Campeche agradece al Sr. Coronel D. Fernando F. Lapam el haber querido facilitar el tráfico entre la parte amurallada y los barrios abriendo pasos en la muralla que coincidan con las calles de la ciudad.

El presente grabado representa el paso abierto en la prolongación de la calle de Zaragoza que comunica á la ciudad con el barrio de Santa Ana.

Otra vez daremos las fotografías de las demás.

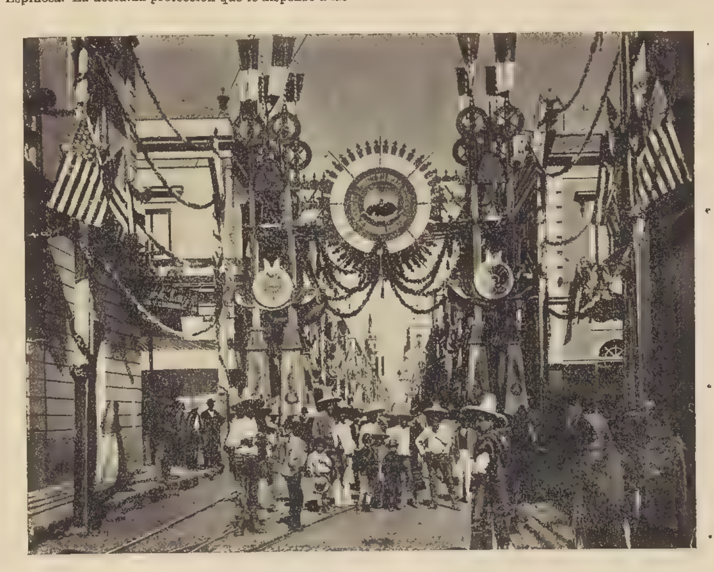
UNA AMAZONA CUBANA.

No ha sido extraño en la guerra separatista de Cuba, así en las actuales campañas como en las anteriores, encontrar ente las filas de los insurrectos mujeres animosas que sin titubear hacen frente á las balas, verdaderas amazonas que comparten con los soldados las grandes penalidades de las batallas.

Una de estas amazonas valerosas, Matilde Agramonte y Varona, es la que hoy presentamos á nuestros lectores.

En la guerra pasada perdió toda su fortuna y en la actual se presentó al General Maceo pidiéndole un puesto en sus tropas. Maceo vacilaba en ofrecérselo, atendiendo á su sexo, más como á la sazón se efectuase una acción, la joven púsose al frente de los insurrectos y cayó ante las balas españolas.

LA HEROINA CUBANA —Matilde Agramonte y Varona.



RECUERDO DE LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN GUDALAJARA.—Arco levantadoen la calle de San Francisco por los comerciantes, agicultores, á industriales y propietarios.

RECUERDO DE LAS FIESTAS PRESIDENCIALES EN GUADALAJARA.
Kiosko levantado por la Colonia Española.

LA NAVIDAD.

EN LAS MONTAÑAS.

I

El sol se ocultaba ya; las nieblas ascendían del profundo seno de los valles; destacábanse un momento entre los oscuros bosques y las negras gargantas de la cordillera, como un rebaño gigantesco; después avanzaban con rapidez hacia las cumbres; se desprendían magestuosas de las agudas copas de los abetos é iban por último á envolver la soberbia frente de las rocas, titánicos guardianes de la montaña que habían desafiado allí, durante millares de siglos, las tempestades del cielo y las agitaciones de la tierra.

Los últimos rayos del sol poniente franjeaban de oro y de púrpura estos enormes turbantes formados por la niebla, parecían incendiar las nubes agrupadas en el horizonte, rielaban débiles en las aguas tranquilas del remoto lago, temblaban al retirarse de las llanuras invadidas ya por la sombra, y desaparecían después de iluminar con su última caricia la oscura cresta de aquella oleada de pórfido.

Los postreros rumores del día anunciaban por donde quiera la proximidad del silencio. A lo lejos, en los valles, en las faldas de las colinas, á orillas de los arroyos, veíanse reposando quietas y silenciosas las vacadas; los ciervos cruzaban como sombras entre los árboles, en busca de sus ocultas guaridas; las aves habían entonado ya sus himnos de la tarde, y descansaban en sus lechos de ramas; en las *rozas* se encendía la alegre hoguera de pino, y el viento glacial del invierno comenzaba á agitarse entre las hojas.

II

La noche se acercaba tranquila y hermosa: era el 24 de Diciembre, es decir, que pronto la noche de Navidad cubriría nuestro hemisferio con su sombra sagrada y animaría á los pueblos cristianos con sus alegrías íntimas. ¿Quién que ha nacido cristiano y que ha oído renovar cada año, en su infancia, la poética leyenda del Nacimiento de Jesús no siente en semejante noche avivarse los más tiernos recuerdos de los primeros días de la vida.

Yo ¡ay de mí! al pensar que me hallaba, en este día solemne, en medio del silencio de aquellos bosques magestuosos, aun en presencia del magnífico espectáculo que se presentaba á mi vista absorviendo mis sentidos, embargados poco há por la admiración que causa la sublimidad de la naturaleza, no pude menos que interrumpir mi dolorosa meditación, y encerrándome en un religioso recogimiento, evoqué todas las dulces y tiernas memorias de mis años juveniles. Ellas se despertaron alegres como un enjambre de bulliciosas avejas y me trasportaron á otros tiempos, á otros lugares; ora al seno de mi familia humilde y piadosa, ora al centro de populosas ciudades, donde el amor, la amistad y el placer en delicioso concierto, habían hecho siempre grata para mi corazón esa noche bendita.

Recordaba mi pueblo, mi pueblo querido, cuyos alegres habitantes celebraban á porfía con bailes, cantos y modestos banquetes la Nochebuena. Parecíame ver aquellas pobres casas adornadas con sus *Nacimientos* y animadas por la alegría de la familia: recordaba la pequeña iglesia iluminada, dejando ver desde el pórtico el precioso *Belen*, curiosamente levantado en el altar mayor; parecíame oir los armoniosos repiques que resonaban en el campanario, medio derruido, convocando á los fieles á la *misa de gallo*, y aun escuchaba con el corazón palpitante, la dulce voz de mi pobre y virtuoso padre, excitándonos á mis hermanos y á mí á arreglarnos pronto para dirigirnos á la iglesia, á fin de llegar á tiempo; y aun sentía la mano de mi buena y santa madre tomar la mía para conducirme al oficio. Después me parecía llegar, penetrar por entre el gentío que se precipitaba en la humilde nave, avanzar hasta el pie del presbiterio, y allí arrodillarme, admirando la hermosura de las imágenes, el portal resplandeciente con la escarcha, el semblante risueño de los *pastores*, el lujo deslumbrador de los *Reyes magos*, y la iluminación espléndida del altar. Aspiraba con delicia el fresco y sabroso aroma de las ramas de pino, y del heno que se enredaba en ellas, que cubría el barandal del presbiterio y que ocultaba el pie de los blandones. Veía después aparecer al sacerdote revestido con su alba bordada, con su casulla de brocado, y seguido de los acólitos, vestidos de rojo con sobrepellices blanquísimas. Y luego, á la voz del celebrante, que se elevaba sonora entre los devotos murmullos del concurso, cuando comenzaban á ascender las primeras columnas de incienso, de aquel incienso recogido en los hermosos árboles de mis bosques nativos, y que me traía con su perfume algo como el perfume de la infancia, resonaban todavía en mis oídos los alegrísimos sones populares con que los tañedores de arpas, de mandolinas y de flautas, saludaban el nacimiento del Salvador. *El Gloria in excelsis*, ese cántico que la religión cristiana poéticamente supone entonado por ángeles y por niños, acompañado por alegres repiques, por el ruido de los petardos y por la fresca voz de los muchachos de coro, parecía trasportarme con una ilusión encantadora al lado de mi madre, que lloraba de emoción, de mis hermanitos que reían, y de mi padre, cuyo semblante severo y triste, parecía iluminado por la piedad religiosa.

III

Y después de un momento en que consagraba mi alma al culto absoluto de mis recuerdos de niño, por una transición lenta y penosa, me trasladaba á México, al lugar depositario de mis impresiones de joven.

Aquel era un cuadro diverso. Ya no era la familia; estaba entre extraños; pero extraños que eran mis amigos, la bella joven por quien sentí la vez primera palpitar mi corazón enamorado, la familia dulce y buena que procuró con su cariño atenuar la ausencia de la mía.

Eran las *posadas* con sus inocentes placeres y con su devoción mundana y bulliciosa; era la cena de Navidad con sus manjares tradicionales y con sus sabrosas golosinas; era México, en fin, con su gente cantadora y entusiasmada, que hormiguea esa noche en las calles *corriendo gallo;* con su Plaza de Armas llena de puestos de dulces; con sus portales resplandecientes; con sus dulcerías francesas, que muestran en los aparadores iluminados con gas, un mundo de juguetes y de confituras preciosas; eran los suntuosos palacios derramando por sus ventanas torrentes de luz y de armonía. Era una fiesta que aun me causaba vértigo.

Ignacio M. Altamirano.

LA NAVIDAD EN UNA ESQUINA.

Al Sr. Lic. Don Victoriano Salado Alvarez.

I

Aun no cerraban la tienda de «Los dos Mundos,» ubicada precisamente en la esquina de la calle del Romero. Los dependientes no dormitaban como otras veces, ociosos y cansados, apoyado el codo en el abollado platillo de la garbanza y el frijol, en tanto que el encargado de la cantina, por falta de consumidores, echaba un párrafo con un capitán inválido que entre plática y plática le servía de compañero en una partida de dominó, en la mesilla inundada de alcohol y de ceniza. Aquella noche del 24 de Diciembre, notábase inusitada animación en el vecindario del Romero, tranquilo por lo común á las nueve de la noche:

Serían cerca de las diez, dejó en la acera un tranvía al vapor á los últimos pasajeros del barrio, cargados de envoltorios y grandes pañuelos llenos de frutas ó golosinas, y aunque habían sonado ya en el cascado reloj de la Botica los tres cuartos, parecía muy temprano.

No había un zaguán cerrado y veíase á lo largo de los obscuros callejones que de la puerta conducían á los segundos patios de las casas de vecindad, ya la línea de los farolillos de papel mústiamente iluminados, ó allá, en el fondo, la alegre luminaria sobre la cual saltaban los pilluelos que, enrojecidos por el reflejo parecían festivos diablos retozando.

Veíanse tras las mallas de las cortinas las salas iluminadas de las viviendas altas. Sombras chinescas proyectadas en el visillo, denunciaban una buena concurrencia en casa de Peredo, el escribiente y de Abascal, el veterinario...... Y no se había oído un solo cántico á lo lejos, una nota de las músicas de cuerda, el confuso concierto de los muchachos de alguna posada: probablemente se dejaba aquello para más tarde, pues la Navidad es de las noches que deben pasarse de claro en claro.

El Boticario, fastidiado en apariencia, acabó por salir del mostrador al dintel de la puerta. Por lo visto, nadie se enferma la Noche Buena, y antes de las doce aquel establecimiento de todo tenía aspecto, menos de expendio de salud.

Los enormes globos llenos de agua de color, lanzaban un inmóvil relámpago verde hasta en medio de la calle, á la intensa luz de los quinqués chispeaban los dorados de los botes de porcelana correctamente alineados, urnas de rubíes y estalactitas de onix parecían las grandes copas llenas de azúcar candi; adquiría brillo de espejo la piedra artificial del mostrador, y arriba de un santo el reloj columpiaba su péndulo reluciente; en aquel recinto aseado, en que nada estaba fuera de lugar, parecía refugiarse algo grave y tranquilo como la ciencia y sólo interrumpía á la armonía del cuadro, un vago olor de vale-

CON MOTIVO DE LA LLEGADA DEL ILUSTRISIMO SEÑOR PLANCARTE A CAMPECHE.—Palacio de Gobierno.

LA LLEGADA DEL ILUSTRISIMO SEÑOR PLANCATE A CAMPECHE.—La Catedral.

riana que flotaba en los ámbitos y hacía evocar las más inoportunas y pedestres imágenes.

No escaseaban los transeuntes, que sin querer se detenían frente al escaparate de «Los dos Mundos,» que según expresión de una vecina, parecía áscua de oro, un altar, un nacimiento. Habían pintado todo el edificio; hasta aquellas eferas sobre las que se reclinaban dos sílfides de túnica griega que empuñaban al desgaire, respectivamente, el pabellón español y el mexicano, cuyos pliegues caprichosos cubrían parte del Asia y medio continente americano. Así es que el aparador participó de los brochazos y aparecía embadurnado con un color cielo tirando á verde: colgaban de lo alto triples hileras de velas de colores con su heno correspondiente, que había sido la materia prima más usada para el ornato; sobre un lecho de dulces, pasas, nueces y avellanas, parecían pastear unos bizcochos con formas de animales; levantábanse los caprichosos envases de distintas formas y colores de los vinos y cremas; allá un Emperador Guillermo en vidrio azul, de busto, encerraba anisete, que tenía salida por la perilla que coronaba el casco; más lejos una columna de transparente vidrio parecía de ambar, gracias al «licor de oro» que contenía; no faltaba un botellón de Jerez y hasta un León XII, que por irrespetuoso contraste era cárcel del embriagante ajenjo.

Una verdadera columnata de latas de conservas alimenticias subía hasta el techo, ornada, por supuesto, con recortes y flores de papel; no omitiremos al enjuto bacalao, colgado entre dos diminutos faroles venecianos, ni á los incitantes pickles en sus cárceles verdes y *les prunes d' Ente* en esos codiciados y amplios barrilillos de cristal que envidian las señoras para guardar el azúcar ó el café molido en la despensa; por mero lujo figuraban los duraznos en conserva y algo mermada se veía la caja de pasas, roto ya su papel picado y bastante hondo el cromo, efigie de una manola, en el lecho de las prensadas uvas......... esas pobres solteronas envejecidas y arrugadas de la vid.

Como enorme fruta los quesos de bola, medias lunas las argentadas cajas de mortadela, juguetes las cajas plateadas del thé que ceñía una banda de papel azul salpicada de geroglíficos chinos; todo esto iluminado por amplio reflector, adquiría un aspecto extraño. Bañábase la luz en el oro del coñac de cinco ceros, en la onda verde del Pipermint, en el rojo de un moscatel probablemente delicioso ó en el cristal purísimo del anisado...... Procesión ordenada de botellas á cuya cabeza se veían el tosco tarro del curaçao y una obesa botella de champaña con su embreado salpicado de oro.

Con razón todos se detenían allí, hasta quedar en el gran cristal la huella del vaho de los curiosos, que hacían comentarios y tentados por el apetito penetraban en la tienda, donde no daban abasto; la atmósfera estaba saturada de las fuertes emanaciones del bacalao; no quedaban más que unas cuantas aceitunas en la salmuera del barril, y era un ir y venir constante de galopinas que pedían á grito abierto.

—Medio de alcaparras!

—Favor de un real de chiles en vinagre.

—Don Santiago, échese mis almendras.

Un sujeto respetable olía á grandes narices un Gruyére que exsudaba grasa, un enorme queso rebanado sin piedad, colocaba en hondo tompeate las dos libras de jamón, y la media docena de Alicante.

¡Cómo resonaba el dinero en el cajón del cambio, cómo patinaban los pelones iberos de catorce años, y qué alegría rebosaba en los brindis de la cantina, en la que todos se disputaban el derecho de pagar, Jacinto Hilván el sastre; Figuerolas, el de la hojalatería, y Eustaquio Trompa, el músico, que estaba violento porque á las diez habían citado y ya iban á sonar, acomodaba bajo el *plaid* á cuadros el pabellón de su instrumento, un pistón niquelado.

Fueron haciéndose escasos los transeuntes poco á poco; el primero que cerró fué el boticario, pero alguien asegura que tres de sombrero ancho penetraron al lugar cargados de botellas, y más tarde, por la puerta entornada, se colaron dos mujeres de faldas de percal y tapalito.

Dos desarrapados, cayéndose de ébrios, un él y una ella, cobijados con la misma frazada, fueron los últimos compradores de la tienda. Espolvorearon en un pambazo cuartilla de añejo, desmenuzaron un chile en vinagre y dijeron al perderse en la sombra:

—¿Pos por qué no hemos de celebrar también la Noche Buena?

Cerróse poco después la de «Los dos Mundos,» y dueño y dependientes de fieltro y saquito, caminando como si tuvieran callos, arrastrando los piés, se encaminaron rumbo á alguna casa en que había frasca.

Entonces oyóse melancólico, medroso y largo silbido; era Eutimio Carretones, el gendarme, que en un crucero, junto á su linterna, envuelto en su capotón, y en una bufanda de estambre rojo y blanco, daba la hora.

II

¡Oh noche de Navidad! ¡Yo no sé por qué se mojan los ojos cuando se la recuerda, y sin querer, tiembla una lágrima en la punta de la pluma cuando se quieren condensar sus íntimos recuerdos en una línea!

En la fiesta del hogar y por eso en la calle del Romero se veían las vidrieras iluminadas y se escapaba de todas las viviendas un eco de la alegría interior.

Afuera, la noche plácida contrastaba con el incendio de puertos y balcones. En el oscuro fundo de los cielos, qué esplendidas estrellas y qué luna tan clara, tan lenta, tan serena, derramaba su reflejo fosforecente, fingiendo fuegos fátuos en los azulejos del cimborrio de la iglesia, recortando las correctas sombras allá de un barandal, aquí de un poste, más lejos de una cortina olvidada en un balcón.

En el silencio oíanse clarisimos los ruidos, la gritería de los muchachos del 7, que rompían la olla armando una atroz alharaca; más lejos, los acentos de una letanía, los escandalosos pitos de agua y el pandero, y á trechos, dejándose escuchar la vaga armonía de un valse que adquiría no sé qué tristeza á esas horas, con aquella luna, con aquel silencio, con aquella soledad de la calle desierta.

Por eso quizá. Eutimio Carretones estaba triste y se refugiaba en el dintel de una puerta, abrigado y friolento, fumando cigarro tras cigarro y solo, poaque hasta el mendigo, dadas las diez, logró conmover á un transeunte que le alargó una peseta no soñada.

ILUSTRISÍMO SEÑOR FRANCISCO PLANCARTE.
Primer Obispo de Campeche.

Y hacía frío, ese frío de las noches sin nubes, ese frío de Navidad que reclama el hogar caliente y alegre.

—Sea por Dios......... exclamó Eutimio sacudiendo las entumecidas piernas, y al no tener sueño, como otras noches le pasó, lo que acontece á aquellos que se hallan solos, enteramente solos, cuando á su alrededor palpitan ecos de fiesta, púsose á hacer esos recuerdos, esos obstinados recuerdos que atrae la tristeza, esas aves que contrastan con las golondrinas, porque no huyen, sino buscan todo lo que es dolor y cuanto es bruma.

Bien triste es tu vida Eutimio, en este México desconocido, y sobre todo, en esta noche que del rico al último desheredado se liga á un tierno episodio de la vida. Dejaste los florecientes campos de Guadalajara para venirte en busca de trabajo aquí, y después de no haberte confrontado el dueño de la casa donde servías, te metiste á gendarme.

Siempre fueron tu flaco las apariencias, y te sedujo un

CON MOTIVO DE LA LLEGADA DEL ILUSTRISIMO SEÑOR PLANCARTE A CAMPECHE.—Logia Masonica y Cuartel Federal.

CON MOTIVO DE LA LLEGADA DEL ILUSTRISIMO SEÑOR PLANCARTE A CAMPECHE.—Plaza Principal.

día de revista el uniforme azul, el gorro con su paño de sol blanco, la pistolota y las polainas; mucho te perjudicó, meridional imaginación, la lectura de aquellas novelas, en las que astutos agentes de la policía británica, aprehendían á un estrangulador ó á un criminal misterioso, y tú, llevado de ese carácter ligero que será tu ruina, te soñaste un *policeman* de novela. Y te pegaste chasco. Ya sabes lo que es eso de estarse todo el día en una esquina á manera de gallo, sobre un pie, sufriendo asoleadas y aguaceros y teniendo que andar dos calles para conseguir que le den á un vieja las pesetas á veinticinco centavos en la tienda; para enarbolar el garrote sobre dos cargadores que se pegan de *mulazos*, y resulta que no riñen, sino que están jugando.

Y en las noches, las grandes hazañas se reducen á llamar al orden á los borrachos escandalosos de una cantina, y es raro el caso de aprehender á un homicida que ha perpetrado un crimen con vulgarísimas circunstancias. Te ha sucedido lo que es natural; extrañas el *Agua Azul*, extrañas el jardín de San Pedro, la Otra Banda, y sobre todo á tus parientes, y sobre tus parientes á......... aunque lo niegues, Eutimio; se te conoce á leguas que tienes desequilibrado el corazón.

Siempre has sido cariñoso, y por eso ¡pobre novio pródigo! ya que no hijo, en esta noche no sé por qué estás medio tristón, te causa envidia Román tu amigo, porque se fué á bailar al Puente Blanco y solía platicarte cuando estabas de servicio en la noche. Quisieras pasar la Noche Buena rodeado de los que amas, y no en una esquina en que sopla el viento, congela el frío y solo...... Déjate de imaginaciones y silba; que están dando las horas.

Y Eutimio paróse en el crucero y lanzó la nota aguda y trémula de su silbato á los cuatro vientos, cogió la linterna y empezó á empujar puertas; era inútil llamar á los caseros para que cerraran los zaguanes abiertos, porque en esa noche ninguna casa se cierra. ¡Qué algarabía se escapaba de todas ellas al compás de alguna pieza que tocaba ya un pobre aguador en su arpa, ya una música de cuerda en forma ó cuando menos un piano.

Veíanse por los vidrios pasar á las parejas, y en uno la sombra chinesca de dos enamorados, de perfil.

El discutía y ella lo amenazaba con su abanico; alguien se asomaba á otro balcón para tirar la punta de un cigarro, poniendo en fuga á un grupo de perros que retozaban en medio de la calle, mientras que el gato de una fonda se escurría pegado á la pared y desaparecía por el respiradero de una accesoria, y en el silencio sólo se oía el intermitente chirrido de la luz eléctrica, que á compás se opacaba ó brillaba más intensa y perdiéndose de vista el gendarme, campaneando la linterna que enrojecía los bordes de su capotón al doblar una esquina.........

Volvía de nuevo al dintel, cabizbajo y fastidiado, encendía cigarro tras cigarro y al escupir respondíale el eco.

—«¡Qué bonito debe ser eso de estar uno con sus gentes y sus amigos, muy divertido! Hace dos años ¡qué distinto pasamos la Noche Buena en casa de mi compadre! ¡qué cena, era de lo fino! Y eso sí, le metimos á las copas que fué un gusto; y á eso de la una estaba yo á medios chiles; nada más me daba vueltas la sala; pero eso sí, no le falté á nadie ni armé escandalito, con ser que Petronilo anduvo muy necio por Rosalía, que la seguíamos esa noche por todas partes, y la muy gurvia, nada más se reía de nosotros.» ¡Pobre Rosalía! ¡quién le había de decir que quedaba Eutimio pensativo, cual si recordase alguna historia delicada!......... A los arrulladores ecos del baile se mezclaban gritos y risas; muy clara se oía la voz de alguien que pedía «¡sala, sala!» y tras un bullicio infernal, la música más y más frenética, en tanto que de una azotea, como una saeta de lumbre, con su cauda de chispas, un cohete disparado rasgaba el cielo de la noche: ¡pum! y caían tres gotas luminosas, que estremecían á un gato, que sentado en alta citarilla miraba de hito en hito el espléndido disco de la luna.

Iban á dar las doce; todo había callado: los ruidos se perdían, los invitados de las casas seguramente estaban en el comedor: adivinábanse por las vidrieras las sillas vacías, en desorden, ni un solo cohete, ni un solo rumor, hasta que, dada la hora, se escuchaba un lejano palmoteo, saludando un brindis tal vez:

Y Eutimio se estremecía hasta la médula. Llegaba ese momento en que los recuerdos se recrudecen, la emoción nos invade por completo y la alegría de los otros contrasta con la tristeza de no sé qué nos embarga; se humedecen los ojos: se recuerda á la madre muerta, al hermano ausente, á la novia, cruel, pero idolatrada, y......... se murmura algo.........

Resonaban muy cerca las pisadas de un caballo, el del oficial de los gendarmes, se acercó á Eutimio, que aún con los ojos húmedos, la voz descompuesta y saludando militarmente con el garrote, dijo con un nudo en la garganta:

—¡No hay novedad!

Micrós.

El hombre político.

Lo pasado es horizonte propio al historiador; lo porvenir al poeta; lo presente al político. Reunidos en una sola personalidad estos tres oficios, tienen que compartirse todos ellos á una entre sí mismos y que anularse alguno.

Grave peligro colocar al frente de un Estado, hecho para dirigir lo presente, á un filósofo, quien, acostumbrado á mirar la eternidad inmóvil y á concebir ideas abstractas, que prescinden de toda limitación, apenas tienen ojos para mirar lo corriente.

☞ Un filósofo dando ideal absoluto á una generación atrasada, se parece á loca nodriza que diese al recien nacido, no su teta, sino la carne con que se nutre un adulto, matando así de hambre al que debiera nutrir de vida, por el empeño en darle un alimento incompatible con sus quijadas sin dientes y su estómago sin fuerzas.

Emilio Castelar.

Setiembre de 1896.

CURIOSIDADES.

El primer coche automóvil en París.

Circula por fin en París el primer coche automóvil y tenemos el placer de presentar á nuestros lectores la fisonomía de ese vehículo, dejándolos dueños de apreciar su estética esencialmente perfectible. Es único aun en su género, pero en lo de adelante histórico bajo el punto de vista de la locomoción automóvil.

Un cochero de fiacre, M. Biquet, ha sido quien con al concurso financiero de un industrial parisiense, M. Delesson, tuvo la idea de hacer ejecutar ese fiacre automóvil por M. Roger, constructor bien conocido, y la asociación de constructores de coches fué la que fabricó toda la carrocería del nuevo vehículo mecánico de M. Roger.

Establecido así el lado histórico, describamos rápidamente el coche en cuestión: pertenece al tipo llamado landaulet, que tiene la forma de coupé y landau. Su longitud entre perpendiculares extremas es de unos tres metros, entanto que un fiacre con su caballo ocupa más de cinco. Si como es de esperarse, la aplicación de los fiacres automóviles se generaliza, ganarán mucho las ciudades en facilidad de circulación.

El coche está puesto en movimiento por un motor de esencia de petroleo de un solo cilindro dispuesto en la caja que ocupa la parte posterior del vehículo. Este motor recibe una mezcla de aire y de esencia que provienen de un carburador. La inflamación de la mezcla es eléctrica. El gas que proviene del cilindro se escapa, después de su trabajo á un amortiguador y de ahí al espacio. La provisión de esencia es de 15 litros; el enfriamianto del cilindro motor está asegurado por 50 litros de agua encerrados en dos reservarios dispuestos lateralmente en la caja.

El vapor proveniente del cilindro va á circular en una cámara tubular colocada horizontalmente sobre el cofre del motor del vehículo y produce automáticamente una circulación de aire rápida en el interior de esta cámara tubular lo cual facilita el enfriamiento y la condensación del vapor producido por el calentamiento del cilindro. La potencia del motor que puede llegar á 5 caballos, es transmitida á las ruedas motrices de atrás por un sistema habil.

Asistimos á los principios de una evolucion cuya importancia no puede preverse. Las grandes ciudades mercedes á ella, cambiarán completamente de aspecto y ganarán sin duda en facilidades de tránsito.

Nueva lámpara de incandescencia.

Dice el *Electrical Engineer* que se fabrican por medio de una pasta de amianto higroscópico un nuevo filamento para lámparas de incandescencia, el cual, después de fabricado bajo la forma de hojas de 0.3 mm. de espesor, se corta en tiras de 6 cm. de ancho que se impregnan de una solución al 30 por ciento de cloruro de platino. Luego se introduce una disolución saturada de sal amoniaco, se seca al aire caliente y se calienta inmediatamente en una llama Bunsen, que transforma la disolución de platino en una esponja de platino.

Se impregna entonces de una solución al 20 por ciento de cloruro de magnesio y se calienta, repitiéndose este procedimiento hasta que la placa se haya recubierto de una capa uniforme de magnesia; finalmente, se sumerge en una disolución al 10 por ciento de nitrato de cerita. El magnesio proteje al platino, y como que las propiedades de radiación de la luz de los metales de cerita son más considerables que las del carbono, parece que estas lámparas consumen una cantidad de corriente menos considerable.

Las mujeres han perdido más mujeres que las que los hombres han extraviado.

Pierre Veber.

El espíritu revolucionario se comunica por medio de un trabajo obscuro que no puede seguirse: es acaso un microbio.

Luisa Michel.

Cuando los pueblos se han mezclado en la guerra ó la paz, durante siglos, no hay uno que no tenga en las venas la sangre de los otros.

***

El pensador puede morir intestado, su sucesión no se pierde jamás.

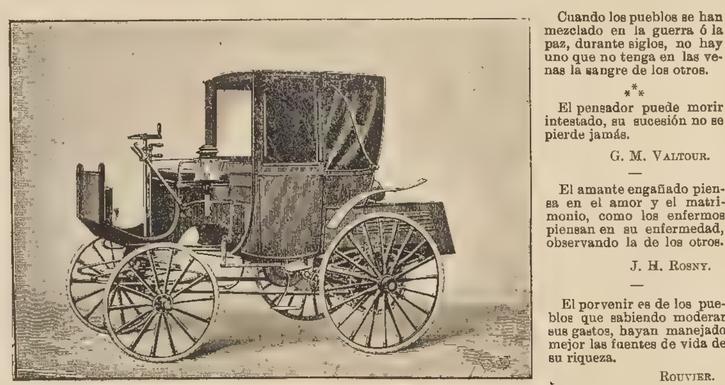
G. M. Valtour.

El amante engañado piensa en el amor y el matrimonio, como los enfermos piensan en su enfermedad, observando la de los otros.

J. H. Rosny.

El porvenir es de los pueblos que sabiendo moderar sus gastos, bayan manejado mejor las fuentes de vida de su riqueza.

Rouvier.



El primer coche automovil en Paris.

LA INUTIL RIQUEZA.—*Por Jorge Ohnet.*

Número 10.—Véanse nuestros números desde el 25 de Octubre de 1896.

—Veamos, amigo mío, es preciso ser razonable para sí mismo; he venido para hacer una tentativa suprema á fin de impedir ese duelo......

—¿Y cómo? preguntó Redel, que de pronto se puso grave.

—Bastará que usted se preste á ello para que sea fácil.

—Si usted supiera lo ocurrido, no me haría tal petición.

—Lo sé.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Mi marido, en primer lugar, y después Celina.

—¡Cómo! ¿Han cometido, él esa infamia y ella esa imprudencia?

—Sí; él ha sido infame naturalmente; y ella ha sido imprudente......

—Por mi causa, estoy seguro......

—Sí. Desesperada al ver á usted en peligro, su único cuidado ha sido defenderle, y en la alternativa de comprometerse ó de abandonar á usted, no ha vacilado y se ha comprometido......

—¡Hermoso corazón! Pero ¿á quién ha hablado?

—A la señora Mossler.

—¿De modo que esa pobre señora conoce la miserable conducta de su hijo?

—La conoce.

—¿Y qué ha hecho?

—Le ha llamado á su casa y le ha rogado, amenazado, sin conseguir nada. Entonces me ha escrito para hacerme saber su fracaso y para suplicarme que aceche á Valentín y, si vuelve, le impida salir esta noche...... No ha vuelto á comer...... Eran las diez cuando salí...... y no volverá hasta muy tarde, según su costumbre. No tengo, pues, para qué ocuparme de él y, por otra parte—es espantoso lo que voy á declarar—no pienso más que en usted.

—Ya ve usted que tengo que persistir en mi resolución, puesto que él persiste.

—Y si le mata á usted?

El coronel respondió muy despacio:

—Mi oficio es desafiar la muerte. Aseguro á usted que no la tengo miedo; me conoce bien. Somos antiguos camaradas. Para un soldado, que ha pasado por delante de la metralla tantas veces y sin pestañear, ¿qué supone dejarse tirar aun por el más diestro de los adversarios? No me matará tan cómodamente, esté usted segura. No tiene usted idea de la facilidad con que no se acierta al tirar contra un hombre.

Enriqueta permaneció aniquilada, oprimida por la certidumbre de un desastre, y el coronel, para arrancarla á su sombría preocupación, continuó hablándola y contándola historias, como á los niños.

—Oiga usted; me acuerdo que en el sitio de Tuyen-Quan, cuando estábamos rodeados, con el comandante Dominé, por millares de chinos, un diablo de tártaro iba á insultarnos ante nuestras líneas, á cincuenta pasos de las avanzadas. Estaba prohibido hacer fuego, porque empezaban á faltar las municiones, y el tunante, envalentonado, redoblaba sus fanfarronadas. El día en que el cañón de Giovanninelli nos anunció la llegada de los que venían á libertarnos, el tártaro vino, más rabioso que nunca, con cara amenazadora y gritos estridentes, á agitar delante de nosotros una bandera amarilla bordada con una cabeza de tigre. Nuestros tiradores perdieron la paciencia y enviaron á nuestro hombre una lluvia de balas. El tártaro no cayó y volvió á sus gritos, haciendo contorsiones y aullando como un demente. Una nueva descarga le respetó también y él siguió con sus danzas y sus injurias. Entonces se mandó cesar el fuego y nuestro hombre se marchó tranquilamente, después de haber servido de blanco á cincuenta tiros, sin recibir ni una rozadura. Ya ve usted que no se pone siempre una bala donde se quiere.

Redel estaba tranquilo y sonriente y Enriqueta se le representaba en su salón, contando entre sus amigos las peripecias de alguna batalla. Una angustia indecible se apoderó de su corazón. Le pareció que oía por última vez su voz vibrante y que ya no le vería más. Tímidamente dijo:

—Si ese duelo no se verificase, sería más seguro.

—Sin duda, pero ¿cómo impedirlo? Yo he cargado con todas las culpas, en apariencia, y prefiero mil muertes á presentar al Señor de Coutras excusas que no le debo. Ya ve usted que todos sus cálculos son vanos, que sus tentativas son inútiles y que las cosas deben seguir su curso.

La juiciosa Enriqueta lo comprendió tan bien, que dejó caer la cabeza sobre el pecho y se echó á llorar no encontrando nada que decir ni otro consuelo á su dolor que las lágrimas. El coronel, sentado á sus piés, casi arrodillado y lleno de emoción, trataba de consolarla.

—Yo se lo ruego, sea usted más animosa; me tortura usted con su pena. Usted no es culpable de nada ni tiene responsabilidad alguna en lo que pasa.

Enriqueta movió la cabeza como indicando que sabía, por el contrario, que tenía una gran parte, aunque oculta, en lo que sucedía. Redel la comprendió y dijo, bajando la voz:

—En todo caso, nadie lo sabrá. Nadie sospechará que la cólera de ver á usted tan odiosamente tratada me ha animado contra el conde. Sí; si yo no hubiera amado á usted tan religiosamente, no hubiera odiado á su marido. Pero si muero, habré sido feliz hasta mi último momento, puesto que está usted aquí, á mi lado, tan afectuosa, que esto es más de lo que pudiera haber soñado en mis momentos de más grande ambición. Cese usted de llorar y déjeme decirla todo mi pensamiento. Estoy condenado, suceda lo que quiera á no ver á usted más. Acaso sea mejor para mí desaparecer bruscamente, sentido y llorado por usted, que irme á arrastrar lejos de

aquí una existencia sin objeto, puesto que se deslizará lejos de usted. Esto es lo que medito con infinita tristeza.

Enriqueta le dirigió una mirada desolada.

—¿Será usted desgraciado hasta ese punto al separarse de mí? Sí; juzgo su dolor por el mío......... ¡Ah! Al venir aquí esperaba obtener de usted todas las concesionos y, al escucharle, comprendo que son imposibles en un hombre de su carácter. Estoy desesperada y, sin embargo, no querria que obrase usted de otra manera. No; si usted no fuera tal como es, tal como le admiro, y le temo no tendria yo por usted.........

Se detuvo oprimida, indecisa. Redel cogió su mano é imploró tímidamente:

—Puede usted decirlo ahora, ¿no es verdad?

—¡Oh! Ya no hay en mí reserva ni urgullo. Sí; si usted no fuera como es, no le profesaría todo el amor que ha merecido y que tendré la amarga pena de haber podido darle... .....

Redel bajó la frente hasta tocar la mano de Enriqueta, y prosternado ante ella, como delante de Dios:

—Bendita sea usted, dijo, por el encanto supremo que me concede. Mi corazón está tan lleno de reconocimiento y de ternura, que no hay sitio en él para la cólera y el odio. Usted me ha purificado de todos mis malos instintos. Ahora soy de usted, de usted sola. Su predilección me eleva sobre el nivel de los hombres. Suceda lo que quiera, puede usted estar cierta de que me ha colmado de las delicias más raras y más puras.

Enriqueta quiso hablar, suplicar todavía, pero él la cerró la boca con ademán acariciador.

—¡Oh! No pronuncie usted ni una palabra. Todo debilitaría mi goce divino. Estoy en el cielo; no me vuelva usted á la tierra. Amo á usted como jamás mujer alguna ha sido amada, y soy dichoso......... Váyase usted, déjeme, vuelva á su casa y rece por mí: es todo lo que pido.

Enriqueta estaba delante de él, presta á partir, tan pálida, tan torturada, con sus hermosos ojos negros llenos de lágrimas, tan hermosa, que Redel no podía, en aquel instante supremo apartar de ella su mirada. La joven le dió la mano y él la sintió estremecerse entre las suyas. Los ojos cándidos de Enriqueta despidieron un fuego sombrío, sus labios temblaron y exhalando un sollozo, se inclinó sobre el pecho de Redel y le echó los brazos al cuello, fuera de sí, loca, entregada, toda suya. El coronel la separó dulcemente, sonrió con ternura, cogió su encantadora cabeza con las manos y dijo, depositando un beso en los hermosos ojos que lloraban por él:

—En el umbral de la muerte, no quiero nada de usted más que su alma, Enriqueta. Si no nos vemos más, no encontrará usted en el fondo de su pensamiento sino recuerdos inmaculados de nuestra ternura, y comprenderá cuánto la he amado.

Acarició con los labios sus rubios cabellos y su frente altanera y saboreó la exquisita sensación de tenerla en sus brazos y de no guardarla en ellos. Después, la acompañó hasta la puerta con fraternal respeto y la dejó marcharse.

Al dejar á sus amigos en la calle de Saint-Honoré, á eso de las diez, después de la conversación amenizada con licores y cigarros que siguió á la comida, Valentín tomó un coche de plaza y dió orden de que le llevase á la plaza de Anvers. Allí se bajó, atravesó el *boulevard* Rochechoart, se metió en la calle de Steinkerque, después de cruzar la de Orsel y se encontró en la plaza de Saint-Pierre, en una oscuridad que un pálido rayo de luna disipaba por cortos instantes al filtrarse á través de las nubes. Todo era allí soledad y silencio. La masa de la colina de Montmartre, coronada por las pesadas construcciones del Sagrado Corazón, se levantaba vaga y negra. Ni un transeunte, ni un guardia. Aquello era un desierto.

El conde tocó en el bolsillo de su gabán la culata del revólver que llevaba siempre para ir á aquellos sitios. No tenía miedo, pero tomaba sus precauciones. Miró el reloj; eran las once, y en el silencio de la noche una campana repitió de léjos la misma hora. Valentín se puso á pasear, impaciente por la acera; Matilde se retrazaba. Bajó hasta la calle de Orsel y, al llegar á la esquina vió á la luz confusa de un farol que por la calle de Steinkerque llegaba la muchacha con paso rápido. Se arrojó en sus brazos, falta de aliento, y dijo:

—Te he hecho esperar......... Me seguían y tenía miedo.........

—Supongo que estarás tranquila, ahora que estás á mi lado.

—Sí, pero lo estaré más cuando nos encontremos en nuestra casa......... ¿Por qué no has subido, sencillamente, en lugar de esperarme abajo?

—Por lo mismo que acabas de decir..... ... Te seguían y no te ha parecido mal encontrarme aquí.........

—Despachémonos. Hay malos pájaros por aquí esta noche.

Se dirigían hacia la plaza, del brazo, á través de las tinieblas de la calle, cuando un paso precipitado se oyó detrás de ellos. Valentín sintió que la mano de la muchacha se crispaba en la suya. Matilde no habló y aceleró su marcha, pero el que les seguía les iba dando alcance. Valentín cruzó la calle y el otro hizo lo mismo. El conde entonces se paró bajó un farol é hizo cara. El hombre que les perseguía llegó hasta él tambaleándose. Llevaba una blusa, una gorra y gruesos zapatos. Con la torpeza de pronunciación propia de los borrachos, dijo:

—¡Toma! ¡La señoritinga y su silbante! ¡Tú eres demasiado barbiana para este espantajo!

Y alargó la mano para coger á Matilde, pero Valentín de un golpe seco con el brazo y con la pierna, le hizo caer de nucha contra la pared. El hombre se levantó de un salto y ya sin apariencia alguna de borrachera, dijo:

—Espe a un poco, que te voy á arreglar... ..... ¡Eh! Los buenos mozos!

A este grito, aparecieron por la esquina de la plaza tres hombres, uno de los cuales estaba vestido de mujer. Matilde exclamó con voz ahogada:

—¡Sálvate, Valentín! ¡Es Ravet! ¡Nos han engañado! ....

El conde no tuvo tiempo de pedir explicaciones á la muchacha. El hombre vestido de mujer cayó sobre él, puñal en mano. Hubo una corta pelea; una seca detonación de revólver, un cuerpo que caía en la acera, un gri- desgarrador: El falso borracho dijo:

—Ravet está patas arriba; el silbante tiene lo que necesita...... ¡Los guiris!...... Carguemos con la chica......

Matilde, muda de horror, fué cogida por dos brazos vigorosos que la arrancaron de Valentín, que estaba de pie, pero apoyado en la pared. Una carga de los guardias dispersó la banda en las tinieblas, y en el lugar de la ocurrencia solamente quedaron Ravet, caído de bruces contra el suelo, y el conde, inmóvil, los ojos abiertos y fijos y el revólver en la mano......

....

A las siete de la mañana siguiente, estaba Federico Clement acabando de vestirse para ir á casa de Redel, cuando entró en su cuarto el señor Eliphas. El banquero, asombrado de verle allí tan de mañana, preguntó á su padre que ocurría, y el viejo le contestó que había sabido la noche antes, en casa de la señora Mossler, que debía verificarse un duelo entre el coronel y el señor de Coutras, y quería ir al terreno para conocer antes el resultado. Federico no tenía costumbre de oponerse á los deseos de su padre; pero no pudo, sin embargo, dejar de hacerle notar que eso sería una incorrección y que los padrinos del señor de Coutras podrían oponerse.

—No tendrán para qué, dijo Eliphas.

Federico miró á su padre con asombro.

—Puedes estar tranquilo, añadió el viejo; no me verán...... Me quedaré en el coche. Pero quiero estar presente para ir sin perder momento á informar á la señora Mossler de lo que pase.

—¿Te lo ha mandado ella?

—No; pero se alegrará de que lo haga.

Partieron y eran las ocho cuando entraron en casa del coronel. Acompañado por su compañero de escuela el comandante Vallières, Redel esperaba muy tranquilo y con un aire de resolución que impresionó vivamente á Federico, ya muy conmovido. ¡Si hubiera oído al coronel, un momento antes, decir á su amigo que estaba resuelto á no tirar al conde y á esperar sus tiros, cuál hubiera sido su emoción! Redel, que se proponía no romper con la señora Mossler, á fin de volver á ver á Enriqueta de vez en cuando al menos, había formado el proyecto de arriesgar su vida por la satisfacción de su amor.

La llegada del señor Eliphas extrañó á todos.

—¡Cómo! Usted, el hombre de la moral y de la caridad, dijo Redel riendo, va á sancionar con su presencia estas prácticas sanguinarias......

—Las condeno, créalo usted, declaró Eliphas, pero he pensado que mi presencia daría á usted buena suerte.

La respuesta de su padre era tan singular, que Federico le miró por segunda vez con asombro. Pasó por su mente la idea de que su padre no creía en aquel duelo; pero ¿cómo no creerlo?, los padrinos estaban reunidos, las armas prontas, el coche esperando. Sin embargo, la calma del viejo, aquella especie de seguridad profética que había manifestado por dos veces, parecían indicar que Redel no corría ningún peligro.

—Vamos; es tiempo, dijo el comandante Vallières. Desde aquí á Gennevilliers tenemos una hora de camino.

—Vamos, dijo Redel. Y partieron.

Federico al oir hablar á Redel de todo menos del objeto que llevaban en aquel viaje, empezaba á encontrar un poco de confianza. «Si no estuviéramos todos vestidos de negro, pensaba, y no sintiera debajo del asiento la caja de las pistolas, creería que íbamos á casa ó á almorzar en el campo.» Fuera ya de las fortificaciones, el coche rodaba por la carretera, entre dos filas de árboles, y á los dos lados se extendían los campos sombríos, bañados por una luz gris. Algunos carros de hortelanos se dirigían hacia Asnieres. Ni un trabajador en las tierras. La soledad era completa. A la izquierda un ancho montón de tierra cubierto de musgo amarillento, recordaba el reducto de Gennevilliers, que fué construido en 1870 para defender la orilla del Sena y que formaba, melancólico, un receptáculo á la helada y á la lluvia.

Aquel paisaje velado de tristeza pareció á Federico cuadro adecuado para un acontecimiento trágico. Sus temores volvieron y se figuró aquel coche, volviendo al paso, lúgubre, con un muerto tendido sobre los almohadones ensangrentados. Levantó con angustia los ojos hacia Redel, que continuaba hablando con la mayor tranquilidad, y, en el mismo momento, el coche se detuvo de pronto.

—¿Qué hay, preguntó Elhipas? ¿Hemos llegado?

—¡Calla! Son los padrinos de nuestro adversarsario, dijo el Comandante Vallieres, abriendo la portezuela. Esos señores vienen á encontrarnos.

Redel saltó vivamente al camino y Eliphas, Federico y el Comandante le imitaron. Prieur y Croix-Mesnil, que habían dejado su coche á poca distancia, avanzaban con aire pesaroso y solemne. Su actitud pareció tan anormal al Comandante, que exclamó, sin darle casi tiempo para saludar:

—¿Ustedes solos, Señores? ¿Y el Señor de Coutras?

—¡Estamos solos, dijo en tono desolado Prieur, y el Señor de Coutras no vendrá!

—¿Por qué?...... preguntó Redel con voz amenazadora.

—Porque está muerto, dijo Croix-Mesnil.

—¡Muerto!

En la carretera polvorienta, en aquel paisaje de invierno, bajo aquel cielo negro y triste, los amigos de Redel se miraron con estupor. Sólo Eliphas no pestañeó. Prieur añadió:

—Le han llevado á su casa, esta mañana, con una puñalada en la espalda.

Al oir esto, Federico sintió un desvanecimiento, ante la convicción de que su padre estaba informado del crimen y ante la sospecha de que no la había impedido. Le cogió del brazo, le llevó hasta la cuneta del camino y dijo con voz temblorosa:

—¿Sabías que Coutras seria asesinado esta noche?

Eliphas levantó la cabeza hacia el cielo y respondió con firmeza:

—Sí, lo sabía.

—¿Y has dejado cometer ese crimen?

—He hecho cuanto dependía de mí para salvar á ese desgraciado de sí mismo. Pero yo no soy más que un hombre y no he podido obligarle á entrar en el deber. Entonces, he juzgado en mi conciencia el mal que había hecho y el que se preparaba á hacer, y le he dejado morir.

En aquella hora trágica, ¿penetró en la mente de Federico un rayo de luz? ¿Se quebrantó la confianza imperturbable que tenía en su mujer? Palideció, miró á su padre con ojos llenos de angustia y dijo, apretándole la mano:

—¿A qué aludes? ¿Por qué has sido implacable? ¿Quien era el amenazado?

—Un hombre de bien, en su vida, y una mujer honrada, en su honor......

Federico bajó la cabeza y no preguntó nada más. En aquel momento Redel y el Comandante Vallieres se separaban de los padrinos del Señor de Coutras y venían á reunirse con sus amigos.

—Ahí tienen ustedes un pobre diablo, que ha muerto como había vivido, dijo el Coronel con desdeñosa compasión.

—Sí, añadió Eliphas, en el lodo.

—Este paseo al aire libre me ha abierto el apetito. Voy á almorzar con gusto, dijo el Comandante Vallieres. Volvamos á París.

La señora Mossler y su Ministro de la Caridad no se han vuelto á ver. Como habia previsto Eliphas, la muerte de Valentín rompió para siempre los lazos de su antigua amistad. Inconsolable y, sin embargo, resignada, pues habia visto en aquel fin trágico la irremisible sentencia de la fatalidad, la señora Mossler permanecio encerrada en su casa, consagrándose con más pasión que nunca al alivio de las miserias. No recibia más que á Enriqueta y, algunas veces, al coronel Redel. Las dos mujeres pasaron el verano en la Chapelle-Sauvigny, donde permanecieron hasta fin de otoño. Cuando la nieve extendió su blanca alfombra sobre las praderas y espolvoreó de blanco los árboles del parque, volvieron á París.

Enriqueta no quiso continuar en la avenida de Friedland, se fué á vivir con la señora Mossler y fué para ella una hija adicta, tierna y tan buena, que una noche en que las dos estaban al lado del fuego, pensativas y melancólicas, la anciana rompió el silencio y dijo:

—Mi querida Enriqueta, te veo con pena llevar una triste existencia con una vieja como yo. No has conocido hasta aquí la dicha y, sin embargo, la mereces como ninguna mujer del mundo. Yo soy responsable de las profundas decepciones y de las crueles amarguras que has sufrido, y quisiera reparar en lo posible el mal que te he causado involuntariamente.

La joven juntó las manos en ademán de súplica y dijo, interrumpiendo á la señora Mossler:

—Por Dios, no te acuses; bien sé hasta qué punto eres excelente y han sido falseadas tus intenciones. Hemos llorado las mismas penas y sufrido los mismos dolores. Eres inocente y la vida la sola culpable de nuestros sinsabores.

La anciana se quedó un instante pensativa y como impulsada por lejanos recuerdos, añadió:

—Mossler me dijo un día: "Tengo miedo de que seamos ricos. ¿Nos podrá eso ser útil? Pasada cierta cifra, la fortuna es cosa fantástica y temo que sirva más para el mal que para el bien. Dejemos todo esto y volvámonos á plantar nuestras coles. Con cien mil francos de renta tendremos más de lo que necesitamos. Lo que exceda de eso será un estorbo y ¿quién sabe? acaso una fuente de penas." ¡No estaba equivocado!

Se produjo un silencio. La señora Mossler enjugó una lágrima que rodaba por su mejilla, y continuó:

—De todos mis dolores, el mayor es ver quebrada tu existencia y haber contribuido á ello. Pero felizmente eres bastante joven para volverla á empezar. Aquel á quien has sido visiblemente destinada te ama y no espera más que una palabra tuya para ofrecerte su nombre. Creo que vacilas en pronunciar esa palabra por deferencia á mí. La he pronunciado, pues, por tí, mi querida hija; es el desquite que te doy y que con todo mi corazón me alegro de poder darte.

—¡Qué, querida madre! acaso quieres......

—Que te cases con Redel, sí, hija mía; lo quiero porque así aseguro tu dicha y la suya. Le he rogado que venga esta noche á hablar conmigo.

En este momento resonó en el silencio del hotel el timbre que anúnciaba las visitas.

—¡Ahí está! dijo la señora Mossler.

La puerta se abrió y el coronel se adelantó hacia las dos mujeres. Besó la mano de la señora Mossler y se inclinó ante Enriqueta.

—Yo preveo que me voy, amigo mío, dijo con indiferencia la reina del oro. A la edad que tengo y para lo que hago en este mundo, no es una noticia para trastornarse; pero hay aquí una mujer que no tiene más que veinte años y á la que el porvenir debe reservar justas recompensas. Tengo empeño en ofrecérselas yo misma y quisiera, sin esperar más tiempo, dársela á un hombre honrado que la ame como ella merece. No creo engañarme, Redel, pensando que ese hombre es usted.

El coronel se puso pálido y dirigió á Enriqueta una mirada interrogante. La joven inclinó gravemente la rubia cabeza, se levantó y fué á arrodillarse delante de la señora Mossler. Abrazó á la anciana, que temblaba de emoción, y murmuró con una voz que le salía del alma:

—Gracias, madre mía.

FIN.

Señorita Enriqueta Aguilar, [de San Luis Potosí.]

La cena de Noche Buena.

A MANUEL ZAPATA VERA.

Acercaos á la mesa,
Mis recuerdos, porque os llamo;
Id saliendo de la huesa
Muertecitos que yo amo!
Cosas idas, cosas muertas,
Ilusiones ya perdidas,
Acercaos á mis puertas,
Cosas muertas, cosas idas!
De la cena preparada
El salón está vacío,
Cae muy triste la nevada,
Tengo miedo, tengo frío!
Convidados á mi cena,
Muertecitos que yo amo,
Acudid á mi reclamo
Que esta noche es Noche Buena.
Está abierta mi ventana
Y la lluvia la salpica,
Mientras oigo la campana
Que repica.
Buen amigo, pobre hermana,
De mi casa los ausentes,
Venid todos tan aprisa
Como á esta hora van á misa
Los creyentes.

***

¡Pobre hermana que te fuiste,
Si vivieras todavía,
Cuando siento mi alma triste,
¡Cuántas cosas te diría!
¡Ven, y pronto, ven ahora!
Cuando llegue la mañana
Y á la misa de la aurora
Llame lenta la campana,
Terminada ya la cena,
Podrás irte, podrás irte,
Y tendremos que decirte:
¡Hasta la otra Noche Buena!
Pero ahora, mi hermanita,
Reina aún la noche obscura,
Deja, pues, ¡oh muertecita!
Tu callada sepultura.

***

Son las doce. Jesús nace;
Vuelvo el rostro al Nacimiento
Y la cera se deshace
Combatida por el viento.
Nadie cuida á los pastores,
Nadie canta villancicos,
Ni á la virgen llevan flores
Los ancianos y los chicos.
En el heno blanco y yerto
Está el Dios recién nacido,
Y al mirarlo allí dormido,
Me parece que está muerto.
¡Fe de niño, ven al punto!
Que tu voz me purifique......
Y no viene y me pregunto:
¿Por qué dobla ese repique?

***

Del árbol en las ramas
Mil velas arden,
¡Que no tarden los niños,
Que no se tarden!
¿Por qué no vienen
Si aquí tantos juguetes
Y dulces tienen?
Esta espada de acero
Para el más grande,
Y soldados de plomo
A quienes mande.
Y esta muñeca rubia
Tan bien vestida
Para la niña blanca,
Bien de mi vida.
Ya veréis cómo gritan
Los muy traviesos,
Y cómo los devora
Su madre á besos.
Pero el árbol se apaga,
Ninguno llega!
Y en la desierta alcoba
Ni un niño juega!

***

Séres que venís tan lejos,
¡Cómo ansían vuestros cariños
Los que tienen padres viejos
Y no tienen hijos niños!
¡Con qué impaciencia os imploro
Para mezclar con mis manos,
Vuestros ricitos de oro
Entre sus cabellos canos!
¡Amor que ennoblece y salva,
Ven pronto á mi hogar estrecho,
Que ya á la misa del alba
Están tocando en mi pecho!

***

Mis viajeros pequeñitos,
Mis ausentes adorados,
Los humildes muertecitos
A mi cena convidados;
Ya regresan de la misa
Los devotos, los creyentes......
¡Mis amigos, mis ausentes,
Daos prisa, daos prisa!
Dejad ya con planta breve
Vuestro místico palacio,
Caminando tan despacio
Vendréis yertos por la nieve!
Mi esperanza que os desea
Como niña pobrecilla,
En la blanca chimenea
Puso ya la zapatilla.
Oir pienso vuestro paso,
Quiero ver y no me atrevo,
¡Dejad pronto sobre el raso
Mi regalo de año nuevo!

***

¡No doblan las campanas,
No, que repican!
Plumas de alondra llueven,
No nieve fría!
Dios ha nacido:
Jesús no yace muerto
Que está dormido!

***

¡Casta ilusión que me alientas!
¡Sueño de dicha sereno,
Si á mi cena te presentas,
Seré bueno, seré bueno!
Ya no vacilo ni dudo;
No miro mi hogar desierto,
Ni viendo al niño desnudo
Me imagino que está muerto.
Vive; con dulce sonrisa,
Entre sencillos pastores,
Ve á los que vuelven de misa,
Trayéndole muchas flores.
No pienso con desconsuelo
En los seres ya perdidos......
¡Mis muertecitos queridos
Están cantando en el cielo!
El alba tibia clarea,
Venus en Oriente brilla!......
¡Dejémos la zapatilla
En la blanca chimenea!

Manuel Gutiérrez Najera.

LA ADOPCION.

Desde hacía veinte años, Juan Vignol escribía cuentos en los folletines de los diarios, narraciones en las que no se ocupaba, como es natural, sino de asesinatos y de niños sustituidos por otros en sus cunas. Y ciertamente no era más torpe que sus rivales en esta especialidad. Si alguna vez atravesáis por una enfermedad peligrosa—¡Dios os libre!—y si no sabéis cómo llenar las horas de fastidio de una larga convalescencia, leed los *Misterios de Menilmontant*, que no tienen menos de veinticinco mil líneas. Allí encontraréis todos los ingredientes habituales de esta cocina literaria.

El comienzo es sorprendente, sobre todo cuando aquel malvado duque del Castillo Viejo, á la salida de la ópera, baja al alcantarillado subterráneo, en donde tiene una cita con un licenciado del presidio, amigo suyo, quien debe entregarle unos papeles que pueden hacer perder su reputación á la hermosa marquesa de las Dos Garitas, la cual, por haber cambiado de nodriza, no es la hija de un Grande de España, de primera clase, como la cree todo el barrio de Saint Germain, sino la de un ebanista de la calle Popincourt, en otros tiempos condenado á muerte con motivo de un error judicial, y guillotinado, según la costumbre, en vez del presidiario con el que el duque tiene esta cita poco confortable y subterránea.

Ya se verá, por este simple ejemplo, que Juan Vignol conocía perfectamente su oficio.

Sin embargo, el pobre hombre no obtenía grandes éxitos; tropezaba con muchos obstáculos para colocar su original y vivía, por esta causa, muy mezquinamente. Y esto consistía ante todo, en su poca suerte, y después en que era un modesto, un tímido, que no sabía abrirse paso, recorrer el camino al modo americano.

Naturalmente no había hecho sus comienzos literarios por la novela de folletín. Conservaba siempre, en el fondo de su escritorio, pero sin esperanza de darlas á la publicidad, sus dos obras juveniles, escritas por él en la época en que conservaba todos sus cabellos y la ambición del arte. Primero, el manuscrito de un volumen de elegías—*Flores de veneno*—en donde el poeta se quejaba apasionadamente de las infidelidades de una muchacha que designaba con el poético nombre de Fragoleta, y á la que comparaba á todas las enamoradas célebres, desde la más remota antigüedad hasta nuestros días. La verdad es que, en la realidad de los hechos, la inconstante señorita se llamaba Agata y era obrera en el taller de una florista. El otro manuscrito, más voluminoso, contenía un drama terrorífico y medioeval, con este sangriento título: *Los desolladores*, y en el cual los personajes cubiertos de chambergos y calzados con altas botas, se pasaban recíprocamente sus espadas á través del cuerpo, en medio de grandes tiradas líricas.

Por desgracia, los dramas en verso no son comestibles, *Las flores de veneno* no son útiles ni para ser adere-

zadas como ensalada. Era preciso vivir allá arriba, en Belleville, en un pequeño departamento de un quinto piso. Allí habitaba, pues, Juan Vignol, en compañía de su madre, crispada por el reumatismo y gimiendo de la mañana á la noche. Para ganar algún dinero—¡oh, muy poco!—el poeta se convirtió en novelista popular, al igual que un pintor entrampado se hace fotógrafo.

Dulce y resignado, aceptó el oficio, y puso en él todos sus sentidos, pero, como ya hemos dicho, sin gran resultado. Y esto era natural, después de todo, porque carecía de convicción, de sinceridad, no tomaba bastante á lo serio sus marquesas hijas de ebanistas guillotinados y sus duques que se paseaban por los albañales con abrigo de pieles y corbata blanca.

El Director del *Pequeño Proletario*, en donde Juan Vignol publicaba sus historias capaces de hacer dormir de pie, le decía con toda crudeza: «Querido mío, se conoce que no siente usted nada de esto,» y no le pagaba sino á diez céntimos la línea. El pobre muchacho sabía que era superior á su grosera tarea, y sufría dando á menudo profundos suspiros. Pero ¿y qué? Era su destino y para hacer cocer su escasa pitanza se agotaba inventando aventuras cada vez más extravagantes.

Una vez, por ejemplo, no hubiese podido pagar dos arrendamientos atrasados y habría sido indudablemente embargado, sí, en el último extremo, no hubiera logrado un anticipo del Director del *Pequeño Proletario*, seducido por el asunto de una novela cuya substancia en el primer folletín, era como sigue: «Un músico de la orquesta del Ambigú, hijo bastardo, sin saberlo, de un par de Inglaterra, al volver á su casa, después de la función, encuentra un esqueleto en la caja de su contrabajo.» *En el próximo número continuará.*

En tanto que vivió la mamá, Juan Vignol, modelo de amor filial, soportó bastante bien la vida. Pero desde hace dos años que se encontraba solo en el mundo, sin parientes, con pocos amigos y con costumbres caseras, y se aburría enormemente en su piso alto de Beleville.

—¡Qué trabajo! se decía una noche, víspera de Navidad, subiendo con lentitud sus cinco pisos, porque se había puesto algo asmático. ¡Qué trabajo! Todavía dicen en el diario que mi última obra—*Mazas y Compañía* —no tiene bastantes puñaladas. Será preciso que resucite á *Bouffe Toujours*, mi presidiario que acabo de precipitar no hace ocho días de la Torre Eiffel, y que le facilite víctimas....... y después de este rasgo de complacencia, ya verán ustedes como siguen rehusándome veinticinco centavos por línea............ ¡Ah perra vida!

Al entrar en su habitación, experimentó algunas pequeñas contrariedades. Después de una mirada melancólica á su colección de pipas, semejante á la del harém de un sultán que ha renunciado á este pasatiempo, Juan Vignol advirtió que su lumbre, que había, sin embargo, cubierto de cenizas antes de salir, se había apagado por completo. Y tuvo necesidad de ensuciarse las manos para encenderla. La portera le había preparado mal la lámpara en la mañana, y tuvo que cambiarle la mecha; entonces solamente vió que no tenía sino dos cerillos en su caja.

—¡Rayos y truenos! exclamó soltando su juramento favorito. Pues estoy fresco si la lámpara ó la lumbre se vuelven á apagar...... Y necesito desvelarme para resucitar al presidiario. ¡Bonita Navidad, entre paréntesis! Y cinco pisos que bajar y subir otra vez por estos cerillos!......... Pero no! voy á pedir uno á la vecina.

La vecina era la tía Mathieu, una pobre vieja, cuya hija, recientemente abandonada por su marido, había muerto de parto el mes de Julio. La criatura tenía cinco meses; y la abuela que cosía á máquina, la criaba con biberón. ¡Cuánta miseria en aquella covacha! El novelista, que era un hombre de corazón, había entrado allí algunas veces y dejado una moneda de plata, aunque no tuviese muchas para él.

—Tan! tan!......... Buenas noches, tía Mathieu. ¿Me da usted unos cerillos?

—Eh! tía Mathieu, ¿qué hace usted ahí?

—Ya lo ve usted, Sr. Vignol, respondió la vieja con voz lacrimosa. Voy á llevar esto al Monte de Piedad y es preciso que me dé prisa, porque cierran las oficinas á las ocho......... Siempre me darán diez francos......... Es lana buena, no crea usted.........

La llegada del año nuevo.

—Pero ¿cómo? ¿El único colchón de usted?.........

—Es necesario...... Fígurese usted que mi hermana menor, viuda como yo, acaba de caer en cama, y no la quieren en el hospital á causa de una enfermedad crónica.... Y naturalmente debo ayudarla. Ha sido tan buena conmigo...... Me acostaré algunos días sobre la paja. No se muere uno por eso......... Porque cuento desempeñar el colchón, cuando reciba mi quincena......... Lo único que me inquieta es el pequeño. Necesito cuando menos una hora para ir al Monte de Piedad y á la casa de mi enferma. Siempre se lo dejo á la portera, que es una buena mujer......... ¿Pero la ha visto usted? Esta noche, víspera de Navidad, tienen su cena de familia en la portería, y á los postres ya están en tono de cantar.........

¡Vivan los pobres! Juan Vignol tiene sus ojos de perro llenos de lágrimas.

—No hay cuidado, tía Mathieu! Deje usted la cama quieta. Yo tengo todavía quince francos. Tome usted diez......... Y váyase á la casa de su hermana......... En cuanto al rorro, llévelo usted á mi casa. Duerme como un bienaventurado; no me impedirá trabajar......... Y además, si se pone á hacer música......... bueno, no es tan pesado mecerlo un poco y darle de beber.

Y he aquí á la anciana contenta! «¡Ah mi bueno, mi amable señor Vignol!» E instalan la cuna cerca del escritorio del novelista y la tía Mathieu sale exhalando por lo bajo bendiciones. Y ya solo con el pequeño, el escritor se echa á reir socarronamente entre su larga barba.

—Vamos, héme aquí convertido en nodriza.

Y alegre por su buena acción, se instala bajo la lámpara y toma la pluma. Porque diantre!—no hay que olvidarlo, mañana temprano debe enviar á la imprenta su folletín. Toda la novela ha quedado modificada con la resurrección de *Bouffe-Tou*. Pero aquella noche el cuentista está de vena.

Su presidiari , precipitado desde la segunda meseta de la Torre Eiffel por otro tuno elegante, un vizconde que desciende de las Cruzadas y miembro del Jockey Club, se ase de un barrote de hierro en su caída y se desliza hasta el muelle con la agilidad de un mono. Pasado mañana dará de puñaladas á tres guardianes del orden público. Espero que en esta ocasión los lectores van á tener emociones.

Repentinamente el pequeño comienza á gimotear. Juan Vignol, divertido con sus nuevas funciones, toma el biberón y da de beber al muchacho, no tan mal, ¡á fe mía! para ser la primera vez, luego lo mece y lo duerme.

Pero el novelista no vuelve ya á su escritorio. Quédase allí, pensativo, mirando á este pobre sér cuya cabeza está en el fondo de la almohada, apretándose las dos manecillas sobre su pecho.

Juan Vignol cae en una dolorosa meditación. No ha muerto del todo en él aquel poeta que soñó ser, cuando era joven. Y ahora recuerda que m ñana será Navidad, y ante esta cuna, piensa en el niño que dormía sobre paja de oro, en el establo de Bethleem. El vinó al mundo para ordenar á los hombres que se amasen los unos á los otros, y aunque las iglesias en las que se predica su doctrina desde hace dos mil años permanezcan en pie todavía, los males causados por la miseria existen siempre.

El niño material y moralmente abandonado, el niño condenado, por una especie de fatalidad social, al vicio y al crimen: he aquí el libro que es necesario escribir, dejando que en él corran todas las caridades, todas las ternuras, todas las indignaciones, todas las cóleras de su corazón. He aquí la novela que Juan Vignol debería hacer, sí...... ¿Pero en qué piensa? Juan Vignol no tiene talento, nunca lo ha tenido. El lo sabe demasiado bien. Y si las lágrimas lo ahogan en este momento, llora á la vez por el infortunio de este pobre niño y por su impotencia.

Sin embargo, la puerta se abre. Es la tía Mathieu que regresa toda sofocada. ¡Oh, es que está cansada y caduca! ¡Y qué rostro más lamentable surcado de mil arrugas, rodeado de su pañuelo de lana!

Y bien, tanto peor! El buen hombre cede al deseo que lo atormenta desde hace algunos minutos!

—Escuche usted, tía Mathieu, he pensado durante su ausencia...... En la época en que vivía mamá, yo ganaba para los dos...... Bueno! pues me traigo á usted conmigo ¿quiere usted?......... Usted se ocupará de los quehaceres de la casa y yo la ayudaré á criar al pequeño.

Y la pobre mujer da un grito, se desploma sobre una silla y se cubre el rostro con las manos; y como el niño, que se despierta sobresaltado, se pone también á llorar, Juan Vignol lo toma de su cuna, lo mira de cerca y deposita en su blanda mejilla un beso ya paternal.

No es esto todo. ¿Sabeis que la generosa conducta de Juan Vignol ha tenido para él sus ventajas? Continúa, naturalmente, sirviendo las mismas charlatanerías á su público especial; pero sin embargo hay en su última novela—*El huérfano de Belleville*—yo no sé qué que no había en las otras y que hace sollozar á las grisetas. El tiro del *Pequeño Proletario* ha subido y el escritor gana ahora sus veinticinco céntimos por línea.

Y aún la obra ha sido reproducida por algunas hojas de provincia; y cuando hace pocos días Juan Vignol llegó á la caja de la Sociedad de Literatos á cobrar sus derechos, tuvo la única alegría de su vida de escritor.

El más ilustre, el primero de los novelistas de estos tiempos, le dió un golpecito en la espalda, ante el despacho.

—Dígame, señor Vignol, he leído dos ó tres folletines de usted, en estos últimos días y he encontrado en ellos cosas muy buenas, muy sinceras, muy conmovedoras sobre los niños.........

Y el pobre hombre, ruborizado hasta las orejas: —Muchas gracias, mi querido maestro, contestó balbuceando de placer. Pero es que...... ahora......... cuando escribo algo sobre los niños......... copio *del natural!*.........

Francisco Coppée.

Ahí, donde falta todo, la naturaleza se encarga de suplirlo todo; ella hace florecer y reverdecer todos los hundimientos. Tiene la hiedra para las ruinas y el amor para los hombres.

Victor Hugo.

EL NIDO DE GORRIONES.

Ancho, huesoso, atlético, con los ho nbros robustos, las piernas fuertes y el cuerpo encorvado por la edad, era el tío Roque, un campesino aragonés, que llevaba con energía sus setenta y cinco años y la administración de sus fincas y propiedades, calculadas por los inteligentes del contorno en ciento cincuenta mil duros; un capital, diariamente vigilado por su dueño, que recorría sus tierras sobre un caballejo de mala muerte para inspeccionar y dirigir la siega en Agosto, la vendimia en Septiembre, la siembra en invierno, el esquileo del ganado en primavera, la recolección de frutas en otoño, y las múltiples faenas de la agricultura en todo tiempo, sin cuidarse del calor, ni del frío, ni del aire, ni de la lluvia; atravesando una atmósfera de fuego cuando el sol aabrasaba los campos, y una sábana de hielo cuando la nieve, cayendo de las nubes, se extendía en forma de mancha monótona desde los más hondos repliegues del valle hasta los más altos picachos de la sierra.

Porque el tío Roque no quería dejar nada á la inspección ajena; la más insignificante semilla pasaba por entre sus dedos antes de caer sobre la tierra, aquella tierra suya, completamente suya, á la que quería y amaba con ternuras de abuelo y codicia de amante celoso; tierra de la que no se había separado nunca y de la que parecía hijo, y mejor que hijo, producto. A tal extremo se había compenetrado con ella, por su aspecto, parte integrante de ella misma.

Su cuerpo achaparrado, duro, lleno de ángulos y nudosidades, asemejábale á una encina añosa, dotada por un capricho de la Naturaleza de la facultad de transladarse; su rostro, curtido por la intemperie, era del color de la tierra labrada, no parecía sino que un solo arado había hecho los surcos de la una y las arrugas del otro; como crece entre los surcos la cizaña, desigual, revuelta y salpicándolos á trechos, crecía la barba hasta su cabeza puntiaguda, coronada de cabellos blancos, que recordaba los picos inaccesibles que se erguían sobre la montaña, cubiertos de nieves perpetuas. El tío Roque era un pedazo del terruño, las raíces de su vida arrancaban de él,

Ni su dinero, ni sus hijos (cuatro hombretones ya casados), ni sus años, ni sus fatigas, fueron bastante á inducirle al reposo, á la existencia cómoda, al vivir quieto de un anciano pudiente...... Quebrantábase su salud con el rudo trabajo á que venía entregado desde el amanecer; algunas noches de invierno una tos seca desgarraba su pecho: no pocos días de verano sintió un ahogo, un principio de asfixia, que le hizo detenerse y buscar apoyo en el tronco de un árbol; aconsejóle el médico, multitud de veces, que descansase, que renunciara á la labor diaria; pero el tío Roque se encogía de hombros, se burlaba de consejos y de dolencias, y al romper la aurora se bebía un vaso de aguardiente, ensillaba su caballejo y al campo, á inspeccionarlo todo, á que trabajasen los braceros, á que produjese la tierra, á que no estropeasen á su querida, la única hembra que había sabido pagarle con usura sus desvelos y su constancia.

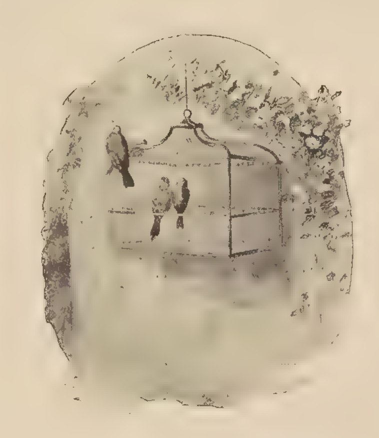
¡El reposo! ¡Entregar á manos ajenas el cuidado y conservación de lo suyo! valiente locura!......¡No ver sus tierras sino á ratos y como un paseante más! ¡Cómo si aquello fuera posible!...... ¡Como si él, acostumbrado á trabajar sus terrenos y á dirigirlo todo, pudiera resignarse á vivir inactivo, á convertirse en espectador, á no ver cómo en las mañanas frías del invierno desflora la reja del arado la tierra húmeda y palpitante, para que la mano del sembrador arroje en su seno la simiente fecundadora; á no contemplar bajo los rayos abrasadores del sol de Agosto cómo el trillo desgrana la requemada espiga y la horquilla la recoge y la pala la avienta, para que el trigo caiga convertido en granizo de oro sobre el ancho montón que cubre la era y que se eleva en forma de pirámide; quedarse en casa, bajo la sombra perezosa del emparrado cuando la hoz arranca de la cepa el lozano racimo y el carro lo traslada al lagar y los mozos lo pisotean entonando canciones hasta que, convertido en mosto, lo recogen las cubas y fermenta en ellas y de ellas sale trasformado en chorro rojizo que humedece los labios y calienta la sangre; no tomar parte en la recolección de los frutos, en el esquilo de sus ovejas, en la labor harinera de sus molinos, en la confección y refinamiento de su aceite!...... ¿Era eso lo que querían de él? Pues que no lo esperaran. El haría siempre lo mismo, recorriéndolo todo, vigilándolo todo. A caballo mientras pudiera tenerse firme en la silla; en un carro si no podía andar. ¡Aunque fuese á arastras!

¿Quién iba á hacerlo si no lo hacía él? ¿Sus hijos? Tenían que cuidar lo de sus mujeres. ¿Un encargado? Como si dijéramos un ladrón, un tramposo, que no podía querer más que su provecho. Y él solo quieto, dejándose robar en sus propias narices. ¡Que no!......¡En seguida!... ¡Apartarse de sus terrones, no saludarlos á todas horas! ¡Cómo iba á intentarlo; si los quería tanto; si en verano, al irse á acostar, dejaba la ventana abierta para recoger todos los rumores de la noche, y no cerraba en tiempo alguno las maderas para no desperdiciar ningún rayo de sol, ninguno; ni siquiera el que se bosqueja en el horizonte al amanecer, sin alubrar casi, como el parpadeo de unos ojos que se despiertan!

El que quisiera verle furioso no tenía más que hablarle de ello.

Muchas veces le habían propuesto sus hijos, cada uno de por sí y prescindiendo de los otros, irse á vivir con él, ayudarlo. Pero el tío Roque se negó siempre. Si hubiesen estado solteros, bueno; con la recua de la mujer y de los chicos no; el casado casa quiere. Sabía que de favorecer á uno se hubieran enfadado los demás, y bastante se odiaban al pensar en las eventualidades de la herencia futura, para que añadiese él leña al fuego. Ni un hijo ni un administrador. El uno y el otro le habían de robar. El solo se bastaba para su negocio.

Así pasaron años, y el tío Roque se fue poniendo achacoso y débil; ya no podía montar á caballo; apoyado en un bastón de nudos, recorría sus propiedades y presenciaba las faenas del campo con toda la energía de su es-



píritu, empeñado en sostener y pasear aquel cuerpo que se tambaleaba sobre la tumba. Pero como sus dolencias le hacían quedarse en casa muchos días; como no lograba inspeccionarlo todo, ni los mozos iban tan derechos, ni las cosechas producían tanto como antes; como esto era verdad y lo era también que el tío Roque estaba muy enfermo y el trabajo acababa con él, y su salud tenía necesidad—en opinion de los médicos—de absoluto descanso, resolvieron sus hijos obligarle á cambiar de vida, y fueron á verle una noche y hablaron con él, sentándose en torno del sillón donde su padre descansaba y oia sus proposiciones, contrayendo su boca sin dientes y fijando en ellos sus ojos astutos de campesino.

El hijo mayor fué el encargado de decirselo, y se lo dijo claro, con rudeza no desprovista de cariño y lealtad.

—¡Padre, usted está inútil!...... ¡La vida que lleva no le sienta bien! Es preciso que descanse usted y que arregle la manera de encargar á otro sus negocios.

—¡A otro! Y ¿á quién?—repuso el viejo.

—¿A un extraño?

—Eso de ningún modo, contestaron los hijos á coro.

—Entonces, ¿á quién? ¿A uno de vosotros? ¿Queréis vosotros tres que se encargue Antonio de las fincas?

Los preguntados arrojaron sobre el presunto favorecido una mirada de rencor y desconfianza, ¡Encargarse Antonio de todo! Para aprovecharse de ello; para quedarse con lo mejor. De ninguna manera. Preferirían á un cualquiera.

Leíase esto con tanta elaridad en sus ojos, en las frases irónicas y sutiles con que respondieron á la pregunta de su padre, que el viejo les dijo sonriéndose con sonrisa entre burlona y triste:

—Ya veo que eso no os conviene. Lo presumía. No os niego tampoco que estoy malo y que el cultivo de las tierras no anda tan bien como años atrás. ¡Qué remedio!... Tendremos paciencia. Yo haré lo que me sea posible.

—No, padre. Usted necesita descansar. Se lo ha dicho el médico y se lo repetimos nosotros.

—Pues vosotros diréis cómo se arregla.

—Mire usted, como medio, hay uno.

—¿Cuál?

—Cédanos usted las tierras, repártalas entre nosotros á su gusto; de ese modo nos evitaremos pleitear por las particiones cuando se muera usted; nosotros cuidaremos cada uno de su parte, como usted mismo, y usted descansa, viviendo al lado de sus hijos, del que usted desee, porque todos le queremos bien, y nos desviviremos por complacerle.

—Vamos—dijo el tío Roque con voz nerviosa—queréis heredarme en vida.

—¿Nosotros?.........

—Sí, no me enfado; es natural que penséis en ello; pero oídme:

Cuando vosotros érais muy pequeños cojí en el alero de ese tejado un nido de gorriones; me los llevé á casa; los puse en una jaula y la dejé encima de la ventana. Los padres, que habían venido detrás de los gorriones, empezaron á dar vueltas en rededor de aquella carcel y á píar dolorosamente. Por fin, uno de ellos se echó á volar, volvió á poco rato con un grano de trigo en el pico, entró en la jaula, dió de comer á una de las crías y mientras él practicaba la operación, se fué el otro gorrión y volvió también...... cargado de trigo...... en fin, que los dos padres mantuvieron á los pajarillos, ni más ni menos que cuando estaban en el alero del tejado.

«Crecieron as crías, y echaror alas; ya revoloteaban dentro de la jaula; los padres seguían alimentándolos; cuando estuvieron los pequeños en disposición de volar por su cuenta, puse yo unos espartos con liga delante de la jaula; hice prisioneros á los padres y dí libertad á los hijos. A los padres los encerré. ¿Y sabeis vosotros lo que pasó?—dijo el tío Roque con acento burlón y duro.—Que los padres se murieron de hambre; porque ninguno de los hijos se ocupó de darles de comer.

—¿Y qué queréis decir con eso? exclamó el mayor de los hijos.

—¡Qué! Que no despedazaré mi tierra querida por vosotros; que os vayais á vuestra casa y que me dejéis en la mía. Que no me quiero encerrar en la jaula.

Y el tío Roque, riendo á carcajadas, se metió en su cuarto,

Joaquín Dicenta.

Balada de la muerte.

En la mística noche callada
Una trémula voz desmayada,
A mi oído, llorando, llegó;
En la mística noche callada
Una extraña y doliente balada
Con palabras enfermas cantó:

—

«Cabecitas cual pálidos lírios
Que al incierto fulgor de los cirios
La medrosa tiniebla esmaltais;
Cabecitas cual pálidos lírios
Que las noches de intensos delirios
En beata quietud esperais;
Ojos turbios de vírgenes muertas,
Ojos de hondas pupilas abiertas
Dilatadas de frío y dolor;
Ojos turbios de vírgenes muertas:
¡Ya jamás en las noches desiertas
Lucireis como estrellas en flor!

—

«Manos lácias de muertas amadas
Que teneis las blancuras sagradas
De la casta camelia imperial;
Manos lácias de muertas amadas
Que habeis sido en un tiempo, besadas
En la límpida noche estival;
Labios muertos, que hoy sois de violeta,
¡Ya no hay besos que alteren la quieta
Contracción que la muerte os dejó!

—

«¡Oh, Purezas! Dormid vuestro sueño
En los brazos del último ensueño
Que turbó vuestra paz virginal
Y en los brazos del último ensueño
¡Esperad la llegada del dueño
A la cámara blanca nupcial!»

....

A través de las pardas neblinas
Muchas virgenes ví peregrinas
Que la trágica Reyna besó;
A través de las pardas neblinas
Desgranando sus notas mezquinas
Lentamente sus notas perdió......

Antenor Lescano.

Diciembre 19 de 1896.

PAGINAS DE ALBUM.

I.

SURPRISE.

A Maria Xenes.

—¿Es bella?, he preguntado.

—Como un jazmín.

—¿Es inteligente? ¿Es ilustrada?

—Hay algo en su semblante que recuerda el génio de Corina, y de sus labios brotan conceptos dignos de Platon.

—¿Es seductora, graciosa y atractiva?

—Sus pasos son cadencias, sus movimientos ritmos, y al contemplarla se sueña en horizontes aurorales, en selvas perfumadas, en palacios de nácar, en cascadas de perlas.

—¡Ah! entonces he descubierto un misterio. Cuando en estas tardes de Otoño, en las penumbras del anochecer, bajan por la conjunción celestial de los rayos de las estrellas amigas, á los vergeles cubanos, el Dios cupido, y el Angel de la Caridad, ¿sabéis á quien vienen á admirar y á bendecir?

A ella!!!

II.

SONRISAS CREPUSCUALARES.

A Evangelina Zambrana.

Eres—sobrina mía—tan dulce y tierna, tan bella y ruborosa, como las vírgenes dibujadas por Murillo ó cantadas por Frédéric, el artista prodigioso de El Pudor.

En el Otoño del año y en el invierno de la vida, la pluma suele arrastrarme hacia las cosas tristes. Hoy, al declinar la tarde, la atmósfera está cargada de obscuridades y de corrientes frías,

A pesar de ello, me presentas tu libro de recuerdos íntimos, y no quiero empaparlo en lágrimas, ni rodearlo de sollozos, ni empequeñecerlo con decepciones, sino cubrirlo con divinales esperanzas, dignas de tu corazón sencillo, de tu mente clarísima y de tu sonrisa crepuscular; de esa sonrisa de la cual decía Ménard que es siempre diáfana, como el rayo de la luna que desciende á bañarse en el ambiente fresco del agua dormida, en el perfume enamorado de las flores.

Acepta estos *apuntes* como un rocío de consuelos, ya que, según exclamaba Brilland, en la Naturaleza es el rocío la verdadera *gloire matinel*.

Disculpa á la Joconda, pura, pero misteriosa. Continúa siendo casta, con orgullo, No olvides las debilidades humanas, porque olvidar no es perdonar. Ama mucho, para que puedas defenderte del amor. Estas en la mañana de la juventud. En torno tuyo, *todo sueña, todo canta*, y mi mayor anhelo es que jamás te veas obligada á repetir, con el sublime trovador de las inquietudes del alma:

¡Aves, luciente sol, campo de flores,
Cascada, cielo azul, mentís!...... La vida
Es horrible tragedia entre esplendores!

Andrés Clemente Vázquez.

ANATHEMA SIT.

Si negare alguno que Santa María,
del Dios paracleto—paloma que albea—
concibió sin mengua de su doncellía,
anatema sea!

Anatema el que rechaza los prodigios sin segundo
del botón intacto y úber que da fruto siendo yema;
que los vientres que conozca, como légamo infecundo,
no le brinden sino espurias floraciones...... anatema!

Si alguno afirmare que Cristo divino
por nos pecadores no murió en Judéa
ni su cuerpo es hostia ni su sangre vino,
anatema sea!

Anatema los que ríen de oblaciones celestiales
en que un Dios—loco de amores—es la víctima suprema;
que no formen para ellos ni su harina los trigales,
ni sus néctares sabrosos los viñedos...... anatema!

Si alguno dijere que el alma no existe,
que en los craneos áridos perece la idea,
que la luz no surge tras la sombra triste,
anatema sea!

Anatema los que dicen al mortal que tema y dude,
anatema los que dicen al mortal que dude y tema;
que en la noche de sus duelos ni un cariño los escude
ni los bese la esperanza de los justos...... anatema!

Diciembre de 1896.

Amado Nervo.

Las dos hermanas legendarias.

Había una vez (cuando menos yo dejé que me lo contaran porque no fuí á verlo), dos hermanas que habitaban con su madre, viuda probablemente, (porque no se dice una palabra del papá en esta historia) una casita en un bosque. Aunque no faltaban las casas en ese bosque, acaso haya quien se asombre de que tres mujeres sin defensa hubiesen tenido el valor de permanecer en medio de la selva, sobre todo en una época en que los lobos y los jabalíes no andaban torpes y se ignoraba en su mayor parte los usos más elementales de la civilización. Es de creerse que ellas encontraban su pequeño beneficio, sea que diesen de comer á los leñadores ó sea que estuviesen en connivencia con los merodeadores y los contrabandistas y que sus cuevas sirviesen para celar las mercancías robadas ó adquiridas con fraude. Este punto ha permanecido obscuro, pero como es perfectamente inútil para la inteligencia de nuestro relato, nos dispensaremos de esclarecerlo *á giorno*.

Esas dos hermanas, como sucede diariamente en nuestras ciudades más progresistas, no tenían la una por la otra mas que una simpatía mitigada. Sus relaciones eran expotáneamente agridulces y más agrias que dulces.

En primer lugar la hermana mayor era morena y poseía un par de ojos negros capaces de poner celoso al azabache y de desconcertar al ébano; en tanto que la menor se enorgullecía de una cabellera rubia capaz de poner cautelosos á los trigos y ojos azules de un azul transparente y límpido que evocaba los cielos de Mayo y los mares de Septiembre. Fácilmente comprenderéis que esas dos hermanas tuviesen la una por la otra sentimientos áridos; la mayor estimaba que no se tenía el derecho de ser tan insolentemente rubia como su hermana menor y la menor consideraba como injurioso ser tan imprudentemente morena como su hermana mayor.

En otros términos, estas señoritas «florestales,» se detestaban cordialmente, lo cual es muy triste pero más común de lo que ordinariamente se cree.

Además sus caracteres diferían de una manera tan cierta y positiva como el color de sus pupilas y el tinte de sus cabellos. La mayor, naturaleza española, era tan ardiente, petulante y vocinglera, como la menor, temperamento escandinavo, era plácida, tranquila y reposada. No se pasaba casi día sin que las dos hermanas antagónicas no tuviesen la una para la otra palabras vivas y

propósitos hirientes; no se sabe lo que hubiera pasado en las noches si no hubiesen tomado el prudente partido de consagrarlas al sueño.

Sus discusiones diurnas degeneraban rara vez en querellas caracterizadas gracias á la intervención saludable de la mamá. Esta última, como puede verse, ¡ay! en la mayor parte de las familias modernas, no tenía por sus dos hijas una predilección igual; para la mayor que se le parecía en lo físico no menos que en lo moral, dejaba ver una viva preferencia. Así, todas las veces que intervenía en sus eternos debates tomaba con una parcialidad deplorable el partido de la mayor contra la menor. Esta, muy suficientemente resignada respecto á los sentimientos maternales ni aun esperaba á que se manifestasen; para evitar disgustos procuraba eclipsarse dulcemente tan luego como oía los pasos de su madre en la escalera. En una palabra, la vida se le había vuelto insoportable; pero la característica de la vida es dejarse soportar aun por las personas que la juzgan insoportable.

***

Un día que la hermana menor se encontraba en una calle del bosque ocupada en recoger «simples,» vió venir á una vieja toda encorvada bajo el peso de ramazones muertas de que había hecho un haz considerable, marchaba penosamente, apoyada sobre un bastón nudoso y cada uno de sus pasos hacía campanear su cabeza vacilante. Su rostro estaba hollado por las arrugas y sus pobres ojos grises denunciaban una fatiga tal, que los corazones más secos hubieran movídose á piedad.

Nuestra joven no pudo tolerar sin emoción la vista de una vejez tan miserable; se aproximó á la campesina y le dirigió estas palabras: «Madre mia, soy joven y robusta, no es conveniente que me ocupe de la fácil labor de recoger "simples," en tanto que vos penais dolorosamente para llevar esa carga; indicadme el paraje en que debeis depositar esta leña y en tanto que buscais las hierbas en mi lugar, yo haré la tarea injusta que se os ha impuesto; sí, injusta, porque está por encima de las fuerzas de una vieja y buena mujer como vos.»

La campesina respondió: «Hija mía, tienes generosos sentimientos y yo te probaré que sé reconocerlos; no has obligado á una ingrata. Pero tranquilízate: si cargo mis viejas espaldas con un fardo tan pesado, no es porque se me obligue; yo misma me he impuesto la tarea. He trabajado toda mi vida y me sería penoso convencerme de que ya no soy buena para nada. En tanto que el cielo me conserve fuerzas suficientes para transportar mi leña desde en medio del bosque hasta mi casita, estaré tranquila y me reiré de la vejez. No tengas, pues, remordimientos y continúa buscando tus simples.

Sin embargo, soy un poco hada y quiero probarte que fuí sensible á tu atención caritativa. En adelante siempre que abras la boca para pronunciar una palabra, saldrán de ella diamantes y perlas finas que podrás recoger y que te harán más rica que una princesa; de suerte que si el corazón te lo dice, podrás casarte con un príncipe, porque poseerás una dote suntuosa; circunstancia que no podría disgustar á ninguno de los príncipes actuales, cuyas finanzas están generalmente en malísimo estado.» Dichas estas palabras la vieja desapareció y la joven emprendió de nuevo, muy preocupada, el camino de su casa, no sin haber hablado muchas veces en voz alta, para no decir nada y simplemente por experimentar el fabuloso privilegio de que la vieja la había investido.

***

Naturalmente, la madre y la hermana mayor hicieron sofiama con el milagro. Eso no se había visto jamás, diez veces se hizo referir á la joven, con todos los detalles, los acontecimientos de la mañana, no sin haber tenido cuidado de colocar ante ella una inmensa cesta más habituada á verse llena de patatas que de diamantes y de perlas finas. Eran aquellas, riquezas incalculables; la madre y la hermana quisieron apoderarse de ellas, pero con gran decepción de su parte, apenas tocaban la cesta, las piedras preciosas desaparecían como por encanto. Acusaron á la hermana menor de que les traía mala suerte, mas no por eso dejaron de ver desaparecer, sin poderlo remediar, innumerables tesoros.

Fué preciso reflexionar: «Hija mía, dijo la madre, es probable que los diamantes no se desvanezcan sino porque no nos pertenecen. En suma, no hay razón para que la hada no te haga el mismo presente que á tu hermana. Por qué había de ser ella la preferida? Ya sabes tu manera de conducirte; no te es difícil, pues, volver aquí desparramando perlas finas; entonces podrás recogerlas, venderlas y constituirte una dote tal que un príncipe te demande en matrimonio. No es perspectiva que me disguste volverme un día la suegra de un soberano auténtico.»

La hermana mayor convino en todo. —Esperando que su hija hablase en diamantes la madre hablaba de oro—Fuése pues la joven una mañana al bosque, se colocó en el paraje indicado por su hermana y esperó la buenaventura de la vieja.

Esta, no tardó en aparecer, vacilante y desfalleciente bajo su carga de leña. La joven se precipitó á su encuentro y le suplicó que la dejase ayudarla: «Con mucho gusto—respondió la vieja; ahora estoy extraordinariamente fatigada. El amo que me emplea es cruel y exige que lle-

ve yo una carga que excede en mucho á mis fuerzas. Anda, hija mía, me haces un servicio y Dios te lo recompensará.»

Aquí se trata de Dios—pensó la joven. Seguramente hay error; la otra vieja llevaba leña por gusto; esta trabaja porque se lo exije su perra vida; me he equivocado; quiero trabajar para una hada pero no para la primer vieja que se me presente; esto sería estúpido. Y arrojando á tierra las ramas exclamó: «Buena vieja, no me has mirado; te imaginas acaso seriamente que yo voy á reventar por tí sin provecho? Otro día si gustas; lo que es ahora te comprometo á que vuelvas á cargar tu leña sobre tus hombros, porque sino muy bien podría quedarse ahí hasta el fin de los tiempos, á menos que le crezcan alas.» —«Te has burlado, pues, de mí, repuso la vieja.

Te pesará, hijita: has errado abandonando mi leña, porque con ella me caliento. No tardarás en arrepentirte. En adelante no podrás proferir una palabra sin que salgan de tu boca víboras y sapos. Eso te enseñará á burlarte de las hadas, y sufrirás tanto más cuanto que tu hermana menor continuará lloviendo perlas y diamantes."

***

Todo pasó como el hada lo había ordenado. Pero—¡oh desenlace imprevisto y además inmoral!—sucedió que la generosa hermana menor acabó sus días en la miseria, porque á fuerza de haber «secretado» diamantes y perlas no encontró joyero que quisiese comprárselas, en tanto que la maligna hermana mayor, acabó los suyos en la opulencia, porque á fuerza de expectorar sapos y víboras, dió nacimiento á bactracios y á reptiles tan perfeccionados que todos los jardines zoológicos del mundo se los disputaban á precio de oro.

Román Coolus.

De esa antigua coqueta la hermosura,
las ganas me quitó de hacerme cura.

Campoamor.

El epitafio revelador.

¡Yo la había amado perdidamente! ¿por qué me amó? Es extraño no ver en la imaginación sino un solo pensamiento; en el corazón un sólo deseo, y en la boca un nombre solo: un nombre que se sube incesantemente, que sale como el agua de manantial, profundidades del alma que se asoman á los labios, que se dicen, que se repiten y que se murmuran sin cesar en todas partes á modo de oración.

No contaré nuestra historia. El amor no tiene más que una, y siempre la misma. La encontré y la amé. Hé aquí todo.

Y yo había vivido durante un año con su ternura, en sus brazos, entre sus caricias, en sus miradas, en sus trajes, en sus palabras, envuelto, ligado, aprisionado en todo lo que procedía de ella de un modo tan completo que ya no sabía si era de día ó de noche, si estaba muerto ó vivo, en el viejo mundo ó en el otro.

Murió.

El cómo, no lo sé. Volvió mojada una noche de lluvia y al día siguiente tosía. Tosió cerca de una semana y se acostó.

¿Qué pasó? No lo sé.

Los médicos venían, escribían y se iban.

Traían remedios; una mujer se los hacía beber.

Sus manos estaban calientes, su frente ardiente y húmeda, su mirada brillante y triste.

Yo le hablaba y ella me respondía. ¿Qué nos dijimos? No lo sé tampoco. Todo lo he olvidado; ¡todo! ¡todo!

Murió. Me acuerdo muy bien de su débil suspiro, el último ténue suspiro.

La enferma dijo: «¡ah!» Todo lo comprendí.

No he sabido otra cosa. Nada. Ví un cura, y me habló de ella, y lloré.

Me consultaron sobre mil cosas. Me acuerdo sin embargo muy bien del féretro, del ruido de los martillazos cuando clavaron la tapa. ¡Dios mío!

La enterraron. ¡Enterrada! Ella, en aquel agujero. Me escapé. Corrí. Caminé mucho tiempo por las calles. Después volví á mi casa. Al día siguiente hice un viaje.

Ayer regresé.

Cuando volví á ver mi cuarto, nuestro cuarto, nuestros muebles, aquella casa que había quedado, todo lo que queda de la vida de un ser después de su muerte, me ví dominado por un sentimiento de pesar tan violento, que estuve á punto de abrir la ventana y arrojarme á la calle.

No pudiendo ya vivir en medio de aquellas cosas, de aquellas paredes que le habían encerrado, abrigado y que debían conservar en sus imperceptibles hendeduras, mil átomos de ella, de su carne y de su aliento, tomé el sombrero para salir.

De repente, en el momento de llegar á la puerta, pasé por delante del gran espejo del vestíbulo que ella había hecho colocar allí para verse de piés á cabeza cada día al salir, para ver si todo su tocado estaba bien, si estaba correcta y linda desde las botitas al sombrero.

Me detuve enfrente de aquel espejo que tantas veces la había reflejado.

Tantas y tantas veces, que por fuerza había debido conservar su imagen.

Allí estaba yo de pie, tembloroso, con los ojos fijos en el cristal, profundo, vacío, pero que la había contenido por entero, poseído como yo, tanto como mi mirada apasionada.

Me pareció que yo amaba aquel espejo; lo toqué, estaba frío.

¡Oh! ¡los recuerdos! Espejo doloroso, espejo abrasador, espejo vivo, espejo horrible que hace sufrir todas las torturas!

¡Felices los hombres, cuyo corazón, como un espejo en el que se deslizan y se borran los reflejos, olvida todo lo que ha pasado ante él, todo lo que ha contemplado, mirando con dilección su amor! ¡Cómo sufrí!

Salí, y á pesar mío, sin saber, sin quererlo, fuí al cementerio. Encontré su tumba sencillísima, una cruz de marmol con estas palabras:

"Amó, fué amada, y murió."

¡Allí estaba debajo de la tierra, putrefacta! ¡Qué horror! Sollocé con la frente tocando en tierra.

Allí permanecí mucho tiempo, mucho. Después me dí cuenta de que la noche iba cayendo. Entonces un deseo extraño, loco, un deseo de amante desesperado se apoderó de mí.

Quise pasar la noche cerca de ella, última noche para llorar sobre su tumba. Pero me verían y me echarían.

¿Cómo hacer? Me ocurrió una astucia. Me levanté y me puse á vagar por aquella ciudad de los desesperados.

Caminé y caminé. ¡Qué pequeña era aquella ciudad al lado de la otra en que se vive! Y sin embargo ¡cuánto más numerosos son esos muertos que los vivos! No hacen falta casas altas, calles, mucho espacio para las cuatro generaciones que ven la luz, bebiendo al mismo tiempo el agua de las fuentes, el vino de las viñas, y comiendo el pan de las llanuras?

Y para todas las generaciones de los muertos, para toda la escala de la humanidad bajada hasta nosotros, casi nada, un campo. La tierra los vuelve á tomar, el olvido los borra. ¡Adios!

En el extremo del cementerio habitado, ví repentinamente el cementerio abandonado, en el que los difuntos viejos acaban de mezclarse al suelo, en el que las mismas cruces se pudren, en el que se pondrá mañana á los recién venidos.

Está lleno de rosas libres, de cipreses vigorosos y negros, un jardín triste y soberbio, alimentado con carne humana.

Yo estaba solo, bien solo. Me acurruqué junto á un árbol verde. Me oculté entre sus ramas espesas y sombrías.

Aguardé embutido al tronco, como un náufrago agarrado á un trozo de buque.

Cuando la noche estuvo negra, muy negra, salí de mi escondite y me puse á caminar suavemente, á pasos lentos, á pasos sordos, sobre aquella tierra llena de muertos.

Vagué mucho tiempo, mucho. No la encontré. Con los brazos extendidos, los ojos abiertos, chocando en las tumbas con las manos, los pies, las rodillas, el pecho y hasta la cabeza, caminé sin hallarla.

Tocaba, palpaba como un ciego que busca su camino; palpé piedras, cruces, enrejados de hierro, coronas de vidrio, coronas de flores ajadas.

Leía nombres con mis dedos, pasándolos por las letras.

¡Qué noche! ¡Qué noche! Ya no la encontraba.

Nada de luna. Yo tenía miedo, un miedo espantoso entre aquellos estrechos senderos, entre aquella línea de tumbas.

¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡Tumbas! ¡Siempre tumbas! A derecha, á izquierda, ante mí, en torno mío, por todas partes tumbas!

Me senté sobre una de ellas, pues no podía ya andar, de tal modo que se me doblaban las rodillas.

Oía palpitar mi corazón. Y oía otra cosa también. ¿Qué? Un ruido confuso, sin nombre. ¿Estaba en mi alocada cabeza, en la noche impenetrable ó bajo la tierra misteriosa, bajo la tierra sembrada de cadáveres humanos? Miraba á mi alrededor.

¿Cuánto tiempo estuve así? No lo sé. Estaba paralizado por el terror; estaba ébrio de espanto, pronto á ahullar, pronto á morir.

De repente me pareció que la losa de mármol en que estaba sentado se movía. No había duda: se movía como si alguna mano la levantara.

De un salto me puse en la tumba vecina y ví, sí, ví alzarse toda derecha á la piedra de que acababa de separarme y el muerto apareció, un esqueleto desnudo, que con su espalda encorvada la rechazaba.

Yo veía muy bien, aunque la noche era profunda.

En la cruz pude leer:

«Aquí reposa Santiago Olivant, muerto á la edad de 51 años.»

«Amaba á lo suyos, fué honrado y bueno y murió en la paz del Señor.»

El muerto leía también las inscripciones de las tumbas. Recogió después una piedra del camino, una piedrecita aguda, y se puso á raspar con cuidado las palabras.

Las borró completamente, lentamente, mirando con sus ojos vacíos el puesto en que estaban grabadas hacía poco, y con la punta del hueso que había sido su índice, escribió en letras luminosas como esas líneas que se trazan en las paredes con el extremo de un fósforo:

«Aquí reposa Santiago Olivant, muerto á la edad de 51 años »

«Apresuró la muerte de su padre, al que deseaba heredar; torturó á su mujer, robó cuanto pudo y murió miserablemente.»

Cuando hubo acabado de escribir, el muerto inmóvil completó la obra.

Al volverme ví que todas las tumbas estaban abiertas, que todos los cadáveres habían salido de ellas; que todos también habían borrado las mentiras inscritas por los parientes en la piedra funeraria para establecer la verdad.

Y yo veía que todos habían sido los verdugos de sus prójimos, iracundos, deshonestos, hipócritas, mentirosos, calumniadores, envidiosos; que habían robado, engañado, realizado toda clase de actos abominables, aquellos buenos padres, aquellas esposas fieles, aquellas jóvenes castas, aquellos comerciantes probos, aquellos hombres y aquellas mujeres llamadas irreprochables.

Escribían todos al mismo tiempo, en el dintel de su vivienda eterna, la cruel, terrible y santa verdad que todo el mundo ignora ó finge ignorar en la tierra.

Pensé que *ella* había debido trazarla sobre su tumba. Y sin miedo ahora, corriendo en medio de los féretros entreabiertos, en medio de los cadáveres, en medio de los esqueletos, fuí hacia ella, seguro de encontrarla inmediatamente.

La reconocí desde lejos, sin ver su rostro, en el sudario.

Y sobre la cruz de mármol en que hacía poco había leído:

«Amó, fué amada y murió.»

Ví:

«Salió un día para engañar á su amante, tuvo frío con la lluvia que caía, y murió.»

Según me dijeron después, me recogieron inanimado á la madrugada siguiente, cerca de una tumba.

Guy de Maupassant.

LA GUITARRA

Ramona del Cabo era viuda de Rosendo Tercias, cabo de carabineros, muchos años, allá en Andalucía; después labrador, en calidad de colono, en su tierra; un valle muy verde y algo sombrío de la montaña asturiana. Rosendo había traído de Andalucía toda la sal que había podido, que era poca, porque á él se le pegaban mal las cosas de más allá de Pajares. Era bonachón, callado, muy amigo del orden y de la autoridad y de las tradiciones; volvió de Andalucía con el mismo acento de Piñola que había llevado, y tan poco gracioso como fué. Pero eso no quitaba que le llamasen el andaluz, ni que cuando había *andecha*, labranza de vecindad gratuita, pero con la comida por cuenta del beneficiado, se le rogase una y otra vez que cantara cantares de por allá, casi casi de la tierra del moro. Rosendo no cantaba; decía que no había aprendido; y si le apuraban, se levantaba con su ración y salía á comerla á la *quintana*.

La misma Ramona creía que su Rosendo era pájaro mudo, que no había aprendido cantares por el mundo adelante. No recordaba haberle oído cosas de aquellas que le pedían, ni á solas.

Pero nació Pepín, cuando el Cabo ó el Andaluz ya empezaba á ser viejo; y su padre, que al volver del trabajo al obscurecer, le cogía en brazos, *en cuello*, y se sentaba á zarandearle, delante de la puerta del corral de las vacas, muy por bajo, y como con cierta vergüenza, le cantaba, casi al oído, cantares andaluces, siempre tristes, y trasformados por el asturiano *refractario* en monótono arrastrador de cadencias, prolongadas y esfumadas, al uso de sus montañas. Resultaba de aquella mezcla una Andalucía sin sol, pero no sin poesía. Ramona sorprendía á su marido en aquellas *saudades* melódicas de sus recuerdos *andaluces*, pero no le decía nada; y, de soslayo contemplaba al chiquitín, de ojos soñadores, que miraba á su padre embobado, como si el cantar le hipnotizara dulcemente.

Ello fué que á los tres años, Pepín, desnudo de medio cuerpo abajo, y de medio cuerpo arriba no muy vestido, se sentaba sobre el estiercol de la *quintana* y cantaba, con precisa imitación, al estilo de su señor padre.

Desde entonces se empezó á fijar la atención de la familia en el *arte que ponía* el chico para cosas de voz y oído. El señor cura de la parroquia oyó cantar á Pepe cuando éste tenía seis años, y dijo que él, que tocaba bastante bien el órgano, afirmaba que el chico podía ser buen músico si le cuidaban la afición.

Rosendo volvió un día de la feria con una guitarra y, con gran asombro de Ramona, se puso á tocar con alguna torpeza de mano, pero con *sentido*. Y en los ratos de ocio que bien sabe Dios que eran pocos, se empeñó en dar lecciones á su hijo. Espectáculo más extraño no lo había habido por aquella tierra. Un aldeano de aquellos valles con la guitarra en los brazos, era algo nunca visto.

Claro es que Rosendo, que seguía siendo tan soso como siempre, no daba explicaciones á nadie, ni consentía que le oyeran los vecinos cantar y tocar. Si le sorprendían en tal recreo, luego dejaba libre el puesto y se alejaba murmurando. Ni á Ramona ni á nadie habló jamás de aquellas cosas que sentía cantándole aires andaluces á su hijo y oyéndole á Pepín repetirlos con una voz triste, llena de lágrimas, como la suya.

A los ocho años Pepe tocaba todo lo que sabía su padre; y lo tocaba mucho mejor, con más expresión y limpieza. Ramona entonces empezó á participar del encanto; y mientras iba y venía por el horreo, atareada con sus quehaceres de matrona de aldea, oía embelesada al músico chiquitín, que buscaba los rincones obscuros para ensayar, creyéndose solo, nuevas melodías que el iba inventando ó combinando. Se había hecho muy amigo del gaitero del pueblo, que le admiraba. Y había que verlos á los dos debajo de la *panera* entre *pegollos*, constituídos en academia filarmónica, imitándose mutuamente.

El gaitero quería que la gaita tocase como una guitarra, y Pepín imitaba con la guitarra la gaita. El intento del gaitero era vana empresa: Pepín solía vencer grandes dificultades. Sí; la guitarra asturiana de Rosendo y Pepín tenía algo de gaita: lo que le comunicaban de su alma padre é hijo, que eran, como las nieblas de su montaña, espíritus de suave melancolía, sin brillo, no sin poesía; de ensueños callados, como cautelosos.

Rosendo no pudo presenciar los mayores progresos musicales de su hijo porque le mató una vaca, más pacífica que él, de una cornada, absolutamente *involuntaria*.

Fué al corral; la vaca estaba *parida*, el Cabo le estaba preparando la cena, ella creyó que era otra cosa, volvió la cabeza, asustada...... y mató al amo. Como este accidente se ven algunos.

Por mucho tiempo estuvo la guitarra colgada en el horreo, sin que Pepín, que ya sabía querer á su padre y maestro, se atreviera á pedirle el consuelo de los tristes sones para acompañar su dolor y el de su madre.

***

Iba creciendo el rapaz y con él su afición á la música, á la triste sobre todo. Como diría Campoamor, *abusaba del bordón en lo sensible*. Era pálido, delgado, de pocas palabras como su padre. No se animaba más que cantando al son de la guitarra *penas andaluzas*, historias de amores, nostalgías del amor materno. El tenía madre; pero, á su modo, cada vez que el cantar hablaba de la madre ausente, de la madre muerta, Pepín *traducía el sexo*......, se acordaba de su padre, que era para él como una madre también. Parecía que no, y el Cabo tan callado, y al parecer apático, *llenaba en casa*. Se conocía ahora en el *vacío*. Ramona, que era activa, menos taciturna, jamás hubiera sospechado que su Rosendo fuera tan importante en el mundo, como veía ahora, que le echaba de menos con un dolor como de ahogo.

El fenómeno es muy general. Esos espíritus suaves, pacíficos, de poco historia, que viven sin ruido, cuando se van del mundo se convierten en gritos constantes del dolor de ausencia para los seres más egoístas, á quienes amparaban con su bondad, su paciencia, su suavidad cariñosa y sin demostraciones aparatosas. Se les olvida mal á esos mansos que se llevan consigo toda su bienaventuranza.

La guitarra, que en los primeros meses de duelo, Ramona prohibió que se tocara, llegó á ser como una evocación mística. Como quien cumple ritos de un culto primitivo de la religión familiar, hijo y madre se juntaban para tocar y oír, respectivamente, la guitarra que Rosendo había traído de la feria. Los cantares andaluces, que un andaluz no reconocería, les parecían la voz del difunto que se comunicaba así con ellos.

Pero además la madre estaba orgullosa de las facultades de su hijo para la música. Varias personas peritas habían confirmado el dictámen del párroco. Pepín podía ser un buen músico, si se le educaba el oído y la voz. No se sabe cómo, se fueron abandonando poco á poco los proyectos de enseñanza artística formal, metódica.

No dejaba de ser un dogma en la casa, hasta en toda la parroquia, que Pepe el Cabo cantaba como un angel y hacía hablar y llorar, sobre todo llorar, á la guitarra; pero ello fué que la educación musical se fué aplazando, y Pe-

pín tuvo que aprender las labores del campo como cada hijo de vecino.

Siguió tocando de afición, pero nada más.

Lo peor no fué eso. Lo peor fué que á los quince años Pepe no aparentaba más de doce ó trece, y á los diez y nueve seguía flacucho; pequeño, débil, como criado á la sombra. Y siempre tristón, soñador de penas. Los criados tenían que hacer lo que era superior á las fuerzas de Pepe; la *casería*, con esta carga, no daba lo bastante para vivir; en los años de mala cosecha Ramona del Cabo tenía que empeñarse. No se quejaba, es claro; pero el mal estaba en que Pepín no servía para la labranza, y otros que venían á suplir su trabajo se comían gran parte de la escasa hacienda. Esto desesperaba al músico, que sabía mejor que nadie cuán radical era su ineptitud de labrador.

Para colmo de males, Pepe se enamoró como se enamoran los tristes taciturnos, soñadores y enfermizos, con alma y vida; con fuerza y constancia. Y casi fué peor lo que á él le llenó de alegría; que Remedios del Capellán, sobrina de un clérigo pobre, le hizo caso, le correspondió porque era más fino en el querer que otros de la aldea, y porque tenía aquella voz y aquel modo de decir ternezas tristes con la guitarra. Fueron novios. Y como eran fieles ambos, buenos, serios, firmes en sus amores, aquel noviazgo pronto oleó á matrimonio.

Parecían marido y mujer que no podían juntarse por pobres. La boda era lo más natural....... pero Ramona y el Capellán no consentían aquella *locura*. Se iban á juntar dos miserias. Cuando vinieran los hijos ¿qué iba á pasar allí? Remedios y Pepe se resignaban; comprendían que su pobreza, el poco arte de él para el campo, los separaba. Pero seguían siendo novios, aunque á cierta distancia, con relaciones semi-clandestinas. No se negaban del todo, pero se procuraba no exhibirlas. Así son muchas veces los amores de gente pobre, fiel y razonable.

Libre del servicio militar, por la ley, Pepín tuvo un día la idea de *valer para algo*, de no ser una carga para su madre; sentó plaza en un batallón de voluntarios que muy pronto debía salir para Cuba, donde la guerra y la fiebre ardían.

Había visto en la capital de la provincia á los reclutas hacer el ejercicio. Con aquello podía él. Los había allí tan pálidos, tan tristones, tan desmedrados como él. Para ir á morir allá lejos, Dios sabía dónde, no se necesitaban tantas fuerzas como para llevar la yunta, cargar carros yerba, etc., etc. El fusil pesaba poco, en el hospital lo mismo aguantaría él penas que el más esforzado. Podría sufrir dolores como el mismísimo Sansón.

Ramona y Remedios protestaron, gritaron, rogaron, lloraron; todo inútil. Llegó el día de embarcar, y allá fué Pepe desapareciendo mar adelante entre la bruma y entre la noche que se abría en el horizonte como una boca del abismo. Sobre cubierta había broma, alegría, más ó menos afectada; sonaban guitarras y castañuelas...... La guitarra de Pepe con él iba, pero muda por ahora. Remedios la había adornado con cintas coloradas, de color de sangre. Pepín, cuando la pena le ahogaba, besaba, á escondidas las cintas que había manoseado Remedios.

Ramona guardó los billetes de Banco y las monedas de plata que le dejó Pepe como si fueran reliquias. Lo mismo hizo Remedios con un rosario y un guardapelo muy pulidos que le entregó su novio. De lo que usó, en cuanto vino el tiempo, fué del papel de cartas, perfumado y con dibujos, que le regaló Pepín para que en tan primorosas hojas le escribiera.

Y el voluntario ruin, enclenque, no mal recluta, sintió como una muerte en vida cuando perdió de vista aquellas montañas, que le tragó el mar; aquellas que él abandonaba por no poder sacarle á la tierra querida, á cada instante más querida, el pan que tiene en las entrañas.

***

Fueron y vinieron cartas. Remedios y Ramona entendían muy mal qué era aquello de la trocha, y lo de estar destacado. De lo que no hablaba Pepe era de fuego, de balas, de bayonetas, pero debía de padecer mucho. Los soldados, muchas veces, más necesitan virtudes de santos que de héroes. Por el mayor enemigo era una cosa invisible, y que tenía un nombre que apenas se podía repetir: *no sé qué...... palúdicas*, decía Ramona con terror. Remedios era muy devota, pero muy ignorante, á pesar de ser parienta de un capellán; en su opinión, contra aquellos males, que tanto tenían de martirio, lo mejor era encomendarse á Dios; y lo que debía hacer Pepe era pedir permiso para llegarse á visitar el Santo Sepulcro de Jerusalem, que debía de estar por allí cerca, ya que la Habana estaba tan lejos. Y para ella todo lo lejano era camino de Tierra Santa.

Pepín no entró en fuego hasta que entró en el hospital y lo abrasó la fiebre. Le curaba un médico que tenía que asistir á otros doscientos. Es decir, no le curaba, porque por lo visto aquello no tenía cura.

Desde el Hospital, sin mejorar de veras, al barco. Iba á desembarcar en Santander. Venía con otro soldado de la misma parroquia que regresaba menos malo y podía valerse, y hasta cuidar del pobre Pepe.

Las mujeres fueron sabiendo poco á poco todo lo que sucedió por el camino. Pepín murió á los cuatro días de navegación. Al agua. ¿Qué remedio? Claro que dejó encargado á Pachín, su compañero, que todo su haber se les entregara *á ellas*. El haber de Pepe era: un baul que compró en Cuba, con ropa y algunas cosillas de regalo; unos cuantos pesos...... y la guitarra.

Pachín era muy honrado, pero algo torpe de mollera. No se sabe lo que fué; acaso medió un *timo*; de todas maneras, á poder de las pobres mujeruecas no llegó ropa, no llegó el baul, ni los pesos; no llegó más que la guitarra. En vez de las cintas rojas que le había puesto Remedios, la guitarra traía manchas negruzcas de sangre del hospital; traía las cuerdas rotas; venía muerta, sin alma. Remedios lloró sobre el pobre instrumento; la madre de Pepín se abrazó á la guitarra, sollozando, muda por la pena.

De tanto amor, no quedaba más que aquello.

Hubo que separarse; cada cual á su casa........ ¿Quién

llevaba la guitarra? Remedios, dentro del corazón, creía su derecho superior á todos si hubieran venido el baul y el dinero, para la madre debían ser; pero la guitarra, la ilusión, la música, la poesía, debían ser para el amor, para la novia. Esto sintió ella, pero no hizo más que suspirar, sollozar; cuando Ramona, mirándola, con ojos de justicia seca, dijo:

—*Esto*, lo llevo yo, ¡porque no me quedaba otra cosa del *mío* Pepe.

***

Pasaron días, Ramona supo que Remedios sentía en el alma no guardar ningún recuerdo de Pepe; prenda que le hubiera acompañado íntimamente hasta la hora de la muerte. No había más que la guitarra...... en que las dos veían algo del alma del mísero voluntario.

La viuda luchaba........ sentía impulsos de entregar el único recuerdo á la fiel amante...... Pero ¿y ella? ¿Cómo quedarse tan sola? Aquél pedazo de madera era *cosa* del Cabo, *cosa* del hijo, ¡quién se decidía á entregarlo!

Malas lenguas empezaron á decir, sin fundamento, que no faltaban mozos que entraban en casa del Capellán con ánimo de ir consolando á Remedios, si tanto podían.

Ramona sentía cierta compañía en el amor de Remedios á Pepe difunto; mientras le fuera fiel, le parecía á la madre que algo del hijo quedaba por acá. ¡Pobre Pepín, si quedo yo sola para llorarle! pensaba ella.

Y una tarde, sacando fuerzas de flaqueza, pues el dolor la había hecho decrépita, de repente casi, se fué paso tras paso, perezosa y mal humorada, á casa del Capellán, con la guitarra, así, como amortajada, debajo del brazo.

Y entró en la alcoba de la casta Remedios, y sobre el lecho, virginal sin duda, de la novia siempre fiel de Pepín, Ramona dejó caer la guitarra, que se quejó un poco. Y dijo la viuda, con voz áspera, sin querer:

—*Pensilo*; y *traigote* eso. Si *quies* al *mío* Pepe, guárdalo...... míralo *toos* los días...... y *rezay po'l'alma*.

Y salió al castañar. Oscurecía. A los pasos se detuvo. Encendió yesca, *echó* un *pitu*, esto es, un cigarrillo de papel muy grueso, y chupó con fuerza. El fuego iluminó un momento el rostro avellanado, huesudo, largo, enérgico; entre las arrugas como de roble añoso, había una expresión de *Dolorosa* caduca, más digna por esto de lástima.

Luchaba con algo que sentía en la garganta. Dos lágrimas le asomaron á los ojos; y, entonces, pudo respirar. Y les dijo á la noche negra, y al bosque sin hojas, encogiendo los hombros:

—Yo, *pa acordarme* del *mío fiu* hasta que Dios me llame *na* su *compaña*, *non* necesito de *musiques!*

Clarín.

CUENTOS DE LA TIERRUCA.

¡LOS PRONUNCIADOS!

Lo que paso á referir tiene el mérito de ser histórico. Me lo contó el mismo protagonista de este episodio: un negro *milpero* (1) á quien, por más señas, le falta el brazo izquierdo que se lo comió un trapiche, una vez que, con una fuerte dósis de *chica* (2) encima, molía caña en una hacienda de la costa. A propósito doy estos detalles, pues no es remoto que esta mal narrada historieta llegue á caer en manos de los héroes que aún viven, y que serán los primeros en no dejarme mentir.

(1) Peón que de preferencia trabaja en las labranzas.
[2] Agua de caña fermentada.

Corría el año de 1874. Hasta este rincón del mundo llegaban entonces los revueltos y embravecidos oleajes de aquella tempestad formidable que se desencadenó en todos los ámbitos de la República. La rabiosa epidemia de las pasiones políticas también nos contagió á nosotros, dió al traste con nuestra vida patriarcal y sencilla y si allá en el *interior* nuestros prohombres daban batallas campales, nosotros por acá nos entendíamos á gritos y á sombrerazos, cuando no á garrotazo limpio. En el seno mismo de la familia surgían las discensiones: el hijo mayor era *lerdista* y el menor *porfirista*, y ahí tienen ustedes á la pobre hermana elaborando cigarros de papel blanco para el esforzado campeón del Señor Lerdo, y de papel amarillo para el heróico defensor del General Díaz, porque así lo exigían las distinciones de partido.

Pero basta de digresiones, y que hable nuestro valiente negro.

«Entonces trabajaba yo en la *bajera* (1) como *puntero* (2) de mi amo Don Gerónimo. Un día nos reunió á todos los mozos (3) de la hacienda y nos dijo que era necesario ir á pelear contra los *pronunciados*; ellos decían que *pares*, y nosotros debíamos responderles que *nones*, porque éramos más hombrecitos. Nos armó de nuestros machetes de trabajo y de algunas escopetas, y después que aprendimos lo que quería decir: *vuelta á la derecha* y *vuelta á la izquierda*, cosa que, la verdad sea dicha, no dejó de costarnos algún trabajito, nos pusimos en marcha á incorporarnos con dos señores compadres de mi patrón que lo esperaban, con su gente también, en un lugar convenido de antemano. Cuando nos reunimos formábamos un total de treinta y cinco hombres.»

«Se organizó la tropa y á mí me nombraron tambor. Es verdad que en aquel tiempo ya había yo perdido mi brazo, pero, á pesar de eso, creo que mi amo se había fijado desde antes en mi persona, pues, aunque me esté mal el decirlo, las noches de Pascua hacía yo primores con un pedazo de cuero tenso y bien asegurado á la boca de un cántaro viejo. Caminamos dos días sin que ocurriese nada de particular, y al tercero encontramos al enemigo. ¡Ah patrón! Era mucha la gente que teníamos delante, y á mí me entró un endemoniado temblor en todo el cuerpo. Sin esperar más, eché á correr como un venado. Recuerdo que Don Chomo me gritó, furioso, que era yo un sin vergüenza y un *tunco* (4) maldito, pero no atendí razones y seguí corriendo. Al verme huir, los compañeros hicieron lo mismo y los compadres también.........»

«Hacía tres días que andaba por el bosque muriéndome de hambre. De noche me acercaba á las rancherías pero en todas partes había *pronunciados* y el solo recuerdo de ellos me ponía los pelos de punta. Por fin llegué á Mapastepec. Mañosamente me acerqué á una casita de las orillas del pueblo, y una buena mujer me informó que los únicos forasteros que tenían eran mis jefes: los derrotados. Consideré lo furiosos que estarían contra mí por haber sido la causa principal de su derrota, consideré la paliza que me darían si tenía la desgracia de caer en sus manos, y consideré, por último, el miedazo que se tendrían encima......... El hambre me apuraba y tomé una resolución violenta. Terciéme el tambor, que no lo había abandonado, y encomendándome al santo de mi devoción, entré por la calle principal del pueblo, repiqueteando una nutrida marcha con toda la fuerza de este brazo que Dios me ha dejado. Oí carreras de caballos en todas direcciones, ladridos de perros, cacareos de gallinas, exclamaciones de mujeres asustadizas y gritos de chiquillos medrosos, un alboroto infernal, señor amo Cuando llegué á la plaza no había una sola alma en las calles del pueblo.»

Después, cuando pasó el molote, supe lo que había sucedido. Los pacíficos vecinos creyeron de buena fe que eran los *pronunciados* los que llegaban. Los amos estaban hospedados en la casa del señor Alcalde. Almorzaban á esa hora, y cuando oyeron el tambor, corrieron á un cobertizo cercano en donde los caballos almorzaban también sosegadamente su ración de zacate. Uno de los prófugos montó con tal violencia, que fué á caer, de cabeza, al lado opuesto de la cabalgadura, el otro martirizaba á talonazos al pobre animal, batallando por hacerlo andar atado como estaba á un horcón; el último recibió un par de coces al querer montar por el lado *criador* (5) á un retinto *pajarero* (6), y así, *en pelo* y sin sombrero, echaron á correr los tres compadres como almas que se lleva el diablo.....!»

«Desde entonces abandoné aquellos lugares y por nada de este mundo les doy cara á mis antiguos jefes. Sé que nunca me han de perdonar esta chanza, y estoy seguro también de que si alguno de ellos me coge, no me suelta vivo.»

Rodulfo Figueroa.

Diciembre de 1896.

(1) La Costa
(2) Encargado de medir las tareas.
(3) Peones adeudados.
(4) Manco.
(5) Lado derecho, opuesto al de montar.
(6) Asustadizo.

A todo ser creado
le gusta, como á Dios, ser muy amado.

No puedo ver con ánimo sereno
Borjas, cual tú, tan puras y apacibles;
pues juzgo, como hay Dios, menos temibles
las Borjas del puñal y del veneno.

Campoamor.

FLOR DE NIZA

POR ANDRES THEURIET.

(Traducida especialmente para "El Mundo.")—Ilustraciones hechas en nuestros talleres.

I

ABRIL comienza. Las últimas ráfagas de Marzo se han calmado, y la primavera de Niza adorna con su profusa magnificencia una de las más umbrosas «villas» de Beaulieu, la Roseraie, propiedad de la familia La Freniere. Los almendros, sin florecer todavía, despliegan sus ramilletes de hojas verdes, pero los albérchigos acaban de abrirse y sus floraciones se transparentan, aquí y allá, como un humo rosado, á través del follage tenue de los olivos.—Bajo un pabellón de rosales, que se alza delante de la casa, las tres señoritas La Freniere han venido á sentarse, después del «lunch» de las cuatro.

La mayor de ellas, Eva, tiene en la mano un libro entreabierto, y se balancea indolentemente en una mecedora, con la cabeza echada sobre el respaldo, y los pies asomándosele, hasta el tobillo, por debajo del vestido de cachemira blanca. Esta actitud, llena de abandono, realza ventajosamente la hermosura, ya un poco en estado de madurez, de sus veinticuatro años: su talle esbelto, la suave ondulación del seno, la redondez del cuello bien unido á unos hombros caidos, el delicado modelo de una cabeza melindrosa, de abundantes cabellos castaños, rizosos, y grandes ojos fijos en la aterciopelada bóveda del pabellón, y en los que el cielo azul parece reflejarse con tintes casi color de violeta.

La segunda, Nancy, tres años más joven, es una rubia, alta, robusta, fornida como un muchacho, de tez clara, de pupilas azoradas de niña y cabellos ligeramente torcidos en un pequeño nudo. Sentada á horcajadas en una silla de mimbres, está ocupada en esculpir con un cortaplumas el puño de un bastón de madera de naranjo, un bastón sólido con armadura de hierro, destinado á las excursiones de las montañas.

La última de las tres, María Teresa, es todavía lo que los alemanes llaman un «back-fisch.» Delgada, esbelta, cuenta quince años, pero no se le darían catorce. La cabeza es linda, expresiva, con masas de cabellos oscuros cayendo en bucles sobre sus débiles espaldas. Los ojos de color castaño, orlados de largas pestañas, tienen una mirada melancólica, qué hace recordar á Mignon «soñando en Italia.» Está descuidadamente vestida, con un traje de seda pasada, de falda demasiado corta, que deja ver más de lo razonable unas piernas finas, que cubren á medias unos botinas amarillas. Con la aguja en la mano, se ocupa en cambiar la cinta de un sombrero de paja clara.

Por encima de las muchachas, las rosas, que ascienden por el pabellón, se abren en abundancia: rosas Niel, de

enormes botones de un amarillo de azufre, rosas azafranadas color de albaricoque, Banksias con millares de menudas corolas de un blanco de nieve. Un segundo pabellón, apoyado perpendicularmente al que forma vestíbulo, se prolonga en toda la extensión del jardín, y al extremo de este escondite de ramas floridas, se distingue el azul suave del Mediterráneo, que se extiende hasta los olivares de la península de San Juan, situada en frente de Beaulieu.

La familia La Freniere, originaria de la Luisiana, está radicada hace más de veinte años en la Roseraie. Las dos hermanas menores han nacido aquí; Eva, únicamente, nació en Nueva Orleans, lo que se conoce en su perezosa indolencia de criolla. El padre, Ricardo La Freniere, lanzado á los negocios industriales, dirije en París una fábrica de aparatos frigoríficos. Muy absorto en sus especulaciones y también en sus placeres, no hace sino breves é irregulares apariciones en la Roseraie. Llega inesperadamente y parte del mismo modo. De tiempo en tiempo, vése surgir entre los naranjos y las palmeras su alta estatura de yankee robusto, su cabeza inteligente de alegres ojos negros, su ancha barba, color de sal y pimienta, y durante una semana se oyen en la casa las explosiones de su buen humor. Estos son días de fiesta para las tres jóvenes. Las consiente y las mima, con toda liberalidad, como para indemnizarlas de sus largas ausencias. Las lleva á comer á La Reserve, á cenar á Monte-Carlo; y luego, una hermosa mañana, se evade por algunos meses. Deja á la Sra. La Freniere, una americana del Norte, activa, inquieta y práctica, el manejo interior de la Roseraie y la educación de las muchachas. No es esto una prebenda. La menuda Sra. La Freniere tiene que trabajar mucho para dirigir la casa, vigilar á los jardineros, equilibrar los dos presupuestos y subvenir con una mediana renta al pago de las institutrices, de los profesores de música y, sobre todo, de las modistas y costureras. En verdad, no se basta. El más evidente resultado de su atareada existencia, es que no tiene tiempo de ocuparse en la educación de sus hijas. Eva, Nancy y María Teresa han crecido á la buena de Dios, únicamente guiadas por sus caprichos y sus impulsos.

Las dos mayores abusan de María Teresa, á la que tratan como á Cenicienta, y la explotan descaradamente. La toman en préstamo sus semanarios, y, por todo pago, la pasan sus sombreros usados, sus vestidos desteñidos, de los que la pobre víctima saca partido, á duras penas, arreglándolos como puede, con ayuda de la recamarera. María Teresa no tiene jamás la alegría de llevar un sombrero nuevo, ni la satisfacción de escoger un traje á su gusto. Se viste de desechos que de antemano la han aburrido ya, á fuerza de haberlos visto en los hombros de sus hermanas. Con este trato, una muchacha que obedeciera á malos instintos, se hubiese rápidamente convertido en agria y envidiosa. Por fortuna, María Teresa tiene buen corazón: tierna, abnegada, nunca se manifiesta coqueta y mucho menos egoista. La música la consuela de todo. Excepcionalmente dotada, toca el violín con una expresión y un sentimiento que causa asombro encontrar en una niña de quince años; á pesar de sus vestidos cortos y sus corpiños encogidos, obtienen en público éxitos que contrarían notablemente á Eva y Nancy. Eva, sobre todo, no soporta que su hermanilla monopolice de este modo la atención de los hombres, sobre quienes pretende reinar exclusivamente, y le echa irónicamente en cara su talento de «figuranta.» Pero la muchacha no se preocupa; la música la eleva sobre la tierra, muy lejos de las pequeñeces de la vida diaria, hacia un mundo encantado, en donde, como en los cuentos de hadas, sus vestidos ajados se convierten en túnicas color de sol.

En tanto que las tres hermanas permanecen silenciosas, un rumor lejano se hace oír, en dirección de Villefranca, y comienza á aproximarse, entrecortado por agudos silbidos; muy pronto, detrás de La Roseraie, surge un tren, con un ruido de trueno, y desaparece bajo la bóveda del tunel de Eza.

—¡El tren de las cinco! suspira Nancy, echándose hacia atrás, para examinar el efecto de su bastón, en el que ha esculpido una cabeza de perro; si papá estuviese aquí, nos llevaría á Monte-Carlo, y tendríamos una buena comida en el *Hotel de París*, en lugar de vernos condenadas al guisado de carnero y á los *ravioli* de La Roseraie. Hay días en los que la cocina materna aburre soberanamente; estoy en uno de esos días y de buena gana me declararía en vacaciones.........

—Querida, replicó desdeñosamente Eva, eres demasiado glotona......... Ten paciencia. Mañana estamos invitadas á comer en casa de los Maruverno...... Allí te desquitarás de las malas comidas de casa...... El dueño de la «villa» Olimpia es un artista y sus *menus* son exquisitos.

—Es verdad; pero será necesario presentarse con un traje nuevo y con guantes flamantes...... Al Sr. Maruverno le gusta que se ponga una guapa cuando va á su casa...... ¿Has observado que si abriéramos una cuenta de *Debe* y *Haber* de los beneficios que obtenemos de la «villa» Olimpia y los gastos que nos ocasiona, tendríamos un *deficit?*

—Sí, sí, eres una muchacha práctica, ya lo sabemos.

—No me gusta que me engañen, eso es todo.........

Y registró en sus bolsillos, de los que sacó un cuaderno y un lápiz y comenzó á escribir.

—Mira, ahí tienes el balance:

ACTIVO

Por un excelente almuerzo, con *hors d'œuvre, foie-gras, champagne,* licores, á 25 francos por persona.......	25 francos

PASIVO

1º Por un par de guantes de seis botones...................................	12 francos
2º Por un corpiño nuevo, que un criado torpe amenaza echar á perder......	60 „
3º Por el fastidio de tener por vecino de mesa á algún noble extranjero, ya maduro, á quien se cree célibe, con el que se coquetea fracamente, y que, á la hora del café, le presenta á una su señora............	(Convencional)
Total...............	72 francos

—Ya ves, la cuenta arroja un saldo de pérdida.

—¡*Shocking!* exclama Eva alzando los hombros..... Olvidas el placer de presenciar el triunfo de María Teresa, presentada en libertad como un prodigio, ante la crema de la sociedad de Niza y del extranjero.

—Ya sabes que la música me aburre, aun cuando la que ejecute sea de la familia......... En cuanto á la crema de la sociedad de Niza y del extranjero, ¡hum!......... á veces está un poco mezclada.

—El Sr. Maruverno, por su situación política, está obligado á abrir sus salones á mucha gente; pero los invitados de los jueves están escogidos entre lo mejor, y confesarás que los Maruverno son los más amables de los anfitriones.........

—De acuerdo: el marido es un perfecto caballero y la mujer es espiritual, buena, indulgente, hasta el exceso.

—Con todo, replicó la primogénita, los juéves de la «villa» Olimpia son muy conocidos......... La aristocracia de Niza más entonada, llevá ahí á sus hijas...... La prueba es que mañana Violeta Castellar hará su primera aparición.

—Como aristocracia, es mucho...... El abuelo Castellar vendía aceite.

—Es posible; pero los Castellar tienen millones, y Violeta será condesa cuando lo desee.

—¡Pardiez! con su fortuna, la hermosa Violeta, alias «Flor de Niza,» puede comprar un marqués y aun un duque, si á bien lo tiene...... Lo que me sorprende, es que la señora Castellar haya renunciado á marchar por su propia cuenta y se decida á confesar al público que tiene una hija de veinte años.

—¡Ah! ya sabes......... La ha tenido tan joven!...... á los dieciseis años...... y lo cuenta á todo el que quiere oirlo. Precisamente porque «Flor de Niza» le estorba, es por lo que desea casarla......... No es muy agradable para una viuda coqueta y llena de aspiraciones, tener una hija tan linda á su lado.

—¿Pero es acaso tan linda? murmuró Nancy, moviendo la cabeza; aquí se fabrican reputaciones de hermosura á poco costo.

—Es más que linda: es encantadora, respondió Eva con aire de inteligencia. La conocí en la Asunción, en donde era como su mamá chica, y á pesar de sus maneras salvajes, todo el mundo la quería.........

—En ese caso, no tendrá sino presentarse, para atrapar un marido......... ¡Vaya una suerte!.........

Una ligera brisa de mar movió las ramas desplegadas del pabellón, trayendo el ruido de ruedas y cascabeles de los *landaus* que pasaban por el camino, debajo de la terraza. Pétalos de rosas deshojadas llovieron sobre el cuello y el busto de Eva, que seguía balanceándose en su mecedora. Los sacudió lánguidamente, extendió sus hermosos brazos, respiró por un momento el aire cargado de olores marinos, y después siguió en tono confidencial:

—Aquí, para nosotras, creo que la madre madura ya un matrimonio para su hija......... Hay en los alrededores, en La Fouan, dos jóvenes solteros amigos nuestros, que pertenecen á la vieja nobleza de Niza, y de quiénes sospecho que se desea uno para Violeta.

—¡Los hermanos Saint-Pons! exclamó Nancy. ¿Crees?... ¿Pero cuál?......... Yo apostaría por Vidal......... Primero, es el mayor, ha heredado el título...... Flor de Niza no se molestaría por llamarse condesa, y luego, es un guapo muchacho, moreno, enérgico, un hombre, en fin.........

Al nombre de Saint-Pons, María Teresa, que, hasta entonces no había prestado sino un débil oído á la conversación de sus hermanas, levantó la cabeza y se puso á escuchar con seria atención.

—Sí, replicó Eva, Vidal es un hombre, en tanto que su hermano menor, Honorato, es un niño, y además, un niño enclenque, lento y miope de espíritu, ocupado en minuciosas tonterías, sin saber presentarse ante la gente y torpe hasta hacer llorar......... A pesar de esto, yo, á mi vez, apostaría por Honorato. En primer lugar, no sería molesto, y con tal de que se respete su placer de coleccionador de antigualllas, Violeta le conducirá á su antojo ... Con el otro, tendrá que ser lista y caminar derecho, sin contar que Vidal tiene la monomanía de los viajes y que, según su capricho, arrastraría á su mujer del Sahara al Polo Norte, la obligaría á acampar bajo una tienda, á acostarse en el camarote de un barco y la privaría de todos los placeres sociales......... Vidal es autoritario y fantástico; tiene sobre la condición de las mujeres ideas de castellano de la Edad Media, y trataría á la suya como una especie de Griselides pasiva y resignada...... ¡Muchas gracias!.........

—Vaya en gracia! la interrumpió María Teresa, picada, hablas bien de tus amigos!......... El Sr. Vidal es muy bueno, muy generoso; papá le hace mucho caso......

—Y tú lo adoras!...... Miren á la mocosa mezclándose en juzgar á las personas! ¿Piensas tal vez casarte con él? ..

—¡Oh! ¿A quién se le ocurre!...... protestó María Teresa, ruborizándose. ¿Acaso querría él á una muchacha como yo?...... Solamente es que me parecéis injustas con los Saint-Pons.

Eva alzó los hombros y concluyó con tono que no admitía réplica:

—Y bien, yo no querría ni á uno ni á otro. Los Saint-Pons no tienen fortuna, y además, no son suficientemente decorativos.

—Eres difícil de contentar, replicó irónicamente Nancy; por más que seas lo que se llama una «guapa chica,» exageras quizás demasiado tu prestigio............ Te olvidas de que nosotras tampoco tenemos fortuna, y que en este país las jóvenes sin dote son valores mal cotizados.

—Precisamente porque no tengo dote, es por lo que deseo casarme brillantemente y con mucha riqueza...... Me conozco, y sé que jamás me acostumbraría á la medianía. Antes que pasar mis días discutiendo con los proveedores, raspando en los *menus* de las comidas y privándome de vestidos, como nuestra pobre mamá, preferiría entrar como novicia en la Asunción...... Pero tengo fe en mi estrella, y estoy persuadida que un día ú otro pescaré el marido de mis sueños. Soy hermosa por dos, y en el capítulo de cualidades físicas no soy muy exigente. No pediré para mi prometido ni la gallardía de Antinóo, ni las virtudes de Grandison, é imagino que con paciencia y habilidad encontraré mi ideal: un gran señor millonario, á quien honraré al solicitar mi bello palmito.

—¡Amén! contestó alegremente Nancy. En cuanto á mí, poco me importa que el marido sea des rativo, con tal

que me proporcione un hogar confortable y me deje vivir á mi albedrío.

—No las comprendo, se atrevió á decir María Teresa, escandalizada. Me causa disgusto lo que están diciendo... Yo sé deciros que no me casaría nunca si no fuese con el hombre á quien quisiera.

Su tímida protesta fué inmediatamente ahogada por las risas y los sarcasmos de sus dos hermanas.

—Quiéres callarte, inocente! Guarda tus sermones para tu muñeca.

—He aquí, añadió irónicamente Eva, el deplorable efecto de las novelas inglesas de las que se llena...... Yo haré que mamá te prohiba esas lecturas que te pervierten el gusto y el juicio.

María Teresa se volvió como una abeja irritada, y fijando en sus hermanas una mirada indignada:

—Mis lecturas valen más que las de ustedes, replicó; cuando menos, no echan á perder el corazón.

Luego, envolviendo en su delantal su «necessaire» de costura y su sombrero, dió media vuelta y se encaminó rápidamente hacia su habitación.

El sol ya oblícuo, arroja rayos más impregnados de color á través de la verdura de los pabellones. Del flanco de la montaña baja una sombra violeta, invadiendo los bosques de olivos, en tanto que, del lado del mar, una luz temblorosa baña con un tinte de oro el azul de las ligeras olas. Nancy cierra su cortaplumas, lo guarda en su bolsillo, y de pie, apoyada en el bastón, mira con los ojos entrecerrados á Eva, que se pone su sombrero y el alfiler de cabeza.

—Tengo ganas de subir hasta los *Cuatro Caminos*. ¿Me acompañas?

—Gracias, prometí á la Sra. Maruverno y á su sobrina arreglar con ellas el programa de la fiesta de mañana. Me voy á la *villa* Olimpia. Esto me servirá de paseo antes de la comida.

—Sí, observó burlonamente Eva, y como el yate del barón Spieler está anclado en el puerto de San Juan, tendrás la probabilidad de encontrar al hidalgo berrugoso, á quien tus ojos han seducido, y de este modo matarás dos pájaros con una sola pedrada...... Unicamente ten cuidado, porque tienes una terrible rival en la ruleta de Monte Carlo.

—Querida mía, respondió Eva, mirando á Nancy de soslayo, yo no te embromo con motivo de tus gasmoñerías, para engatuzar al viejo príncipe Nirasco...... Imita mi reserva y deja al barón Spieler en paz......

Y dicho esto, se empinó sobre la punta de los pies, cortó una rosa Niel del follaje, la prendió en su cinturón, y luego, con la serenidad de un animal elegante, consciente de su impecable belleza, se alejó lentamente por el pabellón inundado de sol, en dirección del océano enrojecido.

II

Es jueves. La villa Maruverno ha abierto, cuan grandes son, sus verjas de hierro forjado; los *breaks* de cascabeles sonoros, los coches de alquiler, los *landaus* timbrados de blasones, se suceden á lo largo de la gran calle de árboles sinuosa, entre las salvias rojas, las polygalas y los limoneros en flor. Los carruajes se detienen, uno después de otro, delante del vestíbulo de doble escalinata de mármol, en donde dos lacayos de librea marrón, abren las portezuelas. El vestíbulo da acceso á una amplia terraza, plantada de cipreses, que precede á la habitación y recorta en el cielo la blancura de su arquitectura italiana. Construida en la cresta de la colina, la villa Olimpia domina á la vez el pueblecito de San Jan y la costa del Beaulieu; más allá de los planos horizontales de los cedros y los pinos, la mirada se recrea en un radioso paisaje marítimo; con una música arrulladora, las olas espumantes se estrellan contra los cantiles rocallosos de un camino de aduaneros que rodea el parque, y más allá el Mediterráneo, con cintilaciones diamantinas, extiende su vasta llanura cerúlea, cortada á la derecha por la península St. Hospice, llena de sombríos pinos y limitada á la izquierda por las montañas de la Côte d'azur, empolvadas de una luz de plata, hendidas aquí y allí por grandes sombras violáceas y escalonando en perspectiva sus promontorios, en cuya extremidad el cabo Martín perfila su punta boscosa, y Bordighera sus casas rosadas y vaporosas.

Son las dos de la tarde y el almuerzo ha concluido. Los comensales del jueves comienzan á reunirse en el gran salón, bañado á trechos por las zonas aureas del sol, decorado con tapicerías antiguas, y en donde, encima de los frisos, amorcillos rubicundos, pintados al fresco, bailaban una alegre ronda en el fondo de azul claro. Dos ventanas opuestas, ábrense, sobre un paisaje completamente distinto. Por la una se descubre una fuga de mar azul, con el animado espectáculo de las lanchas pescadoras y los yates anclados en el pequeño puerto de San Juan. Por la otra se entreve un boscaje de olivos, sombreando verdes prados, salpicados de anémonas rojas y que evoca la idea de un antiguo y sagrado bosque, frecuentado por pálidas apariciones de ninfas.

La multitud de invitados es de orden compuesto, y se renueva en parte en cada estación; pero á pesar de esas modificaciones anuales, conserva en esencia la misma fisonomía original y los mismos grupos característicos. Ahí se codean los personajes notables de la sociedad local y los elementos móviles de la colonia extranjera. Los funcionarios de la administración, los oficiales de las guarniciones de las cercanías y también el personal equívoco de los advenedizos, venidos de Niza ó de Monte Carlo. Las grandes damas auténticas se mezclan con aventureras, cuyos nombres y títulos son tan dudosos como los afeites, que les dan una apariencia de juventud. Sin embargo, ese mundo disímbolo no se mezcla sino en la superficie, pues que al cabo de un cuarto de hora se puede observar que se opera una selección. En cada rincón se forman pequeños *clans*, sin más lazos entre sí que la cordial amenidad de los dueños de la casa, que prodigan por todas partes frases de bienvenida, graduándolas sin embargo, segun la mayor ó menor respetabilidad de cada invitado. Detrás del piano, los íntimos de la casa, jóvenes de ambos sexos, coquetean ó murmuran. Las jóvenes, todas con trajes claros, cuchichean detrás de los abanicos, distinguiéndose entre sus voces susurrantes la risa bonachona de Nancy La Freniere y el timbre más agudo de Eva, quien se prodiga y á cada momento atraviesa el salón con la confianza de quien se encuentra en su casa.

Teniendo por principio ser amable con todo el mundo, visita cada grupo sucesivamente. Vésela distribuir apretones de mano á los representantes de la nobleza regional, que se mantienen no lejos de la puerta y que pueden conocerse facilmente, los hombres por su tez curtida y su talante rústico, las mujeres por su acento meridional y sus vestidos á la moda de la estación antepasada. Mariposea ella al rededor de los oficiales uniformados que conversan gravemente de pie, en medio del salón y les dispensa sus suaves sonrisas; después va á hacer ceremoniosas reverencias á las personas principales de las colonias extranjeras, *ladies* y grandes duquesas que la señora Maruverno ha instalado en magestuosos sillones, frente á paisajes hermosos y en los sitios de honor.

Frente al único grupo de invitados de origen dudoso, pasa esquiva, desdeñosa, recogiendo con la mano, con movimiento de sensitiva, sus faldas de seda, como para no contaminarlas. La extremidad del salón está separada de un peristilo que ve hacia los parterres, por grandes cristales sin madera. Entre las columnas de esta rotonda exterior, amplias cortinas de seda roja interceptan los rayos demasiado ardientes de un sol primaveral. Esas telas flotantes, ya afelpan con su sombra variable los grupos esparcidos, ya hacen llover sobre ellos manchas de luz. Según los caprichos de estas intermitencias luminosas, se perciben los abanicos que palpitan como alas de mariposa; aquí y allí una linda cabeza emerge de la penumbra y se muestra en pleno sol; rápidos relámpagos hacen cintilar los bordados de los uniformes, flamear los joyeles de diamantes, cambiar de color los remolinos de las sedeñas telas de matices suaves. Y es un placer entre aquellos juegos de luz, ver agitarse discretamente la móvil figura de la ama de la casa. La señora Maruverno, pequeña, regordeta, sencillamente vestida con un traje de raso negro cuyos luengos pliegues agrandan su estatura, tiene una palabra amable para cada uno. Hermosos cabellos blancos encuadran su rostro que permanece fresco, y en el cual, los límpidos ojos azules, la nariz espiritual, la boca de buenos labios sonrientes, ponen como un fulgor primaveral. La señora Maruverno posee esa expresión de indulgente bondad que subsiste como un encanto en las mujeres que han vivido la vida del corazón.

El Sr. Bautista Maruverno se multiplica como ella, pero con una cordialidad más buscada y menos difusa. Es un septuagenario, seco, avisado y robusto, muy correcto y muy cuidadoso. Sus cejas, negras aun y tupidas, se unen por encima de sus dos ojos negros, de mirada enérgica. Su nariz tiene la arista fina; sus labios firmes de sonrisa ligeramente chocarrera, acusan al hombre decidido á ir siempre adelante y á quien los escrúpulos de sensiblería no han detenido jamás en su marcha ascendente. Ha realizado grandes negocios industriales en Inglaterra, se ha enriquecido, y después ha vuelto á su país natal, donde posee una hermosa fortuna territorial, y donde, á pesar de su edad, espera hacerse nombrar senador en las próximas elecciones. Para realizar este último sueño ambicioso, y no por jugar á Mecenas ó por amor al arte, abre todos los jueves sus puertas francamente y da á los convidados, elegidos con sagacidad, los suculentos almuerzos alabados por Eva La Freniere.

Los dos esposos Maruverno son secundados en su tarea por una sobrina de treinta años, la Sra. de Girelle, que vino á habitar al lado de ellos después de haberse separado tempestuosamente de su marido. Pequeña, morena, vivaracha, con un casco de cabellos negros y atrevidos ojos fosforescentes, muy esbelta, muy comunicativa, Sabina de Girelle representa en la villa Olimpia el matiz fin de siglo, correspondiente á la calidad dudosa de ciertas categorías de invitados que han acabado por infiltrarse en el salón de los Maruverno.

Así, la joven está especialmente encargada de recibir á esos extranjeros y de impedir que la sociedad selecta del jueves los ponga estrictamente en cuarentena: porque en la opinion del político Bautista Maruverno, «cuando se admite á las gentes en casa de uno, se debe á los otros y á sí mismo la facultad de suponer que tienen todo el grado de respetabilidad requerida.»

En el momento actual, la Sra. Sabina de Girelle está ocupada en reunir al rededor del piano donde se halla una *virtuosa* de Niza, á las jóvenes que deben ejecutar un coro de la *Reina de Saba*.

En un orden harmonioso, casi todas lindas y vestidas con trajes de primavera, se alinean en semicírculo y esperan la señal de la Sra. de Girelle, que, al frente de ellas, con un rollo de música en la mano, llena las funciones de director de orquesta. Con un tono autoritario, el Sr. Maruverno impone silencio y las voces frescas comienzan á susurrar ante la gran asamblea atenta.

Las voces son precisas y agradables; el conjunto es satisfactorio y, después de la ejecución del coro, aplausos indulgentes halagan el amor propio de las jóvenes coristas. Resuenan aun las últimas palmadas cuando un ayuda de cámara anuncia:

—La señora y la señorita de Castellar!

Inmediatamente se distrae la atención de las cantantes para fijarse en las que llegan.

La señora Castellar es una rubia ya marchita, pero que ha conservado cierto aire juvenil y vaporoso que exajera no usando más que trajes de muchacha. Milanesa de origen, viuda desde hace cinco años, tiene aun, á pesar de sus cuarenta, grandes pretensiones de agradar, y su ambición se cifra en pasar por hermana de su hija. Su traje azul celeste á mil rayas, con escote cuadrado, deja ver una piel blanca. Una ancha cinta de terciopelo azul, oculta los pliegues de un cuello enflaquecido. Sus ojos de pupilas pequeñas, resultan grandes con auxilio del Kohl y numerosos rizos de oro pálido, formando bucles al rededor de su frente, le dan el aspecto de una muñeca cuyas mejillas hubiese dejado descoloridas la lluvia.

Violeta Castellar es rubia como su madre, pero ahí se acaba el parecido. De talla mediana, flexible, ondulante, con hermosos hombros y un pecho de un modelo muy puro, tiene movimientos llenos de gracia y una serenidad virginal que hace pensar en el alba de una hermosa mañana de estío. Sus blondos cabellos encrespados, forman sencillamente una gruesa trenza que retiene una peineta de carey. El tejido de su piel blanca tiene algo de marmóreo; sus labios abiertos, de rojas carnaciones, presentan cuando reposan una especie de candor sensual, y cuando sonríen, un ligero aire de burla en los extremos de las comisuras. Sus grandes ojos están, como su boca, bañados de una soñadora placidez por donde pasan, á ocasiones, rápidos fulgores de estrella errante. Refléjase en ella una original personalidad, pero no se sabría

decir con precisión lo que hay en el fondo de esa alma velada. Sobre esas pupilas de un azul grisáceo, vaga un misterio encantador, como los transparentes vapores sobre la superficie de un lago. Tal cual se exhibe en la fresca expansión de sus veinte años, Violeta Castellar merece el sobrenombre de «Flor de Niza» que se le da en la intimidad; tiene el aterciopelado, el perfume y la tibia palidez de las rosas sabrosas nacidas en Abril, en ese país del sol y del placer.

Casi inmediatamente después de la aparición de las señoras Castellar, el ugier anunció á los señores Vidal y Honorato de Saint-Pons, y los dos hermanos fueron á saludar á la señora Maruverno, en tanto que ella se ocupaba en colocar á los recién llegados. Vidal es el tipo del gentil-hombre de Niza, que ha visto el mundo y se ha despojado, viajando, de la rusticidad y de la exuberancia nativas. Es moreno, más bien delgado, sólidamente constituido. Su barba, negra y rizada, harmoniza con su tez aceitunada; su voz es suave y bien timbrada. Sus ojos, color café, un poco hundidos, tienen esa seducción peculiar de las gentes que han viajado mucho, y cuyas pupilas se han embebido del ardor de los soles y del color de los países que han visitado. Los pliegues verticales de la frente, por encima de la raíz de la nariz aguileña, denotan enérgica voluntad. Tiene el gesto sobrio, las maneras graves y corteses de un gran señor español.

Su hermano Honorato es muy distinto, de tal suerte diferente, que no se les creería de la misma sangre. El retrato que ha hecho de él Eva La Freniere, aunque un poco exagerado, es perfectamente exacto. A los veintiocho años, Honorato de Saint-Pons parece de más edad que su hermano mayor. Endeble y encorvado, tiene los cabellos claros á intervalos, la barba malhecha y un tinte de papel mascado. Su cuerpo flaco, flota en un chaleco y una levita de seminarista. Este traje ridículo, unido á la desgraciada elección de una corbata de un azul de pizarra, le hacía parecerse á un comerciante al pormenor, endomingado. Uníase á esto su timidez y amaneramiento, su palabra vacilante y su gesto nervioso. En su faz triste, únicamente los ojos atenuaban la fealdad de las facciones: dos ojos oscuros muy salientes, pero tiernos, que tenían la paciente dulzura de los ojos de un buen perro.

La duración del intermedio ocasionado por aquella doble llegada de visitas, excita al Sr. Maruverno, el cual se cuida de que no se fastidien sus invitados, y reclama la continuación del programa musical. Entonces la señora Maruverno se vuelve amablemente hacia Violeta Castellar:

—Querida niña, la dice, sé que tiene usted una voz encantadora y me ha prometido cantar en mi casa. ¿Ha traído usted música?

—Sí, señora, voy á buscarla. ....

Con su flexible andar se desliza entre los grupos masculinos, desaparece en el salón contiguo y vuelve muy pronto, trayendo una página de música manuscrita, que coloca sobre el pupitre, murmurando una recomendación al acompañante.

De pie, en el ángulo del piano, vestida con un modesto traje gris, comienza á cantar una copla, con una voz alegre y clara, terminado el cuál, los oyentes se miran al principio admirados y decepcionados.

Se trata de una vulgar canción de Niza, bien conocida en la calle de Francia y en toda la vieja ciudad. Un simple rondel que los niños cantan «cuando vuelve Mayo,» ante las sonrisas de la primavera, y ese rústico canto popular, disgusta á las hermosas damas habituadas á las músicas sabias, á los trinos complicados de las *virtuosas* de la ópera; pero en su manera expresiva de cantar, Violeta Castellar pone tantas cosas inesperadas para los asistentes; su voz es tan flexible, tiene notas tan tibias, tan zalameras, tan alegres, que desde la segunda copla la sorpresa se trueca en un simpático interés.

Da ese canto á los oyentes la sensación de la primavera meridional, con su exuberancia de rosas, sus olores de violetas y de flores de naranjo.

Las sílabas musicales del *patois* de la canción, vuelan de sus labios como golondrinas que se ciernen en el profundo azul del cielo, por encima de un mar de azur. Ecos de esa alegría popular de Niza, que chispea como un moscatel espumoso, evocan la alegría de los festines rústicos bajo los emparrados encapullados, el libre vuelo de las canciones de Mayo; la caricia de las serenatas resonando durante las noches iluminadas por la danza de las luciérnegas, el sabor de los besos en plenos labios, bajo los olivos. Ese manantial de franca poesía del terruño, se difunde de pronto, en medio de aquella sociedad refinada y estragada, refresca los corazones como la claridad de la mañana que penetra bruscamente en una sala de baile, ardiente y llena de luz artificial. Aún aquellos que no comprenden la letra, se maravillan y los bravos estallan. Las gentes del país se conmueven más directamente; ese triunfo de una de sus canciones *patoises* los halaga.

Entre los más conmovidos y expansivos, se distingue Honorato de Saint-Pons. La admiración le hace olvidar su timidez. Con el cuerpo inclinado hacia adelante y los ojos desmensuradamente abiertos, bate palmas. Tan abstraído está, que advierte de pronto que los otros han cesado de aplaudir y que él es el único que manifiesta su entusiasmo. Entonces, ruborizándose, turbado, baja la cabeza y vuelve á la sombra como un caracol á su concha.

Tocóle su turno á María Teresa.

Vestida con su trajecillo color de lila de faldas medio cortas, los ensortijados cabellos cayéndole en bucles al rededor de la espalda, los delgados brazos surgiendo de la amplia manga abullonada, fué á colocarse delante del piano, y con un brusco movimiento, hízose para atrás su cabellera, sujetó su violín contra su hombro y, en tanto que el acompañante dejaba oír algunos acordes, atacó con exraordinario brío las primeras notas de la «Zigeunertanz »

La extraña melodía comenzó á ascender como un quejido, y muy pronto llenó el salón con sus sonoridades.

Bajo el arco de la niña, el violín cantaba con voz encantadora.

Con el cuello inclinado, la cabeza echada hacia adelante y los ojos impregnados de brillantes fulgores, María Teresa parecía no ver ya los objetos que la rodeaban, y tocaba ensimismada, cual si se encontrase sola en el fondo de un bosque.

La ejecución, aunque muy hábil, no aparentaba el menor esfuerzo. Las notas más penetrantes, los suspiros más tiernos, las frases más complicadas, iban saliendo de su arco, tan naturalmente como las rosas de un rosal.

Por desgracia, el mundano auditorio ha gastado ya toda su reserva de entusiasmo y se muestra distraído.

Las señoras se dedican a estudiar los tocados de sus vecinas y cuchichean detrás de sus abanicos; las señoritas se dejan hacer la corte, dengosas y coquetuelas, por los oficiales, que se inclinan sobre sus espaldas.

Se respira nuevamente en el salón una atmósfera de banalidad y de indiferencia de buen tono.

Así, á pesar del talento de la ejecutante, la falta de atención se ha hecho casi general, y la pieza termina en medio de discretas muestras de aprobación.

En tanto que la joven guarda el instrumento en una caja almohadillada, dos personas, únicamente, llegan á felicitarla: Violeta Castellar y Vidal de Saint-Pons.

Flor de Niza besa con efusión las mejillas de María Teresa; Vidal, posando familiarmente su mano morena de árabe sobre el hombro de la muchachuela, la dice con voz expresiva:

—¡Bravo Teresina! Ha tocado usted con toda su alma. Es preciso que esos viejos buenos mozos y esas coquetas no tengan ahora oídos, para que no la hayan aplaudido con mayor entusiasmo.

—¿De veras? ¿Le ha gustado á usted? respondió María Teresa cuyos ojos se iluminaron. Bueno, añadió, pues eso me basta.

—Y á usted también, señorita, continuó Vidal, volviéndose á Violeta Castellar; á usted también tengo que dirigir mis felicitaciones......... Su canción del «Ruiseñor» me ha traído al corazón una ráfaga de juventud. ¿Sabe usted que ha demostrado un verdadero valor al permanecer siendo una hija de Niza en medio de todos estos cosmopolitas?

Una sonrisa fina se deslizó en los labios de la joven; delineo una rápida reverencia y replicó con su tono tranquilo:

—No es gran mérito......... Prometí cantar, y como no sé sino aires del país, fue preciso que escojiese uno de ellos entre mi repertorio.........

(*Continuará.*)

FLOR DE NIZA

POR ANDRES THEURIET.

(Traducida especialmente para "El Mundo.")—Ilustraciones hechas en nuestros talleres.

Núm. 2.—Véase el último número.

Entre tanto, un movimiento general se había producido en el salon. Todos estaban cansados de música, cansados de inmovilidad; había llegado la hora en que se organizaba la partida de brincos semanaria, y á una señal del Sr. Maruverno, se retiraron los sillones y las sillas á lo largo de las paredes, para dejar sitio á los bailarines. Una vieja se sentó frente al piano y principió á tocar un regocijado aire de danza.

Eva La Freniere se apodera del barón Spieler—un austriaco alto, con grandes patillas rubias, mirada turbia y mejillas empedradas de granos;—le hace un gran número de zalamerías para que él se decida á ser su compañero; y por último lo atrapa, triunfalmente.

Ligera y más joven que nunca, la Sra. Castellar se lanza del brazo de un capitán del batallón de los Alpes.

La Sra. de Girelles arrastra á su vez al príncipe Kamenski. Señoras y señoritas tienen sus caballeros, excepto María Teresa y Violeta, que se quedan olvidadas, cerca del Sr. de Saint-Pons.

Este contempla, una por una, á todas las parejas que se deslizan por el pavimento, levantando al compás las piernas, y luego á las dos abandonadas, y, bruscamente, pregunta á Violeta:

—Dispense usted, ¿pero no es su mamá la que baila allí?

—Ella misma, responde Flor de Niza, con una sonrisa furtiva, que dibuja unos hoyuelos en sus mejillas.

—Ah! murmura Vidal, ahora las mamás son las que bailan, en tanto que sus hijas bordan......... ¡El mundo al revés! .... Señoritas, no puedo ser su caballero, porque no entiendo una sílaba de estos bailes americanos;.... pero las invito.........á dar una vuelta por el jardín, en donde respiraremos mejor que aquí y podremos hablar á nuestras anchas.........

Y los tres se evadieron detrás de la barrera de *smokings* y levitas negras, atravesaron el vestíbulo, y después bajaron la escalinata.

La tarde tibia moría. El sol iluminaba con un suave tinte color de rosa la cúspide de las montañas de Eza y

de la Turbia. La brisa del mar había caído; ni un soplo movía el follaje lustroso de los limoneros ni las cimas de las salvias y los geraneos rojos.

Un silencio perfumado reina en los jardines solitarios. Los tres se emboscan por una larga avenida de linderos salpicados con profusión de grandes violetas rusas, y en cuya extremidad se ve azulear el Oceano.

Vidal de Saint Pons abre la marcha, teniendo paternalmente la mano de María Teresa y hablando con ella con familiaridad: Violeta Castellar los sigue á corta distancia, examinando el aspecto varonil de Vidal, visto por la espalda.

La cintura bien modelada en su «chaquette» azul oscuro, los hombros cuadrados, el cuello de movimientos libres, la cabeza cubierta por un fieltrecillo que deja ver la nuca tostada, y los cabellos cortados en forma de cepillo, el primogénito de los Saint Pons se le aparece como la emanación de esta naturaleza robusta y generosa que se manifiesta en torno suyo.

Sospecha vagamente que su madre desea casarla con uno de los dos hermanos; pero Violeta ha decidido interiormente que sólo el mayor es un candidato serio. No tiene para el menor sino una desdeñosa indiferencia; Vidal, por lo contrario, la interesa y la atrae. Dícese para sus adentros que estaría orgullosa de ser su mujer.

En secreto, su corazón se inclina ya dulcemente hacia él, y se pregunta: ¿Le gustaré?

Y, consciente de su indiscutible hermosura, con la certeza de la juventud que no duda de nada, se responde: ¿Y por qué no?

Le parece que vé caminar delante de ella á su propio destino y se siente tan conmovida como Psiquis tratando de conocer al misterioso dios á quien se le reserva por esposo.

—Señorita Castellar, dice de pronto Vidal, volviéndose ¿en dónde aprendió usted su canción del «Ruiseñor?»

—La conocía hace mucho tiempo...... Muy niña la oía cantar todas las mañanas á los vendedores de flores de la calle de San Francisco de Paula, bajo nuestras ventanas. El año último, á mi regreso de la Asunción, la mujer de nuestro jardinero de los Lentiscos me dió la letra...... Yo la anoté, compuse, bien ó mal, como pude, un acompañamiento...... y esto es todo.

—¿No ha salido usted nunca de Niza?

—No, señor, en Niza he nacido, me educaron en el convento, luego regresé á casa y en ella me he quedado.

—Bueno, pues es usted una hija de Niza, de sangre pura. La especie se hace cada día más rara...... ¿Y quiere usted á su tierra?

—La encuentro muy hermosa...... La quiero por instinto, aunque no tengo muchos puntos de comparación...... Usted, que es un viajero infatigable, puede á lo menos compararla á otros lugares y admirarla como inteligente.........

—Sí......... cada vez que vengo á ella, le encuentro un encanto que no hallo en ninguna otra parte.

—Entonces por qué la deja usted? exclamó Violeta con un asomo de burla.

—Porque los extranjeros me la echan á perder...... Me horrorizan los cosmopolitas que caen aquí como nubes de langostas. Lamento el tiempo en que Niza no se extendía sino hasta Paillón y nuestra propia alegría nos bastaba, sin que nos viésemos obligados á mezclar en ella el vino adulterado de los placeres exóticos. ¿Acaso le gusta á usted la sociedad que hemos dejado allá arriba?

—No sé......... Es la primera vez que la veo......... Estoy como un bañista que mira el mar desde el corredor de los baños y se pregunta: ¿Me arrojo? ¿No me arrojo?...... Mi afición, mayor ó menor, á la sociedad, dependerá de las gentes que me rodean....... y en quienes tenga confianza.

—¿Realmente?

Y los ojos luminosos de Vidal se fijaron con curiosidad en los de su interlocutora; parecía un poco impaciente al no poder leer nada claro en las misteriosas pupilas grises de la joven.

—Sí, prosiguió ella sonriendo; siento dentro de mí la facultad de ser muy buena ó muy mala, según la influencia que sufra.........

Dieron vuelta á un bosquecillo de olivos y continuaron la marcha, á través de un jardín, cuya tierra rojiza esmaltaban cuadros de claveles. En un rayo de sol, las flores, blancas, carmesíes, amarillas, color de carne abrían sus pétalos rizosos y recortados. Un olor de clavo emanaba de esta profusión de plantas en plena floración.

—¡Oh, qué hermosos claveles! exclamó la señorita Castellar. Es mi flor predilecta...... ¿Podré cojer algunos?

—Hum! contestó Vidal, creo que no está permitido...... El Sr. Maruverno es muy celoso de sus colecciones, y el jardinero cuenta los claveles mata por mata.

—Tanto peor, porque se me antojan, y desde el momento en que es fruto prohibido, la tentación es mayor todavía.

—¡Oh! Oh! murmuró el Sr. de Saint Pons, en tanto que se unían los pliegues de su frente. Vamos, aguarde usted; agregó tocando á Violeta en el brazo; quiero, cuando menos, dejar en paz su conciencia y cargar con el pecado.

Y se arrodilló á orilla del *cuadro*, cogió una docena de claveles de colores variados y se los ofreció á la joven, cuyos ojos tuvieron como una sonrisa. Parecía encantada al ver realizado su deseo, y más aún, por haber impulsado á Vidal á ser su cómplice. Este había ido á reunirse con María Teresa, que durante este tiempo, se detuvo, bajo los olivos, á hacer un ramillete de anémonas silvestres.

—Usted es más razonable, Teresa, la dijo alegremente, y se contenta con flores que están á disposición de todos......... Y bien, para recompensarla de su discreción, la invito á merendar en la Reserve, pasado mañana, y haré que oiga usted algunas canciones napolitanas....... ¿Le conviene?

—¡Oh, señor Vidal! replicó la muchacha, encantada, ya lo creo......... Desde el viaje de papá, no he sido muy feliz en el capítulo de las distracciones, y ¡me gustan tanto las canciones napolitanas!

—Asunto arreglado; Honorato y yo iremos á buscarla, el sabado, á la Reseraie.........

Quedóse un momento pensativo, y luego, volviéndose hacia Violeta, que aspiraba sensualmente el ramo de claveles, añadió:

—Si la señorita Castellar quiere ser de los nuestros, la partida será completa.

Con mucho placer, respondió Flor de Niza, pero......... yo no soy enteramente dueña de mi persona......... Si mi madre.........

—Bueno, mañana iré á invitar á la mamá de usted.

Los olivos y los pinos prolongaban, poco á poco, las sombras de sus copas, y, allá lejos, el mar se empapaba de tintes de azul pálido, salpicados de oro viejo. En lontananza se hacía oír el chirrido de unas ruedas rodando sobre la arena.

Era la hora en que los salones de la «villa» Olimpia se iban quedando desiertos. Repentinamente, desde lo alto de la terraza, resonó una voz de timbre agudo de soprano:

—¡Violeta! ¡Violeta! ¿En dónde estás?

—Mi madre me llama......... ¿Vámonos? dijo la joven á Vidal.

Vaciló un momento, y después, tendiéndole la mano:

—Adiós, señor, y gracias, exclamó.

—Hasta el sabado, repitió Saint Pons, en tanto que ella, recogiéndose las faldas, se lanzó apresuradamente en dirección de la «villa».........

III

La «villa» de los Lentiscos, propiedad de los Castellar, se hallaba situada más allá de la aldea de San Juan, á medio camino de la torre Saint Hospice.

Edificada en medio de bosquecillos de pinos y coronando un grupo de rocas cortadas á pico, suspendía sus jardines, en forma de corniza volada, por encima del Mediterráneo, en frente de las montañas de Beaulieu.

Generalmente la señora Castellar, que, no obstante sus gustos mundanos, poseía un espíritu práctico y sabía hacer bien sus cuentas, la alquilaba durante el invierno á los extranjeros que acudían á pasar en aquella comarca la estación de los frios, é iba á habitarla en los meses de Junio y Julio.

Aquella parte de la península, orientada hacia el Norte y bañada por la brisa fresca del mar, ofrecía una doble ventaja: en la época de los calores, servía de *estación* de verano á los habitantes de Niza, y en el invierno, encantaba á los ingleses aficionados á las excursiones de caza y pesca.

Pero aquel año no se había presentado ningún inquilino, y la viuda juzgó más económico instalarse en ella desde los comienzos de la primavera. El anticipado verano la permitió suspender sus recepciones de la calle de San Francisco de Paula y vivir más sencillamente, obteniendo los beneficios de las distracciones que la ofrecían la vecindad de los Maruverno. Además, un motivo más serio había, en esta ocasión, determinado á la señora Castellar á dejar Niza, anticipadamente.

La «villa» de los Lentiscos no estaba separada del «villino» de la Fouán, perteneciente á los Saint Pons, sino por un centenar de metros. Este «villino» y algunas hectáreas de olivares esparcidas en terrenos del cabo Ferrat, constituían la única fortuna territorial de los dos hermanos. Pero si eran pobres en dinero, los Saint Pons pertenecían á la más auténtica y á la más antigua nobleza del país. Estaban emparentados rica y brillantemente.

La señora Castellar tenía dos «desiderata:» casar prontamente á su hija, con el fin de poder, á su vez, realizar más fácilmente un segundo matrimonio; y casarla en la sociedad aristocrática, para crearse por sí misma buenas relaciones, lo que halagaba su vanidad de buena burguesa.

No se fijaba en el dinero, puesto que Vieleta poseía, heredada de su padre, una bonita fortuna; pero deseaba que su hija entrase en una familia noble y que la introdujese, á su lado, en un mundo que, hasta entonces, había estado cerrado para ella. Cualquiera de los Saint Pons podía realizar este sueño ambicioso.

Se preocupaba muy poco, por otra parte, de que fuese el primogénito ó el segundo de los hermanos; lo que la interesaba era que Violeta fuese condesa, ó vizcondesa en último caso, para rozarse con los Aspremont, los Saint Jeannet, los Spinetta de Colomars, y otros hidalgos de la vieja cepa de Niza. Y en su vanidoso egoismo, no se preguntaba si uno ú otro de estos partidos sería del gusto de Violeta y si la joven profesaba la misma indiferencia que ella en materia de elección de marido.

Conquistar un Saint Pons, le parecía el punto esencial y aún si la hubiese preguntado su opinión, Honorato habría sido el preferido, porque lo estimaba más maleable que Vidal.

Sin embargo, el regreso de este último había aún estimulado su ardiente deseo de llegar á una pronta conclusión. Así, desde su instalación en los Lentiscos, mantenía con los huéspedes de la Fouan relaciones diplomáticas de buena vecindad.

Al dia siguiente de su encuentro con los Saint Pons, en la villa Olimpia, Violeta se despertó alegre.

La mañana, muy límpida, prometía un dia tan radioso como el de la víspera; el mar resonaba melodiosamente abajo de las rocas; se veían salir las barcas, una después de otra, del puerto de San Juan; desplegar sus blancas velas; luego, correr medio inclinadas, sobre las olas de un azul diamantino.

En frente, la costa de Beaulieu extendía la variedad de sus «villas,» exparcidas en la verdura, en medio de las rubias hojas de olivos y esbeltos ramos de palmeras.

Atrás, las montañas teñidas de un color de malva y de violeta se encadenaban harmoniosamente, entre sus ondulaciones aterciopeladas, se distinguían vagamente las construcciones sarracenas de Eza y los perfiles de las casas de la Turbia.

Al respirar las rosas del jardín, Violeta se sentía feliz. ¿Era la influencia de esta clara mañana ó el recuerdo de su triunfo en la casa de los Maruverno, lo que la causaba esta felicidad interior, fresca como el agua virgen de una fuente?.........

Todo se mezclaba, evidentemente, en la composición de su alegría; pero también había en esta otro precioso elemento, oculto como una pepita de oro fina en las profundidades de este raudal de placer. A fuerza de inclinarse curiosamente sobre esta agua misteriosa, la joven había visto en el fondo la imagen de Vidal de Saint Pons.

Volvíalo á ver cubierto con su sombrerillo de fieltro de alas estrechas, pisando con planta resuelta la arena de la avenida limitada por las violetas rusas; luego, se lo representaba arrodillado ante el *cuadro* de claveles multicolores, tendiéndola el ramo de flores con aroma de clavo.

Aquellos claveles los había puesto ella cuidadosamente, la víspera, en un vaso de agua, y por la mañana los prendió en su corpiño de lana blanca. Su perfume penetrante la acariciaba voluptuosamente el olfato.

De pronto, la causa de esta felicidad, que brotaba dentro de ella, se le apareció con toda su resplandeciente claridad: era feliz porque Vidal la había invitado á comer en la Reserve.

Pero ¿y qué? también había invitado á María Teresa, y aun antes que á ella.

¿Qué tenía, pues, de extraordinariamente halagadora esta invitación, que Violeta compartía con la pequeña La Freniere?

En realidad, María Teresa no era más que una niña á los ojos del conde de Saint Pons; ¿pero acaso tendría ella misma mayor importancia para él?

En el espíritu de este hombre que había pasado de los treinta años y que había visto tantas personas y tantas cosas ¿existía una diferencia sensible entre una muchacha de quince años y otra de veinte? ¿No las trataba á las dos con la misma paternal indulgencia?.........

Su orgullo se sublevó repentinamente ante la idea de que podía ser puesta por Vidal al propio nivel que aquella colegiala de vestido corto, y trató de explicarse ingeniosamente los derechos que podía tener para una preferencia especial.

Ante todo, Vidal no estaba de modo alguno obligado á incluirla en la invitación. Si había procedido de otra manera, fué, sin duda, porque una excursión con la señorita La Freniere por toda compañía, le pareció un motivo de placer bastante mezquino y pensó que sería excelente agregar á la partida una compañera más agradable.

Además, ¿no se había arriesgado el señor de Saint Pons á incurrir en el disgusto del Sr. Maruverno al formar aquel ramo de claveles, y no era ésta también una muestra de especial atención?

Estas meditaciones ocuparon la imaginación de Violeta hasta la hora del almuerzo. En la mesa, á la que acudió á sentarse su madre con un descuidado vestido de mañana, no se habló de otra cosa sino de la fiesta de los Maruverno.

La viuda había guardado sus encajes rizados en la caja de los días de gala. Envuelta en una bata muy ajada, la Sra. Castellar aparecía, con la cara mal lavada todavía de los cuidadosos menjurges de la víspera, y el cerebro poco limpio también de las quimeras de que se había llenado.

Durante el almuerzo, no habló sino de su triunfo y de las felicitaciones y cumplidos de que había sido objeto.

—Verdaderamente, decía, bajando, como una polluela, sus ojos de párpados arrugados, verdaderamente, todos estos hijos de los Alpes, son unos locos. No me querían dejar; todos me pidieron permiso para venir á saludarme en los Lentiscos. Por fortuna, el príncipe Kamenski me arrancó de sus brazos y me llevó al *buffet.* Bailamos juntos toda la noche, y la señora de Girelle estaba verde de celos. Hasta el mismo Honorato de Saint-Pons salió de su abstracción, creyéndose obligado á venir á felicitarme por tu talento de cantante......... Tu voz ha causado en él una viva impresión. ¿Pero, por qué escojistes esa antigualla del Ruiseñor? ¿No podías haber elejido en tu repertorio algo menos vulgar?......... No vale la pena haberme arruinado en lecciones de canto, si no eres capaz de ejecutar un trozo de ópera.........

Molesta por esta charla interminable, Violeta se limitaba á mover la cabeza, sin responder una palabra. Cuando su madre se levantó de la mesa, se aprovechó de la hora que ésta consagraba á la siesta, para pasear sus ensueños fuera de los jardines.

Experimentaba la necesidad de caminar á través de los campos, para sacudir el mal humor provocado por las frivolidades de la señora Castellar.

En frente de la «villa,» un bosque cubría las dos vertientes de la península, elevándose en una cuesta suave hasta llegar á la masa de rocas de la Torre Saint-Hospice.

La joven se hundió en plena maleza, respirando el olor de resina mezclado á las exhalaciones marinas. Caminaba á la ventura; la tierra, tapizada de púas de pino, crujía bajo sus pies; matorrales de mirtos silvestres y de espinos le subían hasta las caderas, rozándole los brazos.

Con inconsciente voluptuosidad se complacía en sentir su cuerpo envuelto en la ligera caricia de las aromáticas vegetaciones.

Caminaba de este modo, sin pensar en nada, dejándose arrullar por el ritmo del mar, dichosa en medio de una beatitud puramente animal.

Muy pronto abandonó el lindero de los pinos y comenzó á subir un ribazo, en el qué unas viejas higueras enlazaban sus ramas. Este abrupto sendero conducía al antiguo fuerte piamontés, del que no quedaba ya sino una torre ventruda.

Alcanzaba ya la plataforma, cubierta de césped, desde donde se dominan la bahía de Beaulieu, las montañas de Villafranca y el Mediterraneo, hasta la extremidad del cabo Bordighera.

Por un instante se detuvo á tomar aliento, y regocijar su mirada con la deslumbradora contemplación del paisaje que ante ella se extendía—el mar color de zafiro, las recortaduras plateadas de la costa, las cimas color de lila y de nieve de las montañas—cuando la cimbrada puerta de la torre se entreabrío, y sobre la obscura sombra del pórtico se destacó, en pleno sol, la delgada silueta de Honorato de Saint-Pons.

No le fué necesario al recien llegado mucho tiempo para advertir que no se hallaba solo. El vestido blanco de la señorita Castellar, formaba una mancha resplandeciente en la tupida copa de una higuera que la servía de fondo.

El primer movimiento del joven fué ocultarse en las tinieblas de la bóveda; pero luego, después de haberse colocado sus lentes de vidrios obscuros en sus ojos que guiñaba sin cesar, reconoció á Violeta en la persona que lo había turbado, y entonces se decidió á salir á su encuentro.

Acercóse, saludó torpemente, y en tanto que la joven contestaba á su saludo con una sonrisa enigmática:

—Dispense usted, señorita, murmuró, no...... la había conocido al principio...... Es...... es una sorpresa......

No encontrando el calificativo que buscaba, terminó su discurso con un gesto nervioso.

—Una sorpresa agradable, concluyó Violeta, que tuvo lástima de su timidez.

—¡Es usted demasiado buena, exclamó Honorato, saludándola de nuevo. Y......... ¿viene usted á menudo á pasearse á Saint-Hospice?

—Algunas veces. ¿Y usted?

—Yo?......... Todos los días......... Hago aquí investigaciones arqueológicas, con objeto de......... un estudio que dedico á......... la Sociedad de Letras de Niza.

—¿Será posible?

—Sí, señorita. Se trata de determinar un punto histórico muy importante......... Sin duda ha de conocer usted los sucesos que se verificaron en este sitio, en la época en que Filiberto Manuel de Saboya vigilaba la construcción de esta torre?

—¡Dios mío! no! confesó ella con una completa indiferencia.

—Pues bueno, una noche, el duque fué sorprendido por unos corsarios al mando de un renegado de Génova, llamado Occhiali, y sólo pudo escaparse merced á la adhesión de dos de sus hidalgos, que quedaron prisioneros. Entre paréntesis, uno de estos valientes caballeros se llamaba Mauricio Vidal de Saint Pons, y fué uno de mis antecesores. Ya ve usted, señorita, que estoy personalmente interesado en estudiar este problema histórico...... Para salvar á los cautivos de las garras de Occhiali, fué indispensable entrar en negociaciones con el pirata, y aquí es donde la aventura se hizo resgosa. Occhiali exigía, para devolver á los prisioneros, un rescate de dos mil escudos de oro; pero ponía además por condición, que la duquesa en persona se los entregara y le permitiera besar su blanca mano.

Al llegar aquí, Honorato se puso rojo come los geranios recién abiertos que se veían á poca distancia en el hueco de una roca.

—Figúrese usted, señorita, continuó, las vacilaciones de la duquesa, ante la idea de hallarse frente á frente de aquel corsario sin ley ni Dios. Se trató de hacer nuevos arreglos; pero Occhiali no cejaba un solo punto en sus pretensiones. Entonces se recurrió á una artimaña: se sustituyó á la duquesa por una dama de honor, que se le pareciera, y fué esta última la que permaneció toda una noche á solas con el corsario.........

—¡Qué original es su historia! dijo Violeta.

Y se quedó mirando la mar resplandeciente y la maciza torre redonda, y por más que hacía, no podía dejar de pensar en la entrevista de la falsa duquesa y del galante corsario.

Involuntariamente se representaba á Occhiali con las facciones enérgicas de Vidal de Saint Pons. Una vaga sonrisa retozaba en sus labios, formando hoyuelos en sus mejillas.

—Pero, replicó Honorato, alentado por la respuesta de la joven, hay en esta historia puntos que conviene dilucidar.

—¿Cuáles? dijo Violeta, pensando siempre en la dama de honor.

—Primero, sería muy interesante saber con exactitud en qué punto de la escarpada costa pudo desembarcar Occhiali.

—¡Bah! exclamó ella contrariada.

La importancia que parecía atribuir Honorato á este detalle insignificante, le pareció como indicio de un espíritu ruín, y volvió á caer en su indiferencia.

—Ya encontré el sitio; es allá, en una pequeña rada arenosa; prosiguió con un aire de triunfo el menor de los Saint Pons. Quiero enseñársela. ¿Gusta usted?

—Vamos, suspiró ella con resignación.

Bajaron en pleno sol por un sendero de cabras.

Honorato la guiaba hacia la playa arenosa, donde el mar iba á morir en ondulaciones susurrantes.

—Aquí tiene usted, dijo él, el ancón donde Occhiali y su gente pudieron atracar sin ser vistos.

Pero ella no lo oía y caminaba distraída sobre la arena micásea, mirando con preocupación infantil las huellas que dejaban sus menudos pies.

En el silencio de la playa solitaria, sólo se oía el rumor de las olas y el murmullo musical de la brisa, rompiéndose á través de los pinares.

Honorato se había quitado sus lentes de vidrios azules y guardádolos cuidadosamente en el bolsillo del chaleco.

Con mirada tímida, seguía la elegante silueta blanca de la señorita Castellar, y se cavaba el cerebro para encontrar en él algún otro tema de coversación.

Después de un laborioso registro, añadió por fin:

—Vidal debe ir hoy mismo á ver á la señora Castellar y hablarla de la excursión de mañana.........

—¿El señor Vidal piensa permanecer mucho tiempo todavía en la Fouan?

—¡Oh!...... con Vidal no se sabe nada nunca......Inesperadamente hace su maleta, me da un abrazo, y se va por algunos meses.

—¿Se aburre tal vez en la casa?

—No......... No es que se aburra mucho conmigo; pero se encuentra poco á sus anchas, demasiado inactivo en la Fouan......... No sabe, como yo, tomar interés en ocupaciones sedentarias......... Somos dos espíritus muy......... muy.........

—Distintos, sugirió Violeta con impaciencia.

—Eso es......... Nos queremos tiernamente, pero no tenemos el mismo modo de sentir......... El menor cambio en mis costumbres basta para que me dé jaqueca........ Y á él, le causa horror la regularidad......... Necesita, todos los días, algo imprevisto, algo que lo conmueva y lo haga salir de sí mismo.

—¿A dónde fué este invierno?

—Después de pasar el otoño en el Tirol, se dirigió á Venecia.

—¿Y estuvo mucho tiempo allí?

—Hasta Marzo......... Tiene por Venecia una afición de que yo no participo......... Esta ciudad rodeada de agua, debe ser un nido de reumatismos, y yo no quisiera verme en ella ni en pintura......... Pero á Vidal le gusta esta vida de vagabundo en las lagunas. Ya hace algunos años que pasa los inviernos en Venecia.

Violeta tenía en la punta de los labios una pregunta que hubiera deseado dirigirle.

Un escrúpulo la detenía, el temor de cometer alguna incorrección, ó cuando ménos, de pasar por indiscreta. Hubiera deseado saber si Vidal no sería arrastrado á vivir fuera del país por algún interés de un orden puramente sentimental.

Al escuchar á Honorato, habíala ocurrido la idea de que un romántico afecto podría muy bien atraer á Vidal cada invierno á la ciudad de los Duxes. Caldeábase su imaginación, y un violento deseo, muy femenino, se apoderaba de ella: hacer hablar al hermano menor.

Pero la materia era delicada y escabrosa, y Violeta no sabía cómo iniciarla.

Sin embargo, se arriesgó:

—¿Acaso su hermano, insinuó, tenga allí amigos que le hagan su permanencia agradable?

—¿Amigos?...... ¿En Venecia?..... No lo creo. Vidal me habría hablado de ellos, porque no tenemos secretos el uno para el otro........ No; lo que le gusta de Venecia ha tratado á menudo de explicármelo, y confieso que no lo he entendido muy á las claras...... Le gusta el color de las paredes, del cielo y del agua, el silencio que envuelve á la ciudad, la libertad que se goza en ella...... ¡Qué sé yo!...... Tal vez, también, se siente atraido por la baratura de la vida material, porque mi hermano no apalea el oro, y como detesta las deudas, se ve obligado á llevar su contabilidad, para continuar siendo un hombre honorable.

Esta confesión de pobreza, hecha con mucha ingenuidad y sin falsa modestia, conmovió á Violeta, predisponiéndola á ser más indulgente con las ideas estrechas del menor de los Saint Pons y su espíritu á flor de tierra.

—Precisamente, hizo la objeción, esta vida de viajes debe serle bastante costosa y...... permítame usted una reflexión que le va á parecer quizás fuera de lugar, no me explico cómo su hermano puede convertirla en económica.

—¡Oh! ¡usted no conoce á Vidal!...... Es sobrio como un árabe y no necesita lujos...... En el extranjero vive como un capitán en depósito ó un estudiante alemán...... Almuerza una taza de the y cena un *risotto* ó una ensalada de papas...... Merced á este régimen, siempre encuentra el medio de conservar, en todas partes, su posición, y mostrarse liberal cuando es indispensable, sin gastar más de sus seis mil francos de renta...... ¡Vidal es un caracter!

—Sí, murmuró Violeta, que se había puesto pensativa.

Habían llegado á un bosquecillo de olivos que corre á lo largo de la orilla meridional de la península. Es éste el rincón más íntimo y, al propio tiempo, el más virginiano del territorio de San Juan. Se creería uno allí á cien leguas de la Niza cosmopolita y mundana.

Las villas sin pretensiones, á medias alquerías y á medias habitaciones de recreo, encantan por su gracia rústica. Las casitas adornadas de *frescos* sencillos y detrás de ellas los gallineros con sus aleteos; las higueras copudas inclinadas en las márgenes de los pozos; los limoneros entremezclados á las viñas y los duraznos; los terraplenes destinados al juego de pelota; todo ello refiere la vida frugal y alegre, al mismo tiempo, de las familias burguesas de Niza: fiestas domingueras humedecidas de espeso vino del Var, partidas de pesca, prolongadas hasta la noche, bailes improvisados bajo la sombra de los olivares.........

Violeta y Honorato de Saint Pons se detuvieron ante una verja enmohecida, con una de las hojas entreabierta.

Desde allí, la mirada seguía las lineas de una avenida cubierta de yerba y en cuesta, limitada por limoneros y rosales. Al final de ella, se veía una terraza medio derrumbada y una casa pintada de rosa, alzando sus tejados entre una prensa de aceite y una gran cisterna cuadrada.

—Ya hemos llegado á la Fouan, exclamó Honorato, después de un momento de vacilación. ¡Qué lástima que Vidal esté ausente! Sino, la suplicaría que entrase...... Pero si acaso desea usted subir á nuestra casa, y descansar en ella, tal vez me atrevería á insistir.........

—No, ¡no insista usted! replicó Violeta vivamente. Es preciso que vuelva á mi casa.

—En ese caso, hasta más ver, señorita...... Hasta mañana, sin duda, y gracias por su amable compañía.

—Adios, señor de Saint Pons......

Y volvió los talones, molesta del aire satisfecho con que él había formulado su agradecimiento. Lo hallaba un poco presuntoso al imaginar que ella había gastado toda su amabilidad por sus hermosos ojos.

¡Pobre muchacho!...... Al acompañarlo hasta la Fouan, Violeta no había tenido sino un objeto: hacerlo hablar de Vidal.

En tanto que la señorita de Castellar subía el sendero que conduce á los Lentiscos, recordaba todos los detalles de la conversación, que no había tenido otro tema que las costumbres y el caracter del primogénito de los Saint Pons. De esta conversación, Vidal salía como engradecido y poetizado.

Admiraba desde aquel momento más á este representante de una de las más viejas familias de Niza, que había encontrado el secreto de vivir como un hidalgo, á pesar de la pequeñez de sus rentas, que atendía á su posición á fuerza de privaciones y—duro consigo mismo—sabía mostrarse liberal y generoso con lo demás.

Encontraba en Vidal una harmoniosa analogía con este rincón de terruño de San Juan, en el que había él nacido. Tenía la propia noble sencillez, igual aspecto salvaje, mezclado de candor y gracia.

A medida que más pensaba en el conde de Saint Pons, Violeta sentía germinar en su alma una generosa ambición: pensaba en rehacer los blasones de este gentil hombre pobre, dándole su mano y su fortuna, y contribuir, de este modo, á hacer florecer en el país la influencia de la rama primogénita de los Saint Pons.

Al entrar en la sala de la *villa* de los Lentiscos, encontró á su madre compuesta como un figurín y muy animada.

—Querida, dijo la señora Castellar, te has perdido la visita del conde de Saint-Pons.

—¿Cómo? ¿Vino ya? exclamó Violeta contrariada.

—Acaba de salir, y ha tenido la amabilidad de invitarnos á las dos á un *lunch*, mañana, en la Reserve.

—Sí, ya sé......... Era un asunto arreglado desde ayer, murmuró Flor de Niza, ocultando bajo una finjida indiferencia la decepción que le causaba esta visita perdida.

IV.

Beaulieu (lugar hermoso,) bien merecedor de este nombre, tiene un encanto del todo especial y que no puede olvidarse. En el trascurso de la época alejandrina, ciertas islas griegas debieron poseer una seducción semejante. — Empotrado al pie de un muro rocalloso que le protege del Mistral, abrigado de los vientos por la extensa y elevada península del cabo Ferrat, Beaulieu levanta en plena luz meridiana sus casas de italiano estilo, entre los olivares y los huertos de las terrazas. Es la region de los mandarinos y de las rosas. En Abril, vuela de la costa la sutil fragancia de las flores y de los frutos, y cerniéndose sobre el mar, presta á las construcciones que siguen la curva del cabo, la sugestión de un paraiso de Arcadia.

Para gozar totalmente del explendor de esa comarca elegida, no debe uno limitarse á atravesarla en coche; es preciso llegar por el camino de la gran Cornisa y descender á pie á la encrucijada de los *cuatro caminos*, por un sendero lleno de emboscadas, donde se resiente de pronto esa íntima sacudida que produce la contemplación de las cosas verdaderamente bellas.—Desde este punto culminante se apercibe, por encima de las crestas escarpadas, los perfiles violados del Esterel, las montañas de Grasse de tintes lila y los Alpes cubiertos de nieve deslumbradora. Al mismo tiempo se ve dilatarse á los pies como una profunda mancha verde, los bosques de olivos salpicados de «villas» blancas y de rosas, los jardines de limoneros y de naranjos y allá, en el fondo de la cortadura, el mar de un azul de zafiro, en el horizonte del cual aparecen á veces, como en un espejo, las costas vaporosas de Córcega. Se desciende por un camino de mulas, tallado en *zig-zag* en la roca y se llega, hambriento, al restaurante de la Reserve, donde durante una hora, se hace guiños á la *veranda* espejeante que se alarga, desplomándose por encima de la bahía.

Si Beaulieu es un sitio encantador, la Reserve es un restaurante amable donde se come en un galería de vidrieras, entre los jardines dilatados y una terraza que domina el mar. Los paseantes que van de Niza á Montecarlo, se detienen frecuentemente para almorzar ó hacer colación oyendo la música, en tanto que el mar extiende ante los ojos su tela de raso, en que canta toda la escala de los azules y de los verdes.

El sábado, á la siesta, una barca maniobrada por Vidal y Honorato de Saint Pons, llevaba á través de la bahía á la Sra. Castellar y á su hija. Atracó frente á la Roserale donde debía embarcarse María Teresa La Frenier. Esta estaba ya en la playa. Saltó ligeramente á la barca apoyándose en el brazo de Vidal y la embarcación siguió su curso.

—Buenos días, Teresina! le dijo el mayor de los Saint Pons luego que la niña se hubo sentado al lado de Violeta Castellar, no la hemos hecho esperar demasiado?

(*Continuará.*)

FLOR DE NIZA

POR ANDRES THEURIET.

(Traducida especialmente para "El Mundo.") Ilustraciones hechas en nuestros talleres.

Núm. 3.—Véanse nuestros números después del 5 de Julio de 1896.

—Hace largos veinte minutos que estaba aquí, respondió María Teresa, pero me anticipé á la hora indicada.... Estaba tan contenta, que no podía mantenerme quieta en un sitio...... Por lo demás, me había apresurado á escaparme de Eva y de Nancy, que ponen una cara......

—¿Por qué?

—Piensan que debía usted haberlas invitado también, y se quejan de que no es usted para ellas «paternal» como para conmigo.

—Hacen mal en quejarse...... No les faltan placeres, en tanto que usted, Teresina, se queda en la casa más frecuentemente que lo que le toca. Cuando prometí á su padre suplirlo y distraer á usted, hasta donde me fuera posible, pensaba en usted sobre todo...... Si he de ser franco, la diré que sus hermanas y yo no estamos á partir un piñón. Son demasiado «convencionales,» han adoptado demasiado, en mi concepto, las apariencias de ese mundo cosmopolita, que me está descomponiendo á mi Niza y que detesto.

—Ah! conde, suplicó la señora Castellar agitando su abanico, no hable usted mal de la sociedad extranjera!... Es tan elegante, tan refinada!...... Está tan por encima de los prejuicios de espíritus rutinarios y vulgares!... ... Ella es la que ha transformado á Niza, volviéndola brillante, civilizada y confortable..... Echaría usted acaso de menos los tiempo en qué los jefes de las mejores familias, habitaban en desvanes y recibían á sus visitantes en la escalera?

—Exactamente, señora, echo de menos esos tiempos...

Doblaba la barca la punta del fortín, que decora un antiguo y gigantesco cactus. Unos cuantos golpes más de remos y se llegaría al pie de la escalera tallada en la roca, que conducía á la terraza del restaurant.

En aquel espacioso balcón, abrigado del sol por una tienda de cutí, había instaladas algunas mesas. Jóvenes, en traje de ciclistas, hombres maduros, con flor en el ojal, señoras con trajes llamativos, bebían café ó vaciaban copas de champagne.

Vidal pidió té, pasteles y refrescos, é instaló á sus invi-

tadas en una mesa redonda, no lejos de la pequeña orquesta que, desde el mediodía hasta las cinco de la tarde, ejecuta para los clientes un concierto, en que los aires del vals alternan con las canciones populares italianas.

Esta orquesta estaba compuesta de dos violines, de un contrabajo, de una flauta y de guitarras. Dos cantores de corbatas claras, smokings y pantalones negros, llamaban sobre todo la atención y formaban las delicias del auditorio: uno de ellos, pequeño, rubio, con la cabeza pelada á rape, las orejas salientes, las mejillas lampiñas, de boca atrevida y de ojos chispeantes de malicia; el otro, muy moreno, bigotudo, con pupilas relucientes y dientes muy blancos.

Cantaban canciones y barcarolas y las acompañaban con mímica, que daba maravillosa movilidad á sus facciones, con petulancia y talento de gesticuladores, de una gracia cómica irresistible. Algunas veces, arrastrados por el ritmo endiablado de la letra, se zarandeaban y hacían cabriolas, rascando la guitarra.

Ponían tanta imaginación, una alegría tan infantil, en su tarea, que más parecían tomar parte en la fiesta para aturdirse para su propia satisfacción.

La señora Castellar tomaba posturas de éxtasis; balanceaba dulcemente su cabeza rizada, y llevaba el compás con su abanico.

María Teresa, con los ojos brillantes, aplaudía estrepitosamente, en tanto que una loca risa sacudía sus hombros frágiles y sus rizos oscuros.

Vidal se divertía con la alegría de su amiguita. En cuanto á Honorato, que no entendía gran cosa de música y á quien estas gracejadas distraían muy poco, sólo se divertía medianamente, y no miraba más que á Violeta. Esta, con su traje de lana blanca, en el talle del cual se abrían unas claveles rojos, escuchaba, de codos sobre la mesa de mármol y la barba apoyada en la mano. Los contornos de sus hombros y de su talle flexible, se acusaban con inflexiones voluptuosas, bajo la luz difusa de la tienda.

Según el carácter jovial ó zalamero, zumbón ó apasionado de la música, sus pupilas grises se encendían ó se velaban.

Las melodías italianas le sugerían visiones sonrientes ó melancólicas, cuyas imágenes se reflejaban en sus pupilas de colores cambiantes.

Los dos cantores acababan de iniciar una canción veneciana bien conocida:

«Vieni, la barca è pronta.........»

—Oh! Venecia; exclamó la señora Castellar, poniendo los ojos en blanco y arrellanándose en su silla, cuánta poesía! La Plaza de San Márcos, con sus joyeros y sus almacenes de cristalería, los sorbetes del café Florian, las expediciones encantadoras al Lido...... Esta música me recuerda mis primeros años de matrimonio .... Venecia!...... ¡Cómo desearía volver y encontrar la tierna y alegre vida de otros tiempos!......

Una irónica sonrisa vagó por los labios de Vidal, y Violeta hizo un leve movimiento de hombros. El artificial entusiasmo de su madre, la excitaba los nervios como una nota falsa y la turbaba en medio de su ensueño.

En tanto que los músicos cantaban su barcarola, ella imaginaba otra Venecia bien distinta:—La Venecia preferida de Vidal;—veíase con él deslizándose sobre las verdes lagunas silenciosas, y sus ojos, agrandados por el éxtasis, parecían reflejar todo un enjambre de góndolas iluminadas y llenas de cantos.

Levantó la cabeza y su mirada encontró la del conde de Saint Pons. Los ojos obscuros y atentos de Vidal se detuvieron en los suyos, y por un momento aquellas dos expresivas miradas se fundieron la una en la otra, como si tratasen de leer sus mutuos pensamientos; después el conde, primero que ella, bajó sus párpados de color plomizo y pareció absorberse en una contemplación interior. Los visitantes iban llegando en grupos á la terraza. En aquella hora en que la clientela de la Reserva es más numerosa, oíanse las ruedas de los coches rechinar sobre la arena del patio y piafar los caballos. A cada instante emergían de la «veranda» parejas que buscaban un sitio vacío en el balcón.

Los músicos, de buen humor á causa de una colecta fructuosa, templaban de nuevo sus instrumentos.

En una mesa vecina, un grupo de hombres y de señoras que acababa de instalarse, interpeló al cantor de los mostachos negros y de los dientes blancos. Los recién venidos pertenecían á la flor y nata de la colonia rusa y entre ellos, Violeta distinguió la elegante cabeza y los ojos color de nevera del príncipe Kamenski. Habían pedido champagne y en tanto que el mozo la servía, el príncipe puso veinte francos en la mano del músico napolitano y le dijo:

—Estas señoras desearían que cantase usted *Otchitchernia.*

Era ésta una cancioncita rusa muy en boga entre los parroquianos de la Reserve y á cuyo aire habían adaptado los cantores palabras francesas.

El *virtuoso* de los dientes blancos se inclinó, con una obsequiosa sonrisa; después fué á buscar á su camarada el rubio de las orejas largas y los dos, acompañados por los otros ejecutantes, comenzaron la *Canción de los ojos:*

Oh ardientes ojos negros de languidez preñados,
Ojos que cual licores, nos dejais embriagados,
Ojos que adoro mucho
Y temo más aun.........
Bellos ojos hallados en dias de inquietud:

Como por fondo mágico de sima adormecida,
Por sus profundidades sentí atraer mi vida,
Y mi alma perderé
Por ver la llama hermosa
Que lenta me devora
El corazón también;

Ya no importan nada mis dias de reveses,
Ni las amargas lágrimas vertidas tantas veces;
Lo que me den los hados
De duelo ó de alegría,
Lo he ofrecido á esos ojos adorados.

La tonada con la cual los dos músicos cantaban estas palabras, tenía un extraño carácter de pasión acariciadora y salvaje. Estaba llena de sollozos con dejos de melosa ternura, con repeticiones de frases tristes, cuya lánguida monotonía producía la sensación de esas grandes espirales de agua que giran lentamente en rededor de un remolino.

Aquella querellosa caricia de la misma frase musical, ejercía poco á poco en el alma una amorosa fascinación.

Desde las primeras notas, Violeta experimentó el embeleso de aquel voluptuoso encanto. De nuevo sus ojos velados, fijáronse en los de Vidal.

Furtivamente, disimulando su mirada bajo las cejas fruncidas, estudiaba el tibio matiz de aquellas pupilas profundas cuyo iris estaba salpicado de puntos de oro.

En esos ojos de profundidades luminosas, veía transparentarse sucesivamente las cualidades y los defectos de ese hombre que estaba en camino de ser su héroe: la fiereza y la dignidad llevadas hasta una especie de salvagismo feroz; una fuerza de voluntad que llegaba, cuando era preciso, hasta la dureza; más todo esto atemperado por una sensibilidad tierna y una generosidad caballeresca.

A medida que hacía estas observaciones, Violeta sentía crecer su admiración por Vidal y como en la cancioncita rusa, advertía en aquellos ojos profundos el imán que atraía su alma y la chispa que iba á quemarle el corazón.

Estaba absorta de tal suerte que todo lo que pasaba alrededor de ella, le iba siendo indiferente.

No tenía conciencia alguna de ser á su vez objeto de una atención y de una exaltación análogas.

No veía los ojos enternecidos de Honorato, fijos en su persona y aventurándose á sorprender el misterio de sus ojos grises velados.

Las palabras de la romanza parecían haber despertado la inteligencia adormecida del menor de los SaintPons.

Sus pupilas húmedas se volvían obstinadamente hacia el blanco rostro de la Srita. Castellar.

Mirábanla con el fervor de un devoto en éxtasis ante una imagen santa.

Su admiración mostrábase con tal ingenuidad que Vidal y la señora Castellar la notaron desde luego.

La viuda no ocultó su impresión; en cuanto al conde de Saint Pons, más reservado y dueño de sí mismo, manifestó únicamente su sorpresa con una inquieta sonrisa rápidamente reprimida.

Los dos napolitanos habían terminado ya su canción y las últimas vibraciones de las guitarras se habían extinguido.

Ya los grupos se aclaraban; oíase en el jardín la voz del hujier llamando á los cocheros.

Uno á uno los coches tomaban el camino de Montecarlo; veíaseles muy pronto, en medio de una polvareda de oro, rodar sobre la ruta que costea la pequeña Africa.

El sol descendía hacía los olivares del cabo Ferrat y sus rayos oblicuos empurpuraban las móviles lonas de la tienda.

En el horizonte, teñido ya de rosa, la península de San Juan, con relieves más precisos, destacaba ennegrecida, su prolongada grupa que terminaba, como burda excrecencia, la rechoncha torre de Saint Hospice.

Desde la terraza ya silenciosa se percibían más distintamente los rumores esparcidos en la bahía: los chasquidos de las olas al herir las rocas, la caida cadenciosa de las ramas, los reclamos de los pescadores en el puertecillo, y los lejanos tintineos de la campana que anunciaba alguna ceremonia religiosa.

Violeta permanecía de codos sobre el mármol de la mesa, con las miradas vueltas hacia el mar y como hipnotizada por los relampagueos diamantinos del agua.

Tenía aun en los oidos las zalameras frases de la *Canción de los Ojos* y la repetía para sí como una música arrulladora:

Lo que me den los hados
De duelo y de alegría,
Lo he ofrecido á esos ojos adorados......

—Ea! Violeta, no vienes?...... Ya nos vamos!

Sobresaltóse la interpelada al oir las agudas inflexiones de la voz maternal.

—Ya! murmuró, qué lástima!

Volvieron á acomodarse en la barca que los había llevado y condujeron nuevamente á María Teresa hasta la playa de la Rosseraie.

De nuevo la barca atravesó lentamente la bahía luminosa.

Sentada en la proa, frente de Vidal, que remaba, Violeta, dejando que el agua mojase una de sus manos y con los ojos medio cerrados, consideraba á través de sus pestañas la figura viril del remero, bañada por la luz rosada del sol poniente.

Flor de Niza permanecía silenciosa. Unicamente la señora Castellar hacía el gasto de la conversación; María Teresa no agotaba el tema de lo agradable de esta «deliciosa» tarde, y manifestábase á Hon rato una amabilidad exajerada.

Al llegar al puerto de San Juan, los dos hermanos acompañaron á las señoras hasta la verja del jardín de los Lentiscos.

La señora Castellar insistía para que se quedasen á comer y Honorato se disponía á contestar afirmativamente, cuando Vidal se adelantó, y, cortándole la palabra, formuló una negativa correcta, pero firme.

Una vez que se encontraron solos, el conde de Saint-Pons pasó el brazó debajo del de su hermano menor, y, en lugar de dirijirse directamente á la Fouán, se encaminó con él á lo largo del bosquecillo de pinos, hacia la playa desierta.

—Estas señoras son muy amables, observó para emprender conversación.

—Muy amables, replicó Honorato. La señorita Violeta es realmente encantadora y su madre nos colma de agasajos......... Pero ¿por qué no quisiste aceptar su invitación á comer?

—Porque hay ciertas invitaciones, que aceptarlas, equivale á un compromiso tácito, y antes de comprometernos hasta lo último, deseaba hablar contigo seriamente.

—¿De qué se trata, pues? preguntó el hermano menor, volviendo hacia Vidal sus ojos extremadamente abiertos.

—De un matrimonio, según creo...... Ya sabes, mi buen hermano, que nuestros negocios no marchan muy bien. La Fouán está hipotecada en más de lo que vale; cualquier mañana de éstas nos vamos á ver obligados á liquidar las tierras que han permanecido indivisas entre los dos, y será una operación desagradable, porque traerá un descrédito para nuestro nombre......... Yo saldré siempre bien, yéndome á vivir al extranjero, á algún rincón obscuro, en el que encontraré la tajada y la cubierta.........

No tengo necesidades, y desde hace mucho tiempo he adoptado la divisa. *Ubi bene, ibi patria;* pero para tí, que tienes gustos caseros y te has aficionado á tus costumbres, á tus libros, á tus relaciones con tus colegas de la Sociedad de letras, un cambio de vida y de medio, sería un pesar muy grande. ¿No es verdad?

—¡Dios mío! exclamó Honorato asustado, solamente de pensarlo, siento frío en la médula de los huesos.

—Y sin embargo, es preciso pensarlo...... Preveo el momento en que, para seguir viviendo aquí, te vas á ver obligado á solicitar un empleo, algo como una receptoría ó una administración de rentas municipales. Pero, además de que no me parece bien que un Saint-Pons se convierta en un oficinista, es poco probable que el gobierno actual nos conceda sus favores, en razón de nuestras opiniones religiosas y políticas......... En esta situación, un matrimonio rico podría únicamente poner en orden nuestros negocios y devolvernos un brillo del que tenemos necesidad. En este país se encuentran, de tiempo en tiempo, buen número de herederas que no se molestarían al oirse llamar condesas, y que, sin vacilar, cambiarían sus millones por un título...... Sin ir más lejos, conozco, á algunos pasos de aquí, á una viuda que casaría á su hija en estas condiciones......

—¿La señora Castellar? exclamó Honorato. ¿Crees?....

—Estoy convencido de ello...... Me lo ha dejado comprender, y esto es lo que te explica sus atenciones hacia nosotros........ Ya expuesto el asunto, hermano, se trata de tomarse el pulso y preguntarnos si nos dejaríamos pescar en la red.

—Pero, objetó Honorato, cuyo rostro pálido expresaba una viva angustia y cuya voz temblaba, en tí es, sin duda en quien se han fijado, y tú eres quien debes decidir si.........

¿A mí?...... Te olvidas que no tengo vocación para el matrimonio. No, quiero mucho mi libertad; soy demasiado salvaje, ó demasiado egoísta, como quieras, para pensar en tomar estado......... Además, poseo un orgullo tonto, seguramente mal fundado, pero, en fin, que me repugnaría casarme con una muchacha mucho más rica que yo......... A tí te toca, pues, si no tienes iguales preocupaciones, pesar el pro y el contra, y resolver......... En cuanto á la señora Castellar, no tiene preferencias, á lo que supongo, y aceptará á uno ú otro con los ojos cerrados...... Vamos ¿te sientes de la fuerza de contraer matrimonio con la señorita Violeta Castellar?...... ¿Te gusta?

—Ah! prorrumpió Honorato con un acento apasionado, ¡me parece adorable!

—¡Oh! ¡Oh! exclamó Vidal, mirando á su hermano en los ojos; ya había yo sospechado algo al ver el modo con que observabas hace poco á la joven, y por eso he querido hablar contigo, antes de que fuésemos más lejos........ ¿Así, la hermosura de la señorita Flor de Niza te ha trastornado la cabeza?

—¡La quiero...... como un bruto...... como un loco......

En tanto que departían de este modo entre el lindero del bosque de pinos y la playa arenosa, el crepúsculo caía; el sol se había sumerjido en el Mediterráneo, y en el sitio en que acababa de desaparecer, se amontonaban nubecillas de un color de rosa muy vivo en el fondo de un azul pálido.

El mar, de un tono de turquesa verdosa, tomaba, al acercarse á la tierra, matices de ópalo.

El agua moría en la arena con susurros semejantes á un suave canto de sirenas.

A las últimas claridades de la tarde, Vidal examinaba la mezquina silueta de su hermano, sus hombros estrechos, su rostro seco, sus ojos húmedos en los que la pasión y la ansiedad hacían aparecer una claridad dolorosa.

Por parte suya, no podía sustraerse á un escrúpulo y una tierna compasión, ante la idea de la peligrosa aventura en que Honorato se había arrojado.

—Hubiera preferido verte menos enamorado y más sereno, dijo gravemente...... Ten cuidado, hermano, esta Violeta Castellar es muy seductora y me explico que te haya hechizado...... ¿Pero crees que sea ella la mujer que te conviene? ¿piensas que los gustos de ambos y sus caracteres simpaticen?....... Esta muchacha tiene en los ojos algo impenetrable que me causa inquietud...... Reflexiona bien antes de doblegarte á un yugo que podría pesarte más tarde...... pero demasiado tarde!

—¡La quiero! exclamó Honorato con la voz quejumbrosa de un niño mimado......... Pero tienes razón, soy un loco...... Me aturdo, me extravío, sin saber solamente si seré de su agrado...... y siento que nunca me atreveré á preguntárselo......

—En cuanto á ésto, yo sé lo que hacer...... Seré tu heraldo y, en caso de una negativa, no tendrás la mortificación de recibirla cara á cara...... Y ahora, vamos á casa...... La vieja Telisa debe consumirse en la cocina esperándonos...... Vamos á comer...... Tienes toda la noche para pensar y si mañanas persistes en tu idea, iré á los Lentiscos á pedir para tí la mano de la señorita Castellar.

V

Violeta era muy estricta en el cumplimiento de sus deberes religiosos y asistía con suma regularidad á las ceremonias del domingo.

Al día siguiente de su excursión á la Reserve, oyó misa mayor en la parroquia de San Juan, que domina el puerto, destacándose, completamente blanca, sobre la verdura de los olivares.

Pero aquella mañana, mientras que las voces gangosas de los acólitos y de los chantres entonaban el *Gloria*, su pensamiento se encontraba muy lejos.

Sus ojos no leían el devocionario entreabierto sobre sus rodillas, sino que contemplaban por el pórtico abierto el mar salpicado de diamantes que se extendía resplandeciente hasta la costa de Beaulieu.

Su espíritu, arrastrado por los vivaces recuerdos de la víspera, erraba sobre las olas bañadas por el sol ó en las orillas de las terrazas de la Reserve.

Sus oídos no escuchaban la salmodia del evangelio; todavía resonaban en ellos las frases de las canciones napolitanas:

«¡Oh ardientes ojos negros, de languidez bañados!.. ...»

Volvía á ver á Vidal de Saint Pons apoyado en los codos, bajo la blonda luz de la tienda de cutí, ó ya remando vigorosamente en frente de ella, en tanto que la barca se deslizaba sobre la bahía cubierta de púrpura por el sol en su ocaso.

Recordaba sus ademanes, sus inflexiones de voz, los menores detalles de su fisonomía original, y se complacía en el análisis de los rasgos expresivos de su rostro; trataba de sorprender en ellos las revelaciones de su carácter, de adivinar, siguiendo las lineas de este rostro enérgico, el sentimiento íntimo de Vidal, y, sobre todo, lo que pensaba de ella.

La frente enérgica tenía algo de dura, pero los rasgos firmes de la boca se suavizaban con una sonrisa llena de bondad; los ojos obscuros, profundos, atractivos, sinceros, reflejaban un alma leal.

Algunas veces había sorprendido esta negra mirada fija en ella, y se preguntaba, con un temblor interior, si esta observación persistente sería causada por una curiosidad banal ó por una secreta simpatía.

¡Estaba tan orgullosa al interesar este corazón viril, hacia el que se sentía irresistiblemente arrastrada! ¡Deseaba con tanto ardor ocuparlo por entero, que solamente á la idea de la realización posible de su quimera, una voluptuosa angustia la sofocaba!

Cuando se desea algo violentamente, se siente uno inclinado á persuadirse que este deseo es de un orden tan excepcional, que debe ser necesariamente satisfecho. Se ha acariciado con tanta constancia este deseo, se han alimentado con tal minuciosidad las probabilidades de su realización, se las ha tan temerariamente eliminado, que cuando se acerca la hora decisiva, se ha puesto ya el cerco y marcha uno á la guerra con la convicción de que *no se puede* ser vencido.

A fuerza de concentrar todas sus facultades en el mismo invasor deseo, Violeta Castellar había llegado á este místico estado de alma, en el que,á la fiebre de la incertidumbre, sigue una maravillosa seguridad. Sufría esta alucinación interna, que da á nuestros sueños la consistencia de la realidad.

Al salir de la ceremonia, se detuvo un momento en el atrio de la iglesia, tratando de ver si, entre los fieles que se agolpaban en el pórtico, descubría la enérgica silueta del conde de Saint-Pons; luego, después de cambiar alegres saludos con algunos vecinos de los alrededores, bajó la escalinata y se encaminó lentamente hacia el muelle, que el sol iluminaba hasta cegar.

Doscientos pasos separaban á penas la iglesia de San Juan de la *villa* de los Lentiscos.

Hizo el trayecto sin precipitarse, esperando siempre distinguir á Vidal en un recodo del camino.

Pero no vió, entre los extensos olivares que estendían sus rubios ramajes por encima de la tierra tapizada de verde, sino algunas excelentes mujeres, con sus enaguas encarnadas, que regresaban á paso vivo á sus casas, esparcidas en el follaje.

Aunque muy católico, y de una sociedad que pensaba bien, el primogénito de los Saint-Pons, se habría contentado indudablemente, con oir una misa de primera hora.

Al entrar en los Lentiscos, encontró, en cambio, instalada á la señora Castellar, que se había cambiado su viejo peinador matinal por un vestido de salir de colores chillones.

La viuda tenía la mirada brillante y una sonrisa de júbilo en los labios.

—Llegas á buen tiempo! exclamó á voces, al ver á su hija. ¡Hay novedades!

—¿Qué sucede? murmuró Violeta admirada.

—Antes de nada, no te quedes ahí plantada como un árbol, y ven á sentarte cerca de mí...... Figúrate que desde las diez de la mañana se encontraba aquí Vidal de Saint Pons, solicitando una entrevista.

—¿Será cierto? balbuceó la joven.

Sentía que los labios se le ponían fríos y que el corazón atenuaba sus latidos.

—Ya comprenderás mi sorpresa...... No estaba ni vestida ni peinada, porque no aguardaba una visita tan de mañana...... Corro á mi tocador, llamo á Filiberta y me arreglo apresuradamente......... Debo haber estado mal perjeñada hasta dar miedo......... Pero, en fin, ésto no es lo interesante. Bajo al salón en donde me encuentro á Vidal en momentos de ejecutar un *solo* de tambor en las vidrieras. Me suplica que lo dispense por presentarse en la casa á una hora tan insensata, y de improviso, sin advertencia preliminar, me explica el objeto de su visita...... ¿ya adivinas?

—No, mamá, no, respondió Violeta hipócritamente, mientras sus mejillas se enrojecían.

Con la afluencia de la sangre, una alegre embriaguez le subía á la cabeza.

¿Así, pues, sus deseos iban á realizarse? ¡Vidal la quería! No tenía ya ninguna decepción que sufrir.

No obstante, en medio del regocijo que resonaba en ella, experimentó un ligero extremecimiento de temor, ante la idea de una realización tan súbita y completa de sus sueños.

—No te hagas la inocente...... Ya sospechas perfectamente de qué se trata...... Mis felicitaciones querida! No has tardado mucho tiempo!...... El conde de Saint Pons ha venido á pedirme tu mano......

—¿Y qué has respondido? replicó Flor de Niza cruzándose los brazos sobre el pecho, como para ocultar sus vivas palpitaciones.

—Naturalmente, le manifesté cuán encantada y halagada me sentía con su petición; luego, para cumplir con las fórmulas, prometí consultarte en cuanto llegaras...... Se fué, dándome las gracias, y añadiendo que vendría esta misma tarde á saber tu respuesta...... Aquí para nosotras, yo sabía ya á que atenerme y habría podido hacérsela saber .... Porque supongo que no vacilas un solo momento......

—No, mamá, respondió Violeta con voz firme en la que sonaba una nota de triunfo; Vidal de Saint Pons me agrada y me consideraré muy feliz siendo su esposa.

¿Vidal?...... ¡Pero si no se trata de Vidal! exclamó la viuda. Acaso, olvidé decirte que el conde pide tu mano, no para él, sino para su hermano Honorato.........

—¡Honorato! repitió Flor de Niza con estupor, poniéndose tan blanca como las rosas Banksias que se abrían en las ventanas.

Se había levantado bruscamente y arrojaba á su madre una mirada llena de desolación y reproche.

—¿Eh? sí, Honorato!.... ¿Por qué me miras con esa cara azorada?...... Honorato está enamorado de tí.... . Hará un excelente marido, y, en último análisis, serás vizcondesa...... lo que no deja de ser bonito!

—¡No seré nada, porque no me casaré con Honorato! declaró coléricamente la Srita. Castellar.

—¿Y porqué?

—Porque no me agrada...... Porque no soy una mujer que se case con un hombre á quien no quiere.

—¡Qué tontería!......¿Es posible que seas tan neciamente romántica?

—¡Romántica, ó no, no quiero á Honorato!

Con la frente arrugada y la mirada trágica, formulaba su declaración en voz áspera.

La señora Cartellar la miró de soslayo y tuvo miedo de su irritación.

Comprendió que se había obstinado y recordó que cuando Violeta era niña no se obtenía nada de ella luchando frente á frente contra su obstinación.

Se guardó muy bien de exasperarla y juzgó más prudente tomar el asunto de lado.

—Como gustes......... eres dueña de tu voluntad......... Pero permíteme que te diga que procedes como una criatura......... Cierto que Vidal es más apropósito para agradar y que halagaria más tu amor propio; pero primeramente él no se preocupa de matrimonios, y luego, aun en el caso de que cambiase de parecer, ¿sería por eso un partido agradable? Lo dudo mucho...... Es autoritario, extravagante, egoista. Con él no realizarías todos tus deseos, pobre hija mía! Mientras que con Honorato.........

—¡Honorato! interrumpió ella desdeñosamente. Es feo, de espíritu estrecho y ridículo...... No quiero unirme toda la vida á un ser que me repugnaría.

—Querida, tienes ideas de otro mundo y de otros tiempos...... ¡Existe una hermosa edad en la que ya no se casa una por amor! Lo importante, para una muchacha, es encontrar un marido con una posición brillante, que le traiga una buena fortuna ó un hermoso título......... Tú eres rica, y solamente te falta un nombre. Se te ofrece uno, auténtico, que ha de abrirte las puertas mas herméticamente cerradas, y lo reusas tontamente.

—¡Gracias! me costaría demasiado caro.

—¡Siempre frases!...... Ten la bondad, por un momento, de abandonar el país de las quimeras y examinar las cosas con los mismos ojos que todos......Mira á tu alrededor. ¿En donde ves esos matrimonios por inclinación?.... ¿Acaso Nadia Gaguine ha vacilado un minuto en unirse con el viejo conde de Solies-Aubagne, que tiene sesenta y ocho años cumplidos? ¿Tal vez Silvia La Garrigue se arrepiente de haber escogido por esposo al baroncillo de Carnoules, tuerto y manco?...... Por lo contrario, siempre está de fiesta y se considera enteramente feliz...... Y tu amiga Eva La Frenière ¿crees que torcería el gesto si fuese pedida por el barón Spieler, por más que tenga la reputación de pasarse las noches en la ruleta ó en el Casino Massena?...... Querida mía, esa es la vida, esa!...... En los mejores matrimonios los asuntos de sentimiento son accesorios......... Es necesario tomar un partido.........

Y continuó por mucho tiempo en este tono, tratando, por medio del contagio del ejemplo, de modificar, poco á poco, la rebelde voluntad de su hija.

La atacaba por su lado debil, tratando de herir su amor propio, de excitar su orgullo, con el objeto de llevarla á aceptar, por despecho, una solución que la repugnaba.

—En fin, agregó á modo de conclusión, pronto vas á ser mayor de edad, y te dejo la responsabilidad de tus actos, de igual modo que motivar tu negativa á Vidal, cuando éste venga. Confiada en tu buen sentido ya casi me había comprometido en nombre tuyo, y me pones en una situación muy violenta...... A tí te toca salir de ella como puedas...... Yo me lavo las manos...... Unicamente tengo que darte un consejo: procura que no adivine, ni en tu aspecto, ni en tu lenguaje, que tienes un capricho por él, y que tu respuesta habría sido muy distinta si él se hubiese presentado ...... Vidal es fátuo como todos los egoístas; es preciso que no salga de casa con la convicción de haber obtenido una victoria en un asunto en el que su hermano obtuvo una derrota...... Derrocharía su vanidad á expensas tuyas y la sociedad se reiría á grandes carcajadas......... En lugar tuyo, yo me casaría con Honorato, aunque no fuese sino para hacer ver á este caballero que puede una pasarse sin él y que por falta de un monje no se cierra la abadía..... ...

No logró vencerla, pero la dejó mortificada, llena de acritud y turbación.

Almorzaron y como la discusión no podía proseguir delante de los criados, se limitaron á un cambio de frases banales.

Violeta apenas comió y, después de los postres, se retiró á su pieza, en donde pudo, por fin, abandonarse libremente á su dolor y meditar la extensión de su desastre.

¡Con qué rapidez había sido brutalmente precipitada desde la altura de sus sueños!

Se sentía adolorida, atrozmente engañada, y, sin embargo, no podía creer que todo hubiese acabado.

Su orgullo se rebelaba contra la idea de que el hombre á quien desde el primer momento había entregado su corazón, no la hubiese hecho caso.

Puesta de codos sobre la mesa, con las manos en los cabellos, registraba sus íntimas profundidades para hacerse cargo del miserable estado de su alma.

Durante el tiempo que duró su descuidada infancia, vivió muy solitaria y en su aislamiento, se había acostumbrado á reconcentrarse dentro de sí misma y examinarse minuciosamente.

En aquel momento, cuando comenzó á analizar sus sensaciones, se quedó asustada al ratificar el poderío que el atractivo de Vidal ejercía sobre de ella.

¡Lo quería! No se trataba de un romántico capricho de colegiala; era un impulso apasionado, en el que todas las vanidades, todas las aspiraciones y todos los deseos de su corazón femenino, entraban como elementos.

Este hidalgo autoritario, elegante y un poco salvaje, le encantaba por su sinceridad, su independencia de espíritu, por la originalidad de su caracter y también por su robusta y varonil hermosura;—porque ella no se preciaba de ser un espíritu puro: desde el fondo de la vivaz y virginal «Flor de Niza» se exhalaba un perfume de sensualismo sutil. A veces sentía que el caprichoso hálito la envolvía y la embriagaba.

Violeta se confesaba á sí misma la fuerza de esta pasión, y al propio tiempo, se rebelaba contra la idea de que su primera floración de amor estuviese condenada á una temprana muerte.

No se resignaba á admitir la posibilidad de un naufragio tan completo. Sobrenadaba en ella una esperanza, semejante á una última pavesa flotando en un mar agitado.

Pensaba en que Vidal de Saint-Pons iba á volver á los Lentiscos, dentro de muy breve plazo, que se encontraría á solas con él y que todavía le quedaba una debil probabilidad de seducirlo y conquistarlo en esta entrevista decisiva.

Violeta Castellar se dirigió al tocador con la febril exaltación de aquellas sentenciadas á muerte del tiempo del terror, que se adornaban al salir del tribunal revolucionario para estar seductoras hasta en las gradas del cadalso.

Quería estar bella, atractiva, seductora.

Se puso una bata azul clara, que harmonizaba á maravilla con su cabellera rubia, la blancura de su tez y sus ojos cerúleos.

Para marcar más la tonalidad un poco tierna de su traje, se prendió en el escote un ramo de geranios; luego se puso á esperar, estremecida, la llegada de Vidal.

Allá, como á las tres, sonó la campanilla del enverjado, y un criado vino á anunciarla que el conde de Saint-Pons acababa de llegar.

Lentamente y esforzándose por recobrar toda su sangre fría, bajó la escalera, y pálida, con ojos de color de tempestad, entró al salón donde Vidal estaba de pie, cerca del piano.

Se cree que en los crepúsculos ardorosos del estío, ciertas flores se envuelven en un halo fosforescente que les da un brillo misterioso. La pasión ponía también una fosforescencia al rededor de los ojos de Violeta Castellar y hacía su tinte más resplandeciente.

(*Continuará.*)

FLOR DE NIZA

POR ANDRES THEURIET.

(Traducida especialmente para "El Mundo.")—Ilustraciones hechas en nuestros talleres.

Núm. 4.—Véanse nuestros números desde el 5 de Julio de 1896.

Al verla, el conde de Saint-Pons no pudo esquivar un movimiento de admiración, y por una especie de choque en retroceso, tuvo miedo por Honorato. Se extremeció, pensando en su inexperiencia y en los riesgos que corría el poseedor de aquel provocativo tesoro de belleza.

—Buenos días, señorita Violeta, dijo adelantándose hacia la joven. ¡Cuánto me alegro de poder platicar un momento á solas con usted!

Y la tendió la mano, que ella apretó con un movimiento convulsivo, y señalando un sillón á Vidal se sentó á corta distancia.

El fué derecho al asunto.

—La mamá de usted ha debido informarla ya de la comisión que desempeño.

—Sí señor, y le confieso que me ha sorprendido mucho. Crea usted que no esperaba una proposición de esta naturaleza...... sobre todo, viniendo de una persona que apenas me conoce.

—No se necesita mucho tiempo para enamorarse, á lo que parece......; ¿Sabe usted lo que es el rayo? preguntó en son de broma.

Esta pregunta y este tono de chanza aumentaron la nerviosidad de Violeta.

—No dejo de saberlo, replicó con una sonrisa enigmática.

—Pues bien, el rayo no deja á los hombres ni un momento para la reflexión. Basta una mirada y queda uno preso, sin poderse ya jamás desprender......Por lo menos, así supongo que es el amor, porque nunca me he visto en semejantes casos......

—Sí, murmuró Violeta contrariada. Es usted invulnerable. Se conoce á primera vista.

Había en la voz de Violeta Castellar tal acento de desafío, en sus ojos tal claridad provocativa, que causaron en Vidal una viva inquietud.

La miró fijamente; pero élla sostuvo esta mirada y se echó á reír, dirigiéndole, á través de sus pestañas, una ojeada tierna é irónica, á la vez.

Aquellos ojos acariciadores impregnados de malicia, parecían decir: «Ya basta de Honorato......; ni usted ni yo lo hemos tomado á lo serio...... Hablemos de nosotros, y veamos lo que hay en el fondo de nuestros corazones, lo que será de mayor interés.........»

Semejante tentativa de seducción, que le enderezaba tan directamente, sobresaltó al señor de Saint-Pons.

—¿Se le habrá ocurrido á esta muchacha tan rara coquetear ahora conmigo? dijo para sus adentros.

Y para anticiparse á toda mala inteligencia, respondió casi con dureza:

—No, no soy invulnerable; pero poseo la prudencia de un hombre sensato...... En algunos casos, no hay otro camino sino el de la fuga...... Cuando el cielo amenaza tormenta, no espero el relámpago, sino que hago la maleta y parto.

—¿Acaso será esto lo que ha despertado su afición á los viajes?

—Quizás...... Prefiero mi libertad á todo. Es egoísmo, se dice, pero ¿qué quiere usted? Así estoy hecho y no se puede uno volver á hacer...... Pero no se trata de mí; se trata de mi hermano Honorato...... La mamá de usted ha debido decirla cuán enamorado está.

—Mamá me ha dicho.........

—Y usted ha sido tan amable que me ha otorgado esta entrevista; la doy las gracias...... Quiero mucho á mi hermano; es el único afecto serio que tengo en el mundo. Permítame, pues, que le hable de él. Usted lo conoce poco, me lo acaba de confesar hace un momento...... Déjeme que se lo dé á conocer mejor y la informe de todo lo que vale. Bajo una apariencia debil y un exterior poco brillante, oculta un corazón de primera, generoso, de una delicadeza y de una sensibilidad esquisitas. Desde ciertos aspectos es un niño debil y torpe, que será preciso guiar, alentar, amoldar á los usos del mundo; pero no es un niño mimado, y por la que á él se una, tendrá siempre una adhesión, un afecto, un reconocimiento sin límites. ¿Se siente usted capaz de ser la mujer amante, la iniciadora, la que le imparta la educación que tanto necesita? Consúltese usted acerca de este punto, con toda sinceridad, antes de adquirir un compromiso definitivo. Esta estraña sensibilidad, que es la cualidad dominante de Honorato, lo predispone á sufrir mucho, en caso de que no encontrara en su matrimonio la simpatía que le es tan necesaria como el pan cotidiano....... Si usted lo hiciera desgraciado, no se lo perdonaría nunca, señorita!

—Dispénseme, interrumpió sarcásticamente Violeta, pero habla usted de este matrimonio como si fuese ya una cosa arreglada y hasta me impone condiciones!...... Me parece que los papeles se han trocado, ligeramente....

Vidal hizo un movimiento.

—Perdone usted...... Pero la señora Castellar me respondió en tal forma que me dejó creer que estaba cierta del asentimiento de usted...... ¿Me he engañado? añadió friamente. En tal caso, lo sentiré mucho por mi pobre Honorato, y no me queda sino expresarla mi sentimiento y.........

Este tono de glacial corrección fué el último golpe dado á Violeta.

No tuvo la fuerza de llevar más lejos su quimérica tentativa. ¿Con qué objeto? Ya sabía ahora á qué atenerse respecto de los sentimientos de Vidal.

El tono despreciativo con que había hablado de su amor, su acento de frialdad personal, el cuidado con que procuró colocarse fuera de toda discusión, demostraban claramente que jamás había pensado en la señorita Castellar y que le era en absoluto indiferente.

¿Se podía sufrir por más tiempo un desengaño más cruel, una decepción más humillante?...... Irritada, llena de despecho, se acordó del consejo de su madre y resolvió seguirlo.

¡Se sentía inflamada del repentino deseo de desquitarse, aunque tuviese que hacerse más daño á sí mismo que á los demás! El misterioso demonio que de ella se había apoderado, le sugirió la idea de que casándose con Honorato viviría en proximidad íntima con este desdeñoso Vidal, á quien quería, sin embargo, á pesar de todo.......

Alzó la cabeza y mirando á su interlocutor con aire de reto:

No señor, replicó. No se ha engañado usted y me considero muy honrada entrando en su familia...... Ya que ha sido usted por su hermano un abogado tan elocuente, puede decirle que consiento en ser su esposa.

Fijando por un momento sus ojos luminosos en las veladas pupilas de Flor de Niza, Vidal trataba en vano de adivinar lo que pasaba en el fondo del alma de la joven.

—¡Oh! respondió con un ademán de desconfianza, prefiero que sea usted misma la que se lo anuncie. Se considerará muy feliz al escucharlo de sus propios labios.

—¿Pero está aquí? preguntó ella con una voz menos segura, arrepentida un tanto de su impulso.

—Lo he dejado delante de la verja, en donde se impacienta; pero voy á buscarlo......

Y atravesó lentamente el jardín, y al franquear el enverjado, distinguió á su hermano en el lindero del bosque de pinos.

Con la cabeza baja y la espalda inclinada, Honorato se paseaba en un estrecho espacio, arrullando su impaciencia con los sonidos del estridente *trémolo* de las cigarras.

Tenía el color más obscuro y las facciones más arrugadas que de costumbre.

—Hermano, exclamó Vidal yendo hacia él y poniéndole la mano en el hombro, hemos ganado la batalla y te casarás con la señorita Castellar.

—¡Ah, mi querido Vidal! Ya era tiempo!......Comenzaba á desesperarme!......

Y semejante á una ligera arruga que corriera sobre la superficie de un lago, una débil sonrisa se deslizó en sus ojos y en sus labios.

—Vamos! contestó Vidal, *cheer up*, como dicen los ingleses. Acuérdate de que eres un Saint-Pons y que honras mucho á esta hija de un comerciante en aceite al darla la mano.

Y lo arrastró al jardín de los Lentiscos.

Al encontrarse cerca de la puerta del salón, le murmuró al oído:

—¡Yérguete, pardiez!...... No pongas la cara de recibir una merced, cuando á tí es á quien deben dar las gracias......

Luego, lo empujó á la pieza y se quedó discretamente fuera.

Al ver entrar á Honorato, Violeta se puso muy pálida.

Por su parte, el menor de los Saint-Pons había perdido nuevamente el mínimum de aplomo que le habían dado las alentadoras palabras de su hermano.

Balbuceó con torpeza:

—Señorita, usted ha manifestado el deseo de......

—Sí, interrumpió precipitadamente Violeta, le prometí á su hermano ser la esposa de usted......... He aquí mi mano.

—Alterósela la voz, y con una dolorosa dulzura, terminó:

—Haré todo lo posible porque usted sea feliz.

Este modo de prometer la dicha, no era en verdad muy expresivo; sin embargo, Honorato se sintió conmovido y alegre.

Sus ojos melancólicos se iluminaron como las ventanas de una casa, en la que se prepara una fiesta.

—¡Feliz! exclamó, lo soy ya, lo soy.........

Y como la emoción le cortase la palabra, expresó su gratitud estrechando la mano de la señorita Castellar y cubiéndola de besos.

En tanto que él se inclinaba sobre su mano helada, Violeta miraba por la ventana al conde Saint-Pons, paseando al lado de la señora Castellar.

Trajo tristemente á su memoria la tarde aquella, en que, en la florida avenida de la «villa» Olimpia, Vidal caminaba delante de ella, próximo á María Teresa, y recordó que se había preguntado si no sería él el osado compañero de cuyo brazo emprendería el camino de la vida.

¡Ay! Su hermoso sueño no había durado mucho tiempo y su suerte estaba irrevocablemente definida.........

Su destino se encontraba en adelante unido al mísero personaje, que en aquel momento le besaba la mano......

Una secreta angustia la hizo temblar en el interior de su sér, y más allá del jardín, bañado por el sol, su mirada fija distinguió, como un desolador espejismo, la imagen de su propia infelicidad unida á la de Honorato de Saint-Pons.

SEGUNDA PARTE.

I

Violeta hubiera querido retardar indefinidamente el terrible plazo del matrimonio; pero esto no entraba en los cálculos de Honorato, impaciente por poseer completamente á la que le había prometido ser su mujer, ni en los de la señorita Castellar, que temía el fastidio y los riesgos de los noviazgos muy prolongados y tenía prisa de reconquistar lo más pronto posible la libre disposición de su persona. Vidal también, deseando partir inmediatamente depues que hubiese servido de testigo á su hermano, insistía para que se procediese lo más pronto posible á la ceremonia nupcial. De suerte que á despecho del supersticioso proloquio provenzal: «Bodas de Mayo, bodas mortales,» el matrimonio se fijó para el 15 de Mayo.

En el intervalo, el pensamiento de Violeta se distrajo forzosamente por los indispensables preparativos: visitas para dar parte del suceso, elección de la canastilla de boda, estaciones múltiples en casa de las costureras y los joyeros del muelle Masséna. Trataba ella, por lo demás, de aturdirse, y las presentaciones á las familias aristocráticas emparentadas de lejos ó de cerca con los Saint-Pons, no la dejaban tiempo para entregarse á reflexiones desconsoladas. Habíanse instalado en Niza, donde debía tener lugar el matrimonio. Los días ocupábanse en visitas á las tiendas; las noches, en comidas de gala entre los parientes y amigos. Una semana antes de la boda, los periódicos nicenses empezaron á llenar sus columnas con la enumeración de los regalos ofrecidos á la novia, las descripciones de los trajes y los detalles anticipados sobre la bendición nupcial que daría en la iglesia de San Francisco de Paula Monseñor Pianzano, obispo de Sión *in partibus*.

El día tan impacientemente esperado por unos, tan poco deseado por Violeta, llegó por fin, y desde las diez de la mañana, las campanas de la parroquia llenaron el barrio de alegres tintineos.

El camino del hotel Castellar á San Francisco, apenas tiene cien pasos de longitud.

Con ostentación, la señora Castellar lo había hecho sembrar de plantas floridas, que las ruedas de los coches y las pezuñas de los caballos aplastaban al paso y que exhalaban olores moribundos. Mas blanca aún que sus velos y su traje de raso, Flor de Niza, cuando puso el pie sobre el atrio cubierto de rosas y respiró el aroma de las corolas, vió en ellas un emblema, de los asesinos de su propio corazón, y fué presa de un extremecimiento al entrar á la iglesia repleta de curiosos, en tanto que el órgano gemía una marcha triunfal.......

Después de la misa y la carga de fastidiosas felicitaciones en la sacristía, un suntuoso almuerzo reunió en *London-House* á los esposos, los testigos y los parientes más próximos. Estas especies de comidas oficiales no tienen atractivos, sino para los indiferentes cuya alegría de encargo, sirve para enmascarar la agitación nerviosa y la fatiga de los principales interesados. Cuando se pasó á un salón vecino donde se había servido el café, la desposada se aprovechó de la coyuntura para esquivarse con Honorato. Tenían prisa por cambiar de traje, porque debían instalarse la misma tarde en la «villa» de los Lentiscos, puesta á su disposición por la señora Castellar, en tanto que se arreglaba un pequeño hotel, alquilado en el bulevar Carabacel. En la antecámara se les unió Vidal, que iba también á partir á las cuatro para el Tyrol.

—He aquí el instante de la despedida, dijo Vidal bruscamente; creo que haremos bien en despedirnos aquí.

—Por qué? protestó Honorato; nosotros partiremos en el mismo tren que tú, y de hecho no nos separaremos hasta Beaulieu.

—Nones, no quiero impedir su *tete-á-tete*; por otra parte, apostaría á que no estarán ustedes listos, y como no quiero perder el tren de Italia, más vale desearnos recíprocamente buen viaje y buen éxito.......

Besó tiernamente á Honorato; después, volviéndose á su cuñada, le dijo:

—Permítame usted besarla también, querida niña.

—Entonces...... es un adiós, murmuró Violeta entre dientes.

Asió las manos de Vidal y le tendió su rostro, pero con una vivacidad tal, que los labios del conde, en vez de posarse en sus mejillas, desfloraron sus ojos entrecerrados. Extremecióse ella ante esta caricia impremeditada y se irguió para que no se notase su turbación.

—No, hasta luego! respondió él, hasta el año próximo...... Yo hago votos por la dicha de usted y le recomiendo la de mi hermano.........

Separáronse bruscamente y un coupé recondujo á los esposos al hotel Castellar. Tal cual lo había previsto Vidal, llegaron retardados y no pudieron tomar sino el tren de las seis.

En la estación de Beaulieu los esperaba un coche que los llevó hasta los Lentiscos. La proximidad comenzaba para ellos.

Todo aturdido aún por las emociones de la mañana.

Honorato no hallaba nada que decir. En aquel *landau* descubierto, la vecindad del cochero impedía su expansión; contentábase con estrecharse contra su mujer y respirar el olor de sus vestidos.

Por su parte Violeta pensaba con angustia en las eventualidades de aquella primer velada pasada en compañía de aquel muchacho miserable y amanerado que era su marido ante la ley y ante la iglesia, y cuyo solo contacto provocaba en ella un extremecimiento de repugnancia.

Y no es que temiese de su parte exigencias demasiado imperiosas ni abuso alguno de la autoridad marital de que él se creía inve tido. Sentíase ella sobrado fuerte y dueña de sí misma para mantenerlo respetuoso é imponer su voluntad.

Pero ese hombre la amaba con una obstinación infantil y ella sentía tedio de antemano de las adoraciones torpes, de las obsesiones halagüeñas, de las miserables escenas de ternura que iba á verse obligada á sufrir. Decíase que ese primer *tête à tête* sería seguido de dias igualmente pesados, de veladas igualmente insoportables, y que esto sería así, siempre, siempre...... Entonces sentía nauseas de la vida. Trataba de aturdirse, de hipnotizarse, fijando hasta el deslumbramiento sus ojos sobre las polvaredas doradas del camino, sobre la oblicua irradiación del sol en el mar. Deseaba que el dia no acabase, que el coche no llegase jamás á los lentiscos.

Llegó no obstante con gran satisfacción de Honorato que contaba con la intimidad bien discreta de la «villa,» con la alegria de la cena, para adquirir de nuevo su aplomo y triunfar de su timidez. Fueron recibidos por un ujier discreto y una recamarera comedida, contratados para el servicio de los recién casados merced á la solicitud de la Sra. Castellar.

Media hora después, lavados del polvo del camino y ya frescos, encontráronse en el comedor donde la cena los esperaba sobre una mesa florida. Ahí aún la presencia de los criados que iban y venian al rededor de ellos intimidó á Honorato de Saint Pons. Habría querido despacharlos y servir él mismo á su mujer; pero en el momento de manifestar esta veleidad, una falsa vergüenza, el temor de que se riesen de él, le retuvieron y no osó despedirlos.

Violeta, al contrario, sintiéndose más á su gusto en su propia casa, y tranquilizada por el vaivén de las gentes de servicio, readquiría poco á poco la sangre fría y esperaba con menos ansiedad la hora inevitable del *tête á tête.*

Por fin levantáronse de la mesa; Honorato ofreció el brazo á su mujer y entraron al salón, cuyas ventanas abiertas, comunicaban con un balcón volado sobre el mar.

Las cortinas, bajas, los aislaban del resto de la casa.

El crepúsculo había llegado con sus insinuantes complicidades, sus últimos empurpuramientos del cielo, sus murmurios de olas amodorradas, sus primeras apariciones de estrellas sonrientes. Honorato, aun cuando fuese poco sensible á las bellezas naturales, juzgó, sin embargo, que el encanto de aquellas veladas de primavera le servirían de auxiliar y condujo á Violeta al balcón.

—Qué hermosa noche! suspiró él con voz alterada. Ella nos promete una sucesión de días espléndidos para nuestra permanencia en el campo. .... Yo estoy muy reconocido á la señora su madre, por habernos abandonado su «villa,» donde estaremos completamente solos, bien lejos del mundo, y donde podré testificar á usted toda mi ternura.

—Ya empieza! pensó Flor de Niza con un imperceptible extremecimiento.

—Querida Violeta, prosiguió, deme usted su mano.

Ella le abandonó una mano inerte que él estrechó entre sus dedos febricitantes.

Permítame que ponga en ella un beso, que le expresará á usted toda mi gratitud, todo.......

Fué interrumpido por un murmurio de invisibles guitarras, y de pronto voces de hombres, muy puras, entonaron en coro una barcarola.

—Escuche usted! exclamó Violeta conmovida y sorprendida, es deliciosa esta música en la noche......... Es que usted tuvo la idea de esta serenata?

—No, confesó humildemente, debe ser una última galantería de Vidal......El nos ha enviado esos guitarristas de Menton....... Sé que él los hacia venir algunas veces á la Fouan para su propio placer y que los trataba como á camaradas.........

Ella retiro la mano que él rozaba tímidamente con sus labios.

—Su hermano ha adivinado mi gusto por los aires populares italianos. Esos cantores tienen voces que llegan al corazón....... Yo quiero que sean tan bien tratados en los Lentiscos como en la Fouan...... Tenga usted la bondad de decir al mayordomo que les dé una buena colación.

Honorato cumplió dócilmente con esta prevención.

Cuando se fué, Violeta púsose de codos en el balcón y bebió con delicia aquella melodía que se exhalaba discretamente de los obscuros lotes del jardin.

Humedeciéronse sus ojos al pensamiento de Vidal que la había dispuesto aquella sorpresa, y que ahora caminaba lejos de ella, en la dirección á las playas genovesas.

Sucedíanse los aires, á las veces tristes, alegres otras, y á ocasiones lánguidos, y la joven esperimentaba una angustia punzante y sin embargo, muy dulce. Habia aún algo de la personalidad de ese cruel Vidal en aquella música.

Al pensar cuan divinamente bella hubiera sido aquella noche de Mayo si en lugar de Honorato hubiese tenido por esposo el mayor de los Saint Pons, la subian los sollozos á la garganta y, mentalmente, imaginaba la alegría voluptuosa de apoyarse con Vidal en aquel mismo balcón, de oir las palabras de amor, acariciar sus oídos al mismo tiempo que un brazo afectuoso rodeara su cuello. La sensación del fraternal beso del conde, posándose sobre sus ojos en la antecámara del *London-House,* volvióle fortísima, casi real y por un momento tuvo la alucinación de que se encontraba á su lado.........

—Su encargo está cumplido, murmuró á sus espaldas la voz mal segura de Honorato; los músicos de usted serán tratados como príncipes.........

Ella se extremeció sin volver la cabeza, sin hablar, con los ojos perdidos en la contemplación de la mar obscura y de las montañas de Beaulieu sobre las cuales parecían danzar las estrellas.

Honorato se había aproximado y trataba de asir de nuevo la mano que Violeta le habia indulgentemente abandonado; pero durante su ausencia, un rival que estaba muy lejos de suponer, habia tomado su sitio y lo ocupaba victoriosamente.

La joven para impedir toda nueva tentativa de intimidad, cruzaba enérgicamente sus brazos contra su pecho.

Un poco aturdido, mantúvose él á espaldas de ella, dando como compensación á sus ojos el regalo de aquellas flexibles lineas del cuerpo de Violeta, vagamente entrevistas á la claridad de las estrellas.

Con el cuello inclinado, Honorato contemplaba como en extasis aquella figura elegante, llena de flexibilidades, que inmovil ante la noche primaveral, sumergíase en la muda contemplación de sus bellezas, dejando que el espíritu vagase lejos, muy lejos...... y Honorato sentía que su admiración aumentaba.

La música de las voces y de las guitarras duraba aun, pero más á la sordina, más lejana, como si los músicos al retirarse, hubiesen temido romper súbitamente el encanto.

Violeta continuaba fijando sus ojos húmedos en la punta de Bordighera que, completamente lejana, avanzaba vaporosa en la mar.

Decíase que más allá se extendían otras playas bañadas por el oleaje, otras moles recortadas, otras puntas en que se encendían faros y que Vidal paseaba sucesivamente á lo largo de ellas, en el tren que lo llevaba hacia Génova......

—Mi querida Violeta, murmuró de nuevo Honorato, ¿no teme usted constiparse? El aire es fresco y la humedad del mar nos cae sobre las espaldas.........

Los músicos se habían callado. Violeta dejó el apoyo del balcón y volvió á la pieza, dejándose caer sobre un canapé.

Al mismo tiempo, Honorato se arrodillaba á sus pies, y todo tembloroso, iniciaba una confesión de su cariño inmenso, que le llenaba el alma, intentando hacerla sentir como él, envolverla en el efluvio de su cariño; mas ella, esquiva, inmóvil, no le oía; su pensamiento estaba tan lejos ... . ..

—Siéntese usted, dijo por fin, casi con acritud...... no me agradan las ternuras excesivas.

Obedeció él y se sentó á su lado.

Veíanse sus ojos húmedos brillar en la noche, y con voz enronquecida, murmuraba palabras entrecortadas de suspiros:

—Ya lo ve usted, yo hago lo que usted quiere...... Perdón si la he ofendido inconscientemente. Soy un salvaje é ignoro eso que en el mundo se llama buenas maneras......... pero la quiero á usted tan sinceramente, tan apasionadamente...... Si no hubiera podido tener á usted por mujer, creo que me hubiera vuelto loco......... No la pido á usted que me ame, sería exigir mucho y usted no podría......... Unicamente la suplico que me permita quererla, que me soporte cerca de usted, que no rechace mi cariño.........

Habíase arrodillado de nuevo y daba rienda suelta al caudal, reducido, por lo demás, de sus frases de ternura, de sus miradas húmedas, de sus sonrisas cariñosas.

Violeta, conmovida involuntariamente por la humildad de aquel discurso, y no queriendo responder con una dureza demasiado significativa, resolvió tratarlo con cariñosa piedad, y le suplicó:

—Por favor no prosiga......... Estoy horriblemente débil y fatigada, y le suplico que me permita retirarme á mis habitaciones.

Honorato sintió que una inmensa oleada de tristeza le invadía el alma.

No le quería, pues......... Este triste convencimiento le mataba. Ah! él no esperaba ciertamente una correspondencia apasionada á ese amor infinito que hacia Violeta le había impulsado, á esa ternura incontrarrestable que á ella le unía. Pedir tal cosa, habría sido pedir demasiado, pero cuando menos, se creía con derecho á un poco de cariño compasivo: á que, sin tolerancia amistosa se recibiesen sus demostraciones de amor, y encontraba á su adorada fría, sintiendo tedio anticipado de aquella unión, deseando el alejamiento de él!

Triste amor el suyo; triste ilusión la que le había alentado sugestionándole con la esperanza de que un dia se haría amar de Violeta, á fuerza de abnegación y de ternura, con un amor semejante al que llenaba su espíritu.

Por qué no? pensaba. Acaso una solicitud perpetua, una devoción continua no acabarían por hallar eco en aquel espíritu noble y lleno de fuego? Sí, sin duda. El amor cuando llega á la intensidad con que ella sentía todo lo vence: consume todos los hielos, pulveriza todos los obstáculos......

Más ahora aquellas consoladoras reflexiones no le alentaban ya. Presentía en las miradas duras de su amada un desamor eterno y, sollozando casi, exclamó:

—Usted, cuando accedió á ser mi esposa me prometió hacer todo lo posible para que yo fuese dichoso y ahora.........

—Sí, sí, respondió ella con desaliento: lo haré todo...... Más ahora permítame que me retire...... estoy muerta de cansancio, y le estrechó friamente la mano.

Así, lamentablemente, sin placer y sin ternura pasó aquella primera noche de bodas, á la cual siguieron otras noches igualmente tristes, resignadas y lastimosas, al siguiente de las cuales, se despertaban, él con un disgusto amargo, ella con una decepción más amarga aún.

Por ciegamente enamorado que estuviese, Honorato no tardó en adquirir la conciencia de la falta de amor de su esposa y de la absoluta impotencia en que se encontraba para conquistar su corazón, obstinadamente cerrado.

Adivinaba con vaguedad que entre Violeta y él se interponía una especie de obstáculo moral, la rivalidad de una idea extraña, y no se sentía con bastante autoridad ni con bastante energía para combatir á este fantasma intangible y substituirse á él.

Reconocía que había hecho muy mal, desde un principio, dejándose otorgar por compasión el sentimiento que hubiera debido hacer despertar ella con su prestigio de enamorado. Pero débil de caracter cuanto lo era físicamente, se atemorizaba ante la lucha y se desalentó muy pronto. Además, al igual que todos los débiles y tímidos, se reconcentraba dentro de sí mismo al menor choque, como una sensitiva, abandonándose á rabietas de niño enfermo.

Cuando se dió cuenta de las mudas repulsiones de Violeta, su caracter se agrió, y sin explicación, sin recriminaciones, ocultando su humillación y sus sufrimientos, se encerró en un aislamiento feroz, del que Flor de Niza no trató de hacerle salir.

Y de este modo, poco á poco, se abrió entre los esposos una sima que fué ensanchándose, á medida que se acusaban las misantropías del uno y las repugnancias de la otra.

Honorato había imaginado, al principio, que su mujer llegaría á experimentar remordimientos y acudiría por sí misma á arrancarle de su melancolía; pero Violeta permaneció impasible y el lago de indiferencia que los separaba extendió más y más sus aguas adormecedoras.

Entonces él se emparedó en su cuarto de trabajo, en medio de los libros viejos que había hecho traer de la Fouán, y trató de distraerse de sus pesares domésticos absorbiéndose en minuciosos detalles de estadística local y de cronología, que él llamaba «sus estudios históricos.»

Al cabo de un mes, los esposos no se veían sino á las horas de las comidas.

En un principio, la joven aceptó con satisfacción este modo de vivir que la libertaba de las hipócritas obligaciones de un matrimonio por conveniencia, devolviéndola casi su libertad de soltera.

Se aprovechó de ella para volver á sus costumbres de otros tiempos, formándose la ilusión de que era todavia Violeta Castellar.

En las azules mañanas de Junio, en tanto que Honorato, inclinado sobre sus papeles, anotaba cifras ó consultaba viejos volúmenes, Flor de Niza se fugaba, como en dias pasados, del jardin de los Lentiscos é íbase á errar á lo largo del mar ó bajo los olivares de San Juan.

Pero no podía conservar sus ilusiones mucho tiempo, los menores incidentes la recordaban duramente las tristezas de su estado actual y el cambio que el matrimonio había introducido en su destino.

Antaño en sus perezosas excursiones á través de los bosques, llevaba con ella una nidada de esperanzas y de sueños que tomaba libremente su vuelo más allá de los árboles y del mar; ahora el campo de sus esperanzas y de sus fantasías se encontraba estrechamente limitado por un alto muro contra el que iban á estrellarse sus alas.

Su destino se había determinado, el camino de su vida rigurosamente trazado, un camino monótono y sin accidente, en el que podía elegir ó caminar al lado de un compañero que le era insoportable, ó arrastrarse, con el corazón vacío, en una árida soledad.

Una mañana, había ido á sentarse con un libro en las extremidades de una umbrosa plataforma que domina la bahía de Bealieu y en la que se descubre el lugar en que se alzaba un castillo, arrasado hacía algunos siglos.

Con excepción de un rincón en que se elevan rústicos paredones sobre pedazos de bóveda medio desplomadas, y en donde estrechas ventanas se adornan con rosarios de tomates afianzados á los alfeizares, las orillas de esta plataforma aparecen casi cortadas á pico, por encima de una ruina de jardines y viñedos.

El terreno sembrado de montículos, en los que crece una yerba ruda y rara, está plantado de nudosos olivos de copas grises, á través de los cuales se distinguen las aguas del Mediterráneo.

En dirección de San Juan, entre follajes de encinos verdes, laureles y cipreses, se dejan entrever las doradas paredes de una ruina romana y la fachada de una *villa* color de rosa.

Cuando la brisa del mar murmura en los árboles, cuando la luz inunda de tintes aterciopelados las cimas de las montañas que cierran el horizonte, surge en este promontorio la ilusión de un paisaje antiguo.

Violeta había gustado siempre venir á soñar sobre este observatorio predilecto, en la tibia atmósfera de las claras mañanas de primavera.

Aquel dia las aves gorgeaban, las cigarras parloteaban en los troncos de los pinos; á los rayos resplandecientes del sol, el aire caldeado parecía ondular siguiendo el ritmo de estas músicas de pájaros y de insectos.

Violeta se habia tendido sobre la yerba y las plantas aromáticas, holladas por el peso de su cuerpo, exhalaban en torno de ella fragancias de salvias y romeros.

Algunas cabras escalaban las faldas pedregosas, esmaltando uno de los lados de la plataforma.

Más que nunca, ante esta límpida mañana, en frente de estas colinas de una gracia un poco severa, pero de un color tan suave, se despertó en ella la conciencia del contraste entre su desencanto íntimo y el regocijo de este paisaje idílico.

Parecía que se respiraba amor en el aliento de las plantas y en la brisa del mar. En medio de esta exúbera alegría sentía más cruelmente el peso de su soledad.

En la ventana de una de las construcciones resguardadas de contrafuertes del viejo castillo arruinado, se elevó la voz de una mujer:

—¡Doris! Ten cuidado de las cabras y no te vayas á correr por los campos.

Al propio tiempo, de un alto macizo de euforbios, vió surgir Violeta, á plena luz, aquella Doris á quien acababan de hablar.

Era una muchacha como de veinte años, de cabellos negros, levantados sobre la frente en forma de casco, de mejillas tostadas, ojos brillantes y boca ampliamente abierta en la que relucía una doble hilera de blancos dientes.

Tenía el busto encerrado en una blusa de lana encarnada y su falda color de rosa con flores, muy corta, deshilachada por la parte baja, dejaba al descubierto sus piernas y sus pies desnudos.

Sin cuidarse para nada de las yerbas espinosas y de las piedras agudas, corría por las orillas de la plataforma para impedir á las cabras que bajasen por las abruptas pendientes; las llamaba dándoles nombres estraños.

Las amenazaba con las manos, se hacía á un lado para evitar sus cornadas, y luego, bruscamente, se revolcaba en la yerba con grandes carcajadas y permanecía allí tendida, con una brizna de salvia en los labios.

De nuevo un adormecedor silencio reinaba bajo los rayos brillantes del sol, y el trémolo de las cigarras volvía á comenzar en los troncos resinosos de los pinos.

En medio de esta arrulladora música unida al calor de la atmósfera, Violeta se dejaba apoderar, poco á poco, de un ligero sopor y ya estaba sumergida en un sueño á medias, en el que le parecía oir el sonido de una flauta rústica.

Esta melodía escuchada entre sueños se hizo muy pronto tan perceptible y tan sonora, que acabó por despertarla.

Entonces se dió cuenta de que su sueño no era sino la prolongación de una sensación en realidad percibida.

Una voz acariciadora subía de los huecos de las rocas, y con gran sorpresa, la joven advirtió que esta voz cantaba la popular canción del *Ruiseñor*, aquel rondel tan conocido en Niza que la había valido, en la casa de los Maruverno, los cumplimentos de Vidal.

Entonces, inclinándose por encima de la cornisa, distinguió á un muchacho como de veinte años, cubierto con un sombrero de paja en forma de campana, y vestido únicamente con una camisa y un pantalón de dril sugeto á las caderas por un cinturón.

Estaba oculto en un grupo de mirtos silvestres y cantaba, á plenos pulmones, como un himno á Eros.

Al sonido de esta canción, Doris se había incorporado y se balanceaba como una amapola en su tallo.

La canción lanzada á toda voz bajo los encinos, era, indudablemente, una señal.

La muchacha se esperezó con indolencia, saltó entre las piedras que rodaron y se esquivó á través de las rocas.

Violeta vió su cabeza y su blusa roja deslizarse entre los accidentes del paisaje, y poco después, el rumor de un beso la hizo saber que los enamorados se habían reunido bajo las encinas verdes.

(*Continuará.*)

FLOR DE NIZA

POR ANDRES THEURIET.

(Traducida especialmente para "El Mundo.")—Ilustraciones hechas en nuestros talleres.

Núm. 5.—Véanse nuestros números desde el 5 de Julio de 1896.

Ocultos entre los matorrales como dos palomas en su nido, cambiaban breves palabras entrecortadas de silencios.

Las cabras, ya familiarizadas, probablemente, con esta pareja, habían seguido á su cuidadora.

Saltaban, una después de otra, por encima de la cornisa, corrian en libertad con discretos balidos y la dura pezuña de sus patas resonaba en las piedr s.

Una larga media hora transcurrió durante la cual la señora de Saint Pons permaneció con el corazón palpitante y los oídos en acecho, completamente dominada por el misterio de este rústico dúo de amor.

El sol ascendía por encima del mar bordado de lentejuelas. Los matorrales, las cimas de los cipreses y de las encinas se plateaban bajo los rayos que caían en línea recta y el círculo de las montañas se esfumaban en la lluvia de un polvillo de luz azulada.

La campana de la iglesia desgranó sus ecos, anunciando la oración de medio día, y, al mismo tiempo, la voz ágria de la mujer, que ya se había dejado oír, se elevó del fondo de la casucha:

—¡Eh Doris! ¿Y las cabras?

Hubo un ligero extremecimiento entre los mirtos silvestres y Doris surgió bruscamente de la enramada. Escaló la plataforma y volvió á aparecer más encarnada que su blusa.

Seguida de las cabras, que saltaban, atravesó á todo co-

rrer la llanura rocallosa, subió la empinada escalera de las ruinas, y los pliegues de su falda, al revolotear en el aire, dejaron detrás de ella algo como un surco voluptuoso.

Entanto, debajo de los olivos la voz vibrante del cantor se dejaba oír á modo de despedida, lanzando los ecos de su canción de tan musicales notas.

A su vez, Violeta se levantó, encaminándose pensativa hacia los Lentiscos, presa de un indefinible malestar.

El cuadro de estos amores campestres, más bien adivinado que visto, la había conturbado, haciendo ir todo su ser hacia su pasado. Parecíala la suerte de esta guardadora de cabras infinitamente más envidiable que la suya. Pensaba con una sorda envidia en el furtivo placer que había enrojecido las mejillas de Doris, y su espíritu revoloteaba en torno de esta amorosa aventura como al rededor de un jardín circuido de una tapia.

¡El amor!....... Estaba, pues irrevocablemente condenada á no conocer de él sino la sombra fugitiva y los falaces reflejos?...... ..

Y de nuevo su alma volaba hacia Vidal.

Durante algunas horas nada más, había abrigado la ilusión de ser amada; y luego un velo sombrío habíase corrido entre ella y la felicidad por un momento soñada.

Con un amargo desconsuelo se preguntaba si ya no debería gozar nunca de todo lo que forma el encanto y constituye la alegría de la vida, si su juventud estaría por siempre condenada á ser definitivamente encerrada en las tristezas de un matrimonio desgraciado.

Y al propio tiempo un movimiento de protesta se alzaba dentro de ella contra la injusticia de semejante destino, y confusas ideas de rebeldía se agitaban en su cerebro.

Si, á imitación de tantas jóvenes cuyos nombres la había citado su madre, Violeta se casó sin amor, ¿por qué no seguir el ejemplo de éstas hasta el último extremo, y buscar cuando menos una compensación en las disipaciones y en los placeres mundanos que se encontraban á su mano?.........

Cuando volvió á los Lentiscos, aquel nido preparado para una irrisoria luna de miel, aquel rincón oculto, rincón florido que no había abrigado si no días de fastidio y de disgusto, la parecieron más vacíos aún y más empalidecidos.

No veía ahora el momento de salir de allí y volver á Niza.

Aquella misma noche hizo presente á Honorato que la reclusión de ambos había durado bastante, y que era conveniente ocuparse con seriedad de su instalación en la ciudad y comenzar las visitas de matrimonio.

En vano Honorato observó que no había prisa, y que en aquella estación del año, Niza se encontraba casi desierta. Todo lo que pudo obtener fué que permanecerían todavía un mes en los Lentiscos.

A fines de Julio, la casa de la calle de Carabacel se hallaba lista para recibirlos, y la ocuparon definitivamente en las primeras fechas del mes de Agosto.

II

Los días de otoño se hacían cada vez más cortos, la sociedad regresaba á Niza y Violeta de Saint Pons comenzaba á recibir los lunes en su nueva habitacion.

El departamento destinado á las visitas, situado en el piso bajo, se componía de tres piezas en hilera, separadas únicamente por tabiques de madera: el comedor, el salón y un tocador.

El salón, bastante ámplio, tapizado de seda color de rosa obscuro, recibía la luz por las vidrieras de un espacioso *bow-window*, en el centro, un diván circular, por encima del cual una robusta palmera camérope extendía sus ramas en forma de abanico.

En la chimenea, coronada de una elegante Diana cazadora de marmol blanco, flameaba una hoguera de leña de olivo, porque la temperatura se había enfriado y por una de las vidrieras abiertas se oía el ruido monótono de la lluvia, cayendo sobre el follaje de un jardincillo á modo de terraza que precedía á la «villa,» edificada á un lado.

Adornada con algunos cuadros de Carlone, el viejo maestro nicense, alegrada por una profusión de flores, la habitación de cielos rasos, ofrecía un aspecto risueño y hospitalario.

Las alfombras ahogaban los pasos de un lacayo que iba y venía discretamente, en el comedor, preparando el te, y á través del murmullo de las conversaciones se escuchaba el ronquido del agua hirviendo en la tetera.

Los contertulios de los lunes de la señora de Saint Pons eran poco numerosos y pertenecían todos á lo más escojido de la sociedad netamente nicense, pues Honorato había declarado, desde un principio, que no quería crearse relaciones entre la colonia extranjera.

Las visitas de los jóvenes esposos se habían limitado á las personas de la familia y de sus amistades. Así, los que visitaban la casa de los Saint Pons eran casi todas gentes de edad madura: tenían hábitos perezosos, movimientos estirados, mucho aburrimiento, tocados atrasados, un espíritu poco cultivado y medianamente caritativo.

Este grupo formaba á Violeta una compañía melancólica, casi fúnebre; pero Honorato veía en estas personas una salvaguardia, y creía que esta sociedad devota y exclusiva, que rodeaba á su esposa, constituiría en torno de ella una especie de cordón sanitario, y la defendería contra toda tentación en perspectiva; en lo que se engañaba, porque esta aristrocracia local, por impenetrable que fuese, sufría sin sospecharlo, la influencia del ambiente cosmopolita.

Las dos sociedades se codeaban, se mezclaban á la vez. Las costumbres fáciles, los gustos frívolos, la amplia tolerancia de la colonia extranjera, penetraban por endósmosis en este medio desdeñoso y altivo, pero, á despecho de todo, accesible al brillo y que por modo alguno detestaba los placeres.

Para convencerse de ello, bastaba escuchar las palabras que se cambiaban, aquel lunes de Octubre, en el salón de los señores de Saint-Pons.

—Prima, preguntaba á la condesa una señora entre dos edades, con cabellos empolvados, el talle ligeramente deformado, y cuyos ojos, iluminados por una luz maligna, hacían armonía con dos delgados labios burlones;—prima, ¿estuvo usted en el último baile del Principado?

La condesa de Saint-Jeannet, alta, huesosa, cetrina y con sospechas de bigotes en el labio superior, conservaba todavía cabellos negros, cejas espesas y pupilas obscuras. Su vestido de seda, color de ciruela, adornado de encajes viejos, ocultaba el macizo armazón de su cuerpo magestuoso y rígido.

Puso en un velador la taza de chocolate que estaba en momentos de probar, y respondió con una voz de contralto, martilleando cada palabra:

—No, Catalina, no, querida. Nunca voy allí...... Detesto esos revoltijos en los que se codea una con gentes que salen no se sabe de dónde...... Dados los tiempos que corren, he tomado el partido de abstenerme.

—¿Y, sin embargo, va usted á la Prefectura? replicó la señorita Catalina Spinetta de Colomars, que no parecía intimidada por los aires solemnes de su prima.

—Voy de tiempo en tiempo, porque el conde pertenece al comité de las diversiones y es preciso ser correcta...... Además, la Prefectura es un terreno neutral y no puede uno mostrarse muy exigente con ella, en tanto que en la casa del príncipe no se debería encontrar más que personas bien nacidas y de alto criterio, lo que no sucede, desgraciadamente...... Pregunte usted á su tío Roquebillere, que concurrió á este baile, á pesar de sus setenta y ocho años cumplidos...... El es siempre joven, hombre de mundo!.........

Alto, delgado, derecho, con la cara afeitada, los ojos relucientes, y el craneo puntiagudo y pulido como un huevo, el marqués de Roquebillere, de este modo interpelado, se enderezó y saludó.

Vestía, como en los años de su juventud, un pantalón gris perla, un chaleco blanco y una levita negra.

En pie, delante de la chimenea, endulzaba un vaso de vino de Constanza.

—Eh, sí! contestó con voz clara y temblorosa; me gusta la sociedad; es una distracción que no me cansa...... Veo allí cosas que asombran, pero divertidas, completamente *fin de siglo*...... Así, la otra noche, en el Palacio, conocí á la famosa Faustina, á la que llaman el angel del grupo social.

—¿No es esa mujer que escribe en hojas encarnadas? preguntó con supremo desdén la señora de Saint Jeannet.

—La misma...... Y bien, es encantadora, á fe mía!...... Linda, incisiva, zalamera!...... Si tienen muchas como ella en su partido, me haría de buena gana jacobino y comunista...... La princesa la trata como una amiga y la dama entró en los salones del brazo del príncipe...... Ya verán ustedes, desde aquí, el asombro de los invitados.... El barón Palanca que es una mosca muerta lanzó su sombrero por los aires, gritando á toda voz: ¡Viva la anarquía! Fué un jarro de agua y la princesa tomó muy á mal esta broma.

—¡Es el hundimiento de todo! exclamó la señora de Saint Jeannet, y me felicito de no haberme expuesto á ver semejantes abominaciones...... No volveré á poner más los pies en Palacio.........

—No, no! continuó Roquebillere con su voz de falsete; hay allí sus compensaciones...... Se ven lindos palmitos y hombros blancos, entre otros los de la bella Nadia de Solies-Aubagne.

—Ah! ah! observó la señorita de Colomars ¿habla usted de esa rusa que ha hecho perder la cabeza al general De Venasque......? Se exhibe con ella hasta el grado de hacer que toque la música de sus regimientos debajo de la ventana de la señora, que es casada, según me han dicho.

—¡Oh sí!...... Una morena apetitosa de ojos verdes como esmeraldas...... El general está loco por la señora de Solies-Aubagne...... Se dan citas en una posada de San Rafael para...... para cimentar más sólidamente la alianza franco-rusa.

—¡Qué horror! protestó la condesa de Saint Jeannet.... ¡Basta! basta, Roquebillere!...... Tenga usted cuidado con nuestros oídos, y sobre todo, con los de esta joven que esta obligada á escucharnos.

Violeta, en efecto, había ido á apoyarse en uno los de brazos del canapé.

Por momentos, una fugitiva claridad iluminaba sus ojos grises, y una sonrisa sardónica pasaba por sus labios.

—Bah! declaró malignamente la señorita de Colomars, oirá y verá otras muchas cosas, cuando Honorato la lleve á frecuentar la sociedad.

—Espero, afirmó imperiosamente la condesa, que Honorato no será tan necio que la conduzca á esa sociedad!

Fué interrupida por la entrada, como un golpe de viento, de una mujer de unos cuarenta años, que vestía un traje muy vistoso: vestido de crespón color de rubí, sombrero redondo con plumas de igual color, y un gran ramo de rosas encarnadas en el corpiño.

—¡Eh! exclamó el marqués de Roquebillere, adelantándose hacia la recién llegada; he aquí á la prima Barberis que va, precisamente, lo apuesto, á darnos noticias de «esa sociedad.»

Y se inclinó besando con un deleitoso chasquido de labios, la mano de la baronesa Valentina de Barberis, una morena de ojos azules, que debió ser muy agradable á los veinte años, pero cuya tez ajada y boca de extremos colgantes se plegaba como las hojas de una rama á las primeras escarchas del invierno.

—Buenos dias! exclamó hundiéndose en un sillón y alargando en un cojín sus pies calzados de zapatos encarnados y medias de seda roja...... Violeta, querida mía; me hace usted el favor de dar sus órdenes para que me den una taza de té...... Vengo que no puedo más...... Fígurese que he salido del baile de los Linares á las cuatro de la mañana.

—Qué es lo que yo le decía á usted? dijo Roquebillere; luego ¿usted ve á los Linares, prima?

—Por qué no? son gentes encantadoras, aunque de nobleza dudosa...... Ayer dieron una tertulia; después hubo una cena, repartida en pequeñas mesas......... Aquello era alegre......

—La creo á usted! No es frecuente fastidiarse en casa de los Linares...... Usted debió ver ahí la flor y nata de los *rastas* de la colonia: los Gaguine, los van Sperwer, los Sao-Paolo, la princesa de Cettigne y su hija, la rubia Elena!

—Todos estaban ahí, salvo las Cettigne, á causa de...... Figúrese que hubo un drama entre ellas, un verdadero drama de sensación. No se hablaba más que de la aventura de esas señoras, ayer, en casa de los Linares.

—De qué se trata? interrogó Catarina de Colomars, llena de curiosa avidez, cuéntenos usted eso, querida mía!

—Pues bien, prosiguió la señora, de Barberis, usted sabe que la princesa está divorciada...... Desde su divorcio tiene por secretario á un italiano que se dice conde de Stornille, y que acumula las funciones de intendente y de amigo de corazón.

—Le conozco! interrumpió Roquebillere, un guapísimo muchacho, muy fornido, de ojos negros y piel blanca, que lleva sortijas en todos los dedos.

—La princesa, prosiguió Valentina, está bien conservada, pero ya frisa en los cincuenta. Parece que el Stornelli, que es un quebrantacorazones, había, á la larga, inspirado una pasión violenta á Elena de Cettigne. El, á su vez, estaba enamorado, ó amaba, sobre todo, la fortuna de Elena, que es mayor de edad? Misterio......... En una palabra, ambos jóvenes se agradaban y......... se lo decían. Se lo decían tanto y tanto, que una mañana la princesa se apercibió de la infidelidad de su secretario y de la locura de su hija. Hubo entre esas tres personas una escena atroz, después de la cual Stornelli y Elena desaparecieron. Tomaron el primer tren para Italia, donde van á casarse. La pobre princesa está en un estado que da lástima....... Llora á todo llorar y se teme que pierda la razón......

Violeta parecía muy conmovida por la revelación de las trágicas intimidades de aquella sociedad tan sonriente y tan amable en la superficie.

—Así, pues, murmuró ella, como si hablase consigo misma, hay mujeres á quienes la pasión enloquece hasta ese punto...... Yo creía que esas cosas no se veían sino en las novelas..........

—Oh! querida niña, replicó la señorita de Colomars levantándose, en Niza todo sucede y no hay que admirarse de nada...... Cuando vaya usted á mi casa, le contaré historias, que dejan atrás las fantasías de los novelistas.

—Vivimos en un tiempo singular, murmuró la condesa de Saint-Jeannet, levantándose á su vez. Mis recuerdos á Honorato, mi querida niña...... Roquebillere, ofrézcame usted su brazo hasta mi coche, amigo mío.

Salieron los tres juntos, y casi inmediatamente les siguió la señora de Barberis, que tenía aún que hacer cinco ó seis visitas.

La señora de Saint-Pons se quedó sola, cerca del fuego adormecido, que arrojaba intermitentes fulgores á lo largo de las tres piezas invadidas, ya por el crepúsculo. Comenzaba á no distinguirse, sino vagamente la forma de los muebles y los recortes de las hojas de la palmera. Afuera, el chaparrón salpicando los vidrios del *bow-window* con un repique monótono, acrecía la sensación de aislamiento que oprimía á la joven. Con las tenazas en la mano, removía distraídamente los troncos medio consumidos, y hacía brotar de ellos haces de chispas. Con los ojos fijos en los relampagueos de las brazas moribundas, entre las cenizas, escuchaba, en su cerebro murmurar, porfiadas y melancólicas como la lluvia, las noticias mundadas traídas y comentadas por sus visitas del lunes. Esas historias de intrigas de salón, de coqueterías y de amores prohibidos, la perseguían y la martirizaban Aun cuando se resolviesen en trágico desenlace, como la aventura de la princesa de Cettigne, la producían, la imagen de una vida llena de movimiento y de pasión, cuyo contraste con la monótona existencia de Violeta, le mostraba el porvenir con colores más grises y más odiosos.

Honorato, cuya salud era mediocre y cuyo humor sombrío seguía siendo el mismo, continuaba en Niza la vida perezosa y casera de San Juan, Detestando las caras nuevas y no teniendo relaciones con ninguno de los jóvenes de su edad, no procuraba á su mujer otras distracciones que la sociedad de sus parientes, personajes estirados en su afectada seriedad como la señora de Saint-Jeannet, agrios y malignos como la señorita de Colomars, ó ridículamente anticuados como el marqués de Roquebillere! A Violeta le causaban tedio todos, salvo acaso Valentina de Barberis que había conservado un poco de juventud y de sensibilidad. No tenía ni aun el recurso de ir de cuando en cuando á distraerse al salón de su madre. La señora de Castellar, que soñaba con frecuentar íntimamente, gracias al matrimonio de su hija, á los miembros de la aristocracia nicense y encontrar entre ellos un marido titulado, había sido cruelmente desengañada.

Los Saint-Jeannet, los Aspremont y los Barberis habían permanecido rehacios.

A las visitas de la viuda se había respondido con envíos de tarjetas. Se la saludaba en casa de su yerno ó en la calle, y eso era todo.

Despechada y vejada había casi reñido con Violeta, después de lo cual alquiló su casa de la calle San Francisco de Paula y se instaló en París por todo el invierno.

La señora de Saint-Pons se hallaba, pues, completamente aislada y reducida al patronato de los parientes de su marido. No salía sino acompañada de la señora de Saint-Jeannet ó de Catarina de Colomars.

No asistía sino á las ceremonias religiosas, á fastidiosas reuniones de caridad ó á comidas de familia, mucho más fastidiosas todavía. Los ecos de la vida mundana no la llegaban sino á través de las maledicencias, las pudibundas indignaciones ó los comentarios molestos de quienes la rodeaban.

Esto bastó para hacer trabajar su imaginación exasperándola contra la reclusión en que se le mantenía. Deeíase que á algunos pasos de ella había un mundo elegante y deslumbrador, donde los hombres y las mujeres encontrábanse para ocupar su espíritu y su corazón; un mundo donde se amaba, donde se apasionaba uno, donde se vivía, en fin.

Rebelábase á la idea de que su juventud y su belleza se marchitarían en una prisión, sin que conociese más que por los díceres, los placeres y las seducciones de esa sociedad, cuyo acceso la estaba prohibido.

Algunas veces, sobre todo en las horas del crepúsculo, experimentaba un enervamiento tan doloroso, que le venían deseos de gritar y de hacer explosión.

Aquel lunes en la noche, soñando en la aventura de Elena de Cettigne, se encontraba más que nunca poseida del espíritu de rebelión, aun cuando nada acusase en el exterior las belicosas disposiciones de su alma.

Al ver aquella blanca forma femenina inclinada sobre el brasero semiapagado, nadie habría creído que se agitaban ahí tempestuosos pensamientos de rebeldía.

—Buenas noches, Flor de Niza, dijo detrás de ella una voz de timbre claro como de plata.

Al oírse interpelar con este sobrenombre, del que hacía meses que ya no se acordaba, Violeta se estremeció, volvió la cabeza y entrevió en la moribunda claridad que llegaba de la ventana, la elegante silueta de una joven á quien acabó por reconocer.

—¡Eva La Freniere! murmuró.

—Sí, Eva La Freniere, replicó alegremente la visita, ó más bien dicho, la baronesa Spieler, porque, ya lo sabes, me casé desde que dejé de verte...... Has debido recibir una esquela...... La cosa se arregló en Carlsbad, donde mi padre me llevó y donde el barón tomaba, así lo decía al menos, los baños......... Decidióse por fin á dirigirme una declaración en forma, y todo se arregló en breve..... El matrimonio se efectuó seis semanas después, en Bohemia, en donde el barón tiene sus tierras, y hace un mes que regresamos á Niza.

Besáronse, y un criado llevó lámparas, sirvió una taza de té á la recién venida y después, cuando estuvieron solas, Eva atrajo á Violeta cerca de sí, á la claridad de una lámpara, y la examinó sonriendo.

—¡Vamos, mírame!......... No has cambiado mucho desde que eres vizcondesa. Salvo un ligero aire de melancolía, que te sienta admirablemente, tienes aún tu blanca y tranquila fisonomía de soltera.. ...... Y á mí ¿cómo me encuentras?

Eva tampoco había cambiado mucho. Era siempre la negligente criolla cuya belleza soberbia alegraba los ojos de los jóvenes y de los viejos en el gran salón de la *villa* Maruverno. La única diferencia que en ella se notaba, era el traje y el peinado á la última moda.

Llevaba un aderezo de magníficas turquesas, y tenía en los ojos, en la frente, en los límites de la comisura de los labios, una expresión de satisfacción triunfante.

En tanto que Violeta respondía á sus preguntas con movimientos de cabeza y silenciosas sonrisas, Eva bebía su té á pequeños sorbos, pasaba la fina punta de su lengua por sus labios abiertos y se ponía de nuevo á charlar.

—Hice comprar al barón la *villa* de los Muguets en Montboron, y la he transformado......... Ya la verás...... recibiremos mucho en este invierno; tengo la intención de divertirme, y cuento contigo para que me ayudes á ello. Tu belleza será la *great attraction* de nuestras veladas y de nuestros *garden parties.*

Los ojos grises de la señora de Saint-Pons tomaron sus tintes de tempestad, y replicó con una risa nerviosa.

—Sólo hay un obstáculo, querida mía; mi marido detesta la sociedad, y como yo no puedo salir sin él, estoy en peligro de no ir á tu casa.

—Ajá! ¿qué es lo que me cuentas?... Si tu marido gusta de vivir como un lobo, ¿es esa una razón para que te condene al mismo régimen?...... ¿De suerte que no ves á nadie?

—Sí por cierto, replicó Violeta sarcásticamente, veo á las gentes de su familia y de sus relaciones: mi tía de Saint Jeannet, el viejo Roquebillere, la señorita Spinetta de Colomars.

Eva Spieler abrió tamaños ojos y bosquejó un gesto.

—Una verdadera trastienda de almacén de antigüedades...... Gentes alegres como los catafalcos...... ¿Y soportas eso?

—Es preciso, suspiró Violeta, alzando los hombros; el señor de Saint-Pons es muy caserito y yo debo conformarme á sus gustos...... ¿No son esas las obligaciones del matrimonio?.... y á menos de llegar á un rompimiento....

—No se trata de un rompimiento, querida mía, sino de hacer comprender á tu señor que no estamos en la Edad Media, y que las obligaciones del matrimonio son comunes á los dos esposos. Yo tengo sobre esto una teoría que ya he puesto en práctica, y con la cual me encuentro á las mil maravillas. Hela aquí: el matrimonio moderno es una convención, en que cada uno de los contrayentes lleva una ventaja de que el otro se aprovecha: fortuna, belleza, nacimiento ó talento.—Los dos conyuges deben encontrarse en una perfecta igualdad y en una mútua independencia, y con tal que se salven las conveniencias, cada uno de ellos tiene la facultad de vivir y de divertirse á su antojo.

—Yo querría verte desarrollar la teoría delante de la señora de Sain-Jeannet!

—Esa respetable marimacho nada tiene que ver con el asunto; esto se refiere á tu marido...... ¿Es, pues, un tirano este señor?...... Yo que me lo imaginaba como una especie de cera blanda, que podía uno amasar á su antojo!...

—No es un déspota, es un dulce taimado. Tiene la fuerza de resistencia de los tímidos, la fuerza de la inercia.... No impone su voluntad, pero cuando una cosa le disgusta, opone á los deseos de los otros una pasividad, contra la cual nada se puede. Si, por ejemplo, yo pretendiese entrar al mundo, él no me lo impediría redondamente, pero se arreglaría para no acompañarme...... Yo no puedo, sin embargo, ir sola al baile ó á la ópera.........

—¿Por qué no, si vas con una amiga?...... Yo le hablaré á tu Honorato y me encargo de hacerlo entrar en razon. ¿Cómo, ha creído que una mujer debe sacrificar servilmente sus gustos á los de su marido? ¿Acaso yo impido al señor de Spieler que pase sus veladas en Monte-Carlo?...... Nada de eso! Yo no le contrarío jamás, á condición de que me conceda la misma tolerancia...... Dando y dando......

—Dudo mucho que el señor de Saint-Pons sea de tu opinión.

—Ya lo veremos! Yo le demostraré que es una atroz injusticia emparedarte así á tu edad y que tienes el derecho de gozar á tu antojo de tu juventud y de tu belleza. ¡Cómo! eres tu la que has traido á su casa el bienestar, la comodidad, la riqueza, y tendría él cara de oponerse á que ocupes en el mundo la situación que requieren tu nombre y tu fortuna! Eso es insensato!...... El lo comprenderá, á menos que tenga un tronco en vez de corazón y esto no puede ser, puesto que está enamorado de tí.

Diciendo esto, miraba curiosamente la blanca faz de la señora de Saint Pons que permanecía silenciosa y cuyos ojos grises se velaban, en tanto que la enigmática sonrisa que le era familiar, remangaba los extremos de sus labios.

Violeta no podía confesar á la señora Spieler la triste acogida que había dado á las demostraciones amorosas de Honorato, ni los mortificantes chascos de la luna de miel, ni la imposibilidad en que se encontraba de pedir nada á ese marido tan cruelmente humillado. Eva no era para ella más que una banal amiga de colegio, hacia la cual no se sentía atraida por afinidad alguna y que no la inspiraba más que una confianza mediocre. Le hubiera repugnado hacerla penetrar en la obscura intimidad de su corazón. Se contentó, pues, con sacudir la cabeza y objetar:

—Y si no se deja convencer, si rehusa?.........

—Entonces, querida mía, daremos un golpe de Estado... Yo vendré á llevarte y en sus barbas saldrás conmigo. Ya verás que excelente rodrigón seré...... Te introduciré en nuestro círculo de amigos y no te fastidiarás, te respondo de ello!...... Conozco en hombres y en mujeres la flor y nata de la colonia extranjera y medito para este invierno una serie de pequeñas fiestas de las cuales se hablará en todo el litoral: bailes de trajes, cuadros vivos, comedias de salón, pique-niques...... Yo quiero que en esa atmósfera de placer te ensanches plenamente, como una deslumbradora «Flor de Niza» que eres....... Francamente, exclamó arrastrando á Violeta hacia un espejo, una hermosa muchacha como tú, no se ha hecho para languidecer en una cueva...... Yo te sacaré á luz, yo, en un medio en que serás festejada, mimada, admirada...... Es cosa convenida, ¿verdad? y tu me autorizas á arrebatarte á tu marido.

Un relámpago de desconfianza pasó por los ojos velados de la señora de Saint Pons.

—Sea, murmuró, inténtalo!

—Perfectamente y para comenzar te llevo mañana á comer conmigo en *petit-comité*. Ponte bonita, porque tendremos ahí al príncipe Kamenski, lady Snowdrop, los Solies-Aubagne y dos ó tres periodistas.

Violeta la acompañó hasta la antecámara donde el lacayo la puso sobre las espaldas una pelliza del Thibet. Envuelta en el largo y sedoso abrigo blanco, Eva Spieler, con su cabecita adornada con una minúscula capota de marabú tenía el aire de una hada burlona y tentadora.

—Valor! dijo, besando á la señora de Saint Pons, y mañana nos lanzamos!.........

III

El capitán Lejard, del 2º batallón alpino, en traje de excursionista—polainas de paño escocés, *knickerbockers*, blusa de tela gris y gorra blanca,—fué el primero que bajó del enorme *break* que acababa de pararse delante de la plataforma de una posada rústica.

—Señoras, exclamó dirigiéndose á las cuatro jóvenes que reían, agitándose en el interior del vehículo, aquí termina el camino de coches; ahora, será preciso que suban ustedes á pie hasta Laghet; apenas tendrán que andar un cuarto de hora, y desde aquí pueden ver los jardines del monasterio.........

Tendiólas la mano, ayudólas á salir del *break*, una después de otra.

Los hombres habían echado ya pie á tierra y sacudían sus piernas entumecidas por dos horas de inmovilidad.

En torno de los excursionistas, los costados pedregosos del valle de la Trinidad Victor se estrechaban, coronados de delgados pinos silvestres; ante ellos, un centenar de metros más arriba, el convento de Nuestra Señora de Laghet alzaba en un cielo muy azul su grisácea construcción cuadrada, su campanario cubierto de una techumbre puntiaguda y sus jardines sembrados en espaciosas terrazas, en donde, al lado de los cipreses florecían los almendros, blancos completamente á los rayos de un sol de Marzo.

Muy pronto toda la banda se desparramó alegremente á lo largo del sendero de cabras que costeaba el lecho rocalloso de un torrente, en donde un hilo de agua caía en cascadillas á través de matorrales, espinos y matas de lirios violáceos.

Sobre las gradas de este verde montecillo se izaban las parejas: las cortas faldas claras, la confusión de los corpiños de colores vivos, la vanidad de los sombreros, grandes y redondos, con guirnaldas primaverales, las notas encarnadas y amarillas de los parasoles, evocaban el cuadro de un viaje galante á Citeria.

Eva Spieler, rozagante y en plena belleza, abría paso á la marcha, apoyada en el brazo del capitán Lejard.

Faubert, el periodista veterano que, en el segundo imperio, había gozado de una reputación europea de espiritual bromista y que aún divertía con sus salidas humorísticas á la sociedad cosmopolita de Niza, escoltaba á lady Snowdrop.

Esta, delgada como un muchachuelo, vestida con un traje entallado que oprimía su seno liso y sus caderas poco desarrolladas, abría desmesuradamente sus ojillos azules, llenos de perversa curiosidad, al escuchar á Faubert que la deslizaba al oído dos ó tres frases arriesgadas, y asegurábale que, en su calidad de herética, se vería obligada á besar los pies desnudos del padre prior á fin de obtener permiso de entrar á la iglesia.

Detrás de ellos, Nadia de Solies-Aubagne fresca, redonda, apetitosa, como un durazno, caminaba un tanto sofocada al lado del pintor Mario Legrand.

Al llegar de París á Monte-Carlo, con objeto de abrir la Exposición de pinturas, Legrand se había quedado allí para hacer el retrato del anciano conde de Solies-Aubagne, y, sobre todo, para coquetear con su joven esposa. En tanto que duró la subida, no dejaba de contemplar el pecho redondo y palpitante de su compañera, y felicitaba á Nadia acerca de las perfecciones plásticas de su busto. La morena señora de Solies-Aubagne reía, bajando socarronamente los ojos.

La última pareja, la que fermaba la retaguardia, estaba constituída por el príncipe Kamenski y Violeta de Saint-Pons.

Desde aquella tarde de Octubre en que Eva Spieler la encontró en su salón desierto, sola, encerrada y dispuesta á un acceso de locura, Flor de Niza se había transfigurado notablemente.

Eva había obtenido de Honorato una victoria completa. El marido, asaltado de improviso, se había primeramente encerrado en un obstinado mutismo, limitándose á evasivas respuestas. Pero la baronesa Spieler había sabido herirlo en lugar sensible: después de una hábil alusión á la redonda fortuna que Violeta Castellar había llevado al matrimonio, dióle á comprender que esta hijuela proporcionaba á la joven el derecho de vivir según sus gustos y su posición.

Honorato, lastimado en su dignidad y en su orgullo de hidalgo pobre, se mordió los labios y contestó secamente:

—La señora de Saint-Pons es libre de gastar su dinero y vivir á su albedrío. Tolere usted, sin embargo, que yo no participe de sus placeres y que le deje la responsabilidad de sus actos.

Y á renglón seguido, se había encerrado nuevamente en uno de sus enfados infantiles, en tanto que la baronesa Spieler se apoderaba victoriosamente de Flor de Niza.

Violeta se desquitaba ahora con usura de los primeros meses de su matrimonio, pasados en la reclusión y en el tedio.

Esta agua tranquila se había repentinamente removido; ahora se agitaba esparciéndose con estrépito fuera de su cauce.

Al ver la repentina exhuberancia de sus caprichos, el ardor que desplegaba en los placeres organizados para celebrar su aparición en el mundo, la fecunda imaginación con que inventaba cada día emociones nuevas, no se habría reconocido ya á la joven plácida y reconcentrada en sí misma, que escuchaba con aparente indiferencia las mercuriales de la señorade Saint-Jeannet y las malignidades de la señorita de Colomars.

(*Continuará.*)

FLOR DE NIZA

POR ANDRES THEURIET.

(Traducida especialmente para "El Mundo.")—Ilustraciones hechas en nuestros talleres.

Núm. 6.—Véanse nuestros números desde el 5 de Julio de 1896.

Nunca se hubiese podido cambiar de piel más rápidamente y arrojar lejos de sí las muletas: La señora de Saint-Pons se había convertido en una semana en la *profesional beauty* á la moda, en la soberana de las fiestas de Niza.

Su nombre aparecía todos los días en las crónicas de ecos mundanos publicados por la prensa. Se daban minuciosos detalles de sus tocados, se alababa su audaz originalidad, se entonaban loas á su talento de cantante y de actriz; los periódicos se hacían líricos al hablar de sus «ojos soñadores y sus hombros liliales.»

Se la veía en todas partes: en las carreras de caballos, en el Tennis Club, en las representaciones de Monte-Carlo y de la Opera Municipal, en donde tenía su palco. Con excepción del lunes, que recibía en la calle de Carabacel á lo mejor de la sociedad mundana y bulliciosa, se encontraba siempre fuera de su casa.

Hubiérase dicho que trataba de recobrar en pequeñas monedas de placer, la suma de dicha que en vano había pedido al amor. Se permitía las más escabrosas inconsecuencias; desafiaba sarcásticamente el qué dirán, y arrastraba á las más osadas correrías á las damas y á los caballeros de su intimidad. Se aseguraba que durante las fiestas del Carnaval, al salir de una mascarada, había ido á cenar con sus amigos, al *Restaurant Français*, proxima de Juliana de Domfront y Cristina de Gurgy, y que habia sin rubor tocado su copa en la de una de estas dos cortesanas de moda.

A ella fué, naturalmente, á quien le ocurrió la idea de esta peregrinación galante al Monasterio de Laghet.

Habíala parecido ingenioso pasear á sus amigos y sus

coqueterías á través de los cláustros poblados de confesionarios, á los que acudían los peregrinos á arrodillarse y hacer penitencia.

Debían comer en la posada que se encuentra frente al convento, internarse á pie en la Turbia y desde allí, regresar á Monte-Carlo por el camino de hierro funicular.

—Confiese usted, decía Violeta al príncipe Kamenski, que caminaba solícitamente á su lado, confiese usted que he tenido una feliz ocurrencia y que esta excursión campestre resulta verdaderamente encantadora.........

El joven eslavo, de esbelto cuerpo, apasionado y diestro, afilábase la punta de un dedo en su bigote rubio y fijando en su compañera una azul mirada arrulladora, la respondió con una voz ligeramente gangosa.

—Señora, cualquier paseo al lado suyo resulta encantador, y por más que el camino sea en extremo pedregoso, es una delicia subirlo con usted, y todavía será más delicioso si aceptara mi brazo.

—Gracias, príncipe, me gusta tener en libertad mis movimientos, y además, he observado que cada vez que he aceptado su brazo, ha abusado usted para estrecharme el mío más de lo razonable.

—¡Ay! Es el único modo que me queda de expresar mi ternura, ya que usted me prohibe hablarla de ella.

—¿Para qué? Las declaraciones de amor son necesaria y tontamente banales......... Usted mismo, Kamenski, cuando habla sin esa preocupación, es interesante y hasta espiritual; pero tan luego como le ocurre volver á las andadas, se hace usted estúpido......... No me tenga rencor si le impido expresar tan necias vulgaridades.

—¿Entonces, no cree usted en el amor?

—Sí, pero pienso que es una flor rara que no nace en los caminos carreteros.

—Gracias por la comparación...... En fin, ¿no cree usted que la quiero?

Lo miró de soslayo y sonrió irónicamente.

—Creo que le gusto, lo que es muy distinto.

—Llámelo usted con el nombre que guste, pero dígame lo que es preciso hacer para agradarla.

—¡Oh! Sería preciso realizar actos heroicos, inesperados, inverosímiles...... Por ejemplo, cuando nos encontremos allá arriba, pedir un padre franciscano y confesarse...... Quizás entonces me viera yo tentada de cometer alguna locura...... por imitación!

—Se burla usted siempre!......... Ya sabe que soy cismático.

—¿Y qué?...... Así resultaría más ejemplar...... Por lo demás, ya hemos llegado, y precisamente veo á un franciscano bajo el pórtico...... ¡Consúltese usted!

Habían llegado en efecto á la plataforma que se extiende ante las dos posadas y el monasterio.

Ya las primeras parejas se internaban por los claustros, guiadas por Faubert que se había improvisado *cicerone*. Las paredes de la capilla, los tabiques y las bóvedas de ambos vestíbulos semi circulares, se hallaban cubiertas de sencillas ofrendas que recordaban los milagros realizados por la Virgen.

Algunos peregrinos habían manifestado su gratitud por medio de ricos regalos: corazones de oro macizo, coronas engarzadas de piedras finas; otros—más pobres ó menos agradecidos—se habían limitado á colgar modestamente de los muros inútiles muletas ó manos y pies modelados en cera.

En medio de un arco, entre empolvadas estampas y pequeñas embarcaciones, el pintor señaló á sus compañeros unos botines de mujer, dos zapatitos de terciopelo granate bordados de oro, de altos tacones, y tan diminutos que viéndolos se pensaba sin querer en los lindos piecesitos que debieron ocuparlos.

—*How strange!* esclamó Lady Snowdrop.

—Señoras y señores, dijo gravemente Faubert con tono de *cicerone*, el *voto* que ustedes contemplan y que les parece tan mundano cuanto inesperado, es la ofrenda de una hermosa y honrada dama: la condesa Barozzi. Estas zapatillas de Cenicienta han tenido su papel en una aventura galante, y para dar gracias al cielo, cuya graciosa intervención la libertó de un grave escándalo, la condesa ofreció humildemente á Nuestra Señora de Laghet el cuerpo del delito.

—¡Oh! *indeed!* murmuró lady Snowdrop, *how shocking!*

—¿La parece á usted extraño? replicó sencillamente la señora de Solies-Aubagne; yo encuentro todo ello muy natural y hubiese hecho otro tanto.

Después de un alto en la abovedada tienda en donde el padre Cipriano vendía rosarios y medallas, mezclando á sus ofertas comerciales, consideraciones políticas y tiradas contra los revolucionarios, la banda se lanzó por el segundo vestíbulo, y al desembocar en el atrio, se detuvo ante un placa de marmol negro, empotrada en la pared, y en la que se leía, grabada en estilo lapidario, una larga incripción italiana:

Qui
La mattina del 26 marzo 1849
Carlo Alberto
Lasciati i campi fatali di Novara
Sostava ignoto esulante...
Qui
Pianse le communi sciagure
E abbandonando colla presenza l'Italia
Ne raccommandava i destini
Al patrocinio della Vergine Madre.

—¿Qué significa ésto? preguntó Violeta al capitán Lejard.

—Esta placa ha sido consagrada á la memoria del rey Carlos-Alberto. Después de la derrota de Novara, cuya fecha aparece, 26 de Marzo de 1849, el monarca pasó su última noche en tierra italiana, en el monasterio de Laghet; comulgó aquí y partió para su destierro voluntario, después de haber abdicado en favor de Victor Manuel.

La explicación del capitán había puesto á todos serios.

Sus ojos contemplaban las paredes grises del convento y el austero valle que domina el monte Agel.

La imagen de aquel rey caballeresco, arrodillado en la soledad del claustro y bebiendo en él con resignación el caliz de la derrota, pasaba delante de sus miradas y melancólicas reflexiones subían á sus cabezas ligeras.

—¡Pobre príncipe! suspiró la sensible Nadia de Solies Aubagne.

—Abdicar, dijo el pintor, es ley que se nos impone á todos, en cierto descenso de la vida; abdicar á tiempo, es la sabiduría de los reyes.........

—Y puede usted añadir, continuó Faubert, que esta vez se había puesto realmente grave, que es también la sabiduría de los artistas y de las mujeres...... Sí, agregó guiñando los ojos detrás de sus párpados enrojecidos, sus tristes ojos en los que flotaba, con el recuerdo de los triunfos de otros tiempos, el cansancio de las mismas alegrías repetidas hasta la saciedad; sí, renunciar antes de que esté uno cansado y ridículo, cesar de producir antes de que el público esté ahito de nuestras obras, retirarse de la escena antes de las primeras arrugas y los primeros desdenes, esto es lo que debemos hacer todos...... y lo que, sin embargo, no hacemos!

Violeta de Saint Pons lo escuchaba con un reflejo de irritación en los ojos y un pliegue sarcástico en los labios!

—¡Abdicar! pensaba, cuando se siente venir la vejez y la saciedad, sea! Pero experimentar esta necesidad en el dintel de la juventud es inicuo.........

Tal era su suerte, no obstante...... ¿No había abdicado ya sus esperanzas de amor y bebido prematuramente el caliz de los amargos desalientos?

Sus miradas, desencantadas, tan pronto erraban hacia el fondo de la garganta pedregosa cuyos delgados olivares iluminaba el sol con un gris rosáceo, tan pronto ascendían hacia la árida desnudez de las colinas, en donde, de espacio á espacio, la esbelta silueta de un pino se destacaba sobre el azul del cielo.

Se preguntaba extremecida si su existencia estaría condenada á otras abdicaciones más crueles todavía, y si, como Carlos Alberto, subiría un día este escarpado calvario para ir, antes del destierro, á depositar sus postreras ilusiones á los plantas de la virgen de Laghet......

De nuevo un ímpetu de rebeldía la conmovía...... Si el porvenir era dudoso, tenía cuando menos el presente en sus manos...... ¿Por qué no aprovechar las horas que faltaban para extinguir el plazo y tomar parte en los placeres y en las pásiones de este mundo?.........

—Señores, interrumpió, nada tan mal sano como filosofar en ayunas...... Me parece que deberíamos almorzar y tomar fuerzas para subir hasta la Turbia...... ¡Síganme los sensatos!

La siguieron todos, tan cansados parecían de haber permanecido serios por tanto tiempo, y se instalaron ruidosamente bajo el senador de la posada.

La baronesa Spieler manifestó que se encargaría de té. Había traido su más perfumado *Si-a-Fayom*, y en tanto que se quitaban los pasteles y los *sandwichs*, corrió á la cocina, se arrebujó en un delantal blanco, y consagróse concienzudamente á vigilar la ebullición del agua que murmuraba en una tetera suspendida encima de una candela de encino verde.

Eva estaba encantada de hacer el papel de ama de casa; pero cuando volvió á aparecer, con las mejillas encarnadas, los cabellos revoloteándole en el aire y hubo llenado en redondo las tazas, sintieron que su té sabía horriblemente á humo, y por unanimidad se declaró intomable.

Por fortuna el vino de Asti del hostelero era exquisito, y este *moscato* dorado que chispeaba en los vasos, los compensó ampliamente. Una bulliciosa alegría se elevaba del cenador. Las copas y las risas resonaban, mientras que en los alrededores los aldeanos agrupados, espiaban con ojos maliciosos á aquellos señores de ademanes atrevidos y á aquellas hermosas damas que tomaban por cortesanas.........

Acababan de dar las cuatro en el reloj del convento.

Las parejas se desparramaban de nuevo por el camino que conduce á la Turbia. Eva Spieler charla con el capitán Lejard. La morena y descocada señora de Solies-Aubagne se apoya más tiernamente en el brazo de Mario Legrand. Lady Snowdrop, de piernas flacas é infatigables, se sienta en cuclillas y se pone á hacer un ramillete de *maravillas*; abandona muy pronto al viejo Faubert, que renuncia á seguirla y se va dando zancadas bajo los rayos del sol poniente.

Cuando se encuentra solo consigo mismo, el antiguo vividor pierde todo su brío; sus facciones se alteran, anda con paso vacilante y cae en una espantosa tristeza.

El príncipe Kamenski se acerca á Violeta, que camina solitaria:

—La costa es larga, insinúa socarronamente, ¿quisiera usted aceptar mi brazo?

—¡Siempre la misma canción! contesta ella contrariada. ¿Me trae usted el certificado de confesión?

—No, respondió en el mismo tono; prefiero confesarme con usted. Me permite que la abra mi corazón?

—¡Dios me libre! Me daría mucho miedo enredarme allí con la señora de Girelle...... ¿No es de ella el corazón de usted?......... Se me figuraría que iba á trasegar en el cajón donde guarda sus misivas amorosas.

—Malévola!......... Bien sabe usted que ya no la veo.

—Entonces ¿ya no le gusta á usted?

—Ya no existe para mí; la he bastado á usted aparecer en mi camino, para borrar absolutamente hasta la sombra de su recuerdo.

—Esto significa, en buenas palabras, que un clavo saca otro clavo......... ¿Sabe usted que no las tengo todas conmigo?

—¡Oh! usted es otra cosa muy distinta!

—Sí......... yo? Llamo la atención por la novedad; soy la flor cuyo perfume no se ha desvanecido, el fruto que pende de la rama, ya maduro, y que nadie ha tocado...... Adivino las variaciones de usted sobre un tema que le es tan agradable. ¿Por qué quiere usted que me arriesgue á correr la misma suerte que la señora de Girelle?

—Porque, exclamó el príncipe poniéndose serio y con un resplandor más tierno en sus ojos azules; no es un capricho lo que usted me inspira, sino amor, un amor entrañable y profundo......... ¿Necesita usted pruebas? Soy libre, poseo una mediana fortuna en Rusia, divórciese usted de su marido y la prometo hacerla mi esposa.

Su acento era apasionado y sincero. Violeta se sintió conmovida con sus palabras y dulcificó un tanto su mirada.

—¿Olvida usted, dijo, que entre nosotros no se rompe el matrimonio sino por la muerte de uno de los cónyuges? Además, somos católicos, querido amigo, y no admitimos el divorcio......... Y luego ...... y luego (con gesto de niña malcriada) me basta con la experiencia que tengo del matrimonio.

Los ojos del joven expresaron un asombro mezclado de tristeza y deseos.

—¡Me desespera usted! murmuró! ¿Qué hago entonces?

—Vuelva usted con la señora de Girelle. Tiene el hábito de esas cosas, y será con usted muy indulgente.

—¡Pero si ya no la quiero!

—¿Entonces la ha querido usted alguna vez? Creí que había sido sólo un capricho.

—¡Dios mío! Era un afecto externo, á Flor de epidermis, si me atrevo á decirlo así. Vea usted, Sabina tiene el diablo en el cuerpo, es muy zalamera, muy seductora....

—¿De veras? replicó Violeta con la voz alterada, y un relámpago pasó por sus ojos grises.

Después, continuó muy animada, casi con tierna entonación:

—Usted me ha prometido confesarse conmigo; pues bien, cuénteme lo todo. Dígame usted cómo comenzaron sus amores y cómo terminaron.

La misma curiosidad punzante que antes la impulsaba á espiar los rústicos amores de Doris y su músico, la atormentaba en ese momento y la excitaba á provocar las confidencias de Kamenski.

Hay en todo hombre un fondo de fatuidad que cualquiera mujer inteligente puede con facilidad explotar.

Parte por vanidad, parte también porque piensa despertar así el deseo del pecado en el corazón dormido de la señora de Saint-Pons, el joven eslavo se deja arrancar poco á poco hasta los detalles de sus intimidades con la señora de Girelle.

Ha logrado tomar el brazo de Violeta y la conversación la interesa tan vivamente, que no se opone á ello. Estrechamente unidos, casi tocándose las cabezas, van por las calles de la Turbia, pasan inadvertidamente debajo de la torre de Augusto y se unen á sus compañeros cerca ya de la estación del funicular.

Nadie se detiene en la terraza para admirar los pintorescos recortes de la costa, ni las montañas nivosas que se escalonan por encima de Vintinilla, ni la regia majestad del mar empurpurado por el sol poniente.

Todos están saturados de paisajes; el espectáculo de las bellezas naturales los hace indiferentes, y se apresuran á subir al primer tren que regresa á Monte Carlo.

A su llegada, mientras el capitán y Kamenski se apresuran á apartar una mesa y pedir la comida, las señoras, acompañadas de Mario Legrand y de Faubert, van á dar una vuelta por el juego.

En las salas, en donde los sofoca un olor acre de emanaciones humanas, se ve flotar un polvo impalpable bajo la luz de las lámparas.

Las mesas están rodeadas de triples filas de jugadores. En confusa barahunda resuena el ruido de monedas mezclado al repique de las bolas rodando en la ruleta y seguidos de la voz ronca y maquinal gurrupiés que anuncia el número.

Lady Snowdrop y la señora Solies-Aubagne, que son supersticiosas, apuestan un luis al *veintiseis*, fecha de la entrada de Carlos Alberto al convento de Laght, mientras que Violeta y Eva van en busca del barón de Spieler. Por fin lo encuentran sentado á una mesa del centro, apostando febrilmente á la columna del 32.

Eva lo toca en el hombro con el extremo de su mano enguantada; él se vuelve nerviosamente, sus ojos grises reconocen á su mujer, y una mueca de desagrado contrae sus labios pálidos que, como un paréntesis, encuadran sus patillas rubias.

—¿Qué haces ahí? pregunta la baronesa.

—Déjame, gritó con impaciencia; me vas á espantar la suerte.

Rueda la bola y sale el 36.

—¡Ya ves lo que te decía! gruñó él volviéndola las espaldas.

—Ya sabes, replicó Eva imperturbable, que comemos en el *Grand Hotel*. Allá nos encontrarás, si te acuerdas de nosotras.

La conversación de los dos recién casados, terminó después de estas breves palabras.

Violeta, cansada y loca, se sentó en el diván central y las palmeras, cuyas ramas empolvadas han sido testigos de tan variados lances, van á presenciar ahora una serie de meditaciones desconocidas para ellas.

La señora de Saint-Pons, indiferente á cuánto la rodea, cierra los ojos, se reconcentra en sí misma y ve desarrollarse el camino blancuzco de la Turbia, donde, herido por el sol poniente, el príncipe Kamenski, elegante y artero, la murmura confidencialmente al oído la historia de sus relaciones con Sabina Girelle, tan zalamera y tan seductora.

Con un amargo dejo de tristeza, la escarba el corazón el torcedor de los celos. Se compara mentalmente con Sabina, y encuentra con íntima satisfacción que posee una indiscutible superioridad sobre la que la ha precedido en el corazón del príncipe, aún juzgada puramente desde el punto de vista del exterior y del aparato.

Está convencida de que, si lo pretendiera, podría atar al joven Kamenski con cadenas más firmes y duraderas. Pero ¿á qué aspira?

Según su costumbre, sondea valientemente el fondo de su corazón y en él descubre un germen minúsculo, como el embrión de un deseo, de emociones no sentidas.

¿Por qué no había de dejar que ese obscuro germen se desarrollara libremente? ¿Por qué se había de detener ante escrúpulos que á las otras no asustan?

No haría ni más ni menos de lo que ellas hacen. Por lo pronto, la maledicencia no ha de respetarla en esa sociedad donde ha entrado, y donde nadie resiste á las tentaciones y á los caprichos.

Hasta ahora se ha limitado á inocentes coqueteos, y sin embargo, indudablemente ya le señalan un amante.

Si corre los mismos riesgos que sus amigas, es justo que se aproveche de los beneficios de su situacion, que satisfaga intrépidamente su deseo de emociones nuevas, y que apure hasta el fin, sino la alegría de amar, por lo menos la voluptuosidad de ser amada.

Con verdadera obsesión, la imagen de Kamenski, elegante, zalamera y solicitada por todas las mujeres, se yergue ante sus ojos, y una sonrisa misteriosa se dibuja en sus labios.

—¿Qué sucede, Violeta, te estás riendo con los ángeles?...... ¿Vienes? Ya son las siete.

Flor de Niza, estremeciéndose, abre los ojos. Eva está cerca de ella, y atrás se ven Mario Legrand, Lady Snowdrop y Nadia, que la señalan burlonamente al periodista Taubert. Este la toma del brazo y todos se dirigen al atrio.

Media hora después, la banda se encuentra en uno de los salones del *Grand Hotel*, al rededor de una mesa oblonga, cuyo mantel está salpicado de flores. Las rosas de Niel y los narcisos, después los nardos y las violetas, los claveles y las madreselvas, regocijan la vista con la gracia de sus tallos gráciles y la harmoniosa gama de sus colores discretamente fundidos al resplandor de las luces.

Un perfume suave y embriagador se exhalaba de sus corolas esparcidas al acaso.

El barón Spieler ha faltado á la cita, pero decidieron que no se le esperaría y nadie parece lamentar su ausencia.

El *menú*, diestramente arreglado por Kamenski y Legrand, es á la vez sustancioso y exquisito.

En las garrafas heladas, el *Sparkling Moselle*, alternando con el *Rœderer*. Las mesas de los tres salones están ocupadas; las espesas alfombras apagan los pasos de los *maîtres d'hotel*.

Al extremo de las piezas y separada por biombos luminosos, una orquesta de zíngaros ejecuta *sardás* y valses.

La música, una veces salvajemente fogosa, otras lánguidamente apasionada, llega por soplos lejanos; los acordes, oídos como en sueños, añaden un extraño sazón exótico á la embriaguez de los vinos espumosos y de las flores esparcidas.

Las mejillas de las señoras se encienden; sus ojos toman un brillo fosforescente; sus risas tienen entonaciones provocativas. Sólo la cara de Lady Snowdrop, amarillenta como la de un papagayo, permanece impasiblemente flemática.

Mario, estimulado por lo esquisito de los manjares, aventura sobre el amor y el arte paradojas brillantes, que contesta el príncipe Kamenski.

El joven eslavo ha advertido que el tono elegiaco y sentimental no le favorecía en su negocio y ha cambiado de táctica.

Platica ahora con cierto abandono á la vez familiar y altivo. Su humorismo, medio astuto, cáustico y lleno de imágenes, poético con sus puntas de perversidad, ejerce en los convidados, y principalmente en las mujeres, una especial seducción.

A cada momento Violeta se fija en él y lo escucha, mascullando una flor con los dientes. El velo de bruma que eclipsaba sus ojos grises, se desvanece poco á poco, y ya dirije al príncipe una sonrisa alentadora.

Se sirvieron los postres.

Faubert que quiere también tener su parte de oración, emprende una de sus ordinarias tareas: se levanta, y con gravedad británica, pronuncia un brindis compuesto de sílabas incoherentes, pero que por la mímica y las entonaciones prudentemente elegidas, imitá con socarronería espiritual los *speech* que los ingleses acostumbran en sus banquetes oficiales.

Animado por los aplausos que estallan, sigue con un brindis alemán, dentro del mismo estilo y con la misma serie de onomatopeyas. Gesticula con tal arte la pedante pesadez, el énfasis estirado, el sentimentalismo lloroso del teutón, que cualquiera creería estar oyendo á un profesor de Bona y de Heidelberg arengando á sus colegas en una ceremonia universitaria.

Una explosión de risas premia al orador, y con la ayuda del *champagne* sube la alegria á su más alto diapasón y una racha de locura azota á aquellas cabezas excitadas.

Las voces se elevan, las miradas se buscan. Eva Spieler lanza un puñado de rosas á la cara del capitán Legrand, que contesta con un manojo de claveles.

A poco entran á saco en las flores de mantel; los nardos, las anémonas y los claveles se cruzan por encima de la mesa, y aquello es un combate de flores en toda regla.

A favor de este tumulto la señora de Saint Pons toma el ramo de violetas que masculiaba y lo arroja bruscamente á Kamenski en mitad del pecho.........

Es tarde, los salones están casi desiertos y van á tomar el café al aire libre.

La noche está tibia y azul; el cielo hormiguea de estrellas y la banda muy alegre corre á lo largo de los jardines embalsamados.

Mario Legrand toma del brazo á Faubert y lo felicita cordialmente por su buen éxito.

—¿Se burla usted? replica el periodista con tono entre lisonjeado y mohino ¿Cómo puede usted creer, usted, un verdadero artista, que doy algún valor á esos juguetes pasados de moda? Me avergüenzo de ellos cuando estoy solo. Pero bah! mi resolución está tomada y procuro hacer mi oficio de payaso y sirvo á estas locas, diversiones que están á la altura de su gusto y de su escaso entendimiento. ¡No tiene usted idea de su estética! Acaba usted de oír sus conversaciones; es un montón de oropel, inconsistente y hueco; espuma para hacer burbujas. Sus espíritus corren parejas con el medio en que viven. Vaya usted á su casa y verá de cerca su elegancia y su lujo engañador. Todo es allí decorativo y aparatoso; el marmol es estuco, los cuadros de maestros son infectas copias italianas, el mobiliario de pacotilla y los *bibelots* falsos parecen sacados de un bazar de ocasión y á eso están destinados: al bazar! Y además de esto, la monomanía ficticia, la habladuría insaciable de gentes que solo tratan del buen parecer y de engrandecerse mutuamente por varios artificios. Podria decirse que la coloración subida del medio día excita los cerebros y los conduce á exagerar el valor de las personas y las cosas. Es necesario, amigo mío, no ver esa sociedad sino de prisa y á distancia, como los frescos italianos con que decoran sus villas los señores de Niza......

Llegó la hora de tomar el tren de Niza y los excursionistas se dirijieron por parejas á la estación, á través de los jardines cuyos camellones de plantas raras, por miedo á las escarchas nocturnas, estaban cuidadosamente cubiertos con lona embreada.

Kamenski tomó el brazo de la señora de Saint Pons y poco á poco se fueron quedando atrás.

El enamorado príncipe, que vive en Monte Carlo y ve acercarse con temor el momento de la separación, no quiere despedirse de Violeta sin saber definitivamente á qué atenerse.

—Usted sabe, murmuró, que guardé cariñosamente su ramillete. Permítame creer que no lo debo solamente á la casualidad.

Flor de Niza pensaba que la colocaba en situación de dar un paso peligroso y su primer movimiento instintivo fué de retroceder, pero todavía estaba bajo la influencia de las excitaciones del banquete.

Lo tibio de la noche, el misterio de los jardines que atravesaba apoyada en los brazos de aquel joven, la música de una orquesta instalada en la terraza de la galería Carlos III, la inclinaban á mostrarse clemente hacia el enamorado, cuya voz arrulladora acariciaba sus oidos.

—No profundicemos nada, replicó lacónicamente. ¿Tiene usted mis violetas? Guárdelas.

—Pero ¿dígame usted siquiera que con estas flores que la han dado su nombre, me llevo también algo de su corazón?

—Pide usted demasiado...... Ya llegamos á la estación y el sitio es poco apropósito para semejantes confidencias.

—La ruego que me indique un día, una hora en que podamos hablar tranquilamente.

—Los lunes, en mi casa, me hallará usted siempre á sus órdenes.

—Sí, exclamó mortificado y dejando el brazo de Violeta; con el montón de tontería de sus visitas.

Y luego, arrebatándose la tomó las dos manos que apretó apasionadamente en la sombra.

—No, continuó, quiero una hora que sea para mí solo, y no permitiré que usted se vaya, antes que me la haya prometido.

Esta violencia sacudió voluptuosamente á la señora de Saint Pons y con una voz tan dulce como el susurro de la música, que suspiraba á los lejos, más allá de los árboles respondió:

—Está usted insoportable. Estaré en mi casa el martes entre cinco y seis...... ¡Vaya! ¿está usted contento? Y ahora béseme usted la mano.

Llevó sus dos manos desenguantadas á los labios y se las besó locamente.

Cuando llegaron sofocados al andén, el tren ya estaba en la estación y tomaron los asientos por asalto.

En medio de la confusión, se lanzan rápidas despedidas á Kamenski y se colocan satisfechos en los asientos del wagón ya completamente ocupado.

IV

En su viejo *landau* de color carmelita, la condesa de Saint Jeannet había salido de su «villa» de San Bartolomé y era arrastrada por dos caballos de pesados cascos, que al trote corto la hacían rodar por la avenida de San Mauricio.

Erguida y solemne, vestida de negro, cubierta con un sombrero empenachado, de forma antigua, sostenía su *en-tou-cas* como una espada y su saco de terciopelo como una balanza, asemejándose á una rígida Themis bajada del Olimpo para pronunciar una sentencia inapelable.

Su frente orgullosa se encontraba cargada de nubes, bajo sus ojos brillantes fulguraban amenazadores relámpagos, las mejillas se le enrojecían de una virtuosa indignación y su labio bigotudo se arqueaba como para lanzar una requisitoria.

Sin entrar en la avenida de la estación, el *landau*, dando bruscamente una vuelta á la izquierda, ganó la calle de Carabacel y se detuvo ante la casa de los Saint Pons.

Apoyada en el brazo de su criado, la condesa bajó majestuosamente del vehiculo, montado sobre altos resortes, subió sin ser anunciada por el timbre la suave rampa que conducía á la terraza y entrando como un huracán en el vestíbulo, sorprendió al lacayo agradablemente ocupado en abrazar á la recamarera, que huyó á todo correr.

—A tal ama, tales criados! murmuró la señora para sus adentros; y luego con su mas dura voz interrogó al delincuente que se inclinaba ante ella, con la cara socarrona y azorada:

—¿La señora de Saint Pons no ha de estar en casa, indudablemente?

—No, señora condesa; la señora vizcondeza ha salido.

—Bueno! bueno!...... Pero mi sobrino debe estar en casa......Avísele usted y dígame despues si puede recibirme.

Y pasó por delante del tuno, todavía no repuesto de la sorpresa, atravesó la antesala, empujó la puerta del salón y, volviéndose, añadió imperiosamente:

—¡Vaya usted!

En las habitaciones del piso bajo todo acusaba la incuria de los criados, abandonados completamente á su antojo. Los sillones permanecían aún en los mismos lugares en que fueron dejados la noche de la última recepción del lunes. Marchitas y olvidadas en los jarrones, las flores exhalaban un olor rancío. No se había dado ni un plumerazo.

La señora de Saint-Jeannet examinó el marmol de una consola, y escribió en la capa de polvo: «sucio» en gruesos caractéres.

El regreso del lacayo la sorprendió, cuando terminaba esta operación.

—El señor ruega á la señora que tenga la bondad de pasar á la biblioteca.

—Hijo mío, preguntó sarcásticamente la señora de Saint-Jeannet, ¿cuánto ganas aquí?

—Ochenta francos al mes, señora condesa.

—Y bien, tunante, tu sudor cuesta bien caro á mi sobrino...... Mira la consola, allí verás lo que pienso yo de tu servicio.

Seguida del criado corrido, se dirigió hacia la biblioteca y entró en ella silenciosamente.

Cerca de una ventana, ante una mesa de trabajo, llena de contraseñas, de legajos y de libros, Honorato se inclinaba, envuelto, extremecido de frio, en una bata obscura que le envejecía, dándole la semejanza de un fraile.

La señora de Saint-Jeannet contempló, alzando los hombros, la gran habitación austera, tapizada de libros, y á su sobrino pálido y arrugado, que se levantaba para salirla al encuentro.

—Buenos días, tía, murmuró Honorato. ¡Qué feliz visita! ¿Como está usted?

—Buenos días, Honorato, buenos días...... No te pregunto por la señora de Saint-Pons, porque como ha salido, supongo que se encuentra perfectamente.

Honorato adelantó un sillón, donde la señora de Saint-Jeannet se instaló magistralmente, mientras que el volvía á su sitio, á su sitial de trabajo.

—Es la tercera vez que vengo á tu casa, sin tener el gusto de encontrarla, dijo la condesa.

—Violeta, respondió él aturdido, lamentará vivamente que usted no la haya encontrado.

—¿Lo crees? Pues no lo parece, porque no se apresura á pagarme las visitas. ¡Mucho pasea tu mujer!

—Sí, suspiró él, con frecuencia está fuera de casa.

—¿Y te parece conveniente que se la vea por todas partes sin ti?

—Ya le he hecho esa observación, pero inútilmente. Para tener paz, he preferido confiarla á una amiga, mejor que acompañarla á casa de gentes que me fastidian.

—Te acomodas fácilmente. Es lástima que la sociedad no proceda como tú.

—¿Qué quiere usted decir? preguntó Honorato ruborizándose.

—Quiero decir que tu falta de previsión y tu debilidad, han tenido efectos deplorables, y comienzas ya á ser pasto de la murmuración.

—Pero tía.........

—Sí, querido sobrino, es la voz general de la ciudad. No acostumbro ponerme entre la espada y la pared, pero el honor de la familia, al cual me debo ante todo, me obliga ahora á vencer todas mis repugnancias...... Cuando se me ha chillado en las orejas: «¿como puede el marido soportar esos desvíos?», he respondido: el señor de Saint Pons nada sabe y me he impuesto el deber de abrirle los ojos.

(*Continuará.*)

FLOR DE NIZA

POR ANDRES THEURIET.

(Traducida especialmente para "El Mundo.")—Ilustraciones hechas en nuestros talleres.

Núm. 7.—Véanse nuestros números desde el 5 de Julio de 1896.

—Por Dios, ¿de qué se trata, tía? gritó Honorato con las facciones alteradas por dolorosa ansiedad.

—Tu mujer está en vías de perder su reputación, y en vísperas de perderlo todo, absolutamente todo, cuerpo y alma, lo que sucederá muy pronto si no la pones en orden. Frecuenta una sociedad sin principios, sin moralidad y sin escrúpulos; tiene por diaria compañía á una loca como la señora Spieler, á mujeres equívocas como Lady Snowdrop, á la chiquilla Solies-Aubagne, á artistas, á gentes sin valor venidas quién sabe de dónde. Se arruina gastando en tocados extravagantes y compromete su fortuna, que es algo tuya, puesto que eres el administrador. ¿Sabes lo que supe ayer tarde? Que debe diez mil francos á la modista, diez mil á la costurera, mil quinientos á la florista de San Juan y mucho dinero á todo el mundo. Tu casa está abandonada á los criados y se ve de arriba á abajo un abandono, una incuria, de que acabo de tener pruebas hace un momento. Entre tanto, tú de nada te cuidas, á nada atiendes, y no ves que si sigue esta escandalosa manera de vivir, si dura un poco más este desorden, será el deshonor y la ruina de los dos.

Cuando hubo concluido con trágico ademán esta primera parte de su requisitoria, la señora de Saint-Jeannet se detuvo para respirar y estudiar el efecto producido en su sobrino.

El desgraciado Honorato se había quedado como quien ve visiones; contemplaba á su tía con ojos como de náufrago desolado, se mordía los labios y se desarticulaba los dedos en movimientos convulsivos.

—¡Oh, tía!...... balbuceó trabajosamente. En verdad

que estoy confuso, mucho menos por la revelación de esos desórdenes en los gastos, que por la gravedad de los desvíos de conducta atribuidos á Violeta. Pero, en fin, las acusaciones de usted son, me parece...... un poco vagas... Espero ..... en fin...... creo que se las han exagerado.

—¡Ah! repuso la condesa un poco mortificada, ¿pretendes que ponga yo los puntos sobre las ies? Pues bien, aquí tienes algo más concreto: el otro día la señora de Saint-Pons ha escandalizado de modo cruel á los reverendos padres de Nuestra Señora de Laghet, llevando en su séquito á la capilla y á los cláustros, una banda de jóvenes cuyo aspecto era inconveniente y los propósitos sacrílegos. En el último Carnaval llevó su audacia hasta ir á cenar á la fonda, confundiéndose con las más desvergonzadas mujerzuelas. Roquebillere lo ha sabido por algunas personas de su conocimiento que se encontraban allí, y no podían creer lo que veían con sus ojos.

—¡Dios mío! suspiró Honorato, ¿es posible?

—Hay algo peor todavía, replicó la implacable acusadora. Tu mujer no se contenta con apartarse de su casa, llenarse de deudas y exponer su reputación. Se deja cortejar por un alocado, un tal príncipe Kamenski, con quien se la ve por todas partes.

—¿Kamenski?

Honorato se había puesto pálido y le temblaban los labios. Se acordaba perfectamente de haber visto al príncipe en casa de los Maruverno, y al recuerdo del joven ruso, elegante, seductor y robusto, los celos se le clavaron en mitad del corazón como una hoja de acero.

Lanzó una mirada terrible á la señora de Saint Jeannet, y la dijo con voz sofocada:

—¡Querida tía, tenga usted mucho cuidado! Pese usted bien sus palabras!...... Si lo que acaba usted de decirme es cierto, no vacilaré un punto: iré inmediatamente á abofetear á ese miserable, y en cuanto á su cómplice, yo......

—Escúchame tranquilamente primero, interrumpió la condesa.

Mentalmente comparaba al príncipe, que era de primera fuerza en todos los ejercicios corporales, con aquel débil y torpe Honorato, que en su vida había manejado una pistola ó un florete, y este desventajoso paralelo la inclinaba á una solución más pacífica.

—No se trata, continuó, de dar un escándalo en público. Saldrías el peor librado y te cubrirías de ridículo. Además, entiéndelo bien, no creo que tu mujer sea, en el fondo, culpable. Aunque ha sido muy mal educada, la creo demasiado altiva y orgullosa para tener un amante. Pero las apariencias la condenan y esto ya es mucho. Es tiempo de que recobres tu autoridad y que la hables como marido. Sobre todo, nada de ruido ni de escándalo; la ropa sucia se lava en casa. Haz venir aquí á la señora de Saint-Pons, y con autoridad solemne convéncela de sus faltas. Si no te sientes con el corazón bastante fuerte ó con la mano bastante vigorosa, aquí estamos nosotros para ayudarte. Celebraremos contigo un consejo de familia, delante del cual tendrá que comparecer la descarriada y hacer el propósito de enmienda.

Esta idea de sentarse en una especie de tribunal familiar y notificar ella misma el veredicto de aquel jurado, sazonándolo con una acre amonestación, hacía sonreír de un modo particular á la señora de Saint-Jeannet.

El papel de justiciera lisonjeaba su mal humor y sus principios autoritarios.

Además, habría experimentado íntima satisfacción en abatir el orgullo de aquella joven, cuya belleza exasperaba sus rencores de tarasca.

—¿Quieres, añadió, que señalemos el día? Convocaré á Roquebillere, al primo Barberis y á Catalina de Colomars.

—No, gritó Honorato asustado, yo me basto á mí mismo para esta tarea. Querida tía, me hace falta estar solo. Hágame usted favor de dejarme para poner en orden mis ideas. El golpe ha sido demasiado rudo.

Y apretándose la cabeza con las manos, comenzó á sollozar sordamente.

—¡Pobre hijo mío! dijo la condesa levantándose. Nada de sensiblerías. Aprende á ser hombre. Piensa que eres responsable delante de Dios del alma de tu esposa y que debes hacer respetar el honor de tu nombre. Impón tu voluntad á esa loquela y hazla andar derecho. Por última vez, si necesitas de mi ayuda, una palabra y me tendrás á tu lado. Ahora valor, y buenas tardes. Inútil es que quieras acompañarme. Conozco bien el camino y sabré encontrar á mi gente.

Ella salió magestuosa y él quedóse estremecido, ante la puerta cerrada.

Las palabras de su tía le zumbaban en los oídos; las piernas le flaqueaban, y se encontraba en el estado de un hombre que acaba de sentir temblar la tierra bajo sus pies, y á quien paraliza el temor de una sacudida mucho más violenta.

Dió algunos pasos vacilantes en la espaciosa pieza, que iba ya ensombreciendo el crepúsculo y llenando de brumas los frisos y los rincones.

A la caída progresiva y lenta de aquella obscuridad grisácea, tenía conciencia más cierta de su aislamiento y su miseria.

Aun cuando no hubiera querido dejarlo sospechar á la señora de Saint-Jeannet, presentía hacía tiempo que sus debilidades respecto á Violeta, tendrían funestas consecuencias; sólo que, como todos los débiles, se figuraba que tapándose los oídos y los ojos, retardaría la espantosa catástrofe. Y sin embargo, ésta había venido, y más desastrosa de lo que se la había imaginado.

Ya no se trataba ahora de los desórdenes en su casa, de la vida disipada de su mujer, gastadora y antojadiza; su honor de marido estaba amenazado; Violeta alentaba los cortejos asiduos y el amor de otro hombre.

A la sola idea de que un extraño gozara al lado de su mujer de esas menudencias familiares que á él le habían sido rehusadas tan duramente, Honorato gritaba de dolor y de celos. Se decía que aquella inclinación databa quizás de más lejos, de antes del matrimonio y qu sin duda, el recuerdo de aquel príncipe Kamenski, era lo que se había interpuesto entre Violeta y él desde la primera noche de boda. Y en estos momentos se veían constantemente y compartían las mismas dulzuras!

En esas reuniones mundanas que tantas ocasiones ofrecen á las intimidades culpables, con la complicidad de un medio disoluto y demasiado tolerante, la caída parecía inevitable. Cualquier día sucumbiría Violeta, si es que no había sucumbido ya!.........

Honorato se detenía aquí bruscamente, y un estremecimiento nervioso lo sacudía de la cabeza á los pies, y una contracción angustiosa le atenazeaba el corazón como en una crisis de angina de pecho......

La biblioteca se había entenebrecido completamente; las vidrieras de la ventana formaban sólo como una mancha lechosa en la obscuridad. En medio de estas negras profundidades, la mezquina silueta de Honorato se movía lentamente y apenas distinta.

Se dirigió á tientas al sillón y se sentó agobiado de dolor.

En su cerebro, donde las ideas se agitaban confusamente, había tantas sombras como en la sala de estudio.

¿Qué hacer? Violeta iba á entrar de un momento á otro para cambiar de traje, porque comía fuera de casa, y además era día de abono en la ópera.

¿Seguiría los consejos de la señora de Saint-Jeannet? ¿La mandaría llamar á la biblioteca, y después de reprocharla con frase dura su conducta, la daría orden de quedarse en casa?.........

Pero sólo á la idea de esta conversación, se estremecía violentamente y un sudor frío le humedecía las sienes. Su debilidad de espíritu le quitaba toda voluntad enérgica y le aconsejaba términos medios cobardes.

En sus anteriores discusiones siempre había cedido, retrocediendo ante la lucha y con la conciencia de su inferioridad moral, de su falta de prestigio como marido.

Sin embargo, la hora era decisiva y era preciso obrar resueltamente, ó resignarse á una caída humillante, á una vergonzoza abdicación.

Trataba de reanimarse, de erguirse, pensando en su dignidad ultrajada, en su honor comprometido, en su nombre expuesto al ridículo. Sí, la haría comparecer; la expondría sus justos motivos de resentimiento, la haría ruborizar de sus locuras, y la intimaría enérgicamente la orden de volver á la senda del deber.

¿Enérgicamente? ¡Ay! ¿Dónde acudiría á tomar esa victoriosa energía? No la encontraba ni en su palabra vacilante, ni en sus ademanes torpes, ni en su débil corazón!

A la primera mirada caída de las pupilas cambiantes de Violeta, perdería toda su sangrefría, toda su presencia de ánimo. Suponiendo que llegara á dominarse, y á decirla: «quiero» ¿qué sucedería si ella se encaprichaba y obstinada en su locura, rehusaba doblegarse y lo amenazaba con ruidoso rompimiento?.........

¡Ah! lo sabía de antemano. El era el que se doblegaría, el que retrocedería ante el extremo de una separación, porque la amaba á pesar de sus desprecios, de sus frialdades y de sus faltas; porque prefería sufrir por ella antes que perderla para siempre.

Pensando en este desenlace posible, en un altercado con su esposa, era presa de un terror de niño; se le oprimía el corazón, se humedecían sus ojos y sentía que sus resoluciones se deslizaban como el agua en un vaso roto.

¡Sí, Vidal tenía razón en otro tiempo! Violeta Castellar había de hechizarlo y él no tenía los tamaños para luchar contra ella!

Y se acordaba de las palabras de su hermano, de las advertencias que le había prodigado aquella noche, á la sombra de un bosque de pinos, mientras el mar iba á expirar sobre la arena con susurros parecidos á cantos de sirenas.

De improviso, en su cerebro desordenado brilló un resplandor como un faro en medio de la noche. ¿Por qué no recurrir á Vidal?...... Él le había servido de intermediario para pedir la mano de Violeta, la conocía mejor que él y sabía hablar con las mujeres. Era el jefe de la familia y poseía la autoridad que dan una voluntad firme y recta, un espíritu superior y el trato social. Su intervención molestaría menos á Flor de Niza que la mediación intrusa de los otros miembros de la familia. Respetaría el amor propio de la joven, y evitaría entre los esposos esos mutuos reproches que acaban siempre por ofensas irreparables.

Vidal con su tacto, su generosidad y su energía sería al mismo tiempo un árbitro severo y un poderoso pacificador. ¿Cómo Honorato no había pensado desde el principio en solicitar la ayuda de su hermano?

La cosa era tanto más facil de realizar cuanto que, hallándose Vidal actualmente en Florencia, podía acudir á Niza veinticuatro horas después de haber recibido una carta un poco apremiante.

Honorato decidió escribir esta carta inmediatamente, y hasta la llegada de su hermano quedar respecto á Violeta en el caso de *statu quo ante béllum*.

Este expediente lisonjeaba, pues, su debilidad, en alto grado le concedía algunos días de espera antes de la explicación suprema y satisfacía sus temores, dejando tranquila su conciencia.

Llamó á un criado que trajera luces, y tan pronto como estuvo la lámpara encendida, se sentó ante su escritorio, masculló un momento el portapluma y escribió luego la carta siguiente, á las veces interrumpida por pausas meditabundas y dolorosos suspiros:

«Mi querido hermano:

«A pesar de que no nos escribimos ni á menudo ni largamente, sé cuánto me quieres, y con cuánta seguridad puedo contar contigo! Así, pues, no vacilo en acudir á tu fiel cariño, porque tengo gran necesidad de tu auxilio.

«Soy muy desgraciado, ¡Vidal! y desgraciado por causa mía. Pero antes de decirte el auxilio que de tí espero, debo hacerte una sincera confesión, y es ésta: Recordarás con qué insistencia te supliqué que fueses mi abogado ante la Sra. Castellar y qué prisa me daba por convertirme en su yerno, á despecho de tus temores y de tus objeciones afectuosas. Sabes también, con qué palpitaciones de alegría conduje al altar á la mujer que había escogido, porque la amaba apasionadamente. ¡Ay, amigo mío! Mi alegría ha sido corta y punzantes desengaños la han seguido. Tenías razón: carecía yo de los tamaños para casarme con Violeta Castellar. Los hombres como yo, cuya debilidad moral es igual á su debilidad física, no deberían nunca pensar en el matrimonio. Desde la primera noche comencé mal; me había imaginado que bastaba amar ardientemente á una mujer para ser amado por ella. No sospechaba que la explosión del amor más ardoroso resulta ineficaz si no está unida al dón de agradar. He cansado á Violeta con mi ternura demasiado humilde, y solamente á su fatiga ó á su compasión la debo esas muestras de cariño que no son deliciosas sino cuando son concedidas en virtud de un impulso del corazón. Mi mujer no me ha perdonado este movimiento de compasión,.

yo he hecho otro tanto con su desdeñosa condescendencia, y nuestros mutuos rencores han abierto entre los dos un abismo. Herido en mi amor propio, me he aislado, dejando á Violeta que languideciese en la soledad.

«Entregada á sí misma, se ha cansado más pronto de su aislamiento que yo de mi enfado, y ha buscado distracciones fuera de su casa. Ha frecuentado la sociedad abigarrada de la colonia extranjera; se ha lanzado en ella como un torbellino, y ha perdido la cabeza. Se ha hecho más disipada y más excéntrica que las aventureras y las locas que la acompañan. Ya adivinas el resultado de este nuevo género de vida: el hogar desierto; la casa entregada á los criados; las prodigalidades desproporcionadas y las deudas. A la primera observación, me cerró la boca, diciéndome que era libre de gastar á su albedrío el dinero que había aportado al matrimonio. Lastimado por esta respuesta ofensiva, resolví en un principio sufrir en silencio; pero sus excentricidades hacen ahora demasiado ruido, y no puedo callar por más tiempo.

«Esta miserable sociedad cosmopolita me la ha robado en cuerpo y alma. La han vuelto loca, la han mimado, alentado, hasta llegar á las más ruidosas aventuras..... No creo que todavía haya llegado hasta el extremo de olvidarse de sus deberes; pero está en una pendiente fatal y me hace desgraciado. Sufro, Vidal, sufro como un condenado, porque la quiero á pesar de todo, la quiero como el primer dia. A las amarguras de un amor no comprendido, á las torturas de los celos, se une la rabia de no poder hacer nada para cambiar este estado de cosas. La veo que se pierde, y tengo la conciencia de mi incapacidad para salvarla. Lloro de vergüenza, pensando que me faltan energía y autoridad para obligar á la infeliz á volver por el camino recto.

«En esta angustia, querido hermano, mi querido hermano mayor, no tengo esperanza sino en tí. Tú conoces la vida, eres fuerte y sagaz, tierno y enérgico; únicamente tú puedes salvarme y conducir á la senda del deber esta alma extraviada. ¡Socorro, Vidal, ven pronto! Toma el primer tren, y acude directamente á mi casa. Te espero como una providencia. Apresúrate; cada dia de tardanza hace más peligrosa, más irremediable, quizás, la situación de tu pobre hermano menor que tristemente te abraza.

Honorato.»

Cuando hubo cerrado la carta, Honorato, envuelto en un abrigo viejo, con el sombrero de fieltro hundido hasta los ojos, corrió á llevarla al correo, con objeto de tener la certidumbre de que saldría aquella misma noche.

Por un momento la mantuvo suspendida encima del buzón, luego la lanzó en la abertura.

Y rozando las paredes, corriendo en la calle poblada de tinieblas, como un ladrón que se oculta, entró furtivamente en la casa, y fué á refugiarse en su biblioteca.

Se dejó caer sin respiración en un sitial, en tanto que afuera oía un ruido de ruedas deslizándose sobre el embaldosado, y luego la voz enronquecida del cochero, llamando al conserje para que abriese las verjas al *coupé* de la señora de Saint-Pons.

TERCERA PARTE.

Tres dias después, como á las siete de la tarde, bajaba Vidal de Saint Pons del tren de Génova y se hacía conducir á la calle de Carabacel. Se había puesto en camino sin avisar á nadie, prefiriendo llegar intempestivamente á la casa de su hermano y darse cuenta mejor de la situación.

Desde que echó pie á tierra quedó desagradablemente impresionado. El portero no se encontraba en su pieza; ni en el piso bajo, ni en el primero de la casa brillaba una luz; en cambio el gas flameaba en los sótanos de la servidumbre, y á juzgar por el rumor de la vajilla, acompañada de risas masculinas y femeninas que ascendían de las ventanas de la cocina, no se debían aburrir mucho allí.

Vidal tuvo necesidad de tocar tres veces el botón antes de que se decidiesen á contestar al sonido del timbre eléctrico.

Por último la puerta del vestíbulo fué abierta por aquel mismo lacayo que había irritado la bilis de la señora de Saint-Jeannet.

El tuno, con los ojos inflamados y la boca mal limpiada todavía, midió con una mirada cínica al importuno que venía á molestarlo á mitad de la cena.

—¿La señora de Saint-Pons? preguntó Vidal.

El criado que jamás había visto al primogénito de los Saint-Pons, conservaba la hoja de la puerta entreabierta, y respondió con tono malhumorado:

—La señora vizcondesa no está en casa y el señor vizconde no recibe á nadie á esta hora.

—Hará una excepción con su hermano...... Soy el conde de Saint-Pons...... Lamento mucho, añadió sarcásticamente Vidal, interrumpirlo á usted en su comida, pero me conducirá al lado de mi hermano, y pronto!...... Después hará usted que tomen el equipaje que he dejado allá abajo, en el coche...... Vamos, estoy á sus órdenes.

Dominado por el tono enérgico del recién llegado y no sabiendo con quién tenía que entendérselas, el criado se inclinó obsequiosamente y encaminó á Vidal hacia la biblioteca, cuya puerta abrió, después de haber tocado con discreción.

En un rincón de la pieza iluminada por una sola lámpara, Honorato cenaba solitariamente en una mesilla colocada cerca de su escritorio. La modesta luz, atenuada más todavía por una pantalla, dejaba en una melancólica sombra el resto de la biblioteca, concentrando toda su claridad en el pálido semblante de Honorato y el extremo del mantel en donde se había puesto el cubierto.

El menor de los Saint-Pons levantó la cabeza, se puso los lentes y reconociendo á su hermano:

—Ah! exclamó, querido Vidal, qué bien llegado!

Y luego, dirigiéndose al criado:

—Haga usted subir el equipaje de mi hermano y prepárele una habitación cerca de la mía...... Que traigan otro cubierto, y salga usted en seguida.

Cuando estuvieron solos, Honorato se arrojó al cuello de su hermano y lo abrazó convulsivamente.

—¡Cuán bueno eres en haber venido! balbuceó. Yo no dudaba, por lo demás, de tí, y te aguardaba con impaciencia.

Vidal, al devolverle su abrazo, había fruncido las cejas.

Contemplaba con aire de disgusto aquel pobre alumbrado, aquella mesa descuidadamente servida, extraviada en la amplia pieza llena de tinieblas.

—¡Pobre hermano mío! murmuró.

La sorpresa y la cólera le cortaban la palabra. Al cabo de un instante, continuó:

—¿Acaso cenas á menudo de un modo tan fúnebre?

Honorato movió tristemente la cabeza, y luego, como la puerta se volvía á abrir, se llevó precipitadamente un dedo á los labios.

El criado entró de nuevo, trayendo un segundo cubierto y un plato de *tagliarini* que, con un trozo de jamón, constituía todo el *menú*.

—Esto está lúgubre! dijo Vidal con su tono de mando. Encienda usted otra lámpara.

El sirviente obedeció, en tanto que el conde se paseaba con impaciencia por la pieza obscura. Cuando la segunda lámpara estuvo encendida, Vidal agregó con su misma voz imperativa:

—Ahora, déjenos usted. Ya lo llamaremos si lo necesitamos.

Cuando la puerta se hubo cerrado, atrajo silenciosamente hacia él el plato de *tagliarini*, sirvió á su hermano y después se llenó su plato:

—Hermano, suspiró Honorato, vas á cenar bien mezquinamente.

—No te preocupes por mí; no tengo hambre...... Todo lo que desde hace un cuarto de hora estoy viendo, me ha quitado el apetito....... Ante todo ¿en dónde está tú mujer?

—En San Juan, en casa de los Maruverno.

—¿Se han separado ustedes disgustados?

—Nó; nuestras relaciones continúan siendo las mismas...... ni mejores ni peores...... Anteayer, me avisó que había sido invitada á pasar unos días en la *villa* Olimpia...... Debe representarse allí no sé qué comedia en la que ella tiene un papel. La llamaban para el ensayo general.

—¿Y esta ausencia va á durar mucho tiempo?

—No sé; la representación debe efectuarse esta noche y supongo que Violeta regresará dentro de dos ó tres días......

—Ah! *¿supones?* murmuró irónicamente Vidal. ¿Y no has hecho ninguna observación á tu esposa, que ha abandonado de este modo su casa y su marido?

—¡Dios mío! No he juzgado prudente decirla nada antes de tu llegada...... He preferido esperarte para dar un gran golpe......

—Vaya! Me has reservado el papel de hermano terrible...... Muchas gracias!

—Perdóname, querido Vidal, reconozco que he hecho mal y mi cobardía debe causarte lástima......Pero qué?...... Me siento tan torpe, tan deprimido!...... He tenido miedo de ceder, echándolo á perder todo...... Mira, cuando me ve con sus hechiceros ojos grises, pierdo la cabeza, balbuceo, y dejo que se me escapen tales tonterías......

—Mi buen hermano, te encuentras en peor situación de lo que presumía....... ¿No comprendes, desgraciado, que cada nuevo acto de debilidad te hará bajar más y más en su estimación? Los niños mimados no sienten cariño hacia los padres que los consienten; las mujeres proceden de igual modo con los maridos demasiado indulgentes...... Los desprecian á medida que ellos conceden, y se atreven entonces á cometer las mayores locuras...... ¿A dónde has llegado con tu sistema de benevolencia? Todo, en tu casa, se lo lleva la corriente. Tu mujer deserta de su hogar, tus criados entran á saco, en tanto que, relegado en un rincón, cenas como un desgraciado, en el extremo de una mesa...... Cuando, hace un momento, he visto todo esto, me ha subido el rubor á la frente, y me he arrepentido mortalmente de haber intervenido en este maldito matrimonio!.........

Tragó algunos bocados, vació de un trago el vaso de vino, y rechazando su plato:

—Y ahora ¿qué vas á hacer? exclamo. Me esperabas para dar un gran golpe; muy bien; pero es necesario saber, además cómo has pensado proceder y hasta dónde quieres que lleguen las cosas!

—Yo había pensado, dijo tímidamente Honorato, que consentirías en hablar á Violeta, en hacerla ver el camino peligroso en donde se ha arriesgado......Creo que tu autoridad bastará para hacerla volver hacia la senda del deber.........

—¡Hum!...... Eso es muy delicado y te engañas tal vez acerca de la eficacia de mi intervención. Supón que Violeta, mal aconsejada, ó contenta de su nueva vida, me manda á paseo, ¿estás decidido á llegar hasta el extremo, y separarte de ella?

—Nó! exclamó con temor el desventurado, nó! eso nó!

—Y sin embargo, replicó Vidal impaciente, no puedes permanecer eternamente en la falsa situación en que te encuentras. Es necesario que tu mujer se someta ó que la dejes...... No hay otro remedio.

—¿No te he dicho que la quiero á pesar de sus faltas?... Si la pierdo, me volveré loco y seré más desgraciado cien veces que hoy.

Vidal alzó los hombros y se levantó bruscamente.

—Si hasta ese punto estás fanatizado, no hay más sino resignarse y dejar rodar las cosas.........Pero entonces, te pregunto, por qué me has hecho venir de Florencia?

Reinaron entre los dos algunos minutos de profundo silencio, interrumpido únicamente por los pasos del hermano mayor que se paseaba malhumorado en la biblioteca.

De pronto, en la amplia pieza alumbrada á medias, se dejó oir la voz quejumbrosa de Honorato como el lamento de una criatura enferma:

—Te lo suplico, Vidal, no me abandones.........! No te tengo sino á tí en el mundo!......En medio de mis angustias contaba contigo como con una providencia...... ¿Qué va á ser de mí, si rehusas ayudarme?...... ¡Ah Dios mío! ¡Dios mío!...... soy muy desdichado!......

Lloraba con la frente oculta entre ambas manos. Los espasmos de sus dolientes sollozos traspasaban á Vidal; resonaban en sus oídos como el rumor de un eco que se propagase en la bóveda de un puente, evocando tiernos recuerdos.

El hermano mayor volvía á ver á Honorato niño, acongojándose por un juguete roto, lo volvía á encontrar en el patio del colegio, en Mónaco, perseguido por camaradas deseosos de jugarle una mala pasada y arrojándose cubierto de lágrimas en los brazos de su hermano como en un refugio seguro.........

¿Por qué no había de continuar hoy su papel de pro-

tector, como en otros tiempos? ¿Por qué retirarle la mano en el momento en que el infeliz se encontraba, más que nunca sin amparo, más que nunca víctima de su debilidad y de las durezas de la vida?......... Si en aquel instante Honorato sufria cruelmente á causa de un matrimonio mal avenido ¿no era Vidal en parte responsable de aquellos sufrimentos? ¿Acaso no había procedido con alguna insustancialidad al consentir en la unión de dos seres que no fueron creados para entenderse?.........

Se echaba en cara su egoísmo y su acritud; luego estalló dentro de él un movimiento de cólera contra aquella Violeta Castellar que tan cruelmente atormentaba á su hermano, y juróse hacer entrar en razón á la rebelde criatura, que tan pronto había dado al olvido sus promesas.

Volvióse con presteza hacia Honorato, lo tomó suavemente por los hombros, y abrazándolo:

—No llores hermano mío, le dijo. ¿Quien habla de abandonarte? ¿No estoy aquí, por lo contrario, para auxiliarte y sostenerte?...... Vamos á ver ¿no acabas de decirme que tu mujer representa esta noche una comedia en casa de los Maruverno?

—Sí, la representación estaba anunciada para esta noche.

—Espera, calculó Vidal sacando su reloj; van á dar las nueve...... Necesito cuarenta y cinco minutos para ir á San Juan, treinta para cambiar de traje...... Así, puedo llegar allá á las diez y cuarto. Veré á tu esposa tan pronto como deje la escena y te prometo traerla aquí antes de las doce.

—¿Harás eso tú, mi buen Vidal? murmuró el hermano menor enjugándose los ojos y contemplando al otro con admiración.

—Lo haré......... ó cuando menos lo intentaré todo por alcanzarlo...... Llama á tu criado para que me conduzca á mi habitación y envíame á buscar un buen carruaje.... Ah! como es necesario preveerlo todo, ordena que lleven al carruaje uno de los abrigos de Violeta y una manta de viaje bastante gruesa.

—Hermano mío, murmuró Vidal saltándole al cuello, me salvas la vida!

....

....

Media hora después, Vidal, de frac y corbata blanca, entraba nuevamente en la biblioteca.

—El coche está listo, le dijo su hermano.

—Vaya, no perdamos tiempo...... Buenas noches, hermano; no te impacientes y confía en mí.

El vehículo lo esperaba abajo de la rampa. Después de abotonarse su abrigo y encender un cigarro, Vidal dió orden al cochero: «San Juan, *villa* Olimpia; aprisa!»

Partieron. El carruaje atravesó rápidamente Paillón, costeó el puerto y subió el camino de Montborón.

La noche estaba tibia; el cielo límpido y sembrado de estrellas. En la sombra transparente se veía el blanco camino suspendido por encima de las rocas, y más allá, en el fondo, el mar, en donde punzaban las luces móviles de los faros de Antibes y del cabo Ferrat.

Hundido en un rincón del coche, fumaba Vidal preguntándose como se arreglaría para arrebatar á Violeta, en plena fiesta, decidiéndola á que lo siguiese. Se había comprometido un poco al prometer á su hermano este pronto regreso de la oveja extraviada. Ante todo, había pretendido serenar á Honorato, pero ahora le era preciso pasar revista á los medios que tenía ante sí para evitar un fiasco deplorable.

—¿Qué especie de mujer voy á encontrar? se decía para sus adentros, y volvía á ver con el recuerdo á la enigmática y encantadora joven que había conocido un año ántes.

En verdad sus ojos color gris de acero ocultaban algo que lo inquietaba. Pero á pesar de esa impenetrabilidad de su mirada, parecía tan ingenua, tan natural, tan poco inficionada de la malaria contagiosa en que se agitaba por primera vez!

¿Cómo pudo cambiar y corromperse en tan poco tiempo? ¿Cómo? Ah, Dios mío! era mujer, y por lo mismo maravillosamente apta para sufrir la influencia del medio ambiente.........

Vidal fué el primero en reírse de la inconsistencia [de su asombro, recordando con qué facilidad una campesina cualquiera, salida apenas de su aldea, una vez lanzada en el torbellino, llega á darse el aplomo, la elegancia y el aire de gran señora. ¿Necesitaría más tiempo una mujer honrada para tomar el aspecto y las aficiones de una sociedad equívoca?

Se acordó también de las palabras que se le escaparon á Flor de Niza junto á los camellones de claveles de los Maruverno:—«Siento en mí la facultad de hacerme muy buena ó muy perversa, según la influencia que reciba.»

Desde entonces Vidal había desconfiado de ella á causa de esta declaración. Hoy tenía impaciencia por apreciar hasta dónde se había pervertido aquella joven, bajo la detestable influencia de sus amistades.

—Si el mal no existe más que en la superficie, se decía, será facil obtener la curación. Pero si el virus ha contaminado todo el organismo, ¡cuánto lo siento por mi pobre hermano!...... Según mis recuerdos, Violeta me parecía tan voluntariosa como reconcentrada. En naturalezas semejantes, nada es superficial; la pasión que las invade, perturba el alma hasta sus más íntimas profundidades. En fin, pronto lo veremos.........

Y lo iba á ver pronto, en efecto, porque ya se acercaba al término de su viaje.

Los persistentes perfumes de los naranjos en flor y de los matorrales rozados por las ruedas y la cubierta del carruaje, indicaban que había traspasado la verja de la *villa* y que rodaba por la avenida principal.

Vidal distinguió luces fugitivas entre el follaje; luego vió, al dar la última vuelta, desplegarse ante su vista la fachada del gran palacio, profusamente iluminado y proyectando á través de las amplias ventanas toda una irradiación fosforescente sobre los jardines sombríos.

Numerosos trenes se estacionaban en el lado de las caballerizas; grupos de cocheros se desparramaban haciendo ruido por diversas partes. Al apearse, Vidal supo por uno de ellos que ahora se penetraba al palacio por la rotonda exterior cuyos intercolumnios se habían transformado en bastidores.

Costeó la terraza, y no sin trabajo, se deslizó por entre las profundas masas de casacas negras hasta la última fila de las sillas ocupadas por las señoras.

Cuando le pasó el deslumbramiento que le causara el paso brusco de la sombra á la plena claridad, Vidal notó más allá de las filas movedizas de las espectadoras en traje de baile, un teatrito al fondo, en la parte del salón que comunicaba con el resto de las habitaciones; y del otro lado de la rampa, resplandeciente y cubierta de flores, distinguió los personajes que se movían en escena.

Hacía tiempo que la representación había comenzado. Viendo á la ligera un programa que bondadosamente le prestó un vecino, Vidal supo el título de la pieza que se ponía en escena «Caprichos de Mariana.»

La escena representaba una calle de Nápoles, con un emparrado de hostería á la izquierda y en frente la casa del juez Claudio. Octavio—el príncipe Kamenski—con justillo color de rosa, bordado de plata, hablaba con un lacayo. Se oyó entre bastidores el repique de una campana de iglesia y, luego en la sala, resonó un aplauso general saludando la entrada de Violeta de Saint-Pons, á quien se había confiado el papel de Mariana.

Se adelantó con los ojos bajos, llevando en la mano su devocionario. Su traje y su tocado estaban copiados de una de las figuras de la *Primavera* de Botticelli. La enagua de largos pliegues, ligeramente recogida de un lado, era de brocado de seda blanca bordada de rosas. La chaqueta, escotada en redondo, adornada con ramilletes de claveles encarnados descubría ampliamente el cuello y una parte del seno. Los cabellos rizados caían en tirabuzones, cubriendo las orejas y las mejillas.

Octavio, con voz un poco gangosa interpelaba á Mariana. Entre los dos, el diálogo se cruzaba vivo y animado. Ambos parecían plenamente posesionados del carácter de los personajes, y desempeñaban su papel con tanta más naturalidad, cuanto que la exquisita prosa de Musset les servía admirablemente para expresar sus propios sentimientos.

El príncipe Kamenski seguía siempre enamorado de Violeta, pero sus esperanzas habían quedado casi en el mismo estado que en el día de la excursión á Laghet.

Un momento, en verdad, la señora de Saint Pons, por curiosidad ó por osadía, tuvo la veleidad de abandonarse; pero al día siguiente, al examinarse á fondo, se había reprochado su capricho de la víspera.

Pronto se rehizo. El príncipe, cuando acudió á la cita indicada, sólo encontró á una señora perfectamente dueña de sí misma, dispuesta aun á coquetear, pero decidida á no llevar las cosas más adelante.

Kamenski no se desalentó por tan poco y se dedicó á recobrar el terreno perdido.

Halagadora unas veces, desdeñosa otras, Flor de Niza no sentía en su corazón ese no sé qué, que arrastra á la mujer, á ceder á los arrebatos de una verdadera pasión.

En los instantes en que la adoración empalagosa de Kamenski la llegaba á lo vivo, una desconfianza de él y de sí misma, un terror súbito la defendían contra unas caricias demasiado seductoras. Trataba entonces de desviar el peligro, mofándose de la pasión de su enamorado.

Cuando lo veía más conmovido, más elocuente, arrebatador, procuraba rechazarlo con punzantes burlas, ó con una afectación de indiferencia.

Contrariado porque no se tomaba á lo serio su amor, el príncipe, que no era tonto, replicaba con espiritual vivacidad á la broma más atrevida; se punzaban mutuamente.

Renovadas sin cesar estas escaramuzas, daban por resultado la sobreexcitación de ambos, y enervándolos hacían la situación más delicada y peligrosa.

(*Continuará.*)

FLOR DE NIZA

POR ANDRES THEURIET.

(Traducida especialmente para "El Mundo.")—Ilustraciones hechas en nuestros talleres.

Núm. 8.—Véanse nuestros números desde el 5 de Julio de 1896.

De suerte que en aquel pequeño escenario de la *villa* Olimpia, Kamenski, bajo el traje de Octavio, decía con perfecta sinceridad:

«Vuestra nodriza ha vertido en vuestros labios generosamente la leche de la indiferencia; aún guardáis en la boca algunas gotas que humedecen vuestras palabras...... No podéis ni amar ni aborrecer, y sois, Mariana, como las rosas de Bengala, sin espinas y sin perfumes.»

Y cuando Violeta, con los ojos púdicamente velados y la boca desdeñosa, exclamaba:

«¿Qué es en último resultado la mujer? El entretenimiento de un instante, una frágil copa que se acerca á los labios y se arroja por sobre el hombro. La mujer ¡bah! un adminículo insuficiente! ¿No puede decirse al encontrar á alguna: Ahí va el vencido de un día? Sólo un colegial en tales materias, bajaría ante ella los ojos, diciéndose muy bajo:

—Allí va, quizás, la felicidad de una vida entera y la dejo pasar.

Infundía ella tal acento de sarcasmo y de verdad á sus palabras, que el auditorio la escuchaba extasiado.

Oíase murmurar por todas partes:

—¡Es una maravilla! Representa como una comedianta consumada!

Y todos aplaudían á rabiar.

De en medio del grupo, en que permanecía inadvertido, Vidal no apartaba los ojos de aquella admirable encarnación de Mariana. Encontraba á Violeta muy bella, y comprendía mejor el encanto que ésta ejercía sobre el desventurado Honorato.

Le parecía ya más mujer, sin que por ello dejase de mostrar aquel aterciopelado virginal, aquella castidad inpenetrable, que la distinguían antes de las demás jóvenes.

Sin dejar de admirarla, prestaba oí do á las frases cambiadas á media voz por sus vecinos, y oía á veces reflexiones que lo hacían estremecer.

—Es deliciosa, decían á su lado; trabaja como una verdadera artista.

—¡Diantre! replicaba un interlocutor, muestra en la tablas la desenvoltura y el aplomo que ya de por sí tiene y que le inspira el príncipe Kamenski.

—¿Usted cree que ella lo quiere?

—¡Cómo no, si constantemente están juntos!

Una oleada de cólera encendió el rostro de Vidal, y de nuevo sus escrutadores ojos se clavaron rabiosamente en la fisonomía de los dos actores.

No se jactaba de ser un psicólogo, pero tenía espíritu observador y los viajes habían ayudado su perspicacia.

A medida que estudiaba los gestos, las miradas, las entonaciones de los dos personajes en la escena, adquiría la convicción de que en efecto, pasaba algo anormal entre aquella mujer y aquel hombre.

En la vivacidad de sus réplicas, por la mordaz entonación del recitado, adivinaba que paralelamente á la pieza de Musset, se desarrollaba entre ambos otra comedia de carácter enteramente íntimo.

El diálogo que repetían en las tablas, no parecía para ellos más que la continuación del *flirt* y de las coqueterías de cada día.

Olvidábanse de los personajes que debían representar para no atender más que á su propio estado de ánimo y al drama de su amor.

¿Pero en qué grado estaría aquel drama pasional?

¿Se aproximaban al desenlace ó empezaban apenas las primeras complicaciones de la intriga?.........

Después de atenta observación, parecíale á Vidal que las afirmaciones de sus vecinos eran cuando menos prematuras.

En el acento incisivo y zalamero, agresivo ó burlón con que uno y otro protagonista subrayaba sus réplicas, en las miradas de ansiedad ó de desafío que se cambiaban presentíanse las peripecias de una lucha, en la que aún no había ni vencedor ni vencido, en que los deseos de uno permanecían enteros, en que las resistencias de la otra no habían cesado.

Conforme iban sucediéndose las escenas, más se afirmaba esta convicción en el espíritu del conde.

Tranquilizándose poco á poco, esperaba con menos impaciencia el término del espectáculo.

Entretanto la pieza avanzaba.

Presenciábase el violento altercado de Mariana y su marido Claudio, en la escena en qué por bravata casi se arrojaba ella á la cabeza de Octavio; luego cambiaba la decoración.

Celio, en la sombra, caía bajo el puñal de los espadachines apostados por el juez; Mariana corría vuelta loca y caía el telón, al pronunciar Octavio estas palabras, que para Vidal, enteramente ocupado de Honorato, tenían una significación mucho más trágica:

—«¡Yo no os amo, Mariana, era Celio quien os amaba!»

Se aplaudía con estrépito, llamaban á los actores que reaparecían un momento y les hacían una ovación.

Bajó de nuevo el telón, y los señores comenzaron á mezclarse con las damas.

Estas, abandonando sus asientos, se abanicaban y platicaban con volubilidad, como para desquitarse de un silencio demasiado prolongado.

Vidal se había escurrido entre los grupos, con la intención de ir á saludar á los señores de la casa, cuando un rumor de aclamaciones elogiosas y de felicitaciones se alzó en el fondo del salón.

Vió entonces á Violeta que entraba del brazo de M. Maruverno.

No se había quitado el traje de teatro y avanzaba lentamente, blanca, sonriente, encantadora, con su vestido de brocado y su corpiño floreado de claveles.

Todos se agolpaban en torno de ella y la colmaban de cumplidos.

De todas partes se escuchaban las palabras de: «Deliciosa! comedianta perfecta! admirable artista!» Y volaban hacia ella, como las hojas de rosas que se arrojan á puñados hacia la custodia en las procesiones.

Poco á poco, en su marcha triunfal, Violeta de Saint-Pons se acercaba al rincón en que estaba Vidal.

Bruscamente apartó éste á dos ó tres felicitadores que le estorbaban el paso, y surgiendo en plena luz ante su cuñada, la saludó diciéndola:

—Querida señora, permítame usted que una mis felicitaciones á las de sus amigos.........

II

Al mismo tiempo que este cumplimiento sarcástico resonaba en sus oídos, Violeta reconocía á Vidal de Saint-Pons y sentía en su interior una violenta sacudida.

En su blanco rostro, sin embargo, su turbación se manifestó apenas por una sonrisa vaga, que erró en la extremidad de sus labios entreabiertos; pero su brazo temblaba tan vivamente, que juzgó cuerdo soltar el de Bautista Maruverno, por temor de que éste fuera á notar su agitación.

Mientras Vidal cambiaba un apretón de manos y algunas palabras con el dueño de la casa, el movimiento de la gente separó bruscamente á la joven de su viejo caballero y la puso frente á frente de su cuñado.

No cesando de agitar su abanico y demasiado sorprendida para poder hablar, Flor de Niza examinaba al aparecido que tan inesperadamente se presentaba.

No había cambiado; era siempre el mismo Vidal, bello, gravemente cortés, con los mismos ojos luminosos que la habían encantado un año antes, en aquel mismo salón.

Saint-Pons, por su parte, la miraba y la hallaba de cerca, más bella aún que en la escena.

El traje de brocado á flores relumbrantes, modelaba exquisitamente los suaves contornos de su cuerpo; los claveles, apretados unos contra otros, apenas separados por algunas briznillas verdes, bordeaban como un parterre su desnudo pecho, y hacían resaltar la blanca limpidez de su satinado cutis; los blondos cabellos ensortijados, cayendo hasta muy bajo, alargaban el óvalo de su rostro y daban misterioso brillo á sus ojos.

Apenas duró aquel mutuo examen unos segundos.

Violeta, recobrando algún tanto su sangre fría, dijo con risa nerviosa:

—¡Buenas noches mi querido cuñado!...... Perdóneme usted la sorpresa; pero he dudado un momento de si era usted ó su espíritu el que se me presentaba delante........ Como nadie le esperaba...... ¿Desde cuándo está usted aquí?

—Desde esta tarde.

¿De veras?...... Y sin detenerse se vino usted al baile de los Maruverno?...... ¡Sabe usted que es abnegación!

—Y abnegación de que estoy ampliamente recompensado, puesto que he podido presenciar el gran triunfo de usted y aplaudirla yo mismo...... Representa usted admirablemente la comedia.

—¿Le parece á usted?

Advertía ella en el tono de Vidal cierto matiz de burla, y para comprender la exacta significación de sus palabras, le clavó la vista directamente en los ojos.

—Era usted la verdadera encarnación del personaje, replicó él con mucha seriedad; escuchándola comprendía yo y casi excusaba los terribles celos de ese pobre juez Claudio.

De nuevo se rió ella nerviosamente.

Los invitados, en grupos muy densos, se codeaban con ellos, al dirigirse apresuradamente al comedor.

—Ha perdido usted su caballero, prosiguió Saint-Pons; permítame usted que le ofrezca mi brazo.

Aceptó ella el brazo que le ofrecían y se apoyó suavemente en él.

Después, penetrando con dificultad á través de la multitud compacta, se abrieron paso hacia la extremidad del salón.

—Tanto peor! repuso Violeta, se lo confesaré á usted... me muero de sed!.... ¿Quiere usted conducirme al *buffet*?

Acabaron por penetrar en el comedor. El *buffet* había sido asaltado por una triple fila de gentes sedientas; pero Vidal, muy hábilmente, logró hacerse servir dos copas de champagne y retrocedieron hasta un rincón para beber más cómodamente.

Violeta alzó la copa á la altura de la de Vidal y sus miradas se encontraron.

—¿Quiere usted que brindemos? murmuró continuando con su tono chancero; bebo por su feliz arribo entre nosotros.

Chocó la copa de Vidal y apuró la suya de un sorbo.

—Y yo, respondió él gravemente, por la felicidad de usted...... y la de Honorato...... á quien no hay que olvidar tampoco.

Esta alusión á Honorato, impresionó desagradablemente á Violeta.

Tuvo el presentimiento de que su marido no debía deser extraño á la brusca vuelta del conde y el placer que experimentaba viendo de nuevo á Vidal, se mezcló de pronto un sordo estremecimiento de cólera y rebelión.

Frunció el ceño, lanzó sobre su cuñado una mirada preñada de sospechas, y añadió:

—¿Ha parado usted en la Fouán?

—No, en Niza...... Honorato me ha ofrecido hospitalidad en casa de usted.

Mordióse ella los labios, y hubo entre ellos algunos instantes de molesto silencio, durante el cual, le recogió Vidal la copa vacía y la puso juntamente con la suya en la bandeja de un sirviente que pasaba.

—Veámos, replicó la joven con voz más áspera, abriendo de nuevo con brusquedad su abanico, hablemos seriamente...... Usted no se empeñará en hacerme creer que ha venido de Niza á San Juan únicamente para asistir á la velada de la señora Maruverno.

—Veo que es usted perspicaz, respondió él en son de broma, y adivina usted de un modo admirable...... Si he de hablar con franqueza, tenía al venir otro motivo menos frívolo.

—¿Puede saberse cuál es?

—Perfectamente......... y agregó con severidad.—Al llegar á casa de mi hermano, le encontré desolado, empero más bien moral que físicamente......... Por lo demás, me expliqué su tristeza y su pena, cuando me dijo que usted estaba ausente desde hacía varios días.. ......

El tinte gris de los ojos de Violeta se oscureció más, y respondió con tono irritado y amargo:

—¿Tan grande estimación me tiene que dice eso?

Sí, insistió el conde, sin aparentar advertir la tempestuosa expresión de las facciones de su cuñada, Honorato sufre y está inquieto......Comprendo mejor aún tales inquietudes desde que he sido testigo de sus triunfos...... Es usted aquí muy cortejada y muy festejada; mi hermano se encuentra allá solo, y en su soledad, es natural que se forje fantasmas...... Es sombrío, y sus temores, de seguro infundados, no dejan de atormentarle.

Apoyó ella sobre el brazo de Saint-Pons la extremidad de su abanico, como para acabar de una vez con aquella defensa:

—¿Entiende usted por eso que me haga él el honor de estar celoso?.........

Fueron interrumpidos por la impetuosa aparición del príncipe Kamenski.

Después de haberse limpiado el afeite y cambiado de traje, acudía presuroso hacia la señora de Saint-Pons.

—Sabe usted, querida señora, dijo muy familiarmente, que se va á bailar, y que usted me ha prometido el primer vals?......

Detúvose de pronto al ver que Vidal había tomado deliberadamente del brazo á Violeta, y que ésta no hacía oposición alguna.

Flor de Niza presintió cierto impulso de protesta por parte de aquél y con voz gravemente imperiosa, dijo:

—Presento á usted al conde de Saint-Pons, mi cuñado......... Vidal, el príncipe Sergio Kamenski.

Mientras los dos hombres se saludaban friamente, continuaba ella dirigiéndose al joven ruso:

—Excúseme usted, querido. El señor de Saint-Pons acaba de llegar de Florencia y tenemos que hablar de cosas serias...... Más tarde le pagaré á usted el vals pedido.

—¡Perdón, caballero! agregó secamente Vidal, y se alejó oprimiendo vivamente el brazo de su cuñada.

Cuando hubieron llegado á la espaciosa galería de las tapicerías antiguas, separadas con bustos puestos sobre repisas de marmol rojo, Vidal dijo mirando fijamente á la joven:

—¿Ese señor es amigo de usted?

Púsose ella roja, y con ligero acento de desafío en la voz, contestó:

—Sí, es el que hacía el papel de Octavio.

—Me lo había parecido...... Y bien, querida Violeta, (permítame usted en mi calidad de hermano darle este nombre menos ceremonioso); me preguntaba usted hace-

un instante si Honorato le hacía el honor de estar celoso?...... Convenga usted en que no es para menos......... Forzosamente habrá usted tenido que ver mucho á ese joven ruso durante los preparativos para esta comedia... en los ensayos...... Al pensar en la íntima familiaridad que se establece en tales casos, á Honorato, por mucha confianza que tenga en usted, no le ha faltado tiempo para entrar en alarma......... En su lugar, yo hubiera sido menos paciente.

—¡Oh! usted.........

Se mordió ella los labios, y acabó mentalmente la exclamación:

«Usted, pensaba ella, no hubiera tenido nada que temer.........»

Pero si no podía formular en voz alta su reflexión, sus ojos, al menos, la traducían con un súbito fulgor enternecido de sus pupilas..........

Al oír á Vidal llamarla su «querida Violeta,» su corazón se sintió repentinamente conmovido.

Sentíase menos dispuesta á la rebeldía, menos rehacia á los sermones de aquel á quien había amado aturdidamente y para quien conservaba secreta ternura.

En sus idas y venidas por la galería, los grupos de invitados los examinaban curiosamente, comentando aquella larga conversación.

Eva Spieler los rozó al pasar, y cuchicheó al oído del capitan Lejard:

—Oh! Oh! Vidal de Saint-Pons está de vuelta!......... tiene aires de gran justiciero!......... Compadezco á la pobre de Violeta......... Va á verse en aprietos!

Sin embargo, la «pobre Violeta» no parecía estar muy quejosa.

Suspendida al brazo de su cuñado, parecía muy interesada con su conversación, y ni siquiera dirigía una sola ojeada á las numerosas parejas que se dirigían hacia el gran salón, transformado en sala de baile.

Por mi parte, prosiguió Saint-Pons, me ha alarmado mucho el estado de Honorato, y á fin de verter un poco de bálsamo en su alma, ¿adivina usted lo que prometí?

—¡Darme lecciones de moral, naturalmente! respondió ella con burlona mueca.

—Más que eso...... Llevar á usted lo más pronto posible al bulevar Carabacel.

Los ojos de la joven se abrieron cuan grandes eran, y los iluminó un relámpago de desafío.

Sacudió la cabeza y preguntó, simulando una sonrisa incrédula con la comisura de sus labios:

—¿Y cuándo piensa usted proceder á esa ejecución?

—Al punto, si usted lo desea.

Corrió por el blanco pecho de Violeta un escalofrío imperceptible, se pasó los dedos sobre su corpiño floreado y su garganta, y replicó señalando con un guiño sus hombros desnudos:

—¿En este traje?...... Usted se chancea. Sólo de pensarlo me da frío.

—Tranquilícese usted. He traído conmigo sus pieles más abrigadoras. No correrá usted el riesgo de atrapar un resfriado...... Por otra parte, mandaremos cerrar el landó.

—Lo ha previsto usted todo, replicó ella irónicamente. Es usted un cuñado lleno de precauciones!...... Lamento que todo sea trabajo perdido, porque esta marcha es imposible.

Y al pronunciar la palabra «imposible,» no podía evitar un voluptuoso estremecimiento, al pensar en aquel paseo de una hora, en un noche de Abril, á solas con Vidal.

El repentino viaje le parecía una justa compensación del trayecto de Beaulieu á Saint-Jean, en compañía de Honorato, la noche de su matrimonio.

—¿Y por qué imposible? objetó con firmeza Saint-Pons.

—Porque es ridículo...... porque no puedo dejar á los Maruverno, sin una palabra de excusa.

—Bah! en esta barahunda nadie notará la marcha, y mañana le escribe usted á la señora de Maruverno un billete, explicándole que Honorato está enfermo y que tuvo usted que partir conmigo de improviso.

No...... es una insensatez!

Había soltado ella el brazo de su cuñado.

Mordía nerviosamente el abanico y desgarraba uno de sus guantes con febril impaciencia.

Sus miradas huían de encontrarse con los ojos obscuros de Vidal en donde ardía la llamarada de una voluntad inquebrantable, luego, espantados volvían á posarse en aquellos ojos dominadores.

Durante este tiempo comenzaron á oírse en el salón los primeros compases de un vals ejecutado por la orquesta.

—Teme usted el qué dirán? insistió Saint-Pons. O más bien lamenta usted sin duda, perder el vals prometido al Príncipe Kamenski?......

Esta sencilla observación produjo un efecto decisivo.

Violeta creyó que su cuñado estaba al tanto de las asiduidades comprometedoras del Príncipe y que se sospechaba que ella no sería insensible á las mismas.

A la idea de que Vidal pudiera imaginarse que estuviese impresionada de Kamenski, sintió irritación contra sí misma y contra el ruso.

Quería dar al punto á Saint-Pons una prueba terminente de lo vano de sus sospechas y bruscamente, el deseo de engañarle triunfó de sus postreras resistencias.

—Yo! exclamó ella, qué ocurrencia!...... El vals y el Príncipe Kamenski me son iguales y perfectamente indiferentes!

Juzgóla él ya vacilante y tomándole de nuevo despóticamente el brazo, le dijo:

—Vamos, marchémonos!......Hay en la antecámara un corredor que nos conducirá directamente al vestuario en donde he depositado su *salida* y mi sobretodo!...... Nadie nos verá...... Vamos, sea vd. condescendiente y sígame!

Ella estalló en una carcajada.

—Pero si esto es un rapto!...... En realidad se empeña usted mucho en que le acompañe?

—Más de lo que puedo decir.

—Pues bien sea!...... Indíqueme usted el camino......

Por un estrecho corredor que bordeaba el salón, se escurrieron como dos colegiales que se escapan y llegaron á la rotonda.

Vidal ayudó á Flor de Niza á envolverse en su abrigo azul de piel de zorra y á encapucharse en su mantilla; luego bajaron ligeramente á los jardines donde el último cuarto de la luna bañaba con rayos azulados las lustrosas hojas.

Bajo los amplios y cerrados abrigos apenas se distinguía parte del blanco rostro de la Sra. de Saint-Pons y el centelleo de sus ojos claros.

—Sabe usted dijo apretándose friolentamente al brazo del conde que esta es la segunda vez que nos escapamos furtivamente de la *villa* Olimpia?

—Ya me acuerdo el dia que cantó usted la canción del Ruiseñor.........

—Y cuando ambicionaba yo tanto los claveles de M. Maruverno de los que usted mismo me cortó una docena para dejarme la conciencia tranquila.

—Tiene usted excelente memoria, respondió Vidal, interiormente halagado de que tan fielmente hubiese ella guardado el recuerdo de aquel hecho insignificante.

—Excelente, en efecto! afirmó ella con no sé qué amarga entonación.

Permaneció un instante pensativa dirigiendo la vista hacia las masas confusas de naranjos cubiertos de azahar, y agregó sacudiendo la cabeza:

—Hace un año de ésto, va un año? Cómo se va el tiempo!...... Ya esté uno triste ó alegre, fastidiada ó feliz, él corre, corre, y á cada minuto se lleva un poco de nuestra vida.........

Sorprendido por esta reflexión que había brotado como un grito de desesperación, Vidal que había mandado al lacayo en busca de su carruaje, se volvió hacia la joven y la miró curiosamente.

Se maravillaba de encontrarla tan seria, después de haberla visto un instante antes tan frívola.

Pronto se oyeron las ruedas correr sobre la arena.

El coche se detuvo, saltó el cochero y abrió la portezuela preguntando:

—Desean el señor y la señora que cierre el landó?

—No, protestó Violeta, la noche está tibia, y viajaremos bien á descubierto.

Una vez que hubo ella subido, el conde la instaló en el fondo y extendió sobre sus rodillas un amplio cubrepolvo de piel de zorra; en seguida se sentó á su lado y partieron.

Pero cuando el landó comenzó á descender la avenida, la Sra. de Saint-Pons advirtió que él la había envuelto en la piel, si dejar nada para sí.

—No consiento ésto! exclamó. Usted también tiene derecho á la piel y es bastante ancha para los dos.

Le obligó á abrigarse las piernas bajo el forro del cubre pies.

Hasta que salieron de la penumbra de los árboles, á la vista de la blanca superficie de la bahía de Villafranca, y de las luces rojas y verdes del puerto que se reflejaban en el mar, despertó Vidal del adormecimiento que el muelle movimiento del carruaje le comenzaba á hacer sentir y recordó que aun no había cumplido más que la mitad de su tarea y que le quedaba por ejecutar la parte más delicada del programa.

—¿Se siente usted bien? le dijo á su hermosa cuñada.

—Oh! adorablemente! respondió ella acurrucándose con la suave ondulación de una gata que se calienta al sol.

—En este caso, querida mía, permítame usted proseguir nuestra conversación en el punto en que la dejamos en la galería de los Maruverno.

Volvió ella su cabeza encapuchonada y él vió á la luz de la luna un blanco perfil espiritual destacarse sobre el encarrujado del encaje.

—Escucho, murmuró ella con el tono docil de un niño juicioso.

—Se acuerda usted de la conversación que tuvimos en el salón de su señora madre, cuando fuí á preguntarle á usted si consentía en casarse con Honorato?

—Sí, me acuerdo, respondió ella entre dientes.

—Le expliqué á usted qué alma tierna y sensible hasta el exceso ocultaba mi hermano bajo una envoltura poco brillante; le dije á usted cuán querido me era y agregué: «Si me lo hiciera usted desdichado, no le perdonaría jamás!»

Oh! sí, bien lo recordaba ella y los detalles más insignificantes de aquella hora funesta se reproducían en su imaginación con triste claridad.

Mirábase doliente, mustia, enervada frente á Vidal que le enumeraba con irritante insistencia las ocultas virtudes de Honorato.

Oía como sonaba en sus oídos su propia respuesta:

«Puede usted anunciar á su hermano que consiento en ser su esposa.»

Ah! temerarias palabras arrancadas á su despecho ¡cuántas veces se había sentido desolada de no poder recogerlas!

Y en aquel mismo momento, en aquella noche primaveral, en aquel landó que la mecía al lado mismo de Vidal, se revelaba contra la cobarde respuesta; y al pensamiento de lo irreparable, la amargura de su corazón, le ascendía hasta los labios.........

—Lo que yo temía ha sucedido, prosiguió Saint-Pons tras ligera pausa; usted ha hecho á Honorato horriblemente desgraciado. Cuando hace poco le ví tan desventurado, tan miserable, cuando le dejé bañado en lágrimas, he sentido hacia usted una cólera sorda y si la hubiese tenido á usted frente á mí, no sé á qué arrebatos hubiera yo llegado...... Más la casualidad fué propicia...... Usted estaba ausente y á Dios gracias no ha habido entre nosotros esas palabras denigrantes que no se olvidan ni se perdonan nunca...... Cuando encontré á usted en la *villa* Olimpia, había tenido tiempo de calmarme...... Sin embargo, todavía no me explico como no me he mostrado más rudo con usted. Había, á despecho de sus errores, algo que suplicaba en su favor...... La buena voluntad con que usted consintió en escucharme y seguirme, me desarmó, y pensé «mejor es por bien que por la fuerza......»

—Y ahora? preguntó ella alzando hacia él sus ojos á la vez temerosos y zalameros.

—Ahora, replicó él con cortés sonrisa, mi desagrado no es menor, pero estoy tentado á admitir circunstancias atenuantes...... ¿Por qué no ha cumplido usted mejor sus promesas?

¿Por qué? repitió ella sarcásticamente...... ¡Oh! Dios mío; permítame usted una comparación.

Hay menores á quienes se les hace firmar letras de cambio abusando de su inexperiencia; si cumplido el plazo no cumplen con su firma ¿no cree usted que tengan derecho á alguna indulgencia?...... Mi caso es parecido. Me comprometí sin conocer todo el peso de las obligaciones que suscribí...... He hecho mal, lo confieso, pero no es justo que se tenga en cuenta mi ignorancia?

—He dicho á usted que admitía circunstancias ate-

nuantes...... Hoy es usted una mujer y sabe lo que es matrimonio...... Por esto reclamo de usted una observancia más fiel de sus deberes.

—¡Es usted exigente! murmuró ella moviendo la cabeza...... Sin embargo, deseo complacer á usted, continuó con ligera ironía, y seré conciliadora, si usted me permite olvidar su rencor.

—De usted dependerá.

—¡Ah!...... y cuáles son las condiciones?

—Primeramente, declaró él con severidad, cambiará usted de vida y de sociedad...... No conozco á usted á fondo, pero he visto á usted lo bastante para saber que tiene un espíritu afinado, una alma delicada y altiva...... Y me pregunto qué interés, qué placer siquiera puede usted hallar en la sociedad de gentes gastadas, vacías, desequilibradas, en las que todo es ficticio y frívolo: los pensamientos, las amistades y hasta la pasion!

—Se ha preguntado usted también, replicó ella sarcásticamente, que inefables distracciones me ofrecen los miembros de su familia que me habían impuesto antes como única sociedad?

—Le concedo á usted que sean un poco atrasados y á veces insoportables, pero son gentes honradas...... Por lo demás, en nuestra parentela, buscando bien, hubiera usted podido encontrar algunas personas interesantes y dignas de llegar á ser sus amigos.

—He buscado y he vuelto con las manos vacías...... De hecho, está usted; pero usted siempre anda á salto de mata.........

—Está también su marido á quien olvida usted y que hubiera podido ser su amigo más querido y seguro......... Ignoro qué desacuerdo habrá surgido entre los dos. Lo cierto es que usted lo ha herido y comprendido mal...... Piense usted en lo que sufrirá al verse sacrificado á la intimidad de locas como Eva La Frenière y á libertinos comprometedores como el joven Kamenski!...... No le garantizo á usted dos años de saturarse de esa atmósfera, sin que vuelva usted fatigada hasta el desconsuelo. Sólo que entonces sería demasiado tarde. Allí habría dejado usted lo mejor que tiene, y primero que todo su reputación. Entre tanto el hogar se enfría; la casa está entregada al despilfarro de la servidumbre y ésto no es más que el principio...... Piense usted en todo el bien y también en todo el mal que puede hacerse en dos años......... ¿No hace un momento, en el jardín de la *villa* Olimpia, la oía á usted lamentar lo que el tiempo arrebata en cada minuto de nuestra vida?...... Yo se lo ruego á usted, no desperdicie usted más de esta vida tan corta!

Hablaba de él con voz enardecida, á la vez firme y afectuosa.

Como todo lo que es sincero, sus palabras penetraban al corazón.

Violeta con los brazos cruzados sobre el pecho conmovido, inclinada la cabeza hacia atrás, fijaba los ojos en los de su cuñado.

Se sentía penetrada, no por el arrepentimiento, sino por la solicitud de Vidal, por el encanto de su voz, por el tono amistoso de sus reprensiones.

El landó llegaba á la parte más alta de la rampa de Villafranca.

A través de los pinos, la mirada se hundía por sobre los vergeles de la terraza, hasta la esquila de una iglesia, en donde sonaban inútilmente las horas sobre las casas de la población dormida.

Aquí y allá, un rayo de luna hacía resplandecer un cristal ó atravesando algún pasage abovedado, recortaba un arco de claridad azulada sobre las baldosas de una angosta callejuela.

A orillas de la cortina de un tramo de fortificación, una palmera solitaria se destacaba con claridad sobre el mar de claridades lechosas y completaba la fisonomía africana de aquella blanca ciudad adormecida.

Violeta, silenciosa, paseaba la mirada por las casas apiñadas unas junto á otras, por la bahía pacíficamente encerrada entre los peñascos tajados á pico del cabo Ferrat y las rocas del Montalbán.

De aquel paisaje lunar ascendía una impresión de profunda intimidad que calmada sus rebeliones y sus amarguras.

En ciertos recodos del camino, descubría de repente por sobre la arista alargada del cabo, el contorno de la península de Saint-Hospice y el rincón de Mediterráneo de un blanco fosforecente que las costas vaporosas de Beaulieu y de Eza parecían encerrar como un lago.

Aquella lejana aparición evocaba en ella la primavera del año precedente, los rápidos días en que guardaba aún sus ilusiones de niña, y pensaba al escuchar á Vidal:

«Si él hubiese querido tomarme y dirigir mi vida, cómo le habría obedecido, con qué ternura me sentiría humillada ante él!»

Apoyó sus dos manos en el brazo de su compañero de camino y murmuró casi con humildad:

—¿Qué es lo que debo hacer?...... Aconséjeme usted.

—Romper de plano con las gentes comprometedoras que han acaparado á usted; volver definitivamente á su casa, tomar de nuevo la dirección de ella; hacer allí el papel de una mujer de su hogar, amable y respetada; y después, por fin.........

—¿Qué?...... interrumpió ella con espanto, no es eso todo!

—Si hace usted esto, será ya una gran victoria ganada contra usted misma, pero no será bastante...... Honorato sufre cruelmente su abandono y su frialdad: será preciso volver á ser para él una esposa y una amiga. No tendrá usted necesidad de reconquistar su corazón, porque no ha dejado de amar á usted apasionadamente, pero usted deberá darle un poco del suyo, devolverle á su marido el ambiente de seguridad que le es necesario para mostrarse tal cual es: bueno, generoso y tierno.

Violeta se había echado hacia atrás con un movimiento de desaliento.

—La tarea es superior á mis fuerzas! declaró con acento desolado.

—Es más fácil, en efecto, replicó él amargamente, representar la comedia en casa de los Maruverno y agradar al príncipe Kamenski?......... Pero en el cumplimiento de esta tarea que espanta á usted, estaría sostenida por la simpatía de las gentes honradas y por la mía en particular.

Le miró ella al disimulo y la luz de la luna le permitió notar la severidad de su rostro tostado, la dura expresión de sus labios.

El temor de perderse para siempre en el espíritu del único hombre cuyo afecto le fuera precioso, se apoderó de ella y se le humedecieron los ojos.

—¿Le he causado á usted pena? se atrevió á murmurar tímidamente.

—Mucha.

—Pues bien, agregó lanzando un profundo suspiro, puesto que no puedo obtener su perdón y su afecto sino á este precio, haré lo que usted me exige...... Con una condición, sin embargo!......

Ante aquel acto de sumisión que casi no esperaba, Vidal se dulcificó.

(*Continuará.*)

FLOR DE NIZA

POR ANDRES THEURIET.

(Traducida especialmente para "El Mundo.")—Ilustraciones hechas en nuestros talleres.

Núm. 9.—Véanse nuestros números desde el 5 de Julio de 1896.

—Una condición, replicó sonriendo, ¿cuál?

—Que usted me ayudará, que usted se quedará en Niza para darme fuerzas con sus consejos, para afirmarme en mis resoluciones. Piense usted que si quedo abandonada á mí misma, sin más apoyo moral que la altiva intransigencia de su tía Saint-Jeannet ó la pícara malevolencia de la señorita de Colomars, sería muy capaz de aburrirme de una vez...... Y usted sabe que las recaidas son peores que la enfermedad......... Vamos, sea usted bueno! Prométame quedarse aquí, no apartarse de mí para defenderme contra mí misma, y me someto á todo.

—Exagera usted tal vez mis cualidades de mentor' respondió él, ya tranquilizado, pero me quedaré de mil amores al lado de usted y de Honorato, en tanto que pueda ser útil á los dos.

—¿Queda convenido?

—Convenido.

—Entonces ya somos amigos? murmuró ella tendiéndole la mano sin guante.

El la tomó, llevósela cortesmente á los labios, no sin cierta emoción al sentir la delgada mano estremecerse contra su boca.

—Ciertamente, afirmó...... Gracias por haber satisfecho tan plenamente el más vivo de mis deseos!

El landó comenzaba á bajar la rampa de Montboron.

Ante ellos, á la claridad lunar, Niza, envuelta en plateada bruma, aparecía bajo el encanto de su maravillosa situación, con el mar á sus pies y, tras ella, el circo de colinas ondulosas y de montañas vagamente entrevistas.

Brillaban algunas luces á manera de estrellas en las ventanas de las casas, á lo largo de las avenidas y hasta en las pendientes de Cimiz, entre los jardines de la *Villas*.

Violeta contemplaba la ciudad aún despierta y centilante.

Mirábala con aspecto de fiesta, pensando que en lo sucesivo viviría allí todos los dias acompañada de aquel amigo que creía ya perdido y que tan milagrosamente había vuelto.

Del puerto Olimpia hasta la verja del hotel, el trayecto le pareció fabulosamente corto y al llegar no dejó de sentir cierto calosfrío de inquietud.

Vidal saltó del landó, y la ayudó á bajar.

En el vestíbuio, fueron recibidos por el ayuda de cámara medio dormido.

El señor vizconde está todavía en la biblioteca, respondió á las preguntas de Saint-Pons.

—Venga usted, murmuró el último al oído de Violeta. Le abrazará usted desde luego y se harán las paces.

Ella le siguió dócil, casi alegremente.

Todo le parecía ligero, ahora que se apoyaba en el brazo de Vidal.

III

Tres semanas después, un jueves santo, Violeta, vestida de claro, y con un sombrero de primavera, llevando al corpiño un ramillete de rosas naturales, entraba como un rayo de sol en la biblioteca, en donde Honorato y Vidal la esperaban fumando cigarrillos.

—Señores, dijo jovialmente, héme aquí á vuestra disposición.

Avanzó hacia los dos hermanos, hizo una placentera reverencia y agregó:

—Mi atavío me ha quitado mucho tiempo......... ¿Es del gusto de ustedes?

—Estás encantadora, respondió Honorato.

Cogió la mano de su mujer, se inclinó, y posó en ella largamente sus labios.

—Oh! tú estás contento de todo, pero Vidal es juez más severo... ..... Hable usted, señor, ¿he logrado agradarle y me encuentra usted suficientemente sencilla?

—Del modo más perfecto, replicó á su vez el conde; el ramillete es acaso un poco vistoso para el lugar á donde vamos, pero el pueblo de Niza ama las flores y le quedan á usted tan bien que los espectadores de la *Pasión* nada podrán decir.

Desde su vuelta de la *villa* Olimpia, Violeta de Saint-Pons cumplía valientemente las promesas hechas á su cuñado.

La noche misma de su vuelta se sometió á la operación más delicada y penosa: la reconciliación con su marido.

Por lo demás, este último, demasiado feliz con el éxito alcanzado por Vidal, se mostró generoso.

Ni siquiera dejó á Flor de Niza el enojo de formular un acto de contrición, y le cerró la boca con efusión. El pobre mancebo no estaba tan irritado y sintiéndose agradecido ante aquella repentina sumisión, acogía á brazos abiertos á la hija pródiga.

Al siguiente día, la señora de Saint Pons daba carta blanca á su cuñado para poner en ejecución las reformas proyectadas y la organizzación de su nueva existencia.

Vidal comenzaba limpiando la casa y reduciendo el personal de los domésticos á una cocinera, un lacayo y una doncella.

Dejaba á su cargo el desembrollar las cuentas, y liquidar á los proveedores.

Por una parte, Violeta pretextaba la proximidad del tiempo de Pascua para suspender sus lunes, rehusar toda invitación y cerrar su puerta á sus antiguos camaradas de holgorio.

La consigna era implacablemente respetada por un nuevo portero que Vidal había llamado de San-Juan y respondía sin distinción á cuantas visitas se presentaban:

—La señora está indispuesta y no puede recibir.

El príncipe Kamenski, después de inútiles tentativas de corrupción, tuvo que batirse en retirada, y la misma Eva Spieler á pesar de su insistencia, no consiguió franquear la verja obstinadamente cerrada.

Violeta aceptaba todo con perfecta resignación á la que contribuía poderosamente el deseo de agradar al conde.

Le parecía fácil y dulce romper con sus más queridos hábitos, renunciar á los refinamientos de tocador, á los triunfos de tertulia, con tal de contentar á aquel severo Vidal, que se había tornado en consejero y amigo.

¿Qué necesidad tenía ella ahora de ruidosos placeres para distraer su hastío?

Bastaba la presencia de Vidal para llenar de encanto y de sol sus largos días, para aligerar las pesadas horas de la tarde.

Obedeciendo á sus exigencias, dejándose guiar por él y probándole cuán eficaz le era su concurso, confiaba ella en que su amigo prolongaría su permanencia en Niza, en que quizás no se acordaría más de viajar.

Ni se ponía á pensar siquiera á donde iría á parar aquella intimidad, de día en día más estrecha y más preciosa.

Lo que de peligroso hubiera entre aquel cuñado cuya influencia tanto la halagaba y aquel marido que no comprendía tan milagrosa transformación, no la inducía á reflexión alguna.

Se entregaba á vivir en aquella atmósfera clemente, saboreando la apacible existencia de los tres, en que cada uno se mostraba satisfecho con su suerte.

Gozaba con aquella vida como con los tibios días de otoño, tan claros, tan iguales, tan tranquilos, que se llega á pensar que no acabarán nunca.

Honorato se sentía edificado de ver á su mujer tan conciliadora y sumisa, tan dócil á sus gustos caseros.

Vidal se sentía secretamente conmovido de la obediencia de su cuñada y á la vez, debido á la cotidiana intimidad, descubría en ella á cada momento cualidades más raras, más seductoras gracias.

No podía menos que atribuirse toda la gloria de tan rápida conversión, y su amor propio se sentía agradablemente halagado.

Como las madres que tienen más marcada predilección por los hijos difíciles de educar, amaba más á aquella amable coquetuela cuyo arrepentimiento había provocado.

Sin darse cuenta, á su afecto puramente fraternal íbase mezclando una inclinación más viva á admirar la belleza de Violeta, un deseo más ardiente de hacerla amar la nueva existencia que le había impuesto.

Decíase á sí mismo que después de arrancar á la señora de Saint-Pons de las disipaciones mundanas, debía facilitarle la transición de una vida de estrepitosos placeres á otra por fuerza bastante sosa y monótona.

Con un empeño de que se maravillaba su egoísmo, ingeniábase en encontrar para la joven distracciones capaces de interesarla, procurando al mismo tiempo adaptarlas al caracter salvaje y á los hábitos de reposo de Honorato.

En este orden de ideas, trataba de despertarle gusto por las fiestas populares y las ceremonias especiales del pueblo de Niza.

Tal género de diversiones era á propósito para agradar á Honorato que estaba preparando un estudio histórico de las tradiciones y de las costumbres de la antigua Niza.

Además, se le figuraba á Vidal que iniciando á Violeta en las bellezas y usos originales de su provincia, lograría inspirarla mejor, juntamente con el amor á la tierra natal, el odio a esa sociedad cosmopolita á que aturdidamente se había lanzado.

Día por día salían los tres en busca de un sitio nuevo, de algún villorrio pintorescamente situado; de tal cual peregrinación curiosa.

Aquel jueves santo se habían formado el proyecto de asistir juntos á una representación de la «Pasión »

El pueblo de Niza tiene dos grandes fiestas religiosas: Noche Buena y Pascua.

Ambas le sirven, no sólo para manifestar sus sentimientos piadosos, sino también para satisfacer su gusto por las procesiones, las correrías y los espectáculos.

Noche Buena con sus pesebres, sus nacimientos de Belén, donde se representan sencillos misterios, semejantes á los de la edad media; la Pascua con sus representaciones de la Pasión.

Durante la semana santa, no hay un teatro bueno ni malo, que no dé á sus abonados una pieza sacada de los relatos evangélicos, en que se celebre el drama del Gólgota en italiano ó en francés por actores de carne y hueso y también por simples títeres ó autómatas.

El teatro que Vidal había elegido para llevar á su cuñada y á su hermano, era de los más humildes, de caracter enteramente local, cuyos empresarios eran jóvenes de la ciudad vieja.

Allí se representaba la Pasión en dialecto provincial de Niza y los personajes eran muñecos mecánicos.

Bajo un cielo de semana santa, marmorado de grandes nubes blancas, los tres Saint-Pons cruzaron lentamente el trayecto del boulevard Carabacel al muelle del Puente Viejo.

Al extremo de un estrecho callejón cerrado, se abría el salón de espectáculo al ras del piso de la calle.

Las decoraciones eran por todo extremo exiguas.

Entre las paredes encaladas, veíase una veintena de bancos de madera; en el cielo algunas guirnaldas de papel de china azul y blanco convergían hacia el centro en donde se balanceaba una lámpara de petroleo.

A la entrada había una mesa con una bandeja destinada á recibir el precio de las entradas.

Y esto era todo.

La escena suficientemente alta para que los coristas y maquinistas pudiesen moverse tras una cortina, estaba sencillísimamente adornada con un cuadro de musgo salpicado de florecillas artificiales. El numeroso auditorio presentaba variadas muestras de la población de la ciudad antigua.

Allí podían verse pescadores del puerto, jovencitas con los cabellos sueltos, jóvenes de bigote naciente, chicuelos de rojas mejillas, matronas con su cría en brazos.

Entre aquellos espectadores, Vidal y Honorato con sus sacos y Violeta con su elegante traje desdecían un poco, y entonces comprendió la joven porqué había criticado su cuñado el ramillete de rosas con que había adornado su corpiño.

Sin embargo, como todos los ojos estaban atentos al telón que cubría la escena, nadie paró mientes en ello, y por otra parte, el pueblo de Niza es amable y atento; nadie pareció pues inquietarse con la presencia de aquellos extraños.

Dos guitarristas que componían toda la orquesta, ejecutaron una marcha religiosa y se alzó el telón á la entrada de Jesucristo y de sus discípulos en Jerusalén.

Los coros escondidos debajo entonaron el *Gloria in excelsis.*

Este canto llano, á la vez alegre y grave, esta harmonización de voces vibrantes, francas, y claras, que parecían salir de la pared, producían una impresión de fé sincera y penetrante.

En aquella pobre sala baja, sobre aquel escenario rudimentario, entre aquellos obreros vestidos con su ropa de trabajo, parecía correr un soplo bíblico.

Había allí, más que las decoraciones de un teatro artísticamente movido, la ilusión de Jesús de Nazaret, pensativo y dulce, caminando sobre su asno á los rayos de un sol poniente, por las calles de Jerusalén cubiertas de palmas y de ramas de olivo, mientras los hombres y las mujeres le escoltaban gritando:

"Hosana al hijo de David! hosana en lo más profundo de los cielos!"

En aquel teatro primitivo, con sencillez extrema de medios, los actores improvisados encontraban por instinto el arte de conmover con religioso estremecimiento el alma elemental de los espectadores.

Sentado en la extremidad de un banco, seguía Honorato con meticulosa atención los menores detalles de la ejecución y las peripecias del drama; la traición de Judas, la Cena, la noche en el Huerto de los Olivos, el pretorio de Poncio Pilato.........

Anotaba á hurtadillas las originales locuciones del diálogo y hasta las indignaciones infantiles del auditorio que injuriaba á Judas Iscariote.

Detrás de él, Vidal y Violeta se interesaban tanto en las fisonomías expresivas de los espectadores, como en los ademanes angulosos, en la mímica sobria de los muñecos.

Flor de Niza tenía en los ojos y en los labios sus más límpidas sonrisas.

Aquel espectáculo popular despertaba en ella recuerdos de la infancia y también obscuras reminiscencias atávicas.

La parecía que en existencias anteriores había recibido ya impresiones idénticas y compartido los sencillos goces de aquel público de pescadores y obreros.

Así como el cándido escenario de la «Pasión» se había trasmitido, casi sin variar, de generación en generación, así, durante años y años, las emociones que encendían los ojos de los oyentes de hoy, habrían debido agitar antiguamente el corazón de una larga serie de espectadores desaparecidos, entre los que probablemente se contaban antepasados de Violeta.

Recordaba que su abuelo Castellar había nacido y comenzado su fortuna en el barrio del puerto.

Sentía de repente que su vieja sangre nicense corría más ardiente por sus venas y se avivaba su reconocimiento hacia Vidal que la había procurado esa sensacion aún no experimentada.

Se sentía feliz al encontrarse á su lado y al adivinar que en aquel mismo instante, entre aquellas pobres paredes desnudas, bajo aquella lámpara humosa, sus pensamientos, sus impresiones y sus predilecciones se compenetraban harmónicamente.

Entretanto el drama tocaba á su fin.

La escena del Calvario había arrancado gritos de terror y lágrimas abundantes al auditorio.

El último cuadro, el que representaba la Resurrección, terminó en medio de las aleluyas de los coristas y los aplausos del público.

Luego, los empresarios agitaron su bandeja, en la que cada asistente depositó su óbolo.

Empujados por la oleada de espectadores, los Saint-Pons llegaron á la entrada del callejón y quedaron sorprendidos al hallarse bajo la deslumbrante luz del muelle bañado de sol.

—Son las cuatro, dijo Honorato consultando su reloj; dejo á ustedes para dirigirme á la Sociedad de Letras...... Prosigan el paseo; ya nos reuniremos esta noche en casa

Cuando quedaron solos, Vidal y Violeta se miraron un momento indecisos.

—¿A dónde desea usted ir? preguntó el conde á su cuñada.

—Donde usted guste.

—¿Quiere usted que volvamos á la ciudad?...... No me disgustaría mostrar á usted algunos rincones curiosos, que sin duda no conoce.

—Vamos...... sigo á usted con los ojos cerrados......

Y en efecto, lo hubiera seguido hasta la cumbre del Monte Calvo, si allí hubiera él deseado llevarla.

Ligera, alegre, feliz de rozar con su brazo el de Vidal, apenas parecía pisar la tierra.

Se perdieron de nuevo en el dédalo de calles ascendentes, empedradas de anchas baldosas, demasiado estrechas, para que los carruajes pudiesen transitar por ellas, lo cual daba más seguridad á su excursión.

En aquellas calles sombrías, parecidas á largos y solitarios pasillos, las casas, elevan muy altas sus fachadas grises ó amarillentas, taladradas de numerosas ventanillas, sobre las cuales, una angosta faja de cielo azul aparece entre las caprichosas recortaduras de los techos en declive.

Los dos paseantes se complacían con las pintorescas sorpresas que á cada instante se encuentran en la vieja Niza.

Divertíanse con el espectáculo de las ropas colgadas de ganchos y que enlazaban, allá arriba, á los rayos del sol, sus flotantes hilachos multicolores.

Acá y allá, delante de ellos se levantaban antiguos palacios de balcones esculpidos, ocupados ahora por comerciantes al por menor, cuyos zapatos lodosos rayaban pesadamente las escaleras de mármol.

A lo largo de los pisos bajos abovedados, algunas tiendas bostezaban por sus anchas puertas, dejando llegar las miradas á toda satisfacción hasta la variedad de efectos de sus armazones: baratillos repletos de cobres viejos; carnicerías en donde las ramas de naranjo con fruta colgaban entre trozos de carne sangrienta; panaderías en cuyo fondo se divisaba la llama danzante del horno.

A cada bocacalle, les saltaba á la vista una nueva sorpresa.

Ya era una callejuela escarpada, en donde una fila de penitentes azules trepaba hacia algun convento; ya una plaza triangular con su mercado de yerbas y su fuente de alegres surtidores, en donde las vendedoras lavaban el pescado; más lejos, el pórtico de una iglesia de estilo «rococo,» dando entrada á una nave adornada de telas rojas, estrellada de cirios y rumorosa de devotos arrodillados.

Aquel Jueves Santo toda la población estaba en la calle.

Los hombres, rechonchos, atezados, bigotudos, algunos calada la boina catalana, se agolpaban en las encrucijadas, y lanzaban entre gestos expresivos sonoras carcajadas.

Parvadas de chicos chillaban en medio de la calle; las verduleras cocinaban al aire libre; altas mujerzuelas, de faldas dudosas, de cabellos negros, peinados hacia atrás ó rizados sobre la frente, recargadas en la columna de algún pórtico, hacían calceta, con los hombros resguardados bajo el chal de lana carmesí.

Vidal y Violeta discurrían intrépidamente á través de la maraña de calles retorcidas ó abruptas, de donde se exhalaban fuertes olores de especias y pescado.

Sin embargo, en cierto momento Vidal notó que su compañera andaba con menos soltura y palidecía ligeramente.

—¿Qué tiene usted? la preguntó. Parece usted cansada.

—Ah! respondió ella deteniéndose; no sé si se debe á la caminata, al sol de Abril ó á la privación de mi té de las cuatro; pero me siento un poco aturdida.

—Espero usted, conozco aquí una tienda en donde venden vinos de Grecia y de Italia. El sitio no es nada cómodo, pero cuando se sale del teatro de la Pasión, no tiene uno derecho á mostrarse descontentadizo...... Tomará usted un poco de Chipre con un pastelillo, y se reanimará.

Llegaron hasta una estrecha callejuela, en cuya esquina abría á la vía pública sus almacenes abovedados un depósito de vinos.

Una viña sostenida por dos pértigas, formaba sobre la puerta enrejada, ceñida de barrotes, una especie de tonel, en donde se entremezclaban unos sarmientos ya con retoño.

En el interior, á la frescura de un sótano, estaban los barriles superpuestos contra las paredes, impregnados de un olor á vino.

Vidal pidió *un bicchiero de Cipro* y pasteles.

Les sirvieron en gruesas copas el Chipre de perfume resinoso.

Mientras Violeta daba mordidas al pastel y se humedecía con sensualidad los labios en el licor generoso, la patrona, una alta liguriana, hombruna, de cara regocijada, examinaba curiosamente á la linda dama y al caballero de hermoso rostro y de corteses maneras, y corría una sonrisa por su ancha boca desdentada.

Cuando Vidal pagó el gasto, dijo ella con familiaridad italiana, dirigiendo á la pareja una mirada placentera:

—¿Recien casados?

—No; replicó alegremente Saint-Pons, cuñado y cuñada.

—¡Ah!...... qué lástima!

Los acompañó hasta la puerta, y los saludó con el saludo habitual de los de Niza:

—Adiós!...... Pasear bien!

—Me siento mejor, afirmó Violeta, el vino de Chipre me reconforta y me siento capaz para andar hasta mañana...... Divertido alto hicimos en las bodegas de esa buena mujer!

—Sí, esto me ha recordado á Venecia, que tiene un establecimiento semejante en la calle de Vallarossa, en donde el Chipre es exquisito.

Iban subiendo ya las gradas que llegaban hasta la rampa del castillo.

—¿Se fijó usted, agregó Violeta, con las mejillas ligeramente sonrosadas, en que la vendedora nos tomó por recién casados?

—¿Y no le desagradó á usted? interrogó él sonriendo.

—No, replicó ella bajando los ojos; pero me ha dejado pensativa...... Me acordé de que bien pudo esto haber sucedido...... Y cuando la italiana añadió: «Qué lástima!» había dentro de mí una voz sorda que repitió como un eco la misma queja.

—¿Qué quiere usted decir? exclamó él con turbación.

La confidencia tan inesperada de Violeta le sorprendía singularmente.

A su sorpresa se mezclaba la lisonjera satisfacción que el hombre más insensible experimenta siempre al saber que ha sido distinguido por una mujer bonita.

—Dios mío! continuó ella, conservando su rostro obstinadamente inclinado; ahora que ya no hay remedio puedo confesarlo......... Durante tres días, tres días solamente ¡ay!...... he creído...... he esperado que el Saint-Pons con quien iba á casarme era usted...... Cuando vino usted á pedirme para...... su hermano, el golpe fué muy rudo.

Vidal, sofocado y conmovido á la vez, fruncía las cejas.

—¿Por qué, dijo con severidad, no habló usted entonces?...... Por qué no me confesó usted entonces que aceptaba á Honorato contra su voluntad?

—¿Por qué?...... Porque la decepción y el despecho me ahogaban...... Y luego, desde el momento en que le era á usted indiferente, ¿qué me importaba lo demás?

—Pero en fin, repuso él confundido, yo no podía adivinar nada.... Si al menos me hubiera usted indicado..... si yo hubiera sabido!

Ella sacudió la cabeza, y con sonrisa amarga plegó los labios:

—Vamos, reflexione usted........ ¿Podía yo, una joven, declarar á usted mi preferencia?...... Y además, acuérdese usted...... no se mostraba muy alentador! Tenía usted un modo de fingirse el insensible; se burlaba usted tan espiritualmente de los *rayos* y de los enamorados!... Comprendía yo también que ni un sólo minuto había pensado usted en mí!...... en fin, ya está hecho, y de nada sirven las lamentaciones......

—Sí, murmuró él sobriamente...... es irreparable.

Cayó el silencio entre una y otro, mientras remontaban las calles de verdes árboles del castillo.

En los bosquecillos acariciados por los oblícuos rayos del sol poniente, cantaban los risueñores.

La floración rosa de los árboles de Judea, los tirsos de las lilas se confunían entre el duro follaje metálico de las encinas verdes y los agudos puñales de los agaves.

Aquella mezcla de gracia y de rudeza, de vegetaciones desarrolladas muellemente y de feroces plantas espinosas, parecía como un símbolo del estado del alma de Vidal.

Todavía impresionado por la repentina revelación, era presa de sentimientos muy complexos: una inquietud tempestuosa, una piedad enternecida, una desconfianza erizada de púas y también una melancolía voluptuosa se esparcían por él como onda tibia y revuelta.

—Querida mía, replicó oprimiendo más estrechamente el brazo de Violeta, me siento desolado de que mi ceguedad, mi falta de previsión, hayan producido esta equivocación funesta...... A fuerza de vivir solo conmigo mismo y de desconfiar de todo arrebato de entusiasmo, me he convertido en un oso muy poco sentimental. Hace un año estaba yo á cien leguas de suponer que usted pensara en mí......... Perdóneme mi estupidez......... Ahora que la conozco mejor y que sé todo lo que usted vale, me siento tentado de decir á mi vez, como la buena mujer que nos servía el vino de Chipre: «¡Qué lástima!»

Alzó ella la cabeza y volvió hacia él sus ojos tiernamente.

Aquellas miradas húmedas, que tenían el encanto de las flores después de la lluvia, se fundieron en las de Vidal y le llenaron de peligrosa emoción.

—Por fin, dijo ella suspirando, somos buenos amigos y seguiremos siéndolo ¿no es verdad?......Me tratará usted como camarada y tendrá confianza en mí?

—Lo prometo.

—Para comenzar, dígame usted si está contento con mis progresos y me encuentra usted mejorada

—Extraordinariamente...... Hasta confesaré que admiro su docilidad y su prudencia.

—Después de verme á su vuelta tan disipada y tan frívola en la casa de los Maruverno, ¿no le ha ocurrido á usted la idea que era el único hombre capaz de operar esta conversión?...... ¿No ha podido usted adivinar qué influencia tenía sobre mí desde ha mucho?

—No...... tengo muy poca confianza en mí mismo para ser tan presentuoso.

—Es usted demasiado modesto! cuchicheó ella, pero tan bajo, que pudo él aparentar no haberlo oído......

Silencio de nuevo.

Vidal sentía el brazo de Flor de Niza temblar sobre el suyo, y á pesar de esta modestia de que ella le inculpaba, no podía dejar de sentir complacencia en pensar sobre la confesión que acababa de hacerle Violeta.

En su alma ascendía como una suave claridad de alborada.

Saboreaba la revelación de aquella ternura femenina que invadía súbitamente la radiosa tarde de primavera.

Su lealtad se crispaba, alarmábase su conciencia, y sin embargo, aquella floración inesperada exhalaba un perfume tan exquisito, que se entregaba á respirarlo ávidamente.

Habían llegado hasta la plataforma plantada de encinas, que es el punto culminante del paseo.

La atravesaron y fueron á ponerse de codos en el parapeto que domina la nueva y la vieja ciudad.

El sol se ponía trás el macizo del Esterel, y su declinación enrojecía las nubecillas acumuladas, radiando como aureola en el cielo verdoso, mientras el mar muy tranquilo iba tomando un color de vino.

Al norte, un triple anfiteatro de montañas, de aristas nevadas y colinas aborregadas, sembradas de casas de campo color de rosa, se tendía en torno de Niza.

Sobre los techos de teja ó de pizarra, ascendían humaredas azuladas y el *Angelus* resonaba en los lejanos campanarios.

Violeta y Vidal, sin hablarse, contemplaban el mar bermejas, las líneas puras de las montañas, la ciudad vaporosa; escuchaban los chasquidos de la cascada que descolgaba á sus pies sus cortinas de agua, semejantes, al deslizarse, á las horas de la vida que corren y corren todas, buenas y malas, con la misma plácida regularidad.

—Dígame usted, preguntó bruscamente la joven, ¿nunca ha estado usted enamorado?

—Sí, una vez, y la experiencia no me salió bien...... por culpa mía.

Y como la hora crepuscular suscitaba las confidencias, volvióse de pronto expansivo, y con la frente apoyada en la mano, hablándose á sí mismo, por decirlo así, continuó:

—Era una pequeña ciudad de Italia. Estaba alojado en casa de unos burgueses que tenían una hija encantadora, llamada Beppina. Pasaba frecuentemente las veladas con ellos, y á menudo, con confiado candor, nos dejaban solos á la joven y á mí. Ella tocaba algo conversábamos familiarmante, y poco á poco fuimos notando que nos amábamos.

Nos lo dijimos con franqueza, á la italiana, y quedó convenido entre los dos que nos casaríamos tan luego como hubiese yo arreglado ciertos negocios que me llamaban á San Juan.

La dejé, muy resuelto á casarme con ella; pero tan luego como llegué á la Fouan, lejos de los ojos que me habían seducido, las reflexiones vinieron á cubrir con su ceniza fría aquel hermoso juego.

Encontré á Honorato enfermo y espantado á la idea de una separación, y luego ese mal gérmen de egoísmo que existe en el fondo de todo hombre, se desarrolló en mí.

Pensé que la joven carecía de fortuna, que mis rentas eran casi insignificantes, y en parte por no apenar á mi hermano, en parte por razón, me resolví á no continuar en mis proyectos.

Escribí una cruel carta de despedida, y jamás he vuelto á ver aquella pequeña ciudad toscana, que es para mí un remordimiento.

—Y Beppina?

—He sabido después que había muerto de una fiebre infecciosa; pero el triste recuerdo jamás se aparta de mi conciencia. Más tarde, conociendo mi fondo de egoísmo, el temor de hacer sufrir á otra mujer desencantos y penas semejantes, me ha puesto en guardia contra mí mismo. La convicción de que no era capaz de amar seriamente, me ha endurecido poco á poco...... Esta desconfianza es la que me inspiraba el lenguaje escéptico que tanto desagradó á usted en los Lentiscos.

Violeta tenía los ojos fijos en la caída de la cascada.

—Usted no amaba á aquella joven, acabó por decir; si hubiera estado usted enamorado de ella, habría pasado por sobre todas las consideraciones secundarias. Me parece que la pasión verdadera no escucha más voz que la suya propia. No tiene ni falsa verguenza ni conciencia timorata. A la lluvia ó al sol, de noche ó de día, bulle sin cesar como esa agua que cae bajo de nosotros.

—Cree usted?

—Estoy segura de ello, afirmó Violeta levantando la cabeza y mirando á Vidal con ojos encendidos.

Saint-Pons estaba de codos con la mirada vuelta hacia aquellas grises pupilas fosforescentes.

Veía en ellas el misterio de un mar velado, la amistosa dulzura de las lámparas veladoras, y también cierta humedad sensual que turbaba.

Mientras las contemplaba, le venía á la memoria un verso de la canción de los Napolitanos de la Reserva:

Ojos dulces y grises como un licor......

Jamás había sentido aún tan poderosamente el encanto y la seducción de una mirada de mujer.

Los ojos de Flor de Niza se posaban tiernamente en los suyos y le vertían una blanda languidez que corría por sus venas como cálido rocío.

Experimentaba una sensación de vértigo, como cuando se contempla demasiado tiempo un torbellino de agua; pero ningún malestar acompañaba el vértigo.

Vidal se abandonaba con perezosa beatitud, con deseo con faso de prolongar indefinidamente aquella deliciosa languidez.

A través de su voluptuoso languidecimiento, oyó de pronto, como de muy lejos, dar las seis en Santa Reparada.

Hizo un esfuerzo para volver en sí, y levantó lentamente la cabeza.

Las rojas tintas del poniente iban borrándose; en el cielo azul verdoso las nubecillas tomaban tonos lilas y el mar palidecía.

—Van á cerrar las verjas, murmuró; vámonos, de lo contrario corremos el riesgo de que nos encierren aquí....

Pasó una sonrisa por los labios de Violeta y volvió á tomar en silencio el brazo de su caballero.

Atravesaron la plataforma desierta, y siguieron la vertiente que conduce hacia el puerto.

Allí, los bosquecillos, aparecían más densos, el paisaje más solemne.

Los cipreses alzaban sus negras puntas, los pinos recortaban sus cimas horizontales sobre el cielo de un azul de cobalto.

Era una verdadera senda de enamorados, y los enormes grupos de agaves guardaban grabados en sus gruesas pencas, juramentos de fidelidad y tiernas declaraciones.

Violeta se inclinó curiosamente, y á la claridad más viva que caía de un agujero abierto entre las ramas, descifró estos cuatro versos sobre una hoja carnosa:

Rosa dice al suo pastor:
—Perchè senz'occhi l'amor?
—Perchè belle occhi suoi,
Belle gli avete voi......»

Y debajo pudo leer aún:

«T'amero sempre, ó la mia!»

—El que ha escrito esto, le dijo á Vidal, no participaba de los rencores de usted contra el amor.

El no replicó, y llegando á la puerta de salida, se dirigieron hacia el muelle, en donde los picos de gas, ya encendidos, luchaban débilmente contra las lánguidas claridades crepusculares.

Silenciosos, ó no cambiando sino frases insignificantes parecían estar atentos únicamente á la música interior de sus pensamientos, saboreando los últimos minutos de aquel paseo íntimo.

Hubiérase dicho que eran avaros de palabras, porque hablándose temían revelarse á sí mismos la vivacidad de sus sensaciones, la agitación de su alma.

El amor cuyo fantasma habían evocado, parecía seguirlos como una aparición y deslizarse ellos por estrechamente que llevasen unidos sus brazos......

Cuando llegaron á la casa, aún no volvía Honorato, y antes de subir cada cual á sus habitaciones, entraron un momento al salón.

Las ventanas estaban cerradas y habían encendido las lámparas.

Frente á la chimenea, Violeta se quitaba los guantes con ligeros movimientos nerviosos.

De pronto se volvió hacia Vidal:

—En qué piensa usted? le preguntó con voz alterada.

—En nuestro paseo...... ¿no se fatigó usted?

—Me ha encantado......... ¡Cuán agradecida le estoy y qué bueno ha sido usted en haberme dedicado toda la tarde...... Gracias!

Y le tendió las dos manos.

El las tomó y las oprimió entre las suyas.

—Soy muy dichoso en haberla procurado esta distracción.

—Toda mi vida me acordaré de esta excursión.

Sus palabras salían como empapadas de extraña emoción.

Había no sé qué de incoherente en el modo cómo las articulaban.

Todo su pensamiento parecía reconcentrarse en las miradas que se cambiaban mutuamente.

Sus manos no se soltaban, sino que por el contrario cada vez se oprimían más.

Estaban los dos tan próximos, que Vidal oía respirar á la señora de Saint-Pons, y sentía sobre su cuello el soplo tibio de la joven.

Bruscamente la envolvió estremecida y palpitante en sus brazos.

Con la rapidez del rayo, los labios de Flor de Niza se alzaron hacia su boca y se posaron en ella convulsivamente.

[*Continuará.*]

FLOR DE NIZA

POR ANDRES THEURIET.

(Traducida especialmente para "El Mundo.")—Ilustraciones hechas en nuestros talleres.

Núm. 10.—Véanse nuestros números desde el 5 de Julio de 1896.

Sin pronunciar una palabra, sin pensar en nada, saboreaban aquella exquisita caricia y se olvidaban de todos, cuando un ruido de pasos que sonaba en la antecámara los sacó de su éxtasis.

Era Honorato que acababa de llegar, y desenlazando precipitadamente sus brazos retrocedieron espantados, retirándose cada cual á su habitación.

IV

En la mesa, Honorato fué el único que sostuvo la conversación. Estaba encantado del día, feliz con la representación popular, presenciada en compañía de su mujer y de su hermano; muy satisfecho también de la sesión de la Sociedad de Letras, en donde había leído una memoria sobre las Arenas de Cimiez, y en donde sus colegas le habían felicitado calurosamente.

La alegría de su triunfo, el placer de saborear á su vuelta aquella apacible intimidad, poco común allí, la animación infantil con que comentaba los incidentes de la tarde, la complacencia con que se escuchaba al hablar, le impedían notar las caras preocupadas de sus oyentes.

Los rostros de Vidal y Violeta, de expresión inquieta y pensativa, contrastaban singularmente con la fisonomía abierta, por excepción, y elocuente de Honorato.

El conde de Saint-Pons, todavía confuso por lo que acababa de pasar entre él y su cuñada, sentía como si le hubiesen despertado bruscamente de un sueño.

Comía maquinalmente, sin saber qué alimentos se llevaba á la boca.

Las palabras de su hermano sonaban en sus oídos como zumbido de sílabas confusas.

Violeta, por el contrario, blanca é impasible, con extraño fulgor en los ojos, parecía escuchar indulgentemente á su marido.

A veces le animaba á seguir hablando, con alguna breve réplica que azotaba de nuevo la proligidad del narrador.

Vidal la miraba al descuido, sorprendido y casi molesto de verla tan dueña de sí misma, tan hábil en el disimulo.

De vez en cuando, una sonrisa desdeñosa é irónica pasaba por los labios de la joven, y Vidal adivinaba que, á pesar de su aparente indulgencia, juzgaba Violeta interiormente á Honorato, y le parecía ridículamente fastidioso.

Aquella irreverente ironía le hacía mal.

Reprochábase el conde haberla autorizado en cierto modo con su propia debilidad, é indignándose por aque-

lla complicidad cruel, causábase disgusto á sí mismo.

Había emprendido el rescate de aquella oveja, la tarea de volverla á sus deberes, y se hacía cómplice de su pecado!.........

Sus ojos encolerizados se alzaban hacia la señora de Saint-Pons, como para manifestarle su indignación, y sus miradas se encontraron un momento.

A la irradiación de aquellas pupilas grises, vueltas súbitamente tiernas y acariciadoras; al aspecto de aquellos labios, rojos aún por sus besos, la cólera de Vidal se disipaba.

Recordaba la penetrante dulzura de las confidencias murmuradas entre los árboles del castillo, las delicias del regreso, la hora del crepúsculo, el éxtasis experimentado en el salón al rodear con sus brazos la cintura de Violeta, y de nuevo se le iba la cabeza.

Había terminado la comida, y Honorato continuaba disertando.

La señora de Sain-Pons declaró que se sentía fatigada del paseo, y se despidió para retirarse á sus habitaciones.

Honorato le besó la mano y le dió las buenas noches.

Terminada esta formalidad conyugal, Flor de Niza se volvió hacia Vidal, que se mantenía aparte en la penumbra.

Le tendió igualmente una mano, que los labios de Honorato no habían tocado, ¡y tembló á la calurosa caricia de aquella cálida presión que parecía apoderarse de toda su persona.

—Hasta mañana! murmuró la joven tiernamente y se alejó.

Cuando quedaron solos, los dos hermanos se dirigieron hacia la terraza, sobre la cual se abría una puerta ventana, y ambos pusiéronse de codos en la balaustrada.

Bajo su vista descendía en suave pendiente el jardín hasta la verja velada de jazmines y madreselvas.

Más allá, los plátanos de la avenida entrecruzaban sus largas hojas, aislando, por decirlo asi, aquella *villa*.

A tal hora, por lo demás, la calle estaba casi desierta y sólo turbaba la tranquilidad de la noche el tardo rodar de raros carruajes.

Honorato encendió un cigarro y recobró toda su expansión.

—Mi buen Vidal, exclamaba, me siento completamente feliz!......

"Cuando pienso que hace sólo un mes, me sentía aquí, en este mismo lugar, tan miserable, tan abandonado; cuando me acuerdo con qué sentimiento de depresión escuchaba el ruido de los coches en la calle, me parece como que despierto de una pesadilla. Todo ha cambiado Ahora me levanto con el corazón ligero, me pongo á trabajar sin preocupaciones y los días me parecen demasiado cortos.

"Gozo verdaderamente de la vida. Se me ofrece tal cual la deseaba; las mañanas ocupadas en estudios, las tardes pasadas entre mi mujer, que ha vuelto á ser cariñosa, y tú que has regresado al nido; sabrosas conversaciones entre tres personas por las noches...... Jamás había ambicionado felicidad mayor.

«Y esta felicidad, amigo mío, á tí te la debo, tú eres quién me la ha devuelto, es obsequio tuyo. Has puesto orden nuevamente en mi casa, y restablecido la buena inteligencia en mi hogar. Has sido mi salvador, mi providencia! ....

«No puedes, pues, ni imaginar cuán lleno de gratitud hacía tí tengo mi corazón. No lamento más que una cosa, y es el ser incapaz de mostrarte hasta qué punto te estoy agradecido!.........

«Te quería cuando era desdichado; ahora, la felicidad infunde mayor fuerza, más ardiente calor á mi afecto...... Te quiero con toda mi alma, hermano!

Cogió la mano de Vidal y luego lo estrechó contra su pecho con la efusión de un niño.

Cada una de aquellas conmovidas palabras se clavaba como una espina en el corazón del hermano mayor.

Aquella expansión de ternura de que el conde se sentía tan poco digno, le causaba un malestar indecible.

Al oír á Honorato regocijarse de una dicha cuya ilusoria solidéz conocía Vidal mejor que nadie, volvía á un lado la cabeza y no respondía sino con turbadas protestas.

Profunda piedad y desgarradora angustia lo oprimían.

No hallaba el momento de poner término á aquella tortura, de substraerse á aquella gratitud desbordante que le [illegible] de vergüenza.

A su vez, pretextó una súbita fatiga, se despidió de Honorato y subió á su aposento.

Una vez encerrado allí, sintió primero una sensación de alivio.

Como se despója uno de un vestido demasiado pesado, pudo aligerarse de la opresión que lo angustiaba y desnudarse el alma.

No era de los que se engañan á sí mismos, y se entregó con toda sinceridad á un examen de conciencia.

El primer efecto de su inspección moral fué un profundo desaliento.

Su lealtad, su delicadeza, su energía, de que tan orgulloso estaba, todo ello había rodado como una rama verde arrojada al lodo del camino y expuesta á las pisadas de hombres y animales.

El, que había acudido para restablecer el orden y la respetabilidad en casa de su hermano, asestaba precisamente el golpe más terrible al honor y al reposo de Honorato.

Desgarraba traidoramente aquel pobre guiñapo de felicidad de que su hermano menor estaba tan contento.

Hacía el peor papel y el más ignominioso: el de mandatario infiel, el de médico felón que so pretexto de curar al enfermo, lo envenena cada día á pequeñas dosis.

¿Cómo habría podido llegar á tal grado de ofuscación y de villanía?.........

Escrutaba su memoria, se remontaba con el pensamiento hasta tres semanas antes y descubría poco á poco la huella de furtivos deseos, de ligeras cobardías, de tímidos compromisos que le habían encaminado lentamente por la senda del pecado.

¿No había sufrido, desde el primer momento, con demasiada complacencia el encanto de Violeta?

¿No se había mostrado demasiado indulgente y demasiado familiar en lugar de tratarla severamente?

Se acordó del regreso en el landó durante aquella noche tibia, al lado de su seductora cuñada, y las sensaciones que le habían languidecido.

¿No debía haberle puesto sobre sí aquel desfallecimiento puramente carnal é inspirarle un temor prudente?

Pero no, demasiado seguro de sí mismo, halagado en su amor propio, cediendo á una necia ternura, se había dejado mimar, había aceptado el peligroso papel de consejero y mentor, forjándose ilusiones sobre su fuerza de resistenaia.

Había olvidado el viejo proverbio español: «El hombre es fuego, la mujer es topa, viene el diablo y sopla.»

Había disfrazado bajo el bello nombre de amistad fraternal la sorda atracción que le arrastraba hacia Violeta.

El trato familiar de todos los días le había revelado insensiblemente la gracia, la comunicativa sensibilidad, la belleza dominadora de la mujer.

La amistad se había convertido en ternura, la ternura habíase cambiado en un sentimiento más vivo y su solicitud por los intereses de Honorato había quedado relegado al tercer término.

Aquella tarde, durante el paseo en el castillo, cuando Violeta le había confesado que le amaba ya antes de casarse con su hermano, en lugar de cerrar la boca de la joven, y acabar terminantemente con tan peligrosa conversación, se había entregado á inútiles lamentaciones que traicionaban su debilidad.

Juntos habían jugado con la llama y se habían quemado los dedos.

El amor, que nunca se evoca en vano, se les había aparecido, arrojándolos á la una en brazos del otro.

¿Qué haría él ahora?

Su pensamiento se tornó indulgentemente hacía Violeta que á aquellas horas, aún profundamente conmovida por aquella brusca explosión apasionada, saboreaba sin duda la primera embriaguez, sin experimentar ni escrúpulos ni remordimientos.

La juzgaba infinitamente menos culpable que él y casi la absolvía.

En efecto ¡cuántas excusas no podía invocar ella!

Primero, las torpezas de Honorato, su matrimonio sin amor, su juventud solitaria y sobre todo aquel virginal afecto que Vidal no había adivinado, aquella ternura anterior á la época de su matrimonio, secretamente guardada en el fondo de su corazón y que legitimaba á los ojos de la joven la pasión á que acababa de abandonarse!

El conde se sentía penetrado de piedad por Flor de Niza, pensando en el desencanto y la decepción que iba á verse obligado á causarle por segunda vez.

¿Quién sino él era el verdadero culpable?

El, ciertamente él lo era.

Con su experiencia de la vida y su hábito de someterlo todo á un frío y sostenido razonamiento, hubiera debido prever las tentaciones inevitables y prevenir el desarrollo á que habían sucumbido ambos.

La falta, en realidad, no era aún más que venial, pero Vidal no dejaba de ver claro y no creía en los amores que se detienen á medio camino.

Los besos ya gustados traerían otros, y así, insensiblemente, llegarían hasta el extremo de su pasión.

Mañana al ver de nuevo el cuerpo esbelto, la atractiva belleza de Violeta y sus ojos encantadores y llenos de caricias, resistiría mal á la tentación.

Se conocía bien. A pesar de su aire de reserva y su dureza premeditada, era tierno y apasionado.

Conocía también á su cuñada y se acordaba de lo que había dicho junto á la cascada:

«La pasión verdadera no tiene ni falsa vergüenza ni prudencia timorata.»

El nuevo encuentro traería consigo inevitablemente la irremediable caída, y adiós honor y felicidad de Honorato.

La honradez de Vidal se rebelaba á la idea de aquel vergonzoso desenlace.

Aquella noche se sentía aún bastante dueño de sí mismo para impedir semejante desastre.

Era preciso tomar una resolución enérgica y ejecutarla sin demora.

Había juzgado siempre que en semejante caso no existía más que un sólo remedio: la fuga.

Tomó esta determinación.

Como su marcha debía efectuarse lo más rápidamente posible, es decir, la mañana misma del día siguiente, le faltaba el tiempo material de preparar su reinstalación inmediata en Florencia.

Por lo demás, ese viaje brusco á un país lejano le hubiera parecido extraño é inexplicable á Honorato.

Podía al menos refugiarse momentaneamente en la Fouán, y allí preparar descansadamente su separación definitiva.

Sin reflexionar más, reunió en una ligera maleta los objetos más indispensables y luego escribió á su hermano el billete siguiente:

«Mi querido hermano:

«Se me olvidó decirte anoche que había recibido noticias de la Fouán y que mi presencia allí es indispensable por algún tiempo.

«Tú sabes que estoy emprendiendo importantes trabajos en aquel lugar.

«El maestro de obras reclama mi presencia y me he resuelto á partir mañana para San Juan.

«Excúsame con tu esposa y envíame el resto de mi equipaje.

«Ignoro aún cuantos días durará mi ausencia, pero no te inquietes por mí; soy activo y haré de modo de estar me allá lo menos posible.

Hasta la vista. Te abraza

VIDAL.»

Se metió á la cama, apenas durmió y se levantó al rayar el día.

Tan pronto como los criados estuvieron en pie, se escapó sin ruido, entregó al ayuda de cámara el billete destinado á su hermano y se dirigió ligeramente al Puente Nuevo' en donde paraba el ómnibus de San Juan.

Una hora después, descendía hacía el pequeño puerto y se encaminaba bajo los olivares con dirección á la Fouán.

Encontró el viejo dominio paternal en el estado en que lo había dejado el año anterior, tomó nuevamente posesión de su antiguo aposento de paredes encaladas y sencillos muebles rústicos.

Cuando corrió las persianas, largo tiempo cerradas, para dar un poco de aire y sol á la pieza húmeda, vió bajo de él la vieja noria cuadrada de agua verdosa, la calle cubierta de yerba en donde los limoneros alternaban con las rosas *Safrano*.

Los gallos cantaban en el fondo de los gallineros; los duraznos en plena floración alegraban con su polvoreo rosa la verdura oscurecida de los prados

El recogimiento y la serenidad de aquel rincón de cam-

po contrastaban casi cruelmente con el desorden de ideas de Vidal y la agitación que en su pecho albergaba.

Más lejos, por sobre los olivos bañados de pacífica luz, las almenas de la *villa* de los Lentiscos se dibujaban sobre el mar azul.

El aspecto de la antigua morada de Flor de Niza, volvió su pensamiento hacía los habitantes de la calle Carabacel.

Hasta ese momento, la precipitación de la marcha, la violencia que se había hecho para huir tan rápidamente, le habían impedido inquietarse del efecto producido sobre Violeta por su brusca determinación.

Pero en aquella soledad silenciosa, entre aquellos árboles y aquellos senderos que le hablaban de la joven, se operaba una evolución en él.

Experimentaba, no el dolor de su sacrificio, sino un sentimiento de tierna solicitud por aquella á quien acababa de sacrificar.

En esos momentos, estaría despierta sin duda; procedería tranquilamente á su *toilette*, luego descendería con la certidumbre de encontrar á Vidal á la mesa para el desayuno.

La víspera, al dejarle, le había murmurado, con tan imperturbable confianza:

¡Hasta mañana!

Cuando le comunicara Honorato la inesperada nueva ¿cuáles serían sus reflexiones?

¿Cómo interpretaría ella aquel misterioso procedimiento de batirse en retirada?

¿Vería en ello simplemente un acto de valor ó el deseo de escapar por medio de la fuga á una caída inevitable?....

En este caso, era de temerse que esta idea, lejos de calmar á Violeta, la irritara profundamente y la hiciera considerar la repentina marcha como evidente demostración del amor que había inspirado.

Y entonces, vuelta más audaz por esa tácita confesión de debilidad, sería capaz, de concierto con el en extremo confiado Honorato, de venir á sacar de la Fouán á su cuñado.

Saint-Pons se estremeció al pensamiento de verla aparecer antes del anochecer bajo los olivos de San Juan.

Luego reflexionó en que era orgullosa.

Suponiendo que adivinase la verdadera causa de su fuga, el sentimiento de la dignidad y el amor propio la retendrían en Niza.

Preferiría sufrir á exponerse á una nueva muestra de desdén.

Se la figuró de pronto dolorosamente humillada, desesperada quizás, y se le conmovió el corazón.

Reprochóse el haber sido demasiado duro, demasiado pronto en alarmarse; poco faltó para que no se mirase ridículamente presuntuoso por haber tomado tan á lo trágico una manifestación de ternura, un poco viva sin duda y fuera de las conveniencias, pero que no implicaba necesariamente intenciones culpables.

Se acusó de dar neciamente una gravedad peligrosa á un mero aturdimiento.

Curioso sería si su intempestiva precipitación irritaba á Violeta, exasperándola é impulsándola á entregarse nuevamente á las disipaciones del invierno y se vengaba en Honorato del abandono en que Vidal la dejaba.

Aquellos pensamientos contradictorios se entremezclaban chocándose unos contra otros en el cerebro del conde, durante el frugal almuerzo que le preparó la mujer del campesino encargado del cultivo del dominio.

Cuando hubo terminado de almorzar, fué á rumiar sus perplegidades fuera y á pasear por el campo, á la aventura.

El silencio profundo del campo (era el de Viernes Santo;) la dulzura del cielo sembrado de nubes blancas y algodonadas, la calma del mar terso y lechoso, el paisaje virgiliano en medio del cual pasaba, adormecieron sus agitaciones é inclinaron su espíritu hacia un blando ensueño.

Recorrió el muro de los Lentiscos y contempló á través del enverjado el jardín desatendido en donde las rosas de Abril florecían en completo abandono.

En aquellos caminos recorridos tantas veces en compañía de Honorato y de Violeta, en tiempo de los esponsales, la sombra encantadora de Flor de Niza vagaba á su lado.

Pero no era ya la joven, reservada aún y enigmática, la que se evocaba en su recuerdo: era la mujer transformada por el matrimonio, la dulce y seductora criatura que había tenido la víspera en sus brazos.

Volvíala á ver ya revestida con su traje teatral de la velada en casa de Maruverno: los brazos desnudos, luminosos los ojos, el blanco pecho enguirnaldado de claveles; ya se le aparecía con su traje primaveral del Jueves Santo, encerrado el busto en pálido corpiño de rayas color malva, cuya tela sedosa exhalaba un penetrante perfume de verbena.

Bajo cualquiera forma que se le mostrase, le parecía más tentadora que nunca.

Volvíase para mirar la *villa* de los Lentiscos de persianas corridas.

Aquella casa cerrada era como el símbolo de su propio destino cerrado al amor y en donde no entraría ya la única persona que hubiera podido esparcir en su torno la alegría y el encanto.

Como melancólico rebaño, los dolores se apretaban en su rededor: dolores de la ocasión fallida, de ternuras no adivinadas á tiempo, de la hora para siempre pasada en que Violeta hubiera podido pertenecerle legítimamente.

Dolores también de una resolución demasiado heroicamente tomada y que nada remediaría de aquella situación excepcional.

Pensando en que la Sra. de Saint-Pons podría en un arrebato de despecho arrojarse otra vez en medio de la sociedad de donde él la había sacado, y que por venganza ó hastío daría al príncipe Kamenski ó á cualquiera otro aquel amor que él había rehusado, Vidal se sentía invadido de negra tristeza y sordos celos.

Un cambio súbito se operaba en él.

Deseaba ya ahora que sus suposiciones de la mañana se realizasen y que Violeta se decidiese á venir á sorprenderle para llevárselo de nuevo á Niza aquella misma noche.

Impulsado por una esperanza quimérica, volvió precipitadamente hacia San Juan, avanzó hasta las primeras casas de la aldea y se preguntaba á cada vuelta del camino si no surgiría de pronto un carruaje conduciendo á su hermano y á su cuñada á la Fouán.........

De vez en cuando, entre una nube de polvo, aparecía un landó en el camino lleno de sol y entonces el corazón de Vidal latía precipitadamente.

Pasaba el carruaje, llevando hacia San Juan á algún grupo de extranjeros que iban á comer al hotel Victoria ó á Saint-Hospicio, y el conde experimentaba un brusco descontento.

Avergonzado de su debilidad y para evitarle todo pretexto á su ridícula expectativa, tomó el sendero de los caminantes á pie que sigue á lo largo del mar, en dirección á Beaulieu.

Allí no podía ver ya el camino de Niza, ni forjarse estériles ilusiones.

Caminó con más calma, tratando de no pensar más, hipnotizándose al ruido de las olas que chocaban contra las rocas.

Como pasáse bajo las terrazas de la *villa* Olimpia, oyó que se abría una puerta, y volviéndose, se encontró frente á frente con la señora Maruverno, que bajaba los escalones con precipitación.

Al punto notó Vidal la alteración del semblante ordinariamente amable y risueño de la buena señora.

Su tinte había palidecido, sus ojos estaban húmedos y le temblaban los labios.

—Ah! es usted, Saint-Pons, murmuró con voz entrecortada. ¿También usted va allá? ¡Qué le parece á usted qué desgracia!

El conde la miró con aire de sorpresa y muy inquieto.

—Perdón, señora, repuso. Usted parece muy conmovida...... ¿Qué es lo que pasa?

—Cómo ¿no lo sabe usted?...... El pobre La Frenière ha muerto.

—¡Ricardo! exclamó Vidal, palideciendo á su vez.

—Sí, muerto súbitamente, hace una hora...... Acaban de darme la espantosa noticia...... Precisamente Bautista había salido con el coche...... Me he puesto el primer sombrero que tuve á mano y corro á la Roseraie, al lado de esas desdichadas mujeres que pierden la cabeza.

—La acompaño á usted, dijo Vidal consternado.

Le ofreció el brazo y se alejaron rápidamente hacia Baulieu. Ya en camino, la señora Maruverno refirió lo que sabía.

—Ricardo La Frenière estaba en la Roseraie desde hacía algunos días. Ayer llevó á Nancy y á María Teresa al teatro de Monte-Carlo y cenaron alegremente. Se disponía á partir hoy para París, después del almuerzo...... En el momento en que alzaba la maleta para dársela al criado, se dejó caer, quejándose de un dolor agudo y cinco minutos después todo había acabado...... ¿No es horrible?

—¿La ruptura de una aneurisma?.........

—Es la opinión del médico que llegó después de ocurrida la muerte...... La Frenière sufría frecuentemente desórdenes en la región del corazón, y además, aunque eso no lo dejase ver, tenía dificultades de dinero, sus negocios estaban embrollados; las inquietudes morales han influído sin duda en el progreso de la enfermedad.

—¡Pobre Dick! suspiró Saint-Pons.

—Oh sí! replicó la señora de Maruverno! Pero no es á él á quien compadezco más...... Preveo una sucesión muy dificultosa...... Hay grandes deudas, y probablemente habrá necesidad de vender la Roseraie para pagar intereses á los muchos acreedores....... ¿Qué será, en medio de tantos embrollos, de tres desdichadas mujeres que están muy ajenas de esperar semejante desastre?

—Felizmente, tienen algunos buenos amigos en torno suyo.

—Ay! dijo la buena mujer moviendo la cabeza. Usted sabe, como yo, lo que llegan á ser los buenos amigos cuando la desgracia entra en una casa...... En este país, sobre todo, las amistades son muy superficiales! Se reparten condolencias más ó menos sinceras, luego se siente pronto la fatiga de las lágrimas, y cada quien vuelve pronto á sus negocios y á sus placeres...... En lo que nos concierne, Maruverno y yo, haremos lo posible por suavizar la transición, pero no por eso será menos inevitable la ruina.........

A la idea de aquellas tres mujeres, ayer aún rodeadas de todas las apariencias de una vida de lujo y reducidas dentro de poco á carecer de lo necesario, quedaron tristemente taciturnos y acabaron el trayecto silenciosamente.

En los jardines de la Roseraie, nadie hubiera podido adivinar la desgracia que acababa de descargarse sobre los moradores de aquella casa.

Los rosales, bañados de sol, ostentaban gloriosamente la profusión de sus flores.

Bajo el corredor, había diversos objetos esparcidos sobre la mesa y las sillas: libros entreabiertos, cuadernos de música, raquetas para juegos de pelota, hablaban de una mañana pasada en ruidosos entretenimientos y dulces juegos.

Pero luego que se penetraba en el interior de la casa, se sentía ya pesar una atmósfera de duelo.

Un fúnebre olor fénico impregnaba el aire.

Los criados atareados iban y venían, ensordeciendo sus pasos y exagerando sus caras consternadas.

Vidal, después de hacerse anunciar, siguió á la señora Maruverno á la pieza en donde la señora de La Frenière estaba en compañía de Nancy.

Habían enviado á toda prisa á avisar á la baronesa de Spieler; pero como estaba en una excursión de retreo, no se la encontró en la casa.

Sentada en una silla, con los brazos cruzados, Nancy abría cuan grandes eran sus ojos de niña, en los que se leía mas estupor que desolación.

La viuda, postrada en una *chaise-longue*, sacudía la cabeza entre sus manos y parecía enloquecida.

Se levantó un poco para recibir á la señora Maruverno, y después, al ver á Vidal que había sido el mejor amigo del difunto, lanzó un grito quejoso y volvió á caer presa de una crísis nerviosa.

Saint-Pons se retiró discretamente, dejando á la desolada mujer al cuidado de las señoras que la rodeaban solícitamente y pasó á la cámara mortuoria.

A pesar de las persianas, un rayo de sol se filtraba en la pieza y esparcía una luz difusa.

Ricardo La Frenière yacía sobre el lecho con un crucifijo entre las manos.

Su pálido y simpático rostro con los párpados cerrados, tenía la serenidad que imprime la muerte en las facciones de los que ha tocado, como símbolo del supremo reposo de que van á gozar.

Medio acostada á través del lecho, María Teresa, sacudida por fuertes sollozos, posaba la boca en las manos de su padre, y parecía adherirse á él como para retenerle todavía en este mundo.

El ruido de los pasos de Vidal la hizo estremecer y se volvió ferozmente, como irritada de que la distrajesen de un filial desesperación.

A través de sus lágrimas, reconoció á Saint-Pons y se arrojó en sus brazos.

—Ah! señor de Saint-Pons, murmuró reclinando la cabeza sobre el hombro del conde, cuán bueno es usted en haber venido!

—¡Querida Teresina!

La abrazó profundamente conmovido y agregó:

—¡Cómo la compadezco!...... La amaba á usted tanto!

—Y yo también, yo le adoraba! sollozó la desdichada joven desesperadamente......... Y decir que ayer todavía estaba tan alegre en Monte-Carlo...... Al volver era yo tan feliz apoyándome en su brazo...... Y ahora nada, nada!...... Ah! si al menos hubiera estado largo tiempo enfermo, si hubiera yo podido, mientras le cuidara, irme habituando á la idea de que lo perdería alguna vez...... Pero no, todo ha sido repentino, como un rayo!...... Ah! esto es demasiado duro, señor Vidal; no puedo creerlo, no puedo!.........

Y volvió á arrojarse al lado del cadaver.

Le besaba las manos y le llamaba cariñosamente:

—¡Papá!...... papá!

Parecía haber olvidado la presencia del conde.

Este, respetando aquel dolor tan sincero, tan desgarrador, se mantenía un poco atrás, y contemplaba el rostro impasible y marmóreo de su amigo muerto.

Los recuerdos de juventud y de compañerismo le llegaban en oleadas.

Aquel bravo Dick había sido á menudo su compañero de viaje.

Vidal recordaba su desenfadado buen humor, su ardor por el placer, sus arrebatos de alegría.

Y he aquí que todo aquel gozo de vivir se había evaporado.

De aquella personalidad apasionada y bulliciosa, pronta al entusiasmo y rebelde al desaliento, no quedaba ya más que un rígido cadaver.

Vidal, con ansioso estupor, miraba aquellos ojos cerrados, en donde el deseo había encendido tantas veces brilladores relámpagos, aquellos labios empalidecidos en donde tantos labios femeninos se habían posado, aquellos brazos rígidos que habían ceñido tiernamente tantos talles, y que ahora, maquinalmente, oprimían el pie de madera de un crucifijo.

El pobre Dick había conocido, mejor que cualquiera otro, las pasiones que trastornan ó que encantan la vida.

Sin dejar de tener rápidas y sinceras llamaradas de afectos para su mujer y sus hijos, jamás había sabido resistir á la tentación de una aventura galante, á la curiosidad de una sensación amorosa.

Y había bastado una gota de sangre extravasada para detener los movimientos de aquel corazón, siempre presto á inflamarse, para convertir aquel cuerpo lleno de vitalidad, en un despojo inerte.

Ante aquella paz definitiva y aquella transformación total operada brutalmente por la muerte, Saint Pons sentía debilitarse su propia fiebre.

La vanidad de las pasiones y de los goces humanos, se le figuraba repentinamente como un odre desinflado.

Sentía piedad de sus agitaciones y debilidades de la mañana.

De la impasible serenidad de su amigo muerto, parecía desprenderse una lección muy grave.

A medida que se absorbía en la contemplación de aquel cuerpo que tan pronto se había helado, más viva conciencia tenía de la inanidad de esa pasión del amor que convertimos en mira principal de nuestra vida, y una fuerza misteriosa le inclinaba á las abdicaciones austeras, á las revoluciones tenaces.

Ultima Parte.

I

Anque Ricardo La Frenière hubiese muerto el viernes, los funerales, á causa de la fiesta de Pascua, no pudieron ejecutarse sino hasta el lunes siguiente.

Aquel día, á eso de las diez de la mañana, las filas de carruajes se estacionaban á lo largo del muro de la Roseraie.

Las numerosas relaciones del difunto y del barón Spieler, afluían á los jardines de la *villa*.

Había acudido una verdadera multitud de Niza, de Villafranca y de Monte-Carlo.

Sospechábase ya que la brusca muerte de Ricardo, iba á reducir á la familia La Frenière á una situación rayana en la pobreza.

Sin embargo, formaba todavía parte del «mundo selecto,» y las mismas gentes que se disponían *in petto* á mantenerse á buena distancia, tan luego como se declarase la ruina, creían de buen tono asistir á una ceremonia clasificada entre los entierros de sensación, donde la crema de la sociedad extranjera se hallaría reunida y de la que se ocuparían extensamente los periódicos.

Toda aquella sociedad enamorada del aparato y sacrificada á las apariencias, se daba cita en la Roseraie, del mismo modo que acudía á las carreras, á la Opera, á los matrimonios elegantes, á donde quiera que hubiese probabilidades de ser visto y de leer su nombre al día siguiente en las hojas mundanas del litoral.

Los grupos diseminados en los jardines llenos de flores, miraban, esperando que levantaran el cadaver, las hileras de notabilidades masculinas ó femeninas que se dirigían hacia la casa.

Reconocían y señalaban al paso á lady Snowdrap, delgada y rígida, con ojos pintados, cara de Pierrotte enharinada, pecho plano encerrado como en una vaina de raso negro, constelado de azabache.

Más alla, la pequeña Soties Ambagne, fresca, con los ojos húmedos, dando saltitos, cogida del brazo del pintor Mario Legrand.

Allí, la señora de Girelle, rosagante, satisfecha, feliz de haber reconquistado al príncipe Kamenski y olvidándose con él en una conversación sentimental.

La señora Castellar, reinstalada desde la víspera en los Lentiscos, siempre joven y siempre viuda, saludando á derecha é izquierda, y sacudiendo como un penacho su rubia cabeza rizada.

El príncipe Nirasco, viejo, gastado, arrastrando los pies, apoyado en el brazo de su secretario, pero cuyos ojos, bajo los pesados párpados, se encendían aún á la vista de una mujer bonita

Fauber, con su cara fisgona, su mirada penetrante, divirtiéndose á lo filósofo con aquella comedia social que se representaba á dos pasos del ataud cubierto de flores, y rodeado de cirios amarillos de llamas oscilantes.

El capitán Legard, con uniforme de gala, había acudido expresamente de Antibes, en donde estaba de guarnición.......

«En suma, cuchicheaban trás él: él debe eso á la baronesa Spieler.........»

Después de haberse persignado devotamente ante el féretro, en el vestíbulo transformado en capilla ardiente, las damas franqueaban con recogimiento el umbral del salón, en donde las tres hijas del difunto recibían á sus amigos.

La mayor parte de ellas besaban con efusión exagerada á Eva Spieler, y luego se limitaban á sacudir la mano de Nancy y de María Teresa.

Algunas de las más íntimas se deslizaban por una puerta de comunicación hasta la pieza en que la señora La Frenière, muy quebrantada, se había retirado en compañía de la señora Maruverno.

La prodigaban estériles consuelos y volvían de puntillas al salón, en donde contaban á sus vecinas el estado desgarrador en que habían encontrado á «la pobre mujer.»

A cada instante, nuevas personas aparecían.

Bajo sus crespones, Eva Spieler lanzaba hacia ellas una rápida ojeada y se paraba lánguidamente para recibirlas.

A despecho de sus lágrimas, discretas por lo demás, se sentía que lo que sobre todo la preocupaba, era el conservarse seductora hasta en las manifestaciones de su pena, y advertía con satisfacción la solicitud de sus relaciones más íntimas y más de su gusto.

Había atendido esmeradamente su *toilette* de duelo.

Segura de que el ribete blanco de su capota de crespón la sentaba á las mil maravillas, guardaba en sus actitudes adoloridas una gracia fácil, una melancólica coquetería que revelaba una inveterada necesidad de agradar.

Nancy se mostraba más sincera y más natural.

Parecía absolutamente aterrada por la muerte de su padre; sin embargo, se adivinaba en su sombrío azoramiento, más bien que el dolor de haberle perdido, el es-

[*Continuará.*]

FLOR DE NIZA

POR ANDRES THEURIET.

(Traducida especialmente para "El Mundo.")—Ilustraciones hechas en nuestros talleres.

Núm. 11.—Véanse nuestros números desde el 5 de Julio de 1896.

panto de carecer en lo sucesivo de la comodidad y del bienestar indispensable á su existencia.

Sólo María Teresa lloraba sinceramente desde el fondo de su corazón, á aquel padre que tanto había amado.

Agobiada en un extremo del canapé que ocupaba con Nancy, ocultaba la cabeza entre las manos.

Sacudida por silenciosos sollozos, permanecía indiferente á cuanto pasaba en torno suyo.

Su pena era profunda, y en ella se absorbía por completo.

Nadie, por lo demás, pensaba en turbarla.

Las dos hermanas mayores se atraían las frases de condolencia de todas aquellas damas que llenaban el salón, con sus trajes, por demás elegantes, y en medio de tantas extrañas, la menor permanecía desdeñada ó ignorada.

Aquella lúgubre estancia en el salón, repleto y poblado de tinieblas, comenzaba á parecer pesada á los asistentes, cuando el maestro de ceremonias vino á anunciar que la comitiva iba á dirigirse á la iglesia.

El cortejo se formó en el jardín, junto á cenadores, dondonde la brisa del mar sembraba pétalos de rosas sobre las cabezas descubiertas y los vestidos negros.

Cuando llegó á la verja, el carro empenachado y lleno de coronas se balanceaba ya en el camino polvoso, entre dos filas de penitentes de la cofradía del Santo Sepulcro.

En calidad de antiguos amigos del difunto, Vidal de Saint-Pons y Maruverno presidían el duelo á uno y otro lado del barón Spieler, único representante varón de la familia. Este último, con corbata blanca y muy solemne bajo su casaca negra constelada de condecoraciones extranjeras, ofrecía á la mirada de los curiosos la fisonomía convenientemente contristada y la dignidad de actitud exigidas por las circunstancias.

A pesar del sol que acariciaba su cráneo calvo, permanecía con la cabeza descubierta; sus párpados plegados velaban sus ojos naturalmente apagados; sus largas patillas rubias daban cierto aire deplorable á su rostro flemático.

Al encaminarse con paso ceremonioso á la cabeza del cortejo, el barón meditaba en las molestias de aquella muerte inesperada y en las eventualidades, amenazadoras para su bolsillo, que se presentarían sin duda, á causa de la desaparición del jefe de la familia La Frenière.

En el caso muy probable en que la sucesión fuese ruinosa, él no podría, sin herir las conveniencias, ni perjudicar su propia respetabilidad, dejar en la miseria á su suegra y á sus cuñadas.

Esta obligación de atender á mujeres habituadas al lujo y al bienestar, contribuía sensiblemente á alargar sus facciones y á darles un sello de gravedad apenada que los asistentes interpretaban como la expresión de un dolor reconcentrado.

Maruverno iba pensando en las próximas elecciones al Senado y en la resonancia del discurso que pronunciaría dentro de un momento ante el féretro del difunto.

Sólo Vidal pensaba en su amigo muerto y sentía en el fondo de su corazón una tristeza verdadera.

La pequeña iglesia de Beaulieu era demasiado estrecha para recibir aquella multitud de concurrentes.

Muchos se quedaron fuera y de ello se aprovecharon, los unos para esquivarse, los otros para ir á esperar el fin de la ceremonia, bajo el emparrado de la Reserva, cuya verja se abría precisamente enfrente.

Mientras el órgano acompañaba con sus modulaciones sollozantes el trasporte del ataúd, Vidal ocupaba uno de los asientos reservados á la familia.

En el momento en que se paraba para inclinarse ante el catafalco, estrellado de cirios, de donde se exhalaba un perfume de flores moribundas mezclado al olor de la cera fundida, advirtió, no sin estremecerse de inquietud, á su hermano y á su amada en el fondo de la nave.

Habían llegado retardados y se abrían paso difícilmente á través de la concurrencia.

Saint-Pons había supuesto que Violeta no podría dejar de presentarse en el entierro de Ricardo La Frenière, pero se había figurado que gracias á la multitud hallaría medio de evitar cualquier encuentro.

Ahora, la posibilidad de eludirse le parecía menos evidente.

Honorato y su mujer habían logrado avanzar hasta el crucero, en donde se mantenían en pie, no lejos de Vidal.

Los ojos del conde eran invenciblemente atraídos hacia el pilar junto al que estaba Flor de Niza.

En cuanto á ella, hojeaba distraídamente su devocionario y á través de las llamas humeantes de los cirios, Vidal distinguía aquel seductor semblante, cuya blancura resaltaba más por lo negro de su traje de duelo.

Hubo un momento en que sus miradas se encontraron y la lenta caricia de los ojos grises de la joven pareció significar á Saint-Pons que no había acudido á Beaulieu más que para verle.

De nuevo se sintió oprimido de angustia á la idea de que era ya inevitable una entrevista.

No se engañaba Vidal: Violeta contaba con que el servicio fúnebre del pobre Ricardo le proporcionaría ocasión de volver á encontrar al fugitivo y de pedirle razón de su brusca partida.

Aquella fuga la había causado contrariedad, pero ni la había sorprendido ni irritado.

Conocía lo bastante á Vidal para que no la admiraran los combates que sacudirían su alma.

Sabía que era demasiado escrupuloso y demasiado leal, para que no previera la energía con que resistiría á la atracción que ella ejerciera sobre él.

Por el contrario, le estimaba más por la rectitud y delicadeza que mostraba alejándose de ella y por esto le amaba con más pasión.

En aquella resolución súbitamente tomada, veía la prueba de la influencia que ejercía en él.

Si huía de ella, era porque la amaba y temía que sucumbiera á la tentación.

A tal idea experimentaba la joven una alegría que lo iluminaba todo á su alrededor y la impedía considerar las cosas desde su verdadero punto de vista.

Por lo demás, penetrada ya de la moral más que indulgente del medio tan libre en que había vivido todo el invierno, y no sintiendo por Honorato más que una irónica conmiseración, no la detenían ni los mismos escrúpulos ni los mismos remordimientos que á Vidal.

A sus ojos, el trasporte que la había arrojado en brazos de su cuñado, y había unido sus labios, no era más que la manifestación de un afecto muy tierno, sin culpables intenciones.

Vivía en la atmósfera deliciosa del amor que comienza.

Hállabase en esa primera hora en que todo es límpido y virginal como el alborear de la mañana, en que las emociones de la carne son inconcientes y como iluminadas por las puras emociones del alma.

No se preocupaba porque aquel estado durara siempre, ni pensaba en que deseos más impetuosos pudieran turbar aquella ideal corriente de ternura.

Amaba, era feliz amando y nada le importaba lo demás.

En aquel momento, mientras las plegarias subían con el incienso, en torno del féretro, el gozo de vivir cantaba en ella y sus ojos buscaban los de Vidal para enviarle algo así como un eco de aquel cántico interior.........

El sacerdote había salmodiado el último *Requiescat in pace.*

La multitud refluyó hacia el pórtico y el cortejo, volviéndose á formar con menos orden, subió el camino del cementerio entre declives en donde florecían grandes geraneos rojos.

Las ruedas del carro chirriaban sobre la calzada recientemente empedrada.

Sacudido por los movimientos, el atahud oscilaba con su carga de flores.

Avanzábase lentamente sobre la vertiente bañada de sol, y los hombres se enjuban la frente húmeda.

Por último, llegaron.

El carruaje de duelo de las La Frenière había tomado la delantera.

Cuando el cortejo llegó al lugar en donde se abría la fosa, el grupo de las tres hermanas se destacaba negramente sobre las tumbas de mármol blanco.

María Teresa, á la vista del ataúd que depositaban á lo largo de la abierta sepultura, se sintió mal y tuvieron que retirarla.

Entre tanto, Maruverno con la cabeza descubierta, agitando unas hojas de papel con la mano sin guante, comenzaba con voz sonora el discurso que había preparado laboriosamente y que esperaba verlo reproducido en los periódicos del día siguiente.

El flujo de su elocuencia parecía inagotable á los oyentes á quienes el sol les quemaba la espalda y la nuca.

Acogieron con un murmullo de aprobación y de bienestar la patética peroración del final y en seguida los grupos se diseminaron.

Muchos asistentes, volviendo de prisa á su carruaje fueron á acabar el día á Monte Carlo y con las nubes de polvo levantadas por los caballos, voló de sus ligeros cerebros el recuerdo del muerto.

Vidal quedó pronto solo con la familia, cerca de la fosa en donde las paletadas de tierra roja cubrieron prestamente el ataúd.

Todo estaba concluido.

Saludó al barón Spieler, estrechó la mano de Eva y de Nancy y se dispuso á alejarse.

Al franquear la reja, percibió á Honorato y á Violeta que le espiaban, en pie cerca de su landó.

Había contado algún tanto, con que los dos esposos no viéndole volver, hubieran ya tomado el camino de Niza.

Ahora no podía ya evitarlo.

Se adelantó con paso firme y presentó valientemente la paz al enemigo.

—Y bien desertor, comenzó Honorato estrechándole la mano, ¿es así como nos abandonas?

Violeta se había acercado á su vez y tendía la mano á su cuñado.

—¡Cómo! dijo Vidal esforzándose por tomar en tono desenfadado, ¿aún no se habían marchado ustedes?......... Es mucha amabilidad haberme esperado al sol.

—Teníamos empeño, respondió Flor de Niza con acento irónico, en recibir noticias de usted...... Como la montaña no venía á nosotros, hemos ido hacia la montaña.

—En fin, agregó Honorato ¿están terminados esos famosos trabajos?......¿Volverás pronto?

—No sé, replicó el con evasiva. Los carpinteros la han emprendido con el techo y se entregarían á la holganza si no estuviese allí.

—Pero, objetó Violeta con aire de incredulidad, supongo que los carpinteros no trabajarán por las noches?...... No podría usted venirse á cenar y á dormir á Niza?

—No, declaró él con firmeza, no insistan ustedes.........

Ella le miró un poco turbada por la energía de aquella respuesta negativa, y luego agregó sarcásticamente:

—En ese caso, nosotros vendremos á verlo.

—Sí, añadió Honorato, te reservamos una sorpresa....

—¡Qué ocurrencia! protestó Vidal inquieto, bien sabes que la Fouán no es habitable para un matrimonio joven. Pienso que no tendrán ustedes la intención de instalarse allí?

—En la Fouán, no! repuso Violeta lanzándole una ojeada maliciosa; pero sí muy cerca, en los Lentiscos...... Como nos ha abandonado usted tan pícaramente, no está usted al corriente de nada...... Sepa usted, pues, que mi madre está de vuelta y que hemos hecho las paces. La hemos prometido pasar unos días en los Lentiscos, en donde ha vuelto ella á poner sus cuarteles de primavera.

El rostro de Vidal se había obscurecido.

—Diríase que esto lo contraría! prosiguió ella con un tono en que se traslucía al par que un reproche, una vaga amenaza...... No persista usted, pues, en su mal humor ó creeremos que nos oculta algún terrible secreto...... En todo caso, seremos sus vecinos de aquí á poco y nuestra primera visita será para usted...... ¡Hasta muy pronto!

Y subió al carruaje sin volverse á mirarle.

Honorato abrazó á su hermano, repitiendo dócilmente:

—Sí, hasta muy pronto!

Se sentó, en seguida, al lado de su mujer y partió el landó.

Ya había desaparecido tras la curva de la rampa.

Se oía el trotar de los caballos resonando más y más sordamente en la carretera, y Vidal permanecía inmóvil cerca de los geranios bañados de sol.

Se entristecía y se irritaba de la ineficacia de sus esfuerzos para alzar una barrera entre él y la señora de Saint-Pons.

Contra lo que él esperaba, Violeta no parecía haber comprendido los serios motivos de su conducta, ó si los había adivinado, no los tomaba en consideración.

No quería ella ver el peligro, no apreciaba los sentimientos de lealtad y de honor que instigaban á su cuñado á desempeñar el tonto papel de José.

¿Qué sucedería si se instalaba ella en los Lentiscos y si Honorato, que no sabía ver nada ni sospechar nada, se obstinaba en su ceguedad?......

La situación se tornaba á cada instante más peligrosa.

Vidal, al pie del muro, se preguntaba con angustia qué partido tomaría entre aquella mujer apasionada, capaz de entregarse á las mayores imprudencias y aquel marido sumergido en una engañadora seguridad!......

¿Abrirle los ojos á Honorato?......

Eso no era ni generoso ni prudente, y además, el remedio sería peor que la enfermedad.

¿Esperar la ocasión de una entrevista con la señora de Saint-Pons y tratar de hacerla entrar en razón?......

El éxito parecía muy dudoso.

Además de que en semejantes circunstancias, el papel de razonador es soberanamente ridículo, no se fiaba mucho Vidal de sus propias fuerzas.

Era hombre, y cerca de aquella criatura tan seductora, hacia la cual se sentía secretamente arrastrado, temía carecer de la fortaleza y sangre fría necesarias.

Bastaría un accidente, un movimiento de sensibilidad para que su debilidad quedase descubierta, y en tal caso la caída sería tanto más pronta cuanto más empeñosa hubiera sido al principio la resistencia.

El único remedio verdaderamente soberano era la fuga.

Era preciso partir silenciosamente, interponer centenares de leguas entre él y la mujer de su hermano.

Pero tampoco esto le era posible hacer.

La muerte de Ricardo La Freniere hacía momentaneamente impracticable aquel salvador proyecto.

En el testamento, redactado un año antes, instituía el difunto al conde Saint-Pons ejecutor de sus últimas voluntades, suplicándole que ayudase con su amistad á su viuda y sus hijos.

Vidal no podía, sin ser tachado de egoísmo y de indiferencia, traicionar la confianza de un amigo y evadirse de un deber tanto más imperioso, cuanto que el porvenir de la señora La Frenière, y de María Teresa sobre todo, parecía gravemente comprometido.

Mientras reposaba todas estas dificultades en su cerebro adolorido, se encaminaba el conde á pie al pueblo de San Juan.

Seguía lenta y tristemente el sendero de los aduaneros, á orillas del mar que murmuraba con suave mansedumbre.

Vidal dirigía sus miradas distraídamente hacia la azulada superficie del mediterráneo, hacia la coloreada cadena de montañas de la costa, á la movediza verdura de los olivos bañados de sol, como buscando quien le diese un consejo ó una inspiración.

Pero en el desarreglo de nuestra propia naturaleza, el mundo exterior permanece cruelmente impasible.

El mar proseguía su canción indiferente, las montañas se expolvoreaban radiosamente al sol, los olivos seguían moviendo descuidadamente sus ramas y parecían decirle á Vidal:

«¡Nada podemos!»

Y la luminosa paz de las cosas no hacía sino exasperar la angustia de aquella alma atribulada.

II

En el salón de la Roseraie, la señora La Frenière, sus hijas y sus amigos, se encontraban reunidos en una especie de consejo de familia.

Por primera vez, desde hacía ocho días, había salido la viuda de su habitación y se había sentado en un largo canapé, entre la baronesa Spieler y María Teresa.

Nancy se hallaba un poco apartada y parecía sumida en tétrica meditación.

En frente, delante de una mesa cubierta de papeles, Maruverno consultaba una hoja borroneada de cifras y conversaba en voz baja con Vidal de Saint-Pons.

El barón Spieler se había excusado, pero la buena señora Maruverno no había acompañado á su marido, se había colocado junto á María Teresa, á quien le había tomado una mano que guardaba afectuosamente entre las suyas.

Por las ventanas abiertas enviaba el jardín á la pieza ensombrecida por los trajes de luto, sus olores de primavera y los gorjeos de los alegres pajarillos.

Bautista Maruverno, después de toser para limpiarse la voz, se aseguró las gafas y comenzó á hablar en estos términos:

—«Señores, el conde de Saint-Pons y yo hemos pasado la semana en disponer la sucesión de nuestro pobre amigo Ricardo.

Con gran pesar de nuestra parte, nos encontramos frente de una situación mala y creemos de nuestro deber ponerla en conocimiento de ustedes desde luego.........

El activo se compone únicamente de la *villa* de la Roseraie y del mobiliario que la guarnece; no menciono, sino por simple formalidad, la fábrica de París de que el difunto era mero locatario y cuyo material no le pertenecía.

La *villa*, comprendiendo las dependencias y el mobiliario, puede valer unos trescientos mil francos, y de hecho tenemos ya un comprador que consentiría en tomarla en esta suma...... pero la propiedad está grabada de hipotecas hasta doscientos mil francos y las deudas de escrituras, gastos judiciales, etc., se elevarán á unos ochenta mil.........

Si ustedes se resuelven á vender, cosa que les aconsejamos, quedará á la sucesión una suma de veinte mil francos, á lo más.........

Permítaseme inducir á los herederos á que cedan, bondadosamente á su madre lo que les corresponde, que por lo demás, les sería insuficiente para vivir...... Y con este motivo, lamentamos la ausencia del señor Barón Spieler que sería el único que pudiera darnos algunas luces respecto de las medidas que debieran tomarse para asegurar el porvenir en lo que respecta á la señora La Frenière y sus dos hijas menores.........»

Esta alusión á su marido despertó la atención de Eva Spieler, que hasta entonces había escuchado muy distraidamente el discurso del Sr. Maruverno.

Alzó su bonita cabeza, adornada con una capotita negra cuyos largos crespones habían sido ya ajustados de modo que cayesen elegantemente hacia atrás.

—En cuanto á mi parte, en esos veinte mil francos, dijo, la cedo con la mejor voluntad...... Desearía muchísimo hacer más, pero desgraciadamente no soy libre para obrar á mi arbitrio. Creo, sin embargo, poder afirmar que el barón no vacilará en ofrecer á mi madre una habitación en nuestra *villa* de Montborón.........

La señora La Frenière volvió hacia su hija mayor su rostro en el que aún se veían los párpados hinchados de lágrimas, y respondió con voz débil:

—Te doy las gracias, querida, pero he tomado ya otras disposiciones. Al siguiente día de nuestra desgracia, telegrafié á mi hermana, que habita en Nueva York, y su respuesta no se ha hecho esperar. Por telegrama me invita á que vaya á instalarme á su casa con mis hijas y esto es lo que haré tan luego como pueda salir de Beaulieu. Mi hermana es rica, me ama mucho y gracias á ella, Nancy y María Teresa podrían allá casarse ventajosamente.........

Durante toda esta conversación, María Teresa tenía los ojos obstinadamente fijos en las verduras del jardín.

No se podía ver su rostro, pero se adivinaba en el estremecimiento de sus hombros, que lloraba silenciosamente.

En cuanto á Nancy, tan luego como su madre hubo acabado de hablar, se paró y dijo sin detenerse, con acento firme y resuelto:

—María, María Teresa acompañará á usted solamente, porque yo estoy resuelta á no expatriarme...... Ayer el príncipe Nirasco me ha pedido una entrevista y me ha dirigido una proposición de matrimonio que acepté....... El príncipe y yo estamos comprometidos y nos casaremos tan luego como usted haya dado su consentimiento...... Espero que no me lo negará usted. Verdad?

Al oír el nombre del viejo príncipe Nirasco, la señora Maruverno no había podido reprimir un gesto de desaprobación.

Miraba con espanto á aquella rosagante y fresca joven de veintidos años que hablaba de casarse con un septuagenario como de la cosa más natural del mundo.

—¿Eso piensas, Nancy? exclamó la viuda, visiblemente contrariada. El príncipe Nirasco tiene cincuenta años más que tú!

—Me place que así sea, replicó terminantemente Nancy; me ofrece una posición honorable y prefiero casarme con él á vivir como parienta pobre á expensas de una tía desconocida que me desagradará y á la que tengo muchas probabilidades de desagradar igualmente.

La señora La Frenière alzaba los hombros y Vidal miraba á la señora Maruverno con un movimiento poco aprobatorio.

—Nancy tiene razón, dijo Eva Spieler sofocando un bostezo, yo le apruebo que tome marido, por maduro que sea, antes que someterse á la férula de parientes extraños...... Mamá, estoy cierta, no se opondrá á un matrimonio que asegura la independencia de su hija y que la descarga al mismo tiempo de una gran responsabilidad.

—Oh! ciertamente, protestó la viuda que aborrecía las discusiones; no abrigo la intención de contrariar á Nancy...... Es libre y se halla en edad de saber lo que le conversa más.

—¡Que sea en buena hora! agregó irónicamente el señor Maruverno metiéndose las gafas en la bolsa del chaleco; y ahora que todo está arreglado á satisfacción general, creo que podemos levantar la sesión.........

Saludó, se despidió y salió con la señora Maruverno á quien la viuda acompañó hasta el carruaje.

Eva Spieler y Nancy aprovecharon el momento para retirarse juntas.

La baronesa subió á la habitación de su hermana á fin de interrogarle acerca de su brusco matrimonio que picaba extraordinariamente su curiosidad.

Una vez solo con María Teresa Vidal, le estrechó amistosamente las manos:

—Y usted, dijo, mi pobre Teresita, ¿qué será de usted en medio de todo esto?...... Veo que han consultado á todo el mundo, excepto á usted.

Al mismo tiempo examinaba con afectuoso interés á la joven y se maravillaba de la rápida transformación que se había operado en ella en un año.

Había perdido su delicadeza gracil del *back-fish*.

Su talle se había alargado y el busto se le había desarrollado.

Sus abundantes cabellos obscuros, anudados en gruesas guedejas, daban á su rostro más lleno una expresión menos juvenil.

Un fulgor muy tierno, pero más serio, bañaba sus grandes ojos garzos.

Había desaparecido la adolescente para ceder el puesto á una esbelta joven, perfectamente formada y encantadora con la severa sencillez de su traje de duelo.

Se enjugó los ojos llenos de lágrimas y alzando hacia el conde una mirada confiada, murmuró:

—Oh! señor Vidal, desearía conversar un momento con usted...... ¿quiere usted que demos una vuelta por el jardín?

Se inclinó él en señal de aquiescencia y le ofreció el brazo.

Cuando estuvieron fuera, bajo la enramada que se prolongaba hasta orillas del mar, María Teresa se detuvo.

—Señor de Saint Pons, comenzó á decir ella; cuando vivía mi padre, usted era muy bueno conmigo, y ahora que él ha partido...... para siempre, usted es el único amigo que me queda. El amaba á usted mucho y usted le amaba igualmente. Me parece que encuentro en usted algo de lo que había en él y es lo que me anima á pedirle un consejo...... Me siento tan desorientada, tan inexperta, tan sola!...... Tengo tanta necesidad de que me guíen y lo obtengo tan poco!

La voz húmeda de la joven ascendía como una plegaria bajo las palmeras de la terraza y sus hermosos ojos sinceros se volvían hacia Vidal con una expresión de confianza que le conmovió:

—Querida niña, respondió él, tiene usted razón en contar conmigo y estoy enteramente á su disposición.—Dígame usted lo que la inquieta y trataré de aconsejarla como lo hubiera hecho mi pobre Ricardo...... ¿Asusta á usted la perspectiva de esa partida para la América?

—Sí...... confesó ella, yo no quisiera salir de Beaulieu en donde he nacido y que tanto amo.

Sus ojos húmedos abrasaron con mirada amiga el cielo, el mar diamantino, las montañas esfumadas y continuó reprimiendo un sollozo en la garganta:

—Aquí es donde he vivido con mi padre; aquí es donde él ha muerto...... No tendré fuerzas jamás para abandonar este rincón de tierra en donde él reposa y en donde he pasado tan hermosas horas á su lado...... Si me expatriara, sería como una pobre planta arrancada que no puede ya echar raíces en ninguna parte......

—Pero su madre me parece resuelta á partir...... ¿Tendría usted la intención de separarse de ella?

Permaneció un instante silenciosa y como vacilante, y luego añadió:

—Señor Vidal, voy á hablarle á usted con el corazón abierto.... Ciertamente le tengo profundo afecto á mi madre, pero sé que no le soy indispensable. Allá encontrará ella de nuevo sus hábitos de la infancia, amigos, á su hermana...... Se acostumbrará pronto á no verme. No le hará falta, en tanto que á mí me faltará todo si voy á vivir entre extraños...... No, no tengo valor para irme á lo desconocido!

—Sin embargo, usted no puede vivir sola, Teresita; verdad es que tendría usted á sus hermanas...... Pero, créame usted suponiendo que consientan en recogerla, no debe usted contar mucho en su solicitud...... Son demasiado personales, no tienen sus mismos gustos y no desearía yo para usted que fuese á adquirir los de ellas.

—Oh! no cuento con ellas, protestó María Teresa, su modo de vivir no me agradaría...... No, yo había pensado en otra cosa y sobre eso deseo consultar á usted......

Vidal la miraba con sorpresa y se preguntaba con inquietud á dónde iría á parar.

La joven prosiguió:

—Me va á juzgar usted muy presuntuosa!...... pero, en fin, soy buena música y me conceden cierto talento como violinista. Pues bien, había pensado en utilizar ese talento y en ganar mi vida en Niza, dando lecciones de acompañamiento.........

—¡Cómo! interrumpió el Conde, ¿daría usted lecciones por las casas?

—Quiero, replicó ella gravemente, vivir de mi trabajo......... ¿No es más honroso que permanecer en la ociosidad y á cargo de los demás?

—¡Pobre hija mía! esto es insensato!......... Primeramente á la edad de usted, no puede quedar sola, y después, no sospecha las miserias del oficio que usted quiere emprender......... sí, usted es excelente música, extraordinaria violinista; pero la amable acogida que se ha hecho á su talento de aficionada, se cambiaría en descon-

fianza cuando tratara de sacar partido de ese talento para la ganar la vida .... Tendrá usted, además, que luchar contra una competencia sin piedad. Niza está llena de artistas que se disputan las lecciones. La oferta es superior á la demanda......... Usted no supondrá que los alumnos acudirán en masa desde el principio......... Será preciso esperar largo tiempo la clientela, y entretanto, ¿cómo vivirá usted?

—Ya había reflexionado en todo eso, respondió ella con toda calma: me había dicho que si usted aprobaba mi proyecto, sería usted bastante bueno para facilitarme su ejecución......... Desde luego le habría rogado que me buscase en San Juan un cuarto, en casa de algunas personas honradas y respetables que me sirvieran de sombra......... No soy ni descontentadiza ni animada, ocupo poco lugar y creo que mis huéspedes no tendrían por qué quejarse de mí...... Además, esperaba que gracias á las relaciones de usted en la aristocracia de Niza, podría procurarme algunos buenos discípulos para comenzar..... No me forjo ilusiones acerca de los encantos del oficio, pero ya otras lo han hecho antes que yo; estoy dispuesta á soportar muchas cosas con tal que llegue á ganar honrada y modestamente mi pan. Querer es poder y me siento capaz de querer con firmeza, sobre todo, si puedo contar con la amistad de usted.

Vidal escuchaba con admiración.

La firmeza de voluntad, la madurez de juicio de aquella niña de diez y seis años, se la hacían aún más simpática.

Le conmovía encontrar en ella tanto buen sentido y espontaneidad, tan valeroso modo de mirar la vida, juntamente con una gracia tan ingenua y tan confiada serenidad.

Al mismo tiempo se sentía traspasado de compasión al pensar en las miserables decepciones, en los peligros á que iba á lanzarse tan impetuosamente María Teresa.

—Y bien, preguntó ella, alzando hacia él sus ojos sinceros y comenzando á sentirse intimidada por su silencio, ¿cuál es la opinión de usted?

—Mi opinión es, repuso el conde, que tan valientes intenciones merecen examinarse detenidamente......... Voy á pensarlo esta noche y le prometo á usted que mañana por la mañana le diré francamente lo que pienso.

La faz entristecida de María Teresa se iluminó y la joven tendió sus manos al amigo de su padre.

—Gracias, señor Vidal, esperaré á usted mañana...... Pero ¿no es verdad, agregó con infantil entonación, que dirá usted que tengo razón y no me dejará llevar lejos de todo lo que amo?.........

—Veremos, replicó él con grave sonrisa. Hasta mañana, Teresita!......

La atrajo hacia él y la besó paternalmente en la frente.

—Es usted una valiente muchacha, murmuró, y la quiero mucho.

Se separaron y Vidal se dirigió pensativo hacia el camino de San Juan.

«Sí, se repetía, es una valiente joven y sería cruel abandonarla!»

Comprendía que temiera la joven desterrarse á un país en donde todo le sería extraño.

Sabía que á pesar de sus serias cualidades de señora de casa, la señora La Frenière había descuidado involuntariamente la educación de sus hijas y que éstas no le harían mucha falta en el nuevo *home* que eligiera.

Excusaba, pues, á María Teresa, de que sintiese repugnancia por aquel viaje á Nueva York.

Pero por otra porte, le espantaba ver á aquella niña entregada á sí misma en medio de los peligros de la sociedad de Niza y obligada á emprender, para vivir, un oficio lleno de riegos y sinsabores.

«Para arreglarlo todo, pensaba, sería preciso que se casara. Se necesitaría que un hombre honrado se enamorase de ella y se empeñara en hacerla feliz...... Y quedaría recompensado, porque María Teresa se ha puesto encantadora...... ¡Qué irrisión! Sus dos hermanas, que no valen lo que ella, han encontrado maridos, y esta adorable niña se verá condenada á vestir santos......... ¡Qué desgracia!»

Muy conmovido con la enternecedora situación de su amiguita, Saint-Pons olvidaba sus propias preocupaciones.

Siete días habían pasado desde su corta entrevista con Honorato y Violeta.

De suponer que esta última persistiese en su proyecto de veraneo, su llegada á los Lentísticos se hacía inminente.

Cada vez que Vidal violvía á su casa temblaba temiendo encontrarse en ella á su hermano y á su cuñada.

Aquella misma noche la vista de la fachada color de rosa de la *villa*, despertó sus temores un momento adormecidos, y le volvió al estado de angustia que sufría desde la mañana del entierro.

Franqueó el umbral de su casa sintiendo un estremecimiento nervioso, y no se tranquilizó hasta que no supo que nadie había ido á preguntar por él.

Sin embargo, su agitación volvió, y más fuerte, cuando vió desde las ventanas de su habitación los techos de la quinta de los Lentiscos.

Púsose á pensar en la eventualidad de la llegada de Violeta, en los riesgos de la lucha que podía volver á empezar de un momento á otro.

El menor rumor de pasos ó de voces que ascendiese del fondo del vestíbulo sonoro, le hacía estremecer y le causaba fiebre.

No pudo soportar largo tiempo aquella enervante aprensión, y para librarse de su malestar, dejó de nuevó su habitación y se fué á vagar al campo libre.

Atravesó el bosque de sabinos que borda la ribera meridional de la península, y se dirigió hacia San Hospicio.

Caminaba sin ver nada, pensando alternativamente y con la misma inquietud, en los aventurados proyectos de la pobre María Teresa y en el doloroso amor de Flor de Niza.

Le invadía la tristeza á medida que pensaba cuán mal ordenada está la vida, entregada á los peores azares.

Cuando llegó á la plataforma de la torre notó que el aspecto del cielo se había modificado bruscamente.

Bien que fuesen las seis apenas, la luz tenía ya algo de crepuscular.

Una cortina de bruma fuliginosa se extendía hacia el Sur, y el Mediterráneo tomaba los mismos tonos plomizos; de suerte que en el horizonte, el mar y la nube se confundían por completo.

Sobre aquel fondo de una tonalidad sorda, una vela solitaria ponía únicamente una mancha blanca, mientras que al Poniente las montañas del Esterel se destacaban vigorosamente como masas color de tinta.

Al Oriente, por el contrario, una luz difusa se transparentaba á través de la nube, coloreaba las costas y la sábana de agua con gris lechosa, permitía distinguir claramente la punta de Bordighera.

En un campo contiguo al terraplén de la Torre, dos campesinos cavaban apresuradamente la tierra alrededor de las cepas torcidas de un pequeño viñedo.

El choque metálico de las picas sobre el suelo guijoso turbaba solamente el silencio profundo de aquel paisaje adormecido.

A veces los dos campesinos levantaban la espalda encorvada y entregándose á una contemplación calurosa, volvían los ojos hacia el mismo punto del cielo.

Instintivamente las miradas de Vidal siguieron la misma dirección.

Sobre los bosques de pinos, á mucha altura, centenares y centenares de estorninos se cernían, semejantes á un enorme y polvoriento enjambre de abejas.

Ya giraban perfectamente visibles; ya se sumergían en la bruma y reaparecían en masas, desgranándose en seguida poco á poco.

El revoloteo silencioso de aquellas aves de paso, la calma trágica y la tristeza feroz de aquel paisaje crepuscu-

[*Continuará.*]

FLOR DE NIZA

POR ANDRES THEURIET.

(Traducida especialmente para "El Mundo.")—Ilustraciones hechas en nuestros talleres.

Núm. 12.—Véanse nuestros números desde el 5 de Julio de 1896.

lar, se armonizaban con el estado de ánimo de Vidal.

De pronto, súbitamente le sacó de su éxtasis contemplativo el frú frú de una falda sobre el césped, á la vez que un irónico timbre de voz le hizo estremecer:

—Hasta que encuentro á usted!.........

Volvióse él con precipitación.

Violeta de Saint-Pons estaba junto á él, ligeramente sofocada.

El tinte rosado de sus mejillas y la agitación de su pecho bajo la suave tela del corpiño, traicionaban la precipitación con que había ascendido la montaña.

Vidal hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo, y pudo decir con voz muy tranquila al parecer:

—Buenas tardes, señora...... ¿Cómo supo usted que me encontraba aquí?

—Muy sencillo... Llegamos esta tarde á los Lentiscos y nuestra primer visita fué para usted. En la Fouán nos dijeron que estaba paseándose por la playa; seguí el mismo camino, y he tenido la idea de subir hasta San Hospicio..

—¿Y Honorato?

—Lo dejé al lado de la vieja Thelisa, pero estará con nosotro antes de media hora.........

Vaciló ella un momento, y agregó luego con entonación sarcástica:

Tranquilícese usted, nuestra conversación á solas no será larga...... Permítame aprovecharla, al menos para pedirle una breve explicación...... ¿Por qué partió usted tan precipitadamente después...... de lo que había pasado entre nosotros, la tarde de la *Pasión*?

—Le escribí á Honorato y él le habrá mostrado á usted la carta.

—Sí, ya sé, replicó la joven nerviosamente......... Los peones que había que vigilar...... Usted me juzga bastante inteligente ¿no es verdad? para suponer que me ha engañado ese pretexto...... Nada de engaños, se lo suplico!...... Cuando usted me ha oprimido contra su corazón y me ha besado...... de un modo muy distinto de como se besa á una cuñada, ¿era manifestación de ternura ó solamente un juego?...... Un juego cruel, en este caso, porque perdí en él...... Usted estaba convencido de que yo le amaba, puesto que había tenido la debilidad de confesárselo, y es usted demasiado serio para no haber pensado en que yo interpretaría sus besos como un compromiso...... ¿Por qué, entonces, huyó usted al día siguiente?

El momento temido había llegado y se trataba ahora, para Vidal, de sufrir aquella prueba, sin dejarse enternecer.

Espantado ante la sobreexcitación de Violeta, miraba maquinalmente en torno suyo y se sentía tranquilizado por la presencia de los dos campesinos, que cavaban, á un centenar de pasos de allí.

Aquellos hombres le parecían una salvaguardia, una especie de garantía contra las debilidades posibles.

Entonces respondió con más seguridad:

—¿Quiere usted que le hable francamente?......... Pues voy á hacerlo...... Sí; aquella tarde cedí á un arrebato, á un impulso de locura, de que pido humildemente perdón...... En mi calidad de hombre, debiera haberme dominado y no cometer un acto ofensivo para mi hermano...... y para usted...... Cuando tuve conciencia de mi culpa, el mal estaba hecho, pero dependía de mí el no agregar nuevas faltas á la primera......... por esta razón huí.

Una irónica sonrisa crispó los labios de la joven.

—Entonces, exclamó, usted se imaginaba que una vez aquí cesaría todo peligro, y que, después de decir *mea culpa*, todo había acabado?......... Vidal, ¿me ama usted?

Ella se aproximaba á él con las manos tendidas

Un gesto de su cuñado la detuvo.

Con un brusco movimiento de cabeza le señalaba á los dos trabajadores que habían interrumpido su trabajo, y apoyados en su barreta miraban curiosamenre.

—Seré sincero hasta el fin, replicó él; sí, amo á usted!... Si hubiera yo podido saber hace un año lo que usted pensaba y lo que usted valía, hubiera sido el primero en ofrecerle el compartir mi vida, y creo que hubiésemos vivido felices juntos......... He sido un ciego, y ahora que he abierto los ojos, es demasiado tarde.

Sacudió ella la cabeza, recorrió con mirada exaltada el mar brumoso, el cielo negro y los pájaros atorbellinados, y murmuró en seguida:

—Demasiado tarde!......... ¿Por qué?......... Usted sabe que le amo y confiesa que me ama......... El amor es una dicha demasiado rara, para que no se goce de ella á pesar de todo...... Cuando se ama, Vidal, no existen obstáculos insuperables...... Como dicen los ingleses: «En donde hay voluntad, allí está el camino.

—Oh! exclamó Vidal con repulsión..

La miró severamente y prosiguió con amargura:

—Es posible que se razone así en la sociedad en donde pasó usted el invierno; pero en la nuestra...... en la mía, no tenemos las mismas indulgencias. Honorato es mi hermano; si le engañáse tan odiosamente, me despreciaría á mí mismo, y el desprecio mataría al amor.

—¿Quién habla de engañar ni de mentir? respondió ella altivamente. Yo no tengo, lo mismo que usted, el menor deseo de degradarnos de esa suerte...... Pero, agregó en en voz más baja, hay otros medios....... Hay la fuga...... hay...... el dinero.........

—No por eso dejaría mi hermano de ser traicionado y atrozmente infeliz......... No, eso jamás!

La misma amarga sonrisa reapareció en los labios de Flor de Niza, y mirando á su cuñado fijamente en los ojos, replicó en tono de desafío:

—No pronuncie usted esa palabra «¡jamás!» y no esté tan seguro de sí mismo......... A su regreso de Florencia hubiera usted pensado, que una noche me estrecharía entre sus brazos y que mis labios se apoyaban en los suyos?......... Ya nunca borrará usted, Vidal, la huella de aquellos besos...... Lo que sucedió aquella noche puede suceder otra vez......... Vamos, no hay que jurar nada!

—Y yo, protestó él con energía, le prometo á usted que obraré de modo de no tener que reprocharme una nueva falta.

—Sí, ya lo sé! repuso ella, burlona; el gran recurso, la fuga...... Pero no fíe usted en eso!

Al mismo tiempo le envolvía con una mirada apasionada y casi provocativa.

Para no sufrir de nuevo el atractivo de aquellas pupilas grises impregnadas de amor, Saint-Pons se puso rígido, se irritó contra sí mismo y prorrumpió con cólera:

—No sé á qué me resolveré; pero le juro á usted que pondré entre nosotros un obstáculo tal, que ni usted ni yo podamos franquearlo!.........

Al acabar de pronunciar estas palabras, la delgada silueta de su hermano surgió al borde de la plataforma.

—Ah! aquí están ustedes? exclamó Honorato corriendo hacia ellos, temía no llegar á encontrarlos......

Se detuvo sorprendido de la animación y al mismo tiempo del sobresalto de los dos interlocutores, cuya conversación acababa de interrumpir.

Por primera vez sospechó confusamente que pasaba algo misterioso y anormal, y de pronto se sintió más intimidado que ellos.

Entre aquellos tres personajes hubo un momento de absoluto silencio, durante el cual se percibía claramente el ruido de los arados, cayendo á intervalos regulares en el suelo pedregoso.

—A propósito, comenzó por fin torpemente dirigiéndose á su hermano, Violeta te habrá dicho que almorzaremos mañana en tu casa?......

Se detuvo de nuevo, adivinando en la cara sorprendida de Vidal, que no sabía una palabra de aquel proyecto.

—No, dijo brevemente la señora de Saint-Pons, he querido dejarte el placer de anunciarle á tu hermano esta sorpresa.

—No te molestes en lo más mínimo, agregó Honorato, no seremos ni exigentes ni descontentadizos...... Por lo demás, yo mismo he dispuesto el *menú* con Thelisa........

Durante este tiempo, Vidal se había repuesto, y sin mirar á Violeta, respondió:

—Me encantará ser el anfitrión, con tal de que se muestren ustedes indulgentes...... Pero no vayan ustedes á la Fohuán antes de las las doce, porque tengo necesidad de ir á la Roseraie, en la mañana y me será imposible volver temprano. ....

Tomaron los tres el camino de los Lentiscos y no cambiaron en el trayecto más que algunas palabras insignificantes.

Cuando llegaron á la verja, Honorato quiso detener á su hermano á comer, pero este se defendió con vivacidad:

—No, le dijo, tengo que trabajar esta noche...... Tú sabes, además, que la señora Castelar y yo no simpatizamos mucho y nos molestaríamos mutuamente.

—Vamos, salvaje, no insistiré! dijo Honorato empujando la verja.

Antes de seguirle, Violeta tendió la mano á su cuñado diciéndole con acento de reto:

—Hasta mañana!

—Hasta mañana, repuso él con tono firme, como para significarle que aceptaba el desafío.

Y se separaron.

Vidal continuó paseándose solo hasta la caída del crepúsculo.

No entró á la Fohuán sino hasta que había cerrado la noche, cenó rapidamente, y después de dar instrucciones para el almuerzo del día siguiente, se retiró á su habitación.

Durante largo tiempo, Thelisa, que dormía en el piso bajo, cerca de la cocina, oyó sobre su cabeza los pasos de su amo que se agita golpeando el piso de la pieza.

Era la marcha de un hombre que necesita morir para seguir la sucesión precipitada de sus pensamientos.

A intervalos se detenía, como si se le hubiese interpuesto alguna objeción; luego volvía á su lento é interminable paseo

Duró aquello hasta cerca de media noche.

Por último la marcha se hizo más lenta; cesó del todo y pronto reinó un profundo silencio en la vieja morada de la Fohuán.

III

Desde las nueve de la mañana siguiente, María Teresa esperaba en el jardín de la Roseraie la prometida visita de Vidal.

Empalidecidas por la pena y la ansiedad, sus mejillas tenían el tono mate de los jazmines y sus ojos ligeramente circuidos parecían dilatados por la fiebre de la espera.

Apoyábase de codos en la corniza de la terraza espiando la venida de Saint-Pons y sus miradas inquietas escudriñaban unas veces el camino polvoroso y otras la superficie brillante de la bahía.

Las brumas de la víspera se habían disipado y la atmósfera, límpida de nuevo, permitía distinguir los menores relieves de la costa de San Juan.

María Teresa vió una vela blanca que salía del pequeño puerto y se dirigía en línea recta hacia Beaulieu.

Poco á pocó, la embarcación se aproximó.

La joven pudo ver, al fin, al lado del pescador que maniobraba, una silueta negra á cuyo sólo aspecto le latió el corazón.

Un cuarto de hora después, la barca atracó casi enfrente de la Roseraie.

Vidal saltó ligeramente sobre el muelle y franqueó con ágil paso la calzada que le separaba de la verja.

María Teresa había bajado á su encuentro y pronto subieron juntos la escalera que conducía á la terraza.

Vidal también llevaba las facciones alteradas y la palidez prestaba al color de su cara un tinte aceitunado.

Un fulgor a la vez enérgico y enternecido brillaba en sus ojos, en los que se leía la gravedad conmovida de un hombre que está resuelto á un acto decisivo sin disimularse las serias responsabilidades que tal acto entraña.

—Gracias por haber venido tan pronto! dijo María Teresa tendiéndole la mano.

Guardó él en la suya durante todo el ascenso aquella manecita que temblaba y no la soltó sino hasta que estuvieron bajo las palmas de la terraza.

Entónces reclinó la espalda en el muro, á pesar de las instancias de la joven que le indicaba un lugar en el banco rústico en el que se había sentado.

—No, dijo, le doy á usted las gracias, prefiero permanecer en pié.........

Se detuvo un momento para recogerse, y continuó luego:

—Querida niña, he pensado mucho en usted desde ayer y, mucho he reflexionado en el proyecto de que me habló.........

—Usted lo desaprueba, interrumpió ella; lo adivino en su aspecto.

—No lo censuro; revela un corazón altivo y una alma valerosa; pero sí me parece tan laudable y conmovedor: persisto en creerlo poco práctico, más bien peligroso, y no puedo aconsejarle á usted que lo siga.

María Teresa bajaba la cabeza y sus labios temblaban como los de alguien que va á llorar.

—No se desconsuele usted, Teresita, continúo Vidal con tono más tierno. Si mi afecto se opone á que fomente yo sus ilusiones, quiero sin embargo, intentarlo todo para que no se vea usted obligada á expatriarse

Alzó ella hacia él sus ojos preñados de lágrimas y le dirigió una interogación árida y muda.

—Hay un medio de asegurar su independencia y su bienestar material, sin condenarla al destierro.

—Oh ¡dígamelo usted! gritó ella juntando las manos.... ¿cuál señor Vidal?

—Casarme...... aquí.

Movió ella la cabeza desalentada y asomó su semblante una sonrisa incrédula.

—¡Ay! murmuró, su proyecto me parece aún menos realizable que el mío...... Pobre como soy, las gentes que pudieran agradarme no me querrían......y en cuanto hacer un matrimonio semejante al de mis hermanas, jamás!

—Usted me conoce bastante para estar convencida de que yo no le aconsejaría dar su mano sin su corazón...... No, no se trata de un vividor, gastado como el barón Spieler, ni de un viejo como el príncipe Nirasco..... El marido que le propongo á usted.........

—Que usted me propone!......exclamó ella estupefacta.

—Sí...... el marido en cuestión, sin ser un joven, aún no llega á los cuarenta años.........

—¡Ah!.........

Fijaba ella en él sus grandes ojos puros, en donde se veía una creciente sorpresa mezclada de inquietud.

—Le digo á usted, prosiguió, que sin que pretenda ser apasionadamente amado, tiene el corazón bastante ardiente para mostrarle á usted un grande afecto y, para ganar el suyo.

Vidal había pronunciado estas últimas palabras con más animación.

A medida que hablaba, la fisonomía de María Teresa se iluminaba y el rubor le ascendía á las mejillas.

—Su fortuna no es considerable...... á lo más para una modesta conmodidad; pero sabe cuán sencillos son los gustos de usted, lo valerosa que es y está persuadido de que á pesar de sus escasas rentas, podrá asegurarle una existencia apacible y feliz...... Agregaré que es de buena familia que pasa por espíritu serio y hombre cortés......

—Dice usted, se atrevió ella á murmurar, muy conmovida, que vive aquí?

—Espere usted...... Antes de designarlo más claramente, debo manifestar que él no intenta absolutamente pensar en la determinación de usted y que cuando lo conozca, si experimenta la menor vacilación, desea que ningún temor de apenarle, ninguna consideración de conveniencias influya para nada en la voluntad de usted.

—¿Su nombre? balbuceó ella turbada.

—¿No lo adivina usted?

—Pero......... señor Vidal, yo no sé......yo creo......

—Querida niña, el marido que le propongo á usted...... soy yo!

—Usted, señor de Saint-Pons!

El lindo rostro de María Teresa se había iluminado, le brillaban los ojos, juntaba las manos, como en éxtasis.........

—Yo, respondió el conde ruborizándose á su vez...... yo que tengo la ambición un poco presuntuosa de llegar á ser el compañero de su vida...... Quisiera ser para usted un guía y al mismo tiempo un amigo abnegado y seguro...... Ahora, usted sabe nuestras condiciones...... No consulte más que á su corazón y dígame si á pesar de los veinte años que tengo más que usted, mi proposición no la asusta!

Estaba ella tan confundida, tan emocionada, que la era imposible articular una palabra.........

Vidal, de espaldas contra el muro, la contemplaba con expresión de melancólica ternura.

—Vacila usted? murmuró.

—Oh! no, señor Vidal! exclamó ella. Me siento tan orgullosa...... tan feliz, que el gozo me corta la palabra...... Ah! si mi pobre padre estuviera aún con nosotros!

Le tendió las manos y él la tomó dulcemente en sus brazos y la besó en la frente.

—Mi querida Teresita, dijo gravemente, trataré de que no se arrepienta usted jamás de su determinación.......... Quiere usted que vayamos á dar parte á la Señora La Frenière?...... Sería de desear que nos viese casados antes de partir para Nueva York.

La ofreció el brazo, y los dos lentamente, bajo las enramadas cargadas de rosas, se dirigieron al salón á donde la Señora La Frenière, prevenida de la visita matinal de Saint-Pons, se apresuró á bajar.

La viuda, tranquilizada respecto á la suerte de Nancy, y estimulada por la perspectiva de su próxima vuelta á América, había recobrado ya su actividad y humor habitual.

Tan luego como Vidal le hubo dicho que deseaba casarse con María Teresa, que ésta consentía en ello y que no esperaban más que la autorización materna, la señora La Frenière salto al cuello del conde y le besó las dos mejillas.

—Ah! exclamó, gracias, mi querido Saint-Pons!...... Mi hija será ciertamente feliz con usted y ratifico con alegría su compromiso......... Alabado Dios sea! exclamó con sencilla explosión de egoísmo anglo-americano, en medio de mi duelo, me da grandes consuelos! Ahora que Nancy y María Teresa están establecidos, podré por fin gozar de un reposo bien merecido!.........

Quedó convenido que los dos matrimonios se celebrarían lo más pronto posible, á fin de que la buena señora pudiese en seguida partir para Nueva York.

Se despidió luego Vidal, y María Teresa le acompañó hasta el dique en donde la embarcación estaba amarrada.

Antes de atravesar el camino, los dos novios se habían dado su primer beso bajo el pórtico del jardín, y la joven apoyando la cabeza en el hombro del conde le había dicho:

—Nos veremos pronto, ¿no, es verdad?

—Lo más pronto que pueda...... Probablemente tendré que permanecer en la Fouán hoy hasta acabar el día; pero mañana vendré á pasar con usted la tarde...... Mañana, Teresita, y todos los demás días...... Pero hoy mi hermano y mi cuñada almuerzan en casa y tengo que hablar largamente con ellos...... Escúseme usted!

—Es usted verdaderamente demasiado bueno en excusarse...... Yo no quiero quitarle de su tiempo, más que las horas en que no esté ocupado......... Además, estoy tan contenta, que yo misma tengo necesidad, antes de verle otra vez, de habituarme á mi dicha......... Voy á pasar el resto del día preguntándome si soy yo, María Teresa, quien ha sido escogida por el conde de Saint-Pons!.. Bien puedo confesarlo ahora, hace años que amaba á usted en secreto. No se lo descubría á nadie, porque tenía muchísimo miedo de que me tratasen de loca y de orgullosa......... Me parecía usted tan lejos de mí, tan fuera de mi alcance, á la altura de las estrellas! Ahora la estrella baja hasta mí y me siento deslumbrada.........

Vidal escuchaba, enternecido, las cándidas efusiones de aquel corazón amante y se reprochaba no ser bastante digno de aquel afecto tan puro.

—Teresita la dijo sonriendo é inclinando hacia ella la cabeza, no me ponga usted demasiado alto, no sea que la decepción sea grande......... Veame usted tal cual soy: un fiel amigo de su padre, deseoso de amarla y de hacerla feliz...... Hasta mañana, querida niña!

Saltó la barca, que se deslizó lentamente á lo largo de la bahía.

María Teresa permanecía en pie y seguía con los ojos la embarcación que saltaba á los choques de las olas.

Vidal agitó el sombrero; bruscamente la joven llevándose la mano á los labios le envió un beso, y luego avergonzada de aquella demostración demasiada viva, huyó hacía el camino y desapareció bajo el pórtico de la terraza.

De codos á la orilla de la barca, Saint-Pons miraba con pesar ensancharse la capa de agua azúl que le separaba de la Roseraie.

Consultó su reloj y vió que eran más de las once.

Tres cuartos de hora faltaban solamente para que llegase á San Juan y se encontrase con sus huéspedes.

Había salido por la mañana valientemente resuelto á elevar entre Violeta y él aquella infranqueable barrera de que le había hablado la víspera.

Acababa de ejecutar la primera parte de su tarea, pero presentía que le faltaba la más escabrosa.

Su compromiso con María Teresa quedaba cerrado.

Tenía conciencia de haberse portado como hombre honrado.

Se sentía capáz de dar á la hija de Ricardo la felicidad y el afecto que merecía; pero ahora era preciso anunciar su resolución irrevocable á Flor de Niza, y preciso también hacerlo en presencia de Honorato.

Penosa y delicada era la empresa.

La notificación debía formularse de tal modo que el marido no advirtiese nada, y sin embargo era necesario que fuese bastante categórica para quitar toda ilusión á la infeliz Violeta.

A la idea del golpe que iba á darla, Vidal experimentaba un sentimiento de conmiseración y una penetrante tristeza.

Reflexionaba con el corazón oprimido en la injusta infelicidad que se abate sobre ciertas vidas humanas.

Si un año antes hubiese él sabido conocer mejor á la señorito Castellar, si se hubiese mostrado menos altivo, menos egoistamente ciego á cuanto pasaba á su rededor, Violeta habría recibido la proposición de matrimonio dirigida aquella mañana á María Teresa.

Hubiérase suprimido entonces toda una fatal serie de faltas y de dolores en germen.

Honorato habría sufrido al principio, pero poco á poco se hubiese conformado.

Violeta no hubiera visto su juventud irremediablemente destruida por una sucesión de desencantos, ni su vida hubiera sido tan cruelmente truncada.

¿Y él, Vidal, habría sido más feliz?.........

¿Hubiera sabido mantenerse á la altura de aquella pasión que había sabido inspirar y que más tarde debía estallar tan tempestuosamente?. ....

«Yo! siempre yo! se dijo con irritación; ¿no conseguiré llegar á desprenderme un momento de esta egoista preocupación?.........»

Su pensamiento se volvió hacia aquella dulce, amante y sincera María Teresa, que depositaba en él toda su confianza.

Nueva angustia se apoderó de él, al pensar que se había hecho responsable de la felicidad de aquella niña.

«El pasado ha pasado, se dijo, ahora se trata de no desmayar. Bastante es ya haber turbado la existencia de Flor de Niza y de tu hermano, para que tu cobardía haga una tercera víctima inocente.........»

La barca continuaba vogando hasta que al fin fué á atracar al pie del muelle de San Juan.

Saltó Vidal á tierra y marchó á paso resuelto hacia la verja de la Fouán.

Cuando hubo ascendido la calzada de limoneros y la escalera de la terraza, descubrió bajo los olivos á Honorato y á su mujer.

Como el tiempo estaba tibio, Thelisa había dispuesto la mesa fuera, entre los árboles, cuyas hojas movedizas hacían llover manchas de oro sorbe el blanco mantel.

Violeta, para calmar su inquietud nerviosa y ocultar su turbación, ayudaba á la sirviente á poner la mesa.

Cuando se acercó Saint-Pons, le tendió silenciosamente una mano helada.

—Ya lo ves, dijo Honorato, estamos instalados como en nuestra casa......... Te esperábamos con impaciencia porque nos morimos de hambre!

Pusiéronse á la mesa, pero á pesar de la afirmación del hermano menor, ninguno de ellos parecía con apetito é hicieron poco honor al almuerzo de Thelisa.

Honorato mismo no comía sino á medias y parecía atormentado por una preocupación penosa.

Vidal advirtió su fisonomía entristecida y por primera vez le vino á la mente, que la extraña manera de ser de Violeta hubiera podido despertar una sospecha en el alma inquieta de su hermano.

Aquel pensamiento lo alarmó y le afirmó más en su intención de poner prontamente término á esa situación cada vez más peligrosa y equívoca.

En torno de aquella mesa abundantemente servida, en medio del campo bañado de sol, bajo aquellos árboles, á través de los cuales se contemplaban pedazos de masa azul, una frialdad insólita paralizaba la expanción de los tres comensales, tan unidos de ordinario y tan familiarmente comunicativos.

La conversación se arrastraba entre lánguidas banalidades.

A pesar de sus esfuerzos por parecer alegres y joviales, los tres parecían hablar, no para cambiar sus pensamientos, sino únicamente para disimular sus íntimas preocupaciones.

De vez en cuando, Violeta, clavando una mirada ansiosa en el rostro de Vidal, trataba de adivinar las resoluciones que hubiera tomado y la naturaleza de aquel obstáculo que intentaba elevar entre ambos.

Desde la noche de la víspera, la amenaza de Saint-Pons no le salía del cuerpo, y á fuerza de reflexionar había acabado por persuadirse de que el obstáculo en cuestión debía ser algún lejano viaje, tal vez sencillamente una brusca vuelta á Florencia ó á Venecia.

Recordaba la teoría del conde sobre la necesidad de la fuga, único remedio eficaz en aquel caso.

Mientras más ahondaba en esa dirección, más verosímil le parecía tal hipótesis.

Con la impetuosidad que daba ella á todas sus determinaciones, inmediatamente imaginó burlar los cálculos de su cuñado, tomando la delantera é inculcándole á Honorato la idea de pasar la primavera y el verano viajando.

De este modo pasaría el golpe y se procuraría la oportunidad de encontrar á Vidal en Italia ó en cualquiera otra parte.

Este último no podía naturalmente ocultarle á su hermano el lugar donde se instalara, y costase lo que costase, ya hallaría ella el medio de reunírsele.

Aventura llena de riesgos era esta y llena de azarosas complicaciones; pero Violeta había llegado á un grado de sobreexcitación en que nada le parecía imposible.

Su pasión, irritada por los obstáculos que encontraba, la hacía perder el sentido de la realidad.

Cuando, después de haber servido el café, Thelisa se hubo retirado á la cocina, Violeta alzó bruscamente la cabeza pensativa y con las narices dilatadas aspiró ávidamente el aire fresco de la brisa del mar.

Un momento tuvo los ojos fijos en un agujero hecho en el follaje, por el cual se descubría un rincón de la bahía, y á lo lejos el penacho humeante de un yate que partía á todo vapor hacia Italia.

—¿Sabes en qué pienso? dijo dirigiéndose á Honorato; pienso en que á mi edad no he estado más allá de Cannes ó de Monte Carlo, y me vienen deseos de ver países desconocidos. Esta es la estación en que todo el mundo se va y Niza se pone insoportable...... ¿Por qué no hemos de hacer nosotros como los demás y pasarnos el verano viajando?......

—¿Hé? exclamó Honorato, cuyos gustos caseros se revelaron á esta proposición de vida nómada...... ¿De dónde te viene, querida, tan repentinamente ese deseo de viajar?

—No lo sé, repuso ella con su enigmática sonrisa; sin duda del deseo que hay en nosotros de romper la monotonía de la vida ordinaria, de ver cosas aun no vistas y experimentar sensasiones nuevas y nuevas emociones.

—Es singular; á mí jamás me han acudido esos deseos...... Dormir en camas de posadas, comer en mesa redonda, rodar en ferrocarril, son placeres que no he apreciado nunca...... Me parecen infinitamente más monótonos que la existencia cómoda que llevamos aquí...... ¿No crees tú lo mismo, Vidal?

El conde miró á su cuñada y se sorprendió extraordinariamente ante la expresión singular de su fisonomía.

Aquel repentino capricho de viajar le puso en guardia, y con intuitiva perspicacia leyó claramente en el pensamiento de Violeta.

Adivinó que creía haber encontrado un pretexto para seguirlo, en caso de que él se decidiese á huir, y al momento resolvió alentarla en sus proyectos de excursión lejana.

—Oh! yo, respondió á Honorato, tengo ideas que ya tú conoces...... Soy amante de viajes y correrías por montañas y por valles...... No puedo, pues, sino aprobar el deseo de tu mujer...... No hay que ser demasiado egoísta, querido hermano. Piensa en que durante todo ese invierno, Violeta se ha habituado á una vida activa. Puesto que por agradarte ha renunciado á las distracciones ruidosas y á sus gustos sociales, ha llegado tu vez ahora de sacrificarla algunos de tus hábitos domésticos.... Es deber tuyo suavizar las transacciones y agregaré que un cambio de régimen no podría dejar de ser muy provechoso á los dos......

—¿Lo crees así?

Estoy seguro de ello...... Advierte, además, que una ausencia un poco prolongada permitirá romper radicalmente y sin descortesía con esa sociedad cosmopolita que Violeta no puede frecuentar ya.

—Es verdad, repuso Honorato poniéndose pensativo.

—Ninguno de ustedes conoce la Italia...... ¿Por qué no se aprovechan de la primavera para visitar Florencia y Venecia?...... Marcharían al Tirol durante el verano y en la estación mala irían á invernar en Corfú ó en Palermo.

—¡Hum! murmuró Honorato espantado; serán muchas ciudades y nos quitarán demasiado tiempo...... Sin embargo, las razones que me das son serias, y como dices, es preciso no ser egoísta...... Si Violeta persiste, pues, en sus ideas......

—Seguramente! exclamó ella con los ojos extraordinariamente brillantes; Florencia, Venecia, el Tirol, Palermo; es demasiado hermoso mi proyecto, para que renuncie á él...... Seguiremos su itinerario, Vidal, pero con una condición......

—¿Cuál? preguntó el conde con el corazón repentinamente oprimido.

Juzgaba que el momento terrible se acercaba, el instante en que había que asestar el golpe, y á pesar de sus resoluciones, se sentía dominado por tierno movimiento de piedad.

—Que usted nos acompañe, dijo Flor de Niza. Usted conoce tan bien todos los países, que nos es del todo indispensable......

Al escuchar esta proposición, Honorato volvió á ponerse inquieto.

Sus ojos húmedos miraban alternativamente á su mujer y á su hermano con dolorosa mirada.

Una multitud de penosas sospechas cruzaban por su cerebro con fulgurante rapidez, que súbitamente se había llenado de sombro.

Pensaba:

«¿Será capaz de aceptar? y si acepta ¿lo hace únicamente á causa del interés que me tiene? ¿No experimenta más bien, á su vez, el peligroso encanto de Violeta, como lo experimento yo mismo? En las naturalezas emá nobles hay lugar para la tentación y la debilidad? El santo peca siete veces al día, y la estrecha intimidad que se ha establecido entre mi mujer y Vidal ha podido hacer nacer un sentimiento más vivo que la sencilla y honesta amistad. Después de haber sufrido la indiferencia de Violeta ¿estaré expuesto á sufrir—y cuánto más cruelmente!—la traición de mi propio hermano?......»

—Oyes, Vidal: balbuceó temerosamente, ¿crees que podrás acompañarnos?

—Lo desearía con toda el alma, pero me es imposible.

—¿Imposible?...... prorrumpió la joven, ¿por qué?...... ¿No es usted libre?

—No, no lo soy desde esta mañana......... Me voy á casar.

—¡Usted! dijo ella safocada.

Y lo miraba incrédulamente, esperando aún que se trataría de una simple broma.

Pero sus ojos encontraron la mirada entristecida y firme de Vidal, y adivinó que era aquella una resolución implacable.

Entonces un desvanecimiento se apoderó de ella; la parecía que su corazon se rompía, creyó que iba á morir bajo aquel golpe tan brutalmente asestado, y cerró los ojos, bendiciendo aquella muerte que la libertaba de tan humillante y bárbara tortura......

Ay! se engañaba: el dolor no mata tan pronto.

La horrible herida la exponía sólo á descubrir su debilidad á los ojos de su verdugo.

No quiso darle este espectáculo.

Su orgullo la hizo recobrarse, y tras un violento esfuerzo para no desfallecer, apoyó pesadamente los codos en la mesa y ocultó en sus manos la parte inferior de su rostro.

—Te vas á casar tú! exclamó á su vez Honorato desconcertado; ¿y con quién te casas?

—Con María Teresa La Frenière...... Somos prometidos desde esta mañana, é iba á dar á ustedes la noticia en el momento en que surgió la cuestión del futuro viaje que proyectan.

—No acaba mi sorpresa, repetía Honorato; tú, un solterón empedernido!

—Sí, yo, afirmó Vidal...... He reflexionado mucho y he reconocido que hacía mal en permanecer soltero...... Un célibe, agregó con energía significativa, es un sér inútil, funesto á sí mismo y á los demás; lo he advertido desde hace algún tiempo y he resulelto acabar con esa vida de egoista...... En su testamento, Ricardo La Frenière me había recomendado á su viuda y á sus hijas. Eva está casada, Nancy es prometida del Príncipe Nirasco, y la señora La Frenière piensa partir pronto para Nueva York...... María Teresa iba á quedarse sola á los diez y seis años...... Me he dicho que no podía ser para ella un apoyo posible, si no era haciéndola mi esposa. La he ofrecido casarme con ella, María Teresa ha consentido, y nos casaremos antes de un mes, sin ruido, muy sencillamente.

—Mi querido hermano, exclamó Honorato, ya sereno; tienes un valiente corazón y has obrado como verdadero Saint-Pons...... ¡Déjame que te abrace!

Y se arrojó en brazos de su hermano mayor.

Flor de Niza se había puesto en pie, espantosamente pálida.

—¡Todas mis felicitaciones! murmuró entre dientes. Perfectamente hecho!

Con gesto nervioso consultó su lindo relojito, prendido á su corpiño.

—Las dos ya!...... He prometido á mi madre acompañarla y no puedo hacerla esperar...... Dispénseme...... Hasta luego!

La joven se alejó precipitadamente y la vieron entrar en la calzada de limoneros.

Honorato la miraba huir y movía la cabeza.

—Perdona su brusca salida, le dijo á Vidal, está muy nerviosa desde hace varios dias......... Veo con pena que vuelve á su caprichoso humor de antes......

Saint-Pons permanecía silencioso.

(*Concluirá.*)

FLOR DE NIZA

POR ANDRES THEURIET.

(Traducida especialmente para "El Mundo.")—Ilustraciones hechas en nuestros talleres.

Núm. 13.—Véanse nuestros números desde el 5 de Julio de 1896.

* *

Tenía conciencia de la desoladora agonía que causaba á aquella desdichada mujer.

Sentíase angustiadamente conmovido en su corazón y en todo su sér.

Aquella adorable criatura á quien acababa de herir mortalmente, le había dado su primero y ferviente amor.

El tambien la había amado, un momento, cuando la tuvo conmovida y temblorosa [illegible]

Mientras ella se alejaba de [illegible] sentía despertarse de su ternura y seguía con los [illegible] llenos de piedad y de pena la fuga de Violeta entre los limoneros

Hubiera querido correr tras ella, oprimir [illegible] contra su pecho, [illegible] jugar con fraternales besos las lágrimas q[illegible] maban sus mejillas

Pero un deber imperioso le tenía clavado en su sitio.

Se había jurado no desfallecer y se sentía condenado á practicar hasta el fin su cruel operación.

—¿Sabes de qué tengo miedo? continuó Honorato; de que se canse de su bondad y vuelva á las andadas el próximo invierno.. ...

—Razón de más para persistir en el proyecto de viaje de que hablábamos hace un momento...... En tu lugar partiría yo lo más pronto posible,

—Sin duda...... pero puesto que te casas, no podemos dejarte antes de la ceremonia.

—No te inquietes por mí...... á causa del duelo de la Frenière, nos casaremos en la más estricta intimidad...... Parte, pues, sin remordimientos, y si me atiendes, lo mas pronto posible será lo mejor.

—Pues bien, pasa por casa mañana, antes de ir á Beaulieau, y te diré lo que hayamos decidido......

En tanto que ellos conversaban bajo los olivos, Violeta llegaba á los Lentiscos, en medio de un indecible desorden moral.

Felizmente para ella su madre había salido ya.

La casa estaba solitaria y pudo encerrarse en su habitación sin hablar á nadie.

Se arrancó el sombrero que arrojó lejos de sí y se puso de rodillas contra su lecho.

Se sofocaba y no podía llorar.

La parecia que una mano de hierro la apretaba las sienes y que su corazón se había convertido en un bloque de hielo.

La pieza en que acababa de refugiarse era precisamente su aposento de doncella, aquel en que un año antes había recibido el primer golpe de Vidal.

Esta vez la herida era más profunda y la agonía más atroz.

El año anterior al saber que querían casarla con Honorato, había sufrido, sobre todo, por la caída de sus sueños, pero le quedaba una vaga esperanza.

Hoy todo estaba lastimado, todo sangraba.

Después de haber tocado con su mano la felicidad, después de haber gustado un momento la suprema alegría de sentirse amada, le era preciso sufrir una tortura aplicada con bárbaro refinamiento por aquel mismo que la había deslumbrado con ese goce.........

Oh! qué cruelmente ingenioso había sido en la elección del medio destinado á separarlos para siempre!.........

No era posible que amase á aquella María Teresa; no la había buscado más que para elevar entre ellos un muro infranqueable.

Y lo había conseguido!

Violeta se sentía impotente para impedir aquel matrimonio cuyo brusco arreglo indicaba en Vidal la intención preconcebida de arrancar de su propio corazón un amor que juzgaba culpable.

Le había ella amenazado con separarse de Honorato, é inmediatamente había tratado él de reemplazar con un obstáculo más sólido el que ella meditaba destruir.

¿Qué podía intentar aún contra aquella voluntad tan duramente expresada?.........

No la quedaba ya más recurso que abdicar y sufrir....

Repentinamente, como esas percepciones extrañamente claras que se tienen en plena fiebre, se presentó á su imaginación el recuerdo del monasterio de Laghet.

Vió con penetrante lucidez los muros del convento irguiéndose en el desierto de un valle pedregoso, el campanario destacándose sobre el cielo azul, la fachada bañada de sol en donde resaltaba sobre negro la placa conmemorativa de la abdicación de Carlos Alberto.

Se acordó del presentimiento que la había entristecido á la lectura de aquella inscripción melancólica.

Recordó haberse preguntado con angustia si su vida estaría destinada á abdicaciones más dolorosas aún y si no ascendería alguna vez ella á un calvario más árido.........

Ese día de desgracia había llegado.

Después de su locura del invierno último, después de las horas más breves aún en que el amor había parecido nacer para ella, era preciso renunciar á todo y, á los veintidós años, hundirse en las tinieblas de la noche, muy lejos de los paraísos apenas entrevistos.........

Hubo un momento en que pensó terminarlo todo dando un brusco salto á la muerte.

Se precipitó hacia la ventana y pasó al balcón que avanzaba encima del mar.

A unos veinte pies bajo de ella, veía el agua lanzarse al asalto de las paredes rojizas de la roca, volver á caer cubierta de espuma blanca y ahondarse luego en profundos y blancos torbellinos.

Pensó que no tendría más que arrojarse al vacío para desaparecer para siempre bajo las olas agitadas y dormir con eterno sueño sobre un lecho de arena y de algas.

El vértigo del abismo la invadía ya, pero cuando quiso franquear la balaustrada, la paralizó el terror.

Temió errar el golpe, caer sobre las puntas agudas de las rocas, en lugar de sepultarse en el mar.

Tuvo la visión de su cuerpo tendido entre las piedras, mutilado, sangrando, expuesto á todas las miradas y su carne sintió repugnancia á aquella muerte.

Dejó el balcón y se refugió desolada y llena de horror en el rincón más obscuro de su pieza......

Puesto que el temor de sufrir la espantaba á tal grado y la hacía retroceder ante la muerte, no le quedaba ya más que un medio de desaparecer

Era preciso huír lejos, expatriarse......

Se imponía imperiosamente el destierro.

No se sentía con fuerzas para presenciar aquel odioso matrimonio.

No quería sufrir el suplicio de oír hablar de los desposorios de Vidal y ver al novio salir todas las mañanas para la Roseraie en donde pasaría largas horas al lado de María Teresa.

No; prefería destrozarse el corazón de un solo golpe, partir lo más pronto posible y no volver jamás!......

María Teresa amaba á Vidal......¿Podía no amarle?...... A esta idea, dió rienda suelta á sus lágrimas.

Sus ojos se llenaron de agua, lloró abundantemente y poco á poco aquellas bienhechoras lágrimas la distendieron los crispados nervios.

Pasaron muchas horas

El sol poniente alumbró con su luz oblicua la desgarradora desesperación y las últimas sacudidas de aquella alma mortalmente herida.......

Se oyó en el vestíbulo la voz de Honorato, que entraba.

Violeta se levantó precipitadamente, se secó los ojos, se lavó con agua fría el rostro trastornado, y bajó resuelta á inmolarse, á romper el último hilo que la unía aún con Vidal.........

***

A la mañana siguiente, cuando el conde de Saint-Pons, según lo había prometido, entró á los Lentiscos, le introdujeron al salón, en donde se hallaban ya su hermano y su cuñada.

Varias maletas estaban esparcidas en el vestíbulo, y encontró á Honorato en vías de hojear un Bædeker, mientras que Violeta, sentada á un pequeño escritorio, escribía apresuradamente.

—Nos sorprendes en plenos preparativos, exclamó el menor de los Saint-Pons; partiremos pasado mañana, jueves, por el express de las cuatro!

—Sí, agregó Violeta, sin alzar los ojos de su papel; he reflexionado en nuestra conversación de ayer, y como usted, he pensado, que cuando se toma una resolución, es preciso ejecutarla sin dar tiempo á pensarlo.........

Se detuvo un momento y se volvió hacia su cuñado.

Vidal estaba muy pálido; pero en sus ojos se leía una voluntad inflexible.

—Es más prudente ¿no es verdad? añadió la joven con aspereza, y usted nos dispensará que no asistamos á...... su matrimonio.

—No sólo los excuso, respondió él con firmeza, sino que felicito su decisión...... Hay circunstancias en que no se debe vacilar jamás, y esto sucede en los casos de marcha y de separación...... Hay que precipitarse......... cueste lo que cueste.

Y como si hubiese temido descubrir la secreta emoción que le apuñaleaba, se apresuró á despedirse, prometiendo acompañarlos el día de la partida á la estación de Beaulieu.

VI

Ha llegado el día de la marcha.

Desde por la mañana, los equipajes se habían mandado á la estación, á donde los Saint-Pons pensaban dirigirse por la tarde, atravesando la bahía, á fin de ocupar más agradablemente las horas pesadas y enervantes que preceden á la salida.

Vidal estuvo invisible hasta el último momento.

Juzgó que lo más prudente era evitar toda eventualidad de una nueva conversación con Violeta.

Pero no obstante que temía las emociones penosas de la despedida, no pudo rehuír la obligación de acompañar á su hermano y á su cuñada á la estación, y fué á reunírseles á los Lentiscos después del almuerzo.

Por lo demás, la señora Castellar debía acompañar hasta Beaulieu á su yerno y á su hija, y estimaba que la presencia y la frívola charla de la señora, servirían de derivativo á la ansiosa inquietud de las últimas horas de espera.

Todo estaba listo.

La viuda, con traje blanco y rosa; Violeta, con cubre polvo azul, entran á la barca que se balaceaba al pie de las rocas de la *villa*, y que deben manejar Honorato y Vidal.

Flor de Niza se sienta al lado de su madre, frente á Honorato, que toma posesión de los remos, en tanto que Vidal se encarga del timón.

Con su traje obscuro y bajo su gran sombrero negro guarnecido de florecitas, el rostro de la joven aparece de una blancura de marmol, y sus ojos grises brillaban con un fulgor febril.

Permanece taciturna; siéntese que teme dejar adivinar, si habla, los sollozos que se anudan en su garganta.

Felizmente la señora Castellar está de vena, y su locuacidad dispensa á los demás de pronunciar una palabra.

El cielo ofrece á la vista un azul aterciopelado.

El mar, liso como un espejo, refleja un azul inmaculado.

Aquí y allí, al paso de la barca, remolinos adiamantados cintilan al sol.

En frente, las montañas, delineándose á la luz, ostentan sus masas lilas salpicadas de polvo de plata.

La brisa trae á oleadas el olor de los naranjos y de los limoneros, vestidos de azahar, que crecen en los jardines de la quinta «Olimpia.»

Diríase que el cielo, la tierra y el mar, se han concertado para acrecer el dolor de la despedida.

La barca se encamina lentamente sobre la cerúlea superficie; pero por lentamente que marche, se aproxima sin embargo, y abrevia la distancia entre ella y la costa de Beaulieu.

Ya se descubren claramente los ramilletes de palmeras que se yerguen sobre las terrazas, las rocas rojizas y la *verandá* de la Reserva.

La señora Castellar consulta un minúsculo reloj, engastado en el macizo brazalete que adorna su puño, y dice:

—Llegamos con adelanto, y tenemos todavía más de una hora larga antes de que pase el tren......... Propongo emplear el tiempo que nos queda, tomando el *lunch* en la Reserva.

—Es buena idea, dijo Honorato aprobando; me agrada, tanto más, cuanto que comeremos mal en Vintimille y no nos disgutará tomar un bocado antes de partir. ¿No es verdad, Violeta?

—Como gustes, murmuró la señora de Saint-Pons; pero el temblor de sus labios, el estremecimiento que corre por sus hombros, hacen temer á Vidal que esa estación en la Reseva, despierte en ella dolorosos recuerdos.

Quisiera evitar aquella inútil prueba.

La ve ya tan desalentada, tan llena de desesperación ante la separación que se aproxima, que se siente invadido de una piedad tierna, y se ingenia en provocar objeciones.

Desgraciadamente tropieza á la vez con el capricho de la señora de Castellar, encantada de lucir su vestido, y la terquedad de Honorato que se apega á aquella idea.

Se ve obligado á ceder y abordan á la estrecha playa, que dominan las terrazas del restaurant.

Como el año anterior, la Reserva está llena de gente.

Bajo la tienda de tela, los mozos, con casaca negra y corbata blanca, se apresuran obsequiosamente al rededor de las mesas, casi todas ocupadas.

Aunque la estación está ya muy avanzada, la concurrencia es numerosa y elegante.

En una de las extremidades, Violeta reconoce la bandada alegre de sus amigos de antes:—el príncipe Kamenski, la señora de Girelle, la pequeña Soliès-Aubagne, lady Snowdrop y el capitán Lejard.

Eva La Frenière, retenida en su casa por su reciente duelo, es la única que falta á la fiesta.

Como el año anterior, también los músicos tocan sus valses más arrebatadores, entrecortados por dúos popu-

lares, que los dos cantores napolitanos acompañan con su música y su verba acostumbrada.

Hay un momento en que le parece á Flor de Niza que el tiempo no ha marchado, que todo lo que ha sucedido sólo fué una horrorosa pesadilla, y se halla de nuevo en la época feliz en que poseía toda su libertad y todas sus esperanzas.

El cuadro es el mismo.

En torno á aquella mesa en que está sentada, la acompañan los mismos rostros familiares—excepto uno, ¡ay!... María Teresa—y esta sola reflexión basta para acabar con su breve ilusión, colocando de nuevo, ante sus ojos, la dura, la inexorable realidad.

En tanto que los violines, clarinetes y guitarras suspiran los últimos compases del vals de la *Czarina*, escucha ella maquinalmente el volar de las notas sonoras y el rumor de las conversaciones.

Se figura que es como una muerta que vuelve á asistir á las alegrías y á las agitaciones de los supervivientes.

Esta música de fiesta, esta alegría ligera y pronto evaporada como la espuma del champagne, le parecen de improviso vacías, ficticias, estériles,

Piensa que no hay en la vida más que una cosa buena y verdadera:—amar sincera y profundamente á un hombre, sobre cuyo corazón se puede reposar con dignidad y calma;—todo lo demás, no es más que humo.........

Y esta delicia pura, esta única alegría del amor compartido, no las conocerá ella jamas!

Está muerta para las únicas alegrías humanas, que valen la pena de ser saboreadas!

***

Y realmente, en medio de aquella ruidosa alegría, tiene el aspecto de una muerta.

Sus mejillas, pálidas como los lirios tronchados; sus entrecerrados párpados, sus labios adelgazados y su nariz afilada, la dan la expresión de un rostro que la vida acaba de abandonar.

Vidal siente piedad del dolor que sufre, y trata de distraerla hablando del viaje á Italia.

—¿Has trazado ya tu itinerario? le pregunta á Honorato. ¿En dónde piensas detenerte?

—Visitaremos primero á Florencia, respondió éste, saboreando su té, y luego nos instalaremos en Venecia.

—En Venecia! exclama la señora Castellar; alójense ustedes en el *Gran Hotel*, en el antiguo palacio Terro; allí se ve la mejor sociedad.........

—No soy de su opinión, señora mía, replicó Vidal, y aconsejo á sus hijos que alquilen una habitación amueblada en el Gran Canal. Estarán con más libertad y podrán comer en donde mejor les parezca...... Hay un pequeño restaurant que les recomiendo, y que está situado en la Mercería. Es un lugar íntimo que les agradará...... Cuántas veces he almorzado allí, en la pieza del fondo, mirando las góndolas deslizarse sobre el agua obscurecida, entre dos negras fachadas de ventanas, en donde florecen claveles rojos!......

Violeta le escucha como en un sueño.

Ve allá en lontananza, bajo la bruma, á la vieja ciudad de los Duxes, y le parece que jamás tendrá fuerzas de llegar hasta ella.

La penetra una hoja aguda en el corazón, á la idea de que antes de aquella noche, se hallará lejos de los objetos familiares y de los rostros amigos que la rodean.

No puede creer en esta cruel y bárbara separación.

Sus ojos se abren de súbito para contemplar el paisaje amado que va á abandonar, para penetrarse de él y llevar consigo los menores detalles.

Aquella larga mirada de despedida circular la causa un inmenso dolor, y con salvaje refinamiento trata de sufrir más aún.

Cuando uno de los cantantes, en vías de hacer la colecta se acerca á la mesa, le desliza una moneda de oro y le pide la *Canción de los ojos*.

El napolitano, de blanca dentadura, le responde con una amplia sonrisa de aquiescencia; luego vuelve junto á la orquesta, é indica con su guitarra los primeros compases de la dulce melodía.

De pronto, bajo la tienda bañada de sol, las dos voces suaves de los cantantes entonaron la primera copla:

Oh ardientes ojos negros de languidez preñados,
Ojos que cual licores, nos dejáis embriagados,
Ojos que adoro mucho
Y temo más aún......
Bellos ojos hallados en días de inquietud:
Como por fondo mágico de sima adormecida,
Por sus profundidades sentí atraer mi vida
Y mi alma perderé
Por ver la llama hermosa
Que lenta me devora
El corazón también.
Ya no me importan nada mis días de revéses,
Ni las amargas lágrimas vertidas tantas veces;
Lo que me den los hados
De duelo ó de alegría
Lo he ofrecido á esos ojos adorados.

La triste canción llena de sollozos, con sus repeticiones llenas de zalamera ternura, sube como un encanto en el aire luminoso.

Oh! penetrante y engañadora magia de esas músicas oídas ha tiempo en las estaciones felices, y que resuenan de pronto á nuestros oídos durante los días del infortunio!......

Ellas nos dan un instante la ilusión querida de los goces difuntos, luego nos hacen sentir, con implacable dureza, la amargura de las renunciaciones, el duelo de lo que no volverá ya nunca.

Es como una oleada de sol aparecida brevemente en la bruma y que se desvanece, dejando su lugar á una nostálgica niebla, cuya humedad helada nos penetra en el corazón.........

Flor de Niza se había puesto de codos en el parapeto de la terraza, con el rostro vuelto hacia el mar, para que no le viesen los ojos húmedos de lágrimas.

A través de estas lágrimas, mira el círculo de verdura que se redondea muellemente hasta la extremidad de la península de San Hospicio.

Todo el poema trágico y dulce de su juventud, está contenido en los repliegues de aquellas colinas bajas, ondulosas, cubiertas de pinos y de olivos.

Allá, lejos la quinta «Olimpia», alarga su fachada de marmol y su terraza plantada de cipreces.

En frente, el modesto campanario de la iglesia se yergue sobre el pequeño puerto adormecido.

Los Lentiscos y la Fouán, se descubren como minúsculas manchas, color de rosa, en las verduras deslumbrantes.

Más lejos, San Hospicio levanta su torre maciza, como marcando el límite de aquel rincón de tierra en que Violeta ha amado.........

Más allá está lo desconocido, las lejanías brumosas é indecisas del destierro.

Su mirada se vuelve con espanto, y se desvía desesperadamente hacia la deslumbradora superficie de la bahía.

El cielo, de un azul exquisito, desciende como una caricia voluptuosa sobre las cúspides boscosas de las montañas; el mar llamea; abajo de la Reserva, encima de las olas azules con franjas de espuma, dos mariposas blancas se persiguen amorosamente.

Todo aquel paisaje encantador se ensancha en una inmensa sonrisa.

Guarda una irónica impasibilidad frente á la agonía de la joven, y piensa ella que mañana, cuando se halle lejos, aquel paisaje tendrá las mismas sonrisas, los mismos colores de fiesta.

Aquel rincón de tierra es la imagen reducida de toda la costa azur, en donde los extranjeros, sin cesar renovados, van y vienen, siembran en los senderos floridos sus alegrías y sus penas, y luego desaparecen sin turbar la impasible serenidad de la naturaleza.

Y es también el símbolo de la sociedad cosmopolita acampada en las ciudades del litoral, aquella *Canción de los ojos*, con su melodía ardiente, voluptuosa y triste, que expresa bien las pasiones azarosas, los placeres perturbados y el vértigo sensual......

Oh ardientes ojos negros de languidez preñados,
Ojos que cual licores, nos dejáis embriagados,
Ojos que adoro mucho
Y temo más aún......
Bellos ojos hallados en días de inquietud.

***

—Vamos, mi querida Violeta, exclama Honorato, es la hora......... Apenas nos queda tiempo para llegar á la estación.

Sacude la joven dolorosamente la cabeza, abraza con una última mirada de desesperación el mar y la costa de San Juan; luego, maquinal, pasivamente, sigue á sus compañeros y atraviesa la *verandá* sin ver siquiera el grupo de sus antiguos amigos—Kamenski, la señora de Soliès-Aubagne, lady Snowdrop—que la espían al paso y comentan malignamente su palidez y la alteración de sus facciones.

Ascienden ahora en silencio la rampa que conduce á la estación.

Cuando llegan, se ha dado la señal de la llegada del tren.

Vidal, para ocupar en algo su imaginación, se encarga de comprar los boletos y registrar el equipaje.

Apenas ha satisfecho estas formalidades, cuando llega el tren con formidable rapidez.

A última hora, la señora Castellar se resuelve á acompañar á los viajeros hasta Monte-Carlo, en donde terminará la velada.

Honorato abraza á su hermano y llega luego el instante temido, en que Vidal debe despedirse de su cuñada.

Honorato y la viuda han subido ya al vagón. El Conde y Flor de Niza han permanecido solos cerca de la portezuela abierta y sus miradas se cruzan.

—Valor! murmuró Vidal, tendiéndole la mano á la joven.

Un segundo más y la hubieran traicionado sus fuerzas, y se hubiera arrojado sollozando en los brazos del que había despedazado su corazón.

Pero han dado la señal de marcha; el conductor empuja vivamente á Violeta, obligándola á entrar en el vagón, cierra brutalmente la portezuela y ni siquiera le deja tiempo de decir «Adiós!»

El tren parte con su rabiosa premura, y algunos instantes después se hunde bajo el túnel de la Pequeña Africa...... y lentamente, con una angustia que le sofoca el pecho, Vidal se dirige hacia la Roseraie.

....

V.

La Señora de Saint-Pons al Conde Vidal de Saint-Pons, en la quinta de la Fouán, San Juan de Villafranca, Alpes Marítimos.

«Venecia, 23 de Mayo de 189....

Sé que va usted á casarse el día 25 y he querido que recibiese esta carta la víspera de su matrimonio—no para que perturbe, ni como queja ni como reproche, la hora en que va usted á pertenecer á otra, sino para que le lleve la expresión de apasionada ternura de una pobre extraviada que lo amará siempre á pesar de todo.

Cuando nos separamos, pudo usted haber creído que partía con incurable rencor dentro del corazón, y no quiero que comience usted su nueva existencia con ningún resabio de inquietud ó amargura......

No, Vidal; mi dolor es incurable, pero yo no conservo ningún resentimiento.

He comprendido la repentina determinación que le impulsaba al matrimonio como hacia un refugio y sé que ha debido sufrir bastante, porque ha habido una hora en que usted me amó de veras, y que le ha sido preciso recurrir á un valor cruel para levantar este obstáculo entre nosotros.

Yo no hubiera tenido ese valor si hubiese sido Vidal; pero me he dado bien cuenta de que nuestros dos caracteres son absolutamente diferentes

En usted, la razón domina á todos los sentimientos; y yo coloco la pasión por sobre todo.

Ella me posee en cuerpo y alma, y todavía ahora, pensando en usted, la siento que me abrasa y que me tritura el corazón.

Por ser suya, Vidal, hubiera pisoteado toda clase de consideraciones, de honor y respetabilidad; y por esto soy tan profundamente desdichada, porque experimento la necesidad de clamar á usted desde el fondo de mi desventura y de mi abandono.

Oh! qué agonía la que sufrí en la terraza de la Reserva! ¡Ojalá que jamás conozca usted nada semejante!

Todo lo que veía, todo lo que sonaba en torno mío, era como un peso más agregado á la agobiadora cruz que llevaba á cuestas......

¡Y aquel crepúsculo en el vagón, mientras el tren me llevaba más lejos, siempre más lejos de usted y de mi querido San Juan.

Me mordía los labios para no estallar en sollozos, por-

que su hermano estaba allí, frente de mí, y, por ternura á usted, me había prometido á mí misma, no dejarle adivinar nada.

Dormimos en Génova y pasamos el día siguiente allí.

Me dejé llevar al Acqua Sola, á San Lorenzo, á los palacios de la vía Garibaldi y me violentaba para aparentar que hallaba interés en esas cosas...... era preciso, puesto que yo había deseado hacer el viaje!......

Igual suplicio en Florencia, pero más largo y más insoportable aún, porque había más obras maestras que admirar.

Miraba yo sin ver y admiraba con los labios.

Había dejado en San Juan mi entusiasmo y mi gusto.

Mi única alegría era errar por las calles por donde usted había debido pasar, y buscar entre los alojamientos de Lungarmo, la casa en que usted hubiese habitado.

Ahora nos tiene usted en Venecia, y en esta ciudad que usted ama, mi pena es acaso más amarga todavía, porque comprendo aquí mejor que en otra parte, lo que hubiera podido ser mi vida y lo que ya nunca podrá ser.

Oh! maldecidos errores del destino!

Si hace un año, en lugar de casarme con su hermano, me hubiese usted pedido, qué delicioso hubiera sido vivir aquí!

Sólo usted hubiera podido hacer de mí una verdadera mujer y desarrollar lo que hay de bueno en mí.

Con usted la pobre Flor de Niza hubiera podido abrirse á la claridad y al amor.

Me repito esto á todas horas del día, y en medio de esta ciudad mágica, tan armoniosamente creada para que puedan saborear los amantes lo que hay de más íntimo y exquisito en el placer de vivir, me siento más solitaria aún y miserable.

Habitamos en el Gran Canal, en un rincón del palacio antiguo, cuyo piso bajo lo adorna un emparrado.

Honorato pasa largas horas en las bibliotecas y los museos; yo permanezco sola pensando en usted.

Cuando salgo, los numerosos detalles del exterior me recuerdan cuánto se interesaba usted en ellos y con qué encanto me los pintaba.

En la mañana, cuando atravieso el *Campo* que se extiende tras el palacio; el patio resuena con el ruido de chanclos de las mujeres que vienen á llenar su cántaro al pozo.

Bajo los pórticos, los aldeanos, desembarcados de la tierra firme, extienden sus cestas llenas de nardos que esparce la primavera.

Un movimiento instintivo me impulsa á comprar un ramillete para prendérmelo al corpiño, y al punto me digo: «¿Para qué?» y paso adelante.

Todas las alegrías de Venecia son para mí como estas cestas de nardos.

El encanto de las flores, la poesía del agua y de los viejos palacios, la fiesta de los colores, la alegría de esas multitudes que se codean por la noche alrededor de las músicas en la plaza de San Marcos, nada de todo esto me conmueve, porque lo que habría dado á todo vida y sabor, se ha alejado de mí para siempre.

Las ilusiones, los ardores, los pensamientos generosos que me apartaban de la tierra, cuando en otro tiempo vagaba alegre por los campos de narcisos de nuestra península, todo me abandona ahora.

Los siento salir de mi corazón como de una casa en ruinas; los veo como se van y se pierden como esas góndolas iluminadas y cantantes que seguía ayer con la vista en el Gran Canal y que desaparecían una tras otra en el recodo de una laguna obscura.— Aún mis transportes de piedad me cansan y se vuelven cada vez más raros!......

Hubo un momento en que quise buscar la devoción para desechar de mi espíritu la rebeldía que siento que ruge sordamente dentro de mí.

Una mañana, impulsada por el deseo de encontrar consuelo en las prácticas piadosas, fuí á la iglesia de San Zanípolo.

Me esforzaba en despertar de nuevo en mí la fe y el fervor que tenía de niña.

La nave principal estaba solitaria, silenciosa y obscura.

Con sus magníficas tumbas en donde duermen los duxes, antes gloriosos y soberbios, hoy aniquilados y olvidados casi, la iglesia invitaba á las meditaciones, al castigo de la carne, á la humildad de corazón y me sentía impulsada á arrodillarme en el fondo de un confesionario entrevisto en la sombra.

Repentinamente, mientras vagaba en busca de un sacerdote y al atravesar la capilla del Rosario, descubrí un adorable bajo relieve que representaba la vida de Nuestro Señor.

Al punto me acordé de las sencillas escenas del teatro de la *Pasión*, en la vieja Niza, y todas mis ideas de piedad y de penitencia se desvanecieron.

Ya no pensé sino en usted, en nuestro paseo por el viejo castillo, en aquel regreso tan dulce, á la semi-obscuridad del crepúsculo, en aquel hermoso tiempo en que sentía su afecto envolverme más y más tiernamente y en que yo me esforzaba por hacerme mejor!.........

Son muchos, ahora, los proyectos de reforma, inútiles las hermosas resoluciones!......

Y mis veintidós años han sido condenados ya á la muerte, cuando me quedan todavía largos y numerosos años de juventud que vivir!.........

¿Cómo los emplearé ahora que se me ha retirado la mano que me sostenía?

¡Ay! ¿se lo confesaré á usted?.........

Presiento que seré más que nunca juguete de los acontecimientos.

Mentiría si le prometiese seguir siendo la mujer seria é impecable que usted soñaba.

Me conozco; no tengo temperamento para la resignación y para la virtud por amor á la virtud misma.

Lo hubiera tenido para agradar á usted, pero ahora que hemos llegado á ser extraños el uno para el otro, digo como cuando los nardos ¿Para qué?......

La sociedad que he conocido en Niza, puedo encontrarla en Venecia, en Nápoles ó en Palermo; las disipaciones á que usted me ha arrebatado, se apoderarán nuevamente de mí alguna vez y quizás me dejaré arrastrar......

En ese mundo no entregaré jamas mí corazón, porque usted lo poseé aún y nadie más que usted lo poseerá; pero le pediré á ese mundo lo que puede darme; el medio de aturdirme y de olvidar mi pena.........

Odiosas palabras son las mías y á usted le lastimará el que las diga; pero de todas mis cualidades de antes, la única que he conservado intacta, es la franqueza, y usted es el único hombre que pudiera tener derecho á mi completa y sincera confesión.

Ahora, Vidal, adios!...... y una súplica aún!......

Usted que tan duramente ha rechazado mi amor, no rechace el deseo de una muerta, puesto que Flor de Niza es ahora una muerta para usted!

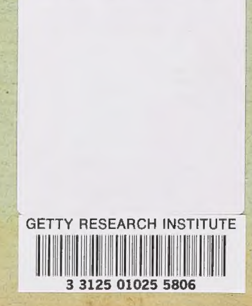
Le suplicó que cuando se haya casado, busque usted un pretexto para salir de Niza.........

Algún día tendré que volver allá fatalmente......

Ahórreme, siquiera, la tortura de verle gozar con otra una felicidad que me ha negado........ y que le deseo á pesar de todo.

VIOLETA.»

Fin de Flor de Niza.


GETTY RESEARCH INSTITUTE
3 3125 01025 5806